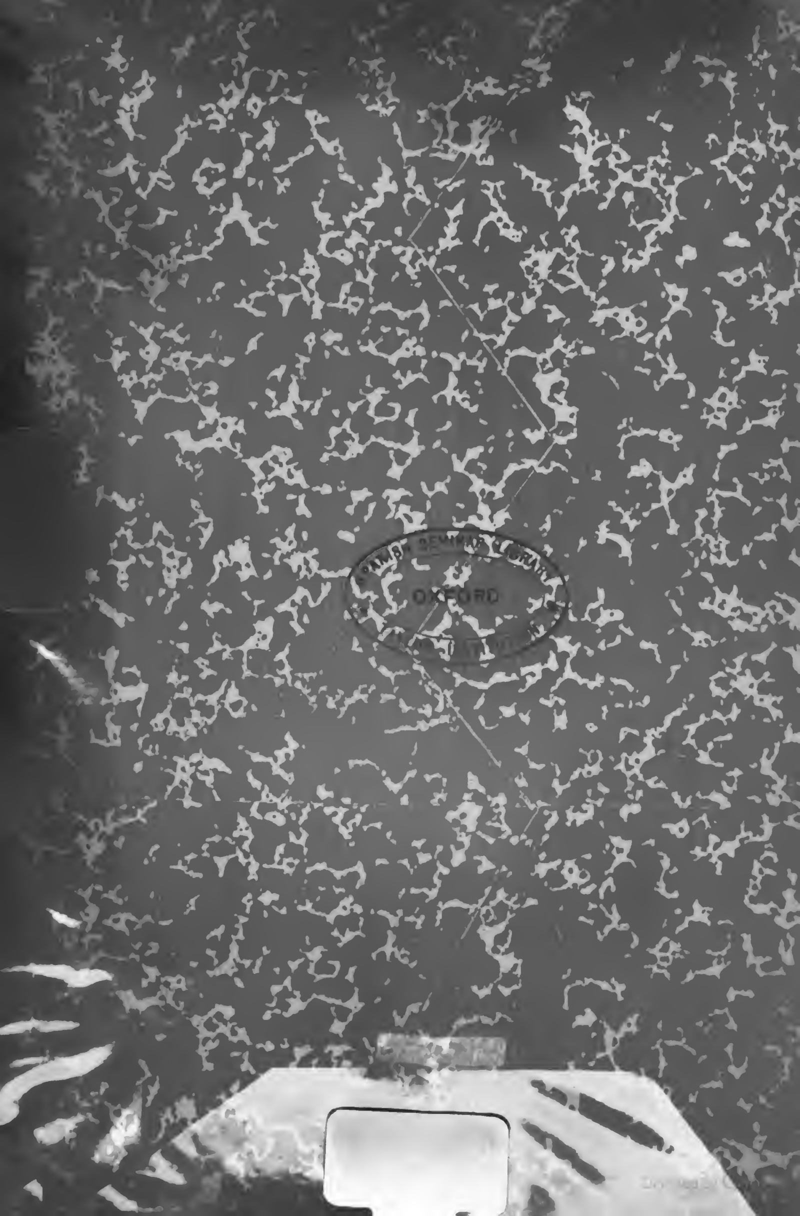

University of Oxford
Modern
Languages
Faculty Library




300164332M

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

16.



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

ROMANCERO GENERAL,

Ó

COLECCION DE ROMANCES CASTELLANOS

ANTERIORES AL SIGLO XVIII,

RECOGIDOS, ORDENADOS, CLASIFICADOS Y ANOTADOS

POR DON AGUSTIN DURAN.

TOMO SEGUNDO.



MADRID.
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DE LA MADERA, 8.

1861

TABLA DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

ADVERTENCIA.

Termino, en fin, en este segundo volúmen una coleccion coplosa y exclusiva de romances, que otros muchos hubieran desempeñado mejor, pero no con mas aficion, desinteres, ahinco ni constancia. He excluido de ella, y reservado para un Cancionero, todas las poesias cuya construccion y combinaciones métricas, hijas del arte ó de la imitacion, difieren mas ó ménos de la sencillez, naturalidad y facilidad que constituyen al romance, que desde su origen mas remoto hasta el dia ha perfeccionado, pero no mudado, sus formas exclusivamente nacionales, aun cuando en su aplicacion haya experimentado todos los cambios que las ideas y la esencia de la poesia, el gusto, la moda y el arte iban introduciendo. Precisamente, como repetidas veces lo he dicho, por su constancia en conservar sus formas indigenas, y por su facilidad en adaptarse á la expresion de toda clase de ornato y de pensamientos, es por lo que el romance ha marchado con la sociedad española, y será tan imperecedero como ella sea. Desde los rudos juglares hasta los trovadores costesanos, desde estos á Lope de Vega y Góngora, y luego hasta Melendez Valdes, y luego hasta el duque de Rivas y sus contemporáneos, el romance ha corrido siglos y siglos sin interrupcion, ha conservado esencialmente sus formas primitivas y originales, y con ellas aquel *no sé qué* característico que nos distingue de los extraños, y que casi ha desaparecido de las combinaciones métricas en que imitamos, primero á los provenzales, luego á los italianos y clásicos griegos y latinos, y últimamente á los franceses. Estas no representaban solamente cambios de formas materiales, sino tambien de ideas : en ellas se borraban enteramente las antiguas, sin dejar apénas rastro de lo que fuéron, miéntras que el romance era el amalgama de lo pasado con lo presente : era la historia no interrumpida del pueblo y de la nacionalidad que lo produjo. Por mas que se le lime y se le revista de brillante colorido, por mas que las galas del bien decir le adornen, por mas que el arte y el clasicismo le despojen de su sencilla naturalidad, esta siempre conserva en él sus vestigios; y al ver un romance no hay nadie que no descubra desde luego el sello indeleble de españolismo que conserva, aun cuando sea obra de un extranjero. Intimamente penetrado de estas ideas, empecé por los Romanceros la larga y penosa tarea, que probablemente no acabaré, pues la vida me va faltando, de dar al público una serie de poesías populares ó popularizadas despues, con las observaciones críticas, históricas y políticas que su confeccion me iba inspirando. He cumplido una parte de lo que me propuse, sin pretensiones dogmáticas : he publicado todo lo que sé y poseo, y no es culpa mia si mi riqueza y mi ciencia á mas no alcanzan. Ni aspiraba á la gloria ni á los intereses materiales; y al cabo de mi tarea me contentaré si no soy mas oscuro ni mas pobre que lo era ántes de empezarla.

Contiene el segundo volúmen de esta mi obra, ademas de la conclusion del Romancero de romances históricos, el interesantisimo de los Vulgares, injustamente despreciados de los poetas cultos que solo atienden al arte. Sin embargo de tal menosprecio, esta clase de romances es la verdaderamente popular aun hoy dia, como lo era entónces la de los viejos y juglarescos. La de aquellos es la continuacion de la de estos, pero de mas alta expresion, porque el pueblo actual está mas civilizado, y se diferencia ménos de la buena sociedad, aunque no por eso ha dejado el gusto de las leyendas maravillosas, ingeniosas ó heróicas que venden los ciegos todavia, compuestas en coplas y romances, ó en prosa y en pocas hojas. Para acompañar los mythos ya hechos del rey Rodrigo, de Bernardo, del Cid, etc., que nos legaron nuestros antepasados, el pueblo, los partidos, y aun los documentos de oficio, van trasformando en otros tales á Zurbano, á Cabrera y otros, que dentro de algunos siglos serán, si no la verdad histórica, sí al ménos la verdad moral de la idea que representan, y que los ha elevado, aunque haya sido ven-

cida. Acaso llegará el tiempo en que el nombre de Wellington solo exista en libros voluminosos de historia, que le retraten con proporciones humanas, miéntras el de Napoleon, hijo del pueblo, y otros sus hermanos, aunque muy desiguales, que le entusiasmaron, llegarán deificados á la posteridad. El martirio engrandece á los mártires; la continua prosperidad mata el nombre de los felices; y Don Alvaro de Luna, á quien cegó su orgullo y su codicia, á pesar de haber salvado á su rey y á su patria, hubiera sido detestado ú olvidado si un cadalso no le hubiera hecho interesante y popular, y convertido en asunto de los romances de ciego. ¿Quién querrá, en el siglo de los intereses materiales, comprar la fama á tanta costa? Ademas del interes popular que ofrecen los romances vulgares, donde se ensalzan los héroes, hay otros que tienen tambien el que procede del origen de los asuntos que tratan, el cual es tan remoto, que viene ó de las leyendas latinas propagadas desde el siglo VI al XI inclusive, ó de los cuentos y fábulas orientales sanscritas, que, trasmitidas por los árabes, dieron asunto á las novelas y cantos que los juglares franceses compusieron en el XII, XIII, XIV, y aun en el XV.

Sigue en mi libro al Romancero de Vulgares, el de Romances varios, compuestos de los líricos, satíricos, etc., cuyo elemento principal es sugetivo y puramente artístico. Divididos en secciones, y estas subdivididas segun el modo de considerar los asuntos, he procurado en cada una reunir los de nombres conocidos, colocando juntos los de su respectivo autor; y respecto á los anónimos, los he colocado, en cuanto me ha sido posible, segun la fecha de las ediciones mas antiguas que conozco, y que expresan los libros donde están.

A continuacion del Romancero de varios se hallan cuatro apéndices y un suplemento. Los apéndices contienen : el 1.° los romances anacreónticos ó de siete sílabas; el 2.° los de seis sílabas, ó versos de endechas; el 3.° los de rimas pareadas, y el 4.° la crónica de España en versos y en prosa rimada, la cual, si no es toda ella un zurcido de romances desfigurados, á lo ménos en gran parte lo parece. El suplemento encierra un corto número de romances históricos, escogidos entre otros hallados despues, y que se han omitido porque no caben en este volúmen.

Deseoso de facilitar las investigaciones que puede motivar la lectura de mi libro, y de complacer á los bibliógrafos, le he puesto con un índice de materias, otro de autores, otro bibliográfico, y otro, en fin, alfabético, formado por el primer verso de cada composicion, y en el que se han rectificado y aumentado las citas de los libros donde se hallan, que se equivocaron en el texto, ó que se han averiguado despues de impreso. En todos estos índices va la numeracion de los romances insertos en la obra, para que quien quiera saber los que contiene anónimos ó de cada autor, y el que desee apreciar su valor histórico, pueda reunir á una mano todos los de un solo sugeto, en el primer caso; y en el segundo, todos los que hay en un mismo libro ó documento, y las veces que se ha reproducido en otros donde tambien se halla. Así creo haber satisfecho en parte, y á mi manera, á los que creen que hubiera sido mejor reimprimir los diversos romanceros antiguos segun el amable desórden en que se hallan, y el mayor que resultaria despues, puesto que mis índices evitan este inconveniente y conservan las ventajas de mi método, que no ha impedido la reimpresion de los romances, y que por medio del índice bibliográfico proporciona el poderlos reunir, segun las fechas reales ó presuntas de los documentos donde existen, y donde no se hallan insertos siquiera por el órden de antigüedad, sino quizá algunos que en las sucesivas reimpresiones se iban añadiendo *ad libitum* y conforme se iban encontrando.

JUICIO CRITICO

DEL PRIMER VOLÚMEN DE ESTA OBRA, POR DON J. F. P.

ROMANCERO GENERAL Ó COLECCION DE ROMANCES CASTELLANOS ANTERIORES AL SIGLO XVIII,

RECOGIDOS, ORDENADOS, CLASIFICADOS Y ANOTADOS POR DON AGUSTIN DURAN.

No sabemos si se nos tachará de llegar un poco tarde al exámen y juicio de esta obra. Han pasado, en verdad, algunos meses desde que vió la luz pública, y ha sido ya analizada y encomiada en distintos periódicos. Si en efecto se nos hiciese aquel cargo, confesamos que nada tendriamos que responder. Sírvanos de pobre y menguada excusa la preocupacion política de nuestro tiempo, que apénas nos da lugar para fijarnos alguna vez en los asuntos literarios; sírvanos el hacer observar que la crítica, rebajada á la parte inferior de los periódicos, aun se ve disputar continuamente ese modesto asilo, ora por el artículo editorial que desborda hasta llenarlo todo, ora por la novela de Dumas, arte bastardo, literatura al vapor de nuestro siglo XIX.

Y por cierto que es una mala vergüenza el que suceda así, especialmente cuando se trata de verdaderos tesoros de nuestra literatura nacional, como lo son en general los *romances*, y en particular las colecciones de estos mismos, ordenadas por el tan laborioso como modesto escritor cuyo libro tenemos á la vista.

El *romance* es la genuina poesía, la poesía nacional de los españoles. Ella sola no nació entre nosotros de la imitacion de las escuelas, sino de la espontaneidad del pueblo; ella sola es primitiva, es universal, es gérmen de una literatura variada y completa. Unicamente con el *romance*, con *nuestro romance*, ha podido suceder en la moderna Europa lo que sucedió en la Grecia antigua con los originales cantos de los *rápsodas*, atribuidos al mítico Homero, de los cuales el estudio literario resumió despues la *Iliada* y la *Odisea*, y mas adelante dedujeron Esquilo y Sófocles sus inmortales dramas.

No pensamos sostener una paradoja considerando de esta suerte al *romance*. La verdadera crítica, que despuntó á fines del siglo último, y que se elevó tanto en los primeros años del presente, ha hecho comunes estas ideas, arrancando aquellas producciones de nuestro ingenio á la desdeñada oscuridad en que se encontraban, y haciendo ver todo lo que habia de poético y aun de histórico en esos millares de leyendas, brotadas libre y espontáneamente de la oriental fecundidad de nuestro espíritu.

Desde entónces se estimaron otra vez los antiguos *Romanceros*, olvidados por las clases eruditas durante todo el tiempo de nuestra decadencia; y se formaron otros, con mas ó con ménos amplitud, con mas ó con ménos gusto, pero que indicaban siempre el nuevo giro de los estudios y de la crítica, el aprecio debido y racional en que se volvia á tener esa rama de la literatura española.

No es del caso examinar comparativamente tales libros, todos los cuales han tenido en la ocasion su respectivo mérito, todos los cuales han servido y sirven para el monumento nacional que levanta el siglo presente en honra de los siglos anteriores. Obras de la laboriosidad y del estudio, sin pretensiones de invencion ni de produccion propia, estaria muy mal á los que no tenemos erudicion ni paciencia para hacerlas el considerarlas con un prisma hostil, y el afanarnos por encontrar en ellas este descuido ó la otra falta. Las colecciones de ese género, al ménos cuando solo son tales colecciones, no se pueden criticar como obras de invencion ó de doctrina: la única crítica aceptable, siempre que de ellas se trata, es publicar otras que las eclipsen y las hagan caer justamente en el olvido.

No creemos, sin embargo, incurrir en ningun desacierto señalando á las colecciones del señor Duran el puesto mas elevado entre las de la presente época, y proclamándolas como la única obra de este género que satisface sus necesidades y llena la idea de lo que

[1] No por vanagloria literaria, mas sí por preciarme de la amistad que me dispensa un hombre tan digno como es el señor D. J. F. Pacheco, inserto aquí el elocuente y filosófico juicio crítico que sobre el primer volúmen de este *Romancero general* se publicó en el número 322 de *La Patria*. Otro tanto hiciera, y por iguales motivos, si su extension no me lo vedara, con el que el señor Hartzenbusch incluyó en el número 35 de *La Ilustracion*. Ambos artículos, á pesar de la indulgencia excesiva con que tratan mi obra, forman un cuadro crítico de lo que debiera ser, y facilitan á los que con mas aptitud y recursos me sucedan en trabajos de esta clase los medios de hacerlos completos y perfectos. Esta clase de crítica amistosa y cortés, que consiste en presentar un modelo de lo bueno y de lo bello, al lado de lo que es imperfecto, parece mas útil y conveniente que la que, amarga y dura, ofende los ánimos y mata el ingenio. Harto necio y estúpido sería el lector ó el autor que, comparando una obra con el modelo de lo que debiera ser si fuese buena, no conozca lo que para serlo le falta.

debe ser en el dia un *Romancero español.* No creemos ser mas que justos, repitiendo la voz universal que les atribuye este mérito, y que las ha señalado, en España y fuera de España, como libros de los mas estimables é interesantes en el tesoro y en la historia de nuestra literatura.

Saben sin duda nuestros lectores que no es esta la primera vez en que publica su *Romancero* el señor Duran; y conocen precisamente que su primera edicion, impresa hace veinte años, mereció de los hombres entendidos el juicio que acaba de expresarse. Pues bien: esta segunda cuenta para el propio éxito con todos los elementos de la primera, más el estudio de esos veinte años, continuo, incesante, como de un hombre que ha encontrado su vocacion, y, encariñado con ella, está resuelto á no abandonarla; como de un hombre que se propuso acabar una tarea sola, y ha permanecido inmóbil en medio de todos los vaivenes de nuestra edad, llevando á cabo aquella primitiva intencion de que ha hecho su ley y su destino.

El espectáculo que nos presentan semejante resolucion y semejante constancia, es tanto mas apreciable y seductor para nosotros, cuanto es mas raro y poco comun en los momentos actuales. Encontrabásele con frecuencia en los pasados siglos, épocas de recogimiento y de quietud; y eran sus naturales consecuencias esos gigantescos trabajos que llenan las bibliotecas, y que aturden, al contemplarlos, las mas osadas imaginaciones. Pero nada está al mismo tiempo en ménos armonía con el rápido movimiento de nuestro siglo, con la enciclopédica y superficial educacion en que se nos amamanta, con las ambiciosas pasiones de todo género que forman nuestra vida presente. Cuando no hay cosa que no creamos saber, cuando no hay algo en este mundo que no nos creamos capaces de ser y de intentar, es punto ménos que inconcebible esa aplicacion constante á un objeto solo, y esa tenacidad heróica para llevarlo á término, ligando con él la propia existencia, y haciéndole el solo espíritu de una vida de muchos años.

Respetemos pues y admiremos, ya que nos sentimos incapaces de seguirlos, á los pocos varones eminentes que comprenden de ese modo su mision en este mundo; y que, preciso es confesarlo, dejarán en él alguna mas perdurable memoria que los que escribimos artículos de periódico, aunque sean de estos que se llaman de crítica, y en los cuales juzgamos á esos propios escritores que no sabemos igualar.

A la clase de estos, segun deciamos, ha correspondido y corresponde el señor Duran, el colector de este *Romancero.* Seducido desde su juventud por el amor á la literatura verdaderamente española, concentró en ella y en su estudio todo el saber de una educacion esmerada y toda la viveza de un entendimiento activo, ingenioso, casi diriamos sutil. Con sacrificios y con paciencia inagotable, llegó á ser su biblioteca quizá la primera que hay entre nosotros, respectivamente á los géneros que componen esa literatura; y, consagrándose á su exámen con una asiduidad que no han podido torcer ni las cuestiones políticas, ni las necesidades de otra especie, lo ha proseguido por dilatados años, añadiendo cada dia conocimientos á sus conocimientos, y poniéndose en disposicion, no de darnos una coleccion mas, sencilla ó descarnada, como tantas de las antiguas, sino una obra en la que el buen gusto, la sana crítica, las indicaciones históricas y estéticas, perfeccionasen de todo punto el material trabajo de una abundantísima compilacion. Hé aquí lo que desde luego fué la primitiva edicion del *Romancero* de que hablamos: hé aquí lo que es esta segunda, mucho mas abundante, mucho mas completa que aquella.

El tomo primero, único que hasta ahora se ha publicado (grueso libro de setecientas páginas, á dos columnas) comprende en primer lugar varios prólogos y observaciones del autor, en los que se resume y encierra el espíritu, la deduccion, la verdadera esencia de sus estudios en este género de literatura. Solo despues de tal introduccion, que llena bien casi un centenar de grandes y compactas páginas, de las que muchas son completamente nuevas, se pasa á insertar una curiosísima noticia de impresos antiguos que se han tenido presentes para la obra, verdadero tesoro bibliográfico, que bastaria él solo para asentar la reputacion de cualquier erudito, y á dar, en fin, la coleccion de los mismos *Romances*, ordenados y clasificados segun la teoría de aquella introduccion propia, y con una abundancia, y una perfeccion, y una especial y acertada crítica, que revela á cada paso el firme juicio y el gusto verdaderamente intachable del colector.

Pero detengámonos un instante á hablar de esos prólogos, pues aquí es donde encontramos á este, con mas facilidad, en su individualidad propia.

Crítico, historiador, filósofo, hombre de vastos y seguros conocimientos, investigador paciente, atrevido sustentador, muchas veces de nuevas, pero siempre de ingeniosas opiniones, muéstrase en ellos el señor Duran con tanta originalidad y valentía, como le conocimos todos desde su aparicion en la esfera literaria, cuando contribuyó uno de los

primeros á conmover las ideas facticias del siglo XVIII, y á señalarnos, á los que entónces eramos niños, los buenos modelos de carácter puramente nacional, que nos debian servir en el estudio de las bellas letras. El señor Duran ha permanecido, y se ostenta hoy, cual entónces se presentó, español ántes que todo, promovedor de tendencias españolas, apóstol de la escuela nacional, malamente perdida hace ciento y cincuenta años, y que, no enteramente falta de brillo y de robustez, vemos, á lo que parece, renacer en estos instantes. Si de tal literatura como la que el señor Duran predicaba, y que muchos jóvenes de esclarecido ingenio profesan, no se han escrito aun ningunos elementos doctrinales, no dirémos nosotros que estos prólogos puedan completamente suplirlos; pero decimos, si, que será necesario tenerlos presentes cuando se escriban, y que el fondo de la teoria allí bosquejada habrá de constituir una gran parte de esa nueva y filosófica obra, que tanto reclama la sociedad que ya formamos en estos momentos.

«Despues de mediar el siglo XVIII (dice en uno de sus prólogos el señor Duran) fué moda en Europa, y mas en España, despreciar la patria literatura, sin haber estudiado y conocido la buena de nuestros antepasados. Haciase un vanaglorioso alarde de preferir lo extraño á lo propio, y se tenia por ignorante y bárbaro al que dudaba de la infalibilidad de los novadores. Cundió y debió cundir el contagio, porque era mas fácil ser eco de los pretendidos críticos, que estudiar bien lo antiguo para crear sobre ello; porque era mas cómodo traducir, que inventar; porque costaba ménos imitar lo hecho que reformar lo pasado, y conformarlo á las variaciones que debia tener. En tal situacion, apénas hubo quien saliese al encuentro de tan extraviadas ideas, siquiera para discutirlas. Perdido así el buen camino, nos quedámos reducidos á ser debilitados ecos de lo que era bueno y acomodado á los paises donde nació, mas que entre nosotros no podia producir creaciones espontáneas ni vivificador entusiasmo. Nos sucedió lo que á aquel que escribe en papel rayado, cuya letra, aunque bella y acabada, siempre carece de soltura y elegancia, y jamas tiene el carácter de originalidad.

»Tambien participé (continúa) del mismo error general; tambien sacrifiqué en el altar de la moda al temor de que se me tuviese por necio y ridiculo; tambien tuve la audacia de reprobar lo que me era poco conocido, y de despreciar en público lo que en secreto admiraba. Pero llegó el tiempo de madurez y de reflexion, y conocí que la red que circuia al ingenio nacional era muy estrecha, y que la tierra ansiaba recibir en su seno la semilla de buenas y liberales doctrinas, para que brotase briosa y fecunda. Mi único mérito en este caso fué conocer que era llegada la hora de la emancipacion literaria, el de atreverme á romper la primera malla de la red que la impedia, y en fin, el de arrojar en el suelo, ya preparado, la semilla que debia brotar. Apénas entónces teniamos un crítico que osase defender nuestra antigua literatura, considerándola en sí misma, y como medio necesario para recuperar la perdida originalidad ó independencia que debiera nacer de la union de lo pasado con lo presente; apénas uno que pensase en deducir de ella una teoría racional que la diese unidad filosófica; apénas uno que quisiera presentarla bajo el aspecto de espontánea belleza que la caracteriza. El mas arrojado no era bastante audaz para defenderla en su propio terreno, y se contentaba con colocarla en el lecho de Procusto; y haciendo salvedades tímidas y concesiones importunas, la queria ajustar á un cuadro mezquino é incapaz de contener las nobles y grandiosas dimensiones del verdadero ingenio español y de su nacionalidad. Deseoso de excluir tan falsos medios de defensa, sustituyéndoles los verdaderos y fundados en altas y extensas consideraciones filosóficas, y ansiando rescatar los graves yerros que cometí por obedecer una incalificable moda, publiqué un opúsculo sobre el drama español antiguo, varios artículos de crítica escritos en el mismo sentido, y el discurso preliminar al *Romancero de caballerescos é históricos*: los cuales ensayos, buenos ó malos como son, dieron á la crítica un nuevo giro, y la sacaron del camino empírico y estrecho que tomó al mediar el siglo XVIII.

. . . .

»El resultado que mis tareas por su oportunidad alcanzaron me animó á continuarlas. A ello he sacrificado una carrera pública, con que me brindaba mi posicion social. Reducido á voluntaria oscuridad, sin ambicion de ninguna clase, el poco renombre adquirido y la posicion que ocupo, debidos son á estas tareas, que aunque constantes y continuas, no me han impedido cultivar otros estudios mas serios, ni contribuir á la propagacion de aquellas doctrinas generosas que emancipan el pensamiento, ordenan las ideas, ensalzan la humanidad y levantan el corazon y el ingenio á grandes cosas.»

Ni podemos ni tenemos necesidad de copiar mas. Por lo dicho puede juzgarse al hombre y al libro: por lo dicho se ve que es necesario guardar al uno un lugar preferente en nuestra estimacion, y al otro un no ménos preferente lugar en nuestra biblioteca.

En cuanto á la segunda y principal parte del propio libro, á la coleccion de los Romances en sí misma, solo dirémos que comprende nuevecientos diez y siete, de las clases ó categorías de *moriscos, caballerescos* é *históricos*. Los primeros están divididos por el colector en *Romances sueltos*, *Romances que forman novelas*, *Romances moriscos satíricos* y *Romances imitando á moriscos*, como los del forzado de Dragut y otros. Los segundos, *caballerescos*, están de la misma suerte compartidos en seis secciones. Corresponden á la primera los *Sueltos*, como en el órden anterior; á la segunda, los de las *Crónicas galesas*, como son los del Caballero del Febo y Amadis de Gaula; á la tercera, los de las *Crónicas bretonas*; á la cuarta, los de las *Crónicas carlovingias*; á la quinta, los tomados de poemas italianos; y á la sexta, en fin, los *Doctrinales*, *Satíricos* y *Burlescos*. Los terceros, por último, es á saber, los *históricos*, se dividen tambien en grupos semejantes para ordenarlos con la posible claridad. Allí se encuentran los tocantes a la *Historia sagrada*, desde la creacion del mundo hasta la toma de Jerusalen por Tito; los de los *tiempos mitológicos y heróicos de Grecia y Roma*; los de la *historia* verdadera *de Grecia y Asia*; los de la *historia romana*, desde sus primeros reyes hasta el Bajo-Imperio; los de nuestros *Reyes godos*, de *Don Rodrigo*, de *Don Pelayo* y sus sucesores, del *Cerco de Zamora*, de *Don Alfonso VI*, de *Doña Urraca* y sobre todo los famosísimos del *Cid*, epopeya capital, por no decir única, de la literatura española, y que se puede colocar sin desventaja al lado de cualquiera otra, ora de las épocas primitivas, ora de las épocas de estudio, de crítica y de imitacion.

Con lo que acabamos de apuntar tan brevemente como nos es forzoso en un artículo de esta clase, puede al ménos haberse formado una idea del libro á que en él nos vamos refiriendo. Apreciarle extensa y completamente, fuera un empeño superior á lo que se puede hacer en este diario. Basta á nuestro objeto el citarle con el elogio que merece, calificándole con exactitud, siquiera sea en las cortas columnas que teniamos para tal propósito Basta con que la crítica que á él se consagra, tardía y lijera, como tiene que ser, sea imparcial, sea razonada, sea justa, como nos lisonjeamos de que hallarán la nuestra los que echen una ojeada sobre la obra á que la aplicamos. Seguro es para nosotros que la idea, que el sentimiento universal que ha de inspirar su lectura, es un deseo vivísimo de que se complete cuanto ántes esta Coleccion, poniendo así al alcance de todo el mundo lo que tanto valor y tanto mérito posee entre los tesoros de nuestra lireratura nacional.

J. F. P.

ROMANCERO

DE

ROMANCES HISTORICOS.

CONTINUACION.

ROMANCES HISTORICOS.

SECCION DE ROMANCES RELATIVOS Á LA HISTORIA Y TRADICIONES DE ESPAÑA. *(Continuacion.)*

EPOCA DE ALFONSO VII, LLAMADO EL EMPERADOR DE ESPAÑA.

918.

JUSTICIA HECHA POR ALFONSO VII CONTRA UN INFANZON DE GALICIA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.[1]*)*

El emperador Alfonso
En Toledo residia;
Un labrador pareció
Ante él, y ansí decia:
— Ante vos, buen Rey, querello
De un infanzon de Galicia;
Don Fernando habia por nombre,
Gran fuerza hecho me habia;
Tomado me ha mi heredad,
Y porque se la pedia,
Baldonóme de palabras,
Gran injuria me hacia.
Llorando de los sus ojos,
Diciendo: — Señor, justicia,
Pues que sois honrado rey,
No me la negueis hoy dia,
Que pues Dios os diera el mando,
Haceria mucho os cumplia.
El Rey, vista la querella,
Su carta luego le envía
A Don Fernando, infanzon,
En que mandado le habia
Satisfaga al labrador
De aquello que le pedia;
Y al merino de la tierra
El buen rey le escribia
Fuese con el labrador
A ver qué derecho hacia
El infanzon al villano,
Y dello le avisaria.
Visto ha el infanzon
La carta que el Rey le envia;
Como es tan poderoso,
En nada no lo tenia;
Amenazó al labrador,
Dijo que él lo mataria
Si al rey se vuelve á quejar
Como quejado se habia.
El labrador á Toledo
Segunda vez se volvia:
El le dijo la verdad,
Ninguna cosa encubria.
Con esto que le ha contado,
Y mas verdad que inqueria
Fuese para el infanzon
Y á su puerta se ponia;
Mandólo llamar ante él,
Y el infanzon, que veia
Que está allí el Emperador,
Gran miedo cobrado habia;
Temeroso de la muerte,
Con tal recelo huia;
Luego lo habian prendido,
Que le tenian puesta espía;
Trujéronlo ante el Rey,
El cual á un notario hacia
Razonar todo este hecho
Ante grande compañía
De hombres buenos de la tierra,
Que á honor del Rey venian:
No respondió el infanzon
A cosa que le decian.
Quejóse al Emperador,
Y testimonio traia
De hombres buenos de la tierra,
Y en él se contenia
No poder haber derecho
Del tuerto que se le hacia.
Cuando el buen Emperador
Tan gran desacato oia,
Llamara á los sus privados,
Y en secreto apercibia
Que si á buscarlo viniesen,
Dijesen que mal yacia,
Y que no entrase ninguno
En la sala do dormia;
Con solos dos caballeros
Para Galicia partía.
No pára dia ni noche
Hasta llegar adonde iba;
Mandó llamar al merino,
Que en el pueblo residia;
Que dijese, le pregunta
Cómo aquel fecho se haría.
El Rey lo mandó ahorcar
A las puertas do vivia,
Porque tomasen ejemplo
Aquellos que mal hacian,
Y que cumpliesen las cartas
Que sus reyes les envian.
Volviérase al labrador
Lo que al infanzon pedia,
Con los esquilmos y rentas
Que la heredad valia.
Descubiertamente anduvo
Visitando á Galicia,
A apaciguar la tierra;
¡Muy grande temor le habian!
Ningnno tomaba á otro
Lo que suyo no seria;
Muy temido es de las gentes;
Todos en gran paz vivian.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] El asunto de la comedia de Lope de Vega intitulada *El mejor alcalde el Rey* es el mismo que el de este romance.

EPOCA DE SANCHO III EL DESEADO.

919.

DON PEDRO VELEZ, SORPRENDIDO EN LANCE DE AMORES CON LA PRIMA DE SANCHO III, ES CONDENADO Á PRISION PERPETUA Y Á SER LENTAMENTE MUERTO.

(*Anónimo*[1].)

Alterada está Castilla
Por un caso desastrado,
Que el conde Don Pero Velez
En palacio fué hallado
Con una prima carnal
Del rey Sancho el Deseado,
Las calzas á la rodilla
Y el jubon desabrochado:
La Infanta estaba en camisa
Echada sobre un estrado,
Casi medio destocada,
Con el rostro desmayado.
De modo que estaba el Rey
Suspenso y muy alterado.
En fin, por darle castigo
A muerte le ha condenado
Los grandes dicen que cese
El juicio acelerado;
El caso pide castigo,
No lo permite el Estado,
Porque era el Conde en Castilla
Gran señor y emparentado;
De suerte que por el Rey
Fué el juicio conmutado
De darle perpetua cárcel,
Para lo cual fué llevado
En el castillo de Ureña,
Adonde fuera entregado
A Peranzules Osorio,
Merino mayor llamado,
Y con gran solemnidad
Juramento le han tomado
Que no le muestre á persona
Sino al Rey ó á su mandado;
No le dén cosa ninguna
Donde pueda estar echado,
Y de cuatro en cuatro meses
Le sea un miembro quitado,
Hasta que con el dolor
Su vivir fuese acabado.

(TIMONEDA, *Rosa gentil.* — F. WOLF, *Rosa de romances.*)

[1] Uno de los que parecen de la clase de los romances viejos. Es el único que hemos visto que trate del lance que en él se expresa.

EPOCA DE ALFONSO VIII EL NOBLE, Y ROMANCES DE LOS AMORES DEL REY CON RAQUEL LA HERMOSA JUDIA.

920.

MENOR EDAD DE ALFONSO VIII Y BANDOS DE CASTILLA ENTRE LARAS Y CASTROS.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Niño es el rey Alfonso,
Hijo del rey Deseado,
Don Sancho hobo por nombre
Ese que fué muy llorado;
Unos le entregan su tierra,
Otros lo han rehusado:
Dicen que el Rey es pequeño,
Y su padre habia mandado
Que hasta los años quince
No le diesen el reinado.
Aquesos condes de Lara
Con el linaje de Castro
Trabada tiene pelea
Mucha gente en cada bando.
Don Manrique es por el Rey,
Fernando Ruiz es el contrario.
En un lugar de Castilla
Nombrado Garci Naharro
Paradas tienen sus gentes,
Cada cual las animando.
De Don Manrique de Lara
Fernan Ruiz se ha recelado;
Teme la primera justa,
Aunque es muy esforzado,
Porque á la lanza del Conde
Armadura no ha bastado
Para dejar de matar
Al que dél fuese encontrado.
Háse visto en las batallas
Y lides donde se ha hallado;
Fernan Ruiz dijo á los suyos:
— ¿Hay aqui algun hidalgo
Que se vista con mis armas?
Yo se las daré de grado,
Yo tomaria las suyas;
Temo de ser encontrado
De ese conde Don Manrique;
De mi sera muy honrado,
Que pasado el primer golpe
Yo lo venceré en el campo.—
No osa ninguno hacer
Lo que el Conde ha demandado;
Un escudero del Conde
Hombre es muy esforzado,
Dijo: — Yo soy muy contento,
Señor, de hacer tu grado,
Por excusar la tu muerte
Y que el campo hayas ganado,
Tomarás tú las mis armas,
Las tuyas tú me habrás dado.
La lanza de Don Manrique
En mí la habrá empleado,
Con que toda la tu vida
Jamas no seas armado
De otras armas sino aquestas
Que contigo yo he trocado. —
Fernan Ruiz le otorgó
De cumplir lo que ha hablado;
Luego trocaron las armas,
La lid están aguardando.
Ese conde Don Manrique
Espantable se ha mostrado,
Armado de todas armas
El, y lo mismo el caballo:
Arremetió por sí solo
Contra los otros, bramando;
Temblar hacia la tierra,
Segun que va denodado;
Volvióse contra los suyos,
Sin que hiciese mal ni daño;
Tiénenlo á mala señal,
Dello estaban murmurando,
Diciendo que en la su vida
Tal por él no habia pasado.
Las haces arremetieron,
Unas y otras se han juntado,
Los unos diciendo, Lara,
Los otros, Castro, por bando;
Todos diciendo: — Castilla
Por Alfonso, rey octavo.
Ese conde Don Manrique
De todos se ha delantado:
Grande es la furia que lleva,
Que iba fuego lanzando;
Visto habia las señales
De Fernan Ruiz, castellano,
Que llevara su escudero;
Para él ha enderezado;
Firiéralo por los pechos;
Armadura no ha prestado;

La lanza con el pendon
Se salió del otro cabo:
Muerto cayera en el suelo,
Y él grandes gritos ha dado;
Diciendo va:— ¡Lara, Lara,
Feridlos, los mis vasallos,
Que Fernan Ruiz es ya muerto
Del encuentro que le he dado! —
Fernan Ruiz llegó á él,
Gran encuentro le habia dado;
Derribólo muerto en tierra,
Diciendo:— Mientes, villano,
Que Fernan Ruiz está vivo.—
Diciendo va:— ¡Castro, Castro!
El Conde lo conoció
En las voces que va dando;
Díjole:— Artero, artero
Eres, pero no hidalgo.—
Y diciendo estas palabras,
Sin el alma habia quedado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

921.

NIÉGANSE LOS NOBLES Á PECHAR LOS CINCO MARAVEDISES QUE ALFONSO VIII LES IMPONIA.

(*Anónimo* [1].)

En esa ciudad de Búrgos
En Cortes se habian juntado
El Rey que venció las Navas
Con todos los hijosdalgo.
Habló con Don Diego el Rey,
Con él se habia consejado,
Que era señor de Vizcaya
De todos el mas privado.
— Consejédesme, Don Diego,
Que estoy muy necesitado,
Que con las guerras que he hecho
Gran dinero me ha faltado.
Querría llegarme á Cuenca,
No tengo lo necesario;
Si os pareciese, Don Diego,
Por mí será demandado
Que cinco maravedis
Me peche cada hijodalgo.
— Grave cosa me parece,
Le respondiera el de Haro,
Que querades vos, señor,
Al libre hacer tributario;
Mas por lo mucho que os quiero
De mí seréis ayudado,
Porque yo soy principal,
Y de mí os será pagado.—
Siendo juntos en las Cortes,
El Rey se lo habia hablado;
Levantado está Don Diego,
Como ya estaba acordado.
— Justo es lo que pide el Rey,
Por nadie le sea negado,
Mis cinco maravedis
Hélos aquí de buen grado.—
Don Nuño, conde de Lara,
Mucho mal se habia enojado;
Pospuesto todo temor,
Desta manera ha hablado:
— Aquellos donde venimos
Nunca tal pecho han pagado,
Nos, ménos lo pagarémos,
Ni al Rey tal le será dado.
El que quisiere pagarle
Quede aquí como villano,
Váyase luego tras mí
El que fuere hijodalgo.—
Todos se salen tras él,
De tres mil, tres han quedado,
En el campo de la Glera
Todos allí se han juntado.
El pecho que el Rey demanda
En las lanzas lo han atado,
Envíanle á decir
Que el tributo está llegado,
Que envíe sus cogedores
Y luego será pagado;
Mas que si él va en persona
No será desacatado,
Pero que enviase aquellos
De quien fuera aconsejado.
Cuando aquesto oyera el Rey
Y que solo se ha quedado,
Volvióse para Don Diego,
Consejo le ha demandado.
Don Diego, como sagaz,
Este consejo le ha dado:
— Desterrédesme, señor,
Como que yo lo he causado,
Y así cobraréis la gracia
De los vuestros hijosdalgo.—
Otorgó el Rey el consejo;
A decir les ha enviado
Que quien le dió tal consejo
Será muy bien castigado,
Que hidalgos de Castilla
No son para haber pechado.
Muy alegres fuéron todos,
Todo se hubo apaciguado;
Desterraron á Don Diego
Por lo que no habia pecado;
Mas dende á pocos dias
A Castilla fué tornado.
El bien de la lealtad
Por ningun precio es comprado.

(*Cancionero de romances.*)

[1] El hecho que trata este romance se dice dió lugar al refran de *No es por el huevo, sino por el fuero.* La composicion parece hecha en la primera mitad del siglo XVI.

922.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

En Búrgos está el buen rey
Don Alonso el Deseado,
El octavo que en Castilla
De tal nombre fué llamado;
Mirando estaba las Huelgas,
Aquel monasterio honrado;
Míralo de parte á parte,
Porqu'él mismo lo ha fundado.
Triste andaba y muy pensoso
Por verse tan alcanzado,
Que ha gastado los tesoros
Que su padre habia dejado
Haciendo guerra á los moros,
Qu'en su reino habian quedado,
Despues que fué destruido
Por desdicha y gran pecado
De aquel buen rey Don Rodrigo
De los godos tan nombrado.
Entre sí mismo decia,
Y triste andaba pensando
De dónde habria dineros
Para haber de guerreallos.
Rogando anda á Dios del cielo
Que le hubiese ayudado,
Pues lo hace con tal celo
De su fe haber ensalzado.
Piensa de favorecerse
De los hombres hijosdalgo,
Que le ayuden con un pecho
Muy pequeño y moderado.
Cinco maravedis solos
A cada uno ha demandado,
Y para esto decirles
A Cortes los ha llamado,

Donde estaba ese Don Diego
De su casa mas privado;
Señor era de Vizcaya,
En Castilla el mas honrado,
Con el cual tomó consejo
Para haber de comenzarlo.
Don Diego por le agradar
Luego se lo habia dado:
— Creo que será, buen Rey,
Malo de ser acabado:
Comenzadlo vos, señor,
Yo os habré bien ayudado;
Pero son tan libertados,
Que no querrán ser pechados.
Mis cinco maravedís
En su presencia habré dado.—
D'esto se tuviera el Rey
Por muy bien aconsejado.
Propuesto este caso en Cortes,
D'esta manera ha hablado:
— Ya sabeis, mis caballeros,
Lo mucho que yo he gastado
Guerreando con los moros
Qu'están en nuestro reinado:
Para hacer lo que quería
Me hallo muy alcanzado,
Qu'he gastado los tesoros
Que mi padre me ha dejado;
De los que dejó mi abuelo
Ninguna cosa ha quedado.
Ya veis que no lo despendo
Donde sea mal gastado:
Ayúdeme en esta guerra
Cada hombre hijodalgo
Con cinco maravedís,
Cada uno, en cada año.
La cantidad es tan poca,
Que muy bien podréis pagallo
Sin vender vuestras haciendas
Ni haberos pobres quedado,
Y con ellos ganaré
Para haberos bien pagado.—
Levantóse allí Don Diego,
Como fuese tan privado:
— Bien habemos visto, Rey,
Lo mucho que habeis gastado:
En cuanto cargo vos somos
A todos nos está claro.
Que os ayudemos en esto
El reino habrémos honrado;
Dios os dé tanta victoria,
Que la fe hayais ensalzado.
Mis cinco maravedís
Hélos aquí de buen grado.—
El buen Don Nuño de Lara
Luego se habia levantado:
— No has hablado como hombre
Bien discreto y esforzado:
No lo quiera Dios del cielo
Ni tal hubiese mandado,
Que hijodalgo ninguno
El pecho hubiese pagado.—
Hablando d'esta manera,
Salidose ha de palacio.
—Los que quieren ser pecheros
Con el Rey se hayan quedado,
Y los que quieren ser libres
Háyadasme acompañado. —
De tres mil que dentro estaban
No quedaron sino cuatro;
El uno era Don Diego,
Y un camarero privado,
Y con él dos pajecicos
Que quedaron á su lado.
Desque en su posada fuéron
Don Nuño les ha hablado:
— Haced como caballeros,
N'os hayais atribulado;
Mirad aquellas hazañas
De los hombres hijosdalgo
Que han hecho en nuestras Españas
Del tiempo qu'es ya pasado:
Si tomardes mi consejo,
Yo os lo daré de grado. —
Allí hablaron aquellos
Caballeros hijosdalgo.
Dédesnoslo, buen señor,
Que bien queremos tomallo.—
Idos á vuestras posadas,
Armaos bien á caballo,
Los cinco maravedís
Atadlos bien en un paño;
En las puntas de las lanzas
Los traigais aquí colgando.—
El consejo no fué aun dicho,
Cuando todo fué acabado.
— Védesnos aquí, Don Nuño,
Ved que nos habeis mandado;
Prestos somos á cumplillo
Sin fuerza, de muy buen grado.—
Allí hablara Don Nuño,
Bien oiréis lo que ha hablado.
— Vayan los dos de vosotros
Al Rey á haber razonado,
Que envie luego á la pelea,
Donde lo están esperando,
Al cogedor del tributo
Que su Alteza habia echado,
Que allí están los hijosdalgo
Para se lo haber pagado.
Si el cogedor no volviere
No se haya maravillado,
Qu'en España los hidalgos
Ningun tributo han pagado.
Quien el tributo quisiere
Muy caro le habrá comprado.—
Así se fuéron los dos
Delante el Rey á contallo.
El Rey, vistas las razones,
Se habia mal enojado.
Allí hablara Don Diego
Discreto, sabio, esforzado.
— Este hecho vos, buen Rey,
A mí me lo hayais cargado:
Vos me echeis á mí la culpa,
Decí que os lo he aconsejado,
Desterreisme d'estos reinos,
Mis tierras me hayais tomado.
D'esta manera, señor,
Lo habréis todo apaciguado.—
A Don Nuño el buen Rey
Luego lo habia llamado:
Hablando d'esta manera,
El caso les ha contado:
— Perdonadme, caballeros,
Porque yo he sido engañado,
Que Don Diego de Vizcaya
Me lo habia aconsejado.
No quiero vuestro tributo,
Antes mas libres os hago.
Don Diego su mal consejo
Muy bien lo habria pagado;
Destiérrenlo de mis reinos,
Sus tierras le hayan tomado
Porque quien mal aconseja
Muy bien sea castigado.—
Va castigado Don Diego,
Déjanle desheredado;
A cabo de cuatro dias
El destierro le han alzado;
Dábanle todo lo suyo,
Y mucho mas que le han dado;
Y todo fué á pedimiento
De los hombres hijos-dalgo.

1 Este romance parece mas antiguo que el precedente: quizá es de fines del siglo XV.

923.

TRAICION DE DOMINGUILLO CONTRA LOPE DE ARENAS.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En Castilla reina Alfonso
Que el Octavo se decia;
Hijo es del rey Don Sancho,
Deseado á maravilla,
Que su bondad fuera tanta,
Que decirse no podria.
El Rey es pequeño y niño,
Grandes no le obedecian,
Las tierras no le entregaban
Que de su padre tenian.
Al Rey le llegó mandado
En que saber le hacian,
Como ese Lope de Arenas
Era alzado con Zorita,
Vasallo de Gomez Gutierrez
Que de Castro se apellida.
Mucho le pesara al Rey
Cuando aquesta nueva oia:
Llamó á sus ricos hombres,
Cerco á Zorita ponia.
El castillo y fortaleza
Fuertes son á maravilla;
No lo pueden empecer;
Don Lope no los temia;
Pero envió su mensaje,
Dándole al Rey pleitesía.
Aconsejaron al Rey
Los grandes que ende habia,
Que los condes Nuño y Suero
Firmasen la pleitesía.
El Rey lo tuvo por bien,
A Don Lope los envia.
Entraron en el castillo
Que fuera d'él no queria.
Don Lope no se pagó
De lo que ellos pedian,
Ni consiente salgan fuera
Si no se hace á su guisa.
El Rey tiene muy gran saña
De lo que hecho se habia.
Combaten recio el castillo,
Mas cosa alguna valia.
Dentro d'él estaba un hombre,
Dominguillo se decia;
Criárase con Don Lope,
Todo el castillo sabía.
Saliérase del castillo,
Muy encubierto venía;
Hablado hubo al rey Alfonso,
Y que le diese pedia
En merced, su grande Alteza
En que viviese su vida,
Y que él le haria haber
Lo que en tanto grado habia.
El Rey se lo prometió,
Dominguillo le decia:
— Rey, para que esto se haga
Aqueste ardid usaria.
Manda á uno que me espere
Para que le dé una herida,
Y despues que sea dada,
Yo al castillo volveria;
Tu gente en mi seguimiento,
Dando tras mí grande grita,
Procurando me matar,
O que prenderme querian,
Hasta llegar á las puertas:
Yo dentro me meteria.
Allá les haré entender
Que maté un hombre este dia,
El mejor que habia en la hueste
Que tú, mi buen Rey, traias.
Con esto habré tal privanza,
Que él de mí se fiaria,
Y el fuerte pondré en tu mano,
Aunque él te lo defendia.
— No sé yo de hombre ninguno,
El buen Rey le respondia,
Que se consintiese herir,
Ni dar de tu mano herida. —
Un escudero del Rey,
Que Pero Diaz decian,
Natural que es de Toledo,
Dijo que él aguardaria
Que lo hiera Dominguillo,
Aunque perdiese la vida,
Con tal que cobre el castillo
Que en tanto grado lo habia.
Dominguillo lo hiriera
De una azcona que traia,
Acogiérase al castillo;
Tras dél iban con gran grita,
Juntada toda la hueste;
Mas él dentro se metia.
Lope de Arenas, que vió
Del andamio do yacia,
Que contra de Dominguillo
Tanta gente se venia,
Preguntóle qué era aquello,
Y la causa por qué huia;
Dijo: por bien os servir
Muy gran servicio os hacia,
Maté un hombre principal
Que en hueste del Rey venia.
Lope de Arenas le dijo
Si es verdad lo que decia.
— Sin duda es como lo digo,
Dominguillo respondia,
Sino ved, en el real
Cómo hay gran vocería. —
Lope de Arenas creyó
Lo que contado le habia,
Y de aquel dia adelante
Gran haber le prometia,
Sobre-cata era mayor
De las velas que tenia.
Muy privado es Dominguillo;
Mas grande traicion urdia.
Lope de Arenas estaba
Afeitándose en un dia:
Dominguillo entraba á él,
Un gran venablo traia:
Dió con él á su señor,
De lado á lado lo heria.
Don Lope cayera muerto,
Dominguillo se huia,
Fuérase para el real,
Y al Rey asi le decia:
— Vuestro es ya, Rey, el castillo,
Maté yo al que lo tenia;
Cumplid vos lo que mandaste;
Yo hice lo que prometia. —
El Rey le mandara dar
De comer para su vida:
Mandóle sacar los ojos,
Y á tiempo matar lo hacia,
Porque el traidor se alababa
De lo que contado habia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

924.

DEFENSA DEL CASTILLO DE AGUILAR POR MARCO GUTIERREZ.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

Leoneses con castellanos
Grandes barajas habian;
Los reinos eran partidos,
Dos Alfonsos los tenian.
Aquese rey de Leon
En Castilla entrado habia;
Sobre Aguilar el castillo
Muy grande cerco ponia:

Tiénelo Marco Gutierrez
Que dárselo no queria.
Siete años duraba el cerco
Que ganarlo no podia,
Porque el alcaide es hidalgo,
Esforzado á maravilla.
La gente le habia faltado,
Que con él nadie no finca;
No tiene vianda alguna,
Come cueros de las sillas,
Correas, y los arzones
Y cuanto á mano cogia.
Cuando esto le faltó
Yerbas del muro pacia.
Por la falta de viandas
La muerte tiene vecina.
Flaco está, desemejado,
Parece que está sin vida.
Cuando ya no hay que comer,
Con flaqueza que tenia
Tomó llaves del castillo
Y a la puerta se tendia.
Estuvo desacordado,
Que en sí volver no podia,
Desde que era la mañana
Hasta que era mediodía.
Comulgado habia contrito,
El alma á Dios ofrecia.
Todavía los de fuera
El castillo combatian:
Daban muy grandes las voces
Haciendo siempre gran grita.
Cuando vieron que no hay hombre
Que contra ellos acudia,
Llegados son á la puerta,
Mucho hacen por abrilla;
No pueden, que está cerrada,
Por cima el muro subian.
Llegados son donde estaba
El que su guarda tenia:
Cuando lo vieron tendido
Creyeron muerto seria:
No le hicieron mal ninguno,
Antes mucho d'él dolian.
Tomáronlo por los brazos,
Sobre un paño lo ponian;
Agua le echan por el rostro,
Los ojos abierto habia.
Tantos regalos le hicieron
Que d'este mal guarecia.
Ese buen rey de Leon
Muy grande honra le hacia.
Por Castilla y por Leon
Fué loado á maravilla,
Por lealtad este alcaide
Y cuán bien se defendia.
Venido es Diego Lopez
De allende donde yacia,
El Castillo de Aguilar
Por suyo lo poseia.
Los hijosdalgos loaban
A Márcos, ant'él un dia:
El dijo: — Que era muy bueno
Y leal en demasía;
Mas que él queria su castillo,
Y ante todos lo pedia. —
Gran pesar Marco Gutierrez
Hobo de aquesto que via;
Túvose por denostado
De lo que Diego decia.
Fuése al buen rey de Leon,
Y contádose lo habia;
Pidiérale en gran merced
Que le diese el alcaidia
Del castillo de Aguilar,
Y qu'él volverlo queria
A Don Diego, cuyo era,
De quien él lo recibia,
Porque no fuese retado
Por alevoso algun dia:
El Rey le volvió el castillo,
Y á él mandado le habia
Que lo diese á Don Diego,
Que él se lo tomaria,
Y que aquesto ya cumplido
Su homenaje salvaria.
Ya tiene Márcos Gutierrez
El castillo á la su guisa:
Mensaje envió á Don Diego;
Que viniese le decia
A tomar el su castillo
Porque dárselo queria.
El dijo: — Que lo entregase
Al buen Rey que lo adquiria,
Qu'él le alzaba el homenaje
Que d'él hecho tenia,
Y que le daba por quito,
Y que bien cumplido habia,
Lo que debie á buen hidalgo,
Que gran loor merecia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Estos reyes son Alfonso VIII de Castilla, el Noble, y Alfonso IX de Leon (año 1177).

925.

BATALLA DE ALARCOS PERDIDA POR ALFONSO VIII CONTRA EL MORO ABENYUZA, Y MUERTE DEL ADELANTADO DON NUÑO

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

De allende la mar, el Rey
Abenyuza se partia:
Para contra los cristianos,
Con gran pujanza venia.
Muchos moros trae consigo
De á caballo y peonía.
Don Nuño, el Adelantado
En toda la Andalucía,
Por ese buen rey Alfonso
Que en Córdoba residia,
Salido le habia al encuentro
Junto á Ecija, esa villa,
Y los moros de Abenyuza
Muchos son en demasía.
Don Nuño trae sus vasallos,
Los que con él residian,
Que por no perder la tierra
Trae poca caballería;
No quiso aguardar las gentes
D'ese buen rey de Castilla.
Don Nuño como es discreto
Excusar la lid queria,
Viendo su poder ser poco
Contra tanta morería;
Mas algunos caballeros
Que están en su compañía,
Dijeron que pues las haces
Están juntas, que se vian
Los pendones desplegados,
Les será gran cobardía
No pelear con los moros;
Que era bien perder la vida,
Y que si no peleaban
Los moros ciertos serian
Que van huyendo y los dejan,
Gran corazon cobrarian.
A esta causa Don Nuño,
Con él toda su valía,
Firieron recio en los moros;
Mas todos pierden la vida.
Don Nuño y sus caballeros
Muertos en el campo fincan,
Despues de haber peleado
Con crecida valentía.
Abenyuza llegó al campo
Do la lid hecho se habia;
Halló á Don Nuño muerto,

Y al rededor de él yacian
Muertos muchos caballeros,
Los que su guarda tenian.
Mucho le pesó al rey moro;
De Don Nuño se dolia;
Quisiera tomarle vivo
Segun su gran valentía.
Cortárale la cabeza,
A Granada al Rey la envia;
Dijo que era la su parte
De esta lid, que se vencia.
Al Rey le pesaba mucho,
Que á Don Nuño bien queria.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

926.

BATALLA DE LAS NAVAS.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Triste estaba el rey Alfonso,
Que el Octavo se decia,
Gimiendo estaba y llorando,
Su ventura maldecia
Porque el Miramamolin
En Alarcos lo vencia;
Fué por culpa de los suyos,
Que no por su cobardía.
Morir quiso en la batalla
Antes que verla perdida.
Los suyos no consintieron,
Que el Rey mucho lo queria.
Por fuerza d'ella lo sacan;
Ningun consuelo queria;
Nadie hasta á consolarlo,
Su hijo ant'él parecia;
Llamábase Don Fernando,
Que el Rey otro no tenia.
— No vos acuiteis, buen padre,
Mostrad vuestra valentía,
Una vez todos muramos
Y no tantas cada dia.
A ese Miramamolin
Mensajero tú le envía,
Y llamadlo á la batalla;
De hoy en un año seria.
Por su cruzada al Padre Santo
Enviad, que os la daria,
Para que los que murieren
Sus almas Dios las reciba.—
El buen Rey tuvo por bien
Lo que su hijo pedia.
A Don Rodrigo, arzobispo
De Toledo, al Papa envia:
El Papa le concediera
Perdon para el que moria.
Al gran Miramamolin
El buen Rey lo desafia.
Antes de llegar el año
Don Fernando fallecia.
Gran pesar recibe el Rey,
La su muerte le dolia,
Porque es infante cumplido
En mañas y valentía;
Y aunque está muy angustiado,
Muy grande aparejo hacia.
En Toledo estaba el Rey,
Grandes gentes le venian.
Por hallarse en la batalla
El rey de Aragon venia,
Y el rey Sancho de Navarra
Y otra gran caballería.
Tambien vienen arzobispos
Y obispos en demasía.
Tambien vienen los concejos
De los pueblos de Castilla.
Duques, marqueses y condes
Venian á la porfía,
Con sus cruces coloradas
En los pechos por insignia.
El Rey partió de Toledo:
Y esta gente lo seguia.
Todos van bien ordenados,
Las sus banderas tendidas.
Combaten á Calatrava
Que los moros defendian,
Cristianos la habian ganado
Y los moros la perdian.
Sin armas y sin haberes
Las vidas les concedian.
Para el Miramamolin
Todos juntos se partian.
No iban los extranjeros,
Que á sus tierras se volvian.
Mucho le pesaba al Rey,
Y mostrado no lo habia;
Que el gran esfuerzo que tiene
Aquella falta encubria.
El rey moro lo ha sabido,
Gran placer d'ello tenia.
Súpolo de aljamiados
Que tenia por espías;
El buen Rey con la su gente
Muy en órden se ponia
Contra el Miramolin
Y de su gran morería.
Misa oyen los cristianos,
A Dios hacen rogativa;
Animan los capitanes
Cada cual á su cuadrilla.
Todos estaban armados
De frescas fuertes lorigas;
Una cruz resplandeciente
En el cielo parecia:
A buena señal lo tienen,
Cristianos á ella se humillan.
El rey Miramamolin
Su gente ordenado habia;
Puso en ellas sus caudillos,
Reyes moros que traia.
Al derredor de su tienda
Un muy gran corral hacia;
El muro era moros armados
Atados por las rodillas.
No pueden huir queriendo;
Cincuenta y un mil serian.
D'estotros todos son negros,
Armados á maravilla
De espadas, lanzas, ballestas,
Saetas en demasía;
Tres falanjes de cadenas
En derredor los ceñian;
Dentro están sus reyes moros,
Mas de treinta mil habia.
Al Miramamolin le guarda
Toda esta caballería;
Delante estaban las haces
De la otra morería:
Tantos son que no habia cuenta
En la gente que traia.
Ochenta mil de caballo,
Cincuenta la peonía,
El Alcoran ante sí,
Que era ley de la morisma;
La espada puesta al cuello,
Cubierto de un almegía.
Don Diego Lopez de Haro
Ante todos se ponia;
Dióle el Rey la delantera,
A moros arremetia:
Quebrantó por medio de ellos
Los cristianos los seguian.
Júntanse ambas batallas,
Muy grande es la vocería:
Los moros ya desmayaban
Y las espaldas volvian.
Gran matanza hacen en ellos,

El Miramamolin lo via,
El cual con muy gran esfuerzo
En su caballo subia.
Mandó tocar atambores,
Clarines tambien tañian,
Esforzábales el moro,
A grandes voces decia :
—Tornad á la lid los mios,
No mostredes cobardia.
No debeis desampararme;
Mal contado vos seria,
Que si la batalla pierdo
Aquí perderé la vida.—
Mucho se esfuerzan los moros
Con esto que dicho habia.
Fieren recio en los cristianos;
La lid es mucho ferida;
Los cristianos desmayaban,
Los que son de ruin valía;
Los buenos muy bien pelean,
Los ruines van en huida,
Arrastrando los pendones
Los vido el rey de Castilla.
A Don Rodrigo, arzobispo,
Díjole de aquesta guisa :
— Ruégovos que aquí muramos :
Vos, y yo con valentia.—
Toman lanzas en sus manos :
Teniendo van los que huian,
Diciendo :—Vuelta, cristianos,
Que huir es villanía.
Que mas vale honrada muerte
Que vivir por cobardía.—
Todos vuelven mal su grado
A ferir en la morisma.
El Rey dice á grandes voces,
Feridlos con gran porfia,
Vasallos y amigos mios,
Ningun moro quede á vida,
Que hoy muy gran prez y honra
Ganada por vos seria ;
Serémos ricos y honrados
Si haceis lo que yo hacia.—
Firió muy recio en los moros
Con la su caballería.
Parecia que salia fuego
Del suelo por donde iban,
Las yerbas estaban secas
Con la gran calor que habia.
Por los valles y collados
Retumba la vocería,
Y los golpes que se daban
Y clamores de heridas.
Do está el Miramamolin,
El rey Alfonso venia.
No puede romper los moros
Que tiene por su guarida.
Don Alvar Nuñez de Lara
La seña del Rey traia;
Cogió riendas al caballo,
Y de espuelas lo feria.
Salto dió sobre los moros
Que dentro el corral habia:
Lo mismo sus caballeros,
Los que detras d'él venian,
Quebrantaron el corral;
Muchos moros muerto habia.
A aquese rey de Aragon
El de Navarra seguia.
Entraron por otro lado,
Tambien el corral partian.
Castellanos y leoneses
Firiendo y matando iban;
La mortandad es muy grande,
Y la lid mucho ferida.
Los moros pierden el campo,
El Miramamolin huia,
Caballero en su caballo;
Muchas colores tenian.
Huye á mucho correr,
Cuatro solos lo seguian.
Los cristianos van matando
En los moros que ende habia.
Apellidando su nombre
El Rey con muy gran porfia,
Diceles : — Amigos mios,
Mi deseo se cumplia :
Con el esfuerzo de Dios,
Doblemos la valentia.—
Tan grande es la mortandad
Que en los moros se hacia
Que no hay por do pasar,
Los muertos lo defendian.
Fuyeron los que quedaron
Hasta Baeza, esa villa.
Los que están dentro en Baeza
Al Miramamolin decian,
Qué harán para escapar
De aquellos que le seguian.
Respondiérales su rey
Que consejo él no tenia,
Que muy mal lo podria dar
Pues para sí no lo habia.
Antes renovó el caballo,
Todavia va en fuida.
A Jaen habia llegado;
Toda su gente perdia.
En los muertos de caballo
Treinta y cinco mil habia;
Los de á pié doscientos mil.
Estos de la morería :
Ciento y quince los cristianos
Muertos en esta porfia :
Mucho oro y mucha plata
Ganaron en aquel dia.
Ocho dias no quemaron
Leña, sino el astería
De las lanzas y saetas
Que dejó la morería.
El Rey con sus caballeros
En el real se metian,
Y allí se halló una tienda
De seda bermeja, rica,
De muy extrañas labores
Labradas á la morisca.
A ese buen rey de Aragon
El Rey dado se la habia,
Y á Don Diego de Vizcaya
Que partiese le decia
Todo el haber de los moros
A su placer y su guisa.
Don Diego le dijo al Rey :
—Señor, á mí parecia
Que todo el haber de aquí
A los reyes se daria
De Aragon y de Navarra,
Que bien ayudado habian,
Y á vos, señor, doy la honra
D'esta lid que se vencia;
Lo demas hayan los vuestros
Cada uno como podia.—
El Rey se lo agradeció,
Por discreto lo tenia.
Esta fué la gran batalla
Que todo el mundo decia
De las Navas de Tolosa,
Donde Dios su cruz envia,
Donde al Miramamolin
Con deshonra lo vencian.
La era de mil y docientos
Y cincuenta años corria,
Lúnes catorce de julio,
Cuando el moro se perdia.
El Rey da crecidas gracias
A Dios y Santa María
Por esta tan gran victoria
Y gloria tanto cumplida.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

927.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

El Octavo rey Alfonso
Con muy gran caballería
Batalla tiene aplazada
Que fué de gran nombradía,
Con el Miramamolin
Que muy gran gente tenia.
En las Navas de Tolosa
Comenzaron la porfía.
Los cristianos se levantan
Un lúnes ántes del dia.
Misa habian oido todos,
Sacramento recibian.
Armados están en campo
Cada cual en su cuadrilla.
Una cruz muy colorada
En el cielo parecia,
Hermosa, respladeciente,
¡Gran consuelo les ponia!
Téneulo á buena señal,
Adorado la habian.
Don Diego Lopez de Haro
A su padre le decia:
—Diós el Rey la delantera,
Yo por merced os pedia
Como ansí padre y señor,
Peléis con valentía,
Y no me digan las gentes
Que de traidor decendia.
Miémbrescos la prez y honra,
Que en Alarcos se perdia;
Cobradlo os ruego por Dios,
Y por su Madre María:
Haréis á Dios gran emienda
Y él vos lo perdonaria
El gran yerro en que caístes
Cuando tal lid se vencia.—
Don Diego volvió sañudo
De lo qu'el hijo decia.
—Hijo te dirán de puta,
Que yo traidor no seria,
Que con la merced de Dios
Pelearé de tal guisa,
Que no haya causa ninguna
De decir lo que decias;
Mas yo veré como tú
Hoy á mí me aguardarias
En este lugar do estamos,
Pues engendrado te habia.—
Don Diego besó sus manos,
Muy gran perdon le pedia.
Díjole:—Padre y señor,
En esta lid que hoy se hacia
Serédes de mí aguardado
Cuanto padre no seria
De ningun hijo que huviese,
Como veréis este dia.
Entremos en la batalla,
Ya en ella verme queria.
«¡Dios ayuda y Santiago,
»Seguidme, que á ello iba!—»

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

928

AMORES DE ALFONSO VIII CON LA HERMOSA JUDÍA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Muerto era ese buen rey
Don Sancho el Deseado:
Gran llanto se hizo en Castilla,
Que era de todos amado.
Su hijo, el Octavo Alfonso
Sus reinos habia heredado,
Ese que venció en las Navas
De Tolosa al rey pagano,
Ese Miramamolin
De Marruecos tan nombrado.
Aunque el Rey es muy pequeño,
Los grandes de su reinado
Allá en Ingalaterra
Al Rey lo tienen casado
Con la hija de Don Enrique
Que d'ella es rey coronado.
En Búrgos se hacen las bodas:
Muchas gentes se han juntado:
Muy ricas fuéron y honradas,
Por ser tal el desposado.
El Rey con la su mujer,
A Toledo habia llegado;
Mas como amor es tan ciego
Al Rey habia engañado.
Pagóse de una judía;
D'ella estaba enamorado.
Fermosa habia por nombre,
Cuádrale el nombre llamado.
Olvidó el Rey á la Reina,
Con aquella se ha encerrado.
Siete años estaban juntos
Que no se habian apartado,
Y tanto la amaba el Rey
Que su reino habia olvidado.
De sí mismo no se acuerda:
Los suyos han acordado
De poner recabdo en ello,
En fecho tan feo y malo.
Acuerdan de la matar
Por ver su señor cobrado,
Porque lo tienen perdido
Y les será bien contado.
Fuéron donde estaba el Rey
Con la judía en su cabo:
Los unos hablan con él,
Los otros habian entrado
Donde estaba la judía
Sobre un muy rico estrado.
Matáronla luego allí,
Y á los que han con ella hablado.
El Rey que supo su muerte,
Triste estaba y muy cuitado:
No sabia qué se hiciese,
Que el amor demasiado
Que tenia á la judía,
Le ha del seso enajenado.
Sus vasallos le consuelan;
A Illescas le habian llevado.
Estando el Rey una noche
En la su cama acostado
Cuidando en la judía,
Un ángel le habia hablado.
—¡Aun cuidas, le dijo, Alfonso,
En el tu grave pecado!
Dios de tí gran deservicio
De tu maldad ha tomado:
No fincará de tí hijo;
Mas hija te habrá heredado:
Procura de á Dios servir
Porque te haya perdonado.
—Angel, respondió el Rey,
Ante Dios sé mi abogado:
Ya yo conozco mi culpa
Y conozco haber errado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

929.

MUERTE DE LA JUDÍA RAQUEL, MANCEBA DE ALFONSO VIII.

(De Fray Hortensio Paravicinio [1].)

En femenil sangre tinto,
Magüer que de otri, la espada

Está de hinojos Alfonso,
El lidiador de las Navas.
Cruda fieldad de los suyos
Con rebatosa asechanza,
Por guisar la pro del reino
Le ha menguado al Rey el alma.
De Raquel los amorios,
Porque vos miembre la causa,
A Alfonso tollian las mientes:
¡Qué mucho, si mucho amaba!
Homes buenos de Castilla
Cataron al Rey en caza,
Y entran concejeramente
En su palacio con armas.
Al lecho de Raquel llegan,
Y al pecho mas duro pasan,
Que por manos de homes buenos
Fizo á sabiendas la saña.
Ferida yace de muerte;
Pero no yace la fama,
Que á Alfonso tollia las mientes
Allá del monte en la estanza.
Somo de duenda paloma
Falcones sañudos cargan,
Y ende llega el mandadero
De la mengua ó la fazaña.
Cuitó en la paloma el Rey
El fecho ó la remembranza;
Que descomunales golpes
Fasta en los ecos maltratan.
Non plañe, non fabla Alfonso,
Ca la cuita soberana
Como embarga el corazon
Tira el pulso de la fabla.
Soldiendo, apremia el caballo,
Fasta Toledo non yanta;
Que sostentan los pesares,
Magüer que el sostento mata.
Ademas, tremiendo llega,
Ante el lecho finca en ansias,
Y á la ya mortal Raquel
Por su mesmo nome llama.
— Esta fué la caza, dice,
Que tan cucioso apañaba,
Pesqueri fieras del campo,
Non curé de las de casa.
¡Torcideros de Castilla,
Mal celosos de mi fama!
¿Qué vos mereció Raquel
De lo que Alfonso pecaba?
¡Si yo os empecí, firieran
Mi cuerpo vuestras espadas,
Non vos ficierades Dios,
Que hasta el alma misma mata!
¡Ay, angel, de aquesta guisa
Te ha parado mi amistanza,
Que la fermosura es culpa
Cuando abonda la desgracia! —
Fablándola ansina, besa
Las feridas que la acaban,
Para catar si por ellas
L'ánima que fuye falla.
Sonarla oia en el pecho
Con las postrimeras bascas,
Y de la sangre que alimpia
Las face en el llanto paga.
Ella los sus verdes ojos,
Magüer quiso abrir, non basta,
Porque nin color á Alfonso
Le quede ya de esperanza.
Tres vegadas estribó
En el codo, y tres vegadas,
Puñó para sé enhiestar;
Tres se revolvió en la cama:
Al fin con menguadas luces
Miró de Alfonso la cara.
Al... dijo, y calló con duda,
Si fabló á Alfonso, ó al alma.
Mano y faz ayuntar quiso,
Mas la muerte, al ayuntarla,
A entrambos tolló el conhorte,
Ella fina, él se desmaya.

(Arteaga, *Obras póstumas de.*)

[1] Hé aquí un romance escrito en tonto, sobre un asunto muy patético é interesante. A mil leguas se descubre la afectacion de usar el lenguaje antiguo por un poeta que no le conoce, y que cree usar de palabras viejas, porque no son las usuales modernas. Así se observa, entre las que usa, un grande anacronismo, por estar mezcladas las de una época con las de otras, sin atender que aquellas estaban olvidadas cuando las otras en uso. Fuera de esto, aunque las voces sean antiguas, no lo es la frase, la locucion ni el giro que usa para expresar los pensamientos. El autor del romance fué el famoso predicador fray Hortensio Paravicinio, y se publicó con sus poesías profanas, en una edicion póstuma, bajo el pseudo-anónimo de *Don Félix Arteaga.*

EPOCA DE ENRIQUE I.

930.

MUERTE DEL REY ENRIQUE I DE CASTILLA.

(De Juan de la Cueva.)

Grande llanto hace España,
No hay poderla consolar,
Por muerte del rey Enrique,
Muerto en su primera edad;
Primogénito heredero
Sucesor en el lugar
Del rey Don Alfonso Nono
Su padre, y solo en reinar,
Que nos dió tal sucesor
Cual d'él se debia esperar.
Mas la voluntad divina,
Que no se puede evitar,
Quiso qu'el Rey no reinase,
Y esta fué su voluntad;
Y al tercer año del reino,
Y al onceno de su edad,
Andando un dia jugando
En Palencia, esa ciudad,
El y otros pajes suyos
Descuidados de tal mal,
Un paje subió á una torre,
Y no queriendo hacer tal,
Derribó al suelo una teja,
Y acertó con ella á dar
Al tierno rey Don Enrique,
De que luego fué mortal.
Don Alvaro, ayo suyo,
Conde falso y desleal,
Viendo tal á su señor,
Luego que lo vió espirar,
Con una horrible inclemencia
Y con ánimo infernal,
Lo escondió en un castillo,
Sin darlo para enterrar,
No por encubrir su muerte,
Porque no diese pesar,
Mas porque su tiranía
No se pudiese estorbar,
Y pasase con su intento
Y su continuo robar.
El suceso doloroso
No pudo secreto estar
Sin que fuese manifiesto,
Y se viniese á aclarar
La inmatura y triste muerte
Que á España fué á despojar
De su Rey, y aunque fué rey
Mejorado en el lugar,
Que perdiendo mortal reino
Heredó reino inmortal;
En esto no perdió España,
Ni el Rey dejó de ganar,
Pues heredó reino eterno

Por el que dejó mortal,
Y el cuerpo sin sepultura
Al fin se vino á hallar,
Porque Doña Berenguela
Su hermana, tuvo órden tal,
Que descubrió donde estaba,
De donde con pompa real,
Con entrañable dolor
Y congoja general,
Haciendo aquel sentimiento
Digno a tan sumo pesar,
Juntas grandes dinidades
Lo llevaron á enterrar
Al monesterio de Búrgos
Qu'el padre fué á edificar,
Que hoy le llaman las Huelgas,
Donde estos reyes están.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

EPOCA DE FERNANDO III EL SANTO.

931.

CONQUISTA DE CÓRDOBA POR EL REY DON FERNANDO III.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Mal contentos son los moros
Que en Córdoba residian,
De Abenfué que era su rey,
Al cual muy mal lo querian.
Caballeros hijosdalgo,
Fronteros de Andalucía,
Adalides y Almograves,
Y cristianos que ende habia,
En Andújar se juntaban,
Contra Córdoba venian.
Hicieron gran cabalgada,
A muchos moros captivan;
De los captivos supieron
Como está de mala guisa.
No se vela ni se guarda,
Que deferencia tenian.
Los moros con sus mayores,
Y á cristianos no temian:
Los moros les prometieron
Que un muro les darian,
Y romper el arrabal
Que se nombra el Axarquia;
Y habidas estas dos cosas,
Cierta á Córdoba tenian.
Ordenaron sus escalas
Y sus señales ponian
Para escalarles el muro,
Por cualquier manera ó via.
Una noche muy oscura,
Que á todos quita la vista,
Muy asosegadamente,
Que nadie no los sentia,
Don Alvar Perez de Castro,
Pero Ruiz en compañía
Y con Martin Ruiz de Argote,
Con otra caballería,
Quedos llegaron al muro,
Mirando si los espian:
Unos á otros dijeron
Qué cuidaban, ó qué harian.
Diego Martin Adalid,
Respondido les habia:
— Pues aquí somos llegados
Caballeros de valia,
Hagamos todos la cruz,
Nos la tomemos por guia,
Encomendémonos á Dios,
Cierto él nos ayudaria,
Y pugnemos de acabar
Esto que hacerse queria.
Gran servicio era de Dios,
El Rey nos lo pagaria,
Echémos nuestras escalas,
Las que mas nos armarian,
Y los mas algarabiados
Suban por ellas arriba;
Lleven vestidos de moros
Que no los conocerian,
Tomen la primera torre,
Luego ayudados serian.—
Buen consejo pareció
Aqueste que dado habia:
Echado habian tres escalas,
Luego por ellas subian;
Uno es Alvaro Colodro,
Benito Baños seguia,
Tras ellos otros cristianos,
Que saben algarabía;
Ganaron luego una torre:
Cuatro moros que ende habia,
A todos los habian muerto
Que ninguno finca á vida.
Llegaron luego á otra torre,
Los que la guardan derriban
Por cima de las almenas,
Muerte luego recebian;
Hasta la puerta de Mártos,
Todo el muro conquerian.
Los cristianos han ganado,
Antes que viniese el dia,
Todo el muro con las torres,
Y tambien el Axarquia.
Abrieron luego una puerta
Por la cual entrado habia
Don Pedro Ruiz Tafur,
Con otra caballería.
Los moros dejan sus casas,
Huyendo van á la villa;
Los cristianos van tras ellos,
A muchos quitan la vida.
Gran pelea habia con ellos,
Ningun reposo tenian;
Cuitados son los cristianos,
Ayuda les fallecia,
Despachan sus mensajeros,
A ese buen rey de Castilla
Don Fernando, su señor,
Que en Benavente yacia,
Tambien á Don Alvar Perez
Que de Castro se decia,
Que estaba dentro de Mártos,
De allí tiene el alcaldia.
Apellidará Alvar Perez,
Los cristianos que podia;
A Córdoba parten todos,
A socorrer su cuadrilla.
El Rey recibió el mensaje,
Cuando ya comer queria;
Recibió mucho placer,
Muy gran placer y alegría;
No se quiso detener,
Para Córdoba partia;
Tras dél van los sus vasallos,
Que mandado se lo habia.
Seis caballeros llevaba,
Al cerco llegado habian;
Gran placer han los cristianos,
Que lacerados vivian;
Que á no venir el buen Rey,
Los que ganaron perdian.
Tuvo á Córdoba cercada,
Hasta que la conqueria
El Rey con sus ricos hombres,
Caballeros de valia,
Obispos y arzobispos,
Y los que al buen Rey seguian,
Todos juntos de consuno,
Entraron en la mezquita,
Y Don Juan, obispo de Osma,
Templo de Dios la volvia;

Consagróla el buen Obispo,
Llamóla Santa María;
Cantaron en ella oficios
En gran placer bendecian
A Dios, que fuera servido,
Que se ganase tal villa,
Tan noble como la mas,
Que en las Españas habia:
Dióle el Rey muy grandes rentas,
Obispo en ella ponia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

932.

DEFENSA DE MÁRTOS POR DIEGO PEREZ DE CASTRO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Por el buen rey Don Fernando,
Ese que ganó á Sevilla,
Don Alvar Perez de Castro,
A Mártos él la tenia:
Dentro tiene á la Condesa,
Dueñas en su compañía,
Y por guarda de la peña,
Puso á su caballería.
Cincuenta son hijosdalgo;
Don Tello que los regia,
Sobrino de Alvar Perez,
Caballero es de valía.
Partióse para Toledo,
Do el rey Fernando yacia
Para proveer á Mártos
Y á toda el Andalucía,
De pan y mantenimientos,
Entónces les fallecia.
Don Tello como es valiente,
Tierra de moros corria;
A Mártos dejaba solo,
No hay en él caballería,
Todos los llevó Don Tello,
Para entrar en la morisma.
Benalhamar rey de Arjona,
Vino con gran morería,
Sobre esa peña de Mártos;
Cerco sobre ella ponia:
Non hay quien se lo defienda,
Por no haber caballería.
La Condesa que se vido
Tan sola y sin compañía,
Temiendo su perdicion,
Gran ardid usado habia:
Cortó el cabello á sus dueñas,
A todas armar hacia;
Sacólas luego al andamio;
Con los moros combatian.
Cuando los moros las vieron,
Por varones las tenian;
No osaron llegar á ellas,
Mas el cerco la ponian.
Toda la peña cercaron,
Nadie entraba nin salia,
Por el gran poder de moros
Que en torno la peña habia.
Don Tello cuando lo supo,
Con toda su compañía
Vino á socorrer á Mártos,
Y á la Condesa su tia.
Visto el gran poder de moros
Que sobre Mártos habia,
En gran cuita está metido
Ninguno acuerdo tenia.
Gran pesar tenia dello,
Lo mismo su compañía,
Por no estar dentro de Mártos;
Que fuera bien defendida;
Que si la peña se pierde,
Gran mal á todos venia,
Porque era Mártos llave,
De la tierra en cercanía,
Y aquesa noble Condesa
De moros captiva iria,
Y con muchas hijasdalgo,
Que están en su compañía.
Non pueden entrar á ellas,
Si por medio non rompian
De todo el poder de moros,
Que la gran peña ceñian.
Non lo osan acometer
Viendo el peligro que habia.
Un caballero del Conde,
Natural es de Castilla,
Hermano de Garci Perez,
Que de Vargas se decia;
Diego Perez se llamaba,
Este que ansí decia;
—Caballeros, ¿qué cuidades?
Non mostremos cobardía;
De nos hagamos tropel
Contra aquesta morería:
A ellos arremetamos,
Firámoslos á porfía,
Para probar si podrémos
Subir á la peña arriba.
Fio en Dios lo acabarémos,
A él tomemos por guia,
Que si á la peña subimos,
Algunos d'esta valía,
Tales somos todos nos,
Que ella será defendida
Hasta que hayamos acorro
De aquese rey de Castilla,
Y los que de nos murieren,
Venderán muy bien su vida,
Y salvarán las sus almas
Con morir como morian,
Y harémos nuestro deber,
Como manda la hidalguía.
Yo digo que moriré
A mi vida bien vendida,
Antes que Mártos se pierda,
Ni la Condesa captiva
Con tantas de hijasdalgo
Que están en su compañía.
Si lo tal acaeciese,
Yo mismo me mataria,
Si los moros no lo hiciesen,
En ver que tal se perdia.
Todos serémos reptados
Por hombres de cobardía:
Si fincásemos nos vivos,
Gran baldon á nos seria,
Ni ante el rey Don Fernando
Yo jamas pareceria,
Ni ante Don Alvar Perez,
Segun la vergüenza habria.
Todos somos hijosdalgo,
Acordárseuos debria
Lo que debemos hacer
Para no usar villanía,
Que por medio de la muerte,
Ninguno temer debria,
Porque la vida se pasa,
La fama siempre vivia.
No se pierda tan buena cosa,
Como Mártos y su villa,
Antes muramos nosotros
Ninguno non quede á vida.—
Mucho le plugo á Don Tello
De lo que Vargas decia:
Díjole: — Don Diego Perez
Razonaste á mi guisa,
Y como buen caballero
Que lo sois y de valía:
Si estos que están con nusco
Quieren hacer valentía,
Sigannos como esforzados,
Ganarán gran nombradía.—

Don Tello y Don Diego Perez
Arremeten á porfía,
Por en medio de los moros;
Los otros van en su guia.
Rompieron por medio d'ellos,
Subieron la peña arriba;
Fué el primero Diego Perez,
¡Gran honra ganó aquel dia!
El rey moro que lo vido,
El cerco quitado habia.
Por el esfuerzo de Vargas,
Que no mostró cobardía.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

933.

CERCO DE JEREZ, DONDE DIEGO PEREZ DE VARGAS GANA EL APELLIDO DE MACHUCA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Jerez, aquesa nombrada,
Cercada era de cristianos:
Cercóla el infante Alfonso,
Hijo de Fernando el Santo.
Allí está Don Alvar Perez
Que de Vargas es llamado,
Y Diego Perez de Vargas,
Y otros nobles hijosdalgo.
La tierra toda la corren,
A Palma habian ya ganado,
Captivaron muchos moros,
De muertos cubren el campo.
Abenyud, ese rey moro,
Muy gran dolor ha tomado:
Apercibiera su gente
Los de pié y los de caballo:
Tantos eran de los moros,
Que hay veinte para un cristiano.
Trabaron sangrienta lid,
Muy recio se van matando,
Muy ferida es la batalla,
Los moros huyen del campo.
Santiago, el buen apóstol,
Es el que los va matando:
Gran compaña trae consigo,
Las armas todas de blanco.
Tras dellos va Diego Perez,
Por fuerte se ha señalado;
Andando por la batalla
La lanza se le ha quebrado;
Tambien se quebró su espada,
No tiene armas en su mano.
Llegado se habia á un olivo,
Un grueso ramo ha quebrado
Hecho á manera de porra;
A la lid habia tornado.
Matando iba en los moros,
Mal los iba lastimando,
Al moro que una vez hiere,
No es menester ser curado.
Discurre por la batalla,
Hiriendo iba y matando:
Cuando lo vido Alvar Perez,
Gran placer habia tomado;
Agradábanle los golpes,
Que Diego Perez va dando,
Díjole: — Diego, machuca,
Machuca como esforzado,
No nos quede moro á vida,
Todos mueran á tu mano.
Vencidos quedan los moros,
Vencidos y amedrantados,
Jamas alzaron cabeza,
Ni esfuerzo contra cristianos.
Llamáronle á Diego Perez,
De Machuca el afamado;
De aquel dia en adelante,
Este renombre le han dado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

934.

HAZAÑA DE GARCI-PEREZ DE VARGAS EN EL CERCO DE SEVILLA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Cercada tiene á Sevilla
El santo rey Don Fernando,
El tercero de este nombre
De los reyes que han reinado.
Su gran real tiene puesto,
En Tablada, aquese llano.
Mandado ha sus caballeros
Los que ha por mas esforzados,
Que vayan á los berberos
En guarda de los cristianos,
Que son idos por herbaje
Para dar á los caballos,
Porque no vayan los moros
A ferirlos ó á matarlos.
Los caballeros del rey
Cumplieron luego su mando:
Quedó solo Garci Perez
De Vargas, el muy nombrado.
Muy temido es de los moros,
Que bien los ha castigado:
Con él iba un caballero,
Que su nombre no es hallado,
Y un escudero de Vargas,
Que lo iba acompañando.
Siguiendo por su camino
Moros los han divisado:
Siete caballeros eran
Los que los han atajado.
El que va con Garci Perez
Ansí le habia hablado:
—Volvámonos, caballero,
Al real del rey Fernando,
Que no somos sino dos,
Siete son los renegados.
Muy gran locura seria
Que queramos aguardallos,
Porque aquí nos matarán,
No bastamos á excusallo.—
Respondióle Garci Perez:
—No temais, sed esforzado,
Que non osarán los moros
Atendernos en el campo:
Sigamos nuestro camino
Aquí voy yo á vuestro lado.—
No aprovecha á Garci Perez
El esfuerzo que ha mostrado
Para quitar el pavor
Que el caballero ha cobrado.
Dejó solo á Garci Perez,
Y al real se habia tornado.
El Rey que todo lo vido
A los suyos ha mandado
Que algunos de ellos se armen,
Y con ánimo esforzado
Ayuden al caballero
Que solo quedó en el campo,
Porque los moros son siete
Y á él solo van acosando.
Don Lorenzo que lo oyó
Lo que el Rey habia ordenado,
Y conoce á Garci Perez
En las armas que iba armado,
Respondióle: — Buen señor,
Vuestro mando es excusado,
Porque aquel buen caballero,
Que tal esfuerzo ha mostrado,
Es Garci Perez de Vargas
El valiente y esforzado;
Que para tan pocos moros
No es menester ayudarlo:
Si los moros lo conocen
No osarian aguardallo,
Cuanto mas acometello
Ni aun parar en todo el campo.

Y si menester lo hobiere
De nos seria ayudado,
Aunque primero verémos
Cuánto es su esfuerzo sobrado.—
Don Garci Perez se armó,
De sus armas se habia armado
Que traia su escudero;
Púsolo junto à su lado.
La capellina se enlaza,
La cofia se le ha quitado:
En el suelo se cayó
Que en ello no habian mirado.
Siguiendo por el camino
Los moros lo habian cercado,
Y cuando llegaron cerca
Conociéronlo priado,
En las armas que traia
En las lides donde ha entrado,
Do vieron matar los moros
Y en ellos hacer estrago.
No osaron acometerlo
Temiendo su fuerte brazo.
Haciendo van algazaras,
Par dél iban trebejando:
Con muy grandes ademanes
Procuraban de espantarlo.
No osan llegar a él,
Que gran temor han cobrado.
Los moros cuando le vieron
Que iba tan denodado
Volvieron por el camino
Do la cofia habia quedado.
Garci Perez que se vido
De los moros apartado,
Quitado se habia las armas,
Y la cofia no habia hallado.
Luego se tornaba á armar
Y á buscarla habia tornado;
Por do primero viniera
La cofia iba buscando,
Que no puede andar sin ella
Por que era mucho calvo.
Don Lorenzo que lo vido
Con el Rey estaba hablando,
Dijole:—¿No veis, señor,
A Garci Perez tornado
A pelear con los moros
Pues que ellos no han osado?—
Cuando los moros le vieron
El campo habian dejado;
No le osan aguardar,
Que gran pavor han cobrado.
Hallado habia la cofia,
Adonde iba ha llegado.
Venido que fué al real
El buen Rey le ha preguntado,
Cuál fuera aquel caballero,
Que lo dejara en el campo.—
Respondió que no sabia
Ni por él habia mirado;
Aunque bien lo conoscia;
Mas hizolo como hidalgo:
Non queria tomase mengua
Nin que fuese denostado.
El Rey tiene á Garci Perez
Por valiente y esforzado,
Y por muy buen caballero
Aumentador de su Estado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

935.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Estando sobre Sevilla
El rey Fernando el tercero,
Ese honrado Garci-Perez
Iba con un caballero.
Solos van por un camino,
Solos van por un sendero;
Siete caballeros moros
A ellos venian derechos.
Dijo aquel á Garci Perez:
—No es bien que los aguardemos,
Que dos solos poco somos
Para siete caballeros.—
Respondiera Garci Perez:
—No es aqueso de hombres buenos;
Mas si vos quereis seguirme
A todos los romperémos.—
Su compañero no quiso [1]:
Las riendas vuelve partiendo.
Pidió García sus armas
Que las lleva su escudero.
Don Lorenzo Galfiuaz
Y el Rey están en un cerro:
Don Lorenzo dijo al Rey:
—Veo solo un caballero,
Que si los moros le atienden
El hará un hecho muy bueno.
Veréis si no le conocen
Un escogido guerrero.—
A punto va Garci Perez,
Su camino va siguiendo;
Los moros en un tropel
Ademanes van haciendo.
Por medio d'ellos pasaba [2]
Sin que conozca miedo:
En las armas le conocen
Y no osaron atendello.
El se va por su camino;
Pero una cofia echa ménos [3]
Que so el capello traia [4],
Y sin dudar un momento [5]
Acuerda volver por ella,
Hasta do se puso el yelmo
El escudero llorando
Dijo:—Non fagades eso [6]
Que la cofia vale poco,
Y podeis perderos cedo.—
—Espera aquí, non te cures
Que es cofia de mucho prescio,
E labrada por mi amiga;
Non la perderé si puedo.—
Volviendo por do viniera
Alcanzó los moros presto;
Ellos que bien lo conocen
Non osaron atendello.
Alli hallara su cofia,
Vuelvese con ella cedo.
Dijo el Rey á Don Lorenzo:
—¡Ay, Dios, que buen caballero!

(*Códice del siglo* XVI, *que es un Repartimiento de la conquista de Sevilla.*)

[1] En el Códice dice: No quiso su compañero.
[2] En id. dice: Pasase por medio de ellos.
[3] En id. dice: Echa menos una cofia.
[4] En id. dice: Que trahia so el capello.
[5] Este verso es añadido.
[6] Dice: dijo: non fagais eso.

936.

GARCI PEREZ DE VARGAS COMBATIENDO LOS MOROS DE TRIANA, PRUEBA Á UN INFANZON, QUE SE LO NEGABA, QUE ES DIGNO DE LLEVAR EL BLASON QUE TENIA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

El Santo rey D. Fernando
De tan alta nombradia,
El que á Sevilla ganó
Con toda el Andalucia,
El castillo de Triana
El buen Rey lo combatia,
Con muy nobles caballeros,

Valientes á maravilla.
Alfonso, Enrique y Fadrique,
Sus hijos, que allí tenia,
Con el maestre de Ucles,
Pelay Correa se decia;
Tambien Don Rodrigo Flores
De clara genealogía:
Pero Ponce de Leon
De clara sangre y antigua;
Don Alfonso de Meneses,
Que Tellez tambien habia,
Y Garci Perez de Vargas
Fuerte de gran valentía,
Que por los sus hechos grandes
Gran fama cobrado habia,
Mucho se ha señalado
En lo que el Rey conqueria:
Es tenido por tan bueno
Que su par no hay en Castilla,
Y combatiendo el castillo
Un infanzon ahí venía,
Para servir al buen Rey
En el cerco que tenia,
Cuando vió que Garci Perez
Sus propias armas traia;
Blancas y cárdenas ondas
Son las señas que vestia.
A los que están en el cerco
Con soberbia les decia,
Que haria que las dejase
Porque no las merecia,
Y que solo él era aquel
Para quien pertenecian,
Y que ante el rey Don Fernando
Sobre ello le reptaria.
Sabido lo ha Garci Perez;
Disimulado lo habia,
Y combatiendo el castillo
Muy mas recio que otro dia,
Vargas con el infanzon
A las barreras venían.
Allí llegaron los moros,
Que muy bien lo defendian;
Mataron ya cuantos hombres
Cristianos que allí habia.
Garci Perez que lo vido
Su caballo arremetia,
Firió de su lanza un moro,
Muerto en tierra lo ponia;
Los otros dejan la plaza,
El muy recio los seguia,
Por las puertas los metió
Con ánimo y valentía;
Los moros vieron ser pocos
Aquellos que los seguian;
Tornaron á la batalla,
Pelean con agonía:
De moros y de cristianos
Muchos mueren á porfía:
Delante está Garci Perez,
Unos mata, otros heria,
A todos los moros juntos
El solo los resistia:
Diéronle tantos de golpes
En su escudo y capellina,
Que las ondas y señales
Ninguna se parecia;
Venciera á todos los moros,
Embarrados los tenia
Dentro del fuerte castillo,
Que ninguno fuera habia:
Cuando vido que no hay moro
A quien mate y á quien hiera
Volvióse allí do primero
Se comenzo la porfía;
Vido estar al infanzon
Donde dejado lo habia.
Sanas tenia las ondas
Que por señales traia,
Frescas están y doradas,
Nuevas, que bien relucian.
Cuando así lo vido estar
Esta razon le decia:
—En tal lugar cual vos veis
Meto yo las ondas mias,
Do las tratan á tan mal
Como vos veis por la vista.
Otra vez si á Dios pluguiere
Irémos en compañía,
A hacer otra espolonada,
Como esta que hecho habia,
Pues estan mas relucientes
Mas sanas y sin heridas
Que en vos tienen mejor guarda
Que en mí ellas las tenian.—
Mucho pesó al infanzon
De lo que Vargas decia,
Creyendo que Garci Perez
Calumniárselo queria,
Y con turbado semblante
Tal respuesta respondia:
—Las ondas son venturosas
En traer tal compañía,
Y en tener tan buen señor
Como vos que las vestia;
Honraldas bien como siempre
Las honrais con valentía;
Por vos valdrán ellas mas
Que hasta aquí valido habian.
Yo vos ruego, buen señor,
Que si errado os habia,
Pues sois tan buen caballero
Perdoneis mi liviandía,
Que si yo vos conociera
Lo que dije non diria;
Dijelo por inocencia,
Porque non vos conocia.—
Humillóse Garci Perez
D'esto que dicho le habia,
Porque es muy mesurado
Y el perdon le concedia.
Sabido lo habia el Rey,
Muy gran gozo recibia;
Loaba la prez y esfuerzo
Que Garci Perez tenia,
Juntamente la mesura
Y bondad que en él habia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Garci Perez de Vargas es uno de los caballeros mas célebres y populares de España, que concurrieron con Fernando III á la reconquista de Córdoba y de Sevilla. En la puerta de Jerez de esta ciudad he visto esculpidos los siguientes versos que no sé si existen aun.

Hèrcules me edificó,
Julio César me cercó
De muros y torres altas,
Y el Rey Santo me ganó
Con Garci Perez de Vargas.

937.

ALBAHACEN, REY DE GRANADA, NIEGA EL TRIBUTO Y PARIAS Á FERNANDO III.

(*De Juan de la Cueva.*)

El soberbio Albahacen
Rey coronado en Granada,
Nuevo mensajero envía
Con una altiva embajada
Al Santo rey Don Fernando,
Por que d'él le fué negada
La tregua, que fué á pedille
Mandándole dar las parias
Que de sus antecesores
A Castilla eran pagadas.
D'esto, el bárbaro se indigna,
Y ardiendo en soberbia saña

Manda al punto al mensajero,
Que sin detenerse parta,
Y le lleve la respuesta
De aquello que demandaba.
Obedece al Rey el moro,
Muda la posta causada;
Pone tanta diligencia,
Que á la segunda jornada
Vino á hallarse en Sevilla
Donde el Santo Rey estaba,
Y enviando su recaudo
Licencia á entrar le fué dada.
Entró el moro, y no alterado
Viendo al Rey, así le habla.
—Hali Albahacen mi rey
A ti, señor, me enviaba,
Por segundo mensajero
De la primera embajada,
El cual te envió á pedir
Treguas, y le fué enviada
Por respuesta, que enviase,
Cual los otros reyes, párias.
El responde á lo que pides,
Que en su tierra no se labra
Metal de plata ni oro
Con que se haga tal paga,
Que los reyes sus pasados,
Que las párias te pagaban,
Que ya todos eran muertos,
Y así, que este censo acaba,
Y que en su tiempo no arde,
Para hacer moneda, fragua;
Que solo se bate acero,
Y forjan hierros de lanzas,
Saetas, yelmos y escudos,
Dardos y agudas espadas,
Con que quitarán el pecho
Que tu Alteza le demanda.
Esta respuesta te traigo,
Que el Rey, mi señor, te daba.—
Cesó el moro, y muy gallardo
Miró á todos á las caras,
Y con soberbio denuedo
Empuñó la cimitarra.
Los que allí estaban, de oillo,
Y de ver su altivez vana,
No pudiéndola sufrir
Fuéron movidos de saña,
Y refrenáronla viendo
Al Rey que ante ellos estaba.
Mas el valeroso Rey,
Viendo la gente alterada,
Conociendo la braveza
De la no vencida España,
Los valientes corazones
Que nada les acobarda,
Mandó sosegar á todos,
Y al mensajero así habla:
—Vuelve, moro, á tu rey moro,
Y dile, que á mí me agrada
Que en él haya tanto brio,
Que me niegue mi demanda,
Porque acaben ya estas treguas,
Habiéndome él dado causa;
Mas que de su vano orgullo
Habrá la debida paga:
Que labre lanzas y escudos,
Que acicale y forje espadas,
Que todo lo ha menester,
Pues Castilla es su contraria,
Y que yo le iré á buscar,
Y veré dentro en su Alhambra:
Que se aperciba y pertreche,
Y me aguarde allá en Granada,
Do las párias que me niega
El me las dará dobladas.

(CUEVA, *Coro Febeo.*)

EPOCA DE ALFONSO X, LLAMADO EL SABIO.

938.

ALFONSO X DICE A SU MERINO CÓMO HAN DE MANDAR LOS REYES PARA SER OBEDECIDOS Y AMADOS.

(*Anónimo* [1].)

Al sabio rey Don Alonso
Por vello tan humildoso
Y afable con sus compañas
Su Merino así fablólo:
—¿Por qué, nobre señor nueso,
Siendo rey tan poderoso,
A guisa de hombre llano
Vos endonais todo á todos?—
Conocida su caloña
El sabio Rey replicólo:
—Atended, el mi Merino,
Non caloñeis de ese modo:
Porque todos se me endonen,
Amigo, á todos me endono;
Que la aspereza en el rey
Mezcla homecillos é odios.
Non lo quiera el Señor Dios
Que el que á muchos manda, solo
Con pocos se comunique
Dejando a muchos quejosos.
Amor del buen infanzon
Al señor tiene en reposo,
Pues gravedad non conserva
Lo que faz trato gracioso.
Tenudo es dar sojecion
Al rey su gentío acucioso,
Y el rey hará igual justicia
Con trato manso, honoroso.
En las leyendas de Roma
Departia un Marco Porcio,
Ser aquel pueblo perpetuo,
Sin perder jamas su trono,
Do falla el rey obediencia
Por su talante amoroso:
Que del amor del caudillo
Nace el siervo fiel cuidoso.

(*Romancero general.*)

[1] Aunque en lenguaje antiguo, parece este romance de la penúltima ó última década del siglo XVI.

939.

ENTREGA ALFONSO X Á SU PRIMA MARTA, EMPERATRIZ DE CONSTANTINOPLA, TODO EL TESORO QUE NECESITA PARA RESCATAR Á SU ESPOSO BALDUINO, CAUTIVO DEL SOLDAN DE EGIPTO.

(*Anónimo.*)

De la gran Constantinopla
Su Emperatriz se partia:
A Búrgos habia llegado
Do está el buen rey de Castilla.
Don Alfonso era llamado,
Hijo del rey que á Sevilla
Conquistó como valiente
Con toda el Andalucía.
Treinta dueñas trae consigo;
Todas de negro vestian:
El Rey y otros caballeros
Salieron á recebilla.
Hizole toda la honra
Que á su estado convenia,
Llevárala á su palacio
A do la Reina vivia.
Mucho le plugo á la Reina,
Con ella placer habia;
La mesa mandó poner,
Y la Reina la convida.

Respondió la Emperatriz
Que á mesa no comeria:
La Reina pidió la causa,
Ella luego respondia:
—Tú, Reina, estás en tu honra,
Y esta á mí me fallecia;
Tú estás con el tu marido,
Yo triste no lo tenia;
El tuyo está en libertad,
El mio preso yacia;
Ausente de la su tierra
El Soldan me lo tenia.
Quintales cincuenta en plata
Por su rescate pedia,
El Papa me diera el tercio
Que demandado le habia,
Otro tanto el rey de Francia
A mí me lo concedia.
Nuevas me dieron del Rey
Que por marido tú habias,
Loaron la gran nobleza
Y la bondad que tenia.
Véngole á pedir socorro
Como á Rey de gran valía
Para librar mi marido
De la crecida fatiga
Que padece en captiverio
Como contado te habia,
Y hasta que haya la respuesta
A mesa no comeria.—
La Reina lo dijo al Rey,
Y el buen Rey le prometia
Por su fe y real corona
De cumplir lo que pedia,
Y que comiese á manteles
Porque él lo proveeria.
Entónces la Emperatriz
En los manteles comia
A la mesa de la Reina
Con gran placer y alegría,
Y aquese buen rey Alfonso
Dende al veinteno dia
Toda la suma de plata
Le diera que prometia,
Con que al Papa y rey de Francia
Diese lo que recibia.
Con este haber fuera libre
El que captivo yacia.
Publica el Emperador
La bondad que el Rey tenia,
Juntamente la franqueza
Y valor que en él habia;
Sonando por todo el mundo
La fama que dél corria.
Muriera el rey de Alemaña
Cuando aquesto acaecia,
Y en concordia al rey Alfonso
Para su rey lo elegian,
Porque era merecedor
D'esto y de mayor valía.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

940.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Celebrando están las bodas
Del príncipe Don Fernando,
Primogénito heredero
Del rey Don Alfonso el Sabio:
Toda la ciudad de Búrgos
La fiesta solemnizando,
Con alegres invenciones
General placer mostrando,
Sin ocuparse la corte
Sino en placer, y así estando
Ante el Rey llena de luto
Una señora ha llegado,
Y con ella muchas dueñas
Cubiertas de negros paños,
Los rostros todos cubiertos,
Haciendo excesivo llanto.
La Emperatriz á quien siguen
Las lágrimas apartando,
Puesta ante el Rey de rodillas
Así dice sollozando:
—Gran señor, yo soy venida
Tu gran favor procurando,
Confiada en tu nobleza,
Que mi lastima escuchando
Por tí será remediada,
Y mi mal será acabado,
Viendo á mi final intento
El fin próspero en que ando:
Y es que yo só Emperatriz,
Que tengo mi asiento y mando
En la gran Constantinopla,
Cuyo imperio contrastando
El soldan de Babilonia
A mi marido ha apresado.
Tiénemelo en cativerio,
Y ha conmigo concertado
Le dé cincuenta quintales
De plata, y me será dado.
Viendo yo que mi posible
No puede lo demandado,
Heme dispuesto á pedir
Su rescate entre cristianos.
El Papa me manda el tercio,
El rey de Francia otro tanto,
Y así vengo á tu presencia
A pedir que me dés algo,
Porque mi marido salga
De poder de los paganos,
Y venga él y su imperio
A servirte cual vasallo.—
Habiendo el rey Don Alonso
Oido lo demandado,
Levantándola del suelo
D'este modo le ha hablado:
—Por cierto que tu tristeza
A mí me pone en cuidado,
Y que una tan gran señora
Venga á verse en tal estado
Que ande pidiendo limosna
Cual tú, así peregrinando
Por tan desviadas tierras
Tantas miserias probando,
En lo cual solo te pido,
Porque acabe tu cuidado,
Que me jures de volver
Cuanto el Papa y Rey te han dado,
Que de toda la cantía
De pagarla yo me encargo,
Porque tu marido veas
Con libertad, en su Estado.—
La Emperatriz, que esto oye,
Las manos le demandando,
Le prometió lo pedido,
Y así el Rey luego ha mandado
Que los cincuenta quintales
De plata le sean dados,
Con que la Emperatriz luego
Su marido ha rescatado,
Celebrando la grandeza
Del rey Don Alfonso el Sabio,
Llamándole juntamente
El rey Don Alfonso el Franco.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

941.

ALFONSO X Y LA DUQUESA DE LORENA.

(*Anónimo.*)

Ante el noble rey Alfonso
Igual justicia demanda

La gran Duquesa llorando
De sus desdichas la causa,
De su estado la fortuna
Temerosa y envidiada,
Y temiendo el daño inmenso
Aquestas razones habla.
«¡Ay mujer desdichada,
»Qué temerosos hados te acompañan!»
Víme en el excelso trono
Donde la nobleza pára,
Ajena de propios daños,
Que ajenos daños lloraba;
Pero ya lloro los mios,
Y si entónces los lloraba,
Agora lloro de verás,
Que lloro burlas del alma.
«¡Ay mujer desdichada!» etc.
No es ausencia el mayor mal,
Que si estriba mi esperanza,
Suele durar tanto el bien
Cuanto el desengaño tarda:
Es que siendo yo quien soy,
Quiera el cielo y mi desgracia
Qu'en ajenas manos viva
Mi fortuna y mi desgracia.
«¡Ay mujer desdichada!» etc.
Libre fui, cautiva vivo,
Tan señora, como esclava;
Vendióme mi propia sangre
Y compróme mi propia alma,
Esclava del alma soy,
Y en sujecion tan honrada,
Los hierros que me pusieron
Son yerros de una mudanza.
«¡Ay mujer desdichada!» etc.
Solo un bien hallo en mis males,
Que me consuela y me mata,
Verme sujeta á mi gusto
Y ántes viuda que casada.
Al fin son lances forzosos
Los que del cielo se aguardan,
Y la prudencia es gran bien
En las mayores desgracias.
«¡Ay mujer desdichada!» etc.
Yo sola soy la que lloro
De tantos males la carga:
Duélete de mí, buen Rey,
Que como mujer soy flaca.
Si en dura prision me afliges
Hoy con lo que ayer me honrabas,
¡Ayer casada y hoy viuda!
¡Puede haber mayor desgracia!
«¡Ay mujer desdichada!» etc.
Dame, católico Rey,
Mi marido, luz del alma,
Flor de la misma nobleza,
Firme columna de España;
Y si como juzgas cuerpos
Las bellas almas juzgaras,
Sabiendo de alma y de bien
Vieras que es bien mi alma.
«¡Ay mujer desdichada,
»Qué inexorables daños te acompañan!»

(*Romancero general.*)

942.

OBSTINADA DEFENSA QUE GARCI-GOMEZ CARRILLO HIZO DEL ALCÁZAR DE JEREZ CONTRA LOS MOROS.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

A todo el reino de Murcia
El buen Rey lo ha conquistado:
Ganáralo Don Alfonso
Hijo del santo Fernando:
Poblado quedó de moros,
Que al Rey quedan tributarios.
Albohajer que es rey d'ellos
Mal contra el Rey lo ha pensado.
Al rey moro de Granada
En secreto habie enviado
Qu'él con los vasallos suyos
En un dia señalado
Se levanten contra Alfonso
Y mataran sus cristianos,
Y que ganaran las tierras
Que Alfonso les ha quitado,
Y que así él haga la guerra
Muy cruel en su reinado.
El moro tuvo por bien
El consejo que l'es dado:
Todos se alzan contra Alfonso,
Muchos castillos cobraron;
Ganan Jerez y Lebrija,
Utrera tambien y Arcos
Cristianos mataran muchos
Los alevosos malvados.
Del alcázar de Jerez
Es alcaide un buen hidalgo,
Don Garci Gomez Carrillo,
Caballero muy honrado.
Cercaron á Garci Gomez
Y á todos los de su bando,
Muchos moros de Aljeciras
Y de Tarifa en su cabo,
Y muy afincadamente
De combatir no han cesado
Los dias, tambien las noches,
Y el alcázar han tomado.
Garci-Gomez y otros seis
Escuderos esforzados
Acogiéronse á una torre
La mas fuerte que han hallado.
Los moros, como crueles,
A los demas han matado.
Cercaron luego la torre
Do el alcaide se habia entrado,
Quemaron las puertas d'ella,
Matan los que le han quedado.
El caballero animoso
La guarda solo en su cabo;
No se la pueden ganar
Que peleaba muy bravo;
No lo quieren matar moros
Viendo qu'es tan esforzado:
Trajeron ganchos de hierro
Para lo prender priado.
Trabábanle por la carne,
Sacábanle los pedazos;
No quiere darse á prision
Morir sí, no captivado.
Tantas veces lo asieron
Que preso lo habian tomado;
Ganado habian el alcázar,
Mas el Rey lo habie vengado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

943.

ELOGIO DE ABENUT, VENCEDOR DE LOS ALMOHADES DE MURCIA, CUYA DESCENDENCIA VINO Á REINAR EN GRANADA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

El cuidoso labrador
Toma la hoz encorvada,
A quien el délfico Apolo
Con sus nuevos rayos llama,
Y el leñador en la sierra
Al excelso pino amaga
Haciendo por todas partes
Eco el golpe de la hacha,
Cuando el valiente Abenut
A quien celebra la fama,
Esparciendo por el mundo
Sus inauditas hazañas;
Dignísimo descendiente

De la sangre antigua y clara
Del poderoso Marsilio
Que de Francia libró á España:
Él que la ciudad augusta
Poseyó, donde las plantas
Puso la Virgen sin par,
En aquella piedra santa,
Y del fuerte Abenalfage
Último rey d'esta casa,
Aspirando á su grandeza
Que por mil partes le llama,
En un trabado andaluz
Por la campaña murciana
Viene con gallardo brio
Vibrando una rica lanza.
Y en Ricot, castillo fuerte
Sus estandartes levanta,
En cuyos campos se muestra
De negro una estrecha banda,
Cuyos extremos dos sierpes
Con abiertas bocas traban
En un dilatado espacio
De blanca bruñida plata,
Y un misterioso letrero
Que en arábigo declara:
«Solo Dios es el que vence,
»Que no la espada ni lanza.»
Juntó Abenut grueso campo
De la gente mas cursada
En el bélico ejercicio,
De Murcia y de sus comarcas,
Y despues de mil reencuentros
Y batallas porfiadas
A los fuertes Almohades
Degolló y echó de España;
Que con inquietos bullicios
Y novedades extrañas
Le alborotaban la tierra,
Y el reinar le perturbaban.
Pero la varia fortuna
Que nunca en su curso para,
Dilatando pocas veces
Sus ejecutivas pagas,
Dispuso que en Almería
Cierta gente conjurada
Le diese alevosa muerte
Con ignominiosa traza.
Dejó el valeroso Rey
Una bella tierna Infanta,
Y dos jovenes briosos,
Que al fuerte padre imitaban;
Por donde claro se prueba
La comun regla ordinaria
De engendrar los fuertes, fuertes
Como el poeta declara.
Hicieron famosos hechos
Como las historias cantan;
D'ellos vino Abenazar
Que despues reinó en Granada.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias* &c.)

944.

ALFONSO X CONQUISTA Á NIEBLA, DE LOS MOROS.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Cercado está Benfamot,
Cercado en Niebla su villa
Por el rey Alfonso el Sabio
Mas de ocho meses habia.
La villa es muy torreada,
Muy fuerte cerca tenia,
Toda labrada de piedra
Y demas bien bastecida.
Muchos moros tiene dentro
Que muy bien la defendian.
Gran voluntad tiene el Rey
De quebrantar la morisma,
Que si Niebla se ganaba
El Algarbe ganaría.
Gran dolencia hay en la hueste
De cristianos que ahí yacian,
Causada de muchas moscas
Que sobre el real venian.
No pueden comer viandas,
Defenderse no podian;
Muchos estaban dolientes
Y otros la vida perdian.
Ya quieren alzar el cerco
El buen Rey y su valía,
Porque á causa de las moscas
Las gentes le fallecian;
En el real hay dos frailes
Y ansí al buen Rey le decian:
Que no quite el cerco á Niebla
Por Dios y Santa María,
Pues está casi ganada
Y mal contado seria,
Que si agora la dejase,
Moros la bastecerian,
Y labrarian los muros
Que derribado se habian,
De manera que jamas
A tal estado vernian,
Y que ellos darian remedio
A la tempestad que habia.
El Rey les dijo que hiciesen
Lo que á ellos parecia.
Despidiéronse del Rey,
Y por la hueste decian
Que cualquiera que trujese
De moscas una medida,
Le darian por medio almud
Un tornes de plata fina.
Todas las gentes menudas
Por ganar esta contía,
Cobrábanles homecillo,
Muchas d'ellas muerto habian.
Hincheron dos silos viejos
Do gran cantidad cabia.
Menguóse la tempestad,
Y la dolencia que habia;
El Rey prosigue su cerco
La villa se combatia,
Los tiros tiran al muro
Sin parar noche ni dia.
El Rey moro está acuitado,
Que viandas no tenia
Para él, ni para los suyos
Que tiene dentro en la villa.
Envió al Rey mensajeros
Que luego se le daria
Si á el y á los moros suyos
A todos salva la vida
Y les da donde estuviesen
Tierra llana de campiña.
El Rey así ha otorgado
Lo que el rey moro pedia:
Don Alfonso ganó á Niebla
Y á el Algarbe conqueria.
Todo quedaba por suyo,
Pueblo no se resistia.
Al Rey moro y á los suyos
El buen Rey les concedia
El Algaba en que viviesen,
Y otros bienes les hacia:
Quedaron del Rey contentos
Y todos lo bendecian.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

945.

BATALLA DE MÁRTOS, GANADA POR DON LOPE DIAZ DE HARO, CONTRA ABEN-YUZEPH, REY DE AFRICA.—MUERE EN ELLA EL ARZOBISPO DE TOLEDO DON SANCHO.

(*Anónimo.*)

Temerosa está Castilla,
Leon está alborotado,
Todos los reinos de España,
Están con muy gran cuidado,
Por las nuevas que han sabido
De Abenyuza, rey pagano,
Que con muy gran morería,
Es de allende á acá pasado,
Y que muy crecidos males,
Tiene hechos en cristianos.
Con esfuerzo se aperciben,
Como valientes hidalgos,
Para ir á la frontera
Contra el moro renegado.
Arzobispo de Toledo,
Aquese infante Don Sancho
Hijo del rey de Aragon,
Que ha sabido lo pasado,
Apercibiera sus gentes,
Las de pié y las de caballo
Con gentes de Talavera,
Y Toledo su obispado:
Guadalajara, Madrid,
Vinieran á su llamado.
El Arzobispo animoso,
A Jaen habia llegado;
Allí espera caballeros,
Que todos no son llegados.
Un fraile de Calatrava,
Comendador es de Mártos,
Llamado Alfonso Garcia,
Al Infante ha revelado
Que de Mártos y su tierra,
Aquestos moros malvados
Llevaban muchos captivos,
Muy gran presa de ganados;
Y que de correr la tierra
Estaban todos cansados,
Y que si él á ellos fuese,
Les habrá ganado el campo,
Y que volviera la presa,
Y les haria gran daño,
De que Dios sería servido,
Y lo perdido ganado.
El Arzobispo animoso
A sus gentes ha mandado
Que se apercibiesen todas
De sus armas y caballos.
Camina toda la noche,
Fué llegado á Torre-el-campo,
A él vino el caballero
Sanduera, qu'es su vasallo.
Díjole al Arzobispo:
—Señor, no os acucieis tanto,
Que los moros eran muchos,
Veinte hay para un cristiano,
Grandes capitanes traen,
Dos caballeros hermanos,
De aquese rey de Granada,
Con otros muy esforzados;
Esperad á Lope Diaz,
Que de Vizcaya es llegado;
En Jaen está esta noche,
Aquí será muy priado.—
Alonso García, el fraile,
Con semblante de enojado,
Dijérale al Arzobispo:
—Señor, es vuestro criado
Como el mal encantador,
Que quier con ajena mano
Sacar la culebra viva
De donde está en el forado;
Don Lope Diaz viene agora,
Con poca gente en su cabo,
Y no llegará tan presto;
Vos estais aparejado
Con todas vuestras compañas,
Y si quereis aguardarlo,
Vos vencerédes los moros,
Vencedor será él llamado:
Para vos toma esta honra,
No la haya otro ganado,
Señor, por dicho de un hombre.—
Sanduera ha replicado:
—N'os querades vos mover
Y poner á tanto daño
Como á vos puede venir,
Por ser mal aconsejado.—
Pero el Comendador
Tanto lo habia incitado,
Que le hizo ir adelante,
Que fuera bien excusado.
Topado habian con los moros
Que habian corrido el campo,
Y con todos los captivos
Que llevan y los ganados:
Enderezan contra ellos,
A Santiago invocando.
Vuelta es muy gran batalla,
Entre moros y cristianos;
Animalos el Infante,
Como valiente esforzado;
Todos los suyos pelean
Con muy esforzada mano;
Los cristianos son vencidos,
Y el Arzobispo sagrado,
Porque los moros son muchos
Mas que cristianos doblado:
Preso es el Arzobispo,
Preso y muerto es su bando.
Desnudáronle las armas,
Sin vestidos lo han dejado.
Gran debate hay en los moros,
Sobre cuál lo habrá llevado
A Abenyuza, rey moro,
Que allí los habia enviado;
Gran pelea estaba armada,
Mas un moro muy malvado
Llamado Abenmatar,
Dió de espuelas al caballo,
Fuése para el Arzobispo,
Una azagaya en su mano,
Dióle por cima del hombro,
En el cuerpo el hierro ha entrado
Derribólo en tierra muerto,
Y él muy grandes voces dando,
Diciendo, no quiera Alá
Que por un perro cristiano
Se maten tan buenos hombres
Como aquí se han juntado,
Cortado le ha la cabeza,
La mano le habia cortado
Do tenia puesto el anillo,
El cuerpo allí lo han dejado.
Don Lope Diaz y los suyos
En Ecija son entrados,
Do supo que el Arzobispo
Con la gente de su bando
Era ido contra moros;
El va siguiendo su rastro.
Llegó do fué la batalla,
Gran gente le habia llegado
De los que escaparon d'ella,
Los moros los acosando.
Don Lope Diaz que los vido,
Sus gentes ha concertado;
Los moros llegaron cerca,
Y tambien se habian parado:
Delante traian la cruz
Que al Obispo habian tomado.
Don Lope Diaz por ganarla,
Los moros la defensando,

Grandes feridas se dieron
Muchos la muerte cobrando.
Don Lope cobró la cruz,
A su alférez le han matado;
Lleváronle su pendon,
Y Don Lope por cobrallo
Entre los moros se mete;
Firiéndolos va y matando.
La noche los despartió
Y subiéronse á un collado:
Los cristianos y los moros
La noche allí la han pasado.
Otro dia de mañana
Cada uno por su cabo
Se apartó de la batalla:
Los moros con lo robado,
Siguieron por su camino;
Don Lope Diaz ha tornado
A do fuera la batalla,
Y entre los muertos hallado
Fué el cuerpo del Arzobispo,
Sin la cabeza ni mano.
Cobrado lo habian despues
De los que lo habian llevado;
Enterróse con el cuerpo;
En Toledo se ha enterrado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

946.

ALFONSO X LEVANTA Á PORTUGAL EL FEUDO QUE PAGABA Á CASTILLA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En Sevilla estaba Alfonso,
Sabio por todos llamado,
El Rey que ganara á Murcia,
Antes que hobiese reinado.
El infante Don Dionis,
A Sevilla habia llegado,
Hijo del rey Don Alfonso
De Portugal el reinado.
Del rey Alfonso era nieto
El infante ya nombrado:
Gran placer tomó el abuelo,
Cuando lo vido á su lado.
De su edad, era pequeño,
A quince años no ha llegado;
Pidió por merced al Rey
Caballero lo haya armado,
Con otros sus caballeros
Que vienen á acompañarlo
Concediérale el buen Rey,
Lo que le fué demandado.
Caballero ya el Infante,
A su abuelo se ha humillado.
Díjole: — Rey mi señor,
Pues que sois tan señalado
Entre los reyes del mundo,
De rey liberal y franco,
Concedeme lo que os pido,
Seráos mucho loado,
Y es que quiteis de tributo
A Portugal mi reinado,
Y que no vengan sus reyes
A Cortes, siendo llamados,
Ni les pidais gentes de armas,
Como hasta hoy se ha usado.—
El Rey respondió al Infante:
— Qu'el solo por sí, en su cabo
No podia responder,
Ni le da lo demandado,
Hasta llamar los infantes
Y los grandes de su Estado,
Que estaban allí con él,
Que á Cortes se habian juntado;
Que si ellos lo han por bien,
El no se lo habrá negado.—
Todos callaron gran pieza,
Ninguno no hahie hablado.
El Rey se enojó de todos,
Porque no le han replicado,
Y mas contra ese Don Nuño,
La su saña ha demostrado.
Don Nuño se puso en pié
Con el rostro demudado,
Dijo: — Al Rey mi señor
Mi hablar le fuera excusado,
Estando aquí presentes,
Los infantes vuestros hermanos,
Y Don Estéban con ellos,
Y Don Lope Diaz de Haro,
Que son mas sabios que yo
Para tal consejo daros.
Mas pues quereis mi consejo,
Dárosle he yo de buen grado;
Y es que hagades mucha honra,
Mucho bien y mucho algo
Al infante Don Dionis,
Que será bien empleado
Por el deudo que le habeis,
Y a esto soisle obligado,
Y porque era caballero
Armado por vuestra mano.
Y si ayuda ha menester,
Tenido sois de ayudarlo,
Como á cualquier hijo vuestro,
De los que teneis amados:
Mas quitar de la corona
De aqueste vuestro reinado,
El tributo que los reyes
De Portugal han pagado
A este reino de Castilla,
Yo no os lo habré consejado.—
Diciendo aquestas palabras,
Salido se ha de palacio.
No le plugo al rey Alfonso
De lo que Nuño hubo hablado.
El Infante Don Manuel
Y otros han deliberado,
Haga lo que Don Dionis
Le ha pedido y suplicado,
Pues el tributo era poco,
Que no se lo haya negado.
El Rey que lo ha en voluntad,
Otorgólo de buen grado:
Sus cartas le dió de quito,
Y á Portugal se ha tornado,
Muy pagado de su abuelo,
Que su reino ha libertado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

947.

HUYE ENRIQUE DE SU HERMANO ALFONSO X, Y EL REY DE TÚNEZ LE ACOGE, MAS DESPUES INTENTA MATARLE [1].

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Gran querella tiene el Rey,
Ese rey Alfonso el Sabio,
Del infante Don Enrique,
Que del buen Rey era hermano.
Hanlo mezclado con él,
Sin ser en nada culpado.
Dijéronle que ha hecho liga
Con grandes de su reinado,
Que no era en su servicio.
El Rey luego habia mandado
Que lo prendiese Don Nuño,
Que del Rey es muy privado.
Don Enrique está en Lebrija',
Que ha sabido lo pasado:
Al camino habia salido,
A Don Nuño su contrario.
Cada uno trae sus gentes
Bien armadas á recado:

Viéronse unos á otros,
Lid ferida han comenzado.
Don Nuño con Don Enrique,
Ambos se han encontrado:
Ferido estuvo en el rostro
Don Nuño, y muy quebrantado
Estuvo por se vencer
Con todos los sus llegados,
Si no llegara el socorro,
Que el buen Rey le ha enviado;
Don Enrique con los suyos,
Dejado habian el campo.
Tornados son á Lebrija,
Por ser muchos los contrarios:
A Santa María del Puerto,
Esa noche son llegados;
No osan allí aguardar,
Que el lugar no era poblado.
Entrado se ha en un navío,
Para Cádiz se ha embarcado:
No osa aguardar al Rey,
Que gran pavor le ha cobrado.
De Cádiz partió á Valencia,
Luego á Aragon ha llegado;
Fuése para el rey Don Jaime,
Que era suegro de su hermano.
No lo quiso recebir,
Ni tener en su reinado,
Por no enojar á su yerno
Alfonso, rey castellano.
Proveyólo de navíos,
A Túnez habia pasado [2].
Acogiólo bien el Rey
Sabiendo qu'es de alto estado:
Diérale muchos haberes,
Con él viviera cuatro años.
Muy bien sirve Don Enrique
Al rey moro ya nombrado,
En las guerras que ha tenido
Con los moros comarcanos.
Ganó mucha honra y prez,
De todos es muy loado;
En toda tierra de moros,
Es temido y muy preciado.
Los moros con gran invidia,
Gran traicion le han levantado:
Dicen al Rey que el Infante
Es de todos muy amado,
Y que consigo trae gentes
Esforzadas, de cristianos,
Y que si el Infante quiere
Su reino le habria quitado;
Que lo despida le ruegan,
Por excusar tanto daño.
Mucho le pesaba al Rey,
Por esto que le han contado;
No osa decirlo á Enrique,
Porque tiene averiguado
Que le alborote su reino,
O se vaya á sus contrarios,
De arte que el reino pierda.
Acordado ha de matarlo,
Mas no lo osaba hacer,
Por temor de sus criados,
Que son fuertes caballeros,
Y en armas bien aprobados.
El Rey tiene dos leones,
Feroces, crecidos, bravos,
Metidos dentro en su casa
En un lugar apartado.
Consejáronle sus moros,
Que el Rey muy disimulado
Llamase al buen Don Enrique,
Y ambos se vayan hablando
Junto á do están los leones,
Y que allí lo haya dejado,
Diciendo que lo aguardase,
Que luego habria tornado,
Y quedando Enrique solo
D'esto no se recelando,
Soltarian los leones,
Y fuera despedazado.
Muy bien pareció al rey moro
El consejo que le es dado:
Envió por el Infante,
Luego vino á su llamado.
Juntos entraban los dos
Al corral que es ya contado;
Fuera quedaban los suyos,
No lleva ningun cristiano,
Que ansí lo mandaba el Rey
Como fementido ingrato.
Dejara al Infante solo
Con la traicion encelado;
Los leones fuéron sueltos,
Y el buen Infante esforzado,
Arrancara de su espada,
Que siempre trae á su lado.
Corrió contra los leones,
Mas ellos no han osado
Aguardar al buen Infante,
Do salieron se han tornado.
Don Enrique salió fuera:
Los moros quieren matarlo,
Mas su Rey no consintió,
Y de muerte lo ha librado.
Para Roma se partió,
A la guerra que han armado
Los romanos con los reyes,
De Apulla, ese reinado,
Y tambien el de Calabria,
Y de Provenza el condado,
Do fincó en aquestas guerras,
Las armas ejercitando;
Hizo allí grandes hazañas
Y mucho se ha señalado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Este Don Enrique fué uno de los mayores perturbadores del reino, ántes y despues de la menor edad de Fernando IV, de quien fué tutor. — Cuéntase tambien de él que se pasó al servicio del Papa, y le sirvió en la guerra.

[2] Era muy comun que los vasallos de los reyes cristianos ó moros, cuando se apartaban por destierros, ó ganosos de guerrear, de sus monarcas naturales, se pasasen al servicio de otros, y los sirviesen, ya que no contra los propios, sí á lo ménos contra los demas. Lo mismo que aquí, se supone tambien de Guzman el Bueno, á quien en el romance número 954 que dice: *Reinando en Fez y Marruecos*, se atribuye estaba al servicio del rey moro, al que hizo triunfar de sus contrarios. Despues los cortesanos intentaron hacer que pereciese en lucha con una sierpe y un leon: notable coincidencia con lo que pasó á Don Enrique, y que prueba que este modo de deshacerse de los hombres temibles, aunque amigos del momento, era muy comun.

948.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

En Túnez estaba Enrique,
De Castilla desterrado,
El Rey le hace gran honra,
Por ser varon esforzado.
Los moros de mas estima,
Con envidia se han juntado:
Dijeron al Rey: — Señor,
Este cristiano ha ganado
Los corazones del pueblo,
Y otros miedo le han cobrado;
Y él y sus caballeros
Que con él acá han pasado,
Cuando ménos lo pensares,
Se alzarán con tu reinado:
Conviene lo eches, señor,
D'esta tu corte y estado;
Admite nuestro consejo,
No estés d'ello disgustado,
Que por tu honra y sosiego,

Te lo habemos explicado.—
El Rey, de aquestas razones
No poco se habia enojado,
Que de la virtud del mozo,
En extremo era agradado,
Que allende de ser valiente,
Y en linaje aventajado,
Era fiel, honesto y cuerdo,
Gentil hombre y agraciado:
Mas tantas cosas le dicen,
Que el intento le han mudado.
De enviarle fuera piensa,
Pero tambien ha pensado
Que si el caso se advirtiese,
Segun es determinado,
Porná en revuelta su reino,
Por ser de muchos amado.
A la fin se determina,
Por estar asegurado,
Que muera el hermoso Infante,
Y así un dia le ha llamado.
Por la mano le tomara,
En un corral lo ha entrado,
Como que de un gran secreto
Le quiere hacer avisado,
Y desque dentro le tuvo,
—Atended, dijo, hijo amado,
En el punto vuelvo á vos,
Que voy á cierto recado.—
Salido se ha por la puerta,
La cual presto se ha cerrado,
Y abriéndose otra que habia,
Por ella misma han entrado
Dos leones muy feroces
Con el aspecto ensañado.
Cuando el Infante los vido,
Su buena espada ha sacado,
Su manto al brazo revuelve,
Con el ánimo arriscado.
Hace rostro á los leones,
Y de verle tan osado,
No osaron llegar á él:
Entónces él, denodado
Llegado se habia á la puerta,
Y á coces la ha derribado,
Y fuérase libremente,
De la maldad espantado.
En este tiempo, á los suyos
El Rey habia encarcelado,
Y sabiendo que el Infante
Del peligro se ha escapado,
No quiso que le matasen,
Y por otros le ha mandado,
Que salga de la su tierra
Pues con la vida ha escapado.
El Infante ha respondido,
Que obedecia de grado,
Mas que le dé sus varones,
Que él habia emprisionado.
El Rey se los mandó dar,
Con los bienes que ha ganado
Con todo se partió luego
De aquel Rey y de su estado.

(DEPPING, *Romancero castellano*.)

[1] Véase la nota del anterior.

949.

QUERELLAS DE ALFONSO X, POR LA REBELION DE SU HIJO Y POR VERSE ABANDONADO DE TODOS.

(*Anónimo* [1].)

Yo salí de la mi tierra
Para ir á Dios servir,
Y perdí lo que habia
Desde mayo hasta abril,
Todo el reino de Castilla,
Hasta allá al Guadalquivir.
Los obispos y prelados
Cuidé que metian paz
Entre mí y el hijo mio,
Como en su decreto yaz.
Estos dejaron aquesto,
Y metieron mal asaz,
Non á excuso, mas á voces,
Bien como el añafil faz.
Fallecièronme parientes,
Y amigos que yo habia,
Con haberes y con cuerpos
Y con su caballería.
Ayúdeme Jesucristo
Y su Madre Santa María,
Que yo á ellos me encomiendo,
De noche y tambien de dia.
No he mas á quien lo decir,
Ni á quien me querellar,
Pues los amigos que habia
No me osan ayudar;
Que por medio de Don Sancho
Desamparado me han:
Pues Dios no me desampare
Cuando por mí ha de enviar;
Ya yo oí otras veces
De otro rey así contar,
Que con desamparo que hubo,
Se metió en alta mar,
A se morir en las ondas
O las venturas buscar;
Apolonio fué aqueste,
E yo haré otro tal.

(FUENTES, *Libro de los cuarenta cantos*, etc.)

[1] Este romance que en la introduccion á su libro cita Alonso de Fuentes, tiene todos los caractéres de ser viejo y oral. De su construccion y lenguaje se infiere que pudo reducirse á la redaccion que tiene en los primeros años del siglo XV, aunque proceda de tiempos anteriores.

950.

LÍGASE ALFONSO X CON EL REY MORO ABENYUZA, PARA RECUPERAR EL REINO QUE SU HIJO REBELDE LE USURPABA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Aquese Infante Don Sancho
Hizo lo que no debia,
Alzóse contra su padre
Que Alfonso el Sabio decian.
Tomóle todas sus rentas,
Sus ciudades y sus villas,
Diciendo es pródigo el Rey
Y que d'ello usado habia
Por haber hecho moneda
Que buen valor no tenia,
Y quitado el vasallaje
Que á Castilla le debia
Ese rey de Portugal
Casado con la su hija,
Y que diera mucha plata
Que una reina le pedia
Para sacar de prision
A un marido que tenia.
Muy triste está el rey Alfonso,
Muy gran pobreza tenia,
Y con desesperacion
Su corona allende envia
A Abenyuza ese rey moro,
Y emprestado le pedia.
Dióle sesenta mil doblas,
Y el buen Rey las recibia.
Estando un dia Abenyuza
Con la su caballería
Mostrándoles la corona,
Dijérales d'esta guisa:
—Voluntad grande me viene
De ir, y hacerlo queria,

A ayudar á ese buen Rey
Que su mal hijo affigia;
Todo el reino le ha quitado
Sola le queda Sevilla.—
Los suyos le respondieron
Que era bien lo que decia,
Por que haria mal á cristianos
Y á su amigo ayudaria.
Envió sus mensajeros
A ese buen rey de Castilla
Ofreciendo de ayudarle
Con persona y moreria.
El Rey se lo agradeció
La promesa que le hacia.
Pasó Abenyuza la mar
Con gran flota que traia,
Pasaba la mar con bien,
Descendiera en Algecira.
Recibiólo el rey Alfonso
Con muy crecida alegría:
Ambos sobre los asientos
Estaban en gran porfia.
Abenyuza, ese rey moro,
Por hacer mas cortesia,
A los piés del rey Alfonso
Sentarse el moro queria.
El buen rey no lo consiente,
Só que estén en igualia
Sentados en un estrado;
Mas el moro respondia:
—No es razon, buen rey Alfonso,
Ni en la crianza cabia
Ser igual en los asientos
Yo con la tu señoria,
Porque á tí de luengo tiempo
El reinado te venia;
Yo lo era desde hoy
Que Dios dado me lo habia.—
Don Alfonso dijo al moro,
D'esta suerte respondia:
—No da Dios honra ni reinos
Sino á quien lo merecia,
Y ansí te los dió á tí, Rey,
Porque en tí muy bien cabia.—
Ambos firman su amistad
Y Abenyuza se partia.
Combatió muchos lugares
Que al buen Rey no obedecian,
Ganara muchas batallas
Que ninguna se perdia.
Alfonso cobró los reinos
Que Don Sancho le impedia,
Por el socorro que el moro
Con gran voluntad le hacia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

951.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo*[1].)

El viejo rey Don Alfonso
Iba huyendo á mas andar,
Que su hijo el rey Don Sancho
Desheredado lo ha.
Mandóse dar por sentencia
No ser él para reinar,
Con lágrimas en sus ojos
Estas trovas fué á trovar.
—Santa María, Señora:
No me quieras olvidar,
Caballeros de Castilla
Desamparado me han,
Y por miedo de Don Sancho
No me osan ayudar:
Iréme á tierras ajenas
Navegando á mas andar,
En una galera negra
Que denote mi pesar,
Y sin gobierno ni jarcia
Me porné por alta mar,
Que así ficiera Apolonio,
Y yo faré otro que tal.—
Enviara su corona
Que la fuesen á empeñar
A un rey de Berbería
Que llaman Abenyuzaf.
El Rey viendo el mensajero
Su consejo fué á juntar,
Díjoles: —¡Oh mis vasallos!
Bien me querais consejar:
Alfonso, rey de Castilla,
Está en gran necesidad,
Porque su hijo Don Sancho
Desheredado lo ha.
Su corona me ha enviado
A que la haya de empeñar,
Ved en esto qué os parece,
Que tengo de él piedad.—
Allí habló un moro anciano,
Anciano y de gran edad,
Que en España ha guerreado
Siendo de mas fresca edad:
—Lo que me parece, oh Rey,
Es que le hayas de ayudar,
Que Alfonso es buen caballero
Y en todo muy principal,
Y las obras que son santas
Suélense muy bien pagar.—
El Rey que era valeroso
Mandó el cristiano llamar,
Díjole:— Dirás á Alfonso
Que quiera en Dios confiar;
Veinte y cuatro mil caballos
En su favor pasarán,
Y si aquestos pocos fueren
Mi persona pasará.—
Dióle sesenta mil doblas,
La corona le fué á dar,
Pero no llegó el socorro
Por fortuna de la mar
Donde se perdieron todos
Que moro no fué á quedar:
Pero en ese medio y tiempo
Alfonso tornó á reinar,
Que su hijo el rey Don Sancho
No gozó su mocedad.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc. Edicion de 1566.)

[1] A diferencia de lo que en el anterior se dice, en este romance, el socorro de Abenyuza no llegó á realizarse por haber perecido en una borrasca la flota que el Rey enviaba.

952.

MUERE ALFONSO X PERDONANDO LA REBELION DE SU HIJO DON SANCHO.

(*Anónimo*[1].)

Opreso está el rey Alfonso,
Oprimido y acuitado,
Porque Don Sancho su hijo
Que era nombrado el Bravo,
Se le ha alzado con los reinos,
Y los mas le habia ganado:
Nuevas de nuevo le vienen
Que el corazon le han quebrado,
Que Don Sancho yace muerto;
Y con semblante cuitado,
Disimulando su pena
Por los que allí se han hallado,
Solo se entró en un retrete,
Ninguno lo ha acompañado.
Pelaba su blanca barba
Muchas lágrimas llorando,
Con voces mucho crecidas

Decia : — Rey desdichado,
Ya es muerto Sancho tu hijo
Que te habia desheredado :
La luz era de tus ojos,
Espejo en que te has mirado,
Que si se alzó contra ti
Fué por mal aconsejado,
Que no por su voluntad ;
Mas grandes de tu reinado
Le dijeron que lo hiciese
Qu'él no lo tenia en grado,
Y si erró fué como mozo
Ignorante del pecado.
¡Oh España, cuánto pierdes !
Pues tal señor te ha faltado,
Llorarás con gran razon
Infante tan señalado.
Muerto es el mejor hombre
Que en su linaje es hallado,
De los grandes muy temido,
De los menores amado
¡Oh muerte, cuánto lastimas
A este Rey desdichado !
Los suyos que lo han oido,
Uno qu'era mas privado
Atrevióse al Rey y dijo :
— Rey, seraos mal contado
Haber tan grande pesar
Por vuestro hijo Don Sancho ;
Creedme que si lo saben
Los que son al vuestro mando,
Que los perderédes todos
Y nadie querrá ayudaros :
Tomarán contra vos ira
En ver que vos ha pesado.—
El Rey con alegre rostro
Su pasion disimulando,
Dijo : — No lloraba yo
A mi querido Don Sancho;
Mas lloro el caso mezquino
De que, pues él es finado,
Nunca cobraré mis reinos
Que Don Sancho me ha tomado,
Pues tan grande será el miedo
Que tomarán mis vasallos
Los que tienen mis castillos
Que contra mí se han alzado,
Por el gran yerro que hicieron,
Que no podrán ser cobrados :
Cobráralos fácilmente
Del Infante, y no de tantos.—
Con esto cubrió el pesar
Que su hijo le ha causado.
Don Sancho cobró salud,
El Rey mucho se ha alegrado.
Estando el Rey en Sevilla
Crecido mal le habia dado ;
Muy cercano es á la muerte,
A todos ha perdonado ;
A aquellos que mal urdieron
Por do fuese maltratado.
Recibió el cuerpo de Dios
Como muy devoto y sabio,
Falleció de aquesta vida,
Fué por todos muy llorado :
Enterráronlo en Sevilla
Junto á Don Fernando el Santo,
Su padre, que la ganó
De moros como esforzado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Aunque inserto en el citado libro, parece este romance de fecha anterior á la coleccion que formó Sepúlveda. Aquí la situacion del rey Don Alonso respecto á su hijo Don Sancho tiene mucha analogía con la de David cuando lloró la muerte de Absalon ; por eso el poeta imita el lenguaje bíblico de su modelo.

EPOCA DE SANCHO IV, EL BRAVO.

953.

EL REY DON SANCHO IV SE APODERA DE LOS REBELDES EL INFANTE DON JUAN, SU YERNO EL CONDE DON LOPE Y DIEGO LOPEZ. — PERDONA AL INFANTE, Y HACE JUSTICIA DE LOS OTROS.

(*Anónimo.*)

Enojado con razon
El rey Don Sancho vaoia,
De aquese infante Don Juan,
Que por hermano tenia ;
Tambien del conde Don Lope
Qu'es casado con su hija.
Abenyuza, ese rey moro,
La traicion le descubria.
Hízole saber al Rey,
Que si contra él salia
Ambos tenian concertado
Que en ella lo matarian.
El Rey andaba buscando
Cualquiera manera ó via
Para los prender á ambos
Con los que traicion traian :
Mostrábales buena cara
Encubriendo la enemiga;
Dales lo que le demandan,
Todo lo cumple á su guisa ;
Asegurados los tiene,
Recelo ninguno habian ;
El Rey muy disimulado
Al Conde le dijo un dia :
—Vamos á ver vuestra tierra,
Que muy gran placer habria.
—Vamos, respondió, señor,
Con muy poca compañía,
Porque la mi tierra es pobre,
Y mucho se estragaria.
—Ansi se hará, buen Conde,—
El buen Rey le respondia.
Llegado habian á Búrgos,
De allí á Alfaro venian,
Que era suyo de Don Lope ;
Aposento el Rey hacia,
Allá en la fortaleza,
Y los suyos en la villa.
El Conde suplicó al Rey
Con él comiese aquel dia.
El Rey lo hobo por bien,
Y al Conde mandado envia
Vaya luego á hablar con él,
Que mucho le convenía.
El Conde llamó á Don Juan
El su yerno, que ahí venia;
Dijérale cómo el Rey
Por él enviado habia ;
Vamos á ver qué nos quiere ;
Mas el Infante decia :
—Conde, no vades allá
Que el corazon me adevina
Que no vos verná bien d'ello ;
Excusad aquesta ida.
—Estando el Rey en mi tierra
Yo muy poco le temia,
Respondió el Conde á su yerno,
Venid en mi compañía.—
Ambos van para el castillo ;
Al encuentro les salia
Don Diego Lope de Campos,
Al castillo se subian :
El Conde iba delante,
Don Diego iba en su guia,
El Infante va á la postre,
El Conde dicho le habia :
—¿Vos, Infante, sois postrero,
Habiendo de ser la guia ?

¡Parece que vais llorando!
No mostredes cobardia.
—Si Dios me salve, me pesa
De aquesta nuestra venida;
Temo que si dentro entramos
Grande daño á nos vernia.—
Hablando aquestas razones
Do está el Rey entrado habian.
Los porteros cierran luego
Las puertas, y no querian
Que entrase nadie con ellos:
Ellos preguntas hacian
Por qué cerraban las puertas;
Los porteros respondian:
—Porque así nos es mandado.—
Ellos adelante iban;
Llegaron do está el estrado,
Que para el Rey se ponia;
Preguntaron por el Rey;
Su capellan les decia
Que luego vernia á ellos;
En esto el Rey ya salia:
El Conde está en el estrado,
Que ningun recelo habia,
Dijo al Rey: —¿Qué me quereis?
—Conde, lo que yo queria
Es que desfagais los tuertos
Y agravios que hecho habias
A muchos de los mis reinos:
Emendarlo convenia,
Pues que no hay razon ni causa
Que á lo hacer os movia;
Dadme luego mis castillos,
Que yo tenerlos queria.—
El Conde como burlando
Al rey habló d'esta guisa:
—No hago lo que decis,
Y quien tal dice mentia,
Vos comerédes conmigo
Y allí yo vos los daria,
Que no los traigo en la bolsa
Los castillos que pedias.—
—Conde, no saldréis de aquí,
El Rey luego respondia,
Hasta que los mis castillos
Me volvais que yo os pedia.—
El Conde mal lo mirando
Se levantó muy apriesa
Diciendo grandes injurias
Contra el Rey con ufania,
Y puso mano á un cuchillo;
Para el Rey arremetia.
El Rey le salió al encuentro,
Que otro cuchillo traia;
Dió al Conde un golpe en el brazo,
En tierra se lo ponia
Juntamente con el hombro;
El Rey, mataldo, decia.
Luego salen hombres de armas,
Y allí le quitan la vida.
El Infante fué á la Reina,
La Reina lo defendia;
El Rey que anda muy sañudo
Con la espada sin vaina,
Encontró con Diego Lopez,
El Rey ansí le decia:
—¿Aquí sois, falso alevoso?
Nadie valeros podria
Para os librar de mis manos
Por la gran alevosía
Que hecistes contra mí,
Que yo n'os lo merecia.—
Dióle un muy recio golpe,
La cabeza le partia,
Y á ruego de la Reina
A su hermano lo libra.
El Rey sosegó sus reinos,
A Tarifa conqueria
De los moros renegados
Víspera de Santa María:
Hobo otras muchas victorias
Fué Rey de gran nombradía.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Este Don Juan, hijo de Fernando III, fué uno de los grandes mas revoltosos, en los reinados de su hermano Sancho IV y de Fernando IV: fué el asesino del hijo de Guzman el Bueno.

954.

DE CÓMO ESTANDO GUZMAN EL BUENO Á SERVICIO DEL REY DE MARRUECOS, MATÓ UNA SIERPE, Y DOMÓ UN LEON QUE CON ELLA COMBATIA.

(*Anónimo*[1].)

Reinando en Fez y Marruecos
Abenyuzaf, moro honrado,
Estando en el Algecira
Con el rey sabio atreguado,
Entró Don Alonso Perez
De Guzman, el esforzado,
A servir este buen rey
Por el sueldo acostumbrado;
Y como el Rey conocia
Su valor grande y estado,
Seiscientos cristianos dióle
Que tenia á sueldo usado;
Y pasado en Berbería
El rey con su Alfonso amado,
Halló sus gentes y reino
Revueltas y alborotado.
Don Alonso puso en paz
Al mas rebelde y airado,
Si alguno la paz no queria
Por guerra le ha domeñado:
Ganóle á Benamarin,
Reino del rey deseado;
Hizo al alarbe soberbio
Que se estuviese humillado,
Y le pagase tributo,
Que le tenia negado.
Por estas y otras hazañas
Era del rey respetado:
Temblaban los moros de él
Cual de leon desatado;
Dábale de sus riquezas
Por ver rico al que era honrado.
Dende el rey moro murió
Y sucedió en su reinado
El Infante Abenyuzaf,
Moro mal intencionado.
Tenia este rey un primo,
El infante Amir llamado:
Estos dos siempre quisieron
Muy mal al Guzman preciado,
De envidia de sus hazañas,
De verlo tan levantado
Y verlo en comun temido,
Del que no temido, amado.
Aquesto era en lo secreto,
Y en público es regalado,
Porque entrambos le tenian
Muy grande miedo cobrado.
El Guzman todo lo siente
Y es discreto y avisado,
Y nada les da á entender,
Todo lo tiene callado;
Y en su tiempo á Don Alonso
Le sucedió un caso extraño,
Donde salió vencedor
De fiera el fiero soldado:
Y fué que cerca de Fez
Se habia en selva criado
Una sierpe brava y fiera,
Que el reino tuvo aterrado,
La cual era de gran cuerpo,
Lijera mas que un caballo

Por las alas que tenia
Con que el cuerpo era ayudado
Tenia conchas mas duras
Que el acero bien templado,
Y de miedo de la sierpe
Nadie sale de poblado.
Ya en la selva habia comido
La sierpe, y despedazado
Todas las bestias salvajes,
Cuantas allí se han criado;
Y faltándole comida
Sale á comer el ganado;
Ganados y ganaderos
Todo dejaba pillado.
El infante Amir, el moro
Que quiere mal al Guzmano
Por envidia de sus hechos,
Al Rey así le ha hablado.
—Estos cristianos que tienes
¿De que te sirven al lado?
Paréceme que en comer
De tu sueldo, mal ganado.
¿Por qué no se juntan todos
Y con ánimo esforzado
Van á matar esta sierpe
Que tu reino trae turbado?
Este Alfonso no se entiende
Ni su braveza ha llegado
Mas de á derramar la sangre
De moros de bajo estado.
¿Por qué no le mandas ir,
Desarmado ó bien armado,
A que mate aquesta sierpe
Pues trata del arriscado,
Y si así no lo hiciere
Muera y pierda lo ganado;
Que ya poco te aprovecha,
Pues todo está sojuzgado?—
Acaso allí se halló
Callando y disimulado
Un Gonzalo de Gallegos,
De Don Alfonso criado,
El cual respondió al Infante
En lenguaje bien criado:
Toda la gente de Fez,
Ves, Infante que no ha osado,
Salir á matar la sierpe,
Ni á verla el mas esforzado,
¿Como quieres tú que vaya
El mi señor desarmado,
Y él solo mate la sierpe
Siendo hecho temerario?
Si te atreves ir con él,
Vé, que él irá desarmado,
Y él la sierpe matará
Si estás con él á su lado.—
De estas palabras Amir
Fué corrido y enojado,
Y queriéndole herir,
Por el Rey le fué estorbado,
Diciendo:—El criado ha hecho
Lo que al amo es obligado.—
Gallegos á Don Alfonso
Dijo lo que habia pasado,
Y Don Alfonso confiesa
A guisa de buen cristiano:
De noche sale de Fez
Con lanza, adarga y caballo,
Y este criado consigo
Lleva, que va desarmado.
Al lugar do está la sierpe
Camina el bravo Guzmano,
Y llegando cerca de él
Vió dos moros ir turbados,
Y emparejando le dijo
Un moro al fuerte cristiano:
—¿Adónde vas, caballero?
¿Vas loco ó desesperado?
Mira que queda bien cerca
La sierpe en un verde prado
Con un leon en batalla,
Que solo vellos da espanto;
Y aunque el leon es muy fuerte
Anda herido y cansado.
Por Alá te ruego y pido
Que huyas: huye, cristiano,
Sino es que quieras morir
De fieras despedazado.—
Don Alfonso no temiendo,
Antes esfuerzo cobrando,
Hace á los moros que vuelvan,
Más de fuerza que de grado,
Y uno le mostró la sierpe
Con el leon batallando.
Don Alfonso que los vió
Arremetió denodado
A la sierpe y al leon,
Que á entrambos va enderezado.
Viéndole el leon, le teme
Y apártase de él á un lado;
La sierpe engrifada y fiera
Sus dientes y uñas mostrando,
El uno al otro se arrojan,
Y el Guzman bien fortunado
Del primer bote de lanza
A la sierpe ha derribado.
El leon viéndola en tierra
Estaba todo temblando:
Por no verse como ella
Da sobre ella denodado.
Por ayudar al Guzman
Por no ser de él acabado,
Que el leon al leonés
Le teme y está ayudando,
Y al fin, al fin Don Alfonso
Allí la sierpe ha matado,
Y el bravo leon humilde
A sus piés se le ha postrado,
Como en agradecimiento
De haberle la vida dado.
Don Alfonso llama los moros
Y á su buen y fiel criado,
Que apartados en un cerro
Vieron lo que habia pasado:
Cortan la lengua á la sierpe
Porque así les fué mandado,
La cual guardó Don Alfonso
Como astuto y avisado:
Moros y leon consigo
Trae á Fez á buen recado.
Pasados dos ó tres dias
Del hecho tan señalado,
Un moro gran caballero
Por el prado habia pasado,
Y como muerta la vió
Fué alegre y regocijado
Entendiendo que otras fieras
Le habian la muerte dado;
Y él queriendo ganar honra
La cabeza le ha cortado,
Y al Rey con gran regocijo
La presenta muy ufano,
Diciendo que él la mató
Por servillo y agradallo.
El Rey y pueblo de aquesto
Estaba regocijado:
Al alcázar iban todos
A ver al moro esforzado,
Y la cabeza espantosa
De la sierpe que ha matado,
Y Don Alfonso tambien
Allá fué disimulado,
Y vió que el Rey y el Infante
El hecho estaban loando,
Y preguntó: Quien lo hizo
Merece ser estimado,
Por el hombre mas valiente
De cuantos Dios ha criado,

Y por tal lo estimo y tengo
Por hecho tan señalado.
¿Este caballero moro
Es quien la sierpe ha matado?
Sonriéndose el Guzman
A la cabeza ha llegado,
Y hizo abrirle la boca,
Y habiéndola bien mirado
Dijo al caballero moro,
Que allí estaba muy hinchado:
—¿No tuvo lengua esta sierpe,
O habéisela vos cortado?
¡Porque no diga verdades
Débensela haber quitado!
El moro que aquesto oyó
Demúdose de turbado:
El Rey y el infante Amir
Cada cual está espantado
Viendo la sierpe sin lengua:
En grande mengua han quedado,
Y al Infante, Don Alonso
De esta manera ha hablado:
—Vos, que sois moro valiente,
Habréis la sierpe matado
Y le quitastes la lengua:
Porque sois muy esforzado,
Quisistes ganar tal honra
En fecho tan señalado,
Porque no fuese ganada
Por ningun hombre cristiano
Pues hágoos saber, Infante,
Que aquel que el reino ha ganado
De Benamarin al rey,
Y le tiene en paz su Estado,
Es el que mató la sierpe,
Y la lengua le ha cortado:
Yo soy, yo, el que lo hice;
Yo soy, y nadie á mi lado.—
Y diciendo esto el Guzman.
Hizo ir á su criado
Por la lengua de la sierpe
Y el leon ensangrentado,
Y por los moros que vieron
El hecho jamas pensado;
Y todo puesto ante el Rey
Fué claro y averiguado
Que solo el gran Don Alonso
Fué quien la sierpe ha matado.
Los moros dan relacion
De todo lo que ha pasado,
Y el leon no ménos que ellos
Atestiguaba en el caso,
Que á los piés de Don Alonso
Siempre se andaba postrando,
De lo cual el Rey y corte
Tenia mayor espanto.
De aquí quedó Don Alonso
Mas temido y envidiado
Por el Rey, Infante y corte
Y por todo el moro bando.
¡Oh gran Don Alonso Perez
Que en la vida estás gozando
Ser semejante á dos santos
En hecho tan señalado:
A San Jorge en darle muerte
A la sierpe que has matado;
Y á Jerónimo, pues tienes
Leon á tus piés postrado.

(*Códice de la Biblioteca de Salazar, geneologia de la casa de Guzman.*)

[1] Este romance debió colocarse en la época de Alfonso el Sabio; pero se pone en la de Sancho IV, porque estén reunidos los que tratan de Guzman el Bueno.
Véase la nota del romance número 947, que dice: *Gran querella tiene el Rey.*

955.

ALFONSO PEREZ DE GUZMAN CONSIENTE QUE MUERA DEGOLLADO SU HIJO, POR NO ENTREGAR Á LOS MOROS LA PLAZA DE TARIFA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Don Sancho reina en Castilla
Que el cuarto era llamado:
El buen rey ganó á Tarifa,
De los moros la ha ganado,
Y luego la diera en guarda
Al muy bueno y esforzado,
Que es llamado Alfonso Perez
De Guzman el afamado,
Muy temido de los moros,
De cristianos muy amado:
Muchos moros ha vencido
Y de'llos ganara el campo.
El Rey ha tenido preso
A Don Juan que era su hermano.
Soltólo de la prision
Porque le fué muy rogado.
El infante con mal seso
Allende se habia pasado
Al rey moro Abenyuzaf
De Velamarin nombrado.
Recibiólo bien el moro,
En lo ver mucho se ha holgado.
Don Juan le estaba diciendo
De rodillas humillado,
Que le diese de sus gentes
Para ir contra su hermano,
Y que el cobraria á Tarifa
Y la ganará á cristianos,
Y se la dará al rey moro
A quien le fuera ganado.
Mucho plugo á Abenyuzaf
De lo que l'era demandado:
De á pie le dió muchos moros,
Y cinco mil de á caballo.
Entraron por Algecira,
Ese castillo nombrado,
Luego cercan á Tarifa,
Que Don Alfonso ha á su cargo.
Combátenla con porfía,
No la hacen mal ni daño,
Por ser bueno el que la guarda,
Y el castillo bien cercado.
En el real de los moros,
Don Alfonso, aqueste honrado,
Tiene un hijo de valía;
De Don Juan era criado.
El infante con gran saña
Mensaje le habia enviado
A ese buen Don Alfonso,
Que es el que tiene cercado.
Pidióle que á Tarifa
Se la dé sin mas embargo,
Y si luego no la da
Su hijo habrá degollado.
El buen alcaide, animoso,
Mucho leal y esforzado,
En oyendo este mensaje
Esta respuesta habia dado.
—Diréis al vuestro señor,
El que á mí os ha enviado,
Que á Tarifa yo la tengo
Por el rey Sancho su hermano.
Hecho homenaje le tengo
De se la dar, ó ser malo;
Yo no la daré á ninguno,
Sino al que á mí me la ha dado.
Y que ántes yo moriré
Que no ser traidor llamado.
Si él quisiere al hijo mio
Luego podrá degollarlo,
Y otros diez que yo tuviese,
Por no hacer tal desaguisado,
Antes de dar á Tarifa,

Si no al buen rey castellano.—
Luego tomando el cuchillo
Por cima el moro lo ha echado.
Junto cayó del real
De que Tarifa es cercado,
Dijo:— Mataldo con este,
Si lo habeis determinado,
Que mas quiero honra sin hijo,
Que hijo, con mi honor manchado.—
El infante con gran saña
Que d'esto habia cobrado,
Con aquel propio cuchillo
El hijo le ha degollado:
Presente el buen caballero
Desde el muro lo ha mirado.
Luego fué quitado el cerco,
Los moros se habian tornado
Allende de do vinieron,
Y á Tarifa han descercado
Viendo que era por demas
Pensar ellos de ganarlo,
Por ser tan bueno el Alcalde,
Y en lealtad sublimado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

956.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

De los muros de Tarifa
Vi á Don Alonso asomado,
Que miraba en las barreras
A Don Pedro Alfonso atado
Como lo tienen los moros
Para luego degollallo.
Alzara la voz diciendo
Con semblante castellano:
— No porque mateis mi hijo
Me teudré por deshonrado,
Antes con mayor esfuerzo
La defenderé doblado;
Que el buen alcaide no suele
La villa que el Rey le ha dado
Entregársela á los moros,
Sin quedar despedazado.
Si quereis joyas de oro
Yo os las daré de buen grado,
Y si hay algun caballero,
Que salga conmigo al campo,
Uno á uno, dos á dos,
Tres á tres ó cuatro á cuatro.
Entrarédes en Tarifa
Cuando me la hayas ganado;
Y si le quereis matar
Veis ahí el puñal dorado.—
Y diciendo estas razones
De los muros se ha quitado
Y despues de poco tiempo
Grandes voces están dando:
Pensó que entraban los moros,
Que era caso desastrado.
Mirando por las troneras
Vió á su hijo degollado,
Que estaba ya casi muerto
Entre su sangre temblando;
Dícele desde la cerca,
Con semblante no alterado:
—Envidia te tengo, hijo,
En ver cuán pronto has llegado
A merecer tanta honra
Como hoy has alcanzado,
Por tu patria y por tu Rey
Dejándome tan honrado.
Todos te alaben, mi hijo,
Que no debes ser llorado,
Sino envidiada tu muerte,
Pues vas á eterno descanso.
Y diciendo estas razones,
De los muros se ha quitado:
Los moros que aquesto vieron
Sus reales luego han alzado.

(*Códice de la Biblioteca de Salazar, genealogía de la casa de Guzman.*)

957

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1])

Pasádose habia allende
Ese infante Don Juan
Huyendo del rey Don Sancho
Que en prision le hacia estar.
El rey moro Aben-Jacob
Grande honra le fué á dar:
El Infante le promete
A Tarifa le cobrar,
Si le ayuda con su gente
Para en España pasar.
Al rey moro plugo mucho,
Y prométele de dar
El ayuda que quisiese
Por lo perdido cobrar.
Cinco capitanes moros
Se comienzan de adrezar,
Los más sabios y esforzados
Que se pudieron hallar,
Con mucha gente de á pié,
Muy diestra en el pelear.
En navíos bastecidos
En breve pasan la mar;
Aportan en Algecira
Con el infante Don Juan;
Ponen su cerco á Tarifa,
Piensan luego la tomar,
La cual tiene un caballero
Famoso y de gran bondad,
Qu'era Don Alonso Perez
Que llamaban de Guzman,
El cual ántes conocia
Mucho al infante Don Juan,
Y un hijo de aqueste alcaide
Sirviendo al Infante va.
Como el Infante conoce
Que no se puede tomar
En poco tiempo á Tarifa,
Determina de enviar
Al alcaide su embajada,
Diciendo, le quiera dar
A Tarifa libremente,
Pues no la puede amparar,
Y si no, que ante sus ojos
Le haria degollar
Aquel su hijo que tiene
Para mas le lastimar.
Respondióle Don Alonso
Con esfuerzo singular,
Qu'él tenia aquella villa
Sobre su fe y su verdad,
Por su señor rey Don Sancho;
Que á él solo se la ha de dar,
Y ántes perderá la vida,
Que el homenaje quebrar,
Y que ni á el ni á otro alguno
Jamas la piensa entregar:
Y en cuanto á lo que decia
De su hijo degollar,
Qu'él le daria el cuchillo
Para habello de matar;
Y si tuviese otros hijos,
Con la misma voluntad.
Diciendo esto Alfonso Perez
Un cuchillo fué á tomar,
Y echóle por cima el muro,
Que cayese en el real.
El Infante con gran ira

Mandó el cuchillo tomar,
Y allí á vista de su padre
Le mandara degollar.
Desque el Infante y los moros
Hicieron tal crueldad,
Y viendo que Don Alonso
No hace muestras de pesar,
Y que así diera el cuchillo
Para el hijo degollar,
Conocen qu'era excusado
Contra tal hombre lidiar,
Y con temor del socorro
Que le podria llegar,
Con esperanza perdida
Alzaron luego el real,
Y con trabajo y afrenta
Se vuelven allende el mar.

(Timoneda, *Rosa española*. It. Wolf, *Rosa de romances*.)

[1] Es uno de los reimpresos por el Sr. Wolf.

958

AL MISMO ASUNTO

(De Lúcas Rodriguez.)

Por los muros de Tarifa
Vi á Don Alonso asomado
Que miraba en las barreras
A Don Pedro el hijo atado,
Que lo tenian los moros
Para querer degollarlo
Si no entregaba la villa
Do lo tenian cercado.
Háblales d'esta manera
Como hombre apasionado :
—Si quereis joyas de oro,
Yo os las daré de buen grado ;
O si hay algun caballero
Que haga conmigo campo,
Uno á uno, ó dos á dos
Tres á tres, ó cuatro á cuatro.
Entraréis luego en Tarifa
En habiéndola ganado:
Que el buen alcaide no suele
La villa qu'el Rey le ha dado
Entregársela á los moros
Sin quedar despedazado;
Y aunque me mateis mi hijo
No viviré deshonrado,
Antes con crecida honra
La defenderé doblado.
Si la gloria de mi hijo
Fué mayor que mi pecado,
Tomá con que le mateis,
Mi puñal, ensangrentadlo
Con esa sangre inocente
Que no cometió pecado.—
Estas palabras diciendo
Del muro se habia quitado.
Dan voces en el real
Viendo al niño degollado.
Vuelve, diciendo :—¿Qué es esto?
Con el semblante alterado,
Creí que entraban los moros
Sobre caso no pensado.—
Asomóse á la muralla
Vido su hijo degollado,
Y vuelve alegre diciendo,
El corazon sosegado :
Envidia te tengo, hijo,
De ver cuán presto has llegado
A merecer tanta honra
Como tú hoy has ganado,
Por tu patria y por tu Rey
Dejándome tan honrado.
Todos te alabemos, hijo,
No mereces ser llorado,
Pues que tan tierna niñez
Tan bien la has empleado.

(Rodriguez, *Romancero historiado*.)

959

BANDOS DE BADAJOZ, ENTRE PORTUGALESES Y BEJARANOS. —DON SANCHO IV LOS PASA Á ESTOS ÚLTIMOS Á CUCHILLO PORQUE LE DESOBEDECIERON.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Allá dentro en Badajoz
Dos bandos hay muy contrarios,
Uno los Portugaleses
Contra de los Bejaranos.
Acusan los Portugueses
A el su contrario bando,
Sobre el gozar de las tierras
Queriendo ser ventajado.
El rey Don Sancho está en Búrgos,
Las querellas le han llegado;
El rey por los Portugueses
Se mostraba aficionado.
Quitar los heredamientos
Mandó á los Bejaranos,
Y que d'ellos todos gocen
Los que eran acusados.
Los Bejaranos se quejan
Viéndose desheredados ;
Importunaron al Rey
Que revoque lo mandado,
Porque andan muy perdidos,
De sus haberes privados.
El Rey viendo su razon
Y que eran agraviados,
Mandó luego dar sus cartas
En que en ellas ha mandado
Que luego los Portugueses
Vuelvan á los Bejaranos
Todos sus heredamientos
Sin haber cosa faltado.
A Badajoz se trujeron
Y les fué notificado;
No lo quisieron cumplir
Ni volverles lo tomado.
Al Rey tornara á quejarse
Todo el bando Bejarano.
El Rey le dió por respuesta,
Que pues no cumplian su mando
Y habian tan gran poder
Como tenian sus contrarios,
Hagan por fuerza cumplirlas
Si no quisieren de grado.
Con esto que dijo el Rey
Gran orgullo habian cobrado;
Llegaron á Badajoz,
Apercibieron su bando.
Todos con armas secretas
Con presteza se han armado;
Dijeron que cumplan luego
Las cartas que el Rey ha dado.
No quieren los Portugueses,
Mas aquesos Bejaranos
Echan la mano á sus armas,
En ellos hacen estrago.
Alzáronse con la villa
Viendo el mal que habian obrado;
Cobraron miedo del Rey
Que se lo habria demandado;
Témense mucho de muertos
No podrán ser escapados.
En la villa que es muy fuerte
Puesto han muy gran recado
De gentes y bastimentos,
Y contra el Rey se han alzado.
Nombran rey á Don Alfonso
Que es hijo de Don Fernando.

El Rey con crecido enojo
Su mensaje habia enviado
A el maestre de Calatrava,
Don Rodrigo era llamado,
Y al gran maestre de Temple
Y otros muchos hijosdalgo,
Y á Cordoba y á Sevilla
A todos les ha rogado,
Que cerquen en Badajoz
Todo el bando Bejarano.
Como ellos lo supieron
Al castillo se han pasado;
Alzaronse con la Muela
Que era muy fortificado.
Los del Rey allí los cercan;
Mas luego se han concertado,
Que dén el castillo al Rey,
Y ellos les han segurado
Que el Rey los perdonaria
Sin castigar lo pasado.
Debajo d'este seguro
Luego se habian entregado;
Ansi tambien el castillo
Los del Rey lo habian cobrado.
El Rey con crecido enojo
Mandó matar todo el bando:
Entre hombres y mujeres
Cuatro mil han degollado.
Todos los mató en un dia,
Que ninguno no han dejado,
Que hobiese por apellido,
Sobre nombre, Bejarano.
La justicia fué cruel,
Segun que vos he contado;
Pero los que son traidores
Merecen haber tal pago.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

ÉPOCA DE FERNANDO IV EL EMPLAZADO.

960.

MUERTE DE LOS CARVAJALES.

Válasme, nuestra Señora,
Cual dicen, de la Ribera,
Donde el buen rey Don Fernando
Tuvo la su cuarentena.
Desde el miércoles corvillo
Hasta el juéves de la Cena,
Que el Rey no se hizo la barba
Ni peinó la su cabeza.
Una silla era su cama,
Un canto por cabecera,
Los cuarenta pobres comen
Cada dia á la su mesa.
De lo que á los pobres sobra
El Rey hace la su cena,
Con vara de oro en su mano
Bien hace servir la mesa.
Dicenle sus caballeros
Dónde irá á tener la fiesta
—A Jaen, dice, señores,
Con mi señora la Reina.—
Despues que estuvo en Jaen
Y la fiesta hubo pasado,
Pártese para Alcaudete
Ese castillo nombrado:
El pié tiene en el estribo,
Que aun no se habia apeado,
Cuando le daban querella
De dos hombres hijosdalgo,
Y la querella le daban
Dos hombres como villanos.
Abarcas traen calzadas
Y aguijadas en las manos.
—Justicia, justicia, Rey,
Pues que somos tus vasallos,
De Don Pedro Carvajal
Y Don Alfonso su hermano,
Que nos corren nuestras tierras
Y nos robaban el campo,
Y nos fuerzan las mujeres
A tuerto y desaguisado.
Comiannos la cebada
Sin despues querer pagallo,
Hacen otras desvergüenzas
Que vergüenza era contallo.
—Yo haré d'ello justicia,
Tornáos á vuestro ganado.—
Manda pregonar el Rey
Y por todo su reinado,
Que cualquier que los hallase
Le daria buen hallazgo.
Hallólos el Almirante
Allá en Medina del Campo
Comprando muy ricas armas,
Jaeces para caballos.
—Presos, presos, caballeros
Presos, presos, hijosdalgo.
— No por vos, el Almirante,
Si de otro no traeis mandado.
—Estad presos, caballeros,
Que del Rey traigo recaudo.
—Pláceuos, el Almirante,
Por cumplir el su mandado.—
Por las sus jornadas ciertas
En Jaen habian entrado.
—Manténgate Dios, el Rey,
—Mal vengades, hijosdalgo.—
Mándales cortar los piés,
Mándales cortar las manos,
Y mándalos despeñar
De aquella peña de Mártos.
Allí hablara el uno d'ellos
El menor y mas osado:
—¿Por qué lo haces, el Rey?
¿Por qué haces tal mandado?
Querellámonos, el Rey,
Para ante Dios soberano,
Que dentro de treinta dias
Vais con nosotros á plazo;
Y ponemos por testigos
A San Pedro y á San Pablo:
Por escribano ponemos
Al apóstol Santiago.—
El Rey no mirando en ello
Hizo cumplir su mandado
Por la falsa informacion
Que los villanos le han dado,
Y muertos los Carvajales,
Que le habian emplazado,
Antes de los treinta dias
El se hallara muy malo:
Y desque fuéron cumplidos,
En el postrer dia del plazo
Fué muerto dentro en Leon
Do la sentencia hubo dado.

(*Cancionero de romances.*)

961.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

A Don Pedro y Don Alonso
Los Carvajales llamados
Ante el rey Fernando Cuarto,
Muy mal eran acusados —
Queréllanse que en Palencia
Mataron ambos hermanos
A Gomez de Benavides
Que era del Rey muy privado.
Mandólos el Rey prender,
Luego los ha sentenciado
Que á ambos vivos los echen

De la gran peña de Mártos,
Que no ha querido oir
Desculpa que hayan dado.
Ya está dada la sentencia;
Ya van á ser despeñados;
Hincáronse de rodillas,
A Dios estaban llamando.
Diciendo: Tú eres testigo
Que no hicimos tal pecado;
Morimos sin culpa alguna,
Tú, Rey, lo has ordenado:
Gran sin justicia nos haces;
Ante Dios nos te emplazamos
Que de hoy en treinta dias
Con nos estés en juzgado:
Pues que somos inocentes,
Allí se verá el culpado.
Luego fuéron ambos muertos
De la peña despeñados;
De Mártos se parte el Rey,
Y á Jaen habia llegado;
Dos dias faltan no mas,
Veinte y ocho son pasados.
Cúmplense todos los treinta
Del plazo que habian dado;
Ir quiere el Rey á Alcaudete,
Muy temprano habia yantado.
Primero se echó á dormir
La siesta, porque es verano;
Mucho es pasado del dia,
El Rey no se ha levantado.
Fuéron para do dormia
Para hacerlo recordado;
Muerto hallaron al Rey
Los que á llamarlo han entrado;
Que Dios como es tan justo
A cada cual da su pago:
Ansí se lo diera al Rey
En el caso que es contado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

962.

PRONOSTICA UN MORO VIEJO LA LIBERTAD DE ESPAÑA DEL YUGO AGARENO.

(*Anónimo.*)

Cuando el rey Fernando cuarto
Puso cerco á Gibraltar,
Y de morir ó tomalla
Juró en un libro misal;
Despues que le dió el asalto
Por la tierra y por la mar,
Y se le rindió á partido
El castillo y la ciudad,
Salió de ella un moro viejo,
Bien de cien años de edad,
Preguntando por el Rey
Para hablarle en puridad.
Fincó en tierra los hinojos,
Mándale el Rey levantar,
D'esta suerte dijo el moro,
Bien oiréis lo que dirá.
—Yo viví ledo en Sevilla
Por largos años en paz,
Cuando el ínclito Fernando
Nos la vino á conquistar.
De allí me vine á Jerez
Donde á la saña real
De Alfonso, tu sabio abuelo,
Resistir pudimos mal.
A Gibraltar elegí
Despues, señor, por lugar
El mas fuerte que tenian
Los moros de aquende el mar,
Donde á tu fuerza y desdenes
Oponer es por demas.
Si la sigues con denuedo
Término estrecho la dan
Los límites de la tierra;
Tanto has de señorear.
Pon mientes en lo que digo,
Porque así acontecerá;
Que á un moro gran sabidor
Se lo oí profetizar.

(*Romancero general.*)

963.

MUERTE DE DON MANRIQUE DE LARA.

(*De Juan de Leiva*[1].)

A veinte y siete de marzo,
La media noche sería,
En Barcelona la grande
Muy grandes llantos habia.
Los gritos llegan al cielo,
La gente se amortecia
Por Don Manrique de Lara
Que deste mundo partia.
Muerto lo traen á su tierra
Donde vivo sucedia;
Su bulto llevan cubierto
De muy rica pedrería;
Cercado de escudos de armas
De real genealogía
De aquellos altos linajes
Donde aquel señor venía.
De los Manriques y Castros
El mejor era que habia;
De los Infantes de Lara
Derechamente venía.
Con él salen Arzobispos
Con toda la clerecía,
Caballeros traen sus andas,
Duques son su compañía;
Llóralo el Rey y la Reina
Como aquel que les dolia;
Llóralo toda la corte,
Cada cual quien mas podia.
Quedaron todas las damas
Sin consuelo ni alegría;
Cada uno de los galanes
Con sus lágrimas decia:
—El mejor de los mejores
Hoy nos deja en este dia.—
Hizo honra á los menores,
A los grandes demasía,
Parece al Duque su padre
En toda caballería.
Solo un consuelo le queda
Y es el que mas él queria,
Que aunque la vida muriese
Su memoria quedaria.
Parecióme Barcelona
A Troya cuando se ardia.

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*—It. *Romance de Rosa fresca*, etc. Pliego suelto.)

[1] La composicion es del siglo XV, del tiempo de Enrique IV, ó de los Reyes Católicos.

EPOCA DE ALFONSO XI, EL DE ALGECIRAS.

964

DESAFÍO Y RETO ACAECIDO EN TIEMPO DE ALFONSO EL ONCENO, ENTRE PAYO RODRIGUEZ Y RUY PEREZ DE VIEDMA, MANTENIDO TRES DIAS CONSECUTIVOS, SIN DESVENTAJA DE NINGUNO.

(*Anónimo.*)

En corte del rey Alfonso,
Ese que ganó á Algeciras,
Habia dos caballeros

De muy alta nombradia :
El uno es Payo Rodriguez,
Que de Avila se decia ;
El otro Ruy Paez de Viedma,
Valientes á maravilla.
Ruy Paez habló el primero,
Ante el Rey así decia :
—Traidor sois, Payo Rodriguez,
El mayor que ser podia,
Porque siendo natural
De los reinos de Castilla,
Vasallo del rey Alfonso,
Hicístele alevosía ;
Que sin del desnaturarvos
Entrastes con gran cuadrilla
Con el rey de Portugal,
Que en contra del Rey venia,
Pusistes fuego á su tierra,
Combatistes las sus villas,
Tomástesle sus castillos,
De'llo gran mal se seguia.
Yo vos haré conocer
Ser verdad lo que decia :
Entraré con vos en lid,
Y en ella vos venceria.—
—Mentides, Ruy Paez de Viedma,
Payo Rodriguez respondia,
Que yo nunca fui traidor ;
Sóislo vos en demasía,
Que procurastes matar
Al Rey que ante nos yacia.
Probaré bien con las manos,
Esto que contado habia :
Por esto sois vos reptado,
No yo, que nada debia.—
Diéronse luego los gajes,
Y en el campo entrado habian
En Jerez de la Frontera
Ante el Rey y su valía.
Un dia todo lidiaron ;
No se ha visto mejoría :
Departiéralos la noche,
Do sacaron gran herida.
Otro dia de mañana
Vueltos son á la porfía :
Hasta la noche pelean,
Vencerse no se podian :
Salieron muy mas heridos
Que no en el primero dia.
Vueltos son tercera vez
A la lid, como solian ;
Procúranse de matar ;
Muy cruel batalla habian.
Grandes heridas se han dado,
Grande es su valentía ;
Mucha sangre de sus cuerpos
En abundancia corria.
No se pudieron vencer :
En ninguno hay demasía.
El Rey los ha departido,
Y estas palabras decia :
—No es ya justo, caballeros,
Morir quien tanto valía :
Quiero yo para los moros
La vuestra caballería.—
Sacólos luego del campo ;
Muy grande honra les hacia.
Todos loaban su esfuerzo
Y su muy gran valentía,
Que tres dias pelearon
Sin que muestren cobardía.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

965

ROMANCE DE CÓMO LA REINA BLANCA, MUJER DEL REY DE CASTILLA DON PEDRO, TUVO UN HIJO DE SU CUÑADO DON FADRIQUE, Y DE CÓMO CUANDO DON ENRIQUE II LLEGÓ Á REINAR, LE HIZO ALMIRANTE DE CASTILLA.

(*Anónimo*[1].)

Entre las gentes se suena,
Y no por cosa sabida,
Que d'ese buen Maestre
Don Fadrique de Castilla
La Reina estaba preñada ;
Otros dicen que parida.
No se sabe por de cierto :
Mas el vulgo lo decia[2] :
Ellos piensan que es secreto,
Ya esto no se escondia.
La Reina con su.....
Por Alonso Perez envía :
Mandóle que viniese
De noche y no de dia :
Secretario es del Maestre
En quien fiarse podia.
Cuando lo tuvo delante
D'esta manera decia :
—¿Adónde está el Maestre?
¿Qu'es d'él que no parescia?
¡Para ser de sangre real,
Hecho ha gran villanía !
Ha deshonrado mi casa,
Y dícese por Sevilla
Que una de mis doncellas
Del Maestre está parida.
—El Maestre, mi señora,
Tiene cercada á Coimbra,
Y si vuestra Alteza manda
Yo luego lo llamaria ;
Y sepa vuestra Alteza
Qu'el Maestre no se escondia :
Lo que vuestra Alteza dice
Debe ser muy gran mentira.
—No lo es, dijo la Reina,
Que yo te lo mostraria.—
Mandara sacar un niño
Qu'en su palacio tenia :
Sacólo su camerera
Envuelto en una faldilla :
—Mira, mira, Alonso Perez,
El niño á quién parescia.
—Al Maestre, mi señora,
Alonso Perez decia[3].
—Pues daldo luego á criar,
Y á nadie esto se diga.—
Sálese Alonso Perez,
Ya se sale de Sevilla :
Muy triste queda la Reina,
Que consuelo no tenia ;
Llorando de los sus ojos
De la su boca decia :
—Yo, desventurada Reina,
Mas que cuantas son nascidas,
Casáronme con el Rey
Por la desventura mia.
De la noche de la boda
Nunca mas visto lo habia,
Y su hermano el Maestre
Me ha tenido compañía[4].
Si esto ha pasado
Toda la culpa era mia.
Si el rey Don Pedro lo sabe
De ambos se vengaria ;
Mucho mas de mí la Reina,
Por la mala suerte mia.—
Ya llegaba Alonso Perez
A Llerena, aquesa villa :
Puso el Infante á criar
En poder de una judía ;
Criada fué del Maestre ;
Paloma por nombre habia,

Y como el rey Don Enrique
Reinase luego en Castilla,
Tomara aquel Infante
Y almirante lo hacia;
Hijo era de su hermano
Como el romance decia.

(*Códice de la segunda mitad del siglo* XVI.)

1 Este romance, por su tono, sus formas y su expresion, indica que aun modernizado en su lenguaje, es de los primitivos y populares. La tradicion del hecho, verdadero ó falso, que conserva, disculpa mucho la muerte que Don Pedro hizo dar á su mujer Doña Blanca y á su hermano Don Fadrique. La calumnia, si lo es, levantada á la Reina, se urdió de un modo tan astuto que la hacia probable. El modo de sacar de palacio al niño recien nacido, y de darlo á criar, segun dice el romance, es sumamente verosímil; y el coincidir el hecho con el cerco de Coimbra por Don Fadrique, de donde despues para matarle le hizo venir su hermano Don Pedro, hace creible que este se creia gravemente ofendido, y mas cuando ni la sumision, ni la pronta obediencia con que el Infante acudió al llamamiento del Rey, bastaron á desarmar su ira. Si este solo hubiera sospechado que su hermano le era rebelde, al verle llegar solo y sin el ejercito que mandaba, sin tratar de defenderse en la fuerte ciudad de Coimbra, que habia ganado, habria calmado sus recelos. Otra causa mas honda debió sostener la indignacion del Rey, y esta, cuando ménos, seria la voz pública que, con razon ó sin ella, acusaba de adulterio á Blanca y á su cuñado. Acaso los partidarios de Don Pedro, para atenuar su crueldad, despues de ejecutada, acumularian á los inocentes un odioso delito; pero lo cierto es que la tradicion lo ha trasmitido á la posteridad, y que los poetas y aun los historiadores lo refieren.

Ortiz de Zúñiga, en su discurso genealógico de los Ortizes de Sevilla, supone que uno de estos, llamado Alonso, fué secretario de Don Fadrique, y el sugeto á quien el fruto del adulterio real fué confiado para que lo diese á criar, como en efecto lo hizo. Gloríase el autor de dicho libro del hecho, y lo considera como honroso á su familia: dice ademas que el niño, clandestinamente habido, se llamó Don Alonso, y fué el tronco de la casa de los Enriquez, Almirantes de Castilla. Como prueba de su aserto y de la tradicion que lo ha conservado, cita el romance que anotamos como inserto en un Romancero impreso en Sevilla año de 1573, que nos es ahora desconocido. Dos trozos que dicho Ortiz de Zúñiga pone en su obra dicen así, en boca, segun supone, de una real dama.

. . . .
. . . .
A un criado del Maestre
Que Alonso Ortiz se decia,
Su camarero y privado,
Noble de gran fiaduría
. . . .
. . . .
Llegado habia Alonso Ortiz
A Llerena, aquesa villa,
Dejara el niño á criar
En poder de una judía;
Vasalla era del Maestre,
Y Paloma se decia, etc

Comparando estos fragmentos del romance del dicho Romancero, cual lo cita Ortiz de Zúñiga, con el del *Códice* que hemos insertado, se observan algunas variantes en el modo y forma; pero no en la esencia; sin embargo aun conviniendo en todo lo demas, se ve que al que en aquel se llama Alonso Ortiz, en este se le nombra Alonso Perez.

2 El poeta expone con tanta timidez el hecho, que parece tenia miedo de asegurarle positivamente.

3 Este verso se ha intercalado para el sentido, y porque falta en el original.

4 *Me ha tenido compañía*, es decir de un modo decente lo que es de suponer pasase entre la Reina y Don Fadrique.

EPOCA DE DON PEDRO I DE CASTILLA, LLAMADO EL CRUEL.

966

MATA DON PEDRO Á SU HERMANO DON FADRIQUE, Y PRENDE Á DOÑA BLANCA SU ESPOSA, PORQUE LLORABA LA MUERTE DE SU CUÑADO.

(*Anónimo* [1].)

—Yo me estaba allá en Coimbra
Que yo me la hube ganado,
Cuando me vinieron cartas
Del rey Don Pedro mi hermano
Que fuese á ver los torneos
Que en Sevilla se han armado.
Yo Maestre sin ventura,
Yo Maestre desdichado,
Tomara trece de mula,
Veinte y cinco de caballo,
Todos con cadenas de oro
Y jubones de brocado:
Jornada de quince dias
En ocho la habia andado.
A la pasada de un rio,
Pasándole por el vado,
Cayó mi mula conmigo,
Perdí mi puñal dorado,
Ahogáraseme un paje
De los mios mas privado,
Criado era en mi sala
Y de mi muy regalado.
Con todas estas desdichas
A Sevilla hube llegado;
A la puerta Macarena
Encontréme un ordenado,
Ordenado de Evangelio,
Que misa no habia cantado:
—Manténgate Dios, Maestre,
Maestre, bien seais llegado,
Hoy te ha nacido un hijo,
Hoy cumples veinte y un años.
Si te pluguiese, Maestre,
Volvamos á baptizallo,
Que yo sería el padrino,
Tú, Maestre, el ahijado.—
Allí hablara el Maestre,
Bien oiréis lo que hablado:
—No me lo mandeis, señor,
Padre, no querais mandallo,
Que voy á ver qué me quiere
El rey Don Pedro mi hermano.—
Dí de espuelas á mi mula,
En Sevilla me hube entrado;
De que no vi tela puesta
Ni vi caballero armado,
Partíme para el alcázar
Del rey Don Pedro mi hermano.
En entrando por las puertas,
Las puertas me habian cerrado,
Quitáronme la mi espada,
La que yo traia al lado,
Quitáronme mi compaña
La que me habia acompañado.
Los mios desque esto vieron
De traicion me han avisado,
Que me saliese por fuera
Que ellos me pondrian en salvo.
Yo como estaba sin culpa
De nada hube curado,
Fuíme para el aposento
Del rey Don Pedro mi hermano:
—Manténgaos Dios, el buen rey,
Y á todos de cabo á cabo.
—En mal hora vengais, Maestre,
Maestre, mal seais llegado:
Nunca nos venis á ver
Sino una vez en el año,
Y esa que venis, Maestre,
Es por fuerza ó por mandado.
Vuestra cabeza, Maestre,
Mandada está en aguinaldo.
—¿Por qué es aqueso, buen Rey?
Nunca hice desaguisado,
Ni os dejé yo en la lid,
Ni con moros peleando.
—Venid acá, mis porteros,
Hágase lo que he mandado.—
Aun no lo hubo bien dicho,
La cabeza le han cortado;
A Doña María de Padilla
En un plato la han enviado,

Qu'así hablaba con ella
Cual si viva hubiera estado.
Las palabras que le dice
D'esta suerte está hablando ;
—Así pagaréis, traidor,
Lo de antaño y lo de hogaño,
Y el mal consejo que diste
Al rey Don Pedro tu hermano.—
Asióla por los cabellos,
Echósela á un alano;
El alano es del Maestre,
Púsola sobre un estrado,
Y á los aullidos que daba
Atronó todo el palacio.
Allí demandara el Rey :
—¿Quién hace mal á ese alano?—
Allí respondieron todos
A los cuales ha pesado :
—Con la cabeza lo ha
Del Maestre vuestro hermano.—
Allí hablara una su tia
Que tia era de entrambos¹:
—¡Cuán mal lo mirastes, Rey!
Rey ¡qué mal lo habeis mirado!
Por una mala mujer
Habeis muerto un tal hermano.—
Aun no lo habia bien dicho,
Cuando ya le habia pesado.
Fuése para Doña María,
D'esta suerte le ha hablado :
—Prendedla, mis caballeros,
Ponédmela á buen recaudo.
Yo la daré tal castigo
Que á todos sea sonado.—
En cárceles muy escuras
Allí la habia aprisionado ;
El mismo le da á comer,
El mismo con la su mano :
No se la fia á ninguno
Sino á un paje que ha criado.

(*Cancionero de romances* — H. TIMONEDA, *Rosa española.*)

¹ La redaccion del romance, tal cual se ve, parece de principios del siglo XVI ; pero hay vestigios de que es una reforma de otro tradicional bastante mas antiguo.

967

LLORA DOÑA BLANCA EL RIGOR CON QUE LA TRATA SU ESPOSO EL REY DON PEDRO, ATRIBUYÉNDOLO Á HECHIZO QUE LE DIÓ LA PADILLA.

(*Anónimo.*)

Doña Blanca está en Sidonia
Contando su historia amarga :
A una dueña se la cuenta
Que en la prision la acompaña.
—De Borbon, dice, soy hija ;
De Cárlos, Delfin, cuñada,
Y el Rey de la flor de lis
Pone en su escudo mis armas.
De Francia vine á Castilla,
¡Nunca dejara yo á Francia!
Y al tiempo que la dejé
El alma al cuerpo dejara.
Pero si pueden desdichas
Venir á ser heredadas,
Segun desgraciada soy,
Hija soy de la desgracia.
Caséme en Valladolid
Con Don Pedro, Rey de España ;
El semblante tiene hermoso,
Los hechos de tigre hircana.
Dióme el sí, no el corazon,
¡Alevosa es su palabra !
Rey que la palabra miente
¿Qué mal habrá que no haga?
Posesion tomé en la mano,
Mas no la tomé en el alma,
Porque se la dió primero
A otra mas dichosa dama ;
A una tal Doña María
Que de Padilla se llama,
Y deja su mesma esposa
Por una manceba falsa.
Por consejo de los grandes
Le vi una vez en mi casa ;
Ocho dias estuvo en ella,
Cien mil ha que d'ella falta.
Caséme en un dia aciago,
Mártes fué por la mañana,
Y el miércoles enviudaron
El tálamo y la esperanza.
Dile una cinta á Don Pedro
De mil diamantes sembrada,
Pensando enlazar con ella
Lo que amor bastardo enlaza :
Húbola Doña María,
Que cuanto pretende alcanza,
Entrególa a un hechicero
De la hebrea sangre ingrata ;
Hizo parecer culebras
Las que eran prendas del alma,
Y en este punto acabaron
La fortuna y mi esperanza.

(*Romancero general.*—H. *Flor de varios y nuevos romances.*— 2.ª *parte.*)

968

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

En un escuro retrete
Adonde del sol los rayos
No llegan, porque lo impiden
Las paredes de palacio,
Contemplando en sus desdichas
Está una Blanca, que es blanco
Adonde tiran los tiros
Que arroja un Rey inhumano.
Y entre las lóbregas redes
Que por halcones dorados
Le sirven á la que un tiempo
No hacia de balcones caso,
Con el eco que las voces
Le arrojan de cuando en cuando,
Como si viviente fuera
Así se está razonando :
—¡Qué breves son los contentos
Que ofrece á sus aliados
Aqueste mundo caduco
Todo de espinas cercado!
Los pesares, las tristezas,
Los males y los trabajos,
¡Qué largos y qué sin fin
A quien lo ha experimentado!
¡Ayer reinando me vi
Con gloria, pompa y Estado,
Y hoy para que me consuele
Apénas tengo un vasallo!
¡Ayer el mundo era poco,
Y hoy le miro tan sobrado,
Que en este retrete escuro
La muerte estoy aguardando!
Tragedia fué mi reinar,
Y así reiné en el teatro :
Mas ya del reino desnuda,
¿Por qué me entré en vestuario?
Moneda estimada he sido,
Y ya tan poquito valgo,
Que soy blanca, que es moneda
De quien se hace ménos caso.
Ya se marchitó mi flor,
Ya se volvió en lirio cárdeno,

Porque el sol del Rey me ha herido
Con sus muy ardientes rayos.

(*Romancero general.* — It. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

969.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

En un retrete en que apénas
Se divisan las paredes,
Porque su lóbrega luz
A la escuridad excede,
Estaba un sol que se puso
Antes que el alba saliese,
Que las nubes del rigor
Sus rayos y luz detienen;
Una blanca flor de lis,
Que ya en lirios la convierte
(El tormento y el dolor
Lo blanco morado vuelve):
Doña Blanca de Borbon,
Que Don Pedro presa tiene
Por mandado de su gusto
Y de quien mas que ellos puede,
Y entre las oscuridades
Aquella Reina inocente
Un pajecillo divisa
Por entre menudas redes,
Y dícele: —Si eres noble,
Y si fuiste mi sirviente,
Que como reiné tan poco
Aun no puedo conocerte,
Dile á mi señor el Rey,
Cuando mas manso le vieres,
Que una francesa mujer
Pide que d'ella se acuerde.
No le digas que es la Reina,
Ni á Doña Blanca le mientes,
Que soy blanco de su ira
Y no hay mal que no me acierte.
Aguarda que esté delante
Aquella que tanto quiere,
Que en presencia de su Reina
Por fuerza ha de hacer mercedes.
Pedirásle de mi parte
Que me vea y no me suelte,
Aunque por ley quede libre
Quien ve la cara á los reyes.
Mas temo que su justicia,
Si acaso verme quisiere,
Me aliviará las prisiones
Porque viva y porque pene.
Dile que es testigo el cielo,
A quien todo le es presente,
Que le quiero y que le adoro,
Al paso que él me aborrece;
Y que si deseo vivir
En aquesta amarga suerte,
Es, por pensar que Don Pedro
Es hombre y mudarse puede.
De dia cuando pasea,
Y de noche cuando duerme,
Le ruego á Dios que le guarde,
Y que á mí me deje verle.
El nos juntó con un nudo
Que le divide la muerte,
Y aunque él me lo da de hierro,
Quizas vendrá á conocerse.
Agua le doy de mis ojos,
Y él fuego qu'el pecho vierte,
Podrá ser que yo le apague,
Si allá llega mi corriente.
Mas ¡ay! que Doña María
Le detiene que no llegue,
Que lágrimas de mujer
Mueven mucho mas presentes.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

970.

VISION QUE TUVO EL REY DON PEDRO PARA VER DE CONVERTIRSE Á DIOS.

(*Anónimo* [1].)

Por los campos de Jerez
A caza va el Rey Don Pedro:
En llegando á una laguna
Allí quiso ver un vuelo.
Vido volar una garza,
Disparóla un sacre nuevo,
Remontárale un neblí,
A sus piés cayera muerto.
A sus piés cayó el neblí,
Túvolo por mal agüero.
Tanto volaba la garza,
Parece llegar al cielo.
Por donde la garza sube
Vió bajar un bulto negro;
Miéntras mas se acerca el bulto,
Mas temor le va poniendo:
Con el abajarse tanto,
Parece llegar al suelo
Delante de su caballo
A cinco pasos de trecho:
Dél salió un pastorcico,
Sale llorando y gimiendo,
La cabeza desgreñada,
Revuelto trae el cabello,
Con los piés llenos de abrojos
Y el cuerpo lleno de vello;
En su mano una culebra
Y en la otra un puñal sangriento;
En el hombro una mortaja,
Una calavera al cuello:
A su lado de trailla
Traia un perro negro:
Los aullidos que daba
A todos ponian gran miedo,
Y á grandes voces decia:
—Morirás, el Rey Don Pedro,
Que mataste sin justicia
Los mejores de tu reino:
Mataste tu propio hermano
El Maestre, sin consejo,
Y desterraste á tu madre:
A Dios darás cuenta d'ello.
Tienes presa á Doña Blanca,
Enojaste á Dios por ello,
Que si tornas á quererla
Darte ha Dios un heredero,
Y si no, por cierto sepas
Te vendrá desman por ello:
Serán malas las tus hijas
Por tu culpa y mal gobierno,
Y tu hermano Don Enrique
Te habrá de heredar el reino:
Morirás á puñaladas:
Tu casa será el infierno.—
Todo esto recontado,
Despareció el bulto negro.

(TIMONEDA, *Rosa española.* — It. WOLF *Rosa de Romances.*)

[1] Bueno y antiguo romance, cuyo asunto fué tomado de la tradicion que supone haber tenido el Rey un aviso del cielo para impedirle que matase á su esposa Doña Blanca. Lope de Vega, en su comedia de *El Rey Don Pedro en Madrid, y el Infanzon de Illescas*, y Moreto en la suya de *El Rico-hóme de Alcalá*, ponen varios lances maravillosos acaecidos á este Rey, á quien consideran mas bien como riguroso y severo que no como cruel. A la verdad que, á pesar de haber sido vencido, y de los historiadores que escribieron sus crónicas bajo el imperio de su hermano bastardo Don Enrique, el rey Don Pedro es un noble y popular monarca, que sujetó la anarquía de los grandes y favoreció al pueblo haciéndole justicia contra ellos y contra el clero indómito y ambicioso. El fatricida Don Enrique puede decirse que fué un rey impuesto á España por la Francia, y que por lo tanto fomentó demasiado las pretensiones monacales de Roma.

971.

Á RUEGO DE LA PADILLA HACE EL REY DON PEDRO MATAR Á SU ESPOSA DOÑA BLANCA.

(*Anónimo.*)

No contento el rey Don Pedro
De tener aprisionada
A Doña Blanca en Sidonia
Sin razon ni justa causa,
A peticion de Padilla,
Bella tigre de la Hircania,
Permite el Rey que la Reina
Acabe su vida amarga:
La cual le dice: — Señor,
Si vale vuestra palabra,
Ya es tiempo que me cumplais
La que á mí me teneis dada,
Mediante la cual me hubistes,
Viviendo en mi casa, honrada
Y codiciada de muchos
Señores de vuestra España.
Disteme nombre de amiga
Con que el vulgo me disfama,
Pues por deshonra me dicen
Que solo el nombre me basta,
Y hubiera ya de bastar,
Que estoy de hijos cargada
Vuestros, que porque lo son
Vivo yo tan deshonrada.—
Movieron al ciego Rey
Las halagüeñas palabras
Que la matrona le dice
Fingidas y bien lloradas.
Para su casa se fué
Y una diabólica traza
Dió luego, llegando á ella,
Dañosa á su vida y alma.
A un su privado le dice
Que luego al punto se parta
Á Sidonia á toda priesa,
Y que mate á Doña Blanca.
El hidalgo le responde:
—No es justo que yo tal haga,
Pues quien á la Reina ofende,
Ofende al Rey y á su fama.—
Enfadado el Rey de aquesto
Manda á un montero de maza
Que vaya y mate á la Reina,
Si quiere estar en su gracia.
El villano otorgó luego,
Que siempre en villanos se halla
Un vil acometimiento,
Y una obra infame y baja.
Llegado que fué á Sidonia
A la Reina le declara
El mandato que traia,
La cual responde turbada:
—¡Oh Rey cruel, injusto,
Rey severo y tirano!
¿Cómo tal crueldad
Permites inhumano?
El cielo te castigue,
Y Dios ponga su mano
En remediar mi alma
Por quien humilde clamo:
Y pido te perdone
Tan grande desconcierto,
Y que se olvide el siglo
De tal agravio y tuerto.
Y tú que eres mandado
Del Rey, usa tu oficio:
D'esta doncella casta
Haz pronto el sacrificio,
Pues tal me hallo ahora
Cual me parió mi madre,
Y ¡oh nunca me enviara,
Cual me envió mi padre,
A ser del Rey severo
No mujer, sino esclava,
Y tal que en mí la suma
De desgracias se acaba!
¡Oh Francia, dulce patria!
¿Por qué no me tuviste
Cuando á sufrir á España
De tí salir me viste?
De aquesta no me quejo
Pues que sus naturales
Contino, como es justo,
Han sentido mis males:
Empero el Rey permite,
A pesar de Castilla,
Muera su mujer propia
Por dar gusto á Padilla:
Y pues veo es en vano
Mi queja y lamentar,
Me tenga de su mano
Quiero á Dios suplicar.—
Con esto acabó la Reina
Sin ventura y desdichada
Su vida, quedando virgen
De poca edad malograda;
Y por ser tan de improviso
Fué su muerte bien llorada
En general de sus gentes,
Por ser de todos amada.

(*Romancero general.*)

972.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

—Doña María Padilla,
N'os mostreis tan triste vos,
Que si me casé dos veces
Hícelo por vuestra pro,
Y por hacer menosprecio
A esa Blanca de Borbon,
Que á Medinasidonia envio
A que me labre un pendon.
Será el color de su sangre,
De lágrimas la labor.
Tal pendon, Doña María,
Yo lo haré hacer para vos.—
Llamó luego á Iñigo Ortiz,
Un excelente varon:
Díjole fuese á Medina
A dar fin á tal labor.
Respondiera Iñigo Ortiz:
—Aqueso no lo haré yo,
Que quien mata á su señora
Face aleve á su señor.—
El Rey d'aquesto enojado
A su cámara se entró,
Y á un ballestero de maza
El Rey su ordenanza dió.
Aqueste vino á la Reina
Y hallóla en oracion.
Cuando vido al ballestero
La su triste muerte vió.
Aquel le dijo:— Señora,
El Rey acá me envió
A que ordeneis vuestra alma
Con aquel que la crió,
Que vuestra hora es llegada,
No puedo alargalla yo.
— Amigo, dijo la Reina,
Mi muerte os perdono yo:
Si el Rey mi señor lo manda,
Hágase lo que ordenó.
Confesion no se me niegue,
Porque pida á Dios perdon.—
Con lágrimas y gemidos
Al macero enterneció,
Y con voz flaca, temblando,
Esto á decir comenzó:

—¡Oh Francia, mi noble tierra [1]!
¡Oh mi sangre de Borbon!
Hoy cumplo dezisiete años
Y en los deziocho voy :
El Rey no me ha conocido ,
Con las virgenes me voy.
Castilla , di , ¿qué te hice?
Yo no te hice traicion.
Las coronas que me diste
De sangre y sospiros son;
Mas otra terné en el cielo,
Que será de mas valor.—
Y dichas estas palabras
El macero la hirió :
Los sesos de su cabeza
Por la sala los sembró.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Este tierno apóstrofe, este recuerdo tan natural de la dulce patria, cuando se sufre en la ajena donde se pensó mejorar de suerte, ha quedado en España como proverbio.

973.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

—Doña Maria de Padilla,
N'os mostredes triste , no :
Que si me casé dos veces [2]
Hícelo por vuestro amor,
Y por hacer menosprecio
A Doña Blanca de Borbon :
Envío luego á Sidonia
Que me labren un pendon ;
Será de color de sangre,
De lágrimas su labor :
Tal pendon , Doña Maria,
Se hace por vuestro amor.—
Fué á llamar á Alonso Ortiz ,
Que es un honrado varon,
Para que fuese á Medina
A dar fin a la labor.
Respondiera Alonso Ortiz :
—Eso, señor, no haré yo,
Que quien mata á su señora
Es aleve á su señor.—
El Rey no le dijo nada ,
En su cámara se entró :
Enviara dos maceros,
Los cuales él escogió.
Estos fuéron á la Reina ,
Halláronla en oracion ;
La Reina como los vido
Casi muerta se cayó,
Mas despues en sí tornada
Con esfuerzo les habló.
—Ya sé á qué venis, amigos ,
Que mi alma lo sintió ;
Y pues lo que está ordenado
No se puede excusar, no ,
Di , Castilla , ¿qué te hice?
No por cierto , no traicion.
¡Oh Francia mi dulce tierra!
¡Oh mi casa de Borbon !
Hoy cumplo deciseis años
En los cuales muero yo :
El Rey no me ha conocido ,
Con las vírgenes me voy :
Doña Maria de Padilla ,
Esto te perdono yo ;
Por quitarte de cuidado
Lo hace el Rey mi señor.—
Los maceros le dan priesa ,
Ella pide confesion :
Perdonáralos á ellos ,
Y puesta en contemplacion
Danle golpes con las mazas :
Así la triste murió.

(TIMONEDA , *Rosa española.*— H. WOLF , *Rosa de romances.*)

[1] Uno de los buenos romances reimpresos por el Sr. Wolf, y tan semejante al que le precede con igual principio, que casi pudiera haberse omitido ; mas no se hizo así por contener muchas variantes.

[2] En efecto y por buena cuenta tuvo Don Pedro ménos mujeres que Enrique VIII de Inglaterra , y mató tambien ménos, pues solo fué atroz con Doña Blanca de Borbon , de la cual estaba quizá un tanto celoso , y bastante receloso de que por vengarse de sus desprecios conspiraba contra el con los bastardos Don Fadrique, Don Tello y otros descontentos. Hay una tradicion , quizá calumniosa , de que Doña Blanca tuvo un hijo de Don Fadrique, que fué encargado á uno de la familia de los Ortices para que lo hiciese criar.

974.

EL PRIOR DE SAN JUAN ASTUTAMENTE BURLA LAS ASECHANZAS DEL REY DON PEDRO EL CRUEL, Y EVITA QUE SE APODERE DEL CASTILLO DE CONSUEGRA [1].

(*Anónimo* [2].)

Don Rodrigo de Padilla [3],
Aquel que Dios perdonase ,
Tomara el Rey por la mano
Y apartólo en puridade :
—Un castillo está en Consuegra
Qu'en el mundo no le hay tale :
Más para vos vale , el Rey,
Que para el prior de San Juane.
Convidesle vos, el Rey,
Convidedesle á cenare,
Y la cena que le diésedes
Sea como en Toro á Don Juane [4],
Que le corteis la cabeza
Sin ninguna piedade :
Desque se la hayais cortado ,
En tenencia me lo dae.—
Ellos en aquesto estando
El Prior llegado hae.
—Mantenga Dios á tu Alteza,
Y tu corona reale.
—Bien vengades vos , Prior :
Digades me la verdade [5] :
¿El castillo de Consuegra ,
Decidme , por quién estae?
—El castillo con la villa.
Está todo á todo tu mandar.
—Pues convidoos, el Prior,
Para conmigo cenar.—
—Pláceme , dijo el Prior,
De muy buena voluntad.
Déme licencia tu Alteza
Licencia me quiera dar ,
Mensajeros nuevos tengo
Y los quiero aposentar.
—Vais con Dios , el buen Prior
Luego vos querais tornar —
Vase para la cocina ,
Donde el cocinero está :
Así hablaba con él
Como si fuera su igual.
—Toma estos mis vestidos ,
Los tuyos me quieras dar.—
Ya despues de medio dia
Salido se ha á pasear :
Vase á la caballeriza
Donde el macho fué á estare.
—De tres ya me has escapado
Con estas cuatro serane ,
Y si de esta me escapas
De oro te haré herrare.—
De presto le echó la silla
Y comienza á caminar.
Media noche era por filo [6],
Los gallos querian cantar

Cuando se entró por Toledo,
Por Toledo, esa ciudad.
Antes que el gallo cantase
A Consuegra fué á llegar:
Halló las guardas velando,
Y empiézales de le hablar.
—Digádesme, veladores,
Digádesme la verdad,
¿El castillo de Consuegra
Cúyo es y á qué mandar?
—El castillo con la villa
Es del prior de San Juan.—
—Pues abridesme las puertas,
Catalde aquí donde estae.—
La guarda desque lo vido
Abriólas de par en par.
—Tomádesme ese macho,
Dél me querades curare:
Dejédesme á mí la vela
Porque yo quiero velare.
Velá, velá, veladores,
Que rabia os quiera matare;
Que quien á buen señor sirve
Ese galardon le dane.—
Y estando él en aquesto
El buen Rey llegado hae:
Halló las guardas velando,
Comiénzales de hablare:
—Digádesme, veladores,
Que Dios os quiera guardare,
¿El castillo de Consuegra,
Digades, por quien está?
—El castillo con la villa,
Por el prior de San Juan.—
—Pues abrádesme las puertas;
Catalde aquí donde está.—
—Afuera, afuera, buen Rey,
Que el Prior llegado ha.—
—¡Macho rucio, macho rucio,
Muermo te quiera matar!
¡Siete caballos me cuestas,
Y con este ocho serán!
Abridme, buen Prior,
Allá me dejeis entrar,
Que por mi corona os juro
Que nunca he haceros mal.
—Hacerlo he esto, buen Rey,
Que agora en mi mano está.

(*Silva de varios romances.*)

[1] El asunto de este romance no le hemos visto en ninguna crónica, pero es de inferir que se refiera al reinado de Don Pedro el Cruel, pues intervienen en él los parientes de Doña María de Padilla.

[2] Entre todos los romances viejos ninguno merece mas esta calificacion. Su estilo, su versificacion, la anomalía de sus asonantes y consonantes, tan presto en *are*, en *ane*, en *ae*, como en *ar*, y en *an*; la multitud de frases y versos repetidos al pié de la letra en otros romances de su clase; los modismos ó refranes de expresion, tambien repetidos, tales como *manténgate Dios, y tu corona reale: bien vengades: ellos en aquesto estando: vais con Dios: vase para*; la repeticion de los versos sobre la pertenencia del castillo; y en fin, otras muchas cosas que son mas bien para sentidas que explicadas, indican que el romance es de los primitivos, y acaso contemporáneo de un hecho ó tradicion conservada solamente en él y el que le sigue, al cual convienen aun con mas motivo las reflexiones de esta nota, siendo, como que es ademas, mas perfecto y completo.

[3] Don Rodrigo de Padilla aquí, Don García de Padilla en el romance que sigue, y Don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, en la *Crónica del rey Don Pedro*, por Ayala, era hermano de Doña María de Padilla, y como tal obtuvo tan alto empleo, despues que el Rey prendió, despojó y mandó matar á Don Juan Nuñez de Prado que lo obtenia. Así fué como los Padillas llegaron á engrandecerse; y para ello aconsejó Don Diego al Rey, que por una felonía despojase del castillo de Consuegra al astuto prior de San Juan.

[4] El rey Don Alfonso XI, conquistador de Algeciras, y padre de Don Pedro, atrajo á Toro con engaños á Don Juan el Tuerto, hijo del infante Don Juan, hermano de Sancho IV, que fué el padre de Don Alonso XI. Este sospechaba que dicho Don Juan, hijo del infante Don Fernando, queria disputarle la corona, y despues de haberle convidado á comer, le hizo matar. A este lance se alude en el consejo que da Don Rodrigo ó Don Diego García de Padilla.

[5] Esta pregunta y su respuesta se repite varias veces aquí, como en Homero los mensajes donde el mensajero, tantas veces como debe, repite las palabras que le encargaron.

[6] Con este verso y el siguiente comienza el antiguo romance del conde Claros.

975.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Don García de Padilla,
Ese que Dios perdonase,
Tomara al Rey por la mano,
Y apartólo en puridade:
—Un castillo hay en Consuegra,
Qu'en el mundo no hay su pare:
Mejor es para vos, Rey,
Que lo sabréis sustentare.
No sufrais mas que le tenga
Ese prior de San Juane:
Convidédesle, buen Rey,
Convidédesle á yantare.
La comida que le dierdes,
Como dió Toro á Don Juane,
Que le corteis la cabeza
Sin ninguna piedade:
Desque se la hayais cortado,
En tenencia me lo dades.—
Ellos en aquesto estando
El Prior llegado hae.
—Mantenga Dios á tu Alteza
Y á tu corona reale.
—Bien vengades, buen Prior
Digádesme la verdade:
¿El castillo de Consuegra
Sepamos por quién estae?
—El castillo con la villa,
Señor, á vuestro mandare.—
—Pues convidoos, el Prior,
Para conmigo yantare.—
—Pláceme, dijo, buen Rey,
De muy buena voluntade:
Déme licencia tu Alteza,
Licencia me quiera dare:
Monjes nuevos son venidos
Irélos á aposentare.
—Vais con Dios, Hernan Rodrigo:
Luego os querais tornare.—
Vase luego á la cocina,
Do su cocinero estae:
Así habla con él,
Como si fuera su iguale:
—Tomes estos mis vestidos,
Los tuyos me quieras dare,
Y á hora de media noche
Salirte has á paseare.—
Vase á la caballeriza
Do su macho fué á hallare.
—¡Macho rucio, macho rucio,
Dios te me quiera guardare!
Ya de dos me has escapado,
Con aquesta tres serane;
Si de aquesta tú me escapas
Luego te entiendo aforrare.—
Presto le echara la silla,
Comienza de cabalgare;
En allegando á Azoguejo
Comenzó el macho á roznare
Media noche era por filo,
Los gallos querian cantare,
Cuando entraba por Toledo,
Por Toledo, esa ciudade:
Antes que cantara el gallo
A Consuegra fué á llegare.
Halló las guardas velando,
Comiénzales de hablare:

—Digádesme, veladores,
Digádesme la verdade:
¿El castillo de Consuegra
Si sabeis por quién estae?
—El castillo con la villa
Por el prior de San Juane.
—Pues abrid luego las puertas;
Catalde aquí donde estae.—
La guarda desque lo oyó
Abriólas de par en pare.
—Tomases allá ese macho,
D'él muy bien quieras curare:
Déjesme la vela á mí,
Que yo la quiero velare.
¡Velá, velá, veladores,
Así mala rabia os mate;
Que quien á buen señor sirve
Este galardon le dane.—
El Prior estando en esto
El Rey que llegado hae,
Halló las guardas velando,
Comenzóles de hablare.
—Decidme, los veladores,
Que Dios os guarde de male,
¿El castillo de Consuegra
Por quién se tiene ó estae?
—El castillo con la villa
Por el prior de San Juane.
—Pues abrid luego las puertas
Que veislo aquí donde estae.
—Afuera, afuera, buen Rey,
Qu'el Prior llegado hae.—
—¡Macho rucio, dijo el Rey,
Muermo te quiera matare!
Siete caballos me has muerto
Y con este ocho serane.
Abreme tú, buen Prior,
Allá me dejes entrare:
Por mi corona te juro
De no hacerte ningun male.
Hacéroslo, el buen Rey,
Agora en mi mano estae;—
Mandárale abrir la puerta,
Dióle muy bien de cenare.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—II. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Reimpreso por el Sr. Wolf, y tan semejante al que le precede, que pudiera excusarse el repetirle aquí; pero como es mejor y mas completo, nos ha parecido deber reproducirle, sin omitir el anterior. Las mismas reflexiones hechas para aquel le convienen en un todo á este.

976.

EL REY BERMEJO, DE GRANADA, PIDE AL REY DON PEDRO SOCORRO CONTRA SU HERMANO, Y EL REY LO HACE MATAR SOBRE SEGURO.

(*Anónimo.*)

Dia fué muy aciago
¡Ay qu'el alma me lo daba!
Cuando partí de mi reino
Y del Alhambra mi casa
Con trescientos de mis moros;
Todos eran de mi guarda,
Y entre ellos uno escogido,
Que Don Edriz se llamaba:
Hijo es de Ozmin el bravo,
Muy aventajada lanza,
El que prendió á los Infantes
En la Vega de Granada.
Yo tomé todas mis joyas
Para al rey Don Pedro dallas,
Y llegando á una villa
Que Veana se nombraba,
Y á Gutierre de Toledo
En ella me encomendara,
Roguéle que me llevase
Donde el rey Don Pedro estaba:
Al Prior le plació d'ello
Y al Rey me presentara,
Dijo:— Dios te salve, el Rey,
Y ensalce corona y fama;
Yo me pongo en la tu mano,
Ruégote qu'ella me vala,
Que mi hermano Mahomad
Se me ha entrado por Granada.
Si tú me vales, el Rey,
Siempre yo te daré parias.—
Respondióle el rey Don Pedro,
Mostrándole alegre cara:
—Seais bien venido, Rey,
Reposad en la mi casa,
Que la ayuda que es posible
Jamas os será negada.—
Mandáronme aposentar
En una buena posada;
Don García de Toledo
A cenar me convidara.
Estando con él comiendo
Entró mucha gente armada,
A mí y á mis caballeros,
Los que estaban á la tabla,
Nos prenden con desmesura
Y las joyas nos quitaban.
A mí y á todos los mios
Meten en la Tarazana,
Y luego dende á dos dias,
Un martes en la mañana,
Sacáronme sobre un asno
Con mi ropa de escarlata
A un campo que se decia
El campo de la Tablada.
Allí vino el rey Don Pedro
En un caballo, con lanza:
Treinta y siete buenos moros
Que vinieron de Granada
Hizo luego hacer pedazos,
A ninguno perdonara,
Y llegando al rey Bermejo
Dióle una mortal lanzada,
Diciendo:— Toma, alevoso,
Que jamas se me olvidara
Que hice una pleitesía
Con el rey de Aragon mala
Por tí, do perdí el castillo
De Ariza y su comarca.—
Respondiérale el rey moro
En su lengua estas palabras:
—¡Rey Don Pedro, rey Don Pedro,
Hecho has corta cabalgada!

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

977.

MATA EL REY DON PEDRO, SOBRE SEGURO Y PARA APODERARSE DE SUS RIQUEZAS, Á MAHOMAD REY DE GRANADA.

(*Anónimo.*)

Mahomad, rey de Granada,
A Sevilla habia llegado
Con cincuenta caballeros
Que lo venian guardando.
Muchas joyas trae el moro
Para ese rey castellano:
Don Pedro era el Cruel
El que tenia el reinado.
Viénele á pedir ayuda.
Que el Rey se la habia mandado,
Que tiene guerra con moros,
De él quiere ser ayudado.
Mandáralo el Rey prender,
Llévanlo muy maltratado,
Tomóle lo que traia,
Y á Tablada lo han llevado,
Donde al rey moro y los suyos

A las cañas han jugado:
El Rey como es tan cruel
De crueldad habia usado;
Tiróle al moro una lanza,
El propio con la su mano:
Pasóle de parte á parte,
Lo que á rey no era dado.
El rey moro en alta voz
En arábigo ha hablado,
Dijo: — ¡Oh qué torpe triunfo,
Rey Pedro, habéisos ganado
En matar á mí sin causa,
Con sed que te habia cegado
De mi sangre y mis tesoros
Que tú me habias tomado! —
Tambien matara á los suyos
Que ninguno habia dejado:
Todos mueren á las cañas,
Que el mal Rey lo habia mandado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

978.

MUERE EL REY DON PEDRO Á MANOS DE SU HERMANO BASTARDO DON ENRIQUE.

(Anónimo.)

Los fieros cuerpos revueltos
Entre los robustos brazos
Están el cruel Don Pedro
Y Don Enrique su hermano.
No son abrazos de amor
Los que los dos se están dando,
Que el uno tiene una daga
Y otro un puñal acerado.
El Rey tiene á Enrique estrecho
Y Enrique al Rey apretado,
Uno en cólera encendido
Y otro de rabia abrasado:
Y en aquesta fiera lucha
Solo un testigo se ha hallado,
Paje de espada de Enrique
Que de afuera mira el caso.
Despues de luchar vencidos
¡Oh suceso desgraciado!
Que ambos vinieron al suelo,
Y Enrique cayó debajo.
Viendo el paje á su señor
En tan peligroso caso,
Por detras al Rey se allega,
Reciamente de él tirando,
Diciendo: — No quito Rey
Ni pongo Rey de mi mano,
Pero hago lo que debo
Al oficio de criado. —
Y dió con el Rey de espaldas
Y Enrique vino á lo alto,
Hiriendo con un puñal
En el pecho del Rey falso,
Donde á vueltas de la sangre,
El vital hilo cortando,
Salió el alma mas cruel
Que vivió en pecho cristiano.

(Romancero general.)

979.

LAMENTAN LOS LEALES CASTELLANOS LA MUERTE DE SU REY DON PEDRO, Y LOS TRAIDORES PARTIDARIOS DEL BASTARDO DON ENRIQUE LA CELEBRAN.

(Anónimo [1].)

A los piés de Don Enrique
Yace muerto el rey Don Pedro,
Más que por su valentía,
Por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
El pié le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
A compasion y contento,
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso;
«Y los de Enrique
»Cantan, repican y gritan:
»Viva Enrique; y los de Pedro
»Clamorean, doblan, lloran
»Su Rey muerto.»
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que el Rey no es cruel si nace
En tiempo que importa serlo [2],
Y que no es razon que el vulgo
Con el Rey entre á consejo,
A ver si casos tan graves
Han sido bien ó mal hechos;
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos,
Cuanto la hermosa Padilla
Ha quedado por ejemplo;
Que nadie verá sus ojos
Que no tenga al Rey por cuerdo,
Miéntras que como otro Rodrigo
No puso fuego á su reino:
«Y los de Enrique» etc.
Los que con ánimos viles,
O por lisonja ó por miedo,
Siendo del bando vencido
Al vencedor siguen luego,
Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.
La tragedia del Maestre,
La muerte del hijo tierno,
La prision de Doña Blanca,
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces, pidiendo al cielo
Justicia, pidiendo al Rey,
Y mientras que dicen esto,
«Los de Enrique» etc.
Llora la hermosa Padilla [3]
El desdichado succeso
Como esclava del Rey vivo,
Y como viuda del muerto.
¡Ay, Pedro, que muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas,
Y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,
Y vió con triste silencio
Llevar cubierto á su esposo
De sangre y de paños negros;
Y que en otra parte á Enrique
Le dan con aplauso el cetro.
Campanas tocan los unos,
Y los otros, instrumentos;
«Y los de Enrique» etc.
Como acrecienta el dolor
La envidia del bien ajeno,
Y el ver á los enemigos
Con favorable succeso;
Así la triste señora
Llora y se deshace, viendo
Cubierto á Pedro de sangre,
Y Enrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano,
Sin tener culpa el cabello,
Y mezclando perlas y oro,
De oro y perlas cubrió el cuello:
Quiso decir, Pedro, á voces,

Villanos, vive en mi pecho,
Mas poco le aprovechó;
Y miéntras lo está diciendo,
«Los de Enrique» etc.
Rasgó las tocas mostrando
El blanco pecho encubierto,
Como si fuera cristal
Por donde se viera Pedro.
No la vieron los contrarios,
Y vióla invidioso el cielo,
De ver en tan poca nieve
Un elemento de fuego:
Desmayóse, ya vencida
Del poderoso tormento,
Cubriendo los bellos ojos
Muerte, amor, silencio y sueño.
Entre tanto el campo todo
Aquí y allí van corriendo,
Vencedores y vencidos,
Soldados y caballeros;
«Y los de Enrique
»Cantan, repiten, y gritan:
»Viva Enrique; y los de Pedro
»Clamorean, doblan, lloran
»Su Rey muerto.»

(*Romancero general.*)

[1] Es un bellísimo romance, lleno de poesía y robusta versificacion. En él no hay palabra ni imágen que no sean oportunas. La elevacion de los sentimientos, la concision vigorosa con que se expresan, la hermosa y robusta versificacion de este romance, y los mismos defectos que tal vez le afean por el prurito de ostentar sutileza en los pensamientos y las imágenes, nos inclinan á creer que es obra de Góngora, aquel mismo poeta que, compitiendo con el Ariosto, compuso el romance de Angélica y Medoro, que dice *En un pastoral albergue*. Compárense uno y otro, y se hallará no solo semejanza, sino identidad en algunos accidentes de la composicion. Góngora, mas que nadie, dió al romance toda la aptitud noble y enérjica capaz de expresar asuntos épicos.

[2] Casi todos los soberanos y monarcas, á quienes las clases altas de la sociedad, y los historiadores contrarios á ellos, han llamado tiranos y crueles, han sido muy populares. El pueblo ha llamado justos á Tiberio, á Neron, y á Don Pedro el Cruel; y así pudo ser, porque su cuchilla se ensañaba particularmente contra los ricos y grandes que oprimian al pueblo, el cual veia con gusto caer sus cabezas, y su riqueza empleada y repartida en parte entre las clases bajas que la envidiaban. Así los que sufrian llamaban tiranos á ciertos reyes, miéntras que los que gozaban los llamaban justos. Nuestro rey Don Pedro fue tanto mas popular, cuanto destruyendo á los rebeldes poderosos que le hostigaban, acudia al pueblo para dominarlos, y miéntras los abatia, ensalzaba las clases medias, y satisfacia la especie de envidia y celos que siempre existe entre los poderosos y los desvalidos.

[3] Anacronismo evidente es hacer lamentar á la Padilla la muerte de Don Pedro, cuando es histórico que esta dama falleció con anterioridad á la fatal catástrofe de su amado. Perdónase sin embargo al poeta esta falta, por haberle proporcionado una situacion tan bella, tan interesante y tan dramática como la que aquí se ve.

980.

RESÚMEN DE LA HISTORIA DEL REY DON PEDRO EL CRUEL

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Fallecido es el buen Rey,
Don Alfonso era llamado,
El onceno d'este nombre
Que ántes dél habia reinado.
Murió sobre Gibraltar
Que el Rey tenia cercado:
Falleció de pestilencia,
Mucho á Castilla ha pesado,
Que era Rey muy querido
De sus reinos muy amado.
Hobo los reinos su hijo,
El Cruel Pedro llamado.
Casóse con Doña Blanca
Y luego la habia dejado.
Fuése para Montalvan,
Que allí es barraganado,
Con María de Padilla
Que lo tiene enhechizado.
Fué enhechizado d'esta suerte:
La Reina al Rey habia dado
Una cinta mucho rica
De oro muy bien labrado,
Con perlas, piedras preciosas
De valor muy estimado:
Ceñiala el rey Don Pedro
Con placer, de muy buen grado,
Porque se la dió la Reina,
Que dél era muy amado.
Doña María de Padilla
La cinta hobiera en su mano.
Dióla en poder de un judío
Que era mágico y sabio;
Puso en ella tales cosas
Que al Rey mucho han espantado.
Que en ciñéndola en su cuerpo
Culebra le ha semejado.
Cobró de ella gran pavor;
Qu'era aquello ha preguntado;
Los parientes de su amiga
Al Rey habian engañado:
Dijéronle que la Reina
Con ella queria matarlo;
Mucho la desama el Rey,
Luego d'ella se ha apartado.
Contra ella hizo proceso;
A sus grandes ha pesado,
Mayormente á Don Enrique
Y tambien á sus hermanos.
Determinan todos juntos
De poner la Reina en salvo,
Porque estaba inocente
De lo que le es levantado.
El Rey tiene enojo d'ello,
Luego los ha desterrado;
Mató muchos caballeros
Los mas nobles y estimados.
Uno fuera el buen maestre
De Calatrava llamado;
Garci Laso de la Vega
Caballero muy honrado;
Y en Córdoba esa ciudad
Mató á veinte jurados,
Otros muchos caballeros,
Y á Don Fadrique, su hermano
A Don Diego y á Don Juan,
Niños, sus propios hermanos,
Tambien los fizo matar
Sin ser en nada culpados;
Y al buen Don Juan de Ledesma,
Y á Don Pedro ha degollado,
Y á Doña Leonor su tia,
Que de Aragon ha el reinado:
Y allá en Medina Sidonia,
A su mujer ha matado,
Esa Reina Doña Blanca,
Sin haber en nada errado.
Quemara á Doña Urraca,
Y tambien fuera asolado
Todo el linaje de Lara,
Tan antiguo y sublimado.
Don Gutierre de Toledo
Fuera muerto, y desterrado
Don Basco, el arzobispo
De Toledo, ese obispado.
Degolló á Don Alfonso,
Que Coronel fué nombrado,
Que fuera ayo del Rey,
¡Muy mal pago le habia dado!
Y á Perálbarez de Osorio
Tambien le quitó su Estado;
Degollólo en Villa-nueva;
Tambien degolló á Don Sancho,
Y á Don Tello y Don Fadrique,
Sus hermanos son llamados.
Doña Leonor de Guzman

Tambien murió por su mano,
Y en presencia de su madre
Cuatro habia descabezado,
Caballeros de valía
De España muy estimados:
Pero Estévan el maestre
De Calatrava maestrazgo;
Ruy Gonzalez Castañeda;
Alonso Tellez honrado,
Y Martin Alonso Tello.
Su madre, que lo ha mirado,
Turbada de tal crueldad
Como muerta habia quedado;
Espantada está muy triste,
Desconsolada pasando;
Murió desde poco tiempo,
Vivió siempre lamentando
La crueldad que su hijo
Hizo como mal cristiano.
Mas estando en Montiel
Lo ha muerto ese su hermano:
Don Enrique se llamaba,
Y por rey se ha coronado
Fué España muy alegre,
A Dios está alabando:
Los que él viviendo eran tristes,
Con su muerte se han gozado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

EPOCA DE DON JUAN PRIMERO.

981.

DON JUAN PRIMERO DE CASTILLA SE SALVA DE LA BATALLA DE ALJUBARROTA EN EL CABALLO QUE LE DA PERO GONZALEZ DE MENDOZA, EL CUAL MUERE EN ELLA PELEANDO.

(*Anónimo* [1].)

—Si el caballo vos han muerto,
Subid, Rey, en mi caballo;
Si en pié no podeis teneros,
Llegad, subirvos he en brazos.
Poned un pié en el estribo,
Y el otro sobre mis manos;
Catad que cresce el gentío:
Maguer fine yo, salvadvos.
Un tanto es blando de boca,
Bien como á tal sofrenadlo;
Non vos empache el pavor;
Dalde rienda y picad largo.
Lo que sembrastes en mí
Vos lo torno mejorado,
Que nunca la buena tierra
Negó el fruto ningun año.
Non vos obligo en tal fecho
Nin me fincais adeudado,
Que tal escatima deben
Á los reyes sus vasallos:
Y si es verdad lo que digo,
Non dirán los castellanos
En oprobio de mis canas
Que vos debo et non vos pago;
Nin las dueñas de Castilla,
Que á sus maridos fidalgos
Dejo en el campo difuntos,
E salgo vivo del campo.
Ménos causa tuvo Enéas,
Pues cuando fizo otro tanto,
Tan solo salvó á su padre,
Y al padre de todos salvo.
Pero si en la lid sangrienta,
Por la dicha del contrario,
En vueso servicio, Rey,
Finco yo fecho pedazos,
Á Diágote os encomiendo;
Catad por aquel mochacho:
Sed padre é amparo suyo,
E Dios sea en vuestro amparo.—
Esto dijo el montañes,
Señor de Hita y Buitrago,
Al Rey Don Juan el primero,
Y entróse á morir lidiando.

(Vega Carpio, *Comedia intitulada* El caballo vos han muerto.)

[1] Este romance, muy popular y antiguo, lo intercaló Lope de Vega en su comedia, y se halla en el *Romancero general*; pero en lenguaje moderno, y con algunas supresiones.

EPOCA DE ENRIQUE III, EL ENFERMO.

982.

DE CÓMO ENRIQUE III, VIÉNDOSE POBRE Y DESPOJADO POR LOS GRANDES Y PRELADOS, LOS HACE RESTITUIR Á LA CORONA LOS BIENES, FORTALEZAS Y MANDOS QUE LA USURPARON.

(*Anónimo*.)

El enfermo rey Enrique,
Tercero en los castellanos,
Hijo del primer Don Juan
A quien mató su caballo,
Mozo de espíritu altivo
Y de corazon muy bravo,
Viniendo un dia de caza,
Ayuno, cansado y flaco,
Halló que solo tenia
Para que cenase, un plato
De una espalda de carnero,
Y el balandran empeñado
Trujo el comprador mayor,
Por no haber en el palacio
A la sazon un real
Ni darlo el depositario.
No quiere cenallo el Rey;
Pidió que le diesen algo,
Y tráenle una codorniz
Que el mismo Rey ha cazado.
Afirmóle el mayordomo
No hay mas, ni con que comprallo.
Serena el severo rostro,
La tierna barba trabando;
Con mil imaginaciones
Se sale de su palacio,
Y á la posada del conde
De Niebla se fué embozado,
Donde aquella noche estaban
Todos los grandes cenando.
Vido cómo les servian
Muchos faisanes y pavos.
Estuvo un rato suspenso,
Y aquesto considerando,
Dijo entre sí: — No soy Rey:
Lo que siendo Rey no alcanzo.—
Y diciendo estas razones,
Dió la vuelta á su palacio,
Do estuvo toda la noche
Su desempeño trazando.
Ya Apolo, dios de la lumbre,
Salió dorando los campos,
Cuando con un mayordomo
Llamó grandes y perlados
Que vengan á su aposento,
Fingiendo que estaba malo.
Vienen todos al momento
Seguros y descuidados:
Cierran al punto las puertas
Y la püente alzan en alto.
Aparécese la guarda
Puesta en órden en el patio,
Y el Rey en su real silla
Con el espada en la mano.
Entró en la sala el verdugo
Con el cuchillo y los lazos.

Diceles el Rey que mueran
Como traidores y falsos,
Pues el real patrimonio
Le tienen así usurpado,
Que no le dejan hacienda
Aun para el gasto ordinario.
La fiera espantosa imágen
De la muerte amenazando
Iba á aquellos caballeros,
Cuando el obispo Don Pablo
Enderezó sus razones
Al Rey enojado y bravo,
Ofreciéndole por todos
Restitucion, cuenta y pago,
Y en tanto que queden presos
Hasta estar efectuado.
Hay demandas y respuestas,
Y al fin quedó concertado
Que entregarán los castillos,
Renta y almojarifazgo,
Con lo cual quedó este Rey
Muy mas temido y honrado.

(*Romancero general.*)

983.

RUY DIAZ DE ROJAS, ALCAIDE DE ANTEQUERA, QUE TOMÓ A ALMANSA, MATA UN MORO CABALLERO.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

—Vente á mí, el perro moro,
Que no á los niños muchachos:—
Dícelo porque en Almansa
Tres hijos le han encerrado.
Anda muy furioso el moro
Por el africano campo:
Derrama sangre cristiana
Como lobo encarnizado;
Toda la gente le huia
Con temor de velle airado.
Mirándole está Ruy Diaz
De Rojas, el afamado,
Que es alcaide de Antequera,
Y Almansa se le ha entregado
Apriesa pide las armas,
Y que le dén un caballo,
Y tocado á la morisca,
Que siempre lo ha acostumbrado,
Sin poner pié en el estribo
En el caballo ha saltado.
Por el camino donde iba
Todo lo deja temblando,
Y el moro cuando lo vido,
Solo en velle ha desmayado.
El Alcaide valeroso
Que aguarde le va rogando,
Y se combata con él,
Qu'él solo le pide campo;
Mas el moro no pretende
Hacer lo que le es rogado.
Haciendo pié en el estribo
Hizo un golpe señalado;
Adarga y cuerpo le pasa,
Arzon y cuello al caballo:
Caballo y moro han caido,
Por la tierra van rodando,
Y el Alcaide valeroso
En un punto fué apeado,
Y le cortó la cabeza
Con un agudo terciado,
Volviéndose para Almansa,
Seguro y muy sosegado,
Sin haber moro ninguno
Que se lo haya demandado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

EPOCA DEL REY DON JUAN II, CON LOS ROMANCES DEL DUQUE DE ARJONA Y DE DON ALVARO DE LUNA.

984.

PRISION DEL DUQUE DE ARJONA.

(*Anónimo.*)

En Arjona estaba el Duque [1],
Y el buen Rey en Gibraltar:
Envióle un mensajero
Que le viniese á hablar.
Malaventurado el Duque
Vino luego sin tardar;
Jornada de quince dias [2]
En ocho la fuera á andar.
Hallaba las mesas puestas
Y aparejado el yantar,
Y desque hubieron comido
Vanse á un jardin á holgar.
Andándose paseando
El Rey comenzó de hablar:
—De vos, el duque de Arjona,
Grandes querellas me dan,
Que forzades las mujeres
Casadas y por casar;
Que les bebiades el vino,
Y les comiades el pan;
Que les tomais la cebada,
Sin se la querer pagar.
—Quien os lo dijo, buen Rey,
No os dijera la verdad.
—Llamaisme á mi camarero
De mi cámara real,
Que me trajese unas cartas,
Que en mi barjoleta están.
Védeslas aquí, el Duque,
No me lo podeis negar.
Preso, preso, caballeros,
Preso de aquí lo llevad:
Entregadlo al de Mendoza,
Ese mi alcalde leal.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Don Fadrique de Castilla y Castro, duque de Arjona, sucesor en la privanza y despojos de Ruy Lope de Avalos, fué mandado matar por Don Juan II, que despues hizo valido suyo á Don Alvaro de Luna.

[2] Este verso y el siguiente se repiten al pié de la letra en varios romances.

985.

DON ALFONSO, CONDE DE RIBAGORZA, MAESTRE DE CALATRAVA, VIOLA UNA DONCELLA, DE QUIEN NACE DON JUAN DE ARAGON [1].

(*Anónimo.*)

El de la gran cruz de grana,
El Aquiles de Aragon,
El que sobre las estrellas
Su claro nombre fijó,
El vencedor por costumbre
Y por suerte vencedor;
El manso con los humildes
Y con los bravos leon;
Aquel valeroso Infante
De Ribagorza señor,
Espanto del agareno,
Del sarraceno terror;
El ínclito Don Alonso
A quien jamas ofendió
Tiempo, envidia, olvido, muerte,
Ni el torpe temor rindió,
Entre el estruendo marcial
De la trompa y atambor
Un regalado cuidado
Le dió asalto y embistió.

Aquel ceguezuelo isleño
Que de su estancia sacó
Al rector del monte Olimpo,
Y con él en tierra dió;
El mismo que á Marte airado
El celeste arnes rompió,
Sujeta, rinde, avasalla
Al que el mundo no bastó.
Un bello divino objeto
En la tierra le mostró,
Que á ignorar quién le habia hecho
Se conociera su autor.
Era una tierna doncella
De admirable perfeccion,
Tan honesta como noble,
Y extremada en discrecion.
Llámase Doña María
Junquera, que es producion
De la loable Cataluña
Para aumento de su honor,
A quien el famoso Infante
Con instancia pretendió
Con amorosas promesas,
Pero ninguna bastó.
Vistas las dificultades
De violencia se valió,
Que como amor es villano
Atrevérsele es mejor.
Iba el valeroso Infante
Con su ordinario valor
Componiendo en Cataluña
La confusa alteracion;
Y valiéndose, cual sabio,
De la loable ocasion,
A ciertos soldados suyos
Que la robasen mandó,
Con que el deseado fruto
De sus intentos cogió
Dando al mundo un nuevo Marte,
Que fué Don Juan de Aragon,
Que en el famoso condado
Dignamente sucedió,
Cuyo valor á la fama
Su memoria consagró.

(*Romancero general.*)

[1] El héroe de este romance artístico es Don Alonso de Aragon y de Navarra, primer duque de Villahermosa, hijo natural de Don Juan II, rey de Aragon y de Navarra. Fué por consiguiente sobrino de Don Juan II de Castilla, y hermano bastardo de Don Fernando el Católico. Su tio le confirió el gran maestrazgo de Calatrava; pero habiéndose indispuesto los reinos de Castilla con el de Aragon, el Maestre, favoreciendo á su padre contra su rey y señor, fué encausado y privado de la dignidad de Maestre, por sentencia del Capítulo de la órden de Calatrava. Sin embargo de esto, retirado á Aragon y formando un cisma, conservó el título de Maestre durante diez años, al cabo de los cuales, probando que hizo sus votos sin voluntad, obtuvo del Papa su nulidad, y se casó despues. Tuvo varios hijos, y Don Juan su primogénito continuó con sus descendientes el ducado de Villahermosa y el condado de Ribagorza. Su biznieto, Don Hernando de Aragon, fué aprisionado como presunto cómplice y actor en las turbulencias de Zaragoza, cuando el ruidoso proceso de Antonio Perez; y en la causa que se le formó por la Inquisicion, resulta por dicho de testigos, ahora tenidos como falsos, que descendia de raza de judíos, suponiendo que la mujer ó concubina de su ascendiente Don Alonso el maestre de Calatrava, era una hebrea vulgar, hija de un ropavejero, llamada Estenga Conejo, pero hermosísima mujer: la cual convertida se dijo Doña María Sanchez, segun Llorente en su *Historia de la Inquisicion*. El autor del romance, hecho en los últimos años del siglo XVI ó primeros del XVII, desechando esta anécdota tradicional de crónica escandalosa, hace objeto de la violencia del Maestre á una noble dama nombrada Doña María de Junquera, la cual fué robada por unos soldados y puesta á merced de su amante, quien, segun el poeta, hizo una gran hazaña, *Valiéndose como sabio — de la loable ocasion*, y engendrando así al Don Juan de Aragon, segundo duque de Villahermosa, cuyas hazañas ignoramos; pero que deberian ser heróicas, pues el poeta lisonjero da tanta importancia á la persona, que hace de su nacimiento la disculpa de un crímen brutal, inmoral, y hasta ejecutado con villanía, contra una dama bella, noble y virtuosa.

ROMANCES DE DON ALVARO DE LUNA.

986.

VAGOS PRESENTIMIENTOS QUE ANUNCIAN Á DON ÁLVARO DE LUNA SU CAIDA DE LA PRIVANZA DEL REY.

(*Anónimo.*)

Hablando están sobremesa
Con puridad y silencio,
Los ojos enternecidos,
Los ánimos inquietos,
La duquesa de Escalona
Y el Condestable del reino,
No como otras veces suelen
De placeres y contentos.
No daban gratos oidos
Al dulzor del instrumento,
Ni de graciosos juglares
Gustan donaires y cuentos;
Que al corazon afligido
Cuando el alma da tormento,
No deja lugar vacío
Que no lo ocupe en el pecho.
Tomó el Maestre la mano,
Representando en su gesto
Una trágica desdicha
De sucesos verdaderos.
— No sé qué imaginacion
Contra mi dicha se ha puesto,
Que amenaza una caida
Hasta el mas profundo centro:
Poco á poco va faltando
Aquel resplandor supremo
Que á mi luna prestó el sol,
Y hoy en vez d'él presta duelo.
«¡Mas ay vida infelice y desabrida,
»Antes tormento sois que dulce vida!»
Fui remedando al cipres
Que quiere subir al cielo,
Y halló mas cerca del rayo
El rigor de su elemento:
Prestóme, como á Faeton,
Su carro y caballos Febo,
Y de su fuego abrasado
En humo quedó deshecho.
En vencer mis enemigos
Nada á Josué me parezco,
Pues él venció con la luz,
Y yo con ella perezco:
De Nabucodonosor
En mi la estatua contemplo
De oro y polvo levantada,
Que deshecha vino al suelo.
Un declarado enemigo
Pone á mi vida estropiezo,
De la codicia engañado,
Nacido en el hondo infierno.
Dicen que se llama invidia,
Y aunque en rostro y talle es bello,
Víboras le despedazan
Vientre, entrañas, pecho y cuerpo.
Asiste en los tribunales
Y en los palacios soberbios,
Vístese de cortesía,
Trata con los lisonjeros:
«¡Mas ay vida infelice y desabrida,
»Antes tormento sois que dulce vida!»
Este contrario insufrible
Causa mi pena y tormento,
Que acomete acompañado,
Y yo, como solo, temo.
Conozco de sus astucias
Los engañosos rodeos,
Que las entrañas destruye
El alquitran de su fuego.
Prodigio soy de mi mano,
D'él no huyo aunque lo veo,

Temeroso que mi lumbre
Faltará por su cimiento.
No hallo iglesia segura,
Pues la puerta de su templo
Me ha cerrado el rey Don Juan,
Y á mi honor ha puesto hierro.
Volveré á mi suerte humilde,
Como la piedra á su centro,
Pues me ha dado como niño,
Y quitado como viejo.
¡Ay pompa humana del mundo,
Traida de los cabellos!
¿Cómo te gocé temprano
Para perderte mas presto?—
Mas adelante pasara
El llanto y sollozos tiernos;
Llegó del Rey un recado,
Y levantóse diciendo:
«¡Mas ay vida infelice y desabrida,
»Antes tormento sois que dulce vida!»

(*Silva de varios romances.*— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 3.ª parte, Pliego suelto.)

987.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

A Don Alvaro de Luna,
Condestable de Castilla,
El rey Don Juan el Segundo
Con mal semblante le mira.
Dió vuelta la rueda varia,
Trocó en saña sus caricias,
El favor en amenazas:
Privaba, mas ya no priva.
Ejemplo dejó en la tierra
Porque el hombre mire arriba:
No hay seguridad humana
Sin contradiccion divina.
Una siesta, el Condestable,
Que dormiila no podia,
Con su secretario á solas
D'esta manera platica:
—Hoy el Rey no me ha hablado,
Miróme de mala guisa,
Dejáronme venir solo
Las gentes que me seguian:
Traidores me quieren mal
Y con el Rey me malsinan;
El es fácil, falsos ellos,
Venceranle si porfian.
—Condestable, mi señor,
El mar brama, el aire arrima
Tu nave á enemigas rocas,
Amaina porque no embista.
Sigue, cual la sombra al cuerpo,
A la privanza la envidia;
Aprisa subiste al trono,
¡Guarda no bajes aprisa!
La pompa humana tú sabes
Que engendra ambicion malquista,
Pesadumbre, que en el aire
Está de un cabello asida.
A los piés del Rey te arroja,
Dile:—Señor, resucita
Este muerto á la tu gracia,
Pues fué tu gracia su vida.—
Grande amor nunca se acaba
Sin dejar grandes reliquias,
Que disculpen del amado
Agravios y demasias.
Tendrán tus amigos gloria,
Tus enemigos desdicha,
Tu verdad vitorias claras,
Claras penas sus mentiras.
La humildad todo lo vence
Con los reyes, las porfias
Son vaivenes peligrosos,
Dan miserable caida.—
Esto dijo el secretario:
Triste el Maestre suspira,
Diciendo que á Dios ensaña
El hombre que en hombre fia.

(*Silva de varios romances.*— It. *Romancero general.*— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 1.ª parte, Pliego suelto.)

988.

QUÉJASE DON ALVARO AL REY DE QUE LE FALTA SU PRIVANZA, Y SE VE DESDEÑADO.

(*Anónimo.*)

El Maestre de Santiago,
De los privados ejemplo,
A los piés del Rey se arroja
Estas palabras diciendo:
—Bien se echa de ver, Señor,
Que hay falsos en tu consejo,
Pues que puede una traicion
Mas que el amor en tu pecho.
Los haberes que me diste
Fuéron la causa, pues ellos
Dieron principio á la envidia
Que en este paso me ha puesto.
Fácil fuiste para darlos
Y fáciles se volvieron;
Que mercedes tan baratas
No tienen buen fundamento.
Esta cruz que me pusiste
Es la cruz que agora llevo,
Que el amor hizo suave
Y tu desamor tormento.
¡Bien tiene que ver el mundo
De mi terrible suceso,
Pues el que se vió á tu lado
Se ve á tus piés sin remedio!
No pido que me perdones,
Que contra tí no hice yerro,
Antes aquestos me pones
Porque parezca tenellos.
Contenta á mis enemigos;
Pero mira, Rey, que veo,
Pues que me matan sin causa,
No estés muy seguro d'ellos.
D'ellos te guarda, señor,
Que es en traidores muy cierto,
En haciendo una traicion,
No parar hasta ser ciento.
A muerte estoy condenado,
Y de morir no me quejo,
Porque acabarse tenian
Cosas que no son del cielo.
Rico y próspero me he visto,
Pobre y cautivo me veo,
Lo uno para mi daño,
Lo otro por mi consuelo.
Ya mi luna está eclipsada,
Ya no da luz cual un tiempo,
Porque le ha faltado el sol
Que le dió la luz que pierdo.
Sé que se trata en pedir
Limosna para mi entierro;
Yo cual alma te la pido
De aquel tu querido cuerpo.
Tu misericordia es falsa,
Tu justicia no la temo,
Pues voy delante de un juez
Mas justo y mas justiciero.—
Esto dijo el Condestable,
Y el Rey entró en su aposento
Sin respondelle palabra
A lo que estaba diciendo.

(*Silva de varios romances.*— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 3.ª parte, Pliego suelto.)

989.

UN PAJE DE DON ÁLVARO LE ACONSEJA QUE HUYA LAS IRAS DE SUS ENEMIGOS Y DEL REY, MAS ÉL DESDEÑA EL AVISO.

(*Anónimo.*)

—Subid, señor Condestable,
En ese troton aprisa,
Fugiréis del Rey la saña
Que á daros la muerte incita.
Non vos fieis de fortuna,
Que cuido que horrible os mira,
Y es sin prudencia su rueda
Y os puede abatir de arriba.
Inconstantes son los hombres,
Sus palabras son fingidas,
Cantelosas sus mercedes
Y sus falagos mentiras.
Volved los ojos, Señor,
A las pasadas ruinas,
Y furtad el cuerpo agora
A la que vos viene encima.
Tenedes espejos claros
De mil pasadas desdichas;
El tiempo vos da lugar,
Las señales vos avisan.
De los privados lisonjas
Son afeitadas mentiras,
Y cuido que han de ser sombra,
Pues el Rey su gracia os quita.
A las pasadas mercedes
Non mireis, que ya declinan,
Y enredan un hombre bueno;
Non vos fieis mas: fugildas,
Que á la corriente furiosa
La saña del Rey imita,
Con cuyo raudal veloz
Lo mas alto se derriba.
Pensad que habedes subido
A extremo de la desdicha:
La levantada privanza
Vos amenaza caida.
La muerte viene con alas
Puestas las faldas en cinta:
Non hay plazo que non llegue,
Ni deuda que non se pida.
De invidia una escura nube
Vuestros reflejos eclipsa,
Y d'esos divinos rayos
La luz de privanza quitan.
Muchos grandes conoceis
Que vos tienen grande invidia:
El Rey es fácil, vos solo,
Guardad non vos fagan minas;
Que en la casa de los reyes
Como la ambicion domina,
Anda solapado el odio
Y causa grandes ruinas.
La Reina os quiere dar muerte
El Rey el segur afila;
Dalde lugar en que quiebre
El tiempo sus graves iras.
Non vos sujeteis á fierros
De las cárceles esquivas,
Que enemigo aherrojado
Mas á su contrario aviva.
Non seais en vuestras cosas
La flor de la maravilla,
Que crece al salir el sol,
Y el mismo sol la marchita.
Activad la aguda espuela,
Mirad non vos falten cinchas,
Que mas que ruego de buenos
Os importa la fugida.
Dad oido à mis razones,
Que el amor la lengua incita:
Dejad la Corte y fugid,
Que esperar non acredita.—
Esto dijo al gran Maestre
Un paje que le servia;
Non curó de él, y durmióse
Recostado en una silla.

(*Silva de varios romances.*— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 3.ª parte, Pliego suelto.)

990.

PRISION DE DON ÁLVARO. — PIDE VER AL REY, SIN CONSEGUIRLO.

(*Anónimo.*)

El Rey se sale de misa
De Santa María la Blanca;
Don Alvaro el condestable
Con otros lo acompañaba.
Díjole el Rey, en llegando,
Con enojo estas palabras:
—Partíos dè aquí, Condestable,
Que por vos me desacatan:
Por creer vuestros consejos
Mal me quieren en España;
Si por ende hacedes otro
Hariades en ello saña.—
Ya se parte el Condestable,
Ya se vuelve á su posada,
Amenazando á los grandes
Que al Rey tan mal informaran.
En la noche á la su cena
Diego Goter recio entrara;
Díjole: —Catad, señor,
Que por todo Búrgos anda
Cómo habedes de ser preso
El miércoles, que es mañana:
Cabalgá en la mi mula
Que yo vos sacaré en ancas
A la puerta de San Juan
Cubierto con la mi capa.—
El Maestre se turbó,
Díjole que bien hablaba;
Pidió una copa de vino
Con unas peras asadas:
Como las hubo comido
Adormido se quedara.
Díjole Diego Goter
Saliese, que se tardaba:
Díjérale, anda, vete,
Que voto á tal que no es nada.
A la mañana otro dia
Cartagena se levanta:
Vió venir Don Alvar Zúñiga
Con doscientos hombres d'armas.
Fué á despertar al Maestre;
El Maestre luego s'arma.
Díjole: —Tu padre avisa
Que por él cercan la casa:
Castilla, viene diciendo,
Libertad el Rey demanda.—
El Maestre al gran ruido
Asomóse á una ventana.
Dijo: —¡Hermosa gente es esta!—
Mas luego dentro s'entrara,
Que le tiró un ballestero,
Y por muy poco le errara.
El combate fué tan recio
Que no hay cosa que le valga.
Acordó darse á prision,
Así como el Rey lo manda.
El Rey pasaba á comer,
Iba allí el obispo de Avila;
Vióle asomar el Maestre,
Y como le vió así l'habla;
El dedo puesto en la frente
Dijera con voz muy alta:
—Para esta, Don Obispillo,
Que la pagueis bien doblada.—
El Obispo respondiera
Con miedo al velle con saña:

—Por las órdenes que tengo,
Señor, yo no os culpo en nada,
Ni os tengo mas cargo d'esto
Que os tiene el Rey de Granada.—
Envió el Maestre al Rey
Le escuchase una palabra:
El Rey le envió á decir
Se acuerde le aconsejara
Que á hombre que prendiese
Nunca le muestre la cara.

(*Silva de varios romances.*)

991.

TRASLADAN PRESO Á DON ÁLVARO Á VALLADOLID, Y EN EL CAMINO LE ANUNCIAN UNOS FRAILES SU MUERTE.— SUS CONTRARIOS LE ULTRAJAN.

(*Anónimo.*)

Ya le sacan del Portillo
Con muy gran caballería,
A Don Alvaro de Luna,
Condestable de Castilla.
Sácalo Diego de Zúñiga,
Qu'él en guarda lo tenia,
Muy cercado de hombres d'armas
Y de gente muy lucida.
Llévanlo á Valladolid,
Que así el Rey lo prevenia,
Y al llegar junto á Tudela
Le salieron á la via
Ciertos frailes del Albroy,
Y fray Alonso de Espina,
Un reverendo maestro
En santa teología.
Cuando los vido el Maestre,
Muy mala señal sentia;
Mas los frailes le apartaron,
Fray Alonso le decia:
—Mirad, hijo, qu'este mundo
Pasa como fantasía,
Y da muy mal galardon
Al que mejor le servia.
Recibid pues con paciencia
La muerte que os acudia
En pago de los delitos
Que habeis hecho hasta este dia;
Pedid perdon muy humilde
Y con el alma contrita
Al Omnipotente Dios,
Que es lo que mas os cumplia.—
Con estas tales razones,
Y otras que ansí le decia,
Llegan á Valladolid
A las tres horas del dia,
Y llévanlo á aposentar
A las casas do vivia
Alonso Perez Vivero,
Qu'el Maestre muerto habia.
Allí la mujer y hijos
Con gran rabia le decian:
—Aquí pagarás, Maestre,
La tu grande villanía:
La muerte del buen Vivero
Hecha con alevosía.—
Oyendo aquestas razones
Gran pena y dolor sentia,
De ver cuál se holgaban todos
Del gran mal que le venia.
Estuvo en estas prisiones
Hasta que el sol se ponia,
Y luego en anocheciendo
Lo llevan, que ansí cumplia,
A cas Don Alonso de Zúñiga,
Los frailes en compañía,
Y mucha gente de guarda
Que en la casa no cabia.

(*Silva de varios romances.*)

992.

SENTENCIA Á SU PESAR EL REY Á MUERTE Á DON ÁLVARO DE LUNA, Y ESTE OYE SU SENTENCIA.

(*Anónimo.*)

En el tribunal supremo,
Un lúnes triste y amargo,
Está Don Juan el Segundo
Justicia representando.
Doce jueces de su reino,
De su consejo de Estado,
Hacen relacion del hecho
Con un proceso de agravios;
Y despues de haber leido
Lo de pro y lo de contrario,
A Don Alvaro sentencian
A un funesto cadahalso;
Y pidiendo el Rey la pluma
Dice: — ¡Ay tiempo contrario,
Cuántas veces te tomé
Para darte honrosos cargos,
Y ahora por solo uno,
Que sabe el cielo si es falso,
Buen Condestable, te quito
Honra, vida, sér y estado!—
Fué á firmar, cayó la pluma;
Y en el YO paró la mano,
Y no pudo EL REY poner,
Porque estaba el Rey llorando;
Y limpiándose los ojos
Le dijo á su secretario:
—Extiéndase mi poder,
Mas que á ser un Rey, humano.
¿Mas cómo, si humano soy,
Hoy al cielo he sentenciado
A que le quiten la luna?
¡Cruel sentencia y duro fallo!
¡Mas ay, que entre ella y el sol
Se ha puesto un negro nublado,
Que los vapores de envidia
No pueden romper sus rayos!—
Firmó la sentencia el Rey,
Y dejando sus estrados
En su real retrete llora
A su amigo y fiel vasallo.
Despues de esto el fiel Maestre
De aquel gran pastor Santiago,
En lugar de la venera
Y del precioso lagarto,
Se echó luego las cadenas,
Para andar solo dos pasos
Que hay de la cama á la cruz,
Consuelo de sus naufragios.
Sintió que abrian las puertas
Que cierran cuatro candados,
Y dice: — Hoy, Luna, feneces,
Pues entra el sol en tu cuarto.
En esta obscura prision
Tus rayos me han alumbrado,
Y pues ya sobre el sol miras
Sin duda es el postrer cuarto.
Hoy, Luna, importa que dés
Al mundo mayores rayos,
Pues siempre la luz mas luce
Cuando alumbra por milagros.
Cuando era nuevo en favores
Creció mi curso tan alto,
Que dijeron: «Nunca llena,»
Los envidiosos: «abajo.»—
Los que en la privanza sois
Estrellas del cielo cuarto,
¡Mirad, que en mi tiempo tuve
Señal del mal fin amargo!—
Con esto aplicó la oreja
A la voz del secretario,
Y oyó la injusta sentencia,
Sin apelacion ni embargo.

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 1.ª parte, Pliego suelto.)

993.

JUICIO Y SENTENCIA DEL CONSEJO CONTRA DON ÁLVARO, AL CUAL SE LA COMUNICAN; ÉL LA RECIBE RESIGNADO, Y SE PREPARA Á MORIR.

(*Anónimo.*)

El año mil cuatrocientos
Cincuenta y dos ha pasado
Del muy santo nacimiento
Del Hijo de Dios sagrado.
Presidentes y oidores,
Y todo el real senado,
Están viendo un proceso
De crimen muy sustanciado
Contra Don Alvaro Luna,
Del Rey Don Juan gran privado.
Visto y revisto por todos
Y muy bien examinado,
Dan una cruel sentencia,
Todos en uno acordando
Que le priven de sus tierras,
Que le quiten sus estados
De condestable en Castilla,
De maestre de Santiago,
De conde de Santistéban,
A Trujillo y su ducado,
Y que vuelva á la corona
Del Rey, de do fué usurpado.
Y atentos á sus delitos
Y á los males que ha causado,
Mandan que le saquen luego
Como hombre reo y culpado,
A la voz del pregonero
Que publique el mal que ha obrado,
Por las calles de la Villa,
Y lo lleven al mercado,
Y que á fuer de hijo-dalgo sea
En la plaza degollado,
Y que pongan su cabeza
Con un clavo allí hincado,
Y que esté allí nueve dias,
Sin ser de nadie quitado,
Porque á otro sea escarmiento,
Y sea bien castigado:
Sin ninguna apelacion
Manda sea ejecutado.
Vánselo á notificar
Al Maestre desdichado
A casa de Alonso de Zúñiga
Do él estaba encarcelado,
El cual dijo que lo oia,
Muy sereno y no turbado;
Pues qu'el Rey era contento,
Qu'él era tambien pagado.
Luego confiesa y comulga
Con un fraile, gran letrado;
Pide algo de comer
Porque estaba desmayado.
Trujéronle pan y guindas,
Y del vino le han sacado.
Tomó tres ó cuatro d'ellas
Y del pan solo un bocado;
Mas bebió una vez de vino,
Y ántes de habello tragado
Asentóse en una silla,
No muy quieto de cuidado:
Así esperaba la muerte
Muy triste y desconsolado.

(*Silva de varios romances.*)

994.

EL REY FIRMA VACILANTE LA SENTENCIA DE MUERTE CONTRA DON ÁLVARO.

(*Anónimo.*)

El segundo rey Don Juan
Turbado toma la pluma
Para firmar la sentencia
De Don Alvaro de Luna,
Y viendo que siete letras
Son en deshacer su hechura
Que con mercedes tan altas
Tan igual hizo las suyas,
La real mano le tiembla,
La veloz lengua le turba;
Que el amor que está en el pecho
Mal los hombres disimulan.
—¡Ay! dice, ¿cómo es posible
El cielo permita y sufra
Que quien tantas firmas hizo
Solo las deshaga en una?
¡Ay Don Alvaro mezquino!
¡Grande fué tu desventura,
Pues aunque te amó un rey
Todo su reino te culpa!
Bien te librara del reino,
Que en perseguirte se aúna;
Mas sois, Don Alvaro, solo,
Y sus envidias son muchas.
Sobre la mar de mi gracia
Te alzaste cual blanca espuma,
Que lo que tarda en hacerse,
Eso solamente dura.
Confiastes en el tiempo
Que á los confiados burla,
Que es con los males de plomo,
Y con los bienes de pluma.
Esta sentencia que firmo,
Hoy contra mí se ejecuta;
Que si eres hechura mia,
Hoy se deshace mi hechura.—
Firmó poniendo la D,
Vióla, y dijo:—Letra dura,
Borrarte quiero...; mas no,
Que el horror tristeza anuncia.—
Puso la O y la N,
Y como vió parte junta,
Dijo:—No es don, y si lo es,
Es desdicha y no ventura.—
Acabó poniendo el JUAN,
Y luego arroja la pluma,
Diciendo:—Quiebro esta flecha
Que me ha muerto con la punta.—
No pudo hablar mas palabra,
Que la garganta le añudan
Las lágrimas que pretenden
Salir de su pecho juntas.
Echó el proceso en el suelo,
Y en su retrete se oculta,
Y el secretario con eso
Parte á la prision obscura.

(*Silva de varios romances.*— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 1.ª parte, Pliego suelto.)

995.

NOTIFÍCASE Á DON ÁLVARO LA SENTENCIA DE MUERTE Y DE DESPOJO DE SUS BIENES, HONORES Y ESTADOS.

(*Anónimo.*)

Ilustrísimo señor,
Vuestra Excelencia perdone,
Y pues es fuerte, resista
De la fortuna los golpes.
Secretario soy del Rey,
Y el Rey, mi señor, mandóme
Que de la triste sentencia
Os relate estos renglones.
Pésame, porque es de muerte,
Y de muerte tan inorme:
Estadme atento, señor,
Que así dicen sus tenores:
«Yo el famoso rey Don Juan,
»Segundo de aqueste nombre,
»Mando lo siguiente cumplan
»Los de mi palacio y corte.

»A Don Alvaro de Luna,
»Duque de Trujillo, y conde
»De Gumera y Escalona,
»Marques de Trujillo y su orbe,
»Condestable de Castilla,
»Y sobre aquestos renombres
»Maestre de Santiago
»Y de sus comendadores,
»Mando: que sea sacado
»De las obscuras prisiones,
»Y llevado por las calles
»Con trompetas y pregones,
»Y en voz alta sus delitos
»Publiquen por los cantones;
»Que lo que el tiempo descubre
»No es bien encubran los hombres;
»Y en un alto cadahalso
»Luego su cabeza corten,
»Y en una escarpia la enclaven,
»Porque escarmiento se tome;
»Y que sus bienes confisquen;
»Que pues por justas razones
»Son nuestros, será razon
»Que á nuestra cámara tornen.»
De oir tan triste sentencia
El Condestable turbóse,
Y los ojos llenos de agua
De aquesta suerte responde:
— Yo, secretario, os perdono
Porque á mi Dios me perdone,
Olvidando la venganza;
Que ya es tiempo de perdones.
Con la muerte me contento,
La afrenta es razon que llore;
Que la muerte al noble alivia,
Y la afrenta afrenta al noble.
Con grandes bienes me vi,
Respetado entre señores;
Mas quiere Dios que los bienes
En grandes males se tornen.
Subió aprisa mi subir
Que me hizo dar gran golpe;
Que los que suben mas alto,
Dan las caidas mayores.
Enseñóse en mí á ser franco
El Rey, y en mí enseñóse,
Y despues que lo aprendió,
Más que me ha dado, quitóme.
Hízome de nada el Rey,
Y porque pompa no cobre,
Quiere el cielo soberano
Que en nada me vuelva y torne.
Del Rey oigo la sentencia,
Con su gusto soy conforme;
Que quiero tanto su gusto,
Que me pesa que se enoje.
Grande me hizo é ilustre
Siendo paje humilde y pobre;
Fué de pajas mi cimiento,
Cayó al peso de mi torre.
Razon es que muera yo
Para que tomen los hombres
De mi caida escarmiento,
Y de mi muerte se asombren.—
Aquestas palabras dijo
Lágrimas vertiendo el Conde,
Y el secretario tambien
Llorando de allí salióse.

(*Silva de varios romances*.— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 1.ª parte, Pliego suelto.)

996.

NOTIFÍCASELE LA SENTENCIA Á DON ÁLVARO, Y ESTE REFLEXIONA SOBRE SU SITUACION, Y SE PREPARA Á LA MUERTE.

(*Anónimo* [1].)

Debajo el siniestro brazo
Un proceso, y una pluma
En la siniestra, siniestro
De una siniestra fortuna,
Un secretario del Rey
Parte á la prision obscura;
Que aunque la Luna está dentro
Con el nublado no alumbra.
Lúnes era, ya de noche,
Lúnes era al fin de luna,
Lúnes, víspera de mártes,
Pues fué de Marte su furia.
Descubrióse la cabeza,
Y hace una gran mesura:
Que es cabeza de proceso,
Que obliga no se descubra.
Descubrióse el Conde, y dijo:
—Tambien ha de estar desnuda;
Que quien me mandó cubrir [2]
Me manda que me descubra.—
Mira el Secretario al Conde
Y dice: — Señor, escucha
Un lunario que amenaza
Un bravo eclipse de luna.—
Leídole ha la sentencia,
Y leida, á una columna
Se arrimó, diciendo: — Tente,
Y tendrás nombre *Plus ultra*.—
Al secretario le pide
La pluma, y triste pregunta
Si es aquel compas el mismo
Con que le alzó la figura.
— Sí, dijo: con ella el Rey
Sumó su cuenta, y en suma
Te manda vayas á darla
A quien la toma de culpas.
— En mas que me dió me alcanza
Yerro hay de cuenta sin duda,
No lo ajustó bien el Rey;
Mas al Rey voy que la ajusta.
Vos, mi Dios, tomad mis cuentas
Y tú, Virgen, madre suya,
Intercede hoy en las mias
Miéntras yo paso las tuyas [3],
Y d'esta á tu Hijo apelo [4],
Aunque en revista justa
Jamas se admitió descargo,
Ni valen allí disculpas;
Poder le doy á mi sangre
Para que á su audiencia acuda,
Y pues que es la de Abel,
Clamando como ella suba.
Mas en conciencia perdono
Al Rey, y á quien tiene culpa,
Para que Dios me perdone,
No esta, sino otras muchas;
Y de mi nombre lo firmo
Con esta pluma sañuda,
Que es bien firme su perdon
Con la que él firmó mi injuria,
Aunque cuando firmó, dicen
Tuvo el Rey la lengua muda;
Mas no la tiene en la boca,
Que la tenia en la pluma.
Con otra *Don Juan* firmó,
Otro mundo, otra escritura;
Mas fué el nacimiento justo,
Y esta con mi muerte ajusta.
Aquel fué Don Juan de gracia,
Y este caer de la tuya;
Aquel anunció la vida,
Tú, Don Juan, mi muerte anuncias
Adios, Doña Juana mia,
Y con brevedad procura
Se sepulte el tronco cuerpo
En honesta sepultura,
Y de seis piés se me abra,
Pues la cabeza no ocupa,
Aunque es cierta mi inocencia,
Al cuerpo la vuelve y junta
Y pídele al Rey del cielo,

Sol que las almas alumbra,
Un rayo de su justicia,
No que la mia sea obscura.
En la limpia Concepcion
Junto á su altar me sepulta:
Vaya esta luna á sus piés
Pues tiene á sus piés la luna.

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 3.ª parte, Pliego suelto.)

[1] Mal romance, lleno de retruécanos y juego de palabras equívocas.
[2] Alude á cuando el Rey le hizo cubrir en su presencia, ceremonia usada para conferir la dignidad de grande de Castilla.
[3] Alude á las cuentas del rosario que pasaba al rezar esta devocion.
[4] Se entiende de la sentencia del Rey.

997.

OIDA DON ÁLVARO SU SENTENCIA, ENCOMIENDA AL SECRETARIO PALABRAS PARA QUE LAS DIGA AL REY.

(*Anónimo.*)

Don Alvaro el condestable,
Muy otro del que ántes fué,
Que, como dicen, no somos
Hoy lo que fuímos ayer,
Despues que del secretario
Supo el mandato del Rey,
Con tiernos ecos le dice:
— Buen secretario, atended:
Decid al Rey mi señor,
Que á su mandado estaré;
Que pues en vida lo estuve
Lo estoy en muerte tambien.
Decidle que no me pesa
Morir, que natural es;
Mas pésame que no cuida
Que le soy siempre fiel;
Y pésame que en las lides
De mi honor y su poder,
A batallantes de lengua
Su brazo sujeto esté.
Pésame que á las dos pobres,
Mi hija y la mi mujer,
Lo que en veces me habia dado
Se lo quite de una vez;
Y sabe Dios si en el alma
Este dolor llevaré;
Y que no le hice tuerto
Dios lo sabe, y yo lo sé.
Decid que d'él no me quejo,
Que en su casa se está él,
Demas, que el hacer justicia
De muy buenos reyes es;
Mas quéjome de mi propio
Porque jamas no miré,
Que es el amigo doblado
Enemigo sin doblez.
Aquí podrá ver mi amigo,
Pues mi enemigo lo ve,
Que es un sueño la privanza,
Y en sueños no hay que creer.
Aquí verá todo el mundo,
Que es el mundo tan cruel,
Que hoy me baja la cabeza,
Y un tiempo me alzó los piés.
Hasta aquí cual comediante
Fuí conde, duque y marques,
Y soy lo que un hombre pobre
Despues que me desnudé.
Cartilla fuí de un ejemplo,
Y al Rey, de mi *A. B. C.*
Daban leccion al derecho,
Mas ya lo dan al reves.

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 2.ª parte, Pliego suelto.)

998.

TESTAMENTO DE DON ÁLVARO DE LUNA.

(*Anónimo.*)

Aquella luna hermosa
Que sus rayos le dió el sol,
Hoy en un mortal eclipse
Pierde luz y resplandor.
Y en la mas alta subida
Del cielo de su valor,
Baja á la casa del toro,
Y muere en la del leon.
Y por vivir para el cielo,
Ya que en la tierra murió,
Así ordena el testamento
Y última disposicion:
«Yo, Don Alvaro de Luna,
»Freile de mi religion,
»Maestre de mis desdichas,
»Pues en la catedra estoy,
»De mis bienes adquiridos
»Hago libre donacion
»A quien me los dió de gracia
»Miéntras la suya duró.
»De paje subí á marques
»Que fué el primer escalon,
»Con titulo de Villena;
»Mas no ví por qué menguó.
»Conde me llamó Castilla
»Estable, pero mintió,
»Que siendo luna del suelo,
»Mudanza me derribó.
»En los bienes fuí mudable
»Y en el mal estable soy,
»Y son tantos los que paso
»Que de verlos llora el sol.
»En Portillo preso estuve;
»Mas no le hice en mi honor,
»Que el muro de mi nobleza
»Portillo jamas sufrió.
»Mis enemigos lo hicieron
»Con la bala de ambicion
»Y con pólvora de envidia,
»Que es muy fuerte municion.
»Mando, que despues de muerto
»A los buitres de mi honor
»Les entreguen ese cuerpo
»Y se ceben á sabor;
»Mas no coman, que presumo
»Que les hará mala pro,
»Que un fiel bocado es ponzoña
»En el pecho de un traidor.
»A la Condesa le pido
»Por nuestro entrañable amor
»Al de Saldaña le endone
»La estrella que alumbré yo.
»Al conde le doy palabra,
»Al mundo tambien le doy,
»No pierda nada mi hija
»Por ser yo quien la engendró;
»Y ya que por mí perdiera,
»La madre que la parió
»Supliera por mí las faltas
»A sombra de su valor.
»Aqueste anillo que ciñe
»El dedo del corazon,
»Con él le doy á Morales
»Por lo bien que me sirvió;
»Y si del que ciñe el mundo
»Fuera universal señor,
»Despues de mi Rey, le diera
»A quien estotro le doy;
»Pero eche culpa á la envidia
»Que fué la que me postró,
»Que mi lealtad bien merece
»Subir de donde bajó.
»Y mis amigos quisieran
»Viendo el paso en que estoy,
»Dar remedio á las desdichas,

»Que es el consuelo mayor.
»A quien voy á dar mi cuenta,
»Me la tome con rigor,
»Si en el dicho ó en el hecho
»No tuve buena intencion,
»Por ello prometo y juro
»Al rey Don Juan, mi señor,
»Que le he sido leal vasallo:
»Los aleves ellos son.
»Y si socorro pedí
»A ninguno en mi prision,
»Como la tuve en el cuerpo
»Pase al alma, qu'es peor.
»Al Rey le pido me entierre
»Con la limosna que hoy
»Llegare misericordia,
»Pues su justicia llegó.
»Este vestido que traigo
»Que solo no me dejó,
»Pido no lo haya el verdugo,
»Porque al fin lo traje yo.
»Esta cadena le mando,
»Que solas prisiones doy,
»Si acaso tambien no dice
»Qu'es falso como el dador.
»Y firmo mi testamento
»Con sangre, que como es hoy
»Dia de decir verdades
»No hay otra tinta mejor.
»Y á los que en Valladolid
»Tienen de mi compasion,
»Pido mi alma encomienden
»Al Señor que la crió.»

(*Silva de varios romances.*—It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 1.ª parte, Pliego suelto.)

999

DISPONE DON ÁLVARO LO QUE HA DE HACERSE EN SU ENTIERRO DESPUES DE MUERTO.

(*Anónimo.*)

Ya Don Alvaro de Luna
Con las ansias de la muerte,
Ni pide vida ni Estado,
Sino solo que le entierren.
Dice: —Condestable soy;
Pero nadie serlo puede,
Que está sujeta la vida
Desde que nació, á la muerte.
No se fie de bonanza
El que mayor la tuviere,
Porque le engaña fortuna
Cuando mas le favorece;
Pero vivos guardarán
Sus rayos resplandecientes,
Y cuando mas perseguida
La verdad, mas resplandece.
«Y el Rey en su retrete
»Lágrimas tristes vierte,
»Porque la luna
»Ya no da su luz tan clara y pura.»
El Rey manda que yo muera,
El me hizo y me resuelve:
De tierra soy, no me agravia
Si á mi natural me vuelve.
Resta que como cristiano
Disponga de mis haberes,
Aunque son de calidad
Que no sé quién los herede.
Mi servicio y lealtad
Bien sé que nadie le quiere;
La lisonja es la que vale,
Y verdades desmerecen.
«Y el Rey en su retrete
»Tristes lágrimas vierte,
»Porque la luna
»Ya no da su luz tan clara y pura.»
Mando que despues de muerto
Los ojos no me los cierren,
Porque parezca que miro,
Y perdono á quien me ofende.
Mando que puestas las manos
Al cielo me las eleven,
En señal de que le pido
Perdon y justicia breve.
Ordeno que en sepultura
Estrecha mi cuerpo entierren,
Que no quiero mas de tierra
Que al justo lo que me viene.
No pongan nada sobre ella,
Porque si alguno la viere,
En mi cuerpo juzgue el caso,
Y juzgándolo escarmiente.
«Y el Rey en su retrete
»Tristes lágrimas vierte,
»Porque la luna
»Ya no da su luz tan clara y pura.»
La cruz de mi religion
Quiero que sobre ella quede,
En señal de que está dentro
Quien paga lo que no debe.
Mando que mi corazon
Me le saquen y conserven,
Para miedo de traidores
Y fortaleza de fieles.
Lutos, acompañamientos,
Mando que nadie los lleve,
Que los rayos de mi luna
Harta luz y llanto tienen.
La letra de mi sepulcro
Que diga: «Aquí yace y duerme
»El que manifestará
»La verdad cuando despierte.»
«Y el Rey en su retrete
»Tristes lágrimas vierte,
»Porque la luna
»Ya no da su luz tan clara y pura.»

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 4.ª parte, Pliego suelto.)

1000.

LASTIMOSAS REFLEXIONES QUE HACE DON ÁLVARO CAMINANDO AL SUPLICIO.

(*Anónimo.*)

—Adios, privanza de reyes,
Loca vanidad, adios,
Pues ayer me acompañasteis
Y solo me dejais hoy.
Firme en vuestros desengaños
Y desengañado estoy,
Que solo da lo que tiene,
El mundo, al mayor señor.
Fundé en él mis esperanzas
Y cayeron como yo;
Que es cierto que cae mas bajo
El que mas alto subió.
Cual remolino, hasta el cielo
Quise subir; mas sopló
Viento contrario, y deshizo
Mi locura y ambicion.
De leales fui dechado,
Y sabe el cielo lo soy;
Mas el leal solo vive
Lo que permite el traidor.
Gozaba la primavera
Cuando el agosto llegó;
Que el estío de ordinario
Marchita la mejor flor.
Siendo luna creci tanto
Que quise igualar al sol;
Mas como fué sol de hebrero
A lo mejor me dejó.
¿Quién de un rey no confiara?
¡Ay rey Don Juan mi señor!

¡Cómo tus reales favores
El viento se los llevó!
Hechura fui de tus manos,
Y aunque hacerme te costó,
Fui como vaso de vidrio,
Y en tus manos se quebró.
Fui archivo de mercedes;
Pero imagino que son
Como tesoro de duende,
Que se me ha vuelto carbon.
Fabricaste en mi una estatua
Cual Nabucodonosor;
Mas fuéron los piés de barro
Y al primer golpe cayó.
Muchos títulos me diste;
Mas pues me los quitas hoy,
Fué tragedia mi privanza
Que tu amor representó.
Mil veces firmé por ti,
Y sola una que firmó
Tu real mano, fué bastante
A deshacer mi opinion.
A la muerte me condenas,
Con gusto á la muerte voy;
Que es bien que siegues la espiga
Que tu mano cultivó.—
Esto Don Alvaro dijo
Saliendo de la prision,
Donde mediante la muerte
Su luna llena eclipsó.

(*Romancero general.*)

1001.

LAMÉNTASE DON ÁLVARO DE UN CONSEJO QUE DIÓ AL REY, QUE EN SU DESGRACIA PRESENTE SE VUELVE CONTRA SÍ MISMO.

(*Anónimo.*)

—Los que servis á los reyes,
Notad bien la historia mia:
Catad que á la fin se engaña
El hombre que en hombres fia.
Nací desnudo y criéme
En estrecha y pobre vida;
Mas mi noble y alta sangre
Bien no me lo permitia.
Apénas tuve siete años,
De Aragon vine á Castilla
A servir al rey Don Juan
Que el Segundo se decia:
Servíle veinte y seis años
Los mejores de mi vida,
Puso el ánimo en quererme,
Grandes mercedes me hacia.
Fui conde de Santistéban,
Condestable de Castilla,
Duque de cinco ciudades,
Señor de sesenta villas;
Maestre fui de Santiago,
Que es ser lo que ser podia.
Por mi la luna en el mundo
Mas qu'el sol resplandecia:
Duques, condes y marqueses
Hacia yo y deshacia;
Ciudades, villas, castillos,
A mi mandar los tenia.
Fortuna, que del discreto
Pocas veces se desvia,
Aparejóme ocasion,
Yo bien se las entendia;
Pero á golpes de fortuna
No hay esfuerzo y valentia,
Que sin poderme valer
Vasallos ni nombradia,
Año de mil cuatrocientos
Cincuenta y tres escribia,
Cuando en medio de una plaza
Un triste pregon decia:
«Manda el Rey que este hombre muera,
»Que tanto le deservia;
»Y le corten la cabeza,
»Que tal cosa convenia.»
Opinion hubo entre gentes
Que entónces no morirla,
Si viese la cara al Rey,
Como yo se lo pedia.
Escarmiente en mi todo hombre
Que en este mundo confia;
Que yo por fiarme de él
Bien pagado me lo habia.
Por haberle dicho al Rey
Que cuando á alguien mal queria
Pusiese por ley constante
Que nunca le miraria,
Agora la ley que puse,
En mi veo se cumplia,
Que la presencia real
Se me niega en este dia.
Muera, pues el Rey lo manda,
Pague el cuerpo, pues debia,
Y perdone Dios mi alma
Por su bondad infinita.—

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc. — It. *Silva de varios romances*.— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 1.ª parte, Pliego suelto.)

1002.

LAMÉNTASE DON ÁLVARO DE SU SITUACION, Y DE LA ENVIDIA DE SUS ENEMIGOS QUE Á ELLA LE TRAJERON.

(*Anónimo.*)

— Riguroso desengaño,
Conocido mal y tarde,
Llave de soñadas glorias,
Si en el sueño glorias caben:
Aborrecible es tu nombre,
Todos huyen de hospedarte,
Y el que mas debe á fortuna
Rehusa mas el tocarte.
En terrible coyuntura
Has pisado mis umbrales;
Mas quien enemigos tiene
Obligado está á guardarse.
Presuncion, privanza, alteza,
Favorecieron mis partes;
Pero tu golpe cruel
Hoy me muestra lo que vale.
A la oreja de mi Rey
Tú y mis émulos llamastes;
Que el que envidiosos escucha
Vive entre errores y grandes:
Pero al fin el Rey es mozo
Y sujeto á novedades,
Y mis enemigos muchos,
Y continuo su combate.
Queja alguna tengo de él;
Pero mas puedo quejarme,
No quiero decir de quién,
Pues ya no presta ni vale;
Que el lugar que yo ocupó
Es duro de conservarse,
Y altezas con tal exceso
Anuncian caidas tales.
Las privanzas con los reyes
Deben por cierto estimarse,
Cuando á cada cual se dan
Cargos que al mundo no espanten;
Que el dar al particular
Lo qu'es debido á los grandes,
Corta providencia arguye
En quien las mercedes hace.
Demas que el que las recibe
Recibe agravio notable,
Pues le dan un pregonero
De su sér y calidades,

Y el no darlo á quien se debe
Se puede llamar quitarse,
Cuando el grande y el no tanto
Son en mercedes iguales.
Llegué al punto de privanza,
No tuvo el Rey mas que darme,
Vióse mi luna creciente,
Y aguardaba la menguante.
Por traidor dicen que muero,
Dios y el Rey muy bien lo saben:
Ya con el Rey no hay disculpa,
Con Dios si, no hay engañarle.
Dijera el pregon mejor:
«Muere este hombre miserable,
»Porque su suerte le puso
»Do la envidia le dió alcance.»
¡Quién fuera un pastor cuitado
Entre míseros sayales,
Que en la comedia del mundo
Hiciera un hombre ignorante!—
Esto el de Luna decia,
Cuando del Abrojo un fraile
Le dice que se perciba
Para el riguroso trance;
Que deje cosas de mundo
Pues dan el pago que sabe,
Y qué fije en Dios la mente,
Y méritos de su sangre;
Que tenga á dichosa suerte
El que sus culpas se laven
Con tal género de muerte
Por do le plugo llamarle.
En esto el duro cuchillo
Rechinando por los aires,
Dividió del cuerpo aflito
Los espíritus vitales.

(*Silva de varios romances.*—It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 2.ª parte, Pliego suelto.)

1003.

EXORTACIONES DE UN RELIGIOSO Á DON ÁLVARO DE LUNA, CUANDO LE LLEVABAN AL SUPLICIO.

(*Anónimo.*)

—Lo de ayer ya se pasó,
Lo de hoy cual viento pasa,
Lo de mañana aun no llega:
Así aqueste mundo anda.
En él lo firme perece
A manos de la mudanza,
Lo mas sano luego enferma,
El deseo no se alcanza.
En cien años, si hay de vida,
De contento una hora falta,
Porque á quien prende no suelta
Si el mundo una vez le ata.
Aflige y no da consuelo,
Roba sin que vuelva nada,
Altera y no pacifica,
Lastima y despues halaga;
Sin oiros da sentencia,
Vivo os sepulta y acaba,
Lo que promete no cumple,
Sírvese bien, y mal paga.
Convida para engañar
Y para abatir levanta;
Sin perdonaros castiga,
Da honra y despues infama.
Quien mas acierta mas yerra,
Pierde quien piensa que gana,
Lasta por él quien le fia,
Y es inquietud su privanza.
En él entramos llorando,
De él con lloro nos apartan,
Que lo que se siembra en lloros
En lloros el fruto paga.
Miéntras se vive es pesar,
Confusion, tormento y ansia,
Y al fin pára en afliccion,
Ingratitud, temor, rabia.
¡Qué de lisonjas, mentiras,
Presuncion y glorias vanas,
Locuras y menosprecios,
Honras, riquezas soñadas!
¡Qué de máquinas, codicias,
Tráfagos, pleitos y trampas,
Sobornos y tiranías,
Iras, poderes, venganzas!
Arrincona la humildad,
Triunfa y vale la ignorancia,
Que en el favor, interes
Tiene seguras espaldas. —
Esto entre otras cosas dice
Un fraile que consolaba
A Don Alvaro de Luna
Miéntras la muerte esperaba.

(*Romancero general.*)

1004.

EL TRUHAN DE DON ÁLVARO, CONDENADO Á MUERTE SU SEÑOR, LE HACE REFLEXIONES SOBRE SU TRISTE SUERTE.

(*Anónimo.*)

A los piés de la fortuna
El que la vió en su cabeza,
Los de un crucifijo santo
Con tristes lágrimas riega.
Comenzólos á besar,
Mas viendo por una puerta
Entrar su truhan llorando,
Amortajado en bayeta,
Detúvole, y afligido
Le dijo, con voces tiernas,
Palabras que se anegaron
Nadando en llanto las piedras.
Mas el juglar, que le vido
Mudo de pena y tristeza,
Le responde mesurado,
Pidiendo al llanto licencia:
— Vengo, hermosísima luna,
A decir cómo hoy empiezas
A no ser luna en el mundo,
Pues que tu noche se llega.
Por ser mi oficio de gracias,
La fortuna, que hoy empieza
A desgraciar hoy tu casa,
Me despide de tu mesa.
¡Cuántas veces, Condestable,
Entre burlas y entre véras,
Te pedí de Dios firmada
La cédula de firmeza!
¡Y cuántas te dije á solas
Que el hombre que en hombre espera,
Hace, de Dios enemigo,
Dios el hombre, y á sí bestia!
Siempre las cosas mas altas
Están á su rey sujetas,
Porque parece que suben
A recebirle estas mesmas.
En los cuernos de la luna
Puso trono tu grandeza:
Sabe que, aunque son de luna,
Son cuernos que al fin voltean.
Un solo arrepentimiento
Mira cuán caro te cuesta,
Pues que de cuanto subiste
En alto, solo te queda.
No en que eres luna te fies
Cuando traidores te cercan,
Pues aun el sol de justicia
No se escapó de sus tretas.
Ved de Luzbel la privanza,
Que cayó por la soberbia,
Que aun los ángeles peligran
En la privanza y alteza.

Fuiste cohete en el mundo,
Llegaste á las nubes mesmas,
Subiste resplandeciendo,
Bajaste en humo á la tierra;
Porque la pólvora misma,
Que te subió tan lijera,
Abrasándote te baja
Vuelto en carbon y pavesa.
Condestable, mi señor,
Ya las tus glorias inmensas
Al mundo que te las dió
Toma el Señor residencia;
Pues que todo fué prestado,
La honra, vida y hacienda,
Justo es que agradecido,
A quien te lo dió, lo vuelvas.
En esta cárcel del mundo
Solo de mí diferencias,
En ser mis grillos de hierro,
Los tuyos de plata y perlas.
Esto te digo llorando,
Solamente porque entiendas
Que el que fué truhan en burlas
Es predicador en véras. —
Diciendo aquesto se fué,
Y llorando al Conde deja,
Y de ver llorar la luna
Se enlutaron las estrellas.

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 4.ª parte. Pliego suelto.)

1005.

DESCRÍBESE EL APARATO Y CONCURSO QUE HUBO EN EL SUPLICIO DE DON ÁLVARO DE LUNA.

(*De Don Francisco de Quevedo.*)

«Hagan bien para hacer bien
Por el alma d'este hombre.»
Al son de las campanillas
Van diciendo en altas voces:
— Dén para enterrar el cuerpo
Del rico ayer, y hoy tan pobre,
Que si no le dan mortaja,
No la tiene, ni hay de dónde.
Mueva á compasion su muerte;
Socorrelde, pretensores,
Pues que tanto dió y dar pudo
A tantos de los que le oyen.
El que daba dignidades,
Haciendo duques y condes,
Grandes, marqueses, prelados,
Maestres, comendadores;
El que con la voluntad
Pudo hacer y hizo hombres,
Como delincuente muere:
«Dalde limosna, señores.»
Ayer el mundo mandó;
Hoy de un bochin sucio y torpe
Se sujeta al proceder,
Y humilde á sus piés se pone.
Por estas calles que hoy pasa
Entre confusos pregones,
Le vimos acompañado
Del mismo Rey y su corte,
Y ¡dichoso el que alcanzaba
Su lado, ó ponerse adonde
Con su vista le alcanzase,
Ya que no con sus razones!
Hoy á este mismo acompañan
Mil populares montones
De gente ociosa, perdida,
Vagamundos, malhechores.
El que pudo lo que quiso
Con los dados por tutores,
Como delincuente hoy muere:
«Dalde limosna, señores.»
¡Oh mundo vano, caduco,
Cómo pagas á quien pone
Sus esperanzas en ti!
¡Y cuán pocos te conocen! —
Esto un cofrade decia
De la Caridad á voces,
Cuando par la Costanilla
Un tropel de gente rompe.
La guardia del rey Don Juan
Se divide en escuadrones,
Para que de su justicia
La ejecucion no se estorbe:
Gran cantidad de alguaciles,
Dos alcaldes de su corte,
Tres capitanes con gente
Por las calles y cantones:
«Plaza, aparte, aparte,» claman
Diciendo los muñidores:
«Hagan bien para hacer bien
Por el alma d'este hombre.»
En medio viene el de Luna
Rompiendo los corazones,
En una mula enlutada,
Capuz hasta los talones,
Una caperuza negra,
Agravado con prisiones,
A los lados uno y otro
Un par de predicadores.
Todos se conmueven de él,
No hay quien de vello no llore,
Y al preguntar por qué muere
Todos los hombros encogen:
Los pregoneros lo dicen,
Unos á otros lo responden.
Llegaron á un cadahalso,
Encima del cual le ponen,
Teatro de su tragedia,
Donde lo que dicen oye:
«Hagan bien para hacer bien
Por el alma d'este pobre.»

(*Silva de varios romances.*—It. QUEVEDO, *Obras.*—It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 2.ª parte, Pliego suelto.)

1006.

FÍNGESE UNA VISION QUE REPRESENTA LA CAIDA Y MUERTE DE DON ÁLVARO DE LUNA.

(*Anónimo*)

Apriesa llega la noche
Envuelta en su manto negro,
Con que apénas se divisan
Formas y plantas del suelo:
Escasa su luz mostraban
Las bellas lumbres del cielo,
Pronosticando desdichas
Con infelices portentos:
Escondióse el claro dia,
Pasóse á occidente Febo,
Dejando de sus reliquias
El campo mustio y enfermo:
Era mas de media noche,
Cuando en profundo silencio
Dan descanso los mortales
A los fatigados cuerpos,
Cuando el cansancio diurno
Se restaura con el sueño,
Y todo duerme y reposa,
Y tan solo ladra el perro,
Que con mortales aullidos
Da mucho espanto á los ecos,
Como que anuncian ruina
Del verdadero suceso;
A tal hora vide un bulto
Formado de secos huesos,
Con una vara en la mano
Y una luna puesta al cuello.
— Yo soy la muerte, me dijo,
Culpa del padre primero,

De inobediencia nacida
Para pena y daño vuestro.
Soy del divino juicio
Enviada contra un reo,
Que en esta luna subido
Tuvo su feliz asiento.
Condénale la malicia,
Siendo la envidia del pueblo
El fiscal del acusado,
Yo el cordel y el instrumento.
Mañana á las diez del dia
Conocerás mis efetos,
Y el rigor de mi cuchillo
En el hombre mas enhiesto.
Daré en tierra con la cumbre
Del edificio mas bello
Que levantó el rey Don Juan
Y que han visto nuestros tiempos.—
Volví, á mirarle, los ojos,
Y vile cercado y preso,
A caballo en una mula,
Cubierto de luto negro.
Advertí el vulgo afligido,
Sordo, lloroso y suspenso
Contemplando esta caida
Como en cristalino espejo.
De dos en dos divididos
Le siguen de trecho á trecho,
Los ojos enternecidos
Con que algunos van contentos.
Miré bien y conocí
Al Condestable del reino,
Maestre de Santiago,
De la vida humana ejemplo.
En las manos del verdugo
Inclinaba el grave cuello,
Cuya sentencia publica
En voz alta el pregonero:
«Cúmplase la justicia,
»Que manda el Rey y quiere la malicia,
»Sobre este desdichado
»Del cuerno de su luna derribado.»

(*Silva de varios romances.—It. Romances de Don Alvaro de Luna*, 2.ª parte, Pliego suelto.)

1007.

REFLEXIONES DE DON ÁLVARO DE LUNA SOBRE SU SUERTE.

(*Anónimo.*)

— Bajad, pensamiento, dice
El Condestable afligido,
No imiteis á vuestro dueño
En descender al abismo;
Que aunque del alba hermosa
Vais adornado y vestido,
Como la nieve os regalan
Los rayos del sol divino.
Tuve sus luces prestadas,
Un nublado las deshizo
Con un vapor levantado
De la malicia del siglo.
Hechura fui de mi Rey,
¡Mejor fuera no haber sido,
Pues hoy deshace mi estatua
El furor del torbellino!
¡Ay triste miseria humana,
Llena de fragosos riscos!
¡Qué de culpas alimentas!
Tú sustentas como á hijos
Con el dulzor de tu mesa
Los que en habiendo comido
Como sirenas encantas,
Matas como cocodrilo.
Es la apariencia del mundo,
Ponzoña de basilisco,
Una piedra iman del alma,
Lazos del cuerpo y hechizo.
De la mas humilde tierra
El piadoso Dios nos hizo,
Y como mejor, al hombre
Sobre todos dió dominio.
Ayer de nada nací,
Y hoy, en siete piés metido,
A la antigua madre doy
Pension, tributo y subsidio;
Que si nací de miseria,
Miseria soy convertido
Volviendo á mi propio centro
Muy mas pobre que fui rico.
Hoy juzga el cielo mis culpas
En el divino concilio,
Y el verdadero Juez sabe
Que en nada al Rey he ofendido.
Sola la envidia me abate,
Qu'es el mayor enemigo
Que se arraiga en nuestros pechos,
Para tanto mal nacido.
En el tablado do estoy
Aguardando el cruel martirio,
Hoy represento de Abel
La humilde inocencia al vivo.
Perdone Dios mis pecados
Y ampare mis tristes hijos.—
Dió así al verdugo la venda,
Y principio á su castigo.

(*Silva de varios romances.*)

1008.

DON ÁLVARO, PUESTO EN CAPILLA PARA MORIR, SE ENCOMIENDA Á DIOS.

(*Anónimo.*)

En una oculta capilla,
A do está encerrado y preso
El gran Don Alvaro solo
Aguardando el fin postrero,
En la tierra arrodillado,
Inclinado rostro y pecho,
Adoraba un crucifijo
Que estaba en sus aras puesto.
— Ilustrísimo Dios, dice,
Bajado del cielo al suelo
A padecer por el hombre
Muerte de cruz y tormento,
Tan pobre en Belen nacistes,
Que desnudo al crudo hielo
Os recostó vuestra Madre
Entre dos animalejos.
Teneis abiertos los brazos
Por mostrar que recibiendo
Estáis á los pecadores
En la fuente del consuelo.
Rompió el divino costado
El temple agudo del hierro,
Y la gravedad del mio
Otra vez lo ha descubierto.
Alzad, Pastor amoroso,
Volved esos ojos bellos,
Que soy la oveja perdida,
Y á vuestra manada vuelvo;
Y pues mandaste, Señor,
Al pontífice San Pedro
Tantas veces perdonase
Cuantas se acusase el reo,
Avergonzado y contrito
Perdon pido y me confieso,
Que del bien falso del mundo,
Considerando el eterno,
No hago cuenta, Dios mio,
Con la codicia del vuestro.
Dadme la mano divina,
Saldré d'este lago y cieno,
D'esa clemencia ayudado,
Que me lleve á llano puerto;

Que en la fe de mi barquilla
Con ambas manos me tengo,
Procurando no desliceu
Los piés á sus hondos centros.—
En esto llamó á la puerta
Un cristiano y santo viejo
Del órden de San Francisco;
Abrazóle, y dijo luego:
—Sea, Padre, bien venido,
Luz para el alma le pido;
Que si la tiene el alma,
Del sumo Dios espero eterna palma.

(*Silva de varios romances.*— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 3.ª parte, Pliego suelto.)

1009.

SACAN Á DON ÁLVARO AL SUPLICIO; ENCARGOS Y PREGUNTAS QUE HACE SOBRE LOS PREPARATIVOS QUE VE.

(*Anónimo.*)

Un miércoles de mañana,
A las nueve horas del dia,
Sacan al gran Condestable
Por Valladolid la villa.
Con la voz el pregonero
Aquestas cosas publica:
— Porque sea á todos notorio,
Sepan que esta es la justicia
Que manda hacer el Rey,
Del hombre que aquí venía.
Por usurpador tirano
Que ha usado gran tiranía
Contra la noble corona
Real de nuestra Castilla,
Manda que sea degollado
En pago de su malicia.—
Llévanlo por cal de Francos
Y por la Piñonería,
Y por cal de Cantarranas
Salen á la Costanilla.
Dende allí van á la plaza,
Do hay gente que no cabia:
Un cadahalso bien alto
De madera hecho habia.
Apeóse de una mula,
Y subióse luego arriba;
Vido un tapete tendido,
Y en una cruz allí encima
Ciertas antorchas de cera,
Que junto al tapete ardian.
Adoró luego la cruz
Y besóla con porfía,
Y luego empezó á pasearse:
A un cabo y otro volvia,
Tomó un sombrero y anillo
Que en la su mano traia,
Dióselo á Moralicos,
Un paje que le servia:
— Cata aquí el postrero bien
Que yo hacerte podia. —
Recibiólo el pajecito
Con grande llanto que hacia:
La gente que lo miraba
Lloraba á gran vocería.
El Maestre muy sereno
Todo esto miraba y via,
Y vido estar á Varrasa,
Que al Príncipe le servia
De ser su caballerizo,
Y vino á ver aquel dia
La justicia ejecutar
Qu'el Maestre recibia:
— Ven acá, hermano Varrasa,
Di al Príncipe, por tu vida,
Que dé mejor galardon
A quien sirve su Señoría,
Que no el que el Rey mi señor
Me mandar dar este dia.—
Luego llegóse el verdugo
Con un cordel que traia.
Preguntóle el Maestre
Que para qué lo queria;
Dijo: — Para atar las manos
Es á vuestra señoría.—
Desatóse de los pechos
Una cinta que tenia;
Dijo: — Atame con esta
A tu voluntad y guisa,
Y ruégote que el puñal
Lo traigas cual convenia. —
Luego vió estar una escarpia
Que en un palo se tenia,
Y preguntóle el Maestre
Para qué allí se ponia.
—Para que esté su cabeza
Puesta hasta el noveno dia.
—Despues de yo degollado
Y mi ánima salida,
Hagan d'ella, y aun del cuerpo,
Lo que á ellos mas placia.—
Luego abajó el collar
De un jubon de seda fina,
De chamelote azul
Una ropa que vestia.
Despues que la hubo adobado,
De rodillas se ponia:
El verdugo le dió paz,
Tambien perdon le pedia.
Corrióle por la garganta
El puñal con gran porfía,
Y cortóle la cabeza
Con presteza en demasía.
Así feneció el Maestre,
Su gran prez y alta valía.
¡Quién jamas vió de tan alto
Dar tan profunda caida,
Que para ver de enterralle
Se pidió en una bacina!
Por eso tomen ejemplo
Los de alto estado y cima,
No vengan á fenecer
Como aqueste fenecia.

(*Silva de varios romances.*— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 2.ª parte, Pliego suelto.)

1010.

REFLEXIONES QUE HACE DON ÁLVARO CAMINANDO AL SUPLICIO.

(*Anónimo.*)

En una mula enlutada
De negros y tristes paños,
Hace de sí clara muestra
Un gran rey de un gran privado.
Grillos le impiden los piés,
Fuertes esposas las manos,
Y entre las dos palmas lleva
Un Cristo crucificado.
Poco le impiden las voces,
Que en viéndole ha levantado
El vulgo, que apénas cree
Lo que al fin está mirando.
Tristes y húmedos los ojos
Enclava en el enclavado,
Y en silencio dice cosas
Que no se dicen hablando.
— Bien sabeis vos, Señor, dice,
Que nunca llegué á tal paso,
Por lo que di de traidor,
Sino por lo desgraciado.
Venguéme de cierta injuria;
Mas en este trueque y cambio
Hice mucho bien á buenos,
Y muy poco mal á malos.
Eché á su oficio la envidia;

Que como ha querido, ha dado
Al traves con la barquilla
De mi mal seguro estado.
Con Rey amigo de nuevas,
Los aduladores falsos
¿Qué mucho que echen por tierra
El edilicio mas alto?
De la privanza al cuchillo
Hay tan pequeño espacio,
Que ayer grandes me seguian,
Hoy va un verdugo a mi lado.
El privado es como el buho
De lindos ojos y claros,
Que las aves envidiosas
No paran hasta sacarlos.
Mas ¡ay de mí! no es tiempo este
Para andar filosofando;
¡No valen aquí disculpas
De pensamientos honrados!
Mejor será, Dios piadoso,
Que me consuma llorando
El poco lugar que queda
Desde este hasta el cadahalso.—
Esto dijo, y dió á la mula
Con los piés aprisionados,
Y vió desde allí á dos horas
Nuevo mundo y nuevos casos.

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 4.ª parte, Pliego suelto.)

1011.

ENCOMIENDAS QUE YA SOBRE EL CADALSO HACE Á UN PAJE DON ÁLVARO, PARA QUE SE LAS COMUNIQUE AL REY.

(*Anónimo.*)

En un alto cadahalso
Todo cubierto de luto,
Teatro funesto y triste
De las tragedias del mundo,
A Don Alvaro de Luna
Espera un cruel verdugo,
Tierra que se puso en medio
D'él y Don Juan el Segundo:
Y haciendo la oracion,
La plaza á mirar se puso,
Y todo en llanto deshecho
Vido un pajecito suyo.
Díjole que se allegase,
Y cuando cerca le tuvo,
Envueltas en triste llanto
Estas palabras propuso:
— Dile, pajecito mio,
Al Rey mi señor y tuyo
Que hoy podrá ver en mi sangre
Lo que en este pecho cupo.
Con muerte, sangre y cabeza,
Lo que me honró restituyo;
Que lo que debe mi pecho,
Pagar con ménos no pudo.
Mira bien, privado mio,
No fies en altos puntos;
Que es un fuego la privanza
Que pára en ceniza y humo.
Nace el gusto, de los reyes,
Y la privanza, del gusto,
De la privanza la envidia,
Y de todo males muchos.
Hoy todos me desamparan,
Todos hoy me dejan juntos;
Que hay muchos para la vida,
Y en la muerte no hay ninguno.
Toma este anillo, y adios,
Que quiero acabar mi curso;
Que es menester que yo mengüe
Para que crezcan algunos.—
Y ansí arrodillado en tierra
Le cubrió un nublado escuro
Sus ojos claros, y luego
Menguóse, eclipsóse y puso.

(*Silva de varios romances.*— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 3.ª parte, Pliego suelto.)

1011. (*Doble.*)

FIGÚRASE EL SILENCIO Y ABANDONO CON QUE EL CUERPO DE DON ÁLVARO FUÉ SEPULTADO.

(*Anónimo.*)

Tocaba las oraciones
La campana del silencio,
Y tiende la noche oscura
Al mundo su manto negro
Divídense los corrillos
De lo ilustre y lo plebeyo,
Y votan allí si el caso
Fué bien hecho ó fué mal hecho.
Unos dicen que el castigo
Fué muy digno de su yerro;
Otros que la envidia sola
Fué quien le echó por el suelo.
Paré el paso presuroso
Para saber el suceso,
Y oí una voz que decia
En un tono lastimero:
«Dadme por Dios, hermano
»Para ayudar á enterrar este cristiano.»
Puse á la voz el oido
Y allá caminé derecho,
Y en unas andas humildes
Vide sin cabeza un cuerpo,
Y á los piés un pajecico
Llorando con ojos tiernos,
Que los besaba y regaba
Solo con lágrimas d'ellos.
Preguntándole la causa,
Díjome: — Señor, saheldo
D'ese rótulo, que escrito
Lleva encima de su pecho,
Que dice: «Yo soy la luna
»Que alumbraba todo el suelo.»
Solo un eclipse fué causa
De que diga un pregonero:
«Dadme por Dios, hermano,
»Para ayudar á enterrar este cristiano.»
Yo soy aquel que llamaban
Los ancianos y modernos
Gran monarca, y hoy me llaman
De desventuras ejemplo.
Considéranme tan pobre
Los que ayer me conocieron,
Que no me entierran, por falta
De ventura y de dinero;
Y en hombros de cuatro pobres,
Movidos de amor y celo,
Llevan el cuerpo á enterrar,
Y tras él la voz diciendo:
«Dadme por Dios, hermano,
»Para ayudar á enterrar este cristiano.»

(*Silva de varios romances*, etc.)

1012.

MUERTE DE DON ÁLVARO DE LUNA.

(*Anónimo.*)

Con triste y grave semblante
Oyendo está la sentencia
El condestable de Luna,
Sin género de flaqueza.
No le ha turbado el temor
De la muerte, ni el afrenta
Del acusado delito;
Antes dice con paciencia:
— Justo pago ha dado el cielo
A mi privanza soberbia,

Que de servicios humildes
Favores de un rey la engendra,
Pues como yedra en sus brazos
Creció, y en fin como yedra
En faltándole su sombra
No hay cosa que no la ofenda.
Nadie procure privar
Con los reyes, porque sepan,
Que quien mas con reyes priva
Tiene la muerte mas cerca;
Que la privanza en el suelo
Es una insaciable fiera,
Tósigo que sin sentirse
Se derrama por las venas:
Es blanco donde la envidia
Todos sus tiros asesta;
Terrero de las malicias,
Fortaleza sin defensa.
Púsome á mí la fortuna
En la cumbre de su rueda;
Mas como es rueda, rodó
Hasta bajarme á la tierra.
¡Ah Segundo rey Don Juan
Y qué conteñto muriera,
Si por servirte este dia
Me quitaras la cabeza!
Más siento perder la fama
Que me quita tu grandeza,
Que el castigo que me das,
Puesto que lo mereciera.
No me espantará la muerte,
Pues no es morir cosa nueva;
Mas morir en tu desgracia,
Más que el morir me atormenta.
Si jamas en dicho ó hecho
Ofendí tu real grandeza,
No me perdone mis culpas
Dios, á quien voy á dar cuenta;
Si no es que el hado infelice,
Mi clima y fatal estrella
Quiso, porque el cielo quiso,
Que con voz de traidor muera.
Luna fuí que allá en tu cielo
Tanto crecí, que pudiera
Cual otro Faeton al mundo
Abrasar, si traidor fuera;
Pero miéntras no vencieron
Las invidiosas tinieblas
De tu sol las confianzas
En la fe de mi nobleza,
Mi luna dió tanta luz
Con la tuya acá en la tierra,
Que de invidia se turbaron
En tu cielo mis estrellas,
Do hicieron tales efectos
En el sol de tu grandeza,
Que hacen menguar á mi luna
Antes que se viese llena.
Erró la ventura el tiro,
Desenfrenaron las lenguas
Los émulos, y acertaron
En dalles tú grata audiencia;
Y como todo es finito
El bien que nos da la tierra,
En tierra me vuelvo yo
Con esta inmortal afrenta.
Crezcan contentos agora
Los que mi menguante esperan;
Mas miren que acaba el mio
Cuando á llenarse comienzan.—
Quiso pasar adelante,
Mas no pudo, porque entran
El de Zuñiga, y seis frailes,
Que ya há rato que le esperan.
Acompañóle gran gente,
Como amiga de novelas,
Hasta que en el cadahalso
Vió el verdugo que le espera.
Abrazóse a un crucifijo
Vertiendo lágrimas tiernas;
Que un pecho que está sin culpa
Con facilidad las echa.
Vueltos los ojos al cielo
Y las rodillas en tierra,
Dijo: — Dulce Señor mio,
Mi alma se os encomienda. —
Cortó el astuto verdugo
De los hombros la cabeza,
Que por el aire decia:
—Credo, credo, esfuerza, esfuerza. —

(*Romancero general.*)

1013.

ENCOMIÉNDASE DON ÁLVARO Á DIOS, Y ENTREGA SU CUELLO AL VERDUGO.

(*Anónimo.*)

Hincadas ambas rodillas
En un cojin triste y negro,
Cierta señal de camino
Que va caminando al cielo,
Está el Conde, que no esconde
De la justicia su cuerpo,
Aunque sol de un crucifijo,
A su luna esclareciendo.
— Hoy hace punto mi luna,
Que como luna del suelo,
Solo un eclipse de envidia
La derribó de su asiento.
Vos, los de amor de justicia,
Cuyos piés sagrados beso,
Con vuestros rayos de amor
Quitad este nublo y cerco.
Bien sabeis, Señor, que fui
Para el rey Don Juan el bueno
Mas fiel y humilde vasállo
Que para vos, con ser vuestro.
Vos, Virgen inmaculada
De la encarnacion del Verbo,
Aquel que en vuestras entrañas
Fué á todo el mundo remedio,
Rogad á vuestro Hijo,
Que en este punto postrero
Sin la vara de justicia
Mire mi triste proceso.
Galanes los de la corte,
Hidalgos y caballeros,
Tomad ejemplo en mi muerte,
Que es muerte que causa ejemplo;
Y á todos cuantos y cuantas
Daños y agravios me hicieron,
Los perdono, y me perdonen
Si les ofendí algun tiempo. —
En esto llegó el verdugo
Con el debido respeto;
Tapó sus pálidos ojos
Con un leve cendal negro:
Un fraile le quitó el Cristo,
Don Alvaro bajó el cuello,
Con voz alta dice á Dios:
— En tus manos me encomiendo.—

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 4.ª parte Pliego suelto.)

1014.

CUÉNTASE UN APÓSTROFE QUE HIZO DON ÁLVARO ESTANDO SOBRE EL CADAHALSO, Á LA CRUZ DE SANTIAGO QUE LLEVABA EN SU PECHO.

(*Anónimo.*)

La miserable tragedia
Desde su humilde principio
En el teatro Pinciano
Recita el de Luna al vivo.

Un paje fué la primera
Figura que en ella hizo,
Del rey Don Juan el Segundo
Con grande amor recibido.
Otro con llave dorada
De su cámara y servicio,
De conde de Santistéban
Y de duque de Trujillo,
Maestre con la gran cruz
Del patron nuestro caudillo,
Condestable de Castilla,
No grande una vez, mas cinco:
De Villena gran marques,
A quien dió el Rey cuanto quiso,
Con mayor mano y privanza
Que jamas hombres han visto.
Recitóla en confianza
De su suerte y de sí mismo,
Una hinchada figura
Que echa al mas sabio al abismo.
Y queriendo con el puño
Herir el pecho contrito,
Al levantar el capuz
La roja cruz en él vido.
Renovóle sus dolores
Dando á sus ansias principio:
Las rodillas dió al tablado,
Y en ella los ojos, dijo:
—¡Oh cruz, mil veces triunfante
Del fuerte orgulloso libro!
¡Mal aposentada fuiste
En este mi pecho indigno,
Pues debiendo derramar
Esta sangre en tu servicio,
He venido á que un verdugo
La vierta con un cuchillo!
Por la que en tí derramó
El Nazareno vendido,
Que en su presencia te acuerdes
De este miserable inicuo,
No por lo que yo merezco,
Mas por haberte traido,
Que al fin has sido mi cruz,
Aunque cruz suave has sido.
De tí muero acompañado,
Que es para mí grande alivio,
Y llevo gran esperanza
De ser de tí socorrido.
Yo muero muy consolado,
Que esta muerte me convino;
Que Dios da lo que conviene,
Si no da lo que pedimos.
El poco bien que he hecho lloro,
Del mal voy arrepentido;
Que el que tiene á mano y puede,
No ha de ser al bien esquivo.—
No pudo sufrir el llanto
Todo el pueblo condolido:
Dan mil suspiros los hombres
Y las mujeres mil gritos.
Con esto volvió al verdugo,
Diciéndole:—Haz tu oficio,
Que imperio tienes en mí
Pues el cielo así lo quiso.—
Tras esto le dió á besar
Un buen fraile un crucifijo,
Y por la tierna garganta
Le pasó el verdugo el filo.
Fué la postrera figura
Que en esta tragedia hizo,
Dejando memoria al mundo
De privanza y de castigo.

(*Silva de varios romances*.— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 2.ª parte, Pliego suelto.)

1015.

SOBRE EL CUERPO DE DON ÁLVARO DE LUNA UN PAJECITO SUYO LLORA SU MUERTE.

(*Anónimo*.)

Eclipsada ya del todo
Aquella menguante Luna,
Con las sombras de la muerte
En la faz sangrienta y mustia,
Junto al desangrado cuerpo
Cercado de espesa turba,
Un pequeño pajecico
Llora y lamenta su cuita:
—¿Dónde estás, dice, señor,
Que mis razones no escuchas?
¡Oh cielo sordo á mis quejas!
¿Cómo de escucharlas gustas?
¡Vive lo que vive en tí,
Que me es la vida tan dura
Que entenderé que me agravias
Si de acabarme te escusas!
Da vida á quien la agradezca,
No á quien entiende le injurias,
Qu'en diferentes sugetos
No son las mercedes unas.
¡Don Alvaro, mi señor,
A quien hoy la tierra dura
Con estrecho abrazo aguarda
Ufana de tal ventura!
Llévame, por Dios, contigo:
¿Por qué llevarme rehusas?
Tu pecho ocupé viviendo,
Mi ánima muriendo ocupas.
Contigo voy aun si mueres,
Tenlo, señor, por sin duda,
Que si lícito me fuera
Me entrara en tu sepultura.
Viviendo hiciste por muchos,
¿No hay quien en tu muerte acuda
Ni aun á darte una mortaja
Si este triste no la busca?
De limosna al fin te entierran,
No hay quien de los hados huya;
Nadie se espante de nada
Miéntras este siglo ocupa.
Esta cruz que está en mi pecho
Lo será sin duda alguna
De mi afligida memoria,
Que al fin es dádiva tuya.
Viviré en perpetuo llanto,
Pues la suerte avara y cruda
Me guardó tan triste dia,
Y á tí tan corta ventura.
Tú mueres ¡sabe Dios cómo!
Hombres son los que te juzgan.
¡Mucho pueden envidiosos,
Y mas cuando los escuchan!
Díganle al Rey que Morales
Dice mil desenvolturas;
Que le envíe con su amo,
Que será sentencia justa.—
Esto el bello jóven tierno
Con larga pena y profunda
Decia, bañado el rostro
Y la amada faz difunta.
A todo el pueblo conmueve;
Todos á llorar le ayudan,
Su entrañable amor alaban
Y perseverancia mucha;
Y aun con gran dificultad
Y persuasion importuna
Le dividieron del cuerpo
Para darle sepultura.

(*Silva de varios romances*.— It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 2.ª parte, Pliego suelto.)

1016.

REFIÉRESE AL REY LA MUERTE Y ENTIERRO DE DON ÁLVARO.

(*Anónimo.*)

Atento escuchaba el Rey,
Al noble Don Juan Pacheco,
De Don Alvaro de Luna
El lastimoso suceso.
—Hoy á las once del dia
En un teatro supremo
Se vió la mayor tragedia
Que ha representado el tiempo:
Hoy dividió tu justicia
La cabeza de aquel cuello
Que cual Alcides tenia
Tu reino y potencia en peso:
El nublado de la muerte
Cubrió aquellos rayos bellos,
De cuya vislumbre el mundo
Sacará eternos reflejos:
Será ejemplo de privanzas,
Y de descuidos ejemplo,
Pues fué de tu cielo Luna
El abismo de tu centro.
De Valladolid el llanto
Se oye en el onceno cielo,
Y de negro luto viste
Las paredes de sus templos.
Los pobres sacan sus hijos
A que tomen escarmiento,
No en Don Alvaro, que muere,
Sino en el mudable tiempo:
Las mujeres sacan hoy
Sus hijuelos, y á los pechos,
En lugar de blanca leche,
Les dan llanto por sustento.
Una mortal confusion
Se oia entre noble y plebeyo,
Y cerraban las orejas
A pregon tan estupendo.
La tierra de la ambicion
Pasó el segundo elemento,
Poniéndose entre planetas,
Y vino la Luna al suelo.
El sol llora la su luna,
Las estrellas su lucero,
Castilla su Condestable,
España su claro espejo.
En San Benito enterraron
Sin su cabeza aquel cuerpo;
Que por ser tan gran cabeza
No cupo en lugar estrecho.
Allí quedó el gran Maestre
En depósito y empeño,
Hasta que tome sepulcro
En la imperial de Toledo;
Que ciudad tan leal es justo
Dé tierra á tan leales huesos,
Y quien fué la luz de España
Tenga su cabeza entierro.—
Esto contaba Don Juan
Al Segundo, y al primero
Que dió muerte á tal vasallo,
Y á tanta lealtad, tal premio.

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 4.ª parte, Pliego suelto.)

1017.

FUNERALES DE DON ÁLVARO DE LUNA, Y LLANTO DE SU ESPOSA POR SU MUERTE DESDICHADA.

(*Anónimo.*)

Iba declinando el dia
Su curso y lijeras horas,
Y el padre que alumbra el mundo
Para occidente se torna.
A los reflejos divinos
De aquella luz milagrosa,
Pálidos, descoloridos,
Cubiertos de negras sombras,
Amenazaba la noche
Mustia, temerosa y sorda,
No de luceros vestida
De que se pule y se adorna.
La luna en el primer cielo
Con las nubes se arreboza,
Y en los escondidos valles
Aljófar y perlas llora.
De las aldeas vecinas
Dejan desiertas y solas,
Unos las casas baldias,
Otros las pajizas chozas.
Sonaba en Valladolid
El eco de voces roncas,
Y responden los quejidos
De las apartadas rocas.
Hace señal San Benito,
Y su rico templo adornan
Con los funestos tapices
De bayeta lastimosa.
Murmuraban por las calles
De unas orejas en otras
La no pensada caida
De aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres,
Y las Iglesias entonan
El entierro de aquel cuerpo
Que del cuello sangre brota.
En los hombros le reciben
Cuatro con sus cruces rojas,
Que le sirvieron en vida
Y en la muerte le dan honra.
Pusieron el cuerpo triste
Debajo una dura losa,
Y con el peso insufrible
Dió temblor la tierra toda.
Y al rededor de la tumba
Arden lumbres, todos lloran
De la miseria infelice
La tragedia dolorosa.
Sollozan sus tiernos hijos,
Lamenta su triste esposa,
Y de su sangre vertida
Pide al cielo la deshonra.
— Querido señor, le dice,
Que eterno descanso gozas
En la celestial altura,
No cual esta humana gloria:
Subióte el Rey á la cumbre
Mas alta de su corona,
Y hoy la mudable fortuna
De su rueda te trastorna.
Desnudo á la tierra fria
La debida pension tornas,
Porque la humana malicia
Con tus bienes se componga.
La vislumbre de sus rayos,
Como á torpe mariposa,
Te dió por manjar la invidia,
Emprendióte su ponzoña.
Diste al mundo lo que es suyo,
Y fuéron tantas las costas
Que causaron tus desdichas,
Que hoy te entierran de limosna.—
Esto escucha el rey Don Juan,
Y á Pacheco de Mendoza,
Enternecido, repite
Con voz grave y dolorosa:
—Luna bella del cielo,
La muerte de tu luz lamenta el suelo,
De la áspera caida
Con el mortal eclipse de la vida.—

(*Silva de varios romances.* — It. *Romances de Don Alvaro de Luna*, 3.ª parte, Pliego suelto.)

1018.

ENTIERRO DE DON ÁLVARO.

(*Anónimo.*)

Dividida de los hombros
Aquella cabeza hidalga,
Donde la muerte interpuso
Contra la vida su espada;
Obscuros sus rayos bellos
De aquella Luna muy clara,
Que el que su creciente vido
Jamas creyó que menguara;
Derribada por el suelo
La torre de la privanza,
Que cargó los fundamentos
Sobre humanas esperanzas;
El gran Condestable puesto
En una pequeña caja,
A vista de varios ojos
Como joya de importancia,
En la mano del verdugo
Por sus cabellos colgada,
Para que sirva de ejemplo
En medio de la gran plaza
El que á todos dió favores
Puesto en tierra, tierra aguarda
A verle viene la gente:
Admíranse, piensan, callan;
Que el verle d'esta manera
Es lengua que en todos habla.
Algunos le dan limosna
Para hacer bien por su alma:
El vulgo estaba espantado,
Viendo una cosa que espanta;
Pues lo que le sobró en vida
Agora en muerte le falta.
No hay vasallo, ni escudero,
Ni gentil-hombre, ni guarda,
Que solamente desdichas
Le rodean y acompañan,
Porque es peste la miseria,
Que aun á los padres espanta;
Son los amigos cual sombra
Que el próspero sol aguarda,
Y deshace y aniquila
La noche de la desgracia.
En hombros de palanquines
Las andas y el cuerpo cargan,
Que por ser cuerpo de pobre
Es carga horrible y pesada.
A San Benito lo llevan
Donde la tierra le aguarda,
Que como madre de todos
Tiene para todos gracia.
Dichos todos los oficios
Con humilde voz y baja,
Que las exequias del pobre
Muy pocas veces se cantan;
Plantanle al fin en la tierra,
Que fué del hombre plantada,
A do tienen de dar fruto
Sus obras buenas ó malas.
Sobre el humilde sepulcro
Le ponen piedra pesada,
Que como hombre aborrecido
Tienen miedo que se salga.
Con letras grandes y negras
El duro mármol entallan,
Que dicen: «Fué hombre, y estas
Son de hombres las privanzas.»
Y fué menester ser piedra
La que dijo estas palabras;
Que para sufrir y hablar
Necesario es que se hagan
Piedras los bronces, que así
Dirán todo lo que pasa.
Mire el hombre, que confía,
Al fin, que todo se acaba,
Y que solamente Dios,
Al que le sirve, honra y paga.

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 3.ª parte, Pliego suelto.)

1019.

REPRESÉNTASE DON ÁLVARO COMO EJEMPLO DESGRACIADO DE UNA PRIVANZA.

(*Anónimo.*)

Los que en la mesa del mundo
Poneis la vida al tablero,
Solo un acuchillado
Que tiene el cuchillo al cuello,
Por descargo de mi alma
Os predica estos ejemplos;
Que pues he dado de ojos,
Quiero quitar el encuentro.
¡Pensad que duró la rueda,
Privados, que vais subiendo,
Porque al primero traspié
Di de cabeza en el suelo!
La privanza de los reyes
Es á veces como el fuego,
Que al que está muy cerca abrasa,
Y alumbra al que está mas léjos.
Basiliscos coronados
Son, que siempre ven primero,
Y si miran con enojo
Quitan la vida al mas cuerdo.
Son hombres, y han de engañarse,
Y el que va en cólera ciego,
Ordinariamente quiebra
Con lo que toca pimero.
La privanza es como dados,
Que está en un tumbo el dinero,
Y es refran, que el no jugarlos
Es lo mejor d'este juego.
Don Alvaro soy de Luna:
Oid lo que estoy diciendo,
Pues en mi cabeza Dios
Pone á todos escarmiento.
Subí en agua como espuma,
Paró el aire, llovió el cielo,
Fué la espuma campanillas
Que agora tocan á muerto.
Agua he sido propiamente
De un edificio soberbio,
Pues todo cuanto he subido
Hoy lo bajo al mismo peso.
Del Rey mi señor he sido
Luna de un precioso espejo,
Que el hacerle buena cara
Era hacerme el rostro bueno.
Llegó á mi torcido el rostro,
Pensó ser mio el defecto,
Tiró el espejo, la luna
Era vidrio, saltó luego.
Los que por la novedad
Llegais á ver en el suelo,
Ser el verdugo imágen,
La luna á los piés del mesmo,
Advertid que es gran peligro
Un sol con entendimiento,
Que en iguales manos tiene
Luz mudable, eclipse eterno.
Esto dijo aquella Luna
Que dió á la privanza ejemplo,
Y entre la luna y un paño,
Lloviό sangre, gritó el suelo.

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 4.ª parte, Pliego suelto.)

1020.

LAMÉNTASE LA MUERTE DE DON ÁLVARO.

(Anónimo.)

La Luna bella, hermosa,
Que al mundo solia alumbrar,
Con un eclipse de muerte
Pierde luz y claridad:
Del tronco de su grandeza
Bajó al signo mortal,
Donde paran las columnas
De mas alta majestad.
Subió al cielo en poco espacio;
Mas como glorias de acá,
Por no ser de eterno premio,
Fué Luna, y tornó á menguar.
Llenó los ojos del mundo
Como el acerado iman;
Pero gastó la virtud
El tiempo, que pudo mas.
Cuando el sol su luz le daba
Creció con tranquilidad;
Mas los obscuros nublados
Han marchitado su faz.
Ya del trono de su asiento
Su señor bajado le ha
En la tierra, donde estriban
Los vapores de su mal.
Levantados torbellinos
Subieron de punto al mar,
Hasta levantar las nubes
A furiosa tempestad.
Obscureció el sol su rostro,
Y como su luz es mas,
La Luna perdió la suya
Que dél solia tomar.
Anubláronse los dos,
Que como la hubo igual,
Sintió el sol el calor fuerte,
Por ser el velo mortal.
Cayó la Luna del cielo,
Y vino d'ella á parar
En un negro cadahalso,
Medio de la guerra y paz;
Y viendo que d'este estado
Perdió la silla imperial,
Con fe de amoroso pecho
Mostró de su sér la paz.
Alumbró como la vela,
Que en el tiempo de acabar
Da mas luz que cuando tuvo
Mas substancia y mas caudal.
Acabó su curso el tiempo,
Que apénas el suelo está
De su luz esclarecido,
Cuando al cielo el alma va.
Quedó el cuerpo sin cabeza,
Que á tantas solia mandar,
Entre cuatro negros paños
En el lecho funeral;
Y las estrellas del suelo
Menguando la Luna ya,
Miéntras el sol su luz muestra,
Alumbraba un poco mas.

(*Romances de Don Alvaro de Luna*, 1.ª parte. Pliego suelto.)

1021.

ROMANCE DEL REY DON JUAN.

(Anónimo.)

Los cielos andan revueltos,
El sol eclipse hacia,
La luna perdió su lumbre,
El norte no parecia,
Cuando el triste rey Don Juan
En su cama do yacia
Cercado de pensamientos,
Que valer no se podia.
—¡Recuerda, buen Rey, recuerda;
Lloraras tu mancebía!
¡Cierto no debria dormir
El que sin dicha nascia!
—¿Quién eres tú, la doncella
Que á mi recordado habias?
— A mi me llaman Fortuna,
Que busco tu compañía.
—¡Fortuna, cuánto me sigues,
Por la gran desdicha mia,
Apartado de los mios,
De los que yo mas queria!
¿Qué es de tí, mi hija triste,
Estella por nombradía?
¿Qué es de tí, Olite y Tafalla?
Qu'es de mi geneaiogía?
Y ese castillo de Maya,
Qu'el Duque me lo tenia,
Que si el Rey no me ayuda
Entiendo perder la vida.

(*Aquí comienzan seis romances: el primero, del Rey Don Pedro*, etc., Pliego suelto.)

ÉPOCA DEL REY DON ENRIQUE IV, DICHO EL IMPOTENTE.

1022.

CONTRA LOS DERECHOS DE SU HIJA JUANA, OBLIGAN Á ENRIQUE IV Á QUE SE JURE HEREDERA DEL REINO Á DOÑA ISABEL.

(Anónimo.)

Muy revuelta está Castilla;
Quejoso está y fatigado
Aquese rey Don Enrique,
Rey no bien afortunado.
Quéjase de muchos hombres
A quienes puso en estado,
Por haberlo descompuesto
En auto solemnizado [1],
Y haber alzado por rey
A Don Alfonso su hermano;
Y aunque murió Don Alfonso,
Su intento no habian dejado.
Grandes partidos se mueven
Estando en aqueste estado,
Y en un concierto muy justo
Al Rey han encaminado
Para ser obedecido
Por todos, y acatado;
Y para aqueste concierto,
Siendo por él aprobado,
Muy grandes gentes se ayuntan
En los Toros de Guisando.
Señores y caballeros
Y tambien muchos prelados
Vienen con Doña Isabel
Para verse con su hermano,
Porque por su sucesora
El Rey la habia señalado.
Todos hablaron al Rey,
Todos le besan la mano:
El Rey con semblante alegre
A todos ha perdonado;
Y el cardenal Venerin [2],
Que venia por legado,
A todos aquellos grandes
Que allí se habian juntado,
Absolvió del juramento
Que el Rey les habia tomado,
Al tiempo que á Doña Juana
Por princesa habian jurado
Por contemplacion del Rey,
Que los habia forzado:

Y porque del juramento
Todos habian reclamado,
Ya del juramento absueltos,
El Rey les ha así hablado:
—Perlados y caballeros,
Los que aquí estáis ayuntados,
Yo os mando que en mi presencia
Jureis delante el Legado
Por sucesora en mis reinos
Desque yo sea finado,
A Doña Isabel mi hermana
Y que la beseis la mano,
Porque en todas las ciudades
Así lo tengo mandado.—
Todos juran la Princesa
Con placer demasiado,
La cual le prometió al Rey
De casar por su mandado;
Y así hubieron fin las vueltas
Que gran tiempo habian durado.

(FUENTES, *Libro de los cuarenta cantos*, etc.)

[1] En una junta revolucionaria que en 1465 tuvieron los grandes y prelados rebeldes, depusieron á Enrique IV, ultrajándole en estatua, y nombraron por rey á su hermano Don Alonso. Muerto este se alzaron otra vez, y le obligaron á nombrar por sucesora á su hermana Doña Isabel.

[2] El Papa en estos tiempos absolvia de todos los juramentos, inclusos los de fidelidad á los reyes. Hubo tiempos en que el derecho divino de la soberanía personal cesaba desde el punto que los Papas lo decretaban así, constituyéndose jueces de los mas poderosos monarcas, y haciéndoles como reos comparecer ante sí á oir sus sentencias y decretos.

1023.

CÁSASE LA INFANTA ISABEL DE CASTILLA CON FERNANDO V DE ARAGON.

(Anónimo.)

En corte del rey Enrique
Muy grandes fiestas se hacen,
Que las damas son hermosas,
Y avisados los galanes:
D'ellos muestran sus cuidados
En las fiestas de reales;
D'ellos en motes y en letras,
D'ellos en otras señales,
D'ellas les dan disfavores,
D'ellas favores muy grandes,
D'ellas les piden cabezas
De los morillos de Tánger.
No tiene el reino heredero,
Mas poquito se les da,
Pues tienen á la princesa,
Qu'es Doña Isabel la Grande:
Tráenle muchos casamientos,
Mas tres son los principales:
El gran duque de Milan,
Y ese rey Guercho de Nápoles,
Y el príncipe de Aragon,
Sin otros muchos muy grandes.
La Princesa, que es discreta,
Quiso vellos si eran tales:
Ha mandado á un gran pintor
Que los pinte naturales,
Y los tome descuidados,
Por ver la vida que hacen.
El pintor, que sabio era,
Con tal recaudo se parte.
Al cabo de sus jornadas
Llega al reino de Nápoles,
Adonde hallara al Rey
En jardines con joglares,
Entre dueñas y doncellas,
Burlando con albardanes.
Pintáralo así el pintor,
Y para Milan se parte.
El Duque habia comido;
Hallóle que se retrae
Con un privado abrazado
Que mucha fiesta le hace.
Dende allí torna en España,
Y en Fraga halló al Infante,
Al infante Don Fernando,
Acompañado de grandes,
Armado de todas armas,
Que comenzaba á justar.
El pintor lo sacó al vivo,
Y con los retratos va.
Halos dado á la Princesa,
Cada cual muy natural.
Como al de Nápoles vido
Con los truhanes burlar,
Dijo arrojándolo léjos:
—Vicioso rey no me place.
Pues el duque de Milan
Ménos qu'él me satisface,
Qu'el príncipe deshonesto
Muy poquito precio vale.—
Descogiendo al de Aragon,
En viéndolo, dijo: — Baste,
Este quiero por marido,
Que bien inclinado sale.—

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

ÉPOCA DE LOS REYES CATÓLICOS, DOÑA ISABEL Y FERNANDO V.

1024.

JUAN V DE PORTUGAL, PRETENDIENTE DE LA CORONA DE CASTILLA, POR SU ESPOSA LA BELTRANEJA, PIERDE LA BATALLA DE TORO CONTRA LOS REYES CATÓLICOS.

(Anónimo.)

En esa ciudad de Toro
Grande turbacion habia
En la gente portuguesa,
Que aquella ciudad tenia,
Por Don Alfonso su rey,
Que á la ciudad no volvia,
Ni despues de la batalla
Ninguno visto lo habia.
Las puertas tienen cerradas;
A nadie se les abrian:
Los de fuera daban voces
Con el miedo que tenian;
Tambien gimen los heridos,
Porque curarse querian,
Temiendo á los castellanos,
Que en el alcance venian;
Y el duque de Guimarans
En el muro se ponia,
Preguntándoles á todos,
¿Cómo su rey no volvia?
Y que hasta que le trujesen
A ninguno acogeria.
Estando en esto altercando,
El Príncipe que venia[1];
El cual mandó abrir las puertas
A la gente que allí habia.
En la ciudad recogidos,
Como el Rey no parecia,
Los hidalgos con vergüenza
Grande afrenta padecian;
Y el duque de Guimarans,
Que aquesto mucho sentia,
Llorando con gran pesar,
Estas palabras decia:
—¡Oh hidalgos portugueses!
¿Qué es de vuestra hidalguía?
¿Dónde queda vuestro Rey
Que á todos nos mantenia?
¿Dó dejastes la cabeza,
Que á todos siempre regia?

¿Dó queda nuestro señor,
Nuestro capitan y guia?
¡Oh! qué ceguedad la vuestra!
¡Qué poquedad nunca oida,
No poder todos guardar
Uno que siempre solia
Guardar á todos nosotros
Con su seso y valentia!
¿Cómo podeis ver la gente
Viendo vuestra cobardia,
Desemparando en el campo
Al Rey, por guardar la vida?
E ya que el ánimo y fuerza,
Hidalgos, os fallecía
Para pelear con él,
¡No sé cómo no se via
El mal caso en que caistes,
Sin él volviendo á su villa!
Guardábadeslo en palacio,
Y en las fiestas que hacia,
En placeres y en convites;
No en la batalla do iba,
Do aventuraba su honra,
Y su hacienda, y su vida —
Los portugueses turbados,
Palabra no respondian,
Y el Principe apasionado
Grande sospecha ponia
En todos los castellanos,
Que poca culpa tenian.
Estando en esta congoja,
Ya que casi amanecia,
Envió el Rey á decir
Cómo á la ciudad volvia,
Porque estaba en Castro Nuño,
Un castillo que allí habia.

(Fuentes, *Libro de los cuarenta cantos.*)

[1] El príncipe Don Juan, despues segundo en Portugal.

1023.

ABNEGACION DE UN HERMANO QUE MUERE POR OTRO EN REPRESALIAS DE LA MUERTE DEL NOBLE CABALLERO Y GRAN POETA DON JORGE MANRIQUE.

(*Anónimo.*)

En armas está Villena
Con todo su marquesado;
Por fronteros tiene puestos
Dos caballeros preciados:
Uno Don Jorge Manrique,
Por sus obras muy nombrado;
Pedro Ruiz de Alarcon,
El segundo era llamado,
Con muy fuerte guarnicion
De gente de pié y caballo;
Por lo cual todos los dias
Estos corrian el campo,
Y los contrarios salian,
Que estaban bien aprestados,
Y por esto habia contino
Recuentros muy señalados.
Acaso sucedió un dia,
En uno muy porfiado,
Cerca de Garci Muñoz,
Castillo de los contrarios,
Que pretendiese Don Jorge
Mostrarse muy esforzado,
Y metióse entre la gente
Reciamente peleando
Hasta llegar á la puerta
Del castillo que he nombrado;
Y por falta de socorro
Fué de la gente cercado,
Y al fin con grandes heridas
Fué de la vida privado,
Y por ser tal caballero
Fué por todos muy llorado;
Y los otros capitanes,
Con el enojo incitados,
Mandan que seis prisioneros
Fuesen luego allí ahorcados.
Visto por los enemigos
Cómo el caso habia pasado,
Requieren á un capitan
Que llamaban Juan del Barrio,
Que matase otros seis hombres
Presos como los contrarios;
Lo cual mandó así hacer
El capitan indignado.
Entre los presos que habia,
Por ser muy demasiados,
Hizo echar suertes entre ellos,
Para ser seis ahorcados;
Y acaso cupo la suerte
A un escudero honrado
Natural de Villanueva
De la Jara, allí casado,
Que es de aldea de Alarcon,
De edad de cincuenta años.
Acaso en aquel castillo
Estaba preso un su hermano,
Mancebo muy gentil hombre,
De toda bondad dotado,
Que viendo á su hermano ir
Para luego ser ahorcado,
Con muy ahincados ruegos
Al hermano ha demandado,
Que él quiere morir por él,
Y que le fuese otorgado,
Que en ménos tenia la muerte,
Que el gran dolor y quebranto
Que le daria la suya,
Porque era de él muy amado.
El hermano respondió,
De aqueste caso espantado:
—No permitiré tal cosa,
Ni será bien hecho, hermano:
Mas vale morir yo viejo,
Que no vos que sois muchacho,
Y de las cosas del mundo
Cosa alguna habeis gozado:
Yo quiero sufrir la muerte,
Pues que ya fuí señalado.—
El mancebo replicó:
—Vos sois, hermano, casado,
Y con mujer y con hijos
Que quedan desamparados:
Mas vale que muera yo,
Que á ninguno viene daño,
Y las miserias del mundo
Es mejor dejar temprano.—
Despues que en esta cuestion
Mucho hubieron porfiado,
A la fin venció el menor,
Y al capitan ha rogado
Que deje á su hermano vivo,
Y que él sea el ahorcado;
El cual lo ejecutó así,
Como le fué demandado;
Y así murió este mancebo,
Por dalle vida á su hermano;
El cual de gran hermandad
Notable ejemplo ha dejado.

(Fuentes, *Libro de los cuarenta cantos.*)

[1] Despues de perdida la batalla de Toro, Alfonso V de Portugal partió á Francia á pedir socorros; pero entre tanto sus parciales y los de su esposa la Beltraneja sostenian la guerra contra los Reyes Católicos, Fernando é Isabel. En el encuentro entre unos y otros, que dice el romance, acaeció la muerte del famoso caballero y gran poeta Jorge Manrique, y dió lugar á las represalias, causa de la demostracion de amor fraternal que aquí se cuenta.

1026.

UN LOCO HIERE EN BARCELONA AL REY CATÓLICO DON FERNANDO V.

(*Anónimo* 1.)

Estando el rey Don Fernando,
Ese tan esclarecido,
En Barcelona la grande,
En gran ditado subido,
Amado de sus vasallos,
De sus contrarios temido,
Querido de los extraños
Y de Dios favorecido,
Holgándose en su palacio,
Un caso le ha sucedido;
Y fué que bajando d'él,
Ya despues de haber comido,
En el último escalon,
Bravamente fué herido
De reves, por el pescuezo,
Sin poder ser defendido;
Que á no llevar su cadena,
Quedaba muerto é tendido.
El Rey, muy maravillado,
Mirando al hombre atrevido,
Dijo de muy piadoso,
Valeroso y entendido:
—¡Tate! ¡tate! no le maten,
Porque el caso sea sabido,
Y que vista la presente,
En prision sea metido.
No lo digan á la Reina,
Que mucho lo habrá sentido.—
Castellanos, catalanes,
Malamente se han asido:
Los castellanos decian:
— Catalanes lo han urdido.—
Los catalanes responden
Que d'ellos habia salido.
El Rey, en ver la revuelta,
En un caballo ha subido
Con el duque de Cardona,
Apaciguando el ruido.
El hombre que hizo el caso,
De locura convencido,
Era Juan de Cañamares,
Hombre tonto y sin sentido,
Plebeyo y de baja suerte,
Y en Cataluña nacido,
Que pensó si al Rey mataba
Que por rey sería tenido;
Porque de una noble dama
De amores estaba herido,
Y de casarse con ella
Se lo habia requerido;
Baronesa de la Roca
Tenia por apellido,
A la cual dijo:—Señora,
¿Si por rey fuese elegido,
No me tomárades vos
Por esposo y por marido?—
Ella, burlándose d'él,
D'esta suerte ha respondido:
—Por ser reina, podr'a ser,
Aunque eres loco perdido.—
Con esta imaginacion
Hizo el caso referido.
La ciudad dice que muera;
El Rey nunca ha consentido,
Viendo que por necedad
El caso habia cometido:
Pero por honra del pueblo,
Que muriese ha consentido:
Sacáronlo á ajusticiar.
Do pagó bien lo debido.

(Timoneda, *Rosa gentil*.)

1 El doctor Alonso Ortiz, año de 1493, publicó un libro de varios tratados, de los cuales al primero intituló *De la herida del Rey*, que es una apología de Fernando el Católico, hecha con motivo del caso que refiere el romance.

1027.

EL EMBAJADOR FONSECA ROMPE ANTE CÁRLOS VIII DE FRANCIA EL PLIEGO DEL TRATADO HECHO CON FERNANDO EL CATÓLICO SOBRE LA PARTICION DEL REINO DE NÁPOLES.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Entre el rey Cárlos de Francia
Y el Católico Fernando,
La liga y tratadas paces
Habiendo capitulado,
El frances pasó los Alpes
Con grueso y lucido campo,
Comenzando á conquistar
De Nápoles el estado.
Y habiendo un dia á Belitre,
Lugar de Italia, llegado,
Llamó á consejo de guerra;
Mas ántes de comenzarlo,
Don Alfonso de Fonseca,
Español de tronco claro,
Que la embajada del Reino
Era entónces á su cargo,
Viendo á su Rey le venia
De aquella conquista daño,
Quiere ganar, con morir,
Nombre de fiel vasallo,
Y que no se diga d'él
Que tuvo el vivir en tanto,
Que en su presencia sufriese
Hacer á su rey agravio;
Y ansi entró donde el Frances
Con los grandes congregados
Para su consejo estaba,
A quien con semblante airado
Dice, y con voz levantada,
Los conciertos hojeando:
—¡Por cierto tu proceder
Me tiene, Rey, admirado!
¿No sabes que esta concordia
Entre ti y el rey Fernando
Se hizo contra los turcos,
Y no contra los cristianos?
¿Cómo contra su tenor
Vas á Nápoles marchando?
¡Débese de hacer en Francia
De palabra poco caso!
Pues sabe, Rey, que en España
No hay cosa tenida en tanto.—
Levantáronse los grandes,
Teniéndolo á desacato,
Y á Don Antonio responden:
—El Rey cumple lo asentado:
Y repórtate, español,
Que has hablado demasiado.—
Don Antonio les replica,
Ya de cólera llevado:
—Yo hablo lo que es verdad,
Y acá tratais lo contrario.—
Tras lo cual hizo el papel
Entre las manos pedazos,
Donde estaban los conciertos
De entrambos reyes firmados
Y echándolos en el suelo
Puso la espada en la mano,
Donde con gran ligereza
Dió atras por la sala un salto,
Diciendo:—Con esta pluma
Mi rey firmará el contrato,
Y es la que mejor le está
A quien puede y vale tanto.—
Acometiéronle algunos
Con los estoques sacados,
A quien Don Antonio atiende
Con solo la espada y manto.
Apaciguólos el Rey
A Don Antonio amparando,

El cual luego requirió
A Cerbellon y á Arellano,
Capitanes españoles,
Con su gente, que dejando
El campo frances, le sigan,
A quien obedecen ambos.
Toman la vuelta de España,
Sin ser de nadie estorbados;
De que el Rey quedó corrido
Y los grandes espantados.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1028.

EL GRAN CAPITAN GONZALO DE CÓRDOVA ENTREGA SU PROPIA CASA Á SAQUEO DE LOS SOLDADOS QUE POR CUMPLIR CON LA DISCIPLINA NO PARTICIPARON DEL DE CASTELNOVO.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Habiendo el conde Navarro
Con áspera batería
Sujetado á Castelnovo,
Fuerza que el frances tenia,
Y habiendo parte del muro
Volado por una mina,
Donde gran riqueza estaba
De franceses recogida,
Por ser á su parecer
Do ménos riesgo corría,
Que su mucha fortaleza
Todo recelo les quita;
Mas como del confiado
Está fortuna á la mira,
Y no hay fuerza inexpugnable
Que su duro golpe impida,
Y de donde hay mas riquezas
Mas cerca está la ruina,
Fué la fuerza en breve espacio
Al duro saco metida,
Con mano atroz codiciosa;
Y ya del todo rendida,
Unos pocos españoles
Que á pelear atendian,
No llegando á tiempo al saco
Por hacer lo que debian,
Paga que al que lo hiciere
Es cierta, aunque no debida,
Al Gran Gonzalo Fernandez
Se quejan de su desdicha,
Diciendo:—Si premios tales
Se dan á nuestras fatigas,
Y el saco es de los cobardes,
Y nuestro el riesgo de heridas,
Y en tanto que ellos saquean
Les defendemos las vidas,
No hay para qué pelear,
Sino tirar por do tiran.—
Conoció el Gran Capitan
La gran razon que tenian;
Mas como siempre alcanzado
Sus franquezas le traian,
No tuvo para poder
Darles lo que merecian,
Y ansí mandó que su casa
Sin ser la entrada impedida
Pusiesen á saco luego
Los que quejado se habian,
Lo cual pusieron por obra:
¡Grandeza jamas oida!

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1029.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN.

(*Anónimo.*)

Estrecha cuenta le toman
Por parte del rey de España
Al Gran Capitan famoso,
Grande llamado por fama,
Sobre un bufete cubierto
De muchos libros de caja,
Dos secretarios, mas diestros
En el papel que en las armas,
Delante sus capitanes,
Con quien sujetó la Italia,
Dolientes aun todavía
De las heridas no sanas.
Cuidado le da una pluma
A quien no se le da Francia,
Ni las montañas de gentes
Puestas delante su espada.
Sacó un papel viejo y roto
Por descuidado en las calzas,
Y alargándolo á la mesa,
Así les advierte y habla:
— La del alma es de temer,
Que la cuenta del que vive,
Buena ó mala se recibe,
Cual la mia habrá de ser.
Gran dinero he recibido;
Pero téngolo gastado
En el reino conquistado,
Con que á mi Rey he servido:
Busquen debajo de tierra
Mis tesoros encubiertos,
Quizá los tendrán los muertos
Que aun blasfeman de la guerra.
Porque el que mas trabajó
Con el posible que pudo,
Le sepultamos desnudo
Por paga que no alcanzó;
O vayan á mi posada,
Hallarán racimos de oro
Del granjeado tesoro
En la tierra conquistada;
Que aun tienen de mi querella,
Porque, siendo necesario,
Antes que la del contrario,
Permití á saco ponella [1];
Y de mi estado se entienda
En cuánto estoy empeñado,
Porque ellas, Rey heredado,
Se restituya mi hacienda.
Y así digo que el alcance
Se acabe de averiguar,
Porque tengo de cobrar
Cuando en un real solo alcance;
Porque atendiendo á que yo
Con el alma trabajé,
Ni al Rey lo perdonaré,
Ni al padre que me engendró.—
Salió el Rey á esta ocasion,
Porque oyendo lo que pasa,
Y que el papel que presenta
En mas que un reino le alcanza,
Puso á las cuentas silencio,
Y estrechamente le abraza,
Mandándole que se cubra
Para principio de paga;
Que es propio de la virtud
El querer verse apretada,
Y como el oro en crisol
Quiere lucir con ventaja.

(*Romancero general.*)

[1] Es decir, que permitió que los soldados saqueasen su posada. Alude al hecho que se refiere en el anterior romance, núm. 1028.

1030.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Tomándole están las cuentas,
Por parte del rey Fernando
Al Gran Capitan Fernandez,
Del dinero que ha gastado

En conquistar con valor
El reino napolitano.
Hácenle cargo de todo,
Y en gran suma está alcanzado.
Corrióse el Gran Capitan
De proceder tan extraño,
Que al que al mundo no temia
Le dió una pluma cuidado,
No del aprovechamiento
Que del dinero ha sacado,
Porque jamas encerró
Su pecho intento tan bajo;
Mas porque no se hallaba
En tiempo para pagarlo:
El descargo considera,
Que aun no le tenia asentado,
Y finalmente halló
Ser el Rey el alcanzado,
A quien el dia siguiente
Dice, el sombrero en la mano:
—Toma, Rey, este papel [1],
Y no quiero me hagas pago
Del alcance que te hago,
Como lo verás por él;
Mas que tambien nombres quien
Tome la cuenta á mi lanza,
A ver si en algo me alcanza
Y si la doy mal ó bien;
Que con plumas no me entiendo,
Ni nunca fué mi ejercicio:
Pelear solo es mi oficio,
Y en este te estoy sirviendo.
Manda que en él me hagan cargo,
Que es donde mi cuenta sé,
Que solo á ti no daré,
Por ser áspero, el descargo.
Bien sé que hay quien mal te diga
De mi honrado proceder;
Mas no le he de responder,
Porque ausente no me obliga.
A aqueste puedes nombrar
Para que las cuentas haga,
Y de mí se satisfaga,
Si quiere, en mas que hablar.—
Viendo así al Gran Capitan
Machin y el conde Navarro,
Con la mas granada gente
Se pusieron á su lado;
Mas como su campo viese
Alborotado Gonzalo,
Temiendo contra su Rey
No hubiese algun desacato,
Desenvainando la espada
La puso al Rey en la mano,
Diciendo: — Señor, con esta
Me castigad, si he errado,
Que á ella debo lo que soy,
Y tú, señor, algun tanto;
Y da el cargo á quien te sirva
Con mas valor y recaudo,
Que muchos habrá en el Reino;
Pero no mas fiel vasallo.—
El Rey, con rostro risueño,
Al hombro le echó la mano,
Diciendo: — ¡Gran Capitan,
Bastante es vuestro descargo!
Cubríos, y en mí fiad
Que seréis remunerado.—
Por esta merced al Rey
Besó Gonzalo la mano.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.)

[1] Este papel, que en descargo de su alcance presentó el Gran Capitan, contenia, segun dice su crónica, dos partidas. La primera, de 200,756 ducados y 9 rs., repartidos entre frailes, sacerdotes, monjas y pobres, que de continuo rogaban á Jesucristo para que los españoles venciesen á sus contrarios. La segunda, de 700,494 ducados, invertidos en espías y confidentes, cuyas comunicaciones contribuyeron á la conquista y adquisicion del reino de Nápoles. — La tradicion popular reduce el descargo del Gran Capitan á una sola partida, así expresada: *Palas, picos y azadones, cien millones.*

1031.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

— La lanza dicen que arrime
Y que eche mano á la pluma:
Pésame que el Rey lo mande,
Que es decreto sin excusa.
Cuentas me piden que dé,
¡Qué paciencia hay que lo sufra!
De las pagas de mi gente,
Sin haber queja ninguna.
¡Gran Capitan contador!
Mis émulos son sin duda
Que quieren darme este nombre
Porque de quilates suba.
¡Oh, quién pudiera jugar
Esta treta sin escucha,
Donde la prueba llegara
A concordar con la suma!
Privados deben de ser
D'estos que las pieles usan
Con variedad de colores,
Que con los gustos se mudan
De los profesos sin él,
Que su voluntad renuncian,
Dedicándola á sus reyes,
A quien engañan y adulan;
Los que en la cama no caben,
Ni de los manjares gustan,
Cuyo dios es la ambicion,
Con que todo lo trabucan;
Aquellos hinchados sapos
A quien los reyes escuchan,
Que emponzoñan sus ovejas
Y su fama descoyuntan.
En estas manos me han puesto
Mis servicios ¡cosa dura!
¡Debido premio es por cierto!
¡Paga á mis afanes justa!
¡Qué mas pidieran á un hombre
De estirpe baja y oscura,
Que hubiera perdido un reino
Con diestra inútil, inmunda,
Que á mí me pide mi Rey,
Ganado habiéndole en suma
Un reino, que él no tenia,
Con fatigas importunas,
Donde tal vez á sus gentes
Amotinadas, confusas,
Entregué mi casa al saco
Por falta de pagas suyas?
Y bien, como todos saben,
No una sola vez, mas muchas,
Por socorrer sus miserias
Me metia en mil profundas.
Tomen esos cofres de oro,
A mi recámara suban,
Si hallaren mas que un arnes
El justo Dios me destruya.
Solo el nombre aquí he ganado,
Y es harto, pues no pregunta
El por qué, cómo y adónde
Quien mi residencia busca.
Entremos en cuentas todos,
Que pues que de cuenta gustan,
Daréla, á fe de soldado,
Que pase del cargo y suba;
Que como ignoran las cosas
Mas importantes, ocultas,
Que la milicia requiere,
No las advierten y juzgan.
En este breve papel
Verán las partidas juntas:
Pagarme ha el Rey el alcance

Que en mi provecho resulta. —
En esto llegó un montero,
Y por Gonzalo pregunta,
Diciendo que el Rey le llama,
Que sale de una consulta.
Manda que las cuentas cesen,
Pues sus descargos abundan,
A quien con caricias manda
Que en su presencia se cubra.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DEL VEINTICUATRO DE CORDOBA.

1032.

EL VEINTICUATRO DE CÓRDOBA. — I.

(*De Juan Rufo* [1].)

Mueva mi voz los acentos
Haciendo triste sonido
Con nueva forma de lloro
Que desvele mi sentido,
Pues canto tristes amores
Sobre todos los que han sido.
Y tú, ciego dios de amantes,
Informa mi rudo estilo,
Porque se oyan tus hazañas
Desde el Bétis hasta el Nilo;
Que si me otorgas ahora
Este favor que te pido,
Será desde hoy mas tu nombre
Con mayor razon temido,
Y este doloroso caso
Eternamente plañido.
En una ciudad famosa,
Que Córdoba es su apellido,
Edificio de Marcelo,
Ilustre y esclarecido,
De la cual él se preciaba
Mas que de su patrio nido,
Porque ántes que la fundase
Del bello sitio movido,
A los arúspices grandes
Grandes cosas habia oido.
Vista la disposicion
De los celestes caminos,
Contemplados los planetas,
Y el lugar reconocido,
Afirmaron que seria
Dotado y ennoblecido,
De ingenios y fortaleza
Mejorado y preferido;
Lo cual por larga experiencia
Manifiesta cosa ha sido,
Que no convienen ejemplos
En negocio tan sabido.
En Córdoba pues vivia,
Y en Córdoba habia nacido
Un Fernando Veinticuatro,
Descendiente conocido
De los ganadores d'ella,
Que nunca fuéron vencidos.
Era el valor de Fernando
Bien conforme á hijo digno
De la generosa sangre
De tan insignes caudillos,
Y asi privó con el Rey,
Mas por razon, que artificio.
Era manso, aunque valiente,
Era amado, aunque temido,
Sencillo, sobre discreto,
Muy cortés y bien regido.
Tuvo en la paz y en la guerra
Honrosos cargos y oficios;
Casó con una señora
Que en Sevilla habia nacido:
Doña Beatriz se llamaba,
No diré de qué apellido;
Basta para ver quién era
Ser mujer de tal marido,
Que no es bien, nombrando un muerto,
Avergonzar muchos vivos.
Algunos años vivieron
Con gusto y placer cumplido
En el recíproco lazo
De amor honesto prendidos.
Hasta que la suerte dura
Dió lugar á los lascivos,
Y la femenil flaqueza
Perdió la rienda y estribos,
Y rendida abrió la puerta
A dolores mas crecidos.
¡Oh pérfido amor, injusto
Fiscal de libre albedrío!
Si diste siempre mas pena
Por los mayores servicios,
Y al que mas te adora y ama
Eres desagradecido,
¿Cómo está por todo el mundo
Tu poder tan extendido,
Tu pendon tan levantado,
De mas campañas seguido
Que las banderas de Jérges
Cuando contra Grecia vino?
Di, falso, ¿qué aguas leteas
Das al humano sentido,
Que los males que nos haces
Ponemos luego en olvido,
Sin que nos valga experiencia
Del tormento recebido,
Que el menor mal de tus daños
Es cebarse de sí mismo?
Tú abrasaste la gran Troya,
Tú diste la muerte á Dido,
Urias por tí fué muerto
Sin haberlo merecido.
Y pues tus hechos atroces
Proceden en infinito,
Baste el ultraje que España
De tus manos ha sentido,
Cuando la perdió en mal hora
El sin ventura Rodrigo,
Para que el linaje humano
Te tenga por enemigo.
Truéquese tu falso nombre
En el contrario sentido;
No te pinten ya desnudo,
Sino de engaños vestido;
Ni tampoco niño tierno,
Sino viejo carcomido;
Ni ciego, pues no has cegado
Con cuantos males has visto;
Y aquellos raros poetas
Que de ti tanto han escrito,
Yo no sé qué presupuesto
En tal caso hayan tenido,
Si no es que la violencia
De tu favor encendido
Tocaba dentro en su alma
Con destemplado ruido;
Y así hacen disonancias,
Sin entender el sonido;
Mudan mil veces de tono
Contra el órden permitido,
Desmintiéndose por horas
En el lenguaje y sentido;
Que á veces en un momento
Padecen calor y frio.
Ya tiemblan de muy cobardes,
Ya se pierden de atrevidos;
De un agravio están quejosos,
Y del mismo agradecidos.
Ya mueren, ya resucitan,
¡Oh bienes mal despendidos!
¡Oh ingenios mal ocupados!
Llorad el tiempo perdido.
¡Cuántos hechos, cuántas famas
Se hubieran esclarecido

Con el esmalte precioso
Que en vano habeis consumido!
Y aun por negligencias tales
Tornó licencia el olvido,
Y escurece la memoria
De sucesos peregrinos,
Tales como del que trato;
Del cual sin recelo digo
Que si mi pluma y cuidado
Tienen algun merecido,
Y las musas castellanas
Algun crédito han tenido,
Todo el tiempo que durare
La *Eneida* del gran Virgilio,
Y en tanto que el alto Homero
Fuere en el mundo leido,
Será tu nombre, Fernando,
Muchas veces repetido;
Pues tanta fama ganaste
Donde tantos la han perdido.

(*Romancero general.*— It. Rufo, *Apotegmas.*)

[1] Estos cinco romances, de *El Veinticuatro y los Comendadores de Córdoba*, contienen un suceso célebre, cuya verdad histórica disfrazada puede referirse al hecho consumado en Italia por el capitan Juan de Urbina, en tiempo de los Reyes Católicos, el cual celoso de su mujer la embarcó en un bote con toda su familia y domésticos, y luego que estaba en alta mar los hizo anegar á todos, incluso su papagayo, para que nadie quedase para contar su afrenta. El pundonor español y sus efectos están vivamente retratados en estos romances, y trasladados á nuestro teatro, particularmente y ex-profeso, por Lope de Vega y Calderon de la Barca.

1033.

EL VEINTICUATRO DE CÓRDOBA.— II.

(*De Juan Rufo.*)

Estando pues la fortuna
Causada de baher subido
Este noble caballero
Al punto que habeis oido,
Determinó derribarle,
Y habiéndolo pretendido
Por otros diversos modos,
En este se ha resumido:
Y fué que en Córdoba estaban
Dos hermanos del Obispo,
Jorje y Fernando llamados,
Comendadores y ricos.
Con Fernando Veinticuatro
Tienen deudo; mas fué visto
Ser, para deudos, extraños,
Y traidores para amigos.
Mas ántes que se entendiese
Eran en casa admitidos,
Que mal puede prevenirse
El mal que viene vestido
En hábito de virtud
Y á tiempo que no es temido,
Jorje y Beatriz se miraron
Con un afecto encendido,
Y entrándoles por los ojos
Nunca vieron el peligro,
Hasta que entrambos se hallaron
De mortal llaga heridos.
Flechas iguales, agudas,
Dieron causa á sus gemidos;
Pasaron sus corazones,
Traspasaron sus sentidos
Con la venenosa yerba [2]
Del ballestero lascivo.
Ya se entienden sin hablarse
Los pensamientos al vivo;
El en ella se trasforma,
Ella en él hace lo mismo.
Entre temor y sospecha
Anda cada cual metido;
Crece el trato, crece el verse,
El órden ya pervertido.
Amor les hace la guerra;
Que á fuego y sangre ha podido
Ponerles terrible cerco
Con mortales enemigos,
Sospechas, ansias, temores,
Y otros dolores esquivos;
De todos cuatro elementos
Son con fuerza combatidos.
De una parte el agua y viento
Dan lágrimas y suspiros;
Por otra la tierra triste,
Que los tiene divididos,
Y el fuego que por encima
En sus almas se ha encendido.
No faltó allí la batalla
De espantables basiliscos,
Que el deseo y pensamiento
Disparan como atrevidos:
Mina el amor sus entrañas
Con molestos artificios.
Los amantes sin ventura
Viéndose tan oprimidos,
No tratan de la venganza,
Sino de darse á partido;
Y para que esto no fuese
Honesto ni comedido,
Aplicó amor la centella
En el engaño escondido;
La mina voló por alto
Con horrísono bramido;
El son sonó por el aire,
Vino al suelo el edificio;
El muro de la vergüenza
Fué asolado y destruido,
Y del adúltero incesto
El casto lecho ofendido.
Cobra fuerzas la licencia,
Anda libre el desvario;
Ya el mas grave inconveniente
Era estímulo mas vivo;
La mayor dificultad
Les era placer cumplido,
Porque triunfan juntamente
Del amor y del peligro.
Esta es la mísera suerte,
Este el estado mezquino
En que vienen á parar
Los que tuercen el camino
De la amistad verdadera
Siguiendo el del apetito.
No alcanza mi entendimiento
Cuál de los dos haya sido
O deba ser mas culpado
En la pena y el delito;
Que si Beatriz es su esposa,
Jorje tambien es su primo,
Y puesto que no lo fuera
Bastaba el nombre de amigo,
El cual entre honrada gente
Por parentesco le estimo,
Y como cosa sagrada
No debe ser corrompido.
Iba la maldad creciendo
Con el odio á su marido,
Cosa cierta en las mujeres
Que á tal estado han venido.
¡Oh martirio de los hombres!
¡Oh doméstico enemigo!
¡Desventura inevitable!
¡Monstruo desagradecido!
¿Quién fué aquel tan riguroso,
Que nos dejó introducido
Un gravámen tan notable,
Y caso mal difinido,
Que el honor de los varones
Justamente merecido,
Estribe en un fundamento
Fácil de ser combatido?
Mas como el daño primero

Guiado por mujer vino,
Y el valor del primer hombre
Se abatió á ser inducido
De la engañada consorte
Contra el precepto divino,
Quedó el masculino sexo
Mas sujeto al femenino,
Partícipe de su mal,
Cómplice de su delito,
Como ya mancomunados
En el bien habian sido,
Y ansí conviene que sean
Agraviados y ofendidos,
Siempre que la mujer yerra,
Los que d'ellos han nacido;
Y mas, que si esto cesase,
Seria mayor peligro
El de la disolucion,
Que el del contrapeso esquivo.
Por tanto préciate, España,
Del justo rigor y estilo
Con que á todas las naciones
En tal caso has excedido.
Y tú, Fernando, que en esto
Bien su hijo has parecido,
Pues eres al mundo ejemplo
Con tan ejemplar castigo,
Eternícese tu nombre
Y el de mis versos contigo;
Porque si hombres los leyeren,
Te alaben siempre conmigo;
Y si mujeres, aprendan
A temer á sus maridos.

(*Romancero general.*—It. Rufo, *Apotegmas*, etc.)

1034.

EL VEINTICUATRO DE CÓRDOBA.—III.

(*De Juan Rufo.*)

En tanto pues que el amor
Andaba mejor seguido
De Jorje y Beatriz, amantes
Para su mal avenidos,
Fernando estaba en Toledo,
Más por ausencia afligido,
Que de celos ni temor
Cansado ni perseguido;
Que á puertas de su querer
Tal indicio no ha venido.
A la corte y al Rey sigue
No de ambicion atraido,
Ni por gustar novedades
Del cortesano bullicio:
Negocios graves trataba,
Que le habian cometido
Su república y ciudad,
De quien era muy querido.
En esta mesma sazon
Jorje á la corte se vino,
Hora fuese de importancia
La causa que le ha traido,
Hora por disimular
Emprendiese este camino;
Que nunca el que mucho yerra
Está seguro consigo,
Y la causa, aunque secreta,
Tiene en sí mesma el castigo:
Es el fiscal la memoria,
Y la conciencia registro,
Y la verdad es el juez,
Verdugo el pecado mismo.
Llegado que fué á Toledo
Visitó luego á su primo;
Despues besó al Rey las manos,
Y en la suya llevó anillo,
Que fué indicio manifiesto
Del mal que estaba escondido,
Dura y final ocasion
De la muerte que les vino;
Don que no le fué por cierto
Para tal fin concedido,
Ni á tan triste ministerio
Le pensó ser ofrecido.
Era un hermoso diamante
Bien labrado, grueso y fino,
Engastado ricamente,
De artifice peregrino,
Variado con esmalte,
Cual está el prado florido
En la dulce primavera
Cuando el celestial rocío
Siembra aljófar en las rosas,
Y alegra nuestros sentidos.
Esta fué la última prenda,
Que recelosa de olvido
Doña Beatriz dió á Don Jorje
Cuando d'ella partir quiso,
Sin tener algun respeto
A que del Rey habia sido,
Ni á la merced señalada
Que dél hizo á su marido.
Pues como el buen Rey le viese
Quedó del caso sentido,
Juzgando por desacato
Y desprecio conocido
Hallar en poder ajeno
Don que propio suyo ha sido,
Y así á Fernando en secreto
Tales palabras le dijo:
—Confuso y maravillado
Me tienes, Fernando amigo,
Por dos causas, que no puedes
Desculparte si las digo.
La primera, que sin mi órden
Enajenaste mi anillo;
La otra que mas pondero,
Es el haberme mentido
En decir que á tu mujer
Le diste, y tráele tu primo.
Mucho mejor te estuviera
Mostrárteme agradecido,
Que con Jorje liberal,
Y negarme lo que he visto.—
Fernando, que atento estaba,
Duda si es sueño lo oido,
Y con el gran sentimiento
Fuera quedó de sentido;
Mas la razon de su pecho
Le dió palabras y estilo.
Respondió: —Rey poderoso,
Y natural señor mio,
Si la experiencia que tienes
De mis leales servicios,
Y la de que tu clemencia
Todo el mundo ha conocido,
Pueden ahora valerme,
Sola una merced te pido,
No que para mi descargo
Me prestes atento oido,
Aunque darle tal podria
Que me bastase contigo;
Mas porque así me conviene
Al tiempo se lo remito,
Que será de mi pureza
El verdadero testigo,
Sino que me dés licencia
De apercibir mi camino.—
El Rey se la dió, y al punto
Se parte ya despedido,
Mostrando aquella templanza
Que mas cumple á su designio.
Pasa la puente del Tajo,
Celebrado y dulce rio;
Llega á Orgaz, villa nombrada
Por el temple de los silos;
Luego á Yévenes, que es pueblo
Partido en dos señoríos.

De aqui vino á Malagon,
La del refran bien sabido;
Despues pasó á Guadiana,
Silvestre y amargo rio,
Cuyas aguas son saladas
Y el pescado desabrido,
Dejando atras los oteros
Del funesto Peralvillo [1],
Donde la horrible memoria
De los atroces delitos
Vive en tristes cuerpos muertos
Mostrando ejemplar castigo.
Poco mas anduvo cuando
Pasó este andante afligido
La antigua Ciudad-Real,
Lugar sano y bastecido
De suave y blanco pan,
Dulces carnes y buen vino.
Prosiguiendo su viaje
Para acabar su camino,
Llegó á Almodóvar del Campo.
Próspera de vellocinos,
Y de todo cuanto importa
Al muy útil lanificio;
Ricos campos ara y siembra,
Y valles pace floridos,
Y alegres Sierra-Morena
Muestra sus cerros erguidos,
Abrigo del frio invierno,
Sombra del ardiente estío,
Y al fin regalo ordinario
De cualquiera peregrino.
Por aqui va pues Fernando
Lanzando ardientes suspiros,
Y era en el tiempo que Febo
De Aries habia salido,
Cuando la naturaleza
Restaura lo que ha perdido.
Al árbol vuelve la hoja
Que le quitó el yerto frio,
Y los prados reverdecen,
Las mieses hacen lo mismo,
Y los animales fieros
De amores andan heridos.
Las aves en las florestas
Fabrican sus dulces nidos;
Los peces pueblan las aguas
De hijos no conocidos;
Las solícitas abejas
Con el blando susurrido
Sacaban dulces licores
De romerales floridos;
El aire sano y templado
Consolara á cualquier vivo,
Si no á aquel á quien fortuna
Tenia tanto ofendido.
Pasando por Adamuz
De muchos fué conocido,
Aunque de pura tristeza
Quiso pasar escondido.
Despues que salió de allí
Por el torcido camino,
Vio desde un alto collado
El asiento esclarecido
De ti, Córdoba famosa,
De sabios ilustre nido,
Y vió lo que Tolomeo
Para bien pintarte dijo;
«Tu cuerpo llano, apacible,
»Con admirable atavío;
»Tu cabeza, que es la sierra,
»Tocada de un paraiso;
»Tu cinta rica, preciosa,
»Es el caudaloso rio,
»Y otros ricos ornamentos
»Y ropas de tu vestido,
»Son las fértiles campañas,
»Las dehesas y baldíos,
»Frescas huertas y jardines
»De naranjales y olivos.»
Revolviendo en sí estas cosas,
Entre mil ansias metido,
Entró por la Puerta Nueva,
Y poco á poco se vino
Cerca de Santa María,
Donde estuvo detenido,
Cobrando habla y semblante,
Para no mostrar indicio
Por do en su casa se entienda
La causa que le ha traido.
Entró reportado en ella,
Donde con risueños gritos
Fué con mas demostraciones
Que contento recibido.
Allí la indigna mujer
Salva, sin estarlo, hizo
De mentirosos abrazos
Y algunos besos fingidos:
Maldice la ausencia larga
Que tan molesta le ha sido.
¡Oh mujeres, las que errastes
El verdadero camino,
Como quedando engañadas
Sabeis engañar con tino,
Y mostraros amorosas
Al que habeis aborrecido!
¿Quién os enseñó el lenguaje
Halagüeño y fementido,
Y las blandas ceremonias,
Dejando el odio escondido?
¡Trato doble, que en los hombres
Que lo sean no le ha habido,
Ni los varoniles pechos
Para siempre le han sabido;
Que el odio ó amor en ellos
Fácilmente es entendido!
De tal suerte regalaba
Al sospechoso marido
Beatriz, que casi luego
Dudaba de lo creido.
La noche pasó, y el sueño
No fué d'ellos admitido;
Que él trazaba la venganza
Y ella encubria su delito.
Ya el sol las cumbres doraba
Con su resplandor divino,
Cuando se sale Fernando
De aquel lecho aborrecido.
Del aciago aposento
Apénas hubo salido,
Cuando le apartó en secreto
Su leal siervo Rodrigo.
Este era un gentil esclavo
Que en su casa habia nacido
De una cautiva africana
Y padre no conocido,
El cual dió entera noticia
De todo lo sucedido,
Mostrando aquel sentimiento
Que al triste cuento convino.
Mandósele que callase
Lo que habia referido;
Fernando templa la furia,
Aunque el dolor es crecido,
Esperando coyuntura
Que mas haga á su partido;
Que no es poca valentía
Disimular con aviso,
Cuando la satisfacion
No es decente al ofendido.
Como el cazador astuto
Cuando á la red le ha venido
Alguna simple avecilla,
Que la deja sin ruido,
Hasta que llegue la banda
Que por el aire ha sentido,
Así pasó mes y medio,
Hasta que el fatal destino

Trujo á Jorje de Toledo
Para pagar lo debido.
Tambien su hermano Fernando
De Sevilla entónces vino
Solo por ver á Don Jorje,
De quien era muy querido,
Y él tambien le corresponde,
Como hermano y como amigo,
Porque hermandad tan conforme
Nunca en la tierra se vido.
Semejantes en los rostros,
De un tamaño, talle y brio,
En el habla se imitaban,
Y en el uso del vestido.
Ambos son comendadores
En un planeta nacidos,
Pues la vida y condicion
De aquesto fuéron testigos,
Y sus muertes desastradas
Dieron muestra de lo mismo.

(*Romancero general.*— II. Rufo, *Apotegmas.*)

[1] Peralvillo es un sitio despoblado donde ajusticiaban los malhechores que el tribunal de la santa Hermandad de Ciudad-Real condenaba á muerte por ladrones y facinerosos de caminos.

1035.

EL VEINTICUATRO DE CÓRDOBA.—IV.

(*De Juan Rufo.*)

Luego pues que el Venticuatro
Vió el negocio bien urdido,
Sin perder hora ni punto
Trató de cortar el hilo;
Y porque las dilaciones
Dañan al apercibido,
Convidó á comer un dia
Los hermanos sobredichos,
Para ver por las señales
Confirmacion de lo oido,
Y justificar con ellas
La aspereza del castigo;
Todo lo cual á la mesa
Muy fácilmente lo vido,
Porque hubo quien estuviese
Del manjar tan divertido,
Que de la mano á la boca
Erraba el cierto camino.
Fernando disimulaba,
Y despues de haber comido
Mandó aprestar cazadores
Para el usado ejercicio,
Porque se quiere ir á monte
Por cuatro dias ó cinco,
A un bosque de allí dos leguas,
Fragoso y envejecido.
Inculto y bravo era entónces,
Ahora está reducido
A un gran pago de heredades
Que Tras-sierra es su apellido.
Jorje y Beatriz d'esta nueva
Sintieron tal regocijo,
Que un buen lector en sus ojos
Lo pudiera ver escrito.
La casa de dentro y fuera
Resonaba con bullicio;
Los criados fervorosos
Traen viandas, pan y vino,
Y enfundan los almofrejes
Con el regalado lino;
Los caballos en el patio
Daban soberbios relinchos;
Los ventores de traílla
Saltaban dando ladridos:
Todo estaba puesto á punto,
Y Fernando iba vestido
De verde, que presto espera
Verlo en rojo convertido.
Por la puerta del rincon
Sale, de muchos seguido,
En un gallardo caballo
De color rucio tordillo:
Con él van sus convidados;
Mas luego se han despedido,
Que él se fué hácia la Merced,
Y ellos en casa el Obispo.
Risueños van y contentos
De la suerte que han tenido.
Jorje le dice á Fernando:
—Paréceme, hermano mio,
Que esta venturosa noche
Os sirvais de iros conmigo,
Porque si el comunicalle
Hace el placer mas cumplido,
No es poco lo que intereso
De la gloria que consigo,
Dando parte de mi bien
A un hermano tan querido.
Ya sabeis que donde amo
Soy muy bien correspondido;
Y la ocasion deseada
Que á las manos me ha venido,
Juntos quiero que gocemos
El premio de mis servicios.
Yo estaré con mi señora,
Vos, señor, haréis lo mismo
Con la que es su secretaria,
De quien sé que sois querido.
Ya vos sabeis que no es fea,
Ni para echada en olvido;
Y con los dos solo vaya
Mi camarero Galindo.—
Dejemos ese concierto,
O desconcierto perdido,
Y volvamos á Fernando,
Que ya dejaba el camino.
Su gente mandó ir delante,
Sino fué solo á Rodrigo.
El sol su cara escondia,
Cuando se quedó escondido
En un olivar espeso,
Donde estuvo, sin ser visto,
Esperando el punto y hora
De ejecutar el castigo.
Apeóse del caballo,
Y recostóse afligido
Entre unas ocultas matas,
De tormentos perseguido.
Graves cuidados le cercan,
Y asi hablaba consigo:
—¡Oh falsa, indigna mujer,
Que á tal tiempo me has traido,
Sin que te diese ocasion
Para haberme así ofendido,
Ni para que despreciases
Lo mucho que te he querido!
Y caso que por ventura
Te fuera indigno marido,
Degenerar no debieras
De tu sangre y apellido,
Y el lustre que en sus matronas
Contino ha resplandecido.
¡Oh Ulises, griego dichoso
Entre cuantos han nacido,
Pues tras el largo destierro
Y trabajo tan prolijo,
Por lo cual por mar y tierra
Te llamaron el sufrido,
Hallaste el tálamo casto
Por mas que fué combatido,
Y de Penélope siendo
Casi por muerto tenido,
Fuiste como tal llorado,
Y esperado como vivo!
¡Cielo, tú que eres ahora
De mis agravios testigo,
Y mueves tus influencias

Sobre este mundo mezquino,
No quieras que culpa ajena
Prevalezca en daño mio!
Favorece mis intentos,
Que justos son, yo lo fio;
Y si allá tienes dispuesto
Por algun hado preciso,
Que yo alcance la vitoria
De mis fieros enemigos,
Esta mi vida á lo ménos
Ofreceré en sacrificio.
¡Y tú, mudable fortuna,
Que me tienes oprimido,
Pudiste con fuerza esquiva
Darme el afan en que vivo;
Pero no podrás privarme
Del poder en que restribo
De hacer lo que fuere en mí
En la demanda que sigo!—
La sombrosa noche estaba
En medio de su camino;
Callaban montes y valles,
Los pueblos hacen lo mismo;
El dulce sueño profundo
Daba sosiego y olvido
Al humano entendimiento
De cuidados perseguido,
Y á los trabajados miembros
En diversos ejercicios,
Cuando deja el verde lecho
El caballero afligido.
Toma la rienda en la mano
Poniendo el pié en el estribo,
Y puesto sobre la silla
Para Córdoba se vino.
Llegado, deja el caballo
Encerrado en un molino:
Apriesa llega á los muros
Por buscar algun portillo:
Hallóle, y entró por él
Sin ser de nadie sentido.
No encontró ronda en la calle,
Ni ménos hombre nacido:
Todo estaba en un silencio
De ninguno interrumpido:
Hasta los canes caseros
No dan molestos ladridos,
Que á los hurtos amorosos
Son mortales enemigos.
Llega á su casa Fernando
Por un lugar escondido,
Y de su esclavo ayudado,
En cierta pared subido,
Espera que tambien suba,
Y así le lleva consigo.
Fuéron á dar á la sala
Donde estaban repartidos
Los tristes Comendadores
Torpemente entretenidos,
Con luz y mucho sosiego,
De su daño inadvertidos.
Fernando da un salto dentro,
Deja á la puerta á Rodrigo;
La espada lleva desnuda,
Y él va de esfuerzo vestido.
Arremete con gran furia
Contra el lecho bien sabido.
Jorje, medio sin acuerdo,
Asió su espada al proviso,
Fernando cierra con él
Despues de haberlo herido
De un terrible tajo abierto
Cerca del siniestro oido,
Y dióle tres puñaladas
Que al alma fuéron postigo.
Andaba el triste buscando,
El cuerpo en tierra caido,
Celebrando con el alma
El divorcio tan temido,
Con sangre y dolor inmenso
Y mal formado gemido,
Cuando su hermano, que estaba
En un retrete metido,
Sintió que Ana le llamaba
Diciéndole: —Señor mio,
Despertad y veréis claro
Que todos somos perdidos.
—¿Cómo así, dijo, esto pasa?
Y saltó despavorido:
Fernando le embiste luego,
Y con denuedo atrevido
Le hizo igual á su hermano
En la muerte y el castigo.
Ana imploraba clemencia,
Pero poco le ha valido;
Que allí pagó con la vida
La culpa del mal servicio.
Beatriz estaba á estas cosas
Presente, mas no las vido,
Porque un desmayo mortal
Causado de un temor frio,
Le suspendió las potencias,
Y privó de los sentidos:
Por lo cual fué por entónces
Su amargo fin diferido,
Para que mas dolor sienta
Al pagar lo merecido.
En un rincon de la sala
Hubo señal de ruido,
Y fué que Galindo estaba
Detras de un cofre metido,
El cual ya de puro miedo
Aun no osó estar escondido,
Y porque el presentarse
Desagrava á los delitos;
Así, postrado por tierra,
A tal razon dió principio:
—Valeroso caballero,
Templad la furia conmigo,
Y alzad de mí la venganza,
Pues yo nunca os he ofendido
En obra ni en pensamiento,
Como está claro y sabido;
Ya sabeis de los que sirven
A cuánto están atenidos,
Y que si entré en vuestra casa
Fuí por fuerza compelido,
Habiéndolo rehusado
Cuanto en mi mano habia sido;
Que si á mi disposicion
Usara del tiempo mio,
¡Cuánto mejor estuviera
En mi reposo dormido,
Que de pecados ajenos
Hecho guarda ni testigo!—
Fernando de piedad
Estaba casi movido,
Y preguntóle á su esclavo:
—¿Qué te parece, Rodrigo?—
Respondió: —Señor, los ménos
Vivan de los enemigos.—
Y así fué este suplicante
Tambien pasado á cuchillo
Toda la gente de casa
Despierta acudió al ruido,
Y sabida la ocasion
Casi pierden los sentidos.
Unos torciendo las manos,
Otros dando recios gritos,
Otros buscan y no hallan
Algun seguro escondrijo,
Y andan como los que fuéron
De tarántola mordidos.
Fernando, determinado,
En su cólera encendido,
Siguió la injusta venganza,
Desde el mayor al mas chico.
Mató escuderos, porteros,

Dueñas, mozas de servicio,
A mecánicos criados,
Pajes de falda pulidos,
Porque todos consintieron
El adulterio maligno,
Pospuesta fidelidad,
Por interes corrompidos.

(*Romancero general.*—It. Rufo, *Apotegmas*, etc.)

1036.

EL VEINTICUATRO DE CÓRDOBA. — V.

(*De Juan Rufo.*)

El alba se levantaba
De su lecho cristalino,
Y sus rosadas mejillas
Mostraban color distinto
En todo lo que la noche
Tuvo en uno confundido,
Cuando Beatriz en sí vuelve
Y recupera el sentido,
Volviendo el turbado rostro
Al indignado marido.
Vió las funestas señales
De su morir ya vecino:
Víóle de sangre cubierto
Y de cólera encendido,
Horrible ceño, y semblante
Con el color amarillo.
Bajó los ojos al suelo
Temerosa de lo visto,
Y vió el destrozo sangriento,
Para dolor mas esquivo,
Sintiendo los graves males
De que ella causa habia sido.
Cuajósele allí la sangre,
Quedó el cuerpo helado y frio,
Los labios se le secaron,
Los ojos hacen lo mismo.
El licor faltaba al llanto,
Y el aliento á los suspiros,
Porque la pena rabiosa
Cerró todos los caminos
Que á los tristes lastimados
Suelen ser de algun alivio.
La lengua sola probaba
A defender su partido,
Aunque la culpa y el miedo
La privaban del oficio.
Tres veces quiso hablar,
Y otras tantas perdió el tino;
La voz salió sin afecto
Formando un ronco sonido,
Y á la cuarta, como pudo,
Dijo con tono tardío
La desdichada señora
Estas palabras que escribo:
— Pues mi yerro es sin disculpa,
De remedio desconfío:
Yo conozco que tal fué
La maldad que he cometido,
Que si perdon te pidiere,
Ó Fernando, señor mio,
Será acrecentar tu saña
Y haberte mas ofendido.
Justo es que mi cuerpo pague
La traicion torpe que hizo,
Pues fué siervo de la pena
Cuando se rindió al delito.
Satisfágate mi muerte
De lo que mal he vivido;
Tú lavarás con mi sangre
Tu agravio y mi desvarío,
Y yo saldré de la deuda
De tal caso y tal marido.
Solo para arrepentirme
Un breve tiempo te pido:
Confesaré mis pecados
Con doloroso gemido,
Que si mi ánima se salva
Todo es poco lo perdido.
Y si acaso por ser mia
Tambien la has aborrecido,
Debes por fuerza estimalla,
Porque Dios la ha redimido.—
Tal eficacia tuvieron
Estas palabras que dijo,
Que sacaron tierno llanto
De aquel pecho endurecido;
Porque no puede el que es noble
Ser de pasion tan vencido,
Que no acuda blandamente
A lo justo y bien pedido.
Un clérigo fué llamado,
Y aunque se halló afligido
De ver quince cuerpos muertos,
Dió á Beatriz atento oido;
La cual dijo á Dios sus culpas,
Con ánimo muy contrito,
Como quien para dar cuenta
Estaba tan de camino.
El confesor la absolvió
Devoto y enternecido,
Y así, á los piés de Fernando,
De gran compasion movido,
Despues de algunos ejemplos
Que luego le han ocurrido,
Dijo :— Por Dios poderoso
Y Jesucristo su Hijo,
Católico caballero,
Que modereis el castigo,
Y con los que teneis muertos
Cese el rigor nunca oido.
Beatriz vaya á un monesterio,
Tan secreto y escondido,
Que todos piensen que es muerta
Y allí haga á Dios servicio.
— Padre, respondió Fernando,
Muy bien estoy con lo dicho,
Y pues á cada cual toca
Hacer su debido oficio,
Vos hablais conforme al vuestro,
Yo haré conforme al mio.—
Diciendo tales palabras
Al parecer muy sin brio,
Entraba por su aposento
De honor y fuerza movido,
Mas que por propia pasion
Y deseo vengativo.
Ya Doña Beatriz tenia
El blanco cuello tendido,
Cuando de congojas lleno
El lastimado marido
Se lo cortó todo al cercen,
Restaurando lo perdido.
Esto hecho fuése á Francia;
Mas siendo del Rey sabido,
Que era el católico Marte
Don Fernando esclarecido,
Le perdona llanamente
Antes de serle pedido.
Mandóle volver á España,
Y así fué restituido
A su patria, donde fué
Con aplauso recibido.
Despues le fué mujer digna,
Porque no tenia hijos,
Doña Costanza de Haro,
Cuyo valor conocido
Tras el extremo contrario
Fué en mayor precio tenido.

(*Romancero general.* — It. Rufo, *Apotegmas.*)

1037.

MUERTE DE FERNANDO V EL CATÓLICO.

(De Bartolomé de Torres Naharro.)

Nueva voz, acentos tristes,
Suspiros de gran cuidado,
Palabras corriendo sangre
Con dolor atribulado,
No me quedeis en el pecho,
Mas de dejar un traslado,
Ni me salgais por la boca,
Qu'es camino muy usado.
Romped la parte mejor
De mi siniestro costado:
Maravíllense los vivos,
Conozcan de grado en grado
El mundo lo que ha perdido,
Y el cielo lo que ha ganado,
La vida qu'es abatida,
La muerte de qué ha triunfado.
Los ancianos sin consejo,
Los mancebos sin dechado,
Los niños sin clara leche,
Sin pastor todo el ganado;
La señora de las gentes,
Gran Reina de lo poblado,
Princesa de las provincias,
Como viuda ha quedado.
No hay nadie que la consuele,
Como su bien la ha faltado;
De negro toda vestida,
Con semblante fatigado,
No quiere ver claridad
Desque su sol la ha dejado.
Todo el palacio sin lumbre,
Todas las horas cerrado,
La su mesa sin manteles,
No quiere comer bocado,
Y en un rincon de la casa,
El mas pobre y apartado,
Las manos sobre los ojos
Su gesto muy atapado,
Ninguno la osa hablar,
Todo su sér ha cambiado;
No hay quien la cara la vea,
Forastero ni privado;
Ni quiere ser consolada,
Ni le fuera bien contado.
Lloremos todos con ella
Su daño y nuestro pecado,
Madre España, que has perdido
Mas que nadie habrá pensado.
Un señor, marido y padre
De Adan acá el mas honrado,
De los reyes el mejor,
Si mejor puede ser dado:
Santo, bueno y virtuoso
Como en obras ha mostrado;
De los ricos tan temido,
De los pobres tan amado,
Comunmente de sus pueblos
Tan querido y deseado;
De los buenos conoscido,
D'extranjeros visitado:
De los unos y los otros
Con reverencia acatado;
De amigos y d'enemigos
Igualmente es hoy llorado.
Con el Católico nombre
Su vivir ha conformado:
Nuestra santa fe ensalzaba
Con la persona y estado;
De la Iglesia y religiones
Era siempre el abogado;
La corona de sus reinos
Largamente la ha ensalzado;
De que comenzó á reinar
Poco vivió reposado:
Trabajando descansaba,
Sobre bien hacer fundado;
Muchas batallas venció
Comenzando su reinado:
Ganó el reino de Granada
Con afan bien empleado,
Y el de Nápoles despues,
De franceses usurpado,
Y el de Navarra tambien
Porque s'era rebelado.
Muchos mas reinos de moros
Con su gente ha superado;
Islas, Indias por el mar
Todas cuantas ha hallado;
No le queda por ganar
Sino lo que no ha probado,
Ni por probar le quedó
Sino lo qu'era excusado,
Y lo que una vez ganase
Ninguno se lo ha quitado:
Si el ganar es gran loor,
El conservar es doblado.
No se podrán alabar
Los que con él se han tomado.
Los judíos desterró,
La Inquisicion ha fundado,
Puso la Santa Hermandad,
Tuvo el Reino sosegado:
Por la menor cosa suya
Fuera otro canonizado.
De los Fernandos el Quinto,
Mas el primero en ditado,
Y de aquestos y de todos
El que fué mejor casado:
Vencedor nunca vencido
Por todo el mundo nombrado,
Callarán ante su nombre
Los que mas se han alabado.
Dióle Dios un heredero
Tan cumplido y acabado,
Que de todos los sus reinos
Fué por príncipe jurado,
Y en comenzando á ser hombre
De la vida fué privado:
Nunca príncipe jamas
Fué en el mundo tan llorado.
Murió luego Don Miguel
El Segundo, mal logrado,
Que con la teta en la boca
Fué defunto y enterrado.
Guardó Dios siempre al buen viejo
Por darnos mejor recaudo;
Murió luego la gran Reina
Que así le honraba el costado;
Tras ella el rey Don Felipe,
Que tambien fué desdichado:
Siempre nos quedó el maestro
En reinar experimentado,
Que sabía usar la honda
Y ejercitar el cayado,
Y tresquilar á su tiempo,
Y herrar muy concertado.
Si algunos quejosos quedan,
De que dudo y he dudado,
Do tantos quedan contentos,
Hávanlo por excusado,
Quéjense de la fortuna
Que mas qu'él ha contratado:
Dén gracias á Dios por ello,
Y habrán galardon doblado;
Nadie alegue parte propia
Dond'el todo es emprestado;
Que nuestra flaca potencia,
No el objeto, se ha engañado.
Nuestro ver trae de suyo
Antepuesto un gran nublado;
No vemos palmo de tierra
El dia mas luminado:
Tropezamos en las pajas,
Caemos por lo regado,

Y el qu'es ciego de natura
Tarde puede ser curado.
Compre el potro de paciencia,
Y aprenda lo que ha olvidado,
Las oraciones de Job,
Lo que David ha cantado;
Dios que lo sabe mejor
Juzgará lo mal juzgado;
No entremos en los secretos
Qu'él á si se ha reservado.
Los que prudentes serán,
Como algunos que he notado,
Sin esperar mi consejo
De su seso habrán usado:
Quien mas sufre es mas leido,
Quien mas calla es mas letrado;
Buena vida es la dotora,
Bien hacer el licenciado.
Pues dejemos las pasiones,
Las que á tantos han dañado;
Sintamos todos su muerte,
Llore quien nunca ha llorado,
Y olvidadlo bien, despues
Que otro tal habréis probado.
Haced llanto, caballeros,
Que será bien empleado;
Dejad las barbas crecer,
Mas de lo qu'él ha mandado;
No se enjuguen vuestros ojos,
Ni cesen por vuestro grado;
Ni dejeis cabello entero,
Los que honor habeis buscado;
Ni sepais poner silencio
A dolor tan señalado.
Rompan los gritos las nubes,
Tengan el cielo espantado;
Haced pedazos las lanzas,
No quede escudo arrimado;
Placer no coma con vos,
Ni se asiente á vuestro lado;
Solo pesar todas horas
Sea vuestro convidado;
Vayan las galas con Dios,
Pues basta lo que han durado;
La jerga pesad á oro,
Valga de balde el brocado;
Nos caiga luto d'encima
Agora que os ha tocado;
No puedan vivir d'envidia
Cuantos reyes han quedado:
Trabaje por paresceile
Quien sus reinos ha heredado;
Que murió lleno de gloria
Harto de vivir honrado,
Y en la muerte y en la vida
Siempre bien acompañado.
Con él va un Gran Capitan,
Adalid tan esforzado,
Por su guia y precursor
Como muy leal criado,
Y asegúrale el camino
Segun era acostumbrado.
Tal Rey y tal Capitan
Nunca en el cielo han entrado:
Ciertos somos que sus sillas
No las han mal trabajado,
Y así podemos creer,
Por las famas que han dejado,
Que fuéron bien rescebidos
De aquel que los ha llamado.
Sus almas están en gloria,
Sus nombres á buen recaudo:
Por todo, mis españoles,
Sea Dios siempre loado.

(TORRES NAHARRO, *Propaladia*. — It. ***Romances** compuestos por Bartolomé*, etc., Pliego suelto. — It. *Cancionero de romances*.)

ROMANCES FRONTERIZOS Ó DE LAS GUERRAS Y BATALLAS ENTRE LOS CRISTIANOS Y LOS MOROS DE LAS FRONTERAS, DESDE LA EPOCA DEL REY DON JUAN I DE CASTILLA, AL FIN DE LA DE LOS REYES CATOLICOS DOÑA YSABEL Y DON FERNANDO V [1].

1037. (*Doble.*)

PREGUNTA EL REY Á ABENÁMAR SU PRISIONERO, SOBRE LAS COSAS DE GRANADA, Á CUYA CIUDAD ESTRECHÓ TANTO EL SITIO, QUE OBLIGÓ Á SU REY Á RENDIRLE TRIBUTO.

(*Anónimo* [2].)

Por Guadalquivir arriba
El buen rey Don Juan camina:
Encontrara con un moro
Que Abenámar se decia.
El buen Rey desque lo vido
D'esta suerte le decia:
— Abenámar, Abenámar,
Moro de la morería,
Hijo eres de un moro perro
Y de una cristiana cativa.
Tu padre llaman Halí
Y á tu madre Catalina.
Cuando tú naciste, moro,
La luna estaba crecida,
Y la mar estaba en calma,
Viento no la rebullia.
Moro que en tal signo nace
No debe decir mentira.
Preso tengo un hijo tuyo,
Yo le otorgaré la vida,
Si me dices la verdad
De lo que preguntaría.
Moro, si no me la dices,
A ti tambien mataria.
—Yo te la diré, buen Rey,
Si tú me otorgas la vida.
—Digamesla tú, el moro,
Que otorgada te sería.
¿Qué castillos son aquellos,
Que altos son y relucian?—
—El Alhambra era, señor,
Y la otra es la Mezquita;
Los otros los Alixares
Labrados á maravilla.
El moro que los labró
Cien doblas ganaba al dia,
Y el dia que no los labra
De lo suyo las perdia:
Desque los tuvo labrados,
El Rey le quitó la vida
Porque no labre otros tales
Al rey del Andalucía.
La otra era Granada,
Granada la noblecida
De los muchos caballeros
Y la gran ballestería.—
Allí habla el rey Don Juan,
Bien veréis lo que decia:
—Granada, si tú quisieses
Contigo me casaria:
Daréte en arras y dote
A Córdoba y á Sevilla,
Y á Jerez de la Frontera,
Que cabe sí la tenia.
Granada, si mas quisieses,
Mucho mas yo te daria.—
Allí hablara Granada,
Al buen Rey le respondia:
—Casada só, el rey Don Juan,
Casada, que no viuda;
El moro que á mí me tiene
Bien defenderme querria.—
Allí habla el rey Don Juan,
Estas palabras decia:

—Échenme acá mis lombardas
Doña Sancha y Doña Elvira [3],
Tirarémos á lo alto,
Lo bajo ello se daria.—
El combate era tan fuerte
Que grande temor ponia :
Los moros del baluarte,
Con terrible algaceria
Trabajan por defenderse,
Mas hacello no podian.
El rey moro que esto vido
Prestamente se rendia,
Y cargó tres cargas de oro;
Al buen Rey se las envía :
Prometió ser su vasallo
Con parias que le daria.
Los castellanos quedaron
Contentos á maravilla.
Cada cual por do ha venido
Se volvió para Castilla.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Por reunir á una mano todos estos romances que tanta analogía tienen en gran parte con los moriscos novelescos, se han colocado en la época de los Reyes Católicos, aunque algunos se refieren á hechos anteriores. No es fácil distinguir muchos de los romances fronterizos é históricos de las últimas guerras de Granada, de los fabulosos, sino porque aquellos siempre participan ó se fundan en algun hecho cierto, tradicional ó escrito, pues por lo demas se advierte que la imaginacion de sus autores ha adornado y disfrazado la verdad con fábulas y cuentos que la hacen muy semejante, si no la convierten del todo en pura fábula. En este romance empiezan los de la época de Juan I.

[2] Este romance es mas completo, y sin duda mucho mas antiguo que el que le sigue, y trata del mismo asunto.

[3] Así parece que llamaba el Rey á las dos piezas de batir con que bombeaba ó atacaba la ciudad.

1038.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

—¡Abenámar, Abenámar,
Moro de la Morería,
El dia que tú naciste
Grandes señales habia!
Estaba la mar en calma,
La luna estaba crecida :
Moro que en tal signo nace
No debe decir mentira.—
Allí respondió el moro,
Bien oiréis lo que decia :
—Yo te la diré, señor,
Aunque me cueste la vida.
Porque soy hijo de un moro
Y una cristiana cautiva;
Siendo yo niño y muchacho
Mi madre me lo decia,
Que mentira no dijese,
Que era grande villanía :
Por tanto pregunta, Rey,
Que la verdad te diria.—
—Yo te agradezco, Abenámar,
Aquesa tu cortesía :
¿Qué castillos son aquellos?
¡Altos son, y relucian!
—El Alhambra era, señor,
Y la otra la Mezquita;
Los otros los Alixares,
Labrados á maravilla.
El moro que los labraba
Cien doblas ganaba al dia,
Y el dia que no los labra
Otras tantas se perdia.
El otro es Generalife,
Huerta que par no tenia ;
El otro Torres-Bermejas,
Castillo de gran valía.—
Allí habló el rey Don Juan,
Bien oiréis lo que decia :
—Si tú quisieses, Granada,
Contigo me casaria ;
Daréte en arras y dote
A Córdoba y á Sevilla.
—Casada soy, rey Don Juan,
Casada soy, que no viuda;
El moro que á mí me tiene
Muy grande bien me queria.

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

[1] Es el último romance fronterizo aquí inserto, que trata de hechos acaecidos en la época de Juan I.

1039.

MAHOMAD, REY DE GRANADA, SITIA Á BAEZA QUE ESTÁ DEFENDIDA POR PERO DIAZ.

(*Anónimo* [1].)

Moricos, los mis moricos,
Los que ganais mi soldada,
Derribédesme á Baeza,
Esa villa torreada,
Y á los viejos y á los niños
La traed en cabalgada,
Y á los moros y varones
Los meted todos á espada,
Y á ese viejo Pero Diaz
Prendédmelo por la barba,
Y aquesa linda Leonor
Será la mi enamorada.
Id vos, capitan Vanegas,
Porque venga mas honrada,
Que si vos sois mandadero,
Será cierta la jornada.

(Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía.*)

[1] En 1407, emprendieron los moros de Granada este sitio de Baeza; pero hubieron de levantarlo al saber que el Infante Don Fernando, tutor del rey Don Juan II, acudia á socorrer la plaza.
Es el primer romance fronterizo aquí inserto, que versa sobre hechos acaecidos en la época de Don Juan II de Castilla.

1040.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Moriscos, los mis moriscos [2],
Los que ganais mi soldada,
Derribédesme á Baeza,
Esa ciudad torreada,
Y á los viejos y á las viejas
Los meted todos á espada,
Y á los mozos y á las mozas
Los traed en cabalgada,
Y á la hija de Pero Diaz,
Para ser mi namorada,
Y á su hermana Leonor,
De quien sea acompañada.
Id vos, capitan Vanegas,
Porque venga mas honrada,
Porque enviandoos á vos,
No recelo en la tornada,
Que recibiréis afrenta
Ni cosa desaguisada.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Es casi idéntico al que precede, pero alterado y modificado en sus pensamientos, que el poeta que le alteró quiso hacer mas galantes, aunque ménos históricos. Por eso manda matar á los viejos y viejas, y reservar á los mozos y mozas; y por eso tambien crea una hermana Leonor, á la hija de Pero Diaz, para que la acompañe, creyendo sin duda poco decente que viniese sola con el capitan Vanegas. Este romance puede ser una guía que indique el modo y manera de cómo se alte-

raban los mas antiguos, acomodándolos al tiempo y costumbres mas modernas.

[1] *Moricos* debe decir, y no *Moriscos*, porque esta voz solo se usó con generalidad despues de la toma de Granada, para indicar á los descendientes de los moros vencidos.

1041.

BATALLA DE LOS ALPORCHONES, EN QUE QUIÑONERO QUEDA CAUTIVO.

(*Anónimo.*)

Allá en Granada la rica
Instrumentos oí tocar
En la calle de los Gomeles,
A la puerta de Abidbar,
El cual es moro valiente
Y muy fuerte capitan.
Manda juntar muchos moros
Bien diestros en pelear,
Porque en el campo de Lorca
Se determina de entrar;
Con él salen tres alcaides,
Aquí los quiero nombrar:
Almoradí de Guadix,
Este es de sangre real;
Abenacizes el otro,
Y de Baza natural;
Y de Vera es Alabez,
De esfuerzo muy singular,
Y en cualquier guerra su gente
Bien la sabe acaudillar.
Todos se juntan en Vera
Para ver lo que harán;
El campo de Cartagena
Acuerdan de saquear.
A Alabez, por ser valiente,
Lo hacen su general;
Otros doce alcaides moros
Con ellos juntado se han,
Que aquí no digo sus nombres
Por quitar prolijidad.
Ya se partian los moros,
Ya comienzan de marchar,
Por la fuente de Pulpé,
Por ser secreto lugar,
Y por el puerto los Peines,
Por orillas de la mar.
En campos de Cartagena
Con furor fuéron á entrar;
Cautivan muchos cristianos,
Que era cosa de espantar.
Todo lo corren los moros
Sin nada se les quedar;
El rincon de San Gines
Y con ellos al Pinátar.
Cuando tuvieron gran presa
Hácia Vera vuelto se han,
Y en llegando al Puntaron,
Consejo tomado han
Si pasarian por Lorca,
O si irian por la mar.
Alabez, como es valiente
Por Lorca queria pasar,
Por tenerla muy en poco
Y por hacerle pesar;
Y así con toda su gente
Comenzaron de marchar.
Lorca y Murcia lo supieron;
Luego los van á buscar,
Y el comendador de Aledo,
Que Lison suelen llamar,
Junto de los Alporchones
Allí los van á alcanzar.
Los moros iban pujantes,
No dejaban de marchar;
Cautivaron un cristiano,
Caballero principal,
Al cual llaman Quiñonero,
Que es de Lorca natural.
Alabez, que vió la gente,
Comienza de preguntar:
—Quiñonero, Quiñonero,
Dígasme tú la verdad,
Pues eres buen caballero,
No me la quieras negar:
¿Qué pendones son aquellos
Que están en el olivar?—
Quiñonero le responde,
Tal respuesta le fué á dar:
—Lorca y Murcia son, señor,
Lorca y Murcia, que no mas,
Y el comendador de Aledo,
De valor muy singular,
Que de la francesa sangre
Es su prosapia real.
Los caballos traian gordos,
Ganosos de pelear.
Allí respondió Alabez,
Lleno de rabia y pesar:
—Pues por gordos que los traigan,
La Rambla no han de pasar,
Y si ellos la Rambla pasan,
¡Alá, y qué mala señal!—
Estando en estas razones
Allegara el mariscal
Y el buen alcaide de Lorca,
Con esfuerzo muy sin par.
Aqueste alcaide es Faxardo,
Valeroso en pelear;
La gente traen valerosa,
No quieren mas aguardar.
A los primeros encuentros
La Rambla pasado han,
Y aunque los moros son muchos,
Allí lo pasan muy mal.
Mas el valiente Alabez
Hace gran plaza y lugar.
Tantos de cristianos matan,
Que es dolor de lo mirar.
Los cristianos son valientes,
Nada les pueden ganar;
Tantos matan de los moros,
Que era cosa de espantar.
Por la sierra de Aguaderas
Huyendo sale Abidbar
Con trescientos de á caballo,
Que no pudo mas sacar.
Faxardo prendió á Alabez
Con esfuerzo singular.
Quitáronle la cabalgada,
Que en riqueza no hay su par.
Abidbar llegó á Granada,
Y el Rey lo mandó matar.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegríes, etc.*)

1042.

MALIQUE ALABEZ INQUIERE DE QUIÑONERO, SU CAUTIVO, CUÁL ERA LA GENTE QUE VENÍA DE LORCA.

(*Anónimo* [1].)

Alabez.

Anda, cristiano cautivo,
Tu fortuna no te asombre,
Y dinos luego tu nombre,
Sin temor del daño esquivo;
Que aunque seas prisionero
Con el rescate y dinero,
Si nos dices la verdad,
Tendrás luego libertad.

Quiñonero.

Es mi nombre Quiñonero,
Soy de Lorca natural,
Caballero principal,
Y aunque me sigue fortuna,

No tengo pena ninguna
Ni se me hace de mal;
Que en la guerra es condicion
Que hoy soy tuyo, y yo confio
Mañana podrás ser mio
Y sujeto á mi prision:
Por tanto pregunta y pide,
Porque en todo, tu pregunta
Satisfaré sin repunta,
Pues el temor no me impide.

Alabez.

Trompetas se oyen sonar,
Y descubrimos pendones
Y caballos y peones
Junto de aquel olivar,
Y querria, Quiñonero,
Saber de ti por entero
¿Qué pendones y qué gente
Es la que vemos presente
Con ánimo bravo y fiero?

Quiñonero.

Aquel pendon colorado
Con las seis coronas de oro,
Muy bien muestra su decoro
Ser de Murcia, y es nombrado.
Y el otro, que tiene un rey
Armado por gran blason,
Es de Lorca, y es pendon
Que le conoce tu grey.
Porque como es frontero
De Granada y de su tierra,
Siempre se halla en la guerra
De todos el delantero:
Traen la gente belicosa,
Con gana de pelear.
Si quieres mas preguntar,
No siento d'esto otra cosa:
Apercíbete al combate,
Porque vienen á gran priesa
Para quitarte la presa
Y dar fin en tu remate.

Alabez.

Pues por priesa que se dén,
Ya querrá nuestro Alcoran
La Rambla no pasarán,
Porque no les irá bien.
Y si con valor extraño
La Rambla pueden romper,
Muy bien se puede entender
Que ha de ser por nuestro daño.
¡Sus, al arma, que ellos vienen!
Tóquese el son y la zambra;
Porque lleguen al Alhambra
Nuestras famas, y resuenen.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

[1] En coplas está hecha la composicion, mas por ser el asunto tan propio de lo que aquí se trata, se ha colocado, como si fuese romance, entre los demas.

1043.

EL ALCAIDE DE ANTEQUERA PIDE AL REY MORO SOCORRO PARA DEFENSA DE ESTA PLAZA, QUE AL FIN SE RINDE AL INFANTE DON FERNANDO [1].

(*Anónimo* [2].)

De Antequera partió el moro
Tres horas ántes del dia,
Con cartas en la su mano
En que socorro pedia.
Escritas iban con sangre,
Mas no por falta de tinta.
El moro que las llevaba
Ciento y veinte años habia;
La barba tenia blanca,
La calva le relucia;
Toca llevaba tocada,
Muy grande precio valia.
La mora que la labrara
Por su amiga la tenia;
Alhamar en su cabeza
Con borlas de seda fina;
Caballero en una yegua,
Que caballo no queria.
Solo con un pajecico
Que le tenga compañía,
No por falta de escuderos,
Qu'en su casa hartos habia.
Siete celadas le ponen
De mucha caballería,
Mas la yegua era lijera,
D'entre todos se salia;
Por los campos de Archidona
A grandes voces decia:
— ¡Oh gran Rey, si tú supieses
Mi triste mensajería
Mesarias tus cabellos
Y la tu barba vellida! —
El Rey, que venir lo vido
A recebir lo salia
Con trescientos de á caballo,
La flor de la morería.
Bien seas venido, el moro,
Buena sea tu venida.
—Alá te mantenga, Rey,
Con toda tu compañía.
— Dime, ¿qué nuevas me traes
De Antequera, esa mi villa?
—Yo te las diré, buen Rey,
Si tú me otorgas la vida.
— La vida t'es otorgada,
Si traicion en tí no habia.
— ¡Nunca Alá lo permitiese
Hacer tan gran villanía!
Mas sepa tu real Alteza
Lo que ya saber debria,
Qu'esa villa de Antequera
En gran aprieto se via,
Qu'el Infante Don Fernando
Cercada te la tenia.
Fuertemente la combate
Sin cesar noche ni dia;
Manjar que tus moros comen,
Cueros de vaca cocida:
Buen Rey, si no la socorres
Muy presto se perderia.—
El Rey, cuando aquesto oyera,
De pesar se amortescia;
Haciendo gran sentimiento
Muchas lágrimas vertia;
Rasgaba sus vestiduras,
Con gran dolor que sentia;
Ninguno le consolaba,
Porque no lo permitia.
Mas despues, en sí tornando,
A grandes voces decia:
—Tóquense mis añafiles,
Trompetas de plata fina;
Júntense mis caballeros
Cuantos en mi reino habia,
Vayan con mis dos hermanos
A Archidona, esa mi villa,
En socorro de Antequera,
Llave de mi señoría.—
Y ansí con este mandado
Se juntó gran morería:
Ochenta mil peones fuéron
El socorro que venia,
Con cinco mil de á caballo,
Los mejores que tenia.
Así en la Boca del Asno
Este real sentado habia
A vista del d'el Infante,
El cual ya se apercebia

Confiando en la vitoria
Que d'ellos Dios les daria,
Sus gentes bien ordenadas :
De Sant Juan era aquel dia,
Cuando se dió la batalla
De los nuestros tan herida,
Que por ciento y veinte muertos
Quince mil moros habia.
Despues de aquesta batalla,
Fué la villa combatida
Con lombardas y pertrechos,
Y con una gran bastida,
Con que le ganan las torres
De donde era defendida.
Despues dieron el castillo
Los moros á pleitesia,
Que libres con sus haciendas
El Infante los pornia
En la villa de Archidona,
Lo cual todo se cumplia;
Y asi se ganó Antequera
A loor de Santa Maria.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Este era tio y tutor del rey Don Juan II de Castilla, y fué despues elegido rey de Aragon.

[2] Entre los *Romances Moriscos novelescos* se han colocado los que tratan de los amores del rey Chico Boabdil con la mora Vindaraja, la cual se supone quedó cautiva de los cristianos cuando estos conquistaron á Antequera. Véanse los números desde el 115 al 117 inclusives.

1044.

AL MISMO ASUNTO [1].

(*Reformado por Cristóbal Velazquez de Mondragon.*)

De Antequera sale el moro,
De Antequera, aquesa villa :
Cartas llevaba en su mano,
Cartas de mensajeria;
Iban escriptas con sangre
Y no por falta de tinta :
El moro que las llevaba
Ciento y veinte años habia:
Ciento y veinte años, y el moro
De doscientos parecia ·
La barba llevaba larga,
Muy larga hasta la cinta;
Con la cabeza pelada
La calva le relucia;
Toca llevaba tocada,
Que muy gran precio valia;
La mora que la labrara
Por su amiga la tenia.
Caballero en una yegua
Que grande precio valia,
No por falta de caballos
Que hartos él se tenia;
Albamar en su cabeza
Con borlas de seda fina.
Siete celadas le echaron,
De todos s'escabullia;
Por los campos de Archidona
A grandes voces decia :
— Si supieses, el rey moro,
Mi triste mensajeria,
Mesarias tus cabellos
Y la tu barba vellida.
Tales extremos haciendo
Llega á la puerta de Elvira;
Vase para los Palacios,
Dond'el rey moro vivia :
Encontrado ha con el Rey,
Que del Albambra salia
Con doscientos de á caballo,
Los mejores que tenia.
Ante el Rey cuando se halla,
Tales palabras decia :
— Mantenga Dios á tu Alteza,
Salve Dios tu señoria.
— Bien vengas, el moro viejo,
Dias há que te atendia.
¿Que nuevas me traes, el moro,
De Antequera, esa mi villa?
— No te las daré, buen Rey,
Si no me otorgas la vida.
— Dimelas, el moro viejo,
Que otorgada te seria.
— Las nuevas que, ó Rey, sabrás
No son nuevas de alegria;
Qu'ese infante Don Fernando
Cercada tiene tu villa.
Muchos caballeros suyos
La combaten cada dia;
Aquese Juan de Velasco
Y el que Enriquez se decia,
El de Rojas, y Narvaez,
Caballeros de valía,
De dia la dan combate,
De noche hacen la mina;
Los moros que estaban dentro
Cueros de vaca comian :
Si no la socorres, Rey,
Tu villa se perderia.—

(VELAZQUEZ DE AVILA, *Cancionero*, folleto suelto, sin portada.)

[1] Véase la nota del anterior, del cual es este romance una reforma.

1045.

ESTANDO EN UNA FIESTA LLEGAN AL REY MORO DE GRANADA NUEVAS DE HABER TOMADO LOS CRISTIANOS Á ANTEQUERA. — REÚNESE CABALGADA CONTRA ESTOS, Y VÉNCENLES LOS MOROS.

(*Anónimo* [1].)

La mañana de Sant Joan
Al punto que alboreaba,
Gran fiesta hacen los moros
Por la Vega de Granada.
Revolviendo sus caballos,
Jugando iban las cañas,
Ricos pendones en ellas
Labrados por sus amadas,
Y sus aljubas vestidas
De sedas finas y grana :
El moro que tiene amores
Señales d'ello mostraba,
Y el que amiga no tiene
Alli no escaramuzaba.
Moras los están mirando
De las torres del Albambra,
Por ver que tienen amores,
Y quién mas se aventajaba.
Tambien los miraba el Rey
De los Alixares do estaba,
Cuando vino un moro viejo
Sangrienta toda la cara,
Las rodillas por el suelo,
D'esta manera hablara :
— Con tu licencia, el Rey,
Diré una nueva muy mala :
Qu'ese infante Don Fernando
Tiene á Antequera ganada;
Ha muerto alli muchos moros,
Yo soy quien mejor librara,
Y cuatro lanzadas traigo,
La menor me llega al alma :
Los que conmigo escaparon
En Archidona quedaban.—
Cuando el Rey oyó tal nueva
La color se le mudaba :
Mandó tocar sus trompetas
Y sonar todos al arma.
Juntados mil de á caballo
Para hacer gran cabalgada.

Cuando llegan á Alcalá,
Que la Real se llamaba,
Cortando viñas y panes,
Una escaramuza traban.
Los cristianos eran muchos,
Mas llevaban órden mala;
Los moros, que son de guerra,
Tómanles la cabalgada.
Con tal victoria, los moros
Vuélvense para Granada.

(*Aquí comienzan seis romances. El primero de* La mañana de Sant Joan, Pliego suelto.—It. *Silva de varios romances*. etc. — It. SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc. Edicion de 1566.— It. TIMONEDA, *Rosa española*.)

[1] Aunque este romance le inserta Sepúlveda en su coleccion, es mucho mas antiguo que ella, pues se halla con variantes en el Pliego suelto, citado, y en la 1.ª edicion de la *Silva*.
Su primer tercio es casi idéntico al Morisco del núm. 80; pero en todo lo demas difiere de él, tanto por la letra como por el asunto.
Le consideramos como tradicional y correspondiente á la 2.ª clase.

1046.

SALEN LOS MOROS DE GRANADA CON MUZA Y BOABDIL Á RECOBRAR Á JAEN.

(*Anónimo*.)

—Reduan, bien se te acuerda,
Que me diste la palabra
Que me darias á Jaen
En una noche ganada.
Reduan, si tú lo cumples,
Daréte paga doblada,
Y si tú no lo cumplieres
Desterrarte he de Granada.
Echarte he en una frontera,
Do no goces de tu dama —
Reduan le respondia
Sin demudarse la cara:
—Si lo dije, no me acuerdo;
Mas cumpliré mi palabra.—
Reduan pide mil hombres,
El Rey cinco mil le daba.
Por esa puerta de Elvira
Sale muy gran cabalgada:
¡Cuanto del hidalgo moro!
Cuánta de la yegua baya!
Cuánta de la lanza en puño!
Cuánta de la adarga blanca!
Cuánta de marlota verde!
Cuánta aljuba de escarlata!
Cuánta pluma y gentileza!
Cuánto capellar de grana!
Cuánto bayo borceguí!
Cuánto lazo que le esmalta!
Cuánta de la espuela de oro!
Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
Y experta para batalla:
En medio de todos ellos
Va el rey Chico de Granada.
Miranlo las damas moras
De las torres del Alhambra.
La reina mora su madre
D'esta manera le habla:
—Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
Y te vuelva de Jaen
Libre, sano, y con ventaja,
Y te dé paz con tu tio,
Señor de Guadix y Baza.—

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

[1] Con este romance pudieran haberse colocado los novelescos moriscos números 108 y 109, porque se refieren á las correrias sobre Jaen, aunque mezclados con amorios que los constituyen del todo fabulosos.

1047.

REBATO DE LOS CRISTIANOS DE JAEN, AL MANDO DEL OBISPO DON GONZALO, CONTRA LOS MOROS DE GRANADA.

(*Anónimo* [1].)

Dia es de San Anton,
Ese santo señalado,
Cuando salen de Jaen
Cuatrocientos hijosdalgo,
Y de Ubeda y Baeza
Se salian otros tantos,
Mozos deseosos de honra,
Y los mas enamorados.
En brazos de sus amigas,
Van todos juramentados
De no volver á Jaen
Sin dar moro en aguinaldo.
La seña que ellos llevaban
Es pendon rabo de gallo;
Por capitan se lo llevan
Al obispo Don Gonzalo [2],
Armado de todas armas,
En un caballo alazano:
Todos se visten de verde,
El Obispo, azul y blanco.
Al castillo de la Guardia
El Obispo habia llegado:
Sáleselo á recibir
Mexía, el noble hidalgo:
—Por Dios te ruego, el Obispo,
Que no pasedes el vado,
Porque los moros son muchos,
A la Guardia habian llegado;
Muerto me han tres caballeros,
De que mucho me ha pesado:
El uno era tio mio,
El otro mi primo hermano,
Y el otro es un pajecico
De los mios mas preciado.
Démos la vuelta, señores.
Démos la vuelta á enterrallos,
Harémos á Dios servicio,
Honrarémos los cristianos.—
Ellos estando en aquesto,
Llegó Don Diego de Haro:
—Adelante, caballeros,
Que me llevan el ganado;
Si de algun villano fuera,
Ya lo hubiérades quitado;
Empero alguno está aquí
Que le place de mi daño:
No cumple decir quién es,
Que es el del roquete blanco.—
El Obispo que lo oyera,
Dió de espuelas al caballo;
El caballo era lijero,
Saltado habia un vallado;
Mas al salir de una cuesta,
A la asomada de un llano,
Vido mucha adarga blanca,
Mucho albornoz colorado,
Y muchos hierros de lanzas,
Que relucen en el campo;
Metídose habia por ellos
Como leon denodado:
De tres batallas de moros
La una ha desbaratado,
Mediante la buena ayuda
Que en los suyos ha hallado:
Aunque algunos d'ellos mueren,
Eterna fama han ganado.
Los moros son infinitos,
Al Obispo habian cercado;
Cansado de pelear
Lo derriban del caballo,
Y los moros victoriosos
A su Rey lo han presentado.

(ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza de Andalucía*.)

[1] El asunto de este romance, y aun muchos versos de él, se

hallan reproducidos en los señalados con los números 1048, 1049, 1050 y 1051, especialmente en el que dice: *Un dia de San Anton*, el cual difiere de él, y del de *Ya se salen de Jaen*, en la catástrofe, así como tambien de los demas donde se supone ganada la victoria por los cristianos. Casi contemporáneos al hecho que refieren, y escritos por poetas trovadores, deben de ser los tres primeros; pero en mi juicio puede este que se anota considerarse como de primitiva redaccion, atendiendo á que su conclusion parece mas verdadera, si se atiende al estado de indisciplina y de discordia con que los cristianos acometieron su rebato ó correría, en la que fuéron sorprendidos por los moros, y á que ningun interes tenia un poeta cristiano que le indujera á atribuir una victoria á sus enemigos, si en realidad no la hubiesen ganado. Argote de Molina cree que el Obispo fué muerto y no prisionero, refiriéndose á Tarancon, y añadiendo que si cautivo hubiera sido, lo expresaran las crónicas de Juan II. Dice ademas que en su tiempo se enseñaba aun en Jaen el arnes y la celada de dicho obispo, cuya hechura era de un bonete.

[1] Don Gonzalo de Estúñiga, ó de Zúñiga, obispo de Jaen, á la usanza de su tiempo, fue mas bien que eclesiástico, hombre de guerra y batallador. Antes de abrazar el estado sacerdotal fué casado y tuvo por hijo á Don Alfonso, que floreció en el reinado de Enrique IV y de los Reyes Católicos, como buen caballero y poeta.

1048.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo [1].)

Ya se salen de Jaen
Los trescientos hijosdalgo:
Mozos codiciosos de honra,
Pero mas enamorados.
Por amor de sus amigas,
Todos van juramentados
De llegar basta Granada
Y correrles todo el campo,
Y no dar vuelta sin traer
Algun moro en aguinaldo.
Un lúnes por la mañana
Parten todos muy lozanos,
Con lanzas y con adargas
Ricamente aderezados.
Todos visten oro y seda,
Todos puñales dorados:
¡Muy bravos caballos llevan
A la giueta ensillados!
Los jaeces son azules
De plata y oro broslados;
Las reatas son listones
Que sus damas les han dado.
Los mozos mas orgullosos
Son Don Juan Ponce y su hermano;
Y tambien Pedro de Torres,
Diego Gil, y su cuñado.
En medio de todos iban
Cuatro viejos muy ancianos;
Estos van diciendo á todos:
—Perdémonos por livianos,
En querer ir á probar
Donde hay moriscos doblados.—
Cuando esto oyó Don Juan,
Con gran enojo ha hablado:
—No debian ir en guerra
Los hombres viejos cansados,
Porque estorban los ardidos
Y pónenles embarazos:
Si en Jaen quereis tornar,
Quedaréis mas descansados.—
Allí respondieron todos
De valientes y esforzados:
—No lo mande Dios del cielo
Que de miedo nos volvamos,
Que no queremos perder
La honra que hemos ganado.—
Llegados son á Granada,
Dado han vuelta á todo el campo
Ya que llevaban la presa,
De moros hueste ha asomado:
Mas de seis mil son de guerra,
Que los estaban mirando.
Ven tocar los atambores,
Ven pendones campeando,
Ven poner los escuadrones
Los de pié y los de caballo;
Vieron mil moros mancebos,
Tanto albornoz colorado;
Vieron tanta yegua overo,
Tanto caballo alazano,
Tanta lanza con dos fierros,
Tanto del fierro acerado,
Tantos pendones azules
Y de lunas plateados,
Con tanta adarga ante pechos,
Cada cual muy bien armado.
Los de Jaen esto viendo,
Como mozos hijos-dalgo,
Parecióles que el huir
Les sería mal contado:
Aborreciendo las vidas
Por no vivir deshonrados,
Comenzaron á llamar
A voz alta, ¡Santiago!
Y entráronse por los moros
Con ánimo peleando.
Más han muerto de dos mil,
Como leones, rabiando;
Mas cargaron tantos moros
Que pocos han escapado:
Doscientos y treinta y seis
Han muerto y aprisionado,
Por no seguir ni creer
Los mozos á los ancianos.

(TIMONEDA, *Rosa española*.)

[1] Véanse las notas puestas al del núm. 1047.

1049.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo [1].)

Un dia de Sant Anton,
Ese dia señalado,
Se salian de Jaen
Cuatrocientos hijos-dalgo.
Las señas qu'ellos llevaban
Es pendon, rabo de gallo;
Por capitan se lo llevan
Al obispo Don Gonzalo,
Armado de todas armas
Encima de un buen caballo
Ibase para la Guarda,
Ese castillo nombrado.
Sáleselo á rescebir
Don Rodrigo, ese hijodalgo.
—Por Dios, os ruego, el Obispo,
Que no pasedes el vado,
Porque los moros son muchos,
Que a la Guarda habian llegado:
Muerto me han tres caballeros,
De que mucho me ha pesado.
El uno era mi primo,
Y el otro era mi hermano,
Y el otro era un paje mio
Qu'en mi casa se ha criado.
Démos la vuelta, señores,
Démos la vuelta á enterrallos;
Harémos á Dios servicio
Y honrarémos los cristianos.—
Ellos estando en aquesto
Llegó Don Diego de Haro:
—Adelante, caballeros,
Que me llevan el ganado;
Si de algun villano fuera
Ya lo hubiérades quitado:
Empero alguno está aquí
A quien place de mi daño.
No cumple decir quién es,

Qu'es el del roquete blanco.—
El Obispo que lo oyera,
Dió d'espuelas al caballo:
El caballo era lijero,
Y saltado habia un vallado:
Mas al salir de una cuesta,
A la asomada de un llano
Vido mucha adarga blanca,
Mucho albornoz colorado,
Y muchos hierros de lanzas,
Que relucen en el campo.
Metido se habia por ellos
Como leon denodado:
De tres batallas de moros
Las dos ha desbaratado,
Mediante la buena ayuda
Qu'en los suyos ha hallado:
Aunque algunos d'ellos mueren
Eterna fama han ganado.
Todos pasan adelante,
Ninguno atras ha quedado,
Siguiendo á su capitan
El cobarde, el esforzado.
Honra los cristianos ganan,
Los moros pierden el campo;
Diez moros pierden la vida
Por la muerte de un cristiano.
Si alguno d'ellos escapa
Es por uña de caballo.
Por su mucha valentía
Toda la presa han cobrado:
Así con esta vitoria,
Como señores del campo,
Se vuelven para Jaen
Con la honra que han ganado.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Véanse las notas puestas al del núm. 1017, que empieza *Dia es de Sant Anton*, del cual es este casi una copia, si bien varía en la catástrofe.

1050.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo*[1].)

Ya repican en Andújar,
Y en la Guardia dan rebato,
Y se salen de Jaen
Cuatrocientos hijosdalgo,
Y de Ubeda y Baeza
Se salian otros tantos.
Todos son mancebos de honra
Y los mas enamorados:
De manos de sus amigas
Todos van juramentados
De no volver á Jaen
Sin dar moro en aguinaldo,
Y el que linda dama tiene
Le promete tres ó cuatro.
Por capitan se lo llevan
Al obispo Don Gonzalo.
Don Pedro Caravajal
D'esta suerte ha hablado:
—Adelante, caballeros,
Que me llevan el ganado;
Si de algun villano fuera
Ya le hubiera desquitado.
Alguno va entre nosotros
Que se huelga de mi daño:
Yo lo digo por aquel
Que lleva el roquete blanco.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

[1] Véanse las notas del del núm. 1047.

1051.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Muy revuelto anda Jaen,
Rebato tocan apriesa,
Porque moros de Granada
Les van corriendo la tierra.
Cuatrocientos hijosdalgo
Se salen á la pelea;
Otros tantos han salido
De Ubeda y de Baeza;
De Cazorla y de Quesada
Tambien salen dos banderas;
Todos son hijos de honra
Y enamorados de véras;
Todos van juramentados
De manos de sus doncellas
De no volver á Jaen
Sin dar moro por empresa;
Y el que linda dama tiene
Cuatro le promete en cuerda.
A la Guardia han llegado,
Adonde el rebato suena,
Y junto del Rio-frio
Gran batalla se comienza;
Mas los moros eran muchos
Y hacen gran resistencia,
Porque Abencerrajes fuertes
Llevaban la delantera;
Con ellos los Alavezes,
Gente muy brava y muy fiera;
Mas los valientes cristianos
Furiosamente pelean,
De modo que ya los moros
De la batalla se alejan;
Mas llevaron cabalgada
Que vale mucha moneda.
Con gloria quedó Jaen
De la pasada refriega,
Pues á tanta muchedumbre
De moros ponen defensa.
¡Grande matanza hicieron
En aquella gente perra!

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

[1] Véanse las notas del núm. 1047.

1052.

ALNAYAR, AYUDADO POR DON JUAN II, COBRA EL CETRO DE GRANADA, USURPADO POR EL REY IZQUIERDO.— ABENZALIN, HIJO DE ALNAYAR, MUERTO SU PADRE, SE ACOGE Á LA CORTE DE ENRIQUE IV.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

De la alta sierra los pueblos
Humo espeso despedian,
Y las correosas teas
Ya por las granjas ardian,
Y el encorvado pastor
Busca el hueco de la encina,
Cuyas copiosas hogueras
Se ven en partes distintas,
Y de los montes las sombras
Con negras alas caian,
Cuando el Infante Alnayar [1],
Que era señor de Almería,
Que por varon de Abenut
Por línea recta venía,
Con la gente que le dió
El rey Don Joan de Castilla,
En cuya corte habia estado,
De que el Rey holgado habia,
Que de su antigua nobleza
Y valor nuevas tenia,
A quien hizo gran regalo
Y extraordinaria acogida,

Huella el granadino campo
En gruesas haces lucidas
De noche, por mas secreto,
Que el caso ansí lo pedia:
Al cual Diego de Rivera
Adelantado seguia,
Y Don Luis de Guzman
Que el maestrazgo tenia
De la antigua Calatrava,
Con gente experta y lucida,
Vienen á entregarle el reino,
Como á quien pertenecia,
De la opulenta Granada,
Que injustamente tenia
El tirano rey Izquierdo;
Ya la ciudad dando vista
Por todas partes la cercan
Talando panes y viñas,
De adonde, y del reino todo,
Al Infante cada dia
De los moros mas granados
A su servicio venian,
Que de quisto y valeroso
Alnayar fama tenia.
Entró triunfando en Granada,
Y allí por rey le admitian,
Haciendo en su juramento
Fiestas hasta allí no vistas:
Adonde reinó seis meses;
Mas luego la parca esquiva
De la vida y reino junto
Con atroz golpe le priva.
Quedó Abenzalin, su hijo,
Retirado en Almería,
No con tanta fuerza y gentes
Como menester habia:
A cuya causa el Izquierdo,
Que el reino perdido habia,
Con el moro rey de Túnez
Pujante sobre él volvia,
Recobrándole por fuerza
Con no pequeñas fatigas.
Desposeído el Infante
Se quedó con Almería,
Con quien hizo el rey Enrique
Paz y alianza continua.
El cual mucho tiempo anduvo
En la corte de Castilla,
Y ayudándole en las guerras
Que en aquel tiempo tenia.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.)

[1] Alnayar ha dado el poeta por nombre á este infante, que en realidad se conoce por Juzaf Aben Almao. Era nieto de aquel rey Bermejo que Don Pedro el Cruel hizo matar en Sevilla.

1053.

CABALGADA DE SAAVEDRA, ALCAIDE DE CAÑETE, CONTRA LOS MOROS DE RONDA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Por este buen rey Don Juan
Que el Segundo se decia,
Fernandarias de Saavedra
A Cañete él la tenia:
Por señalarse por bueno,
Contra los moros partia:
De hombres armados lleva
Ventinueve en compañía,
Treinta y siete los ginetes
Osados á maravilla.
Corrido habien á Ronda,
Treinta moros muerto habian;
Tomaron muchos ganados,
Yeguas, vacas les traian;
Mas de dos mil las ovejas
Para Cañete volvian.
De Ronda salió el alcaide
Con muy grande morería:
De á caballo son doscientos,
Mas de mil la peonía;
Siguen detras de Saavedra,
Y tras su caballería,
Dos pendones desplegados
Que de seda parecian;
De color bermejo el uno
Banda de oro lo ceñía;
El otro mostraba ser
Muy blanco, era á maravilla;
De una parte tiene el sol,
De otra la luna tenia.
Tañendo van atambores,
Añafiles con gran grita,
Haciendo gran algazara,
Muy grande es la vocería.
De Setenil el castillo
Quince moros les salian:
Tómanles la delantera,
Cerco á cristianos ponian:
Esfuérzalos el Saavedra;
A grandes voces decia:
— Esforzáos, caballeros,
Cumplid aquí la hidalguía,
Que aunque los moros son muchos,
Mayor poder Dios tenia.
Pelead como valientes,
Bien contado nos sería;
Ganarémos muy gran honra
En morir con valentia.
La vida presto se pasa,
La fama siempre vivia;
Pocos cristianos se han visto
Vencer muy gran morería,
Cuanto mas que Dios querrá
Los venzamos este dia,
Y los que ende muriesen
Sus almas se salvarian;
Por eso con buen esfuerzo
Haced lo que yo hacia.
Santiago va diciendo:
Ayuda, Sancta María.—
Todos juntos de tropel
Recio en los moros ferian:
Cuarenta hablen derribado
En la primer remetida;
Del campo huyen los moros,
Los cristianos los seguian,
En Setenil los metieron,
A ciento quitan la vida.
Saavedra con los suyos,
A Cañete se volvian
Alegres y victoriosos;
Ningun cristiano moria.
Vendieron la cabalgada,
Parte d'ella dado habian
A aquella Reina del cielo
A quien tomaron por guia,
Y al apóstol Santiago
A quien su favor pedian.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1054.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

— ¡Buen alcaide de Cañete,
Mal consejo habeis tomado
En correr á Setenil,
Hecho asaz bien excusado!
¡Harto hace el caballero
Que guarda lo encomendado,
Y muere en la fortaleza
Donde lo han juramentado!
Siempre lo tuvistes, hijo,

De ser en ardid sobrado,
Sin mirar inconvenientes,
Sino ver moros en campo.
Mas ántes de veinte dias
Yo seré muerto ó vengado
Entre esos moros de Ronda
Que me han amenazado.—
En aquesto Fernandarias
Fué al infante Don Fernando;
Gente de á pié le ha pedido,
Junto con la de á caballo.
A Pero Guzman Merino
Y á su copero le ha dado,
Y á Gonzalo de Aguilar,
Un muy valiente bastardo,
Junto con Juan Delgadillo,
Su maestre-sala y privado.
Entrada hacen en Ronda;
Cañete quedó á recado.
En bosques cabe la vega
Gente de armas se ha emboscado;
Con ella Juan Delgadillo,
Caballero muy preciado.
Fernandarias Sayavedra
Cerca de Ronda ha llegado:
Salen á él muchos moros,
Con órden se ha retirado;
Haciendo rostro ha venido
Al bosque, disimulado,
Donde estaba la celada
Que á los moros ha cercado.
A los primeros encuentros
Muchos quedan en el campo,
Entre ellos Juan Delgadillo,
Con mas catorce hijosdalgo:
Mas á la fin Sayavedra
D'ellos fué muy bien vengado,
Que rotos fuéron los moros;
Pocos se han escapado.
Con honra y gran cabalgada
A Cañete se ha tornado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc. Edicion de 1566.)

¹ Es uno de los romances, que aunque incluidos en la coleccion de SEPÚLVEDA, pertenecen á la clase de los viejos del siglo XV. Acaso es próximamente contemporáneo al hecho que refiere.

1055.

MUERTE DEL CONDE DE NIEBLA DON ENRIQUE DE GUZMAN.

(*Anónimo* ¹.)

—Dadme nuevas, caballeros,
Nuevas me querais contar
De aquese conde de Niebla,
Don Enrique de Guzman,
Que hace guerra á los moros,
Y ha cercado á Gibraltar.
Hoy veo jergas en mi corte,
Ayer vi fiestas asaz:
¿Si algun grande ha fallecido
De Castilla y de mi sangre,
O Don Alvaro de Luna
El maestre y condestable;
—Ningun grande ha fallecido,
Ni hombre de vuestra sangre,
Ni Don Alvaro de Luna
El maestre y condestable;
Mas es muerto un caballero
Qu'era su valor tan grande
Que verédes á los moros,
En cuán poco vos ternán.
Por ayudar á los suyos,
Podiéndose bien salvar,
Por oir solo su nombre,
Por se oir solo llamar,
Tornó en un batel pequeño
A la braveza del mar.
Don Enrique es, Rey, aqueste,
Don Enrique de Guzman:
Dejad, señor, los brocados;
No querades mas solaz.—
El Rey oyendo tal nueva
Hobo en extremo pesar,
Porque tan buen caballero
No se quisiera salvar;
E mandó traer su fijo,
Aquel que quedado le ha,
Y de Medina-Sidonia
Duque le fué á intitular.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ Todo el estilo y formas del romance indican que es contemporáneo ó muy próximo al suceso heróico que refiere. El Duque estando ya desembarcado volvió á la mar por socorrer á los suyos que clamaban por él, y murió víctima de su generoso valor.
Es el último romance fronterizo aquí inserto, que trata de sucesos acaecidos en la época de Don Juan II de Castilla.

1056.

LANCE DE JUEGO ENTRE EL REY MORO DE ALMERÍA, Y FAJARDO, ALCAIDE DE LOJA.

(*Anónimo* ¹.)

Jugando estaba el rey moro
En un ajedrez un dia,
Con aquese buen Fajardo
Con amor que le tenia.
Fajardo jugaba á Loja,
Y el moro rey á Almería;
Jaque le dió con el roque,
El alférez le prendia.
A grandes voces dice el moro:
—La villa de Lorca es mia.—
Allí hablara Fajardo,
Bien oiréis lo que diria:
—Calles, calles, señor Rey,
No tomeis la tal porfía,
Que aunque me la ganases,
Ella no se te daria:
Caballeros tengo dentro,
Que te la defenderian.—
Allí hablara el rey moro,
Bien oiréis lo que diria:
—No juguemos mas, Fajardo,
Ni tengamos mas porfía,
Que sois tan buen caballero,
Que todo el mundo os temia.—

(*Cancionero de romances.*)

¹ Parece compuesto en la misma época del hecho que refiere, así como tambien el que le sigue. Uno y otro pertenecen al reinado de Enrique IV. — Es el primer romance fronterizo de la época de dicho rey.

1057.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* ¹.)

Jugando estaba el rey moro
En rico ajedrez un dia,
Con aquese gran Fajardo,
Con amor que le tenia:
Fajardo jugaba á Lorca,
El moro juega á Almería;
Jaque le da con el roque,
El alférez le prendia.
A voces le dice el moro:
—La villa de Lorca es mia.
—Calles, buen Rey, no me enojes
Ni tengas tal fantasía,
Que aunque tú me la ganases,
Lorca no se te daria:

Caballeros tengo dentro
Que te la defenderian, etc.—
(TIMONEDA, *Rosa española*.)

[1] Aquí acaban los fronterizos sobre sucesos acaecidos en la época de Enrique IV.

1058.

TRAICION QUE SE URDIA CONTRA LOS ABENCERRAJES.

(*Anónimo*[1].)

Caballeros granadinos,
Aunque moros, hijosdalgo,
Con envidiosos intentos
Al rey Chico van hablando.
«¡Gran traicion se va ordenando!»
Dicen que los Bencerrajes[2],
Linaje noble, afamado,
Pretenden matar al Rey
Y quitarle su reinado.
«¡Gran traicion se va ordenando!»
Y para emprender tal hecho
Tiene favor muy sobrado
De hombres, niños y mujeres,
Todo el granadino estado.
«¡Gran traicion se va ordenando!»
Y á su reina tan querida
De traicion la han acusado,
Que en Albin, Abencerraje,
Tiene puesto su cuidado.
«¡Gran traicion se va ordenando!»—
(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

[1] Aquí empiezan los romances de las guerras de Granada, en la época de los Reyes Católicos, y este primero es solo el principio de uno cuya conclusion quedó pendiente, ó se ha perdido: véase la nota del que le sigue.

[2] Abencerrajes debiera decir, si la medida del verso lo hubiese permitido.

1059.

MUERTE DADA Á LOS ABENCERRAJES.

(*Anónimo*[1].)

En las torres del Alhambra
Sonaba gran voceria,
Y en la ciudad de Granada
Grande llanto se hacia,
Porque sin razon el Rey
Hizo degollar un dia
Treinta y seis Abencerrajes
Nobles y de gran valía,
A quienes Cegries y Gomeles
Acusan de alevosía.
Granada los llora mas
Con gran dolor que sentia,
Que en perder tales varones
Es mucho lo que perdia.
Hombres, mujeres y niños
Lloran tan grande perdida;
Lloran todos los demas,
Cuantos en Granada habia.
Por las calles y ventanas
Mucho luto parecia;
No habia dama principal
Que luto no se ponia,
Ni caballero ninguno
Que de negro no vestia,
Si no fueran los Cegries,
Do salió su alevosia,
Y con ellos los Gomeles,
Que les tienen compañía,
Y si algun luto llevaban,
Es por los que muerto habian
Los Gazules y Alavezes
Con gran valor y osadía
En el cuarto de los Leones,
Por vengar la villanía;
Y si hallaran al rey Chico,
Le privaran de la vida,
Por consentir la maldad
Que allí consentido habia.
(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

[1] Hubiérase colocado este romance entre los moriscos novelescos, si el asunto que contiene no estuviese tan acreditado como histórico entre el pueblo. Y en efecto, algo de verdad se trasluce en él, atendiendo á que lo son las discordias entre los linajes de los moros, y los reyes ó caudillos que los presidian, lo cual aceleró la destruccion del imperio musulman granadino.

1060.

DISPÚTANSE TRES REYES EL CETRO DE GRANADA, Y MUZA LOGRA PACIFICARLOS.

(*Anónimo*.)

Muy revuelta está Granada
En armas y fuego ardiendo,
Y los ciudadanos d'ella
Duras muertes padeciendo
Por tres reyes que hay esquivos,
Cada uno pretendiendo
El mando, cetro y corona
De Granada y de su reino.
El uno es Mulahacen,
Que le viene de derecho;
El otro es un hijo suyo,
Que le quiere de despecho;
El otro un gobernador
Por el Mulahacen puesto.
Almoradíes y Almohades
A este le dan el cetro;
Al rey Chico los Cegries,
Diciendo qu'es heredero;
Venegas y Abencerrajes
Se lo van contradiciendo.
Dicen que no ha de reinar
Ninguno hasta que sea muerto
El viejo Mulahacen,
Pues es vivo y tiene el reino.
Sobre estas guerras civiles
El reino van consumiendo,
Hasta que el valiente Muza
En ello puso remedio.
(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

1061.

DE CÓMO EL REY DE GRANADA MANDÓ PRENDER AL ALCAIDE QUE PERDIÓ LA PLAZA DE ALHAMA, CONQUISTADA POR EL MARQUES DE CÁDIZ.

(*Anónimo*[1].)

Moro alcaide, moro alcaide
El de la barba vellida,
El Rey vos manda prender
Porque Alhama era perdida.
—Si el Rey me manda prender
Porque Alhama se perdia,
El rey lo puede hacer;
Mas yo nada le debia,
Porque yo era ido á Ronda
A bodas de una mi prima:
Yo dejé cobro en Alhama,
El mejor que yo podia.
Si el Rey perdió su ciudad
Yo perdí cuanto tenia:
Perdí mi mujer y hijos,
Las cosas que mas queria.

[1] Muley Abul Hacen, rey de Granada, padre de Abu Abdalla Boabdil, el rey Chico, rompió imprudentemente la paz con los cristianos, que en tiempo de Juan II conservó su padre Aben Ismael. Su primer acto hostil fué apoderarse por sorpresa de la plaza de Zara, ocupada por los cristianos. En represalias, el marques de Cádiz, Don Rodrigo Ponce de Leon, ocupó y con-

quistó tambien por sorpresa la plaza rica de Alhama, sitio real de los reyes moros de Granada, y la defendió y conservó á pesar del empeño que los enemigos tomaron de recuperarla. Fué tanta la pena y el temor de los granadinos por esta pérdida, que, segun por tradicion se sabe, fué preciso prohibir en su ciudad que se cantasen las dolientes endechas que sobre el asunto se hicieron y que desanimaban al pueblo. Con efecto, el caso fué muy fatal á la causa de los moros, no ya solo por las riquezas que habian perdido, y por la destruccion de las fábricas de sedería que les proporcionaban ventajas inmensas comerciales y de industria, sino tambien porque se establecieron los cristianos muy cerca de su ciudad, y porque preveian con esto un completo vencimiento.

1062.

AL MISMO ASUNTO.—EL ALCAIDE DE ALHAMA ES DECAPITADO POR ÓRDEN DEL REY.

(*Anónimo*)

—Moro alcaide, moro alcaide,
El de la vellida barba,
El Rey te manda prender
Por la pérdida de Alhama,
Y cortarte la cabeza
Y ponerla en el Alhambra,
Porque á tí sea castigo
Y otros tiemblen en miralla,
Pues perdiste la tenencia
De una ciudad tan preciada.—
El Alcaide respondia,
D'esta manera les habla:
—Caballeros y hombres buenos,
Los que regís á Granada,
Decid de mi parte al Rey,
Como no le debo nada;
Yo me estaba en Antequera
En bodas de una mi hermana:
¡Mal fuego queme las bodas
Y quien á ellas me llamara!
El Rey me dió su licencia,
Que yo no me la tomara:
Pedíla por quince dias,
Diómela por tres semanas.
De haberse Alhama perdido
A mí me pesa en el alma,
Que si el Rey perdió su tierra,
Yo perdí mi honra y fama;
Perdí hijos y mujer,
Las cosas que mas amaba;
Perdí una hija doncella,
Que era la flor de Granada.
El que la tiene cautiva
Marques de Cádiz se llama:
Cien doblas le doy por ella,
No me las estima en nada.
La respuesta que me han dado
Es que mi hija es cristiana,
Y por nombre le habian puesto
Doña María de Alhama;
El nombre que ella tenia
Mora Fátima se llama.—
Diciendo esto el Alcalde
Le llevaron á Granada,
Y siendo puesto ante el Rey,
La sentencia le fué dada,
Que le corten la cabeza
Y la lleven al Alhambra:
Ejecutóse justicia
Así como el Rey lo manda.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

1063.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Paseábase el rey moro
Por la ciudad de Granada,
Cartas le fuéron venidas
Como Alhama era ganada.
Las cartas echó en el fuego
Y al mensajero matara:
Echó mano á sus cabellos
Y las sus barbas mesaba.
Apeóse de una mula
Y en un caballo cabalga:
Mandó tocar sus trompetas,
Sus añafiles de plata;
Porque lo oyesen los suyos
Que andaban por el arada:
Cuatro á cuatro, cinco á cinco,
Juntádose ha gran batalla.
Allí habló un moro viejo
Qu'era alguacil de Granada.
¿A qué nos llamaste, Rey?
A qué fué vuestra llamada?
— Para que sepais, amigos,
La gran pérdida de Alhama.
— Bien se te emplea, señor;
Señor, bien se te empleaba;
Por matar los Abencerrajes
Qu'eran la flor de Granada,
Acogiste á los judíos
De Córdoba la nombrada;
Degollaste un caballero
Persona muy estimada;
Muchos se te despidieron
Por tu condicion trocada.
—¡Ay si os plugiese, mis moros,
Que fuésemos á cobralla!
— Mas si, Rey, á Alhama has de ir,
Deja buen cobro en Granada,
Que para Alhama cobrar
Menester es gran armada,
Que caballero está en ella
Que sabrá muy bien guardalla.
—¿Quién es ese caballero
Que tanta honra ganara?
— Don Rodrigo es de Leon,
Marques de Cádiz se llama.
Otro es Martin Galindo,
Que primero echó el escala —
Luego se van para Alhama
Que d'ellos no le da nada;
Combátenla prestamente,
Ella está bien defensada.
De que el Rey no pudo mas,
Triste se volvió á Granada.

(*Cancionero de romances.* — R. TIMONEDA, *Rosa española.*)

[1] Este romance y los dos precedentes pertenecen sin duda á la clase segunda, y pueden considerarse como viejos. Domina en ellos un matiz melancólico y fúnebre, muy propio de la catástrofe que narran; y la misma carencia de arte que se les observa, los hace mas interesantes, porque se aproximan mucho á la sencillez propia de la verdad, que aventaja á todo artificioso medio de declamacion poética.

Los Romances de la pérdida de Antequera, núms. 1043, 1044 y 1045, tienen tanta analogía con estos, que es probable sean una imitacion.

1064.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Paséabase el rey moro
Por la ciudad de Granada
Desde la puerta de Elvira
Hasta la de Vivarambla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Cartas le fuéron venidas
Que Alhama era ganada:
Las cartas echó en el fuego,
Y al mensajero matara.
«¡Ay de mi Alhama!»
Descabalga de una mula,

Y en un caballo cabalga;
Por el Zacatin arriba
Subido se habia al Alhambra.
«¡Ay de mi Alhama!»
Como en el Alhambra estuvo,
Al mismo punto mandaba
Que se toquen sus trompetas,
Sus añafiles de plata.
«¡Ay de mi Alhama!»
Y que las cajas de guerra
Apriesa toquen al arma,
Porque lo oigan sus moriscos
Los de la Vega y Granada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Los moros que el son oyeron
Que al sangriento Marte llama,
Uno á uno y dos á dos
Juntado se ha gran batalla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un moro viejo,
D'esta manera hablara:
—¿Para qué nos llamas, Rey,
Para qué es esta llamada?—
«¡Ay de mi Alhama!»
—Habeis de saber, amigos,
Una nueva desdichada:
Que cristianos de braveza
Ya nos han ganado Alhama.—
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un Alfaquí
De barba cruda y cana:
—¡Bien se te emplea, buen Rey
¡Buen Rey, bien se te empleara!
«¡Ay de mi Alhama!»
Mataste los Abencerrajes,
Que eran la flor de Granada;
Cogiste los tornadizos
De Córdoba la nombrada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Por eso mereces, Rey,
Una pena muy doblada;
Que te pierdas tú y el reino,
Y aquí se pierda Granada.—
«¡Ay de mi Alama!»

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

1065.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Por la ciudad de Granada
El rey moro se pasea,
Desde la puerta de Elvira
Llegaba á la Plaza Nueva.
Cartas le fuéron venidas
Que le dan muy mala nueva:
Que le habian ganado Alhama
Con batalla y gran pelea.
El Rey con aquestas cartas
Grande enojo recibiera:
Al moro que se la trajo
Mandó cortar la cabeza.
Las cartas hizo pedazos
Con la saña que le ciega:
Descabalga de una mula
Y cabalga en una yegua.
Por la cal del Zacatin
Al Alhambra se subiera:
Trompetas manda tocar
Y las cajas de pelea,
Porque lo oyeran los moros
De Granada y de la Vega.
Uno á uno, dos á dos
Gran escuadron se hiciera.
Cuando los tuviera juntos,
Un moro allí le dijera:
—¿Para qué nos llamais, Rey,
Con trompa y caja de guerra?—
—Habréis de saber, amigos,
Que tengo una mala nueva;
Que la mi ciudad de Alhama
Ya del rey Fernando era:
Los cristianos la ganaron
Con muy crecida pelea.—
Allí habló un Alfaquí,
D'esta suerte le dijera:
—Bien se te emplea, buen Rey,
Buen Rey, bien se te emplea:
Mataste los Abencerrajes,
Que eran la flor desta tierra,
Acogiste los tornadizos
Que de Córdoba vinieran,
Y me parece, buen Rey
Que todo el reino se pierda,
Y que se pierda Granada,
Y que te pierdas con ella.—

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

1066.

EL DUQUE DE MEDINASIDONIA, DON ENRIQUE DE GUZMAN, OBLIGA Á LOS MOROS Á LEVANTAR EL SITIO DE ALHAMA, QUE QUERIAN RECUPERAR.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Coronaba las alturas
De las torres del Alhambra
El sol, cuando Albohacen,
Temido rey de Granada,
Con campo grueso y lucido
Marcha á recobrar á Alhama,
Ciudad que el marques de Cádiz,
Rodrigo Ponce, ocupaba,
Que se la asaltó una noche,
Y entró con sangrienta escala,
Donde con propicio Marte
Adquirió perpetua fama,
Dando fuerza a aqueste nombre
De atras sus altas hazañas,
Y en las cosas de adelante
De mayores esperanzas,
Pagando la obligacion
A su sangre antigua y clara,
Hasta que con la postrera
Cumplió con la airada parca,
Cuyo golpe no alcanzó
A tales hechos en nada.
Digo pues que un Joan Ortega
Fué el primero que las plantas
Con valerosa osadía
Puso en los muros de Alhama,
Y tras él Martin Galindo,
De bien conocida espada,
Temida del enemigo
Y del amigo acatada.
Prosiguiendo su camino
El Rey á consejo llama,
Con quien todos los alcaides
Y capitanes se apartan,
A quienes dice:—Sabeis,
Faltando Alhama, la falta
Que aqueste reino recibe,
Y el mal, si no se restaura;
La brevedad os encargo,
Por estar en ella Aja.—
Echaron todos de ver
La pasion enamorada
Que afligia al triste Rey,
Tanta, que casi lloraba,
Y con mucha diligencia
El grueso campo levantan.
Sitian la fuerte ciudad
Y por mil partes la asaltan;
Mas en el fuerte Marques
Dura resistencia hallan;

Pero al fin la sed hiciera
Lo denegado á las armas,
Si el de Medinasidonia,
La pesadumbre olvidada
Que entre él y el Marques habia,
Al socorro no llegara
Con gran número de gente,
Cuya nueva al Rey llegada,
Determina no aguardar
A Don Enrique en campaña,
De Guzman, que el Valeroso
Por sobrenombre llamaban.
Y como el mal nunca es solo,
Le llegó otra nueva mala:
Que el Católico Fernando
Con grueso ejército entraba
De la gente de Castilla
Para socorrer á Alhama.
Conoció el Rey su fortuna,
Que le era en todo contraria,
Y con parecer resuelto
Levantar el cerco manda,
Para mejor ocasion
Dejando aquella jornada,
Como lo hizo despues,
Pero no fué de importancia;
Y con mucha gente ménos
Se torna sobre Granada.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1067.

PRONOSTÍCASE QUE LOS MOROS PERDERIAN Á GRANADA, POR TRES LOBOS QUE ENTRARON EN ELLA.

(*Anónimo.*)

El rey moro de Granada
Dentro d'ella estando un dia,
Entraron tres lobos viejos
Por esa puerta de Elvira.
Fuéronse á hacer parada
En frente de la mezquita.
Gran combate han ordenado
Que entre los tres se movia.
El uno mató á los dos;
Ferozmente los comia.
El rey Chico se los mira
Con espanto y maravilla:
Mandó juntar los ancianos
Moros de su moreria,
Y desque los tuvo juntos
Estas palabras decia:
—¿Cual de vosotros, mis moros,
Es el que adivinaria
Aquesto que aquí ha pasado?
Mis tesoros le daria.—
Allí respondiera un moro,
Que Alatar por nombre habia:
—Yo te lo diré, señor,
Si tú me otorgas la vida.
—Pues dilo, dilo, Alatar,
Que otorgada te seria.—
—Sábete que estos tres son
Las tres naciones que habia
Repartidas por el mundo,
De gran lustre y señoría.
La una es secta de moros,
La otra ley de judería,
Y la otra de cristianos,
Que á todas vencido habia;
Y en los reinos de Aragon
Un infante residía,
Don Hernando ha por nombre,
Y esta es su nombradía;
Y este se verná á casar
Con la infanta de Castilla
Llamada Doña Isabel,
De muy gran sabiduría;
Y esta ganará las tierras*,
Como ya ganado habia,
Y conquistará á Granada,
Parte de la Andalucía.—
Oyendo esto el rey Chiquito,
D'esta manera decia:
—Pues venga el rey Don Fernando,
Y verá cómo le iria,
Que así hizo el rey Don Juan,
El que reinaba en Castilla.
Matéle tres capitanes,
Y él se me escapó con vida.

(Timoneda, *Rosa española.*)

1068.

UN TORNADIZO RENEGADO MUERE POR HABERSE DECLARADO DEVOTO DE LA VÍRGEN, MOSTRANDO Á LOS MOROS UNA IMÁGEN DE ELLA QUE LLEVABA EN EL PECHO[1].

(*Anónimo*[2].)

Ya se salia el rey moro
De Granada, en Almeria,
Con trescientos moros perros
Que lleva en su compañía.
Jugando van de la lanza,
Hendo van barragania;
Cada cual iba hablando
De las gracias de su amiga.
Así habló un tornadizo,
Que criado es en Sevilla:
—Porque habeis dicho las vuestras
Deciros quiero la mia:
Blanca es y colorada
Como el sol cuando salia.—
Allí hablara el rey moro,
Bien oiréis lo que decia:
—Tal amiga como aquesa
Para mí pertenescia.
—Yo te la daré, buen rey,
Si aquí me otorgas la vida.
—Dédesmela tú, el morisco,
Que otorgada te seria.—
Echara mano á su seno,
Sacó á la Vírgen María;
De que la vido el rey moro,
A la pared se volvia:
—Tomadme luego á ese perro,
Y llevádmelo á Almería:
Tales prisiones le echá,
D'ellas no salga con vida.

[1] De este romance hizo Alfonso de Alcaudete una glosa.

[2] Este romance con algunas variantes se halla en la *Rosa española*, de Timoneda; donde empieza: *Ya se partia el Rey moro*, etc., y en el final lo cambian así, despues del verso que dice: — *Que otorgada te seria.*

El buen hombre sin temor,
Con la gran fe que tenia
Metió la mano en su seno,
Sacó la virgen María.
Así como el Rey la vido
Amortecido se habia:
Dando voces á su gente
D'esta manera decia:
— Prendedle luego, los mios,
Y llevadlo á Almería,
Jugaréismelo á las cañas*,
En ántes que pase el dia.—

* Suplicio atroz en que, puesto un hombre como estafermo, era alanceado con bohordos ó dardos pequeños.

1069.

EL REY CHICO PRISIONERO DEL CONDE DE CABRA.

(*Anónimo*[1].)

Junto al vado de Genil,
Por un camino seguido
Viene un moro de á caballo,

De polvo y sangre teñido,
Corriendo á todo correr
Como el que viene huido.
Llegado junto á Granada,
Da gran grito y alarido,
Publicando malas nuevas
De un caso que ha acontecido:
—Que el rey Chico se perdió
Y los que con él han ido,
Y que no escapó ninguno,
Preso, muerto ó mal herido;
Que de cuantos allí fuéron
Yo solo me he guarecido,
A traer nueva tan triste
Del gran mal que ha sucedido.
Los que á vuestro rey vencieron
Sabed, si no habeis sabido,
Que fué aquel Diego Hernandez,
De Córdoba es su apellido,
Alcaide de los Donceles,
Hombre sabio y atrevido,
Y aquel gran conde de Cabra,
Que en su ayuda ha venido;
Y este venció la batalla
Y aquel trance tan reñido;
Y otro, Lope de Mendoza,
Que de Cabra habia salido,
Que andaba entre los peones
Como un leon atrevido.
Y sabed que el Rey no es muerto;
Mas que está en prision rendido,
Que le vide ir en traílla
Con acto muy abatido,
Y llévanlo drecho á Lucena,
Junto adonde fué vencido.—
Lloraba toda Granada
Con grande llanto y gemido;
Lloraban mozos y viejos
Con algazara y ruido;
Lloraban todas las moras
Un llanto muy dolorido;
Mesan sus cabellos negros,
Desgarrando sus vestidos,
Arañan sus blancas caras
Y sus rostros tan lucidos:
Unas lloran hijos, padres;
Otras hermano ó marido;
Lloran tanto caballero
Como allá se hubo perdido;
Lloraban por su buen rey
Tan amado y tan querido.
Queréllanse de Mahoma,
Que ansi ha desfavorecido
A su ejército y su rey,
Que fuese así destruido.
Prometen todas sus joyas,
Sus ajorcas y tejillos,
Y con estas y otras cosas
Dar su rescate cumplido.

(*Cancionero de Romances.*)

1 Es mas completo; pero el mismo que está en la *Rosa española*, de Timoneda.

1070.

DAN LIBERTAD LOS REYES CATÓLICOS AL REY CHICO DE GRANADA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Sobre el muro de Baena,
La mano puesta en la barba,
Recostado en él de pechos,
El rey Chiquito lloraba,
A quien en prision estrecha
Con valor puso el de Cabra,
Junto al poderoso arroyo
En la sangrienta batalla
Do tomó nueve banderas
Que trae por orla en sus armas,
Y una cadena que á un rey
La cerviz opresa abraza
A una parte del escudo
Con los de su antigua casa.
No su prision siente el Rey,
Mas el carecer de Guala,
De las granadinas moras
La mas hermosa y gallarda.
No admite el Rey compañía
Que su cuidado le basta;
Con esa solo se entiende
Y se siente rica el alma.
En ningun lugar sosiega,
Propiedad de quien bien ama
Cuando la molesta ausencia
Le absconde la cosa amada.
Una sola le da alivio,
Si alguna á dársele basta,
Y es el arrojar los ojos
Al camino de Granada,
Cuya vista el hado avaro
Porque mas sienta le ataja,
Impidiéndolo de tierra
La dilatada distancia.[1]
De la fortuna se queja,
Que con tal rigor le trata,
Poniendo en cielo sereno
De nubes oscura capa,
Y en mar sosegado y quieto
Tan repentina borrasca.
No hay cosa que le consuele,
La gloria considerada
Largo tiempo poseida,
En un momento quitada.
No disimula su pena,
Que para callada es mala,
Por testigos de la cual
Convoca piedras y plantas.
Pues como fué conocida
Del noble conde de Cabra
Su fervorosa pasion,
De que el rostro muestras daba;
Y viendo que de salud
El mal le necesitaba,
Una visita le hizo
Demas de las ordinarias,
Con el sombrero en la mano
Y reverencia acatada,
Diciendo:—Muestre tu Alteza
Ya de hoy mas alegre cara,
Que el rey Fernando te da
Libertad, por esta carta,
Y manda para su efecto
Que luego á Córdoba partas,
Y que á reinar como ántes
En visitándole vayas.—
Por tal nueva el rey Chiquito
Con sumo placer le abraza,
Diciendo:—Mas que el prenderme
El libertarme te ensalza.—

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1071.

VENCE PORTOCARRERO QUINCE ALCAIDES MOROS, Y PRESENTA Á LA REINA ISABEL SUS DESPOJOS Y BANDERAS.—OBTIENE EL PRIVILEGIO DE RECIBIR CADA AÑO, EL DIA DE REYES, LAS REALES VESTIDURAS.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Despues que el rey Don Fernando
En el reino de Granada,
Talando la fértil vega,
Tomó á Tajara y á Alhama,
Volvió á Castilla, dejando
Las fronteras encargadas
Al bravo Portocarrero,

De quien los moros temblaban,
Rayo ardiente quemador,
Llamando su diestra insana
Ira del cielo caida
Contra la ley mahometana.
Ordenaron quince alcaides
Comarcanos de Granada,
Con gran número de gente
De la mas disciplinada
En el arte militar,
Hacer en Jerez entrada,
Pensando que ausente el Rey,
Portocarrero está en Palma,
El cual con mucho cuidado,
Como fiel vasallo guarda.
Cuanto el Rey mas léjos d'él,
Las fuerzas mas guerreadas,
Arrojándose al peligro,
De nobles cosa ordinaria,
Por cumplir con lo que deben
Y adquirir eterna fama.
Sabiendo Portocarrero
De los alcaides la entrada,
Juntó la gente que pudo,
Aunque en número no tanta
Como la que ellos traian;
Mas en valor la aventajan.
Aguardólos en un paso,
Do se trabó la batalla,
De ambas partes tan reñida,
Que hubo en vencer duda harta
Pero al fin Portocarrero
Tanto su diestra adelanta,
Que prendió y mató á los quince
Con la gente que llevaban.
Envió las quince banderas
A la Reina presentadas,
La cual desde allí adelante
Por tan notable hazaña,
Siempre el dia de los Reyes
Dió á la condesa de Palma,
Doña Francisca Manrique,
Las ropas que ella estrenaba;
Y esto duró hasta hoy:
De tal hecho justa paga.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1072.

LOS GOMERES, MOROS Á SUELDO DEL REY DE GRANADA, SOCORREN Á COIN, SITIADO POR DON PEDRO ENRIQUEZ, ADELANTADO DE ANDALUCÍA.

(*Anónimo* [1].)

Por el reino de Granada
El rey Don Fernando ha entrado
El año de ochenta y cinco,
De gran gente acompañado.
Ninguno sabia de cierto
Dónde el Rey iba atinado:
Llegado cabe Antequera,
El Rey allí se ha parado.
Un domingo de mañana
Llamó muy apresurado
A aquel famoso guerrero,
Don Pedro, el adelantado;
Con palabras amorosas
De este modo le ha hablado:
— Esforzado caballero,
De los moros tan dudado,
Pues ya vuestro gran esfuerzo
A todos habeis mostrado;
Haréisme muy gran servicio
En que con grande cuidado,
Con la gente que teneis
Y la que yo he señalado,
Me cerqueis luego á Coin
Hasta ser por vos tomado. —
Don Pedro Enriquez por esto
Al Rey le besó las manos,
Y sin dilacion alguna
Se partió luego del campo,
Y puso cerco á Coin,
Y comenzó de apretallo
Combatiéndola contino,
Haciéndole muy gran daño.
Y con la continuacion
De los tiros que ha tirado
Derribó parte del muro,
De que fuéron muy turbados
Los moros que estaban dentro,
Y muy atemorizados,
No sabiendo qué hacerse
Para excusar tan gran daño.
Estando con gran fatiga
Los moros en este estado,
Supiéronlo unos Gomeres
Que eran en Monda alojados.
Vinieron por socorrellos
Con esfuerzo muy sobrado,
Queriendo entrar en la villa;
Pero fuéles estorbado,
Por estar por todas partes
De ella el real asentado.
Viendo aquesto el capitan,
Que Homar era llamado,
Considerando el peligro
De aquel muro derribado,
Temiendo la perdicion
De la villa, en tal estado,
Llamó á todos los Gomeres,
Diciendo determinado:
— Ea, valerosos moros,
¿Quién será aquel tan osado,
Que quiera haber piedad
De aquel pueblo desdichado,
Y de mujeres y niños
Que dentro están encerrados,
Que de muerte ó captiverio
No podrán verse librados?
Y aquel que la piedad
De Dios no viere de grado,
Véngase luego tras mí,
Porque estoy determinado
De morir como buen moro,
O socorrer los cercados. —
Desatándose una toca,
En una vara la ha atado:
Siguiendo todos tras él,
Por el real se ha entrado:
Dando y recibiendo golpes,
Hasta la villa han pasado;
Los cuales moros hicieron
Que con su esfuerzo sobrado
Se detuviese Coin
Gran tiempo sin ser tomado.

(Fuentes, *Libro de los cuarenta cantos*.)

[1] Este romance, con variantes y diverso final, se halla en la *Rosa española*, de Timoneda. Suprime todos los versos posteriores al que dice: *Pero fuéles estorbado*, y sustituye los siguientes.

Los cristianos de Coin
A combatir han tornado:
Ganádoles han la puerta;
Dentro la villa han entrado
No dejando moro á vida,
Los niños han captivado.
Coin ya que fué rendido
Sobre Alora puso campo.

1073.

SOTOMAYOR, CONDE DE BELALCÁZAR, MUERE DE MANO TRAIDORA, EN EL SITIO DE ALORA.

(*Anónimo*.)

Alora, la bien cercada,
Tú que estás á par del rio,

Cercóle el Adelantado
Una mañana en domingo
Con peones y hombres de armas
Hecho la habia un portillo.
Viérades moros y moras
Que iban huyendo al castillo;
Las moras llevaban ropa,
Los moros harina y trigo.
Por encima del adarbe
Su pendon llevan tendido.
Allá detras de una almena
Quedádose ha un morillo
Con una ballesta armada,
Y en ella puesto un cuadrillo,
Y en altas voces decia,
Que la gente lo ha oido:
— ¡Treguas, tregua, Adelantado,
Que tuyo se da el castillo! —
Alzó la visera arriba
Para ver quién lo habia dicho:
Apuntáralo á la frente,
Salidole ha al colodrillo.
Tómale Pablo de rienda,
De la mano Jacobico,
Qu'eran dos esclavos suyos
Que habia criado de chicos.
Llévanle á los maestros,
Por ver si le dan guarido.
A las primeras palabras
Por testamento les dijo
Que él á Dios s'encomendaba,
Y el alma se le ha salido.

(*Códice del siglo* XVI. — It. TIMONEDA, *Rosa española*.)

1074.

LOS MOROS DE RONDA HACEN GRAN PRESA EN LAS FRONTERAS, PERO LOS CRISTIANOS DE MARCHENA LA RESCATAN.

(*Anónimo.*)

Aquese moro Albohacen,
Rey de Ronda, aquesa villa,
De la casa de Granada
Con gran pujanza partia.
Para tierra de cristianos
Lleva gran caballería;
Dos mil y quinientos moros
De á caballo los traia;
Diez mil llevaba de á pié,
Todos iban con gran grita.
Tendidas van sus banderas,
Sus añafiles tañian:
Corren la villa de Estepa,
Que nadie se lo impedia.
Cristianos muchos ha muerto,
Y á otros muchos los captiva:
Llevaba muchos ganados,
Para Ronda se volvia.
Llegó la nueva á Marchena,
Del daño que el moro hacia,
Aquese Rodrigo Ponce,
Que de Leon se apellida;
Hijo mayor es del conde
Que de Arcos se decia;
Caballero es animoso,
De clara sangre y antigua:
Con esfuerzo muy crecido
Juntó su caballería.
Ciento eran de á caballo,
No mas, los que le seguian.
Por el rastro de los moros
Sigue con gran valentía.
De Osuna salió el alcalde,
Ese buen Luis de Pernia,
Con otros cient caballeros:
Ambos van en compañía.
De la comarca les vienen
Seiscientos de peonia,
Y de caballo sesenta,
Con que gran placer habian.
Esfuérzalos Don Rodrigo
Y tambien Luis de Pernia.
— No temades, caballeros,
Mostrad vuestra valentía;
Aunque los moros son muchos,
Nadie muestre cobardía;
Pelead como valientes,
Que Dios nos ayudaria. —
Todos pierden el temor,
Todos cobran osadía;
Juntos van en seguimiento,
Alcanzado los habian:
Cabe el rio de las Yeguas
Se comenzó la porfía.
Al lado del madroñal
Sus banderas descogian.
Hirieron recio en los moros,
En ellos matanza hacian.
Arrancáronlos del campo,
Pusiéronlos en huida:
Quitanles la cabalgada,
Que nada no se perdia.
Recógense los cristianos
Con muy crecida alegría;
Mil y cuatrocientos moros
Eran los que muertos fincan,
Sin otros que van captivos,
Muchos en gran demasía.
Ciento son, y mas noventa,
Los cristianos que morian.
En la fuente de la Piedra
Todos allí se acogian,
Do partieron gran despojo
Que de moros conquerian.
Todos vuelven placenteros
Por la victoria que habian,
Alabando á Dios del cielo,
Tambien á Sancta María,
Que les dió tanta victoria
Contra tan gran morería.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1075.

LOS MOROS DE MOCLIN HACEN UNA CORRERÍA POR LAS TIERRAS DE ALCALÁ.

(*Anónimo.*)

Caballeros de Moclin,
Peones de Colomera,
Entrado habian en acuerdo
En su consejada negra
A los campos de Alcalá,
Dónde irian á hacer presa.
Allá la van á hacer
A esos molinos de Huelva.
Derrocaban los molinos,
Derramaban la cibera,
Prendian los molineros
Cuantos hay en la ribera.
Ahí les hablara un viejo,
Qu'era discreto en la guerra.
— Para tanto caballero
Chica cabalgada es esta;
Soltemos un prisionero
Que á Alcalá lleve la nueva;
Démosle tales heridas,
Qu'en llegando luego muera;
Cortémosle el brazo drecho
Porque no nos haga guerra. —
Por soltar un molinero
Un mancebo les saliera
Qu'era nacido y criado
En Jerez de la Frontera,
Que corre mas que un gamo
Y salta mas que una cierva.

Por los campos de Alcalá
Va gritando : — ¡ Fuera, fuera!
Caballeros de Alcalá,
No os alabaréis de aquesta,
Que por una que hecistes,
Y tan caro como cuesta,
Que los moros de Moclin
Corrido os han la ribera,
Robado os han vuestro campo,
Y llevado os han gran presa.
Oídolo ha Don Pedro
Por su desventura negra;
Cabalgara en su caballo,
Que le dicen Boca-negra :
Al salir de la ciudad
Encontró con Sayavedra.
— No váyades allá, hijo,
Si mi maldicion os venga :
Que si hoy fuere la suya,
Mañana será la vuestra. —

(*Cancionero de Romances.*)

1076.

SITIO Y TOMA DE LOJA, POR LAS TROPAS DE FERNANDO V.

(*De Gabriel Laso de la Vega.*)

En Loja estaba el rey Chico
Con gran copia de soldados,
Porque con el rey Zagal,
Su tio, andaba encontrado,
Sobre el tener cada cual
Solo y sin igual su Estado :
Cosa dura de llevar
En quien alcanza algun mando.
Puso sitio en este tiempo
El Católico Fernando
Sobre la fuerte ciudad,
Aunque no tan á su salvo,
Que primero no tuviese
Mil rencuentros porfiados
En que murió mucha gente
Del uno y del otro bando,
Sobre asentar las estancias
En lugar acomodado,
Que de la ciudad salian
Muchos moros á estorbarlo;
Que los prácticos del reino,
Que al Rey estaban guardando,
Que al fin con dificultad
La sitió por todos lados,
Unos con otros por horas
Escaramuzas trabando;
En algunas la persona
Del rey moro peleando.
Pues de ver tanta ruina
Martin de Alarcon cansado,
Y de que el buen Don Rodrigo
Tellez Giron, el nombrado,
Maestre de Calatrava,
Murió en el cerco pasado,
Haciendo por su persona
Lo que el fiero Marte airado,
De dos veloces saetas
Por el pecho atravesado,
La delantera tomó,
Y con ánimo indignado,
Osando lo mas difícil,
Hizo por la espada tanto,
Que por el mayor aprieto
De los moros abrió paso,
Sin ser bastante á impedirlo
El escuadron mas cerrado,
Hasta que en los arrabales
De Loja entró peleando,
A todas partes hiriendo,
Lijero cual suelto pardo,
A quien sigue mucha gente
Viendo un hecho tan extraño;
El cual puso á la ciudad
El cerco mas apretado,
Dándole de allí adelante
Un asalto y otro asalto,
Hasta que el aprieto viendo
El rey moro, movió trato
En que libre le dejó
La ciudad al rey Fernando.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias.*)

1077.

EN EL CERCO DE MÁLAGA INTENTA UN MORABITO ASESINAR Á LOS REYES CATÓLICOS QUE LA SITIABAN.

(*Anónimo.*)

Málaga está muy estrecha
En gran quebranto y fatiga,
Por todas partes cercada,
Muy gran hambre padecia.
No quiere ningun partido
El Cegri que la tenia,
Y lo mismo los Gomeres,
Moros que la defendian.
Visto por el Alfaquí,
Que el Albariz se decia,
Junto con Alí-ben-amar
Y el Dordux en compañía,
Como su necesidad
Era mayor cada dia,
Y que no tenian remedio
Ni socorro no atendian,
Convocaron la ciudad,
Y con gran gente que habia
Hablaron así al Cegrí,
Y el Alfaquí le decia :
— Ruégote, Hamet, Cegrí,
Yo y aquesta compañía
Que entregues esta ciudad,
Pues defensa no tenia.
Contempla cuántos guerreros
El cuchillo muerto habia;
No quieras que mate á esotros
La gran hambre que tenian.
Nuestras mujeres y hijos
Muy gran dolor nos ponian,
Porque nos demandan pan,
Y de hambre se morian;
Y tú mas daños nos haces
Que los cristianos hacian;
Que ellos nos matan á hierro,
Tú por mas áspera via.
Di, ¿son mas fuertes los muros
Que aquesta ciudad tenia,
Que son aquellos de Ronda,
Que ya entregado se habia?
¿Ni vosotros sois mas fuertes,
Ni teneis mas valentia
Que aquella gente de Loja
Que á aquestos Reyes se humilla?
Di, ¿qué esperanza te queda,
Pues tienes tal rebeldía?
Granada perdió su fuerza,
Su gente no es cual solia,
Los capitanes su orgullo,
Porque rey les fallecia.
Deja vanas esperanzas
Que poco al caso hacian. —
El Cegrí muy obstinado,
Con enojo respondia :
— Que por manera ninguna
La ciudad no entregaria,
Y que tuviesen por cierto
Que primero moriria. —
Los moros muy fatigados,
Unas cartas escribian
Al Rey por algun partido;
Sola libertad pedian :
Pero ya aqueste concierto

El Rey no les concedia,
Publicada ya la hambre
Que la ciudad padecia.
Un Abrahen Augeli,
El cual santo se decia,
Pensó de quitar el cerco
Que Málaga en sí tenia.
Juntó cuatrocientos moros,
Con esto que les decia.
Vánse á Málaga secretos,
Abscondiéndose de dia,
Y un dia muy de mañana,
Ya que casi amanecia,
Por la parte de la mar
El real acometian
Para entrar por las estancias
Que en aquella parte habia;
Y al fin, saltando por ellas,
Peleando á maravilla,
Entraron docientos de ellos
En la ciudad á porfía,
Y los demas fueron muertos
Por la gente que ocurria.
En aquesto el moro santo,
Por hacer lo que queria,
Salióse de la batalla
Y púsose de rodillas
Alzadas ambas las manos,
Como que oracion hacia,
Y d'esta suerte fué preso:
El cual á todos decia
Como era moro santo,
Y que muy cierto sabia
La toma de la ciudad
En qué tiempo se haria,
Y que aquesto á solo al Rey,
Y no á otro lo diria.
Mandólo traer el Rey
Para ver lo que decia;
Pero á su tienda llegados,
Hallaron que el Rey dormia,
Y llevàronlo á otra tienda,
En la cual residia
El nuevo marques de Moya
Y su mujer Bobadilla;
El ilustre portugues
Don Alvaro se decia.
Entrando en la tienda el moro,
Como á nadie conocia,
Don Alvaro pensó que era
El Rey, que verlo queria,
Y la Reina la Marquesa,
Que muy rica se vestia.
Sacó muy disimulado
Un terciado que traia,
Y á Don Alvaro le dió
Con él una gran herida
En medio de la cabeza,
Peligrosa á maravilla,
Y á la Marquesa tiró
Otras como mas podia;
Pero luego lo mataron
La gente que lo traia.

(Fuentes, *Libro de los cuarenta cantos*, etc.)

1078.

CIDIYAYA[1] ENTREGA Á BAZA Á LOS CRISTIANOS, DESPUES DE BIEN DEFENDIDA CONTRA ELLOS.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Confuso está y atajado
El rey Zagal de Granada
Por la pérdida de Loja,
Fuerza de tanta importancia.
Todo lo que finge, teme,
Y teme suerte contraria;
Que cuando aquesta comienza
Tarde ó nunca desagravia.
Salió cierta su sospecha,
Como quien mal aguardaba,
Que el Católico Fernando
Quiere poner cerco á Baza,
Ciudad cuya fortaleza
Todo el reino aseguraba.
Dióle mucho que pensar
Por ser llave de Granada;
Y tras largo vacilar,
Por resolucion declara,
Pues que todos contradicen
El dar al Rey la batalla,
Que se muestre su poder
En fortificar á Baza
De la gente mas experta,
Pertrechos y vituallas,
Como cosa en que consiste
La pérdida ó la ganancia.
Unos dicen que el Rey entre
Para mas asegurarla;
Otros que no, mas que llamen
Al infante Zideyaya,
Un nieto de Abenalmao
Alnayar, rey de Granada,
Que habitaba en Almería;
El cual luego parte á Baza
Con diez mil valientes moros,
Y d'ella se apoderaba
Por ruego del Rey su tio,
Y casado con su hermana;
Donde con loables hechos
Hizo perpetua su fama.
Cercó el rey Fernando luego
La ciudad fortificada,
Con asedio mas estrecho
Que Escipion puso á Numancia.
Duró al pié de siete meses
Con refriegas porfiadas,
De ambas partes tan sangrientas,
Que bien claro se mostraba
Ser el cercado español,
Y español el que cercaba.
Y en este estado las cosas,
Fué la Reina al real de Baza
Con socorro, á cuya vista
De ambas partes mueven habla,
Y á tratar comienzan medios
Donde ninguno se hallaba.
Mas el valeroso Infante
Que la gente acaudillaba,
Respondió que no haria
Cosa sin comunicarla
Con su tio, el rey Zagal,
En cuyo nombre está Baza,
Y que al Católico Rey
De le servir da palabra,
Sin perjuicio de aquella
Que á su tio tiene dada,
A quien tanto mas obliga
Cuanto es la sangre mas clara,
Y con el Alcaide envia
A Guadix aquesta carta:

«No el apretado asedio peligroso,
»Ni la continuacion de asaltos duros,
»Ni el rigor del cristiano belicoso,
»A aportillar bastante nuestros muros,
»Ni el brazo de Fernando valeroso,
»Que trabaja de hacerlos mal seguros,
»Ni de Castilla todo el resto junto
»Hará que pierda de mi sér un punto.
»Podrá cortar el curso de mis años
»Y hacer en mí su golpe cuando quiera,
»Llevarme de un engaño en mil engaños,
»Esta suerte presente ó venidera;
»Mas no hacer estragos tan extraños
»En sangre de Abenhut, que la carrera
»Que no torcieron mis pasados tuerza,
»Pues dándole la vida, á mas no fuerza.
»Digo que esta ciudad está en estrecho;

»No para que se entregue te lo digo;
»Que de mi gente estoy tan satisfecho,
»Qué iguala d'ellos el menor conmigo,
»De que es bastante prueba la que ha hecho,
»Y el contrario ofendido buen testigo,
»A quien si el cielo da victoria honrosa,
»La llevará á lo ménos sanguinosa.»
Leyóla el Rey con suspiros
De lo profundo del alma,
Y visto para el socorro
Que las fuerzas le faltaban,
Despues de varios acuerdos,
Manda al Alcaide que parta,
Al Infante remitiendo
Que lo que convenga haga;
El cual luego la entregó
Con condicion que en sus casas
Vivan, y en su hacienda y ley,
Segun que de ántes estaban.
Hizo mucha cuenta el Rey
D'este caudillo de Baza,
Que por vasallo admitió
Con sueldo y grandes ventajas,
Ansi por su gran valor,
Cómo por su real prosapia,
A quien hizo capitan
De su gente y la cristiana,
Para proseguir el cerco
Y conquista de Granada.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

[1] Zidiyaya (Cidi-Yahye) era nieto de Alnayar, aquel descendiente de Abenut, vencedor en Murcia y Aragon de los Almohades. Abenayar ayudado de Juan II de Castilla conquistó el trono de Granada sobre el rey Izquierdo que lo ocupaba, pero este lo volvió á recuperar matando á su competidor, quien dejó por hijo á Abencelin, que reinó en Almería. De este era descendiente Zidiyaya, héroe de este romance, que despues de entregar á Baza tomó servicio con los Reyes Católicos, se bautizó, les ayudó en la guerra de Granada y dió orígen á la familia de los Granadas y Venegas, siendo padre ó abuelo del famoso Don Alonso, de cuyas hazañas se hicieron varios romances, que aquí se verán.

1079.

FERNANDO V LLEVA SUS CONQUISTAS HASTA LLEGAR Á LA VISTA DE GRANADA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Yendo el Católico Rey
Continuando la conquista,
Tomó á Málaga y á Velez,
Y á Guadix con Almería,
Sin otros muchos lugares,
Con no pequeñas fatigas,
Adonde Martin Galindo
Hizo cosas peregrinas,
De que la parlera fama
Las celebre siempre dignas,
Sin consentir las acabe
El tiempo, olvido, ni envidia,
De los valerosos hechos
Perseguidora polilla.
No contento con aquesto,
El Rey dió á Granada vista,
A quien puso estrecho cerco
Con mil refriegas reñidas;
Que no al que un hecho no acaba
Se debe gloria cumplida.
Llevó ejército copioso
De gente experta y lucida,
Que con mucha diligencia
Hizo juntar en Sevilla,
Con aparatos costosos
Y copia de artillería.
Conociendo de fortuna
La serena faz amiga,
Sigue la ocasion felice,
A su crin la mano asida,
Antes que el celebro vuelva
Y se la deje vacía,
De quien solo el ignorante
Forma quejas no entendidas,
Lo que por necio perdió
Atribuyendo á desdicha.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1080.

LLEGAN NUEVAS Á GRANADA DE QUE EL EJÉRCITO CRISTIANO SE APROXIMA PARA SITIARLA.

(*Anónimo.*)

Mensajeros han entrado
Al rey Chico de Granada;
Entran por la puerta Elvira,
Y paran en el Alhambra.
Ese que primero llega
Mahomad Cegrí se llama;
Herido viene en el brazo
De una muy mala lanzada;
Y así como ante él llegó,
D'esta manera le habla,
Con el rostro demudado,
De color muy fria y blanca:
— Nuevas te traigo, señor,
Y una muy mala embajada:
Por ese fresco Genil
Mucha gente viene armada,
Sus banderas traen tendidas,
Puestos á son de batalla,
Un estandarte dorado,
En el cual viene bordada
Una muy hermosa cruz,
Que mas relumbra que plata,
Y un Cristo crucificado
Traia por cada banda.
General de aquella gente
El rey Fernando se llama:
Todos hacen juramento
En la imágen figurada,
De no salir de la vega
Hasta ganar á Granada;
Y con esta gente viene
Una reina muy preciada,
Llamada Doña Isabel,
De grande nobleza y fama.
Veisme aquí, que herido vengo
Agora de una batalla
Que entre cristianos y moros
En la vega fué trabada:
Treinta Cegríes quedan muertos,
Pasados por el espada
De cristianos Bencerrajes
Con braveza no pensada,
Con otros acompañados
De la cristiana mesnada.
Hicieron aqueste estrago
En la vega de Granada:
Perdóname por Dios, Rey,
Que no puedo hablar palabra,
Que me siento desmayado
De la sangre que me falta. —
Estas palabras diciendo,
El Cegrí allí se desmaya:
D'esto quedó triste el Rey,
Y no pudo hablar palabra.
Quitaron de allí al Cegrí,
Y lleváronle á su casa.

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.)

1081.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Al rey Chico de Granada
Mensajeros le han entrado;
Entran por la puerta Elvira,
Y en el Alhambra han parado.
Ese que primero llega
Es ese Cegrí nombrado,
Con una marlota negra,
Señal de luto mostrando.
Las rodillas por el suelo,
D'esta manera ha hablado:
— Nuevas te traigo, señor,
De dolor en sumo grado:
Por este fresco Genil
Un campo viene marchando,
Todo de lucida gente;
Las armas van relumbrando
Las banderas traen tendidas,
Y un estandarte dorado.
El general d'esta gente
Es el invicto Fernando:
En el estandarte trae
Un Cristo crucificado.
Todos hacen juramento
Morir por el Figurado,
Y no salir de la vega,
Ni atras volver un paso
Hasta ganar á Granada
Y tenerla á su mandado.
Y tambien viene la Reina,
Mujer del rey Don Fernando,
La cual tiene tanto esfuerzo,
Que anima á cualquier soldado.
Yo vengo herido, buen Rey,
Un brazo traigo pasado,
Y un escuadron de tus moros
Ha sido desbaratado;
Todo el campo de Alhendin
Queda roto y saqueado. —
Estas palabras diciendo,
Cayó el Cegrí desmayado:
Mucho lo sintió el rey moro;
Del gran dolor ha llorado.
Quitaron de allí al Cegrí,
Y á su casa lo llevaron.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.)

1082.

ENTRADA TRIUNFAL DE LOS REYES EN GRANADA. — EL REY CHICO SALE HUMILLADO Y VENCIDO DE LA CIUDAD, LAMENTANDO SU DESGRACIA: LA REINA SU ESPOSA QUISIERA MATARLE PARA QUE NO VIVIESE CON AFRENTA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En la ciudad de Granada
Grandes alaridos dan;
Unos llaman á Mahoma,
Otros á la Trinidad:
Por un cabo entraban cruces,
De otro sale el Alcoran;
Donde ántes oian cuernos,
Campanas oyen sonar.
El *Te Deum laudamus* se oye
En lugar del Alha-alba.
No se ven por altas torres
Ya las lunas levantar;
Mas las armas de Castilla
Y de Aragon ven campear.
Entra un rey ledo en Granada,
El otro llorando va;
Mesando su barba blanca,
Grandes alaridos da.
— ¡Oh mi ciudad de Granada,
Sola en el mundo, sin par,
Donde toda la morisma
Se solia contigo honrar!
Bien há setecientos años
Que tienes cetro real
De mi famoso linaje,
Qu'en mí se vino acabar.
Madre fuiste venturosa
De gente muy singular,
De valientes caballeros,
Amigos de pelear,
Enemigos de Castilla,
Daño de la Cristiandad,
Madre de gentiles damas
De gran valor y beldad,
Amigas de caballeros
En armas dignos de honrar,
Por quien los galanes de África
Se venian á señalar;
Por quien se vencian batallas
Por ellas las desear,
Y se honraban los galanes
Por sus señales llevar.
En ti se acabó Mahoma,
Mas que dios de allen d'el mar;
En ti estaba la milicia,
La gentileza y bondad;
De soberbios edificios
Solias mucho ilustrar.
A jardines, huertas, campos
De la tu vega real
Secas las veo sus flores,
Arboles altos no hay.
Rey que tal corona pierde
No se tiene de acatar,
Ni cabalgar en caballo,
Ni hablar en pelear;
Mas do no le vean las gentes
Su vida en llanto acabar.
Con esto el rey de Granada
En una fusta se va
La via de Berbería [1]
Y estrecho de Gibraltar,
Do á la Reina su mujer
Halló con tan gran pesar,
Qu'en velle se ha levantado,
Y con él se fué abrazar,
Diciendo á muy grandes gritos
Que el cielo hacia temblar:
— ¡Oh desventurado Rey,
Que hace tal poquedad,
Que á Granada dejar pueda
Y no se quiere ahorcar!
Por el bien que te deseo,
Yo, Rey, te quiero matar,
Que quien tal reino ha dejado,
Poco es la vida dejar. —
Y con sus airadas manos
Al Rey procuraba ahogar:
El Rey, de desesperado,
A ello le fué ayudar.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Contra la verdad se supone en este romance que, al salir el rey Chico de Granada, se embarcó para Berbería, cuando todo el mundo sabe que reinó algun tiempo en el pequeño estado que los Reyes Católicos le fundaron en las Alpujarras.

1083.

CUÉNTANSE DOS ACTOS DE HUMILDAD DEL REY CHICO CUANDO SALIÓ VENCIDO DE GRANADA, Y LA ÁSPERA RECONVENCION QUE SU MADRE LE HIZO INCREPÁNDOLE DE COBARDÍA

(*Anónimo.*)

Año de noventa y dos,
Por enero de este año,
En el Alhambra, en Granada,
Pendones han levantado,
D'ellos del rey de Castilla,

D'ellos son de Santiago.
De encima dan grandes voces
Que se oyen en el campo,
Las cuales dicen: —¡Granada,
Granada por Don Fernando!—
El rey moro congojoso
Desque la hubo entregado,
Dos autos de gran tristeza
Este dia hubo mostrado:
Uno, pasando el Genil
Cabalgando en su caballo,
Yendo á recibir al Rey
Para besarle la mano,
No permitió que los suyos,
De quien iba rodeado,
Le cubriesen los estribos,
Porque no fuesen mojados;
Porque d'esta cirimonia
Siempre el Rey habia usado.
Otro, despues de venido
Y en su posada apeado,
Subiendo por la escalera,
Las alpargas dejó abajo,
Y subiéndolas contino
El moro mas señalado,
No permitió que ninguno
D'ello tomase cuidado.
Partido á las Alpujarras,
Como estaba concertado,
Ya de Granada salido,
Pasando un cerro muy alto,
Mirando estaba á Granada
Muy agramente llorando,
Viendo como ya dejaba
La ciudad do habia reinado,
Sus riquezas y frescuras,
Publicando con gran llanto
Como ya no esperaba
Poder alcanzar su estado,
Ni ver aquella ciudad
Adonde se habia criado,
Y cómo de rey se veia
Muy pobre y desheredado.
Los caballeros del Rey
De quien iba acompañado,
Visto su gran sentimiento,
Todos estaban llorando,
Su pérdida y desventura
Cada cual d'ellos contando.
En estas contemplaciones
Habiendo mucho tardado,
La Reina, que iba delante,
Viéndolos estar parados,
Preguntada la ocasion,
Le fué dicho y declarado
El sentimiento que el Rey
Por Granada habia mostrado,
Que al despedirse de vella
Muy de recio habia llorado.
La Reina les respondia
Con aspecto muy airado:
—Justo es que como mujeres
Lloren y estén acuitados
Los que como caballeros
No defendieron su estado;
Que mas ganara en ser muerto
En Granada peleando,
Que no salir vivo d'ella,
Tan pobre y desheredado.

(FUENTES, *Libro de los cuarenta cantos*, etc.)

1084.

EXHORTACION AL REY CHICO, DESPUES QUE PERDIÓ Á GRANADA, PARA QUE SE HAGA CRISTIANO.

(*De Juan de la Encina.*)

¿Qué es de ti, desconsolado?
Qué es de ti, rey de Granada?
Qué es de tu tierra y tus moros?
¿Dónde tienes tu morada?
Reniega ya de Mahoma
Y de su seta malvada,
Que vivir en tal locura
Es una burla burlada.
Torna, tórnate, buen Rey,
A nuestra ley consagrada,
Porque si perdiste el reino
Tengas el alma cobrada.
¡De tales reyes vencido
Honra debe serte dada!
—¡Oh Granada noblecida
Por todo el mundo nombrada,
Hasta aquí fuiste cativa,
Y agora ya libertada!
Perdióte el rey Don Rodrigo
Por su dicha desdichada;
Ganóte el rey Don Fernando
Con ventura prosperada;
La reina Doña Isabel,
La mas temida y amada,
Ella con sus oraciones,
Y él con mucha gente armada.
Segun Dios hace sus hechos,
La defensa era excusada;
Que donde él pone su mano
Lo imposible nunca es nada.

(ENCINA, *Cancionero*.)

1085.

MUERTE DE SAAVEDRA EN LA BATALLA DE RIO-VERDE, EN LAS ALPUJARRAS.

(*Anónimo* [1].)

¡Rio-Verde, Rio-Verde!
¡Cuánto cuerpo en ti se baña
De cristianos y de moros
Muertos por la dura espada!
Y tus ondas cristalinas
De roja sangre se esmaltan,
Que entre moros y cristianos
Se trabó muy gran batalla.
Murieron duques y condes,
Grandes señores de salva,
Murió gente de valía
De la nobleza de España.
En ti murió Don Alonso,
Que de Aguilar se llamaba;
El valeroso Urdiales
Con Don Alonso acababa.
Por una ladera arriba
El buen Saavedra marcha:
Natural es de Sevilla,
De la gente mas granada;
Tras de él iba un renegado;
D'esta manera le habla:
—Date, date, Saavedra,
No huigas de la batalla:
Yo te conocí muy bien;
Gran tiempo estuve en tu casa,
Y en la ciudad de Sevilla
Bien te vide jugar cañas:
Conocí á tu padre y madre
Y á tu mujer Doña Clara.
Siete años fui tu cautivo;
Malamente me tratabas,
Y ahora lo serás mio,
Si Mahoma me ayudaba,
Y tambien te trataré
Como tú á mí me tratabas.—
Saavedra, que lo oyera,
Al moro volvió la cara.
Tiróle el moro una flecha,
Pero nunca le acertaba;
Mas hirióle Saavedra
De una muy cruel lanzada.
Muerto cayó el renegado,

Sin poder hablar palabra.
Saavedra fué cercado
De mucha mora canalla,
Y al cabo quedó allí muerto
De una muy mala lanzada.
Don Alonso en este tiempo
Bravamente peleaba;
El caballo le habian muerto,
Y le tiene por muralla;
Mas cargaron tantos moros,
Que mal le hieren y tratan;
De la sangre que perdia,
Don Alonso se desmaya:
Al fin, al fin, cayó muerto
Al pié de una peña alta.
Tambien el conde de Ureña,
Mal herido, se escapaba,
Por guiarle un adalid
Que sabe bien las entradas.
Muchos salen con el Conde,
Que le siguen las pisadas:
Muerto queda Don Alonso,
Y eterna fama ganada.

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

[1] El Saavedra ó Sayavedra, sevillano, de que habla este romance y los dos siguientes, no se halla mencionado en la historia; pero el hecho debe ser verdadero. Los tres romances han gozado de mucha popularidad, porque el éxito de la accion de guerra á que se refieren y la muerte de Sayavedra y de Don Alonso de Aguilar causaron tan grande alarma en el ejército cristiano, y tanta pena en el pais, como si se hubiese puesto otra vez en cuestion la total ruina del poder musulman en España. El tono lamentable de estas composiciones, acaso contemporáneas al hecho que refieren, es muy propio del asunto de ellas.

1086.

MUERTE DE DON ALONSO DE AGUILAR Y DE SAYAVEDRA.

(*Anónimo.*)

¡Rio-Verde, Rio-Verde!
Tinto vas en sangre viva,
Entre tí y Sierra Bermeja
Murió gran caballería.
Murieron duques y condes,
Señores de gran valía;
Allí murió Urdiales,
Hombre de valor y estima.
Huyendo va Saavedra
Por una ladera arriba;
Tras él iba un renegado,
Que muy bien le conocia.
Con algazara muy grande
D'esta manera decia:
—Date, date, Saavedra,
Que muy bien te conocia:
Bien te vide jugar cañas
En la plaza de Sevilla,
Y bien conocí á tus padres
Y á tu mujer Doña Elvira.
Siete años fuí tu cautivo,
Y me diste mala vida;
Ahora lo serás mio,
O me costará la mia.—
Saavedra, que lo oyera,
Como un leon revolvia;
Tiróle el moro un cuadrillo
Y por alto hizo la via.
Saavedra con su lanza
Duramente le heria:
Cayó muerto el renegado
De aquella grande herida.
Cercaron á Saavedra
Mas de mil moros que habia;
Hiciéronle mil pedazos
Con saña que dél tenian.
Don Alonso en este tiempo
Muy gran batalla hacia:
El caballo le habian muerto,
Por muralla le tenia,
Y arrimado á un gran peñon
Con valor se defendia.
Muchos moros tiene muertos;
Pero poco le valia,
Porque sobre él cargan muchos
Y le dan grandes heridas,
Tantas que cayó allí muerto
Entre la gente enemiga.
Tambien el conde de Ureña,
Mal herido en demasía,
Se sale de la batalla,
Llevado por una guia
Que sabia bien la senda,
Que de la sierra salia;
Muchos moros deja muertos,
Por su grande valentía.
Tambien algunos se escapan
Que al buen Conde le seguian:
Don Alonso quedó muerto,
Recobrando nueva vida
Con una fama inmortal
De su esfuerzo y valentía.

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

1087.

SAYAVEDRA, CAUTIVO DE LOS MOROS, MUERE POR NO RENEGAR LA FE DE CRISTO.

(*Anónimo* [1].)

¡Rio-Verde, Rio-Verde,
Mas negro vas que la tinta!
Entre tí y Sierra-Bermeja
Murió gran caballería.
Allí mataron á Ordiales,
Sayavedra huyendo iba;
Con el temor de los moros
En un jaral se metia.
Tres dias há, con sus noches,
Que bocado no comia;
Aquejábale la sed
Y la hambre que tenia.
Por buscar algun remedio
Al camino se salia:
Visto lo habian los moros
Que andan por la Serranía.
Los moros desque lo vieron,
Luego para él se venian.
Unos dicen: —¡Muera, muera!
Otros dicen: —¡Viva, viva!
Tómanle entre todos ellos;
Bien acompañado iba.
Allá vanle á presentar
Al rey de la morería:
Desqu'el rey moro le vido
Bien oiréis lo que decia:
—¿Quién es ese caballero
Que ha escapado con la vida?
—Es Sayavedra, señor,
Sayavedra el de Sevilla,
El que mataba tus moros
Y tu gente destruia,
El que hacia cabalgadas
Qu'encerraba en su manida.—
Allí hablara el rey moro,
Bien oiréis lo que decia:
—Dígasme tú, Sayavedra,
Sí Alá te guarde la vida,
Si en tu tierra me tuvieses,
¿Qué honra tú me harias?—
Allí habló Sayavedra,
D'esta suerte le decia:
—Yo te lo diré, señor,
Nada no te mentiria:
Si cristiano te tornases,
Grande honra te haria;

Y si así no lo hicieses,
Muy bien te castigaría:
La cabeza de los hombros
Luego te la cortaria.
—Calles, calles, Sayavedra,
Cese tu malenconía;
Tórnate moro si quieres,
Y verás qué te daría.
Darte he villas y castillos,
Y ropas de gran valía.—
Gran pesar há Sayavedra
D'esto que oir decía;
Con una voz rigorosa
D'esta suerte respondía:
—Muera, muera Sayavedra;
La fe no renegaría,[1]
Que mientra vida tuviere
La fe yo defendería.—
Allí hablara el rey moro,
Y d'esta suerte decía:
—Prendedlo, mis caballeros,
Y d'él me haced justicia.—
Echó mano á su espada,
De todos se defendía;
Mas como era uno solo,
Allí hizo fin su vida.

(*Cancionero de romances.*)

[1] En los romances anteriores muere Saavedra en la pelea; pero no como en este, despues de cautivo.

1088.

MUERTE DE DON ALONSO DE AGUILAR.

(*Anónimo*[1].)

Estando el rey Don Fernando
En conquista de Granada,
Donde están duques y condes
Y otros señores de salva,
Con valientes capitanes
De la nobleza de España,
Desque la hubo ganado,
A sus capitanes llama.
Cuando los tuviera juntos,
D'esta manera les habla:
—¿Cuál de vosotros, amigos,
Irá á la sierra mañana
A poner el mi pendon
Encima del Alpujarra?—
Mirábanse unos á otros,
Y ninguno el sí le daba,
Que la ida es peligrosa
Y dudosa la tornada,
Y con el temor que tienen,
A todos tiembla la barba,
Si no fuera á Don Alonso
Que de Aguilar se llamaba.
Levantóse en pié ante el Rey;
D'esta manera le habla:
—Aquesa empresa, señor[2],
Para mí estaba guardada,
Que mi señora la Reina
Ya me la tiene mandada.—
Alegróse mucho el Rey
Por la oferta que le daba.
Aun no era amanecido
Don Alonso ya cabalga
Con quinientos de á caballo,
Y mil infantes llevaba.
Comienza á subir la sierra
Que llamaban la Nevada.
Los moros, cuando lo vieron,
Ordenaron gran batalla,
Y entre ramblas y mil cuestas
Se pusieron en parada.
La batalla se comienza
Muy cruel y ensangrentada;
Porque los moros son muchos,
Tienen la cuesta ganada:
Aquí la caballería
No podia hacer nada,
Y así con grandes peñascos
Fué en un punto destrozada.
Los que escaparon de aquel
Vuelven huyendo á Granada.
Don Alfonso y sus infantes
Subieron á una llanada;
Aunque quedan muchos muertos
En una rambla y cañada,
Tantos cargan de los moros,
Que á los cristianos mataban.
Solo queda Don Alfonso,
Su campaña es acabada:
Pelea como un leon;
Pero poco aprovechaba,
Porque los moros son muchos
Y ningun vagar le daban.
En mil partes ya herido
No puede mover la espada;
De la sangre que ha perdido
Don Alonso se desmaya.
Al fin cayó muerto en tierra,
A Dios rindiendo su alma:
No se tiene por buen moro
El que no le da lanzada.
Leváronle á un lugar
Que es Ojicar la nombrada;
Allí le vienen á ver
Como cosa señalada.
Mírante moros y moras,
De su muerte se holgaban.
Llorábale una cautiva,
Una cautiva cristiana,
Que de chiquito en la cuna
A sus pechos le criara.
A las palabras que dice,
Cualquiera mora lloraba:
—Don Alonso, Don Alonso,
Dios perdone la tu alma,
Que te mataron los moros,
Los moros de la Alpujarra.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.)

[1] Así este como los tres romances que preceden, se refieren á hechos acaecidos en la primera rebelion de los moros alpujarreños, posterior algunos años á la conquista de Granada. La cordura y sabiduría con que los Reyes Católicos, fiados en el arzobispo de Granada, Talavera, virtuoso, dulce y cristiano varon, trataron á los moros, segun lo capitulado con ellos, los iba convirtiendo evangélicamente, y los mantuvo en paz y sumision y aun en contento hasta el año de 1499 en que el ardiente celo y áspero fanatismo del cardenal Cisneros prevaleció en el ánimo de los Reyes, y los arrastró contra todo lo capitulado á perseguir á los moros, á obligarlos por fuerza y por engaño á convertirse, y en fin á ponerlos en la necesidad de sublevarse, como lo verificaron. Provocada así una guerra atroz é inmoral, si no innecesaria y del todo impolítica, volvieron los campos de las Alpujarras y de Sierra-Bermeja á enrojecerse de sangre mora y cristiana, y á reproducirse el sistema de crueldad y carnicería, con mas exceso y ménos justicia que en los tiempos anteriores. Don Alfonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, quien segun el romance pinta, pero no la historia, se empeñó en un hecho caballeresco, murió en una de las últimas escaramuzas de la dicha guerra, despues de ver espirar á su hijo primogénito Don Pedro, que tambien pereció allí, ántes que consentir apartarse de la batalla.

El valiente caballero Don Alonso, herido y cansado de combatir, tuvo todavía que hacerlo, y lo hizo como un leon, contra el fuerte y valeroso moro el Feri de Ben Estepar, el cual despues de una terrible y larga lucha remató á su noble adversario ya casi agonizante. El conde de Ureña, cuerdo capitan, aunque mal herido, y con su hijo muerto, trató de salvar á Don Alonso; pero viéndolo imposible, dejó al fin el campo: lo que dió márgen á que algunos envidiosos le increpasen, como expresan dos versos de un romance, que dicen:

Decid, buen conde de Ureña,
¿Dónde Don Alonso queda?

y en verdad que el Conde no dió motivo para que se le preguntase por su amigo en el mismo tono que Dios lo hizo á Caín por Abel su hermano.

[2] Acaso este verso y el que le sigue pudieron venir á la me-

moria de Cervántes, cuando al suspender la pluma con que escribió su inmortal Quijote, dijo:

Tate, tate, folloncicos;
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen Rey,
Para mí estaba guardada.

ROMANCES DE HECHOS INDIVIDUALES, AMORES Y SINGULARES BATALLAS ENTRE LOS MOROS GRANADINOS Y LOS CABALLEROS CRISTIANOS ESPAÑOLES, DESDE LA EPOCA DEL REY DON JUAN II, AL FIN DE LA DE LOS REYES CATOLICOS [1].

ROMANCES QUE TRATAN DE LOS AMORES DEL MORO ABINDARRAEZ CON LA HERMOSA JARIFA [2], Y DEL NOBLE PROCEDER QUE USÓ CON ELLOS DON RODRIGO DE NARVAEZ.

1089.

DE CÓMO SABIENDO ABINDARRAEZ Y JARIFA QUE NO ERAN HERMANOS, SE DECLARARON AMANTES.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Crióse el Abindarraez
En Cártama, esa Alcaidía,
Hasta que fué de quince años,
Con la hermosa Jarifa.
Padre llamaba al Alcaide,
Que él en guarda lo tenia,
Y Jarifa como hermana
Le regalaba y servia,
Y solos por los jardines
Se andaban de noche y dia,
Cogiendo de entre las flores
La que mejor les placia.
Si Abindarraez cantaba,
Jarifa le respondia;
Y si acaso estaba triste,
Jarifa se entristecia.
Estando una madrugada,
Ya que la aurora salia,
Sentados junto una fuente
Que el agua dulce corria,
Jarifa de Abindarraez
Muchas veces se retira,
Y aunque alegre rostro muestra,
No burla como solia,
Antes de muy congojada,
En mirándole sospira.
El valiente Abindarraez
Mucha tristeza sentia,
Y con la voz amorosa
La pregunta, ¿qué tenia?
Jarifa, como discreta,
Sospirando respondia:
—¡Ay, Abindarraez querido!
¡Ay alma del alma mia!
¡Cómo se nos va apartando
El contento y alegría!
Que á mi padre anoche oí,
Fingiendo yo estar dormida,
Que hermandad ni parentesco
Entre nosotros no habia,
Y que de aquesta frontera
El Rey alcaide os hacia,
Y que mi padre en Coin
Quiere el Rey que asista y viva.
Y pues oí el desengaño
En que engañada vivia,
Siendo mi gloria tan breve,
¿Cómo podré tener vida?—
Estando los dos amantes
En su triste despedida,
Llega á Abindarraez un paje
A pedille las albricias.

[1] Tan semejantes son estos romances á los moriscos novelescos y á los de Caballería, que en cualquiera de los de estas clases pudieran formar una seccion; pero como pasan por históricos, entre ellos los hemos colocado. Sus asuntos se refieren á las últimas guerras de Granada, y su composicion parece que pertenece próximamente á la segunda mitad del siglo XVI. Los últimos alientos del espíritu caballeresco castellano resuenan en ellos con extraordinario brillo; pero ¡ah! sin aquella enerjía ruda y áspera, mas grande y noble, que inspiraba á los cantores de Fernan Gonzalez, del Cid y de los reyes batalladores, el amor pátrio, y si se quiere el fanatismo religioso. La estéril gloria del valor personal, y de agradar á las damas, ó de ganar el favor cortesano, preponderaba y descollaba sobre otras miras mas nobles y sublimes. La aristocracia y el pueblo habian abdicado su poder político, y se sometieron sin restriccion al poder absoluto de los monarcas, haciéndose instrumentos de él. Por eso los romances de Pulgar y de Garcilaso de la Vega representan caractéres y pensamientos tan diferentes y diversos de los viejos que son ó proceden de los primitivos.

[2] Para distinguir este Abindarraez de aquel cuya historia hemos colocado en los romances moriscos fabulosos, se le llama el Mozo, ó el Sobrino. Este epíteto es tanto mas necesario cuanto sin él podrian confundirse los dos homónimos, no solo por el nombre suyo, sino tambien por el de las damas á quienes servian, puesto que ambas se llamaban Jarifas. Los hechos que se refieren en el romance, y sobre todo la noble generosidad de Rodrigo de Narvaez, y la fidelidad del moro Abindarraez, han sido siempre tan célebres y populares, que dieron asunto á los poetas y novelistas para muchas composiciones. Entre ellas se distingue la novela intitulada *El Abencerraje*, que Antonio de Villegas insertó en su Inventario, edicion de 1565, folio CX, y que se formó sobre otra mas antigua. Tambien Jorge Montemayor, en su *Diana* intercaló un poemita al mismo asunto, y en fin otros varios mas ó ménos célebres poetas escribieron sobre él romances y canciones populares.

1090.

DE CÓMO YENDO ABINDARRAEZ Á GOZAR DE JARIFA FUÉ CAUTIVADO POR NARVAEZ.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Por una verde espesura
Que junto á Cártama habia,
Caminaba Abindarraez
Por una fragosa via
En un caballo castaño
Muy preciado que tenia.
Dorado lleva el jaez,
De escarlata la mochila,
Las estriberas de plata,
Espuelas de oro traia,
Y el lazo del borceguí
Un corazon parecía:
Dos saetas le atraviesan,
Y dos manos le rompian.
Lleva marlota azul clara,
Labrada de plata fina;
El capellar era verde,
Cubierto de pedrería,
Y una toca aceitunada,
Que siete vueltas tenia,
Con rapacejos de oro,
Que se los puso Jarifa;
Y aunque el moro iba gallardo,
Por de dentro armado iba
Con casco de fino acero
Y una cota jacerina;
Adarga de ante embrazada,
La lanza larga y tendida,
El puñal con cabos de oro,
Y al lado una damasquina.
Iba el moro tan gallardo
Por el bien que le venia,
Y por pasar su camino
Cantaba en algarabía;
Mas su suerte de envidiosa
D'este placer le desvia,
Porque el alcaide de Alora [1],
Con nueve en su compañía,
Concertaron que una noche
Que clara luna hacia,
Fuesen á correr la tierra
Y á ver lo que en ella habia;

Y llegados á un camino
Que en dos partes se partia,
Los cinco iban por el uno,
Narvaez por el otro iba;
Y ántes que se despidiesen,
Este concierto hacian:
Que en viéndose en apretura,
Tocasen una bocina;
Y aun no eran bien apartados,
Hélo el moro do venia.
Todos cinco lo acometen
Con ánimo y osadía;
Mas el moro enamorado
Tiene tanta valentía,
Que escaramuza con todos,
Y tres en tierra tendia.
Los dos viéndose en aprieto,
Han tocado la bocina;
Oidolo habie Narvaez,
Y de presto allí venia:
Manda que se aparten todos,
Que él solo combatiria [2].
Júntanse los dos guerreros:
¡Oh qué batalla se hacia!
Que si Rodrigo es valiente,
El moro igual se sentia;
Mas Rodrigo de Narvaez
Al moro dió una herida.
Dícele: — Ríndete, moro,
Si quieres quedar con vida —
Responde el moro á Narvaez,
Aunque con voz dolorida:
—Mal podrá ser tu cautivo
El que ya lo es de Jarifa.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

[1] Entónces era alcalde de Antequera, y no de Alora, el ilustre caballero Don Rodrigo de Narvaez.

[2] Este arrojo y noble valentía no la han desmentido, que sepamos, los descendientes del alcaide de Alora. Entre ellos brilla el que señalando su pecho á las balas decia á sus contrarios que por detras le acometian: Aquí, aquí hieren los valientes á los valientes que no vuelven las espaldas. Así, cual tantas veces peleó en favor de la libertad y combatió al despotismo y á la anarquía, consiga ahora, como lo intenta, acabar con los gérmenes de discordia que existen entre partidos y hombres señalados, y dignos de unir sus esfuerzos en pro de la España y de sus glorias. Si tal consigue abriendo sus brazos y los de la patria á sus contrarios que combatió y venció sin humillarlos; si logra su noble intento de hermanar la libertad con el órden y la moralidad, y consolidarlos de modo que todas las opiniones sin riesgo puedan alternarse y corregirse unas á otras en la práctica del mando, habrá superado el mérito, el valor y el patriotismo del alcaide de Alora, su antepasado, y si no en un romance popular, sí en la historia llegará su nombre á la posteridad. Pero aunque no consiga su intento, aunque otro esté destinado á destruirlo renovando los males pasados, ó á realizarlo continuando sus instintos prudentes, nobles y generosos, no por eso perderá la gloria de haber sido el primero en intentarlo, logrando que hasta sus contrarios se lo celebren y ensalcen. Justo es pues que, los que sin ser sus favorecidos nos preciamos de españoles, por temor de que se nos tache de lisonjeros no dejemos de ensalzar al hombre cuya mayor recompensa será que se le presente á los tiempos futuros, tal como será juzgado en la historia cuando al borde de su sepulcro desaparezcan los odios provocados por rivalidades, y los defectos privados del individuo, pábulo ordinario de la maledicencia contemporánea. Entónces solo se juzgará el hombre público, y los nobles instintos que impulsaron sus acciones. (*Véase la nota del número* 1095.)

1091.

DE CÓMO ABINDARRAEZ REFIERE SUS AMORES Á NARVAEZ, Y ESTE LE PERMITE IR Á GOZARLOS.

(*De Lope de Vega.*)

Cautivo el Abindarraez
Del alcaide de Antequera,
Suspiraba en la prision.
¡Cuán dulcemente se queja!
Don Rodrigo le pregunta
La causa de su tristeza;
Porque el valor de los hombres
En las desdichas se muestra.
—¡Ay! dice el Abencerraje,
¡Valiente Narvaez, si fueran
Mis suspiros, mi prision,
Vuestra vitoria, mis quejas,
Agraviara mi fortuna,
Pues me dan ménos nobleza
Que ser vuestro esclavo, Alcaide,
Ser Bencerraje y Vanegas!
Hoy cumplo veinte y dos años;
Esos mismos há que reina
Una mora en mis sentidos
Por alma que los gobierna.
Nació conmigo Jarifa,
Bien debeis de conocerla,
Porque tienen igual fama
Vuestra espada y su belleza.
¡Mal dije veinte y dos años,
Pues cuando estaba en su idea,
A quererla, ántes de ser,
Me enseñó naturaleza!
Ni por estrellas la quise,
Que fuera del cielo ofensa,
Si para amar su hermosura
Fueran menester estrellas.
El criarnos como hermanos
Hizo imposible mi pena,
Desesperó mi esperanza,
Y entretuvo mi paciencia.
Declaróse nuestro engaño
En una pequeña ausencia;
Si bien la de sola un hora
Era en mis ojos eterna.
Por cartas nos concertamos
Que fuese esta noche á verla.
Salí galan para bodas,
Que no fuerte para guerras.
Cuando llegastes, Rodrigo,
Iba cantando una letra
Que compuse á mi ventura,
Que á mis desdichas pudiera.
Resistíme cuanto pude;
Mas no valen resistencias
Para contrariar fortunas:
Preso yo, Jarifa espera.
¡Qué bien dicen que hay peligro
Desde la mano á la lengua!
¡Pensé dormir en sus brazos,
Y estoy preso en Antequera!—
Oyendo el piadoso Alcaide
Su historia amorosa y tierna,
Para volver á Jarifa
Liberal le dió licencia.
Llegó el moro, y el suceso
Despues del alba le cuenta;
Que no son historias largas
Antes de los brazos buenas.

(Vega Carpio, *La Dorotea.*)

1092.

DOLIDO NARVAEZ DEL AMOR DE ABINDARRAEZ, LE PERMITE IR Á GOZAR DE JARIFA, Á CARGO DE TORNAR DENTRO DE TRES DIAS.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Al campo sale Narvaez,
Vasallo del rey de España
Y alcaide de Antequera,
Con ilustre cabalgada,
Todos á punto de guerra,
De gran nombradía y fama.
Salen por topar los moros,
Haciendo alguna emboscada.
La media noche seria,
La tierra en silencio estaba;
Narvaez sube á un otero,
De allí la luna miraba.
Tan claro estaba y serena,

Que de vella se admiraba;
La noche parece dia,
Segun el cielo mostraba.
El camino por do iban
En dos caminos se aparta:.
Por el uno el gran guerrero
Con los cuatro solo marcha;
Los cinco van por el otro,
Mas con señal concertada
Que en viéndose en apretura
Una corneta se taña.
Por medio de una arboleda,
Que el aire la meneaba,
Una voz oyen de un moro
Que echa sospiros del alma
Tan fervorosos y ardientes,
Que el campo atemorizaba.
Encima de un gran caballo
Trae embrazada la adarga,
Dos limpios y agudos hierros
Puestos en la gruesa lanza;
Marlota de seda verde
A la morisca broslada;
Una gran toca revuelta
Con rapacejos de plata;
Valiente alfanje ceñido
Con tanta borla encarnada;
Borceguí con lazo de oro
Y rica espuela dorada.
Bien muestra en su gala el moro
Que amor le señoreaba:
Esta es la cancion que dice,
Aunque en arábigo canta:
—En Cártama fui criado,
Pero nacido en Granada,
Y por la ventura mia
En Coin tengo mi alma.—
Los caballeros de verle
Muy gran contento tomaban,
No por la cancion suave,
Aunque á enamorar bastaba;
Mas por solo el interese
De tan rica cabalgada.
Todos cinco le acometen
Para que no se les vaya:
Ya le contaban por preso,
¡Mas ay, y cómo se engañan!
Porque el moro es tan valiente
Cuanto amador se mostraba,
Y viéndose de tal suerte,
Al punto el cantar dejaba.
Llegó la adarga á los pechos,
Empieza á jugar la lanza,
Y presto les da á entender
Cuánto es el valor que alcanza,
Porque en solo aquel camino
Le va la vida y el alma.
Entra y sálese de entre ellos
Con sobrado esfuerzo y maña;
Ellos procuran prenderle;
¡Ay cuán caro les costaba!
A los tres tendió en el suelo,
A los dos muy mal maltrata.
El uno, viéndose tales,
La corneta que sonaba.
Oidola habie Rodrigo,
Tomólo por nueva mala.
Llegó con los cuatro suyos
Do está la lid comenzada,
Y viera la escaramuza
Casi del todo acabada,
Porque los cinco murieran,
Si él tan presto no llegara.
Manda que se aparten todos
Que él solo quiere acaballa,
Y aunque está cansado el moro
Muy grande esfuerzo mostraba.
Luego los dos se acometen;
¡Oh qué hermosa batalla!
Que si Rodrigo es valiente,
Al moro ¿qué le faltaba?
Mas Rodrigo acertó al moro
En el muslo una lanzada,
Y por ser sobre cansado
El moro muy mal la pasa.
Llegan á asirse á los brazos,
El moro en tierra se halla:
—No me rendiré, le dice,
Sino á la que rendí el alma.—
Narvaez tan firme al verle,
A levantar le ayudaba:
Cabalgan y dan la vuelta;
Por su preso le llevaba.
Rodrigo pregunta al moro
Quién es ó lo que demanda.
—Dime, replica, tu nombre,
Despues haré lo que mandas.
—Soy Rodrigo de Narvaez,
Vasallo del rey de España.—
El moro con rostro alegre
D'esta manera le habla:
—Tu gran valor, caballero,
Me quita de ti la saña,
Pues tu valiente persona
Es de todos estimada,
Y aquel que de ti es vencido,
Muy mayor victoria gana.
Yo me llamo Abindarraez,
Y mi padre así se llama;
Soy de los Abencerrajes,
Que eran la flor de Granada,
Y por su ventura triste
Fué la mia desdichada.—
Luego le contó la historia
Y los amores que trata,
Diciéndole cómo iba
Al llamado de su dama,
Con que su penada vida
Habie de ser remediada,
Y que su corta ventura
De tal suerte lo estorbaba.
Don Rodrigo, como es noble,
Tenido le ha grande lástima,
Y dícele: — Caballero,
Si me das tu fe y palabra
De volverte á mi prision
Fenecida esta jornada,
Yo te porné en libertad,
Y sigue en paz tu demanda.—
Viendo el moro tal grandeza,
Manos y piés le besaba,
Y por Alá le promete
De volver preso á su casa;
Y tomada la licencia,
Solo el moro se tornaba,
Do prosiguió sus amores
Todo como él deseaba,
Hasta volver en prision
Como prometió y jurara.
Prometió de venir solo,
Consigo trujo á su dama.
Rodrigo lo estima en mucho,
Al punto lo libertaba,
Con que quedó entre los dos
Grande amistad confirmada.

(Rodriguez, *Romancero historiado*, etc.)

1093.

DE CÓMO DESPUES DE GOZAR Á JARIFA, EN CUMPLIMIENTO DE SU PALABRA TORNA ABINDARRAEZ CON SU ESPOSA Á PODER DE NARVAEZ, QUE SIN RESCATE LES DA LIBERTAD.

(*Anónimo.*)

Ya llegaba Abindarraez
A vista de la muralla
Donde la bella Jarifa

Retirada le esperaba,
Sin un punto de sosiego,
Diciendo: —¿Cómo se tarda
Mi contento, que no viene?
¿Si le goza allá otra dama?
¡Mas, ay triste, que no temo
Que olvido sea la causa!
Temo, cuitada, el peligro,
Que viniendo de Cartama
Se le ofrezca algo en Alora
Con los cristianos de guarda,
Que corren de noche el campo
Todos juntos en escuadra,
Donde ni le basten fuerzas,
Ni jugar lanza y adarga.
Mas si esto le sucediese,
¿Para qué quiero yo el alma?
¡Imposible es que yo viva,
Ni podrá vivir quien ama,
Viendo á su querido muerto,
Por su causa, en la batalla!—
Con estas y otras congojas
De llorar no descansaba,
Y otras veces de tristeza
En su estrado se arrojaba;
Y otras veces se ponia
De pechos en la ventana,
Y entre una y otra almena
El campo en torno miraba.
No le da miedo estar sola,
Ni las sombras la espantaban,
Ni los nocturnos bramidos
Que suenan en las montañas;
Que lo mas priva lo ménos,
Y de lo mas recelaba.
Por su amado gime y llora;
De sí no se le da nada,
Y dando en esto un suspiro
Quitóse de la ventana.
Entra luego su leal dueña,
Que alegre y regocijada
Le dice que Abindarraez,
Con el cuento de la lanza,
Dió tres golpes á la puerta,
Que es la seña concertada;
Que en ella arrendó el caballo,
Y ya sube por la escala.
¡Oh, cuán gallardo y dispuesto!
¡Cuán rico y lleno de galas!
Cuando ya el valiente moro
Estaba dentro en la sala,
Aljuba rica vestida
Con alamares de plata,
Altas plumas en la toca
Prendidas con la medalla;
El pomo del rico alfanje
Es un águila dorada,
Cuyo puño está entallado
En riquísima esmeralda.
De aquesta suerte entra el moro
Sin poder hablar palabra,
Que el contento que da amor
No es contento, si se habla,
Hasta que ya poco á poco
Va cobrando fuerza el alma;
Con la cual satisfacion
Los dos amantes se abrazan,
Y aquella noche celebran
La boda tan deseada.
Tambien se partieron juntos
Para Alora, en la montaña,
Con un tan rico presente
Cual de los dos se esperaba.
El Alcaide los recibe,
Y sin precio los rescata,
Usando de su largueza
Y virtud acostumbrada,
Teniendo por justo precio
El cumplirle la palabra,
Tan cumplidamente el moro,
Pues iba con él su dama.

(*Flor de nuevos y varios romances*, 3.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1094.

DONDE SE CONTIENE TODA LA HISTORIA DE ABINDARRAEZ, JARIFA Y RODRIGO DE NARVAEZ [1].

(*De Juan de Timoneda* [2].)

Por el ausencia de Febo
La tierra se entristecia,
Y la hermana casta y bella
Mostrar su rostro queria,
Cuando la encubierta noche
Mayor silencio tenía,
Se salen juntos de Alora
Ilustre caballería.
Diez solos son los guerreros,
Y el capitan que regía
Es Rodrigo de Narvaez,
Que espanto á Marte ponia,
Que de Alora y Antequera
Es alcaide de valía,
Que el infante Don Fernando
Le diera aquella alcaldía,
Pues por su esfuerzo sobrado
Muy bien la mereceria,
Porque él ayudó á ganarlas
Cuando á los moros vencia.
Para mejor defendella
En Alora residia
Con valientes hijosdalgo
Que le hacian compañía.
Con ellos estaba hablando,
Que grande amor les tenia:
—Paréceme, caballeros,
Pues que la noche venía
Tan serena, clara y bella
Como si fuese de dia,
Que nuestros vecinos sepan
Que los que guardan la villa
De Alora no están durmiendo,
Como alguno pensaria.—
Todos dicen á una voz
Con ánimo y osadía,
Que él hiciese y ordenase
Lo que á su honra cumplia,
Que todos estaban prestos
De seguir su compañía.
Luego el valeroso Alcaide,
Como acordado tenia,
Hizo armar los nueve d'ellos,
Que llevar mas no queria.
Ya salen los caballeros
Con esfuerzo y gallardía,
Por una escondida puerta
Que en la fortaleza habia.
Nueve son, diez con Narvaez,
No hay en ellos cobardía;
Cada cual para tres hombres,
Y aun para cuatro valia.
A poco trecho pararon,
Porque el campo dividian
Dos caminos, y el Alcaide
D'esta suerte les decia:
—Vamos cinco por aquí,
Cinco por esotra vía:
Si por ventura topamos
Contrarios en demasía,
Y vencerlos no podemos,
Lo que á mí me parecía,
Toquemos una corneta,
Y aquesto señal sería
Que se demanda socorro,
Y acuda quien mas podia.—
Aquesto así concertado,
El Alcaide se partia

Con los cuatro compañeros,
Y se fué por la una via;
Los otros cinco por otra,
Con ánimo y osadía,
Hablando en cosas de guerra
Lo que bien les parecia.
A poco trecho que fuéron,
El delantero decia:
—Tenéos atras, caballeros,
Escuchemos qué seria
El rumor que viene allí.—
Lo cual luego se hacia.
Métense en una arboleda
Muy espesa que allí habia.
Desde á poco tiempo vieron
Venir con gran lozanía
Un valiente y gentil moro,
De hermosa fisosomía,
En un caballo ruano
Poderoso á maravilla,
Amenazando los vientos
Con la furia que traia,
Y la silla con el freno
Eran de grande valía,
Con muchas borlas de grana,
Demostrando el alegría
Que llevaba el fuerte moro;
Y en lo demas que traia,
Las cabezadas de plata
Labradas como en Turquía;
Un caparazon bordado
De aljófar que relucia,
Y los estribos dorados,
Arzones de plata fina.
El moro venía vestido
Con extraña galanía,
Marlota de carmesí
Bordada de pedrería,
Un albornoz de damasco
Verde, con gran gallardía;
Una fuerte cimitarra
A su costado ceñida,
El puño de una esmeralda,
Pomo de piedra zafira,
La guarnicion era de oro,
La vaina de pedrería,
Una adarga entre sus pechos,
De fuerte piel granadina
A la morisca labrada,
Una luna por divisa.
El brazo lleva desnudo,
Que muy fuerte parecia;
Una lanza con dos hierros,
Que veinte palmos tenia.
Con aquel hercúleo brazo
Fuertemente la blandia;
Rica toca en la cabeza,
Que tunecí se decia;
Con las vueltas que la daba,
De armadura le servia,
Con rapacejos colgando
De oro de Alejandría.
Parecia el fuerte moro
Un Héctor en valentía:
Iba en todo tan gallardo
Y tan lleno de alegría,
Que con una voz graciosa
Aqueste cantar decia:
—En Granada fuí nacido
De una mora de valía,
Y en Cartama fuí criado
Por triste ventura mia;
Tengo dentro de Coin
La cosa que mas queria,
Que es mi bien y mi señora,
La muy hermosa Jarifa.
Ahora voy por su mandado
Do muy presto la veria,
Si le placiera á Mahoma,
Antes que amanezca el dia.—
Con tanta gracia cantaba,
Porque en todo la tenia,
Tanta, que á un corazon triste
Bastaba á dar alegría.
Los caballeros salieron,
Que elevados los tenia.
El moro cuando los vió
De presto se apercibia,
Y en un espacioso llano
Sin temor los atendia.
Estando el moro aguardando,
A él solo uno venía,
Y los cuatro se quedaron,
Usando de cortesía.
Escaramuzan los dos
Sin muestra de cobardía,
Dale el moro dos lanzadas,
Y al punto al suelo caia.
Los caballeros que vieron
Cómo el moro se regía,
Arremeten los dos d'ellos,
El moro los atendia.
Fuertemente le combaten,
Pero bien se defendia,
Porque trae mejor caballo,
Y entraba cuando queria,
Y con la misma destreza
A sus tiempos se salia.
Enojado andaba el moro,
Al uno d'ellos derriba;
Los otros dos, que miraban,
Sin usar mas cortesía,
Arremeten todos juntos;
Cada cual como podia
Ayuda á su compañero;
El moro con los tres lidia.
Aunque cualquier de los tres
Tanto como tres valia,
Y aunque los tres iban juntos,
El moro no los temia.
El un caballero d'ellos
Herido al moro tenia
De una lanzada en un muslo,
De que muy mal se sentia.
Con rabia de verse así,
Al que le hirió le decia:
—¡Espera, verás qué pago
Te dará esta lanza mia!—
Arremetió al caballero
Como fiera embravecida,
Y con sobrada presteza
Fuertemente le heria
De otra lanzada en los pechos,
El cual en tierra caia:
Con la furia que le dió
La lanza quebrado habia,
Y como quedó sin ella,
En gran peligro se via;
Porque los dos que quedaban
Eran de gran valentía.
Empero el moro brioso
De los dos se defendia.
El uno arremetió al moro
Aburrido de la vida;
El otro, con muy gran fuerza
El cuerno tocado habia,
Por dar señal á Narvaez
Del socorro que pedia.
El moro, que lo sintió,
Mirando que se perdia,
Usó de un ardid de guerra;
Hizo como quien huia.
Los caballeros le siguen
Pensando que se les iba.
Cuando se vido apartado
De los que él herido habia,
Arremetió á su caballo,
Con gran furia le corria,

Y en llegando á los caidos,
Del caballo se reclina,
Y con mucha lijereza
Tomó una lanza que via
Estar entre aquellos muertos
Y á la batalla volvia,
Y como un leon furioso
Al uno d'ellos derriba.
Ya tiene cuatro en el suelo,
El quinto se defendia.
En esto llegó Narvaez,
Que ya el ruido oido habia;
Mirándole está el Alcaide
Al moro y su valentia;
Miraba los caballeros
Que cerca de sí tenia
En el suelo derribados,
Y cómo se defendia.
En esto al moro valiente
D'esta suerte le decia:
—Vente á mí, moro valiente,
Y deja á mi compañía,
Que d'ella yo te aseguro
Sobre fe y palabra mia
Que si no fuere yo solo,
Ninguno te enojaria.—
De que aquesto oyera el moro
A Narvaez se volvia,
Y Narvaez para él,
Que verlos es maravilla.
¡Con qué destreza y primor
Cada cual arremetia!
El moro cansado andaba
Y el caballo que traia;
Mas Rodrigo de Narvaez,
Que de refresco venia,
Fatigaba tanto al moro,
Que valerse no podia.
El valiente moro, viendo
Que le va la honra y vida,
Arremete con gran furia,
Y una lanzada le tira
Al Alcaide, con tal fuerza,
Que pensó que acabaria
Con aquesto la batalla;
Mas no fué como queria,
Que la adarga le pasó
Y otro mal mas no le hacia.
El valeroso Narvaez
Para el moro arremetia:
Hirióle el brazo derecho,
Que desnudo le traia.
Luego se abrazó con él,
Y sacóle de la silla,
Y con la fuerza que pudo
En el suelo le derriba,
Diciendo:—Date á prision,
Si no quitarte he la vida.
—Quitármela, cierto, puedes,
El moro le respondia,
Mas yo no seré vencido,
Ni lo tal consentiria,
Pues que ya lo soy de aquella
Que primero me vencia.—
Narvaez no le entendió,
Por ser en algarabía,
Y usando de su virtud,
Al moro otorgó la vida.
Ayudóle á levantar
Y apretóle la herida
Que en el brazo le habia dado,
Y otra que el moro tenia.
El y toda su compaña
Para Alora se volvian.
Caminando todos juntos,
El moro entre sí gemia.
Don Rodrigo de Narvaez,
Que junto, cabe él venia,
Los ojos puestos en él,
Miraba su lozanía,
Su gentil disposicion,
Que por extremo tenia.
Consideraba lo hecho,
Su ánimo y osadía,
Su traje y su vestido,
Y lo demas que traia;
Y considerando aquesto,
Entre sí mismo decia:
—La tristeza d'este moro,
Segun mostró su osadía,
No la causa la prision
Ni las llagas que tenia.—
Determinó de le hablar,
D'esta suerte le decia:
—Caballero el mas valiente
Que jamas yo vi en mi vida,
¡Gran flaqueza me parece
La que en ti al presente via,
Que siendo tan valeroso,
Cuanto varon ser podia,
Demuestres tanta flaqueza,
Y tristeza y agonía,
Y hagas tanto sentimiento,
Que lástima me ponia!
Dar suspiros dolorosos,
De verdad, no parecia
De valiente caballero,
Ni tal creerse podia;
Y si os duele la prision,
Tambien pudiera ser mia.
Si es otro el dolor secreto,
Decídmelo, si os placia;
Bien podeis fiar de mí
Sobre fe y palabra mia.—
El moro alzó la cabeza,
Que al suelo mirando iba,
Y respondiendo á Narvaez,
D'este modo le argüia:
—¿Cómo os llaman, caballero?
Cierto saber lo queria,
Porque os doleis de mi mal
Y del dolor que sentia.
—Soy Rodrigo de Narvaez,
Para lo que te cumplia.—
Respondió el moro en oirlo
Con muy sobrada alegría:
—A Alá doy gracias porque
A vuestro poder venia.
Yo he oido vuestra fama,
Y virtud y valentía,
Y tengo d'ello experiencia
Hoy en este mismo dia;
Y porque creais, señor,
Que el dolor que yo sentia,
Los suspiros y tristeza
Y lo que mas padecia,
Ni las llagas ni prision
Causarme tal no podia,
Estadme atento y oiréis
La triste ventura mia.
Yo soy Abindarraez el Mozo,
Y así me llaman hoy dia,
A causa que un tio mio
El mismo nombre tenia.
Soy de los Abencerrajes,
Que en Granada haber solia,
Do resplandecian las armas,
El saber, la valentía,
La virtud y la prudencia,
El ánimo y la osadía.
Si mas te contase, Alcaide,
De dolor reventaria;
Basta que el Rey informado,
Con traicion y alevosía
Los mandó descabezar,
Doce que eran, en un dia,
Diciendo que todos ellos
Le querian quitar la vid^a^

Y entre sí partir el reino;
Y fué traicion y mentira.
Al fin, que murió sin culpa
La flor de caballería.
Él mandó que si en Granada
Un Abencerraje habia,
Saliese de la ciudad,
Sin detenerse ni un dia;
Y á todos sus descendientes
Puso pena de la vida,
Si en la ciudad se hallase
De aquella genealogía.
En fin, ya de Abencerrajes
En Granada no habia
Memoria, sino mi padre,
Que allí vivir consentia,
Porque sin culpa le halló,
Y el Rey así lo creia,
Con tal que si hubiese hijos,
A los varones, decia,
No se crien en Granada,
Ni asistiesen en su vida.
Cuando yo nací, cuitado,
Luego mi madre me envia
Para que fuese criado
En Cartama, aquesa villa.
Encargárame al Alcaide,
Que mi padre le tenia
Por grande amigo, y lo era,
Y en obras lo parecía.
Con una hija sola, suya,
Me criaba, y le servia:
Ella me llamaba hermano,
Y yo á ella hermana mía,
Y como amados hermanos
Pasábamos nuestra vida,
El amor entre los dos
Diferencia no ponia:
Como á hermano me amaba,
Como á hermana la queria.
Tanto creció en hermosura,
Que par con ella no habia.
Víla una vez en la fuente
Que en nuestro jardin corria,
Peinándose los cabellos
Como oro de Alejandría;
A la hermosa Salmacía
En belleza parecia.
Díjela:—¡Quién fuera tronco
Para estar junto á esta ninfa,
Sin quitarme jamas d'ella
Ni de noche ni de dia!—
Con su gracia y hermosura,
Corriendo á mí se venia,
Y abrazándome me dijo:
—¡Ay hermano de mi vida,
Decidme ¿de dó venís?
Que yo buscado os habia.
—Yo tambien á vos, hermana,
Que sin vos no hay alegría.
Pero vos ¿cómo sabeis
Que seais hermana mia?
—No mas que del grande amor
Que como hermano os tenia,
Y el ver tambien que mi padre
Como á sus hijos nos cria.—
Otras mil cosas pasamos
Que el amor nos insistia,
Y como el tiempo descubre
Las cosas, yo supe un dia
Cómo no era mi hermana,
Y holguéme con demasía.
En el tiempo que Cupido
Esas marañas urdia
Mandara el Rey al Alcaide,
Para mayor pena mia,
Que de Cartama pasase
A Coin, aquesa villa,
Y que me dejase á mí
En Cartama todavía,
Y que él se fuese á Coin,
Que era mejor alcaidía.
¡Oh valeroso Narvaez,
Y cómo te contaria
El dolor y la tristeza
Que mi ánima sentia
Cuando tales nuevas supe,
Y viendo lo que ella hacia!
Un dia que nos hablamos,
D'esta suerte me decia:
—Mi querido Abencerraje,
Sábete que en esta ida
Y en apartarme de tí
Se me aparta el alma mia
D'estas afligidas carnes,
Que sufrir no lo podia,
Que ya parece que estoy
En la última agonía:
Yo quiero, mi Abencerraje,
Ser tuya toda mi vida;
Tuya será mi hacienda,
Tuyo cuanto yo tenia,
Y tuya será mi honra,
Mi bien, mi sér y alegría.
Quiero que seas mi esposo,
Pues fortuna así lo guía.
Para confirmacion d'esto
En el punto, hora y dia
Que llegada sea á Coin,
Do ál presente me tenia,
Habiendo lugar y tiempo,
Por cualquier manera ó via
Te prometo de avisar,
Sobre fe y palabra mia,
Y vayas allí á hablarme,
Donde se concertaria
Nuestro negocio del todo,
Así como convenia.—
Luego la besé las manos
Por la merced que me hacia,
Y así se partió mi bien
Luego en el siguiente dia.
¡Lo que yo pasé en ausencia
Digo, el mal que yo sentia
Aquel poderoso Alá
Solamente lo sabia!
Hoy con una su criada,
De quien ella mucho fia,
Me ha enviado á llamar
Que esta noche sea mi ida.
De la manera que ves
A ver mi señora iba;
Empero quiso la suerte
Y triste ventura mia
Apartarme tanto bien,
Y contento y alegría.
Iba agora, el mas alegre
Abencerraje que habia,
De Cartama adonde vivo,
A Coin, aquesa villa,
A casar con mi señora
Y á gozar su lozanía,
Y ya me veo cautivo,
Mal herido, aunque con vida;
Que mas quisiera perder,
Que verme como me via.
Déjame agora, cristiano,
Lamentar la suerte mia
Con suspiros y con lloros,
Pues pierdo el bien que tenia.
No pienses que los suspiros
Los echo de cobardía,
Ni las heridas que tengo
Me dan pesar ni fatiga.—
En diciendo aquesto el moro,
Tan gran tristeza tenia,
Que abajada la cabeza
Lloraba cuanto podia.

Don Rodrigo de Narvaez
D'esta manera decia :
—Afligido Abencerraje,
Pues fortuna así lo guia,
Quiérote mostrar que puede
Mas tu virtud y valía
Que no tu adversa fortuna :
Por tanto ten alegría.
Si me prometes volver
Dentro del tercero dia
A mi poder y prision
En aquesta villa mia,
Yo te daré libertad
Para que sigas tu via.—
El Abindarraez, oyendo
Lo que Narvaez decia,
Quiso arrojarse á sus piés :
Narvaez no lo consentia;
Pero tomóle la mano,
Y otra vez le persuadia :
—Abindarraez, ¿prometes,
En fe de caballería,
De volver á mi prision,
Como dicho te tenia?
—Sí prometo, respondió
Aunque yo pierda la vida.
—Anda, y sigue tu ventura,
El Alcaide respondia,
Y mira, si es necesario,
Iré yo en tu compañía :
Si te falta alguna cosa,
Pide, pues te la daria.—
El moro con rostro alegre
Mucho se lo agradecia :
Cabalgó en otro caballo,
Porque el suyo herido iba,
Y apriesa se va á Coin,
Y Narvaez á su villa.
Caminando Abindarraez,
Con grandísima alegria,
A Coin, como está cerca,
Muy presto llegado habia,
Donde le estaba aguardando
Triste la hermosa Jarifa.
Empero, cuando la vido
Gran consuelo recibia :
Tomárale por la mano,
Requebrándole decia :
—¿En qué, di, te has detenido,
Mi señor y vida mia?
¡Cierto que tu negligencia
Gran recelo me ponia!
—Señora, respondió el moro,
Negligencia en mi no habia;
Mas suelen suceder cosas,
Que el hombre ver no querria.—
La plática resumieron;
Por la mano le ponia
En un muy rico aposento;
Junto á sí sentar le hacia
En una extremada cama
Que aderezada tenia,
Y con voz dulce y suave,
Dándole amor osadía,
Dijo :—Abindarraez, sepa
Que d'esta suerte cumplia
Aquesta cautiva tuya
La fe que dado te habia,
Y por hacerte señor
De mi y cuanto poseia,
Aquí te mandé venir
Y estar en mi compañía
Debajo nombre de esposo,
Y esto es lo que convenia
A tu estado y á mi honra,
Si lealtad en tí habia.—
El moro, casi de empacho
De ver que se descubria,
La fué á tomar en los brazos,
Y con mucha cortesía
Besaba sus blancas manos,
Por la merced que le hacia,
Y ser su esposo promete :
Su boca á la suya unia,
Y ella por consiguiente,
Al moro se sometia.
Suplicóle que cenase,
Que ella tambien cenaria.
Asentáronse los dos
En una pieza do habia
Viandas aparejadas
Y una moza que servia.
Ya despues de haber cenado,
Porque amor les convencia,
Incitó á que se acostasen,
Y allí, con mucha alegría,
Les enseñó á dar requiebros
Y á hacer lo que convenía.
Cansados, ella durmióse,
Y él pensando que tenia
De volver á ser cautivo,
De congoja no dormia
Revolviéndose en la cama,
Tanto, que ella lo sentia,
Por lo cual estuvo atenta,
Que nada se revolvia,
Para entender su querido
De qué quejaba ó gemia.
Al cabo de rato el moro,
Como el pesar le vencia,
Fué á echar un gran suspiro;
Ella, en ver que no podia
Sufrir tan notable afrenta
De su honra y lozanía,
Asentárase en la cama
Y con la voz que sentia
De no publicar tristeza,
Aunque el alma la afligia,
Díjole al moro :—¿Qué tienes,
O de qué se entristecia
Tu corazon, ó en qué cosa
Mi corazon te ofendia?
Pues si yo soy, cual tú dices,
Tu contento y alegría,
¿Por qué suspiras agora?
Y si no lo soy, querria
Saber ¿por qué me engañaste,
O qué fué tu fantasía?
Di si sirves á otra dama,
O quién es por cortesía,
Porque si es mas hermosa,
Yo tambien la serviria.—
El entónces de consuelo
Con un suspiro acudia,
Diciendo :—Luz de mis ojos,
Mi esperanza, amparo y guia,
Es mi pena y sentimiento
Que si de vos me partia
He de quedar prisionero
De un cristiano de valía,
Que se llama Don Rodrigo,
El que en Alora vivia.—
Luego entónces le contó
Lo que sucedido habia,
Y añadió mas :—Si suspiros
Salieron d'esta alma mia,
De lealtad eran sobrada,
No cierto de alevosía.—
Y acabando estas razones,
Doblado la entristecia.
Ella, por mas consolarle,
Como que se sonreia,
Y dijo :—No te congojes,
Abindarraez, por tu vida,
Que yo tomaré á mi cargo
De remediar tal fatiga,
Cuanto mas, que pues cautivo
Fuiste por mi en este dia,

Quiero tases tu rescate,
Que yo se lo enviaria
Á ese tan noble Alcaide,
Pues los tesoros tenia
De mi padre á mi mandado,
Y en el tuyo los pondria
Para que dispongas d'ellos
Á tu gusto y fantasía.—
El Abencerraje moro
Respondió :—Bien parecia
Que el amor que tú me tienes
Te da esfuerzo y osadía
Para haber de aconsejarme
Lo que á mí no me cumplia ;
Has de saber que tal yerro
Nunca lo cometería.
Yo me iré derecho á Alora,
Y en sus manos me pondria
Del Alcaide tan piadoso,
Cual ofrecido le habia.
Y tras hacer lo que debo,
Fortuna siga su via.
—¡ Ay! nunca consienta Dios,
Dijo la hermosa Jarifa,
Que yendo tú á ser cautivo
No vaya en tu compañía.—
Con este pacto y acuerdo,
Antes que fuese de dia
Ya parten los dos amantes
Al punto que amanecia.
Fuéron llegados á Alora,
Y Narvaez los recibia
Con un entrañable amor,
Que de virtud procedia.
El moro dijo al Alcaide :
—¿ Ves, Narvaez, si cumplia
La palabra que te he dado,
Que á tu mano volveria?
Un preso te prometí,
Y dos presos te traia,
Que el uno basta á prender
Cuantos cristianos habia;
Que si yo viniera solo,
Cuerpo sin alma vendria.
Agora haz de los dos
Lo que te pareceria.
Esta que conmigo traigo
Es mi señora Jarifa :
Yo fio de tí mi honra,
Que bien guardada tendria.—
Narvaez holgó en extremo
De lo que el moro decia :
Fuéron luego aposentados
Como á los dos convenia,
Curando al Abencerraje
Las dos heridas que habia
Recibido en la batalla,
Que enconadas las tenia.
Don Rodrigo de Narvaez,
Que en virtudes florecia,
Escribió al rey de Granada
Lo que sucedido habia
Con el moro Abencerraje,
Y de cómo lo tenia
En la su villa cautivo,
Casado á su fantasía
Con la hija del alcaide
De Coin, que allí asistia;
Que si su Alteza quisiese,
Todo se remediaria.
Que alcanzase allá perdon
De su parte, y que él daria
Por libre al Abencerraje.
Al Rey mucho le placia,
Por ser Don Rodrigo honrado
Lo que en su carta ofrecia :
Y así, vista la presente,
Esta provision hacia,
Que mandó á su padre d'ella
Luego se parta aquel dia,
Y los reciba en su gracia,
Que á su servicio cumplia,
Por contentar á Narvaez,
Que mucho lo merecia.
Sintiólo en el alma el padre ;
Mas viendo que no podia
Traspasar el mandamiento,
Húmilmente obedecia.
Para Alora se fué luego,
Como aquel que lo sabia,
A do fué bien recibido
Del Abencerraje y su hija,
Y le besaron las manos,
Y el padre les bendecia ;
Dándoles el parabien,
A su hija le decia :
—Vos escogistes marido,
El mejor que ser podia.—
Don Rodrigo de Narvaez
De contento no cabia :
Hizoles solemnes fiestas,
Banquetes de gran valía,
Y acabando de comer,
En un señalado dia,
Estando los tres presentes,
Narvaez les proponia :
—Perdonadme, mis señores,
Si no he hecho lo que debia
En serviros y agradaros,
Segun es vuestra valía.—
Respondió el padre por todos,
Por saber bien la aljemía :
—Antes tenemos acepta
La sobrada cortesía.—
Don Rodrigo de Narvaez
Al moro y dama decía
Se vayan cuando quisiesen,
Que en libertad los ponia.
Los dos le dieron las gracias,
Cada cual como sabía,
Y sin detenerse mas
Se parten luego aquel dia.
Narvaez los acompaña
Un gran trecho de la villa,
Y despidiéndose d'ellos,
Para Alora se volvia.
Caminan los desposados,
Que el pesar no le sentian.
Allegaron á Coin,
Do grandes fiestas hacian
Al padre d'ella en las bodas,
Cual su estado requeria.
Acabadas, tomó aparte
A los dos en compañía,
Y díjoles :—Hijos míos,
Pues de cuanto yo tenia
Sois señores, si vivis
Con quietud, paz y alegría,
Gran razon es que cumplais
Lo que á la honra convenia,
Con este alcaide de Alora,
Do la virtud residia,
Y es que se le dé el rescate
Que tan justo se debia ;
Mi parecer es aqueste,
Aunque no nos le pedia.
Cuatro mil doblas jaenes
Veis aquí de parte mía,
Y tenedle por amigo,
Porque á todos convenia.—
El Abencerraje, viendo
Lo que el suegro le ofrecia,
Aceptándolas las puso
En un cofre de valía,
Y seis hermosos caballos
Ornados á maravilla ;
Seis adargas emborladas
De plata y de seda fina ;

Con hierros y encuentros de oro,
Seis lanzas de grande estima.
Y con entrañable amor
Jarifa tambien le envia
Una caja de cipreses,
Que de olores trascendia,
Llena de preciosa ropa,
Blanca y bella á maravilla.
El Alcaide valeroso
El presente recibia
Agradeciendo en extremo
Al moro que le traia:
Las adargas y caballos,
Y las lanzas repartia
Con aquellos caballeros
Que iban en su compañía
Cuando al moro Abencerraje
Prendieron, y él escogia
Para sí el mejor caballo,
De mas lustre y galanía,
Y la caja de cipres
Con la ropa que traia:
Volvió las cuatro mil doblas,
Y al mensajero decia:
—A la ilustre y noble dama,
A la señora Jarifa,
La diréis cómo recibo
Las doblas en este dia
En señal de su rescate
Y de quien tanto queria,
Y á ella la sirvo con ellas,
Aunque mas se le debia,
Para ayuda de los gastos
De su boda, y le ofrecia
Para lo que conviniese
Su casa, estado, honra y vida.—
El mensajero, volviendo,
Relacion de todo hacia
A Jarifa y noble moro,
Los cuales con alegría
Aceptaron las mercedes,
Que el Alcaide proponia.
Cuya magnanimidad
Lustre á su genealogía
Dió, que pues por todo el mundo
Se sonaba y escribia[3].

(*Historia del enamorado moro Abindarraez, escrita por* Juan de Timoneda, Pliego suelto.—It. Timoneda, *Rosa española*.)

[1] Es el último romance de la historia del moro Abindarraez el Mozo, de Jarifa y de Narvaez, y de la época de Don Juan II. Despues de él pudo colocarse el morisco novelesco núm. 228, porque tambien trata de Narvaez.

[2] Es el mismo romance, con variantes y con diverso principio del que dice: *El valiente Don Rodrigo*, inserto en la *Rosa española*, de Timoneda, reimpreso por el señor Wolf.

[3] La interesantísima narracion que ha servido de asunto al romance está tomada de las tradiciones populares, conservadas en otros mas viejos. El famoso Rodrigo de Narvaez, tan célebre por su generosidad, por su caballerismo y por su carácter noble, espléndido y desinteresado; el valiente moro Abindarraez, tan tierno, tan fiel cumplidor de su palabra; y la hermosa y apasionada Jarifa, forman un cuadro que puede decirse que simboliza el carácter de los hijos de la Bética, cual ántes y ahora se ostentó y se conserva ileso. Todos los españoles participan de él; pero es preciso confesar que lo que parece mas ideal se realiza entre los andaluces, tanto en el bien como en el mal. Llenos de poesía, nobles, generosos con los vencidos, sin humillarlos, saben hacérselos amigos cuando quieren, y lo quieren casi siempre, aun á riesgo de ser vendidos y de verse burlados. La confianza que tienen en sí propios les impide el temor de nuevas agresiones, pues esperan vencer de nuevo. Por eso no se ceban en el enemigo vencido, y le tienden la mano para levantarle; le dan su lado y su mesa, le albergan en su propio aposento, le abren las arcas de su tesoro, y si algo les ha quedado, lo parten con el menesteroso, olvidando, quizá en demasía, si es digno del beneficio que se le dispensa.—Son francos y espléndidos cuando tienen que dar, y no se desdeñan de recibir, más por el placer de volver á darlo, que por el ansia de atesorarlo ó guardarlo para sí. Y no se crea que este carácter de los andaluces es privativo de las clases altas: hasta los mas miserables participan de él, y cuando tienen algo, puede decirse que no hay á su vera pariente pobre. Hasta los bandidos conservan la idiosincrasía del país. Roban con una mano para repartir con las dos; pocas veces maltratan ó matan, y mil y mil veces se los ha visto repartir su botin con los robados, convidarlos á beber con la mayor frescura, y mirar como la cosa mas natural del mundo, que el que algo tiene, sea como sea, haga partícipe de ello al que nada le quedó ó á los lisonjeros que le adulan. Los andaluces son grandes poetas, oradores elocuentes, buenos políticos, generosos con los vencidos, á quienes pasada la refriega abren los brazos y albergan en su seno: son confiados como todos los valientes, espléndidos y nada avaros; pero no son ni serán nunca hombres de cuenta y razon. Las cuentas del Gran Capitan han llegado á ser un proverbio que no desmienten, aun en el dia, sus paisanos. Saben vencer en la guerra como él, conquistar un reino, dar la paz á la patria; pero jamas el dinero que gastan, jamas hacen un arqueo, jamas cierran el arca ni saben lo que tiene, hasta que al meter la mano la sacan vacía.

Y no se entienda que esta nota, por mas que en las actuales circunstancias lo parezca, contiene alusiones personales: nada de eso. Abrase la historia, estúdiense las costumbres del pais, y se verá que su contenido es una verdad general, hija de generales observaciones. Un andaluz avaro del dinero, que no sea franco con sus libros, que no sea comunicativo y expansivo de su ciencia buena ó mala, cual la posee, es un fenómeno, es un monstruo que rara vez se encuentra. Lo último que puede hacer un andaluz es desconfiar de sí propio y de su fortuna; por abatido que se vea, siempre espera; pero no pugna por levantarse.

ROMANCES SOBRE LOS HECHOS CABALLERESCOS DEL MAESTRE DE CALATRAVA DON RODRIGO TELLEZ DE GIRON [1].

1095.

BATALLA ENTRE EL MAESTRE Y EL MORO BARBARIN.

(*Anónimo.*)

Por la vega de Granada
Un caballero pasea
En un caballo morcillo
Ensillado á la gineta:
Adarga trae embrazada,
La lanza traia sangrienta
De los moros que habia muerto
Antes de entrar en la Vega.
Los relinchos del caballo
Dentro del Alhambra suenan;
Oídolo habian las damas
Que están vistiendo á la Reina:
Salen de presto á mirar
Por allí á ver quién pasea;
Vieron que en su lado izquierdo
Traia una cruz bermeja;
Conocieron ser cristiano,
Vanlo á decir á la Reina.
La Reina, cuando lo supo,
Vistiérase muy de priesa;
Acompañada de damas
Asomóse á una azotea.
El Maestre la conoce,
Bajado le ha la cabeza;
La Reina le hace mesura,
Y las damas reverencia.
Con un paje que allí estaba
Le envia á decir, ¿qué espera?
El Maestre le responde:
—Amigo, decí á su Alteza
Que si caballero moro
Hubiere que lo merezca,
Que por servir á las damas
Me venga á echar de la Vega.—
Oídolo ha Barbarin,
Que quiere tomar la empresa;
Las damas lo están armando,
Mirándolo está la Reina.
Muy gallardo sale el moro,
Caballero en una yegua,
Por las calles donde iba
Va diciendo:—¡Muera, muera!—

Cuando fué junto al Maestre,
D'esta suerte le dijera :
—Date por mi prisionero,
Que á las damas de la Reina
He dejado prometido
De llevarles tu cabeza.
Si quieres ser mi captivo,
Quitaréles la promesa.—
El Maestre le responde
Con voz alta y muy modesta :
—Cumple, á ser buen caballero,
Si tú quieres, tal empresa.—
Apártanse uno de otro
Con diligencia y presteza,
Juegan muy bien de las lanzas,
Arman muy buena pelea.
El Maestre era mas diestro,
Al moro muy mal hiriera :
El moro desesperado
Las espaldas le volviera.
El Maestre le da voces,
Diciendo :—¡Cobarde, espera,
Que te afrentarán las damas
Si no cumples tu promesa !—
Y, viendo que se le iba,
A mas correr le siguiera,
Enviándole con furia
La lanza por mensajera.
Acertádole habia al moro,
El moro en tierra cayera;
Apeádose ha el Maestre,
Y cortóle la cabeza.
Con un paje se la envía
A la Reina, que la espera,
Con un recaudo que dice :
—Amigo, decí á la Reina,
Que pues el moro no cumple
La palabra que le diera,
Que yo quedo en su lugar
Para servir á su Alteza.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — H. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Don Rodrigo Tellez Giron, por renuncia de su padre Don Pedro, fué elegido gran maestre de la órden de Calatrava, cuando apénas tenia ocho años de edad. En el de 1466, despues de muerto su padre, se ratificó la eleccion. Esto sucedió bajo el reinado de Enrique IV. El Papa, á ruego de la Orden, y en vista de la menor edad del Maestre, para que la gobernase, nombró por administrador de ella á Don Juan Pacheco, gran maestre de la de Santiago. Muerto este, y ya Don Rodrigo de diez y seis años de edad, empezó á gobernar por sí su maestrazgo. Posteriormente tomó mucha parte en las turbulencias del Reino, siguiendo las banderas del rey de Portugal, que contra los Reyes Católicos defendia los derechos de Doña Juana la Beltraneja, hija reconocida por Enrique IV, aunque tenida por adulterina, justa ó injustamente, en opinion del pueblo. Algunos años despues el maestre Don Rodrigo se sometió á los Reyes Católicos, y los sirvió hasta morir delante de Loja, cuando los cristianos la asaltaron, y allí fuéron derrotados por los moros y el alcaide de la ciudad Alí Atare el año 1482, es decir, diez ántes de la toma de Granada.

Este Don Rodrigo fué célebre en los fastos y tradiciones novelescas de las guerras de Granada por sus valentías, y por el respeto y aun amistad que inspiraba á los moros sus contrarios ; es el mismo á quien algun poeta hace espirar en brazos de Muza, hermano del rey Chico, y por quien se hizo el romance que dice : *Mira el cuerpo casi frío*, que hemos colocado en el núm. 1111.

1096.

Á RUEGO DE ALBENZAIDOS LE AYUDA EL MAESTRE DE CALATRAVA AL RAPTO DE SU AMADA MORA, Á QUIEN EL REY QUERIA CASAR CON OTRO.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

De puro amor abrasado
Sale un moro de Granada,
Galan, dispuesto, gracioso,
Aunque á guisa de batalla,
En un caballo alazan
Bañado con pintas blancas,
Una cota jacerina,
Que como el sol relumbraba;
Una lanza larga y gruesa,
De ambos extremos herrada.
Un albornoz trae vestido
De tela de oro y de plata;
Trae un corazon pintado
En el medio de su adarga;
Una mano le rompía
Y una saeta le pasa,
Con un letrero que dice :
«Por tí mi vida y mi alma.»
Un borceguí colorado
Con la vuelta adamascada,
El tocado todo verde,
Hecho con muchas lazadas
Que se las puso Tarifa
Cuando le entregó su alma.
Pregunta por el Maestre
Que dicen de Calatrava;
Y cuando vieron venir
Al moro con tal pujanza,
Pregúntanse unos á otros :
—¿Qué será lo que demanda?
O es Cegrí, ó Abencerraje
Que quiere pedir batalla,
O es el moro Albenzaidos
Que viene á tomar venganza
Por la muerte de su tio,
Que murió en Sierra-Nevada.—
Mas cuando llegó al real,
La bandera luego baja
En señal que va de paz
Y que la paz ya demanda;
Y como llegó al Maestre,
Del caballo se arrojaba.
Hinca la rodilla en tierra;
D'esta manera le habla :
—Gran capitan y Maestre,
Oye, señor, mi embajada.
Sabrás que puse mi amor
Y mi alma está entregada
A la mas hermosa mora
Que nació dentro en Granada,
Y siempre á mí me ha querido
Como á su vida y su alma.
El Rey la quiere casar
Con un moro de gran fama :
Anoche se desposó,
Y se ha de velar mañana [2].
Darásme seis caballeros
Para llevar en mi guarda,
Y la sacaré esta noche,
Aunque esté muy encerrada.
Maestre, si así lo haces,
Te doy mi fe y mi palabra
Que me casaré con ella
En viniendo del Alhambra,
Y me tornaré cristiano
Y mi Tarifa cristiana.—
El Maestre le responde
Que d'ello mucho se holgaba.
Nombraron seis caballeros
Que fuesen en retaguarda,
Y cuando llegó la noche
Al punto se aderezaban.
Salen bravos, belicosos;
A Granada caminaban.
Habla el moro algarabía
A las guardas que guardaban :
Piensan ser moros guerreros
Que vienen de la emboscada,
Y cuando estuvieron dentro ;
Fuéron donde ella aguardaba
Encendida en vivo fuego
Y casi desesperada,
Y sin pedir mas favor
Se arrojó por la ventana.
Caminan todos con ella,

Cada cual se receleba.
El fuerte moro lo siente [3],
Que se halla sin compaña;
No aguarda á tomar caballo,
Porque el tiempo le faltaba.
Una gruesa lanza toma,
Y á la puerta caminaba.
Las guardas luego le dicen
Lo que tanto deseaba:
Dicen que el moro Albenzaidos
Con otros seis en compaña,
Todos á guisa de guerra,
Para el real caminaban
Donde estaban los cristianos,
Y una mora que llevaban.
Alaridos daba el moro,
Que estremecen la campaña.
Por las calles va gritando
Hasta llegar á su casa,
Donde estaba el rey Chiquito
Con gente de guerra y guarda,
Y arrancando sus cabellos
Y mesándose la barba,
Les cuenta lo que ha pasado
Y su desdicha tamaña.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

[1] En este y los tres romances que le siguen, llama el poeta Albenzaidos al moro á quien el Maestre ayudó á libertar su dama: pero otros dicen que fuè Muza, como puede verse en el romance de la muerte del Maestre, núm. 1111, que dice: *Mira el cuerpo casi frio*, y en los moriscos novelescos, números 101, 102 y 103.

[2] El poeta no parece muy exacto en pintar los actos religiosos del mahometismo en punto á matrimonio. Vélanse los cristianos; pero los moros no conocian ni conocen esta ceremonia puramente católica.

[3] El moro que lo sintió debió ser el marido ó prometido de Tarifa que huyó con su amante.

1097.

SIGUE LA MISMA HISTORIA.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Tan quejoso está y sañudo,
Y tan feroz, recio y bravo
El invencible rey Chico
De Granada y su reinado,
Cual suele el jabalí herido
Del cazador acosado,
Con los agudos colmillos
Y el pelo todo erizado.
Extremos son los que hace
De hombre desesperado:
De su misma ley reniega;
Ya vuelve desaliñado,
Ya cae de su estado en tierra,
De la cólera cortado;
Ya del dolor se levanta
Y entra en su real palacio;
Ya mesa barba y cabello;
Ya vuelve y dice forzado
Del pasado pensamiento
Y del hecho avillanado:
—Renegaré de Mahoma,
En quien vivo confiado,
Y de sus fueros y leyes,
Y cuanto tiene vedado,
Si d'este atrevido moro
No viniese á ser vengado,
Hasta quedar satisfecho
Y tan contento y pagado,
Que sobrepuje el castigo
A su gran culpa y pecado,
Y lleve tan cruda pena
Que al mundo deje espantado.—
Estas y otras cosas dice,
Do claramente ha mostrado
La encendida y fiera saña,
Cual leon encarnizado,
Que si delante le viera
Le hubiera despedazado.
Trazas da el entendimiento
Y el corazon alterado,
Y así determina y quiere,
Estando ya sosegado,
Llamar á los consejeros
Del mahométtico bando,
Y que todos determinen
Lo que han de hacer en tal caso·
Y dada noticia entera,
Entre todos conformando,
Siguen la sentencia y dicho
Del gran moro Trapisando,
Que entre los demas tenia
Autoridad, voto y mando.
Diceles que le dén dones
Al Católico Fernando,
O al invencible Maestre,
General de todo el campo,
Para que vuelvan la mora,
Pues que así siempre se ha usado.
Unos dicen: — Bien parece.—
Otros dicen lo contrario;
Unos siguen su sentencia,
Otros la van desechando.
Y lo que el rey Chico dice
Los demas han confirmado,
Dándolo todo por bueno
Lo que el moro ha sentenciado.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

1098.

SIGUE LA MISMA HISTORIA.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Ya se parte un diestro moro
De la ciudad de Granada,
En el mismo punto y hora
Que la sentencia fué dada
Dentro del real consejo
Sobre la traicion armada
Del fuerte moro Albenzaidos
Y de Tarifa su amada,
Con una carta del Rey,
En que en ella relataba
Muy largamente el intento
De la tan triste embajada,
Y donde dice al Maestre
Tener el alma llagada
De saña, rencor y enojo
Por lo que su gente usaba.
Despues que sus consejeros
Dieron ya por sentenciada
La tan grande villanía
Y tan cruda y mal pensada,
Lo que la carta contiene
En muy breve se relata:
Que al Maestre le suplica
Con intencion no alterada,
Tenga por bien dar la mora,
Injustamente ganada,
Y que si quier ser su amigo
Que no le será negada
Su amistad sincera y firme,
Quedando siempre obligada.
Prométele ricas joyas,
Pero estímalas en nada;
Que apénas fué del Maestre
La carta abierta y notada,
Cuando en breve le responde
Ser en balde su jornada,
Porque la intencion que tiene
No estaba á ello inclinada.
El mensajero se vuelve,
La breve respuesta dada,

Y de confusion y pena
Toda la color mudada,
Al Rey le da la respuesta,
La rodilla en tierra hincada.
La carta besa primero,
Segun la crianza usada,
Y leida determina
Que otra vez fuese juntada
Su real audiencia y corte
Sobre la malicia armada.
Con el enojo que tiene
Manda que se toque alarma,
Y juntó sus capitanes,
Los de mas esfuerzo y maña,
Y cuando los tuvo juntos,
Les cuenta de la embajada
Que al Maestre le ha enviado
Y de la respuesta dada,
Que no quiere dar la mora,
Aunque le dén á Granada;
Y si-os pareciese, amigos,
Se haga cruda batalla.
Todos dicen:—Sea así,
Y que luego así se haga.—
Otro mensajero envian
Con otra nueva demanda;
Con el mensaje que lleva
Campal desafío trata,
Y llegado el mensajero,
D'esta manera le habla:
—Valeroso y gran Maestre,
Honra y flor de toda España,
El rey Chiquito me envia,
Porque quiere hacer venganza
En que salgan ocho al campo
De la una y otra banda,
Con que si vencen los moros
Tarifa sea entregada
En el palacio del Rey
Donde será libertada.—
El Maestre le responde
Que d'ello mucho se holgaba,
Quedando ya de su parte
Esta batalla aplazada:
El mensajero se vuelve,
Y al instante al Rey relata
Lo que el Maestre responde,
Y que la batalla se haga
Para un dia señalado,
Cuatro á cuatro en la campaña,
Y si salen victoriosos,
Alcanzando gloria y palma,
Le volverán á Tarifa,
De todos acompañada.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

1199.

SIGUE Y ACABA LA MISMA HISTORIA.

(De Lúcas Rodriguez.)

Despues que la clara aurora
Su luz al mundo ha mostrado,
Y el rojo y luciente Febo
Su rostro luciente y claro,
Y al húmido y al terreno
Con su presencia alumbrado,
Y cuando las dulces aves
Hacen mas dulce su canto,
En la ciudad de Granada
Cuatro moros se han armado
Con muy relucientes armas
Y con feroces caballos;
Gruesas lanzas y tendidas,
Con los arneses tranzados,
Alfanjes ricos ceñidos
Con escudos acerados,
Y con mucha gala puestos
Tocados de oro bordados,
Con cascos finos de acero
Debajo bien apretados,
Todos con espuelas de oro
Y borceguís encarnados.
Moraicelo ha por nombre
El uno, muy señalado;
Mandroco llaman al otro,
Qu'es el moro desdichado
A quien robaron la mora
Siendo con ella casado;
El tercero es Alaicin,
Belicoso, recio, osado;
El cuarto Alain se nombra,
Robusto, membrudo y bravo.
Con varias divisas salen
Que los hacen mas lozanos,
Y tan bravos y orgullosos
Que á Granada causa espanto.
Vanse á despedir del Rey,
Que los estaba aguardando
Triste, ansioso y afligido
Por el suceso pasado.
Todos cuatro se le ofrecen
Vencer, ó morir, el campo:
Y habiéndose despedido,
A Mahoma van llamando,
Y el favor de sus amigas
Les pone esfuerzo doblado.
Al campo caminan luego
Do los están esperando
Los tres cristianos feroces,
Con ese moro Albenzaidos,
Que lo llevan en compaña
Porque con tino ha jurado
Que peleará con Mandroco
Hasta morir á sus manos.
Don Gonzalo Figueroa
Es uno de los cristianos;
Vasco Ponce se intitula
El otro, muy afamado,
Y Don Enrique con ellos
Que querie ser llegado
En parte donde á los moros
Los hubiese divisado.
Ya los cristianos avisan,
Ya los están esperando,
Ya se ven unos á otros,
Ya se vienen encarando,
Ya los caballos relinchan,
Ya rompen por todo el campo,
Ya se traba escaramuza,
Ya llaman á Santiago,
Ya las lanzas son astillas
Ya los arneses bollados
No les queda cosa sana
Hasta venir á los brazos,
Y en la batalla sangrienta
Un moro sale llagado:
De una lanzada cruel
El corazon traspasado,
Cayó en el suelo, diciendo:
—¡Ay de mí, desventurado!—
Convocan al gran Mahoma,
Que se pierde ya su bando,
Y aunque tres solos quedaban,
Eran valientes y osados,
No pierden punto de esfuerzo
Para resistir á cuatro.
Los cristianos acometen
Por el uno y otro lado;
Mas ellos como valientes
Se defienden apiñados.
Por el valor de los moros
Dudan mucho los cristianos,
Porque Moraicelo el fuerte
Un cristiano ha derribado;
Pero los tres que quedaban,
Con un esfuerzo sobrado
Les aprietan fuertemente,

Su compañero vengando,
Por que Albenzaidos con ira
A Mandroco le ha cortado
El escudo, yelmo y carne,
Y muerto le ha derribado;
Y el uno de los dos moros
A Don Vasco Ponce ha dado
Un golpe, tan duro y fiero,
Que habiendo el yelmo abollado
Le derrocó sin sentido
A los piés de su caballo.
Pero movidos á saña
Por esto sus adversarios,
Puestos sobre los estribos
A los dos moros han dado
Cada cual tan mortal golpe,
Que el uno muerto ha quedado,
Y el otro se escapó huyendo
Un brazo casi cortado.
Voces y gemidos tristes
Va por todo el campo dando;
Maldiciendo va á Mahoma
Y maldiciendo su hado
Que tan contrario le ha sido
Y en favor de sus contrarios
Y entrando por la ciudad
Va por el Rey preguntando,
Y cuando estuvo con él
Le dice lo que ha pasado,
Y contando la batalla
Muerto cayó de su estado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

1100.

ALBAYALDOS SE ESCAPA DE LA PRISION DE GALERA POR VER Á SU AMADA; VUELVE Á ELLA PERSEGUIDO DE SUS CONTRARIOS [1].

(*Anónimo.*)

En la fuerza de Galera
Estaba preso Albayaldos,
Grande galan granadino,
De Jerez ginete bravo;
El que robaba en las fiestas
Los ojos y los cuidados
De todas las damas moras,
Por la gala y por las manos;
El que á la Zambra venia
Dejando seguro el campo,
Que del amor á las armas
Vuelo parecen sus pasos.
En la prision una noche,
Cuando del bullicio bravo
Se desvian juntamente
Las fieras y los humanos,
Tanto imitaba á su dueño,
Que presumiendo Albayaldos
Que responderle podria,
Así dice sospirando:
«¡Ay libertad, que en vano
»Al parecer me escuchas y te llamo!»
A Granada parte el moro,
Sus centinelas burlando;
Que no hay estrechos deseos
Con ser tan largos los pasos.
Sus alas le presta amor,
La noche su escuro manto,
La ocasion le dió ventura,
El tiempo seguro espacio.
Francelisa le recibe
En su cuerpo y en sus brazos:
Las voluntades le acercan,
Los deseos le apartaron.
La envidia muerta de gusto,
Como al suyo estorba tanto,
Contóle á Muley Hamete
La soltura de Albayaldos.
Era Muley un morillo
A bajezas inclinado,
Muy envidioso y malquisto,
Celoso, por despreciado;
Y de su infame costumbre
Los embustes aumentando,
A Cegríes y á Gomeles
Reveló el secreto agravio.
«¡Ay libertad, que en vano
»Al parecer me escuchas y te llamo!»
Al ruido de la trompeta
Y conmoviendo los labios,
Huyó el preso que tenia
Francelisa en bellos lazos,
Y dejando el alma en ellos
El cuerpo se puso en salvo;
Que amor, ocasion y tiempo
Cegarán á cien mil Argos.
La ronda del Rey le busca,
Mas no parece Albayaldos,
Que ya se volvió á Galera,
A su remo y á su banco.
En la prision está el moro,
Y el Amor está á su lado;
La venda encima los ojos,
Debajo del brazo el arco.
Albayaldos le decia:
— Llévame, niño, un recado
A Francelisa, pues tienes
Tan buena ventura en dallos.
Dile, Amor, que mil prisiones,
Guardas, peligros, contrarios
Vencerá el atrevimiento
Que en mis esperanzas hallo,
A cuya ley y tus flechas
Mis sentimientos encargo.—
Fuése Amor á Francelisa,
Y esto repite Albayaldos:
«¡Ay libertad, que en vano
«Al parecer me escuchas y te llamo!»

(*Romancero general.*)

[1] Este Albayaldos es distinto del de los romances moriscos novelescos. Pudiera haberse puesto entre ellos; pero se coloca aquí por la relacion que tiene con los del Maestre, segun se ve por el que le sigue.

1101.

PIDE ALBAYALDOS BATALLA, POR GANAR HONRA, AL MAESTRE DE CALATRAVA DON RODRIGO GIRON.

(*Anónimo.*)

A los soldados que hacian
En la puerta Elvira guarda,
Aquel espantoso rayo,
El Giron de Calatrava,
El que tantos y tan buenos
Sacó á la fuerte Granada,
Habiéndolos saludado
Les dice con faz humana:
—Amigos, decí al rey Chico,
Que si licencia le es dada,
Un cristiano aventurero
De los de la cruz de grana
Quiere entrar en la ciudad
A correr algunas lanzas;
Que lo permita su Alteza,
Pues de fiesta real se trata.—
Fuéron, y como volviesen
Concediéndole la entrada,
Se puso en espacio breve
En la nueva y ancha plaza,
Cuyos abiertos terrados,
Miradores y ventanas
Estaban curiosamente
Adornados y entoldadas,
Y la gente entretenida
Al son de confusas cajas,
De sutiles inventivas,

Y de singulares galas.
Iba en un rucio andaluz
De vistosa piel rodada,
Con una bella cubierta,
Cual la misma nieve blanca,
De finísimo brocado,
Con lazos de oro bordada,
Y sembrada á breves trechos
De lo mismo mil lazadas:
Blancas y vistosas plumas
Con oro fino argentadas,
Como el famoso Maestre,
Sin diferenciar en nada,
En cuyo siniestro lado
Del capellar se mostraba
Aquella insignia gloriosa
De la gran cruz colorada.
Y habiendo al Rey y á la Reina
Saludado, y á las damas,
Con inclinar la cabeza,
Y dado vuelta á la plaza,
Fué conocido de muchos
Y de Muza que le abraza,
Dando á su vista la corte
De alegría muestra extraña.
Llegóse al mantenedor,
Que era el valiente Abenámar,
Con quien habiendo corrido
Con gran destreza tres lanzas,
Ganó una rica cadena
Que dos mil doblas pesaba.
Besóla, y dióla á la Reina
Con cabeza y vista baja,
Que de su valor quedó
Y cortesía admirada.
Oyendo mil parabienes
Y gloriosas alabanzas,
Rindiendo mil corazones
De aquellas moras gallardas,
Atropellando su vista
Las mas recatadas almas,
Tan ricas en su presencia
Cuanto pobres de esperanzas,
Llorosas de los efectos
De su dura ausencia amarga,
Vuelve al caballo las riendas
Para dejar á Granada;
Mas el valiente Albayaldos,
Sediento de gloria y fama,
Pide batalla al Maestre
De lanza, espada y adarga,
Que para el dia siguiente
Con gajes quedó aceptada.

(Romancero general.)

1102.

CABALGADA EN QUE ALBAYALDOS MUERE Á MANOS DEL MAESTRE DE CALATRAVA TELLEZ DE GIRON.

(Anónimo [1].)

¡Ay Dios, qué buen caballero
El maestre de Calatrava!
¡Oh cuán bien corre los moros
Por la vega de Granada
Con trecientos caballeros,
Todos con cruz colorada,
Dende la puerta del Pino
Hasta la Sierra-Nevada!
Por esa puerta d'Elvira
Arrojara la su lanza:
Las puertas eran de hierro,
De banda á banda las pasa,
Que no hay un moro tan fuerto
Que á demandárselo salga.
Oídolo ha Albayaldos
En sus tierras donde estaba,
Arma fustas y galeras,
Por la mar gran gente armaba
Sáleselo á recebir
El rey Chico de Granada.
— Bien vengais vos, Albayaldos,
Buena sea vuestra llegada [2]:
Si venís á ganar sueldo
Daros he paga doblada,
Y si venís por mujer
Dárosla he muy galana.
— Muchas gracias, el buen Rey,
Por merced tan señalada,
Que no vengo por mujer,
Que la mia me bastaba;
Mas si porque me dijeron,
Allende el mar donde estaba,
Qu'ese malo del Maestre
Tiene cercada á Granada,
Y por servirte, buen Rey,
Traigo yo toda esta armada.
— La verdad, dijo el rey moro,
La verdad te fué contada,
Que no hay moro en esta tierra
Que l'espere cara á cara,
Sino fuere el buen Escado
Qu'era alcaide del Alhama;
Y una vez que le saliera
¡Caro le costó á Granada!
Veinte mil hombres llevó,
Y ninguno no tornara.
El encima de una yegua
Muy herido se escapaba.
— ¡Oh mal hubiese Mahoma [3]
Allá do dicen estaba,
Cuando un freile capilludo [4]
Arrojó en Granada lanza!
Diésedesme tú, buen Rey,
La gente que buena estaba,
Los ginetes de Jaen,
Los peones de tu casa,
Qu'ese malo del Maestre
Yo te lo traeré á Granada.
— Calles, calles, Albayaldos,
No digas la tal palabra,
Dijo un moro, que el Maestre
Es muy fuerte en las batallas,
Y si en el campo te toma
Haráte temblar la barba.—
Respondiérale Albayaldos
Una muy fea palabra.
— ¡Si no fuera por el Rey
Diérate una bofetada!
— Esa bofetada, moro,
Fuérate muy bien vengada,
Que tres hijos tengo alcaldes
En el reino de Granada:
El uno tengo en Guadix
Y el otro lo tengo en Baza,
Y el otro le tengo en Lorca,
Esa villa muy nombrada,
Y á mí, porqu'era muy viejo,
Entregáronme al Alhama;
Y porque veas, perro moro,
Si te fuera bien vengada...—
El buen Rey los puso en paz,
Que ninguno mas no hablaba,
Sino Albayaldos, que pide
Licencia le sea dada,
Porque con sola su gente
Quiere cumplir su palabra.
El Rey se la concedió:
Mucha gente le acompaña.
Por los campos de Jaen
Todo el ganado robaba,
Muchas vacas, mucha oveja,
Y el pastor que lo guardaba;
Mucho cristiano mancebo
Y mucha linda cristiana.
A la pasada de un rio,
Junto á la orilla del agua,
Soltádosele ha un pastor

De los que presos llevaba.
Por las puertas de Jaen
Al Maestre voces daba.
—¿Dónde estás tú, el Maestre?
¿Qu'es de tu noble compaña?
Hoy pierdes toda tu gloria,
Y Albayaldos se la gana.—
Oídolo há el Maestre
En sus palacios do estaba.
—Calles, calles tú, el pastor,
No digas la tal palabra,
Que si hoy pierdo mi honra
Mañana será ganada.
¡Al arma, mis caballeros,
Todo hombre, sus, al arma!—
Luego qu'en campo se vido
A los suyos esforzaba;
A la bajada de un valle
Por cima do asomaba
Vió cómo iba Albayaldos
Con toda su cabalgada.
El Maestre que lo viera,
D'esta suerte razonaba:
—A ellos, mis caballeros,
Que ninguno se nos vaya.—
Pone piernas al caballo,
Y aprieta muy bien su lanza:
El primero qu'encontró
En tierra muerto le echara.
Andando por la pelea
Con Albayaldos topara:
Con la fuerza del Maestre
Albayaldos se desmaya.
Cayó muerto del caballo,
Y así su vida acabara.
Los suyos cuando esto vieron
Cada cual á huir se daba.

(*Cod. del siglo* XVI.—It. TIMONEDA, *Rosa española.* — It. WOLF, *Rosa de romances.*)

[1] Un fragmento de este viejo y célebre romance, le pone Perez de Hita en su *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.; pero allí supone hacerse la batalla del Maestre, con Muza. Algunos creen que el héroe de este romance es Don Pedro Giron, y no su hijo y sucesor Don Rodrigo.

[2] En el romance núm. 750, que dice: *Por el val de las estacas* etc., hace un rey moro al Cid las mismas preguntas y ofertas que en este el rey Chico á Albayaldos.

[3] Otros dicen:

Reniego de tí, Mahoma,
Y de tu secta malvada,
Porque un fraile capilludo
Meta la lanza en Granada.

Los dos primeros versos son proverbiales y se hallan en varios romances viejos, entre ellos en el del rey Marsín, núm. 394.

[4] Los caballeros profesos de las órdenes militares se llamaban Freiles ó Freires, y llevaban por sobreveste y en forma de escapulario una capilleta que les cubria el pecho. A esta y no á una capucha de fraile alude la voz *capilludo*.

1103.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

¡Ay Dios, qué buen caballero
El maestre de Calatrava!
¡Qué bien que corre los moros
Por la vega de Granada,
Dende la puerta de Quiros
Hasta la Sierra-Nevada!
Trecientos comendadores
Todos de cruz colorada:
Dende la puerta de Quiros
Les va arrojando la lanza.
Las puertas eran de pino,
De banda á banda las pasa:
Tres moricos dejó muertos
De los buenos de Granada,
Qu'el uno ha nombre Alanese,
El otro Agameser se llama,
El otro ha nombre Gonzalo,
Hijo de la renegada.
Sabido lo ha Albayaldos
En un paso que guardaba.

(*Síguense ocho romances viejos.*— Pliego suelto.)

1104.

ALBAYALDOS MORIBUNDO RECIBE EL BAUTISMO POR MANOS DEL MAESTRE DE CALATRAVA.

(*Anónimo* [1].)

Que en agua santa le lave,
Con voz débil, mal distinta,
Pide el famoso Albayaldos
Al Giron, prez de Castilla,
Fijo en Dios el corazon,
Porque la turbada vista
Con la sangre le faltaba
Y casi apénas respira.
Cuidoso el de Calatrava,
Con suma presteza aguija
A reparar aquel daño
Que causó su diestra invicta;
Y alzando con ambas manos
De una fuente convecina
El agua que coger pudo,
Le abre del cielo la via.
Gozoso el nuevo cristiano
Mezcla con el agua misma
Mucha que vierten sus ojos,
Gozosos en ver tal dia.
—¡Oh venturosa jornada,
Dice, inexplicable dicha,
Merced del piadoso cielo
Con mano franca y benigna!
¡Oh muerte sabrosa y grata,
Pues nace de tí mi vida,
Do mis miserias lavadas
Hoy el alto Dios olvida,
A quien confieso y adoro
Por lo que la fe me dicta,
Por mi autor y redentor
Como la razon me obliga!
¡Tarde llegué á conocerte!
Mas tu bondad infinita
Y mis vivas esperanzas
Que no hay tarde en tí me gritan.
Perdona la mucha sangre
Que mi diestra inadvertida
Derramó de tus cristianos
Con persecucion continua:
En cuyo lugar recibe,
Aunque es recompensa chica,
Esa que mis flacas venas
Por tantas partes destilan.
Bien sabes tú, como aquel
Que lo interior examina,
Que, cual tu pueblo, quisiera
Volver por tu ley divina;
Pero pues lugar me falta
Supla tu sangre vertida,
Pues lavar puede una gota
Toda la humana malicia.
Ya me parece que ve
Tu presencia esta alma rica,
Y que la dices que vaya
A ocupar celeste silla.
Y tú, de Dios Madre Virgen,
De los afligidos guarida,
A un nuevo cristiano ampara
Que te llama con fe viva.
Y tú, Precursor glorioso,
En quien he puesto la mira,
Por cuyo nombre troqué
Aquel de la secta inicua,
Pues tanto con Dios alcanzas,

Suplícale que remita
La gravedad de mis culpas,
Culpas en hombre no vistas.—
Con esto perdió la habla,
Que las mortales heridas
Eran penetrantes todas,
Y las de Giron no chicas:
El cual parte á curar d'ellas
Porque el gran riesgo le obliga,
Pidiendo al valiente Muza
Que á lo encomendado asista,
En cuyos piadosos brazos,
Con ansia y mortal fatiga,
Se desató el ñudo estrecho
Qu'el cuerpo y el alma unia.

(*Romancero general.*)

[1] El espíritu de proselitismo nació entre los cristianos, fué hijo del amor á Dios y al prójimo: de la caridad, en sus primeros tiempos; y por mas que los hombres lo hayan extraviado convirtiéndolo en odio é intolerancia, la palabra y la idea divina se conserva pura é ilesa en la verdadera doctrina. Solo así puede explicarse cómo esta dulce religion se ha propagado y sostenido á pesar de las instituciones humanas que la han falseado con leyes atroces y fanáticas. Lo cierto es que el espíritu de caridad ha vencido, no solo á las instituciones religiosas paganas, lo que era fácil, sino hasta á la fuerza brutal y á la opresion del pensamiento con que se ha querido fortalecer á las potestades de la tierra. ¡Cuán grande y sublime, cuán imperecedera debe ser, segun la promesa de Jesucristo, su religion de caridad! Cuan meritoria la sangre de sus mártires, si la vemos aun invencible é inmaculada en doctrina, á pesar de la ciega y apasionada intolerancia con que los cristianos, faltando á sus preceptos, llevaron la violencia y el martirio, en vez de la persuasion, contra hombres que de buena fe, quizá, profesaban otras creencias que acaso, si de miedo ofrecian renunciar, no estaba en su mano descreer! Sin embargo de esto es tan grande el poder de la opinion, que semejante intolerancia tuvo un influjo inmenso en las sociedades de los siglos medios, y tan grande que todas sus costumbres, sus hábitos, su literatura, sus ciencias se resienten de ello. El romance que anotamos y otros muchos no son sino un débil reflejo de los tiempos caballerescos. El *Orlando furioso*, del Ariosto, que tanto ha influido en nuestra poesía del siglo XVI, es el resúmen del estado social en los siglos medios. Allí se ve la fe viva, la ardiente caridad á vueltas del atroz fanatismo, la devocion unida á la licencia, el error mezclado con la verdad, la religion con los ciegos impulsos de la mas estúpida supersticion. Tal fué el mundo cristiano en los tiempos bárbaros, tal fué despues en gran manera, y tal lo es ahora entre los ignorantes apasionados que pretenden aun hacer triunfar la doctrina divina con persecuciones y hogueras. Faltos de fe en las promesas del Salvador del mundo, fian su conservacion en las leyes humanas, como si á ellas hubiese Dios confiado el cumplimiento de su palabra, como si el Hacedor supremo les hubiese dado la mision de ser sus vengadores á sangre y fuego. Como quiera que sea, esta opinion dominó largos años, y á pesar de ella el Cristianismo ha triunfado y triunfará de los extravíos de la fe y de la razon. Quien quiera ver la historia viva y el cuadro completo de la sociedad de los siglos medios, lea y estudie el poema del Ariosto, el cual puede considerarse para ellos como los poemas de Hesiodo y Homero respecto á la civilizacion pagana. Estos libros son la enciclopedia de sus respectivas épocas: en ellos se contienen todas las tendencias, la historia y la fe de las sociedades de donde surgieron los grandes poetas que las conservaron á la posteridad y los siglos.

1105.

ENCOMIENDA QUE ESTANDO PARA ESPIRAR HACE ALBAYALDOS AL MAESTRE DE CALATRAVA.

(*Anónimo.*)

De tres mortales heridas,
De que mucha sangre vierte,
El valeroso Albayaldos
Herido estaba de muerte:
El Maestre le hiriera
En batalla dura y fuerte.
Revolcándose en su sangre
Con el dolor que le advierte,
Los ojos mirando al cielo
Decia de aquesta suerte:
—Sírvete, dulce Jesus,
Que en este tránsito acierte
A acusarme de mis culpas,
Para que yo pueda verte,
Y tu Madre piadosa
Mi lengua rija y concierte,
Porque Satanas maldito
Mi alma no desconcierte.
¡Oh hado duro y acerbo,
Si yo quisiera creerte,
Ni viniera á tal estado,
Ni viniera así á perderme!
El cuerpo doy por perdido,
Que el alma no se me pierda
Porque confío en las manos
De aquel que pudo hacerme,
Que tendrá de mí piedad
Este dia por valerme.
Lo que, Maestre, te ruego,
Si algo quieres socorrerme,
Que aquí me dés sepultura
Debajo este pino verde,
Y encima pon un letrero
Que declare esta mi muerte;
Y dirás al rey Chiquito
Cómo yo quise volverme
Cristiano en aqueste trance,
Porque no pueda ofenderme
El fementido Alcoran
Que pretendió escurecerme.

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

1106.

EPITAFIO DE ALBAYALDOS.

(*Anónimo.*)

Aquí yace Albayaldos,
De cuya fama el suelo estaba lleno,
Mas fuerte que Reinaldos,
Ni el conde Paladino, aunque fué bueno
Matóle el hado ajeno
De su famosa vida,
Envidia conocida
De aquel sangriento Marte,
Que pudo tan sin arte
Ponerle al hierro duro,
Por vivir en su cielo mas seguro.

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

1107.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Es el trofeo pendiente
Del ramo de aqueste pino,
De Albayaldos Sarracino,
De moros el mas valiente
Del estado granadino.
Si aquí Alejandro llegara
A este sepulcro, llorara
Con mas envidia y mas fuego
Que lloró en aquel del Griego,
Que el gran Homero cantara.

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

1108.

ALIATAR, POR VENGAR LA MUERTE DE SU PRIMO ALBAYALDOS, DESAFÍA AL MAESTRE DE CALATRAVA, QUE LE MATA EN DUELO SINGULAR [1].

(*Anónimo* [2].)

De Granada parte el moro
Que Aliatar se llamaba,
Primo hermano de Albayaldos,

Al qu'el Maestre matara,
Caballero en un caballo
Que de diez años pasaba:
Tres cristianos se le curan,
El mismo le da cebada.
Una lanza con dos fierros,
Que treinta palmos pasaba:
Hízola aposta el moro
Para bien señorealla;
Una adarga ante sus pechos
Toda nueva y cotellada,
Una toca en su cabeza
Que nueve vueltas la daba:
Los cabos eran de oro,
De oro, de seda y de grana;
Lleva el brazo arremangado
So la mano albeñada.
Tan sañudo iba el moro,
Que bien demuestra su saña,
Que miéntras pasa la puente
Nunca al Darro le miraba.
Rogando iba á Mahoma,
A Mahoma suplicaba
Que le muestre algun cristiano
En qu'ensangriente su lanza
Camino va de Antequera,
Parecia que volaba:
Solo va sin compañía
Con una furiosa saña.
Antes que llegue á Antequera
Vido una seña cristiana,
Vuelve riendas al caballo
Y para ella le guiaba:
La lanza iba blandiendo,
Parecia que la quebraba.
Saliósele á recibir
El maestre de Calatrava,
Caballero en una yegua
Qu'ese dia la ganara
Con esfuerzo y valentía
A ese alcaide del Alhama;
De todas armas armado,
Hermoso se divisaba;
Una veleta traia
En una lanza acerada.
Viénense el uno al otro,
Y el moro gran grita daba,
Diciendo: —¡Perro cristiano,
Yo te prenderé la barba!—
El Maestre entre sí mismo
A Cristo se encomendaba.
Ya andaba cansado el moro,
Su caballo ya aflojaba;
El Maestre, qu'es valiente,
Muy gran esfuerzo tomaba.
Acometió recio al moro,
La cabeza le cortara.
El caballo, qu'era bueno,
Al Rey se lo presentaba;
La cabeza en el arzon
Porque supiese la causa.

(*Aquí comienzan seis romances. El primero de La mañana de Sant Joan*, Pliego suelto.—It. TIMONEDA, *Rosa española*. — It. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Este Aliatar es diverso del de los romances moriscos fabulosos, y debe suponerse que del defensor de Loja, en cuyo ataque murió despues el Maestre.

[2] Con variantes es el mismo de la *Rosa española*, de Timoneda, reimpreso por Wolf.

1109.

AL MISMO ASUNTO [1].

(*Anónimo*.)

De Granada sale el moro
Que Aliatar era llamado,
Primo hermano del valiente,
Y el esforzado Albayaldos,
El que matara el Maestre
En el campo peleando.
Sale á caballo este moro,
De finas armas armado;
Sobre ellas una marlota
De damasco leonado.
Leonado era el bonete,
Negro el plumaje azulado,
La lanza tambien es negra,
Adarga negra ha tomado;
Tambien el caballo es negro,
De valor muy estimado;
No es potro de pocos dias,
De diez años ha pasado;
Tres cristianos se lo curan,
Y él mismo le da recaudo.
Sobre tal caballo el moro
Se sale muy enojado;
Llegando á la plaza Nueva,
Hácia Darro no ha mirado
Aunque pasó por la puente,
Segun va encolerizado;
Sale por la puerta Elvira,
Y por la Vega se ha entrado.
Camino va de Antequera,
En Albayaldos pensando:
Hallar desea al Maestre,
Para hacerse bien vengado;
Y en llegando junto á Loja,
Un escuadron ha encontrado,
Todo de lucida gente,
Por señas un pendon blanco,
En medio una cruz roja
Del Apóstol Santiago.
Llegándose al escuadron,
Sin temor ha preguntado
Si venía allí el Maestre
Que Don Rodrigo es llamado.
El Maestre allí venía,
De su gente se ha apartado,
Y dijo: —¿Qué buscas, moro?
Yo soy el que has demandado.—
Conócele luego el moro
Por la cruz que traia al lado,
Y tambien en el escudo,
Que lo tiene acostumbrado:
—Dios te guarde, buen Maestre,
Buen caballero estimado:
Sabrás que soy Aliatar,
De Albayaldos primo hermano,
A quien tú diste la muerte,
Y le volviste cristiano,
Y agora soy yo venido
Solamente por vengarlo:
Apercíbete á batalla
Que aquí te aguardo en el campo.—
El Maestre que esto oyó,
No quiso mas dilatarlo:
Vase el uno para el otro,
Muy grande esfuerzo mostrando.
Dábanse grandes heridas,
Reciamente peleando:
El Maestre es valeroso,
El moro no le ha durado;
Finalmente le mató
Como varon esforzado:
Cortárale la cabeza
Y en el pretal la ha colgado.
Volvióse para su gente
Muy malamente llagado,
Y su gente lo llevó
Do fuese muy bien curado.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.)

[1] Es una de las muchas repeticiones de un mismo asunto. (*Véase la nota* [1] *del anterior*.)

1110.

MUERTE DEL MAESTRE DE CALATRAVA DON RODRIGO TELLEZ DE GIRON, EN EL SITIO DE LOJA.

(*Anónimo.*)

De Córdoba partió el rey
Don Fernando de Castilla :
El año de cuatrocientos
Y ochenta y dos se cumplia.
Con él la flor de sus reinos
Y muy gran caballería,
Vanse camino de Loja,
Porque cercarla queria.
Hizo sentar su real
En parte do no cumplia,
Entre unos olivares
Do grandes cuestas habia,
Cerca de Guadajenil
Que junto de ellos corria ;
Y por mas seguridad
Del real que allí tenia,
Mandó á Don Rodrigo Tellez,
Que de Giron se decia,
Maestre de Calatrava,
Esforzado á maravilla :
Tambien al conde de Ureña,
Su hermano, que allí venia,
Y lo mismo á Don Alonso
De Aguilar y de Montilla,
Que en una crecida cuesta
Que allí cerca se hacia
Mas cercana á la ciudad,
Peligrosa á maravilla,
Que de Santo Albohacen
Por los moros se decia,
Pusiesen allí su estancia
Porque mas peligro habia.
Viendo aquesto el Alatar,
El cual á Loja tenia,
Un moro muy esforzado
De extremada valentía,
Salió luego con su gente,
Que tres mil moros habia,
Por herir en los cristianos
Que las estancias tenian :
Y en todos estos reencuentros
Muy gran daño les hacia,
Por estar mal asentado
El real, como se via,
Y no poder socorrerse,
Porque el sitio lo impedia.
Los moros muy orgullosos
Salieron al cuarto dia
A la cuesta que el Maestre
Y esotros grandes tenian,
Y trabaron la pelea
Con las guardas que allí habia.
Visto por estos señores
El daño que recebian,
Muy aprisa cabalgando
A su gente socorrian.
Los moros con gran cautela
Dieron muestra de que huian,
Y apartaron los cristianos
De la estancia que tenian.
Luego salió un escuadron,
Que en una celada habia,
Y suben presto la cuesta
Con grita y gran alegría,
Y entrados en esta estancia,
Que nadie la defendia,
Matando muchos cristianos
Robaban lo que querian.
Visto por el buen Maestre
El daño que se hacia,
Por hallarse el mas cercano
Y el primero que venia,
Recogiendo los que pudo,
Con los moros se envolvia,
Donde con muy poca gente
Mostró su caballería,
Y hasta dónde llegaba
Su esfuerzo y gran osadía.
Pero aventuróse allí
Mas que á un señor convenia,
Porque se puso en lugares
Que los moros detenia,
Do recibió tantas llagas
Que todo sangre corria,
Entrado en las grandes priesas,
Donde mas peligro habia.
Entretuvo la batalla
Muy á costa de su vida,
Hasta que toda la gente
De tras los moros volvia,
Y allí cayó luego muerto
De las llagas que tenia,
Y en especial dos saetadas
Muy graves á maravilla.
Así murió el buen Maestre
En lo mejor de su vida,
Por ser de edad de veinte años;
Fué su muerte muy sentida
Por el Rey y por la Reina
Porque mucho le querian
Por su extremado valor,
El cual mostró en este dia,
Que el postrero de los suyos
La fortuna hecho habia.

(FUENTES, *Libro de los cuarenta cantos*, etc.)

1111.

LAMENTA MUZA LA MUERTE DE SU AMIGO EL MAESTRE DE CALATRAVA.

(*Anónimo* [1].)

Mira el cuerpo casi frio
Que está despidiendo el alma
Del malogrado mancebo
Maestre de Calatrava,
El valiente moro Muza,
Que era hermano de Abenamar,
Rey de Granada y su tierra,
Y señor de la Alpujarra ;
Y trayendo á la memoria
El amistad celebrada
Entre Muza y el Maestre
Cuando por fuerza de armas
Sacaron los dos amigos
De la fuerza del Alhambra
A Arbolea, hermosa mora,
A quien Muza mucho amaba ;
Y mostrando lacio el cuerpo,
Que roja sangre derrama,
Le toma en sus brazos Muza,
Y llorando así le habla :
— ¡ Cuán desdichado fué el dia
Que yo salí de Granada
A socorrer á Galera ;
Que nunca en Galera entrara !
¡ Ay de mí, que mejor fuera
No estar con el Rey en gracia,
Que ver morir en mis brazos
Tal amigo y tal espada !
Despierta, amigo, le dice,
Y háblame una palabra,
Si no quies que la pasion
Deje mi cuerpo sin alma.—
Procura sacar el moro
La flecha que fué la causa
De su muerte, y no se atreve,
Por no hacer mayor la llaga.
Despertaron al Maestre
Las lágrimas que derrama
En su macilento rostro
Su leal amigo, y le habla :

—A Dios mil gracias le doy
Porque para sí me llama;
Y así suplicarte quiero
Que tomes la ley cristiana[2],
Pues con ella vivirás
Vida alegre y regalada,
Y cuando acabes la vida
Será tu ánima salva.—
Muza se lo prometió,
Y viendo que ya le falta
Calor y vital aliento,
Y que está el cuerpo sin alma,
Mandó le dén sepultura,
Y él se fué para Granada
Para dar cuenta á su rey
De su infelice jornada;
Y á Córdoba fué despues,
Con voluntad presta y llana
Para volverse cristiano,
Como pedido le estaba.

(*Romancero general.*)

[1] El asunto del romance es del todo ideal. El maestre de Calatrava murió estando sobre Loja en una escaramuza, atravesado de una lanza, y el poeta finge que Muza presenció su muerte lleno de dolor, y recordando su fraternidad en armas, y los auxilios que le dió para libertar á su dama de poder del rey Chico, su hermano y su rival.

En los romances anteriores, números 1096, 1097, 1098 y 1099 de Lúcas Rodriguez, se refiere la novela del auxilio que dió el Maestre para libertar á su amiga, á Albayaldos, sustituyendo este nombre al de Muza.

Los romances moriscos novelescos, números 101, 102 y 103, aunque del todo fabulosos, pudieran tener un lugar entre los de este episodio, siquiera porque los nombres, ya que no los hechos, son históricos.

[2] El espíritu de hacer prosélitos era tal entre los cristianos, que ya vencidos ó vencedores proponian el bautismo á sus contrarios para que se salvasen.

1112.

ELOGIO DEL MAESTRE DE CALATRAVA DON RODRIGO TELLEZ GIRON.

(*Anónimo.*)

Por la parte que Jenil,
Impidiendo los asaltos
De Loja, fortificaba
El adarve y muros anchos,
Y por la que los intentos,
Del Católico Fernando
Jamas hallaron entrada
Sin parecer temerarios,
El bravo de Calatrava,
El Ribagorza Alejandro,
El Infante valeroso,
El prudente, el reportado,
El defensor de la fe,
El terror del africano,
El que todo lo difícil
Hizo su fortuna llano,
Por esa misma acomete,
Que no quiere en lo ordinario
Obligar á que la fama
Dél entone leve canto.
Hace cantidad de puentes,
Facilitando los pasos;
Asienta la artillería,
Junta el cerco, muda el campo,
Y con alta providencia
Los asaltos avivando,
Tala, descompone, abrasa
Y humilla los muros altos;
Entrega al torpe temor
Los valerosos cercados,
Lo que hasta allí no pudo
Con gruesas haces su hermano
Rinde la importante fuerza,
Lo mas dudoso allanando.
El Héctor aragones,
Haciendo fieros estragos,
Del ocio inútil huyendo,
Con la astucia y con las manos,
Que la astucia y el valor
Son en un sugeto raros,
Facilita la conquista,
Pone al granadino espanto,
Cerca la ciudad el Rey,
Y mueve el rey Chico trato,
Habiendo por su persona,
Cuerpo á cuerpo y brazo á brazo,
Rendido en escaramuzas
Los ánimos mas gallardos
De aquel belicoso reino,
Desde el Godo conservado
Que le perdió torpemente
Con otros mas dilatados:
Ofrece ufano á su rey
El premio de sus trabajos,
La parte que no se acaba
Sola para sí dejando,
Que es el pregon de la fama
Contra el tiempo su contrario,
Triunfando del mudo olvido
Y de la muerte triunfando.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE LAS HAZAÑAS DE HERNANDO DE PULGAR, Y DE GARCILASO DE LA VEGA.

1113.

PULGAR VENCE Á LOS MOROS DE GUADIX QUE PERSEGUIAN Á SU MESNADA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega*[1].)

Teniendo cercado á Baza
El Católico Fernando,
Salieron de su real
Hasta quinientos soldados
A hacer correduría
En los pueblos comarcanos,
Donde hubieron rica presa
De captivos y ganados.
Pues como fué el rey Zagal
De aquesta entrada avisado,
Hizo salir de Guadix,
Donde él estaba alojado,
Copia de moros valientes
En busca de los cristianos,
A quien con pasos tendidos
En breve espacio alcanzaron.
Hubo entre ellos muchos votos
Concordes en no aguardarlos,
Por ser en número mas
Y venir determinados,
Y tener de su ciudad
El socorro tan cercano.
Unos dicen que dejasen
La presa, por medio sano,
Y que solo se tratase
De cómo ponerse en salvo.
Otros lo contradecian,
El rostro vuelto al contrario,
Diciendo que no el vivir
Se debe tener en tanto,
Que por él quede el honor
Eternamente manchado;
Y ansí el Alférez andaba
Con la bandera dudando,
Sin osar acometer
Ni desamparar el campo.
Mas el valiente Pulgar,
De Salar alcaide bravo,
Visto en esta division
El votar discorde y vario,
Corrido de que se hubiese

Tanto el temor declarado,
Con valerosa osadía
Y proceder reportado,
Tomó una toca de lienzo,
Y su lanza derribando,
La añudó pegada al hierro,
Los cabos sueltos dejando,
La cual levantó en los aires,
La voz tambien levantando:
—¿Para qué ocupan, señores,
Estas armas nuestras manos,
Si con alentados piés
Solo de huir tratamos?
¡Honrosa vuelta harémos,
Y con trofeos honrados
Al real de nuestro rey
Para obligarle á premiarnos,
Si en tal de apartar los moros
A su rostro los llevamos,
No captivos, mas venciendo,
Como á cobardes vasallos;
No por caso de fortuna,
Sino por falta de manos!
Advertid que pocas veces
Se vence el buen esforzado,
Y si hay quien haga experiencia
Siga este lienzo herbolado
Serviràle de bandera
Y de darle nombre claro.—
Con esto batió los piés,
Dando riendas al caballo,
Y entre los moros se mete,
Haciendo sangriento estrago.
Síguenle todos á un tiempo,
El alto hecho loando,
Por cuyo medio adquirieron
Victoria de su contrario.
Con lo que al real se volvieron,
Donde Pulgar fué premiado,
Por armas dándole el Rey
Un lienzo á una lanza atado
En las garras de un leon
En campo azul levantado,
De once dorados castillos
Por todas partes cercado,
En memoria que triunfó
De once alcaides esforzados.
En lo alto la Ave-María
Del escudo en campo blanco
Con dos letreros seguidos,
De la tarjeta en lo bajo,
Dignos de considerar,
Que dicen en castellano:
«Tal debe el hombre de ser
»Como quiere aparecer.»
Advertencia con que puede
Valer mucho el esforzado,
Al valeroso Pulgar
Con sus hechos imitando.

(Lobo Laso de la Vega, *primera parte del Romancero y tragedias &c.*)

[1] En este romance empiezan los de las hazañas de Hernando de Pulgar y de Garcilaso de la Vega. Este y el que le sigue debieron colocarse por su época, inmediatamente despues del núm. 1078, que dice: *Malaga está muy estrecha*; pero se han puesto aquí por reunirlos con los otros referentes á Pulgar.

1114.

PULGAR METE SOCORRO EN SALOBREÑA, Y OBLIGA AL REY CHICO Á QUE LEVANTE EL CERCO [1].

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

El rey Chico de Granada
La fortaleza batia,
De la fuerte Salobreña
Habiendo entrado en la villa.
Por todas partes la aprieta
Con rigurosa porfía:
Necesitada la tiene,
Falta de agua y de comida.
La poca gente de dentro,
Debilitada y herida,
A los continuos asaltos
Con gran valor resistia,
Dando con él á entender
Ser mucha y bien proveida,
Ayudándoles tambien
La necesidad precisa,
Y el ver que en solo sus diestras
Vida y honra consistia,
Causa de que en casos tales
La victoria se consiga,
Y de que cante la gloria
Quien vió al ojo la caida.
Sabido el estrecho cerco
Por las fronteras vecinas,
Se juntó copia de gente
Para socorrer la villa,
Con mucha de las comarcas
A quien convocado habian.
Marcharon para este efecto;
Mas la mucha gente vista
Que el moro rey de Granada
Sobre la fuerza tenia,
No se atrevieron a entrarla
Por el riesgo que corrian,
Sin que primero viniese
Mas gente de Andalucía.
Fernan Perez del Pulgar,
Que en el socorro venia,
Vista la necesidad
Que los cercados tenian,
Y de aquella dilacion
El daño que se seguia,
Habló á sesenta soldados
Expertos en la milicia,
Hombres nobles y de esfuerzo
Como el hecho lo pedia,
Con los cuales de tropel
Rompe la cerrada via
Por el mas grueso escuadron
Que el campo moro tenia,
Haciendo en la delantera
Dura y sanguinosa riza,
Hasta que á pesar de todos,
Aunque herido, entró en la villa,
Y de allí en la fortaleza,
Cuya entrada defendida
Fué por sola su persona
A aquella turba infinita.
Recibieron los cercados
Gran placer con su venida,
Diciendo:—Con tu presencia
No hay, Pulgar, suerte enemiga.
Pesante d'esto el rey Chico,
Mandó que al siguiente dia
El combate general
No cesase, hasta rendirla,
Diciendo que por la falta
Del agua se entregaria.
Cuando esto supo Pulgar,
Solo un cántaro que habia
Hizo colgar de una almena,
Diciendo si le querian,
Y juntamente con esto
De plata una taza rica
Dió al moro que del combate
Le dió la nueva, en albricias:
De que admirado el rey Chico
Levantó el cerco aquel dia,
Por tal hecho, y porque supo
Que el rey Fernando venia.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

[1] Véase la nota del anterior.—Reproduce en este romance el autor de él, con su tono hinchado y afectado, la situacion y

ardid tan comun de un jefe sitiado por hambre y sed, que arroja al campo enemigo los víveres que conserva, para persuadirle de que está la plaza ó el fuerte abundantemente provisto. (Véase el romance viejo, núm. 1233, donde se ve una situacion igual, pero expresada con sencillez interesante, y sin la bambolla ni pretensiones de un estudiante de retórica.)

1115.

PULGAR CLAVA EL RÓTULO DEL AVE-MARÍA EN LA MEZQUITA DE GRANADA.

(*Anónimo* [1].)

¡Santa Fe, qué bien pareces [2]
En la vega de Granada,
Toda cercada de muros,
De torres bien torreada,
Una cava á la redonda,
Que toda te cerca y baña!
Fundóte el rey Don Fernando,
Doña Isabel en compaña,
Y otros muchos caballeros
De la nobleza de España.
Con el secreto silencio
Y resplandor de Diana,
Una noche que hacia
Muy resplandeciente y clara,
Noche que huelgan los moros
Y la estiman mas que el alma,
Mas que el sabado el judio,
Mas que el cristiano la Pascua
Del venturoso Bautista,
A quien la Iglesia señala
Por uno de los mayores
Que en los nacidos se hall
Aquesta noche los moros
Hacen grande fiesta y zambra,
No en la Vega ni el Jenil,
Como era su antigua usanza,
Porque de temor las fiestas
Hacen á puerta cerrada;
Y luego al siguiente dia
Una zuriza gallarda
De moros y de cristianos,
Toros y juegos de cañas,
Que resplandece en la Vega
La luz de sus luminarias.
Parte Fernando el Pulgar
Desde Santa Fe á Granada,
En una yegua, por posta,
Tres horas ántes del alba,
Que pretende hallarse en ella,
Aunque por punta de lanza,
Y aunque va de Santa Fe,
Nunca de la fe se aparta.
Las señas que Pulgar lleva
Diré, si bien me acordaba:
Una jacerina cota
Fina, y de tan fina malla,
Que cabe dentro de un puño
De menuda y de liviana.
Lleva un pergamino escrito
De la que es llena de gracia,
Y trujo al Verbo divino
Recogido en sus entrañas:
Lleva un coleto de ante,
Que á la nieve se compara,
Sin cuchillada ni golpe,
Porque con él las repara:
Su cadena de oro al cuello
Con una cruz de esmeraldas,
En un brahon recogida,
Y por gala y sobre gala
Llevaba un bohemio verde
De fajas, con cuatro mangas,
Las cortas bien guarnecidas,
Y acuchilladas las largas;
Un sombrero á lo frances
Acairelado de plata,
Y entre cairel y cairel
Hilos de aljófar sembrada;
Penacho grande caido
Entre la copa y la falda,
Por cintillo una cadena,
Y un diamante por medalla.
Pendiente de la pretina
Llevaba una rica daga,
Que brocal, puño y contera
Es lo mismo que la espada.
La hoja, no hay que pedir,
Sino el brazo que la manda,
Que ha derramado con ella
Tanta mas sangre pagana
Que Altaclara y Hoyosa,
Ni Tizona, ni Colada,
Ni con Durindana Orlando,
Ni el fuerte Urgel con su maza.
Lleva bordado en los tiros
Dos serpientes, cara á cara,
Que parece que están vivas
Y á los vivos amenazan:
Lleva unas blancas botillas
Que revientan de apretadas,
La de la pierna derecha
Hasta el tobillo arrugada:
Con la rosa de la liga
Lo mas de la media tapa.
Con esto llegó á dar vista
A la invencible Granada.
No va por la puerta Elvira,
Que sabe que está cerrada:
Va por la puerta del Rastro,
Do halló durmiendo los guardas.
Quiso Dios y la ventura
Que el Darro le diese entrada
Por el hueco de la puente
Hasta llegar á la escala,
Que á veces Dios á los suyos
Los cubre con telarañas.
Baja por la Herreria,
Que aloja á la Vivarambla;
Entra por el Zacatin;
Con el rey moro encontraba,
Y el Rey le dijo: —¿Qué gente?—
Y él sin turbarse palabra,
Porque la arábiga lengua
Corta como la cristiana,
Le dice: — Soy Reduan,
Que soy de fiestas mañana,
Porque hago en la zuriza
Una figura gallarda.
—¿Qué figura?— dijo el Rey,
No entendiendo que le engaña.
Hago á Fernando Pulgar,
Que parezco hasta en el habla,
Que este vestido que traigo
Me lo hizo una cristiana,
Que parece ser el mismo
Que Pulgar se viste y calza.—
El Rey quedó tan contento
De su bizarría y gala,
Que mandó darle un caballo
Para que á las fiestas salga.
Dando vuelta á la ciudad,
Se vino á la Vivarambla,
Do vido estar un castillo
Hecho de madera y tabla,
Y una casa á la redonda
Que toda la cerca baña.
Preguntó en algarabía
Cómo el castillo se llama:
Dícenle que Sante Fe,
Que han de rendirla y ganalla.
Rióse d'eso Pulgar,
Y dice: — ¡Perra canalla,
No os veréis en ese gozo,
Si Dios me guarda mañana!—
Y estando en estas razones
Vido un moro con un hacha,

La cual hacha le quitó,
Y tan gran golpe le daba
Que le dejara por muerto
Tendido junto á la cava,
Y con el hacha encendida,
Fuego á las cosas pegaba.
Unos dicen: ¡Fuego, fuego!
Otros dicen: ¡Agua, agua!
Otros dicen que es rebato,
Que viene del Alpujarra.
Otros dicen que es Pulgar
Que estaba dentro en Granada,
Y Pulgar se andaba entre ellos
Lleno de cólera y rabia.
Fuése para la mezquita,
Y hallóla desocupada,
Y en lo mas alto que pudo,
Adonde su mano alcanza,
Puso el pergamino blanco
De la que es llena de gracia,
Y una antorcha junto á él
Encendida, en una escarpia;
Y cuando ya amanecia
En casa del Rey entraba,
Por cobrar aquel caballo,
Que el Rey entregar le manda.
El Rey tenia ya mandado
A los criados de casa,
Que le dieran á escoger
El caballo que gustara.
Escoge un caballo blanco
Que á la nieve se compara
Enjaezado de oro,
Las herraduras de plata,
Caballo que en treinta pasos
Corre, galopea y para,
Y con un sutil cabello
Se puede tener á raya:
Con una marlota azul
Toda de perlas sembrada.
Bajóse á la plaza Nueva,
Y de allí á la Vivarambla.
Los moros habian puesto
Un rey Fernando de paja,
Y un moro hecho de bulto,
Que una azagaya le pasa:
Allí se enojó Pulgar
Con ira y cólera brava:
Deja caer la marlota,
Metiendo mano á la espada,
Y al que encontró por delante
De claro en claro lo pasa.
Llévanle la nueva al Rey
Que está dentro del Alhambra;
Y cuando acudió con gente
Pulgar en Santa Fe estaba.

(*Romances varios de diversos autores.*)

[1] Celebra siempre Granada el aniversario de su conquista con fiestas religiosas y populares. Entre ellas, desde fines del siglo XVI se ejecuta un drama intitulado *El triunfo del Ave-María*, en el cual se representa la hazaña de Pulgar, que aquí se ha referido, y el rescate que hizo Garcilaso del rótulo del Ave-María, que Tarfe por vilipendio arrastraba en la cola de su caballo. El drama se ha impreso siempre á nombre de un ingenio; pero se atribuye no sin razon al famoso Lope de Vega, que quizá lo tomó de los romances, ó mas probablemente de algun drama mas antiguo.

[2] Santa Fe fué primero el campamento de tiendas que los Reyes formaron delante de Granada, imitando una poblacion; pero como por ser de lienzo hubo de quemarse, con grave riesgo de los Reyes Católicos, lo levantaron despues y construyeron de materias mas sólidas y ménos expuestas al fuego.

1116.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

En espantoso silencio
Todo el orbe envuelto estaba
Y á descanso reducidas
Todas las cosas callaban.
Solo un inquieto murmurio
Se oye en el campo de guardia
Del Católico Fernando,
Que se alojaba en Alhama.
Trataban todos de dar
Muestras de sí señaladas:
Unos de lidiar con Tarfe
En la Vega, vista el alba;
Otros en la puerta Elvira
Dejar fijada una daga.
Mas el valiente Pulgar,
Que en esta ocasion se halla
El juramento cumpliendo,
Hecho por él en la plaza
De tomar de la mezquita
Posesion y de Granada,
Empresa que en todo el campo
Se notó por temeraria,
En una carta bruñida
El Ave-María estampa,
Y de un adalid guiado
Por Darro arriba se entraba,
Sin ser de nadie sentido,
Que ya de su parte estaba
La declarada ventura
Que á su esfuerzo acompañaba.
Cercado de negras sombras,
Que la de terror vendada,
Su intento favorecia
Cubriéndole con sus alas.
Quince escuderos llevó
En esta justa demanda:
Los seis metió en la ciudad,
Los nueve dejó á la entrada,
En guarda de los caballos,
Y á la mezquita llegaba,
En cuya puerta fijó
Con un puñal que llevaba,
Y devoto proceder,
Aquellas palabras santas,
Y una antorcha junto a ella
Encendida en una escarpia,
A quien postrado en el suelo
Dijo con las manos altas:
—No os dejo donde quisiera,
Mas lo mejor que yo puedo,
Do no os quitara mi miedo
Lugar mejor, si le hubiera.
Temo que en este os hará
Ofensa esta turba infiel;
Mas no, que el ángel Gabriel
A su boca os volverá.
Yo quisiera mas valer
Y poderme conservar,
En él poderos guardar,
Adonde os pude poner.
Hállome de fuerzas pobre,
Aunque no de atrevimiento;
Solo habré sido instrumento
Para que por mí Dios obre.
Quédate, y conmigo ve,
Que bien se puede alabar
Aqueste indigno lugar
Del bien con que le dejé.—
De tierra se levantó
Con reverencia acatada,
Y de aquel puesto partiendo
A la Alcaicería baja,
Como prometido habia,
Con designio de quemarla;
Mas cuando pidió la lumbre,
Respondió el que la llevaba:
—El tiempo la ha consumido
Que há que dura pieza larga:
De que indignado Pulgar,
Le dió una herida en la cara.
Vuelve á salir por do entró

Con tan gloriosa hazaña,
A quien los Reyes hicieron
En la iglesia de Granada
Merced del entierro honroso
Que de los Pulgares llaman,
Y que en el coro y oficios
Con capa entrase y espada.

(*Romancero general*, fol. 496.— It. Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1117.

ESCÁNDALO EN GRANADA PORQUE PULGAR CLAVÓ EL RÓTULO DEL AVE-MARÍA EN LA PUERTA DE LA MEZQUITA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Sobre el mas alto collado
Se muestra del monte Ida
El deseado lucero
Denunciando el nuevo dia,
Cuando en la fuerte Granada
Discordes voces se oian,
Que las daba el rey Chiquito
Y la plebe granadina,
Porque en las cerradas puertas
De su acatada mezquita
Hallaron con un puñal
Fijada la Ave-María.
Dan tormento á los captivos;
Pero nada se averigua.
Corrido el Rey de tal caso
Por la ciudad discurria:
Atajado, sin consejo
Dice, el pecho lleno de ira:
—Mahoma, ¿cómo sufriste
Tal afrenta contra tí?
Porque creo, y es ansí,
Que evitarla no pudiste.
Bien semejante ultraje
Merece tu ley pesada,
Pues consentiste á Granada
Quedar sin Abencerrajes.
Toma enmienda d'este agravio,
Armate, que te conviene,
Que ya Granada no tiene
Quien mueva en tu casa el labio.
Que aunque solia tener
Por quien fuiste respetado,
Ya se acabó el buen estado
Que dura poco en un ser.—
En estas quejas estaba
El Rey, cuando se ofrecia
Tarfe, el jóven mas valiente
Que ciñó espada morisca,
El cual con ira rabiosa
Y con arrogancia altiva
Del lugar adonde estaba
Arrancó la Ave-María,
Y á la cola del caballo
En que iba la prendia;
Lanza y adarga tomando
A la frontera camina.

(Lobo Laso de la Vega, *Primera parte del romancero y tragedias &c.*)

1118.

TARFE, ARRASTRANDO EL RÓTULO DEL AVE-MARÍA, QUE LLEVABA EN LA COLA DE SU CABALLO, PROVOCA Á LOS CABALLEROS DEL CAMPO CRISTIANO, Á QUE SALGAN Á RESCATARLO [1].

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

En un revuelto andaluz
De color vario picazo,
Dando fin á su carrera
Sobre los piés reparando,
Del rey Fernando á la vista
Aparece Tarfe el bravo,
De aspecto bravo, feroz,
Con el brazo arremangado,
Gruesa lanza fija al puño,
Hierro y regaton dorado:
Cual frágil junco la vibra
Los dos remates juntando;
Ancha adarga en la siniestra,
En cuyo campo azul claro
Se ven dos manos abiertas
Procurando asirse en vano,
Que una muerte se lo impide
Señalando un golpe infausto
Contra quien dice una letra:
«Tu rigor ni el hado avaro.»
Pendiente el letrero trae
De la cola del caballo
Que Pulgar dejó en Granada
En la mezquita fijado,
Donde iba el Ave-María
Por el suelo haciendo rastro;
Y en voz alta, junto al muro,
A todos amenazando,
Dice: — ¡Cuidadosos sois
De vuestro Alcoran, cristianos!
¡Harto mejor que vosotros
Le guarda aqueste caballo!
¡Si no, salid á quitarle,
Veréis si le habeis barato!—
Acuden de presto al muro,
Y ven al moro gallardo,
Cuyo espectáculo fué
A todos duro y extraño.
Hincan la rodilla en tierra,
Aquel letrero adorando:
Vase á armar Martin Galindo,
Que ansí del Rey le es mandado.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

[1] En el drama *El triunfo del Ave-María*, que hemos referido, sale el moro Tarfe á caballo, armado de todas armas, y desde el patio profiere el reto contra el campo cristiano que se figura en el foro. Cuando en el aniversario de la toma de Granada se representa allí este drama, todo el populacho que acude, llena de improperios al cómico que representa al moro Tarfe, con tal entusiasmo, que á veces lo han maltratado de obra.

1119.

SALE GARCILASO DE LA VEGA CONTRA EL MORO TARFE, Y TRIUNFA DE ÉL.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

De hinojos puesto ante el Rey
Está el jóven Garcilaso,
Cuyo paje era, pidiendo
Le deje salir al campo
Para castigar de Tarfe
Contra la fe el desacato.
Respondióle el Rey: — Sois mozo,
Y valeroso el contrario;
Dejadlo á Martin Galindez,
Que este es un caso pesado,
Pues el valiente Pulgar
Por ausente está excusado,
Cuya era aquesta empresa
Por haberla comenzado.
No faltarán ocasiones
En que ejerciteis el brazo.—
Sin embargo d'esto se arma
Con secreto, y sale al campo,
Y alzando al cielo los ojos,
Dice pidiéndole amparo:
— No la gloria d'esta empresa
Pretendo por mi interes,
Como tú, Virgen, lo ves;
Que mas el agravio pesa,
En cuya satisfaccion
Es bien el bárbaro entienda,

Que no se permite ofenda
Nombre de tal perfeccion.
Un don te pido húmilmente:
Haz, Virgen, se me conceda,
Y es, tu nombre quitar pueda
De lugar tan indecente.
Tuya es la causa que sigo,
Vencedor saldré sin duda:
No hay suerte que mal acuda,
Pues va tu favor conmigo.—
Suelta al caballo la rienda,
Cala la lanza al contrario,
Y con tal pujanza embiste,
Que dió con Tarfe en el campo,
Cuya cabeza y letrero
Presenta al rey Don Fernando,
Que desde el muro habia visto
De los dos el duelo bravo,
A quien abrazando dice:
—Valeroso Garcilaso,
Llamáos tambien de la Vega,
Pues en ella habeis ganado
Hoy el inmortal renombre
Por ese indómito brazo;
Y aquestas letras traed
En este dorado campo,
Por armas y por blason
Dadas por el cielo grato,
Sin las que vos os teneis
Que os dió vuestro tronco claro;
Y en tanto que otras mercedes
Por tan buen servicio os hago,
Seréis de hoy mas capitan,
Con la cruz de Santiago.—

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1120.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

**Cercada está Santa Fe
Por el uno y otro lado,
Asentadas muchas tiendas
De oro, seda y de brocado;
De muchos condes y duques
Todo el campo está adornado,
De los Católicos reyes
Doña Isabel y Fernando,
Con muchas iluminarias
Y regocijo sobrado;
Cuando á las ocho del dia
Un moro se ha demostrado,
Una lanza con dos hierros
Encima un caballo blanco.
Las orejas trae hendidas,
El rostro hecho pedazos,
Porque con sus anchos dientes
A morder estaba usado.
El moro que encima viene
Parece de gran estado:
Un paño de oro le aprieta
En el hombro arremangado,
Una marlota vestida
Y un albornoz colorado,
Y en el su brazo siniestro
Un fuerte escudo embrazado.
Camina para el real
Con semblante denodado;
Antes que al real llegase
D'esta manera ha hablado
—¿Cual será aquel caballero [1]
En valor aventajado,
Que por ensalzar su honra
Se salga conmigo al campo?
Salga uno, salgan dos,
Salgan tres ó salgan cuatro,
O salga Puertocarrero,**
Comendador afamado;
O salga ese buen Galindo,
Señor de Palma nombrado;
Y si no hay ninguno d'estos,
Salga el mismo rey Fernando,
Que yo le daré á entender,
Si quisiere aquí proballo,
Lo que mi persona vale,
Y que soy intitulado
El valiente moro Tarfe,
En la guerra señalado,
Hermano del rey Chiquito
De Granada, tan nombrado;
Y por mas deshonra vuestra
Traigo en cola del caballo,
Con cinco letras escrita
En un pergamino atado,
Vuestra fe y Ave-María,
Que reza cualquier cristiano,
Y si no me lo creeis,
Mirad este cartel blanco.—
Vuelve las riendas el moro
Con un semblante gallardo,
Y todos se maravillan;
Cada cual está admirado.
Muchos al Rey se le ofrecen
Ser en defensa del caso:
Luego habló un caballero,
De Ecija se ha nombrado:
Garcilaso ha por nombre,
De linaje muy hidalgo;
Era de años diez y seis,
Que en diez y siete no ha entrado.
Púsose delante el Rey
Con rostro soberbio, airado;
Hinca la rodilla en tierra
Al uso de cortesano.
— A tu real Alteza pido
Como á rey tan sublimado,
Que me dé luego licencia
Sin que me sea negado,
Que con el moro combata
Que se mostró tan osado.—
El prudente Rey responde
Como sagaz y avisado:
— Garcilaso, sois muy mozo
Y en las armas poco usado:
Dejaldo á Puerto-carrero,
Belicoso castellano,
Y tambien está Galindo
En la guerra ejercitado.—
El mozo de enojo d'esto
Mucho se habia alterado.
Por el real adelante
Grandes voces iba dando.
— Pajes, los que me servis,
Traedme presto recaudo —
Ya vienen todos los pajes,
En un punto se han armado,
Y por do el Rey no lo via
Sale al campo bien armado.
El moro, cuando lo vido,
Se va para Garcilaso,
Solo para atropellarle,
Pero no para encontrallo.
Garcilaso, con destreza,
Va para el fuerte pagano,
Y enristrándole la lanza
Al suelo lo ha derribado.
Luego cortó su cabeza
Y en la lanza la ha hincado,
Y con grande lijereza
El pergamino ha quitado
De la parte donde estaba,
Y en su pecho lo ha fijado.
D'esta manera decia,
Al cielo siempre mirando:
— ¡Oh letras de mi consuelo,
Por quien yo fui remediado! —

Y delante el Rey se vuelve
Del hecho disimulado;
Los hinojos por el suelo,
D'esta manera ha hablado:
— Tu Alteza me perdone,
Que no hice tu mandato.—
El Rey por honra le dar
Del suelo le ha levantado,
Y dijo: — Esas sean tus armas,
Garcilaso el afamado,
Pues es el hecho primero
En que tú te has señalado.—

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] Parece que se hizo moda entre los poetas la fórmula de reto ó provocacion á duelo singular, tal como se expresa en estos versos, ya puestos en boca de las damas ó de los caballeros. (*Véanse los romances números* 1121, 1128 y 1129.)

1121.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Cercada está Santa Fe
Con mucho lienzo encerado,
Al rededor muchas tiendas
De seda, oro y brocado,
Donde están duques y condes,
Señores de grande estado,
Y otros muchos capitanes
Que lleva el rey Don Fernando,
Todos de valor crecido,
Como ya habreis notado
En la guerra que se ha hecho
Contra el granadino estado;
Cuando á las nueve del dia
Un moro se ha demostrado
Encima un caballo negro
De blancas manchas manchado,
Cortados ambos bocicos,
Porque lo tiene enseñado
El moro que con sus dientes
Despedace á los cristianos.
El moro viene vestido
De blanco, azul y encarnado,
Y debajo esta librea
Trae un muy fuerte jaco,
Y una lanza con dos hierros
De acero muy bien templado,
Y una adarga hecha en Fez
De un ante rico estimado.
Aqueste perro, con befa,
En la cola del caballo,
La sagrada Ave-María
Llevaba, haciendo escarnio.
Llegando junto á las tiendas
D'esta manera ha hablado:
—¿Cuál será aquel caballero[1]
Que sea tan esforzado
Que quiera hacer conmigo
Batalla en aqueste campo?
Salga uno, salgan dos,
Salgan tres ó salgan cuatro:
El alcaide de los Donceles
Salga, que es hombre afamado;
Salga ese conde de Cabra,
En guerra experimentado:
Salga Gonzalo Fernandez,
Que es de Córdoba nombrado,
O si no, Martin Galindo,
Que es valeroso soldado;
Salga ese Portocarrero,
Señor de Palma nombrado,
O el bravo Don Manuel
Ponce de Leon llamado,
Aquel que sacara el guante
Que por industria fué echado
Donde estaban los leones,
Y él le sacó muy osado[1];
Y si no salen aquestos,
Salga el mismo rey Fernando,
Que yo le daré á entender
Si soy de valor sobrado.
Los caballeros del Rey
Todos le están escuchando:
Cada uno pretendia
Salir con el moro al campo.
Garcilaso estaba allí,
Mozo gallardo, esforzado;
Licencia le pide al Rey
Para salir al pagano.
— Garcilaso, sois muy mozo
Para emprender este caso;
Otros hay en el real
Para poder encargarlo.—
Garcilaso se despide
Muy confuso y enojado,
Por no tener la licencia
Que al Rey habia demandado.
Pero muy secretamente
Garcilaso se habia armado,
Y en un caballo morcillo
Salido se habia al campo.
Nadie le ha conocido
Porque sale disfrazado;
Fuése donde estaba el moro,
Y de esta suerte le ha hablado:
—¡Ahora verás, el moro,
Si tiene el rey Don Fernando
Caballeros valerosos
Que salgan contigo al campo!
Yo soy el menor de todos,
Y vengo por su mandado.—
El moro cuando le vió
En poco le habia estimado,
Y díjole d'esta suerte:
— Yo no estoy acostumbrado
A hacer batalla campal
Sino con hombres barbados:
Vuélvete, rapaz, le dice,
Y venga el mas estimado.—
Garcilaso con enojo
Puso piernas al caballo;
Arremetió para el moro,
Y un gran encuentro le ha dado.
El moro que aquesto vió
Revuelve así como un rayo:
Comienzan la escaramuza
Con un furor muy sobrado.
Garcilaso, aunque era mozo,
Mostraba valor sobrado;
Dióle al moro una lanzada
Por debajo del sobaco:
El moro cayera muerto,
Tendido le habia en el campo.
Garcilaso con presteza
Del caballo se ha apeado:
Cortárale la cabeza
Y en el arzon la ha colgado:
Quitó el Ave-María
De la cola del caballo:
Hincado de ambas rodillas
Con devocion la ha besado,
Y en la punta de su lanza
Por bandera la ha colgado.
Subió en su caballo luego,
Y el del moro habia tomado.
Cargado d'estos despojos
Al real se habia tornado,
Do estaban todos los grandes,
Tambien el rey Don Fernando.
Todos tienen á grandeza
Aquel hecho señalado;
Tambien el Rey y la Reina
Mucho se han maravillado
En ser Garcilaso mozo
Y haber hecho un tan gran caso.

Garcilaso de la Vega
Desde allí se ha intitulado,
Porque en la Vega hiciera
Campo con aquel pagano.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.)

[1] Véase la nota del romance núm. 1120.
[2] Esta hazaña se refiere en el romance núm. 1131.

1122.

CELÉBRASE POR LA REINA DOÑA ISABEL LA VICTORIA DE GARCILASO CONTRA TARFE, Y EL TRIUNFO DEL AVE-MARÍA.

(*Anónimo.*)

La reina Doña Isabel,
Viendo venir vencedor
Al valiente Garcilaso,
D'esta manera le habló:
—Bien es, Garcilaso fuerte,
Que me arrodille ante vos,
Que quien de Dios tiene tanto
Bien merece adoracion.
Al cuello traeis el Ave
Que á todos nos redimió,
Pues del Redentor la Madre
Es causa de redencion.
D'esta enfermedad Mahoma
Que ha de morir cierta estoy,
Porque en faltándole el Ave
La sustancia le faltó [1].
Con el Ave á San Gabriel
Atras, Laso, dejais hoy,
Pues la sacais del infierno
Y él del cielo la sacó.
Favorecednos, García,
Pues hoy os pide favor
La que favorece á todos
En el mar de confusion.
Con la empresa d'este dia
¡Oh qué venturoso sois!
Pues sustentais en el pecho
La que á nuestro Dios le dió.
Sois de la corte divina
Caballero del Toison,
Y aunque no llevais cordero,
Llevais la que le parió.
Esa cadena del cuello
Decidme, ¿quién os la dió?
Que mas que el cielo y el suelo
Vale solo un eslabon.
El platero fué Dios Padre,
Dios Hijo quien la crió,
Y Dios Espíritu Santo
Fué el toque de su valor.
Que d'esta suerte que estamos
Considerando á los dos,
Dirán que somos retrato
Hoy de la salvacion.
Mas aunque por vos sea buena
Aquesta comparacion,
Por mí no, que ella fué justa,
Y yo pecadora soy.
Hoy la sangre de Mendoza
Mas grandeza mereció;
Si es real, hoy fué divina,
Pues á Dios ha dado honor.
Y pues hoy en una Vega
Ganaste tanta opinion,
El nombre de Garcilaso
Con Vega dirá mejor.—
Esto diciendo Isabel
A Garcilaso abrazó,
Y con muestras de humildad
Le pide su bendicion.
Del suelo le alzó la Reina
Y la mano le tomó,
Y d'esta suerte le lleva
Delante al Rey su señor.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

[1] Deplorable extravío de la razon y el buen gusto es comparar el *Ave-María*, con la gallina que da sustancia al caldo de la olla.

1123.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

La Católica Isabel,
Viendo venir vencedor
Al famoso Garcilaso,
De aquesta suerte le habló:
—Vengais por cierto en buen hora,
Nuevo lucero español,
Pues hoy á los de la fama
Deja atras vuestro valor.
Hoy sin duda todo el mundo
Os está en obligacion,
Pues una joya como esa
Se la librais de prision.
Dios, mediante esas palabras,
En Virgen Madre encarnó,
De suerte que ellas sirvieron
De sello á la redencion;
Y hoy porque el mundo conozca
Vuestra nobleza y valor,
Venis á ser paraninfo
De la voluntad de Dios.
A Gabriel haceis ventaja,
Y es evidente razon,
Pues que sacais del infierno
Lo que él del cielo sacó.
Gabriel dice fortaleza,
Y tanta contemplo en vos,
Que ese título os compete,
Y aun otro pienso mayor.
El á un manso corderillo
Su embajada declaró,
Mas vos quitaisla este dia
De las manos de un leon.
Mereceis justo renombre
De divino cazador,
Pues que cazastes el Ave
Que fué nuestra redencion.
Como el águila os contemplo
Que de hito mira al sol,
Pues que dais á un Ave alcance
Que para sí escogió Dios.
Con razon os llame el mundo
Caballero del Toison,
Pues que llevais en el pecho
La oveja que á Dios parió.
Hoy de la insignia mas alta
Sois comendador mayor,
Pues que llevais la encomienda
Que Dios á su Madre dió.
Justo será que os dé nombre
El mundo de redentor,
Pues le redimis la prenda
Que dió Dios cuando encarnó.
Hoy en la Vega ha salido
De vuestra nobleza el sol,
Y así el renombre de Vega
Por vuestro tendréis desde hoy.
Solo esto os doy de mi mano,
Y os prometo por quien soy
De teneros en mi corte
En posesion del mejor.
Esto en efecto es muy poco;
Pero pagaros lo ha Dios,
Pues la joya que él estima
Le librastes de prision.

(*Romancero general.*)

ROMANCES SOBRE DON ALONSO DE GRANADA Y VENEGAS [1].

1124.

PRESENTACION DE DON ALONSO DE GRANADA VENEGAS, Á LOS REYES CATÓLICOS EN SANTA FE.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Curiosamente vestido,
Costoso y tras ordinario,
Mostrando con grave aspeto
Ser rama de tronco claro,
Don Alonso de Granada
Entra en Santa Fe, gallardo,
Por sobrenombre Vanegas,
De lo materno tomado,
Que por la parte del padre
Era de los reyes altos
De Granada y Zaragoza,
Que en España fuéron tanto,
Con el de Ureña y Tendilla
Al diestro y siniestro lado,
Que como príncipe tal
Le llevan con tanto aplauso.
Docientos ginetes trae,
De su gran casa criados,
Sin otros muchos de á pié
De su servicio ordinario.
De Andrax viene y de Marchena,
Que era suyo aquel Estado,
A quien sale á recibir
El Católico Fernando,
Con actos de grande amor,
Del pabellon á tres pasos.
Métele do está la Reina,
Sin dejarle de su lado,
La cual en viéndole, dijo,
De gran placer muestras dando:
— No hay que temer la conquista
Siendo vos de nuestro bando.—
Por tal favor Don Alonso
Besó á la Reina las manos,
Cuyo padre era Don Pedro
De Granada, que entregado
La fuerte ciudad de Baza
Habia al Rey Don Fernando,
Cuando voluntariamente
Se vino á ser su vasallo.
Hallándose pues los Reyes
A padre é hijo obligados,
Por este y otros servicios,
Que por muchos no señalo,
Y porque con cinco moros
De Granada los mas bravos,
En desigual desafio
En dos veces hizo campo.
Don Alfonso, defendiendo
Lo que al Rey debe el vasallo,
Sus prendas, su sangre ilustre
Y su valor acatando,
De su mano y por su órden
A Don Alonso casaron
Con la bella Doña Juana,
Dama suya, á quien criaron,
De Mendoza, cuyo padre
Fué el valiente Don Hurtado,
Que sirvió en esta conquista
De Cazorla adelantado,
Nieta del de Santillana,
Tronco antiquísimo y alto,
Y tambien porque salió
De una batalla triunfando
En la Vega, y de otra en Adra
Tres estandartes tomando
A los moros, cuyas haces
Acaudilló el mesmo año;
Tras lo cual fué Don Alfonso
Por general señalado
De la armada de la mar,
Que andaba el Reino guardando,
Dándole tambien la cruz
Antigua de Santiago;
Y á Don Pedro dió en Granada
De alguacil mayor el cargo:
Lo que siempre defendieron,
De quien eran confiando.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

[1] Este Don Alonso era hijo del Infante Zideyaya, que vasallo del rey Zagal despues de haber defendido á Baza valientemente contra los cristianos, hubo de rendirla bajo honrosa capitulacion. Convertido al Cristianismo y á sueldo del Rey, contribuyó no poco á la conquista de Granada y pacificacion de dicho reino.

1125.

DESAFIO DE DON ALONSO DE GRANADA Y VENEGAS, CON EL MORO ALHIZAN.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Estando el buen Don Alfonso
En Marchena, la su villa,
Cabeza de aquel Estado,
Que en recompensa debida
El rey Fernando le dió
En trueque de las Salinas,
Estancia muy peligrosa
Por la guerra tan contina
Que hasta ganar á Granada
Con el rey Chico tenia,
Trabando duros rencuentros
Y escaramuzas reñidas,
Cuya rigurosa diestra
Por la de Dios reducida
A defensa de su ley
Hace temblar la morisma;
Con que al belicoso Pablo
En la guerra y paz imita,
Y los fronterizos muros
Su presencia fortifica;
Al tiempo que el crespo Apolo
Del Océano salia,
Sube á mirar la muralla,
Cosa que siempre hacia,
Sin tres veces que de noche
Sus escuchas requeria;
Y tendiendo por el campo
Hácia Granada la vista,
Al moro Alhizan descubre
En una yegua tordilla,
Con un jaez encarnado
Bordado de piedras ricas,
Y un limpio bozal de plata
Con sonantes campanillas,
Y al alzar de cada mano
Toca la yegua las cinchas;
Las bien formadas orejas
Enhiestas sobre la vista,
Y enfrenada la cabeza
Del bocado reprimida,
La cual en viendo á Marchena
Batiendo el suelo relincha,
Como quien en su ribera
Tiene la madre querida:
Gruesa lanza y ancha adarga
El bravo moro traia.
Llegóse cerca del muro,
Y por Don Alonso mira,
A quien conocia bien,
Y dice inflamado en ira:
— De tu diestra invictísima y pujante
Tan estimada en Africa y España,
Tan quejosa tu patria y tan pesante
En ira envuelta y rencorosa saña,
Hecho me cometió tan importante,

Visto que tu rigor tanto la daña:
Mándame que contigo campo haga,
Y á estragos tan sangrientos satisfaga.
Don Alonso, que escuchado
Al moro arrogante habia,
Con voz grave le responde
Y reportada osadía:
—La suerte en que me hallo venturosa
No permite, Albizan, lo contradiga,
Fuera de que mi sangre valerosa
A mas, cual sabes, con razon me obliga;
Que nunca fué mi diestra perezosa,
Y mas agora, que con Dios se liga,
A quien suplico admita por servicio
Tu vida, y por acepto sacrificio.—
Armóse con gran presteza,
Y de la villa salia,
Costándole el desengaño
Al audaz moro la villa.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1126.

DON ALFONSO DE GRANADA VENEGAS, EN BATALLA NAVAL VENCE AL REY DE ARGEL.

(*De Gabriel Laso de la Vega.*)

La submergida cabeza
El sol saca de las aguas,
Que hagan, dando licencia,
Sombra en las ondas, las gavias
Regalando de sus cimas
Las matutinas escarchas,
Al vigilante soldado
Reservando de la guarda,
Y á los acordes clarines
Hace sonar dulce salva,
Cuando el moro rey de Argel
El estrecho atravesaba
Con treinta y cuatro galeras
Con cuidado reforzadas,
Que con presurosos remos
Herviente espuma levantan,
Y por las humildes ondas
Se deslizan despalmadas.
Viene á robar de Almería
La costa, y cabo de Gata,
Sabiendo que ya aquel reino
Por el rey Fernando estaba,
Cuya venida entendiendo
Don Alonso de Granada
Y Venegas, que con veinte
Galeras el mar guardaba,
A quien el Rey lo encargó
Por ser de tanta importancia,
Su capitana dejando,
En un esquifillo salta,
Y pidiendo que le oyesen
La voz ansina levanta:
—Valientes españoles, á quien llama
La felice ocasion de aqueste dia,
Que á vuestros nombres dedicó la fama
Y venturosa suerte vuestra y mia,
Cuyos hechos con trompa fiel derrama
Al mar y tierra grata su armonía,
Hoy le daréis subjeto bien bastante
Para que con razon al mundo espante.
No hay para qué, señores, exhortaros,
Que sería ofender vuestra nobleza,
Pues solo tiene aquesta de forzaros,
Cuando no de los pechos la braveza;
Ya la ferocidad á demudaros
Con indignados ánimos empieza;
Ya por los ojos despedís la ira,
De que juzgo el contrario se retira.
Ya de sangre enemiga matizadas
Las aguas por mil partes considero,
Y en ellas de sus venas agotadas,
Que nade el africano, amigos, quiero,
Y las banderas bárbaras holladas,
Que ménos que esto de quien sois no espero:
Cerrad, para hacerme satisfecho,
Del mar de aquel contrario el poco trecho.
Mirando por si caso nos venciese
La dura sujecion inominiosa;
Y si en huida en nuestro alcance fuese,
¿Adónde habria acogida no afrentosa?
Y cuando el hado en salvo nos pusiese,
¿Dejaria de ser, llegado, odiosa?
De la cara mujer, hijos, criados,
Seriamos por horas denostados.—
Aun no acabó su razon
Cuando las diestras levantan
Ocupada cada cual
Del arma que le tocaba,
Dando con fervor señales
De la gloria que aguardaban.
Revuelven las prestas proas,
Los remos al agua calan,
Y con el contrario embisten,
Despidiendo nubes de astas,
Que ya se mostraba cerca
Conociendo la ventaja.
Confusas voces sembrando
Se mezclan las dos armadas,
Y con ojos verdinegros
Neptuno el conflito aguarda,
El medio cuerpo desnudo
Y levantado en las aguas,
Del tridente y media concha
Ambas manos ocupadas.
Suspensos los fieros monstruos
Estando, el carro tiraban;
De diosas, ninfas, tritones
Su persona está cercada.
Seis horas y mas duró
La porfiada batalla,
Sangrienta de entrambas partes,
Sin conocerse ventaja,
Hasta que una trompetilla
Se oyó de la capitana,
Que con soplo presuroso
La dulce victoria canta,
A cuyo son y al rigor
De las españolas armas,
Vuelve con medrosa priesa
El moro Rey las espaldas,
Dejando doce bajeles
Con la gente mas granada
En poder de Don Alonso,
Que con vencedora espada
Y con sobrado valor
Compró esta victoria cara,
Con una herida en el rostro
Que su braveza señala,
La cual siempre le quedó
Por testimonio estampada.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1127.

JUSTA EN ZARAGOZA, QUE VENCIÓ DON ALONSO DE GRANADA VENEGAS.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Libre del duro ejercicio
De la sangrienta milicia
Y con hombros descargados
De la armadura continua,
Del presuroso atambor
Léjos la oreja y la vista,
Y de la ronca trompeta
Que los ánimos indigna,
Habiendo el rey Don Fernando
Dado fin á la conquista
De la granadina gente,

De nadie hasta allí ofendida,
Y en su erguida cerviz puesto
Yugo con suerte propicia,
Por el rigor de la espada
Con fuerte diestra regida
Reposaba en Zaragoza
Con la Reina en compañía,
Donde llegó Don Alonso
De Granada, que venia
A besar al Rey las manos
Y á negocios que tenia.
El cual vino en coyuntura
Que una justa real hacian
De Aragon los caballeros
Con los que eran de Castilla.
Mantuvo un aragones
La justa un tercio de dia,
En el cual seis castellanos
Sacó y echó de las sillas;
Y como era castellana
La Reina, en parte corrida,
A Don Alonso mandó
Salga al campo por servirla.
Respondióle Don Alonso
Que no era práctico en brida,
Que á la gineta, con seis,
Lo que mandaba haria.
La Reina le replicó:
— Hacedlo por vida mia.—
Obedeció Don Alonso,
Y luego fuéron traidas
Del propio Rey unas armas
Grabadas, fuertes, lucidas:
Armóse, subió á caballo,
Y para el contrario se iba,
Que en el puesto le aguardaba,
Contra quien la lanza enristra.
Parte el uno para el otro,
Y con tal fuerza heria
Don Alonso á su contrario,
Que le voló de la silla;
De que levantó la turba
Un alta y discorde grita,
Como cuando entre peñascos
La mar bate embravecida,
Que se oye el estruendo sordo
Y nada se determina.
Ansí la admirada gente
Los aires ensordecia,
Y en tropel embarazoso
Aquí y allí discurria,
Intentando cada cual
La opinion á que se arrima,
Quedando Aragon pesante,
Y muy alegre Castilla,
Y la Reina á Don Alonso
Por tal hecho agradecida,
A quien dió cien mil de juro
Para lanzas, de por vida.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

ROMANCES SOBRE DON MANUEL PONCE DE LEON.

1128.

DESAFÍA UN MORO MUZA AL CAMPO CRISTIANO, Y MATA CINCO QUE SALIERON CONTRA ÉL [1].

(*De Lúcas Rodriguez.*)

En llamas de amor deshecho
Y cual fiero Marte airado
Se parte el valiente Muza
Al campo del rey Fernando.
Unas armas lleva negras,
Las faldetas de morado:
Con el nombre de su amiga
Lleva el arnes esmaltado.
Una lanza con dos hierros,
Un fino yelmo acerado,
Un escudo grueso y fuerte
Puesto en el siniestro lado
El escudo todo verde,
Dentro d'él un mar pintado,
Y en medio de aquestas aguas
Un corazon figurado
Con un letrero que dice:
« En mar de pasiones nado »
Parte enamorado Muza,
Preso de amor y enojado,
Y con brios valerosos
A voces amenazando:
— Salid, salid, caballeros
Del campo del rey Fernando;
Muza soy el de Granada,
Del rey Chico sigo el bando,
Y por vengar mis injurias
Vengo, cual me veis, armado.
Salid dos, ó uno á uno,
No os esteis acobardando;
Y si no, salid tres juntos,
Y si tres no, salid cuatro;
Y si no, salga el real todo,
Que aquí con mi lanza aguardo.—
A las voces salen cinco
En poderosos caballos:
Unos llevaban adargas,
Y otros escudos dorados.
Al encuentro sale Muza
Cual leon encarnizado:
El uno dice Mahoma,
Y los cinco Santiago.
En reencuentros y revueltas
Cayeron en tierra cuatro;
El uno vuelve con furia,
Mas tambien queda en el campo.
De cinco cabezas Muza
El caballo ha enjaezado,
Y con los ricos trofeos
Se vuelve escaramuzando
En medio de su victoria
Una dama vió llorando
En una tienda, de pechos,
Do se via todo el campo.
La color tiene perdida
Y el cabello derramado:
Conoció á Doña Isabel,
Mujer del rey Don Fernando,
Que con la voz ronca y triste
Dice, y aliento cansado:
—¿Cuál será aquel caballero [1],
De los mios mas privado
Que me traiga la cabeza
De aquel moro renegado?—

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

[1] Véase la nota del romance núm. 1120.

1129.

DON MANUEL PONCE DE LEON COMBATE, VENCE Y DESCABEZA Á UN FAMOSO MORO LLAMADO MUZA.

(*Anónimo.*)

—¿Cuál será aquel caballero
De los mios mas preciado,
Que me traiga la cabeza
De aquel moro señalado
Que delante de mis ojos
A cuatro ha lanceado,
Pues que las cabezas trae
En el pretal del caballo?—
Oídolo ha Don Manuel,
Que andaba allí paseando,
Que de unas viejas heridas
No estaba del todo sano.
Apriesa pide las armas,

Y en un punto fué armado,
Y por delante el corredor
Va arremetiendo el caballo.
Con la gran fuerza que puso,
La sangre le ha reventado:
Gran lástima le han las damas
De velle que va tan flaco.
Ruéganle todos que vuelva;
Mas él no quiere aceptarlo.
Derecho va para el moro,
Qu'está en la plaza parado.
El moro desque lo vido
D'esta manera ha hablado:
—Bien sé yo, Don Manuel,
Que vienes determinado,
Y es la causa conocerme
Por las nuevas que te han dado;
Mas, porque logres tus dias,
Vuélvete, y deja el caballo,
Que yo soy el moro Muza,
Ese moro tan nombrado:
Soy de los almoradíes,
De quien el Cid ha temblado.
—Yo te lo agradezco, moro,
Que de mí tengas cuidado,
Que pues las damas me envian,
No volveré sin recaudo.—
Y sin hablar mas razones,
Entrambos se han apartado,
Y á los primeros encuentros
El moro deja el caballo,
Y puso mano á un alfanje,
Como valiente soldado.
Fuése para Don Manuel,
Que ya le estaba aguardando;
Mas Don Manuel, como diestro,
La lanza le habia terciado.
Vara y media queda fuera,
Que le queda blandeando,
Y desque muerto lo vido
Apeóse del caballo.
Cortádole ha la cabeza,
Y en la lanza la ha hincado,
Y por delante las damas
Al buen Rey la ha presentado.

(*Romance de Don Manuel*, etc. Pliego suelto.)

1130.

DON MANUEL PONCE DE LEON MATA Á MUZA EN DUELO SINGULAR.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Como quedó con tristeza
La Reina y desconsolada
De la victoria que tuvo
Ensangrentando su lanza
El robusto moro Muza,
Y cuán bien vengó su saña
En los cristianos guerreros
De la nobleza de España,
Un paje camina á prisa
A contar lo que pasaba
Al valiente Don Manuel,
Caballero de gran fama.
Don Manuel cuando lo oyó
Gran pena y dolor mostraba,
En saber del gran pesar
Con que la Reina quedaba,
Y levantóse animoso
De la cama donde estaba
Sanando de las heridas
Que sacó de una batalla.
No quiere hablar á la Reina
Ni á nadie dice palabra:
Envia una carta al moro,
Que d'esta suerte empezaba:
«A tí, el fuerte moro Muza,
»Y tenido en nuestra España
»Por el mas diestro y valiente
»Que en la morisma se halla
»Pues llevaste las cabezas
»Haciendo venganza brava,
»Y saliste con victoria
»En la sangrienta batalla,
»Ven, y llevarás la mia,
»O dejarás aquí el alma.»
Luego le responde el moro
Mostrando crecida saña,
Y dice qu'él se apareja
Para lo que demandaba.
Don Manuel pide un caballo,
Y que le traigan sus armas:
Sale muy lijero al campo
Blandiendo su gruesa lanza.
Unas armas lleva negras
Grabadas de oro y de grana;
El caballo va espumoso
Todo de color de plata;
La cubierta toda negra,
Que tristeza demostraba.
Lleva el escudo acerado
Con una sierpe pintada,
Echando llamas de fuego
Por la boca y por las barbas;
Con unas letras que dicen:
«Del moro tendré venganza.»
Lleva una bandera negra,
En ella una cruz pintada;
Una espada ancha y fuerte,
Cortadora y estimada.
Sale Don Manuel al campo
Adonde el moro aguardaba.
El moro, no descuidado
De salir á la demanda,
Asoma por un camino
Con soberbia y gran pujanza,
En un caballo bermejo,
Con una bandera blanca,
La lanza parece negra,
Que los extremos juntaba:
Unas armas relumbrantes
Y en el siniestro una adarga,
Escripto en ella un letrero
Que dice en letras doradas:
«Tengo por mi fe porfia.»
Y al fin la muerte pintada.
Trae arremangado el brazo,
La carne toda alheñada,
Y por el codo apretado
Un cendal de seda parda.
Trae un tocado revuelto,
Con el nombre de su amada;
Los jaeces del caballo
De perlas se demostraban.
Un alfanje guarnecido
Con borlas de seda largas;
Una banda toda verde
Por el hombro derrocada.
A gritos viene diciendo:
—Sea Mahoma mi guarda.—
Santiago para la suya
El cristiano á voces llama.
Parte el moro tan furioso
Que parecie que temblaba
La tierra por do corria
Con el brio que llevaba.
Don Manuel es belicoso,
A Muza enristró su lanza:
Fuéron tales los encuentros,
Que cada cual ya temblaba.
Hacen las lanzas pedazos,
Ponen mano á las espadas;
Dale el moro á Don Manuel,
Con el ansia que llevaba,
Un tal golpe con su alfanje,
Que de la silla le saca.

Don Manuel, como animoso,
En la cabeza le alcanza
Al moro un pesado golpe:
Parecie que desmayaba,
Y al segundo que le tira
Le dejó casi sin alma.
—Date, moro,— dice luego;
Mas el moro ya no hablaba,
Y como lo vido muerto
Recio del caballo salta:
De los hombros la cabeza
En un instante le aparta,
Y por la boca y el cuello
El alfanje le hincaba.
Camina para el real
Do el Rey y la Reina estaban
Con otras muchas doncellas
Que juntas la acompañaban,
Do las mostró la cabeza
De Muza, que deseaban.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

1131.

CÓMO DON MANUEL DE LEON SACÓ EL GUANTE DE SU DAMA DE ENTRE LOS LEONES.

(*Anónimo* [1].)

Ese conde Don Manuel,
Que de Leon es nombrado,
Hizo un hecho en la corte
Que jamas será olvidado,
Con Doña Ana de Mendoza,
Dama de valor y estado:
Y es, que despues de comer,
Andándose paseando
Por el palacio del Rey,
Y otras damas á su lado,
Y caballeros con ellas
Que las iban requebrando,
A unos altos miradores
Por descanso se han parado,
Y encima la leonera
La Doña Ana ha asomado,
Y con ella casi todos,
Cuatro leones mirando,
Cuyos rostros y figuras
Ponian temor y espanto.
Y la dama por probar
Cuál era mas esforzado,
Dejóse caer el guante,
Al parecer, descuidado:
Dice que se le ha caido,
Muy á pesar de su grado.
Con una voz melindrosa
D'esta suerte ha proposado:
—¿Cuál será aquel caballero [2]
De esfuerzo tan señalado,
Que saque de entre leones
El mi guante tan preciado?
Que yo le doy mi palabra
Que será mi requebrado;
Será entre todos querido,
Entre todos mas amado.—
Oido lo ha Don Manuel,
Caballero muy honrado,
Que de la afrenta de todos
Tambien su parte ha alcanzado.
Sacó la espada de cinta,
Revolvió su manto al brazo;
Entró dentro la leonera
Al parecer demudado.
Los leones se lo miran,
Ninguno se ha meneado:
Salióse libre y exento
Por la puerta do habia entrado.
Volvió la escalera arriba,
El guante en la izquierda mano,
Y ántes que el guante á la dama
Un bofeton le hubo dado,
Diciendo y mostrando bien
Su esfuerzo y valor sobrado:
—Tomad, tomad, y otro dia,
Por un guante desastrado
No porneis en riesgo de honra
A tanto buen fijo-dalgo;
Y á quien no le pareciere
Bien hecho lo ejecutado,
A ley de buen caballero
Salga en campo á demandallo.—
La dama le respondiera
Sin mostrar rostro turbado:
—No quiero que nadie salga,
Basta que tengo probado
Que sedes vos, Don Manuel,
Entre todos mas osado;
Y si d'ello sois servido
A vos quiero por velado:
Marido quiero valiente,
Que ose castigar lo malo.
En mí el refran que se canta
Se ha cumplido, ejecutaldo,
Que dice: «El que bien te quiere,
»Ese te habrá castigado.»—
De ver que á virtud y honra
El bofeton ha aplicado,
Y con cuánta mansedumbre
Respondió, y cuán delicado,
Muy contento y satisfecho
Don Manuel se lo ha otorgado;
Y allí en presencia de todos,
Los dos las manos se han dado.

(*Códice del siglo* XVI.— It. TIMONEDA, *Rosa gentil.*)

[1] El señor Wolf ha reimpreso este romance con cortas variantes, tomándolo de la *Rosa gentil* de Juan de Timoneda.
[2] Véase la nota del romance núm. 1121.

1132.

ADMITE DON MANUEL PONCE DE LEON EL DESAFÍO DEL MORO ALCAIDE DE RONDA, CON TAL QUE ESTE SALGA AYUDADO POR SU ALGUACIL.

(*De Pedro de Padilla.*)

Al valiente Don Manuel,
Que de Leon se decia,
El moro alcaide de Ronda
Un mensajero le envia,
Y este le lleva una carta
Por la cual le desafia.
Despues de haberla leido,
Esto es lo que contenia:
«Valeroso caballero,
»De suprema nombradía,
»Para poder ganar honra
»Se ha de posponer la vida.
»Yo, envidioso de tu fama,
»Para adelantar la mia,
»De morir ó de vencerte
»Infinito holgaria.
»Si conmigo quieres campo,
»Señala lugar y dia,
»Y si no, dentro de Ronda
»Yo solo te esperaria;
»Y si venir no quisieres,
»Yo diré tu cobardía.»
Don Manuel, vista la carta,
Al moro le respondia:
«Que si él ha de salir solo,
»Con él no combatiria;
»Mas que sacase consigo
»El alguacil que tenia,
»Y que con ambos á dos
»Aceta lo que pedia.»
Y con aquesta respuesta
El mensajero partia,

Y el moro, vista la carta,
Respondió que sí haria.
Don Manuel se parte á Ronda.
Y por Teba se venía,
Donde estaba su cuñado
Y su hermana residia,
Y despues de haber cenado,
El Conde ansí le decia:
—¡Bien parece con cordura,
Don Manuel, la valentía;
Mas hacer lo que habeis hecho
Es locura conocida!
El Alcaide os pidió campo,
Y pues solo se atrevia,
No debe de ser el moro
De pequeña nombradía.
Vencerle no fuera poco
Del modo que él lo pedia
Sin pedirle que sacase
Su alguacil en compañía.—
Don Manuel muy sosegado
Al Conde le respondia:
—De matar yo un solo moro
Poca honra ganaria,
Y si matase á los dos,
Algo en ello granjearia,
Y si los dos me mataren,
Con mas honra moriria;
De manera que en lo hecho
Muy poco se perderia —
De allí partió para Ronda
El otro siguiente dia,
Y mañana de San Juan,
Al punto que amanecia.
El moro alcaide de Ronda
Se sale de su alcaidía
A buscar á Don Manuel,
Que en el campo le atendia.
Va en un caballo castaño,
Que el Rey dado se le habia,
Con un jaez carmesí
De bordadura muy rica,
Y el capellar que llevaba
Es de color amarilla,
Y una toca en la cabeza,
Dentro de Túnez tejida,
Hechas tantas vueltas d'ella,
Que de defensa servia:
Gruesa lanza con dos hierros,
El asta de Berbería,
Y un adarga embrazada,
Entre muchas escogida.
Alentado iba el caballo
Con extraña gallardía,
Y como es bizarro el moro,
¡Oh qué bien que parecia!
Y para salir al campo
Fué á la calle de su amiga,
Y ella salió á la ventana
Para ver el que venía.
El moro llegó á hablalle,
Y con mucha cortesía
Dice: —Fátima, señora,
Si quieres vuelva con vida,
Dame una empresa que lleve,
Que con esa compañía
No tendré ningun temor
Al de mayor valentía.—
Fátima no le responde,
Antes el gesto torcia,
De su demanda enfadada
Porque bien no le queria.
El Alcaide, cuando vido
Una tan gran tiranía,
Le dice:—Yo te prometo
Que hoy será el último dia
En que yo venga á cansarte
Con ninguna cosa mia;
La sinrazon que me has hecho
Mi fe no la merecia.—
En diciendo estas razones,
Por el campo se salia,
Donde halló su alguacil,
Que á caballo le atendia;
Y Don Manuel, que los vido,
Para los dos se venía,
Y en llegando junto á ellos,
Les dice en algarabía.
—No habrá, valerosos moros,
Para qué la causa os diga
Por que soy aquí venido,
Pues la teneis tan sabida.
Yo vengo desafiado
A veros, desde Sevilla,
Para morir ó vencer;
Y cuando pierda la vida,
Acabaré muy contento,
Pues que tal par me la quita.—
El Alcaide le responde,
Con el valor que tenia:
—Bien venido seas, cristiano,
Que yo solo tu venida
Estimo en lo que es razon,
Por lo que á tí se debia,
Y á mí, cuando aquí muriere,
Basta que de mí se diga
Que osé poner mi persona
Contra tu gran valentía;
Y aunque ves que el alguacil
Sale aquí en mi compañía,
Es por cumplir la palabra
Que d'ello dado te habia;
Mas no quiero que en batalla
Que me aguarde ni me siga,
Sino que esté por testigo
De lo que me sucedia.—
Estas palabras diciendo,
El caballo apercibia,
Y comienzan su batalla
Con valerosa porfía;
Y al cabo de un largo rato
Que comenzado se habia,
En Don Manuel se conoce
Notable la mejoría,
Porque dende á poco tiempo
El moro en tierra caia,
Y Don Manuel mansamente
Le pide que se le rinda.
— Yo me rindo, dice el moro,
Aunque no á tu valentía,
Que Fátima es quien me ha muerto,
Que otra fuerza no podia;
Y ansí no es mucho quedar,
La que yo tengo, rendida
Por un tan buen caballero,
Ayudándole mi amiga.
Yo mi palabra te empeño
Que dentro en tercero dia
Acudiré do estuvieres,
En sanando estas heridas.—
Don Manuel se huelga d'ello,
Y de ambos se despedia,
Y victorioso y contento
Se vuelve para Sevilla.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

1133.

VENCIDO Y HERIDO EL MORO ALCAIDE DE RONDA POR DON MANUEL PONCE DE LEON, LOGRA EL AMOR DE FÁTIMA, QUE ÁNTES LE DESDEÑABA.

(*De Pedro de Padilla.*)

Al moro alcaide de Ronda
Deja Don Manuel vencido,
Con diferentes heridas
En cuerpo y alma herido,
Y no siente tanto aquellas

Que en el campo ha recebido,
Como de Fátima verse
Tan sin causa aborrecido,
Que solo pensar en esto
Le sacaba de sentido.
Del alguacil ayudado,
En su caballo ha subido,
Y para que se curase
Vuelven los dos al castillo;
Y fué la vuelta forzosa
Por la calle que han venido,
Y asomóse á la ventana
Fátima, que oyó el ruido,
Y reconoce al Alcaide,
Que tan gallardo ha salido,
Todo cubierto de sangre,
Y el rostro descolorido;
Al arzon rota la adarga,
Y el alfanje desceñido;
El caballo muy cansado,
De polvo y sudor teñido.
No pudo el desamor tanto
Que al Alcaide habia tenido,
Que á compasion no moviese
Aquel pecho endurecido,
Viéndole por su ocasion
Prisionero y ofendido.
Mas por no darle á entender
La pena que habia sentido,
Quitóse de la ventana,
Que hablarle no ha querido.
Sintió aquello mas el moro
Que el dolor de ser vencido,
Y estas palabras le dice
Tras un profundo suspiro.
—¡Ay Fátima, qué mal pagas
Al que en tanto no ha tenido
Verse de un solo cristiano
Tan á su costa cautivo,
Como el dolor de dejarte,
Que ansí lo tengo ofrecido
Tu disfavor fué la causa
De cuanto me ha sucedido,
Y el mismo quiere quitarme
La vida con que he salido.
Pues no canses de ofenderme,
Que cuando mas ofendido,
Ha de estar en este pecho
El fuego mas encendido.—
Fátima le estaba oyendo,
Y aunque no le ha respondido,
Tuvo oirle tanta fuerza,
Que el alma le ha enternecido.
Pasó el Alcaide adelante,
Y cuando sano se vido
Dentro de tercero dia,
Va á cumplir lo prometido,
Y al alguacil encomienda
La guarda de su castillo,
Y para Sevilla parte,
Donde fué bien recebido
Del valiente Don Manuel,
Y en su casa muy servido.
Cuando Fátima entendió
Que el Alcaide era partido,
No habrá pluma que encarezca
Lo mucho que lo ha sentido,
Y aunque el desamor, que estaba
Dentro del alma ofendido,
Procuraba resistir
Al nuevo amor acogido,
Fátima se determina
Valer al moro afligido;
Y para que en la prision
Estuviese entretenido,
Comenzando á recebir
El premio de lo servido,
Tomando tinta y papel,
Aquesta carta le ha escrito:

«Efeto de novedad,
»Cuya causa no se alcanza,
»Parecerá esta mudanza
»En tan libre voluntad,
»Tras tanta desconfianza.
»Ello se ha hecho, y no sé
»Quién me pudiera obligar
»A esto, sino mirar
»Las finezas de tu fe
»Y la constancia en penar.
»Yo resistí en la conquista,
»No con fuerza de mujer,
»Y al fin dejéme vencer;
»Que no hay valor que resista
»El amoroso poder.
»En la batalla perderte
»Ha sido para ganarte,
»Pues nadie pudiera darte,
»Queriendo favorecerte,
»Lo que te dió el subjetarte.
»Lastimóme el verte ansí,
»Con destrozo tan extraño;
»Pero yo te desengaño,
»Que vino á tocarme á mí
»La mayor parte del daño.
»Las heridas que te dieron
»Solo el cuerpo lastimaron
»En tí, y en mí penetraron
»Hasta el alma, y la rindieron,
»Y al ciego dios la entregaron.
»De suerte que ese cristiano
»Que á ti te puso en prision,
»Podrá poner por blason
»Que sujetó por su mano
»Tu esfuerzo y mi corazon.
»Y para que te entretengas
»Te aseguro esta verdad,
»Que es tanta mi voluntad,
»Que hasta que tú la tengas,
»No tendré yo libertad.
»Partió, cuando te partiste,
»La gloria del alma mia,
»Que amor no me consentia,
»Habiendo tú de estar triste,
»Que en mí quedase alegría.
»Y para que libre seas,
»Mira en qué puedo ser parte,
»Que quien supo el alma darte,
»Bien dará lo que deseas
»Para poder libertarte.
»Y en prueba de lo que digo,
»Si permitido me fuera
»Partirme á ser prisionera,
»En fe de serlo contigo
»Luego al punto me partiera.
»Mas ya que por ser mujer
»No se me da esta licencia,
»Lo que durare tu ausencia
»Nunca dejará de ver
»Mi memoria tu presencia.
»Liviana podrás llamarme
»Por tal determinacion,
»Mas Amor, que es ocasion,
»Sabrá mejor disculparme,
»Que yo callar mi pasion.
»Y habiendo de entretenerte,
»No es bien en esta cansarte;
»Bastará certificarte
»Que, si no fuere la muerte,
»Nada me hará olvidarte.
»Y pues ya la razon pide
»Que yo con esto concluya,
»Cuando amarte me destruya,
»Mahoma de mí se olvide
»Si dejare de ser tuya.»

(Padilla, *Tesoro de varias poesías*.)

1134.

DON MANUEL PONCE DE LEON DA LIBERTAD AL ALCAIDE DE RONDA, SU CAUTIVO, PARA QUE SE VAYA CON SU AMADA.

(*De Pedro de Padilla* [1].)

Recibe la carta el moro,
Que se la dió su criado,
Que de Ronda vino á darle
Un importante recado.
Y conociendo la letra
De aquella hermosa mano,
Fué su corazon de suerte
D'esta gloria salteado,
Que sin poderla leer,
Sin sentido se ha quedado;
Y despues que volvió en sí
Queda de gozo llorando,
Y la carta que allí tiene
Mil veces está besando,
Pero no repara el moro
Si era escrita por su daño,
Las letras mira y adora,
Solo en esto reparando;
Mas cuando la comenzó
A leer, todo temblando,
Y vió con tal extrañeza
El no pensado regalo,
Fué no quedar sin la vida
Haber hecho Amor milagro.
Al mensajero pregunta
Quién esta carta le ha dado,
Porque, segun lo que ha visto,
Imagina que es engaño,
Y parécele imposible
No ser aquello soñado;
Que apénas puede creerse
Que llegue un bien deseado.
Mas cuando quedó del todo
En su gusto asegurado,
Lo que sintió de alegría
Quede para imaginado
Del que algun tiempo se vido
En tan malo y buen estado.
Estando en este contento
De sí mismo enajenado,
El valiente Don Manuel
Donde estaba llegó acaso,
Y de su contentamiento
Qué es la causa ha preguntado.
Y Don Manuel cuando vido
Un extremo tan extraño,
Que ya del moro sabía
Todo el desamor pasado,
Por mostrarse generoso
Y de corazon gallardo,
Dejar libre determina
Aquel moro enamorado,
Asegurándole en esto
El bien que el amor le ha dado,
Y dícele : — Yo te juro
Y doy la fe de hidalgo
Que d'este tu buen suceso
Mas que yo no te has holgado;
Y para que de mí entiendas
Que en interes no reparo,
Sino que por paga quiero
Solo haberte sujetado,
Y que hubiera esta ocasion
Con mucho precio comprado,
Por poder mostrar en ella
Las véras con que te amo,
Desde agora quedas libre,
Para que sin dilatallo
A Ronda te partas luego
A gozar del buen estado
Que te ofreció la fortuna
Cuando mas desconfiado.—
Hincó la rodilla el moro
Y demandóle la mano,
Ofreciendo miéntras viva
De serle perpetuo esclavo.
Otro dia de mañana
Para Ronda se ha tornado,
Y dende á muy poco tiempo
Con Fátima se ha casado.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

[1] Es casi una repeticion del hecho generoso de Narvaez con el moro Abindarraez, pero producido por una situacion mas novelesca.

1135.

RETO Y DUELO ENTRE DON MANUEL PONCE DE LEON Y EL ALCAIDE MORO DE RONDA.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

A el valiente Don Manuel,
Que de Leon se decia,
Estando con gran contento
En la ciudad de Sevilla,
Muy querido de las damas
Y de la Reina su tia,
El moro alcaide de Ronda
Un mensajero le envía,
Y con él envía una carta
Que á muerte le desafía.
Lo que la carta contiene
D'esta manera decia :
«Valeroso caballero
»En esfuerzo y valentía,
»Luz y espejo de las armas
»De toda la monarquía,
»A quien el mundo respeta
»Por tu mucha cortesía :
»Bien sabrás y te es notorio
»Que se pospone la vida
»Por engrandecer la fama
»Y ganar honra crecida.
»Yo, envidioso de tu honra,
»Por acrecentar la mia,
»De morir ó de vencerte
»Mucho contento ternia;
»Y de hacer contigo campo
»Deseé toda mi vida,
»Mas nunca ha habido lugar
»Ni ocasion se me ofrecia;
»Y ahora he determinado
»Hacer lo que pretendia,
»Y así va este mensajero
»Con aquesta carta mia,
»Por la cual te pido campo,
»No porque mal te queria,
»Aunque de contraria ley
»Eres en seguir la mia;
»Y si alcanzase victoria
»Y te quitase la vida,
»Enviarla yo á Granada,
»A una dama que servia,
»Tu cabeza presentada
»Con contento y alegría.
»Y si tú gustares d'ello,
»Llegaráste á Ronda un dia,
»Adonde yo soy Alcaide,
»Y allí la batalla haria,
»Que allí se te guardará
»La lealtad y cortesía
»Que á tal hombre como tú
»Tan justo se le debia;
»Y si no, cobra licencia
»De quien dármela podia,
»Porque yo te iré á buscar
»A la ciudad de Sevilla.
»Si la batalla me niegas,
»Yo diré tu cobardía :
»De lo que determinares
»Respuesta breve me envía.»
Don Manuel leyó la carta,

Y al moro así respondia :
«En merced te tengo, Alcaide,
»La fama que me publicas;
»Mas hay un inconveniente,
»El cual aquí te diria,
»Y es que con un moro solo
»Yo pelear no podia,
»Porque jurado lo tengo
»En ley de caballería,
»Y este firme juramento
»Jamas le quebrantaria;
»Pero saca en tu compaña
»Un alguacil que tenias,
»Que dicen que es fuerte moro
»Y de grande valentía,
»Y por tal es celebrado
»Acá en el Andalucía,[1]
»Y alla con ambos á dos
»Yo solo campo haria.»
Mucho se espantó el Alcaide
Cuando la carta leia,
Y el desafío aceptando,
A llamarlo luego envia.
Don Manuel se partió luego,
Y por Teba se venia,
Do está el Conde su cuñado,
Y su hermana residia;
Y despues de haber cenado,
El caso contado habia
Del desafío campal
Que en Ronda hecho tenia
Con los dos valientes moros,
Segun que dicho se habia;
A lo cual respondió el Conde,
D'esta manera decia :
—Muy bien parece, señor,
Cordura con valentía;
Pues el alcaide de Ronda
El solo á vos desafía,
No debe de ser el moro
De pequeña valentía :
Matalle no fuera poco,
Antes honra se adquiria,
Sin envialle respuesta
Tan soberbia y tan altiva.
Quiera Dios por su pasion
Que esto no os cueste la vida.—
Don Manuel le respondió
Con extraña gallardía :
—De matar un solo moro
Poca honra me venia,
Y si yo mato los dos
Mayor gloria me seria;
Y si quedare yo muerto,
Mi fama no se perdia;
Mas por ningun interes
La batalla dejaria. —
Otro dia se fué á Ronda;
Con los dos campo hacia.
Salen furiosos los moros,
Para Don Manuel caminan;
El español, que los vido,
En ellos la lanza enristra;
Mas aunque él quedó herido,
El Alcaide sin la vida,
Y el otro moro huyendo
Dentro en Ronda se metia.
La cabeza del Alcaide
Don Manuel metió en Sevilla.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] Mas noble, caballerosa é interesantemente se trata este mismo asunto en los anteriores romances que en este y los dos que le siguen.

1136.

AL ASUNTO DEL ANTERIOR.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

El moro alcaide de Ronda
Se sale de su alcaidía
La mañana de San Juan
Al punto que amanecia,
En un hermoso caballo
Que el Rey dádoselo habia,
Ricamente aderezado,
Cubierta de oro la silla,
Conforme con el vestido
Que el moro lleva aquel dia,
Que es de amor desesperado,
Viste marlota amarilla.
Un albornoz lleva azul,
Que en mil sospechas vivia.
No le estorba el ir galan
Para lo que pretendia,
Porque debajo llevaba
Cota de malla muy fina,
Y en el adarga sembradas
Borlas de azul y amarillas,
Con un mote puesto en ella
Que d'esta suerte decia :
«Al que ama sin esperanza
»Darsele debe algun dia.»
Y en entrando por la plaza,
Vido la caballería
En muy hermosos caballos
Enjaezados á porfía,
Que por dar gusto á las damas
Cada cual se apercebia
A dalles el alborada,
Como es costumbre del dia.
Sus amigos se le ofrecen
De tenelle compañía;
El de todos se despide
Con entera cortesía.
Antes de salir de Ronda
Fué á la calle de su amiga;
Vióla estar en la ventana
Por ver la caballería,
Y apercibiendo el caballo,
La color toda perdida,
La saluda y dice así :
—Alá te guarde la vida,
Y á mí quiera dar victoria
Solamente en este dia,
Pues por volver en tu gracia
Voy á aventurar la vida
Con el mejor caballero
Que habita el Andalucía.
Desafiado le tengo,
Y Don Manuel se decia.—
La mora, muy desdeñosa,
Respuesta no le volvia,
Que de celos y sospechas
Aborrecido le habia.
Quitase de la ventana,
Que encubrir no lo podia;
Y el moro, desesperado,
Al campo tomó su via;
Tras mil sospechas muy tristes,
Estas palabras decia :
—Presto verá mi señora,
Venganza, si está ofendida,
Que pues vivo así la ofendo,
No hay por qué desear vida,
Y mal podré defendella
En el trance d'este dia,
Siendo tan bravo el contrario,
Y ayudándole mi amiga.—
Y diciendo estas palabras
Al campo llegado habia,
Donde vió al fuerte guerrero,
Que al desafío venia.
Rompen los dos tan furiosos,

Las lanzas hacen astillas
Y con un cabo de lanza
Don Manuel le sacudia
Al moro un pesado golpe
Con que presto se rendia,
El cual le mató en el campo,
Y muriendo, así decia:
—Ya yo muero, Don Manuel,
Pero no de tus heridas,
Que las que en el alma traigo
Me dan muerte conocida,
Y muy contento y pagado,
Pues con mi muerte, alegría
Tomará quien amo y quiero
Mas que á mi alma y mi vida.—

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

1137.

MUDAFAR, HERMANO DE BOABDIL, DESAFÍA Á LOS CABALLEROS DE LOS REYES CATÓLICOS, QUE POR GRACIA CONCEDEN Á DON MANUEL PONCE DE LEON QUE SE BATA CON EL MORO.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Despues que el rey Don Fernando
Hubo ganado á Granada
Y puesto en paz y concordia
Nuestra esclarecida España,
Fuése luego á descansar
A Leon la muy nombrada,
Llevando la ilustre reina
Doña Isabel en compaña,
Y otros muchos caballeros,
Señores, grandes de salva.
Viendo la corona y honra
Que tuvo siempre ganada,
Por manifestar su gozo
Grandes fiestas ordenaban,
Entre las cuales ordenan
Un rico juego de cañas
Para imponer los caballos
Que no han entrado en batalla.
En un alto mirador
El Rey y la Reina estaban,
Que en ver á sus caballeros
Grande contento tomaban;
Y á las cinco de la tarde,
Ya cuando el sol se encumbraba,
Ven venir un caballero
Encima una yegua baya,
A la morisca vestido,
Y rica adarga embrazada,
Y en la su mano derecha
Traia una gruesa lanza,
Encuentros de plata fina
Con la cuchilla esmaltada;
Debajo de la cuchilla
Un recamado de plata,
Y dando nuevas de paz
Por entre la gente entraba.
Acercóse al mirador
Do el Rey y la Reina estaban;
Desde encima de la yegua
Cuerpo y cabeza humillaba,
Y por ser mas entendido
Habló en lengua castellana.
—Dios te salve, rey Fernando,
Rey que ganaste á Granada:
Húmilmente te suplico
Me otorgues una demanda.
Yo solo, sin compañía,
Para tres pido batalla,
Y yo les mantendré guerra
Al uso de vuestra España.—
El Rey cuando aquesto vido,
Mucho se maravillaba
De ver que tan solo un moro
Quiera emprender tal hazaña.
El Rey le pide su nombre
Y el moro se le declara.
—Has de saber, rey Fernando,
Que Mudafar me llamaba,
Hermano de padre y madre
Del rey Chico de Granada.—
Unos se miran á otros,
Ninguno se levantaba,
Sino era un diestro jóven
Que le apuntaba la barba,
Que Don Manuel se decia,
Ponce de Leon se llama.
Hincó la rodilla en tierra,
Y el Rey le dijo:—Levanta,
Y pide lo que quisieres,
Prosiguiendo en tu demanda.
—Rey Fernando, poderoso
De toda la noble España,
Yo solo saldré con él,
Sin otra alguna compaña.—
Y el Rey, cuando aquesto vido,
Al punto se lo otorgaba,
Pidiéndoles tiempo y plazo
Para hacer la batalla;
Y porque nadie se quede
Que dén prendas les demanda.
El moro dió un almaizal,
Y Don Manuel una daga:
Desde allí luego se fuéron
Cada cual á su posada.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

1138.

VENCE EN BATALLA SINGULAR DON MANUEL PONCE DE LEON, Y LE CONCEDE LA VIDA, AL MORO MUDAFAR.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Siendo llegada la aurora
El moro estaba en la plaza,
De dobles armas armado,
Como aquel que guerra usaba.
Un pellejo de serpiente
Es el arnes que llevaba,
Que es mas fino que un diamante,
Y no era bastante espada
A falsar aqueste arnes,
Aunque fuera muy preciada;
Y del arzon de la silla
Colgada una cimitarra,
Que se usaba en aquel tiempo,
Por ser arma muy preciada,
Que con ella dando un golpe
Cinco heridas juntas daba,
Y en la su mano derecha
Llevaba una gruesa lanza:
Cada vez que la blandea
Encuentro y punta juntaba.
Los ojos encarnizados
A todas partes miraba,
Cuando salió Don Manuel
Mas humilde que una dama.
Lleva yelmo en su cabeza,
Y una cota plateada,
Y en llegando junto al moro,
D'esta manera le habla:
—¡Grande fué tu atrevimiento
Y tu locura sobrada,
Pedir campo para tres,
Que uno solo te bastaba!—
El moro cuando lo vido
Le responde con gran saña:
—Pésame de ti, mancebo,
Que defiendas tal demanda,
De tu corta juventud,
Pues el corazon te engaña;
Y si te quieres volver,
Me has de dejar el espada
En señal de vencimiento

Y rendido en la batalla.
—Hazte afuera, Mudafar,
Que aquí dejarás el alma.—
Y a los primeros encuentros
Entrambos quiebran las lanzas.
Lo que luego hizo el moro
Fué sacar su cimitarra;
Lo mismo hizo Don Manuel,
Que puso mano á su espada.
Vanse el uno para el otro;
Muy recios golpes se daban:
Dádole ha el cristiano al moro
Golpe que desatinaba,
Con el cual cayó en el suelo,
Y Don Manuel se apeaba,
Y vase derecho al moro,
Poniendo mano á la daga.
El moro, cuando lo vido,
Rendido le suplicaba
Que no le mate ni hiera,
Que de voluntad se daba;
Y Don Manuel se lo otorga,
Y del suelo le levanta.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

1139.

CÓMO DON MANUEL PONCE DE LEON FUÉ Á FRANCIA Á UN RETO CONTRA UN FRANCES.

(*De Juan de la Cueva.*)

Lleno de arrogancia vana
Un frances entró en Sevilla,
Y en la puerta de su alcázar
Un soberbio cartel fija,
En un escudo de acero
Puesta una corona encima,
Con unas llamas por orlas
Y un sátiro por divisa.
Alborotóse la gente,
Y el nuevo caso le admira;
Llegan unos, vienen otros,
Cuál lee, cuál oye, cuál mira,
Cuál le pregunta al frances
Lo que el cartel contenía,
Cuál ¿qué declaraba el fuego,
Y el sátiro sinifica?
Crecia la gente en esto
Cuanto el dicho mas se afirma,
Que la presurosa fama
Con lijereza tendia;
Y habiendo cercado el pueblo,
Al rey Don Fernando avisa,
Que informándose del caso,
Por el cartel presto envia,
Y llevado á su presencia,
Mandado leer, decia:
«Don Jarluin de Moufort,
»De la gran casa de Hungría,
»Mantiene en Paris torneo
»Dentro de cuarenta dias:
»Enviase á dar aviso,
»Porque si hubiere en Castilla
»Quien quiera hallarse en él,
»Do muestre su valentía,
»Se le da campo seguro,
»Y se le hará justicia,
»Guardando las condiciones
»Que son al torneo debidas.»
Habiendo el cartel leido,
Se le dió al que lo traia,
Quedando el Rey con los grandes
Que en torno de sí tenia.
Cuál tratando la arrogancia
Del frances, cuál el enigma,
Cuál del sátiro y del fuego
A su arbitrio moraliza.
El conde Don Manuel,
Viendo lo que se platica,
Pareciéndole que á él solo
Salir al hecho le obliga,
Con humilde reverencia,
Diciendo, ante el Rey se inclina:
— Suplico á tu Majestad
Que me sea concedida
Para ir á Francia licencia,
Pues á llamar nos envian.
No entienda ese frances fiero
Que falta quien le resista,
Y que quitándole el brio,
Le abaje la frente altiva,
Que cualquiera nuestro puede,
Sin que nada se lo impida,
Romper tres lanzas con él
Y seis golpes dalle encima;
Y pues es cosa tan fácil,
Tu Majestad me permita
Hallarme en este torneo,
Pues veis que nos desafian.—
El Rey quisiera impedille
Al buen Don Manuel la ida;
Mas viéndole ya dispuesto,
Y que imposible seria,
Otorgóle la licencia
Cual Don Manuel la pedia,
Y besando al Rey las manos,
Por grande merced la estima.
Voló el tiempo presuroso
Con la priesa que camina,
Y el plazo para el torneo
Se cumplió, y llegado el dia,
El fuerte mantenedor
En el puesto se ponia,
Armado con armas rojas,
Que arder todo parecia,
En un caballo andaluz,
Tambien con la misma insini-
Cubierto de llamas todo,
Cual iba el señor encima.
Tocan la bélica trompa,
Que los ánimos incita;
Dase principio á la fiesta,
Que el Rey y la Reina miran.
Acuden de todas partes
Combatientes á porfía,
Y el mantenedor á todos
Uno á uno combatia.
A cuál arroja en el suelo,
A cuál saca de la silla,
A cuál del golpe de espada
Sin sentido lo derriba.
Andaba el fiero frances,
Que el mirallo ponia grima,
Sin haber hombre en la plaza
Que entrar ose en la conquista,
Ni aun quien ponga lanza en ristre,
Porque no hay quien lo resista.
Y así, puesto en el palenque,
A uno y á otro lado mira,
Levantando la visera
Con denuedo y lozanía:
Juzgándose vencedor,
La gloria se atribuia.
El Marte Don Manuel,
Que esto ve, encendido en ira,
En el palenque se pone
Tal, que su denuedo admira,
Y volviendo el rostro al Rey,
La cabeza al pecho inclina;
Lo mismo hizo á la Reina,
Y á los jueces se humilla,
Usando el fiero español
De su antigua cortesía,
Y vuelto al mantenedor,
Que ya en él tenia la vista,
A su revuelto caballo,
Largando la rienda, pica,
Y con terrible denuedo

La lanza en el ristre enristra,
Y el frances no ménos fiero
Sale á la cruel conquista.
Danse los dos dos encuentros
Con braveza nunca vista;
Vuelan las lanzas al cielo
Hechas menudas astillas;
Ponen mano á las espadas,
Y con soberbia porfía
Comienzan á darse golpes,
Que el centro de horror tremia,
Y la corriente del Sena
Atras su curso volvia.
Admírase el Rey del caso,
Y los jueces se admiran,
Y el dudoso fin aguardan
De los dos que combatian,
Los cuales con fiera saña
Crudamente se herian;
Mas llegando al quinto golpe,
Don Manuel le da encima
Del yelmo un golpe al frances,
Que perder le hace la silla,
Y acudiéndole con otro,
Del caballo le derriba,
Y poniéndose en pié al punto,
Vuelve á la batalla esquiva,
Que mas parecia batalla,
Que torneo, á quien lo mira.
Don Manuel va sobre él,
Y un golpe y otro le tira:
Los jueces se lo impiden,
Y el Rey, que de arriba grita
Que el caballero ha vencido,
Que se le guarde justicia,
Y para saber quién es
Que se lo lleven arriba.
Llevan al valiente Conde
Do el Rey y la Reina miran,
Que llegado á su presencia,
Puesto ante ellos de rodillas,
Dicho su nombre y su tierra,
Mandaron darle una silla,
Con no poco sentimiento
De los que ante el Rey habia,
Mostrando aun en esto el odio
De la enemistad antigua.
Prosiguiéronse las fiestas,
Las voces ya despedidas;
El valiente Conde estaba
Mirándolas desde arriba,
Aunque con mas atencion
A una bella dama mira
Que acercándosele junto,
Le hablaba y él respondia.
Preguntándole él su nombre,
Y ella á él de su venida,
El se enternece con ella,
Y ella con él no se esquiva,
Y con honestos requiebros
Se regalan y acarician,
Lo cual encendió en furor
Y á celo rabioso incita
A monsinr de la Lanza,
Un frances que la servia,
A quien tenia toda Francia
Por un Marte en valentía;
El cual, llegándose al Conde,
Orgulloso y lleno de ira,
Le dice que se desvíe,
Porque si no se desvia,
Le hará que entienda claro
Que está en Francia, y no en Castilla,
Donde aquellas libertades
Con la espada se castigan.
Sin demudar el semblante
El Conde, al frances replica:
— En Francia y en Alemania,
En Italia y en Hungría,
Y dentro en Constantinopla
No hay poder que me resista,
Que á mi querer no contrasta
Sino la voluntad mia.
Yo estoy puesto en este puesto,
Y aunque el mundo contradiga
Y contra mí se conjure,
Y junto me caiga encima,
No podrá quitarme d'él,
Si el cielo no me desvía.—
Empuñó el frances la espada,
Diciendo:—Esa valentía
Veré yo si es en el campo
Como en casa se platica,
Al cual te llamo á batalla
Antes que se acabe el dia.
El lugar y armas señala,
Que al desafiado obliga
Señalallo, y luego al punto
El efeto se consiga.—
El invencible español
Se levantó ardiendo en ira,
Diciendo:—Yo aceto el campo;
Tu voluntad sea cumplida:
Y señalaré las armas
Que castiguen tu osadía.—
A estas voces volvió el Rey
El rostro, oyendo la grita,
Y preguntando la causa,
Un grande se la recita,
Y el desafiado Conde,
Y quién el que desafía.
Llamó el Rey al Conde ante él,
Viéndole que ya se iba,
Diciéndole: — Conde amigo,
Esa cólera mitiga,
Y la batalla aplazada
Por ruego mio la evita;
Y esto no es por mi vasallo,
Sino porque no se diga
Que á los que á mi tierra vienen
Se les hace demasía.—
Tu Majestad verá presto,
Dice el Leon de Castilla,
Cuán diferente sucede
De aquello que se imagina.
Yo soy el desafiado;
Tu Majestad me permita
Que haga campo con él,
Guardándoseme justicia.—
Viendo el Rey lo que demanda
El valiente Conde, envía
Al capitan de su guardia
Que le tenga compañía,
Para que vaya seguro,
Por la alteracion que habia.
Besa el Conde al Rey las manos
Y á la Reina se le inclina:
Despídese de la dama
Con alegre rostro y risa,
Y con el que le guiaba
Va, y á un puente lo encamina
Del rio que entra en Paris,
Y así dice al que lo guia:
— El campo de nuestra lid
Y el fin de nuestra porfía,
Yo, como desafiado,
Lo señalo que sea encima
D'este puente de madera
Sin pretiles que resistan:
Las armas han de ser lanzas,
Y los caballos sin sillas;
Desnudos los dos en carnes,
Sin adargas ni lorigas;
Y este lugar y armas nombro
Para el fin d'esta conquista.—
Luego el frances dió el mandado
Del campo y armas que asigna
El valeroso español,

Y del Rey la causa oida,
Dice al que desafiaba
Que al combate se aperciba,
Que el contrario está en el puesto,
Y tarda mucho en su ida.
Monsiur de la Lanza, al Rey,
Ménos fiero, le replica:
—Qu'él no entiende aquel combate,
Ni sabe qué significa;
Que sigan el que es usado,
Y no aquel, que no le obliga.—
Entendió el Rey la flaqueza,
Y manda que al Conde digan
Que él no quiere que combatan,
Y que él el combate evita;
Que la gloria de aquel hecho
Se la da por conseguida.
Recebido este recaudo
Y dones que el Rey le envia,
Besándole al Rey las manos,
Se partió para Castilla,
Adonde el rey Don Fernando
Aguardaba su venida.

(CUEVA, *Coro Febeo*, fol. 151. v.)

EPOCA DE CARLOS I DE ESPAÑA Y V EMPERADOR DE ALEMANIA.

1140.

LA BATALLA DE PAVÍA Y LA PRISION DEL REY FRANCISCO I DE FRANCIA.

(*Anónimo.*)

Pensativo el rey frances
Da señales de indignado
De ver que el campo de España
Hasta Marsella ha calado,
Y para vengarse d'esto,
Muy gran hueste ha congregado.
Camina para Pavia,
Allí su campo ha parado,
Ordena sus escuadrones,
En dos partes se ha alojado:
Asaltos le da crueles,
Señálase el mas osado:
Dentro está Antonio de Leiva
Capitan muy esforzado;
Resistiendo va al frances,
Una puente le ha quebrado,
Porque no pudiese entrar
Do tenia determinado.
El frances de enojo de esto
Los molinos le ha asolado:
Leiva, poniendo atabonas,
Este daño ha remediado.
Por tres partes á Pavia
Muy gran combate le ha dado:
Cierta parte, en el batir,
Del muro se ha derribado:
Con terraplenes y pozos
Leiva todo ha reparado.
Ese marques de Pescara
A socorrer ha llegado
Con infanteria española
Y gran gente de á caballo.
Y cuando que el campo supo
Que el frances habia mudado,
Marchó, y animosamente
A Sant Angelo ha tomado.
Allí un bravísimo encuentro
Con franceses ha logrado:
La victoria en la refriega
Por España habia quedado,
Do caballos setecientos,
De franceses, ha tomado.
De una pérdida tan grande
Quedó el Rey temorizado.
Con tal victoria los nuestros
En el parque se han entrado;
A la vuelta de Pavia
Sin resistencia han marchado,
Y no pudiendo entrar dentro,
El campo han aposentado.
Aviso, Antonio de Leiva,
De allí al Marques ha enviado
Qu'en oir tirar los tiros
Todo hombre esté avisado
De salir presto en campaña
Contra el frances, mal su grado
Encamisados: la causa,
Porque así estaba ordenado.
Hecha la señal, de presto
Los dos campos se han trabado.
Salido Antonio de Leiva
De su campo acompañado,
Vieras arneses tendidos,
Cuál con pecho atravesado,
Cuál sin brazo, cuál sin pierna,
Cuál rompido y destrozado:
Cuál rompe, cuál huye y corre,
Cuál cae bajo su caballo.
Disparan artillería,
Del humo el cielo añublando,
Las banderas sin concierto,
Todo el campo ensangrentado.
Al cabo de muchas horas
De dia tan fortunado
Por España la victoria
A voces ha divulgado;
A do fuéron tantos muertos,
Que es imposible contarlo,
Y presos muchos señores
Franceses de gran estado.
El triste Rey, que se vió
Roto y tan desamparado,
Intentaba de salvarse;
Mas su intento fué excusado,
Que luego fué conocido,
Como iba señalado.
Los soldados le rodean,
Del estoque se ha ayudado.
No queriéndose rendir,
Anoyeron ha llegado,
Capitan, y en conocerle,
D'esta suerte le ha hablado:
—Ríndase su Majestad.—
Esta respuesta le ha dado:
—Anda, llámame á Lanoy,
Visorey tan señalado,
Que en sus manos quiero darme.—
Al momento fué llamado.
Venido, con cortesía
Ante el Rey se ha arrodillado:
El estoque le dió el Rey,
Del suelo le ha levantado;
Dióse por su prisionero;
La manopla le ha quitado,
Y dióla á Vila, porque
Fué quien la hubo acosado.
Dichoso el que allí podia
Quitarle encima el caballo,
Cuál espuela, cuál el cinto,
Cuál de sobreropa un palmo.
D'esta suerte el rey frances
Fué preso á España llevado.

(*Floresta de varios romances.*)

1141.

FRANCISCO I, PRISIONERO, DESEMBARCA EN BARCELONA [1].

(*De Martin de Albio.*)

Año de mil y quinientos
Veinte cinco se decia,
Dezinueve eran de junio,
Lúnes era aquel dia,

Cuando vino por la mar
Una armada de valía :
Pasan de veinte galeras,
Y otras velas que babia.
La gente muy espantada
Pensando lo que seria,
Unos dicen que cosarios,
Otros turcos de Turquía,
Otros que serán franceses,
O moros de Berbería,
Hasta que vino la nueva,
Nueva de mucha alegría,
Que la trujo un bergantin
Bogando con gran porfía
De parte del Visorey,
Que de Nápoles se decia.
Vino al Gobernador
La embajada que traia
Rogándole buenamente,
Y el ruego así decia :
«Hágoos saber, Don Pedro,
»Como nuestra compañía
»Trae preso al rey de Francia
»Y otros que con él habia.
»Mandaréis aparejar
»Para su gran Señoría
»Una muy buena posada,
»Como de vos se confia.»
Asimesmo á la ciudad
Envió mensajería :
«Diréis á los del consejo
»Lo que hacer se debia
»Para recebir al rey
»Que de Francia se decia,
»Porque nuestro Emperador
»Así cierto lo queria,
»Que como á su persona
»Y aun con mucha mejoría
»Le hiciesen recibimiento
»Si hacérsele podia,
»Que de esto holgará mucho,
»Mas que decir se podria.»
Oyendo la embajada
Que el correo traido habia,
Veréis darse prisa grande
En lo que hacer se debia.
Aparéjanle posada,
Como el Rey la merecia,
En un huerto en el rabal
Por le dar mas alegría,
Donde muchos naranjeros
Sombra fresca le hacian.
La posada aparejada
Lo mejor que se podia,
Luego dieron un pregon
Que d'esta suerte decia :
«No sea hombre osado
»En decir descortesía
»A cualquiera que frances
»En la ciudad se hallaria,
»Aunque fuera gavache,
»Ni ménos de serranía :
»Tampoco trajesen armas
»Mas del espada ciñida.»
Ya despues d'aquesto hecho
Y cerca de mediodía
Veréis se dan priesa grande :
Do desembarcar habia
Hacen una rica puente
De muy linda fantasía :
Asimesmo de otra parte
Sacan mucha artillería
Para saludar l'armada
Cuando se acercaría.
Esto todo ordenado,
Veréis darse gran porfía,
Las damas de Barcelona,
Y otra gente que allí habia,
En subir por las ventanas
Puestas de gran fantasía ;
Los tejados todos llenos,
¡Cosa de gran maravilla!
De hombres y de mujeres,
Que mas caber no podian.
Vino luego un mensajero,
Qu'el rey frances no queria
Pasar por aquella puente
Por el luto que traia ;
Y porque era prisionero
Tal gloria no la queria,
Y que si no se quitaba
El en tierra no saldria.
Por complir la voluntad
De su real Señoría
Mandaron quitar los paños ;
La madera quedaria.
Cuando vino á las cinco,
Ya despues de mediodía,
Bogan todas las galeras,
¡Cosa es de maravilla!
Vienen unas despues de otras
Caminando con porfía,
Tañendo sus atabales
Y clarines que habia,
Y otras maneras de sones
Que decir yo n'os sabria,
Con sus tendidas banderas
Que muy ricas parescian.
De que fuéron ya llegadas
Donde el muelle fenecia,
Comenzaron á tirar
Toda su escopetería :
Respondiales de tierra
Muy linda artillería ;
Ya despues tiró la suya
Qu'el suelo temblar hacia ;
No es cosa de contar,
Ni decir se os podria,
Que el ruido era tanto
Que hasta el cielo subia ;
La gente quedaba sorda,
Que sofrir no lo podia.
Muchas veces d'esta suerte
Jugó su artillería,
Y miéntras duró el humo,
Que de los tiros salia,
Sacaron tres mil banderas,
Y aun creo que mas habia,
Con muchos ricos pendones
Y estandartes que allí via,
Con muy ricos paramientos,
Cosa de muy gran valía.
¡Oh quién pudiese contar
Cuánta fué el alegría
Que hobo en Barcelona!
Mi lengua no bastaria.
Vi tal número de barcos
Que contar no se podian,
Llenos de muy lindas damas,
Y de gran caballería ;
Mercaderes, ciudadanos
De todas suertes habia ;
Tanta era de la gente,
Que el mar no se parescia.
Ya cercanos de la puente
Do desembarcar habia,
Acércase la capitana
Donde el rey frances venia.
Luego dan escala en tierra,
Porque el Rey salir queria.
Ya sale su Majestad
D'esta suerte que os diria.
Primero el Gobernador,
Y despues su Señoría,
Tercero, el Visorey,
Que de Nápoles se decia.
El capitan Alarcon
Y toda su compañía,

Con las picas arboladas,
Y mucha escopeteria
Guardaban su Majestad
Como hacer se debia;
Y con esta ordenanza
Empezaron á hacer via
Hasta ir á su posada
Donde aposentar habia
Con él muchos caballeros
Cuantos en ciudad habia;
Y de allí salir no quiso,
Hasta el tercero dia,
Donde fué muy visitado
De mucha caballeria,
De damas y de doncellas
Y mujeres de valia.
No hacen juegos de cañas,
Ni ménos justas habia:
Déjanlo por no enojar
A su real Señoría.
El miércoles de mañana,
Ya despues que amanescia,
Enviara un capellan,
De los que consigo habia,
A la Iglesia Mayor
Do misa oir queria.
Aparéjale el cabildo,
Como le pertenescia,
De muy ricos ornamentos
Los mejores que habria:
Aparejan el altar,
Bien como hacer solian:
Sacaron toda la plata
Fuera de la sacristia,
Donde vi una custodia
Que apreciar no se podria.
Aparejan un estrado
Rico como merescia,
La Seu emparamentada
Que muy rica parescia,
Y de lumbres muy ornada
Mas que decir se podria.
Cuando vino á las once
Y cerca de mediodia,
Vino su real Alteza
Con mucha caballeria,
Y con ella el Visorey
Que de Nápoles se decia.
La Seu estaba muy llena
De gente de toda guisa;
Los andamios rellenos
Mas que caber no podia,
Y allí con devocion,
Segun se le parescia,
De rodillas puesto estuvo
Cuando la misa decia.
La misa cerca acabada,
Que ya comulgar queria,
Mandaron aparejar
Un jarro con su bacina:
De que ya fué acabada
La misa que se decia,
Entró dentro del cabildo,
Donde mucha gente habia,
Llenos de las porcellanas
Del mal qu'él les guarescia [2],
Y allí dejando la capa,
Solo en cuerpo se ponia,
Empezó de santiguar
Los enfermos que habia.
Cuando hubo acabado,
Aguamanos él pedia,
Y tornando á cabalgar
A la posada volvia.
Cuando vino ya la tarde
Que de noche se hacia,
Mandáronle embarcar,
Que nadie no lo sabia.
Cuando fué dentro en galera,
En la que venido habia,
Empezaron á hacer vela
Todos en su compañía.
¡Oh qué lástima de ver
Fué su tan triste partida!
El pensaba ir por tierra,
Que por mar ir no queria.
Rogando está al Visorey,
Rogando con gran porfía
Le dejase ir delante
De la imperial Señoría;
Mas aquel sin escuchar
Ni mirar lo que decia,
Hizo embarcar su gente,
Y soldados que traia.
¡Llora piensen los señores,
Y puestos en señoría,
Esta rueda de fortuna
Cuán malamente los guia!
Unos que veréis muy tristes,
Fuera de toda alegría,
Cuando viene á deshora
En la cumbre los ponia:
Otros, que los veis señores
Como este Rey lo seria,
Cuando veis que no se catan,
En el suelo los ponia.
¡Oh quién viera al rey de Francia
Dentro de su Señoría;
Cuántos de los altos hombres
A su mesa pan comian,
Y agora por su ventura
Que su dicha lo queria,
Veréislo estar sujeto,
Que decir no lo queria,
A un pobre capitan
De pequeña señoría!
Todo viene del gran Dios,
Que soberbios no queria;
Más ama la humildad,
Que de virtudes es guía.

Villancico del fin.

¡Viva leda nuestra España,
Llore Francia su dolor,
Pues es preso su señor!
Vos, ciudad de Barcelona,
Quedais con gran presuncion,
Pues que Francia y su corona
En vos tuvo su prision:
Sobre todas cuantas son
Por cierto, vos sois la flor,
Que tuvistes tal señor.
Vos fuestes merecedora,
Que primero en vos veniese,
Solo porque conociese
Que de todas sois señora.
En vos su real corona
Vino presa, y la flor,
Que de Francia es señor.

(*Romances nuevamente hechos por la venida del rey de Francia*, etc. Pliego suelto.)

[1] Hemos insertado este romance detestable, solo por ser contemporáneo del hecho que refiere, y por conservar la memoria del modo con que fué recibido en Barcelona el real prisionero de Pavía.

[2] Aunque preso y vencido Francisco I no se olvidaba de ejercitar la virtud de curar los lamparones ó escrófulas, la cual se creia concedió Dios á la familia real de Francia.

1142.

ROMANCE DE LA PRISION DEL DUQUE DE SAJONIA.

(*Anónimo* [1].)

Ya se arma el sacro Marte,
Don Cárlos Quinto nombrado:
Por los campos de Sajonia
Camina con furia armado

Contra el que rebelde ha sido
Al imperio consagrado,
Contrario de los preceptos
Que la sacra iglesia ha dado,
Para darle aquel castigo
Que merece tal pecado.
Dia era de San Jorje,
San Jorge nuestro abogado.
En las albinas riberas
De rio tan celebrado
Mostróse un alto misterio
En tiempo muy señalado.
Vino un villano corriendo,
Ante el César se ha humillado;
Díjole: — Dios es contigo,
Yo te mostraré este vado.—
Cabalgara en una yegua,
El buen César le iba al lado.
El Rey de romanos junto,
Serenísimo y amado
Hermano del alto César,
Con el esfuerzo usitado
Puso gran solicitud
Para pasar aquel vado.
Mandó á los sus caballeros
Con su seso acostumbrado:
—Húngaros, todas naciones
En tal tiempo era forzado
Que tomasen cada uno
En las ancas un soldado.—
El Rey con ánimo grande
Fué presto en el agua entrado,
Con él la caballería,
Con furor tan celerado;
¡Por un rio tan profundo
Pasar sin andar á nado!
Gran parte de gente, cierto,
Por el César fué mandado
Secuten al enemigo
Que iba huyendo espantado.
Viendo el rebelde la furia
Con que va el fuerte soldado
Tras él para darle muerte,
Por no ser despedazado
Retírase á mas correr
Con campo mal acordado.
El César tras él sin falta
Iba, como ya es usado
Ser en la guerra el primero,
Por acabar su cuidado.
Corriendo por la llanura
No muy del rio apartado,
Vido estar en la llanura
Un Jesus crucificado;
Vídole por la cabeza
Con un arcabuz pasado.
El César como allí vido
Tan espantoso pecado,
Humillóse al crucifijo
Con corazon lastimado:
Dió gracias al alto Dios
Que perdona al mas culpado,
Con ánimo cristianísimo,
Con dolor apasionado.
Ya que en una selva entraba
El Duque mal acordado,
Alcanzólo el sacro Marte;
Por Dios estaba ordenado:
Con poca gente, con furia
Apagó el fuego inflamado
Que tenia el Duque encendido:
Allí fué desbaratado
Su campo, muerta gran gente,
Y el Duque en prision tomado.

(*Códice de* 1640.)

* Conserva este romance una tradicion popular de su tiempo muy á propósito para inspirar odio contra los herejes.

ROMANCES SOBRE HERNAN CORTES.

1143.

ELOGIO DE HERNAN CORTÉS.

(*De Jerónimo Ramirez.*)

A dar tiento á la fortuna
Sale Cortés de su patria,
Tan falto de bienes d'ella
Cuanto rico de esperanzas.
Su valor y noble sangre
A grandes cosas le llaman,
Y el deseo de extender
De Cristo la fe sagrada.
Rompe el mar, vence los vientos
Con una pequeña armada
Llegando donde no pudo
Con alas llegar la fama.
Para animar á los suyos
Pone la vida en las armas;
Da barreno á los navíos,
Echa á fondo la esperanza.
Salta en tierra como un rayo,
Hiere, rinde y desbarata
Los espesos escuadrones
De fuerte gente pagana.
Ya tiene en poco el vencer
En ordinarias batallas
Al súbdito que á su rey
Sirve en la guerra por paga.
Porque sean de mas gloria
Los encuentros de su lanza,
A siete soberbios reyes
Humilla la cerviz alta.
En medio d'estas victorias
Sabe tener tal templanza,
Que aunque quita y pone leyes,
La ley de vasallo guarda,
Obediente á los decretos
Del gran monarca de España,
A quien por primicia ofrece
El fruto de sus hazañas,
Ricas tierras populosas,
Naves cargadas de plata,
Que del mundo han desterrado
Toda la pobreza humana,
Dejando para sí solo
La parte que no se acaba
Con mudanza de fortuna,
Que es el pregon de la fama.

(Lobo Laso de la Vega, *Elogios en loor de los tres famosos varones*, etc.)

1144.

HERNAN CORTÉS QUEMA SUS NAVES PARA NO DEJAR Á LOS SUYOS OTRA ESPERANZA QUE LA VICTORIA.

(*Anónimo.*)

Donde su crespa madeja
Reclina el sol y su carro,
Donde empieza el nuevo mundo
Y el imperio Mejicano,
Mira Cortés sus navíos
Ya en el puerto deseado,
Con tanto afan descubierto
Para temer mayor daño.
Los trabajos considera
De su moderado campo,
Y como muchos rehusan
La cerviz á casos varios
Que les ofrece fortuna,
Mas duros que los pasados,
A quien no falta razon
Sus fines considerando,
Mira que salir no puede
Con su pretension, en tanto

Que estén las naves en pié,
Y á Iberia abiertos los pasos.
Acaba de resolverse,
Tras vacilar breve espacio,
En dar al traves con todas,
Como lo hizo, dejando
La mas pequeña en el puerto
Para los ánimos flacos,
A quien la sombra acobarda
De los pensamientos altos.
Amotinólos el hecho
Al parecer temerario,
A quien dice con voz grave:
—El navío que he dejado
Es para el que irse quisiere
Con todo lo necesario;
Que no pelean los muchos,
Sino los pocos honrados.
Este tal se embarque luego
Dejando el bélico ornato,
Que el que de la guerra huye
No ha menester ir armado:
Goce de su dulce patria
Y del lecho regalado:
Si d'esta suerte se adquiere
La opinion y nombre claro,
No dilate su partida
Ni inficione mas mis hados,
Que de Cortés no tropieza
La suerte en pecho tan bajo.
Una cosa siento mucho,
Y es que sepa el Quinto Cárlos
Que dejais sus estandartes
Victoriosos, ya manchados,
No del contrario abatidos,
Sino en su tierra enarbolados,
Destrozando la ocasion
Que pudiera eternizarlos,
Porque á la diestra fortuna
Dais nombre de adverso caso;
Lo que en las manos os pone
A las ajenas dejando,
Asi como el labrador
Que cobija el rojo grano
Para ser á la cosecha
Perezoso y descuidado.
¿Quereis que otros se coronen
Con ramas de vuestro lauro,
Y que ciña el fuerte robre
Indigna sien de tocarlo?
Advertid bien que la fama
Canta lo bueno y lo malo;
Que si ensalza al valeroso,
Abate al cobarde y bajo.
¡Pésame de que se diga
Que fué Cortés tan liviano
En elegir compañeros
De quien no estaba enterado!
Pero todo aquesto cesa
Con morir solo y honrado,
Pues al vil temor se entrega
El autor de tan mal caso.—
Esto dijo por tentar
El ánimo acobardado
De los que intentaron irse;
Mas sus razones notando
Todo el campo, con voz alta
El alto hecho loando,
Alzan de nuevo las diestras
De morir con él jurando.
Dió con la nave al traves,
Que de industria habia dejado,
Con ella el flaco temor
De los pechos desterrando.

(Lobo Laso de la Vega, *Elogios en loor de los tres famosos varones*, etc.)

1145.

CORTÉS PONE EN PRISION Á MOTEZUMA.

(*Anónimo.*)

El que de la varia diosa
Nunca vió la frente altiva
Con indignados afectos,
Sino serena y propicia
Sirviéndole de tutora
En varias lides sanguinas,
Hasta sacarle triunfante
De mil bélicas provincias;
El que las copiosas venas
Que el goloso metal crian
Por tributarios le dió,
Y occidental monarquía;
El rector del alto alcázar
A cuyos piés abatidas
Están la fortuna y suertes
De los hombres no entendidas.
Este en su insigne ciudad
Dando leyes asistia
Al rico espacioso mundo
Léjos de nuestra noticia,
Cuando el famoso Cortés
Con audacia nunca oida
Le dice que á su prision
La inhiesta cerviz le rinda,
Con la preciosa corona
Del antípoda temida,
Y con ella sus victorias
Con que al nuevo mundo admira;
Mas el potente monarca,
Notando aquella osadía
Por temeraria, responde
Con faz risueña ofendida:
—Si entendiera, ¡oh vano altivo!
Que tu plática nacia
De cuerda resolucion
Para mi oprobio movida,
Tomara la enmienda presto
De mi ofensa y tu malicia;
Pero como trae consigo
Frenética fantasía,
No me causa indignacion
Antes me provoca á risa;
Que el intento temerario
Nunca emprende cosas chicas.—
El valeroso español
La daga en la diestra fija,
Y en la siniestra el sombrero,
A Motezuma replica:
—No nace mi atrevimiento
D'eso, señor, que me indicas,
Sino de mi noble pecho
Que á cosas altas me inclina.
Así que, rey poderoso,
No te alteres, ni recibas
Temor de aquesta prision,
Pues es sin fruto impedirla;
Y no inquietes la ciudad
Entendiendo diferirla,
Si no quieres que mi diestra
En tí ejecute su ira,
Y tu real pecho escudriñe
Esta punta prevenida,
Que esta es ya resolucion
Con los hados conferida,
Que no es cordura morir,
Mas temeraria osadía,
Cuando sin fin tan lloroso
Tienen las cosas salida;
Ni tampoco es bien un rey
Haga cosas indebidas
A sombra de su corona
Escudo de fe rompida.
Matóme mis españoles
Que en tu seguro venian,
Un cacique tu pariente,

Y esto me fuerza te oprima.—
El antípoda monarca,
Su contraria suerte vista,
Y el gran valor de Cortés,
Al rostro la mano arrima.
Convirtióse de su faz
El sér, en parda ceniza,
Quedando á la real garganta
La tímida voz asida.
D'esta suerte discurrió
Un tercio y aun mas del dia,
Hasta que con tierno afecto
Dijo, en el suelo la vista:
—Si es así, como lo es,
Que el cielo estas cosas guia,
Hágase cual lo disponen
Tus deidades ofendidas,
Pues en el dichoso estado
La inconstancia está escondida;
Vamos, valiente español.—
Y ansi en andas de oro ricas
Fué llevado á la prision
Por entre sus gentes mismas.

(Lobo Laso de la Vega, *Elogios en loor de los tres famosos varones*, etc.)

1146.

CORTÉS DERRIBA LOS ÍDOLOS DE MÉJICO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Las habladoras estatuas
Del monstruo desvanecido
Abate el fuerte Cortés
De sus asientos antiguos.
No se le pone delante,
Que está el monarca ofendido
Presente, ni todo el pueblo
Casi en número infinito.
No teme afrenta ni muerte,
Riesgo, daño ni peligro,
Sombras vanas que acometen
Sin ofensa, al cielo pio;
Que á las cosas de su Dios
Siempre el cristiano caudillo
Debe de acudir primero,
Hasta al fin desde el principio.
La paciencia se le acaba
De ver al ángel maligno
Ambicioso comunero
En el trono á Dios debido,
Adorado de criaturas,
Reverenciado y temido,
Y sujeto á sus preceptos
Un mundo idólatra impío,
Ignorante de su autor,
De su Redentor lo mismo,
Sin gozar de los tesoros
De los celestes archivos.
—Afuera, dice, tirano,
Que el término es ya cumplido
En que su daño y quién eres
Conozca el indio captivo.
Ya de la oscura tiniebla
Quedará con ojos limpios,
Y sabrá de mí quién es
El Dios sin fin ni principio.—
En esto el ídolo grande
Por las altas gradas vino
Rodando desde el altar
Con estrépito y ruido,
Y tras él todos los otros
En número no creido,
Hasta dejarle espejado
Desde el mayor al mas chico.
Tras esto, el árbol de vida,
Do morir la vida quiso,
Levantó en los aires alto,
Y postrado, á voces dijo:
—En vuestro lugar os pongo,
Como me fué cometido,
Y á la vana vil criatura
Al profundo averno envío;
Y si en aquesta ocasion,
Dios, á vuestro Pablo imito,
Ya que en las obras no sea,
Serálo en el celo limpio.
Su poder hará la lengua,
El brazo hará lo mismo,
Hasta fijaros adonde
Me dice mi fe y designio.—
Levantó el pueblo las armas
Para caso tan preciso,
Y con ellas juntamente
Un recio y alto alarido.
Quisieron quitar la cruz;
Pero fué tiempo perdido,
Que el cielo se lo impidió
Con milagros nunca vistos;
Y si el bárbaro monarca
Este popular ruido
Con instancia no estorbara
De alta inspiracion movido,
Grandes daños resultaran
Del atrevimiento altivo;
Pero al fin, todo lo puede
El que tiene á Dios propicio.

(Lobo Laso de la Vega, *Elogios en loor de los tres famosos varones*, etc.)

ROMANCES SOBRE LAS GUERRAS CONTRA INFIELES DURANTE LA ÉPOCA DE CARLOS V.

1147.

SITIO Y DESTRUCCION DE RÓDAS POR LOS TURCOS.

(Anónimo.)

Llorando está el gran Maestre,
Sin poderse conhortar,
La mano en la su mejilla,
En San Juan cabe el altar,
Lágrimas tintas en sangre.
Qu'es lástima de mirar.
Todos los comendadores
Lloran con él á la par
La gran pérdida de Ródas,
Que á todos hace llorar.
Lloran la grande traicion
De aquel traidor singular,
Que por ser comendador
No lo quiero aquí nombrar,
Peor que Vellido Dolfos
Y qu'el conde Don Julian.
Lloran por la artillería
Qu'el turco les fué á ganar;
Lloran la profanacion
De la iglesia de San Juan;
Lloran los muchos cautivos
Que ven allí cautivar;
Lloran los muchos pecados
De toda la Cristiandad;
Lloran tambien el partido
Hecho por necesidad.
La cruz, cubierta de luto,
Comienza de caminar,
Cantando aquel triste salmo
Que acá solemos cantar:
In exitu Israel de Ægipto,
Ya que se van á embarcar
Para la isla de Malta,
Que les dió su Majestad,
Do una gran fortaleza
Comienzan á edificar,
De do pueden á los turcos
De continuo guerrear

Hasta que Dios su gran ira
Quiera de todos quitar.

(*Silva de varios romances.*)

1118.

LA CAZA DEL GRAN SOFÍ [1].

(*Anónimo.*)

El gran Sofí, y el gran Can,
Y el gran Califa en un dia
Salieron de Babilonia,
Todos tres á montería,
Vestidos á la turquesca,
Y en caballos de Turquía;
Muy mas blancos que la nieve,
Como el sol cuando salia;
Con las colas aliñadas
Y tambien la crinería;
Los jaeces granadinos,
Pretales de Normandía;
Estriberas y acicates
Muy ricos de Alejandría,
Las corazas marroquíes,
Las lanzas de gran valía
Con hierros d'aspe dorados,
Cada cual bien la blandia,
Tanto qu'el cabo y la punta
Ayuntarle parecia.
Almaizares llevan verdes,
Tejidos en Almería,
Y por cima de la tela
Sembrados de pedrería,
Con cabos aljofarados
De muy rica argentería;
Las franjas llenas de perlas
De incomparable valía;
Los albornoces verdosos,
Y de una tela muy rica;
Bien bordados d'esmeraldas
El faldamento y capilla,
Con cabos de azul y oro,
Labrados como cumplia.
Jugando de escaramuza
Van por una pradería:
Setenta mil de á caballo
Llevan en su compañía:
Los treinta mil son de guardas,
Los veinte mil de albañía,
Los diez mil eran monteros
Con mucha cacequería,
Con lebreles y ventores
Y muy grande redería,
Traíllas y perneadores
Y gente de vocería,
Todos vestidos de monte,
De una tela muy lucida,
Con tornasoles labrada,
Que á toda color volvia;
De ninguna color propia
La tela no parecia,
Con venablos y monteras,
Dardos y halconería,
Y muchas flechas arrecias;
Tambien gran ballestería.
Van á buscar á las fieras
Cuantas en el mundo habia:
Elefantes muy feroces,
Tigres y onzas de osadía,
Pardos, y bravos leones,
Y osos, que muchos habia,
Con jabalíes armados,
Muy bravos á maravilla,
Pues todas aquestas fieras
Aquella gran tierra cria,
Y otras muchas mas que callo,
Y los bosques de Rusia,
En entrambas las Armenias,
Que la una con la otra linda.
Entrando pues en un bosque,
De una gran breña salia
Un oso, tan espantable,
Que á todos pavor metia.
Los lebreles estan quedos,
Que ninguno dél asía:
El oso estaba aculado
Entre una roca partida,
Bien guardadas las espaldas;
¡Mirad quién lo allegaria!
Muchas lanzas le tiraban;
Mas ninguna le heria,
Y él con sus brazos delante,
A todas las recogia.
Haciéndolas mil pedazos,
Al rededor de sí hacia
Un gran monton de las rajas
De toda aquella astería;
Y ya al fin de muy cansado,
En su cueva se metia,
Cuando salia muy feroz
Un jabalí sin medida,
Con dos colmillos tan grandes,
Que elefante parecia,
Y escudado en las espaldas
Mas que pensar se podia,
Todo bermejo y muy cano,
Mordiendo á hurto venia:
Si á unos daba colmillada,
De otros la recibia:
Todos corrian tras él,
Mas que todos él huia,
Y á la fin su buen huir
Es el que mas le valia,
Pues ninguno le alcanzaba
Hasta que al fin se metia
Entre unas muy grandes rocas,
Adonde la mar batia.
El gran Sofí s'espantaba,
El gran Can s'entristecia;
El gran Califa, de miedo
Con tal cosa se moria.
Por Alá claman los suyos,
No sabemos qué sería:
Mas pasemos adelante,
A ver en qué pararia,
Pues fortuna á los osados
Ayuda y favorecia.
Pasemos, decian todos,
Cuando un gran leon venia
Contra ellos, coronado,
El cual les acometia
Tan osado y libremente,
Que á todos los retraia,
Y si algun perro llegaba,
Mil pedazos le hacia.
Reduan, un sabio turco,
Gran hombre en nigromancía,
Muy docto en todas las artes,
Y mas en astrología,
Cuando vió lo que pasaba,
A grandes voces decia:
—¡Vuelta, vuelta, caballeros,
Vuelta, porque así cumplia!
¡Vuelta, vuelta á nuestras tierras,
Que no es este nuestro dia!—
¿Cómo es eso? dicen todos.
—Oid, que yo os lo diria:
Sabed que el oso primero
Que de la breña salia
Y se tornaba á su cueva,
Donde primero vivia,
Es el Gran Turco, señores,
Cuando se tornó de Hungría,
Y cuando con el Sofí
La gran conquista tenia,
El cual contino aculaba,
Nunca batalla queria,
Y cuando se la aplazaban

A sus tierras se volvia,
Quebrando todas las puertas
Qu'el rio Nilo tenia,
Cuando el Emperador
Con su gente le seguia.
El jabalí que hallamos,
Que por sus piés se valia,
Barba-Roja es, mis señores,
Que allá en Argel se escondia
Huyendo de la de Túnez
Con tanta caballería,
El cual muerde siempre á hurto
Por la mar, á quien podia.
Mas el gran leon que veis
Que á todos acometia,
Es el gran leon de España,
Que de ninguno no huia,
Y á todos juntos vosotros
El solo acometeria,
Y á los perros de los moros
A sí los convertiria,
Venciendo con los bramidos
A toda la Berbería.
Pues si á vosotros parece,
A mí tambien parecia
Que cada cual en su tierra
Dende aquí se partiria
A poner cobro en sus reinos,
Que es lo que mas nos cumplia.
—Bien ha dicho, dicen todos,
Y mercedes merecia.—
Y ansí todos se tornaron,
Como Reduan decia,
Hasta que nosotros vamos
Con Cristo y Santa María,
Y el emperador Don Cárlos,
Que el romance apercibia,
Para tan santa jornada,
Con que á Dios tanto servia,
Y á la Iglesia militante,
Que lo espera cada dia,
Pues al fin todas las leyes
Una sola ley sería.

(*Silva de varios romances.*)

[1] El poeta finge una profecía de los triunfos de Cárlos V, etc. contra los turcos en Africa y en Hungría, y para ello inventa esta caza, fabulosa en todo.

1149.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

A caza sale el Gran Turco
De Constantinopla la llana,
Con treinta mil caballeros,
Todos de espuela dorada.
Los veinte mil de á caballo
Eran todos de su guarda;
Los diez mil eran señores
Muy preciados y de salva,
Con albornoces de seda
Encima de su almaldafa;
Otros llevan capellares
Muy finos, de fina grana,
Con sus tocas y almaizares
De seda Cambray y Holanda:
Las lanzas llevan tendidas
Y al lado izquierdo la adarga,
Y el Turco en la mitad d'ellos
Con una toca chapada,
Cabalgando en una yegua
Hermosa, rucia rodada.
De dos en dos van hablando
En lo que mas les agrada:
Unos razonan de Hungría,
Otros hablaban del Austria,
Otros hablan de Venecia,
Otros platican de Francia,
Otros hablan de Sicilia,
Otros de Apulia y Calabria,
Otros de la Lombardía,
Otros de Roma y de Italia,
Otros de Nápoles cuentan
Y otros de la Toscana,
Y otros de la Ingalaterra,
Y de Bohemia y Romaña.
Los unos de Portugal,
Los otros hablan de España
Y otros juegan de la boca
Al ajedrez por usanza;
Otros las tablas sin dados
Solamente con su habla,
Al tocadillo y las donas,
Como gente muy cursada;
Otros hablan en amores,
Y otros en la guerra brava,
Y otros la zalá hacen
Con la cabeza inclinada,
Sino es el rey Bayboda,
Que con el Turco hablara
Junto á su lado derecho,
En los vuelos de la caza
Y en reales halcones,
Con lo que el Turco se holgaba,
Cuando un catariberas
De rodillas se hincaba,
Diciendo:—Sepa su Alteza
Que yo he hallado una garza
Muy hermosa y en buen lance,
Aquí junto, cabe el agua.
—Suso, suso, dice el Turco,
Suso, vamos á volalla;—
Y un gerifalte torzuelo
Diciendo aquesto tomaba,
Muy hermoso á maravilla,
Que de seis mudas pasaba,
El cual mas que una ciudad
Ese Gran Turco estimaba,
Porque á todas las reales
Con muy buen aire volaba.
Pues como la garza vieron,
Remontarse le mandaba,
Y lanzando un tagarote
Al cielo le remontaba.
—Suelten, suelten, dijo el Turco,
Que ya no se divisaba.—
Sueltan neblíes maestros;
Mas ninguno le alcanzaba.
Sueltan sacres y bornies;
La garza nunca gritaba.
Suelta el Gran Turco su ave,
El cual como la lanzaba,
Comienza á subir en puntas
Que el aire señoreaba.
La garza da grandes gritos,
Y ansí gritando bajaba;
El halcon asesta en ella,
Y al que en ella se cebaba
Dos águilas descendieron:
La una viene mas brava,
La otra mas codiciosa,
Al halcon se enderezaban.
El halcon como las vido
Luego su presa alargaba;
Las águilas le seguian,
Y un leon las ayudaba:
Corriendo debajo d'ellas,
Siguiendo al halcon, bramaba,
Hasta que al fin le mataron,
Lo cual al Turco espantaba!
Demandó á sus vasallos
Qué aquello significaba.
Respondióle un moro viejo,
Que habia por nombre Audalla:
—¡Grandes secretos, señor,
Aquesto pronosticaba;

Si me aseguras la vida
Diré lo que yo alcanzaba.
—Sí aseguro, dijo el Turco,
Sobre mi fe y mi palabra :
Di lo que bien te estuviere,
Que á mí nada se me daba :
Puesto que ha de ser, conviene,
Que lo mas presto se haga.
—Sábete, respondió el moro,
Que la garza desdichada
Fué, señor, el gran Soldan,
A quien tu Alteza matara,
Y cebándote en sus tierras,
Donde el primero reinaba.
Las dos águilas serán
Que te han de dar la batalla,
Don Fernando, rey de Hungría,
Y emperador de Alemania,
Trayendo entrambos ayuda
Del muy gran leon de España,
Que ha de venir contra tí
A ganar la Casa Santa.—
El Turco desque esto oyer
Muy pensativo quedara :
Apercibiendo su gente,
Todos sus fuertes repara,
Por ambas las dos Armenias,
Tambien el puerto de Jafa,
Y al fin sobre tal acuerdo
El se tornó á su posada.

(Timoneda, *Rosa real.* — It. *Silva de varios romances.* — It. *Floresta de varios romances.* etc.)

1150.

CONVOCÁTORIA Á LA CRISTIANDAD PARA LA GUERRA CONTRA LOS TURCOS.

(*Anónimo* [1].)

Sevilla la realeza,
Toledo la imperial,
Granada, el Adelantado,
Mondejar, marques leal;
Osuna la de Giron,
Treviños, Ciudad-Real,
Rota, del conde de Arcos,
Adonde bate la mar;
Sanlúcar, que es de Medina-
Sidonia la de Don Juan;
Alhambra, los de Tendilla;
Córdoba, Gran Capitan;
Nápoles, duque de Sesa,
Con Terranova á la par;
Leivas con el Principado;
Montilla, los de Aguilar;
Puertocarreros, Moguer;
Niebla, toda de mirar;
Figueroas, casa de Feria;
Medellin, casa curial;
Benalcázar y Ayamonte,
Con Béjar junto á la par
Do está la banda y cadena;
Cabra, buen Duque, sin par;
Málaga, de los Donceles;
Benavides, Gibraltar;
Jerez de buenos ginetes,
Para hacer y para hablar,
Do los de Avila y los Faués
Suelen las cañas jugar;
Ubeda de caballeros,
Baeza para mirar,
Carmona de hijos-dalgo,
Toda gente singular;
Aguilas, Ciudad-Rodrigo,
Y Placencia, Carvajal;
Chaves y Vargas, Trujillo,
Con Orellana sin par;
Añascos y Bejaranos,
Altamiranos sin faltar,
Cáceres, Paredes, Pandos,
Peñas, Holguines andar;
Alcántara, Palomeques
Y del Barco á mi pensar;
Mérida de muchos nobles,
Badajoz otro que tal;
Alcaudete, de Fadriques,
Cuyo espejo es el Dean;
Alburquerque, de la Cueva;
Leon toda de Guzman;
Benavides, casa de Luna,
Y la Puente, de Bazan;
Búrgos tiene á los Velascos
Con Medina de Pomar;
Guadalajara, Mendozas,
Hasta el conde de Almazan;
Torija en la misma casa
Los que quisieren verán;
Los Cerda, Medinaceli,
Berlanga, los de Tovar;
Madrid, muchos caballeros;
En Segovia está el Parral,
Benaventes, Pimenteles,
Villena, Cama y Dental;
Salinas con el Espera
Tiene el saber sin la sal,
Najara tiene los Laras,
Astúrias todo el caudal;
Zamora tiene los Parras,
Salamanca es general
De estudio y de generosos,
Flor d'España es de llamar;
Alba, casa de Toledo,
Toda de sangre real;
Osorios, marques de Astorga;
Toro, de gente especial;
Villafranca del Marques,
Ponferrada de Escobar,
Conde de Alba de Liste,
Muy gran prior de Sant Juan;
Lemos es de los Andradas,
Denia antigua en se fundar;
Poza, Rojas ha tomado;
Chinchon no hay mas que le dar;
Valladolid en Castilla,
Y Lisboa en Portugal;
Cifuentes habia los Silvas;
Priego, conde general;
Cuenca, marques de Zenete,
Y Albornoces por igual
Con Pachecos y Carrillos,
Y otros que no sé contar;
Ribadeo, buen condado
Que su conde fué á heredar;
Vizcaya la libertada,
¿Quién os la podrá contar?
Donde con un pié descalzo
Suelen los reyes entrar;
Medina, del Almirante,
Que se llama de la mar;
Pues la encomienda mayor,
Cobos, no puede faltar;
Avila con los Pachecos
Se ha querido intitular,
Palencia de los Sarmientos,
Palenzuela de mirar;
Carrion las siete villas
Reunidos, sus, andar;
Melito, marques de Cuellar,
Comiencen á enarbolar;
Mariños de Andalucía,
Tellez, Puebla y Montalban;
Alamos y Quintanillas
En Medina-el-Campo están;
Cárdenas duque, en Maqueda,
Con Torrijos á la par;
Arellanos, buen linaje,
Con el conde de Aguilar;
Espinosas, de Espinosa

De los Monteros vernán;
Manueles de toda España,
Monroyes no faltarán,
Y el buen duque d'Oropesa
Con Ayalas á la par,
Adelantado en Galicia,
Gran señor, muy liberal;
Conde de Oñate, Guevara
Morales con su Moral,
Los Lasos y Maldonados,
Calderones no parar;
Soria con doce linajes;
Logroño no es de olvidar;
Los Anayas y Manriques,
Padillas en su lugar;
Los Zapatas y Castillas
Dende la mar á la mar,
Con otros muchos linajes,
Qu'es para nunca acabar;
Alcántara y Calatrava,
Santiago con San Juan,
Que son los tres maestrazgos
De nuestra España inmortal.
Todos los comendadores
Con esto quiero llamar,
Los priores y perlados,
Suso, luego aparejar;
Arzobispo de Toledo,
Gran honra de Madrigal;
Arzobispo de Sevilla,
Inquisidor general;
Los Loaisas vengan todos
Con el padre Cardenal,
Tambien con las religiones;
Quiñones no han de quedar;
Los obispos y arzobispos
Ya n'os podeis excusar;
De Jaen á Santiago,
De Placencia allen la mar,
Cataluña, Barcelona,
Ruysellon y Puigcerdá;
Noble ciudad de Valencia;
Zaragoza la sin par;
Los de Miranda y Aranda
Condes, quiero despertar;
Los grandes aragoneses
Nunca supieron faltar;
Mallorca, isla muy fuerte,
Cerdeña, sus, á embarcar,
E Ibiza y toda Cecilia,
Nápoles no ha de quedar;
Calabria y Bruza de un reino,
Roma, Romanía á triunfar
Con el Sumo Paulo Tercio,
Padre de la Cristiandad,
Con Adornos y Ursinos,
Caballería singular;
La Toscana con Florencia
No es razon de se olvidar;
Coraxios d'esta tierra,
Con los Seneses saldrán,
Los Picos Mirandulanos
En Luca se ayuntarán;
Ferrara, Salerno, Mantua
No son menester llamar;
Salga el gran Grit de Venecia,
De Lombardía, Milan;
Los Colonas prosperados
Nos harán mas prosperar;
Génova, Micer Andrea;
De Flándes no faltarán.
Los de Alemaña la alta
A Brandemburch seguirán,
Los Esguízaros, Lanzmanes
Todos tienen capitan;
Los húngaros y bohemios
Tambien nos ayudarán;
Muchos ingleses flecheros
De Inglaterra saldrán;
Lóndres será la patrona,
Y aun en Irlanda armarán;
Flor de lis, gran rey de Francia,
Por alférez nos darán,
Por cristianísimo rey
En toda la cristiandad;
Tambien de la Gran Bretaña;
Los de Zelanda saldrán;
Vernán de la dulce Francia
Grande número y galan:
Lanzas gruesas muy famosas,
Gente de guerra y afan,
De Gascuña y de Provenza,
De Langüedoc marcharán
Monsiures y caballeros,
Qu'en el mundo no hallan par;
El gran maestre de Ródas
En Malta no ha de quedar;
Cinco Quinas de Lisboa
El Infante ha de sacar,
Galeon y carabelas,
Y artillería de mirar.
Mayorazgos y hijos-dalgos,
Comenzad de cabalgar;
Labradores, dejad rejas,
Mercaderes, el tratar;
Ganemos la Casa Santa,
Que Cárlos ha de ganar,
Porque allá muchos cristianos
Mucho nos han de ayudar,
Y los moros con los turcos
Luego se han de rebelar.
Saldrán todas las naciones
De tierra del Preste Juan,
Y aqueste nuestro gran César
Todo lo ha de conquistar,
Pues hasta el monte Calvario
Ha en persona de llegar.
Ganadas las tres Armenias,
Arabia no ha de dejar,
Egipto, Siria, las Indias,
Todos se le han de dar.
Agarenos, Ismaelitas
Tambien ha de conquistar,
Mas dichoso que Alejandre
Por la tierra y por la mar.
A todos en un aprisco
El los tiene de encerrar.
Los sacramentos son pasto
Con que los ha de pastar
En la Iglesia militante,
Que no se sabe negar
En ningun tiempo ni hora
Que á ella quereis tornar.
Y aquesto siendo acabado,
Don Cárlos tiene d'estar
Abrazado con la cruz
Que Dios nos mandó abrazar
En el monte donde Cristo
A la nona fué á espirar,
Y adonde allí diera el alma
A quien se la quiso dar,
Para gozar en su gloria
Sobre tanto trabajar,
Entronizando en la silla
Que Lucifer fué á dejar,
Eternalmente glorioso
Fruyendo con descansar,
Viendo la esencia divina,
Do no hay mas que desear;
Lo cual Dios nos deje ver
Y así lo quiera otorgar.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Es curioso este mal romance, únicamente por la reseña que contiene de hombres y paises que concurrieron á esta guerra santa. Por lo demas está escrito de un modo bárbaro, y tan poco inteligible que no es fácil adivinar lo que el poeta ha querido decir, leyendo lo que ha dicho.

1151.

LOS TURCOS OBLIGADOS Á LEVANTAR EL SITIO DE VIENA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Al soñoliento escorpion
El nuevo sol se avecina,
Sus tardos miembros tocando
Ya por las australes vias,
Y el rojo y enjuto grano
El corvo arado escondia,
Que á los desiguales surcos
El labrador comunica;
Y los gustosos frutales
A Pomona se dedican,
Y con ocultos principios
Apunta la palma lisa;
El morado lirio prende,
Y la azucena se cria,
Dando la preñada tierra
Muestras del bien que abscondia,
Y ofrece abundante fruto
Y primavera cumplida,
Cuando del hondo Danubio
Enturbia las aguas limpias,
La solícita canalla,
Casi en número infinita,
Que del bravo Soliman
Los estandartes seguia,
Y de la casa Otomana
Las respetadas insinias,
Los belicosos Espaeos
Y janízaras cuadrillas,
En tropel confuso y ciego
Puestos en torpe huida,
En vano intentan el paso
Que las aguas impedian.
Ma como el daño comun
Señala comun ruina,
Y á cada cual le está bien
Del aprieto la salida,
El turco mas preeminente
La cerviz al peso inclina,
Y de los vecinos montes
Los viejos robres derriban
Y los robustos peñascos
De su fijo asiento quitan,
Y echando en el agua montes
Hallan pié do no le habia;
Donde con gran brevedad
Puentes y pasos fabrican.
Pasan las copiosas haces
Con embarazosa prisa,
Donde de suerte mejor
Se juzga el que mas camina,
Y el que queda atras un pié,
La llama tarda enemiga.
Vuelven los rostros atras
Con temerosa fatiga,
A ver si de Cárlos Quinto
Llegaba la diestra invicta,
Temida del orbe todo
Y del turco mas temida,
Y de la herética gente,
Por su valor perseguida,
Como pilar do estribaba
La fe de la Iglesia pia.
Pues como ya Soliman
En salvo puesto se habia
Con quinientos mil guerreros
Que sus banderas seguian,
Hizo derribar las puentes
Por donde pasado habian,
Porque tras él no pasase,
Que en sus alcances venia
El César, con presto curso,
Ufano de ver tal dia.
Mas como lo deseado
Pocas veces se consiga,
No pudo el augusto Cárlos
Hacer lo que pretendia;
Y no fué tan á su salvo
De los turcos la huida,
Que no costase la entrada
De catorce mil arriba.

(Lobo Laso de la Vega, *Primera parte del Romancero y tragedias de*, etc.)

1152.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo*[1].)

En el templo estaba el Turco,
El Turco en el templo estaba;
Haciendo la zalá está,
Y á Mahoma suplicaba
Que le quiera dar victoria
Contra Cárlos, rey de España;
Que si esta vez le venciera
La Cristiandad es ganada.
Acabada la zalá
Luis de Griti, que llegaba,
Hijo del dux de Venecia,
Que viene con embajada,
Hincado se ha de rodillas,
Y el Turco le levantara:
—Bien venido seais, Griti,
Buena sea vuestra llegada:
Pues venis á tan buen tiempo,
Seréis mi paje de lanza.
Yo os haré conde en Hungría,
Y alcaide en Viena magna,
Que si esta vez no la tomo,
Yo me pelaré la barba;
Que mil carros tengo á punto
Cubiertos de seda y grana,
Y mi gente es ya partida
Porque llegue descansada.
Los de Europa, y Meliones,
Qu'en la Grecia es su morada
Con cuarenta mil caballos
Van, y gente bien armada.
Bandera blanca de seda,
Llevan, de lunas sembrada,
Todas de color de sangre
Por ser cosa señalada;
Los de Bosnia y Salonique,
Como gente endiablada,
Un dragon la boca abierta
Llevan en bandera parda.
Del Asia menor se muestran
Turcos, con lanza y adarga;
Sus treinta mil de á caballo,
Su bandera verde, alzada,
Y un caballo rifador
En medio d'ella llevaba,
Blanco, guarnecido en perlas
Y de oro, que no falta;
Y los de Caramania
Con su gente denodada,
Van cinco mil de á caballo,
Bandera negra, alindada,
Con serpiente de oro y perlas
Por el rededor sembrada.
Tambien los de Capadocia
Van como gente esforzada,
Con cuatro mil de á caballo
Y bandera colorada,
Con un unicornio en medio
Sobre todos divisada;
Los armenios, gente fiera,
Con soberbia muy usada,
Siete mil caballos van
Su bandera desplegada
De azul, estrellas y lunas
Todo el campo matizada;
Los de Mesopotania
Sin temer cosa criada

Siguen, con diez mil caballos,
Bandera rica, estimada,
Amarilla, con un tigre,
Al rededor plateada;
Los de Damasco caminan
Con su linda cabalgada
Que pasan de veinte mil
Y bandera leonada:
Un fénix en medio d'ella
Llevan, pintado de plata,
Diez y seis millas de Egipto
Son los de aquella jornada:
Las banderas qu'estos llevan
Muestran qu'es color morada,
Con un elefante en medio
Que de oro y plata ilustraban;
De Alcais innumerables,
Y de otra gente allegada
Aventureros, sin sueldo,
Pasan, como está sumada,
De setenta mil caballos
Por sus caudillos guiada.
Los de á pié, gente de guerra,
El número sé que pasa
De ciento y setenta mil,
Que para mi Estado es nada;
Y treinta mil gastadores
De quien mucho confiaba.
Mi vasallo el rey Bayboda
M'envia á decir que parta,
Y mi amigo el rey frances
Da la guerra por Italia,
Y ese rey de Ingalaterra
Con dineros me ayudaba.—
Allí hablara un moro viejo,
Amigo de nuestra España:
—Si me creyeres, señor,
Dejarias la tal jornada,
Que Cárlos, emperador,
Muy sangrienta trae la espada,
Que parece que la veo
Contra ti muy afilada.—
El Turco d'enojo d'esto
Diérale una bofetada;
Mandóle echar en prisiones
Porque dijo tal palabra,
Y en un carro de marfil
Se va para su posada.
Las mesas hallaron puestas,
En el suelo se asentaban,
Porque así comen los turcos,
Y esta es su propia usanza.
Mandó llamar sus mujeres
Que de cincuenta pasaban,
Que quiere holgarse con ellas,
Y verlas, ántes que parta.
Cuando las tuvo delante
D'esta manera les habla:
Hablábales en amores
Para mejor agradallas.
—La que quisiere ir conmigo,
Amigas, esta jornada,
La que pasaré en Hungría,
Llevarla he bien regalada.—
Todas dicen ser contentas
De ir con él de buena gana:
El Turco de placer d'esto
¡Oh qué de cosas les manda!
A unas manda cristianos
Y á otras cristianos daba;
A otras manda arzobispos,
Grandes señores de salva;
A otras manda rescates
De los señores de España;
A otras manda castillos
En Hungría y Alemania.
Y esta noche el perro Turco
Durmió con su mujer Aja.
Cuando la mañana vino
A grande priesa cabalga:
Sale de Constantinopla
Un dia despues de Pascua.
Diez mil genízaros lleva,
Que todos son en su guardia,
Y cuatrocientos esclavos,
A caballo los llevaba
De damasco azul vestidos,
Cada uno con su lanza
Con hierros, cuentos dorados
Que su vista enamoraba.
Cincuenta carros cubiertos
De púrpura y escarlata,
D'ellos cargados de ropa,
D'ellos de oro y fina plata,
Con cuatrocientos camellos;
Cada cual lleva su carga,
De tiendas y pabellones
Para poner en campaña.
Va de cuatro mil genízaros
Su recámara guardada:
Lleva doscientos caballos
Del diestro, con que cabalga.
Cien pajes, esclavos suyos,
Van de librea estimada,
Vestidos de oro, á caballo,
Y con su lanza arbolada,
Trenzados rubios cabellos
Bajo cofia turquesada,
Plumas blancas á la izquierda,
Qu'el oro las inclinaba.
Los doce d'estos traian
Cada uno su celada
Del Gran Turco en piedras finas
Muy ricamente labrada,
Con sus quinientos lacayos
Dispuestos con fina maña,
Vestidos á la turquesca
De una color turquesada,
Con sus flechas y sus arcos
Y una fuerte cimitarra,
Con escofias de oro y seda
Cada cual con pluma blanca;
Y el Turco en caballo bayo
Muy pomposo caminaba
Con la silla damasquina
Y su jaez que admiraba.
Las ropas de su persona
Eran una aljuba larga
De un extraño carmesí
De oro y aljófar bordada;
Una cimitarra lleva
Que no puede ser preciada,
Y turbante en su cabeza
Que de piedras relumbraba.
Doscientos mil combatientes
—Este Turco los llevaba;
De camellos y caballos
La vista del sol quitaba.
Riberas del gran Danubio
El Turco lleva su armada.
Un capitan mameluco,
El cual Mahomet se llama,
Con catorce mil caballos
Va corriendo la campaña,
Matando las criaturas
Y doncellas que forzaba.
Derribaba las iglesias
Y mil crueldades usaba,
Hasta llegar á la villa,
La cual Vinge se llamaba.
Puesto le habian gran cerco
Pensando poder tomarla:
Dentro estaba Nicoliza,
Que muy bien la defensaba;
Como animoso guerrero
A los suyos animaba:
—¡A ellos, cristianos, á ellos,
Turcos son, no valen nada!—

Hiciéronle grandes minas;
Hinchéronselas de agua.
El Turco de enojo d'esto
De Mahoma reuegaba,
Y ese gran duque de Sesa
Entre muchos se señala;
El duque del Infantado
Que todo el campo ilustraba,
Ese marques de los Velez
Y el marques de Camarasa,
Con ese conde de Osuna
Vizconde de Peralada;
El conde de Puño-en-Rostro
Con ese conde de Aranda,
El gran duque de Alburquerque
Con el conde de Morata,
Y el buen duque de Cardona
Qu'es tambien conde de Pradas.
De Castilla el almirante
Y el mariscal de Navarra,
Almirante de Aragon
Qu'es de casta valenciana,
Y el buen duque de Maqueda
Que marques d'Elche se llama,
Y ese buen duque de Feria
Qu'es capitan de la guardia;
Con el marques de Villena
Tambien viene el conde de Alba,
Duque de Medinaceli,
De la cerca se nombraba,
Y el buen conde de Tendilla
Qu'es alcalde de Granada,
Y el qu'es de Medinasidonia
Que duque se intitulaba,
Y ese marques de Cenete
Que Mendoza se llamaba,
Y el buen duque de Gandía
Y el conde de Concentaina;
Ese conde de Oropesa
Con aquel marques de Adra,
Esotro marques de Estepa
Y el buen conde de la Jara,
Y el conde de la Colilla
Que marques es de Celada;
El mariscal de Noven
Con ese conde de Palma;
El marques de Salvatierra
Que mora en la gran Vizcaya;
Con el marques de Tarifa,
Tambien el conde de Cabra,
Con el marques de Comares
Qu'en Córdoba tiene casa;
Y ese conde de Alcaudete
Que gran esfuerzo mostraba,
Y ese conde de Ureña
Con el marques de Berlanga;
El marques de Astorga viene
Con el marques de las Navas,
El gran prior de San Juan
Con el prior de Navarra;
El comendador mayor
De Santiago de la espada
Y esotro comendador
Del órden de Calatrava,
Con muchos comendadores
De cruz verde y colorada;
El gran maestre de Ródas,
Todos los de su comarca,
El buen conde de Paredes
Con ese conde de Albaida,
Y ese vizconde de Chelva
Con el conde de Almenara;
Tambien el conde de Oliva,
Que de las centellas baja;
Marques de Cortes; y el duque
De Arcos que campeaba,
Condestable de Lerin
El que en Navarra habitaba,
Ese conde de Chinchon
Con el de Hijar marchaban;
El buen conde de Olivares
Y el de Trujillo pasaban;
El duque de Villa-Hermosa
Conde de Pina llegaba,
Tambien el marques de Poza
De esta muy señalada;
Ese buen conde de Palamos
Vizconde de Evol, no falta;
El de Luna y el de Lerma,
El de Bailen, y el de Zafra,
El de Priego, el de Cifuentes
Con seis condes de alta fama,
Que vienen tambien, y el conde
De Santistevan no falta;
Ese marques de Mondéjar
Que muy grande esfuerzo daba,
Y el conde de Fuensalida
Postrero no se quedaba;
Con el buen marques del Carpio,
Duque de Nájera, marcha
Ese buen duque de Arjona
Soldado de grande fama;
Tambien el conde de Aitona,
De la casa de Moncada,
Y ese buen conde de Quirra
Qu'es de casta catalana;
El conde de Rivagorza,
De línea zaragozana;
Este buen duque de Béjar
Con ese marques de Sarria;
El conde de Medellin
Con el marques de Alamara;
Ese conde de Buendía,
Y el marques de Santillana;
Ese buen conde de Niebla
Que mucho les animaba;
El duque de Francavilla
Que príncipe se nombraba;
Y el buen duque de Segorbe
Belicoso se mostraba.
De señores italianos
Viene grande cabalgada:
El marques de Monferrato,
El conde de. . . . .
El duque de Mondragon
Con ese duque de Mantua;
Ese buen duque de Urbino
Con el duque de Ferrara;
Ese duque de Florencia,
Que es señor de la Toscana,
Y ese duque de Saboya
Que mucha gente llevaba;
Y el duque de Brandemburg
Que mucho sobrepujaba,
Y ese marques de Lochino
Con el marques de Pescara,
Y aqueste marques del Basto
Capitan de toda Italia;
El príncipe de Salerno
Poderoso se mostraba,
Y ese príncipe de Asculí
Con el príncipe de Parma;
Y el gran rey de los romanos
Va guiando la vanguardia
Con albanios y garsolios
Y los de la Transilvania,
Con bohemios y albaneses
Y los de la casa de Austria.
Carlos Quinto, emperador,
Viene con la retaguardia
Con muchos condes de Flándes,
Príncipes de alta Alemania,
E infinitos caballeros
Que yo no los recitaba.
Capitan de los caballos
Don Hernando de Gonzaga,
Y el buen Antonio de Leiva,
Que toda la gente manda.

Ellos estando en aquesto,
Un capitan que llegaba
Con la marlota rompida
Y la cara ensangrentada,
El Turco desque lo vido
Al Capitan preguntaba:
—¿Qu'es esto, mi Capitan?
¿Qué nuevas os son llegadas?
—Por mi podeis ver, señor,
Lo que por allá pasaba:
Veinte y dos heridas traigo,
La menor me llega al alma;
Diéramelas Pachispablo,
Baltasar de Transilvania;
Y ese Luis de la Cueva
Me salió en una emboscada.
De catorce mil que fuimos
Tan solo yo m'escapaba:
Si no por mi buen caballo
Tambien allí yo quedaba.
Los cristianos vienen cerca,
Ya dan en tu retaguarda:
Si no te retiras, Turco,
Darte han por la vanguarda.—
El Turco con estas nuevas
Muy pensativo quedaba:
No sabe si se retire
O si espere la batalla.
Unos le dicen que huya,
Otros ánimo le daban,
Y el consejo de Corpiro
Por muy bueno le aprobara.
Este es un buen caballero,
Qu'es general de su armada:
Este que huyan resuelve
Luego, sin pensar en nada.
El Turco desqu'esto oyera
A grande priesa cabalga,
Y mandó hacer una puente
Que muy presto fué acabada,
Para pasar el Danubio,
Y por ella todos pasan.
Desque son de la otra parte
Luego mandó derribarla,
Porque no pasen por ella
Y les ganen la jornada.
Así el Turco se fué huyendo
De miedo del rey de España,
Dejando ricos tesoros
Para la gente cristiana.

(TIMONEDA, *Rosa real.*—It. *Floresta de varios romances.*)

[1] Este romance hace una reseña de los ejércitos turco y cristiano que pelearon sobre el sitio de Viena, y es curioso porque menciona los distinguidos españoles que asistieron á esta empresa, todos á su propia costa y voluntarios.

1153.

PRESA DE TÚNEZ POR CÁRLOS V.

(*Anónimo* [1].)

Estándome en una fiesta
En los baños de Cartago,
Caballeros muy heridos
Me han venido apresurados.
—¿Qué haceis aquí, buen señor?
No es tiempo de andar holgando:
Barbaroja, rey de Argel,
Os tiene á Túnez ganado.—
Oyendo yo la tal nueva,
Apriesa pedí un caballo:
Allí habló un moro viejo,
Qu'en Argel se habia criado.
—N'os movais así, señor,
Que seréis desbaratado;
Qu'es poderoso en la tierra,
Y en la mar es gran corsario.
Mas lo que habeis de hacer,
Si quereis muy bien vengallo,
Enviad embajadores
A ese emperador Cárlos,
Porque la gente española
Es belicosa en el campo,
Y el mesmo Rey animoso
Hará guerra voluntario.—
Bien me pareció el consejo,
Hícelo sin dilatarlo.
Un dia por la mañana,
Andando yo campeando,
Vi venir el mar cubierto
De la armada de cristianos,
Y aunque muchos les resisten,
Por fuerza han desembarcado.
Salen muchos caballeros
En muy lucidos caballos:
Salió gente muy hermosa
Y harto de buenos soldados.
Un lúnes por la mañana
Dan á la Goleta saco;
Murieron cinco mil turcos
Por armas y en el estanco,
Siete dias mas alante
A Túnez ha caminado.
Barbaroja con su gente
La batalla ha presentado;
Mas viendo tan buen ejército,
Apriesa se ha retirado.
Aunque la sed era mucha,
Hasta Túnez ha llegado;
En las torres del alcázar
Banderas han desplegado.
Eran quince mil cautivos
Que á ventura se han librado.
Entran dentro sin batalla,
Que se les dieron á saco.
Cárlos me volvió mi reino,
Quedando yo su vasallo.

(*Silva de varios romances.* — It. SEPÚLVEDA, *romances nuevamente sacados*, etc. [2]. — It. *Floresta de varios romances.*)

[1] Al mismo asunto hay uno que empieza, *Año de mil y quinientos — Y treinta y cinco corria*, que está en la *Rosa real* de Timoneda.

[2] En este libro empieza así el romance: *Yo me estaba en una fiesta.*

1154.

TOMA DE LA CIUDAD DE ÁFRICA POR CÁRLOS V.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

Nuevas han venido al César
Cárlos, rey de España, un dia,
Que un cosario valeroso,
Dorgut Arraez se decia,
Captivo de Andrea Doria
Tres años estado habia,
Juntando muchos cosarios,
Treinta y seis velas traia,
Y hacia muchos daños
En las costas que queria.
Dañaba á los genoveses,
Dañaba á la Berbería,
Y aun á las costas de España
A veces acometia.
Tomaba muchos navíos
Que de Sicilia salian:
Corria todos los mares,
Navegar no se podia;
No habia nacion ni gente
A quien cate cortesía,
Sino solo á los franceses,
Que por amigos tenia,
Y á la marquesa del Gasto,
A quien él mucho debia
Por bienes que le hiciera

Cuando estaba en prisionía.
Pensó luego el grande César
Cómo lo remediaria.
Mandó partir sus galeras;
En su busca las envía;
Fuéron luego bien cuarenta
En la órden que convenia
Andrea Doria las lleva,
Como general las guia:
Van en busca del cosario
Sin parar noche ni dia.
El perro, como es astuto,
No paraba ni dormia:
Siempre estaba sobr'el hierro,
A las costas no venia,
Y por guarda de sus velas
Tres galeotas tenia
Para ser bien avisado;
Así en salvo se ponia.
Ocho meses le buscaron,
Nunca el perro parecia;
Al fin se acogió á los Gelves,
Donde él mas se recogia:
Las galeras con mal tiempo
A los puertos se volvian,
Muy pesante el Capitan
Y la gente que traia
De no le haber topado
Ni hallado en su manida.
Invernando las galeras
Del César, como solian,
No se descuida el Dorgut,
Una gran traicion urdia:
En Africa, esa ciudad
Nombrada en la Berbería,
Que un tiempo del rey de Túnez
Fué, y su alcaide allí ponia;
Mas al fin se rebelara,
Y por sí vivir queria,
Que no reconoce á rey,
Ni le obedesce ni estima,
Fiando en su fortaleza
Y en el sitio que tenia.
Cinco mil pasos de largo
Es su cerco y su medida:
Toda ella está fundada
Sobre una peña viva:
Toda cuasi la rodea
La mar, y la combatia:
Doscientos y treinta pasos
En tierra firme tenia,
Y en estos la barbacana
Y una gran muralla antigua,
Con muchas torres muy fuertes
Que no temen bateria.
Esta tierra por engaño
El Dorgut tomado habia
Y apoderádose en ella,
Allí su fuerza ponia.
Recogió dentro sus turcos,
Y la armada que traia;
Desde allí iba conquistando
Las tierras que cerca habia:
Desde allí pensó el cosario
Destruir á la Sicilia,
Y aun en la Pulla y Calabria
Mucho daño hacer podria,
Y correr á toda Italia
Y sus costas y marina;
Hecho el daño, recogerse,
Que muy cerca le venia.
Sitiara á la Goleta,
Que llegaba allá en un dia:
Tuviera cercada á Malta,
D'ella salir no podian:
No cultivaran las costas
De Nápoles ni Sicilia:
La Córcega y la Cerdeña
Tambien peligro corrian,
Y el Carban, su vecino,
Seguridad no tenia;
Los Gelves se habian de dar
Por suyos, si ellos querian:
Desde allí á la cristiandad
Muy cruda guerra haria.
Pero como es inquieto,
Y reposar no podia,
Su codicia le engañó
Y su muy loca osadía:
No miró cuán poco ántes
En cadena estado habia,
Y que ya se via rey
Y señor en Berbería.
No contento con aquesto,
Sale fuera en correría,
Deja en Africa un sobrino
Y un alcaide, de quien fia;
Con ellos trecientos turcos
Y otra mucha morería.
Mándales fortificar
Lo que á tierra firme mira.
Ellos no se descuidaron,
Con gran cuidado lo hacian:
Manda hacer un caballero
Encima de una montiña
Que está dentro en la ciudad
Y á los mares combatia:
Manda limpiar un mandracho
Que dentro en el pueblo habia
Entrando en el tercenal,
Muy hondo y de gran cabida.
Dejándoles esta órden,
El en corso se salia
Con sus velas y otras muchas
De corsarios que seguian.
Fuése á las costas d'España,
Y allí mil daños hacia;
Saqueó un lugar pequeño,
Que Cullera se decia;
De allí se fué para Argel,
Y en tierra no descendia,
Porque no fia de nadie,
Ni dél ninguno se fia.
Miéntra que él en esto andaba,
El gran César proveia
Que parte de sus galeras
Con alguna infantería
De la española que estaba
En Nápoles y en Sicilia,
Fuesen á Africa de presto,
A ver si la tomarian.
El príncipe Andrea Doria
De Génova se partia
Con veinte galeras suyas,
Que al sueldo del Rey traia.
Mil y tantos españoles
En ellas llevar hacia.
Fuése á Nápoles, do estaba
Ese ilustre Don García:
De Toledo es su linaje,
Claro por su nombradía,
Y tambien Antonio Doria,
Capitan de gran estima.
Allí se juntaron todos
Para ver lo que harian.
Fuéronse á juntar con ellos
Otras galeras que habia:
Cuatro fuéron las que el Papa
Para esta empresa envía;
Y ese duque de Florencia
Con otras tres socorria;
Tambien se juntan con ellas
Otras diez que hay en Sicilia,
Y el maestre de Sant Juan
Otras cuatro les envía.
Como todas fuéron juntas,
Navegan á Berbería;
Combaten á Monesterio,

Tierra no muy bien guarnida,
La cual fué luego tomada,
Y la gente se huia:
El castillo se defiende,
Porque en él turcos habia.
Fuéron luego á combatirle,
Por capitan Don García:
Los de dentro eran valientes,
Pelean sin cobardía;
Al fin nuestros españoles,
Como siempre hacer solian,
Dieron dentro con esfuerzo,
Gánanle por valentía.
D'ellos quedaron heridos:
Mas no toman hombre á vida.
De allí se fué nuestra armada
A la Goleta otro dia
Para tratar de la empresa
De Africa si se haria.
Parescióle á Andrea Doria
De volver de allí á Sicilia:
A Trápana fué á aportar;
Por provisiones envía,
Tambien envía á llamar
Ese virey de Sicilia
Juan de Vega, el muy prudente
Que á la hora allí venia.
En este medio llegaron
A Africa un mismo dia
Tres navíos bien cargados,
Que vienen de Alejandría
Con arroz, linos y telas,
Y otras muchas mercancías,
Que eran de muy gran riqueza,
Y en guarda d'ellas venian
Trescientos y tantos moros
Dispuestos á maravilla,
De Trápana, esa ciudad
Que la mar la combatia.
Nuestra armada toda junta
A la vela se hacia,
Y cuando les calma el viento
De los remos se servia.
Llegan á la Fabiana,
Allí su junta tenian;
Trataron en el consejo
Si la empresa se haria.
Hubo varios pareceres,
Mas al fin se determina
Que la conquista se haga,
¡Caso de gran osadía!
Porque no sabian de cierto
La fuerza que dentro habia,
Ni estaba reconocido
El sér que Africa tenia,
Mirando que llevaban
Tan poca infantería.
No llegaban á tres mil
Los españoles que habia,
Y no habia italianos
Que fuesen en compañía,
Sino algunos caballeros
Que iban por su lozanía,
Y algunos aventureros;
No pasan de ciento arriba.
Movidos pues del gran celo,
De la fe que á Dios debian,
Y al servicio de su rey
Y al bien de la cristianía,
Parten de la Fabiana,
El viento los lleva y guia;
Aportaron á la costa
De esa ardiente Berbería:
Los dos eran ya de julio
Cuando en tierra descendian.
Ese Luis Perez de Vargas
Un consejo dado habia,
Que en saltando se hiciese
Un fuerte, do se ponian
Bastimentos, municiones
Y la gruesa artillería,
Y en guarda d'ello quedaba
Soler y su compañía.
De allí pasó nuestra gente
Adelante á la marina,
Allegándose á la tierra
Donde un gran recuesto habia
Léjos cuatrocientos pasos
Que la tierra descubria:
Ponen luego allí cestones;
El cerco se fortifica.
Como estuvo ya en defensa
Van por el artillería,
Plántanla y comienzan luego
Las trincheras á porfía,
Para acercarse á la tierra
Y darle la batería.
Fortifican todo el campo
Por toda aquella marina;
La trinchera que hicieron
De mar á mar se tendia:
En la punta un caballero
Que al mar y á la tierra tira,
Y otro en medio de la arena,
Que defiende la campiña.
Así se fortalecieron
Por no haber caballería
Que les asegure el campo
Ni les haga correrías.
Las galeras se pusieron
Hácia el mar de mediodía,
Desde allí podian tirar
A la tierra, y defendian
Que no viniese socorro,
Como siempre se temia.
Tambien pusieron algunas
En el otro mar, que vian
Si habia algun bajel
Que por la costa venia:
De esta suerte fué cercada
Por tierra y por mar la villa,
Sin poder salir ninguno
Si á nado no se salia.
En la campaña de suyo
Poca provision habia
Por estar todo gastado,
Y aun con esto todavía
Siempre estuvo proveido
El campo de cuanto habia
De Nápoles el virey
A su hijo provéia,
De Sicilia el presidente
A su padre socorria,
Y ese rey del Caraban,
Cidiarse se decia,
Enemigo de Dorgut,
Provision tambien envía.
Los nuestros reconocieron
La tierra, mas cada dia
Hallaron que era mas fuerte
Que primero se entendia.
Todavía comenzaron
A darle la batería
Por donde era inexpugnable,
Mas ellos no lo sabian:
Batiéronla algunos dias;
Pero no les succedia:
Quisieron darle el asalto,
Vieron que nada valia,
Aunque fuéron á probarlo
Y tentarlo en este dia;
Fuéron algunos heridos,
Y otros perdieron la vida:
Mataron cincuenta turcos
De los que la defendian.
Viendo aquesto Juan de Vega
Y el cuidoso Don García,
Tratan con Andrea Doria,

Que en la mar quedado habia
Que vayan ciertas galeras
A Nápoles y á Sicilia,
Que traigan muchas pelotas
Y pólvora en gran cuantía.
A Génova y á Florencia
Otras por lo mismo envian,
Queriendo tentar de nuevo
De le dar mas batería.
Vinieron las municiones,
Muchas mas que se pedian;
Pero bien mirado todo,
Al general parescia
Que era poca aquella gente
Para una tan gran conquista,
Porque estaban dentro tantos
Como alli en su campo habia,
Y que demas de los turcos,
Los moros de Alejandría,
Que eran muy determinados,
Mostrarian valentía,
Por sus vidas peleando
Y por su mercadería,
Y que estaba la campaña
Mal segura y sin valía,
Temiendo que si se daba
El asalto el mismo dia,
La morisma no cargase
Con su gran caballería,
Y en el tiempo que pelea
La gente contra la villa,
Los moros vernian al campo
Y gran destrozo harian.
Por esto fuéron de acuerdo
Que se traiga infantería
De la española, que estaba
En Piamonte y Lombardía:
Fuéron galeras por ella,
Que el príncipe Doria envia.
En este medio, Dorgut,
Que en los Gelves se tenia,
Sabiendo cómo apretaban
Los nuestros aquella villa,
Y que ya se le acercaba
Mucho mas la batería,
Como valiente y osado,
Un aviso les envia
Que estén fuertes y constantes,
Porque él los socorreria,
Y envióles cierta seña
Para el dia en que sería,
Para que en el mismo tiempo
Ellos salgan de la villa
Y dén en nuestra trinchera,
Que estaria desguarnida.
Los nuestros iban continuo
A forraje algunas millas
A traer lo que hallaban
Y ramos para fagina.
Yendo un dia, acometiólos
Una poca infantería;
Los nuestros van sobre aviso,
Ningun daño recibian.
Recogiéronse de presto
Do estaba una compañía
De nuestros arcabuceros,
Que por guarda d'ellos iba.
Hubo un poco escaramuza,
Cada uno se volvia,
Los nuestros con su forraje,
Los moros desparecian.
Parecióle á Juan de Vega
Nueva cosa, que aquel dia
Se hubiesen visto mas moros
Que otras veces se veian,
Y así en el dia siguiente
Mas gentes apercibia.
Dia era de Santiago,
De España patron y guía.
Manda ir á hacer forraje,
Dos compañías envia,
Seiscientos arcabuceros
Para ello escogia;
Y porque fuesen con órden,
A Luis Perez envía,
Y no contento con esto,
Temiendo lo que seria,
Dejando en guarda del campo
Al cuidoso Don García,
El mismo se va en persona
Con aquellas compañías.
Llegaron á un olivar,
Dos millas andado habian;
Desde allí salen á un raso,
Donde hallan que tenian
Puesta ya los enemigos
Celada de infantería.
Comienza la escaramuza
De nuestra arcabucería;
Tiran los moros y turcos
Flechas y escopetería,
Los cuales eran muy muchos,
Que tres mil y mas habia;
Los nuestros, que eran seiscientos,
Poco á poco se retiran.
Mueren muchos de los suyos,
Que gran miedo les ponia:
De los nuestros muere uno;
Mas que ellos todos valia:
Muere el maestre de campo
Luis Perez, que le herian
Dos turcos á un mismo tiempo
Desde su escopetería,
Yendo el mas cercano d'ellos,
Que la gente recogia;
Cayó luego del caballo,
Y los nuestros le traian
Tristes y desconsolados,
Por lo bien que le querian,
Que era el mas viejo soldado
Que entre españoles habia,
Muy bien quisto de la gente,
Prudente y sin cobardía.
Juan de Vega poco á poco
La gente ya retraia,
Haciendo muy grande daño
En aquella morería.
Viéndose de nuestro campo
Lo que pasa en la campiña,
Hizo luego dar al arma
El discreto Don García,
Y que estén á las trincheras
Por lo que sucederia.
Envia tambien socorro
El visorey de Sicilia:
Doscientos arcabuceros,
Que fuéron darle la vida,
Porque estaba ya cansada
La otra arcabucería,
Y faltaba municion,
Que tirar ya no tenia.
Ellos en aquesto estando,
De la villa ya salian
Los turcos á pelear
Y á tentar lo que podian
Por ganar nuestras trincheras
Y hacer llana la via
Por do viniese el socorro
Que tanto esperado habian;
Pero no les sucedió;
Resistiólos Don García,
Y aquella española gente
Que la trinchera tenia,
De tal suerte, que forzaron
A tornar dentro en la villa
A los turcos con tal priesa,
Que en la puerta no cabian;
Y temiendo que los nuestros

A las vueltas se entrarian,
Cierran de presto las puertas,
D'este miedo que tenian:
Dejaron de fuera algunos
Que de allí se defendian
Debajo de la muralla,
Do nuestra arcabucería
Enclavaba tantos d'ellos,
Que hombre no quedara á vida,
Si no fuera que se echara
En la mar do bajo habia;
Y á raiz de la muralla,
Donde no se descubrian,
Se salvaron y pudieron
Recogerlos en la villa.
Juan de Vega, en allegando
El socorro, acometia
De arte á los enemigos,
Que en huida los ponia.
D'esta suerte victorioso
A su campo se volvia,
Y con gran prudencia y seso
A otra cosa no atendia,
Sino á pensar la manera
Cómo fin hallar podria
Para salir con la empresa
En que al César tanto le iba.
El cosario y los sus turcos,
Y la otra morería
Que trujo para el socorro,
Se vuelve la misma via,
Muy pesante y descontento,
Como no le sucedia
Su desiño y pensamiento;
Sin remedio ya lo via.
Volvióse á los Alfaques,
Do desembarcado habia,
Y dicen que en el camino
La su misma morería
Despojó todos sus turcos
Y se los dejó en camisa.
Aquel rey de Garvan,
De que arriba se decia,
Dió aviso de todo aquesto;
Por su hijo lo escribia,
Y ofrécese por amigo
Del César, y en su valía,
Y envió gran provision
Desde el punto de aquel dia
De vacas y de carneros,
Y de lo que mas podia.
En aqueste medio tiempo
Ningun tiempo se perdia,
Siempre habia escaramuzas
Con los que afuera salian:
Hubo cosas señaladas,
Largo de contar sería,
En las cuales se mostraron
Con muy terrible osadía
Ciento y veinte caballeros,
Todos de una compañía,
De la órden de Sant Juan
Lucida caballería,
De muy diversas naciones
Conformes en valentía,
Que ganaron tanta honra,
Que contar no se podria.
Los soldados españoles
Trabajaban á porfía:
Unos van á pelear,
Otros cavan la marina,
Otros van á traer leña,
Otros á traer fagina.
Sirvieron de gastadores
De cuanto hacer se habia,
Siempre con un mismo gesto
Y con muy gran alegría.
No estando el campo seguro,
Y la tierra su enemiga,
Viendo que sus propias manos
Eran las que les valian,
Y que todo el buen suceso
D'ellas solas dependia,
De tal suerte trabajaron,
Sin parar noche ni dia,
Que tan cerca de los muros
La trinchera ya se via,
Que tentaron de picarlos
Con mantas que los cubrian.
Tambien tentaron de hacer
Minas, mas no sucedia;
No dejaron de probar
Cuanto probar se podia
Para conquistar la tierra,
Y todo en vano salia:
Los que la defienden dentro
Bien creeréis que no dormian.
Por entre la barbacana
Y el muro cavado habian
Por matar de uno en uno
A cualquiera que entraria;
Y detrás del alto muro
Un gran foso hecho habian,
Hondo de cuarenta palmos,
Del ancho que requeria;
Y sembrado en él abrojos
Y otras puntas de esta guisa,
Y á la parte de la tierra
Un gran reparo tenian
Al borde del mismo foso,
Que aposta hecho le habian
Para desde allí tirar
A cualquier que asomaria,
Y si cayese en la cava
Desde allí le matarian;
De fuegos artificiales
Grande provision tenian.
Nunca vienen á partido
Ni mencion d'ello hacian;
Quiso Dios que en la ciudad
Hubo un moro que salia
A dar aviso á los nuestros
De lo que allá dentro habia.
Este dijo los reparos
Y fosos que se hacian,
Y como era imposible
Ganarse por batería
Por la parte que primero
Encomenzádose habia.
De allí poco el pobre moro,
De enemigos que tenia
Fué muerto allá en la ciudad,
Su muerte gran falta hacia.
No hallaban los cristianos
Por qué modo se sabria
Lo que se hacia dentro,
Y si alguna falta habia
De agua, como pensaban,
O de cómo se sentia
El ánimo en los cercados,
O si á partido vernian.
Viendo pasar el tiempo
Y que el invierno venia,
Dan órden en la batir:
Plantan el artillería
Muy mas cerca que primero;
Con cestones la cubrian.
El primero de setiembre
Comienza la batería
Hácia la mano derecha
A un canton que se hacia.
Habia un gran turrion
De argamasa muy antigua,
Parte dél en el arena,
Parte en la agua y la marina;
A este tiran fuertemente,
Este baten á porfía.
Tambien baten por el lado

Un traves que junto habia,
Temiendo que en el asalto
Gran estorbo les haria:
La cortina tambien baten
Que al lado izquierdo caia;
Pero aqueste batir fuerte
Poco provecho hacia,
Si no dieran juntamente
Otra gruesa batería
Por la mar, de dos galeras
Que juntas atado habian.
Esto fué por invencion
E industria de Don García,
Que encima d'ellas dos juntas
Puso gruesa artillería,
Diez cañones reforzados,
Que al soltar, la mar tremia;
Pero estos no tiraron
Hasta el tiempo que se via
Que la batería de tierra
Algun efecto hacia.
Cayó medio torrion,
De manera que podia,
Aunque con muy gran trabajo,
Subir el infantería.
Ver caer tan grande parte
Causó muy gran alegría
En los ánimos de aquellos
Que por él subir tenian,
Que era tan viejo y tan fuerte,
Que en sola su batería
Cinco mil pelotas gruesas
Se gastaron en seis dias.
Estando la cosa en esto,
Las galeras parescian
Que traen mil españoles
Pláticos de Lombardía,
De los fuertes veteranos
Que allí en las plazas habia.
Don Alonso de la Cueva
Junto con ellos venia,
Yendo nombrado en el cargo
Que á Luis Perez sucedía:
General de la Goleta
El Rey nombrádole habia.
Llegaron estas galeras,
Muy grande salva hacian;
Y saltaron luego en tierra
Con general alegría.
Los que estaban en el cerco,
Por ver gente tan lucida
Que venia en su socorro
Al tiempo que convenia,
Los que vienen, de hallarse
Tan cerca en lo que solian,
Salúdanse unos á otros
Con palabras comedidas.
A las manos, compañeros,
Unos á otros decian,
Que muy cedo habrá de verse
Quién mas las menearía.
Viendo ya que era llegada
La gente que se pedia,
Juan de Vega, valeroso,
Comunica á Don García
Si le parecia tiempo
De dar l'asalto aquel dia.
Habiéndolo bien pensado
Los dos juntos, resolvian
Que se diese la batalla
Dia de Santa María,
Por ser dia señalado,
Para que ella fuese guía.
Y estando ya en este acuerdo,
Hallaron que aun no habia
El batir hecho el efecto
Que al negocio convenia,
Y así mandó Juan de Vega
Proseguir la batería.
Baten por mar y por tierra
Sin parar hora del dia;
Hasta los diez de setiembre
Jugaba el artillería.
Miércoles á la mañana
Cesó ya la batería;
De la noche ya quedaba
Ordenado por la via
Que se daria el asalto
Y con qué gente seria,
Por Juan de Vega, el prudente,
Que él á cargo lo tenia.
Puso en la guarda del campo
Parte de la infantería,
Y mas los aventureros,
Que en bandera los metia.
Mandó que diesen asalto
Por tres partes á porfía,
Los soldados españoles,
Deseosos de aquel dia;
Por la batería vieja
Algunos d'ellos envia;
Otros fuéron por la nueva,
Otros por la mar venian.
Dada señal de combate,
Que en todo el campo se oia,
Arremeten con gran furia
Y no creida alegría.
Cada uno por su parte
Y cuartel que le cabia,
Procuran de entrar adentro;
Los turcos lo defendian.
Don Fernando de Toledo
En la muralla subia
Por la batería nueva,
Mostrando su valentía
Primero que otro ninguno;
Su bandera le seguia.
El otro por un tablon
Que encima del foso habia
Hácia la parte de dentro,
Y de allí abajo caia,
Arrojándose en la tierra,
Su ánimo le valia;
Peleando con los turcos
Cuatro heridas tenia,
Y las dos eran mortales,
Y él nunca desfallecia.
Siguióle solo su alférez
Y otro, que al foso caia:
Por el cabo que él entrara
Ningun otro entrar podia
Sino Don Tristan de Urrea,
Que á la hora entrado habia.
Por la batería del mar
Entra otra infantería,
El agua hasta los pechos,
Y otros harto mas arriba,
De suerte que dieron dentro
De golpe, aunque resistian
Los turcos, que en escuadron
Abajo los atendian.
Sucedió desdicha grande
A nuestra arcabucería,
Que á la entrada por la mar
La pólvora se perdia;
Mojóseles toda aquella
Que dentro en los sacos iba;
Cuando quisieron tirar
La pólvora no prendia:
D'esta suerte la pelea
Mas sangrienta se encendia;
A golpe de espadas fieras
Y de picas se reñia:
Esto fué gran ocasion
De la matanza que habia.
Los turcos, como esforzados
Pelean sin cobardía:
Aprovéchanse de todo

Cuanto en el mundo podian,
Hasta que hechos pedazos,
Allí en el suelo caian.
Los moros, que sus mujeres
Y sus hijos les dolian,
Y por defender sus casas
Y su libertad y vida,
Pelean muy sin temor,
Ningun partido pedian.
Pelearon en la plaza
Y en torno de la mezquita,
Y no pudiendo ya mas,
A las calles se acogian.
Una á una las ganaban
Los nuestros á gran porfía:
Palmo á palmo hasta el cabo
Los moros las defendian.
Allá dentro en una calle
Cuasi en medio de la villa,
Zumarraga, capitan,
Delante de todos iba,
Señalándose entre muchos
Que bien detras le seguian.
Salen á él cuatro turcos
Con denuedo y osadía;
El pelea con los cuatro,
De todos se defendía,
Resistiendo á su furor,
Y ninguno le acudia,
Hasta que de una ventana
Un arcabuz le heria
Por medio de la cabeza;
No dijo esta boca es mia.
Tambien entró en los primeros
La noble caballería
De la órden de Sant Juan,
Todos de una compañía,
Matando turcos y moros
Cuantos delante tenian.
D'ellos murieron algunos,
Harto número serian;
Fuéron heridos cuarenta,
Todos de malas heridas.
Luego algunos caballeros
De Nápoles y Sicilia,
Y tambien de las galeras
Que de Toscana venian,
Entraron por el portillo,
Ninguno d'ellos moria,
Ni tampoco fué herido,
¡Cosa de gran maravilla!
De los españoles muchos
Heridos, despues morian.
Así como estaban todos,
Seguia el que mas podia,
Dando prisa en la matanza,
Con gran ansia que tenian
De ver muertos sus amigos
Y otros que allí les herian
El Alcaide de la tierra
En suelo muerto yacia;
El sobrino de Dorgut,
Que bien peleado habia,
No pudiendo ya sufrir
El ímpetu que venia,
Con algunos de los turcos:
Luego sobre ellos venia
Juan de Vega, el visorey,
Y á él todos se rendian.
Tomólos por sus esclavos
Otorgándoles la vida,
Y en teniéndolos por suyos
Una gran obra hacía
Digna de tal capitan,
Digna de su gran valía.
Al sobrino de Dorgut
En presente se le envia
A ese capitan Cigala,
Que con él rescataria
A su hijo, que Dorgut
Captivo se le tenia.
Los otros ochenta turcos
Todos se los repartia
A los soldados heridos
Y á los que quedado habian
Allá en la guarda del campo,
Porque nada no tenian.
Esta liberalidad
Meresce muy grande estima,
Y que todos los soldados
Amen al que tal hacia.
Acabado el pelear,
El saco va por su via.
Tomaron muchas riquezas,
Joyas de muy gran valía
De moras que habia muy ricas;
Nada se les encubria:
No dejan cosa ninguna
Que en cobro no la ponian.
Pensando que en la mezquita
Algunos moros habia,
Que la cercasen de presto
Ordenaba Don García.
Pegan á las puertas fuego,
Dentro ningun hombre habia;
Todos niños y mujeres,
Que vellos lástima hacia,
Viendo arder todas las puertas,
El grito al cielo ponian:
Ellos llaman á sus padres,
Pero poco les valia:
Ellas llaman sus maridos,
Que ya vida no tenian:
Otras llaman á Mahoma,
En cuya casa se vian:
Con sus llantos y alarido
Todos de fuera salian,
Por fuerza que no de grado,
Que allí mas morir querian.
Fuéron llevados captivos
Cada uno por su via,
Apartados de sus madres,
Que mas nunca las verian,
Alejados de su tierra,
Donde criado se habian.
Duró el saco aquella tarde,
Hasta ser ya ido el dia.
Juan de Vega con cuidado
Muchas cosas proveia:
Manda curar los heridos
Que quedaban aun con vida;
Manda sepultar los muertos
Con la honra que merescian.
Para ello consagraron
A la hora la mezquita,
Y do reinaba el demonio,
Cristo bandera ponia.
Allí se invoca su nombre,
Su Evangelio se predica.
Manda tambien reparar
A gran prisa lo que habian
Derribado los cañones
Y la otra artillería:
Manda poner muchas guardas
Por la muralla y la villa;
Hizo justicia muy breve
De los agravios que habian
Héchose algunos á otros,
Y en igualdad los ponia.
Murieron ciento cincuenta
Cristianos en la conquista,
Sin los que fuéron heridos
De flechas y artillería.
Fuéron muertos ochocientos
De los turcos y morisma.
Murió el fuerte Don Fernando
Desde allí á muy pocos dias,
Y tambien Fernando Lobo,

Portugues de gran valla,
Con el príncipe de España
A Italia pasado habia;
De soldados españoles
Maestre de campo le hacia:
Tambien lo era Don Fernando;
Poco logrado lo habian.
Murieron otros alférez
Valientes, que se sentia
Su esfuerzo por do pasaban,
Su valor por do venian.
Tomáronse en la ciudad
Seis mil almas por cautivas,
Que llevaron á la hora
A Nápoles y á Sicilia,
Y á otras partes del mundo,
A Génova y Lombardia,
Y á la Romaña y Toscana
Su parte tambien cabia.
Cara costó aquella plaza,
Por mucho que ella valia,
Pues con sangre d'españoles
Toda ella se rendia.
Ganóse por su valor
Y su invencible osadia,
Y por el principe Doria,
Que lo de la mar regia,
Y por el muy gran consejo,
Y prudencia y valentia
De Juan de Vega, el leon
Que á España honra hacia;
Y por la maña y valor
De ese osado Don García,
Y por la grande fortuna
Del César, que Dios la guia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] La accion de guerra que en este romance se describe con tanta exactitud como en los boletines oficiales, y acaso con mas minuciosidad, fué mas célebre que útil á la España. Parece que la composicion está hecha sobre el campo de batalla y por alguno de los héroes que contribuyeron á la conquista gloriosa de la plaza de Africa, en la que tuvo tanta parte el famoso almirante genoves Andrea Doria.

1155.

ROMANCE DEL SACO DE ROMA, POR LAS TROPAS DEL CONDESTABLE DE BORBON.

(*Anónimo*[1].)

Triste estaba el Padre Santo,
Lleno de angustia y de pena
En Sant Angel, su castillo,
De pechos sobre una almena,
La cabeza sin tiara,
De sudor y polvo llena,
Viendo á la reina del mundo
En poder de gente ajena.
Los tan famosos romanos,
Puestos so yugo y melena;
Los cardenales atados,
Los obispos en cadena;
Las reliquias de los santos
Sembradas por el arena;
El vestimento de Cristo,
El pié de la Madalena,
El prepucio y Vera-Cruz
Hallada por Santa Elena,
Las iglesias violadas,
Sin dejar cruz ni patena.
El clamor de las matronas
Los siete montes atruena,
Viendo sus hijos vendidos,
Sus hijas en mala estrena.
Cónsules y senadores
De quejas hacen su cena,
Por faltalles un Horacio,
Como en tiempo de Prosena.
La gran soberbia de Roma
Hora España la refrena:
Por la culpa del pastor
El ganado se condena.
Agora pagan los triunfos
De Venecia y Cartagena,
Pues la nave de Sant Pedro
Quebrada lleva la entena,
El gobernalle quitado,
La aguja se desgobierna:
Gran agua coge la bomba,
Menester tiene carena,
Por la culpa del piloto
Que la rige y la gobierna.
¡Oh Papa, que en los Clementes
Tienes la silla suprema,
Mira que tu potestad
Es transitoria y terrena!
Tú mismo fuiste el cuchillo
Para cortarte tu vena.
¡Oh fundador de los cielos,
Dadnos paz, pues es tan buena!
Que si falta á los cristianos,
Huelga la gente agarena,
Y crece la secta mala
Como abejas en colmena.
La justicia es ya perdida;
Virtud duerme á la serena;
Quien mas puede come al otro,
Como en la mar la ballena:
Fuerza reina, fuerza vale,
Dice al fin mi cantilena.

(*Cancionero de Velazquez de Avila*, folleto suelto. — It. *Cancionero de romances*. — It. *Silva de varios romances*. — It. *Floresta de varios romances*.)

[1] Aunque la composicion está en el *Cancionero de romances*, se ha entresacado de la glosa que hay de este en el *Cancionero* de Velazquez de Avila, donde está añadido y completo desde el verso que dice: *¡Oh Papa que en los Clementes!* El anónimo autor del romance, lamentando el saco de Roma por los españoles, parece que intenta disculparle achacando al papa Clemente VII haberle motivado con sus excesos y mal gobierno.

EPOCA DE FELIPE II.— ROMANCES DE LA REBELION DE LOS MORISCOS DE LA ALPUJARRA[1].

1156.

DEL LEVANTAMIENTO DE LAS ALPUJARRAS.

(*Anónimo*.)

Despues que Fernando Quinto
Ganó la insigne Granada,
El Alhambra y Alijares,
Tambien su fuerte Alcazaba;
Las fuertes Torresbermejas,
Vivataubin que acompaña,
Y todos los rededores
Que están en la vega llana;
Loja, Málaga y Moclin,
Y aquella nombrada Alhama,
Con Alcalá de Albenzaide,
Que ahora la Real se llama,
Y la rica Colomera,
Que de Granada es cercana;
Los lugares de la sierra,
Que les llaman Alpujarras;
Los que están junto á la Peza,
Guadix, Almería y Baza,
Con toda su hoya junta,
Que la tiene bien poblada,
Y el gran rio de Almería,
Y el de Almanzora nombrada,
Se vuelve para Castilla
El Rey que todo lo gana,

Acompañado de grandes
Que llevó en esta jornada :
La tierra deja segura,
De cristianos bien poblada.
Setenta años se pasaron
Y siete, en cuenta muy clara,
Que Granada estuvo quieta
Sin alborotos de nada.
Mas al cabo de este tiempo,
Que Filipo gobernaba,
Segundo de aqueste nombre,
Claro rey de nuestra España;
El fiero Marte da vuelta
Su bandera desplegada,
Que parece ociosidad
Tenerla tanto plegada,
Y á los moros granadinos
Les incita á guerra y saña.
Todo el reino se alborota :
Desean tomar las armas,
Y al rey de Argel escribieron,
El cual Ochali se llama,
Para que las dé, y socorra,
Prometiendo darle á España.
Lo que pasó d'este trato
Dirémos á otra jornada.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1 Todos ó casi todos los romances que siguen y tratan de la rebelion de la Alpujarra, son de Gines Perez de Hita, autor de historia novelesca, que suponiéndola traducida del árabe publicó la primera vez, segun se cree, en el año de 1595, con título de *Historia de los vandos de los Cegries*, etc. Posteriormente, y ya bien entrado el siglo XVII, se imprimió el libro que contiene las guerras de la rebelion de la Alpujarra, intitulado, *Segunda parte de las guerras civiles de Granada*, el cual es una verdadera historia. Pero como quiso que se la considerase como continuacion de su primer libro, para ponerla en armonía con él, luego que narra en prosa los hechos, los reduce á romances de su propia cosecha, donde refiere en verso lo que ántes refirió en prosa. Despues de haber insertado en nuestro libro los romances tradicionales y los de nueva invencion, contenidos en la primera parte de la obra de Perez de Hita, de que aquellos formaron y estos realizaron el gusto y moda de los moriscos novelescos y de los semi-históricos, no podiamos ménos de admitir é insertar en nuestro ROMANCERO los verídicos y casi oficiales que puso en la segunda parte de su obra. Carecen, es verdad, de aquel brio y colorido poético, de aquel interes indefinible de las obras de imaginacion; pero en desquite conservan, en medio de su prosaismo, toda la sencillez de inartificiosa verdad, donde el autor, contemporáneo y participante de los hechos que narra, aparece como testigo y comprobante de ellos. Actor en las guerras de la Alpujarra, y autor de su historia, Perez de Hita se presenta á veces como juez severo de las causas que las produjeron, y de las crueldades y desastres inauditos que irrogaron á la patria. Todo lo que el autor pierde como poeta, lo gana como sencillo historiador y como hombre de un corazon sensible que llora sobre la desdicha de los vencidos y sobre la fatalidad de las excesivas represalias, y acaso provocaciones, de los vencedores. Soldado Perez de Hita en las huestes mandadas por el marques de los Velez, hizo con él la guerra del Alpujarra los primeros años; se acostumbró al trato de los valientes que combatia; aprendió á juzgarlos y á respetar en ellos á los hombres que defendian sus hogares y que reclamaban la libertad y los derechos que segun los tratados debian conservárseles y eran hollados por la fuerza, ó si se quiere, por la necesidad de mantener la paz del pais y de librarle de los riesgos que le amenazaban por abrigar en su seno un pueblo sospechoso, de diversa religion, hábitos y costumbres, que, unido y auxiliado por los vecinos moros de la costa africana, pudiera comprometer la suerte de la monarquía española.

1157.

ALZAN LOS MORISCOS POR REY Á ABENHUMEYA, Y SE DECLARAN REBELDES.

(*De Gines Perez de Hita.*)

Al son de trompas y cajas
Siendo Muley coronado,
Muchos capitanes crea
Habiendo campo formado;
Y puso muchos presidios
En el granadino estado.
Los moros con rabia ardiente
Hacen casos no pensados :
Las Iglesias queman todas
Deshaciendo los retablos,
Y los santos crucifijos
Hacian dos mil pedazos,
A los santos y las santas
Con hachas despedazando;
Y con grandes crueldades
Degollaban los cristianos,
Y curas y sacristanes
Morian martirizados.
Muchos cristianos cautivan,
Y á Argel son luego enviados :
Por un arcabuz dan uno,
Por hacerse bien armados,
Y en la ciudad de Purchena
Se hace el trato y contrato.
El reyecillo Muley
D'ello queda aprovechado :
Muchas escopetas traen
Los del africano estado
Por la ganancia, que es mucha,
Pues por ellas dan esclavos.
Finalmente se destruye
Lo de Lorca y su poblado,
Que estas tierras entre todas
Sienten el daño doblado;
Porque todos sus caminos
Los moros han salteado,
Prendiendo los pasajeros
Que á Purchena iban llevando,
Y al que se pone en defensa
Le hacen dos mil pedazos.
Alborótanse las tierras
Sintiendo este mal recado :
Todos de armas se aperciben
Contra el granadino bando :
Lo que sobre esto pasó
Despues os será contado.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1158.

SALE EL MARQUES DE LOS VELEZ CONTRA LOS MORISCOS, QUE FINGIENDO TRATOS CONTINÚAN LA GUERRA.

(*De Gines Perez de Hita.*)

El buen conde de Tendilla,
Que es marques intitulado
Del estado de Mondéjar,
Señor de muy gran ditado,
Uno de los del Consejo
Por su valor estimado,
Fiel alcaide del Alhambra,
Y gran general nombrado
De ese reino de Granada
Por el Rey y su mandado,
Como viese que los moros
Del reino se han levantado,
Mandó juntar mucha gente
De guerra, con aparato
Para poderlos vencer
Y traer á su mandado
Y subir á la Alpujarra,
Llevando campo formado;
Aunque el Marques bien quisiera
Por buena via llevarlo,
Y así envió dos moriscos
De Granada á negociarlo :
Moros son de calidad,
Y de cautidad nombrados.
Manda que paces concierten
Con los moros levantados,
Y que perdon general
Prometan en aquel trato.
Enviados por el Rey

Para mas asegurarlos,
Esto tratan los dos moros
Con los pueblos rebelados;
Los cuales arrepentidos
Dicen, que ellos son cristianos,
Y que no quieren la guerra,
Porque fueron engañados
Por el falso Abenchoar,
Que estaba mal indignado
Contra el marques de Mondéjar,
Porque habia maltratado
A los moros granadinos
Como se ha declarado;
Mas á ellos que les pesa
De haber las armas tomado,
Y que quieren reducirse
En el hábito cristiano.
Tambien dicen los dos moros
Que darán diez mil ducados
Al que diere la cabeza
De aquel reyecillo falso.
Por codicia d'esta empresa
Muchos moros van buscando
Al cuitado reyecillo
Para prenderlo ó matarlo,
El cual tuvo que esconderse
Donde no fuese hallado;
Y el que mas le sigue y busca
Es el Ferri, su privado,
Y como no le hallase,
Por ganar diez mil ducados
Mató á un mancebo morisco
Que parecia á Don Fernando,
Y cortada la cabeza
A Granada la han llevado.
El Marques lo prometido
Paga, quedando engañado.
De paz está todo el reino,
Como se habia tratado;
Solos quedaban los Monfis,
Que no se han acomodado.
Estos son mas de tres mil,
Y todos muy bien armados;
Pasar se quieren á Fez
En hallando buen recaudo,
Porque entienden que ya es muerto
Aquel reyecillo falso.
Estando en aqueste punto
Muchos turcos han entrado
Dentro de las Alpujarras,
Y todos muy bien armados,
Que los envió el Ochali,
Rey de Argel tan nombrado,
Para socorro y defensa
De este granadino estado.
Hallaron al reyecillo
En una cueva encerrado,
El cual muy bien los recibe,
Y con ellos pasa á Válor,
Y desde allí á Andarax
Con su campo concertado.
Los Monfis con él se juntan
Con placer demasiado
En tener á su rey vivo,
Que por muerto le han juzgado.
El reyecillo da órden
De lo que se hará en el caso:
La guerra quiere seguir,
Como habia comenzado.
El buen marques de Mondéjar
Siendo de aquesto avisado,
Luego salió de Granada
Llevando el campo formado:
Lleva mas de veinte mil
Que le van acompañando.
Muchos capitanes fuertes,
Muchos lucidos soldados,
Ricas banderas tendidas,
Y su estandarte dorado:
Con el Marques un guion,
Como caso acostumbrado,
Que le lleva un general
Cuando va un campo marchando:
Lo que d'esto sucedió
Os será despues contado.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1159.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Gines Perez de Hita.*)

Apriesa estaba leyendo
Una carta de rebato
El famoso Don Luis,
Que ha por renombre Fajardo,
El que es marques de los Velez
Y de Murcia adelantado.
De la ciudad de Almería
Le ha venido aquel recado,
Que el Obispo se le envía:
«Luego saliese aprestado
»Con sus armas y sus gentes,
»Y lleve campo formado,
»Atento que ya los moros
»De todo aquel obispado
»Se han levantado de guerra,
»Y que hacen muy grande daño;
»Y que abrasan las iglesias,
»Y despedazan los santos;
»Y pues es fuerte caudillo
»Y frontero del estado
»Reino granadino moro,
»Que salga como esforzado
»Y valiente capitan
»A remediar tanto daño.»
La carta aun no habia leido
Cuando un correo le ha entrado
Que el gran Felipe le envía
Con otro nuevo mandato:
Que salga contra los moros
Que se habian rebelado.
Luego el valiente Marques
Con valor acostumbrado
Convoca todas las gentes
De todo el reino murciano,
Que apriesa y con todas armas
Vengan donde está aguardando,
En la su villa de Velez
El que decian el Blanco.
Todo el reino se ha movido
A cumplir este mandato,
Y con deseo de guerra
Cada pueblo se ha alistado.
De Caravaca han salido
Bien cuatrocientos soldados;
Con ellos Juan de Leon
Por capitan señalado,
Y por sargento mayor
Fué Andres de Mora nombrado,
Por ser soldado y valiente,
En lo de Flándes hallado.
De Cehegin han salido
Otros ducientos soldados;
Su capitan es Carreño,
Hombre en guerras avisado.
Francisco de Melgarejo
De Mula salió alistado,
Fuerte villa del Marques,
Y la mejor del reinado:
Trescientos soldados lleva,
Todos ellos hijos-dalgo,
De su noble fundacion
Conocidos y nombrados;
Y de Totana salieron
Por un padron alistados
Ducientos hombres de guerra,

Y todos muy bien armados :
Juan de Mora es capitan
De este escuadron tan preciado.
De Alhama salieron ciento
No ménos aderezados;
Soldado es su capitan,
Pedro Cayuela nombrado.
De Murcia la noble y franca
Casi salió un grueso campo
De valerosos guerreros,
Lucidos y bien armados.
Con mas braveza que el sol
Cuando mas hieren sus rayos,
Tres capitanes salieron
Caballeros esforzados :
Uno es Alonso Galtero,
De valor aventajado;
El otro es Nofre Ruiz,
Buen soldado y buen hidalgo,
El otro Don Juan Pacheco,
Y aqueste era de á caballo,
Hombre de suerte y valor,
Que lleva de Santiago
La roja señal al pecho
De aquel famoso lagarto.
De Lorca salió una tropa
De un escuadron esmerado
De mil hombres valerosos,
Y todos muy bien armados :
Seis valientes capitanes
Salieron en este campo;
Juan Quiñonero es el uno,
Del Marques muy allegado;
Es el otro Juan Mateo,
De Guevara intitulado;
Es Alonso del Castillo
El tercero en este grado;
Juan Felices Duque es otro,
Bien conocido y nombrado;
Hernan Perez de Tudela
Es el quinto, buen hidalgo;
Es Adrian Leones
El sexto que se ha contado;
Llamabase el del Alberca,
Porque la tenia al lado :
Todos estos con la gente
Salieron de muy buen grado
Para servir al Marques
Que los estaba aguardando :
De Murcia y demas lugares
Tres mil hombres se han juntado.
Con estos el buen Marques
Sale de Velez el Blanco;
Mas al tiempo de salir
Murcia y Lorca se han trabado
Sobre llevar la vanguardia
En el campo concertado,
Y Don Juan los apacigua,
Por ser maestre de campo,
Que este dia vayan juntas
Las banderas que he contado
De Murcia y Lorca famosas;
Y esto siendo averiguado
Sale el campo, y nunca pára
Hasta aquel rio nombrado
Que le dicen de Almeria,
Y que aquí hizo alto,
Porque en Guecija se hallan
Muchos moros aguardando,
Para darles la batalla
Al Marques y sus soldados.
El Marques pone sus tropas
Con gran concierto y cuidado,
Para romper con los moros,
Como oiréis en otro cabo.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1160.

TOMA DE CANTORIA POR EL MALEH.

(De Gines Perez de Hita.)

Con tres diversas banderas
De Purchena se ha salido
El valeroso Maleh
Llevando un campo crecido.
La una bandera es roja,
Y la otra de amarillo,
La otra es azul y blanca,
Pintado en ella un castillo.
La vuelta va de Cantoria,
Que lo manda el reyecillo,
Y obedécele el Maleh
Como á su rey y caudillo.
Cantoria cuando lo sabe
Se apercibe á resistirlo.
Llegado habia el Maleh,
Y por bien ha pretendido
Que se le entregue la villa,
Y no puede conseguillo,
Que el valiente Avenaix
Lugar no dió á tal partido.
El Maleh con grande enojo,
Viéndose así despedido,
Mandó combatir la fuerza
Con gran furor y ruido.
Por tres partes la acomete
Con braveza y alarido;
Mas defiéndese Cantoria
Con esfuerzo muy crecido.
Muchos matan del Maleh,
Y otros muchos le han herido;
Le conviene retirarse
Por no verse allí perdido :
Tres veces les diera asalto,
Mas siempre fué resistido.
Con gran pesar el Maleh
Se retira aborrecido;
Pide le dén las mujeres
Que el Marques allí ha traido,
Y les quitará aquel cerco
Con que los tiene oprimidos.
Los de Cantoria las dan
Por no ser mas afligidos,
Y el Maleh se parte luego
Muy enojado y corrido
Por no salir con su intento,
Y á lo que habia venido.
Los cristianos con temor
De Cantoria se han salido;
Los demas piden socorro,
Mas nunca les fué venido.
El Maleh se pasó á Oria,
Y muy poco le ha valido,
Porque la vino de Lorca
Un socorro muy lucido.
El Maleh se ha retirado,
Y al reyecillo ha escrito
Lo que le pasó en Cantoria,
Y lo poco que ha podido.
El reyecillo le manda
Que con campo mas cumplido
Revuelva sobre Cantoria,
Y cumpla lo prometido.
Mucho tiempo no pasó
Que Cantoria no se vido
Del Maleh otra vez cercada
Con poder engrandecido.
Cantoria se entrega luego,
Que socorro no ha tenido.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1161.

BATALLA DE GUECIJA, Y HECHOS DEL CAPITAN FARAX.

(*De Gines Perez de Hita.*)

El de las verdes ortigas
En campo de oro estampadas,
Sus banderas ya tendidas,
Ordenadas sus escuadras,
A los de Guecija, moros,
Darles quiere la batalla.
La noble gente de Lorca
Le cupo ir en vanguardia;
De batalla Cehegin,
Con él los de Caravaca;
De retaguardia va el Fuerte
Con los de Alhama y Totana,
Y mucha caballería
De valor aventajada,
Porque esté seguro el campo
Con tan firme retaguardia,
Pues el Marques se recela
De alguna mora emboscada.
Las trompetas suenan luego
Y los pífanos y cajas:
Los de Lorca van subiendo
Una cuesta muy poblada
De unos grandes olivares
Donde están mil alboradas
Hechas de tierra y fagina
De muchas ramas cortadas.
Estas trincheras hicieron
Los moros fortificadas,
Porque la caballería
No les pueda hacer nada.
Tambien impiden los pasos
Llenando la huerta de agua;
Mas la gente es belicosa;
Luego traban la batalla
Muy revuelta y muy reñida
La mora y cristiana escuadras.
Los moros hacen defensa
Con braveza no pensada;
Mas con todo los de Lorca
Les van ganando la entrada,
Aunque no con demasía
Por la defensa doblada
Que allí ponian los moros
Defendiendo bien su plaza.
Lo cual mirando el Marques,
En el punto luego manda
Que salgan con gran presteza
Las banderas de batalla,
Que eran las de Cehegin,
Y con ellas Caravaca.
El asalto se renueva,
Cristianos van de ventaja,
Los moros suben arriba
Adonde Guecija estaba;
Por defender el lugar
Bravamente peleaban.
El Marques manda de presto
Que salga la retaguarda,
Y apelliden Santiago,
Y arremetan con pujanza.
La retaguarda salió,
Y el Marques en su compañía;
Los cristianos iban juntos,
Sus banderas van mezcladas.
A los moros les convino
Retirarse de la plaza,
Y volver hácia la sierra
Que allí de Gádor se llama.
Toda su caballería
Los sigue con furia brava:
Muchos moros alancean,
Muchos pasan por la espada;
Mas metidos en la sierra
Ninguno caballo pasaba;
Pasaban, sí, los infantes
Sin tener estorbo en nada.
Con esto la tarde vino,
Que ya el sol no se mostraba;
Que toquen á recoger
El fuerte Marques mandara.
Al punto la caja tocan,
Suena al punto la bastarda:
La señal del recoger
Cualquier soldado la guarda.
A sus banderas se vuelven,
Que ya estaban alojadas:
El lugar se ha saqueado,
Gánase gran cabalgada
De muchas bellas moriscas,
Ropas de seda labradas,
Mucho oro, mucha aljófar,
Muchas perlas estimadas.
Las moras tomó el Marques,
A nadie no le dió nada:
El campo todo se enoja,
Porque aquella cabalgada
No la repartió el Marques
Como estaba publicada.
Todos los soldados juran
En la cruz de las espadas
De no dejar cosa viva
En otra cualquier jornada.
En esto el fuerte Farax,
Negro capitan de fama,
Con muy gallarda osadía
Hizo dos grandes entradas
En esos campos de Lorca
Con los cuales cobró fama.
A Tablate nos volvamos
A do el de Tendilla aguarda.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1162.

BATALLA DEL DE MONDÉJAR CON LOS MORISCOS DE LAS GUAJARAS.

(*De Gines Perez de Hita.*)

El buen marques de Mondéjar
De las Albuñuelas parte
En busca del enemigo;
Llegó al puente de Tablate,
El cual encontró rompido,
Que ya no puede pasarse,
Destruyéndole los moros
Por excusarse de Marte,
Y viéndose acometidos
Con grande furia y coraje.
Pues, llegando aquí el Marques
Mandó que el puente se obrase,
Para que pasase el campo
La rambla de esotra parte.
El reyecillo con gente
Vino á estorbarle el pasaje:
La rambla estaba profunda;
Mal podia repararse
Aquel puente tan antiguo,
Hecho por industria y arte;
Mas la gente del Marques
Del puente hizo una parte,
Aunque angosta y quebradiza,
Para que el campo marchase.
Defiende el moro aquel paso;
Nadie osaba aventurarse
A pasar por este puente,
Con temor de despeñarse.
Allí se mueve batalla,
Cada cual quiere mostrarse
Valiente en tal ocasion,
Y con valor emplearse.
El moro al fin se retira
Dejando libre el pasaje,
Que fué ganado por armas

Con esfuerzo, maña y arte.
A Válor se fué el morillo
Con intento de vengarse;
Las Guajaras apercibe
Con moros de aquella parte.
Zarrea, su capitan,
Es valiente como un Marte,
Y con él va Gironcillo,
Que puede bien estimarse
Ser un tirador gallardo
De escopeta en todas partes.
Y este le tiró al Marques
En el puente de Tablate:
Si no fuera por el peto
Muriera sin escaparse.
El Marques con grande enojo
No quiere mas allí estarse;
A las Guajaras camina
Ya tendido su estandarte,
Y les dió una gran batalla,
Que tal no la diera Marte.
De ambas partes mueren muchos
Por ofender y ampararse:
Allí murió Don Luis,
Que Ponce suele llamarse,
Y Don Juan de Villaroel,
Que bien podia estimarse
Ser uno de los valientes
Que allí podian hallarse.
Al fin las Guajaras toma
El de Mondéjar sin arte,
Llevándola los soldados
A crudo fuego y á sangre.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1163.

MUERTE EN LAS GUAJARAS DE DON LUIS PONCE DE LEON.

(De Gines Perez de Hita.)

Al pié las Guajaras altas
De un pueblo en peñas armado,
Herido está Don Luis,
Ponce de Leon llamado,
Que un peñasco le hiriera
Desde lo alto arrojado,
Subiendo que iba la cuesta
Como valiente soldado.
Cuando el peñasco le hiere
Con un furor no pensado,
Probábase á levantar
Con ánimo muy sobrado;
Mas en su sangre desbarra,
Que el suelo tiene bañado.
Viendo cercana la muerte
Volvió los ojos al campo,
Vido las rotas banderas
Y el campo desbaratado;
Vido la caballería
Que apénas queda caballo;
Miró por su gente ilustre,
No vido ningun soldado;
Con lágrimas en sus ojos
D'esta manera ha hablado:
«¿Adónde estás, buen Mendoza? [1]
¿Qué es de tu campo formado?
¿Qué es de tu caballería?
¿Dónde está tanto soldado?
¿Dónde están los capitanes
De Córdoba tan nombrados?
¿Dónde está mi escuadron bello,
Que de Sevilla he sacado?
¿Adónde está mi bandera
Labrada con tanto ornato?
¿A dó mi gallardo alférez
A quien la entregué en su mano?
¡Adios, mi patria querida!
¡Adios, claro duque de Arcos,
De mi sangre descendiente,
Mi pariente muy cercano!
Ya no espero de ver mas
Mi patria ni vuestro Estado.
¡Ay Virgen Santa María,
Madre del Crucificado!
¡Señora, valedme ahora
En este terrible paso!
Y vos, mi dulce Jesus,
Perdonadme mis pecados:
Por defender vuestra fe
Soy puesto en aqueste estado,
No por codicia del oro,
Ni del despojo sobrado,
Que harto me tengo yo
Que vos, Señor, me habeis dado.—
Diciendo aquestas razones,
La dura parca ha cortado
El hilo dulce á la vida
De un varon tan señalado.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

[1] En este trozo que sigue se acuerda Perez de Hita de que es poeta, y abandona por un momento el prosaismo de simple narrador.

1164.

EPITAFIO DE DON LUIS PONCE DE LEON.

(De Gines Perez de Hita.)

Aquí yace Don Luis,
Ponce de Leon llamado,
De valor tan ilustrado
Como lo fué, si sentis,
El de Vivar afamado.
Matóle el sangriento Marte,
De envidia de su valor,
Abatiendo su estandarte;
Y aunque muerto, vencedor
Queda Ponce en cualquier parte.
Porque la fama real,
Satisfecha de la gloria
De su valor sin igual,
Hace al mundo ser notoria
Su grandeza ya inmortal.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1165.

EPITAFIO DE DON JUAN DE VILLAROEL

(De Gines Perez de Hita.)

Don Juan de Villaroel
Yace aquí, á quien ventura
Le subió en tan grande altura,
Cuanto se mostró cruel,
Despues, su gran desventura.
Duras peñas le mataron,
No soldados de valor;
Mas no por eso su honor
Los que escriben olvidaron,
Dándole digno favor.
La fama de su memoria
Para siempre es inmortal,
Por ser caballero tal,
Que merece gran historia
De un valor tan principal.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1166.

BATALLA DEL DE LOS VELEZ, EN FÉLIX.

(De Gines Perez de Hita.)

El campo del buen Galleo,
Que Fajardo se decia,

Parte de Guecija en órden
Ya despues de mediodía.
Concertadamente marchan
De cinco en cinco las filas,
Y allá al ponerse del sol
Encuentran con Don García,
Que volvia ya de Félix,
Y ver su gran morería,
Dándole aviso al Marques,
Y de cómo se volvia
Sin osar acometer
A las moriscas cuadrillas.
El Marques pasa adelante;
Despídese de García.
Hizo el campo en la campaña
Alto, en esta noche fria.
Un agua-viento le coge
Con mucha nieve esparcida,
Que le pone en gran trabajo
Y muy crecida fatiga;
Mas rompiendo el alba clara
Muy bello se muestra el dia.
Manda el Marques que se dé
Municion muy bien cumplida
De pólvora, al campo todo,
Para tres ó cuatros dias.
A Félix el campo parte
Con placer y gallardía;
Lorca lleva la vanguardia
Murcia de batalla iba,
Cehegin y Caravaca
La retaguardia regian.
El campo á Félix descubre
Desde un monte que alli habia;
Manda el Marques que descienda
El campo de aquella cima,
Y que se ponga en lo llano,
Así marchando como iba;
Mas bien cerca del lugar
Un grande escuadron habia
De aquella morisma gente
Que con valor insistia
Aguardando la batalla
Que el Marques darles queria.
La vanguardia los embiste
Antes que el Marques lo diga,
Y los moriscos descargan
Toda su arcabucería.
No cargan segunda vez,
Porque la gente se anima
De aquel escuadron cristiano,
Y ataca con gallardía.
Los moros que ven tal campo
Y tanta caballería,
Al lugar se retiraron
Por encontrar mejoría.
Apretaron los cristianos
Y Santiago apellidan;
Los moros dan á huir
Cada uno cual mas podia:
Otros tomaron un cerro
Que junto al lugar habia,
Y otros tomaban la sierra
Que de Gádor se decia:
Otros van hácia la mar
Por una derecha via.
El Marques que aquello vido
A su buen caballo pica,
Y por los moros se mete
Con gran valor y osadía.
Los de á caballo le siguen,
Y todos van á porfía
Matando moros y moras
Que se iban á la marina.
Todo el lugar se saquea,
No dejan persona á vida,
Y tanta es la crueldad
De las cristianas cuadrillas,
Que mas de ocho mil fenecen
De la canalla morisca [1],
Entre niños y mujeres,
Que el verlos es gran mancilla,
Sin otra gente de guerra
Que murió en aqueste dia.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

[1] Por mas que aquí llame canalla á los moriscos, Perez de Hita, así en este romance como en todos los demas suyos, se trasluce la compasion que le inspiran, y la justicia caballerosa que hace á su valor.

1167.

EL DE MONDÉJAR PERSIGUE Á ABENHUMEYA.—BATALLA DE PATERNA.

(*De Gines Perez de Hita.*)

El de Mondéjar siguiendo
Al reyecillo malvado,
Corrió á Ugijar y Andarax;
Mas nunca pudo alcanzarlo,
Porque estaba Abenhumeya
Léjos de allí retirado,
Aunque muy pronto volvió,
Y en Andarax se ha alojado.
Allí tuvo su consejo,
Como ya habemos contado.
Llegó el Marques á Paterna,
Do halló un campo formado
De moros apercibidos
Que le estaban aguardando,
Para darle la batalla,
Si viniera en aquel llano.
Su campo ordena el Marques,
Como estaba acostumbrado:
La batalla le presenta
A aquel bando levantado:
Dulzainas de un cabo suenan,
Y trompetas de otro cabo;
Grande rumor se sentia
De atambores por el campo,
Añafiles y atabales
Atras no se habian quedado.
La batalla se comienza
Muy sangrienta en cada lado;
Mas los cristianos son muchos,
Y su campo han mejorado.
Muchos matan de los moros
Con un valor extremado,
Los cuales salen huyendo
Del pueblo que están guardando,
Y los cristianos los siguen
Con un furor no pensado,
Matando en aquel alcance
Muchos del morisco bando.
Saquearon el lugar,
Grande despojo han sacado.
De allí se partió el Marques
Y en Orgiva se ha alojado,
Do asentó bien su real
Por estar á buen recaudo.
Aquí de su rey aguarda
Que le venga otro mandado,
Porque no quiere sin órden
Que parta de allí su campo.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1168.

BATALLA DE OHÁNEZ Y ROTA DE INOX.

(*De Gines Perez de Hita* [1].)

Las tremolantes banderas
Del grande Fajardo parten
Para las nevadas sierras,
Y van camino de Ohánez.

¡Ay de Ohánez!
Ocho mil guerreros lleva,
Cada uno es como un Marte;
Llegan al Barranco-hondo,
Y allí al campo se hizo tarde.
¡Tarde, tarde!
Marcha el Marques á otro dia
Cuando el sol al mundo sale,
Y á Canjáyar llega el campo,
Y su losado, que es grande.
¡Grande, grande!
El bando moro entendiendo
Que el Marques viene á buscalle,
Esta noche echado ha suertes,
Por ver si podrá aguardarle.
¡Aguardarle!
Una mora echa las suertes,
Vieja, mala mas que landre,
La cual dice que bien pueden
Dar batalla y esperalle.
¡Y esperalle!
Mas que primero dén muerte
A los cristianos de Ohánez
Que tienen allí cautivos,
Y que su sangre derramen.
¡Ay, derramen!
Los cristianos fuéron muertos
Por aquella gente infame:
Tres doncellas degollaron
Delante sus mismas madres.
¡Madres, madres!
En el real se supieron
Estas atroces crueldades,
Y juran de bien vengarlas
En dando el sangriento Marte.
¡Marte, Marte!
Otro dia en la mañana
El campo marcha y se parte,
Pasando primero el rio
Para subir á Ohánez.
¡Ay, Ohánez!
Por una ladera arriba
Todo el campo se reparte,
Y todo el bando morisco
Hace de sí un baluarte.
¡Baluarte!
En un gran tajo de peñas
Hácese un escuadron grande;
Mas el campo le dispara
Cuatro pelotas volantes.
¡Ay, volantes!
Desampara el bando moro
El peñasco, y de allí sale
Huyendo para la sierra,
Mas le siguen el alcance.
¡Alcance!
Los valerosos cristianos
Que los siguen y dan mate,
Muchos matan de los moros;
Las moras no hay escaparse;
¡Escaparse!
Que todas fuéron cautivas,
Sin mas poder remediarse,
Y tambien murieron muchas
Que no pudieron guardarse.
¡Ay, guardarse!
Tantos matan de los moros,
Que el rio va tinto en sangre,
Y los cristianos la beben,
Que no pueden excusarse.
¡Excusarse!
Convínole aquí al Marques
Muchos dias aguardarse,
Hasta que órden le venga
Dónde ha de ir, ó á qué parte.
¡Parte, parte!
Tantos dias aquí estuvo,
Que su campo se deshace,
Y por esto le convino
Volver atras al gran Marte.
¡Marte, Marte!
Al losado de Canjáyar
Se desciende, por ser grande,
Y que la caballería
Por todo el llano se ensanche.
¡Ensanche!
A Inox en aqueste tiempo
Se saquea, y le deshacen;
Que soldados de Almería
Le siguen con crudo alcance.
¡Ay, alcance!
Soldados de las galeras
Se hallan en este lance,
Y por un taimado engaño
Van los moros á embarcarse.
¡A embarcarse!
Entienden que las galeras
Que parecen, son de paces,
Y así embarcan muchas moras
Que allí van á remediarse.
¡Remediarse!
Mas el engaño entendido
Quisieran desembarcarse,
Y no pueden los cuitados
Del lazo desenlazarse.
¡Desenlazarse!
Las galeras á Almería
Se vuelven á solazarse,
Y allí reparten la presa,
Que es muy ópima y muy grande.
¡Y muy grande!
Las galeras hacen vela,
Y parten para Levante,
Llevando moros y moras
Que vender en cualquier parte.
¡Parte, parte!
En este tiempo el Marques
A las Alpujarras sale
Del losado de Canjáyar
Un domingo, ya bien tarde,
¡Tarde, tarde!
Porque le vino gran gente
De Albacete y otras partes,
Y de Lorca y de Chinchilla,
Que no pudo mejorarse.
¡Mejorarse!
Son todas cinco banderas,
Do vinieron á juntarse
Mil soldados bien armados
Para entrar en cualquier parte.
¡Parte!
Con esto sale el Marques,
Dando órden de que marchen
Por todas las Alpujarras
Con banderas y estandartes.
¡Estandartes!
Pásalas luego el Marques,
Y en Verja quiso alojarse,
En donde le dejarémos
Por escribir de otra parte.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1 Vuelve el autor á acordarse de aquellos buenos romances tradicionales que insertó en la historia de los bandos de Cegríes, etc., é imita en este el de *¡Ay Alhama!* conservándole el tono melancólico que le hizo tan célebre é interesante, que dicen fué causa de prohibir su canto entre los moros, cuyo espíritu abatia privándolos del valor que mas que nunca necesitaban para defenderse.

1169.

DERROTA Y MUERTE DEL CAPITAN ÁLVARO FLORES.

(*De Gines Perez de Hita.*)

El de Tendilla y Mondéjar
En su real asistia,
Con él están muchos nobles

De la ilustre Andalucía.
Estando un dia tratando
De lo que hacerse podria
En aquella guerra infame
De la gente granadina,
Llegó un morisco corriendo,
Que de la sierra venia;
Y estando ante d'el Marques,
D'esta suerte le decia:
—Valeroso general
De Granada y su valla,
Ahora es tiempo, si quieres,
De ganar gran nombradía,
Y de reducir el reino
Á la paz como solia.
Sabrás que el reyecillo
Con muy poca compañía,
En Válor se está muy quieto
Holgando de noche y dia:
No tiene cuenta con guerra,
Ni del gran daño que habia
Resultado por su causa
En toda la serranía.
Allí le puedes prender
Á tu modo y á tu guisa.
Si quieres, vé tú en persona,
O algun capitan envia,
Que bien sabes de su muerte
El provecho que vendria.
El Marques que aquesto oyó
Quiere él hacer la via;
Mas los nobles de su campo
Le defienden esta ida,
Porque es caso peligroso
Intentar la tal partida;
Que se envie un capitan
De los que en el real habia.
El buen Alvaro de Flores
Dice que á él le convenia,
Porque sabe bien la tierra
De toda aquella Axarquía.
El Marques quiere que vaya,
Y que lleve en compañía
Mil valerosos soldados,
Armados cual convenia.
Alvaro se marcha luego
Por caminos que él sabia;
De dia se está emboscado,
Y por la noche camina.
En tres dias llegó á Válor,
Y un alba, á la matutina,
Contra el lugar con su gente
Dió una grande arremetida.
Pero no encuentra defensa,
Ni á nadie que contradiga;
Solas mujeres hallaron
Muy cuitadas y afligidas.
Los soldados hacen presa
D'ellas y de cuanto habia;
No hallan al reyecillo,
Porque en Válor no existia.
El escuadron muy contento
En marcha ya se ponia
Para tornar al real,
Y no fué como queria,
Porque le tienen tomadas
Los moros todas las vias.
Comiénzase una batalla
Muy sangrienta y decisiva:
Los cristianos pugnan fuertes
Y matan gran morería;
Mas los moros eran muchos,
Y tanta era la demasía,
Que para un cristiano hay ciento
Que los matara á porfía:
No quedó ningun cristiano
Que escapase con la vida.
El buen Alvaro de Flores,
Haciendo lo que debia,
Murió como varon fuerte,
Y mostró gran valentía.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1170.

BATALLA DE VERJA.

(De Gines Perez de Hita.)

Despues de aquella victoria
Que el reyecillo tuviera
Del buen Alvaro de Flores,
Tan dolorosa y sangrienta,
Con gran soberbia y orgullo
Juntó consejo de guerra.
Seis leguas habia en medio,
Donde su real asienta:
Luego envía tres espías
Para descubrir la tierra
Y el real de los cristianos,
Si estaba puesto de guerra.
Los espías vuelven luego
Y al reyecillo dan nueva,
Que bien puede acometer
Al de Velez y sus tiendas.
El de Velez muy confuso
Estaba en estas comedias;
No sabe dó están los moros,
Ni dó tienden sus banderas.
Para saber algo d'ello
Grande diligencia hiciera:
Enviado ha dos espías,
Vestidos á la turquesca,
Que saben la lengua mora
Como criados en ella.
Estos trajeron dos moros
Que saben bien de la guerra:
Al uno dieron tormento,
Y en él cantando da cuenta
Cómo Abenhumeya viene
Á darle batalla fiera
Con tres escuadras de gente,
Formadas de sus banderas,
Y pasan de veinte mil
Los que vienen de pelea.
El Marques luego se alista
Para el alba venidera,
Porque confesó el morisco
Que ántes que el alba rompiera
Habian de dar asalto,
Por las tres partes, á Verja;
Y así puso el campo en arma
Como muy diestro en la guerra.
Tan solo falta una hora
Para que el alba aparezca,
Cuando llegaron los moros
Á dar crudo asalto á Verja.
Mas los famosos cristianos
No faltan en la pelea,
Que con ánimo sobrado
Dan en los de Abenhumeya,
Y al romper del claro dia
La batalla va sangrienta.
Pero tanto es el valor
De las cristianas banderas,
Que hacen al enemigo
Subir huyendo á la sierra.
El valeroso Marques
Llevaba la delantera,
Matando y alanceando
Al que delante cogiera:
Él solo por su persona
Mató moros mas de ochenta.
Toda la caballería
Puso á Muley en afrenta,
Matándole la canalla
Que enviado habia á Verja.
Murieron mas de tres mil

Moriscos en la pelea;
Los demas fuéron huyendo
Esparcidos por la sierra.
Alcanzada esta victoria
El Marques se vuelve á Verja,
En donde le dejarémos
Hasta que démos la vuelta.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.a parte.)

1171.

VERA CERCADA POR ABENHUMEYA, Y SOCORRIDA POR LOS CRISTIANOS DE LORCA Y MURCIA.

(*De Gines Perez de Hita.*)

Lleno de cólera ardiente
Abenhumeya se halla,
Porque el marques de los Velez
Venció á su gente en batalla,
Matándole tres mil hombres
De la gente mas granada;
Y de lo que mas le pesa,
Es dejar allá las armas.
Y así, por aqueste agravio,
Se la tenia jurada
De destruirle las tierras,
Y dejarlas asoladas.
Para salir con su intento
A todo su campo manda
Que se parta para Vera,
Porque queria cercalla,
Y que si viene socorro
De Argel, halle allí entrada,
Do desembarquen las gentes
En su ancha y grande playa.
El campo se marcha luego
Dejando las Alpujarras,
Por el rio de Almanzora,
Y junto á su orilla pasa:
Al Box destruye y al Boreas,
Del Marques muy estimadas,
A Zurgena y Partaloba,
Sin dejar piedra ni casa.
Tan solo deja á Cantoria
Por ser fuerza muy nombrada,
Y que para sí quisiera,
Que está bien fortificada.
De Oria no hace cuenta,
Que está tambien custodiada,
Ni de los Velez tampoco,
Porque tienen buena guarda
De sus mismos moradores
Con lealtad extremada.
Pasa de allí el reyecillo
Haciendo á Vera jornada,
Y entra por la Bellahona,
En donde está una atalaya.
A Vera la pone cerco
Pensando luego ganalla;
Pero Vera se defiende,
Porque tiene gente armada.
Tres dias la bate el moro,
No puede adelantar nada,
Y Vera puesta en peligro
Con su gente en la muralla,
Pelea muy bravamente
Contra la mora canalla.
Las mujeres valerosas
Se emplean en hacer balas
Por servir á los soldados
Que andan en la batalla.
Vera corriera peligro
Si el asedio mas durara:
Son muchos los enemigos
Que la tenian sitiada,
Y acuerda pedir socorro
A Lorca, aunque está apartada.
Tres ginetes se aventuran
A atravesar por la escuadra
De aquella morisca gente,
Y salir con su embajada.
Rompen por los enemigos
Con braveza extraordinaria,
Sin que daño recibiesen,
Aunque los tiran mil balas.
Corrieron todo el camino
Sin pararse para nada;
Y el que buen caballo tiene
A los demas se aventaja:
En cinco horas por su cuenta
Dentro de Lorca se halla:
Cuando dió el reloj las once
Su embajada ya está dada:
A las doce llegó el otro
Y el tercero á la una dada.
Lorca luego se apercibe,
Y á las dos su gente marcha.
Ochocientos hombres lleva,
Porque con estos le basta
Para romper al contrario,
Aunque mucha gente traiga;
Tambien ochenta caballos
Van en aquesta jornada:
Anochecieron en Pulpí,
Y en Vera les tomó el alba.
Abenhumeya que vido
Venir tanta gente armada,
Levanta el cerco de Vera,
Y para las Cuevas marcha;
Y porque eran del Marques,
Las destruye y las abrasa.
Con esto pasa á Purchena,
Donde el Maleh ya le aguarda:
Lorca le sale al alcance
Dándole en la retaguardia,
Y siguiéndole hasta el rio;
Pero de allí se tornara,
Porque ya toda la gente
Venía muy alargada,
Y para Vera se vuelven;
La cual muy regocijada
Los recibe y los obsequia
Dándoles muy finas gracias
Por aquel pronto socorro,
Que fué de tanta importancia.
Mas tarde la noble Murcia
Salió á hacer esta jornada,
Llevando cinco mil hombres,
Gente toda bien armada;
Caravaca, Cehegin,
Y tambien Mula la hidalga,
Totana, Alhama con ellos,
Como Murcia se lo manda,
Por ser cabeza de reino
En todo fué respetada;
Mas cuando llegó esta gente
Vera estaba descercada;
Y no por eso perdió,
Por no ser ya necesaria,
Honor y gloria famosa,
Pues ya salió á la demanda,
Do mostrara su grandeza
Y virtud aventajada.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.a parte.)

1172.

ENCUENTROS DE LA RAGUA Y LAS ALBUÑUELA — MUERTE DEL CAPITAN CÉSPEDES.— BATALLA DE LUCAINENA.

(*De Gines Perez de Hita.*)

Acabadas ya las fiestas
Del reyecillo Fernando
En la ciudad de Purchena,
Do se estuvo solazando,
Un correo le ha venido

A gran priesa, suplicando
Que vaya á las Alpujarras
Donde le están aguardando,
Para recoger los frutos
Que los árboles han dado,
Porque los van destruyendo
Desde Orgiva los soldados.
Luego parte Abenhumeya,
Su campo bien concertado,
Y atravesando las sierras
A Valor habia llegado,
Y de allí se fué á Andarax
Por ser mas acomodado.
Despacha cuatro mil hombres,
Todos muy buenos soldados:
Dos mil á las Albuñuelas,
Y otros dos mil á otro cabo,
Que es al puerto de la Ragua,
En un peligroso paso,
En donde hacian un fuerte
Muy seguro los cristianos;
Mas los moros dan en ellos,
Y fuéron desbaratados,
Y la cristiana bandera
Queda en poder de paganos.
Y los de las Albuñuelas
Gran reencuentro han hallado,
Donde emplearon las armas
Contra un capitan honrado,
El buen Céspedes famoso,
Que está en Tablate alojado,
Por grande guarda y defensa
De aquel peligroso paso;
El cual, como era valiente,
Contra el bando renegado
Acomete con los suyos
Mostrando valor sobrado;
Mas los moros eran muchos,
Y destruyeron el campo,
Do murió el buen capitan
Con renombre aventajado
De valiente, de famoso,
Mas que otro ningun soldado.
Luego en Granada se supo
Aqueste funesto caso,
Y el de Austria luego provee
De enviar mas gente al campo
Do estaba el de las Ortigas
Aquel socorro aguardando
Para fenecer la guerra,
Que tanto tiempo ha durado.
El que socorro le lleva
Es de un valor estimado,
Don Luis de Requesens,
Por este nombre llamado.
De Castilla y de Leon
Es Comendador nombrado:
Trújole el tercio de Nápoles
En la guerra bien usado.
El marques de la Fabara
Con grande hueste le ha entrado;
Setecientos hombres lleva,
Todos eran hijos-dalgo.
Tambien Don Juan de Mendoza
Le socorre con su campo,
Porque el de Austria así lo ordena,
Y se cumple lo mandado.
Once mil infantes tiene
El de Murcia Adelantado,
Y con estos tambien lleva
Ochocientos de á caballo,
Toda gente valerosa,
Escogida para el caso;
Y los del reino de Murcia
Son los mas aventajados.
Con esta gente el de Velez
De Adra sale gallardo
En busca del reyecillo,
Que tiene crecido campo.
En Lucainena le halla,
Allí le ha desbaratado,
Y hasta Válor le persigue,
Do el reyecillo esforzado
Le aguarda como valiente
Mostrando ser buen soldado;
Mas tambien quedó rompido,
Su campo muy maltratado,
Y él se salvó por la sierra
Del buen Don Diego Fajardo,
Que le iba á los alcances
Para prenderlo ó matarlo.
El moro deja la silla,
Y desjarreta el caballo,
Y por lo espeso se mete,
Inaccesible á caballos:
Así es como se escapó
El rey desaventurado.
Triunfante el marques de Velez,
Con doscientos de á caballo
Se ha pasado á Calahorra
Por dar provision al campo,
El cual se queda en Valor
De comer necesitado.
Vuelve á él el buen Marques,
De Calahorra tornando;
Desde allí se fué á Fiñana,
Porque ya estaba avisado,
Que en Gergal ó Bolodui
Gran morisma se ha juntado.
El Marques los fué á buscar
Con su campo concertado,
Do hubo un gran reencuentro,
Y salió el Marques honrado
Cargado con los despojos
Que tomara al moro bando,
Aunque Rufo en el *Austriada*
Diga de esto lo contrario;
Pues lo que Rufo allí dice,
Sobre este reencuentro, es falso,
Que la victoria se llevan
El Marques y sus cristianos,
Y se tornan á Fiñana,
Do quedaron alojados.
El moro se fué á Andarax,
Llevando todo su campo,
Y luego hablarémos dél
Y de lo que hizo allí estando.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1173.

ABENHUMEYA ROBA SU DAMA Á ABENALGUACIL, QUE OFENDIDO LE HACE TRAICION.

(De Gines Perez de Hita.)

Abenhumeya contento
En Andarax residia:
Tratando en conversacion
Con Benalguacil un dia
De las damas mas hermosas
De toda la serranía,
Y él habiendo referido
Aquellas que conocia,
Le habló Benalguacil
De una amiga que tenia.
—Me has hablado de tus damas,
Señor, yo hablo de la mia,
Que no la hay mas hermosa
En toda la Andalucía:
Blanca es y colorada,
Como la rosa mas fina;
Tañe, danza, canta á extremo,
Que es un encanto el oirla;
Es moza, bella y graciosa,
Nadie vió tal en su vida.—
Abenhumeya de oirlo
Siente del amor la herida.

—Si te pluguiese, Alguacil,
Esa dama ver querria,
Solo por verla danzar
Y cantar con melodia.—
Alguacil se lo promete
Por hacerle cortesía,
Y aquella noche la lleva
Adonde Muley vivia.
Cantó la hermosa mora
Y danzó como sabia.
Háse enamorado d'ella
Abenhumeya, y decia
A Alguacil que se la diese,
Que á él no le faltarian.
Alguacil dice que no,
Porque la dama es su prima,
Y que se quiere casar
Con ella, que era su vida.
Abenhumeya se enoja,
Y á Benalguacil decia,
Que le haria prender
Si en algo contradecia.
Con esto llama á la guardia;
Abenalguacil huia
Defendiéndose de todos,
Y á la sierra se subia,
En donde halló otros muchos
A quien Muley perseguia.
Celoso y desesperado
Muy grande traicion urdia,
Haciendo un despacho falso
A Avenabo y su cuadrilla,
Que parecia del Rey
Malvado, puesta su firma,
En el cual manda que luego,
Sin aguardar solo un dia,
Degüelle á todos los turcos,
Que es cosa que convenia.
Tomó Avenabo la órden,
Y vista su alevosía,
Se lo revela á los turcos,
Y les dice que cumplia
Matar al ruin reyecillo
Que así matarlos queria.
Los turcos ordenan luego
Para Andarax la salida,
Y dar cumplida venganza
Al agravio que sufrian.
Aquí pues los dejarémos
Ordenando su partida,
Por decir de nuestra historia
Lo que cumple que ahora siga.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1174.

SITIO DE GALERA POR EL DE LOS VELEZ.

(*De Gines Perez de Hita.*)

Los de Castilleja moros,
Los de Orce y de Galera,
Puestos están de concierto
Con otros moros de Huéscar,
Que tomen todos las armas,
Que se alcen con la tierra,
Y al Maleh pidan socorro,
Que estaba dentro en Purchena:
Galera hizo primero
De aquesta maldad la muestra.
Vino el Maleh de socorro
A la gente que le espera:
A Huéscar puso emboscada
Muy oculta por la huerta;
Mas teniendo sentimiento
Los cristianos, salen fuera.
Con ellos trahan batalla
Muy cruel y muy sangrienta.
Muchos mueren de ambas partes;
Mas de los moros sin cuenta.
El Maleh, visto su daño,
Retirádose ha á Galera;
El bando de los cristianos
Tambien se retira á Huéscar.
Dado han en los moriscos
Encerrados en la tercia,
Y el Maleh aquella noche
Tambien se acoge á Purchena.
El Marques está en Fiñana,
Con su campo va á Galera,
Donde la da dos asaltos;
¡Mas valdria no los diera!
¡Mucha gente le mataron
De una y otras banderas!
Allí mueren capitanes
Y oficiales de la guerra,
Con otros muchos soldados
Que mató la gente fiera.
A Fernando de Leon
Le cortaron la cabeza,
Y la pusieron los moros
En su castillo por seña.
Al de Austria escribe el Marques
Diciéndole, que Galera
No podia ser ganada
Sin piezas que la batieran.
En este tiempo fué muerto
El Muley Abenhumeya,
Y los turcos le mataron
Por una traicion que urdiera
El moro Benalguacil
De celos que del tuviera.
A Audalla toman por rey,
Que Abenabo se dijera:
Presto se sabrá la causa
De lo mas que sucediera.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1175.

AVENABO SITIA Á ORGIVA, Y EL DE SESA LA SOCORRE.

(*De Gines Perez de Hita.*)

El moro Abenabo Audalla,
Con campo fortalecido,
Para Orgiva se marcha,
Qu'es de cristianos presidio.
De trincheras la rodea
Por traella á su partido;
Mas los de adentro esforzados
Con valor se han defendido.
De muy poco les valiera
Si no fueran socorridos;
Mas el de Austria, que lo supo,
Socorro envia cumplido.
El de Sesa es general
En la milicia perito,
Y seis mil infantes lleva
De valor reconocido,
Con ochocientos caballos
Que para el caso ha pedido.
Abenabo, que lo entiende,
Su gran campo ha dividido:
Una parte está en el cerco,
La otra se va al camino
Por do el de Sesa venía
Buscando á Audalla enemigo.
Cuatro capitanes salen
Del escuadron sarracino:
Dali, Nacoz, Arrendate,
Y Huzen, que de Argel vino:
Todos se emboscan y esconden
Entre los robles y pinos.
Vilches, que llega el primero,
Fué asaltado repentino,
Que los moros le acometen
Con furia, cual torbellino.

El buen capitan Perea,
Que detras de Vilches vino,
Muy bien quisiera ayudarle;
Mas fuéle el hado maligno,
Porque el Nacoz al Dali
Le ayuda con buen destino
Y tal esfuerzo, que espanta
La furia con que allí vino.
Mal lo pasan los cristianos;
Retirarse les convino
Hácia atras con toda prisa
Por donde habian venido,
Entendiendo que el de Sesa
Les daria pronto auxilio;
Mas en las manos cayeron
De Arrendate, moro fino,
El cual los deshace y mata
Con dolor nunca sentido.
En esto llega el de Sesa;
Mas tambien muy mal le ha ido,
Por ser oscura la noche,
Y estar el sol escondido;
Y á esta causa su escuadron
Fué de los moros rompido;
Porque todos con espanto
De la batalla han huido.
El Duque los animaba
Con valor engrandecido,
Y tanto hace por su parte,
Que su campo ha reducido,
Y con furor acomete
A aquel que los ha ofendido.
Peleando los cristianos
Contra el bando fementido,
Se retiran poco á poco
A Acequias, de do han salido.
Los moros luego se vuelven
Al campo de do han venido:
Abenabó deja el cerco,
A Lanjaron se ha acogido,
Porque el Duque no le entrara
En su valle enriquecido.
Los de Orgiva á Motril
Le van tomando el camino,
Porque el de Sesa lo manda,
Y es cosa que así convino.
A las Albuñuelas parte
El de Sesa paladino:
Gran parte de ellas quemaba,
Y otros lugares vecinos,
Porque daban bastimentos
Al campo de los moriscos.
El Duque vuelve á Granada,
Que el de Austria así lo quiso,
Dejando allí en su lugar
A Don Pedro Mendocino
Con setecientos soldados
De valor esclarecido.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1176.

DON JUAN DE AUSTRIA SALE DE GRANADA, CON EL DUQUE DE SESA, CONTRA LAS ALPUJARRAS.

(De Gines Perez de Hita.)

El hijo de Cárlos Quinto
Se salia de Granada,
Con él, el duque de Sesa
Para ir á la Alpujarra.
Veinte mil soldados lleva,
Toda gente aventajada;
Lleva tambien mil caballos
Con la nobleza de España.
Ricas banderas tendidas,
Que el aire las tremolaba,
A Guejar hacen camino
Junto á la Sierra-Nevada,
Porque se tiene noticia
Que hay de moros grande escuadra.
El de Austria hace dos campos,
Por marchar fácil la estrada:
Toda la noche caminan
Hasta que ya vino el alba.
El Duque llegó primero
A Guejar; moros no halla,
Que se salieron de allí
En la misma madrugada,
Porque tuvieron aviso
De los moros de Granada
Que un gran campo va sobre ellos
A recorrer la Alpujarra.
Algunos viejos hallaron
Que pasaron por la espada.
Tras de los moros camina
El buen capitan Quesada.
Y corriendo muy apriesa
Alcanzó la retaguardia.
Trabaron escaramuza;
Los cristianos nada ganan;
Unos y otros se retiran,
Y cada bando se aparta.
Los moros á los cristianos
Hicieron una emboscada,
Vestidos como mujeres,
Y en un llano los aguardan.
Quesada con su escuadron
Pensó coger la manada;
Mas cuando llegan á ella
Les dan una rociada
De buena arcabucería,
Mostrando furia muy brava.
Los cristianos se retiran
Dejando muerto á Quesada,
Y con él ocho soldados
Por codicia desdichada.
A Valor se van los moros,
Donde Avenabo estaba,
El cual muy mal los recibe:
¡Buena fraterna les daba,
Porque dejaron á Guejar
Sin valerse de las armas!
Mas un turco muy famoso
Le ha salido á la parada,
Diciendo que es cosa justa
Tener á Guejar en nada.
Audalla con mal designio
A Almuñecar caminaba,
Y á tomar la Salobreña,
Por ser puesto de importancia
Para que salte la gente
Que del Africa esperaba.
Almuñecar se defiende,
Salobreña no va en zaga,
Porque tienen de presidio
Gente valerosa y brava.
Avenabo se retira
Sin la presa que pensaba:
A Valor se torna el moro
Con acuerdo que tomara;
El de Austria se parte luego
A Galera, que esta alzada,
Dejando gran campo al Duque,
Que queda en el Alpujarra.
A Huescar llegó su Alteza,
Donde el de Velez estaba,
Y al cual se holgó de ver,
Porque era mucha su fama.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1177.

DON JUAN DE AUSTRIA SITIA Á GALERA.

(De Gines Perez de Hita.)

El hijo del mas famoso
Monarca que se ha hallado,
Sobre el fuerte de Galera
Gran campo habia juntado.
Doce mil infantes tiene,
Con ellos mil de á caballo,
Recluso llevó en tres tercios
Todo el campo señalado.
De Don Pedro de Padilla
Es el uno, muy nombrado
Don Lope de Figueroa
Lleva otro tercio estimado,
Y el otro Antonio Moreno,
Soldado viejo afamado.
A Galera reconoce
Don Juan, el hijo de Cárlos;
De fuertes bravas trincheras
Todo el fuerte ha rodeado
Con todas las plataformas
Que es al caso necesario.
Treinta y seis cañones planta,
Que baten de cada lado,
Y despues de ser batido
Se dió muy crudo el asalto;
Mas los moros le resisten
Con valor aventajado,
Do muchos cristianos mueren
Con furor hechos pedazos,
Porque el valor de los moros
Es grande, aunque están minados.
Dos asaltos se les da;
Mas todos fuéron en vano,
Porque el sitio es duro y fuerte
Y con valor defensado.
Capitanes quedan muertos,
Los alférez destrozados,
Y con ellos juntamente
Muertos mas de mil soldados.
El valeroso Don Juan,
Visto d'esto el mal recado,
Manda abrir otras dos minas,
Porque quedase asolado
El fuerte de aqueste modo,
Que otro mejor no han hallado.
Los moros en este medio
En su consejo han entrado,
Sobre qué es lo que harian
En un caso tan pesado.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.

1178.

PRESA DE GALERA POR DON JUAN DE AUSTRIA.

(De Gines Perez de Hita.)

Cercada tiene á Galera
Don Juan, el hijo de Cárlos
Quinto, llamado el famoso,
Rey de España y sus estados.
Gran campo tiene consigo,
Que era placer el mirallo:
Muchos grandes le acompañan
De este suelo nuestro hispano,
Duques, condes y marqueses,
Muchos de pechos cruzados,
Hijos-dalgo y caballeros,
Hombres ricos, mayorazgos,
Y otros de otras muchas suertes
Y de diversos estados,
Con otra muy mucha gente
De valerosos soldados.
Al punto quiere batirla,
Y acabar con los cercados;
Con trincheras, plataformas,
Tiene el campo asegurado.
Por tres partes se combate
Con cañones reforzados.
Despues de haberla batido
Se le dió el primer asalto:
Fué la batalla sangrienta,
Murieron muchos cristianos;
Tornan de nuevo á batirla
Con cañones mas doblados.
Asalto se dió segundo;
Mas fué el daño muy sobrado
Que los cristianos reciben
Por ser el muro guardado
De los moros fuertemente,
Reciamente peleando.
El señor Don Juan que entiende,
Que el batirla sale en vano,
Manda hacerle dos minas,
Porque el fuerte sea minado.
Las minas salen furiosas,
Muy gran parte han derribado
Del lienzo de la muralla,
Con parte de otro peñasco.
Hízose gran batería;
Mas quedó dificultado
El poderse arremeter
Por lo que está derribado.
Los moros, como se vieron
De las minas maltratados,
De aquel sitio se retiran;
Mas al lugar se han entrado
Sin dejar la batería
Con guarda, y á mal recado.
Un soldado de los nuestros,
Viendo que el sitio han dejado,
Por la batería sube
Valiente y determinado:
Sin ser de nadie impedido
Al rebellin ha llegado,
Y tomado ha una bandera
De nuestro enemigo bando,
Y con ella se tornara
Sin ser de nadie enojado.
Otros soldados que vieron
Lo que hizo este soldado
A la muralla se suben
Sin ser defendido el paso:
Toda la gente cristiana
Al punto hace otro tanto.
Al arma se toca luego,
Y arremete todo el campo.
Los moros que lo han sentido,
Contra sí mal enojados,
Por dejar la batería
Olvidada y sin recaudo,
Salen luego á defender
A los cristianos el paso,
Y se traba una batalla
Muy grande por defensarlo.
Unos llaman á Mahoma,
Otros dicen:—Santiago;—
Otros gritan:—Cierra España,
Muera el bando renegado.—
Todo el dia se pelea
Hasta que el sol iba bajo.
Los cristianos con esfuerzo
La victoria han alcanzado:
Tres mil matan de los moros
Que anduvieron peleando,
Y de niños y mujeres
Mataron casi otros tantos;
Dos mil tomaron cautivos,
Poniendo el lugar á saco.
Luego mandara su Alteza
Que fuese el lugar quemado:
Este fin tuvo Galera,
Y fué merecido pago.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1179.

EL MALEH ENVÍA Á SABER NUEVAS DE GALERA.

(*De Gines Perez de Hita.*)

En Purchena está el Maleh,
Que no osaba salir d'ella,
Con deseo de saber
Lo que pasaba en Galera;
Y estando un dia en consejo
Con muchos moros de guerra,
Vuelto á ellos suspirando
D'este modo les dijera:
—Mucho deseo saber
Lo que ha pasado en Galera,
Cómo sostiene el asedio
Y cerco que está sobre ella.
Le daria por mujer
A mi hermana la pequeña,
Al que me dijese ahora
Lo de Galera y de Huéscar,
Si es ganada ó no es ganada,
Si está libre ó está presa,
Porque tengo allí á mi hermana
La que le llaman Maleha,
Que fué á ver á mis parientes:
¡Ojalá que allá no fuera!
Y si Mahoma quisiese
Decir lo que pasa en ella,
Yo le hiciera sacrificio
De una cristiana doncella.—
Allí habló un moro mozo,
Diciendo d'esta manera:
—Ofrezco hacer ese viaje
Por ganar tan alta empresa:
Siete años serví á tu hermana
Sin alcanzar cosa d'ella.
Porque veas si es así,
Hé aquí un retrato d'ella.—
Allí sacara el retrato,
En una hoja pequeña
De un blanco y liso papel,
Que cualquier la conociera,
Pareciendo tan al vivo,
Que dijeran que era ella.
Otro dia de mañana
Se saliera de Purchena
En un lijero caballo
Que rucio rodado era.
Borcegui lleva calzado,
Y un alpargate de seda;
Lanza y adarga llevaba,
Y un alfanje en la correa,
Y en el arzon de la silla
Una escopeta de piedra,
Que el moro la entiende bien,
Que en Valencia lo aprendiera.
Toda una noche camina
Por una áspera sierra,
Sin temer fuerza cristiana,
Porque amor va en su defensa;
Y al tiempo que el sol salia
Descubre el campo de Huéscar.
En Orce aguardó la noche,
Que entrar oculto quisiera,
Y allí dejó su caballo,
Con recado que le diera
En una casa escondido,
Y él parte por una senda.
En Galera entraba el moro
Por sitio que conociera,
Sin ser de nadie sentido,
Porque el cielo llueve y nieva.
El moro se espanta al ver
Tan destruida la tierra,
Y de encontrar tantos muertos
De la batalla sangrienta;
Y como era ya de noche
No puede atinar la puerta
Do entiende que está su dama,
O la piensa hallar muerta
Y si muerta no la halla,
Que es cautiva es cosa cierta:
Aguarda que venga el dia
Para poder dar la vuelta.
El dia siendo venido,
La casa bien conociera;
Sin temor se mete el moro
Hasta el patio, donde viera
Estar muchos moros muertos
De cuchilladas muy fieras.
Mas adentro, en una sala,
Vido muchas moras muertas,
Donde muerta tambien halla
A la hermosa Maleha.
Con lágrimas en sus ojos
La abraza y mil veces besa:
Con palabras muy sentidas
Solemniza su tristeza.
—¡El cristiano hubiese mal
Que mató tanta belleza!
Mas yo juro por Mahoma
De tomar d'ello la enmienda.—
Con esto el moro buscaba
Por la casa una herramienta
Para poder sepultar
A su infeliz dama muerta.
Un hazadon ha hallado,
Y con él hizo una huesa:
Llorando entierra á su dama,
Cubriéndola bien de tierra,
Hácia una parte del patio
Que no fuera descubierta;
Y en la pared con carbon
Un epitafio escribiera,
Que el nombre suyo declara
Y el de la bella Maleha.
Habiendo hecho esto el moro,
De Galera se saliera
Por la mina que va al rio
Muy secreta, y de manera
Que de ninguno fué visto
Por la lluvia que cayera.
A Orce se vuelve el moro,
Do su caballo le espera:
En él huye muy lloroso
Y vuelve para Purchena,
Donde le contó al Maleh
La ruina de Galera,
Y cómo á su buena hermana
Entre otras halló muerta.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1180.

OTRO SOBRE LA TOMA DE GALERA.

(*De Gines Perez de Hita*)

Mastredajes, marineros
De Huéscar y otro lugar
Han armado una galera
Que no la hay tal en la mar.
No tiene velas ni remos,
Y navega, y hace mal;
El castillo de la popa
Tiene muy bien que mirar.
La carena es una peña
Muy fuerte para espantar;
¡Quien pudo galafatarla,
Bien sabe galafatar!
No lleva estopa ni brea,
Y el agua no puede entrar
Sino por escotillon,
Hecho á costa principal.
Marinero que la rige
Sarracino es natural,
Criado acá en nuestra España
Por su mal y nuestro mal:

Abenhozmin ha por nombre,
Y es hombre de gran caudal.
Confiado en su Galera,
Va diciendo este cantar:
«¡Galera, la mi galera,
»Dios te me guarde de mal,
»De los peligros del mundo,
»Y del príncipe Don Juan,
»Y de su gente española,
»Que te viene á conquistar!
»Si de este golfo me sacas
»Delante pienso pasar
»A la vuelta de Toledo,
»Madrid y el Escorial:
»El Pardo y Aranjuez
»Los presumo visitar,
»Y llegar á las Astúrias,
»Do otra vez pudo llegar
»Abenhozmin mi pasado,
»Que vino de allende el mar,
»Y poseyó las Españas
»Casi mil años, ó mas.»
Estas palabras diciendo,
La galera fué á encallar;
No puede ir adelante,
Ni puede volver atras.
Cristianos la rodearon
Para haberla de tomar;
Toda es gente belicosa,
Con ellos el gran Don Juan.
Comienzan de combatirla,
Y ella quiere pelear
Sin darse á ningun partido,
Antes quiere allí acabar.
Fuertemente la combate
El de Austria sin la dejar;
Con cañones reforzados
Comienza á cañonear.
Poco vale combatirla,
Que es fuerte para espantar,
Hasta que le arrojan dentro
Pólvora, fuego, alquitran,
Con que la dan cruda guerra,
Y al fin la hacen volar:
Asi acabó esta galera
Sin poder mas navegar.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1181.

MUERTE DE LUIS QUIJADA, Y ROTA DE SERON.

(De Gines Perez de Hita.)

De Baza sale Don Juan
El de Austria intitulado,
La vuelta va de Almanzora
En busca del moro bando.
El campo llega á Caniles,
Lugar de Baza cercano,
Y él pasa con tres mil hombres
Para descubrir el campo,
Y la fuerza de Seron
Que está por el moro bando.
Al llegar así su Alteza
No le fué muy bien contado,
Por llevar tan poca gente
Para intentar aquel caso.
Seron está apercibido,
Lo que no piensa el cristiano:
Los moros usan de maña
Por salir mas á su salvo:
Las moriscas echan fuera
Que salgan al despoblado;
Mas llevaban buena guarda
De un escuadron bien formado.
Piensan los nuestros que huyen;
Arremeten denodados
Por coger aquella presa
De moras, que se han mostrado.
Unos siguen á las moras,
Otros el pueblo han entrado:
Comienzan á saquearle
Sin tener ningun cuidado.
Escondidos mas de mil
Moros, allí se han quedado,
Que cuando vieron la suya,
Y que estaban descuidados
Los cristianos en el robo,
Les dieron muy crudo asalto:
Matábanlos en las casas,
Los despojos saqueando.
Con esto vino el alcalde
De Tíjola, con gran bando
A socorrer á Seron
Que está puesto en aquel paso.
Los que siguieron las moras
Huyendo vuelven acaso
De un escuadron muy crecido,
Que los venia cercando,
De moros arcabuceros,
Con un furor endiablado.
El Maleh con gran socorro
Al rio viene marchando:
El austriaco, que lo vido,
A recoger ha mandado
Que se toque prestamente,
Recelando grave daño.
Matanza hacen los moros
En los cuitados cristianos,
Que huyendo se retiran
A su campo, amedrentados.
Llegó el Maleh con pujanza
Muchos tiros disparando:
El austriaco se defiende
De aquel escuadron doblado,
Sus cristianos recogiendo:
Poco á poco y peleando
Se retira el rio arriba
Perdiendo muchos cristianos;
Y al bueno Don Luis Quijada,
Que mostraba ser soldado,
En un muslo le han herido
De un cruel arcabuzazo.
Siéntelo el austriaco mucho,
Y promete de vengallo.
Retiróse el de Austria al fin
Con dolor nunca pensado,
Y llevó á curar á Baza
Al buen Quijada su ayo;
Pero es mortal la herida,
Y no puede ser curado.
Así dió el ánima á Dios,
Y el cuerpo fué sepultado
En un convento de frailes,
San Jerónimo nombrado.
Hízosele enterramiento
De general afamado,
Arrastrando las banderas
Y atambores destemplados
Todos cubiertos de luto,
Señal de duelo mostrando.
En este tiempo el de Sesa
Buscaba al moro Avenabo
Para dalle la batalla;
Mas él se la va excusando.
Con esto el campo del Duque
De hambre está fatigado,
Y para buscar remedio
El buen Duque le ha mandado
Al marques de la Favara
Que se vaya apresurado
A Guadix por bastimentos,
Y el Marques salió de grado
Con una escolta muy buena,
Y el bagaje á buen recaudo.
Mas en el puerto la Ragua
Fué el Marques desbaratado

Por dos capitanes moros
Que le dieron crudo asalto.
Peleando luego el Marques
Como valiente soldado,
Hizo retirar los moros,
Llevando su escolta á salvo
A Calahorra y Guadix,
Donde le fuera mandado.
El Duque supo esta nueva
Y le pesó en sumo grado;
Pero vengóla muy bien,
Pues así lo habia jurado,
Que ganó á Castil de Ferro
Y las mieses ha quemado,
Matando muy muchos moros,
Y retirando á Avenabo.
En este tiempo y sazon
En Ronda el morisco bando
Se ha levantado furioso
Mil banderas tremolando.
El duque de Arcos los sigue,
Y los ha desbaratado,
Matando muy muchos d'ellos,
Como la prosa ha contado.
Conviene volver ahora
A Don Juan de Austria y su campo.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1182.

TOMA DEL CASTILLO DE TÍJOLA.

(De Gines Perez de Hita.)

Aquel castillo famoso,
Que es de Tíjola la Vieja,
El de Austria con su poder
Estrechamente le asedia.
Con tres tercios le han ceñido
Por el llano y por la sierra:
Al mediodia Don Lope
Planta y hace su trinchera;
A la parte tramontana
Don Pedro Padilla asienta
Su tercio, muy sagazmente,
Como aquel que lo entendiera;
El buen Antonio Moreno
Dentro en Tíjola la Nueva,
Donde asiste el buen Don Juan
Con la gente aventurera:
En el un tercio y el otro
Parece una y otra seña.
Trinchera se hace luego,
Plataformas á gran priesa;
Plántanse doce cañones
Para que batan la tierra,
Sin otros dos que se ponen
En medio de una ladera.
Mas al plantar estos dos
Grande escaramuza hubiera,
Porque los moros lo estorban,
Y los nuestros perseveran,
Los cuales son zamoranos,
Tambien de Toro y su tierra;
Mas por ser los moros muchos
Van perdiendo la ladera.
Los socorre un capitan
De Murcia con su bandera;
Francisco Galtero ha nombre,
El cual puesto en la pelea
Hizo tanto, y pudo tanto,
Que se plantan las dos piezas,
A pesar del bando moro
Que procura defenderlas.
La tierra se bate luego,
Las balas dan en las peñas,
Y en las torres y murallas
No hacen ninguna mella,
Por estar muy encajada
La obra y cimiento en ellas.
Treinta dias se han pasado;
Los moros salirse acuerdan
Una noche fria, oscura,
Cual al caso conviniera.
Llegó una noche cerrada,
Que llueve, ventisca y nieva,
Con terrible oscuridad,
Que la causara una niebla:
El nombre hurtan al campo,
Que el Tuzani se lo diera.
Con esto el moro se sale
Marchando para la sierra;
Mas no acaban de salir
Cuando alarma se dió recia.
Todo el campo se alborota,
A la muralla se allega,
Y con un valor terrible
Se gana y toma la tierra.
Los de Lorca los primeros
Por la muralla atraviesan,
Y ponen fuego á las casas,
Haciendo grandes hogueras,
Porque viesen los cristianos
Con quién tienen la pelea.
Las dos eran de la noche
Cuando cristianas banderas
Puestas en el alto alcázar,
Que el aire las tremolea,
España, España, diciendo
Toda la gente de guerra,
La nueva y vieja Tíjola
Por el rey Felipe quedan.
Juéves Santo fué en la noche
Cuando este asalto se diera:
El campo se fué á Andarax,
Donde está el duque de Sesa,
El cual recibió muy bien
Con su campo al de su Alteza.
El Duque se fué á Granada,
Y el de Austria en Andarax queda.

(Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, 2.ª parte.)

1183.

ABENABO PIDE PACES, Y MATA AL HABAQUÍ.

(De Gines Perez de Hita.)

Temeroso de la muerte
Estaba Aveuabo Audalla,
Viendo cómo ya la guerra
Con su daño se acababa,
Y tambien sus capitanes
Ya no curan de las armas,
Y los niños y mujeres
Por las paces suplicaban.
Al fin acuerda rendido
Pedir á Don Juan de Austria
Que las paces les conceda,
Como las pide y demanda.
Que las haciendas se queden
En los moros de Granada,
Como solian estarlo,
Pagando su pecho y farda;
Y que los turcos se embarquen
Pasando la mar salada.
Para tratar de las paces
Al buen Habaquí enviara,
Porque es hombre muy prudente
Y discreto en cualquier habla.
Marchándose el Habaquí,
Para Andarax caminaba
Adonde asiste su Alteza,
Y le expuso la embajada,
Pidiendo las condiciones
Que Avenabo demandara.
El buen Don Juan las otorga
Con voluntad pura y llana,

Y al Habaqui, porque vino
A traer esta embajada,
Le dió una cadena de oro
Y una espada muy dorada.
Con esto tornó á Avenabo,
Ya las paces concertadas;
Mas traidores con envidia
Al Habaqui maltrataban,
Dando á entender á su rey
Que grande traicion le armaba,
Por querelle llevar preso,
Y entregarle á Don Juan de Austria,
Con la honra de las paces
Para su bien ajustadas.
Avenabó con enojo
Que le ahorquen luego manda,
Lo cual al punto fué hecho
Del ramo de una carrasca.
Murió el Habaqui cristiano,
Dios perdone la su alma.
Mucho le pesó á Don Juan
De su muerte desastrada.
Todo el escuadron morisco
Se rebela contra Audalla,
Y así este se va huyendo
Junto á la Sierra-Nevada.
Allí en una oscura cueva
Tiene el moro su posada
Con muy pocos que le siguen
De los monfis, gente mala.
Luego los mas capitanes
De la chusma rebelada,
Abenaix de Cantoria,
El Maleh y su mesnada,
Con otros no pocos moros
A Andarax hacen jornada,
Y allí confirman las paces,
Como estaban ya tratadas.
A Guadix partió su Alteza,
De allí envia embajada,
Haciendo saber al Rey
De las paces ya asentadas.
Su Majestad mandó luego,
Que saliesen de Granada
Todos los moros y moras
Y los de las Alpujarras,
Y que pena de la vida
A aquel que en contrario haga.
Mucho sintieron los moros
Aquesta nueva demanda,
Que mas quisieran morir
Que dejar su dulce patria:
Mas al fin todos la dejan,
Y á Castilla se trasladan
De toda la Andalucía
Y Sevilla la nombrada,
Fijándose en otras tierras
Fuera de lo que es Granada.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*, 2.a parte.)

ROMANCES SOBRE LA LIGA SANTA Y BATALLA DE LEPANTO.

1184.

DESCRÍBESE EL SITIO DE MALTA, Y CÓMO LOS TURCOS FUÉRON FORZADOS Á LEVANTARLO.

(*Anónimo.*)

Enojado está el Gran Turco,
Que Soliman se llamaba;
El semblante tiene airado,
La mano puesta en la barba,
De ver cómo los malteses
Le corrian la campaña
Hasta la Grecia y Morea
Sin dejar cosa criada.
Sobre esto tiene consejo,
Do determina con saña
De sobre Malta enviar
Una gruesísima armada.
D'ella al Piali-Bajá
Por capitan señalaba,
Y de la gente de guerra
A Mustafá le nombraba,
Y Dragut en esta empresa
Era el que mas animaba.
Parten con doscientas velas
Que casi el mundo espantaban;
Cincuenta mil combatientes
Lleva la hueste pagana,
Año de mil y quinientos
Sesenta y cinco señala,
A diez y ocho de mayo,
Cuando aportó sobre Malta.
Salen los comendadores
A defendelles la entrada.
Retiráronse de presto,
Por ser tanta la canalla;
Refuerzan sus fortalezas,
El Maestre que ayudaba.
Los turcos sobre San Telmo
Dieron con furia muy brava;
Apuntan su artillería,
Empiezan cruda batalla,
Defiéndense los de dentro
Mostrando no temer nada.
Los perros, de pesar d'esto,
Con su soberbia sobrada
Dánles asaltos bravosos;
Hacen de mano endiablada
Una puente de madera
De hierro toda aforrada
Para tomar á San Telmo;
Pero la gente cristiana
Sin mostrar ningun temor
Defiende como esforzada,
Y Dragut aquesto viendo,
Por mostrarse esta jornada,
Fué á decir al artillero
Que viese cómo tiraba,
Y que asestase mas bajo;
Y tal fué la asestada,
Que tocando en la trinchera,
De aquel tiro dió la bala
En una piedra, la cual
A Dragut muerte le daba;
Tambien al maese campo
Que llamaban Saliaga.
De la muerte d'estos dos
Sintieron pena doblada
Los turcos y los bajáes,
Por ser cosa señalada;
Y para vengarse d'ello
Muévense con mano airada,
De dar asalto á San Telmo,
Toda la hueste juntada,
Con tal grita y vocería
Que quien la oyó se asombraba.
La defension de los nuestros
Ya muy poco aprovechaba;
Entran los paganos dentro,
Por fuerza, á filo d'espada.
Los fieles comendadores
Ninguno á vida se daba,
Antes las vendieron bien
Como d'ellos s'esperaba,
Porque treinta dias y mas
Qu'el campo allí se asentara,
Diez y ocho mil cañones
Dispararon, que se hallaban.
Y perdieron seis mil turcos,
La flor de su secta mala.
Murieron de nuestra parte
De Alemania y de Italia,

Provenzales, portugueses
Y tambien de nuestra España,
Mil y quinientos soldados,
Y entre ellos hombres de salva.
Ya que á San Telmo tuvieron,
El campo à San Miguel marcha.
En fin, en este conmedio
Qu'el cruel campo marchaba,
Por usar de crueldad
Nunca vista ni pensada,
Los bárbaros, gente fiera,
Tomaron, cosa impensada,
Muchos paveses y entenas
Echándolos en el agua.
Pusieron encima d'ellos
De la gente mas llagada
Cuerpos destrozados: muertos
Cristianos, á nuestra banda,
Con la marea, en el Burgo
Para espanto nos fué echada,
Y sin esta, otra crueldad
Ante el Burgo ejecutaba
Mostafá, y es que compró
De la hueste renegada
Muchos cautivos cristianos
Y degollarles mandaba.
Piali le reprehendió
Porque tal crueldad usaba:
Respondió que él ya tenia
Facultad, cual se mostraba,
Del Gran Señor, de matar
A cualquier que peleaba.
Este aviso dió la vida
A la cristiana compaña
Viendo que misericordia
En los perros no se hallaba.
De los cruzados malteses
A la furia turquesana
Contraminas á las minas
Oponian, que ordenaba,
Despues de muchos asaltos,
De salir con cabalgada,
De quitar algunas presas
De aquella gente inhumana,
De hacer fosos, contrafosos,
Terraplenes; derramada
Tanta sangre de ambas partes,
Tanta vida cercenada,
Y de haber entretenido
Cuatro meses el armada,
Allegó el socorro nuestro,
Que fué el armada de España,
Del ilustre Don García
Sabiamente gobernada,
Echando en tierra gran suma
De mucha gente ilustrada,
Muy animosa de verse
Con gente bruta, nefanda.
Los turcos haciendo rostro
Para que fuese embarcada
Su gente mas principal,
Que á embarcarse comenzaba,
La gente nuestra española
Dióles tal escorribanda,
Que hubieron de retirarse
Y echarse á nado en el agua.
Murieron de aquesta hecha
Tres mil, y de nuestra escuadra
Ocho cristianos no mas,
Merced de Dios enviada.
Fuéronse los sarracinos
Con la cabeza quebrada,
Ya despues de haber perdido
En esta empresa de Malta
Treinta y cinco mil perrones:
Caron les pasó en su barca.
Balas sesenta y cinco mil
Todas de hierro sin falta:
Hombres, ancianos, mujeres,
Doncellas, niños se hallan;
Siete mil habemos muerto
Con guerra tan cruda y brava.
Mil y quinientos soldados
De nuestra nacion y extrañas,
Y mas, quinientos esclavos
D'esta religion nombrada.
Esta es la suma y la guerra
Mas ilustre y afamada
Que Roma pudo tener,
Ni aquella ciudad troyana.

(Timoneda, *Rosa real.* — It. *Silva de varios romances.* — It. *Floresta de varios romances.*)

1185.

DESPÍDESE DON JUAN DE AUSTRIA DEL REY, Y SALE Á PONERSE AL FRENTE DE LA ARMADA DE LA LIGA.

(*Anónimo.*)

De Madrid sale Don Juan,
Ese de Austria nombrado,
Con estandarte de España
Que le diera el Rey su hermano,
Por general de la liga
Que se ha hecho entre cristianos
Contra el enemigo turco
Y contra sus renegados.
No va solo el gran caudillo,
Antes bien acompañado
De mucha caballería,
La flor del suelo hispano.
El que por mejor se tiene
Se tiene por muy honrado
Le lleve en su compañía,
Y en ella quiera aceptallo.
De Madrid hasta las puertas
El Rey le va acompañando:
Palabras le está diciendo,
Palabras de rey hermano:
—Don Juan de Austria, Don Juan,
Yo quedo muy confiado
Respetaréis á quien sois
En tal empresa y tal cargo.
Vos vais á ser general
De todo el pueblo cristiano
En defensa de la fe
Contra aquel turco tirano.
El Turco es muy poderoso
Por el mar y por el llano;
Pero su poder es nada
Pues sobre mal va fundado,
Qu'es enemigo de Dios,
Verdugo de los cristianos,
Por do para su castigo
Dios os hizo á vos, hermano;
Y vengad á la injuria
Del senado veneciano.—
Humillósele Don Juan,
Quísole besar las manos,
Y el Rey lágrimas vertiendo
Luego le dió un abrazo.
Volvióse para Madrid:
Don Juan camino ha tomado
A la noble Barcelona
A do fué bien alojado.

(Timoneda, *Rosa real.* — It. *Romance de la venida del Turco,* etc. Pliego suelto. — It. *Silva de varios romances.*)

1186.

DESPRECIANDO EL GRAN TURCO LOS TEMORES DE LA SULTANA, ENVÍA URGENTES DESPACHOS Á PIALÍ-BAJÁ PARA QUE COMBATA LA ARMADA DE LA LIGA.

(*Anónimo* [1].)

En el serrallo está el Turco
Con la Sultana holgando;

Palabras le está diciendo
Con que la está enamorando:
—Yo te prometo, señora,
Si Mahoma es de mi bando,
Que he de hacerte coronar
En Venecia por mi mano,
Porque ya Chipre era mio,
Mis vasallos lo han ganado.
—Alá te guarde, señor,
Y te haga prosperado,
Y que veas ser cumplido
Lo por ti tan deseado:
Mas si tomas mi consejo
Vivirás mas descansado.
Los venecianos, señor,
Ningun disgusto te han dado,
Aunque agora el rey Felipe
Su favor ha demandado,
Y el como rey poderoso
La liga les ha otorgado.
Dales, señor, lo que es suyo,
Y estorba lo comenzado:
Mira que tantos á uno
Le traen siempre mal parado.—
El Turco imaginativo
A la Sultana ha mirado,
Con unos airados ojos
Y el corazon muy dañado:
—¿Quién hay que ofenderme pueda?
El Gran Turco ha replicado:
Si dices del gran Sofí,
Contiuuo lo he castigado;
Si dices del rey de España,
De mí está muy desviado,
Y ántes nos da que nos quita,
Por Argel, mi gran ditado;
Y en aquellos de Gelvé,
Uno solo se ha escapado,
Porque llevase la nueva
De los que habia cautivado.—
La Sultana le responde:
—Ese tiempo es ya pasado:
El rey Felipe y el Papa
Y este veneciano Estado,
Aquestos largos procesos
En su corte han relatado,
Y de un acuerdo entre ellos
Se han unido y conjurado
De no salir de la Liga
Hasta quitarte tu Estado;
Y para esto el rey Felipe
Envia su hermano amado,
Hijo del gran Cárlos Quinto,
De quien tu padre ha temblado
En aquello de Viena
De do huyó mal de su grado
Temblando de aquella fuerza
Que Cárlos Quinto ha mostrado.
No es ménos su caro hijo
Animoso y esforzado,
Y con poder absoluto
Que el rey Felipe le ha dado
De general de esta Liga,
Como sabio expermentado.
El Padre Santo de Roma
Estandarte le ha enviado
Con los escudos de armas,
Y un Cristo crucificado:
Todo esto sé por cartas
De un antiguo renegado.—
El Turco no le responde,
De allí se salia airado:
Mandó llamar á consejo;
Y lo que en él se ha tratado,
Que se dé pregon real
Porque el reino esté avisado;
Que acudan á las marinas
Do les fuere señalado.
Trescientas galeras juntas
Prontamente se han hallado
Galeotas y mahonas
Setenta y seis han sumado,
Y veinte y cinco mil turcos
De pelea allí han llegado:
De genízaros diez mil
Y ochocientos, bien contado.
General de aquesta flota
Es Piali muy afamado,
Al cual llegó un correo
Y ante él se ha presentado,
Y dióle el despacho allí
Por el Gran Turco nombrado.
El, como era hombre astuto,
A consejo habia llamado
A los demas generales
Y turcos de mas ditado.
Todos están muy atentos
Con regocijo sobrado.
Lo que el despacho decia
A todos ha amedrentado.
«A ti digo, Piali-Bajá,
»Mi antiguo y leal criado,
»Que leida la presente
»Salgas muy determinado
»Tomando toda la gente,
»Municiones y recado,
»Sin contradicion alguna
»Contra lo por mí mandado,
»Contra la armada de España
»Y ese Don Juan tan nombrado.
»No vuelvas en mi presencia
»Sin que sea bien castigado,
»So pena de mi merced.»
El despacho va firmado.

(*Historia de la Batalla naval*, etc. Pliego suelto. — It. *Silva de varios romances*. — It. TIMONEDA, *Rosa real*. — It. *Floresta de varios romances*.)

[1] Es el mismo que en la *Floresta de varios romances* empieza: *En el serrallo esta el Turco*.

1187.

DON JUAN DE AUSTRIA EXHORTA Á LOS SUYOS PARA ENTRAR EN LA BATALLA NAVAL DE LEPANTO.

(*Anónimo*.)

En sonando los clarines
De las soberbias armadas,
Una de la gran Turquía
Y otra de la noble España,
Se puso sobre la popa
De la invicta Capitana
El hermano de Felipo,
El valiente Don Juan de Austria.
Teniendo en entrambas manos
Un crucifijo y su espada,
Anima d'esta manera:
—Muramos por la fe, ganemos fama;
Al arma, guerra, guerra.—
Y como dijo al arma, guerra, guerra,
Escurecióse el sol, tembló la tierra.
Embistieron las galeras
Tiñieron de sangre el agua,
Que á la pólvora y el plomo
No resiste fuerza humana.
Oyense gemidos tristes,
Y en la confusa batalla
Unos por salir se mueren,
Y otros por morir se salvan:
Mas el valiente Don Juan
Que deshace la contraria,
Con semejantes razones
A su gente esfuerza y habla
—Muramos por la fe, etc.

(MADRIGAL, *Segunda parte del romancero general*.)

1188.

DESCRÍBESE LA BATALLA NAVAL DE LEPANTO, GANADA POR DON JUAN DE AUSTRIA Á LOS TURCOS, DE CUYA ARMADA SOLO SE SALVA EL OCHALÍ REY DE ARGEL, CON ALGUNAS GALERAS.

(Anónimo [1].)

Con gran poder de Sicilia
La armada real salia;
Rigela Don Juan de Austria,
Príncipe de gran valía,
Hermano del rey Felipe,
Que por general lo envia
Doscientas y once galeras
El buen Príncipe regía;
Treinta y seis naves armadas,
Seis galeazas habia;
Capitanes muy famosos,
Soldados en demasía,
Duques, condes y marqueses
Llevaba en su compañía,
Y un estandarte dorado
En su galera traia
Con un Cristo figurado,
Al cual llevaban por guía,
Que el Padre Santo de Roma
Á Don Juan dádole habia:
Y á los tres dias de octubre
Se salian de Mesina,
Pífanos y atambores
Retumbando melodía.
En busca van de la armada
De la gente de Turquía;
Búscanla de puerto en puerto
Sin punto de cobardía;
Sus bergantines delante
Uno va y otro venía;
Y á los seis dias de octubre,
A la que el alba rompia,
Una fragata tomaron,
La cual nueva dado habia
De la armada de los turcos
Que á buscar Don Juan venía.
Trecientas velas de remos,
Entre las cuales habia
Doscientas ochenta galeras
Con lucida infantería;
Veinte galeotas lijeras
Con gente de Esclavonía.
Piali-Bajá, general
De aquella armada venía,
Que en el golfo de Lepanto
El Turco dejado habia.
El de Austria qu'esto oyó,
En la mar alto hacia:
Mandó llamar generales,
Qu'en guerra mas entendian,
Y en el real ayuntados,
El de Austria asi decia:
—¿Qué os parece, mis señores?
Vuestro parecer se diga.
¿Será bien que acometamos
A la gente de Turquía?—
Algunos dijeron no,
Que cierto no convenía
Que pusiesen tan en riesgo
Armada de tal valía;
Porque esta tan gran armada
La Cristiandad defendia.
El Príncipe no habló mas,
Y á lo bajo decendia.
Llama al veneciano;
No tardó en su venida,
Y le dijo:—Buen conjunto,
Dinos, ¿en la santa Liga
Qué es lo que se ha de hacer
Contra la gran pagania?
—Buen señor, démos en ellos,
Barbariego respondia.—
Llamara el general
Al esforzado Juan Doria,
Y le dijo:—Buen hermano
Amigo, ¿qué os parecia?—
Las rodillas por el suelo
El ginoves respondia:
—Buen señor, acometamos
A la gente de Turquía.—
A Don Alvaro Bazan
A llamar tambien envía,
Y le dijo:—Buen Marques,
Vuestro voto se me diga.—
El valeroso español
Con ánimo respondia:
—Démos, señor, la batalla,
Que Dios nos ayudaría,
Y yo mas quiero ser muerto
Que volver atras la via.—
El Comendador mayor,
Sin llamarlo se venia,
Y le dijo:—Gran caudillo,
Espejo que relucia,
La honra del rey de España
Y la vuestra nos decia
Que no volvamos atras
Por ningun órden ni via.—
El de Austria muy gozoso
A la popa se subia,
Y en voz alta dijo á todos:
—Magnánima compañía,
Cada uno se halle á punto
Para hacer lo que debia.—
Todos dicen:—Gran señor,
Cada cual os prometia
De hacerlo allí como bueno
Y de vender bien su vida.—
Cada uno á su galera
Prestamente se volvia:
Pónense á punto de guerra,
Y luego tomaron via
Para el golfo de Lepanto
Con gran placer y alegría,
Y á los ocho de octubre
A las ocho horas del dia
Descubrieron el armada,
Que próspero viento traia.
Mas Dios, como es piadoso,
A los suyos nunca olvida:
Por su gran misericordia
La mar calma luego hacia;
Y metiéndose en órden
El turco lo mismo hacia.
A Don Juan toman en medio;
El estandarte tendian,
Y el Príncipe con esfuerzo
En la fragata se metia.
Va de galera en galera
Como aquí se contaria:
En la su mano siniestra
Un Crucifijo traia,
Y en la otra la su espada,
Que grande ánimo ponia,
Animando á los soldados,
Los jefes y artillería,
Y les decia:—Hermanos,
Esforzada gente mia,
Mirad el cruel tirano
Que delante parecia:
Hoy se muestre vuestro esfuerzo,
Vuestra sobrada osadía
En defension de la fe,
Y morir en este dia
Por Cristo crucificado,
Por su Madre esclarecida.—
Allí un santo teatino
Qu'el Papa enviado habia,
Les publica un jubileo
Qu'el Papa les concedia;
Que cualquier que allí muriese
A la gloria se iria.

Todos se arrodillaron,
El Príncipe se arrodilla,
Los ojos en el Crucifijo,
D'esta manera decia:
—Poderoso Rey del cielo,
Mi fe grande en ti confia
Que me darás hoy victoria
Por tu piedad muy cumplida.—
Y volvióse á la Real,
Que leon bravo parecia,
Y mandó tocar al arma;
Saboya y Malta acometian,
A Cambey y á Barbaroja
Al encuentro le salian.
Diéronse gran rociada
De flechas y escopetería:
Aquí se hizo gran guerra
Y mortal carnicería.
Caracosa luego entró
Y Baleato en compañía,
Y Don Alvaro Bazan
Delante se le metia.
Quince galeras le echa
A fondo con su venida.
Mustafá, turco famoso,
Que las señas conocia,
Embistió á los venecianos
Dando muy gran vocería.
Venecianos con esfuerzo
Pelean qu'es maravilla;
Con galeras y galeazas
Espanto al turco metian.
Piali-Bajá espantado,
Que puesto en mira se habia,
Vió su armada desbaratada
Y que iba de vencida;
Muchos turcos á la mar,
Mucha galera rendida;
De puro coraje llora,
Su fortuna maldecia,
No porque punto desmaye,
Que ni la muerte temia;
Mas la fuerza le forzaba
Lo que la razon decia;
Y ansí arremete el turco
Con gran saña y mortal ira.
El príncipe Don Juan,
Príncipe en la monarquía,
Entró con muy gran pujanza,
Con fe firme y no fingida,
Disparando gruesos tiros
Contra la gente agarina.
Encontró con el Bajá
¡Bravamente le embestia!
Júntanse proa con proa:
Peleaba el que mas podia;
Juegan de los arcabuces,
Flechas y escopetería:
El humo era muy grande,
El fuego iba y venia;
No parece sino infierno
Segun el estruendo habia.
Los unos decian: ¡Austria!
Otros decian: ¡Turquía!
Cada uno procuraba
De llevar la mejoría;
Mas los nuestros basta el árbol
A puro pecho y herida
La ganaron cinco veces
Con esfuerzo y valentía.
Los turcos como leones
Cada cual lo defendia:
Cinco galeras dan gente
Que no hay lengua que lo diga,
Y á la nuestra solo dos,
Y en el nombre de María
Los cristianos belicosos
Asalta el que mas podia,
Y rindieron la turquesca
Por la voluntad divina.
Quinientos turcos mataron;
El estandarte se abatia,
Y el de nuestra fe alzaron
Y vitoria se apellida.
El Príncipe venturoso
A todas partes corria,
Y do era el mas trabajo
En un punto socorria,
Juan de Andría á su lado,
Que dejarle no queria,
Y vieron al buen maltes
Su galera ya perdida,
De siete otras cercado
De aquella gente maligna.
Sus soldados caballeros
Vivo ninguno tenia,
Sino es él, con solos cinco
Que la popa defendian,
Y los tres habian muerto;
El rendirse no queria;
Mas viendo tan buen socorro
De la popa se salia,
Y empieza á decir:—¡Victoria!
¡Viva Austria! ¡viva, viva!—
Los turcos desque esto oyeron,
Cada uno se rendia,
Sino Ochali, rey de Argel,
Que se puso en huida
Con las doce galeotas
Que de Argel sacado habia.
El marques de Santa Cruz
Y el de Uria le seguian,
Y tomáronle las cinco;
Su persona fué herida.
El perro con solas siete
Escapado se habia,
Porque era ya muy tarde
Y la noche le encubria.
Cuatro horas duró el combate,
Que no hay lengua que lo diga:
Doscientas y ocho galeras
Se ganaron aquel dia;
Las demas fueron á fondo,
Sin decir cosa fingida.
Veinte mil turcos mataron
De la gente mas lucida,
Y doce mil cautivaron
Belicosos de valía,
Y quince mil libertaron
De cristianos que allí habia.
La cabeza del Bajá
Por trofeo la traia
El de Austria en una lanza,
Como el rey David hacia
Cuando mató al gigante
Que Golías se decia.
Y en señal de la victoria
Qu'el buen Dios dado le habia,
Cada cual con gran contento
D'esta manera decia:

Cancion del fin del romance.

«Felipe, pastor chapado,
»El ganado entrega á Juan,
»Que segun fama le dan,
»Es zagal aventajado.
»Es un zagal repolido,
»Hijo de Cárlos, pastor,
»Y su hermano querido,
»Que no puede ser mejor.
»Los turcos miedo le han
»Al de Austria muy nombrado,
»Que segun fama le dan,
»Es zagal aventajado.
»Felipe sabe por qué
»Nos dió tan noble zagal,
»Que lo digo y lo diré
»Que en el mundo no hay su par.

»Lleva la cruz por cayado,
»Y á su Dios por capitan,
»Con que nos libre de afan
»Y recuente su ganado.
»Roguemos al Soberano
»Que lo tenga en su memoria
»Y le guarde de su mano,
»Dándole siempre victoria.
»¡Oh, bien haya el rabadan
»Que tal zagal nos ha dado!
»Que por siempre le dirán
»Qu'es zagal aventajado.»
(*Silva de varios romances.*)

[1] Al mismo asunto del *De Sicilia con poder*, que está en la *Floresta de varios romances*, el cual se omite.

1189.

CUANDO CELEBRABA SELIM SUS ESPERANZAS DE VICTORIA, RECIBE NUEVAS DE HABER PERDIDO SU ARMADA EN LEPANTO.

(*Anónimo.*)

Alegre estaba el Gran Turco,
De contento no cabía,
Y ese templo de Mahoma
Visitaba noche y dia.
De rodillas ante él
El Gran Turco así decia:
—Gracias te hago, Mahoma,
Gracias te doy muy cumplidas,
Pues me distes á ganar
Honra y fama en esta vida,
Dándome el reino de Chipre,
Que en tu nombre se honraria,
Aunque pese á venecianos,
Poderosa señoría,
Y á pesar de los demas
Que contra mí han hecho liga.
España con cien galeras
Y lucida infantería,
Y el veneciano tambien
Muchas galeras traia,
Y el Papa con solas doce
Con buena gente escogida.
Por general d'esta armada
Don Juan de Austria venia.
A los tres dias de octubre
Se salieron de Mesina
En busca de mi armada
Sin punto de cobardía:
Piali-Bajá, general
Que la mi armada regía,
Me lo envió á avisar
Por Alí en Romería.
Mahoma, con tu esperanza
Una carta le enviaria
Que tome de mis fronteras
La mejor gente que habia,
Y que le dé la batalla,
O que perderá la vida.
¡Oh Mahoma, gran profeta,
Espejo de mi Turquía!
Tú seas en mi favor
Como de tí se confia.—
Y quitóse la corona,
Y á Mahoma la ofrecia,
Y á su Alfaquí el mayor
La de Chipre le ponia:
Con un carro de marfil
A su palacio volvia.
Preguntó por sus mujeres,
Que mas de treinta tenia:
De una en una las besaba
Con amor que las tenia,
Y asentólas á su mesa,
Haciéndolas cortesía:
A la una, da perdiz,
A la otra, da gallina;
Y cuando hubiera comido,
El Gran Turco así decia:
—Oh mis mujeres amadas,
Escuchad lo que os diria:
Si Mahoma me da victoria
Como de él se confía,
Que gane mi general,
Al general de la Liga,
Sabed que yo os daré
La mejor gente que habia:
A la una daré á Don Alvaro
Y á la otra Juan de Andria;
A otra el Comendador
Y el Marques les prometia.—
De romanos y venecianos
El mismo reparto hacia,
Y para sí á Don Juan
Solo reservado habia,
Porque á todos les sirviese
Cuando él lo mandaria.
Y estando en aqueste estado
Mala nueva le venia,
Que el buen príncipe Don Juan
Príncipe en la Monarquía,
Ha tomado la su armada
Que tanto valor tenia,
Y ha muerto á sus generales
La flor de toda Turquía,
Y cautivó á sus sobrinos,
La cosa que mas queria.
Y en sabiendo la tal nueva
En el suelo se caia.
Mas de presto vuelto en sí,
Muy lastimado se iba
A meter en su aposento,
Y allí á llorar su desdicha;
Y mesándose las barbas
En su cara se heria,
Los ojos vueltos en sangre,
Que la sala hundir queria.
Vuelve la cara á Mahoma,
Y en el rostro le escupia.
—¡Maldito seas, Mahoma,
Y cuantos en ti confian!
O matárasme primero,
O no viera tal ruina,
Muertos tantos caballeros,
La flor de la gran Turquía.
De los vivos tengo pena,
Que pasarán triste vida,
En poder de los cristianos,
Gente tanto mi enemiga.
¡Oh mis fieles caballeros
Los que quedastes con vida!
Alá os tenga de su mano,
Y rogadle por mí vida;
Que si vivo cuatro años
La armada será mia,
Aunque pese á venecianos
Y á los demas de su liga,
Porque yo haré tantas naves
Como nadie lo creeria,
Y con esta fuerte armada
Pienso entrar dentro en Sevilla,
Y de aquí conquistaré
Hasta la gran Romania,
Y en esa ciudad de Córdoba
Pienso yo acabar mi vida,
En aquesa casa santa
Que de Meca se decia [1],
Cuando el nuestro Alcoran
En el mundo florecia,
Y en el tiempo que Mahoma
Velaba y no se dormia.—
(*Historia de la Batalla naval*, etc. Pliego suelto.)

[1] *Casa de Meca* llamaban á la mezquita de Córdoba, suponiendo que gozaba de iguales privilegios que los de la que con igual nombre existia en Oriente.

1190.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Dentro de Constantinopla,
Do el Gran Turco residia,
Una galera bastarda
En aquel puerto surgia.
Muy poca gente trae dentro,
Y la que trae, mal herida:
No hizo salva á la tierra,
Ni nadie no la sentia.
Despues que ha tomado puerto,
Un arraez d'ella salia:
Heridas lleva de muerte,
La cara en sangre teñida.
Fuérase para palacio,
Donde el Gran Turco vivía:
No pide al entrar licencia,
Por ser turco de valia;
Vase para el aposento
Donde el Gran Señor dormia;
Arrojárase á sus piés
Con gran lloro y griteria.
El Turco, d'esto espantado,
Preguntóle qué traia.
—Tráigote nuevas, señor,
De gran pesar y desdicha,
Que ya tu valor fenece,
Toda tu armada es perdida,
A tu bajá dejo muerto,
Con él la flor de Turquía;
Tus árabes y genizaros
Todos los dejo sin vida.
Tus estandartes reales
España los abatia,
Y tus colas de caballo,
Señal tan grave y antigua,
Arrastraban por el agua,
Que de verlo era mancilla:
Tus galeras remolcadas,
Tu gente al remo servia.—
Diera el Turco un gran suspiro,
La plática referida.
Preguntóle cómo y dónde
Lo tal sucedido habia.
—Yo te lo diré, señor,
Y en nada te mentiria.
A siete del mes de octubre
Tu armada salido habia
De islas Escorchalatas;
A Lepanto se venía
Tu flota puesta en batalla,
Segun de costumbre habia.
A cabo de poco rato
Grande armada parecia,
Por do luego conocimos
Ser la armada de la Liga;
Y aunque mostrâmos placer,
El temor nos lo oprimia,
Porque la armada era grande,
Y mucha la infanteria.
En los bajeles contrarios
Un bajel grande venia,
Qu'en majestad y grandeza
A los demas excedia.
Dentro venia Don Juan,
Que de Austria se decia,
Hijo del gran Cárlos Quinto,
De quien la tierra temia,
Hermano del rey Felipe
Qu'en España residia.
Esta era su capitana,
Y el estandarte traia
La capitana del Papa,
Haciéndole compañia
La capitana de Malta,
La de Saboya y Sicilia,
La de Génova y Venecia,
Que envió la Señoria,
Y de Nápoles la loba,
Y el lobo que la regía,
El qu'en el mar de Levante
Continuo nos destruia;
A la par nos encontrâmos
Con ánimo y osadia:
Hicimos lo que pudimos;
Mas nada nadie podia.
Fuénos la suerte contraria,
Y á ellos favorecia.
El gran profeta Mahoma
En este punto dormia,
Por do luego conocimos
Esto Alá lo permitia.—
Echara el Turco un gran grito,
Que del alma le salia:
Echó en el suelo el turbante,
La cimitarra, y gemia:
Desnudádose ha el brocado,
Y de luto se vestia.
Despidió los cazadores,
Las aves soltado habia,
Diciendo:—¡De aquí adelante
Por cierto mal cazaria
Quien espera ser cazado
Del que mas poder tenia!—
En un pequeño aposento
El solo se retraia.
Empezó la gran ciudad
A dar grande voceria:
Los viejos lloran sus hijos,
Los ricos la su familia,
Las mujeres sus maridos,
Cada cual quien le dolia,
Y el que nada no perdió
Llora la causa perdida.

(TIMONEDA, *Rosa española.* — It. *Silva de varios romances.*— It. *Floresta de varios romances.*)

1191.

BOTIN GANADO POR LOS VENCEDORES EN LEPANTO.

(*Anónimo.*)

Despues que Piali-Bajá
Fué ya por Don Juan vencido,
Y cortada la cabeza,
Su flota y poder rendidos,
Su Alteza á toda la armada
Hácia el puerto, ha proveido,
De Petalla, que marchase,
Y allí muy presto ha surgido;
Y en la galera real
Que Piali habia venido
Hallaron muchas riquezas,
Piezas de brocado fino,
De diferentes maneras,
Sedas de valor crecido.
Más ciento y setenta mil
Cequíes de oro, que han sido
Moneda buena turquesca
Que cada uno ha valido
De once reales á doce,
De los de Castilla digo,
Y ansí seda como de oro
Ninguna cosa ha querido
Don Juan, como liberal,
Por mostrar do ha descendido,
Sino que entre los soldados
Fuese todo repartido
En premio de sus trabajos,
Pues lo habian merecido.
Dentro en la caracesa,
Colacio, muy atrevido
Y que fué muerto, le hallaron
Mucho tesoro escondido,
Y cuarenta mil cequíes,
Del mismo valor subido;

Infinitísimos aspres,
Moneda que allí ha corrido
De plata, y cuatro reales
Es su precio merecido.
Todo esto entre soldados
El de Austria ha consentido
Repartirse por su órden,
Como buen señor y amigo.
Pues piezas de artillería,
De la rota, han recogido
Nuevecientos tiros gruesos,
Que otro tal nunca se vido.
Esmeriles, falconetes
Sin número han parecido.
Esta victoria y despojo
Que la Liga ha conseguido,
De la mano del inmenso
Eterno Dios ha venido.

(*Silva de varios romances.* — It. Timoneda, *Rosa real.*)

1192.

DON JUAN DE AUSTRIA NOTICIA Á FELIPE II EL ÉXITO FELIZ DE LA BATALLA NAVAL.

(*Anónimo.*)

Gallardo entra un caballero
En corte del rey de España:
Corriendo viene á caballo,
En palacio se apeara;
Entró donde estaba el Rey
Y las manos le besara.
El Rey, que le ha conocido,
Del brazo le levantara:
Pregúntale con deseo
De Levante y de su armada.
Oyendo esto el caballero,
Albricias le demandara:
Metió la mano en el seno,
Sacó una carta sellada,
Y besándola en el sello,
Con la cabeza hizo salva.
Alargó la mano el Rey,
Con gran gozo la tomaba:
Leyendo el primer renglon,
La cruz de encima besaba.
— Decidme, buen caballero,
¿Quién acabó la batalla?
— Señor, el favor de Dios
Y fuerza de vuestra España,
Y astucia del general
Que gobierna vuestra armada. —
Hala tornado á leer,
Y en un momento la pasa,
Siguiéndole el caballero,
Adonde la Reina estaba.
Sentóse el Rey en su silla
Y á la Reina dió la carta,
Y miéntras la está leyendo
Otra vez le preguntaba:
— Decidme, mi buen amigo,
¿Cuánta gente me costara?
— Señor, pocos son los muertos,
Y muchos ganaron fama,
Porque el morir fué vivir,
Siendo en tan justa demanda.—
El Rey despachó correos
Que lleven esta embajada
Por las ciudades del Reino,
La cual luego fué llevada;
Y á tan noble embajador
Mil mercedes le otorgaba:
La honra y gloria de todo
El buen Rey á Dios le daba.

(Timoneda, *Rosa real*, etc. — It. *Silva de varios romances.*— It. *Floresta de varios romances.*)

1193.

CARTA Y PRESENTE QUE DESPUES DE LA BATALLA NAVAL ENVIÓ EL SULTAN SELIM Á DON JUAN PARA RESCATE DE SUS SOBRINOS.

(*Anónimo.*)

Yo el gran sultan Selim,
Rey de reyes coronado,
De siete imperios señor,
Qu'están debajo mi mando:
Capadocia, Trebisonda
Y del gran Cairo nombrado,
Emperador del gran Can
De Esciavonia llamado,
De Constantinopla y griegos
Taborlan intitulado;
Emperador de Turquía,
De Armenia y de su reinado;
Rey de setenta y tres reyes,
Que no digo ni he contado;
Señor de la casa Santa,
Qu'es lo que llora el cristiano:
A vos, príncipe Don Juan,
De la Austria numerado,
Hijo del emperador
Cárlos Quinto, ya pasado,
Hermano del rey Felipe,
El católico afamado;
General sois de la Liga
De Venecia y el Romano,
Y d'España la invencible
Como siempre se ha mostrado:
Allá os envío un presente,
No conforme á vuestro estado.
Dichoso os podeis llamar,
En el mar afortunado,
Y por enviaros solo
El presente que he enviado,
Si no tal cual mereceis,
Recibidlo de mi mano.
Tres ropas de levantar
Recibiréis de buen grado,
Tejidas de seda y plata
Con oro muy estimado,
Forradas de finas martas
Muertas en monte martáreo;
Seis tapetes de oro y seda
Con un cendal de brocado
Para arrear la galera
Donde vais aposentado;
Una cama de Turquía
Con pabellon al persiano,
Cubierto con vuestras armas,
Todo en perlas recamado;
Un arnes de fuerte acero,
Un jaez para el caballo,
Hecho á la turquesca usanza,
De finas piedras sembrado.
En fin, príncipe Don Juan,
El presente ya contado
No os lo doy por amistad
Ni por miedo que he tomado:
Dóylo por los mis sobrinos,
Hijos de aquel desdichado,
El famoso Piali-Bajá,
Mi fiel y leal criado,
Muy querido de mi hermana,
De mi corte el mas privado.
Que los tratais segun son,
D'ello estoy certificado,
Pues comen en vuestra mesa
Y van siempre á vuestro lado.
Alá os lo pague, señor,
Príncipe muy afamado,
Y que os guarde de mis iras
Y de mi poder sobrado;
Que si Mahoma dormia,
Agora ya ha recordado.

(*Silva de varios romances.*— It. *Floresta de varios romances*, pág. 294.)

1194.

CONTESTACION DE DON JUAN DE AUSTRIA, Y PRESENTES QUE ENVÍA Á SELIM SULTAN.

(Anónimo.)

A ti, Selimo sultan,
El que Gran Señor se llama,
Emperador sin tener
La ceremonia romana:
A tí, Rey de reyes, rey
Por tiránica demanda,
Yo, Don Juan de Austria, menor
De los de la casa de Austria,
De emperadores y reyes
De católica prosapía,
Conforme á lo que tú escribes
Voy respondiendo á tu carta.
Tu presente he recibido
De grandeza y mano franca
Por el bajá Hasambey
Y privado de tu casa.
No le recibo por serte
Súbdito, ni Dios lo manda,
Ni por el amor que tienes,
Segun tu ira me amenaza:
Recíbole porque sepan
La ocasion de tal jornada,
Y de qué efecto procede,
Y por órden de crianza,
Y por último remate
Por los ruegos de tu hermana.
Ni me tengo por dichoso
Porque de tu mano salga,
Sino porque lo permite
Dios, en quien yo confiaba.
Y si dices que señor
Eres de la casa Santa,
Y llora el triste cristiano
En el alma por desgracia,
Guarda tú, que no la llores
En el cuerpo y en el alma.
Allá te envío el sobrino
Sayabey, que así se llama,
Y Melebubey, el muerto,
Embalsamado en su caja.
Recibe, señor, el vivo,
Pues Alá así lo ordenaba,
Con arreos y preseas
De Italia, Flándes y España.
Primero va una galera
De oro y seda entapizada,
Adonde va tu sobrino,
Su persona aposentada.
La librea de los remeros
Es de seda azul y plata;
Mas, de fino carmesí
Dos cobertores de cama
De fino oro de Florencia,
Labrados á la toscana,
Con rapacejos de aljófar
Y de seda de Granada;
Un arnes hecho en Milan,
Que arcabuz no le mellaba;
Estoque lindo de Flándes,
Qu'el pomo es una esmeralda,
Y con arábigas letras
Toda la vaina labrada;
De ébano y de marfil
Mesa á la turquesa usanza,
Almohadas de brocado
Por asientos, por ser baja;
Con tus armas, sobremesa
Que cien doblas se preciaba;
Tres mantas franjadas de oro,
Seis paños de fina grana,
Con armas de oro reales,
Que es la marca valenciana.
Remitirás el recibo,
No porque te deba nada,
Del presente, que al presente
Otro mejor no se halla.
Si no es como tú mereces,
Tu gran merecer lo ensalza,
Y mi buena voluntad
Sé que enmendará mi falta;
Y si miedo en tí no asiste
Y quies ver si en mí habitaba,
Que duerma ó vele Mahoma,
No por esto temo nada:
Sé qu'en el infierno vela,
Segun las penas que pasa.

(*Silva de varios romances.*—Il. *Floresta de varios romances.*)

ROMANCES DE LA GUERRA DE FLANDES.

1195.

EL DUQUE DE ALBA, VENCEDOR DE LOS REBELDES DE FLÁNDES, LES IMPONE DURAS CONDICIONES.

(Anónimo.)

Despues que Cárlos famoso,
Sumo emperador romano,
De su estado victorioso
Subió al reino soberano
A veinte y cuatro de junio,
En la fuerza del verano,
Cuando el villano se ensancha
De ver muy fértil su campo
Y estar las mieses crecidas,
Y en todo muy lleno el grano:
Vi gran compañía de gente,
Y entre ellos un viejo anciano,
Cabello y barba vellida,
Blanca del nacer temprano,
Armado de todas armas,
A lo divino y humano:
La fe lleva por bandera,
Como fiel y buen cristiano,
Que segun las gentes dicen,
Es el duque de Alba hispano,
Que el rey Don Felipe envía,
Mayor que Alejandro Magno,
Para castigar la secta
Del malvado luterano.
Pasa por la alta Borgoña,
Deja á Alemania á una mano;
Atravesaba á Turin,
Y tambien al saboyano.
Entre Bruselas y Ambéres
Meten mucho castellano;
Reedifícanse los templos
De aquel túmulo inhumano.
Los condes mete en prision,
Oye misa el qu'es cristiano,
Lo que ántes no se hacia,
Que era todo luterano.
Despues degolló los condes
Y otros muchos hijos-dalgo;
Solo el príncipe de Orange
Por las uñas se ha escapado.
Metidose ha en Alemaña,
Y un gran campo habia juntado
Para venir contra el Duque,
A ver si podrian pescallo.
Pasan de cuarenta mil
Los que van á ejecutallo;
Son los treinta mil infantes
Y los diez mil de caballo.
Por las tierras donde vienen
Van arruinando y matando:
Templo y ermita que topan,
Lo roban y echan abajo;
Mas este varon que digo,
Del ejército cristiano,
Se los sale á recibir

Con ansia de aposentallos
Y dalles banquete y cena
Que á los condes habia dado.
El Príncipe finalmente
Se tuvo en este costado
Por tiempo de cuatro meses;
Mas no pudo sustentallo.
Despues contra voluntad
Y muy mal de su grado,
Con gran pérdida de gente
A Alemaña se ha tornado,
Y mostrando gran tristeza,
A solas se ha retirado.
Unos dicen que era muerto,
Otros, loco se ha tornado,
Hasta que despues se supo
Que en Francia ha resucitado,
En su sér tan diferente
Como de rey á vasallo,
Porque acá á todos mandaba,
Y allá iba á ser mandado.
Volvamos al gran caudillo
Del ejército cristiano,
Que acabado todo esto
A Bruselas se ha tornado,
Y á los estados de Flándes
A cortes habia llamado.
De cada cabeza viene
Un burgomaestre honrado,
Que defendiese las partes
De lo que claro ha pasado.
El Duque les representa
Cuán mal que se han sustentado,
Así en servicio del Rey
Como en el culto cristiano,
Y que es muy bien que paguen
Lo qu'el buen Rey ha ganado,
Así en santos que han deshecho
Y templos que han derribado,
Como en vasallos y gente
Con que aquesto se ha aquistado;
Y aunque les pareció duro,
Vinieron en aceptarlo,
Por el miedo que tenian
Al buen duque de Alba hispano.

(*Silva de varios romances*, etc. — It. *Floresta de varios romances*, etc.)

ROMANCES DE LA MUERTE DE FELIPE II.

1196.

DE CÓMO EL REY DON FELIPE II MURIÓ.

(*Anónimo.*)

El sol esconda sus rayos,
El esplendor que tenia;
La luna su claridad,
Que Dios dado le habia;
El cielo vista de negro,
Luto haga cada dia,
Con todo el polo estrellado
Que escurecerse debia.
Todos los cuatro elementos
Pelean á mas porfía:
Aire, fuego, tierra y agua
Hagan señal de agonía.
Todos hagan sentimiento
Tal cual sentirse debia,
Por causa d'este monarca
Que Dios llevado se habia.
Llore toda la España,
Llore Aragon y Castilla,
Lloremos los catalanes [1],
Que aficion nos tenia.
Llore el buen papa Clemente,
El que la Iglesia regia,
Pues que perdió tan buen lado,
Que tan bien la defendia.
Roguemos los cristianos
A Dios y Santa María,
Qu'el rey nuevo que nos queda
Haga como el padre hacia.
Señores, si estáis atentos,
Con brevedad contaria
Esta muerte dolorosa
Qu'el buen Monarca sentia.
Año de mil y quinientos
Noventa y ocho corria,
A los postreros de julio,
Muy mala gana tenia
Esta majestad real
Que Felipe se decia.
Envíale Dios un correo,
Se prepare á la otra vida;
Esto es, la enfermedad:
Quien peleó noche y dia,
Quien hizo temblar al Turco,
La enfermedad lo vencia.
No aprovechan los doctores
Del arte de medicina,
Ni la ciencia de Galeno,
Que poco provecho hacia:
No aprovechan los cordiales,
Ni médicos, ni gallinas,
Pues Dios ha determinado
El llevarlo á la otra vida.
A los diez dias de agosto
Tan cansado se sentia,
Que recibió el sacramento
De la santa Eucaristía.
A los doce ya entrados
Por muerto ya le tenian.
Tres dias estuvo echado
Sobre un cuerpo de valía,
Que es un santo glorioso
De la órden agustina:
Si quereis saber su nombre,
San Guillermo se decia.
A los quince de agosto
El buen Rey en sí volvia,
En su acuerdo y memoria
Y juicio que tenia.
Manda luego que le traigan
La santa Uncion que queria,
Y con mucha devocion
El buen Rey la recibia.
Estuvo el buen Rey penando
Cincuenta y cinco dias,
Sin moverle de un lado
Para mudarle camisa,
Por causa de estar llagado:
Treinta agujeros tenia.
Por poco que le tocasen
Muy grande dolor sentia;
Mas con toda la paciencia
El buen Rey lo recibia,
Invocando á San Lorenzo,
Cuya devocion tenia.
A los trece de setiembre,
Tres horas ántes del dia,
Entró allí una gran señora
Que muy flaca parecia:
¿Quereis ver el gran poder
Qu'esta señora traia?
Pues d'esta el mismo Jesus
D'ella temblaba y temia
En la noche de la cena,
Cuando á los suyos decia:
Tristis est anima mea,
Hasta tanto que moria.
Esta señora es la Muerte,
Si alguno no lo entendia.
Entra sin pedir licencia,
Porque de Dios la tenia:
Va derecha al aposento
Donde Felipe dormia;

Hablóle muy rigurosa
Al oido, y le decia:
—Vamos, vamos, rey d'España,
Vamos, que la hora es venida
Para que vos déis la cuenta
A la Majestad divina.
Es menester que vengais
Hoy conmigo á la otra vida.
—¿Quién sois vos, responde el Rey,
Que hablais con tal osadía?
—Felipe, yo soy la Muerte,
Que á nadie perdonaria:
Todos me dan vasallaje
Desque Adan pecado habia.
—Si eso es verdad, dijo el Rey,
Buena sea vuestra venida:
Dejadme ordenar mis cosas
Lo que á mi me convenia.
—Soy contenta, que me place,
La Muerte le respondia;
Solamente que ordeneis
Lo que á vos os parecia.—
Manda llamar confesores,
Doctores de gran valia,
Prelados con arzobispos
Y padres de santa vida.
Mandó llamar á la Infanta
Y al Príncipe en compañía.
Desque los tuvo delante,
Bien oiréis lo que decia:
—Doña Isabel de la Paz,
Discreta en sabiduría,
Que consejeis vuestro hermano
Cómo regirse debia,
Porque entra mozo en el mundo;
Poca experiencia tenia.
Encárgoos la santa Iglesia,
Que sea bien defendida;
Plegue al encarnado Verbo
Y á la sagrada María
Que lo hagais mejor que yo:
Mi alma descansaria.
A vos os digo, hijo mio,
No os fieis de monarquías,
Ni del estado de rey,
Ni de tener señoría:
Ya veis qu'esta majestad
Y autoridad que tenia,
Dios, que me la habia prestado,
Me la pide en este dia.
Mirá, á los pobres de Cristo
No les hagais descortesía,
Ni perjuicios, ni agravios,
Porque á Dios no le placia;
Y aqueste cuerpo llagado,
Hijo, la voluntad mia
Es que no sea enterrado
Con pompas ni galanías.
Allá en el Escurial,
Do mi cuerpo enterrarian,
No quiero que los cantores
Prosigan su cantoria;
Bástame su canto llano:
Mi alma descansaria.—
Diciendo aquestas palabras
La bendicion les daria.
Los dos Príncipes lloraban,
Y el buen padre les decia:
—No lloreis ya, hijos mios,
Que llorar no os convenia.—
Estando en aqueste estado,
El Rey un Cristo pedia:
Adora devotamente,
Con devocion le decia:
—¡Oh perdon de los culpados,
Doléos d'esta alma mia!
Perdonadme si la Iglesia
No la he bien defendida.
Perdona por la pasion,
Por vuestra sangre vertida,
Por bofetones y clavos,
Tormentos, cruz y agonía.
¡Oh San Lorenzo y San Diego,
De quien mi alma confia!
Alcanzadme ahora perdon
Vosotros en este dia.
Rogad á la Virgen pura,
Beatísima María,
Que es madre de pecadores,
Que á su Hijo rogaria.
Buen Señor, en vuestras manos
Encomiendo el alma mia:
No me juzgueis mis pecados
Así como merecia.—
Con esto y decir —Jesus,—
L'alma del cuerpo salia,
Dióla ya á su Criador,
A quien dársela debia.
Veis un segundo Sanson
Qu'en Israel defendia;
Veis ahí la luz del mundo,
Que se eclipsa en aquel dia;
Veis la majestad real,
La muerte la deshacia:
La autoridad de Felipe
Echada en polvo y ceniza.
No quiero contar el llanto
Que en el palacio habia;
Diré que á quinientos pobres
De luto el buen Rey vestia.
No quiero contar la cera
Ni las hachas que ardian
Por la muerte de un tal rey
Que mucho mas merecia.
Allí lloraba la Infanta,
Y el Príncipe lloraria;
Lloraban los cortesanos
Cuantos en la corte habia;
Lloraban señores de salva,
Que mercedes recibian:
La Emperatriz con sus damas
Muy grandes llantos hacian.
Hiciéronle las obsequias
Como á rey pertenecia,
Cual convenia á su estado,
Ansí hacer se debia.

SEGUIDA.

Señores, ya habeis oido
Esta mi flaca poesía;
Si está algo mal limada,
Confieso la culpa mia:
Suplico á vuestras mercedes
Con toda honra y cortesía,
Que si hay falta, disimulen,
Si hay quien presume poesías.
Y este católico Rey,
Que en cristiandad relucia,
Que lo encomienden á Dios
Con algun Ave-María,
Suplicando al Rey del cielo
Y á la sagrada María,
Que le haya hallado en gracia
Y le dé gloria cumplida.

(*Silva de varios romances.*)

[1] Sin duda el autor de este romance era catalan.

1197.

EXTENSION DE LOS DOMINIOS ESPAÑOLES EN TIEMPO DE FELIPE II, Y ESPERANZAS DE ADQUIRIR NUEVOS ESTADOS.

(*Anónimo.*)

Al gran Felipe Segundo [1],
De España rey sublimado,
Que la mas parte del mundo
Dios en gobierno le ha dado,
Todos los reinos de España

Obedecen su mandado,
La mayor parte de Italia,
Y Flándes con sus estados,
Y en Africa tiene fuerzas
Con presidio aventajado,
Ceuta, Tánger y Melilla,
Oran y el Peñon nombrado,
Y cuasi todas las islas
Que están en el mar salado,
Y por todo el Occidente
Se ha extendido su reinado;
Gran número de provincias
Del imperio mejicano,
Do promete ricas venas
El lugar mas olvidado:
Grandes islas, ricos puertos,
Que españoles han poblado,
Pasando la equinoccial
En el Perú han habitado,
Gran imperio de los Incas
Que entre ellos han gobernado,
Sojuzgando mil naciones
Hasta estar todo allanado.
De aquí cargan grandes flotas
Para España cada un año
De drogas, de plata y oro,
Que no puede ser sumado.
En riquezas á esta tierra
Ninguna se le ha igualado,
Ni tal se sabe en historias
Que hubiese en tiempo pasado.
Pues volviendo al Mediodía,
No se nos quede olvidado
Los muy extendidos reinos
De los etíopes tostados,
Ofreciendo grandes sumas
De oro fino, aquilatado,
Y caminando al Oriente
Mil provincias han hallado
En la Persia y en las Indias,
Que han poblado y conquistado
Excelentes capitanes
Que Portugal ha criado.
Esta es la region dorada
Do Febo está regalado;
La India á la mano izquierda,
Mil islas al otro lado
De muy rica especería,
Canela y clavo preciado.
Calicut y Trapobana,
Las Filipinas al cabo,
Que por ser su poblador
El Rey las ha así llamado.
Pues, en Japon y la China,
Se espera otro nuevo estado
Con que para siempre sea
El nombre de Dios loado;
Y así nuestro Rey invicto
Quiere estar siempre ocupado
En sembrar por todo el orbe
El Evangelio sagrado,
Y con este santo celo
Todo lo tiene allanado.
No se ha visto mayor rey
En lo presente y pasado:
Del Oriente al Occidente
Todo lo tiene abrazado;
Y dende el Meridion,
A donde está el mar helado,
Siempre está mirando Febo
Las tierras que ha sujetado.
Con sus fuertes españoles
Todo lo tiene domado,
Que al rey frances en Pavía
Le vimos aprisionado,
Despues la de San Quintin
Bien caro les ha costado;
Y el Gran Turco con su armada
Fué muy bien descalabrado.
Solo los ingleses quedan
Para pagar su pecado;
Que si en su juventud fuera,
Pagáranlo de contado.
Y pues, queriéndolo Dios,
De Cales se ha apoderado
Para que se tenga á raya
Un pueblo desenfrenado,
Miéntras que se allega el tiempo
Que por Dios está ordenado
Que obedezcan su pastor
Como en el tiempo pasado,
Y el griego, y el aleman,
Y el cita mas apartado
Vengan en conocimiento
De aquel que los ha criado,
Con religion verdadera
Con que Dios sea agradado,
Y el estandarte de Cristo
Triunfe en todo lo poblado
Contra el infame Mahoma
Y el hereje porfiado,
En vida d'este gran Rey
Y de su heredero amado.

(*Códice de fines del siglo* XVI.)

[1] En el original empieza el romance: *El gran Felipe Segundo;* pero como no hace buen sentido, se ha corregido *Al buen* etc., para que lo haga.

ÉPOCA DE FELIPE III.

1198.

DE CÓMO Y POR QUÉ EL REY DON FELIPE III EXPELIÓ Á LOS MORISCOS DE ESPAÑA, Y DE LA PENA QUE LES CAUSÓ ESTE DESTIERRO.

(*Anónimo* [1].)

Gran revuelta hay en España,
Los reinos alborotados
De la morisca nacion,
Enemigos de cristianos.
Viva Dios y viva el Rey
A pesar de los paganos;
Y á la Santa Inquisicion
Téngala Dios de su mano.
Castíguese al que es hereje,
Conózcase al que es cristiano,
Y todos vivamos unos
Como muy fieles hermanos.
Viva Margarita de Austria
Y gócela muchos años
El Leon, que con su nombre
Tiene al Gran Turco temblando.
Tiemblen nuestros enemigos,
Lloren con ojos entrambos,
Que mas vale que ellos lloren
Que no leales vasallos.
Y aquel cuchillo sangriento,
Y el corvo alfanje afilado
Que tenian para nosotros,
Sea en ellos ejecutado.
Pasen presto á Berbería[2],
Tomen sitio reformado,
Que aquí se comen las capas,
Otro poquito á otro cabo.
El morisco que ponia
Duro alpargate de esparto,
Ahora trae borceguíes
Argentados alosados,
Vestido de terciopelo
En tafetan aforrado,
Y espada muy plateada,
Y puñal sobredorado.
Y el morisco que solia
Estar sujeto á su amo,
Quiere ahora que le sirvan
Criados de cuatro en cuatro.

Tan arrogantes andaban
Por las calles paseando,
Que miraban con donaire
Al cristiano desgarrado,
Que por ellos no se pone
Si un vestidillo de paño:
Por ser mucha su pobreza
Andan contino arrastrados.
Y la morisca tendera
Que solia fregar platos,
Saca barretas de plata
En los chapines dorados,
Con gran vestido de seda
Collaretes extremados,
Y gran cadena de oro
Eslabones esmaltados;
No solo salen con amas,
Mas en coches adornados,
Que parecen ser mujeres
De señores venticuatros.
Los adornos de sus casas
De criadas y criados,
Y el estrado de su asiento
De brocados muy preciados.
Las bodas y los bautismos
Regocijos extremados,
Los celebran con las zambras
Compuestas á lo gallardo.
Era tanta ya su pompa
Y triunfo demasiado,
Que por ellos no conocen
El caballero y hidalgo.
Estaban ya por España
Con punto tan remontado,
Que cada cual ya pretende
Oficios de mucho cargo.
Habia muchos doctores,
D'ellos muchos escribanos,
Procuradores á vueltas
Y muy peritos letrados.
Los tratos y mercancías
Estaban tan de su mano,
Porque en solo su poder
Estaban ya los estancos,
Y el hombre que era de plaza
Paseaba tan lozano,
Con tal sér y gravedad
Cual si fuera un veinticuatro,
Yendo á la iglesia por fuerza
Por minuta los llamando,
Vestidos de oro y seda,
De telas y de brocados;
Mas no por la devocion
Sino para ser mirados,
En su grande triunfo y pompa
Con que estaban levantados.
Aquestos polvos, señores,
Estos lodos han causado:
La desórden pone órden
Al que está mas descuidado.
Tantos años de secreto
El mortal tiempo operando
Del hilo de nuestras vidas,
¡Quién pudiera imaginarlo!
No vive mas el leal
De lo que quiere el contrario,
Y este lance fué lanzada
Que á vosotros se ha tornado.
¡No confieis en Mahoma!
¡Mirad que es profeta falso,
Y que es ahora el que os tiene
A todos juntos llorando!
A todos los de Valencia
Y Aragon que viven cautos,
Los de Madrid y Toledo,
Los de Córdoba y Hornachos,
De Sevilla y de Granada,
Por traidores publicados
A la corona real
Que Dios guarde muchos años,
Y la insigne Andalucía
Y sus pueblos comarcanos,
Todos juntos van á un tiempo
Pues en un tiempo pecaron.
¡Sabe Dios cuánto nos pesa
Siquiera por ser criados,
Nacidos en nuestra patria
Y en nuestra fe confirmados!
Quiero el remedio decir
De los que vais embarcados,
De la muy noble Sevilla,
Que por copia se han sacado.
Treinta mil y mas van juntos
Hombres, mujeres, muchachos,
De grande y pequeña edad,
De pobre y de rico estado.
Del Aljarafe vinieron
Cinco mil y veinticuatro:
Otros cabos que no cuento
Casi llegan á otros tantos,
Embarcados juntos llevan
Que á quien los está mirando,
Le quiebran el corazon
Por ser forma de cristianos.
Unos dicen: —¡Ay mi tierra!
¿Quién d'ella me ha desterrado?—
Mas no hay que lo preguntar,
Pues lo han hecho mis pecados.
Y las moriscas mujeres
Torciendo las blancas manos,
Alzando al cielo los ojos
A voces dicen llorando:
—¡Ay Sevilla, patria mia!
¡Ay iglesia de San Pablo,
San Andres, Santa Marina
San Julian y San Márcos!—
Otros lloran por los sitios
Donde tenian sus tratos:
Unos dicen el Alfafa,
Otros la puerta el Osario,
La Macarena y Carmona,
El Arenal y su trato,
La de Jerez y la Carne,
La del Sol que se ha eclipsado.
Otros lloran por la feria
Con sus cambios y recambios,
Sus tratos y sus comercios,
Con los del Caño-Quebrado.
Plaza de San Salvador,
La famosa cal de Francos,
Cal de Génova y las Arenas,
Lo público y cultivado.
Otros llamaban á voces
A la virgen del Rosario
Y á la virgen de Belen:
Ella sea en nuestro amparo.
Tanto es su sentimiento
Que á los niños en los brazos,
Que criaban á sus pechos,
Por leche les daban llanto.
Las insinias que llevaban
Gran devocion provocando,
Todas mantellinas blancas
Compuestas á lo cristiano.
Cada cual lleva sus cuentas,
Que son devotos rosarios;
Va con ellos un pendon
Dibujado y esmaltado
Un devotísimo Cristo,
Adonde van contemplando;
Y muchos de los moriscos,
Antes de ser embarcados,
Dejaron muy ricas mandas
A los templos señalados.
Hubo entre ellos mercader
Que en San Julian es nombrado,
Que á la virgen de la Iniestra
Dejó cuatro mil ducados.

Otros dejan para misas,
Otros hacen cabo de año,
Celebrando por sus almas
Las obsequias de cristianos.
Aquesto, señores, basta
Para los que acá quedamos,
A que roguemos á Dios
Que los tenga de su mano.
Al marques de San German
Prospérele Dios su estado,
Y sobre todo la vida,
Pues así cumple el mandado
De su real Majestad,
Tercer Felipo llamado,
Que como buenos pastores
Tan bien guardan su ganado,
Apartando del que es bueno
El que es insolente y malo.
Con esto quedará España
Limpia del mahometo bando
Y acrisolada la fe
Cual oro de Dios formado.
Con esto, señores, basta,
Aunque corto me he quedado,
Porque vean por lo ménos
Lo mas de lo que he tratado.

(*Relacion del sentimiento de los moriscos*, etc.)

[1] Es contemporáneo este romance á los hechos que refiere, y en él se ve que la envidia por una parte, la ostentacion imprudente de prosperidad por otra, ademas de la suspicacia religiosa, influyeron á concitar la opinion y á excitar el odio de los cristianos viejos, contra los nuevos, descendientes de los moros. Solo la envidia, y el fanatismo religioso generalizado entre el pueblo, pudo hacer practicable una medida tan dura, en que confundidos muchos inocentes con otros culpables, castigaba á los unos por sospechas vagas, inciertas ó infundadas, y á los otros por intenciones que ni siquiera se apoyaban en hechos ó conatos verídicos y probados, de ejecucion. Del contexto del romance mismo pueden deducirse las encontradas causas que hicieron en España popular la expulsion de los moriscos, y que hirió entre ellos á tantos buenos cristianos, que en medio de tan horrible destierro y persecucion, todavía, en vez de odio contra sus perseguidores, destinaron sus bienes á obras y fundaciones piadosas, implorando á la misma religion en cuyo nombre se les perseguia, castigando y martirizando tantos inocentes. Cuál era la opinion de los hombres sabios, humanos, caritativos del tiempo, sobre una medida tan crudamente arbitraria cuando ménos, se ve en el episodio que Cervántes introdujo en su admirable obra maestra de ingenio, de razon y de filosofía. A pesar de que el miedo de incurrir en sospechas, que aun infundadas, entónces se castigaban como crímenes, le obligó á Cervántes á atenuar su censura, con todo eso los efectos inmorales de tan dura ley aparecen claros y patentes en su novela del *Ricote*. Semejantes medidas generales, y que tantas injusticias llevan consigo, solo pueden disculparse cuando son absolutamente necesarias para salvar la sociedad, cuando la misma caridad las aconseja. ¡Oh cuán grave es la situacion de los hombres que tienen que decidir haber llegado este caso, y que renegar del principio humanitario y evangélico que proclama valer mas se salven mil culpados, que exponerse á condenar un inocente! Nosotros no nos atrevemos á decidir si en un pais donde existia el Santo Oficio y su modo de enjuiciar, el destierro de los moriscos fué una medida salvadora, ó un lujo de odio provocado por la envidia y la codicia. Solo el Hijo de Dios, crucificado por salvar á los hombres, podrá juzgar á los que la tomaron, porque él solo penetra los íntimos sentimientos, la conciencia de aquellos á quienes se ha encargado la direccion de los pueblos. Por mucho que los consejeros de Felipe III han procurado justificar sus procedimientos contra los moriscos, todavía la conciencia humana se rebela contra ellos; y para aprobarlos necesita refugiarse en el secreto misterioso de lo que es la justicia divina, que juzga con un completo conocimiento de los hechos y de las causas. ¡Pero cuán puro, inocente y exento de toda personalidad! Cuán penetrado de celo ardiente y desinteresado debe estar el corazon del hombre que sirve de ministro en estos casos á la Providencia, si quiere que semejantes hechos no le sean imputables en la otra vida! ¡Cuánto necesita de la inmensa gracia de Dios, para que ningun motivo terrenal influya en el brazo que descarga sobre las víctimas! El hombre destinado á tales hechos debe tener el alma de Abrahan cuando alzó el cuchillo sobre el cuello de su hijo; pues si no se despoja al ejecutarlos de todas las pasiones, es un criminal, es un pecador que merece la execracion de los hombres, el infierno en fin.

[2] Algun prelado fanático é impaciente principió en Valencia la expulsion y atroz destierro de los moriscos, un año ántes de 1610, en que se publicó la ley. Semejante atentado contra las existentes, no solo quedó impune sino glorificado, y contribuyó no poco á que el Gobierno se precipitase á sancionar y generalizar la medida que despues tomó contra los moriscos, sin distincion de inocentes ó culpados, y sin considerar que el número de aquellos era tan grande como pequeño el de estos.

ÉPOCA DE FELIPE IV. — ROMANCES SOBRE LA PRISION Y MUERTE DE DON RODRIGO CALDERON.

1199.

REFIÉRESE LA PRISION DE DON RODRIGO, Y LO QUE EN ELLA SUFRIÓ.— I.

(*De Simon Herrero*[1].)

¿Qué es aquesto, fama amiga?
Qué es de vuestra voz sonora?
Qué es de las plumas lijeras
Que por el viento tremolan?
¿Dormís acaso? ¿Es posible?
Tocad la sonora trompa,
Y pregonad con cuidado
De Don Rodrigo la historia.
Cuéntame de sus privanzas
Sus aparatos y pompas,
Si es querido de los reyes,
Si lo que manda se otorga,
Si es marques de Siete-iglesias,
Si es conde de Oliva ahora,
Si es capitan de la guardia,
Si alegre se huelga y goza,
Si tiene muchos criados
Con libreas muy costosas,
Y si con grandioso triunfo
Se pasea en su carroza;
La variedad de caballos
De mil colores vistosas;
Si en ellos juega á las cañas,
Haciendo muestras pomposas;
Si lo acompañan los grandes,
Si caballeros le adornan,
Si es secretario del Rey,
Colmado de humanas glorias;
Cuéntamelo, fama hermana:
¿No respondes? ¿Eres sorda?
—No soy sorda, dulce amigo,
Yo lo diré cuidadosa.
Sabrás que el triste Rodrigo,
Que de Calderon se nombra,
Ya pereció; ya dió en tierra
Su encumbrada Babilonia.
Prendióle el Rey en su casa;
Y por cárcel se la otorga,
Que no es muy poco favor
Ser cárcel su casa propia.
Dos años y medio estuvo
En esta prision penosa,
Que á veces es la prision
Purgatorio de las honras.
El vulgo aprisa murmura,
No hay cosa encubierta agora:
Ya le componen romances
Contando toda su historia;
Y pues atento me escuchas,
Cantará mi lengua ronca
Del infelice Rodrigo
La tragedia lastimosa.

(*Aquí se contienen cuatro romances muy curiosos*, etc. Pliego suelto.)

[1] Estos romances tienen mucha analogía por la situacion casi idéntica con los de Don Alvaro de Luna. Todos ellos, aunque tomados de dos pliegos sueltos, de los cuales, uno impreso en el siglo XVIII, parecen segun su contexto compuestos en la época de la muerte desdichada del infeliz privado del rey Felipe III.

1200.

DESPÍDESE DON RODRIGO CALDERON DE SU ESPOSA É HIJOS, RECELOSO DE SER CONDENADO Á MUERTE.— II.

(*Anónimo.*)

En un aposento á solas
Mandó llamar Don Rodrigo,
De Siete-Iglesias marques,
A su mujer y á sus hijos.
Hechos sus ojos dos fuentes
O dos caudalosos rios,
Desque los tuvo delante
D'esta manera les dijo:
—Hoy, marquesa Doña Ines,
Quedais viuda y sin marido;
Vosotros, hijos, sin padre,
Yo sin mujer y sin hijos.
Amparadlos, por ser vuestros,
Y adoradles, por ser mios:
Ya os dejo á mi padre viejo
Por vuestro amparo y abrigo,
Que el Rey me quita la vida,
Segun yo tengo entendido.
De capitan de la Guardia
Mandó que deje el oficio:
Preguntéle al Rey la causa,
Y él me respondió benigno:
—Importa que obedezcais;
Haced, Marques, lo que os digo.—
Púseme yo en mi carroza,
Solo, triste y pensativo,
Y encontréme al de Pastrana,
Que me dijo al oido:
—En los casos de fortuna
Se muestra el valor y brio,
Que mata un rey enojado
Mas que un fiero basilisco.—
Y estando preso en Montancho,
Harto triste y pensativo,
Escuché en gran soledad
A uno que cantando dijo:
—Mándaos prender el Rey;
Mas temo que no os han dicho
Que matastes á la Reina:
¡Ay Dios, qué grave delito!
Tristes dejastes los reinos
Tambien del Tercer Filipo.—
¡Casi despidiera el alma
Si no fuera por sus hijos!
—Vos dijistes no lo hicistes;
Mas vuestros propios amigos
Lo que hicistes y no hicistes
Sacan en palacio á gritos.
Perdonad á mi instrumento
Porque tan claro os lo ha dicho;
¡Mirad que reina un rey cuarto!
¡Mirad, Marques, que os lo aviso!—
Esto contó á la Marquesa
El buen marques Don Rodrigo:
—No me repliqueis, Marquesa,
Que me acortaréis los hilos
De mi desdichada vida,
Pues mal empleada ha sido.
Id, Marquesa, á vuestro cuarto,
Consoláos con vuestros hijos.—
Y en señal de paz le dió
Un ósculo en su carrillo,
Diciendo: — ¡Adios, mi señora!
¡Adios, adios, hijos mios! —
Ida que fué la Marquesa,
Dijo delante de un Cristo:
—¡Misericordia, Señor,
De aquel triste y afligido!
Que pues vos nos redimistes,
Sednos amparo y abrigo.

(*Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderon*, etc. Pliego suelto.)

1201.

DE CÓMO SE SIGUIÓ LA CAUSA Á DON RODRIGO, SE LE CONDENÓ Á MUERTE Y LE FUÉ NOTIFICADA LA SENTENCIA.— III.

(*De Simon Herrero* [1].)

Los que seguis ambiciosos
La grandeza cortesana,
Y en los alcázares reales
Quereis vivir sin mudanzas,
Aunque por otros ejemplos
Que antiguas historias cantan,
Conoceis de la fortuna
Los engaños y asechanzas;
Aunque en el valiente Luna,
Por su célebre desgracia,
Se muestra á cuántas miserias
Está expuesta la privanza;
Escuchad con atencion,
Suspended un poco el alma,
Que con razon se suspende
Siendo tan justa la causa;
Sabréis lo que está corriendo
Sangre, y con razon se llama
Correr sangre, pues, al caso
Este de que corrió tanta.
Caso es nuevo y prodigioso,
Y tanto que se levantan
Los cabellos con el miedo
De tragedia tan extraña.
Don Rodrigo Calderon,
Que un tiempo se titulaba
El marques de Siete-Iglesias
Y capitan de la Guardia;
Tambien conde de la Oliva,
Y de quien se confiaba
El gobierno y los despachos,
Y negocios de importancia,
Fué preso por varias culpas
Que en su proceso se estampan,
Adonde tuvo por cárcel
Dentro de Madrid su casa.
Duró cerca de tres años
La prision, que fué tan larga,
Porque lo fueron materias
De gravedad y importancia.
Al fin condenado á muerte,
Que pase por ella mandan,
De que suplicó ante el Rey
Y á su piedad soberana.
Dos jueces mas se le dieron,
Personas doctas y cautas,
Y de cuya ejemplar vida
Dirá el tiempo cosas varias.
Vieron otra vez su culpa,
Y despues de ventilada,
La sentencia se confirma,
Y en ella que muera mandan.
El secretario á quien toca
Haber de comunicalla,
Hace que dos religiosos
Para disponerle vayan.
Quiere que estos le amonesten
Y le dispongan el alma,
Para que el golpe reciba
De una pena tan amarga.
Dos religiosos, que son
De aquella órden descalza
De la gran madre Teresa,
Por mil atributos santa,
Le van dando poco á poco
Noticia de lo que estaba
Ya dispuesto por el cielo,
Que de allá sin duda baja.
El Marques con buen semblante
A la muerte le hace cara,
Y la sentencia segunda
Es cierto que no le espanta,
Porque desde la primera,
El, de disponerse trata,

Haciendo mil ejercicios
En que el cielo le inspiraba,
Ayunos y disciplinas,
Y oracion siempre tan alta
Y llorosa, que cubria
Toda la tierra de lágrimas.
Como de estas prevenciones
Su ánima fortificaba
Para tan grave dolor,
Fuerte y robusto se halla.
Oyó con semblante grave
La sentencia que le daba,
Y dijo : — Si ello es justicia,
Razon es que en mí se haga :
La voluntad de los cielos,
Que es voluntad soberana,
Es bien tenga ejecucion,
Que no es justo dilatarla.—
Espantóse el secretario,
Y los que con él estaban,
Y dicen : — Sin duda el cielo,
Caballero, te acompaña.—
El modo de la justicia,
Y la perfeccion cristiana
Con que murió, otro romance
Dirá en mejor consonancia.

(*Aquí se contienen cuatro romances muy curiosos*, etc. Pliego suelto.)

1 Es imitacion del romance de Don Alvaro de Luna, núm. 1001.

1202.

INTÍMASE Á DON RODRIGO CALDERON LA SENTENCIA DE MUERTE Y DEMAS, FULMINADA EN PRIMERA INSTANCIA. — IV.

(*Anónimo.*)

La barba hasta la cintura,
Rubio el cabello y muy largo,
Pálido y mudado el rostro,
De ayunos el cuerpo flaco,
Y una gruesa disciplina
En sus delicadas manos,
Cubierta de roja sangre
Que de su cuerpo ha sacado,
Estaba el de Siete-Iglesias
Delante de un Cristo orando,
Que la oracion es consuelo
De un triste y atribulado,
Cuando vió entrar por la puerta
De la sala un secretario :
—Perdone Vueseñoría,
Que vengo á notificaros
Una terrible sentencia,
Y me pesa el disgustaros.
—Leedla, amigo, le dice,
Que yo perdono de grado,
Que ha de perdonar quien quiere
Ser de Dios perdonado.—
Y levantándose en pié,
Con el sombrero en la mano,
El secretario confuso
La sentencia ha relatado :
—Yo, Felipe, rey de España,
Y de aqueste nombre cuarto,
Mando cumplan lo siguiente
Los de mi corte y palacio :
A Rodrigo Calderon
Es mi voluntad y mando
Que un millon me restituya
Con doscientos mil ducados,
Y lo pague de su hacienda
De lo bueno y mas parado :
Tambien mando que le quiten
Del pecho un rojo lagarto,
Que no ha de cubrir la cruz
De un mal pecho los engaños;
Y mando que en una mula,
De su casa sea sacado,
Ensillada y enfrenada
Como reo justiciado,
Con pregoneros delante
Que vayan manifestando
Diciendo con altas voces
De su vida el mal estado.
Llegado que sea al suplicio
De un funesto cadahalso,
Sea á manos del verdugo
En público degollado,
Para que de ejemplo sirva
Así al bueno como al malo,
Dándole justo castigo :
Esto ordeno y esto mando.—
De oir la triste sentencia
Quedó el Marques desmayado;
Con lágrimas en los ojos
El duro suelo ha regado.

(*Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderon*, etc. Pliego suelto.)

1203.

PRESO DON RODRIGO CALDERON, DECLARA HABER SIDO HOMICIDA DE MUCHOS; PERO NO DE LA REINA, DE CUYA MUERTE LE ACUSABAN.—V.

(*Anónimo.*)

Apriesa devana y coge
La parca envidiosa y fiera
El hilo del triste fin
Del marques de Siete-Iglesias.
Del arco y flechas se arma,
Responde d'esta manera :
—¡ Dicen que maté á la Reina!
Falsedad es, por mi honor.
¡ Otras culpas me condenan,
Que la de la Reina, no!
Antes en la otra vida
Otros se quejan á Dios :
Un paje que á media noche
Medio vivo enterré yo,
Que me da grandes aullidos
Por donde quiera que voy.
Donde quiera que estoy solo
Oigo me dice una voz :
Señor, ¿por qué me mataste,
Pues no tuve culpa yo?
Y á un alguacil de corte,
Y á la mujer de un oidor,
Y á un gentilhombre del Duque,
Que es de Lerma, mi señor;
Y al príncipe de Saboya,
Que en Valladolid murió,
Y al cardenal de Toledo,
Y al otro predicador;
En treinta y tres otras muertes
Que he hecho y consentido yo :
Estas muertas yo confieso,
Mas la de la Reina no,
Que pecados que no ha hecho
No confiesa un pecador :
De la Reina mi señora
Nada sé, á fe de quien soy.

(*Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderon*, etc. Pliego suelto.)

1204.

DEFINITIVAMENTE CONDENADO Á MUERTE DON RODRIGO CALDERON, SE PREPARA Á ELLA RECIBIENDO LOS SACRAMENTOS.—VI.

(*Anónimo.*)

Otorgóle el Rey la súplica,
Responde y da por respuesta
Que le nombren jueces nuevos,
Que vean si es justa y recta,
Que no quiere del sin culpa

Lleguen al cielo las quejas.
Visto y revisto el proceso,
Vieron que en justa conciencia
Merecia muerte cruel
Segun las leyes lo ordenan.
Va el secretario al Marques,
Dicele la triste nueva:
Allí demostró el Marques
Gran humildad y paciencia.
Vueltos sus ojos dos rios,
Responde d'esta manera:
—No miran que soy marques,
Ni señor de Siete-Iglesias,
Gran capitan de la Guardia,
Conde de Oliva y su tierra,
Y comendador de Ocaña,
Y regidor de Plasencia;
Mas, fuí del Rey secretario,
A quien Dios en gloria tenga,
Y fuí de Valladolid
Alguacil mayor; yo era
Conde de Villalonga,
Que me dió el duque de Lerma,
Con otros muchos ditados,
Con mas de dos mil grandezas;
Mas ser de un rey secretario,
Ser quien á España gobierna,
Entre todas las que tuve
Es la mayor excelencia.
Son trescientos mil ducados
Los que tenia de renta.
Por escalones de vidrio
He subido á la alta esfera;
Pero al fin, como eran flacos
He venido á dar en tierra.
A Don Alvaro de Luna
Representa hoy mi tragedia,
Que él fué paje, y yo lo fuí:
¡Mirad qué dicha la nuestra!
¡Oh quién fuera pastorcillo
Que guardara sus ovejas,
Que pudiera ser que allí
Tuviera ménos soberbia!—
Y á los veinte de octubre
Del presente, que se cuentan,
Comulgaron al Marques
Que llaman de Siete-Iglesias;
Y entrando Cristo en su casa,
Le dice d'esta manera:
—Seais, Señor, bien venido
A mi casa, enhorabuena,
Que hoy venis vos á la mia,
Yo mañana iré á la vuestra.
¡Misericordia, Señor!
Recoged aquesta oveja,
Que huyó de vuestro rebaño
Por culpas que en mí se encierran.

(*Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderon*, etc. Pliego suelto.)

1205.

PREPÁRASE Á LA MUERTE DON RODRIGO CALDERON.

(*Anónimo.*)

Quedando ya triste y solo
Don Rodrigo Calderon,
Al paje que está de guardia
D'esta manera le habló:
—Bien sabrás, amigo mio,
Triste y pensativo estoy
Desde aquel dia en que oí
En Montancho aquel cantor:
Dijo que maté á la Reina
¡Ay Dios, qué grande traicion
Pagaré yo con la vida!
Pero no la debo, no.—
Para quitarle la cruz,
El Comendador mayor
Al marques de Siete-Iglesias
D'esta manera le habló:
—Perdone Vueseñoría,
Que manda el Rey mi señor
Que le quite esta encomienda:
¡Péname, á fe de quien soy!—
Y viendo el de Siete-Iglesias
Resuelto al Comendador,
La cruz que traia al pecho
De presto se la quitó;
Que los nobles caballeros
Han de mostrar el valor,
Y al hábito que vestia
D'esta manera le habló:
—¡Perdonad, hábito santo,
Que no he merecido yo
Que se adornara mi pecho
Con vuestro sagrado honor!
Miéntras aquí habeis estado,
Cruz pareciste en rincon [1],
Y porque todos me pisen
Os me mandan quitar hoy.
Mas perdóname, cruz santa,
Si es que os hice traicion,
Y entre tantos enemigos,
¿Qué haré yo, mi cruz, sin vos?—
Estando en estas razones,
Una triste voz oyó
A la puerta de la sala,
Que llaman con un cordon
Dos frailes de San Francisco,
De la órden qu'es menor.
Díjoles: — Deo gracias, padres.—
Y el hábito les besó.
Díjoles que se sentasen;
Respondieron: — Gran señor,
Ya no es hora de sentarnos;
Vuestra vida se acabó,
Y venimos á exhortarle
Que ponga firme su amor
En Cristo, Rey soberano,
Que á todos nos redimió,
Que las diez son ya del dia,
Y en este punto las dió,
Y á las once, segun dicen,
Ya habréis dado cuenta á Dios.—
Sacó un Cristo de la manga,
Y dióselo á Calderon,
Y tomándole en sus manos
D'esta manera le habló:
—Vos sois el Rey de los reyes,
Vos el supremo Señor;
Que los reyes d'este mundo
De polvo y ceniza son.—
Esto dijo Don Rodrigo,
Y á los padres se volvió:
—Las mercedes de los reyes
Dineros prestados son,
Que se piden á su tiempo
Con soberbia ejecucion.—
—Caldero inútil he sido [2],
Que ya no soy Calderon.
¿Qué me importó ser marques
De Siete-Iglesias, pues hoy
Ninguna iglesia me vale
Aun para hacer oracion?
Que no me apena morir
Ya, pues condenado estoy;
A Felipe Cuarto temo
Que me ha de hacer cuartos hoy;
Mas los cuartos son de cobre,
Yo me llamo Calderon,
Y muchos contrarios tengo;
Solo á la defensa estoy.
Duelo me hace la Marquesa:
Queda viuda y sin honor;
Tambien me duelen mis hijos,
Que quedan sin padre hoy,
Y los llevo atravesados

En medio del corazon,
Porque los dejo sin padre,
Sin hacienda y sin honor.
Mucho me duele mi padre,
Que, cuando el Rey me prendió,
Con lágrimas de sus ojos
Mi triste rostro bañó,
Y me dijo: —Hijo mio,
Con vuestra alma vaya Dios,
Que si al Rey servisteis bien,
El os dará el galardon;
Mas si le servisteis mal
No alcanzais mi bendicion,
Que perdeis hijos y hacienda,
Mujer y reputacion.

(*Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderon*, etc. Pliego suelto.)

1 Era costumbre en España poner cruces en los rincones que las casas formaban sobre las calles para evitar que se ensuciasen en ellos, respetando el signo cristiano. Don Rodrigo citando esto se considera como digno de respeto, no por sí, sino por la cruz que llevaba, y que siendo él despreciable, le hizo respetable todo el tiempo que la llevó al pecho.

2 Desde este verso se empieza á jugar del vocablo, y á la verdad, que aunque era moda en su tiempo, Don Rodrigo no estaria para hacerlo en la situacion que se veia. — Porque Felipe era el IV, y Calderon y las calderas eran de cobre, metal de que se hacen los cuartos, moneda, aludia el privado á que el Rey le haria cuartos, es decir, le haria descuartizar como se acostumbra á cierta clase de reos cuyos miembros despedazados se cuelgan en los sitios donde cometieron sus crimenes.— ¡Esto es miserable!

1206.

DE CÓMO DON RODRIGO CALDERON SE DESPIDIÓ DE LOS SUYOS, FUÉ CONDUCIDO AL SUPLICIO, Y MURIÓ: CON EL ACTO DE CONTRICION QUE HIZO ÁNTES DE SER DEGOLLADO.—VIII.

(*De Simon Herrero.*)

Desde el Artico al Antártico
Suene mi trompa lijera,
Y escúchenme los nacidos
Esta infelice tragedia.
Del desdichado Rodrigo
Contaré las tristes nuevas,
Que siendo de admiracion,
Bien pueden todos leerlas.
Por causas muy criminales
A degollar lo sentencian,
Cuya tragedia infelice
Claros ejemplos nos muestran.
Viendo ya el triste Rodrigo
Que está su muerte tan cierta,
A su mujer y á sus hijos
Les dice d'esta manera:
— Adios, mi querida esposa,
Del alma querida prenda,
Cuyo rostro, mas qu'el sol,
En mi pecho reverbera:
Adios, cara prenda mia,
Adios, hermosa Amaltea,
Ya noespereis mas de verme,
Porque mi muerte se acerca.
Hijos mios de mi alma,
Ejemplo dejo en la tierra;
No hay seguridad humana,
Por ser tan flacas las fuerzas.
Las privanzas d'este mundo
Son torres de nubes hechas,
Que en soplándolas el viento
Se hacen menudas piezas.
Por escalones de vidrio
Subí á mi trono y grandeza;
Quebráronse por ser flacos,
Y he venido á dar en tierra.
A Don Alvaro de Luna
Representa mi tragedia.
El fué paje, y yo lo fuí,
Considerad mi bajeza.
Quien imitára al pavon
Cuando hace su hermosa rueda,
Que en mirándose los piés
Queda en un punto deshecha.
Peligro es estar en alto,
Pues es cosa clara y cierta
Que dará mayor caida
Quien sube mas escaleras.
Yo he subido á la alta cumbre
De glorias perecederas:
Caí por haber subido
En la cumbre de mi rueda.
¡Oh, quién fuera un pastorcillo
Que guardara sus ovejas,
Que pudiera ser que allí
Tuviera ménos soberbia!
¡Hijos mios muy queridos,
Recibo en veros tal pena,
Que padezco cien mil muertes,
Aunque una sola me espera!
La humildad os encomiendo,
Porque es la humildad tal prenda,
Que al que es en la tierra humilde
Dios le da la gloria eterna.
Callad, hijos, no lloreis,
Que aquesas lágrimas tiernas
A los mas duros diamantes
Volverán en blanda cera.
Callad, padre de mi vida,
No bañeis las canas bellas:
Abrazadme, padre mio,
Si es que merezco esta ofrenda.
Perdonad, si os he agraviado
Con mi ruda y tosca lengua:
Dadme vuestra bendicion,
Pues que ha de ser la postrera.
Nombre tengo de Rodrigo,
Qu'es cifrado con dos letras:
Veréis que dice rodando:
¡Tal es la humana miseria!—
Aquesto dijo el Marques
Llorando lágrimas tiernas,
Y mas les dijera allí
Si mas espacio le dieran.
Subiéronle en una mula
Toda de luto cubierta,
Y los vestidos del Conde
Eran de bayeta negra.
Seis benditos religiosos
Himnos y salmos le rezan,
Y con fervor le animaban
Pidiendo á Jesus clemencia.
Muchedumbre de alguaciles
Van diciendo: «Afuera, afuera,»
Porque la gente era tanta,
Que ocupan calles y puertas.
Un pregonero delante
Dice con voz que le oyeran:
— Manda el Rey nuestro señor,
Que se cumpla la sentencia:
Condénase á degollar
Al marques de Siete-Iglesias,
Por muy atroces delitos,
Que en el pregon no se cuentan,
Y porque alevosamente
Le mandó dar muerte fiera
A un hombre, y por eso es justo
El que degollado muera.—
Llegaron á la gran plaza
Donde se ven por grandeza
Infinidad de balcones,
Que hay quinientos y setenta.
Estaban llenos de gente
Tejado, ventanas, rejas:
Un juicio final mostraba
La máquina que hay en ella.
Subió al tablado Rodrigo,
Con notable lijereza;
Sueltos los piés y las manos

Como una humilde cordera.
Dióle un padre religioso
Un Cristo de gran belleza,
Y abrazándose con él
Le dijo d'esta manera.

1207.

ACTO DE CONTRICION QUE HIZO SOBRE EL CADALSO DON RODRIGO CALDERON. — IX.

— Dulcísimo Jesus mio,
Pan de vida y gloria eterna,
Cordero, leon, gigante,
Divinidad sempiterna,
Maná de inmensa virtud,
Que á todo el mundo consuelas;
Racimo de engandi santo
Que en la Cruz se nos presenta;
Pelícano, que amoroso
Con la sangre de sus venas
Resucita á sus hijuelos
Para darles vida eterna;
Divino Dios, Pastor bueno,
Yo soy la perdida oveja:
Acógela en tu rebaño,
Porque anda el lobo tras ella.
No mires á mis pecados,
Mira tu grande clemencia:
Ya, Señor, me vuelvo á tí
Llorando lágrimas tiernas.
Misericordia, Señor,
Padre mio, gloria eterna;
Mi dulzura, mi esperanza,
Mi regalo, mi riqueza.
Sediento vengo á tu fuente,
Déjame beber en ella,
Porque en fuente tan perene
Quedará el alma contenta.
El pródigo soy que llego
Con humildad á tu puerta,
Muy diferente del otro
Por quien mataron ternera.
Padre mio, Jesus bueno,
Mira tu grande clemencia:
Gusanillo soy humilde,
El mas vil que hay en la tierra.
Déjame entrar en la llaga
Que está en tu costado abierta,
Pues es una puerta franca
Para los que á tí se allegan.
Los brazos tienes abiertos,
Y es una señal muy cierta
Que me quieres abrazar
Lleno de amor y clemencia.
Por mí encarnaste y naciste
Tomando humana librea,
Y por mí fuiste enclavado
Con mil oprobios y afrentas:
Perdona al triste Rodrigo,
Que aunque mas mis culpas sean,
Para tu misericordia
No son nada todas ellas.
Bendigan tu santo nombre
En los cielos y en la tierra,
Y yo para mas regalos
¡Jesus! diré muy apriesa.
Aquesta afrentosa muerte
Me sirva de penitencia,
Para que por ello alcance
A gozar la vida eterna.

(*Aquí se contienen cuatro romances muy curiosos*, etc. Pliego suelto.)

1208.

SUPLICIO DE DON RODRIGO CALDERON.

(*Anónimo.*)

Si el penoso y triste llanto
A la suspension da treguas,
De un desdichado marques
Oiréis la infeliz tragedia:
Acusaciones vulgares
Sus delitos manifiestan,
Presagios de su fortuna
Y hijos de su soberbia.
El vulgo vario dudoso
Ha dado contrarias nuevas,
Acreditando mentiras
Y autorizando sospechas.
Llegó pues el triste dia
De la ejecucion molesta,
Adonde la admiracion
Quedó de sí satisfecha,
Para cuya prevencion
La plaza Mayor despejan,
Y el funesto cadahalso
Fabrican en medio d'ella:
En él una tosca silla
De las del Marques diversa,
Tanto en la fábrica humilde
Cuanto en altura soberbia;
No la cubrieron de luto,
Que no están siempre cubiertas
De honor las pompas del mundo
A los que se adornan d'ellas.
La soberbia plaza y calles
El confuso vulgo llena,
Del suceso portentoso
Comentando la sentencia.
No quedó torre ó balcon,
Terrado, ventana ó puerta,
Que del caso desdichado
La pesadumbre no sienta.
Entre las once y las doce
Sacan al de Siete-Iglesias
De su casa regalada,
Ya hecha cárcel horrenda.
En una enlutada mula
Subió con accion severa,
Con caperuza y capuz
En vez de la cruz bermeja;
Cabello y barba crecida,
Saco, ya que su imprudencia
Dejó de la ocasion calva
La mal segura melena.
Un Cristo crucificado
Puesto en sus manos contempl.
Con gran devocion, sacando
Del vulgo lágrimas tiernas.
Grande guardia de alguaciles
De la casa y corte lleva,
Diferente compañía
Que le hacia la tudesca.
La Paz y Misericordia,
Ambas cofradías lleva,
Con que pretende vitoria
Debajo tales banderas.
Cuatro pregoneros luego
En alta voz manifiestan,
Alternative, las culpas
Que al suplicio le condenan.
Por muertes y alevosías
Publica el pregon que muera
Degollado un hombre triste
A quien mató su soberbia.
Con pasos lentos y graves
Al lugar trágico llega;
Con ánimo valeroso,
Si en morir hay quien lo tenga,
Las gradas penosas sube,
Y en lo mas alto contempla
De la mudable fortuna

La poco segura rueda.
Exhórtale el confesor
A la celestial carrera,
Con que el mísero paciente
Muestra contricion inmensa;
Y para mejor pasar
El amargo trago, ruega
Al carmelitano padre
Le oiga de penitencia.
Hízolo, y humildemente
Postrado pecho por tierra,
Recibió la absolucion
Porque le dé gloria eterna.
Con ánimo valeroso
Tomó la silla funesta,
Adonde el fiero verdugo
Le ligó brazos y piernas.
Al dichoso desdichado
Cubre de una banda negra
Los ojos, y desenlaza
Del cuello las blancas trenzas.
Las altiveces mundanas
Muestran su vana potencia,
Ayer mandándolo todo,
Y hoy á un verdugo sujetas.
Pendientes estaban todos,
La respiracion suspensa,
Hasta que la vil cuchilla
Se vió de sangre cubierta.

(*Códice del siglo* XVII.)

1209.

DE CÓMO MURIÓ DON RODRIGO CALDERON EN EL PATÍBULO.—X.

(*Anónimo.*)

A veinte y uno de octubre,
Las diez, poco mas ó ménos,
Sacan al triste Marques
Todo de luto cubierto.
Sale de su misma casa,
Y de un angosto aposento,
Que primero fué gran sala
De aplauso y recibimiento.
No va en jaeces bordados,
Ni en caballo, como es cierto,
Sino ensillada una mula,
Como justiciado y reo;
No acompañado de pajes,
Ni ménos de alabarderos,
Sino de padres devotos
Que le adiestran para el cielo;
No campanillas de plata
Lleva en el bozal y el freno;
Si Cristos, y campanillas
Con que se entierran los reos.
Sesenta y mas alguaciles
Van en su acompañamiento,
Todos en fuertes caballos,
Con otros tantos porteros.
Los pregoneros delante
Pregonan y van diciendo:
— Esta es la justicia, dicen,
Esto es del Rey mandamiento,
Que manda hacer á este hombre.—
¡Ay tragedia! Ay caso horrendo!
Y las damas cortesanas
Muestran grande sentimiento:
Unas dicen:— Dios te ayude,
Rodrigo, y dé sacro asiento.—
Otras, viendo su humildad,
Dicen:— Dios te lleve al cielo —
No entra en la escaramuza,
Como solia algun tiempo;
Solo sube cinco pasos
De un cadahalso funesto,
Y al postrero escalon
Es bien que al recibimiento
Le salga el verdugo, pues
Ha de hacer su oficio presto,
Con cinco padres devotos
De la órden del Carmelo;
Y desviando el capuz,
Sacado un papel del pecho,
Dándole sus propias manos
Al confesor de sus yerros
Le dijo:— Padre mio,
Lo que le suplico y ruego,
Que en estando yo sin vida
Que me desengañe al pueblo:
Que la muerte de la Reina
Cierto es que no la debo.—
Humilde abrazó al verdugo,
Por dar de humildad ejemplo,
Y en atar los piés y manos
Andó el verdugo lijero.
—Atad, amigo, le dice,
Las manos, que sueltas fuéron
A manchar mi propia sangre:
Manchad vos con ella el suelo.—
Y teniendo ya los ojos
Cubiertos de un velo negro,
Al Crucifijo le dijo
En voz baja estos requiebros:
—¡Alto Dios y Señor mio!
¡Oh alto Dios y Señor nuestro!
Yo soy la oveja perdida
Que por el despeñadero
De los deleites del mundo
Me despeñé; mas confieso
Que sois Dios del cielo y tierra,
Uno, Trino y Dios eterno,
Y en vuestras manos, Señor,
Mi espíritu os encomiendo.
Llevad, Señor, á esta alma
Con los santos en el cielo;
Perdóname, Jesus mio,
Jesus, Jesus, Jesus bueno.—
Y en oyendo esto el verdugo
Tiñó en sangre el fuerte acero.
Unos dicen:— ¡Dios te ayude!—
Otros dicen:— ¡Credo, credo!—
No confie el mas subido
En la torre de los vientos,
Que aquel que mas presto sube
Dan con él mas presto al suelo.

(*Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderon*, etc. Pliego suelto.)

1210.

DESCRÍBENSE LOS ÚLTIMOS MOMENTOS Y LA MUERTE DE DON RODRIGO CALDERON.— XI.

(*Anónimo.*)

Dicen varios religiosos
De diferentes conventos,
Que jamas morir á nadie
Con mayor perfeccion vieron.
Escuchad, sabréis el caso,
Aunque como al tiempo llego
De dar el último golpe,
Justamente me enternezco.
Así como entró en la plaza
Y del cadahalso al puerto
Se apeó, sin que ninguno
Le ayudase para ello;
Subió la escalera toda
Con grande valor y esfuerzo,
Y entrado que fué al cadalso
Besó tres veces el suelo.
Luego se reconcilió
Con un padre recoleto
Del órden carmelitano,
Planta del monte Carmelo.
Tendido de largo á largo,
Echado todo de pechos,

Recibe la absolucion
A tanto favor atento.
Al fin él se pone en pié,
Y despues de haberse puesto,
Dos veces besó al verdugo
Que le amenaza sangriento.
La venda, para vendarse
Los ojos, se la dió él mesmo,
En que metida la mano
Dicen que la trujo al cuello.
Y asentándose en la silla,
El verdugo carnicero
Le ata los piés y las manos,
Y venda los ojos luego.
El le ofrece la garganta,
Que fué su ánimo inmenso,
Y murió dejando al mundo
Admirado y satisfecho.
Todos tienen esperanza
De que goza del eterno
Premio de los escogidos,
Que es el premio verdadero.
Que estaba predestinado
Por este camino creo,
Y que Dios llevarle quiso
A su celestial consuelo.
A la noche le enterraron
Sin aparato funesto,
Como á un ajusticiado
De los humildes del pueblo.
En los padres carmelitas
Descalzos le dan entierro,
En donde está acompañado
De muchos gloriosos cuerpos.
Téngale Dios en su gloria,
Que de su piedad lo espero,
Y á nosotros nos dé gracia
Para que al fin la gocemos.

(*Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderon*, etc. Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES REFERENTES Á LAS CRÓNICAS Y TRADICIONES HISTÓRICAS DEL REINO DE NAVARRA.

1211.

BATALLA DE DON BELTRAN DE LA CUEVA CON UNA SIERPE, Y ORÍGEN DE SU APELLIDO Y BLASON.

(*De Don Francisco Navarrete y Montañes* [1].)

En planto asaz amargoso
Yacie la triste España,
Con la sangre de sus fijos
La fermosura manchada.
El leon rapante, ensiña
De su lustror é sus armas,
En el campo azul fallesce
Con postrimera cuartana.
Las sandeces de Rodrigo,
Que siempre es sandio quien ama,
A tan lastimosa coita
Su faz altanera abajan.
De aquella maldita fembra
Non la fuerza, la dexanza
Del godo, los amorios
Toruó en viles azagayas.
¡Oh roin dueña torticera,
Caloñosa, excomulgada,
La pasion de un home solo
A tantas pasiones cammias!
¿Qué convusco el Rey liviano
Fizo para tanta saña?
¡A una humanal fraqueza
Prevenis fuerzas tamañas!
Vueso tuerto no se enmienda:
Quien no lo fizo lo paga:
¡Si tolleis la vida al Rey,
Finque el reino que es su alma!
¿Dónde vas, péñola mia,
Perdida y descarriada?
Pero siempre al corazon
Fuéron seguiendo las fablas.
Derrocados sus castiellos,
Sus fuerzas amancilladas,
Menguado su poderio,
Yan sin conhorte fincaba.
En sus cuerpos lastimeros
Tan mucha fué la matanza,
Que era de un finado, otri
Sotierro en pena tamaña.
Yan de la morisca grey
Los canes con fiera rabia,
Ni á los plantos se mueven,
Nin á las coitas se ablandan.
Fuyen los que ménos pueden,
E en su fadigosa andanza
Con mas presura á la muerte
Se avecinan sin buscalla.
Las fraguras de los montes
Conquieren por seguranza;
Ca, cuando mengua en los homes,
Piedad en las fieras hallan.
Ya so el dominio agareno
De finojos la homildanza
Comprideras cerimoñas
Al cuerpo faz, non al alma.
Empero allá en las Esturias
E la invencible Navarra
El uno gusan de seda
E otri pajaron de Arabia,
Pelayo é García acuciau
Resocitar la mesnada;
Erguidos en los escudos
Les sostienen tres vegadas.
Otras tres les gridan todos,
E con vertud soberana
Rey apellidan al uno,
E ellos ciñen sus espadas.
«Astas, astas», en los montes
Con denuedo se escochaba:
Magüer son finados muchos,
Finca quien poblique «astas.»
García, asaz coidoso,
A la facienda se apaña,
E para el comenzamiento
A Mossen Beltran acata.
Era Beltran de alta guisa,
Muchos algos, sangre clara,
Con quien él partiera el reino
Si deviso non mancara.
— Beltran amigo, á tu rey
En tantas coitas ampara;
Acátale el corazon,
Non te coides de su fabla;
Yan atiendes la estrechura
En que finca nuesa patria:
¡Cuánta tristura nos cerca
Cuánta brega nos aguarda!
El pavor de nuesas gentes
De las lides los aparta:
Moradas facen los riscos,
Fuyendo de sus moradas.
Los foracos de Sobrarbe
Encobridores atapan
Muchos homes, que ayuntados

Servirán en la demanda.
Pesquirld con buen talante
Sus escondrijos y estancias,
Ca á hombre de tal valía
Le atañe aquesta fazaña.
Si despavoridos fincan
Tollidas las esperanzas,
Fablándosles tú, non dubdo
Que su mengua se desfaga.
Yan la morisma se acucia,
Non hay, si non, sus, viaja;
La Trenidat te defienda,
E vuelve con gran compaña.—
Al non fabló, é el cabdiello
Non repuso, porque basta
Por respondida en el noble
Facer lo qu'el Rey aplaza.
Cedo demanda el troton,
E cedo pide las armas,
E acucioso en la emprendida
Del mucho pracer non yanta.
Era el troton muy polido,
Apuesto é de buena traza,
Ca andaluzas praderías
Feno le dieron é agua.
Somo él se encima Beltran,
El se fuelga é se reengracia,
E bollicioso se engrie
Andando como que pára.
Yan de Sobrarbe en las cumbres
Otea las breñas altas;
Sus escondrijos penetra,
E su lobreguez acata.
¡Santiago, é qué fiera sierpe,
E qué tremenda alimaña
Los pasos é los desiños
Le detiene é le embaraza!
¡Qué bofido dió el troton!
¡Qué silbo la fiera brava!
¡Cuántos árboles derrueca
Con solo una coletada!
Sospenso quedó Beltran,
Non pavoroso, nin bastan
Para que pavor mantenga
Todos los tigres de Hircaña.
Yan se estremece la fiera,
E de sus prietas escamas
Montañas erguidas face,
E de fumo otras montañas.
A la presa se avecina,
E con la cola enruscada
E la boca escomunal,
Mientra non fiere, amenaza.
Beltran asaz denodado
De la brega non se aparta,
E ella desmontando el bosque
Previen coso á la batalla.
Los sus ojos en el cielo
Donde finca su esperanza,
Fuerte la mano en el freno,
Sotil el caballo manda.
Cosetea á un lado e otri,
Fiérela con gran pojanza,
E entre sus escamas duras
La enclavija tres lanzadas.
¡Qué rogidos tan horribles!
¡Qu'espantable é fiera rabia!
Pavorido el monte gime;
Empero Beltran non falta.
Erguido el cuello le busca,
E viendo que non lo falla,
Fincando sus engañifas
Asazmente castigadas,
Ayunta cabeza é cola,
E al azote que descarga,
Non encontrando á Beltran,
Un pedernal face rajas.
Vuelve á lisiarla el cabdiello;
E somo ella se encarama,
E mientra mas la pesquiere,
Mas cedo se desenlaza.
Entribase en un peñasco,
Dende él fiero se desgaja;
La lanza le faz añicos
E el caballo despatarra.
De su valor sostenido
De peon en la campaña,
Mal ferido é acosado
Se mantiene en la demanda.
De sangre é sudor cobierto
Riepta su mucha tardanza,
E con sopitez embiste
Por dar fin á la batalla.
Por la su boca voraz
El duro estoque le ensarta,
Faciéndole con la punta
Otra boca en las espaldas.
Rompe é quebranta el acero,
Por el aire se levanta,
Al suelo veneno escupe,
Al cielo fuego esparrama.
Con el postrimer bramido
Mortal su cueva demanda;
Ca aun las alimañas quieren
Finar en su propia casa.
Siguela el garzon soberbio,
Sin lanza, troton ni espada,
E entre sus brazos la afoga,
De lidiar con mayor ansia.
Al tronco de un robre afierra
Por si arroja la montaña
Mas leones que espachurre,
Y mas sierpes que desfaga.
A los silbos é las voces,
Con mayor pavor que saña,
Salieron á las fraguras
Los homes que se ocultaban.
Con ellos tornó Beltran,
E del Rey en la acatanza
Conhortándoles valiente
Todo el soceso le narra.
— La vuesa merced, el Rey,
Que los homes le ayuntara
Me mandó, fieras é homes
Pesqueri, ved la fazaña.
Non coides de mis feridas,
Que como á vos os ataña,
Sangre que en las venas finca
Toda es vuesa, derramalda.—
Vió la sangre el Emperante,
E cobdicioso la apaña;
Que el ayuntarse con ella
Fué la prez de los monarcas.
La mano en ella homedece,
Por el pecho se la pasa,
E dice :— Beltran amigo,
Esas serán vuestras armas [2]:
Los vuesos blasones rojos,
Esa cueva é alimaña,
Pavor serán de enemigos,
Serán el honor de España.
Tomad solaz, gran cabdiello,
Que viviendo vos non manca
Armas nin guerreros que
Puedan restaurar la patria.

(*Romance que pinta la batalla*, etc. Pliego suelto.)

[1] Es este romance una afectada imitacion del lenguaje antiguo.

[2] Mojada la mano en sangre y pasados los dedos por el pecho del héroe, debió dejar impresas unas líneas, que pueden semejarse á las barras del escudo de Navarra. Cuéntase, que importunado nuestro buen Cárlos III por los oficiales de Secretaría, para que les diese uniforme y designase su bordado, se mojó los dedos en tinta y los señaló cruzando las líneas diagonalmente sobre un papel, diciendo á los importunos, que aquel fuese el diseño del bordado en el uniforme. Quizá este cuento fué tomado y convertido en sátira del hecho atribuido á Don García de Navarra con Don Beltran de la Cueva.

1212.

NACIMIENTO Y CRIANZA DEL REY DON SANCHO ABARCA.—ORÍGEN DEL SOBRENOMBRE ABARCA, Y DEL APELLIDO LADRON DE GUEVARA.

(*Anónimo* [1].)

Por los mas espesos montes
Y lugares de Navarra,
Ese rey Don García Iñiguez
Con su ejército pasaba,
Y la reina su mujer,
Que llamaban Doña Urraca,
Que iba en dias de parir,
Con su preñez muy pesada,
No llevando aquel aviso
Qu'el tiempo les obligaba.
Salen de traves los moros
Que estaban en la celada.
El Rey no pudo excusar
De haber con ellos batalla:
Los moros matan al Rey
Y á la reina Doña Urraca,
La cual no pudo huir
Por estar ya tan preñada.
Diérale un perro moro
En el vientre una lanzada,
Y en el monte de Alnar
La triste Reina quedaba.
Ya que los moros son idos,
La gente muerta y robada,
Un caballero del Rey
Que se llamaba Guevara,
Viniendo por aquel monte,
Do la Reina muerta estaba,
Vióla estar toda desnuda,
Y conocióla en la cara.
Con dolorosos gemidos
A la Reina se allegara,
Y vió la mano del niño
Salida por la lanzada,
Que pugnando por nacer
Naturaleza esforzaba;
Sintiendo su madre muerta,
Por salir se trabajaba.
El caballero que siente
Qu'el Infante vivo estaba,
Abrió el vientre de la madre
Y el niño vivo sacara,
El cual envuelto en sus paños
A su casa lo llevara;
Y tomó buenos testigos
Del caso, cómo pasara,
Para probar la verdad
Cuando su tiempo llegara.
Haciéndole baptizar,
Don Sancho Garces le llama:
Lo mas secreto que pudo
A su mujer lo encargara.
Cuando el niño fué crecido,
Que ya grandecillo estaba,
El ayo le trae vestido
De vestidura muy basta,
Y en lugar de los zapatos
Con abarcas le calzaba,
Por no dar á conocer
El gran leon que criaba.
Al cabo de algunos años
Que el reino sin rey estaba,
Júntanse los de Aragon
En esa ciudad de Jaca,
Para elegir nuevo rey,
Pues sucesor no se halla.
Sabiéndolo el caballero
Con el Infante cabalga,
Que tenia ya quince años,
Y viénese para Jaca;
El cual traia vestido
Con abarcas y zamarra,
En hábito pastoril
Como siempre se criara.
Dice á los aragoneses
Que aquel es su rey sin falta:
Presenta allí los testigos,
Hácese buena probanza;
Luego le eligen por rey,
Grande fiesta comenzaba.
Por razon de las abarcas
Llamáronle rey Abarca,
Y á su ayo el caballero
Que se llamaba Guevara,
Llamáronle Don Ladron
Porque tan bien lo hurtara,
Y háceule mucha honra
Porque su rey les criara:
De allí vienen los Ladrones
Tan nobles en nuestra España.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—It. WOLF, *Rosa de romances*, pág. 44.)

[1] Supone la tradicion en varios romances que Sancho Abarca murió á manos del conde Fernan Gonzalez, y á esto atribuyen el odio que nació entre las familias de ambos, y que despues fué causa de persecuciones y guerras entre Navarra, Leon y Castilla.

1213.

ORÍGEN DEL SOBRENOMBRE ABARCA DADO AL REY PRIMERO DE NAVARRA, DON SANCHO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

No reinaba rey ninguno
En Navarra, ese reinado;
Los moros entran en él,
Todo el reino han estragado:
En los montes Pirineos
Un hidalgo habia honrado,
Fuerte y áspero en la lid,
Don Iñigo se ha llamado,
Y por sobrenombre Ariesta,
Que nota ser esforzado.
A los llanos de Navarra
De los montes ha bajado;
Muchas batallas de moros
Iñigo les ha ganado,
Y por los sus buenos hechos
De Navarra es rey llamado.
Un hijo hobiera el Rey,
Don García era nombrado:
Tambien fué rey de Navarra;
Hombre era mucho estimado,
Muy ardido en las batallas,
En armas muy señalado.
Casóse con Doña Urraca,
De reyes se ha procreado:
Despues de muerto su padre
El reino habia heredado.
Estando en una su aldea,
De traicion no se guardando,
Dieron sobre él muchos moros;
La muerte le habian dado,
Y la Reina su mujer
Mal herida habia quedado:
Diéronle por medio el vientre,
Por muerta la habian dejado.
Los cristianos vienen luego,
Los moros huyen del campo.
Hallaron muerto á su Rey,
Y la Reina en ese paso:
La Reina estaba preñada,
Poco falta para el parto;
Por el golpe que le dieron
El niño mostraba el brazo.
Plugo á Dios que vivo sale:
Las amas lo habian tomado;
La Reina finara luego,
A él han puesto á recado;
Llamóse Sancho García,
Un hidalgo lo ha criado,

Hombre de muy alta guisa,
De su padre muy amado.
Muy bien criara al Iufante,
Crianza buena le ha dado;
Salió muy ardido y bueno,
Muy franco y muy esforzado.
Tomó el reino de Navarra
Que su padre habia dejado;
Casóse con Doña Toda,
De linaje sublimado.
Sobre Pamplona, esa villa,
Muchos moros han llegado:
El Rey salia de Cantabria,
Y á Roncesvalles llegado,
Las nieves habia crecidas,
Al Rey ponen gran embargo:
Hizo abarcas de los cueros
Para sí y á sus vasallos.
No podia de otro modo
Socorrer á los cristianos;
Porque las nieves son muchas,
No aprovechan los zapatos.
Pasó los puertos de noche,
A los moros ha llegado;
Firiólos á sobre viento,
De muertos cubria el campo:
Ganó gran tierra á los moros,
Gran temor le habian cobrado:
Llamóse Don Sancho Abarca
Por ponerse tal calzado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1214.

CONSEJOS DADOS POR EL AYO QUE LE CRIÓ AL REY DON SANCHO ABARCA.

(*Anónimo.*)

—Señor rey Don Sancho Abarca,
Agora que sois de edad
Oid lo que me mandaron
Que vos dijese, y notad,
Los que del cielo reciben
Mercedes de mas caudal,
A facer mas de su parte
Mas obligados están.
Los moros que vuestro padre
Mataron tan sin piedad,
En celada lo cogieron
Pasando por Valdeiñar.
Desque fugieron los suyos,
Esos Dios los juzgará,
A lanzadas le mataron
Pasando por Valdeiñar.
Vuestra madre Doña Urraca,
De quien Dios faya piedad,
En el cuerpo vos tenia
Cuando murió por gran mal.
Por las feridas vos dabais
De querer nacer señal:
Mostrábades un bracico,
Vilo yo que iba á pasar
Con algunos mis vasallos
En remedio de aquel mal.
Apéme del caballo,
Metí mano á mi puñal:
Fincárame de hinojos,
Y con piadosa crueldad
Ensanchara la ferida
Para haberos de sacar.
Saquévos envuelto en sangre,
Mas libre y sin ningun mal,
Y encomendando el secreto
Tornámos á cabalgar.
Hoy hace justos dos años
Que en este mismo lugar
Los fidalgos y homes buenos
Rey se juntaron á alzar.
Súpelo yo donde estaba
Y adonde os tenia á criar,
Y con abarcas calzadas,
De que hoy Abarca os llamais,
Os puse en medio las Cortes,
Y faciéndolas parar,
Descubrí las maravillas,
Cuanto pude la verdad.
Desque me creyeron todos
Diéronvos el cetro real,
Y á mí el nombre de Ladron
Por mi furto autorizar.
Por tanto, buen fijo nuestro,
Que otros padres non fallais,
Cuidá por el bien de todos
Y sustentadnos en paz.
A las viudas socorred,
Las huérfanas amparad,
Non echeis mas pecho al pueblo
De lo que puede llevar.
Cumplido he mi pleitesía,
A la paz de Dios fincad.—

(*Romancero general.*)

1215.

MILAGRO DE SAN ANTOLIN CON DON SANCHO EL MAYOR, REY DE NAVARRA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

A caza salió Don Sancho,
Rey que en Castilla reinaba;
Allí donde es hoy Palencia
Una gran cueva hallaba,
Y dentro de aquella cueva
Un altar antiguo estaba
A honor de San Antolin;
Otro tiempo en él se honraba:
Junto á él estaba un puerco
De catadura muy brava.
En el sagrado lugar
Matarlo el Rey acordaba:
Alzó el brazo para darle,
El brazo se le secaba:
El buen Rey muy afligido
Devota oracion rezaba;
En ella rogaba á Dios
De sobre él quite su saña:
Tomaba por su abogado
Al Santo que ya nombrara:
Por los ruegos del buen mártir
Dios al Rey sano tornaba.
Allí do estaba la cueva
A Palencia la fundara,
Y encima de aquella ermita
Un gran templo edificaba:
El Rey le dió muy gran renta,
Con que bien se sustentaba:
Puso en ella su arzobispo,
Y catedral se llamaba.
Hizo Dios este milagro
Por darnos muestra muy clara,
Que quiere que á los sus templos
Gran reverencia se haga.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1216.

LOS INFANTES DE NAVARRA ACUSAN DE TRAICION Á SU MADRE, Y RAMIRO, BASTARDO DEL REY, LA DEFIENDE.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En Castilla y en Navarra
Don Sancho el Mayor reinaba [1]:
Muy guerrero es y valiente,
Que los moros quebrantaba,
Grandes batallas les vence,
Muchos d'ellos captivaba;

Sus reinos mantuvo en paz,
Ninguno se lo estorbaba.
El buen Rey tiene un caballo
Que mucho le estimaba;
Muy crecido es y hermoso,
Cumplido, de buena maña,
Tanto, que yendo sobre él,
Peligro no recelaba.
De Nájera partió el Rey;
Su caballo encomendaba
A la Reina su mujer,
Que lo tenga en buena guarda.
El Rey tenia dos hijos,
Fernando y García se llaman:
El mayor, que es Don García,
A la Reina suplicaba
Qu'este caballo le diese;
En ello mucho afincaba.
Prometióselo la Reina,
Que á este hijo mucho amaba.
Un caballero del Rey
A la Reina aconsejaba
Que no le diese el caballo
Que el Rey tanto preciaba,
Que su gracia iba á perder,
Y la su ira cobraba.
La Reina con gran temor
La promesa revocaba.
Gran saña cobró García,
D'ella cobraba gran saña.
Fuése para el Rey su padre,
De su madre mal hablaba:
Dijo que es gran alevosa,
Y que traicion le armaba,
Y que esto lo probaria:
Con su hermano lo probaba.
Creyó el Rey á Don García
Aquesto que le contaba:
Mandó prender á la Reina;
En prision fuerte la echaba.
Para esto determinar
A Cortes el Rey llamaba:
En las Cortes determinan
Que la Reina se haga salva,
Y que diese un caballero
Que haga por ella batalla
Con los dos hijos del Rey,
Y á no darlo, sea quemada.
En la corte no hay ninguno
Que emprenda la tal hazaña,
Porque son hijos del Rey
Y bravos en la batalla.
Don Ramiro, que es bastardo,
Hecho en una barragana,
Es caballero hermoso,
De quien mucho se fiaba.
Fuése ante el Rey su padre
Y grandes de su mesnada,
Y dijole lidiaria
Con ambos, y hará batalla
Sobre traicion que á la Reina
A tuerto le es levantada.
El Rey recibió su gaje,
La batalla concertaba.
García, que el mal urdiera,
Su pecado confesaba
A un hombre religioso
Que al buen Rey confesaba,
El cual descubriera al Rey
La falsedad atamaña.
Don Sancho, cuando lo supo,
D'ello gran placer cobraba:
Fuera donde está la Reina,
Y perdon le demandaba.
Sacóla de la prision;
Su gran bondad alababa:
A Don Ramiro el bastardo
La Reina mucho preciaba:
Maldijo á sus dos hijos;
Al bastardo le loaba:
El su reino de Aragon
A Ramiro se lo daba.
Recibió d'ella la corona,
Y por rey se intitulaba.
Las gentes todas le loan,
Bendiciones le echaban
Porque libró á la Reina
De lo que fuera acusada
Por sus dos hijos nombrados,
Y el bastardo la libraba.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Sancho III ó el Mayor, rey de Navarra y, por su mujer, de Ribagorza y Aragon, conquistó el condado de Castilla. A su muerte se dividieron los reinos, tocando el de Aragon á Ramiro I. Fué hermano de Fernando I de Castilla, y murió en una batalla que dió para despojarle de sus estados. A este Ramiro I es á quien se le llama Bastardo, por unos y por otros, nacido de una mujer plebeya, ó de nacimiento desigual.

1217.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Un hijo del rey Don Sancho,
Que llamaban Don García,
Pidió á su madre un caballo
Qu'el Rey en mucho tenia.
La Reina, con buen consejo,
Dijo que no le placía.
Don García, muy sañudo,
A su hermano le decia:
—Acusemos á la Reina
Que al Rey hace alevosía
Con un camarero suyo,
Por quien tan mal nos queria.—
Don Fernando fué contento:
Fuése al Rey con Don García,
Dijeron cómo la Reina
Alevosía le hacia
Con su amado camarero,
Por quien ella se regía.
Y que ellos lo mantermán,
Pues la verdad se decia.
El Rey, oyendo á sus hijos,
Por cierto dado lo habia:
A la Reina hizo prender
Y al camarero en la cija,
Por si habria caballero
Que tomase esta conquista
En defender á la Reina,
Si en algo drecho tenia;
Mas no hubo caballero
Que aventurase la vida,
Ni pusiese su persona
Contra la de Don García.
Venido el dia del plazo,
La Reina sacan vestida
Con largas ropas de luto:
Gran fuego se apercibia.
Lloran dueñas y doncellas,
Cuantos en la corte habia,
Maldiciendo á los Infantes
Y á quien tal cosa movia.
Puesta ya en el cadahalso,
Un caballero venia,
El cual era Don Ramiro,
Mozo de gran osadía,
Hijo bastardo del Rey,
Que nadie le conocia.
Este reptó á los Infantes,
Y dijo como mentia
El que tal cosa dijese,
Y qu'él lo defenderia.
A grandes voces los llama
Que vengan á la conquista,
El uno ó entrambos juntos,
Porque en nada los tenia,

Que en ser como son traidores
Gran ánimo le ponía,
Y que tiene confianza
De vencer en aquel dia,
O se desdirán en campo
De maldad tan conocida.
Cuando los Infantes vieron
Qu'el caballero decia
Que habian dicho maldad
De quien culpa no tenia,
Demandaron tiempo al Rey
De lo que responderian.
Fuéronse á un monesterio
De monjes de santa vida:
Descubrieron su maldad,
Diciendo que ellos mentian,
Y que la Reina era buena,
Y que perdon le pedian.
Cuando lo supiera el Rey,
Tomó muy grande alegría,
Que amaba mucho á la Reina,
Y en extremo la queria.
Mandóla luego traer
Con muy gran caballería.
Quiso saber luego el Rey
Qué caballero sería
El que defendió la Reina
De tan gran alevosía
Como le habian levantado
Don Fernando y Don García.
Don Ramiro se descubre
Ante la caballería,
Que como venia armado,
No sabian quién sería.
Besó las manos al Rey,
Y á la Reina se arrodilla.
Al Rey habló en alta voz,
D'esta manera decia:
—El que deshonra á su padre
Ved qué suerte merecia;
Y el buen hijo que le honra
Cuánto el padre le debia.—
Respondió luego la Reina,
D'esta suerte proseguia:
—Desheredo yo á mis hijos
De aquello que dar podia,
Y heredo á Don Ramiro,
Pues tan bien lo merecia;
Pues como hijo verdadero
Reparó la honra mia.
Dóile el reino de Aragon
Para despues de mi vida.—
Luego el Rey hizo lo mismo,
Porque mucho le queria.
Así fué rey Don Ramiro,
Por su bondad y valía,
De los reinos de Aragon,
Donde mucho le querian.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — II. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Romance reimpreso por el señor Wolf, que parece de Timoneda. Es muy inferior al que le precede, atribuido á Sepúlveda.

1218.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva [1].)

Vuelto que fué el rey Don Sancho,
Qu'el Tembloso se llamaba,
De conquistar á los moros
Que tenian opresa á España,
Volvia rico y victorioso
De la sangrienta batalla:
La fortuna rigurosa
Que á los mortales contrasta,
Y jamas su veloz rueda
En un lugar fijo pára,
Este subido contento
Del Rey, esta honrosa palma
Que ganó en vencer los moros,
Mezcló con dolor é infamia.
Y fué que luego que vino
De su próspera jornada,
Don García y Don Fernando,
Sus dos hijos, que dejaba
Para consolar su madre,
Que por su ausencia quedaba
Deshecha en ardiente llanto,
Afligida y lastimada;
Los cuales, siendo movidos
Por una causa liviana
Que no quiso concedelles
La Reina, del Rey mandada,
Conjurados contra ella,
Una horrible maldad tratan,
Contra el amor que los hijos
Deben al padre, y Dios manda.
De todo aquesto olvidados,
Ciegos de ciega ignorancia,
Luego que el Rey fué presente
Tratan su traicion infanda
Contra la Reina su madre,
Que libre y sin culpa estaba
De la falsa acusacion
Que los hijos le acusaban
Ante el Rey, d'ella diciendo
Qu'era adúltera, y que estaba
El adúltero con ella,
Y vivia dentro en su casa,
Pues era su mayordomo
El que á todos afrentaba.
Esto decia Don García,
Don Fernando lo afirmaba,
Persuadido del hermano
Para el hecho que intentaba
De dar á la madre muerte
Sin haber razon ni causa.
El Rey se admira y se turba,
Tiembla, no habla palabra,
Esfuérzase y va á hablalles,
Y en queriendo hablar, se pára.
Torna á revolver sobre ellos,
Suspira, llora y exclama;
Tienta un modo, y tienta otro,
Duda sin saber qué haga:
Suspenso está y admirado
De ver cosa tan extraña:
No sabe si crea á sus hijos,
Ni si absuelva á la culpada
Conociendo sus costumbres
Y su vida honesta y santa,
Su continua caridad,
Sus ayunos, sus plegarias;
Que consideradas bien
Todas estas circunstancias,
Le ponen en confusion,
Le suspenden y embarazan
De tal suerte, que perplejo
No sabe á qué parte vaya,
Si á creer á los que acusan,
Si á perdonar la acusada.
Admírale que los hijos
Contra la madre demandan:
Dale sospecha y temor,
Y creyéndoles, dudaba.
En estas dificultades,
Viendo la duda en que estaba,
Manda que prendan los hijos
Hasta ver la verdad clara.
Puso á la Reina en prisiones
Con grandes guardas guardada,
En Nájera, en una fuerza:
Para hacer la probanza
Señaló luego los jueces
Que por él sigan la causa;
Hácese parte en aquesto,

Y justicia les demanda :
Sométese á su sentencia,
Y á su justicia lo encarga.
Los jueces conmovidos
De una causa tan pesada,
Comienzan su informacion
Con gran cuenta y vigilancia.
Inquieren por todas vias ;
Prenden á unos, á otros llaman ;
A unos piden por apremio,
A otros ruegan y halagan.
Con grande solicitud
Los jueces procuraban
Mas testigos que los hijos,
Y como ninguno hallan
Mas que los hijos, no saben
En tal confusion qué hagan,
Porque son calificados
Y hijos los que juraban,
Y no hallando descargo
De la Reina, sentenciaban
Que como adúltera muera
Al vivo fuego entregada,
Si no hubiese caballero
Que sustente con la espada
Contra los acusadores
No deber la Reina nada ;
Y que si lo hubiere, sea
La Reina del crimen salva,
Con qu'el que saliere mate
A los dos en estacada.
Notifican á la Reina
La sentencia pronunciada ;
Consiéntela, convencida
De aquella acusacion falsa,
No debiendo su inocencia
La muerte á qu'es condenada :
Y así, triste y temerosa,
El fin duro y triste aguarda
Sin tener otro consuelo
Sino entender que está salva.
Don Ramiro, habiendo oido
Que la Reina es condenada,
Como noble caballero,
Viendo ser maldad probada,
Y como hijo del Rey,
De quien la Reina es madrastra,
Lastimado de tal hecho
Se pone, y dice en voz alta :
—Yo respondo por la Reina,
Y digo qu'es sentenciada
Falsamente, y que á sus hijos
Sustentaré con la espada
Que no es verdad lo que dicen
De su madre, en esta causa ;
Y así me señalo en ella,
Y les aplazo batalla,
Do les haré conocer
Ser la Reina en esto salva,
Y ellos ser los alevosos,
Y ella sin culpa culpada.—
Esto dijo Don Ramiro,
Y al punto se fué y se arma.
Vánselo á notificar
Luego á los dos que acusaban,
Que sustenten lo que han dicho
Con el que los reta y llama
De falsos acusadores,
Y que ya en el campo aguarda.
Dieron los dos por respuesta,
Recelando tal hazaña,
Que no es bien contra su hermano
En campo tomar las armas.
D'esta respuesta entendieron
Qu'era falsa su demanda,
Y así entró luego por medio
Un monje santo qu'estaba
Allí en Nájera, y dió órden
Que la lid fuese estorbada,
Y que los hijos viniesen
Do la madre el fin aguarda,
Y le pidiesen perdon ;
Lo cual hecho al punto, manda
La Reina que Don Ramiro,
Por empresa tan honrada,
Fuese conde de Aragon,
Y toda su parte dada,
Desheredando á los hijos,
Porque d'ellos fué acusada.

(Cueva, *Coro Febeo*.)

[1] En los tiempos caballerescos debió repetirse frecuentemente la situacion que se cuenta en este romance. Apénas hay un libro de caballería, apénas un poema de este género, donde no se halle alguna dama falsamente acusada de adulterio y defendida por caballeros leales. En las *Guerras de Granada*, de Perez de Hita, se ve la Sultana acusada por los Cegríes y libertada por cuatro cristianos de los mas famosos jefes del campo de los Reyes Católicos ; el Ariosto en su *Orlando*, Voltaire en su *Doncella de Orleans*, y hasta el ascético autor de la *Vida de santa Genoveva*, se aprovechan de esta situacion sentimental, tomada de las tradiciones feudales. Con estos recuerdos y bellos modelos bien pudiera Juan de la Cueva haber hecho un romance mas caliente y de mejor gusto que el que hizo.

SECCION DE ROMANCES REFERENTES Á LAS CRÓNICAS Y TRADICIONES HISTÓRICAS DEL REINO DE ARAGON.

1219.

ELECCION DE RAMIRO EL MONJE PARA REY DE ARAGON.

(*Anónimo* [1].)

Navarros y aragoneses
Grandes debates tenian
Porque rey les ha faltado
Y muchos serlo querian.
Précianse de ser leales
Y en ello no consentian,
Que no quieren tomar rey
Sino al que lo merecia,
Y que fuese de la sangre
Que de reyes descendia.
Monje era Don Ramiro,
Santo y de muy buena vida,
Hermano del rey Alfonso,
Que ya difunto yacia.
Sácanlo del monasterio,
Aunque á él no le placia :
A Huesca lo habian llevado,
Por rey alzado lo habian.
Fué venturoso en batallas,
Ninguna d'ellas perdia,
Fué de los suyos amado,
Con ellos su haber partia.
En la batalla primera
Que con los moros habia,
Sus caballeros le armaron
De fresca y fuerte loriga.
Cabalgara en su caballo,
El escudo le ponian
En el su brazo siniestro,
Y la espada sin vaina

Le ponian en el derecho,
Y los suyos le decian:
Las riendas tomad, señor,
Con aquesta mano misma
Con que asides el escudo,
Y ferid en la morisma.—
El Rey, como sabe poco,
Luego allí les respondia:
—Con esa tengo el escudo,
Tenellas yo no podria,
Ponédmelas en la boca,
Que sin embarazo iba.—
Los suyos hicieron luego
Aquello que el Rey pedia;
Ansí entrara en la batalla,
Muchos moros muerto habia.
Salió rey muy esforzado,
Muchas tierras conqueria,
Dejado habia su reino
Y tornóse á su monjía.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1220.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

—Deo gracias, devotos padres,
Dadnos al monje Ramiro,
Que su hermano el rey Alfonso
Ha fallecido sin hijos.
Navarros y aragoneses
Traen entre sí homecillo,
Que si no es de real sangre,
No quieren otro caudillo.
Cada cual pretende el reino,
Y á Dios hará mas servicio
En pacificar sus tierras
Que en el ser monje benito.—
El buen Ramiro se excusa;
Mas razon no le ha valido,
Que vence necesidad
Que de ley ha carecido.
Sácanlo del monasterio,
Sin ser de nadie impedido:
Llévanlo á jurar á Huesca,
Y por rey lo han elegido.
Deseoso está el buen Rey
Por ejercitar su oficio
De capitan valeroso
Contra el morismo gentío.
Mandó juntar muchas faces,
Y acompáñales él mismo,
Pretendiendo en la batalla
Ser á todos preferido.
Al subir en el caballo,
Que la espada se ha ceñido,
Sacándola de la vaina,
De aquesta suerte habia dicho:
—Si la espada ha de envainarse
En sangre del enemigo,
Vaya desnuda en la mano,
No tenga tiempo perdido.
Rienda y escudo no pueden
Ser de una mano regidos,
Porque no tengan estorbos
Vayan por sí divididos.—
Tomó la rienda en la boca,
Y el escudo apercibido,
Metióse así en la batalla,
Siendo de todos temido.

(*Romancero general.*)

1221.

LA CAMPANA DE HUESCA.

(*Anónimo* [1].)

Don Ramiro de Aragon,
El rey Monje que llamaban,
Caballeros de sus reinos
Asaz lo menospreciaban,
Qu'era muy sobrado manso
Y no sabidor en armas,
Por lo que no le obedecen,
Por lo que le desacatan.
Enviado ha un mensajero
Al monje que lo criara,
A San Ponce de Tomeras
Donde el buen abad moraba,
Porque él le diese consejo
En la bajeza en que estaba.
El mensajero se parte
Y al Abad le da una carta.
El Abad no le responde;
En la huerta solo entraba
El mensajero con él,
Que respuesta le demanda.
El Abad le despachó
Sin hablarle una palabra.
La respuesta que le diera
Fuera cifra bien cerrada,
Que sacando allí un cuchillo,
Las ramas altas cortaba.
Despedido el mensajero,
Mal contento se tornaba.
Como fué llegado al Rey,
Le dijera estas palabras:
—Mal recaudo os traigo, Rey,
Que el monje no vos preciaba,
Ni me quiso dar respuesta;
Creo que de vos burlaba:
Entróse luego á una huerta
En leyendo vuestra carta,
Y afilando allí un cuchillo,
Las ramas emparejaba.—
Oyendo aquestas razones,
El Rey las disimulara:
Entendió bien la respuesta
Y el consejo que le daba.
Hizo llamar á las Cortes,
A Cortes que celebraba:
Dice que hacer queria
Una solemne campana
Que se oyese por el reino
Y sonase en toda España.
Viérades d'esto gran risa;
Los grandes d'ello mofaban.
En esa ciudad de Huesca
Muchas gentes se juntaban:
Llamó un dia á los señores,
Y en su cámara les habla,
Y á sus hijos herederos
Hizo quedar en la sala.
En entrando, todos ellos
Viéronse entre gente de armas;
Mandó cortar las cabezas
A los que mas se burlaban.
Quince fuéron sentenciados,
A los otros perdonara.
Mandó sacar las cabezas
A los mozos de la sala:
Díjoles que eran de sus padres
Todas las que allí miraban,
Porque le tenian en poco
Y en su presencia burlaban:
Que viesen aquel ejemplo,
Y ellos mojasen la barba.
Así fué temido el Monje
Con el son d'esta campana.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc. Edicion de 1566.)

[1] El asunto de este romance ha servido para hacer varias comedias á los poetas de siglo XVII, y se ha tomado de un cuento sanscrito, ó quizá de la experiencia histórica que en circunstancias dadas ha hecho necesario usar de medios tan duros para restablecer la autoridad atropellada por la anarquía y el antagonismo de poderes rivales. La tradicion refiere que conforme se cortaban las cabezas de los grandes, las hacia

el Rey colocar de modo que formasen la figura de una campana, y luego que estuvo ya formada, hizo entrar al obispo de Zaragoza, y le preguntó que si le parecía completa la obra. Este lleno de terror y pronosticando la suerte que le esperaba, dijo al Rey, que ningun requisito faltaba; mas el Rey le dijo: Si que le falta algo, y esto es el badajo, y para suplirlo destino tu cabeza. Dicho esto mandó al sayon que se la cortase, y así se ejecutó.

1222.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Don Ramiro de Aragon,
El rey Monje que llamaban,
Caballeros de su reino
Mucho le menospreciaban:
Porque era manso y humilde
Y no sabidor en armas,
Muchos se burlaban d'él
Y su mandar no guardaban.
Sintiéndose deshonrado,
Un mensajero enviara
Al abad de Santo Ponce,
Que fué el que lo criara,
Para que le dé consejo,
Que ninguno le acataba.
El Abad, que sabio era,
Al mensajero tomara:
Metióle dentro una huerta,
Y sin decirle palabra,
Afilado un cuchillito,
Las ramas altas cortaba,
Aquellas que eran mayores,
Que á otras sobrepujaban.
Díjole que se volviese,
Que mas respuesta no daba.
El mensajero sañoso
Al Rey así lo contara,
Cómo el abad de San Ponce
De su carta no curaba.
El Rey bien pensó en aquello,
Que tal respuesta le daba:
Luego hizo llamamiento,
So pena de la su saña,
Que cualquier hombre de estima
Venga luego á la su sala,
Porque determina hacer
Una muy rica campana,
Que se oiga por todo el reino
Y sonase en toda España.
Venidos los ricos hombres,
Se reian y burlaban
Dél, y de aquel apellido,
Para lo cual los llamaba;
Y siendo allí todos juntos,
Uno á uno los tomara,
Y en un secreto aposento
Cuerdamente los entrara,
Do cortó quince cabezas,
Que eran las mas estimadas,
Y mostrólas á los hijos
Que á sus padres aguardaban,
Diciendo haria lo mismo
De cuantos no le acataban.
Así fué temido el Monje
Con el son de la campana.

(TIMONEDA, *Rosa española*.— F. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Parece ser el mismo de Sepúlveda que le precede; pero remendado y reformado por Timoneda.

1223.

RAMIRO EL MONJE CASTIGA Á LOS GRANDES QUE DE ÉL SE BURLABAN.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega*.)

Don Ramiro de Aragon [1],
En un monasterio estando,
Fraile profeso y de misa,
Fué para rey dél sacado,
Por ser á quien por derecho
De Aragon venia el estado:
El cual, como no tuviese
Práctica de cortesano,
Y en el hábito y lenguaje
Para rey faltase en algo,
En sus cosas procediendo
Con celo piadoso y santo,
Aunque diversas batallas
Venció de moros en campo,
Haciendo por su persona
En ellos notable estrago,
Todos los grandes del reino
Andaban dél disgustados,
Haciendo algunos donaire,
Sin poder disimularlo.
Llegó el desacato á extremo
Que vino el Rey á notarlo,
De que se salió corrido,
Sin saber cómo atajarlo;
Y estando un dia á los moros
Opuesto con grueso campo
Para darles la batalla,
Fué por los suyos armado,
Y encomendándose á Dios,
Subió en un caballo bayo.
Pusiéronle un limpio escudo
Al Rey en la izquierda mano,
Y á la derecha la espada,
La rienda suelta dejando.
Preguntó el Rey: —Esta rienda
¿Dónde ha de ir? Ha de ir colgando?
Respondieron que su puesto
Era la siniestra mano.
—Con esa tengo el escudo,
Dijo el Rey con rostro manso;
Mas ponédmela en la boca,
Y ellos la rienda tomando,
Lo hicieron luego ansí,
A risa moviendo el campo.
El Rey la cogió en los dientes,
Y venciendo en breve espacio
Su inocencia la batalla,
Volvió á su real ufano.
Cuando despues advirtió
La ruindad de sus vasallos,
Estando en Huesca de asiento,
Hizo de los mas granados
Meter once en un corral
Con secreto, y degollarlos,
Y llamando á los demas
De alguna culpa en el trato,
Les dice con grande risa,
¡Nunca risa costó tanto!
—¿Veis cómo ya no se rien
Estos de reirse hartos?—
Quedó de castigo tal
Todo el reino amedrentado;
Fué Don Ramiro despues
Muy temido y respetado;
Que no es justo haga burla
De su rey ningun vasallo.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.)

[1] Hay una tradicion de que este Ramiro fué fraile, abad, sacerdote, rey, y casado.

1224.

DE CÓMO EL REY DON JAIME EL CONQUISTADOR FUÉ ENGENDRADO Y NACIDO.

(*Anónimo* [1].)

Angustiada está la Reina,
Y no sin mucha razon,
Porque su marido el rey
Don Pedro, rey de Aragon,

No hacia caso de ella
Mas que si fuera varon,
Ni le pagaba la deuda
Que tenia obligacion;
Antes con muchas mujeres
Era su delectacion.
Lo que mas la fatigaba
Y le daba mas pasion,
No era por el deleite
De la tal conversacion,
Sino que de su marido
No tenia generacion,
Para gobernar el reino
Sin ninguna division,
Porque muerto el Rey, se espera
En su reino confusion.
Contempla la noble Reina
La revuelta y turbacion
Que podia padecer
Cataluña y Aragon.
Vuelto los ojos al cielo
Con muy grande devocion,
Suplicaba á Jesucristo
Por su sagrada pasion,
Que á su señor y marido
Le pusiese en corazon
Que se juntase con ella
Con sana y limpia intencion.
No dejaba monesterios
Ni casa de religion
En que no mandase hacer
Cada dia oracion.
Estando la noble Reina
Con esta santa opinion,
Vínole al pensamiento
Una loable invencion,
Y es, que supo por muy cierto
Y por vera relacion,
Qu'el Rey era enamorado,
Que amaba de corazon
Una dama muy hermosa
De gentil disposicion.
Habló con el camarero,
Sin aguardar mas razon,
Que al Rey solia servir
En esta negociacion:
—Si me tienes muy secreta,
De mí habrás buen galardon:
Tú has de dar á entender
Al Rey con gran discrecion,
Que esa dama á quien él sirve
Verná sin mas dilacion
A dormir con su Alteza;
Mas con esta condicion,
Que en la pieza no haya lumbre,
Para mas reputacion.—
Concertada con el Rey
Aquesta visitacion,
La Reina vino á la noche,
Y tuvo recreacion
Con el Rey á su placer
Con gran disimulacion.
El Rey, cuando vió qu'el dia
Venia sin detencion,
Por cumplir con su palabra
Que otorgó, á la exclamacion
Dijo: —Señora, levanta,
Vete en paz, pues hay sazon.—
La Reina entónces le dijo:
—No soy la que pensais, no:
Sabed que con vuestra mujer
Tuvistes conversacion.
Vos hacedme bien ó mal,
Que yo testificacion
Quiero que haya d'esto en hombres
De fe, de cómo en union
Nos han visto á los dos juntos,
Y d'esto os pido perdon.—
El Rey tomó aquel engaño
Como cuerdo y buen varon:
Llamó dos hombres de salva
Por dar cabo á su opinion.
En fin, que la Reina hizo
Entónces buena oracion,
Que de la burla preñada
Quedó de un lindo garzon,
El cual nacido, Don Jaime
Se llama, y dió bendicion;
Este fué rey tan nombrado,
Rey Don Jaime de Aragon:
Este ganó á Valencia,
Mallorca y su poblacion.

(Timoneda, *Rosa gentil*. — It. Wolf, *Rosa de romances*.)

[1] El romance debe de ser de los que escribió Timoneda ó algun otro de aquellos poetas que versificaban los hechos citados en las crónicas. La de Muntaner refiere este, que acaso es fabuloso, pues la astucia de que se valió la Reina se parece mucho á lo que se cuenta en varias novelas de los troveras franceses é italianos que de tradiciones orientales las aceptaron.

1225.

DE UN MILAGRO QUE HIZO SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Habiendo ya sujetado
A Mallorca el rey Don Jaime
Y puéstola en su corona
Con propicio y diestro Marte,
Llevara cerca de sí
Aquel varon santo, afable,
Que instigó en la fundacion
De la órden del rescate,
Aquel glorioso Raimundo
De vida ejemplar, constante,
Con quien el Rey conferia
Su conciencia y casos graves;
Mas como estamos los hombres,
Por nuestras miserias grandes,
Sujetos á la flaqueza
Y estímulos de la carne,
Llevaba el famoso Rey
De belleza inexplicable
Una gallarda mujer,
Discreta en grado notable.
Cuidadoso el varon santo
D'este mísero contraste,
Le amonestó varias veces
Con razones eficaces;
Pero como el desengaño
Odiosos efectos hace,
Y son tan aborrecibles
De ordinario las verdades,
Aunque el Rey las conocia,
No trataba de enmendarse,
Que la costumbre en los vicios
Es un daño irreparable.
Visto el poco ó ningun gusto
Que de sus cuidados sale,
De su ayuno y oraciones,
De sus azotes y afanes,
Echa sobre sí las culpas,
Diciendo que por su parte
Sus deméritos impiden
Los efectos saludables;
Y así con lágrimas tiernas
Pidió al Rey que le dejase
Volverse á su monesterio,
Y le diese en que embarcarse,
Que pues de una sola oveja
Tan mala cuenta dar sabe,
Y se le despeña y mete
Del lobo por el gaznate,
Y entre las zarzas del vicio
Deja el vellon y la sangre,
Que otro pastor mas dichoso

Busque que d'ella se encargue.
Visto el Rey su santo celo,
Quiso impedir su viaje,
Mandando so graves penas
Que no le embarcase nadie,
Por parecerle que en todo
Le hiciera falta notable;
Que suele Dios por un justo
Dejar el rigor aparte.
Mas el prudente varon
A la marina se sale,
Poniendo sus esperanzas
Adonde el consuelo nace,
Y dando entrambas rodillas
Al suelo, y manos al aire,
Hizo una breve oracion,
Acepta cuanto agradable.
Levantóse, y de sus hombros
Quitó el dichoso ropaje,
Lleno de santos misterios
Y secretos celestiales,
Y tendiéndole en las ondas
En lugar de barca ó nave,
Se puso de piés en él,
Con lágrimas abundantes
En altas voces diciendo:
—Tú, Señor, domas los mares,
Y tienes en cielo y tierra
Sin límite potestades,
De cuya inmensa bondad
Mis esperanzas se valen,
Sin temor qu'el mar soberbio
En nada me ofenda ó dañe:
Bien sabes, Señor, mi celo,
Como mis defectos sabes;
Mas eres al fin mi Dios;
Yo un gusano miserable.—
Calló, y sobre el manto puso
Su escapulario y su llave,
Que con el báculo fuéron
Arbol, vela y gobernalle.
D'esta suerte se engolfó;
Queriendo el Señor mostralle
Serle acepta su demanda
Y sus obras agradables,
Mandando que el mar furioso
Se le humille y avasalle,
Y que las inquietas ondas
En sus hombros le levanten,
Queriendo tambien mostrar
Que sus siervos han de honrarse
No solo en el otro mundo,
Sino en este miserable.
Y en espacio breve y corto
Fué servido que aportase
A la insigne Barcelona
Con admiracion notable;
Besó la arena húmilmente;
Y por mercedes tan grandes
Rinde las gracias al cielo,
Y á su monasterio vase.

(Lobo Laso de la Vega, *Elogios en loor de los tres famosos varones*, etc.— II. *Romancero general.*)

1226.

MARTINEZ DE BOLEA LIBRA Á ALFONSO III DE ARAGON DEL COMPROMISO DE ENTREGAR Á CALATAYUD Á SANCHO IV DE CASTILLA.

(*Anónimo.*)

El camarero real,
El Horacio de Aragon,
El defensor de su patria
Y de su rey defensor;
El famoso de Bolea,
Que el vivir menospreció,
Porque de su patria y rey
Fuese en aumento el honor,
Viéndolos tan apretados,
Un alto medio eligió;
Que el fiel vasallo no duerme
Cuando vela su señor.
Cartas pide de creencia
A su rey, con que partió
Con diligencia á Castilla,
A cuyo rey prometió,
Sin que el de Aragon supiese
La traza y disposicion
Mas sutil, alta y loable
Que humano ingenio alcanzó.
De darle á Calatayud
Y su tierra le ofreció,
Si la guerra suspendia
Y su sangriento rigor,
Miéntras su rey componia
La furia y conspiracion
Del frances y de otros reyes
Que le daban sinsabor,
Pareciéndole Castilla
Era el contraste mayor
Para sus altos designios,
Y ansí á lo fuerte ocurrió,
Con intento de evitar,
Como en efecto evitó
De su rey y de su patria
La visible perdicion.
Quiso, arriesgando su vida,
Adquirir eterno loor,
En quien la precisa muerte
No tiene jurisdicion.
Admitiólo el de Castilla,
Y la gente derramó,
Celebrando la victoria
Que tan sin sangre creyó,
Por el alto medio y traza
D'este singular varon,
Sin la cual lanza ni espada
Fueran de poco valor,
Pues esta debe estimarse,
Y aun tenerse por mayor,
Porque la que sangre cuesta
No es de tanta perfeccion.
Vuelto el de Aragon con muchas
Que con su esfuerzo adquirió,
Que le cumpla lo asentado
El de Castilla escribió.
El Rey, que inocente estaba
Del trato, al punto llamó
A aquel valeroso Codro
Que á su reino y á él libró;
Y sabida la alta traza
Y el celo con que sé dió,
La alabó segun pedia,
Y al mundo y reino admiró.
Pero pesóle en el alma
Que para salvar su honor
Hubiese de ir á Castilla
A dar la satisfaccion;
Que del indignado Rey
Contra tal varon, temió
Algun sangriento castigo
Y dura resolucion.
No lo rehusó este Curcio;
Mas nuevas fuerzas sacó
Del apremio de su suerte,
Que es de la virtud crisol.
Llegó á Castilla, y oida
Por Don Sancho su razon,
En vez de muerte y oprobio,
Con alabanzas le dió
Bellas y ricas preseas,
Diciendo: —Si como vos
Tiene el Rey otro vasallo,
Hartos para un rey son dos.

(*Romancero general.*)

1227.

ALFONSO V DE ARAGON CONTEMPLA, CODICIOSO DE ELLA, LA CIUDAD DE NÁPOLES DESDE CAMPOVIEJO.

(*Anónimo* [1].)

Miraba de Campoviejo
El rey de Aragon un dia,
Miraba la mar de España
Cómo menguaba y crecia;
Miraba naos y galeras,
Que unas van y otras venian:
Unas venian armadas,
Otras con mercaduría;
Unas van la via de Flándes,
Otras las de Lombardia.
Esas que venian de guerra
¡Oh cuán bien que parecian!
Miraba la gran ciudad
Que Nápoles se decia;
Miraba los tres castillos
Que la gran ciudad tenia:
Castelnovo y Capitana,
San Telmo, que relucia:
Aquese relumbra entre ellos
Como el sol á mediodía.
Lloraba de los sus ojos,
De la su boca decia:
—¡Oh ciudad, cuánto me cuestas
Por la gran desdicha mia!
Cuéstasme duques y condes,
Hombres de muy gran valia;
Cuéstasme un tal hermano,
Que por hijo le tenia;
D'esotra parte menuda
Cuento ni par no tenia;
Cuéstasme ventidos años,
Los mejores de mi vida;
Que en ti me nacieron barbas,
Y en ti las encanecia.

(*Cancionero de romances.*—It. *Silva de varios romances.*)

[1] Es el mismo, pero mas completo que el del *Cancionero de romances.*

SECCION DE ROMANCES REFERENTES Á LA HISTORIA Y TRADICIONES DEL CONDADO DE CATALUÑA.

1228.

EL CONDE DE BARCELONA Y LA EMPERATRIZ DE ALEMANIA

(*Anónimo* [1].)

En el tiempo que reinaba
Y en virtudes florecia
Este conde Don Ramon,
Flor de la caballería,
En Barcelona la grande,
Que por suya la tenia,
Nuevas ciertas de dolor
De un extranjero sabia,
Que allá en Alemania
Grande llanto se hacia
Por la noble Emperatriz
Que en virtud resplandecia,
Que dos malos caballeros
La acusan de alevosía
Ante el gran Emperador
Que mas que á sí la queria,
Diciendo:—Sepa tu Alteza,
Gran señor, si te placia,
Que nosotros hemos visto
Á la Emperatriz un dia
Holgar con su camarero,
No mirando que hacia
Traicion á ti, señor,
Y á su gran genealogía.—
L'Emperador muy turbado
D'esta suerte respondia:
—Si es verdad, caballeros,
Esa tan gran villanía,
Yo haré un tal castigo
Cual conviene á la honra mia.—
Mandóla luego prender
Y en prisiones la ponia,
Hasta ser complido el plazo
Que la ley le disponia.
Búscanse dos caballeros
Que defiendan la su vida
Contra los acusadores,
Que en el campo se veria
La justicia cúya era,
Y á quién Dios favorecia.
Pues sabido por el Conde
La nueva tan dolorida,
Determina de partir
A librarla si podia
Con no mas de un escudero,
De quien él mucho se fia.
Andando por sus jornadas
Sin parar noche ni dia,
Llegado es á las Cortes
Que el Emperador tenia
Para dar la gran sentencia
De allí al tercero dia
De quemar l'Emperatriz,
¡Cosa de muy gran mancilla!
Pues no habia caballero
En tan gran caballería
Que por una tal señora
Quiera aventurar su vida,
Por ser los acusadores
De gran suerte y gran valía.
Pues el Conde ya llegado,
Preguntó si ser podria
Hablar con la Emperatriz
Por cosa que le cumplia.
Supo que ninguno entraba
Do estaba su Señoría,
Sino es su confesor,
Fraile de muy santa vida.
Vase el Conde para él,
D'esta suerte le decia:
—Padre, yo soy extranjero;
De lejas tierras venia
A librar, si Dios quisiese,
O morir en tal porfía,
A la gran Emperatriz
Que sin culpa yo creia;
Mas primero, si es posible,
Gran descanso me seria
Hablar con su Majestad,
Si esto hacerse podia.
—Yo daré órden, señor,
El buen fraile respondia:
Tomará vuestra merced
Hábito que yo tenia,
Y vestirse ha como fraile
Y irá en mi compañía.—
Ya se parte el buen Conde
Con el fraile que lo guia.
Llegados que fuéron dentro
En la cárcel do yacia,

Las rodillas por el suelo,
El buen Conde así decia:
—Yo soy, muy alta señora,
De España la ennoblecida,
Y de Barcelona conde,
Ciudad de gran nombradía.
Estando en la mia corte
Con solaz y alegría,
Por muy cierta nueva supe
La congoja que tenía
Vuestra real Majestad,
De lo cual yo me dolia,
Y por eso yo partí
A poner por vos la vida.—
La Emperatriz qu'esto oyera
De gozosa no cabia;
Lágrimas de los sus ojos
Por su linda faz vertia;
Tomárale por las manos,
D'esta suerte le decia:
—Bien seais venido, Conde,
Buena sea vuestra venida:
Vuestra nobleza y valor,
Vuestro esfuerzo y valentía
Ya me hacen ser muy cierta
Que mi honra librarian.
Vuestra vida está segura,
Pues que Dios bien lo sabía
Que es falsa la acusacion
Que contra mí se ponia.—
Ya se despide el buen Conde,
Ya las manos le pedia
Para haberlas de besar,
Mas ella no consentia.
Vase para su posada;
Ya qu'el plazo se cumplia,
Armado de todas armas
Bien á punto se ponia,
Y él como era muy discreto
¡Oh cuan bien que parecia!
Su escudero iba con él
Bien armado, que salia
En un caballo morcillo
Muy rijoso en demasía.
Yendo por la grande plaza
Con orgullo que traia,
Encontró con un muchacho
Que de vello era mancilla,
En ver que luego murió
Sin remedio de su vida.
L'escudero qu'esto vido,
Con temor que en él habia,
Comenzó luego á huir
Cuanto el caballo podia,
Y quedó el Conde solo,
No de esfuerzo y valentía.
Y como era valeroso
No dejó de hacer su via,
Y puesto entre los jueces
Dijo que él defendería
Ser maldad y traicion,
Ser envidia y ser falsía
La acusacion que le ponen
A su alta Señoría;
Y que salgan uno á uno
Pues está sin compañía.
Estas palabras diciendo,
Ya el acusador venía
Con trompetas y atabales,
Con estruendo y gallardía.
Parten el sol los jueces,
Cada cual tomó su via,
Arremeten los caballos,
Gran encuentro se hacia;
Del acusador la lanza
En piezas volado habia
Sin herir á Don Ramon
Ni menearlo de la silla:
Don Ramon á su contrario
De tal encuentro lo heria,
Que del caballo abajo
Derribado lo habia.
El Conde, que así lo vido,
Del caballo descendia;
Va para él con denuedo
Donde le quitó la vida.
El otro acusador,
Que vió tanta valentía
En l'extraño caballero,
Gran temor en sí tenia;
Y viendo que falsamente
El acusador hacia,
Demandó misericordia
Y al buen Conde se rendia.
Don Ramon con gran nobleza
D'esta suerte respondia:
—No soy parte, caballero,
Para yo daros la vida,
Pedidla á su Majestad
Que es quien darosla podia.—
Y preguntó á los jueces
Si mas hacer se debia
Por librar la Emperatriz
De lo que se l'imponia:
Respondieron que la honra
El ganada la tenia,
Que en su libertad estaba
De hacer lo que querría.
Desque aquesto oyera el Conde,
Del palenque se salia:
Vase para su posada,
No reposa hora ni dia,
Mas encima de su caballo
Desarmado se salia:
El camino de su tierra
En breve pasado habia.
Tornando al Emperador,
Grande fiesta se hacia:
Sacaron la Emperatriz
Con grandísima alegría,
Con los juegos y las fiestas
La ciudad toda se hundia.
Todos iban muy galanes,
Cada cual quien mas podia.
L'Emperador muy contento
Por el vencedor pedia,
Para hacerle aquella honra
Que su bondad merecia.
Desque supo que era ido
Gran dolor en sí tenia;
A la Emperatriz pregunta
Le responda por su vida
Quién era su caballero
Que tan bien la defendía.
Respondiérale:—Señor,
Yo jurado lo tenia;
No decir quién era él
Dentro del tercero dia.—
Mas despues de ser pasado
Ante muchos lo decia,
Como era el gran Conde
Flor de la caballería,
Y señor de Cataluña
Y de toda su valía.
El Emperador que lo supo
De contento no cabia
Viendo que tan gran señor
De su honra se dolia.
La Emperatriz determina,
Y el Emperador lo queria,
De partirse para España,
Y así luego se partia
Para ver su caballero
A quien tanto ella debia.
Con trescientos de á caballo
Comenzó de hacer su via;
Dos cardenales con ella,
Por tenerle compañía;

Muchos duques, muchos condes,
Con muy gran caballería.
El buen Conde que lo supo
Gran aparato hacia,
Y cerca de Barcelona
A recibirla salia
Acompañado de grandes
De su grande Señoría;
Y una legua de camino,
Y otros mas dicen que habia,
Mandó poner grandes mesas
De comer muy bastecidas.
Pues, recibida que fué
Con muy grande cortesía,
Entraron en Barcelona,
La cual estaba guarnida
De muy ricos paramentos
Y de gran tapicería.
Hacen justas y torneos
Y otras fiestas de alegría.
D'esta manera el buen Conde
A la Emperatriz servia,
Hasta que para su tierra
De tornarse fué servida.

(Timoneda, *Rosa gentil.* — It. *Silva de varios romances.*)

[1] No se sabe á qué conde Don Ramon de Barcelona se refiere la fábula de este romance verdaderamente caballeresco. Sin duda los catalanes quisieron tener una emperatriz protegida por sus condes, como Castilla tuvo otra que lo fué por su rey Alfonso el Sabio. La situacion descrita en este romance se halla tambien en otros históricos ó caballerescos.

ROMANCES DEL ALMIRANTE CATALAN.

1229.

EL ALMIRANTE GALCERAN. — I.

(*Anónimo* [1].)

El infante Don Fernando [2]
Estando sobre Almería,
El conde de Barcelona
Mucho le favorecia
Con sus sobrados tesoros
Y personas de valía.
Ya despues que los cristianos
Con esfuerzo y valentía
De los moros fué ganada
Almería, aquesa villa,
El conde de Barcelona,
Que Don Ramon se decia,
Dos caballeros halló
Ménos, de su compañía.
Don Galceran de Pinós
Era el uno, el cual regia
Por almirante, y el otro
Sanserin por nombre habia.
Por la ausencia d'estos dos
Triste el Conde se volvia:
Padre de Don Galceran
A recibirlos salia;
Con él Doña Berenguela,
Muy triste, sin alegría,
Por no saber de su hijo
Si era muerto ó si vivia.
Suplicáronle supiese
Por cualquier manera ó via,
Si Don Galceran estaba
Captivo, y librarse hia.
Condoliéndose el buen Conde,
Sus adalides envia.
Supieron cómo el rey moro
Captivado le tenia,
Y con él á Sanserin,
Y á rescate los daria.
Envió á saber el Conde
Cuanto de los dos pedia.
Por los dos respondió el moro
Que cien doncellas queria,
Cien mil doblas, cien caballos
Blancos, con freno y con silla;
Cien paños de oro, de mesa,
Franjados de seda fina;
Tambien cien vacas bragadas,
Que sin esto no cumplia
Que le hablasen de rescate,
Porque ménos no lo haria.
Habiendo el padre y la madre
Tan cruel respuesta habida,
Por imposible el rescate
De su hijo se tenia,
Solo por las cien doncellas
Que gran lástima ponia.
Los vasallos conmovidos [3]
De tan sobrada agonía,
Por la consulta que entre ellos
Determinádose habia,
Fuéronse delante el padre:
El principal proponia,
Diciendo: — Señor, su pena
Sentimos mas que él sentia,
Y por el buen tratamiento
De su noble Señoría,
Un presente hoy le hacemos
Que ser mayor no podia.
Haber lo demas procure
Cuanto el rey moro pedia:
No tenga por imposible
Las doncellas, que este dia
Están prestas, y en palabra
De todos las ofrecia;
Y será de aquesta suerte:
Que aquel que dos hijas cria
Dará una libremente,
Y el que cuatro, dos daria,
Y el que una, con el otro
Que una sola poseia,
Echará, por ver la suerte
En cuál de los dos cabia,
Solo porque se rescate
Vuestro bien, nuestra alegría. —
En ver tal ofrecimiento
Por los sus ojos vertia
Lágrimas el viejo honrado,
Y abrazándolos decia:
— Agradézcaos Dios, mis hijos,
Esta merced tan cumplida:
Id vos ya, que apercibido
Todo el rescate tenia. —
Dióles su jornada cierta
Que en Salou aguardaria
Las doncellas, porque el otro
Todo allí se recogia.
Acaeció en este intermedio
Qu'el Almirante yacia
En el suelo de una torre,
Sanserin en compañía.
Estando allí con grillones
Vínole la fantasía,
Que de San Estévan mártir
En Baga fiesta se hacia,
Abogado de su padre,
Y por ser su mismo dia,
Empezó de reclamalle:
El Santo le aparecia.
Tomándole de la mano,
Ya que sacalle queria,
Rogó á Sanserin sacase:
San Estévan respondia,
Que reclamase á su santo,
Qu'él tambien le sacaria.
Esto oyendo Sanserin
Pusiérase en rogativa
Al glorioso San Dionisio.
Sacóle de do asistia
San Estévan á Pinós

Con hierros, que era mancilla [4];
Y puestos en Tarragona
Ya qu'el sol esclarecia,
No sabiendo en qué lugar
Su ventura los traia,
Caminaban con sus grillos
Do mejor les convenia.
A poco trecho que fuéron
Sintieron gran voceria
De mujeres que lloraban:
Ellos por ver qué seria
Paráronse en el camino;
Y era el rescate que iba
De Tarragona á Salon,
Do embarcarse convenia.
Juntados, de ver el llanto
Que gran lástima ponia,
Preguntaron qué era aquello:
Una mujer respondia:
—Señor, este es el rescate
Que al rey moro se le envia
Por Galceran de Pinós,
Que en Granada residia.—
Dijo Galceran llorando:
—Detenéos por cortesía;
Yo soy ese, ved los grillos
Que por testigos traia,
Y tambien á Sanserin
Que su parte le cabia.—
Todos de oirlo lloraban
De muy sobrada alegría:
De tan excesivo gozo
El padre hablar no podia.
Volvieron á Tarragona;
Don Galceran proveia
Que las cien mil doblas di sea
Pues que Dios lo permitia,
Para dotar las doncellas,
Y á todas juntas vestia
De colorado y de verde,
Que era la seña y divisa
De la casa de Pinós
De Moncada, muy antigua.
Vinieron á Barcelona,
El clero los recibia,
El Conde los festejó,
Grandes dones repartia.
Entre los bailes de Baga
D'este milagro se hacia,
Y se hace cada año,
Fiesta en el tercero dia
De agosto, justos contados,
En Barcelona la rica.

(TIMONEDA, *Rosa española.* — It. WOLF, *Rosa de romances.*)

[1] Este romance, reimpreso por el señor Wolf, y los dos que le siguen, que por cierto son mas poéticos, versan sobre uno de aquellos hechos históricos de que los monjes se apoderaban para componer una fabula religiosa El hecho verdadero es que Ramon Berenguer IV, el Jóven, conde de Barcelona, envió en auxilio de Alfonso VII, emperador de España, una escuadra, para que le ayudase á la conquista de Almeria, que en efecto fué tomada de los moros, despues de haberles quitado á Córdoba, la cual por cierto volvió á su poder hasta que Fernando III, el Santo, la conquistó de nuevo. La dicha escuadra, compuesta de catalanes, pisanos y genoveses, iba al mando del almirante Galceran ó Italmao de Pinós, el cual con Sanserin fué cautivado, y al fin libre ó por fuga ó por rescate.

[2] Hijo de Alfonso VII, y despues rey de Leon. Conquistó á Almería, en 17 de octubre de 1147.

[3] Debe advertirse que en Cataluña el sistema feudal tenia mas hondas raices que en Castilla y Leon, donde difícil fuera obtener de los vasallos el sacrificio de sus hijas vírgenes, para rescatar á un señor, lo cual prueba que la parte fabulosa del romance fué inventada por monjes catalanes.

[4] Era entónces y despues muy comun el atribuir á milagro la fuga de los cautivos. En Guadalupe se enseñaban las cadenas de muchos libertados así por la Virgen, que despues las depositaban en su santuario. Pero lo que hay aquí de mas notable es el comedimiento de San Estévan en reservar á otro santo la libertad de Sanserin.

1230.

EL ALMIRANTE GALCERAN.—II.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

A las costas de Almería
El catalan Almirante,
De sus despalmados leños
A pesar del lilio sale.
El valiente Galceran,
De quien ya la fama sabe
Levantar glorioso vuelo
Que por tierra y mar esparce,
Nieto de uno de los nueve
Valerosos alemanes
Que á Cataluña bajaron
Del todo á inmortalizarse,
Estampa en la arena el pié,
Da al viento los estandartes
Del príncipe Berenguer,
Por quien los nueve pujantes.
Vomitan caballos, gente,
Armas, pertrechos marciales,
Los entrañados bajeles,
Con providencia loable.
Forma escuadrones, embiste
Con pecho y valor constante,
Fijo cual robusta encina
En la silla firme, estable;
Acomete, rompe y hiere,
Pisa, magulla, deshace,
Atropella, descompone,
Resbala en lagos de sangre,
Montones de cuerpos brota
Por una y por otra parte
La mucha y ardiente arena
De los que su diestra abate.
Cual suelto pardo procede
Entre la turba arrogante
De codiciosos lebreles
Que le acosan y combaten.
No hay quien toque el desengaño,
Ni quien de atenderlo trate;
Que el varon va como presa
Cuando de su curso sale.
Siguen á su general
Los valientes catalanes,
Con loables y altas pruebas
De su valor admirable.
Desampara el campo el moro,
Y con escudos infames
Cubre sus medrosos hombros,
Sigue el varon el alcance,
Cebado y metido entre ellos
Con destrozo inevitable,
Cual suele irlandes hacer
En las levantadas aves;
Pero la inconstante diosa,
Que estar queda nunca sabe,
En la mitad de su curso
Dió un vaiven irreparable;
Porque de la fuerza y costas
Catorce banderas salen,
Que á Cernir, soldado experto,
Cautivan, y al Almirante.
Llévanlos al moro rey,
Que con esquivo semblante
No poco gozoso manda
Ponerlos en hierros graves.

(*Romancero general.*—It. LOBO LASO DE LA VEGA, *Elogios en loor de los tres famosos varones*, etc.)

1231.

EL ALMIRANTE GALCERAN.—III.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega

Cien doncellas pide el moro,
Tambien cien vacas preñadas,

Y cien paños de oro fino;
Cien caballos de piel blanca,
Por el cautivo Almirante,
De cuyo rescate trata
Su padre Don Galceran
Con mano abundosa y franca;
Y aunque parece imposible,
Y en el moro poca gana
De rescatar tal varon
Por el mal que dél aguarda,
El noble viejo asustado
Con ver la notable falta
Que en su cara patria hacía
Varon de tanta importancia,
Conferido con sus deudos
Y con la gente granada
De su insigne baronía,
Que se apreste y junte manda.
Pasaba el baron famoso
Su estrecha prision amarga,
Aunque entre aflictas memorias,
Con gran cordura y constancia,
De nuestro antiguo adversario
Perseguido veces varias
Con mil vanas fantasías,
Y ciegas desconfianzas;
Mas él, que luego ocurria
Con sus continuas plegarias
A la parte do el consuelo
Los mas afligidos hallan,
Que por su antigua costumbre
Dos veces se levantaba
A la ferviente oracion
Antes de ver la mañana,
Puesto una noche de hinojos
Con fogoso pecho exclama
Entre las duras cadenas
Que manos y piés le agravan,
Al proto-mártir Estévan,
Amparador de sus causas,
Cuya devocion seguia,
Pidiéndole con instancia
Trate de su libertad
Con el que la dió á las almas,
Impidiendo aquel rescate
Que en ofensa de Dios tratan;
Que él quiere más padecer
Que no que los moros traigan
Aquellas vírgenes bellas,
En que á Dios se desagrada;
Que cuando una sola fuera
Y no cantidad tan ampla,
Por tan grande inconveniente
La libertad rehusara;
Que era duro y mal acuerdo
Que aquella inocencia casta
Se mezclase con los moros
Por su miserable causa.
Y estando el santo varon
En confusion tan extraña,
Con lágrimas abundantes
Que al contrito pecho bajan,
En el terror de la noche,
La ciega prision se baña
De un celeste resplandor
Y conbortada fragancia;
Baja el Proto-mártir Santo
Y los lazos le desata,
Consolando su afliccion
Con su presencia y palabras.
Visto Cerol, el compañero,
La misteriosa hazaña,
Ruega al de Pinós consigo
Le lleve á su dulce patria.
—No está en mi mano, responde;
Mas si algun tu santo llamas
Que lo suplique al Señor,
Libertad tendrás sin falta.—
Ofrecióse á San Gines,
Y de la prision lo sacan,
Llevándolos ambos santos
A pié enjuto por las aguas,
Y con grande admiracion
De la gente catalana,
Puerto les dan en Tolon
Cuando el rescate embarcaban.

(*Romancero general.*— H. Lobo Laso de la Vega, *Elogios en loor de los tres famosos varones*, etc.)

1232.

EL REY RAMIRO Y SUS ADALIDES.

(*Anónimo* [1].)

Ya se asienta el rey Ramiro,
Ya se asienta á sus yantares;
Los tres de sus adalides
Se le pararon delante:
Al uno llaman Armiño,
Al otro llaman Galvane,
Al otro Tello, lucero
Que los adalides trae.
— Manténgaos Dios, señor.
— Adalides, bien vengades:
¿Pues qué nuevas me traedes
Del campo de Palomares?
— Buenas las traemos, señor,
Pues que venimos acá:
Siete dias anduvimos,
Que nunca comimos pan,
Ni los caballos cebada,
De lo que nos pesa mas;
Ni entrámos en poblado,
Ni vimos con quien hablar
Sino siete cazadores
Que andaban á cazar.
Que nos pesó ó que nos plugo,
Hubimos de pelear:
Los cuatro d'ellos matamos,
Los tres traemos acá,
Y si lo creeis, buen Rey,
Si no, ello lo dirá.—

(*Cancionero de romances.*)

[1] No sabemos á qué rey Ramiro de Aragon pertenece la época de este romance, el cual parece que es solo fragmento de alguno que se ha perdido; pero de todos modos es acaso uno de los mas célebres y populares y que mas han servido para glosas, y para temas de otros muchos que lo han mudado ó contrahecho.

SECCION DE ROMANCES DE TRADICIONES ESPAÑOLAS, CUYA COLOCACION ES INCIERTA Ó DUDOSA.

1233.

NOBLE RESOLUCION Y ESTRATAGEMA DE DON GARCÍA, CON LA CUAL CONSIGUE QUE LOS MOROS LEVANTEN EL CERCO DEL CASTILLO DE UREÑA.

(*Anónimo* [1].)

A tal anda Don García
Por un adarve adelante,
Saetas de oro en la mano,
En la otra un arco trae.
Maldiciendo á la fortuna
Grandes querellas le dae:
—Crióme el Rey de pequeño,
Hizome Dios barragane;
Dióme armas y caballo,
Por do todo hombre mas vale,
Diérame á Doña Maria
Por mujer y por iguale,
Diérame á cien doncellas
Para á ella acompañare,
Dióme el castillo de Ureña
Para con ella casare;
Diérame cien caballeros
Para el castillo guardare,
Basteciómelo de vino,
Basteciómelo de pane,
Basteciólo de agua dulce
Qu'en el castillo no la haye.
Cercáronme los moros
La mañana de San Juane:
Siete años van pasados
El cerco no quieren quitare,
Veo morir á los mios,
No teniendo que les dare,
Póngolos por las almenas
Armados como se estane,
Porque pensasen los moros
Que podrian peleare:
En el castillo de Ureña
No hay sino un solo pane,
Y si le doy á mis hijos,
La mi mujer ¿qué harae?
Si lo como yo, mezquino,
Los mios se quejarane.—
Hizo el pan cuatro pedazos
Y arrojólos al reale:
El un pedazo de aquellos
A los piés del Rey fué a dare.
—Alá, pese á mis moros,
A Alá le quiera pesare,
De las sobras del castillo
Nos bastecen el reale.—
Manda tocar los clarines
Y su cerco luego alzare.

(*Cancionero de romances.*—It. *Cancionero, Flor de enamorados.*)

[1] La estratagema de Don García, y su resultado, es un asunto tratado en muchas poesias y novelas de diversas épocas y paises, y atribuida á diferentes sugetos. No he podido averiguar el tiempo á que el héroe del romance y su hazaña corresponden: sin embargo, en la historia de Portugal hay un hecho muy parecido al del romance. Cuéntase que el rey Don Sancho Capelo desposeido de la autoridad real por el clero y el Papa, y nombrado para regente del reino su hermano Don Alonso, conde de Bolonia, por Matilde su mujer, se acogió á Castilla, por no sufrir tal mengua. Conservaba en Portugal el dicho rey muchos leales, á quienes por fuerza Don Alfonso tenia que despojar de las plazas fuertes que ocupaban á nombre del monarca legítimo. Uno de estos nobles vasallos fué Fernando Ruiz Pacheco, el cual defendia con teson y enérjicamente el castillo de Celorico, sitiado por Don Alfonso. Falto de bastimento, pero resuelto á perecer de hambre ántes que rendirse, se paseaba afligido por los adarves de la fortaleza, cuando un halcon que por los aires venia dejó caer á sus piés una grande, fresca y hermosa trucha. Creyó ver en esto un milagro, y comenzó á discurrir los medios mas á propósito de aprovecharse de la trucha, como recurso de salvacion. Hizo pues condimentar el pescado, que con un pan remitió como presente ó regalo al obstinado sitiador, el cual, ignorando la procedencia del regalo, y viendo que despues de tan largo sitio se conservaban aun en el castillo bastimentos hasta de lujo, creyó que la fortaleza estaba aun bien abastecida y que le resistiria mucho tiempo: así es que prefirió descercarla á consumir sus fuerzas en una empresa que tan difícil y larga se le aparecia.

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES Á HISTORIAS DE PUEBLOS DIVERSOS DE LOS DE ESPAÑA.

HISTORIA DE PORTUGAL.

ROMANCE DEL CONDE ALFONSO ENRIQUEZ.

1234.

EL CONDE ALFONSO ENRIQUEZ LIBRA Á LISBOA DEL PODER DE LOS MOROS.

(*Anónimo.*)

Cuando el conde Alfonso Enriquez,
Primer rey de Portugal,
Hijo del conde Borbon,
De Borgoña natural,
Despues que en campo de Ourique
A muy duro pelear
Venció siete reyes moros
Y los trujo á su mandar,
Y despues que por sus hechos
Le vino Dios á premiar
Dándole sus cinco llagas
Por armas y por señal;
Ya que ganó á Santaren
Con mucha guerra y afan,
Y puso á Lisboa cerco
Por la tierra y por la mar,
Salió de dentro el Rey d'ella,
Llamado Venalmazar:
Pide al Conde franca entrada,
El cual se la mandó dar.
—Habrás de saber, le dice,
Que há que tengo en heredad
A la ciudad de Lisboa
Treinta y siete años y mas;
Mi padre cuarenta y tres
En quieta y segura paz;

Mi abuelo la tuvo treinta
Con guerras y mucho afan.
Al fin la habemos gozado
En feliz seguridad
Desde que el rey Don Rodrigo
La perdió con Portugal;
Y que aquesta noche estando
En mi casa á mi folgar,
Vi venir una doncella
Al parecer celestial,
La cual hoy me dijo
Ser su entera voluntad
Que sin guerra te entregase
Mi reino y esta ciudad,
Y que me torne cristiano
Para mi alma salvar,
Y tú que te apartes luego,
Buen Conde, de mas pecar.—
El Conde quedó espantado
De lo que al moro oyó hablar;
Inclinadas las rodillas
Comenzó de razonar:
— Mil gracias le doy á Dios
Por la merced que me hace,
Y pues que d'esto se sirve,
Cúmplase su voluntad.—
En esto luego se entraron
Los dos dentro la ciudad,
Do al moro hicieron cristiano
Y al Conde rey natural.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DE DON EGAS NUÑEZ.

1253.

EGAS NUÑEZ LIBRA Á GUIMARAES DEL SITIO DE ALFONSO VIII DE CASTILLA.

(*De Juan de la Cueva.*)

La villa de Guimaraes
Don Alonso habia cercado,
Octavo rey de Castilla,
Conmovido y alterado
Contra Don Alonso Enriquez,
Su infante y su mayorazgo,
Que no obedeciendo al Rey
Contra su edicto y su mando,
Teniéndolo en menosprecio,
No acudiendo á su llamado,
Ni á las cortes de Castilla,
Aunque era á ellas citado,
Como tenia obligacion,
Y debe cualquier vasallo,
Cual él era de Castilla
Con juramento obligado,
Y no acudia á sus cosas,
Ni d'ellas tenia cuidado.
O fuese por querer suyo,
O por mal aconsejado,
Al fin, estimaba en poco
Ser de Castilla llamado.
D'esto el Rey ardiendo en ira
Contra el Infante indignado,
Le comenzó á combatir
Teniéndolo ya cercado,
Dándole por todas partes
Fieros y duros asaltos,
Perseverando en su intento,
Prometiendo y protestando
Que ha de igualar por el suelo
Su muro reedificado,
De donde los portugueses
Se defienden aunque en vano,
Porque la porfía del Rey
En un tiempo ya tan largo
Los tenia tan estrechos,
Tan sin fuerzas y gastados,
Faltos de mantenimientos
Y de vituallas faltos,
Costreñidos de tal suerte
Que estaban determinados
Á rendirse, pues se vian
Sin remedio en tal estado,
Y entregar al Rey la villa
Por no recibir mas daño.
Todo el pueblo en este acuerdo
La ocasion anda trazando,
Viendo que el Rey persevera
Que su intento lleve al cabo,
Sin desistir de su intento
Ni alzar del cerco la mano,
Y para que venga á efecto,
Un dia andaba mirando
El sitio, el lugar y asiento,
Por uno y por otro cabo,
Y por dónde el dia siguiente
Pueda el pueblo ser entrado
Con mayor facilidad,
Pues casi estaba arruinado.
Los de dentro temerosos,
El presto fin aguardando,
Viendo que él solicitaba
Su total miseria y daño,
Un caballero animoso,
Que era Egas Nuñez llamado,
Viendo el peligroso aprieto
Del cerco en que están cercados,
Temiendo ver que se entregue
El pueblo ya acobardado,
Que viendo al Rey junto al muro
Todos estaban temblando;
Mas él con ánimo fuerte
Y corazon levantado,
Determina de morir
O que su pueblo sea salvo;
Y así con firme braveza
Armado subió á caballo
Y sale á do estaba el Rey,
Y ante él puesto, así ha hablado:
—¿Qué razon hay que tu Alteza
Con ánimo tan airado
Así quiera destruirnos,
Y en ello ponga el cuidado,
Siendo razon mas urgente
Que mires por tus vasallos,
Que no hacerles tal guerra,
En la cual no acobardados
Hallarás los corazones,
Que nada les pone espanto,
Ni les forzará á que hagan
Por fuerza tu real mandado,
Pues pueden sufrir el cerco
Y darte guerra diez años,
Sin que les falte comida,
Ni cosa para este caso?
Mas una razon los vence,
Y esta es quien me ha forzado
Que venga á pedir que quieras
Que esto acabe, el cerco alzando,
Pues la fe que en ti tenemos
Nos da esfuerzo en el quebranto,
Que aceptarás nuestro ruego
Cual te ha sido suplicado.
A esto vengo como tio
Del Infante, y su vasallo,
Por el cual te doy la fe,
Como noble hijo-dalgo,
Que en todo cuanto mandares
Seguirá tu real mandado;
Y acabe ya esta contienda
De cristianos á cristianos,
Y vamos contra los moros
Que nos hacen tanto daño,
Entrándose por Castilla,
Tu poder menospreciando;
Que en lo que toca á nosotros,

Por la fe que ya te he dado,
Juro en nombre del Infante
Como deudo mas cercano,
Que él y todos te obedezcan
Como leales vasallos.—
Esto oido por el Rey,
Luego el cerco levantando,
Egas Nuñez dió la vuelta,
El libre, y su pueblo salvo.
Fuése el Rey, ordenó Cortes,
Todo aquesto ya pasado,
Citan al Infante á ellas
Por edicto señalado,
Responde que él no ha de ir
A ellas, siendo forzado.
Oyendo Egas Nuñez esto,
Y habiéndole al Rey jurado
Que el Infante cumpliria
Lo que dél fuese mandado,
Visto que él engañó al Rey,
Y que el era el obligado
A cumplir el juramento
Que hizo como hidalgo,
Con su mujer y sus hijos,
Dispuesto y aparejado
A lo que del sucediese,
Para el Rey siguió su paso
Vestido de peregrino,
Y de aquel modo llegado
A la presencia del Rey,
Le dice ante él humillado:
—Gran señor, yo me presento
Ante tí, en tí confiado,
Que miraras con clemencia
La culpa en que soy culpado.
Yo soy aquel caballero
Con quien hablaste en tu campo,
Cuando sobre Guimaraes
Lo tenias asentado.
Fingiéndome que era tio
Del Infante, fuéte dado
Seguro de mi palabra,
Que vendria á tu llamado,
Esto sin mas facultad
De la que yo hube tomado,
Pues no es mi deudo el Infante,
Cual de mí te fué afirmado,
Mas es mi rey y señor,
Y yo, como su vasallo,
Viendo el peligro y aprieto
En que lo tenias cercado,
Quise por aquesta via
Ser remedio de su daño:
Y así pues yo me obligué,
Y por mí fuiste engañado,
Yo, mis hijos y mujer
Paguemos este pecado.—
Esto diciendo Egas Nuñez
Cruzó en el pecho los brazos,
Y hincado de rodillas
Como estaba se ha quedado.
El Rey de oir la extrañeza,
Aunque de ira incitado,
Se admiró, y mirando á Egas
Le dijo, asiéndole el brazo:
—Levanta, que tu lealtad
Te hace libre, y tu engaño
Alabo, pues me engañaste
Por hacer á tu rey salvo,
Y así llevarás el premio
Digno de un hecho tan alto.
Mandóle dar muchos dones,
Aderezos y caballos,
Para volverse á su tierra,
Do vuelto, fué muy loado
De todos, y del Infante
Conforme al hecho estimado.

(Cueva, *Coro Febeo.*)

ROMANCES DE DON PEDRO I DE PORTUGAL.

1236.

DON PEDRO I DE PORTUGAL Y DOÑA INES DE CASTRO.— I.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

El valeroso Don Pedro,
Gran príncipe lusitano,
Hijo del rey Don Alonso,
Sucesor en sus estados,
De una doncella en Galicia,
Dicha Doña Ines de Castro
Y Valladares, fué preso
De su hermosura forzado,
Cuya recta descendencia
Fué del tronco claro y alto
De los antiguos de Lémos,
Que resplandecen hoy tanto,
Hija bastarda que fué
De Pedro Hernandez de Castro,
Un valiente caballero,
Del Príncipe primo hermano.
Digo pues que como fuese
Este Príncipe casado,
Dió grandes muestras de estar
D'esta Doña Ines prendado,
A quien con sola la vista
Iba su mal declarando,
No gozando aun todas veces
D'esto, que á nadie es negado,
Que de amor cualquier afecto
Ofende á un intento casto.
Hizo muchas diligencias
De hablarla, y todas en vano,
Que la bella Doña Ines
Da á su pretension de mano,
Viendo que el mejor suceso
Tiene de ser en su daño.
Mas como es víspera el bien
Del acaecimiento malo,
Sucedió pues que murió
La Princesa en este estado.
Hallóse Don Pedro libre,
Y á su mal medio buscando,
Se casó con Doña Ines
En Berganza con recato;
En la cual tuvo tres hijos,
De que fué el Rey avisado,
A quien pesó por extremo;
Y de tres malos vasallos
Fué inducido con instancia
A hacer un hecho villano,
Que prosiguiendo adelante
Se dirá el suceso infausto.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1237.

DON PEDRO I DE PORTUGAL Y DOÑA INES DE CASTRO.— II.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Contento con Doña Ines
Está Don Pedro en Coimbra:
No en tanto el futuro cetro
Como el poseerla estima,
Y le paga Doña Ines
Con esta voluntad misma;
Y como en el buen estado
La constancia está abscondida,
Ofreciósele á Don Pedro
Una ausencia hacer precisa,
Cosa que el que bien amare
Sabrá bien cuánto lastima.
Sabiendo el rey Don Alonso
De su hijo la partida,
Con los tres crueles vasallos

Que al mal, mal le persuadian,
Do está Doña Ines de Castro
Con gran secreto camina,
Confuso, atemorizado,
Porque los tres le decian
Que sería el casamiento
Del reino total ruina,
Y que el morir Doña Ines
Era lo que convenía.
Hízosele duro al Rey
Su inocente culpa vista,
De que los tres indignados,
Como suprema justicia
Que eran del reino, tomaron
Sobre sí aquesta malicia.
Finalmente, Doña Ines
Rindió á sus dagas la vida;
Cuya lastimosa muerte
Por el Príncipe sabida,
Mueve guerra contra el padre,
El cual murió en pocos dias
De pesadumbre, y los tres
Se huyeron para Castilla.
Coronóse el Portugues,
Segun su fuero, en Coimbra,
Coronando juntamente
Por reina y mujer legítima
Los huesos de Doña Ines,
Que desenterrar hacia,
Funestas bodas y exequias
Celebrando un mismo dia;
Y de los tres, dos cogiendo,
Hizo d'ellos cruel justicia.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

1238.

DON PEDRO DE PORTUGAL Y DOÑA INES DE CASTRO.— III.

(*Anónimo.*)

Don Pedro, á quien los crueles
Llaman sin razon Cruel,
Desde Coimbra á Alcobaza
Cien mil hachas hizo arder.
Todas arden, mas que todas
Arde el corazon del Rey,
Lo que va de amor á luces
Y de cera al querer bien.
Sentóse á su lado, y luego
Los fidalgos y la plee
Y el reino besó en cenizas
La mano que nieve fué.
Para obrar tan gran lineza
No le faltó á Amor ser rey,
Sin juntarse con las armas
Del monarca portugues.
El sol desconoce el dia
Cuando por tierra la ve
En la noche de sus luces,
Todo el firmamento en pié.
La muerte, que solo es fénix,
Estas bodas supo hacer,
Donde en la vida y la muerte
Reinan marido y mujer.
Los clarines y clamores
Dan pésame y parabien,
Al vivo, de su firmeza,
Y al cadáver, de su fe.
Lo que sobró del sepulcro
Cubre funesto dosel;
Tálamo y túmulo cubren
A Don Pedro y Doña Ines.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

ROMANCE DE DOÑA ISABEL.

1239.

DE CÓMO DOÑA ISABEL [1] QUISO EN VANO SER REINA DE CASTILLA.

(*Anónimo.*)

Yo m'estando en Tordesillas
Por mi placer y holgar,
Vínome al pensamiento,
Vínome á la voluntad
De ser reina de Castilla,
Infanta de Portugal.
Mandé hacer unas andas
De plata, que non de al,
Cubiertas con terciopelo
Forradas en tafetan.
Pasé las aguas del Duero,
Pasélas yo por mi mal,
En los brazos á Don Pedro,
Y por la mano a Don Juan.
Fuérame para Coimbra,
Coimbra de Portugal:
Coimbra desque lo supo
Las puertas mandó cerrar.
Yo triste, que aquesto vi,
Rescibiera gran pesar:
Fuérame á un monesterio
Qu'estaba en el arrabal.
Casa es de religion
Y de grande santidad;
Las monjas están comiendo,
Ya que querian acabar.
Luego yo cuando lo supe,
Envié con mi mandar
A decir á la Abadesa
Que no se tarde en bajar,
Que espera Doña Isabel
Para con ella hablar.
La Abadesa, que lo supo,
Muy poco tardó en bajar:
Tomárame de la mano,
A lo alto me fué á llevar.
Hízome poner la mesa
Para haber de yantar.
Despues que hube yantado
Comenzóme á preguntar
Cómo vine á la su casa,
Cómo no entré en la ciudad.
Yo le respondí:—Señora,
Eso es largo de contar:
Otro dia hablarémos,
Cuando tengamos lugar.—

(*Cancionero de romances*, fol. 176 v.)

[1] Si se llamase Doña Leonor y no Isabel, y si en vez de acogerse como aquí se supone á un monasterio de Coimbra, fuese á uno de Tordesillas, la heroina de este romance pudiera creerse que fué Doña Leonor Tellez, esposa del rey Don Fernando de Portugal, y suegra de Don Juan I de Castilla, quien se casó con Doña Beatriz, hija de aquella. En efecto, Doña Leonor Tellez es una de las mujeres mas notables por su ambicion y sus intrigas. Enamorado de ella el rey Don Fernando, se la robó á su esposo Juan de Acuña, y se casó con ella dejando en sus manos todo el gobierno del reino, en el cual se hizo odiosa engrandeciendo á su familia, y persiguiendo á sus émulos. No perdonó á ninguno que la hiciese sombra, pues hasta su misma hermana Doña María, que por haberse casado con el infante Don Juan, hijo del rey Don Pedro y de Ines de Castro, podia ocupar con él el trono, fué víctima de una intriga suya, y muerta á manos de Don Juan, su esposo, á quien Leonor inspiró falsos é injustos celos. Regente del reino por la muerte de Fernando, se entregó á sus amores con el hidalgo castellano Don Juan de Andeiro, á quien elevó á la cumbre del favor. Esto irritó los ánimos hasta el punto que el infante Don Juan, bastardo de Don Pedro, maestre de Avis, y despues rey de Portugal, atropellando la regia estancia, dió de puñaladas al favorito entre los brazos de Doña Leonor que le defendia. No segura en Lisboa, se retiró á Alanquer, donde no la quisieron recibir, y desde allí á Santarem, adonde ansiosa de venganza atrajo al rey de Castilla Don Juan I ofreciéndole la corona de

Portugal como esposo de Doña Beatriz su hija y heredera del trono. Arrepentida despues, viéndose poco atendida, conspiró contra su yerno, que temeroso de sus intrigas la encerró en un monasterio de Tordesillas, donde murió el año de 1405.

ROMANCE DEL DUQUE DE BRAGANZA, DON JUAN.

1240.

EL DUQUE DE BRAGANZA, DON JUAN, MATA POR INJUSTOS CELOS Á SU ESPOSA DOÑA MARÍA TELLEZ.

(*Anónimo* [1].)

Lúnes, se decia lúnes,
Tres horas ántes del dia,
Cuando el duque de Braganza
Con la Duquesa reñia.
El Duque con grande enojo
Estas palabras decia :
—Traidora me sois, Duquesa,
Traidora, falsa, malina,
Porque pienso que traicion
Me haceis y alevosia.
—No te soy traidora, Duque,
Ni en mi linaje lo habia.—
Echó la mano á la espada,
Viendo que asi respondia :
La Duquesa con esfuerzo
Con las manos la tenia.
—Dejes la espada, Duquesa,
Las manos te cortaria.
—Por mas cortadas, el Duque,
A mí nada se daria,
Si no, vedlo por la sangre
Que mi camisa teñia.
¡Socorred, mis caballeros,
Socorred por cortesia!—
No hay ninguno allí de aquellos
A quien la favor pedia,
Que eran todos portugueses
Y ninguno la entendia,
Sino era un pajecico
Que á la mesa la servia.
—Dejes la Duquesa, el Duque,
Que nada te merecia.—
El Duque muy enojado
Detras del paje corria,
Y cortóle la cabeza,
Aunque no lo merecia.
Vuelve el Duque á la Duquesa
Antes que viniese el dia.
—En tus manos estoy, Duque,
Haz de mí á tu fantasía,
Que padre y hermanos tengo
Que te lo demandarian,
Y aunque estos estén en España,
Allá muy bien se sabria.
—No me amenaceis, Duquesa,
Con ellos yo me avernia.
—Confesar me dejes, Duque,
Y mi alma ordenaria.
—Confesáos con Dios, Duquesa,
Con Dios y Santa María.
—Mirad, Duque, esos hijicos
Que entre vos y mí habia.
—No los lloreis mas, Duquesa,
Que yo me los criaria.—
Revolvió el Duque su espada,
A la Duquesa heria :
Dióle sobre su cabeza,
Y á sus piés muerta caia.
Cuando ya la vido muerta,
Y la cabeza volvia,
Vido estar sus dos hijicos
En la cama do dormia,
Que reian y jugaban
Con sus juegos á porfía.
Cuando así jugar los vido,
Muy tristes llantos hacia :
Con lágrimas de sus ojos
Les hablaba y les decia :
—Hijos ¡cuál quedais sin madre,
A la cual yo muerto habia!
Matéla sin merecello,
Con enojo que tenia.
¿Dónde irás, el triste Duque?
De tu vida ¿qué seria?
¿Cómo tan grande pecado
Dios te lo perdonaria?—

(*Cancionero llamado Flor de enamorados.*)

[1] Este romance, que es verdaderamente histórico, y el del conde Alárcos, con cuya catástrofe tiene mucha semejanza, es uno de los mas patéticos é interesantes que pueden presentarse. La misma rudeza, incorreccion y falta de artificio con que está concebido y versificado, le dan un aire de verdad y sencillez que penetran muy dentro del alma, y que llevan al lector al mismo sitio de la escena, donde como por encanto se ve poseido del terror y la compasion mas completamente trágicos. Merece pues que se dé una sucinta noticia del hecho histórico que sirvió de asunto á esta preciosa composicion.

Don Pedro I de Portugal tuvo en su matrimonio con Doña Costanza un hijo legítimo llamado Don Fernando, que luego fué su sucesor en el reinado. Despues tuvo entre otros, y de Doña Ines de Castro, al infante Don Juan, que es el héroe de este romance. Siendo ya rey Don Fernando, se enamoró de Doña Leonor Tellez, casada con Don Lorenzo de Acuña, y bajo pretexto de ser nulo dicho matrimonio, le robó la esposa, se casó con ella, y obligó al marido á huir á Castilla, en cuya corte como burlándose de su afrenta ostentaba en su tocado dos cuernos de oro. Don Fernando tuvo de Doña Leonor una hija llamada Doña Beatriz que debió heredarle, si no se opusiese á ello el odio de los portugueses á su madre, y su obstinacion en considerar ilegítimo su matrimonio con el Rey. Temiólo así Doña Leonor, y como en este caso el infante Don Juan era el mas inmediato á la corona, le ofreció la mano de su hija para fortalecer y reunir los derechos de ambos. Pero como Don Juan estaba casado con Doña María Tellez, hermana de ella, era preciso levantar este obstáculo. Envidiosa ademas de que si Don Juan llegase al trono, Doña María siendo reina la seria superior, trazó un enredo tal que inspirando rabiosos é injustos celos á Don Juan contra su esposa, y excitando su ambicion con la oferta de la mano de Doña Beatriz, que le aseguraba el cetro, consiguió que matase á su mujer la inocente Doña María. Pero el cielo dispuso castigar al asesino por donde habia pecado, puesto que fugitivo por su delito, vió casada á Doña Beatriz con el rey de Castilla Don Juan I, que temiendo que empeciese los derechos que por su esposa adquiria al trono de Portugal, le tuvo largo tiempo preso. Entre tanto los portugueses alzaron por su rey al maestre de Avis Don Juan, hijo tambien bastardo de Don Pedro y de Doña Teresa Lorenzo, quedando así frustradas las ambiciones y crímenes de Doña Leonor y de su cuñado, y acabando aquella su vida encerrada en un monasterio por órden de su yerno el rey de Castilla, contra el cual tambien habia conspirado.

ROMANCES DEL DUQUE DE GUIMARANS.

1241.

DON JUAN II DE PORTUGAL HACE DECAPITAR AL DUQUE DE GUIMARANS, Y MATA POR SU MANO AL JÓVEN DUQUE DE VISEO, SU PRIMO Y CUÑADO.— I.

(*Anónimo.*)

Los grandes de Portugal
Se muestran muy enojados :
Con gran queja de su rey
Muy gran odio le han tomado,
Y el duque de Guimarans
Es el que mas le ha mostrado,
El cual con sus tres hermanos
Se siente muy agraviado.
Por muy áspero le acusan
Y de no bien enseñado,
Porque muy mal los trataba
No haciendo d'ellos caso,
Siendo de su misma sangre,
Y sus deudos muy cercanos,
Fuera de lo que su padre
Siempre los habia tratado,
Y de la humana llaneza

Con que era comunicado;
Agravando el mal presente,
Mirando en el bien pasado,
Y con este descontento
Estando muy indignados,
Publicaban que era el Rey
Avariento en sumo grado,
Injusto, incapaz que el reino
Fuese por él gobernado:
Lo cual por el Rey sabido,
Mostrándose muy airado,
Dicen que les levantó,
O que fué de ello informado,
Que el Duque y sus tres hermanos,
Que se habian conjurado
De matar á su persona
Y de tomarle su Estado
Y darlo á su primo el duque
De Viseo, su cuñado,
Y por esto los prendió
Tomándolos descuidados,
Y procedió contra ellos;
Y el proceso sentenciado,
Fué el duque de Guimarans
En público degollado:
Esotros sus tres hermanos
Fuéron todos desterrados,
Y al duque de Viseo
Perdonó por ser muchacho.
Y no dende á mucho tiempo
En que aquesto hubo pasado,
Publicó que aqueste duque,
Su primo, queria matarlo,
Y con otros caballeros,
Que estaba ya conjurado:
Envió á llamar al Duque,
El cual vino á su mandado
De un pequeño lugar suyo,
Donde estaba aposentado.
En la cámara del Rey
Entró el Duque descuidado.
Viéndole el Rey ante sí,
Que le maten ha mandado;
Pero teniendo respeto,
Nadie quiso ejecutallo,
Por ser su primo del Rey,
Y ser tambien su cuñado.
El Rey, sacando un puñal,
Fué contra él muy airado,
Diciéndole: —¡Oh traidor!—
Y el Duque muy fatigado,
Viéndose llamar traidor,
Respondió muy denodado:
—Vos sois traidor, y mentís
En eso que habeis hablado.—
Díjole el Rey: —Tú pensabas
Levantarte con mi Estado
Y matarme á mí primero;
Pues mal te se ha ordenado,
Que si mi brazo me ayuda,
No verás lo que has pensado.—
Y abrazándose con él,
Dos puñaladas le ha dado,
Y dejándolo allí muerto
Entró dentro en su palacio,
Y preguntóle á la Reina
Con rostro disimulado:
—A quien quisiese matarme
Y alzárseme con mi Estado,
¿Qué os parece que merece
En pago de su pecado?—
La Reina le respondió:
—El que tal caso ha pensado
Muy cruel muerte merece,
Como traidor y malvado.—
Dijo el Rey: —Tened paciencia,
Que así he hecho á vuestro hermano.—

(Fuentes, *Libro de los cuarenta cantos*, etc.)

1242.

LA DUQUESA DE GUIMARANS SE QUEJA AL REY POR LA MUERTE QUE HIZO DAR Á SU ESPOSO.—II.

(*Anónimo*.)

—Quéjome de vos, el Rey,
Por haber crédito dado
Del buen Duque, mi marido,
Lo que le fué levantado.
Mandástemelo prender
No siendo en nada culpado.
¡Mal lo hicistes, mi señor!
¡Mal fuistes aconsejado!
Que nunca os hizo aleve
Para ser tan maltratado;
Antes os sirvió; ¡mezquina!
Poniendo por vos su Estado:
Siempre vino á vuestras cortes
Por cumplir vuestro mandado.
No lo hiciera así, señor,
Si en algo os hubiera errado,
Que gentes y armas tenia
Para darse á buen recaudo;
Mas vino, como inocente
Que estaba de aquel pecado.
Vos, no mirando justicia,
Habéismelo degollado.
No lloro tanto su muerte,
Como vello deshonrado
Con un pregon que decia
Lo por él nunca pensado.
Murió por culpas ajenas
Injustamente juzgado:
Él ganó por ello gloria,
Yo para siempre cuidado.
Agora vivo en prisiones
En que vos me habeis echado,
Con una hija que tengo,
Que otro bien no me ha quedado;
Que tres hijos que tenia
Habéismelos apartado:
El uno es muerto en Castilla,
El otro desheredado,
El otro tiene su ama,
No espero verle criado:
Por el cual pueden decir,
Inocente, desdichado.
Y pido de vos enmienda,
Rey, señor, primo y hermano,
A la justicia de Dios
De hecho tan mal mirado,
Por verme á mí con venganza
Y á él sin culpa, culpado.—

(*Síguense cuatro romances. El primero es de los cinco maravedises*, Pliego suelto.— It. *Cancionero de romances*.)

ROMANCES DE DOÑA ISABEL DE LIAR.

1243.

ROMANCE DE DOÑA ISABEL: CÓMO, PORQUE EL REY TENIA HIJOS DE ELLA, LA REINA LA MANDÓ MATAR.—I.

(*Anónimo*[1].)

Yo me estando en Giromena
Por mi placer y holgare,
Subiérame á un mirador
Por mas descansó tomare:
Por los campos de Monvela
Caballeros vi asomare:
Ellos de guerra no vienen,
Ni ménos vienen de paz,
Vienen en buenos caballos,
Lanzas y adargas traen:
Desque yo los vi, mezquina,
Parémelos á mirare.
Conociera al uno d'ellos

En el cuerpo y cabalgare,
Don Rodrigo de Chavella,
Que llaman del Marechale,
Primo hermano de la Reina:
Mi enemigo era mortale.
Desque yo, triste, le viera,
Luego vi mala señale.
Tomé mis hijos conmigo
Y subíme al homenaje;
Ya que yo iba á subir,
Ellos en mi casa estane:
Don Rodrigo es el primero,
Y los otros tras él vane.
—Sálveos Dios, Doña Isabel.
—Caballeros, bien vengades.
—¿Conoscédesnos, señora,
Pues así vais á hablare?
—¡Ya os conozco, Don Rodrigo!
¡Ya os conozco por mi male!
¿A qu'era vuestra venida?
¿Quién os ha enviado acae?
—Perdonémedes, señora,
Por lo que os quiero hablare.
Sabed que la Reina mi prima
Acá enviado me hae,
Porque ella es muy mal casada,
Y esta culpa en vos estae,
Porqu'el Rey tiene en vos hijos
Y en ella nunca los hae,
Siendo, como sois, su amiga,
Y ella mujer naturale:
Manda que murais, señora,
Paciencia querais prestare.—
Respondió Doña Isabel
Con muy gran honestidade:
—Siempre fuistes, Don Rodrigo,
Todo en mi contrariedade:
Si vos queredes, señor,
Bien sabedes la verdade,
Qu'el Rey me pidió mi amor,
Yo no se lo quise dare,
Teniendo en mas á mi honra,
Que no sus reinos mandare.
Cuando vió que no queria
Mis padres fuera á mandare;
Ellos tampoco quisieron
Por la su honra guadare.
Desque todo aquesto vido,
Por fuerza me fué á tomare:
Trújome á esta fortaleza,
Do estoy en este lugare;
Tres años he estado en ella
Fuera de mi voluntade,
Y si el Rey tiene en mi hijos,
Plugo á Dios y á su bondade,
Y si no los ha en la Reina,
Es así su voluntade.
¿Por qué me habeis de dar muerte,
Pues no merezco male?
Merced os pido, señores,
No me la querais negare:
Desterreisme d'estos reinos,
Qu'en ellos no estaré mase:
Irme he yo para Castilla,
O á Aragon mas adelante,
Y si no bastare aquesto,
A Francia me iré á morare.
—Perdonédenos, señora,
Que no se puede hacer mase.
Aquí está el duque de Bavia
Y el marques de Villareale,
Y está el obispo de Oporto,
Que os viene á confesare.
Cabe vos está el verdugo
Que os habia de degollare,
Y aun aqueste pajecico
La cabeza ha de llevare.—
Respondió Doña Isabel,
Con muy grande honestidade:
—Bien paresce que soy sola,
No tengo quien me guardare,
Ni madre ni padre tengo,
Pues no me dejan hablare;
Y el Rey no está en esta tierra,
Qu'era ido allende el mare;
Mas de qu'él sea venido
La mi muerte vengarae.
—Acabedes ya, señora,
Acabedes de hablare.
Tomalda, señor Obispo,
Y metedla á confesare.—
Miéntras en la confesion,
Todos tres hablando estane
Si era bien hecho ó mal hecho
Esta dama degollare:
Los dos dicen que no muera,
Qu'en ella culpa no hae.
Don Rodrigo, qu'es muy cruel,
Dice que la ha de matare.
Sale de la confesion
Con sus tres hijos delante,
El uno dos años tiene,
El otro para ellos vae,
Y el otro, que era de teta,
Dándole sale á mamare,
Toda cubierta de negro:
Láatima es de la mirare.
—Adios, adios, hijos mios:
Hoy os quedaréis sin madre:
De alta sangre caballeros,
Por ellos querais mirare,
Que al fin son hijos de rey,
Aunque son de baja madre.—
Tiéndenla en un repostero
Para habella degollare:
Así murió esta señora,
Sin merecer ningun male.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Mucha analogía tiene este romance con las tradiciones de Doña Ines de Castro; pero no sabemos si es ella de la que se trata. ¿Quién era esta Doña Isabel de Liar? Quién el Rey portugues su amante que estaba ausente, sin duda en Africa, cuando se verificó la tragedia de su querida? Quién la reina mujer de aquel, que, siendo estéril y envidiosa de la fecundidad de su rival, la hace matar, siendo ella muerta por el Rey su esposo cuando tornó de su jornada, como se ve en el siguiente romance? Quiénes eran el marques de Villareal, el Don Rodrigo de Chavela, el duque de Bavia, ó quizá de Baviera, y el obispo de Oporto, asesinos de Doña Isabel? No lo sabemos: nos es desconocido el fundamento de la tradicion que ha dado motivo á un romance tan interesante y sencillamente narrado, que parece hecho á la vista del trágico suceso. De todas maneras, aunque no hemos podido hasta ahora hallar la procedencia del romance, es probable que sea la misma que la de Doña Ines de Castro, pues Meja de la Cerda, en su tragedia sobre esta dama, trae un romance casi igual al que anotamos.

1244.

AL MISMO ASUNTO.— II.

(*Anónimo*[1].)

En Ceuta estaba el buen Rey,
Ese rey de Portugal,
Cuando le dieron aviso
De tristeza y de pesar,
Diciéndole que habian muerto
A Doña Isabel Liar,
Y que lo mandó la Reina
Por su mala voluntad.
Don Rodrigo fué el cruel,
El que llaman del Marchal.
Y ese duque de Salinas,
Y el marques de Villareal,
Con el obispo de Oporto,
Que la fuera á confesar.
Cuando aquesto supo el Rey,
No hace sino llorar;
Juraba por su corona

Que la habia de vengar.
Mandó tocar sus trompetas,
El real mandara alzar;
Vistióse todo de luto,
Luego se quiso embarcar
Con solo diez caballeros
Que no le quieren dejar.
No quiso aguardar la flota,
Por no se tanto tardar,
Y dentro de siete dias
A Sevilla fué á llegar,
Y de allí á pocos dias
Es llegado a Portugal.
Fuése derecho á palacio,
Do solia reposar.
La Reina cuando lo supo
Vínose á lo visitar;
Mas el Rey con mucha saña
D'esta suerte le fué á hablar:
—Mal vengades vos, la Reina,
Malo sea vuestro llegar.—
En diciendo estas razones,
La mandó presto tomar,
Y en el mismo repostero
Do su amiga fué á finar,
Mandó degollar la Reina,
Don Rodrigo cuartear,
Y á ese duque de Salinas,
Y al marques de Villareal,
Y al buen obispo de Oporto
Le mandó descabezar.
Hizo sacar á su amiga
Para con ella casar.
Y por heredar sus hijos,
A Don Pedro y á Don Juan,
Y despues con mucha honra
La mandó luego enterrar:
D'este modo vengó el Rey
A Doña Isabel Liar.

(Timoneda, *Rosa Española*. — H. Wol, *Rosa de romances*.)

[1] Véase la nota del romance núm. 1243; pero obsérvese que el que anotamos aquí, tiene mas semejanza con la historia de Doña Ines de Castro que no el anterior.

ROMANCES DEL REY DON SEBASTIAN.

1245.

EL REY DON SEBASTIAN.— I.

(*Anónimo*.)

Una bella lusitana,
Dama ilustre y de valía,
Haciendo sus ojos fuentes,
Con llanto extiende la vista
A la poderosa armada,
Que de Lisboa salia,
La vuelta el mar de Levante,
Por Sebastiano regida.
Y como vido que el norte
Sopla furioso y aprisa,
Dijo con un ¡ay! del alma,
Triste, turbada, afligida:
«Que no hay quien baste
Contra gallardo rey, mozo, arrogante.»
Está mirando por tierra
La mucha gente lucida,
Diferenciados en traje
Y en diferentes divisas,
Porque aunque de Cristo llevan
La cruz en medio tendida,
El galan y enamorado
Conforme á su intento pinta;
Pero la afligida dama,
Que vido una roja insignia
En una alta popa puesta,
Desde un balcon que partia,
Dijo: «No hay quien baste
»Contra un gallardo rey, etc.»
Mira las lucidas armas
Que lleva la fidalguía,
Y de telas de oro y plata
Costosas ropas vestidas;
Y las medallas compuestas
De muy rica pedrería,
Cadenas de oro pendientes,
Tantas, que la vista admiran;
Considerando de muchos
La dolorosa partida,
Y que va entre los que parten
El bien de su alma y vida,
Dijo:—«No hay quien baste, etc.»
Tocan las trompas á leva,
Y las cajas resonantes
Con los pífaros parleros
Dicen que todos se embarquen.
Los marineros dan voces
Para que el ferro se alce,
Y los lijeros grumetes
Al viento velas esparcen,
Cuando la dama hermosa
Procurando consolarse,
Dice:—Plega Dios que vuelvas
Victorioso y muy pujante,
«Y habrá quien baste
»Contra un gallardo rey, mozo, arrogante.»

(*Romancero general*.)

1246.

EL REY DON SEBASTIAN.— II.

(*Anónimo*.)

De la sangrienta batalla
Que tuvo el rey Sebastiano
Con los africanos moros,
Rompido y desbaratado
Se ha escapado un español
De los que Felipe ha enviado
Al socorro y obediencia
Del bando del lusitano.
Despedazadas las armas,
Sin aliento y sin caballo,
En roja sangre teñido,
Por muchas partes llagado,
Arrimóse el español
A un árbol espeso y bajo,
De donde vido en su gente
Aquel mortífero estrago;
Y aunque lacio y macilento,
Dijo, que lo oyó un soldado:
—No me pesa de mi muerte,
Pues con una vida pago
La deuda que á Dios le debo
El católico cristiano;
Mas ¿por qué ha de morir
Un rey mancebo y lozano,
Y con él todos los suyos,
Por ser mal aconsejado?—
Estas razones diciendo,
Llegó el Rey alborotado,
Y dijo:—¿Cómo, español,
En tal priesa tanto espacio?
—Inclito Rey, le responde,
Oyeme bien lo que hablo,
Y es que te guardes, señor,
Y retires todo el campo,
Y no des al enemigo
Tan abierta y larga mano,
Y que los tuyos perezcan,
Sin que se escape un cristiano:
Mira que una retirada,
Cuando es con acuerdo sano,
Vale mas que un vencimiento,
Si el tal se alcanza con daño.—

El Rey atento le ha oido,
Y díjole: — Castellano,
Toma para tí el consejo
Que me das, no todo sano,
Más con pecho de cobarde,
Que no de diestro soldado.—
El capitan, que se vió
Ser del Rey abaldonado,
Cobró el aliento perdido
Y tomó presto un caballo,
Y con la espada desnuda
Parte al sarraceno campo,
Y díjole :— Excelso Rey,
Porque entiendas que mi brazo
No te ha de echar en afrenta,
Ten cuenta con lo que hago.—
Tres alcaldes tiene muertos
En una hora de espacio,
Y mas de diez corredores
De los que andan en el campo.
El Rey, que atencion le tuvo,
Aunque no estaba parado,
Dijo á los suyos :— Sin duda
El español es honrado;
Haced lo mismo vosotros
Los que vos preciais de hidalgos,
Y ninguno vuelva atras,
Miéntras no vuelve mi brazo.—
Pero la parca cruel,
Que tiene el cuchillo alzado,
A Sebastiano dió muerte,
Y á su reino eterno llanto.
(*Romancero general.*)

1247.

EL REY DON SEBASTIAN.— III.

(*Anónimo.*)

Discurriendo en la batalla
El rey Sebastiano bravo,
Bañado en sangre enemiga
Toda la espada y el brazo,
Herida su real persona,
Pero no de herir cansado;
Que en tan valeroso pecho
No pudo caber cansancio,
A todas partes acude,
Do el peligro está mas claro,
Poniendo en órden su gente
Y temor en el contrario,
Entre los alarbes fieros,
Haciendo en ellos estrago,
Con la prisa y peso de armas
Sale cansado el caballo.
A remediar su peligro
Venir vió un valiente hidalgo;
Las armas traia sangrientas,
Por muchas partes pasado,
En un caballo lijero
Contra moros peleando,
Y sacando de flaqueza
La voz, dice suspirando:
— D'este caballo te sirve [1],
Inclito rey Sebastiano,
Y salvarás en salvarte
Lo que queda de tu campo:
Mira el destrozo sangriento,
De tu pueblo lusitano,
Cuya lastimosa sangre
Hace lastimoso lago;
Sin órden tu infantería,
Rompidos los de á caballo,
Señal de triste suceso
Favorable en el contrario.
Que te apartes d'esa furia
Te suplican tus vasallos
Llenos de sangre los pechos,
Puestas las vidas al caso:
Pon los ojos en tu fe,
Y recibe mi caballo;
Prefiérase el bien comun
A la vida de un hidalgo:
No abaldones mi deseo,
Huye las manos del daño.—
De cuyos ruegos movido,
Respondió el Rey acetando:
— A tal estrecho he venido,
Que tengo de ser forzado
A recebir con tu muerte
La vida que ya desamo;
Pero poca es la ventaja
Que me llevarás, hidalgo,
Que aquí do quiere fortuna,
No está mal morir temprano.—
Deciende, le dice el Rey;
Pero no puede el vasallo,
Que mil honrosas heridas
Le traian en tal estado:
Ayúdale á decender
El Rey con sus propios brazos,
Echándoselos al cuello,
Y subiendo en el caballo.
—Adios, dice, caballero,
Que á buscar venganza parto
En los fieros enemigos
Y á morir con mis vasallos.
(*Romancero general, fol.* 73 v.)

[1] La accion de este soldado español con el rey Don Sebastian es una copia de lo que Moncada ejecutó con Don Juan I de Castilla, en la batalla de Aljubarrota, como se cuenta en el romance núm. 981, que dice: *Si el caballo vos han muerto.*

ROMANCES DE LA HISTORIA DE ITALIA

1248.

ROMANCE DE LA PAPISA JUANA.

(*Anónimo* [1].)

Juana habia por nombre
Una varonil mujer,
La cual en hábitos de hombre
Se puso por mas valer,
Llamándose Juan: en letras
Fué infinito tracender:
Porqu'en la ciudad de Aténas
Estudió con su saber.
Aprendió y supo tanto,
Que vino en Roma á tener
Catedra, donde enseñaba
Muy contenta á su placer,
Y en las públicas disputas
A todos iba á vencer.
Fué de tanta estimacion,
Que fué tenida á su ser
Por el mas sabio varon
Que Roma pudo tener.
Quiso su suerte ó desdicha
Qu'el Papa fué á fenecer,
El cual papa era Leon,
Cuarto se decia á mi ver.
Pues vacando así esta silla
De tan alto merecer,
Fué elegida del concilio
Por papa aquesta mujer.
Y estando puesta en tal trono,
Sin castidad mantener,
Con un esclavo s'echaba
Secreta, á mas no poder,
Del cual se hizo preñada
Sin nadie lo conocer.
Y como Dios no quisiese
Qu'esta fuese á florecer,
Y qu'en dos años y dias
Perdiese el santo poder,

Acaeció esto : que un dia
Ella yendo sin temer
Con la gran solemnidad
Que al Papa suelen hacer,
A visitar á San Juan
De Letran, fué á acontecer
Que los dolores del parto
Le vinieron sin querer,
Y en medio de aquel camino
Parió y murió de se ver
Tan pública y deshonrada
Sin mas podello esconder,
Y fué enterrada sin honra,
Pues que tal fué á acontecer.
Desde entónces acá usan,
Si algun papa han de poner :
Hay en el sacro Palacio
Una silla de valer
Abierta por bajo toda
Para que se pueda ver
Cubiertamente, si es hombre
El Papa qu'eligen ser.

(Linares, *Cancionero llamado Flor de enamorados.*)

[1] Este romance toma su asunto de una tradicion falsa ó inverosímil, inventada quizá por los protestantes luteranos para ridiculizar la suprema dignidad del catolicismo.

ROMANCES DE LA REINA DE NÁPOLES.

1249.

LA REINA DE NÁPOLES.— I.

(*Anónimo.*)

Emperatrices y reinas
Cuantas en el mundo habia,
Las que buscais la tristeza
Y huis de l'alegria,
La triste reina de Nápoles
Busca vuestra compañía.
Va llorando y gritos dando
Do su mal contar podia.
—¡Quién amase la tristeza
Y olvidase la alegría,
Porque lloren los mis ojos
Cuanto lloro yo tenía!
Vínome lloro tras lloro,
Sin haber consuelo un dia :
Yo lloré al Rey mi marido
Que d'este mundo partia ;
Yo lloré al rey Alfonso,
Porque su reino perdia ;
Lloré al rey Don Fernando,
La cosa que mas queria ;
Yo lloré una su hermana,
Qu'era la reina de Hungría ;
Lloré al príncipe Don Juan,
Qu'era la flor de Castilla ;
Lloré al príncipe mi hijo,
Porque fraile se metia ;
Llóranme duques y condes,
Y otras gentes de valía ;
Llóranme las cien doncellas
Qu'en mi palacio tenía.
Estando en estos mis lloros,
Vínome mensajería
D'ese rey de los franceses
Que mi reino me pedia,
Porque dice qu'era suyo
Y que á él pertenecia ;
Y que si no se lo daba
Qu'él me lo tomaria.
Un consuelo me quedaba
Asentado en rica silla :
Estos eran dos hermanos
Rey y Reina de Castilla.
Envíeles por socorro :
Que de grado les placia.
Subiérame á una torre,
La mas alta que tenia,
Por ver si venian velas
De los reinos de Castilla.
Vi venir unas galeras
Que venian de Andalucía.
Dentro viene un caballero,
Gran capitan se decia :
Bien vengais, el caballero,
Buena sea vuestra venida.

(*Cancionero de romances.*)

1250.

LA REINA DE NÁLOLES.— II.

(*Anónimo.*)

Emperatrices y reinas
Las que huis del alegría,
La triste reina de Nápoles
Busca vuestra compañía.
Va diciendo y gritos dando :
—De mi mal contar podria
Quien amase la tristeza
Y olvidase la alegría,
Porque viesen los mis ojos
El daño que les venía
En perder un tal marido
Que jamas no cobraria.
Lloren damas y doncellas
La Reina qu'en tal se via :
Quien pensó tener consuelo
Mal tras mal le combatia.
Un año habia y mas
Qu'este mal á mi seguia.
Vínome lloro tras lloro
Sin haber descanso un dia.
Yo lloré al rey Don Alfonso,
Por la muerte que moria ;
Yo tambien lloré á su hermano,
Que un otro hijo no habia ;
Lloré al príncipe Don Juan,
Cuando fraile se metia.
Estando en estas congojas
Me vino mensajería
Qu'ese rey de los franceses
El mi reino me pedia,
Porque dice que fué suyo
Y que á él pertenescia.
Un consuelo me quedaba
Para mi postrimería,
Y este fué los dos hermanos
Rey y Reina de Castilla.
Demandéles yo socorro,
Que de grado les placia.
Subiérame á una torre,
La mas alta que tenia,
Para ver si vienen velas
D'este reino que decia.
Vi venir unas galeas
Y unas naos vizcaínas ;
Mas el tiempo fuera tal
Que mi dicha lo desvía,
Que las galeas y naves,
Vueltas son para Castilla.
Ya despues d'esto pasado,
Estas y otras mas venian,
Y en ellas un caballero
De la noble Andalucía.
Este es Gonzalo Hernandez,
Con muy gran caballería.
Plegue á Dios de le guardar
De muy mala compañía.
Y á la reina qu'es de Nápoles
Su muy alta señoría,

Dejarla vivir alegre
En los dias de su vida.

(*Aquí comienzan las coplas de Madalenica*, etc. Cuaderno suelto.)

ROMANCES DEL DUQUE DE GANDÍA.

1251.

JUAN BORJA, PRIMER DUQUE DE GANDÍA, HIJO DEL PAPA ALEJANDRO VI Y DE SU CONCUBINA VANOSIA, MUERE ASESINADO POR SU HERMANO CÉSAR, EN EL AÑO DE 1492.

(*Anónimo* [1].)

A veinte y siete de julio,
Un lúnes, en fuerte dia,
Allá en Roma la santa
Grande llanto se hacia
Por la muerte del buen duque
Que se llama de Gandía.
Lloran duques, lloran condes,
Lloraba la clerecía
Por tres dias con sus noches
Qu'el Duque no parecia.
Mandan pregonar por Roma,
Y el pregon así decia:
—Que cualquier que al Duque hallase
Mil ducados llevaria.—
Visto por los españoles
Que tal pregon se hacia,
Buscaban de casa en casa
Al gran duque de Gandía.
Al Papa vino un barquero
Que en Tiber pescar solia;
Las rodillas por el suelo,
D'este modo proponia:
—Oígame tu Santidad,
Gran señor, si te placia.
—Di, barquero, tu embajada,
Que oida bien te sería:
¿Traes nuevas por ventura
D'ese duque de Gandía?
—Yo no traigo nueva cierta
Aunque traerla queria;
Y es que estando aquí esta noche,
Casi la una seria,
Vi tres hombres abrazados
Que lidiaban á porfía
Todos tres en una puente,
Y despues vi que caia
Uno d'ellos en el agua:
Esto es lo que yo sabía.—
En oir aquesto el Papa
Muy turbado se sentia:
Mandó juntar los barqueros
Y á todos les prometia
Que á cualquier que lo hallaso
Grandes dones le daria.
Toman barcos y bateles,
Cuantos en el rio habia:
Rio arriba, rio abajo,
Búscale quien mas podia.
Mas aquel mismo barquero
Que la relacion hacia,
Echó los garfios al agua;
Con ellos al Duque asia.
Desque le hubo sacado
Muy gran mancilla ponia.
Siete puñaladas tiene
Todas de mortal herida,
Por el cuello degollado
Aunque no lo merecia.
Una piedra á la garganta
Con que el cuerpo le sumia.
Un alcarchofado sayo
Su lindo cuerpo vestia;
Un jubon de raso negro,
Que se vistiera aquel dia;
Una gran cadena al cuello,
Que mil ducados valia;
Otros tantos en la bolsa,
Y otras joyas de valía.
Entónces de verlo así
Toda la gente decia:
—Aquel que al Duque mató
Por dineros no le habia,
Sino por el malogrado
Del buen duque de Gandía.—
Visto por el Padre Santo
A Dios oracion hacia:
—¡Malditos sean de Dios,
Tambien de Santa María,
Los que á mi hijo mataron,
Todo mi bien y alegría!—
Ahí estaba un arzobispo,
Que de la traicion sabía:
Respondiendo al Padre Santo,
D'esta suerte respondia:
—No los maldigais, señor,
Que no es cosa que cumplia,
Que los que al Duque mataron
Ya pasan de Lombardía.—
Oyendo esto el Padre Santo,
A su oracion se volvia;
Las rodillas por el suelo
D'esta suerte proseguia:
—Benditos sean de Dios,
Tambien de Santa María,
Los que á mi hijo mataron
Con tan grande alevosía;
Absuélvolos desde aquí,
Pues Dios así lo queria —

(TIMONEDA, *Rosa gentil*. — II. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Al mismo tiempo que resalta la divinidad del Cristianismo, pues ni los excesos de muchos papas, ni la conducta atroz de Alejandro VI y su familia pudieron destruirle, este romance deja traslucir el error y extravío de las conciencias y de la opinion religiosa, no ya solo entre el pueblo, sino tambien entre los potentados. No es la idea del perdon y la clemencia evangélica la que usa un arzobispo para que el Papa revoque las maldiciones contra los asesinos de su hijo primogénito y espúreo, sino la de que iban á recaer sobre otro de los suyos, el mas abominable de los hombres. ¿Y qué hace el Papa en su corazon? Tratar á Dios como un maniquí que debe mudar su justicia segun el interes suyo.

1252.

AL MISMO ASUNTO [1].— II.

(*De Rodrigo de Reinosa.*)

A ventisiete de julio,
Un lúnes, en fuerte dia,
Allá en Roma la santa
Muy grande llanto se hacia.
Lloran duques, lloran condes,
Llora la caballería;
Lloran obispos y arzobispos,
Con toda la clerecía;
Llora la corte romana,
Todos en comun decian:
—Tres dias ha con sus noches
Qu'el Duque no parecia.—
Mandó pregonar por Roma
Por toda la clerecía,
Cualquier que al Duque fallare,
Mil ducados le darian
De buen oro y de buen peso,
Luego se los pagarian.
Desque vieron los españoles
Que diligencia ponian,
Búscanlo de casa en casa
Al buen duque de Gandía.
Por ahí viniera un barquero,
Que viniera ribera arriba.

Besó las manos al Santo Padre,
Y los piés con grande estima.
Allí fabló el Santo Padre,
Bien oiréis lo que decia:
—Enborabuena vengas, hombre,
Buena sea tu venida:
Dime, ¿traes nuevas del Duque,
De mi hijo el de Gandía?
—Yo no traigo nueva cierta,
Ni de cierto lo sabia;
Mas oi estando esta noche,
Señor, por ganar mi vida,
Oi un gran golpe en el rio,
Que todo el rio sumia.
Quizá por el su pecado
Será el duque de Gandía.—
Toman barcos y bateles
Cuantos en Roma habia,
Rio arriba, rio abajo,
Buscan al duque de Gandía;
Mas aquel mesmo barquero
Que las nuevas traido habia
Echó los hierros al agua
Con qu'el Duque topado habia.
Desque lo hobieron sacado,
¡Señores, era mancilla!
Tenia siete puñaladas,
Todas de mala herida;
Degollado por la garganta,
Qu'el tal mal no merecia:
Una gran piedra al pescuezo,
Todo el cuerpo le sumia:
Un sayo alcarchofado
Que un cuento y mas valia;
Un jubon de cetí negro,
Que se le vistió aquel dia:
Un cinto de cadenas de oro
Que tres mil ducados valia:
Otros tantos en la bolsa
Y ende arriba seria;
Por ende mirad, señores,
Y poneldo en mas estima,
Que los que al Duque mataron
Por dineros no lo habian:
Hablanlo por el malogrado
Del buen duque de Gandía.
Volvamos al Santo Padre,
De las cosas que hacia.
Hincó las rodillas en tierra,
A Dios su oracion hacia,
Llorando de los sus ojos,
De la su boca decia:
—¡Quien te me mató, mi hijo,
Y matárteme queria,
Maldito sea de Dios,
Tambien de Santa María!
Lo que yo maldigo en tierra
En el cielo se maldecia.—
Allí fabló un arzobispo
Que de la traicion sabia:
No los maldiga tu Santidad
Ni maldecirlos querria,
Que los que al Duque mataron
Muy gran pecado tenian,
Y por esa maldicion
Bien contado no seria.—
Allí habló el Padre Santo
Bien oiréis lo que decia.
Ambas rodillas hincó
Como ántes hecho habia:
—¡Benditos sean de Dios,
Tambien de Santa María,
Los que á mi hijo mataron!
Perdónolos por mi vida.—
Mandó traer las cruces
Cuantas en Roma tenia;
Con la clerecia toda
Traen al duque de Gandía.
A Santa María lo llevan
Del Pópulo qu'ende habia,
Y aquel dia allí lo entierran
Y un rétulo allí ponian
Encima su sepultura
Que d'este modo decia:
«Aquí yace el malogrado
»Del buen duque de Gandía,
»Del cual Dios haya merced
»Perdonando sus pecados,
»Y de todos los culpados. Amen.»

(*Comienza un razonamiento por coplas*, etc.)

1 Este romance ha sido refundido en el que le precede, de modo que puede considerársele casi como uno mismo.

FIN DEL ROMANCERO DE ROMANCES HISTÓRICOS.

ROMANCERO

DE

ROMANCES VULGARES.

ROMANCES VULGARES.

SECCION DE ROMANCES VULGARES CABALLERESCOS.

ROMANCES DE CARLO-MAGNO Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA QUE CONTIENEN: EL DESAFIO DE OLIVEROS Y FIERABRAS, LOS AMORES DE FLORIPES Y GUI DE BORGOÑA, CON OTRAS MUCHAS AVENTURAS, AMORES Y GUERRAS. ASIMISMO SE REFIERE LA BATALLA DE RONCESVALLES, LA MUERTE DE ROLDAN Y DE OTROS PARES DE FRANCIA, TODO SEGUN EL LIBRO VULGAR DE CARLO-MAGNO Y LA CRONICA DEL ARZOBISPO TURPIN.

1253.

CONQUISTADA ROMA Y APODERADO DE LAS RELIQUIAS SANTAS, EL ALMIRANTE BALAN INVADE LA FRANCIA, Y CÓMO SU HIJO EL GIGANTE FIERABRAS DASAFIÓ Á LOS DOCE PARES, Y SE BATIÓ EN DUELO SINGULAR CON EL FAMOSO OLIVEROS.— 1.

(*De Juan José Lopez*[1].)

Suenen cajas y clarines
Y sonoros instrumentos
En acordes consonancias
Por los espacios del tiempo,
Para dar claras noticias
Del caso mas estupendo,
La mas reñida batalla
Y los mas recios encuentros
Que ha habido entre espada y lanza,
Mano á mano y cuerpo á cuerpo.
Ya sabrán que hubo en Turquía,
En nuestros pasados tiempos,
El almirante Balan,
Señor de todos sus reinos.
Este tal tenia un hijo
Agigantado en su cuerpo,
Que con quince piés de largo
Era una torre de huesos,
Y por su grande valor
Este nombre le pusieron:
Fierabras de Alejandría,
El que á nadie tuvo miedo.
Apénas tuvo veinte años,
Cuando, obstinado y soberbio,
Con su ejército salió
Y vino al romano Imperio,
Poniéndole sitio á Roma
Con muy dañados intentos.
Al fin venció la batalla,
Haciendo muchos excesos,
Y al Apostólico dió
Muerte, y á otros caballeros,
Saqueando las iglesias
Y derrotando los templos;
Halló las santas reliquias
Donde fué el Señor envuelto,
Y á sus tierras las llevó.
En aqueste mismo tiempo,
En esa corte de Francia,
Habia criado el cielo
Un Carlo-Magno que fué
Azote de los protervos;
Le dió el Señor doce hombres
Para su acompañamiento
Llamados los Doce Pares,
De grande valor y esfuerzo;
Y viendo la ingratitud
De aquel pagano soberbio,
Para defender la fe
Todos juntos se opusieron.
Se comenzó la batalla
Con tanto valor y esfuerzo,
Que andaban los Doce Pares
Derribando caballeros,
Acuchillando turbantes,
Cotas y mallas de acero.
Pero viendo el Almirante
La pérdida de su reino,
Mandó retirar su gente,
Y con muy poco recelo,
A su hijo Fierabras
Lo ha llamado, así diciendo:
—Bien sabes, hijo querido,
Que estos doce caballeros
Que ha traido Carlo-Magno
Son hombres de tanto arresto,
Que me han muerto cien mil hombres,
Y entre ellos mis caballeros;
Y por el dios Apolin[2],
Que les hago juramento
Que he de tomar la demanda
Y me he de vengar en ellos.—
Fierabras dijo: — Señor,
Eso queda de mi empeño;
Dadme licencia, iré á el campo
Donde tienen su real puesto,
Y los llamaré á campaña,
Por ver si puede mi esfuerzo
Uno á uno, ó dos á dos,
Darles fin á todos ellos.—
Se aparejó Fierabras
Y trajo consigo luego
Diez mil hombres á peon,
Dejándolos encubiertos.
Con esto se entró en el real
En altas voces diciendo:
—¿Adónde estás, Carlo-Magno?
Que hoy un solo caballero
Viene á pedirte campaña:
Envíame aquí á Oliveros
O al valeroso Roldan,
Que yo hasta seis los espero,
Y les mantendré batalla,
Hasta que dé fin de ellos.—
Viendo que nadie salia,
Determinado y soberbio
Se tendió al pié de un árbol,
Y se desarmó al momento,
Y tendido como estaba
Decia con gritos fieros:
—Carlo-Magno, ya has perdido
Tu fama y honor á un tiempo,
Que hasta agora has ganado,
Pues que á solo un caballero,

Que está pidiendo campaña,
No le dais el cumplimiento.—
Como Carlo-Magno oyó
Del bárbaro aquestos ecos,
A Ricarte de Normandía
Le preguntó, así diciendo:
—¿Quién es aqueste pagano
Que desatinado y ciego
Nos está desafiando
A cuantos hay en el reino?—
Ricarte dijo: — Señor,
Ese noble caballero
Es hijo del Almirante,
Y agigantado en su cuerpo:
Aquel que se metió en Roma
Con notable atrevimiento,
Robó las santas reliquias,
Por quien tanto padecemos.—
Mandó llamar á Roldan,
Estas palabras diciendo:
—Sobrino del alma mia,
A tí te toca este empeño,
En salir á la demanda
Con ese bárbaro fiero.—
Y Roldan dijo: — Señor,
Ni yo ni mis compañeros
No hemos de salir ninguno,
Porque bien sabeis por cierto,
Cuando en la escena pasada
De aquellos recios encuentros
Nos dijisteis en la mesa:
«Los ancianos caballeros
»Hoy han ganado la fama;»
Y á esos les toca primero
El salir á la demanda.—
Pero Carlo-Magno, viendo
La respuesta de Roldan,
Una manopla de hierro
Que tenia le arrojó
Con mucho furor é imperio:
Le hirió con ella en la cara,
Y Roldan al mismo tiempo
Metió la mano á su espada,
Y consiguiera el intento
De haberle dado la muerte,
Si los otros caballeros
No se pusieran delante.
De allí se apartó, sintiendo
La mala accion que hecho habia
Con su señor y su dueño.
Viendo esto Carlo-Magno,
Se empezó á armar al momento
Para ir á la batalla;
Pero el buen conde Oliveros,
Que se hallaba mal herido,
Y ya estaba casi bueno,
Cuando supo la cuestion,
Llamó á Guarin, su escudero,
Diciéndole que le armase:
—Haz lo que te mando presto;—
Y así que se vió armado,
Saltó de la cama al suelo,
Estirándose los brazos
Y manejando los miembros
Por ver si firmes estaban,
Y para mas prueba de ello
Saltó dentro de la sala
Un salto que le midieron
Veinte y cinco piés en alto;
Pero al caer en el suelo
Se le abrieron las heridas,
Y la púrpura vertiendo,
Mandó traer el caballo,
Y así que lo vió compuesto,
Sin poner mano en la silla,
De un brinco montó lijero;
Fué donde está Carlo-Magno,
Estas palabras diciendo:
—Muy poderoso señor,
Hoy llega este caballero,
Pidiéndote por merced
Le otorgues su pedimento.—
Y Carlo-Magno responde:
—Pide, que te le concedo.—
Le replicó: — Gran señor,
Hoy vuestra licencia espero
Para ir á la campaña.
—Esto no te lo concedo,
Aunque, si bueno estuvieras,
No tuviera ningun duelo.—
Galalon, que está presente,
Con sus dañados intentos
Le replicó: — Gran señor,
No es de nobles caballeros
El revocar las palabras,
Sino mantenerse en ello.—
Y Carlo-Magno responde,
Con el rostro algo severo:
—¡Tú tienes malas entrañas;
Pero al fin saldrá Oliveros,
Y mira que si fenece,
Darás satisfaccion de ello!—
Le concedió la licencia,
Y se despidió lijero;
Se salió al campo gustoso,
Y dando en él un paseo,
Llegó donde el turco estaba,
Estas palabras diciendo:
— Pagano, empiézate á armar,
Mira que yo solo vengo
A mantener en batalla
Todo cuanto estás diciendo,
Y que no han de ser tus obras
Conforme tienes los fieros,
Que con la ayuda de Dios
Dentro de muy poco tiempo
Te he de llevar maniatado
A mi señor y mi dueño.—
Levantado ha la cabeza,
Y vió un hombre tan pequeño
Y tan sin pelo de barba,
Que traia tanto arresto:
—Vé, y dile á tu Carlo-Magno
Que tengo por menosprecio
De emplear en tí mis armas,
Que eres muy niño y pequeño.—
Oliveros ofendido,
Le respondió así diciendo:
—¡Si en levantarte te tardas,
Como á villano te hiero!—
Le amenazó con la lanza,
Y Fierabras á este tiempo
Se puso en pié vigilante,
Estas palabras diciendo:
—Si he de pelear contigo,
Dime tu nombre primero,
Tu calidad y nobleza,
Que si no eres caballero,
Aunque te venza en batalla,
Poco galardon espero.—
Le replicó luego al punto:
—Dime tu estado primero,
Yo te lo diré al instante.
—Sabrás que es mi nombre mesmo
Fierabras de Alejandría,
El que á nadie tuvo miedo.
—Pues yo me llamo Guarin,
Y soy nuevo caballero,
La primera vez armado,
Y solo por eso vengo
A ganar honor y fama
Con la victoria que espero.—
Fierabras le dice: — Amigo,
Engañado estás en esto,
Porque si yo no tuviera
Piedad de tí, ha mucho tiempo
Que te hubiera dado muerte
Como á inocente cordero.

Vé, y dile á tu Carlo-Magno
Que me envie aquí á Oliveros
O al valeroso Roldan,
Que deseo el conocerlos.—
Oliveros dice: — Amigo,
¡Juzgo que me tienes miedo
Segun la prosa me gastas,
Y dejas pasar el tiempo!
Yo de ninguna manera
No me voy de aqueste puesto,
Si no te vuelves cristiano,
O te llevo prisionero.
—Guarin, tú eres porfiado,
Y pues no tiene remedio,
Apercíbete á las armas,
Siempre me hallarás dispuesto.—
Se pusieron los escudos,
Y se apretaron los yelmos;
Tomó Fierabras la lanza,
Y está con ella blandiendo;
Se retiran uno de otro,
Y á la seña que se hicieron
Se arrancaron los caballos,
Y fué tan recio el encuentro
De los dos tremendos golpes
Que el uno al otro se dieron,
Que se quebraron las lanzas,
Y ambos á dos caballeros
Sobre el arzon de la silla
Ambos quedaron de pechos.
Meten mano á las espadas,
Y como lobos sangrientos
Se embisten el uno al otro,
Dándose golpes muy recios:
Mas de dos horas y media
Duró el combate primero.
Cansados de pelear,
Mal heridos y sangrientos.
Fierabras le pidió treguas,
Estas palabras diciendo:
—Paremos á descansar [3],
Porque ningun caballero
Tanto me duró delante,
Ni ha fatigado mi esfuerzo
Ninguno en aqueste mundo
Sino es tú; mas yo no entiendo
Que seas el que me dices,
Sino es uno del infierno.
Aquí por cierta verdad
Debajo de juramento,
Por aquel Dios que veneras,
Y aquella que esta en el cielo,
Que me digas la verdad.—
Y le respondió Oliveros:
—Pagano, ¿quién te enseñó
Con seguridad y acierto
A conjurar los cristianos,
Que no se nieguen á ello?
Sabras por cierta verdad
Que soy el conde Oliveros.—
Fierabras le dice: —Amigo,
Me alegro el conoceros,
Y perdona los desaires
Que te hice de primero.—
Dejemos en este estado
Este romance primero,
Que en otra segunda parte
Diré de los caballeros.

(*Carlo-Magno*, Pliego suelto.)

[1] La degeneracion ó cambio de los romances populares viejos ó antiguos al vulgar es ménos rapida en los de Carlo-Magno, porque los unos y el otro están formados sobre el mismo tipo ó crónica, modelo único de ellos, que ha atravesado los siglos y llegado á nosotros sin mas alteracion que la del lenguaje. Los primeros romances de Juan Lopez pertenecen, así como la primera parte de la historia ficticia vulgar de Carlo-Magno, á invenciones muy posteriores, aunque coloradas como preliminares ó hechos anteriores á los que se refieren en la falsa crónica de Turpin, que aunque refiere otros posteriores, es sin embargo mucho mas antigua. Los dos últimos romances del mismo Lopez, aquí insertos, están tomados de la segunda parte de aquella dicha historia, que es, por decirlo así, una reproduccion del contenido de la crónica que empieza contando la venida de Carlo-Magno á España, y Santiago de Galicia por inspiracion divina, el hallazgo de su cuerpo santo, la conquista de una parte del reino, y concluye en fin por la batalla de Roncesvalles, con la muerte de Roldan, de Oliveros y de otros Pares de Francia, causada por la felonía de Galalon. Muchos atribuyen la crónica al siglo XI, pero pesadas todas las razones, nos parece que no excede en antigüedad al siglo XII ó principios del XIII. Es muy digno de notar, que en esta crónica tan antigua nada se habla, ántes supone lo contrario, de las tradiciones españolas, sin duda mucho mas modernas, que suponen la renuncia del trono de Castilla, hecha por Alfonso el Casto, en favor de Carlo-Magno, ni de la intervencion de Bernardo del Carpio y de los cristianos de España en la batalla de Roncesvalles. Nuestros épicos y romanceristas, á la verdad, no han sabido, como los italianos, aprovecharse de la crónica que en medio de su rudeza y falta de arte ha creado la interesantísima situacion de los últimos momentos de Roldan.

[2] Aun en el siglo pasado el vulgo creia que los moros eran lo mismo que los idólatras ó paganos.

[3] Aquí y en otras partes es Fierabras una copia del Ferragus de la crónica de Turpin.

1251.

PROSIGUE LA BATALLA ENTRE OLIVEROS Y FIERABRAS. VENCIDO ESTE Y MAL HERIDO, ES TRASLADADO AL CAMPO DE CARLO-MAGNO, DONDE PIDE Y OBTIENE EL BAUTISMO. AUNQUE VENCIDOS LOS TURCOS POR LOS CRISTIANOS EN UN ENCUENTRO, CAUTIVAN Á OLIVEROS Y OTROS CUATRO DE LOS DOCE PARES.— II.

(*De Juan José Lopez.*)

Si con la primera parte
Dije que los caballeros
Se quedaron en el campo
Mal heridos y sangrientos,
Y puestos á descansar,
Fierabras dijo á Oliveros:
—Has de saber, noble Conde,
Que he estimado el conoceros,
Y ahora si tú quisieras
Que hiciéramos un propuesto,
De que olvidaras tu ley,
Te vinieras á mi reino,
Te casaras con mi hermana,
La mejor dama del pueblo,
Floripes, bella princesa,
Y mi padre de sus reinos
Te alargara algunas tierras;
Tambien yo hiciera lo mesmo,
Y que luego los dos juntos
Viniéramos á este imperio
A dar guerra á Carlo-Magno,
Haciendo siempre el concepto
Que todo cuanto se gane
Será para vos, y luego
Te coronarán por rey
De todo aqueste reino.—
Oliveros respondió:
Amigo, no me hableis de eso.
¿Cómo quereis que hoy olvide
A un señor tan sabio y bueno,
Que con su grande poder
Crió la tierra y el cielo,
Aves, plantas y animales,
Y todo cuanto hay terreno,
Por adorar á los tuyos,
Que son falsos y embusteros,
Hechos por mano de hombres?
Mejor será y mas acierto
Que tú te vuelvas cristiano,
Y serás mi compañero
Para defender la fe
De Cristo, redentor nuestro.—
Fierabras dijo: — Eso no.—
Y se fué luego al momento
Donde estaban los barriles,

Y tomando un sorbo de ellos,
Al instante se halló sano;
Y esto que vido Oliveros,
A la purísima Virgen
Esta súplica le ha hecho:
—Sacra y celestial Princesa,
María, madre del Verbo,
A vuestras divinas plantas
Hoy humildemente llego,
Pidiéndote, Madre mia,
Me déis luz, favor y acierto,
Para poder conquistar
Este pagano soberbio.—
Fierabras le dice: — Amigo,
¿Qué oracion es la que has hecho?
¿Con ella te has de sanar?
Hoy por merced te concedo
Que vengas á mis barriles
Y tomes un sorbo de ellos,
Y al instante estarás sano.—
Y le respondió diciendo:
—No quiero yo nada tuyo,
Si no lo gano primero.—
Volvieron á la batalla
Como dos leones fieros;
Pero Guarin su criado,
Que todo lo estaba viendo,
Fué, y dijo á Carlo-Magno
Ruegue á Dios por Oliveros,
Que estaba en grande peligro.
Con grande fervor y celo
Ante un divino Señor
Dijo de rodillas puesto:
—¡Dulce Jesus de mi vida,
Humilde y manso Cordero,
Consuelo del afligido,
Mirad por mi caballero!—
Y estando en estas fatigas,
Oyó una voz que del cielo
Le decia: — Carlo-Magno,
No tengas temor ni miedo,
Porque ello, aunque sea tarde,
Será tuyo el vencimiento.—
Volvamos ahora al campo,
Donde están los caballeros
Con las armas destrozadas,
Desbaratados los yelmos,
Las viseras quebrantadas,
Los escudos por el suelo;
Pero en aquesta ocasion
El esforzado Oliveros
Le dió á Fierabras un golpe
Sobre el costado izquierdo,
Que gran parte de las armas
Les hizo venir al suelo,
Que desde el hombro á la ijada
Todo quedó descubierto;
Y rebatiendo la espada,
Cortó la cadena luego
Donde estaban los barriles,
Y ambos vinieron al suelo;
Pero al golpe que pegaron
Se escapó el caballo huyendo
Por el campo, sin que pueda
El ginete detenerlo.
Oliveros que esto vió,
Recogió pronto y lijero
Entrambos á dos barriles,
Y tomando un sorbo de ellos,
Se halló sano de sus llagas
Y con mas valor y esfuerzo;
Y en el rió caudaloso,
Que estaba inmediato de ellos,
Fué y arrojó los barriles,
Y ambos á dos se hundieron.
Fierabras cuando los vió
Lleno de rabia y veneno,
Le dice: —¡Muy noble Conde,
Mala accion es la que has hecho!
Que presto te han de hacer falta;
Y alzando el brazo soberbio
Para ir á descargarle,
Le hurtó vigilante el cuerpo,
Dió en el arzon de la silla,
Y rebatiendo al pescuezo
Del caballo, le dió muerte,
Con que quedó á pié Oliveros,
Diciendo: — Mira, pagano,
No es de nobles caballeros
Darle muerte á los caballos
Estando en campaña puestos.—
Le respondió vigilante:
—Yo de eso culpa no tengo,
Pero yo te daré el mio,
Aunque es verdad que lo siento
—No quiero yo tu caballo,
Sino que te apees luego,
Y el que venza la batalla,
Ese quedará por dueño.—
Se desmontó Fierabras,
Y ambos á dos en el suelo
Arman tan cruel batalla,
Que parecia un incendio,
Que las chispas de las armas
Querian llegar al cielo.
Pero á los primeros lances
El valeroso Oliveros
Va á tirarle un gran golpe
A Fierabras con esfuerzo;
Mas él, asi que lo vió,
Le hurtó vigilante el cuerpo,
Y sin poder detenerse,
Dió con la espada en el suelo,
Y se le fué de su mano;
Y asi que lo vió indefenso,
Le dice: — Muy noble Conde
Contémplate prisionero,
O te quitaré la vida.—
Y le respondió lijero:
—Obra como tú quisieres,
Que si no me llevas muerto,
No es posible el entregarme.—
Y alza el brazo soberbio
Para ir á descargarle.
En aqueste mismo tiempo
Con un pedazo de escudo
Que en la mano traia puesto,
Se lo tiró con gran fuerza,
Y con tiro tan certero,
Que le quebró la visera,
Y sobre el ojo izquierdo
Le metió toda la punta,
Y pegó un grito tan fiero,
Que el caballo se asombró,
Y á la parte de Oliveros
Vino y dió dos ó tres vueltas,
Y á él se arrojó lijero,
Y recobrando la una [1].
Se rodeo, asi diciendo:
—Pagano, ya tengo espada,
Ahora aquí nos verémos.—
Fierabras le dice: — Amigo,
Mucho en el alma lo siento,
Ven, y tomarás la tuya,
Y dame la mia en premio.
—Primero quiero templarla,
Por ver si es fuerte el acero,
Y si no es como la mia,
Luego despues trocarémos.—
Se embisten el uno al otro;
Pero á los lances primeros
Le dió á Fierabras un golpe
Que le cortó todo el yelmo
Y parte de la cabeza,
Y andaba como sin tiento:
Le aseguró una estocada
Por el costado izquierdo.
Cayó el bárbaro en la tierra,

Estas palabras diciendo :
—¡Oh valeroso cristiano!
Pues sin segundo es tu esfuerzo,
No me acabes de matar,
Que desde ahora confieso
Que es tu Dios muy poderoso,
Piadoso, infinito y bueno.
Llévame presto, cristiano,
Donde están tus compañeros,
Y dame el santo Bautismo,
Que por instantes deseo.—
Apénas aquesto oyó,
A él se arrojó diciendo :
—Levántate, noble amigo,
Que ahora curarte quiero
Las dos mortales heridas,
Que Dios te dará el remedio.—
Y Fierabras le responde :
—No dilates mucho el tiempo,
Porque tengo diez mil hombres
En ese monte encubiertos.—
Lo atravesó en el caballo,
Y montó á las ancas luego,
Y á pocos pasos que anduvo
Reparó y vió que salieron
Los que estaban en el monte;
Y delante un caballero,
Para librar su señor,
Viene mas veloz que un viento.
Oliveros dijo : — Amigo,
Mucho en el alma lo siento
El no poderte llevar
Donde están mis compañeros,
Que viene toda tu gente,
Y nos corre grande riesgo. —
Por la breña se metió,
Y en un árbol muy espeso
Lo dejó bien abrigado
Entre quejas y lamentos,
Y volviéndose al camino,
Vió venir al caballero
Bien adelante de todos
Determinado y soberbio.
Como no tenia lanza,
Quiso aguardarlo en el suelo;
Se desmontó del caballo,
Y llegó el turco soberbio,
Y al tiempo de ir á tirarle,
Pegó un bote muy lijero,
Y se metió por debajo
Y le agarró del pescuezo,
Y quitándole la lanza,
Tomó el escudo y el yelmo,
Que es lo que falta le hacia,
Y por despacharlo presto,
Con el pomo de la espada
Le pegó un golpe tan recio
Encima de la mollera,
Que le hizo saltar los sesos.
Se armó muy lijeramente,
Llegó la tropa á este tiempo,
Se entró por medio de todos
Sin el temor de los riesgos,
A unos hiere y á otros mata,
A otro derriba en el suelo,
Y como es tanta la gente,
Me lo pillaron en medio;
Dándole algunas heridas,
Lo llevaron prisionero.
Fué la nueva á Carlo-Magno,
El cual acudió lijero
Con la gente que tenia
A socorrer á Oliveros :
Se armó tan cruel batalla,
Que los once caballeros
Andaban por aquel campo
Como lobos carniceros,
Y de los diez mil que habia
No quedaron ni ochocientos.
Entónces del Almirante
Volvió á venir otro tercio;
Pero viendo Don Roldan
Que les ha entrado refuerzo,
Mandó recoger su gente
Para unir los caballeros.
Pero al tiempo de juntarse
Apresaron cuatro de ellos,
Y se ponen en huida
Con esta presa que hicieron.
En este tiempo Carlo-Magno
Fué recogiendo sus muertos :
Encontró con Fierabras,
Muy mal herido y sangriento;
Llevaronlo á Mormionda,
Y dentro de poco tiempo
Con bebidas y reparos
En breve en sí le volvieron;
Pidió que lo cristianasen,
Con grande fervor y celo;
Dieron cuenta al Arzobispo,
Y en la iglesia de San Pedro
Bautizan á Fierabras,
Donde sus padrinos fuéron
El valeroso Roldan
Y el buen padre de Oliveros.
Pusiéronlo luego en cura,
Y así que se vido bueno,
Era azote de Turquía
Y castigo de protervos,
Porque en todas las batallas
Llevaba por compañero
Al caballero Roldan,
Mostrando muy bien su esfuerzo.
Y ahora Juan José Lopez
A los lectores discretos
En otra tercera parte
Les dirá el fin que tuvieron
Los cinco Pares de Francia
Que quedaron prisioneros.

(*Carlo-Magno*, Pliego suelto.)

[1] El romancerista ha olvidado mencionar que Fierabras tenia en el caballo nueve espadas famosas, como las de Ferragus, cuya copia es.

1255.

DE CÓMO FLORÍPES, HIJA DE BALAN, SOCORRIÓ Y ARMÓ Á LOS CABALLEROS CAUTIVOS DECLARÁNDOSE ENAMORADA DE GUI DE BORGOÑA, Y ASIMISMO DE CÓMO EL ALMIRANTE ENVIÓ EMBAJADORES Á CARLO-MAGNO SOBRE EL RESCATE DE FIERABRAS, LOS CUALES SE ENCONTRARON CON LOS QUE CARLO-MAGNO ENVIABA AL PAGANO PARA EXIGIRLE SE CONVIRTIESE Y DEVOLVIESE LAS RELIQUIAS. BATALLA ENTRE LOS ENVIADOS DE UNA Y OTRA PARTE : LOS SIETE CRISTIANOS VENCEN Á LOS CATORCE TURCOS, Y PROSIGUEN SU CAMINO AL REAL CONTRARIO.— III.

(*De Juan José Lopez.*)

Ya dije cómo llegaron
Estos cinco caballeros
A poder del Almirante,
Que encolorizado y ciego,
Cuando supo que su hijo
Era herido y prisionero,
Los encerró en una torre
Orilla del mar soberbio,
Y cada vez que crecia,
Hasta la mitad del cuerpo
Todos se cubrian de agua.
Pero el buen conde Oliveros,
Viéndose en tan gran fatiga,
Decia con tristes ecos :
—¡Ah, desdichado de mí,
Que de esta suerte me veo!
¡Hombre mal afortunado!
Si permitiesen los cielos
Que yo saliera de aquí,

Desde luego les prometo
A los que niegan la fe
Castigarlos con mi acero. —
Y la hermosa de Floripes,
Que todo lo estaba oyendo,
Movida de caridad,
Estaba hiriendo su pecho
De amor á Gui de Borgoña,
Desde que vió en los torneos
Aquel cuerpo tan bizarro,
Tan valiente y tan discreto,
Que venció cuantos habia
En la palestra, y con esto
La Princesa se abrasaba
En llamas del dios flechero;
Y por ver si entre ellos iba,
Llamó luego al carcelero,
Y le dice : — Brutamonte,
Dime, ¿qué hombres son esos? —
El le responde : — Señora,
Son cinco caballeros,
Vasallos de Carlo-Magno,
Y grandes contrarios nuestros.—
La Princesa le responde :
—Yo pienso bajar á verlos.
—Por dos cosas no conviene
Que consigais vuestro intento,
Porque es el lugar hediondo
Y abominable en extremo,
Y bien sabes que tu padre
Me los entregó diciendo,
Que es con pena de la vida
Si alguno hablare con ellos;
Y fiarse de mujeres,
Suele tener grandes riesgos.
—Quitate de mi presencia,
Que eres ignorante y necio;
Tú tambien irás conmigo
Y escucharás lo que hablemos.—
Dijo que sí, y á la noche,
Amparados del silencio,
Fué la Princesa á la torre
Sola con un escudero,
Y en el hábito que lleva
Ocultó un palo bien recio.
Llegó al sitio señalado,
Y al tiempo que el carcelero
Fué á abrir la primer llave,
Le pegó un golpe tan recio
Con el palo que llevaba,
Que á sus piés lo dejó muerto [1].
Entregóse de las llaves,
Y luego la trampa abriendo
Donde estaban los cristianos,
Entró, y asi que la vieron,
Dijo Oliveros : — Señora,
¡Qué grande dicha tenemos
Los pobres encarcelados!
Recibimos gran consuelo
En tu amorosa visita.—
Ella respondió diciendo :
—¿Qué sabes si mi venida
Es para daros tormento?—
Dijo Oliveros : — Señora,
En tan generoso pecho
No puede caber maldad,
Sino buenos pensamientos.
¡Bendito el que te crió
Tan bellísima en extremo!
Si mereciera, señora,
El poder lograr mi intento
Que te volvieras cristiana,
Yo te pusiera en mi reino,
Te diera el santo Bautismo,
Que es una joya sin precio,
Y estuvieras con tu hermano
Con grande gusto y contento;
Y si lograra la dicha,
Yo y mis cuatro compañeros
Del hallarnos bien armados
Y con buenos alimentos,
Los cinco fueran bastante
Para destruir tu reino
Y desterrar de tus tierras
A tu padre y á tus deudos.
—¿Quién eres tú, que así hablas
Determinado y resuelto,
Metido entre las prisiones,
Que amenazas á los sueltos?—
Respondió Oger de Danois :
—Señora, es tanto el deseo
Y voluntad de serviros
De mi señor, que así entiendo
Que la muy grande pasion
Le hace hablar sin concierto.—
Dijo Floripes : —¡Bien sabes
Defender tu compañero! —
Les preguntó por sus nombres :
—Yo soy el conde Oliveros,
Hijo del duque Regner,
Y grande servidor vuestro.
—¿Cómo venciste á mi hermano
Siendo tan buen caballero?
—Con el ayuda de Dios
Y la Reina de los cielos;
Y esa es la causa, señora,
Del hallarme prisionero,
Y lo tengo á grande dicha,
Por haber visto tu cielo.—
Floripes se sonrió,
Y les dice : — Caballeros,
Si vos me dais la palabra
Debajo de juramento
De ampararme y defenderme
Y de guardarme el secreto
Sobre lo que soy venida,
Es por ver si un caballero
Que llaman Gui de Borgoña
Está en tu acompañamiento,
Que habrá tres años cabales
Que lo vide en los torneos
Y en las justas de mi prima
Hacer valerosos hechos,
Y desde entónces quede
Que no duermo ni sosiego
En pensar en su persona;
Y si lograra mi intento,
Y quisiera ser mi esposo,
Renunciara de mis reinos
Y me volviera cristiana,
Por tener tan dulce dueño.—
Dijo Oliveros : — Señora,
Ese noble caballero
Se quedó con Carlo-Magno;
Mas no os dé cuidado de eso,
Porque es muy amigo mio
Y mi muy cercano deudo,
Y hará cuanto yo le mande
Y cumpla á vuestros deseos.—
Floripes se despidió :
—Quedáos en paz, caballeros
Que ántes que amanezca el dia
Os sacaré de este riesgo.—
Y partiéndose á su sala,
Previno luego al momento
Cinco muy hermosas damas
Que asistan los caballeros,
Y todas seis en cuadrilla
Hácia la mazmorra fuéron,
Y una cuerda de diez varas
Se la echaron á Oliveros,
Y entre las seis lo sacaron,
Y luego con grande esfuerzo
El sacó á los otros cuatro,
Y así que fuera se vieron,
A cada uno les puso
Un vestido á lo turquesco.
Los llevó para su sala;

Dijo al señor Oliveros :
—¡Muy bien os cae el vestido!—
Y él le respondió muy serio :
—El hábito no hace el monje:
Mejor fuera y mas acierto
El hallarme bien armado
Para poder defendernos.—
Cenaron muy lindamente,
Y la Princesa á este tiempo
Sacó un cofrecillo de oro
Y dió á gustar á Oliveros
De aquel maná tan suave
Que envió Dios al desierto
A los hijos de Israel,
Y al instante se halló bueno.
Dando mil gracias á Dios
Quedaron los caballeros,
Y así que amaneció el dia
Fué la Princesa á Oliveros
Diciéndole, que tenia
En aquel salon de adentro
Mas de doscientos vestidos,
Cotas y mallas de acero,
Y muy cortantes espadas
Para armarles caballeros,
Y que cada uno á su cuarto
Lleve todos los pertrechos.
Dejemos aquí á Floripes
Con los cinco caballeros,
Y volvamos al Almirante,
Que hizo venir de sus reinos
Quince reyes coronados
Para que lleven un pliego
Adonde está Carlo-Magno
Pidiéndole con imperio
Que le diese á Fierabras
Por sus cinco caballeros,
Y que si no se lo envía,
Les dará la muerte fiero.
A este tiempo Carlo-Magno
Tambien tenia dispuesto
Que saliese Don Roldan
Con otros seis compañeros
A llevarle la embajada
Al Almirante, diciendo
Que si no se bautizaba
Y daba los caballeros
Que tenia allá en su torre,
Que le hacia juramento
De quitarle la corona
Y destruirles sus reinos.
Salen de una parte y otra
Las embajadas á un tiempo
Y en la mitad del camino
Don Roldan vido á lo léjos
Un escuadron que venia,
Y partió á reconocerlos.
Se adelantó un gran distrito,
Y ellos, así que lo vieron,
Salió para recibirlo
El que hacia punta en ellos.
Le preguntó qué quién era.
—Somos siete caballeros,
Vasallos de Carlo-Magno,
Que pasamos con un pliego
Al almirante Balan.
—Eso no puedo creerlo;
Así entrégame las armas,
Te llevaré prisionero,
Hasta saber de tu vida.—
Y le respondió lijero :
—¡Cómo he de entregar las armas,
Que dirán mis compañeros
Que no soy para traerlas[1]—
Y el Príncipe muy soberbio
Puso la mano en su lanza,
Y Roldan como tan diestro
Al turco le guardó el golpe,
E hizo el suyo tan cierto,
Que le sacó de la silla,
Y á sus piés le dejó muerto.
Los otros luego al instante
Crueles le acometieron:
Bizarro se defendia,
Y cuando sus compañeros
Llegaron para ayudarle,
Ya tenia siete muertos;
Pero el príncipe de Túnez
Pretendia escaparse huyendo,
Y Ricarte de Normandía
Salió para detenerlo;
Mas se le perdió en el monte,
Y él volvió á sus compañeros,
Y viendo que ya tenian
Todos los catorce muertos,
Desjarretan los caballos,
Y un gran concilio hicieron
Si irian á Carlo-Magno
A dar cuenta del suceso.
Don Roldan dijo : — Señores,
Mirad que los caballeros
Dirán volvemos atras
Temerosos de los riesgos.—
Llegan en fin á la puente,
Y el duque Naymes discreto
Engañó al gigante, y dijo
Cómo iban con un pliego
Para dar á Fierabras
Por los cinco caballeros,
El cual con esta alegría
Les dió puerta franca luego.
Llegaron hasta Aguas-Muertas,
Ya que estaba el sol bien puesto
Y viendo que era ya tarde
Para recibir el pliego,
Contento y regocijado
El Almirante, entendiendo
Que vendria la embajada
Por los cinco caballeros
Para darle á Fierabras,
Mandó á su maestre luego
Que los hospede en su casa,
Adonde los dejarémos,
Porque en la otra cuarta parte
Daré de ellos cumplimiento.

(*Carlo-Magno*, Pliego suelto.)

[1] En los siglos medios debió ser muy comun este recurso y muy caballeresco, pues se ve que así libertó tambien á Rugero, el príncipe Leon, su amigo.

1256.

DE CÓMO EL ALMIRANTE PRENDIÓ Á LOS EMBAJADORES, Y FLORÍPES ASTUTAMENTE LES LIBRÓ DE UNA MUERTE INMEDIATA; Y DE CÓMO LOS ARMÓ Y REUNIÓ CON LOS OTROS CAUTIVOS, ENTREGÁNDOLES UNA TORRE PARA QUE Á SÍ MISMOS Y Á ELLA DEFENDIESEN, DONDE SE DESPOSÓ CON GUI DE BORGOÑA.— IV.

(*De Juan José Lopez.*)

Ya referí en la tercera
Que los cinco caballeros
Quedaron bien asistidos;
Pero el que se escapó huyendo
De la terrible batalla
En que los otros murieron,
Llegó y dijo al Almirante :
Sabed siete caballeros
En la mitad del camino
Se opusieron á los nuestros;
Pero fuéron tan valientes,
Que dentro de breve tiempo
Dieron muerte á los catorce;
Pero yo me escapé huyendo,
Fiado de mi caballo :
Esta es la verdad por cierto,
Que si habeis de castigarlos,

Mirad, que no sean dueños
De poder tomar las armas,
Que si las toman, es cierto
Que no podrá sujetarlos
Todo el poder de tu reino.—
El Almirante, que oyó
Pronunciar aquestos ecos,
Clamaba luego á sus dioses,
Estas palabras diciendo :
—¿Adónde estás, Apolin,
Que han muerto á mis caballeros?—
Llegó Sortriban al punto,
Estas palabras diciendo :
—Muy poderoso señor,
Nuestros dioses son muy buenos,
Pues han traido á tu corte
A quien tanto mal te ha hecho :
Antes que amanezca el dia
Te los tengo de dar presos.—
Mandó aprontar al instante
Con gran cuidado y secreto
Tres mil hombres de á peon;
Sortriban y el Rey se fuéron
A la casa del Maestre,
Y entre los tres dispusieron
En franquearles las armas;
Entró la tropa á este tiempo,
Y sin poder resistirse
Los llevaron prisioneros.
Adonde está el Almirante
Entró el primer caballero:
Le preguntó que quién era,
Y le respondió resuelto,
Diciendo :—Yo soy Roldan,
Uno de los caballeros
Vasallos de Cárlo-Magno,
Que venimos con un pliego,
Para traerlo á tu corte;
Pero los criados vuestros,
En la mitad del camino,
Poco corteses y atentos,
Procuraron desarmarnos,
Y dentro de poco tiempo
Dimos la muerte á catorce,
Y el otro se escapó huyendo,
Y aquí traigo sus cabezas,
Por si no quereis creerlo.
—¿Cuál diablo te envió acá?
—Quien te quitará tu reino,
Si no te vuelves cristiano
Y entregas los caballeros
Y las sagradas reliquias,
Porque ha hecho juramento
De quitarte la corona
Y destruirte tus reinos.
—No llevarás la respuesta,
Que dentro de breve tiempo
Has de ser descuartizado,
Y por los caminos puesto.—
Entró el segundo, y le dice :
—¿Quién es este caballero?
—Soy Ricarte de Normandía.
—¡Me alegro de conoceros
Que ahora me pagarás
Los agravios que me has hecho!—
Entró el tercero, y pregunta :
—¿Quién eres tú?—Y muy discreto
Dice :—Soy Gui de Borgoña.
—Tambien tengo gran deseo
De pillarte en mi poder.—
Y le respondió al momento :
—Si tuvieras buena sangre,
O fueras buen caballero
Y te preciaras de noble,
No hicieras tú esos concetos
De querer darnos la muerte
Oprimidos y sujetos;
Sino darnos nuestras armas,
Y preven todo tu reino,
Y si acaso nos matasen,
No morirémos con duelo.—
Y Floripes, que escuchaba
De su querido los ecos,
Pronta se bajó á la torre,
Dice :—Señor Oliveros,
Ya ha llegado la ocasion
De que mostreis vuestro esfuerzo,
Y me pagueis las finezas
Que á vos y vuestros compañeros
He hecho en aquesta torre,
Que están siete caballeros,
Y entre ellos Gui de Borgoña,
Dentro del palacio mesmo
Del Almirante mi padre,
Que encolorizado y ciego
Los ha sentenciado á muerte,
Y tambien á vos con ellos.
Yo pienso ir á palacio
A ver si puedo traerlos,
Y si acaso no pudiese,
Lo que yo os suplico y ruego,
Que no seais perezosos
En salir al desempeño.—
Fué Floripes al instante
Con gran cuidado y anhelo
A su padre, y le pregunta :
—¿Quién son estos caballeros?
—Vasallos de Carlo-Magno,
Los que tengo gran deseo,
Antes que coma, este dia,
Darles castigos muy fieros.—
Floripes dijo : — Señor,
No conviene que tan presto
Ejecuteis el castigo,
Sino darle vado al tiempo;
Yo me los pienso llevar
Adonde los otros tengo,
Les daré fuertes martirios
Con grande rigor é imperio.—
Le concedió la licencia,
Y Sortriban á este tiempo
Le dice :—Noble señor,
No habrás leido en tus tiempos,
De las historias pasadas,
Y puedes saber por cierto
Que el fiarse de mujeres
Suele tener grandes riesgos.—
Floripes muy enojada
Se rodeó así, diciendo :
—¡Villano, lo pagarás!
¡Hoy por mi fe te prometo,
Que te has de acordar de mi!—
Y llevándose los presos
Donde los otros estaban,
Y allí con grande contento,
Cuando vió á Don Roldan
El valeroso Oliveros,
Mandó al punto que se armasen.
Por si viniese algun riesgo,
Y mandó poner la mesa,
Y todos juntos comieron,
Poniendo por cabecera
Al valeroso Oliveros,
Y á la deidad de Floripes,
Y luego al lado derecho
Al noble Gui de Borgoña,
A quien le dijo Oliveros :
—Sabrá usted, muy señor mio,
Que á vos solo le debemos
El que nos halleis con vida;
Y al verte libre del riesgo
En que te hallabas metido,
Darás agradecimientos
A la señora Floripes,
Que es nuestro amparo y remedio,
Y está tan aficionada
A tu persona, que en esto
Quiere volverse cristiana,

Porque tú seas su dueño,
Y yo le he dado palabra,
Y esto es preciso el hacerlo.—
Gui de Borgoña responde,
Diciendo :— Ya es demas eso ;
Desde el instante que vi
La hermosura de su cielo
Quedé rendido à sus plantas,
Y el corazon tan sujeto,
Que mil vidas que tuviera
Todas las pusiera á riesgo
Por defender su persona
Y sacarla de este reino.—
Floripes avergonzada
Sacó de su hermoso dedo
Un anillo de esmeraldas,
Y se lo dió, así diciendo :
—Sea esta prenda testigo
Ahora, y en todo tiempo.—
Se dieron palabra y mano,
Y estando en estos conceptos,
Llegó para los palacios
Un famoso caballero,
Sobrino del Almirante,
Y preguntando por ellos,
Así respondió y le dijo :
—Entre cadenas y hierros
Los tiene mi hija Floripes;
Si quereis hablar con ellos,
Bajáos presto á la sala.—
Y lo ejecutó al momento;
Halló la puerta cerrada,
Y dió un empujon tan recio,
Que quebró la cerradura
Y el pestillo saltó luego :
Abrió la puerta y entró,
Y viendo á los caballeros,
Que están todos doce armados,
Casi temblando de miedo,
No quisiera haber venido
Por no hallarse en tanto riesgo.
Se levantó el duque Naymes,
Que es el mas anciano de ellos :
Él procuró retirarse,
Pero el Duque en este tiempo
Le pegó con gran valor
Un puñetazo tan recio
Encima de la mollera,
Que le hizo saltar los sesos.
Floripes, cuando lo vido,
Tuvo gran placer en ello,
Y le dice :—¡Señor Duque,
No ha sido el golpe de viejo,
Sino de jóven bizarro! —
Y él le respondió risueño :
—Pues otros verás mayores,
Si Dios me da buen acierto.—
Floripes dijo :—Señores,
Grande falta estoy haciendo,
Que mi padre está aguardando,
Y habeis de saber por cierto
Que no ha de comer sin mí,
Ni sin este caballero.—
Fué Floripes al palacio,
Y dijo á su padre mesmo
Que ella comer no queria,
Que se hallaba mal dispuesto
Su cuerpo por la cuestion
De aquel falso caballero.
Preguntó por Lucafer,
Y le respondió diciendo :
—Allá abajo quedó hablando
Con los otros caballeros.
—Pues corre y dile que venga,
Que se va pasando el tiempo.—
Se despidió cuidadosa;
Fué, y dijo á los caballeros
Si está todo prevenido,
O les falta algun peltrecho,
Porque ya es hora que salgan,
Y pronto, los caballeros.
Salió Don Roldan delante,
Y el valeroso Oliveros,
Ricarte y Gui de Borgoña
Salieron de compañeros.
Don Roldan mató al Maestre,
Y el valeroso Oliveros
Le dió la muerte al rey Colde :
Gui de Borgoña á este tiempo
Subiendo á los corredores,
Mató siete caballeros ;
Pero los demas que habia,
Temerosos de los riesgos,
Viendo la muerte cercana,
Muchos se tiran al suelo.
Solo quedó el Almirante,
Que al oir tan grande estruendo
Salió por una ventana,
Adonde lo recibieron
Los que estaban en la calle,
Y no se agravió ni en un pelo.
Quisieron salir afuera,
Y Floripes á este tiempo
Les rogó que no salieran ;
Y el Almirante diciendo :
—¡Malditos sean mis dioses,
Que creo que están durmiendo,
Y esta falsa de Floripes,
Que en tal paraje me ha puesto! —
Viendo el palacio por suyo,
Recogen los bastimentos,
Llevándolos á la torre,
Donde recibidos fuéron
De Floripes y las damas,
Adonde los dejarémos,
Porque en la otra quinta parte
Se dará fin al suceso.

(*Carlo-Magno*, Pliego suelto.)

1257.

BALAN SITIA LA TORRE, Y DERROTADO EN UNA SALIDA QUE HICIERON LOS CABALLEROS, SE RETIRA LLEVANDO CAUTIVO Á GUI DE BORGOÑA, Á QUIEN MANDA AHORCAR DELANTE DE LOS SITIADOS; PERO ESTOS LE LIBERTAN. RICARTE SALE DE LA TORRE Y AVISA Á CARLO-MAGNO EL RIESGO DE LOS SITIADOS. ACUDE ESTE Á SU SOCORRO Y SE APODERA DEL PELIGROSO PUENTE DE MANTIBLE, MATANDO AL GIGANTE QUE LO DEFENDIA.— V.

(*De Juan José Lopez.*)

Apénas el Almirante
Se vió libre de este riesgo,
Hizo venir al instante
Todas las tropas del reino
Para que allí se juntasen,
Que pretende darle fuego
Á Floripes, y á la torre,
Y á sus doce compañeros.
Y pasados ya tres dias,
Hizo memoria en su acuerdo
De que Floripes tenia
Un cinto ceñido al cuerpo,
Que donde quiera que estaba
No faltaba el alimento.
Mandó llamar á Marpin,
Que era encantador protervo,
Y le dijo si podia
Con gran cuidado y secreto
Ir á quitarle á Floripes
El cinto que tiene puesto :
Dijo que sí, y á la noche,
En un diablo caballero,
Llegó al cuarto de Floripes,
Y hurtándole el cinto luego
De debajo de la almohada,
Y quitándole los lienzos

Con que se hallaba abrigada,
Al mirar su hermoso cielo,
No pudo irse sin besarla
En el carrillo izquierdo.
Despertó despavorida;
Gui de Borgoña á este tiempo,
Que estaba de centinela,
Acudió á los gritos luego,
Y apénas salió á la puerta,
Vió un hombre salir huyendo:
Lo agarró por la cintura,
Y le hizo saltar los sesos
Contra el umbral de la puerta,
Y á la mar lo arrojó luego.
En este tiempo Floripes
Ha echado el cinto ménos;
Los caballeros cristianos
La consolaban diciendo:
—No os dé cuidado, señora,
Que estando Dios de por medio,
No nos puede faltar nada,
Y la Reina de los cielos.—
Amaneció al otro dia;
Pero el Almirante, viendo
De que Marpin no venia,
Dice:—Ya le tienen muerto.—
Cercaron toda la torre,
Y los doce caballeros,
Muertos de sed y de hambre,
Luego al instante salieron.
Hicieron tan gran combate,
Que la sangre de los cuerpos
Corria por los arroyos
Como cuando esta lloviendo.
En fin, ganaron del campo
La provision, y trajeron
Diez acemilas cargadas
De vituallas, y camellos
Cargados de pan y vino
Mas de catorce trajeron,
Llevándolos á la torre,
Y el muy noble caballero
Que llaman Gui de Borgoña
Se quedó enredado en ellos.
Pero viendo Don Roldan
Que faltaba un caballero,
Y la hermosa de Floripes,
Con muy grande sentimiento
Volvieron para buscarlo,
Y ya estaba prisionero
En poder del Almirante,
Que mandó luego al momento,
De que pusieran la horca
Donde esté á la vista de ellos.
Ejecutáronlo al punto
Con algazara y estruendo.
Sacaron á Gui de Borgoña,
Dándole golpes muy recios,
Tirándole muchas piedras
Desde el grande hasta el pequeño.
Reparó Ricarte, y vió
Que ya iba su compañero
Llegando al pié de la horca,
Y que le estaban subiendo:
Se partió luego al instante
Con dos de sus compañeros;
Se llegó al pié de la horca,
Y con su cortante acero
Cortó la soga y le dió
Al que lo estaba subiendo
Tan gran golpe en la cabeza,
Que lo despachó al infierno
A que llevase unas cartas
Para él y sus compañeros.
Arman á Gui de Borgoña
Con armas de un caballero,
Y así que se vido armado,
Eran sus golpes tan ciertos,
Que siempre buscando iba
A los mayores empeños.
Les ganaron á Aguas-Muertas,
Y el Almirante huyendo
Se retiró á otra ciudad
De dos leguas poco ménos.
Los caballeros cristianos
Recogieron los pertrechos,
Y volviéronse á la torre,
Donde recibidos fuéron,
Y á la señora Floripes
Le entregaron á su dueño.
Don Roldan dijo:—Señores,
Uno de los caballeros
Es menester que se vaya
Con gran cuidado y secreto
A dar cuenta á Carlo-Magno,
Que nos envie refuerzo.—
Ricarte dijo:—Señores,
El ir solo bien me atrevo
Que sé muy bien el camino,
Solo á la puente le temo;
Pero al fin, yo daré traza,
A ver si pasarla puedo.—
Se despidió vigilante,
Y tomó el camino luego.
Ya que iba bien desviado,
Oyeron con gritos fieros
Del campo del Almirante,
Que repiten estos ecos:
—Aquel que va á Carlo-Magno
Prendedle luego al momento.—
Y el rey Clarion, que estaba
Con su ejército soberbio,
Dice:—Yo solo he de ir,
Y lo daré vivo, ó muerto.—
Lo alcanzó en muy breve rato
Estas palabras diciendo:
—Di, villano, ¿dónde vas?
Que ahora vendrás prisionero,
O te quitaré la vida.—
Ricarte dijo severo:
—A bien que solos estamos;
Agora aquí nos verémos.—
Metieron mano á sus lanzas,
Dándose recios encuentros;
Pero de allí á poco rato
Ricarte logró su intento,
Que lo sacó de la silla;
Y así que lo vió en el suelo,
La cabeza le cortó
Dando mil gracias al cielo;
Y viendo que su caballo
Era tan hermoso y bueno,
Montó en él luego al instante
Dejándose el suyo suelto,
El cual se volvió á la torre;
Y viendo los caballeros
El caballo de Ricarte,
Tuvieron gran sentimiento,
Que juzgaron que Ricarte
Sería en el campo muerto.
Llegó á la orilla del rio,
Y viéndolo tan soberbio,
Se ocultó entre unos breñales,
Devota oracion haciendo
A Dios todopoderoso.
Vió venir un blanco ciervo
De la otra parte del rio,
Y asió al caballo del diestro,
Poniéndolo al otro lado,
¡Quién vió mayor misterio!
Salió corriendo el gigante
Por ver si puede prenderlo,
Y Ricarte en su caballo
Iba mas veloz que un viento.
Fué donde está Carlo-Magno,
El cual se alegró de verlo;
Preguntó por sus varones,
Le dijo que estaban buenos,

Metidos en una torre
Con muy pocos alimentos,
Y la señora Floripes
Tambien se queda con ellos,
Porque quiere ser cristiana,
Y al instante con secreto
Alistó todas sus tropas
Para ir á socorrerlos.
Ricarte dijo :—Señor,
El poder del mundo entero
No puede ganar la puente,
Si alguna industria no hacemos
Si me concedeis licencia
Que cincuenta caballeros
Con los caballos y cargas,
Como que vamos al reino
A llevar las mercancías,
Por ver si acaso podemos
De que nos abra la puerta,
Y luego que tenga abierto
Meter mano á nuestras armas
Y soltar las capas diestros.—
Lo hicieron como lo dijo,
Y aquella noche salieron
Mas de doscientos mil hombres,
Y otros seis mil caballeros.
Cosa de un cuarto de legua
De la puente, se escondieron
Y los cincuenta marcharon :
Tocan á la puerta, y luego
Salió el gigante, y les dice
Que quién son; y respondieron:
—Somos unos mercaderes
Que pasamos para el reino
Del almirante Balan,
Y el tributo le traemos
Que se paga en este puente —
Dijo el gigante :—¿Es entero?
¿Me traeréis las cien doncellas,
Y tambien cincuenta perros
De caza, y los once gatos,
Que han de ser de todo negros?
Por cada uno un marco de oro
Me habeis de dar, y con esto
Pasaréis por esta puente
Sin que os venga ningun riesgo.—
Respondió el duque Regner :
—Abre, te entregarás de ello.—
Abrió el gigante la puerta,
Y Ricarte, muy lijero,
Poniendo el pié en el umbral,
Soltó la capa muy diestro ;
Otro tanto hicieron todos,
Y el gigante muy soberbio,
Viendo que lo han engañado,
Alzó una porra de hierro
Para tirarle á Ricarte :
Le hurtó vigilante el cuerpo ;
Pero fué con tal pujanza,
Que tres cuartas en el suelo
La metió, pero al sacarla,
Llegó Ricarte muy diestro,
Y con su cortante espada
Le dió en el hombro derecho,
Que el hombro y la media espalda
Le hizo venir al suelo,
Y Carlo-Magno, que estaba
Con cuidado, acudió presto
Al gigante mal herido,
Qu'era un leon carnicero :
En fin, ganaron la puente,
Y al gigante muerte dieron.
Fierabras y Carlo-Magno
Iban de los delanteros
Para la segunda puerta,
Que halló otro gigante puesto,
Al cual Anteon llamaban,
Con una barra de hierro,
Que diez hombres no podian
El levantarla del suelo,
Y en altas voces decia
Con enfurecidos ecos :
— Venga acá ese Carlo-Magno
Y todos sus compañeros,
Que aquí está la puerta abierta :
Vengan, que aquí los espero.—
Quiso salir Carlo-Magno,
Y Fierabras á este tiempo
Llegó y dijo :— Gran señor,
Este le toca á mi empeño.—
Y se fué para el gigante
Que alzó la porra lijero,
Y él se metió por debajo,
Y dió tal golpe en el suelo,
Que hizo temblar la puente
Y todos cuantos hay dentro,
Y Fierabras vigilante
Le pegó un golpe tan fiero,
Que le cortó entrambos brazos
Por cima de los molleros,
Y le dió otra cuchillada
Que le cortó todo el yelmo,
Y la cabeza le hendió
Hasta cerca del pescuezo.
Se metieron en la villa,
Mandó tocar á degüello :
Unos se tiran al rio,
Otros se escapan huyendo
A dar cuenta al Almirante,
Adonde los dejarémos.
Que en la otra sexta parte
A mi auditorio prometo
Referir del Almirante
La vida, fin y sucesos.

(*Carlo-Magno*, Pliego suelto.)

1258.

BATALLA ENTRE LAS TROPAS DE BALAN Y LAS DE CARLO-MAGNO : AQUEL ES VENCIDO, PRESO Y EN FIN ENTREGADO Á LA MUERTE POR SU PROPIO HIJO FIERABRAS, PORQUE SE NEGÓ Á RECIBIR EL BAUTISMO.— VI.

(*De Juan José Lopez.*)

Supuesto que prometí
A mi auditorio discreto
El proseguir con la historia,
Escuchadme un rato atentos.
Ya dije que Carlo-Magno
Se entró en la villa luego,
Y se apoderó de los tesoros ;
Mas no se aprovechó de ellos,
Que los repartió á su gente
Porque cobren mas aliento ;
Pero aquella misma noche,
Cuando estaban en silencio,
La giganta Damieta,
Viendo á su gigante muerto,
Salió con una bisarma
Llena de rabia y veneno.
Cogiéndolos descuidados,
Degolló mas de doscientos,
Y degollara á cien mil
Con igual furia y denuedo,
A no ser por Fierabras
Que una honda de vaquero
Tomó, y poniendo una piedra,
Le hizo el tiro tan certero,
Que el brazo con la bisarma
Se lo dividió del cuerpo [1].
Cayó la giganta en tierra,
Y allí la muerte le dieron,
Y registrando la cueva,
Hallaron allí durmiendo
Dos niños de cuatro meses
De doce palmos y medio :
Los bautizó Carlo-Magno,
Y al uno puso Oliveros

Y al otro puso Roldan,
Pero presto se murieron:
Y volviendo al Almirante,
Que cuando supo por cierto
Que habian ganado la puente
Y son los gigantes muertos,
Maldice á todos sus dioses
Lleno de rabia y veneno,
Y los hizo mil pedazos.
Sortriban llegó á este tiempo,
Diciendo:—Noble señor,
¿Qué haceis? que eso no es bueno;
Pide perdon de la injuria
A nuestros dioses, que es cierto
Los habrémos menester,
Por ver si acaso podemos
Apresar á Carlo-Magno
Y darle castigo fiero.
A ruegos de Sortriban
Les pidió perdon, diciendo,
Que aumentaria su imágen
Del oro mas fino y terso
Cincuenta libras cabales,
Porque cause mas respeto;
Peró el demonio encantado
Que tiene el ídolo dentro
De la cabeza, responde
Con estos fingidos ecos:
—Yo te perdono, y así
Preven tu gente al momento,
Que has de vencer las batallas,
Y de todo serás dueño.—
Apénas aquesto oyó,
Mandó aprestar al momento,
Que hiciesen tres batallones:
Ya el rey Turbante el primero,
El segundo Sortriban,
Y el rey Tempestre el tercero;
Y Carlo-Magno venia
Ya con su acompañamiento:
Salió Fierabras al punto
Estas palabras diciendo:
—Muy poderoso señor,
Solo una merced te ruego:
Que divulgues en tu real
Que cualquiera caballero
Que se encuentre con mi padre
No le dé muerte, que quiero
Ver si puede ser cristiano.—
Le dice:—Te lo concedo.—
Y nombrando á Galalon
Que fuera por mensajero
Adonde está el Almirante,
Estas palabras diciendo:
Que si quiere cristianarse,
Y entregar los caballeros,
Y las sagradas reliquias,
Que se quedará en sus reinos,
Y le volverá sus tierras
Con un tributo pequeño.
Y el Almirante responde:
—No serás buen caballero
Cuando tu señor te envia
A un puesto de tanto riesgo.—
Galalon le respondió:
—Nosotros nunca podemos
El negarle la obediencia,
Y te aseguro por cierto,
Si no haces lo que te dice,
Que te echará de tus reinos,
Y tendrás grandes trabajos.—
A este tiempo un caballero,
Que está con el Almirante,
Alzó la mano soberbio
Para darle á Galalon,
Pero él anduvo lijero;
Que le pegó una lanzada,
Que le dejó caer muerto
A los piés del Almirante,
Y luego se escapó huyendo;
Fué donde está Carlo-Magno,
Contándole este suceso.
Mandó tocasen al arma
Los timbales é instrumentos;
Y el rey Turbante venia
Con su batallon soberbio:
Solo se metió en el real,
En altas voces diciendo:
—Venga acá ese Carlo-Magno,
Y verémos los dos viejos
Cuál se lleva la victoria.—
Y Carlo-Magno á este tiempo
Tomó la espada y la lanza,
Salió á la palestra luego.
Se embistieron los dos Martes
Con tanto valor y esfuerzo,
Que cada cual pretendia
Llevar del lauro el empeño;
Pero viendo Carlo-Magno
Que no heria al caballero,
Como era diestro en la lucha,
Soltó la lanza en el suelo,
Se descubrió de su escudo,
Y á él se arrojó lijero;
Lo agarró por la cintura,
Y dió con él en el suelo;
La cabeza le cortó,
Y los suyos acudieron.
Se armó tan cruel batalla,
Que dentro de breve tiempo
Dieron muerte á Sortriban,
Y al rey Tempestre el tercero.
Pero viendo el Almirante,
Que son sus magnates muertos,
Se entró por medio de todos
Sin el temor de los riesgos:
Atropelló mucha gente,
Mató muchos caballeros,
Y el buen padre de Roldan
Quiso salir al encuentro;
Pero fué mala su suerte,
Porque á los lances primeros
Se le ha quebrado la espada
Por cerca de los brazuelos,
Y así que vió el Almirante
Que lo tenia indefenso,
Lo atravesó en su caballo *,
Y quiso escapar huyendo.
Fierabras, cuando lo vió,
Salió para detenerlo,
Y se le puso delante,
Y le quitó el caballero;
El padre le conoció,
Estas palabras diciendo:
—¿Sois acaso Fierabras
En los valerosos hechos?—
Dijo que sí, y muy humilde
Le empezó á rogar muy tierno
Que se volviese cristiano
Y creyese en Dios inmenso.
El padre le respondió,
Lleno de rabia y veneno:
—¡Oh, nunca hubieras nacido,
Para no darme tormento!
Tú vives muy engañado,
Y en tí gran venganza espero.—
Le rodeó las espaldas,
Y Fierabras á este tiempo,
Por no reñir con su padre,
Se tiró á otros caballeros.
Los que estaban en la torre
En este tiempo salieron;
Acuden á la batalla,
Y los pillaron en medio.
En fin ganaron el campo
Y al Almirante prendieron,
Llevándolo á Carlo-Magno,
Y mandó luego al momento

Lo encierren en una sala
Con otros seis caballeros
Que cuiden de su persona
Y le dén buenos consejos.
Vino á la noche Floripes
Y Fierabras, que con tiernos
Suspiros le suplicaban
Que creyese en Dios eterno,
Y el traidor del Almirante
Les engañó, así diciendo:
Que queria ser cristiano,
Y quedaron muy contentos,
Y á otro dia de mañana,
Prevenidos los pertrechos,
A la iglesia lo llevaron
Entre muchos caballeros.
Vino el señor Arzobispo,
Dándole buenos consejos,
Y enfadado de escucharlo,
Levantó el brazo soberbio,
Y al Arzobispo en la cara
Le dió un bofeton tan recio,
Que se le ha bañado en sangre
Y lo asió por los cabellos
Para meterlo en la pila;
Mas Fierabras viendo esto
Llegó, y le dijo á su padre
Con muy doloridos ecos:
—Dulce padre de mi vida,
Deja esos ídolos fieros,
Recibe el santo Bautismo,
Y tendrás parte en el cielo.—
Respondió muy enojado:
—En balde es cansaros, necio,
Que mas queria morir
Que no olvidar los preceptos
De mi profeta Mahoma,
Que son muy santos y buenos.—
Pero viendo Fierabras
Que se hallaba tan protervo,
Mandó luego á los peones
Al campo lo saquen fieros,
Y allí le diesen la muerte,
Pues que no tiene remedio
En fin murió el Almirante,
Y publican en el reino
Que el que quiera cristianarse
Acuda luego al momento.
Mas de doscientas mil almas
A nuestra ley se volvieron.
Bautizaron á Floripes,
Y con muy grande contento
Los desposan y los velan,
Y quedando en lazo estrecho
Con su amado Gui de Borgoña
Daba mil gracias al cielo.
Allí estuvo Carlo-Magno
Mas de dos meses y medio,
Miéntras se aquieta la gente,
Dándoles buenos consejos
De que guardasen la fe
Y los santos Evangelios,
Y cuiden de sus vasallos.
Hizo dos partes el reino,
Una le dió á Fierabras
Para que quede con ellos,
Dándole cetro y corona;
Y con generoso afecto
La otra dió á Gui de Borgoña,
Dejándolos muy contentos
Por reyes de aquella tierra.
Al cabo de poco tiempo
Se despidió Carlo-Magno;
Pero aquí atienda el discreto,
Que no puedo yo explicar
El dolor y sentimiento
Que recibió Fierabras
Al dejar su compañero,
Que era el señor Don Roldan,
Que eran dos almas y un cuerpo;
Y tambien Gui de Borgoña
De su pariente Oliveros,
Que eran muchos los suspiros,
Las lágrimas y lamentos
Con que tiernos se despiden,
Y para Francia se fuéron.
Dejemos á Carlo-Magno
Sosegado ya en su reino,
Donde estuvo algunos dias,
Y en la sétima prometo
Referir á mis oyentes
Los soberanos misterios
Que le reveló Santiago,
Que fué por órden del cielo.

(*Carlo-Magno*, Pliego suelto.)

¹ Así murió tambien á manos de Reinaldos la dama Robenza.

² Hé aquí una version distinta de otras mas antiguas sobre la muerte de Milon de Anglante, padre de Roldan y cuñado de Carlo-Magno.

1259.

CONQUISTADO EL REINO DE BALAN, VUELVE CARLO-MAGNO Á FRANCIA, DONDE ESTANDO TRANQUILO VE EN EL CIELO UN CAMINO DE ESTRELLAS QUE ATRAVESABA DESDE ITALIA Á GALICIA. POR REVELACION DE SANTIAGO PARTE Á CONQUISTAR ESTE PAIS Y HALLA Y HONRA EL CUERPO DEL APÓSTOL: BATALLA EN QUE FERRAGUZ ES VENCIDO Y MUERTO POR ROLDAN.— VII.

(*De Juan José Lopez* [1].)

Ya dije que Carlo-Magno
Y todos sus caballeros
Se volvieron para Francia
Muy alegres y contentos,
Porque habian conquistado
De Aguas-Muertas todo el reino;
Pero estando descansando
Una noche, miró al cielo,
Y vió un concierto hermoso
De estrellas y de luceros,
Que atravesaba la Italia,
La Gascuña y otros reinos
De Aragon y Cataluña,
Y que iba prosiguiendo
Hasta el reino de Galicia.
Novedad causó en su pecho,
Y se puso en oracion;
Alzó los ojos al cielo,
Pidiéndole á Dios quisiese
Declararle aquel misterio:
Vió estar junto á su cama
Un hombre de gran respeto,
Tan hermoso y tan bizarro
Que daba contento el verlo,
Y le dice á Carlo-Magno:
—Dime, ¿qué son tus deseos?—
Dijo: —Saber lo que encierra
Aquel hermoso concierto
De estrellas tan refulgentes
En camino tan derecho.—
—Sabrás que aquese camino
Será la guia y concierto
Para llevarte á Galicia,
Adonde hallarás mi cuerpo
Que está en poder de paganos,
Y en sacándolo, te advierto
Que has de hacer un santuario,
Que soy Santiago, y te expreso
Que del Zebedeo soy hijo,
Y tambien hermano mesmo
De San Juan Evangelista,
Apóstoles del supremo
Señor, que ese camino
Hizo tan hermoso y bello,
El cual á tí me envió
Porque vayas con acierto,
Y hagas el templo en mi nombre,

Que irán de todos los reinos
A ganar indulgencias
Y devotos jubileos,
Y remision de pecados
A los que con firme celo,
Confesados y contritos,
Pidan perdon de sus yerros;
Y esto tiene de durar
Hasta el fin del mundo, es cierto,
Que el Señor me ha concedido
Todos estos privilegios.
Con esto, adios, que me voy.—
Y desapareció luego,
Y Carlo-Magno quedó
Regocijado y contento.
Mandó apercibir su gente,
Y tomó la marcha luego
Para el reino de Galicia,
Donde llegó en breve tiempo,
Ganando muchos castillos,
Villas, ciudades y pueblos.
Con grandísimos trabajos
Hallaron el santo cuerpo
De nuestro apóstol Santiago,
Y luego con firme celo
Mandó hiciesen una urna
Hermosísima en extremo,
Con muchas piedras preciosas
De mucho valor y precio.
Hicieron el santuario
Los mas hábiles maestros
De mejor arquitectura,
Y despues que estuvo hecho
Muy hermoso y agraciado,
Que daba contento el verlo,
Lo adornó muy ricamente
Con muy ricos ornamentos:
Cálices de oro y de plata,
Patenas y ricos velos,
Albas, casullas y paños
Muy riquísimos y buenos;
Lo dotó de muchas rentas
Y tesoros de gran precio;
Y todo finalizado,
Puso un arzobispo luego
Canónigos veinte y cuatro,
Con un arcediano entre ellos,
Para que rija y gobierne
Este suntuoso templo;
Y rematada la obra,
Y todo muy bien compuesto
Dió la vuelta para Francia;
Pero en este mismo tiempo
El Almirante, que estaba
En Babilonia de asiento,
Pesaroso de la muerte
Del rey Aigolante, y viendo
Que habia ganado á Galicia
Y los comarcanos reinos,
Envió á llamar á Ferraguz [2],
Que era un gigante soberbio,
El cual tenia de alto
Diez y seis palmos y medio,
Fuerza de cuarenta hombres,
Y muy fornido de cuerpo.
Le entregó treinta mil hombres
Para que salga con ellos
A dar guerra á Carlo-Magno;
El cual salió al momento:
Fué á la ciudad de Vagiere,
Donde tiene su real puesto,
Y le dijo á Carlo-Magno
Si quiere hacer un concierto
De que se haga la batalla
Brazo á brazo y cuerpo á cuerpo;
Y Carlo-Magno, que estaba
Fiado en sus caballeros,
Le envió á Oger de Danois,
Que es muy valiente en extremo.
El gigante, que lo vió,
Hácia él se fué muy serio,
Lo asió debajo del brazo,
Y lo llevó á su real preso,
Y lo encerró en una torre,
Y al campo volvió lijero.
Viendo esto Carlo-Magno,
Envió á Reinaldos presto;
Hizo lo mismo con el
Que con el otro primero;
Fué Constantino de Roma,
Y lo agarró con esfuerzo:
Lo llevó donde tenia
A los otros compañeros.
Pesaroso Carlo-Magno,
Le envió dos caballeros,
Por ver si con ellos puede
Lograr algo de su intento.
El gigante que los vió,
A ellos se fué lijero,
Y como que nada hacia,
Los asió ambos á un tiempo,
Y cada uno en su brazo
Los llevó á la torre presto.
Viendo esto Carlo-Magno,
Quedó admirado y suspenso,
Y sabiéndolo Roldan,
Muy esforzado y resuelto,
Fué á pedir á Carlo-Magno,
Con grande valor resuelto,
Le concediese licencia
Para salir al empeño,
Con el gigante á batalla,
Y se la concedió luego,
Y armado de todas armas
En su caballo soberbio,
Y con una gruesa lanza
Salió al campo lijero:
Fué donde estaba el gigante,
Y así que lo vió risueño,
Fué para él vigilante,
Y Roldan con grande esfuerzo
Le dijo: —Toma tu lanza,
Y ven á batalla luego.—
Sin responderle palabra,
Se fué á Roldan como un trueno;
Pero Roldan con la lanza
Le dió tan terrible encuentro,
Que le desvió de sí;
Pero el gigante volviendo
A juntarse con Roldan,
Le tomó por medio el cuerpo,
Y lo sacó de la silla,
Y lo llevaba lijero
Para encerrarlo en la torre
Con los otros caballeros.
Viéndose Roldan llevar,
Estribó con el pié recio
En las ancas del caballo,
Y asió con las manos diestro
Al gigante del capuz,
Y entrambos á dos cayeron
En el suelo, y al instante
Ambos en pié se pusieron:
Echan mano á las espadas,
Dándose golpes tan recios.
Pelean toda la tarde
Con mucho valor y esfuerzo,
Sin que se reconociese
Ventaja en ninguno de ellos:
Con esto llegó la noche,
Cubriendo su manto negro:
Dijo el gigante á Roldan:
—Ya es tiempo que descansemos,
Y así que amanezca el dia
En este sitio te espero.—
Se fuéron, y al otro dia
A la batalla volvieron;
Pelearon fuertemente

Como leones soberbios;
Pero el gigante cansado,
Dijo que tenia sueño
Y que queria dormir,
Y se ha tendido en el suelo.
Roldan tomó un grueso canto,
Cuanto alzar pudo del suelo,
Y se lo puso debajo
De la cabeza, y con esto
Durmió con mejor descanso;
Junto á él se sentó luego,
Mirándolo atentamente.
Lo fornido de su cuerpo,
La dobleza de sus armas,
Y lo feroz de su gesto.
Dispertó en esto, y le dice
Roldan: —He mirado atento,
Ferraguz, tu fortaleza
Y lo recio de tu cuerpo.—
Respondió el gigante, y dijo:
—Has de saber de que tengo
Fuerza de cuarenta hombres,
Y ser herido ni muerto
No puede ser, si no es
Por el ombligo, esto es cierto.
Tú eres cristiano, y quisiera
Me dijeras qué misterio
Y qué ley es la que siguen
Los cristianos verdaderos.—
Y Roldan le respondió:
—Has de saber por muy cierto
Que es la ley de Jesucristo,
Criador de tierra y cielo;
Padeció muerte y pasion
Por librarnos del infierno.—
Dijo Ferraguz: —Si quieres
De que hagamos un concierto,
Que la ley del vencedor
Sea la buena, esto es cierto.—
Y Roldan, muy confiado
En Dios y con firme celo,
Dijo que sí, y al instante
A la batalla volvieron;
Se dieron muy grandes golpes
Con mucho valor y esfuerzo.
Vió el gigante que Roldan
Le iba á dar un golpe recio,
Y se metió por debajo,
Y lo agarró por el cuerpo,
Y como que nada hacia,
Lo ha derribado en el suelo,
Y Roldan sacó un puñal,
Y con grandísimo esfuerzo
Se lo metió por debajo,
Le hirió el ombligo recio.
Y cuando se sintió herido
Pegó un grito tan soberbio,
Que estremeció todo el campo,
Y los suyos acudieron;
Tambien vino Carlo-Magno
Con todos los caballeros.
Se armó tan cruel batalla,
Que era gran contento el verlo:
Mataron todos los moros,
Y vió Roldan á este tiempo
Que llevaban al gigante
La flor de los caballeros
A meterlo en la ciudad:
A ellos se fué como un trueno,
Y dándoles muerte á todos,
A su real lo llevó luego.
Le preguntó si queria,
Con cariñosos afectos,
Ser cristiano, porque goce
De la gloria su alma y cuerpo;
Dijo que no, y luego al punto
Les mandó á los caballeros
Le cortasen la cabeza,
Y con valeroso esfuerzo
A la batalla volvió;
Todos escapan huyendo;
Se meten en la ciudad,
Y los cristianos tras ellos:
Les ganaron la ciudad,
Sacaron los caballeros
Que estaban dentro en la torre,
Dándole gracias al cielo,
Que les dió tantas victorias
Contra enemigos tan fieros;
Se volvieron para Francia
Con muchísimo contento.
Y aquí el humilde poeta
Pide perdon de sus yerros;
Que en el postrero romance
Dirá del fin que tuvieron.

(*Carlo-Magno*, Pliego suelto.)

[1] Desde este romance se empieza á tomar el asunto de la falsa crónica de Turpin tan célebre, ya acaso conocida en el siglo XI y trasmitida y popularizada despues, cambiando é intercalando en ella infinitas fabulas y cuentos que se inventaban y propagaban entre el pueblo. Puede asegurarse que la historia vulgar de Carlo-Magno, de que forma una parte esta crónica, es una serie de descripciones de costumbres y creencias de los siglos medios; pero mezcladas y en continuo anacronismo las unas respecto á las otras. Sin embargo, no solo los eruditos, sino aun las personas de buen juicio é instruidas en las historias, pueden desembrollar este laberinto y discernir la redaccion primitiva de las adiciones é intercalaciones.

[2] Este Ferraguz es el tipo ó modelo del Fierabras de los romances anteriores.

1260.

BATALLA DE RONCESVALLES; MUERTE DE ROLDAN; CARLO-MAGNO ACUDE Á LOS SUYOS Y LOS REHACE, VENCIENDO Á LOS MOROS; CASTIGO DEL TRAIDOR GALALON.— VIII.

(*De Juan José Lopez.*)

Ya dije que Carlo-Magno
Y todos los caballeros
Se volvieron para Francia
Muy alegres y contentos,
Dándole gracias á Dios
Y á la Reina de los cielos
Y al apóstol Santiago,
De haber sacado su cuerpo
De entre poder de paganos,
De haber fabricado el templo,
Vencido tantas batallas,
Y ganado tantos reinos.
A este tiempo el Almirante
De Babilonia, sabiendo
La muerte de Ferraguz,
Mandó que llamasen luego
Dos reyes á su presencia.
Marsirius vino de presto
Con su hermano Belengandus,
Y entrególes al momento
Ciento y cincuenta mil hombres,
Porque saliesen con ellos
A dar guerra á Carlo-Magno:
Partieron luego al momento,
Y sabiendo Carlo-Magno,
Informado por muy cierto,
La venida de estos reyes,
Propuso luego al momento
De enviarles embajada,
Y para esto escogiendo
A Galalon entre todos
Por lo sagaz y discreto,
Elocuente y esforzado,
Vino muy gustoso en ello,
Y le dice Carlo-Magno:
—Vos, mi noble caballero,
Os habemos elegido
Para ir por mensajero
A los reyes, y digais
Que de mi parte les ruego
De que se vuelvan cristianos,

Siguiendo á Dios verdadero,
El cual crió cielo y tierra,
Y á nuestros padres primeros;
Padeció muerte y pasion
Por librarnos del infierno;
Y que dejen á sus dioses,
Que son falsos y embusteros.—
Se despidió Galalon
Muy alegre y muy contento,
Y armado de todas armas,
En un caballo lijero
Fué donde estaban los reyes,
Y alegres lo recibieron,
Y dándoles la embajada,
Se puso á platicar luego,
Y en sus razones conocen
De que es falso caballero,
Y que por el interes
Y codicia del dinero
Haria cualquiera traicion;
Y descubriendo su intento,
Otorgó luego al instante
De vender sus compañeros,
Y de entregar en sus manos
A los nobles caballeros.
Le dieron mucha riqueza
Y joyas de mucho precio;
Dijeron que en Roncesvalles
Esperan los caballeros.
¡Oh hombre facineroso
Y de malos pensamientos,
Qué traicion tan alevosa
Haces con tus compañeros!
Por la codicia vendió
Júdas á su fiel maestro
Nuestro señor Jesucristo,
Por solos treinta dineros;
Lucifer por la codicia
Fué arrojado en el infierno;
Perdió Adan por la codicia
El paraiso terreno,
Y por la envidia Cain
Dió muerte á su hermano mesmo.
Tú por codicia y envidia
Vendiste los caballeros;
¡Mas no quedarás sin pago
De tu maldad, esto es cierto!
Y llegando Galalon,
Dió su respuesta, diciendo
Cómo los reyes querian
Ser cristianos por muy cierto.
Carlo-Magno se alegró,
Y Galalon prosiguiendo,
Dando fin de su embajada,
Dijo quedaba dispuesto
Que al campo de Roncesvalles
Salieran los caballeros,
Y lleven cinco mil hombres
Muy lucidos y compuestos
A recibir á los reyes;
Y se apercibieron luego,
Armados y muy lucidos,
La flor de los caballeros.
Salieron muy vigilantes,
Y Roldan el delantero,
Muy valientes y esforzados
En caballos muy lijeros.
¡Oh inocentes desdichados,
Que no sabeis el veneno
Que el traidor de Galalon
Tiene encubierto en su pecho!
Pero quiso Dios pagarles
Tantos trabajos y anhelos
Como por su santa fe
Estos hombres padecieron,
Con corona de martirio
Que este dia padecieron.
Llegaron en fin al campo
De Roncesvalles, y luego
Salieron á recibirlos
Veinte mil hombres compuestos
Armados de todas armas.
Pasaron los caballeros
Sin que les dijesen nada;
Mas adelante salieron
Otros cuarenta mil hombres,
Y los pillaron en medio.
Se armó tan cruel batalla,
Que andaban los caballeros
Como feroces leones,
Muy valientes y soberbios,
Cortando brazos y piernas,
Y desbaratando yelmos.
Murieron en la batalla
Todos estos caballeros,
Y Roldan, muy mal herido,
Agarró á un turco, diciendo
Con la espada á la garganta :
—Muéstrame luego al momento
Al rey Marsirius, si no,
Te he de cortar el pescuezo.—
El turco le respondió
De esta manera diciendo :
—Mira muy atentamente
Con cuidado y con anhelo,
Y el de la visera verde,
Caballo bayo, es el mesmo
Que dió á vuestro embajador
Muchas joyas y dinero
Solo porque os enviase
A lo mismo que estais viendo.
Y cubierto con su escudo,
Como leon muy soberbio
Se entró por medio de todos
Hasta que llegó á él mesmo,
Y le tiró tan gran golpe
Encima el hombro derecho,
Que lo partió hasta la cinta
Y viendo de que el aliento
Le faltaba, se retira;
Se metió en el monte, y luego
Se tendió al pié de una peña
Desmayado y sin aliento,
Con cuatro heridas mortales,
De esta manera diciendo :
—¡Señor mio Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
Ten, Señor, misericordia
De aqueste tu caballero,
Que por defender tu fe
Se ha visto en tantos aprietos!
Hoy doy la vida por tí,
Solo, en este monte espeso :
Recibe, Señor, mi alma,
Que goce de tí en el cielo
En tus eternos descansos,
Pues aquí tanto padezco.—
Se puso á mirar su espada,
De esta manera diciendo :
—¡Oh espada de gran valor,
La mejor que hombre ha hecho!
¡Cuánto tiempo me has servido
Y á cuántos turcos has muerto!
Con tus cortadores filos
Has partido muchos yelmos;
No quisiera te gozara
Ninguno, y por eso quiero
En esta piedra quebrarte.—
Se levantó con esfuerzo;
La agarró con las dos manos,
Y le dió golpes tan recios
En la peña, hasta que
La ha partido en el suelo,
Sin que en la espada se hiciera
Mella ni señal de ello.
Y viendo que no podia
Quebrarla, tocó su cuerno,
Y Carlo-Magno lo oyó,

Y tambien los caballeros
Que escondidos en el monte
Temerosos se metieron,
Que es Valdovinos y Tierrí.
Valdovinos acudiendo,
Que es hermano de Roldan,
Y viéndolo casi muerto,
Hizo gran llanto por él;
Dijo Roldan á este tiempo :
—Hermano, la sed me mata.—
Buscó agua, y no pudiendo
Hallarla, fué á Carlo-Magno
A dar cuenta del suceso.
En esto llegó Tierrí,
Lo miró Roldan atento;
Dijo : —¿Qué miras, Tierrí?
Soy Roldan, tu compañero,
Quien dió muerte á aquel gigante
Tan feroz y tan soberbio,
El que en las crueles batallas
Cuidaba sus compañeros :
Oyeme de confesion,
Porque yo me estoy muriendo.—
Confesó generalmente,
Y alzó los ojos al cielo,
Dijo : —En tus manos, Señor,
Encomiendo *spiritum meum*.—
Y dió su alma al Señor.
Los ángeles á este tiempo
Se lo llevaron alegres,
Y Valdovino á este tiempo
Fué donde está Carlo-Magno,
Le dió cuenta del suceso
Cómo habia muerto Roldan
Y todos los caballeros.
Carlo-Magno, que esto oyó,
Previno luego al momento
Toda la gente de armas,
Y salió luego con ellos :
Fué donde estaba Roldan,
Y así que lo vido muerto,
Cayó desmayado en tierra
Con el grande sentimiento,
Y de que volvió en sí,
Ha exclamado diciendo :
—¡Sobrino del alma mia,
Con cuánto dolor lo siento
El verte de aquesta suerte
En aqueste sitio muerto!
¿Por qué te vas y me dejas?
¡Ay desconsolado viejo!
Espada de mi justicia,
Otro Júdas Macabeo,
Y otro Sanson en la fuerza,
Pues tu arrogancia y esfuerzo
Era mi firme pilar
Contra los turcos soberbios :
Los mártires te reciban
Y tengan por compañero.—
Mandó que lo embalsamaran,
Y se lo llevaron luego,
Y dando vuelta en el campo,
Vieron los cristianos muertos,
Y á Oliveros lo hallaron
Aspado en dos duros leños,
Puesto á manera de cruz,
Y atravesándole el cuerpo
Doce dardos penetrantes,
Y de la planta al cabello
Todo estaba desollado.
Lo embalsamaron, y luego
Con el de Roldan lo ponen
Con muy grande sentimiento,
Y Carlo-Magno siguió
A los moros, y sabiendo
Que están en un verde prado,
Hácia ellos fué siguiendo.
Les dió tan cruel batalla,
Que en poco tiempo murieron
Seis mil moros, y otros tantos
Se ahogaron en el Ebro,
Por librarse de las manos
De los fuertes caballeros.
Carlo-Magno se volvió
Sin detenerse un momento
Al campo de Roncesvalles,
Y luego pesquisa haciendo
Para saber la traicion,
Y sabiéndola por cierto,
Prendieron á Galalon;
Mandó Carlo-Magno luego
Le amarren á cuatro potros
Muy feroces y soberbios;
Lo dividieron á cuartos
Porque sirva de escarmiento :
Luego diéron sepultura
A los nobles caballeros
Que habian muerto en la batalla;
Y luego tuvo de acuerdo
De volverse para Francia,
Adonde puso su asiento.
Y ahora Juan Josef Lopez
Pide perdon de sus yerros,
Pidiendo á Dios que le dé
Su gracia, favor y acierto.

(*Carlo-Magno*, Pliego suelto.)

1261.

EL REY CLAUDIO, TEODOMIRO Y LA PRINCESA DE INGLATERRA.— I.

(*Anónimo.*)

Publique á voces la fama
En retóricos conceptos
La historia mas celebrada
Que en los anales del tiempo
Vieron las edades largas,
Y así para proseguir
Su rumbo con elegancia
Le pido atencion á todos
Para poder declararla.
Hubo en los pasados siglos
En la gran corte de Irlanda
Un rey, cuyos nobles hechos
Merecen lauros de fama,
El cual tenia dos hijos
De gentileza gallarda;
El mayor llamado Claudio,
Y el menor por cosa clara
Se llamaba Teodomiro,
De prendas muy estimadas.
Llegaron á ser mancebos,
Cuando la funesta parca
Quitó al noble rey la vida,
Para que Claudio reinara.
Jurado en todo su reino,
Pacífico gobernaba,
Haciéndole á sus vasallos
Mercedes con manos francas.
Era soltero, y querian
Sus vasallos se casara,
Y él por hacerles el gusto,
Viendo tan justa demanda,
Prudente y agradecido
Ordena, dispone y manda
Que vaya un embajador
Para la corte de Francia,
Y embarcado en un navío
Pasó las salobres aguas.
Luego que á Paris llegó
Al rey Ludovico habla,
Diciéndole : —Gran señor,
Beso tus reales plantas
Por mandado de mi rey
Claudio, que en Irlanda manda,
El que os pide por mujer

Vuestra hija, si os agrada.—
Atento el rey Ludovico
A su discreta embajada,
Respondió por su consejo,
Diciéndole estas palabras:
—Dirás de mi parte á Claudio
Que su voluntad se haga,
Que disponga su grandeza
Sus cosas, porque ya marcha
Mi hija para su reino
Con majestad soberana,
Para que su esposa sea,
Sin que en un punto haga falta.
Con esto el Embajador
Se volvió para su patria,
Y á su rey besó la mano,
Dando fin á su embajada.
Hízole muchos favores,
Con que sus servicios paga.
No pasaron muchos dias,
Cuando la princesa Laura
Con damas y caballeros
Llegó á la corte de Irlanda,
Con cuatro fuertes galeras,
Hermosas como adornadas.
Salieron á recibirle
Muchos señores de fama,
En compañía de su rey,
Con víctores y alabanzas.
Al palacio la llevaron,
Donde fuéron celebradas
Sus bodas con regocijos
De juegos y luminarias,
Festines en el palacio
Por tiempo de tres semanas:
Con que Claudio agradecido
Gozó de su esposa amada
El tiempo de cinco años,
Cuando una fresca mañana
Salieron por divertirse
A cazar á una montaña
Con lebreles y monteros
Y hombres de mucha importancia;
Donde un soberbio leon,
Terror de aquellas comarcas,
Salió de aquellas malezas
Con la melena encrespada,
Esgrimiendo los alfanjes
De sus cortadoras garras,
Que á pesar de los monteros,
Picas, chuzos y alabardas,
Pegó con la hermosa Reina
Con presteza tan osada,
Que su gallarda hermosura
Fué trofeo de sus plantas,
Dejándola mal herida,
Muerta su belleza rara,
Y eclipsados sus dos soles
Con la sangre que derrama,
Llamando á su dulce esposo,
Sin concierto las palabras.
Rodeada de miserias,
Quedó cadáver sin alma,
Siendo su tumba la tierra
Matizada de esmeraldas;
Al tiempo que Claudio alegre
Iba siguiendo la caza
De un soberbio jabalí,
Y al ver tan grande desgracia,
Sumergido en un desmayo,
Postró en la tierra su cara,
Hasta que, vuelto en su acuerdo,
Dijo con voz delicada:
—Esposa del alma mia,
Infeliz y desgraciada,
Perdóname; que yo solo
Soy de tus desdichas causa.—
Estas palabras decía,
Mesando cabello y barba.
Viendo los nobles señores
Que le sirven y acompañan
En lance tan apretado,
Prudentes le consolaban,
Disimulando sus penas;
Del suelo lo levantaban.
Cogen la difunta reina
Del sitio donde se hallaba,
Y al palacio la llevaron,
De donde fué trasladada
Al panteon de los reyes,
Pira triste, tumba infausta,
Negros lutos arrastrando
Nobles señores y damas;
Con que Claudio se retira
A lo interior de una sala,
Donde de dia y de noche
Sus penas multiplicaba,
Llegando á tales extremos,
Que postrado en una cama
Melancólico y enfermo,
Puso su vida en balanzas.
Conociendo su peligro,
En su presencia las damas
Hacian fiestas y juegos
Con mucho donaire y gala;
Con cuyos divertimientos
Cobró valor, fuerza y gracia,
Y olvidando poco á poco
De sus tristezas la causa,
Trató de tomar estado
Con la discreta Rosaura,
Princesa de Inglaterra,
De hermosura soberana.
Despues de haber precedido
Políticas circunstancias,
Que usan príncipes y reyes,
Celebró las deseadas
Bodas con Rosaura bella,
La que trajo en su compaña
Una hermana que era un cielo
De perfecciones gallardas,
Prodigio de la hermosura,
Cuyo nombre era Diana.
De esta fino enamorado
Fabricio duque se hallaba:
Haciale galanteos
Valido de su privanza;
Mas ella, no haciendo caso
Del Duque, lo despreciaba,
Al tiempo que Teodomiro,
Que bien descuidado estaba
De la enfermedad de amor,
Rindió sus potencias y alma
A la beldad peregrina
De la discreta Diana,
Que fina correspondió
Dándole mano y palabra
De esposa, y agradecida
Cariñosa le pagaba.
Adonde lo dejarémos
En esta primera plana,
Que en la segunda prometo
Decir lo demas que falta.

(*El rey Claudio*, etc. Pliego suelto.)

1262.

CONTINÚA EL ASUNTO DEL ANTERIOR.—II

(*Anónimo.*)

Ya dije cómo quedaron,
En la antecedente plana,
Hechas las célebres bodas
Del rey Claudio con Rosaura,
Y á su hermano Teodomiro
Con la discreta Diana
Enamorado, de suerte

Que su cariño fué causa
Para que el duque Fabricio,
Ciego de cólera y rabia,
Maldiciendo su fortuna,
Jurase tomar venganza
De Diana, y al momento
Se volvió para su casa,
Sin darse por entendido
De su partida y la causa.
De esta suerte se mantuvo,
Hasta que la hermosa Infanta
Se volvió para su reino
Con alegria sobrada.
Visitó á su amado padre,
Que cariñoso le abraza.
Dejémosla en su palacio
Con aplausos celebrada:
Vamos al duque Fabricio,
Que para tomar venganza
De Diana, discursivo
Dispuso una falsa carta,
Cuyo contenido dice
Estas siguientes palabras:
«En fe de lo que me escribes
»Teodomiro, por tu carta,
»Sabrás que tengo dispuesto
»Darle la muerte con maña
»A mi padre, y con secreto
»Vendrás con gente de armas,
»Para que mi dueño seas
»Sin dilacion ni tardanza,
»Que ya tengo prevenidos
»Muchos señores de fama,
»Que á fuerza de su valor
»No tienes que temer nada.
»Con esto, á Dios que te guarde
»Besa tus manos, Diana,
»Princesa de Inglaterra,
»Tu mas fina enamorada.»
Esta carta prevenida
La tuvo el Duque guardada,
Hasta que logró meterla
En una preciosa caja
Donde Diana tenia
Todas sus prendas y alhajas,
Sin que la noble Princesa
Supiese del caso nada.
Se fué á visitar al Rey,
Diciéndole estas palabras:
—Amadísimo señor,
Sabrás que falsa y liviana,
Vuestra hija determina
Daros muerte, porque trata
Casarse con Teodomiro.
Sé que una secreta carta
Le manda para que venga
A gozar laurel y palma
De vuestra regia corona,
Y á mí, porque le ayudara
En sus ciegos pensamientos,
Me dió cuenta de esta infamia.
Yo por librar vuestra vida,
Que en gran peligro se halla,
Te aviso porque te guardes
De la maldad declarada.—
Confuso se quedó el Rey
Sin saber lo que le pasa;
Mandó prender á su hija,
Y en un castillo encerrada
Con guardias y centinelas
La dejó muy bien guardada.
Hallada la carta, y visto
Lo que en ella declaraba,
Conociendo su peligro,
Enojado el padre, manda
Contra su hija inocente
Que muriese degollada,
O busque quien la defienda
De esta calumniosa infamia,
Porque el Duque mantenia
En dura y cruel batalla
La fementida traicion.
Lloraba la triste Infanta:
No bastaron las disculpas
Para que la perdonara
Su padre, que inadvertido
Creyó del Duque la infamia.
Llegaron estas noticias
A la gran corte de Irlanda.
Sabida por Teodomiro
De su amada la desgracia,
Por librarla de la muerte,
Sin dilacion ni tardanza
Se fué para Inglaterra
En una nave marchanta.
Luego que á Lóndres llegó,
Previno caballo y armas,
Llegó á la plaza en efecto,
En la ocasion que se hallaba
Dispuesto un triste teatro,
Y en él la Infanta sentada,
Negros lutos arrastrando,
Muerta su hermosura rara
Suspenso todo el concurso
Por balcones y ventanas,
Y el Duque mantenedor
Armado de finas armas,
Aguardando caballero
Que á defenderla llegara.
Teodomiro, que lo vió,
Llegó al tablado y le habla
A Diana de esta suerte:
—Concédeme, hermosa Infanta,
La licencia; que pretendo
Defender tu vida y fama.—
Y agradecida le dijo:
—El cielo te dé la paga;
Y obras como caballero,
Que en esto no tengo causa.—
Con esto se llegó al Duque,
Y le dijo estas palabras:
—¡Villano, vil caballero,
De mala sangre y prosapia!
¿Cómo falso y fementido
Tu corazon puso tacha
En la inocente Princesa?—
El Duque le dice: —Calla,
Infame, desvanecido,
Que tan libremente hablas,
Que presto te ha de pesar
La defensa de esa ingrata
Contra su padre y mi rey:
Defiéndete de mi rabia.—
Montó en un veloz caballo,
Empuñó una gruesa lanza;
Se fué el uno para el otro,
Recios encuentros se daban,
Y hechas las lanzas pedazos,
Meten mano á las espadas.
El Duque era valeroso;
Le tiró una cuchillada
A Teodomiro, de suerte
Que, resbalando la espada,
La cabeza le cortó
Al caballo, y sin tardanza
Salió él con lijereza
Antes que el Duque llegara;
Mas no fué tan á su salvo,
Que encima se le arrojaba;
Tiróle un fiero reves,
Teodomiro se repara,
Cubriéndose de su escudo
El golpe recibió, y pasa,
Y al revolver el caballo
Le dió al Duque una estocada
Tan recia, que le pasó
Un muslo de banda á banda.
Con la fuerza del dolor

Le buscaba con mas rabia.
Viendo su descortesía,
Le dice : —Valiente, baja
De ese bruto, y como nobles
Harémos campal batalla;
Mas viendo que no hace caso
De lo que le demandaba,
Le esperó, y con gran valor
Le metió por una ijada
Al Duque el agudo acero,
Que le pasó las entrañas,
Y él herido en la cabeza
Salió de otra cuchillada,
Que le hizo tomar la tierra,
Á pesar de su arrogancia;
Y el Duque, desatentado,
Daba vueltas por la plaza
Tirando á diestro y siniestro
Reveses y cuchilladas.
Con las ansias de la muerte
Cayó el infeliz de espaldas,
Al tiempo que Teodomiro
Del suelo se levantaba
Por buscar á su contrario
Con esfuerzo y arrogancia,
Cuando vió que le decia :
—¡ Buen caballero de fama,
No me acabes de matar;
Llévame al Rey, porque haga
Declaracion del suceso
De mi traidora venganza!—
Tomándole por la mano,
Del suelo lo levantaba,
Y en la presencia del Rey
Dijo con voz delicada :
—Invictísimo señor,
Sabrás que esa falsa carta
Que os dije que vuestra hija
Á Teodomiro mandaba,
La escribí yo por vengarme
De vuestra hija Diana,
Por verme tan despreciado
De su beldad soberana.
No puedo proseguir mas,
Porque el aliento me falta.—
Y entre fatigas y penas
Dió fin á su desastrada
Vida, con que agradecido
El Rey, al instante manda
Que á Teodomiro lo lleven
Á palacio y lo curaran.
Sano en fin de sus heridas,
Se desposó con Diana;
Despues, por muerte del Rey,
Por su rey lo coronaban,
El cual vivió largos años
Gozando á su esposa amada
Con placer y regocijo,
Rindiéndole al cielo gracias.

(*El rey Claudio*, etc. Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES NOVELESCOS.

1263.

LAS PRINCESAS ENCANTADAS, Y DESLEALTAD DE HERMANOS.—I.

(*De Alonso de Morales* [1].)

Cuando el católico rey,
Que globos de estrellas pisa,
San Fernando, rey de España,
Lanzó la secta morisca
De la España y sus dominios,
Con su invencible cuchilla,
Muchos nobles caballeros
Descendientes todavía
De los primeros alarbes
Que hubo cuando la conquista,
Fué entre ellos un poderoso,
El cual por su bizarría
Fué luego electo por rey
En las fértiles provincias
De la parte del Oriente
Que se nombraba la Siria;
Su nombre era Clotaldo,
Era casado y tenia
De su feliz matrimonio
La belleza de tres hijas,
Que en las humanas deidades
Se llevaban la primicia.
Viéndolas el Rey su padre
Que pocos las merecian,
Ordenó hacer un castillo
De vistosa simetría,
Y de altura formidable,
Que aun la mas aguda vista
Sus pirámides y almenas
Penetrarlas no podia.
Allí dispuso encerrarlas
Con infernal inventiva,
Pues buscó un mágico sabio
Que con hechizos hacia
Nigrománticos enredos.
Á este el Rey notifica
Haga un fuerte encantamiento,
Y que no puedan ser vistas
Ni vencidas de ninguno
Hasta que el Rey lo permita,
Dejándolas emplazadas
Como en clausura continua;
Y fué el poner tres caballos,
O satánicas arpías,
Para cada uno el suyo,
Donde el encanto se cifra.
Despues expidió un decreto
En toda su monarquía,
Que cualquiera caballero,
Ó noble de sangre limpia
Que pueda entrar en la torre,
Si aquel encanto conquista,
En sus hijas tendrá el premio :
Quienes logren esta dicha
Serán casados con ellas
Sin haber quien se lo impida.
Muy bien conocia el Rey
La dificultad que habia,
Y con esta confianza
Por premio las ofrecia.
Corrió todos sus estados
Velozmente esta noticia.
A este tiempo tres hermanos,
De gallarda bizarría,
Caballeros, y aunque pobres,
De ilustre genealogía,
Nacidos en Dinamarca,
Al saber esta noticia
Dispusieron valerosos
El partirse á grande prisa,
Por ver si su feliz suerte
Quiere que tal bien consigan.
Ya los tres reconocidos
Dejan su patria y caminan
Hasta llegar á la corte,
Y con la atencion debida
Dijeron al Rey su intento,

Y al punto mandó que pidan
Todo lo menesteroso
De cuanto se necesita.
Pidió el mayor y el segundo
Caballos y armas lucidas,
Y el menor dijo que un carro
Tan solamente pedia
Con dos bueyes, y que en él
Pongan para muchos dias
Gran prevencion de sustentos
De comidas y bebidas,
Muchos clavos y una cuerda
De largura sin medida.
Hechas estas diligencias
Que ya llevo referidas,
Salen los dos á caballo,
Y dentro de pocos dias
Le dieron vista al castillo,
Y á su eminencia se arriman;
Mas luego experimentaron
Sus diligencias perdidas,
Pues viendo la elevacion
Fallecen y desaniman.
Algunos dias gastaron
Dando ideas discursivas
Cómo poder conquistar
Torre tan fortalecida;
Mas viendo no ser posible,
Ya cansados, determinan
Volverse para su patria
Sin premio á tanta fatiga.
Tomaron la misma senda
Que anteriormente traian,
Y en medio de ella encontraron
Al hermano que venia
Muy poco á poco, en su carro
Con prevencion de comida,
Y al verlo le propusieron
Los imposibles que habia
Para conquistar el fuerte,
Que se vuelva y no prosiga.
No bastaron persuasiones,
Plegarias ni rogativas.
Despues que hubieron comido
Volvieron en compañía;
Llegaron segunda vez
A la encantada alquería:
Hicieron alto y descargan
Los víveres que traian.
Fué el mancebo examinando
La torre, que no tenia
Puerta, puente, ni rastrillo,
Ventanas ni celosías,
Y bien registrada toda,
Ciñó á su cintura misma
Una banda, entre la cual
Los fuertes clavos afirma,
Cogió un clavo y una cuerda
Y un buen martillo en la cinta.
Con artificiosa maña
Y astucia tan bien lucida
Llegó al extremo postrero,
Y apénas sus cumbres pisa
Le salieron al encuentro
Tres hermosísimas ninfas,
Mostrando ser sus bellezas
Aun mas que humanas divinas,
Diciéndole :—¿Quién sois, jóven,
Que con tan libre osadía
Has profanado el decoro
De este alcázar, donde habitan
Tres princesas? Pues tu muerte
Pagará tal demasía.
El respondió :—Pues, señoras,
Como ese favor consiga
De morir á vuestros ojos,
Causará mi muerte envidia,
Y así tendréis por sabido,
Que como ustedes permitan
Que las libre de este encierro,
Aunque para la salida
Todo el mundo se me oponga,
No es posible que me rinda.—
Unánimes respondieron:
—Pues como el valor te asista
Todas tres te obedecemos
Muy grandemente propicias,
Y te será bien premiado;
Mas para eso precisa
Que á tres hermosos caballos
Que en este castillo habitan,
A cada uno una cerda
Les quites, porque en las mismas
Está nuestro encantamiento,
Y todos en mucha estima,
Porque en cualquiera fracaso
Que te halles no te aflijas
Si el elemento del fuego
A cada uno le aplicas.—
Esto dijeron, y luego
Con atenta cortesía
Dispuso bajar las damas
Que de placer y alegría
Mil parabienes le daban
Con ternezas y caricias.
Al impulso de la cuerda
A la hermana mayor liga,
Y con valor increíble
En tierra la deposita.
Lo mismo fué la segunda,
Quedó sola la mas chica;
Le dijo :—Jóven gallardo,
Toma aquesta gargantilla,
Que en valor, poder y hechura
Otra alguna no la imita,
Y aunque en diversos trabajos
Te atormenten y persigan,
Jamas te enajenes della,
Que podrá ser que algun dia
Te importe; y con esto el cielo
Te libre como nos libras.—
Con esto descendió al suelo
Con la misma armonía.
Y habiéndolas ya librado
De esclavitud tan indigna,
Le arrebataron la cuerda.
¡Quién vió mayor bastardía
Entre hermanos! Pues se halló
Con la esperanza perdida
De bajar, pues ni los clavos
Hincados en ella habia.
Entónces los dos hermanos
Con infernal avaricia,
Conociendo que su hermano
Todo el premio merecia,
Envidiosos dispusieron
Ponerse luego en huida.
Montándolas en sus brutos,
Volaban y no corrian,
Hasta llegar á la corte
Donde el Rey se maravilla
En ver á sus hijas libres,
Que aun viéndolas no lo creia.
Ellas guardaron secreto:
Solo dijeron que habian
Por los dos sido libradas
Con gran valor y osadía;
Y viendo el Rey que eran nobles
Al proviso determina
Desposar las dos mayores,
Con fiestas muy divertidas.
Volvamos al otro hermano[2],
Que afligido y pesaroso,
Melancólico y suspenso,
Lleno de horrores y espanto
Quedó en la torre el mancebo,
Sin hallar norte ni senda
Para salir del encierro,

Pero entre tantas fatigas
Se acordó que le dijeron
Que en los caballos tendria
De sus penas el remedio.
Se fué al sitio donde estaban,
Que sabia por muy cierto
El que le pertenecia
A su enamorado dueño
Que le dió la gargantilla,
En el cual montó lijero.
Dió un brinco tan formidable
El bruto, y con tal estruendo,
Que pareció que la torre
Se arrancaban sus cimientos,
Y aun creyó de que el abismo
Se los tragaba en su seno;
Y al volver en sí se halló
En un áspero desierto,
Todo poblado de troncos,
Tan montuoso y espeso,
Que jamas le penetraron
Del sol los claros reflejos.
Caminó á larga distancia,
Cuando encontró á un ganadero,
Que pastaba su rebaño,
Al cual dijo que de cierto
Le dijese qué parajes
O paises son aquellos.
Respondió muy agradable:
—Esta tierra es de suecos,
Y segun dice este traje,
Vos no sois de aqueste reino.
—No, amigo, le replicó:
Soy un pobre forastero,
Que buscando mi fortuna
Me ha traido á tal extremo;
Y por quien sois os suplico
Que nuestras ropas cambiemos:
Bien conoceis la mejora
Que se os sigue en hacerlo.—
Cambiaron, y quedó en breve
Nuestro noble caballero
Todo vestido de pieles,
Y de un reciente cordero
De la piel hizo una gorra
A fin de cubrir el pelo.
Vestido á lo pastoril
Tan tosco como grosero,
Pidiendo á algunos limosna
Pasaba de pueblo en pueblo.
Llegó al reino donde estaban
Sus hermanos, que de cierto
Estaba ochocientas leguas,
Lo cual gastó mucho tiempo,
Y con las calamidades,
Trabajos y contratiempos
Mudó la faccion del rostro
Muy distinto del primero.
Fingia llamarse Juan,
Y con estos fingimientos
Se hizo loco declarado,
Pues ya para conocerlo
Decian Juanillo el loco,
No dándole en nada asenso.
En aqueste tiempo, el Rey
A su hija por momentos
La decia se casase
Para llevar en muriendo
El consuelo que quedaban
Todas tres ya con empleo;
Y ella siempre se negó
A sus misiones y ruegos,
Hasta ver si la fortuna
Le traia el dulce objeto
A quien dió la gargantilla,
Como referido dejo;
Pero la discreta dama
A sus solas y á su intento,
Dibujó una gargantilla
Al arte, forma y modelo
De la que le dió en la torre
Al que se muere por verlo.
Díjole á su padre entónces
Que se buscase un maestro
Que sin que le falte un punto
Haga otra, pues su intento
Es ver si hallaba la suya,
Y sin que haya remedio
Promete ser digna esposa
De aquel que la tenga; y esto
Se puso luego por obra.
Se buscó entre los mas diestros
Al mas sapiente alquimista
Que habia entre los expertos.
A este tiempo habia entrado
A servir de mandadero
Juanillo, el fingido loco,
Pasando plaza de serio.
Dióle el Rey dicho dibujo,
Al alquimista, y diciendo
Que en el tiempo de dos meses
Con primor, arte y concierto
Se ha de hacer la gargantilla,
Y que de haber falta en ello,
Al impulso de un verdugo
Le hará dividir el cuello.
Llevó el dibujo á su casa,
Y luego fué previniendo
Las esmeraldas mas finas,
Los diamantes de mas precio;
Mas con todo no podia
Hacerla, y entónces viendo
Que se pasaban los dias
Y el tiempo se iba cumpliendo,
Era sin igual la pena
Por saber que sin remedio
Moriria si no hacia
Lo que se habia propuesto.
Viéndole su mozo triste,
Díjole:—Señor, yo quiero
Que me digais los motivos
De la tristeza en que os veo,
Por ver si á vuestros pesares
Algo remediarlos puedo.—
Por último se lo dijo,
Que es alivio del enfermo
El comunicar sus males;
Que en parte se alivian ellos
Díjole al amo:—Señor,
Sin duda alguna me atrevo
De hacerla mejor mil veces
Que lo que el Rey ha propuesto.—
Todo lo menesteroso
Le puso en un aposento,
Dejándole allí encerrado,
Y él muy alegre y contento
Por saber bien que en su mano
Pendia todo el enredo.
Con una sin igual pena
Llegó el dia postrimero,
Y el amo triste y lloroso
Fué aquel dia mismo á verlo,
Y apénas entró le dijo:
—Pues, Juan simple, ¿qué tenemos?—
Mas él con fingida risa,
Y con agradable ceño,
Le dijo:—Ya, nuestro amo,
No ha de ser el Rey sangriento
Contra vos, pues ya la pieza
Con todo primor se ha hecho.—
Sacando la gargantilla,
Que fué el origen primero,
Quedándose el amo absorto,
Pues ignoraba el misterio,
Mil parabienes le daba
Con muchos ofrecimientos.
La tomó, y se fué á palacio,
Y en las manos del Rey mesmo

La puso; pero la Infanta,
Luego al punto que la dieron
La noticia, vino á verla,
Y la conoció al momento,
Diciendo :—¿Qué lapidario
Es de esta obra el dueño?
¿Quién hizo tan bella alhaja?
Porque quiero conocerlo.—
Y el maestro receloso
No le cojan en enredo,
Cantó desde su principio
Toda la verdad del hecho.
Entónces dijo la Infanta :
—Ya, padre, se llegó el tiempo
De que me haya de casar,
Sea quien fuere el sugeto.—
A palacio fué llevado,
Y luego se conocieron,
Solamente que los dos
Supieron guardar secreto
Hasta mejor ocasion,
Como en efecto lo hicieron.
Le fué fuerza al Rey casarlos,
Aunque con gran sentimiento.
Sus hermanos y cuñadas
Le decian vituperios;
Mas poco tiempo duró
Desatar aqueste enredo,
Y para dar finiquito
De este admirable compendio,
Quiere Alonso de Morales
Darlo todo por extenso,
Y en otra segunda parte
Deshacer quejas y duelos.

(*Las Princesas encantadas*, etc. Pliego suelto.)

[1] Hé aquí algunos de los poquísimos romances, pero modernos y del siglo pasado, que se hallan directamente hechos sobre los cuentos ó consejas orientales, que los árabes nos trasmitieron y dejaron tan impresos en la memoria, que desde muy remotos tiempos hasta ahora han servido en el hogar doméstico y en boca de los ancianos para recreo de las familias. Lo extraño es que siendo muy populares entre nosotros, haya tan pocos escritos, impresos y versificados, y que hayan quedado, por decirlo así, únicamente confiados á la tradicion oral.

[2] Desde este verso cambia de asonante la composicion, quizá porque desde él comienza otro romance que continúa el asunto del anterior.

1264.

PROSIGUE EL ASUNTO DEL ANTERIOR.— II.

(*De Alonso Morales.*)

Teniendo la hermosa Infanta
Sus gustos ya conseguidos,
De su gargantilla y dueño
Que la libró del peligro,
No dudó darle la mano
Como habia prometido,
Causando en el Rey tal pena,
Que fué bastante motivo
Que todo el mundo afease
El mal gusto que ha tenido,
Reduciéndolo á tristeza
En vez de hacer regocijos,
No queriendo que en palacio
Viviese, ni aun por indicios;
Y afuera en los extramuros
Un tosco albergue les hizo,
Donde apartados viviesen,
Sin ser oidos ni vistos.
Su esposa allí le rogaba
Que no se mostrase tibio
En descubrirse, pues todos
Afeaban sus delirios;
Mas él hasta mejor tiempo
Tuvo el secreto escondido.
Lloraba el Rey su desgracia,
Sin hallar en nada alivio:
Tanto fué, que cayó enfermo,
Ya de la vista perdido,
Que con el continuo llanto
Quedó ciego sin sentido.
Vinieron médicos sabios
Haciendo consulta unidos,
Hasta que el último acuerdo
Fué decir que entre unos riscos
En los montes de Esclavonia
Estaba el único alivio,
En las aguas de una fuente;
Mas que habia un gran peligro
Por las indómitas fieras
Que habitan en aquel sitio,
Y consiguiendo el traerla
Tendria el buen Rey alivio.
Los dos yernos se ofrecieron
Prontos y reconocidos,
Aunque aventuren sus vidas
Y pasen diez mil peligros.
Esto lo supo el hermano,
Y sin darle á nadie aviso
Llamó al caballo encantado,
De los tres el primitivo,
Y montándose salió
Mas veloz que un torbellino.
Fué á la fuente, y tomó el agua,
Y viniendo de camino
Se encontró con sus hermanos
Que iban al intento mismo,
Y les dijo :—Caballeros,
Ese trabajo es perdido,
Que aquí llevo ya el agua,
Y aguardo un premio crecido.—
Entonces los dos á un tiempo
Le dijeron :— Noble amigo,
Nosotros te le darémos
En plata y en oro fino,
Como el agua quieras darnos.—
Y prontamente les dijo :
—No quiero otra cosa en premio
Que dos peras que he sabido
Que á ustedes presentó el Rey
Por favor muy exquisito;
Y pues consigo las traen,
Esto es lo que en premio pido.—
Luego se las ofrecieron
Por entrar mas aplaudidos.
Hecho entre los tres el cambio
Se volvieron al proviso,
Con lo cual cobró el Rey vista,
Y ellos el quedar lucidos.
Tuvo de allí á poco tiempo,
Con grandísimo peligro,
El Rey otra enfermedad,
Y médicos muy peritos
No encontraban medicinas,
Hasta que el mas sabio dijo
Que en los desiertos de Albania,
Entre sus montes altivos,
Hay entre sus muchas fieras
De tanta especie é instintos,
Muchas leonas : si á una
Pudieran con artificios,
Sin darla muerte, sacarla
El néctar de su recinto,
Era singular remedio;
Lo cual no hay otro mas fijo.
Unidos los dos hermanos,
Oyendo lo que va dicho,
Por gozar todos los fueros
Salieron bien prevenidos.
El pequeño al mismo tiempo
Salió al campo, y con un grito
Llamó al segundo caballo,
Y luego que hubo venido,
Se montó, aunque disfrazado
Con otra forma y vestido.
Llegó al monte, y como iba

Con la magia y el hechizo,
Pudo coger la leona
Sin que de él fuese sentido,
Y sacó porcion de leche,
A su eleccion, cuanta quiso.
Se volvió, y á pocas leguas
Encontró los referidos
Hermanos, que deseosos
Ser del Rey los mas validos,
Iban resueltos y osados
Por quedar mas aplaudidos.
Luego que se saludaron,
Así les habló y les dijo:
—Amigos, yo ya he logrado
Lo que pretendeis vos mismos.—
Ruéganle que se la diese
Por cuanto fuese servido.
Y él les dijo:—Caballeros,
Luego otorgaré el partido,
Si permitis que una oreja
Os corte con mi cuchillo
A cada uno, y el cambio
Se hará sin que haya entredichos.—
Al principio este concierto
Gran dificultad les hizo;
Mas por granjear honores
Otorgaron el partido,
Pues encubrian el defecto
Las pelucas y capillos.
Llegaron muy orgullosos,
Y fuéron bien recibidos
De todos, pues fué la leche
Unico bálsamo fino
Con que recuperó el Rey
Cuanto tenia perdido.
Sucedió que en este tiempo
Otro rey enfurecido
Le puso á Clotaldo guerra
Con rigor ejecutivo;
Se hallaba muy abrumado
Por su mucho poderío.
Llamó á sus yernos á solas
Diciéndoles que su arbitrio
Era el que fuesen los dos
Con silencioso sigilo
A registrar con espías
El campo del enemigo.
Con esta resolucion
Los nombró el Rey por caudillos,
Fiando en ellos la empresa
Como que eran ya sus hijos.
Salieron á ver el campo,
Donde el contrario atrevido
Esperaba, mas tuvieron
Su merecido castigo.
No hacian caso del loco,
Dándole siempre al olvido;
Mas él de cuanto pasaba
De todo tenia aviso.
Se fué á un desierto, y allí
La misma operacion hizo,
Llamando al tercer caballo
Y fué armado al proviso
Con lucidísimas armas
De acero terso y bruñido.
Se fué al campo de la lid,
Y con invencible brio,
Imitando á Santiago,
Entre los contrarios hizo
Estragos tan formidables
Que los dejó destruidos,
Ganándose dos banderas,
Y trayéndolas consigo,
Encontró á los dos hermanos,
Que siempre fué su encontradizo,
Que iban descubriendo el campo;
Hablóles muy comedido:
—Amigos, ya venis tarde,
Que siempre pierde el tardío;
Y así para esta conquista
Muy frívolos habeis sido,
Porque ya por otras fuerzas
Quedan muertos y vencidos,
Lo cual estas dos banderas
Y de esta espada los filos
Para abonar la verdad
Son suficientes testigos.—
Dijéronle si queria
Quedar en extremo rico,
Las redujese á monedas,
Que pida y no sea omiso.
Díjoles que no estimaba
Por ellas ni aun cien bolsillos,
Que solamente estimaba,
Si querian consentirlo,
El marcarlos con un hierro
Adonde fuesen servidos:
Serán las banderas suyas
Si convienen en lo dicho.
Ni las orejas ni peras
Les hicieron tal ruido
Como el considerarse
Esclavos sin ser cautivos.
Mas ¡oh codicia avarienta!
¡Oh interes de los siglos!
Por último concedieron,
Y él hizo un hierro encendido,
Y en la espaldilla siniestra
Los señaló á los dos fijos.
Se fuéron con las banderas,
Y dijeron haber sido
Los que á todos los contrarios
Vencieron sin ser vencidos.
Aquí fuéron los placeres,
Que no es dable referirlos.
Creció con mayor extremo
El odio y rencor maldito
Del Rey contra el tercer yerno
Por ser hombre tan indigno,
Que determinó arrojarlo,
Porque jamas fuese visto,
A unas islas muy remotas;
Mas él humilde y propicio
Le pidió al Rey por merced
Se muestre con él benigno,
Que el dia de su partida
Dentro del palacio mismo
Se junten todos los grandes,
Sin faltar ninguno al sitio
Para un famoso convite.
Esta súplica le hizo
Que por último consuelo
Lo pide y ha de cumplirlo:
Le concedió el pedimento
Y acudió inmenso gentío.
Fué el que tenian por loco,
Y se adornó de un vestido
Que su valor y hermosura
Fué en grado superlativo;
Se afeitó y quedó su rostro
Brotando grana y armiño:
Entró dando envidia á todos
Al ver su garbo y su brio.
Entónces lo conocieron
Sus hermanos de improviso,
Que les motivó un desmayo
Envueltos en sudor frio.
Sacó entónces las dos peras
Diciendo:—Ya no permito
Me digan mas vituperios,
Que bastantes he sufrido
Por mis traidores hermanos,
Sin haberlos merecido.
Sabed, sabed la verdad:
Yo, gran señor, soy el mismo
Que liberté las Princesas,
Bien lo saben que yo he sido;
El mismo que traje el agua,

Por lo que hube conseguido
Que estas dos peras me diesen :
Se dió por verdad lo dicho;
Y ahora quiero que todos
Manifiesten sus oidos.—
Quitáronse las pelucas,
Y luego en los dos se vido
Que les faltaba una oreja,
Y él las saca del bolsillo
Diciendo :— Estas son las mismas
Que á los dos corté yo mismo
Cuando trajeron la leche
Que os dió en los ojos alivio,
Gran señor; y para que
Queden del todo corridos
Descúbranse las espaldas,
Veréis son esclavos mios,
Que así lo dirán las señales.—
Este fué el mayor martirio
Y vergüenza que pasaron,
Manifestar lo escondido.
De aquesto ya satisfecho,
En público luego dijo :
— Esto lo he hecho tan solo
Porque estos hermanos mios
Trazaron la falsedad
Que ejecutaron conmigo;
Mas para que de mi pecho
Conozcan lo esclarecido,
Yo les perdono ya todos
Los agravios cometidos.—
Y viendo el Rey que de todos
Aplausos, solo era digno,
Le dió un muy estrecho abrazo,
Diciéndole :—Amado hijo,
Si hasta aquí te he despreciado,
Mudo desde hoy el designio;
Tú solo serás de todos
Mis bienes heredativo.—
Como así fué, que por muerte
Del Rey gozó el señorío.
No quiso que á sus hermanos
Les diesen ningun castigo,
Sino que allí se quedasen
Sin que tuviesen dominio
En cosa alguna en palacio.
Estos son los merecidos
Que consiguen los avaros
Que emprenden casos indignos;
Y así quien todo lo quiere
Todo lo pierde, y es fijo.
Y Alonso de Morales,
Que este suceso halló escrito,
Quiso reducirlo á versos
Al mandato de un amigo,
Pues los que súbditos nacen
Obedecer es preciso.

(*Las Princesas encantadas*, etc. Pliego suelto.)

1265.

EL VIOLIN ENCANTADO.

(*Anónimo* [1].)

Todo el mundo me esté atento,
Alargando las orejas,
De manera que los hombres
Mulos manchegos parezcan;
Dejen de mentir los sastres,
De presumir las mozuelas,
De hilar y arrojar gargajos
Las descomunales viejas;
No escupan los fumadores,
Y los borrachos con flema
Estén con el vaso en mano
Hasta caer en la tierra;
Cesen de hablar los soldados
Refiriendo en las tabernas
Las batallas y combates
Que ellos á su salvo inventan;
Los jugadores de naipes
Dejen las barajas quietas,
No sacando vaticinios
De las vanas apariencias;
Los loteros cavilosos
No miren á las estrellas,
Y de ambo y terno se olviden,
Y las cábalas suspendan;
En fin, repito me estén
Todas las almas atentas,
Y de hito en hito escuchando
Con sentidos y potencias.
Y suponiendo se preste
A mi mandato obediencia,
Empiezo mi relacion
Diciendo cómo en Ginebra
Servia á un amo muy chusco
Un mozo bastante bestia;
Y á los tres años cumplidos
Que en su servicio se emplea,
Le pidió el criado al amo
De su salario la cuenta.
El amo se la ajustó,
Y le dió por recompensa
De cada año un escudo,
Sin que algo mas se extendiera.
El gran simplon del sirviente,
Sin mas despegar la lengua,
Se contentó de la paga,
Que la creyó muy completa;
Y él se decia á sí mismo
Con extrema complacencia :
—¿Qué mas puedo desear
Que la presente riqueza?
Ya no quiero trabajar,
Pues tres escudos, que cuenta
Mi bolsillo, poseer
Es una fortuna inmensa;
Me voy á correr el mundo
Y á divertirme sin rienda,
Que un caudal de tres escudos
Para todo tiene fuerzas.—
Esto dicho, tomó el cosque,
Y á salga lo que saliera,
Sin direccion ni destino
Tomó la primera senda.
A poco rato de andar,
Atravesando una selva,
Cantando como un jilguero,
De contento el alma llena,
Héte aquí que al lado suyo
Un enano se presenta,
De tan extraña figura
Que al demonio se asemeja,
Y le pregunta la causa
De aquel placer que demuestra.
El ginebrino responde :
—¿Cómo he de tener tristeza
Cuando tengo un gran bolsillo
Atestado de monedas?
El salario de tres años
Lo tengo en mi faltriquera,
Que compone tres escudos,
Suma que no tiene cuenta.
—¡Ah, dijo al punto el enano,
Si yo tal suma tuviera,
Un poderoso seria
Y saldria de miserias!
Si esa suma darme quieres
Yo te otorgaré por ella
Las tres gracias que me pidas,
Las que en cualquiera ocurrencia
Te sacarán bien de todos
Los lances en que te veas.
—Pues si eso todo es así,
Respondió el patan con flema,
Tomadla pues.—Y le dió

Toda la suma completa.
El enano, agradecido
A dádiva tan ingenua,
Le dijo :—Tu proceder
Merece una recompensa,
Y así dime las tres cosas
Que en este mundo deseas,
Y las verás concedidas
Sin que falte ni una letra.—
El patan se alegró mucho,
Y su contento renueva,
Y restregando mil veces
Su gran frente y sus melenas,
Al fin dijo :—Pues, amigo,
Yo solamente quisiera
Un arco muy primoroso
Con su bordon y ballesta,
Que al objeto que apuntara
Precisamente le diera;
Tambien quisiera un violin
Que, al tocarlo yo, le hiciera
Bailar á toditos cuantos
Mis consonancias oyeran;
Y por último deseo,
Por la peticion postrera,
Que todo lo que yo pida
Al punto se me conceda.—
Cuando el gañan concluyó,
El enano con franqueza
Le dijo :—Pues concedido
Está todo lo que ruegas.—
Y al punto le entregó el arco
Armado con su ballesta;
Le dió un violin, y le dijo,
Que la peticion tercera
Tambien le está concedida,
Pues todo cuanto pidiera
Ninguno le negaria.—
Y el enano, cual centella,
Desapareció á su vista
Con la mayor lijereza.
Quedóse el patan contento,
No creyendo que en la tierra
Mas fortuna haber pudiese
Que la que él experimenta.
A poco rato de marcha
Un viejo judío encuentra
Que atento miraba un árbol,
En cuyas ramas espesas
Estaba un ufano mirlo,
Que con muy dulces cadencias
Cantaba con tanta gracia
Que embelesaba la idea.
—¡Qué ave tan primorosa!
Decia el judío, ¿qué lengua
Imitar podrá el acento
Con que este animal se expresa?
¡Cualquiera cosa daria
Por poder yo poseerla!
—¿No es mas que eso? el patan dijo,
Pues ya podeis ir por ella.—
Y apuntando con su arco
El mirlo cayó en la tierra.
El usurero judío
Se metió por la alameda
Para recoger el mirlo
Que ansiaba con tanta fuerza,
Y sacando el ginebrino
Su violin con lijereza,
Empezó á tocar mil sones
De muy distintas maneras.
Al punto el viejo usurero,
A pesar de su torpeza,
Empezó á bailar de modo
Que se quebraba las piernas.
Tanto brincaba y saltaba
En medio de la maleza
Que deshizo los espinos,
Y hasta hizo polvo las piedras,
Se desgarró los vestidos,
Y gritaba, ya sin fuerza :
—Señor músico, ya basta,
Porque el demonio me lleva;
De ese maldito violin
Callad el son de sus cuerdas,
Pues que se me sale el alma
Haciendo tantas corvetas.—
El patan le respondia,
Tocando con mayor priesa :
—Pues que desollaste á tantos,
Justo es que tu piel perezca.—
Viendo el pícaro judío
Que iba á perecer por fuerza
En medio de sus respingos,
Vaivenes y zapatetas,
Dijo con trémula voz,
Que si paraba la fiesta
Le ofrecia cien florines
Porque cesara la gresca.
Enternecido el patan
Aceptó la dicha oferta:
Cesó el violin, y cesaron
Las cabriolas violentas.
El usurero quedó
Mas blando que una manteca,
Y entregó sus cien florines,
Que era toda su riqueza.
Separaronse, y al punto
Fué el judío con presteza
A un juez, y la queja expuso
Del lance que dicho queda:
Dió las señas del patan,
Y con mayor evidencia,
Del condenado violin
Que á tanto dolor lo entrega.
Con tan seguros indicios
Fué aprehendido con presteza
El patan, y presentado
Al juez en comparescencia.
El usurero judío
Reclama con entereza
Sus cien florines, que dice
Le ha robado aquel Babieca.
El paleto renegaba,
Diciendo que premio eran
De su música, y ajuste
Que hicieron por suspenderla;
Mas al fin el juez falló
Arreglado á las Pandectas,
Y la sentencia de horca
Por robo, al gañan decreta.
Humildemente escuchó
De su suerte la condena,
Y estando al pié del suplicio
Suplicó al juez que lo oyera.
—Señor, dijo, ya que voy
A sufrir la pena impuesta,
Suplico se me permita
En esta hora postrera
Tocar mi triste violin
Que huérfano al fin se queda.—
El usurero se opuso
Con todo vigor y fuerza,
Mas el juez lo concedió
Usando de su clemencia,
Y porque debia cumplirse
Del enano la promesa,
Y de las tres peticiones
La proposicion tercera,
Que fué que lo que pidiese
Todo se le concediera.
Diéronle pues su violin,
Y cuanto á tocar empieza,
El juez con el escribano
Y alguaciles con gran priesa
Empezaron á bailar
Con una furia sin rienda.
Conforme subia los puntos

Subian á las estrellas
Las forzadas cabriolas
De toda la concurrencia.
El verdugo soltó al preso,
Y sobre la misma cuerda
Bailaba, mas que mil trompos
Bailar y rodar pudieran;
El usurero judío
Cabriolaba con destreza,
Y ya todos destrozados,
Creyendo su hora postrera,
Sudando á rios y á mares,
Sacado un palmo la lengua,
El juez con trémula voz
Dijo al patan suspendiera
Los ecos de su violin,
Y anulaba la sentencia,
Y á mas que los cien florines
Le adjudicaba por prenda.
Hízolo así, y se paró
Al punto toda la gresca,
Y al momento mandó el juez
Que el usurero dijera
De aquel dinero el orígen
Y la veraz procedencia.
El usurero al instante
Confesó robados eran,
Y el juez decretó su muerte
Sin que traslado se diera,
Y en la horca del patan
Al usurero lo cuelgan.
El gañan con su violin
Se fué salvo y sin gabelas;
Y este suceso tan raro
Es verdad, y hay que creerla,
Pues lo ha noticiado al pueblo,
Con puntualidad extrema,
El correo que ha venido
De la ciudad de Ginebra.

(*El violin encantado*, Pliego suelto.)

[1] La misma virtud, que se supone en este romance al violin encantado, tenia el cuerno de caza que regaló Oberon, rey de las hadas, al famoso y devoto Hugo de Burdeos, segun se ve en la preciosísima novela caballeresca, escrita en el siglo XIV sobre este héroe que lleno de devocion y de buena fe, pero frágil y enamorado, dió fin á una multitud de tiernas empresas amorosas y á tantas aventuras guerreras. El libro que de ellas trata es uno de los mas apacibles y divertidos.

1266.

LA HERMOSA ROSIMUNDA.

(*Anónimo* [1].)

Aunque en la pluma desmayos
Manifiesta sentimientos,
Y el corazon con deliquios
Quebranto y dolor intenso,
No por eso la memoria,
Voluntad y entendimiento
Dejan de darle á los hombres
Noticia de este suceso,
Interesando que el mundo
Admita algun escarmiento,
Y se contenga mirando,
Y no audaz busque el despeño.
Así con toda atencion
Todo viviente esté atento,
Oirán la mas rara historia
Que han dado al orbe los tiempos,
Y á un incauto proceder
Las penas que se siguieron;
Que el mundo como imprudente,
Fiero enemigo encubierto,
Estimula á vil hazaña,
Por ser despues pregonero.
Pero llevando por norte
La misma verdad que emprendo,
Daré principio á esta historia;
Y así digo, que en el reino
De la hermosa Lombardía,
Pensil frondoso y ameno,
En su capital, que es Pavía,
Hubo un noble caballero,
Llamado Angelio, que era
Del Rey muy cercano deudo:
La reflexion aquí puede
Medir quién era el sugeto.
Levantóse contra Italia
La Lombardía, y atento
El Rey, á su deudo llama,
Y con su real juramento
Por general de su campo
Lo votó, y en marcha puesto,
Llegó á la vista de Italia,
Haciendo al primer encuentro
Que á su poder se rindiese
Desde el grande hasta el pequeño
Y al general italiano,
Por audaz y desatento,
Lo degolló, y de su casco
Hizo un vaso bien pequeño:
Memoria que de su muerte
Fué desastrado instrumento,
Y á una hija que tenia
Se la llevó en cautiverio,
De la cual enamorado
Quedó el general Angelio;
Y la hermosa Rosimunda
Gustosa en el casamiento
Entró, quedando, de esclava,
Señora y dueña del dueño.
Retiróse a su palacio,
Y en honra, gloria y obsequio
De su conseguido enlace
Y de su amor el acierto,
Dispuso hacer un banquete,
Y á su atencion concurrieron
Los grandes de aquella corte;
Y rematado el festejo,
Le dió gana á Rosimunda
De beber, y en el pequeño
Vaso, casco de su padre,
Le dió el agua, así diciendo:
—Bebe en la propia cabeza
De tu padre y de mi suegro.—
Tanto sintió Rosimunda
Este caso, que en silencio
Lo pasó miéntras dispone
La venganza contra Angelio
Su esposo, y á pocos dias,
Convertido ya en veneno
Mortal todo su cariño,
Se valió de un escudero,
De quien mucha confianza
Hizo para su mal hecho.
Y despues de mil promesas
Y varios ofrecimientos,
Le dijo:—Dale la muerte
A tu amo, y para ello
Induce á mi mayordomo;
Pero sabe que te advierto
Que está á peligro tu vida,
No quitándosela á Angelio.—
Buscó el paje al mayordomo,
Cuyo nombre es Paradeo;
Le dijo lo que pasaba,
Y juntos se convinieron
En dar muerte al General;
Y una siesta, cuando al sueño
Estaba entregado, entraron
Los dos con fuertes peltrechos,
Y sin poder defenderse,
Allí la muerte le dieron,
Quedando en las tres personas
Bien escondido el secreto,
Dando al comun una voz
En que inculpables los vieron;

Que siempre los agresores
Son de su maldad correos.
Y despues del funeral
Correspondiente á su empleo,
Y Rosimunda tambien
Satisfecha por entero,
Concertó despues casarse
Con el mayordomo, siendo,
Sobre inaudita maldad,
Un desdoro verdadero.
Y temiéndose que el Rey
Lo sepa, y haga escarmiento
Correspondiente al delito,
Pues está clamando al cielo,
Rocogieron el tesoro
Y alhajas de mucho precio,
Y en tres famosos caballos
Ocultamente salieron,
Y á la gran corte de Lóndres
Llegaron con el pretexto
De estar algun tiempo en ella
Admirando su embeleso.
Sentaron su domicilio
Con aparato tan regio,
Que en breve trajo la pompa
Los grandes conocimientos.
En fin, á la novedad
Varias gentes concurrieron
A visitarlos, y todos
Suyos se constituyeron.
Pero cuando el corazon
Se pervierte en un sugeto
Ensayado en las maldades,
Va á mas y olvida lo ménos.
Así pues en Rosimunda
Sucedió, que el que hace un cesto,
Dice un antiguo refran,
Hará sin dudar un ciento.
Y fué que de su hermosura
Se enamoró un consejero,
Que entre la nacion inglesa
Era el de mayor respeto;
Y conociendo que haria
La ingrata dama su intento,
Su amante se declaró,
Y sacaron en acuerdo,
Que á Paradeo matase,
Y que pasado ya el duelo
Contraerian matrimonio,
Que fué añadir yerro á yerro.
Y puesta en planta su infamia,
Con traidores pensamientos
En un vaso cristalino
Echó porcion de veneno
En ocasion que se hallaba
Algo enfermo Paradeo,
Y ajeno de esta maldad,
Rosimunda con empeño
De sus cariños le hizo
Que tomara por remedio
Aquella corta bebida
Para su alivio y recreo.
Tomó el inocente el vaso,
Y habiendo bebido medio,
Se conoció atosigado,
Y con ímpetu soberbio
La espada desenvainó,
Y poniéndosela al pecho
A Rosimunda, le hizo
Se bebiera el demas resto,
Y de esta suerte los dos
De allí á muy poco murieron.
Supo el rey de Inglaterra
La desgracia, y bien impuesto
Desde el principio hasta el fin,
Porque nada hay encubierto,
Mandó al momento que al paje,
Por agresor del primero,
Le sacasen ambos ojos,
Y que matándole luego,
Con los cuerpos de los dos,
Rosimunda y Paradeo,
Los arrojasen al campo
Para pasto de los perros;
Y al Consejero tambien,
Por ser noble y ser sugeto,
Mandó que lo degollasen,
Y que á pregon fuera puesto
Su delito, para que
Sirva en el orbe de espejo.
Esto es lo que el mundo ofrece
A cuantos le siguen ciegos,
Pues conforme con él viven,
Así les ofrece el premio.
¡Oh fatuo soberbio hombre,
Que cada instante estás viendo
En el jardin de las letras
De estas flores un sin cuento,
Sin tomar en sus olores
Un párvulo fundamento!
No, no has de tener disculpa
En el juicio venidero,
Pues desprecias los auxilios
Que Dios da cada momento:
El nos conserve en su gracia
Y nos dé su santo reino.

(*Romance de la hermosa Rosimunda*, Pliego suelto.)

[1] Es asunto de este romance el mismo que el del núm. 576, sin mas diferencia que haber trocado el nombre histórico de Alboyno en el fabuloso de Angelio.

1267.

RODULFO Y CASANDRA.— I.

(*Anónimo.*)

¡Ah del real supremo trono!
¡Ah del alcázar excelso!
¡Ah del domicilio heróico!
¡Ah del suntuoso templo,
Adonde asiste la diosa
Que con su dorado plectro
Al orbe le da noticia
De las hazañas y hechos
De los héroes mas famosos
Para su memoria, puesto
El que, á no ser por la fama,
Los sepultara el silencio!
Oye, Fama, y haz notorio
Al orbe aqueste suceso,
Aunque para referirlo,
Y salir bien con empeño,
Me valdré de la Señora
Emperatriz de los cielos,
En cuyo amparo fiado,
En nombre de Dios comienzo.
En Hungría, gran ciudad [1],
La mejor que baña Febo,
Pues sus soberbios castillos,
Azotes del agareno,
Al cielo suben escalas,
Asaltando su hemisferio,
Tiene por foso el Danubio,
Cuyos cristales soberbios
Amontonados se hacen
Escala para los cielos,
Para apagar con su nieve
Toda la region del fuego.
Son sus damas tan gallardas,
Que en hermosura son Vénus,
En discrecion Atalantas,
Semíramis en lo regio,
En lo fuerte son Tomíris,
Siendo sus ojos flecheros
Adonde tiene Cupido
Sentado todo su imperio;
Su nobleza esclarecida,

Cuyos gallardos mancebos,
Siendo Martes en campaña,
Son Adónis en lo bello.
Sobresalia entre todos
Un noble y bello mancebo:
Rodulfo tiene por nombre,
Respetado en todo el pueblo;
Es muy amado en su patria
Por cortés y por discreto.
En esta ciudad habia
Una hija de un caballero,
Cuyo nombre era Casandra,
En quien compiten á un tiempo
Nobleza, belleza y gala,
Y discrecion, con que atento,
Viendo Rodulfo las prendas
De tan divino sugeto,
La pretendió para esposa
En lícito galanteo.
A los principios Casandra
Ocultó su rostro bello;
Mas luego con los encantos
De músicas y paseos,
De papeles y regalos,
Tanto su amor fué creciendo,
Que si esta llama no fuera
Incendio que arde encubierto,
No dudo se hubiera visto
Troya abreviada en dos pechos.
A este tiempo el conde Enrique
Llegó á Hungría con un pliego
En el cual daba noticia
Cómo ha tenido un encuentro,
Una sangrienta batalla,
La victoria consiguiendo
De la Reina Poderosa
Contra un enemigo fiero,
Por cuya felice nueva
En la ciudad dispusieron
Por tres dias luminarias,
Y luego el dia postrero
Toda la caballería
En su plaza dispusieron,
Por remate de la fiesta,
De gala hermosos torneos,
Y con las plausibles cañas,
Que se remate el festejo.
Poblóse su circo hermoso
De damas y caballeros
En sus dorados balcones,
Que es admiracion el verlos.
Entró Rodulfo en la plaza,
Mantenedor del torneo,
En un valiente caballo
Exhalacion de sí mesmo:
Era cisne en la color,
Y garza con tal esmero,
Que paseando la plaza
Tiraba la arena al cielo,
Y envuelto en el mismo polvo
Parecia desde léjos
Nube que despide rayos,
Siendo relinchos los truenos,
Peinándose con las manos
Las clines á un mismo tiempo;
Iba á lo turco vestido,
Con el alquicer cubierto,
Que de llamas de rubíes
Apuró á Ceylan lo bello;
Lleva en la adarga por mote
Geroglífico discreto,
Un corazon entre llamas,
Y la letra va diciendo:
«Aunque me veo abrasado
»Hallo gloria en este infierno.»
En fin paseó la plaza,
Y al balcon llegó lijero
Adonde estaba Casandra,
Llevándose los trofeos
De aquellas húngaras damas.
Aquí Rodulfo lijero
Hizo al valiente caballo
Se arrodillase en el suelo,
Con que Casandra, llevada
De su amor y de su afecto,
Dejó caer una banda,
Y un lacayo bien atento,
De veinte y cuatro que lleva,
La alzó, dándola á su dueño,
El cual al punto la ciñe
Atravesándole el pecho,
Favor que en público hizo
Público su galanteo.
En su tienda de campaña
Rodulfo tomó su asiento,
Esperando de que entrasen
Todos los aventureros,
Que asoman por cuatro partes
Tan bizarros y compuestos
De motes, plumas y galas,
Que es admiracion el verlos.
Dieron vuelta por la plaza
Con caracoles diversos,
Y llevaba el conde Enrique
Un caballo tan lijero,
Que era en la carrera rayo,
Y en la color era overo,
Andaluz en lo arrogante,
Y relámpago en lo presto.
Sonaron, en fin, de Marte
Los bélicos instrumentos,
Y ya puestos frente á frente
Empezaron el torneo.
Aquí la pluma de Lope
Quisiera tener mi aliento,
Para contar la destreza
De los nobles caballeros,
Y de los fuertes caballos
Lo feroz y lo lijero,
Llenando de espuma y sangre
Todo el circo hermoso y bello;
Y en fin, de nieve y rubíes
Adornaron todo el suelo,
Y hechas las astas astillas,
Cuyas piezas ascendieron
A la encendida region,
Y los que ántes subieron
Pedazos de fresno duro,
Bajaron cenizas hechos[1];
Pero Rodulfo y el Conde
Se llevaron los afectos.
Jugaron en fin las cañas
Con todo primor y esfuerzo;
Cada caña de Rodulfo
Es saeta para el pecho
De la divina Casandra,
Que se abrasa en vivo fuego.
Diérase fin á las fiestas,
Y fué Rodulfo asistiendo,
Hasta llegar á su casa,
A su bellísimo dueño
Coronado de favores,
Con que en fin se despidieron.
Con su licencia otro dia
Fué Rodulfo, y muy atento
A su padre le pidió
Le concediese por dueño
A la divina Casandra,
Y el padre responde atento,
Que dentro de pocos dias
Responderia á su empeño.
Con esto se despidió,
Y estando el cielo sereno,
Se levantó una borrasca
Entre estos amantes tiernos.
Fué el caso que el conde Enrique
Llegó con el mismo empeño
Suplicándole á sus padres

Se la concedan, y ellos,
Aunque es tan galan Rodulfo,
Y en todo tan caballero,
Por ver su hija condesa,
Al punto allí le ofrecieron
Que acabada la campaña
Se cumplirán sus deseos.
De estos lances á Casandra
Le dieron noticia luego:
No les responde á sus padres;
Pero allá entre sí ha dispuesto
El avisarle á Rodulfo,
Diciéndole: «Amado dueño,
»Sabrás pues que el conde Enrique
»Con mis padres ha dispuesto
»Que acabando la campaña
»Se case conmigo luego;
»Pero si tú eres mi esposo,
»No es válido su precepto
»Llévame, mi bien, contigo,
»Que á seguirte yo me ofrezco
»A España, Francia ó Italia,
»Que tu gusto es mi precepto.»
Rodulfo, viendo fineza
De tanto valor y aprecio,
Le dice: «Dueño del alma,
»Tanto favor no merezco;
»Mas puesto que estás dispuesta,
»Yo tambien hago lo mesmo,
»Y así dentro de seis dias
»A llevarte me resuelvo
»A Roma, dueño querido,
»Donde tengo ricos deudos
»Que nos hospeden, y allá
»Será nuestro casamiento.»
Esto le dice en la carta,
Firmándola con su sello:
«Rodulfo, tu dulce esclavo,
»Aunque yo no lo merezco.»
Mil veces besó la carta,
Recreándose en su sello.
Tiene Casandra una amiga,
Archivo de sus secretos,
Con que para darle cuenta
De lo que ya dicho dejo,
A Felisarda, que así
Era su nombre, ha dispuesto
Una florida mañana
De mayo, alegre y risueño,
A la orilla del Danubio
Salir á tomar el fresco.
La acompañó Felisarda,
Y paseándose fuéron,
Y porque no las escuchen
Se metieron en lo espeso
De la orilla del Danubio,
Donde estaban encubiertos
Diez turcos, que á las dos damas
Aprisionan al momento,
Sin que nadie en aquel sitio
Pueda ver este suceso:
Las llevan á una fragata
De dos turcos caballeros,
Hijos de un bajá; y Azen,
Que es el mayor, al momento,
De Casandra enamorado,
Ardia en vivos incendios.
Ali, que era el menor,
Ha puesto todo su afecto
En Felisarda, y en fin,
Con amorosos requiebros
A Constantinopla llegan
Alegres con tal suceso.
Mas las dos hermosas damas
Con lágrimas y lamentos
Lloran su triste pasion
Y su infeliz cautiverio.
Dice la hermosa Casandra,
Vertiendo perlas su cielo:
—¡Ah miserable fortuna,
Y qué mudanza has dispuesto!
¡Ay, Rodulfo, esposo mio,
Amado y querido dueño!
Tu esposa es misera esclava,
Sin poderte avisar de ello,
Porque si tú lo supieras,
Segun de tu afecto creo,
Aunque á costa de tu vida,
Tuviera mi mal remedio;
Mas adios, esposo, adios,
Que ya verte mas no espero.—
Y en otra segunda parte
Dará fin este suceso.

(*Rodulfo y Casandra*, Pliego suelto.)

[1] Hungría no es una ciudad, sino un reino; pero para el vulgo y el poeta, que del vulgo sería, lo que les importaba era el interes y lo maravilloso del romance, y no la exactitud geográfica ni histórica.

[2] Exageracion propiamente de los habitantes del Mediodía.

1268.

RODULFO Y CASANDRA.—II.

(*Anónimo.*)

Ya dije cómo quedaron
En infeliz cautiverio
Las dos damas, y Rodulfo
Quedó en un castillo preso.
Volvamos á las cautivas,
Que con cariño y respeto
Las tratan los dos hermanos
Alí y Azen, porque el fuego
Que ardia en sus corazones
Es ardiente Mongibelo.
Azen á Casandra adora,
Y en aqueste mismo tiempo
Alí quiere á Felisarda
Con cariñosos anhelos;
Pero Casandra es un risco,
Un escollo contrapuesto
A los embates del mar
Como á las iras del viento.
Mas no fué así Felisarda,
Que en breve tiempo rindiendo
El castillo de su honor,
Alí cumplió sus deseos.
Viendo Azen que no podia
De Casandra hacer lo mesmo,
Mandó que la despojasen
De sus galas y su aseo,
Le vistan tosco vestido,
Y la casa esté sirviendo
Entre las demas esclavas,
Solo por ver si con esto,
Ya que no puede el cariño,
La rinde el mal tratamiento.
Todas, en fin, la agraviaban,
Dándole poco sustento.
Ella, con lágrimas tristes
Por sus mejillas corriendo,
Las empapaba en los labios
Por poder llorarlas luego:
Aquellas hermosas manos,
Que corazones rindieron,
Heridas y ensangrentadas
Las mira en suspiros tiernos.
De todas estas desdichas
La que mas hiere su pecho
La memoria es de Rodulfo,
Su amado, querido dueño.
Viendo Azen que no podia
Ni con rigor ni con ruegos
Ablandar ya de Casandra
Su noble corazon, yendo
Al cuarto de Felisarda,
Le dice: —Hermana, yo muero

Del incendio en que me abraso
Al ardiente Mongibelo;
Mi hermano ha sido dichoso
Pues tú pagaste su afecto;
Yo muero desesperado
Sin tener ningun remedio —
La cruel le respondió:
— Tú tienes la culpa de eso:
Pues los ruegos no la ablandan,
Ni la mueven los desprecios,
Apela en fin á la fuerza,
Que yo, hermano, te prometo
De ponerla en parte donde
Puedas lograr tus deseos.—
Azen, en fin, aunque noble,
Y que conoce que es yerro,
La pasion en este lance
Le quitó el conocimiento,
Y aceptó de aquella fiera
El infame ofrecimiento;
Y Felisarda á Casandra
Llamando luego al momento,
Le dice:—Casandra mia,
Ya sabes lo que te quiero,
Ya sabes que soy cristiana,
De nobles padres y deudos,
Y ya sabes el estado
Que mi desdicha me ha puesto,
Y para enmendar el daño
Ya en lo hecho no hay remedio;
Pero en esta misma noche,
Casandra mia, he dispuesto
Con dos moros, que me saquen
De este cruel cautiverio,
Dándoles yo alguna plata
De la mucha que poseo:
Yo no he de dejarte sola,
Quédate aquí en mi aposento,
Y en punto de media noche
Entrambas á dos irémos
Al sitio ya señalado,
Y has de guardarme el secreto.—
Agradecida Casandra
Las manos le besa, y luego
En punto de media noche
Entrambas á dos salieron,
Y Azen, que estaba en aviso,
Sus pisadas va siguiendo.
La metió en medio de un monte,
Y luego en lo mas espeso
Aquella fiera cruel
Le dice:—En aqueste puesto
He de aguardar á los moros,
Segun ellos me dijeron.—
A este tiempo llegó Azen,
Y con cruel fingimiento,
Les dice:—Aleves, traidoras,
Villanas, pues ¿cómo es esto?
¿Qué fuga es la que intentais?
Mas la vengará mi acero.—
Y Casandra de rodillas,
Vertiendo perlas su cielo,
Le dice:—Azen valeroso,
No es traicion el querer vernos
En nuestra patria, señor,
Libres de tal cautiverio:
Si tú estuvieras cautivo
Hicieras, señor, lo mesmo —
Apartóse Felisarda
Para dar lugar al hecho.
Azen con grandes cariños
Procura y con muchos ruegos
Le pague su torpe amor;
Y el engaño conociendo,
Como sangrienta leona
Que le roban los hijuelos,
En defensa de su honor,
A pesar de todo riesgo,
Con Azen llegó á los brazos,
Y así luchando estuvieron
Gran rato, hasta que rendida
Cayó; pero defendiendo
Con los piés y con las manos
Su honor casto, puro y terso.
Mas viendo que no la deja,
Acudió al postrer remedio
De las voces, por si acaso
Podia obligar al cielo.
El Príncipe, que venía
A cazar con sus monteros,
Apénas oyó las voces,
Se dirigió hácia los ecos.
Le dice:—¡Perro! ¿qué haces?—
Pero Azen, como está ciego,
Al Príncipe le tiró
Una cuchillada fiero,
Y alcanzándole en un hombro
Lo hirió; mas al mismo tiempo
El Príncipe le tiró
Un pistoletazo fiero,
Con que hiriéndole en un muslo
Quedó tendido en el suelo,
Y tocando la bocina,
Acudió la guardia luego.
Mandó que á Azen lo llevasen
Con toda su guardia preso,
Y á Casandra y Felisarda
Lleven á palacio luego.
Al Gran Señor le dan cuenta,
Que reconociendo el hecho,
La traicion de Felisarda,
Y de Azen el vituperio,
La constancia de Casandra,
Mandó que luego al momento
A Felisarda y á Azen
Les despedacen sus cuerpos,
Y Casandra vaya libre
Con su pasaporte regio,
Y le dén para el camino
De cequíes setecientos.
Ejecutóse el mandato
Del Gran Señor al momento:
Casandra con su despacho
A Belgrado partió luego,
Adonde allí se informó
Y supo por muy extenso
Que Rodulfo habia escalado
El castillo, conociendo
De su prision lo penoso,
Sin tener ningun remedio,
Y que se presume estaba
El ejército siguiendo
De la Reina su señora
Contra Trasia, y con anhelo
Se vistió en traje de hombre,
Y partió á la Trasia luego.
Sentó plaza de soldado,
El ejército siguiendo
Como es hermoso y galan,
Le estiman sus compañeros,
Y con notable fortuna
Hizo tantos grandes hechos,
Que el general de la Reina
Hacia con él extremos,
Y por sus muchas hazañas
Subia de puesto en puesto.
Llegado á ser brigadier,
Ni un instante, ni un momento
De su general se aparta,
Tomando siempre el consejo
De Astolfo, que así se puso;
Pero en muchísimo tiempo
No encontró lo que buscaba,
Que era su mayor deseo.
Y un dia que con los jefes
Están de la plaza en medio,
Vido venir un soldado
Que reconoce al momento,

Y apartándose de todos
Lo llamó, y él acudiendo,
Con el sombrero en la mano,
Decia :—¡Jesus! ¿qué es esto?
¡A no ser este señor
Quien tanta bazaña aquí ha hecho,
Dijera que era Casandra!
¡Ay dulce adorado dueño!
¿Qué me manda Vuexcelencia?
—Di cuál es tu patrio suelo.
—Yo, señor, soy de la Hungria,
Fui rico y noble en efecto;
Pero por una señora
De aquesta suerte me veo,
No porque ella tenga culpa,
Porque es un ángel del cielo,
Sino porque la fortuna
D'esta suerte lo ha dispuesto.—
En fin, contóle su historia
Con suspiros y lamentos.
Cuando mentaba á Casandra
Lloraba suspiros tiernos.
Ella le dice :—Eres noble,
Yo quisiera desde luego
Que dejes de ser soldado,
Y esto ha de ser con protesto
Que si no fuere tu gusto,
Yo violentarte no quiero.
—Señor, tan grande favor
Mucho lo estimo y aprecio,
En mí tendréis un esclavo;
Pero solamente siento
El no acertar á serviros.
—No te dé cuidado de eso,
Dijo Casandra, que yo
De que me sirvas me alegro.—
A su tienda lo llevó,
Haciéndole de ella dueño;
Mas ¡qué mucho si en su alma
Tenia absoluto imperio!
A este tiempo una batalla
Se dió al prusiano soberbio,
Adonde fué su valor
Asombro del campo mesmo.
Al general de Palmira
Le hizo su prisionero,
Por cuya hazaña invencible
La Reina le ha dado el puesto
De virey de las Hungrías,
Y á su tierra partió luego.
Nombró por su secretario
A Rodulfo desde luego:
Fué en Hungría recibido
De damas y caballeros;
Mas los padres de Casandra,
Viendo á Rodulfo, pidieron
Que les guardase justicia
Con su secretario nuevo.
Haciéndole allí los cargos
Y sustanciado el proceso,
Mandó que luego al instante
A Rodulfo pongan preso,
Y pongan dobladas guardias
Porque no se vaya, y luego
Ella misma aquella noche
Le rondaba con desvelo.
Rodulfo estaba confuso,
Y entre sí estaba diciendo:
—¡Quien se fia en las palabras
De señores no es muy cuerdo!—
Otro dia de mañana
Acudió todo el consejo:
Sacan en fin á Rodulfo,
Y ella dice :—Di, ¿qué has hecho,
Rodulfo, de estas dos damas?
Que tu vida corre riesgo.—
Él, hincado de rodillas,
Le dice :—Señor, no puedo
Decir mas de lo que os dije,
Señor, en el campo nuestro;
Mas pues ya perdí á Casandra,
Manda derribar mi cuello.—
No quiso afligirle mas,
Se levantó del asiento,
Al cuello le echó los brazos;
Le dice :—Querido dueño,
Tu esposa Casandra soy,
Y lo seré en todo tiempo.—
Corrió en la ciudad la nueva,
Y todos los caballeros
A su casa la llevaron,
Donde contó por extenso
De la infeliz Felisarda
El trágico fin sangriento.
Los desposaron, y Enrique
El conde, con noble pecho
Se ofreció por su padrino;
Luego unas honras se hicieron
Por la infeliz Felisarda,
Que Dios la tenga en el cielo.

(*Rodulfo y Casandra*, Pliego suelto.)

1269.

LA PEREGRINA DOCTORA.— I.

(*De Juan Miguel del Fuego.*)

Soberana luz brillante,
Madre del divino Verbo,
Amparo de pecadores,
Palma, luz, líbano y huerto;
Dad á mi pluma la gracia,
Que si la logro pretendo
Contar un caso admirable
De los muchos que habeis hecho.
En la ciudad de Lisboa
Y en su lusitano pueblo
Vivia un gran potentado,
Tan noble y tan caballero,
Que general de las tropas
Lo hizo su rey Don Pedro.
Le llaman Don Alejandro
De Figueroa y Sarmiento:
Este tal era casado
¡Con qué pena lo refiero!
¡Con qué pesares lo digo,
Y con qué dolor lo siento!
Con una preciosa dama,
Con un peregrino objeto,
Con la mujer mas hermosa
Que habia en todo aquel reino,
Tan discreta y tan bizarra,
Que si á Vénus eligieron
Por diosa de la hermosura,
Dando la manzana en premio,
En Doña Ines con mas gracia
Se hallan Pálas, Juno y Vénus.
Se llama aquesta señora
Doña Ines Portocarrero;
Su esposo Don Alejandro,
Que adora sus pensamientos,
La tierra que pisa besa,
Y de continuo en su pecho
La idolatra retratada,
Que este es su mayor consuelo.
Este tal tiene un hermano
Dentro en su palacio mesmo,
Que le llaman Federico,
Liviano, altivo y soberbio.
Aqueste se queda en casa
Para despachar los pliegos
Cuando el hermano salia
A cumplir con sus empleos,
Siendo pirata de esclavos
Y verdugo de los negros,
Enfado de las doncellas
Que le estaban asistiendo,
Porque á todos les servia

De muy gravísimo peso,
Que lo que pasa en palacio
En todo se está metiendo.
Este tal se enamoró,
Con mal nacidos intentos,
De la mujer de su hermano
Doña Ines Portocarrero:
Anda triste y desvalido,
Sin color y amarillento;
Hasta las aves le enfadan
Cuando vuelan por el viento.
En fin, se determinó
Cierto dia, en unos versos
Que su esposo la escribió
Echando un papel en medio,
Darla parte de su amor
Con infernales intentos.
Tomó Doña Ines la carta
Con alegría y contento,
Por ser de Don Alejandro
Su consorte y compañero.
Estándola repasando,
Reparando en aquel pliego
Que estaba muy poco hollado
Y escrito de poco tiempo,
Rompió la nema, y al punto
Que ha comenzado á leerlo,
En su presencia lo arroja,
Hecho pedazos, al viento.
¡Detente, mujer heróica,
Guarda el papel en tu pecho,
Que podrá ser que te sirva
Algun dia de provecho!
Mas en fin, ya lo rompió,
¡Qué lástima! no hay remedio.
Mas viendo Don Federico
El desaire que le ha hecho,
Colérico y enojado
Brota por los ojos fuego;
Mas ella disimulaba,
Y á solas está diciendo:
—¡Quien ha de guardar mi honor,
Quiere ofender mi respeto!
Mire por sí Federico,
Y respétese á sí mesmo,
Supuesto que dos hermanos
Son dos almas en un cuerpo.—
No le quiso decir mas.
El se metió en su aposento,
Maldiciendo su fortuna,
Jurando por los cielos,
Que á pesar de todo el mundo
Ha de lograr sus intentos.
Miró Doña Ines un dia
A Don Federico atento,
Y le vido que traia
El rostro muy descompuesto,
Y que le estaba brotando
La ponzoña y el veneno;
Mas ella como discreta
Entre sí estaba diciendo:
—Aqueste quiere intentar
Un villano atrevimiento,
Mas ántes que lo ejecute
Yo quiero poner remedio.—
Mandó al punto que viniesen
Albañiles y arquitectos,
Y que en medio del jardin
Hiciesen de jaspe negro
Unas bóvedas curiosas
Pintadas con azulejos,
Cuanto cupiese una cama,
Mesa, silla é instrumento,
Y que á la puerta le pongan
Unas barretas de hierro,
Cuanto se pueda por ellas
Meter el mantenimiento,
Con su golpe como cárcel,
El pestillo fuerte y recio.
En breve tiempo se hizo;
Que en donde sobra el dinero
Muy presto se facilita,
Por largo que sea, el tiempo.
De que estuvo aderezada
Con su cama y lucimiento,
Llamando á Don Federico
Doña Ines Portocarrero,
Le dice: — Hermano mio,
Porque muy triste te veo,
Quiero llevarte al jardin
A ver los árboles bellos,
Verás una arquitectura
Hecha por un buen maestro,
Para en viniendo mi esposo
Que salga á tomar el fresco.—
De que oyó estas razones,
Se alegró con grande extremo,
Que entendió ya que la rosa
Se iba convirtiendo en celos.
Se fuéron hácia el jardin:
Viendo aquel casino ameno,
Con la cama tan curiosa,
Le dió el corazon un vuelco,
Diciendo: — Aquesta es mi suerte,
Hoy se logran los deseos.—
Mas díjole Doña Ines
Con engañosos intentos:
—Entre usted, Don Federico,
Toque usted ese instrumento
Miéntras yo cojo unas flores
De las mejores del huerto.—
Hizo lo que le mandó,
Y apénas le vido adentro,
Cuando tirando la puerta
Con muy varonil esfuerzo,
Se quedó al golpe cerrada
Y Federico allí preso,
Diciéndole: — Aquí se pagan
Malicias y atrevimientos.—
De que oyó aquestas razones
Tiró al suelo el instrumento;
Escarba, bufa y patea,
Parece un leon sangriento;
Jura que se ha de vengar
A pesar del mundo entero.
¡Si el papel no hubiera roto
No se viera en este espejo!
Ella se fué á su retrete,
Dejándolo en cautiverio.
Cuando vienen á palacio
Visitas de caballeros,
De señoras principales,
De sus parientes y deudos,
Cuando preguntan por él
Dice Doña Ines á tiempo,
Que le ha dado un accidente
Y un frenesí descompuesto,
Que allí lo tiene metido
Para tenerlo sujeto;
Que los regalos del mundo
De sobra los tiene dentro.
Desde entónces Doña Ines
Despachó todos los pliegos
Diciendo que está su hermano
Melancólico y enfermo.
De allí á seis meses se supo
En la corte por muy cierto
Cómo el campo se levanta
De los reyes, por convenio
En dar treguas á la guerra,
Y que próspero y contento
Viene ya Don Alejandro
Echando plumas al viento.
Doña Ines á Federico
Le llevó un vestido nuevo,
Un caballo enjaezado,
La peluca y el sombrero,
Un maestro que lo afeite,

Diciéndole que lijero
Salga á recibir su hermano
Con ambos brazos abiertos,
Sin darse por entendido
Del intentado suceso;
Que lo que ha hecho con él
Él debia agradecerlo.
Con esto abrióle la puerta,
Aunque con algun recelo;
Y él no se quiso vestir,
Que con el ropaje mesmo
Y sin afeitarse, monta
En el andaluz soberbio.
El hermano que lo vió
Tan abominable y feo,
Le pregunta: — Hermano mio,
¿Cómo vienes tan horrendo?
¿Qué pesares te molestan?
¿Qué disfraces son aquestos?
Entónces le respondió
D'esta manera diciendo:
—Tu esposa tiene la culpa
De verme como me veo,
Porque no hice su gusto;
Que descansando en mi lecho,
Una noche me incitó
Echándome mil requiebros;
Pero yo la respondí
Dándola buenos consejos,
Y por aquesta ocasion
Me ha estado dando tormentos,
Y me ha tenido hasta ahora
En triste recinto preso —
Don Alejandro, que escucha
Tan terrible atrevimiento,
Como un mármol se quedó
Un largo rato suspenso,
Que quisiera que el abismo
Le sepultara en su centro;
Y entrando por el palacio
Le salió al recibimiento
Aquella blanca azucena,
Aquella joya sin precio,
A recibirlo en los brazos
Del alma, y él con despego
La pegó una bofetada
Con injuria de los cielos;
Y por no ver su hermosura
Mandó que cuatro monteros,
Que son hombres de mal alma,
La llevasen á un desierto,
Y que la saquen los ojos
Y el corazon de su centro,
Y en un paño se lo traigan
Para quedar satisfecho.
¡Qué lástima! Qué dolor!
Qué pena! Qué sentimiento!
¡Oh qué injusticia! Qué agravio!
Qué castigo, sin deberlo!
Salen una noche triste,
Amparados del silencio
Aquellos facinerosos,
Y antes que rompiera Febo,
En un monte se hallaron
Tan encumbrado y espeso,
Que aquel dorado planeta
Que vive en el cuarto cielo
No ha podido con sus rayos
Descubrirle sus cimientos.
Estando en aqueste sitio
Arrimados á un gran fresno,
Antes de darla la muerte
Se disputaron primero
Aquella prenda del orbe,
Aquella joya sin precio.
Arman tan cruel batalla
Sobre el que ha de ser primero,
Que los cuatro parecian
Unos lobos carniceros;
Pero la virgen María
Los aires bajó rompiendo
Con su hijo de la mano,
Sacro Niño y Rey inmenso:
La dice: — Devota mia,
Libre estás, no tengas miedo,
Que yo vendré á visitarte,
Aunque yo nunca te dejo:
Un leon te ha de traer
Proporcionado alimento,
Y aqueste te ha de guardar,
Que estés velando ó durmiendo.—
La Virgen y el bello Niño
Luego desaparecieron,
Quedándose Doña Ines
Confusa en su pensamiento,
Por saber de que un leon
La ha de dar el alimento.
Y en la segunda parte
Dará Juan Miguel del Fuego
Al oyente fin gustoso
Del suceso verdadero.

(*La Peregrina doctora*, etc. Pliego suelto.)

1270.

LA PEREGRINA DOCTORA.— II

(De Juan Miguel del Fuego.)

Vamos ahora á los cuatro
Que se quedaron riñendo,
Que entre los tres dieron muerte
Al que era mayoral de ellos,
Y los otros que se hallaron
La jaula sin el jilguero,
La buscaron por el monte
Como caballo sin freno:
Mas viendo que no la hallan
Hicieron este concepto:
—¡Muy bien habemos quedado!
¡Qué buena cuenta darémos
Allá de nuestras personas,
Del encargo que traemos!
Lo que podemos hacer
Con este difunto cuerpo,
Será sacarle los ojos,
El corazon, y en un lienzo
Se lo podemos llevar,
Y cumplirémos con esto.—
En breve lo ejecutaron,
Que fué diciendo y haciendo.
Dan la vuelta á palacio,
Y entregan en el pañuelo
El corazon y los ojos;
Y Don Alejandro atento,
Con cuidado preguntó
Por el otro compañero.
Todos juntos á una voz
Estas palabras dijeron:
—Tambien se quedó en el monte,
Porque quiso muy soberbio
Profanar á Doña Ines,
Y lo matámos por eso,
Y en el monte se quedó
Por andar tan descompuesto.—
Volvamos á Doña Ines,
Que estando tomando el fresco
Sentada junto á una fuente,
Volviendo el rostro sereno,
Vió que venia el leon
Tan galan, tan halagüeño,
Tan hermoso, tan bizarro,
Que daba contento el verlo,
Y que en la boca traia
Un canastillo pequeño
Hecho con dos mil primores,
Todo de viandas lleno.
Hízola una cortesía,
Y lamiéndola los dedos

Le entregó el canastillo
A su señora y su dueño;
Y á la puerta de la cueva,
Paseándose y rugiendo,
Anda haciendo centinela,
Guardándola muy atento.
Al otro dia siguiente
Volvia á hacer lo mismo,
Pasando todos los dias
Las cosas que aquí refiero.
Vamos á Don Federico,
Que preguntó á los monteros
Si es verdad que la mataron,
Que les guardará el secreto,
Y que tambien les dará
Gran cantidad de dinero.
Todos dijeron que no,
Y contaron el suceso,
Y cómo quedó en el monto
Sin agraviarla en un pelo.
Don Federico responde:
—En el alma lo agradezco;
Todos juntos hemos de ir
A buscarla muy de cierto,
Antes hoy que no mañana,
Y á mi hermano le dirémos
Que á una grande montería
Voy con otros caballeros.—
Salen del palacio y llegan
Al montuoso Pirineo,
A aquel encumbrado risco,
Peñas y montes subiendo;
Mas quiso su mala suerte
Que con la bóveda dieron
Donde Doña Ines estaba
Para perdicion de ellos;
Que el leon de que los vió,
Muy enojado y sangriento,
A los tres despedazó
En ménos que dura un credo
Rezado en latin, y el otro
Aunque vivo, casi muerto;
Mas Doña Ines lo libró
Que hiciera con él lo mesmo,
Porque era Don Federico
Y lo conoció al momento;
Do cupo en su sangre noble
Aquel refran verdadero,
Porque ella la mala obra
La pagó con buen extremo.
Dió él luego vuelta á palacio
Con mentiras y embelecos,
Diciendo que un jabalí
Le mató los compañeros,
Y que él con cinco heridas
Se subió encima de un cerro,
Y que de allí se libró
De aquel monstruo soberbio.
En el dia señalado
De la Encarnacion del Verbo,
Se apareció á Doña Ines
La Vírgen de los Remedios
Alegrando plantas, flores,
Riscos, montes y desiertos,
Diciéndola: — Dios te guarde,
Hija; ya llegó el tiempo
De que dejes este sitio
Y te vayas á tu pueblo;
Curarás allí tu esposo,
Que dias há que está enfermo,
Y tambien á tu cuñado
Que las heridas vertiendo
Todavía le echan sangre,
Y perdónale los yerros.
El leon que te ha traido
El cotidiano alimento,
Ha sido por mi mandado;
Que así pago cuando quiero,
Preservando á mis devotos
D'este y semejantes riesgos.—
Con esto la dió la Vírgen
Un vasito muy pequeño
Lleno de bálsamo heróico,
Como bajado del cielo,
Quedándose Doña Ines
Metida en un pasajero
Camino que va á Lisboa,
Con su báculo y sombrero,
Y peregrinando llega
A la ciudá en breve tiempo,
Adonde en ella curó
Muy grande copia de enfermos,
Sin que el bálsamo precioso
Se menoscabara un pelo.
Toda la ciudad se admira
De la peregrina, viendo
Los enfermos que curaba
Tan consumidos y secos,
Y luego los veian sanos
Dentro de muy breve tiempo.
Va la nueva al general
Don Alejandro Sarmiento,
Que estaba ya desahuciado
De los libros de Galeno,
Y juntamente su hermano.
Al instante previnieron
Un coche con cuatro mulas;
Salen por la ciudad ciegos
Buscando la peregrina:
Preguntando á todo el pueblo,
Vinieron á dar con ella
En un dichoso convento
De las monjitas descalzas,
Que estaba con santo celo
Curando á las religiosas
De tabardillos molestos.
Entre dos comendadores
En el coche la metieron;
Dan la vuelta á palacio,
Y visitando al enfermo,
Tomándole el pulso, dice:
—Diga, señor caballero,
¿De qué pende esa dolencia?—
El dice: — De sentimiento,
Y de un gran dolor continuo
Que desecharlo no puedo.—
Entónces ella responde:
—¡No es mucho ese sentimiento,
Ni aquese dolor es tanto,
Pues que dél no se ha muerto!—
Apénas le echó en los labios
Aquel bálsamo supremo,
Se levantó dando gracias
Al divino Padre eterno.
Queriendo tomar la puerta,
Atajáronla los vuelos,
Diciendo: — Téngase, señora,
Que hay que curar otro enfermo.—
Entónces ella responde:
—Por mi vida que no puedo
Detenerme ni un instante,
Ni á curarlo me atrevo,
Si en público no confiesa
Todas sus culpas y yerros.—
Dijo el enfermo que sí,
Que estaba ya casi muerto,
Y le huelen las heridas
Como trescientos mil perros.
Mandó juntarse la gente
De sus parientes y deudos,
Hasta los mismos criados
Que en palacio están sirviendo:
—A todos pido perdon,
Pero á mi hermano primero.—
El hermano le perdona
En aquel mismo momento.
—Hermano y señor, tu esposa
Era una joya sin precio,

Era una arca de esmeraldas,
Ejemplo de los ejemplos,
Dechado de las mujeres
Y espejo de los espejos;
Y yo, tan vil criatura,
Quise ofender su respeto,
Y por querer ofenderla
Me tuvo seis meses preso,
Y yo por vengarme de ella
La levanté el falso enredo.—
Don Alejandro, que escucha,
Echó mano al fuerte acero,
Diciéndole: — ¡Vil hermano,
Atrevido y desatento,
Por haberte perdonado
En tu sangre no me vengo!—
Entónces la peregrina
Le fué untando con los dedos
Las heridas, y al instante
Se levantó todo bueno.
Grande copia de doblones,
Que pasaban de trescientos,
La dan á la peregrina,
Y ella haciendo menosprecio,
Dice: — Guarde las monedas,
Quiten allá ese dinero,
Que quizás les hará falta
Para sustentar los negros.—
Mas con cuidado miraba
El Don Alejandro atento
El rostro á la peregrina,
Y el traslado de su pecho;
Viendo que era todo uno,
Se abrasó en vivos incendios.
La dice: — Señora mia,
¿De qué patria ó de qué reino
Es usted, aunque perdone?—
Ella con suaves ecos
Le responde: — Señor mio,
Yo soy de todos los reinos,
Vecina de todo el mundo,
Y á mí me llaman por eso
La Peregrina doctora;
Sin interes del dinero,
La que curó á su marido
Y á su enemigo protervo.—
Entónces Don Alejandro
La dió un abrazo muy tierno,
Y conoció que es su esposa
Aquel hermoso portento.
Toda la ciudad se admira,
La gran maravilla viendo:
De puro contento lloran,
Y parece un jubileo
De damas y de galanes
Y parientes que acudieron,
Que en el palacio no caben,
Sabiendo aqueste suceso.
En la ciudad de Lisboa
Hacen fiestas y torneos,
Toros y juegos de cañas,
Comedias y pasatiempos.
A Don Federico casan
Con otro retrato mesmo,
Hermana de Doña Ines,
Doña Elvira de San Diego,
Quedando Don Alejandro
Próspero, alegre y contento
Con su esposa Doña Ines,
Rosa, clavellina, espejo,
Peregrina montañesa,
La que estuvo en el desierto,
La que libró á su enemigo
De manos del leon fiero.
Con esto acaba la historia,
O aqueste breve compendio,
De la mujer mas heróica
Que se ha visto en tales riesgos;
Y la Vírgen nuestra Madre
La libró de los perversos,
Cubriéndola con su manto,
Poniendo al demonio freno,
Que siendo devota suya
La libró del desconsuelo.

(*La Peregrina doctora*, etc. Pliego suelto.)

1271.

LISARDO EL ESTUDIANTE DE CÓRDOBA.—I.

(*Anónimo*[1].)

Escucha, Cárlos, mi historia,
Si no te enfada el oirla
Por lo extraordinaria y larga,
O por no ménos prolija
Que triste en su confusion,
Pues ella será vestida
De repetidos asombros,
Siempre anunciando desdichas.
Mi nombre propio es Lisardo,
Córdoba la patria mia,
Y tierra donde mis ojos
La primera luz veian.
En esta ciudad criéme
Con las costumbres debidas
Y estilos mas bien versados
Que hay en la caballería;
Y despues que hube estudiado
Hasta la filosofía,
Llegué á la edad mas perfecta
De mis años, pues cumplia
Diez y siete primaveras,
Cuando mi padre sentia
Que andaba mal divertido,
Con que al instante me envia
A estudiar á Salamanca
Fletándome la partida
Con dineros, y un criado
Que llevé en mi compañía;
Y dentro de breve tiempo
A los muros dimos vista
De Salamanca; entré en ella,
Descansé, y al otro dia
La universidad visito
De las escuelas antiguas,
Donde estudiantes concurren
De toda la monarquía.
Tres años cursé las leyes,
Siendo rayo en la porfía
De conferir competencias,
Dándole á todo salida;
Y con esto en la ciudad
Ya todos me conocian.
Adquirí muchos amigos
De mi propia jerarquía,
Y entre estos mi voluntad
Solo á uno preferia,
Cuyo nombre era Don Claudio,
En amistad tan crecida,
Que tú por tú nos hablámos.
Claudio una hermana tenia,
Llamada Doña Teodora,
De virtudes tan crecidas,
Discrecion tan recatada,
Que de sus ojos las niñas
Jamas levantó del suelo,
Siempre de Dios asistida.
Robóme su amor el alma,
Quedando yerto y sin vida.
Desde el punto que la vi
Era una hoguera encendida
Mi pecho, un volcan ardiente,
Y aunque me hallaba á la vista
De Teodora, nunca pude
Hablarle sino es por cifras,
Y ella honesta y sonrojada
Se hacia desentendida,
Bien por temor de su hermano,

O por rigor de dos tias,
Que son las que la criaron
Y á su cargo la tenian.
Quise pedirla á su hermano,
Y me dieron la noticia
De que estaba para monja
Dedicada y dirigida.
Apénas tan tristes nuevas
Adquirí, cuando mis dichas
Se desplomaron al suelo,
Quedando desde aquel dia
Descuadernado de insultos,
Desvelado de fatigas,
Hostigado de congojas,
Y en fin sin norte y sin guia,
Hasta que tuve ocasion
Por una criada misma
De la casa de Teodora,
Que humilde y compadecida
De mí, se determinó,
Por un postigo que habia,
A darme entrada una noche.
De algun interes movida
Me hizo franca aquella puerta,
Y con huellas no sentidas
Armé de valor el miedo,
Subí una escalera arriba.
Llegué al cuarto de Teodora,
Y á la luz de una bujía
La vide estar inclinada
A un libro, donde leia,
Tan embebida en extremo,
Que hasta que la sombra mia
Le hizo se recordase,
No sintió quién la impedia.
Quitó del libro los ojos,
Y temblando, estremecida,
Fué á hablarme, pero no pudo:
Yo entónces,— Señora mia,
Le dije, no os asusteis,
Que vuestro honor no peligra,
Que nunca está mas guardado
Que ahora. que le cobija
Sangre noble; mas no es tiempo
De que mi descargo os diga,
Cuando miro los temores
Cercados de mi osadía.
Contemplo tambien los riesgos
Que os ofuscan y fatigan,
Y así disculpen mi arrojo
Aquesta llama encendida,
Aqueste amor abrasado
Que tanto hácia vos me inclina.
Mil veces mis tristes ojos
Os han dado la nóticia
Que con el alma os adoro,
Y á todo desentendida
Os habeis hecho, sin dar
Señas de correspondida;
Y si al entrar religiosa
Vuestra pasion os dedica,
No quiero servir de estorbo,
Que en el estado que sigas
Gustoso seré en serviros
Con el alma miéntras viva,
Con pensamientos honestos.—
En tanto que le decia
Todas estas expresiones,
Teodora volviendo iba
Del susto, terror y espanto,
Y al aire un suspiro afirma,
Y deshojando el clavel
De sus labios, me decia:
—¡Ay Lisardo! ¿quién pudiera
El dar á tu amor cabida
Sin romper obligaciones
Del voto que ya me obliga!
Mira mi recogimiento,
Mira el fervor que me anima,
Mira tambien la palabra
Que á Dios tengo contraida;
Y pues eres entendido,
No me inquietes, vida mia.
¿Para qué hemos de engolfarnos
Donde esperanzas no hay vivas,
Sino es de muertos deseos?
Y mañana en aquel dia
Sabes que voy á un convento
Con voluntad libre y fina.
Galantea otra hermosura
Que te pague con caricias,
Pues de mí no has de sacar
Mas que el serte agradecida.—
Y diciendo estas razones,
Con ruegos me encarecia
La deje sola, y me salga
De la casa, pues sentia
No recordase su hermano.
Viendo que razon tenia,
La obedecí luego al punto;
Confuso me despedía,
Bajo al jardin, siento ruido
De armas, y que decia
Una voz: — Abrid, matadle. —
Tendí la vista, y veia
En la puerta un embozado,
Y al ver que no parecia
La criada, discurrí
Alguna traicion urdida.
Entre confuso y turbado,
Con mi espada prevenida,
Salí á la calle de un vuelo,
Y mi contrario decia:
—No es puesto seguro este
Para reñir, — y partia.
Tiró delante y seguíle;
Dispuesto me apercibia
Resuelto á lo que saliere,
Y acelerados, con prisa
Fuimos travesando calles,
Y al cabo de ellas habia,
Ya fuera de la ciudad,
Unas paredes hundidas,
Un sitio tan tenebroso,
Que horrorizaba aun de dia.
A mí se volvió, y me dijo
Con voz profunda y sentida:
—Aquí han de matar un hombre:
Lisardo, enmienda tu vida,
Repara bien lo que haces,
Y no vivas tan aprisa.—
Esto dijo, y al instante
Como sombra oscurecida
Desapareció: ya puedes
Ver cómo yo quedaria,
Dejándome tan helado,
Que allí acabara la vida,
Y juzgo me hallaran muerto,
Si con su mente divina
Dios no me hubiera librado.
¡Oh Providencia infinita!
¡Cuál es la misericordia
De tus entrañas benignas!
Pues sin bastarme los brios,
Mi cuerpo en tierra caia,
Desaliñado el semblante,
Interpolada la vista,
Angustiado el corazon;
Que en los temores la prisa
Siempre ha sido perezosa;
Mas cobrando nueva vida,
Desamparé poco á poco
El puesto de mi ruina.
Todo cubierto de sombras,
Con mortales agonías,
De mi posada las puertas
Toqué, y de pronto me abria
Mi criado, y conociendo

Cuán sobresaltado iba,
Preguntándome la causa,
Le di de todo noticia,
Por tener de él confianza;
Que las penas repetidas
Comunicadas son ménos,
Si hay quien ayude á sentirlas.
En fin, pasé aquella noche
Con desvelos, y a otro dia
Teodora entró en el convento
Con la ostentacion debida,
Con el honroso aparato
Que la ocasion requeria.
No quisiera ser molesto;
Pero tu atencion me obliga.
Perdóname, amigo Carlos,
Mi limitada osadía,
Que aquí cesa aquesta historia,
Miéntras que se fortifica
Y corrobora el discurso,
Para que adelante siga
Con segunda relacion
De otras penas mas crecidas.

(*Lisardo el estudiante*, etc. Pliego suelto.)

[1] El doctor Don Gaspar Lozano Montesinos incluyó esta interesante novela en su célebre libro intitulado *Soledades de la vida y desengaños del mundo*. Aceptada por un siglo creyente, se hizo tan popular, que apénas habia un español que no la supiese de memoria, y que no se apoderase de ella para leerla en el libro ó en los romances. Todavía he visto en las villas y aldeas erizarse los cabellos á las gentes sencillas cuando consideraban á Lisardo el estudiante presenciando en vida sus propios funerales, con que las ánimas del purgatorio le pagaban su devocion á ellas, procurando convertirle á Dios y reducirle á la virtud. El mundo moral y místico, en que nuestros antepasados trasformaban el real y físico, era un medio seguro de contener los malos instintos y pasiones del corazon humano; eran el estímulo de la caridad cristiana; eran la policía espiritual que, sin el aparato de la fuerza bruta, hacia la conciencia del católico juez severo de las acciones criminales, y aun el ejecutor íntimo del tormento que el malvado empezaba á sufrir ántes de apartarse de la vida. Y ahora, ¿qué nos queda capaz de refrenar las pasiones? El verdugo solo, las prisiones, los presidios para el miserable; la impunidad para el poderoso que goza de las riquezas mal adquiridas, de los crímenes cometidos, sin temor de la justicia divina. Pero esta vela sobre sus derechos imprescriptibles, y el pobre, irreligioso, amenaza al rico, ateo. Pues qué, ¿acaso el pecho endurecido que desprecia la caridad evangélica, que solo socorre al miserable en proporcion de los goces materiales que le rinde; que le abandona cuando no le sirve ya, tendrá derecho á exigir, del que sufre, la resignacion religiosa que destruyó en su alma por su dureza?

1272.

LISARDO EL ESTUDIANTE DE CÓRDOBA.— II.

(*Anónimo.*)

Despues que hubo Teodora
Logrado tan santa vida
Y estado de religiosa,
Modesto anduve unos dias.
Disimulando mi pena
Le hacia algunas visitas,
Ya en público, ya en secreto;
Pero con tal modo iba,
Que jamas causé recelo
De las sospechas antiguas.
Cuatro meses se pasaron
Reiterando esta porfía,
Hasta que tocó el demonio
El clarín de la lascivia,
Que con espanto y denuedo
Dejó á Teodora vencida,
Toda embebida en deseos,
Toda en celos sumergida,
Y otras muchas apariencias
Que el demonio le ponia.
Ya sin poder reportarse
Me llamó y me dijo un dia:
—Lisardo mio, ya es tiempo,
Que me tiene tan sin vida
Un ejército de celos,
Un tropel de ansias prolijas,
Un lago de pensamientos,
Que aunque quiero, no soy mia.
Tan tuya me constituyo,
Que si tú te determinas
A sacarme del convento,
Sin que el temor me desista,
Sin que el pundonor me estorbe,
Me arrojaré compelida
A los lazos de tu amor,
Y hallando en ellos cabida
Fletarémos nuestras bodas,
Ofreciéndote la vida,
Y mi mano juntamente,
Que es el triunfo de mis dichas.—
Le respondí:—Dulce dueño,
Amada prenda querida,
No quiero morir, creyendo
Con el donaire y la risa
Que me quieres engañar.—
Teodora me respondia:
—No es engaño, no por cierto,
Sino es que tu cobardía
Ya busca desaguadero
Para olvidarme.— Y aplica
Un lienzo blando á los ojos,
Que rasados los tenia
En lágrimas, y entendiendo
De que no era fantasía
Y sueño lo que escuchaba,
Le dije:—Teodora mia,
Desde luego me consiento
Ya en hacer cuanto me pidas.—
En fin, trazámos el medio
De que una noche yo habia
De ir á escalar el convento,
Y ordenar nuestra partida.
Llegó la aplazada noche,
Que no tardó su venida;
Me armé lo mejor que pude,
Y sin llevar compañía,
Tocando el reloj las doce,
Al monasterio partia
El mas contento del mundo,
Sin advertir las ruinas
Y desdichas que me aguardan.
¡Ay amor, a lo que obligas!
Llegué á las últimas calles,
Donde asombrádome habia
La primera vez, y apénas
Llegué, como que sentia
Un silencioso ruido
De gente que ya venia
Siguiéndome las pisadas;
Pero andando á toda prisa,
Alargué el paso, y quedéme
Oculto tras de una esquina,
Y al emparejar conmigo
Uno, en alta voz decia:
—Si es Don Lisardo, matadle.
—Muera, muera,— respondian.
Moviendo un tropel de espadas,
Oigo una voz compasiva,
Que dice:—¡Ay que me han muerto!—
Y luego al punto partian
Huyendo los agresores,
Y en silencio ensordecida
Quedó la calle, y quedé
Que el alma se me queria
Salir del susto del cuerpo
Y de miedo que tenia,
Pues propiamente yo era
Aquel á quien muerto habian
A cuchilladas. No obstante,
Con la obscuridad que hacía
Eché andar, y á pocos pasos
Tropecé, ¡Jesus María!

Que vino á mis piés rodando
Un muerto, y por las heridas
Estaba vertiendo sangre,
Que al mirarlo conmovia
A dolor y á sentimiento.
Aquí ser verdad creia
Lo que juzgaba era sueño
De que en aquel sitio habian
De matar un hombre, ¡ay Dios!
Y mas cuando precedia
Verme en tanta desventura :
Con la lengua enmudecida,
Con los piés casi trabados,
Quise huir, y no podia :
Cuando miro de repente
Que un grande tumulto iba
Acercándose hácia mí,
Dije :—Si esta es la justicia,
Y me hallan con el muerto
En mis manos, ¿quién les quita
Que entiendan que yo soy reo,
Y por mas que me desista,
Me ordenen muerte afrentosa,
Sin tenerla merecida?—
Temeroso pues de dar
En semejante ruina,
Escapé, Dios sabe cómo :
Desde aquí fuí á dar noticia
A Teodora de este asombro,
De este aviso, que me habia
Hecho tragar tantas muertes,
Sin tener mas que una vida;
Cuando de impensadamente
Las campanas se tañian
Con tan lúgubres clamores,
Que en altas voces publican
La muerte del desdichado
A quien quitaron la vida;
Que estoy por certificaros,
Mas novedad se me hacia
Oir doble tan general
A tal hora, pues indica
Ser el muerto un gran sugeto
De autoridad esclarecida,
O ser accion infernal
Por extraordinario enigma.
Al compas de estos temores
Llegaba casi á dar vista
Al monasterio, y escucho
Que por la calle vecina
Oigo funerales voces
De un entierro que venía.
Encúbrome en un portal,
Y vi pasar en dos líneas
Un grande acompañamiento
De eclesiásticos, que iban
Puestos de sobrepelices,
Con sus hachas encendidas,
Con su cruz y manga negra
Delante, y no conocia
Yo á ninguno, con ir tantos
De facciones tan distintas.
Vi á la postre que llevaban
Entre cuatro, ¡qué fatiga!
A un difunto en un paves,
O féretro, y cubierto iba
Con una bayeta negra,
Que detras triste seguia.
Acabaron de pasar,
Y como me perseguian
A un tiempo tantos asombros,
Ya de puro miedo hacia
Valor, algo recobrado;
Y ya que llegando iba
Al monasterio, reparo
Que de la iglesia se vian
Entrambas puertas abiertas
Con mil luces encendidas,
Y todos entraron dentro.
Aquí ya despavorida
La mente, consideraba
De que si atras me volvia,
Aun mas peligros me estaban
Amenazando la vida.
En fin, mas muerto que vivo,
Con la sangre helada y fria
Llegué tambien á la iglesia,
Donde, tragando saliva,
Estuve en la puerta un rato
Si entraria ó no entraria,
Atendiendo desde allí,
Mirando la clerecía,
Que dividida en dos coros
Las exequias disponian.
Despues que al difunto cuerpo,
En medio puesto lo habian
Cercado de muchas luces,
Le oí cantar la vigilia,
Y dije : — En cantos tan santos
No puede haber fantasía
De apariencias y visiones : —
Con que á entrar me resolvia.
Lo mas secreto que pude
Entré, y con agua bendita
Signándome muchas veces,
Ni un Pater-noster podia
Rezar, á causa que todos
Pusieron en mí la vista,
Clavándome con los ojos :
Por donde quiera que iba
No me dejaban ni un punto,
Y cuando me parecia
Que ya nadie me miraba,
Con recato y cortesía
Le pregunté al mas cercano
De los cantores que habia,
Que quién era aquel difunto;
Y dió un suspiro y decia :
—Es Lisardo el estudiante,
De quien podréis dar noticias
Vos, como que sois el mismo.—
Aquí sí me acometian
Los verdaderos temores;
Aquí fuéron las fatigas;
Aquí fué el tentarme el pecho
Por si herido me sentia,
Como suele acontecer.
A preguntarle volvia
A otro, á ver si concordaba;
Lo mismo me respondia :
A lo cual les repliqué
Mirasen lo que decian,
A los dos, que se engañaban,
Que yo de cierto sabia
Que no era Lisardo el muerto.
Aun yo acabado no habia
De decir estas razones,
Cuando aquel que presidia,
Puesto en pié, dió una palmada,
Y por todos respondia,
Diciéndome :—Caballero,
Cuantos están á tu vista
Son almas del purgatorio,
Que ayudadas y asistidas
De la oracion y limosna
De Lisardo, agradecidas
Hemos venido á enterrarle,
Y á corresponder benignas,
Pidiendo á Dios por su alma,
Que de presente se mira
En duda de salvacion
Y en grande riesgo metida;
Y pues vos nos lo impedís,
Los oficios no prosigan,
Que así vos lo perderéis.—
Apénas esto decia,
Cuando matando las luces
Todos desaparecian.

Caí en tierra desmayado,
Y aunque casi muerto, oia
Las divinas amenazas;
Cuando en mi acuerdo volvia,
Incliné al cielo los ojos,
Ante Dios por mi osadía,
Diciendo :—Señor, conozco
El mal ejemplo y doctrina
Que he dado en tu santa casa;
Mas por tu bonda infinita
Propongo de aquí adelante
Enmendar mi mala vida.
Bien conozco que á ofenderos
Mi vil pasion se encamina,
Mas vuestra misericordia
De instante á instante me avisa,
Y á cada paso me llama,
Y yo ciego en mi porfía,
Aunque contra vos pequé,
Si de aquí salgo con vida,
Le echaré la bendicion
Al mundo y sus tropelías.
¡Ea, amparadme, Dios mio!—
Y entre angustias y fatigas,
Asido de las paredes,
Fuime á casa, y repartia
Dineros, joyas y alhajas.
La ropa de mas estima
Le regalé á mi criado,
Y abrazándole, decia :
—¡Ea, leal compañero!
Lisardo perdió la vida;
Yo propio le vi matar,
Que te daré señas fijas;
Yo le acompañé en su entierro,
Yo asistí miéntras se hacian
Sus exequias en la iglesia.
Amigo del alma mia,
Ya no nos verémos mas,
Porque ya Dios me destina
A pasar en penitencia
Lo restante de mi vida.
Mañana irás al convento,
Dando á Teodora noticia :
Dirás lo que me ha pasado,
Que reflexione su vida,
Y que me encomiende á Dios;
Que todo el tiempo que viva
No me verán mas sus ojos.—
Con lágrimas repetidas
Estas razones le dije
Por última despedida.
Hasta aquí llegó la historia,
Todo esto es la verdad fija:
Adios, Cárlos, y si acaso
Mis suspiros te lastiman,
Pide á Dios que nos defienda
De tentaciones nocivas.

(*Lisardo el estudiante*, etc. Pliego suelto.)

1275.

GRISELDA Y GUALTERO.—I.

(*Anónimo* [1])

Atiéndame el auditorio
Miéntras con dulces palabras
Y muy suaves acentos
Aquesta historia se canta :
Préstenme todos silencio
Con benevolencia grata,
Para poder comprender
Lo que mi lengua relata.
Atiéndanme... ; pero es fuerza
Que en cualquier obra que se haga,
Se ponga un buen fundamento
Para que salga acertada;
Y así el auxilio imploremos
De la Virgen soberana,
Que con tan luciente estrella,
Mi musa, aunque muy turbada,
Cobrando aliento dará
Principio á esta historia rara.
Hubo de sangre muy noble
Un gran marques en la Italia,
Dueño de muchos lugares,
Que Gualtero se llamaba,
En su trato muy afable,
Y de condicion muy llana.
Era el tal marques soltero,
Y aficionado á la caza
De tal modo, que por ella
Toda diversion dejaba.
En esto se entretenia,
Y por vivir á sus anchas
No deliberó el casarse;
Pero como de tan clara
Sangre su casa venia,
Porque sucesion dejara,
Deseaban sus vasallos
Ver si su señor gustaba
En elegir nuevo estado.
Dispusieron que llegara
El que mas de su cariño
Fuese, y del caso le hablara,
Y de esta suerte estaria
Su intencion declarada.
Al punto lo ejecutaron,
Pues fué uno de ellos y lo llama
Aparte, y así le dice :
—Gran señor, cierto me holgara
Que tomaras mi consejo;
Bien sabes que á la tirana,
Azote de los mortales,
Somos, porque Dios lo manda,
Sujetos, y puede ser
Que al golpe de su guadaña
El dia mas descuidado
Rindas tu vida á la parca;
Y pues tenemos señor
De sangre tan sublimada,
Todos fuéramos gustosos,
Gran señor, que te casaras,
Por lograr un sucesor
Que cual vos nos gobernara.—
Prudente el Marques responde
Estas siguientes palabras :
—Que sea yo desposado
Contra mi gusto, se haga;
Mas ya que tal intentais,
En lo que digo repara,
Que la que eligiere esposa,
Bien sea noble ó villana,
Ahora ni en tiempo ninguno
Le habeis de negar la cara,
Pues debe como señora
De todos ser respetada :
En ti les respondo á todos,
Ve, diles las circunstancias.—
El mensajero responde
Con razones muy urbanas :
—Agora yo soy, señor,
El que empeña su palabra
Por todos los de la corte.—
La condicion otorgada,
El Marques le prometió
El darles gusto sin falta.
Cerca del palacio habia
Unas aldeas que estaban
Como cosa de dos tiros
Distantes de las murallas,
Y cuando con los monteros
Solia salir á caza,
El Marques algunas tardes
Aquel sitio frecuentaba,
Y habia puesto los ojos
En cierta honesta muchacha
Que en una de estas aldeas

Tenia albergue y morada,
Hija de un labrador pobre
Que Janiculo llamaban,
Tan bizarra y tan hermosa,
Que era otra segunda Pálas.
Griselda, que este era el nombre
De aquesta hermosa muchacha,
Humilde unas ovejuelas
De su padre apacentaba,
Y para no perder tiempo,
Cuidadosa de su casa,
Miéntras pacia el ganado
Con su rueca hilando andaba.
Vióla el Marques muchas veces,
Y aficionado á su gala
Dispuso casar con ella:
Dió á sus vasallos con llana
Voluntad, citado el dia,
Para que se divulgara
El festivo desposorio
De su señor, y fué tanta
La alegría que tuvieron,
Que cada cual deseaba
Aquel dia tan dichoso;
Pero todos ignoraban
Quién pudiese ser la novia
Y miéntras que se pasaba
Aquel limitado tiempo,
A medida de otra dama
De talle como Griselda
Hizo Gualtero las galas
Y adornos de una princesa,
Con joyas muy sublimadas.
Llegó el dia, y convocóse
Toda su noble comarca,
Y en magníficas carrozas
Siguen á Gualtero, y pasan
A aquel sitio que ántes dije.
A este tiempo que llegaban,
Griselda tambien venia
Con un cántaro de agua,
Y dejándolo de prisa,
Salió con otras muchachas
A ver del Marques la novia,
Y Gualtero con palabras
Halagüeñas, por su nombre
Llamándola, así le habla:
—Griselda, ¿dó está tu padre?—
Y Griselda con voz baja
Le responde:—Señor mio,
Mi padre está dentro en casa.—
Apeóse el caballero,
Y dijo á los que llevaba
Que un poco se detuviesen,
Que saldria sin tardanza.
Entróse solo allí dentro;
Con el padre se encontraba
De Griselda, y le saluda,
Y de esta suerte le habla:
—Janiculo, muy bien sabes
Que eres mi vasallo, y tanta
Voluntad tengo á tu hija,
Que dispongo de tomarla
Por esposa, si es tu gusto;
Mas juzgo que repugnancia
No habrá alguna, puesto que eres
Dichoso en esta embajada:
Tu respuesta espero ahora.—
Y con vergüenza sobrada
Janiculo le responde:
—Señor, no merezco nada;
Mas si gustais de este empleo,
Vuestra voluntad se haga.
—Llámala al punto, le dice,
Que quiero hablar dos palabras
Con ella, á ver si es gustosa.—
Y Janiculo la llama.
Vino Griselda corriendo
A ver lo que le mandaba
Su padre, y el caballero
Le dice:—Griselda amada,
¿Tú gustas de ser mi esposa?—
Y ella responde turbada:
—Señor mio, ¿yo tu esposa?
No gastes conmigo chanzas;
Que soy pobre, y diferentes
Son tu palacio y mi casa.—
Conoció en esto Gualtero
Que ella se consideraba
Indigna de un tal empleo,
Y le dice estas palabras:
—Dime, ¿tú serás contenta
En todo cuanto yo haga?—
Y ella respondió:—Señor,
Si de improviso mandaras
Que me quitara la vida
Con la muerte mas amarga
Que bárbaros intentasen,
No romperé mi constancia.
—Bastante has dicho con eso.—
Dijo, y al instante manda
A dos dueñas que traia,
Que la ropa que llevaba
La quitasen, y vistiesen
De aquellas costosas galas
Que traian prevenidas,
Y muy en breve la saca
Ataviada y compuesta
A la puerta, y en voz alta
Dijo:—Esta es mi consorte,
Esta es la que destinada
Tengo ya hace mucho tiempo
Para ser mi esposa amada.—
Esto que todos oyeron,
Los sombreros y las capas
Por los aires se extendian,
Con víctores y alabanzas,
Pues su señor les cumplia
El gusto que deseaban.
A Griselda la pusieron
En un coche, y luego marchan
A la ciudad diligentes,
En donde alegre se casa
El Marques. Pero ¡qué gozo!
¡Qué júbilo! ¡qué alabanzas!
¡Qué placeres! ¡qué alegrías!
¡Qué toros, juegos de cañas!
¡Qué comedias! ¡qué deleites
Por la corte celebraban!
Quede pues en la alegría
Aquesta primera plana,
Que en la segunda prometo,
De penas, aunque calladas,
Darle á mi auditorio atento
Una noticia muy larga.

(*Griselda y Gualtero*, Pliego suelto.)

[1] El argumento de este romance y los dos que le siguen, se ha tomado de la novela última que puso el famoso Juan Boccacio en su *Decimeron*. Es una de las mejores del autor, y tan célebre y popular, que su asunto ha corrido la Europa, tomando todas las formas que caben en la poesía. En Italia, en Francia, en Inglaterra, en España, mas de una vez han sido la constante Griselda y su esposo el marques de Saluzo objeto y asunto de poemas y de dramas célebres, entre los cuales se halla el que Lope de Vega escribió con título del *Ejemplo de casadas y prueba de paciencia*. Quizá Boccacio tomó su asunto de algun cuento popular conservado por la tradicion doméstica; pero bajo su pluma elegante adquirió toda su brillantez, y la celebridad que lo coloca entre las obras clásicas que el arte hizo mas populares, que lo eran bajo las formas rudas con que se idearon primitivamente.

1274.

GRISELDA Y GUALTERO.—II.

(*Anónimo.*)

Ya dije con cuántas glorias
Con el invicto Gualtero

Quedó Griselda casada,
Que fué de constancia ejemplo.
Atencion, oyentes mios,
Otra vez á encargar vuelvo,
Porque son muy diferentes
Los casos; que si primero
Fué contento y alegría,
Ahora es pena y sentimiento.
Dejo aparte la alegría
De los cuatro años primeros
De su feliz matrimonio,
Y vamos ahora de nuevo
A referir los pesares.
A los dos años tuvieron
Una hija, que en belleza
Quita al sol sus rayos bellos.
Celebróse de la infanta
El dichoso nacimiento
Con universal aplauso,
Aunque gustara Gualtero
Mucho mas que fuera infante
Por la quietud de sus pueblos.
Crió Griselda la niña
Con cariño y á sus pechos
Por espacio de dos años,
Y al cabo quiso Gualtero
Probar la una constancia
De su esposa, y muy severo
Entró al cuarto donde estaba,
De esta manera diciendo:
—Ya te acordarás, Griselda,
De tu ya pasado tiempo
Cuando veniste á mi casa,
Y de aquel ofrecimiento
Que delante de tu padre
Me hiciste, que en ningun tiempo
Me habias de dar disgusto;
Y así has de tener por cierto
Que de nuestro matrimonio
Hubo muchos descontentos,
Y despues de haber parido
Mas disgustados los veo,
Porque dicen que no quieren
Sujetarse á los respetos
De tu hija, que aunque sea
Hija de un señor tan bueno,
Nieta es tambien de un villano,
Como es Janiculo; creo
Lo tendrás bien en memoria,
Y así tengo ya dispuesto
Por la concordia y la paz
De mis vasallos, que luego
Salga tu hija de casa,
Y esto ha de ser al momento.—
A que respondió Griselda
Sin muestra de sentimiento:
—Señor, de mí y de mi hija
Sois vos el perpetuo dueño;
Haz, dispon, manda y ordena,
Que yo siempre á tu precepto
Estoy firme y muy dispuesta.—
Al punto mandó Gualtero
A un criado, que llegase
Y la infanta con despego
Quite á su madre, y la saque
De su presencia al momento.
Fué el criado diligente,
Entróse en el aposento,
Y viéndole la señora,
Pensó su intencion, y luego
Tomó en brazos á la niña,
Y la persignó, diciendo:
—Dios te libre de desgracia.—
En el rostro la dió un beso,
Y al criado se la entrega,
Quien salió del aposento.
Notad, oyentes amados,
La congoja y sentimiento
Que en el corazon Griselda
Tendria, y con todo eso
No se vió mudanza alguna
En su diamantino pecho.
Fué el criado donde estaba
Su amo, dispuso luego
La llevasen á Bolonia,
Donde tenia Gualtero
Una hermana, que casada
Era con un caballero
Llamado el conde Panicio,
Y encargó que con secreto
A su hija la criasen
Con aquellos documentos
Que entre los nobles se usan
En la educacion; mas de esto
Nada sabia Griselda,
Pues iba con tal silencio,
Que aun de si era muerta ó viva
No le dió cuenta Gualtero.
Y cuando fué Dios servido,
Un bello infante tuvieron,
Hermoso á las maravillas,
Y con los mismos cortejos
Que la infanta, fué aplaudido;
Pero cuando llegó el tiempo
De poder ya destetarlo,
Con otra industria, Gualtero
La constancia de su esposa
Quiso probarla de nuevo.
Entró donde estaba sola,
Y como quien de veneno
Está encendido, la dice:
—Quitar ese niño quiero
De mi presencia, pues ambos
Sois el primer fundamento
De mi pundonor perdido,
Y muchos estar sujetos
A mi persona rehusan,
Y á tu hijo, por lo ménos,
En ningun tiempo darán
De hijo de marques respeto;
Salga pues luego de casa.—
Y con semblante risueño
Dijo Griselda:—Señor,
Ya os dije que mi deseo
Y mi mayor alegría
Es daros gusto completo
En todo, y así mandad
Lo que tuvierais dispuesto,
Que todo cuanto á vos plazca
Me place á mí, pues no temo
Perder á otro sino á vos.—
Estas palabras oyendo,
Se salió y llamó al criado
Diciéndole que al momento
Vaya y le quite el infante
De los brazos. ¡Qué tormento!
Fué el criado, y la señora,
Persignando al niño bello,
Lo besó, no sin gran pena,
Aunque festivo y sereno
Manifestaba el semblante.
Dió al criado el niño, y luego
Del aposento se sale,
Y en las manos de Gualtero
Se lo entrega, el cual lo envía
A Bolonia, con el mesmo
Encargo, que le criase
Su cuñado con secreto.
Pasáronse algunos años,
Que sin sus dos hijos bellos
La triste Griselda estaba;
Pero ningun sentimiento
En su rostro conocian,
Y aunque alguna vez Gualtero
Se los nombraba, por ver
Si ella haria algun extremo
O demostraba la pena,
Jamas consiguió su intento.

Luego despues un rumor
Se suscitó por el reino,
Pues decian del Marques
Que estaba muy descontento
De su desigual estado
De matrimonio, y por eso
Ocultaba á sus dos hijos,
Que nadie sabia de ellos:
Y de allí á muy breves dias
Otras noticias se oyeron
Por la corte: que el Marques
Al Papa envió un pliego,
Para ver si repudiando
La esposa que le dió el cielo,
Podríase casar con otra,
Por la quietud y sosiego
De su familia y vasallos;
Y despues tomó mas cuerpo,
Que el despacho vuelto habia
Dispensado, permitiendo
Casase el Marques con otra.
Tales noticias corriendo,
Empezóse á divulgar,
Y se prefijaba el tiempo
Cuando vendria la novia
Del Marques, y con acuerdo
Le remitió con sigilo
Unos renglones Gualtero
A Panicio, que llevase
Sus dos hijos al momento,
Señalando el dia fijo
Por lograr mejor su intento.
Por fin, un dia el Marques,
Estando todo el congreso
Convocado, hizo llamasen
A Griselda, y con severo
Semblante, de aquesta forma
La dijo:—Tened por cierto,
Esposa mia, que el mundo
Da muchas vueltas; por eso
A muy pocos es constante
La fortuna, porque vemos
Cada dia que un señor
De noble sangre y dinero,
Vestido de mucha pompa,
De la fortuna á un tropiezo,
Se sujeta y avasalla
A ser un humilde siervo.
Y pues licencia del Papa
Para repudiarte tengo,
Y mi nueva esposa viene,
Tú has de salir sin remedio
De palacio, y entregarle
A la que venga tu empleo;
Y mas no te has de llevar
De mi palacio, que el mesmo
Dote que tú me trajiste.—
Estas palabras oyendo,
Dijo Griselda:—Señor,
Cuando desnuda algun tiempo
De mis vestidos humildes,
Vestí los preciosos vuestros,
Me despojé de ser dueña
De mi misma, y con contento
Me vestí de la humildad
Para con vos, á quien debo
Tantas finezas, y siempre
Con humilde rendimiento
Por la mas dichosa viuda
Me tendré de aqueste reino,
Por haber logrado ser
Esposa de tan buen dueño.
Solo te pido y suplico,
Para que vaya cubierto
Este vientre que engendró
A mis dos hijos y vuestros,
Me dejeis esta camisa
Para salir por el pueblo,
Hasta llegar á la casa
De mi padre.— Y no pudiendo
Gualtero de enternecido
Contener su sentimiento,
Con lágrimas en los ojos
Le volvió el rostro diciendo:
— Llévatela.—Y apartóse
De su vista. Aquí pues, dejo
La historia, y en otra parte
Remataré este suceso.

(*Griselda y Gualtero*, Pliego suelto.)

1275.

GRISELDA Y GUALTERO.—III.

(*Anónimo.*)

Pues conté en la primer parte
Mil placeres y alegrías,
Y tambien en la segunda
Ansias, penas y fatigas,
En la tercera prometo
Manifestar convertida
La pena en doblados gozos,
Y el dolor en mayor dicha.
Ya dije con qué despojo,
Con qué especie de ignominia
Quedó la triste Griselda
De su esposo despedida,
Desnuda de los vestidos
Con que sus carnes cubria.
De pié y de pierna descalza,
De palacio se salia;
Mas no sola, que llevaba
Tantos en su compañía,
Que de toda aquella corte
El concurso mayor iba.
Hombres, mujeres y ancianos
Ricos, pobres, niños, niñas
Los unos de sentimiento
Sus corazones partian.
Otros las piedras regaban
Con lágrimas que vertian;
Todos el dolor acerbo
De su señora sentian,
Y la afligida Griselda
Siempre mostrando alegría.
Amargamente lloraban
Todos cuantos la veian,
Ella á todos consolaba,
Y de esta suerte decia:
— No lloreis, pues yo no pierdo
Cosa alguna propia mia;
Que en pobreza y desnudez
Pasé la flor de mi vida,
Y si tuve esta ventura,
La Providencia divina
Me la dió para que ahora
Me sirva de mas fatiga.
No siento el perder las grandes
Riquezas que poseia;
Solo siento el ausentarme
Del esposo de mi vida.
Este dolor me atribula,
Esta pena me fatiga,
Esta congoja me ofende
Y esta afliccion me contrista.—
Con las palabras que hablaba
Las piedras enternecia,
Y al murmullo que formaban
Los que en su compaña iban
De sollozos y suspiros,
Ayes que al viento esparcian,
Por las calles que pasaban
A las ventanas salian,
Acompañando su llanto.
Llegó por fin la noticia
Al padre, que salió en breve
A recibir á su hija.
Viendo que en tan deshonesto

Traje entre el tumulto iba,
Llegó á ella, y con penosas
Ansias la dijo: — Hija mia,
No te aflijas, pues yo tengo
En un rincon escondida
La ropa que te quitaste
Cuando de gala vestida
Te saliste de mi casa
Con contento y alegría,
Para ser feliz esposa
Del Marques, que tu desdicha
Sola esa fué.—Y ella dijo:
— Padre mio de mi vida,
No fui yo la desdichada,
Que quien tuvo la desdicha
Fué mi esposo, que casóse
Con una que no valia
Tanto como él: esa fué
Mi fortuna y su desdicha;
Y para aliviar su pena,
No obstante de que yo viva,
Permite el Papa otra esposa
A mi esposo, porque sirva
De paz y quietud á todos.
Yo vengo con alegría
A vuestra casa, señor,
Para volver á la vida,
Como fuéron sus principios,
Entre pobreza metida.—
Llevósela el padre á casa,
Y de humilde pastorcita
Tomó otra vez el vestido.
Pasados algunos dias
Envió el marques Gualtero
A la aldea referida
Un paje, y dijo á Griselda
Que esté en palacio á otro dia
De mañana, porque importa.
Viendo nueva tan precisa,
Dió el sí, y el mensajero
Para palacio volvia.
Fué Griselda, y á su esposo,
Cuando presente le mira,
Con humildad cariñosa
De esta suerte le decia:
— Mándame, esposo y señor,
En que humillada te sirva,
Que mi gusto es complacerte.—
Dijo Gualtero: — Pues mira,
Mañana viene mi esposa
Con toda su comitiva;
Tú has de disponer las mesas
Para la boda lucida.—
Hízolo con humildad;
¡Quién del caso no se admira!
A otro dia de mañana
Llegó la gran comitiva
Con la novia del Marques.
Salió pues á recibirla
Aquel Job en la paciencia,
Y dióla la bienvenida,
Como los demas, alegre.
¡Oh pasmosa maravilla!
Sentáronse á comer,
Y ella á la mesa servia,
Donde fuéron asistidos
Con la ostentacion debida.
Y habiendo dado á Dios gracias,
Dijo el Marques que queria
Hacer allí unas preguntas,
Que no dejasen sus sillas.
Llamó entónces á Griselda,
Y amoroso la decia:
—Griselda, ¿qué te parece
De mi esposa? ¿No es muy linda?
¿No es agraciada? ¿No es bella
Su perfeccion, y no es cifra
De la hermosura su cuerpo?—
Y ella entónces de rodillas,
Dijo delante de todos:
— Señor, juzgo que en mi vida
No he visto ni espero ver,
Ni el claro sol que registra
Con sus reflejos lucientes
Desde su esfera lucida
Todo el contorno del mundo,
Juzgo que no tendrá vista
Otra copia semejante
A mi señora; y permita
Su Majestad que os goceis
En amable compañía
Muchos años, y despues,
Al partir de aquesta vida,
Goceis en la eterna gloria
Las celestiales delicias.—
Viendo la humildad tan grande,
Tan singular y crecida
De su esposa, levantóse,
Y abrazándola decia,
Vertiendo sus ojos perlas,
Que por la mesa corrian:
— De tu gran lealtad, Griselda,
Hartas pruebas tengo vistas,
Y no deseo ver mas;
Tú eres sola la querida,
Tú eres sola la estimada,
Que la que presente miras
Y la tienes por mi esposa,
Es nuestra querida hija,
Y nuestro hijo el mancebo
Que por cuñado tenias;
Conque cuanto imaginabas
Tener perdido, este dia
Lo recuperaste junto.
Vuelve en placer la fatiga,
Vuelve en gozo la tristeza;
Y ahora, esposa querida,
Perdon te pido de haberte
Hecho tantas ignominias.
Y sepan cuantos pensaban
Que á mi esposa pretendia
Arrojarla de mi casa
Y aborrecido la habia,
Que es engañosa su idea;
Pues si fué una accion impía
Mostrar con ella despego,
Fué alarde con que queria
Acrisolar su constancia:
Y pues la tengo ya vista,
Perdon delante de todos
Pido á mi esposa ofendida:
A mis hijos oculté,
Privándome de su vista
Por ver su resignacion;
Y las amargas noticias
Para mi querida esposa,
Que por la corte corrian,
Yo las fingí, y nadie tiene
De esto culpa; toda es mia.—
¡Ay cielos! No hallo palabras
Con qué explicar la alegría
Que todos los de la corte
Tuvieron en este dia.
A los padres de Griselda
Llevaron con excesiva
Pompa y grandeza á palacio
Donde hicieron exquisitas
Fiestas, saraos, comedias
Y despues de concluidas
Todos quedaron en paz
Y en conformidad unida.
Ea, señoras mujeres,
Pues os presento á la vista
Este espejo de Griselda,
Tomad de él ejemplar vida.
No es decir que los hombres
A fuerza de la codicia
De ser dueños, se adelanten

A querer ser homicidas;
Que fué la mujer primera
Formada de una costilla,
Para darnos á entender
La inmensa sabiduría,
Que la mujer no es cabeza,
Sino amable compañía,
Pues cerca del corazon
Fué la materia escogida
Para formarla, y así
Debe ser muy excesiva
La paz y union entre ambos,
Siempre tan de asiento fija,
Como la ley de Dios manda
Y la Iglesia nos lo avisa.
Y aquí el perdon de sus faltas
Pide la pluma rendida.

(*Griselda y Gualtero*, Pliego suelto.)

1276.

DON JAIME DE ARAGON Y LA CALAVERA.—I.

(*De Juan Dionisio*[1].)

Remonte el vuelo mi pluma
Hasta la region mas alta
Del viento, donde lucida
Brille, dando á aquesta plana
El mas feliz desempeño,
Con que sea celebrada,
Dando principio al suceso
Mas admirable que narra
En sus anales el tiempo
Y las historias pasadas.
Un noble hijo de Toledo,
A quien Don Martin llamaban,
Ansioso de adelantar
Los blasones de su casa,
Pasó á Flándes á servir
En las tropas celebradas
Del católico Felipe,
Español y real monarca.
Este pundonor ardiente
Le obligó á que se ausentara
De su patria, y de la vista
De una bellísima dama,
Prima suya, á quien atento
Con fineza galanteaba,
Y elegida para esposa
Tenia con dulces ansias.
Determinó amante y fino
Restituirse á su patria,
Y en un navío lijero
Surcó las ondas saladas;
Pero se le opuso adversa
La fortuna, tan contraria,
De un temporal iracundo,
Que al ímpetu de las aguas,
En bien deshechos fragmentos
Deshecha la nave se halla.
Don Martin libró, valido
De la piedad de una tabla,
Y otro amigo, que llegando
A la orilla deseada,
Humildes y agradecidos,
Rindieron al cielo gracias.
Admirados y confusos,
Discurrieron la campaña,
Solicitando saber
Qué tierra es la que pisaban.
Subieron á un alto cerro
Que empinado se levanta,
Descubriendo de su altura
Muchos campos de labranza,
Caserías y jardines
Con muy cristalinas aguas.
Alentados con tal vista,
Del cerro al llano se bajan,
Procurando refugiarse
Al abrigo de las casas.
Iban los dos discurriendo
Sobre su total desgracia,
Cuando á un lado del camino
Vieron una hermosa estancia,
O castillo muy vistoso,
Y cerca de él paseaba
Un bizarro caballero,
Como su aspecto mostraba.
Tenia un rico vestido
Con alamares de plata,
Y un gaban de terciopelo
Carmesí, que le ilustraba,
Con pasamanos de oro,
Todo á la española usanza.
Alegres los caminantes
Con vista tan deseada,
Le dieron gracias á Dios,
Porque tímidos se hallaban,
Pensando fuese de moros
El terreno que pisaban.
Se encaminaron alegres
Hácia donde el tal estaba,
El cual se paró á esperarlos,
Y ya que cerca se hallaban
Los dos, corteses y afables
Con gusto le saludaban;
A que les correspondió
Con cariñosas palabras.
Le contaron su fortuna;
Discreto los consolaba,
Y con gran galantería
Al castillo los llevaba.
Le preguntaron curiosos
De la tierra donde estaban,
Y el caballero les dijo:
—La Gran-Canaria se llama.—
Entrados en el castillo,
Discurrieron varias salas
De muy ricas colgaduras,
Vistosamente adornadas:
Dos doncellas muy hermosas
Con presteza luces sacan,
A las que mandó su dueño
Avisasen á su ama
Que mandase disponer
Dos limpias y blandas camas,
En una pieza las dos,
Y la cena aderezaran.
Les pidió que se sentasen,
Y él una silla ocupaba.
Pero aquí experimentaron
Dos cosas, cierto bien raras,
Y fué sacar una llave,
Y que á un criado la daba.
El cual abriendo una puerta
Que habia dentro la sala,
Salió de ella una mujer;
Y por la puerta contraria,
Dando admiracion á todos,
Vieron salir dos criadas
Alumbrando á una feroz
Negra, con costosas galas,
A quien dijo el caballero
Con atenciones urbanas:
—Seas, mi bien, bien venida,
Siéntate á mi lado, amada.—
A tiempo que la infelice
Que ya dejo mencionada,
Vestida de un sayo tosco
Y una toca corta y basta
De lino, y en las dos manos
Una calavera infausta,
Humilde bajo la mesa
Se metió, donde le echaban
Los huesos y desperdicios
De la mesa, y levantada
La negra, se despidió,
Sirviéndola las criadas;

Y la infausta referida
Salió del sitio en que estaba,
Y un criado le sirvió
En la calavera el agua,
La que bebió, y retiróse
A la referida estancia,
Con que, cerrando la puerta,
Al caballero entregaba
La llave; y los dos, notando
Variedades tan extrañas,
Prudentes disimularon,
Sin poder hablar palabra;
Lo que notó el caballero,
Y á los dos les declaraba
El motivo que tenia
Para afligir á la dama,
Diciendo en breves razones:
—Sabed pues que á mí me llaman
Don Jaime de Aragon: siendo
De catalana prosapia
Mi padre, por un disgusto
De la mayor circunstancia,
Le fué preciso ausentarse;
Abandonando la patria
Se embarcó, y una tormenta
Con la nave al traves daba
En esta isla, y saliendo
A tierra, se refugiaba
En la ciudad capital
Que llaman la Gran-Canaria.
Andándose paseando,
Vió una doncella gallarda,
De la cual se enamoró,
Y en fin con ella se casa.
Un hijo tuvieron solo,
Que soy yo, y viendo cifrada
De Marte la valentia
En mi juventud bizarra,
Gracias le rinden al cielo;
Y cuando á la edad llegaba
De los años diez y ocho,
A mis padres suplicaba
Tuviesen por bien pasase
A Flándes á sentar plaza.
Licencia me concedieron,
Y con dineros y galas
En breve tiempo me hallé
En Bruselas celebrada,
En donde plaza senté;
Y estando un dia de guardia
Discurriendo en varias cosas
Con otros seis camaradas,
A mí se acercó un anciano
Pidiendo que le escuchara.
Apartéme, y un papel
Escrito en letra muy clara
Me entregó, que lo leyese
Y le diese de palabra
La respuesta. Abrile al punto,
Y á leerle comenzaba;
Decia: «Español, tu talle
»Junto con las demas gracias
»Que el cielo te concedió,
»Son el motivo y la causa
»Para desear hablarte;
»Si te atreves, á mi casa
»Vendrás con las condiciones
»Que señale el que te habla;
»Y si no, te pesará
»La venida, y esto calla.
»Dios te guarde.» Así decia
La confusísima carta.
Le respondí al portador
Cómo yo pronto me hallaba
A obedecer del papel
Las confusas circunstancias.
Me respondió: —Para el logro
De este suceso, me aguarda
Aquí á las diez de la noche
Sin alguno en tu compaña.—
Desprecié todo temor,
Y mas que me aseguraba
El astuto mensajero
Que riesgo no habia en nada.
Tocó las diez el reloj,
Y apénas fuéron tocadas,
Cuando en un veloz caballo
El mensajero llegaba.
Se apeó con lijereza,
Y la vista me tapaba
Con un lienzo, y me asegura
Que ningun cuidado traiga.
Monté en el veloz caballo,
Y el mensajero á las ancas,
Empezando á caminar,
Sin mirar por dónde andaba.
Al cabo de media hora
Ya llegamos á una casa,
Donde hizo desmontarme,
Y por la mano me entraba.
Subímos una escalera,
Atravesando tres salas:
Al fin de una me entregó
A otra mano delicada,
La que me entró mas adentro,
Y con palabras pausadas
Me mandó que me sentase,
Y la venda me quitaba;
Pero fué ocioso querer
Conocer con quién hablaba,
Porque todo estaba oscuro;
Y en este tiempo la dama
Dió un suspiro, y cariñosa
Estas razones relata:
—¡Ay, Don Jaime de mi vida,
Tendrás por accion liviana
Mi amorosa travesura,
Siendo tú de ella la causa!
Tu garbo, tu gentileza,
Tu bizarria y tu gala
Me estimula á ejecutar
Esta accion en todo extraña;
Aunque resistencia he hecho
Procurando el excusarla,
Posible, señor, no ha sido,
Porque amor vuela con alas.
Para conseguir alegres
El logro de mi esperanza,
Has de guardar el secreto,
Sin que á ningun camarada
Reveles de este suceso
El fin, fundamento ó causa.
Si lo callas gozarás
Mis finezas duplicadas.—
Animado mi cuidado,
Cobró aliento en tanta calma,
Procurando por el tacto
Conocer con quién hablaba,
A la que consideré
Ser Vénus, Diana ó Pálas.
En el romance segundo
Juan Dionisio con voz clara
Continuará este suceso,
Porque la pluma se cansa.

(*Don Jaime de Aragon*, etc. Pliego suelto.)

[1] Aunque revestido del carácter español el asunto de este romance y los dos siguientes, no deja de percibirse en ellos el tipo de los cuentos orientales, y aun situaciones de ellos tomadas casi á la letra. Entre nuestros novelistas predomina mucho el espíritu de las leyendas y tradiciones que los árabes dejaron por legado en Francia, Italia y en España, pues aquellos y los persas trasladaron y vulgarizaron las leyendas sanscritas á su lengua, acomodándola á sus costumbres y á su religion. Casi todos los cuentos y novelas de los siglos medios tienen este origen; y en ellos se percibe, por mas que se hayan alterado, acomodado y mezclado con el espíritu de otros usos y civilizaciones. Los árabes hicieron mahometanas las fábulas sanscritas, y los europeos católicas y caballerescas.

1277.

DON JAIME DE ARAGON Y LA CALAVERA.—II.

(*De Juan Dionisio.*)

Prosiguiendo de esta historia
El discurso comenzado,
Digo que Don Jaime alegre
Con el suceso pasado
De amor, pues que cariñosa
La dama se ha demostrado,
La prometió de guardarla
El secreto, y con halagos,
Con ternezas y cariños
Se mantuvo disfrutando
Favores, que la ocasion
Dió lugar sin embarazo.
Y ya que le pareció
Que era justo retirarnos,
Me dió un bolsillo muy grande,
Advirtiendo á mi cuidado
No faltase de acudir
Al puesto, donde el criado
Me citó y me señaló,
Como ya dejo explicado.
Me volvió á vendar los ojos,
Y tomándome la mano,
Me fué guiando á la puerta
Por donde ya habia entrado,
Y al criado me entregó,
Con que bajando hasta el patio,
Con cuidadoso silencio
Monté en el veloz caballo.
Como sucedió primero,
Anduvimos caminando;
Atravesando mil calles
Venimos en largo espacio
A dar al puesto primero
En donde habia montado.
Despidióse el escudero,
Y á mi posada llegando,
Abrí el bolsillo y hallé
Del oro mas acendrado
Una preciosa cadena
Del valor de mil ducados;
Dos sortijas de diamantes,
Y cien doblones de á cuatro.
Absorto me hallé á la vista
De tan singular regalo,
Dándole á mi buena dicha
Gracias por lo ejecutado.
Reconocí por las prendas
Que era persona de garbo,
Con que salí á la mañana
Con la cadena adornado.
Jugaba y vestia bien,
Convidaba á los soldados,
Y en hosterías gastaba
Sin reparar, á lo largo.
Mis amigos me decian
De dónde habia sacado
Tanto dinero y alhajas,
O qué Indias habia hallado;
Pero yo satisfacia
Sus maliciosos cuidados,
Diciéndoles que mi padre
De España me lo ha enviado.
Continué en la estratagema,
De doblones bien colmado,
Con que empezó la malicia
A usar discursos villanos,
Pues en dichos y corrillos
Ya de ladron me imputaron,
Hasta que Don Baltasar,
Camarada muy honrado,
En diversas ocasiones
Que de mí estaban hablando
Volvió por mí como amigo;
Pero ya de oir cansado,
Una tarde que ambos solos,
Nos íbamos paseando,
Me dijo: —El quereros bien,
Y como amigo estimaros,
Me obliga aquí solamente
A que os diga que notado
Sois de todos, porque os ven
En caudal adelantado.
Discurre mil novedades
Cada uno, contemplando
De vos dónde ó de qué suerte
Adquiris dinero tanto.
Que hurtais dicen claramente;
Y hallándome interesado
En tu honor, por la amistad
Estrecha que profesamos,
Me cabe á mí del ultraje
La misma parte; y en tanto,
A ley de amigo leal,
Me has de revelar el caso.—
Reíme con gran reposo,
Y Don Baltasar, notando
Ver en risa convertido
Lo serio de su cuidado,
Me apretó de tal manera,
Que en la amistad confiado,
Por no causar mas sospechas
Le di de lo relatado
Larga cuenta; á que confuso,
Suspenso, como admirado,
Me dijo: —¿Cómo es posible
Que ignoreis, Don Jaime, tanto
Que no sepais con certeza
Aquella casa ó palacio?
Para la noche es preciso,
Sin que lo sienta el criado,
Lleveis oculta una esponja
Mojada en sangre en un vaso,
Y señalaréis la puerta,
Con que, andando con cuidado,
La casa conocerémos.—
Así fué determinado.
Logré á la noche gozar
Los deleites principiados,
Y con la esponja, al descuido
Dejé el puesto señalado.
Retiréme á mi cuartel,
Y siendo ya dia claro,
Don Baltasar y yo fuimos
Por la ciudad, y cansados,
Volviéndonos hácia casa,
Con la señal encontramos
Cerca de mi habitacion
Como unos noventa pasos.
Era un palacio opulento
De un príncipe potentado,
Que sola tenia una hija
Viuda, un raro milagro
De belleza y hermosura,
En quien recaia el Estado
Al fin de sus cortos dias;
Y de todo esto informados,
Aguardámos á la noche,
En que la hora llegando
Monté con el escudero,
Como estaba acostumbrado,
Estando Don Baltasar
Todo el suceso notando.
Mi dama me recibió
Con duplicados halagos,
A quien yo le supliqué
Permitiese en breve espacio
Dejarse ver; ella atenta
Condescendió con agrado.
Entró á otra pieza, y sacó
En sus blanquísimas manos
Una bujía encendida,
Y yo atónito y pasmado,
Viendo su rara hermosura,
La veneré por milagro.

—Ya me ves, me dijo alegre :
Quiera el cielo soberano
No sea para perderme.
Sabe, Jaime, que me llamo
Madama Lucrecia, siendo
Mi nobilísimo Estado
El principado de Erne,
De quien princesa me aclamo.
Mi padre es anciano y solo,
Con que heredera me hallo
De su dilatada hacienda
Y riquísimos Estados :
Con ellos te colmaré,
Haciéndote dueño amado
De todo lo que poseo —
Aquí yo regocijado,
Con palabras amorosas
Gracias le rendí humillado.
Ausentéme de su cielo,
Y en mi casa sosegado
Le conté á Don Baltasar
Todo cuanto habia pasado.
A la siguiente mañana
Salimos los dos paseando,
Y con juventud lozana
A las ventanas mirando,
Dimos continuadas vueltas
Del dia todo el espacio,
Deseando ver la vista
De aquel sol idolatrado.
Cansados, hácia el cuartel
Alegres nos retirámos,
Y miéntras Don Baltasar
Entró á desnudarse al cuarto,
Se acercó á mí una mujer
Con mascarilla tapado
El rostro, y en claro idioma
Español me habló bien claro,
Diciendo con gravedad
Las palabras que relato :
—Mal aconsejado mozo,
Salte, sin mas dilatarlo,
Con la mayor brevedad
De la ciudad, sin reparo,
Porque te importa la vida,
Y esta noche decretado
Está el fallo : quien lo ordena
Es quien mas te ha idolatrado :
De lástima esto te aviso ;—
Y se ausentó en breve espacio.
Quedé absorto con tal nueva,
El suceso contemplando.
Di aviso á Don Baltasar
De lo que me habia pasado
Con la mujer encubierta,
Y los dos considerando
Si seria estratagema,
Unánimes aguardámos
A que cerrase la noche
Extendiendo el negro manto.
Apénas dieron las diez,
Cuando me fuí acompañado
De Don Baltasar mi amigo,
Al puesto ya relatado.
Dieron las once, y no vino
El escudero nombrado.
Yo, cuidadoso en extremo,
A Don Baltasar le hago
Se retire, por si fuese
El escudero embarazo.
Apénas lo ejecutó,
Cuando salen embozados
Seis hombres con las espadas
Desnudas, y me cercaron,
Diciendo : —Muere.— Y apénas
Este dicho pronunciaron,
Cuando cerraron conmigo
Con un valor extremado ;
Mas con juveniles brios
Me defendia bizarro.
Ellos viendo que duraba
Sin descaecer un paso,
Sacó uno una pistola,
Y el gatillo levantando,
Me disparó, sin que fuese
Capaz para embarazarlo,
Con tres balas me pasó
Todo el lagarto del brazo.
Caí con ansias mortales ;
Mas Don Baltasar honrado
Acudió lijeramente,
Con cuyo auxilio cesaron
Mis contrarios en su intento,
Y en breve se retiraron.
Ayudóme á levantar
Y hácia el cuartel caminámos,
En donde con brevedad
Vino á verme un cirujano,
El que me curó al instante
Con amistoso cuidado.
Ya libre de esta zozobra,
Convaleciente me hallo,
Y saliendo á pasearme
Con mi camarada honrado,
Llegó el Sargento mayor,
Y me dijo con espacio :
—Sepa usted que el General
Le participe ha mandado
Se salga usted de Bruselas,
Por estar determinado,
Quien dió principio al suceso
Que una vez ha comenzado,
A darle fin con la vida,
Y así conviene ausentaros.—
Esto me dijo el Mayor :
Yo, haciendo discursos varios,
Dispuse pues mi viaje,
Retirándome hácia el patrio
Suelo, donde, despedido
De Don Baltasar, me parto.
En Dunquerque me embarqué,
Del amor escarmentado,
Y engolfados en sus olas,
Viento en popa navegámos.
Suspendiendo Juan Dionisio
El discurso comenzado,
Hasta la parte tercera,
Donde dará fin el caso.

(*Don Jaime de Aragon*, Pliego suelto.)

1278.

DON JAIME DE ARAGON Y LA CALAVERA.— III.

(*De Juan Dionisio.*)

Deseando concluir
Este suceso admirable,
Digo que con grande gusto,
Surcando cerúleos mares,
Arribó á la Gran-Canaria
El referido Don Jaime,
Quien atento satisfizo
A sus huéspedes afables,
Diciendo : —Despues, señores,
Que concluí mi viaje,
Recogido en la ciudad,
Deseoso de aquietarme,
Resolví tomar estado,
Y en triunfos matrimoniales
Unir de dos corazones
Dos distintas voluntades.
Un dia vi en cierto templo
La hermosa copia de un ángel,
De un serafin el dibujo,
En una hermosura afable,
En una rara belleza,
En una Vénus brillante,
En una doncella airosa,

Que, asistida de su madre,
Con recato al sacrificio
Asistian venerables.
Procuré saber quién fuesen,
É informado de sus partes,
Supe que eran gente noble,
Aunque de cortos caudales;
Que Elena, que este es el nombre
De esa mujer miserable
Que habeis notado, era hija
De Doña Beatriz Gonzalez,
Viuda honesta y conocida
Por sus partes estimables,
Que sola esta hija tenia,
Con quien intenté casarme,
Rendido á sus ojos bellos,
Luceros predominantes.
Por medio de un religioso
Alcancé el sí de la madre,
Y en himeneo gustoso
Logré ser esposo amante
De Elena, la que gozosa,
Viendo su aumento tan grande,
Repitió gracias al cielo
Por tales felicidades.
Alegre vivia y gustoso,
Entre delicias amantes,
Retirado á esta alquería,
De Flora estancia fragante.
Aquí mi alegre familia
Disfrutó cariños grandes
De las dulzuras de Elena,
A quien atienden amantes.
Considerando piadoso
El estado miserable
En que la fea pobreza
Trae á hombres principales,
Un primo de mi consorte,
Deseando adelantarse
Siguió las letras atento,
Con intencion de ordenarse.
Notando su buen intento,
Piadoso á casa le trae
Mi generoso cuidado,
Porque en ella procurase
Adelantar y lograr
Sus deseos vigilantes.
En mi casa asistió el fiero,
Desagradecido, infame,
Causa de todas mis penas
Y archivo de mis pesares.
Viviendo yo descuidado
De zozobras y de males,
Seguro de que lograba
De amor el laurel triunfante.
Sucedia algunas veces
De venirme varias tardes
A la ciudad, donde en ella
Cuatro ó seis dias cabales
Me detenia sin ver
A mi esposa tan amante.
Cuando volvia la hallaba
Toda llena de pesares,
Maldiciendo de la ausencia
Las causas inevitables,
Y con lágrimas regaba
De un lienzo la blanca márgen.
Por ocupacion precisa
Fuéme fuerza el ausentarme,
Y estarme cerca de un mes
Cuidando de mis caudales;
Cuando volviendo á esta quinta
A la vista de mi amante
Esposa, la que halagüeña
Embozando falsedades,
Me echó los brazos al cuello,
Maldiciendo el dilatarse
Tanto mi vista á sus ojos;
Y yo siempre mas constante,
La consolaba, y alegre
Procuraba desvelarme.
Un dia que descuidado
Me hallaba, me llamó aparte
Esa negra que habeis visto
Y con aparato grave,
Me dijo: — Mi buen señor,
Cierto no quisiera darte
Sentimiento ni disgusto;
Pero no quiero ocultarte
La maldad mas horrorosa
Que me precisa explicarte.
Sabe pues que mi señora,
Ciega, torpe é ignorante,
Viciosamente te ofende,
Manchando tu honor brillante
Con su primo, quien ocupa
Tu lecho cuando tú haces
Ausencia, y en deshonestos
Deleites los dos contraen
El delito mas atroz
Que yo puedo declararte.—
Oyendo tales razones,
Estuve para quitarle
La vida á la precursora
De mis precisos pesares.
Le mandé que con silencio
Lo que me ha dicho ocultase,
Miéntras yo de mi venganza
Fomentaba la admirable
Forma; y así en breve tiempo
Al infiel y vil amante
Quemé vivo, y la cabeza
Le corté porque aumentase
Mas crecido el sentimiento
A la aurora de mis males.
Despedí algunos criados,
Y á mi esposa, aleve, infame,
Desnudé de sus vestidos
Y aderezos de diamantes,
Reduciéndola á lo estrecho
Del adorno que notasteis,
Y aquella funesta sombra
Dispuse que la acompañe
En la muerte, pues fué en vida
Ella quien pudo agraviarme.
Pague pues su liviandad
Y falta de fe constante.
A la negra la hice dueña,
Por su lealtad tan grande,
De joyas, galas, preseas,
Y el mas precioso homenaje.
Esta goza mis caricias,
Esta logra eternizarse
En el templo de mi fe,
Como su divina imágen.
Este es, nobles caballeros,
El suceso formidable,
La mas peregrina historia
Y el caso mas admirable.—
Estando en estas razones,
De improviso oyó quejarse
Con descompuestos clamores
Y desentonados ayes
A la negra referida,
La que con ansias mortales,
Cercada de confusiones,
Y con fieros ademanes,
Alborotaba la casa.
Acudió en breve Don Jaime
A ver á su negra dama,
La que con voz formidable
Dijo: —Atiéndanme, señores;
Sepan el delito grave,
El mayor desatentado
Que ha podido imaginarse.
Yo soy la que pretendí
Lograr los vicios carnales
Con aquel desventurado

A quien acusé de amante,
Y por mi causa murió
Del fuego á las impiedades,
Por haber yo sin acuerdo
Contra la opinion brillante
De Elena hablado engañosa,
Manchando su honor triunfante,
Siendo clara como el sol
Entre confusos celajes.
Falso testimonio fué,
Levantado por vengarme
De ella, porque rigorosa
Impidió mis liviandades.
Elena es honesta y casta,
Elena es de virtud grande,
Elena es matrona digna
De alabanzas inmortales:
Por mí padece sin culpa;
Pague yo, pues erré antes.
Por Dios el perdon te pido
A ti, engañado Don Jaime,
Para que pueda gozar
De los bienes celestiales.—
Don Jaime, viendo el suceso,
Con cólera formidable
Quiso matar á la negra;
Mas los huéspedes afables
Le estorbaron cometiese
Desatentado tan grande.
Parten en busca de Elena
Con presteza vigilante;
Abren las puertas del corto
Aposento, donde yace.
La hallaron, ¡qué gran dolor!
Difunta, ¡duros pesares!
Con las manos sobre el pecho
En un reposo suave,
Y la infausta calavera
A su lado; mas Don Jaime,
Con ternura y confusion,
Se abrazó con el cadáver
De su difunta consorte,
Diciendo palabras tales,
Que movian á compasion
Los endurecidos jaspes,
Ayudando al sentimiento
Sus criadas y sus pajes,
Y el resto de la familia,
Que estremecian el aire.
Los huéspedes admirados,
Con razones elegantes
A Don Jaime consolaban,
Procurando así aliviarle.
A este tiempo dió la negra
Fin á su vida cansable,
Y Don Jaime con dolor
Dispuso el cuerpo llevasen
De Elena á darle sepulcro
A la ciudá, y con piedades
Católicas, religiosas,
Las exequias funerales
Le hicieron con sentimiento
De extraños y naturales,
Que supieron el suceso
Con admiracion notable.
Los huéspedes generosos,
Al liberal hospedaje
Agradecidos y atentos,
Gracias le dan á Don Jaime,
Quien, liberal como experto
En casos tan admirables,
Les asistió cariñoso
Contra las necesidades.
Cerca de un mes estuvieron
Esperando el embarcarse
A España, y en la ocasion
De una genovesa nave,
Asistidos de dinero,
Ropa y demas equipaje,
De Don Jaime se despiden,
Pidiendo que les mandase,
Que prontos los dos estaban
Para obedecerle afables.
Dieron las velas al viento,
Rompiendo tersos cristales.
Don Jaime, desengañado
De los referidos lances,
Viendo del mundo engañoso
Los efectos miserables,
Su hacienda repartió á pobres
Liberal, pio y constante,
Y en un convento dichoso
De recoletos del Cármen
Tomó el hábito bendito,
Sirviendo á Dios inefable.
Dando aquí fin Juan Dionisio
A aquesta tercera parte,
Y pide que le perdonen
Los yerros, por ser muy grandes.

(*Don Jaime de Aragon*, Pliego suelto.)

1279.

DON ISIDRO Y DOÑA VIOLANTE, Y EL NEGRO DOMINGO.— I

(*De Juan Miguel de Fuentes.*)

Escuchadme atentamente,
Amantes los de este siglo,
Los que en el amor teneis
Los mas heróicos prodigios,
Los que fundais mayorazgos
En fincas del dios Cupido,
Y á la mejor ocasion
Soleis perderlos por tibios;
Escuchadme atentamente,
Porque con vuestros sentidos
Palpeis bien vuestras tibiezas,
Porque no os precieis de finos.
Sucedió pues en Jerez
De la Frontera, un prodigio
Que es de admiracion y raro,
Y digno de referirlo.
Fué pues que en esta ciudad
Habitaba un Don Isidro,
Natural de Badajoz,
De sangre noble y muy rico,
Siéndolo tambien de amor,
Pero, como dije, tibio.
Amaba á cierta señora
Con un amor muy crecido,
Frecuentando las visitas,
Y en una la dama dijo:
—Señor Don Isidro, usted,
Si quiere ser mi marido,
Es menester que esta noche
Me saque de aqueste sitio,
Que el intento de mi padre
Es muy diferente al mio;
Y si ha de ser, á las doce
De la noche en este sitio
Espero á vuesamerced,
No haya falta, no, bien mio.—
Se despidió el caballero,
Y ántes de marchar le dijo:
—Quédate adios, y procura
Hacer de tu ropa un lio.—
Despidiéronse amorosos
Con cortesanos estilos:
Fué á su casa el caballero,
Y para el caso previno
Darle cuenta á un negro suyo
Que se llamaba Domingo,
El cual negro, por talmado,
Se lo vendió á Don Isidro
Un caballero de Cádiz;
Era un negro muy ladino;
Y en fin le dijo al esclavo
El amo: — Sabrás, Domingo,

Como esta noche tenemos
Entre manos un designio:
Te has de poner punta en blanco
Y enjaezarme el tordillo,
Que armado aquí te procuro
Para que vayas conmigo.—
Díjole al amo: — Señor,
¿El lance es caso exquisito?
—Sí, Domingo, es una dama
Hermosa, le ha respondido,
Llamada Doña Violante,
Hija de Don Diego Niño,
Natural de Gibraltar,
De linaje esclarecido,
Y vive junto á la Plaza
Arrimado á San Isidro;
Y así te estarás en vela,
Miéntras reposo un poquito.—
El negro, que atento escucha,
Taimado le ha respondido:
—Sosiéguese usted, señor,
Que no habrá falta en lo dicho.—
Acostóse el tibio amante,
Y así que el esclavo vido
Reposando al caballero,
Montando sobre el tordillo,
Y con una mascarilla
De lienzo como un armiño
Pasó la calle de Francos,
Y llegando á San Isidro
Dió el reloj las doce, y ella
Salió al balcon con sigilo
Dejando caer la escala
Y de sus ropas un lio.
Tomóla el negro á las ancas,
Y por ir tan escondido
Con la propia mascarilla,
Ella no le ha conocido.
Por la puerta de Sevilla
Salen á Santo Domingo;
Luego por las Tarazanas
Fuéron á dar al camino
De la Sierra, porque el negro
Tiró á ocultarse maligno.
Volvamos al tierno amante,
Que es razon llamarle tibio,
Que el que lo fué en este lance
Que aquí llevo referido,
Lo será sin duda alguna
Miéntras viva en este siglo.
Despertó en fin asustado,
Llamando al negro Domingo;
Pero, por Dios, que se halló
Sin pájaro ya en el nido,
Que es como suelen decir
En aquel adagio antiguo,
Quien duerme, lagañas cria:
Así fué á mi Don Isidro.
Daba voces á su negro,
Juzgando que se ha dormido;
Y en fin halló las tres prendas
Distantes de su designio.
Salió á la calle sin capa,
Y como loco aburrido
Partió á buscar á Violante,
Y no hallándola, sin tino,
Echando ménos la dama,
Volvió otra vez aturdido
A su casa, hasta saber
Al otro dia el designio.
En este tiempo la dama
Ya habia reconocido
Al negro por le grajuno
Y habérsele suelto un dicho,
Y así astuta discurrió
Un engaño de improviso
Para zafarse del negro,
El cual fué con este arbitrio:
Que al pasar la alcantarilla
Del Baralejo le dijo:
—¡Ay Don Isidro, mi bien!
Pára, que se me ha caido
El pañuelo, en que llevaba
Mis joyas y mis cintillos,
Y cantidad de dinero:
Apártame del camino
Donde esté segura, y vuelve
A buscarle de improviso.—
Con esta codicia el negro
Entró en ello inadvertido.
Dejóla al pié de un vallado,
Y fué á buscar lo perdido.
Viéndose la dama sola,
Fiada en su aliento mismo,
Tomó de Jerez la vuelta,
Y como en el propio sitio
Dejó la escala, por ella
Volvió á subir á su nido.
Desnudóse y acostóse
Con recato y con sigilo,
Sin dar á entender á nadie,
Como si no hubiera sido.
En esta ocasion el negro
Andaba dando gemidos,
Que atemorizaba el campo
Con reniegos y bufidos,
Pues el resto de la noche
Se llevó dando bramidos.
Se estuvo allí todo el dia,
Hasta que la noche vino,
En la cual pasó á Jerez
A la casa de un amigo,
Otro negro como él,
Que tenia un mesoncillo,
Al cual el caso le cuenta
Para darle finiquito.
Ya Doña Violante habia
Aquel mismo dia visto
A su descuidado amante,
Porque al dicho Don Isidro
Puso el descuido en cuidado
Hasta que á la dama vido.
Aquí fuéron de los dos
Las quejas y los delirios;
Diéronse satisfacciones
Los dos, hasta que Cupido
Volvió á unir las voluntades
Con mas estrecho cariño.
Citáronse aquella noche
Para ejecutar lo mismo,
Con cargo que habia de dar
Junto al balcon un silbido,
O frontero de su puerta
Con la boca, y no con pito,
Para que con esta seña
No haya otro engaño fingido;
Y así llevó el caballero
El santo, que ha de dar, fijo.
Pero volviendo, señores,
A nuestro negro Domingo,
Digo que buscó dos negros
Que rondasen de continuo
Toda la noche la puerta
De su amo Don Isidro,
Que él estaria á la mira
Con el rocin prevenido,
Y que los otros dos negros,
En viendo abrir el postigo,
Al caballero le hagan
Vuelva adentro de improviso.
Hiciéronlo así los negros,
Y en aquel instante mismo
Fué á ver á Doña Violante;
Y fué el caso tan al vivo,
Que llegando á emparejar
Con el balcon, dió un silbido
Para parar el caballo,
Porque era rocin de brios,

Y fué lo bastante aquello
Para salir al proviso
La dama, y echar la escala,
Como diestra en el oficio.
Volvió otra vez á montar
A caballo con Domingo.
Picó el negro con cuidado
Y diabólico designio
Tomando el arroyo abajo,
Y á la Alcubilla ha cogido.
Hacia un levante fiero,
Con que la fortuna quiso
Que la mascarilla al negro
Se la quitó un remolino.
Cuando vió Doña Violante
Al negro, cegó y no vido:
Dejóse caer del bruto,
Dando mil voces y gritos.
Acuden luego los guardas,
Que estaban en aquel sitio
Cobrando de los arrieros
El portazgo del camino.
Viéndose perdido el negro,
Sacó muy enfurecido
Un trabuco, y á la dama
Le tiró con él un tiro.
Parten detras dél los guardas;
Y la dama, como vido
Que estaba sola, se fué,
Porque no la agravió el tiro.
Iba muy amarga y triste
Llorando, por donde vino;
Y en fin llegando á su puerta,
Desembocó Don Isidro
Por la plaza de la Yerba:
La dama, que oyó el ruido,
Juzgando que el negro era,
Tomó la escala de un brinco,
Y en su cama se metió,
Al tiempo que Don Isidro
Llegó al balcon, y paró
Con la seña del silbido.
A este tiempo llegó el negro,
Porque volvió enfurecido
Buscando á Doña Violante,
Y hallando allí á Don Isidro,
Cierran los dos á balazos
Sin apuntar, tiro á tiro;
Mas la razon le ayudó
A su amo Don Isidro,
Que el negro se escapó á uña
De caballo, mal herido.
Volvió al balcon con su dama,
Y por mas que enternecido
La habló, no quiso salir,
Con que se volvió aburrido.
Y así, discreto auditorio,
En el segundo corrido
Dará Juan Miguel de Fuentes
A este caso finiquito.

(*Don Isidro y Doña Violante*, etc. Pliego suelto.)

1280.

DON ISIDRO Y DOÑA VIOLANTE, Y EL NEGRO DOMINGO.—II.

(*De Juan Miguel de Fuentes.*)

Apénas el otro dia
Se levantó Don Isidro
Fué á ver á Doña Violante,
Y con prontitud lo hizo,
Que el cuidado de su dama
Muy quejoso le ha tenido,
Por conocer entre sí
Su descuido inadvertido.
Salió Violante al balcon,
Que el mucho amor y cariño
Le obligó á ser amorosa,
Lo que él se esmeró en ser t.bio.
Ya se supone que hubo
Aquellos afirmativos,
Si tú fuiste muy aguda,
Si yo anduve muy sencillo;
Y en fin, entre queja y queja
Se mezclaba enternecido
Amor, que les obligó
A quedar mas encendidos.
Salió de esta conferencia,
Se prevenga otro designio,
Y fué que dijo la dama:
—Dejémonos de ruidos,
Y mañana al ser de dia
Voy á misa á San Isidro,
Y puede venir usted
Para el caso prevenido,
Y desde allí nos irémos
Donde usted fuere servido.
Convino en ello el amante,
Y con prontitud lo hizo.
Con otra mujer tapada
Se fué a casa de un amigo,
Para desde allí tomar
De Badajoz el camino.
Púsole una mascarilla
A su dama, porque quiso
Salir con ella de dia
Por los casos referidos,
Y porque no la conozcan
El rostro tapar le hizo.
Salió en el peso del dia
Por junto á los Capuchinos
Al camino de Caulina:
Iban con gran regocijo;
Mas cuando se vieron solos,
¡Qué felicísimos dichos
Se decian uno á otro,
Si unos buenos, otros lindos!
Fuéron á tener la noche
A ese nombrado cortijo
De Romanla, y en él
Estaba el negro Domingo
Siendo guarda de á caballo
De todos aquellos trigos.
Así que vido á su amo
Se rebozó de improviso
En una capa, porque
Violante ni Don Isidro
Le pudieran conocer.
¡Hecho está un traidor muy fino!
Allá por la madrugada,
Cuando el caballero quiso
Salir para las Cabezas,
Al aperador le dijo
Si queria que un sirviente
Lo guiara hasta el camino.
Convino el aperador,
Y fué impensado el designio,
Pues fué el negro á quien nombró
El aperador sencillo.
El negro salió delante,
Y en vez de ir al camino
Los embocó en Sibalbin,
Adonde en lo mas sombrío
De un arroyo quiso el negro
Ejecutar vengativo
Su furia, con un ardid,
Que fué hacerse perdidizo
A excusas de oscura niebla
Que se levantó al proviso.
En aquellos lentiscares
El rocin de Don Isidro
En tierra cayó dos veces,
Y los dos se han mal herido.
Viendo el noble caballero
Este caso, al negro dijo:
—Hombre, dame ese caballo,
Hasta salir de este sitio.—
El negro le respondió,

Mudando el habla un poquito:
—Monte usted aquí á la señora
A las ancas, que del risco
Los sacaré en paz y en salvo,
Que es menester de este sitio
Saber bien los malos pasos,
Y yo los tengo medidos.
Parecióle al caballero
Este consejo sencillo.
El negro tomó á las ancas
La dama, y al verla consigo
Metióle piernas al bruto,
Haciéndolo asombradizo.
Tomó todo el monte arriba,
Y por el mismo ruido
El otro bruto siguió,
Pero á poco perdió el tino.
Viéndose burlado el noble,
Como loco daba gritos,
Respondiéndole Violante;
Mas el negro enfurecido
Le dice: — Calla, ó te mato.—
Pero quiso el cielo mismo
Que á este tiempo su caballo
Cayó, y contra unos lentiscos
Le cogió una pierna al negro,
Metido el pié en el estribo,
Y salió Violante huyendo
En busca de su querido.
Halláronse finalmente,
Y hasta que la aurora vino
Sin menearse estuvieron
Con sus armas prevenidos.
Mas apénas fué de dia,
El caballero ha cogido
La vuelta de las Cabezas;
Que desde entónces no quiso
Andar un paso de noche,
Ni por fuera de camino.
Pasó á Utrera y á Sevilla,
Y luego á Badajocillo;
Mas siempre con pié de plomo
Sin echar de su sentido
Las astucias de aquel negro
O demonio enfurecido.
Así fué de dia en dia
Pasando á los lugarcillos,
En cuya ocasion el negro
Se agregó con diez bandidos.
Sabiendo que su amo estaba
En Badajoz acogido,
Se partió á Sierra-Morena,
Capa de tantos delitos.
Atajóle algunos pasos
De los mas amplios caminos,
Y al cabo de cinco dias
Vino el noble Don Isidro
A pasar por esta sierra,
Aunque alguna cosa tibio,
Receloso de los casos
Que le habian sucedido;
Mas como es aquesta sierra
Tan penosa, iban lo mismo
El caballero y su dama,
Aun con algun regocijo.
Porque el caminar de dia
En efecto es mucho alivio.
Mas Dios nos libre de quien
Nos aguarda vengativo;
Pues al pasar por la sierra
Salió con los diez bandidos
Aquel pertinaz demonio,
Mas que nunca enfurecido,
Diciendo al amo: — Señor,
¡Oh, nunca hubierais nacido
Para no veros ahora
En peligro tan no visto!
¡A ver si encontrais ahora
Defensa, achaque ó camino
Que os liberte y os defienda
De tan grande precipicio!
Y tú, melindrosa dama,
Que con engaños fingidos
Tanto de mí te has burlado,
Ahora de tí haré lo mismo.—
Don Isidro metió mano
A defenderse, y Domingo
Le dijo: — Tente, ó te mato
Con este trabuco mio.—
Como la vida es amable,
Se suspendió Don Isidro;
Y en fin, desmontó la dama,
Y maniató á su querido.
Mas ¡oh poderoso Dios,
Qué grandes son tus prodigios!
Pues llegando en este tiempo
Ese afamado caudillo,
El valiente Juan Moreno,
Tan piadoso como altivo,
Y viendo aquel asqueroso
Negro, tan feo é impío,
Quiso allí mostrar la sangre
De pechos tan bien nacidos.
Como conoció á la dama
Que estuvo en su lugar mismo,
Púsole puntos al negro,
Y aunque el perro huir quiso,
No pudo, porque Moreno
Le quebró un muslo de un tiro
Al negro, y cayó en el suelo,
Y los otros han huido.
Desligando al caballero,
Entre todos han cogido
Al negro, y por la bragada
Lo colgaron de un quejigo,
Y en la frente le pusieron
Un blanco papel, no escrito,
Que á balazos lo escribieron,
Tirando al blanco al morcillo.
Díjole Moreno luego
A su amigo Don Isidro:
—Tírele usted á ese negro,
Que despues yo haré lo mismo.—
Tiróle el amo y erróle,
Y Moreno cuando vido
El yerro, con una bala
Le atravesó los sentidos.
Luego le tiraron todos,
Y por tirar tantos tiros
Todo el pellejo le hicieron
Criba, pero no de trigo,
Pues que por cada agujero
Le cabe un par de membrillos.
Dejaron este cadáver
Colgado en aqueste sitio,
Y todos juntos tomaron
De Badajoz el camino.
Y en un lugar de la sierra,
Que está allí circunvecino,
Se celebraron las bodas
Con muy grande regocijo,
Y el valiente Juan Moreno
Fué de estas bodas padrino.
Y aquí Juan Miguel de Fuentes,
Discreto auditorio mio,
Os pide le perdoneis
Tantos yerros cometidos.

(*Don Isidro y Doña Violante*, Pliego suelto.)

1281.

DON CLAUDIO Y DOÑA MARGARITA. — I.

(*Anónimo.*)

Hoy, señores, hoy se alienta
Mi discurso por un rato
A referir las mayores
Penas, congojas, trabajos

De una principal señora,
La cual en un reino extraño
Vino á vivir de tal suerte,
Que su venida y estado
De padecer fué la causa,
Como lo iré declarando.
Estaba pues en la corte,
Siendo grande de palacio
De Francia, un gran caballero,
Cuyo nombre era Don Claudio.
Rendido de la hermosura
De esta señora, ha intentado,
Por lograr su estrecho amor,
Entrar en su mismo cuarto.
Por las tapias de un jardin
Hizo avance, y reparando
Era el alfombrado suelo
De aquel hechizo descanso
Con las flechas de Cupido,
Aunque no sin sobresalto,
Con fino amor atropella
Los términos del recato.
Entró en su cuarto, y apénas
Vido el sol tan á su salvo,
Con halagos y caricias
Sus finezas ha explicado.
Dijo entónces la señora,
El semblante demudado:
—¿Qué es aquesto, caballero?
¡Mucho aquesta accion extraño!
¿Qué buscais en mi retrete,
Exponiendo mi recato?—
Y el caballero responde:
—Señora, vengo buscando
Todo mi total remedio,
Cuando en fino amor me abraso.
Y no os admire que yo
Haga aqueste exceso, cuando
Viviendo solo en tus luces,
Me mantengo con los rayos.
Bien sabeis mi calidad,
Y es mi deseo que en lazo
Del matrimonio se unan
Las calidades de entrambos.
Si os hizo Dios tan hermosa,
No extrañeis que mi cuidado
Se anticipe de esta suerte;
No puedo mas remediarlo.—
Díjole así la señora:
—Debajo de ese contrato,
Ya que habeis hecho el arrojo,
A vuestro gusto me allano.—
Estos fuéron los principios
Para que en estrecho lazo
Lograran del matrimonio
El efecto consumado.
Se efectuaron las bodas
Con el rumbo y aparato
Que en tal caso corresponde,
Segun el porte de entrambos.
Ya fenecidas las bodas,
Por mayordomo tomaron
Un mozo de mucho porte:
Don Alberto era llamado.
¡Demonio debió de ser,
Pues que entre los dos casados
Con su dañada intencion
Introdujo tal estrago!
Fué preciso el ausentarse:
Su esposa y casa dejando
Y obedeciendo á su Rey,
Fué á la campaña Don Claudio.
Dejó en casa el mayordomo,
Junto con dos sus criados,
Para que á su esposa asistan
Y que estén á su mandado,
Y otras distintas criadas,
Y una dueña, que á su lado
No le falte á la señora,
Que es de la virtud dechado.
Quedó la noble señora
Con mucha pena y quebranto
Por la ausencia de su esposo
Al que estima y ama tanto.
Doblemos aquí la hoja,
Y vamos á que arrestado
El traidor del mayordomo,
Con pecho falso y dañado,
En lascivos pensamientos
Quiso emplear su cuidado;
Que quien tiene mala sangre
Obra en fin como villano.
Intentó, ¡gran desvergüenza!
Manchar traidor inhumano
El honor de la señora,
Su respeto atropellando.
Rompió el silencio la voz,
Y un dia que salió al campo
Por divertir sus pasiones
Y dar treguas al cuidado,
Con la ocasion de asistirle
El mayordomo ha llegado,
Y con cifradas razones
Su maldad fué declarando,
Hasta que dijo: — Señora,
En fuego de amor me abraso;
Gocemos de la ocasion
Con la ausencia de mi amo.—
Esta mujer, muy prudente
Y con disimulo extraño,
Sin ser de nadie notada,
Esta respuesta le ha dado:
—¡Vive Dios, hombre traidor,
Si lo que dices, villano,
No entendiera que era chanza
Y que es lisonja del prado,
Yo misma te diera muerte,
Yo, sí, te hiciera pedazos!
Reprima su fantasía,
Y agradezca que no hago,
Por solo excusar la nota,
Con él, un esceso extraño.—
Quedó Alberto muy corrido,
Suspenso y avergonzado
Discurriendo en la ocasion
Vengarse como villano.
Vino el amo de la guerra,
Y en su esposa contemplando
Anhelaba por llegar
A su casa y á sus brazos.
El mayordomo traidor
Trazó un testimonio falso,
Que el gusto volvió en veneno
Y en rigor volvió el halago.
Bajó la noble señora
Por recibir en los brazos
Su dueño y querido esposo:
La casa se ha alborotado.
Bajaba tambien un paje
Que desde niño han criado,
Y delante de su ama
Va con una hacha alumbrando:
Bajaba Alberto tambien,
Y del demonio incitado,
Quiso lograr la ocasion
Que el tiempo le está brindando.
Se juntaron en la mesa
De la escalera, y sacando
Un puñal, le dió la muerte
Al paje que va nombrado.
Quedó la señora inmóbil
Viendo tan notable estrago,
Al tiempo que el caballero
Subia ya á su descanso.
—¿Qué es esto, dijo, qué es esto?—
Y el traidor disimulado
Ha dicho: — Aqueste traidor
En este sitio ha violado

Tu honor, y yo soy testigo;
Y así he querido vengarlo.—
La noble señora entónces,
Aumentando el sobresalto,
Amortecida cayó
A los piés de este malvado.
Entónces el caballero
Afligido y angustiado,
Lloraba su infausta suerte,
Todo el hecho confirmando.
¡Ay mi Margarita, dice:
Cómo lo que estoy mirando,
Con tanta evidencia, juzgo
Que no es capaz de tu estado!
Si en tí no hay culpa, desdicen
Los afectos inhumanos;
Pero no tiene remedio,
El cielo te dé su amparo.
Dejóla, y al retirarse,
El corazon quebrantado,
Le ofrece el amor disculpas,
Que no admite el ser honrado.
Vuelta su esposa en su acuerdo,
Su pena va duplicando,
Viendo que en su esposo obraban
Los efectos del agravio.
No halla disculpa, ni halla
Con qué aclarar del villano
Su traicion, ni halla tampoco
Por dónde salir del cargo.
Satisfacer con razones,
Diciendo lo que ha pasado,
No lo prueba, que es indicio
De que ella lo ha fomentado,
Y por disculpar su error
Quiere culpar al criado;
Y así no hallando remedio,
Todo lo remite al llanto.
Dijo su esposo. — A esa fiera
La habeis de llevar al campo,
Y de las mas altas peñas,
Cual precipitado rayo
La arrojad, y luego al punto,
Abriendo el pecho tirano,
Sacaréisla el corazon,
Y el un dedo de la mano;
Me lo trairéis, porque quede
Satisfecho del agravio.
Vos, mayordomo, no iréis
A ejecutar mi mandado,
Porque aunque os preciais de fino,
Estáis muy apasionado.
¡Parece que el corazon
La traicion le está mostrando!—
Dos criados la cogieron,
Y retirándose al campo,
Entre peñas y entre riscos
Con gran dolor le han entrado.
Van los dos muy satisfechos
De que es testimonio falso,
Y á la inocente del ama
Procuran dejar en salvo.
Dijo el uno: — Yo, señora,
Y el que me está acompañando
Somos leales y finos,
No homicidas ni inhumanos:
Quedaos vos aquí, y el cielo,
Que todo lo está mirando,
Volverá por vuestra causa.—
Y se despiden llorando.
Dijo la señora: — Hijos,
Ejecutad el mandato
De mi esposo, que no es justo
Que os suceda algun quebranto.—
Se fuéron á un hospital,
Donde una difunta hallando,
Le sacan el corazon
Para cumplir con su amo;
Llevando tambien el dedo,
Salieron de este cuidado.
Quedó la triste señora
Sola, afligida en el campo,
Preñada de nueve meses,
Y con dolores de parto.
Entre confusas angustias
Y rigor tan inhumano
Parió dos infantes tiernos,
Que al sol le quitan los rayos.
Pasó por allí una osa,
Y el un niño se ha llevado,
Y el otro que le quedaba,
Lo tomó su madre en brazos.
Toda mortal y sin fuerzas
Iba buscando en el campo
Donde cristianar el niño,
No muera sin ser cristiano.
Vido bajar á un pastor
Desde una altura á lo llano,
Que al refresco de una fuente
Viene el tal encaminado;
Que el cielo en tales conflictos
A nadie ha desamparado.
Llegó el pastor, pero viendo
Suceso tan impensado
Como la dama le cuenta,
Quedó admirado del caso.
En la cristalina fuente,
Teniendo el niño en los brazos,
Sobre su cabeza el agua
Limpia y pura derramando,
Dijo: — En el nombre de Dios
Padre, Hijo, Espíritu Santo,
Te bautizo, Valentin, —
Que es el nombre que le ha dado.
Llevó la triste señora
A su cabaña, y llegando
Se la entregaba á su esposa,
Para que con gran cuidado
La asista, cuide y regale,
Que está muy débil del parto.
Recogieron la señora,
Y á su hijo acariciando,
Dió en sus pechos alimento,
Dándole el pastor su amparo.
En el segundo romance
Se prosigue este fracaso.

(*Don Claudio y Doña Margarita*, Pliego suelto.)

[1] Este romance y el siguiente han tomado su asunto de varias novelas caballerescas que se formaron sobre el contenido de cuentos tradicionales; pero en especial sobre una narracion de principios del siglo XV, la cual, á pesar de sus anacronismos y disparates, ofrece mucho interes. Trata esta leyenda de las aventuras de Urson y Valentin, cuya madre fué Belisena, hermana del rey Pipino y esposa del emperador de Constantinopla... A esta princesa le acontece lo mismo que se supone á la Margarita del romance; mas en la leyenda se introducen otras mil aventuras que en aquel se descartan; sin lo cual habria tela cortada para muchos pliegos. El lance de sacar los ojos, el corazon, y cortar los dedos de las inocentes víctimas de la calumnia, para cerciorarse de su muerte, y lo de sustituirlos con otros de personas ya muertas, es muy comun en las novelas caballerescas de los siglos medios: recuérdese la historia de Gaiferos, la de Santa Genoveva y la de algun otro romance de los aquí insertos, y se verá la frecuencia con que se repite esta combinacion que si á nosotros nos parece inverosímil, no tanto se lo pareciera á nuestros antepasados. La mas curiosa diferencia que hay entre el romance y la leyenda, consiste en que el traidor sea en aquel un mayordomo de Claudio, y en esta el arzobispo de Constantinopla. En los siglos medios era muy frecuente que los novelistas, por agradar á los señores feudales, ultrajasen al clero que los combatia defendiendo á los siervos oprimidos. No es ménos reparable que el fin de Valentin en la leyenda sea idéntico al de la vida de San Alejo tan apreciada por el vulgo.

Lope de Vega, que tanto amaba los romances y los cuentos populares, hizo sobre este asunto su drama de Urson y Valentin, hijos del rey de Francia; y entre los folletos que el vulgo lee todavía y venden los ciegos, se halla uno que refiere la misma historia.

1282.

DON CLAUDIO Y DOÑA MARGARITA.— II.

(*Anónimo.*)

Ya dijo el primer romance
Cómo quedó en la cabaña
Recogida esta señora,
Asistida y regalada
De los humildes pastores;
Y volvamos á que estaba
Con muy grande sentimiento
Don Claudio de ver la falta
De su bella Margarita,
La cual con ansias sobradas
Se acordaba por instantes
Del esposo de su alma,
Y de aquel infante tierno,
Que nació de sus entrañas,
Que fué el que llevó la osa
A la cueva; y la crianza
Que tuvo fué entre animales,
Entre bosques y montañas.
Vestido andaba de pieles
De animales; y era tanta
Su monstruosidad, que asombra
Con lo feroz de su cara,
Pues una clava traia
En sus hombros, que por armas
De defensa le servía,
Asombrando á cuantos pasan.
Cuantos le ven se amedrentan,
Los pastores se recatan,
Pues en viéndole se dejan
Solo el ganado que guardan.
Llegó á Paris la noticia,
Y Don Claudio se aprestaba
Para salirle á buscar:
Toma recados de caza,
Y parte con los monteros,
Llevándose en su compaña
Criados y mayordomo,
Y de esta suerte les habla:
—Voy á buscar esta fiera,
Que tanto asombra y espanta.—
Dándoles vista á los montes,
Permitió Dios que llegara
Adonde tuviese albergue,
Que la noche se acercaba.
Dijo el pastor:—Caballeros,
Aquella pobre cabaña,
Donde yo asisto, será
De ustedes casa y posada.
Suban por aquel collado,
Y en lo hondo en la bajada
Hallarán mi pobre choza
Donde penitencia hagan.—
Vino el pastor, y dispuso
De que luego al punto hagan
De cenar cumplidamente,
Por ser gente de importancia.
Don Claudio vió á Margarita,
Y reparando en su gracia,
Saltos le da el corazon,
Y sospechas le da el alma.
—¡Ay Dios, cómo se parece
Aquella hermosa zagala
A la triste de mi esposa,
Que en gloria tenga su alma!—
Tambien Doña Margarita,
Toda confusa y turbada,
Ha conocido á su esposo,
Y de él mucho se recata,
Que teme ser conocida:
Aunque le llevaba el alma,
Grande recelo concibe,
Al ver cuánto la miraba,
De si viene á darle muerte,
Sabiendo que viva estaba.
Quiere ausentarse y no acierta,
Y en turbacion tan extraña,
A la Virgen de la Paz
Muy fina se encomendaba.
Dijole luego á su hijo
Que á la gente preguntara
Quién era aquel caballero,
Por si ella estaba engañada:
Qué cuidado le traia
Por aquella tierra extraña,
Para salir de temores,
Y quedar desengañada.
Despues ya de haber cenado,
El mozo les preguntaba
Quién era aquel caballero,
Que le lleva toda el alma.
Respondióle el mayordomo,
Sin recelarse de nada:
—Es un grande de la corte,
Al que Don Claudio le llaman:
Dicen que hay en este sitio
Una fiera tan extraña,
Que asombra á cuantos le han visto,
Y que al mundo alborotaba,
Y con aquesta noticia
Mi amo se encaprichaba,
Que este animal, muerto ó vivo,
No ha de escapar de sus garras.—
Se aseguró Margarita
En lo que tanto importaba,
Y sin faltar al recato
Muchas veces suspiraba
Viendo delante el traidor,
Y que estaba en la privanza
De su esposo, siendo ella,
Por su traicion, desdichada:
—Del cielo venga el castigo,
Y vuelva por esta causa;
Descubriendo la verdad
Quede mi opinion sin mancha.—
Pasaron aquella noche,
Y á otro dia de mañana
Salieron con el cuidado
De dar principio á la caza,
Para ver, si el monstruo encuentran,
Satisfecha su esperanza.
Con el deseo que llevan
Todo el monte paseaban,
Sin que se logre el intento,
Que Dios así lo ordenaba.
Viéndose muy fatigado
Don Claudio luego se entraba
En la choza ó caserio,
Sin que nadie lo notara.
Estaba su triste esposa
En un trasportal sentada;
Siendo raudales sus ojos,
Muchas veces los limpiaba.
—¡Ay esposo de mi vida!
Cada instante pronunciaba,
¡Quién te diera el desengaño,
Y se fuera en tu compaña!—
Quedó Don Claudio confuso
De oir cosa tan extraña,
Y sin que sea sentido,
Mas á escuchar se aplicaba.
Estando en tal confusion,
Vido que al corral entraba
Aquel mozo Valentin,
Y de esta suerte le habla:
—Madre mia, ¿qué es aquesto,
Que veo en vos tal mudanza
Despues que vino esta gente?
Que es razon sepa la causa.—
Responde aumentando el llanto:
—Hijo mio de mi alma,
¿Qué ha de tener una triste
Que aquí se ve desterrada,
No muerta, por gran piedad
Viva, para mas desgracia?

Este noble caballero
Que vino á posar á casa
Es tu padre y mi marido,
Y no puedo hablar palabra.
Aquel traidor que le asiste
Mayordomo, allá en mi casa,
En ausencia de tu padre
Quiso que le diese entrada,
Y por no darle lugar,
Tomó una infame venganza:
Me levantó un testimonio
Con un paje de la casa;
Diciendo estaba conmigo,
Le dió muerte á puñaladas.
Tu padre que aquesto vido,
Dando crédito á la infamia,
Mandó luego á dos criados
Me traigan á esta montaña,
Donde me quiten la vida,
Y ellos me la dan de gracia.
Nacistes tú en estos montes
Con otro hermano en compaña,
El cual me llevó una fiera,
Sin que yo lo remediara,
Y de todas estas penas
Se ha refrescado la llaga.—
Quedó el mozo enternecido,
Y á su madre consolaba;
Pero viendo esto Don Claudio,
De puro gozo lloraba:
Disimuló cuanto pudo,
Y viendo traicion tan clara
Del infame mayordomo,
Solo aspira á la venganza.
Valentin se sale al campo,
Y al mayordomo buscaba,
El cual venía rendido
De andar buscando la caza,
Y llegándose hacia él,
Le ha dado un puñalada,
Que cayó á sus piés tendido
Sin saber cuál fué la causa.
—Confiesa, dice, traidor,
El testimonio é infamia
Que á la ilustre Margarita
Le has levantado sin causa:
Ya vas á dar cuenta á Dios,
Mira, traidor, por tu alma.—
Todos se llegan por ver
Aquella accion tan extraña,
Y cuando los vido juntos,
Ha dicho aquestas palabras:
—Yo, señores, soy aquel
Que imputando de liviana
A mi señora, maté
Al paje que estaba en casa:
Fué este falso testimonio
Solo por tomar venganza
De aquella noble matrona,
Que es honrada, honesta y casta.
A todos pido perdon
Por Dios, por la Virgen santa:
Así lo alcancen de Dios
Y su Madre soberana.—
Quiso apurarlo Don Claudio;
Mas todos se lo embarazan,
Haciendo que lo perdone,
Porque descanse su alma.
Despues de haber espirado,
Los amantes se miraban,
Y de gozo y de contento
No aciertan á hablar palabra.
Y prorumpiendo el marido
Le dice:—¡Esposa del alma,
O es encanto cuanto miro,
O es ensueño lo que pasa!—
Sin poderse contener
Estrechamente se abrazan,
Y volviendo sobre acuerdo,
Pretenden con vigilancia
Buscar aquel monstruo que
Tanto horror y espanto causa.
Les previno Margarita
Que si acaso lo encontraran
No le hagan mal ninguno,
Que le da impulsos el alma
Que aquel ha de ser su hijo,
Y que así el cielo lo guarda.
Y discurriendo en el monte,
No dejan cerro y cañada
Que no lo midan á pasos,
Hasta que de entre las ramas
Don Claudio lo descubrió:
Vido que de entre unas matas
El mismo se fué á su padre
Por la inclinacion humana.
Viendo tan grande prodigio,
Lo acaricia y lo agasaja:
No entiende lo que le dicen,
Pues no sabe hablar palabra.
Iba siguiendo á su padre
Hasta entrar en la cabaña;
Se fué derecho á su madre,
Y de ella no se extrañaba.
La osa, que le echó ménos,
Como una ovejuela mansa
Hasta entrar dentro en Paris
Fué siguiendo sus pisadas.
Hizo el caso tal ruido,
Que conmovida la Francia
Van á ver tan gran prodigio,
Y es jubileo la casa.
Enseñaron al hermano
De Valentin la cristiana
Doctrina, y le baptizaron,
Y desde entónces le llaman
Ventura Orson, y su padre
Al instante luego manda
Que á la Virgen de la Paz,
En hacimiento de gracias
De este suceso feliz,
Una lámpara le hagan
Que pese cuarenta libras
De plata sobredorada;
Dió á los criados mil pesos,
Dos mil al de la cabaña.
Y ahora pide el poeta
Perdon de sus muchas faltas.

(*Don Claudio y Doña Margarita*, Pliego suelto.)

1283.

ROSAURA LA DEL GUANTE Y DON ANTONIO NARVAEZ.— I.

(*Anónimo* [1].)

A olvidar vanas memorias,
A divertir pensamientos,
A dar principio á mis ansias,
Esto es verdad y lo cierto,
Salí pues una mañana,
Cuando abril de flores lleno
Consuela con sus fragancias
Los valles, montes y cerros.
Alegre me divertia
En la maleza, y saliendo
Dándoles vista á unos montes
Donde pasa un arroyuelo
Que en azogados cristales
Sirve á una selva de espejo,
Y mirando á sus corrientes,
En una sombra me siento.
Al cabo de breve rato
Que estaba sentado, observo
Que bajaba por el agua
Un guante, a quien yo de presto
Lo saqué de la corriente,

Y sacudiéndolo, veo
Que estaba todo bordado
De hebras de oro fino y terso,
Y unas letras que decian :
«Soy de la hija de Vénus.»
Confuso quedé al mirarlo,
Y discurriendo que el dueño
Mas arriba quedaria,
Y que era mujer de cierto,
Seguí la fresca corriente,
Cuando á pocos pasos veo
Que entretenida una dama
Estaba con un pañuelo
Mojándolo en la corriente.
Helado quedé y suspenso
Al ver tan rara belleza
Sola, en aquellos desiertos.
Ocultéme entre unas ramas,
Donde vide por lo ménos
Que era la dama de prendas,
Y á medio vestir el cuerpo.
Traia una manteleta
De muy rico terciopelo,
Con guardapiés de damasco,
Y de plumaje un sombrero.
Levantóse en pié la dama,
Dió una vuelta, y echó ménos
El guante que yo tenia :
Siguió la márgen de presto,
Y llegando junto á mí,
Yo salgo de entre lo espeso.
Confusa quedó de verme,
Y dijo :—¡Válgame el cielo!
Si puede haber quien me ampare,
Hágalo usted, caballero.—
Yo le dije :—Hermosa dama,
Encanto de estos desiertos,
Pasmo de estas soledades,
Y de estas selvas lucero,
¿Qué haces sola en este sitio?—
Y me dijo :—Caballero,
Escucha, y te contaré
Mi tragedia en breve tiempo,
Porque estás en gran peligro :
Y así digo lo primero,
Cómo en Córdoba nací,
Y es mi padre un caballero
Muy noble, pues que posee
La encomienda de Carrero.
Tiene mi padre una quinta
Cuatro leguas, poco ménos,
De Córdoba, en unos montes
Situada en lo mas espeso
De la gran Sierra-Morena,
Y este es mi comun paseo.
Saliendo pues una tarde
Alegre á tomar el fresco,
Y llevando dos criados,
Llegamos en breve tiempo
No muy léjos de la quinta,
Cuando de repente vemos
Que estaba junto á nosotros
Un bravo animal sangriento,
Un oso, cuya bravura
Causaba terror al verlo.
Los tres caimos en tierra,
Y cuando volví en mi acuerdo
Me hallé en estas espesuras,
Sin que tuviese remedio;
Y para que me alimente
Me trae blancos y tersos
Panales de miel y cera.
Y con ellos me sustento.
Esto es lo que me sucede;
Y ahora, por Dios, te ruego
Que te apartes del peligro,
Porque si el bruto sangriento
En este sitio te halla,
Te dará la muerte fiero.
Ve á mi casa, y á mis padres
Refiéreles el suceso.—
Yo la dije :—Hermosa dama,
¿Qué bruto, ni qué sangriento
Animal será bastante
A librarse del incendio
O rayo de mi escopeta?
Y así, si quieres que luego
Te saque de este peligro,
Sígueme y no tengas miedo.—
Tomándola por la mano,
Sigo la márgen de presto,
Y al cabo de breve rato
Vino el oso, y la echó ménos,
Y rastreando las huellas
Corrió el monte como un trueno :
Nos divisó, y dió un bufido
El irracional, tan fiero,
Que se estremeció la selva.
La dama en aqueste tiempo
Se quedó toda turbada,
Y el irracional sangriento
Para quitarnos las vidas
Se fué acercando lijero
Encrespando la guedeja;
Y asestándole de presto,
Dándole licencia el muelle
Disparó el cañon violento
Cinco saetas de plomo,
Que al animal en el pecho,
Sin respetar su braveza,
Le abrieron cinco agujeros,
Que por el menor la muerte
Pudo anchurosa entrar dentro.
Dió un bufido, y al instante
Midió con su cuerpo el suelo,
Y volviendo en sí la dama,
Me echó los brazos al cuello :
—Bizarro jóven, decia,
El ser tu esposa prometo
En pago de esta fineza.—
Yo la respondí :—Lo acepto.—
Nos dimos palabra y mano
De esposos, y prosiguiendo
Me dijo :—Toma esta cinta,
Que dias há que la tengo
Para el que fuere mi esposo;
Y si no quieres creerlo,
Ella dirá la verdad,
Y quedarás satisfecho.
El guante que mio tienes
Guárdalo, que en algun tiempo
Podrá ser de que te sirva.
Quédate en paz, dulce dueño,
Y mira que no te olvides,
Que á la cuarta noche espero
En mi quinta, en una reja
Que tiene unos maceteros
De fragantes azucenas;
No hagas falta, pues te espero.—
A breve rato en el monte
Vimos venir con estruendo
Nueve hombres á caballo,
Y la dama conociendo
Ser su padre y dos hermanos,
Y otros de acompañamiento,
Que la venian buscando,
Me dijo :—Querido dueño,
Conviene que ahora te apartes,
Porque al primer movimiento
Han de quitarte la vida,
Y no conviene que á ellos
Hagas frente en este sitio.—
Ocultéme entre lo espeso,
Sin ser visto de ninguno;
Y llegando en breve tiempo
Los que vienen á caballo,
Con alegría y contento,
Muy gozosos la abrazaron,

Y de aquel sitio se fuéron.
Yo me quedé en la espesura,
Confuso, triste y suspenso.
Saqué la cinta de seda,
Desdobléla, y un letrero
Hallé en ella que decia:
«El que de esta fuere dueño,
»Tambien será de Rosaura
»Esposo, queriendo el cielo.»
Quedé alegre con la cinta,
Y en breve á mi casa vuelvo;
Y montando en un caballo,
Una tarde, cuando Febo
Queria ocultar sus luces,
Vuelvo á buscar á mi dueño.
Dile pues vista á la quinta,
Y allí me estuve encubierto
Hasta que la oscura noche
Tendiera su manto negro.
A un árbol até el caballo
Porque no anduviera inquieto:
Le eché porcion de cebada
En la capa, y con secreto
Paseé toda la quinta;
Llegué al referido puesto
Del balcon, hice una seña,
Y la dama con anhelo
Salió á él, y me dijo:
—Amante y querido dueño,
Conviene ya que esta noche
Me saques, porque sé cierto
De que mi padre me tiene
Prometida á un caballero
De Madrid: esto no dudes.—
¡Pero, ay fortuna, qué presto
Me trastornaste en tu rueda!
Tu inconstante movimiento
A un vaiven hace infelices
A los que dichosos fuéron:
Así lo hicestes conmigo,
Pues un criado, á este tiempo
Que me vió hablar con Rosaura,
Por ser fiel, ó parecerlo,
Creyendo ladron seria,
Entró adentro como un trueno,
Y dando cuenta á su padre,
Al punto se previnieron
Los que estaban en la quinta,
Con palos y armas de fuego,
Saliendo para matarme,
Ignorando yo el suceso.
Disparáronme dos tiros;
Pero dieron en el suelo
Las balas, y yo animoso
Me opuse con todos ellos.
Disparo mis carabinas,
Y á uno quité el aliento,
Hiriendo á los dos hermanos
De la dama; y conociendo
Que era una cosa imposible
El salir con el empeño
De llevarme yo á Rosaura,
Me escapé de todos ellos.
Fui donde estaba el caballo,
Monté en él pronto y lijero,
Y á Córdoba di la vuelta;
Pero como estaba ardiendo
En amores de Rosaura,
A cada instante mi pecho
Se encendia en vivas llamas
Pensando en mi amado dueño.
Quise volver á buscarla,
Y de cierto me dijeron
Cómo su padre agraviado
Del referido suceso
Una noche la sacó
Sin saberse adónde fuéron.
Del modo que yo quedé,
Considérelo el discreto;
Y en otra segunda parte
Daré fin á este suceso.

(*Rosaura la del guante*, etc. Pliego suelto.)

¹ Ambos romances de Rosaura la del guante están hechos como relacion de comedia.

1284.

ROSAURA LA DEL GUANTE Y DON ANTONIO NARVAEZ.—II.

(*Anónimo.*)

Ya dije en la primer parte,
Noble y discreto auditorio,
El peligro en que me vide;
Y aunque salí de él airoso,
Me hallaba confuso y triste,
Imaginativo, absorto
En Córdoba, y sin saber
De Rosaura, y de este modo
Adquirí alguna noticia.
Sagaz, astuto y mañoso
Solicité la amistad
Muy estrecha con un mozo
De la casa de Rosaura,
Y este me refirió cómo
A Madrid se la llevaron:
Aquí quedé pesaroso
Por saber de que su padre
La prometió afectuoso
En Madrid á un caballero.
A buscarla me dispongo,
Y tomando de mi casa
Doscientos pesos en oro,
Disponiendo mi viaje,
Pronto en camino me pongo.
Salgo de Córdoba, y entro
En aquel espeso toldo
De la gran Sierra-Morena,
Aquel pirámide bronco,
Aquella torre de ramas,
Aquel vergel tan frondoso
De árboles, flores y plantas:
Busco á Rosaura entre troncos,
Loco y sin sentido, y digo:
—Montes, valles, sierras, monstruos,
Aves que volais, decidme
Con vuestros picos sonoros:
¿Pasó por aquí Rosaura?
No me la negueis, piadosos.—
No hallando á mi mal consuelo,
Breve las jornadas corro.
Entré en Madrid una tarde,
Y aquí quedé mas absorto,
Por hallar en este sitio
Gentío tan numeroso,
Porque buscar á Rosaura
En sitio tan populoso
Era buscar una aguja
En ese intrincado golfo.
En fin, pasé á una posada,
Tomo cuarto y me acomodo;
Dí principio á mis intentos,
Examinándolo todo.
Los balcones de Palacio
Registro muy cuidadoso,
Pues como Rosaura era
Encanto tan prodigioso,
Me pareció que en Palacio
Depositarla era poco.
En Madrid pasé tres meses
De este referido modo,
Sin saber en qué paraje
Existe la que yo adoro.
En fin, pasé á despedirme
Del lucero prodigioso
De Atocha, sagrada Reina,
Madre de Dios poderoso.
Entré en su templo una tarde,

Y á su sagrado me acojo,
Diciendo :—Sacra Princesa,
Madre de los hombres todos,
Si conviene que Rosaura
Sea mi esposa, en vos pongo
Hoy todas mis esperanzas,
Pues que soy vuestro devoto.—
Esta peticion la hice,
Y salgo de allí lloroso,
En ocasion que pasaban
Dos coches, y cuidadoso
Miro por las vidrieras,
Y en el uno reconozco
Y veo cómo es Rosaura;
Aquí quedé muy gustoso
Pareciéndome soñaba:
Sigo el coche presuroso,
Y en breve tiempo llegaron
A un palacio suntuoso,
Donde bajando del coche
Adentro se entraron todos.
Confuso quedé en la calle,
Y preguntándole á un mozo
Que se entraba con las mulas:
—Dígame usted, pues lo ignoro,
¿Es de Córdoba esa dama
Que entró dentro?—Dijo pronto:
—Verdad es lo que usted dice,
Es de Córdoba, y há poco
Que vino acá esa señora:
Mi señor es tio propio
Suyo, y la tiene tratada
De casar con un famoso
Caballero aquí en Madrid.—
Vertiendo llanto mis ojos
Fuí á mi cuarto, y discurriendo
Arbitrios, trazas y modos
Para que sepa Rosaura
Que estoy en Madrid, dispongo
Lo mejor, que fué comprar
Cuatro cintillos de oro
Muy ricos, y un cofrecillo
Pequeñito y muy curioso.
Metí dentro los cintillos
Y el guante que en el arroyo
Perdió Rosaura, y la cinta
Que ella me entregó á mi propio
Cuando la encontré en el monte;
Y resolviéndome á todo,
En el nombre de su padre
La escribí de aqueste modo:
«Hija Rosaura, permitan
»Los cielos tan poderosos,
»El que estas letras te hallen
»Como deseo yo propio;
»En casa, para servirte,
»Quedamos todos gustosos.
»Te envio cuatro cintillos
»Muy ricos de fino oro,
»Y la cinta que me diste,
»Que te guardara yo propio.
»Bien te acordarás, Rosaura,
»Del guante que en el arroyo
»Perdiste, tambien le envio,
»Y todo lo lleva un mozo.»
No escribí mas, y con esto
Cierro la carta, y le pongo
La llave á mi cofrecillo;
Tomé la calle, y ansioso
Llegué al postigo, y tocando,
Al instante bajó un mozo,
Y le dije:—Compañero,
De parte de Don Antonio
De Carrero, que reside
En Córdoba, traigo un poco
De recado á una señora,
Y allá me dijeron cómo
Residia en esta casa.—
Al punto respondió el mozo:
—No se puede ver ni hablarla.—
Yo le dije:—Importa poco,
No necesito de verla,
Ni hablarla tampoco; solo
Diga usted á esa señora,
Que si mañana á las ocho
No ha escrito carta, no puedo
Llevarla, que me es forzoso
El partirme yo á esa hora.—
Respondió:—Lo diré pronto.—
Tomó el cofre y lo entró dentro;
Yo me despedí gustoso,
Y pasé toda la noche
Revolviendo promontorios
De pensamientos, y el dia
Vino con rojos asomos.
Llegué al postigo, y tocando,
Con pasos muy presurosos
Salió Rosaura, y con ella
Salen otras seis ú ocho.
Pasmada quedó de verme;
Salióle el color al rostro,
Y me dijo:—Caballero,
¿Sois de Córdoba?—Y respondo:
—No, señora, pero soy
De cerca de sus contornos,
Y asisto para serviros
En el arroyo del Oso.—
Dijo Rosaura:—Ya he visto
Este sitio montuoso.
Pues dígale usted á mi padre
Que no sea perezoso
En ejecutar lo escrito.—
Y con disimulo airoso
Me dió Rosaura una carta,
Que decia de este modo:
«Aunque en nombre de mi padre
»Me escribes con tal rebozo,
»El guante y la cinta dicen
»Que eres mi querido esposo.
»Supuesto que me has buscado
»Tan atento é ingenioso,
»Has de saber, dulce dueño,
»Que mi tio cauteloso
»Me ha tratado casamiento
»Con un caballero mozo
»De aquí de Madrid; mas tú
»Has de ser mi amado esposo.
»Para esta noche á las doce,
»Dueño mio, vendrás solo,
»Y en una reja que tiene
»Dos palmas, estarás pronto
»En hacer alguna seña,
»Que ese es mi retiro propio,
»Y una cuerda de diez varas
»Has de traer, que es forzoso
»Bajar desde la azotea,
»Y aunque el paso es peligroso,
»Atropellaré peligros
»Porque tú seas mi esposo.»
No dijo mas, y con esto
Quedé, señores, tan loco,
Que llegué casi á dudar
Fuera mio tanto gozo.
Previne pues mi partida,
Y la maleta dispongo:
De la posada me salgo,
Y acompañándome un mozo,
Discurrí por los paseos
Por no parecer ocioso,
Y dando el reloj las doce,
Al sitio fuí presuroso.
Llegué al postigo, y tocando,
Con presteza y alborozo
Asomó ella, y me dijo:
—Amante y querido esposo,
Recibe esa ropa, y dame
La cuerda.—Y se la dí pronto.
Aseguróla, y bajando

Con un denuedo animoso,
Yo la recibí en mis brazos,
Y de allí marchámos pronto.
Al otro siguiente dia,
Diligente y cuidadoso,
Hallé un coche que pasaba
A Córdoba de retorno,
Donde iban un caballero
Y una señora, gozosos
De haber un pleito ganado.
Nos recibieron gustosos,
Y refiriéndoles luego
Rosaura el suceso todo,
A su casa nos llevaron,
Y quiso pasar él propio
A darle cuenta al Obispo,
Y como padre amoroso
Mandó que nos desposaran,
Y fué ejecutado pronto.
Compusiéronse las partes,
Quedando todos gustosos;
Y Don Antonio Narvaez
A tan plausible auditorio
Pide perdon de sus yerros,
Que confiesa no habrá pocos.

(*Rosaura la del guante*, etc. Pliego suelto.)

1285.

ANTONIO MONTERO Y DIEGO DE FRIAS.

(*Anónimo.*)

A la Vírgen del Rosario
La suplico me dé alientos
Miéntras mi lengua declara
El mas notable suceso
Que en la ciudad de Antequera
Le sucedió á dos mancebos:
El uno es Diego de Frias,
Y el otro Antonio Montero.
Eran ambos muy amigos,
Y de muy cercano deudos:
Era Montero casado
Con Doña Juana de Cueto;
Blanca y rubia es como un sol,
Y de lindo entendimiento;
Discreta, entendida y sabia;
Mas aquel dragon soberbio
Siempre tiró á derribarla
Armando trazas y enredos,
E hizo que se enamorase
Diego de Frias, teniendo
Harta cabida en su casa:
De amores andaba muerto,
Hasta que le dijo un dia:
—Si tú pagaras mi afecto,
Fueras dueña de mis bienes,
Pues ya sabes que los tengo.—
La dama le respondió:
—¡Mira que Antonio Montero
Es tu amigo, y si lo sabe
Mala fortuna tendrémos!
Mas al fin yo daré traza
Para que juntos estémos.—
¡Ingrata mujer y frágil,
Que quebrantando el precepto
De tu esposo, diste entrada
Al galan! ¡Jesus, qué yerro!
¡Tirano, aleve, que haces
A tu amigo verdadero
Una crueldad tan grande,
Sin reparar en el riesgo!
Gozáronse algunos dias
Con muchísimo contento,
Y como Montero es hombre
De reputacion y empeño,
Temiendo que no lo sepa
Toman galas y dineros,
Y en un lijero caballo
Una noche se salieron.
Camino van de Sevilla
Estos dos amantes tiernos:
A aquella ciudad llegaron,
Allí pusieron su asiento,
Y en una casa vivian
Con muchísimo secreto.
Volvamos ahora á Antequera
A declarar el suceso,
Pues cuando Montero vino
Y halló su mujer de ménos,
Aquí de coraje tiembla
Y se abrasa en vivo fuego;
Por boca y ojos echaba
Volcanes de vivo incendio.
Ya se retuerce las manos,
Echando mil juramentos
De no cortarse la barba
Ni vestir camisa al cuerpo,
Hasta que matase á aquel
Que maltrataba su crédito.
Mas de dos meses pasaron
Sin pasearse Montero
De dia, sino de noche
Las diligencias haciendo,
Hasta que alcanzó á saber
Que en Sevilla están de cierto.
Ya se remuda de ropa,
Y por no ser descubierto
Se pone unas barbas canas,
Que le tapan todo el pecho;
Un jubon ojeteado,
Que lleva arrimado al cuerpo;
Un gaban de paño pardo,
Con mas de dos mil remiendos,
Entre los cuales llevaba
Cuatro volcanes de fuego;
Un afilado cuchillo
Previno para su intento;
Una monterilla vieja,
En medio un casco de acero;
Una capa mal formada,
Un bordoncillo, y pidiendo
Limosna se fué á Sevilla,
Y á ella llegó bien presto,
Donde estando con cuidado
Las diligencias haciendo,
Un dia en San Salvador
Tendió la vista Montero,
Y viendo allí á su enemigo
Los pasos le fué siguiendo.
Le vido entrar en su casa,
Preguntó, y supo de cierto
Que era allí donde vivia,
Y retirándose luego,
Le escribió una carta falsa
Con mas de dos mil enredos.
De Don Francisco de Frias,
Tio de aqueste mancebo,
Hurtó la firma, y la puso,
Por hacer mas bien su hecho.
En punto de la oracion
Llegó á la casa Montero,
Y dando un golpe á la puerta
Le bajó á abrir el mancebo.
Vido un viejo venerable
Todo de canas cubierto,
De ropas muy mal fardado,
Y los ojos por el suelo:
—¿Qué se ofrece, padre honrado?
Le dice al fingido viejo:
¿Qué cuidado acá os trae?—
Él, remudado de luego,
Como que no le conoce,
Preguntaba por él mesmo.
Yo soy, le dice al instante,
Y fingiendo cumplimientos,
Sacó del pecho una carta,
Y besándola en el sello,

Se la dió. Diego de Frias,
El sobrescrito leyendo,
Rompe su nema, y prosigue
Estas palabras leyendo:
«Sobrino del alma mia,
»Mil años te guarde el cielo
»Y te libre de enemigos
»Que contra ti están opuestos.
»Yo, tu tio Don Francisco,
»Te envío á decir aquesto:
»Que en Antequera se sabe
»Que en Sevilla estás de cierto,
»Por lo que á buscarte van
»Montero y algunos deudos.
»Quiero traerte á Carmona,
»Que allí mismo yo te espero,
»Y en la casa de un amigo
»Vivirás con gran secreto
»Y nosotros descuidados,
»Que son tantos los lamentos
»De tu madre y tus hermanas,
»Las discordias y los pleitos
»De parte de tu enemigo,
»Originados del hecho,
»Que me obligan á venir
»A ponerte en salvamento.
»Con el portador saldrás,
»A quien encargo el secreto,
»Porque ántes que venga el alba
»Estés de término adentro
»De Carmona, porque en ella
»Estarás libre del riesgo.
»El cielo os guarde, sobrino,
»Los años de mi deseo.»
Se quedó el mozo elevado,
Muy pensativo y suspenso;
La mujer sale y le dice:
—Mira no sea algun enredo.
—No es enredo, la replica,
Que tengo conocimiento
Que esta firma es de mi tio,
Y hemos de ir sin remedio:
Lo que conviene es, señora,
Que al portador regalemos.—
Aprestaron el caballo,
Y aquella noche salieron
Por la puerta de la Carne
Dama, galan y escudero.
¡Oh desgraciada señora!
¡Oh malogrado mancebo,
Que no sabes la desgracia
Que va en tu acompañamiento!
Mas en llegando á la venta,
Ya que el alba iba rompiendo,
Dijo el galan á la dama:
—Aquí un rato soseguemos.—
Dice Montero: —Eso no:
Pues vamos con tal secreto,
¿Quiere usted parar en venta?
Mas adelante pasemos.—
Toman una oculta senda
Por unos montes espesos
De pinos y de jarales.
A las umbrías de un cerro
Volvió Montero la cara,
Y dice: —Aquí es bien paremos,
Para que estémos seguros
De todos los pasajeros.—
Se apearon del caballo
Los dos muy amantes tiernos,
Diciéndose mil cariños,
Veneno para Montero.
Dice el galan á la dama:
—Dulce regalado espejo,
Almorcemos, que ya es hora.—
Entónces sacó Montero
Dos furiosas carabinas
De los cosidos remiendos;
Se quitó la mascarilla
De las barbas, y el mal gesto,
Y en altas voces decia:
—Yo soy Antonio Montero.—
La mujer, que aquesto oyó,
Cayó redonda en el suelo:
Diego de Frias turbóse,
Quiso hablar, mas el aliento
Le faltó, pues le dispara
Una pistola á este tiempo,
Que las penetrantes balas
Le atravesaron el pecho,
Revuelto entre fuego y sangre,
Estas palabras diciendo:
—¡Confesion, que me has matado!
Perdona, amigo Montero;
No me acabes de matar;
Tráeme los sacramentos:
El alma es la que te encargo,
Y pague el delito el cuerpo.—
Mas el, tirano y aleve,
Vengativo, horrible y fiero,
Se arrimó, y con el cuchillo
Le ha cercenado el pescuezo,
Y las vergüenzas le corta
Por hacer mejor su hecho.
Se fué á la mujer, que estaba
Casi difunta en el suelo:
De los cabellos la agarra,
Dos mil injurias haciendo;
La dice: —¡Falsa enemiga!
¿Qué es de mi honor? qué le has hecho?
¡Traidora, tú pagarás,
Pues de esta suerte me veo,
Tu perfidia y tu delito
Conforme al merecimiento!
Las cabezas les cortó,
Y entrambos brazos derechos,
Y en un baul que llevaban
De las prendas y el dinero,
Metió estas cuatro alhajas,
Vaciando lo que está dentro;
Y montando en el caballo,
Mas breve que un pensamiento
Hácia Antequera camina
De este caso satisfecho.
A las doce de la noche
Llegó á su casa Montero,
Y por cima de las puertas
Con duros clavos de hierro
Fijó cabezas y manos,
Y las vergüenzas en medio,
Con un letrero que dice:
«Lo hizo Antonio Montero
» Por restaurar lo perdido
» De su pundonor y crédito:
» De esta suerte los maté;
» En tal parte quedan muertos.»
Volvió la rienda al caballo,
Se fué á Málaga derecho;
Sentó plaza de soldado
Con muchísimo contento,
Y sirve al Rey en la guerra,
Haciendo notables hechos.
A otro dia, cuando el alba
Se levantó de su lecho,
Cuantos por la calle pasan
Quedan confusos y yertos.
Dieron cuenta á la justicia,
La cual acudió de presto:
Los señores admirados
Despacharon por los cuerpos,
Donde les dan sepultura.
Aquesto sirva de ejemplo
A las señoras mujeres
Y á los galanes mancebos,
Que no se precien de amar
Cosa que tenga otro dueño.

(*Antonio Montero y Diego de Frias*, etc. Pliego suelto.)

1286.

ROSAURA LA DE TRUJILLO.

(Anónimo.)

Sobre una alfombra de flores,
Cercada de hermosas plantas,
Adonde las avecillas
Tienden sus pintadas alas,
Y con su música alegre
Al Rey del cielo dan gracias;
En aqueste prado ameno,
En este mar de abundancia,
En este pecho que cubre
Dos mil afligidas causas
Como las que os contaré,
Si el cielo santo me ampara,
Porque se sepa su nombre
Será preciso nombrarla;
En la gran Sierra-Morena,
De tantos delitos capa,
Amparo de aquel que ofende,
Defensa del que mal anda,
Me puse sentado un dia,
Cansado de andar á caza,
Arrimado á un duro tronco,
Discurriendo en cosas varias,
Quejoso de la fortuna
Que con rigor me maltrata.
Oí una voz temerosa
Que sonaba en la montaña,
A orillas de un arroyuelo
Que con las breñas se enlaza.
Estuve atento por ver
Si era de persona humana,
Y comprendí que decia
Estas siguientes palabras:
—Tirano Amor, pues tú has sido
La causa de mi desgracia,
Dispara tus duras flechas
Contra el que así me maltrata.
Amante falso y traidor,
¿Cómo me dejas sin causa
En tan terrible miseria,
Y de la muerte cercana?
Sacra Vírgen del Rosario,
Mi princesa y abogada,
Alcanzadme que confiese,
Porque no peligre mi alma.—
Puse al rostro mi escopeta
Bien prevenida de balas;
Por el eco de la voz
Llegué á parar donde estaba:
Vi una temprana belleza
A un duro tronco amarrada,
Desmelenado el cabello,
Y de ropas despojada.
Cuando vi tal hermosura
No pude hablarla palabra.
Viéndome ella tan suspenso,
De aquesta suerte me habla:
—Llega, mancebo, y no temas,
Que soy persona humana,
Y mis pecados me tienen
En el sitio en que me hallas:
Desátame, y te diré
Mi pena, fatiga y ansia,
Y tambien los alevosos
Que son de mi mal la causa.—
Compadecido en extremo,
Con una daga afilada
Corté los gruesos cordeles
Que á aquel ángel sujetaban.
Me quité al punto el gaban,
Y encima se lo arrojaba,
Cubriendo sus blancas carnes,
Que con el sol se comparan.
Mirando á un lado y a otro,
Vide estar entre unas matas
La ropa, que siempre fué
De aquel desengaño causa.
Ella suspira y solloza,
Pidiendo al cielo venganza;
Y mirándola, la dije:
—Por Dios, hermosa Diana,
Por la Vírgen del Rosario,
Que me digas lo que pasa.—
Agradecida, responde
Estas siguientes palabras:
—Has de saber, noble jóven,
Que en Trujillo fuí criada:
Hija soy de un caballero,
Que Don Diego se llama,
De Castro por apellido,
Que es de lo mejor de España.
Mi madre, Doña Isabel
De Mendoza intitulada,
Y por gusto de padrinos
A mí me llaman Rosaura,
Tan amada en mis principios
Como ahora desgraciada.
Vivia pared en medio,
Mas abajo de mi casa,
Un hijo de un labrador
De hacienda algo moderada,
Mozo, galan y valiente,
Discreto y de linda traza,
Que se llevó mi aficion
Y me amó con vigilancia;
Mas como las cualidades
Unas con otras no igualan,
Tuve lugar una noche
Para escribir una carta,
Dándole á entender por ella
Que me saque de mi casa,
Y que sea con secreto
Y con cautelosa maña.
Mas el alevoso amante
A un primo suyo le daba
Cuenta, que traidor é infame
Fué causa de mi desgracia.
A los catorce de agosto
Me sacaron de mi casa,
Bien prevenida de joyas
Y de muy costosas galas,
Como al presente las ves,
Que ellas mismas lo señalan.
Cinco dias caminámos
Cabales con sus jornadas,
Hasta llegar á este sitio
Encubridor de mi infamia.
Aquí los dos desmontaron
Con intencion muy dañada:
Para marchitar la rosa
Que de algunos fué envidiada.
Me desfloraron... ¡qué horror!
¡Jesus, qué suma desgracia!
Sin temer la justa ira
Del Señor que nos miraba.
Luego el alevoso primo
Dijo que me desnudara;
Así que en carnes me vieron,
Entrambas manos me atan,
Y él, sacando una pistola,
El fuerte muelle levanta
Para quitarme la vida,
Mas mi amante lo estorbaba,
Diciendo: —No quiera el cielo
Que, pues yo he sido la causa
De que esta doncella pierda
Su honor, se haga tal infamia.
Aquí la pienso dejar
Entre estas espesas matas
Acompañada de fieras
Que por estas breñas pasan,
Y ellas la darán la muerte
Mal merecida y sin causa.—
Se fuéron y me dejaron
Como la flor en la escarcha.

Tres dias ha no comia
Cosa que me dé sustancia,
Sino las amargas yerbas
Que con la boca alcanzaba.
Esta es mi historia, y te pido
Te duelas de mi desgracia;
Que me acompañes y lleves
A la ciudad mas cercana,
Porque desde allí pretendo
Se castigue aquesta infamia.—
Por la mano la tomé,
Y á una quinta la llevaba,
Donde la di de comer
De lo que allí se encontraba,
Y en seguida la ofrecí,
Con mano leal y franca,
Mi ayuda y un buen caballo
Que mas que el viento volaba,
Y el valor de mi persona
Para ir en su compaña.
Dispusimos el viaje,
Y sin detenernos nada,
A Córdoba dimos vista
Haciendo allí nuestra entrada
Por la puerta del Rosario,
Donde al tiempo de dejarla
La eché los brazos al cuello,
Y de esta suerte la hablaba:
—Adios, y le ruego al cielo
Que sea tu dicha tanta,
Que logres tu buen deseo,
Y despues la gloria santa.—
Ella respondió: —Mancebo
Noble, la Vírgen te valga,
Y tu accion heróica premie
El alto Rey de la gracia.—
Sentóse en el duro suelo
Aquella rosa temprana
Aguardando por minutos
La aurora de la mañana
Para arrojarse animosa
Al intento que llevaba.
Fué á casa de Don Francisco
De los Rios, noble rama,
Y á un criado le pregunta
Si está su señor en casa,
Y al punto la respondió:
—Su merced está en la cama.—
Sin aguardar mas razones
Allá dentro se arrojara,
Y arrimada al blando lecho,
De aquesta suerte le habla:
—¿Conocerás, señor mio,
A la que distes el agua
Del bautismo allá en Trujillo,
Y la pusiste Rosaura?
Has de saber que yo soy
La que nunca se criara,
Pues fui la mujer mas frágil
Que se ha visto en toda España.
Por fiarme del amor,
Perdido mi honor se halla:
Mira bien mi tierna edad
Que de quince años no pasa;
No mires el mal sarmiento,
Sino el árbol donde baja,
Que si bien lo consideras
Cierta será la venganza.
Dos traidores me han robado,
Sacándome de mi casa,
Y me han quitado el honor
En Sierra-Morena brava.—

Oyendo esto Don Francisco,
De la cama se levanta,
Y al punto llama á un criado,
Que un caballo le ensillara;
Y ántes de partir dispuso
El dejarla con su hermana
Recogida en un convento
Que de Santa Isabel llaman.
Camina luego á Trujillo,
Y un criado le acompaña,
Que quiere entrar de secreto
Porque no se sepa nada.
Fuése á casa de Don Diego;
Alegre le saludaba,
Y luego le preguntó
Por su querida Rosaura.
Le respondió pensativo
Don Diego aquestas palabras:
—Habrá unos ocho dias
Que se salió de mi casa,
Sin poder hallar persona
Que me diga dónde pára,
Y era en mi casa el espejo
En que todos se miraban.—
Oyendo esto Don Francisco,
Sacó del pecho una carta
Y á Don Diego se la dió,
Que la recibe y abraza;
Y mirando el sobrescrito,
De puro gozo lloraba,
Porque conoció la letra
De su querida Rosaura;
Pero dentro iba el pesar,
Que es cosa muy ordinaria
Que no hay placer sin disgusto
En aquesta vida humana.
Abrióla, y hallando dentro
Los aleves que la agravian,
Al señor Corregidor
Cuenta del caso le daba.
Al instante los prendieron,
Y sustanciada la causa,
El juez con recta justicia
A muerte los condenara.
Los meten en la capilla,
Y llorando al cielo claman
Pidiendo misericordia
A la Vírgen soberana.
Los sacaron de la cárcel
Por las calles ordinarias,
Diciendo: —Esta es la justicia
Que nuestro monarca manda
Se ejecute en estos hombres,
Pues hicieron tal infamia.—
Llegaron hasta el suplicio
Con ánimo y vigilancia;
Subiéronlos á lo alto;
Ellos con mortales ansias,
Antes de acabarse el Credo.
A Dios entregan sus almas,
Y despues en los caminos
Ponen sus cabezas ambas,
Para ejemplo de atrevidos
Y escarmiento al que mal anda.
Luego el noble Don Francisco
Se volvió á su amada patria,
Y Rosaura en un convento
Con ejemplar vida pasa.
Aquí dió fin esta historia
De la infelice Rosaura.

(*Rosaura la de Trujillo*, Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES QUE TRATAN DE CAUTIVOS Y RENEGADOS.

1287.

DON JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR DE LA ROSA.—I.

(*Anónimo.*)

Sagrada Vírgen María,
Antorcha del cielo empíreo,
Hija del eterno Padre,
Madre del supremo Hijo,
Dame tu divina gracia,
Pues de véras te lo pido;
Da luz á mi entendimiento
Y á mi torpe pluma brio,
Para que á escribir acierte
El caso mas peregrino
Que celebran los anales,
Ni en las historias se ha oido.
Sucedió en la gran Coruña,
El mejor puerto lucido
Que tiene el mar en su márgen,
De mil alabanzas digno.
En esta ilustre ciudad
Nació de padres altivos
Doña Leonor de la Rosa,
A quien el cielo propicio
Se esmeró en dibujarla,
De manera que al sol mismo
Se le opuso en su hermosura
Este encanto de Cupido.
Fué tan grande su belleza,
Que pasaba á ser prodigio,
Pues no hay hombre que la mire
Que no se quede rendido.
En la casa de sus padres
Con el recato debido
Se crió, y apénas tuvo
Los quince abriles cumplidos,
Cuando amor tiró una flecha,
Quedando herida del tiro;
Que la mujer que es hermosa
Trae la desgracia consigo,
Pues bastó llamarse Rosa,
Que pocas rosas he visto
Que no mueran deshojadas
A manos del precipicio.
La causa fué un caballero,
Don Jacinto del Castillo,
Tan galan como bizarro,
Valiente cuanto entendido.
Este dió en galantearla
Con fiestas y regocijos:
La dama le corresponde
Con amorosos cariños,
Que enamorada y rendida
Estaba de Don Jacinto,
Y con palabra de esposa
A su amante satisfizo.
Todas las noches se hablan
Por un balcon, que testigo
Era de sus muchas penas,
Y como amantes tan finos,
Descansa el uno con otro
Repitiendo mil cariños.
Dejemos en este estado
A Leonor y Jacinto,
Gozándose en los coloquios
Que el amor trae consigo;
Y paso pues á dar cuenta,
Y digo que Don Francisco,
Que era padre de esta dama,
Ya tenia otros designios
De dársela á un caballero,
Que era muy rico y su amigo.
Aqueste fué Don Fernando
De Contreras, que rendido
De la singular belleza,
Del encantado prodigio
De la hechicera Leonor,
Determinóse, y le dijo:
—Señor Don Francisco, yo
Como hombre solícito
Alcanzar favores vuestros,
Si merecen que lo activo
De la bellísima mano
De Leonor, que tanto estimo,
Con el renombre de esposa,
Me otorgueis como os lo pido.—
Y Don Francisco que estaba
Deseando aquello mismo,
Al momento se la ofrece
Prometiéndole de fijo
Con ella dos mil ducados
En plata y en oro fino.
Quedóse así, y Don Fernando,
Contento y agradecido,
Alegre se despidió,
Y al momento Don Francisco
Se partió para su casa:
Dándolas cuenta y aviso
A su mujer y á su hija,
Muy alegremente dijo:
—¿No sabes tú, Leonor,
Hija del corazon mio,
Cómo te tengo casada,
Que será tu gusto y mio,
Con Don Fernando Contreras,
Hombre rico y bien nacido?
Es noble, afable y discreto,
Como tú, Leonor, lo has visto
Solo aguardo tu respuesta
Para dársela al proviso.—
Y Leonor, como tenia
Las potencias y sentidos,
El corazon, vida y alma
En su amante Don Jacinto,
Fué á responder y no pudo,
Que la fuerza de un delirio
La traspuso en un desmayo
Envuelta en un parasismo.
Aquí el coral de sus labios
Eran de jazmin los visos,
Las rosas de sus mejillas
En nieve se han convertido.
Apénas vuelta en su acuerdo,
A Leonor su padre vido,
Volviendo segunda vez
A tratar de lo que ha dicho:
—Acaba, Leonor, acaba,
Responde á lo que te digo,
Porque Don Fernando está
Idolatrando tu hechizo.
Es noble, muy poderoso,
Como ya te he referido;
Te hará dueña de su hacienda,
Tendrás descanso y alivio;
Esto se ha de hacer por fuerza
Si no quieres por cariño.—
Ella derramando llanto,
Hechos sus ojos dos rios,
Desabrochando palabras,

Resueltamente le ha dicho :
—Padre y señor, Don Fernando
Nunca fué del gusto mio.
¿Qué implica que sea noble?
¿Qué importa que sea rico,
Si nunca han congeniado
Sus conceptos con los mios?
¿Que Don Fernando sea noble?
Tambien lo soy, padre mio.
¿Que sea dueña de su hacienda?
Yo soy la que me cautivo :
La que por fuerza se casa,
Por interes de lo rico,
No es ya mujer, sino esclava
Que se vende en el guarismo
De la ambiciosa codicia:
Esto, señor, es muy fijo.
En cuanto à tomar estado,
Esto de darme marido
No ha de ser al gusto vuestro,
Que ha de ser al gusto mio;
Y pues es fuerza os declare,
Como à padre, mi designio,
Yo tengo puesto mi afecto,
El corazon y sentido,
Por mandado de mi amor,
En Jacinto del Castillo :
Con él tengo esposo à gusto,
Pues como al alma le estimo.—
Viéndola el padre resuelta,
Furioso, ensoberbecido,
Asióla por los cabellos
Que eran hebras de oro fino;
Dióla golpes, y arrastrando
La metió en su cuarto mismo :
Con un puñal en la mano,
En viva rabia encendido,
Amenazóla de muerte,
Diciendo: — Haz lo que te digo,
O la vida rendirás
Al golpe de este cuchillo.—
Viendo Leonor que en su pecho
Moraba el de Don Jacinto,
Y que es fuerza peligrase
En semejante conflicto,
Con un cauteloso engaño
Dijo : — Padre y señor mio,
Ya me resuelvo à que sea
Don Fernando esposo mio.—
Con esto el padre abrazóla,
Contento y agradecido
Dejándola; pero al cabo
De cuatro dias ó cinco
Escribió Doña Leonor
Un papel à Don Jacinto,
Diciendo lo que la pasa,
Que la sacase al proviso.
Mas no fué tan en secreto,
Que lo cogió Don Francisco,
Y hallóla firme y constante,
Segun por lo contenido.
Volvió otra vez indignado,
Y à Doña Leonor la dijo :
—Mira, infame, este papel
Que envias à Don Jacinto.—
Encerróla, y dispusieron
Que con Fernando al proviso
El vicario la casase
Por evitar un peligro,
Pues en andando el dinero
Todo se halla concedido.
Quisiera escribir aquí
Las lágrimas y suspiros,
Los sollozos, los lamentos,
Los pesares y los gritos
Que la triste dama hacia;
Mas bien lo dice ello mismo.
Si el disimular su pena
No la fuera tan preciso,
Reventara de dolor;
Mas volvióse basilisco.
Cual víbora, cual serpiente,
Que con su veneno mismo
Antepone su venganza
Destruyendo à su enemigo,
Tuvo lugar y escribió,
Diciéndole à Don Jacinto :
«Esposo mio y señor,
»Dueño del alma querido,
»Hoy mi padre de por fuerza,
»¡Con harto dolor lo digo!
»¡Con qué pena lo refiero,
»Y con qué llanto lo escribo!
»Hoy me ha casado ¡ay de mí!
»Hoy te perdí, dueño mio,
»Y, de pesar de esta pena,
»Las lágrimas hilo à hilo
»De mis ojos se desprenden;
»Remediarlo no he podido.
»¿Yo casada sin mi gusto?
»¡Reviento solo en decirlo!
»¿Yo verme con otro dueño?
»¿Yo en brazos de mi enemigo?
»¡Ea, mueran los que causan
»Tus disgustos y los mios!
»Para esta noche te espero,
»Vendrás bien apercibido,
»Que una criada avisada
»Te entrará en el cuarto mio.
»¡Muera, muera Don Fernando,
»Pues mi padre lo ha querido!
»Y nos irémos los dos,
»Que en otro reino distinto
»Nos casarémos despues,
»Que ya tengo prevenidos
»Muchos doblones y joyas,
»Muchas sortijas y anillos.
»Esto, señor, te encarezco,
»No haya falta en lo que digo.»
Todo aquel dia se estuvo
El padre con los padrinos,
Trazando para la noche
Mil fiestas y regocijos,
Y la cautelosa dama
Al inocente marido,
Para encubrir su ponzoña,
Mostraba amor y cariño.
Vino la noche, y con ella
A la puerta Don Jacinto
Bien prevenido de armas;
Y la criada al proviso
Le ha tomado de la mano
Y en un cuarto le ha metido
Sin que nadie reparara,
Y allí se quedó escondido.
Llegó en fin la media noche,
Se terminó el regocijo,
Y todos los convidados
A sus casas se habian ido.
Entró Leonor en su cuarto,
Halló en él à Don Jacinto,
Y allí trataron el cómo
Han de lograr su designio.
Entró despues Don Fernando,
Despojándose el vestido;
Pensando hallarse en los brazos
De Leonor, que tanto quiso,
Se halló en brazos de la muerte,
Porque salió Don Jacinto,
Y con recias puñaladas
Abrió al alma dos postigos;
Y revolcado en su sangre
Se quedó cadáver frio.
Acuden los dos consuegros
Al alboroto y ruido,
Y al soplo de dos pistolas
Las dos vidas han rendido;
Y saliéndose del cuarto

Encontró Leonor á un tio,
Diciendo: — ¡Viles traidores,
Pagaréis vuestro delito!—
Asió á Leonor de la ropa,
Y ella con varonil brio,
De un fuerte carabinazo
El corazon le ha partido;
Y saliéndose á la calle,
Allí montaron muy listos
En un lijero caballo
Que tenian prevenido.
Al estruendo y alboroto
Toda la justicia vino,
Solicitando prenderlos;
Mas Don Jacinto atrevido,
Con dos fuertes trabucazos
Derribó cuatro ministros,
Con que franqueó la calle,
Y saliéndose al camino,
Dejan de correr y vuelan,
Huyendo de su peligro.
Y yo en la segunda parte,
Segun consta por escrito,
Diré cómo se embarcaron
Y cómo fuéron cautivos,
Y la muerte que tuvieron
Doña Leonor y Don Jacinto.

(*Don Jacinto del Castillo*, etc. Pliego suelto.)

1288.

DON JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR DE LA ROSA.—II.

(*Anónimo.*)

Ya dije en la primer parte
Cómo va por el camino
Don Jacinto con Leonor
Ámbos del amor rendidos.
Apénas el claro dia
Daba luz á los nacidos,
Del camino se apartaron,
Y entre unos ásperos riscos
De una frondosa montaña
Se quedaron escondidos.
Pidió Leonor en merced
La conceda Don Jacinto
Guardase la castidad,
Hasta que el cielo divino
Les eche su bendicion:
—Esto, señor, os suplico,
Porque quiero me goceis
No galan, sino marido:
Y como hombre discreto,
Lo concedió Don Jacinto,
Que los generosos pechos
Saben vencerse á sí mismos.
Llegó la noche y caminan,
Y de la suerte que digo
Llegaron hasta Bayona,
Que es puerto de mar muy rico,
Al tiempo que un mercader
Salia con su navío
A la ciudad de Venecia,
Con que ajustó Don Jacinto
El viaje, y se embarcaron
Con contento y regocijo,
Haciéndose á la vela,
Surcando el mar cristalino.
Pero trajo la desgracia
Dos navíos arjelinos;
Los cercan por todas partes,
Con que apresan el navío,
Y despues de aprisionados
Con cadenas y con grillos
Dieron en Arjel con ellos,
Y á pregon fuéron vendidos.
A Jacinto y á Leonor
Los compró un moro muy rico,
El cual los presentó á Zaida
Por la estimacion que hizo.
Es del rey de Arjel hermana
Hermosa como el sol mismo,
La cual contenta y alegre
Recibió los dos cautivos.
Estimó mucho el presente,
Y así que la turca vido
La belleza de Leonor,
Lo bien dispuesta y su brio,
La hizo dama de su estrado;
Y viendo de Don Jacinto
Lo galan y lo bizarro,
Lo discreto y lo entendido,
Le hizo su mayordomo.
Tambien juntamente hizo
De que la arábiga lengua
Le enseñasen al proviso.
Tan buena cuenta le daba,
Cuidadoso y discursivo,
Que ya Zaida se abrasaba
En amores del cautivo.
Se quejaba una mañana
A sus solas Don Jacinto,
Pensando nadie le oia,
Y aquestas palabras dijo:
—Sagrada Vírgen María,
Madre del Verbo divino,
Ten de mí misericordia,
Y si á tu santo servicio
Conviene el que yo padezca,
Padezca, que es gusto mio:
Lluevan sobre mí trabajos,
Y los mas fuertes martirios
Que ha inventado la herejía,
Pues lo tengo merecido.—
Zaida, que escuchando estaba
Los lamentos de Jacinto,
Entró con semblante alegre,
Diciendo: — Cristiano mio,
¿Qué tienes que tal te quejas
Lloroso y enternecido,
Que puedes al duro bronce
Ablandar con tus suspiros?—
Con humildad la responde:
—Estoy pensando en el libro
De mis trágicos sucesos,
Y en pensándolo, me aflijo.
—¿Serás casado en tu tierra?
—Nunca, señora, lo he sido.
—¿Tendrás amor en España?
—Es verdad que lo he tenido;
Pero ahora no lo tengo,
Porque los conceptos mios
Están todos en Arjel;
Este es el dolor que gimo.—
Y Zaida muy vergonzosa
Le dice: — Mira, cautivo,
Si tú olvidas á tu Dios
Y sigues la ley que sigo
De mi profeta Mahoma,
Tú te casarás conmigo,
Gozarás muchas riquezas,
Y tendrás muchos cautivos:
Esto has de hacer, no lo dudes,
Esto te está bien, Jacinto.—
El cual respondió muy triste,
Formando un grande suspiro:
—¿Cómo quieres que yo olvide
A un Dios de gracia infinito,
A un Dios que por su bondad
Quiso y por su amor divino
Redimirme con su sangre
Por librarme del abismo?
¿Cómo puedo ser ingrato
A quien tanto bien me hizo?
—Calla, infame, no prosigas,
Que á no hacer lo que te digo,
Con la vida pagarás

La vergüenza que reprimo.
Deja, cristiano, tu ley,
Accede á lo que te digo,
Que aquel que sigue á Mahoma
Goza bienes infinitos;
Si no lo quieres hacer,
Tendrás el mayor castigo
Que se haya visto en Arjel.—
Y replicó Don Jacinto:
—No dejaré yo mi ley,
Que esto fuera un barbarismo,
Aunque mil vidas tuviera
Que rendirle en sacrificio.
La ley de Dios resplandezca,
Que Mahoma es un maldito:
Síguele, que irá tu alma
A los profundos abismos.—
Con esto Zaida indignada
Salió fuera dando gritos:
—¡Ah de mis soldados! ¡hola!
¡Ah de mi guardia y ministros!
Venid, prendan al instante
A este cristiano atrevido,
Que quiso soberbio ó loco
Violentar el honor mio.
Tome mi hermano venganza
De aqueste infame cautivo,
Que no es razon que se quede
Esta maldad sin castigo.—
A las voces acudieron,
Y prenden á Don Jacinto:
Sin hacerle mas probanza
Que lo que la turca dijo,
Le sentencian á quemar
Por blasfemo y por lascivo.
Dejemos en la prision,
Entre cadenas y grillos,
A Don Jacinto, y pasemos
A la dama, que es preciso,
Porque en este mismo tiempo
Estaba el moro encendido
En amores de Leonor,
Y que estaba tan perdido
Trazando por mil maneras
El rendirla á su apetito.
Persuadióla muchas veces
Mostrándose amante fino;
Pero la discreta dama
Nunca dió á su amor oido.
Un dia la cogió á solas,
Que la desgracia lo quiso;
Encerróla en un retrete,
Y estas palabras la dijo:
—Hermosísima Leonor,
Rémora de mis sentidos,
¿Así desprecias á un rey,
Señor de tal poderío?
Reniega de Dios, reniega,
Que haciendo lo que te digo
Tendrás reinos y vasallos,
Joyas, diamantes, zafiros:
Pues siendo tu amante un rey,
Todo estará á tu servicio.
Y pues te tengo en paraje
Que por imposible miro
De mí te puedas librar,
He de hacer el gusto mio,
Sin que tus fuerzas te valgan,
Ni te aprovechen los gritos:
Esto se ha de hacer por fuerza,
Si no quieres por cariño;
Y advierte de que soy rey
En mis gustos tan altivo,
Que á no hacer lo que te mando
Seré tu fiero enemigo.
¿Qué respondes, Leonor?—
Y ella suspirando dijo:
—Eso es cansarse en vano,
Y yo tengo á desvario
El pedirme que reniegue
Del Señor que el cielo hizo.
En cuanto á querer lograrme,
Esto, señor, bien lo afirmo
Que ha de ser muy imposible
El alcanzarlo conmigo.
Confieso qu'eres mi rey,
Y como rey, señor mio,
La vida podrás quitarme;
Pero no el honor que estimo.—
Viendo el moro de Leonor
La dureza con lo esquivo,
Fué á asirla para lograrla,
Y ella viendo su peligro,
Sacó al moro de la cinta
El alfanje damasquino;
Prosigue el moro en su intento,
Y ella resuelta le ha dicho:
—Así defiendo mi honor,
Aun de los reyes lascivos:—
Y con un fiero reves
Le dejó un brazo en un hilo.
Viéndola el moro resuelta,
Y viéndose mal herido,
Comenzó á llamar á voces
A su guardia, y luego vino.
—A esta homicida cristiana
Prendedla, soldados mios,
Y haced que rinda la vida
Entre crueles martirios,
Pues fué su intento matarme
Con el mismo alfanje mio.—
Como en la mano le tiene,
La comprueban el delito:
Ven al Rey que está mortal
Y con su sangre teñido;
Prendiéronla, y la llevaron
Adonde está Don Jacinto.
De que se vieron los dos,
Ambos llorando hilo á hilo,
Jacinto llora á Leonor,
Y Leonor llora á Jacinto,
Diciendo: — Esposo del alma,
Ya se cumple el gusto mio;
Ya estoy condenada á muerte,
Y voy á morir contigo,
Y esto por guardar mi honor
Del Rey, que lograrme quiso,
Y porque no renegué
De la ley de Jesucristo.
Esta es la postrera vez
Que hemos de hablar, dueño mio:
Ya no nos verémos mas,
Pues nos espera el suplicio,
Y la muerte nos aparta,
Porque la suerte ha querido
No nos logremos casados.—
Y llorando se han pedido
El uno al otro perdon,
Y se perdonaron finos,
Y abrazados tiernamente,
Se dicen enternecidos:
—Ten ánimo, esposa mia:
—Ten valor tú, dueño mio,
Que para Dios todo es nada:
Ya nuestro intento es cumplido;
Sirva este abrazo de yugo,
Los suspiros de padrinos;
Sea nuestro amor las arras,
Nuestra firmeza el anillo,
Nuestras congojas la mano,
Las lágrimas los testigos,
El tálamo nuestras penas,
La bendicion los martirios,
Pues con martirios se curan
Yerros que hemos cometido.—
Y á la siguiente mañana
Los infernales ministros
Sacan á los dos amantes

De donde estaban metidos,
A cumplirles la sentencia
En pago de sus delitos.
Encima de un carro-mato
Venian apercibidos
Con dos palos hecha un aspa,
Y luego entre cuatro ó cinco
A Leonor la desnudaron,
Deshonestos y atrevidos,
Hasta que en carnes la dejan,
Enseñándola al gentío;
Y con tenazas ardiendo,
Los inhumanos ministros,
De sus delicadas carnes
La van tirando pellizcos.
Decia la triste dama
Con dolor tan excesivo:
—¡Ay! sea por la pasion
Que padeció Jesucristo.—
Alzó los ojos al cielo,
Y dijo: —¡Dios Señor mio!
¡Inmenso Rey de la gloria!
Este afrentoso martirio,
Esta vida, estos tormentos,
Os ofrezco en sacrificio,
En recompensa, Señor,
De mis culpas y delitos.—
Del mismo modo llevaban
Por delante á Don Jacinto,
Y de este modo llegaron
Al incendio prevenido,
De todos apedreados,
Desde el mas viejo al mas niño.
Llegaron ensangrentados,
Y luego los homicidos
Los juntan por las espaldas
Muy fuertemente ceñidos;
Al incendio los arrojan,
Y entrambos arrepentidos
Entre las llamas decian:
—¡Inmenso Dios infinito!
¡Misericordia, Señor,
Clemencia y perdon pedimos!
En vuestras manos, gran Dios,
Nuestras almas os rendimos...—
Y de esta suerte acabaron
Los dos amantes tan finos.
Sirva de ejemplo á los padres
Que violentan á sus hijos
Para que tomen estado,
De algun interes movidos,
Para que tenga con esto
El suceso finiquito.

(*Don Jacinto del Castillo*, etc. Pliego suelto.)

1289.

CELINDA Y DON ANTONIO MORENO. — I.

(*Anónimo.*)

Ayudado de Dios Padre,
Criador del universo,
Y su Hijo soberano,
Y del Espíritu inmenso,
Que en tres divinas personas
Hay solo un Dios verdadero,
Pues con este patrocinio
Fijo tendré el desempeño
Para que mi tosca pluma
Escriba un nuevo suceso,
Que otro como él no se halla
En los anales del tiempo.
Año de cuarenta y nueve
Sobre mil y setecientos,
De enero á los veinte y cuatro,
Cautivaron un mancebo
Hijo de muy nobles padres,
De la ciudad de Toledo,
Y su nombre y apellido
Es Don Antonio Moreno.
Este, por cierta ocasion
Salió de su patria huyendo:
Fuése á Motril, y una tarde
Con otros dos compañeros
Se ha salido á divertir
En un barquillo pequeño.
Por las cristalinas aguas
Se entraron el mar adentro;
Descubrieron que venia
Navegando á vela y remo
De moros, una fragata,
Y los cautivaron luego,
Y los conducen á Arjel,
Y en su plaza los vendieron.
Le compró por suerte un moro
Al toledano mancebo,
Que le llaman Audalá,
Hombre de mucho respeto,
El cual tenia una hija,
Discreta y hermosa á un tiempo,
La que llamaban Celinda,
Y andan muchos caballeros
Moros por casar con ella;
Mas hacia menosprecio
De todos, porque tenia
La voluntad y amor puesto
En el cautivo cristiano,
Pues le amaba con desvelo.
Un dia le llamó a solas
Dentro de su jardin mesmo;
Le dice: —Cristiano mio,
Escúchame, que pretendo
Que me digas la verdad,
Y es que de ti saber quiero
Si eres casado en tu tierra,
O tienes allá algun dueño
Que te lleve la pasion.—
—¿Por qué me preguntas esto?—
El cristiano le responde;
Y ella dice: —Porque quiero
Que tú te cases conmigo,
Que es el empeño que tengo.
—No soy casado, responde,
Ni tengo en mi tierra dueño
Que me lleve la pasion,
Aunque tengo impedimento
Para no poder casarme
Contigo, segun derecho
De mi ley, que no permite
Que un cristiano verdadero
Que profesa la ley santa
Cometa tal desacierto:
Aquestos son los motivos
Muy suficientes que tengo.
—¿Pues no puedes renegar?
—No, señora, que no quiero;
Que si yo dejo mi ley
Por gozar ese trofeo,
Despues iré á padecer
Eternamente al infierno;
Si te volvieras cristiana,
Casara contigo luego.
—Yo no quiero ser cristiana,
Dice la mora; que tengo
Hecho el voto de morir
En esta ley que profeso,
Que estimo mucho á Mahoma,
Y es un señor tan supremo,
Que en saliendo de este mundo,
A todos nos lleva al cielo.
—Eso sí, dice el cristiano,
Sin que lo jures lo creo,
Que le irán á acompañar,
Pero no será á tal puesto.
—¿Pues adónde?—Y él la dice:
—A los profundos infiernos.
—Calla, cristiano: ¿estás loco?

Que Mahoma está en el cielo,
Y es señor de lo criado,
Y te juro por él mesmo,
Darte, si á tu Dios no niegas,
El castigo mas tremendo
Que se haya visto en Arjel.—
Mas la respondió Moreno:
—Pues yo no dejo á mi Dios
Por seguir á ese embustero;
Y si no, escucha, y diré
De su fin y nacimiento.
Mahoma, cuando su madre[1]
Le parió estando en el lecho,
De un letargo que les dió
Padre y madre se murieron.
Un tio suyo buscóle
Un ama, y dándole el pecho
Veia un demonio que estaba
Consigo á su lado puesto.
Viendo el tio que salia
Tan pertinaz y soberbio,
Le echó al campo, y el oficio
Que tuvo fué de vaquero,
Y se amistó con un monje
Idólatra y hechicero,
Creyendo en sus herejías;
Y viéndole tan experto,
Le habló con dulces palabras
Dándole malos consejos,
Y en breve tiempo salió
Mas que el maestro, maestro,
Y escribió su mala secta
Con tan viles documentos.
Era muy enamorado,
Y un dia salió á paseo,
Donde vido una judía
Primorosa, y con requiebros
Solicitó su hermosura
Con caricias y con ruegos.
Ella dió cuenta á los suyos,
Y entre todos dispusieron
Darle la muerte á Mahoma;
Despues á ella dijeron
Que lo llevase á su casa,
Y escondidos estuvieron
En un cuarto, y de que entró,
Salen, y muerte le dieron,
Y cortándole una pierna,
Con mil olores la ungieron,
Y á unos cerdos luego echaron
La demas parte del cuerpo,
Y se lo comieron todo,
Hasta los mismos cabellos;
Y viendo no parecia,
Sus amigos le echan ménos,
Y procurando buscarle,
En cas la judía fuéron,
Y preguntando por él,
Les dice:—Ya se fué al cielo,
Y estando aquí en mi presencia,
Unos ángeles vinieron,
Y arrebatado lo llevan;
Mas yo que miraba esto,
Me arrojé, y así una pierna
Muy fuertemente, y con recios
Tirones se la saqué,
Y ellos lleváronse el cuerpo;
Y cuando ya iba volando,
Me habló él, así diciendo,
Que en la gloria me aguardaba:
Y para prueba de aquesto,
Aquí está su misma pierna.—
Se la mostró, y la creyeron;
Y la pierna que decia
La llevaron y pusieron
Allá en la casa de Meca
Donde ignorantes y ciegos
Adorais un zancarron,
Pues él está en los infiernos.
Y esto lo podré probar
Con un autor docto y bueno;
Este es San Pedro Pascual,
Y en sus escritos discretos
Se hallará aquesta noticia
Escrita del santo mesmo —
La mora, que aquesto oyó,
Le ha respondido: —Reniego
De ese maldito Mahoma,
Que ya seguirle no quiero.
Dime, dime de tu Dios,
Que saber quién es deseo.—
Y en otra segunda parte
Daré fin á este suceso.

(*Celinda y Don Antonio Moreno*, Pliego suelto.)

[1] Es muy notable en este romance la historia de Mahoma, que refiere llena de fábulas y calumnias que pretenden apoyarse en la autoridad de San Pedro Pascual. ¿Quién no se ha de reir del orígen que se da al famoso y fabuloso zancarron de Mahoma, que tanto agrada y tanto cree el vulgo todavía? Pero nada de esto es de extrañar, cuando se observa que los mismos españoles que trataron y vivieron con los moros, creian que estos eran paganos, que idolatraban y adoraban á Apolin, á Trabagante y á otros ídolos. ¿Cómo ignoraron que el Alcoran era un código del mas exclusivo theismo, y que desterraba de los templos, mezquitas y sus adornos, las imágenes y pinturas de séres vivientes, fuesen hombres ó animales? Pues bien, errores tan crasos, fábulas tan estúpidas, predominaron en toda la Europa y hasta entre los cruzados que visitaron y conquistaron sobre los musulmanes una parte de la Siria, no bastándoles el trato con ellos para desvanecer las preocupaciones que un clero ignorante les habia inculcado casi desde el tiempo en que apareció el profeta, falso sí, pero que siempre se mostró enemigo de la idolatría, y que se atribuyó y realizó la mision de derribarla y destruirla.

1290.

CELINDA Y DON ANTONIO MORENO.—II.

(*Anónimo.*)

Ya dije en la primer parte
Cómo se quedó en silencio
La respuesta del cristiano;
Y la mora con deseos
De saber quién era Dios,
Buscaba lugar y tiempo
Para hablar á su querido:
Un dia logró su intento,
Y llamándole le dice:
—¿Quién es tu Dios?— Y contento
Le respondió Don Antonio
Con fe viva, ardiente celo:
—Es mi Dios un Dios tan grande,
Que no conoce otro dueño;
Una substancia increada,
Y para dejar conceptos
Teológicos, solo basten
Los materiales ejemplos.
Búscame el poder mayor,
Y es de su poder diseño;
Busca la sabiduría,
Y en él la encontrarás luego;
De todas las hermosuras
Es el hacedor y dueño;
Es la causa de las causas,
Y esos once pavimentos
Los mueve por su bondad
Con tan bellos movimientos.
De toda la tierra es
Hacedor el mas supremo;
No hay planta, flor, animal,
Astros, casas, elementos,
Que no dependan unidos,
De su mandato supremo.
Es el premio de los justos,
Castigo de los soberbios,
Padre que nunca se acaba,
Deidad que no tiene miedos;
Incomprehensible, infinito,

Y aquesto es ser Dios perfecto.
Tomó nuestra humanidad
Por grandísimos misterios,
Que te declararé cuando
Conozcas ya los propuestos.
Encarnó en Vírgen divina,
Tan pura como los cielos,
Y mas que los cielos mismos,
Pues quedó vírgen pariendo.
—Eso no, dijo la mora,
Eso no puedo creerlo:
Cuanto hasta aquí has referido
Al punto te lo concedo;
Pero eso que ahora me dices,
Nunca lo tendré por cierto:
Parir y quedar doncella
Una mujer, no lo creo.
—Pues bien lo puedes creer,
Y nunca dudes en ello.
¿O puede Dios, ó no puede?
Él poder, claro lo vemos,
Él no poder, no es posible,
Porque puede como inmenso.
Mas para que no lo ignores,
Escucha este bello ejemplo.
¿No has visto por un cristal,
Sin lastimarse lo terso,
Penetrarse la luz pura
Del sol, la luna ó luceros?
Pues de ese modo pasó
Aquel superior reflejo,
Por don de sutilidad
Y don de poder inmenso;
Como la nave que corre
Ese cristalino velo,
Quedando las aguas todas
Sin señal de rompimiento:
Así este misterio fué.
—Ahora digo que lo creo;
Pues si como dices fué,
Tengo en mi cuarto, me acuerdo,
Un vidrio en la celosía
Sin rotura ni agujero,
Y por él se entra la luz,
Quedándose el vidrio entero.
Dame el agua del bautismo,
Que ser cristiana deseo.—
Un sacerdote cautivo
La administró el sacramento,
Fuente que lava la mancha
De aquel pecado primero,
Y en María de Jesus
Le echó de cristiana el sello;
Y este secreto quedó
Entre los tres encubierto,
Y desposados quedaron
Por la voluntad del cielo.
Sintiéndose ella preñada,
Llamó á su esposo en secreto
Y dijo queria irse
A la ciudad de Toledo,
Porque recibiese el fruto
De su vientre el estupendo
Lavatorio en sacra pila
Con sus cristianos deseos.
En esto ya convenidos,
Una industria dispusieron
Para engañar á su padre:
Metióse en la cama, y luego
Que su padre vino á verla,
Algo penado, diciendo:
—¿Qué tienes, hija querida?
—Yo, padre mio, me siento
Sumamente accidentada,
Y por mi divertimiento
Quisiera que me llevaras
A la quinta, que con eso
Discurro tendria alivio
De estas tristezas que tengo.—
Se lo concedió su padre,
Y el viaje dispusieron;
Y un dia, estando en la quinta,
A María le dió el cielo
Los dolores de su parto,
Y parió un infante bello,
Hermoso á las maravillas;
Y estándole dando el pecho,
Entró su padre, y lo vido,
Y dice: —¡Infame! ¿qué es eso?—
Y le responde animosa:
—Padre mio, este es tu nieto.
Sábete que soy cristiana,
Y soy muy gustosa en serlo.
—¿Cristiana? ¿Qué es lo que dices?
¿Y has tenido atrevimiento
Para dejar á Mahoma?
¿Cómo á mí me dices eso?
¿Pues qué se dirá de mí
Entre moros caballeros?
He de quitarte la vida,
Y á ese niño que estoy viendo,
Que mas quiero que tú mueras,
Que vivir con tal desprecio.—
Y echando mano á un puñal,
Levantó el brazo soberbio:
Fué á dar un golpe á su hija,
Soltó de la madre el pecho
El niño, y así le dice:
—Detente, querido abuelo,
No me mates á mi madre,
Que es quien me da el alimento:
¡Mira que te mira Dios,
Y el castigo tendrás cierto!—
Quedóse el moro confuso
De oir al infante tierno,
De unos tres dias nacido,
Y viendo aqueste portento
Abrazó tierno á su hija,
Y despues besó á su nieto.
Recogió toda su hacienda
Con gran cuidado y silencio;
En una nave se embarcan
Padre, madre, hijo y abuelo;
A Valencia arriban todos,
Y desembarcados luego,
Se vinieron transitando
Hasta llegar á Toledo.
Hallando a su padre vivo,
Los recibió placentero:
Al moro lo bautizaron,
Y Juan de Dios le pusieron,
Al nieto Manuel de Dios,
Y quedaron muy contentos;
Y la pluma, ya rendida,
Pide perdon de sus yerros.

(*Celinda y Don Antonio Moreno*, etc. Pliego suelto.)

1291.

LA PRINCESA CAUTIVA.—I.

(*Anónimo* [1].)

¡Ah de los montes y selvas,
Y breñas enmarañadas,
Adonde las avecillas
Entre pimpollos y ramas,
Con músicas y gorgeos
Al Rey del cielo dan gracias!
¡Ah de todos los vivientes!
Oigan mi historia envidiada:
Atencion, que ya comienzo.
En Venecia, la nombrada,
Nací, y á mis veinte abriles
Mi padre un dia me llama,
Diciéndome: —Hijo querido,
Pues que hay hacienda sobrada
Y en oro y plata tenemos

Veinte mil doblas contadas,
Y á tí solo que lo heredes,
Y es mi edad caduca y larga,
Pretendo vender la nave
Que está en el puerto ancorada.—
Y dije: — Padre y señor,
Las haciendas, oro y plata
Puede Dios en un instante
Todo reducirlo á nada.—
La nave cargó á mis ruegos
De telas y ricas galas:
Desplegando alas de lino
El argonauta surcaba
Los piélagos cristalinos
De las verdinegras aguas,
Adonde á Túnez llegamos,
Y mi hacienda registrada,
En breve tiempo vendí
Los géneros que llevaba.
Tuve ganancias muy grandes,
Y al pasar por una plaza
Vide dos turcos armados
Que á un difunto le guardaban.
A ellos me llegué, y les dije
Que por qué no lo enterraban;
Entrambos me respondieron:
—Porque es de nacion cristiana:
Este tenia un navío,
Y de mercader trataba,
Adonde un amigo suyo,
Turco de grande importancia,
Le dió en cuenta de unas telas
Dos mil ducados en plata,
Y despachando sus gentes,
El en Túnez se quedaba.
Salió del puerto esta nave
Con feliz viento y bonanza,
Y al cabo de cuatro dias
Se apareció una balandra
Diciendo que el tal navío
Iba corriendo borrasca,
Y se sumergió en los centros
De las tormentosas aguas.
El de pena cayó malo,
Murió, y el cuerpo le embargan.—
Entónces dije:—Yo pago
La cantidad mencionada.—
Y tomándolo en mis hombros
Fuí á una iglesia sagrada
Del seráfico Francisco,
Que en dicho Túnez se halla,
Para darle sepultura,
Y cien misas le pagaba,
Para que goce el descanso
De los cielos este alma.
Volvíme á pagarle al turco,
Y apénas entré en su casa
Cuando con grande dolor
Oí una voz lastimada,
Con los postreros acentos
De esta triste vida humana.
Preguntándole á los turcos
Por esta voz delicada,
Entrambos me respondieron:
—Vino á Túnez una esclava,
Una cristiana cautiva,
Causando envidia á las damas,
Que tan solo Alá pudiera
Tan hermosa dibujarla,
Y comprándola mi amo,
Luego la trajo á su casa
Con intento que reniegue,
Y que con él se casara.
Mas ella dice:— Señor,
Mira que en vano te cansas,
Que por mi Dios y mi ley
Moriré de buena gana —
Al oir esta respuesta,
A una mazmorra la baja,
Echándole dos cadenas,
Y pan de mijo y cebada
Le daba al dia seis onzas;
Medio cuartillo de agua
Le da en veinte y cuatro horas.
—¡Ay Dios! que será mi hermana
Y yo en su busca he venido.
—Amigo, en vano te cansas,
Porque pide cien millones
A aquel que venga á comprarla,
Y esa cantidad no creo
Que tenga ningun monarca.
Mi amo por aquí viene.—
Apénas entró en su casa,
Le hicieron mil reverencias,
Y se postran á sus plantas,
Diciéndole: — Gran señor
Poderoso de este alcázar,
La deuda de aquel difunto
Este cristiano la paga.—
En este razonamiento
Mis devociones rezaba,
Pidiendo á Dios que me dé
Una idea bien formada,
Que le sirva de rescate
A la mi supuesta hermana.
Pagando por el difunto,
Dije:—Mostafá, mi hermana
Me la teneis prisionera
Y con rigor maltratada,
Siendo la mejor judía,
La mas hermosa y bizarra
Que se ha criado en Liorna,
Porque Liorna es mi patria.—
Y como tienen los moros
Por gran descrédito que haya
En su casa algun judío
En su barrio, calle ó plaza,
El turco con rabia fuerte
Cruelmente se arañaba,
Y en altas voces decia:
—¿Qué se dirá de mi fama,
De mi crédito y mi honra
Por esta mala canalla?
Tráiganla aquí á mi presencia.—
Como difunta la sacan,
Y poniéndola en mis brazos,
A sus criados les manda
Que con el mayor rigor
Nos arrojen de su casa.
Cuando en la calle me vide,
Dí al cielo infinitas gracias:
Fuí al templo soberano,
Y apénas dentro me hallaba
Para darle sepultura,
Cuando vi que suspiraba,
Y en mis brazos se estremece.
Dándole algunas sustancias,
Con bebidas y reparos
Volvió en sí la triste dama,
Y por darle mas consuelo
Le dije que no era esclava,
Que por órden de los cielos
Era libre y rescatada.
Temiendo el rigor del turco
Me fuí derecho á la playa;
Embarquéme en mi navío,
Mandé á la gente que izara,
Que dén las velas al viento
Y que á todo trapo vayan.
Por entre campos azules
El argonauta volaba
Hecho pabellon del viento:
Llegué á Venecia, mi patria,
Hallé á mi padre difunto,
Dios le perdone su alma.
Mas dejemos esto ahora,
Y volvamos á la dama,
Que amoroso le pregunto

Por sus padres, tierra y patria.
Y en otra segunda parte
Diré lo que en esta falta.

(*La Princesa cautiva*, etc. Pliego suelto.)

[1] La idea de este romance y el que sigue está tomada de una leyenda popular muy antigua y devota, que tambien en el siglo XVII sirvió de asunto á varios dramas, entre los cuales sobresale el que á nombre de tres ingenios, uno de ellos Calderon, se intituló *El mejor amigo el muerto*. Ya ántes habia escrito Lope de Vega, con el de *Don Juan de Castro, primera y segunda parte*, otras dos notables comedias. El autor de los romances ha privado á sus composiciones de una gran parte de las aventuras que constituyen la leyenda, y de los hechos caballerescos que existen en los dramas donde el difunto provee á su protector y protegido de cuantos auxilios necesita para triunfar de sus contrarios y lograr su buena ventura.

1292.

LA PRINCESA CAUTIVA. — II.

(*Anónimo.*)

Atencion, noble auditorio,
Y explicaré que la dama
Suspirando me decia
Que no le preguntе nada;
Que con el tiempo sabria
De su vida desgraciada.
— Perdona si te ofendí,
Hermosísima Diana,
Porque mis intentos eran
Que fueras mi esposa amada;
Y pues que no te merezco,
Me quejaré á mi desgracia —
Y la dama enternecida,
Así dice estas palabras:
— Publicaré desde hoy
Cómo soy tu esposa amada,
Porque así quiero que veas
Que amor con amor se paga.—
Al oir esta respuesta
Di al cielo infinitas gracias,
Dispuse mi casamiento,
Y en bodas tan celebradas
Hubo cañas y alcancías,
Muchos torneos y danzas.
A ellas vino un capitan
De las marítimas playas,
Que tomó amistad conmigo
Muy estrecha y enlazada.
Pasados algunos dias,
Una risueña mañana
Nos convidó á su navío,
Acepté, y le di palabra:
No con gusto de mi esposa
Nos fuimos en su compañía,
Y miéntras nos embarcamos
El navío nos hizo salva.
Apénas dentro nos tuvo,
Mandó al punto que tocaran
Los sonoros instrumentos,
Que á todos nos encantaban.
Alzan áncoras y velas,
Y el armamento de tablas
Haciéndose á todos vientos,
Cortaba ambicioso el agua.
Ya eran las seis de la tarde,
Y así me dice mi amada:
— Sin duda, alguna traicion
O cautela nos aguarda:
El corazon se me aflige,
Y se me ha turbado el alma.—
Tomándola de la mano
Para volverme á la playa,
Desde la popa del buque
No vi mas que cielo y agua.
Mi esposa al ver la traicion
Cayó al punto desmayada.
El capitan y otros cuatro
Tiranamente me agarran,
Y en esos mares me arrojan:
—¡Valedme, Virgen sagrada
Del Cármen, divina aurora,
Y á vos, Antonio de Padua,
Santa Bárbara gloriosa,
Angel santo de mi guarda,
Pídele á Dios que me libre
De muerte tan desgraciada!—
Al decir esto me hallé
De pechos en una tabla;
Navegué toda la noche,
Y al ver el giro del alba
Me sacó el cielo piadoso
A unas arenosas playas.
Besé la tierra mil veces,
Cuando vi que se acercaba
Hácia mí un anacoreta,
Y llevándome á su estancia
Todos los dias traia
Una cesta de viandas.
Al cabo de siete meses
Dice el monje que me vaya
A las orillas del mar,
Porque una nave me aguarda,
Y tiene pagado el flete
Hasta Venecia, mi patria.
Embarquéme muy gustoso,
Llegámos frente de Irlanda;
Dice el capitan: — Amigos,
Este pliego y esta carta
Es necesario llevarle
Al invicto rey de Irlanda.—
Todos dijeron: — Señor,
El veneciano que vaya; —
Y yo me convine á ello,
Y en tierra me desembarcan.
Fuí derecho al real palacio,
Y á la majestad Cesárea
Le entregué en su propia mano
El pliego que le llevaba,
Y leyéndolo decia
Estas siguientes palabras:
«Invictísimo señor,
»Rey poderoso de Irlanda,
»La enfermedad de tu hija,
»Que nadie pudo curarla,
»El portador de este pliego
»Es médico de gran fama,
»Y solamente de verlo
»Veréis cómo queda sana.»
El Rey lleno de alegría
Mandó que entre en una sala,
Donde habia mil señores.
¡Discreto lector, repara
Cómo quedaria yo
Entre confusiones tantas,
Y mas al ver una joya
Que le di á mi esposa amada
El dia del casamiento
De topacios y esmeraldas,
Encima de un escritorio!
Me arrojé para tomarla,
Diciendo: — Hermosa Isabela,
¿No te dueles de mis ansias,
De mis ayes y lamentos?—
Ella, que escuchando estaba
Encima de un blando lecho,
Dió un brinco desde la cama
Abrazándose de mí,
Sin saber quién me abrazaba.
Pero mirando su rostro,
Llena de alegría el alma,
El entendimiento absorto,
Y la voz toda turbada,
Por el capitan pregunto,
Y dice: — Dueño del alma,
Informado el Rey mi padre
De su cautelosa infamia,

Mandó quitarle la vida;
Y pues que te di palabra
Que con el tiempo sabrias
De mi vida desgraciada,
Has de saber que mis padres
Me casaban violentada
Con el príncipe de Escocia,
Y yo salí disfrazada
Una noche con secreto
En una yegua alazana.
Los moros me cautivaron,
Y fuí vendida en sus plazas.—
El Rey estaba admirado,
Y entónces le dí la carta,
Y leyéndola decia:
«En la celestial morada
»Por tus obras y virtudes
»Goza descanso mi alma:
»Te acordarás cuándo en Túnez
»Le diste tierra sagrada
»A mi cuerpo, y que pagaste
»Cien misas para mi alma.
»Cuando en el mar te arrojaron,
»Sabe que yo fuí la tabla,
»Yo fuí el anacoreta,
»Y el que te condujo á Irlanda;
»Y pues quedas con tu esposa
»Libre de desdichas tantas,
»Quédate en paz, que yo voy
»A la celestial morada.»
De allí á poco murió el Rey,
Y á mí por su rey me aclaman,
Adonde quedo reinando,
Gozando de dichas tantas.
Ahora suplico al cristiano
Que siempre en su pecho traiga
A la Vírgen del Cármelo,
A San Antonio de Padua,
Santa Bárbara gloriosa,
Con el Angel de la Guarda,
Que rueguen por sus devotos
A la Majestad sagrada.
Este caso prodigioso
Tan solo de oirlo espanta.
Ahora pide el autor
Perdon de sus muchas faltas.

(*La Princesa cautiva*, etc. Pliego suelto.)

1293.

ARLAXA, MORA.—I.

(*Anónimo*[1].)

Resuene el clarin dorado
Por aquesa region vaga
Del viento, y con sus acentos
Notoria á los hombres haga
Esta verdad admirable;
Y porque mas breve vaya
A volar por todo el mundo
En las alas de la fama,
He querido en estos versos
Referirla y declararla,
Porque sé que á los curiosos
La música les agrada,
Y prestan atencion, cuando
Oyen que un romance cantan.
Y para que sea breve
Mi historia, y no dilatada,
Le daré principio, puesto
Que con atencion aguardan
A que la refiera; y digo,
Que en un lugar que le llaman
Llanes, cuyo asiento bello
Viene á ser en las montañas
De Oviedo, un anciano noble
Dos hijos nobles criaba;
Y para que le adquiriesen
Mas honores á su casa
Dispuso que el ejercicio
De las letras y las armas
Siguieran, porque con ellas
Nuevos blasones ganaran;
Y así al menor de ellos hizo
Que á estudiar á Salamanca
Fuese, y que el mayor sentase
En una bandera plaza,
Para que fuese á servir
A Cárlos Segundo de Austria.
A los estados de Flándes
Llegó, y su fortuna tanta
Fué, que en tres años que estuvo
Sirviéndole, una bengala
Alcanzó por su valor;
Y dándole órden que á España
Pasase á levantar gente,
En un navío se embarca,
Y dando al viento las velas
Surcó las ondas saladas.
Para la ciudad de Cádiz
Navegaba con bonanza,
Y una mañana, que apénas
La luz del sol asomaba
Por su oriente, descubrieron
Cuatro galeras bizarras
De moros, que pretendieron,
Fiados en la ventaja,
Combatir la nave; y fué
Tan reñida la batalla,
Que llegaron á su bordo
Dos naves de las contrarias,
Y este capitan valiente
Con su rodela y espada
Se arrojó á la una de ellas;
Mas fué tanta su desgracia,
Que cuando á seguirle algunos
Fuéron, para aprisionarla,
Los moros se retiraron
Fatigados de la carga
Que les daban los cristianos,
Y no poder tolerarla;
Se pusieron en huida,
Y de tal suerte bogaban,
Que aunque quisieron seguirlos,
Ellos del riesgo se escapan;
Y Don Diego que se vido
Solo, y que con algazara,
Y las armas en las manos
Lo cercan y lo amenazan,
Y que por estar herido
Manchaba las toscas tablas
Con su sangre, y que ya al brazo
Para resistir faltaba
El brio, se rindió, y luego
Al punto le aherrojaban
Echándole al pié un grillete
Y una cadena pesada
Tan grande, que casi apénas
Podia Don Diego arrastrarla.
Llegaron á Tetuan,
Tomando tierra en su playa,
Donde lo venden, y estuvo,
Segun él mismo declara,
Quince años en cautiverio,
Sin que á saberlo llegara
Su padre, aunque diligente
Con cuidado procuraba
Saber de su hijo; mas no
Pudo saber dónde estaba.
Mas sucedióle, por ser
Su suerte siempre voltaria,
Que á Arjel, con otros cristianos,
Para venderlo lo pasan,
Y el amo que lo compró
Al Rey se lo presentaba,
Con que ya de verse libre
Llegó á perder la esperanza.

Mas quiso el cielo piadoso,
Que por donde no esperaba
El remedio hallase, y fué
Que hallándose una mañana
Él, con otros dos cautivos
Que estaban en su compañía
Solos en el almacen,
Que es donde de noche guardan
Los que del Rey son esclavos,
Con diligencia y con maña,
Que quieren que estén seguros
Para que de dia salgan
A trabajar en las obras
Que se hacen en la muralla,
Por repararla del daño
Que la tormenta pasada
Ocasionó, vieron que
Por una escasa ventana
Asomaba un lienzo puesto
En la punta de una caña,
Que haciendo señas con él,
Daba á entender que llamaba;
Mas distinguir no pudieron
Quién llamaba, aunque miraban
Con atencion, porque en ella
Una celosía estaba
Que embarazaba á la vista
Lo menudo de sus mallas;
Y acercándose uno, luego
Al instante lo levanta,
Y viendo la accion volvióse
A su sitio, y el que estaba
Con Don Diego probó á ir,
Por ver de que hacen instancia
En el llamar, y lo mismo
Le sucedió, con que clara-
Mente se reconoció
Era Don Diego á quien llaman.
Acercóse, y el lenzuelo
Arrojaron, y él lo alza,
Y halló atadas en la punta
Cuatro monedas de plata.
Hizo una gran cortesía
Con la cabeza inclinada,
Dando á entender que agradece
El que tanto bien le hagan,
Y á este mismo tiempo dice
Que vido una mano blanca
Muy claramente, y con ella
Que la ventana cerraban.
Admirados se quedaron
Todos de ver lo que pasa,
Y al cabo de breves dias,
En otra ocasion que estaban
Solos los tres, por la misma
Parte vieron que asomaban
Otro lienzo, y sucedióles
Lo que en la ocasion pasada,
Porque á Don Diego fué á quien
Diez doblones y una carta
Arrojaron, y despues
Que la ventana cerrada
Estuvo, con alegría
La nema al papel le rasgan
Por leerle, y no pudieron
Entender una palabra,
Porque los renglones dél
En lengua arábiga estaban.
Quedaron algo confusos,
Y al fin se determinaban,
Que á un renegado que allí
Entra, y es su camarada,
Se lo diesen á leer,
Para ver si les declara
Lo que contiene, y por ser
Una accion tan arriesgada
El llegar á declararse
A quien es de ley contraria,
Temeroso del peligro,
De esta suerte se prepara,
Diciéndole :—Este papel
En un agujero en casa
Hallé escondido, y quisiera
Vieras si era de importancia.—
Recibióle el renegado,
Y á leerle comenzaba,
Y despues que por la vista
Por extenso el papel pasa,
Le dijo :—Cristiano amigo,
No es posible me persuada
A creer que este papel,
Como tú dices, lo hallaras;
Mas no es mucho que receles,
Por no saber con quién hablas.—
Metió la mano en el pecho,
Dél un crucifijo saca,
Y le dijo :—Yo te juro
Por aquesta imágen santa
De Cristo, á quien reverencio
Y adoro dentro del alma,
Que te he de ayudar en cuanto
Pudiere, si tú me tratas
La verdad; porque la digas
Sin recelarte de nada,
Te he de referir mi historia:
Escucha, que no es muy larga.
Yo nací de humildes padres
En la ciudad de Calabria,
Y por ser aficionado
A navegar, por las aguas
De pescador el oficio
Con gusto lo ejercitaba;
Mas quiso mi mala suerte
De que moros me pescaràn,
Y á Arjel me trajeron, donde
Un mercader me comprara,
El cual tenia una hija
Discreta, de buena cara,
Y aficionándome de ella,
Con interes de gozarla,
Negué la fe, y ciego sigo
La secta mahometana.
Con ella me casé, y luego
Quiso el cielo que enviudara,
Y arrepentido del yerro
Que hice, deseo que haya
Órden de poder pasar
A España, Francia ó Italia
Para poder desde allí
Ir á que me absuelva el Papa.—
Oyendo aquesto Don Diego,
Le dijo cuanto le pasa;
Lo escrito decia así:
«Cuando nací, las entrañas,
»Una cristiana cautiva
»Que era de mi padre esclava
»Me hizo, y despues crióme,
»Y me enseñó á que rezara.
»Esta murió, y con Alá
»No dudo fué, no á las llamas,
»Porque la he visto despues,
»Y me ha dicho que me vaya
»Donde pueda recibir
»El bautismo que me falta.
»A mi parecer, ninguno
»De los cautivos te iguala
»En la nobleza, y quisiera
»Que contigo me llevaras,
»Que yo te daré riquezas
»Para que de ellas te valgas:
»Si quieres serás mi esposo,
»Y si no, no me embaraza,
»Que Alá me dará marido
»Con quien esté bien casada.
»Solo la respuesta espero,
»Y para que puedas darla,
»Por donde este has recibido,
»La que te escribe te aguarda.»

Y en el segundo romance
Se escribirá lo que falta.

(*Arlaxa Mora*, Pliego suelto.)

[1] El asunto de este romance y del que sigue se ha tomado de la novela del *Cautivo*, de Cervántes, incluida en el *Quijote*.

1294.

ARLAXA, MORA. — II.

(*Anónimo.*)

Y despues que hubo pasado
Cuanto hasta aquí se declara,
Escribiendo el renegado
Con una alegría extraña,
La respuesta entre los dos,
Fué de esta suerte notada :
«La Emperatriz de los cielos,
»María, que nos ampara,
»Y Jesus, su amado Hijo,
»Te dé auxilios de su gracia
»Para que como deseas
»Llegues á verte cristiana.
»De parte mia y de parte
»De los que á mí me acompañan
»Recibirás estas letras,
»Que gozosos de que hayas
»Fiado de mí el secreto
»Y que así de mí te valgas,
»Te ofrecemos todos juntos
»Obedecer lo que mandas.
»Y pues que tu voluntad
»Seguimos, da tú la traza
»Que te parezca, señora,
»Que será mas acertada,
»Y verás que se ejecuta,
»Sin que en un punto haya falta.
»Escribir sin temor puedes,
»Que uno de mis camaradas
»Entiende muy bien la lengua,
»Y tambien sabe explicarla
»Por escrito, como en este
»Verás, si atenta reparas;
»Y en cuanto á ser yo tu esposo,
»De serlo te doy palabra.
»Alá te guarde.» Y cerrando
El papel Don Diego guarda
Dentro del pecho, y un dia
Que de darlo ocasion halla
Hizo una seña, y al punto
Un hilo puesto en la caña
Echaron, y él diligente
Se llega y el papel ata.
Apénas pues en las manos
Lo toma la bella Arlaxa,
Cuando comenzó á leer,
Y en responder no fué tarda,
Porque arrojó en un billete
Escritas estas palabras :
«Yo no sabré, señor mio,
»Deciros el modo y traza
»Para que hagamos seguros
»A España nuestra jornada;
»Pero lo que me parece
»Es que esta noche sin falta
»Vengas, que yo te daré
»Con que libertad amada
»Consigas tú y tus amigos;
»Y al que de mas confianza
»Fuere, puedes enviar
»A España por una barca
»Donde viniendo de noche,
»Y haciéndome á mí avisada,
»Pueda yo estar prevenida
»Para que contigo vaya.
»A un jardin que es de mi padre,
»He de ir esta semana
»Para pasar el verano
»Con su merced y mis criadas
»En él, y de la marina
»Vecina es su verde estancia.
»Procura saber el sitio,
»Para que allí á verme vayas.»
Seguir en todo quisieron
El consejo que les daba
Arlaxa, y el renegado
Dijo :—No es cosa acertada
Hacerlo así, que el que fuere
Por ella, viendo alcanzada
Libertad, y que perdería
En el volver arriesgaba,
Cosa sería posible,
De que la vuelta excusara :
Que lo mas cierto y seguro
Era que á él le entregaran
El dinero, y que una nave
El procuraría comprarla
Y pasar á Tetuan
A llevar alguna carga
De géneros, que aunque en ellos
No se tuviera ganancia,
A lo ménos serviría
De que ninguno extrañara
El verlo salir al mar.
Aunque no de buena gana,
Siguieron su parecer,
Porque no se disgustara
Con ellos, y descubriera
El secreto, y peligrara
La hermosa Arlaxa, que dió
Para que se libertaran
Tres mil escudos; y luego
A Don Diego le rescata,
Por órden de Alí, que así
Al renegado llamaban,
Un capitan valenciano,
A quien el silencio encargan,
Que á este tiempo con su navo
De paz en Arjel estaba,
Y dél quisieron valerse
Porque se disimulara
Que el dinero que costó
No eran ellos quien lo daban.
Compró Alí una saetía,
Y porque en todo llevara
Disimulado su intento,
Y sospechas no tomaran
De su salida, con otro
Moro, que trata y contrata,
A Tetuan hizo un viaje
A cargar de higos y pasas;
Y á la vuelta, que volvieron,
Dieron fondo en una cala
Que viene á caer muy cerca
Del jardin donde está Arlaxa;
Y libertados los dos
Que en las prisiones quedaban,
Y teniendo convocados
Diez cristianos, que en compaña
De los cuatro se viniesen,
Y que al remo trabajaran,
Dispusieron el viaje;
Y para que esté avisada
Arlaxa, se fué Don Diego
Al jardin donde ella estaba.
Y apénas de sus umbrales
Adentro puso las plantas,
Cuando encontró con el padre
De Arlaxa, y le preguntaba
Que quién era, ó qué quería;
Y le dijo que buscaba
Unas yerbas que su amo
Le pidió para ensalada;
Y por saber que del moro
Era amigo y le estimaba,
Le dijo que era su esclavo,
Y el moro le dijo :—Pasa,

Cristiano, mas adelante,
Que hácia aquí puedes hallarlas.—
La hija se vino á ellos
Tan hermosa y tan bizarra,
Que para abrasar el pecho
De amor, bastaba el mirarla.
El padre dijo :—Este esclavo,
Segun lo que él me declara,
Es de Mostafá mi amigo ;—
Y como en forma de chanza
Dijo Arlaxa :—Si eres noble,
Como parece, ¿qué causa
Te obliga á vivir cautivo,
Y tu libertad no pagas?—
Respondióle :—Ya estoy libre —
Y ella dijo :—Pues ¿qué aguardas?
Si estás libre, como dices,
¿Cómo á tu tierra no pasas?—
Y él respondió :—Yo, señora,
Sin falta me iré mañana
En un bajel que me dicen
Va á parar á las Canarias.—
Ella dijo :—¿No es mejor
Que una embarcacion buscaras
Para que á España te lleve,
Puesto que tú eres de España?—
Y el dijo :—Deseo verme
Con quien estimo en mi patria.
—Serás casado, y por eso
Te parecerá que tarda
El tiempo, porque no estás
A los ojos de quien amas.—
Respondió :—No soy casado;
Mas mi palabra empeñada
Tengo, y mi honra, de serlo
En yendo allá.—Y esa dama,
Dime, ¿es hermosa?—Y él dijo :
—Es toda una semejanza
De tu persona.—Y el padre
Dijo riendo :—¡No es mala
La cristiana, si parece
En algo á quien la compara!—
Una criada á este tiempo
Llegó toda alborotada,
Diciendo que unos soldados
Habian saltado las tapias.
Fué el padre á echarlos, y quedan
Solos Don Diego y Arlaxa,
Con lo que le dió á entender
Dispuesto el viaje estaba
Para aquella noche, y ella
Agradecida le abraza.
En esta ocasion el padre,
Que ya volvia á buscarla,
Los vido; mas no por eso
Los brazos del cuello apartan.
Lo que hizo fué fingir
De que estaba desmayada.
Llegó el viejo alborotado,
Y sin que se desmandara
Dijo Don Diego :—Señor,
De haber quedado asustada
Le ha dado aqueste accidente,
Que es cierto que si se halla
Sola, y no la favorezco,
Cae en el suelo y se mata.—
Hizo que volvia en sí,
Y mostrándose indignada
Con el cristiano, su padre
Dijo :—Ten, que no te agravia.—
Llévanla dentro, y Don Diego
Con acciones cortesanas
Se despidió, y á la noche
Los catorce se juntaban,
Y entrando en la saetía,
Se abrazaron á las armas,
Y á los moros que están dentro
Con ellas los amenazan,
Diciendo que han de matarlos
Si dan voces y no callan.
Dejáronlos con prisiones
Y cuatro que los guardaran,
Y los demas al jardin
Fuéron, y hallando entornada
La puerta, entraron, y á ellos
Arlaxa salió descalza,
Porque no fuesen sentidas
De su padre las pisadas :
Y dijoles, con silencio
Entrasen hasta su sala,
Para que sacasen de ella
Joyas, dineros y galas.
Mas quiso su mala suerte
De que el padre dispertara
Al ruido, y todos juntos
Se asustan y sobresaltan.
Mas el renegado diestro
Con grande priesa le abraza,
Y siguiéndole otros tres
Llegan, y al moro le tapan
La boca, y entre los cuatro
Lo sacaron en volandas,
Y á la embarcacion lo llevan.
Con la hija, que turbada
Estaba, hicieron lo mismo,
Y luego al instante marchan;
Mas como el viento en el golfo
Qu'entrasen no los dejaba,
Tuvieron que irse por tierra
Hasta que de Arjel se apartan.
Arlaxa pidió á Don Diego
Que á su padre lo dejaran
En tierra, viendo que el viento
A su favor convidaba.
Dejaron libres los moros,
Y alegres las olas rasgan
Con la quilla, y á la noche
Siguiente al romper del alba,
Las sombras descubren léjos
De unas tierras dilatadas.
Pusieron á ellas la proa,
Y llegando, en tierra saltan.
Dejaron la saetía
A un duro peñasco atada,
Y por un pastor que hallaron,
Que estaba guardando cabras,
Supieron que no está léjos
De allí la ciudad de Braga.
Fuéron á ella, y el bautismo
Recibió con fe Mariana,
Que por este nombre quiso
Perder el nombre de Arlaxa.
Desposóse con Don Diego,
Y de allí á su lugar pasan,
Donde hallando vivo al padre,
Supieron cómo en la Sala
De Méjico, siendo oidor
Está su hermano, y lo aguardan
A vuelta de flota, y quedan
Alegres dando mil gracias
A Dios porque desde Arjel
Los trajo con bien; y acaba
Aquí la historia, y Juan Perez
Pide perdon de sus faltas.

(*Arlaxa, mora*, Pliego suelto.)

1295.

BELARDO Y LUCINDA.

(*Anónimo.*)

En el Alcázar de Vénus,
Junto al dios de los planetas,
Donde el palenque de Adónis
Tiene puesta su belleza,
Círculo del cuarto asiento,
Donde las moras mas bellas

Tienen preso al dios Cupido
Entre amorosas cadenas:
En la gran Constantinopla,
Corte de la infame secta,
Donde el gran sultan Selin
Tiene sentada su fuerza;
Este tal tiene una hija
De aqueste imperio heredera:
Lucinda tiene por nombre,
Porque luce su belleza
Mas que el trono de Amarilis,
Mas que el cielo de Amaltea.
Herida está del amor;
Que con amorosa flecha
Le traspasó el corazon
Cupido, con sus saetas;
Por lo cual para penar
Ardia en ardientes quejas;
Y fué la causa un cautivo
De la ciudad de Valencia,
Que en los jardines del turco
Las plantas cultiva y riega:
Mozo, galan y alentado,
Y de grande gentileza.
Mas Lucinda, que no duerme
Y con ansias se desvela
Por ver qué remedio dar
Para gozar esta empresa,
A despojos de Cupido
Dió lugar la primavera;
Y fué que estando Belardo
Algo quejoso una siesta,
Cantando de su fortuna
Las sinrazones adversas,
Al pié de una hermosa fuente,
Cuya corriente risueña
En gargantillas murmura
Lo que distribuye en perlas,
Con un hermoso instrumento
Cuyas concertadas cuerdas
Dan principio á sus acentos,
Que dicen de esta manera:
«¡Oh Virgen! pues sois mi madre,
»Tened ya de mí clemencia:
»Si nací para penar,
»El cielo me dé paciencia.»
Lucinda, que ya no puede
Reprimir mas su impaciencia,
Hácia donde está su amante
Paso entre paso se llega,
Y dice:—Cristiano amigo,
¿Qué tienes? ¿por qué te quejas?
Sirena soy que en tu canto
La memoria tengo puesta
Entre mi amor y tus versos;
Tenlo por cosa muy cierta.
¿Por qué lloras, alma mia?
No derrames tantas perlas,
Que saliendo de tus ojos
En mi alma están deshechas.—
Alzó el cristiano la cara,
Y mirando á la Princesa,
Con apacible sonrisa
Le dice de esta manera:
—¿Cuándo merecí, señora,
Que vuestra Alteza me vea?
Porque es gran dicha en un triste
El que lo mire una reina.—
Dijo Lucinda:—Mis glorias
Son ver unas azucenas;
Se me ha perdido un diamante
Al pié de aquesta maceta,
Y lo he venido á encontrar
Junto á esta fuente risueña.—
El cristiano, que la entiende,
Le dice de esta manera:
—Ese diamante, señora,
Es un fuego que me quema,
Y no se puede gozar
Diamante con falsa piedra.—
Lucinda le echó los brazos
Con amorosa presteza,
Diciendo:—Dueño del alma,
Lo que quiero es que me quieras
Porque el fuego de tus ojos
Es un volcan que me quema.
Yo me muero, tú lo sabes,
Y si tú no lo remedias,
La fuerza del mucho amar
Me hará perder la paciencia.—
Dijo Belardo:—Señora,
Repórtate, que estás ciega,
Que soy cristiano y cautivo,
Y vengo de baja esfera;
Y tú mora, y de este imperio
Eres señora y princesa,
Y no puede haber amor
Donde la ley no empareja.
Dijo Lucinda:—Belardo,
No seas de esa manera,
Que eres niño, y no lo entiendes,
Y es cosa muy lisonjera
El gozar de la ocasion
Cuando el amor lo desea.
No seas ingrato, bien mio,
Que un alma quemada en penas
Ha llegado á ver el cielo,
Que es la gloria que desea.
Tú eres el cielo, Belardo,
Y yo el alma que anda en pena.
Sabrás que el verme en tus brazos
Muchos suspiros me cuesta,
Y que abrazaré gustosa
La misma ley que profesas.—
Belardo, que ya no puede
Resistir tantas ternezas,
En el golpe del cuidado
Y en el mar de sus ideas,
Acordó dentro en su pecho
De bautizar la Princesa
Con una concha de plata
Que ella misma trae puesta.
En nombre del Padre eterno
Le echó el agua en la cabeza:
Le puso Rosa por nombre,
María por mas grandeza.
Enternecido Belardo
Le dice de esta manera:
—Señora, cosa es constante
Que con potestad inmensa
Y con divino rocío
Saqué tu alma de penas;
Te puse Rosa por nombre,
Quedaste rosa tan bella,
Que un ramillete de flores
Pareces entre azucenas.—
Los dos amantes se abrazan
Y con amor se requiebran.
Dijo Lucinda:—Belardo,
Ya no espero mas grandeza
Puesto que ya soy cristiana,
Sino que mi esposo seas.
Yo te prometo esta noche,
Antes que la aurora bella
Venga bordando claveles,
Que nos vamos á tu tierra,
Porque conozcas las ansias
De la que fué tu princesa.—
Se quita un cendal morado
Con un esmalte de perlas,
Y dice:—Toma, Belardo:
De nuestra fe verdadera
Será este cendal testigo
Hasta llegar á tu tierra;
Y así quédate con Dios,
Antes que alguno nos sienta.—
Se fué la Infanta, y Belardo
Quedó ciego y en tinieblas,

Esperando que su esposa
Lo saque de aquellas penas.
Se dieron tan buena traza,
Que en aquella noche mesma
Aprestaron un barquillo,
Y con él mil cosas buenas.
Los dos se metieron dentro,
Y dulcemente navegan:
Llevan por remos los gustos,
Por árbol sus diligencias,
Por el trinquete su amor,
Y por descanso sus penas.
Por el mar de su esperanza
Los dos amantes navegan;
Donde los lleva el viaje,
Allá los guia su estrella.
Mas no quiso la fortuna
Que llegaran á Valencia,
Porque los echaron ménos,
Y el turco con rabia fiera
Manda al punto que los busquen
Por el mar y por la tierra.
Dos galeras despacharon
Muy ufanas y soberbias,
Carrozas de la fortuna,
Que con vaivenes navegan.
Cuando vieron los amantes
Las dos corsarias galeras
Que les iban dando caza,
Dijo Rosa con gran pena:
—Belardo, perdidos somos,
Porque sin duda en mi tierra
Nos habrán echado ménos,
Pues dos naves muy soberbias
Vienen surcando las aguas
Navegando á toda vela.—
Cercan al triste barquillo,
Por tener poca defensa:
Y prendiendo á los amantes,
A Turquía dan la vuelta.
El Gran Sultan, que los vió,
Puso al punto la sentencia
De que han de morir quemados,
Que así su secta lo ordena.
Los infernales ministros
Encendieron una hoguera;
Sacan á los dos amantes.
¡Ay qué dolor! ay qué pena!
Belardo de veinte años,
Su cara hecha una azucena
Entre cándidos jazmines
Disciplinados de perlas;
Y Rosa de diez y siete,
Su cara una rosa hecha,
Enmarañado el cabello,
Descalzos de pié y de pierna,
Desnudos de medio arriba
Y con dos gruesas cadenas,
A porrazos y empellones,
Con sangre manchan la tierra.
Pregoneros van delante
Con cuatro roncas trompetas,
Que son lenguas del silencio
Que publican la sentencia.
Llegaron hasta el incendio,
Donde el fuego los espera.
Estándolos para echar,
Llegó un moro á toda priesa,
Que dice que el Gran Sultan
Ya les perdona su ofensa,
Como manda el Alcoran
Que se casen en su secta,
Y les perdona sus yerros
Y su cometida ofensa.
Respondió Rosa encendida
En vivo amor que se quema:
—Corre, perro, y di á mi padre
Que reniego de su secta,
Que por no ver á Mahoma
Me arrojo á la muerte fiera.
Ea, valiente Belardo,
Esta es la fe verdadera,
Por ella hemos de morir,
¡Viva Dios, viva la inmensa
María, llena de gracia!
Y pues es de gracia llena,
Pidámosle que nos dé
Para este martirio fuerza.
Ea, amante de mi alma,
Pídele á Dios la paciencia,
Que yo tambien de mi parte
El hacerlo así me es fuerza.—
Y arrojándolos al fuego,
Con la mayor entereza
Rindió Belardo la vida,
Y Rosa murió contenta,
Sacrificando sus vidas
Por conseguir gloria eterna.

(*Belardo y Lucinda*, Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES HISTÓRICOS.

1296.

TOMA DE SEVILLA POR EL SANTO REY DON FERNANDO. — I

(*Anónimo.*)

Dios te salve, Vírgen santa,
De misericordia llena,
Vírgen santa de los Reyes,
Que los afligidos ruegan,
Mueve tú mis rudos labios
Porque esta historia refieran:
Cuando España fué de moros,
Causáralo la torpeza
Del trágico rey Rodrigo
Prendado de la belleza
De la infelice Florinda,
Cuya hermosura le lleva
Tan arrastrado, que dió
Motivo para que ella
Al conde Julian su padre,
Ignorante de su afrenta,
Le diese parte, y con esto
Tal desgracia sucediera.
El Conde, ardiendo en enojo,
Procura con saña fiera
Vengarse del rey Rodrigo,
Y por conseguir su empresa,
Viéndose con fuerzas pocas,
Se valió de ajenas fuerzas
Dando entrada al Agareno
Por Tarifa, que eran tierras
De Don Julian poseidas,
Como que era señor de ellas.
Entraron en fin los moros
Con tal vigor y tal fuerza,
Que en ménos de siete meses,
La desgracia que lo ordena,
O Dios que lo permitió
Por nuestras culpas perversas,
Con su próspera fortuna,
Para nosotros adversa,
Se apoderaron de toda
España, puesta en tristeza,
Llorando su esclavitud
De las naciones la reina

Motivando estas desgracias
Solo una vil apariencia.
Seiscientos años vivieron
Los genizaros en ello,
Viviendo á su libertad,
No juzgando de que hubiera
Valor que los conquistase
Segun tomaron las fuerzas.
Nació en este tiempo al mundo
Por divina providencia
El tercero rey Fernando
Que á los moros puso rienda.
Y despues de haber ganado
Ciudades, villas y aldeas,
A vista de las murallas
De Sevilla armó sus tiendas
De campaña, y escuadrones
Que la cogen toda y cercan.
Y estando el Rey soñoliento,
Dentro de su misma tienda,
Se le apareció la Virgen,
Que al dormido Rey despierta,
Diciéndole :—Rey Fernando,
La victoria tienes cierta,
Y el dia de San Clemente
Realzarás tus banderas,
Y entrarás dentro en Sevilla:
Que tienes hecha la senda.
Dios y yo somos contigo,
Y porque mas bien lo creas,
En los felices sucesos
Tendrás clara la experiencia.—
Despertó el dormido Rey,
Postró la rodilla en tierra,
Y dice :—Virgen sagrada,
Madre que nos alimentas,
Si Dios y vos sois conmigo,
¿Cómo es posible que pierda
El ganar esta ciudad
Que mi corazon desea? —
Llamó el Rey á Garci Perez
De Vargas, y á la presencia
Del Rey vino prontamente,
Y de esta suerte se expresa:
— Poderosísimo Rey,
Vuestra Majestad excelsa
Lo que me querrá mandar
Es, que luego se acometa
A la ciudad por asalto,
Y es muy difícil la empresa,
Porque el enemigo tiene
Mucha gente en la trinchera.—
Entónces respondió el Rey,
Y dijo de esta manera:
—Buen Garci Perez de Vargas,
Todavía se me acuerda
De vuestros leales servicios,
De vuestra casa y nobleza,
Que habeis sido buen soldado
En los lances de la guerra.
Convieneme, amigo mio,
Que realceis las banderas
Y formeis los escuadrones
Todos á punto de guerra,
Para darles el Santiago.
Todo soldado esté alerta,
Formando los batallones
Por toda la Macarena,
Que yo por la puerta Real
Juntaré todas mis fuerzas.—
Mandó el Rey tocar al arma;
Tomando toda la senda
Por las orillas del rio
Y los Humeros, se acerca
A la puerta Real, en donde
A sus soldados esfuerza
Con tal valor y eficacia,
Que cada uno se esmera
En resistir el rechazo
Que hacian de las almenas,
De las torres y murallas
Con las flechas agarenas.
Con este fuerte rechazo
Casi entibiaron sus fuerzas
Los soldados de la fe,
Y aunque al santo Rey le cercan
Algunas angustias, nunca
Sin esperanza se queda,
Fiado y muy confiado
En la celestial promesa
De la soberana Virgen
María, Señora nuestra.
Ayudó á esta confianza
Ver el socorro que le entra
Tan milagroso, que trajo
Don Juan Pelayo Correa,
El cual con su gente hizo
Tan terrible resistencia
A los moros de Triana,
Que eran los que por su cuenta
Mantenian su castillo.
Estos daban gran molestia
Al ejército del Santo,
Pues tenian descubiertas
Sus personas, pues en barcos
Les hacian cruda guerra
A los nuestros, ya con dardos,
Ya con flechas, ya con piedras.
Sucedió que en este tiempo
La divina Omnipotencia
Dispuso de que la puente
De Triana, la violencia
De dos naves la rompiesen,
Y aquesta feliz empresa
Dió motivo á que entibiasen
De los sitiados las fuerzas,
Viendo de que ya el castillo
Era fuerza se rindiera.
Entraron en sus consultas
Con su Rey las agarenas
Opiniones, sobre si
Se concediese la entrega
De la ciudad, ó si Fernando
Permitiese que le dieran
La mitad de la ciudad,
Y que en ella comprehendiera
El real alcázar, partiendo
Por donde está la Venera
Al recinto que circunda
El barrio de la Alameda,
Finalizando el distrito
La puerta de la Barqueta,
Hasta el palacio, que entónces
Lo habitaba una princesa,
Hermana del mismo Rey,
Cuyo propio nombre era
Celima Rajel, y luego,
Tomando mejor escuela
De nuestro Rey Santo; tuvo
El de Doña Berenguela,
Que fué el nombre de la madre
De nuestro Rey Santo; y esta
Habitacion ó palacio
Es de mejores princesas,
Que titulan San Clemente,
Claro verjel de azucenas.
Volvamos á nuestro asunto:
Hubo muchas diferencias,
Sobre lo ya propalado;
Para esto pidieron treguas
Por cuatro dias ó cinco,
Y el Santo convino en ellas,
Y al fin de ellos le proponen
Lo que referido queda.
Replicó el Santo que no;
Volvieron con la respuesta
A su rey, que sofocado
Mandó embestir con fiereza.

Entónces nuestro rey Santo
Dice :—¡Cierra, cierra, cierra,
Santiago! Aunque somos pocos,
Moriréis, perros, por fuerza.—
Como los moros son muchos,
Rechazaban con gran fuerza,
Y Fernando fatigado
Empuñó su espada diestra,
Y alzando al cielo los ojos,
Ha dicho :—Luz verdadera,
Madre que parió á Jesus,
Quedando siempre doncella,
Pues me anunciaste, Señora,
Esta victoria por cierta,
Por vuestra misericordia
Sirvete de concederla.—
Entónces con gran vigor
Invocó la gran clemencia
De María sin pecado,
Madre de Dios verdadera;
Y Garci Perez de Vargas
Rechazaba con mas fuerza.
En medio de la batalla
Un caballero se muestra
De finas armas armado:
Trae una cruz y bandera,
Sobre la cruz un letrero,
Que dice de esta manera :
«Jacobo soy, gran ministro
»De Dios, para que lo entiendas.»
Conocen que es Santiago,
Segun las señales muestra,
Y todos á una dicen :
—¡Santiago, guerra, guerra!—
Al mismo tiempo los moros
Por rendidos se confiesan,
Pues ganadas las murallas
El rey moro se presenta,
Y dice :—Rey poderoso,
Ya está Sevilla por vuestra;
De tus alcázares reales
Toma las llaves por seña.—
Entónces el rey Fernando
Entró por la puerta Nueva
Con un cristo en una mano,
Y en la otra su espada bella.
Tambien entró Garci Perez,
Rindiéndole á Dios ofrenda,
Por la puerta de Jerez.
Y aquí el humilde poeta
Pide perdon al lector
Porque sus yerros confiesa.

(*Toma de Sevilla*, etc. Pliego suelto.)

1297.

TOMA DE SEVILLA.—II.

(*Anónimo.*)

Ya que al discreto lector
Dije en la parte primera
Que el Santo rey Don Fernando
Tomó la ciudad por fuerza,
Ahora digo, que el rey Santo,
Segun las historias cuentan,
Llevado de su fervor,
Mandó fabricar diversas
Imágenes de la Virgen,
Por ver si alguna de aquellas
Se parece á la que vió
Y habló, porque las potencias,
Alma, corazon y vida,
Le robó con su luz bella.
Y yo, para describir,
Alta y divina Princesa,
Vuestro origen, necesito
De esa luz una centella,
Para que pueda alabaros,
Que si no es de esta manera,
Es muy difícil salir
Felizmente de esta empresa;
Mas con esta confianza
Prosigo de esta manera :
Llevaron al Santo rey
Los artífices diversas
Hechuras, que habia mandado
Fabricar, por ver la idea
Que en sí tenia el rey Santo;
Mas ninguna le contenta,
Aunque no las despreciaba,
Pues se quedaba con ellas.
Confuso quedaba el Rey
Viendo que ninguno acierta
A satisfacer las ansias
Que su corazon anhela.
Con esta imaginacion,
Con esta angustia, esta pena,
Se hallaba nuestro Fernando,
Cuando la alta providencia
De nuestro Dios y Señor
Dispuso que en tantas penas
Tuviese especial consuelo,
Y consuelo tal, que deja
Sus sentidos muy absortos,
Y fué de aquesta manera :
Estando el Rey sosegado
Dentro de su misma tienda,
Entró un soldado, y le dijo :
—Señor, á la puerta quedan
Dos mancebos que pretenden
El hablar á vuestra Alteza.—
Mandólos entrar el Rey,
Y puestos en su presencia,
Se quedó maravillado,
Y tanto, que enmudeciera
Viendo en ellos tal primor,
Tal garbo y tal gentileza,
Que no acierta á preguntarles
Qué querian ó quién eran.
Ellos le dicen :—Señor,
Sabemos por cosa cierta
Que vuestra real Majestad
Ha hecho muchas diligencias
Para que le fabricasen
Una imágen de la inmensa
María llena de gracia,
Y viendo que nadie acierta
A daros entero gusto,
Cual le teneis en la idea,
Nosotros nos obligamos
Que veais por experiencia
Practicar lo que pretende
Y desea vuestra Alteza.
Mande que para tres dias
La comida nos prevengan
Para los dos solamente,
Y que ninguno se atreva
A entrar en donde estarémos,
Ni aun vos, hasta que se vea
La obra finalizada.—
Mandó el Rey que en una pieza
Los encerrasen, y él propio
Por su mano echó á la puerta
Un cerrojo, y con su llave
La guardó, hasta que fuera
Ocasion de que se abriese.
Con una santa paciencia
Estuvo el Rey los tres dias
Deseando que á la puerta
Llamasen los dos mancebos,
Para que el Rey les abriera.
No pudo aguantar el Santo,
Porque el corazon le flecha
El deseo de saber
Si han salido con su empresa.
Abrió la puerta Fernando,
Introdújose en la pieza

Donde dejó los mancebos,
Pero no los halló en ella;
De lo cual quedó admirado,
Y mas viendo manifiesta
La comida que mandó
Se les pusiese, y que entera,
Conforme allí la pusieron,
Asimismo se conserva.
Entró mas adentro, y vió
A la celestial Princesa,
A la que es de pecadores
Abogada y medianera,
A la impecable María,
A la que es de reyes Reina,
A la Vírgen de los Reyes...
Ya en una cláusula entera
Dije lo que el Santo vió.
En verla y postrarse en tierra
No hubo distancia de tiempo,
Pues fué tal la complacencia
Que al ver la divina imágen
Tuvo, que toda la tierra
No era bastante á templarle
El fervor que le enajena,
Viendo habia conseguido
Lo que tenia en su idea.
Los júbilos, la alegría,
Las innumerables fiestas
Que á esta imágen se le hicieron
Es imposible traerlas
A la memoria, pues que,
En cualesquiera refriegas
De batallas y reencuentros
Que con los moros tuviera,
Entraba con tal fervor,
Y todos los suyos, que eran
Tan devotos, tan amantes
De esta celestial Princesa,
Que sin temor se lanzaban
A las furias agarenas,
Quedando siempre triunfantes,
Solo nombrando, por prenda
De su mayor patrocinio,
A la que es del cielo Reina,
Vírgen santa de los Reyes;
Pues consta por cosa cierta,
Que desde su aparicion
Fuéron perdiendo las fuerzas
Los moros, rindiendo todos
Las cervices de por fuerza.
Bien claro se ve en la toma
De Sevilla, pues demuestra
Ser un patente milagro
Haberse hecho dueño de ella
San Fernando, pues tenia
Dentro de la ciudad mesma
De gente muy escogida,
El rey moro, mas de treinta
Mil moros de armas, y el rey
San Fernando solo cuenta
Nueve mil, con dos mil hombres
Que Garci Perez gobierna,
Debiéndole todo el triunfo
A la proteccion suprema
De la Vírgen de los Reyes,
Que es por quien los reyes reinan.
Hizo el Santo rey Fernando
Repartimiento de aquellas
Prendas de su estimacion.
A la catedral iglesia,
En todo grande é insigne,
Dejó nuestra imágen bella
De los Reyes, con intento
De que, falleciendo, fuera
Depositaria á su cuerpo.
Otra imágen que le hicieran
Cuando mandó fabricar
La que tenia en su idea,
Y dijo, que entre dos aguas
Estaba si era la mesma,
Esta dió á San Salvador,
Que en su templo se venera,
Con título de las Aguas,
Que el rey Santo se le diera.
Otra imágen les donó
Con amorosa franqueza
A los maestros de sastres,
Y un pendon, cuyas dos prendas
Las tienen en mucha estima,
Y en San Francisco se encierran.
La espada y el estandarte,
Con el crucifijo, ordena
Que á sus queridas las monjas
De San Clemente les dieran;
Las cuales dos prendas dieron
Las religiosas, atentas,
Al muy ilustre cabildo
De la catedral iglesia,
Quien con gran estimacion
Las aprecia y las venera.
Hechas estas particiones,
Lo llamó Dios á la eterna
Morada, porque descanse
De las pasadas tormentas
Que en defensa de la fe
Y exaltacion de la Iglesia
Trabajó incesantemente
Hasta poner sus banderas
En la muy noble y leal
Ciudad de Sevilla excelsa.
Postróle una calentura
Que le dió, de tal manera,
Que luego al punto pidió
Que sin dilacion trajeran
El divino Sacramento,
Porque quiere con tal prenda
Asegurar su partida
A la gloria sempiterna.
Vino pues su Majestad,
Y con grande reverencia
Se arrojó de su real lecho,
Y arrodillado en la tierra
Recibió aquel pan de gracia;
Y porque sus ojos vieran
Cómo debe venerarse
Al Rey de cielos y tierra,
Allí cantando el *Te Deum*,
A Dios su alma le entrega.
Ya murió nuestro rey Santo
Y en su testamento ordena
Que á las plantas de la Vírgen
Su difunto cuerpo fuera
Depositado, y la espada
En gran estima tuvieran,
Pues con ella, por la ayuda
De la Majestad suprema,
Le dió triunfos á la fe
Engrandeciendo su Iglesia.
En memoria de estos triunfos,
Todos los años se esmeran
Los dos ilustres cabildos:
Tanto lo estiman y aprecian,
En sacarla en procesion
Al rededor de la Iglesia
A veinte y tres de noviembre
Con su plausible asistencia,
Que es dia en que se ganó
Esta ciudad siempre regia,
Saliendo de la capilla
De esta celestial Princesa.
Y aquí el poeta rendido
Confiesa que es mal poeta,
Y al auditorio suplica
Que tendrá á grande fineza
Que le perdonen sus yerros,
Que afectuoso lo desea.

(*Toma de Sevilla*, etc. Pliego suelto.)

1298.

LA REINA SULTANA.—I.

(*Anónimo* [1].)

Canten gloriosos elogios
Con acordes consonancias
Los triunfos mas excelentes,
Y la mas famosa hazaña,
El mas cauteloso agravio,
La mas heróica venganza,
Que en el mundo no hubo otra.
En el tiempo que en Granada
Tremolaban los alarbes
Banderas mahometanas,
Alabeces y Gazules,
Cegríes, Gomeles, Mazas,
Azarques y Reduanes,
Y aquella tan remontada
Familia de Abencerrajes,
Que teniendo afianzada
De Audalá rey la corona,
Con la mayor confianza,
Las que eran arduas empresas
Solo á ella las fiaba,
Por lo que, del Rey querida,
Irritados se abrasaban
Los Cegríes en envidia
Y con tiranía ingrata
Intentaron cautelosos
Derribarla de la gracia
Del Rey, con una traicion
De ellos mismos intentada,
Diciendo que Albin Hamete,
Abencerraje de fama,
Cooperaba con la Reina,
Hermosísima sultana,
Y despues de sus deleites
Injustamente intentaba
Levantarse con el reino
Dándole la muerte infausta.
Así al Rey se lo dijeron,
Ofreciendo en su probanza
Que eran testigos de vista:
—Y esta verdad, por ser clara,
En muy pública palestra
Mantendrémos en batalla.—
El Rey cayó amortecido
Al oir estas palabras;
Y despues que volvió en sí,
Dijo con mortales ansias:
—¿Que la Reina me ha ofendido?
¡Al fin mujer, que esto basta!—
Y escupiendo basiliscos,
Dijo con cólera y rabia:
—¡Mueran los Abencerrajes!—
Y luego al instante manda
Los llamasen uno á uno,
Y con mucha industria y maña
Degolló hasta treinta y seis,
Y á todos los degollara,
Si no fuera por un paje
Que descubrió la maraña,
Y gritó:—¡Traicion, traicion!—
Y Granada alborotada,
Toda dividida en bandos,
Y hechos todos á las armas,
Procuraron su defensa;
Y nunca en esto parara
Si el muy valeroso Muza,
Digno de toda alabanza,
Gran capitan general
De las tropas arregladas,
No sosegara el tumulto,
Aunque á duras penas. Manda
Luego el Rey juntar sus grandes,
Y dentro de la real sala,
El Rey saliendo enlutado,
Dijo con voz lastimada:
—Vasallos nobles y amigos,
Bien sé que ignorais la causa
Del sucedido fracaso:
Oid pues la circunstancia.
Os hago saber á todos,
Por cosa muy fija y clara,
Que son los Abencerrajes,
Los que al mundo dieron fama,
Traidores á mi corona;
Y que asimismo intentaban
Quitarme la vida y reino
Con la intencion muy dañada.
Sabréis tambien que la Reina
Deshonestamente trata,
Con Albin Hamete, amores,
Y que hay dentro de la sala
Cuatro testigos de vista
Que lo juran y declaran.—
Se ha levantado diciendo
Un Almoradí en voz alta:
—Atentos á tus razones,
Rey, estamos, y repara
Que estás mal aconsejado,
Que esta es traicion declarada;
Que la Reina es muy honesta,
Y en ella no cabe mancha;
Que esos caballeros mienten,
Villanos de mala casta,
Y con la espada en la mano
Lo mantendré en la campaña.—
Respondió el discreto Muza:
—Solo la prudencia valga,
Porque moverlo á cuestion
Es dar crédito á la falsa
Traidora proposicion,
Y quedará amancillada
La candidez de la Reina;
Lo que importa es el llamarla,
Y aquí en presencia de todos,
Segun está ya notada,
En acusacion se ponga
Porque su defensa haga
Como le toca en derecho.—
Luego al punto fué llamada:
Con mucha pompa y grandeza
Salió muy acompañada
De sus damas y doncellas;
Dijo Muza estas palabras:
—Has de saber, Reina hermosa,
Cómo dentro de esta sala
Hay caballeros que ponen
Dolo en tu honor y en tu fama,
Y que con Albin Hamete
Aseguran que quebrantas
Hoy las leyes conyugales;
Y siguiendo esta sumaria,
Este juicio se remite
Al tribunal de las armas.
Cuatro son los que te acusan,
Por ti otros cuatro se arman
A defender lo contrario;
Si en la lid con arrogancia
Vencieren tus defensores,
Quedarás acrisolada,
Y si los acusadores
Vencieren, por tu desgracia,
Queda tu honor empañado
Y tu honra amancillada,
Y por alcoranas leyes
Tienes de morir quemada.
Treinta dias son de plazo,
Que es el término que basta
Para que elijas, señora,
Caballeros que tu causa
La defiendan como suya;
Aquí hay muchos que lo hagan,
Y yo he de ser el primero,
Pues cuanto yo pueda y valga
A tu servicio consagro.—
Y ella sin turbarse en nada,

Mirando á un lado y á otro,
Como que se hallaba salva,
Dijo muy en altas voces
Estas siguientes palabras :
—Cualquier caballero moro
Que en mi honor ha puesto tacha,
Miente, villano traidor,
De mala sangre y prosapia,
Que nunca ofendí á mi esposo
Con obra ni con palabra ;
Y ahora aquí en mi presencia,
Sin dilacion ni tardanza,
Pónganme la acusacion
Mentirosa y mal fundada.—
Y guardando ceremonia,
Los traidores se levantan,
Y ponen su acusacion :
Luego el Rey ordena y manda
Que en la torre de Comares
La tengan asegurada,
Y con órden muy expresa
Que no fuere visitada
De nadie sino de Muza,
Por ser de su confianza.
Llevóse en su compañía
A la cautiva Esperanza.
Y viéndose en tanto aprieto,
Furiosa y desesperada
Intentó herirse las venas
Para morir desangrada,
Solamente con intento
De que no se les lograra
El ver su afrentosa muerte;
Y la famosa Esperanza
La consolaba, diciendo :
—Ten, señora, confianza
En Dios, que te ha de librar ;
Yo conozco allá en mi patria
A un famoso caballero,
De sangre calificada :
Su nombre es Don Juan Chacon,
Muy temido en las batallas,
Y es amigo de amparar
A todo el que de él se ampara,
Y sé que si de él te vales,
Tienes de ser libertada —
Tomó la Reina el consejo,
Y al punto escribió una carta
Diciendo : «Señor Don Juan,
»Quien tanto la fama ensalza,
»Gran señor de Cartagena :
»Por estar bien informada
»De tu virtud y piedad,
»Pues con tu brazo y espada
»Defiendes la honra ajena
»Y al desamparado amparas ;
»Esto, señor, me ha obligado
»A escribirte mi desgracia,
»Amparándome de vos
»Yo, triste reina Sultana,
»Presa por un testimonio
»Y de adúltera acusada ;
»Y por Alá te aseguro
»Que en eso no debo nada ;
»Y si no doy caballeros
»Que me defiendan sus armas,
»La sentencia de mi muerte
»Será luego ejecutada.
»Cuatro son para otros cuatro,
»Que así las leyes lo mandan ;
»Y si por estar infiel
»Pones, señor, repugnancia,
»Yo creo en Dios uno y trino,
»Y en su Madre soberana ;
»Solo el bautismo deseo
»Con los afectos del alma.»
Aquesta carta Don Juan
Leyó contento y con saña,
Y escribiendo la respuesta,
La envió en estas palabras :
«El postrer día del plazo
»Estarémos en Granada
»Yo y otros tres caballeros,
»Sin que en aquesto haya falta :
»No digo mas.—Juan Chacon.»
Luego Don Juan sin tardanza
Dió parte á tres caballeros
De mucho valor y fama :
Don Manuel Ponce de Leon ;
Y por segundo señala
Don Alonso de Aguilar,
Caballero de importancia.
El tercero fué el Alcaide
Que de los Donceles llaman ;
Y de que juntos los tuvo
Les manifestó la carta,
Y se ofrecieron contentos
Para una empresa tan ardua.
Iban fuertemente armados,
Y sobre las finas armas
Llevaban traje turquesco,
Pues al intento ayudaba
El que la arábiga lengua
Fuertemente la cortaban.
Llegaron pues á dar vista
A la vega de Granada,
Y vieron venir á un moro
A caballo y gruesa lanza,
Caminando cuidadoso :
Aguardaron que llegara,
Y hablándole en su lenguaje
Corteses le saludaban.
No ménos bizarro el moro,
Correspondió en sus palabras :
Luego al punto les pregunta
Quién eran ó qué buscaban.
Ellos dieron por respuesta,
Sin equivocarse en nada :
—Somos genízaros turcos,
Desembarcámos en Adra,
Y hemos venido á estas vegas,
Que nos han dicho que andan
Ciertos cristianos en ellas
Que hacen dañosas entradas,
Con deseos de encontrarlos
Para hartarlos de batalla.—
Aquí los dejaré hablando,
Miéntras me asomo á la Alhambra
A ver sacar á la Reina,
Que la sacan enlutada
La flor de los caballeros,
Todos con sus negras bandas.
Aquí fuéron los lamentos
Que toda la plebe armaba,
Y la mucha gritería,
Llorando todas las damas,
Echando mil maldiciones
A los que fuéron la causa.
Llegó en efecto la Reina
A la plaza Vivarambla ;
Subiéronla en el tablado,
Que para el intento estaba
Todo de fúnebre luto,
Y en un estrado sentada
Quedó la Reina afligida
Vertiendo perlas por nácar.
Y en otra segunda parte
Escribiré lo que falta.

(*La reina Sultana*, Pliego suelto.)

[1] Gines Perez de Hita, en su libro semi-histórico fabuloso de la *Historia de los bandos de los Cegries y Abencerrajes*, etc., ha prestado el asunto sobre que versa este romance vulgar, en el cual se halla despojado de todos los accesorios, y reducido á la parte que trata de la acusacion contra la Reina, y al reto y duelo que los caballeros cristianos sostuvieron y vencieron en defensa de la ilustre acusada. De la acusacion contra la Reina, la traicion de los Cegries contra los Abencerrajes, y de la muerte alevosa que el rey Chico hizo dar á treinta y seis de

los mas aventajados caballeros de tan ilustre linaje, tratan los romances números 1058 y 1059, que hemos insertado en este *Romancero general*, tomándolos del citado libro de Perez de Hita.

1299.

LA REINA SULTANA. — II.

(*Anónimo.*)

Ya dijo el primer romance
Cómo se quedó sentada
La Sultana en el tablado,
Muy triste y acongojada,
Toda la plebe á la vista,
Hasta ver cómo quedaba.
Ya eran las dos de la tarde,
Sin haber dispuesto nada;
Se levantó un caballero,
Diciendo aquestas palabras:
—Señora, ¿qué determinas?
¿Qué dispones ó qué aguardas,
Pues te va la vida y honra?
Y si el término se pasa,
Pondrán en ejecucion
La sentencia pronunciada;
Aquí hay muchos caballeros
De mucho valor y fama,
Que te quieren defender:
Solo tu licencia aguardan.—
La Reina dió por respuesta,
Que ella estaba apalabrada
Con letra de un caballero,
Que todavía no tarda.
No se pasó media hora,
Cuando entraron en la plaza
Cuatro turcos con un moro,
Que con cuidado reparan;
A Gazul bien conocieron,
Pero á los turcos en nada.
Llegó Don Juan al tablado
Donde los jueces estaban;
Pidió á los jueces licencia
Para hablar cuatro palabras
Con la Reina, y se la dieron;
Subió Don Juan sin tardanza,
Empezó á hablarle bien alto,
Porque todos lo escucharan:
—Sepa vuestra real Alteza
Que las marítimas aguas
Nos abordaron á tierra
En ese lugar de Adra:
Si quereis darnos licencia,
Tomarémos la venganza.—
Y Don Juan, con disimulo
Le dejó caer la carta:
La Reina la alzó al instante,
Y conociendo la traza,
Trató de disimular,
Y dijo á Don Juan:—Me basta;
Desde luego os doy licencia
Como á dueño de esta causa,
Y os aseguro que en esto
Estoy sin culpa, culpada
Por estos falsos traidores.—
Y Don Juan luego se baja
Del tablado, y cabalgó,
Y entónces notó que entraban
En la palestra los cuatro
Traidores que la acusaban;
Y el muy valeroso Alcaide,
Con la mas noble arrogancia
Se fué para los traidores,
Diciendo aquestas palabras:
—¿Por qué razon, caballeros,
Tan sin motivo ni causa
Habeis puesto á vuestra Reina
En tanto riesgo, y su fama?—
Y le respondió el Cegrí:
—Porque es verdad declarada
Que nosotros cuatro vimos
Entre delicias profanas
A la Reina en sus deleites,
Sin tener temor de nada;
Y como nobles vasallos,
Pesarosos de esta infamia
Al Rey la participámos,
Manteniéndola en batalla.
Dijo el fuerte Alcaide:—Mientes,
Que es la Reina honesta y casta,
Y muy pronto vais á ver
Lo que por eso os aguarda.—
Y el fuerte Alcaide enojado,
Con el cabo de la lanza
Le dió al moro tan gran golpe,
Que juzgo, si asegundara
Con otro, acabara allí.
Y el moro, como se hallaba
Desmentido y ofendido,
Soberbio enristró la lanza,
Y embistió para el cristiano,
Y aquí se empezó la danza,
De cuyos terribles golpes,
No saltaban de la fragua
De Vulcano mas centellas,
Que de los ocho saltaban.
Al gallardo Alí Hamete
Le tocó por su desgracia
El valiente Don Manuel;
Hízole á este tiempo cara
Don Alonso á Mahandon,
Y Don Juan al que quedaba,
El valiente Mahandin,
Y enristrando las dos lanzas
Partieron el uno al otro
Con furor, braveza y saña,
De cuyo terrible encuentro
Parecía que chocaba
Un monte con otro monte;
Y sin remediarse nada
Ambos vinieron á tierra,
Y sacando las espadas,
Armaron tal herrería,
Que las armas destrozaban.
A los primeros encuentros,
Por una treta impensada,
El valeroso Don Juan
Sacó en un muslo una llaga;
Quedó Don Juan muy corrido,
Y como arrestado estaba,
Y tambien sobre avisado,
Señaló una herida falsa;
El moro acudió al reparo
Y á cubrirse con la adarga;
Pero rebatiendo el brazo
Con tal fuerza y tal pujanza,
Que le cortó todo un muslo
Hasta cerca de la caña.
El moro quedó burlado
Sin saber por dónde echaba
Don Juan, que lo conoció,
Antes que se recobrara
Alzó su invencible brazo
Y le dió tal cuchillada,
Que le cercenó el pescuezo,
Por la cual herida echaba
Mucha abundancia de sangre,
Y viéndole cómo estaba,
Don Juan volvió á sus posturas
Por lograr, y fué lograda,
Junto á la otra herida otra;
Y como ya el moro estaba
Desangrado, fué bastante
A trastornarlo de espaldas
Revolcándose en su sangre
Acabó en mortales ansias.
Don Juan que lo vido muerto
A Dios le dió muchas gracias,
Y montando en su caballo

Luego hácia un lado se aparta.
El valiente Mahaudon,
Que era el moro que lidiaba
Con Don Alonso, le dijo,
Enojado, estas palabras:
—Permitidme, caballero,
Que vaya á tomar venganza
De mi muy querido hermano,
Que cierto que esta batalla
La concluirémos despues.—
Don Alonso dijo:—Calla,
Y tu defensa procura,
Que en el grado que se halla
Tu hermano, te verás presto,
Que hoy ha de quedar vengada
La sangre de Abencerrajes
Tan sin razon derramada;
Y el moro ensoberbecido,
Pujante arrojó la lanza,
Que rugiendo iba en el aire
Como un rayo disparada.
Don Alonso, que lo vido,
Con cuidado y vigilancia
Fué á revolver el caballo,
Mas no lo volvió con tanta
Presteza, cual requeria,
Pues por las mismas ijadas
El agudo hierro entró,
Y se quedó atravesada.
El caballo mal herido
Del mucho dolor bramaba
Dando saltos y bufidos,
De modo que no bastaban
A sujetarlo las riendas,
Y temiendo una desgracia,
Del caballo se arrojó;
Y con intencion dañada
El moro le acometió
A caballo como estaba,
Por tropezarle y herirlo,
Confiado en la ventaja.
Don Alonso era lijero,
Y cuando vió que llegaba
A caballo á darle el bote,
Daba un brinco, y se apartaba,
Y se pasaba de largo;
Y viendo perseveraba,
Dijo Don Alonso airado:
—¡Si en apearte te tardas
Te he de matar el caballo,
Que esa es accion muy villana!—
Con esto el moro se apea,
Y sacando las espadas,
Allí empezaron de nuevo
Otra muy cruel batalla;
Y el muy diestro Don Alonso
Halló lugar, y la espada
Se la entró por un vacío
Dándole una herida mala;
Y el moro airado y soberbio
A Don Alonso descarga
Tan desaforado golpe,
Que el águila que llevaba
Le cortó, y en la cabeza
Una mala herida saca.
El valiente Don Alonso
Antes que la asegundara,
Por entre la brochadura
Y la junta de las armas
El aguda espada entró
Y le pasó las entrañas.
Cayó el moro agonizando,
Y allí agonizando acaba;
De lo cual dió Don Alonso
A Dios muchas alabanzas,
Y volviendo á su caballo
Reparó que muerto estaba,
Y montado en el del moro,
Fué donde Don Juan estaba.

Don Manuel y Alí Hamete
Ambos á dos peleaban
A pié, porque los caballos
Ambos rendidos estaban:
Don Manuel con dos heridas,
Y el moro con cinco malas.
Anda el moro al rededor
Haciendo mil caravanas,
Tirando á diestro y siniestro
Reveses y cuchilladas;
Don Manuel se estaba quedo,
Aguardando se acercara
Para jugarle un buen lance,
Y el moro cayó en la trampa,
Pues se le vino á las manos,
Que alzando brazo y espada
Le dió un golpe tan soberbio,
Que cortó el casco y la adarga
Y parte de la cabeza:
El moro sin repugnancia
Cayó en el suelo de manos,
Y encendido en viva rabia
Se volvió á poner en pié,
Y dió con la cimitarra
A Don Manuel en un hombro;
Pero no le ofendió en nada,
Que alzando el invicto brazo
Le dió tan gran cuchillada,
Que la cabeza le hendió
Hasta cerca de la barba;
Cayó el moro moribundo,
Y de allí á un instante acaba.
Don Manuel alzó los ojos,
Y á Dios le dió muchas gracias,
Y montando en su caballo
Se retiró donde estaban
Don Alonso con Don Juan,
Y muy contentos se abrazan.
El Alcaide y el Cegrí
En esta ocasion andaban
Ambos á dos muy revueltos,
Y blandiendo las dos lanzas
Se fué el uno para el otro
Cual centellas disparadas.
Se encontraron los caballos,
Y el grande encuentro fué causa
Que ambos vinieran á tierra,
Y sacando las espadas
Batallaron fuertemente:
El moro en esta batalla,
Muy confiado en sus fuerzas,
Porque eran agigantadas,
Se abrazó con el cristiano,
Y abrazados como estaban
Lucharon un grande rato,
Sin reconocer ventaja;
Pero el muy astuto Alcaide
Se acordó de que llevaba
Un puñal, y lo sacó
Por entre las mismas armas;
Por debajo del sobaco
Le metió dos puñaladas;
Segunda vez el Alcaide
Le metió por una ijada
El puñal, y cayó el moro;
Y ántes que el moro acabara,
Puesta la rodilla al pecho,
Le hizo que confesara
La traicion ya referida.
Luego á los jueces encarga
Tomasen fe y testimonio
De lo que el moro declara,
Y de parte de la Reina
Mil instrumentos tocaban
En señal de la victoria,
Y todos victoreaban
A los extranjeros turcos,
Dándoles laurel y palma.
Muza y su acompañamiento

Los llevan en su compañía;
Por el Zacatin arriba
Iban haciendo la salva
Los resonantes clarines
Hasta llegar á la Alhambra,
Y mandó ponerles Muza
Doscientos hombres de guardia.
Allí fuéron bien curados,
La Reina los visitaba
Teniéndoles mil aplausos;
Y la siguiente mañana
Marcharon por ser preciso;
Y la gente de Granada,
Hombres, niños y mujeres,
Todos juntos alababan
A los hombres mas valientes
Que hubo en la Europa ni en Asia,
Y de la accion mas honrosa
La mas heróica venganza.

(*La reina Sultana*, Pliego suelto.)

1300.

EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA. — GARCILASO DE LA VEGA.

(*Anónimo* [1].)

Despues de haber acabado
Con alegría bastante
Muchos saraos y zambras,
Mandó el rey Chico se enlacen
Fiestas en la Vivarambla;
Pero sus glorias abate
De un campeon la arrogancia
Y el esfuerzo vigilante.
Este es Fernando Pulgar,
Que valiente y arrogante
Fijó sobre la mezquita,
Con resplandeciente esmalte
El Ave llena de Gracia,
Sin que su vista acobarde
Estar el real á la mira
De Granada, no distante
Del Católico Fernando,
Cuyo acero tan cortante
Fué azote de la morisma,
Y de la España realce.
Toda la ciudad se altera,
Dando alaridos muy grandes;
Todos le piden al Rey,
Que los guardas castigase,
Pues si ellos no se durmieran
Pulgar no lograra el lance:
Todos entran en acuerdo,
Y de la consulta sale
Salga luego á la demanda
El valiente moro Tarfe.
El gallardo moro acepta,
Y armado de gran coraje,
En un caballo andaluz,
Una fuerte adarga bate
Con una letra que dice:
«Salga el atrevido infame;»
Y una gruesa lanza empuña,
Que la heredó de su padre.
Iba tan galan el moro,
Que los corazones parte,
Por donde el fresco Genil
Todas sus aguas esparce;
Y mirando á Santa Fe,
Como á sus muros llegase,
Alzándose la visera
De esta suerte habló arrogante:
—¿Cual será aquel caballero,
Vista arnes, ó calce guante,
Que anoche en Granada entró
Con industrias intrazables,
Como lobo cauteloso
Que deja dormir los canes,
Como á los rayos del sol
Cuando alumbra vigilante?
¡Ese que llamais Pulgar
Mucho debe á sus pulgares,
Pues con ellos fijar pudo,
Sobre las conchas de arambre
De la dorada mezquita,
El pergamino que trae
La cola de mi caballo!
No fué accion tan arrogante,
Que un cauteloso y aleve
Fijara en plazas y calles
Libelos infamatorios;
Mas es hecho de cobardes.
Pero sea lo que fuere,
Granada, que el hecho sabe,
Por agravio lo recibe
Y lo tiene por ultraje,
Y á todos vengo á deciros
En este libre lenguaje
Razones que á todos piquen,
Injurias que á todos causen:
A todos os reto y trato
De viles y de cobardes.
Salga Pulgar, pues que supo
Fijar en Granada el Ave,
A ver si sabe librarla
De este neblí que la trae;
Salga ese Gran Capitan,
Los Córdobas y Aguilares,
Porque vean divididos
Sus escudos, por el aire;
Salga si ha quedado alguno
De los Manriques, Guzmanes,
Que de la sangre se precian;
Salgan todos al combate,
Y si acaso á todos juntos
Animo y valor faltase,
Salga el mismo rey Fernando:
De ánimo y valor se arme,
Porque su Isabel lo vea,
Si gusta de ver combates.
Cobrad vuestra Ave María,
Cristianos viles, cobardes,
Que aquí en la Vega os espero
Hasta las seis de la tarde.—
Y revolviendo el caballo,
Lijero á la Vega parte.
En corvetas y escarceos
Mil escaramuzas hace
El bruto, que con las manos
La cincha quiere quitarse,
Siendo un monte que le oprime
El gallardo moro Tarfe.
Vuelve y revuelve mil veces
De valor haciendo alarde:
Todo el real se ha alborotado
En ver quién ha de tocarle
Empresa de tanto empeño,
Hazaña de tanto esmalte.
Indeciso está Fernando,
Pesaroso de que falte
Pulgar, y en esta ocasion
Que en Santa Fe no se halle.
Llamando á sus caballeros,
Todos vienen vigilantes,
Y el famoso Garcilaso
Se ha echado á sus plantas real
Mozo es gallardo y valiente,
Y de generosa sangre;
Mas tan jóven en sus años,
Que diez y siete no hace,
Y le dice:—Gran señor,
Si ensalzar quieres mi sangre,
Y si premiar mis servicios
Y ganar mis voluntades,
Dadme, gran señor, licencia
Para salir al combate:
Verás eclipsar la luna
Del que ves tan arrogante.

No en verme jóven, señor,
Tus esperanzas desmayen,
Porque el valor heredado
No necesita de edades,
Pues basta estar á tus rayos
Como el sol cuando renace,
Luz de las demas antorchas
Brilla en luces luminantes;
Pues aunque mi padre es muerto
En mí su valor renace.—
Admirado quedó el Rey,
Y casi quiso abrazarle;
Mas volviendo en sí, prudente
Refrenó su amor constante.
Dice:—Garcilaso amigo,
Muy digno es de celebrarse
Vuestro valor, mas sois mozo
Para una empresa tan grande;
Que esta ocasion pide mas
Experiencia que coraje.—
Quiso replicar, y el Rey
Lo dejó diciendo:—Baste.—
Toda la region del fuego
En su pecho le dió Cáncer;
Vierten veneno sus ojos,
Y por sus dos labios sale
Un tósigo en cada aliento,
En cada suspiro un áspid.
Salió del real irritado,
Donde sus caballos pacen
La yerba, y á sus criados
Mando al punto que lo armen
De finas armas bruñidas,
Manoplas en vez de guantes,
Morrion clavado de acero
Con cuatro negros plumajes,
Que sus tristezas publiquen,
O que sus exequias canten,
En un caballo andaluz,
Hijo natural del aire,
Tizon con alma de fuego,
Bruto con aliento de ave:
Cuyo volcan, cuya brasa
Se muestra por los ijares,
Siendo un monte en cada choque,
Siendo un muro en cada arranque,
En cada encuentro estremece
A la legítima madre.
Una fuerte adarga empuña
Hecha de flamencos ántes,
Con una letra que dice:
«Quien se engaña desengañe.»
Una gruesa lanza empuña,
Cuya punta penetrante
Se labró al temple del fuego
En las riberas del Tánger.
Echádose ha la visera,
Porque no quiere que nadie
Lo conozca, y que dé cuenta
Cómo sin licencia sale.
Así que descubrió al moro,
Batiendo los dos ijares,
Corre entendiendo que vuela,
Vuela entendiendo que parte.
Llegó donde Tarfe estaba,
Y despues de saludarle,
Le dice:—Bárbaro moro,
¿Qué aguardas? Ya está delante
Quien te quitará mas vidas
Que tú tienes vanidades:
Blasonas de ser nebli
Del Ave; mas te engañaste.
¿Quién te trajo al precipicio,
Donde no podrá librarte
Tu valor? Sácalo fuera,
De donde osado lo entraste.—
Con resolucion gallarda
Le atajó el moro al instante.
—¿Eres Pulgar?—le pregunta.
—No soy quien imaginaste,
Que si Pulgar te escuchara,
Vieras que entre sus pulgares
Desbarataba esos miembros
Que los moros tanto aplauden.
Uno soy no conocido,
Que en tu vida ha de ensayarse:
Ni he dado horror á Granada,
Ni cobré los tafetanes
Perdidos, que por desprecio
Suelen tremolar al aire.
—Descúbrete, pues ya ves
Que descubierto me hallaste.—
Se alzó Laso la visera,
Y así que lo vido Tarfe,
—¿Eres mujer? le pregunta.
Si eres dama, no me engañes,
Porque mi esfuerzo no llama
Mujer ni niño al combate.
Vuélvete, engañado jóven,
Y agradece mis piedades,
Que para que esto les cuentes
La vida quiero dejarte.—
Enfadado Garcilaso,
Apretó los acicates:
Tal encuentro le dió al moro,
Con resolucion tan grande,
Que previniendo defensa
La lanza llegó á enristrarle.
Todo el real está confuso
En ver esfuerzos tan grandes;
Ninguno lo ha echado ménos:
Mas el valeroso Infante,
Falseándole en el peto
Lo pasó de parte á parte.
Cayó del caballo el moro,
Donde con ansias mortales
En monumentos de arena
Sirvieron á su cadáver
De tumba, la blanca adarga,
De pira, el rojo turbante.
Se desmontó Garcilaso,
Y desnudando el alfanje,
Dividió el bárbaro cuello
Para que su rey le hallase,
Y postrado de rodillas
Quitó de la cola el Ave,
Y destilando sus ojos
Aljófar, le dice:—¡Salve,
Intacta vírgen María,
Pura, limpia y dulce Madre!
Salve, soberana aurora!
Salve, luna sin menguante!
Salve, estrella matutina!
Salve, astro el mas brillante,
Madre del sol de justicia,
Hija del eterno Padre,
Del amor divina esposa,
Del cielo puerta admirable!
Salve, escala de Jacob!
Salve, Judit mas constante!
Abigail mas prudente
Y Ester benigna y afable,
Que coronada de estrellas
Pisas tronos celestiales,
Recibe el corto trofeo
Que ofrezco con humildades
A tu pura concepcion.—
Y con tiernos ademanes
En la punta de la lanza
La puso por estandarte.
Presentó al Rey y á la Reina
Los despojos militares.
Lo mandó prender el Rey,
Porque sin licencia sale;
Mas la Reina cuidadosa
Le alcanzó el perdon, y afable
Hizo que abrazara al Rey,
Y al Rey que á él lo abrazase.

—Garcilaso de la Vega
Desde hoy has de llamarte,
Porque en la Vega hicisteis
Hazaña de tanto alarde.—

(*Triunfo del Ave María*, etc. Pliego suelto.)

1 Comparando este romance con los de los números 1118 al 1123 inclusives, se advertirá desde luego la diferencia que existe entre estos y los que pertenecen á la clase vulgar. Se ve sin embargo que conservan unos y otros mucha analogía con las ficciones caballerescas, y que descubren el tipo primitivo é indeleble de la poesía nacional, por mas que el estilo sea diverso y se vaya apartando del gusto que caracteriza la poesía popularizada del siglo XVI, y mucho mas la de los romances viejos, de cuya sencilla rudeza se apartan los vulgares, para revestirse con el aparato facticio de una mal dirigida fantasía, que cree hallar la belleza en la exageracion de los medios poéticos y en los colorines que adornan cuadros mal é incorrectamente dibujados.

1301.

DOÑA INES DE CASTRO CUELLO DE GARZA, DE PORTUGAL.

(*Anónimo* [1].)

A la Reina de los cielos,
Que con excelencias tantas
Se coronó de laureles
Para llevarse la palma;
A aquella que ave divina
Se remontó bella garza
A lo mas alto del cielo,
Adonde está colocada,
Le suplico que me preste
Una pluma de sus alas
Para que escriba mi ingenio
La crueldad mas inhumana,
Y la lástima que lloran
De bronce y mármol estatuas.
En ese lucido reino
De la gente lusitana
Nació un príncipe famoso,
A quien dió nombre la fama
De cruel, aunque para serlo
Le dieron bastante causa.
Por gusto del rey su padre
Con una Infanta de España
Casó el Príncipe famoso
Con grandeza soberana,
Y á Portugal, con su reina,
Pasó por dama, una dama,
Cuya hermosura por grande
Se igualó con su desgracia.
Era Doña Ines de Castro,
Ya lo he dicho, que esto basta.
Murió luego en Portugal
La princesa castellana;
Sintió Portugal su muerte
Tanto como le tocaba,
Y el Príncipe se portó
Con grandeza para honrarla;
Y sosegada la pena,
Que el tiempo todo lo acaba,
Salió para divertirse
Al jardin, como estilaba,
Donde dió vista á una fuente
De una fábrica tan rara,
Que era toda de alabastro,
Como una taza de plata,
Y allí poniendo sus ojos
Vió reclinada una dama,
Que en los frígidos cristales
Al espejo se miraba.
Llegó el Príncipe á la fuente,
Porque el fuego busca al agua
Y mirando su hermosura,
Quedó su vista abrasada,
Y á su cariñoso estilo
Volvió Doña Ines la cara.
Quedóse el Príncipe helado,
Y Doña Ines quedó helada,
Bebiéndose los alientos
Por los ojos, hasta el alma.
El fuego venció á la nieve,
Y derritiendo la causa
Que aprisionaba su lengua,
Rendido el Príncipe habla.
Palabra le dió de esposo
Prometiendo coronarla
Por reina de Portugal;
Y la dama cortesana
Con justo agradecimiento
Su cándido jazmin saca.
Dióle la mano de esposa,
Y en fe de mano y palabra
Se casaron en secreto
Con union muy voluntaria;
Y temiendo que su padre
Esta accion les estorbara,
Para que mas se ocultase
Del real palacio la saca,
Aposentando su hechizo
En una quinta que estaba
Convecina del Mondego.
Y su padre, que ignoraba
Los lances que he referido,
Trató luego con Navarra,
Atribuyéndolo á dicha,
El casarle con su Infanta.
Concedióla el Rey navarro,
Y la infanta Doña Blanca,
Acompañada de grandes
De su corte y de su casa,
Pasó á Lisboa, causando
Mil penas eslabonadas.
Visitó el Príncipe al Rey,
El cual le ordena y le manda
Que pues ha de ser su esposo,
Visitase á Doña Blanca.
Obedecióle Don Pedro,
Y recibióle la Infanta
Con cariñosos cortejos,
Y el Príncipe así le habla:
—Ilustrísima señora,
Cierto me holgara en el alma
Excusar vuestro disgusto
Y el mio, por ser yo causa
De los presentes desaires
En que os miro estimulada;
Mas supuesto que es preciso
Vuestra pena declararla,
Rompa mi voz el silencio,
Pues ya no puedo ocultarla.
Casé, señora, en Castilla
Primera vez con la Infanta
Por el gusto de mi padre;
Pero pues no está ignorada
La dicha de estos principios,
Pasemos á la sustancia.
Cuando mi querida esposa
Pasó á Portugal, de España
Vino asistiéndola entónces
Una bellísima dama,
Una hermosura, un prodigio,
Perdóneme el alabarla
Vuestra Alteza en su presencia:
De su belleza informarla
Me importa, porque disculpe
Temeridades osadas,
Cuando advertida conozca
De estos extremos la causa.
Es, en fin, por abreviar,
Doña Ines Cuello de Garza,
Tan garza, que su hermosura
Y discrecion remontada,
Por ser un cielo, es el centro
De la gloria de mi alma.
Vióla mi vista, y perdila,
Pues me la robó su gracia;
Solicité su hermosura,

Y favoreció mis ansias
Tanto, que logré la dicha
De gozar premios por paga.
Ya Doña Ines es mi esposa,
Que está conmigo casada,
Su esposo soy tan gustoso
Que á mi dicha no se iguala
La mayor dicha del mundo,
Porque es mi dicha tan alta:
Y así podrá vuestra Alteza
Volverse luego á Navarra,
Que solo Ines ha de ser
En Portugal coronada.—
Fuése el Príncipe, y quedó
En blanco la triste Blanca,
Dando á los ojos licencia
Para que tristes lloraran
La pena que padecia;
Y el noble rey de Navarra
Sintió con grandes extremos
El desaire de su hermana.
Mandó que al arma tocasen
Las trompetas y las cajas,
Y los fuertes capitanes
Se pusiesen en campaña
Con ejércitos valientes
Bien prevenidos de armas,
Hasta ver de Portugal
La corona derribada;
Que para recuperar
El agravio de su hermana
Solo pretende ponerla
Por alfombra de sus plantas.
Sonó el clarin bellcoso,
Crujió el parche de las cajas,
Poblóse el campo de picas,
De mosquetes y alabardas,
Y con fieros estandartes,
Y banderas tremoladas,
Le puso sitio á Lisboa:
Y temiendo su arrogancia
El portugues, pidió treguas
Y á sus consejeros llama:
Y puesto en el trono altivo
Su consejo les demanda.
Era el uno Egas Coello,
Y Alvar Gonzalez llamaban
Al segundo consejero,
Y el consejo que le daban
Fué que Doña Ines de Castro
Muriese, que era la causa
De las guerras, que su muerte
Era de mucha importancia.
El Rey replicó que no,
Que era tiranía ingrata.
Replicaron los traidores
Que perderia su fama,
Y que junto con su vida
Su corona peligraba.
Y en fin, tiranos, aleves,
Tantos riesgos alegaban,
Que bajó desde su trono
El Rey, dejando firmada
De Doña Ines la sentencia
De que muera degollada.
Al Príncipe aseguraron
En la prision de un alcázar,
Y partieron á Coimbra,
Donde Doña Ines estaba.
Aquí la mano me tiembla,
Aquí la pluma se pára,
Aquí el pulso titubea,
Y la lengua aprisionada
Entre penas y tormentos,
No pronuncia lo que habla.
Le leyeron la sentencia
A aquella cordera mansa,
A aquella que imitó á Abel
Entre el furor y la saña
De tan ingratos Caines;
Y vestida de mil ansias,
Rociaron sus auroras
Perlas, que en la filigrana
De sus hermosas mejillas
Se miraron esmaltadas;
Y sentada en una silla
Las manos atras atadas,
Llegó el tirano homicida,
Cubrió su cielo una banda,
Cortó el ingrato cuchillo
Su bellísima garganta.
Quedó aquella nieve, roja,
Aquella luna, eclipsada,
Aquel sol, todo nublado,
Aquella luz, apagada,
Aquella estrella, sin rayos,
Aquel lucero, sin alba,
Sin púrpura, aquella rosa,
Aquel clavel, sin fragancia,
Aquel jazmin, deshojado,
Y sin cuello aquella garza,
Abatidos ya sus vuelos,
Y remontada su fama.
Murió Doña Ines de Castro,
Dios le dé gloria á su alma,
Y entre hermosos paraninfos
Se eternice colocada;
Y el Príncipe mas amante
Cuando supo la desgracia,
Sus amorosos extremos
Dígalos por mí la fama;
Y desmintiendo la noche
Con la luz de cien mil hachas,
Le hizo un entierro solemne
Desde Coimbra á Alcobaza,
Donde sobre su cabeza
Puso la corona sacra,
Y luego todos sus grandes
Besaron la mano blanca.
Hizo que todo su reino
Por su reina la jurara,
Y á los ingratos traidores
Por las traidoras espaldas
Arrancó los corazones,
Porque su culpa pagaran.
Emplazado murió el Rey
Para dar cuenta tan larga:
Quedó Doña Ines sin vida,
Y los traidores sin alma;
Y cuando supo el suceso
Levantó el sitio Navarra,
Y el Príncipe sin consuelo
Quedó llorando mil ansias.
Rendido pide el ingenio
Perdon de sus muchas faltas.

(*Doña Ines de Castro*, etc. Pliego suelto.)

[1] Tambien el poeta que hizo este romance vulgar ha alterado la historia, tan á su antojo como lo hicieron los compositores de los romances antiguos incluidos en los números 1236, 1237, 1238, 1243 y 1244.

SECCION DE ROMANCES VULGARES DE LEYENDAS, VIDAS DE SANTOS Y DE CASOS MILAGROSOS.

1302.

LA VIDA DE SAN ALBANO. — I.

(*Anónimo* [1].)

Las tres divinas personas,
Padre, Hijo, Espíritu Santo,
Alumbren mi entendimiento,
Y dén su auxilio y amparo,
Para que pueda explicar
La rudeza de mi labio
Del Húngaro mas felice
La santidad y milagros.
Hubo en los reinos de Hungría,
Entre otros, un potentado,
Cuyo príncipe y señor
Fué el nobilísimo Hisano,
El cual tenia una hija,
De la hermosura dechado:
No dibujo perfecciones,
Que será el prólogo largo.
Paso pues á la sustancia,
Y digo, que quince años
Tiene la hermosa Princesa,
Cuando el padre enamorado
De su belleza se hallaba,
Cual Faetonte, despeñado,
O cual Icaro, atrevido.
¡Oh pensamiento tirano!
Levantóse cierta noche
Con un puñal en la mano,
Y al lecho de la Princesa
Se llegó con lento paso,
Diciendo: —Despierta, hija,
Deja el profundo letargo,
Recibe dulces caricias,
Admite tiernos halagos
De tu padre, que se halla
Mi corazon abrasado,
Y si no, este limpio acero
Fin dará á tus tiernos años.—
Oyendo lo referido,
Con documentos cristianos
La Princesa le responde:
—¡Que en vuestro pecho abrigado
Hayas, padre, tal maldad!
Teme de Dios los amagos,
Teme de Dios el castigo,
No determines osado
Ejecutar tal delito,
Haya en tal delirio vado:
Con lágrimas os lo pido.—
Mas el Príncipe, arrestado,
Le amenazó con la muerte.
¿Quién vió suceso mas raro?
Gozó el padre de la hija:
¡Qué enorme y atroz pecado!
Sintiéndose embarazada,
A un cuarto se ha retirado,
Y con oscuras bayetas
A su cuerpo le ha adornado.
Allí hacia penitencia,
A la majestad clamando
De Dios todopoderoso,
Le perdone sus pecados.
Y en tiempo de nueve meses
Continuos, se ha ejercitado
En labrar unos pañales,
Y en ellos ha dibujado
El escudo de sus armas
Con grandísimo cuidado.
Sintiéndose con dolores,
Al padre cuenta le ha dado
Cómo de parto se hallaba:
Al proviso mandó Hisano
A un criado que llevase
Lo que naciese, á arrojarlo
En el monte, y lo matase.
¡Oh qué pecho tan tirano!
¡Oh qué crueldad tan acerba!
Las piedras hacen quebranto.
Parió un niño muy hermoso,
Y envolviéndolo en los paños,
Viendo que el criado lo toma,
Con lágrimas le ha rogado
Que no le diese la muerte.
Metiendo espuela al caballo
Al término de seis leguas,
Al rústico pié de un árbol
El infante se dejó
Anegado en tierno llanto,
Pidiendo al monte, á las aves,
A los riscos y collados
Con lastimosos sollozos
El sustento que ha negado
La ingratitud de sus padres:
A cuyo tiempo impensado,
Examinando aquel monte
Venia el príncipe Albano,
El cual tenia dominio
Sobre dicho potentado
De Hisano; y viendo al infante,
Con cariño lo ha tomado
En los brazos, y lo lleva,
Y con secreto y recato
Mandó criar aquel niño:
Púsole el nombre de Albano,
Echando voz en el reino
Es su hijo; y reparando
En los pañales, guardólos
Con grandísimo cuidado.
El referir se crió
Con los políticos cargos
Que en los príncipes se usan,
Es, señores, excusado.
Era de todos querido
Por lo afable y cortesano;
Al par era limosnero,
Honesto, prudente y casto.
Llegó á tener veinte abriles,
Cuando el padre lo ha llamado,
Diciendo: —Querido hijo,
Es cierto, mi amigo Albano,
Que mi parecer ha sido
El que tomes nuevo estado:
Bien sabes somos sujetos
A la muerte, y esto es claro.
Yo gusto de que te cases:
Ocho son los potentados
De tu dominio, y así,
Si gustas ejecutarlo,
Despacharé embajadores
Haciendo á todos el cargo
Que aquel que tuviere hija,
Al punto venga á tu mano
Su copia de original,
Y la que fuere tu agrado
Por esposa elegirás;
Que es bueno que mayorazgo
Hayas, hijo, que es razon.
Obedeciendo el mandato

Del padre, luego remiten
Sin dilacion, enviados,
Y pasados los seis meses,
Todos ocho se han juntado,
Cada uno con su copia,
Gozosos de haber logrado
La empresa tan deseada.
Ahora al lector encargo
La atencion en este punto.
Quedó Albano enamorado
De la copia de su madre,
Pues al verla se ha abrasado,
Cual mariposa, cual fénix.
¡Oh misterios soberanos!
La embajada le remiten,
Que dice el principe Albano
Gusta de ser dulce esposo
De aquel portento ó milagro
De la hermosura, y así
Que será muy breve el plazo.
Completos y prevenidos
Los reales aparatos
Para las célebres bodas,
De su patria salió Albano
Acompañado de grandes.
El padre que lo ha criado,
Con su regia comitiva
Iban los montes cruzando.
Llegan en fin á las puertas
Del nobilísimo Hisano,
Y viendo la madre al hijo,
Quedó su pecho abrasado
Y enamorado, de forma
Que al instante el sí le ha dado.
No refiero las grandezas,
Las finezas y regalos
Que de madre á hijo hubo
En el tiempo limitado
De las bodas, que es verdad
Que parece ser encanto.
Por fin desposados fuéron
Hijo y madre, ambos hermanos,
En los lazos de Himeneo,
Gozando tiernos halagos,
Y con muy dulces caricias,
El término de seis años.
Pasado ya dicho tiempo,
Una dolencia ha agravado
Mortalmente al viejo Rey,
Y á su hijo lo ha llamado,
Diciéndole estas razones:
— Es cierto, querido Albano,
Hijo de mi corazon,
¡Con qué dolor lo declaro!
¡Con qué pena te lo digo!
Que por el presente paso
En que me veo, es verdad
Que al rústico pié de un árbol,
En lo intrincado de un monte
Te hallé envuelto en unos paños:
Por mi hijo te he tenido,
Con cariño te he criado,
Como á hijo te traté,
Y como á tal te he estimado,
Y como padre te pido
Mantengas tus potentados;
Le darás premio al leal,
Tendrás paz con tus vasallos,
Defenderás de la Iglesia
Todos sus misterios santos;
Venerarás á tu esposa,
Como que Dios te la ha dado.
Tú eres señor de estos reinos,
Que el escudo ha declarado
De tus armas, que lo eres,
Segun lo dicen los paños
En que venías envuelto,
Que aquí á mi derecha mano
Están en este escritorio.—
Esto solo ha pronunciado,
Cuando la parca le quita
La vida con un letargo.
Deshecho en lágrimas tiernas
Se quedó el triste de Albano
Viendo á su padre difunto:
La Princesa, consolando
A su esposo, le decia
Cesase de tanto llanto:
A lo que le respondió,
Era su mayor quebranto
Saber que no era hijo suyo,
Segun decian los paños
Que están en una gabeta;
Y sacándolos Albano,
La Princesa, que los vido,
Cayó de un mortal desmayo.
Adonde la dejarémos,
Y dice Pedro Navarro
Que en otra segunda parte
Dejará finalizado
Todo el resto de la vida
Del glorioso San Albano.

(*Vida de San Albano*, Pliego suelto.)

[1] Si esta leyenda de San Albano no fuese verdadera y santa, pudiera considerarse como una novela, cuyo autor quiso reunir en la persona y vida del Santo todos los crímenes, adulterios, incestos y parricidios que inventó el paganismo griego, y atribuyó á los Atridas y á los grandes héroes de sus tiempos histórico-fabulosos. Pero entre los acaecimientos horribles que se presentan, hay un abismo que separa las causas En los unos preside la ciega fatalidad, en los otros la Providencia divina que, en sus sabios é inescrutables fines, permite que se verifiquen para castigo de los culpados y aviso de los que no lo son tanto. Aunque á primera vista San Albano juzgado por ideas mundanales pudiera ser tenido por inocente, á los ojos de Dios era un parricida voluntario, puesto que arrebatado de pasion mató á su padre y á su madre, precisamente en un momento en que la condenacion eterna de ambos era casi segura, pues el uno reincidia en el incesto, y la otra, que ántes cedió á él por fuerza, luego le hizo voluntariamente. La penitencia pues de San Albano era justa y necesaria, era efecto del sentimiento, de la conviccion que su conciencia le inspiraba de que habia dejado de ser inocente, de que era pecador, de que era en fin culpable de un parricidio. La leyenda que sirve de asunto á estos romances, escrita en prosa, es una de las que circulan aun entre el vulgo, y que venden los ciegos por las calles, no solo en las villas y aldeas, sino tambien en Madrid.

1303.

LA VIDA DE SAN ALBANO. — II.

(*Anónimo.*)

Vuelta en sí la blanca rosa
Y bellísima Princesa
De aquel natural desmayo,
Le ofreció naturaleza
Al armiño de su rostro
Esmalte de ricas perlas,
Y entre tímida y turbada,
Estrechamente le besa
La mano, diciendo: —Hijo
Del alma, querida prenda,
Rompa la voz el silencio,
Declárese esta tragedia,
Sirvan los ojos de mares,
Derramen lágrimas tiernas;
Y si el castigo merece
Lo inaudito de mi ofensa,
Vos sois, señor, el cuchillo,
Mi garganta aquí está puesta.
Has de saber, dulce Albano,
De que solo la violencia
De nuestro padre ¡qué horror!
Ejecutó ¡grande pena!
La mayor crueldad en mí:
No es posible otra se vea.
Me amenazó con la muerte,
Cuando la comun tarea
Paga tributo á Morfeo,

Si no hacia su proterva,
Vil y obstinada osadía.
Cometí, señor, la ofensa,
Motivo á que retirada,
Sirviendo de oculta celda
Lo estrecho de un aposento
Cubrí de negras bayetas
Mi cuerpo, y me entretenia
En labrar las armas mesmas
Que se ven en estos paños;
Y mi padre con fiereza
A un criado le mandó
Te matase; pero atenta
A que culpa no tenias,
Le mandé que entre las selvas
Te dejase con la vida.
Aquesta es, querida prenda,
La verdad clarificada;
Yo la hago manifiesta.
Soy tu madre, soy tu hermana
Y tu esposa, considera
El error ejecutado:
Pidamos á Dios clemencia.
Viendo Albano este prodigio
Se admira, asombra y eleva,
Dando forma de pasar
A ver á Hisano, y la nueva
Darle de lo referido,
Con que con cristiana idea
En ejecucion lo ponen,
Y con cautas diligencias
A un sobrino de su padre
Albano dió órden expresa
De que el pais gobernase
Hasta que diese la vuelta,
Que el Pontífice los llama
Para ciertas dependencias.
Se salen de la ciudad,
Descalzos de pié y pierna,
Una tenebrosa noche
Porque ninguno los vea.
Vestidos de peregrinos,
Pisando las duras piedras
Con sus delicadas plantas
Iban Príncipe y Princesa.
A las puertas del palacio
De Hisano los dos se llegan;
Piden audiencia, y le hablan,
Y anegados en inmensas
Lágrimas que derramaban,
Le dicen con voces tiernas:
—Gran señor, ¿no nos conoces?
Mira, advierte y considera
Que aquí tienes tus dos hijos.
¿Qué novedad es aquesta?
¿En qué confusion, señor,
Nos tienes, si la suprema
Majestad ha declarado,
Padre y señor, esta ofensa?
Pasar á Roma es preciso
A solicitar la enmienda.—
Viendo Hisano declarada
Toda la fatal tragedia,
En compaña de los hijos
Pasó á Roma con presteza,
Tambien dejando en su estado
A un deudo que lo gobierna.
¡Válgame Dios, qué prodigio!
¡Quién podrá ajustar la cuenta!
Pues se ven en tres sugetos
Que haya tantas diferencias
De parentesco, pues son
Hijo, madre, esposa, y sean
Hermanos, suegro y abuelo,
Y padre: ¡caso es que eleva!
En fin á Roma llegaron,
En donde á los piés se echan
De su Beatitud: los tres
Generalmente confiesan
Sus culpas, donde les dan
Por órden la penitencia,
Que anduviesen siete años
Por entre montes y breñas,
Sin que vistiesen camisa
Ni se sentasen á mesa,
Ni se quitasen las barbas,
Y que hagan abstinencias,
Se pongan fuertes cilicios,
Que coman silvestres yerbas,
Y que lloren su pecado,
O que publicado sea;
Que no durmiesen en cama,
Sino fuese sobre piedras.
Salen de Roma contritos;
Se retiran á las breñas.
¡Quién vido la bella Infanta
Trasformada en Magdalena,
Desmelenado el cabello,
Siendo ya sus carnes tersas
De color anacarado
Por sus grandes penitencias!
¡Quién vido al justo de Albano
Pidiendo al cielo clemencia,
Y al antiquísimo Hisano,
Con la barba por la tierra
Dando clamores al cielo,
Vertiendo lágrimas tiernas!
Siete años anduvieron
Por riscos, por asperezas,
Y cumplido el dicho plazo,
Marchaban para sus tierras
A disponer de sus reinos,
Que era la órden que llevan,
Y meterse religiosos,
Pues su Beatitud lo ordena.
Aquí se entorpece el labio,
El pulso todo me tiembla,
Y la lengua balbuciente
No acierta á decir ¡qué pena!
Que cierto dia, que hicieron
Tránsito al pié de una sierra,
A la sombra de una encina
Determinan hacer siesta.
Albano se subió al árbol,
Los dos abajo se quedan;
Y en el tiempo que pedia
Albano al cielo clemencia,
Llegó el demonio á tentarlos
Nuevamente, con tal fuerza,
Que ejecutan el delito.
¿Cómo no tiembla la tierra?
¿Cómo no se eclipsa el sol
Y se oculta la luz bella?
Y haciendo Albano reparo,
Del árbol abajo se echa,
Y quitándoles las vidas,
Hizo una cueva, y en ella
Los enterró, y partió á Roma
A su Beatitud le cuenta
El suceso por extenso,
Y todo al pié de la letra.
Su Beatitud le mandó
Que se viniese á la breña,
Y trajese un compañero
De órdenes sacras, y sea
Todo el resto de su vida
Penitente anacoreta;
Que hiciese la ermita junto
Donde los cuerpos se ostentan,
Y tengan los rezos dobles,
Y saquen las calaveras,
Y que rece por sus almas,
Y haga grandes penitencias.
Pidió limitado tiempo,
Y sus causas ya compuestas,
A sus reinos mandó cartas,
En las cuales manifiesta
El suceso referido,

Dando órdenes expresas
Que gocen los principados
Sus sobrinos, y que sea
Con la paz y la quietud
Que antiguamente se observa.
Y buscando un sacerdote,
Que no faltan almas buenas,
A la breña retirados,
Con prevenciones diversas
Y adornos de decir misa,
Hacen dos angostas cuevas:
Vistiéndose de cilicio,
Pasan grandes asperezas.
Siete años son los que
Albano estuvo en la cueva,
Arrepentido y contrito,
Haciendo vida tan nueva
Como dice su cronista
Y la Iglesia manifiesta.
Al cabo de dicho tiempo
Le acometió una dolencia
A Albano, y el sacerdote
Los sacramentos le diera:
Murió conociendo á Dios,
Segun su vida lo reza
Y en su libro se declara,
Donde bien lo manifiesta,
Y es infalible verdad
Lo que mi pluma aquí expresa.
Y Pedro Navarro pide
Que le perdonen, y sean
Devotos de dicho Santo,
Y alcanzarán gloria eterna.

(*Vida de San Albano*, Pliego suelto.)

1304.

VIDA Y MUERTE DE SAN ALEJO.— I.

(*Anónimo* [1].)

Cese el belicoso estruendo
De cajas y de trompetas,
Y tremolen por el aire
Estandartes y banderas.
Cese el enojo y la ira,
Caigan las galas superfluas,
Y en aplaudidos elogios
Florezca la penitencia
A vista de la enseñanza
Que dan las divinas letras,
Y á vista de los ejemplos
Que las vidas estupendas
De tantos santos que á Dios
Dan lauros y gloria excelsa
En vida contemplativa,
Para gozar de la eterna.
Hoy pues, triunfante mi lira,
Desea, prudente y cuerda,
Dar á mi auditorio ilustre
Una música discreta,
Cantando de un santo insigne
Las maravillas supremas,
Que obró Dios en atencion
De su vida tan austera;
Pues, siendo mancebo y rico,
Murió con suma pobreza,
Hecho la escoria del mundo,
Debajo de una escalera.
Ya en esto habrán conocido
Quién es el santo, y mi idea
Dará principio á la historia,
Porque la devocion crezca.
En tiempo de Honorio el Magno,
Segun las historias cuentan,
Gran emperador de Roma,
Un personaje hubo en ella
Que llamaban Eufemiano,
Hombre de grande opulencia
Y de ilustre calidad,
Junto con grande riqueza.
Casó con una matrona
Muy virtuosa y honesta,
Llamada Aglaes, tambien
Muy poderosa en hacienda.
Vivian los dos esposos
En tranquila paz serena,
Muy temerosos de Dios,
Repartiendo su riqueza
En pobres, y para el culto
De Dios en templos é iglesias,
Hospedando peregrinos
Con caridad muy perfecta.
Eran cercanos parientes,
Pues la propia sangre regia
Del emperador Honorio
Les viene por línea recta.
Tenian pues su palacio
Con muchas torres y almenas,
Gran multitud de criados,
De dueñas y de doncellas,
Las salas todas colgadas
De mil géneros de sedas,
Y en fin era el fausto todo
Como de persona excelsa.
Estos clamaban á Dios
Con ásperas penitencias
Y con austeros ayunos,
Pidiendo con grandes véras
Que les concediera un hijo,
Para ser su paz mas quieta.
Vinieron á conseguirlo,
Que oye Dios ruegos que sean
Para servirle, y en fin
Un niño parió, y se alegran
Tanto de su nacimiento,
Que, no obstante que antes eran
Tan grandes caritativos,
En esta ocasion su hacienda
Se abrió mas pródigamente
A agradecer la fineza.
Bautizaron pues al niño
Con alegrías y fiestas,
Y le pusieron Alejo;
Que este nombre se interpreta
Vara de humo, que creciendo,
Hasta los cielos penetra.
Crióse con gran regalo,
Entre pomposas grandezas,
Hollando la plata, el oro,
Los terciopelos y sedas.
Creció, y con él la razon,
Motivándolo la escuela
De un maestro, que celoso
Le enseñó de todas letras.
Era querido de todos,
Dando de su sangre muestras,
Y al mismo paso sus padres
Le amaban con gran terneza.
Tenia el Emperador
Una hija, que en belleza,
Honestidad y virtud
No habia en Roma doncella,
No solo que la excediese,
Pero ni igualar pudiera.
A Sabina, que era el nombre
De la prudente princesa,
Trataron pues de casarla
Con Alejo, y él intenta
De no replicar á nada,
Aunque tiene hecha promesa
De guardar la castidad,
Porque Dios le favorezca
Celebráronse las bodas
Con muy espléndidas mesas
Con júbilo y regocijo,
Con músicas y con fiestas.
En fin, llegada la noche,
Noche que muchos desean

Por saciar el apetito
Sensual que les aqueja,
No así Alejo, que en el cuarto
Donde está su esposa mesma
Entró por decirlo el padre,
Diciendo de esta manera:
—Dios te guarde, hermana mía,
Criatura de Dios, bella
En amor, como á su esposa.—
E inclinando la cabeza,
Allí le habló el santo Alejo
Palabras dulces y tiernas,
No lascivas, sino en cosas
De Dios, y de cómo eran
Las vírgenes estimadas
Y adornadas con grandeza,
Con los bienaventurados.
Y en fin vino á alcanzar de ella
Que le dejase partir
A cumplir una promesa
A Jerusalen, que ántes
De desposarse tuvo hecha.
Ella se lo concedió,
Entendiendo de que era
A una capilla, que en Roma
Estaba de allí bien cerca,
Llamada Jerusalen:
Pero él otra cosa ordena.
Entónces sacó del dedo
Una sortija muy buena,
Y le dice: —Toma, hermana,
Esta sortija, que es prenda
Como dada de mi mano
A señora tan suprema,
Porque te acuerdes de mí.—
Cogió muy preciosas piedras,
Y joyas de gran valor,
Y cantidad de moneda.
Fué al Tiber, tomó una barca,
Embarcóse luego en ella,
Salió al mar, y llegó en breve
A desembarcar en tierra.
Llegóse á Santa María,
Una consagrada iglesia
A Dios, y en este lugar
Dió á los pobres cuanto lleva;
Y hasta sus propios vestidos
Con un peregrino trueca.
En este tiempo en su casa
Toda la alegría y fiesta
En breve se convirtió
En tristeza, llanto y pena.
Lloraban los tristes padres
Sin alivio á su tristeza:
Envian muchos criados
Que con notable presteza
Lo busquen, y que lo traigan,
Premiando su diligencia.
Se queja el Emperador,
Y su esposa honesta y bella,
Desprendidos sus cabellos,
Los ayes al cielo lleva,
Que podian sus gemidos
A los riscos y las peñas,
Siendo su dureza tanta,
Ablandarles su dureza.
A este tiempo al peregrino
Que ya referido queda,
Viéndole con el vestido
De Alejo, con grande priesa
Lo presentan á sus amos,
Porque la verdad dijera.
Dijo que le dió el vestido
Un hombre de muchas prendas,
Y que él se puso el suyo,
Y que postrándose en tierra,
Con la tierra se abrazó,
Y lloró mucho sobre ella.
Luego le vi con los pobres
Pedir limosna. Y en esta
Ocasion le preguntaron
Que hácia qué paraje era.
Y respondió que en Olidia,
Ciudad en Siria, es la tierra.
Despacharon mucha gente
En su busca, pero ordena
El cielo que no lo hallen,
Aunque de ellos está cerca,
Pues él los conoce á todos,
Y ellos no le conocieran,
Antes le daban limosna,
Como si algun pobre fuera.
¡Oh gran Dios, alaben todos
Tus maravillas inmensas!
Vuélvense todos muy tristes,
Y él, con su grande entereza,
Prosiguió al Santo Sepulcro
Para cumplir su promesa.
Mas el comun enemigo,
Que frustrar su intento piensa,
En traje de peregrino
Con el santo Alejo encuentra;
Y despues de saludarle,
Con preguntas y respuestas,
Le vino á decir que en Roma
Habia noticias nuevas,
Y eran que un senador,
Y persona de gran cuenta,
Habia casado á un hijo
Con una hermosa doncella
Hija del Emperador,
Y no haciendo caso de ella
La dejó, mas ella, viendo
El menosprecio, ha hecho entrega
De su sensual apetito,
A hacerle toda la ofensa
Posible, por deshonrarlo,
Y está entregada á torpezas.
Nada le respondió Alejo;
Que á sus labios sello echa
Con el silencio. Y aquí
Da fin la parte primera.

(*Vida y muerte de San Alejo*, Pliego suelto.)

[1] Estos romances de la vida de San Alejo tienen una incidencia comun con la novela caballeresca de *Urson y Valentin*, pues el fin y muerte penitente de este último es igual, es idéntico al del Santo. Tal coincidencia entre la leyenda devota y la novela no parecerá extraña al que considere el espíritu de los siglos medios, y el influjo que en ellos ejercian los asuntos religiosos sobre los pueblos, las ciencias y hasta sobre las fábulas que creaba una imaginacion alimentada por ideas cristianas. Así como ahora la política predomina en cuanto abraza el pensamiento humano, en aquellos tiempos el ascetismo preponderaba en todo.

1305.

VIDA Y MUERTE DE SAN ALEJO.—II.

(*Anónimo.*)

Viendo el demonio que Alejo
No le respondia cosa,
Y que todas sus mentiras
Frustradas fuéron y ociosas,
Se despidió con presteza,
Caminando con ansiosas
Véras, y mas adelante
Le salió ya de otra forma.
Saludáronse los dos,
Platicando en varias cosas;
Y por último le dijo
Como venia de Roma.
Fingiendo lo que no pasa,
Dijo: —Hay allí una escandalosa
Dama, Sabina llamada,
Que no tan solo deshonra
A su esposo, sino que
A sus cómplices les compra:

Y á mí tambien me premió
Con esta sortija hermosa;
Vesla aquí.— Cuando la vió,
Turbóle la vista toda:
Cayó en tierra, conociendo
La sortija, que era propia,
Clamando al cielo; mas Dios
Usó de misericordia
Enviándole luego un ángel
Que en su pena le conforta.
Quísose el demonio huir;
Pero el ángel se lo estorba,
Y en nombre de Dios le manda
Se detenga, aunque se enoja.
Entónces le dijo el ángel:
—Sé firme como una roca,
Acaba lo comenzado,
Alejo, que esta horrorosa
Sierpe que te habla, es el diablo,
Que con astucia engañosa
Le ha quitado la sortija
A tu virtuosa esposa:
Ella es santa, y está virgen,
Aunque en su llanto penosa.
Ve prosiguiendo tu intento,
Y en Dios tu esperanza toda
Has de poner, y despues
Volverás á ver tu esposa.
Yo soy ángel del Señor,
Que me envía de esta forma.—
Desaparecióse el ángel,
Y el demonio fué á las sombras
Infernales: luego el Santo,
Llena de fé el alma ansiosa,
Alzó los ojos al cielo,
Da á Dios las gracias, y á toda
Prisa hizo su viaje
Al Santo Sepulcro, y postra
Su cuerpo y cara en la tierra
Con humildad generosa,
Diciendo con muchas véras,
Todo lleno de congoja:
—Señor mio Jesucristo,
Mi bien, que el alma atesora,
Yo no soy digno de entrar,
Señor, porque me lo estorba
Ser quien soy, en el Sepulcro
Santo, hasta que reconozca
Tu voluntad.—Y allí estuvo
Muchos dias de la forma
Que se ha dicho, tolerando
Hambres, frios y deshonras,
Penas, sentimientos, males,
Aflicciones y congojas.
Cumpliéronse siete años,
Que en oracion fervorosa
Se mantuvo, cuando oyó
Una voz de aquesta forma:
—Siervo de Dios, ya eres digno,
Por merecerlo tus obras,
De entrar en aqueste Santo
Sepulcro: entra pues, goza
De tanto bien;— pero él
Presumió ser engañosa
Astucia del enemigo.
Segunda vez oye otra,
En que le dice lo mismo,
Y que ya Dios le perdona
Sus pecados; y él entónces,
Con una fe fervorosa
Visitó el Santo Sepulcro,
Sitios y reliquias todas.
Despues que fué conocido,
Por huir la vanagloria,
Se partió al puerto de Lisa,
Y en una nave briosa
Se embarcó para Sicilia,
Previniéndole en sus costas
El maestre de la nave,
Que lo necesario ponga
De su comer; pero él
Que nada le altera, informa
Al maestre, que un Señor
Liberal y de gran honra,
A quien sirvió siete años
Con voluntad generosa,
Le daria cuanto fuese
Menester; y de esta forma
El maestre lo creyó.
Dió al viento las velas toscas;
Pero á poquísimo trecho
Se levantó escandalosa
Una tempestad cruel,
Que la nave al cielo topa;
Ya barre al mar sus arenas,
Ya visita sus alcobas,
Ya es burla del huracan,
Ya es cometa de las ondas,
Sin que ningun marinero,
Ni piloto, que ló ignoran,
Sepan el rumbo que lleva
La nave en esta derrota.
En fin, pasados tres dias,
La tormenta no mejora,
Sin acordarse de Alejo,
Que en los tres dias no toma
Cosa para su sustento,
Ni una taza de agua sola.
Llamóle el maestre, y dijo:
—Amigo, engaño se nota
En vos. ¿Cómo no te envia
De comer ni beber cosa
Ese señor que dijiste?—
Y él respondió con gozosa
Alegría: —No me engaña;
Jamas su misericordia
Hasta ahora ha faltado á nadie,
Que es Señor de mucha honra,
Y no soy digno llamarme
Su criado en tanta gloria,
Que es Señor de cielo y tierra,
Y aquesta máquina toda
Mantiene con su poder.—
Respondió: —¡Muy fervorosa
Es tu fe, buen peregrino!
Pues pídele á Dios ahora,
Que nos saque á salvamento.—
Cesó la tormenta, y toman
La via, como Dios quiso
Al romano puerto de Ostia.
Desembarcaron alegres,
Se fué á la ciudad de Roma,
Y llegó á su casa á tiempo
Que el padre, con su gran pompa
De criados, á caballo
Salia; y él con zozobras
De trabajos, llegó al padre,
Diciendo de aquesta forma:
—Dale limosna, Eufemiano,
A un peregrino, que ahora
De tí se ha amparado; así
Dios te traiga á tu dichosa
Casa á tu hijo Alejo,
Prenda del alma que adoras.—
Así que Eufemiano oyó
Que á su hijo Alejo nombra,
Sin sentido del caballo,
Si no lo tienen, se arroja.
Clamaron pues los criados,
La madre salió medrosa,
Temiendo alguna desdicha;
Mas fué dicha muy gozosa,
Porque adquirió las noticias:
De su mismo hijo se informa,
Como le hubo conocido
De muchas partes, y en todas
Habia sido su amigo,
Y vivian de limosna;

Que le informó de sus padres
Y piedad tan generosa;
Y en fin hablóles palabras
Tan sentidas y llorosas,
Que el padre con alegría,
Y la madre muy gozosa
Por saber ya de su hijo,
Casi en los brazos lo toman,
Y en el palacio lo meten,
Y allí despacio se informan
Mas de Alejo; pero él,
Encubriendo su persona,
Les daba razon de todo;
La madre estaba llorosa,
Tambien su esposa Sabina.
Mandaronle, en fin, que coma
Y él, desechando manjares,
Con agua y pan se acomoda.
Desechó una rica cama,
Y escogió aquella dichosa
Escalera, y en su hueco
Pasaba las tenebrosas
Noches, y dias de frio,
Con hambre y sed prodigiosa,
Padeciendo mil oprobios,
De los mozos y las mozas,
Pues todas las barreduras
De la escalera le arrojan,
Y dándole bofetadas,
Con él juegan la pelota,
Y aun pasaba muchos dias
Sin agua, pan ni otra cosa,
Y él todo por Dios sufria,
Que en su alma se atesora.
Allí diez y siete años
Fué su vida misteriosa,
Quando llegando su fin,
Quiso Dios que reconozca
Su muerte, y al camarero,
Con razones amorosas,
Le pidió para escribir
Recado, mas él se asombra,
De que sabiendo escribir
Pase vida trabajosa.
Dióselo, y escribio allí
Su vida, tan prodigiosa
Como referida queda,
Y luego la carta dobla
Y la sortija en el dedo
Puso, y así de esta forma
Su espíritu á Dios entrega,
Colocándolo en su gloria.
Y en otra tercera parte
Se dará fin á esta historia.

(*Vida y muerte de San Alejo*, Pliego suelto.)

1306.

VIDA Y MUERTE DE SAN ALEJO. — III.

(*Anónimo.*)

Habiendo entregado á Dios
Su espíritu San Alejo,
Y estando diciendo misa
El sucesor de San Pedro,
Acabado ya el prefacio
Oyeron vóces del Cielo
Que dicen: — Ven, siervo mio,
A gozar dichoso el premio
Y el galardon del trabajo,
Que por mi amor y respeto
Has padecido. — Y despues
Otra clara voz oyeron
Muy sonora, que decia:
— Id, y rogad luego, luego
Al hombre de Dios, que pid
Por este romano pueblo. —
Al punto de las parroquias,
De ermitas y de conventos
Se tañeron las campanas
Con tan celestial estruendo,
Que admirando los sentidos,
Quedaban todos suspensos.
Partióse el Emperador
Y el Senado, con desvelo
A buscarlo, y no lo hallaron
Y toda Roma anduvieron.
A su Santidad se vuelven
Desconsolados, diciendo
No le hallaban por allí;
Las mismas voces oyeron
Que decian: — Eufemiano
Es el que retiene dentro
De su casa tal tesoro. —
Fué entónces grande el contento
Causado en todos, mas él,
Que estaba presente á esto,
Dijo: — Señores, yo soy
Muy pecador, y no tengo
Este favor merecido. —
Mas el Pontífice, viendo
La humildad de Eufemiano,
Sin detenerse un momento,
Con todos los cardenales,
Cruces y acompañamiento,
Fuéron allá en procesion,
Y Eufemiano iba con ellos,
El cual llegando a su casa,
Que se adelantó primero,
Mandó salir los criados
Con luces y con inciensos
A recibir al Pastor,
No cesando en este tiempo
En todos la confusion,
Mayormente cuando vieron
Que cruces y clerecía
Al punto se detuvieron,
Sin poder pasar de allí.
Viendo la madre de Alejo,
Y su esposa, al Padre Santo,
Le preguntan el suceso
De tan supremo favor,
Y el Pontífice Supremo
Les dijo: — En la Vaticana
Oimos voces del Cielo
Que dicen que en vuestra casa
Está sin impedimento
El hombre de Dios, y así
Mi venida es solo á eso. —
Si muy confusos estaban,
Mas quedaron cuando oyeron
Lo que el Pontífice dijo,
Pues que nada respondieron,
Mirándose unos a otros;
Mas ninguno atribuyendo
A que fuese el peregrino
Que subsistió tanto tiempo
Debajo de la escalera.
A este tiempo el camarero
Dijo: — ¿Si no es por ventura
Que sea ese pobre viejo,
Que es hombre de buena vida,
Y vi por mis ojos mesmos
El que en los domingos todos
Comulgaba? — En este tiempo
Fué á la escalera Eufemiano,
Llamólo, y estaba muerto
Mas reluciente que el sol
Exhalando de su cuerpo
Una fragancia admirable,
Y un papel entre sus dedos
Que quiso quitarle, y no
Pudo conseguir su intento.
Salió afuera, y dijo al Papa,
Todo de alegría lleno:
— Aquí está el hombre de Dios —
Mandó su Santidad luego
Que al pórtico lo sacasen.

Hiciéronlo, y allí puesto,
Todos se hincan de rodillas
Delante de él, y el supremo
Pastor se llegó á tomarle
El papel, y no pudiendo,
Llegaron los cardenales
Uno por uno, y lo mesmo
Sucede. El Emperador
Y sus padres tambien fuéron
A hacer las mismas instancias,
Y lo mismo sucediendo,
Llegó su esposa Sabina,
Y le dijo : — Santo siervo
Del Señor, por quien pasaste
Tantos trabajos acerbos,
Yo te pido ese papel,
Porque sepamos contentos
Tu vida;— y el Santo entónces
Largó el papel; lo cogieron,
Y comenzando á leer
Decia : « Yo soy Alejo!
» El hijo de Eufemiano,
» Senador romano. » Oyendo
Su esposa y padre lo dicho,
Fué tal el llanto, que al cielo
Sus lágrimas penetraban,
Y se arrojaban resueltos
Los tres sobre el Santo, á quien
Abrazaban sin consuelo.
Decia el padre : — ¡Ay de mí!
Ay triste mezquino viejo!
Qué confiado vivia
En ver á mi hijo Alejo :
¿Cómo de mí te encubriste,
Trayéndonos á tormentos,
Y á tanto dolor, á mí
Y á tu madre? ¿Qué es aquesto?
¡Ay de mí triste vejez!
¡Qué atribulado me veo!—
Su madre lo mismo dice,
Rasgando el vestido negro :
—Dejadme llegar de gracia
A ver á mi hijo, que quiero
Aumentar mi triste llanto,
Y arrojar sobre su cuerpo
Estas lágrimas amargas.—
Y haciendo muchos extremos,
Sobre su hijo se arroja,
Y con muy tristes requiebros
Le decia : — Hijo querido,
¿En qué te agravié algun tiempo
Para que así me dejases,
Pudiendo, hijo, pudiendo
Declararte, y no que allí
Murieras como te veo?
Madres, las que teneis hijos,
¿Por ventura habrá consuelo
Para una afligida madre
En este dolor acerbo?—
Llegó su esposa Sabina,
Torciendo manos y dedos,
Y cuando hubo conocido
Por la sortija del dedo
Y la seña que la madre
Dijo tenia en el pecho,
Y que la carta da indicios
De lo pasado, allí fuéron
Tales las exclamaciones,
Llanto y quebranto, que entiendo
Que á los pechos mas crueles
Les quebrantaran los pechos.
Sobre el cuerpo se arrojó,
Diciendo con mil lamentos :
—¡Triste de mí, tortolilla,
Sin su dulce compañero,
Sin alegría, sin vida,
Sin alivio, sin consuelo,
Poseida de tristezas,
En un golpe tan violento
Que todo el pecho me pasa!—
Y en fin eran los extremos
De la esposa y de los padres
Tantos, que de sentimiento
A un mismo tiempo lloraban
Los circunstantes con ellos.
Mandó el Papa que tomasen
A hombros el bendito cuerpo,
Llevándolo en procesion
Con majestuoso entierro.
Era el concurso tan grande
Que habia de los enfermos,
Mancos, tullidos y cojos,
Paralíticos y ciegos,
Y quedando todos sanos,
Alegres y placenteros,
Impedian el pasar
Por las calles á San Pedro,
Que el Papa mandó sembrar
O derramar por el suelo
Gran cantidad de moneda,
Porque á la codicia de ello
Se parasen, por poder
Entrarlo dentro del templo,
Donde con solemnidad
Las religiones y clero
Le hicieron las exequias,
Habiendo tenido el cuerpo
Manifiesto trece dias,
Para que lo viese el pueblo.
Despues lo depositaron
En la bóveda y entierro
Del señor Emperador,
Que quiso honrarlo hasta en esto.
Luego su esposa Sabina
Hizo voto con protexto
De no casarse jamas,
Y lo cumplió, dando luego
De mano á toda grandeza :
Puso cilicio á su cuerpo,
Hizo grandes penitencias,
Fué santa, como sabemos.
Los padres fuéron por él
Perdonados; que los ruegos
De un santo pueden con Dios
Muy mucho en su valimiento.

(*Vida y muerte de San Alejo*, Pliego suelto.)

1307.

VIDA DE LA MUJER FUERTE, SANTA MARÍA EGIPCIACA.—I.

(*Anónimo.*)

Pues que gustas que te cuente
Alguna célebre historia
Con que divertir la tarde,
Se previene á mi memoria
Una eficaz, en que notes
De Dios las misericordias,
Y el amor con que á las almas
Busca con ansia amorosa.
Y pues nos convida sitio
De aquesta pulida alfombra
De claveles y alelíes,
Mosquetas, nardos y rosas,
Con la cándida azucena,
Que fragantes ocasionan
Al Céfiro que respire
Suavidad de sus aromas;
Con tantos olmos gigantes,
Que parece que sus copas,
Siendo vecinas del valle,
Que con las estrellas moran;
Donde el bullicioso arroyo
Con murmullos de sus ondas
De un risco se precipita,
Y con fuga bulliciosa
Lo que murmuró en cristales
En perlas menudas llora :

Aquí pues, hermosa Nise,
Que el tiempo nos ocasiona
A que lo gastemos, digo:
Que en la ciudad mas hermosa
De cuantas al reino egipcio
Le dan timbre á su corona,
La mas ilustre en nobleza,
La que logró por sus obras,
Por su valor mil trofeos
Y muy sublimes victorias;
La que dió á la santa Iglesia
Y á Jesus tantas esposas
Vírgenes, que á él consagraron
Sus virginidades todas,
Tantos mártires que fuéron
Campeones por su honra,
Y dando á Cristo sus vidas,
Consiguieron laureolas:
En Ménfis, digo, que fué
Aquel tiempo la dichosa,
Que mereció tales hijos,
De que ilustre así blasona:
En esta pues gran ciudad,
Emporio á tantas coronas,
Se crió de nobles padres,
Como refiere la historia,
Una niña, un pasmo, un cielo
De belleza, siendo sola
En la ciudad, y en su casa
Única: tan cariñosa
Fué la crianza en sus padres,
Que las galas mas costosas
Eran su ordinario adorno,
Y lo comun ricas joyas.
Su regalo fué indecible
Con que á las veces malogran
Por el sobrado cariño
Tales padres lo que adoran.
Creció María, que así
Fué su desgracia sobre otras,
Tan desfrenada en palabras
Y en acciones licenciosas,
Que era fealdad en hermosura,
Siendo ella linda y hermosa.
Llegando pues á la edad
En que contó doce auroras,
Abandonando regalos,
Gustos, vestidos y joyas,
No obligándole el amor
De sus padres, que la adoran,
Por seguir sus apetitos
Hizo fuga rigorosa.
Y una noche que al descanso
Estaba su gente toda
Dada, salió con valor
Y crueldades de amazona.
Pasó montes, siguió selvas,
Hasta que mano alevosa
Robó del tierno pimpollo
De su flor, rica garzota.
Considere aquí el discreto
Las ansias y las zozobras
Con que andarian sus padres
En busca de su persona.
Añadiendo culpa á culpas,
Llegó á la ciudad famosa
De Alejandría, do puso
Bandera de pecadora.
¡Qué muertes y qué pendencias
Por su beldad no ocasiona!
¡Qué alborotos en el pueblo!
¡Qué prisiones, qué discordias
No motivó su venida!
Siéndole á María poca
La juventud de mancebos
De aquella ciudad heróica:
Hasta que puesta en olvido,
La dejaron pobre y sola.
Viéndose así despreciada,
Trabajaba cuidadosa,
Para dar á los galanes,
Para conseguir viciosa
Su sensual apetito,
Que es un Etna en que se ahoga,
Un volcan en que se abrasa
Y un incendio en que zozobra.
En toda especie de vicios
Tanto su maldad se engolfa,
Que el quererlos repetir
Es materia vergonzosa.
Cerca del dia dichoso
En que la Iglesia coloca
Fiesta á la santa Invencion
De la cruz maravillosa,
Considerando María
Que á la ciudad venturosa
De la gran Jerusalen
Concurria bulliciosa
La gente, en aqueste dia
Solicitó codiciosa,
So color de devocion,
Entre aquella gente toda
Lograr, como forastera,
Aplausos, riquezas, joyas.
Fué á embarcarse, y por el flete
Dió por paga su persona.
Desembarcó en Fara, y fué
Desde allí a la venturosa
Ciudad de Dios, donde al punto
Empezó presuntuosa
A pasearle las calles
Muy llena de vanagloria
Y presunciones de linda;
Mas tuvo suerte tan corta,
Que entre tanta gente no hubo
Quien la admirase de hermosa.
Llegó el dia de la fiesta,
Y ella acudió cuidadosa
Al templo, donde miró
De gente tan grande copia,
Que dudó el poder entrar;
Mas solicitó curiosa
Introducirse en la gente,
Para ver la misteriosa
Cama donde halló descanso
La naturaleza toda.
Mas al entrar en el templo
Vido que la gente ansiosa
Entró dentro, y ella no,
Quedándose fuera y sola.
Volvió por segunda vez,
Y tercera, cuidadosa
A solicitar entrar,
Y siempre le salió ociosa
Su diligencia; mas viendo
Que es esta accion misteriosa,
Cansada de su pecar,
Vió una imágen milagrosa
De la soberana Vírgen
Que en el atrio se coloca,
Y postrada por el suelo,
Le dice de aquesta forma:
—Bien sé, Señora, estaréis
De mis delitos quejosa,
Que he ofendido á vuestro Hijo,
Y á vos, soberana aurora;
Mas sois madre de piedades,
Y para con vos importan
Mas los ruegos de un rendido,
Que no sus ofensas todas.
Habed piedad de mi alma,
Sed mi bien, mi intercesora
Con vuestro querido Hijo,
Que de ser su fiel esposa
Le doy firme mi palabra,
Proponiendo desde ahora
Con lágrimas de dolor
Borrar las defectuosas

Manchas de la culpa infame.
Dadme, divina Señora,
Auxilios de vuestra gracia,
Que así podré victoriosa
Vencer los tres enemigos
Que me inquietan y alborotan,
Y salir de este destierro
Y coronarme en la gloria.—
Esto dijo, y luego al punto
Entró en el templo animosa,
En donde la dejarémos
Entre penas y congojas,
Que en otra parte os prometo
Finalizar esta historia.

(*Vida de la Mujer fuerte*, etc. Pliego suelto.)

1308.

VIDA DE LA MUJER FUERTE, SANTA MARÍA EGIPCIACA. — II.

(*Anónimo.*)

Ya dejámos á María
Egipciaca vuelta en otra
Magdalena, arrepentida
De sus culpas, á la aurora
Del sol de justicia Cristo
Rindiéndole afectuosas
Gracias por haberle dado
Luz, que sus yerros conozca,
Y con fina devocion
A la santa Cruz adora,
Patíbulo donde Cristo
Padeció muerte afrentosa.
Confesó todos sus yerros
Con contricion fervorosa,
Recibiendo el pan divino,
Manjar que al alma conforta,
Dando alabanzas á Dios,
Por haberle hecho tal honra,
Suplicándole rendida
Le inspire donde celosa
Mas bien le pueda servir
Fina, amante y amorosa;
Y al punto escuchó unas voces,
Signos dulces de la gloria,
Que le dicen: — El Jordan
Será tu morada sola.—
Obedeció luego al punto
Con diligencia muy pronta,
Y al salir de la ciudad
Le dió un hombre de limosna
Para tres panes, los cuales
Le duraron (¡rara cosa!)
Diez y siete años cabales,
Y se pusieron de forma
Que para haber de comerlos
Sus lágrimas lo remojan.
En este tiempo paró
Tentaciones rigorosas
Por los mesmos que pecó,
Trayéndole á la memoria
Los gustos y los regalos
De sus galanes y joyas,
De los bailes y embriagueces,
Y las palabras viciosas.
Mas pasado aqueste tiempo
De tantos años, dejóla
El enemigo Satan,
Gastando todas las horas
En santa contemplacion,
Disciplinas rigorosas:
Bebia y comia al dia
Agua y yerba una vez sola.
Por el tiempo de Cuaresma
Un santo monje, que á solas
Salia del monasterio
A hacer penitencia, vióla
A María en oracion,
Tan seca y tan monstruosa,
Que era su rostro un cadáver,
Espectáculo que asombra,
Un horror, pues brazos, piernas,
Raices la vista informa
De árboles ateridos;
Con que el Santo allí creyóla,
Por fantástica vision,
De Leteo infernal sombra.
Conjuróla; mas María,
Vuelta del rapto, le informa
No ser lo que él imagina,
Sino una gran pecadora;
Y viéndose tan desnuda,
A la fuga se acomoda,
Y él le dice es sacerdote
Anciano, y de fuerzas cortas,
Que no se ausente; y responde:
—Socimas, dame tu ropa,
Para que yo pueda hablarte.—
Vuelto de espaldas le arroja
Su manto, maravillado
Que por su gracia le nombra;
Mas viéndose ya cubierta,
Ante él humilde se postra,
Y le refiere su vida;
Y el Santo atento á su nota,
Da gracias al Criador
Por la repetida historia.
Le pide su bendicion,
Y que al otro año disponga
Traerle los Sacramentos,
Que há muchos años no logra
Este divino manjar,
Y él con lágrimas lo otorga.
Y sobre la bendicion
Ambos en tierra se postran
Sobre quién la habia de dar;
Mas María recibióla
Del Santo, y á él le bendice,
Y le dice de esta forma:
—Socimas, varon prudente,
El año que viene importa
Que á la orilla del Jordan
Te espere yo cuidadosa:
A tu prelado le avisa
Que en tu monasterio forma
Satan una gran cizaña,
Que el impedirla le importa.
Queda en paz. — Y él se volvió
Al monasterio, do informa
Al abad deste suceso;
Mas Socimas no reposa,
Hasta buscar en su nido
Esta cándida paloma.
La buscó el siguiente año,
Y á la otra parte vióla
Del Jordan, en oracion,
Y despues una cruz forma.
Recibió el sacro manjar,
Y en una cesta llevóla
Unos humildes regalos;
Pero tres lentejas solas
Tomó, y dijo: — Esto me basta,
Y adios, que aquesto me importa —
El Santo volvió puntual
El siguiente año, y hallóla
Difunta en su humilde cueva
Sobre su infelice ropa.
Con crecido sentimiento
Con llanto sus canas moja,
Dificulta el enterrarla,
Por ser sus fuerzas muy cortas;
Mas vido entrar dos leones
Que con sus garras ahondan
Una triste sepultura,
Y el Santo en brazos la toma,
Poniéndola con decencia;
Le dan sepultura honrosa
Los leones, y postrados

Bendicion del Santo toman.
Alegrés desaparecen,
Y Socimas, de allí toma
Al monasterio, admirado
Dando á Dios loores y honras
Por los altos beneficios
De su mano poderosa.
Esta es, mi querida Nise,
La maravillosa historia
De Santa María Egipciaca,
De Egipto blason y honra,
Ejemplo de penitentes
Y norte de pecadoras.
Alabemos al Señor,
Criador de todas las cosas,
Que por tan raros caminos
Y sendas tan misteriosas
Sabe traer á las almas
Que naufragan en las olas
Del mar de los torpes vicios,
Sacándolas victoriosas
De los crueles embates
Con que infelices zozobran,
Colocándolas seguras
En el puerto de la gloria.
Mira si puede servirte
Mi amor firme en otra cosa,
Que solo en obedecerte
El alma se halla gustosa.

(*Vida de la Mujer fuerte*, etc. Pliego suelto.)

1309.

SANTA GENOVEVA, PRINCESA DE BRABANTE.—I.

(*Anónimo* [1].)

No canto fingidos hechos,
Ni invento falsas novelas
Que en doradas copas brindan
Estragos á la inocencia:
Canto solo para dar
Un diseño, donde vea
El mundo todo que Dios,
Amoroso Padre, vela
Favoreciendo al que sigue
De sus preceptos la senda.
Canto la trágica vida
De una singular princesa,
Cuyos prodigios agotan
Los rios de la elocuencia.
De los duques de Brabante,
Cuya antigua estirpe regia
Produce con los laureles
Enlazadas las diademas,
Nació un ángel de hermosura,
De los que naturaleza
Gasta un siglo en producir,
Pues en ellos solo ostenta
Acumular perfecciones
Que el sexo frágil desmienta.
Por el agua del bautismo
Subió á superior esfera,
Siendo ángel de su alma
La que en su cuerpo lo era.
A peticion de los Duques,
Su nombre fué Genoveva,
Aunque despues el de ángel
Se mereció por sus prendas.
Crióse en la tierna edad
Dando tan sensibles muestras
De su gracia y su donaire,
Que todos á competencia
Admiraban ver unidas,
En una edad tan tierna,
Discrecion de muchos años,
Y de pocos la inocencia.
Apénas empezó á andar,
Cuando dió muy claras muestras
Que al retiro y soledad
La destinaba su estrella.
A este objeto, en un jardin
Donde Flora y Amaltea
Empeñaron sus pinceles
Para ostentar su destreza,
Halló un sitio retirado
Entretejido de yerbas.
Allí formó una capilla
De mil primores compuesta;
Despues hizo un altarito,
Que fué el ara donde empieza
A ofrecer al Redentor
Primicias de su inocencia.
Esta fué su diversion;
Y á su culto siempre atenta,
No dió lugar á los juegos
Que lleva la edad primera.
Así vivió entretenida,
Hasta que su fama vuela
Por el orbe, despertando
Príncipes que la pretendan.
Muchos al Duque su padre,
Con muy rendidas ofertas,
La pidieron por esposa;
Solo pudo merecerla
El gran conde Palatino
Sigifredo, cuyas prendas,
Aun mayores que la fama,
Compiten con su nobleza.
Celebráronse las bodas,
Displicente Genoveva,
Que amaba mas su retiro,
Y solo por obediencia
Trocó en brazos de Himeneo
El puro esplendor de Vesta.
Vivieron algunos años
Disfrutando la riqueza,
Con que afable la fortuna
Les brindaba á manos llenas,
Hasta que le fué precisa
A Sigifredo la ausencia,
Por reprimir el orgullo
Con que la africana secta
Intentaba enarbolar
En la Galia sus banderas.
No expresaré los suspiros
Con que sintió Genoveva
La marcha de su marido
A tan peligrosa guerra:
Baste decir que le amaba,
Que el pecho donde amor reina,
Mas sabe sufrir la muerte,
Que tolerar una ausencia.
Tiene el Conde un mayordomo
A quien con extremo aprecia,
Y á este le encarga que cuide
Con esmero y diligencia
De su esposa, pues se parte
Dejando el alma con ella.
Alegróse el mayordomo,
Y con traidora reserva
Ofrece rendido al Conde
Atender á Genoveva.
¡Oh pobre inocente Conde!
¡Ojalá no te partieras,
Pues tienes mayor contrario
En tu casa, que en la guerra!
Ausentóse en fin el Conde,
Quedándose la Condesa
En cinta de pocos meses,
Y el mayordomo, que encuentra
La ocasion que pretendia,
Soltó á su furor la rienda.
Primero disimulaba,
Por no atreverse á la esfera
De tanto sol, contemplando
Que son sus alas de cera;
Mas como nunca el fuego
Puede ocultar su fuerza,

En muy estudiadas voces
Le declaró á Genoveva
El incendio que ocultaba;
Pero siempre la Princesa
Disimulaba advertida,
Creyendo que á la insolencia
Suele ser freno el desprecio;
Mas se engañó, pues empieza
Sin embozo el mayordomo
A conquistar su pureza,
Hasta tanto que furioso
Un dia en su cuarto entra
Con un puñal en la mano,
Diciendo de esta manera:
—Señora, no es atrevido
El que fino amante llega
A explicar aquel incendio
Que por sí se manifiesta:
Yo vivo por tí muriendo,
Y por aliviar mi pena
He resuelto declararme,
Porque es preciso que vea
Logrado el fin de mis ansias,
O que de una vez perezca
A los filos de este acero:
En tus manos, gran Princesa,
Está mi vida ó mi muerte...—
Aun no dejó Genoveva
Que acabara el mayordomo
De declarar su insolencia,
Cuando con un santo enojo
Desató su pura lengua,
Diciendo: — ¡Loco, atrevido!
¿Es esta aquella promesa
Con que ofreciste á mi esposo
Servirme miéntras su ausencia?
Véte de aquí, si no quieres,
Indigno de mi presencia,
Que llamando á los criados,
Castiguen tal desvergüenza.
Ausentóse el mayordomo;
Mas como rabiosa fiera,
Intenta viles venganzas
Por ver frustrada su idea;
Y así un dia á los criados
Llama con grande reserva,
Y les dice: — Amigos mios,
Ya es preciso que mi lengua
Publique lo que ocultara
Si tan público no fuera.
Sabed, que rotas las leyes
De cristiandad y nobleza,
Vive mal entretenida
La princesa Genoveva,
Con un infame criado,
Hombre de muy baja esfera.
La deshonra es ya notoria,
Y temo que el Conde sepa
Lo que pasa en su palacio
Antes que yo le dé cuenta.
Mi dictámen es que al punto
Este criado se prenda,
Y que en una oculta sala
Pongamos á la Princesa,
Hasta dar aviso al Conde.—
Ejecutó su sentencia
El ingrato mayordomo,
Y envia con diligencia
Un posta, para que al Conde
Del suceso diese cuenta.
Dejemos marchar al posta,
Y vamos á la Condesa.
Apénas se vió encerrada,
Cuando en lágrimas deshecha,
Suspira quejosa al cielo,
Implorando su clemencia.
—¿Qué delito he cometido,
Decia con dulces quejas,
¡Oh Dios! para que así trateis
A esta humilde esclava vuestra?
Pero si es, Señor, tu gusto
Acrisolarme con penas,
Vengan mas y mas trabajos,
Que ya me doy por contenta
En saber que yo padezco
Porque, tú, mi Dios, lo ordenas.—
Mas creciendo sus fatigas,
Conoció de que se llega
El parto, sin tener nadie
Que pudiese socorrerla;
Y así sola entre suspiros,
Entre sollozos y penas,
Dió á luz un hermoso infante,
Heredero de su estrella,
Pues aun ántes de nacer
Ya tenia la sentencia
De muerte; que el mayordomo,
Por culpar á la inocencia,
Y dar color á su engaño,
Publicó que el niño era
Parto de los torpes lazos
En que estaba la Condesa.
Apénas le vió nacido
Sobre la desnuda tierra,
La triste madre le dice:
—Verdaderamente empiezas,
Hijo mio, cuando naces
A padecer la tormenta
En que naufraga tu madre,
Y has de ser en la tragedia
Cómplice de mi infortunio,
Porque así el cielo lo ordena.
Y ya que en tal desamparo
No puedo aliviarte, espera,
Te daré lo que mas vale,
Alistándote en la Iglesia.—
En este devoto empleo
Dejemos á Genoveva,
Y yo en la segunda parte
Daré fin á la tragedia,
De la penitente vida
De esta gloriosa Princesa.

(*Santa Genoveva*, Pliego suelto.)

[1] Véase la nota del romance núm. 1281 que trata de la historia novelesca de *Don Claudio y Doña Margarita*.

1310.

SANTA GENOVEVA, PRINCESA DE BRABANTE.—II.

(Anónimo.)

Militaba Sigifredo
Contra la tropa agarena,
Dando asuntos á la fama
Y triunfos á sus banderas,
Cuando recibió del posta
Las cartas en que le cuenta
El mayordomo el enredo
Con que culpó á Genoveva.
Apénas las leyó el Conde,
Cuando como cruel fiera,
Saliendo de sí furioso,
Exclamó: — ¡Oh vil Princesa!
¿Así miras por mi honor
Al tiempo que yo en la guerra
Con mi propia sangre añado
Nuevo lustre á tu nobleza?
¿Es posible que así pagues
El amor y la fineza
Con que siempre te he querido?
¿Qué se hizo tu firmeza?
Mas ¿qué es esto que me pasa?
No, no es posible que quepa
Tal desórden en mi esposa,
Mas pura que las estrellas.
Pero ¿cómo no ha de ser,
Si lo dice por mi afrenta

Ese infante, que es aborto
De su torpe incontinencia?
¡Oh tirana, yo te ofrezco
El darte la recompensa
Por tu loco devaneo! —
Así dijo, y con presteza
Escribió y despachó al posta
Con una carta que entrega
Al mayordomo, en que el Conde
Manda que con gran cautela
Al criado dén la muerte,
Y que luego á Genoveva
Con el hijo que ha parido
Los retiren á una sierra
Donde les quiten las vidas,
Y que se traigan por seña
De que queda ejecutado
La lengua de la Princesa.
Alegróse el mayordomo
Con estas infaustas nuevas,
Y al punto le dió al criado
Una bebida en que beba,
Sin ser sentida, la muerte,
Y manda que á Genoveva
Le avisen que se prepare,
Que esta su muerte muy cerca.
Lleváronla la noticia
A esta inocente Princesa,
Y bañada en tierno llanto
Arroja al cielo sus quejas,
Diciendo: — ¡Jesus piadoso!
¿Es justo que la inocencia
Padezca tales rigores
A manos de la insolencia?
Si acaso os he ofendido,
Pague yo sola la pena;
Pero este inocente niño
¿Qué culpa tiene? qué ofensa
Pudo cometer naciendo,
Sino nacer de mi mesma?
¡Ay hijo de mis entrañas,
Que has venido á pasar penas
Por nacer de una infeliz...!
Mas detente, infame lengua,
Que quiero morir gustosa,
Supuesto que así lo ordena
Aquel Dios á quien he dado
De mi amor la mejor prenda.—
Miéntras esto, el mayordomo
A dos criados ordena
Que con disimulo saquen
Hácia un bosque á la Princesa
Con su hijo, y que á los dos
Les dén la muerte que expresa
En su carta Sigifredo,
Para vengar sus afrentas.
Obedecen los criados,
Y á estos dos corderos llevan
Para ser sacrificados.
Aquí enmudece la lengua,
Aquí faltan los sentidos
Y el corazon titubea,
Al oir el dulce llanto,
Los suspiros y las quejas
Con que humilde se despide
De su casa Genoveva.
—Adios, hermanos, decia,
Adios, montes, adios, selvas,
Adios, patria amada mia,
Adios, amigos, que es fuerza
Obedecer á mi esposo;
Llorad tristes mis exequias,
Y sedme fieles testigos
Que mantuve la firmeza
Que á tal esposo debia.—
Con esto llegó á la breña
Destinada para campo
De tan funesta tragedia.
Paráronse los criados,
Y la dicen: — Genoveva,
Como mandados venimos
A ejecutar la sentencia
Que manda el Conde tu esposo,
Y así es preciso que muera
Este niño, y luego tú
La misma suerte padezcas.—
Dijeron; y al dar el golpe
En aquella planta tierna,
Los dijo la triste madre:
—Detened, si no sois fieras,
Ese golpe; en mí primero
Ese agudo acero hiera,
Y no querais que una triste
Duplicada muerte tenga
Viendo morir á su hijo.—
Mas por alta Providencia
Los criados se conduelen,
Y entre sí mismos conciertan
Dejar vivos á los dos
En aquella oculta sierra.
Así lo hicieron, llevando
Al mayordomo la lengua
De un perro, con que ocultaron
Su compasiva clemencia.
Quedáronse madre é hijo
En la intrincada maleza
De aquel monte, sin tener
Mas abrigo que las peñas,
Mas amparo que el del cielo,
Ni mas compañía que fieras.
Anduvieron algun poco
Al eco de una risueña
Fuente, que los convidaba
Con sus cristalinas perlas.
Se acercó la triste madre,
Y reparó que allí cerca
Se ocultaba entre unas ramas
Una retirada cueva.
Alegróse por hallar
Algun sitio donde pueda
Reclinar al tierno infante,
Seguro de tantas fieras.
Levantó al cielo los ojos,
Y agradece con fineza
Encontrar algun amparo
Contra tantas inclemencias.
En este tiempo repara
Que por la celeste esfera
Bajó un ángel que en sus manos
Trae la imágen perfecta
De Jesus crucificado,
Y llegándose á la cueva,
La dice en dulces palabras:
—Ea, amada Genoveva,
Por mas penas que te sigan,
Por mas trabajos que tengas,
Los endulzará Jesus
Con la sangre de sus venas:
En él hallarás alivio;
Veslo aquí, lo dejo en prendas
De que no te desampara:
Vive en Dios, con él te queda.—
Desapareciendo el ángel,
Quedó la santa Princesa
Tan alentada, que todos
Los trabajos é inclemencias
Los llevaba con mas gusto
Que el que gozó en su grandeza.
Así pasó algunos dias
Manteniéndose con yerbas,
Con que llegó á tal estado,
Que perdida la belleza
De su rostro, aun no era sombra
De su antigua gentileza;
Pero lo que mas la aflige
Es que la mucha abstinencia
La debilita, de modo
Que falta á sus pechos néctar

Con que mantener al niño
Que con llantos y con señas
La pedia de mamar;
Y acudiendo á la clemencia
De Cristo crucificado,
Reparó que hácia la cueva
Se venia presurosa
Una muy hermosa cierva,
Y que acercándose al niño
Le dió á mamar halagüeña.
Con este raro prodigio
Se consoló Genoveva,
Y mas viendo que dos veces
En cada dia la cierva
Daba de mamar al niño.
Dejemos á la Princesa,
Y vamos á Sigifredo,
Que concluida la guerra
Se vólvia á su palacio,
Sin apartar de su idea
La muerte que mandó dar
A su amada Genoveva.
Andaba siempre confuso
Culpando su lijereza
En mandar quitar la vida
Sin examinar las pruebas.
Los amigos le acompañan
Y piden que se divierta.
A este fin dispuso un dia
Irse á un bosque, donde pueda
Divertir su pensamiento
En la gustosa tarea
De la caza, y convidando
A sus parientes, se acercan
A un monte, y á pocos pasos
Descubrió el Conde una cierva
Que medrosa se retira,
Y Sigifredo se empeña
En seguirla hasta tanto
Que se amparó de una cueva
Adonde llevaba al Conde
La divina Providencia.
Desmontóse del caballo,
Para hallar con más presteza
La cierva que perseguia,
Y muy cerca de la puerta
Divisa un bulto, y dudando
Si era hombre ó si era fiera,
Entre confuso y turbado,
Le preguntó que quién era;
Entonce anegada en llanto
Le respondió la Princesa:
—Soy una infeliz mujer,
A quien trajo á esta aspereza
El haber sido constante;
Y por excusar molestias,
Digo de una vez que soy
La infelice Genoveva.—
Apénas la escuchó el Conde,
Cuando postrado en la tierra,
La pide que le perdone,
Diciéndola: —¡Oh gran Princesa!
Yo soy quien tiene la culpa,
Por creer con lijereza
Delitos donde no caben:
Perdóname, amada prenda,
Y á trueque de hallarte viva,
Cesen pasadas ofensas.—
Convocó á los compañeros
Y del caso les da cuenta.
Vinieron á la ciudad,
Y con suntuosas fiestas
Celebraron el hallazgo
Del infante y la Princesa.
Luego al punto manda el Conde
Que al mayordomo se prenda,
Y que atado á cuatro brutos,
Pague el infame la pena
De haber supuesto un delito
Contra tan santa Princesa:
Poco el gusto les duró,
Porque la mucha abstinencia
Que por casi siete años
Padeció esta gran Princesa,
La redujo á tal estado,
Que sin poder socorrerla
Llegó al trance de la muerte,
Porque es preciso que tengan
Su premio tantos trabajos
Y que goce gloria eterna.
Sintiólo en extremo el Conde,
Que fino amante quisiera
Morir tambien con su esposa,
Por no morirse de pena.
Y viendo cuán poco dura
De este mundo la grandeza,
Se retiró con su hijo
A una religion austera,
Donde haciendo santa vida
Fuéron á gozar la eterna.
Esta es la admirable historia
De la trágica princesa
De Brabante, cuya vida
La santa romana Iglesia
Nos propone para ejemplo.
Pidamos que nos defienda
De traidores enemigos,
Y de tan nocivas lenguas.

(*Santa Genoveva*, etc. Pliego suelto.)

1311.

CÁRLOS Y LUCINDA. — I.

(*Anónimo* [1].)

Suene el clarin de la fama
Con sus canoros acentos,
Y por la region del aire
Esparza sus dulces ecos;
Oiga todo enamorado,
Atienda todo discreto,
Todo galan preste oidos,
Todo jóven esté atento,
Los que de finos se precian,
De amantes y caballeros,
Pues todos en esta historia
Bien pueden tomar ejemplo.
En la ciudad de Valencia,
Corte y empíreo del reino
Valenciano, donde habitan
Tantas envidias de Vénus,
Pues las damas que produce
Son de aquel Cupido ciego
Flechas doradas y aljaba
Con que logra sus trofeos;
En esta bella ciudad,
De Chipre jardin ameno,
Un caballero vivia
De los nobles de aquel reino,
Llamado Don Juan de Lara,
Que era rico por extremo,
Casado con Doña Ines
De los Rios y Acevedo,
Señora de muchas prendas
Y de grande entendimiento.
Tenian estos señores
Una hija, á quien el cielo
La dotó de tal belleza,
Que era su cara un lucero,
Y mas hermosa que el sol,
Que en su rostro amaneciendo
De la mañana la aurora
Quita las luces á Febo:
A esta llamaban Lucinda,
Que este nombre le pusieron,
Porque, como era tan linda,
Le vínese el nombre á pelo,
Pues por su rara hermosura

De todos era embeleso,
El hechizo de Valencia,
Y el alma de todo el reino.
De esta hermosísima dama
Se enamoró un caballero,
Que la adoraba rendido
Y la idolatraba tierno,
A quien llamaban Don Cárlos
De Cardona, cuyo aliento,
Cuyos blasones y fama
Timbres a su nombre dieron.
Para casarse con ella
Solicitaba los medios
Convenientes para hablarla
Y tratar su casamiento.
Paseábale la calle
Con músicas y festejos,
Suspiros enamorados
Y amorosos galanteos.
Dos años gastó de amores,
Sin que su amoroso fuego
Llegase á emprender dichoso
En la ocasion sus incendios.
Una noche, en fin dichosa,
Cuando el nocturno Morfeo
A los sentidos suspende
El ejercicio supremo;
Cuando todos los mortales
Rinden el tributo al sueño,
Y cuando el ave canora
Suspende la voz y el vuelo,
Y entre las hojas del árbol
Busca defensas al tiempo,
Salió Lucinda á una reja,
Y el Adónis caballero
Allí le habló en sus amores,
Le declaró sus intentos,
Le dió palabra de esposo;
Ella la aceptó en efecto,
Y le dijo : —Señor mio,
Estimando como debo
El mucho amor que me tiene,
Cumplir la palabra ofrezco :
Usted me pida á mis padres —
Don Cárlos dijo contento :
—Luego al punto, sol hermoso,
Estoy pronto á obedeceros.—
Pidióla en fin á sus padres;
Pero ellos no se la dieron,
Porque era Don Cárlos pobre,
Y es este borron muy feo,
Porque no valen noblezas
Si no hay con ellas dinero;
Y porque no se casara
La meten en un convento.
Don Cárlos, sabiendo el caso,
Enfadado del suceso,
Dispone robar la dama,
Sacarla del monasterio,
Sin mirar que estos arrojos
Dios los castiga severo,
Y que puede ser que al fin
Lo pague para escarmiento
Con temporales castigos,
Cuando no sean eternos;
Y una noche, cuyas sombras
Ayudaron sus intentos,
Tomaron los dos amantes
Fuga en un bajel lijero,
Que alas le prestaba el aire
En el mar de sus deseos,
Cual á otro Páris troyano,
Que á Elena robó del griego.
Mas en medio d'este gozo,
De la noche en el silencio
Se levantó una tormenta
En aquel golfo soberbio,
Que las olas de Neptuno
Dan con la nave en el cielo,
Porque, enojadas las ondas,
Ya bajando, ya subiendo,
Al azotado bajel
Descuadernaban los leños,
Y bramando el mar furioso,
Les quiso dar monumento
En sus quebrados cristales,
Como á Leandro y á Ero.
Hízose el bajel pedazos
A la furia de los vientos,
Y á la fuerza de las olas
El mar salió de su centro.
Fluctuando entre las aguas
Asidos á un frágil leño,
Sobre la fe de una tabla
Los dos amantes salieron,
De milagro, á las orillas
De dominios extranjeros,
Como monstruos de fortuna,
Pues de fortuna vivieron.
Besan la mojada arena,
Donde allí los dos se vieron,
Ella nereida del agua,
El triton del mar soberbio.
Despues de aquesta tragedia,
Dándole gracias al cielo
De haberles de ella librado,
Llegan con gusto y contento
A Nápoles la famosa,
Donde se casaron luego,
Y en Himeneo gozaron
El logro de sus deseos.
De este matrimonio amado
Tuvieron un hijo bello,
A quien Julian le llamaron
En el bautismo supremo.
Criáronle santamente,
Con educacion y ejemplo;
Llegó á edad de quince años,
Dando á entender el mancebo,
En la lucha y en la caza,
El valor y el ardimiento.
Saliendo á cazar un dia
Por unos montes espesos,
En medio de una montaña
Contento divisó un ciervo,
Que veloz la penetraba
A competencia del viento :
Síguele con la escopeta,
Haciendo en matarle empeño;
Húyele el ciervo acosado,
Y el jóven le iba siguiendo,
Porfiando en el alcance,
Para matarle al momento;
Pero viéndose apretado
El bruto montaraz, luego
Paró su veloz carrera,
Se encaró con el mancebo;
Con voz humana le dice
Enojado y muy soberbio :
—Di, matador de tus padres,
¿Por qué me persigues fiero?—
Apénas oyó sus voces,
Cuando se cayó en el suelo
Amortecido y sin habla,
¡No fué el caso para ménos!
Quedando como defunto
Entre el asombro y el miedo;
Que no hay humano valor
En casos tan estupendos.
Al cabo de mucho rato,
Ya cuando volvió en su acuerdo,
Hácia su casa camina
Triste, confuso y suspenso;
Pero viendo que habia sido
Aquello aviso del cielo
Sobrenatural, que Dios
Le envió con aquel ciervo,
Y que acaso ser podia

Pronóstico verdadero,
Para quitar la ocasion
Y excusar el sentimiento
De las muertes de sus padres,
A quien amaba en extremo,
Y huir aquella desdicha
Del vaticinio funesto,
Se ausentó secretamente,
Queriendo por este medio
Evitar aquel desastre
Cruel, terrible y sangriento.
En fin, salióse Julian
Por varios climas y reinos;
Anduvo muchas ciudades,
Visitó diversos pueblos
Fugitivo aun de sí mismo,
Siempre en su memoria el ciervo.
Pasó diversas fortunas,
Sufrió trabajos inmensos
Y necesidades muchas,
Como pobre forastero,
Que por muchas no las digo,
Y por largas no las cuento.
Y los padres de Julian,
Cuando el hijo echaron ménos,
Y que no sabian de él
Por diligencias que hicieron,
Con el dolor y la pena
Alzan las manos al cielo,
Y con suspiros y llanto
A Dios le piden consuelo.
Fué tanta su amante pena,
Y fué tal el sentimiento,
Que partieron á buscarle,
Abandonando sus fueros,
Su casa, caudal y hacienda:
¡Tanto es el amor paterno!
Caminaron varios climas,
Muchos reinos anduvieron
Vestidos de peregrinos,
Que aqueste traje eligieron,
En busca de su hijo amado,
Que ya le juzgaban muerto,
Porque ignoraban la causa
Y de su fuga el secreto.
Mas viendo que no le hallan,
Crecian sus desconsuelos,
Sin poder hallar alivio
Sino en su mismo tormento.
Dejemos en este estado
Este caso verdadero,
Que en el segundo romance
Se dirá de este suceso
Lo que falta, que es muy largo,
Y no es para medio pliego.

(*Cárlos y Lucinda*, Pliego suelto.)

1 La leyenda devota de la vida de San Julian, de Cuenca, está contenida en los dos romances que tratan de la historia de Cárlos y Lucinda, la cual ha servido de asunto á un drama de Lope de Vega.

1312.

CÁRLOS Y LUCINDA. — II.

(*Anónimo.*)

En el pasado romance
Ya dije cómo salieron
Los padres de Julian
A buscarle; que anduvieron
Buscándolo por el mundo
Con trabajo y desconsuelo.
Ahora sigo la historia
Y prosigo los sucesos
De Julian, que fuéron tantos,
Que no es fácil de creerlos.
Salió este mancebo heróico
Llevando su pensamiento
A España, donde llegó,
Como referido dejo,
De Nápoles la famosa.
Entró á servir al Rey nuestro
En la guerra de Aragon,
Donde mostró sus alientos:
Hizo hazañas memorables,
Hizo muy famosos hechos
Venciendo muchas batallas,
Grandes soldados rindiendo:
Le ganó muchas ciudades,
Le sujetó muchos pueblos,
Siendo su acero luciente
De los enemigos miedo,
El terror de los rebeldes,
Y asombro del universo.
Viendo el Rey estas hazañas,
Premió sus nobles alientos,
Y su general le hizo
Honrándole con tal puesto;
Y cuando supo quién era
Y su noble nacimiento,
Con una ilustre señora
Lo casó luego al momento,
Que Margarita se llama,
Cuyo divino sugeto
Supo unir lo soberano
Con lo hermoso y con lo regio.
Vivia el gallardo mozo
Muy gustoso y muy contento
Con su perla Margarita,
Joya de subido precio,
Dejando rumbos de Marte
Por las delicias de Vénus.
Muy olvidado vivia
Julian, aun de sí mesmo
Y de aquel pasado lance
Del pronóstico del ciervo,
Como en el primer romance
Ya referido lo dejo.
Mas sus padres lo buscaban
Por paises extranjeros,
Por Roma, Milan y otras
Provincias y varios reinos.
Con joyas y con riquezas,
Con alhajas y dinero,
Se embarcaron para España,
En su busca y seguimiento;
Y despues de haber andado
De España el ámbito excelso,
Una tenebrosa noche,
Que arrojó rayos el cielo
En una grande tormenta
De relámpagos y truenos,
Como que ya adivinaba
Su trágico fin funesto,
Llegaron Lucinda y Cárlos
A un palacio muy supremo
Que en una aldea tenia
Julian para su recreo,
Donde á la sazon estaba
Gozando de amor trofeos
Con su hermosa Margarita,
Mucho mas bella que Vénus.
Habia salido á caza,
Que era su divertimiento,
Y se quedó Margarita
Con el acompañamiento
De criados, retirada
Miéntras venia su dueño.
Llegaron dos peregrinos
A sus puertas á este tiempo;
Eran de Julian los padres,
Los cuales le refirieron
A la hermosa Margarita
Sus fracasos y sucesos,
Y diéronse á conocer,
Diciendo cómo eran ellos
De su marido los padres,

Que le buscan con deseo
De verle, por cuya causa
De aquella suerte vinieron.
Cuando entendió Margarita
Quién eran los extranjeros,
Que eran de su esposo padres,
Con gran placer y contento
Los hospedó cariñosa,
Haciéndoles mil cortejos.
Allí le cuentan la causa
Del viaje por extenso,
Haciéndole relacion
De lo que en él padecieron,
Los trabajos y pesares,
Las penas y los tormentos,
Los mares y las borrascas,
Sustos, peligros y riesgos;
Y la hermosa Margarita
Suspensa lo estaba oyendo,
Muy admirada del caso
Que le estaba sucediendo.
Y despues de haber cenado
Con el aparato regio
Que á los tres pertenecia,
Con placer y con consuelo,
Con lágrimas de alegria,
Cuando era hora que el sueño,
Que es pension de los mortales,
Les diese el descanso quieto,
Los llevó á su mesma estancia,
Y á los dos les da su lecho
Adornado de brocados,
Joyas, galas y aderezos.
Ya que los dejo acostados,
Cuando ya iba amaneciendo,
Salió á la misa del alba
Cuando el alba iba rompiendo,
Porque quiso Margarita
Al alba darle un encuentro
Y un choque con su hermosura,
Cara á cara, y cuerpo á cuerpo,
Luz á luz y rayo á rayo,
Que podia bien hacerlo.
A este tiempo Julian vino,
Cuando de Apolo el lucero
Rayaba neutrales luces
En la lámpara de Febo,
Cuando el tierno pajarillo
Empieza á entonar gorjeos,
Y sacudiendo sus plumas,
Desperezándose hueco
Sobre la verde ramilla
De los chopos y los fresnos,
A vista de su consorte
Del pico afila el extremo.
Entró Julian en su cuarto
Descuidado del suceso;
Se fué acercando á su cama
Para dar descanso al cuerpo
Del cansancio de la caza,
Imágen de sus alientos.
Corrió la hermosa cortina
Adonde estaban durmiendo
Sus dos padres recogidos,
Pagando el natural feudo;
Y cuando vido Julian
Hombre y mujer en su lecho,
Estatua de mármol frio
Se quedó de luego á luego,
Juzgando que era su esposa
Que cometia adulterio.
Colérico y enojado
Como leon carnicero
Que despedaza celoso
Chopos, peñascos y leños,
Siendo sus agudas garras
Los cuchillos mas sangrientos,
Con encendido coraje,
Echando sus ojos fuego,
El corazon palpitante
Que le salia del pecho,
Pálido el rabioso rostro,
Arrancó un puñal violento,
Y les dió de puñaladas,
Dejándolos allí muertos,
Revolcándose en su sangre:
¡Téngalos Dios en el cielo!
Vino despues Margarita,
Y viendo el estrago fiero,
Le dice: —Esposo del alma,
¿Qué estrago es este que has hecho?
Sabe que has muerto á tus padres,
Pues tus padres eran estos
Que aquí llegaron anoche
En tu busca y seguimiento,
En traje de peregrinos,
Y yo les metí aquí dentro,
Hospedándolos en casa.—
Y en fin, le contó el suceso
Y todo lo que pasó;
Y él, atónito y suspenso,
Pasmado de aquel acaso,
Arrepentido del hecho,
Viendo á su esposa inocente
Que fué causa de su yerro,
Aunque ella no tuvo culpa
Del lamentable suceso,
Se acordó lloroso y triste
De lo que le dijo el ciervo
Cuando lo siguió en la caza,
Haciendo en matarle empeño.
Llora, suspira y lamenta,
Los ojos levanta al cielo,
Pidiendo misericordia
Con voces y con lamentos:
El corazon se le arranca
De dolor y sentimiento,
Que de puro dolorido
Daba saltos en el pecho.
Pide que un rayo le abrase,
Que le consuma su incendio,
Convirtiéndole en ceniza,
Para servir de escarmiento
Para los siglos futuros
A los parricidas fieros.
En fin, fué tanta la pena,
El dolor y desconsuelo
De Julian y de su esposa,
Que al instante se partieron
A Roma, á que los absuelva
El Pontífice supremo.
En traje de peregrinos,
Y con los vestidos mesmos
De sus dos difuntos padres,
Toman el camino luego.
Confesaron su pecado
Con el sucesor de Pedro,
Quien les dió la absolucion
De su llorado defecto.
En un hospital se meten
Para servir de enfermeros
A los pobres de la casa:
La caridad ejerciendo
Asistian vigilantes
A todos los ministerios
De piedad, que se ofrecian
Allí, á los pobres enfermos.
Pasaron pues muchos años
Ejercitados en esto,
Practicando las virtudes
Sin querer ser descubiertos,
Y allí acabaron su vida,
Pagando el debido feudo
Al Autor de lo criado
Y Señor del universo:
Y con opinion muy santa
De aquesta vida salieron,
Dejando con sus virtudes,

Para imitarlas ejemplo,
Pues allí fuéron los dos
Flores del jardin ameno
De la gracia, pues con ella
Dios premió su santo celo.
En la muerte de los dos
Mil maravillas se vieron,
Porque es muy grande el Señor
En favorecer sus siervos.
Y este romance se escribe
Porque es caso verdadero,
Y dé noticia á los hombres,
Para que tomen ejemplo,
Teman á Dios y le pidan
Que nos dé su santo reino.

(*Cárlos y Lucinda*, Pliego suelto.)

1313.

LA PRINCESA DE TINACRIA.

(*Anónimo*.)

Resuenen multiplicados
Los clarines de la fama,
Y los ecos de sus voces,
Repartidos por las vagas
Regiones de los dos orbes,
Publiquen en sus distancias
El mas estupendo caso,
Que á referirlo no bastan
Los acentos de mi lengua.
Vos, Madre, llena de gracia,
Dad á mi lengua soltura
Y á mis voces eficacia.
En Sicilia, gran provincia
De las que encierra la Italia,
Nació Dionisia, princesa
Heredera de Tinacria.
Logró del cielo en lo hermoso
Las perfecciones sin tasa;
Logrólas todas, pues era
Linda, sin querer ser dama,
Tratable, mas que cualquiera,
Como sin igual, humana,
Discreta, como ninguna,
Mas que la mejor, gallarda,
Y el todo, como ella sola,
Pues en ella sola hallaba
La verdad, cuanto en las otras
Fingen las lisonjas vanas.
Voló de sus bellas prendas
Por las provincias la fama;
La pidieron por esposa
Cuatro príncipes de Italia,
En quienes solo lucia
Una prenda con ventajas.
Al primero ennoblecia
Su real sangre; adornaban
Al segundo las riquezas;
Al tercero la bizarra
Gentileza de su cuerpo;
El cuarto se señalaba
En muy cristianas virtudes:
Por esto á Dionisia agrada,
Y escoge pues para esposo
A Alberto, que así se llama.
Este, amante de la Vírgen,
Por voto especial, rezaba
Cada dia su rosario,
Con estas dos circunstancias:
Que ha de ser á media noche,
De rodillas á las aras
De la purísima Madre.
Sucedió pues, que llegada
La noche de desposorios,
Junto al tálamo ya estaban
Para gozar los consortes
De su compañía casta.
Suenan las doce, y Alberto,
Muy ajeno de inconstancia,
De la obligacion se acuerda
Que á María profesaba:
Su devocion á María
No le permite olvidarla;
Por otra parte, el afecto
De su esposa le arrebata.
Venció el amor de la Vírgen,
Dejó las delicias blandas
De Dionisia, á quien pidió
Con muy suaves palabras
Por una hora ausentarse
A un negocio de importancia
Que le ha ocurrido, y no puede
Dilatarlo á la mañana.
Alcanzada la licencia,
A una ermita retirada
De su palacio salió,
Donde con perseverancia
Rezó el rosario, y volvióse
Con mucho gusto á su casa.
Aquí preguntó su esposa,
Qué negocio fatigaba
Sus cuidados á deshoras:
El con blandura y con maña
Responde, sin descubrirle
De su salida la causa.
Lo que hizo en la primera,
Hizo Alberto sin mudanza
En todas las demas noches,
Hasta que sospechas falsas
En Dionisia se engendraron,
Y de los celos tocada
Juzgó que en otros amores
Traidor su esposo trataba.
Las continuadas salidas
En hora tan excusada,
Ocultándole el motivo,
Le hacen cierta su desgracia.
Contra sí misma se queja,
Contra sí sola reclama,
Pues contra el sentir de tantos
Escogió su misma infamia
Casándose con Alberto.
Determina pues borrarla
Con su misma sangre y vida,
Tomando de sí venganza,
Y ocultamente procura
Llevar á efecto su traza.
Al tálamo de su esposo
Entró la noche inmediata,
Y despidiendo suspiros,
Le habló con quejas amargas:
—¡Ah traidor, dice, inhumano!
¿Así, hipócrita, me engañas?
¿Te escogí por virtuoso,
Cuando el vicio en tí reinaba?
¿Por quién me dejas, ingrato?
¿Quién tu voluntad arrastra?
Si la hermosura te vence,
Si las riquezas te halagan,
Si discrecion te cautiva,
Si te enamora la gracia,
Si la nobleza y estados
Soplan de tu amor las llamas,
¿Por quién me dejas, traidor,
Pues me conoces dotada
Por naturaleza en esas
Prendas de tí deseadas?
Yo mi desdicha lamento,
Lloro mi fortuna ingrata,
Yo sola quise mi daño,
Yo sola fuí la engañada:
¡Pues yo sola tuve culpa,
Yo sola daré la paga!—
Dijo, y sacando un puñal
Escondido en la almohada,
Se hirió su triste pecho
Con mortales puñaladas.

No pudo impedirlo Alberto,
Que á grandes voces exclama:
—¡Ay Dionisia, ay mi Dionisia!
¡Ay mi dulce prenda amada,
No te prives de la vida;
Detente, Dionisia, aguarda!—
De las manos el puñal,
Pero tarde, le arrebata:
Enciende luz, ¡ay dolor!
Halla á su esposa bañada
En corrientes de su sangre,
Para despedir el alma
Por muchas sangrientas bocas.
Con ella Alberto se abraza,
Repitiéndole su nombre:
Lumbreras amortiguadas,
Vuelve los ojos Dionisia;
Mas la muerte ya cercana
Se los cierra al punto, dando
Las últimas boqueadas.
¿Qué lengua podrá explicar
Del triste Alberto las ansias?
Le atravesó el corazon
De dos filos una espada,
Al ver su querida prenda
Que fin a su aliento daba.
Luchaba en esta congoja,
Cuando suena la campana
Del reloj, que con sus golpe
La media noche señala.
¡Oh fidelidad constante
A la Reina Inmaculada!
En este raro suceso,
Bien que el dolor lo excusaba,
La devocion del rosario
No quiso Alberto dejarla,
Siendo en lo adverso no ménos
Que en lo feliz su constancia.
Cubrió el funesto cadáver
Con la ropa de la cama,
Y despues, cerrando el cuarto,
A la capilla sagrada
De la Emperatriz del cielo,
Se retiró, dando larga
A los suspiros y quejas.
Aquí, rodillas postradas,
Desahogó así su dolor:
— Si vos, Virgen sacrosanta,
Dijo con sentidas voces,
Si vos, azucena blanca,
No fuérades tan hermosa,
Tan bella y tan agraciada,
Ni mi amor en vos pusiera,
Ni en vuestro amor me empeñara:
Pero ¿qué mucho que yo
Entregase toda el alma
A vuestra beldad divina,
Si la deidad increada,
Enamorada de vos,
Se ocultó en vuestras entrañas?
No siendo culpa el amaros,
Ocasionó esta desgracia
El amor que he profesado
A vuestra beldad sin mancha.
El levantarme á deshoras,
Para serviros sin falta,
Quitó la vida á Dionisia
Por sospechas temerarias.
De vos, Virgen, tuvo celos,
A vos mi celo demanda,
En vos consiste el alivio
Del que siempre fiel os ama.—
Así dice, y sin poder
Resistirse, en la peana
Del altar se rindió al sueño:
Su alma fué arrebatada
Al trono de la justicia,
Donde preside la sacra
Majestad de Jesucristo,
Con el semblante que espanta.
Vió Alberto que los demonios
Traian con algazara
El alma de su Dionisia,
Y presente el Juez, la cargan,
Ante el tribunal supremo,
De que con su mano osada
Se quitó su propia vida:
Por buen testigo en la causa
Citan á su mismo esposo,
Que en el juicio se hallaba.
No pudo dar el descargo
Dionisia, en cosa tan clara;
Entónces el triste Alberto
Invocó á la Virgen santa,
Pues su esposa pareció
Ya para ser condenada.
Dejóse ver entre luces
La dulcísima Abogada,
Y desterró a los demonios
A sus lóbregas estancias,
Quedando libre Dionisia
De sus infernales garras.
Luego intercedió piadosa,
Y de rodillas postrada
Ante su divino Hijo,
Al que piedad imploraba
Para que tuviese tiempo
Dionisia, resucitada,
De borrar con penitencia
De su delito la mancha.
Levantó el Hijo á la Madre,
A cuyas tiernas instancias
No pudo negarse, y dijo:
—Reina y Madre muy amada,
En vuestras manos teneis
Cuanto mi poder alcanza.—
Agradecida la Virgen,
Volvió agradable la cara
Hácia su devoto Alberto
Que á sus espaldas estaba,
Diciéndole que su esposa
Lograria restaurada,
No solamente la vida,
Sino es aun tambien la gracia;
Que este milagro publiquen
Por los estados que mandan,
Para que á todos constase
Que á sus devotos ampara.
Despertó del sueño Alberto,
Y juzgólo imaginaria
Vision de la fantasía;
No obstante se fué á la sala
Donde dejó el cuerpo muerto;
Mas ¡oh maravilla rara!
Encontró viva á Dionisia,
La que se arrojó á sus plantas.
—Yo soy, dijo, pecadora;
Vos sois, esposo, la tabla
En que escapé del naufragio
E infierno que me esperaba;
A vos os debo la vida,
Por vos María me salva;
Perdonadme ya los celos
Nacidos de mi ignorancia,
Y entre los dos publiquemos
Esta maravilla extraña,
Para dilatar en todos
La devocion Mariana.—
Gozoso Alberto, convoca
La nobleza siciliana
En espléndido convite,
Y les da cuenta muy larga
Del prodigio sucedido,
Con que á la Virgen exalta.
Despues les muestra Dionisia
El pecho con encarnadas
Señales de las heridas
Que la verdad confirmaban.

Con esto á la pura Madre
Rinden todos alabanzas.
Los dos, Alberto y Dionisia,
A las grandezas profanas
Dan de mano, y se retiran
A las ásperas montañas.
Hicieron en ellas vida
Mas angélica que humana,
Hasta que, muertos en paz,
Suben á gozar las palmas.

(*La princesa de Tinacria*, Pliego suelto.)

1314.

LA LINDA DEIDAD DE FRANCIA.—I.

(*Anónimo* [1].)

Hoy, señores, hoy pretendo
Dar al auditorio mio
Noticia de un cierto caso
Que en Tolosa ha sucedido.
En virtud de la palabra
Que os dí, amigo Federico,
Pretendo dar cumplimiento,
Aunque es rústico mi estilo.
Hubo en Tolosa de Francia,
Segun se lee en los libros,
Dos duques, que eran hermanos,
Con muy grande poderio.
El mayor y mayorazgo,
Segun escriben antiguos,
Ya viéndose populoso
De los bienes de este siglo,
Si bien tocado de Dios,
O bien del cielo asistido,
Procuró al mundo dejar,
Sabiendo todo es gemidos.
Hizo su renuncia en fin
En el hermano, y le ha dicho
Tomase estado á su gusto,
Porque el tomarlo es preciso.
Casó á su gusto el pequeño
Con un soberano hechizo,
Y viendo el mayor quietos
Sus estados, se previno
El cambiar por los sayales
Las ropas y los vestidos,
Conmutando los diamantes,
Esmeraldas y zafiros,
Las perlas y los topacios,
En muy ásperos cilicios,
Y los regalos del mundo
En espirituales libros.
Las congojas, las angustias,
Las lágrimas y suspiros,
Que costó cuando ya el plazo
De esta ausencia fué venido,
No es posible referir.
Fuése en fin el Duque invicto
A lo intrincado de un monte,
Y en la espesura de un risco,
Entre alfombras de esmeralda
Que naturaleza hizo,
Acompañado de plantas,
Y de alegres pajarillos,
Su vida áspera hacia.
¡Oh prodigio de prodigios!
¡Qué admiracion se me ofrece!
Pocos habrá en este siglo
Que imiten á este varon,
A este anacoreta, asilo
De virtud y santidad.
Dejemos en este sitio
A este justo en su maleza,
Y al hermano me es preciso
Mencionar, para saber
Que á los dos años cumplidos
El cielo le dió una hija,
Y dieron por apellido
La Linda deidad de Francia.
Considere el advertido
De sus padres la crianza,
Los halagos y cariños,
Con que á la Infanta criaban:
¡Oh qué grande desatino!
Aquí se cumplió el refran,
Que á veces el mundo mismo
Es causa de perdiciones,
Y bien dijo el que lo dijo.
Cumplidos los doce años
De su edad, habia distintos
Caballeros pretendientes,
Y habia grandes ruidos.
Muertes hubo, y la ciudad
Se quejaba al Duque mismo,
Padre de la dicha dama,
Para que tanto delirio
Le obligase á darla estado,
A lo que el padre previno
El darle á su hermano parte
De todo lo sucedido,
Y avisarle en esta forma:
«Señor y hermano querido,
»Hallándome atribulado,
»Y en parte de mas cariño,
»No hallo modo ni manera
»Con que poder dar castigo
»A quien fomenta mis penas;
»Vuestra sobrina es motivo.
»Avisadme el mejor medio
»Para evitar el delirio
»De tanta profanidad;
»Mostráos, señor, benigno,
»Y vuestro raro talento
»Me saque de este conflicto.»
Remitió la dicha carta,
Y sus renglones leidos,
La respuesta que le envía
Fué darle preciso aviso,
Le manden á la sobrina
Al yermo. ¡Quién tal ha visto!
A la hija le amonestan
Que pase á ver á su tio.
En fin, con la dicha idea
Consiguieron el designio
De que pase la Duquesa,
Para lo que se previno.
Lleva una gran comitiva,
Que todo el pais lucido
Acompañó á la Duquesa.
¿Cómo diré á punto fijo,
El número populoso
De tanto Adónis lucido,
Que solo por una dama
Se miran todos perdidos?
Depositaron la perla
En el oriente y rocío
De aquel sol de la virtud,
Donde ocho dias cumplidos
Con júbilos y festejos,
Los mas parientes y amigos
Asistieron cuidadosos.
Luego el tio le previno
A su hermano la dejase,
Que con ejemplos divinos
Pretendia persuadirla
Para que dejase el siglo,
De la madre los halagos,
Y de su padre el cariño.
Y dándole documentos,
A los ruegos de su tio
La convencieron, de forma,
Que en el acuerdo convino,
Y próximo de la cueva
Se la dedicó su tio,
Donde una celda le hicieron:
¡Este es el mayor prodigio!
Adornó sus blancas carnes

Con muy ásperos cilicios.
Pedíale á Dios perdon
De sus culpas y delitos:
Trasformada en Magdalena
Se miraba, ¡qué prodigio!
Comia yerbas silvestres,
Y en arroyos cristalinos
Bebia, quien despreció
Los vasos de oro muy finos.
Dejémosla en este estado,
Y á la ciudad me es preciso
Tornar, para saber que
Cierto caballero rico,
Por amor de la Duquesa
Pasaba cruel martirio,
Angustias, fatigas, ansias,
Penas y grandes delirios;
Y viendo que era imposible
El conseguir los designios
De gozar de su hermosura,
De una industria se previno
Para lograr su esperanza,
Y fué con muy mal principio,
Pues invocando al demonio,
Hizo pacto. ¡qué delirio!
Que si á la Duquesa alcanza
Entregaría propicio
Su alma al mismo demonio,
El cual le dió por arbitrio,
Se fingiese endemoniado:
¿Quién este suceso ha visto?
Sus padres desatinados
Procuraban exorcismos
Por su mejoría, y no
Hallando en ellos alivio,
Les dijo el demonio un dia:
—Solo en el desierto, es fijo,
Está quien puede sacarme
De este cuerpo, y así digo:
Llévese esa criatura,
Porque el Justo con sigilo
Nos castiga con gran furia.—
Y sus padres que creidos
Fuéron con el fingimiento,
Lo llevan al Duque invicto,
Para que por caridad
El les curase á su hijo.
Movido de un santo celo,
El varon ferviente y pio,
Al fingido endemoniado
Le aplica los exorcismos
Sin poder lograr el fruto
De todos apetecido.
El demonio le avisó
El mismo paraje y sitio
Donde la Duquesa asiste;
Y una noche se previno,
Yéndose paso entre paso,
Hasta llegar á aquel sitio
Que, á la espalda de la cueva,
Daba á la Duquesa asilo.
Por dentro se sumergió,
Hasta que por suerte vido
Aquella suma deidad,
Yendo muy bien prevenido,
Para su defensa y guarda,
Con lágrimas, con suspiros,
Con halagos y promesas,
Y con fingidos cariños.
La Duquesa se asustó,
Diciendo:—Por Dios te pido,
Que te vayas y me dejes,
Señor, en este retiro.—
No bastaron las promesas,
Las lágrimas y suspiros,
A poderle persuadir
A que dejase el designio,
Porque el demonio no duerme.
Venció por fin el castillo
De su firme castidad;
Quedó aquel jardin lucido,
Sin la fragancia en sus flores,
Y aquel pecho diamantino
Convertido en blanda cera;
Quedó aquel sol sin sus giros.
Dejo en fin este proceso
De su vida: ¡qué conflicto
Verse su luz en tinieblas!
¡Oh espíritus femeninos,
Qué breve que os convenceis
A los fingidos cariños!
En fin, viéndose la dama
Con sus honores perdidos,
Añadiendo culpa á culpa,
Se fué con él, ¡qué delirio!
Abandonando su cueva,
Con el caballero ha ido
Rodando por toda Francia,
Y á cien leguas de camino,
En una grande ciudad
Hallaron preciso abrigo.
Allí vivieron seis años
Con título de marido,
Y enojado ya el Señor
Le remitió nuevo aviso,
Y fué, que al tal caballero
Una enfermedad le vino,
Y conociendo su muerte
A la enmienda se previno.
Confesó generalmente
Sus culpas y sus delitos;
Murióse, y viendo la dama
Que le falta su querido,
Añadió males al mal,
Tomando nuevo ejercicio.
Fué á ser moza de un meson:
¡Qué crueldad! qué desatino!
¡Oh qué riguroso astro!
Aquí, lector, determino
Decir, que en otro romance
Finalizará el prodigio,
Y el feliz fin que esta dama
Tuvo, segun lo colijo.

(*La Linda deidad de Francia*, Pliego suelto.)

[1] La leyenda que ha dado asunto á ambos romances de la linda deidad de Francia, lo dió tambien á varios dramas del siglo XVII; y entre ellos al que el Doctor Mira de Mescua compuso con título del *Ermitaño galan y mesonera del cielo.*

1315.

LA LINDA DEIDAD DE FRANCIA — II.

(*Anónimo.*)

Al fin de los dichos años
Que ya quedan referidos,
Por la espesura de un monte
De aquel excusado sitio,
Huyendo de la inclemencia
Del invierno y de sus frios,
A las puertas de la ermita
Un mísero peregrino
Llegó, buscando su albergue,
Y el ermitaño benigno
Dióle posada gustoso,
Donde trataron distintos
Misterios, que en este mundo
Por experiencia se han visto.
Acordóse el justo Duque
De su pena dolorido;
Preguntóle dónde iba,
O cuál era su designio,
Porque si pasaba á Roma
Le haria encargo preciso;
A lo que le respondió,
Que guiaba su camino
A su país, porque ya
Lo mas del mundo habia visto.

—Pues dime, ¿tiene la Francia,
O todo cuanto has corrido,
Alguna dama que exceda
En la hermosura y el brio
A la que le nombran Vénus?
Que he leido algunos libros,
Y me parece que no
Habrá en el humano siglo
Quien á esta pueda exceder;
Pues es cierto que rendido
Quedo cuando llego á ver
Las letras, en que colijo
Deben rendirse los hombres
A una hermosura, esto es fijo.—
Todo esto proponia
Solo por tener indicios
Dónde pára su sobrina;
Respondióle el peregrino:
—Mas de cien leguas de aquí
Vide un soberano hechizo
De una hermosísima dama,
Que le dan por apellido
De que es la Linda de Francia;
Pero vengo compasivo
Al ver que en una posada
Asiste, con el arbitrio
Y el ejercicio de moza
Tan comun, que el pobre y rico
A pocas súplicas vence,
Y alivia sus apetitos.
Referiré sus facciones,
Y explicarélas, amigo.—
En fin, por lo que la pinta
Dió á entender en el prodigio
De su sobrina, y del caso
El Duque quedó aturdido,
Y turbado su corazon
Al oir lo referido.
Despues de haberse ausentado
El huéspede peregrino,
Puesto su espíritu en Dios,
Dejó su ermita y abrigo,
Y una tenebrosa noche,
De la oscuridad valido,
A las puertas de su hermano
Llegó el Duque, cual mendigo,
A pedir una limosna,
Por no ser reconocido.
Admirado se quedó
El gran Duque cuando vido
A su penitente hermano:
Preguntóle los motivos
De su determinacion,
Y despues de referidos
Los intentos que le asisten,
Por las nuevas que ha tenido
De su sobrina, pretende
Andar paises distintos
Hasta llegar á encontrarla:
¿Quién este suceso ha visto?
En fin, mudando de traje,
Aunque nunca los cilicios
De sus carnes los quitó,
Vistió famosos vestidos,
Y prevenido de armas,
En un famoso tordillo,
Que era hijo de los vientos,
De su valor sostenido
Se ausentó de la ciudad
Por Adónis muy lucido;
Y guiado de los cielos,
O de divinos auxilios,
Despues de algunas fatigas
Que pasó por los caminos,
Llegó á la dicha ciudad
Que le dijo el peregrino.
Solicitó la posada,
Adonde tránsito hizo:
Tendió la vista, y miró
A la que era el motivo
De tanta tribulacion,
Y con cariñoso estilo
Y fingidos cumplimientos,
A su amor le dió principio,
Diciéndole:—Hermosa dama,
Este tu amante, rendido
De tu hermosura se halla,
Y si acaso yo soy digno
De recibir tus favores,
Dame, señora, el aviso,
Que tendrás aquí un esclavo
Que te servirá propicio.
Bastantes doblones traigo
Que ofrecerte, y así digo,
Que aquesta próxima noche
He de ser favorecido.
Es cierto vengo cansado
Del trabajo del camino,
Y te advierto que me tengas
Agua ó vino prevenido
Para lavarme los piés,
Que espero de tu cariño
Concederásme este gusto.—
Dióle el sí luego improviso.
Considere aquí el lector
Si hace curioso motivo,
Alguno que viese entrar
En un cuarto pequeñito
A la dama y al galan,
¿No se hiciera mil juicios?
Mala es la murmuracion;
Pues no, curiosos, no han sido
Estos amores en balde,
Pues el término cumplido
Del dia, llegó la noche,
Y cada hora era un siglo
Para nuestro fino amante.
Traen manjares exquisitos
A las mesas que cenar;
Se saludan con cariños,
Estos nacidos de amor,
Y otros de otro amor nacidos.
Llegó la hora de acostarse,
A lo que el tio le ha dicho
Que le lavase los piés,
Quitó una media, y ha visto
Las blancas carnes del Duque
Adornadas de cilicios:
Maravillada se queda,
Y estas razones ha dicho:
—Señor, ¿qué misterio es este?
¿Cómo con tantos cilicios
Estas carnes martirizas?
¿No dices, favorecido
Esperas verte esta noche
En los lazos de Cupido?
Si es promesa la que haces,
Refrénate en el delirio
De lo sensual, y mira
No malogres los principios,
Que, segun miro se ofrecen,
A mí me dan nuevo aviso.—
Suspenso se quedó el Duque
Y dando algunos suspiros,
Le dice:—¿No me conoces?
Yo soy el Duque tu tio,
Y por mandado de Dios
En busca tuya he venido.
Sobrina, vamos al yermo,
Con el alma te lo pido,
Deja las culpas mortales,
Mira que hay muerte y juicio;
Deja las profanidades
Y pensamientos lascivos;
Mas por tí solo he pasado,
Y tú sola eres motivo.
Dejé mi albergue y morada,
Y mis rezos y mis libros,

Solo por buscarte á ti;
Y pues la dicha he tenido
De hallarte, no me he de ir
Si no te vienes conmigo.—
La Duquesa le responde,
Hechos caudalosos rios
Sus hermosísimos ojos:
— Del alma querido tio,
Ya he conocido mis culpas.
¡Señor mio Jesucristo,
Pequé, Señor, contra vos!
¡Misericordia, Dios mio!
Tio, vamos al desierto,
Que el haber hecho el delito,
Fué instada del caballero:
¡Con qué dolor te lo digo!
Me vencieron, que á mujer
Presto se vence, esto es fijo.
Ropa y doblones no faltan;
¡Ay! ¿Qué haré de mis vestidos?—
El tio le respondió:
— Déjalo todo perdido,
Que lo que es del demonio,
El procurará admitirlo.—
A los diez y siete dias
Llegan al abrigo antiguo:
Abrazó con grande celo
Los sayales y cilicios.
No sabré aquí ponderar,
Cuando le dió nuevo aviso
A su padre el mismo Duque,
Cómo ya habia recogido
A la descuidada oveja,
Que ha faltado de su nido.
La madre despavorida
Al desierto se ha venido:
Al ver su hija querida,
En lágrimas y suspiros
Se exhalaba, dando gracias
Por el favor recibido.
Llegan al yermo gustosos
Con el pretexto y designio
De visitar la Duquesa [1]:
A lo que el tio habia dicho,
Que temia la presencia
De sus padres, y era digno
Por caridad la dejasen.
En fin, la madre ha pedido
Que la dejen ver su hija;
La licencia ha conseguido,
Bajo de santa obediencia;
Mas al silencio remito
Lo que podia pasar.
El padre al hermano ha dicho
En clausura la mantenga
Y la pusiese en el sitio
O cueva que ántes tenia,
Siendo aquí el mayor prodigio,
Que en ásperas penitencias
Excedia al mismo tio,
Ofreciéndole al Señor
El alma que le ha infundido,
Perdona, noble lector,
Lo rústico del estilo
A Pedro Navarro, que es
El autor de estos corridos,
Y los sacó de una historia
Que ha leido en cierto libro,
Que su título contiene:
«Victoria y triunfos de Cristo.»

(*La Linda deidad de Francia*, Pliego suelto.)

[1] Desde aquí no se entiende nada del romance.

1316.

JUAN DE NAVALLA. — I.

(*Anónimo* [1].)

Dios con su poder inmenso
Y grandeza soberana,
Y su santísima Madre
María, llena de gracia,
Le dén acierto á mis versos
Y á mis voces consonancia,
Para que acierte á decir
Al punto, sin faltar nada,
Un suceso misterioso,
Una maravilla rara
Digna de que se publique
Y que notoria se haga
Por toda la cristiandad,
Para que impresa y grabada,
A pesar de largo tiempo,
Quede en láminas doradas;
Porque por ley natural,
Por ley divina y humana,
Guardemos las tres virtudes
Que de ellas son derivadas,
Fe, esperanza y caridad,
Como Dios lo quiere y manda,
Dejando de usar rigores
Y tiranías ingratas,
Intereses y rencores,
Discordias, iras, venganzas,
Soberbias y vanidades,
Lujurias y destemplanzas,
Crueles rabias é invidias,
Que son á los hombres causa
De su total perdicion,
Para que sus pobres almas
Padezcan para en eterno,
Sin que sean perdonadas.
¡No vivais tan descuidados;
Mirad que la horrible parca,
Sin un punto detenerse,
Cortando las mieses anda!
Mieses son las criaturas
Que en el mundo son criadas,
Y en cumpliéndose aquel tiempo
Limitado que les haya
Puesto su gran Criador,
Al punto serán cortadas
Las espigas de sus vidas,
Que sean cortas ó largas.
Muy largas no podrán ser,
Porque si bien se repara,
Por mucho que hayan vivido,
Les parecerá que es nada
En llegándose la hora
Postrera de su jornada.
Hombre, mira que te advierto
Que está tu alma empeñada
En que ha de pagar las deudas
Que tu mortal cuerpo haga,
Sin poder faltar á ello,
Cuando de este mundo vaya;
Y juntamente te advierto,
Para que en culpa no caigas,
Que han de poner en un peso
Tus obras buenas y malas;
Y si por tu desventura
Las malas son mas pesadas,
Has de morir condenado
A arder en eternas llamas;
Y si por dicha pesaren
Las buenas mas que las malas,
Irás triunfante á la gloria
A gozar dichas sin tasa
Con los bienaventurados,
Angeles, santos y santas.
Con esta prueba hago punto,
Y voy á la circunstancia
Del nuevo prodigio, y digo

Que en la ciudad mas nombrada,
Que es Alicante la bella,
Famoso puerto de España,
En esta ciudad vivia
Un hombre que se ocupaba
En administrar haciendas
Y en cobrar las alcabalas,
El cual era tan tirano,
Que tarde ó nunca pagaba
A los que estaban sirviendo
De criados en su casa.
Entre ellos un despensero
Tenia, que muestra daba
De ser hombre muy cabal
De la nacion galiciana,
Que era natural de Tuy,
Llamado Juan de Navalla.
Este le sirvió diez años,
Y viendo que no cobraba
Para poderse vestir,
Y que su ropa está ajada,
Un dia dijo: —Señor,
Yo quiero irme á mi patria;
Ajústeme usted la cuenta
A ver lo que me restaba.—
Mas tirano le responde
Con voces muy destempladas:
—Váyase cuando quisiere,
Que su cuenta está ajustada:
Mas me debe que le debo;
Y si en eso mas me habla,
Lo he de poner en la cárcel,
Para que bueno me haga
Todo lo que me ha usurpado
Y lo ha enviado á su casa.—
El mozo que aquesto oyó,
Sin responderle palabra,
De allí se salió afligido,
Y al Gobernador buscaba
Para que le haga justicia
Y el dinero le cobrara.
Respondió el Gobernador
Diciéndole que le traiga
Testigos que lo declaren,
Y que la verdad juraran;
Y como no halló testigos,
Muy afligido se andaba.
Y estando en el campo solo
Arrimado á una muralla,
Vió que hácia él se venia
Un caballero, y le habla;
Preguntóle por su amo,
Y él dijo: —Que ya no estaba
Con él, porque de diez años
El salario le negaba.—
Díjole: — Pues yo te traigo
Una conveniencia hidalga,
Que como seas leal
Y me sirvas, doy palabra
De cobrarte tu dinero
Sin que pierdas una blanca.—
En fin aceptó el partido,
Sin saber con quién trataba.
Era el dicho caballero
El demonio en forma humana,
El cual le dijo: — Por donde
Fuere yo, sígueme y marcha;
Asete de este baston,
Por ser cosa que me agrada.
En un instante se hallaron
Delante de una portada
De un suntuoso palacio,
Que de verlo se admiraba,
Y con bastante recelo
Preguntó Juan de Navalla:
—Señor, ¿qué palacio es este?—
Dijo el diablo: —Esta es la casa
Donde pagan los que deben,
Sin quedar á deber nada;
Y en este cuarto de afuera
Has de tener tu habitanza;
Aquí tendrás que comer,
Y tambien tu buena cama.
Ten así, toma esta llave
Para que cierres y abras,
Y aunque veas y que oigas
Cosas que asombran y espantan,
A tí no te dé cuidado,
Que el Altísimo te ampara.—
Llegó el demonio a la puerta,
Y apénas un golpe daba,
Salieron á recibirlo
De criados y criadas
Gran multitud, que humillados
A sus piés se le postraban,
Y él arrojando centellas,
Les dijo con voz airada:
—Ahora me pagaréis
La demasía y tardanza;—
Y con el baston á todos
Tantos palos descargaba,
Que los dejaba por muertos,
Y luego se levantaban
Y volvian á embestir
Con mas encendida rabia.
Así se entraron adentro,
Y con gran miedo Navalla
Solo se quedó en su cuarto,
Que apénas determinaba
Si era noche ó si era dia
En tan lóbrega habitanza,
Encomendándose á Dios
Y á la Vírgen soberana.
Y dentro de poco rato
Reparó que lo llamaban,
Diciéndole: — Mira, mozo;—
Y acudió á ver qué le mandan
A la puerta de palacio,
Y dos mulos le entregaban
Aparejados, y dicen:
—Anda, y de aquella montaña
Trae dos cargas de carbon,
Que allí está donde se labra,
Y mira que vengas presto,
Que no te dilates nada;
Mira que en este palacio
Al que lijero no anda
Se le castiga de muerte,
Y se le confunde el alma.—
Tomó Navalla los mulos,
Y llegando á la montaña,
Vido que toda la tierra
Negro carbon hecha estaba;
Cargó las cargas aprisa,
Y volvió con vigilancia;
El que salió á recibirlos,
Porque él adentro no entraba,
Le dijo al mulo primero:
—Ven acá, perro, ¿no andas,
Descomulgado maldito?—
Y con una fuerte maza
Le descargó en la cabeza,
Que en tierra lo derribaba;
Con el otro hizo lo mismo,
Y luego con otra maza
De hierro, que era mas grande,
Muy fuertemente les daba,
Hasta que dando alaridos
Hizo que se levantaran,
Y con estruendo y tropel
Adentro corriendo entraban,
Y en un instante volvieron;
Y ántes que los entregaran
Volvieron á castigarlos,
Dándoles con las dos mazas
Tanto, que echar les hicieron
Por la boca las entrañas;
Y luego les señalaron

Una vereda excusada,
Diciéndole: — Por allí
Hallarás otra montaña,
Que es toda de piedra azufre,
Y de allí traerás dos cargas;
Y mira de que te encargo
Que aquí vuelvas sin tardanza;
Mira que en este palacio
El que un instante se para,
A mazazos se le hace
Que entienda lo que le mandan.—
Así Navalla lo hizo,
Y con las acostumbradas
Circunstancias referidas,
Sin que otra novedad haya,
Allí estuvo cuatro meses,
Sin que oyera mas palabra,
Sino eran puras maldiciones
Blasfemias, votos é infamias,
Desesperaciones, iras,
Tormentos, fatigas y ansias,
Aullidos, gemidos, quejas,
Alboroto, grita y ansia,
Como si llovieran rayos,
Y se hundieran muchas casas.
Y al cabo de aqueste tiempo,
Que el trato cumplido estaba,
A la puerta del palacio
Cuatro soldados de guardia
Pusieron, y se asomó
Arrojando vivas llamas
Un horroroso demonio,
Y así dijo estas palabras:
—Navalla, ¿no me conoces?
¡Huye de mi furia y saña,
Que soy quien puede abrasarte
Solo con una mirada!
Desviate, y no te arrimes,
Que soy, le dijo en sumaria,
El dueño que aquí has servido
Con cuidado y vigilancia,
Y es justo que te se pague
Y que te se dé una carta
Para el traidor de tu amo;
Y agradece á las estampas
Y esos papeles que tienes
En tu defensa y compaña,
Que si no, pudiera ser
Que acá dentro te quedaras
A padecer para siempre
Las penas que aquí se pasan.—
En donde los dejarémos
Por acabar esta plana;
Y en otra segunda parte
Diré lo demas que falta.

(*Juan de Navalla*, Pliego suelto.)

[1] La otra vida es la forma necesaria que ha tomado la sancion de la justicia divina. La revelacion vino á declarar, á confirmar los medios y los modos de cumplirse este hecho, esta necesidad inherente al género humano. Así como el hombre no puede concebir la existencia de los cuerpos extensos sin suponer el espacio que los contiene, así tampoco pudiera tener idea del bien y del mal moral, sin acompañarla con la de la justicia divina: es decir, sin la de un premio decretado para el bueno, y un castigo para el malo. Los pueblos mas salvajes, aquellos mismos cuyo dogma es el fatalismo, han tenido que obedecer á esta necesidad, á esta forma imprescindible, á este modo peculiar de la naturaleza inteligente, y han creido siempre en una gloria, en un infierno. Los paganos é idólatras, los fetichistas, los theistas, en fin todos los que creen en uno ó muchos séres superiores al hombre, es decir, todos los hombres, han necesitado trasladar los goces y los dolores á la otra vida, ya concibiéndolos eternos, ó suponiéndolos temporales. Por lo mismo que el hombre físico no puede existir sin alimentos, y á tomarlos le excita, le necesita el hambre, así tampoco puede existir moral y socialmente sin la idea de gloria y de infierno, producida por la necesidad de la justicia. Esta idea, cuya esencia y orígen es siempre el mismo, varía, sin embargo, de formas segun las diversas religiones ó cosmogonías á que sirve de base y de freno moral: idéntica en lo absoluto, se diferencia en lo relativo. De aquí ha provenido que el hombre, ansioso de penetrar los misteriosos secretos de su futuro destino, en todas épocas y circunstancias en que la revelacion divina le faltaba, revistiese á la natural de aquellas formas mas adecuadas á las creencias religiosas que tenia. En medio de tantas fábulas inventadas, pero cuya existencia se funda en la base de la verdad, está la verdad del Cristianismo; pero á sus extremos se hallan por un lado las fábulas fetichistas, las panteistas, las sabeistas y las paganas, y por otro las musulmanas, y las leyendas, tales como las de la vision de Alberico, monje de principios del siglo XII, la de la novela caballeresca de *Guerin Mezquino*, la de la *Divina comedia*, del Dante, la de la *Cueva de San Patricio*, y otras muchas que en algun modo se reproducen; pero solo en parte y mezquinamente en los dos romances vulgares de Juan de Navalla, aquí insertos. Se ve pues que la idea natural del premio y el castigo en la otra vida es un modo necesario de la existencia humana, no interrumpida desde las leyendas de Brama hasta la de Juan de Navalla, que solo es conducido al infierno para presenciar las penas que allí sufren los condenados que usurpan el miserable salario ganado por su criado con el sudor de su frente. ¡Qué diferencia tan enorme existe entre esta ficcion y la del Dante, sin embargo de que el fundamento de una y otra es la misma verdad!

1317.

JUAN DE NAVALLA. — II.

(*Anónimo.*)

Supuesto que á los oyentes
Les prometí que sin falta
Les daria el complemento
De esta historia mencionada,
Oiganla, que ya prosigo,
Excusando prosas largas.
Despues que aquel enemigo
Perverso, con arrogancia
Dijo todo cuanto quiso
De fieros y de amenazas,
Sin errarse ni turbarse
Respondió Juan de Navalla:
—¿Qué hacen aquí conmigo?
Yo quiero irme á mi patria;
Despácheme cuanto ántes,
Si he de llevar esa carta,
Que con el favor de Dios
Y la Virgen soberana
De nada me da cuidado,
Y la llevaré sin falta.—
Mas el demonio que oyó
Los dos nombres que nombraba,
Dando horrorosos aullidos
Todo lo atemorizaba,
Y llamando por sus nombres
A dos bultos ó fantasmas,
Que á sus piés arrodillados
Obedientes se mostraban,
Le dijo: — Estos son los mulos
Que has traido en tu compaña,
Este es padre, este es abuelo
Del amo que no te paga:
Hijo es de estos dos traidores:
Y pues que te di palabra
De cobrarte tu dinero,
Te lo cobraré, que basta
Me hayas estado sirviendo
Con asistencia sobrada.
Ahora quiero que veas,
Para que cuando te vayas
A tu tierra, des noticia,
Las primorosas alhajas
Que hay en este real palacio
En salas aderezadas.
Mira: ves aquí esta silla,
Que la tengo preparada
Al amo que allá tuviste,
Que si en ella te sentaras
En un cerrar y abrir de ojos,
Hecho polvo te quedaras,
Para que cuando acá venga
Se siente en cosa tan blanda.
Tiene los piés de alabastro
Con las perillas doradas,
Los cuadrados de marfil,

Todos llenos de esmeraldas,
Diamantes y piedras finas,
Y perlas arracimadas;
Es el asiento de felpa
Con clavos de oro clavada;
Es el espaldar de tela
Toda con oro bordada,
Y los brazos de cristal
Con embutidos de nácar.
Pues ¿ qué tal te ha parecido?
¿No es una prenda estimada?—
Navalla dijo : — ¡Tan rica,
Que es imposible que haya
En todo el mundo otra silla
Que con esa se igualara !
—Es cierto, dijo el demonio,
Que no es capaz que la haya,
La cual si fuera á venderla,
Por mas que me la pagaran,
No tiene precio esta silla
Para poder apreciarla.
Vuélvela á mirar despacio
Verás qué pasmo de alhaja.—
Y dandole al punto un soplo
La encendió con tanta llama,
Que echaba rayos de fuego
Y flechas que traspasaban,
Con la violencia que iban,
Las columnas que allí estaban.
Los piés, que eran de alabastro.
Ya son piedras azufradas,
Y las curiosas perillas
Estaban alquitranadas;
Los cuadrados de marfil
Eran sierpes enredadas
Con víboras ponzoñosas,
Lagartos y salamandras;
Y el que era asiento de felpa
Era de fuego una plancha,
Que vibraba exhalaciones
Hácia arriba remontadas;
Y el que era espaldar de tela,
Era una plancha acerada,
Y los brazos de cristal
Eran de hierro dos barras,
Que echaban fuego á volcanes,
Sin disminuirse nada.
Díjole : — No mires mas,
Que con eso sobra y basta
Para que allá des noticia,
Porque si vieras un alma
De uno que fué lujurioso,
Y de uno que se preciaba
De ser soberbio en extremo,
Y á los pobres ultrajaba,
Puesta en tormento horroroso,
Muerto al punto te quedaras.
Bastante has visto con esto.—
Y luego dijo : — Levanta ;—
Y á uno de los dos le hizo
Que en la silla se sentara,
Y al otro que fuese presto,
Y que una mesa le traiga,
Tintero, papel y pluma,
Y al punto lo puso en planta.
—Ea, escriban ahí apriesa,
Les dijo, sin repugnancia,
Los deleites y regalos
Con que aquí los agasajan,
Y ajústenle bien la cuenta,
Para que le sea pagada
Del traidor de vuestro hijo,
Sin que nada se negara ;
Y ahora habeis de cantar
Unas de aquellas tonadas
De risa y de pasatiempo,
Deshonestas que cantaban.
Mas ellos enfurecidos,
Echando voraces llamas
Por ojos, boca y oidos,
De esta suerte la empezaban,
Diciendo : — ¿ Qué he de cantar?
¡ Oh maldita mi desgracia !
Y tambien maldito sea
Mi nacimiento y crianza;
Malditos sean mis padres,
Hijos, hermanos y hermanas,
Toda mi generacion
Desde que fué principiada.—
Y el demonio lisonjero
Decia : — ¡ Qué bien que cantan !
Canten mas, que estoy muy triste,
Y esa música me agrada :
No se detengan, prosigan.—
Y ellos arrojando llamas,
Decian : — ¿ Qué he de cantar?
Maldecidas las entrañas
Donde fuimos engendrados;
Los pasos y las pisadas,
Deleites y pasatiempos,
Y las engañosas damas
Que á pecar nos incitaron,
Y malditas nuestras almas.—
Y así fuéron maldiciendo
Hasta los santos y santas,
Y esto todo lo escribieron
Con sentimiento y con rabia,
Y luego echaron las firmas,
Que en el mundo acostumbraban,
Poniendo en el sobrescrito
El dueño á quien la enviaban,
El año y tambien el dia ;
Y despues de estar cerrada
La carta, se la arrojaron,
Y al tiempo de levantarla,
Juan de Navalla se halló
Arrimado á la muralla,
En donde se acomodó
Sin saber quién lo llevaba.
Y así que reconoció
El sitio donde se hallaba,
A Dios y á la Vírgen pura
Les dió repetidas gracias;
Y luego determinó
Irse desde allí á la casa
Del señor Gobernador
A decirle lo que pasa ;
Y en estando en su presencia,
De mirarlo se asombraba,
Pues del color del azufre
Tenia el mozo la cara.
En fin le dijo traia
Por testigos y probanza
Una carta del infierno,
Para que se le pagara,
De un abuelo de su amo,
Y de su padre, que estaban
Para siempre condenados;
Y en fin allí le declara
Cuanto vido por sus ojos,
Y lo que llevó de cargas,
Que le sirvieron de mulos
Los que escribieron la carta.
El Gobernador absorto
Mandó que al amo llamaran,
Y que en presencia de todos,
Para que no se excusara,
La carta fuese leida.
La cual de oirla lloraban,
Y á Navalla le pagaron
Todo su dinero en plata.
El amo de pesadumbre
Malo cayó en una cama,
Y así que se vido sano,
En un convento se entraba
De religiosos descalzos
Del Santo Cristo de Gracia,
Para acabar santamente

La vida que le quedaba.
Esto es lo que ha sucedido
Para ejemplo y enseñanza
De aquellos que á los criados
Lo que es justo no les pagan.
Nadie diga bien estoy:
Porque las torres mas altas,
Si caen, dan mayor golpe
Que aquellas que están mas bajas.
Dios abate a los soberbios,
Y á los humildes ensalza:
Fe, esperanza y caridad
Son las que al hombre lo salvan,
Que representan la vela
Todas tres acompañadas.
Es la caridad la cera,
El pábilo la esperanza,
La luz es la fe de Dios,
Que los cristianos la guardan,
Y no puede arder la vela
Si acaso la cera falta,
Que solo luz y pabilo
Arderá muy poco ó nada.
Conserven la caridad,
Que así San Pablo lo encarga,
Que por ser caridad, Dios
Quiso vestir carne humana.
San Jerónimo lo dice,
Y por cierto lo declara,
Que un alma caritativa
Espera de Dios ser salva;
Y el mismo Espíritu Santo
Les asiste con su gracia
A los que son caritosos,
Que á Dios y al prójimo aman.
Y ahora el autor rendido,
Dándole fin á esta plana,
A los oyentes suplica
Que le perdonen las faltas.

(*Juan de Naralla*, Pliego suelto.)

1318.

EFIGENIA. — I.

(*Anónimo.*)

A la Madre, Hija y Esposa,
A la pura inmaculada,
A la que es del cielo reina,
Y concebida sin mancha
Del original veneno,
A la que es llena de gracia
En su Concepcion Divina,
A aquella que preservada
En la mente eterna, fué
Perfecta y llena de gracia,
Pues por voluntad de tres
Personas y una sustancia,
Siempre se miró escogida
Y libre de la manzana,
Pues no le tocó á María
De aqueste bocado nada,
Porque el eterno Señor
La escogió para morada
En que su Hijo se uniese
A nuestra porcion humana;
A la espada valerosa
Que le cortó la garganta
Al dragon de siete cuellos,
Que vibra infernales sañas;
A la valerosa Ester,
A la Judit soberana,
A la esposa de Josef,
Hija de Joaquin y Ana;
A la que es Madre de Dios
Y siempre nuestra abogada,
Le pido me favorezca
Miéntras mi pluma relata
La admirable conversion
Que oiréis en aquesta plana.
En la villa mas ilustre,
Mas noble y de mayor fama
De cuantas hoy se conocen
Y Felipe Cuarto manda,
Es Valladolid su nombre,
Que con referirlo basta
Para contar sus grandezas
Y decir sus alabanzas:
En aquesta villa pues,
De antigua y noble prosapia,
Vivió un noble caballero,
Don Baltasar de Miranda,
Casado con Doña Eugenia
De Cáceres y Zambrana,
De cuya union les dió el cielo
Una hija, y fué criada
Como única, y que sola
Ella el caudal heredaba.
La enseñaron cuanto solo
Puede una mujer hidalga
A buena letra aprender
En arpa, vihuela y danza;
Junto con que le dió el cielo
Una voz tan soberana,
Que mas parece ser ángel
Que no criatura humana,
Que en la voz y la hermosura
A todas hizo ventaja,
Porque el mirar de su rostro
Parece ser condensada
Nieve, que llovió la aurora
Trayéndose en sí mezclada
De la rosa los matices,
Porque en sus mejillas caigan,
Si como á copos la nieve,
De la rosa la fragancia,
Con colores de carmin
Para el matiz de su cara;
Y por mas favorecerla,
En su frente celebrada
El alba tomó su asiento,
Trayéndose en su compaña
Dos muy hermosos luceros,
Que á rayos luces esparzan,
Con dos arcos que, flecheros,
A cuantos les tiran matan.
Es su nariz el pincel,
Que naturaleza avara
Tomó para delinear
La mas preciosa esmeralda;
Son dos rubíes sus labios,
Puestos por custodia y guarda
De un depósito de perlas
Que dentro en su boca se hallan,
Porque en lo menudo y blancos
Sus dientes son viva estampa;
Es su barba tan hermosa,
Dividida en dos escuadras
Por un hoyo que está en medio,
Que de una parte se halla
Afrentada la azucena,
Y de otra la rosa blanca;
Y del albor de su rostro
Descienden á su garganta
Copos que al armiño dicen
Para mí no hay semejanza;
Y estos llegando á su pecho,
Toman asiento y morada,
Porque su pecho es el númen,
Pósito, centro y estancia
De la nieve, porque en ellos
El fino alabastro se halla,
Y el aire de los donaires,
Con la gala de las galas.
Toda en fin era un prodigio
De naturaleza humana;
Mas de natural, tan fiera,
Y tan cruel é inhumana,

Que despues que tuvo cinco
Lustros, no se sujetaba
Con los debidos respetos
A su paterna crianza.
A su madre no obedece;
Solo atendiendo á la gala,
Al paseo, á las visitas,
Al balcon y las ventanas,
Sin excusar libratorio
Con cualquiera que pasaba;
Por cuyo motivo muchos
Vienen por verla y hablarla,
De donde nació el hallarse
De su pueblo murmurada,
Y sobre aqueste borron,
De sus padres castigada,
Sin que tenga correccion,
Que es escribir en el agua
Para Efigenia, el castigo,
Porque en ella no labraba.
¡Oh desgraciada hermosura!
¡Ay de aquellas que se hallan
En tan desgraciado estado,
Que la voz de Dios no ablanda
Su corazon de diamante,
Ni al ruego ni á la amenaza!
Mas viéndola tan resuelta,
Sus padres meterla tratan
En un convento, porque
De religiosa descalza
Tomase el hábito, y viva
A esta órden arreglada;
Pero aunque entró en el convento
Nunca profesó, por causa
De no poder reducirla
A que tal ejecutara.
Tres años estuvo en él,
Por medio de la esperanza
De poderla convencer
Con consejos que le daban.
En este tiempo murieron
El padre y la madre, á causa
De aquel grande sentimiento
Que Efigenia les causaba,
Que es cuchillo cortador
Para los padres que alcanzan
Pundonores de nobleza,
Que los hijos sobresalgan,
Conociendo que nacieron
Para ejemplo y enseñanza;
Porque esto quiere decir,
Yo vengo de ilustre casa.
En fin, muertos, como he dicho,
Sacó Efigenia la cara,
Y abandonando el convento,
Posesion tomó en su casa,
Siendo dueña y gobernando
El caudal que le quedaba,
Dando firme testimonio
De su condicion tirana;
Porque así que se miró
A su albedrío, fué tanta
Su resolucion, que puso
En escándalo su patria.
Tanto fue su devaneo,
Que llegó á tener la mancha
De haber perdido ¡qué horror!
La prenda mas estimada.
No buscó satisfaccion,
Ni en tal ella se ocupaba,
Porque su intencion ha sido
Vivir experta y osada
Para ser comun á todos:
¡Oh Majestad soberana,
Tú solo sabes ser sabio,
Que en ti no cabe ignorancia!
Efigenia llegó á estado
Que á los galanes buscaba,
Y para que le asistiesen
Los vestia y regalaba.
No es este solo el caudal
Que se distribuye en malas
Operaciones, que hay muchos
Que no se van á la zaga.
Enamoróse Efigenia
De un mancebo de su patria:
Este era dos veces rico,
Porque el caudal le sobraba,
Y virtuoso en extremo,
Riqueza hermosa del alma.
Dió en perseguir á este jóven,
Con desenvoltura tanta,
Que ni en poblado ni fuera,
Ni en la iglesia ni en su casa,
Nunca se hallaba seguro
De su mucha pertinacia.
En fin lo llegó á vencer,
Dando logro á su esperanza;
Que hay ovejas tan perdidas
Y fuera de la manada
Del rebaño de la Iglesia,
Que andan armando asechanzas
Por sacar las que están dentro,
Y á malos pastos llevarlas.
¡Oh envidia de Satanas,
Que trasformas en hircanas
Víboras, para morder
La inocencia mas gallarda!
Pero como del rebaño
Sacó Efigenia esta alma,
Quiso Dios de que volviese,
Y que ella volviese en paga.
Y fué el caso que á la voz
De vida tan desastrada
Como Efigenia tenia,
En la Seráfica casa
De aquel Serafin llagado,
Y la que fué preservada
Pura, limpia y sin mancilla,
Una mision ordenaban,
O ya por aqueste fin,
O el que materia les daba.
Salieron á predicar
Por las calles y las plazas:
Frente en casa de Efigenia
Dijo un padre en voces altas,
Con eruditas razones
Y doctrina firme y santa,
Tomando tema, dia y sitio;
Pero con tanta eficacia,
Que aun ablandara las piedras,
Convirtiendo muchas almas.
Despues que acabó el sermon
Efigenia al Padre llama,
Y el religioso fué al punto;
Juzgaba que ella con lágrimas
Y dolor quisiese darle
De arrepentida palabra;
Pero la halló tan fresca,
Y en su vivir tan hallada,
Que el Padre tuvo por bien
De volverle las espaldas
E irse para su convento.
Y yo ofrezco en otra plana
Decir de su conversion
Lo restante: no se vayan.

(*Efigenia*, Pliego suelto.)

1319.

EFIGENIA. — II.

(*Anónimo.*)

Despedido el religioso
De Efigenia y de su casa,
Se fué para su convento,
Dándole á Dios muchas gracias,
Que por lo malo y lo bueno

Hay obligacion de darlas.
Y aguardando que la noche
Tienda su lóbrega capa,
Y aguardando que el convento
A su hora acostumbrada
Mande tocar á silencio,
Porque solo lo dejaran,
Llegó la noche, y al punto
Dentro su celda se entraba,
Y desnudando su cuerpo
Lo que á la espalda tocaba,
Tomó unos gruesos cordeles,
Y ambas rodillas hincadas
Ante una divina imágen
Del Redentor de las almas,
Una recia disciplina,
Con lágrimas tan colmadas,
Al amante Dios le ofrece,
Que en el suelo derramadas
Corren cual vivas corrientes
De inundacion desatadas;
Y con duplicado ardor
Y amorosas esperanzas,
Dice:—¡Amoroso Señor,
Dulce pastor de las almas,
No permitais que Efigenia
Del dragon sea apresada!
Dale, Señor, de tu luz
Un rayo, para que salga
De aquella hedionda piscina
En que se halla aprisionada;
Y en seña de que lo pido
Para gloria y alabanza
De tu potencia divina,
De este sitio en que te habla
Aqueste tu indigno siervo,
Nunca moveré las plantas,
Hasta que me des señal
Que me concedes tal gracia.
Por ello, Señor, te ofrezco
De ayunos siete semanas,
Y otras tantas disciplinas;
Y á tu Madre soberana
Todas las misas que pueda,
Dichas al romper el alba.—
Hecha aquesta rogativa,
El crucifijo le habla,
Y dice:—Tu peticion
Es oida, vé mañana,
Y vuélvele á predicar
Mi doctrina y vida santa,
Y dile que tú á la noche
Volverás á confesarla,
Porque yo quiero por mí
Ya recoger ese alma
Y traerla á mi rebaño,
Que me ha costado muy cara.—
Con esto el buen religioso,
Bañado en sangre y en lágrimas,
Cesó, dándole al Señor
Infinitas alabanzas,
Y á la Reina de los cielos
Que ruegue por esta alma.
Amaneció, y se llegó
La tarde tan deseada,
Y poniéndose en el sitio,
Dijo con tanta elegancia
Un sermon, con tal doctrina,
Que á gritos todos lloraban,
Diciendo:—¡Señor, pequé
Contra aquesa soberana
Majestad, á quien pedimos
Perdon y perseverancia!—
A cuyo tiempo Efigenia
Salió dejando su casa,
Y atravesando la calle,
Que era una pública plaza,
A los piés del religioso,
Toda en lágrimas bañada,
A voces pide perdon
Y que allí la confesara;
A que el confesor le dijo,
Que á la noche lo aguardara,
Y miéntras, se examinase,
Que él vendria á confesarla.
Llegó la noche, y tocando
La campana ya á las Animas,
Salió, y llegando á la puerta,
Dentro el religioso entraba.
Halló á Efigenia llorando
Ante la divina estampa
De Cristo crucificado,
A quien con fervor y ansias
Nacidas de su dolor,
Le pide perdon y gracia
Para poder enmendarse
Y darle vida á su alma.
Y llegando el religioso
Con amor y con fe santa,
Confiando en el Señor
Llegó, y mostróle la llaga
De su divino costado,
Y toda su pasion sacra,
Diciendo:—¡Mira, Efigenia,
Lo que á Dios cuesta tu alma!—
Y ella puesta de rodillas
Ante la divina y alta
Deidad, que al cielo y la tierra
Formó con sola su gracia,
Arrepentida pidió
La sanase de las llagas
De sus cometidos yerros,
Por su pasion soberana,
Y el Señor le dijo entónces:
—Véte mañana á la casa
De mi Serafin llagado,
Y ante el confesor declara
Con verdadero dolor
Tus culpas, que ya te aguarda
En un desierto mi amor,
Logro de tus esperanzas.—
Ausentósele el Señor,
Quedando ella tan colmada
De gracias y perfecciones,
Que embelesa, admira y pasma.
Llegó el dia, y sin aliño
De artificio ni criadas,
Se fué hácia el dicho convento
Hecho su pecho una fragua
De amor de Dios, y sus ojos
Dos fuentes que destilaban
El corazon derretido
En lágrimas que derrama.
Llegó al convento dichoso,
Que es donde su dicha aguarda,
Y con dolor verdadero
Al confesor le declara,
Despues de todas sus culpas,
Todo cuanto le pasaba.
Y que en propósito firme
Estaba determinada
Tomar albergue en un monte
Que seis leguas de allí estaba,
Que era gusto de su amado,
Y que así se lo mandaba.
El confesor le responde
Que ocho dias aguardara,
Y que en todos asistiese
A gustar el pan de gracia
En la eucarística mesa,
Para una empresa tan ardua.
Mandó Efigenia sus bienes
Para obras pias y santas;
Solo para sí reserva
De sayal una mortaja,
Un divino crucifijo,
Y dos cadenas pesadas
Para sus manos y piés,

Cuando haga su jornada.
En fin, llegando la hora
De Efigenia deseada,
Porque está llena de amores
Y á su amado no olvidaba,
Vino la noche, y en ella
A disponerse empezaba;
Y desnuda de sus trajes,
Se puso la rica gala
De sayal, ceñida al cuerpo,
Que hasta los piés le llegaba:
Tomando las dos cadenas
Para el intento labradas,
Se ciñó entrambas muñecas
Cuanto puede menearlas
Para aquellos ejercicios
Precisos de su demanda.
Puestos á sus piés los grillos,
El crucifijo tomaba,
Un libro y una reliquia
De la Aurora soberana.
Y estando en esto, el Señor
Volvió para confortarla,
Mostrando de su pasion
Las divinas circunstancias.
Y despues de largo espacio
Que el Señor la regalaba,
Le dijo:—Queda, Efigenia,
En mí, que de tí se aparta
Mi presencia de tus ojos,
Y ten siempre muy grabada
En la memoria lo amargo
De mi pasion soberana;
Y para que te acompañe
Y te lleve á la morada
Que determinada tengo,
Queda el ángel de tu guarda.—
Desapareció el Señor,
Tomó el ángel forma humana,
Y asiéndola de la mano,
Prosiguieron su jornada.
Como á las diez de la noche
Dejó Efigenia su casa,
Sin mas caudal del que oisteis,
Y demas de esto, descalza,
Y el pelo todo tendido
Sobre su hermosa cara;
Y saliendo de la villa,
De esta suerte al ángel habla:
—Por Dios, paraninfo hermoso,
Y por la pasion amarga
Del Redentor de la vida,
Me concedas esta gracia
Que te suplica mi amor
Con muy fervorosas ansias,
Que me apartes del camino,
Y por sendas excusadas
Me lleves, porque los piés,
Que de culpas fuéron causa,
Pisando finos tapetes
Y alfombras muy estimadas,
Ahora pisen espinas,
Abriéndose muchas llagas
Y derramando su sangre,
Pues por mí fué derramada
En el árbol de la Cruz,
Por la redencion humana;
Y estos pasos que yo doy,
De piés y manos atada,
Vayan en satisfaccion
De que en su pasion amarga
Dió el Señor muchos por mí
Con la soga á la garganta.—
Con estas recreaciones
Y muy devotas palabras,
Al cabo de cuatro dias
Llegaron á la montaña,
Adonde Efigenia llora
Su mala vida pasada.
Vivió seis años y medio
En vida tan ajustada,
En ásperas penitencias
Y mortificaciones tantas,
Que el Señor se le mostró
A tarde, noche y mañana.
Pero llegándose el dia
Y la hora señalada
De que Efigenia muriese,
A un religioso, que estaba
En un devoto convento
Dentro de aquella montaña,
Le ha revelado el Señor
Adónde Efigenia estaba;
Y tomando un relicario
Y una forma consagrada,
Llegó á la dichosa cueva;
Y despues de confesarla,
Le dió el divino manjar,
Y ella cantando alabanzas,
Quedó como un pajarito,
Y á Dios entregó su alma.
Las campanas se repican;
Y á causa tan impensada
Se juntan los religiosos,
En ocasion que llegaba
El que á la cueva habia ido,
Y de todo cuenta daba.
Fuéron en comunidad,
Y cantándole alabanzas
A la iglesia la llevaron,
Y allí sepulcro le daban.
Los pájaros en el monte
A Dios mil gracias le cantan;
Démoslas tambien nosotros
Por merced tan soberana,
Y pidámosle nos dé
Salvacion para las almas.

(*Efigenia*, Pliego suelto.)

1320.

DON EUSEBIO DE HERRERA

(*Anónimo.*)

Hoy se remonta mi pluma
A referir la mas alta
Maravilla que han escrito
Hasta aquí plumas humanas;
Y por ser rara, yo quiero
Hacerla notoria á cuantas
Naciones el mar circunda
Con sus cristalinas aguas.
Y así para dar principio,
Invoco á la soberana
Emperatriz de los cielos,
María, fuente de gracia,
Que llevando el patrocinio
De esta Reina sacrosanta
Navegaré sin cuidado
Por el mar de mi esperanza.
En la ciudad de Valencia,
Digna de eterna alabanza,
La mejor que el sol registra
Por celosías de plata,
Se crió noble y bizarro
Un caballero, á quien llaman
Don Eusebio de Herrera,
Con su esposa Doña Juana,
Muy devotos de la Virgen
Del Cármen, princesa sacra:
Y en su devoto oratorio,
Dentro de su misma casa
Colocaron á la imágen
De esta Reina sacrosanta,
Y en su oracion le pedian
Que de su Hijo alcanzara
Que les diera sucesor
Que su riqueza heredara.

Oyó Dios sus peticiones,
Que la oracion mucho alcanza;
Llegó el dia deseado
En que parió Doña Juana
Un infante muy hermoso,
Del padre una propia estampa.
En el sagrado bautismo
De nuestra Iglesia romana
Heredó el nombre del padre,
Y despues recibió el agua.
Se fué criando este niño
Con la debida enseñanza,
Siendo devoto de aquella
Divina aurora sin mancha
Del Cármen, trayendo siempre
Con tierno afecto su estampa
En el pecho, y con gran celo
Una salve le rezaba.
Al cumplir los quince abriles,
A nadie se sujetaba;
Era soberbio y altivo,
De condicion muy extraña.
Sucedióle á este mancebo
Una desgracia muy rara,
Y fué, que estando una noche
Con otros tres en compaña
En una casa de juego,
Sobre unas malas jugadas
Tuvo cierto desafío
Con un marques de importancia.
Salieron desafiados
Para reñir en campaña,
Y Don Eusebio le dió
Al Marques una estocada
Que le pasó el corazon,
Y á sus piés cayó sin habla,
Quedando yerto cadáver
Con otras dos estocadas.
Temeroso del peligro
Se embarcó por la mañana
Don Eusebio, en una nave
Que á Alicante caminaba.
Llegó á este famoso puerto,
Y alegre se desembarca,
Y en casa de un caballero
Con mucho sigilo estaba;
Y de allí á muy pocos dias
Solicitó á cierta dama,
Y por gozarla la dió
De esposo mano y palabra,
Con que villano alevoso
Tuvo á esta dama engañada,
Sirviéndole de mujer
Con fingidas esperanzas.
Sintióse preñada, y ántes
Que el parto se le acercara,
Le dijo un dia llorando:
—¿Cuándo cumples la palabra
Que diste de ser mi esposo?
¡Mira que á la Deidad sacra
Tenemos muy ofendida! —
Y él sin responderle nada,
Soberbio con un puñal
Le dió siete puñaladas,
Y despues abrióla el vientre,
Y sacó de sus entrañas
La criatura que encierra,
Y en una fuente de plata
La degolló ¡qué dolor!
¿Quién hizo accion tan extraña?
Y despues toda la sangre
A los perros la arrojaba,
Metiendo la criatura
Adonde primero estaba;
Y en el mismo cuarto hizo
Un hoyo con una azada,
Y en él les dió sepultura,
Y se salió de su casa.
Cerró bien todas las puertas,
Y en una nave marchanta
Se embarcó segunda vez
Para las Indias de España;
Y estando en medio del golfo
Se levantó una borrasca
De relampagos y truenos
Que al mundo atemorizaban,
Pues parecia que ya
Su último fin llegaba.
Bramó el mar, tembló la tierra,
La nave al cielo llegaba,
Y los fulminantes rayos
Unos con otros tocaban.
En tan grande confusion
Cayó, envuelta en vivas llamas,
Una horrorosa centella,
Que dando en la misma jarcia
De la nave, la dejó
Hecha carbon y abrasada,
No reservando su incendio
Sino tan solo una tabla,
Donde quedó Don Eusebio
Sin que peligrase en nada.
Entre tantas aflicciones
Y penas que le cercaban,
Oyó una voz que decia:
—Ea, cógele, ¿qué aguardas?—
Respondióle otra diciendo:
—No puedo, porque le guarda
Una mujer, cuyo nombre
Nos confunde y avasalla.—
Entónces sacó del pecho
Aquella divina estampa
De la Reina de los cielos,
Y de esta suerte le habla:
—Dulcísima Madre mia,
No permitais, Virgen santa,
El que mi alma se pierda;
Ten piedad, pide y alcanza
De tu santísimo Hijo
El perdon de mi ignorancia.
Ya conozco que he vivido
Como bestia desfrenada;
Mas yo te ofrezco enmendar
Desde aquí mi vida errada,
Si vuestra piedad me libra
De tan peligrosas ansias.—
Hecha aquesta peticion
Los ojos al cielo alza,
Y vió bajar en un globo
De gloria, la soberana
Vírgen del Cármen, que afable
De aquesta suerte le habla:
—No temas, ni desconfies:
Yo soy quien te ampara y guarda,
Y soy quien te ha defendido
Del demonio y de sus garras;
Y pues ya me has prometido
Enmendar tu vida errada,
Volverás á la ciudad,
Y hallarás resucitada
Aquella á quien diste muerte
Sin tener alguna causa,
Y le pedirás perdon,
Cumpliéndole la palabra
Que diste de ser su esposo,
Que es deuda y debes pagarla;
Y á aquel inocente Abel
Que salió de sus entrañas,
Darás el santo bautismo,
Que así mi Hijo lo manda.—
Desaparecióse al punto,
Y Don Eusebio en la tabla
Navegaba al par del viento,
Y llegando á las murallas
De la ciudad, saltó en tierra,
Y pronto se fué á la casa
Referida, donde halló
De las heridas bien sana

A la dama, y en sus brazos
Al tierno infante miraba,
Y con profunda humildad
Rendido besó las plantas
De la dama, y le pidió
Perdon con lágrimas tantas,
Que consiguió de sus yerros
El perdon que deseaba.
La dama afable lo admite,
Y con caricias urbanas
Lo perdona, porque así
De Dios serán perdonadas
Sus culpas; que quien perdona,
De Dios el perdon alcanza.
Diéronle cuenta al Obispo,
Y su ilustrísima manda
Que de este raro portento
Caractéres se fijaran
En las puertas de los templos
Para que el cristiano traiga
Consigo aqueste retrato
Para su defensa y guarda.
Concedió cuarenta dias
De indulgencia á todas cuantas
Devotas personas pongan
En su pecho aquesta estampa
De la soberana Madre,
Del Cármen Reina sagrada.
Bautizaron al infante,
Como la Iglesia lo manda,
Y juntamente sus padres
Alegres se desposaban,
Y en el yugo de himeneo
Viven rindiéndole gracias
Al sacro Autor de la vida,
Y á esta Reina soberana
Del Cármen, á quien de véras
Pedro Portillo le clama
Nos ampare, como madre,
Alcanzándonos la gracia
En esta vida, y despues
Nuestra bienaventuranza.

(*Don Eusebio de Herrera*, Pliego suelto.)

1321.

LA DESGRACIADA GINESA.

(*Anónimo.*)

Sacra Aurora soberana,
Del cielo divina Reina,
Que los ángeles y santos
Todos rinden obediencia,
Bendiciendo y alabando
Vuestra admirable grandeza,
Por tantas prerogativas
Y tan grandes excelencias;
¡Oh Vírgen de Monserrat!
La devocion os venera,
Por ser vos tan prodigiosa,
Tan admirable y excelsa;
Por tan raras maravillas,
Vírgen, que son como vuestras,
Que á Dios por los pecadores
Todos los instantes ruegas;
Y á vuestra piedad, Señora,
Suplica mi insuficiencia:
Dadme una pluma de gracia,
Pues vos sois el Ave de ella,
Para que pueda explicar
Con mi notable rudeza
Tan prodigioso milagro,
Y esta maravilla nueva.
La fama de tus portentos
Ya por todo el mundo vuela;
Con vuestro favor y gracia
Los sucesos se comienzan,
Y suplico á mi auditorio
Todos atentos me atiendan;
En especial las mujeres,
Las que tienen malas lenguas,
Las soberbias, las altivas,
Las que maldiciones echan,
Miren que Dios las castiga:
Sirva el castigo de enmienda.
En tierra de Cataluña,
Que es muy extremada tierra,
Y tiene de todos frutos
Muy abundantes cosechas,
Hay un pequeño lugar...
Su nombre en silencio queda.
En este tal residia
Con sencillez y pobreza
Un labrador muy honrado
Y con pocas conveniencias,
Pues solo se mantenia
De pocos granos que siembra.
Este tal era casado
Como lo manda y ordena
Dios, por su santo mandato,
Y nuestra madre la Iglesia.
Vivian los dos contentos,
Aunque con mucha pobreza.
El cielo les dió una hija
De una extremada belleza:
Era en todo muy hermosa,
Mas tenia mala lengua;
Que las mujeres hermosas
Ya se ve por la experiencia
Son vanas y presumidas,
Muy altivas y soberbias.
Por su gracia bautismal
Ella se llama Ginesa:
Siempre andaba con sus padres
Con pleitos, ruidos, pendencias;
No habia paz ni quietud,
Era una continua guerra.
Llegó a la edad de quince años,
Y á la doncella Ginesa
No faltó quien la pidiese
Para casarse con ella.
En fin, casó con un mozo
Que tenia algo de hacienda;
Que las mujeres, habiendo,
Todas están muy contentas,
Pero si falta el dinero
Es un infierno con ellas.
No hizo caso de sus padres,
Perdiéndoles la obediencia,
Ni les daba una limosna
Aunque pasaban miseria.
Aquí comienzan los casos,
El auditorio me atienda:
Sucedió que madre é hija
Las dos su niño parieran,
Y á la hija por desgracia
El niño se le muriera,
Y que por ser el primero
Muy gran sentimiento hiciera.
Y sucedió que la madre
Sin leche en sus pechos queda
Para criar á su hijo,
Y tanto se desconsuela,
Que se deshacen sus ojos
Vertiendo lágrimas tiernas.
Viendo de Ginesa el padre
A su esposa en tanta pena,
Cogió á su hijo en los brazos,
Del corazon dulce prenda,
Y fué en casa de su hija;
Y tierno así se lamenta,
Diciéndola estas razones:
—Hija y amada Ginesa,
Por la Vírgen soberana,
Que de mí te compadezcas:
Bien ves que yo estoy muy pobre,
Y paso mucha miseria;
Si das el pecho á este niño

Será cosa que agradezca,
Hija mia, el beneficio;
Que la Majestad suprema
Te lo pagará en su gloria.—
Respondió ingrata Ginesa
A su padre, así diciendo
Muy altiva y muy soberbia :
— ¡ Miren cómo el viejo viene
Ahora con impertinencias!
Vaya con Dios, que no quiero;
Nadie me puede hacer fuerza:
Vaya usté á buscarle un ama,
Si no, allá se las avenga.—
Oyendo aquestas palabras
De aquella tigre tan fiera,
El padre todo confuso,
Lleno de suma tristeza,
Se le ha puesto de rodillas,
Llorando lágrimas tiernas.
Dijo el buen viejo á su hija :
—¿Es posible, amada prenda,
Hija de mi corazon,
Que tan ingrata te muestras?
Hazlo por amor de Dios,
Por ser tu hermano, siquiera —
¡Válgame el cielo divino!
¡Jesus, y qué lances entran!
Aquí mi pluma desmaya,
Y mi pulso titubea,
Todo es mil confusiones,
Congojas, sustos y penas:
Yo no puedo referirlos,
Es imposible que pueda;
Perdonen los circunstantes,
Porque suspendido queda...
Pero en fin, ya vuelvo en mí,
Parece que Dios me alienta.
Replicó aquella malvada
Con su tan maldita lengua :
—No daré leche á mi hermano,
Mas que viva ó mas que muera,
Que primero yo mi leche
A los demonios la diera.—
Entónces le dijo el padre :
—Calla, cruel, desatenta;
Calla, aleve, fementida;
Calla, traidora y perversa,
Si tal blasfemia pronuncias,
¿Qué quieres que te suceda?
Si echas tanta maldicion,
Dios quiera que te comprenda.—
El padre, viendo á su hija
En todo tan descompuesta,
Con el infante en sus brazos
Para su casa se fuera,
Y la hija con su marido
Dentro en la suya se quedan.
Ya fué llegada la noche,
Y dispusieron la cena,
Y despues de haber cenado,
De ir á acostarse intentan,
Y por estar mas seguros
Dentro su cuarto se encierran;
Pero ántes de acostarse
¡Ay qué lance los espera!
Oyeron un grande estruendo,
Ya el temor los amedrenta :
La casa se estremecia,
Parece se viene á tierra
Oyendo un tremendo ruido,
Como si fueran cadenas.
Luego de improviso vieron
De repente abrir la puerta;
Luego vieron á sus ojos,
¡Oh qué vision tan horrenda!
Dos fierísimos demonios
En figuras de culebras,
Que bien tenian de largo
Mas de dos varas y media.
Ciñeron por la cintura
A aquella infeliz Ginesa,
Y con figuras horribles
Y con las bocas abiertas,
Se agarraron á sus pechos,
Y la tenian sujeta,
Bebiéndola sutilmente
Leche y sangre de sus venas.
La triste se lamentaba,
Diciendo de esta manera :
—¡Ay desdichada de mí,
Mas que nunca yo naciera,
Pues el Señor me castiga
Por atrevida y blasfema!
A quien se echó maldicion
Es justo que la comprenda.
¡Ay de mí, que estos demonios,
Estas malditas culebras
Ya me abrasan las entrañas,
Ay, que el corazon me queman,
Que me estoy ardiendo viva,
Y no hay quien me favorezca!—
Viéndola pues su marido
En semejante tragedia,
Lleno de temor y miedo
En casa del cura fuera.
Pasmado y muy asombrado
Del caso le ha dado cuenta :
El cura quedó admirado,
Y caminando á la iglesia,
Tomó caldera y hisopo,
Y con cruz y la estola puesta,
Corriendo se fué á la casa,
Y á conjurarla comienza.
Miéntras mas la conjuraban
A la infelice Ginesa,
Mucho mas la atormentaban
Los demonios de culebras.
Conociendo su pecado,
Arrepentida de véras
Pedia misericordia
A la Majestad suprema.
Estuvo de aquesta suerte
Padeciendo tantas penas,
Hasta seis dias cabales
El castigo experimenta.
Se cumplieron sus deseos,
Ya se ve por la experiencia,
De dar leche á los demonios
Como lo decia ella.
Al cabo de los seis dias,
Como referido queda,
Su padre viendo á su hija
Estar de aquella manera,
Bebiéndola los demonios
Leche y sangre de sus venas,
Y que Dios la castigaba
Por maldiciente y blasfema;
Movido de compasion
De ver cosa tan tremenda,
De rodillas se postró
De corazon, muy de véras,
Ante la Aurora divina,
La Virgen y Madre nuestra,
Señora de Monserrat,
Divina y celestial Reina,
Cuyo retrato llevaba
Con una fe verdadera,
Y los santos Evangelios
En su pecho, y los venera.
Fué donde estaba su hija;
De rodillas se pusiera;
Saca el divino retrato
De la refulgente estrella,
Y los santos Evangelios;
Sobre ellos sus manos puestas,
Hechos sus ojos dos fuentes,
Esta súplica comienza :
—¡Oh Virgen de Monserrat

Madre de piedad inmensa,
Refugio de pecadores,
Señora, á tu Hijo ruega
De esta pobre pecadora
Que misericordia tenga! —
Apénas aquesto dijo,
¡Oh maravilla suprema!
Cuando Dios le concedió
Que la sueltén las culebras,
Y dando horribles bramidos
Pronto desaparecieran.
La hija luego á su padre
Humilde perdon pidiera;
El padre la perdonó
De corazon, muy de véras,
Y el confesor la absolvió:
Dios la dé su gloria eterna.

(*La desgraciada Cinesa*, Pliego suelto.)

1322.

EL ALARBE DE MARSELLA.

(*Anónimo.*)

A la celestial Princesa,
Madre del divino Verbo,
Le pido me dé su gracia,
Porque sin ella no puedo
Mover mi rústica lengua,
Ni dar á entender al pueblo
Lo que sucedió en Marsella
A un desdichado mancebo,
Por sus torpezas y vicios,
Y sobrado atrevimiento.
En la ciudad referida
Residia un caballero:
Este tal tenia un hijo,
Cuyo nombre no refiero,
Mas diré que era un alarbe,
Segun lo dirán sus hechos.
Cuando llegó á quince años,
Quiso vivir tan travieso,
Que á sus padres les perdia
Los mas dias el respeto,
No por falta de doctrina,
Porque su padre un maestro
Tenia, que le enseñara;
Y él, atrevido y soberbio,
Asi que se le antojaba,
Solo por no estar sujeto
A la obediencia del padre,
Se salia de secreto
Por una excusada puerta
Que habia detras de un huerto,
Y al primero que encontraba,
Sin temor á Dios eterno,
Le quitaba por su gusto
La vida, luego al momento.
De esta suerte mató quince
Solo por un pasatiempo,
Hasta que al fin una noche
Permitió Dios verdadero
Que esta maldad, esta infamia,
Este grande atrevimiento
Se descubriese, matando
A un principal caballero,
A quien apénas dió muerte
Fué de la justicia preso,
Y á la cárcel lo llevaron;
Y su padre con dinero,
Y favores de otros nobles,
Lo libró de aqueste riesgo,
Y á su casa lo llevó,
Dándole mil documentos;
Y cuando mas le exhortaba,
Mas se infundia en su pecho
La maldad, pues una noche,
Determinado y resuelto,
Le dió la muerte á su padre,
Estando el triste durmiendo,
Y á un hermano que tenia
De siete años y medio,
De una cruel cuchillada,
Afuera le echó los sesos,
Y á su madre dejó en vida
Por darla mas sentimiento,
Atada de piés y manos
En un oscuro aposento.
Mas, despues abrió las arcas,
Y las fué reconociendo,
Y el oro y plata que habia,
Joyas y alhajas de precio,
Lo puso en una maleta,
Sin dejar ningun dinero,
Y en un ligero caballo
Que atras se dejaba el viento,
Al amanecer el dia
Se salió, dejando muertos
Aquellos dos inocentes.
¡Jesus, qué notable yerro!
Al cabo de poco rato,
Una mujer de gobierno,
Que cuidaba de la casa,
Oyó los tiernos lamentos
De su dueña, y entró al punto
A favorecerla, y viendo
Aquella fatal desgracia
Que ya referida tengo,
Dió voces al vecindario,
Y entraron todos, y luego
Avisaron la justicia,
La cual vino, y escribieron
Por relacion de la madre
La verdad de este suceso.
Al otro dia siguiente,
Con muy grande desconsuelo,
Los difuntos enterraron,
Dios que los tenga en el cielo;
Y aquella fiera indomable,
Con otros diez compañeros,
Salteaban los caminos,
Robando los pasajeros,
Y á muchos daban la muert
Para no ser descubiertos.
Llegaron tarde á una venta
Y porque no les abrieron
Las puertas, con ira y saña
Para matar al ventero,
Le dieron fuego á la venta,
Y desde allí se partieron
Al reino de Cataluña
Ejercitando lo mesmo.
A una doncella encontraron
Con su padre, anciano y ciego:
Todos once la burlaron
Sin temor á Dios inmenso,
Y despues á padre é hija
Los arrojaron al fuego
Porque acabasen sus vidas
Con el voraz elemento.
Pasaron mas adelante,
Y encontraron un arriero
Con dos cargas de tabaco,
Y al instante le prendieron
Los mulos, y le dejaron
Atado en un monte espeso,
Y el tabaco y los dos mulos
En un lugar los vendieron;
Y en la posada que entraron
Llegó un mercader, y luego
Que vieron tan buena presa,
Dijeron al mesonero:
—Señor mio, aquesta noche
Perdices en salmorejo
Queremos para cenar,
Y seis pares de conejos.—
Y le dieron dos doblones
Para el gasto, ¡y vaya bueno!

Y entre tanto que la cena
Las mujeres compusieron,
Con el mercader trabaron
Conversacion, conociendo
Que traia mucha plata,
Y con alevoso intento
Cenaron y se acostaron;
Y cuando estuvo en silencio
La casa, se levantaron
Todos los once, y se fueron
Al cuarto donde dormia
El mercader, y le dieron
La muerte alevosamente;
Y despues cuatro mil pesos
Que traia en las maletas
Quitáronle, y se salieron
Todos por una ventana,
Y en un bosque se metieron,
Donde pasaron el dia;
Y apénas el manto negro
Tendió la noche, ocultando
Las luces el claro Febo,
Enderezan su camino,
Sin tener algun recelo,
Y dentro de breves dias
A Marsella se volvieron,
Y ántes de llegar robaron
De un convento de San Diego
Cáliz, lámparas, patenas,
Con los demas ornamentos
Que en aquella Iglesia habia
Para los cultos supremos.
Entró en Marsella una noche
Con los demas de su grèmio,
Y á la casa de su madre
Llamó á la puerta, y de presto
Entró, y hallóla que estaba
Tiernas lágrimas vertiendo
Imaginativa y triste,
Y él, atrevido y soberbio
Quiso quitarle la vida;
Pero le salió al encuentro,
Que así que le vió, su madre
Arrodillóse en el suelo
Delante de un crucifijo,
Estas palabras diciendo:
—Permitid, Señor divino,
Por vuestro poder inmenso,
Que en una forma espantable
Vea yo este alarbe fiero,
Sin que se pueda mover,
Porque sirva de escarmiento
A todos cuantos le vean:
Oidme, Señor, atento,
Pues ofendió tu grandeza,
Y no contento con esto,
Quitó la vida á su padre,
Sin temer al poder vuestro.—
Esto dijo, y de repente
Se trasformó tan horrendo,
Puesto en medio de la sala,
Liado todo su cuerpo
De una espantosa culebra,
Todo cubierto de pelo,
Con los dos piés de caballo,
Las manos de leon fiero,
La cabeza de dragon,
Las orejas de jumento:
Solo el pecho le quedaba
De hombre; pero vertiendo
Por ojos, boca y narices
Vivas centellas de fuego.
—Del estado en que me hallo
Vengan á tomar ejemplo
Los hijos inobedientes
A sus padres, que por eso,
Y haberle dado la muerte
A mi padre, estoy ardiendo
En las mas ardientes llamas
Del abismo del infierno.—
Y apénas le vió su madre
En aquella forma puesto,
Cayó en tierra desmayada;
Y recobrando el aliento,
Llorando lágrimas tiernas,
Al Autor del universo
Pidió que le perdonase
Sus atroces desaciertos;
Pero ya ardia en las llamas
De los abismos eternos.
Alborotóse la casa,
Los vecinos y los deudos,
Y todos los moradores
De la ciudad acudieron;
Y al ver vision tan horrible,
Sin poder tomar aliento,
Atónitos y asustados
Muchos en tierra cayeron.
Unos santos sacerdotes
Conjuraron al momento
El espectáculo, y dando
Un estallido tan recio,
Que pareció se caian
Los astros del firmamento,
Desapareció, dejando
Un olor tan pestilento
De azufre, por la ciudad,
Que duró por mucho tiempo.
Los otros diez que quedaban
La cuadrilla deshicieron,
Y en conventos diferentes
El hábito recibieron
Del seráfico Francisco,
Misericordia pidiendo.
¡A la enmienda, pecadores!
Pongamos al vicio freno,
Y observemos la obediencia
A nuestros padres, que en esto
Quedarémos bendecidos
Del sacro Espíritu eterno.

(*El Alarbe de Marsella*, Pliego suelto.)

1323.

LA BARAJA.

(*Anónimo.*)

Emperatriz de los cielos,
Madre y Abogada nuestra,
Dadle, celestial Aurora,
Términos á mi rudeza,
Aliento á mi tosca pluma,
Porque así referir pueda
A todo aqueste auditorio,
Si un rato atencion me presta,
Un caso que ha sucedido
En Brest, ciudad rica y bella,
Con un discreto soldado,
En el año de noventa,
Estando de guarnicion
En ella, segun nos cuenta.
Y así confiado en vos,
Sacratísima Princesa,
Refugio de pecadores,
Fuente pura y mar de ciencia,
Daré principio á este caso:
Atencion, que ya comienza.
En esta ilustre ciudad,
Dichosa, fértil y amena,
Divertida, alegre y rica,
Apacible y placentera,
Un domingo de mañana,
Serian las siete y media,
Para cumplir el precepto
Que nos impone la Iglesia
En las fiestas y domingos,
Que es oir la misa entera,
Dióles órden un sargento

A sus soldados, que fueran
A cumplir este precepto,
Y prestaron obediencia.
Se fuéron todos formados
A la mas cercana iglesia,
Y estando la misa oyendo
Con muy grande reverencia,
Ricart, que este es el soldado
Por quien el caso se cuenta,
A quien castigaba mucho
Del sargento la soberbia,
En vez de un libro devoto
Sacó de la faltriquera
Un juego de naipes finos,
Y con la cara muy seria
Se los ha puesto delante:
Como si en manos tuviera
Un libro santo y devoto,
La contemplacion empieza.
Los asistentes notaron
La preocupada idea,
Y el Sargento le mandó
Que la baraja escondiera,
Reprehendiendo al mismo tiempo
El escándalo en la iglesia.
Ricart atento escuchaba
Las véras con que lo muestra,
Y sin replicar palabra
Continuaba con su idea.
Acabada ya la misa,
Sin que un punto se detenga
El Sargento le mandó
A Ricart, que le siguiera,
Y se fuéron los dos juntos,
Y en casa del Mayor entran,
A quien el Sargento dió
Del escándalo la queja,
Y el Mayor muy enojado
Le dió reprehension severa,
Diciendo de aquesta suerte:
—¿Qué temeridad es esa,
Y poco temor de Dios,
Escandalizar la iglesia?—
A lo que le respondió
Ricart con mucha modestia:
—Si vuesa merced, señor,
Un rato atencion me presta,
Expondré yo mi disculpa,
Y dejaré satisfecha
Vuestra grande correccion,
Porque todo el mundo sepa
Que hay lances que son forzosos,
Y esto ninguno lo niega.—
Movido á curiosidad
Le mandó que lo dijera.
—Sepa usted, señor Mayor,
Que por ser la paga nuestra
Tan corta, que apénas basta
Para las cosas primeras,
Que es el sustento del cuerpo,
Cuando algun cuarto nos queda
Nos vamos á echar un trago:
Bajo este supuesto vea
Si tendrá el pobre soldado
Para libros, en que pueda
Meditar miéntras la misa—
Y entónces con diligencia
Sacó Ricart la baraja,
Y dijo de esta manera:
—Sepa usted, señor Mayor,
Como esta baraja entera
Suple en mí todos los libros,
A cuya compra no llegan
Mis escasas facultades,
Por ser pocas y pequeñas;
Y empezando por el *As*,
Que esta es la carta primera,
Dijo:—Cuando veo el As,
Señor, se me representa
Un solo Dios criador
De todas cosas diversas;
En el *Dos*, el Nuevo y Viejo
Testamento se me acuerda;
El *Tres*, que son tres Personas
Y una sola Omnipotencia;
El *Cuatro* me hace pensar,
Y es preciso que lo crea,
En los cuatro evangelistas,
Segun la Escritura enseña,
Que son: Juan, Lúcas, Mateo
Y Márcos, por cosa cierta;
En el *Cinco* hago memoria
De cinco vírgenes bellas
Que delante del Esposo
Se presentaban con regias
Lámparas, y entrar las hizo
En la sala de la fiesta.
El *Seis*, que Dios crió el mundo
En seis dias, cosa cierta;
El *Siete*, que descansó,
Por cuya causa primera
Deben todos los cristianos
Gastar los dias de fiesta,
Y especialmente el domingo,
En oracion santa y buena;
En el *Ocho* considero
Las ocho personas buenas
Que del diluvio escaparon
Por divina providencia,
Que fué Noé y su mujer,
Sus tres hijos, prendas tiernas
De su fino corazon,
Con sus tres esposas bellas:
Llegando al *Nueve* me acuerdo
De la cura de la lepra,
De aquellos nueve leprosos,
Que entre todos uno hubiera
Que por tantos beneficios
Gracias al Señor le diera;
El *Diez* me hace pensar,
Y á la memoria me lleva
Todos los diez mandamientos
De nuestra ley verdadera.—
Así que acabó Ricart
Con grandísima cautela
De pasar las cartas blancas,
Así que á la *Sota* llega
La pasó sin decir nada,
Y dijo:—Ocasion es esta
Para poder explicar
A mi Mayor esta idea.—
Y mostrándole la *Dama*,
Que en la baraja francesa
Es lo mismo que el caballo,
Le dijo:—La dama es esta;
Es la hermosa reina Saba,
Que vino con gran presteza
De la otra parte del mundo
Solo por ver la gran ciencia
Del sabio rey Salomon,
Que fué grande, segun cuentan;
En el *Rey* recapacito
Que hay un Rey de cielo y tierra,
Y que debo servir bien
A su divina grandeza.
Aun me extenderia mas,
Si no turbara la idea,
Que es: las cincuenta y dos cartas
De esta baraja francesa
Trescientos sesenta y cinco
Puntos se incluyen en ella,
El número de los dias
Son que en sí el año encierra,
Las cincuenta y dos semanas
Que doce meses completan;
De modo que la baraja
Me sirve de oracion buena,
De libro de meditar

Para en estando en la iglesia;
De almanac, de catecismo,
Y de oracion muy perfecta.—
Así que acabó Ricart
De referir esta idea,
Dijo el Mayor:—Yo he notado
Una cosa, y bien quisiera
Que tú me la declararas.—
Y Ricart dió por respuesta:
—Diga usted, señor, que yo
Lo diré, como lo sepa.
—¿Por qué la Sota has pasado
Sin que de ella me dijeras
Ni tan sola una palabra,
Como si carta no fuera?—
A lo que le respondió:
—Señor, si me dais licencia,
Y prometeis no enfadaros,
Diré luego lo que pueda
De la *Sota*.—Y el Mayor
Le mandó que lo dijera.
Entónces sacó la Sota,
Y dijo de esta manera:
—Esta *Sota* la comparo,
Sin que nadie lo desmienta,
Al hombre mas ruin é infame
Que abortó naturaleza,
Que es el Sargento, que aquí
Me trajo á vuestra presencia,
Pues es el que me castiga
Siempre á diestra y á siniestra,
Aunque yo no tenga culpa,
Que esto es lo que me molesta.—
Quedó admirado el Mayor
De tan ingeniosa idea,
Y á Ricart le regaló,
Para que á su casa fuera,
Cuatro doblones de oro,
Y le otorgó la licencia
Que tenia solicitada,
Y órden para que se fuera.
Salióse de la ciudad,
Y el Sargento allí se queda
Maldiciendo su fortuna,
Solo por ver la cautela
Con que Ricart dió á entender
A su Mayor esta idea,
Que siempre le castigaba
Aunque culpa no tuviera.
Llegó muy presto á su casa,
Y á sus parientes les cuenta
Lo que le habia pasado,
De lo que mucho se alegran.
Y el poeta á vuestros piés
Pide perdon de la idea,
Y encarga á los circunstantes,
Y dice, porque lo sepan,
Si hay algunos que lo ignoran,
Que la baraja francesa
Se compone de *As* y *Dos*,
Segun consta de experiencia,
Tres, *Cuatro* y *Cinco* tambien,
Que en olvido no se queda,
El *Seis*, el *Siete* y el *Ocho*,
Nueve y *Diez*, por cosa cierta,
La *Sota*, la *Dama* y *Rey*,
Que esta es la carta postrera.

(*La Baraja*, Pliego suelto.)

1324.

EL JUDÍO DE TOLEDO.

(*Anónimo*)

Hermosísima María,
Preciosísima azucena,
Que con tu divina gracia
Nos libertais de la pena:
Florida y hermosa rosa,
Palma, cipres, Virgen bella,
Lirio, olivo, torre hermosa
De encumbrada fortaleza:
Cielo, sol y luna hermosa,
Fuente llena de clemencia,
Que con tu divina gracia
Triunfos y lauros aumentas
Gran Señora del Carmelo,
Suplícote, sacra Reina,
Que abogada y protectora
Con el Rey de gracia seas.
Dadme auxilio, Padre eterno,
Porque en esta ocasion pueda
Referir de tus prodigios
Una inefable grandeza.
En la ciudad de Toledo,
Hermosa, apacible y bella,
Residia una señora,
La cual, aunque pobre era,
Desciende de buena sangre
Y esclarecida nobleza.
Casóse con un mancebo,
Y vivia tan contenta,
Que por momentos é instantes
Gracias á Dios le rindiera.
Era afectuosa devota
De la Virgen sacra y bella,
Reina augusta del Carmelo,
Pues con devocion la reza,
Y á Jesus de Nazareno
Con gran devocion trajera,
Y con frecuentable celo
Dentro en su pecho se encierra
Quedando Doña Francisca
Con Don Juan de tal manera,
Que son dos cuerpos y un alma,
Segun el afecto muestran.
Era pues tan virtuoso,
Tan inclinado á la iglesia,
Que hacia muchas limosnas,
Casando muchas doncellas.
¡Mas ay, que es engaño visto
Quien engaña su alma mesma!
Perverso y desesperado
Así quiere que se pierda,
Porque aunque hacia limosnas,
Y aunque rezaba en la iglesia,
Era cumplir con el mundo,
Porque de Dios las clemencias
Olvidadas las tenia,
Como una horrible fiera.
No solo no adora á Dios,
Mas olvida las grandezas
De Dios todopoderoso,
Y su Madre pura y bella.
Mas la noble de su esposa
Todos los dias no deja
La devocion referida
De Cristo y su Madre excelsa;
Mientras él, siendo de noche,
Cuando en silencio estuviera
Su esposa y la vecindad,
Para usar mas su vileza,
Se iba á un pajar que tenia,
Y de entre la paja mesma
Sacaba un divino Cristo
En una cruz de madera:
Se encerraba en una sala,
Y con grande inobediencia
En aquel suelo lo echaba,
Pronunciando mil blasfemias,
Y con muy malas palabras,
Ofendida la pureza
De aquel Padre de la gracia,
Decia de esta manera:
—Aquí ¡engañador! verás
Cuán poco valen tus fuerzas,
Y cómo te has de librar
De mi castigo y violencia.—

Nuestro Señor derramaba
Sangre tan divina y tersa,
Que los arroyos que corren
Ablandan las duras piedras,
Y con lastimosa voz
Afablemente se queja
Aquel Rey de la verdad,
Replicándole :—¿Qué ofensa
Contra ti he cometido,
Que con tan grande inclemencia
De esta suerte me maltratas?
¡Ay de ti, que te despeñas!
Déjame, no me maltrates,
Basten mis pasadas penas,
Basten mis dolores, basten;
Usa conmigo clemencia,
Y pues te la puedo dar,
Pido que de mi la tengas.—
Ya cansado de injuriarle,
Al mismo sitio lo lleva
Que ya queda referido,
Y entre la paja lo encierra.
Tres años vivió observando
Esta ley de infame secta.
Tantos fuéron los castigos,
Las ignominias y afrentas,
Que nuestro Dios, ofendido,
Quiso descubierto fuera,
Dando á su esposa vigor
Para que no se durmiera.
Un miércoles por la noche,
En punto las nueve y media,
Se levantó para hacer
Lo que en él costumbre era.
Su esposa bien lo miraba;
Mas aunque estaba despierta,
No le ha preguntado nada,
Por ver su intento cuál era;
Y siguiéndole los pasos,
Con gran secreto se fuera.
Vido que llegó al pajar,
Considerando en sí mesma
Qué misterio tiene aquello;
Mas viendo que abrió la puerta,
Vió que entró y volvió á salir,
Y en una sala se encierra.
Oyó tan tremendos golpes,
Y que triste se lamenta,
Como un niño que lloraba
Y tiernamente se queja.
Con grandísimo cuidado
En el quicio de la puerta
Se puso á escuchar, y oyó
Todas las acciones mesmas;
Vió que la sangre corria,
Y que Cristo se lamenta.
Deshecha en lágrimas dice :
—¡Habrá crueldad tan fiera!
Habrá hombre que esto haga,
Y á la justicia no tema!
¡Viva Dios, muera mi esposo,
La fe sacra resplandezca!—
Diciendo aquesto, el marido
Que venia á abrir la puerta,
Se acostó presto en la cama,
Como si jamas hubiera
Oido nada de aquello,
Y el traidor llega y se acuesta.
Desque lo sintió dormido,
Se levantó con presteza :
Fué al pajar, y dél sacó
Una imágen sacra y bella
De un soberano Señor,
Y con lágrimas muy tiernas,
Dice :—Amante Cristo mio,
Cuya gracia tan inmensa
Hoy sufre tantos oprobios
Con tan humilde paciencia
De aquel traidor de mi esposo,
Pues, con tirana fiereza,
A quien jamas le hizo mal
Tanto ofende con blasfemias :
Yo, Padre, gran pecadora,
Digo con lágrimas tiernas,
Que vuestra ley santa viva,
Y en el mundo resplandezca.
Viva tu divina Madre,
María de gracia llena;
Vivan los santos y santas,
Porque triunfe tu clemencia.—
Estando en estas razones,
El marido, que despierta,
Por la cama la buscó,
Y como no la halló en ella,
Pensando si era otra cosa,
Tomó una daga sangrienta,
Y en la otra mano una luz,
Buscando con diligencia
A su esposa, por saber
Si acaso le hacia ofensa :
Se arrimó hácia el pajar,
Y en oracion la halló puesta.
Entró con la daga dentro,
Con voz altiva y soberbia
Le preguntó :—¿Aquí qué haces?—
Y ella respondió modesta :
— Adorando al que tú injurias,
Amando al que tú desprecias.—
De rodillas como estaba,
Dice con lágrimas tiernas :
— Esposo mio querido,
Olvida esta mala secta,
Pide á Dios misericordia,
Porque es tanta su clemencia,
Que aunque son tus culpas tantas
Mayores son sus grandezas.—
El marido le responde,
Enojado y con soberbia :
—¿A quién quieres que yo adore?
¿Dices que tiene grandezas,
Y que es todopoderoso?
Respóndeme : si lo fuera,
¿No se pudiera librar
De mis rigorosas fuerzas?
¿Crees tú en ese, que dices
Que es Señor de cielo y tierra?
Acaba, pues te pregunto,
Abrevia con la respuesta.—
Replicóle sin turbarse :
— Creo en la Majestad eterna,
Y que nació de la Virgen,
Quedando pura y doncella.
Y si tú acaso no quieres
Reconocer sus grandezas,
Sabe que te he de acusar,
Aunque mil vidas perdiera;
Que perderlas por mi Dios
Es ganar glorias eternas.—
El marido la amenaza;
Mas ella no haciendo cuenta,
Con Jesucristo se abraza,
Y con grande reverencia
En los piés del Criador
Derrama lágrimas tiernas.
El judío enfurecido
Levantó con gran violencia
La daga, y seis puñaladas
En aquel sitio le diera,
Sacándole el corazon,
Y ha dicho de esta manera :
— A ver si tiene poder
Este Dios que reverencias,
Y esta Señora que llamas,
Para darte vida nueva.—
Al ruido y á las voces
Los vecinos acudieran
Preguntando qué desgracia
Dentro de su casa encierra.

El responde que ninguna;
Mas viendo la mujer muerta,
Ven tambien el corazon,
Que junto á si lo tuviera.
Dieron cuenta á la justicia,
La cual vino con presteza,
Prendiendo á aqueste judio.
Antes que de alli saliera,
Se apareció el Ave pura
Del Cármen, bella Princesa,
Y alli delante de todos
El corazon le pusiera
Metido en su mismo centro,
Y se alzó ya sana y buena.
Y viendo aquel santo Cristo
Con muchas llagas abiertas,
Que liquida sangre vierte
Manifestando grandezas,
Cuenta dan al tribunal,
Y los señores vinieran
Con reverencia debida
A castigar esta ofensa.
Con gran rigor lo prendieron,
Y discretos le aconsejan
Que en Dios crea, y que le adore,
Pues pasó pasion sangrienta.
— Repara, mira y conoce,
Que como tú te arrepientas,
Dios te otorgará el perdon,
Usando de su clemencia.—
El santo Cristo le arriman,
E imprudente le desprecia;
Dice :— Falso, engañador,
Me hacen fuerza que en ti crea,
Y yo no he de conocerte
Aunque condenado muera.
¿Es vuestro intento quemarme
En el fuego de una hoguera?
Asi moriré yo mártir,
Pues usais tanta inclemencia :
Allá tendré yo mis glorias,
Mis aplausos y mis fiestas;
Que quien muere de esta suerte
Es bien que premiado sea —
Diciendo aquestas razones
Lo arrojan en la candela,
Adonde murió abrasado
Para que de ejemplo sea:
Roguemos al Ave pura
Y al Rey de la gracia inmensa,
Nos dé buenos pensamientos,
Porque la fe resplandezca.
La mujer, viendo el prodigio,
A un monasterio se fuera;
Se metió monja descalza,
Y es pasmo de penitencia.
Viva el divino misterio
De la Trinidad inmensa,
Que, en tres Personas, creemos
Ser un Dios en una esencia.
Vivan las cándidas flores,
Maria de gracia llena,
Y Jesus de Nazareno,
Porque en esta vida quieran
Darnos auxilios de gracia,
Y despues la gloria eterna.

(*El Judio de Toledo*, Pliego suelto.)

1323.

LOS SIETE JUDÍOS DE ROMA.—I.

(*Anónimo.*)

A vos, Reina de los cielos,
Madre de Dios soberano,
Suplico me deis aliento
Para referir despacio
El caso mas horroroso,
El suceso mas tirano
Que ha inventado la herejia
Y el judaismo malvado.
Y porque venga a noticia
De todo género humano,
Pido vuestro patrocinio,
Pues de él siendo ayudado
Podré muy bien explicar
Los grandiosos milagros
Y las muchas maravillas
De Cristo crucificado,
Rey de los cielos y tierra,
Hijo de Dios soberano,
Que en la gloria celestial
A la diestra está sentado
De su Padre, para dar
El premio al bueno y al malo;
Y asi para proseguir
La atencion es la que encargo.
En la gran corte de Roma,
Adonde está el Padre Santo,
Por todo el mundo nombrada,
En este presente año,
Dia de la Encarnacion,
A veinte y cinco de marzo,
Por providencia divina
Del verbo Dios encarnado,
Se descubrió en este dia
Lo que fué oculto dos años
Porque no hay cosa secreta
De las estrellas abajo.
En esta corte vivian
Siete hombres afamados,
Que la gente los tenia
Por nobles y por hidalgos.
Los principales de Roma
Asistian á su palacio
A hacerles muchas visitas
Con muy solemne aparato.
Estos son de una familia
Que vino alli, há pocos años,
De la ciudad de Valencia,
A heredar un mayorazgo
Que un pariente les dejó,
De ochocientos mil ducados.
Ninguno quiso casarse
Ni tomar ningun estado,
Sino que los siete juntos
Habitan en un palacio
Con tanta conformidad
Como si fueran hermanos.
Hacian muchas limosnas,
Visitaban santuarios,
A misa iban todos juntos
Todos los dias del año,
Y los viérnes mayormente
Visitaban el Calvario,
Tan humildes y conformes
Que parecen unos santos.
Cuando los pobres salian
Al camino del Calvario,
La limosna en el instante
Se la ponen en la mano,
Y noventa y ocho pobres
Vestian todos los años.
El dia de San Lorenzo,
Que siempre es muy celebrado
De Roma, en San Martin
Con muy solemne aparato,
Visten catorce doncellas,
Y todas hijas de hidalgos,
De las mas costosas telas
Que hay entre los romanos.
Llegaron á tal extremo
Estos fingidos cristianos,
Que de los pobres el gremio
Dice que son unos santos.
Tenian estos judios,
Por grandeza, en su palacio
Un hombre, que al parecer

Le tenían por esclavo,
Y una mujer, que tambien
Con ella habian hecho un trato
De que se ha de confesar
Veinte veces en el año,
Y que al tiempo que comulgue
Se ha de retirar á un lado,
Y se ha de sacar la Forma,
Y cogiéndola en un paño
Se la entregue á los judíos
Dentro del mismo palacio,
Dándola por cada una
Cien escudos de contado.
Sucedió que esta mujer,
El partido ya aceptado,
Confesando falsamente
Corrió el tiempo de dos años;
Mas Dios, harto de sufrir,
Por medio de aqueste esclavo
Quiso fuese descubierto
Este perverso fracaso;
Y fue, que yendo la inicua
El dia que va citado
De la santa Encarnacion,
Tras ella se fué el esclavo,
Y entrando en el santo templo
La vido estar confesando,
Dándose golpes de pecho,
Mil lágrimas derramando
Con malditas intenciones,
Fingiendo dos mil engaños
Fué despues á recibir
Aquel sacramento sacro
De la santa Eucaristía,
Misterio el mas elevado.
Apénas llegó la hora
Que el sacerdote la ha dado
De la santa Comunion
Aquel sagrado bocado
Que tanto conforta el alma,
Ha reparado el esclavo
Que con grande disimulo
Ella se retiró á un lado,
Y que sacando el pañuelo
Al punto lo ha desdoblado,
Y en él arrojó la Forma,
De aquellos malditos labios;
Y revolviendo el pañuelo
Con un tiento moderado,
Se lo ha metido en el pecho,
Y del templo se ha marchado.
Segunda vez detras de ella
Volvió á seguirla el esclavo;
Y apénas esta maldita
Puso los piés en el cuarto
Donde estaban los judíos,
De esta suerte los ha hablado:
—Ya, señores, está aquí
Aquel Dios de los cristianos,
Que, como las demas veces,
Tambien ahora lo traigo.—
Respondieron todos juntos:
—¡Gran dia es el que esperamos!
Los cien escudos, señora,
Damos por bien empleados.—
Ella, cogiendo el dinero,
La Forma les ha entregado
A aquellos lobos hambrientos
Que la estaban esperando
Para hacer el judaismo
Que otras veces han usado;
Y en otra segunda parte
Se dará fin á este caso.

(*Los siete Judíos*, etc. Pliego suelto.)

1326.

LOS SIETE JUDÍOS DE ROMA. — II.

(*Anónimo.*)

El esclavo, que está viendo
Todo lo que está pasando,
El corazon en el pecho
Se le quiere hacer pedazos.
Quiere salir, y no puede,
A dar cuenta de este caso,
Porque las puertas al punto
De palacio las cerraron;
Y como fieros leones
Las espadas han sacado
Para á la sagrada Forma
Hacerla dos mil pedazos.
Mas ¡ay Dios, con qué dolor
Podré, Señor, explicarlo!
¡El corazon se me parte
Solo de considerarlo,
Que los judíos con Dios
Hayan hecho tal estrago!
Y viendo que no podian
Hacer lo que han intentado,
Porque la Forma está entera,
Por mas golpes que la han dado,
Sin que le falte ni un pico,
A un horno se la han llevado,
Y arrojándola en el fuego
Se hubo el horno apagado,
Quedando la santa Forma
Mas hermosa que el sol claro.
Se miran unos á otros,
Y como perros rabiando
Segunda vez acometen
Con las espadas en mano,
Dando golpes en la Forma
Hasta quedarse cansados;
Y vertiendo mucha sangre
Se hubo la Forma quedado,
Por ver si se reducian
En ver milagro tan claro;
Mas tienen los corazones
Como el acero labrado,
Mas duro que el pedernal;
Y de cólera irritados,
En lugar de convertirse,
Le mandaron al esclavo
Ponga una caldera de agua
A hervir con mucho cuidado;
Mas quiso Dios que no hubiera
Agua dentro del palacio,
Que fué menester salir
A cogerla de unos caños.
Entónces tuvo lugar
De dar cuenta, el buen esclavo,
De lo que hacen con Dios
Los malditos de sus amos.
No creyendo la justicia
Lo que este hombre ha informado,
Lo dejaron en prisiones,
Y muy bien asegurado,
Por si acaso sale incierto
Todo cuanto habia contado.
Marchó al punto la justicia:
Mas de doscientos soldados
A bayoneta calada
Cercaron todo el palacio:
Pillaron á todos siete,
Que estaban ejecutando
La mayor atrocidad
Que han oido los cristianos,
Pues tenian un gran bufete
En que habian colocado
Cuarenta Formas, que estaban
Como estrellas relumbrando,
Y ellos con unos puñales
En ellas estaban dando,
Y cuantos mas golpes daban

Mas hermosas han quedado.
Entra dentro la justicia,
Y al punto que los cercaron
Maniatan á todos siete
Y á la cárcel los llevaron
De la santa Inquisicion,
Donde á tres dias pasados
Los sacaron á la plaza
Y al punto los han echado
En un horroroso incendio,
Donde murieron quemados
Por no querer confesar
La ley del Crucificado.
Luego prenden la mujer,
Y declaró todo el caso,
Y en la gran plaza de Roma
La justicia ha decretado
Que la quitasen la vida
Para escarmiento de cuantos
Judíos hubiera en Roma,
Porque no hagan otro tanto.
La justicia mandó al punto
Vaya un religioso santo,
A que recoja las Formas
Y las conduzca al Sagrario.
En el cuarto donde estaban
Una capilla han fundado,
Por no tener fin ni cuento
Lo que Dios en ella ha obrado;
Y para mayor grandeza
Ha puesto en ella el retrato
De la pura Concepcion,
Y concedió el Padre Santo
Infinitas indulgencias
A todo aquel fiel cristiano
Que rece un Ave-María
Delante de este retrato.
Consideremos pues todos
Este portentoso caso
Que Dios ha obrado con estos
Que se fingen ser cristianos,
Descubriendo sus maldades
Cuando están mas descuidados.

(*Los siete Judíos*, etc. Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES QUE TRATAN DE VALENTÍAS, GUAPEZAS Y DESAFUEROS.

1327.

DOÑA VICTORIA ACEVEDO.

(*Anónimo.*)

Detente, pluma, y repara
Que ántes de tomar el pliego
Debo pedir que ilumine
A mi rudo entendimiento,
Como rendido suplico
Y humildemente le ruego,
Al increado Señor,
Criador del universo,
Y á la Virgen soberana,
Madre del divino Verbo,
Guien todas mis potencias,
Para escribir con acierto
El caso mas horroroso,
Mas atroz y mas tremendo
Que ejecutar ha podido
De una mujer el denuedo.
En la ciudad de Almería,
Que es un retrato del cielo,
Se crió (¡bravo prodigio!)
Doña Victoria Acevedo,
Hija de muy nobles padres,
Tan hermosa, que no puedo
Pintarla, porque me faltan
Expresiones para hacerlo,
Y sería ofender sus gracias
Fiarlas á mi talento;
Y así tengo por mejor
Dejarlo todo al silencio.
En declarar á su padre
No es preciso detenernos:
Basta decir que su nombre
Es Don Antonio Acevedo.
Llegó esta niña á tener
Tres lustros, y en el momento
El mismo Dios del amor
Dos flechas le tiró al pecho
Por mano del mas galan
Y pulido caballero,
Mas prudente y mas afable
Que hay en todo el universo:
Don Florencio de Granada
Se llama ese caballero.
Requebrábanse de amores
Con grandísimos extremos,
En este tiempo su padre
Le busca á la niña dueño:
Ella lo resiste, y dice
Que todavía no es tiempo.
Viendo que el padre porfía,
Sin saberlo Don Florencio,
Porque está ausente en el campo,
Hizo á un papel mensajero,
Y le cuenta lo que pasa
En tan peligroso aprieto.
No llegó el papel á manos
De este noble caballero
Por el término citado;
Y llegado el plazo puesto,
Por fuerza se desposó
Con muy grande sentimiento.
El mismo dia, descuidado,
Se presentó Don Florencio,
Y sabiendo su desdicha
Quejas exhalaba al viento,
Y suspiros daba al aire:
Todo era tristes lamentos.
En esto Doña Victoria,
Que iba á gozar de Himeneo
Con su esposo, se metió
En la cama un fuerte acero,
Y cogiendo á su marido
Dormido en el primer sueño,
Sacó la daga veloz,
Y le cercenó el pescuezo.
Saltó de la cama abajo,
Púsose un vestido nuevo
Del ya difunto, llevando
Las dos pistolas del muerto
Para su defensa y guarda;
Cubrióse de un ferreruelo,
Partió en casa de su amante,
Pregunta por Don Florencio,
Este se levantó al punto,
Y así que la vió, en el cuello
Le echo los brazos gozoso,
No sabiendo lo que ha hecho.
Viéndola en la mano sangre,
Le pregunta: —¿Qué es aquesto?—
Ella le responde: —El hombre
Que mi marido le hicieron,
Muerto queda, y así importa
Nos marchemos al momento;

Tuya soy, guárdame ahora,
Que yo por tí hice este arresto.—
Parten por la calle abajo;
Llegó la ronda diciendo:
—¿Quién va aquí al Corregidor?—
Y ellos con mucho denuedo
Echaron mano á las armas,
Y tal cuidado tuvieron,
Que mataron dos ministros
Y al Corregidor hirieron.
A Don Florencio lo cogen,
Y en la cárcel lo metieron,
Ella se escapó entre todos,
Y en el campo busca puerto.
Metióse en un bosque oculta,
Y encontró diez bandoleros;
Viendo estos que tenia
Disposicion el mancebo,
En la cuadrilla lo acogen,
Tomándole juramento;
Y á pocos dias, mirando
Sus valerosos arrestos,
La eligen por capitan
Estos fuertes cuadrilleros;
Y estando comiendo un dia,
Brindando á su buen acierto,
Dijo ella:—A mí me importa
Que esta noche con silencio
Entremos en la ciudad,
Y de la cárcel saquemos
Un preso de gran valor
Y que corre mucho riesgo.—
Todos dijeron al punto:
—Vamos pues sin detenernos.—
Tendió la noche su manto,
Parten todos al momento,
Entraron en la ciudad,
Van á la cárcel lijeros,
Llegan y á la puerta llaman,
Y respondió el carcelero:
—¿Quién es, que á estas horas llama?
—Abra al Corregidor presto.
—Ya voy, señor, y perdone
El que haya andado grosero.—
Abrió, y entró la cuadrilla,
Pidiéndole al carcelero
Las llaves de las prisiones,
De calabozos y cepos;
Dan con Don Florencio: entónces
Doña Victoria le ha puesto
Una pistola en la mano,
Y le ha dicho:—Compañero,
Ya estás libre, y con nosotros
Emplearás tus esfuerzos.—
Todos los presos se huyen,
Tambien huyó el carcelero,
Dejando la cárcel sola,
Y sin acompañamiento:
La cuadrilla se va al monte,
Y con ella Don Florencio.
Querer de los dos amantes
Decir los muchos extremos
Que hicieron con la alegría,
Era menester mil pliegos;
Pero todo mi auditorio
Me suplirá este defecto.
Por este suceso andaba
La ciudad con grande estruendo
Discurriendo de qué modo
Prenderán á Don Florencio;
Pero todo ha sido en balde,
Porque lo guarda su aliento.
En este tiempo la dama,
Viendo le aprieta su dueño
Por gozar de su hermosura,
Dijo:—Sin que nos casemos
Será imposible, y tú trata
Poner á tu gusto freno,
Que tiempo vendrá que goces
De tu pasion el deseo.—
Viendo la resolucion
De la dama, formó empeño
En satisfacer su gusto
Por bien ó mal; para ello
Les contó lo que pasaba
A dos de sus compañeros,
Rogándoles le ayudaran
Para salir con su empeño.
Ella, que siempre tenia
Cinco ó seis armas de fuego,
Sin apartarlas de sí
Aunque estuviese durmiendo,
Por cierto aviso que tuvo
De uno de los compañeros,
Receló alguna traicion
De su amante Don Florencio,
Y así se fingió dormida;
Y los tres con gran silencio
A la media noche entraron
Adonde tenia su lecho,
Y viendo se le acercaba
El traidor ya sin respeto,
Le disparó una pistola,
Y le abrió puerta en el pecho
Por donde salió su alma
Bien de prisa á los infiernos.
Los otros dos por infames
La misma pena sufrieron,
Y montando en un caballo
La valerosa Acevedo,
Huyó de allí, porque estaba
Ya descubierto su sexo.
En el camino encontró
Tres jitanos, que quisieron
Robarle lo que llevaba,
Y ella, con un valor fiero
Poniendo mano á sus armas,
A todos tres dejó muertos.
Viendo esta dama que ya
Sus delitos van creciendo,
Y que no puede volver
A su casa, por los deudos
Del primer marido suyo
Que la buscan muy resueltos
Para quitarle la vida
Por el delito tan feo
De asesinarle en la cama;
Y agregándose á esto luego
Los cometidos despues
Entre los diez bandoleros,
Discurrió que lo mejor
Seria en un regimiento
Tomar plaza de soldado
Con otro nombre supuesto,
Para vivir de este modo
Segura de todo riesgo.
Con efecto, sentó plaza
Siguiendo su pensamiento,
Y todos los capitanes
Cuando vieron el aspecto
Del recluta, pretendian
En su compañía tenerlo;
Pero el Coronel dispuso
Que el capitan Don Anselmo
De Torres se lo llevase,
Que era un valiente sugeto.
Entró en esta compañía,
Donde estuvo mes y medio,
De su capitan querido
Y de la fatiga exento,
Pues así se lo mandó
El Capitan al Sargento;
Y tanto se aficionó
A este jóven, Don Anselmo,
Que llegó á dudar si acaso
Pertenecia al bello sexo.
Con estas dudas un dia
Lo ha llamado á su aposento,

Y le ha dicho que es preciso
Satisfacer su deseo,
Porque si fuese mujer
Espera gozar su cielo:
Ella lo negó, y él
Trató de reconocerlo.
Entónces, viendo que ya
Se descubria el secreto,
Y que por mas persuasiones
Que le hacia, no habia medio,
Cogió la espada del mismo
Capitan, y con resuelto
Valor le dió una estocada
Que cayó en el suelo muerto.
Con el mayor disimulo
Salió y cerró el aposento;
Tomó el camino, y se fué
A refugiar á un convento
De San Francisco, que estaba
Léjos de allí en un desierto,
Pretendiendo le admitieran
Para religioso lego.
Allí estuvo algunos dias,
Y arrepentida en extremo
De su mala vida, quiso
Confesar sus muchos yerros,
Para que Dios la perdone
Sus terribles desaciertos.
Con el Padre Guardian
Se confesó por extenso,
Con lágrimas de dolor
Y grande arrepentimiento,
Y le pidió la pusiera
En una cueva, en que siendo
Ejemplo de penitentes
Acabase con acierto
Los dias que le quedaban,
Para merecer el cielo.
Como lo pidió lo hizo
El Guardian, y escogiendo
Una de las muchas cuevas
Que tenia aquel desierto,
La puso en ella, y allí
Acabó con tanto ejemplo
Su vida, que llegó á ser
De anacoretas modelo.

(*Doña Victoria de Acevedo*, Pliego suelto.)

1328.

DOÑA JOSEFA RAMIREZ.—I.

(*De Pedro de Fuentes.*)

A la que es Madre del Verbo,
María, Señora nuestra,
Le pido humilde y postrado
Me dé gracia con que pueda
Referir á mi auditorio
La mas infausta tragedia
Y el afortunado caso
Que sucedió á una doncella;
Atencion, que ya comienzo.
En la ciudad de Valencia
Nació de muy nobles padres
La hermosa Doña Josefa:
Con muy buenos documentos
Crióse aquesta Minerva,
Que Pálas le tuvo envidia
Por lo sabia y lo discreta;
Vénus se quedó afrentada
Solo al mirar su belleza.
Apénas cumplió esta niña
Diez y ocho primaveras,
Muchos señores la rondan
Sus celosías y puertas,
Y entre tantos pretendientes
La adoraba muy de véras
El principal caballero,
Don Pedro de Valenzuela.
Al fin le escribió un billete,
Y con rendidas ofertas
Le dió parte de su amor:
La dama, como discreta,
Con otro le corresponde
A su pretension atenta,
Diciendo: «Señor Don Pedro,
»Yo estimo vuestras finezas:
»Ya sabeis cómo en mi casa
»Soy la única heredera;
»Hallo imposible, señor,
»De que mis padres consientan
»Que yo con usted me case;
»Mas esta noche en la reja
»De mi jardin os aguardo
»A eso de las once y media.
»Dios os guarde, caballero.—
»Quien mas te estima y venera,
»Doña Josefa Ramirez,
»Una humilde esclava vuestra.»
Con esto cerró el billete,
Y á un paje con diligencia
Le mandó que le llevase;
El cual fué con gran presteza
Y á Don Pedro se lo dió
En propia mano, y le besa.
Rompió la nema y leyó
Lo que ya expresado queda,
Deseando que la noche
Tendiese el manto de estrellas.
Llegó la citada hora,
Y pronto se halló en la reja;
Hizo una seña, y salió
Aquella diosa Minerva,
Aquella estrella de Vénus
Tan bizarra como honesta.
Saludáronse corteses,
Y entre los dos hacen cuenta
Que una noche la sacase,
Cuando en estas diferencias
Le acometen dos traidores
A Don Pedro con violencia.
Dos estocadas le dieron
Por la espalda, mas tan recias,
Que las heridas crueles
Hasta el pecho le penetran,
Y como un leon herido
Sacó la espada, y con ella
A los dos acometió;
Pero poco le aprovecha,
Que ellos se escapan huyendo,
Y el triste jóven dió en tierra,
Diciendo:—Difunto soy,
Perdóname, amada prenda.—
A esta voz que oyó la dama,
Cayó amortecida en tierra.
Volviendo en sí del letargo,
Decia de esta manera:
—¡Qué es esto que me sucede!
¡Cielo, qué desgracia es esta!
¡Qué he de hacer, ay de mi triste!
¡Oh fortuna tan adversa!
¿En dónde hallaré yo alivio
A tanto tropel de penas?
Ya no tendré yo sosiego
Hasta que de cierto sepa
Quién fuéron los alevosos
Que con tan grande inclemencia
A Don Pedro dieron muerte.—
Toda en lágrimas deshecha,
Jura que se ha de vengar
A pesar de las estrellas.
Se retiró á su aposento
Como una leona fiera;
Se despoja de su ropa,
Tomando capa y montera
Y un rico coleto de ante,
Calzon de la misma pieza,
Zapatos á lo moruno,

Y rica media de seda;
Una charpa de pistolas,
Tambien su espada y rodela,
Y un trabuco, que pendiente
De su cintura lo lleva.
Luego partió á un contador,
Y sacó de una gaveta
Hasta doscientos doblones,
Y se ausentó de Valencia.
Entre unos montes se oculta,
Y de noche daba vuelta;
Iba á las casas de juego,
Donde todo se conversa.
Jugando estaba una noche,
Y otros señores con ella:
Sin saber con quién hablaban
Del caso le dieron cuenta.
Dicen:—¿Con que Don Leonardo
Y Don Gaspar de Contreras
Salieron con gran sigilo
De la ciudad de Valencia?—
Doña Josefa responde:
—¿Pues qué ocasion les molesta
A esos nobles caballeros
Para salir de sus tierras?
Quizás irán á algun pleito
De alguna de sus haciendas;
Que quien tiene mayorazgos
Nunca le faltan quimeras.
—¡No es mal pleito el que les siguen!
Ellos dieron por respuesta,
Pues son los que dieron muerte
A Don Pedro Valenzuela.—
Disimulando su enojo,
Respondió con gran reserva:
—¡Mucha fuerza se me hace;
Mas no es posible que crea
Que esos nobles caballeros
Hiciesen accion como esa,
Que fué una accion muy villana,
Y les asiste en sus venas
Sangre noble, y esto basta!
Sabed que hay quien lo defienda,
Y eso no se puede hablar
Sino por cosa muy cierta.
—Sabed que es mucha verdad
Lo que os digo, y si no fuera,
Nada me importa el decirlo.—
Mas ella con gran cautela
Respondió:—Dios los asista:
¿Y adónde el viaje llevan?—
Y ellos mismos le informaron,
Que iban hácia Cartagena.
Salió del juego diciendo:
—¡Buena suerte ha estado esta!
Ya tendrá mi pena alivio
Si se me logra la idea.—
Y montando en un caballo
Que al céfiro puso rienda,
A Cartagena marchaba
Con muy pronta diligencia.
Llegó una tarde feliz,
A eso de las dos y media,
Y en un meson se acogió,
Y dijo á la mesonera:
—Cuídeme de ese caballo,
Que yo presto doy la vuelta.—
Y sin desarmarse fué
A la playa, por si encuentra
Algunos de sus paisanos,
Que verlos tanto desea.
No los pudo descubrir,
Y hácia el meson dió la vuelta,
Y á la patrona le dijo
Le previniese la cena,
Y que le hiciese la cama
En una cuadra que tenga
Las ventanas á la calle,
Sin darle á entender su idea.
Apénas anocheció,
Pronta se puso á la reja
De la ventana, escuchando
Cuanto en la calle conversan.
Oyó decir á unos hombres
Aquestas palabras mesmas:
—Para mañana á la noche
Tengo una funcion muy regia
En casa Don Juán Mancilla,
Porque en su casa se hospedan
Dos famosos caballeros
Naturales de Valencia,
Y quiere regocijarlos,
Y ha de hacer una comedia
Y otros muchos entremeses,
Mas no quiere que se sepa,
Porque en Valencia mataron
A un hombre de grandes prendas.—
¡Tente, hombre, no prosigas,
Calla ya tu infame lengua,
Que no sabes quién te escucha;
Porque si bien lo supieras,
No dieras cuenta á tu amigo!
¡Oh cuánto mas nos valiera
Muchas veces el callar;
Que el que no habla no yerra!
Séneca muy bien lo explica,
Que es una de sus sentencias.
Ya satisfecha del caso
Se quedó Doña Josefa,
Y apénas amaneció
Hizo vivas diligencias
Por descubrirlos, y al fin
En la playa los encuentra.
Cuando los tuvo presentes,
Les dice de esta manera:
—¿Me conoceis, caballeros?
Sabed soy Doña Josefa,
Aquella á quien agraviasteis
En la ciudad de Valencia;
Vengo á tomar la venganza
Por Don Pedro Valenzuela;
Que habiendo muerto á mi amante,
Poco importa que yo muera.—
Sacan luego las espadas,
Y á la batalla se aprestan,
Y á dos idas y venidas
Le alcanzó Doña Josefa
Al valiente Don Leonardo
Una estocada tan recia,
Que lo pasó por el pecho,
Dando con él en la tierra.
Esto que vió Don Gaspar,
Cerró con Doña Josefa;
Mas poco le aprovechó,
Porque ella con gran destreza
Le quitó de la cintura
Una almarada, y con ella
Lo pasó por el costado,
Y á ambos difuntos los deja.
Se alborotó la ciudad,
Y acudió con gran presteza
El señor Gobernador
Para llevársela presa.
Mas ella con arrogancia,
Dijo:—Sepa Vuescelencia,
Que mi espada á nadie teme,
Aunque un ejército venga.—
Dijo, y chocando con ellos,
A uno toma y á otro deja;
Tres ministros les mató,
Y en medio de esta refriega
Se le ha quebrado la espada;
Echó mano con presteza
Al trabuco que tenia,
Y á barrer la calle empieza.
Tan buena traza se daba
A disparar, que se lleva
Dos ó tres de cada tiro,

Y la calle le franquean,
Con que llegó á refugiarse
Dentro de la misma Iglesia
Del seráfico Francisco,
Adonde á curarse queda
Dos balazos, pues llevaba
Muy mal herida una pierna.
Buena ya de su accidente,
Pidió á los Padres licencia
Para salir del convento,
Y mandó que le trajeran
El caballo que tenia
En un meson de allí cerca.
Fué un donado y se lo trajo,
Y agradeció la fineza:
Sin ser de nadie sentida
Se salió de Cartagena.
Y ahora Pedro de Fuentes
A aquesta parte primera
Da fin, que en la otra segunda
Dará noticias enteras
De en lo que vino á parar
La hermosa Doña Josefa.

(*Doña Josefa Ramirez*, Pliego suelto.)

1329.

DOÑA JOSEFA RAMIREZ. — II.

(De Pedro de Fuentes.)

Ya dije cómo salió
Amparada del silencio
De Cartagena una noche,
Llena de mil pensamientos,
Doña Josefa Ramirez,
Y marchando para el reino
De Cataluña, una tarde
Al encuentro le salieron
Siete bandidos; mas ella
Los reconoció al momento.
Del caballo se desmonta,
De aquesta suerte diciendo:
—Apartarse del camino,
Presto, quitarse de enmedio,
Porque quitaré la vida
Al que fuere desatento.—
Esto dijo, y disparó
Con tan bellísimo acierto
El trabuco, que se lleva
De un tiro los tres primeros,
Que los cogió perfilados;
Y los otros, que esto vieron,
Se pusieron en campaña;
Mas la dama con esfuerzo
Sin chispa de cobardía
Hizóse fuerte con ellos.
De los siete mató cinco,
Y los otros dos huyeron
Ya con heridas de muerte,
Mas no les valió por eso,
Que ella arrogante les sigue,
Y de merced le pidieron
Les otorgase las vidas.
Metió la mano en su pecho,
Dice: — Para estar segura
Quitar estorbos de en medio;—
Y al soplo de una pistola
A entrambos los dejó muertos;
Y montando en su caballo,
Como quien nada habia hecho,
Llegó en fin á Barcelona,
En donde supo de cierto
Que ya la andaba buscando
Su padre con grande anhelo.
Al instante determina
Vender su caballo luego,
Y embarcarse para Roma,
Sin reparar en los riesgos
Que pueden sobrevenirle,
Como adelante verémos.
Al fin se embarcó en las ondas
Del salado mar soberbio;
Mas fué su suerte tan mala,
Que á los dos dias se vieron
De corsarios argelinos
Infelices prisioneros.
Desembarcaron en tierra,
Y á pregones los vendieron,
Y compró á Doña Josefa
En un moderado precio
Un renegado muy rico,
Hombre de grande respeto.
Preguntóle á su cautivo
Por su nombre, y al momento
Respondió: — Pedro me llamo,
Señor, al servicio vuestro
—¿En qué oficio te ocupabas?
— El oficio que yo tengo
Es, señor, maestro de armas.
—¡En buen oficio por cierto
Te ejercitabas, cristiano!
Mas daros otro pretendo.
¿Vos no sabeis escribir?
—Algo entiendo tambien de eso,
No con toda perfeccion
Porque usado no lo tengo.—
Viendo su disposicion,
Le entregó todo el manejo
De su casa, y al instante
Mandó su amo á los negros
Que tenia, le enseñasen
La arábiga lengua, y ellos
Lo pusieron por la obra,
Y la aprendió en breve tiempo.
Tan buenas cuentas le daba
A su amo, y tan contento
Lo tenia, que no sabe
Qué hacerse con su escudero
En este tiempo la mora,
Mujer de su amo mesmo,
A Don Pedro regalaba
Y hacia algunos cortejos.
Y un dia que fué su amo
A caza con los monteros
Lo llamó y le dijo á solas:
— Cristiano, yo por ti muero,
Yo no duermo ni descanso,
En mí no cabe sosiego,
Y si merezco la dicha
De que premies mis afectos,
Te prometo que serás
El dueño de aqueste pueblo.—
Por no descubrir su falta,
Con muy buenos documentos
Don Pedro la disuadia
De aquesta suerte diciendo:
— Mirad que soy vuestro esclavo
Y que si no tengo hierros,
Esa es merced que me hizo
Mi amo, por ser tan bueno;
Y pues de mí se ha fiado,
Hacerle ofensa no quiero;
Y así, señora, dejadme,
Y no toqueis mas en esto.—
Viendo la mora el desaire
Que el cristiano le habia hecho,
Jura por el gran Mahoma,
Que ha de vengar su desprecio.
Apénas entró su esposo,
Le salió al recebimiento
Aquella falsa enemiga,
Le echó los brazos al cuello,
Y con un llanto fingido
Le dijo: — Poned remedio
En vuestra casa, señor,
Porque el mayordomo vuestro
Quiso atrevido ofenderte:
Muy lascivo y deshonesto

A mi aposento se arroja;
Trajo en la mano este acero
De un puñal, con amenazas
Queria lograr su intento;
Mas yo como una leona
Me levanté de mi lecho,
Se lo quité de la mano;
Miradle, que aquí lo tengo.—
Salió afuera el renegado
Enfurecido y soberbio,
Y á sus criados les manda
Que pusiesen á Don Pedro
En una oscura mazmorra
Y lo cargasen de hierro,
Y que no le diesen agua,
Tampoco mantenimiento,
Para que allí se muriese,
Pagando su atrevimiento.
Un moro piadoso estaba
Compadecido de verlo,
Y á escondidas de su amo
Le llevaba el alimento,
Y tambien le daba el agua
Con cariñosos afectos;
Que entre los infieles hay
Tambien nobles pensamientos.
Y al cabo de cinco dias,
Por ver si se habia muerto,
Dió la vuelta el renegado,
Y viendo vivo á Don Pedro,
Con furia toma un cordel
Para azotarle soberbio;
Y al tiempo de descargarle
Le dijo :— Señor, tenéos,
Y advertid que es testimonio
Por lo que estoy padeciendo.
Yo soy mujer, no soy hombre.—
Y para prueba de aquesto
Un pecho le manifiesta,
Y él dice :— Basta con eso.—
De la prision la sacó
Dándole abrazos muy tiernos;
Le dice : — Cristiana amiga,
Dadme parte del suceso.
—Yo, señor, os lo diré
Sin faltar un punto á ello.
Apénas fuistes al campo,
Mi ama declaró su intento;
Yo, señor, la disuadia
Dándola buenos consejos,
Mas no pude convencerla :
Viendo no habia remedio,
Le volví, señor, la espalda,
Y me vine á mi aposento;
Y por aquesta ocasion
Hizo, señor, juramento
De tomar de mi venganza,
Como vos lo estáis ya viendo.—
Mandó al punto el renegado
Que la prendan, y al momento
Ejecutan el mandato
De su amo, y la metieron
En una oscura mazmorra,
Miéntras se prendia el fuego.
Llena una tina de aceite
Mandó pusiesen al fuego,
Y así, al instante que hirvió,
A Abecelida trajeron,
Y amarrada á una columna,
Se lo echaron por el cuerpo.
Mandó apartasen la tina,
Y que la arrojen al fuego,
Donde pereció la mora,
Pagando su atrevimiento.
Al cabo de pocos dias,
Con felices pensamientos
Ha llamado el renegado
A aquel hermoso portento
De Doña Josefa, y ella
Acudió luego al momento :
— ¿Vos, señor, qué me mandais?
— Venios á mi aposento
Y á solas os lo diré,
Que es de importancia el secreto.
Ya sabeis, Doña Josefa,
La voluntad que yo os tengo,
Y solo de vos me fio
Para descubrir mi pecho.
Pretendo pasar á Roma
A ser de mi culpa absuelto,
Y despues recogeréme
En un sagrado convento.
Tú te pasarás á España,
Que ya prevenidos tengo
Dos mil doblones, los cuales
Entre los dos partirémos.
Mira que te vas mañana,
Pues se halla en este pueblo
Un tratante mercader,
A quien pagado le tengo
Tu viaje, y con él vas
Segura de muchos riesgos.
El va á parar á Alicante,
De España famoso puerto.—
La entregó los mil doblones
Atados en un lenzuelo;
Se fué á recoger su ropa
Y joyas de mucho precio :
Mandó el amo la llevasen
Al navío, así lo hicieron.
Embarcóse el renegado,
A Alicante se vinieron;
Tiernamente se despiden,
Y con sus grandes deseos
Para Roma se embarcó,
Siéndole feliz el viento.
En breve tiempo llegó
A Roma, y con gran contento
Pasó á ver su Santidad;
Parte le dió del suceso,
Y confesando sus culpas
Con grande arrepentimiento,
En un convento se acoge,
Donde llorando sus yerros
Hizo grandes penitencias
Para merecer el cielo.
Pero volvamos ahora
A la dama, que al momento
En Alicante compró
Un caballo que á los vientos
Imitaba en su carrera,
Por lo veloz y lijero.
Pasó á Valencia, y en ella
Entró con mucho secreto.
Se ha informado de sus padres,
Y supo que estaban buenos,
Y á la noche determina
El ir disfrazada á verlos;
Y á eso de las oraciones
Ensilló el caballo, y luego
Montó en él, y fué á su casa :
A abrirle salió un buen viejo,
Y ella cortés le pregunta,
Destocándose el sombrero :
—¿Vive aquí el señor Don Juan
Ramirez y Marmolejo?
— Sí, señor, le respondió;—
Y entónces entró ella dentro.
Se sentaron lado á lado,
Y dijo :— Sabed por cierto
Que vuestra hija, señor,
Hoy se halla en este pueblo :
Tres años y medio ha estado
Metida en un cautiverio,
Sirviendo, no como esclava,
Porque era absoluto dueño
De la casa de su amo,
Y al cabo de aqueste tiempo

Le ha dado la libertad
Y gran porcion de dinero.—
Don Juan, que atento escuchaba
Las razones del mancebo,
Al oirle se enternece
Y lloraba sin consuelo.
¡Ay hija de mis entrañas!
¡Oh, si permitiera el cielo
Que yo la viese en mi casa,
Mis congojas fueran ménos!—
La madre por otro lado
Haciase al sentimiento;
Del asiento se levanta
Y arrodillada en el suelo
Dijo: Cese vuestro llanto,
Que á vuestra hija estáis viendo;
Y ahora, padre y señor,
Perdonad mi grave yerro,
Y lo que pretendo es
Meterme en un monasterio.—
Pusiéronlo asi por la obra
Y se ha entrado en un convento
De religiosas franciscas,
Donde vivió dando ejemplo.

(*Doña Josefa Ramirez*, Pliego suelto.)

1330.

ESPINELA.

(*Anónimo.*)

El sol detenga sus rayos,
Y la luna su luz bella;
Caduque el mar con sus olas,
Y estremézcase la tierra;
Paren los cuatro elementos
En su rutilante esfera,
Pues de mi no están seguros
Hasta los siete planetas.
Oigan pues con atencion
De una mujer la fiereza,
De una víbora el veneno,
Y de una sierpe lo adversa.
Yo nací dentro de Ronda,
Y llevándome á la iglesia,
En el sagrado bautismo
Me pusieron Espinela,
Siendo pues en mis principios
Tan altiva y tan soberbia,
Que ninguno me la hacia
Que con ella se me fuera.
Mis padres con mucho amor
Me pusieron á la escuela,
Y en breve tiempo aprendí
A leer y escribir, que es ciencia
Para una mujer bastante,
Si bien se aprovecha de ella.
Apénas tuve tres lustros,
Cuando la parca sangrienta
Quitó á mis padres la vida,
Quedándome tan resuelta,
Que de mi furor temblaban
Muchos en la ciudad mesma.
Aprendí á jugar las armas
Con tal valor y destreza,
Que á pocos dias salí,
Como el maestro, maestra.
Y la causa de mi vida
Tan abominable y fea
La diré, porque es muy justo
Que todo el mundo lo sepa.
Vivia junto á mi casa,
De lindo cuerpo y presencia,
Un hijo de un caballero
Llamado Fabian Herrera:
Gustaba mucho de hablarme
Y que le correspondiera:
Mas, como dice el adagio,
Las burlas vienen á véras.
Robóme su amor el alma,
Y yo, viéndome sin ella,
Le dije si me queria
Por esposa; y la respuesta
Que me dió fué: no igualarle
En calidad ni en hacienda,
Y que me fuese con Dios
A mi casa, en hora buena,
Que ya tenia su gusto
En dama de mas nobleza.
Obedecí su mandato,
Y cual leona sangrienta
Troqué el amor en rigores,
Y en veneno las finezas.
Entré en mi casa furiosa,
Aguardando que viniera
La noche, para vengar
De mi enojo la soberbia.
Me puse un calzon de ante,
Con una media de seda,
Y un coleto de mi padre,
Que Dios en la gloria tenga;
Y armada de punta en blanco
Tomé la espada y rodela,
Y con una carabina
Bajé veloz á la puerta.
Vile que estaba en la calle
Hablando por una reja
Con cierta dama, y llegando
Le dije de esta manera:
—¡Infame sin atenciones!
¿Cómo atrevido desprecias
El honor de mi linaje,
Sabiendo que soy tan buena
Como cuantas puede haber?
Y asi yo vengo resuelta
A que me quites la vida,
O á quedar bien satisfecha.
Ea, cobarde, ¿á qué aguardas?—
Y el mozo puesto en defensa
Se defendia bizarro;
Pero poco le aprovecha,
Que con cuatro ó cinco heridas
Cayó mortal en la tierra.
Alborotóse la dama
Al ver su esperanza muerta;
Pero de un carabinazo
Cayó como una cordera.
Vino al punto la justicia;
Mas yo como una saeta
Me salí bien prevenida
A la ciudad de Antequera.
Este fué el primer motivo
Para dejar á mi tierra,
Para olvidar á mi patria,
Tan poderosa y amena.
Llegué á la ilustre Granada,
Fértil pais de Amaltea,
Donde estuve algunos dias
Gozando la primavera.
Dejé mi nombre y me puse
Raimundo, por Espinela,
Siendo pues por mi valor
Respetada donde quiera.
Senté plaza de soldado,
Y en el presidio de Ceuta
Estuve catorce meses
En la militante escuela.
Y un dia de San Francisco,
No sé sobre qué pendencia,
Quité la vida á un paisano;
Mas fué mi suerte tan buena,
Y mi dicha, que no quiso
Que nadie me descubriera.
Pocos dias se pasaron,
Cuando la fortuna adversa
Me condujo en un barquillo
A la ciudad de Marbella,
Con un capitan que iba

A ver su casa y hacienda.
Desembarquéme, y estando
Una tarde en la alameda
Divertida con el juego
De trucos, en una mesa,
No me acuerdo sobre qué
Se movió una escaracela,
Que eran seis contra mi sola:
Aquí me obligó la fuerza
De la razon, á sacar
Los instrumentos de guerra,
Y á las primeras mudanzas
Cayeron los tres en tierra,
Y los demas escaparon,
Que, si no, lo mismo fuera.
Llegué á Málaga, y un dia
Estando en la calle Nueva
Con un mercader llegó,
Que el diablo todo lo enreda,
Un ministro, y me pregunta,
Que de qué paraje era.
Respondile: —¿Qué le importa?—
Y sobre aquesta pendencia
Me dijo que me pondria
En un cepo de cabeza.
Alcé la mano furiosa,
Y en mitad de la mollera
Le di un golpe, y se quedó
Bailando la pataleta.
A cuyo tiempo llegó,
La justicia, y me amonesta
Que me entregue á la prision
Por voluntad ó por fuerza.
Dijeles que no queria,
Y sacando mi vihuela,
Comenzámos á danzar
Una jácara de cuenta
Di la muerte á un alguacil
Porque atrevido se arresta
A prenderme, pero fué
En vano su diligencia;
Y á un escribano tambien
Le alcancé con violencia
Una estocada, y tomó
El suelo por cabecera.
En verdad que no pensé
Salir bien de esta refriega,
Si no es por un extremeño
Que compasivo se llega
A guardarme las espaldas;
Y yo de cólera ciega,
A cuál derribo, á cuál mato,
Y finalmente hice puerta
Para escaparme y salir
Con tres heridas pequeñas.
El valeroso Alejandro
Me siguió, y en una cueva
Pasámos aquella noche,
Y ántes que el alba viniera
Nos llevaba un barquichuelo
Al puerto de Solobreña.
Corrimos las Alpujarras,
Y en la villa de Alcolea
Nos hallámos sin dinero
Ni cosa que lo valiera.
Entrámos en una casa,
Y á una señora de prendas,
Con una industria muy rara,
La quitámos en moneda
Hasta cuatro mil ducados.
¡Que no fué muy mala presa!
Campámos algunos dias
Haciendo tantas vilezas,
Que todo nuestro cuidado
Era espulgar faldriqueras.
A Cartagena volvimos,
Y á una pobre tabernera
La quitámos cien ducados,
Dejándola medio muerta.
Llegámos á Montegica,
Y en lo alto de la sierra
Hallámos á un sacerdote
Que pasaba en una yegua
Caballero, y lo metimos
En lo áspero de una breña;
Al tiempo de registrarle
Compasivo se lamenta,
Diciendo: — No me mateis,
Amigos, que yo quisiera
Traer á vuestro servicio
De este mundo la riqueza:
Veis aquí dos mil ducados.
Y en pago de su fineza
Lo dejámos maniatado
Sin alguna resistencia
En el monte de Archidona
Cogimos una calesa
Con un caballero noble
Y una señora discreta;
Lleguéme á él y le dije:
— Baje usted al punto á tierra,
Que quiero que me confiese
El oro y plata que lleva. —
Sacó al punto una pistola,
Para tirarme con ella,
Mas no quiso la fortuna
Que diese lumbre la piedra;
Y arrojándome atrevida,
Con inhumana fiereza
Le di cinco puñaladas,
Y la señora se queda,
Viendo la triste desgracia,
Mas pálida que la cera,
Que podrian sus suspiros
Ablandar las duras peñas.
Enternecióme su llanto,
Y mi compañero llega
A despojarla, mas yo
Le dije que no lo hiciera;
Y volviendo al caballero,
Le hallámos en la maleta
Ochenta y cuatro doblones,
Con mas de ciento y cincuenta
Ducados en calderilla,
Con alguna plata entre ella.
Recogímoslo, y al punto,
Caminando á toda priesa,
Entrámos en el rio Gordo,
Y la justicia que llega,
Donde sin poder valernos
Nos aprisionan y cercan
En un meson, y entónces
Mi compañero intenta
Defenderse, mas no pudo
Porque el pecho le atraviesan.
Con el trabuco yo sola
Hice tanta resistencia,
Que para prenderme hubo
Muertos y heridos cincuenta.
Finalmente me apresaron,
Y maniatada me llevan
A la ciudad de Granada,
Donde la justicia recta
Castiga haciendo justicia,
Para que tomen enmienda.
Me sacaron á la vista,
Y yo puesta en la presencia
De tantos señores nobles
Que mandan, rigen, gobiernan,
Confesé todas mis culpas
Como referidas quedan,
Y postrada de rodillas
Les dije desta manera:
— Señores, yo soy mujer,
Y mi nombre es Espinela,
De esclarecido linaje. —
Con que la Sala se queda
Suspensa; mas luego al punto

Me leyeron la sentencia
De que pague en un garrote
Las cometidas ofensas.
Y pasados los tres dias,
A voz de pregon me llevan
Hasta la plaza Mayor,
Donde la muerte me espera.
Y ya puesta en el suplicio
Pidiendo al Señor clemencia,
Invoqué á la Virgen pura
Diciéndola : —¡Sacra Reina,
Madre de misericordia,
Dulce y abogada nuestra!
Suplicadle á vuestro Hijo,
Que por su amor me conceda
El perdon de mis pecados...—
Esto dijo, y con violencia
Llegó la homicida parca,
Y el cuerpo sin alma queda.
Escarmentad, pecadores,
Mujeres, vivid alerta,
Que á quien anda en malos pasos,
Este es el fin que le espera.

(*Espinela*, Pliego suelto.)

1331.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO, NATURAL DE LA CIUDAD DE LUCENA. — I.

(*Anónimo.*)

Tiemble de mi nombre el mundo,
Y estremézcanse los vientos,
Atemoricese el orbe
Y los hombres mas soberbios;
Porque si digo quien soy,
Tengo formado concepto
Que no hay valiente ninguno
A quien yo no cause miedo.
No vale nada Benet [1],
Ni Corrales, ni Escobedo,
Ni Escábias, ni Pedro Gil,
Ni Gordillo, ni Juan Bueno,
Pedro Ponce, ni Carrasco,
Sebastian Gil, ni Cañero,
Ni ménos Martin Muñoz,
Porque, aunque valientes fuéron,
A vista de mis arrojos
Sus hechos se oscurecieron.
Pero ¿para qué me canso,
Si soy tigre en lo soberbio,
Si leon en valentía,
Y una fiera en lo sangriento?
Francisco Estéban me llamo,
Y arrogante considero
Que tendrán todos bastante
Para ver que todo es cierto.
En la ciudad de Lucena,
Cuyos timbres van de aumento
Por su clima y por sus hijos,
Dándoles Céres sustento,
Dándoles Marte valor
Y Minerva lucimiento :
En esta noble ciudad
Nací de padres gallegos,
Y porque me ejercitase,
A un oficio me pusieron;
Mas el maestro me dió
Una zurra por travieso,
Y le apedreé la puerta
Saliéndome al punto huyendo;
Y en la ciudad de Jaen
Me dieron plaza en un tercio.
A Cataluña pasé
A mi Monarca sirviendo,
Donde tomando las armas
Hice tan notables hechos,
Que alcancé á muy pocos dias
El empleo de sargento
Lo serví unos once meses,
Y sobre dos que se huyeron
Me ultrajó mi capitan
Adonde todos lo oyeron :
Yo, que soberbio miraba
A cualquiera con desprecio,
Lo desafié una noche,
Y á dos cabos mandó luego
Me prendan, y á cuchilladas
Hice que fueran huyendo.
Pasé á Alicante, á ocasion
Que habian llegado al puerto
Las galeras de Cerdeña,
Y en ellas mi plaza siento,
Donde hallé muchos amigos
De Lucena, y con aliento
Pasámos a Cartagena,
Donde una noche, siguiendo
Los pasos de mi fortuna,
Con una mujer me encuentro,
Y un chiquillo de la mano,
Que me dijo : —Caballero,
Aqueste hombre me persigue,
Ponga usted á ello remedio.—
Díjele : —Señor hidalgo,
Tenga usted mas miramiento,
Y con las pobres mujeres
Nunca se pase á ser necio.—
Respondió que no queria,
Y que á mí ¿qué me iba en ello?
Mas con un tercerolazo
Le dí la respuesta, á tiempo
Que la mujer por delante
Se puso, la paz pidiendo;
Y hombre, mujer y muchacho
De un tiro quedaron muertos.
Retiréme á mi galera,
Y despues por mi provecho
Di en tratante de tabaco:
Corrí de Valencia el reino,
Y volviendo á Cartagena,
El Gobernador severo,
Viendo el fraude que yo hacia,
Me sale armado al encuentro,
Y entrándose en mi posada,
Me cogen y llevan preso.
Mas sucedió en mi favor
Hallarse allí Juan Romero,
Y como hijo de la patria,
Fué en los arneses tan diestro,
Que los guardas y alguaciles
Iban cual moscas huyendo.
Quedáronse los caballos
Y las cargas en empeño,
Porque me las embargó
El Gobernador, diciendo
Que ya que no me prendia,
Que me cortaba los vuelos.
Supe que en su caseria,
De mulas habia un juego,
Que estaban dándolas verde;
Se las quité, y al momento
Le escribí que las tenia,
Para recobrar el precio
De los caballos y cargas;
Mas metióse en este empeño
El cuatralvo que se hallaba
En esta ocasion al puerto.
Me volvieron los caballos
Y luego un vale me hicieron.
A Málaga di la vuelta,
Y por ella me paseo;
Donde supe que campaba
Boca-Negra, y con aliento
Lo desafié una noche :
Salimos donde, riñendo,
Quedó herido mi contrario,
Y quise dejar el duelo
Hasta que se hubo curado;

Y segunda vez al puesto
Salimos, donde quedó
De mi valor satisfecho,
Pues segunda vez llevó
Agujereado el pellejo.
Fuíme á Granada, por ver
Un hombre á quien fama dieron
Del Guapo de Santaella,
Y sin reparo busquélo.
Lo saqué desafiado,
Y á los primeros encuentros
Pidió confesion, y yo
Me ausenté al punto, sabiendo
Que me buscaba la Sala
Con recato y con anhelo.
Me fui por fin á la corte,
Donde en tres meses riñeron
Seis guapos en desafío
Conmigo, en sitios diversos.
Díle una vuelta á Lucena,
Y desde allí pasé al reino
De Jaen, donde casé
Por tener algun sosiego.
Mas en las carnicerías
Sucedió un donoso cuento,
Que un garduño de las bolsas
Iba la mano metiendo
Para agarrarme la mia;
Mas yo con mucho silencio,
Con el rejon, dije: —Amigo,
Remédiese con aquesto.—
Le eché las tripas afuera,
Y luego con paso lento
Me fui; y de allí las justicias
Sobre unas cargas quisieron
Descaminarme; mas yo
Hice que fuesen huyendo.
Con el tabaco y la sal
Tuve mi mantenimiento,
Y por ser Jaen gran charco
Otro busqué mas pequeño.
Entónces me mudé á Cabra,
En donde estuve viviendo,
Y con otros alentados,
Viajes hacia al Puerto,
Donde, sin sacar despacho,
Todos fuéron tan atentos,
Que nunca tuve embarazo,
Ni los que conmigo fuéron.
Me pasé á Cádiz un dia,
Donde á cierto almacenero
Once cargas de tabaco
Compré, con mis compañeros.
Hubo soplo, y al salir,
Descuidados nos cogieron:
Vendiéronse los caballos
Y quedámos sin remedio.
Dejé pasar unos dias,
No muchos, y al cabo de ellos,
Con las armas, en la casa
Del Gobernador me entro.
Eché la llave y subí
Mi trabuco previniendo,
Y dije: —Señor hidalgo,
Yo vengo por el dinero
Que importaron los caballos
Y las cargas, porque es cierto
Que estoy tan pobre, que ya
Casi qué comer no tengo;
Y esto sin réplica sea,
Porque yo vengo por ello.—
El hombre, todo turbado,
Sacó al instante el dinero
En doblones, y pagó,
Y quedámos despues de esto
Amigos para otra vez.
En Puerto Real, me acuerdo
Que el arrendador de allí
Quiso embarazarme, y luego
Que hube sacado las cargas,
Fuíme á su casa corriendo.
Pregunté si estaba en casa;
Las mujeres respondieron:
—Sí, señor; mas vuelva usted,
Porque ahora está durmiendo.—
Entré en una sala baja,
Donde tenia su lecho,
Y con un tercerolazo
Allí me lo dejé muerto.
Sucedióme en el camino,
Que faltándome el dinero,
En la venta donde estaba
Me reventaba el ventero
Porque pagara la costa,
Y paguéla tan de presto,
Que á la otra vida volando
Se partió, dejando el cuerpo.
Supe que Diego Ruiz
Y todos mis compañeros
Pretendian el indulto;
Por aquietarme, intentélo;
Mas el señor Presidente
A todos negocia, ménos
A mí, pues dijo tenia
Embarazo para ello.
Fuí á Granada, y en su casa
Con su persona me encierro.
Dijo —¿qué se me ofrecia?—
Respondí: —Señor, yo vengo
A saber por qué razon
Se me niega mi remedio;
Yo soy Estéban el Guapo,
Ese leon que es tan fiero,
Y si no voy indultado,
Seré terror de este reino.—
Quiso enviar dos criados
A la calle, y estorbélo.
Díjome entónces: —¿En qué,
Estéban, servirte puedo?—
Y yo respondí: —Señor,
A lo que arrestado vengo,
Es á pedir que se quemen
De mis causas los procesos.—
Y él replicó: —Pues, Francisco,
Si ese solo es vuestro empeño,
Vedlo, que aquí á vuestra vista
Los consume en llama el fuego;
Mas á Ceuta por dos años
Por mí y por vos iréis luego.—
Fuíme á Ceuta por dos años,
Y en salidas que se hicieron,
Clavé las piezas al moro,
Y como me descubrieron,
Sobre mí todos se arrojan,
Y con el agua á los pechos
Me embarqué para volver
Al presidio; pero presto
Me enfadé de estar en Ceuta:
Quitéle el barco á un barquero,
Con que pasámos á España
Seis ó siete compañeros.
Volvíme á mi contrabando,
Y hallándonos en el Puerto,
Supe que algunos decian
Que sacaba yo sin riesgo
El tabaco, por llevar
Conmigo gente de aliento.
Tomé un saco, y por las calles
Iba como un costalero,
Diciendo: —¿Compran tabaco?
Y ningunos me tosieron.
Despues en Cabra vivia,
Públicamente vendiendo
Tabaco y sal por las calles,
Y tambien tenia un puesto,
En donde vino vendia
Sin pagar ningun derecho.
Los serranos de Lucena

A aquella villa vinieron,
Queriendo tambien vender,
Como yo lo estaba haciendo.
Entré y quebré las medidas
Derramando por el suelo
El licor de los pipotes,
Y ellos cuando lo supieron,
Al puesto que yo tenia
A hacer lo mismo se fuéron.
Acudí con la noticia,
Cerrando con todos ellos,
Y valientes como Alcides,
Con tal fuerza me embistieron,
Que lastimado quedé,
Poniéndome en cura luego.
Supo el caso la justicia,
Y cogiéndome en el lecho,
Me llevaron á la cárcel,
Y diligencias hicieron
Por privarme de la vida;
Mas tuve buenos empeños,
Y á las galeras de España
Me echan á remar sin sueldo.
Y en otra segunda parte
Proseguiré mis arrestos.

(*Francisco Estéban*, etc. Pliego suelto.)

¹ Este y los demas nombres que le siguen son de bandoleros y sugetos célebres por su arrojo y costumbres desaforadas, los cuales fuéron contados en otros romances, ó puestos en escena por poetas dramáticos. A tal punto de degradacion habia llegado aquel pueblo libre, fiero y caballeroso, que en tiempos anteriores solo oia y cantaba el heroismo del Cid y otros célebres capitanes que derramaban su sangre en defensa del patrio honor. ¡Qué diferencia de tiempos! En unos se entusiasmaba el pueblo con las historias de Fernan Gonzalez, con las fábulas de Amadís de Gaula; en otros con las leyendas de falsos milagros, y con los desafueros de Francisco Estéban.

1332.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO. — II.

(*Anónimo.*)

Desde donde empieza Europa
Hasta su término y cabo,
No campe ningun valiente;
Escondan su espada y brazo,
Tiemblen al oir mi voz,
Y lo que mas les encargo,
Que con silencio me escuchen,
Y les diré en breve rato
Del guapo Francisco Estéban
Lo valeroso y bizarro.
Ya saben que su ejercicio
Era andar al contrabando,
Y que en toda Andalucía
Los ministros le temblaron,
Porque no jugaba burlas,
Ni hombre de malos tratos
Alcanzó á comunicarle,
Fuese bueno, ó fuese malo.
Dejo guardas de millones
Y ministros de tabaco,
Porque estos nunca tuvieron
Con Estéban buen despacho:
Los soplones, cuando andaba
Por el mundo, eran contados,
Porque se holgara encontrar
Un soplon bien mal tratado:
Jamas llegó á pedir cosa
Que no le fuera otorgado.
Andando de aquesta suerte
Con otros acompañado
Por Andalucía y otros
Reinos, vendiendo tabaco,
Llegaron un dia á Cádiz
En ocasion que diez barcos
Desembarcaban en tierra
Tabaco, donde ajustando
Estéban cuarenta cargas
Para él y sus paisanos,
Salió por cabo de todos,
Y la España atravesaron
Hasta llegar á Valencia,
Donde no habiendo despacho,
Pasó á Aragon, y una noche,
Junto á la villa de Grados,
Yendo Estéban muy seguro,
Tropezó y cayó el caballo,
Y se lastimó una pierna:
Sus amigos lo llevaron
Al lugar, y en él quedó
Para ser allí curado.
Sus compañeros salieron
Para despues aguardarlo,
Llegaron á Zaragoza
Sin susto, no imaginando
De que fuesen detenidos;
Pero estando descuidados,
Llegaron mas de cien hombres
Y el Gobernador por cabo.
Les embargaron las cargas,
Diez de ellos aprisionaron,
Los demas, puestos en fuga,
Muy en breve se escaparon.
Llevan los diez á la cárcel,
Y las cargas y caballos
Los llevaron á la plaza
Y al pregon se despacharon.
Repartió el Gobernador
Entre guardas y escribanos
La cantidad, y á su casa
La mayor parte ha llevado.
Vamos ahora á los presos,
Que al tiempo que les tomaron
Declaracion, fué forzoso
Que confesasen de llano,
Diciendo: —Francisco Estéban
Es de las cargas el amo,
Y si es que á saberlo llega,
Lo sentirá, que es un rayo.—
Replicó el Gobernador:
—¿Eso decis? Pues es claro
Que si llegara á cogerlo
Lo pusiera entre dos palos;
Y si no, si acaso hay
Quien me lo ponga en las manos,
Mil doblones le prometo,
Solo por ver ese rayo
En mi presencia, que tiene
El mundo atemorizado.
Oyen los presos el dicho,
Y al punto un propio enviaron,
Noticiándole á Francisco
Cuanto el juez habia hablado.
Tomó la carta y leyóla
Dentro la villa de Grados,
Y bueno de sus achaques
Tomó armas y caballo,
Y partiendo á Zaragoza,
Dispuso un hecho bizarro;
Y fué, que á las doce en punto
Del dia, sin mas reparo,
Se fué á la casa de un cura,
Y con política hablando,
Le dice que le acompañe
Sin dilacion, que le ha dado
Un accidente á un amigo
Y es preciso confesarlo;
Y sepa que tiene haberes,
Y es fuerza que haga inventario,
Porque de todos sus bienes
Haga finiquito y mando.
Siguióle el Cura de prisa,
Y buscando un escribano
Y un alcalde, se salieron
A la calle todos cuatro,
Cura, Escribano y Alcalde,

Y sin caer en el chasco,
Siguen á Estéban y llegan
Con el paso acelerado
A cas del Gobernador
Los tres, sin pensar el caso.
Llegó, y tocando á la puerta,
Un criado se ha asomado
A la ventana, y le dice:
—Avisa presto á tu amo;
Dile que quieren hablarle
Cuatro personas de garbo.—
Subió el paje y se lo dijo,
Y el Gobernador bajando
Los recibe en una sala,
Y con política hablando,
Les hizo los cumplimientos;
Mas Francisco con cuidado
Las puertas de dicha sala
Cerró, y las llaves tomando
Metiólas en su bolsillo,
Y su trabuco montando,
Ha dicho al Gobernador:
—Por saber que ha deseado
Ver Useñoría á Estéban,
Y que le tiene mandado
A aquel que se lo entregare,
Mil doblones, me ha obligado
A ponerme en su presencia
Y á obedecer su mandato.
Ahí le traigo un confesor,
Un alcalde y escribano;
Uno para el testamento,
Otro para el inventario,
Y otro para que sus bienes
Disponga como cristiano,
Porque sé que á Useñoría
Mortal accidente ha dado,
Y porque salve su alma
Esta prevencion le traigo:
Esto será si me niega
El dinero que ha mandado,
Que juzgo son mil doblones;
Y tambien lo que montaron
Los caballos y las cargas,
Y por los aprisionados.
Despácheme cuanto ántes,
Porque yo no estoy despacio,
Y estos señores querrán
Ir á descansar un rato.
Yo no querré nada ménos,
Que he venido caminando
Toda esta noche pasada
Por darle este deseado
Gusto á Usía, y juntamente
A obedecer su mandato.
No haya excusa en lo que pido:
Si la hay, ¡por los sagrados
Cielos, que con mi rejon
Y este cometa, este rayo,
Volcan seré que os abrase
Dentro de este mismo cuarto!—
Aquí remató Francisco:
Y el Gobernador, temblando,
Le respondió que al instante
Sería todo pagado.
Y sin detenerse en nada
Fué á un escritorio, y sacando
En oro todo el dinero,
Metió Francisco la mano,
Diciendo: —Ajuste primero
El precio de los caballos,
Que el tabaco vendrá luego,
Pues no lo traigo ajustado.—
Y dice el Alcalde: —Amigo,
¿Valdría cada caballo
Cincuenta reales de á ocho?—
Y Estéban le dijo:— ¡Paso!
Ménos de sesenta pesos
No tomaré ni un ochavo;
Y aquesto es unos con otros,
Y aun cortesía le hago
Al señor Gobernador,
O le meteré en cuidado.—
Y el Gobernador le dijo:
—Aquí está el monton, contadlo.—
Apartan la cantidad,
Y entran en la del tabaco.
Le dice el Alcalde: —Amigo,
¿Se ha de ajustar librado?
—Sí, señor, responde Estéban.
—Pues bien, sea á real de á cuatro
Cada libra.—No, señor;
De doce reales abajo
No lo doy, que lo tenia
A ese precio despachado.—
Y cuando todo el dinero
Estéban vió numerado,
De los caballos y cargas,
Dijo: —Solo lo mandado,
Que juzgo son mil doblones,
Es ahora lo que aguardo,
Pues no es justo de que falte
Un hombre de tanto garbo
A su palabra; y por fin,
A mis amigos amados
Tres leguas de la ciudad
Espero sin intervalo,
Porque si no, les prometo
Al Cura y al Escribano,
Alcalde y Gobernador,
Que sus vidas serán pago,
Porque al rigor de mi furia
No habrá quien le ataje el paso.
Temblando el Cura y Alcalde,
Gobernador y Escribano,
Le dicen vaya con Dios,
Que van todo á ejecutarlo.
Estéban salió á la calle,
Quedándose todos cuatro
Pasmados de la osadía
Y hecho tan desaforado.
Alcalde, Escribano y Cura,
Al Gobernador dejando,
Se salieron á la calle
Y á la cárcel van de paso:
Echaron fuera los presos
Libres de todo despacho.
Hubo noticias muy ciertas,
Que al Gobernador curando
Estuvieron mas de un mes,
Del susto; y á Estéban paso,
Que así que sus compañeros
A su presencia llegaron,
Les contó lo sucedido,
Y quedaron admirados.
Todos á voces decian:
—¡Viva el azote de guapos!
¡Viva quien tiene en el mundo
Sus hechos tan laureados,
Que no ha de haber quien iguale
A su rigor temerario!—
Entrególe á cada uno
Estéban, para un caballo,
Y el dinero de las cargas
Lo partieron como hermanos,
Y tambien los mil doblones
Que tomó por ser mirado.
Se pasó á la Andalucía,
Y este caso divulgado
Fué en la ciudad de Sevilla,
Dándole todos mil lauros,
Confesando de que Estéban
Fué solo del mundo el guapo.
Y en otra tercera parte
Referiré un caso extraño,
Que en las historias no se halla
Otro que iguale en lo raro;
Pues osadamente quiso

Exponerse á que, encerrado
En la ciudad de Granada,
Mano le hubieran echado;
Pues en casa el Presidente,
Con arrojo temerario,
Se metió; pero su brio
Le sacó bien de este caso.

(*Francisco Estéban*, etc. Pliego suelto.)

1333.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO. — III.

(*Anónimo.*)

Santo Cristo de la Luz,
Señor de cielos y tierra,
Desatad mi torpe labio
Y dad vigor á mi lengua,
Miéntras la tercera parte
Canto de Francisco Estéban.
Los que blasonan de guapos
Oigan, escuchen y atiendan
La hazaña mas prodigiosa
Que en las edades se cuenta.
Alcanzó á saber Francisco,
No sin alguna certeza,
Cómo Don Pablo Diamante,
Presidente de la excelsa
Sala del crimen, habia,
A quien le mate ó le prenda,
Ofrecido cien escudos;
Que informacion tiene hecha
De sus notables arrojos,
Valentías y proezas.
Con cuya noticia, al punto
Previno con gran presteza
Sus armas, y en un caballo
A Granada dió la vuelta,
Y entró por el Triunfo, á tiempo
Que están tocando á la queda.
Llegó á casa de Don Pablo,
Se desmontó, y de la rienda
Entró el caballo allí dentro,
Y con notable advertencia,
Por estar mas á su salvo,
Cerró la puerta primera.
Llegó al porton, y tocando
Cuatro ó seis golpes apriesa,
Ha salido un paje á abrir,
Que á diez y ocho años no llega,
Diciendo: —¿Quién es quien llama?—
Respondió con diligencia:
—Dile, niño, á tu señor,
Que aquí está Francisco Estéban;
Y mira que vengas presto,
Porque aguardo la respuesta.—
Llevó á su amo el recado,
Y al oirlo se le hiela
La sangre, y el corazon
Palpita, y su pecho tiembla,
Que aunque no le ha visto nunca,
Sabe quién es, y recela.
Se quedó un rato suspenso,
Y ya recobrado, piensa
En lance tan apretado;
Pero duda que se atreva
Un hombre con tantas causas
A entrar en su casa mesma.
Le manda que suba arriba:
El paje baja y le lleva
Donde su señor le aguarda;
Mas aunque subió de priesa,
Dejó el postigo cerrado,
Sin que nadie lo advirtiera,
Dejando el caballo dentro
De la una y la otra puerta.
Así que entró por la sala
Donde Don Pablo le espera,
Diestro, liberal y pronto
Se le quitó la montera.
Don Pablo lo miró atento
De los piés á la cabeza,
Y con notable recato
Le dijo: —Siéntate, Estéban,
Que quiero que de tu vida
Me des relacion extensa,
Porque dudo que tus hechos
Sean como me los cuentan.—
Díjole Estéban: —Señor,
Si he de estar en su presencia,
Sentado no lo he de hacer,
En pié estaré, que es decencia.—
Replicó segunda vez:
—Buena política observas:
Siéntate; yo te lo mando,
Y es mi gusto que obedezcas.—
Sentóse, diciendo airoso:
—Perdone mi inadvertencia.
—¿Tienes padre?—dijo entónces
Don Pablo, y fué la respuesta:
—Sí, señor; vivo es mi padre,
Pobre, humilde, porque entienda
Que es la causa de que yo
Ande de aquesta manera.
—¿Tienes madre?—No, señor;
Dios la perdone, ya es muerta.
—¿Tienes hermanos?— Tres tengo,
Y á mí los tres se sujetan.
—¿Dónde casaste?—Y él dice
Con arte y no sin viveza:
—En la ciudad de Jaen,
Que es de su reino cabeza,
Cupido me birló de amores,
Y lo logró de manera
Que recibí por esposa
A la mujer mas dispuesta
Que ha nacido en muchos siglos
En valor y gentileza:
María Josefa se llama,
Y muy servidora vuestra.
—¿Tienes hijos?—Sí, señor,
Una hija, y desempeña
A su padre y á su madre
En lo hermosa y lo discreta.
—¿Qué edad tienes?—Y responde:
—Con muy poca diferencia
Tengo yo treinta y dos años,
Como mi persona muestra.
Y por último, señor,
No porque el riesgo me estreche,
Ni porque el temor me obliga
A venderos la fineza,
A tus piés estamos todos
Con muy rendida obediencia.
—Dios te guarde, que me obligas
Con atencion tan discreta;
Y cree que ya te he cobrado
Gran voluntad, y me pesa
Que un hombre de tu valor,
Como dice la experiencia,
Viva como fiera horrible,
Siendo estrago de esta tierra,
Sin temer á la justicia
Ni al cielo que te tolera.
Reforma tu vida, amigo,
Que recelo no la pierdas
O á manos de la justicia,
O al rigor de una escopeta.—
Estéban reconoció
Que le trata con cautela
En las razones que he dicho,
Por detenerle con ellas,
Por si vienen los ministros,
Que por instantes espera
Para rondar la ciudad,
Y lograr la diligencia
De prenderle; pero dió
Esta vez el golpe en piedra,

Porque Francisco tenia
Aseguradas las puertas,
Y con descuido, en la calle
Un amigo de Lucena,
Que conforme iban llegando
Los ministros á la puerta,
Le dicen cómo venian
A precisa diligencia,
Y ese hombre á su llamada
Respondia por una reja
Volviesen por la mañana,
Que no se abrian las puertas,
Porque su señor tenia
Destemplada la cabeza,
Y con tan buen expediente
Todos se van y le dejan.
Estéban, muy animoso,
Dijo, falto de paciencia:
—Señor Don Pablo, es preciso
El que Useñoría entienda
Qne soy como el cirujano
Que ha sangrado alguna vena,
Y en no dando en la cisura,
La sangre un golpe le pega.
Yo solo vine, señor,
A que haga borrar las letras
Que contra mi tiene escritas;
Y tambien quiero que sepa
Que he venido á suplicar,
Y no á pedirlo por fuerza.—
Viéndose pues precisado,
Y que los suyos no llegan,
Hizo cuanto le pedia,
Allí mismo en su presencia,
Diciéndole: —Ya estás libre,
Si me prometes la enmienda:
Mira tus obligaciones,
Que sentiré que te pierdas.—
Esto dijo, y le pregunta,
Con mas miedo que vergüenza,
Si traia muchas armas.
A lo cual respondió Estéban
Con grandísima frescura:
—Cuatro pistolas pequeñas
Aquí traigo, si le gustan
A Usía, sírvase de ellas,
Para que de mí se acuerde
Cuando á su vista las tenga.—
Don Pablo le presentó
De á vara dos escopetas
Con las llaves granadinas,
Los cañones de Valencia,
De fino marfil las cajas
Y de bronce las baquetas,
De plata tersa y bruñida
Los puntos y abrazaderas.
Mandó Don Pablo que al punto
Aderezasen la cena:
Cenaron, y luego manda
Que en una alcoba pequeña,
Como á su misma persona,
Le pongan la cama á Estéban.
Mas él, que tiene enemigos,
Como es justo que no duerma,
Metió la mano en su pecho,
Y en su interior dijo: —Venza
Primero la obligacion
Antes que la conveniencia.—
Y así, seco y desabrido,
Luego al instante comienza
A despedirse Francisco
De Don Pablo y Doña Elena,
De criados y criadas,
Cuantos en casa se albergan,
Que quiere que participen
Todos de su gentileza.
Acompañóle Don Pablo
Hasta que llegó á la puerta,
Adonde vido el caballo
Con otras cuatro escopetas.
Dijo Francisco, suspenso:
—¡Bien he salido de aquesta!—
Y el amigo de la calle,
Porque no lo conocieran,
Se retiró cuando oia
Que iban abriendo las puertas;
Con que á la villa de Cabra
Partieron con gran presteza.
Don Pablo no se acostó,
Porque pensando en la fiesta
Estuvo toda la noche
Con su esposa Doña Elena.
Los criados asustados
Del mismo modo se quedan,
Y habiendo ya amanecido,
Los ministros se presentan
A Don Pablo, y le preguntan
Si está bueno, y por respuesta
Les dijo habia pasado
Una noche no muy buena,
Porque ha tenido en su casa
Al guapo Francisco Estéban,
Quien le pidió que borrase
Sus causas, y que licencia
Llevaba para indultarse,
Y tambien dos escopetas
Que el capitan del alcázar
Le presentó con largueza.
¿Qué señas tiene? preguntan;
Y les responde: —Son estas:
El es hombre de dos varas,
Rojo, y la barba algo negra,
El rostro muy apacible,
Y la vista placentera;
Político, cortesano,
Y con muchas agudezas,
Que para informarme de él
Hice muy bastantes pruebas.
Es un segundo Pulgar,
Que en Granada nombre deja
Por la accion tan atrevida
Que en mi casa tiene hecha.
El es hombre sin segundo
En valor y fortaleza,
Cortés, como temerario,
Y agudo sin competencia.
No me pesa haberlo visto,
Aunque asustado me deja,
Porque tal brio y despejo
No es posible que otro tenga.
Y á fe que siento en el alma
Que un hombre de tales prendas,
Entre riesgos y peligros,
Ande de aquesta manera.—
Todos quedaron absortos
De accion tan rara y tan nueva;
Y seguiré en otra parte
Refiriendo sus proezas,
Si generosos perdonan
Las faltas que aquestas llevan.

(*Francisco Estéban*, etc. Pliego suelto.)

1334.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO. — IV.

(*Anónimo.*)

¡Oh soberano Señor,
Que sustentais tierra y cielo!
Gobernad mi rudo estilo,
Dad luz á mi entendimiento
Para que referir pueda
A mi auditorio discreto
Del guapo Francisco Estéban
El mas valeroso arresto.
En la ciudad de Antequera,
El Corregidor sabiendo
Lo que sucedió en Granada,

Al punto despachó un pliego,
Que al que Estéban le entregara
Le daria dos mil pesos.
Y Estéban, luego al instante
Que este caso le dijeron,
Atribuyéndolo á chanza,
No hizo caso, suponiendo
Todas sus causas borradas:
Dióle el corazon un vuelco,
Qué diria de él la fama
Si esta noticia teniendo,
No se arrojaba animoso;
Y dentro de sí diciendo:
—¿Dónde está el valor, Estéban?—
Sus armas previno, y luego
En un lijero caballo
Tomó el camino, y resuelto
A la ciudad de Antequera,
Disfrazado y encubierto
A eso de las oraciones
Llegó sin temer al riesgo.
Fué á ver al Corregidor,
Llamó á la puerta, y saliendo
Una criada, le ha dicho:
—Dile á tu señor, que un pliego
Le traigo de cómo tiene
A Francisco Estéban preso,
Y que si me hace el gusto,
Entraré, porque no tengo
Posada para esta noche.—
El Corregidor, que oyendo
Le estaba por una reja,
Bajó á la puerta al momento,
Diciéndole á la criada:
—Abre aquesta puerta presto.—
Entró Estéban, y el caballo
Dió de las riendas á un negro;
Lo entró en la caballeriza;
Y á Estéban recibimiento
Le hizo muy cortés y alegre.
Preguntó: —¿Cómo prendieron
A aquese Francisco Estéban?
¿No dicen que es leon fiero?
¡Pues, por lo que rijo y mando,
Ya que he llegado á cogerlo,
Ha de pagar las infamias
Que en todo este reino ha hecho!—
Díjole Estéban: —Señor,
En razon está bien puesto,
Que quien es desahogado
Lo pague; mas lo que quiero
Es quitarme aquestas armas;
Que algo fatigado vengo.—
Díjole el Corregidor:
—Pues este cuarto reservo
Para que vuestra persona
Lo ocupe, como hombre bueno.—
Despojóse de sus armas
Francisco junto á su asiento,
Y el Corregidor miraba
Coleto y armas atento.
Y él le dijo: —Señor mio,
Estas armas y coleto
Son las de Francisco Estéban,
Que el que hábito trae puesto
Parece ser religioso,
Aunque sea bandolero;
Y yo, trayéndolas puestas,
Pienso que á Estéban excedo.—
Entre unas y otras razones,
Las criadas previnieron
Las mesas, y se sentaron
A cenar; y en este medio
Dieron un golpe á la puerta.
Francisco, aunque se hace lerdo,
Sus armas no desampara,
Pues á su lado derecho
Las dejó, y su gran capote
Tiene sobre el hombro puesto.
Estando en esto, repara,
Y vió que la puerta abrieron,
Y seguidamente entraron
Diez y seis hombres; entre ellos
Iba el Alcalde mayor
Por cabo de ronda, y luego
El Gobernador le dijo:
—Mira el apercibimiento
Que á mi persona acompaña,
¿Qué hombre de mucho aliento
No rendirán tantos guardas
Y ministros?—¡Yo lo creo!—
Replicó entónces Estéban.
Tomaron todos asiento,
Y Francisco, como huésped,
Brindó con silla y cubierto,
Y ellos con gran cortesía
Correspondieron atentos.
Despues que hubieron cenado,
Estéban dijo: —Yo creo
Que toda esta gente armada
No pudiera causar miedo
Ni espantó á Francisco Estéban,
Porque es sobrado el aliento
Que le acompaña, y sin duda
Los pusiera en grande empeño.
—¿Qué es eso? dijo el Alcalde,
¿Qué ha habido ahora de nuevo?—
Díjole el Corregidor:
—Señor Alcalde, tenemos
Unas noticias felices:
Francisco Estéban es preso.—
Replicó el Alcalde, y dijo:
—¡Por Cristo, que no lo creo!—
Y dijo el Corregidor:
—¿No? Pues este caballero
Ha traido la noticia,
Proponiendo como es cierto.—
A lo cual dijo el Alcalde:
—Lo cogerian durmiendo,
Que de otra manera dudo
Que pudieran á él prenderlo.—
Replicó Estéban entónces:
—Sea despierto ó durmiendo,
Lo que sé es, que está encerrado,
Y diez y siete hombres buenos
A su lado, y aun tambien
Un corregidor entre ellos
Y un alcalde, que no fian
De otro valor el empeño.
—Vos lo veriais despacio.—
Dijo Estéban: —¿Cómo verlo?
Tan visto lo vi, que juzgo
Que aun ahora lo estoy viendo.
—¿Qué género de hombre es ese?
¿No ha podido conocerlo?—
Díjole entónces Estéban:
—Pues ántes de mucho tiempo,
Si os hago aquí la pintura,
Habeis de tenerle miedo;
Y si no, dénme licencia
Vuesas mercedes, que quiero,
Ya que me traje sus armas,
Ponérmelas, que respeto
Causaré al que las mirare.—
Dijo el Corregidor: —Luego,
Al instante os las poned.
—Pues si la licencia tengo,
Tomo primero la charpa,
Pues tengo puesto el coleto;
Póngome cuatro pistolas,
Ya os he dicho son del mesmo;
Pongo el rejon en el cinto,
Este trabuco prevengo
Para tenerlo en la mano
Montado, pues es el mesmo
Que traigo siempre conmigo.
¿Traigo he dicho? No es de miedo;
Que con este desahogo

De estar el papel haciendo,
Me pareció ser el mismo,
Y así no tengais recelo.
Tenia Francisco Estéban
Cuando dicen lo prendieron...
¿Dicen, he dicho? Voy mal;
Porque he dicho soy el mesmo,
Teniendo puestas sus armas.—
Y el Gobernador, que atento
Estaba, al punto responde:
—Si habeis dicho sois el mesmo,
Que hableis de cualquiera suerte,
Os hemos de estar oyendo.
—Pues haced cuenta, señores,
De que en lo que toca al cuerpo,
En el suyo y en el mio
No hay de diferencia un pelo.
La vista suya es alegre,
Aunque su rostro es severo;
Cortesano, lo que cabe;
Discreto, sin par al cuento;
Tiene agudezas muy muchas
Y habilidad en extremo;
Amigo es de sus amigos,
Y en sus acciones atento.
Es galan por su persona,
Su hablar en todo halagüeño,
Sus armas, ya las mirais;
Su ropa, ya la estáis viendo;
Porque su capa y montera,
Su capote y el coleto,
Calzones, mangas, botines
Y zapatos tengo puestos;
Mas lo que hay de diferencia
De mí á él es, proponeros
Hasta aquí, que estaba ausente,
Y ya encubrirlo no puedo.
Yo soy el mismo que he dicho:
Yo soy Estéban, que vengo
Arrestado á que me dé
El Corregidor, en premio
De mi mucha libertad,
Al punto aquí, dos mil pesos
Que ofreció por mi persona;
Y entienda que si el arresto
Muy desahogado ha sido,
Es porque sepa mi aliento,
Que solo y acompañado
Sabré salir del empeño.
Ea pues, señores mios,
Manos á la obra; contemos
Al momento esos doblones;
Sin réplica sea esto.—
Los sacó el Corregidor,
Y Estéban metiólos dentro
De su bolsillo, y ha dicho:
—¿Sabe Usía lo que quiero?
Que por todos los lugares
Mande recoger el pliego
Que ha despachado, y advierta
Que soy leon en lo fiero.
Tráiganme el caballo al punto;
Desocupen al momento
El cuarto, y déjenme solo,
Y si no, viven los cielos,
Que á incendios de aqueste rayo
Quedarán cenizas hechos:
Quítense de mi presencia.—
Y huyendo todos salieron
A las razones que dijo,
Porque tenia recelo
Cada cual, que le tocase
Una centella de fuego.
Le trajeron el caballo,
Montó en él, y en un momento
Salió al medio de la calle,
Diciendo: —Mañana espero
En la ciudad de Lucena,
Que envien por el dinero.—
Volando se fué á su patria,
Y al cabo de mes y medio
Viendo que el Corregidor
No envió por el dinero,
Pensando entre sí, decia:
—¿Qué se dirá de mi aliento,
De mi fama y buen vivir
Si los doblones no vuelvo?
Dirán que por la codicia
Me atreví á hacer el arresto.—
Volvióse un dia á Antequera
Sin temor y sin recelo,
Y como de las entradas
Estaba ya satisfecho,
Fué y le habló al Corregidor,
Y le dió los dos mil pesos,
Diciéndole: —Useñoría
Perdone el atrevimiento,
Porque un hombre apasionado
Determina cualquier yerro.—
Díjole el Corregidor:
—Francisco, de tus arrestos
Estoy muy bien informado,
Y en lo que toca al dinero
Que ha salido de mi casa,
Llévalo, que no lo quiero.
Dineros y mi persona
A tu mandato lo ofrezco;
Tendrás en mí un fiel amigo.
—De Useñoría lo espero;
Y en fe de eso, la licencia
Pido.— Despidióse luego,
Y partió alegre á su patria,
Donde con gusto lo dejo.
Y en la otra postrera parte
Daré fin á sus arrestos,
Diciendo cómo la parca
Lo tuvo bajo su imperio,
Y de él cobró el tributo
Que todos pagar debemos,
Pues su rigor no perdona
A cobardes ni á resueltos.

(*Francisco Estéban*, etc. Pliego suelto.)

1335.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO. — V.

(*Anónimo.*)

Explique mi lengua torpe
En acentos mal formados
El trágico fin y muerte
De este leon africano,
De este pasmo del valor,
De este relámpago y rayo,
Miéntras templados buriles
Esculpen en bronce y mármol,
Para memoria en los siglos,
Hechos tan adelantados.
Ya dije en la tercer parte
Cómo Estéban precisado
Se vió á arrojarse á Granada
Con ánimo tan bizarro,
Que igual no se ha conocido
En la rueda de los años,
Y que el señor Presidente
Quedó tan maravillado
De su político estilo,
Que se convino en librarlo.
La cuarta, que en Antequera
Se arrojó muy temerario,
Habiendo el Gobernador
En su distrito mandado
Lo prendieran, y daria
Dos mil pesos de contado;
Pues se le puso delante,
Dejando atemorizados
A todos los de la casa.
Y sabidos estos casos,

Déjolos, y voy á dar
Remate á lo comenzado.
Se hizo público en España
Cómo fué por sus desgarros
El guapo Francisco Estéban
A galeras sentenciado;
Pero le duró muy poco,
Que, mañoso y arriesgado,
Para sacar el grillete,
Un carcañal se ha cortado,
Y con una lancha á tierra
El y otros se pasaron.
Sabido en Andalucía
Cómo habia quebrantado
Las galeras, al instante
Las justicias le temblaron.
Por vivir mas á sus anchas,
A Lucena se ha pasado,
Donde causas no tenia;
Y echándose al contrabando,
Vivió dos años gustoso,
Como dicen, con descanso.
Mas ¡oh justa Providencia,
Que cuando mas olvidados,
Despues de muchos auxilios,
Nos castiga el justo brazo!
Mas esta débil materia,
Como formada de barro,
Al hombre olvidar le hace
El fin para que es criado,
Que es para servir á Dios
Y despues sin fin gozarlo;
Y en los deleites del mundo
Aquel que se ha encenagado,
Sin mirar el precipicio,
Sigue su locura ufano.
Así Francisco vivia
De la muerte descuidado,
Como si inmortal viviera,
Siendo así que muere el santo,
El rey, el sabio, el mendigo,
El valiente y desalmado.
Lúnes nueve de noviembre
Del año finalizado
De mil seiscientos y cinco,
Sin recelo y sin cuidado,
Entró en la dicha ciudad,
De la parca fulminado,
A cumplir en un minuto
Su destino, deuda y astro,
De la villa del Campillo
Un tal Benito Velasco,
En ocasion que Francisco
De su soberbia llevado,
Tuvo un mediano disgusto
Con un mancebo alentado,
A quien Cárlos de los Reyes
Por nombre y señas le han dado.
Hallóse en esta ocasion
De Lucena un mozo honrado
Que llamaban Juan Romero;
Y como mozo de garbo,
En el duelo y la quimera
Entre los dos ha mediado.
Pasó Francisco á su casa,
Del suceso descuidado;
Mas en la calle encontró
A Benito y otros cuatro,
Y dióles la bienvenida
Con valor y con agrado.
Dijo Francisco á Benito,
Como amigo preguntando:
—¿Qué aire os trae á esta tierra?—
Y él le respondió algo bajo:
—Unos negocios del Rey,
Amigo, son los que traigo.—
Tuvo ya algunas sospechas
Por hallarse pregonado,
Y hácia una casa de vino
Se lo llevó á convidarlo.
A tiempo de ir á beber,
Benito le dijo: —Hermano,
De ese coleto que tienes
Estoy muy aficionado,
Y me lo tienes de dar,
Daréte este mio en cambio.—
Bebió Francisco, y le dijo:
—Bebe, que en aqueste caso
El coleto y la persona
Lo tienes á tu mandado,
Y las armas, porque á mí
Ya me sirven de embarazo.—
Bebió Benito, y Francisco,
Entre sí considerando
Si lo vendria á matar,
Segun las muestras ha dado,
A la calle se salieron,
Y los cuatro se apartaron.
Y entre Francisco y Benito
Anda el demonio enredado.
Díjole Benito á Estéban:
—Si se ha de hacer ese cambio,
En este zaguan entremos,
Y quedará negociado.—
Mas Francisco con cautela,
Entre sí considerando
Que siempre el que da primero
Suele ser mas bien librado,
Hizo que se rebozaba,
Y una pistola montando,
Al revolverse á escupir,
Tiró con presteza el gato,
Y por las mismas quijadas
Le dió tan fuerte balazo,
Que mas menester no hubo
Para quitarlo de gastos.
Y viendo que en pié quedaba,
Le ha dicho disimulado:
—¿Qué, de esa suerte quedais?—
Y entónces se ha trastornado.
Como en el suelo cayó,
Dijo desembarazado:
—Afuera, perros, que ya
Todo mi intento he logrado.—
Hácia su casa se fué,
Donde sus armas tomando,
Sacó el caballo, y echó
Su pipada de tabaco.
De su mujer se despide,
Y á pocos pasos andados,
Se acordó se le quedaban
La municion y los frascos.
Volvió á su casa por ellos,
Y á su mujer así ha hablado:
—Quita esos trastos de en medio
Porque á un pícaro he matado,
Y si viene la justicia,
He de matar tres ó cuatro.—
Se fué á una taberna, donde
Me lo dejaré brindando,
Miéntras que de Juan Romero
Digo sus hechos y pasos;
Pues como quedó en su casa,
Se ha despedido de Cárlos,
El cual se fué á su posada,
Y él se quedó acomodando,
Sin prevenir para qué,
Sus armas y su caballo.
Y pasado un rato breve,
Le dió el caballo á un muchacho,
Que se lo saque á la huerta,
Porque quiere pasearlo;
Mas en la calle le han dicho:
—Oiga usted lo que ha pasado:
Francisco Estéban mató
En este instante ahí abajo
A un hombre que me parece
Que usted mucho lo ha estimado.

Dijo Romero: —¡Jesus!
Que lo quiero como hermano;
Ese es mi compadre Reyes,
Porque han tenido un enfado,
Y yo los apacigüé;
Y pues que me ha quebrantado
El pacto de la amistad,
¡Vive Dios, he de matarlo!
Hácia casa de Francisco
Se encamina, fulminando
Rayos; fuegos y centellas
Por los ojos va brotando;
Quisiéronle detener,
Pero á todos salió en vano.
Llegó Romero á la puerta
Del que estaba descuidado,
Como he dicho, en la taberna,
Muchos saludes echando;
Dió en la puerta dos patadas,
Y al ruido se ha asomado
La mujer á la ventana.
—¿Dónde está Francisco el Guapo?
La preguntaba Romero:
Sepa que vengo á matarlo.
—No está en casa, respondió,
Que salió con su caballo;
Pero no lo matará,
Que Estéban aun tiene manos.—
Quiso Romero volverse,
Y en este tiempo ha escuchado
En el cabo de la calle
Herraduras de caballo.
Dijo la mujer: —Ya viene;
Velo allí, si ha de matarlo.—
Se puso en planta al instante;
Y lió la capa al brazo,
Diciendo: —¡Traidor, aleve!
¡Cómo vilmente has quitado
La vida al mejor amigo,
Y un hombre de tanto garbo?—
Dijo Francisco: —Y á ti.—
Y Romero ha replicado:
—Sea la tuya ó la mia;
Ponte bien, que te disparo.—
Tiró del gato Romero
Habiendo bien apuntado,
Y por el medio del pecho
Le dió tan fuerte balazo,
Que del estribo quedó
Francisco Estéban colgado;
Disparóle luego otro,
Para mas asegurarlo.
Luego que lo vidó muerto,
El trabuco le ha quitado,
Diciendo: —Ahí te queda el mio,
Con este tuyo me pago;
Si hay quien tome la demanda,
Que salga; que yo le aguardo.—
Pero un religioso y otros
Le llevaron, de él tirando,
De Guzman hácia la casa,
Por ver si pueden quietarlo;
Mas sucedió que en la calle
Le embistió con sobresalto
El padre del ya difunto,
Y de suerte lo ha agarrado,
Que fué preciso apelar
A su rejon con cuidado.
Y viendo que le iba á dar,
Y que quiere acogotarlo,
Dícele: —A un viejo y caido
No dan los hombres de garbo.—
Dijo: —Por viejo te dejo.—
Y se refugió al sagrado.
Vamos ahora á Francisco,
Que en el suelo revolcado
Está, el asombro de Europa,
El que fué del mundo espanto;
Que todo el que á hierro mata
En el hierro hallará el pago.
Por ser muchos sus insultos,
La justicia echó de él mano,
Para ejemplo de los niños
Y escarmiento á desalmados,
Y con grillos y cadenas
En la cárcel lo afrentaron,
Adonde todos lo vieron;
Y los términos pasando,
Lo ahorcaron de la reja
De la carcel, y temblaron
Los corazones mas fuertes,
Al mirar tan duro caso,
Contemplando allí cadáver
Al que habia sido pasmo
Y susto de los valientes,
Teniendo el mundo asombrado.
Escarmienten los que viven
Sin freno, que el fin llegado,
El buen vivir tendrá cielo,
Y al infierno irán los malos.

(*Francisco Estéban*, etc. Pliego suelto.)

1336.

FRANCISCO CORREA.

(*Anónimo.*)

Oid, mancebos valientes,
Los que blasonais de guapos,
Los que andais con bizarrías
Ocupados todo el año
Con la espada y la rodela
Armados de punta en blanco.
Calle aquí Francisco Estéban,
Aunque fué tan alentado,
Y Don Agustin Florencio
No blasone de bizarro;
Cuelgue Romero la charpa,
Las escopetas y frascos,
Miéntras paso á referir
Los hechos y los estragos
Del mas valiente andaluz,
Y del tigre mas bizarro.
En la ciudad de Sevilla,
La mejor de los estados
Que nuestro monarca tiene
Debajo de su mandato,
Nació Francisco Correa
Para el azote de bravos,
De todos los jaquetones,
De valientes y de guapos.
Apénas ocho años tuvo,
A la escuela lo enviaron,
Y un dia por la leccion
Quiso ponerle las manos
El maestro; pero él
De la palmeta agarrando,
Se hizo afuera, y le tiró
En las narices un tanto,
Que se las deshizo, y luego
Voló á la calle de un salto.
Principio quieren las cosas,
Que así lo dice el adagio.
Creció en el tiempo y valor
Hasta los diez y seis años,
Siendo el respeto de todos
Y de los guapos espanto.
Viendo sus padres aquesto,
A Cádiz lo han despachado,
Y un dia estando en el muelle
Con su capa rebozado,
Se llegó un señor sargento
De España con otro gancho,
Diciéndole, si queria
Sentar plaza de soldado;
Y arrancando de un rejo
Repartió seis rejonazos,
Y con esto los dejó

A los dos agonizando.
Echó por una calleja
Poco a poco paseando,
Sin que ninguno supiese
Quién fué el autor de aquel daño
Se mantuvo algunos dias,
Viviendo ya con cuidado:
Despues tuvo un desafío
Con Don Iñigo Avendaño.
Por una discreta dama
Salieron los dos al campo,
Y arrancando las espadas,
Cada uno va procurando
Dar la muerte á su enemigo,
Astutos lances buscando,
Y aunque el otro era valiente,
Correa con mucho garbo
Dos estocadas le dió
En el sitio de un ochavo,
Bastantes para morir,
Y así lo dejó en el campo.
Por estos y otros motivos
Le fué preciso el amparo
De un convento que habia cerca,
De aquel Serafin llagado,
Donde encontró por amigo
A un valiente toledano,
Que por sus muchos delitos
Estaba ya pregonado.
Mártes de carnestolendas
Fuéron á correr un gallo;
Riñeron cuatro pendencias,
Mataron un escribano,
Y en punto de la oracion
Se venian retirando
Por la calle de la Torre,
Y en la puerta del estanco
Encontraron la Justicia
Con mas de veinte soldados.
Así que los conocieron
Seis tiros les han tirado;
Mas ellos les embistieron
Mas valientes que un Bernardo:
Peleaban como fieras
A estocadas y balazos.
Empezaron á dar voces,
¡Ah de la guardia! clamaron;
Fue excusado que viniese,
Que tambien la atropellaron,
Y el señor Gobernador
Estaba brotando tascos.
Con grandísima impaciencia
Mandó luego de contado,
A cualquiera que prendiese
A Correa, de premiarlo.
Un ministro que tenia
En Cádiz fama de guapo,
Lo puso en ejecucion;
Pero le salió al contrario,
Porque Francisco tenía
Algunos pelos de diablo.
Una noche le cogió
En un sitio solitario,
Y el corazon le sacó
En el puñal enredado.
Se metió en Santo Domingo,
En ocasion que llegaron
Muchos guardas de millones,
De rentas y de tabaco
A registrar el convento;
Mas como estaba enfadado,
Les dijo:—El que no quisiera
Quedarse aquí sepultado,
No tiene sino salir
Presto, de aqueste sagrado.—
Y viendo que se tardaban,
Les disparó un trabucazo,
Y en breve tiempo quedó
El sitio desocupado.
Se pasó luego á Sevilla
Con intento depravado;
Que á Don José Escandalosa
Lo quiere ver enterrado.
No faltó quien le avisó
Que viviese con cuidado:
Presentó una peticion
A la Sala, y han mandado
Que vayan para prenderle
Cincuenta y cinco soldados,
Y que Escandalosa sea
De todos estos el cabo:
Llegaron á San Julian,
Que allí se habia refugiado.
Cuando vió tanto bullicio
Correa se ha levantado,
Metiendo mano á un trabuco
De bronce, bien pertrechado,
Diciéndoles:—Caballeros,
El entierro está pagado;
Pero quiero ver primero
Quién tiene el hígado sano.—
El cura, viendo el peligro,
A sus piés se ha arrodillado,
Diciéndole:—¡Mira, hombre,
Por Cristo crucificado,
Que no se pierda esta iglesia!—
A cuyo tiempo ha llegado
Un ministro por detras,
Y un cañonazo le ha dado
En la cabeza, y cayó
Aturdido, y lo agarraron.
Lo llevaron con gran guardia,
Y en la carcel lo dejaron,
Donde cobraba patente
De aquellos mas temerarios;
Y enfadado de estar preso,
Al cabo ya de dos años,
A un amigo que tenia
Muy bien experimentado,
Le encargó que le trajese
Una pistola de encaro,
Y un cuchillo, porque ya
Tenia determinado
El salirse de la cárcel;
Con que el amigo arrestado
Le trajo lo referido,
Sin un punto dilatorio.
Domingo por la mañana,
A hora que están celebrando
La misa para los presos,
Correa disimulado,
Paso entre paso se fué,
Y al alcalde ha asegurado.
Así que lo afianzó,
Le dice:—Suelta, tirano,
Las llaves, ántes que veas
Tu corazon abrasado.—
Y viendo que se resiste
Le tiró un pistoletazo
Que le dejó casi muerto.
Tomó las llaves, y entrado
Donde estaban siete hombres
A la horca sentenciados,
Con los demas que allí habia
A la calle los ha echado,
Dejando la puerta abierta,
Y él se retiró á San Pablo.
Cuando supo el Asistente
Lo que aquí se ha relatado,
Mandó que se previniesen
Los soldados de á caballo,
La infantería, y tambien
Los ministros y escribanos.
Así que los tuvo juntos,
Partió mas recio que un rayo
Con este acompañamiento
Al convento de San Pablo:
Entran, y así que lo ven

Empezaron á balazos,
¡Oh infeliz madre Sevilla,
Qué dia tan desgraciado!
¡Quién viera al padre prior,
Su Majestad en las manos,
Y las balas que crujian
En medio de aquellos cláustros!
Favor al Rey, piden unos,
Otros á la Iglesia, dando
Voces y tocando á un tiempo,
Las campanas á rebato.
Aquí de Correa fué
Todo el valor necesario;
Pero ninguno se arrima,
Que los tiene acobardados.
Llegó en esto el Arzobispo
Excomunion promulgando
Al que no se salga al punto,
Con las armas, del sagrado [1].
Todos salen á la calle,
Y con él puesto á su lado,
Salió por medio de todos,
Y lo llevó á su palacio,
El señor duque de Osuna,
Que á Madrid se lo ha llevado,
Porque su Excelencia quiere
Tenerle allí por ahijado;
Pero su mucho valor,
Lo que habia granjeado
Con el Duque, lo perdió,
Pues le sucedió un fracaso
Con un marques, á quien dió
Una estocada en un brazo.
En efecto, lo prendieron,
Y el proceso sustanciado,
Por ser la parte muy fuerte,
Galeras le han sentenciado.
El señor Duque se empeña
De que vaya desterrado
Solo seis años a Oran:
Del Consejo lo ha alcanzado.
Lo llevan á Cartagena,
Y en las galeras entrando,
Lo encajaron en Oran,
Y señalándole rancho,
Una noche en su cuartel
Estaba, cuando ha llegado
Una tropa de oficiales,
De cadetes y soldados,
Con algunos instrumentos
Que les venian tocando,
Y como en tono de burla
Estas palabras hablaron:
—¿Está aquí el jaque Correa?
Aquí se amansan los guapos.—
Con la espada salió, y dijo:
—Al que fué desvergonzado
De esta manera respondo.—
Y á cuchilladas y á tajos
Les ha roto las cabezas.
Y viendo le van cercando,
Se fué á la iglesia, de donde
A otro dia lo sacaron,
Y á Ceuta lo remitieron,
Donde está por presidiario
Haciendo notables hechos
Siempre que se ofrece al campo
Salir á medir su espada
Contra los mahometanos.
Con esto pide el poeta,
A vuestros piés humillado,
Que le perdoneis las faltas
Que encontreis en estos rasgos.

(*Francisco Correa*, Pliego suelto.)

[1] En este romance se ve tambien la proteccion que el clero y los grandes dispensaban á los vandidos.

1337.

DON JUAN MERINO.—1.

(*De José Francisco* [1].)

En este opulento Alcázar,
Fuerte columna de Cintio,
Valle apacible de perlas,
Ameno jardin florido,
Donde la diosa Minerva
Con aplauso y regocijo
Se ostenta lisonjeando
Su hermoso y raro prodigio,
Pensil hermoso y fragante,
Adonde los pajarillos
Al rociar de la aurora
Aljófares cristalinos,
Con dulcísimos gorgeos
Cantan trinados distintos,
Con su música alabando
Al Criador infinito,
Dando á entender á los hombres
Que deben hacer lo mismo.
¿Pero qué sitio ó paraje
Es este fuerte obelisco?
Dígalo por mí la fama,
Pues muy bien podrá decirlo,
Que en los mas remotos climas
Tiene su nombre aplaudido
Grabado, á pesar del tiempo,
En láminas de oro fino.
Es la ciudad de Granada,
Cuyos blasones altivos
Coronó de eternos lauros
Todo este reino lucido,
Hispano imperio, sujeto
A su soberano invicto,
Por sus encumbradas torres,
Y por sus fuertes castillos,
Por la gala y bizarría,
El garbo, donaire y brio
De los galanes y damas,
Que son del amor hechizos:
En fin, en esta ciudad
Nació de padres muy ricos
Doña Luisa María,
Y el apellido no digo,
Por no darles mas quebranto
A los que la han conocido,
Que cierto fuera mejor
Que nunca hubiera nacido,
Para ser tan desgraciada,
Y haber dado tal sonido,
Pues desde la tierna edad
Fué siguiendo los designios
De arrastrar pompas y galas,
Cuyos trajes tan lascivos
Fueron la principal causa
De su fatal precipicio;
Pues son los trajes profanos
De muchos males motivo,
Mancha, que en la mejor tela
Varias veces ha caido.
Y ántes que los quince abriles
Llegara á tener cumplidos
Huérfana quedó de padre,
Aunque por eso no hizo
De sentimiento una seña;
Que es el caso bien sabido,
Que borra el divertimiento
De los hijos los cariños,
Y suelen verse los padres
Seguramente perdidos
Por darle á los hijos larga,
Y criarlos consentidos.
Así esta niña vivia
Siendo de todos hechizo,
Iman de los corazones,
Y el crimen del dios Cupido.
Muchos señores la rondan

Sus rejas, amantes finos,
Y en Granada sucedian
Desgracias en cada sitio;
Pero la bizarra dama,
Blasonando de lo altivo,
A todos los despreciaba
Mostrándoles mil desvíos,
Porque se consideraba
Que era lo mejor del siglo,
Y el mas alto caballero
Era para ella indigno.
De su hermosura la fama
Voló por reinos distintos,
Y un principal caballero,
Valeroso y bien nacido,
De la ciudad de Valencia,
Llamado Don Juan Merino,
Solo por ver esta dama
En un decir se previno
De armas y de caballo,
Y un volante presumido,
Que para jugar la espada
Era el relámpago mismo,
Y á Granada por la posta
Pasó como un torbellino;
Y puso la habitacion
Para lograr su designio,
Enfrente de los balcones
De aquel hermoso prodigio.
Y para poder lograrlo
Se valió de un buen arbitrio,
Que fué enviar á la casa
De la viuda que ya he dicho,
Madre de aquella Diana,
Un cortesano y cumplido
Recado, que si queria
Hacerle el favor crecido
De mandarle á una criada,
Para que vaya á asistirlo
Un dia ó dos, entre tanto
Que él se haya proveido.
Concedióle la señora
La merced que le ha pedido,
Y le envió dos doncellas
Mas hermosas que un armiño,
Las cuales muy puntuales
Estuvieron en servirlo;
Y luego que halló criadas
Dió á cada una un vestido,
Y las envió á su casa,
Y de esta suerte las dijo:
—Hijas, decid á vuestra ama
Que sus favores estimo,
Y que quedo á que me mande,
Ahora y siempre agradecido,
Lo que fuere de su agrado
Y mayor empeño mio.—
Todas las noches pasaba
Con música divertido,
Que á los músicos mas diestros
Traia casi sin tino,
Componiéndole tonadas,
Sonetos y juguetillos,
Tanto, que los pretendientes
De aquel hermoso prodigio,
Como no pueden rondarle,
Estaban muy ofendidos,
Y unos pasquines pusieron
Con tinta encarnada escritos,
Que en claras letras decian:
«Si no te mudas, Merino,
»De esa calle y de esa casa,
»Está tu vida en peligro
»Miéntras que tardanza hicieres.»
Pero Don Juan, que los vido,
Mandó que los arrancaran,
Y despues con claros signos
Que pusieran otros suyos,
Con esta expresion escritos:
«Aquí vive un caballero,
»Llamado Don Juan Merino,
»Y estará á pesar del mundo
»Hasta lograr su designio;
»Y si hubiere algun traidor,
»Que contra lo referido
»Tenga que responder algo,
»Lo quemará en fuego vivo.»
En fin, logró la ocasion
De ver aquel raro hechizo.
Estando en su mirador
Por la mañana, un domingo,
Al tiempo de requebrarla,
Con favores y cariños
Y acciones muy cortesanas,
Uno de los contenidos
Pretendientes de esta dama,
Pasó con dos sus amigos,
El cual le hizo una seña
Indicando desafío,
Que á la noche lo aguardaba:
El volante, que esto vido,
Bajó al punto como un trueno,
Y él solo á los tres les hizo
Que, como mulas de coche
Cuando cejan en el tiro,
Fueran gran rato cejando,
Hasta que fué desatino
Las estocadas y golpes
Que su brazo ha despedido,
Que quedó Marte asombrado,
Y á los tres dejó en el sitio
Sin poder decir Jesus,
Muertos, despues de rendidos.
Y como quien nada ha hecho,
Se fué limpiando los filos
De su cortadora espada,
Y en su casa se ha metido.
Ahora es fuerza decir
Todo lo que ha sucedido
Cuando vino la justicia,
Pues así que lo han sabido
Cercaron toda la casa,
Con el empeño preciso
De llevar preso al criado,
Ya fuese muerto ó ya vivo;
Y así para defenderlo
El caballero ha salido,
Y al cabo que gobernaba
La guardia de los ministros,
La vida á pesar de todos
Le quitó en el primer tiro,
Y á un escribano le dió
Una voz en los oidos
Con una boca de fuego,
Que le atronó los sentidos:
En fin, entre el caballero
Y el criado, nueve heridos
Dejaron, y cuatro muertos;
Y á pesar del gran bullicio
Que habia de gentes y armas,
Se entraron en San Basilio,
En donde los dejarémos
Refugiados y escondidos;
Que en otra segunda parte
Promete José Francisco
Decir lo demas que falta,
Si con silencio han de oirlo.

(*Don Juan Merino*, Pliego suelto.)

[1] El principio de este romance está lleno de buena y fácil poesía, y el resto está mejor combinado y narrado de lo que se acostumbraba en esta clase de composiciones.

1338.

DON JUAN MERINO.—II.

(*De José Francisco.*)

Ya dije cómo Don Juan
Merino, con su volante,

En San Basilio se entraron
Para poder refugiarse,
Dejándose en la pendencia
Nueve heridos en la calle
De peligro, y cuatro muertos,
Siendo el primero un alcalde,
El segundo un escribano,
Para que le acompañase;
El tercero y cuarto fuéron
Dos ministros agarrantes,
Por cuya causa el convento
Cercaron por todas partes
Mas de cien hombres con armas
Empeñados en sacarles;
Pero no lo consiguieron,
Aunque entraron á buscarles,
Porque los dos se salieron
Por una mina, que sale
Al campo por una puerta
Oculta entre unos zarzales;
Y á la casa de la viuda
Fué la justicia á embargarle
Los bienes, y ponen guardias
Para que nada sacasen,
Porque dicen que su hija
Es causa de tantos males;
Y sabiéndolo Don Juan,
Así le dijo al volante:
—Juan Antonio, yo esta noche
He de hacer un disparate,
Aunque sepa que mañana
La cabeza han de cortarme,
Que es ir á quitar las guardas
De la casa de aquel ángel,
Y luego dé en lo que diere,
O pare en lo que parare.—
Pónenlo en ejecucion,
Y á la casa los dos parten,
Y á deshoras de la noche
Llegó y dijo: —¿Aquí qué hacen?—
Los guardias le respondieron:
—Gana de cenar bastante.—
Entónces dijo Don Juan:
—Pues vaya ese piñonate;
¡Y cuenta que es bueno el dulce,
Y bien pueden regalarse!—
Y disparando un trabuco
Dejó asombrada la calle,
Pues á dos quitó las vidas,
Y los demas sin tardarse
Desampararon el sitio
Buscando dónde ampararse.
Ellos se ponen en fuga
Sin seguimiento de nadie,
Y llegaron á Valencia
En seis dias no cabales,
Y en ella se paseaban;
Mas como siempre es tan grande
El brazo de la justicia,
Que corre por todas partes,
Estando en conversacion
Lo prendieron una tarde,
Y á la torre de Serrano
Lo llevaron á encerrarle,
Miéntras tanto que disponen
El castigo que han de darle.
Muchos condes y marqueses,
Que en la corte mucho valen,
Se empeñaron y alcanzaron
Que no le corriera sangre;
Que á veces los caballeros
Con cuanto quieren se salen.
Avisaron á la dama
Para que con él se case,
Y con gusto de sus deudos,
Y de su querida madre
A Valencia la llevaron,
Donde con prosperidades
Se celebraron las bodas
Con séquito incomparable;
Y al cabo de pocos dias,
Para poder excusarse
De los gastos tan crecidos,
Y poder desempeñarse,
A una quinta se retira
Sin llevar mas de su parte,
Que fué una humilde criada,
Un mayordomo y un paje.
¡Pluguiese al divino cielo,
Que tal cosa no intentase
Don Juan, para no haber visto
Tan fuerte y pesado lance!
Fué el caso, que en una aldea,
Que estaba poco distante
De la referida quinta,
Habitaba un personaje
A quien daban excelencia,
El cual dió en acompañarle,
De cuya estrecha amistad
Resultó que se enredase
La maldad con la virtud,
Dándose fiero combate.
Enamoróse Don Pablo,
Que era el dicho personaje,
De la singular belleza
De la señora, que frágil
Correspondió á sus favores,
Tanto, que vino á allanarse,
Que en ausencia de su esposo
Le hacia traicion bastante:
Y cuando estaba Don Juan
Sin salir á pasearse,
Como no pueden usar
De su maldad tan infame,
Empezaba á entristecerse
Y del todo á lamentarse;
Y si Don Juan preguntaba
La causa de sus pesares,
Decia que porque estaba
En aquellas soledades.
Mas por acciones que hizo,
Infirió sospechas grandes,
Y con sigilo buscaba
Ocasiones de ausentarse,
Y volvia luego pronto;
Mas no pudo asegurarse:
Y para que tantas dudas
Pudieran certificarse,
Para poder salir de ellas
Eligió nuevo dictámen.
Buscó á un médico, y le dijo
Estas razones formales:
—De Granada me han llamado
Sobre los pasados lances,
Y sin duda me parece
Que quieren aprisionarme:
Yo quiero fingirme enfermo,
Y usted vendrá á visitarme,
Y esto entre los dos se quede.—
Dijo el médico:—No es dable
Que yo á nadie le revele
Lo que entre nosotros pase.
—Pues con esa condicion
Voy á mi casa á acostarme.—
Entró en su casa diciendo:
—¡Jesus sea el que me ampare!
Yo traigo un grande dolor,
Llamen al doctor Gonzalez—
(Que es el que habia citado),
El cual vino vigilante,
Y le mandó una bebida,
Como que era para darle
A uno que estaba bueno,
Cosa que no le dañase;
Y tambien mandó le dejen
Solo, y que ninguno le hable.
Así que solo quedó,
En lugar de sosegarse,

Se levantó, y por las rajas
De la puerta, sin quitarse
Estuvo toda la noche,
Hasta que vido que sale
Del cuarto de su mujer
Don Pablo para la calle,
Y con él su mayordomo
Que iba la puerta á cerrarle.
Al instante se vistió
Sin que nada se notase,
Y á la cintura se puso
Dos pistolas y un alfanje,
Y al cuarto de la criada
Fué, y retorciendo la llave
Allí la dejó encerrada.
Con el mayordomo y paje
Hizo lo mismo, y despues
Fué al cuarto de su indomable
Esposa, que de su agravio
Es la principal causante.
Mas hallándola dormida,
Poco á poco las suaves
Ropas alzó de la cama
Para mejor cerciorarse;
Mas ella medio dormida
Habló con claro lenguaje
Diciendo: — Pues se fué ahora
Vuexcelencia en este instante;
De mis brazos, ¿y ya vuelve?
¡Esto es querer sofocarme! —
Esto que ha oido Don Juan,
Alzó furioso el alfanje,
Y tomándola de un brazo,
Le dijo: —¡Traidora, infame,
Muere, pues eres la causa
De mi deshonra y ultraje!
Y en medio de aquella sala
La degolló en un instante;
Y trayendo á la criada,
Al mayordomo y al paje,
Hizo lo mismo con ellos
Para que todos pagasen.
Puso juntos á los cuatro
Para que así publicasen
La ofensa que han cometido,
Y traicion sin semejante.
Encendióles cuatro hachas
Para que los alumbrasen,
Y despues de ejecutado,
Estos conceptos se hace,
Diciendo: —Yo no he hecho nada
Y me tengo por cobarde,
Si no doy muerte á Don Pablo:
Pues yo mismo iré á buscarle.—
Echó la llave lijero
A la puerta de la calle,
Y á la casa de Don Pablo
Llegó veloz como un ave,
Y así le dice á un criado:
—Dile á tu amo al instante,
Que dice Doña Luisa
Que allá vaya sin tardarse,
Porque se ha muerto Don Juan,
Y está sola en tal paraje.—
Volvióse pronto á su casa,
Que es bien que en ella lo aguarde.
Don Pablo muy diligente
Vino sin mas dilatarse,
Que al llamado de su dama
No convenia el tardarse,
Y cuando vió la desgracia,
Absorto quedó en mirarle.
Quiso á la calle volverse,
Mas fué diligencia en balde,
Porque saliendo Don Juan,
Poniéndosele delante,
Le dijo: —Mal caballero,
Dime, ¿por qué me agraviaste? —
Y dándole fuego al plomo,
El corazon le deshace;
Sin que toda su excelencia
Le valiera en aquel trance;
Cayó sin poder llamar
A Dios ni su santa Madre.
Esto es lo que las mujeres
Causan por sus liviandades,
Que pierden hacienda y vida,
Y á pique de condenarse.
Luego los cinco difuntos
Los llevaron á enterrarles
A la referida aldea,
Que estaba poco distante.
Don Juan se volvió á Valencia,
Y en un convento admirable
Del seráfico Francisco
Tomó el hábito de fraile,
Donde está sirviendo á Dios
Miéntras su vida durare,
Por conseguir el perdon
De tantas atrocidades.
Y ahora José Francisco
Ha compuesto este romance,
Porque con este ejemplar
Miren bien lo que se hacen.

(*Don Juan Merino*, Pliego suelto.)

1339.

DON PEDRO SALINAS.

(*Anónimo*[1].)

Escúchenme los valientes,
Los que presumen de altivos,
Preciándose de alentados
Y de armas guarnecidos,
Que andais como horribles fieras
Por ciudades y caminos:
Suspended vuestra arrogancia
Miéntras que paso á deciros
Del mas valeroso jóven
Que en este mundo ha nacido.
En la ciudad de Jaen,
Cabeza de su partido,
Nació Don Pedro Salinas
De nobles padres y ricos:
Lo criaron con regalo,
Siendo de muchos servido;
Era en toda la ciudad
El tal Don Pedro aplaudido
Por su generosidad
Y su cortesano estilo.
A los veinte y cuatro años,
Que eran de su edad cumplidos,
Murió su padre, y dejóle
De su hacienda en el dominio.
Estando un dia en su casa,
Ha entrado un hombre afligido,
Diciendo: — Señor Don Pedro,
A valerme de su auxilio
Vengo, porque de millones
Los guardas en el camino
Cuatro cargas me han quitado
Que traia de tocino,
Y á mí me vienen siguiendo
Para prenderme, esto es fijo.—
Estando en estas razones
Miró hácia la puerta, y vido
Que entra el Administrador
Con sus guardas muy altivo
Para quererlo prender,
Y cortés Don Pedro dijo:
—Señor, este pobre hombre
De mí á valerse ha venido,
Y lo tengo de amparar,
Con que así á usted le suplico
Que se le vuelvan las cargas
Y que se le dé un registro:
Aquí están cuatro doblones,

No se le haga desavío;
Que yo á tan grande merced
Siempre estaré agradecido.
Y mirando hácia los guardas
El Administrador les dijo:
—Entren y saquen al reo,
Porque yo empeños no admito.—
Viendo la desatencion,
Salinas quedó corrido,
Y con grande disimulo
En su cuarto se ha metido,
Y previniendo una charpa
Se la puso, y al proviso
A un trabuco naranjero
Siete balas le ha metido,
Y haciéndole á todos cara
De esta manera les dijo:
—Al que fuere desatento
Yo sabré darle el castigo.—
Disparó, y con tal violencia
Salió del cañon el tiro,
Que derribó a cuatro guardas
Y al Administrador, son cinco.
Los otros le dispararon
Viendo el estrago que hizo,
Y fué su fortuna tanta
Que ninguno le ha ofendido;
Y sacando dos pistolas,
Con cada mano hizo un tiro
Con tal acierto, que á dos
El corazon ha partido,
Donde dejando las cargas
Huyen los que quedan vivos.
Entrególas á su dueño,
Y al cabo de esto le dijo,
Que se fuera, y á caballo
Lo acompañó hasta el camino.
El se volvió á la ciudad,
Donde le dieron aviso
Que el señor Corregidor
Contra él tenia escrito
Un proceso, y á la noche
Se fué á su casa atrevido,
A tiempo que los porteros
Todos se habian dormido.
Subió hasta la sala, donde
Estaba con gran descuido
El Corregidor sentado;
Quitóse el sombrero y dijo:
—Tenga Usía buenas noches,
Y sepa que soy venido
A entregarme en los papeles
Que contra mí tiene escritos:
Esto ha de ser sin remedio,
Porque ya es empeño mio.—
El Corregidor turbado,
Dándoselos, le dijo: —Amigo,
Si eso solo es vuestro empeño,
Así os obedezco y sirvo.—
Tomólos y en su presencia
Dos mil pedazos los hizo,
Diciéndole así: —Agradezca
Que no hago con él lo mismo;
Pero si en la dependencia
Se anda con mas escritos,
No dejaré en la ciudad
A mis manos hombre vivo.—
Y volviendo las espaldas
Se fué á su casa atrevido,
Y tomando dos caballos,
Un mozo y un buen bolsillo,
A Sevilla se fué, donde
Cargó de tabaco fino,
Y á Jaen para venderlo
Se volvió muy atrevido.
Cierto dia de mañana
A un costalero le dijo:
—Ponte este fardo en el hombro,
Y por las calles á gritos
Vé diciendo de esta suerte:
«¿Quién compra tabaco fino?»
Que quiero ver si los guardas
Se me atreven á impedirlo;—
Y previniendo las armas
En su seguimiento ha ido.
A la fábrica llegaron
Adonde la ronda vido
El tabaco, y él entónces,
—¿Quién compra tabaco?— dijo.
Y los guardas admirados
Al ver este desatino,
Temerosos y asustados
Ni una palabra le han dicho:
Quitáronse los sombreros
Y él prosiguió su camino.
Luego el Administrador
Por un papel que le ha escrito
Le dijo, que si queria,
Pagando á su precio fijo,
Venderle todo el tabaco:
Don Pedro le ha respondido
Que sí, con que á plata y oro
Todo se lo ha reducido.
Se fué al reino de Valencia
Donde empleo en seda hizo,
Y para venderla bien
A Granada iba camino;
Pero en el pinar de Bazar,
Que es un peligroso sitio,
Sobre defender su hacienda
Dió muerte á cinco bandidos;
Y siguiendo su viaje
Llegó á Granada un domingo,
Y en el meson de la Espada
Con su seda se ha metido,
Adonde por un soplon
Que á los guardas les dió aviso,
Acudió toda la ronda;
Y Don Pedro que los vido,
Metiendo mano á las armas,
Dice: —¿Qué se ofrece, amigos?—
Y el señor guarda mayor
Al instante ha respondido:
—Saber de un poco de seda
Que dicen que usted ha traido,
Y por cumplir con la órden,
El despacho es lo que pido.—
Pero con grande frescura
Salinas ha respondido:
—Seiscientas libras de seda
Son las que yo traigo, amigo,
Sin despacho, porque yo
No ando con papelillos;
Pero si despacho quieren,
Los despacharé al proviso
De esta suerte... —Y disparando,
A tres derribó de un tiro;
Los otros le dispararon,
Y con solo cuatro tiros
A Don Pedro le quemaron
Por tres partes el vestido.
Llegó el mozo por un lado,
Que ya estaba prevenido,
Y de un fuerte escopetazo
A dos partió por el cinto.
En este tiempo á Don Pedro
Quién es el soplon le han dicho,
Y con un carabinazo
Le ha soplado los sentidos;
Y saliendo con las cargas
Desocuparon el sitio,
Y á San Jerónimo fuéron
Por librarse del peligro;
Y así que vendió la seda
A Málaga se ha venido.
Yendo á la plaza de Velez,
Le salieron al camino
Diez y seis moros, que eran,

Segun se supo, argelinos.
Embistiéronle furiosos;
Pero Don Pedro atrevido,
Con la espada, á cuchilladas
A todos los ha rendido,
Y dejando cuatro muertos
Maniató muy bien los vivos.
A Málaga llegó, y dando
Al General los cautivos,
Estimando su valor,
Mucho se lo ha agradecido.
Y el señor marques de Lede,
Que estaba á este tiempo mismo
En Málaga, con la órden
De nuestro monarca invicto
Para ir al campo de Ceuta,
Viendo su valor y brio
Le dice : — Señor Don Pedro,
Cierto que yo agradecido
Fuera con que en mi compañía
Viniera á Ceuta conmigo,
Dándole una compañía
De granaderos altivos,
Y que con ella sirviera
Al Rey con grande cariño.—
Don Pedro se mostró grato
Aceptándole el partido.
Entónces el General,
Certificando lo dicho
Con apacible semblante,
Le dió la mano de amigo,
Y á otro dia se embarcaron
En dos muy fuertes navíos.
A Ceuta llegaron todos
Con contento y regocijo,
Y á la primera salida
Que este caballero hizo,
Se engolfó tanto en los moros
Con tal valor y tal brío,
Que á pesar de todos cuantos
Estaban para impedirlo,
Tres estandartes reales
Trajo á la plaza rendidos,
Y á los piés del General
Los puso, diciendo altivo :
— Reciba allá su Excelencia,
Y perdone, señor mio. —
El General le responde :
— Estos son buenos principios,
Y es justa razon se premien,
Conque así al premio me obligo.—
Levantóse, en fin, el campo
Y á la corte se han partido,
Donde el General al Rey
Discreta informacion hizo
De su esfuerzo y su valor
Y sus hechos peregrinos.
Y nuestro invicto monarca
Atendiendo á sus servicios,
Una encomienda le ha dado
De Santiago bendito,
Y coronel de caballos
Luego al instante lo hizo,
Donde gustoso se queda
Sirviendo al Monarca invicto.

(*Don Pedro Salinas*, Pliego suelto.)

[1] Véase en este romance hasta qué punto el vulgo habia extraviado su opinion acerca del heroismo. Como ya no veia caballeros defensores de los fueros propios, que combatian á los reyes, que morian ó triunfaban en los combates dados para defender la independencia y libertades patrias; que peleasen en duelos generales ó privados contra los moros; que asistiesen armados en los torneos y fiestas celebradas en honor de las damas; y en fin, como no hallase sitio alguno noble donde dar culto al valor, volvió los ojos para erigirle un altar, donde ménos debiera hacerlo si tuviese medios de escogerlo. El héroe de este romance es un caballero noble, rico y valiente, cuyo amor propio resentido y mal entendido representa en gran manera las costumbres y la opinion extraviada de una época de marasmo intelectual. En ella, el puñal, el trabuco y la pistola traidores, habian substituido á las preciadas lanzas del Cid, y á las nobles espadas de los valientes y enamorados galanes que Calderon celebró en sus caballerosos dramas. Y sin embargo, Don Pedro de Salinas, protagonista de este romance, comparado con Francisco Esteban, el Guapo, es uno de los tipos ménos ignobles que admiraba el vulgo, y que representa la opinion general de la época bajo su aspecto ménos corrompido. Usábase entónces, era moda fatal el que, ó por compasion ó por generosidad mal entendida, los nobles y poderosos protegiesen contra la justicia á todos los que el gobierno perseguia por sus arrojos criminales. Estos hallaban amparo por do quiera en la opinion, y á su impunidad contribuian hasta las ideas religiosas, puesto que la autoridad eclesiástica, celosa de defender sus derechos, siquiera fuesen abusivos, combatió á la civil hasta con excomuniones, protegiendo á los contrabandistas y duelistas, por mas que tambien fuesen asesinos y ladrones, con tal que no apareciesen como judíos ó herejes. Y á fe que estos medios no eran los ménos á propósito que entónces el poder eclesiástico podia usar para aumentar su popularidad. Y no se crea que estas costumbres y extravíos existieron en los siglos muy antiguos: á pesar de la fuerza que las ideas liberales y justas daban á la autoridad civil, aun á principios del siglo presente, no se habia destruido del todo la opinion extraviada sobre el mérito del valor individual, ni el gobierno habia podido remediar los males que causaba el derecho de asilo, sino transigiendo con ella, y restringiéndolo mas ó ménos, segun las circunstancias, á casos y localidades determinadas. Aun hoy dia los reos de ciertos y determinados delitos hallan, si no impunidad, diminucion de pena cuando se acogen al palacio de los reyes, á casas de embajadores, ó á iglesias señaladas. En el siglo pasado los hombres poderosos hacian gala de ser padrinos de malhechores, de salvarlos del imperio de las leyes, y de emplear sus riquezas, su poderío y su influjo, en defenderlos. Todo esto se ve en su mayor recrudescencia y verdad en muchos de los anteriores romances; pero este de Don Pedro Salinas es el resúmen, el cuadro vivo de las costumbres de una época, aunque iluminado del modo ménos ignoble. En él este caballero empieza por querer comprar á los agentes de la justicia en favor de un contrabandista: no consiguiendo seducirlos ni impedir que cumplan su deber, los asesina impunemente; fúgase, y se entrega al contrabando; comete muertes y atrocidades, pero acaba por emplear casualmente su arrojado desprecio de la vida contra unos piratas, lo cual le sirve para hallar proteccion en un magnate, que poniéndole en ocasion de distinguirse como soldado, llega á conseguir que el mismo monarca ponga en su pecho la distinguida y honrosa cruz del órden militar de Santiago. Estos hechos son los que celebraban los trovadores de tan desastrada época, esto lo que celebraba el vulgo, esto lo que le caracterizaba, y esto lo que, si bien se mira, ha sido uno de los primeros cimientos en que se asentaron las ideas demagógicas que pervierten y extravían la moral social, y manchan con sangre y horrores, y obstruyen los nobles caminos que conducen á la verdadera libertad. (*Véase la nota del romance núm.* 1343.)

1340.

DON RODULFO DE PEDRAJAS.—I.

(*De Juan Antonio Lopez* [1].)

Todo bandido se esconda,
No manifieste la charpa:
A vista de mis arrojos
Tiemblen los guapos de España;
Temple su ira Oliveros,
Vencedor de las batallas;
Calle Bernardo del Carpio [2],
Que entre cerros y cañadas
Se quedó pidiendo guerra
Por yerro de su ignorancia.
No soy el Cid, ni Sanson,
Que columnas derribaba
En defensa del agravio,
Cuyo valor publicaba;
Que morir por Dios y el Rey
Es dar lauros á la fama:
Y porque sepan quién soy,
Mi nacimiento y crianza,
Nací en Morales del Rey;
Don Rodulfo de Pedrajas
Me llamo, y mi fortuna
Me señaló letras y armas.
Llegué á cumplir veinte años,
Y compré caballo y charpa,
Y cargando de tabaco
A Zaragoza pasaba,
Y en breve lo despaché,
Y volviéndome á mi casa,

En el camino encontré
A Pelagio, que los guardas
Lo llevaban maniatado
Y despojado de armas.
Así que lo conocí
Los aguardé á que llegaran,
Y les dije :— Caballeros,
El prisionero y las cargas
Al punto los soltaréis,
Que Don Rodulfo lo manda :
Hoy es preciso morir,
Que la muerte á todos llama.—
A un tiempo me dispararon,
Dándome carga cerrada :
Yo disparé mi trabuco
Y les maté cinco guardas;
Los que quedaron huyeron,
Que el miedo los acobarda,
Y despaché á Don Pelagio
Sin que nada le faltara.
Y caminando á Morales,
Puse una tienda en la plaza
De vino, tabaco y carne,
De pólvora y de barajas.
A los presos los liberto,
Y socorro al que me llama :
Dígalo la real Sabova,
Cuando un juéves de mañana
Iban á ahorcar á un hombre,
Y compasivas lloraban
Dos mujeres por las calles :
Les pregunté : —¿Qué es la causa
De vuestra grande afliccion? —
Y al punto me replicaban :
— Hoy le dan muerte á mi padre,
Quedámos desamparadas;
Porque un hombre mató á otro,
Y el matador no se halla,
El escribano asesino
A mi padre se la carga.—
Les dije se retirasen,
Y previniendo mis armas,
De pronto me fuí á la cárcel,
Donde el secretario estaba
Para dar fe y testimonio
De sus letras mal fundadas;
Y vide sacar al pobre,
Que los padres lo auxiliaban,
Ya caminando al suplicio;
Y llegándome á la escala
Les hice se detuviesen,
Y al escribano llamaba :
—¡Vén acá, hombre infeliz,
Condenado y de mal alma!
¿Conque por tu culpa dan
Muerte al que no tiene causa? —
Me respondió :— Del Consejo
Ha venido declarada,
Que se haga esta justicia.—
Yo, desnudando la espada
La cabeza le corté
Dejando el cuerpo sin alma.
Pedian favor al Rey
Los soldados de la guardia,
Y brioso con mi acero
Despojé toda la plaza,
Donde hice doce muertes,
A otros las piernas quebraba :
Metí al reo en San Francisco
Sin que nadie lo estorbara,
Y caminando á mi tienda
Hallé mi casa cercada
De un gran cordon de soldados,
Que con órden de la Sala
Venian para prenderme
Vivo ó muerto, y me entregaran;
Y yo viéndome perdido,
Echando mano á las armas,
Los aventé como moscas
Que salen desperdigadas.
A este tiempo en Barcelona,
En su eminente montaña
Andaban cuarenta hombres,
Que robaban y mataban
A todos los pasajeros,
Y algunos pueblos asaltan;
Y teniendo órden del Rey,
Que aquel sitio lo cercaran,
Y que en horcas, si los prenden,
Pongan en públicas plazas;
El señor Gobernador
No pudo adelantar nada,
Porque los dichos ladrones
Alguna gente le matan.
A la ciudad se volvió,
Y al punto escribió una carta
Dando parte a Don Rodulfo,
Diciéndole que esperaba
No se dilate en venir,
Que le da firme palabra
De ser su padrino en todo.
Yo sin temer mi desgracia,
En un lijero caballo,
Cual águila que volaba,
Llegué á los montes de Bernía
Y el marques de Huelma pasa
Con su esposa, y sus dos hijas,
Mayordomos y criadas.
Salieron ocho ladrones,
Y á todos los maniatan;
Quieren violar la Marquesa,
Y aquellas doncellas castas
En presencia del Marques :
Socorro al cielo clamaban.
Fui corriendo á estos lamentos,
Y ántes que á ellos llegara
Me salen á recibir
Con escopetas cargadas,
Diciéndome :— ¿Quién va allá?—
Les di la respuesta en balas.
De los ocho maté á cinco,
Y los otros tres con alas,
Fiados en sus caballos,
Por su fuga apresurada
Querian huir veloces;
Mas fué diligencia vana,
Que el paso les atajé,
Y los llevé donde estaban
Los defuntos compañeros,
Porque á todos los llevaran;
Y sacando mi rejon,
Corté las cuerdas delgadas
Que oprimian al Marques
Y á las señoras, que estaban
De aquel susto casi muertas.
¡Oh vilipendiosa infamia!
Me ofrecian grandes premios,
Y tambien Doña Constanza,
Hija propia del Marques,
Me rogó que yo tomara
De su mano una fineza,
Y dándome una esmeralda,
Me dice :— Buen caballero,
En vuestro pecho guardadla,
Que puede ser algun tiempo
El honor de vuestra casa.—
Mostrándome agradecido
Fui con ellos en compaña
Hasta sacarlos del monte,
No suceda otra desgracia.
Dejemos la primer parte
Del mayor guapo de España,
Y acabaré en la segunda
De referir sus hazañas.

(*Don Rodulfo de Pedrajas*, Pliego suelto.)

[1] Véase la nota del romance núm. 1343.

[2] Es tradicion vulgar, que Bernardo del Carpio, desterrado-

para siempre de Castilla, se retiró á los Pirineos, y allí, desesperado de su suerte y medio loco, desafiaba hasta á Dios del cielo, por lo cual murió abrasado de un rayo.

1341.

DON RODULFO DE PEDRAJAS.— II.

(*De Juan Antonio Lopez.*)

Ya dije en la primer parte
Cómo libres se quedaban,
Y al Marques le supliqué
Que el testimonio firmara
De todo lo sucedido,
Porque es preciso que vaya
A ver al conde de Flores,
Que suya tengo una carta
En que me envia á llamar
Sin dilacion ni tardanza.
Como un rayo disparado
Volví donde se quedaban
Los muertos y prisioneros,
Y á estos hice que montaran
Cada uno en su caballo,
Y que los muertos llevaran
Hasta entrar en la ciudad;
Y cerca de las murallas,
El señor Gobernador
Vino á registrar las cargas.
Preguntó: — ¿Que gente es esta
Que viene con esta traza?—
— Señor, son los gavilanes,
Que á caminantes estafan.—
Respondió el Gobernador:
— En este dia, mi hermana
Me noticia por un pliego
Cómo estuvo maniatada,
Con el Marques y sobrinas,
Y que quisieron violarlas
Sin tener apelacion,
Y que deben darle gracias
A un famoso caballero
Que por el sitio pasaba:
Me alegrara el conocerle,
Y traerlo en mi compaña.
— Pues ya tiene Vuexcelencia
El que lo hizo, á sus plantas.—
Le presenté el testimonio,
Y la fecha de la carta.
Luego mandó que los reos
A la cárcel los llevaran:
Me dió su lado derecho,
Diciendo, que celebrara
Prenda los cuarenta hombres
Que andan cometiendo infamias
En lo áspero de los montes.
Don Rodulfo dió palabra
De traerlos prisioneros,
Y con diez soldados marcha
Hasta la vera del bosque,
Y descubriendo sus calas,
Puso en ellas centinelas
Con una órden cerrada,
Que si escuchan venir gente
Les tiren sin repugnancia.
Solo me metí en las breñas:
Su espesura paseaba,
Poniendo lazos y cepos
Por el suelo y por las matas,
Hasta llegar á la cueva
Adonde ellos habitaban;
Y estaban con gran funcion,
Con brindis se saludaban.
Al aire disparé un tiro,
Y en silencio se quedaban,
Diciendo:— Perdidos somos,
Cada cual tome sus armas
Para defender sus vidas,
Y en el monte se repartan;
Y conforme iban andando
Enlazados se quedaban,
Y sin poderse valer
Les quité todas las armas.
Hice venir los soldados,
Y con sogas los amarran,
Y ántes que fuera de dia
Tomámos la caminata
Al puerto de Barcelona,
Y un soldado se adelanta,
Y dijo al Gobernador:
— Desde que España es España
No hubo hombre mas valiente
Ni de mas heróica hazaña:
El solo prendió los hombres
Sin que nadie le ayudara.—
Victorioso con mi presa
Al Conde se la entregaba,
En ocasion que venian
Los soldados de la playa
A decirle á su Excelencia:
— De turcos una fragata
Sigue á otra de cristianos;
Ya la llevan apresada,
Y apriesa piden socorro;—
Y suspenso se quedaba
Al oirlo, y dije entónces:
— Mande Usía que una lancha
Me fleten, y unos soldados,
Y verán cortar mi espada
Las cabezas de paganos,
Si el cielo me da ventaja
En poderlos alcanzar;
Y con cuidado remaban,
Y llegámos á abordar,
Y saltando en la fragata,
Cortando brazos y arneses,
Sus cabezas derribaba.
Veinte moros les maté,
Sin que agravio me tocara;
Y viéndose mal heridos,
Todos soltaron las armas,
Diciendo: — ¡Noble cristiano,
Cese el rigor de tu espada! —
Desembarcámos en tierra,
Y nos hicieron la salva,
Y los cautivos cristianos
Por mi la victoria aclaman,
Y todos los caballeros
Y el Gobernador me abrazan.
Y luego al dia siguiente
Se dispuso la jornada
A la corte de Madrid,
Y al Católico Monarca
Mis hazañas le contaron,
Aunque ya informado estaba.
Mandó que entrase allá dentro,
Y así que llegué á sus plantas,
De rodillas me postré:
Me preguntó por mi patria.
— Soy de Morales del Rey,
Invictísimo Monarca.—
Generoso me responde:
—Ya eres Morales Pedrajas,
Y marques de Santa Cruz,
Y gran conde de la Habana,
Y de Méjico virey,
Y general de las armas.
Caballero comandante,
Con Doña Alberta Constanza
Es preciso que os caseis.—
Y al punto los desposaban.
Su Majestad le dió en dote,
Que el manto que cobijaba,
Con él liberte los reos,
Que tengan algunas causas [1].
Puestos á los piés del Rey,
Celebrándole estas gracias,
Dijeron ambos: — ¡Señor,
Rey y luz de nuestra España,

Gran consuelo de españoles,
Viva en el mundo tu espada,
Para que con ella triunfes
Contra herejes y piratas,
Por defensor de la fe
Y nuestra Iglesia romana!
Tiemblen todas las naciones
Al rigor de vuestra fama.
¡Oh queridos españoles!
Decid todos á sus plantas:
¡Viva, viva eternamente
El gran monarca de España!
Y queda de Don Rodulfo
Su historia finalizada.
Y aquí Juan Antonio Lopez,
Que es el autor de esta plana,
A los oyentes suplica,
Que le perdonen las faltas.

(*Don Rodulfo de Pedrajas*, Pliego suelto.)

[1] En recompensa sin duda del atropello que cometió libertando de la horca al reo que á ella conducian, de cuya inocencia no habia mas pruebas que el dicho de su mujer y su hija, en virtud de lo cual mató al escribano de la causa y puso al reo en sagrado. Tal rabia tenia entónces el vulgo con los ministros de justicia, que no es extraño que sus poetas inventasen que el Rey podia muy bien conceder á Don Rodulfo el privilegio de libertar de la muerte á los reos que se acogiesen á él y á quienes cubriese con su capa.

1342.

BERNARDO DEL MONTIJO.

(*Anónimo.*)

Escuchadme, jaquetones
Que sois de la vida airada,
Un caso que ha sucedido
Con un mancebo del hampa:
Es Bernardo del Montijo,
Que solo ser de allí basta
Para ser rayo y asombro
De la nacion lusitana.
Apénas su tierna edad
A diez y ocho llegaba,
Cuando á un alcalde en su tierra
Mató con bastante causa [1];
Y viéndose perseguido
Por una accion tan bizarra,
Se partió á la Andalucía,
Adonde midió su espada
Con los jaques mas valientes
Que cantan jacarandainas.
En la campiña de Utrera
Hizo el mozo su habitanza,
Donde cobró mil amigos
Y leales camaradas,
Bien querido de los rufos,
Y aplaudido de las majas.
Allí trabó una pendencia
Por una mujer mundana,
Con un rufian amigo;
Le desafió á campaña,
Pero le envió al infierno
A las primeras levadas;
Que es un leon en reñir,
En pelear un Carranza.
Por la muerte de este jaque,
Muchos rufos le amenazan,
Diciendo que si le cogen
Le tienen de hacer tajadas.
Por evitar ocasiones,
Se afufó y corrió la rauta,
Y dió con su cuerpo un vuelo
En esta villa de Zafra.
Y no habia siete dias
Que en ella se paseaba,
Cuando de él se enamoró
Una muy hermosa dama.
El se llamaba Bernardo
Y ella Bernarda se llama,
Que es hija de un mercader
Poderoso y de gran fama.
El padre, de que lo supo,
Ha tratado de casarla
Con un mozo muy valiente,
Que es de Córdoba la llana:
Es capitan de caballos,
Y muy temido en la raya.
Ella dice que no quiere,
Porque es muy niña y muchacha,
Y viendo que es de por fuerza,
A Bernardo envia una carta:
Lo que en ella le decia
Lo diré en breves palabras.
«Sácame de aquí, Bernardo,
»Porque por fuerza me casan;
»Si no me sacas de aquí
»En esta noche ó mañana,
»Me he de ir por esos mundos
»Como una mujer mundana,
»Porque el casarme por fuerza
»Hallo que es cosa pesada.»
Ya se encasqueta el sombrero,
Ya le da un tiento á la espada,
Ya determina ir solo;
Pero á dos amigos llama,
Que son fuertes extremeños,
Y leales camaradas.
Díceles: — Sabréis, amigos,
Que tengo el alma entregada
A la mas hermosa niña
Que en esta villa se halla;
Si quereis acompañarme,
Esta noche he de sacarla.—
El mayor de ellos responde:
—Amigo, aquí está mi espada,
Que el perderla por amigos,
La doy por bien empleada.—
El mas chico tambien dijo
Que en su favor se declara:
—Aguardemos á la noche,
Que es de pecadores capa,
Y luego rómpase Troya
Que aquí traigo mi tarama,
Que con un reino se atreve:
¡Mucho he dicho, pero vaya!—
Pónense ricos coletos
Y fuertes cotas de malla,
Tres tonantes cada uno
Apercibidos con balas.
Entraron por una calle,
La vieron muy adornada
Toda llena de invenciones
Cohetes y luminarias.
Preguntan: —¿Por quién es esto?
—Es por la bella Bernarda,
Que esta noche la desposan
Y á la mañana la casan.—
Vieron venir á cenar
Muchos galanes y damas:
Al lado del desposado
Iba la bella Bernarda.
Quisieron entrar á verla,
Y les impiden la entrada;
Ellos ya muy enfadados,
Dejando caer las capas,
Enderezaron con todo:
¡Aquí fué el juego de cañas!
Desembarazan las mesas,
Las echan por las ventanas;
Las mujeres daban voces
Que toquen al arma, al arma,
Porque el feroz enemigo
Está en la villa de Zafra.
Luego acudió la justicia,
Pero no la respetaban;
Que es lo mismo echarles hombres,
Que guindas á la Tarasca.

Mataron seis alguaciles;
¡Válgame Dios, qué desgracia!
Al señor Corregidor
Le dieron seis estocadas,
Y con una carabina
Le chamuscaron las barbas;
Mataron al desposado
Y á un capitan de la guardia;
Tanto hicieron, que tocaron
A rebato las campanas;
Ellos se fuéron huyendo,
Y se llevaron la dama.
Allá en medio del camino
Fué su fortuna contraria;
El que los iba guiando
Les dice aquestas palabras:
—Amigos, perdidos somos,
Que está el lobo en la emboscada,
Porque el feroz enemigo
Nos ha de estorbar la entrada.—
Respondió el mayor, y dice
Con arrogancia sobrada:
—No temais á todo el mundo
Miéntras durare mi espada,
Que hay mas valor en mi pecho
Que arenas tiene la playa.—
Y preguntado ¿quién vive?
Respondió, que el rey de España,
Como lo vereis ahora,
Gente civil y canalla.
Galopean los caballos
La escaramuza formada;
Echan mas fuego de sí,
Que el castillo Caravaca:
Le mataron sus amigos,
Y él, como perro que rabia,
Al que no mata atropella,
Al que no atropella mata;
Al que adelante se pone,
De claro en claro le pasa.
Estando en esta refriega,
Vino furiosa una bala,
Le derribó del caballo,
Le dieron diez estocadas
Y le dejaron por muerto.
Vamos ahora á la dama,
Que se va por esos montes
Muy triste y desconsolada
Pisando las toscas breñas
Con sus delicadas plantas,
Y en altas voces diciendo:
—¡Adios, Bernardo del alma!—
El capitan que la ha visto
Que era tan linda y muchacha,
Se la lleva á su mujer
Que le sirva de criada
Ahora vamos al mancebo:
Así herido como estaba,
Se fué á un pequeño lugar
Que le llaman la Solana,
Donde trató de curarse
Las heridas que llevaba;
Y de que sano se vido,
A Dios le rindió las gracias.
Allí estaba un capitan
Que Brazo-Fuerte le llaman;
El mancebo le contó
De su desdicha la causa:
—Sírvete, gran capitan,
Sírvete de darme plaza,
Que por el cielo te juro
Y por esta humilde espada,
Que he de seguir tus banderas
Hasta morir en campaña.—
Brazo-Fuerte, conociendo
Del mancebo la arrogancia,
Lo admitió en su compañía,
Toda de gente bizarra;
Solo con veinte caballos
Que son los que le acompañan,
Se pasean por Gurumeña,
Como por sus mismas casas;
No dejan ganado á vida
Que á Badajoz no lo traigan;
No dan cuartel á ninguno,
Que cuantos encuentran matan.
Dieron con el mismo tercio
De la refriega pasada;
No se escapó sino uno
En una yegua lozana,
Y sin conocer prendieron
A aquel que llevó la dama,
Y le llevan á Alburquerque,
Que es muy linda plaza de armas
Estando un dia este tal
Contando cosas pasadas,
Dijo:—Prestadme atencion,
Os contaré lo que pasa.
— Salí con mi gente un dia,
Para hacer una emboscada,
Con los rayos de la luna
Y resplandor de Diana;
Divisámos tres caballos,
Que á nosotros se abalanzan,
Los cuales fuéron bastantes
A romperme la vanguardia,
Lo que no hizo Oliveros,
Ni Bustamante, ni Lara,
En Telena y en Montijo,
A la vista de Estefara.
Maté los dos, quedó uno;
Y él, como perro que rabia,
Me mató treinta soldados,
Los mejores de mi escuadra.—
El mancebo, que ha entendido
De su enemigo la parla,
Le dice:— Gran capitan,
Dame cuenta de una dama
Que llevaste en esa empresa,
Que me tiene presa el alma.—
El capitan que le ha visto,
Que era por quien él hablaba,
Al cuello le echó los brazos,
Y fuertemente le abraza;
Dice:—Leon invencible
De la nacion lusitana,
La dama os entregaré;—
Y en fin le entregó la dama.
Dieron cuenta de este caso
Al gran conde de Saldaña:
Fué su padrino de boda,
Y viendo tan noble hazaña,
Dió, favoreciendo al mozo,
Del Rey hermosa bengala.

(*Bernardo del Montijo*, Pliego suelto.)

[1] Para el vulgo era bastante causa sin duda, el ser alcalde. ¡Qué extravío de razon tan duradero, pues aun al presente los del populacho, y aun otros que no lo son, tienen por gran hazaña insultar á los encargados de sostener las leyes y el órden público.

1343.

PEDRO CADENAS.

(*Anónimo* [1].)

Atencion, noble auditorio,
Todo el orbe se suspenda
Miéntras mi lengua declara
La mas reñida pendencia
Que sucedió en Barcelona,
Del modo que aquí se cuenta,
Con cuatro nobles soldados
Del rey de España, que aumentan
Las voces de sus hazañas
Por España y fuera de ella;
Porque en diciendo españoles
Todas las naciones tiemblan.

Eran entre los marinos
Estos cuatro, hombres de prendas,
Y por ser de gran valor
Quiero que sus nombres sepan.
El primero y principal
Era Diego de Contreras,
Soldado diestro y temido
En castillos y fronteras;
El segundo es Cayetano
García, soldado que era
De todos muy respetado,
Hombre de valor y prendas;
El tercero Alfonso Tellez,
Cuyas hazañas y fuerzas
No me atrevo á enumerar;
El cuarto es Pedro Cadenas,
Que es alférez reformado,
Sargento vivo en galeras.
Vivia en esta ciudad
Una dama hermosa y bella,
Espejo de la hermosura,
Con quien trataba Cadenas.
Solicitábala á tiempo
Que de España las galeras
Llegan á sus fuertes muros,
Donde saltaron en tierra
Soldados, bravos mancebos,
Respetados donde quiera,
Entre ellos Alfonso Tellez
Y el dicho Diego Contreras.
Paseando alegremente
De Barcelona las puertas,
Vieron esta hermosa dama,
Y sabiendo es de Cadenas,
Bien pudieran excusarlo
Y no meterse con ella.
Alfonso, con mil requiebros,
Ha empezado á enternecerla;
La dama con gran despejo
Le ha dicho de esta manera:
—Váyase muy noramala
A pretender á su tierra,
Y no venga á enamorar
Las damas barcelonesas.
¡Mire que no ha de faltar
Quien le rompa la cabeza!—
Alfonso desto enfadado,
Con una risa compuesta,
Alzó la mano y la dió
Un bofeton á la hembra,
Que la deshizo la cara;
La boca, dientes y muelas
En sangre se las bañó
Diciendo: —Dile á Cadenas,
Que salga á tomar venganza,
Que Alfonso Tellez le espera.—
Se salieron paseando
Muy poco á poco y sin pena,
Al tiempo que Cayetano
Llegó con Pedro Cadenas
A la puerta de su dama.
Viéndola de esta manera,
Dice: —¿Quién es el aleve
Que ha ofendido tu belleza,
Sabiendo que yo estoy vivo
Y que corres de mi cuenta?
Que le quitaré la vida
Con esta espada sangrienta.—
Muy llorosa le responde:
—No serás, Pedro Cadenas,
Respetado en Barcelona,
Si aquesta infamia no vengas,
Y la mano que me ultraja
Cortada no me presentas,
Pues de esta suerte me han puesto
Dos soldados de galera;
El uno es Alfonso Tellez,
Y me dijo que salieras —
De que oyen estas razones,
Como dos serpientes fieras
Van á buscar sus contrarios
Por calles y callejuelas:
Junto á la puerta del Angel
Con ambos á dos se encuentran.
Cayetano que los vido
Echó mano á la siniestra,
Y Pedro le detenia,
Diciendo: —Vamos afuera,
Adonde no haya socorro
Sino que del cielo venga —
Se salen de la ciudad
Poco mas de media legua
Por un excusado sitio;
Volvió la cara Cadenas,
Y en altas voces ha dicho:
— Aquí ha de ser la pendencia,
Donde seré sepultado
O yo vengaré mi ofensa.—
Meten mano á las espadas
Con tal ira y saña fiera,
Que Cayetano García
Cerró con Diego Contreras,
Y Alfonso Tellez cerró
Con su contrario Cadenas.
Como son los agraviados
Se tiraban muy de véras,
Con gran ira y con ahinco,
Estocadas muy soberbias,
Sin reparar en las puntas,
A la que mas pronto llega.
Alfonso, como valiente,
Le ha dado á Pedro Cadenas
Tres furiosas estocadas
Que los pechos le atraviesan,
La púrpura derramando
Manchando la tosca arena:
Como se va desangrando
Y ve le faltan las fuerzas,
Con la espada y con la daga
Con su contrario se cierra;
Le ha tirado una estocada,
Que, sin que reparo hiciera,
Por el párpado de un ojo
Le entró la punta sangrienta,
Que el cerebro le pasó
La espada, mas de una tercia;
Alfonso cayó de espaldas
Difunto sobre la arena.
Cadenas muy mal herido
Sobre una peña se sienta,
Los ojos al cielo alza
Y á Dios llama muy de véras,
Le dice: —Pastor divino,
Yo soy la perdida oveja
Que se vuelve á tu rebaño;
Ea, Señor, recogedla.—
Con esto llegó la parca,
Corta el hilo que le alienta,
Espiró y partióse el alma
Al tribunal á dar cuenta.
Vamos á los otros dos
Que fuertemente pelean:
Cansados de combatir,
Ambos se pidieron treguas.
Para descansar un rato,
Se sientan sobre dos piedras;
Ya se mira el uno al otro,
Y así habló Diego Contreras:
— Todo el mundo tengo andado,
Y he visto diversas tierras,
He tenido desafíos
Y peligrosas contiendas,
Y no he encontrado ninguno
Que á mi valor no obedezca;
Ambos estamos heridos,
Dejemos esta pendencia.—
Y Cayetano responde:
— Mi fama no lo consienta

¿Pues qué se dirá de mí
En el puerto y las galeras,
Si yo te dejo con vida
Habiendo muerto Cadenas?
Pues si en aquesta ocasion
Un Bernardo te volvieras,
Dos mil vidas te quitara
Con esta espada sangrienta.
—¡Muy presto te ha de pesar,
Le ha respondido Contreras,
Pues te muestras tan soberbio
En volver á la pelea!—
Ya otra vez toman las armas
Con tal brío y con tal fuerza,
Que renovaron en breve
La batalla, y tan sangrienta,
Que el sol no acierta á salir
A clarificar la tierra,
Por no ver estos leones
De la suerte que pelean.
Cayetano es muy valiente,
Pero le faltan las fuerzas;
Que tiene cinco estocadas
Y cortada una muñeca:
Retirando piés atras
Huyendo de la soberbia
De Contreras, que parece
Un bravo leon que sueltan,
Tropezó y cayó de espaldas,
Y dice de esta manera:
—Pues que con paz me rogaste
Razon es que te obedezca.
—Ya no es tiempo.—respondió
Muy encendido Contreras;
Y con fuerza muy rabiosa
Le dió la muerte violenta.
Y de que se vido solo,
Y la noche que le cerca
Tendiendo su negro manto,
A la ciudad dió la vuelta.
Se fué á casa de la dama,
Y dice desta manera:
—Traidora, pues fuiste causa
De estas desgracias, la pena
Has de pagar con tu vida,
Para que escarmiento sea.—
La arrastra de los cabellos
Y la cortó la cabeza.
Revolcándose en su sangre,
Yéndose de allí, la deja.
Retrájose en un convento,
Y un hermano de Cadenas
Juró de tomar venganza,
Y haciendo las diligencias
Supo en qué paraje estaba;
Y rondando con cautela
Y con dañada intencion,
Viéndole entrar en la iglesia
Le tiró un carabinazo,
Cayó boca abajo en tierra:
Pidiendo está confesion;
Mas fué vana diligencia.
El delincuente se huyó,
Pero poco le aprovecha;
Que lo cercan y lo cogen
Y á la cárcel se lo llevan.
Dieron cuenta al General,
Y manda su Excelencia
Que lo lleven y lo amarren
A cuatro fuertes galeras,
Que sus carnes despedacen
Para que escarmiento tengan.
Ya le sacan de la cárcel,
Lo llevan á las galeras;
Todas cuatro están en cruz,
Ya lo amarran con violencia,
Y á la voz de un ronco pito
Alzan áncoras y velas,
Con que quedó aquel cadáver
Dividido en cuatro piezas.
Dios les perdone sus almas
Y nos perdone las nuestras
Cuando de este mundo vayamos
A gozar la vida eterna,
Y nos libre de mujeres,
Porque estas todo lo enredan;
Que no hay desdicha ninguna
Que por mujeres no venga.
Alerta, alerta, mujeres,
Disponéos á la enmienda,
Que una mujer fué la causa
Que su galan se perdiera,
Y juntamente con él
Cuatro hombres de nobles prendas.
Escarmentad, valentones,
No vivais á rienda suelta,
No mireis á la mujer,
Que es engañosa culebra
Que con su veneno mata
Aquesta frágil materia.
Y así temamos á Dios
Y á la Virgen madre nuestra,
Porque despues de esta vida
Gocemos su gloria eterna.

(*Pedro Cadenas*, etc. Pliego suelto.)

[1] Hé aquí el último y quizá el ménos inmoral de los romances que en esta seccion de los de *Guapezas y desafueros* insertamos. Todos ellos son el ejemplo vivo de los extravíos de la razon, privada de ejercitarse por el vulgo en asuntos verdaderamente nobles: todos ellos aparecen como el desaguadero que tomó el pueblo para vengarse y reirse de la autoridad despótica que le privaba de otros medios de desahogo. Estéril entónces la nacion de verdaderos héroes, el vulgo, cuyo ardiente espíritu los buscaba en vano, fué á hallarlos entre los bandidos y facinerosos, de él procedentes, y en quienes veia la audacia que admiraba en su corazon, y la independencia de que carecia. El contrabandista, el ladron, el asesino, que rompia con la sociedad, rompia tambien con la autoridad sierva del poder, y cuando se burlaba y asesinaba á puñaladas ó á trabucazos á los agentes del gobierno, el vulgo se consideraba vengado, y cantaba tan inmorales hechos como triunfos obtenidos contra un enemigo. La anarquía activa de los siglos anteriores habia desaparecido, ó por mejor decir, refugiádose entre pocos hombres arrestados á todo; mas los medios de represion que para ello se necesitaron continuaban aun, y oprimian ominosamente, no ya el abuso de la libertad, sino sus mas sagrados derechos. De aquí el odio contra el poder, de aquí la manifestacion instintiva, mas que pensada, contra la autoridad, que si no era ultrajada directamente por los poetas vulgares, se veia indirectamente deprimida tirándola al rostro los elogios de los malhechores que la desafiaban y la castigaban. ¿Cómo, si no, puede explicarse el vértigo que sobrecogió todas las cabezas, y que se hallasen solos y aislados el gobierno y sus agentes contra los malhechores que hollaban las leyes, que resistian la tropa, que asesinaban los ministros de justicia? Tales desafueros no solo eran tolerados, sino admirados por el vulgo; y aun fuera del vulgo, en las clases medias, entre los grandes, en la Iglesia misma, hallaban protectores contra la justicia real. En las casas particulares, en los palacios, en los templos mismos encontraban asilo, defensa y simpatías los ladrones valientes y arrojados, como si fuesen héroes, ó que para serlo no les faltase otra cosa que ocasiones nobles en que emplear su valor. Así se observa en estos romances que muchas veces un hombre despechado y en guerra contra el poder público, obtenia honores, grados militares y hasta hábitos y encomiendas. Desde la última década del siglo XVI, hasta pocos años hace, no eran ya los héroes del pueblo, ni los Bernardos, ni los Cides, ni los Pulgares, ni los Garcilasos, ni los Céspedes, ni los Paredes; porque su pueblo estaba muerto ó trasformado en vulgo, y este habia sustituido á aquellos, los guapos Francisco Esteban, los Correas, los Merinos, los Salinas, los Pedrajas, los Montijos, y á ménos mal ir, los Cadenas. A la verdad que nosotros mismos, condenándoles, no sabemos todavía decidir si merecieran el nombre de héroes, á nacer en tiempo de guerras civiles ó populares. Acordámonos tal vez de la respuesta que á Alejandro dió el pirata cautivo. Y si bien consideramos estas cosas, ¿no pudiera decirse que nuestros contrabandistas y ladrones son la degeneracion del espíritu caballeresco de la nacion que tanto apreciaba el valor individual, que tanto recordaba su espíritu de independencia? ¿Pero cómo en otras naciones los poetas no celebraron esta clase de hombres desalmados? Atribuímoslo á que en ellas no han existido aquellos que individualmente ó en corto número se han atrevido á arrojar su guante á la frente del poder. En otras partes han existido condotieros ó jefes de bandas, ó si no, rateros y asesinos miserables y cobardes; mas no los Corrientes, los Jaimes, ni los

Jose-Marías. Pero en desquite, si hemos celebrado los hechos de tales facinerosos, fuera de aquí es dondé han nacido los sistemas que tratan de erigir como principio doctrinal, que la sociedad en masa, y no los hombres, es culpable de semejantes excesos. Nosotros los hemos admirado, y nunca justificado; pero al fin hemos dado motivo á que el famoso Schiller pusiese en escena y enalteciese los desafueros de un bandido, colocándole en situaciones que le justifican sus atropellos. Estos son quizá los primeros escalones por donde el comunismo y el socialismo han llegado á formar las doctrinas mas absurdas y sofisticas, que no por ser tan viciosas dejan de producir males sin cuento, y de ser en último resultado mas enemigas de la libertad que el despotismo mas atroz, el cual, aunque obre sobre las individualidades, no las destruye ni sujeta en masa á un sistema, que puede llamarse de esclavitud general, y de supresion ó aniquilamiento de las facultades intelectuales.

A pesar de los vicios é inmoralidad de los romances de *Guapezas*, tienen todavía el mérito de continuar la verdadera poesía popular en toda su franqueza, candor, inartificio y sencillez en su espíritu y en sus formas, ya que no siempre en su estilo, que es á veces afectado y lleno de reminiscencias é imágenes buscadas y artísticas. Lo mismo ellos que los viejos participan de los defectos de una improvisacion sencilla; se los ve llenos de ripios, tal vez de obscuridad y de desórden, de manera que los poetas se olvidan de los antecedentes, forman paréntesis interminables, su frase es embarazosa, y se los vé que sin preparacion alguna, el heroe del romance empieza la narracion, y sin saber cómo, el poeta la continúa. Sin embargo, como son la expresion genuina de los antiguos en sus formas, y con ellas se han conservado hasta nuestro tiempo, hemos insertado en este *Romancero* alguno que otro que pertenece al siglo pasado, y aun al presente.

SECCION DE ROMANCES VULGARES, QUE TRATAN DE CASOS Y FENÓMENOS RAROS Y MARAVILLOSOS.

1344.

LA ARPÍA AMERICANA.

(*Anónimo.*)

¿Quién no se pasma y asombra
Al contemplar los portentos
Que la gran madre natura
Ha puesto en el universo?
Pasma ver al astro hermoso
Que ilumina el firmamento,
Animando cuanto existe
Con sus rayos y sus fuegos;
Pasma el ver la clara luna
Rodeada de luceros,
Que en la silenciosa noche
Alumbran el orbe entero;
Pasma el ver la inmensa mole
De nuestro habitado suelo,
Llena de tierras y mares,
Rios, lagunas y estrechos;
Pasma el ver árboles tantos,
Cuyos frutos son sustento
De ese número infinito
De vivientes elementos;
Pasma el ver las varias castas
De animales tan diversos,
Unos del aire habitantes,
Otros del agua ó del suelo;
Y pasma, por fin, el hombre
Coronado rey y dueño
De cuanto en el orbe vive,
Por la mano de Dios hecho.
Pero pasma sobre todo
Tantos monstruosos portentos
Que del órden natural
Dejan las leyes sin fuero.
Uno de ellos es la arpía,
Animal el mas sangriento
Que han abortado los mares,
Que los montes conocieron.
Es la arpía horrendo monstruo
Que ya Virgilio en su tiempo
Dejó en sus versos marcado
Por odioso, hediondo y fiero.
No hay monstruo, dice, mas malo
Que las arpías de Lemnos,
Ni peste que se compare
Con su mortífero aliento.
Cuanto tocan, emponzoñan
Cual si exhalasen veneno,
Y de sus uñas rapaces
No se libra ni el mas diestro:
Ellas fuéron las que un dia
Al piadoso aventurero,
A Enéas hijo de Anquises,
Tan terrible susto dieron,
Pues dejándole en un soplo
Exánime y sin aliento,
De sus venideros males
La profecía le hicieron;
Ellas son las que acosadas
Por el valiente europeo
En el Africa y el Asia,
A la América se huyeron.
Allá, cuentan los autores
Que han escrito sobre esto,
Su domicilio fijaron,
Su vivienda establecieron.
Allá en calidad de anfibios
Viven en bosques espesos
Inmediatos á lagunas
Infestando el elemento;
Allí en cordilleras anchas
Y en intrincados desiertos,
Donde el hombre no ha llegado,
Tienen hediondo asiento;
Y desde allí derramadas
Corren con furor hambriento,
Ya en busca del cocodrilo,
Ya del caiman y el asfelio.
No hay fieras que las asusten,
Pues hasta el leon tremendo
Pierde á su vista el sentido
Y se horroriza á su aspecto.
Sus ojos encarnizados
Están respirando fuego,
Y con femenil semblante
Destilan asco y veneno.
Con su boca de dragon,
Sus dientes dobles y espesos
En dos hileras poblados,
Reducen á polvo el hierro.
De color de carne humana
Tienen la cara y los pechos,
Y su anchurosa barriga
Prosigue del color mesmo;
El pelo es castaño oscuro,
Y lo restante del cuerpo
De una fuertísima escama
Está del todo cubierto.
Tienen por bárbaro adorno
Alas de color de fuego,
Y con orejas de toro,
Tienen lo mismo los cuernos.
Cinco uñas en cada mano
Que muy bien llamar podemos
En lugar de manos, garras,
Por sus garfios y su esfuerzo.
Su cola en dos se divide,
Y cual sierpe ó dragon fiero,
Es cada una tortuosa,
Que se enrosca en su despecho.

Uno de esos animales,
Equivocando el sendero,
En vez de entrar en los bosques,
Mansion de su raza y sexo,
Hácia la parte habitada
Torció sin duda, y siguiendo
Paises desconocidos.
Dió en los montes Orfagueños.
Anduvo vagando errante
Ya por valles, ya por cerros,
Otras fieras destrozando
Haciéndolas su alimento,
Hasta que dando por fin
De una laguna en el centro,
Fijó en ella su morada,
En calor activo ardiendo.
Luego, desde allí impelida
Del hambre cruel al esfuerzo,
Las montañas recorria
Con ahinco carnicero.
Ni los leones se escapan,
Ni los tigres mas soberbios,
Ni cuanto animal furioso
Se halla en aquel hemisferio.
Luego, internándose mas,
Llegó á descubrir los pueblos,
Y entónces la carne humana
Era todo su embeleso.
Ya cogia á un pobre anciano
Que iba limosna pidiendo;
Ya de un sencillo colono
Daba al punto fin funesto.
Hoy una jóven faltaba
Que salió á buscar su dueño,
Y del monstruo sorprendida
Fué pasto suyo al momento.
Otro dia tres soldados,
A pesar de sus pertrechos,
Su fusil y sus cartuchos,
Muertos por la arpia fuéron.
Cuantos niños encontraba
Eran su alimento luego,
Pues con sus terribles garras
Trozos hacia sus cuerpos;
Y si los incautos padres
Los buscan, el monstruo fiero
Los acomete y les cabe
La suerte que al hijo tierno.
Tantos lances y desgracias,
Tantos fatales sucesos,
Todo el pais alarmaron,
Todo el suelo conmovieron.
Una general batida
Determinan con acierto,
Que dé fin á males tantos
Y tranquilice los pueblos.
Vanse pues, adelantando
Por las montañas y cerros,
Y llegan á la laguna
Sin tener humano encuentro.
Por la noche hacer un alto
Determinan, y al momento
Sobre la vasta llanura
Tienden los cansados cuerpos.
Sus centinelas colocan,
Para que estando en acecho
Cualquiera sorpresa eviten
Y en pié se pongan corriendo;
Pero al punto que al descanso
Poderse entregar creyeron,
Dejando el lago la fiera
Se arroja sobre ellos luego.
General es el alarma;
Suenan bocinas y cuernos,
Y la gente alborotada
Sacude al instante el sueño.
A embestir al enemigo
Se arrojan con noble aliento,
Y en efecto se adelantan
Hácia donde el ruido oyeron.
¡Pero cuál el susto ha sido
Cuando frente á frente puestos
De aquel espantable monstruo
Vieron su fatal aspecto!
Como aquellos orfaganos
De terror quedaron yertos,
Y las armas de la mano
Casi á todos les cayeron,
Corrió sobre ellos el monstruo,
Destrozando carnicero
A cuantos no prestó alas
La lijereza del miedo
Pero al instante que en salvo
De su furor se creyeron,
Recobrándose del susto,
Tuvieron todos consejo,
Y resolucion tomaron
De buscar todos los medios
De apoderarse del monstruo
Causa de tales sucesos.
A este fin determinaron
Matar diversos carneros,
Y de narcóticos jugos
Empapar su carne luego.
En seguida desde un monte
De pico elevado y tieso,
Desde donde la llanura
Descubrian sin esfuerzo,
Aquella carne arrojaron
Para que el monstruo perverso
Arrojándose sobre ella
Cogiese un profundo sueño.
Asi al punto lo lograron,
Pues corriendo por su seno
El narcótico licor,
Cayó dormido al momento.
Entónces con fuertes lazos
Ensortijándole el cuello,
Piés y cola, le aseguran
Como si estuviese muerto.
Tal le creyeron sin duda;
Mas para cualquier suceso
Grillos en sus manos cargan
Y encadenan todo el cuerpo.
Al cabo de largas horas,
Sacudiendo el monstruo el sueño,
Al verse asi aprisionado
Prorumpe en bramido horrendo.
Romper pretende los lazos,
Mas son vanos sus esfuerzos;
Que al poder del hombre débil
Ceder debe, á su despecho.
Asi á sus pueblos llegaron
Cantando en grande contento,
Y el monstruo con alaridos
Acompañaba el festejo.
Por una cuantiosa suma
Lo ha comprado un europeo,
Y con él se vino á Europa,
Ganar mucho mas creyendo.
En Malta desembarcóle;
Desde allí fué al pais griego,
Y luego á Constantinopla,
Toda la Tracia siguiendo.
Allí empezó á no querer
Admitir los alimentos,
Tanto que á pocas semanas
Murió rabiando y rugiendo.
Este fin tuvo la arpia,
Monstruo de natura horrendo:
¡Ojalá todos los monstruos
Se murieran en naciendo!
Y el que abriga un corazon
Feroz y cruel en el pecho,
Que ántes de nacer espire
Se ha de rogar á los cielos.

(*La Arpia americana*, Pliego suelto.)

1345.

LOS CINCO HIJOS DE UN PARTO.

(*Anónimo.*)

Por los ámbitos del mundo
Resuene en acentos claros
La mas extraña noticia,
El mas admirable caso
Que se ha visto, ni se ha oido,
Ni en imprentas se ha estampado.
Atencion encargo á todos,
Miéntras al Rey soberano
De cielo y tierra le pido
Me dé su auxilio y amparo
Para que pueda mi pluma
Ir dirigiendo estos rasgos.
En un pueblo que se halla
En el reino valenciano,
Que el nombre suyo es Jalapa,
Allí nació un hombre honrado
Llamado Isidoro Lopez;
Y con quien está casado
Es con María Gutierrez.
Queríanse como amados,
Y del feliz matrimonio
Les dió el cielo soberano,
Al cabo de nueve meses,
En el dia señalado,
Aunque con muchas fatigas,
Dolor, ansias y trabajos,
Cinco hijos de un solo vientre.
¡Qué fenómeno tan raro!
Pues lo mas extraño es, que
Cada uno va señalado
Con una señal distinta,
Las cuales iré explicando:
El primero que nació,
Asida en su diestra mano
Sacó una espiga de trigo;
El segundo en igual caso,
Sacó como el anterior,
Segun se ha manifestado,
Una espiga de cebada;
Todos se maravillaron.
Nació el tercero, y fué mas
El asombro que ha causado,
Pues nació con dos espadas
En su vientre amenazando,
Ambas formando una cruz.
Despues de este nació el cuarto,
Con un racimo de uvas
Puesto en la derecha mano;
Y el quinto, con una vara
Sobre el muslo ¡raro caso!
A modo de una escopeta.
Los circunstantes pasmados,
Al mirar tales señales
Se quedaron asombrados.
¡Qué dolor, qué sentimiento,
Los pobres padres pasaron,
Viendo á estos cinco varones
De esta suerte señalados!
Alborotóse el lugar:
Todos atemorizados
Andaban de Dios temiendo,
Segun por lo que han mirado,
Un rigoroso castigo,
Y así se fué divulgando.
Llegó á Valencia la nueva,
Y al momento ha publicado
Una órden el gobierno,
Discreto, prudente y sabio,
Mandando llamar al punto
Los hombres mas literatos
Que hubiese en todo aquel reino.
Vinieron los magistrados,
Y por mas que discurrieron,
Ni en libros que registraron,
Averiguar no pudieron
Señales de tanto pasmo,
Extrañas y nunca vistas,
Qué pudiesen ser. Y es claro
Que á Valencia se volvieron;
Y el General, informado,
Pasó con su comitiva
A Jalapa, y admirado,
Con diez mil duros de plata
Los niños dejó premiados.
Se despidió el General,
Del caso maravillado,
No de la monstruosidad
De cinco hijos de un parto,
Sí de las cinco señales,
Por lo que están denotando.
Porque en este mundo ha habido,
Segun cuenta Alberto-Magno,
Andreas el Evorense,
Glesiardino, Guerra y cuantos
Autores clásicos trae
El Ente dilucidado,
Como Plinio y Nieremberg
Refieren en un tratado,
De una mujer que parió
De una vez ó solo parto
Diferentes criaturas;
Pero en esto no me paro,
Pues por no ser de mi asunto
Mas de lo que me han mandado,
No quiero extender mi pluma
Sobre monstruosos partos.
Solo diré que lo trae
El Ente dilucidado,
Quien afirma por muy cierto
Este monstruoso parto,
Y cómo de sus resultas
Fallecieron de contado
La madre y las criaturas,
Sin valer poder humano.
Y así, todos muy rendidos
Misericordia pidamos,
Porque así del Sér supremo
Los rigores aplacamos.
Confúndase la herejía,
La ley del Crucificado
Reine en nuestros corazones,
A pesar de alucinados;
Logre la Iglesia romana
Sus piadosos fines santos;
Y nuestro augusto monarca
Con los príncipes cristianos
Conserven paz y concordia
En sus felices reinados.
Para que al fin de sus dias
Con sus súbditos amados,
En la patria celestial
Se coronen de mil lauros,
Y todos eternamente
Loemos y bendigamos
A la augusta Trinidad
Con el Santo, Santo, Santo.

(*Los cinco hijos de un parto*, Pliego suelto.)

1346.

CASO RARO Y MILAGROSO DE UNA MUJER QUE PARIÓ TRESCIENTOS SETENTA HIJOS DE UN PARTO.

(*Anónimo* [1].)

Estén atentos los hombres
Sin haberse de admirar;
Las mujeres temerosas
D'esto no se han de espantar,
Y es que aconteció en Irlanda,
Verísimo, sin dudar,
Que yendo una mujer pobre
Sn limosna á demandar
Llevándo en sí muchos hijos
Hermosos para alabar,

Allegó á pedir limosna
Por poderse alimentar
A madama Margarita,
Que así la solian llamar,
Princesa, dicen algunos,
Que fué de Irlanda, sin par,
La cual en ver tantos niños
Fué á la pobre á preguntar :
—¿Tus hijos son todos esos?—
Tal respuesta le fué á dar :
—Sí, mi señora, y de un padre,
El cual vive á su mandar.—
Respondióle : —Es imposible,
Antes cierto es de pensar,
Que ellos son de muchos padres,
Y esto no puedes negar.—
La pobre mujer aflicta,
Como se viese infamar,
Con las manos hácia el cielo
Fuése en tierra á arrodillar
Diciendo : —¡Oh plegue á Dios,
Como él lo puede obrar,
Que tantos hijos de un padre
Vengas, señora, á alcanzar,
Que no puedas conocerlos
Ni ménos poder criar! —
Fué este ruego tan acepto,
Que esta dama fue á engendrar
Trescientos setenta hijos,
¡Cosa de maravillar!
Todos los parió en un dia
Sin peligro, y con pesar,
Chicos, como ratoncillos,
Vivos, sin uno faltar;
A los cuales un obispo
A todos fué á baptizar
En una fuente de plata.
Despues fuéron á gozar
De aquella gloria suprema
Que no se puede preciar.
Esta fuente en una iglesia
Hoy en dia suele estar,
Y á nuestro emperador Cárlos
Se la fuéron á mostrar;
Y esto ser verdad testiguan
Autores muy de estimar :
Uno es Baptista Fulgoso,
Enrico, con Algozar,
Y el gran doctor valenciano
Vives, que no es de olvidar.

(Timoneda, *Rosa gentil.*)

[1] Este romance es del siglo xvi, y acaso compuesto ó refundido por Timoneda. La narracion tradicional del hecho que aquí se refiere, supone que la pobre mujer ofendida por la desdeñosa princesa, rogó á Dios que la castigase haciendola parir tantos hijos de un parto como dias tiene el año, y en efecto la maldicion la cayó, y parió trescientos sesenta y cinco niños pequeñísimos, y no trescientos setenta como cuenta el romance.

SECCION DE ROMANCES VULGARES QUE TRATAN DE ASUNTOS IMAGINARIOS.

1347.

LA ISLA DE JAUJA.

(*Anónimo.*)

Desde el Sur al Norte frio,
Desde el Oriente al Ocaso,
La fama con trompas de oro
Publique en acentos claros
El suceso mas famoso,
Y el mas prodigioso hallazgo
Que el dorado sol registra
Luz á luz y rayo á rayo.
Es el caso que un navío
Del general Don Fernando,
Surcando del dios Neptuno
El mas sazonado charco,
Ha descubierto una isla,
Cuyos grandiosos espacios
O son jardines de Vénus,
O son pensiles de Baco;
Cuyas casas eminentes,
Cuyos rumbosos palacios,
O brillan con margaritas
O deslumbran con topacios :
Sus fachadas y paredes
Todas son de piedra mármol,
De marfiles espejosos,
Y cándidos alabastros;
Sus cuadras son aposentos,
Que están todos entoldados
De tela de plata y oro,
Y brocado de tres altos.
Bufetes de feligrana,
Escritorios de oro vario,
Baules de pedrería,
Camas de cristal cuajado,
Sábanas de holanda prima,
Colchas de vistosos lazos,
Mantas de olorosas felpas,
Colchones de pluma blandos.
Llámase esta ciudad Jauja,
Isla deliciosa, y tanto,
Que allí ninguna persona
Puede aplicarse al trabajo,
Y al que trabaja le dan
Doscientos azotes agrios,
Y sin orejas le arrojan
De esta tierra desterrado.
Allí todo es pasatiempos,
Salud, contento y regalos,
Alegría, regocijos,
Placeres, gozos y aplausos.
Vivese allí comunmente
Lo menos seiscientos años
Sin hacerse jamas viejos,
Y mueren de risa al cabo.
Las calles de esta ciudad
Hacen con curioso ornato
De ébanos y de marfiles
Curiosos encajonados;
Las murallas que las cercan,
Siendo de bronce dorado,
Tienen de cerco diez leguas
Y de ancho doscientos pasos.
Doce principales puertas,
Que están diamantes brillando,
Paso á la ciudad ofrecen;
Pero defienden el paso
Dos guardas en cada una,
Que hechos vigilantes Argos
No dejan entrar adentro
Pesares, congojas, llantos.
Solo la entrada franquean
Los guardas á todos cuantos
Forasteros quieren ir;
Y lo que pasa en llegando,
Es que salen diez doncellas
Vestidas de azul y blanco,
Tan bizarras como hermosas,
Y con instrumentos varios

Le llevan en medio de ellas
A un riquísimo palacio,
De que toma posesion,
A su obediencia quedando
Las damas, para asistir
A su servicio y regalo;
Y de quince en quince dias,
O de mes en mes lo largo,
Vienen otras diez doncellas
De refresco, y con regalos,
Que son hechizos de amor
Y de la hermosura encanto.
Es tan rica esta ciudad,
Y es abastecida tanto,
Que si acierta á describirlo
Mi pluma, será un milagro.
Primeramente hay en ella,
A trechos proporcionados,
Treinta mil hornos, y todos
Tienen, sin costar un cuarto,
Con abundancia molletes,
Pan de aceite azucarado,
Vizcochos de mil maneras,
Chullas de tocino magro,
Empanadas excelentes
De pichones y gazapos,
De pollos y de conejos,
De faisanes y de pavos,
De lampreas, de salmones,
De atunes, truchas y barbos,
De sabogas y besugos,
Y de otros muchos pescados;
Pastelones de ternera,
Lechoncillos bien tostados,
Tostadas de varios dulces
Y de sazonados agrios;
Cazuelas de codornices,
De arroz, tórtolas y gansos,
Y de otros pájaros bobos
Sabrosos y extraordinarios.
Hay un mar de vino griego,
Otro de San Martin, blanco,
Dos rios de Malvasía,
De vino moscatel cuatro.
De hipocrases tres arroyos,
De limonada diez charcos,
De agua de limon y guindas,
Canela y anis, seis lagos;
De vinagre blanco y tinto
Diez balsas en breve espacio,
De aguardiente treinta pozos,
Los mas de ellos anisados;
De agua dulce, clara y fresca,
Doce mil fuentes, que es pasmo
Lo artificioso de todas,
Lo primoroso y lo vario;
De queso una gran montaña,
De mantecadas un campo,
De manjar blanco una dehesa
Y de cuajada un barranco;
Un valle de mermeladas,
De mazapanes dos llanos,
De canalones dos montes,
Y de acitron dos collados.
Hay de miel un largo rio,
Guarnecido y margenado
De arboledas, cuyos frutos
Son pellas de manjar blanco;
Hay hojaldres muy sabrosos,
Buñuelos almibarados,
Mantequillas, requesones
Y pepinos confitados.
Hay treinta acequias de aceite,
Y un dilatado peñasco,
La mitad de queso fresco,
Y la otra mitad salado.
Hay diez y siete lagunas
Continuamente manando
Aceitunas como huevos,
Y alcaparrones tamaños;
Hay de leche un ancho rio,
En muchas partes helado,
Otro de natas y azúcar,
A los golosos brindando.
Hay una hermosa arboleda,
Que tiene por todo el año
Peras, membrillos, camuesas,
Melocotones, duraznos,
Manzanas, granadas, higos,
Todo bueno y sazonado.
Hay campos que dan melones
Ya blancos, ya colorados,
Ya chinos, ya moscateles,
Ya escritos, ó ya borrados.
Hay un espacioso bosque
Adonde nacen caballos
Andantes y corredores,
Ensillados y enfrenados,
Potros, yeguas, mulas, vacas,
Carneros, cabritos, gamos,
Corzos, cabras y terneras,
Jabalíes y venados.
Hay un millon de carrozas,
De coches un *mare magnum*,
De centeno y trigo, montes,
De paja y cebada barrios.
Hay ciento y cincuenta cuevas
Que ninguna tiene amo,
Llenas de paño de Lóndres,
De sedas y de brocados,
Tafetanes y tapices,
Espolinos y damascos,
Toda variedad de sedas,
De lanas y de brocados.
Para las señoras damas
Hay tambien vestidos varios,
Muy llenos de plata y perlas,
Y de diamantes bordados,
Sin que falte cosa alguna
Que sea para su ornato;
Y todo lo dicho cuesta
Solo llegar y tomarlo.
Hay una hermosa alameda,
De cuyos copiosos ramos
Penden diversos vestidos,
A cada cual ajustados.
Ropillas, guantes, coletos,
Sombreros, medias, zapatos,
Camisas, valonas, vueltas,
Calzones, ligas y lazos.
Hay cuatrocientas iglesias,
Ermitas y santuarios,
Todas de plata maciza,
Y oro fino fabricados.
La riqueza y ornamentos
De esculturas y retablos,
Considérelo el prudente
Miéntras lo envidia el avaro.
De nieve hay una gran montaña,
De virtud prodigio raro,
Que calienta en el invierno
Y refresca en el verano.
Hay en cada casa un huerto
De oro y plata labricado,
Que es prodigio lo que abunda
De riquezas y regalos.
A las cuatro esquinas de él
Hay cuatro cipreses altos:
El primero da perdices,
El segundo gallipavos,
El tercero cria conejos,
Y capones cria el cuarto.
Al pié de cada cipres
Hay un estanque cuajado,
Cuál de doblones de á ocho,
Cual de doblones de á cuatro.
Animo pues, caballeros,
Animo, pobres hidalgos;

Miserables, buenas nuevas,
Albricias todo cuitado,
Que el que quisiere partirse
A ver este nuevo pasmo,
Diez navíos salen juntos
De la Coruña este año.

(*La isla de Jauja*, etc. Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES DE CONTROVERSIA, AGUDEZA É INGENIOSIDAD[1].

1348.

LA RIQUEZA Y LA POBREZA.

(*Anónimo.*)

Supuesto de que mi pluma
Está puesta en la palestra
Presentando la batalla
A cuantas plumas discretas,
A cuantos vanos autores,
A cuantas errantes lenguas,
A cuantos ciegos discursos
Se atrevieren en sus letras
A contradecir notando
El asunto de mi idea;
Atencion, porque mi pluma
Se explica con muchas lenguas.
Bien sé que serán sin cuento
Los que lo contrario sientan,
Porque el tema de mi asunto
Es ponerme á la defensa
De un objeto despreciado
De los hombres de la tierra,
Porque es dama tan horrible,
Tan abominable y fea,
Que no quisiera ninguno
Darle posada, ni verla
Que se acerque á los umbrales
De su casa ni sus puertas.
Y porque no estén dudosos
Deseando el conocerla,
Quiero referir su nombre:
Esta pues es la Pobreza;
Y porque conozca el mundo
Su engaño, quiero que entienda
Que es ignorancia muy grande
No amarla y aborrecerla,
Y que muy ciegos vivimos,
Adorando á la Riqueza,
Como dama tan hermosa,
Tan apetecida y bella,
Que todos quieren servirla,
La desean y celebran
Sin conocer que es traidora,
Engañosa y embustera,
Y que todos sus favores
Son fingidas apariencias.
Y si no, atended, supuesto
Que están las dos en palestra,
Sobre cuál es de las dos
Mas prudente, mas discreta,
Mas excelente, mas sabia,
Y cuál merece ser puesta
En estimacion mas alta
Por sus hazañas diversas.
Puestas las dos cuerpo á cuerpo,
Así empezó la Riqueza
Presuntuosa y ufana,
Hablando con la Pobreza
Le dice: —¿Quién eres tú?
Desdichada, humilde y necia,
Odiosa y aborrecible,
Ultrajada y macilenta,
Que no puedes oponerte,
Discurriendo competencia
Con mi valor, siendo así
Que soy en toda la tierra
La que luce y resplandece
Por mi altivez y soberbia,
Por mi valor y mi brio,
Por mi gala y por mi fuerza,
Y soy de todos los hombres
La servida por discreta,
La escogida por hermosa,
La aplaudida por compuesta,
La regalada por noble,
La engrandecida por seria,
La ensalzada por señora,
La adorada por perfecta.
Todos desean servirme,
Me aplauden y me celebran,
Y todos me dan el lauro
Como á señora suprema.
Tú no, que eres al contrario,
Por humana inteligencia,
Tan cansada y enfadosa,
Tan ultrajada por fea,
Tan pisada por inútil,
Tan abatida por necia,
Tan mísera y despreciada,
Que de ti nadie hace cuenta;
Todos los hombres te ultrajan,
Porque á todos los afrentas.—
Atenta estuvo escuchando
Con atencion la Pobreza,
Y enojada le responde:
—Deten el curso á tu lengua,
Porque altiva y presumida
Tanto cuanto hablas yerras;
Y aquesos que de mi huyen,
Esos que me vituperan,
No tienen entendimiento,
Porque si alguno tuvieran,
A ti sola te ultrajaran,
A mí todos me quisieran,
Pues yo soy en todo el mundo
La que está de Dios mas cerca,
Y por quien gozan los hombres
Favores á manos llenas.—
La Riqueza se sonríe,
Y le dice: —¡Calla, necia!
¿Qué finezas hacer puedes,
Si tu desnuda pobreza
Ni aun para que te sustentes
Te da posible siquiera?
Yo sí he hecho muchas cosas
Dignas de alabanza eterna:
Yo he edificado ciudades,
Villas, lugares, aldeas,
Alcazares, edificios,
Castillos y fortalezas,
Templos, torres y navíos,
Que en esos mares navegan;
Hago condes y marqueses,
Doy cargos y doy nobleza,
Y de un húmilde villano
Hago un general apriesa;
Duques y grandes de España
Muchos son con mi licencia,
Y así de las voluntades
El mundo me llama reina.—
La Pobreza le responde:
—¡Esa es buena diligencia,

Que con mis propias hazañas
Te alabes y te engrandezcas!
¿No sucede muchas veces
En una campal refriega
Dar un capitan valiente
Industriosas advertencias,
Con que á ménos costa gana
La victoria que desean,
Y darle á aquel los aplausos
Mas que á los que la pelean?
Pues así merezco yo
Los lauros de esas empresas;
Pues yo soy la que en el mundo
Inventó, por cosa cierta,
De toda la agricultura
La maestranza primera,
Y de las artes y oficios,
Porque mis hijos adquieran,
Despues de hacer tantos bienes,
El pan con que se mantengan;
Yo di principio á las armas,
Yo di principio á las letras;
Yo descubrí con mi industria
La navegacion, que en ella
Muchos caudales se adquieren,
Fama, opinion y grandeza.
Yo inventé los ejercicios
De arar y surcar la tierra,
En que mis hijos se ocupan
Y á todo el mundo sustentan.
Yo he edificado hospitales,
Monasterios de pobreza;
Los hijos de San Francisco
Yo los sustento á mi cuenta,
Y la santa caridad
Hace conmigo, si observas,
Obras de misericordia,
Curando enfermos con ella,
Y enterrar pobres difuntos
Con humildad y paciencia;
Y ningun justo en el mundo
Ha pretendido riquezas
Para conseguir la gloria.
Verás todos te desprecian,
Porque conocen que tú
No has de darles cosa buena,
Sino vicios y deleites,
Galas, vanidades, fiestas,
Amores y pasatiempos,
Murmuraciones y ofensas;
Y de los siete pecados
No hay ninguno que no engendras:
Soberbia, avaricia, gula,
Ira, lujuria, pereza,
Y la envidia, sin buscarles
Remedio que los defienda.
Yo, si alguno de los mios
Le acomete la soberbia,
Le acudo con la humildad
Porque á sus ojos la vea;
Si está picado de envidia,
Luego le pongo á la puerta
La caridad, su contraria,
Y al punto se va y le deja;
Y si está con avaricia,
Le propongo la largueza;
Si con pereza le veo,
Le aplico la diligencia;
Si le aprieta la lujuria,
Le doy castidad honesta;
Y si con gula le veo,
Le doy templanza discreta;
Si lo impacienta la ira,
Yo le lleno de paciencia;
Luego le doy el trabajo,
El cuidado y la tristeza,
El sudar, la pesadumbre,
La necesidad, y en ella
El anhelo de esta vida,
Que llevado con paciencia,
Es para subir al cielo
Una fácil escalera.
Y si no, atiende, y verás
Cuán grande es la diferencia,
Que entre los tuyos ha habido,
Y los mios, en la tierra.
Tu amigo el Rico avariento,
Porque te adoró de véras,
Sumergido en los infiernos
Arde entre llamas eternas.
Rico fué Cain, y fué
Mortal envidia su hacienda
Contra el inocente Abel,
Motivo para que fuera
El primero condenado
Que el castigo experimenta.
Mira un soberbio Nabuco
Y un Faraon entre penas,
Que de haber sido soberbio
Fué la causa su riqueza.
Y en fin, por no gastar tiempo.
Muchos que calla mi lengua.
Estos tus hijos han sido,
Y ahora los mios llegan.
Mira pobre un San Francisco,
Por su humildad y pureza
Colocado en el empíreo
Gozando sumas riquezas;
Mira un Juan de Dios humilde.
Un Lázaro con miserias,
Un paciente Job, tan pobre,
Y ya tan rico de véras;
Un Ignacio de Loyola,
Un San Pablo de la Breña,
Y un San Francisco de Paula,
Y otros muchos, que pudieran
Coronarme de laureles,
Y avergonzarte á ti mesma.
Y para que te confundas
Con la sentencia postrera,
Mira el soberbio Luzbel
Hecho tizon de candela,
Sumergido en los infiernos,
Porque pretendió grandezas.
Y repara lo contrario
En una pobre doncella,
Ensalzada por humilde
A dignidad mas suprema
Que pudo tener jamas
Criatura pura y bella,
Como el ser Madre de Dios,
Reina del cielo y la tierra.
Aquestas son mis hazañas,
Estas son mis excelencias:
¡Mira si con tales lauros
Podré admitir competencia
Contigo y con cuantos tienen
Por ultraje la Pobreza!—
A cuya razon, corrida
Y afrentada la Riqueza,
Volviéndole las espaldas,
Vencida, se va y la deja.
Mira si quien esto sabe,
Defenderá la Pobreza
A capa y espada á un tiempo,
Puesta la pluma en la diestra.
Y si hubiere algun curioso
Que á lo contrario se atreva,
La pluma tengo en la mano,
Aunque se acaba la letra;
Que aunque es pluma de palomo
Ella escribirá contenta.

(*La Riqueza y la Pobreza*, Pliego suelto.)

[1] Los romances de esta clase traen su origen de tiempos remotos; y los actuales, que aun conserva el vulgo, deben considerarse como reformas de otros mas antiguos. No pertenecen exclusivamente á nuestra nacion, ni acaso fuimos los inventores, pues los franceses tienen composiciones de esta clase.

entre las cuales se hallan algunas que versan sobre los mismos asuntos. Siendo estas muy raras y de difícil adquisicion, no nos ha sido posible comprobar con ellas nuestros romances; y es aun mas sensible que de estos no hayan llegado á nuestras manos otras ediciones que las hechas en el dia. Para dar una idea, siquiera remota, de las composiciones francesas que ofrecen mas analogía con las nuestras de su clase, insertamos los siguientes títulos de algunas de ellas, que si no corresponden todas á los romances aquí insertos, sí á otros que hemos suprimido por no ser cansados.

Le Debat. de la Vigne et du laboreur; *imp. en* 16.º, *siglo* XVI.
Id. d'l'homme et de la femme; *imp. en* 8.º, *got.*, *siglo* XVI.
Id. d'l'homme et de l'argent, novellement translate d'Itahen, *etc.*; *imp. en* 8.º, *got.*, *siglo* XVI.
Id. du corps et de l'âme, et la vision de l'ermite; *en* 8.º, *got.*, *siglo* XVI.
Id. du vin et de l'eau; *imp. en* 4.º, *got.*

Es muy notable que en general las poesías francesas de esta clase se han escrito en versos redondillos, como los de los romances, aunque formando estrofas como las coplas de arte real de los trovadores provenzales y de los nuestros sus imitadores.

1349.

CONTIENDA Y ARGUMENTO ENTRE UN POBRE Y UN RICO.

(*Anónimo*[1].)

Atiendan pobres y ricos
A esta relacion curiosa,
Si quieren desengañarse
De lo que es mundo y su pompa.
Hoy sale un rico al teatro
Muy lleno de vanagloria,
Hablando contra los pobres
Con mucho desprecio y mofa.
Sale un pobre al desempeño,
Que con discrecion le nota
Al rico sus vanidades
Y sus fantasías locas.
El Rico le dijo al Pobre:
—Eres un hombre sin honra,
Miserable y desdichado;
Si tienes alguna cosa,
Te cuesta mucho trabajo,
Y afanado á todas horas
Medras poco en tus afanes,
Y gastas muy poca ropa;
Y aunque mas quieras hacer,
Siempre serás capa-rota.
Tú careces de comidas
Regaladas y curiosas;
Tú te diviertes muy poco,
Y comes fuera de hora,
Porque no siempre lo tienes,
Aunque tienes buena boca;
Tú duermes en mala cama
Y tienes camisas rotas;
Tus colchones son de paja,
Y á lo mas de lana tosca,
Y muchas veces en tierra
Haces vestido la rosca;
Tú vives en pobres casas
Y habitas en pobres chozas;
Y otras veces en los campos
Te coge la noche á solas,
O ya guardando el ganado,
O haciendo otras muchas cosas;
Tú cavas y aras la tierra,
Y tambien las viñas podas;
Tú haces carbon y ceniza,
Para lo cual leña cortas;
Tú coges las aceitunas
Con el trabajo que notas
En tiempo de frio y hielos,
Y apénas sacas la costa;
Tú siegas en el verano
Las mieses largas y cortas,
Y los calores del sol
Te fatigan y abochornan;
Bebes el agua encharcada,
Y logras de poca sombra;
Tú beneficias la tierra,
Siembras ajos y cebollas,
Calabazas y pepinos,
Coles, nabos, zanahorias,
Pimientos, cardos, lechugas,
Berengenas y escarolas,
Tomates y verdolagas,
Y de todo poco logras,
Por venderlo para pan
Y comprar alguna ropa.
Tú trabajas en las minas,
Rompiendo las piedras toscas
Por buscar la plata y oro,
Y otros con ello se adornan,
Y á tí un jornal muy escaso
Te dan, y callas la boca;
Y en diferentes oficios
Trabajas, y andas sin sombra,
Para que el rico malgaste
Y viva con mucha pompa;
Tú vives muy despreciado
Con trabajos y congojas:
Al pobre nadie le estima
Ni hacen caso de sus cosas;
Si dice algunas verdades
Y palabras sentenciosas,
Lo tienen por ignorancia,
Y hacen que calle su boca
Despreciando sus sentencias
Con palabras injuriosas;
Si el pobre pide por Dios
Y por los santos limosna,
Siempre le dan lo peor,
O nada, ó poco, ó las sobras;
Si tiene parientes ricos
Y quiere que lo conozcan,
Lo miran con rostro grave
Y desprecian su persona,
Mirando su parentesco
Como si fuera de Angola.
Si el pobre quiere servir,
Con el rico se acomoda,
Y aunque el pobre bien le sirva
El salario mal lo cobra,
Porque el pobre siempre llega
A pedirlo en mala hora;
Si viene algun año malo,
Con el primero que topa
Es con el pobre, y lo hace
Rodar como una pelota;
Si comete algun delito,
Aunque sea cosa corta,
Quieren que pague su pena
En presidio ó en la horca.
Si hay guerras y buscan gente,
Siempre á los pobres les toca
Salir por levas ó quintas,
O por milicias que nombran.
Si echa tributos el rey
Los pobres pagan la costa;
Si echan bandos en los pueblos,
Que suelen, por muchas cosas,
Aunque muchos los quebranten
A solo el pobre aprisionan;
Y en fin, todos los trabajos,
Tribulaciones, congojas,
Desdichas, penalidades,
Las infamias y deshonras
Que en el mundo se padecen,
Siempre á los pobres les tocan.
No hay cosa como ser rico:
Al rico todo le sobra,
El tiene bien que comer,
Viste como se le antoja,
Mora y vive en los palacios,
Las mejores casas logra,
Alcanza las dignidades
Y los cargos de mas honra;
Todos celebran al rico:

Le da aplausos la lisonja,
Cada dicho es una gracia,
Cada discurso se nota
Por una grande viveza
Y discrecion prodigiosa;
Las mas regaladas frutas
Y las carnes mas sabrosas
Le administran á su mesa,
Y bebidas mas gustosas;
El se divierte y pasea
En litera y en carroza,
En caballos de regalo,
En coche, y segun la moda.
Si al rico lo miran triste,
Hay diferentes personas
Que procuran alegrarlo
Y que no sufra congojas:
Unos tocan instrumentos,
Otros con voces sonoras
Le regalan los oidos,
Y él goza de aquesta gloria;
Otras personas que pasan
La plaza de ser graciosas,
Con diversos embelecos,
Le hacen dos mil cucamonas,
Para provocarle á risa
Y divertirle la moña.
Si al rico algun accidente,
Aire ó catarrillo asoma,
Médicos y cirujanos
Le buscan de mayor costa;
Las mejores medicinas
Le aplican en toda forma;
Para su alivio y regalo
Le dan cuanto se le antoja.
Es el rico muy dichoso,
Todo cuanto quiere logra:
Logra buenos casamientos
Con principales personas;
Es hombre de mucho empeño,
Por eso buscan su sombra
Los reos y desvalidos,
Y muchos fortuna logran;
El dinero vale mucho,
Y como al rico le sobra,
Por eso vence en el mundo
Las dificultades todas.
Luego, siendo cierto esto,
Como de experiencia consta,
Puede decirse en verdad
Que será hombre sin honra
Ó tendrá poco juicio
El que sabiendo estas cosas
No reniega de ser pobre
Y aparta de su memoria
La pobreza voluntaria,
Deseando las mejoras,
Dicha y fortuna del rico,
Y renuncia desde ahora
Los trabajos y desdichas,
Y las miserias forzosas,
Que consigo la pobreza
Tantas trae y ocasiona.—
Hasta aquí el Pobre ha escuchado
Al Rico, sin que su boca
Ni sus labios haya abierto
Para responderle cosa;
Pero porque no quedase
El Rico con la victoria,
Respondió el Pobre diciendo:
—No discurrí que tan loca
Fuera tu temeridad
En amar la vanagloria.
¡Qué léjos que andas de Dios,
Pues sus caminos ignoras!
¿No sabes que la pobreza
Es virtud tan prodigiosa
Que el mismo Dios la escogió
Para su querida Esposa?
No sabes que á la riqueza
Dios la despreció, de forma
Que nunca quiso amistad
Con tan soberbia señora?
A esta se arrimó el demonio
Y la tomó por esposa,
Porque la vió presumida,
Soberbia, vana, engañosa,
Avarienta é iracunda,
Deleitable y perezosa;
De ella tiene muchos hijos
Que hoy en el mundo blasonan,
Sin reparar en los padres
De donde viene su honra;
La riqueza es vanidad,
Y el que la tiene, y adora,
Camina para el infierno,
Engañado, viento en popa.
Dios se arrimó á la pobreza,
Porque la vió muy preciosa,
Despreciada y abatida,
Fatigada y oficiosa;
De ella tiene muchos hijos,
Y aunque es pobre esta señora,
Para el mundo despreciada,
Es, para el cielo, señora,
Reina de tanta grandeza
Que tiene muchas coronas
Que repartir á sus hijos
Cuando suban á la gloria.
¿No sabes que Jesucristo
Y su Madre prodigiosa,
Los apóstoles y santos
Y personas virtuosas
Amaron á la pobreza
Y despreciaron la pompa,
El fausto y la vanidad
Que la riqueza ocasiona?
¿Qué importa que á la riqueza
Y á los mismos que la gozan
Les dén grande estimacion
Los hombres y la lisonja,
Si para el cielo y el alma
Nada vale y nada importa?
¿Qué importa que á la pobreza
Los ricos la desconozcan,
La desprecien y maldigan,
Si Dios la bendice y honra?
¿Qué importa que en este mundo
Los pobres tengan congojas,
Trabajos, penalidades,
Necesidades, zozobras,
Desnudez y abatimientos,
Calamidades, deshonras,
Persecuciones y afrentas,
Y á este modo otras mil cosas,
Si gozarán en el cielo
Eterno descanso y gloria?
¿Qué importa que el rico goce
En este mundo, de honras,
Dignidades y deleites,
Pasatiempo, aplauso y pompa,
Riquezas y estimaciones,
Siendo todo vanagloria
Que dura muy poco tiempo
En esta vida engañosa,
Si en muriendo, todo esto
Le será infierno en la otra?
¡Oh, y qué engañado que vive
El rico en todas sus cosas!
¡Qué caminos tan contrarios
Quiere andar para la gloria!
El camina por los anchos,
Siendo senda muy angosta
La que guia para el cielo,
Siendo esta verdad notoria.
Luego, mira con cuidado
Si será loca y muy loca
Tu presuncion y soberbia,

Para tener por deshonra
A la pobreza, y por dicha
A la riqueza engañosa.
Abre los ojos del alma
Y considera estas cosas,
Y deja tus vanidades
Si quieres ir á la gloria.

(*Contienda y argumento*, etc. Pliego suelto.)

[1] La venenosa concitacion á la envidia, que podia producir la primera parte de este romance, estaba neutralizada por la segunda, en aquellos tiempos en que se compuso; mas no así sucederá en los presentes, donde falta aquella dulce y apacible resignacion religiosa con que el pobre esperaba el consuelo en otra vida, que en esta le faltaba. Aun á principios del siglo actual he visto pobres, orgullosos de serlo, considerarse como representantes de Jesucristo, y muy confiados de que en la gloria ocuparian un lugar preferente. Yo he visto á un mendigo expulsado de un café, que dijo estas palabras llenas de profundo sentimiento: «No me duele la afrenta que se me hace como hombre; pero me horroriza que la falta de caridad con que se me trata sea una ofensa hecha al mismo Jesucristo, á quien por resignado y pobre represento.» — Siendo mi ánimo hallar en la poesía popular los vestigios y el curso que sigue la civilizacion de los pueblos, no creo inoportuna esta nota, tanto mas cuanto en la materia sobre que versa resulta un contraste entre lo que fué y lo que es, entre lo pasado y lo presente, sin que de ello pretenda deducir que el abuso de lo antiguo no haya dado pretexto á las ideas reformadoras que luego, pervertidas, se hicieron instrumento de crímen y destruccion. En efecto, aunque no han trascurrido muchos años desde que oí al mendigo, ¡cuánta diferencia existe entre el modo de ver que tiene actualmente el vulgo, y el que entónces tenia! Ahora el pobre quiere ser rico á toda costa, porque no espera compensacion á su miseria; ahora se lanza contra la propiedad, ántes la despreciaba, acaso. En vano los gobiernos y los hombres, que no respetaron las ideas antiguas en lo que tenian de respetable, que han corrompido al pueblo haciéndole instrumento de su sed de riquezas, de sus agios inmorales, quieren contenerle viéndose amenazados: el dique religioso que reprimia las malas pasiones está roto; las aguas impetuosas, despues de haber arrasado en el primer ímpetu las rocas que obstruian su camino, inundan los llanos y los valles, como un diluvio que, obrando sobre la sociedad, cual el pasado obró sobre la tierra, la convertirá en ruinas, ántes que se vuelva á constituir bajo formas que reunan condiciones de vida. Todas las ideas fecundas en resultados buenos ó malos han echado raices, han triunfado por las clases mas ignorantes, mas vulgares de la sociedad, y luego han constituido y formado otros modos sociales de existir; pero ha sido porque, las hasta ahora conocidas, admitian un principio religioso y moral. ¿Mas qué sucederá hoy dia, cuando las que cunden y prosperan entre el pueblo pobre son ateas? ¿Podrán producir otra cosa que ruinas, miéntras no presida á ellas un principio religioso? Por mala, por abusiva que sea una religion, por mas atropellos y escándalos que á su sombra se cometan, siempre es mejor que no tener ninguna ó ser indiferente á todas, pues esta carencia ó indiferencia es un elemento de destruccion, miéntras la peor de las religiones siempre tiene un espíritu vivificador, que permite y presenta medios de levantar un edificio, producto de la inteligencia, siquiera sea una choza. Escandaliza y causa compasion oir hoy á los incrédulos, que fingen y predican una fe que no tienen, y que por defender sus bienes, y por pura conveniencia suya, proclaman que no puede haber sociedad sin religion. Dicen una verdad, mas desautorizada por salir de su boca, porque no abandonan los despojos que conquistaron, haciendo al pueblo ateo ó indiferente; porque no sospecharon que el rayo que los ha de herir será el mismo pueblo desmoralizado, que solo repara ya en la prosperidad de sus corruptores; que envidia esta prosperidad, que para sí la quiere, y que para lograrla vuelve contra los prepotentes las mismas armas que usaron y que pusieron en sus manos enseñándole á manejarlas. El pobre ya sin fe no es resignado, y pretende para sí, sin reparar en los medios, por criminales que sean, lo mismo que dió á los otros; ya no se contenta con las migajas que le tocaron en el botin; lo quiere todo con ansia feroz, lo quiere hoy mismo, sin mirar á mañana, porque no hay mañana donde no hay fe ni esperanza; y donde no hay estas, ni caridad tampoco. En efecto, ¿qué le importa al ignorante la ciencia que no conoce? Qué al pobre el respetar y morir en defensa de la riqueza que no espera poseer, si no la roba? El vulgo, en general, cuando no cree lo que no alcanza, solo ve lo que le halaga. El pueblo, que hasta ahora fué el instrumento de las injusticias impunemente cometidas por los gobiernos y los hombres revolucionarios, ha aprendido á desconocer la justicia y á hollar, sin previa indemnizacion, todos los derechos, y quiere en pro de sí propio cometer los desafueros que ayudó á perpetrar en provecho de los que le llevaron al combate contra la ley. En vano el codicioso de ayer, y rico hoy, por solo haber mudado de situacion, proclama las ideas de órden y justicia que enseñó á conculcar: el discípulo, al ver semejante cambio, se burla del maestro, ya en contradiccion consigo mismo. Al lado del enriquecido está el mísero despojado; y como el ejemplo es mas poderoso que la palabra, el pueblo desbordado señala al verdugo, con la mano del menosprecio, la víctima que puso á sus piés. Tú la despojaste, dice, en mi nombre y con mi ayuda; ¿pues por qué no he de hacer contigo y para mí lo que me enseñaste á hacer con otro? ¿Crees que lo que ayer me inculcabas como verdad es ahora mentira? ¿Crees que una justicia y un derecho de ayer deja de serlo mañana, solo porque á tí te conviene? Estremece el considerar que es tal la situacion en que se halla una parte, si no el todo, de las sociedades que se suponen mas civilizadas; que estas son las ideas detestables y feroces que se extienden rápidamente; y sobre todo, que parece ha llegado la inteligencia y los medios humanos á los últimos límites de sus recursos para contenerlas. Réstanos, sin embargo, la esperanza de que Dios haga nacer el bien, del exceso del mal; el hombre como individuo podrá sufrir y padecer, miéntras el bien se elabora en el seno de la humanidad. Alguna idea providencial y fecunda hará triunfar la doctrina divina, de las densas nubes con que los errores humanos la han querido oscurecer y profanar. Ya, aunque sin fe y por fines mundanales, sus mayores enemigos vuelven á ella sus ojos; la proclaman, y solo falta que un apóstol del pueblo, como siempre ha sucedido, inspirado de Dios, la rehabilite y propague entre la muchedumbre, cuya opinion, ilustrada por una fe pura y viva, acaba siempre con las resistencias individuales, dejando al descubierto su debilidad y su astuta hipocresía. Puede ciertamente asegurarse que esta idea pura y dominadora no será ni la comunista ni la socialista, que en vez de enaltecer la inteligencia, la deprimen y destruyen, inutilizando los esfuerzos de la libertad y reduciendo la humanidad á convertirse ó en una agregacion de fieras sin Dios, sin ley y sin freno que á sí misma se devore; ó á ménos mal ir, en una colmena de abejas restringidas á satisfacer meramente sus instintos animales. A tal punto nos condujeran los utopistas de la tierra, descreidos del cielo, haciéndonos atravesar mares de sangre humana y montañas de ruinas, para no obtener, por último resultado práctico, otra cosa que la muerte de la inteligencia ó su reduccion á una facultad inerte y pasiva, y el triunfo final de la barbarie. ¿Y todo por qué? Porque suponen haber soñado y creido que el hombre se basta á sí mismo, que la humanidad es Dios, que no hay otro que esta abstraccion del entendimiento, que ella es omnipotente. Los que predican que Dios es una mentira inventada para esclavizar el pueblo; los que dicen que es una hipótesis para explicar los fenómenos de la naturaleza, ¿qué clase de sociedad podrán establecer? Qué sancion moral, capaz de reprimir las pasiones, puesto que pasiones é intereses ha de haber que combatan su obra, tan contraria á las condiciones de la humanidad? Solamente la fuerza física, que á nada alcanza, les queda por recurso; y la fuerza no es ciertamente la amiga de la libertad, ni de la fraternidad, ni de la igualdad; porque cuando mas, y despues de sangrientas luchas, solo da la paz de la obediencia pasiva, la que gozan los pueblos del Oriente sumisos al fatalismo, y cuya inteligencia está castrada, aunque no anulada, cual lo quedaria en las sociedades cuya organizacion fuese el comunismo ó el socialismo, si fuera dable que llegase á realizarse. El hombre en tal situacion, y sin el estímulo individual de su provecho y de sus goces, nunca querria trabajar, ó trabajara solo para salir de las necesidades perentorias, y seria preciso aun obligarle por la fuerza; azotarle como á un negro. ¿Y esto fuera libertad? ¿Y qué dirémos de la igualdad? ¿Fuera esta otra cosa que el comun malestar? ¿Y qué de los progresos de la inteligencia? Donde todos han de ser iguales, el aventajarse en ella debe de ser un crímen que la envidia castigaria; crímen por otra parte quizá imposible, pues donde todos han de ser iguales, nadie tiene estímulo, interes ni deseo de aventajarse. Entre las abejas todas trabajan igualmente, porque tal es su instinto, porque tal es la ley de su naturaleza, porque no pueden hacer otra cosa, porque no son libres ni necesitan serlo. Entre ellas hay igualdad, porque no hay inteligencia en progreso; entre ellas no hay ricos ni pobres, porque no tienen que satisfacer mas necesidades que las puramente animales, porque no pueden excederlas. Conviertan los modernos utopistas en abejas al género humano, si pueden, y entónces harán inútiles las leyes morales; porque reducidos á obedecer á un instinto invencible, no existirán, ni tentaciones de faltar á él, ni mas libertad de hacerlo que la que tiene la piedra. No habrá Dios, porque no habrá sancion moral en la otra vida; no habrá virtudes ni delitos, porque no habrá libre albedrío; no habrá familia ni adulterios, porque no habrá matrimonio; ni robo, porque no habrá propiedad; no habrá homicidios punibles, porque la fuerza material, ó á su falta la anarquía, no reconocen sino supresiones de obstáculos. Ahora bien, juzguen los hombres lo que pueden gozar cuando vivan en sociedades puramente animales, y aprecien los progresos que en ellas hará la inteligencia. El que trabaja para todos, sin esperanza de mejorar su suerte (y no hay esta esperanza donde existe una igualdad absoluta), no quiere trabajar, no quiere adelantar, pues lo mismo ha de gozar estando ocioso, á ménos que el castigo le fuerce, ó que el hambre, cual entre los salvajes, le obligue á perseguir la caza, ó á devorar á sus semejantes. Y entónces, ¿qué será de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad?

Qué de la inteligencia y del dios humanidad que han inventado para suprimir el Dios verdadero, justo y hacedor de todo lo creado por él?

La calumnia es el arma mas terrible de los sofistas, porque es la verdad convertida en mentira. Los impostores, que negando á Dios se presentan como dioses, predican la posibilidad de que exista el bien en la tierra sin mezcla del mal. Enumerando las imperfecciones del órden existente, y callando sus ventajas, proclaman una mentira; porque el órden actual verdadero, su retrato, es lo que es con lo bueno y con lo malo. Mienten tambien cuando proclaman sus teorías promulgando los males que evitarian, y callando los que encierran en sí mismas. El hombre, gozando del bien sin mezla de mal, no seria hombre, sino una sustancia celeste. ¿Pueden ellos elevarle á este punto? El hombre reducido á un sér puramente pasivo, sin estímulos que le enaltezcan, obligado á no exceder los límites que los mas idiotas le impongan para no destruir la igualdad que propalan, no seria hombre, sino bruto. ¿Y á tal estado quieren reducir la humanidad? ¿Qué harian con los individuos que se aventajasen? ¿Suprimir á los debiles, ó á los fuertes? A los altos, ó á los bajos? A los que ven, ó á los ciegos? A los viejos, ó á los mozos? A los tontos, ó á los discretos? A los buenos, ó á los malos? A los gobernantes, ó á los gobernados? Decídanse de una vez, porque no hay medio: la igualdad no existe donde hay fuertes y débiles, altos y bajos, ciegos y con vista, viejos y mozos, tontos y discretos, buenos y malos, jefes que mandan y súbditos que obedecen. Si no pueden trastornar el curso de los astros é identificar todos los climas, ¿cómo harán que los lapones gocen lo mismo que los habitantes de España, sino que sea obligando á los españoles á que no produzcan mas frutos que los que pueda producir la Laponia? Pues á fe que unos y otros son hombres, y segun ellos deben ser iguales. De aquí se deduce que no pudiendo los niveladores llevar el bien á todas partes, su igualdad quedará reducida á generalizar el mal, para que todos sufran. Pero ni esto conseguirian, porque la naturaleza es toda diferencias; y miéntras haya individuos, no puede haber igualdad en nada, ni en lo físico, ni en lo moral, ni en lo intelectual, porque el mas y el ménos no es dable suprimirlo.

1350.

EL TRIGO Y EL DINERO.

(Anónimo.)

Pare su dorado carro
El rubicundo planeta,
La luna pare su curso,
Y las errantes estrellas,
Tambien los cuatro elementos;
Todos los astros atiendan
A la reñida batalla
Entre el trigo y la moneda;
Y porque sea notoria,
Quiero que todos lo sepan;
Y es que el trigo y el dinero
Están en gran competencia,
Sobre cuál de los dos es
De mas sublimadas prendas.
Habló el dinero diciendo
Al trigo de esta manera:
—¿Cómo, villano atrevido,
Te opones á mis grandezas,
Sabiendo que mis aplausos
Se ensalzan en las estrellas?
Mi nombre propio es dinero,
Hecho soy de tres materias,
Que es el oro, plata y cobre,
Metales que el mundo aprecia;
Soy caballero cruzado,
Pues traigo aquí la encomienda;
El Rey sus armas me dió,
Pues las traigo por defensa;
Soy el empeño del mundo,
Pues todo á mí se sujeta;
Hago al pobre poderoso,
Discreto al que necio era;
Doy dones y señoríos,
Puestos, lauros y grandezas
De mitras y de capelos,
De bengalas y gluetas,
Toisones, llaves doradas,
Grandes puestos y encomiendas:
Beneficios, canongías,
Ducados y presidencias,
Gobiernos, corregimientos,
Alabardas y banderas,
Marquesados y condados,
Y otras muchas preeminencias.
Yo edifico casas, pueblos,
Villas, ciudades y aldeas,
Alcázares y palacios,
Castillos y fortalezas,
Catedrales y conventos,
Y otras fábricas diversas;
Pongo viñas y olivares,
Huertos, jardines y huertas.
Yo hago los mayorazgos,
Los vínculos, las haciendas;
Tengo maestros de danza,
Pintores de gran destreza;
Tengo para los enfermos
Doctores de grande ciencia,
Cirujanos para heridos,
Albéitares para bestias,
Albardoneros, herreros,
Armeros para escopetas,
Carpinteros y torneros,
Sastres y sastras muy buenas;
Zapateros de obra prima,
Tambien tengo de obra gruesa,
Sombrereros, coleteros,
Y maestros de vihuelas;
Roperos y mercaderes,
Y de mercerías tiendas.
Tengo fábricas de paños,
De grana, rasos y telas,
Fondos, damascos, persianas
Y otras exquisitas telas.
Las fábricas de sayal,
Anascotes y estameñas,
Lamparillas, camellones,
Tafetanes y bayetas.
Tengo tambien para pobres
Muchas fábricas diversas
De lanas y paños pardos,
Y lienzos de mil maneras.
Tengo para el pasajero
Mesones, posadas, ventas;
Y de todo comestible
Tengo dos mil casas buenas.
En el mar tengo navíos,
Muchas saetías y galeras,
Pingues, falúas, gabarras
Y otras naves extranjeras.
Por mí va la flota á Indias,
Y mil marchantes en ella.
Yo redimo los cautivos,
Yo contra infieles doy guerra,
Yo visto al pobre desnudo,
Caso las pobres doncellas,
El pobre por mí trabaja,
Por mí el rico se desvela.
Tengo para pasearme
Sillas, coches y literas,
Y donde quiera que estoy
Jamas entra la tristeza,
Sino gustos, pasatiempos,
Fiestas de toros, comedias.
En los molinos de aceite,
Y las casas de moneda,
Y fábricas de tabaco,
Pongo millones y rentas:
Pongo plateros que hacen
Relicarios y cajetas,
Engarces para rosarios,
Cruces, medallas, cadenas,
Galon, hebillas, anillos,
Los botones y corchetas,
Cucharas y tenedores;
Tambien para las iglesias
Se hacen lámparas y atriles,
Hisopos y calderetas,

Ciriales y candeleros,
Los calices y patenas,
Las custodias y copones
Que en el sagrario se encierran.
No quiero pasar de aquí,
Pues si mas decir quisiera,
En un año no acabara
De referir mis grandezas.—
El trigo atento le escucha,
Y ya falto de paciencia
Le dice :— Calla, villano;
Suspende tu errante lengua,
Pues aquel que mucho habla,
Dice el vulgo, mucho yerra.
Y así para que no ignores
Tu loca y vana soberbia,
Te diré en breves palabras
Algunas de mis grandezas.
Yo alimento al Padre Santo
En su solio y silla regia,
A cardenales y á obispos,
Tambien al Rey y á la Reina,
Condes, duques y marqueses,
Caballeros de encomienda;
Al labrador en su afan,
Al poderoso en su hacienda,
En su oficio al escribano
Y al mercader en su tienda,
Al abogado en sus leyes,
Y al impresor en su imprenta;
En su gobierno á los jueces,
Al presidente en su audiencia,
A la monja en su convento,
Al religioso en su celda;
En su juventud al mancebo,
En su casa á la doncella,
Al anciano en su vejez,
Al muchacho en su edad tierna;
En sus angustias al triste,
Al pobre de puerta en puerta,
En su ermita al ermitaño,
Al solitario en su cueva;
Por el mar, los navegantes,
Y soldados en la guerra;
Al jardinero entre flores,
Y al hortelano en su huerta;
Con sus vacas al vaquero,
Al pastor con sus ovejas.
Yo alimento á toda España,
A Francia y á Inglaterra,
A Hungría y á Portugal,
A Alemania y á Suecia,
A Mequinez y á Turquía,
A Sicilia y á Bohemia,
A Borgoña y á Bretaña,
A Etiopía y á Niquea,
La Albania y la Transilvania,
Dinamarca, Esparta y Grecia,
Flándes, Polonia, Saboya,
Milan, la Italia y Armenia;
Soy la quietud de los reinos,
De los campos la cosecha,
Abasto de los poblados,
De los ricos la grandeza,
El consuelo de los pobres
Y el adorno de la mesa;
Sin mí no hay gusto cumplido,
Y todo sin mí es tristeza.
¿Pero tú quieres saber
Lo que al hombre le acarreas,
Y lo que por tí padece?
Zozobras, congojas, penas,
Inquietudes, alborotos,
Sustos, desvelos, quimeras,
Muertes, robos y deshonras,
Logros, usuras y afrentas.
Eres padre del engaño,
Y seno donde se engendran
La soberbia, la avaricia,
La lujuria, la pereza,
El rencor, el odio, el vicio,
La vanidad, la impureza.
¿Cuántos por buscarte pierden
Vida, honor, puesto y grandeza?
¿A cuántos por tí han quitado
La vida y aun las haciendas?
¿Y cuántos se han condenado
Para las llamas eternas?
Y si no, dime tú ahora,
¿Qué lauros, ó que grandezas,
Consiguió el Rico avariento,
Con ser tu amigo de véras?
El estar hecho tizon
En las profundas cavernas.
Aquel gran traidor de Júdas,
Solo por treinta monedas
Cometió el mayor pecado
Que se ha escrito ni se cuenta.
Dices que edificas templos,
Y que haces obras excelsas;
Pues de mí se hace el pan,
Manjar que todos aprecian;
De mí se hace la hostia,
Que en las misas se venera,
Y en fe de cinco palabras,
Baja del cielo á la tierra
El Redentor de la vida,
¡Mira qué mayor grandeza!
Y en mí tiene su morada,
Y sacramentado queda.
No quiero pasar de aquí,
Pues bastante dicho queda,
Con decir que soy palacio
Donde el mismo Dios se ostenta,
Trono donde se coloca
Y solio donde se sienta,
Medicina con que cura
El pecador sus dolencias,
Pan del cielo, manjar dulce,
Con que el alma se alimenta.—
Volviéndole las espaldas,
Se va el dinero, y le deja
Al trigo con la victoria,
Y ufano con esta empresa.
Y ahora Sebastian Lopez
Pide perdon de las letras.

(*El trigo y el dinero*, Pliego suelto.)

1351.

LAS VIRTUDES DEL DIA.—I.

(*Anónimo.*)

Al sacro y divino Autor,
Que crió la tierra y cielo,
Y á su Hijo soberano,
Y al divino Paracleto,
Solo un Dios, y tres personas,
Que así lo creo y confieso,
A pesar de todos cuantos
Fueren contra este misterio;
Y á la soberana Vírgen,
Madre del divino Verbo,
Que en sus sagradas entrañas
Encarnó para el bien nuestro;
Y á los cuatro Evangelistas
Que testimonio nos dieron
De su fe, pasion y muerte,
Como escribanos supremos;
Y á aquellos cuatro doctores,
Y al sacrosanto colegio,
Y á todos los demas santos
Y ángeles que hay en el cielo:
A todos humilde pido
Ilustren mi entendimiento,
Y le dén á mi memoria
Clara luz en este empeño,
Porque llevándola así

Será imposible haya yerro.
Tambien pido al auditorio
Que me dé grato silencio,
Y oirán el mejor romance
Que se ha escrito en estos tiempos.
Las virtudes son del dia:
Todo es fijo y verdadero
Sin fábula ni mentira,
Como lo verá el discreto.
  Crió Dios con su poder
Y con su saber inmenso
La luz hermosa del dia
Que alumbra con sus reflejos:
De dia crió las plantas,
Las flores y árboles bellos,
Aves, peces y animales
Que ilustran los elementos.
Formó el sexto dia al hombre,
Que es nuestro padre primero,
A la semejanza suya
De aquel barro damasceno;
De dia le dijo Dios
A Adan: «Este árbol te vedo,
Nunca de su fruta comas,
Ni quebrantes mis preceptos;»
Pero él pecó como hombre,
Porque de su esposa á ruegos,
Comiendo un dia la fruta,
La gracia entónces perdieron.
De dia le dijo Dios:
—Adan, ¿dónde estás? ¿Qué has hecho?
Dime, ¿cómo has quebrantado
Mi divino mandamiento?—
Adan respondió al Señor,
Desta manera diciendo:
—Esta mujer que me diste
Ha sido la causa de ello.—
Enojado contra Adan
El Señor dijo severo;
—Ahora con tu sudor
Has de ganar tu sustento.—
A aquel inocente Abel,
Cain, su hermano protervo,
De dia le dió la muerte,
Con notable atrevimiento;
De dia le dijo Dios
A Cain, que andaba huyendo:
—Dime, ¿adónde está tu hermano?—
Y respondió muy soberbio:
—¿Yo soy guarda de mi hermano
Para saber dél, por cierto?—
Entónces Dios le maldijo
Por la accion que habia hecho.
De dia el maldito Can
Vió á su padre Noé durmiendo,
Y porque dél hizo burla
Le echó su maldicion luego;
De dia muchos profetas
Anunciaron y escribieron,
Que vendria á remediar
El Mesías verdadero;
De dia bajó Moyses
Del monte sus mandamientos,
Que Dios los mandó guardar
Y los enseñase al pueblo;
De dia el pastor David
Mató aquel gigante fiero,
Que tanto temor causaba
Con su arrogancia y esfuerzo.
En las riberas de un rio
Al gigante Cananeo
Le apareció Cristo un dia
En forma de un niño tierno:
—Pásame de la otra parte,
Dijo, así te premie el cielo,
Porque el rio es caudaloso,
Y bien ves que yo no puedo.—
Tomólo al hombro el gigante,
Y dijo llegando al medio:
—¡Cristo, valme; y lo que pesas,
Niño, aunque eres tan pequeño!—
Entónces le dijo el Niño:
—Ese es tu nombre por cierto:
Que seas desde hoy Cristóval,—
Dijo desapareciendo.
De dia estaba Agustino
A orilla del mar soberbio
Imaginativo y solo,
Confuso su entendimiento.
—¿Cómo, dice, ser podrá
Sea tan grande el misterio
De la Trinidad sagrada,
Que no pueda comprehenderlo?—
Volvió los ojos entónces,
Vido estar á un niño bello,
Que sacando agua del mar,
La echaba en un agujero.
—¿Qué haces, niño?— le pregunta
Respondió: —Apurar pretendo
El mar con aquesta concha.—
Le replicó:— Es caso incierto.—
Entónces le dijo el Niño:
—Aun es mas fácil aquesto,
Que no que comprehender puedas
Lo que está en tu pensamiento.—
El Santo admirado dijo:
—Aguarda, Niño, que entiendo,
Que eres tú sin duda aquel
Que Ambrosio dijo algun tiempo.—
Entónces le dijo el Niño:
—Bastante has dicho con eso:
Quédate en paz, y esto baste,
Agustin, para un discreto.—
De dia libró el Señor
A Israel del cautiverio,
Y de dia dividió
Las aguas del mar Bermejo.
Un sarao tuvo un dia
Aquel maldito y perverso
Rey Heródes en su alcázar,
Con los grandes de su reino:
Danzó su hija Herodías
Dando á todos gran contento;
El padre le dijo entónces:
—¿Qué mercedes pides desto?—
La maldita de su madre,
Que todo lo estaba oyendo
Por detras de una cortina,
La llama, y le dijo esto:
—Di que por merced le pides,
Y que te la otorgue luego,
La cabeza del Bautista,
Y que no quieres mas premio.—
Entónces le dijo el padre:
—Eso yo te lo concedo;—
Y así de dia murió
Aquel precursor excelso.
De dia estaba la Virgen
En Isaías leyendo
Del Redentor soberano,
Su sagrado advenimiento.
Al patriarca José
De dia dispuso el cielo
Le floreciese la vara
A vista de todo el pueblo.
De dia dijo la Virgen:
—¡Oh qué preñada me siento!
Esposo mio, no hay duda,
Que está ya cercano el tiempo.—
Y parió de allí á ocho dias
Entre la nieve y el hielo,
Sin albergue y con pobreza,
Al Autor del universo.
De dia la visitaron
Mil devotos zagalejos,
Llevándole cada uno
Los presentes que pudieron.
La primer sangre que el Niño

Derramó para bien nuestro,
Fué el primer dia del año,
Como afirma el Evangelio;
Y los tres Reyes de Oriente
Trece dias anduvieron
Hasta llegar al portal
Donde nació el Rey excelso;
De dia se vieron libres,
Cuando á sus tierras volvieron.
El rey Heródes, que andaba
Encarnizado y sangriento,
Mandó aquel maldito rey,
De envidia, á todo su reino,
Que pasasen á cuchillo
A todos los niños tiernos.
De dia el santo José
La Virgen y el Niño huyeron,
No por temor del tirano,
Mas por permision del Cielo.
Antes de llegar á Egipto
A otro dia le salieron
Al camino unos ladrones,
Y desta suerte dijeron:
—¿Qué gente va por el campo?—
José respondió: — Este viejo
Con esta hermosa doncella,
Y con este niño tierno.—
Respondió el padre de Dimas,
Que tambien estaba entre ellos:
— Déjenlos pasar, que son
Gente honrada, á lo que entiendo.—
Llegaron de dia á Egipto
Con grandísimo contento:
Allí estuvieron siete años
Con quietud, paz y sosiego.
En este estado el romance
Dejo, por no ser molesto,
Suplicando á todos que
Del perdonen sus defectos.

(*Las virtudes del dia*, Pliego suelto.)

1352

LAS VIRTUDES DEL DIA.— II.

(*Anónimo.*)

Ya que en el primer romance
De las virtudes del dia
He dejado á los curiosos
Segunda parte ofrecida,
Será razon que mi pluma
El corto vuelo prosiga,
Describiendo en breves rasgos
Sus altas prerogativas.
Haré memoria de algunas,
Pues siendo casi infinitas,
A todos será difícil
Numerarlas y escribirlas;
Y siendo las mas notables
Las que en la gloriosa vida
De Cristo, Salvador nuestro,
Cuentan los evangelistas,
Por ellas mi humilde ingenio
Corre al discurso las líneas,
Porque esplendor tan excelso
Luz y claridad consiga.
Jesus de dia en el templo
Disputaba y argüia
Con los doctores mas sabios
De la antigua ley escrita,
A cuyo tiempo José
Y la sagrada María,
De tal pérdida afligidos,
Le buscaron por tres dias.
De dia, entró por Judea
El gran precursor Bautista,
Y á todos sus moradores
Penitencia les predica.
De dia del Jordan sacro
En las aguas cristalinas,
Dichosas con tal prodigio,
Juan al Redentor bautiza;
Y á este dia en claridades
Los esplendores duplica
El cielo, que abierto en rayos,
Luces misteriosas brilla,
Y el Santo Espíritu excelso,
Como paloma divina,
Desciende á misterio tanto,
Batiendo las plumas rizas.
De dia obró en Galilea
La primera maravilla
Cristo, haciendo que abundase
El vino que no tenian;
De dia el Redentor nuestro,
Del Tabor puesto en la cima,
Se transfiguró divino,
Luciente sol de justicia.
De dia al ciego dichoso
El Salvador le dió vista,
De su boca sacrosanta
Ungiéndole con saliva;
Y de dia socorrió
La multitud de familias
Que lo seguian, aumentando
Los peces y pan que habia.
De dia á la Cananea
Le pide agua, y ella admira
Del Señor en las palabras
Su eterna sabiduría.
De dia á Lázaro muerto,
Cristo, mi bien, resucita
Cuando cuatro dias difunto
En el sepulcro yacia.
De dia, en cierto convite,
La hermosura peregrina
De la Magdalena á Cristo
Los piés lava, besa y limpia.
De dia, el Señor postrando
Invasiones atrevidas,
Venció al demonio en batalla
De tentaciones prolijas.
De dia en Jerusalen
Triunfando entró, y en rendida
Aclamacion, sus vestidos
Por tierra el pueblo tendia.
De dia fué á una columna
Atado, y con ignominia
Fué cruelmente azotado,
Y coronado de espinas.
De dia mostró Pilatos
A Cristo al pueblo, que grita:
«Crucifícale al instante,
Quítale de nuestra vista.»
De dia llevó el Señor,
Con pena, angustia y fatiga,
En sus delicados hombros,
La preciosa Cruz benigna.
De dia en ella clavado
El Cordero sin mancilla,
Fué víctima sacrosanta
Al Padre eterno ofrecida.
De dia espiró, y haciendo
Sentimiento el sol se eclipsa,
Se enluta el cielo, y las piedras
Se encuentran entre sí heridas.
De dia el ciego Longinos
La lanza al costado enristra,
De donde la sangre y agua
Mil misterios simbolizan.
De dia resucitado
Cristo, á su Madre visita,
Despues que dejó, muriendo,
La muerte muerta y vencida.
De dia ascendió glorioso
A los cielos, que en debidas
Alegres aclamaciones
Sus triunfos inmortalizan.

De dia cayó la suerte
Feliz sobre San Matías,
Porque del apostolado
Lograse ocupar la silla.
De dia al colegio sacro
De discípulos envia
Al espíritu increado,
Que sabia luz comunica.
De dia los doce santos
Apóstoles determinan
Ir á predicar de Cristo
La ley á varias provincias.
De dia contra Damasco
Iba Saulo, que á sus iras
Postrar juzgó los cristianos
A golpe de su cuchilla;
Y en un dia, del caballo
Cayendo, fué á las divinas
Esferas arrebatado,
Quedando absorto y sin vista,
Y tan otro, que volviendo
En humildad su osadía,
Vaso de eleccion le aclaman,
Sacro apóstol le apellidan.
De dia al gran proto-mártir
Estéban, la tiranía
Del hebreo, en duras piedras
Le labró corona rica.
Josué, capitan valiente,
Para postrar la enemiga
Oposicion del contrario,
Paró al sol, dilató el dia.
De dia el pueblo de Dios
Del fiero Egipcio le libra,
Pasando el mar, que hizo valla
De sus ondas divididas.
De dia una hermosa nube
Lo guiaba y dirigia,
Rizado ayron, que á su sombra
Del sol los rayos mitiga.
De grave dolencia enfermo
Se hallaba el rey Ecequías,
Y de su muerte un profeta
Sentencia y plazo le intima:
Oracion hizo al Señor
El Monarca, que fué oida,
Y dilató el dia su curso,
Notando su mejoría.
De dia el patron Santiago
Los soldados acaudilla
De Don Ramiro, en Clavijo
Triunfando de la morisma.
Y en otras muchas batallas
Con heróica valentía
Defendió de dia á España,
Cuyas armas patrocina.
Celebran de dia el santo
Sacrificio de la misa,
Ofrenda que, al Padre eterno,
Sacerdote y pueblo envian;
Perpetúa el repetirle
La española monarquía,
Pues cuando en España cesa,
Se da principio en las Indias.
En toda la cristiandad
Se aplaude en accion festiva
El dia del Sacramento
Por el mayor de los dias.
De los santos que en el cielo
Gozan inmortales dichas,
Don Fray Francisco Jimenez
De Cisneros, rama digna
Del robusto árbol heróico
De la religion Francisca,
Para conseguir de Oran
La memorable conquista,
Detuvo Dios á su ruego
Del sol las huellas lucidas.
De dia se reconocen,
Se enmiendan y se averiguan
Cuantos delitos de noche
Se trazan y se maquinan.
De dia en los tribunales
Se defienden y litigan
Los pleitos, y en sus estrados
Sentencias y autos se firman.
De dia á los delincuentes
Los jueces siempre castigan,
Para que dén testimonio
Las luces de sus justicias.
De dia las velaciones
Los matrimonios confirman,
Estrechando un sacramento
En lazo amante dos vidas.
De dia se dan los hombres
A ocupaciones distintas,
Convenientes y apreciables
Para el uso de la vida.
Es el dia á los mortales
El que mas los beneficia,
Pues de la medrosa noche
Destierra las sombras frias.
Creó Dios al sol, planeta
Que resplandeciente brilla
De dia, y á los mortales
Los calienta y vivifica.
De dia al alba saludan
Las sonoras avecillas,
Dando al sol en dulce acento
Alegres la bienvenida.
Las tristes nocturnas aves
Del resplandor se retiran,
Que del dia la luz bella
Huye su funesta envidia.
Las flores que estan de noche
Temerosas y encogidas,
Abren de dia su pompa,
Y ámbar fragante respiran.
Este es un breve discurso,
Que de tantas excesivas
Glorias del dia, mi pluma
En su vuelo recopila.
Y pues al lector curioso
Mis afectos le dedican,
Sirva al perdon el buen celo,
Ya que el aplauso no sirva.

(*Las virtudes del dia*, Pliego suelto.)

1333.

LAS VIRTUDES DE LA NOCHE. — I.

(*Anónimo.*)

La ayuda, gracia y favor
Del alto Rey sempiterno,
Y su santísimo Hijo
Y el Santo Espíritu excelso,
Que es la Trinidad Divina,
Alumbre mi entendimiento,
Y la Virgen soberana,
Para escribir lo que intento.
Yo soy Don Juan de Altariba,
Un principal caballero
Natural de Zaragoza
Y de lo mejor del reino.
Puse mi aficion honrosa
En una dama, que el cielo
Solo la pudo criar
Discreta y hermosa á un tiempo.
Tiene la frente espaciosa,
Ojos rasgados y bellos;
Las cejas tan arqueadas,
Pobladas en todo extremo;
Las manos terso marfil
Y como nieve del puerto;
La cintura es muy delgada,
Y muy agraciado el cuerpo.
La escribí diversas veces

Muchos papeles en verso,
Sin poder alcanzar de ella
Ni un solo agradecimiento,
Porque estaba tan guardada
De sus padres y sus deudos,
Que ni aun á misa salia
Sino con guarda y recelo.
Hasta que quiso mi suerte,
Que el dia del Sacramento
Santísimo, que alabado
Sea y de todos remedio,
La vi sentada á un balcon,
Que tocaba un instrumento,
Que parecia en sus manos
La gran cítara de Orfeo.
A escucharla me paré,
Como otros muchos hicieron,
Y volviendo sus dos soles,
Me reconoció al momento.
Díjome : — Señor galan,
Ya sabe que mi deseo
Es oir de los poetas
Su gracia y entendimiento.
Si gusto me quieres dar,
Al son de aqueste instrumento
Disponga con brevedad
El cantarme algunos versos.—
Yo la dije : — Hermosa niña,
El servirte yo, es muy cierto,
Que lo tengo á mucha dicha,
Y el darte en todo contento.
Y pues me das atencion,
Escúchame, que ya empiezo
Las virtudes de la noche,
Por el amor que te tengo.
El arcangel San Gabriel,
Nuncio angelico del cielo,
Bajó á Nazaret de noche,
Para que encarnase el Verbo;
Postró la rodilla en tierra
Con humildad, repitiendo:
— María, llena de gracia,
El Hijo de Dios eterno
Nacerá de tus entrañas
De noche, y esto es muy cierto,
Para remedio del hombre
Y terror de los infiernos.
De noche, dijo la Virgen :
—Angel, ¿cómo ha de ser esto?
Si voto de castidad
Yo y José tenemos hecho.—
De noche, respondió el Angel :
—No hay que poner duda en ello,
Que entrará el poder y gracia
Del espíritu supremo.—
De noche, volvió á decirla :
—Sabrás que de un gran lucero
Se halla preñada Isabel,
Que fué estéril tanto tiempo:
Despáchame, hermosa aurora,
Porque esperan en el cielo
Esta noche el sí de gracia,
Y le he de llevar de un vuelo.—
De noche, dijo la Virgen :
—Diràsle á mi Padre eterno
Que su voluntad se cumpla,
Pues su bondad lo ha dispuesto.—
De noche á San Juan Bautista,
Con alegría y contento,
A aquel gran primo de Cristo
Celebran su nacimiento.
Vino de noche la Virgen
Para cumplir el precepto;
Y fué de noche en Belen
El sagrado nacimiento.
De noche corrió la voz
Por campos, valles y pueblos,
Que habia nacido ya
El bien y remedio nuestro.
De noche los Santos Reyes
Desde el Oriente vinieron
A Belen á visitar
Al Niño que es Rey inmenso.
De noche á la Encarnacion
Se reza el sacro misterio;
De noche reza el rosario
El que es devoto y discreto,
Y de noche caminaron
La Virgen y el santo Viejo,
Con el Niño Dios en brazos,
Huyendo del rey soberbio.
De noche nació la Virgen,
Para bien y amparo nuestro;
De noche buscó á su Hijo,
Hasta que le halló en el Templo.
De noche se instituyó
El divino Sacramento;
Y de noche dió la cena
Dios y hombre verdadero.
Por la noche oró el Señor
Al Padre eterno en el huerto;
De noche muchas congojas
Cercaron su santo cuerpo.
De noche le envió el Angel
Su divino Padre eterno,
Porque tuviese en cuanto hombre
En tanta pena consuelo.
Sus discípulos, de noche
En el huerto se durmieron;
Y de noche fué entregado
Por uno de su colegio.
De noche aquel escuadron,
Cargado de armas y miedo,
Cercaron con impiedad
Al inocente Cordero.
De noche dijo el Señor :
—¿A quién buscais, hombres?—Y ellos
De noche le han respondido :
—A Jesus de Nazareno.—
Y con la voz que les dió
El Divino Rey del cielo,
Con el gran temor, de noche
Al punto en tierra cayeron.
Prenden á Cristo de noche
Los cruelísimos hebreos;
Y de noche le traian
De juez en juez, como reo.
El gran vicario de Cristo,
Que es el apóstol San Pedro,
A su Maestro, de noche
Le negó, y lloró su yerro.
De noche lloró la Virgen
Soledad y desconsuelo,
Viéndose sola y sin Hijo,
Y cerrado todo el cielo;
Y de noche los soldados
Guardaron su santo cuerpo;
Y al despedirse la noche,
Resucitó el Verbo eterno.
Tambien de noche aguardaba
Aquel divino colegio
Al sacro Espíritu Santo,
En lenguas de vivo fuego.
De noche muchas reliquias
Los cristianos, en el tiempo
Que dominaban los moros,
Las retiraron á Oviedo.
La antigua Virgen de Atocha,
Que por patrona tenemos,
De noche se apareció
A aquel labrador discreto.
De noche fué bautizado
Torcuato y sus compañeros
Por mano del santo Apóstol,
A orillas del rio Ebro.
De noche la casa santa,
Que llamamos del Loreto,
Por tres veces fué mudada,

Por soberano misterio;
Y sesenta años despues
Que Cristo subió á los cielos,
De noche á su Casa Santa
Y á Jerusalen perdieron.
El insigne Don Juan de Austria
De noche envió el correo
De la victoria alcanzada
De tanto turco perverso.
En la gran ciudad de Roma,
De noche, fué y es muy cierto,
Cuando los siete durmientes
Empezaron su gran sueño.
De noche vieron mis ojos
Tu hermosura y mi recreo;
Y de noche mi alegría
Si acierto á darte contento.—
Díjome al punto: —Si has dado,
Discreto y amante dueño;
Y desde hoy he de ser tuya,
Si no desagrado al cielo.
Toma mil veces los brazos,
Y ahora te pido y ruego,
Que en la primera ocasion
Me refieras por extenso
De la noche mas virtudes,
Que me darás gran contento.—
Así lo ofrecí, y quedamos
Para otra ocasion de hacerlo.

(*Las virtudes de la noche*, Pliego suelto.)

1354.

LAS VIRTUDES DE LA NOCHE. — II.

(*Anónimo.*)

Ya que en la parte primera,
Fervorizado mi aliento
De las virtudes divinas,
Segunda parte le ofrezco
A mi discreto auditorio,
Con la gracia de Dios quiero
Concluirla, para que
Tenga mas gusto y recreo.
Y prosiguiendo en la vida
Del sacro y divino Verbo,
Que es verdad, camino y vida,
En su mismo nombre empiezo.
De noche al santo José
Le aseguraron sus celos
Divinas revelaciones,
Y quedó en paz y sosiego.
De noche en un portal pobre,
Solo abrigado del cielo,
Nació el divino Jesus,
Dios y hombre verdadero.
De noche un ángel avisa
Su sagrado nacimiento
A los pastores, que estaban
Ya dedicados al sueño,
Y con cánticos sonoros
Prosiguen en dulces quiebros
Los ángeles, entonando
El *Gloria in excelsis Deo*.
De noche se convocaron
Todos, y juntos vinieron
Al portal, donde con fe
Adoran al Niño tierno,
Y le presentan sus dones.
Pobres, mas no lisonjeros,
Y de noche los recibe
María con santo afecto.
De noche, al séptimo dia
Del sagrado nacimiento,
Dispuso la Vírgen santa
Que se cumpliese el precepto.
De noche los Santos Reyes
Desde el Oriente vinieron,
Guiados por una estrella,
En busca del Rey inmenso
Recien nacido en Belen,
Donde le dieron obsequio,
Y tambien le presentaron
El oro, mirra é incienso.
De noche su santa Madre
Dispuso llevarle al templo
En el dia señalado
En que presentó al Cordero.
De noche al santo José,
Estando entregado al sueño,
Le revela Dios, que al punto
A su Esposa y Niño eterno
Lleve á Egipto, porque Heródes,
Rey malicioso y perverso,
Le queria degollar
Para asegurar su cetro.
Y despues de siete años,
José, avisado del cielo
De que ya era muerto Heródes,
Volvió á Nazaret contento
Con su Esposa y con el Niño,
Donde gustosos vivieron,
Hasta que siendo de doce,
A Jerusalen vinieron
A asistir al sacrificio
En el sacrosanto templo,
Donde al salir, ya de noche,
Al Niño Jesus perdieron.
Por tres noches con sus dias
Le buscaron con anhelo,
Hasta que entre los doctores
Le hallaron, y se volvieron
De noche, á la ciudad santa
De Nazaret, donde en tiernos
Coloquios con su Dios hombre
De noche pasan el tiempo.
De noche oraba el Señor
A su amado Padre eterno,
Y de dia predicaba
Su sacrosanto Evangelio.
De noche cenó el Señor
En el cenáculo regio
Con sus discípulos, dando
Fin allí al legal Cordero;
Y en aquesta misma noche
Instituyó el Sacramento,
Que es milagro de milagros
Y misterio de misterios.
De noche lavó los piés
De sus hechuras y siervos,
Dejando de su humildad
A todo el mundo el ejemplo.
De noche en el huerto oró,
Y de noche le prendieron,
Entregándole de noche
Un discípulo perverso.
De noche en los tribunales
Fué acusado como reo,
Y de noche le negó
Su gran apóstol San Pedro.
De noche el maldito Malco,
Instigado del infierno,
Dió una cruel bofetada
Al mas inocente preso;
Y esta noche los sayones,
Para divertir el sueño,
Cubriendo el rostro á Jesus,
Dos mil oprobios le hicieron;
Y en el Sanedrin concilio,
De noche dieron decreto,
Que muera crucificado
Cristo, porque viva el pueblo.
Murió nuestro buen Jesus
El viérnes siguiente, siendo
Noche este dia, pues luto
Vistió la tierra y el cielo.
De noche su dulce madre
María, consuelo nuestro,

Crucificada en el alma,
Y la soledad sintiendo
De su amantísimo Hijo,
Retirada en su aposento,
Con fe muy viva esperaba
Resucitase al tercero.
De noche la Magdalena
Y las Marías se fuéron
Con ungüentos olorosos
Al sagrado monumento
En busca de Jesucristo,
Y al amanecer le vieron
Glorioso y resucitado,
Y triunfando del infierno.
De noche los Santos Padres,
Que asistian en el seno
De Abrahan depositados,
Lograron ver su remedio,
Pues de noche bajó Cristo,
Y quebrantando al infierno
Sus puertas, sacó las almas
De sus redimidos, siendo
Ya tiempo de que gozasen
El fruto del vencimiento,
Resucitando con Cristo
Muchos de los santos cuerpos.
De noche en Jerusalen
A algunos se aparecieron
Los nuevos resucitados,
Para prueba del misterio;
Y de noche en oracion
Estaba el sacro colegio
Dando gracias al Señor
De lo que ha obrado por ellos.
De noche los visitó
Su dulcísimo Maestro,
Previniéndoles el dia
De su ascension á los cielos.
Y despues de ella, encerrados
Por miedo de los hebreos,
En el cenáculo santo
De dia y noche estuvieron,
Hasta que bajó á este mundo
El Santo Espíritu excelso,
Y abrasó sus corazones
En su amor y santo fuego,
Donde lenguas les infunde,
Y con celestial denuedo,
Por todo el orbe predican
El sacrosanto Evangelio;
Y los que de dia y de noche
Obraron tantos portentos,
Convirtieron tantas almas
Y sanaron tantos cuerpos,
Que asombrado Lucifer,
Bajó al mas profundo centro,
Donde en triste noche llora
Las victorias del Cordero
De Dios, que de dia y noche
Del mundo borra los yerros,
Matando á la muerte misma
Con su muerte y sus tormentos.
De noche, amantes de Cristo,
Nuestras almas elevemos
En santas obras, porque
Del dia eterno gocemos
Con Cristo, y de su gran cena
De las bodas del Cordero,
A que nos lleve el Señor,
Librándonos del Infierno,
Y su oscura eterna noche,
Donde no hay ningun consuelo.—
Y á mi auditorio le pido
Perdone mis muchos yerros.

(*Las virtudes de la noche*, Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES JOCOSOS, SATÍRICOS Y BURLESCOS.

1353.

LOS NOMBRES, COSTUMBRES Y PROPIEDADES DE LAS SEÑORAS MUJERES.

(*Anónimo.*)

Supuesto que me han pedido
Con políticas palabras
Algunas de estas señoras,
Algo risueñas y ufanas,
Que las cante alguna cosa,
Ya obedezco á lo que mandan,
Y ya me he puesto á cantar
Al son de aquesta guitarra;
Pero ahora me ha advertido
Un amigo y camarada,
Que el pedirme á mí que cante
Es por celebrar la chanza.
Esto es burlarse de mí,
Y es baza muy bien sentada,
Que pues lo hacen con otros
No es mucho conmigo lo hagan;
Y con mis ojos he visto
Que llegan alborotadas,
Diciendo: — Señor Fulano,
Si es cosa que á usted le agrada,
Cántenos un buen fandango,
Que lo hace usted con mil gracias. —
Yo, por hacerlas el gusto,
No replico una palabra:
Tomo asiento, y la vihuela
Despues de estar bien templada,
Luego que á cantar empiezo
Empiezan ellas su parla;
Dice la una:— ¡Jesus,
Qué voz tan desentonada!
¡Parece que está oxeando
Con su voz apastorada!
El cuerpo, ¡cuál lo menea!
Parece á Don Zirandajas.
¡Poquito presume el canto!
¡Por mi vida que se engaña,
Porque él abre tanta boca
Como la puerta monáica!
El canta á ojos cerrados,
No se le entiende palabra:
Ya le ha dado carraspera,
Y es de beber carraspada;
¡El pobre se está ahogando,
Porque aquella tos es mala!
Traigámosle un par de huevos
Por si aclara la garganta,
O démosle pan y queso
Por ver si con eso calla... —
Luego dejan esta tema,
Y unas con otras enzarzan
Distintas conversaciones,
Allá á su modo extremadas.
Dice la una: —¿No sabes
Como se casa Fulana
Con Fulano? ¡Y plegue á Dios
Que si con ella se casa
No le ponga en Carcabuey,
Que es lugar que muchos pasan!—
Otra dice:— Mi vecina,
¿Quién no ve la santularia
Papar santos en la iglesia,

Y con industria y con maña
Le hace al marido que coma
Pimientos de cornicabra!
¡Pues la otra mosquita muerta!
Aunque el marido es bragazas,
En los cuernos de la luna
Lo ha puesto la muy taimada.
Pues el otro boquirubio,
Que triunfa, pasea y gasta
A costa de la mujer,
¿Por qué la sufre y aguanta?—
Y otra dice :— ¿Pues no sabes
Como un casamiento tratan
A Domingo el zapatero?
¡Y lo que á mí más me espanta,
Que siendo un perafustran
Le entreguen una muchacha
Que es discreta, hermosa y rica!
Y la cosa averiguada,
Es que á él lo hacen raton,
Pues le aperciben la trampa.—
Otra dice :— Amigas mias,
Yo no me espanto de nada,
Porque todos nos mojamos
Cuando llueve recia el agua.—
Otra responde :— Yo tengo
Al sacristan de Churriana,
Y la cera que recoge
Entre el domingo y semana
La vende, y me da el dinero,
Entra y sale, y santas pascuas.
Otra dice :— Compañeras,
Tenemos mala cartada,
Que yo tengo un peluquero
Que ya me tiene enfadada,
Pues nunca le he merecido
Media libra de azofaifas;
Y cuando viene de noche,
Despues de no darme nada,
Me dirige mas preguntas
Que tiene un misal de pascuas,
Y me trae entretenida,
Con que de hoy á mañana
Dice aguarda conveniencia
Y que seré bien premiada;
Mas nunca llega este dia,
Y así no sé lo que me haga —
Y las demas la responden :
—¡Esa es valiente bobada!
¿Qué mas quiere el muy taimado
Si cuanto desea halla?
Eso lo mismo se hiciera
Al borrico de la cuadra;
Y pues que no es de provecho,
Darle con las calabazas,
Que no es razon que tú estés
Sacándoles las entrañas
A otros, para darle á él :
¡Esa doctrina es muy mala!
Tan solo hemos de querer
Y adorar dentro del alma,
No aquel que nos diga, dame,
Sino al que nos digamos, daca.
¿Cómo puede dar buen manto
El que tiene mala capa?—
Y todas de esta manera
Pareceis unas urracas,
Refiriendo cuentos viejos.
Con risa y con algazara,
Con chanza y con alboroto,
No atendeis á lo que cantan,
Ni la relacion ó historia
En lo que consiste ó trata.
Solamente estáis atentas,
Si explican bien las palabras,
Si no tienen melodia,
Si el tocador tiene gracia,
Si el bailador baila bien,
Murmurando tan sin tasa
Si se casa Fulanilla,
Si Fulana es desastrada,
Si Fulano es buen muchacho,
Y si el otro es mal-trabaja;
Y á todos de esta manera
Estáis poniendo mil faltas,
Y no os mirais á vosotras
Que teneis, si se repara,
Mas faltas que una pelota;
Y una tuerta remilgada,
Yo sé que está en esta hora
Con la tijera afilada
Y la tela apercibida
Para cortarme unas mangas,
Y solicito el desquite;
Y así, con breves palabras,
A cada cual por su nombre
La he de ir poniendo sus faltas.
Las Marías son muy frias
Y de puros celos rabian;
Las Franciscas vocingleras,
Perezosas las Tomasas;
Las Isabeles altivas,
Casamenteras las Juanas;
Las Antonias tienen todas
Casquillos de calabaza;
Las Josefas muy golosas,
Y de lamer no se cansan;
Las Joaquinas zalameras,
Las Pacas enamoradas;
Las Vitorias y Benitas,
Estas siempre son muy falsas;
Las Vicentas envidiosas,
Las Isidras cortejantas,
Las Alejandras muy tontas,
Y no saben lo que hablan;
Pedorreras las Micaelas,
Las Aguedas charlatanas,
Las Andreas vanidosas,
Y como pavos infladas;
Las Mónicas comilonas,
Que una ballena se tragan;
Valentinas fachendonas,
Con mas aire que sustancia;
Las Florentinas dan siempre
Gran conversacion por nada;
No digo nada las Luisas,
Que de cualquier cosa hablan;
Concepciones y Dolores
Son todas muy apagadas;
Celestinas y Cristinas
Son amigas de ir á danzas;
Las Leonas son dementes,
Y no sirve ni aun atarlas;
Las Celedonias é Higinias
Por el chocolate rabian;
Las Leonores presumidas,
Testarudas las Constanzas;
Las Domingas son gallegas,
Y estas frecuentan muy santas
Las ermitas del dios Baco,
Con gran devocion y ansia,
Agotando los licores
Que hay en estas buenas casas.
Amigas de que las quieran
Son siempre las Damianas;
Las Gertrudis son soberbias,
Y las Teresas taimadas;
Las Catalinas son flojas,
Revoltosas son las Anas,
Las Teodoras compungidas,
Las Matildes muy delgadas,
Las Manuelas bailarinas,
Muy necias las Sebastianas,
Y amigas de oler cocinas
Las Ineses y Bernardas;
Las Alfonsas quimeristas,
Las Margaritas pesadas,
Las Serafinas chismosas,

Las Hipólitas ufanas;
Las Quiterias lagañosas,
Las Jacintas jorobadas,
Las Angelas y Gabrielas
Son todas muy santularias;
Las Rosas son embusteras,
Cabezonas las Torcuatas,
Las Jerónimas raidas,
Son simplonas las Julianas;
Las Magdalenas son graves,
Las Elviras mal caradas,
Las Melchoras barrigonas;
Carantoñeras las Paulas,
Las Petronilas frioleras,
Ventaneras las Ignacias,
Las Agustinas gangosas;
Son locas las Atanasias,
Las Polonias majaderas,
Las Rufinas son malvadas,
Las Brígidas correntonas,
Pedigüeñas las Marianas;
Baltasaras, Saturninas
Y Felipas desgarradas;
Las Ursulas regordetas,
Son tristes las Felicianas;
Amigas de visitar
Las Marcelas y las Claras;
Las Bernabelas y Ritas
Tienen las uñas muy largas;
Las Lauras son hocicorias,
Las Eugenias descuidadas,
Las Lucías dormilonas,
Las Casildas desmañadas,
Las Martinas tienen todas
Las lenguas muy afiladas.
Las Bárbaras son roñosas,
Nada hidalgas las Colasas,
Las Ramonas enfadosas,
Muy avaras las Engracias,
Las Petras muy reparonas,
De muy mal genio las Martas;
Las Elenas pegajosas,
Las Lorenzas holgazanas,
Las Eusebias figureras,
Sosas todas las Pascualas;
Las Cármenes y Mercedes
Corren parejas con Blasas:
En el hablar son melosas
Y en el obrar muy amargas.
Lo mismo son las Irenes,
Carolinas y Esperanzas;
No hay que decir de las Pias
Pues son de la misma laña;
Las Hilarias son groseras,
Puntillosas las Gasparas,
Las Amalias caprichosas,
Y bobas las Bonifacias.
Las Simonas son gachonas,
Sútiles las Adelaidas;
Y amigas de militares
Suelen ser las Cayetanas;
Belludas como unos osos
Son las Jorjas y Fernandas;
Al reves las Melitonas,
Que á lo mejor quedan calvas.
Las Emilias son coquetas,
Las Bernardinas muy bravas,
Antojadizas las Brunas,
Y miedosas las Libradas.
Las Fidelas engañosas,
Las Rosarios mal habladas,
Las Pilares juguetonas,
Las Raimundas patizambas;
Las Felisas melindrosas,
Las Rafaelas muy chatas,
Las Trinidades horribles,
Las Guadalupes ingratas;
Las Loretos y Elisas
Encarnaciones y Eustaquias
Venturas y Salvadoras,
Justas y Severianas,
Solo son buenas, no mas,
Para cortejar, y... ¡basta!
¿Qué dirémos de las Floras,
Las Casimiras, Genaras,
Ferminas y Doroteas,
Isidoras y otras tantas?
Lo mejor será callarlo
Y por desprecio dejarlas.
Mucho mas decir pudiera
Si una muy abochornada
No me hubiera hecho ya seña
De que deje la matraca.
Recibid este julion,
Volved por otro mañana,
Y si no poneis remedio,
Llevaréis, como quien labra,
Sobre esta zurra, otra zurra;
Que habeis de estar cuando cantan
Con recato y con silencio
Y atencion muy sosegada,
Sin resollar por arriba
Ni por abajo con nada.
Y ahora pide el poeta
Que le perdonen sus faltas.

(*Los nombres, etc. de las señoras mujeres*, Pliego suelto.)

SECCION DE CUENTOS VULGARES HECHOS EN ROMANCES.

1356.

EL MOLINERO DE ARCOS.

(*Anónimo.*)

Galanes enamorados,
Hijos de la primavera,
Los que en batallas de amor
Gustosamente pelean,
Procurando cada uno
Sacar los despojos de ellas;
No fiar del enemigo,
Que la fianza no es buena.
Y así, damas y galanes
Tengan con el cuento cuenta,
Porque ya se va á explicar
Sin detencion mi rudeza.
En esa invicta ciudad
De Arcos de la Frontera
Nació un bizarro mancebo,
De una moderada hacienda;
Y porque aqueste caudal
El mayor aumento tenga,
Arrendó un cierto molino
De pan, en esa ribera
Del rio de Maja-aceite,
Y por no entender la piedra,
Acomodó un oficial
Para que la harina hiciera.
En este tiempo dispuso
Casar con una doncella,
Que es hija de un hortelano,
Hermosa como ella mesma;
Y con gusto de sus padres
Y toda su parentela,

Se celebraron las bodas
Y á su casa se la lleva.
De dia iba á su molino,
De noche, aunque tarde fuera,
Iba á dormir con su esposa,
Porque sola no estuviera.
Y para no incomodarla,
Compuso una llave nueva
De la puerta de la calle,
Para abrir cuando él viniera.
A todos los molineros
De toda aquella ribera,
El señor depositario
Del pósito, con frecuencia
Los visita, para que
El pósito harina tenga,
Por miedo á las arriadas
Que en el año venir puedan;
Porque del depositario
Penden estas diligencias.
Este fué el primer motivo
Que el depositario encuentra
Para hablarle á esta señora
Diciendo, que lo quisiera,
Que seria respetada
Ella, el molino y sus tierras;
Y como el depositario
Era hombre de altas prendas,
Quedó ella enamorada,
Y convino con su idea;
Mas le dijo que su esposo
De noche duerme con ella.
Respondió el depositario:
—Yo compondré que hoy no duerma.—
Se despidieron gustosos
Hasta que la noche venga.
Luego mandó á un arriero,
Hijo de la misma tierra,
Le lleve un cahiz de trigo
Al molino, y que era fuerza,
Antes que viniese el dia
En el pósito estuviera.
Serían las oraciones
Cuando el buen arriero llega
Al molino con el trigo,
Y entregó la papeleta.
Echaron mano á moler,
Por acabar mas apriesa;
Mas el mancebo advirtiendo,
Por aquella noche mesma
No podia ir á su casa,
Mucho lo siente y se queja,
Y le dice el oficial:
—Vaya usted, no se detenga,
Que tengo lugar bastante
Aunque otro cahiz viniera;—
Y con esta confianza,
Tomó de Arcos la vuelta.
Vamos al depositario,
Que para lograr su empresa,
Se le hacen las horas años
Por ver á la molinera;
Y á las ánimas en punto
Mandó que le compusieran
El caballo, que iba al campo
A hacer una diligencia;
Pero la depositaria
Lo creyó por cosa cierta.
Tenia un negro en su casa
Llamado Manuel de Cuenca,
El cual le ensilló el caballo;
Mas al salir por la puerta
Le dijo el amo á Manuel:
—Ten cuidado cuando venga,
Para que la puerta abras,
Sin que un punto te detengas.—
Con esto piró el caballo,
Fué á ver á la molinera:
Ella, que lo está aguardando,
Al punto abrióle la puerta.
En el patio ató el caballo,
Y empezaron la contienda;
Y hartos ya de divertirse
Ambos se pidieron treguas,
Y quedáronse dormidos.
El molinero que llega,
Sacó la llave y abrió;
Mas al entrar por la puerta
En el patio vió el caballo
Y adquirió alguna sospecha.
Dijo para su coleto:
— Sin duda que aquesta es treta;
Y sin diferencia alguna
El pájaro está en la percha.
¡Ojala y fuera verdad,
Tuviéramos noche buena!
Y con un grande sigilo
Y con mucha sutileza
Fué apartando las cortinas,
Y vió que en su cama mesma
Dormia el depositario
Con su esposa amada y bella.
Agarró toda su ropa,
Salióse al patio con ella,
Desnudóse de la suya,
Pónese pieza por pieza;
Hizo de la suya un lío,
Que ni aun el diablo lo hiciera:
La puso en la misma silla
Que estaba á la cabecera;
Desamarró su caballo,
Ató el suyo por la rienda;
Salió á la calle furioso
Desempedrando las piedras.
Casa del depositario
Llegó, y tocando á la puerta,
Abrió el negro cuidadoso
Creyendo que su amo era,
Que como vido el caballo,
Y el molinero que lleva
Toda la ropa del amo,
No dudó de la certeza.
Tomó la escalera arriba,
Y como estaban las puertas
Abiertas para en viniendo,
No fué menester que abriera.
Fué al cuarto de la señora
Que estaba como una reina
Entregada al dulce sueño;
Y acostándose con ella,
Aunque al pronto despertó
Ella se pensó que era
Su esposo, que habia venido,
Y lo dejó que anduviera
Por los campos deleitosos
Dando brincos y carreras,
El uno por la venganza
Y el otro por cosa nueva.
Vamos al depositario,
Comenzarémos la fiesta:
Pues apénas despertó,
Para saber qué hora era
Acordóse del reloj
Que estaba en la faldriquera
De la chupa, y levantóse;
Vió que su chupa no era;
Le dice: — Mujer, levanta;
Mira qué chupa es aquesta;
Parece la de tu esposo:
¡Cierto, la hemos hecho buena!
¿Por dónde diablos ha entrado
Si están cerradas las puertas?—
Ella le dice:—Señor,
El tiene otra llave nueva;
Pero como usted me dijo
Seguro está que viniera,
Por eso yo me entregué
Tan fácilmente y lijera,

Para que ahora mi esposo
Viendo á sus ojos la ofensa,
Me dé la muerte furioso
Por liviana y deshonesta.—
Miéntras el depositario
Se puso entre enfado y pena
La ropa del molinero,
Su capotillo y montera,
Unas polainas raidas,
Y un zapato de tres suelas,
Que parecia un gañan
Haciendo la sementera;
Fué y desamarró el caballo,
Y vió que el suyo no era.
¡Aquí se colmó del todo,
Y no de trigo, la media!
Salió á la calle enojado
Dicurriendo mil ideas
De lo que diria á su esposa
Porque su ropa no lleva.
Afligido y pesaroso
Llegó, y tocando á la puerta
Salió el negro cuidadoso
Preguntándole quién era.
—Abre, Manuel, á tu amo.
—¡Qué amo, ni qué friolera!
Vaya á engañar al demonio
Con aquesta paroleta;
Que hay ya que mi amo entró
Mas de dos horas y media.
—Abre, Manuel, que es engaño.
—Vaya á engañar a su abuela.—
Mas viendo que no es posible
El amo, que el mozo abriera,
Allí se mantuvo el pobre
Hasta que el dia viniera.
Viendo la depositaria
Que aquel su esposo no era,
Le dice:—¿Señor, qué es esto?
¿Qué traicion ha sido esta?
¿Cómo entró usted en mi casa?
¿Y mi esposo dónde queda?—
Le respondió el molinero:
—No me quiebre la cabeza,
Y en viniendo su marido
Pregúntele cuanto quiera.—
Tomó la escalera abajo,
Y en ropas menores ella
Salió para detenerlo;
Llegan los dos á la puerta,
Donde vió estaba su esposo
Con capotillo y montera
Que parecia un arriero,
Su vara en el cinto puesta.
Ella le dice:—Señor,
¿Has mudado de librea?
¿Es mejor ser molinero,
O es mejor la molinera?—
Porque ella se traslució
Aquello mismo que era.
—Pasen ustedes adentro
Sin armar risa ni fiesta,
Que va la gente pasando
Y entenderan que es comedia.—
Pasaron los dos adentro,
Y á cambiar su ropa empiezan.
Miéntras la depositaria,
Le dijo á la cocinera
Que compusiera un almuerzo
De cosa frita en cazuela,
Y con el ama de llaves
Mandó por la molinera,
La cual al instante vino
Portada como una reina;
Y dijo:—Ya estamos juntos
Los cuatro de la comedia.—
Se sentaron á almorzar
Todos de risa y de fiesta;
Pero la depositaria
Muy astuta y lisonjera,
Tomó un vaso y echó un brindis,
Y dijo por la primera:
—A la salud de los novios.—
Dióselo á la molinera,
Y dijo por la segunda:
—Brindo, por ser mas pequeña,
A la salud del dormido
Y toda la noche en vela.—
Dióselo al depositario
Y dijo por la tercera:
—A la salud del que tuvo
Tras de cuernos penitencia.—
Y dióselo al molinero,
Quien dijo por la postrera:
—A la salud del que supo
Cobrar del todo la deuda.
A mí no me deben nada
Que he ajustado bien la cuenta,
Y salgo nueve por tres;
Y si no dígalo ella.
—Bien está, dijeron todos,
Vaya de risa y de fiesta.—
Se despidieron gustosos,
Y cada uno á su hembra
Le preguntaba diciendo,
¿Qué tal te ha ido en la fiesta?
Tomad ejemplo, galanes,
¡Cuenta con el cuento, cuenta!
Que si ha tenido desquite,
Otro puede no lo tenga.
Y ahora Pedro Marin
Advierte que no es novela;
Que por testigo de vista
Pone al ciego de la peña.

(*El Molinero de Arcos*, Pliego suelto.)

1337.

EL FRAILE FINGIDO.—I

(*Anónimo*.)

Cuando el Autor soberano
Crió los cielos y tierra,
Las aves, brutos y peces,
Las plantas, flores y yerbas,
Hizo superior al hombre,
Para que domine y sea
En superlativo grado
Aun señor de las estrellas.
Tambien crió á la mujer,
La cual para urdir cautelas
Finge á las veces un llanto,
Vertiendo unas falsas perlas,
Con que conmueve y ablanda
Los corazones de piedra.
Si no, para desengaño,
Y de lo que digo prueba,
Présteme el noble auditorio
Grato oido y vista atenta.
Crióse en cierta ciudad,
Que no conviene se sepa,
La mas hermosa mujer
Que copió naturaleza:
Llamábase Doña Eufrasia,
De tan bella gentileza,
Que por toda la ciudad
Y por su circunferencia
La llamaban el milagro,
Para mas bien conocerla.
Llegó á ver su edad florida
Diez y siete primaveras,
Cuando ya los pretendientes
Copia sin número eran;
Que siempre las hermosuras
Tienen la basa primera.
Entre los muchos fué uno
De su agrado y complacencia;
Mas no en su familia toda,

Pues de nadie á gusto era,
Por ser muy pobre, ¡y mal haya
Este borron de pobreza,
Que mal visto es en el mundo,
Pues aunque tenga nobleza,
En teniendo este defecto,
No hay quien no lo vitupera!
Amábanse tiernamente,
Con amistad muy estrecha;
Y recelando sus padres
Que aqueste amor prosiguiera,
Determinaron casarla,
Buscando sus conveniencias,
Con un mercader muy rico,
Para que á gusto viviera.
Obligacion es de padres
Hacer estas diligencias,
Pues jamas la juventud
Miró causas venideras;
Y como en las mas mujeres
Se ve poca subsistencia,
Fácilmente Doña Eufrasia
Cede al padre, que la estrecha
Con caricias y amenazas;
Pero no por eso deja
De tratar y frecuentar
Al que primero quisiera.
Dispuestas así las cosas
Su casamiento se ordena
Con el dicho mercader,
No con voluntad perfecta,
Pues por dar gusto á sus padres
Lo otorgó por obediencia.
Y para que su querido
Tolerase aquella pena,
Lo animó con la esperanza
Que luego que esposo tenga
Le pagaria su amor
Con grande magnificencia.
Con esta consolatoria
El dicho amante se alienta,
Deseando que las bodas
Con gran prontitud se hicieran.
Por último se casaron,
Y ella alegre y placentera,
Sin mostrar ningun disgusto,
Albricias daba a su estrella.
¡Oh manzanas de Sodoma,
Que al exterior todas muestran
Particular hermosura
Y en lo interior cenicientas!
Así fué esta falsa Circe
O encantadora sirena,
Comenzando desde luego
A ser manjar de dos mesas:
Que cuando una mujer quiere,
No es dable que la detengan
Las mas fuertes cerraduras,
Aldabas, llaves y puertas,
Porque cuanto son mas firmes,
Mas fácilmente falsean.
Con sigiloso secreto,
Y sin que nadie lo viera,
Entraba el amante en casa,
Porque no hay mas que una vieja
Y un esclavo que servia
Para traer la despensa,
Que cuando el sol se ponia
Los dos el sol puesto eran.
Mas por algunos indicios
Tomó el marido sospecha;
Pero nada averiguaba
Aunque hacia diligencia.
Disimulaba y callaba,
Por ser mucha su paciencia;
Que no debe ningun hombre
Darle de sus celos cuenta
A la mujer, porque es darla
Las luces para que sea
Lo que quizas no imagina,
Ni en su pecho noble alberga.
Por lo cual con gran secreto
Hizo una llave maestra,
Que la sala y dormitorio
Abria con gran presteza.
Y ya con este seguro
Hechas tales diligencias,
Fingió un dia con su esposa
Diciéndole, que era fuerza
El hacer cierto viaje,
Que le tenia gran cuenta.
Ella como cautelosa
Fingia sentir su ausencia.
Se llegó el dia y la hora
En que á su viaje fuera,
Y muy bien apercibido
De armas para su defensa,
Dejaba á su esclavo dicho
Que á la noche venidera
Esté alerta y sigiloso.
Porque en llamando á la puert
Le abra con todo secreto,
Sin que la tierra lo sienta.
Encargado en el secreto
Quedó con toda obediencia,
Y á la hora de partirse
Se despidió con ternezas
De su esposa, y al instante
Vino como una saeta
El ya referido amante,
Con la seguridad cierta
De no haber ningun estorbo
Que sus gustos impidiera.
Se acostó bien descuidado
En el lecho, á pierna suelta,
Y al punto de media noche,
Cuando todo está en tinieblas
Llegó el marido y llamó,
Y el esclavo, que está alerta,
Le abrió la puerta y entró:
Subió por las escaleras,
Llegó hasta su propia cama
Y vió dos bultos en ella,
Donde con mas certidumbre
Pudo averiguar su afrenta;
Y aunque lo cegó el enojo
Se valió de la prudencia,
No queriendo que estas almas
Perdiesen la vida eterna.
Se fué al cuarto del esclavo,
Y lo halló que estaba en vela:
Díjole con voz muy baja,
Que lo mas breve que pueda
Vaya al próximo convento
De los padres de la regla
Del seráfico Francisco,
Y pida al Guardian licencia
De que un religioso vaya
A confesar á una enferma,
Que en artículo de muerte
Está, y que no se detenga.
Salió con este pretexto,
Y él se quedó en centinela
A la puerta de la sala,
A fin que no se le fueran;
Que las manchas del honor
Se curan, limpian y asean
Con sangre, que es el remedio
De mas importancia y fuerza.
Aquí es bien que los dejemos
Cada cual en su tarea,
A los dos en dulce sueño;
Al mercader puesto en vela,
Y al esclavo en su mandado,
Hecho en la calle estafeta,
Entre tanto que Morales
Queda cavilando ideas,
Para que quede bien todo,

Sin que al crédito se ofenda.
Y en otra segunda parte
Dará por extenso cuenta.

(*El Fraile fingido*, Pliego suelto.)

1338.

EL FRAILE FINGIDO. — II.

(*Anónimo.*)

Brotando llamas de enojo,
Como otro leon rugiente,
El tal mercader estaba
Hecho un Mongibelo ardiente,
Aguardando por momentos
Que su criado viniese
Con el dicho religioso,
Para entrar y darles muerte
Al amante y á su esposa
Sin que nadie lo impidiese;
Que puede mucho una afrenta,
Y hecha al honor mayormente.
Luego que le oyó el esclavo,
A su mandado obediente
Salió de su misma casa,
Y como vivia enfrente
De Doña Eufrasia, una tia
Curiosa en grado eminente,
Que estaba en una ventana,
Reconoció fácilmente
De su sobrina al esclavo;
Porque hay algunas mujeres
Que por saber cuanto pasa
De noche ni dia duermen:
Llamóle pues por su nombre
Y él con prontitud se vuelve.
Preguntóle dónde iba,
Y él humilde y obediente
Le dijo en cuatro palabras
Del caso lo que sucede,
Sin faltarle cosa alguna.
Ella al proviso en su mente
Previno una idea rara,
Que no es dable que se piense
Otra que á esta se parezca,
Y mas siendo de repente.
Díjole al esclavo: — Ahora
Encuentras aquí tu suerte,
Pues yo me valgo de tí
Y á tí mucho ha de valerte,
Que te tendrá grande cuenta
En los dias que vivieres.
Yo te ofrezco cien ducados,
Los mismos que prontos tienes,
Para que tu libertad
Luego que quieras la ordenes.
Tú has de ir á ese convento,
Y luego al punto que llegues
Has de llamar al portero
Y hablarle secretamente,
Y le dirás de mi parte
Vaya, y diga á fray Vicente,
Que un hábito que en su celda
Sé que tiene ciertamente,
Que te lo dé, porque importa
Para cierto encargo urgente. —
Fué dicho y hecho el mandato
Conforme se lo encarece.
Llamando á la portería
Salió el portero, y al verle
Le propuso lo mandado,
Y en ménos de un credo vuelve
Con el hábito, y lo dió
Al criado, sin ponerle
La mas leve repugnancia:
El lo toma y se le ofrece
A la tia de la dama,
Que se lo puso impaciente,
Quedándose injerta en fraile
Como contemplarse puede.
Asi disfrazada llega
A la casa, y cortesmente
La recibió el mercader,
Creyendo que fraile fuese.
Díjole: en aquesta alcoba
Entre Usencia y me confieso
Dos ladrones de mi honra,
Y este secreto se quede
Entre los dos, pues si no,
Haré que la casa vuele
Entre furiosos volcanes,
Y Usencia primeramente.
No le cause el menor susto
Esta amenaza tan fuerte,
Pues que pende de su mano
Que los dos no se condenen —
El fraile fingido entró;
Los despierta de repente,
Pues dormian descuidados;
Y al instante que en sí vuelven
Les contó lo que pasaba:
Mandó al galan se vistiese,
Y el hábito puesto encima,
Que bien sus ropas cubriese:
Calándose la capilla
Se quedó un fraile patente;
Y saliéndose allá afuera
Al mercader le reprehende,
Diciéndole: — Que los hombres
Sabios, doctos y prudentes
Como es él, en su concepto,
No se dejan fácilmente
Llevar de las ilusiones:
Que los que en la cama duermen
Son Doña Eufrasia y su tia;
Pues el demonio anda siempre
Formando mil apariencias
Para que los hombres pequen,
Que es padre de la mentira,
Y su anhelo es ver si puede
Con sus cautelas y engaños
Al alma darle la muerte.
Y mire usted que le advierto,
Y que lo sé claramente,
Que es Doña Eufrasia una santa,
Pues la he confesado siempre,
Y sé su modo de vida,
Y es muy dable y contingente,
Que si aciertan á saberlo
Sus padres y sus parientes
De que vos teneis sospecha,
Y el tal arrojo imprudente
Que vos habeis inventado
Contra el honor de esa gente;
Que no digo yo quitaros
Una mujer tan prudente,
Sino que os han de dejar
Arrimado á las paredes,
O echaros donde jamas
Ninguno de vos se acuerde.
Asi, mirad por vos mismo,
Que un hombre no todas veces,
Aunque tenga algun recelo,
Puede decir lo que siente.
¿Qué desdichas no os vinieran,
Qué ruinas, qué accidentes,
En honor, fama y caudal,
Si un absurdo como este
Hubierais ejecutado,
Si el supremo Omnipotente,
Que es Dios que todo lo sabe,
No os diera primeramente
Arbitrio para mandar
Que un confesor se trajese?
Favor que ha ordenado el cielo,
Pues jamas quiso ni quiere
Que por falsas ilusiones
Padezcan los inocentes.

Y asi de hoy en adelante
Os pido hagais, pues conviene,
Libro nuevo, y que vivais
Quieta y pacificamente,
Pues os dió Dios una esposa
Que solo un rey la merece.
Quedad en paz; Dios os guarde
En felicidades siempre.—
Se fué el falso religioso,
Mejor diré mosca verde,
Que tantos hay en el mundo
Que ya número no tienen
Entró el esposo en la sala,
Tan otro y tan diferente,
Que ni un Pablo arrepentido
A él pudiera parecerle,
Diciéndole : — Esposa mia,
Perdóname lo imprudente
De mi loco atrevimiento;
Yo lo pensé de repente,
Mas ya lo he visto despacio,
Que todos son caractéres
Que forma la fantasía :
Ya se acabó el que yo piense
Hácia ti, ni por indicios,
Imaginar que me ofendes.—
Entónces ella le dijo :
—Eres un hombre imprudente;
Contra mi honor puro y casto
No has de pensar lo mas leve;
Pero ya pase por esta,
Y agradecérmelo puedes.—
Entónces la astuta tia,
Hechicera enteramente,
Dijo : — Pase por primera
Ya esta vez, y si volviere
Otra vez con inquietudes,
Para esto el Rey tiene
Presidios por esas costas
Y cárceles juntamente,
Para castigar delitos,
Y pague el que los debiere.—
Les dió el paciente palabra,
Que en los dias que viviere
No volverá á remover
Mas puntos de aquesta especie.
Al esclavo le cumplieron,
Por tener muchos haberes,
La palabra, porque es
Deuda lo que se promete.
Vivieron de allí adelante
En todo mas quietamente.
Todas son de una opinion,
Pues aunque mil veces yerren,
Ni aun en la mas leve parte
Que las reprehendan quieren.
Vivamos todos alerta,
De sus cautelosas redes,
Que las mujeres que hay hoy
Son peores que la peste,
Que el pulgon y la langosta
Y las víboras que muerden;
Y asi hacerles como al diablo
La cruz siempre que las vieren,
Porque de hacer lo contrario
La salvacion va en rehenes,
Y si no, vean en lo dicho
Si el autor en algo miente,
Porque con las experiencias
Que de las mujeres tiene,
No dice mas que verdades
Muy dignas que las aprecien.
Cada cual haga la cuenta
Por lo que á él le sucede,
Y verá al pié de la letra
Cómo con esto conviene.
Don Alonso de Morales,
Que las conoció bien, cree
Que por las frases de Eufrasia
Y las ideas que emprende,
Es grande reputacion
La que les da á las mujeres.

(*El Fraile fingido*, Pliego suelto.)

ROMANCERO

DE

ROMANCES VARIOS.

NOTA.

A las secciones en que desde el principio nos propusimos dividir el *Romancero de varios*, hemos añadido cuatro apéndices, un suplemento, y ademas los índices y catálogos que terminan la obra.

ROMANCES VARIOS.

SECCION DE ROMANCES DOCTRINALES.

1359.

(*De Cristóbal de Castillejo* [1].)

Tiempo es ya, Castillejo,
Tiempo es de andar aquí;
Que me crecen los dolores
Y se me acorta el dormir;
Que me nacen muchas canas
Y arrugas otro que sí;
Ya no puedo estar en pié
Ni al Rey mi señor servir;
Tengo vergüenza de aquellos
Qu'en juventud conocí,
Viéndolos ricos y sanos,
Y ellos lo contrario en mí.
Tiempo es ya de retirar
Lo que resta de vivir;
Pues se me aleja esperanza,
Cuanto se acerca el morir;
Y el medrar, que nunca vino,
No ha ya para qué venir.
¡Adios, adios, vanidades,
Que no os quiero mas seguir!
Dadme licencia, el buen Rey,
Porque me es fuerza el partir.

(Castillejo, *Obras &c.*)

[1] Viéndose el poeta viejo y mal recompensado, hizo esta trova, mudando el romance viejo que dice: *Tiempo es, el caballero.*

1360.

(*Jerónimo de Heredia.*)

Ya las últimas reliquias
Se acaban de tu belleza,
Y entre los dorados lazos
Plateadas hebras ondean;
Ya la frente hermosa, altiva,
En vez de púrpura, muestra
Aquel color de viola,
Que á los amantes aleja;
Ya los íris de amor, bellos
Arcos de sus fuertes flechas,
No son arcos, ni son íris,
Mas dos despreciadas cejas:
Ya los soles, que prestaban
Sus rayos á las estrellas,
Truecan el bello esplendor
Por las confusas tinieblas;
Ya la aguileña nariz
Por los dos lados abierta,
Descubre que tu hermosura
Huye, cual viento, lijera;
Ya las rosadas mejillas,
Y esos lirios y azucenas,
Léjos de su alegre abril,
El triste invierno las hiela;
Ya los rubís y corales,
Y las orientales perlas,
Entre dos marchitos labios
Descubren dos negras cercas;
Ya el hermoso cuello enhiesto
Se humilla á la mano fiera
Del robador poderoso,
Contra quien no vale fuerza;
Ya el bello y nevado pecho,
Donde amor tantas saetas
Despuntó, está levantado,
Y sus dulces pomas secas;
Ya las hermosas columnas
Que el nido de amor sustentan,
Pierden el gallardo brio
Y de cansadas flojean,
Porque veas, Celia ingrata,
Que tu desden y belleza
Estaba sujeto al tiempo,
Pues no hay contra el tiempo fuerzas;
Que á los castillos mas altos
Y á las mas fuertes almenas,
Con no mas de un leve vuelo
Las rinde, abate y atierra,
Y no hay hora que no robe
Despojos á la belleza,
Pues de la mayor memoria
Ninguna memoria deja.
¡Cómo fueras venturosa,
Si el adevinar tuvieras,
Como tienes, Celia, el nombre
De aquella sabia Cumea;
Pues supieras cuánto amor
Castiga damas soberbias,
Y hiciérate temerosa
La que se convirtió en piedra!
Mas para castigo tuyo
Y venganza de mi ofensa,
No solo piedra te miro,
Mas véote hecha tierra:
Pues si al espejo te miras,
Viendo que no eres lo que eras,
¡Cómo fuí necia, dirás,
En no lograr mi belleza!

(Heredia.—*Guirnalda de Vénus casta*, etc.)

1361.

QUÉJASE UNA VIUDA DE SU ESTADO, CUANDO CONSUELA Á UNA AMIGA MAL CASADA.

(*De Jerónimo de Heredia.*)

La viuda recien venida,
Con tierna y piadosa voz,
A su amiga mal casada
Así anima en su dolor.
—Dejad, cara amiga, el llanto,
Aunque lloreis con razon,
Si no quereis que en la tierra
Por las nubes llore el sol;
Y aunque otra luna se opone
A vuestro bello esplendor,
Que es vuestro esposo, á quien ella
Influye su condicion,
No es bien por ello eclipsaros;
Que sus efectos en vos
No tienen ninguna fuerza,
Sino en él, por ser quien sois.
Sois en extremo discreta,
Y en las que discretas son,

Las faltas de los esposos
Aumentan mas el valor;
Que un contrario al otro esfuerza,
En ley de buena razon;
Y cuando él crezca en ser trueno,
Creceréis en ser sol vos.
Aprovecháos, bella amiga,
En tan dichosa sazon,
Y no os espante esta pena,
Pues es dichoso su honor;
Que suele buscarse léjos
A merecer la ocasion,
Y vos la teneis en casa,
¡Mirad si dichosa sois!
Contemplad aquesa junta
Si es dichosa para vos,
Que vos pareceis á un ángel,
Y él un furioso dragon;
Y sin esto no os ofenda
Su sombra y fiero rigor;
Que estas sombras en el mundo,
Aunque malas, buenas son,
Cual los fieltros, para el agua,
Para las honras, bordon,
Para los caminos, alas,
Y excusas do no hay amor;
¡Y ojalá que yo la mia
Tuviera en esta ocasion!
Que aunque escura me cubria,
Y al fin descubierta estoy.

(HEREDIA.—*Guirnalda de Vénus casta*, etc.)

1362.

QUÉJASE EL POETA DE SU MALA VENTURA, POBREZA Y ANCIANIDAD.

(*De Alonso Nuñez de Reinoso.*)

El que nasció sin ventura
Solo va sin compañia,
Tan altos sospiros dando,
Que gran lástima ponia.
Solo va por los desiertos,
Que poblado no queria;
Al llorar suelta la rienda,
Y con lágrimas decia:
—¡Ay de mí, mi tiempo ido
Que atras nunca volveria!
Todos mis años pasados
Vida ninguna tenia,
Que en la santa religion
Meterme yo no podia,
Que no tengo voluntad
Ni tenella merescia.
Buscar los campos de guerra
No sé si me convenia;
Soy viejo para pelea,
Armas usado no habia.
Si en las Indias me pasaba,
No sé si á Dios serviria;
Y quien es desventurado
Poca ventura tenia.
Algunas letras saber,
Aquesto mejor seria;
Pero letras de ganar
Mi voluntad no queria.
Soy amigo de las musas,
Y por sello me perdia;
Mas por ser tan pobre yo,
El ganar me convenia;
Y con esta perdicion
A mí mesmo me seguia.
Soime enemigo mortal;
A mí mismo mal hacia;
Conmigo traigo batalla,
A mí, mal yo me queria;
Agora en aquesta edad,
Qué haga yo no sabia;
De pequeño no serví,
Siendo viejo lo haria,
Cuando la barba me crece,
Cuando ya me encanecia.

(NUÑEZ DE REINOSO. — *Historia de los amores de Clareo*, etc.)

1363.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
¡No sé qué tiene la aldea
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir mas léjos!
Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me causan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento;
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en otro tiempo,
O tantos que nacen sabios
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo mas es ménos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio;
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado,
Y que ha de romperse presto.
Señales son del jüicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de ménos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
¡Tal la pusieron los hombres,
Que desde entónces no ha vuelto!
En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos,
La de plata los extraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dijo Dios, que comeria
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento;
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía

Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua,
Que no lo fuéron sus dueños.
¡Oh bien haya quien los hizo,
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños!
Fea pintan á la envidia;
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quién vive pared en medio,
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos:
Cuando quieren escribir
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos
Tienen chimenea y huerto;
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleitos,
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño;
Nunca; como yo, firmaron
Parabien, ni pascua dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

(Vega Carpio, *La Dorotea.*)

1364.

(*Anónimo* [1].)

Si te durmieres, morena,
Ten aviso que es el sueño
La mitad de nuestra vida,
Que se nos pasa corriendo;
Y que es tan veloz volando,
Como lijera durmiendo;
Tan breve en la juventud,
Como cuando somos viejos,
Porque el desengaño triste
De nuestro curso lijero,
Cuando quiere despertarnos,
Llega tarde y sin provecho.
Tu juventud y hermosura
No es mas que un mercader nuevo,
Que de rico queda pobre
Con el discurso del tiempo:
Es una gloria del mundo,
Y de los ojos un velo,
Y un grillo para los piés,
Y esposas para los dedos;
Una ocasion de peligros,
Y de la envidia un terrero;
Un verdugo de los hombres,
Famoso ladron del tiempo.
Cuando la muerte baraja
A los hermosos y feos,
En la estrecha sepultura
No se conocen los huesos;
Y aunque el cipres sea mas alto,
Y mas hermoso sea el cedro,
No por eso su carbon
Es mas blanco que el del fresno;
Que en esta mísera vida
Nos viene el placer á sueños,
Y el disgusto y los pesares
Cuando estamos mas despiertos.
La flor de su nuevo abril
La quema el otoño seco,
Que en marfil blanco y malquisto
Convierte el ébano negro.

(*Romancero general.*)

[1] En el libro *Primavera y flor de romances*, comienza este romance así: *Si te durmieres, serrana.*

1365.

(*Anónimo* [1].)

Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que lo sufra?
¡Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca!
Por una parte paredes,
Por otra rejas tan juntas,
Que ni el sol por ellas entra
Ni las penetra la luna.
En los balcones candados,
En las puertas llaves duras,
Y dura la condicion
Que las cierra y que nos culpa.
El invierno en lo sombrío,
El verano en las estufas,
Medio encantados los ojos
Y la lengua casi muda.
De pesares todo el año,
De placer hora ninguna.
«Soledad que aflige tanto,
»¿Qué pecho habrá que lo sufra?»
A los discretos nos niegan,
Y cuando necios nos buscan,
Nos sacan á que nos muelan
Con razones importunas.
Eternos son nuestros males,
Nuestros bienes de fortuna:
«¡Libertad preciosa y cara,
»Mal haya quien no te busca!»

Aquesto cantaban
A sus almohadillas
Dos niñas, labrando
Pechos de camisa.
Cerrólas su madre,
Fuése por la villa
A dar parabienes,
Y á consolar viudas.
¿Qué ha visto en el tiempo,
Dijo la mas chica,
Señora que cierra
Lo que no solia?
¿Quién canta de noche?
Quién habla de dia?
Quién hay que nos lea?
Quién que nos escriba?
Estrechura tanta
¡Plegue á Dios no sirva
De que el sufrimiento
Desespere aprisa!
En corrillos andan
Todas las vecinas,
Sembrando sospechas,
Cogiendo malicias.
El gusto pasado
Se trocó en acíbar,
La soltura en cárcel,
En llanto la risa.
A lo que es recato
Llamarán caida
Que ha dado el honor,
Lijera y altiva.
¡Madre, la mi madre,
Miedo guarda viña;
Mas hace quien ruega,
Que no quien castiga!

Si la planta nace
De suyo torcida,
Tarde la enderezan
Varas que la arriman.
Escuchais consejas
De dueñas baldías,
Que en la iglesia pasan
Cuentas y mentiras,
Y sobre nosotras,
Vuestras enemigas,
Pareceis nublado
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy teatina,
Medrosa de engaños
Y esperanzas tibias:
No echeis tantas llaves,
Porque no se diga
Que no hay que fiar
De quien no se fian.

(*Romancero general.*)[1]

[1] Este romance es glosa de la cancion que dice: *Soledad que aflige tanto*. Termina con el romancillo endechado: *Aquesto cantaban*.

1366.

(*Anónimo.*)

Con un pequeñuelo infante,
Sencillo mas que un cordero,
Que apénas del tierno labio
Destetaba el blanco pecho,
De la malicia agraviado,
De la inocencia contento,
Por dar vado á sus pasiones
Así razonaba Celio:
—Niño manso, de las niñas
De mis ojos solo objeto,
Huye, amigo, de los hombres,
Si acaso vienes á sello.
Todo el mal que ahora no sabes,
Y el que sabrás con el tiempo,
Advierte que ellos le enseñan:
De experiencia te aconsejo.
Los mas fieros animales
Huyen de su aspecto fiero,
Que encubren grandes maldades
Las arrugas de sus gestos:
Algo ménos son criados
Que los ángeles del cielo,
Y algo mas vienen á ser
Que los malos del infierno.
Dudosos son sus motivos,
Difíciles sus intentos,
Pues sobre todo animal
Sin duda es el mas artero.
En forma de hombre, el demonio
Tentó á Cristo en el desierto,
Y hombre al fin fué el transgresor
Del primitivo precepto.
En Babilonia los hombres
Con el cielo compitieron,
Y aun con Dios, hasta ponello
Enclavado en un madero.
Sus dañadas intenciones
Hasta aquí llegar pudieron,
Que fué á lo mas que ser pudo,
Y de su malicia extremo.
Mucho pensó que avisaba
Quien aconsejó á Gayferos
Ser las mujeres las malas,
Dando á los hombres por buenos;
Mas no advirtió que natura
Los formó de rostros feos,
Y á ellas, al contrario, hermosas,
No sin notable misterio.
Guarda la fe Melisendra,
Su frances estando léjos,
Y Olimpa sola y burlada
Llora su falso Vireno:
Destruyó á Roma Tarquino,
Páris puso á Troya fuego,
Forzada Lucrecia casta,
Robada Elena primero.
Salió Thamar deshonrada
Del fraternal aposento;
Y del palacio de un rey
Huyó la Cava gimiendo.
Y los como tú, inocentes,
La sangre y leche vertieron
En la malicia de un hombre,
Afilados mil aceros.
Miéntras no crecieres, niño,
Poco sentirás de aquesto,
Que son sinrazones de hombres,
Para ti, de poco peso.
¡Ay, cómo tu infancia amada
Tan sin dobleces contemplo,
Envidioso de tu ser,
Rabioso del que poseo!
Mudara de buena gana
La forma de hombre que tengo,
Para que de mí no huyera
Cuando me miro al espejo.
Solo me agradas, ¡oh niño!
Tu mansedumbre apetezco,
Y tu inocencia en amar
Solo adoro y reverencio.
Por ti me pierdo de amores,
A los hombres aborrezco;
Págame tus condiciones,
Llégate á mí, no hayas miedo,
Que, aunque en la forma espantosa,
A los hombres me parezco,
A tu medida cortada
Traigo el alma en lo de dentro.
A nadie agravia tu trato,
A ninguno pones ceño;
No murmuras del ausente,
Ni al presente halagas ménos:
Tan presto como te enojas,
Te desenojas tan presto,
Y por un fácil juguete
Acállanse tus ojuelos.
En tu sola madre el gusto
Abres al dulce sustento,
Que en tu padre, por ser hombre,
Apénas hallas consuelo.
A ti solamente, niño,
De mis agravios me quejo,
Acogido á tu sagrado
Donde seguro voceo.
Pida pues con tu inocencia
Venganza á Dios mis deseo,
Que la razon en mis quejas
De Abel contra Cain siento.
A tus brazos ya me acojo,
Que en fe de que eres ejemplo
De la sencillez que busco,
Ya por tus brazos me muero.
Tu simple niñez graciosa,
Tu virginal rostro bello,
Me convidan á quererte
Y á pensar que bien apruebo.
Por reliquia contra el hombre
(De quien solo daño temo)
Traeré la imágen de un niño
A tu semejanza hecho.
Por solo amigo te escojo
Entre los hombres del suelo:
Angel serás de mi guarda
A quien de hoy mas me encomiendo.
Quien contigo me escuchare
Me tendrá por indiscreto,
Pensando ser mengua de hombre
Hablar con un niño en seso.
Respóndele tú por mí,

Que te escogí por maestro,
Para olvidar la malicia
Con la inocencia que aprendo.
Al fin, niño de mi alma,
Tu compañía mas precio
Que la de los hombres todos
De quien mil veces reniego;
Que quien como tú no fuere,
Sabe, amigo, por muy cierto
Que no podrá tener parte
En los celestiales reinos.
Dulcísimo niño mio,
Mas que á los hombres te debo,
Pues con ellos me apasiono,
Y contigo me consuelo.—
Así acabó con sus quejas,
Y dijo, dándole un beso:
—Véte á jugar con los niños,
Pues vengado de hombres quedo.

(*Romancero general.*)

1367.

CONTRA AMOR.

(*Anónimo.*)

Ya que á la plaza del mundo
Saliste, mancebo loco,
Con la garrocha en las manos
Y con la capa en el hombro,
Asegurado en los piés
Y descuidado en los ojos,
Sin ver que si corre un ciego,
Lleva el peligro notorio;
Mira bien que te ha mirado
Aquel toro cauteloso,
Que primero que la muerte
Nació para darla a todos.
Apénas, siendo novillo,
Salió de los verdes sotos,
Y al primer hombre del mundo
Hizo ejemplo de los otros.
«Echate, mozo;
«Que te mira el toro.»
Vencerle quisieron reyes,
Domarle intentaron doctos,
Castos quisieron herrarle,
Y al fin erráronle todos.
Un mozo le echó la capa,
Siendo á sus bramidos sordo;
Pero costóle estar preso
Por un falso testimonio.
Amor le llama la gente,
Que no le ha visto en el coso;
Mas los que sus vueltas saben
Le llaman veneno y monstruo.
«Echate, mozo,
»Que te mira el toro.»

(*Primavera y flor de romances.*)

1368.

(*Anónimo.*)

Malograda fuentecilla,
Deten el curso, y advierte,
Que si caudales presumes,
Precipitada te pierdes.
Entre sauces y azucenas
Tuviste muy rico albergue:
Si tus corrientes esparces
Ni serás rio ni fuente.
Las flores que te servian
De olorosos ramilletes,
Son urnas de tus cristales,
De tus pensamientos muerte,
Y son tan breves tus dias,
Que al pensamiento desmienten,
Porque corren tan apriesa
Que ya salen cuando vienen.
¡Qué alegre al Tajo caminas,
Y qué poca vida tienes,
Siendo llanto á tus obsequias
La misma risa que viertes!
A tu albergue te retira,
No murmure quien te viere,
Que de altiva y de soberbia
Desvanecida te atreves.

(*Maravillas del Parnaso.— It. Romances varios de diferentes autores.*)

SECCION DE ROMANCES VARIOS, HERÓICOS Y DESCRIPTIVOS.

ROMANCES VARIOS.

1369.

ROMANCE HECHO POR ALONSO DE PROAZA EN LOOR DE LA CIUDAD DE VALENCIA.

Valencia, ciudad antigua,
Roma primero nombrada;
Primeramente de Roma
Y de su gente habitada,
Gran tiempo cartagineses
Hicieron en ti morada;
Despues del pueblo romano
Colonia fuiste nombrada;
Nunca sierva ni pechera,
Siempre libre y franqueada;
En las aguas baptismales
Primero regenerada
Por los nobles fuertes godos
De quien fuiste conquistada:
Al fin, con la España toda
De alárabes ocupada,
Bien vengada por el Cid;
Mas despues mal defensada,
Que por su muerte tan presta
A moros fuiste tornada,
Hasta qu'el Primero Jaime,
Rey de gloria bien ganada,
Te ganó para tenerte
Siempre noble y sublimada:
Casada con Aragon,
Como reina, coronada
Con corona de nobleza
Por mano real pintada;
Poderosa, prefulgente,
Sobre todas ensalzada,
Tan querida de fortuna,
De fortuna tan amada,
Que jamas bien repartieron
De que te negasen nada.
Debajo del mejor clima
Eres puesta y situada;
De amigables influencias
De los cielos muy dotada;
En mejor suelo del mundo,
En mejor signo fundada,
De rios, puentes, lagunas,
D'estanques y mar cercada,
Como Venecía la rica
Sobre aguas asentada,
Ni te combate gran frio,
Ni calor demasiada;
Mas con templanza medida

Una mezcla muy templada
Del paraiso terrenal
Solo á ti comunicada:
De aires sanos, claros, frescos,
Sotiles, purificada,
Toda ciudad, dentro y fuera
Noble, gentil, alindada;
Ni muy grande, ni pequeña,
Para ser mas acabada;
De todo estado de gente
Muy continua y muy poblada;
Palacio donde se afina
La finor[1] mas afinada;
Madre de caballería,
Clara, antigua y muy honrada;
Toda escuela de virtudes,
Y de sabios ilustrada;
De grandes mercaderías
Y riquezas abundada;
Toda jardin de placeres
Y deleites abastada;
De damas lindas hermosas,
En el mundo mas loada;
De mas, y de mas polidos
Galanes, la mas preciada;
Ejemplo de polideza,
Corte contino llamada,
Piadosa y justiciera,
Bien regida y gobernada;
Toda casa de oracion,
Toda santa y consagrada,
Rico templo donde amor
Hace siempre su morada:

Villancico por deshecha y fin del romance.

Pues que Dios te hizo tal,
Noble ciudad de Valencia,
Guárdete por su clemencia.
Hizote caballerosa
Sobre todas cuantas son,
Noble, rica, generosa,
Muy polida y muy hermosa,
Dechado de perficion.
Pues te dió con Aragon
Corona por excelencia,
Guárdete por su clemencia;
Guárdete, mas con los dos
Sant Vicentes tus patronos,
Con Sant Jorge, y vos con vos,
Sagrada Madre de Dios,
De malas persecuciones,
Y de bárbaras naciones,
Hambres, guerras, pestilencia,
Líbrete por su clemencia.

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

[1] Aquí usa la palabra *finor* por *finura*.

1370.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Apolo con su laurel
Y el dios Marte con su roble,
Corona de pluma y armas
De sabios y fuertes hombres,
La memoria de su padre
Tan gloriosa entre españoles,
Y la fama que le espera
Prometiendo eternos loores:
Todos llaman á la guerra
A Lisardo, ilustre jóven,
Que está durmiendo seguro
Sobre la yerba de un bosque.
A la guerra dice el rio
Que junto á sus plantas corre,
Las aves sobre los sauces,
Los ganados en los montes.
Parece que todos juntos
Al son de los atambores
Dicen: —A la guerra, guerra,
A la guerra, mozo noble.—
Despierta metiendo mano:
—Ya voy, ya parto, — responde;
Pero vió que era cayado
Lo que imaginaba estoque.
— No importa, dice el mancebo,
Que aqueste pellico pobre
Riberas del Tajo tiene
Espadas para los hombres.
Sobre tu vega famosa
Tengo yo famosas torres,
Envidiadas por ventura
De los que mandan las cortes.—
Adonde las voces suenan
A caminar se dispone,
Cuando siente que le tiran
Llamándole por su nombre.
Volvió los ojos airado
Y vió los de Alcida, adonde
Llorando perlas, hacia
Oriente la tierra entónces.
—¿Adónde te vas sin mí,
Oh capitan de traidores?
Cuando duermen mis sospechas,
Despiertas á tus traiciones?—
Pero Lisardo le dice:
— No te lastimes, amores,
Que voy á ver una garza
Que volaba, y despertóme.
— Pues llévame allá contigo
Primero que se remonte,
Que yo te tendré la flecha
Miéntras tú la cuerda pones.—
— Quemárate el sol, mis ojos,
Envidioso de tus soles;
Por detenerte, las zarzas
Herirán tus piés, si corres.—
— No importa, le dice Alcida,
Porque ya el sol me conoce,
Y tú me sueles decir
Que cuando me ve se esconde.
Y otra vez me aseguraste,
Huyendo tus ocasiones,
Que á las zarzas por do iba
Mudaban mis piés en flores.—
Mas Lisardo le replica:
—A la guerra voy, amores,
Apolo, Marte y la Fama
Me llaman, que bien los oyes.—
Alcida entónces turbada
Su rubio cabello rompe,
Diciendo: — Enemigo mio,
Allá vayas, y no tornes;
Mas véte en paz á tu guerra,
Que á buen seguro te acoges
En llevar el alma mia
Por defensa de los golpes.
Mal podrán mis tiernos años
Detener tus piés veloces,
Y mas si llevan en ellos
Mis obras y mis razones.—
Llegó Belardo en aquesto,
Y con algunos pastores
Sobre el pellico de seda
Le vistieron armas dobles.

(Vega Carpio, *Obras sueltas.* — It. *Flor de romances*, 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1371.

(*Anónimo.*)

Por el ancho mar de España
Donde las airadas olas
Encaramándose al cielo
Fustas y naves trastornan,
Herido y desbaratado

De una tormenta espantosa,
Les dice á los marineros
El General de la flota :
« Ola, ola, que se trastorna,
»Echa el áncora, aferra, cierra, boga.»
Braman las aguas soberbias
Por la region procelosa,
Y á vueltas del torbellino
Los peces muestran las colas :
Los marineros se turban,
Los maestres se alborotan,
Toda la gente da gritos,
Y el General los exhorta :
«Ola, ola, etc.»
Los aires rompen las velas
Y los mástiles destroncan :
Entra el agua embravecida
Por medio las naves todas.
Cuál, tabla calafetea,
Cuál prepara pez y estopa,
Cuál desmaya y cuál se anima,
Y cuál dice con voz ronca :
«Ola, ola, etc »
Los pequeños barcos se hunden,
Las gruesas naves se afondan,
Y la gente agonizando
Sus abogados invocan.
Andan en gavias grumetes,
Pilotos de popa á proa,
Y como dan al traves
Dicen : el alma á la boca,
«Ola, ola, que se trastorna,
«Echa el áncora, aferra, cierra, boga.»

(*Romancero general.* — It. *Primavera y flor de los mejores romances.*)

1372.

LA VENIDA DEL INVIERNO.

(*Anónimo.*)

Guerra pregonan los montes
Al enojado noviembre,
Fiero general de tanto
Volante escuadron de nieve.
Talando viene las selvas,
Aprisionando las fuentes,
Con tanta garzota blanca
Y tanto penacho verde,
Los fugitivos cristales
Helada plata convierte,
Espejos de cuantos miran
Narcisos de sus corrientes.
Sin voz acusan los troncos
La locura de los meses,
Al calor siempre vestidos,
Al hielo desnudos siempre;
Mas á su altiva arrogancia
Túmulo el tiempo le ofrece;
Que á las espaldas del gusto
Viene la desdicha siempre.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

SECCION DE ROMANCES ERÓTICOS Ó AMATORIOS DE TODAS CLASES.

ROMANCES ALEGÓRICOS DE AMOR.

1373.

(*De Nicolas Nuñez.*)

Por un camino muy solo
Un caballero venia,
Muy cercado de tristeza
Y solo de compañía.
Con temor le pregunté,
Con pesar me respondia,
Qué vestidura tan triste,
Por qué dolor la traia.
Díjome todo lloroso,
Que su mal no conocia,
Que la pasion que mostraba
No era la que padescia,
Que aquella vestia el cuerpo
La otra el alma vestia.
En su vista se conoce
Que mal de amores traia;
Con los ojos lo mostraba,
Con la lengua lo encubria.
Contento de su penar,
Su mal por bien lo tenia :
Apartándose de mí
Aqueste cantar decia.

Villancico del romance.

El menor mal muestra el gesto;
Qu'el mayor
No lo consiente el dolor.
La prision qu'es consentida
Por parte del corazon,
Es prision que su pasion
Jamas no halló salida :
Porque la pena escondida
Con dolor,
Publicalla es lo peor.

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

1374.

(*De Villaturo* [1].)

Por las salvajes montañas
Caminaba yo, cuitado,
Sufriendo grave tormento
Mi corazon desdichado.
En sí llevaba propuesto
De jamas no ver poblado :
Por la senda que yo iba,
Iba de dolor guiado.
El suelo se entristecia
De mover tan acuitado,
Y los árboles quedaban
Cada cual muy espantado.
Demostraban por la hoja
Pesares de mi cuidado.
Cada cual de sí la echaba,
Y todos juntos de grado,
No teniendo esfuerzo alguno,
Para verme en tal estado.
Yo, viéndolos de tal suerte,
Comencé muy entonado :

Villancico.

«Cuando tal dolor sentis,
»Pues me veis en tal tormento,
»¿Qué tal será el que yo siento?»
¡Decidme qué tal será,
Pues en verme vos con él
Sufris pena tan cruel,
Por la pena que me da!
Pregunt'os, si me decis,
Pues os falta el sufrimiento,
«Cuando tal dolor sentis,
»Por me ver en tal tormento,
»¿Qué tal será el que yo siento?

Sigue el romance.

Pues habiendo yo acabado
Mi cancion de relatar,

Todos juntos acordaron
Una respuesta me dar.
Comenzaron las sus ramas
Por el aire á menear;
Lo que d'ellas entendí,
Fué este muy triste cantar.

Villancico.

«La flaqueza que sentimos
»De te ver así penar
»Nos hace debilitar.»
No podemos nos sufrir
La fatiga qu'en ti vemos:
En te ver así vivir
Nos conviene despedir
Todo el bien que poseemos.
Y es tan grande sin dubdar
Nuestra muy triste pasion,
Que hablando en conclusion,
«De te ver así penar,
»Hácenos debilitar.»

Sigue el romance.

En oir así cuitado
Este su tan triste son,
Comencé de caminar
Con muy mucha mas pasion:
Daba voces dolorosas
Salidas del corazon,
Con las cuales acordado
Publicaba esta cancion:

Villancico.

«¡Oh vos, llantos muy crueles,
»Nascidos de un breve amor,
»Publicad el mi dolor!»
Dolores, fatigas, llantos,
Penas, mortales pasiones,
Dad voces, mostrad por plantos
Los mis males, que son tantos,
Que pasan de mil millones.
Pues me quiere disfavor
Mal traerme por mil suertes;
«¡Oh mis crudas, tristes muertes,
»Nascidas de un breve amor,
»Publicad el mi dolor!»

Sigue el romance.

Y luego desesperado
Prosiguiendo mi cantar,
Caminé por una sierra
Con fatiga y con pesar:
Las animallas fieras
Van huyendo á mas andar.
Decian los fuertes leones,
Con gran miedo de mi mal,
Huyamos muy prontamente,
No le dejemos llegar
Porque viene acompañado
De un muy grande y recio mal,
El cual es mucho mas fuerte
Que nuestro poder caudal;
Y con dar muchos bramidos
Así emplezan á cantar:

Villancico.

«¡Huyamos de tal dolor,
»Qu'en su fuerza es tanto fuerte,
»Que no se acaba con muerte!»
Pues con velle le tememos,
Huyamos porque no llegue,
Pues es claro, si atendemos,
Que muy cierto morirémos:
¡Huyamos no se nos pegue!
Pues natura nos convida
Que tengamos vigor fuerte,
Escojamos mas la vida;
«Qu'el dolor de esta herida
»No se acaba con la muerte.»

Sigue el romance.

Y con esto iban huyendo
Los leones por su via,
Por espanto que les puso
El dolor que padescia;
Y los tigres se juntaron
Hechos una compañía.
Unos á otros preguntaban
Qué mal era el que sentia,
Y mirándome sintieron
El mal que así padescia,
Y espantándose de mí
Unos á otros decian:
¿Para qué parió la madre
Hijo que tal mal traia,
Pues la pena que padesce
Nadie la soportaria?
¡Desdichada fué por cierto,
Desdichada en este dia,
Pues al hijo que parió
L'es puesto en tal agonía!
Y diciendo esta razon
Cada cual luego huia.
Tan lijeros como son,
Así cada uno corria,
Y fuéron por unas peñas
Por do yo ir no podia,
Y subidos en lo alto
Cada uno á mí volvia,
Y allí viéndose subidos,
Cantaban en compañía:

Villancico.

«Loemos á Dios por siempre,
»Pues nos hemos escapado
»De mal tan desesperado.»
A Dios siempre loarémos;
Pues que d'él nos escapó
Ya seguros estarémos
Pues el dolor s'envolvió,
En aqueste que aquí vemos.
Conviene tener cuidado
Que huyamos prestamente;
Vivamos alegremente
«Pues nos hemos escapado
»De mal tan desesperado.»

Sigue el romance.

Viendo yo que así huian
No queriéndome atender,
Pues remedio no esperaba,
Propuse de me perder,
Por lo cual luego me fuí
Do no me pudiesen ver;
En una chica estrechura
Acordé de me meter
Porque nadie no me viese
Ni me diese algun placer.
Hice casa de tristura
Qu'era gran dolor de ver;
Puse todos mis cuidados
Para bien la guarnescer,
Pintados por las paredes
Porque los pudiese ver,
Y con ellos me acordase
Mi dolor y padescer,
Pues amores me causaron
Extremos de me perder.
Yo así quedé triste y solo
Esperando fenescer,
Contino muerte llamando
Pues ella me ha de valer,
Y cantando esta cancion
Le doy todo mi poder:

Villancico de finida.

«Fenesce mi triste vida,
»¡Oh muerte! pues es tu oficio,
»Y lo tienes de ejercicio.»

Aunque siempre me acompañas
Con tu amarga colacion,
Hallo que sufro mil sañas,
Y con todas las tus mañas
Mi dolor no há conclusion.
Pues que ya el dolor es vicio
Y gran pena me convida,
«Fenesce mi triste vida,
»¡Oh muerte! pues es tu oficio
»Y lo tienes de ejercicio.»

(*Romance sobre la muerte que dió Pirro*, Pliego suelto.— It. *Cancionero de romances.*)

[1] Esta composicion es del mismo género, formas y asunto que la de Sanchez de Badajoz, que empieza: *Caminando por mis males.*

1375 [1].

(*De Diego de Zamora*, mudado por otro que dice: *Ya desmayan los franceses* [2].)

Ya desmayan mis servicios,
Que no pueden mas servir:
El galardon les fallece,
No los quiere consentir;
Esperanza se los niega,
Hizoseles encubrir:
Ya la vida tengo puesta
En los fines del vivir.
Mi vida será mi muerte
No tardando de venir;
El amor fué causa d'esto,
No lo quiso consentir,
Y por ser en su servicio
No me puedo arrepentir.

(*Cancionero general.*— It. *Cancionero de romances.*)

[1] Así estos romances como todos los que los preceden y siguen, excepto los llamados *viejos*, que se han tomado del *Cancionero general*, del de Juan de la Encina y de algunos códices anteriores al siglo XVI, pertenecen á la clase de los artísticos. En ellos se ve el estudio de poetas de profesion, y aunque conservan lo mas esencial de las formas del romance juglaresco, se ve el intento de elevarlos á mayor altura, y de introducir en ellos pensamientos filosóficos, metafísicos y subjetivos. En los códices antiguos ó en los originales manuscritos, tienen la ortografía del tiempo, y se escribia *non* por *no*, *nin* por *ni*; *conoscer*, *padescer*, etc., por *conocer*, *padecer*, etc., *é* ó *et*, por *y*, etc.; pero en los cancioneros impresos desde principios del siglo XVI están del modo con que aquí se copian, excepto en los casos en que allí se usa la *ç* por la *z*, la *u* y la *v* por la *b*, ó se suprime la *h* en los tiempos del auxiliar *haber*. Tambien hemos omitido el uso de las letras dobles.

[2] Este romance es un fragmento del caballeresco que empieza: *Domingo era de Ramos*, que está en el tomo I, número 394, el cual era muy popular, y los trovadores cortesanos del siglo XV trovaron con frecuencia en los romances artísticos que compusieron.

1376.

AMORES DEL MARQUES DE CENETE CON LA SEÑORA FONSECA.

(*De Quiros.*)

Mi desventura, causada
De los males que hacia,
Quisome mudar la suerte
Por ver si se mudaria
La tristeza y el dolor
Que jamas se me partia,
Por causa de la razon
Que á mi muerte s'escondia.
Ordenóme un pensamiento
De placer y de alegría
Que me quitó mis pesares;
Y dióme la fantasía,
Que, si remedio buscase,
Ventura me lo daria;
Si supiese conocella,
Que no se me negaria;
Y metióme en un desierto
Muy solo, sin compañía,
Adonde caminé tanto
Que de mi ya no sabia.
Habia tiempo pasado
Que de amor me mantenia:
Enderecé mi camino
A un poblado qu'ende habia,
Do hallé una fuente seca,
Porqu'el agua que tenia
A quien mas la deseaba
Mas se le desparescia.
Ya de sed y de deseo
El alma se me salia:
Si la esperase ó me fuese,
O qué hacer, no me sabia.
Vi que jamas pensamiento
D'ella no se me partia;
Reposé sobre razon,
Pues mudar no me podia,
Y adurmióme allí el cuidado,
Que desvelado me habia,
Y así de verme durmiendo
Vi el agua cómo corria,
Muy dulce para miralla,
Y amarga á quien la cogia;
Mas de ver mi gloria en ella
De ningun temor temia,
Y allí cargué yo mis ojos
Hasta que mas no podia,
Y el corazon y memoria
Hasta que mas no cabia.
Mi voluntad ya contenta
Porqu'el daño no sabia,
Díjome: — Señor, despierta,
Despierta, que ya es de dia.—
Y despues que fuí despierto
Mayores males sentia,
Porque hallé la fuente seca,
Mas seca que no solia.
Mis ojos gastan lo suyo,
El corazon se lo envia,
Y los dos gastan el cuerpo,
Qu'el alma no la tenia,
Que allí se quedó ahogada
Porque así lo merescia.
Si desdichas son amores
Júzguese en la vida mia.

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

1377.

(*De Nicolas Nuñez*, trocando el viejo que dice: *Estábase el rey Ramiro* [1]. Diálogo.)

Estábase mi cuidado
Allí do suele morar:
Los tres de mis pensamientos
Le comienzan de hablar.
Al uno llaman Tristeza,
Al otro llaman Pesar,
Al otro llaman Deseo;
Que no los quiere dejar.
—Dios te salve, enamordo,
Pues no te quieren salvar.
— Bien vengais, mis mensajeros,
Si me venis á matar.
Decí: ¿qué nuevas traeis
Del campo de mi penar?
¿Si queda alguna esperanza
En quien yo pueda esperar?
— Buenas las traemos, señor,
Cierto para te acabar;
Que la fe de tu firmeza
Con muerte quieren pagar.

Con la causa te consuela,
Si te puedes consolar,*
Aunqu'el consuelo, ai muy triste,
Con la muerte se ha de dar.

Deshecha.

«Cuando no puede esperar [2],
»Si es perdida,
»La fe defiende la vida.»
Porque yo á mi vivir,
Segun es el mal tan fuerte,
Ya le habria dado muerte;
Que no es la muerte el morir.
Y aunque no puedo sufrir
Su herida,
«La fe defiende la vida.»

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

[1] Es un fragmento del romance histórico que dice: *Ya se asienta el rey Ramiro.*

[2] Deberia decir *esperanza.*

1378.

(*De Nicolas Nuñez.*)

Durmiendo estaba el cuidado,
Qu'el pesar le adormescia;
El dolor del corazon
Sus tristes ojos abria.
Si triste estaba velando,
Durmiendo mas mal sentia,
Con suspiros y llorando
Su grave pasion decia:
—Di, muerte, ¿por qué no vienes,
Y sanas la pena mia?
Darás fin á mi esperanza
Y á mi deseo alegria;
Que á la vida que tal vive,
Morir mejor le seria.

Villancico de finida.

«No puede sanar ventura
»Mi dolor,
»Pues morir es lo mejor.»

(*Romances de Rosa fresca, con la glosa*, etc. Pliego suelto. — It. *Cancionero general.* — It. *Cancionero de romances.*)

1379.

(*De Don Alonso de Cardona.*)

Con mucha desesperanza,
Qu'es mi cierta compañía,
Iba por un valle escuro
Donde nunca amanescia.
Un triste que allí penaba,
Viendo lo que padescia,
Quiso saber de mi mal
En qu'estaba, ó dó nascia,
A quien respondí cuitado:
— Mi mal está en mi porfía,
Y mi porfía en la fe
Que amor en el alma cria.
Decirte mi pensamiento
No puedo ni lo osaria,
Qu'el corazon que lo tiene
Con temor de sí lo fia.
Desesperado cuidado
Es quien por aquí me guia;
Voy buscando en él remedio
Que la muerte me daria.
La fuerza de mi juicio
Defienda la vida mia
Por gozar de la vitoria
Que me da mi fantasía;
Así que, en vida no hay vida
Y el morir se me desvia,
Pues juzga por lo que digo
Lo que contarte podria,
Si un momento me olvidase
La pena de mi agonía.

Villancico por deshecha y fin del romance.

«No me deja mi dolor
»Decir mas en lo que siento,
»Por la sobra del tormento.»
Que do el extremo cuidado
Está contino presente,
De tal manera se siente,
Que no puede ser contado:
El mas y mas extremado
Es mi mal, pues no lo cuento
«Por la sobra del tormento.»

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

1380.

(*De Diego de Cumillas* [1].)

Digasme tú, el Pensamiento
Que sostienes triste vida,
¿Dónde mora la Esperanza?
¿Dónde hace su manida?
Respondióme el Pensamiento
Con pasion, y no fingida:
— De mí s'es partida agora
Para siempre despedida.
Yo triste, quedo muy triste
Del dolor de su partida:
Va la herida en las entrañas
De una muy mortal herida;
Dolores le van detras,
Congoja que no le olvida,
Siguenla muy bravamente,
Llévanla ya de vencida,
A la cueva de Tristura
Donde tiene su guarida.
De placeres despoblada
De tristezas guarnescida;
Está hecha de tal suerte,
Que hay entrada, y no salida.

Villancico por deshecha y fin del romance.

«Dolores le van detras
»A matalla;
»Porque no pueden cobralla.»
Porque no pueda venir
Para mí ningun remedio,
Dejan el cuidado en medio
Del camino, á descubrir,
Y que vaya á percebir
Su batalla
«Porque no pueda gozalla.»

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

[1] Trova del caballeresco de *Tres hijuelos habia el rey*, desde donde este dice: *Digasme tú, el ermitaño.*

1381.

(*Del comendador Don Luis de Castelvi.*)

Caminando sin placer
Un dia casi ñublado,
El pesar iba conmigo
Que me tiene acompañado.
El camino por do iba
Era por do he acostumbrado,
Por los campos de Tristeza
Hácia el monte del Cuidado.

Que allá tengo mi morada
Y alli vivo aposentado.
A la mitad del camino
Encontré muy aquejado
Un hombre, que de pasion
Bien mostraba ser llagado.
Decia con alta voz:
—Galardon se me ha negado,
La esperanza del remedio
No la espero, no, cuitado,
Porque quien me da la pena
Ya con ella me ha pagado.
¡Ay! que mas quiero la muerte
Que vivir enamorado,
Pues que da congoja amor
A quien sigue su mandado.
Cuando tal le oí decir
Hablèle muy denodado:
—No desmayes de afligido;
Mas consuela tu cuidado
Con la causa de tu mal,
Pues ha sido tal tu hado.
Apercibe el sufrimiento,
No mueras desesperado,
Cata que recibe mengua,
Cuando no sufre, el penado;
Qu'en la pena está la gloria
Del que vive enamorado,
Y la causa del consuelo
Al corazon lastimado—

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

1382.

(*De Diego de San Pedro*, contrahaciendo el viejo que dice: *Yo m'estaba en Barbadillo*[1].)

Yo m'estaba en pensamiento
En esa mi heredad;
Las fuerzas de mi deseo
Mal amenazado m'han,
Que me cortarían la vida
Con dolor de gravedad;
Que todas las esperanzas
Me harian contrariedad;
Que de nunca remediarme
Me daban certenidad;
Que no podian valer
Lágrimas, fe, ni verdad,
Porque solo con morir
Esperaba libertad.

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

[1] Esta trova empieza desde el verso citado, que se halla en el romance de los Infantes de Lara, que comienza: *A Calatrava la vieja.*

1383.

(*De Juan del Encina.*)

Yo me estaba reposando
Durmiendo como solia;
Recordé triste, llorando
Con gran pena que sentia.
Levantéme muy sin tiento
De la cama en que dormia,
Cercado de pensamiento,
Que valerme no podia.
Mi pasion era tan fuerte
Que de mí yo no sabia;
Conmigo estaba la muerte
Por tenerme compañía.
Lo que mas me fatigaba
No era porque moria;
Mas era porque dejaba
De servir á quien servia.
Servia yo á una señora
Que mas que á mí la queria,
Y ella fué la causadora
De mi mal sin mejoría.
La media noche pasada,
Ya qu'era cerca del dia,
Salime de mi posada
Por ver si descansaria.
Fuime para do moraba
Aquella que mas queria,
Porque yo triste penaba;
Mas ella no lo sabia.
Andando triste, turbado,
Con las ansias que tenia,
Vi venir á mi Cuidado
Dando voces, y decia:
—Si dormis, linda señora,
Recordad por cortesía,
Pues que fuistes causadora
De la desventura mia.
Remediad mi gran tristura,
Satisfaced mi porfía,
Porque si falta ventura
Del todo me perderia.—
Y con los ojos llorosos
Un triste llanto hacia
Con sospiros congojosos,
Y nadie no parescia.
En estas cuitas estando,
Como vi qu'esclarescia,
A mi casa sospirando
Me volví como solia.

(Encina, *Cancionero.*—It. *Este es el pleito de los Judíos*, etc. Pliego suelto.—It. *Cancionero de romances.*)

1384.

(*De Juan del Encina.*)

Mi libertad en sosiego,
Mi corazon descuidado,
Sus muros y fortaleza
Amores me la han cercado.
Razon y seso y cordura,
Que tenia á mi mandado,
Hicieron trato con ellos:
¡Malamente me han burlado!
Y la Fe, qu'era el alcaide,
Las llaves les ha entregado.
Combatieron por los ojos,
Diéronse luego de grado;
Entraron á escala vista,
Con su vista han escalado.
Subieron dos mil sospiros,
Subió pasion y cuidado
Diciendo: —Amores, amores,
Su pendon han levantado.—
Cuando quise defenderme
Ya estaba todo tomado;
Hube de darme á prision
De grado, siendo forzado.
Agora triste cativo
De mí estoy enajenado;
Cuando pienso libertarme,
Hállome mas captivado.
No tiene ningun concierto
La ley del enamorado;
Del amor y su poder
No hay quien pueda ser librado.

Villancico por deshecha y fin del romance

«Si amor pone las escalas
»Al muro del corazon
»No hay ninguna defension.»
Si amor quiere dar combate
Con su poder y firmeza,
No hay fuerza ni fortaleza
Que no tome ó desbarate;
O que no hiera ó no mate
Al que no se da á prision:
No hay ninguna defension.»

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*—It. Encina, *Cancionero.*)

1585.

(De Torres Naharro[1]*.)*

Con temor del mar airado
La nave s'está en el puerto;
El ciervo por no ser muerto
Todo el dia está emboscado:
Yo triste, mal avisado,
No salgo de mi posada,
Porque temo la celada
De quien siempre me ha espiado:
De vos, que si habeis notado
No voy á veros, señora,
Porque veo de hora en hora
Mi morir aparejado.
Lechuza me soy tornado
Contra el sol y sus ensayos,
Que temiendo vuestros rayos,
Nunca salgo de un horado[2].
¿Quién sería tan osado
Que osase salir desnudo,
Con quien há lanza y escudo
Y el arnes todo doblado?
Vuestro gesto delicado
Contra mí se es hecho duro,
Y aun qu'el bien que mas procuro
Es morir en vuestro grado,
Ya por estar desterrado
No rescibo ménos gloria;
Que á los ojos, la memoria
El oficio le ha robado.
Que aquel bien del bien pasado
Rescibido en os mirar,
Lo rescibo en me acordar
Que algun tiempo os he mirado.
Vuestro sér traigo pintado
Y en mis pechos esculpido
D'un marfil tan escogido,
Que por prescio no es comprado:
Ni vivo desesperado,
Si bien dejo de os gozar,
Que un bien de bienes sin par,
Basta haberlo deseado;
Y es con mi mucho cuidado
Vuestro mucho merescer,
Y con mi poco valer
El poco haberos gozado.
Harto goza, bien mirado,
Quien algun tiempo os gozó;
Pues gozaros siempre yo
Era bien demasiado.

(TORRES NAHARRO, *La propaladia.* — II. *Romances compuestos por Bartolomé*, etc. Pliego suelto. — II. *Cancionero de romances.*)

[1] Este romance debió colocarse en el apéndice de los de versos pareados.

[2] Horado ó forado, es decir, agujero.

1586.

(De Torres Naharro.)

So los mas altos cipreses
Riberas del alegría,
Por donde el agua mas clara
Con mayor dulzor corria,
Cabe ciertos arrayanes
Qu'el placer entretejia,
Jazmines por todas partes,
Rosales tambien habia;
Sembrada de ricas flores
Una verde praderia;
De preciosas arboledas
El valle que no cabia,
Do moraban muchas aves
Las pregoneras del dia,
Do cantaba Filomena,
Y Progne la respondia;
Do nunca se vió pesar,
Ni deleite fallescia;
Mil bienes uno sobre otro
Sin qu'el hombre los pedia.
Mi Pensamiento, señor,
Que todo lo poseia,
Paseando una montaña,
Como quien no se temia
Descuidado, y sin saber
Quién bien ó mal lo queria,
Sin pensar ser ofendido,
Como quien nunca ofendia,
Salióle Amor al traves
Con harta descortesia,
Que se le puede contar
A muy grande cobardia.
Y al triste del Pensamiento
Que desarmado yacia,
Con un gran puño de tierra,
Por usar mas villanía,
Cególe entrambos los ojos,
Tanto que nada non via,
Y entónces á mantenients
Hirióle dond'él queria.
Testigo es mi corazon
Qu'estaba en su compañia,
Y llevó tan buena parte
Cuanto no la merescia,
Aunque los daños de entrambos
Hicieron su pena mia,
Por vos, mi reina y señora
Sola, por quien me cumplia,
Que m'esforzais a sofrir
Lo que quizá no podria.
Gloriosa es tal pasion,
Bendita tal fantasía,
Precioso tal cuidado
Que vuestra merced me envia.
Muchos son los invidiosos
Viendo de dó procedia,
Sino qu'el no meresceros
Me maltracta y desafia,
Por lo cual á mis afanes
Algun consuelo seria
El veros yo mas piedád,
O veros ménos valia;
Que de otra suerte, señora,
Me veo en tal agonía,
Que cosa no me consuela,
Ni Dios ni Santa María,
Sino que todo me viene
Por una tan buena via,
Que con pena estoy en gloria
Sin la cual no viviria.

(TORRES NAHARRO, *La propaladia.* — II. *Romances compuestos por Bartolomé*, etc. Pliego suelto. — II. *Aquí comienzan tres romances glosados, y este dice:* Desamada, etc. Pliego suelto. — II. *Cancionero de romances.*)

1587.

(De Bartolomé Santiago.)

En el tiempo que triunfaba
Mi servicio en alto grado,
Cuando mas se publicaba
Mi pasion, apasionado
Publiquélo a una señora
Como lindo enamorado.
Publiquélo por mi bien,
Salidome ha por mi daño;
Mándame con vos matar
Con sospiros y cuidado;
Mándame dar unas armas
De un corazon lastimado;
Mándame á un campo salir
D'esperanza bien armado:
Mándame aceptar batalla
Para dia señalado,

Jurándome, si venciese,
De quedar á mi mandado.

(*Glosa del romance* ¡Oh Belerma! *etc.* Pliego suelto.)

1388.

(*De Alonso de Selaya.*)

En mis pasiones pensando,
Cercado de gran pesar,
Convidóme la Tristeza
Fuese con ella á yantar:
Llevóme en cas de la Pena
A su gran casa real,
Donde estaba una gran torre
Qu'es de mi fe sin mudar.
Dos pilares la sostienen,
Razon, y mi voluntad:
El escala por do suben
Es mi triste porfiar.
Tres velas siempre la guardan,
La Desdicha y Desamar
Y Crueldad, porque esperanza
No pueda en la casa entrar.
El portero de la torre,
Es su nombre Desear,
Que á placeres no da puerta;
Mas ábrelas al pesar.
Abrióme, desque me vido
Las puertas de par en par;
Comencé á mirar la sala,
Su edificio singular:
En lo mas alto de aquella
Un águila vide estar
Con un gran fuego en el pico;
Que ella estaba sin volar:
Aqueste es mi pensamiento
Que allí daba claridad.
Asentéme en una silla
De mi justo aficionar;
Pusieron luego las mesas
Bordadas de crueldad;
Los pajes que me servian
Son Pena, Dolor y Mal:
Mi cuidado es maestresala
Que viene con el manjar
Para mí, triste captivo,
De congoja y trabajar,
De ansias, fatigas y enojos,
Gran cuita y desesperar;
Otros muchos que no cuento
Ni se pueden numerar;
Diéronme á beber el vino
Manado de mi llorar.
Las mesas no son alzadas,
Que ya las quieren alzar:
Vi venir un niño ciego
Con muy grande autoridad,
Un arco fuerte en la mano
Con flechas para tirar;
Dando voces, á sus gentes
No hace sino llamar:
—Prendelo luego, los mios,
Pues aquí fué osado entrar.—
Vi venir dos mil cuidados,
Empiézanme de cercar,
Hube de darme á prision
Con temor de mayor mal.
Echanme en fuertes prisiones,
Y así me mandan guardar:
Roban todos mis placeres,
Mis bienes y libertad.
Si no remediais, señora,
Mis males no tienen par
En tan esquiva prision
Ajena de piedad,
Amarga para mi vida,
Dulzor de mi voluntad,
Donde acabaré mi vida
Con gemir y sospirar,
Aunque ya está acabada,
Si bien lo quereis notar.

(*Glosa de la Reina troyana*, etc. Pliego suelto.)

1389.

(*Anónimo.*)

Durmiendo está el Pensamiento,
Qu'el pesar lo adormecia;
Recordó con gran pasion,
Que valer no se podia.
Vido venir al Cuidado
Muy triste, sin alegría;
Dando voces y llorando
Estas palabras decia:
—Que supiese, triste yo,
Qu'el amor me combatía
Las fuerzas de mi esperanza,
Que quitarmela queria.
En favor tiene mi fe,
Con ella se defendia:
Son tan recios los combates
Que les daba cada dia,
Que si yo no los socorro
El Amor los venceria.
Cada dia corre los campos
Do mi libertad tenia,
La cual con mucho temor
Ya ninguna parescia.
El mi captivo deseo
Al Amor favorescia,
Qu'él me tiene enajenado
A mí y á toda mi vida.—
De que aquesto oí, cuitado,
Para su estancia partia
Con dos mil de mis sospiros,
De los muchos que tenía.
El Amor, desque lo supo,
Al encuentro me salia
Con un poder infinito
Que so su mando traia.
Quise volver do salí;
Mas ya, triste, no podia,
Qu'el Amor con mil cuidados
Celada puesto me habia.
Desque me vi ser perdido
Que socorro no tenia,
Fuime donde está el Amor
Y en su merced me ponia;
El cual con todos los mios
Por suyo me rescebia.
Prometíle vasallaje,
Que siempre suyo sería;
Luego me mandó dar sueldo,
Lo que á otros dar solia,
Que son fadigas congojas,
Penas y melancolías,
Dolor y muchos trabajos,
Pasiones y gran porfía;
Y mandóme aposentar
Do yo, triste, no sabía,
Que por no saber de mí
De memoria lo perdia.
Despedí todo placer,
Aburrí toda alegría,
Pues que no me socorrieron
Cuando menester habia.
Cada dia que amanesce
Lloro, porque no moria,
Pues que de mi libertad
Ninguna cosa sabía,
Diciendo: — Toda mi gloria
Ya se fué por do solia:
En servicio de mi amor
Muerta está la vida mia.—

Deshecha.

«Lloran mis ojos

»Y mi corazon
»Con mucha razon.»

(*Glosa del romance de la Reina Troyana*, etc. Pliego suelto.)

1390.

(*Anónimo.*)

En el tiempo que mi vida
Confiaba de su estado,
Yo me iba por un camino
Por un caso desdichado.
Saliéronme á saltear
Con hábito disfrazado
El Envidia y la Fortuna
En un yermo despoblado.
Por la culpa de mi olvido
Con rigor me han castigado;
Quitanme la libertad,
Róbanme lo mas presciado;
Cambianme la pena en gloria
Y el descuido en gran cuidado.
Las causas y los efectos
En otro me han trasformado:
Como siervo fugitivo
Me tienen aherrojado.
Véisme aquí preso, captivo,
De mis bienes despojado,
Hecho escudo de pasion,
De pesares esmaltado.
Todos se duelen de mí,
Solia ser envidiado;
Hánme puesto en almoneda
Por redoblar mi cuidado.
Que no dan prescio por mí
Por culpa de mi pecado.

(*Aquí comienzan dos romances con sus glosas*, etc. Pliego suelto.)

1391.

(*Anónimo* [1].)

—Decidme vos, Pensamiento:
¿Dónde mis males están?
¿Qué alegrías eran estas
Que tan grandes voces dan?
¿Si libran algun cativo,
O le sacan de su afan,
O si viene algun remedio
De do tus sospiros van;
—Ni libran ningun cativo,
Ni lo sacan de su afan,
Ni viene ningun remedio
De do tus sospiros van:
Mas venido es un tal dia
Que llaman señor Sant Joan,
Cuando los qu'están contentos
Con placer comen su pan,
Cuando los desconsolados
Mayores dolores dan.
No digo por tí, cuitado,
Que por muerto te ternán;
Los unos te habrán envidia,
Los otros te llorarán:
Los que la causa supieren
Tu firmeza loarán,
Viendo menor tu pecado
Qu'el castigo que te dan.—

Villancico por deshecha y fin del romance.

«El dia del alegría
»Al qu'es triste
»De mayor dolor le viste.»
Porqu'el triste con dolor,
Si es mayor qu'el que ántes tiene,
Mayor consuelo le viene
Que si le diesen favor.
Así qu'en el mal menor
»No consiste
»El alegría del triste.»

(*Romance de Rosa fresca*, etc. Pliego suelto. — It. *Cancionero general.*)

[1] Con muy cortas variantes, y sin la copla final del villancico, se halla tambien esta composicion en el *Cancionero de romances*. En ella ha contrahecho ó mudado el poeta un fragmento del romance caballeresco del Almirante Guarinos, núm. 412. desde el verso que dice: *¡Oh valasme, Dios del cielo!*

1392.

(*Anónimo* [1].)

Sin dicha vi una morada [2]
Apartado de alegría,
Cercado de gran pesar
Muy grave dolor sentia
Ausente de su señora,
Que servirla no podia:
Con una muy cruda llaga
Qu'el corazon le partia,
Con grave pasion gritando
Y con gran dolor, decia:
—¡Señora, cuánto me cuestas
Por la gran desdicha mia!
Cuéstasme mi libertad,
Lo mejor que yo habia;
Cuéstasme todo el placer,
El que yo tener solia;
Cuéstasme grandes tormentos
Y sospiros cada dia;
Cuéstasme mi juventud
Que ofrescida te tenía,
Aunque ser tuya es ganar
En tan subida porfía;
Tambien la vida me cuestas
Que aventurada traía,
Incomportable trabajo
Que sin descanso sentia;
Cuéstasme esta triste alma
Que en el infierno tenia;
Cuéstasme cien mil pesares,
Zozobras en compañía;
Cuéstasme esta cruel llaga
Qu'el corazon me partia;
Y agora por mis pecados
Vínome mensajería,
Que mi enemigo el Olvido
De tí apartarme queria.
Si esto no fuese, señora,
Todo lo al me alegraria.
Sienta alguno, si es sentido,
Qu'en tal caso sentiria,
Pues m'es forzado apartar,
¡Oh que imposible seria!
De quien nunca el corazon
Apartarse no podia;
Mas aunque el cuerpo se aparte
El alma no partiria,
Qu'en vos está sepultada,
Solo en vos, señora mia,
Solo en vos, que sois mi bien,
Mi descanso y mi alegría.
¡Oh qué dichoso perder
Por quien tanto merescia!
No deis lugar al olvido,
Pues de vos no me partia,
Mas tened siempre memoria,
Aliviad la pena mia;
Que si yo no lo merezco,
El amor lo pagaria.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Contrahácese en este romance el del núm. 1227, que dice: *Miraba de Campo viejo.*

[2] Para que este verso haga sentido con los siguientes, debia leerse: *Sin dicha en una morada.*

1393.

(*Anónimo.*)

Ya se parte el Pensamiento
Para consuelo buscar,
Y al triste del Corazon
Procura de consolar.
Vase para la Memoria
Dond'el Amor suele estar;
Con grave queja del daño
Le comienza de rogar.
Quéjase de la Tristeza
Que hace al corazon penar;
De razon favorecida
Procúrale maltratar:
Suplícale haga justicia
Sin en nada discrepar.
El Amor que aquesto oyó,
Atento á su demandar,
Manda luego á la Alegría
Que se parta sin tardar.
Apiontó todas sus gentes,
A guisa de pelear,
Al castillo Corazon,
De prisa y no de vagar;
Y que si halla allí á Tristeza
La quiera desafiar,
Y que luego á fuego y sangre
Guerra quiera comenzar.
La Alegría qu'esto oyó
No quiso mas esperar;
Con su gente bien armada
El camino fué á tomar,
Y con ella el Pensamiento,
Sin un punto se apartar.
Andando por sus jornadas
Al Corazon van llegar:
La Tristeza que lo sabe,
Las puertas mandó cerrar,
Apercibida su gente
Para el castillo guardar.
La Alegría qu'esto supo
Al arma mandó tocar,
Y mandó luego al Placer,
Su capitan general,
Que dijese á la Tristeza
Quiera desembarazar
Y el castillo Corazon
Luego se le quiera dar.
Tristeza dice ser suyo,
Que por tal lo fué á tomar,
Que la Razon y Hermosura
Se lo fueran á entregar.
La Alegría que tal oye
No se quiere retardar:
Manda luego dar combate,
Sin querer mas escuchar.
Bien se defiende Tristeza,
Que no se quiere entregar.
Mandó luego l'Alegría
Las escalas arrimar
Por unas grandes ventanas
Que ojos suelen llamar,
Por donde mas la Tristeza
Segura piensa d'estar,
Que dos fuentes perenales
Allí solian manar.
La Alegría, del contrario
Bien se quiso aprovechar;
Con el fuego del Contento
Las fuentes hizo secar.
Ansí entró á escala vista
Sin podérselo vedar
Las torres de los sentidos,
D'ellas se fué á apoderar.
Prendió luego á la Tristeza;
No la quiso maltratar:
Soltóla sobre su fe,
Que no quiera mas tornar.
Esculpió en el Corazon
Un bulto muy singular,
Por tan linda arte obrado
Que no se puede quitar.
Los daños puso en cadenas,
En muy obscuro lugar:
Ella quedó por alcaide,
Dios la quiera sustentar.

(*Cancionero de romances.*)

1394.

(*Anónimo.*)

Esperanza me despide,
El galardon no paresce,
Placer no sabe de mí,
Cuidado no me fallesce.
Cuanto mas quiero alegrarme
Mayor pasion me recresce:
El dia que ha de ser triste
Para mí solo amanesce;
La clara lumbre del sol
A mis ojos s'escuresce.
Congojas de amor me velan,
El remedio se adormesce
Por no recordar la gloria
Que mi sofrir la meresce.
La muerte que anda conmigo
Cada hora se me ofresce,
Si la digo que me mate,
Luego me desaparesce
Por no dar fin á los males
Qu'el triste de mí padesce.
El sentido de pesar
Se desmaya y amortesce;
Mas no desmaya firmeza,
Que mi fe la favoresce.

(*Cancionero general.—It. Cancionero de romances.*)

1395.

(*Anónimo.*)

Esperanza me despide,
Tristeza no me fallesce,
Y si el dia ha de ser triste
Para mí solo amanesce:
La noche triste y escura
Me persigue y entristesce,
La muerte triste y rabiosa
Dos mil veces se me ofresce.
Si le digo que me mate
Luego se me desparesce,
Por no remediar los males
Qu'el triste de mí padesce.
Una cosa me consuela
Y esta me favoresce,
Que la que me da esta pena
Mucho mas qu'esto meresce.
Muero por una señora
Que ante mis ojos floresce.

(*Cancionero general. — It. Cancionero de romances.— It.* Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1396.

ROMANCE EN FORMA DE DIÁLOGO ENTRE EL AUTOR Y EL CUIDADO.

(*Anónimo.*)

Dice el Autor:

— Cuidado, ¿de dó venís
Tan triste y atribulado?
Decidme: ¿por qué afligís
Al que siempre es desdichado?
Por qué dais tanta fatiga
A quien siempre os ha buscado?

Por qué habeis enemistad
Con quien nunca os ha dejado?
Por qué dais tanto pesar
A mí que os he deseado?
No me acabeis de matar,
Porque viva mas penado;
Déjame primero ver
Aquella que lo ha causado,
Que bien muestra ser mujer
Segun venis fatigado,
Que vuestro poco reposo
Dice qu'estáis lastimado,
Como está el toro en el coso
Reciamente garrocheado.
No me cubrais lo que veo,
Pues venis tan mal tratado,
Con la yerba del deseo
Tan mortalmente llagado.
Decidme : ¿quién os hirió?
Quién así os ha salteado?
No me lo encubrades, no,
Que me teneis sepultado.

Responde el Cuidado.

No te lo quiero encubrir
Ni tenértelo encelado :
Yo te lo quiero decir
Pues en ti estó aposentado.
En el corazon t'escribo
Todo lo que has preguntado,
Y digo qu'eres cativo
De una que te ha cautivado;
Y aunque sufras mas dolores
Por ella, es bien empleado,
Que pena tal en amores
Es alivio descansado.
Esto baste por respuesta
De lo que me has demandado,
Y ten siempre la fe puesta
En la que me ha acrescentado.
Sufre, pena, y sey leal,
Que serás galardonado,
Que no tienes otro mal
Son qu'estás enamorado.

(*Cancionero de romances.*)

1397.

(*Anónimo.*)

Aquejándome el dolor
De tristeza que tenia,
Salíme de la ciudad
Por ver si me alegraria.
Metíme en una arboleda
Porfiando mi porfía,
Donde vide muchas fuentes
Corriendo del agua fria,
Y cercado de laureles
De mucha toronja y cidra,
De jazmines y azucenas,
De flores donde salia
Un olor maravilloso
Que consuelo me ponia :
Estando en esta arboleda
Donde tal música habia,
De mil aves diferentes
Que hacen dulce armonía.
Y hablado esto así,
Muerto en el suelo caia.

(*Cancionero de romances.*)

1398.

(*Anónimo* [1].)

En un valle muy obscuro,
Do ninguno parecia,
Me hallé una mañana
Ya que el sol nacer queria.
Cansado de caminar
Me senté en la tierra fria;
Cercado de mil cuidados
El corazon me dolia.
Deseaba ver alguno
Con quien me consolaria,
Que me dijese qué tierra
Era aquella en que yacia.
No sabiendo qué hacer
Ni por dó seguir mi via,
Pensando en mi triste suerte
Allí dormido me habia,
Porque el trabajo pasado
Fácilmente me vencia.
Yo reposando en mi sueño
Una dueña á mí venia,
Su rostro resplandeciente
Mas que cuantos visto habia;
De paños de oro y de seda
Muy ricamente guarnida;
Una arpa en las sus manos,
Cantaba al son que tañia.
Luego el sueño me dejó,
Tanta era su melodía;
Doncellas la acompañaban,
Hermosas en demasía;
En sus cabezas guirnaldas,
Que verlas era alegría.
Desque llegó do yo estaba
Con hermosa compañía,
Hablóme la mayor d'ellas,
D'esta manera decia :
—¿Qué haces aquí, mancebo,
Tan triste? Di, ¿dónde ibas?
¿Quién te encaminó á esta parte
A do muy pocos venian?
El camino has, cierto, errado,
Ansí es como yo decia;
Levanta y sigue mis pasos,
Que yo te encaminaria
Por do vayas descansado
Y vivas toda tu vida
En placeres muy contento;
Haré lo que prometia.
Detras del valle en que estamos
Mis aposentos verias,
Los mas frescos y mejores
Que en el mundo ser podrian,
Do verás muchos vergeles
Do varias flores habia;
Frutales no tienen cuenta,
Que verlos es maravilla;
El agua verás correr
Entre las arenas vivas,
Que cualquiera que las bebo
Muy gran gozo en sí sentia;
Los cantos de ruiseñores
Al triste dan alegría,
Allí hallarás todo aquello
Que tú demandar sabrias,
Sin que falte cosa alguna;
Y si esto no te vencia,
Estas doncellas que ves
Servirte han á la tu guisa;
Aquello que te agradare
Ellas luego lo harian.
Todo aquesto te prometo
Porque tú solo á mí sirvas,
Y galardon de mí habrás
Que el tiempo te lo diria :
De cuantos á mí han servido
Ninguno se arrepentia.—
Yo por salir de aquel valle
Que tanto me entristecia,
Fuíme con esta que cuento
Y con las que le seguian.
Salido que hubimos d'él
Un llano se parecia
De mil yerbas matizado,

Fresco cuanto ser podria,
Y á una parte d'este llano
Un alta sierra se via
Muy difícil de subir:
Espanto pone á la vista.
Ya estábamos cerca d'ella,
Dos sendas se descubrian,
La una va al aposento
D'esta dueña con quien iba,
La otra guia à la sierra,
Lo cual muy claro se via.
Yo, parándome á mirar
La contrariedad que habia
En la entrada diferente
De aquellas dos sendas dichas,
Una vieja muy rugosa
Vi la sierra descendia:
Un bordon trae en la mano
Con que el cuerpo sostenia;
Vestida de paños viejos,
Hablando entre sí venia.
Esotra dama hermosa
La su cabeza volvia
Hácia á mí, y desque me vido
Muestra de enojo hacia.
Conocí que le pesaba
Porque allí me detenia.
Acercóse mas á mí
Y de la mano me asia,
Diciendo: —¿Qué estás mirando
A aquella vieja maldita?
Acaba, no te detengas
Si gran daño no querias:
Entra por esta mi senda,
Que es muy ancha y muy lucida,
Deja esotra, que es angosta,
Pocos por ella caminan.—
Estando en estas razones
La vieja llegado habia,
La voz ronca y muy temblosa
Y en los sus pasos tardía.
Un manto hasta los ojos
De luto negro traia;
Tan triste estaba y llorosa,
Que miralla era mancilla.
Sentóse luego en el suelo,
Que estar en pié no podia;
Hablóme d'esta manera,
Y lo que sigue decia:
—Desque te vide venir
Desde aquella sierra arriba
En compañía de aquesta
Dama de gran lozanía,
De ti hube compasion,
Y á avisarte me movia,
Porque conozco el engaño
Y su grande alevosía,
Cuyo oficio es destruir
A los que d'ella se fian.
Por eso he yo aquí venido
Por ver si aprovecharía
En estorbarte el camino
A que aquesa te convida.
Húyelo, que es peligroso,
Aunque bueno parecia;
No te engañen sus promesas,
Que son llenas de falsía.
Que despues de sus placeres
Llanto se te seguiría.
No creas su mocedad,
Cree en la mi ancianía;
Camina por do yo vine,
Que á ti mucho convenia.
A la sierra subirás,
Muy difícil te seria;
Hallarás en el camino
Asperezas y fatigas,
No ternás descanso alguno
Hasta llegar allá arriba.
Si tan esforzado fueres
Que baste tu valentía
A sufrir tantos trabajos
Cuantos se te ofrecerian,
Despues de haberlos sufrido
Por premio gloria ternías,
Que es debido galardon
A los que á virtud se arriman.
Allí verás unos campos,
Que es perpetua su alegría,
No caduca y transitoria
Como la que ternán hoy dia
Los que engañados de aquesta
A rienda suelta corrian
Por los vicios, que es camino
Muy ancho á su fantasía;
Mas despues lo ven angosto,
Donde su error conocian,
Cuando no pueden volver
A tomar contraria vía.
Yo he dicho lo que te cumple
Y lo que te dañaria:
Fíate de mis palabras,
Que como digo sería.
Conozco que estás dudoso
A cuál de nos seguirias,
Yo fea, y aquella hermosa,
Contrarias á maravilla;
Su senda ancha, la mia angosta,
La suya alegre, y la mia
Tal como te la he pintado;
Aunque si muy bien lo miras
Conocerás claramente
Por los fines que tenian
Ser alegre lo que es triste,
Triste lo que da alegría.
Tú sigue la que quisieres
Y la que mas te convida.—
Despues que hobo esto dicho
Para su sierra se iba.
Oidas ambas las partes
El corazon me tremia,
Porque como era mancebo
Mi juicio no sabia
Discernir en dos contrarios
Aquello que mas valia.
Gran rato estuve pensando
Sin que nada me ocurria;
Al fin me determiné
Ya cerca de mediodía;
Por no estar mas tiempo ocioso
En camino me ponia.
Fuí derecho de la sierra
Do á la vieja visto habia;
Alcancéla en poco rato,
Toméla por compañía:
Conocí ser verdadera
En lo que dicho tenia.
Trabajos no me faltaron,
Muchos afanes sufria;
Por ser áspero el camino
Muy muchas veces caia;
La vieja me levantaba,
Confortábame, y decia:
—Poco nos queda que andar,
No te espante lo que vias;
Sé constante en el camino
Que comenzado tenias.—
Yo esforcéme cuanto pude,
Y, aunque con grande fatiga,
Allegamos á la cumbre
De la sierra en pocos dias.
Desque allá arriba estuvimos
No con pequeña alegría,
Abrí mis ojos y vide
Cosas de gran maravilla.
No las podré yo explicar,
Ni declararlas sabria;
Mi corazon consolaban,

Gozábase el alma mia.
Desde allí estuve mirando
Que muy bien me parecia,
El fin de aquella otra senda
Donde infinitos plañian,
Engañados ya de aquella
Que á mí engañarme queria.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Este romance pertenece á la clase de alegóricos doctrinales.

1399.

RESEÑA DE VARIOS POETAS SEGUIDORES DE AMOR.

(*Anónimo* [1].)

Ya cabalga el dios Cupido
A Vénus besar la mano,
Acompañándole siguen
Héctor y Páris troyano,
Persio, Ovidio, Juvenal
Y Virgilio mantuano,
Juan de Mena cordobés,
El de Encina cortesano,
El Bartolomé de Torres,
Garci Sanchez el galano,
Y Garcilaso, y Boscan,
Montemayor lusitano,
Burguillos y Castillejo,
Y Sandóval el murciano.
Todos cabalgan en mula,
Cupido en caballo ufano;
Todos van de amor heridos,
Cupido desnudo y sano;
Todos de lauro coronas,
Cupido de oro greciano;
Todos espadas ceñidas,
Cupido el arco en la mano,
Con una aljaba y saetas
Aceradas de Vulcano.
Allá guia su camino,
A ese reino valenciano,
Porque allí reside Amor,
Allí vive mas tirano;
Allí Vénus tiene cortes
En invierno y en verano.
A recibirle han salido
En un verde y fresco llano,
Don Gaspar de Romaní,
Don Manuel Fernando, humano,
Don Alonso Rebolledo,
Mancebo en saber muy cano,
Ese Don Luis de Milan,
A la música cercano,
Marco Antonio y Pellicer,
Samper discreto y anciano,
Gil Polo, Espinosa, Perez,
Con Arcaina, ciudadano,
Almodóvar, Timoneda,
De poesía comarcano,
Y en ver á Cupido, aquellos
Que le tuvieron por vano,
Sirviéronle de bonete
Y de verso castellano,
Y cantando esta cancion,
Al camino dieron mano.

Cancion por deshecha y fin del romance.

Amor, sin amor, amor,
Quien te sirve se avergüence,
Y sepa el no sabidor
Que el que mas huye te vence.

(Timoneda, *Rosa de amores*.— It. Wolf, *Rosa de romances*.)

[1] Es curioso por la reseña de poetas castellanos y valencianos que en él se hace. Es una trova del del Cid, núm. 731, que dice: *Cabalga Diego Laínez.*

1400.

(*Anónimo.*)

Se estaba mi corazon
En una silla asentado
Circuido de pasion,
De firmeza coronado.
Tres son los mis pensamientos
Que así le tienen cercado:
Al uno llaman Desdicha,
Al otro llaman Cuidado,
Al otro gran Desconsuelo
Para mí, desconsolado,
Que una señora que sirvo
Mis servicios ha olvidado;
Y si yo muero de amores
No me entierren en sagrado.
Háganme la sepultura
En un verdecico prado,
Y dirán todas las gentes:
¿De qué murió el desdichado?
No murió de calentura,
Ni de dolor de costado;
Mas murió de mal de amores,
Qu'es un mal desesperado.

(Linares, *Cancionero Flor de enamorados.*)

1401.

(*Anónimo.*)

Por los campos Elíseos,
Do el Amor mas residia,
Sentí por un hondo valle,
Cuando el alba se reia,
Llorar muy amargamente,
Y por ver lo que sería
Apartéme del camino,
Más de temor que osadía.
En esto vide á Cupido
Que en carro triunfal venía;
Seis caballos le tiraban:
El auriga que regia
Era Páris con Orfeo,
Virgilio con su poesía,
Sin los otros que no cuento
Que iban en su compañía:
Especialmente tres damas
Llevaba de gran valía,
Presas encima del carro
Llorando con agonía,
En una cadena atadas
Qu'el ver lástima ponía.
Y en preguntando el por qué,
Cupido me respondia:
—La una es porque burlaba
De quien con fe la servia;
La segunda, porque á muchos
De amor cara les hacia;
La postrera, que á su amante
La promesa no cumplia;
Y porque tú aviso des
De lo que aquí se hacia,
Di á las damas, que cualquiera
Qu'en estos casos caeria,
Llevaré presa cual estas
A una cárcel do no habia
Luz, deporte, ni descanso,
Ni descanso ni alegría.—
Despues qu'esto me hubo dicho
Cupido siguió su via;
Por eso os aviso, señora
De mi alma y vida mia,
No caigais en ningun caso
De aquestos que os repetía.

(Timoneda, *Rosa de amores*. — It. Linares, *Cancionero llamado Flor de enamorados.*)

1402.

(*Anónimo.*)

Por un valle de tristura,
De placer muy alejado,
Vi venir pendones negros
Entre muchos de á caballo,
Todos con tristes libreas
De sayal no delicado;
Sus rostros llenos de polvo,
Cada cual muy fatigado.
Por una triste espesura
Temerosa se han entrado:
Asentaron su real
En un yermo sin poblado;
Las tiendas donde se albergan
No las cubren de brocado,
Antes por mayor dolor
De negro las han armado.
En una de aquellas tiendas
Hay un monumento alzado,
Y dentro del monumento
Un cuerpo allí sepultado.
Dicen ser de una doncella
Que de amores ha finado,
La cosa mas linda y bella
Qu'en el mundo se habia hallado;
Y ellos todos juntamente
Un pregon han ordenado,
Que ninguno se atreviese,
Ni tampoco fuese osado,
De estar en su enterramiento,
Si no fuese enamorado.

(Timoneda, *Rosa de amores.* — It. Linares, *Concionero llamado Flor de enamorados.*)

1403.

(*Anónimo.*)

Fatigada navecilla,
Que al mar te entregas y al viento
De esperanzas y cuidados,
Mucha vela y poco remo:
Tú que pasas felizmente
Tantos golfos de tormentos,
Tantos peligros de agravios,
Tantas tormentas de celos;
Al entrar del puerto embisten
Por una peña, rompiendo
Todo el gobierno, quedando
Sin vela, sin luz ni remo.
¡Amaina, piloto, amaina,
Que con los contrarios vientos
En este mar de hermosura
Se anega mi pensamiento!
Visto el peligro de muerte,
Mil promesas van haciendo;
A su Dios van invocando,
Que amaine tan grande viento:
El artillería toda,
Que con la razon se ha hecho,
Como carga mas pesada
Al hondo se fué primero.
¡Desdichada navecilla!
¡Fatigado marinero!
Que en este golfo de penas
Todo es agua y nada es puerto.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1404.

(*Anónimo.*)

Inocente mariposa,
Que te arrojas á las llamas:
Si no has de imitar al Fénix,
Dime, ¿para qué te abrasas?
Si en lo hermoso de tu pompa
No hay ceniza en que renazcas,
No rondes mas el peligro,
¡Mira que te quemas! Basta.
No pretendas por galante
Que tus esperanzas ardan,
Que no han de igualar sus luces
A las que tú pierdas alas.
No desprecies el aviso,
Pues tus rayos te amenazan,
Que es fácil perder la vida,
Y es imposible cobrarla.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

ROMANCES ANACREÓNTICOS.

1405.

(*Anónimo.*)

Sacó Vénus de mantillas
A Cupido un dia de fiesta,
Y luego al dia siguiente
Manda que vaya á la escuela,
Que quiere la sabia diosa
Que á leer y escribir aprenda,
Porque no piensa dejalle
Otro mayorazgo ó renta;
Que un alnado de un herrero
¿Qué puede tener de hacienda?
Porque vaya mas contento
Compróle cartilla nueva,
Y una cestilla en que lleve
El almuerzo y la merienda.
Llegó á la escuela Cupido,
Y dióle grande tristeza
Ver azotar á un muchacho
Porque la licion no acierta.
El maestro está enojado,
Y en la mano la correa;
A voces dice á los niños,
Que la letra con sangre entra.
Comenzaron á leer:
Cupido á trazar comienza
Cómo poder deslizarse
Antes que á dar licion venga.
Pidió el astuto rapaz
Para ir al campo licencia,
Y en lugar de volver luego,
Fuése en cas de la maestra,
Do vido estar muchas niñas
Sacando diversas muestras.
Cuál está haciendo randas,
Y cuál hace cadenetas;
Cuál está haciendo vainillas,
Y cuál labra castañuelas;
Y las que tanto no saben
Labran lomillos y trenzas;
Entre las cuales estaba
Una niña hermosa y bella,
Que aunque era de poca edad,
En extremo era discreta.
Labraba lisonjas de oro
En lo blanco de una rueda,
Que aunque fuera de fortuna
La tuviera así sujeta;
Y si acaso el oro falta,
Un cabello suyo enhebra;
Que del oro á sus cabellos
No hay conocer diferencia.
Embelesóse Cupido
En mirar tan gran belleza,
Y si acaso quiere hablar,
De sí le desvia y echa;
Y como el niño es burlon,
Burlas comenzó con ella.
La maestra que lo vido
Echóle la puerta fuera;
Porque sabe que sus burlas

Suelen ser pesadas véras,
Y no quiere que en su casa
Desgracia nunca acaezca.
Cupido se fué á la suya,
Y á su madre pide y ruega
Le envíe siempre á labrar,
Y no le envie á la escuela.
La madre, que conoció
Del pié que el niño cojea,
Con una banda morada
Los ojos le ciñe y venda.
Quiso dalle un nudo ciego
Que desatalle no pueda,
Que por experiencia sabe
Que amor por los ojos entra.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — Il. *Flor de varios y nuevos romances*, 1.ª parte. — Il. *Romancero general.*)

1406.

(*Anónimo.*)

Puso Vénus á Cupido
Un rétulo en las espaldas,
Por si acaso se perdiese
Le puedan volver á casa.
Dice el blanco pergamino
En unas letras doradas:
«Este niño vive en Chipre,
»En la calle de las Damas;
»Hijo es de Vulcano, herrero,
»Y de la Vénus errada;
»El que lo hallare lo vuelva,
»Que buen hallazgo le manda.»
Con esto á la escuela fuése
Con una cesta de palma,
Donde llevaba el almuerzo
Y la cartilla llevaba.
Sentóse con otros niños
Sobre la dorada aljaba,
Una flecha por puntero
Que apénas el papel rasga.
Y sobre dar la licion
Mal sabida y no estudiada,
Azotóle su maestro
Con una cuerda de lana.
El niño con el enojo
No se fué derecho á casa;
Mas con otros rapacillos
Se fué á pescar á la playa,
Donde faltándoles cuerda,
De los cabellos arranca
Algunas doradas hebras,
Y de dos en dos las ata.
Uno de ellos quita luego
El reguilete á su caña,
Y echando al agua la cuerda
No pesca en dos horas nada.
Cayó en ello el mas discreto,
Y prometió, si le daba
La mitad del primer lance,
Le prestaria dos cañas.
Así le fué prometida,
Y puesto el cebo, esperaba.
En este tiempo dos ninfas
Que en sus cristales nadaban,
Viendo los rubios cabellos,
El cabo de ellos desatan,
Y las perlas que traian
Una prende y otra ensarta.
Sienten los niños el peso,
Y el lance entre los dos sacan;
Y en esto el niño tardóse
Y la noche escura baja.
Andaba despues llorando;
Llévanle derecho á casa
Por las letras conocidas,
Donde su madre le aguarda.
Azotarle quiere Vénus,
El replicaba: — Ya basta,
Madre mia, que el maestro
Me azotó por la mañana.
Que se pierda un niño, madre,
No es maravilla tan alta.
Que tambien se perdió Elena
Por interes de una rama.
Pues Elena se perdió
Por unas manzanas falsas,
No es mucho que por las finas
Perdido una hora me traigan.
Mas si agora no me azota,
Le diré un ardid y maña
Para pescar corazones,
Que ya tan raros se hallan.
Sepa, madre, que no pesca
Anzuelo á quien cebo falta;
Ponga dinero en la flecha,
Y podrá pescar las almas. —
La madre, viendo el consejo,
Azote y mano levanta,
Y desde entónces no pesca
Ménos que con oro y plata.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — Il. *Flor de varios y nuevos romances*, 1.ª parte. — Il. *Romancero general.*)

1407.

(*Anónimo.*)

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido,
Entre las rosas y flores,
Jugando con otros niños:
Cuál trepa por algun sauce,
Presumiendo buscar nidos;
Cuál cogiendo el fresco viento
Por coger los pajarillos;
Cuál hace jaulas de juncos;
Cual hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos
Y troncos de los olivos.
Cuando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos,
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños;
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
El rapaz pierde el sentido;
Vase corriendo á su madre,
A quien lastimado dijo:
— Madre mia, una abejita,
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco.—
La madre, que lo conoce,
Vengada de verle herido
De cuando la hirió de amores
De Adónis, que tanto quiso,
Medio riendo le dice:
— De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecica
Semejantes en el pico.—

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — Il. *Flor de nuevos y varios romances*, 1.ª parte. — Il. *Romancero general.*)

1408.

(*Anónimo.*)

Llegó á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco y muerto el fuego.

Viéndole tan destrozado
Dijo el bueno del ventero :
— Hermanito, no hay posada ;
Pique, que cerca está el pueblo.—
Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto ;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos :
Díjole como era hijo
De la bella diosa Vénus,
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
Jamas cupo en bajo pecho,
Haciendo burla del niño
Responde con menosprecio :
— ¡ Para ser hijo de reina
El trae muy bellaco pelo !
Y aquí no hacemos nada
Por amor, y sin dinero.
Sepa, si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo
Cuando cantaban sus triunfos
Con discantes á lo viejo :
Cuando por ver á su dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sexto ;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto.
Aunque en medio de las olas
Halló de su mal remedio,
Pues bebió tal parte de ellas,
Que apagó de amor el fuego.
Y tambien el otro bobo
Del babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto,
Rompió con su espada el pecho ;
Y luego la necia Tisbe,
Añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La soga tras el caldero.
Y si no ve aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciego ;
Desatápese los ojos,
Verá la razon que tengo.—
Cupido entre aquestas burlas
Fué las véras conociendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley y otro uso nuevo ;
Y es tan discreto, que tiene
Ménos costa y mas provecho.
Y tambien manda á las damas
Que en su amor hagan concierto,
Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio ;
Y que al amante que diere
No le envíen descontento,
Y al que no diere, le digan
Lo que le dijo el ventero :
— Hermanito, no hay posada ;
Pique, que cerca está el pueblo.—

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — II. *Flor de varios y nuevos romances*, 1.ª parte.— II. *Romancero general.*)

1409.

(*Anónimo.*)

Amedrentado Cupido
De los azotes de escuela,
Huyó porque oyó decir
Que entran con sangre las letras.
Y viendo que de su casa
Le despide la maestra,
Y por pescar en la playa
Su madre azotarle quiera,
Y en los jardines tambien
Le picaron las abejas,
Y que no le dan posada
Por llegar pobre á la venta,
Sintiéndose despreciado,
Sin habilidad ni renta,
Determina de tomar
Oficio que le entretenga.
Y siendo amigo de dulce,
Que es el blanco adonde asesta,
Como era niño y rapaz,
Aficionóse de nieblas.
Hizo un cestillo de palma
Quien cesto de palma lleva,
Con el juego de ventura
Encima de la tableta.
El arco puso por hasta,
Y una flecha por saeta,
Gritando suplicaciones
Quien á suplicar sujeta.
Y viéndole tan bonito,
Llamáronle de una reja
El Interes y una dama,
Y el niño con los dos juega.
Jugó el Interes de mano,
Que en todo la mano lleva,
Y echó la suerte la dama,
Y ella tira la moneda.
Anduvo Cupido azar,
Que no acierta suerte buena,
Por ser incierto su juego,
Y su pérdida muy cierta.
Dentro de pequeño rato
El Interese le pela,
Y dando mate en perder,
Vino á rematar la cesta.
Tomó el Interes el arco,
Quedó con la palma y flecha,
Con que para mas reinar
Fué su ventura deshecha ;
Y dánlole, como dicen,
Con la cesta en la cabeza,
Triunfando de sus despojos
Hace y deshace la guerra.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — II. *Flor de varios y nuevos romances*, 1.ª parte. — II. *Romancero general.*)

1410.

(*Anónimo.*)

Topáronse en una venta
La Muerte y Amor un dia,
Ya despues de puesto el sol,
Al tiempo que anochecia.
A Madrid iba la Muerte,
Y el ciego Amor á Sevilla,
A pié, llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la justicia,
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la Muerte mira ;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa ;
Y al fin le dijo riendo :
— ¡ Señora, no sé qué os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida ! —
Corrida la Muerte de esto,
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retira.
Con un lanzon el ventero
De por medio se metia,

Y haciendo las amistades,
Cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,
Que en la venta no habia cama,
Ni el ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huéspedes servia.
Aun no habia amanecido,
Cuando Amor se despedia;
Sus armas al huésped pide,
Pagando lo que debia.
El huésped le da por ellas
Las que la Muerte traia;
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la Muerte
Triste, flaca y desabrida;
Tomó las armas de Amor,
Y tambien hizo su guia,
Y desde entonces acá
Mata el Amor con su vira
Mozos que ninguno pasa
De los veinte y cinco arriba.
A los ancianos, á quien
Matar la Muerte solia,
Agora los enamora
Con las saetas que tira.
¡Mira cuál está ya el mundo,
Vuelto lo de abajo arriba!
Amor por dar vida mata;
Muerte por matar da vida.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances*, 1.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1411.

(*Anónimo.*)

Licencia pide Cupido
A Vénus su madre amada,
Para entrar en unas fiestas
Con los moros de Granada.
Dícele: — Madre, deseo
Tirarme cuatro ó seis cañas
Con los francos Bencerrajes,
Y con Muza el de Daraja.
«Morico, á las cañas,
»Pasa al Amor con ellas las entrañas.»
Por ver si al brazo temido
Las adargas bandeadas
Hacen igual resistencia
Que suelen hacer las almas.—
Vénus le responde: — Hijo
Salido de mis entrañas,
De que te huelgues me huelgo;
Con tu gusto me regalas.
«A las cañas, moro,
»Rompe al Amor el arco y flechas de oro.»
¿Piensas que es alcanzar nidos
Saber traer el adarga,
Y apercibilla á aquel tiempo
Que el contrario desembraza?
No pienses que en los jardines
De Chipre entre flor y ramas
Andas con los otros niños
Tejiendo bellas guirnaldas.
«Morico, á las cañas, etc.»
— Siempre lo tuvistes, madre,
Darme respuesta pesada,
Al tiempo que de mi gusto
Llevo las velas hinchadas.
Llevo tres caballos negros,
Uno turco y dos de España:
Los de España para el juego,
Y el turco para la entrada.
«A las cañas, moro, etc.»
De Bernardo el castellano
Llevo la lanza y adarga
Con que en la de Roncesvalles
Rompió á los Doce de Francia.
Concluyo con que sin duda
Me veréis en Vivarambla,
Donde estará mi persona
Fuerte, bizarra y gallarda.
«Morico, á las cañas,
»Pasa al Amor con ellas las entrañas.
»A las cañas, moro,
»Rompe al Amor el arco y flechas de oro.»

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1412.

(*Anónimo.*)

Entre unos tajados riscos
Que casi el cielo sustentan,
De do el sol mas tarde parte,
Y á do mas temprano llega;
Tan escabrosos que de ellos
Un árbol solo no cuelga,
Cuyas cuevas y resquicios
Son de los venados cuevas;
En medio de un campo raso,
Sin verdura ni arboleda,
A la sombra de una encina
Seca, sin ramas y hueca,
Está Lucindo pasando
Una calurosa siesta,
Burlándose de Cupido,
De su arco y de sus flechas,
Diciendo: — Niño, á tu madre
Que te empañe y que te envuelva,
Que no es razon que los niños
Con los hombres se entremetan.
Porque ¿no ves, ceguezuelo,
Que si te tapan y vendan,
Es para jugar contigo
A la gallinilla ciega?
¿Qué es de mi mando y poder?
¿Y tu poder, mando y fuerza?
Deja las flechas y el arco
Antes que te dejen ellas.
Dejóte Alcida, y á mí
Por no temerte me dejan;
Mas huélgome, que esta vez
Acabo contigo y ella,
Y que viviré contento
Entre estos riscos y peñas;
Pues cuando puedas, no es tanto
Que llegues acá á las sierras.—
Estando en esto Lucindo,
Volvió á la mano derecha,
Porque le estorbaba un rio
De no proseguir sus quejas.
Vió lidiando sus dos mansos,
Cómo se topan y encuentran
Por ciertos celos causados
Del amor de unas ovejas.
Turbado dice el pastor:
—¡Ay, amor, hasta aquí llegas!
Ahora digo que eres dios,
Pues ni á los buenos no dejas.
Perdona mi libertad,
Pues solo pequé en la lengua,
Y es grandeza perdonar
A quien te lo pide y ruega.
No uses de hoy mas tus burlas;
No hagas burlas mis véras;
Y pues me ha olvidado Alcida,
Haz que á su memoria vuelva.

(*Romancero general.*)

1413.

(*Anónimo*.)

Aquel monstruo alado y fiero
Que el aire volando rompe,
Niño tierno y delicado
Para quien no le conoce;
Fuego que parece hielo,
Oro que parece cobre,
Tirano de libertades,
Y libertad de traidores;
El que no perdona á reyes,
Y el mayor rey de los hombres,
Menospreciando la tierra,
Hirió al mayor de los dioses:
A Júpiter en su cielo
Con su flecha enamoróle
De la hija de Agenor,
El rey del Líbano monte.
Orilla el fenicio mar
Bajó al suelo, y transformóse
En el mas gallardo toro
Que vió Jarama en su bosque.
De la color del jacinto
El cuerno tuerce y compone,
Que al sol pudieran ser rayos
Que estaba en el Tauro entónces.
La frente remolinada,
La piel de color de bronce,
Como esmeraldas los ojos,
La nariz ancha y conforme.
Boca abierta y corto cuello
Que con arrugas encoge;
Blanco el cerro como armiño,
El aspecto humilde y noble;
Las armas del rey por hierro,
Una coronada torre,
Aunque en el alma al toro
Se estampa de Europa el nombre.
Ella corre por la playa,
Que entre sus doncellas corre:
El toro dios se le ofrece,
La luz y el engaño esconde.
El toro pace y contempla
Los dos orientales soles,
Paciendo la verde yerba
Donde ella las plantas pone.
Europa al toro miraba
Manso, humilde, alegre, y vióle
Rumiando sus pensamientos
Entre la yerba que come.
Quiso allegarse atrevida;
Llegó cerca y espantóse:
El toro, como es astuto,
Por asegurarla echóse.
Ella entonces con un puño
De verde yerba llamóle,
Que á veces es la mujer
Mas atrevida que el hombre.
El toro tomó la yerba,
Y porque el alma la goce,
Guardóla entera en el pecho
Por esperanza y favores;
Que la parte de animal
No permite que la toque,
Porque, quedándose verde,
A su tiempo diese flores.
Y lamiéndole las manos,
A sus piés se humilla y pone
Tanto, que á la ninfa obliga
A que los cuernos le tome.
Con deseo de subir
(Para virginal muy torpe)
—¿Derribarásme?—le dice:
Y el toro, que no, responde.
Probó su domestiqueza
Con una vara de roble,
Y viéndole estar tan quedo,
Encima subió y picóle.
El toro muy poco á poco
Al mar se llega de un golpe;
Entre las ondas se arroja,
Sin que sus aguas le enojen.
Rindióse el agua á su fuego,
Y al fin pasó á Creta, donde
Gozó aquella, que dió á Europa,
Con el suyo, inmortal nombre.

(*Romancero general.*)

ROMANCES URBANOS DE AMOR.

1414.

(*Anónimo, acabado por Quiros.*)

Amara yo una señora,
Y améla por mas valer:
Quiso mi desaventura
Que la hobiese de perder.
Irme quiero á las montañas
Y nunca mas parescer,
Y en la mas áspera d'ellas
Mi vida quiero hacer
Tan triste, que no se halle
Conmigo ningun placer,
Porque mis graves dolores
Puedan con tino crescer.
Con los animales brutos
Me andaré triste á pascer:
Paciencia, si la hallare
Me habrá en esto sostener,
Pues vida con tanta gloria
No la pude merescer;
Que la muerte merescida
Me deja, por no me ver
Tan penado y tan perdido,
Que su mal no puede ser
El menor mal que yo tengo,
Ni se puede mas temer:
Y así voy donde no espero
Por mas mal, nunca volver.

Villancico y deshecha del romance.

«¿Qué vida terná sin vos,
»Señora, si mas viviere
»Quien os vió, cuando n'os viere?»
¿Qué vida será que sea
Menor mal, que morir luego,
Pues sin vos vivirá ciego
Quien os vió, cuando n'os vea?
«No terná vida sin vos,
»Señora, si mas viviere
»Quien os vió, cuando n'os viere.»

(*Cancionero general.*—It. *Aquí se contienen cuatro romances viejos, y este primero es de Don Claros*, etc. Pliego suelto.—It. *Cancionero de romances.*)

1415.

(*De Diego de San Pedro*[1].)

Reniego de ti, Amor,
Y de cuanto te serví,
Pues tan mal me agradeciste
Cuanto hice yo por tí.
Hícete de firme fe,
Causa en el alma de mí:
Por hacerme todo tuyo
Yo de mí me despedí:
Por ganar tus galardones
Nunca yo libre me ví.
Hicistes mis enemigas
La mercedes de tu sí:
Siempre ví por tus antojos
Claro el mal que padescí.

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

[1] Es una trova del romance viejo, núm. 394, *Domingo era de Ramos*, desde donde dice: *Reniego de ti, Mahoma.*

1416.

(El comendador de Avila.)

Descúbrase el pensamiento
De mi secreto cuidado,
Pues descubren mis dolores
Mi vivir desesperado,
Que una señora que sirvo,
Mi servir tiene olvidado:
Con mi muerte su servicio
Ha de ser galardonado.
Si dias me ha dado tristes,
Las noches nunca he holgado;
Su beldad me hizo suyo;
Hermosa es en tanto grado,
Qu'en su gesto muy hermoso
El de Dios esta esmaltado:
De sus gracias excelentes
Todo el mundo está espantado:
Su crueldad está secreta
Y mi mal muy publicado.
¡Dolor de mí, que me veo
Suyo de fuerza y de grado!
¡Ay de mí, que la miré
Para vivir lastimado!
Triste ya sin esperanza,
Loco amador desamado,
Aborrecido cativo,
Mas que todos desdichado,
Pues que no sé desamar,
¿Por qué fuí enamorado,
Para llorar y plañir
Glorias del tiempo pasado?
Para pesar y dolor
Siempre tener acordado.
Ningun remedio, ventura,
Para mi mal has dejado:
Consejos me han hecho triste,
Consuelos, desconsolado,
Con los muertos audo vivo,
Y con los vivos finado.
¡Ved si vieron los nacidos
Vida de hombre mas penado!
La sepultura fallesce
Qu'el vivir es acabado;
Dádsela, señora, vos,
Pues la muerte me habeis dado;
Sed piadosa en mi morir
Pues mi vida os ha enojado,
Y mandad poner encima
Por armas y por ditado
De letras negras escritas:
«Aquí yace sepultado
»Quien murió, y cuyo servicio
»Nunca le vieron mudado.»

(Cancion por deshecha.)

«Consoláos, males esquivos,
»Con mi mal,
»Pues nunca vieron los vivos
»Otro tal.»
Consoláos, pues sois aquel
Conocido,
Que por ser quien es cruel
Soy perdido.
Secretos males altivos,
No hay mas mal,
«Pues nunca vieron los vivos
»Otro tal.»

(Cancionero general.—It. Cancionero de romances.)

1417.

(De Durango.)

Mudádose ha el pensamiento,
Trocado la voluntad,
Puesto la fe qu'era vuestra
En otra cativdad,
No de amor, que amor no tiene
Ninguna certenidad;
Y puesto que la tuviese
No tengo yo libertad
Despues que fué mi firmeza
Presa de vuestra beldad;
Mas en su grave prision
Por vuestra grande crueldad,
De triste desesperanza
Sin ninguna piedad.

(Cancionero general.—It. Cancionero de romances.)

1418.

(De Don Pedro de Acuña.)

Alterado el Sentimiento
De ejercicio enamorado,
A las puertas del Dolor
El Pensamiento ha llegado.
—Abrí, que so el Pensamiento,
Que vengo muy aquejado,
Aquejado de la muerte,
No forzosa, mas de grado;
Que tal muerte, vida es ella
Para quien tanto ha penado.
La muerte será la vida,
La vida será el cuidado,
El cuidado de servir
Donde estoy mas olvidado:
Olvidado en la memoria
De quien nunca fuí acordado.
Acuérdome de mi mal
Qu'el bien jamas he probado,
Sino solo haber servido
Una señora d'estado,
Que lo ménos que hay en ella
Era lo mas acabado
Que natura y su poder
Pudieran haber obrado.
No digo su merescer,
Porqu'está muy publicado;
Diré mi triste ventura,
Qu'en mi su nombre ha trocado.

(Cancionero general.— It. Aquí se contienen cuatro romances, y este primero es de Don Claros de Montalvan. Pliego suelto. — It. Cancionero de romances, etc.)

1419.

(De Bregondo.)

En el tiempo que Cupido
Su guerra mas encubria,
Y el resplandeciente Apolo
De su vista nos desvia,
Cuando el su nóveno huésped
De sí ya lo despedia,
Aquel domador de Aquiles
Que sus saetas l'envia;
Quince jornadas pasadas
Del mes que mas descrecia,
Quinientas y treinta vueltas
Y otras tres dado habia,
Y aquel que muerto viniendo
Nueve golpes ya sufria,
Cuando en la cola de pez
Apolo habitar queria:
Entónces mi corazon
En libertad se sentia,
No curando del amor,
Que nadie no le dolia:
No lo habiendo conoscido,
Ni aun de sus mañas salia,
El cual, como despues supe,
Muy gran odio me tenia;
Acordó de hacer campo
Viendo que se le ofrecia,
Y envió sus caballeros
Los que demas se servia:

Cuidado, Dolor y Enojos
Y Pena que los seguia,
Los cuales llegan á mí
Que d'esto nada sabia,
Y cércanme al rededor,
Que fuirles no podia:
Luego me quitan las armas,
Las que conmigo tenia,
Placer y Contentamiento:
Robáronme l'alegría;
Atado de piés y manos,
Que moverme no podia,
Y llévanme á una gran casa
Dond'el Amor se acogia.
Vi qu'entrando por la puerta
A rescibir me salia,
Mostrándome un fiero rostro,
De que gran temor habia;
Con saeta dulce y dorada
El corazon me rompia;
Y metióme en tal prision
Cual jamas yo visto habia.
Tristeza es la carcelera,
Que de mi cargo tenia,
Esperando allí el remedio
Que mi ventura m'envia.
Si remedio venir quiere
Mi desdicha lo desvia;
Desvíalo de tal modo
Qu'en mi causa mas porfía.
El Amor por mas penarme
Desesperacion m'envia,
Qu'en lugar de consolarme
Doblado mas me afligia.
Estando en esta pasion
La Muerte me desafia,
Y el Amor por sustentarme
Detiénela cada dia.
Ni yo quiero ver tal gloria,
Pues que no la merescia,
Qu'en morir en tal demanda
Gran victoria alcanzaria.
Consuélame la memoria,
Que otro consuelo no habia,
Ni hay quien de mi mal se duela,
Ni le duele á quien podria.

(*Cancionero de romances.*)

1420.

EL AMADOR PENADO.

(*De Juan del Encina.*)

Por unos puertos arriba
De montaña muy escura
Caminaba un caballero
Lastimado de tristura:
El caballo deja muerto,
Y él á pié por su ventura,
Andando de sierra en sierra
De camino no se cura.
Huyendo de las florestas,
Huyendo de la frescura,
Métese de mata en mata
Por la mayor espesura.
Las manos lleva añudadas,
De luto la vestidura,
Los ojos puestos en tierra
Sospirando sin mesura;
En sus lágrimas bañado,
Mas que mortal su figura;
Su beber y su comer
Es de lloro y amargura,
Que de noche ni de dia
Nunca duerme ni asegura,
Despedido de su amiga
Por su mas que desventura.
A haberle de consolar
No basta seso y cordura:
Viviendo penada vida,
Mas penada la procura,
Que los corazones tristes
Quieren mas ménos holgura.

Villancico del fin.

«—¿Quién te trajo, caballero,
»Por esta montaña escura?
»—¡Ay, pastor, que mi ventura!»

(ENCINA, *Cancionero.*)

1421.

(*De Bartolomé de Torres Naharro.*)

Hija soy de un labrador,
Nacida sobre el arado,
Criada so los olivos,
Crecida tras el ganado.
Careando una mañana
Las ovejas del vedado,
Solas dos por mi reposo,
Las que Dios me habia dado,
Que Alegría y Libertad
Por nombres las he nombrado,
Se me perdieron allí
Por suerte de mi pecado,
Que comian en mis haldas,
Venian á mi llamado.
Sin partir el pan con ellas,
No comiera yo bocado:
D'ellas era lo mejor,
Cuando habia un verde prado;
Si claras fuentes habia,
Nunca las han deseado:
Santiguábales yo el agua
Con amor desengañado;
So las frescas solombreras
Las siestas las he guardado,
Las mañanas y las tardes
A pacer las he sacado.
Compréles dos cencerrillas
Que la vida me han costado;
Con cuerdas de mis cabellos,
Los que tanto yo he preciado,
Un dia de San Anton,
Que mal me las ha guardado,
Se las puse de los cuellos:
Hame nada aprovechado.
Poco vale diligencia
Contra el mal predestinado;
Lo que ha de ser una vez
No puede ser estorbado.
Tornéme en fin congojosa
Llorando mi mal recado,
Y en llegando á mi cabaña
Vi mi fin aparejado.
El zurron hice pedazos,
Y en el fuego eché el cayado;
Saqué los rubios cabellos
De mi grosero tocado,
Tirando cuanto podia
Yo los puse en mal estado;
Hice las manos verdugos
De mi gesto delicado;
Mis dos ojos con pesar
En dos rios se han tornado,
Y el corazon en el cuerpo
De rabia fué traspasado.
Con mis gritos y alaridos
El valle estaba espantado;
Por flaqueza de natura,
No por falta de cuidado,
Yo me dormí de cansada
Dende gran rato pasado.

(TORRES NAHARRO, *La propaladia.*—Id. *Romances compuestos por Bartolomé*, etc. Pliego suelto. —Id. *Cancionero de Romances.*)

1422.— 1423.

(*De Velazquez de Avila.*)

Hora ya no quiero mas
Del recibo que he tomado;
Haz de mí lo que querrás,
Que mi mal queda pagado.
No quiero mas bien de ti.
Señora, qu'el qu'he tomado,
Qu'en el punto que te vi,
Fué mi trabajo empleado.
No pretendo galardon
Por cuanta pena he pasado,
Por qu'en darme tú ocasion,
A mas te quedo obligado.
Baste el premio rescebido
Por todo lo qu'he penado,
Qu'en haberlo padecido
A tu causa yo he ganado.
No quiero satisfacion
De todo lo trabajado;
Baste qu'en tu subjecion
Se publicó mi cuidado.
Sobra lo que tienes hecho
Para lo que se ha gastado;
Conforme á ley de derecho
Yo quedo mas adeudado.
No quiero mas beneficio
Del que ya me tienes dado;
Qu'en ser por ti mi servicio
Vivo bienaventurado.

(Velazquez de Avila, *Cancionero.*)

1424.

(*De Velazquez de Avila.*)

Sobrada gloria rescibo
Viendo tu merescimiento,
Y aunque otra cosa no haya,
Con aquesto estoy contento.
No quiero mas galardon,
Ni esperallo en mi tormento;
Qu'en saber lo que mereces
Me sobra el contentamiento.
Es mi gloria el sospirar,
El penar por bien lo siento;
Como tú mereces mas,
Me contenta el descontento.
Servirte lo tengo en mucho,
Aunqu'es un mal muy al viento;
Qu'en haber en ti razon
Descansa mi pensamiento.
M'engrandezco con tus penas,
De alegre salgo de tiento;
Como sepa quién tú eres
Me alegra el conocimiento.
El padecer por tu causa
A gran ventura lo cuento;
Qu'en ser d'ello tú capaz
Te paga tu ofrecimiento.
Tanto descanso recibe
De ser tuyo mi lamento,
Que de alegre que me hallo
Mi placer sale de cuento.
Nunca te sabré decir
Cuánto mi pena consiento;
Que me quieren apartar,
Y yo muestro sentimiento.
Recibo tanto placer
D'este fuego y ardimiento,
Que de mi mucho descanso
A las veces me arrepiento.
¿Hora vistes otra gloria
Semejante á la que siento,
Que de mi daño mayor
Me da placer el tormento?
Nunca tuve mas reposo
Que aqueste que agora aliento,
Despues de aqueste pesar
Que á tu causa en mí consiento.
Huyen todos los enojos
A causa d'esto que cuento,
Que los lloros de mis ojos
Tengo por contentamiento.
En mí no pára tristeza
De sobrado de contento,
En tener tu gentileza
En medio del pensamiento.
Porque con ser la nobleza,
Sois, señora, el aposento
De mas virtud y grandeza
Que cuantas agora siento.

(Velazquez de Avila, *Cancionero.*)

1425.

(*De Bartolomé Santiago.*)

¡Oh princesa, linda dama,
Por mí mal fuiste nacida,
Pues que no por mi servicio,
No te acuerdas de mí un dia!
Agora que te acordabas
Muero yo sin alegría.
No me pesa de morir
Porque muerte me venia;
Pésame de ti, señora,
Cuanto pesarme podia,
Como muero siendo ausente
De la dama á quien servia.
Acordarte has, si quisieres,
De aqueste postrero dia,
Y en las tierras do estuvieres
Tener has por compañía
El corazon desdichado
Qu'en tu servicio moria.
Regarás con los tus ojos
El campo do padescia;
Ponerme has la sepultura
Muy léjos de compañía,
Con un mote en ella puesto
Que d'esta manera diga:
«Aquí yace el desdichado
»Que murió sin alegría.»

(Glosa del romance *¡Oh Belerma!* etc. Pliego suelto.)

1426.

(*De Jerónimo de Heredia.*)

¿Cuando podré, ingrata Arcelia,
Escribirte sin quejarme,
Si tu eterna ingratitud
Conserva eternos mis males?
Y si acaso viene á ser,
Que acaso es un bien tan grande,
Ni yo le podré lograr
Ni tu podrás conservarle;
Que á imitacion de la flor,
Que en un dia muere y nace,
El dia que me des vida
Será el dia de matarme.
Y viendo de tu hermosura
Falsificar los quilates
Al tiempo, con leve vuelo,
Verás al tiempo vengarte.
Vuelve pues, ingrata bella,
Por ti en tan forzoso trance,
Y advierte que de mi ofensa
Tu propio castigo nace.
Haz presto lo que te pido,
Que el que amar como yo sabe,
No estima el favor en ménos,
Cuando mas presto se hace.
Cuanto y mas, que ya no es presto,
Pues un lustro pude amarte

Con penas que en solo un dia
Pudieran solo matarme;
Y si á dicha no acabé,
Es que amor quiso guardarme
Para ejemplo de amadores,
Como á ti para agraviarme.

(HEREDIA, *Guirnalda de Vénus casta*, etc.)

1427.

(*De Jorge Montemayor* [1].)

Oidme, señora mia,
Si acaso os duele mi mal,
Y aunque n'os duela en oille
No me dejeis de escuchar:
Dadme este breve descanso
Porque me esfuerce á penar.
¿No os doleis de mis suspiros?
¿No os enternece el llorar,
Ni cosa mia os da pena,
Ni la pensais remediar?
¿Hasta cuándo, mi señora,
Tanto mal ha de durar?
No está el remedio en la muerte,
Sino en vuestra voluntad,
Que los males qu'ella cura
Lijeros son de pasar.
No os fatigan mis fatigas,
Ni os esperan fatigar;
De voluntad tan exenta,
¿Qué medio se ha de esperar?
Y ese corazon de piedra
¿Cómo le podré ablandar?
Volved, señora, esos ojos,
Qu'en el mundo no hay su par,
Mas no los volvais airados,
Si no me quereis matar,
Aunque de una y otra suerte
Matais con solo mirar.

(MONTEMAYOR, *La Diana*.)

[1] Este romance le glosó Gregorio Silvestre en las coplas suyas que dicen: *Pues para el agua entre tanto*. Es una amplificacion y remedo de un fragmento del de Valdovinos, número 355, desde el verso que dice: *¿Qu'es de ti, señora mia?*

1428.

(*De Jorge Montemayor*.)

Cuando yo, triste, nací,
Luego naci desdichada;
Luego los hados mostraron
Mi suerte desventurada.
El sol escondió sus rayos,
La luna quedó eclipsada,
Murió mi madre en pariendo,
Moza, hermosa y mal lograda;
El ama que me dió leche
Jamas tuvo dicha en nada,
Ni ménos la tuve yo,
Soltera ni desposada.
Quise bien y fui querida,
Olvidé y fui olvidada;
Esto causó un casamiento
Que á mí me tiene cansada.
¡Casara yo con la tierra,
No me viera sepultada
Entre tanta desventura,
Que no puede ser contada!
Moza me casó mi padre;
De su obediencia forzada,
Puse á Sireno en olvido,
Que la fe me tenia dada.
Pagué tambien mi descuido,
Cual no fué cosa pagada:
Celos me hacen la guerra,
Sin ser en ellos culpada.
Con celos voy al ganado,
Con celos á la majada,
Y con celos me levanto
Contino á la madrugada.
Con celos cómo á su mesa
Y en su cama estó acostada.
Si le pido de qué há celos,
No sabe responder nada;
Jamas tiene el rostro alegre,
Siempre la cara inclinada;
Los ojos por los rincones,
La habla triste y turbada.
¡Cómo vivirá la triste
Que se ve tan mal casada!

(MONTEMAYOR, *La Diana*.)

1429.

(*De Alonso Perez, el Salmantino* [1].)

Cuando yo, triste, mezquino,
Infelice y desdichado,
De amorosos pensamientos
Estaba mas descuidado,
El traidor del dios Cupido
Me puso en mayor cuidado.
En cosas que yo hasta entónces
De muchos habia burlado,
Quiso vengarse de mí,
Pues le habia menospreciado,
Porque nadie se atreviese
Con ánimo confiado
Burlarse de su potencia,
De su reino y de su estado.
El traidor, como maligno,
Nueva manera ha buscado;
Que como ya muchas veces
Sujetarme habia probado
Con belleza de algun rostro,
Y por demas lo ha intentado,
Mostróme una mano bella,
Bella sobre lo criado;
Un golpe me dió con ella,
Que aquel solo le ha bastado.
No tuvo necesidad
Con otro haber segundado,
Porque fué tan poderoso
Que con él fui derribado,
Sin haber en mí poder
Para d'él ser defensado:
Dime, mano larga y blanca,
De las manos el dechado,
¿Cómo siendo tú tan tierna,
Tan duro golpe me has dado?
Por mano yo te juzgué,
Mas creo que me he engañado,
Que tal mano no es posible
Que natura la ha formado;
Y creo que tú, Cupido,
En ella te has transformado
Para vengarte de mí,
Porque no te he respetado.
Si por aquesto lo has hecho,
De ti sea perdonado;
Que desde agora prometo
No salir de tu mandado,
Y decir y confesar
Ser tu valor extremado;
Y si algun inobediente
Contra ti hubiere hallado,
Mostrándole su maldad
El será por mí avisado.

(PEREZ EL SALMANTINO, *La Diana*.)

[1] Continuador de *La Diana* de Montemayor, á la cual añadió una segunda parte.

1430.

(*De Cristóbal Suarez de Figueroa.*)

Alandra, bella enemiga,
Que con helado desvío
El fuego de mi firmeza
Fomentas y tienes vivo:
Cuando dejé tu presencia
Bien sabes que mis suspiros
Acrecentaron el aire,
Y mis lágrimas el rio.
Estuve en Arcadia ausente,
Siendo en adorarte el mismo;
Que aunque tan léjos de tí,
Gobernaste mi albedrío.
Volví y hallé ¡triste yo!
Mi fe rendida á tu olvido,
Y para verme tus nortes
Vueltos ya de ardientes, frios.
¡Ay indigna novedad!
¿Qué fantasmas, qué prodigios
Turbaron mi alegre estado?
¿Qué tesálicos hechizos?
Bien conozco que no tengo
Estrella de ser querido,
Y que pena en vez de gusto
Me señala mi destino;
Mas pues ordenan los hados
Que te ame aborrecido,
Y que en el tormento sea
Segundo Tántalo y Ticio,
Ablanda una vez siquiera
Tus rigorosos oidos,
Y permite que me queje,
Pues que me ofendas permito.

(SUAREZ DE FIGUEROA, *La Constante Amarilis.*)

1431.

(*De Cristóbal Suarez de Figueroa.*)

Amantes, ¿veis que no son
Siempre males los que ofenden?
¿Veis que se vuelven suaves
Los ásperos accidentes?
¡Oh bien padecidas ansias,
Cuyos males ya son bienes,
Cuyas espinas dan rosas,
Cuyo llanto risa ofrece!
Esposos, pues os mostrastes
En la esperanza valientes,
Vuestra costumbre seguid,
Y en la posesion sed fuertes.
Vuestro dichoso himeneo
Con nuevo aplauso celebren
Aire, fuego, tierra y mar,
Y os cante todo viviente.
Jilgueros y ruiseñores,
Músicos del campo alegres,
Vos, que en violines de ramas
Entonais dulces motetes;
Aires, que servis de manos
A sus cuerdas de hojas verdes,
Y de frescos abanillos
En los estíos ardientes;
Argentados arroyuelos,
Hijos de risueñas fuentes,
Que sin mormurar de nadie
Andais mormurando siempre;
Vos, súbditos de Neptuno,
Veloces y mudos peces;
Y vos, de ocultas montañas
Habitadores silvestres,
De estos amantes conformes
Cantad la dichosa suerte,
Y por vos sus alabanzas
En todo elemento suenen.
El son de sus nombres suba
A los celestiales ejes;
Y en fin, su gloria inmortal
Sea de la envidia muerte.

(SUAREZ DE FIGUEROA, *La Constante Amarilis.*)

1432.

A UNA DAMA QUE ESTABA DE LUTO.

(*De Don Diego de Morlanes.*)

La beldad mas peregrina
Y la admiracion mas nueva
Salió con pomposo luto
A dar gozo á la ribera.
Un coche de sumo ornato
Fué su portátil esfera,
Que segun como dió incendios
Faeton gobernó sus ruedas.
Gallarda se mostró á todos
Con la fúnebre librea;
Que estando el cielo enlutado,
Mas luce y brilla una estrella.
Aunque vestida de requien,
Ostentaba mas belleza
Que cuando amanece el alba
Con celajes de azucenas.
Mirábanla los galanes
Dando honor á las bayetas,
Y uno dijo, en tiempo tal
Las tumbas se desvanezcan.
La melancólica insignia
Causó alegres influencias,
Y engañó á mas de dos pares
Esta enlutada sirena.
Hizo prodigioso estrago
En las almas mas exentas
La primera vez que el luto
Fué de Cupido saeta.
¿Mas cuándo del ciego dios
No son de luto las flechas?
Que pues mortandades causan,
Fuerza es ser armas funestas.
Sacó valona á lo llano,
Por simbolizar su pena,
Fundando altezas de gala
En la afectada llaneza.
Puesta en plato de Cambray
Brindaba su faz serena,
Que iba cantando aleluyas
Aunque en responsos envueltas.
Regocijó todo el prado,
Que el juglar que mas recrea
Son sus ojos, y son negros
Porque el luto mas se extienda.
En el reino del cabello
Cambiaron divisas negras,
Y el monjil quedó arrogante
Porque la tuvo encubierta.
Diéronla mil bendiciones,
Aunque uno la dió muy necia,
Que dijo: — ¡Crezcan los duelos
Pues tan bien, señora, os prueban! —
Otro dijo, muy Medoro:
— Es divina providencia,
Que quien tantos muertos tiene
Lleve luto tan de véras. —
Huérfano al fin dejó el prado,
Y así entre escuras tinieblas,
Quedó hecho un Heraclito,
Segun lamentó su ausencia

(ALFAY, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1433.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Una bella cazadora
Cebando estaba un halcon,
Cuyo dueño fugitivo
Tal oficio le dejó.

De una simple corderilla
Le está dando el corazon,
Y componiendo las alas
Que mudaba á la sazon.
¡Cómo te pareces, dice,
A aquel falso que huyó,
En el comer corazones
Y en mudar la fe y amor!
«Come d'este corazon,
»Pues el que se fué
»Te dejó su condicion.»
Si tu dueño se te ha ido
Y el corazon me robó,
Porque tú no le parezcas
Mi corazon no te doy.
Porque tú, por imitalle,
Serás segundo ladron,
Y sin corazon ó alma,
Triste, ¡cuál quedara yo!
Por consolarse con él
En la mano le tomó,
Y regalándole el pico
Le repite esta cancion:
«Come d'este corazon,
»Pues el que se fué
»Te dejó su condicion.»
Préstame, amigo, tus alas
Para alcanzar al traidor,
Tu pico para prenderlo,
Tus uñas para prision.
A pié lleva un escudero
Con mis armas y blason,
Que el tiempo que fué mi esclavo
Bien pude hermanarle yo.
«Come d'ese corazon,
»Pues el que se fué
»Te dejó su condicion.»
Este pájaro es de Tirsi
Admirable cazador,
Que en los álamos de Chipre
Tiene su nido y nacion.

(Góngora, *Códice de poesías del siglo XVII.*)

1434.

(De Don Luis de Góngora.)

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco dios y rapaz,
Vendado que me has vendido
Y niño mayor de edad:
Por el alma de tu madre,
Que murió, siendo inmortal,
De envidia de mi señora,
Que no me persigas mas.
«Déjame en paz, amor tirano,
»Déjame en paz.»
Baste el tiempo malgastado
Que he seguido á mi pesar
Tus inquietas banderas,
Foragido capitan.
Perdóname, Amor, aquí,
Pues yo te perdono allá
Cuatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
«Déjame en paz, etc.»
Amadores desdichados
Que seguís milicia tal,
Decidme: ¿qué buena guía
De un ciego podréis sacar?
De un pájaro ¿qué firmeza?
¿Qué esperanza de un rapaz?
¿Qué galardon de un desnudo?
De un tirano ¿qué piedad?
«Déjame en paz, etc.»
Diez años desperdicié,
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal.
Como aré y sembré, cogí:
Aré un alterado mar,
Sembré en estéril arena,
Cogí vergüenza y afan.
«Déjame en paz, etc.»
Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena
Cárcel á la libertad,
Miel dulce al amargo acíbar,
Principio al fin, bien al mal.
«Déjame en paz, amor tirano,
»Déjame en paz.»

(Góngora, *Obras.*— Il. *Romancero general.*)

1435.

(De Lope de Vega Carpio.)

En una peña sentado,
Qu'el mar con soberbia furia
Convertir pensaba en agua
Y la descubrió mas dura,
Fabio miraba en las olas
Cómo la playa les hurta,
A las que vienen, la plata,
Y á las que se van, la espuma.
Contemplando está las penas
De amor y de olvido juntas,
El olvido, en las que mueren,
Y el amor, en las que duran.
Verdades de largo amor
No hay olvido que las cubra,
Ni diligencias humanas
A desdeñosas injurias.
En vano ruegos humildes
Las deidades importunan,
Porque se rien los cielos
De los amantes que juran.
Desea amor olvidar,
Y no quiere que se cumpla,
Porque nunca está mas firme
Que pensando que se muda.
Naturaleza se alabe
De discretas hermosuras;
Pero cuando son tiranas,
No se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento,
Y dijo á las peñas mudas,
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas.

(Vega Carpio, *La Dorotea.* — Il. *Maravillas del Parnaso.*)

1436.

DESCRIBE LA HERMOSA BOCA DE UNA DAMA.

(De Perez de Montalvan.)

Clavel dividido en dos,
Tierna adulacion del aire,
Dulce ofensa de la vida,
Breve concha, rojo esmalte;
Puerta de carmin por donde
El aliento de ámbar sale,
Y corto espacio al aljófar
Que se aposenta en granates;
Depósito de albedríos,
Hermosa y purpúrea imágen
Del murice que en su concha
Guarda colores de sangre;
Cinta de sangre con quien
Tiro se muestra cobarde
Y aun sentida, porque el cielo
Mas expuso en menor parte;
Bello aplauso de los ojos,
Hermosa y pequeña cárcel,

Muerte disfrazada én grana,
Si hay muerte tan agradable;
Tirania deliciosa,
Cuyo vergonzoso engaste
Es mudo hechizo á la vista
Siendo un imperio suave:
Guarnicion de rosa en plata
Y de nieve entre corales;
Discreta envidia á las flores
Que un mayo miran constante;
Y en fin, cifra de hermosura,
Si permitis que os alabe,
Decidme vos de vos misma
Porque os sirva y no os agravie.
Mas la empresa es infinita,
Yo muy vuestro, perdonadme,
Porque solo sé de vos
Que habeis sabido matarme.

(Alfay, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1437.

(*De Don Antonio Hurtado de Mendoza.*)

Cobarde, pero no huye
Mi amor, señora, de vos;
Que tiene de vuestra iras
Valientes miedos mi amor.
Tantos severos enojos
Hacen sin nueva ocasion
Fiero estruendo á los sentidos,
Pero sentimiento no.
Que imposibles de sufrir
Parecen llenos de horror
Vuestros rigores, y al alma,
Que fáciles de amor son.
No empeñeis tantos rigores
Sobre el estrago menor,
Que para desconfiarme
Yo sé que me basto yo.
Tan obediente y rendido
A vuestras iras estoy,
Que hallándolas vuestro gusto
No les busco la razon.
Si los rayos son castigos,
Ya quiere mi perdicion
Más que la vida, el peligro,
Más que el remedio, el dolor.
Si mi firmeza examinan,
No basta en peso mayor
La crueldad para un gemido,
La injuria para una voz.
Por mí, señora, no puedo
Tener mérito; mas hoy,
Por bien amado y sufrido
Me le da vuestro rigor:
Más gracias que á mis finezas
A vuestros rigores doy,
Que en darme á merecer tanto
Les debo la sinrazon.
Hacer el favor dichoso
Es costumbre, mas yo soy
Quien solo á los disfavores
Les merece obligacion.
Mas templa ¡oh Lisi! la saña,
Pues que parece mejor
Beldad, que naturaleza
Ley sea, y costumbre no.
A mal informada queja
Baste por satisfaccion,
Morir entónces sin culpa
Como ahora sin dolor.

(Hurtado de Mendoza, *Obras.*)

1438.

(*De Don Antonio Hurtado de Mendoza.*)

¡Qué festivo el arroyuelo
Al prado baja de un monte,
Presuroso por las peñas,
Detenido por las flores!
Por lo ameno se dilata,
Por lo erizado se encoge;
Y en el valle son caricias
Las que en la cumbre son voces.
Si por no sufrir semblantes,
Ni asperezas ni rigores,
Saben huir los arroyos,
¿Qué deben hacer los hombres?
En ceños y en desagravios
Que se miran, no se oyen;
Todos serán fugitivos,
Arroyos y corazones.

Cantar.

«Amoroso arroyuelo que libre corres,
»Siga, siga tus pasos quien los conoce;
»Que en las duras peñas y tiernas flores,
»¡Qué bien dices quejas, qué bien amores!
»Huye y no tornes;
»Tu corazon no muere como tu nombre.»

Sigue el romance.

Celinda, en lo hermoso y dulce
De tus bellas perfecciones,
Alma, que de amarlas vive,
No cuenta el morir de entónces.
¡Qué bien se detiene un alma
En los floridos albores
De tu cara, en cuyos ojos
La noche ignora la noche!
Pero en los peñascos duros
De tus fieros disfavores,
El arroyo vuela, y triste
Ondas quiebra y alas rompe.
Si halagos quiere y no iras
La fuente insensible y pobre,
¿Qué harán en blandos sentidos
Vidas tiernas y almas nobles?
«Amoroso arroyuelo que libre corres,
»Siga, siga tus pasos quien los conoce;
»Que en las duras peñas y tiernas flores,
»¡Qué bien dices quejas, qué bien amores!
»Huye y no tornes;
»Tu corazon no muere como tu nombre.»

(Hurtado de Mendoza, *Obras.*)

1439.

(*De Don Antonio Hurtado de Mendoza.*)

La nevada palomica
Dulcemente gemidora,
Que mil veces á un halago
El pico partió en dos rosas;
En extremos con su amante
Tantos hace y tantos logra,
Que se cuentan á caricias
Los ámbares de su boca.
Pero fiándose al nido
De una cuerva cautelosa,
Cuanta luz bañó de nieve,
Ardió en fuego y quedó sombra.

Cantarcillo.

«Palomica mansa que toma
»De una cuerva el oficio y las alas,
»Fuego en las plumas y fuego en entrambas:
»Vénguense todos, ríanse todas,
»Que ya es cuerva tambien la paloma.»

Sigue el romance.

En la profesion del traje
No eran parientas, y ahora
Tan negra quedó la pluma,
Tan fiera quedó la hermosa.

(Hurtado de Mendoza, *Obras.*)

1440.

(De Don Antonio Hurtado de Mendoza.)

Quejosa, enojada y linda
Halló á Filena Pascual;
Y siendo el ceño infinito,
Aun fué la hermosura mas.
¡Qué fiera la niña hermosa
Venganzas pidiendo está!
Pero no cabe un rendido
En la ira celestial.
¡Qué injusta flaca victoria,
Matar quien puede matar!
En culpa que se resiste,
Bien muere quien duda mal.

Canturcillo.

«Metan paz, metan paz,
»Que fuego, que fuego va,»
Niña, en tus divinos ojos,
Que no ha menester enojos
Quien todo lo vencerá;
«Metan paz, metan paz,
»Que fuego va, fuego va.»

Sigue el romance.

Al imperio de tu pié
¿Quién niega la libertad?
A un tierno y rendido cuello
Basta un yugo de cristal.
El bronce de los rigores
Es gran peso, mas no hay
Lazos duros que atan firme
Una hidalga voluntad.
Amable ha de ser lo amado,
La fiereza no es de dad;
Sin razon querer se puede,
Pero no sin culpa amar.
«Metan paz, metan paz,
»Que fuego va, fuego va.»

(HURTADO DE MENDOZA, *Obras.*)

1441.

(Del príncipe de Esquilache.)

Entre dos montes soberbios
Está tan guardado un valle,
Que por él pregunta el sol,
Y dónde vive no sabe.
Un solo manso arroyuelo
Su verde término parte,
Y riñendo no consiente
Que otras aguas por él pasen.
Tantas sombras le acompañan,
Tan mudas pasan las aves,
Que en sus peñascos parece
Que el miedo y la noche nacen.
Ni en ellos cantan ni anidan,
O suspensas ó cobardes;
Que en las casas de los tristes
No hay quien se alegre ni cante.
La diferencia que tiene
Cuando las estrellas salen,
Es, que suenan en las guijas
Un poco mas los cristales.
De los árboles sombríos
El valle y los montes hacen
Que para mas confusion
Las verdes ramas se abracen.
Al negro horror que se encubre
Con un silencio tan grande,
Ni las mañanas le alumbran,
Ni le escurecen las tardes.
Y aunque esté tan triste y solo,
Sin peligro de engañarme,
Yo por las suyas trocara
Mi tristeza y soledades.
El parece que está triste
Cuando yo lloro pesares:
Si él padece y yo padezco,
Diferentes son los males.
A verle voy, que es forzoso
Que un triste al otro acompañe,
Porque mis penas le alegren
O sus tristezas me acaben.
«¿Mas por qué pierdo pasos en buscalle,
»Si es mi desdicha el mas confuso valle?»

(ESQUILACHE, *Obras*, etc.)

1442.

(Del conde Don Bernardino de Rebolledo.)

El amor y el apetito,
Lisis, tan distantes son,
Que al uno culpan por vicio,
Al otro adoran por dios.
Lascivamente apetece
Belleza el uno exterior,
Y el otro modesto aspira
A divina perfeccion.
Quien amar sabe, bien sabe
Cuánto difieren los dos,
Y que perfecciones vuestras
Solo merecen amor.
Si tan generoso afecto
Otra beldad me debió,
Fué, que se ensayaba en él
Mi cobarde adoracion;
Y cuando á tanta deidad
Atrevida se arriesgó,
Ya desestimar sabia
Todo lo que no era vos.
Constantemente negada
Aun á las luces del sol,
Hará de vuestros desprecios
Presumida ostentacion;
Que si otro intenta obligaros,
Y solo quereros yo,
El sabrá merecer mas,
Mas yo adoraros mejor.

(REBOLLEDO, *Ocios.*)

1443.

(De Don Agustin de Salazar y Torres.)

Amar y querer, Anarda,
Suena ser un mismo afecto,
Y al examinar las voces
Se oyen disonar los ecos.
El querer ¿no es desear?
La voz lo dice, pues necio
Digo que quiero, expresando
Codicia de lo que quiero:
Luego el querer es solo
Servir por ganar el premio,
Fingiendo una adoracion,
Y ocultando un sacrilegio.
Vi, y quise; luego los ojos
Aspiran á lo que vieron,
Y lo fácil de un sentido
Abrió la puerta al deseo.
¡Oh vil afecto, oh cobarde,
Que con ambicioso anhelo
Guias hácia la esperanza
Los pasos del rendimiento!
En contra, ¡qué generoso,
Qué noble es amor, qué atento!
Pues aun los rigores se halla
Indigno de merecerlos.
Si nace el perfecto amar
De conocer lo perfecto,
¡Bien haya la voluntad
Que parece entendimiento!
Generoso el amor, tiene
Solo el amor por objeto,
Sin codiciar los favores,

Sin repugnar los desprecios.
En solo penar confia
Amor sin saber de premio;
Y anhelando al padecer
Olvida el merecimiento.
Anarda, si es el querer
Desear, y amar lo perfecto
No tiene mas fin que amar,
Yo te amo, mas no te quiero.

(SALAZAR Y TORRES, *Cítara de Apolo.*)

1444.

(*Anónimo.*)

Rosa fresca, rosa fresca,
Por vos se puede decir
Que naciste con mas gracias
Que nadie pudo escribir,
Porque vos sola naciste
Para quitar el vivir:
¡Ay de mí, desventurado,
Que nací para sufrir!
Yo me ví en tiempo, señora,
Que os pudiera bien servir,
Y ahora que os serviria
Véome triste morir.

(*Cancionero general.*)

1445.

(*Anónimo, dialogado.*)

¡Rosa fresca, rosa fresca,
Tan garrida y con amor,
Cuando y'os tuve en mis brazos,
Non vos supe servir, non;
Y agora que vos servia
Non vos puedo yo haber, non.
—Vuestra fué la culpa, amigo,
Vuestra fué, que mia non;
Enviásteme una carta
Con un vuestro servidor,
Y en lugar de recaudar
El dijera otra razon:
Qu'érades casado, amigo,
Allá en tierras de Leon;
Que teneis mujer hermosa
Y hijos como una flor.
—Quien vos lo dijo, señora,
Non vos dijo verdad, non;
Que yo nunca entré en Castilla
Ni allá en tierras de Leon,
Sino cuando era pequeño,
Que non sabia de amor.—

(*Cancionero general.* — It. *Romance de Rosa fresca*, con *glosa de Pinar*, Pliego suelto. — It. *Cancionero de romances.*)

1446.

(*Anónimo.*)

Fonte-frida, Fonte-frida,
Fonte-frida y con amor,
Do todas las avecicas
Van tomar consolacion,
Sino es la tortolica
Qu'está viuda y con dolor.
Por ahí fuera á pasar
El traidor del ruiseñor:
Las palabras que le dice
Llenas son de traicion:
—Si tú quisieses, señora,
Yo seria tu servidor.
—Véte de ahí, enemigo,
Malo, falso, engañador,
Que ni poso en ramo verde,
Ni en prado que tenga flor;
Que si el agua hallo clara,
Turbia la bebia yo;
Que non quiero haber marido,
Porque hijos non haya, non:
Non quiero placer con ellos,
Ni ménos consolacion.
¡Déjame, triste enemigo,
Malo, falso, mal traidor,
Que non quiero ser tu amiga
Ni casar contigo, non!

(*Cancionero general.* — It. *Romance de Rosa fresca*, con *glosa de Pinar*, etc. Pliego suelto. — It. *Cancionero de romances.*)

1447.

(*Anónimo* [1].)

Contaros he en qué me ví
Cuando era enamorado:
Yo malas noches habiendo,
Peores dias pasando
Por servicio de mi amiga,
Si la viese de mi baudo.

(*Cancionero general.*)

[1] Parece fragmento de algun romance.

1448.

(*Anónimo.*)

Maldita seas, ventura,
Que así me haces andar
Desterrado de mis tierras,
De donde soy natural,
Por amar una señora
La cual no debia de amar:
Adaméla por mi bien,
Y salióme por mi mal;
Porque amé donde no espero
Galardones alcanzar:
Por hacer placer á amor,
Amor me hizo pesar.

(*Cancionero general.* — It. *Cancionero de romances.*)

1449.

(*Anónimo.*)

Estando desesperado,
Por mayor dolor sentir
Acordéme de mi amiga
Por deseo de morir,
Pues que ya como solia
Nunca la podré servir,
Y en verme partido d'esto
Siento la muerte en vivir,
Que tal vida como vivo,
Mas que muerte es de sufrir.

Villancico de deshecha y copla.

«Todos duermen, corazon,
»Todos duermen y vos no.»
El dolor que habeis cobrado
Siempre os terná desvelado;
Qu'al corazon lastimado
Recuérdalo la pasion.
«Todos duermen, etc.»

(*Cancionero general.* — It. *Romance de Rosa fresca*, etc. Pliego suelto. — It. *Cancionero de romances.*)

1450.

(*Anónimo.*)

Para el mal de mi tristeza
El consuelo es lo peor,
Pues en las cosas mas tristes
Hallo el remedio mayor,
Dejado el vivir aparte,

Que d'este tengo temor,
Pues que vivir como vivo
El morir será mejor;
Qu'en la muerte está la vida
Y en la vida está el dolor,
Por qu'esto hacen amores
A los que tienen amor.

Villancico por deshecha y copla.

«Muere quien vive muriendo,
»Pues amor
»Da al que vive mas dolor.»
Pues que muere miéntras vive,
Si muriese viviria,
Porque quien desdicha sigue,
Si quiere, muerte querria;
«Que quien vive asi muriendo
»Con amor,
»La vida le da dolor.»

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

1451.

(*Anónimo.*)

Estando en contemplacion
Mi sentido desvelado,
Adormeció mi reposo,
Despertó mi gran cuidado.
Ofrecióse la memoria
Con lo presente y pasado;
Acordóme, no se acuerda
Quien me ha desacordado:
Acordó que mi remedio
Es no verme remediado.
Por servir á quien serví,
A mí me tengo olvidado:
Cuando ménos me contenta
Le quedo mas obligado,
Porque quite de la vida
Lo qu'en ella me ha penado,
Aunque su merecimiento
Da la paga al mal librado.
En el comienzo mi dicha
No me hizo desdichado,
Por qu'el bien de todo el bien
Yo lo vi todo contado.
Ventura que lo guardó
Con la paga se me ha alzado;
Tiene la culpa mi suerte,
Pago yo como culpado;
Desconciertos de la vida
Mi morir han concertado;
Pero yo como aborrido
Mi querer he desviado
Por no verme yo contento,
Pues nunca fuí contentado.

Villancico por deshecha del romance.

«Corazon, procura vida
»Por penar,
»Y no muerte y descansar.»

(*Cancionero general.*—It. *Cancionero de romances.*)

1452.

(*Anónimo.*)

Los que habeis seguido amores
Y el amor os ha burlado,
Oid las nuevas querellas
De un amador desamado,
El cual se vido querido
Y agora se ve olvidado
Sin haber hecho error
En ley de amores hallado.
Quéjome yo al dios Cupido,
Dios para el amor dotado:
A las damas doy querellas
Del querer, pues me ha faltado:
A vosotros, amadores,
Que á amor traeis por dechado,
Que nunca vuestros amores
Os traigan á tal estado:
Que cuando amor resplandece
Da dolor demasiado,
Qu'es un sol que s'escurece
Apartado de lo claro;
Qu'es unas flores muy frescas
Que á la tarde se han secado;
Es una conserva dulce
Al leal enamorado,
Y comer sin freno d'ella
Luego amarga lo pasado.
Así hice yo, mezquino,
Comíla por mi pecado.

(*Romance de ¡Oh Belerma! etc.*, Pliego suelto.—It. *Cancionero de romances.*)

1453.

(*Anónimo.*)

Que por mayo era, por mayo,
Cuando los grandes calores,
Cuando los enamorados
Van servir á sus amores,
Sino triste yo, mezquino,
Que yago en estas prisiones,
Que ni sé cuándo es de dia,
Ni ménos cuándo es de noche
Sino por una avecilla
Que me cantaba al albore:
Matómela un ballestero;
¡Déle Dios mal galardone!

(*Cancionero general.*)

1454.

EL PRISIONERO.

(*Anónimo* [1].)

Por el mes era de mayo
Cuando hace la calor,
Cuando canta la calandria,
Y responde el ruiseñor,
Cuando los enamorados
Van á servir al amor,
Sino yo triste, cuitado,
Que vivo en esta prision,
Que ni sé cuándo es de dia
Ni cuándo las noches son,
Sino por un avecilla
Que me cantaba el albor.
Matómela un ballestero,
Déle Dios mal galardon.
Cabellos de mi cabeza
Lléganme al corvejon;
Los cabellos de mi barba
Por manteles tengo yo:
Las uñas de las mis manos
Por cuchillo tajador.
Si lo hacia el buen Rey,
Hácelo como señor;
Si lo hace el carcelero,
Hácelo como traidor.
Mas quién ahora me diese
Un pájaro hablador,
Siquiera fuese calandria,
O tordico ó ruiseñor;
Criado fuese entre damas
Y avezado á la razon,
Que me lleve una embajada
A mi esposa Leonor,
Que me envíe una empanada,
No de truchas ni salmon,
Sino de una lima sorda
Y de un pico tajador;
La lima para los hierros

Y el pico para el torreon.
Oídolo habia el Rey,
Mandól' quitar la prision.

(*Cancionero de romances.*)

¹ Véase la nota puesta al romance núm. 372, que dice: *Salió Roldan á cazar.*

1455.

(*Anónimo.*)

Di, si tú me desconsuelas,
¿Con quién me consolaria?
Que de verme tan penado
Me maldigo cada dia.
No sé por qué la fortuna
Tantos males me hacia,
Que me veo y me deseo;
Ya no soy quien ser solia.
Si la muerte me viniese,
Gran descanso me seria,
Que aunque la vida perdiese,
La memoria quedaria.
Mas pues la muerte me huye,
No sé qué medio tendria
Para poder remediar
La gran desventura mia.
Buscar quiero soledad
Y huir de la compañia:
En montañas despobladas
Desdichado habitaria;
A los fieros animales
Por compañeros tendria;
Mi corazon y mis ojos
Llorarán siempre á porfia
Con sollozos lastimeros,
Muy tristes en demasia,
Los males que tu crueza
Tan sin piedad les hacia:
Yo nunca me alegraré,
Ni jamas tendré alegria
Hasta saber que te dueles
D'este mal que padecia.

(*Coplas nuevamente hechas de* Perdone vuestra merced, Pliego suelto.)

1456.

(*Anónimo* ¹.)

Yo me adamé una amiga
De dentro en mi corazon;
Catalina habia por nombre,
Non la puedo olvidar, non.
Rogóme que la llevase
A las tierras de Aragon.
—Catalina, sois mochacha,
Non podréis caminar, non.—
—Tanto andaré, caballero,
Tanto andaré como vos:
Si lo dejais por dineros,
Llevaré para los dos,
Ducados para Castilla,
Florines para Aragon.—
Ellos en aquesto estando,
La justicia que llegó.

(*Cancionero de romances.*)

¹ Parece un fragmento de un romance completo, pero perdido.

1457.

(*Anónimo* ¹)

Descúbrase el pensamiento
De mi secreto cuidado,
Pues descubren mis dolores
Mi vivir apasionado.
No es de agora mi pasion,
Dias há que soy penado;
Una señora á quien sirvo
Mi servir tiene olvidado.
Si dias me ha dado tristes,
Las noches nunca he holgado;
Su beldad me hizo suyo,
Hermosura en alto grado;
El su gesto tan polido
En mi alma está esmaltado.
¡Ay de mí, que la miré
Para vivir lastimado,
Para llorar y plañir
Gloria del tiempo pasado!

(*Cancionero de romances.*)

¹ Hay otro remedando á este, igual en los primeros versos, hecho por el comendador d'Avila.

1458.

(*De Velazquez de Avila.*)

En los dias caniculares
Cuando el sol era mas bravo,
Nuevo amor, nueva querella
Mi vida hieren temprano.
Captivanse mis enojos
Y no saben por qué mano
Mi alma triste y mezquina
Descubre lo que yo callo.
Sospirando el corazon
No sabe disimulallo:
Lo que callo, mis sospiros
Descubren por cada cabo.
No hallo medio en mi mal,
Por demas será curallo;
En lugar de descrecer
Contino se va aumentando.
Tomélo para burlar,
Ya es imposible dejallo;
Yo vivo con el contento,
Con él me hallo profano;
En mí no cabe el placer
De verme tan bien penado,
Que do sobra el merescer,
Todo mal queda pagado.

(Velazquez de Avila, *Cancionero.* — It. *Cancionero de romances.*)

1459.

(*Anónimo* ¹.)

— La bella mal maridada,
De las lindas que yo ví,
Véote tan triste enojada;
La verdad dila tú á mí.
Si has de tomar amores
Por otro, no dejes á mí;
Que á tu marido, señora,
Con otras dueñas lo ví,
Besando y retozando:
Mucho mal dice de tí;
Juraba y perjuraba
Que te habia de ferir.—
Allí habló la señora,
Allí habló, y dijo así:
— Sácame tú, el caballero,
Tú sacásesme de aquí;
Por las tierras donde fueres
Bien te sabria yo servir:
Yo te haria bien la cama
En que hayamos de dormir,
Yo te guisaré la cena
Como á caballero gentil,
De gallinas y capones
Y otras cosas mas de mil;
Que á este mi marido
Ya no le puedo sufrir,
Que me da muy mala vida

Cual vos bien podeis oir.—
Ellos en aquesto estando
Su marido hélo aquí :
—¿Qué haceis, mala traidora?
¡Hoy habedes de morir!
—¿Y por qué, señor? ¿por qué?
Que nunca os lo merecí.
Nunca besé á hombre,
Mas hombre besó á mí;
Las penas que él merecia,
Señor, daldas vos á mí :
Con riendas de tu caballo,
Señor, azotes á mí;
Con cordones de oro y sirgo
Viva ahorques á mí.
En la huerta de los naranjos
Viva entierres á mí,
En sepoltura de oro
Y labrada de marfil;
Y pongas encima un mote,
Señor, que diga así :
«Aquí está la flor de las flores,
»Por amores murió aquí;
»Cualquier que muere de amores
»Mándese enterrar aquí,
»Que así hice yo, mezquina,
»Que por amar me perdí.—»

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc. — It. *Aquí comienzan tres romances glosados, y este primero*, etc. Pliego suelto.)

[1] Este romance se ha corregido por la glosa que de él hizo Quesada y se publicó en un pliego suelto. Es el verdadero romance viejo, y tan célebre, que dió motivo á mil glosas é imitaciones.

1460.

(*Anónimo.*)

Mañanica era, mañana
De San Juan se decia en fin,
Cuando aquella diosa Vénus
Dentro de un fresco jardin
Tomando estaba la fresca
A la sombra de un jazmin :
Cabellos en su cabeza,
Parecia un serafin,
Sus mejillas y sus labios
Como color de rubin,
Y el objeto de su cara
Figuraba un querubin.
Allí de flores floridas
Hacia un rico cojin,
De rosas una guirnalda
Para el que venia á morir
Lealmente por amores
Sin á nadie descubrir.

(Linares, *Cancionero llamado Flor de enamorados.*)

1461.

(*Anónimo.*)

Levantóse la casada
Una mañana al jardin,
Dicen que á gozar el fresco :
«¡Más le valiera dormir!»
Esperando á su galan
A sueño breve y sutil,
Le ha dado amor mala noche :
«¡Más le valiera dormir!»
Sobre la madeja bella
Que al amor revuelve en sí
Sale arrojando una toca :
«¡Más le valiera dormir!»
Gorguera saca de negro,
Turquesado el faldellin,
Y á medio vestir la ropa :
«¡Más le valiera dormir!»
A la salida del huerto
Torcido se le ha un chapin,
De que quedó lastimada :
«¡Más le valiera dormir!»
Pasando mas adelante
Al coger un alhelí
Le picó el dedo una abeja :
«¡Más le valiera dormir!»
Con tanto azar no descansa;
Sale enamorada al fin
Buscando á aquel que bien ama :
«¡Más le valiera dormir!»
Aquí mira, aquí se pára;
Nada halla aquí ni allí,
Hasta ver lo que no quiso :
«¡Más le valiera dormir!»
A su amante halla muerto,
Y al marido junto á sí,
Que remató entrambas vidas :
«¡Más le valiera dormir!»

(*Flor de varios y nuevos romances*, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte.)

1462.

(*Anónimo.*)

Mal haya dueña ó doncella
Que hiergue faz á otros homes,
Debiendo fincar tenuda
Al que mas la muestra amore.
Con sus aleves falsías,
Y con sandios galardones,
Mezcla lides é homecillos
Entre buenos infanzones.
Yacen sus mientes en lueñe,
En el deber non las ponen,
Con el solaz de mudare
Yantares á su sabore.
¡Mal haya cuerpo garrido
Que en celado no se esconde,
Manteniendo la lealtad
A un leale corazone!
Maguer non las fagan tuerto,
Fuelgan con las sinrazones,
Y cuando se ven en crencha
Súbense á los miradores.
Cuidades visten por busco,
Briales de lana ó Lóndres,
Y es porque otros barraganes
Estos sus ajuares logren.
Así lamenta Don Olfos
Cabalgando en su trotone,
A ver la niña en cabello,
Que sale á gozar l'albore.

(*Romancero general.*)

1463.

(*Anónimo.*)

Contemplando en un papel
Que de su galan le viene,
Con risa Aurelia contempla
Las palabras que contiene.
Ya le rompe, ya le rasga,
Ya le dobla, ya le muerde,
Y ya con él mas humana,
Le abre para mas verle,
Y dice : — ¡Ay cómo me cansas!
¡Oh qué cansada me tienes!
¡Cuán en vano me fatigas!
Cuán en vano me pretendes!
De dia ruas mi calle,
De noche en ella te mueles,
Sabiendo que duermo yo
Y que mi honra no duerme.
Dices que me quieres bien,
Dios te guarde si me quieres,

La ciudad te lo agradezca,
Mis enemigos te premien.
Muerto te pintas por mí,
Creerlo he cuando te entierren;
Yo haré bien por tu alma,
Lloraréte, si pudiere.
¡Oh cómo me escribes tierno
Que usurpo tu alma y bienes!
Dos almas debo tener,
Viviré lo que quisiere.
Si la una me faltare,
Con la otra entretendréme,
Y ojalá fuese yo tuya,
Porque sin alma estuvieses.
¡Oh cuán hermosa me haces!
Sólo mas que las mujeres:
Blanca, rubia como el sol;
¡Por tu vida que no mientes!
Bien son palabras ociosas;
Diosa me haces, ¿y quieres
Que me humane á tu bajeza?
Diosa soy, humano eres:
No puedes llegar á mí;
Salido te ha mal la suerte,
Que las que somos divinas
No tratamos con la gente.
Allá te avén en tu tierra,
Pues mi cielo no mereces.
Pídesme que nos veamos;
Paréceme que tú vienes:
Bien tienes dónde acudir.
Y en esto ha estado tu muerte,
Que quizá mis pensamientos
Se inclinaran á quererte;
Pero vive confiado
Que hallarás al presente
Mil mujeres mas que diosas,
Pues hay para un hombre veinte.»
Y en esto alzando los ojos,
Dando de mano al copete,
Rompió el papel y arrojóle,
Porque le importó rompelle.

(*Romancero general.*)

1464.

(*Anónimo.*)

¿Apártaste, ingrata Filis,
Del amor que me mostrabas,
Para ponerlo en aquel
Que pensando en ti se enfada?
¡Plegue á Dios no te arrepientas
Cuando conozcas tu falta!
Mas no la conocerás,
Que aun para ti eres ingrata.
«¡Filis, mal hayan
»Los ojos que en un tiempo te miraban!»
Aguardando estoy á verte,
Tanto cuanto ya te ensanchas,
Arrepentida, llorando
El bien de que ahora te apartas.
Víspera suele el bien ser
Del mal que ahora no te halla;
¡Pero aguarda que él vendrá
Cuando estés mas descuidada!
«¡Filis, mal hayan, etc.»
¡Oh cuántas y cuántas veces
Me acuerdo de las palabras,
Cruel, con que me engañaste
Y con que á todos engañas!
A tí te engañaste sola,
Pues te he de ver engañada
D'este que tú tanto adoras,
Y de mí sin esperanza.
«¡Filis, mal hayan etc.»
Miréte con buenos ojos,
Pensando que me mirabas
Como te miraba yo,
Por tu bien y mi desgracia;
Que en esto bien claro está
Eras tú la que ganabas;
Mas al fin no mereciste
Tanto bien, siendo tan mala.
«¡Filis, mal hayan
»Los ojos que en un tiempo te miraban!»

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1465.

(*Anónimo.*)

Matiza con mil colores
El abril los campos verdes,
Y enriquécelos el mayo
Con jazmin, rosa y claveles,
Cuando huyendo de la tierra
Que tanto nos enriquece,
Por no tener gusto alguno
Valerio su gusto pierde.
Mandóle su Calidora
Que no la oyese ni viese,
Y aunque es sentencia de agravio,
Con agravio la consiente;
Y por darle mayor gusto
En el hondo mar se mete
Buscando las zarandajas
Que en tal caso se requieren.
La nave del pensamiento
Va do es justo que se anegue,
Por ir tan altas las ondas
Que hasta el mesmo cielo lleguen;
Y cuando bajas, tan hondas
Que allá en el centro se meten,
Que es centro de las desdichas
Adonde viniendo muere.
Con los suspiros que arroja
Crece el viento y se embravece
La mar que ciega sus ojos,
Y su sentido entorpece.
Del entendimiento el norte
Falta, con que el bien perece,
En entrando á renovar
La historia de verse ausente.
Y ansi rompiendo la nave
Del gusto que así se pierde,
Le anega en el mar de amor
Donde nadie se defiende;
Que son pesadas sus burlas,
Y desdichas los placeres,
Cuales las pasó Valerio
Triste, desterrado, ausente.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1466.

(*Anónimo.*)

Sobre unas tajadas rocas
Que al cielo sus hombros prestan,
A quien mira el sol primero,
Y á quien á la postre ciega;
Tan estériles, que allí
Ni un árbol solo no cuelga,
Cubiertas de ovas peinadas
Que arrastraban por la tierra;
En lo mas alto de todas
Se via un águila fiera
Con un cordero en las uñas
Balando con voces tiernas.
Para haberle de matar,
Por los ojos le comienza,
Y cuando ciego le tuvo,
Al corazon dió la vuelta.
Ya le esconde el corvo pico
Entre la lana y las venas;

Y por el aire medrosas
Las blancas bedijas vuelan:
Cuando al galope corriendo
Por un lado de las peñas
Asomó el valiente Albanio
En un bayo á la gineta,
Con una espada de corte
Que de un tahelí le cuelga,
Y en el arzon, con dos cargas,
Una escopeta turquesca.
Llamando viene á su gente
Que se le perdió en la sierra
Tras un jabalí cerdoso,
Que de un golpe muerto deja.
Y alzando entrambos los ojos,
En lo alto de las peñas,
Esgrimiendo el fiero pico
Descubrió el águila fiera.
Movido de tal crueldad,
Puso al rostro la escopeta,
Y tocando al muelle blando,
El águila cayó muerta.
Cayó balando el cordero
Entre las uñas sangrientas,
Aunque sin vista, no muerto,
Que le ampara dicha buena.
Tomóle Albanio en sus manos,
Y al noble pecho le allega,
Y halagándole le llora
Tan castigada inocencia.
Tenia puesto un collar,
Y escrita en él esta letra:
«Tirsi me labra el collar,
»Y Melanio me apacienta»
—Iguales somos, le dice,
En la fortuna y las penas;
De otras uñas me escapé
Que vida y alma penetran:
Túvome un águila preso,
Que de la beldad fué reina,
Y en duda estoy cuál fué mas,
Su crueldad ó su belleza.
Tirsi me rompió mi alma
Con pico y crueldad inmensa,
Siendo cordero en la culpa,
Mal grado á tanta paciencia.
Comenzóme por los ojos,
Quedó el alma sin defensa,
Pues para herir el alma
La razon ha de estar ciega.
Vén conmigo, prenda cara,
Dueño cobras, padre heredas,
Desde hoy te ofrezco regalo,
Que basta tu herida tierna.
Solo á tu vista y la mia
No ofrezco salud entera,
Porque herida en los ojos,
Quien la cura mas la ciega.
Mas ofrézcote la grama
De mis jardines y huertas,
El amparo de sus sombras,
La piedad de quien te lleva.
Daréte yo el pan de leche
De mi mano y de mi mesa,
Porque ofendieron en leche
Mi esperanza y tu pureza.—
Con esto el valiente Albanio
A su alma dió la vuelta,
Y por el hallado nuevo
Su perdida gente deja.

(*Romancero general.*)

[1] La cuarteta que se forma desde este verso es un bellísimo cuadro de natural y verdadera poesía.

1467.

(*Anónimo.*)

Despues que rompiste, ingrata,
De amor el estrecho nudo,
Pruebo á sujetar el cuello,
Y no consiente otro yugo.
Gocé libertad tres años,
Si aquel es libre y seguro
Que de llorar tus mudanzas
No tiene su rostro enjuto.
Pensaba que era en amarte
Cuando ménos sin segundo;
Pero ya me dice el tiempo
Que han sido primeros muchos,
Y que acuden á tu casa
Mas galanes al descuido,
Que caben rios ni arroyos
En el reino de Neptuno.
Y para mas afrentarme,
Porque me escarnezca el vulgo,
Has dado en hacerme esclavo
Con los hierros de tu gusto.
De agravio y desdenes tales
Solo á mi firmeza culpo,
Que no acierta á ser mudable
Cursando tanto en tu estudio.
Mas ¡ay! que es venir á ménos,
Aunque pueda hacer un hurto
Mas famoso que el de Elena,
Negarte mi alma tributo;
Y así le cuento á Cupido,
La vez que á su templo acudo,
Mas quejas que en el Senado
El villano del Danubio.
Todos los amantes oye,
Para mí está sordo y mudo;
No sé si el traidor procura
Lo que yo tambien procuro;
Que segun es tu belleza,
Aunque tenga de Dios humos,
No deja de ser quien es
En ser de tus siervos uno:
Y si va á decir verdades,
Aunque de falsa te acuso,
A manos de tu ira muera,
Si fuere de otra y no tuyo.

(*Romancero general.*)

1468.

(*Anónimo.*)

No es razon, dulce enemiga,
Si acaso me quieres bien,
Que por dar contento á Zaide,
Tan sorda á mi amor estés.
¿Qué áspid de Libia, señora,
Te ha enseñado á ser cruel?
¿Quieres con alma traidora
Tiranizarla en un mes?
Dicenme que este envidioso
La causa de mi mal es;
Y que son tus ojos fuentes
El tiempo que no le ves.
Pues no es justo, Laura hermosa,
Que con tan rico laurel,
A fuerzas de fe ganado,
Se adorne un traidor sin ley.
Vuelve con piedad tus ojos,
Verás rendido á tus piés
Cómo se queja Floriardo
Por el rigor de un desden.
Con lisonjas me entretienes
Y con engaños tambien;
Héte sido fiel en todo
Y en todo me has sido infiel.
Pues ya mis quejas te enfadan,
¿A quién, tigre hircana, á quién

De mi dolor daré cuenta
Sino es á la causa de él?
Y si por pobre me dejas
Y te mueve el interes,
Si has menester lo que valgo,
Tu esclavo soy, vendemé.

(*Romancero general.*)

1469.

(*Anónimo.*)

Noche templada y serena,
Que como madre piadosa
Das á mis quejas silencio
Entre los vivos, tú sola;
Oye despacio y no temas,
Pues no ménos que tu sombra
Recelan mis ojos tristes
La venida del aurora,
En tanto que á estas murallas
Do mi enemiga reposa
Dan asaltos mis suspiros
Y combaten mis congojas:
«¡Cuitado del que llora
»Á lenguas mudas y á paredes sordas!»
No duermas, fiera enemiga,
Segura de tu victoria,
Que no hay victoria segura
Donde hay fortuna dudosa.
No soy tan flaco contrario
Que mi razon, mucha ó poca,
A contrastar no bastara
La tigre mas espantosa.
No es tan pequeño mi fuego
Que con el viento que sopla
No convirtiera en ceniza
Otras mas fuertes que Troya.
«¡Cuitado del que llora
»Á lenguas mudas y á paredes sordas!»
Goza, cruel, tu sosiego,
Qu'esta mi voz temerosa
Poco te ofende en quejarse
Si con su daño te gozas.
Dén voces por mí las piedras,
Llamándote rigorosa;
Que si de serlo te precias,
Tus enemigos te honran;
Y si por yerro me vieres,
Haz qúe de verme te asombras;
Que si el pecado es cobarde,
Con razon vives medrosa.
«¡Cuitado del que llora
»Á lenguas mudas y á paredes sordas!»

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1470.

(*Anónimo.*)

Despertad, hermosa Celia,
Si por ventura dormis,
Que vida que ha muerto un hombre
No es justo que duerma así.
Si no temeis la justicia,
Por misericordia oid
El alma del mismo cuerpo
Que viene á penar aquí.
Abrid esas celosias,
Ya que las puertas no abris,
Si no temeis que entre dentro
Como sombra del que fuí.
Yo me acuerdo que algun dia
Sin descansar ni dormir,
Os hallaba el sol en ellas,
Y vos, en la calle, á mí;
Y agora que estáis durmiendo
Alegre en verme morir,
No os duele que el cielo llueva,
Y que llueva sobre mí.
Si algun dichoso os detiene,
Decidle que yo lo fuí,
Y que para cuando os pierda
Os deje doler de mí.
¡Triste dél cuando os conozca,
Como yo cuando os perdí!
Que tenia de piedra el alma
Y el rostro de serafin.
En vuestros brazos estuve;
Mas no hay que fiar así
Del sol claro por enero,
Y flor de almendro en abril.
Celia, pues no despertais,
Es fuerte dios el sufrir;
Dormid, y velen mis ojos
En tanto que vos dormís.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1471.

(*Anónimo.*)

En una barca metida,
Entre temor y esperanza,
Pasa el mar la que en amor
A todas excede y pasa.
Va en busca de Lucidoro
La bellísima Lisarda,
Olvidada ya de Ardenio
Y aun de sí propia olvidada.
No lleva vela ni guia,
Que harto vela quien bien ama;
Ni anda el remo, y al de amor,
La que la gobierna, manda.
No va la barca sin peso,
Ni en llevarla poco abarca;
Que siempre la triste y sola
De cien mil pesares carga.
No lleva tiros de bronce,
Ni ménos gente de guardia;
Que los rayos de sus ojos,
Si miran airados, matan.
No la apagan sus deseos
Ver en medio tantas aguas;
Que el gran fuego de su amor,
Aunque muchas, no lo apagan.
No va á Indias, porque estima
El oro fino de Arabia;
Que oro tiene en sus cabellos
Y en su blanco pecho plata.
No busca esmeraldas finas,
Porque en sus ojos las halla,
Ni hace caso de las perlas,
Que ántes ella las derrama.
En busca va de una piedra,
Que puesto caso que es falsa,
En los quilates de fe
Es del anillo del alma.
A piedra falsa y hermosa
Parece en todo sin falta,
Dureza y belleza junto
En el corazon y cara.
No es vestido de camino
Con el que viene esta dama,
Que la tomó la locura
En el estado de galas.
Una saya entera trae,
Toda llena de esmeraldas,
Que es propio de quien navega
Andar lleno de esperanzas:
Manga bordada con lazos
De redecilla de plata;
Que porque no se le escape,
Lleva lazos, red y manga.
Los cabellos lleva presos
Con una cinta de nácar;
Que los que enlazan y prenden
Es justo que presos vayan.

Descubrióse el puerto, adonde
Tiene el ingrato su casa,
Puerto que le llama ella
Cabo de Buena-Esperanza.
Aquí quisiera ella hacer
Del pensamiento una barca;
Que como ama y desea,
Piensa que la suya pára.
Mas cuando, pongo por caso,
De su ventura alcanzara
Hacerla del pensamiento,
Sospecho que no le hallara;
Que como tiene este monstruo
Tan velocísimas alas,
Está ya de la otra parte
Por mensajero del alma.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1472.

(*Anónimo*.)

A vista del puerto está,
Que no puede tomar puerto
La desdichada Lisarda,
Por serle contrario el tiempo.
Levantóse una tormenta
Tan furiosa, que al momento
Las olas del hondo mar
Competian con el cielo.
A la cortesía del agua,
A su gran desasosiego
Iba la barca sujeta,
Llevada de un recio viento;
Y atada á la parda nube,
Ya deciende al hondo centro,
Dando como mal regida
De un extremo en otro extremo.
¡Ay desdichada de mí!
Dijo, vista en este aprieto,
¿Dónde volveré los ojos
Que me cause algun consuelo?
Aire, cielo, mar y tierra,
Revueltos contra mí veo,
De suerte que me hacen guerra
Todos los cuatro elementos.
El cielo ya me amenaza
Con mil temerosos truenos,
Y temo que un rayo arroje,
Que es lo que mas me recelo;
Y no porque á mí me mate,
Su rigor y fuerza temo;
Que el que aborrece la vida,
No tiene á la muerte miedo.
Pero como en lo mas duro
Suele hacer su golpe fiero,
Al pecho de Lucidoro,
Como á tal, irá derecho:
Aunque en ser de fuego el rayo,
Está seguro su pecho
De que no lo abrasará,
Pues no le abrasa mi fuego.
El aire ya me persigue,
Pues es su furor violento
Un mandamiento de embargo
Para que el cuerpo esté preso.
La tierra me tiene el alma,
Pues me tiene á quien bien quiero,
Y el hondo mar, de envidioso,
El martirizado cuerpo.
Aquí verán un milagro,
Y si no es milagro, creo
Que lo traza mi desdicha
Por arte de encantamento;
Pues aunque el mar no consiente
Tres dias un cuerpo muerto,
Sobre sus inquietos hombros
Me detiene tanto tiempo.
Todo me sucede mal;
Tanto, que tengo por cierto
Que lo que es bueno de suyo,
Hace en mí contrario efecto:
Por aquí se pueden ver
Mis desdichados sucesos,
Y si me quejo de vicio
En todo cuanto me quejo.
El cielo le veo cerrado
A mis quejas y á mis ruegos,
Y el desenfrenado mar,
Para me sorber, abierto.
Cuanto anduve por la tierra,
Lo mas caminé por puertos,
Y ya que en el mar estoy,
No le topo porque es bueno.
En nada tuve fortuna,
Cuando pisé el patrio suelo,
Hasta que en el mar me vi,
Do, por ser mala, la tengo;
De suerte que sola yo
A tener las cosas vengo,
Cuando me pueden dañar,
Y no cuando las deseo.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1473.

(*Anónimo, que continúa el anterior.*)

Ya el excesivo rigor
De la pasada tormenta
El perezoso Santelmo
En bonanza cambia y trueca.
Aire, cielo, tierra y mar
Dejaron de darla guerra,
Dando de paz todos cuatro
Cierta y amigable muestra:
El cielo, en quitarse el luto,
El aire, en templar su fuerza,
La mar, en desenojarse,
Y en recibirla, la tierra.
Apénas pisa la playa,
La cuesta pasada apénas,
Cuando encuentra á su enemigo
Para sufrirlas de véras.
El repentino suceso
Le heló la sangre en las venas,
Que á veces el alegría
Mata como la tristeza.
Atóle la lengua amor,
Y quísole hablar por señas,
Que los ojos de un amante
Hacen oficio de lengua;
Mas la fuerza del agravio
Rompió el silencio por fuerza,
Dando á la lengua conceptos,
Y á los ojos bellos, perlas.
—¿Es posible, ingrato, dice,
Que haya en ti tanta dureza
Que mi firmeza y lealtad
Ni te mude ni te tuerza?
La guerra que el cielo me hizo
Ya de cansado la deja;
¿Y tú no quieres dejarla,
Ni aun darme siquiera treguas?
El aspereza de un dia
Otro la deshace y quiebra;
¿Y la de ese pecho duro
Con ningun tiempo se templa?
¿Es de piedra ese tu pecho?
Pero no, que á ser de piedra,
El agua que dan mis ojos
A hacerle viniera mella.
¿Es de nieve por ventura?
¡Mas ay de mí, si lo fuera,
No digo nieve, mas bronce,
Mi fuego le derritiera!
Debe de ser de cristal,
Segun muestra su crueza.

Pues siendo como es de agua
Ningun calor le deshiela.—
Esto dijo, y un desmayo
Le cortó el hilo á sus quejas,
Porque no sirven palabras
Para quien no tiene orejas.
Quedó la pobre señora
Del color de la azucena,
Vueltos los hermosos ojos,
De un frio sudor cubierta.
Vuelve en sí, menea los labios,
Pide luz, tráenla una vela
Pensando que la pedia
Para no morir sin ella:
Mas no lo dice por eso
Sino, que aun á sí se esfuerza
Para decir.— Lucidoro...—
Y al medio nombre se queda.
Poca impresion en él hace
Aquesta viva tragedia,
Que aunque es hecha por su causa,
Ni le duele ni le pesa.
Puso la muerte en su arco
Una penetrante flecha,
Untada, como ella suele,
De su venenosa yerba:
Y como es diestra en tirar,
Y no trae, cual Amor, venda,
Al pecho que Amor erró,
Ella con su tiro acierta.
Murió el hereje de amor
Tan contumaz en su secta,
Que con el alma en los dientes,
De Amor, con ser dios, reniega.
Y con una risa falsa
Dice, tratándole d'ella,
—A costa de verte así,
Otras mil veces muriera.—
Quitósele luego el habla
Con esta razon postrera,
Que ya no consiente el cielo
Que le diga mas blasfemias.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

1474.

(*Anónimo.*)

Señora, vuestro papel,
Como mandasteis leí,
Los ojos puestos en él,
Y el alma en un serafin;
Y aunque juez apasionado,
Aqueste descargo oid,
Que en vuestras injustas quejas
Vuelve la razon por mí.
Confieso que vuestro amor
Ha sido mas que decís,
Y que vos fuisteis el alma,
De lo que en un tiempo fuí.
Confieso que me ofrecistes
De vuestro rostro el jazmin:
A tantas obligaciones
Yo no sé qué me decir,
Porque la culpa que tengo,
Es que á mi Celia ofendí.
Considerad mi pasion
De lo que os informo aquí,
Y á vuestro Celio que canta
Un cantar que dice así:
«Al cabo de años mil
» Vuelven las aguas por do solian ir.»
Vuelve detras del invierno
El verde y vistoso abril,
Y del campo las alfombras
Las matiza el alelí;
Los años que un tiempo alegres
Bañaban el toronjil,
Olvidando el nuevo curso,
Vuelven por do solian ir;
El miserable cautivo,
Que casi vido su fin,
Vuelve á su querida patria,
Por dinero ó por ardid;
El caminante que anduvo
Desde Vizcaya á Madrid,
Vuelve á ver su amada prenda,
De su esperanza adalid.
Suele el cazador astuto
Dar alcance al jabalí,
Y vuelve de entre las redes
Suelto por el campo á huir.
Todo lo consume el tiempo,
Agosta el fresco jardin,
Mas como tiempo mudable,
Le vuelve al mayo á vestir.
«Y al cabo de años, etc.»
De Celia en quien tengo el alma,
Que os dé el retrato decís,
Y por no seros ingrato
Os le entrego, veisle aquí.
Es su cabello fino oro,
Y esto, señora, advertid
Que borda con su madeja,
Y entónces el oro es vil.
Es su frente marfil blanco,
Sus cejas arco sutil,
Cuyas flechas son los ojos,
Remate de su nariz;
Es su boca coral fino,
Que engarza el blanco marfil,
Y su pecho y su cintura
De la honestidad perfil.
Lo demas no lo retrato,
Por cubrillo un faldellin,
Y finalmente os respondo
Al papel que me escribís,
«Que al cabo de años, etc.»
A vuestras aras ofrezco
Los sueños que no dormí,
Aguardando hasta maitines
A la seña de un candil.
En paga de vuestro amor
Tambien podréis recibir
Tantas noches que hasta el alba
Nos dió el sol á vos y á mí.
Perdonad que de mi amor
No puedo ser San Martin[1],
Porque el alma entera tiene
La mesma que vos decís.
Cuatro inviernos la he querido
Mas que á la mar el delfin;
Quiere dar paga á mi amor,
Y yo respondo que sí.
Confieso que no os merezco,
Y tambien digo que al fin
Vos teneis mas plata y oro
Que ha engendrado el Potosí.
Ofrecedlo á vuestro esposo,
Que para libre nací,
Y soy un cuerpo sin alma,
Que solo os sabré decir.
«Que al cabo de los años mil,
» Vuelven las aguas por do solian ir.»

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.* etc.)

[1] San Martin partió su capa para abrigar á un pobre, pero el poeta dice que no puede partir su amor.

1475.

(*Anónimo.*)

¿Corazon, por qué pasais
Las noches de amor despierto,
Si vuestro dueño descansa
En los brazos de otro dueño?
No gasteis tantos suspiros

Sepultados en el pecho;
Que tentar á la fortuna
Nunca fué de amantes cuerdos.
Pues ya estáis aborrecido,
¿Qué sirve clamar al cielo,
Hacer de las noches dias,
Y gastar en vano el tiempo?
Una mujer, cuando olvida,
De fuego se vuelve en hielo;
Que quien con extremo ama
Aborrece con extremo.
La justicia os ha corrido
A deshora en algun tiempo,
A los hierros de esta reja,
Donde contemplais los vuestros.
Recogeros ha mandado,
Pero vos no lo habeis hecho;
Que un alma de amor qu'es ciega,
No guarda ley ni respeto.
Ganar pretendeis humilde
Lo que perdistes soberbio;
Mas, corazon, ya no estima
El amor merecimientos.
Mi bien es mujer en todo,
Dejadla en su pensamiento;
Que quien lo presente olvida,
No se acordará de nuevo.
No hayais miedo que conozca
Vuestras obras y deseos;
Que como el amor es niño,
No tiene conocimiento.
Sentid el mal, como es justo;
Pero no deis á entenderlo;
Que siempre contra un rendido
Es valiente el menosprecio.
Pues sois mio, y veis que os hablo,
Estimad estos consejos;
Y adios, que sale Amarilis,
No entienda que yo la quiero.

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1476.

(*Anónimo.*)

Sobre las blancas espumas
Del mar de amor iba huyendo
Un rico bajel, cercado
De enemigos y de miedo.
Dicen que lleva cargados
De coral y oro los senos,
Y que vale una ciudad
Una perla que va dentro.
Tras él le va dando caza
Otro bajel mas lijero,
Cuyo artillero es Amor,
Grande robador de vencos.
« Dale fuego,
» Artillero, niño ciego;
» Carga, que es forzoso
» Rendir un bajel hermoso.»
De sus penas hace balas,
De su firmeza, pedreros,
La pólvora, de su ira,
De sus suspiros el fuego;
El deseo de alcanzarle
Le va sirviendo de remos,
Sus pasiones, de forzados,
Y su dicha, de gobierno:
El alma ofendida y libre
Sirve de cómitre diestro,
Que con crueles memorias
Azotaba á los remeros.
« Dale, etc.»
Cuando el bajel hace agua
Daban á la bomba fuego,
Y la bomba eran sus ojos,
Y este mal salia de ellos.
De aguja de marcar
Le sirve su fe de acero
Que siempre mira hácia el norte,
Y el norte es el que va huyendo.
Este famoso cosario,
Disfrazado en marinero
Dicen que se llama Albanio,
Y que fué pastor primero.
« Dale fuego,
» Artillero, niño ciego;
» Carga, que es forzoso
» Rendir un bajel hermoso.»

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1477.

(*Anónimo.*)

Para queja de las flores,
Para envidia de las aves,
Puso el amor en Belarda,
Florida edad, voz suave:
Nueva guerra de las vidas,
En lo airoso de su talle;
Y en lo dulce de su voz,
Tiernas lisonjas al aire.
Recátense los deseos,
Todo atrevimiento pare,
Que es hechizo su belleza
Y es encanto su donaire.
Clavel matizado en nieve
Es su boca, cuyo esmalte,
Ya en la sarta de sus perlas
Pone extremos de corales

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1478.

(*Anónimo.*)

Fuego exhala, y agua vierte
Jacinta á un verde vergel;
La culpa tiene un pesar,
Que le ocasionó un desden.
Encuéntranse fuego y agua
En el camino tal vez;
Mas ni el agua enjuga el fuego,
Ni ella le impide el arder.
De quejas enternecidas
Poblado el aire se ve;
Mas quien siembra en viento, el viento
Por premio suele coger.
Quejas dió á su bello ingrato;
Respondióla descortés,
Y al alivio del olvido
Consultó su parecer.

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1479.

(*Anónimo.*)

Campos de plata bruñidos
Vuelve la nieve y el hielo,
Habiendo sido dorados
Por los trigos que tuvieron:
Descúbrense en las montañas
Nevados robles y tejos,
Vestidos por el octubre,
Desnudos por el invierno:
No salen los pajarillos
A ver la luz de los cielos,
Y el sol avaro de rayos
Está de nubes cubierto.
En escarchados vellones
Balando están los corderos,
Cuya lana es la defensa
Contra la fuerza del tiempo.
Los rios que al mar venian
A dar tributo soberbio,

El invierno perezoso
Ata en cadenas de hielo:
Helados están al fin
Todos los tres elementos;
Que solo el fuego se escapa
De la inclemencia del cielo,
«Cuando de Lauro el pecho
»Fenisa abrasa en amoroso fuego.»

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1480.

(*Anónimo.*)

Tirana deidad del Bétis,
De nuestro siglo Sibila,
Desprecio de los ingenios,
Discretísima Jacinta:
Oye de un amante tuyo
Las firmezas y desdichas,
Así vivas siempre hermosa,
Así mil edades vivas.
Escucha de mi privanza
La fortuna y la caida,
Si no para su reparo,
Para saber mi justicia.
No me negarás que el alma
Te adora desde tan niña,
Que te tuvo por Cupido
Cuando tus flechas tenia:
Creció el amor con el tiempo;
Todo fuego sin cenizas,
Todo cristal sin engaños,
Todo verdad sin mentira;
Conociste de mis llamas
La fineza y valentía,
Que á pesar de tu descuido
Mis ojos te lo declan.
Conquisté desprecios tuyos,
Rigores, soberanías,
Que son del amor la espuela
Que mas siente y mas le pica;
Obliguéte con finezas,
Perseverancias, caricias,
Que del desden mas rebelde
Son dulces artillerías.
Premiaste al fin con el tiempo
Mi aficion agradecida,
Porque rindieran peñascos
Tanta firmeza y porfía.
¡Qué loco y favorecido
Me miró el sol muchos dias!
Qué de envidias á la noche!
Qué de penas di á la envidia!
No sé si fué mi desgracia,
O si fué estrella enemiga,
Si condicion de los hados,
Que el mas feliz mas peligra;
Si natural de mujeres
Con la mudanza nacidas,
Que hoy aborrecen y huyen
Lo mismo que ayer seguian.
En medio del mayor golfo
De mis venturas y dichas,
Sentí desagrados tuyos,
Hallé las finezas frias;
El trato desapacible,
Las comunicaciones tibias,
La conversacion sin gusto,
Falsa y fingida la risa.
Engendró en mí esta mudanza
Mil sospechas atrevidas,
Mil diferencias los celos,
Mil recatadas malicias.
Procuré desenojarte,
Y siempre me recibias
Desabrida en las preguntas,
Violentada en las visitas:
Advertí que con cuidado
Cuando esperabas la mia,
Salias de tu cabaña
A visitar tus amigas.
Sentia mucho estas burlas,
Porque no hay mayor desdicha,
Que llegar un desdichado
A serlo en las cortesías.
Lloraba tus extrañezas,
No lo encarezco, Jacinta;
Si las lloré, tú lo sabes,
Y tu admiracion lo diga.
No pudieron mis ternezas
Humanar tus rebeldías,
Que es muy difícil el gusto
De torcer, cuando se inclina.
Porfiaban mis cuidados
Contra tus descortesías;
Que nacen de un parto siempre
El amor y la porfía.
Llegó tu desden á punto,
Que por dar color y tinta
A tu afrentosa mudanza,
En fin, me dijiste un dia:
—Aunque yo quiera, Bertiso,
No es posible, si lo miras,
Que el premio de tus finezas
Mis favores lo prosigan.
Aquesta correspondencia
Amenaza ya ruina:
Yo lo sé ya, no me apures,
Que soy de amor profetisa.
Yo reconozco mis deudas
Y obligaciones precisas;
Pero las leyes del gusto
A nadie por fuerza obligan.—
Quien escuchó estos desaires;
Quien oyó estas injusticias,
Quien sufrió aquestos agravios,
Quien reparó estas heridas,
¿Qué sentiria callando?
Qué tal el alma tendria?
Qué Mongibelo, qué incendio
No apagara esta avenida?
Finalmente, retiréme
Llorando centellas vivas,
Respirando mas veneno
Que mil víboras y dipsas.
Supieron despues mis celos...
Mas ¡ay pluma, no lo digas,
Que no lastima el agravio,
En tanto que no se explica!
Anegábame en tristezas,
Viendo la mas inaudita
Tragedia que ha visto el odio
Desde que ve tiranías;
El rigor mas inhumano
Que vomitaron las minas
De la ingratitud al mundo,
Entre olvido y villanías.
Lloraba así mi desgracia,
Levantábame, y sentía,
Si hay sentimientos y llantos
Que al vivo sientan desdichas.
Para mí no era consuelo
La comun mercadería
De mudanzas y de olvidos,
Que á las mujeres se aplica;
Ni el interes poderoso
Que imposibles facilita,
Ni la inconstancia del gusto,
O la inquietud fugitiva;
Porque Jacinta en el Bétis
Fué venerada y tenida
Por deidad en traje humano,
Si no por mujer divina:
Serafin de otra materia
Y una forma peregrina,
Sin imperfeccion humana
De las que acá se practican;

Hidalgo espíritu noble,
Con otras leyes distintas,
De las que entre las mujeres
Se cursan ó se ejercitan.
Y así yo con su mudanza
Elevado enloquecia;
Que en el sol y las estrellas,
Cualquiera mudanza admira.
En fin, dejé su cabaña,
Y retirado en la mia,
Me determiné á olvidarla...
No digo bien; es mentira.
¿Quién puede borrar del alma
Imágen bien esculpida,
Hermosura que se adora,
Discreciones que se estiman?
Bien que el amor ofendido
Venganzas blasona y pinta,
Mas halla en el alma luego
Las bravatas desmentidas.
Muchos dias se pasaron
Sin verla, sin escribirla:
¡Qué enamoradas violencias,
Qué corrientes detenidas!
Hasta que al fin revento
La postema por la herida
De un billete, en breve estilo
Blasonando cortesías,
Desenfadado el lenguaje;
Y sacara por la pinta,
Quien supiera bien de amor,
Que por ella me moria;
Que retirarse quien ama,
Desmentir melancolías,
Dejar el comun paseo
Y el color de las divisas;
Fingir desdenes y olvidos
De lo que mas se codicia,
Son de amor niños enojos,
Y tretas muy conocidas.
Respondióme cortesmente,
Y una vez acaso vila
En su cabaña, y habléla;
Respondióme enternecida.
¡Qué loco es amor, qué niño!
Qué fácil se precipita
Tras lo que adora, aunque agravios
Mas le tienen y retiran!
Qué de repente las torres
De sus venganzas derriba!
Qué alegre olvida las quejas,
Si la causa de ellas mira!
Despedíme contemplando
Los donaires que solian
Enloquecer mi soberbia
Y alentar mi cobardía.
Los rayos de aquellos soles
Derritieron con su vista
Las nieves que ya en mi pecho
Sierras nevadas hacian.
Recibí luego tras esto
Un billete con su firma,
Lleno de tantos favores,
Que me causó miedo y grima:
Unas palabras tan dulces,
Un estilo tan almíbar,
Con ternezas y humildades
Nunca de ella presumidas,
Y entre mil satisfaciones,
Pintándose tan rendida,
Que hacia del rendimiento
Soberana valentía.
Prometia mil enmiendas,
Confusa y arrepentida
De los rigores pasados,
¡Mucho para tan altiva!
Confieso que, cuando ausente
Estos portentos leia,
Me recelé de ilusiones,
Encantos, nigromancías;
Presumí si era artificio,
Si era burla, ó si sería
Enmascarado desprecio,
Sierpe en flores escondida.
Fabriqué entre aquestas dudas
Mil alegres fantasías;
Que alegran á un desdichado
Las venturas aun fingidas.
Imaginé que habia sido
El motin y artillería
De su rigor y mudanza,
Tela con engaño urdida;
Amorosa estratagema,
Con que probar pretendia,
De mi aficion los quilates,
De mi amor la bizarría,
De mi sufrimiento el oro
Signo de la perla fina,
De mi firmeza el valor
Que en desdenes se examina.
Determiné aventurarme,
Y fué acierto de mi dicha;
Que siempre en cosas de amor
Es dichosa la osadía.
Visitéla en su cabaña,
Y halléla tan persuadida
A mi amor, que su mudanza
Me pareció tropelía.
Creila; que en esta ciencia
Todas las dudas espiran,
Cuando son palabras y obras
Conformes y parecidas.
Admiróme esta ventura
Nunca pensada ni escrita;
Parecióme lo pasado
Encanto de Falerina.
Tan rico, alegre y dichoso
Estas glorias me tenian,
Que dudé si habia soñado
Aquellas pasadas cismas.
Comencé á gozar bonanzas,
Acabóse mi desdicha
En aquesta fe tan firme,
Que el dudar fuera herejía,
Averigüé con mi daño
Las pasadas baterías
Y causas de su mudanza,
Con tan nuevas maravillas.
Respondióme tan discreta,
Que fué su respuesta misma
Causa de mayores glorias,
Si hay mas gloria que Jacinta.

(*Maravillas del Parnaso.*)

1481.

(*Anónimo.*)

Sal, Laura, del alma mia,
Sal, ingrata, de mi pecho,
Que pues me quitas la vida
Sin duda que eres veneno.
Sal, engañosa sirena,
Que sin duda engaños fueron
Tan grandes muestras de amor,
Pues las ha borrado el tiempo.
Sal, helado pedernal,
Traidora, que á mis deseos
Das el hielo y la dureza
Y á los extraños el fuego.
Mas no salgas, dueño mio,
Habita en mi entendimiento,
Toma esta parte del alma,
Pues eres de toda el dueño.
Como á mi reina, aunque injusta,
Dulcemente te obedezco;
Que un leal tiene por leyes
De su rey los desafueros.

Como tórtola viuda
Mis tristes lágrimas bebo,
Sin parar en ramo verde
Por ser mi mal sin remedio.
Fué tu amor, Laura querida,
Un prado de flores lleno,
Que si Febo es quien las cria,
Tambien las marchita Febo.
Crió tu amor mi amistad,
Nació y murió con mi fuego;
Que toda mujer querida
Con certeza, quiere ménos.
Si gozara tus favores,
Cantara sacros concetos;
Mas como abeja sin rey
El panal que labro es seco.
Acuérdate, bella ingrata,
Si leyeres estos versos,
Que son de un pastor perdido
Que engañaste en otro tiempo.
Si hicieres burla y alarde
De mis versos con discretos,
Di que los escribió un loco,
Para solo amarte, cuerdo:
Un hombre que ya há tres años
Que da suspiros al viento,
Que como son aire y soplos,
Te hielo á ti y yo me quemo.
Estos son, ajena Laura,
De un desdichado los ecos,
Firmes como su desdicha,
Porfiados como necios.

(*Maravillas del Parnaso.*)

1482.

(*Anónimo.*)

Sin celos goces, Anarda,
De los amores de Fabio,
Que me dicen que está loco
De ver que le quieres tanto.
Moviéronte sus finezas,
Venciéronte sus regalos;
Que de dádivas y ruegos
Aun no está seguro un mármol.
En efecto, ya agradeces:
¡En tu condicion milagro!
Que aunque lo envidio, me huelgo
De saber que quieres algo.
Zagala, toda ventura,
Espérate un desengaño,
Porque sepas lo que siento,
Porque sientas lo que paso.
El amor en los principios
Es dulce, apacible y blando;
Mas cuando llega á cansarse,
¡Cómo se precia de ingrato!
Dichoso el que á serlo llega
Sin peligro ni embarazo,
Que como le buscan flores
No le desvelan cuidados.
Poderoso amante tienes,
Por cuyas venturas ando
En celos de sus victorias,
Corrido de mis agravios.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1483.

(*Anónimo.*)

Hagamos las paces hoy,
Enojado dueño mio,
Que no vive el bien en mí,
Pues en tu gracia no vivo.
No es posible que te quiera,
Pues adorándote finjo
Invenciones de un amor
Callado, aunque fugitivo.
Perdona mis disparates,
Que son de celos nacidos;
Y aunque bastardos los llamen,
Al fin son del amor hijos.
Do no los hay, no hay amor,
Y donde los hay, no hay juicio;
Que se juzga muchas veces
Lo imaginado por visto.
Cuando tus brazos están
Mas á mi cuello ceñidos,
Tu ligero pensamiento
¡Qué sé yo si está conmigo!
Como temerosa temo,
Y como mujer suspiro;
Como celosa te celo,
Y como amante te sigo.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

ROMANCES PASTORILES.

1484.

(*De Rodrigo de Torres y Lizana.*)

En las tardes de verano,
Cuando el sol la furia afloja
Y las nubes va vistiendo
De agradable color roja,
Siendo ocasion que las aves
El mudo silencio rompan,
Y con música suave
Campo y aire alegres pongan,
Resonando en la arboleda
Un murmurio entre las hojas,
De un viento gustoso y manso
Qu'el calor templa y abona;
Por medio de una espesura
Que unos arroyuelos mojan
De una fuente hermosa y clara
Que vió mas de cuatro hermosas,
A un prado qu'en medio se hace
Do la yerba es abundosa,
Sale á guardar su ganado
Liria, gallarda y graciosa:
Recogidos los cabellos
Con arte maravillosa,
Que avasallan á los altos
Y á los humildes despojan:
Ojos de pestañas negras
Que el color purpúreo adornan;
Que no miran, mas si miran
Es porque en riqueza pongan
Un palo seco en la mano,
Qu'es señal qu'el que la adora
Queda en tales manos seco,
Porqu'en todo se lo roba,
Con el cual castiga el daño
De la res que fué golosa,
Y avisa del escarmiento
De aquel que su amor no toca.
Las yerbas que va pisando
Mas dulce renuevo brotan
De azul color y pajizo,
Porqu'envidia y celos cojan.
Adónis que la vió luego
Por entre unas huertas sola,
Fué á declararle su amor
No escarmentado de cosas;
Pero llegado junto á ella
El aliento se le apoca,
Y queriendo echar la voz,
El temor tapó la boca.
Al fin, animando, dijo:
—Vengo á declarar, señora,
Un amor qu'entre otros muchos
A todos los empeora:
A vos dirigido vengo

Por hacer un trueco y compra,
Que ha de ser de un alma á otra alma
Y de un alicion á otra.
Responded al gran deseo
De un alma firme amadora,
Y si os da gusto este trueco
Quedaré yo con mejora.—
Liria, por no despedir
Ni dar lugar á las obras,
Respondió qu'era temprano,
Y la respuesta dudosa.—
Echó los ojos Adónis
A las manos cazadoras
De las libres voluntades
Que á ningun deseo perdonan,
Y acordóse qu'en sus brazos
Apretado d'esta diosa,
Perdió el sér del alma y cuerpo
Sin acuerdo en su persona,
Y vió qu'en un dedo tiene
Dos anillos la pastora;
Pidióle uno, aunque no hay falta
Para acuerdo, de memoria:
Recibiólo prometiendo
Devolvérselo á la hora,
Cuando su sabroso gusto
En pedírselo disponga;
Y porque contento estaba
Con cierta prenda engañosa,
Lo sacó de aquel engaño
Y le prometió dar otra.
Era la prenda que digo
De su sér cogida, propia
Prenda, que prende en el alma
Y cuidados amontona.
Ella que por puntos teme
Y qu'el temor la congoja,
Con sobresalto le dice:
— Idos; —y él responde: — Agora.—
Pero porque ya en entrambos
El temor va por la posta,
Por no ser vistos ni oidos
Por diversas vias se tornan.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.)

1485.

(*De Rodrigo de Torres y Lizana.*)

En el curso del camino,
Cansado de la jornada,
Pero no en la pretension,
El pastor Alcides pára,
Y va buscando al Parnaso
Por beber sus aguas claras;
Que con ellas á sus glorias
Piensa librar de desgracias.
Era el pastor algo pobre,
Aunque era noble en la casta;
Que la invidiosa fortuna
Le quitó al valor las armas.
Dotólo naturaleza
De todo lo que la fama
Suele publicar de Aquiles,
Y á su ingenio dió ventaja.
Puso su alto pensamiento
En una estrella tan alta,
Que á las pastoras de envidia
Y al pastor de amores mata;
Y viendo que no es posible
Merecer tan bella dama
Con falta qu'estima el mundo,
Todo lo demas es nada,
Acordó de ir á las musas,
Porque la ciencia extremada
Acabe de ennoblecerlo
Y dé remedio á su falta;
Y caminando el deseo
Hasta el fin de la jornada,
Al entrar de una arboleda
El pastor Alcides pára
Al tiempo que alegre Apolo
Del hondo mar se levanta,
Y á vista de mil naciones
Su cabellera desata
Quitando al campo las sombras
Que su ausencia le causaban;
Y por entre ramos y hojas
Metiendo unas luces blancas,
Era un verde prado el suelo
Que frescas flores esmaltan,
Y diversas fuentes vivas
Con sus arroyos le bañan;
Y viendo esta gran verdura
Se acordó de su esperanza,
Que ni en el verano crece
Ni en el invierno está helada;
Que le parece que puede,
Por tener tan gran constancia,
Sustentar con ella el cielo
Como Alcídes con sus palmas;
Y aunque la verdura y flores
A mas descanso le llaman,
Fué adelante contemplando
La hermosura de las plantas;
Y en una fuente de aquellas
Halló de piedras labradas
Cuatro pilares qu'en medio
Unos arcos sustentaban,
Y encima d'ellos habia
Una piedra muy extraña
De blanco y fino alabastro
Con unas figuras varias.
Era un labrador vestido
De tosco sayal y abarcas,
Con una yunta de mulas
Que un áspero trillo arrastran,
Que la tierra y los terrones
Dentro de un cercado allanan,
Y encima esta letra escrita:
«Es ley que amor siempre guarda.»
Consolóse mucho Alcides
Con ver la letra gallarda,
Y su fe en el alma luego
Con letras de oro la estampa,
Diciendo: — Clarina mia,
Figurada en mi esperanza,
Considera esta aventura
Ser las armas de tu casa,
Qu'en ti todos mis deseos
Como entre molde se fraguan,
Y no ternán crecimiento
Si no es que crezca tu alma;
Y pues casto amor mi pecho
Con buen celo y justo guarda,
Mostrándote agradecida,
Oye lo que mi alma canta.

Cantar en redondillas.

«Ojos que dan con primor
»Dulces y alegres enojos,
»Aunque á ti te sirven de ojos
»Son rayos del dios de amor.
»Sola la imaginacion
»Que d'ellos el alma tiene,
»Es arcaduz por do viene
»El veneno al corazon,
»Y pues sus figuras son
»Sin ellos de tal rigor,
»Aunque á ti te sirven de ojos
»Son rayos del dios de amor.»

Sigue el romance.

Feneció su canto Alcides,
Y otro rato allí descansa,
Y tras d'esto á su trabajo
Volvió con terribles ansias.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.)

1486.

(*De Rodrigo de Torres y Lizana.*)

Contemplando la cabaña
Donde un tiempo estuvo Celia,
Gloria de sus esperanzas
Y libertad de sus penas,
El desconsolado Aurelio,
A quien mil ansias rodean,
De su ausencia dolorosa,
D'esta manera se queja:
—«¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
»Destierro de mi gloria y mi ventura!»
¡Ay, Celia, mi ausente cielo,
Cómo la fortuna muestra
Que tu voluntad se afloja
Y mi desdicha se aumenta,
Y que tus hermosos ojos
En otro pecho se emplean,
Y el mio triste, afligido,
A un mortal dolor condenas!
«¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
»Destierro de mi gloria y mi ventura!»
Heciste ausencia de mí,
Que bien excusar pudieras,
Para muestra de tu olvido
Y prueba de mi firmeza:
Robásteme la esperanza
Que en tales trances sustenta
A los que afligen mis llamas
Y mi dolor atormenta.
«¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
»Destierro de mi gloria y mi ventura!»
¿Qué podrá gozar mi vista
Ajena de tu belleza,
Y este cuerpo á quien sin alma,
Sin vida y sin gloria dejas?
Mis altivos pensamientos
Que tras tu esperanza vuelan,
¿Dónde hallarán acogida
Si les hiela tu tibieza?
«¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
»Destierro de mi gloria y mi ventura!»
Goza tú de tu victoria
Miéntras gozo yo mis penas;
Sirva mi infierno de gloria
Para que tú gloria tengas;
Que al fin se podrá decir
Como tú, Celia, deseas,
Que cuerda de voluntad
Por lo mas delgado quiebra:
«¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
»Destierro de mi gloria y mi ventura!»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.)

1487.

(*De Lope de Vega Carpio* [1].)

Cuando las secas encinas,
Alamos y robles altos
Los secos ramillos visten
De verdes hojas y ramos,
Y las fructíferas plantas
Con mil pimpollos preñados
Brotando fragantes flores
Hacen de lo verde blanco
Para pagar el tributo
Al bajo suelo, ordinario
Natural de la influencia
Qu'el cielo les da cada año;
Y secas las yerbezuelas
De los secretos contrarios,
Por naturales efectos
Al sér primero tornando,
De cuyos verdes renuevos
Hacen mil colores varios
De miles distintas flores
Que esmaltan los verdes prados;
Los lechales cabritillos
Y los corderos balando
Corren á los alcaceles
Ya comiendo, ya jugando,
«Cuando el pastor Albano suspirando,
»Con lágrimas así dice llorando:
»Todo se alegra, mi Belisa, ahora.
»Solo tu Albano se entristece y llora.»
Los romeros y tomillos,
De cuyos floridos ramos
Las fecundas abejuelas
Sacan licor dulce y claro,
Y con la mucha abundancia
Su labor melificando,
Hinchen el panal nativo
Del poleo tierno y blanco,
De cuyos preñados huevos
Los hijuelos palpitando
Salen por gracia divina
A poblar ajenos vasos;
Las laboriosas hormigas,
De sus provistos palacios
Seguras salen á ver
El tiempo sereno y claro,
Y los demas animales,
Aves, peces, yerba ó campos,
Desechando la tristeza
Todos se alegran ufanos,
Previniste tiempo alegre;
Mas triste el pastor Albanio
A su querida Belisa
Dice, el sepulcro mirando:
«Cuando el pastor Albano, etc.»
Belisa, señora mia,
Hoy se cumple justo un año
Que de tu temprana muerte
Gusté aquel potaje amargo.
Un año te serví enferma,
¡Ojalá fueran mil años!
Que así enferma te quisiera
Contino aguardando el pago.
Solo yo te acompañé
Cuando todos te dejaron;
Porque te quise en la vida
Y muerta te adoro y amo:
¡Y sabe el cielo piadoso,
A quien fiel testigo hago,
Si te querrá tambien muerta
Quien viva te quiso tanto!
Dejásteme en tu cabaña
Por guarda de tu rebaño,
Con aquella dulce prenda
Que me dejaste del parto;
Que por ser hechura tuya
Me consolaba algun tanto,
Cuando en su divino rostro
Contemplaba tu retrato;
Pero duróme tan poco,
Qu'el cielo por mis pecados
Quiso que tambien siguiese
Muerta tus divinos pasos.
«Cuando el pastor Albano, etc.»

(*Romancero general.* — II. VEGA CARPIO, *Obras sueltas.*)

[1] Lamenta Lope de Vega en este romance la muerte de su esposa y de su hija.

1488.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

—Amada pastora mia,
Tus descuidos me maltratan,
Tus desdenes me fatigan,
Tus sinrazones me matan:
A la noche me aborreces,
Y quiéresme á la mañana;
Ya te ofendo á mediodía,
Ya por la tarde me llamas.
Agora dices que quieres,
Y luego, que te burlabas;

Ya ríes mis tibias obras,
Ya lloras por mis palabras.
Cuando celos te dan pena,
Estas mas contenta y cantas,
Y cuando estoy mas seguro,
Parece que te desgracias.
A mi amigo le maldices,
Y á mi enemigo le alabas;
Si no te veo, me buscas,
Y si te busco te enfadas.
Partíme una vez de tí,
Lloraste mi ausencia larga,
Y agora que estoy contigo
Con la tuya me amenazas.
Sin mar, sin montes en medio,
Sin peligro ni sin guardas,
Mar, montes y guardas tienes
Con una palabra airada.
Las paredes de tu choza
Me parecen de montaña;
Un mar en llegar á vellas,
Y mil gracias tus desgracias.
¿Cómo tienes en un punto
El amor y la mudanza?
¡Pero bien le pintan niño,
Poca vista y muchas alas!
Si Filis te ha dado celos,
El tiempo te desengaña;
Que como ella quiere á uno,
Puedo por otra dejalla.
Si el aldea lo mormura,
Siempre la gente se engaña;
Y es mejor que tú me quieras,
Aunque ella tenga la fama.
Con esto me pones miedo,
Y me celas y amenazas;
Si lloras, ¿cómo aborreces?
Y si burlas, ¿cómo amas?—
Esto Belardo decia
Hablando con una carta,
Sentado al pié de un olivo
Que el dorado Tajo baña.

(VEGA CARPIO, *Obras sueltas.*— It. *Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances.*— It. *Romancerc general.*)

1489.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Sentado en la seca yerba
Que abrasó el rigor del hielo,
Quejándose de su Filis,
Belardo estaba diciendo:
—«Filis me ha muerto,
»Que fué muy blanda en el primer concierto.»
Mirando está la cabaña
Que cubrió su cuerpo bello;
Llora un rato sus memorias,
Y luego vuelve diciendo:
«Filis me ha muerto, etc.»
No me mataron mis culpas,
Ni los agravios del tiempo,
Ni presentes propios males,
Ni ausentes bienes ajenos:
«Filis me ha muerto, etc.»
En las burlas fui dichoso;
Creyéronme lisonjero,
Y en las véras desdichado;
Y cuando merecí el premio,
«Filis me ha muerto, etc.»
Que es gran señal de mudanza
Arrojarse á querer luego:
Quien presto se determina,
Tambien se arrepiente presto.
«Filis me ha muerto, etc.»
Solia tener mil glorias,
Y agora si alguna tengo,
Vienen tan de tarde en tarde
Que nunca llegan á tiempo.
«Filis me ha muerto, etc.»
Parécense ya mis dichas
Al flaco sol del invierno,
Que viene á salir muy tarde,
Y para volverse luego.
«Filis me ha muerto, etc.»—
Así lloraba el pastor,
Y los árboles y el viento,
El eco, selvas y rios
Todos le ayudan diciendo:
«Filis me ha muerto,
«Que fué muy blanda en el primer concierto.»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances.*— It. *Rommcero general.* — It. VEGA CARPIO, *Obras sueltas.*)

1490.

(*De Lope de Vega Carpio.*,

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco,
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos;
Y todo el árbol dos vides
Entre racimos y lazos.
Al son del agua y las ramas
Heria el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, punta, vidès, árbol.
Este con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su gloria,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Tejido un nido en lo alto,
Y que con arrullos roncos
Los picos se están besando.
Tomó una piedra el pastor,
Y esparció en el aire claro
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:

Redondillas.

—Dejad la dulce acogida,
Que la que el amor me dió,
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad,
Pues que se perdió la mia;
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.
Tan solo pena me da,
Tórtola, el esposo tuyo;
Que tú presto hallarás cúyo,
Pues Filis le tiene ya.—

Sigue el romance.

Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
Adónde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió que en un verde pino
Otra vez se están besando:
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:

Redondillas del fin.

—Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte,
¿Quién habrá que las aparte?
Que apartallas es juntallas.
Pues que del nido os eché
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun dia
Con Filis me juntaré.—

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances.*— It. *Romancero general.*— It. VEGA CARPIO, *Obras sueltas.*)

1491.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Mirando estaba Lisardo
Al pastor que fué de Filis,
Que al pié de un peñasco fiero
Llora cuando otros se rien.
Su desventura y destierro
Contempla con ojos tristes;
Que siempre al enfermo el sano
Tales consejos le dice.
¿De qué te quejas, Belardo?
¿Belardo, de qué te afliges?
Que no es milagro que el cielo
Lo que no te dió te quite.
¿Qué imperio en España pierdes?
¿Qué fama al tiempo le pides?
¿De qué Cartago asolada
Las frias cenizas viste?
Tú fuiste un tiempo pastor,
Del Tajo vaquero humilde;
Tus padres fuéron los montes
Que el paso del Duero impiden;
Tus armas son un cayado,
No banda ni flor de lises;
Una guirnalda tu empresa,
No plumas doradas timbres.
Bastante empresa te diéron
Tus romances pastoriles,
Que no son para igualarse
Con las astucias de Ulises.
Levanta, que por ventura
Podrá ser que el cielo guíe
Tus cosas por tal camino,
Que quien te llora te envidie.
—¡Oh gran mayoral! responde,
Que laurel y espada ciñes,
¿Por qué de verme llorar,
Con alma ajena te ries?
No soy Mario ni Pompeyo,
Ni pido que el tiempo estime
Mucho mis cansados versos;
Que en el instrumento, dicen,
Gasté la flor de mis años
Como Píramo con Tisbe,
Con la que en belleza es Vénus,
En encantamientos Circe.
Las tórtolas que me achacan
Que maté, nunca tal hice,
Que quien ama prendas bajas,
Lo mas de su pena finge.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte.— It. *Romancero general.*— It. Vega Carpio, *Obras sueltas.*)

1492.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Al pié de un roble escarchado
Donde Belardo el amante
Desbarató un tosco nido
Que tejido habian las aves,
De breves pasadas glorias,
De presentes largos males,
Así se queja, diciendo:
«Quien tal hace, que tal pague.»
La bella Filis un dia,
Al tiempo que el sol esparce
Sus rayos por todo el suelo,
Dorando montes y valles,
Sintiendo que el corazon
Se le divide en dos partes,
Así el mesmo le decia:
«Quien tal hace, que tal pague.»
Hice á los desdenes guerra,
Guerra desdenes me hacen;
Maté á Belardo con celos,
Celos es bien que me maten.
No atendí siendo llamada,
Agora no me oye nadie;
Con justa causa padezco:
«Quien tal hace, que tal pague.»
Desamé á Belardo un tiempo;
Y el amor, para vengarse,
Quiere que le quiera agora,
Y que él me olvide y desame.
Dejadme, pasiones locas,
Locas pasiones, dejadme
Vivir para que publique:
«Quien tal hace, que tal pague.»
No le da pena el rigor
Del frio tiempo que hace;
Que el fuego de amor la ampara
Que dentro en su pecho nace.
Dando de coraje voces,
Que revienta de coraje,
Dice por momentos Filis:
«Quien tal hace, que tal pague.»
¿Dó está, Belardo, la fe
Que prometiste guardarme?
Mas yo la quebré primero:
Tú puedes de mí quejarte.
Diste primero en quererme,
Yo primero en olvidarte;
Tú harta disculpa tienes:
«Quien tal hace, que tal pague.»
Sacó del seno un papel,
Y con mil ansias le abre,
Y ántes de leerle todo,
Le arruga, rompe y deshace,
Diciendo:—Yo soy la causa;
No tengo de quien quejarme;
Quien dió la causa reviente:
«Quien tal hace, que tal pague.»

(*Romancero general* — It. Vega Carpio, *Obras sueltas.*)

1493.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Heria el sol á las cumbres
De los mas altos collados,
Quitándoles á las flores
El aljófar soberano,
Cuando cercano á la muerte,
Rendido en un verde prado,
Lleno de mortales ansias
Estaba el pastor Belardo.
Testamento lleva hecho
De los males que ha ganado
En servicio de su Filis,
Causadora de sus daños.
Y porque quiere el pastor
Alargallo y emendallo,
Hizo aqueste codicilo,
Por dar fin á su cuidado:
«Por cuanto en mi testamento
»Mandé, que habiendo espirado,
»No se enterrasen mis ojos,
»Lo revoco agora, y mando,
»Que si habiendo fallecido
»No los ha deshecho el llanto,
»Se entierren ellos tambien,
»Como autores de mis daños.
»Y mando que el corazon
»No se entregue al holocausto,
»Sino á gusanos hambrientos,
»Pues celos no le acabaron,
»Para que ellos le consuman,
»Aunque le constriñe tanto
»Filis, que ha menester poco
»Para acabar de acaballo;
»A la cual mando le dén
»Mi cuidado y su retrato,
»Y á quien dió el original
»Le puede dar el traslado.
»Y entréguenle unos cabellos

»Que solamente me ha dado;
»Que quiero morir quejoso,
»Pues que viví mal pagado.
»Y porque no le suceda
»Lo que á Narciso el gallardo,
»Mando que no se le entregue
»El espejo que me ha dado,
»Y una triste calavera,
»Que por ella soy en cargo,
»Porque de su rostro vea,
»Que ha de volverse otro tanto.
»Y mi cuerpo entre billetes
»Mando que no sea enterrado,
»Porque no quiero mortaja
»De prendas del aire vano;
»Mas de un lienzo negro y triste
»Mi cuerpo sea amortajado,
»Que él mesmo se ponga luto
»Por su muerte y sus agravios,
»Y encima la sepultura
»Me pongan este epitafio:
»Aquí está Belardo, aquel
»Que veló siempre en su daño.»

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte.— Il. *Romancero general*.— Il. VEGA CARPIO, *Obras sueltas*.)

1494.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Una estatua de Cupido,
Que al templo de unos pastores
De dios de amor les servía,
Siendo dios de sinrazones,
Colgaba el pastor Belardo
De la alta rama de un roble;
Que quiere que lleve el fruto
A su dureza conforme.
Desciñéndose la honda,
De un arroyo piedras coge,
Y resonando los valles
La adorada imágen rompe.
—Ahí quedarás, le dice,
Persecucion de los hombres,
Maestro de hacer agravios,
Inventor de tratos dobles;
Aspid fiero que se cria
Dentro de los corazones,
Que su propia sangre bebe,
Y de sus entrañas come;
Locura en que dan las almas,
Alegre mal, y bien pobre;
Enfermedad sin remedio,
Que con él se aumenta al doble;
Padre de celos y olvido,
Ladron de puertas y torres,
Afrentador de linajes,
Ingeniero de traiciones:
Mejor estarás ahí,
Donde te echen maldiciones,
Que no en los sacros palacios
Adonde necios te adoren.
La estatua sola te afrento
Por si á los cielos te acoges,
Para que viéndote infame,
De allá te arrojen los dioses.—
En esto vió que bajaban
Al valle algunos pastores,
Y contándoles el caso
Les ruega que le perdonen.
—Por mi parte, dijo Albano,
No hayas miedo que me enoje,
Que allá me tiene diez años
De mi vida, los mejores.
—Sinrazon es, dijo Alcino,
Que entónces amaba á Clóris,
Sacar al dios de su templo,
Y deshonrallo en el monte.
El amor en sí no es malo,
Mire el hombre lo que escoge,
Que si sus ojos le engañan,
Es justo que ellos le lloren.—
Miéntras ellos argüian
Se fué acercando la noche,
Y Fílis con otras damas
Bajó de secreto al bosque.
Llegó piadosa á Cupido,
Y de la rama quitóle,
Como aquella que tenia
Mayores obligaciones:
—Que no es bien, dijo llorando,
Que por un villano torpe
Un dios tan bello se afrente,
Y que de infame le noten.
Este hizo á mi hermosura
Celebrada en todo el orbe,
Y que ya en mi edad postrera
Descanso y oro me sobre.—
Con esto muy triste Fílis
De la soga desatóle,
Haciéndole sepultura
Entre jazmines y flores.

(*Romancero general*.— Il. *Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1495.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

—¿Cuándo cesarán las iras
De tus injustos desdenes,
Cobarde enemiga mia,
Que no perdonas, y puedes?
Yo confieso que venciste:
¿Qué Alcides piensas que vences
Sino á un hombre que te llama,
Siendo flaca mujer, fuerte?
¿Cuándo, riberas del Tajo,
Miraré del sol la frente,
Sin que me queme la lumbre,
Porque de mí no te vengues?
Cansada tengo la noche
De llamarla para verte,
La ventura de ayudarme,
Y la luna de esconderse.
Yo, que no me contentaba
Con tus brazos muchas veces,
Ya me consuelo, enemiga,
Con ver tu calle, y volverme.
Los hierros de tu ventana
Quiere amor que adore y bese,
A devocion de tu alma,
De quien su dureza aprende.
¡Oh larga desdicha mia!
Mas no es razon que me queje:
Bien es yerro que te adore
Quien anduvo errado siempre.
Estas piedras son testigos
De que cubierto de nieve
Me halló mil veces el sol
Antes que el tuyo saliese;
Y agora por no aguardar
A que tu nieve me queme,
Paso el puerto, temeroso
De que á tu puerta me quede.
Para que no me conozcan
Has mudado las paredes
De quien era yedra amada
Miéntras estabas ausente,
Quizá porque escrito estaba
El nombre que tú aborreces;
Que lo borrado en el alma,
En las paredes ofende.
Cuando, ingrata, me querías,
No habia quien no trujese
Los dos nombres en la boca,
Que agora enfadan la gente;
Y se enfada al tiempo mismo

De que no puede vencerme,
Aunque yo lo canto y digo,
Que tu hermosura me vence;
Que miéntras fueres hermosa,
No dejaré de quererte;
Y seráslo siempre, ingrata,
Porque pene eternamente;
Que pensar que has de ser mármol
Y arder como Anaxaréte,
Pudiendo el cielo gozarte,
Será imposible perderte.
Vengaste tu estatua, Amor;
Afloja el cordel, no aprietes;
Ofensor, mártir del alma,
Deja el cuerpo que no siente.
Tu estatua colgué de un roble,
Todo se sufre á quien pierde:
Viva Filis, venció Filis,
Vive Amor, Belardo muere.—
Con esto, orillas del Tórmes,
Sus aguas, llorando, crece
El mas verdadero amante,
Y el mas agraviado siempre.

(*Romancero general.* — It. Vega Carpio, *Obras sueltas.*)

1496.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

El lastimado Belardo
Con los celos de su ausencia,
A la hermosísima Filis
Humildemente se queja.
—¡Ay, dice, señora mia,
Y cuán caro que me cuesta
El imaginar que un hora
He de estar sin que te vea!
¿Cómo he de vivir sin ti,
Pues vivo en ti por firmeza,
Y esta en ausencia se muda
Por mucha fe que se tenga?
Sois tan flacas las mujeres,
Que á cualquier viento que llega
Liberalmente os volveis,
Como al aire la veleta.
Perdóname, hermosa Filis,
Que mi mucho amor me fuerza
A que diga desvaríos,
Por mas que despues lo sienta.
¡Ay sin ventura de mí!
¿Qué haré sin tu vista bella?
Daré mil quejas al aire,
Y ansina diré á las selvas:
«¡Ay triste mal de ausencia,
»Y quién podrá decir lo que me cuestas!»
No digo yo, mi señora,
Que estás en aquesta prueba
Quejosa de mi partida,
Aunque sabes que es tan cierta:
Yo me quejo de mi suerte,
Porque es tal, y tal mi estrella,
Que con mi mala ventura
Harán que tu fe se tuerza.
¡Maldiga Dios, Filis mia,
El primero que la ausencia
Juzgó con amor posible,
Y dispuso tantas penas!
Yo me parto, y mi partir
Tanto aqueste pecho aprieta,
Que como en bascas de muerte
El alma y cuerpo pelean.
¡Dios sabe, bella señora,
Si quedarme aquí quisiera,
Y dejar al mayoral
Que solo al pueblo se fuera!
He de obedecerle al fin,
Que me obliga mi nobleza,
Y aunque amor me desobliga,
Es fuerza que el honor venza.
«¡Ay triste mal de ausencia,
»Y quién podrá decir lo que me cuestas!»

(*Romancero general.* — It. Vega Carpio, *Obras sueltas.*)

1497.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Sobre la florida yerba
Sus fuertes brazos torciendo,
Sentado estaba Belardo
A la sombra de un almendro,
Que plantó á contemplacion
De un favorcillo lijero,
El primero que su Filis
Le dió burlando y fingiendo:
Y viendo el árbol ufano
Con flor tan verde y ameno,
Asido al grosero tronco
Dió un gran suspiro, diciendo:
—Arbol que fuistes testigo
Del bien primero y postrero
Que amor me dió en galardon
De los males que padezco,
Cuando te planté, vivia
Con solo un favor contento,
Y ahora cien mil desdenes
Combaten mi sufrimiento.
Con hoja, con flor, con fruto
En solo un año te veo,
Y Filis siempre en un sér
Me hace vivir muriendo.
Tú cuando marchito estás,
Porque te ha ofendido el hielo,
Al fin esperas verano;
Mas en mí todo es invierno.
Envidia me causa ver
Que un mismo curso de tiempo
De seco te vuelva verde,
Y á mí el mal de verde, seco.
Siete frutos has gozado,
Y yo há siete años que muero
Sin esperar uno solo
Que le dé á mi mal remedio.
Para que des fruto á Filis
Con mis lágrimas te riego;
Mas la ingrata te desdeña
Por no sentir lo que siento.
De tu flor y de mis ojos
Esconde su rostro bello,
De ti, porque no la acuses,
Y de mí, porque la quiero.
En señal que por mí vives,
Y yo lloro en llanto eterno,
Cuando Filis te mirare,
Da muestras de sentimiento.
Mas quizá se ofenderá
Si te dueles de tu dueño,
Que aun de milagros de amor
Se ofende un ingrato pecho.
Goza en paz de tu alegría
Agora que tienes tiempo,
Que si yo no la perdiera,
Mi mal tuviera remedio.

(*Romancero general.*)

1498.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Mirando una clara fuente
En las orillas del Tajo,
Sentado sobre la arena
Estaba el pastor Belardo.
Los cristalinos arroyos
Mira cómo van trepando
Por entre la juncia y flores,

Que tiene el ameno prado;
Y embelesado en mirar,
Al cabo de grande espacio
De su pastora se acuerda,
Y así dice suspirando:
—Ingrata pastora mia,
En cuyo pecho de mármol
Mora esta alma de contino,
Y morará siglos largos,
¿Cuándo llegará aquel dia
Que yo merezca tu lado,
Y que mis manos coronen
Tus bellas sienes de ramos?
«¡Ay del que amando
»Consume el tiempo y sus floridos años!»
¿Cuando permitirá el cielo
Que, sin recelos ni engaños,
Goce de la posesion
Que há tanto tiempo que aguardo?
Estos arroyuelos miro,
Cómo en los mas duros cantos
Hacen mella y mueven tierra,
Para asegurar su paso;
Y por el fin que pretenden
De su voluntad llevados,
Corren, saltan, vuelan, trepan,
Mil laberintos trazando.
¡Y tú, querida pastora,
Vas en mi amor tan despacio,
Que tras una pretension
Permites que ande diez años!
Mira cómo en tu servicio
Sin duda alguna he gastado
La juventud mas florida,
De tu belleza incitado.
«¡Ay del que amando
»Consume el tiempo y sus floridos años!»

(*Romancero general.*)

1499.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Por las riberas famosas
De las aguas del Jarama,
Junto del mesmo lugar
Que Tajo las acompaña,
Alegre sale Belardo
A recibir justa paga
De tantos años de amor,
Celos, temor y mudanza.
«¡Dichoso el pastor que alcanza
»Tan regalado fin de su esperanza!»
Vase á casar á su aldea
Con Filis su enamorada,
Que se la entrega su padre
Despues de tantas desgracias.
Contento lleva el villano,
Por los ojos muestra el alma,
Que al fin de tanta fortuna
Promete el cielo bonanza.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»
No va como suele á pié,
Ni lleva toscas abarcas
De pieles de lobo muerto
Tintas en sangre de vaca:
Zapatos lleva picados,
Media verde lagartada,
Botones de vidrio y fuego,
Porque se los dió su dama.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»
Va caballero brioso
En una yegua alazana;
La silla lleva de frisa,
Y de hiladillo la franja;
Sombrero nuevo de feria,
Capa de capilla larga,
Con un sayo verde escuro,
Agironado de grana.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»
Va mostrando en el vestido
Las esperanzas del alma,
Tan cerca ya de cumplirlas,
Como tardías y largas.
Guardadas lleva en el seno
De Filis todas las cartas,
Que si son obligaciones,
Quiere pagar y borrallas.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»
Llegó Belardo á la villa,
Y de su suegro á la casa;
Sale á tener el estribo
Miéntras de la yegua baja
Filis, abiertos los brazos:
Marido y señor le llama;
El señora y dulce esposa,
Besóla, y ella le abraza.
«¡Dichoso el pastor que alcanza
»Tan regalado fin de su esperanza!»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.—It. *Flor de varios y nuevos romances*, etc.—It. *Romancero general.*—It. VEGA CARPIO, *Obras sueltas.*)

1500.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

No tengas, dulce Belisa,
En poca cuenta á Belardo,
Por las abarcas que lleva,
Y porque viste de pardo;
Porque no lleva garzotas,
Ni va con puntas gallardo;
Porque no huella tu calle
Con un brioso caballo;
Porque no va guarecido
De pages ni de lacayos;
Porque no tiene riquezas,
Que pagan los hombres bravos.
Los bravos hombres, Belisa,
Déjalos para soldados,
Deja los que van de noche
Con mil Guzmanes armados;
Y las garzotas y puntas
Déjalas á cascos vanos,
Para fantasmas de bobos,
Y para duendes y trasgos.
Deja los caballos fieros
Para las guerras y bandos,
Porque aquesa tu deidad
Y aquesos tus verdes años
No piden gente de guerra,
Ni bienes de duendes vanos;
Mas piden solo un galan
Harto discreto y lozano,
Que tenga en mucho tus prendas
Y se precie de prendado;
Que tenga de tus mercedes
El pecho por relicario,
Donde las guarde y adore,
Y tenga en callarlo callos.
Piensa en esto, y mucho mas
En tratar con hombre llano.
Pero si quieres, Belisa,
Dejar tu cortijo y prado,
Y entregarte á los que viven
En los reales palacios,
Te cansarán sus riquezas,
Y aquel peso del brocado,
Pues por este vale mucho
Quien por sí no vale un clavo.
A las damas solicitan
A peso de sus ducados,
Comprándolas por dinero,
Como si compraran paño,
Sabiendo que una belleza
No tiene precio ni pago,
Y á dos dias que la gozan,
Dan luego de mano al plato

Buscándose nuevo gusto,
Quien nunca lo tuvo sano.
Pero Belardo, Belisa,
Camina por otro vado,
Que precia él ser tuyo mucho,
Por ser él pastor, y bajo,
Ni tener merecimiento
De estar en lugar tan alto.
Si le castigas y matas,
Ríndese como tu esclavo,
Mas si le halagas y miras
Con unos ojos humanos,
Hace fiesta del favor
Como cosa de milagro.
Adora tus ojos bellos,
Adora tus blancas manos,
Que por besallas revientan
Los señores titulados;
Pero tus manos, Belisa,
No son para labios falsos,
Que dan la paz con la boca,
Y tienen de dentro un diablo.
Nadie besallas merece
Sino tu solo Belardo,
Que para dejarte el pecho
Bien libre y desocupado
Ha pasado el corazon
De su lugar á los labios,
De do podrás conocer
No ser fingido su trato.

(*Romancero general.* — It. VEGA CARPIO, *Obras sueltas.*)

1501.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Llenos de lágrimas tristes
Tiene Belardo los ojos,
Porque le muestra Belisa
Graves los suyos hermosos:
Celos mortales han sido
La causa injusta de todo,
Y porque lo aprenda dice,
Con lágrimas y sollozos:
«El cielo me condene á eterno lloro,
»Si no aborrezco á Filis y te adoro.»
¡Mal haya el fingido amante
Lisonjero y mentiroso,
Que juzgó mi voluntad
Por la voz del vulgo loco;
Y á mí, necio, que dejé
Por el viejo lodo, el oro,
Y por lo que es propio mio
Lo que siempre fué de todos!
«El cielo, etc.»
Mis enemigos me venzan
En pleitos mas peligrosos,
Y mi amigo mas querido
Me levante un testimonio;
Jure falso contra mí,
Y el juez mas riguroso,
De mis enemigos sea
Del lado parcial devoto.
«El cielo, etc.»
Y jamas del claro Tajo
Vuelva á ver la orilla y soto,
Ni á ver enramar sus vides
Por los brazos de los olmos.
Enviuden las tortolillas
Viendo que gozas á otro;
Jamas tenga paz contigo,
Y siempre guerra con todos.
«El cielo, etc.»
Cubra el cielo castellano
Los mas encumbrados sotos,
Porque el ganado no pazca,
Y muerto lo coma el lobo;
Llévese el viento mi choza,
El agua falte á mis pozos,
El fuego abrase mi parva,
La tierra me trague solo.
«El cielo, etc.»

(*Romancero general.* — It. VEGA CARPIO, *Obras sueltas.*)

1502.

(*De Lope de Vega.*)

Enamorado y celoso,
Hechos sus dos ojos fuentes,
Un pastorcillo olvidado
Se quejaba tiernamente.
— Ingrata Belisa, dice,
¿Cómo es posible que puedes
Ser pedernal á mi fe,
Mostrando tantos desdenes?
¡Posible es que mis suspiros
Tu duro pecho no mueven,
Y que mis lágrimas tristes
En algo no te enternecen!
Confié que eras mujer;
Pero no, que las mujeres
Muy de ordinario se mudan,
Y en tí no hay mudable suerte.
Tanto el cielo me persigue,
Que porque no muera y pene,
Cuando mudable te busco,
Te hallo mas constante y fuerte.
No sé qué remedio busque,
Ni sé qué traza me ordene,
Pues lo mejor imagino
Será acabar con la muerte.—
Dijo, y volviéndose al Tajo,
Entre lágrimas que vierte,
Arroja un suspiro y dice,
Hablando de aquesta suerte:
«Deten, dorado Tajo, tu corriente,
»Serás testigo de mi mal presente;
»Pero no te detengas; corre aprisa,
»Da nuevas de mi mal á mi Belisa.»
— Sed testigos de mis males,
Arboles, plantas y peces,
Para que digais á voces
Mis desdichas inclementes.
¡Mas qué digo! ¡Con quién hablo,
Si hablo con quien no me entiende!
Pero sí, porque los brutos
Aun suelen compadecerse.
Que todo el tiempo lo muda
Tuve por cierto; engañéme,
Que há diez años que te sirvo,
Y estás mas fria que nieve.
Si acaso de dia te busco,
Huyes de mí por no verme,
Y si de noche te hablo,
Me respondes agriamente.
Cuando procuro agradarte,
Entónces mas me aborreces;
Y así el remedio que pido
Es solo que me des muerte. —
Esto dijo y se partió
Por entre las ramas verdes,
Quejándose de Belisa
Y hablando con agua y peces:
«Deten dorado Tajo tu corriente, etc.»

(*Romancero general.* — It. MADRIGAL, *Segunda parte del romancero general.* — It. VEGA CARPIO, *Obras sueltas.*)

1503.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

—«Cuando entendí que tenía
El fruto de mi esperanza
Seguro para gozalle

Confiado en tu palabra,
El nublado de tus ceños
Hizo tronar en mi alma,
Y abrasó flores y frutos
El rayo de tu mudanza.
Ya el pecho donde tuviste
Esta voluntad plantada
Produce, en vez de mil flores,
Yerbas secas y agostadas.
Dicen, Belisa, que el tiempo
Es el médico que sana;
¡Pero no lo ha sido el mio,
Pues por curarme me mata!
Tus ojos, pastora, son
Los que me dieron fianza
De mis glorias, y estos mesmos
Me dan agora tal paga.
Yo tengo la culpa d'ello,
Aunque tú fuiste la causa;
Y es bien que tenga la pena
Quien se pone en confianza.
No me quejo de tu olvido,
Que no olvida quien bien ama;
Pero pudiera quejarme
De tus ojos, que me engañan.
Bien sabes por qué lo digo,
Y con que lo sepas basta,
Qu'en otra parte habrás visto
Las razones que aquí faltan.»—
Esto Celindo escribia
En el tronco de una haya
Do recibe el sacro Tajo
En los brazos á Jarama.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte.— Il. *Romancero general*.— Il. VEGA CARPIO, *Obras sueltas*.)

1504.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Mirando está de Sagunto
Las reliquias asoladas
El pastor de Galatea,
Nuevo ejemplo de desgracias;
Y contemplando las torres
Que un tiempo soberbias y altas
Dieron asalto á las nubes,
Así llorando cantaba:
«Nunca el castigo tarda
»A quien el tiempo avisa y no se aguarda.»
«¡Oh sagrados edificios,
Retratos de mi esperanza,
Espejos donde se ven
Las humanas confianzas!
Puestos estais por el suelo,
Y con la sangre africana
Salpicados los cimientos
En fe de vuestra venganza.»
«Nunca el castigo tarda, etc.»
«¡Ejemplo sois de fortuna,
Porque su rueda voltaria
No atropella las caidas,
Sino las mas levantadas!
Desengaños de la vida
Que sin hablarme palabra,
Con voces mudas y tristes
Estáis diciendo á mi alma:
«Nunca el castigo, etc.»
«Y vuestros dichosos dueños,
Que del pecho á las espaldas
Cayeron atravesados
Sobre su sangre y sus armas,
La fama los eterniza,
Porque heridas tan honradas
Vivirán sobre los años
A pesar de sus mudanzas.
«Nunca el castigo, etc.»
«¡Así os viera, cual os veo,
Aquella adorada ingrata,
Despreciadora de leyes
Y de homenajes falsaria,
Para que en vuestras desdichas,
Medrosa y escarmentada,
Gozara el cabello de oro
Y las rosas de la cara.»
«Nunca el castigo, etc.»

(*Romancero general*. — Il. VEGA CARPIO, *Obras sueltas*.)

1505.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Enfrente de la cabaña
De la divina Amarílis,
Pastora de tiernos años
Y de pensamientos libres;
Mas gallarda y mas hermosa
Qu'el alba cuando se rie,
Y que las perlas que llora
Sobre rosas y jazmines;
Mas qu'el sol recien nacido
Entre dorados matices;
Mas que la diosa á quien llevan
Las palomas ó los cisnes,
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive:
Generoso para todos,
Para Amarílis humilde;
Altivo de pensamientos
Que le fuerzan que al sol mire,
Y encogido de esperanzas
Que las alas le derriten.
Adorando está las rejas
De aquellos rayos eclipse,
Que como están entre hierros,
No la luz, la fuerza impiden.
No hay pintada mariposa,
Que mas á la luz se incline
Dando tornos á su fuego,
Que Fabio á su cielo asiste.
Vese perdido al ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque él piensa que lo está
Como la contemple y mire.
No sabe cuándo anochece
Aunque el sol se ponga y quite,
Que solo tiene por dia
Cuando amanece Amarílis.
Allí los pasa elevado,
Que como en ella imagine,
No hay interes que le mueva,
Ni cuidados que le obliguen.
No le sirven sus pastores
Despues que á Amarílis sirve;
Que no piensan que aquel cuerpo
Alma tiene que le anime.
Mira los álamos blancos
Abrazados de las vides,
Porque la desconfianza
No hay estado que no envidie;
Y dando entre tierno llanto
Suspiros del alma, dice:
—«¡Ay! que así está mi pastora
»Entre los brazos de Tirse.»
Torna á llorar con mas fuerza,
Y la ribera repite:
—«Tirse, Amarílis y Fabio;
»Tirse alegre, y Fabio triste.»
—Humilde soy para ti,
El tierno pastor prosigue;
Pero si es riqueza el alma,
Pastora, el alma me pide.
Tú eres perlas, tú eres oro,
Tú diamantes, tú rubíes:
Quien no te sirve con alma,
Mas te ofende que te sirve.
Yo miéntras rijo este cuerpo,

Si no eres tú quien le rige,
Alma te doy, si eres cielo
Razon es que el alma estimes.—
Dijo, y en un olmo verde
Estas palabras escribe:
« Cuanto Amarilis es bella,
» Es Fabio en amarla firme.»

(Vega Carpio, *Obras sueltas.*)

1306.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Selvas y bosques de amor,
En cuyos olmos y fresnos
Aun viven dulces memorias
Del pastor antiguo vuestro:
Por lo que os tengo obligado,
Os pido que estéis atentos
A mis quejas, y veréis
Cuán dulcemente me quejo.
Oid de vuestro pastor
En este nuevo instrumento,
Mas lágrimas que razones
Y mas suspiros que versos.
Sabed que vengo perdido...
¿Perdido os he dicho? ¡miento!
Que ninguno se ha ganado
Tan bien como yo me pierdo.
Ganado vengo y perdido,
Que por tan alto sugeto,
Gano, perdiendo la vida,
La gloria de mis deseos.
En fin, selvas amorosas,
Yo vengo muerto y contento:
Muerto de amor de unos ojos,
Contento de verme en ellos;
Quererlos me cuesta el alma,
Y con vivir, si los veo,
Para mirarlos, mil veces
Me ha faltado atrevimiento.
No han sido conmigo ingratos;
Piadosamente me dieron
Ocasion para perderme;
Mi daño les agradezco.
He llegado á tal estado
Entre esperanzas y miedos,
Que, con saber que me matan,
No puedo vivir sin ellos.
Cosas que se tratan mucho
Suelen estimarse en ménos,
Y yo miéntras mas los trato
Mas los estimo y venero.
En los campos de mi aldea
Les digo tantos requiebros,
Que he visto parar las aguas,
Callar las aves y el viento;
Mas si en mí pone sus ojos,
Quedo mas mudo y suspenso
Que á media noche las fuentes
En las prisiones de hielo.
A tanto amor he llegado,
Que muchas veces que tengo
Tiempo de ganar sus luces,
Pierdo temeroso el tiempo.
Cuando ménos los amaba
Era mas mi atrevimiento:
Ahora que mas los amo
Es mi atrevimiento ménos;
Mas os juro, verdes selvas,
Que quiero yo mas por ellos
Estas penas, que las glorias
De cuantos el cielo ha hecho.
Verdad es que entre las mias
Celos me quitan el seso,
Porque no hay renta de amor
Sin pagar pension de celos.
No solo de los pastores
Que la miran cerca ó léjos;
Mas de cuantas cosas mira,
De celos me abraso y muero.
De mí mismo alguna vez
Me ha acontecido tenerlos,
Porque pienso que soy otro
Si la agradan mis deseos.
Cuando sale de su aldea
La voy mirando y siguiendo,
Que lleva en sus piés mis ojos,
Y el alma en su pensamiento.
Con estas celosas ansias
La sigo, rogando al cielo
Que cuantos pastores vea
Sean groseros y feos.
Selvas, lastimaos de mí;
Mas no, que cierto os prometo
Que solo en verla me paga
Cuanto por ella padezco.

(*Primavera y flor de los mejores romances.* — Id. Vega Carpio, *Obras sueltas.*)

1307.

(*De Bernardo de la Vega.*)

Despues que por varios casos
Dejó Lorino su aldea,
Porque en lugar de su gloria
Entre el rigor de la pena,
Llegó donde un arroyuelo
Lirios olorosos riega,
Cuya fragancia el favonio
A sitios lejanos lleva;
Donde en el agua las flores
Bordan una rica tela
De aquel color de los cielos,
Pues se conoce por ella.
Si quieren gloria las almas
Vayan y vístanse d'esta,
O vean á su Marfisa,
Que todo se goza en ella.
En el cristalino arroyo,
Cuyo murmullo deleita,
Lorino su rostro y manos
De industria un rato refresca,
Por ver si el fuego amoroso
Su gloria aplacar pudiera:
Cosa qu'es tan imposible
Como faltar su firmeza.
Haciendo donaire y risa,
Dice el pastor: — En la tierra
Para mí no hay bien ni gloria,
Si no está Marfisa en ella.—
Y dando la vista al cielo,
Porque á falta le entretenga,
Pues es cierto qu'en él goza
Algo de lo mucho d'ella;
Y bajándola Lorino,
Vió una levantada peña,
Que de los Enamorados
La llama el mundo y celebra.
Notando en ello los fines
De su amorosa tragedia,
Dijo: — ¡Felices amantes,
Felice fué vuestra estrella,
Pues entrambos acabastes
El uno de otro en presencia,
Siendo vida vuestra muerte
Opuesta á la que me espera!
Yo solo fui desdichado,
Pues mi desventura ordena
Que muera, por mas rigor,
De muerte de mal de ausencia.—
Y haciendo son la corriente
Que da de una en otra piedra,
Con sus lágrimas ardientes
El frio instrumento templa;
Y haciendo qu'el compas lleven
Las qu'el raudo curso lleva,

Canta, porque dos extremos
En un sugeto se vean:

Villancico.

«Ya he sabido que es la muerte
»Dejar, Marfisa, de verte.»
Ya sé qu'el amor condena
A padecer la memoria,
Pues el vacío de gloria
Ocupa el rigor de pena.
¿Cómo podré en tierra ajena
Vivir, siendo dolor fuerte
»Dejar, Marfisa, de verte?
Dar remedio al mal que siento
No podrá el sol ni la luna,
Ni hacer mas daño fortuna,
Ni dar amor mas tormento,
Ni hacer yo mas sentimiento;
Pues siento mas que la muerte
»Dejar, Marfisa, de verte.»

(VEGA, *El pastor de Iberia*, etc.)

1508.

(De Don Luis de Góngora.)

Guarda corderos, zagala,
Zagala, no guardes fe,
Que quien te hizo pastora
No te excusó de mujer.
La pureza del armiño,
Que tan celebrada es,
Vistela con el pellico
Y desnúdala con él.
Deja á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez,
A pesar de su dureza,
Obedecen al cincel.
Resiste al viento la encina,
Mas con el villano pié;
Que con las hojas corteses
A cualquier céfiro crée.
Aquella hermosa vid
Que abrazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Tálamo hizo segundo
Los ramos de aquel cipres.
No para una abeja sola
Sus hojas guarda el clavel;
Beben otras el aljófar
Que guarda su rosicler.
El cristal de aquel arroyo,
Ilmudosamente fiel,
Niega al ausente su imágen
Hasta que le vuelve á ver.
La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Vénus, que,
Poblando d'ellas sus alas,
Viste sus flechas tambien.
No pues tu libre albedrío
Lo tiranice intereses,
Ni amor, que de singular
Tiene mas que no de fiel.
Sacude preciosos yugos;
Coyundas de oro no dén,
Sino cordones de lana,
Al suelto cabello ley.
Mal hayas tú, si constante
Mirares al sol; y quien
Tan águila fuere en esto
Dos veces mal haya, y tres.
Mal hayas tú, si mirases
En lasciva candidez
Las aves de la deidad
Que primero espuma fué,
Solicitando prolija
La ingratitud de un doncel;
Ninfa de las selvas ya
Vocal sombra vino á ser.
Si quieres pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

(GÓNGORA, *Obras.*)

1509.

(De Juan de Salinas.)

Elicio, un pobre pastor,
Ausente de Galatea,
Dulce prenda de su alma,
A quien deja el alma en prendas;
Cuya perfeccion adora,
Cuyo nombre reverencia,
Por quien vive y por quien muere,
De cuyo esclavo se precia;
Sobre un cayado, de pechos,
Cortado de su paciencia
Para golpes de fortuna,
Y para sufrir de prueba;
Al hombro un zurron colgado
De temores y sospechas,
Que en destierro semejante
Es la carga que mas pesa;
Una honda con que arroja
Del hondo pecho las quejas,
Que sin piedad descomponen
Los corazones de piedra;
A sombra de su cayado,
Si dan sombra las tinieblas
En que pone á un alma triste
La escura noche de ausencia;
Orilla del mar profundo
De sus congojas inmensas,
Que le alborotan suspiros
Y lágrimas le acrecientan;
Guardando mal de su grado
Un gran rebaño de penas,
Hecha la imaginacion,
Para que todo le ofenda,
Un cáos de memorias tristes,
Una confusion inmensa;
Vueltos los ausentes ojos
A la venturosa tierra
Adonde tiene su dama
Y sus pensamientos deja;
Al desapacible son
De las ardientes centellas
Que por los aires se esparcen,
De esta suerte se lamenta:
—Fortuna, no desesperes,
Que si en mi muerte te vengas,
Morirá por fuerza presto
Quien vive ausente por fuerza;
Pues no merece sepulcro
Quien muriendo desespera,
Ni amigos que le acompañen,
Ni antorchas, luto ni exequias.
Basta por lumbre mi fuego,
Y por bronce mi firmeza,
Mis tristes ansias por luto,
Por funeral mis endechas.
Solo pido que en memoria
De mi rabiosa dolencia,
Y de estas lágrimas tristes
Que del placer desesperan,
Quede aquí por simulacro
Una fuente de ellas hecha,
Una fuente de alabastro
Que de contínuo las vierta;
Y podrá bien empinarse
A las encumbradas sierras
Por el peso de la altura
Que alcanza el origen de ella:

Sirva el agua de remedio
Para deshelar tibiezas
Y curar ingratitudes
Donde quiera que las vean;
Y en la virtud milagrosa
De sus efectos se vea
La fe con que murió Elicio
Ausente de Galatea.

(*Códice de poesías de Salinas.*— It. *Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.—It. *Flor de varios y nuevos romances*.— It. *Romancero general*.)

1510.

(*De Juan de Salinas.*)

Galatea, gloria y honra
Del Tajo y de nuestro siglo,
Atormentada y celosa
Con penas, y sin Elicio;
De mal de ausencia á la muerte,
Con calentura y sin frio,
Ronco y levantado el pecho
De quejas y de suspiros;
Vueltos los hermosos ojos
En dos caudalosos rios;
El color de su ventura
Mas que la cera amarillo;
Con crecimiento de fuego
Y sed de su bien perdido,
De si mesma es el verdugo,
Y en la memoria da tilos
A los rabiosos tormentos
Que la sirven de cuchillo.
Sin pulso las esperanzas,
El sufrimiento en un hilo;
Para manjares del alma
Estragado el apetito,
Que sin la salsa que falta
Todos le causan hastío,
Está vivo por milagro,
Pero muerto mas que vivo;
Que su mal el primer dia
Es tan mortal como el quinto.
Tiene fe le dará vida
Un trago solo de vino,
Pues solo el trago de «fuése»
La tiene en tanto peligro;
Y con ser médico el tiempo
De dolores peregrinos,
No le permite, y alarga
La cura como enemigo;
Qu'él no receta jamas
Sino infusiones de olvido,
Qu'en poco nobles sugetos
Obran presto y dan alivio;
Mas en pechos delicados,
Tiernos de amor y rendidos,
Ni aun por la vida no sufren
Tan groseros bebedizos;
Y quiere mas Galatea
Dar la suya en sacrificio,
Que ver por tan mal remedio
De su salud el principio.
Desecha entretenimientos
De consuelo y regocijo;
Solo el eco busca y llama,
Porque dobla sus gemidos.
—Oye mis querellas, dice:
¿Dónde estás, Elicio mio?
¿Cómo, crüel, no respondes
Cuando tu nombre repito?
Si es que el viento no lleva
Mis voces á tus oidos,
No lleve tu fe jurada
Ni mi esperanza consigo.
Por espia va mi alma,
Y no de balde la envio,
Pues me deja en este infierno
Por gozar su paraíso.
No trates pues de ofenderme,
Siquiera por el testigo;
Que le creerán fácilmente,
En mi desdicha, su dicho.
Esto te suplico solo:
¡Mira si al amor me humillo!
Que con ser tiempo de mandas,
No mando, sino suplico.—

(*Códice de poesías de Salinas.*— It. *Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances*, 1.ª parte.— It. *Romancero general*.)

1511.

(*De Don García de Porras.*)

¿No me conoceis, serranos?
Yo soy el pastor de Filis,
Cera á su pecho de acero,
Esclavo á sus ojos libres.
Huésped en vuestras riberas,
Oponer de amor me visteis
A las armas vencedoras
Resistencias invencibles;
Mas ¡ay! ya muero, serranos:
¡Ay, amor, ya me venciste!
Los incendios de mis hielos
Tus poderes acrediten.
Para matarme, tus ojos,
Filis, el amor elige;
Que á mayores vencimientos
Bastan los rayos que visten,
A cuyo imperio suave,
A cuya fuerza apacible
No hay libertad que exceptúe
Ni hay exencion que se libre.
A tu beldad las beldades
Reconocidas se rinden,
Desde las que el Bétis beben
Hasta los que el Gánges viven,
Cuyo nombre holgada, ufano,
Gloria le da mas felice
Que sus arenas al Tajo,
Que sus imperios al Tiber.
En tu alabanza mi afecto
Entre efectos imposibles
Epiciclos fatigara;
Mas temo que espumas pise.
Retirase pues cobarde,
Y tanta empresa remite,
O de un águila á los vuelos,
O á los acentos de un cisne;
Que una voz ronca no puede,
Ni puede una pluma humilde
Alabarte, pues te ultraja
Quien se atreve á describirte.
Mis deseos igualmente
Que por divina te admiten,
Como á deidad te veneran
Y como á deidad te piden:
Así pues, el tiempo nunca
En ti con mudanza triste
Las rosas quite del rostro
Ni á tu cuello los jazmines;
Y la primavera hermosa
Que en tus mejillas asiste,
En siempre floridos mayos
Goce perpetuos abriles:
Que admitas unos deseos,
Que una voluntad estimes,
Como atrevida en quererte
Acordada en elegirte.
Si tienes dueño, á tu dueño
Te hurta, mi mal te obligue,
Para que mi ardor aplaques,
Nieve que á mi cuello apliques.
Yo vi que hurtados á un muro
A que pudieron asirse,

Le repartieron abrazos
A un árbol unos jazmines.
Tú verás que á mis deseos
Solicitan persuadirse
Yedra que dos olmos trepa;
Vid que dos álamos ciñe.
Prisiones rompe de carne
Avaramente sutiles
El clavel, y fuera d'ellas
Con púrpura el aire tiñen.
Pues te incitan sus ejemplos,
Filis, sus ejemplos signe;
Que si tú mi amor retornas
Cierto estoy que amor me envidie.—

(Alfay, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1512.

(*Anónimo.*)

En un alto montecillo
Qu'está entre dos cipreses,
Hincado el codo en el suelo
Y sobre el puño las sienes,
Belardo mira los ramos
Qu'están con las hojas verdes,
Y cuál crecen en el campo
Las aprovechadas mieses:
Ve cómo las frescas rosas,
Abiertas al sol, ofrecen
Los perfumados capullos
Dignos qu'el sol los abriese;
Ve cómo los arbolicos
Pequeños con fuerza crecen,
Y ve cuál la amiga yedra
Los estrecha, abraza y tuerce.
Acuérdasele de Filis,
Y viendo que le aborrece,
No puede disimular
Lo qu'en el alma le escuece
El dolor del corazon;
Arroja palabras fuertes,
Y dice contra su Filis,
Como si delante fuese:
—En todo nace virtud;
Pero en ti, falsa, descrece,
Como si fuera la tierra
En que vives, diferente.
Dejas la fe de Belardo
Por ver que mas reverdece
En tu pecho la que puso
Otro que mas agradeces,
Y dejas secar la tuya,
Con muestras que no merece
La que de tu parte obliga
Que mas verde la tuvieses.—

(*Flor de varios y nuevos romances*, etc.)

1513.

(*Anónimo.*)

Era la noche mas triste
Que tuviera el triste invierno,
La mas oscura y cerrada
Que pudo mostrar el cielo,
Cuando á los sauces y alisos
Los cubre el tupido hielo,
Y á los corrientes arroyos
Vuelven carámbanos secos,
Y los humildes ganados,
Temiendo el rigor de enero,
Defendiendo los vellones
Las inclemencias del cielo;
Cuando los rústicos colman
Sus chozas, casas y aperos
De los humosos tizones
De fresnos, pinos y enebros;
Y cuando el frio corrompe
Y vence los aires negros,
Y que de turbias borrascas
Se humedece todo el suelo;
Y cuando en los solitarios
Valles se lastima el hecho,
Y la flor del lindo Adónis
Marchita la vuelve el tiempo;
Sentado en la fria escarcha
De un risco y peinado seto,
Perseguido de disgustos
Pradelo canta estos versos:

Endechas del fin del romance.

«Contentos pasados,
»Idos y dejadme,
»Pues venis á darme
»Tormentos doblados.
»Idos, pensamientos,
»Dejad ya memorias,
»Pues que vuestras glorias
»Se las llevó el viento.
»Dejá el bien ausente,
»No os acordeis d'él,
»Pues sentis por él
»Todo el mal presente.»
Y diciendo estas endechas
De sus desdenes y celos,
Dió fin, dándole á la vida,
En el solitario yermo.

(*Flor de varios y nuevos romances*, etc.)

1514.

(*Anónimo.*)

De tus cabellos, ingrata,
Aunque los gané por fuerza,
Así se enlazó mi alma
Como si tú me la dieras.
¿Imaginabas, señora,
Que tu dorada madeja
De su valor perderia
Si yo adorase sus hebras?
La mañana de San Juan,
Cuando se cogen las yerbas,
Te vi de verde en la villa,
Que fué esperanza de quejas.
Desviéme de tus ojos,
Y temiendo mas tu ausencia,
Mis deseos me tornaron
A tu prision y á mis penas.
Casada dama hermosa,
Pues en tu memoria quema
Amor con las brasas suyas
Mis tormentos por ofrenda;
Si de Riselo el humilde
La rica fe no desdeñas,
Vuelve y mira tus crueldades
Vencidas de mi paciencia.
No pido que de tu alma
Me des cualesquiera prendas;
Que las que tengo recibas,
Eso mi alma te ruega.

Romancillo del fin.

¿Mas yo por qué quiero
Meterme en dibujos,
Ni sufrir, casada,
Los desprecios tuyos?
¿Por qué he de ser necio,
Como lo son muchos,
En buscar requiebros
De un año de curso?
Ya el amor hidalgo
Se volvió en tributo;
Cuidados se compran,
Véndense descuidos.
La malicia grave
Que reina en el mundo,
Enseña á los hombres

A vivir al uso.
No soy yo, señora,
Tan blanco y tan rubio,
Que por lindo pueda
Pretender tu hulto;
Ni por ricos dones,
Que son fuertes chuzos,
Porque á Dios del cielo
Son todos mis juros.
Eres arrogante;
Mirarás en puntos,
Si en verte me alegro,
O si me demudo.
Querras que mil noches,
Mojado ó enjuto,
Tus rejas me hablen,
Que son hierros duros;
Que silbe tres veces,
Mostrando que acudo
Al incierto plazo
A que amor me trujo;
Y al darme recaudo
O billete alguno,
Llueva tu fregona
Y yo quede sucio;
Que á tu dueña compre
Antojos y junco,
Porque vuelva humano
Ese pecho turco;
Que vaya á la iglesia,
Y quede sin pulsos
Al ver que te hablan
Don Sancho y Don Hugo;
Que mis coplas sean
Novelas de Cuzco,
Flores de esperanza,
Y de olvidos fruto.
Mejor me parece
Que mis altos humos
Perfumen las aras
Y estampas del vulgo,
Que con pecho bronco
Y lenguaje bruto
Sea yo el tercero
De treinta segundos.
Con descarte de otros
Jugaré mi escudo.
Entren en baraja
Octavios y Julios:
Madrugue mi dama
Como yo madrugo;
Y en siendo de noche,
Cace como buho.
Viva el desengaño,
Pues con él me purgo
De agravios patentes
Y celos confusos.
Y tú, mas altiva
Que palma de puño,
Vuélvete á tu trono,
Y adios, que me mudo.
Contra desdichados
Todo corre turbio;
Lo fácil me valga,
Pues lo fácil busco.

(*Romancero general.*)

1515.

(*Anónimo.*)

De la arrugada corteza
De una haya, borraba Filis
Su propio nombre, y abajo
Olvido pone, y escribe:
—Yo solo pongo la mano,
Que tú la ocasion pusiste;
Desden y olvidos te borran;
Muera Filis, pues no vive.
Hoy, hombre, te desempeño
De la deuda en que estuviste:
Quitóte Albano del alma,
No es mucho que yo te quite.
Mas fiel eres, verde haya,
Que aquella mano que viste
En este tosco papel
Escribir mi nombre triste.
En ti pareció mi nombre,
Y en Albano fué invisible;
Eres haya, y de mi alma
Adivino agüero fuiste.
Vuelve tu corriente luego,
Tajo, atras, que asi dijiste:
«Atras volverá sus aguas
»Primero que yo te olvide.»
¿Por qué tantas esperanzas,
Albano, al viento esparciste?
De caballero te precias,
¡Pero villano anduviste!
De la que engañas me pesa,
Si fe y palabra le diste:
Haz, amor, que con olvido
Tan villana fe castigues.
¿Qué tigres te dieron leche?
Que ese rigor es de tigres:
A aquel Ulises pareces,
Que engaño tal es de Ulises.
Mayores cosas emprende;
Que aquesos hechos civiles,
Y engañar á una mujer
No son hazañas de Aquiles.
A Dido parezco yo,
Tú al cruel hijo de Anquises;
Que si ella hospedó al troyano,
Huésped del alma te hice.
Dejóle en prendas la espada,
Tú dejas memorias tristes:
Huyó por el mar Enéas,
Tú con mi esperanza huiste.—

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — II. *Romancero general.*)

1516.

(*Anónimo.*)

En una famosa playa
Que está á vista de Pisuerga
En el valle que sus ondas
Adornan, ciñen y riegan,
De una parte el ancho rio,
De otra la ribera amena,
A quien mil hojosos olmos
Abrazan, labran y cercan;
Lavan sus troncos, arroyos
Que descienden de una sierra,
Como trozos de cristal
Entre la menuda yerba;
Pues en este sitio habitan,
Volviendo cielo su tierra,
Copia de ninfas hermosas
Consagradas á Minerva;
Llegóse un solemne dia,
Para el valle alegre fiesta,
En que estas vírgenes juntas
Al divino Pan celebran.
Vienen las gentes al templo
De las cercanas aldeas,
Y de las vírgenes voces
Los ecos dulces resuenan,
Que con varios instrumentos,
En iguales coros puestas,
Privan de dioses al cielo
Y de faunos á las selvas.
Cuando el rojo Apolo sube
Casi en medio de su esfera,
Haciendo los verdes ramos
Al suelo mil sombras bellas,

Por la parte donde bañan
Mas corrientes las praderas,
Batiendo los flacos remos,
Llegó á la playa desierta
Aurelio, pastor que un tiempo
Celebró el nombre de Celia;
Aunque ya á Gelasia tiene
Por libertad de sus penas,
Ninfa de estas consagradas,
A quien las demas respetan
Por ser hermosa en extremo
Como en extremo discreta.
Finge que va al sacrificio
El pastor, y es solo á vella;
Porque de adoralla vive,
Aunque ningun premio espera.
Ligada á un pequeño tronco
La pequeña barca deja,
Y con presurosos pasos
Al hermoso templo llega,
Al tiempo que su Gelasia
La voz á un arpa concierta,
Mezclando las blancas manos
En las sonorosas cuerdas.
Tan suavemente canta,
Que tras sus acentos lleva
A quien la oye los sentidos,
Y el alma á quien la desea.
Detiene su curso el rio,
Pára Apolo su carrera;
Que aunque hay en el cielo voces
Esta lo trae á la tierra.
Está suspenso el pastor,
Ni sabe si duerme ó vela;
Y no es mucho; que á los dioses
Suspende, admira y eleva:
Hasta que dejando el arpa,
De cantar la ninfa deja
Unos versos que su Aurelio
Compuso para las fiestas;
El cual volviendo en su acuerdo,
Los ojos puestos en ella,
Dice con la voz del alma
Lo que en el alma contempla.
—Gelasia, divina esposa,
Extremo fiel de belleza,
Relicario de mis gustos,
Oráculo de mis penas,
Nacida para mi gloria
Y por fin de mis querellas,
Muestra, do mostró el que puede
Alivio al poder que encierra.
Si como tienes memoria
De mis venturosas prendas,
Pues con tu voz las publicas,
De mí mesmo la tuvieras;
Si de mí no te olvidases
Como no te olvidas de ellas;
Si te acordases del árbol
Como del fruto te acuerdas;
Si el guardallas en el pecho,
A quien todo el mundo pecha,
No es mas porque son ya tuyas,
Que porque van de mi letra;
Si como á ellas las estimas
A mí me estimas y precias,
¿Qué bien puede darme el hado
A quien este bien no exceda?
Mas tente, mi pensamiento,
Que es demasiada soberbia
Querer llegar con tus alas
Do ningun humano llega.
Básteme por paga justa
El ver, mi Gelasia bella,
Celebrar con voz del cielo
Cosas que no son de tierra.
Con esta vivo contento
En mis penosas tormentas,
Si las que son por servirte
Se pudieran llamar penas.—
Dijo, y la Sacerdotisa
Echando la gente fuera,
Acabado el sacrificio,
Cerró del templo las puertas.
Prosigue su curso el rio,
Vuelve Apolo á su carrera,
Las ninfas á sus estancias,
Y él á su barca lijera.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte.—It. *Romancero general.*)

1317.

(*Anónimo.*)

Corrientes aguas del Tórmes,
Blanca arena celebrada,
Verdes floridas riberas,
Frescas fuentes de agua clara,
Adonde el blanco alhelí
Y la violeta morada,
Rosas, lirios, madreselva,
Mil varias yerbas esmaltan;
Bajos coposos alisos,
Tarayes, juncos y parras,
Sauces, álamos y fresnos
Apacibles sombras causan;
Y las aves vocingleras
Con suave tono cantan
La fama que haceis al Bétis
Y cuanto el gran Tíber baña:
Para mis ovejas fuisteis
Licor que su sed mataba,
Pasto sabroso las yerbas
Que os cercan y os acompañan.
Recreábame con veros,
Y alegremente os gozaba;
Pasaba mi alegre vida
Con Filis, pastora ingrata,
Que por matarme me quiso
Un tiempo sin haber causa;
Y agora que yo la tengo,
Como mujer me desama;
Que son contrarias al uso
De razon, porque les falta;
Que si esta se hallara en todas,
Muy justo fuera adorallas.

(*Romancero general.*—It. *Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1318.

(*Anónimo.*)

De yerbas los altos montes,
De mieses los campos llanos,
Para ti se visten, Filis,
Y se desnudan cada año.
Los valles en el invierno,
Las cumbres en el verano,
Como si fueran de nieve
Blanquean con tus rebaños.
Nunca el sol mudó de cara
Siendo con su fuerza ingrato;
Ni hubo mes que no te fuese
Riquísimo tributario,
Hasta que los aires libres,
Hasta que los valles bajos,
Obedecieron tus gustos,
Las aves y los pescados:
Jamas volviste los ojos
Sin hallar anticipados
De tus públicos deseos
Los fines adivinados;
Y aun las palabras que dices
Sin fundamento y acaso,
Las interpretan y guardan
Como leyes, con cuidado.

Mil flores, que no se vieran
Jamas juntas en un prado,
En tus guirnaldas se vieron
Mezclando colores varios,
Y cuando el tiempo las quita,
Las da la curiosa mano,
Haciendo á naturaleza
Artificiosos engaños.

(*Romancero general.*)

1519.

(*Anónimo.*)

Cantuesos y tomillos
Hacen de mezcla un capote,
Guarnecido de retama,
A las espaldas de un monte,
Donde Lisardo solia
Llamar de su dama el nombre,
Y el mesmo viento á sus quejas,
Y el mesmo viento á sus voces:
Estando pues una tarde
Rico de esperanzas pobres,
Dando suspiros al viento,
Y al monte quejas disformes,
A Belardo vió subido
Sobre un álamo del bosque,
Qu'el pié del monte tenia
Como guirnaldas de flores;
Y que de dos tortolillas
Un nido el villano coge,
Para dárselo á su Filis
Que le aguarda al pié del monte.
Vió que bajando del árbol,
El nido en sus mano pone,
Diciéndole: — Esposa mia,
Con otros tantos te goces. —
De todos los pajarillos
Filis el mas bello escoge,
Y regalándole el pico,
Le besa y le dice amores.
Los padres al rededor
Por sus hijos daban voces;
Lisardo, en viéndolo, dice,
Movido de envidia noble:
— Acuérdome yo, Belardo,
Qu'en el soto de la torre,
A dos tórtolas un dia
Echaste del nido á golpes;
Pero como agora tienes
La compañía que goces,
Hasta los hijos ajenos
Buscas, regalas y acoges. —
Oyendo la voz Belardo:
— Era otro tiempo, responde;
Que como el tiempo se muda,
Se mudan tambien los hombres —

(*Romancero general.*)

1520.

(*Anónimo.*)

Olvidada del suceso
Del engañado Narciso,
Mirando está en una fuente
Filis su rostro divino;
El negro cabello suelto
Al aire vano esparcido,
Ceñida la blanca frente
Con un liston amarillo.
Mira los hermosos ojos,
Y el labio en sangre teñido,
De los cristalinos dientes
Adornado y ofendido.
No se mira el bello rostro
Por presuncion que ha tenido,
Mas porque le mueve á ello
El desprecio de su amigo.
Hála dejado el cruel,
Sin haberlo merecido;
Porque vale ménos qu'ella,
Y es d'ella ménos querido.
Parecióle que enturbiaba,
Con las perlas que ha vertido,
Las corrientes amorosas,
Y sollozando les dijo:

Cantar.

—«Turbias van las aguas, madre,
»Turbias van,
»Mas ellas aclararán» —
Si el agua de mi alegría
Enturbia la de mis ojos,
Y le ofrece mis despojos
El alma en mi fantasía,
Sospechas son que algun dia
Tiempo y amor desharán:
«Turbias van, etc.»
Si fatiga el pensamiento,
Y si enturbia la memoria
Juntar la pasada gloria
Con el presente tormento;
Si esparcidos por el viento
Mis tristes suspiros van:
«Turbias van las aguas, etc.»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances*, etc. — It. *Romancero general.*)

1521.

(*Anónimo.*)

Al tiempo que el alba bella
Corre del oriente claro
Las cortinas, dando al suelo
Clara luz y sol dorado;
Con desengaños y quejas,
Entretenido y burlado,
Llorando memorias tristes
De sus bienes malogrados;
Mirando las claras ondas
Del hondo y corriente Tajo,
Cómo van y cómo vienen,
Ya de prisa, ya despacio,
Estaba el pastor Riselo
De su Risela olvidado:
Cosa que fuera imposible,
A no ser él desdichado.
La melena al rodapelo,
El rostro doliente y flaco,
Y en vez de su sayo el verde,
Un pellico negro y basto;
Luto miserable y triste
Para el triste cabo de año,
De sus bienes que murieron,
Porque viven sus cuidados.
Sacó del zurron lanudo
De su Risela un retrato,
Entre unos cabellos de oro
Escogidos de su mano;
Y en un papel por memoria,
Como estándolos cortando,
Le dijo: — Riselo mio,
Tuyos son, corta otros tantos. —
Pero como no es posible
Que en amor quepan agravios,
Tras mil ayes y suspiros,
Cantó mirando el retrato:

Villancico.

«Cuando mas léjos de tí,
»Más contigo, y más sin mí»
Cuanto mas das en dejarme
Olvidarte y olvidarme,
Doy, señora, en no trocarme,

Y vivir como viví,
«Más contigo, y más sin mí.»
Contemplo la hermosura
De tu divina figura,
Y lloro con desventura
La ventura que perdí,
«Más contigo, y más sin mí.»

Sigue el romance.

Tras estas ternezas dulces
Dijo : —¡Triste del cuitado
Que de su consuelo vive,
Y adora un muerto traslado! —
Volvió, envuelto en los cabellos,
A su zurron el retrato,
Y corrido de sí mismo,
Se fué por el soto abajo.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances.*— It. *Romancero general.*)

1522.

(*Anónimo* [1].)

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo;
Quiero decir, una cueva
Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando
Que el pecho de hielo quema.
Oyese dentro un ruido,
Como crujir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quiebras,
Mil víboras se descubren
Y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;
Las cuales, vistas del fuego
Que arroja de sí la cueva,
Dicen : «Esta es la morada
» De los celos y sospechas. »
Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Aullidos, sierpes y piedra;
El cual oyendo, le dijo :
— Pastor, para que te crea
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista experiencia:
Un vivo traslado es ese
De lo que mi pecho encierra,
El cual como en cueva oscura
No tiene luz, ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan continuo y hielan.
Los lamentables aullidos
Son mis continuas querellas :
Víboras mis pensamientos
Que en mis entrañas se ceban.
La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.
Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De mi querida Silena. —
En pronunciando este nombre,
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.

(*Flor de varios y nuevos romances.* — It *Romancero general.*)

[1] Algunos creen que este es el célebre romance que Cervántes llamaba el de los «celos.»

1523.

(*Anónimo.*)

Los pámpanos en sarmientos
El estío va trocando,
Y entre los verdes racimos
Maduran algunos granos.
Segadas ya las espigas,
Son rastrojos los sembrados,
Y el labrador con sus eras
Tiende parva, y trilla ufano.
Hechas muela las ovejas,
Temiendo del sol los rayos,
Unas á la sombra de otras
Hacen siesta en campo raso:
En esta sazon Riselo
Estaba junto á un ribazo
Hecho por las avenidas
De un pedregoso barranco.
No tiene miedo al bochorno,
Cuya calma abrasa el campo,
Que solo fuego de amor
Le puede pasar el sayo.
Con mil imaginaciones,
Entre los duros guijarros
Escucha el ruido sordo
De un arroyo manso y claro,
Por el cual vió que venia
Ya paciendo, ya rumiando,
Una vaca y un novillo
Pisando el agua despacio.
La vaca baya y cerril
Remendado cuello y manos;
El novillo fosco y nuevo,
Lomo negro y pecho blanco.
—¡Que haya amor entre estos brutos,
Dijo torciendo los brazos,
Y que me olvide Risela!
¿Es posible tanto agravio?
Mis esperanzas floridas
Son abrojos, heno y cardos.
¡Ay promesas mujeriles,
Mas vanas que el aire vano! —
En esto vió que salia
De la sombra de un peñasco
Un toro de agudos cuernos,
Y de cerviguillo pardo.
Robarle quiere la vaca
El pendenciero ribaldo :
Hacia el novillo arremete,
Ya le amenaza bramando.
Riselo qne vió esta fuerza,
El gaban dejó del brazo,
Con la honda le defiende
Sin valerse de su dardo;
Que si el toro es bravo y fiero,
El pastor es fiero y bravo.
— Allá vayas, bestia fiera,
Dijo el pastor suspirando :
Deja gozar al novillo
De su vaca tiempo largo,
Y maldito sea de amor
Quien buscare amor forzado. —

(*Flor de varios y nuevos romances.* — It. *Romancero general.*)

1524.

(*Anónimo.*)

Pedazos de hielo y nieve
Despiden las sierras altas,
Por las lluvias importunas
Quedando á pedazos pardas;
Sacuden los altos pinos
De sus renuevos la escarcha;
Murmuran los arroyuelos
Que ántes helados callaban:
Cuando estaba un pastorcillo
A la vista de Jarama,
Cercado de su cabrío
A quien hace inútil guarda,
Hincando estacas de enebro
A sombras de una carrasca,
Para levantar la choza
Que su ventura imitaba.
Cansado ya de poner
Para su defensa ramas,
Así se queja del tiempo
Y de fortuna voltaria:
—«¡Ay de mis cabras!
»Ay de la perdicion de mi esperanza!»—
Yo soy Riselo el humilde,
El que al novillo y la vaca
Libró del ribaldo toro
Que amor forzado buscaba.
«¡Ay de mis cabras, etc.»
¡Ay de mi vida que muere
En ver que mis ojos lavan
Manchas de celos y quejas,
Y que no salen las manchas!
«¡Ay de mis cabras! etc.»
Otros muchos ganaderos
Ajenos y ufanos pasan,
Que ayer andaban desnudos
Tras de mil ovejas flacas:
Solo mi hato desmedra
Por andar en tierra extraña;
Porque pasaste mis bienes,
Tiempo, con lijeras alas.
«¡Ay de mis cabras!
»Ay de la perdicion de mi esperanza!»

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1525.

(*Anónimo.*)

Tronando las nubes negras,
Y espesos los claros aires,
Con remolinos y polvo
Señalaban tempestades;
Tinieblas cubren la tierra
Sin que la noche llegase,
Y el sol se escondió, huyendo
De los relámpagos grandes.
Entre dos tajadas peñas
Junto á un monte de arrayanes,
Estaba Riselo solo
Con sus cabras una tarde;
Y ántes que el pastor pudiera
Recogerlas ni guardarse,
Rompen las nubes sus senos,
Y disformes piedras caen.
—¿Qué es esto? cielo, decia:
¿Tan grande venganza cabe
En vuestro pecho piadoso
Contra simples animales?
Si yo soy el que pequé,
Mi ganado no lo pague;
Y si el mio lo merece,
Al que es ajeno dejadle.
Mil fieras contrarias mias
Huyendo van á buscarme;
Que al hombre acuden los brutos
En peligros semejantes.
Dejad mi pobre cabrío,
Medrosas fieras, dejadme,
Y buscad quien os guarezca
Sin que el cielo os descalabre.—
En esto pasó la nube,
Mostrando por otra parte
El sol sus dorados rayos
Y su divino semblante.
Alegre quedó Riselo
Diciendo á su mal que aguarde
Alguna mudanza de estas,
A pesar de sus pesares.

(*Flor de varios y nuevos romances*, etc. — It. *Romancero general.*)

1526.

(*Anónimo* [1].)

Una bella pastorcilla
Haciendo estaba una hoguera,
Para quemar de su amante
La memoria y las preseas,
Burlada, quejosa y triste;
Que han de ser todas sospechas
Las prendas de Elisa Dido,
Dejada del falso Enéas.
Los cordones del zurron
Desataba á toda priesa,
Porque ardia su venganza
Mas que la encendida leña.
Lo primero que sacó
Fuéron dos pliegos de letras,
Que mal ó bien, su pastor
Se preciaba de poeta.
Un Cupido á la malicia
Tirando flechas de perlas,
En un sardesco de alquimia
Con Vénus á la vergüenza.
¡Ay dádivas mal seguras!
Ay falsa correspondencia,
Que siendo terceros mudos
Teneis hechiceras lenguas!
¡Quién me diera un griego astuto
Que me hiciera con su ciencia
Tan sorda para lisonjas
Que burlara las sirenas!
Ya que la mano extendia,
Asióle Riselo de ella,
Que cubierto entre unos pinos
Se pudo esconder muy cerca.
—¿Qué haces, pastora amiga?
¿Qué has habido? ¿Por qué quemas
A los que el fuego no sienten,
Y á los que no sienten hielas?
Mucho de tu esfuerzo fias,
Si determinada piensas
Quemar imaginaciones
Que dentro del alma reinan.
Escarmienta en mí, que un dia
Rompí dos pliegos de letras;
Y la cólera que digo
¡Sabe Dios cuánto me cuesta!—
Dijo, y la triste pastora
Turbada respondió: — Mueran
De mi rebelado amante
Estos testigos de ofensas;
Que con tratamiento injusto
Podrá ser que de vergüenza
Se canse mi libertad
De buscar dichas ajenas.—
Al fin moderó su enojo,
Y Riselo la aconseja
En que deje de vengarse,
Y en que al amor obedezca.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

[1] Es el mismo que en el *Romancero general* dice así: *Una rubia pastorcilla.*

1527.

(*Anónimo.*)

—De tus tristezas, Riselo,
Murmura toda la aldea;
Al amor le dan la culpa,
Y á tus recelos la pena.
No acudes adonde cantan,
Porque no cantan endechas,
Ni hablas á las casadas,
Ni miras á las doncellas.
Los cantares que compones
Son por la niña morena;
Y las niñas de ordinario
Son mudables y traviesas.
Pareces desconversable,
Y no es bien que lo parezcas.
Cuando estás á solas ardes,
Y acompañado te hielas.
Entre tí contigo hablas,
Como aquel que da respuestas
A las preguntas del alma,
Que se regala ó se queja;
Mas luego los ojos bajos
Enmudeces, y á la tierra
Parece que le demandas
Lo que los cielos te niegan.
Ya de colores te vistes,
Ya te pones capa negra,
Como si el mudar de trajes
Fuera mudar de sospechas.
No sales por las mañanas
A ver galana la vega,
El prado con yerba y flores,
Y con hojas la arboleda.
Ni á mirar las opiladas,
Que piensan gastar durezas
Con el acero que toman,
Estando de hierro hechas.
Apártate de las gentes,
O tu condicion enmienda,
Que dicen que suele darte
Dolor, y no de cabeza.—
Esto le dice á Riselo
Una serrana discreta,
Y agradecido responde,
Mostrándole que se alegra:
—Serrana de lindos ojos
Y de condicion mas bella,
Dame tus hermosas manos,
Abrázame y besarélas.
Unos recelos traidores,
Amiga, tanto me cuestan,
Que apénas vivir podia,
Y tener juicio apénas.
Pero tú, serrana mia,
Alegraste mis tristezas,
Como el alba tras la noche,
Y como el sol tras tinieblas;
Y porque vienen del valle
De coger la madreselva
Maldicientes aldeanas,
Yo me voy, á Dios te queda.»

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1528.

(*Anónimo.*)

El pastor Riselo un dia
Desde su estrecha cabaña
Miraba sus ovejuelas,
Y su ventura miraba.
Igual desdicha les corre:
Las ovejas andan flacas,
Y la ventura, de corta
Muy perdida y muy escasa.
Alzó los ojos al cielo,
Al sol los ojos alzaba,
Que como entónces salia,
Pudo mirarle la cara.
Miraba sus rayos de oro,
Que metidos en la escarcha,
Parece que brota el suelo
Aljófar, perlas y plata.
Luchando estaba el calor
Con la frialdad helada;
Algunas veces la vence,
Y algunas vencido andaba.
Tras esto vió cómo el cierzo
Hácia el oriente pasaba
Muchas nubes, que cubrieron
Al sol que el hielo ablandaba.
Llorando quedó el pastor
De ver que en esta mañana
Su ventura y sus deseos
Tienen viva semejanza.
Cuando el hielo de Narcisa
Con rayos de amor ablanda,
Tristes nubes se lo estorban
De mil sospechas sin causa.
Al fin quejoso y humilde,
Envió al cielo estas palabras;
Tristes suspiros las llevan
Porque mas de prisa vayan:
—Cielo, pues te llamas justo,
No dejes que el tiempo haga
Tanto frio en mi pastora,
Y tanto ardor en mi alma.—

(*Romancero general.*)

1529.

(*Anónimo.*)

Por celosas niñerías,
Aunque de amores se abrasan
Riselo y su Fausta bella,
Ni se miran ni se hablan.
El hace del muy quejoso,
Y ella, muy de la enojada;
El aguarda á que le ruegue,
Ella quiere ser rogada;
El muestra tener sosiego,
Ella, que está sosegada;
El, que vive ledo y libre;
Ella, leda y libertada.
El finge nuevos amores,
Ella, que de nuevo ama;
El no le canta canciones,
Ella no le hace ventana;
Y aunque su mal disimulan,
Como está viva la causa,
Un mismo dolor padecen
En lo secreto del alma.
Encontráronse una tarde,
Al tiempo que el sol hurtaba
Sus claros rayos al cielo,
Para darlos á su hermana.
Al fin Fausta dió un suspiro,
Y como parte mas flaca,
Tan forzada como hermosa,
De esta manera le habla:

Cancion real que dice la Pastora.

Riselo de mi alma y de mis ojos,
O por mejor decir, tuyos y tuya,
Pues todos tres se van tras su cuidado:
Haz que me restituya
Tu pecho enajenado
Mi libertad, perdida por antojos,
Que así pueden llamarse tus verdades.
¡Ay celos malhechores!
Que por un no sé qué matais de amores.
Si quieres ó quisiste en algun tiempo
Mis desdichadas prendas que aborreces,
O ya que no aborreces, desconfías,

Mira que muchas veces
Llorando me decias:
Alma, regalo, amor y vida mia,
Si tuyo no soy todo, nada sea.
«¡Ay celos malhechores! etc.»

Sigue el romance.

Arrasados ambos ojos
De la terneza del alma,
Llorando ya de placer
El que de celos lloraba,
Arrodillado á sus piés
D'esta manera le habla:

Cancion real, que dice el Pastor.

Pastora, cuya luz y cuya gloria
Rige mi corazon, mi fe y mi vida,
Tan poderosamente como sabes:
Si en tus querellas graves
Estás de mí ofendida,
Apúreme el amor hasta la escoria,
Y niéguenme tus labios su dulzura.
«¡Ay celos malhechores! etc.»
Si no vivo, señora, en tu contento
En mi pecho afligido y amoroso:
Si tuyo no es el sér que me sustenta,
Por muerte sufra y sienta
El cuidado celoso
Que por tus niñerías sufro y siento,
Que así pueden llamarse tus verdades.
«¡Ay celos malhechores, etc.!»

Sigue el romance.

Ricas razones se dicen,
Perpetuas paces juraron,
Estrechamente se abrazan,
Y muy amigos quedaron.
Querellas donde hay amor
Son rocío que á la fragua
Antes la avivan y encienden
Porque dure mas la llama.
Y tras mucho arrepentirse
De la extrañeza pasada,
Tiernamente se despiden,
Y segunda vez se abrazan.

(*Romancero general.*)

1530.

(*Anónimo.*)

Era la noche mas fria
Que tuvo el lluvioso invierno,
La mas escura y cerrada
Y la de mayor silencio;
No se mostraba ninguna
De las lumbreras del cielo,
Mas que si entónces volviera
A su principio primero;
En las cumbres de altos montes
Ardian algunos fuegos,
Fingiéndolos las tinieblas
Muy cerca, aunque estaban léjos;
Solamente interrumpia
Este general silencio,
Excediendo á sus riberas
Con sus turbias aguas, Ebro:
Cuando Damon no podia
Rendir los ojos al sueño,
Dando rienda á sus cuidados,
Y gloria á sus pensamientos;
Y en sus imaginaciones,
Lastimado y satisfecho,
Viendo que nadie le oye,
Despidió la voz diciendo:

Endechas del fin del romance.

Verdades, salidas
Por fuerza del pecho,
No habeis poco hecho,
Pues que sois creidas,
Si á la que me mata
Le quitan la excusa,
Si acaso la acusa
El amor de ingrata;
Que cuando os tenia
Mudas en mis ojos,
Eran mis enojos
Solo á cuenta mia.
Porque aunque confiesa
Que os vió, no bastaba,
Si el derecho estaba
En la voz expresa.
Id siempre desnudas,
Y como atrevidas,
Mostrad las heridas
Que encubren las dudas;
Y si os prometieren
Remedio al engaño,
Creed mas mi daño
Que lo que os dijeren:
Pues cuando otra cosa
No quisieren darme,
No podrán negarme
Sepultura honrosa.
Y allí por trofeos
Estarán pintados
Libres los cuidados,
Presos los deseos;
Y los largos años
Que os entretuvisteis,
Y cómo servisteis
Señores extraños;
Y cómo mi fe
Conservó su asiento
En el pensamiento
Donde la oculté.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— II. *Flor de varios y nuevos romances.*— II. *Romancero general.*)

1531.

(*Anónimo.*)

—Frescas aguas trasparentes,
Que márgenes de esmeraldas
Engastan vuestros cristales,
Y vuestros cursos atajan;
Nuevos árboles vestidos
De la color de esperanza,
Que altivos estáis mirando
Cien mil florecillas varias,
Ya los cantos de las aves
En otro coro discantan
Vuestras inquietas hojas
Del manso viento ayudadas:
Prados, flores, aves, vientos,
Arboles y azules aguas,
Testigos de mis suspiros,
¿Quién de mi Celia me aparta?
¿Qué sirven vuestros contentos
Al que sin Celia le cansa
Vuestra vistosa presencia,
De todos tan celebrada?
¡Ay pesadas alegrías,
Siestas prolijas, cansadas,
Vida de mis impaciencias,
Muerte de mi gusto amarga!
¡Ay, mi Celia, de los ojos,
Si de tu cielo me falta
Aquesta luz que me alumbra
Firme, hermosa, sosegada!
Sin ti otros resplandores
Me son cometas airadas,
Relámpagos presurosos,
Rayos que todo lo abrasan.
Afuera cometas, rayos,
Relámpagos, vientos, llamas,
Sombras, nublos, torbellinos,

Envidias celosas, vanas,
Que solo á su Celia adora
Y su sér divino alaba
Un pobre pastor humilde,
Que por ser suyo se ensalza.—
Esto callando publica
Fausto en aquella mañana,
Principio de mayo, cuando
Amor á sus cortes llama.

(*Romancero general*)

1532.

(*Anónimo.*)

Mirando el sagrado Ebro,
Su curso y corriente sesga,
Junto á los soberbios muros
Que fundó el augusto César,
Consideraba Galcerio,
Si un amante considera,
Sus marchitas esperanzas
Y mal logradas firmezas.
Sus pensamientos revuelve
Y sus efectos contempla,
Y viendo sus tiernos frutos
Segados en frágil yerba,
Tras un suspiro dice:
—«¡Oh cruel Lisbella,
»Deshaz el padecer, ó mi querella!»
¡Oh cuántas veces, ingrata,
Olvidé mis ovejuelas
Por acordarme de tí,
Y les dí la sal con piedras!
¡Y cuántas el cauto lobo
Hizo ejecutivas presas
Miéntras tú en mis pensamientos
En su huérfana inocencia!
¡Y cuántas veces bebieron
En las rebalsadas presas,
Y cuántas las yerbas mustias
Les hice comer por fuerza!
«¡Oh cruel Lisbella, etc.»
¿Cuándo á tu presencia fuí,
Que de moradas violetas
Y de nevados jazmines
Mi falda no fuese llena?
¿Cuándo en tocar la manzana
Tu mano no fué primera,
El sazonado madroño,
Y la regalada serva?
¿Y cuándo mi voluntad
Fué un punto libre ni exenta
Desde que te pude ver,
Sino cautiva y sujeta?
«¡Oh cruel Lisbella, etc.»
Yo suspendiera en tu templo
Estas humildes ofrendas,
Si, como á mis esperanzas,
No las echara por tierra.
Vergüenza hé que los pastores
De Manzanáres me vean
Arrojado en el profundo
De tan extrañas miserias;
Porque del nombre de ingrata
Te alabas tanto y te precias,
Y de ser dueño de un alma
Que te adora y tú desechas.
«¡Oh cruel Lisbella, etc.»
¡Mas, ay triste, á quién me quejo!
Que son sin fruto mis quejas,
Y por serme algun alivio,
Como tal se me deniega.
Aquí han de morir conmigo
Sin que el pellico las sepa;
Que los secretos del alma
Están muy mal fuera d'ella.
Y tú, fugitivo curso,
Que su tributo al mar llevas,
Llevarás lágrimas mias,
Mas no efectos de mi lengua.
«¡Oh cruel Lisbella,
»Deshaz el padecer, ó mi querella!»

(*Romancero general.*)

1533.

(*Anónimo.*)

De una guija en otra guija,
Y de una en otra pizarra,
Se rompia un arroyuelo
Que el pastor Lisio miraba;
Y contemplando entre sí
La prisa con que se alcanzan
Unas ondas á otras ondas,
Unas aguas á otras aguas,
Mirando, dice al arroyo,
Si bien mirar le dejaban
Lágrimas, que sus crecientes
Le crecian y enturbiaban:
—Tal es mi pena celosa,
Tal es mi celosa basca;
Pues que no menores guijas
De sospechas me quebrantan;
Y no con priesa menor
Se alcanzan tarde y mañana
Unos miedos á otros miedos
Y unas ansias á otras ansias.
Sigamos pues á la par,
Yo á la fuerza y tú á la causa;
Tú, la de tu natural,
Y yo, la de mi desgracia:
Que segun con la violencia
Que corres y amor me trata,
Presto los dos llegarémos,
Yo al fin, tú á la mar salada.—

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1534.

(*Anónimo.*)

Una parda mariposa,
De su inclinacion llevada,
Se acercaba hácia una vela
Batiendo apriesa las alas.
Ya de léjos la rodea
En rueda espaciosa y ancha,
Ya de cerca, aunque con miedo;
Que á nadie el morir agrada;
Ya huye, y al punto vuelve,
Ya se atreve y se acobarda;
Mas al fin, como era fuerza,
Llega y éntrase en la llama,
Adonde acude á impedirla
Un pastor que la miraba,
Y cuanto mas la desvia
Mas en el fuego se lanza;
Y con un suspiro grave,
Que del triste pecho saca,
Dice: —¡Oh fuerza natural,
Inclinacion temeraria,
Que cuanto mas te remedio
Mas sigues lo que te daña!
Mas si es fuerza, ¿qué aprovecha
Hacer resistencia humana?
¡Oh desdichada avecilla,
Parécesme en ser forzada,
Que yo tambien voy siguiendo
Mi muerte sin esperanza!
Y cuanto mas mi enemiga
Me la impide y desengaña,
Mas sigo tras mi cuidado,
Y ménos mi fe se acaba,
Teniendo por premio d'ella
Solo el estimar su causa,
A pesar de mil memorias

Que todas me son contrarias.
Mas tú tienes un consuelo,
Y en mi ninguno se halla;
Pues yo muriendo no acabo,
Y tú con morir acabas.
Queda agora mi alma triste,
Envidiosa y lastimada,
Pues pretendiendo la muerte,
Por ser remedio no la halla;
Y que se muestre mi suerte
Con tantas véras contraria,
Que me sea siempre forzoso
Tener envidia á desgracias.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte.— It. *Romancero general.*)

1535.

(*Anónimo.*)

Acompañado de penas,
Al pié de un grueso alcornoque,
Que en sus silvestres cortezas
La simple abeja se esconde,
Y de su propia raiz
Una clara fuente corre,
Y de ella mil arroyuelos
Dan frescura á todo el monte,
Está cantando Marcelo,
Pensando en el dulce nombre
De su Alisa, que es tan bella,
Cuanto su pecho de bronce;
Y apénas de su memoria
La imágen de ella se esconde,
Cuando cerca de la fuente
Oyó un ruido, y miróle.
Vido una leona fiera,
Que huyendo se viene adonde
Pueda de un leon librarse
Sin que la ofenda ni enoje.
El leon dando bramidos
Junto á la fuente la coge,
Y queriendo hacer en ella
Lo que el amor le propone,
Ella se arrojó en el suelo,
Con mil bramidos feroces,
Dando á entender que no gusta
Del leon y sus amores.
Quéjase el fiero leon
De aquella que no responde
A su amor, y allí la deja,
Y dentro al monte tornóse.
Libre la leona pues
Del leon y sus amores,
Se va contenta y ufana
Por otro camino al bosque.
Marcelo medio espantado
Dice: —¿Es bien que me asombre
De que mi Alisa aborrezca
A este triste pastor pobre,
Pues entre animales fieros
Se aborrecen amadores,
Y aquesta leona huye
De que otro leon la goce?
Y así huirá de mí
Mi pastora aunque la adore,
Porque es tan dura de entrañas
Que no hay otra en todo el orbe.—
De su zurron tosco y negro
Sacó de voces conformes
Un suave rabelillo,
Y cantando el aire rompe:

Endechas del romance.

«Pues te amo de véras,
»Dulce Alisa mia,
»Con tu tiranía
»No imites las fieras;
»Que pues tu Marcelo
»Tiene tal firmeza,
»Quepa en tu dureza
»Darme algun consuelo;
»Que no lo hay mayor
»Para consolarme,
»Que es la paga darme
»De mi mucho amor;
»Porque no te abona
»Tu mucho caudal,
»Para ser igual
»A una leona.»

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1536.

(*Anónimo.*)

Tejiendo está una guirnalda,
Entre rosales y mirtos,
La bella pastora Celia
Para su pastor Olimpo.
Unas pajizas retamas
Pone entre morados lirios,
Y si pone algunas rosas
Les presta su color mismo.
Alegre vive y ufana,
No teme desden ni olvido;
Que sabe que su pastor
La adorará por mil siglos.
Compuesta pues la corona,
Dió una voz á su querido,
Y al ponerla en la cabeza,
Aquestas palabras dijo:

Octava que dice la Pastora.

—Recibe esta corona de mi mano,
En fe que de mi amor llevas la palma;
Alegre vivirás y muy ufano,
Teniendo en mar de amor tan dulce calma;
Entienda el mundo, y tenga por muy llano,
Que llevas tú las llaves de mi alma;
Y que á pesar del tiempo y la fortuna,
Será la voluntad de los dos, una.—

Sigue el romance.

El venturoso pastor,
Viendo el bien á que ha subido,
Abrazando á su pastora,
De aquesta suerte la dijo:

Octava que dice el Pastor.

—¿Vióse jamas emperador romano
Tan alegre triunfar, cual este dia
Triunfo yo del amor, y por tu mano
Recibo la corona de alegría?
Mira si viviré, mi bien, ufano,
Pues crecen tus favores á porfía;
Y si á pesar del tiempo y la fortuna,
Será la voluntad de los dos, una.—

(*Romancero general.* — It. MADRIGAL, *Segunda parte del romancero general.*)

1537.

(*Anónimo.*)

Cuando la estéril arena
Descubren las claras aguas
Tras el erizado invierno,
Y el rojo sol se levanta;
Al son que el céfiro blando
Hace entre las verdes ramas,
Así Pinardo se queja
Hiriendo las nubes altas:
—«¡Qué ciertas son las trazas
»Cuando ya no hay remedio en las desgracias!»
¡Ay prado y ribera amena,
Verdes sauces, fuente clara,
Causas que fuistes un tiempo
De todo mi bien la causa!
Ya sois mi verdugo fiero,

Pues vuestra memoria cara
Entónces mas me suspende,
Cuando me hace mayor falta.
«¡Qué ciertas, etc.»
Yo me acuerdo, aunque en mi daño,
Cuando en mi humilde cabaña,
Estando en vuestra alegría,
La mia solemnizaba.
Entónces no eché de ver
Que en las cosas hay mudanza,
Y el bien una vez perdido
Que nunca ó tarde se gana.
«¡Qué ciertas, etc.»
¡Dichoso una vez y dos
Quien entónces penetrara,
Que á veces quien muda el cuerpo
A peligro pone el alma!
Dejé vuestro fresco sitio;
¡Oh quién nunca le dejara!
Mas quien tarde se arrepiente
Bien es que tarde le valga.
«¡Qué ciertas, etc.»
Oia decir que amor
Era ciego, y acertaba,
Legislador, y sujeto;
Niño, pero ya con canas.
Jamas sus leyes guardé,
Jamas temí sus hazañas;
Pero ya conozco triste
Que pocos su furia escapan.
«¡Qué ciertas, etc.»
Fuíme á vivir donde el cielo
Tiene la prenda mas alta
Que á los divinos suspende,
Y á los mortales espanta.
Víla, y comencé á quererla
Con una aficion liviana;
Mas quien por liviano empieza,
Al fin por pesado acaba.
«¡Qué ciertas, etc.»
Silvia, tus cabellos de oro
Y tus mejillas rosadas,
Los ojos negros y hermosos,
Cuello ebúrneo, mano blanca,
Donde límite no hubo
Han podido poner raya;
Que en fin siempre lo presente
Prevalece á lo que pasa.
«¡Qué ciertas, etc.»
Descubríte el corazon,
Que nunca tal intentara,
Con los ojos, lo que pude,
Lo que alcancé, con palabras.
Quien entónces conociera
Tu altivez, ingrata amada,
Bien acertara en callar,
Pues tan á mi costa hablas.
«¡Qué ciertas, etc.»
Ya no lo puedo encubrir;
Pues mirándome á la cara
Me conoce todo el mundo
Por víctima de tus aras.
Mis amigos me lo dicen,
Y riñemenlo en mi casa;
Pero antepongo tu amor
Al paterno y cuantos haya.
«¡Qué ciertas, etc.»
Si tu desden fuere eterno,
Porque lo sean mis ansias,
Con eterno y puro amor
Te daré de mi venganza.
Esto dijo y mas no pudo;
Y porque se iban sus cabras,
Del valle se despidió,
Los ojos hechos mar de agua.
«¡Qué ciertas son, etc.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1538.

(*Anónimo.*)

En un tronco de un cipres,
De cuyas hojas y ramas
Salicio un alegre dia
Fabricaba una guirnalda,
Despues de haberla compuesto
De muchas hojas y ramas,
En la corteza del tronco
Estas palabras estampa:
«Sufre y calla,
»Pues que fuiste la causa.»
Donde su pastora bella,
Tanto de él solemnizada,
Del recio calor huyendo,
Que como á mujer la cansa,
Llegó una tarde á hacer siesta
Temprano, para gozalla,
Y mirando al liso tronco,
Leyó la letra que habla:
«Sufre y calla, etc.»
Conoció desconocida
El bien que el suyo adoraba,
Ser del pastor que en un tiempo
Quiso, y olvidó sin causa;
Y que por ella escribió
Que por olvido olvidaba,
Y porque no le culpase
Quiso escribir en las ramas:
«Sufre y calla, etc.»
Entendió, si entender pudo,
Aunque la razon le falta,
Que de Belisa el trofeo
Era una bella guirnalda
Que su pastor le ofrecia,
Por quien la pastora ufana
Vive contenta y publica
Por donde quiera que pasa:
«Sufre y calla, etc.»
Ya se entristece Salicio,
Ya le pesa, ya se abrasa,
Ya los ojos hechos fuentes
Muestran la aficion pasada;
Ya la estampa dulce besa,
Y al ausente pastor habla,
Y á sí propio se condena,
Y con repetir descansa:
«Sufre y calla, etc.»
Determinase á sufrir,
Aunque mal sufre quien ama,
Y mas si bienes ajenos
Presentes males contrastan;
Porque fiaba en el tiempo,
Que es quien lo mas firme acaba:
Para su consuelo escribe
Esta letra en su cabaña:
«Sufre y calla,
»Pues que fuiste la causa.»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances.* — It. *Romancero general.*)

1539.

(*Anónimo.*)

Ya cubre la primavera
Con mil flores la campaña,
Y deja atras el invierno,
Que abrasa cualquiera planta;
Ya cual de fiero enemigo
Huye, volviendo la cara,
Temeroso del rigor
De la nieve y de la escarcha;
Ya se conoce el rocío
Apacible á las mañanas;
Ya corren las fuentecillas
Con regalada templanza;
Ya el pastor grosero sale

De su enramada cabaña,
Desabrochado el gaban,
Que ya con el tiempo cansa,
Cuando una bella pastora,
Descompuesta de esperanza,
Estaba llorando males
Nacidos de su desgracia.
Con el recio sentimiento
La lengua enmudece y calla;
Mas luego el silencio rompe
Con lastimosas palabras.
—¡Ay malogrados deseos,
Dice, y viejas confianzas,
Que el fruto distes en flor,
Por ser las flores tempranas!
Trocaste mi vida alegre
En prolija suerte amarga:
Llegaste, mi bien, al puerto
Asegurando bonanza;
Mas no, porque la fortuna
Envidiosa y enojada
Rompió sin mirar mi daño
La vela de mi esperanza.
Quedó mi bien sin gobierno
Por ser mi fortuna avara,
Pagaron mis tiernos años
Las esperanzas del alma.—
No pudo mas la pastora
Decir, que sus vivas ansias
Con el grave sentimiento
La van turbando la habla.
Lo que mas pudo entender
Fuéron aquestas palabras:
—«La causa fuiste, Silvano,
»De esta mi muerte sin causa.»—

(Romancero general.)

1540.

(Anónimo.)

Miraba dos jilguerillos
Sobre un cermeño silvestre,
Cómo se pulen las plumas
Poniendo en órden sus bienes,
La triste y hermosa Tirsis,
Gloria del siglo presente,
Y dice, viendo que el uno
Se lanza sediento al Bétis:
«Pajarito que vas á la fuente,
» Bebe y vente.»
Lleno de música y gozo,
Parte lijero y alegre
Al otro, que le recibe,
Aleando cuando vuelve.
El pico mete en el agua
Tan apriesa, que parece
Que apénas de agua se harta
Por volver á quien bien quiere
«Pajarito que vas, etc.»
Y tú, pensamiento mio,
En mis suspiros ardientes
Vé sin quemarte las alas
A visitar á mi ausente:
Mata la sed en sus ojos,
Y mira bien lo que bebes,
Que en ellos nació mi vida
Y quizá mi vida muere.
«Pajarito que vas, etc.»
Dile que estos jilguerillos
Celebran y guardan siempre
La fe que amor les enseña
En el canto que no aprenden,
Y que yo envidiosa de ellos,
Fingiendo alegre mi muerte,
Cual cisne canto, si canta
Quien suspira, y quien no duerme.
«Pajarito que vas, etc.»
En la fuerza de galera
Ciñe su pié grillo fuerte,
Y yo le tengo en el alma
Despues que en el pié le tiene.
Dile, amigo, que te basta,
Que romperé las paredes,
Y le sacaré en mis hombros
Como á padre de mis bienes.
«Pajarito que vas á la fuente,
» Bebe y vente.»

(Romancero general.)

1541.

(Anónimo.)

—Quien dijere que la ausencia
Causa olvido en quien bien ama,
Mi firmeza lo desmiente,
En quien verá que se engaña.
Ausente en el Tajo vivo,
Y allá me tiene mi alma
En sus fértiles riberas
El salobre Guadiana.
Crecen mas con el ausencia
Mi fuego y mi confianza;
Que la memoria importuna
Mas mi sentido levanta.
Ayuda la soledad,
Entre estas sierras ingratas,
A mis voces y á mi llanto,
A mis quejas y á mis ansias;
Solo con voz mentirosa
Me responden y me engañan,
Formada en hondas cavernas
Y entre peñas erizadas.
Si amor digo, amor responden;
Si alma digo, dicen alma;
Si Tirsi, responden Tirsi,
Y si la llamo, la llaman.
Amanecerá tu sol,
Hará mayo mi esperanza
A mis prados, ya sin flores,
Y á mis agostadas ansias.
Entónces los falsos ecos,
Y con ellos las montañas,
Callarán y serán mudos,
O reventarán si hablan.
Viendo entónces yo mis glorias,
En aquel dia que aguardan,
Por entre confusas voces
Daré la vuelta á mi patria.
Rompiendo montes inciertos,
Dificultades contrarias
Iré á tus brazos, señora,
Por mil sendas no pisadas;
Vendráste tú á mi corriendo
De gozo y gritos bañada,
Mirarás firme mis ojos,
Miraré alegre tu cara;
Colgaráste de mi cuello,
Penderé de tu garganta;
Harémos los dos alegres
Una vida de dos almas.—
Ansí cantaba Menalio,
Dándose triste esperanza,
Respirando de sus penas,
Porque quien llora descansa.

(Romancero general.)

1542.

(Anónimo.)

De rodillas en el suelo
Urelio pide la mano
A la hermosísima Filis,
A quien jamas hizo agravio;
Pero la injuria del tiempo
Lo tiene en tan triste estado,

Que con hallarse inocente,
Se humilla como culpado,
Sin fiar de la razon
La fuerza de su descargo;
Que sabe que no aprovecha
La razon á un desdichado,
Y que suelen las disputas
Engendrar nuevos engaños,
Y que el amor las mas veces
Rompe por lo mas delgado,
Huyendo de inconvenientes
Y de vencer porfiando.
Dejó palabras ociosas
Y acudió luego á las manos,
Que son de quien se temia,
Y á quien dió el amor su arco
Para castigo y afrenta
De las que no pueden tanto.
La hermosa Filis lo mira,
Y con desden y recato
Niega lo que le concede,
Retirando atras el brazo.
Mas Urelio, que conoce
Las reliquias que han quedado
De aquel amor que otro tiempo
Solicitó su cuidado,
La mano le tomó luego,
Y besándole la mano,
Le dijo: — Filis hermosa,
Vencí sufriendo y amando;
Que es la mas noble victoria
Y el vencimiento mas raro
Con que el amor prevalece
De su enemigo y contrario.
Mano hermosa, que en blancura
Vences al fino alabastro,
Y en partes la sangre herviente
Descubre el color rosado;
Cuyas delicadas venas
Dilatando hermosos ramos,
Muestran el color de cielo
Entre lo rojo y lo blanco;
Larga en cuanto á ser perfecta,
Y larga para mi daño,
Y para el bien hasta agora
Encogida y corta mano,
En quien, si fuera verdad
Lo que finge el vulgo vano,
Se conociera mi suerte
En lo bueno y en lo malo.
Dos manos, Filis, asidas
Son el símbolo mas claro
De la fe pura y sincera
Contra quien no pueden daños.
Pues no se borre, señora,
De nuestras paces el trato,
Siquiera por el testigo
Que nos fué propicio y grato. —
En esto vió que venia
Por la falda de un ribazo
Un lobo encendido en fuego
Amenazando al ganado,
Y corriendo á socorrello
Tomó Filis su cayado,
Incitando á la defensa
Los perros que están ladrando;
Y volviendo el rostro hermoso
Con aviso y sobresalto,
A Urelio manda que siga
Callando luego sus pasos.
Urelio la obedeció,
Teniéndolo por regalo;
Porque no hay gusto mayor
Como obedecer amando.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances*, etc.— It. *Romancero general*.)

1543.

(*Anónimo.*)

Sobre moradas violetas,
Que un florido prado esmaltan,
Adonde un sagrado mirto
Apacible sombra causa,
Y parte en mil arroyuelos
Una fuentecilla clara
Las corrientes cristalinas
Que de una alta sierra bajan,
Sentada está una pastora
Descompuesta y descuidada,
Aunque no de los cuidados
Que le atormentan el alma.
Desdenes, ausencia y celos
Su soledad acompañan;
Que cuanto tiene delante
Todo la ofende y la cansa:
El cielo, las flores bellas,
Clara fuente y verdes plantas.
Si alza los ojos, encienden
Su pecho en celosa rabia
Los resplandores azules
Que el cielo y la tierra abrasan.
Las florecillas le enojan,
Que al fin en flores se pasan,
Y queda el color morado
Con que muere el de su cara.
Si mira al árbol de Vénus,
Vuelve mas desconsolada,
Porque ve entre el verde oscuro
La fruta negra y amarga,
Amargo lloro y tristeza
Entre dudosa esperanza.
Quiere quejarse, y no puede;
Que en ver el curso del agua,
Es tanta la de sus ojos
Que las razones le ataja.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances*, etc.— It. *Romancero general*.)

1544.

(*Anónimo.*)

Las frias nieves y vientos
Su fuerza y rigor aplacan,
Constreñidos por el tiempo
Que es el que todo lo acaba,
Y alegres los pajarillos
Anuncian el alborada,
Con sus sonorosas voces
Y músicas concertadas.
El campo estéril y seco
Por las terribles heladas,
Muy alegre reverdece
Y muchas flores esmaltan;
Del mismo color se viste
Cualquier género de plantas;
Centenos, trigos y avenas
Crecen, florecen y granan;
Los corderos y cabritos
Hacen brincos, corren, bailan,
Y en los charcos y lagunas
Cantan las parleras ranas.
Todas las cosas del suelo
Están muy regocijadas,
Gozando del fértil suelo
Sin memoria de mudanza:
Solo un triste pastorcillo
Con innumerables ansias
Y quejas, que rompe el cielo,
Deja de gozar bonanza,
Combatido del tormento
Y perdidas esperanzas.
Llora el pasado sosiego
Con penas desconcertadas,
Echado junto á un arroyo

Bajo una encumbrada haya,
No por huir el calor,
Que en otro mayor se abrasa,
Por divertir la memoria
Que es del efecto la causa.
Con el aire que blandea
De la alta haya las ramas,
El murmullo que anda á vueltas
Entre las corrientes raudas,
Deshaciendo el remolino
De las represadas aguas,
Lo que toma por remedio
Hace incurable la llaga;
Y en vez de causarle alivio,
Mas le aqueja, aflige y daña.
Arrebatado, impaciente
De ver que no aprovechaba
Ninguna cosa del suelo
Para aliviarle la llaga,
Asió de un tosco rabel
Que pendia de una rama,
Y sin curar de templallo
En él sus versos cantaba.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances*, etc.— It. *Romancero general.*)

1545.

(*Anónimo.*)

— ¿Dónde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.
De mis pequeñas heridas
Compasion solias mostrar,
Y agora de las mortales
No tienes ningun pesar.
¿Cómo acudiste á lo ménos
Y me faltaste en lo mas?
Que en los mayores peligros
Se conoce la amistad.
El crisol de las verdades
Suele ser la adversidad.
¿En qué memoria ocupada,
Tan sorda á mi llanto estás?
Acuérdome bien, si penas
Me dejan bien acordar,
Que en un tronco de un aliso,
Que el Tajo bañando está,
Cuando yo era mas dichoso
Y tú mas firme y leal,
Escribió tu mano un dia:
«Yo te doy mi libertad,
»Y ántes que de ti la mude,
»Tajo el curso mudará.»
Rio, vuelve atras tus aguas,
Pues la fe se vuelve atras. —
Aquesto Tirsi decia,
Cantando en su soledad
Memorias de su señora,
Y testigos de su mal.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances*, etc.— It. *Romancero general.*)

1546.

(*Anónimo.*)

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que de ellos ya se sustenta
Como el áspid del veneno.
En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrasarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tampoco á tus hielos temo.
Tormentas me son bonanzas,
Y duros naufragios, puertos;
Como simple mariposa
Por lo que me mata muero.
Digiero ya tus desdenes
Como el avestruz el hierro,
Aunque en los mios no se halla
Causa por do los merezco;
Pero basta ser tu gusto
Para que confiese habellos;
Que aunque con obras me ofendes,
No en pensamiento te ofendo.
Pasados son dos veranos,
Para mí siempre es invierno;
Los árboles reverdecen,
Y yo siempre mustio y seco;
Revístense d'esperanza,
Yo d'esperar desespero;
Llevan dulcísimos frutos,
Yo amargos suspiros llevo:
Al fin, es mi voluntad
Veleta para los vientos;
Hiele, ventisque y granice,
Que yo no quiero otro tiempo,
Porque para resistirle
Muy buen pellico me tengo
Guarnecido de paciencia
Y aforrado en sufrimiento.
Pasadas son treinta lunas
Y no hay mudanza en los tiempos;
Siempre las veo menguantes,
Y crecer mis ansias veo.
Todas las cosas se mudan
Y tú no mudas de intento,
Siempre muda á mis razones,
Y siempre sorda á mis ruegos.
Aunque no quiero mudanzas,
Qu'en tu condicion bien creo
Que cuando acaso te mudes
Será de desden á celos;
Y habiendo de ser así,
De tal mudanza reniego,
Qu'es mejor andar con quejas
Que padecer mal de perros.
Tampoco favores tuyos
Los quiero ni los pretendo,
Que se ha estragado ya el gusto,
Y ningun gusto pretendo.
Si acaso sueño algun bien,
Como es ordinario, en sueños,
Con el temor de enojarte
Sobresaltado despierto.
¡Mira, cruel, qué me debes,
Pues no sufro aun cuando duermo
A tu disgusto mis gustos,
Y en los tuyos me desvelo!
Al fin mis deseos vistos
Es ver lo que tus deseos;
Y quiero lo que tú quieres,
Pues no quieres lo que quiero.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1547.

(*Anónimo.*)

Presta la venda que tienes,
Amor, á la bella niña,
Para que cubra los ojos
Con que da muerte y da vida.
Los mas libres corazones
Prende con sola una vista,
Los mas soberbios sujeta,
Y los mas firmes derriba.
«Y aunque muriendo viva,
»Goza de gloria el alma que cautiva.»
Si no quieres de tus flechas
Gozar solas las cenizas,
Y que de tus tiernos brazos

Te quite el arco y te rinda,
Déjale la banda, y huye;
De ella te oculta ó te libra,
Que no hay quien hoy se le escape
De cuantos sus ojos miran.
«Y aunque, etc.»
No hay zagal en el aldea
De noble ó de baja estima,
Que la señal de su hierro
No traiga en su rostro escrita.
De lo que las almas sufren
Salen al rostro las pintas,
Y por los ojos descubren
Lo que los suyos lastiman.
«Y aunque, etc.»
No sé qué se tienen ellos
Que parece que enhechizan:
Tienen un gusto de miel
Que para él mas es acíbar,
Y mas con las bebras de oro
Qu'en todos los autorizan
Con libertades que ata
Y voluntades que liga.
«Y aunque muriendo viva,
»Goza de gloria el alma que cautiva.»
(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1548.

(*Anónimo.*)

—Escóndete en tu cabaña,
Serrana, y cierra la puerta;
Que viene sin venda el ciego
Desde la corte á la aldea.
Ningun serrano se escapa,
Ni serrana la mas diestra,
Si él con la vista le alcanza,
Que no le hieran sus flechas.
«Y en haciendo la presa,
»El arco y alas bate con presteza.»
No tiene fuerza el acero,
Ni aprovecha resistencia,
Que trae puntas de diamantes,
Y en el arco cuerda nueva;
Y si una vez él te tira,
¡Guárdate, serrana bella,
Que en blanda cera convierte
Pechos de bronce y de piedra!
«Y en haciendo, etc.»
El mas bravo corazon
Con el mas humilde mezcla,
Y con bravo pecho abate
Las cervices mas enhiestas.
Es cazador tan seguro,
Que quien mas huye su diestra,
Con mas presteza le alcanza,
Y mas presto de él se venga.
«Y en haciendo, etc.» —
—Zagala, págue te el cielo,
Dijo la serrana bella,
El aviso de estas cosas;
Dichoso suceso tengas.
Ya conoce aqueste pecho
Con tiempo sus falsas tretas;
Mil véras mezcla con burlas,
Y entre las burlas mil véras.
«Y en haciendo, etc.»
Del centro de mis cuidados
Robó la mas rica prenda,
Arrojada en el olvido
Con guerra de falsas presas.
Dentro en mil memorias vivas
Están las cenizas muertas:
Paga al fin como traidor;
Quien le sirve, poco medra.
«Y en haciendo, etc. —
(*Romancero general.*)

1549.

(*Anónimo.*)

Descolorida zagala,
A quien tristezas hicieron
Perder el color de rosa
En el abril de su tiempo:
Toda la aldea murmura
Tan melancólico extremo,
Y dicen que tanto mal
Es del alma y no del cuerpo.
Si ya vuestra condicion
Y vuestros ojos risueños,
Que mataban de alegría,
Están de tristeza muertos;
Si ya no salís al baile,
Y el repique del pandero
Decís que tañe á difunto,
Y que es campana de entierro;
Si cuando todas las mozas
Van al campo á coger berros,
Y á despojar de su fruta
A los tempranos almendros,
Os estáis en vuestra choza
En un oscuro aposento,
Que aunque el sol está con vos
Está de nubes cubierto,
¿Quién ha de haber que no diga
Que os quejais del lado izquierdo,
Y que tan poco os conozco,
Porque tan poco os merezco,
Que os dejo, y busco mi gusto
En partes que no le tengo;
Y que por ratos hurtados
Seguras noches desprecio,
Y que trato mal vuestra alma,
Y vos peor vuestro cuerpo,
Pues por purgarle de amor
Le dais jarabes de celos?
Despertad, zagala mia,
De ese profundo silencio,
Que la aldea me maldice,
Y me mira mal mi suegro.
Para el dia que pongais
La bella planta en el suelo,
Os tengo verdes servillas,
Y mi propia boca os tengo;
Sayuelo de grana blanca
Ha de cubrir vuestro cuerpo,
Que mas de cuatro os le envidien,
Y aun á mí, que le poseo.
Tendréis zarcillos de vidrio,
Y no los quebreis os ruego,
Que son palabras de vidrio
Y las que doy no las quiebro;
Y si no pensais cobrar
Salud, por quien yo la pierdo,
Dadme el mal, señora mia,
O partámosle por medio;
Que si enferma habeis de estar,
Mejor es que esté yo enfermo;
Vos no, que sois alma mia,
Yo sí, que soy vuestro cuerpo.
(*Romancero general.*)

1550.

(*Anónimo.*)

El pastor que de Pisuerga
Cansadas tiene las aguas
De contarles siempre penas,
Que penas á penas cansan;
Bajos los ojos al suelo,
Vuelta la color en brasa,
Escucha a su pensamiento,
Que de esta suerte le habla:
— Perdido, ¿qué encanto es este?
¿En qué tu vida se gasta?
¿Cuál ha sido esta bebida,

Que te ha enhechizado el alma?
¿Qué sueño es este que duermes,
Que á despertarte no bastan
Razones que te aconsejan,
Ni daños que te amenazan?
¿Qué pretension es la tuya?
¿A qué fin tiendes las alas?
¿Qué mas de fortuna quieres,
O qué venturas aguardas?
¿Cuándo caerás en la cuenta?
¿Cuándo verás que te engañan
Ciegas imaginaciones
Que á lo posible te llaman?
¿Tan tu amiga es la fortuna?
¿Tan favorecido te hallas
Que piensas sacar victoria
De dificultades tantas?
Mira cuánto há que entre mudos
Todos los momentos andan
Inclinando la cabeza,
Como quien el golpe aguarda.
Mira las veces que has visto
Llegarte á la boca el agua,
A la garganta el cuchillo,
Y ya la muerte tragada;
Mas llegan falsos socorros,
Y medio vivo te sacan,
Que por matarte de nuevo
La media vida te guardan,
O por ventura te avisan
Todas estas amenazas,
Que pongas tu vida en cobro,
Pues siempre no han de ser falsas.
—Importuno pensamiento,
Responde el pastor, acaba
De dar tardíos consejos,
Y pues callar me ves, calla.
Fuiste tú quien me engañaste;
Metísteme en la celada,
¡Y dasme voces ahora
Que sin la vida me hallas!
Echada está ya la suerte,
Con ningun temor m'espantas;
Máteme amor norabuena,
Siendo Amarilis la causa.—

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

1551.

(Anónimo.)

—Alegre vuelvo á gozarte,
Dulce fuentecilla clara,
Donde mi pastora hermosa
Su rostro un tiempo bañaba:
Tres años há que te vi
Correr por aquesta falda
D'este monte alto y soberbio
Mas que mi propia esperanza.
Aquí gocé tus favores,
Aquí cautivé mi alma,
Y en este propio lugar
He de volver á cobrarla;
Que cual de perro mordido
Que me ha dañado con saña,
Quiero sus pelos poner
Para que sanen mi llaga.
Aquí el blanco álamo veo,
Los olmos verdes y zarzas
Que con enlazados ramos
Tornan á la fuente clara;
Aquí las aves escucho,
Que otras veces aguardaba
Que á mi pastora hiciesen
Con dulce canto la salva.
A todos atento os miro,
Y en nada hallo mudanza;
Sin duda retrato sois
De la que estable me aguarda.
Desde hoy mas siempre os tendré
Cual íris en mis desgracias,
Pues tras larga ausencia y triste,
Me mostrais alegre entrada.
Truhanes sois de mi gusto,
Y de mis memorias alma,
Que con solo vuestra vida
Volveis á resucitarlas.
Tomad siquiera mi lengua,
En esta ocasion, prestada,
Para darme el parabien,
Porque solo lengua falta.
Llamaréis mi bien con ella,
Que por ser bien solo tarda;
Y el bien si de presto viene,
Es por dar gloria colmada.
Y así por aguar el gusto
Y el fruto que mi alma aguarda,
Quiere amor darme la flor
Con aquesta agua regada;
Que despues de haber temido
El perder mi prenda cara,
Cuanto mas cerca me veo,
Vengo mas á desearla.
Sin duda que es el amor
Nacido de avara casta,
Pues se aumenta mas su sed
Con aquella que la causa.—
Decir quisiera, y no puede
Mas el pastor, porque el agua
Que de sus ojos vertia
Enturbia la fuente clara;
Y viendo acercar la noche,
Recogió sus pobres cabras,
Y entre esperanza y temor
Se recogió a su cabaña.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

1552.

(Anónimo.)

Orillas de un claro rio,
Cuyas márgenes sagradas
Entre una fresca arboleda
Diversas flores esmaltan,
Gozando de su frescura
Estaba cierta mañana,
Cuando turbó mi sosiego
Una novedad extraña.
Noté en las plantas y flores
Maravillosas mudanzas:
Cobraban color las flores
Y nuevo fruto las plantas;
El sol eclipsó la luz,
Detuvo el rio su plata,
Y el céfiro embelesado
Se suspendió entre las ramas;
Y deseando saber
De tal novedad la causa,
Tendí por el prado ameno
La vista medio turbada;
Y aunque la perdí del todo,
Al resplandor de sus llamas
Vi una pastora divina,
De tales milagros causa.
Eran sus madejas rubias
Del oro fino de Arabia,
Su frente blanca y hermosa
Como nieve no pisada,
Sus cejas graciosos arcos
Por donde el amor dispara;
Sus ojos tales, que el sol
Toma de ellos su luz clara.
De divina proporcion
Era su nariz mediana,
Donde nos descubre amor
De su alcázar dos ventanas.
Rubís, ó finos corales,

Eran sus labios de grana,
Que descubreu ricas perlas
Entre la color rosada;
Sus mejillas ricas eran
Cristal y leche cuajada;
Su cuello, firme coluna
Que este cielo sustentaba;
Sus manos blancas y hermosas,
Largas, lisas y torneadas,
Son de marfil soberano,
Si algun marfil las iguala.
Yo pues que la vi salir
De una dichosa cabaña,
Quisiera besar el suelo
Donde ella puso las plantas;
Y preguntando quién era,
Me dijo con mucha gracia:
—Soy una pastora triste,
En amores desdichada;
Siempre el tiempo es mi contrario,
Y deshace mi esperanza,
Triste imágen de fortuna,
Firme en esto, aunque voltaria.
Un amante me persigue,
Haciendo fuerza á mi alma,
Y esta excusada porfía
Es lazo de mi garganta.
El piensa que es otro Apolo,
Y á mi su Dafne me llama,
Y no me vuelvo en laurel,
Porque estoy deshecha en agua.
A tal tormento me fuerza
Alguna estrella contraria
Que tuve en mi nacimiento
Por guia de mis desgracias.—
Espantado de oir tal,
Al viento pedí sus alas,
Porque sentí que sus rayos
Alma y cuerpo me abrasaban.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

1553.

(*Anónimo.*)

Balad, ovejuelas mias,
Tristeza del valle alegre,
Siempre con razon quejosas,
Sin razon perdidas siempre;
Buscad pastor sin agravios
Que os conozca y os gobierne;
Que ya no puedo miraros
Despues que me miro ausente.
Cuando el alma del pastor
Está sin gusto, no tiene
Bien que esperar el ganado,
Qu'en males trocó sus bienes.
Mortales son las desdichas
Cuando el qu'estorbarlas puede,
Por hado que le persigue,
Le pesa que se remedien.
Un pastor que fué del Tajo,
Y en la orilla d'Ebro tiene
Cabaña humilde, así daba
Del mal largo cuenta breve;
Y al despedirse del rio,
Templando á son diferente
Su rabel desconcertado,
Cantó cual cisne que muere.

Villancico.

«Perdida he la fe,
»Perdida la he.»
Ausencia, madastra fiera
De la fe mas verdadera,
Si es mudanza de tercera
Y se encogió con mi fe,
«Perdida la he.»
Porque muera en su venganza
No dice aquí la mudanza,
Que la fe de mi esperanza
Aunque mas segura fué,
«Perdida la he.»
Cuando tras la fe perdida
Olvidada y perseguida,
D'esta mi rebelde vida
Vengado, decir podré:
«Perdida he la fe,
»Perdida la he.»

(MADRIGAL, *Segunda parte del romancero general.*)

1554.

(*Anónimo.*)

Una bella pastorcilla,
De doce años no cabales,
Tierna edad, hermosos ojos,
Vivo retrato de un ángel,
Herida de un tierno amor,
Dejando á su anciano padre,
Desgreñada, va corriendo
Por las riberas del Gange.
El cabello de oro fino
Hebra á hebra esparce al aire,
Que al sol eclipsa sus rayos,
Y uno solo alumbra el valle:
Una piel lleva vestida
De un oso, teñida en sangre,
Sobre una corta saynela
De un grueso sayal de herbaje;
Descalza va por la arena,
Y estampando el pié, deshace
Lo que es tierra, y queda cielo,
Si el cielo en la tierra cabe.
Sus ojos bellos, serenos,
Hechos los lleva dos mares,
Vertiendo divinas perlas
Entre arroyos de cristales;
A voces dice: —¡Cruel,
Por el cielo, que me aguardes!
Oyeme: ¿por qué me ofendes,
Pues no me ofende el buscarte?
¿Cómo puedes, di, enemigo,
Romper el pleito homenaje?
¡Mas á quien falta la fe,
No es mucho á palabras falten!
Mis suspiros van tras tí,
¡Ay, que temo no te abrasen!
Mas no, que de hielo eres,
Y helado en mi pecho ardes.
Fiera me muestras á ser;
Pero ya me enseñas tarde,
Pues que cuando pude fui
Blanda cera, y tú diamante.—
Corrida de aquesta suerte
Vió, del rio á la otra parte,
Su ingrato pastor que huye,
Y tras él se arroja al Gange.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

1555.

(*Anónimo.*)

Los diamantes de la noche
La blanca aurora cubria,
Con tornasoles dorados,
Y con doradas cortinas:
Ya las sombras tenebrosas
Tiernas luces esparcian,
Enriqueciendo los campos
Con aljófar y con risa:
Ya los caballos de fuego
Luceros de nieve pisan,
Y el niño sol, entre sueños,
Hácia el oriente los guia;
Ya las rosas y jazmines,

A saludarse salian:
Ellos vestidos de plata,
Y ellas de nácar vestidas;
Ya sus amorosas quejas
Cantaban las avecillas,
Porque se duerma la noche,
Y porque despierte el dia;
Ya los árboles sus frentes
A la santa luz humillan,
Y en los espejos del rio
Se componen y remiran;
Ya el Bétis al sol sagrado,
Porque sus márgenes pinta,
Perlas y piedras preciosas
En fuentes de plata envia:
Cuando al prado sale Flora,
Dando luz y nueva vista
A las plantas y á las aves,
Al sol y á sus maravillas.
Vióla el pastor que la adora,
Dando vida á cuanto pisa,
Y porque el sol la envidiase
Esto le cantó en su lira:

Cantarcillo.

«Flora, mucho deben
»Al sol las flores;
»Pero mas á tus ojos
»Que son dos soles.»
Da el sol á los campos
Entre flores varias,
Mosquetas de nieve
Y rosas de grana;
Y entre rayos de oro
Que los montes bañan,
Esparcen sus luces
Jazmines de plata.
Plata, grana y nieve
Le deben los montes,
»Pero mas á tus ojos
»Que son dos soles.»

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1556.

(*Anónimo.*)

Mal segura zagaleja,
La de los pardos ojuelos,
Grave honor de los azules,
Dulce afrenta de los negros:
Si de poco amor acusas
Al que estima sus deseos,
Quien envidia por dichoso
Le juzgarás por grosero.
No de su amor desconfies,
Que será, con falso acuerdo,
Confesar que no te adora,
Negarle el entendimiento.
Si le favorece tanto
Tu divino rostro bello,
¿Cómo ha de errar quien en todo
Tiene de su parte al cielo?
Medrosa estás de tu cara,
Que no hay en el siglo nuestro
Para tu beldad, ventura,
Para tus virtudes, premio.
Zagala, pues que á tu amante
Causas desmerecimiento,
Si está loco con favores,
Hazle con desdenes cuerdo.

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1557.

(*Anónimo.*)

¡Ay verdades, que en amor
Siempre fuistes desdichadas!
Buen ejemplo son las mias,
Pues con mentiras se pagan!
Cuando traté con engaños
Tu verdad, Filis ingrata,
¡Qué de quejas vi en tus ojos!
¡Qué de perlas vi en tu cara!
¡Oh qué de veces te dije,
Cuando á mi puerta llamabas,
En vano llama á la puerta
Quien al corazon no llama!
Mis pastores te decian:
—No está Fabio en la cabaña.—
Y estaba diciendo yo:
—¿Para qué busca quien cansa?—
A tus quejas solamente
Daban respuesta las aguas;
Porque murmuraban, Filis,
Que no porque te escuchaban.
Acuérdome que una noche
Me dijiste con mil ansias:
—Déjate, Fabio, querer,
Pues que no te cuesta nada.
—No quiero yo que me quieras,
Que como amor es el alma,
Nunca vi mujer discreta
Que bien quisiese forzada.—
En el umbral de tu puerta
Reñiamos hasta el alba,
Tú, porque habia de entrar,
Yo, por no entrar en tu casa.
—Castiguen, Fabio, los cielos,
Dijiste desesperada,
El fuego con que me hielas,
Y el hielo con que me abrasas.—
Porfiaste, hermosa Filis,
Todo el porfiar lo acaba;
Que quien piensa que no quiere,
El ser querido le engaña.
En el trato ni en el tiempo
Nadie tenga confianza,
Que se pasan sin sentir,
Y se sienten cuando pasan.
Tanto te vine á querer,
Que juntos nos envidiaban,
La luna, al bajar la noche,
El sol, al salir el alba.
Los prados, montes y selvas,
De vernos se enamoraban;
Verdes lazos aprehendian
Las yedras enamoradas.
Mas bajando en este tiempo
De las heladas montañas,
Silvio, tu antiguo pastor,
Trajo de allá tu mudanza.
No perdiste la ocasion,
Pues cuando yo te adoraba,
De mis pasados desdenes
Quisiste tomar venganza.
Filis, ya muero por ti:
Confieso que se me pasan
En tus umbrales las noches,
Los dias á tus ventanas.
No llamo, porque imagino
Que has de responder airada:
«¿Para qué llama á la puerta
Quien al corazon no llama?»
Si finjo que no te quiero,
Es invencion de quien ama;
Que cuando tú no me miras
Hago espejo de tu cara.
Prendas que tú dabas, Filis,
Y de que yo me enfadaba,
Agora las visto y pongo
Sobre los ojos y el alma.
No te encarezco mis penas,
Por no dar gloria á la causa;
Basta que yo la padezca,
Sin que tú tomes venganza.
No quieras mas de que son
Las locuras de amor tantas,

Que vengo á poner la boca
Adonde los piés estampas :
Mas con todo lo que digo
No pienso hablarte palabra;
Que en celos que se averiguan,
Las amistades se acaban.

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1558.

(*Anónimo.*)

Vengada la hermosa Filis
De los desdenes de Fabio,
A verle baja á la aldea,
Enferma de un desengaño.
A ruego de los pastores
Baja de su monte al prado;
Que como se ve querida
Da á entender que la forzaron.
Eso mismo que desea
Quiere que la estén rogando;
Que sube al gusto los precios
Amor, conforme los años.
Huyóse Fabio celoso,
Pensó Fabio hallar sagrado;
Pero hay estados de amor,
Que está en el remedio el daño.
¡Desdichado del que llega
A tiempo tan desdichado,
Que le matan los remedios
Con que muchos quedan sanos!
Al fin, á Fabio rendido
Viene á ver su dueño ingrato,
Alegre, porque es amor
En las venganzas villano.
No va sin galas á verle,
Aunque pudiera excusarlo;
Mas la mayor hermosura
No deja en casa el cuidado.
Lleva de palmilla verde
Saya y sayuelo bizarro,
Con pasamanos de plata,
Si en ellos pone las manos.
No lleva cosa en su cuello
Que Fabio la hubiese dado,
Porque no entienda que viven
Memorias de su cuidado.
Joyas lleva que él no ha visto,
No porque le ha hecho agravio,
Mas porque sepan ausentes,
Que no está seguro el campo.
Con una cinta de cifras
Lleva el cabello apretado;
Que quien gusta de dar celos
Se vale de mil engaños.
En argentadas chinelas
Listones lleva, admirados
De que quepan tales brios
En tan pequeños espacios.
Llegó Filis a la aldea,
Entró en la casa de Fabio;
Los pastores la reciben
Como al sol los montes altos.
Dando perlas con la risa
Extiende á todos los brazos,
Que gana mares de amor,
Y da perlas de barato.
Apénas Fabio la mira,
Cuando á un tiempo se bañaron,
El alma, en pura alegría,
Los ojos, en tierno llanto.
No hablaron los dos tan presto,
Aunque los ojos hablaron :
Filis, porque quiere mucho,
Fabio, porque quiere tanto.
Cuando en esta suspension
Los dos se encuentran mirando,
A un tiempo bajan los ojos,
Como que miran de falso.
A Fabio culpa la gente;
Que es error hacer amando
Con la lengua valentias,
Si el alma no tiene manos.
El responde, y se disculpa;
Mas viendo cerca los brazos,
Pide el perdon ofendido,
Quien ama desengañado.

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1559.

(*Anónimo.*)

Los pastores de Segura,
Todos juntos, cuantos son,
Coronados de cipreses
Caminan de dos en dos :
Entre un corro de zagalas,
Mas hermosas que no el sol,
En unas funestas andas
Llevan un muerto pastor.
Dicen que de mal de celos
El desdichado murió,
Enfermedad que se engendra
Solo en la imaginacion.
A Isbella le dan la culpa,
Y á su fiera condicion;
Pues pudiendo darle vida,
No quiso, y se la quitó.
La mortaja que le cubre
Es de amarillo color;
Que de esta color se viste
Toda desesperacion.
No lleva rico pellico
Con uno y otro giron;
Que desnudo va á la tierra,
Como desnudo nació.
Tampoco cayado lleva,
Que es descanso, y le faltó;
Mas si el morir es descanso,
Lleva descanso mayor.
De esta suerte le llevaron
A otra remota region,
Donde de humanos acentos
Jamas pudo oirse voz.

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1560.

(*Anónimo.*)

Esta zagaleja, madre,
De los azules ojuelos,
¡Ay Dios, que me abrasa el alma
Siendo nieve, y ellos fuego!
Cuando atrevido la adoro
Mal pagado y bien contento,
Es mar á mis voluntades,
Es peñasco á mis deseos;
Mas ya que dos montes miro,
Porque estén mis males ciertos,
A ser escuchado parto
Humilde, que no soberbio;
Mas vuelvo, viéndola piedra,
A mi confuso silencio.

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1561.

(*Anónimo.*)

Zagales de la ribera,
Una niña se perdió,
Primera gala de mayo,
Aurora afrenta del sol.
Amor la viene buscando,
A escucharla alegre voy :

Con mil ardientes deseos
Me transformaré en amor.

(*Cantarcillo.*)

« Quien hubiere visto la niña
»Que en la calle se perdió,
»Venga luego al amor que la busca,
»Que da por hallazgo su venda y arpon »

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1562.

(*Anónimo.*)

Ya viene la primavera
Y no viene en el abril,
Sino en la beldad de Filis,
De la tierra un serafin.
Ya viene de aquellos montes
La cazadora gentil,
Dejando viva á la fiera
Que tiene dentro de sí.
Los despojos de la caza
Está mirando venir,
A sus ojos, uno á uno,
A sus manos, mil á mil.
Miréla, y con tanto miedo
He quedado de vivir,
Que no me atrevo á buscarlos
Donde sé que me perdí.
Selvas, si veis á las aves
De nácar y de jazmin,
Informadla de mis ansias
Con decir que ya la vi.

(*Primavera y flor de romances.* — II. *Romances varios de diferentes autores.*)

1563.

(*Anónimo.*)

Agradecido pastor,
Que por estas selvas mudas
Guardas del rigor del cielo
Tus cabras y tus venturas,
Para que duren las mias,
Dame tu palabra y jura
De que siempre serás mio,
Pues yo la doy de ser tuya.
Jura al cielo, que primero
Faltará su lumbre pura
Que tu lealtad á mis brazos,
Y él se obligue á que la cumplas.
« Que si la fe te dura,
»De Celia será cierta la ventura »
¡Ay, que no podrán los tiempos,
Que todas las cosas mudan,
Mudar la fe que no tienes,
De mi amor deuda tan justa!
Si mueren Cartago y Troya,
El alma no muere nunca:
Viva yo, si vivo en ella
Eternamente segura.
Y estélo yo de tus ojos,
Y que ninguna entre muchas
Será como yo tu dueño,
Ni lo serás de ninguna.
« Que si la fe, etc. »
Di conmigo, que son feas
Las mayores hermosuras,
Y no las mires ni hables,
Ni de véras ni de burlas.
Alábame entre ellas siempre,
Y diles, si de esto gustas,
Que mereces mis regalos,
Como calles mis locuras.
Escribeme por momentos,
Si darme gusto procuras,
Lo que no te se acordare
Estando las almas juntas.
« Que si la fe, etc. »
No te apartes de mis brazos:
Andemos por estas murtas,
Como tórtolas casadas
Que se besan y se arrullan.
No se enreden mas las yedras
Que con los olmos se añudan,
Que los dos, hasta que el sol
Destierre la blanca luna.
Yo diré que tuya soy,
Si me preguntaren cúya:
Di tú, que tu vida es mia,
Si alguna te lo pregunta.
« Que si la fe te dura,
»De Celia será cierta la ventura. »

(*Primavera y flor de romances.*)

1564.

(*Anónimo.*)

Esperanzas de Cardenia,
Fundadas en aire vano,
Mas desesperan mi vida
Que sus desdenes y agravios.
Pidiéndole estoy remedio
Al cabo de tantos años,
Para mis locos deseos,
Y respóndeme burlando:
« Yo diré cuando. »
Pasan lijeros los dias,
Y no los males que paso,
Y nunca este «cuando» llega,
Porque vive en reino extraño.
Estóime yo deshaciendo
Celoso y desesperado,
Y de todas mis tristezas
Es el remedio que aguardo:
« Yo diré cuando. »
Cuando me manda servirla
Imito al aire volando,
Sin saber cuándo ni cómo
Es mi remedio ó mi daño;
Y cuando el cómo le pido
De lo que estoy deseando,
Me dice con mucha flema,
Despues que lo piensa un rato:
« Yo diré cuándo. »
No sé, qué «cuándo» es aqueste
Tan perezoso y tan largo,
De obligacion ó escritura,
Que nunca le llega el plazo.
Pues para cobrar la renta
De todo el tiempo pasado,
¡Mirad qué donosa firma
De su letra y de su mano:
« Yo diré cuando! »
¿A qué feria me remite?
A qué tercios ó á qué pagos?
¿Qué libranza en tesorero?
Qué cédula por el cambio?
Ya no mas, que soy menor,
Y quiero llamarme á engaño:
Olvidar quiero á Cardenia,
Y si ahora no lo hago,
« Yo diré cuándo. »

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1565.

(*Anónimo.*)

Despues que muero, Belisa,
Tan léjos de donde estás,
Te despacho estos suspiros,
Que te vayan á buscar:
« ¡ Ay, ay, ay, ay! »
Al campo salgo á quejarme

Porque consuelo me da,
Ver de un ay, que triste arrojo,
El eco multiplicar:
«¡Ay, ay, ay, ay!»
Perdí de tus ojos verdes
La hermosa luz oriental,
Que venciendo al sol obliga
A decir con el pesar:
«¡Ay, ay, ay, ay!»
Ay de mí, que ya no miro
El rojo y blanco rosal
De tus labios, donde juntas
La sangre y la leche están:
«¡Ay, ay, ay, ay!»
Ay de mis ojos, que vieron
En tus manos de cristal
El fuego, cuya memoria
Cada dia abrasa mas:
«¡Ay, ay, ay, ay!»
Cuando la boca no puede,
Cansada ya, suspirar,
Dice el corazon por ella
Que mi queja es inmortal:
«¡Ay, ay, ay, ay!»
De mi firmeza no dudes,
Porque te pienso de amar
Hasta que diga espirando
Aquel último mortal,
«¡Ay, ay, ay, ay!
Que de tus honestos gustos,
Belisa, digo verdad,
Que allá en los Elíseos campos
Siempre me pienso acordar:
«Ay, ay, ay, ay!»
Con esto cierro la carta,
Y un ay la firma será,
Que tan desdichado amante
Solo se puede firmar:
«¡Ay, ay, ay, ay!»

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1566.

(Anónimo.)

¡Ay! ay! ay! cantaba Anfriso
En la prision donde está,
Porque no puede otra letra
Un desdichado cantar.
El ay que el alma despide
Es de amor tan natural,
Que cada vez que le arroja
Se le vuelve luego á entrar.
«¡Ay! ay! ay! etc.»
¡Ay Anarda! Ay Amarílis!
Dice, y mil veces ¡ay!
¡Cuánto siento vuestras penas!
Cuánto siento vuestro mal!
«¡Ay! etc.»
Mas me ofenden las injurias
Que os dice la voz vulgar,
Por culpa de mi desdicha,
Que la prision que me dan.
«¡Ay! etc.»
¡Ay de mi opinion perdida!
No sé por qué me culpais
De alevoso y de cobarde,
Agraviando la verdad.
«¡Ay! etc.»
Ni en mis versos ni en mi prosa
He tratado de engañar;
Que aunque ellos han dicho mucho,
He sentido mucho mas.
«¡Ay! etc.»
Porque el ausencia de Anarda
Me ha puesto en estado tal,
Que aun muchas veces no puedo
Esta sola voz formar.
«¡Ay! etc.»
Cuando levantar pensaba
Banderas de blanca paz,
En el mar de mi fortuna
Me ha corrido tempestad.
«¡Ay! etc.»
Tanta ingratitud y olvido
No han de poder humillar
Las columnas de aquel templo
Que labró mi voluntad.
«¡Ay! etc.»
Para que de Anfriso cante
La fama, que es inmortal,
Que supo amar olvidado,
Y que no supo olvidar.
«¡Ay! ay! ay! ay!»

(Primavera y flor de romances.)

1567.

(Anónimo.)

Amarílis la del Soto,
La morenilla ojinegra,
Batalla de los zagales,
Y de las zagalas guerra;
La de los ojuelos negros,
Que son de toda la aldea
Dos incendios de azabache,
Si no dos espadas negras;
El abril de los agrados,
Que como en flores diversas
Desperdicia discreciones,
Y donaires atropella:
Ayer salió hermosa al baile,
Despues de muchas tormentas
De ingratitudes que llora,
Y olvidos de que se queja.
Quiso en extremo á Lucindo,
Que ingrato la olvida y deja:
¡Suerte infelice de hermosas,
Comun premio de firmezas!
Cuando las dificultades,
Los peligros y las penas
Acobardan los amantes,
No hay amor, sino apariencias;
Que el amor, que es fuego y niño,
Los montes abrasa y quema,
A los peligros se arroja,
Sierpes vence, y rompe penas.
Fué tan firme la zagala,
Que la llaman en la sierra
El ejemplo de las firmes
Y el bronce de las finezas.
Amor mal correspondido,
Cuando firme persevera,
¡Gran incendio hay en el alma!
Gran Troya en ella se quema!
No sé si son discreciones,
Siendo Amarílis discreta,
Firmezas sin esperanzas,
Que adoran ingratas prendas.
Sus sentimientos la tienen
Melancólica y enferma:
¡Qué galan tan venturoso
Si estimar esto pudiera!
Sus amigas la divierten,
Y advertidas le aconsejan
Provechosos desengaños
Y amorosas diligencias,
Que olvide á quien la ha olvidado;
Que se alegre y se divierta,
Y que las ingratitudes
Pague en la misma moneda.
Muchos zagales pretenden
Su dulce correspondencia;
Pero entre todos Beliso
Mas su donaire celebra.
Vióla descender al valle
Por entre las pardas rejas

Que formaban intrincados
Ramos de sauce y adelfa,
Quebrado el color trigueño;
Pero tan airosa y bella,
Que daba risa á las flores,
Y á los montes primaveras;
Y tomando el instrumento,
Tan rendido á su belleza
Cuanto rico de esperanzas,
Alegre canta esta letra:

Cantarcillo del romance.

«Zagaleja del Soto,
»Busca otro amante,
»Que firmezas sin premio
»Son necedades.»
Si no te supo estimar
Quien ingrato te olvidó,
Déjale, pues te dejó,
Y ama á quien te quiere amar.
En Betiso habrán de hallar
Tus donaires y belleza,
Estimacion y firmeza,
Correspondencia amorosa;
No pagues mas desdeñosa
Sus deseos y lealtades;
«Que firmezas sin premio
»Son necedades.»
Si hasta aquí firme has sido,
Y han premiado mal tu trato,
No dejes por un ingrato
Un amante agradecido:
Vuelve á ganar lo perdido,
Con quien amarte desea;
Mira que no hay en la aldea
Zagal de mayor agrado:
Premia su dulce cuidado,
Y olvida temeridades,
«Que firmezas sin premio
»Son necedades.»

(*Maravillas del Parnaso.*)

1568.

(*Anónimo.*)

Pastores, Laura me ha muerto.
¿Por qué no prenden á Laura?
¿Cómo ha de haber hombre vivo
Si no prenden á quien mata?
Con tiranías me obliga,
Con desprecios me avasalla
Este monstruo de hermosura,
Escándalo de las almas.
A ser yo mas venturoso,
Mi obediencia se empleara
En Laura, y con eso fuera
La obediencia laureada.
Vengadme, pastores mios;
Al punto prended á Laura;
Y esta vez sea recogida,
Aunque no sea por mala.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1569.

(*Anónimo.*)

Pastores de Manzanares,
Yo quiero bien á Marica,
Por mi gusto, y esto basta,
Y sobra, porque es muy linda;
Y porque no me mormuren
Mis vecinos y vecinas
De que estoy mal empleado,
Quiero pintar á Marica.
Muchos hay que se enamoran
Por opinion de la villa;
Yo no, que el Ayuntamiento
No ha de echar sobre esto sisa.
Las cejas y el entrecejo
Son de amor bufonería,
Con dos arcos que previene
Para guarda de sus niñas.
El talle se me olvidaba,
Siendo la alhaja mas linda;
Pero no importa, diréla
Si le tomo la medida.
Alcalde hermoso y fragante,
Le ha dado la margarita,
Para guardar en su boca
Las perlas que en ella cria.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1570.

(*Anónimo.*)

Ella. ¿Dime, bárbaro pastor...
El. ¿Dime, rústica villana...
Ella. Si fuéron tuyas las voces?
El. Si fuéron tuyas las ansias?
Ella. Quejábame del amor.
El. Yo tambien de él me quejaba.
Ella. Es un ciego mal nacido.
El. Es un tirano; que basta.
Ella. Es una sombra sin cuerpo.
El. Siempre el amor fué fantasma.
Ella. Pues muera, muera el traidor.
El. ¿De qué ha de morir? Aguarda,
Ella. Muera de sus mismas flechas.
El. El vive de lo que mata.
Ella. Pues muera de su dolor.
El. Esa no es bastante causa.
Ella. Muera de su misma ausencia.
El. Dale por muerto, si es larga.
Ella. ¡Oh traidor! Oh fementido!
¿Eso dice quien bien ama?
Quien bien ama tarde olvida.
El. Pero olvida, aunque se tarda.
Ella. Muera de viejo, porque
Decrépito peina canas.
El. Al arma, al arma, Cupido;
Que toca el olvido al arma.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

ROMANCES PISCATORIOS.

1571.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Las redes sobre la arena,
Y la barquilla ligada
A una roca á quien las olas
Convierten de piedra en agua,
El pobre Alcion se queja
Por ver á la hermosa Glauca,
Fuego de los pescadores,
Y gloria de aquella playa.
Buscándola con los ojos
En altas voces la llama:
—Glauca, dice, ¿adónde estás?
¿Por cuál nueva ocasion tardas?
¿Haste arrepentido acaso
De haber dado tu palabra
De llegar á mis rediles
Antes que el lucero salga?
¡Oh perjura! Si á mi fe
Y á tus juramentos faltas,
Esperen mayor tributo
De mis ojos estas aguas.
Glauca mia, ¿no respondes?
¿O gustas de ver mis ansias,
Porque á costa de mis daños

De mi fe te satisfagas?
Si es esto, yo te perdono
Todo el tiempo que dilatas
En mostrar á tu Alcion
De su bien y mal la causa.
¡Mas, triste, cuántos agüeros
Y señales de mudanza!
El fiero viento se esfuerza,
Y las olas van mas altas;
Los delfines van nadando
Por lo mas alto del agua;
Tormenta amenaza el mar,
Sin duda se muda Glauca.—
Venia la ninfa bella
Por la ribera descalza,
Dando cuerda á los anzuelos,
Y requiriendo las nasas,
El rubio cabello al viento
De tal suerte, que quedaban,
Mas que en los anzuelos peces,
Entre sus cabellos almas,
Viendo con cuánta pasion,
Mas que nunca aljofaradas,
Competian en blancura
Las espumas con sus plantas.
Mas la hermosa pescadora,
Que estas voces escuchaba,
No pudo sufrirlas mas,
Y fué burla harto pesada;
Y viendo que el pescador
Con atencion la miraba,
De peces privando el mar,
Y al que la mira del alma,
Llena de risa responde:
—Mi Alcion, no haya mas: basta.
Perdona el haber tardado,
Pues ganas con mi tardanza.—
Corriendo por la ribera,
Colérica, acelerada,
A su albergue se volvió,
Y el pescador á su barca.

(*Flor de varios y nuevos romances.* — It. GÓNGORA, *Obras.*— It. *Romancero general.*)

1572.

(*De Don Luis de Góngora* [1].)

Sobre unas altas rocas,
Ejemplo de firmeza,
Que encuentra noche y dia
El mar estando quedas,
Aquel pescadorcillo,
A quien su ninfa bella
Dejó el año pasado
La red sobre la arena,
«¡Oh cómo se lamenta!»
De una parte las aguas,
De otra parte las fieras,
Y de entrambas el viento,
Le escuchan y se enfrenan;
Que á todas ellas hacen
Igual sombra la fuerza,
Lo dulce de las voces,
La razon de las quejas.
«¡Oh cómo se lamenta!»
—¿Hasta cuándo, enemiga,
Competirá en dureza
Tu duro corazon
Con las mas duras piedras?
¿Hasta cuándo harás,
Al son de mis querellas,
Lo que al ladrido hace
De los canes, la cierva?
«¡Oh cómo se lamenta!»
Hoy hace un año, ingrata,
Que huyendo lijera,
No te conoce el suelo,
Y atras el aire dejas:
Hoy hace un año, ingrata,
Que el mar, como por pena
De que tú no la pises,
Azota estas riberas.
«¡Oh cómo se lamenta!»
Tu vuelo en todo el mundo,
Por olas ó por tierra,
Lo mas lijero alcanza,
Lo mas libre sujeta.
Si aquesta se te escapa,
Dime, ¿qué te aprovechan
Los filos de tus alas,
Las puntas de tus flechas?
«¡Oh cómo se lamenta!»—

(GÓNGORA, *Obras.*)

[1] Esta composicion se coloca aquí entre los romances comunes, aunque es de versos anacreónticos, por la relacion que tiene en su asunto con el anterior.

1573.

(*De Don Luis de Góngora.*)

En el caudaloso rio,
Donde el muro de mi patria
Se mira la gran corona,
Y el antiguo pié se baña,
Desde su barca Alcion
Suspiros y redes lanza,
Los suspiros por el cielo,
Y las redes por el agua;
«Y sin tener mancilla,
»Mirabalo su amor desde la orilla.»
En un mismo tiempo salen
De las manos y del alma
Los suspiros y las redes,
Hácia el fuego y hácia el agua:
Ambos se van á su centro,
Do su natural los llama:
Desde el corazon los unos,
Los otros, desde la barca;
«Y sin tener, etc.»
El pescador entre tanto,
Viendo tan cerca la causa,
Y que tan léjos está
De su libertad pasada,
Hácia la orilla se llega,
Adonde con igual pausa
Hieren el agua los remos,
Y los ojos d'ella el alma.
«Y sin tener, etc.»
Y aunqu'el deseo de verla
Para apresurarle arma
De otros remos la barquilla,
Y el corazon de otras alas,
Porque la ninfa no huya,
No llega á mas que distancia
De donde tan solamente
Escuche aquesto que canta;
«Volad al cielo, suspiros,
»Y mirad quién os levanta
»De un pecho qu'es tan humilde,
»A partes que son tan altas;
»Y vosotras, redes mias,
»Caláos en las ondas claras,
»Adonde os visitaré
»Con mis lágrimas cansadas.
»Dejadme, triste, á solas
»Dar viento al viento, y á las olas olas.
»Dejadme vengar de aquella
»Que toma de mi venganza
»Por mas leales servicios
»Que arenas tiene esta playa.
»Dejadme, ñudosas redes,
»Pues que veis qu'es cosa clara,
»Que mas que vosotras ñudos,
»Tengo para llorar causas.

»Dejadme, triste, á solas
»Dar viento al viento, y á las olas olas.»

(Góngora, *Obras*, etc.— It. *Romancero general.*)

1374.

(*Anónimo.*)

—En tanto que la tormenta
Del airado mar se amansa,
Y que se enjugan las redes,
Y mi barquilla descansa,
Al son de las olas fieras
Que en estas peñas desbravan,
A cuyos golpes se mueven
Mas que á mis males mi ingrata,
Quiero hacer un discurso
De mi vida lastimada,
Y cantar con voz de cisne,
Si es verdad que el cisne canta.
Agora pises la arena,
Soberbia y hermosa Glauca,
Desdeñando la tormenta
Como desdeñas mi alma;
Agora con tus amigas
Sobre las redes sentada
Cuentes de los pescadores
Las enamoradas ansias;
Escucha las que padezco,
Hermosa ingrata, á tu causa,
Que bastarán á ablandarte,
A no ser de piedra helada.
Apénas supo la lengua
Articular las palabras,
Cuando sembré por el aire
Mis quejas y tu alabanza:
Y tú sabes bien que apénas
Eché las redes al agua,
Cuando me enredé en tus hebras,
Que son redes d'esta playa.
Crecieron en mí los años,
Y subieron las desgracias
Al peso de mis desdichas,
Que fuéron siempre pesadas.
Nunca las puertas de oriente
Abrió tan hermosa el alba
Cuando saca de alelíes
Las bellas sienes ornada,
Que á los ojos de tu Albano
No le hicieses tú ventaja
Con salir ella á dar luz,
Y tú á lastimar entrañas;
Ni jamas llegó la noche
Envuelta en sus negras alas,
Que de mis llorosos ojos
No quedases obligada.
Para obligarte á querer
Mil ejemplos hay que bastan,
No solo en los pescadores,
Mas en las silvestres plantas.
El mirto quiere á la oliva,
Y la palma ama á la palma;
La yedra y la vid al olmo
Con tiernos brazos le abrazan.
Sola tú, homicida mia,
Que tienes de roca el alma,
A los golpes amorosos
Ni te humillas ni te ablandas:
No hay piedra en estas riberas
En cuyas duras entrañas
No estén por mi mano escritos
Los nombres de Albano y Glauca.
No hay piedra en ella tan dura
Como tu condicion brava,
Pues me dan el acogida
Que en tus entrañas me falta.
Desterráronme desdichas,
Que siempre son mis contrarias;
Cadenas ciñen el cuerpo,
Y tus desdenes el alma.
En la fe que te tenia
He vivido sin quebralla;
Que no desatan prisiones
Los nudos que atan el alma.
Pero si aquí me acabaren
Mis ausencias y tu saña,
Dejando á mis enemigos
En las manos la venganza;
A tí, desdeñosa mia,
Quiero suplicar que vayas
A hallarte en mis exequias,
Pues de ellas fuiste la causa;
Y con un suspiro mudo,
Con una lágrima falsa,
Sobre el helado sepulcro
Honres la ceniza helada.—
Esto está diciendo Albano
En tanto que el mar se amansa,
Que con erizado cerro
Las estrellas amenaza.

(*Romancero general.*)

ROMANCES AMOROSOS VENATORIOS.

1375.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Aquí entre la verde juncia
Quiero como el blanco cisne
Que envuelto en dulce armonía
La dulce vida despide,
Despedir mi vida amarga
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramas
Orne esta planta de Alcides;
Miéntras yo á la tortolilla
Que encima del olmo gime,
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
¡Bellísima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques! ¡Cruel verdugo
De mis años infelices!
Tan grandes son tus extremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda
Si eres diosa ó si eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
Contra quien es tan humilde,
Que considerados bien
Todos los monteros dicen,
Que los dos nos parecemos
Al roble que mas resiste
Los soplos del viento airado,
Tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres roble,
Y en lo demas flaca mimbre,
No solo á los recios vientos,
Mas á los aires sutiles.
Ya no persigues, cruel,
Despues que á mí me persigues,
A los corzos voladores,
Ni á los fieros jabalíes;
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras
Que, como á mi muerte diste.
Los montes se están quejando
De que tus piés no los pisen,
Por los rastros que dejaban
De rosas y de jazmines,
Tales que eran á sus campos

Tus dos plantas dos abriles:
Haz tu gusto, que yo quiero
Dejar, pues d'ello te sirves,
El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige;
Conseguirémos en esto,
Ambos á dos, nuestros fines:
Tú, el de cruel en dejarme,
Yo, el de leal en morirme.
Tú, rey de los otros rios,
Que de las sierras sublimes
De Segura, al Oceano
El fértil terreno mides,
Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires;
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques
Por todo el húmedo reino
De la gran madre de Aquiles;
Porque no solo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven,
Conozcan quién es Daliso,
Y quién es la ingrata Nise.

(Góngora, *Obras*. — It. *Flor de varios y nuevos romances*.— It. *Romancero general*.)

1576.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Los montes que el pié se lavan
En los cristales del Tejo,
Cuando las fuentes se miran
En los zafiros del cielo,
Tiranizados tenia
Un cerdoso animal fiero,
Terror del campo, y ruina
De venablos y de perros.
Buscándolo errante un dia
Perdido, un galan montero,
Segunda envidia de Marte,
Primer Adónis de Vénus;
Escalando la montaña,
Y penetrando sus senos,
Lo dejó la blanca luna,
Y lo halló el luciente Febo.
«¡Oh perdido primero
»Tras un jabalí fiero,
»No te pierdas ahora
»Tras esta que te huye cazadora!»
La luz le ofreció una ninfa,
Que en duda pone á los cerros,
A cuál se deben sus rayos,
Al sol, ó á sus ojos bellos.
De tres arcos viene armada,
El uno contra los ciervos,
Contra los hombres los dos,
Blanco el uno, los dos negros.
De un cordon atrahillado
Un diligente sabueso
El viento solicitaba,
Y desafiaba el viento.
Apénas vió al jóven, cuando
Las cumbres vence huyendo:
El la sigue, ambos calzados,
Ella plumas, y él deseos.
«¡Oh perdido, etc »
Flores, le valió la fuga
Al fragoso verde suelo,
Varias de color, y todas
Hijas de su pié lijero.
A las malezas perdona
Mal su fugitivo vuelo;
Ellas sí, al coturno de oro,
Engastes del cristal tierno.
—¡Oh cobarde hermosura,
Dice el garzon sin aliento,
No huyas de un hombre mas,
Que sabes huir del tiempo! —
Volviendo los ojos ella,
Por flecharle mas el pecho,
De que le alcance aun la voz
Acusa al aire con ceño.
«¡Oh perdido primero
»Tras un jabalí fiero! etc »

(Góngora, *Obras*.)

ROMANCES VILLANESCOS Y FESTIVOS.

1577.

(*De Alfonso de Alcabdete.*)

Yo me levantara, madre,
Mañanica de Sant Joan:
Vide estar una doncella
Ribericas de la mar:
Sola lava y sola tuerce,
Sola tiende en un rosal:
Miéntras los paños s'enjugan,
Dice la niña un cantar:

Cantarcillo.

«¿Dó los mis amores, dó los?
»Dó los andaré á buscar?»

Sigue el romance.

Mar abajo, mar arriba,
Diciendo iba el cantar,
Peine de oro en las sus manos
Por sus cabellos peinar.
«Digasme tú, el marinero,
Sí, Dios te guarde de mal,
Si los viste, mis amores,
Si los viste allá pasar.»

(*Glosa sobre el romance que dice: Tres cortes armara el Rey*, Pliego suelto.— It. *Cancionero de romances*.)

1578.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Unas doradas chinelas,
Presas de un blanco liston,
Engastaban unos piés
Que fueran manos de amor:
Unos blancos zapatillos,
De quien dijera mejor
Qu'eran guantes, de sus piés
Justa, aunque breve prision,
Descubriendo blancas medias
Poco espacio, de temor
De que no pudieran serlo
Sin esta justa atencion;
Siendo las blancas manos
De un faldellin de color
Alfileres de marfil
Que dieran años al sol,
Me enamoraron un dia,
Que con esta misma accion
La bellísima Amarilis
Un arroyuelo saltó.
Riyéronse los cristales;
¡Ojalá tuvieran voz!
Porque dijeran su dicha
Sin murmurar la ocasion:
—¡Bien hayas tú, la serrana!
¡Mil años te guarde Dios!
Que aun para saltar arroyos
Tienes brio y perfeccion.
Tu dicha goce otros tantos
El venturoso pastor
A quien amorosa has dado
De tus brazos posesion.

Cuando sales en chinelas,
Me ha dicho mas de una flor,
Que las pisas sin quebrarlas :
¡Tus piés tan lijeros son!
No suele pasar la aurora
Por los prados tan veloz,
Aunque en no dejar estampas
Se quejan de tu rigor.
Mas las qu'en ellas no dejas
Les dará mi corazon,
Qu'envidioso de las flores
Á recibirte salió.
Años há, bella Amarilis,
Qu'el alma á tus ojos doy,
Mas no á tus piés, que aun apénas
Los vió mi imaginacion.
Solo me ha dado cuidado,
Quiero bien, temiendo estoy
Que puedan tener firmeza
Piés que tan lijeros son.

(*Maravillas del Parnaso.* — It. VEGA CARPIO, *Obras sueltas*, etc.)

1579.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Si tuvieras, aldeana,
La condicion como el talle,
Fueras reina de tu aldea,
Tendrias vasallos grandes.
Eres tú la bien prendida,
Aunque es mejor que te llamen
La que cuanto mira prende,
¿Y tienes celos del aire?
Si no puede tu belleza
De ti mesma asegurarte,
¿Qué hará mi amor, Amarilis,
Que para tus celos baste?
El dia, aldeana bella,
Que bajas del monte al valle,
¿Qué envidias no te aseguran
Tu hermosura y mis verdades?
Las zagalas que te miran
Apénas dicen que saben
Adónde pones los piés;
¡Tan breves estampas hacen!
Todas envidian tu brio,
Y en sus galas siempre iguales
Aprenden cuidados todas
De los descuidos que traes.
Pareces la primavera,
Que las flores y las aves
Todas despiertan á verte,
Y al sol de tus ojos salen.
¡Mal hayan los arroyuelos,
Si cuando por ellos pases
No murmuraran alegres
Que celos tengas de nadie!
Siendo así, ¿por qué te ofendes
En presumir que me agrade
Quien tiene envidia de tí
Y se precia de admirarte?
No gastes mal tantas perlas,
No llores mas, no me mates,
Que pienso que tus estrellas
Se están dividiendo en partes.
Baste de enojo, Amarilis,
Sal por tu vida á escucharme,
Que las niñas de tus ojos
Quiero cantar, porque callen.

Cantarcillo.

«No lloreis, ojuelos,
»Porque no es razon
»Que llore de celos
»Quien mata de amor.
»Quien puede matar
»No intente morir,
»Si hace con reir
»Mas que con llorar.
«No lloreis, ojuelos,
»Porque no es razon
»Que llore de celos
»Quien mata de amor.»

(VEGA CARPIO, *La Dorotea.*)

1580.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Hortelano era Belardo
De las huertas de Valencia;
Que los trabajos obligan
Á lo que el hombre no piensa.
Pasado el hebrero loco
Flores para mayo siembra;
Que quiere que su esperanza
Dé fruto á la primavera.
El trébol para las niñas
Pone al lado de la huerta;
Porque la fruta de amor
De las tres hojas aprenda.
Albahacas amarillas,
A partes verdes y secas,
Trasplanta para casadas
Que pasan ya de los treinta;
Y para las viudas pone
Muchos lirios y verbena,
Porque lo verde del alma
Encubre la saya negra:
Toronjil para muchachas
De aquellas que ya comienzan
A deletrear mentiras;
Que hay poca verdad en ellas.
El apio á las opiladas,
Y á las preñadas almendras;
Para melindrosas cardos,
Y hortigas para las viejas;
Lechugas para briosas
Que cuando llueve se queman;
Mastuerzo para las frias,
Y ajenjos para las feas.
De los vestidos que un tiempo
Trujo en la corte de seda,
Ha hecho para las aves
Un espantajo de higuera.
Las lechuguillazas grandes,
Almidonadas y tiesas,
Y el sombrero voleado
Que adorna cuello y cabeza;
Y sobre un jubon de raso
La mas guarnecida cuera,
Sin olvidarse las calzas
Españolas y tudescas.
Andando regando un dia
Vióle en medio de la higuera,
Y riéndose de verle,
Le dice de esta manera:

Romancillo.

¡Oh ricos despojos
De mi edad primera,
Y trofeos vivos
De esperanzas muertas,
Qué bien pareceis
De dentro y de fuera,
Desde que habeis dado
Fin á mi tragedia!
Galas y penachos
De mi soldadesca,
Un tiempo colores
Y agora tristezas;
Un dia de pascua
Os llevé á mi aldea,
Por galas costosas
Invenciones nuevas:
Desde su balcon

Me vió una doncella,
Con el pecho blanco
Y la ceja negra.
Dejóse burlar,
Caséme con ella;
Que es bien que se paguen
Tan honradas deudas.
Supo mi delito
Aquella morena
Que reinaba en Troya
Cuando fué mi reina:
Hizo de mis cosas
Una grande hoguera,
Tomando venganza
En plumas y en letras.

(*Romancero general.* — It. VEGA CARPIO, *Obras sueltas.*)

1581.

(*De Don Luis de Góngora.*)

En los pinares de Júcar
Vi bailar unas serranas,
Al son del agua en las piedras
Y al son del viento en las ramas.
No es blanco coro de ninfas
De las que aposenta el agua,
O las que venera el bosque,
Seguidoras de Diana:
Serranas eran de Cuenca,
Honor de aquella montaña,
Cuyo pié besan dos rios,
Por besar d'ellas las plantas.
Alegres coros tejian,
Dándose las manos blancas,
De amistad, quizá temiendo
No la truequen las mudanzas.
«¡Qué bien bailan las serranas,
»Qué bien bailan!»
El cabello en crespos nudos
Luz da al sol, oro á la Arabia,
Cuál de flores impedido,
Cuál de cordones de plata.
Del color visten del cielo,
Si no son de la esperanza,
Palmillas que menosprecian
Al zafiro y la esmeralda.
El pié, cuando le permite
La brújula de la falda,
Lazos calza, y mirar deja
Pedazos de nieve y nácar.
Ellas, cuyo movimiento
Honestamente levanta
El cristal de la coluna
Sobre la pequeña basa:
«¡Qué bien bailan, etc.»
Una, entre los blancos dedos
Hiriendo lisas pizarras,
Instrumento de marfil
Que las musas lo envidiaran,
Las aves enmudeció
Y enfrenó el curso del agua:
No se movieron las hojas
Por no impedir lo que canta.

Cantar.

Serranas de Cuenca
Iban al pinar,
«Unas por piñones,
»Otras por bailar.»
Bailando y partiendo
Las serranas bellas
Un piñon por otro,
Si ya no es de perlas,
De amor las saetas
Huelgan de trocar,
«Unas por piñones, etc.»
Entre rama y rama,
Cuando el ciego dios
Pide al sol los ojos
Por verlas mejor,
Los ojos del sol
Las veréis pisar:
«Unas por piñones,
»Otras por bailar.»

(GÓNGORA, *Obras*, etc.)

1582.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Menguilla la siempre bella,
La que bailando en el corro
Al blanco fecundo pié
Suceden claveles rojos;
La que dulcemente abrevia
En los orbes de sus ojos
Soles con flechas de luz,
Cupidos con rayos de oro:
Esta deidad labradora,
Desde donde nace arroyo
Hasta donde muere rio
Tajo, la venera undoso.
Gil desde sus tiernos años
Aras le erigió devoto,
Humildemente celando
Tanto culto, aun de sí propio.
Profanólo alguna vez
Pensamiento que amoroso
Volando en cera atrevido
Nadó en desengaños tonto.
Del color de la violeta
Solicitaba su rostro
En la villana divina
El afecto mas ocioso;
Esperanzas pues un dia
Prorogando engaños de otro,
A silencio, en fin, no mudo,
Respondió mirar no sordo
Sus zafiros celestiales:
Volvió un suspiro tan solo,
Tan pequeño, tan cobarde,
Cuan mal distinto de ronco.
La divinidad depuesta
Desde aquel punto dichoso,
Mirar se dejó en la aldea
Y saludar en el soto.
Con mas alientos que mayo,
Un blanco sublime chopo
En su puerta amaneció,
De tan bello sol, coloso.
En las hojas de la yedra
A su muro dió glorioso
Cuantos corazones verdes
Palpitar hizo favonio,
Las fiestas de San Gines
Cuando sobre nuestro Coso
Fulminó rayos Jarama
En relámpagos de toros.
Miéntras distingue las fieras
El garzon, pavor hermoso
La púrpura robó á Menga
Y le restituye el robo.
Cambiar le hicieron semblante,
Mas guardándola el decoro
En los peligros el miedo,
En las victorias el gozo.
Paseó Gil el tablado
De aquella hermosura trono,
Qu'en los crepúsculos niega
Del temor el alborozo.
Nevó jazmines sobre él,
Tan desmentidos sus copos;
Que engañaran á la envidia
Si no le volvieran loco.
Desde entónces la malicia
Su diente armó venenoso

Contra los dos, hija infame
De la intencion y del ocio.
Mucho lo siente el zagal;
Pero Menguilla es de modo
Que, indignada contra sí,
Se venga en sus desenojos.
Lás verdes orlas excusa
De la fuente de los olmos,
Por no verse en sus cristales,
Por no leerse en sus troncos.
A los desvíos apela,
Partiendo en los mas remotos
Con el céfiro, suspiros,
Con el eco, soliloquios.
Llora Gil estas ausencias
Al son de su leño corvo,
En humores, que suaves
Desataron un escollo.
Sus dichas llora, que fuéron
En el infelice logro
Pajarillos, que serpiente
Degolló en su nido, pollos.
Caducaron ellos ántes
Que los floridos despojos,
Y el que nació favor casto
Murió aplauso riguroso.
En los contornos lo inquiere,
Doliéndose los contornos
De que le niegue un recato
Lo que concediera un ocio.
Teme qu'esta retirada,
Si las flechas no le ha roto
Al amor recien nacido,
Las arme de ingrato plomo.
Buscándola en vano al fin,
Imitar al babilonio
Ya queria, y de su espada
Buscar por la punta el pomo,
Cuando la brújula incierta
Del bosque le ofreció undoso
Todo su bien no perdido,
Aunque no ganado todo;
Porque sin cometer fuga,
Teatro hizo no corto
Aquel campo de un rigor
Que árbol es ya de Apolo.

(GÓNGORA, *Obras*, etc. — It. *Primavera y flor de los mejores romances.*)

1583.

(*De Don Luis de Góngora.*)

En el baile del egido,
Nunca Menga fuera al baile,
Perdió sus corales Menga
Un disanto por la tarde.
Dicen que se los dió en ferias
Tres ó cuatro dias ántes
El Píramo de su aldea,
El sobrino del alcalde.
Los corales no valian
Los extremos qu'ella hace,
Y porque de cristal fuesen
Lloró Menguilla cristales.
«¡Quién oyó, zagales,
»Desperdicios tales,
»Que derrame perlas
»Quien busca corales!»
Velute los buscan perdidos,
Y no es mucho, en casos tales,
Que un perdido haga veinte,
Pues un loco ciento hace.
En el egido los buscan,
Que yendo Menga á lavarse
Se los dejó entre la juncia
Del arroyo de los sauces;
Do en pago de su blancura
Menosprecian arrogantes
Las blancas espumas que orlan
El verde y florido márgen;
Que la nieve es sombra oscura
Y el marfil negro azabache
Con la garganta de Menga,
Columna de leche y sangre.
«¡Quién oyó, zagales, etc.»
Ya el Cura se prevenia
De los antojos, que saben
En rúbricas coloradas
Hacer las letras mas grandes,
Cuando albricias pidió á voces
Bartolillo con donaire,
Por haber hallado Menga
En sus labios sus corales.
Los ojos fuéron de antojos
Los que descubrieron ántes
En la juncia, los claveles,
En la arena, los granates;
Y viendo purpurear
Las rojas prendas del ángel,
Al son dijo del salterio
Que tañia, Gil Perales:
«¡Quién oyó, zagales, etc.»

(GÓNGORA, *Obras.*)

1584.— 1585.

(*De Don Antonio Hurtado de Mendoza.*)

Anton quiso bien á Menga,
Y ella quiso al dicho mas.
¡Mal año en la obligacion
Que bien sabe pagar mal!
Fuése Anton á otra cabaña,
Peor sufrido que galan;
Que no ha de tener amando
Todas las cosquillas Bras.
Segun fué su sentimiento,
Mucha fué su voluntad;
Que quien tiene mas amor
Teme que le ofenda mas.
Culpan su resolucion,
Si valiente, honrosa ya;
Que quien un agravio sufre,
Otro debe de esperar.
Dicen que los celos son
Algo, que sin sér está
Mintiendo formas que nacen
De un cobarde imaginar.
Mas si los engendra el pecho
En el temor y en amar,
Celos son los que se toman,
Pero no los que se dan.
No pasan de los oidos
Para decirse verdad;
Porque si á los ojos llegan,
Menga, otra cosa serán.
Celos d'este Anton si fué,
¡Bien haya amen el zagal,
Que en tu crédito ponia
Mas amor que en tu beldad!
No se estima el cuerpo hermoso,
Pastores, sin alma igual,
Que es una lisonja breve
Para la vista no mas.
No vive el gusto en la queja,
Tenga la razon que amar;
Nadie de su ofensa haga
Su propia civilidad.
Averignó Anton sus celos;
Sobrado necio será
Quien, sin nada que temer,
Tiene mucho que dejar.
Los que de celos y amor
Efectos quereis juzgar,
Bien se ausente quien se olvida;
Peor si vuelve quien se va.

(HURTADO DE MENDOZA, *Obras.*)

1586.

(*De Don Antonio Hurtado de Mendoza.*)

Afuera, que una muchacha,
Centella de rosa y nieve,
Los piés lleva en dos abriles,
Pero en sí las flores siempre.
Nevadas floridas huellas
Señas de su planta ofrecen,
Y las aves y las hojas
Todos son incendios verdes.
Libre y hermoso el cabello
Con mejor ley obedece
A las licencias del aire
Que á los preceptos del peine.
Del fénix lo peregrino
Y lo extraño, todo miente,
Y en ella en lo solo hermoso
Es solo verdad el Fénix.
Batalla de los sentidos,
Dulce tirana, florece,
Más victorias que á las yerbas
El campo de tus desdenes.
Desveladas á tus luces
Las almas y noches tiene,
Y en tus bellísimos ojos
Los mismos soles se duermen.
Que á la vida llamen sueño,
¡Qué mal y qué bien parece!
Pues no reposa un instante,
Que todo en amor se mueve.
La vida, el sentido y alma,
Y todo llega á perderse
Por ella, y todo se logra
La razon en que se pierde.
Cuanto se padece y ama
Se cobra en lo que se quiere,
Y no ha menester mas premio
Quien querer lo mas merece.
Nada nos debe en amarla,
Que es dicha, es gloria y es suerte;
Solo en ser aborrecido
La conformidad nos debe.
Quién es la muchacha hermosa,
Ninguno ignorarlo puede;
Que en lo mas cuerda y mas bella
Su nombre digo dos veces.

(HURTADO DE MENDOZA, *Obras.*)

1587.—1588.

(*De Don Antonio Hurtado de Mendoza.*)

Pasaba el diciembre frio
Por una selva Menguilla
Que despreciaba del mayo
La presuncion mas florida;
Almas en vez de corderos
A Extremos lleva la niña,
Y si buscara el de hermosa
Ella le tiene en sí misma.
Ganado lleva del Tajo
Ser la bella pastorcilla,
De todos la mas amada,
Y de todas la mas linda.
Las del fértil Guadiana
Riberas siempre mas ricas,
Si por flores las produce,
Por esperanzas las pisa.
En los montes lusitanos
Los fertiles campos mira
De la castellana tierra
Siendo el cielo de Castilla.
Los convecinos pastores,
Viendo su beldad divina,
En mitad de sus auroras
Hallan forastero el dia.
Y dicen á su hermosura
Y siempre belleza esquiva,
Cuando reciben pastora
La que viene peregrina:
—«Ya no será portugues
»El amor, zagala, ya:
»Que el desden en tus ojos va,
»Y el amor se queda en tus piés.»—

(HURTADO DE MENDOZA, *Obras.*)

1589.

(*De Don Antonio Hurtado de Mendoza.*)

En la mudanza de Gila
Fué muy dichoso Pascual,
Por estar muerto de amores
Cuando le llegó á matar.
Su descuidada hermosura
Puso en cuidado al zagal,
Muchos siglos para amor
Pocas horas para amar.
Si las estrellas inclinan,
El sol debe de forzar,
Y si con dos nació Gila,
¿Quién vive con libertad?
Por espejo de sus niñas
Incendios corre un raudal,
Ufano arroyo del valle,
Soberbio rayo del mar,
Cuando el ampo de sus manos
Nieva en la fuente al cristal,
Perlas beben á dos albas
Jazmines de su avantal.
Repartir quiso el querer
Y quebró con gran caudal,
Que hacen dos pobres de un rico
Tesoros de voluntad.
Tirana del albedrio
Y fácil en variar,
Es frenesí de los celos,
Y el desvario es Pascual.
Remedio pidió al olvido,
Y al fin se vino á olvidar
De sí mismo, y no de Gila,
Que la quiere mucho mas.

(ALFAY, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1590.

(*Anónimo.*)

Enseñando estaba á hablar
A un papagayico nuevo
Una niña de quince años,
Blancas manos y ojos negros.
—¿Cómo estás, loro? le dice; —
Y él:— Como cautivo y preso.—
—«¡Echa acá la barca, hao,
»Qu'en el mar de amor me anego!»
Ella misma es quien l'enseña
A ser de sus daños eco;
Qu'en ser chico el papagayo
No se los publica enteros:
Y como para hablar
No halla ningun remedio,
Al decir su pasion
El pajarillo moderno:
—«¡Echa acá la barca, hao,
«Qu'en el mar de amor me anego.»
Dirás que di la palabra
De ser su fiel marinero,
Y que me la hace quebrar
Dándome piloto nuevo
Que guie por mí su barca
Y que le aumente los remos,
Porque llegue con la mia
Presto á su amoroso puerto.
«Echa acá la barca, hao,
«Qu'en el mar de amor me anego!»
Que me amedrentan las olas

Y que m'espantan los remos,
Viendo que ansí te traen
Envuelto entre ellas y ellos.
Sal, loro, de donde estás,
Vé á procurar mi remedio,
Y esparce tus verdes alas
Y dile el aire rompiendo:
—«¡Echa acá tu barca, hao,
»Qu'en el mar de amor me anego!»

(*Flor de varios y nuevos romances*, etc.)

1591.

(*Anónimo.*)

Por muchos años y buenos
Vuelvas, Belilla, á la plaza,
A morar entre señoras,
Y á ser de tu gusto esclava.
No me engañarás agora
Desmintiéndome en la cara;
Que no son tus obras libres
Veleta de tus palabras.
¡Qué necio que fuera yo
Si sintiera tus mudanzas!
No puede ser, que á mis yerros
Otro fuego los ablanda.
Ya cumpliste tus deseos,
Y los suyos cumplió Juana;
Que en albricias de su amigo
Me dió unas ligas de nácar.
Traerás de grana de polvo
De hoy mas guarnecida saya;
¡Guarda que no la salpiques
Con lodos de algunas calzas!
Corpiños de raso azul,
De agujas labradas mangas;
Que pues tú sabes hacellas,
Razon será que las traigas.
Acabarás el picote,
Y las camisas de humaina,
Que toda serás blandura
Si se derrite quien te ama.
No te quejarás agora
De que por mí te disfaman:
En hora buena me olvides,
Jura mala en piedra caiga,
Rabia en mí, si mas te viere:
Descubierto has la hilaza.
¿Esas manchas tienes? ¡Fuego,
Pues mi llanto no las saca!
Oyes decir mal de mí,
Y la plática no atajas,
Sabiendo que tus antojos
De mis culpas fuéron causa.
¡Mal haya quien apedrea
Del vecino la ventana,
Si son de vidrio y papel
Las paredes de su casa!
Todo lo truecan los dias:
Ayer te ví hecha brasas
Por mi hielo, y hoy enciendes
Hogueras contra mi alma.
¿Sabes qué pienso, Belilla?
Que mas de cuatro mañanas
Llorarás mi choza humilde,
De tu gusto rico alcázar;
Que aunque por tus puertas entren
Las Indias de oro preñadas,
No mira Cupido en eso,
Que una venda son sus galas.
No se acaba la memoria
Si procuran acaballa;
Que vive en lo que otros mueren,
Porque es de amor salamandra.
Los celos que te pidieren
Serán fuertes aldabadas
Con que despierten deseos,
Si acaso durmiendo estaban.
Vive leda, si podrás,
Y olvídame aunque forzada;
Que tan consolado soy,
Como tú mudable y falsa.
Y de mi pobre consejo
Date una vuelta á las faldas,
Que tu vecino no es ciego,
Y tu vecina no calla.
Y pues dejarte, Belilla,
Será mi mayor venganza,
Quédate para mujer,
Y adios, que se van mis cabras.
Esto le escribe Riselo
A Belilla su olvidada,
La que en su barrio vivia,
Y vive agora en la plaza.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1592.

(*Anónimo.*)

El disanto fué Belilla
A la baila de la aldea,
El cabello suelto al hombro,
Y no como suele en trenza.
Pensó que el solaz ajeno
A su mal pusiera treguas,
Sin acordarse que al triste
Mas le entristecen las fiestas.
Cuidados de amor y celos,
Que tienen terrible fuerza,
Luchando á brazo partido,
Dieron con su gusto en tierra.
Al fin Belilla no baila,
Y porque la causa sepa
Alguno que se la causa,
Cantó al pandero esta letra.

Villancico.

«El mi corazon, madre,
»Que robado me lo hanen.»
Guardado le tuve,
Robado le tengo,
Sujecion mantengo,
Libertad mantuve:
Descuidada estuve
«Del mi corazon, madre,
»Y robado me lo hanen.»
En traje de amigos
Cuidados ladrones
Roban corazones,
Y son enemigos.
Presenté testigos
«Por mi corazon, madre,
»Que robado me lo hanen.»
Entrada les dieron
Mis ojos tiranos,
Y el hurto en las manos
Al salir les vieron;
No los detuvieron
«Por mi corazon, madre,
»Que robado me lo hanen.»
No lo restituyen,
Aunque se confiesan;
Sus robos no cesan,
Mi vida destruyen:
Si los sigo, huyen,
«Con mi corazon, madre,
»Que robado me lo hanen.»
No me quejo, no
De vélle robado,
Que le diera dado
A quien le llevó;
Desden siento yo
«De mi corazon, madre,
»Que robado me lo hanen.»

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1593.

(*Anónimo.*)

En su aldea una serrana
De la vera de Plasencia,
Mas que bella enamorada,
Y mas que la luna bella,
Lloraba las horas tristes
De un serrano cuya ausencia
Dicen que le robó el alma,
Y á mi ver diósela ella.
Que son ladrones los ojos
Es verdad, mas nunca llegan
A robar prendas tan caras,
Si el dueño no da licencia.
Con sus pensamientos habla
Por si le diesen respuesta
De parte de su querido,
Que fué quintado á la guerra;
Mas son mensajeros mudos,
Y aunque mas lijeros vuelan,
No saben llevar recados,
Y dan suspiros por nuevas.
—¡Ay, soldado de mis ojos!
Que hoy las cajas te recuerdan,
Y ayer te guardaba el sueño
Esta que tu muerte sueña:
Tu ballesta de bodoques
Mil veces me acuerdo de ella,
Que no mata tortolillas
Este verano en las huertas;
Ni las fiestas en la tarde
Conmigo y con tus parientas
Alfileres jugarás
A decir punta ó cabeza:
Ni me ganarás mis cuartos,
Como cuando allá en la vega
Hacias chorro en el hoyo
Sin dejar blanca de fuera.
Estos juegos ¡ay mi amado!
Mi desventura los trueca,
Los alfileres en picas,
Los bodoques en troneras;
Que en la guerra de españoles
Todo es ira, todo es veras,
Todo vencer rebelados,
Y todo volar trincheras.
Esto contaba mi tio
Que fué sargento en Ravena,
De los de puñal dorado
Y en la gorra pluma y perlas.
No me llamen amadora,
Ni á mi cara, blanca y fresca,
Si yo no te fuere á ver,
Mi soldado, aunque no quieras
En la tierra y en la mar
Quiero, amigo, que se sepa
Lo que mi amor ha podido,
Y lo que pudo tu ausencia.—
Esto dijo la serrana,
Y como partir se piensa
Trocó por unos urracos
El capillo y albanega.
Toca de gasa se puso,
Lechuguilla y arandela,
Y en el copete rizado
Claveles de la jovera.
Iba en mangas de camisa,
Y encima de la muñeca
Encajes almidonados,
Porque la mano blanquean.
En lugar de sus sartales
Pajiza banda se cuelga;
Enfáldase sus basquiñas,
Quizá por mostrar sus medias,
Que eran de azul granadino
Con alpargates de seda
Verde, porque no dé paso
Sin causa, del bien que espera.
Así marcha la serrana
Al paso que amor la lleva,
Jurando que en la jornada
Andará como una cebra.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte.— It. *Romancero general.*)

1594.

(*Anónimo.*)

Cansada estaba la niña,
La de los ojos morenos,
De que la tengan sus tios
En tanto recogimiento;
Siendo estrella de unos ojos
Que adoran los suyos bellos,
Ya quieren que se recoja
Cuando salen las del cielo.
Y con ser el sol que alumbra
Su alma y su vida, primero
Llama el sol á su ventana,
Que entre luz á su aposento.
De noche le ponen velas,
De dia le ponen velos;
Unos guardan y otros cubren,
Y á todos engaña Pedro.
Un Argos tiene el castillo,
Mas soldado que discreto,
Que siendo amor invencible,
Con armas quiere vencello.
Arrodélase brioso
Por esquinas, y al sereno,
Desde que cantan los gallos
Hasta que rezan los ciegos;
Mas Pedro, como es astuto
Y en cazar perdices diestro,
Con el mesmo buey las coge,
Y á veces las tuerce el cuello.
No sé qué dice el lugar
Que ha tenido de hechicero,
Que cuando quiere, á las guardas
Desde léjos echa el sueño.
La noche mas rigurosa
De aqueste pasado invierno
La niña le está aguardando,
Que tienen hechos conciertos.
Descuidado Pedro estaba,
Aunque el amor verdadero
No suele hacer descuidados;
Pero al fin durmióse Pedro.
A laudes toca San Juan,
Y la pobre niña al hielo
Así canta, y así llora
Entre celos y deseo:

Cantarcillo.

No duermen mis ojos,
Madre, ¿qué harán?
«Amor los desvela:
«¿Si se morirán?»
No quiere el tirano
Que sosiegue un punto,
Siempre tiene á punto
La flecha en la mano,
Y aunque en morir gano,
Me hace penar.
«Amor etc.»
No mira el cruel,
Que, aunque están dormidos,
Velan los sentidos
Y el corazon fiel.
Amor que está en él,
Quien le roba ya,
«Amor etc.»

(*Romancero general.*)

1595.

(Anónimo.)

La morena enamorada
Contra el cielo se volvia,
Que le dió ventura pobre
Con mil esperanzas ricas.
Oyendo estaba las cajas
Del capitan de la villa,
Que llevaba los quintados
De la armada de las Indias.
—¡Ay son que á mi muerte tañes,
Tocando á la despedida
De mi Pedro y de mi alma,
De mi amado y de su amiga!
Téngaume lástima agora
Las que envidia me tenian,
Que va marchando un soldado
Capitan de mi alegría.
Afuera, respetos vanos,
Que aunque mas de mi se diga,
Perderé mis pundonores,
Por llevarle la mochila.
Por las tierras donde fuere,
Cuando marchare de prisa,
Si le cansaren las armas,
Yo le llevaré la pica;
Y si fuere arcabucero,
Para que dispare aprisa,
Encendiendo bien la cuerda,
La pondré en la serpentina.
Los cordones de sus frascos
Colgarélos de mi cinta,
Y para que balas haga,
Molde y plomo le daria.—
En esto llegó Pascuala,
De su mesmo mal herida,
Y llorando á sus amores,
Se quejaba d'esta guisa:

Villancico.

«Mi quintado va á la guerra.
»Ruego á Dios que de ella vuelva.»
A la guerra de extranjeros
Le llevan sin mi licencia,
Y moriráse de ausencia:
Si celos le hacen fieros,
El será de los primeros,
Como en la paz en la guerra.
«Mi quintado va, etc.»
No le llevan por quintalle,
Sino porque el alma mia
En pesar y en alegría
Se holgaba de miralle;
Y pues que no puedo armalle,
Como se armaba en mi tierra,
«Mi quintado va á la guerra.
»Ruego á Dios que sano vuelva.»

(*Romancero general.*)

1596.

(Anónimo.)

Vinose Ines de la aldea,
Adonde contenta estaba,
Para la villa en que viven
Sus tias y su madrastra:
La niña de bellos ojos
Y de discretas palabras,
Cuya vista alegra el monte,
Y en el valle siembra gracias;
Aquella que daba envidia
A las mas bellas serranas,
Recelos á mil pastores,
Y al ciego amor cien mil almas:
De verse ajena en su tierra
Con tristes sospechas paga
Las horas de pasatiempo
Que tenia en tierra extraña;
Y al son de un arroyo manso
Que murmura entre unas zarzas,
Así cantaba, haciendo
Exequias á su esperanza:

Cantarcillo.

«¿Qué es de mi contento?
»Decid, pensamiento,
»¿Por qué me prendistes?
»¡Soledades tristes!»
¿A qué despoblado
Quisiste traerme,
Y para perderme
Mi memoria al lado?
Mi gusto pasado
Si le llevó el viento,
«¿Decid, pensamiento,
»Por qué, etc.»
Niña temerosa
Sola y con mi fe,
¿Cómo pasaré
Vida trabajosa?
¿Si seré animosa
Contra mi tormento?
«Decid, pensamiento,
»Por qué, etc.»
Lleguen mis querellas
A do está mi amigo:
Véase él conmigo,
Y saldré yo d'ellas.
Y pues por perdellas
Perdida me siento,
»Decid, pensamiento,
»¿Por qué me prendistes?
»¡Soledades tristes!»

(Encina, *Cancionero.*)

1597.

(Anónimo.)

Contenta estaba Menguilla,
Porque Sebastian del Valle
Traia de Extremadura
Muy gordos sus recentales;
Y porque dijo su tio,
Bertol Crespo, que Dios guarde,
Que la casará sin falta
Para en segando los panes.
Echó mano al arremango,
Escondida en su corrale;
Que los secretos de amor
No es bien que los sepa nadie.
Sacó una cofia de pinos,
Labrada como almaizare,
Presente de su querido,
Por no quererle de balde:
Y ensartada en sirgo verde
Una sarta de corales,
Con una patena al cabo,
De plata, que no de alambre;
De un cabo la Madalena,
Del otro San Sebastiane:
El santo, porque es su nombre;
La santa, porque es amante;
Y esta carta mensajera,
Que de oilla á Martin Sanchez
Se le quedó en la cabeza:
¡Ved qué cabeza tan grande!

Carta del romance en redondillas.

«Menguilla de mil primores,
»Sebastian, el que ha guardado
»Mejor su fe que el ganado,
»Perdido por tus amores,
»Te envia sus encomiendas,
»Porque si de amor entiendes,
»Eches de ver que le vendes
»Caras tus carnestolendas.

»Y que sin hacer injurias,
»Son mas firmes sus deseos
»Que los montes Perineos,
»Y que las sierras de Astúrias.
»Acá se sonó el hebrero
»Que Mateo te pedia,
»Y que á Pedro el de María
»Traias al retortero.
»Lo contrario me juraste
»Cuando te quise por Maya:
»Jura mala en piedra caya;
»Eres mujer, y esto baste:
»Y porque me abraso todo,
»No mas cuento ni mas pena.
»De la villa de Llerena,
»Domingo de Casimodo.»

Prosigue el romance.

Esto de Pedro y Menguilla
Era muy gran falsedade;
Que nunca faltan malsines
Que testimonio levanten.
Echóla su madre ménos;
Sañuda la fué á buscare;
Hallóla dando suspiros,
Y díjola en puridade:
— ¡Mal hubiese la doncella
Que vende su libertade
Por corales ni patena,
Por villas ni por ciudade!
Decía tu bisagüela,
Que fué mujer muy cabale,
Que quien dádivas recibe,
Dádivas se obliga á dare:
Siempre lo tuviste, fija,
La mi maldicion te alcance,
Si le quitares la honra
A los huesos de tu padre.
Si mirases quién son hombres,
Verías claro tu male;
Mas los ojos altaneros
Desconocen la verdade.
Falsos son á todas horas;
Y como dice el cantare,
Están jurando una cosa,
Tienen otra en voluntade.
Recorre bien tus acuerdos,
Quien te engaña no te engañe,
Pon las mientes en tu rueca,
Y echemos cosas aparte.—
Menguilla determinada
No se quiere aconsejare,
Y á su madre respondia,
Porque otra vez no se canse.

Villancico.

— «El amor que es firme, madre,
» Malo era de olvidare.»
Tienen las mujeres
Fama de mudables,
Y de variables
En sus pareceres;
Mas si sus quereres
A uno los dane,
«Malo era de olvidare.»
No bastan los años,
Que lo mudan todo,
A mudar el modo
De amor sin engaños;
Y aunque de mis daños
Fué la causa, madre,
«Malo era de olvidare.»
Amores de luna,
Hijos de mudanza,
Tratan la esperanza
Como la fortuna;
Mas amor que á una
Sirve y quiere, madre,
«Malo era de olvidare.»
Este amor que tengo
No podrá dejarse;
De que ha de acabarse
Con el tiempo luengo:
Que si le entretengo
En mi alma, madre,
«Malo era de olvidare.» —

Prosigue el romance.

No supo qué se hacer
En esta sazon su madre;
Que para males del alma
Ningun remedio se sabe:
Al tiempo dejó la cura
Un cirujano de Flándes,
Enemigo de firmeza,
Y amigo de novedades.

(*Romancero general.*)

1598.

(*Anónimo.*)

La niña imágen de amor,
A ser ciega, como él ciego,
Y mas que las de sus ojos
Estimada de su dueño,
Olvidada del recato
De su altivo pensamiento,
Sin temer fiar su honra
De ajenos atrevimientos,
A peticion de su alma,
Y á fuerza de sus deseos,
A quien dió puerta en sus glorias
Abrió la de su aposento.
Hiciéronla confiada
Promesas y juramentos,
Y pensar que era de cerca
Cobarde amor, cual de léjos;
Pero al fin desengañóse,
Y vió que ocasion y tiempo
En el corazon que ama
Engendran atrevimiento.
Hallóse presa en los brazos
Del que recibió su pecho,
Y temerosa y cobarde
Le dice entre amor y miedo:

Cantarcillo.

— «Mira que soy niña,
»Amor, dejamé,
»¡Ay, ay, que me moriré!»
Paso, Amor, no seas
A mi gusto extraño,
No quieras mi daño,
Pues mi bien deseas;
Basta que me veas
Sin llegartemé:
«¡Ay, ay, que me moriré!»
No por ser rapaz
Amor al quererse,
Tiene de comerse
Su fruta en agraz.
Vivamos en paz,
Armas quedensé:
«¡Ay, ay, que me moriré!»
No me hagas riña
Lo que me alboroza,
Que soy tierna y moza,
Soy medrosa y niña,
¿Sin cerner, la viña
Quieres que te dé?
«¡Ay, ay, que me moriré!»
No seas agora,
Por ser atrevido,
Desagradecido
Con la que te adora;
Que si se desdora
Mi amor y tu fe:
«¡Ay, ay, que me moriré!»
No seas injusto,

Ni me causes daños,
Ten miedo á mis años,
Ya que no á mi gusto,
Que de aqueste susto
Grande mal tendré:
«¡Ay, ay, que me moriré!»
Estima mi vida
Si estimas gozarte,
Que no he de negarte,
Cuando se me pida;
Verásme crecida,
Y tuya seré:
«¡Ay, ay, que me moriré!»

(*Romancero general.*)

1599.

(*Anónimo.*)

Gente pasa por la calle;
Y pues pasa tanta gente,
Sin duda que la mañana
Sus blancas alas ya tiende;
Y pues de la vecindad
Tanto me temo, y te temes,
Porque al vulgo no declares
Lo que te quiero y me quieres;
«Véte, amor, véte,
»Mira que amanece.»
Si el sol en saliendo barre
La aljófar que el campo tiene,
Tambien de mi lado quita
La perla que me enriquece:
Lo que á otros parece dia,
A mí noche me parece;
Pues luego que sale el alba,
La noche de ausencia viene.
«Véte, amor, etc.»
Si quieres echar raices
Al pasatiempo presente,
Sin que el aire de envidiosos
Tan presto no nos lo lleve;
Si quieres que nos veamos
Como esta vez muchas veces,
Donde á letra vista pago
Lo que te debo y me debes,
«Véte, amor, etc.»
Deja los dulces abrazos,
Que si entre ellos te entretienes,
Un mal nos podrá dar largo
Aqueste contento breve.
Un dia de purgatorio
No hace mucho quien le tiene,
Pues la esperanza de gloria
Sus graves penas descrece.
«Véte, amor, vete.»

(*Romancero general.*)

1600.

(*Anónimo.*)

El joyel de la casada
No se le dió su marido:
Mal sabrida era su suegra;
Tales injurias le dijo:
—Los domingos y disantos
Te pones de veinticinco:
¡Algunos ojos lo causan,
Si no me engañan los mios!
Del sartal que te dí en arras
Dices se te quebró el hilo;
Y al cuello, de ajena mano,
Otro te cuelgas mas rico.
Poco puede en tu memoria
La fe que te dió mi hijo,
Pues contra el agua mal sana
Es nuevo animal bendito.
El lugar dice que Pedro
Te ha trastornado el juicio,
Y que guardas sus antojos
Mejor que yo los domingos.
Dicenlo, nuera, las joyas,
Que sirven en los corrillos
De cuento á los holgazanes,
Y á tu infamia de testigos.
Tu marido fué á la Mancha,
Dejóme á mí por registro;
Mas la que en la frente lleva
No podrá lavarla un rio —
Respondióle la casada,
Que es bien aguda de pico:
— De las hechas te quedaron
Las sospechas que me has dicho:
Que me cuelgue yo un joyel,
No es gran exceso el que has visto:
¿Qué importa, si tengo el pecho,
Mucho mas que nieve, frio?
Por mí no serán los cuentos
De Pedro ni de Francisco:
Si me quieren, los maltrato;
Si me dan, no los recibo.
Los tuyos en el lugar
Por ahora están tan vivos,
Que bastan á entretener
A mas de cuatro cabildos.
Danme á mí porque no quiero,
Tú diz que das infinito;
Y por años malogrados
Siempre estás llorando olvido. —
Pusiera manos en ella;
Pero su cuñado vino,
Y las rencillas pararon
En irse á comprar zarcillos.

(*Romancero general.*)

1601.

(*Anónimo.*)

Picuda y hermosa niña
De los bellos ojos garzos,
Cuyo peregrino ingenio
De mi mal ha sido lazo:
En suma quiero pintar
De mis duelos un retablo;
Que es bien que no pinte ajenos
El que suyos tiene tantos.
Por mi mal, mis ojos vieron
Esos tuyos soberanos,
Tan vivos al interes
Y tan muertos á mi llanto.
Cánsate, si eres servida,
De desvelarte en mi agravio,
Pues sabes que por tí muero,
Como gavilan por nabos;
Y tal me tiene tu ausencia,
Que domingos y disantos,
Cuando tu calle paseo,
Si no te veo no te hablo;
Y suelo de pura pena,
Nacida de mi cuidado,
No mirar á tu ventana
Sino es por descuido acaso:
Ni puedo dormir si velo,
Ni cómo si no lo masco,
Arrojando mil suspiros,
Por arriba y por abajo.
Para tí nací, señora;
En mí tienes un esclavo,
Mándame lo que quisieres,
Cuando estuviere sentado.
Dicen que das en quererme;
Pues mejor te mate un rayo,
Que no crea que no quieres
Harto mas á mis ochavos.
Y entiendes que excuso verte
Por huir halagos falsos,

Y por no querer ser uno
De cabo, do pican tantos.
Bástame lo recibido,
Baste el tiempo mal gastado;
Que para quien soy y eres
Lo que te dí es demasiado,
Pues desempeñé tus ropas
Cuatro veces en un año,
Empeñadas de malicia
Porque me sentiste blando.
Adios, niña casi vieja,
Adios te queda ó al diablo,
Porque yo de arrepentido
Determino mudar rancho.

(Romancero general.)

1602.

(Anónimo.)

Cuando fueres á la villa,
Marica, dame palabra
De avisarme, porque quiero
Comprarte unas arracadas.
Y el dia que hubieres de ir
Desde agora le señala,
Y si pudiere ser hoy,
No aguardes que sea mañana;
Porque mi ventura espera,
Ese dia de bonanza,
De mis males y mis bienes
Hacerte una feria franca;
Y entónces será mi pecho
Joyería de mis ansias,
Donde tornaré á cobrar
Lo que perdí por fianzas.
Y si he perdido mis bienes,
Sola tú has sido la causa,
Como consta por la fe
Que está en mis libros de caja.
Hallo que tienes recibo
De mil billetes y cartas,
Por el crédito de tres
Que para pagar no bastan.
Item mas: que has recibido
De los bienes de mi alma,
Despues que te conocí,
Mi libertad por esclava.
Sin estas dos cantidades
Hallarás aquí asentadas
Mil partidas de mis penas,
Por tu crédito sacadas:
Y de todo cuanto he dado
A nadie no debo nada,
Y para cobrar mi deuda
Sola esta feria me falta.
Ejecutando al fiador
De tus largas esperanzas,
Cobraré para comprar
Las arracadas mandadas;
Y no pienses que han de ser
De perlas, oro ni plata;
Que no quiere mi desdicha
De tanto precio comprarlas:
Serán de cristal ó vidrio
Con artificio labradas
De esperanza, secas yerbas,
Y del fuego que me abrasa;
Y este pequeño obrador
Será dentro en mis entrañas,
Y sangre del corazon,
Aunque es poca, será el agua;
Y en el horno, que este fuego
Un momento no se apaga,
El cañon de mis suspiros
Soplará para formarlas;
Y puestas en tus orejas
Quiero que sirvan de aldabas,
Que mis dulces pensamientos
Llamen apriesa en tu casa,
Hasta que á tu corazon
Ablanden con aldabadas,
Pues lo quiso endurecer
Tener tus orejas blandas.

(Romancero general.)

1603.

(Anónimo.)

Salteáronme unos ojos
En poblado salteadores,
Que roban con sol de dia
Y con estrellas de noche:
Los menestriles del alba
Les cantan tiernos amores:
Con tales ojos el dia
Es prodigio de tres soles.
Ya el jazmin, ya la azucena
Su fragancia es bien que broten
A dar tributo á Amarílis,
Hermosura de estos bosques:
Es su divina belleza,
A su honestidad conforme,
El cariño de las damas
El hechizo de los hombres.
Al son de arroyos y fuentes
Repiten valles y montes,
Que no han menester abriles
Como sus piés los coronen.
Tan hermoso dueño sigo,
Que en el invierno da flores,
Saca de prision el hielo
Cuando en ella á mí me pone.

(Primavera y flor de los mejores romances, etc.)

1604.

(Anónimo.)

Amor que me quita el sueño
Para dejarme sin él,
Aunque me le pintan niño,
Gigante debe de ser.
Los minutos de las horas
He contado desde ayer,
Y con todo á las estrellas
Les pregunto qué hora es.
¡Qué bueno va el pensamiento
En castigo de que fué
A tus ojos atrevido,
Y á mis cuidados cruel!
Turbado sube á tu cielo,
Y te merezco tan bien,
Que no acertar á subir
Es comenzar á caer.
Abre esas puertas divinas,
Si es que puede merecer
Quien gradas del cielo pide,
Que en grados de cielo esté.

(Primavera y flor de los mejores romances, etc.)

1605.

(Anónimo.)

Ya te casaste, Menguilla:
Goces mil años el novio,
Que por fuerza ha de ser necio
Quien nació tan venturoso.
Seis años ha que te vi,
Y otros tantos que te adoro,
Porque me hicieron cosquillas
Dentro del alma tus ojos.
Desde luego no fui mio,
Desde entónces estoy loco,
Desde aquel veneno muero,
Desde aquel hechizo lloro.

No sé qué dianche me has hecho
Que en los mayores enojos,
Cuando mas loco de agravios,
Estoy de amores mas loco.
Cuando te vi con Gilete
Celebrar el desposorio,
A mi esperanza le dije :
«¡Allá vas : cómante lobos!»
Contenta estará tu tia
De lo que yo estoy quejoso,
Porque los pesares de unos
Suelen ser placeres de otros.
Con todo, pienso olvidarte
Y estar contento con todo;
Que el estar apasionado
Es ménos que estar quejoso.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1606.

(*Anónimo.*)

Aquella hermosa aldeana
De los campos de Madrid,
De ojuelos negros y graves,
De talle y cuerpo gentil :
La que sabe mis cuidados
Y gusta de verme así,
No tanto por darme vida
Como por verme morir :
De un montecillo de rosas
De azabar y toronjil,
Salió á robar voluntades,
Las mañanitas de abril.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1607.

(*Anónimo.*)

Al valle de nuestra aldea
Baja la hermosa Amarilis
Descontenta, aunque casada,
Porque no le agrada Tirse.
Enseñaba el bello rostro,
Como han de ser los matices,
Ya en color, ya en pura nieve,
Las rosas y los jazmines.
Halló Amarilis sentadas
A Flora, á Celia y á Filis,
Que en viéndola conocieron
El mal de que estaba triste;
Y en vez de los parabienes
Del casamiento infelice,
Le preguntan ¿qué es la causa?
A que suspirando dice :
— ¡Ay de quien era libre,
Casó á disgusto y en prisiones vive! —

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1608.

(*Anónimo.*)

—Agora estarás contenta,
Belisa ingrata, que puedes
Aparejar las albricias
De las nuevas de mi muerte.
A solo un Argel me parto,
Y me fuera á mil Argeles,
Por no sufrir las mudanzas
De tu corazon aleve.
Persígueme como sombra
El retrato de quien eres;
Que en no teniendo firmeza
Cualquier cosa te parece;
El viento lijero y fácil,
Las olas que van y vienen,
La blanca luna que, aposta,
Para solo menguar crece.
Si presente me olvidabas,
¿Qué puedo esperar ausente,
Sino que ya de mi nombre
Las memorias aborreces?
En estas anchuras pongo
Por testigos á los peces,
De que jamas te ofendí,
Y de que siempre me ofendes.
Eternos males suspiro,
Y aquellos pasados bienes;
Que pues los causó tu cielo,
Bien es que al cielo me queje.
Mis ojos dejo llorar
Para que sus niñas quiebren;
Que no las han menester
Estando léjos de verte.—
Esto Fileno decia
En una piedra del muelle
Que esta levantando el nombre
De Barcelona la fuerte.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1609.

(*Anónimo.*)

Sin color anda la niña
Despues que se fué su amante :
Enemiga de sus ojos,
Descuidada con su talle,
Sus hermosos ojos negros
Lloran perlas orientales;
Que para alguno que envidia,
Cada lágrima es un áspid.
Belilla, una amiga suya,
Con quien suele aconsejarse,
Vengada en sus desengaños
Y escarmentada en sus males,
Por divertir á la niña
En tan tristes soledades,
Cantó al pandero, á compas
Que le llevaban los aires :

Cantarcillo.

«La niña no duerme
»De amores, madre :
»Dadla sueño, airecillos,
»Porque descanse;
»Y responden los ecos
»De Manzanáres :
»—Muera, muera la niña,
»Pues matar sabe.—
»Y entre tanto en las hojas
»Suenan los aires,
»Rien las fuentes,
»Cantan las aves,
»Y la niña sola
»Llora sus males.
»¡Ay Dios, qué de perlas
»Al aire esparce!»

Sigue el romance.

Sin órden suelto el cabello
A la voluntad del aire,
Que, avariento con el sol,
Antes lo enreda que esparce,
Con sus pesares, de dia
De su aposento no sale;
Que ya para sus agüeros
Los juéves han de ser mártes.
Primeriza de la ausencia,
No se consuela con nadie :
Muere de amores la niña,
Porque de amores no mate.
Bien puede ser que su amado,
Desconocida, la engañe;
Que no hay venturoso firme.
Ni desdichado mudable.
«La niña no duerme

»De amores, madre :
»Dadle sueño, airecillos,
»Porque descanse.»

Romancillo del fin.

A la niña hermosa
Dejaron, madre,
En la compañía
De sus soledades.
Reposar no puede,
Que es bien que le falte
La vida, que tiene
Ausente su amante :
No se atreve el sueño
A sus ojos graves :
«Dadle sueño, airecillos,
»Porque descanse.»

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1610.

(*Anónimo.*)

Ojos negros de mis ojos,
Burladores y traviesos,
¡Cómo me abrasais mirando,
Que sois soles y sois negros!
¡No tanto rigor, por Dios,
Hermosísimos ojuelos;
Porque, habiéndoos dado el alma,
No hay resistencia en el cuerpo!
Ladrones de libertades
Os llamaban en el pueblo,
Y hasta que perdí la mia,
Cuidé que era encareceros.
«Si me habeis de matar,
»Ojuelos negros,
»Matadme con amor, y no con celos.»
¡Qué miedo que os he cobrado
Despues, ojos, que soy vuestro!
Que dicen que sois ingratos
Y tiranos para dueños.
Ojos, ya soy vuestro esclavo;
No me maltrateis, os ruego,
Pues vuestra hacienda es mi vida,
Por ser vuestra la que tengo.
Si erré, ojos, en miraros,
Rostro tengo para hierros :
Herrad el cuerpo y el alma,
Mas no con celos y miedo.
«Si me habeis de matar,
»Ojuelos negros,
»Matadme con amor, y no con celos.»

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc. 1.ª parte.)

1611.

LA CASADA Á DISGUSTO.

(*Anónimo.*)

Al soto de Manzanáres
La niña recien casada
Baja á dar tiernas primicias
De sus quejas á las aguas.
De julio una noche breve,
Para sus desdichas larga,
Gozó de su injusto dueño
Los amores que la cansan :
Su madrina, que conoce
De sus disgustos la causa,
Al verde soto la lleva
Donde están sus esperanzas.
Albano, pobre vaquero,
Guardando sus mansas vacas,
De tan hermosa novilla
Sigue la huella bizarra;
Adorna con dos luceros
La blanca frente encrespada,
Que con el mirar enciende
Por amor, no por venganza.
A su donaire y su brio
En vano resiste el alma;
Que son rayos celestiales
Contra las fuerzas humanas.
Lijeras horas de gusto
Bien entretenidas pasa,
Hasta la llorosa y triste
De volver á quien la aguarda.
Mucho lo siente la niña,
Y al pastor que la acompaña,
Con un ay del corazon,
Le dice aquestas palabras :

Cantarcillo.

«Casamiento á disgusto
»Nunca paró en bien :
»Mi velado me adora;
»No lo puedo ver.»

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1612.

(*Anónimo.*)

Serranas de Manzanáres,
Yo me muero por Ines,
Cortesana en el aliño,
Labradora en guardar fe,
De cuyos ojos honestos
Se dejó el amor vencer;
Que aunque su color es pardo,
Es mas bello que Aranjuez.
Tras sí se lleva mis ojos;
Pero ya no es menester,
Porque ellos se van tras ella
Despues que saben quién es.
Cuidados el alma engendra
Que no dejan de ofrecer;
Porque, como son sus hijos,
Quiere que se empleen bien.
Envidia pone á los cielos
Cuando su hermosura ven,
Porque puede á los jardines
Hacer ricos con sus piés.
Celebremos pues, zagales,
Con voz dulce y pecho fiel
Ese milagro del cielo,
Decid como yo diré :

Cantarcillo.

«Labradora, tú puedes
»Rendir al amor,
»Si el abril son tus plantas,
»Tus ojos el sol.»

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1613.

(*Anónimo.*)

Por la tarde sale Ines
A la feria de Medina,
Tan hermosa, que la gente
Pensaba que amanecia.
Rizado lleva el cabello;
Que quiere esconder la liga,
Porque mal caerán las almas
Si ven las redes tendidas.
Los ojos á lo valiente
Iban perdonando vidas,
Porque dicen los que dejan,
Que es dichoso, á quien las quita.
Con las manos hace tretas;
Que, como juego de esgrima,
Tiene tanta gracia en ellas,
Que sana de las heridas.

Valonas lleva esquinadas
En manos de nieve viva;
Que muñecas de papel
Se han de poner en esquinas.
Con la caja de la boca
Toca al arma y solicita,
Porque, sin ser capitan,
Hace gente por la villa.
Sobre un manteo frances
Lleva una verde basquiña;
Porque tenga en otra lengua
Este secreto la cifra.
No pensaron las chinelas
Llevar de cuantos las miran
Las almas, en los listones,
Los ojos, en las virillas.
Los corales y las perlas
Dejó Ines, porque sabia
Que los llevaban mejores
Sus dientes y sus mejillas.
Unos la prometen sartas,
Otros arracadas finas;
Pero en oidos de áspid
No hay arracadas que sirvan.
Cuál ofrece á su garganta
El collar de perlas finas;
Mas quien es como una perla,
Poco las perlas estima.
Vióla Fabio, un labrador
Que en su lugar componia
Romances á lo mediano,
Y á lo lerdo seguidillas,
Y á la noche en su instrumento
Tocando de barbería,
Dió con su voz á los aires
El aire de esta letrilla:

Cantarcillo.

«Pidiendo va las ferias
»La blanca niña,
»Y dalas á todos
»Cuantos la miran.
»Aunque es feria franca
»Medina, ¿qué sirve,
»Si amor en las almas
»Su fuego imprime?
»Piensa que las pide
»Con dulce risa,
»Y dalas á todos
»Cuantos la miran.»

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1614.

(*Anónimo.*)

Pero Gil amaba á Menga
Desde el dia que en la boda
De Minguillo el porquerizo
La vió bailar con Aldonza;
Mas en lugar de agradalla,
Porque no hay amor sin obras,
Al reves del gusto suyo
Hacia todas las cosas.
Estaba siempre en los medios
Guiándose por su chola,
Y quien en los medios yerra,
Jamas en los fines topa.
Por fuerza queria alcanzalla,
Y no es la mujer bellota
Que se deja caer á palos,
Para que puerco la coma.
Si botines le pedia,
Le presentaba una cofia;
Si guindas se le antojaban,
Iba á buscarle cebollas:
Nadaba, en fin, agua arriba,
Y empeoraba de hora en hora,
Como rocin de Gaeta,
Quillotrándose la moza.
Fué con ella al palomar
Una mañana entre otras,
Y mandóle que alcanzase
Una palomica hermosa.
Subió diligente Pedro,
Y al asirle por la cola,
Volósele, y en las manos
Dejóle las plumas solas.
Amohinóse de esto Menga,
Contólo á las labradoras,
Que al pandero le cantaban
Cuando se juntaban todas:
«Por la cola las tomas, tomas,
»Pedro, á las palomas;
»Por la cola las tomas.»
Corrido Pedro de verse
Que le corren por la posta,
A su comadre Chamiza
Dió parte de sus congojas;
Mas reprendióle la vieja:
—Pedro Gil, cuando se enhornan,
Se hacen los panes derechos,
Porque despues mal se adoban.
Si no aciertas á sembrar,
No te espante que no cojas,
Porque no cantará misa
Aquel que el A, B, C ignora.
El que por las hojas tira,
Mal los rábanos quillotra;
Que no se deja arrancar
El rábano por las hojas.
Pues erraste los principios,
Cántente en bateos y bodas;
En fe de que eres pandero,
Dicen al suyo las mozas:
«Por la cola las tomas, tomas,
»Pedro, á las palomas;
»Por la cola las tomas.—

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1615.

(*Anónimo.*)

Del real de Manzanáres,
Por sospechas mal regidas,
Por bien llorados recelos,
Ausente estaba la niña.
Oyó decir que la ausencia
Apaga el fuego que atizan
Deseos que van volando
Tras ciego amor que los guia;
Celosa dejó su aldea,
Triste se vino á la villa;
Pensamientos la combaten,
Soledades la fatigan.
De la sierra de Jarama,
La tierra por quien suspira,
Aires enviaba alegres,
Y así les dice la niña:

Cantarcillo.

«Aires de mi aldea,
»Venid y llevadme;
»Que los aires de ausencia
»Son malos aires.
Aires de mi aldea,
Donde está mi vida,
De vuestra partida,
Sin sol que lo vea;
A quien me desea
«Venid, etc.»
— Bien podeis llevarme
Sin sentir exceso;
Que es muy poco peso,
Pues pude mudarme;
Y si he de alejarme,
«Venid, etc.»

Llevadme lijeros,
Pues teneis poder,
Porque pueda ver
El sol que deseo;
Y pues no le veo,
«Venid y llevadme;
»Que los aires de ausencia
»Son malos aires.»

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1616.

(*Anónimo.*)

Belilla, la de la corte,
La causa de las envidias,
En quien partieron el oro
El cabello y la codicia:
Ya vive sola de flores
La que un tiempo florecia;
Porque lo que el tiempo da,
El mismo tiempo lo quita.
Cuanto mas va, viene á ménos;
Que en los gustos de esta vida
Es falta, como en la edad,
Y crecemos cada dia.
Pero, bien aconsejada,
Al paso que mal regida,
Granjear quiere amorosa
Lo que perdió por esquiva.
Al órgano de su cuerpo
Le cantan esta letrilla
El contrabajo del tiempo
Y el tiple de su malicia:

Cantarcillo del fin.

«Parasismos le dan á la niña;
»Pálida está:
»¡Ay Jesus, que se muere!
»Mas no morirá;
»Que es muerte que quiere
»Pucheritos de amor
»Y luego basquiña.
»Belilla sabrá sufrir,
»Porque en el arte de amar,
»De saber enamorar
»Le quedó el saber fingir.
»Y porque nadie la riña
»Su fingido amor, se muere;
»Mas no morirá,
»Que es muerte que quiere.»

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1617.

(*Anónimo.*)

El alma de la hermosura,
Jacinta la desdeñosa,
Bello incendio de las almas,
Dulce desden de la aurora:
De las flechas del olvido
Vertiendo menudo aljófar,
Lamenta tiernos agravios,
Ausente, olvidada y sola.

Cantarcillo.

«¡Ay, cómo siente!
»Mas ¡ay, cómo llora
»Pasadas, perdidas glorias!
»¡Ay qué rigor,
»Que llore Jacinta
»Desprecios de amor!
»Mas llore y pene,
»Porque sepa la niña
»Sentir desdenes.»

Sigue el romance.

Si alegre roba las almas,
Tirana suya es llorosa,
Que la hermosura llorando
Mas prende y mas enamora.
Cuando llora está mas bella;
Que siempre ostenta la rosa,
Entre las perlas del alba,
Mayor hermosura y pompa.
«¡Ay, cómo siente!
»Mas ¡ay, cómo llora
Pasadas, perdidas glorias!

(*Maravillas del Parnaso*, etc.)

1618.

(*Anónimo.*)

Dormid, gallarda Belisa,
Que muy desvelada os veo,
Pues vuestro querido Adónis
Duerme ahora á sueño suelto:
Contempladle en otros brazos
Que le están guardando el sueño:
No veleis miéntras él duerme,
Pues yo por entrambos velo.
El desengaño mirad,
Que es el verdadero espejo
Donde se ven las verdades
Y se descubren los yerros.
No os canseis, señora, en vano;
Poned en otro el deseo;
Que jamas os dará el alma
El hombre que os niega el cuerpo.
Primero será posible
Que halleis firmeza en su pecho,
Que vos me querais á mí
Y yo pueda aborreceros.
¡Qué de milagros que hace
Con sus mudanzas el tiempo!
¡Qué soberbia os conocí,
Y qué humilde os considero!
Solo conmigo sois vos
La que fuisteis de primero;
Que crece vuestra dureza
Con mi fe y mi sufrimiento.
Aborrecida, quereis,
Y á mí me olvidais queriendo;
Efeto de vuestro gusto,
Querer al que os quiere ménos.
No os pido que me querais;
Mas solo pediros quiero
Que, pues yo no os merecí,
Que no os merezca otro dueño.
Mas vuestro ingrato adorado,
Tan dichoso como necio,
O no os merece, señora,
O no sabe conoceros.
A entrambos pueden llorarnos,
Pues entrambos os perdemos,
Yo por falta de ventura,
Y él por poco entendimiento.

(*Maravillas del Parnaso.*)

1619.

(*Anónimo.*)

Mi corazon es el blanco
A quien por entre unos hierros
Tira flechas de azabache
Un Cupidillo moreno.
Cuando me mira me mata,
Y vuelve á mirarme luego
Porque así vuelven á darme
Vida sus ojuelos negros,
Una morena de perlas,
Con mas estrellas que el cielo,
Abreviadas en dos soles
Salteadores y hechiceros.
Pero no me da la vida
Porque la adore viviendo,

Sino porque, estando vivo,
Me pueda matar mas cierto.
Tiene en matarme tal gusto,
Que soy su mayor trofeo,
Porque miéntras mas me mata,
Mas la adoro y mas la quiero.
De lo que pueden sus ojos
Yo solo soy el ejemplo,
Pues vivo me dan la muerte,
Y me dan la vida muerto.
En la nieve de sus manos
Yo solo vi, zagalejos,
Arder imperios de amor
En cinco esferas de fuego.
Es para mi tanta gloria
El ver que á sus manos muero,
Que solo porque me mate
De tener vida me alegro.
Ojuelos, para abrasarme
No es menester tanto fuego;
Basta una centella vuestra:
¿Para qué son dos incendios?
No fué yerro el adoraros,
Sino venturoso acierto.
No sé, Amarilis, por qué
Me impiden mi gloria hierros;
Mas ¿qué mucho, si las flores
Del soto de quien soy dueño,
Tienen tambien, si se gozan,
Este mismo impedimento?

Cantarcillo.

«¡Gran milagro, zagales,
»Hallar ardiendo,
»Entre hierros helados,
»Montes de fuego!»

(*Maravillas del Parnaso.*)

1620.

(*Anónimo.*)

La bella serrana Aufrisa,
Que siendo sol de esta sierra,
Es víbora de sus montes
Y veneno de su aldea;
La que, entre lazos de nácar,
Prende sobre su cabeza
Un millon de soles pardos,
Con que alumbra y con que ciega;
La que en labios y mejillas,
Dientes, manos, frente, cejas,
Tiene rosas y claveles,
Azabache, nieve y perlas;
La que mira desdeñosa
A cuantos mueren por verla;
El fénix de aquestos pinos
Y el águila de estas peñas;
Abismo de la hermosura,
Mar do las sales se engendran,
De una pluma bella Circe,
De un instrumento sirena:
Por cierto achaque de dama
Toma el acero risueña,
Y al campo sale á paseo
Cuando el alba sale á verla.
Ya el cielo se está riyendo,
Ya el sol desde su alta esfera
La rocía con aljófar,
La hace sombra con mosquetas;
Ya se paran los arroyos
A contemplar su belleza;
Ya los lentiscos se empinan,
Ya los almendros se hielan,
Ya se le humillan los pinos,
Ya las aves la celebran,
Los pajarillos la cantan,
Y brota flores la arena;
Ya el aire le da abanicos,
Y el campo alfombras turquescas,
Y un pabellon de sirgueros
La sirve de nube fresca;
Ya se encaraman los peces
Sobre las olas por verla;
Oro es la arena que pisa,
Y ámbar el aire que ondea;
Ya la saludan los montes,
Y al paso de sus ovejas,
Desde la sierra Bertiso
La mira y canta esta letra:

Cancion.

El acero toma la niña,
Y dice que es por su mal:
«Por mi mal digo yo que lo toma,
»Pues con él me sale á matar.»
Tan bella como cruel,
Toma el acero, extranjero;
Si mataba sin acero,
¡Mira lo que hará con él!
No hay nieve sobre clavel,
Que igual á su rostro sea;
Si el cansancio la hermosea,
Y el acero va á buscar,
»Por mi mal digo yo que lo toma,
»Pues con él me sale á buscar.»

Sigue el romance.

Y despues de ver el mar,
Se vuelve hácia la aldea,
Amaneciendo á sus chozas
Como el sol de todas ellas.
Ya del cansancio rendida,
Cuando á descansar se sienta,
Tapete rizo es la grama,
Oro en polvo es el arena;
Ya su fatigado aliento
De almizcle los aires siembra,
Y levantando los ojos,
Al cielo le añade estrellas;
Ya los árboles y cañas
Le hacen alegre fiesta,
Y parece que le cantan,
Hechas las hojas vihuelas:

Cancion.

«La niña de cristal fino,
»Que está en el campo sentada,
»No está de matar cansada,
»Aunque lo está del camino.»
Mata con solo mirar,
Y fuera ventura rara,
Si de matar se cansara
Como se cansa de andar.
Aunque la veis suspirar,
Sobre las flores sentada,
No está de matar cansada,
Y está cansada de andar;
Y solo para matar
Hoy á la floresta vino:
«No está de matar cansada,
»Aunque lo está del camino.»

Sigue el romance.

Ya se levanta del suelo,
Dejando sobre la tierra
Hecho esmeralda y jacintos
Lo que fué grama y violetas;
Ya caminando á su albergue,
El pié de nieve le besan
Varias flores que, en pasando,
Quedan besando sus huellas;
Ya de un abano de plata
Aire viene dando apriesa
Al rostro, de mejor aire
Que leche con sangre mezcla;
Ya la reciben alegres
Mil hermosas zagalejas,
Y entre los brazos de todas
A su cabaña la llevan;
Ya la mira desde léjos

El pastor que la celebra,
Y adorando sus donaires,
Canta, aunque llora, esta letra :

Cancion.

«Venga norabuena la rosa de abril;
»Que aunque sé que viene á matarme,
»Me gozo, con todo, de verla venir.»
Extraño soy en amar,
Pues me vengo á aborrecer,
Y estoy alegre de ver
A quien me viene á matar;
Pero si es gloria el penar
Por quien yo padezco ó peno,
Venga en buen hora el veneno
Con que tengo de morir;
«Que aunque sé que viene á matarme,
»Con todo, me alegro de verla venir.»

(*Maravillas del Parnaso.*)

1621.

(*Anónimo.*)

Juanica, la mi Juanica,
Hermoso y grave prodigio,
Que á cuantos te miran matas
Por costumbre ó por oficio;
La de la vista matante,
La del donaire huido,
Que en todas las voluntades
Horca tienes y cuchillo :
Yo te miré, y me robaste
Mis dos ó mis tres sentidos;
No es poco, segun estoy,
Que sepa cuántos son cinco.
No me valió el azabache
De tus ojuelos divinos,
Para librarme del mal
Que me hicieron ellos mismos.
¡Qué dulcemente que muero!
Que de tan suave hechizo
Gustoso vuelve cualquiera,
Mas ninguno vuelve vivo.
Despues que te adoro, tengo
Bien criado el albedrío;
Que ántes de ver tu hermosura
Era un libre y un maldito.
Eres, Juanica, un juguete
Tan curioso y tan jarifo,
Que temo que han de llevarte
Para adornar el Retiro.
A la escuela de tus ojos
Anda el sol desde muy niño,
Luces aprehendiendo hermosas,
Si no igualado, pupilo.
La primavera en tu rostro
Estudia colores vivos
Con que se pulan las rosas,
Con que se alienten los lirios.
Con el aliento fragante
De tu boca paraíso
Son los jazmines de Persia,
Y el ámbar es el polvillo.
Viendo tus labios hermosos,
Se turba el clavel mas fino,
Y se pone cual papel
Cortado, blanco y batido.
Son los dientes de tu boca
Duques de Híjar cristalinos,
Segun pasan sus carreras
Limpios, iguales y fijos.
¡Pues tu entendimiento es bobo!
Séneca está tamañito
Delante de tí, y te tiembla
Como un azogado, Ovidio.
Yo bien quisiera olvidarte;
Pero es afan deslucido
Querer desatar la maña
Fuertes lazos del Destino.
Alguna estrella, que ha dado
En estrellarse conmigo,
Me graniza sobre el alma
Amorosos desvaríos;
Pero no esté muy ufana
La estrellita de poquito,
Que cuando llegó su fuerza
Ya yo me estaba rendido.
Ya me era yo de tus ojos
Abrasado sacrificio,
Y estaba de tus arpones
Mal curado y bien herido.
Juana, yo me estoy muriendo
De achaque de haberte visto,
Y por morir de dichoso
Galanteo los peligros.
Abrásese tu desden,
Anéguese tu desvío
En las ondas de mi llanto
O al fuego de mis suspiros.

(Alfay, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1622.

(*Anónimo.*)

La preñadilla de Anton
Compuesta salió un disanto
A la igreja de su aldea,
Con su prima de la mano.
Hizo sarta para el cuello
Marica de su trenzado;
De sus ojuelos patenas,
Que son del cielo retrato.
Las ricas joyas que lleva
No se las dió su velado;
Que quiso hacer en Marica
La naturaleza el gasto.
Sacó sartas para el cuello,
Que el sol y el alba envidiaron,
De las perlas de sus dientes
Y corales de sus labios.
Desde su casa á la igreja
Mil cosas se le antojaron,
Aunque el ser antojadiza
No es achaque del preñado.
Antojósele dar nieve
A la esmeralda de mayo,
Pintar de flores el cielo,
Sembrar de estrellas el campo :
Antojósele dar celos
Y mudarse á cada paso;
Pagar verdades con burlas,
Finezas con desengaños;
Antojósele dar muertes
A cuantos iba encontrando :
No malparirá Marica
Aunque mueran otros tantos.

(Alfay, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1623.

(*Anónimo.*)

A pisar el prado sale
Marica segunda vez;
¡Hola! que florece abajo
Cosa que hechize el clavel;
Esténse las fuentes quedas,
Que Dios las hará merced,
Pues toda su valentía
Ha de parar en correr.
Pues búrlense los arroyos;
Yo les juro por mi fe,
Si mas adelante pasan,
Han de tener qué lamer.
La nieve se fué á los montes;
Todos dicen que hizo bien,

Pues las manos de Marica
Le estaban dando del pié.
Las azucenas salieron
A sus anchuras ayer;
Mas ya de temor están
Hoy mas blancas que el papel.
Tambien salieron las rosas;
¡Mas digan cómo les fué,
Supuesto que amanecieron
Ensangrentada la tez!
Los jazmines son muy niños,
Bien se dejan conocer,
Pues andan toda la vida
Jugando á arrima-pared.
Las auroras espiraron
Hoy, á cosa de las tres:
Llorólas Marica, y hubo
Mejor aurora despues.

(Alfay, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1624.

(*Anónimo.*)

¡Oh qué tempestad de flores
Viene por tu cara, Ines!
Oh qué nubes de jazmin!
Oh qué rayos de clavel!
¡Bien ha nevado en tu frente!
Si bien, Inesilla, bien
En dos arroyos tu boca
La nieve partió despues.
Una nube es cada mano,
Relámpago cada pié,
Tan breve, que no me ciega,
Porque no se deja ver.
¡Ay Dios, y qué de centellas
Me has arrojado esta vez!
Luces van, centellas cruzan
¡Y qué centellas! de Argel.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1625.

(*Anónimo.*)

¡Ay de mí! que toda el alma
Unos ojuelos me llevan,
Y porque amor los castigue,
De su dueño doy las señas.
Es una niña gentil,
Allen del garbo que muestra,
Y porque no guarda fe,
De gentil niña se precia.
Sus ojos no son muy grandes,
Ni de ser soles se precian;
Mas ¡ay de aquel que los mira,
Que le hacen ver las estrellas!
¡Lástima es que no sea boba!
Pues en los dientes que muestra,
De perlas le viene siempre
El tener la boca abierta.
¡Tan donosamente son
Ambas sus manos perfetas,
Que apostaré que no sabe
Cuál es su mano derecha!

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1626.

(*Anónimo.*)

Mengulila le dijo á Fabio,
Tan esquiva como siempre:
—Si acaso mi ingratitud
Le cuesta cuidado, cuéstele:
Si de mi rigor se queja,
Su amante locura deje;
Y si yo en toda mi vida
Mas le atormentare, quéjese.
No me venga echando votos,
Ni de mi lealtad reniegue;
Que, aunque soy tan temeraria,
No soy amiga de pléguetes:
No entienda que estoy celosa;
Antes, si con otra hubiere
Ocasion de que lo admita,
No por mí lo excuse: huélguese.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1627.

(*Anónimo.*)

De los desdenes de Menga
Desdeñado se fué Bras;
Que nunca el alma con celos
Tiene ménos libertad.
La saeta de los celos
Atormentando le está;
Que el hombre supo querer
Si Menga supo celar.
Dos corazones enfermos
De una misma enfermedad,
Ambos se buscan la muerte,
Por no decir la verdad.
Quiso Blas hablar á Menga,
Menga no quiso escuchar;
Porque es propio de mujeres,
Al que quieren, desdeñar:
¡Vuelve á casa, pan perdido,
Pues rogándotelo están!
Que si son celos ó no,
A Dios la cuenta dará.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1628.

(*Anónimo.*)

¿Por qué tan firme os adoro?
Ines, me pregunta amor.
Yo no sé lo que teneis,
Y teneis el qué sé yo.
El no sé qué de las lindas
Es un oculto primor,
Que lo conocen los ojos,
Y lo ignora la razon.
Toda la razon de amaros
Está en agradarme vos;
Que los gustos no disputan
La bondad, sino el sabor.
Yo sé, Ines, que sois mi vida,
Y no sé por qué lo sois;
Que es buscar razon al gusto
Muy golosa discrecion.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1629.

(*Anónimo.*)

A la gaita bailó Gila,
Que tocaba Anton Pascual:
Si es bailar hacer mudanzas,
¡Oh qué bien que bailará!
Bailar firme, bailar quedo
Es el seguro bailar;
Que el andar saltando siempre
A cualquiera cansará.
El pandero tomó Gila,
Y viendo que suena mal,
A la gaita volver quiso,
Pero no la pudo hallar.
Repicó las castañetas
Gila, y con el repicar
Un pique le dió á Bartolo,
Y un capote á los demas.

De Traguada y Juan Polaina,
Uno y otro su galan,
Como de mudarse trata,
¡Oh qué poco se le da!
Quien se muda Dios le ayuda,
Dijo el adagio vulgar;
Porque muchos sones juntos
Son de la facilidad.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1630.

(*Anónimo.*)

Hechizado está Bartolo,
Y todos dicen que Menga,
Porque la quiera, le ha dado
Un bocado de belleza.
En vano busca remedio
Para curar su dolencia;
Que no sana como todos
El que como nadie enferma.
Es basilisco de amor,
Y para todos sirena,
Sin que haya habido á sus ojos
Quien mariposa no sea.
El que quisiere librarse
Del hechizo de quererla,
Guárdese, que todo es rayos
El incendio de sus cejas.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

SECCION DE ROMANCES VARIOS JOCOSOS, SATÍRICOS Y BURLESCOS.

1631.

(*De Juan de la Cueva.*)

Huyendo va la Poesía,
Despavorida y temblando,
De una chusma de poetas
Que caza le iban dando,
Y cual jabalí seguido
De sabuesos y de alanos,
O cual temerosa liebre
De la multitud de galgos,
Está la febea virgen
Rodeada de cosarios,
Que por su desdicha un dia
La encontraron en el campo;
Porque siempre ama los bosques
Y le agrada el despoblado.
Aunque no la conocieron
Por ser poetas bastardos,
Viéndole las sacras sienes
Ceñidas de yedra y lauro,
Entendieron ser aquella
A quien profanan cantando,
Y así la acometen todos
Cargados de cartapacios.
Ella huye á toda prisa,
Ellos tras ella gritando;
Ya por el monte se encumbra,
Ya baja del monte al llano,
Ya tuerce la via seguida,
Ya la deja y va á otro cabo.
Al fin viéndose cansada
Y que la iban alcanzando,
Paró, y viendo aquella chusma
De poetas remendados,
Cuál con sayo y cuál sin capa,
Cuál con capa y cuál sin sayo,
Cuál descalzo y cuál con calzas
Cuál sin calzas y descalzo,
Cuál trae el vestido negro
Cosido con hilo blanco,
Cuál en ferreruelo verde
Un remiendo colorado,
Cuál trae vuelta la camisa
Por echar fuera el ganado,
Cuál sin ella, y con jubon
Y el cuello muy botonado;
Cuál cojo, cuál patituerto,
Cuál renco, cuál corcovado,
Cuál viene sobre un bordon
Con una pierna arrastrando;
Los unos muy llenos de asma
Tosiendo y gargajeando;
Otros mas secos que aristas
Que parecen cuartanarios;
Otros los ojos sumidos
Magantos y trasijados,
Como si á eterna dieta
Estuvieran condenados.
Admiróse la Poesía
Su miseria contemplando,
Y como por ser poetas
Estaban en tal estado,
En algo mostró holgarse
Con verlos en tanto daño,
Por ser muerte que ellos mismos
La tomaban con sus manos;
Y que era castigo digno
En paga de su pecado.
Muy llena de alteracion,
El bello color robado,
Está en medio de ellos puesta
Cual hidalgo entre villanos,
Temiendo alguna violencia
Como de hombres libertados.
Cuál le asía de la ropa,
Cuál le tocaba la mano,
Cuál le besaba la suya
Y el suelo que habia pisado,
Creyendo que solo aquello
Lo hiciera un Mantuano;
Cuál se postraba á sus piés
Demandándole su amparo
Para poder hacer versos
De repente y de pensado.
Esto lo pedían á gritos
Todos juntos voceando
Sin entenderse razon,
Porque parecian hablando
Chacota de caldereros
O grajos en campanario.
La virgen febea no sabe
Qué hacerse en tal estado,
Y así aguarda temerosa;
Cuando uno d'ellos, anciano
De mucha barba en redondo,
Cortada, y crespo el mostacho,
De unas pantorrillas gordas
Y el rostro muy ampollado,
Con un gran libro en el hombro,
Como costal ú otro cargo,
Que era poco un facistol
Para poder sustentallo;
Poniéndose de rodillas,
Las dos manos levantando,
Le dice: — No te fatiguen
Estos gritos levantados;
Que cochinos y poetas,
Gramáticos, cirujanos,
Adonde quiera que están
No pueden estar callados.
Esto entendido, oye atenta

Nuestro miserable daño,
Y dinos ¿por qué razon,
Si razon vale aquí algo,
Hemos de andar como ves
Sin pan, y hechos pedazos;
Consumida la virtud
De andar siempre imaginando,
Corridos de unos y otros;
Y con el dedo apuntados,
Y no hay quien lea obra nuestra
Que no se la dé á los diablos?
Veo mil otros poetas
Tan tenidos y estimados:
Pues todos hacemos versos
Y á todos cuesta trabajo;
Todos tenemos ingenio
Y todos nos desvelamos;
Lo cual te obligue, señora,
Que de tí nos sea otorgado
Gran número de conceptos,
Muchos términos galanos,
Descripciones y epítetos,
Consonantes nunca usados;
Que con aquesta influencia
Subirémos al Parnaso,
Y en medio de sus dos puntas
Nos verémos asentados,
Y en la fuente Cabalina
Mojar podrémos los labios,
Aunque no sabemos lenguas
Mas de nuestro castellano;
Y en particular te pido
Por mí que me des tu amparo,
Que en verdad que soy poeta
Natural, cual lo he mostrado
En un romance que hice
A la muerte de Don Sancho,
Cuando lo mató Vellido
Con el agudo venablo,
Que guarda los consonantes
Desde el principio hasta el cabo,
Cosa que nadie lo ha hecho
Sino yo con gran trabajo.
Mi familia te encomiendo
Que sigue mis propios pasos,
Pues en ella son poetas
Mujer, hijos, perros, gatos;
Que se pega esta poesía
Como si fuera contagio.—
Queriendo pasar delante
Hizo un gesto sollozando,
Y cortada su razon
Se quedó de ella colgado,
Boqui-abierto, enmudecido,
Sin mover ojo ni labio.
Sonrióse la Poesía,
Y dejando el sobresalto,
Movió la divina lengua
Respondiendo á lo hablado:
—¡Oh poetas majaderos,
Y cómo andais engañados
En seguir tan loco vicio,
Y tan sin fruto cansaros!
¿Quién os fuerza á ser poetas
Habiendo almadraba y rastro,
Y pretender lo que á pocos
Dejó de costar muy caro?
Decid, ¡malditos seais
De Apolo y descomulgados!
¿Qué entendeis de la poesía?
¿Qué os puede dar ni quitaros,
Si está la falta en vosotros,
Aunque mas quiera ayudaros?
¿Dónde vais, poetas mendigos?
¿Para qué me andais buscando?
Volvéos á vuestros oficios,
Volvéos á vuestros tratos,
Pues así moriréis de hambre
Y jamas os veréis hartos.
Mirad la miseria vuestra,
No seais necios porfiados,
Mirad que en haciendo versos
No podeis tener un cuarto;
Que es maldicion y castigo
Sin remedio ejecutado.
Y si nada de esto os mueve
A salir de este pecado,
Yo de parte del dios Febo
Os doy facultad y amparo
Para que hagais mil libros
Cada uno en cada año,
Y que cada libro sea
De cuatro dedos en alto,
Y que nadie se entremeta
Sino el vulgo á examinarlos;
Y asimismo os doy licencia
Para montar á Pegaso,
Y que os coroneis las sienes
De pámpanos y naranjo,
Y de cuanto mas quisierdes
Si esto no os deja pagados.—
Cesó la elocuente diosa,
Y al Parnaso guió el paso,
Quedándose los poetas
Como siempre voceando,
Sobre á cual le dió mas gracia
O fué mas privilegiado,
Y por esta causa todos
Se andan siempre murmurando.

*(Cueva, *Coro febeo*, etc.)

1632.— 1633.

(*De Lope de Vega Carpio*[1].)

De ver una escura cueva
Que un moro Cegrí ha cavado,
Do desterrado ha vivido
Con esta tarde seis años;
Mártir de sus pensamientos
Con el buchorno encalmado,
Está turbado Riselo,
Haciendo junto á un ribazo
Memoria del acebuche,
De los mirtos y lampazos.
Mira su vaca cerril
Su pendenciero ribaldo;
Acuérdase del novillo,
Con la honda chasqueando,
Diciéndole: — No hagas fuerza
Al amor y á sus cuidados: —
Como si pudiera ser
Ser amor y ser forzado.
Yendo corriendo tras él,
Volvió á mirar hácia el Tajo,
Y vió arrimado un pastor
A un álamo verde y blanco.
Mirando que entre sus ramas,
Dos tórtolas se han sentado,
Y en verle vestido de ovas,
Conoció que era Belardo,
Un hombre que ser solia
Libre, exento y sin cuidado,
Pero por Filis perdido
Desde aquel concierto blando.
Háblanse, y no ha sido poco,
Por andar siempre encontrados;
Y es porque ya de concierto
Han dejado ambos el campo,
Las tórtolas y el novillo,
La vaca y todo el ganado.
Rogándole está que vaya
A ver la zambra á palacio,
Do verá muertes partidas,
Por juntarse procurando
Copos de nieve en agosto,
Y un potro de atormentados,
Que los saca Bravonel

Para callar sus cuidados.
Y para otra, que el Rey
Y Muza están concertando,
Quiere acabar de acabar
Unas mordazas Belardo.
Espéranse, y vanse juntos.
Por junto á un mirto sagrado,
Donde oyen una pastora
Descompuesta y sollozando,
Advirtiendo unos cabellos
Pintados con un retrato,
Que dicen a su pastor:
Tuya soy, corta otros tantos.
Las cortinas de los ojos
Tiran Riselo y Belardo,
Y conocen que Clarinda
Era la del triste llanto.
Llegó Riselo el primero,
Primero en ser olvidado,
Diciendo: — Deja, Clarinda,
El vivir entre peñascos:
Da ya tu ganado á medias,
Y come lo que has ganado,
Que ya dejamos las selvas
De hoy mas Riselo y Belardo.

(*Flor de varios y nuevos romances*, 2.ª parte. — It. *Romancero general*. — It. VEGA CARPIO, *Obras sueltas*, etc.)

¹ En este romance moteja LOPE DE VEGA muchos otros suyos pastoriles y moriscos, que son acaso los mejores y mas interesantes que compuso.

1634.— 1635.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Dejad los libros agora,
Señor licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras,
Que á fe que son para oir.
Yo soy aquel gentilhombre,
Digo, aquel hombre gentil
Que por su dios adoró
Un cegueznelo ruin.
Sacrifiquéle mi gusto
No una vez, sino cien mil,
En las aras de una moza
Tal cual os la pinto aquí.
El cabello de un color
Que ni es cuarto ni florin,
Y en la relevada frente
Ni azabache ni marfil:
La ceja entre parda y negra
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos
Que son los del *quis vel qui;*
Entre cuyos bellos rayos
Se derriba la nariz,
Terminando las dos rosas
Fresca seña de su abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí,
Y cada diente un aljófar
Que el alba suele vestir.
El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir,
¡Mal haya yo si no vence
Al mas suave jazmin!
Con su garganta y su pecho
No tiene que competir
El nácar del mar del Sur,
Ni plata de Potosí;
La blanca y hermosa mano,
Hermoso y libre alguacil
De libertad y de bolsas,
Es de nieve y de nebli.
Lo demas, letrado amigo,
Que yo os pudiera decir.
Por mi fe que me ha rogado
Que lo calle para mí:
Aunque por brújula quiero,
Si estamos solos aquí,
Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos,
Esto, señor, baste al fin:
Si hay serafines trigueños,
Ella es un serafin.
Pudo conmigo el color,
Porque una vez que la vi
Entre mas de cien mil blancas,
Ella fué el maravedí;
Y porque no sin razon
El discreto en el jardin
Coge la negra violeta,
Y deja el blanco alhelí.
Dos años fué mi cuidado
El que llaman por ahí
Los jacarandos respeto,
Los modernos tabelí;
En cuyos alegres días
Desde el ave al perejil
Por esta negra Odisea
La bucólica le di.
Sus piezas en el invierno
Cubrió flamenco tapiz,
Y en el verano las mias
Andaluz guadamacil.
Hoy deseaba lo blanco,
Mañana lo carmesí,
Tanto que en la Peña pobre
Era ermitaño Amadís.
¡Pregúntale á mi vestido,
Que riéndose de mí,
Si no habla por la boca,
Habla por el bocací!
Ya iba quedando en cueros
A la lumbre de un candil,
Casi pasando el estrecho
De no tener y pedir,
Cuando Dios y norabuena
Me fué forzado el partir
A negocios de importancia
A la villa de Madrid.
Comenzó á mentir congojas,
A suspirar y gemir
Mas que viuda en el sermon
De su padre fray Martin.
Dijo que acero sería
En esperar y sufrir;
Fué despues cera, y si acero,
Ella se tomó de orín.
Tiernísima me pidió
Que ya que quedaba así
La ovejuela sin pastor,
No quedase sin mastin.
Y así le dejé un mulato
Por espía y adalid,
Que me espió á mí en saliendo
Y se lo fué á ella á decir.
Púsome el cuerno un traidor
Mercadante corchapin,
Que tiene bolsa en Oran
E ingenio en Mazalquivir.
Rico es y mazacote
De los mas lindos que vi;
Precioso, pero pesado
Como palo de Brasil.
¡Oh interes, y cómo eres,
O por fuerza ó por ardid,
Para los diamantes sangre,
Para los bronces buril!
Déme Dios tiempo en que pueda
Tus proezas escribir,
Y quítemelo en buen hora
Para los fechos del Cid.
Y vos, tronco, á quien abraza
La mas injuriosa vid,

Que este lagrimoso valle
Ha sabido producir,
Vivid en sabrosos nudos,
Y en dulces trepas vivid,
Que yo viviré, á pesar
De algun necio paladin.

(GÓNGORA, *Obras*, etc.— It. *Romancero general.*)

1636.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Tendiendo los blancos paños
Sobre el florido ribete
Que guarnece la una orilla
Del frisado Guadalete,
Halló el sol una mañana,
De las que el abril promete,
A la violada señora
Violante de Navarrete:
Moza de manto tendido,
Lavandera de rodete,
Entre hembras luminaria,
Y entre lacayos cohete.
Quiso á un mozo de nogal
Con bigote á lo turquete,
Cuyas espaldas pudieran
Dar tablas para un bufete.
De la cámara de Marte
Gentilhombre mata-siete,
Como lo muestra en la cinta
La llave de un pistolete,
Que viste coleto de ante,
Virgen de todo piquete;
No tanto porque el flamenco
Le dió á prueba de mosquete,
Cuanto porque el español
En las lides que lo mete
Hace mas fugas con él
Que Jusquin en un motete.
Dejólo ya por un paje
Bien peinado de copete,
Que arrima á una guitarrilla
Su poquito de bajete,
Dignísimo citarista
De un canicular bonete,
Poeta en la Andalucía,
Como cristiano es Hamete.
Por hacerle pues á solas
De sus pechugas banquete,
Sobre la pisada sombra
De algun álamo alcahuete,
Descalzarla ha visto el alba
Borceguí de tafilete,
Y lavar ocho camisas
Del regidor Alderete.
Ya tiende los blancos paños,
Y el verde y blanco tapete,
Que dió flores á Violante
Para mas de un ramillete,
Cuando por la puente abajo
Al lavadero arremete
El mozuelo Bellorí,
Entre lacayo y corchete;
Y en llegando al vado, lleno
De celos hasta el gollete,
Y de vino hasta las cejas,
Esto á los aires comete:
—Violante, que un tiempo fuiste
Pelota de mi trinquete,
De mis botones ojal,
Y de mis puntas ojete;
Palomeque y Fuenmayor
Me dicen que es un pobrete
Idolo de tu cuidado,
Y de tu voluntad brete.
Un músico en quien tremolan
Las plumas de un martinete,
Taujía en lo delicado,
Y en lo moreno pebete.
Llamarásle á desafío
Los renglones de un billete,
Cuando yo supiera de él
Que le lea ó que le acete:
Entónces vístase el pollo
Sobre un jaco un coselete,
Que yo le torceré el alma
Como tuerces tú un roquete;
Y juro á las aceitunas
Del sacro monte Olivete...—
Y entónces, dándole ella
Un desengaño carete,
— Quisiera mas, le responde,
Una lonja entre un mollete,
Que tus bravatas, Carrasco,
Humos de blanco y clarete.
Quiero bien á este galan;
Y si no te quies mal, véte,
Que arena viene pisando
El de lo pardiguillete.—
Llegó en esto Jimenillo,
Y terciando él de florete,
Guarnecido de oro y pardo,
Tras del mulato arremete,
Haciendo que una guitarra
Sus negras sienes apriete.
Música siembra en sus cascos
Y en el campo pinabete:
Muéstrale las herraduras
El genízaro ginete;
Y en aquesto el sevillano
Le segundaba un puñete.
Participó de él Violante,
Mas túvolo por juguete,
Guardándole á su Medoro
Tras un abrazo un rosquete.

(GÓNGORA, *Obras*, etc.— It. *Romancero general.*)

1637.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Por una negra señora
Un negro galan doliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.
Hablóle una negra noche,
Y tan negra, que parece
Que de su negra pasion
El negro luto le viene:
Lleva una negra guitarra,
Negras las cuerdas y verdes,
Negras tambien las clavijas,
Por ser negro el que las tuerce.
— ¡Negras pascuas me dé Dios,
Si mas negro no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende!
Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con favores negros
Un negro pagarse debe.
La negra señora entónces,
Enfadada del negrete,
Con estas negras razones
Al galan negro entristece:
—Vaya muy enhoranegra
El negro que tal pretende,
Pues para galanes negros
Se hicieron negros desdenes.—
El negro señor entónces,
No queriendo ennegrecerse
Mas de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuése.

(GÓNGORA, *Códice de sus obras.*)

1638.

(De Don Luis de Góngora.)

Atencion por vida mia,
Peligrosos noveleros,
Pagadme de estas verdades
Los portes con el silencio.
Del nuevo mundo os diré
Las nuevas que me escribieron
Con las zebras que llegaron
Cuatro amigos chichimecos.
Dicen que es allá la tierra
Lo que por acá es el suelo:
Muy abundante de minas,
Porque lo es de conejos;
Que andaban los naturales
Desnudos por los desiertos;
Pero que ya andan vestidos
Y solo el vino anda en cueros;
Que comian carne cruda,
Pero que ya en este tiempo
La cuecen y la asan todos,
Sino solo el mujeriego;
Que no hay monas en ayunas,
Mas que hay monas en bebiendo,
Y que hay micos que dicen
Béseme aquí, desde léjos;
Que hay unos fieros leones,
Digo fieros en sus fieros,
Que son leones de piedra
En palabras y en los hechos;
Que hay unos tigres que dan
Con garras de vara y ménos
Un bofeton á una bolsa
Que escupe las muelas luego:
Que hay unos gamos livianos
Y unos bien casados ciervos,
Segun picos de bonete
Y garzotas de sombrero;
Que hay unas gatas que logran
Lo mejor de sus eneros
Con gatos de refitorio,
Y con gatos de dinero;
Que andan unas fieras onzas
De bellísimos pellejos,
Fieras en el pedir mucho,
Onzas en el poco seso;
Que se crian en las casas
Unos tan ingratos cuervos,
Que no está seguro el ojo
Del que mas mira por ellos.
Que hay unas dantas fingidas,
Aunque animales sin cuello,
De tan cortadoras garras
Que dividen un cabello;
Que andan unos avestruces
Que saben digerir hierros
De hijas y de mujeres,
¡Oh qué estómagos tan buenos!
Que hay unas hermosas grullas
Que darán por vos el sueño,
Si les ocupais la mano
Con un diamante de precio;
Que hay unas vides que abrazan
Unos ricos olmos gruesos,
Porque sustenten las ramas
Sus codiciosos sarmientos;
Que hay unas cigüeñas pardas
Que anidan entre sus cerros,
Largas por eso de pico,
Y de honra en torres de viento;
Que hay tambien unas picazas
Vestidas de blanco y negro,
Cuya moneda es palabra,
Y cuyo manjar es necios;
Que hay en aquellas dehesas
Un toro... mas luego vuelvo,
Y quédese oi palabra
Hasta mañana en empeño.

(ALFAY, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1639.

(De Don Luis de Góngora.)

Murmuraban los rocinos
A las puertas de palacio,
No en sonorosos relinchos,
Que eso es ya muy de caballos,
Sino en su bestial idioma,
Ni gruñendo ni rifando,
Para mejor engañar
Las varas de los lacayos.
Cabecijuntos murmuran,
Tres á tres y cuatro á cuatro,
De sus amos lo primero,
Por mas parecer criados.
Un castaño comenzó,
Rocin portugues hidalgo,
Cuyo pelo es un erizo,
Por ser fruta de castaño;
Con mas paramentos negros
Que el rocin de Arias Gonzalo,
Que en la madera y el luto
Mas es tumba que caballo.
—Sirvo á un rapaciño, dice,
Macías de enamorado,
Tan flaco en la carne él
Cuanto yo en los huesos flaco.
Como un esclavo le sirvo,
Puesto que no me ha herrado
Ni en la cadera con *S*,
Ni en la herradura con clavos.
Dos cosas pretende en corte,
Que ambas me cuestan mis pasos:
La verde insignia de Avis,
Y un serafin castellano.
Porque en Africa su abuelo
Mató un leon cuartanario,
Desde una palma subido,
De cuarenta arcabuzazos,
Fatiga agora al Consejo
Y al amor fatiga tanto,
Que no irá cruzado el pecho,
Sin ir el rostro cruzado;
Porque el galan de la moza
Sé que está determinado
De darle la cruz en leño,
Que él pide al Consejo en paño.—
Apénas el portugues
Espumó bravatas, cuando
Una remendada pia
De un comiscal cortesano,
Mordiendo el freno tres veces,
Y otras tres humo espirando,
Que es cólera á lo que dicen
Médicos arrocinados,
—Sirvo, les dijo, á un pelon
Que no solo há veinte años
Que come de aventurero,
Mas que duerme de prestado.
No hay halcon hoy en Noruega,
Donde el sol es tan escaso,
Tan solícito en cebarse,
Como mi dueño en mi daño.
Con una gualdrapa corta,
Y tan corta que ha guardado
Mejor que si fuera cuello
La medida del dozavo,
La tercia parte me cubre
De este ñudoso espinazo,
Que puede ser mojonera
De un término pleiteado,
Y volando pico al viento
Sale muy bien santiguado
A escuchar los almireces
De las casas que hacen plato.
Entrase donde los oye,
Limpiándose los zapatos,
Y déjame á una pared
Pegado como gargajo.
No sé cómo lo reciben;

Mas si lo sé, que dias hartos
Mirándome á mí los pajes
Esto bajan murmurando :
¡Juro á Dios que en el comer
Es el dueño de este asco
Sabañon en el invierno,
Sarpullido en el verano!
El se desciende tras ellos
A mi pesar, porque al cabo,
Ya que no cebada, hay ocio,
Que no es mal pienso el descanso.
Cobíjame los cuadriles,
Y sale podenqueando
Nuevas, que el dia siguiente
Valgan cocido y asado.—
De un solicitador luego
Habló allí un rocin, mas largo
Que una noche de diciembre
Para un hombre mal casado.
—Escuchado he vuestras quejas
Con las orejas de un palmo,
Y á no sentir yo mis duelos,
Sintiera vuestros agravios.
Diez años tiramos juntos
Por una tierra de campos
Yo y un tio de Babieca
El carreton de Lain Calvo.
Serví á condes, serví a reyes,
Hasta que por varios casos
Tendimus in Latium, digo,
Me mirais tendido y lacio.
Trájome mi dueño aquí,
Donde apénas hay establo
Que no sobre mi largueza,
Si no duermo como galgo.
Como tan largo me ven,
Piensan luego los muchachos
Que soy algun pasadizo
De la posada á palacio.
La calle Mayor abrevío,
Y la carrera del Prado
Desde el copete á la cola
La ocupo, si no la paso.
Por descendiente me juzgan,
Los que me miran despacio
En la materia y la forma,
De aquel caballo troyano;
Y si cómo tanto hierro
Como se queja mi amo,
Cuando no lo esté de griegos,
Estaré lleno de armados.
De noche me quita el freno
Porque dice que lo gasto
Y lo pongo en cuatro noches
Como soneto limado.—
No le consintió acabar
Un extranjero cuartago,
Porque temió que tenia
Razones de su tamaño.
— No sirvo, dijo, á pelones
Como vosotros, cuitados,
Sino á un extranjero rico,
Miserable por el cabo;
Y notad que siendo aquestos
Miserísimos y avaros,
Veréis que se llaman todos
O Césares ó Alejandros.
Mucho tiempo le he servido,
Y aunque mal galardonado,
No tan mal como vosotros,
De que me consuelo algo.
La paja me da por libras,
La cebada por puñados,
Y para engañar mi hambre
Es artífice de engaños;
Ciertos antojos me pone
De unos vidrios tan doblados,
Que hacen de una paja ciento,
Y cuatrocientos de un grano.
¡Pero bien me satisfice
De esta burla y de este engaño
Un dia, cuya memoria
A la venganza consagro!
Solia traerme, diciendo,
Por las caderas la mano :
Como un banco estás, amigo,
Poco te luce el regalo.
Tantas veces me lo dijo,
Que una de ellas por un lado
Le di muy bien á entender
Que tenia piés el banco.—
Dieron en esto las once,
Y al mismo punto dejaron
Su plática los rocines,
Sus quinolas los lacayos.
Cualquier docto en esta lengua
Podrá mañana temprano
Ir á escuchar otro poco
Las mulas de los letrados.

(Góngora, *Obras*. — Id. *Romancero general*. — Id. Madrigal, *Segunda parte del Romancero general*.)

1640.

(*De Don Luis de Góngora.*)

En aquel siglo dorado,
Cuando floreció Amadís,
Y el mes de mayo vivia
Pared en medio de abril;
En unas vistas secretas
Detras de un zaquizamí
De la sabijonda Urganda
Tuvo un hijo Gandalin,
Mas valiente que Macías,
Mas derretido que el Cid,
Mas sabido que Roldan,
Mas membrudo que Merlin.
Este andaba á caza y pesca
Por la orilla de Genil,
En la mano esparavel
Y en los hombros un neblí.
Al filo de mediodía,
No mas que por su nariz
Señalaba las doce horas
En el tronco de un brasil :
A la sombra que hacian
Cuatro flores de alhelí,
Aquejado de la hambre,
Que era comedor gentil,
Sacó poquito á poquito
De las bolsas de un cojin
Dos varitas de virtudes
De traza y valor sutil;
Y vuelta la cara al cielo,
Porque habia de estar así,
Tomando la mayor d'ellas
Le comenzó de decir :
—Varica, la mia varica,
Por la virtud que hay en tí,
Pues que jerigonza entiendes,
Que me traigas que muguir.—
Apènas cerró los labios,
Cuando al son de un añafil
Vió ponerse unos manteles
De delgado canequí;
Un barril de vino blanco
Y de tinto otro barril,
Del metal de las entrañas
Del cerro de Potosí;
Dos cuchillos de Malinas
Y un salero de marfil,
Y un platillo de ensalada
De yerbas trescientas mil.
Entre dos roscas de Utrera
Que por estos ojos ví,
Unas lonjas de tocino
Como corchos de chapin.
Desde aquí á las aceitunas
No les dió merienda ansí

El bruto Sardanapalo
Al gran Turco y al Sofí.
Estando la mesa puesta
Poblada de lo que oís,
Debiera comerlo solo,
Mas no lo puedo sufrir;
Y volviendo á ver al cielo,
Porque habia de estar así,
A la segunda varica
Le dice el mozo Celin:
—Así te otorguen los cielos
De venturas un cahiz,
Que me traigas una dueña
Con quien mis dichas partir.—
Fué á revolver la cabeza,
Y vido cerca de sí
La doncella Dinamarca
Atándose un cenojil;
Y aunque se habian visto
En las salas de Paris,
Mirábanse el uno al otro
Y hartábanse de reir.

(*Romancero general.*)

1641.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Pensó rendir la mozuela
El alférez de mentira,
Soldado por cien mil partes,
Y quebrado por las mismas;
Pensó que la sujetara
El gavion de la liga,
Y de la terciada pluma
La crespa volatería;
Y la capa verde oscura,
Y golpeada la capilla,
Con mas inciertos reveses
Que una mula, y sea la mia;
Y la saltaembarca azul,
Con mas corchetes de alquimia
Que la noche de San Juan
Saca toda la justicia;
Y los gregüescos de seda,
Aforrados con telilla,
Mucho mas acuchillados
Que mulatos en esgrima;
Y la espada en tiros cortos,
Mal pendiente de la cinta,
Por las obras temerosa,
Por las palabras temida.
Pensó con lo dicho el hombre
Sujetar la mujercilla,
Torciendo rubios bigotes
Ayudados de alquitira.
Hablándola con los ojos,
Pisando de gallardía,
Suspirando por la calle
Y apuntándose á su esquina,
Camafeo de la moza
Ser el necio pretendia,
Y á la verdad era feo,
Aunque cama no tenia;
Pero tenia un rasguño
Del bigote para arriba,
Que le hizo de merced
El padre de las pupilas;
Y aun creo que al otro lado
Le hubieran hecho otra firma,
A no tenerlo ocupado
Con no sé qué niñería,
Con un cierto bofeton
Que en la casa de Sevilla
Llevó vencido en la entrada
Con las manos ménos limpias.
Una pues alegre noche,
Que la halló por su desdicha
Alumbrando con la cara
Su calleja sin salida,
Llegándose poco á poco
Debajo la ventanilla,
Como estudiante frances,
Este salmo le decia:
—Yo soy de Santo Domingo,
Una ciudad de Castilla,
Donde, aunque es de la Calzada,
Hay descalzas hidalguias:
Bien nacido como el sol,
Gracias á las Gavarillas.
Inquieto fuí desde niño,
Inclinado á la milicia;
Apénas tuve quince años,
Cuando un dia á mediodía
Dejé mi tierra por Flándes,
Sepulcro de nuestras crismas,
Donde padecí peligros
Tan grandes, que juraria
Que no me halló la muerte,
Porque triunfeis de mi vida.
Cuando en el sitio de Chipre
Estaba yo en grave liga
Con un bravo romadizo,
Sonando la batería,
Nunca salí de mi tienda
Miéntras hambre padecia,
Porque no me acabó un sastre
Unas calzas amarillas;
Y aun allí por gran ventura
No me halló una culebrina
Que me pasó por los ojos
Poco mas de media milla.
Otra vez que hubo en Bruselas
Una pendencia reñida,
Puse paz desde un sagrado,
Aunque casi no me oian;
Y aun me acuerdo, por mas señas,
Que todo el mundo decia
Que á ser yo de la pendencia
Me prendiera la justicia.
Dejé al fin guerras de Flándes,
Porque era tierra tan fria,
Y yo triste andaba enfermo
De cámaras cada dia.
Como partí de allá pobre,
Y atravesé á Picardía,
En un bergantin el mar
De la Rochela á Galicia,
Del golfo de estas desgracias,
Señora, he llegado á vistas
De vuestra merced, Dios quiera
Que sea en enjuta orilla.
Bien le debo a la fortuna
El fin de tantas desdichas;
Mas otra fuerza mejor
De todas ellas me libra,
Porque al salir de mi tierra
Saqué, entre muchas reliquias,
Algunas plumas de gallo,
Pero mas de la gallina.
Asado vivo por vos;
Y quisiera, reina mia,
Que ya que habeis sido luego,
Hubierais sido parrillas.—
Atenta escucha la moza
Toda la oracion prolija,
Unas veces con enfado,
Pero mas veces con risa.
No quiso dalle respuesta;
Mas ella y otra su prima
Le exprimieron al asado
El zumo de una jeringa.

(Góngora, *Obras.*— II. *Romancero general.*)

1642.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,

Con mil donaires cerrado
Y con mil ansias abierto;
Y en fe de los treinta escudos
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un alma mia
Disimulados y envueltos,
Os envio ese inventario
De las partidas que tengo;
Que es como si os enviara
Las del infante Don Pedro:
Porque en materia de escudos
Solo tengo un paves viejo,
Y en moneda de reales,
Yo soy de un lugar realengo;
Y cuanto á las alcabalas,
Tengo un grande privilegio;
Que, como no hay que vender,
Ni las pago ni las debo.
De los navios de Indias
Poderosos y soberbios,
Me viene la dulce nueva
Cómo llegaron al puerto.
Cúpome de particion
De molinos de agua y viento,
El molino de mis dientes,
Que no muele á todos tiempos.
De debesas y cortijos,
Viñas, huertas y majuelos,
Me cupieron los caminos,
Y la ciudad por linderos.
No se me quejan las fuentes,
Ni los claros arroyuelos,
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.
Al fin mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un *Agnus Dei* de alquimia
Se rematan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es, señora, de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata;
Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena
Que heredé de mis abuelos.
No tengo paños de corte,
Mas no me faltan enteros,
Porque ya tengo la corte;
Solo el paño es el que espero.
Tambien para mi salud,
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
En cosas dulces, Canarias
No iguala la que poseo,
Pues gozo una linda sarna,
Rascada con cinco dedos.
Al fin que, señora mia,
Dicho por ménos rodeos,
Si yo tengo solo un cuarto,
Muera de cuatro contrecho.
Sin duda que se hallaron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas,
Pues tal hambre en mi influyeron
Aguardo que otra vez nazca
En mas venturoso agüero;
Que por desnudo, mi madre
Me puede parir de nuevo.

(Góngora, *Obras*, etc. — II. Madrigal, *Segunda parte del romancero general.*)

1643.

(De Don Luis de Góngora.)

No viene á mí el sobrescrito,
Señora, de aquesta carta:
Bien la puede dar á otro;
Que yo no cómo cebada,
Ni creo tan de lijero
El preñado que me achacan.
Pues que las bulas de Roma
Se cuentan desde la data,
Contemos las conjunciones
Por meses ó por semanas,
Y si viene bien la cuenta,
Metamos la cria en casa;
Pero si no viene bien,
¿Por qué quiere la bellaca
Jugar con otro las piernas
Y cargarme á mí las cabras?
No quiera la fugitiva
De la aborrecida patria
Hacer con otros el flete,
Y que pague yo la barca;
Desista de ser fullera;
No haga pandillas tantas,
Que si ella es cuchillo agudo,
Yo soy raposa avisada.
¿Cómo quiere que reciba
El requeson que me aguarda,
Si estaba llena la encella
Cuando yo llegué á apretalla?
Pues no quiso ser mi mula,
No quiero ser su gualdrapa.
Bien puede dar esas quejas
A quien la hizo preñada:
Su preñado me parece
A la puente segoviana,
Que se hizo en una noche
Sin cal, arena ni agua.
Sin duda que el diablo hizo
Este milagro en España;
Diablo debo yo de ser,
Pues su preñado me achaca.
Para haberse criado en villa,
Poco sabe de crianza,
Pues me pide el aguinaldo
Sin darme las buenas pascuas.
Al otro que se las dió,
Con paz, á uso de Francia,
Le haga aquesas cosquillas,
Porque yo no sufro albarda.
Pídale que contribuya
Para el gasto de las amas:
Que no he de dar yo mantillas,
Sirviendo el otro de manta.
Aunque soy malo á sus ojos,
Tengo la conciencia sana:
No quiero coger el fruto
Que otro sembró con sus vacas.
Líbreme Dios de lo ajeno,
Pues es cosa averiguada
Que la codicia del mundo
Es la polilla del alma.
Son los partos de mujeres
Como nubes que traen agua,
Que, aunque ignoramos dó vienen,
Sabemos dónde descargan.
Decir que ella le parió
Es verísima probanza;
Mas, que parió de mí solo,
Es duda que no se alcanza.
Así que, señora mia,
No escarbe mas la cernada,
Porque es todo polvareda,
Pues pide injusta demanda.
Déjeme, pues que la dejo,
Y quédese enhoramala;
Que no la he de levantar,
Pues que se echó con mi carga.

(*Romancero general.*)

1644.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Con ropilla y sin camisa,
Aunque no por no tenella;
Que una que le dió su madre
Le perdió la lavandera;
Su jubon por zaragüelles,
Y el sombrero por chinelas,
Y por reparo del cierzo
Una capa de bayeta;
Al sol, que, muerto de risa,
De lástima lè calienta,
Esto cantaba Hernandez
Cosiendo sus pedorreras:
—¡Desdichado del hidalgo
Que con sombra de nobleza
Y con falta de dinero
Viene á pleitear á esta tierra!
Soy de Cangas de Tineo;
Desciendo por línea recta
Del Infante Don Pelayo:
¡Ved qué honrada descendencia!
Y agora por mi desdicha
Soy venido à aquesta tierra,
Do traigo sobre una mora
Un pleito con una vieja.
Levántame la falsaria,
¡Jesucristo me defienda!
Que fui malo de mi cuerpo
En un molino con ella;
Y aun el falso testimonio
No pára aquí, porque llega
A que con doce testigos
Prueba que estaba doncella.
No sé quién jurar tal pudo;
Defienda Dios mi inocencia,
Que bien sé que soy de carne
Y tengo algunas flaquezas.
Mas decid, testigos falsos,
¿Cuándo en Castilla la Vieja
Vido el cielo cuervos blancos
Ni doncellas montañesas?
Dejando el pleito à una parte,
Ya que el pleito no me deja,
Aunque no para medrar,
Para echar la sarna fuera:
A ruego de buenos hombres,
¡Pluguiera à Dios no los viera!
Asenté con un pleiteante
En San Martin de la Vega.
Por la costa concertámos
De servirle esta cuaresma,
Do á pura fuerza de ayunos
Me ha convertido en poeta
Pensarán que estoy burlando:
Pues no es asi como quiera;
Que del trato de mi amo
Hago agora una comedia.
Toda la primer jornada
Trata de que nunca almuerza;
La segunda, que no come;
La tercera, que no cena.
Estos forzosos ayunos
Me han tornado la cabeza
Mas liviana que una caña,
Y me han helado la vena;
Y tiéneme de tal suerte
La forzosa penitencia,
Que no quiero decir mas,
Ni puedo, aunque mas quisiera.

(GÓNGORA, *Obras*.— It. *Romancero general*.)

1645.

(*Anónimo* [1].)

De unas enigmas que traigo
Bien claras y bien dudosas,
Pide la difinicion
Un hombre que las ignora.
Ser una dama de corte
De estas que corren agora,
Morena cuando amanece,
Y blanca de allí á dos horas;
«¿Qué es cosicosa?»
Tener una buena vieja
Pobre hacienda y hija hermosa;
Ser Mari-Hernandez ayer
Y de allí à un mes Doña Aldonza;
Tener galas y galanes,
Labrar casas, comprar joyas;
Haber una vez parido,
Venderse por vírgen otra:
«¿Qué es cosicosa?»
Tener hermosa mujer
Sin tener hacienda propia
Mas de aquella que en el rostro
Le puso la gran pintora,
Comer los dos sin traerlo,
Vestir sin que cueste cosa,
Y tener lo mas del año
Bien bastecida la bolsa:
«¿Qué es cosicosa?»
Partirse á una comision
Un hombre, y cuando torna,
En su casa hallar enferma
De mal de bazo á su esposa;
Estarse un año sin verle,
Y en una semana sola
Que la trata su marido
Parir y publicar honra:
«¿Qué es cosicosa?»
Que pretendan dos casarse,
Que es averiguada cosa
Que el uno nació en Vizcaya,
Y el otro en Constantinopla;
Que por ser pobre no halle
El vizcaino una novia,
Y halle ciento por ser rico
El sucesor de Mahoma:
«¿Qué es cosicosa?»
Que estándose recogida
La doncella virtuosa,
Que en sus manos y su aguja
Se encierra su hacienda toda;
Y que siendo la virtud
La mas estimada joya,
Nadie por mujer la pida,
Porque le faltan esotras:
«¿Qué es cosicosa?»
Que traiga una buena viuda
Negro luto y blancas tocas,
Que en vida de su marido
Fué tan libre como ahora;
Que no le temiese vivo,
Y muerto esté tan medrosa,
Que todas las noches dé
Traza de no dormir sola:
«¿Qué es cosicosa?»

(*Romancero general*.— It. *Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

[1] Se atribuye á Don Luis de Góngora.

1646.

DEFENSA JOCOSA DE NERON Y DEL REY DON PEDRO DE CASTILLA.

(*De Don Francisco de Quevedo* [1].)

Cruel llaman á Neron,
Y cruel al rey Don Pedro,
Como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.
Estos dos sí, que inventaron
Las purgas y cocimientos,
Las dietas y melecinas,
Boticarios y barberos,

Matalotes fuéron crueles
Y ministros del infierno,
Abreviadores de vidas
Y datarios de tormentos;
Que Neron tuvo buen gusto,
Don Pedro fué justiciero,
Si cohechados y ladrones
No pusieran lengua en ellos.
Si inventaran estos dos
Esperar y tener celos,
Las mujeres de por vida,
La gota, hacerse viejos;
Cantar mal y porfiar
Y templar los instrumentos;
El pedir de las busconas,
Las visitas de los necios:
Justicia fuera llamarlos
Crueles la fama en extremo;
Pero si no lo soñaron
Es contra todo derecho.
Tuvo Neron lindo humor
Y exquisito entendimiento;
Amigo de novedades,
De fiestas y pasatiempos.
Dicen que forzó doncellas;
Mas de ningun modo creo
Qu'él encontró con alguna
Ni qu'ellas se resistieron.
Quisole Suetonio mal,
Pues le llamó deshonesto
Porque adoraba á su madre,
Siendo obligacion hacerlo;
Notóle de que comia
Sin cesar un dia entero,
Y es pecado que á la sarna
Pudiera imputar lo mesmo.
¿Mató Neron muchos hombres?
¡Mas son los qu'el sol ha muerto,
Y llamanle hermoso á él,
Y á estotro le llaman fiero!
Gustó de quemar en Roma
Tanto edificio soberbio,
Dejando asi castigada
La soberbia, para ejemplo.
Quemó la débil grandeza
Que atesoraban los tiempos,
Y á la vanidad del mundo
Quiso mostrar su desprecio.
Si á Séneca dió la muerte
Siendo su docto maestro,
Hizo lo que una terciana
Sin culpa pudo haber hecho.
No es mucho que se enfadase
De tantos advertimientos;
Que no hay señor que no quiera
Ser en su casa el discreto.
Quitó á Lucano la vida;
Mas no le agravió por eso,
Cuando inmortal le acredita
Con la fama de sus versos.
Pues Don Pedro el de Castilla,
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos,
Y qué dió sino escarmientos?
Quieta y próspera Sevilla [2],
Pudo alabar su gobierno,
Y su justicia las piedras
Qu'están en el candilejo [3].
El clérigo desdichado [4]
Y el dichoso zapatero
Dicen de su tribunal
Las providencias y aciertos.
Si Doña Blanca no supo [5]
Prendarle y entretenerlo,
¿Qué mucho que la trocase,
Siendo moneda en su reino?
Era hermosa la Padilla:
Manos blancas y ojos negros;
Causa de muchas desdichas,
Y disculpa de mas yerros.
Si á Don Tello derribó [6],
Fué porque se alzó Don Tello;
Y si mató á Don Fadrique [7],
Cuenta le tuvo el hacerlo:
De su muerte y otras muchas
Sabe las causas el cielo;
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.
Matóle un traidor frances [8],
Alevoso caballero:
Vido Montiel la tragedia,
Y el mundo le lloró muerto.
De emperadores y reyes
No hablan mal nobles y cuerdos;
Qu'es, en público, delito,
Y no seguro, en secreto.
Esto dijo un montañes
Empuñando el hierro viejo
Con cólera y sin cogote,
En un Cid tinto un Don Bueso.

(QUEVEDO, *Obras*.)

[1] Ingeniosísima y filosófica composicion, donde á guisa de burlas, y afectando un estilo grave y jocoso al mismo tiempo, reasume el poeta todas las tradiciones con que la voz popular justifica ó pretende atenuar los actos severos de Neron y de Don Pedro de Castilla, que los próceres, por recaer sobre ellos, llamaban crueles. Cuando estos hechos no tienen buena disculpa, Quevedo les busca una burlesca; cuando pueden justificarse, expone la tradicion, con la severidad, vigor y energía, que se ve cuando trata de Don Pedro, rey tan amado del pueblo como temido y odiado de los grandes revoltosos, y de sus hermanos bastardos, de los cuales uno logró asesinarle y ocupar su trono. Respétale á este usurpador, sin embargo, el poeta, siquiera porque fué rey de Castilla; pero descarga su justa indignacion sobre el frances Duguesclin, ó Beltran Claquin, que cooperó al asesinato, y á la tragedia que lloró y condenó despues el verdadero pueblo.

[2] En efecto, Sevilla gozó de paz y vivió sin anarquía bajo el imperio de Don Pedro.

[3] Cuenta la tradicion, que Don Pedro hizo una muerte, y que una vieja la declaró en juicio. El Rey, no queriendo del todo eximirse del castigo, mandó poner su busto en el sitio donde cometió el delito, que se llamó despues *El Candilejo*.

[4] Un clérigo poderoso asesinó al padre de un zapatero, y el tribunal privilegiado le condenó á no ejercer sus funciones durante un tiempo determinado. Irritado el hijo de que se impusiese tan leve pena á tan grave delito, buscó y halló la ocasion de vengar á su padre matando al clérigo. Sentenciósele á muerte; pero noticioso el Rey del caso, y enterado de las circunstancias, llamó á sí la causa, y conmutó la sentencia en que se privase al zapatero de usar su oficio durante algunos años, dándole con que vivir el tiempo que durase la pena.

[5] Por respeto á la opinion de Doña Blanca disculpa el poeta jocosamente su muerte, ordenada por el Rey, y calla la tradicion que la acusaba de adúltera y conspiradora.

[6] Con efecto, el bastardo Tello conspiraba contra Don Pedro, unido á los grandes turbulentos.

[7] Las reticencias que respecto á excusar la muerte de Don Fadrique usa el poeta, tienen igual motivo que las excusas jocosas que dió á la de Doña Blanca; pero ya las deja mas claras cuando dice: *De su muerte y otras muchas*, etc. (Véase la nota de los romances números 965 y 966.)

[8] Dícese que en la lucha fratricida entre Don Pedro y Don Enrique, este, vencido, cayó debajo, y que el general Beltran Duguesclin ayudó á aquel á ponerse encima, y á que pudiese matar á su contrario. Este cuarteto respira un justo resentimiento, una sentida acusacion contra el hombre extranjero que sacrificó la nobleza de caballero á la parcialidad de aliado.

1647.

(*De Don Francisco de Quevedo*.)

—Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera!
Aunque estaba, cuando me hizo,
De gorja naturaleza.
Dos maravedís de luna
Alumbraban á la tierra;
Que por ser yo el que nacia,
No quiso que un cuarto fuera.

Naci tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Naci debajo de Libra,
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor le fundo
En las madres vendederas.
Dióme el Leon su cuartana,
Dióme el Escorpion su lengua;
Virgo, el deseo de hallarle,
Y el Carnero su paciencia.
Murieron luego mis padres;
Dios en el cielo los tenga,
Porque no en aqueste mundo
A engendrar mas hijos vuelvan.
Tal ventura desde entónces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta,
Segun ha sido de negra;
Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena,
Que aunque la piense de tajo,
De reves no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda,
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias,
Y para que vean los ciegos,
Pónganme á mí á la vergüenza;
Y para que cieguen todos,
Llévenme en coche ó litera.
Como á imágen de milagros
Me llevan por las aldeas,
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo, porque llueva.
Cuando alguno me convida,
No es á banquetes ni fiestas,
Sino á los misacantanos,
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
A todos cuantos esperan
Para molerlos á palos;
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
Si ha de caerse, una teja;
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme a mí,
Me hace prestarle paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,
Y la hallo en las tabernas;
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio,
Porque sé por cosa cierta,
Que en siendo yo calcetero,
Andarán todos en piernas.
Si estudiara medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curara yo,
No hubiera persona enferma.
Quise casarme estotro año
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme en dote al diablo
Con una mujer muy fea.
Si intentara ser cornudo
Por comer de mi cabeza,
Segun soy de desgraciado,
Diera mi mujer en buena.
Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vocean,
Zapateros que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con frio,
Se abrasa en fuego la tierra,
Y en llevando guardasol,
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna mujer
Y le digo mil ternezas,
O me pide ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto,
Ahorro, cualquier limpieza,
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualesquier color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho
Remiendo sin resistencia,
Y peor que besamanos
En mí, cualquier encomienda.
Para que no estén en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarlos yo solo basta,
Pues con esto estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hacerme algun bien
Y no vivirá hora y media;
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó que adorase
Mi humildad á tu soberbia;
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera
Como otros tu pretendiente,
Vino á ser tu pretenmuela. —
Aquesto Fabio contaba
A los balcones y rejas
De Aminta, que aun de olvidarle
Han dicho que no se acuerda.

(QUEVEDO, *Obras*. — It. *Romances varios de diversos autores*.)

1648.

(*De Don Francisco de Quevedo.*)

—Padre Adan, no loreis duelos;
Dejad, buen viejo, el llorar,
Pues que fuisteis en la tierra
El mas dichoso mortal.
De la variedad del mundo
Entrastes vos á gozar
Sin sastres ni mercaderes,
Plagas que trujo otra edad.
Para daros compañía
Quiso el Señor aguardar
Hasta que llegó la hora
Que sentistes soledad.
Costóos la mujer que os dieron
Una costilla, y acá
Todos los huesos nos cuestan,
Aunque ellas nos ponen mas.
Dormistes, y una mujer
Hallastes al despertar,
Y hoy, en durmiendo un marido,
Halla á su lado otro Adan.
Un higo solo os vedaron,
Sea manzana si gustais;
Que yo para comer una
Dios me lo habia de mandar.
Tuvistes mujer sin madre,
¡Grande suerte y de envidiar!
Gozastes mundo sin viejas

Ni suegrecita inmortal.
Si os quejais de la serpiente
Que os hizo á entrambos mascar,
¡Cuánto es mejor la culebra
Que la suegra, preguntad!
La culebra, por lo ménos,
Os da á los dos que comais;
Si suegra fuera, os comiera
A los dos, y mas y mas.
Si Eva tuviera madre,
Como tuvo á Satanas,
Comiérase el paraiso
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben;
Mas una suegra infernal
Más sabe que las culebras:
Ansí lo dice el refran.
Llegáos á que aconsejara
Suegra de este temporal
Comer un bocado solo,
Aunque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio
Que anda en ayunas lo mas;
Que las Suegras, de un almuerzo
La tierra engullen y el mar.
¡Señor Adan! ménos quejas,
Y dejad el lamentar;
Sabé estimar la culebra,
Y no la trateis tan mal;
Y si gustais de trocarla
A suegras de este lugar,
Ved lo que quereis encima;
Que mil os la tomarán.—
Esto dijo un ensuegrado
Llevándole á conjurar,
Para salir de la suegra,
Un cura y un sacristan.

(Quevedo, *Obras*, etc.)

1649.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Don Repollo y Doña Berza,
De una sangre y de una casta,
Si no caballeros pardos,
Verdes fidalgos de España,
Casáronse, y á la boda
De personas tan honradas,
Que sustentan ellos solos
A lo mejor de Vizcaya,
De los solares del campo
Vino la nobleza y gala;
Que no todos los solares
Han de ser de la montaña.
Vana y hermosa, á la fiesta
Vino Doña Calabaza;
Que su merced no pudiera
Ser hermosa sin ser vana.
La Lechuga que se viste
Sin asco y con fanfarria,
Presumida, sin ser fea,
De frescona y de bizarra;
La Cebolla á lo viudo
Vino con sus tocas blancas
Y sus entresuelos verdes,
Que sin verduras no hay canas.
Para ser dama muy dulce
Vino la Lima gallarda,
Al principio, que no es bueno
Ningun postre de las damas.
La Naranja, á lo ministro,
Llegó muy tiesa y cerrada,
Con su apariencia muy lisa,
Y su condicion muy agra;
A lo rico y lo tramposo
En su erizo la Castaña,
Que le han de sacar la hacienda
Todos por punta de lanza.
La Granada deshonesta
A lo moza cortesana,
Desembozo en la hermosura,
Descaramiento en la gracia.
Doña Mostaza menuda,
Muy briosa y atufada;
Que toda chica persona
Es gente de gran mostaza.
A lo alindado la Guinda,
Muy agra cuando muchacha,
Pero ya entrada en edad,
Mas tratable, dulce y blanda.
La Cereza, á lo hermosura,
Recien venida, muy cara,
Pero con el tiempo todos
Se le atreven por barata.
Doña Alcachofa, compuesta
A imitacion de las flacas,
Basquiñas y mas basquiñas,
Carne poca, y muchas faldas.
Don Melon, que es el retrato
De todos los que se casan:
Dios te la depare buena,
Que la vista al gusto engaña.
La Berengena, mostrando
Su calavera morada,
Porque no llegó en el tiempo
Del socorro de las calvas;
Don Cohombro, desvaído,
Largo de verde esperanza,
Muy puesto en ser gentil hombre,
Siendo cargado de espaldas;
Don Pepino, muy picado
De amor de Doña Ensalada,
Gran compadre de dolores,
Pensando en unas tercianas;
Don Durazno, á lo envidioso,
Mostrando agradable cara,
Descubriendo con el trato
Malas y duras entrañas.
Persona de muy buen gusto,
Don Limon, de quien espanta
Lo sazonado y panzudo;
Que no hay discreto con panza.
De blanco, morado y verde,
Corta crin y cola larga,
Don Rábano, pareciendo
Moro de juego de cañas.
Todo fanfarrones brios,
Todo picantes bravatas,
Llegó el señor Don Pimiento,
Vestidito de botarga.
Don Nabo, que viento en popa
Navega con tal bonanza,
Que viene á mandar el mundo
De gorron de Salamanca.
Mas baste, por si el lector
Objeciones desenvaina;
Que no hay bodas sin malicias,
Ni desposados sin tachas.

(Quevedo, *Obras*. — It. *Primavera y flor de los mejores romances*.)

1650.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Riéndose está el raton
En el umbral de su cueva,
Del caracol ganapan
Que va con su casa á cuestas;
Y viendo cómo, arrastrando,
Por su corcova la lleva,
Muy camello de poquito,
Le dijo de esta manera:
Díme, cornudo, vecino
De un cuerno, en que te hospedas,
¿Qué callo de pié trazó
Una alcoba tan estrecha?

Tú vives emparedado
Sin castigo ó penitencia,
Y hecho chirrion de tu casa,
La mudas y la trasiegas.
Vestirse de un edificio,
Invencion de sastre es nueva:
Tú, albañil enjerto en sastre,
Te vistes y te aposentas.
El vivir un lobanillo
Es de podre y de materia,
Y nunca salir de casa,
De persona muy enferma.
Verruga andante pareces
Que ha producido la tierra,
Muy preciado de que solo
Tú todo un palacio llevas.
Si te viniese algun huésped,
¿Qué aposento le aparejas,
Tú, que en la mano de un gato,
Por no admitirle, te encierras?
Yo te llevaré á la corte,
En donde no te defienda
De tercera parte ó huésped,
Tu casilla tan estrecha [1].
¿No te fuera mas descanso
Andarte por estas selvas,
Y en estos agujerillos
Tener tu cama y tu mesa?
Riéndose están de ti
Los lagartos en las peñas,
Los pájaros en los nidos,
Las ranas en las acequias.
Si esa casa es tu mortaja,
¡De buena cosa te precias,
Pues vives en ataud
Donde es forzoso que mueras!
De una fábrica presumes
Que Vitruvio no la entienda,
Y si vale un caracol [2]
En dos, ninguno la precia;
Y citar puedo á Vitruvio,
Porque soy raton de letras,
Que en casa de un arquitecto
Comí á Vignola una nesga.
Sacar los cuernos al sol
Ningun marido lo aprueba,
Aunque de ellos coma, y tú
Muy en ayunas los muestras.
Dirás que me caza el gato
Con todas estas arengas;
¿Y á ti no te echan la uña
Los viérnes y las cuaresmas?
¿No te guisan y te comen
Entre abadejo y lentejas?
¿Y hay, despues de estar guisado,
Alfiler que no te prenda [3]?
Pero de matraca baste,
Que yo espero gran respuesta;
Y aunque soy mas cortesano,
Me he de correr mas apriesa.

(Quevedo, *Obras*, etc.)

[1] Para obtener que la corte se fijase en Madrid, los propietarios de casas se obligaron á dar aposento gratuito á ciertos y determinados empleados de palacio y del gobierno. Así se verificó; mas luego, en vez del aposento, se pagó una contribucion que hoy dia se redime como un censo cualquiera.

[2] Para ponderar el poco y despreciable valór de una cosa, se hizo el refran que dice: *No vale un caracol.*

[3] Guisados y aliñados los caracoles por las jitanas y los bodegoneros, suelen ser una de las golosinas que se venden para los muchachos y los pobres; que para comerlos y sacarlos de sus conchas, los atraviesan con un alfiler.

1651.

(De Don Francisco de Quevedo.)

¡Qué preciosos son los dientes
Y qué cultadas las muelas,
Que nunca en ellas gastaron
Los amantes una perla!
No empobrecieran mas presto,
Si labraran los poetas
De algun nácar las narices,
De algun marfil las orejas.
¿En qué pecaron los codos,
Que ninguno los requiebra?
De sienes y de quijadas
Nadie que escribe, se acuerda.
Las lágrimas son aljófar,
Aunque una roma las vierta;
Y no hay un culto que saque
De gargajos á las flemas.
Para las lagañas solo
Hay en las coplas pobreza,
Pues siempre se son lagañas,
Aunque Lucinda las tenga.
Todo cabello es de oro,
En apodos, y no en tiendas,
Y en descuidándose Júdas,
Se entran al sol las bermejas.
Eran las mujeres ántes
De carne y de huesos hechas;
Ya son de rosas y flores,
Jardines y primaveras.
Hortelanos de facciones,
¿Qué sabor quereis que tenga
Una mujer ensalada
Toda de plantas y yerbas?
¡Cuánto mejor te sabrá
Sin corales una geta,
Que con claveles dos labios,
Miéntras no fueres abeja!
¡Oh cultos de Satanas,
Que á las facciones blasfemas
Con que piden, con que toman,
Andais vistiendo de estrellas!
Un muslo que nunca araña,
Unas calladas caderas,
Que ni atisban aguinaldos
Ni saben qué cosa és feria:
Esto sí se ha de cantar
Por los prados y las selvas
En sonetos y canciones,
En romances y en endechas.
Y lloren de aquí adelante,
Si es que tuvieron vergüenza,
Todo rubí que demanda,
Todo marfil que desuella.
Las bocas descomulgadas,
Pues tanto dinero cuestan,
Sean ya bocas de costal,
Porque las aten por ellas.
De cáncer se ha de llamar
Todo diente que merienda;
Soles con uñas, los ojos
Que se van tras la moneda.
Aunque el cabello sea tinta,
Es oro si te le cuesta;
Y de vellon el dorado,
Si con cuartos se contenta.
Quien boca y dientes cantare,
A malos bocados muera:
Las malas gordas le abiten;
Las malas flacas le hieran.

(Quevedo, *Obras*, etc.)

1652.

(De Don Francisco de Quevedo.)

¡Lindo gusto tiene el tiempo,
Notable humorazo gasta!
El es socarron muchacho,
El es figuron de chapa:
Parece que no se mueve,
Y ni un momento se para:
Su oficio es maese-Corral

Y juego de pasapasa.
¡Quién le ve, calla callando,
Andarse tras las quijadas,
Sacando muelas y dientes
Con tardes y con mañanas,
Y sin decir, allá voy,
Saltando de barba en barba,
Enharinando bigotes
Y ventiscando de canas!
¿Pues á quién no hará reir
Verle mondar una calva,
Para que puedan las moscas
Con mas descanso picarla,
Y muy falsito ponerse
Como que juega á las damas,
Unas sopla y otras come,
Negras unas, otras blancas?
A los mas hermosos ojos
Se las pega de lagañas;
La boca masculla que ántes
De perlas mordió con sartas.
¿Qué es el mirar escondida
Entre la nariz y barba
La que fué del alba risa,
Y está cocando de marta?
Pues ¿qué es verle fabricar
Del cuerpo de una muchacha,
Hija de padres honrados,
Una dueña? ¡Arriedro vaya!
Descalzándose de risa,
Tras los espejos se planta,
Viendo cómo el soliman
Muy de pinta-monas campa.
Con los picos de narices
Es con quien usa mas chanzas,
Pues unos llueven moquitas
Cuando otros se empapagayan.
Engúllese potentados
Como si engullera pasas;
Y como si fueran nabos,
Planta en la tierra monarcas.
Cansóse de ver en Roma
Su grandeza y su arrogancia,
Y cuantas provincias tuvo
Tantas le rapó á navaja.
El metió en España moros,
¡Mirad si tiene buen alma!
Y luego, por no estar quedo,
Tambien los sacó de España.
De pastillas le sirvieron
Ardiendo, Troya y Numancia:
Sepan si es caro el perfume
Que con sus narices gasta.
No deja cosa con cosa,
Ni deja casa con casa,
Y como juega á los cientos,
Idas y venidas gana;
Hoy y mañana y ayer
Son las redes con que caza,
Devanaderas de vivos,
De los difuntos tarascas;
Y tiene por pasatiempo,
Al mas preciado de gambas
Calzarle sobre juanetes
La lapidosa podagra.
Va prestando navidades
Como quien no dice nada;
Y porque nunca se olviden,
Con las arrugas las tarja.
Quien ayer fué Fulanillo,
Hoy el Don Fulano arrastra,
Y quien era Don Fulano
A las voacés se arremanga.
Antes contaba sus penas
El que nació entre las malvas,
Y ya apénas tiene manos
Para contar lo que guarda.
A mí, porque no le entienda,
Me intenta mil garambainas:
Si digo que le he perdido,
Me responde que él me gana.
¡Miren cuál me tiene el rostro
Con brújulas de fantasma,
La una pata ya en la huesa,
Y la huesa en la otra pata!
Porque se está yendo siempre,
No le digo que se vaya,
Y aunque tramposo de vidas,
Nunca vuelve las que engaita.
El hace burla de todo,
Vive de tracamundanas,
Dando que hacer á relojes
Y á las fechas de las cartas.
Las galas de los antiguos
Ha convertido en botargas,
Y las marimantas viejas
Las ha introducido en galas.
Las fiestas y los saraos
Nos los trueca á mojigangas,
Y lo que entónces fué culpa
Hoy nos la vende por gracia.
Los maestros de danzar,
Con sus calzas atacadas,
Yacen por esos rincones
Dirigiendo telarañas.
Floretas y cabriolas
Bellacamente lo pasan,
Despues que las castañetas
Les armaron zangamangas.
Con un rabel un barbado
Como una dueña danzaba,
Y acoceando el canario,
Hacia hablar una sala.
Mesuradas las doncellas,
Danzaron con una arpa,
Que una cama de cordeles
Mucho ménos embaraza.
Usábanse reverencias
Con una flema muy rancia,
Y de *gementes et flentes*
Las veras de la pavana.
Salia el pié de Gibao
Tras mucha carantamaula,
Con mas cuenta y mas razon
Que tratante de la plaza;
Luego la danza del peso,
Una alta y otra baja,
Y con resabios de entierro
La que dicen de la hacha.
El conde Claros, que fué
Título de las guitarras,
Se quedó en las barberías
Con chaconas del agalla.
El tiempecillo, que vió
En gran crédito las danzas,
Viene pues, toma, ¿y qué hace?
Para darles una carda
Suéltales las seguidillas,
Y á ejecutor de la vara,
Y á la capona que en llaves
Hecha castradores anda.
De la trena á Escarraman
Soltó, sin llegar la pascua;
Y al Rastro, donde la carne
Se hace bailando rajas.
Vanse pues tras los meneos
Los dos ojos de las caras,
Los dineros de las bolsas,
De las vajillas la plata.
Despues, la reminiscencia
Son las pulgas de la cama,
Visajes y jerigonzas,
Azogue para las mantas;
Para la cordura, mosca,
Para la conciencia, escarba,
Para el caduco, incentivo,
Para el avariento, rabia.
Anéganse en perenales

Los corrales y las plazas,
Y el tiempecito, de verlo,
Se hunde á carcajadas.
Nadie pues firme le crea
Sino es en tener mudanzas:
Tome pulsos y ande en mula,
Pues vive de lo que mata.

(Quevedo, *Obras*, etc.)

1653.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Una incrédula de años,
De las que niegan el fué,
Y al limbo dan tragantonas
Callando el Matusalen;
De las que detras del moño
Han procurado esconder,
Si no el agua del bautismo,
Las edades de su fe,
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel:
No quise decir andrajos,
Porque no se afrente el leer.
Fué pues muy contemplativa
La vejezuela esta vez,
Y quedóse ansí elevada
En un trapajo de bien.
Tarazon de cuello era,
De aquellos que solian ser
Mas azules que los cielos,
Mas entonados que juez;
Y bamboleando un diente,
Volatin de la vejez,
Dijo con la voz sin huesos
Y remedando el sorber:
—Lo que ayer era estropajo
Que desechó la sarten,
Hoy pliego manda dos mundos
Y está amenazando tres.
Está, vestida de tinta,
Muy prepotente una ley,
Quitando haciendas y vidas,
Y arremetiéndose á rey;
Con pujamiento de barbas
Está brotando poder
Desde una planta biznieta
De un cadáver de arambel.
Buen andrajo, cuando seas,
Pues que todo puede ser,
O provision ó decreto,
O letra de ginoves,
Acuérdate que en tu busca
Con este palo soez
Te saqué de la basura
Para tornarte al nacer.—
En esto, haciendo cosquillas
Al muladar con el pié,
Llamada de la vislumbre
Y asustando el interes,
Si es diamante, no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo,
Perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un orejon con tocas
Donde buscó un Aranjuez.
Dos cabos de ojos gastados,
Espirando por niñez,
Y á boca de noche un diente
Cerca ya de oscurecer;
Mas que cabellos, arrugas
En su cáscara de nuez;
Pinzas por nariz y barba,
Con que el hablar es morder,
Y arrojándole en el suelo,
Dijo con rostro cruel:
—Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves —
Señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa:
Que el espejo no hay por qué.
El pagó solo la pena
De las culpas de su piel,
Cuando el muladar de años
Como se vino se fué.

(Quevedo, *Obras*, etc.)

1654.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Ya que á las cristianas nuevas
Expelen sus Majestades,
A la expulsion de las viejas
Todo el cristiano se halle.
Fantasmas acecinadas,
Siglos que andais por las calles,
Muchachas de los finados
Y calaveras fiambres:
Doñas siglos de los siglos,
Doñas vidas perdurables;
Viejas, el diablo sea sordo,
Salud y gracia: sepades
Que la Muerte mi señora
Hoy envía á disculparse
Con los que se quejan d'ella,
Porque no os lleva la landre.
Dicen, y tienen razon
De gruñir y de quejarse,
Que vivis adredemente
Engullendo navidades;
Que chupais sangre de niños
Como brujas infernales;
Que ha venido sobre España
Plaga de abuelas y madres.
Dicen, que habiendo de ser
Los que os rondan sacristanes,
La capacha y la doctrina
Andais sonsacando amantes.
Diz que sois como pasteles,
Sucio suelo, hueca hojaldre,
Y aunque pasteles hechizos,
Teneis mas hueso que carne;
Que servis de enseñar solo,
A las pollitas que nacen,
Enredos y pediduras,
Habas, puchero y refranes;
Y porque no enficioneis
A las chicotas que salen,
Que sois neguijon de niñas
Que obligais á que las saquen.
Y atento á que se han quejado
Una resma de galanes,
Que pedis, y no la uncion,
Y no hay bolsa que os aguarde,
Ha mandado á los serenos
Que os han de dar estas tardes
Al afeite y al carton
Que os enfermen y que os maten.
Y si, lo que Dios no quiera,
Estas cosas no bastaren,
Que con desengaños vivos
Los espejos os acaben.
Y porque dicen que hay
Vieja frisona y gigante,
Que ella y la Puerta de Moros
Nacieron en una tarde,
Declara que aquesta vieja
Murió en las comunidades,
Y que un diablo en su pellejo
Anda hoy haciendo viajes.
Vieja barbuda y de ojeras
Manda que niños espante,
Y que al alma condenada

En todo lugar retrate.
Toda vieja que se enrubia,
Pasa de lejía se llame;
Y toda vieja opilada
En la cuaresma se gaste.
Vieja de boca de concha
Con arrugas y canales,
Pase por mono profeso,
Y coque, pero no hable.
Vieja de diente ermitaño,
Que la triste vida hace
En el desierto de muelas,
Tenga su risa por cárcel.
Vieja vísperas solemnes
Con perfumes y estoraques,
Si huele cuando se acuesta,
Hieda cuando se levante.
Vieja amolada y buida,
Cecina con aladares,
Pellejo que anda en chapines,
Por carne momia se pague.
Vieja píldora con oro
Y cargada de diamantes,
Quien la tratare la robe,
Quien la heredare la mate.
Vieja blanca, á puros moros
Solimanes y albayaldes
Vestida, sea el zancarron
Y el puro Mahoma, en carnes.
Los cementerios pretenden
Un juez que almas despache,
Que os castigue por huidas
De los responsos y el *Parce*.
Por esto la dicha muerte
Que en las universidades
De médicos se está armando
Que le sirvan de montantes,
Esto me ha mandado, ¡oh viejas!
Que en su nombre y de su parte
Os notifique: atencion,
Y ninguna se me tape.
Dentro de cuarenta dias
Manda que á todas os gasten
En hacer tabas y chitas
Y otros dijes semejantes.
Y como á franjas traidas
Ha ordenado que os abrasen,
Para sacaros el oro
Que no hay demonio que os saque;
Que ella se tendrá cuidado
Desde hoy en adelante,
En llegando á los cincuenta,
De enviar quien os despache.
Yo, que lo pregono, soy
Un Lázaro miserable,
Que del sepulcro de viejas
Quiso Dios resucitarme.

(QUEVEDO, *Obras*, etc. — It. *Romances varios de diversos autores*.)

1655.

(*De Don Francisco de Quevedo.*)

Diéronme ayer la minuta,
Señora Doña Teresa,
De las cosas que me manda
Traer para cuando venga.
¡No está mala la memoria!
Y así yo la deje buena
Cuando d'esta vida vaya,
Que no la he de tener d'ella.
Si su voluntad á todos
Esta memoria les cuesta,
Es falta de entendimiento
En no tenerla por fea.
Son sus ternezas con uñas,
Como el sol de aquesta tierra,
Pues se me muestra amorosa
Con fondos de pedigüeña.
¡Yo tengo muy buen aliño!
¡Mi suerte ha sido muy buena,
Pues vengo á topar demandas
Donde buscaba respuestas!
Y son tantas las partidas
Qu'en su billete se encierran,
Que teniendo siete el mundo,
Tiene su papel setenta.
Pídeme unas zapatillas,
Y en esto anduvo muy cuerda;
Que por ser hombre que esgrimo,
Las tengo de espadas negras;
Mas la cantidad de paño
Que para arroparse espera,
Podréla dar de mi cara,
Mas no de Segovia ó Cuenca:
No hay tela para enviarla,
No hay sino vestirse apriesa
De la que mantiene á todos,
Pues tambien se llama tela.
Fué yerro pedirme raso
En Valladolid la bella,
Donde aun el cielo no alcanza
Un vestido d'esa seda.
Traeré sin duda ninguna
Las sayas de primavera
Cortadas del mes de abril,
De las faldas de esta sierra.
Pediré, para enviarla
Las tres vueltas de cadena,
Los eslabones á un preso,
Y á algun jitano las vueltas.
En lo que toca á los brincos,
No serán de plata ó perlas;
Mas procuraré enviarlos,
Aunque de una danza sean.
El regalillo de Martas,
Que pide con tantas véras,
Como Lázaro su hermano,
Le enviaré de Madalenas.
La partida de damascos
Será una cosa muy cierta,
Si hubiere algun portador
Que los traiga de Escalera.
En cuanto á lo de los barros,
No sé de cuáles le ofrezca,
Si los que tengo en la cara,
O los que hara cuando llueva.
La cantidad de bocados
No sé quién llevarlos pueda,
Si no es enviando un alano
Que se los saque por fuerza.
No pongo, por no cansarme,
Las arracadas y medias,
Los tocados y los dijes
Que pide con desvergüenza;
Y dejo que para gastos
De tan endiablada cuenta
Recibí dos miraduras
Dos noches por una reja:
Dos sortijas qu'en la mano
Me mostró yéndose fuera,
Y un guante que perdió adrede,
De puro viejo, en la iglesia;
Siete dientes, que me quiso
Hacer creer qu'eran perlas,
Y unos cabellos de oro,
Por la gracia de un poeta.
Tengo gastado hasta ahora,
En descuento d'esta cuenta,
El sufrimiento en desdenes,
Y en agravios la paciencia;
Alguna noche en candil
Y mas de catorce en vela,
Todo mi juicio en concetos,
En coplas toda mi vena.
Si con aqueste descargo
Debiere yo alguna resta,

De lo que fuere, prometo
Que compraré aquestas prendas;
Pero si saliere en paz,
Déjese de impertinencias,
Y no pida que la traiga
Al que quisiere que vuelva.
Bien sé que es alta señora
Si se sube en una cuesta,
Y tan grave como todas,
Cargada de plomo y piedras;
Que tiene buen parecer
Por lo letrada y lo vieja,
Y qu'es tan clara mujer,
Que jamas ha sido yema;
Y aun, á pesar de bellacos,
Confesaré qu'es tan cuerda,
Que á cualquier buen instrumento
Puede servir de tercera.
Tambien conozco que soy
Indigno de tal alteza,
Y un hombre hecho de tal pasta,
Que se ha de volver en tierra:
Aunque si acaso es amiga
De títulos, por grandeza,
Los de grados y corona
Tengo sellados con cera,
Pues para ser señoría
No me falta sino renta,
Por tener dos en un mapa,
Que son Génova y Venecia.
Si el ser señor de lugares
Es cosa que la granjea,
Mi estado es pueblos en Francia,
Que rinde grande moneda.
Si grandeza es no pagar,
Ya son tan grandes mis deudas,
Que delante el Rey sin duda
Cubrirse muy bien pudieran.
Mas si es lisiada por cruces,
Para tenerla mas cierta
Me meteré á cimenterio
Por andar cargado d'ellas.
Hábito tuvo mi padre,
Y con él murió mi abuela,
Y hábito tengo yo hecho
A no decir cosa buena.
No soy Encomendador;
Pero si hablamos de véras,
Mas tengo, en sola su carta,
De decinueve encomiendas.
Pues lo de ser caballero
No sé cómo me lo niega,
Viendo que hablo despacio
Y que hago mala letra;
Y aunque la parezco pobre,
Tengo razonable hacienda:
Un castillo en un ochavo
Y una fuente en una pierna;
Tengo un monte en un calvario
Y en una estampa una sierra,
Y de mil torres de viento
Es señora mi cabeza;
Y ademas de aquesto gozo
Un campo y una ribera
En el romance que dice:
«Ribera agostada y seca.»
Soy señor de mucha caza,
En el jubon y las medias;
Y en ser dueño de mi mismo,
Lo soy de muy buena pesca;
Y tras todo aquesto tengo
Voluntad tan avarienta
Que solo la daré al diablo
Y harto será que la quiera.

(QUEVEDO, *Obras*.— P. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

1656.

(De Don Francisco de Quevedo.)

El que quisiere saber
De algunos amigos muertos,
Yo daré razon de algunos,
Porque vengo del infierno.
Allá queda barajando
El que supo allá mas cierto
A cuántos venia su carta,
Como si fuera correo.
Al bajar un par de lindos,
Quedaron los diablos ciegos;
Porque los lindos son tales,
Que el diablo no puede vellos.
Por sacar á su mujer
Dicen que lloraba Orfeo;
Y él me dijo, como amigo,
Que entró por verla allá dentro.
Un mal casado pedia
Que su mujer fuese al cielo,
Por estar allá seguro
De que no le pida celos.
Un letrado y su mujer
Penan contrarios efectos,
El por su mal parecer,
Y ella por tenerle bueno.
Por engaños en los dotes
Penan allá muchos suegros,
Porque al casar de las hijas
Daban forzados los nietos.
Casadas hay porque dejan
Los hijos por herederos
De la hacienda del marido,
Que no es padre, sino deudo.
No solo los corcovados
Sirven de soplar el fuego,
Sino sus padres tambien,
Por lo que hicieron mal hecho.
Los trajes que acá se quitan
Sirven allá de usos nuevos;
Y así traen todos los diablos
Azul, guedejas y petos.
Hay doncellas camarines
Por el barro que comieron,
Que, como otras por obras,
Se condenan por deseos.
De solo los escribanos
No traigo conocimiento,
Porque cuando van de acá
Bajan demonios profesos.
Los médicos pasocortos
Bajan allá tan corriendo,
Que parece que postean
La vida de sus enfermos.
Quien tuviere conocidos,
Escribirles puede luego;
Que un sastre que está espirando
Será mensajero cierto.

(*Códice del siglo* XVII.)

1657.

CONFESION DE LOS MANTOS [1].

(De Don Francisco de Quevedo [2].)

Allá van nuestros delitos,
Le dijeron al *destapo*
De la premática nueva,
Unos pecadores mantos.
A la muerte estamos todos,
Muy cerca de condenarnos,
Porque ya el mundo y la carne
Nos deja en poder del diablo.
Quiebre al mismo los dos ojos
Que el medio ojo ha quitado
En el *quitolite* caras
De sus infernales trastos.
Desenváinanse las viejas

Y desnúdase lo rancio;
Las narices con juanetes,
Las barbillas con zancajos;
La frente, planta de pié;
Lo carroño, confitado,
Las bocas de oreja á oreja,
Y vueltos chirlos los labios.
Empezó un manto de gloria,
Vidriera de tasajos,
Que afeitados con el lustre
Disimulaba lo magro:
—Soy pecador trasparente,
Dijo, que truje arrastrando
Un año tras una tuerta,
A un caballero Don Pablos.
Discreteando á lo feo
Y desnudando á la Caco,
Un tirador de ballesta
Descubrí brujuleando,
Carátula de una vizca,
Desmentidos ojos zambos,
Y en sus niñas vizcaínas
El vascuence da sus rayos.
Adargué cara frisona,
Con una nariz de gauchos
Que á todas las doce tribus
Los dejó romos y bracos,
A cuyas ventanas siempre
Hace terrero el catarro;
Nariz que con un martillo
Puede amenazar un paso.
Tras esta alquitara rubia
Truje a Don Cosme penando,
Y hallóse con un sayon,
Para premio de sus gastos.—
El que segundo llegó,
Un manto fué de burato,
Malhechor de madrugones,
Y antipara de pecados.
—Un siglo ha bien hecho, dijo,
Que á los maridillos blandos,
Que llaman de buena masa,
Sus mujeres les hojaldro.
Por mí, topando un celoso
Su mujer en otro barrio,
Quiso acompañarla en casa
Del propio que iba buscando.
A maridos estantiguos
He dado mujeres trasgos;
Soy trasponedor de cuerpos,
Soy tragantona de honrados.
He sido trampa de vistas
Y cataratas de Argos,
Rebozo de travesuras
Y masicoral de agravios.
—Tambien yo digo mi culpa,
Dijo un mantillo mulato
De humo, pues soy infierno,
Y encubro llamas y diablos;
Fullerito de facciones,
Que las retiro y las saco,
Y muestro como unos oros
A quien es como unos bastos.
A quien amago con sota[3],
Doy coces con un caballo;
Copas doy á los valientes,
Y espadas á los borrachos.
Una cara virolenta,
Hecha con saca-bocados;
Un rostro de salvadera,
Un testuz desempedrado
Hice tragar á un Don Lúcas,
Por de hermosura milagro,
Hasta que por un descuido
Vió con guedejas un rallo.
Daba tarazon con ojo;
Miraba de guardamano,
Mostraba con soportal
La niña guerra á lo zaino.
—Inormes son mis ofensas,
Y los delitos que traigo,
Dijo un manto de Sevilla,
Ceceoso y arriscado:
He rebujado una vieja,
Sin principio ni sin cabo,
Eternamente cecina,
Y momia siendo pescado.
Entre dos yemas de dedos[4]
Con que la tapaba á ratos,
Escondí, sin que la viesen,
Mucha caterva de antaños,
De condenadas gran turba,
Si fuera la edad pecado,
Porque no la confesaran,
Muriéndose, al Padre Santo.—
Un manto de lana y seda,
Lleno de manchas y rasgos,
Contrito y arrepentido,
Dijo delitos extraños.
—Tapé á una mujer gran tiempo,
En su rostro boticario,
Por mejillas y por frente
Polvos, cerillas y emplastos.
Con poco temor de Dios
Pecaba en pastel de á cuatro,
Pues vendí en traje de carne
Huesos, moscas, vaca y caldo.
A otras negras, mas que entierro,
Embelecaba de blanco,
Siendo, cuando descubiertas,
Requesones fondo en grajo;
He sido alcahuete infiel,
Pues he traido nefando
Tras Soliman, siendo moro,
Gran número de cristianos.—
El que destapó los ojos
En tan sacrílegos casos,
Les condenó á la vergüenza
De apodos y de silbatos,
Y á que de par en par vivan;
Que sirvan de claro en claro,
Y que los rostros en cueros
Parezcan á ser juzgados.
Nadie se tape, busconas,
Que habrá para remediarlo,
Al primer tapon zurrapas
De alguaciles y escribanos.

(QUEVEDO, *Obras de.*— II. *Romances varios de diversos autores.*)

[1] Eran los mantos una especie de capa que cubria á las mujeres desde la cabeza á los piés, plegado de modo sobre aquella, que solo dejaba ante la cara un pequeño resquicio en forma de cañuto, para poder ver sin ser vistas. Heredado por los españoles de los árabes, juntamente con su carácter celoso, jamas salia á la calle una mujer sin manto, evitando así el ser vistas. ¡Vanas precauciones! Llegó un tiempo en que fué preciso que el gobierno mismo prohibiese este traje, por los excesos á que daba lugar, y porque las mujeres, así desconocidas de sus maridos y guardadores, los hacian incautos instrumentos de sus lascivas astucias. Publicóse en tiempo de Quevedo uno de los bandos ó pragmáticas prohibiendo este traje, y tal suceso dió márgen á la presente sátira, en la cual se describe parte de los inconvenientes que originaba.

[2] Es, con variantes numerosas, el mismo del libro *Romances varios* etc., que dice: *Oiganos en confesion.*

[3] Sota era el nombre vulgar, alegórico y picaresco con que se designaban las mujeres de mala vida: el caballo alude aquí al nombre que se dió á una de las enfermedades que el trato con ellas producia.

[4] El pliegue por donde podian ver, las que llevaban manto, se sostenia con dos dedos de la mano.

1658.

(*De Don Francisco de Quevedo.*)

Dos dedos estoy de darte,
Aguedilla, el rico terno;
Mas no le quieren soltar
Aquellos mismos dos dedos.

Siempre los tres de los cinco,
A dar se reducen presto:
En los dos está el busilis,
Engarrafados y tercos.
Dirán que es mano de Júdas
Iscariote la que tengo:
Yo solo niego los cuartos,
Que el apodo no le niego.
En un *tris* estoy mil veces
De cumplir lo que prometo,
Y nunca para enviarlo,
A los dos *trises* me llego.
Yo quiero darte en el chiste,
Mas en las tiendas no quiero;
Que en el dar padezco mucho,
Y en el tener me entretengo.
A las hermosas las daban
Una higa mis abuelos:
Si yo te doy veinticuatro
No me negarán por nieto.
Yo no guardo los enojos,
Pero guardo los dineros:
Virtud es que se reparte
En el alma y en el cuerpo.
Dádivas quebrantan peñas;
Mas como yo no pretendo
Quebrantarte, las excuso
De lástima de tus huesos.
Holgaréme que te dén
Joyas y juros y censos;
Y de que te dén, sin darte,
Tendré yo mi par de huelgos:
Primero del prometer,
Que del pecar, me arrepiento;
Cada loco con su tema:
Tú, *dacas:* y yo, *no tengo.*

(QUEVEDO, *Obras de.*)

1659.

(De Don Francisco de Quevedo.)

¡A los moros por dinero,
Y á los cristianos de balde!
¿Dónde vive esa mujer?
Digásmelo tú, el romance,
Pues con mi fe de bautismo
Ando bebiendo los aires,
Y á todas se las antoja
Que es mi sombrero turbante.

(QUEVEDO, *Obras de.*)

1660.

(De Don Francisco de Quevedo.)

A buen puerto habeis llegado,
Vendeja de daca y toma;
Satanas os dió el consejo:
No pudo ser otra cosa.
Por dineros me enviais,
Como si yo fuera flota,
O banco, teniendo solo
Piés de banco mi persona.
Mas cuartos tiene que yo,
Aunque tiene ménos borra
Que mi lengua y que mi barba,
La mas cuitada pelota.
La falta de los caballos
Quisiera tener agora,
Pues si me salieran cuartos,
Se mejorara mi bolsa.
Veis que traigo yo mis carnes
Asomadas á mi ropa,
Mas delicado de capa
Que de estómago una monja;
Que los dedos de mis piés
Por los zapatos me asoman,
Como tortuga que saca
La cabeza de su concha;
Que como de rebatiña,
Que soy gavilan de ollas,
Y que sola mi conciencia
Es la que come á mi costa;
Que es mi casa solariega
Diez puntos mas que las otras,
Pues que por falta de techo
Le da el sol á todas horas;
Sabeis que esta villa es mia
Por la doble ejecutoria
Que al desvergonzado hace
Señor de la villa toda;
Sabeis que de mi posada
En sacando yo la sombra,
Se muda toda mi hacienda,
Vestidos, galas y ropa:
¿Pues, cómo, si lo sabeis,
Me pedis con larga prosa
Dineros y una merienda,
Tan sin gracias y tan romas?
Si pidiérades narices,
Aun fuera cosa mas propia,
Porque pidiera á un vecino
Un pedazo que le sobra.
¡A mi moneda de rey,
Que no la alcanzo á una sota!
¡A mi plata, que por verla
Las píldoras se me antojan!
Santigüense, hermanas mias,
Y echen por allá, señoras,
Otra red que saque más:
Que aquí ni aun agua hay agora.

(QUEVEDO, *Obras.* — It. *Maravillas del Parnaso.*)

1661.— 1662.

(De Salvador Jacinto Polo.)

Con suspiros de cristal
Y de plata mil sollozos,
De poetas desalmados
Se está quejando un arroyo.
—Uno me llama serpiente,
Con cuyo título asombro;
Que hay hombre que me ha temido
Viéndome en el campo solo;
Otro por peñas y riscos
Me va despeñando, y otro
Me sacude las espaldas
Con las ramas de los olmos.
¿Qué delito he cometido,
Decid, versistas demonios,
Que me dais á cada paso
Castigos tan afrentosos,
Siendo el mayor entregarme
A cuatro músicos locos,
Pregoneros que me infaman
Con mil falsos testimonios?
Otro por hacerme humilde
Dice soberbio en mi oprobio,
Que con labios de cristal
Beso los piés á los chopos;
Y por esta cruz bendita
Que es un grande mentiroso,
Porque yo no tengo labios
Ni de cristal ni aun de corcho.
Otro, siendo mi caudal
No mas que guijarros toscos,
Dice que son mis arenas
No ménos que granos de oro.
Otro, del escaso y turbio
Humor que sudan mis poros
Hace espejo, y al momento
Se mira Narciso el rostro:
Civil concepto caduco,
Que solo han visto mis ojos
Un ganapan puesto á bruces,
Tentacion de San Antonio.

Otro dice que me hacen
Los álamos con sus troncos
Paso y calle, y la que tengo,
Sin que me la den, la tomo;
Que á pesar de sus raices,
Si en invierno me alboroto,
Sin que me rueguen me ensancho,
Y me llevo cuanto topo.
Otro dice que soy manso:
¡Miente el traidor! que me corro
De que traslade á mi frente
La sobra de sus pimpollos;
Porque yo no soy casado,
Ni me han nacido floroncos
En la cabeza, ni en ella
Tengo las leyes de Toro.
Otro, que me desvanezco
Por prestarme sus asomos,
Sin haber humos de Baco
Escalado mi cimborrio.
Otro dice que murmuro:
¿Quién no ha de volverse un Momo
Contra cuantos critiquizan
Filomenas siendo tordos?
Con cabriolas de plata
Que bailo, me dijo otro,
Un saltaren de cristal
Cuando sobre piedras corro.
Trovadores, ¿qué os he hecho,
Que por burro en versos broncos
Me sacais á la vergüenza,
Ya por valles, ya por sotos?
¡Poetas sin rey ni roque!
Por vengarme de vosotros
He de escribir un libro
De *Flagello poetorum*.
Válgate un millon de musas,
Casquivano y casquiroto:
¿Qué te importa que yo sea
Calvo, manco, tuerto ó cojo?
Y si canta vuestra musa
En lengua española, ¿cómo,
Si el poeta es castellano,
El lenguaje es en moscovio?
¿No es mejor llamar al vino,
Vino; solomo al solomo,
Que no á los labios claveles,
Y á las mejillas madroños?
Yo me voy corriendo al mar,
Y entre sus ondas me escondo,
Por no escuchar barbarismos
Con falso disfraz de apodos.

(Polo de Medina, *Obras*.)

1663.

(*De Antonio de Silva.*)

Clérigo que un tiempo fui
En el estilo burlon,
Al son de un zapateado
Y una guitarra cantor;
Los impulsos de Cupido,
Si del fiero Marte no,
Aunque ya para poetas
Martes los sábados son,
Canto, y el barbon famoso
Que un cántaro en un balcon,
Pensando que era su ninfa,
Una noche enamoró;
Respondióle el vice-dama,
Y no cause admiracion,
Si hay fuentes murmuradoras,
Que haya cántaro hablador.
En demandas y en respuestas
La plática se entabló,
Y estas solemnes palabras
Del cantarilloquio son.

Cántaro.

Disfrazada vengo á veros,
Por mas disimulacion;
Bien estáis desconocido,
Pero mal conocedor.

Galan.

¿Cómo os hallais?

Cántaro.

Achacosa
Porque el beber me causó
Una cierta hidropesía
Envuelta en opilacion.

Galan.

¡Mucho lo siento!

Cantaro.

Seguro
Nadie de achaque se vió,
Que como somos de barro,
Vivimos en sujecion.

Galan.

Tomad, señora, el acero.

Cántaro.

¡Cómo, si aun tengo temor
Que los hierros de esta reja
Me acallen de algun chichon!

Galan.

No temais, mi bien, que un ángel
Debe tener mas valor.

Cántaro.

¡Aun no llego á ser quebrada,
Y ya requebrada soy!

Galan.

¿Qué decis, ojos serenos?

Cántaro.

¿Serenos? Teneis razon
Que serenos os parezcan,
Pues serenándome estoy.

Galan.

Por vos muero, vida mia,
Y vivo solo por vos.

Cántaro.

No me digais, por vos vivo;
Decid bebo, que es mejor.

Galan.

A mi ruego os inclinad,
Que se abrasa el corazon.

Cántaro.

¡Pues á fe, que si me inclino,
Que yo os mitigue el ardor!

Galan.

Arde un volcan en mi pecho,
Del fuego de mi pasion.

Cántaro.

Yo os apagaré el volcan,
Volcándome sobre vos.

Galan.

Vos sois mi cuarto elemento.

Cántaro.

Los cuatro están en los dos,
La tierra y el agua en mí;
El aire y el fuego en vos.

Galan.

Quiero una música daros,
Si es de vuestra inclinacion.

Cántaro.

¿No lo ha de ser, si mi nombre
De cantar se derivó?

Galan.

¿ Haceis á alguna persona
Partícipe en nuestro amor?

Cántaro.

Nunca para mis amores
Cobertera me faltó.

Galan.

¿Podré una mano tomaros?
¡ Dadme este gusto, por Dios!

Cántaro.

¿ Para qué quereis mas gustos,
Si todos aguados son?

Galan.

¡ Sois cruel!

Cántaro.

¿Qué mas piadosa
Me quereis, si ejecutor
Siempre de una de las obras
De misericordia soy?

Galan.

¡ No hallaré mujer mas bella
En cuanto circunda el sol!

Cántaro.

Aunque la mandeis hacer
En la villa de Alcorcon.

Galan.

Quiero, haciendo mil extremos,
Que conozcais mi aficion.

Cántaro.

No teneis para qué hacellos,
Porque no soy de Extremoz.

Galan.

¿Qué me mandais, alma mia,
En que muestre mi pasion?

Cántaro.

¿ Alma vuestra me llámais?
Alma de cántaro sois.—
Y cuando en términos tales
Iba la conversacion,
Llegó una moza por agua,
Y un tapaboca le dió.

(ALFAY, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1664.

(*De Alberto Diez de Foncalda.*)

¡Oye, amigo! Oye, cochero!
¿Con quién hablo? ¿qué me mira?
Porque no obstante su azote,
Ha de llevar disciplina.
Oígame, verá qué tal
Pongo su caballería,
Aunque tenga el pié en la lanza
Y esté montado en la silla.
¿Puédese hacer en el mundo
Tan grande bellaquería,
Lleve un cochero rodando
Lo que un galan no consiga?
Pero como las mujeres
Son tan malas sabandijas,
Por quien se ven arrastradas
Suelen estar mas perdidas.
¡ El agasajo es famoso!
Cuando mas quiere servillas,
Hace, dando un pesebron,
Las damas caballerizas.
¡ Hombre! ¿ No ve que es pobrete,
Pues á la fea y la linda
Piensa llevarla cerrada
Con un correr de cortina?
Ya sé que por mas que ofrezca
No cumple nada en su vida;
Que esto de volver atras
Lo suele hacer cada dia.
Al médico se parece
En su flema y en su prisa,
Pues está, cuando mas corre,
Aguardando la visita.
Dicen que habla echando juncia;
Y cierto que acertaria,
Pues tiene el freno en la mano,
Subírselo mas arriba.
No le temo aunque sea diestro;
Que toda su valentía
Viene á ser tomar la vuelta
Yendo de esquina en esquina.

(ALFAY, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1665.

(*De Alberto Diez de Foncalda.*)

Una casera de clérigo,
Segun el traje y lo crítico,
Viéndola junto á San Lázaro,
Enamoré muy solícito.
Como tuvo la carátula
Cubierta, yo gustosísimo,
Qu'era mas moza creyéndome,
Dije aquesto nada tímido.
—Mi señora Doña Úrsula,
Sepa me llamo Don Iñigo,
Y no á mis partes incrédula
Me tenga por algun mísero:
Todo lo que en festejándola
Hubiere de estarme lícito,
Como pagare mis méritos
Ofrezco de hacer finísimo.
Si gustase de una música,
Aunque no es dón salutífero,
Haré suspender al cántico
Los superiores y mínimos.
No tema tratos mecánicos,
Que no están en lo político,
Y así pueden con el ánima
Pagar d'este amor lo intrínseco.
Quiérame bien, no sea bárbara,
Que mi amor es sutilísimo;
Y ya que no las de Tántalo,
Pasa las penas de Sísifo.—
Respondió:—Mozo venático,
Yo sirvo á un hombre muy rígido;
Y si lo sabe, en esdrújulos
Ha de vengarse satírico.
No piense que concluyéndome
Con argumentos sofísticos,
He de olvidar mi eclesiástico
Por dueño ménos legítimo.—
Al responder, conociéndola,
Huyendo de amor tan ínfimo,
Le dije:—¿Cómo carámbano
Me he vuelto agora, de frígido?
Del principio destapándose
Pudiera, portuguesísimo,
Por ser mujer presumiéndome
Descubrir luego lo íntimo.
A ese su dueño escolástico
Podrá decir que un gradísimo
De picarones, platónico
Se le encomienda muchísimo;
Que traga muy linda píldora,
Segun lo que agora *vidimus*.
Y si hace versos diabólicos,
Yo me vengaré con dísticos;
Que deje pues lo poético,
En que soy hombre científico,
O he de apuralle impávido,
Pues hay asunto bonísimo.

(ALFAY, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.

1666.

Á LA HERMOSA Y TAIMADA NISE.

(*De Don Jacinto Alonso de Malvenda.*)

—Nise en donaire es primera,
Y chilindron de claveles;
Su boca y sus blancas manos
Son garatusas de nieve:
El triunfo de espadas sale
De sus ojos, pues da muerte;
Y es de oros, cuando taimada
Pide con cara de hereje.
Muy leida en su provecho,
Siempre juega al sacanete,
Y sin ser alguacil, rondas
Hacer en las bolsas quiere.
Sospechóse que jugaba
Al hombre, y vino á saberse
Que dió el soplo una hinchazon
Al cabo de nueve meses.
A los ciento juega astuta,
Tan interesadamente,
Que se queda con los ricos,
Y descarta los pobretes.
Es fullera por extremo,
Siempre gana y nunca pierde;
Y es garitera: en su casa
Procura que todo quede.
De ella misma por ganar
Hace siempre lo que quiere,
Que es malilla; pero en ella
El diminutivo cese.
Pendanga *à nativitate*
Es, y tanto lo parece,
Que aunque la pinta es de sota,
Lo pendanga no desmiente.
Es caballo desbocado
Su apetito, y se previene
La misma cebada que
Dió á sus caballos Diomedes.
Jamas pudo ganar polla,
Que este tiempo es muy estéril,
Y es su manjar ordinario,
A mediodía, pasteles.
Para hacer grande ganancia
Cincuenta y cinco pretende
Tener siempre de galanes,
Porque es poco tener veinte.
Una trinca de criadas,
Mironas eternamente,
Tiene en su casa y le juzgan
En su favor cualquier suerte.
Yo sospecho que á su madre
Han de mandar que la quemen,
Que es hechicera tambien;
Como de ordinario suelen,
Mandar en casas de juego
Quemar bancos y bufetes,
Temo que á tal vieja abrasen;
Que no sé yo qué aproveche,
La que es de años un monton,
Para otra cosa, pues viene
A ser ganancia, que el tiempo
Jugó y ganóle los dientes.
Nise, Nise, si tus años
Agora los ves tres sietes
Del juego del chilindron
De primera han de volverse.
Muy bien haces en tomar:
Bien que pidas me parece;
Digan los poetas, digan:
Y tú estafa, estafa siempre.—
A tan sonoras razones
Y á consejos tan alegres,
Para vivir importantes,
La discreta Nise atiende.
No en la plaza contra un hombre
Toro feroz arremete,
Como la niña, si ve
Que dalle dineros puede,
Y hace promesa á su astucia
De jugar tanto, que llegue
A ser la mayor tahura,
La mas sutil, la mas fértil,
De pandillas que conoce
El interes, y promete
Que sean sus naipes hechos
Dos cincos de uñas que tiene,
Los cuales serán azares
Del pobre que los encuentre,
Del rico que los repare
Y del bobo que los juegue.

(MALVENDA, *El tropezon de la risa.*)

1667.

DE DOS RAMERAS QUE PEDIAN DULCES.

(*De Don Jacinto Alonso de Malvenda.*)

Oigan, y sabrán un chiste
Que con dos, con almas tumbas,
Me sucedió esta mañana:
Va de gracejo y de fuga.
Para que á contarlo acierte,
Apolo me dé su ayuda,
Y porque asonantes sobren,
Válganme las sacras musas.
Hoy en la calle Mayor
Topé dos bellacas sumas,
Cuya cuenta de bellacas
No podrá sacar mi pluma.
Eran dos micos en pié,
D'estas que tienen agudas,
Si los juros en la cara,
Toda la renta en las uñas.
Descubrióse la una d'ellas,
Y dijo:—Por vida suya,
Que nos dé algo dulce: ¡ mire
Que aun estámos en ayunas!—
Yo respondí:—Si las dos
Dulces quieren, no presuman
Que han de dejar de llevarlos:
Ayer escribió mi musa
Una letra, y el principio,
Cuyos concetos retumban,
Unos ojos *dulces*, dice,
Y el tono al sentido arrulla:
Estos dulces les daré,
Y adviertan, si no tripulan
El pedir, que es de poeta
Mi bolsa medio cartuja.
Si es que quieren estafarme,
Tan alto el precio no suban;
No me pidan á mí dulces;
Pídanme aloja, aceitunas,
Barquillos, queso, tostones,
Chochos, cañamones, fruta,
Que un poeta, hasta lo dicho,
Puede dar, y aun pongo duda.—
Respondió casi enojada
Una de aquestas dos brujas:
—Ya que no quiere feriarnos,
Por ser pobre, cosa alguna,
A ver la justa poética
Nos lleve á las dos.—Renuncia
Ese deseo mi honor,
Dije con cólera mucha;
Porque es la justa en mi casa,
Y es celosa Doña Julia
Mi mujer, y pecadoras
Mujeres no han de ir á justas.
—¡Ay! ¿El bellaco tan claro
Nos habla? casi difuntas
Respondieron; pero yo
Que nunca he sufrido pulgas,
Y mas de gente que va
Bolsas dejando á la luna,
A todas horas buscando

Galanes que las espulgan,
Les dije d'esta manera :
—Si es que las dos se disgustan,
Porque digo el Evangelio,
No tienen que darme culpa.
Muy bien las he conocido :
Ella es un monton de arrugas,
Y su faz mucho mas negra
Que no la mala ventura ;
Pero aplicando embelecos
Habla siempre de blancuras :
Impropiedad, pues que vemos
Que si habla es por las mudas,
Y vuesarced es taimada ;
A los pobres que la buscan
Coge todo lo que puede ;
Y cuando gozar procuran
Su deidad, como merecen,
Por sus trazas y su astucia,
De relamida la borla,
A todos les hace burla.
Pague el escote, si come ;
Hile, hile, que las truchas
Ya no se pescan agora,
Señora, á bragas enjutas.—
Enojáronse del todo,
Y á puñadas me magullan
Las espaldas, y yo dije :
—Lo que referí son burlas
Y sofisticas razones.
—¿Qué disputa? Qué disputa?—
Me dijo la una ;—y yo
Respondí con mucha furia :
—Dis-putaros, dis-putaros
Será imposible, tortugas.
Que no he de quitar aquello
Que teneis desde la cuna ;
Ni nombre qu'es mayorazgo
No es bien que hurtáros presuma,
Pues el que os dis-puta á entrambas,
Toda vuestra hacienda hurta.—
Fuéronse entrambas corridas,
Enfadadas y confusas,
A buscar otro mas bobo,
De bolsa mas boquirubia ;
Yo quedé haciendo á Dios gracias
De que escapé de dos furias,
De dos del agua sirenas,
Y de la tierra verrugas :
De dos sierpes, de dos fieras,
De dos naipes de figuras,
De dos del aire cometas,
Y de dos de alquiler mulas ;
De dos ya sastres con moño,
De dos ya sin N puntos,
De dos suegras, de dos moscas,
De dos viejas, de dos Júdas,
De dos de interes amigas,
De dos feas, de dos brujas,
De dos nichos del dinero
Y de dos del diablo grutas.

(MALVENDA, *El tropezon de la risa.*)

1668.

SÁTIRA Á DIVERSAS COSAS.

(De Don Jacinto Alonso de Malvenda.)

Boca de todas verdades
Me llaman cuantos me ven :
Todo cuanto sé publico,
Y aun aquello que no sé.
A los poetas no pida
La que sabia quiere ser,
Porqu'es sacarles dinero
Poner una lanza en Fez.
Diez galanes para el plato
Suele una hembra tener ;
Y hace muy bien, porque uno
No da lo que darán diez.
De calidad del maná
Es de un letrado la ley,
Pues cuando le dan dinero
Sabe á cuanto quiere él.
Invisible y enfadosa
Sin duda es la doncellez,
Pues en los tiempos de ahora
Ninguno la puede ver.
De modo el vino bautiza
Un tabernero cruel,
Que al beber su vino aguado
Dos saltos vi dar á un pez.
Una viejona arrugada,
Archivo de la vejez,
De alfombra puede servir
A los piés de San Miguel.
Hoy acuden las mujeres,
Por vestir y por comer,
A las bolsas donde hay mosca,
Como moscas á la miel.
Aposento en la comedia,
Porque la vean mas bien,
Toma Celia, y á la noche
No tiene para un pastel.
Desde que de juncos se usan
Las varas, veo torcer
La justicia, y hay Cain
Alguacil de bolsa, Abel.
Del nacimiento en el auto
Marido hay que puede hacer
De los dos papeles mudos
El mas paciente papel.
A los calzones las ligas
Llegan á todo correr;
Y muy presto en la ropilla
Sospecho que las veré.
Que haya espadas del perrillo,
Señores, muy justo es;
Pero si es muerto, aun la espada
Lo sentirá, que es mujer.
Cosas de mas importancia
En otra ocasion diré,
Si me da lugar el vulgo
Loco, insensato y novel.

(MALVENDA, *El tropezon de la risa.*)

1669.

(Anónimo [1].)

Por la dolencia va el viejo,
Por la dolencia adelante ;
Los brazos lleva tollidos,
No los puede rodear.
Halló en ellos mil dolores,
Mas no halló dó holgar :
Vuelve riendas al caballo,
El remedio va á buscar.
Vió estar un cirujano perro,
Que velaba en el ganar ;
Hablóle en lengua francesa,
Como aquel que bien la sabe :
—Digasme tú el cirujano,
Dios te guarde para mal,
¿Caballero con pasiones,
Si le sabrás tú sanar?
—Ese doliente, señor,
Decidme, ¿qué males ha?
—El era viejo de dias ;
Pero no gran barragan,
Y en el su brazo derecho
Tenia un dolor muy grande ;
Que aunqu'él era chiquito,
Lo ganó por pelear.
—Ese caballero, amigo,
Morirá en el hospital,
Porque tiene dos heridas
Que no se pueden curar :

La una era vejez
Cercada d'enfermedad,
Y la otra era pobreza,
Qu'es un águila caudal,
Pues vive de dia y victo,
Como hace el gavilan.

(*Cancionero de romances.*)

1 Este romance contrahace en estilo jocoso el caballeresco núm. 395: *En los campos de Albenlosa*, desde donde dice: *Por la matanza va el viejo.*

1670.

(*Anónimo.*[1])

—A las armas, el buen Conde,
Si lo has en voluntad:
Los amores son entrados
En español y aleman;
Entran por el Don García
Y salen por Pernestan.
No van solos los galanes,
Que al Marques cuidado dan;
Los vestidos que llevaban,
Arneses son de justar,
Y los gestos que traian
Relumbran como cristal.
Si no recuerdas, el Conde,
Ellos te la llevarán.—
Recordado habia el Conde,
Bien oiréis lo que dirá:
—Mis arreos son muchos cuentos,
Mi descanso es el burlar,
Mi cama, blanda y mullida,
Mi dormir, siempre engordar;
Lo que bebo no lo lloro,
Aunque habia que llorar:
Por amores de tal dama
Esto y mas se ha de pasar.

(*Códice de* 1645.)

1 Romance que contrahace el caballeresco núm. 300, que dice: *Mis arreos son las armas.*

1671.

(*Anónimo.*)

Mártes de carnestolendas,
Cuando galanes y damas
En convites y saraos
Se ocupan y se regalan:
A la tarde, cuando todos
Se huelgan y no trabajan,
Que hasta los aguadores
No echan por entónces agua:
En este tiempo los asnos
Deja cada cual su casa:
De tres en tres, cuatro á cuatro
Salen cuadrillas formadas.
Todos con jáquimas nuevas,
Nuevas albardas y mantas,
Pretales de seda fina
Y cascabeles de plata.
Atraviesan cual el viento
La plaza de la Cebada;
Desempedrando la calle,
Todos hácia el Soto marchan.
Cubrióse el Soto de asnos,
Que era maravilla extraña
La confusion y el ruido,
Las voces, el algazara.
Despues que estuvieron juntos
Comienzan en voces altas,
Diciendo:—¿Quién son jueces
D'este nuestro pleito y causa?—
Resueltos todos los burros,
Por sus jueces señalan
Al gran borrico de Ordoñez
Y al asnazo de Saldaña.
Dijeron todos:—Bien es
Razon evidente y clara,
Ya para que ellos lo sean,
Por ser de la mas anciana.
Diéronlés el parabien
Y luego en breves palabras
Hicieron procurador,
Porque les es de importancia.
Metieron su peticion
Pidiendo en ella venganza
De los agravios y injurias
Con que sus amos les tratan.
Viendo ser justa razon
Lo que los asnos demandan,
Proveyeron que parezcan
Los de la parte contraria.
Parecen los dichos amos,
Y en su confesion declaran
Que es verdad lo que los asnos
Piden con razon y causa.

(*Relacion del sentimiento de los moriscos*, etc. Pliego suelto.)

1672.

(*Anónimo.*)

Paseándome una noche
Con ferreruelo y espada,
Yendo libre y descuidado
Atravesé cierta plaza,
Y en ella vi una tendera
Que con su hermosa cara
Las tinieblas de la noche
De la calle desterraba.
Y parte con el candil,
Y parte con su luz clara,
Vi que sueltos y sin órden
Unos cabellos mostraba,
Que no se les da un ardite
Por el oro de la Arabia;
Una frente que al cristal
Mas fino no tiene en nada;
Unos ojazos rasgados
Que los corazones rasgan;
Una nariz pequeñuela,
Pulidilla y bien sacada;
Unas mejillas que exceden
A las rosas coloradas,
Con dos hileras de perlas
Que afrentan á las mas blancas,
Y dos corales por labios
Que aquestas perlas engastan;
Una barba con un hoyo
Donde ojalá me enterraran;
Un pecho que al alabastro
Le puede dar quince y falta,
Do puso naturaleza
El *plus ultra* de la gracia,
Y de donde la columna
Imperial se le levanta.
Las manos, por no mentir,
Nieve son, pero pisada;
Porque el vender del carbon
No consiente manos blancas.
Allegueme hácia su tienda,
Por proponer mi demanda;
Mas estaba allí su madre,
Una mujer gorda y alta,
Y así no pude hablar
En mi amor una palabra,
Temiendo no alborotase
Con voces toda la plaza,
Como es propio de tenderas
Cuando se ven agraviadas.
Quise tomar ocasion
De comprar unas manzanas;
Pero buscando la bolsa

Metí la mano en las calzas,
Y halléla sola y desierta,
Huérfana, viuda y sin blanca.
Aguardé que no estuviese
Su madre otro dia en casa,
Y teniendo coyuntura
Le dije aquestas palabras:

Redondillas.

—Señora, en aquesta plaza
Y en esta tienda amor tiende
Las redes con que nos prende,
Y los lazos con que enlaza.
Querria, con tal que quieras
Darme, sin tomar pasion,
A peso de un corazon,
Lo que pesare, de peras.
Sácamelo de este pecho,
Pues que lo tienes aquí;
Mas tómalo, veslo allí:
Para peras te lo echo.
No te está bien ser cruel,
Que es de tu beldad exceso;
Pues cuando tienes el peso
Pareces un San Miguel.
Pesa bien mi amor sencillo
Y mi firme voluntad,
Con toda fidelidad,
No jugando de dedillo.
No uses de tales mañas,
Que es treta que se me alcanza,
Sino ajusta la balanza;
Mira que no es fruta entrañas;
Ni será bien, ángel tierno,
Segun lo que se me ofrece,
Que quien del cielo parece
Tenga obras del infierno.
Ea, seamos amigos,
Y por mi amistad inmensa,
No me des en recompensa
Las madres de aquestos higos.
¿Por qué tan suspensa estás?
Que en eso mi amor ofendes,
Y con el carbon que vendes
Enciendes mi fuego mas.—

Sigue el romance.

Ella pues, que no podia
Sufrir ya tantas palabras,
Porque con ceño mortal
Todas me las escuchaba,
Con gran capote en los ojos,
Y capote de dos aldas,
Así dió injusta respuesta
A mi tan justa demanda.

Redondillas.

—Señor, acorte razones,
Y déjese de ese afan,
Que yo como carne y pan,
No almas ni corazones.
Acabe, no sea pesado,
Y en sus pretensiones cese;
Que no es posible que pese
Un corazon tan pesado.
Y si San Miguel he sido,
Galan á su parecer,
El parece Lucifer
Que á sus piés está tendido.
Váyase, no sea molesto,
Ni mas de necio despunte;
No me dé ocasion que junte
Un cesto con otro cesto.—

Sigue el romance.

Esto dijo, y asió luego
Un cestillo de manzanas,
Y creo con él me diera
Si de allí no me apartara:
Tras el cual venir veia
Las pesas con que pesaba;
Y por tanto temeroso
De que me descalabrara,
Al fin la dejé, entre dientes
Echando mil noramalas,
Para ella y para su madre,
Y para quien fuere á hablarla.

(Romancero general.)

1673.— 1674.

(Anónimo.)

Cabizbajo y pensativo,
Puesto en un peñasco el codo,
Con la mano en el pescuezo,
Estaba el pastor Chamorro,
Viendo cómo van y vienen
Las aguas al rio Coño,
En cuyas riberas vive
Ausente, olvidado y solo.
Lleva la cara tostada
De lágrimas y de mocos
Por su prenda, que ha dejado,
Porque le dejó por otro.
Sospéchase que una tarde
La vió bailar en el corro,
Y que pisó el pié á un zagal,
Y él la miró de mal ojo;
Y con este pensamiento,
Como novillo celoso,
Bramando la voz despide
Del pecho al garguero ronco.
—¡Oh mas falsa pastorcilla
Que las trampas de los lobos,
Y mas dura que en tortuga
La concha, que no el meollo!
Piensas que por Penelope
Te tienen agora todos,
Y no hay niño que no diga
Que quieres bien á Chamorro:
Quitástele la gorguera
Con la sarta de abalorio,
Y pusístele el mandil
Con que haces el mondongo.
Si lo pensaste encubrir,
¡Eso, Marica, á los bobos!
Que bien se ve por la saya
Cuando se quema el quillotro
Que el fuego del corazon
Mal se cubre con rebozo.
A fe que le quieres bien,
O que yo soy mal astrólogo
Por el talle no lo hiciste,
Que aunque á él le apunta el bozo,
Yo tengo mas ancha espalda,
Y soy mas tieso de lomos.
Por los ojos no lo hiciste,
Que si él tiene blancos ojos,
Yo los tengo como gato,
Que dicen son venturosos.
Pues por tañer, ya tú sabes,
Marica, que aunque mas gordo,
Yo le aventajo en la flauta,
Y me dura mas el chorro.
Pues en cantar, ya tú sabes
Que hago letras y tonos,
Y que salto como cabra,
Y que vuelo como corzo.
En lo que toca á regalos,
Ninguno mas amoroso,
Que Antonia suele decir
Que nací para palomo;
Y por esto el otro dia
En un corrillo de mozos,
Estando delante de él,
Quisiste echarme un apodo:
Que decir que son olertas
Bien sabes que es testimonio
Del que suele en Juéves Santo

Colgar el cura del olmo.
Marica, si te ofendí,
Le ruego á Dios poderoso
Que me nazcan tantas potras
Como agora guardo potros;
Y al mismo ruego, Marica,
Pues me dejas por un tonto,
Se te olvide lo que sabes
Aunque se te olvide poco;
Y que miéntras en él piensas
Se te queme el pan del horno,
Y se te salga la cuba,
Y vaya el borrico al soto;
Y si hilares al candil,
Aguardando al perezoso,
Te duermas á cabezadas
Y que se te queme el copo;
Y se te abrase la parva
Del fuego de los rastrojos;
Langostas coman tus panes
Y muchachos tus cohombros;
Apedréense tus viñas
Y púdranse tus repollos;
Gatos coman tus conejos,
Milanos coman tus pollos,
Puercas te sorban el suero,
Ratones el queso todo;
Y si arrope hacer quisieres,
Galgos te viertan el mosto,
Y que el dia de San Juan
Ni bailes ni veas toros:
Si bailares, que á la noche
Te duelan brazos y hombros;
Que presto veas de enero
El pecho que abrasa agosto,
Que pienso con esta ausencia
Poner mi salud en cobro.—

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1675.

(*Anónimo.*)

Por los chismes de Chamorro
Desterrado y despedido,
Simocho, el pastor de Albano,
Se puso por regocijo
El sayo de entre semana,
Y de la fiesta el pellico:
Todo lo trueca por armas,
Que quiere salir lucido.
Galan sale del aldea
Con un gregüesco amarillo,
Jubon de lienzo casero
Con sus pestañas de rizo;
Del color de su ventura
Lleva un negro coletillo,
Que fuera blanco en el tiempo
Que la fortuna lo quiso;
Un bohemio verde lleva
Del tiempo del rey Perico,
Que aunque le tiene en los hombros,
Se va teniendo en sí mismo;
Que siempre larga esperanza
Se apolilla en el sentido,
Si no la sacan al aire
Que se la lleve de frio.
Cabezon de puntas lleva
Almidonado de limpio;
La gorra con martinetes,
Los piés con juanetes finos,
Que lleva entre unos y otros
De su dama el nombre escrito,
Que Juana Nuñez se llama,
Hija de Pedro Francisco,
El que en la fiesta de Dios
Lleva el gigante mas chico,
Y otras veces la tarasca
Que hace llorar á los niños.
Desterraron á Simocho,
Porque Chamorro les dijo
Que hizo coplas de Juana
Y de Pascual su marido;
Del que dijo sobre todo
Que no comia tocino,
Y que ella comia carne
En viérnes como en domingo.
Por eso se va Simocho
Desterrado y despedido;
Sus enemigos se huelgan
Y llóranle sus amigos:
Acompáñanle piojos,
Ganado de los perdidos,
Que van con el desterrado
Acompañando el vestido.
Lleva una espada mohosa,
Y de una soga los tiros,
Media de lana morada,
Y sus ligas de pajizo;
Una pica lleva al hombro,
Porque su suegra le dijo
Que ha de ganar por la pica
Lo que perdió por el pico.
Con esto parte Simocho
Diciendo: — Dáseme un prisco
De Juanilla y de su padre,
De sus tios y sus primos,
Que tres ducados da el rey
Y á cuenta de ellos, vestidos.
Irme quiero á las Italias,
Que tengo buen cuerpo y brio:
Llamaréme Don Simocho,
Diré que soy bien nacido,
Quizá seré general
O mochilero de amigos;
Porque, como de los puercos
Se hacen los obispillos,
Así tambien de los hombres
Los curas y los obispos.—

(*Romancero general.*)

1676.

(*Anónimo* [1].)

Agora que estoy de espacio
Cantar quiero en mi bandurria
Lo que en mas grave instrumento
Cantara, mas no me escuchan.
Arrímense ya las véras,
Y celébrense las burlas,
Pues da el mundo en niñerías,
Al fin, como quien caduca.
Libre un tiempo y descuidado,
Amor, de tus garatusas,
En el coro de mi aldea
Cantaba mis aleluyas.
Con mis perros y huron,
Y mis calzas de gamuza,
Por ser recias para el campo,
Y por guardar las velludas,
Fatigaba el verde suelo
Que mil arroyuelos cruzan
Como sierpes de cristal
Entre la yerba menuda,
Ya cantando orilla el agua,
Ya cazando en la espesura,
Del modo que se ofrecian
Los conejos con las murtas.
Volvia de noche á casa,
Dormia á sueño y soltura,
No me despertaban penas,
Miéntras me dejaban pulgas;
Y en la botica las tardes
Me daba muy buenas zurras
Del triunfo, con el Alcalde,
Del ajedrez, con el Cura.

Gobernaba de allí el mundo,
Y daba á soplos ayuda
A las católicas velas
Que el mar de Bretaña sulcan;
Y hecho otro nuevo Alcídes
Trasladaba sus columnas
De Gibraltar al Japon
Con el segundo *plus ultra*.
Daba luego vuelta á Flándes,
Y de su guerra importuna
Atribula la palma
A la fuerza y á la industria;
Y con el Beneficiado,
Que era doctor por Osuna,
Sobre Antonio de Lebrija
Teníamos mil disputas.
Argüíamos tambien
Metidos en mas honduras,
Si se podian comer
Espárragos con la bula.
Veníame por la plaza,
Y de paso vez alguna
Para mí llevaba pollos,
Para mis vecinas plumas.
Comadres me visitaban,
Que en el pueblo tenia muchas:
Ellas me llaman compadre,
Y taita sus criaturas;
Y cuando se me ofrecia
Caminar á Extremadura,
Entre las mas ricas d'ellas
Me daban cabalgadura:
Lavábanme ellas la ropa,
Y en las obras de costura
Ellas ponen el dedal,
Y yo les prestaba agujas:
A todas queria bien,
Con todas tenia ventura;
Porque á todas igualaba
Como tijeras de mula.
Esta era mi vida, Amor,
Antes que las flechas tuyas
Hicieran en mi terrero
Y blanco de desventura.
Enseñásteme, traidor,
La mañana de San Lúcas
Un rostro como de almendro,
Ojos garzos, trenzas rubias:
Tales eran trenzas y ojos,
Que tengo por muy sin duda
Que cayera en tentacion
Un viejo con extrangurria.
Desde entónces acá sé
Que matas y que aseguras;
Que das en el corazon,
Y que á los ojos apuntas.
Sé que nadie se te escapa,
Pues cuando mas de ti huya
No hay vara de inquisicion
Que así halle á quien tú buscas.
Sé que tu guerra es civil,
Y sé que es tu paz de Júdas,
Que aguardas para batalla,
Y que llamas para justas.
Sé que te armas de diamantes,
Y nos das lanzas de juncia;
Y para arneses de vidrio
Espada de acero empuñas.
Sé que para el bien te duermes,
Y que para el mal madrugas;
Que te sirves como grande,
Y que pagas como mula.
Perdona pues mi bonete [2];
Mira que te descomulga:
Levanta el arco, y revuelve
De tus saetas las puntas
Contra los que sus juicios
Significan bien sus plumas,
Mas con los que ciñen armas,
Bien callas y disimulas:
De gallina son tus alas:
Véte para hideputa.

(*Romancero general.*)

[1] Por su estilo parece ser de Góngora este romance.
[2] Alude á que Góngora era clérigo.

1677.

(*Anónimo* [1].)

Dejad los libros un rato,
Señor licenciado Ortiz,
Porque tengo que contaros
De cosillas un cahiz:
Y es el cuento, mi señor,
De una Doña Beatriz,
Poco mas alta en valor
Que nido de codorniz.
Fuíla un dia á visitar,
Y dijo: — Señor Don Luis,
¿Qué manda vuestra merced?
— Servirla, mi emperatriz.
— ¿Es negocio de importancia,
Señor, á lo que venís?
Respondí á lo sevillano:
— Bien poquito mas de un tris.—
Luego mostró mas revueltas
Que trae granos el maiz,
Diciendo: — No soy mujer
De las con quien vos cutis,
Y muy poquito aprovecha
Sotana y sobrepelliz
Para lo mucho que cuesta
Sacar la primer raiz.—
Parecióme su respuesta
No de mozuela aprendiz.
Díjela: — Empadronadora
Mas que la iglesia matriz,
Sin que doncella os hagais,
Sabemos de qué vivís;
Pues si cerrais una puerta,
Otras doscientas abrís,
Y que sois mas conocida
Que el meson de Antonio Ruiz,
O en Valladolid nombrado
Por pleiteante Moriz,
Y en Lisboa los fidalgos
Del linaje de Moñiz,
O en Vizcaya los que llaman
De Oñez y de Madrid;
Y que sois mas ordinaria
Que en botica almofariz,
O en meson los cabezales
Ordinarios de terliz;
Y que os sacará un podenco,
Aunque le falte nariz,
Por el rastro que dejais
Como en nieve la perdiz.—
Y como vi que miraba
Retuerta como cambiz,
Dije: — No soy tercipelo
Para hacer harpon con giz.—
Respondióme: — Mi señor,
Aunque bachiller venís,
Nada habeis de negociar
Si no me contribuis.—
Viéndola pues tan resuelta
En la manera que ois,
Y yo sin nada que darle,
Renegué de su matiz,
Y eché de ver que la honra
De gente de este país,
Está cubierta y cifrada
Con amarillo barniz.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance es sin duda de Góngora, aunque no se halla inserto en sus obras.

1678.

(*Anónimo.*)

Hizo calor una noche,
Tan grande y tan insufrible,
Que me sacó de mi casa
Despues de dados maitines.
Acompañóme un amigo
De amistad sincera y firme,
A quien para en paz y en guerra
Yo no trocara por quince.
Ibamos los dos cantando
Con voz medrosa y humilde,
Porque entónces se estrenaba
Mi contrabajo y su tiple;
Cuando al doblar una calle
De repente nos embisten
Dos damas de muy buen garbo,
Con verdugado y chapines.
A dos agudas razones
Que las dijimos, se rinden,
Aunque un doblon que iba entre ellas
De las razones se rie.
Estaba clara la luna,
Encarando al que la rige
Con luz mas clara y serena
Que el sol de quien la recibe.
No habia con nuestras damas
Remedio de descubrirse,
Annque entre muchos requiebros
Estas razones les dije:
—Quiere el cielo que alabemos,
Divinos rostros gentiles,
La belleza con que os hizo
En la tierra serafines:
No está él ménos ofendido
Que nosotros infelices,
En que querais con el manto
Dos soles suyos se eclipsen.—
No debieron de entenderme;
Porque con risa increible
Preguntaron si era zote
Que las hablaba latines.
Así los tiernos requiebros
Que allí no podian servirme;
Los troqué en estas injurias
Lisonjeras, convenibles.
—Vuesas mercedes son tuertas
Mas que el gigante de Ulises:
Si no mas tuertas, mas necias;
Si no necias, insufribles.
Si encubrirse es dameria,
Desengáñolas, que sirve
Mas há de un año en galera
Por otro tanto el melindre.—
Entónces la de mi amigo,
Desenvuelta, alegre y libre,
Nos descubrió un rostro digno
Que el mas hermoso lo envidie.
Mostróme unos ojos negros,
Graves en extremo y libres,
De dulce contemplacion,
Hermosos y señoriles.
Una boca, chica era,
Que con un piñon se mide,
Segura de que haya otra
Que así enámore y cautive.
Yo viéndola, sin respeto
De que era ajena, la dije:
—Amor haga que en mi cama
Siempre estas pulgas habiten.—
Volvíme para la mia,
Deshecha en celos de oirme,
Y quedé en hora menguada,
Que siempre me martirice;
Porqne descubrió un cabello
Del color que el papel tiñe,
Con quien el mismo azabache,
De vencido, no compite,
Y unos ojos repulgados,
Tan pequeños y tan ruines,
Que no viera si eran ojos,
No los teniendo de lince.
Daba á la sumida boca
Oscuro sepulcro y triste
La barba, que procuraba
Juntarse con las narices;
Los dientes tenian vergüenza,
Por ser pocos, de reirse,
Y por no tener mas blanco
Que el blanco que los divide.
Perdí el color de soldado
Y los humos juveniles:
Pegáronseme á la tierra
Los piés y los borceguíes,
Que no me meneara un carro
Tirado de cien rocines;
Y así dije: —¡Justo cielo,
Que tales caras permites!—
Ella respondió diciendo:
—Mi bien, no te escandalices,
Ni se te atrevan congojas,
Ni con ellas me lastimes;
No hagas toda la cuenta
De las pasiones visibles:
Mira las prendas del alma,
Y juro nunca me olvides.—
La voz con que esto decia
Era de gozque que gime,
Y para que un hombre honrado
Se arrojara en un algibe.
Yo la respondí: —Mi celo,
Señora, no es maraville,
Que no puede tener honra
Quien de aquesto no se aflige:
No soy nacido entre sierras,
Ni entre osos ó jabalíes,
Ni tigres me dieron leche,
Para que acometa á un tigre:
Nací entre padres cristianos
Y entre regalos sutiles,
Y no he hecho al Rey traicion
Para que así me castigue.—
Esto le dije, y huyendo
La calle abajo me vine,
Porque para responderme
Comenzaba á apercibirse.

(*Romancero general.*)

1679.

(*Anónimo.*)

En aquel tiempo dorado,
Cuando Dios quiso que fué
Hecho el mundo á buena fin,
Y no como agora es;
Cuando la doncella honrada
Conservada en su niñez
Se casaba á los cuarenta,
Y de otro tanto el doncel;
Cuando todos se querian
Solo por quererse bien,
Entónces, si Dios quisiera,
Me holgara yo de nacer,
No agora, que quieren todas
No mas de porque las dén,
Y dura tanto el amor
Como dura el interes:
«¡Fuego de Dios en querer bien!
»¡Amen, amen!»
¡Tiempo bueno, tiempo bueno,
Cómo has dado ya al traves!
¡Cuán diferente que estás
De lo que ántes solias ser!
Mudóse el trato sencillo
Con la mudanza y traves:
Ya no hay verdad en el mundo;

Todos tratan con doblez:
Los mancebos d'este tiempo
No saben qué cosa es fe;
Todos son Bartolo-mico,
No hay ningun Bartolomé.
No pedian las mujeres
Antes un solo alfiler,
Y la que agora no pide
No se tiene por mujer.
«¡Fuego de Dios en el querer bien!
»¡Amen, amen!»
Pásanse agora las ninfas
Sin llegar á madurez:
Ya mas de diez se han pasado,
Que no llegan á los diez;
Riéganse cada momento,
Y esto las echa á perder,
Que vienen á estar marchitas
Antes que llegue vejez.
Traen vara de comision
Contra los hombres de bien,
Que dura toda la vida,
Y aun otro tanto despues;
No les harta el apetito
La fruta del Aranjuez,
Ni la plata de las Indias,
Ni los barbechos de Fez:
«¡Fuego de Dios en el querer bien!
»¡Amen, amen!»
Con sus tocas reverendas
A la que tercia veréis,
Que no parece tercera
Sino prima de un marques,
Si os ve cruzar por la calle,
Cruzada su cara esté,
Os dará por un cruzado
Por quien os crucifiqueis.
Luego sale Doña Juana,
Doña Justa y Doña Ines,
En la lengua los amores
Y en la mano el arancel:
Hacen os tiernas caricias,
Y como tiernos os ven,
Peores que sanguijuelas
Os chupan lo que traeis.
«¡Fuego de Dios en el querer bien!
»¡Amen, amen!»

(Romancero general.)

1680.

(Anónimo.)

Topó al ciego virotero
Con su carcax y apatuscos
Un arriero taimado
Entre los piés de sus mulos,
A dos leguas de Madrid,
Durmiendo entre juncia y juncos,
Orilla de Manzanáres,
Una mañana de junio.
Paró la recua, y miróle,
Viéndole helado y desnudo,
Y tentándole las plumas,
Dijo: —¡Gentil avechucho!
Cargar quiero con sus bienes,
Que será posible alguno,
Por ser ave extraordinaria,
Pagármela por de gusto;
Pero no sé si lo acierto,
Que parece un mal lechuzo,
Y mas, si es este el que llaman
El dios de los vagamundos.
Mejor será despertarle
Sin hacerle mal ninguno,
Y saber á dó camina,
Y si es como ciego, mudo:
—Hola, muchacho, despierta,
Que estás aquí mal seguro,
Y te quitarán la capa
Los ladrones, que andan muchos.—
Dióle una grande risada
Al isleño, cauto, astuto,
Y dijo: — Cubrios con ella,
Que buen invierno os anuncio.
—Mejor me está mi manchega
Con que me arrebozo y cubro,
Le respondió el arriero;
Que la vuestra está sin jugo.
¿Dónde caminais, mocito,
A pié y con tan huecos humos?
—A Valladolid, hermano,
Y por la calor madrugo.
—No os dará mucha la ropa,
Ni las costuras disgusto,
Ni aun daréis en la camisa
Por cien ducados un nudo.
Alto pues, andad allá,
Si gustais que vamos juntos,
Que no os faltará una enjalma,
Y de pan cualquier mendrugo.—
Levantóse y caminaron,
Y á poco trecho que anduvo,
El arriero espantado,
Dijo al muchacho: — Pregunto,
¿Sois volteador por ventura,
Hijo, que vestís tan justo?
¿Sois espantajo ó corito,
O cosa del otro mundo?
Decidme quién sois, os ruego,
Que es verdad que estoy confuso,
Que aunque teneis buena cara,
El talle es fuera del uso.—
El bellaco del mozuelo
Respondió risueño al punto:
—Necio sois para arriero,
Si puede haber necio, alguno.
Yo soy el hijo de Vénus,
Que de los reyes me burlo,
Cuyas coronas y cetros
Con este arquillo trabuco:
No hay hombre que se me escape,
Ni se esconda si le busco;
Y aun sobre las mismas nubes
Tras él por los aires subo.
Agora voy á la corte,
Adonde yo os aseguro
Que mas de cuatro reposan,
Que aguardan trances bien duros.
—¡Doyte al diablo por rapaz,
Aguilocho, grulla ó buho,
Si no diera por no verte
De mi recua el mejor mulo!—
Con esto á la torre llegan
De Lodones, donde al punto
Dieron cebada y picaron;
Mas el niño resoluto
Dijo: — Caminad, amigo,
Que me es el sol importuno,
Y quiero en aqueste pueblo
Hacer noche por mi gusto.
Yo os alcanzaré despues,
Y aunque os pesará, barrunto
Que aun se está la deuda en pié,
En que el toparos me puso.
Volvióse al meson con esto,
Adonde á un rincon se puso,
Hasta que le vido lleno
De gente de todo rumbo,
Donde se rieron de él,
Y él de suerte lo dispuso
Con sus trazas de embaidor,
Que sembró llanto profundo.
La mesonera se abrasa,
Sus hijas pierden los pulsos,
Arde la moza gallega,
Y da por cebada humo.
Los huéspedes se alborotan,

No quiere cenar ninguno,
Solo cena el inocente,
Mirando aquel caos confuso,
Y satisfecho levanta
El vuelo, en el aire puro,
A pagar al arriero,
Que le ama en grado sumo.
Dióle con una corita
Con mas boca que un pantuflo,
Con quien se quedó en la venta,
Que pasar de allí no pudo;
Y siguiendo su viaje,
Con vuelo presto se puso
En la Pinciana ciudad,
Tan celebrada en el mundo.

(*Romancero general.*)

1681.

(*Anónimo.*)

Señor pretendiente amigo,
Escuche un rato por bien,
Ansí de sus manceblas
Cuente alguna á la vejez:
Escuche á una coronista,
Si quiera por ser mujer;
Que correr á un hombre macho
Sabrá una fembra tambien.
Tienda la oreja de un palmo,
Y no pregunte por quién,
Que aunque no rebuzna naide,
Será fácil de entender.
Sepa que por su caraza,
Redonda como pastel,
Traigo cuartanario el gusto,
Y la voluntad con sed:
Desde que la negra tumba
Arrimó vuestra merced,
Eché el anzuelo á las patas,
Y no sé qué me pesqué;
Porque estoy tal desde entónces
De este amoroso interes,
Que me he de volver mas blanda,
Miéntras fuere mas cruel.
Dícenme que sabe mucho,
Porque al fin fué bachiller,
Cuando estudiaba en Bitonto,
Habrá dos años y un mes.
Lo que es galas é invenciones
Una agora y otra ayer,
Sin duda lleva ventaja
Al mas rico ginoves;
Y esos ojos gatatumbos,
Mas hermosos que un clavel,
Cogen las almas al vuelo,
Que no las dejan caer.
Esa bocaza de risa,
Siempre llena de placer,
Donde á la naturaleza
Diz que se le fué el pincel,
¿A quién no ha de dar mil muertes,
O miedo, al tiempo que ve
El erizado bigote,
Como morisco de Fez,
El pescuezo cortesano,
Y la espalda á lo frances?
Mal aya el siglo mil veces
Del que le quitó un fardel;
Comedida la cintura,
Estrecha como almacen,
Con dos juanetes pequeños
Para remate en los piés.
Que su merced vale mucho,
Tengo al fin por parecer,
Porque un Lisardo y dos Juanes
Sin duda valen por tres.
En efecto que es tan lindo
Que en cuatro meses ó tres
Puede rendir imagino
La mas hermosa Raquel.
Si acaso le dan á Lía,
No la embarque en su batel;
Mejor es un ataharre,
Que lias no aprietan bien.
Y agora que está de espacio,
Haga como amante fiel,
Porque si el Rey va camino,
Lo llevarán de alquiler,
Haga piernas con las patas,
Cuando á la ventana estén
Doña Elvira y Doña Sol,
Una fembra, otra mujer.
Recoja aqueste terron,
¿Qué digo? aqueste papel,
Y limpie para otra tanda
La acicalada y paves;
Y de aquesto no se corra,
Que es, amigo, moscatel;
Y hasta que cierre del todo
No le escribiré otra vez.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

1682.

(*Anónimo.*)

Ya que á despedirme vengo,
Por esta vez, Laura ingrata,
Escucha tus sinrazones,
Pues mis razones te agravian;
Que pues condenado estoy
A vivir en tu desgracia,
Usando de mi derecho
Diré las verdades claras.
No negarás, pues no puedes,
Que yo en un tiempo gozaba
De tus favores á solas;
Pero al fin todo se acaba.
Confieso que prometías
Verdes hojas de esperanza;
Mas mudóte el primer viento,
Por ser las hojas de caña.
Confieso que los cabellos
Fuéron lazos de mi alma;
Pero como á otro Absalon
Me colgaron de las ramas.
Fuí yo la luz de tus ojos;
Mas abriste una ventana
Por donde entraron mas luces
Que tiene minas Arabia.
Fuí idólatra de tus gustos,
Aunque eché de ver tus faltas;
Pero todas dais dentera,
Como la fruta vedada.
Mal conservarte supiste;
Pero aqueso no me espanta,
Porque la fruta en la corte
Al tercer dia se gasta.
Diste en ser muy pedigüeña,
Que en mujer es grande falta;
Porque quien pide está cerca
De dar á quien le demanda;
Que sois todas las mujeres
Como campana quebrada,
Que ha de ser, si suena bien,
A fuerza de oro y de plata.
De tu fe quise en mi pecho
Hacer una consonancia;
Mas mal conciertan mujeres,
Que fué la primera falsa.
Vendeis á quien mas os quiere;
Pero ya os viene de raza,
Que no sin mucho misterio
Salisteis de las espaldas.
A mi enfermedad de amor
Fuiste píldora dorada;
Pero, fuera la apariencia,

Cualquier píldora es amarga.
Gustabas de que te viesen,
Que de perderte fué causa;
Que quien gusta de ser vista,
Gustará de ser tocada.
Ya con esto me despido,
Rogando á Dios me dé gracia,
Que no me pague ninguno
De la suerte que me pagas.
Quédate, que yo confío
Que has de poner tu esperanza
En quien por justo castigo
Te trate como me tratas;
Que á tu amor se muestre ingrato,
Como tú á mi amor ingrata,
Porque por los dos se diga,
Que tal para tal se guarda.

(*Romancero general.*— II. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1683.

(*Anónimo.*)

Escúcheme, reina mia,
Así Dios le dé salud,
Le cantaré una letrilla
En templando mi laud.
Quiero, señora, que entienda
Que en mi tierna juventud
Me doy, no á vicios como otros,
Sino a seguir la virtud.
Muy de ordinario mi canto
Comienza en *ge*, *sol*, *re*, *ut*,
Teniendo siempre tres puntos,
La llave del *cefaud.*
Ese es mi entretenimiento,
Y será hasta el ataud,
Porque enderezo mis obras
Por un extremado azud.
En pié estaré, aunque me canse,
Si no préstame un almud,
Que aquí la letra comienza
Conforme á su senectud.

Cantarcillo.

«Recordedes, niña,
»Con el albore,
»Oiredes el canto
»Del ruiseñore.»
No finqueis dormida,
Fembra enamorada,
Pues el alborada
A amar vos convida:
Pues sois tan garrida,
Salí al balcone,
«Oiredes el canto
»Del ruiseñore.»
»Ponedvos, señora,
El vuestro briale,
Que cuido que iguale
En gracia al aurora.
Fincad á la hora
En el corredore,
»Oiredes el canto
»Del ruiseñore.»

(*Romancero general.*— II. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1684.

(*Anónimo.*)

Despues que te andas, Marica,
De señoras en señores,
Viendo hacer la zarabanda,
Y cantando adonde, adonde,
No haces de mí mas caso
Que el Rey, de los labradores,
Siendo yo el mayor servicio
De todos cuantos conoces.
«Miedo me pones, niña Bivero,
»De que tienes que flojar en mis amores.»
Del adviento para acá
Que merendámos arrope,
Mas solaces has corrido
Que hay en Flándes atambores.
Si te llaman ó te vas,
No lo sé, mas dice Jorge
Que se muere la aficion
Si no hay favor que la sople.
«Miedo me pones, etc.»
La consuegra del Doctor
Te ha suplicado que cortes
De tu voluntad el hilo,
Con que mis entrañas coses.
Tus parientes por detras
Diz que la lengua me ponen,
Y como si fueras mala
Llueven sobre ti sermones.
«Miedo me pones, etc.»
Pasando por tu calleja
Di dos suspiros disformes,
Y asomóse á la ventana,
Tu cuñado el sacerdote:
Yo que por ti le tomé,
Díjele: —¡Qué par de coces
Me ha dado tu amor, Marica,
Que es muy lijero, y soltóse!—
«Miedo me pones, etc.»
Respondió determinado
Con sus barbas de doblones:
—¿En qué ley halla que son
Maricas los capiscoles?—
Callé mi boca ruin,
Y huíme de tus cantones;
Porque, hablando la verdad,
Con los ojos espantóme.
«Miedo me pones, etc.»
¿Sabes qué pienso, Marica?
Que del amor los virotes
No te podrán traspasar,
Aunque mas el arco doble.
Dicen caben en tu pecho
Mas baratijas que un cofre;
Y que las entrañas tienes
De guijarros de Torote.
«Miedo me pones, etc.»
¿Quién dijera que conmigo
Tu querer fuera de gonces,
Y que pudieran sacarme
De tu alma tres razones?
Todo lo trastorna el tiempo,
Gran oficial de relojes,
Postillon de nuestras vidas
Sin rocin y con alones.
«Miedo me pones, etc.»
Bien podrá ser que en la villa
Otro de mas llenas trojes,
Y de mayores rebaños
Habrá que contigo tope;
Mas con véras de aficion
A él y á los Pares Doce
Les hago la diferencia
Que va de un leon á un gozque.
«Miedo me pones, etc.»
Sirvan mis coplas de cartas
Desde el principio á la postre;
Y por tus ojos, Marica,
Que respondas, pues respondes.
Fecha en el mes que las gatas
Maullan porque las cogen,
Porque tienen mas cosquillas
Que hojas un alcornoque.
«Miedo me pones, etc.»

(*Romancero general.*)

1685.

(*Anónimo.*)

Subieron á Jeromilla
Sus padres, que no debieran,
De zapatillo ordinario
A chapin, servilla y media.
Como se vió sobre corcho,
Dió en liviana de lijera,
Nuevos alientos cobrando,
Que la van parando hueca.
Los ojos puso en un jóven,
Que dejando las escuelas,
Vino al lugar con mas grados
Que tiene toda la esfera.
Vió sus patentes doradas
Con muchas listas bermejas,
Y como toro en el coso
La pobre niña se ceba.
A los segundos recaudos
Los concertó una tercera,
Y en ménos de un cuarto supo
Todas sus partes y letras.
Y sintiéndose con brios
De música y de poeta,
Al son de una guitarrilla
Compuso y cantó esta letra:

Cantar.

Con amor que vuela
Me volé á la escuela.
Paséme de un vuelo
De libre á sujeta,
De moza á casada,
De encogida á suelta.
Prestóme sus alas
Amor con que vuela,
»Y volé á la escuela.»
Mostróme el amor,
Norabuena sea,
De mil nuevas ansias
Unas Indias nuevas,
Un mar de aficiones,
Y un pozo de ciencia;
»Y volé á la escuela.»
Crióme mi madre
A su sombra de ella
Con freno importuno,
Sin mostrarme espuela;
Pero descuidóse
En la centinela,
»Y volé á la escuela.»

(*Romancero general.*)

1686.

(*Anónimo*)

Vive Dios, señor Hernando,
Que no sé cómo he podido
Estar dos dias sin verte,
Siendo, cual lo es, mi amigo.
Si dura mucho esta ausencia,
Desde aquí me pronostico
Que me tengo de morir
Cuando Dios fuere servido;
Porque te tengo en el alma
Tan de véras esculpido,
Que el rato que no te veo
Mal haya yo si te miro;
Y en pensar que no me quieres,
Con tanto rigor me aflijo,
Que almuerzo cada mañana
Una lonja de tocino;
Y tráeme tan desvelada
Este cuidado prolijo,
Que me acuesto á la oracion
Y á mediodía me visto.
Al fin yo estoy de tal suerte,
Que cuando lloro no rio,
Y cuando me duele algo,
Para descansar suspiro.
Y no me basta pasar
A tu causa estos martirios,
Sino que intentas agora
Hacer de mí sacrificio,
Diciéndome, cual me dices,
Que viene ya de camino
Cierta dama en busca tuya;
Y créolo, que eres lindo.
Pero si tal ven mis ojos,
Desde aquí te certifico
Que me he de arañar el rostro
Con martas de un regalillo;
Y que hasta tomar venganza
Y darte el justo castigo,
No he de comer pan á secas
Cuando tuviere cabrito.
Y plega á Dios si me vieren
En cosa de regocijo,
Que caiga rayo del cielo
En casa de algun judío;
Y que si sé que me dejas
Por mujer de aqueste siglo,
Que me tengo de aborcar
De los brazos de mi amigo,
Que basta quererte yo
Más que Melibea á Calixto,
Para que no quieras otra,
Aunque te lo ruegue un siglo.
Si yo guardo tus preceptos
Cual guarda el moro el domingo,
Y creo lo que me dices
Como él cree en Jesucristo;
Si me alegro con tu vista
Como la chicharra al frio,
Y si tus besos me saben
Como el jamon al morisco;
Si puedo jurar muy bien
Desde que tratas conmigo
Que no te he sido infiel
Con mas de con veinte y cinco;
Si tiemblo de verte airado
Cual segador en estío,
Y me pongo de vergüenza
Mas colorada que un lirio:
¿No ves que es ingratitud
Pagar mal estos servicios,
Y que si yo los sufriese
Me darán las gentes silbos?
Para tantas sinrazones
Mucho siento y poco digo,
Mas lo que falta en la pluma
Suplirá despues el pico.

(*Romancero general.*)

1687.— 1688.

(*Anónimo.*)

Pues vuestra merced se casa,
Por muchos años y buenos
Goce el nuevo desposado;
Que mejor dijera viejo.
Unas canas venerables
Valen mucho en este tiempo;
Que son honra de la patria
Y madres de los consejos.
No le faltará que hacer,
Llevando tal sobrehueso,
Para sudar en verano
Y para helarse en invierno.
Desde aquí se lo perdono,
Aunque no á mi pensamiento,
Pues que le ha dado materia
Que la encomie con mis versos.
¡Mis quejas y sus querellas,
Mi castigo y su tormento,
Su grave culpa y mi pena,

Muy buen monopodio han hecho.
Las de mi parte se acaban
Como el humo sin el fuego;
Las de la suya comienzan
Como el frio con el hielo.
Dése un verde este verano,
Que el que viene será euero,
Y me podré yo alabar
Que fui pronóstico cierto.
Verificaráse agora
Su tibieza y mi recelo,
Pues no me podrá negar
Que come, mas no pan tierno
Sus holgadas libertades
Que andaban ayer en pelo,
Agora andarán en canas:
En fin, castigo del cielo.
Quien todo lo menosprecia
Siempre topa su desprecio,
Y en equívoco sentido
Se suele quedar en seco.
Su nuevo galan, señora,
Ni es hermoso ni discreto,
Ni gentilhombre ni afable,
Dejado el no ser mancebo.
Ahórrese su merced
Con esa carga de huesos,
Que si ayer la llamé gloria,
Hoy la llamo cementerio.
Quien la viere y quien le viere,
Ella moza, y él tan viejo,
Con razon podrá decir
Que es el mundo grande necio.
Si fuera para dos dias,
Era tolerable el yerro,
Aunque dúdolo en tal parte,
Si habia de llegar á medio.
Un consuelo quiero darla,
Y agradézcame el consuelo:
Que junto con el marido
Lleva padre y escudero.
Mujeres tan prevenidas
Dignas son de tan buen premio,
Y que tantos servidores
Tengan en solo un sugeto.
Bien á fe se ha prevenido,
Aqueso no se lo niego,
De esposo para su gusto,
Padre para su gobierno.
Será el aficion doblada,
Sera doblado el contento:
En secreto, de marido,
Y en lo público, de abuelo.
¡Dichosa vuestra merced,
Pues la quiere tanto el tiempo,
Que satisface con canas
A sus tocas de respeto!
Virtud es, y harta virtud
Llevarlo tan por lo cuerdo,
Que por un anciano honrado
Deje mil mozos traviesos.
Pero ¿para qué me canso,
Si ya no tiene remedio,
Y el yugo del matrimonio
Miéntras se vive es eterno?
Esto es lo que á mi me venga,
Y quien la da el pago es esto;
Pues que se acaba mi pena,
Sin acabarse su yerro.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte.— It. *Romancero general*.)

1669.

(*Anónimo.*)

¡Oh volador pensamiento,
Que cual águila gallarda
A los palacios del sol
Lijero subes y bajas!
Reposa, no te deslumbren
Rayos de divinas llamas,
Cometas de estrellas libres,
Resplandor de lunas varias;
Penachos tienen los cielos
De las plumas de tus alas,
El escarmiento pinceles,
Mi desdicha historias largas.
De hoy mas, pensamiento altivo,
Andemos por tierra llana;
Canas son, que no lunares,
Haya seso, pues hay canas.
«Cierra tus alas,
»Que dan, por glorias breves, penas largas.»
Hecho nebli de altas presas,
Volastes soberbias garzas,
Mas ya reducido á tierra,
Vuelas tristes cogujadas.
Amaste ilustres billetes,
Heróicas ruinas cantabas,
Gozaste aceros agudos;
Mas ya solo hierros gastas.
Como gusano de seda
Tu misma vida hilabas,
Con desengaños traidores,
Para mi muerte temprana;
Y al fin como tantos dias,
Y al fin como noches tantas
Soy Palinuro de amor,
De Vénus cabo de escuadra.
Digo tras haber traido
Mas atabales que lanzas,
Que ya todo el mundo es tierra,
Que ya todo el mar es agua.
«Cierra tus alas, etc.»
Cuando Cambray no alcanzare
Mi deseo, rompa humayna,
Tiznadas teas me alumbren
A falta de antorchas claras.
¿Qué importa que Juana sea
Pecosa, morena ó blanca,
Y que esta vista picote,
Como raso Doña Juana?
Que traiga Ines arandela,
O Inesilla no la traiga,
¿Qué va en ello, si es mejor
Que mal faisan buena vaca?
A la polla de los gustos,
Quien bien gobierna sus cartas,
Con sotas suele dar bolo,
Y otros con reyes se cargan.
«Cierra tus alas, etc.»
Porque mire vizco Elvira,
Que esto bien mirado es tacha,
Porque cecée Inesilla
Por Valencia ó por Triana,
No es razon que Elvira pida
Con sus ojos de dos caras,
Doblones con otras dos,
Pues coronas simples bastan;
Ni que Francisca tampoco,
Requintando las palabras,
La pida de casamiento
Doncella de Dinamarca.
No mas, pensamiento mio,
Que de la edad las campanas
Tocan vísperas de muerte,
Si ántes á laudes tocaban.
Si á los meses de mis dias
Sientes que les amenaza
En el agosto postrero
Del tiempo la hoz tirana,
«Cierra tus alas, etc.»

(*Romancero general.*)

1690.

(Anónimo.)

Galanes, los que teneis
Las voluntades cautivas
En el Argel de unos ojos
Que la voluntad os privan;
Los que á los soles de agosto
Y á la escarcha de Castilla,
Sois en invierno y verano
Medio hombres y medio esquinas;
Los que hilando los bigotes
Y alzando el cabello arriba,
Idolatrais una necia
Detras de una celosía:
Oid á un cofrade vuestro
Que se escapó de la liga
Hoy hace treinta semanas,
Un miércoles de ceniza.
Salud y gracia: Sepades
Que me vi por una ninfa
No dormir en treinta noches,
Ni comer cuarenta dias.
Tropecé en un desengaño,
De suerte que la caida
Me costó dentro de un mes
Dos purgas y seis sangrías.
Ya vivo como arancel,
Ya no soy quien ser solia,
Ya duermo y cómo á mis horas,
Y ando mostrenco en la villa.
«Tararira;
»No tiene el Rey tal vida.»
Ya me levanto á las siete,
Y puesta camisa limpia,
Me miro y pongo al espejo
Bien ó mal las lechuguillas;
Ya no me aprieto el zapato,
La cuera ni la ropilla;
Ya llevo las medias flojas
Y mal atadas las ligas.
Almuerzo como un tudesco
Despues que vuelvo de misa,
Si es verano, en el jardin,
Y si invierno, en la cocina.
De setiembre á navidad
Como baudujo y morcillas;
Y desde diciembre á enero,
Rico solomo y salchichas:
Las turmas de mayo á mayo
Cómo con lunadas fritas,
Y desde mayo hasta agosto
Pernil fiambre con guindas.
Bebo con nieve y aguado
Cuando hay calor excesiva;
Pero cuando el tiempo biela,
Como el Redentor lo cria.
A las once como siempre
La olla de un ama limpia,
Con algun torrezno asado
Y con otra niñería:
Si hay palomino, la pierna,
Si hay cabrito, las costillas,
Si gallina, la cadera,
Y si perdiz, la tetilla.
«Tararira,
»No tiene el Rey tal vida.»
Cuando dicen que á Doña Alda
Dió Don Juan una basquiña,
Échole calzas de tonto,
Aunque venga de la China.
Cuando quieren reñir dos
Sobre quién priva ó no priva,
Pregunto dónde ha de ser
Y qué ventanas se alquilan.
Cuando veo algunas damas
De las de coche y vajilla,
Ríome de aquellos tontos,
Pobres, por hacerlas ricas.
El gusto traigo de mezcla,
Porque donde una vez pica,
No volviera si me diesen
El tesoro de las Indias.
Cuando encuentro por las calles
Los ministros de justicia,
Me acuerdo de los tejados
Por donde anduve en camisa.
Traigo con llave la espada
Y con antojos la vista,
Y en la punta del puñal
He puesto una zapatilla.
«Tararira,
»No tiene el Rey tal vida.»

(Romancero general.)

1691.

(Anónimo.)

—Oid, amantes noveles,
Los que en mitad del invierno
Entre las once y las diez
Andais hechos estrelleros;
Los que mirando á una reja
Se os pegan los piés al suelo,
Idolatrando en su gusto
Como en imágen del templo;
Los que mirando unos ojos
Zarcos, azules ó negros,
Destilan los vuestros agua
Del alquitara del pecho;
Los que mirando unos lazos
De negro ó de rubio pelo,
Dejais colgar vuestras almas
Del mas delgado cabello;
Los que adorais unas manos
Blancas por virtud del sebo,
Que cuando el sebo les falta
Serán azabache negro:
Oid, que os quiero contar
Del niño Amor los enredos;
Y sirva mi voz de antorcha
Que alumbra cuidados ciegos.
No pongais jamas los ojos
En mujeres de este tiempo,
Que son caballos de Troya,
Sepultura de los griegos.
La que mas dice que os quiere,
Esa os engaña mas presto;
Y la que mas os alaba,
Santiguadla dende léjos,
Que si la ofreceis el alma
Cifrada en un camafeo,
Dice que le dais alquimia
Y que no se acuerda de ello.
Ya pasó el tiempo dorado
Y vino el de alquimia y hierro;
Ya se murió Cleopatra,
Tisbe, Dido, Elena y Ero;
Ya fenecieron aquellas
Que hicieron por ejemplo
Sacrificio de sus vidas
Y tragedia de sus cuerpos;
Ya no hay damas que se maten,
Mas hay amadores tiernos
Que parecen trasnochados
Fantasmas de cuerpos muertos.
Ya no hay mujeres que lloren
Ni dén lágrimas al viento;
Y son, si algunas derraman,
Pocas, fingidas y á censo.
La mujer mas ignorante
Y la de mas torpe ingenio
Hace burla de Belardo,
De Quirando y de Riselo.
Ya son las damas de ahora
Medusas del tiempo viejo,
Y de catorce ó quince años

Son Celestinas del nuevo.
Ya saben hablar frances,
Italo, inglés y caldeo,
Vergamasco y valenciano,
Portugues, morisco y griego;
Ya saben pedir callando
La basquiña y el manteo;
Ya son escrituras mudas
Que hablan en su derecho.
Guárdense los que comienzan
A seguir al niño ciego,
Y tomen ejemplo en mí
Y en escarmentados necios.—
Aquesto Erbano cantaba
En su templado instrumento,
Diciendo á las cuerdas locas
La pena del dueño cuerdo.

(*Romancero general.*)

1692.

(*Anónimo.*)

Yo tuve con cierta Doña
Mas de cuatro veces flux
De voluntad solapada
Y de embelecos al uso.
Era la tal mi señora
Amiga de cascos lucios,
Eminente, caprichosa,
Tentada de amor y rumbo:
Enojábase de ver
Una brizna de descuido
En el alma ó en los ojos
De quien cursaba su estudio.
Cuando comencé á querella,
Como si fuera Licurgo,
Quebró mis holgados fueros,
Y estrechas leyes me puso.
Mis cerriles libertades,
Con silla y con freno duro,
Siguiendo sus lijerezas,
Corrió mas que el potro rucio.
Como si para beberme
Me quisiera, así me tuvo
Muchas noches al sereno,
Hecho fantasma de muchos,
Y con arrojarme un guante
Viejo y oliendo á mil untos,
A su parecer me enviaba
Mas consolado que sucio.
Ordenó que mis cuidados
Fuesen la mujer de Bruto,
Que vivas llamas tragasen
Por cualque amoroso humo,
Y sabiendo que yo he sido
Un glotonazo epicuro,
Con una mano pensaba
Hartar mi carnal ayuno.
Yo, que a Dios gracias por ello,
Soy un poco verde-oscuro,
Quinolero de repente,
Escribíle estos rasguños:
«Muy elevada señora,
»Viendo del tiempo caduco
»Las señales que nos muestran
»Troya, Cartago y Sagunto,
»Y que ántes vivian los hombres
»A cien años, y á lo sumo
»Los matusalenes nuestros,
»Si viven cincuenta, es mucho:
»Quiero que mire las cosas
»Que establezco, ordeno y juro,
»Porque mude de favores,
»Pues yo de esperanzas mudo.
»Si una mano mas ó ménos
»Mi verdor se viere mustio,
»Y en flor sus melindres necios
»Que me lleven loco al Nuncio.
»Si cuatro veces pasare
»Por calle que no dé fruto,
»Por las públicas me saquen
»Dando que hacer al verdugo.
»Si mas me billeteare
»Con señora de este mundo,
»Que me llame bien y entrañas;
»Las mias las cene un buho.
»Si de doncella voltaria,
»Mas escribana que Julio,
»Quisiero yo matrimonio;
»Que Júdas nos eche el yugo.
»Si hiciere punto de honra
»En ser primero ó segundo
»En el amor y en la plaza,
»Que sea mi borla un chuzo.
»Y mi poder otorgando
»A los cofrades del gusto,
»Quiero que el mio reformen,
»Atento que ya no sufro..
»Si así me quieren las graves,
»Ora mojado, ora enjuto,
»A sus arrogantes aras
»Ofrezco mi pobre culto;
»O, si no, de arriba abajo
»Mi persona restituyo
»A las fáciles terneras
»Que absuelven de mil descuidos
»Adios, mi altiva señora,
»Porque há gran rato que ocupo
»La pluma en sus necedades,
»Y en pensarlo me atribulo.»

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1693.

(*Anónimo.*)

Una bella casadilla
Que apénas tiene quince años,
Que quitalla de jugar
Con las niñas fué pecado;
Y por ponerse chapines,
Alzacuello y verdugado,
Sin saber lo que hacia
Dió á su marido la mano;
Y despues á las muchachas
Que vivian en su barrio
Les mostraba muy contenta
Las joyas que le habia dado;
Acabado el pan de boda
Volvióse de espaldas marzo,
Y hallóse la cuitadilla
Esclava de un sucio trasgo.
Era el marido celoso,
Y mas que celoso, avaro;
Y cuál era su figura
Miradlo en este retrato.
El cabello ya tordillo,
Muy cerca de cincuenta años;
Tan lampiño, que aun apénas
Le señalan los mostachos;
Ménos de un dedo de frente,
Con arrugas de reclamo;
Los dientes muy amarillos,
Distintos y descarnados;
Muy pródigo de nariz,
Y los ojos ribeteados;
Tan delgado, que el estrecho
De Gibraltar fué llamado.
Condenado á tos perpetua,
Depósito del catarro,
Y mas ronco que un ternero
Pronóstico de su daño.
Y con esto, el bellacon
Era tan desvergonzado,
Que por cualquier niñería
Jugaba triunfo de bastos.

Esta niña habia una tia,
Mujer de tocas y manto,
Gran matrona de consejo
Y de muy grueso rosario.
Con lágrimas de sus ojos
A esta se está quejando
De la vida en que padece
Tan insufrible trabajo.
Aquella tan sabia vieja,
Que no fué Caton tan sabio,
Del archivo de su pecho
Así la está aconsejando:
—Hija, mudar condiciones
Es negocio muy pesado,
Y mas si tienen raices
Echadas de algunos años:
Lo que hacen los prudentes
Es buscar algun reparo:
Hazlo, juega á dos espadas,
Pues te ha dado Dios dos manos.
Busca, niña, quien te quiera,
Que mil te estarán rogando;
Que bien puedes sin peligro,
Si te riges con recato.
Proveyó naturaleza
Que los animales bravos,
Porque no vean sus cuernos,
Tengan los ojos debajo.
Pues ¿cuánto ménos podrán
Ver los suyos los humanos,
Que como son invisibles,
No se tocan con las manos?—
No le pareció el consejo
A la casadilla malo,
Resoluta de pasar
De espaldas la mar á nado.
Pero aquella misma noche
El marido adivinando,
Le castigó la intencion,
Aunque fué para su daño;
Que miéntras la sacudia,
Ó fuese adrede, ó acaso,
Le ayudaron de la calle
Esta letrilla cantando.
«Ayúdame á sembrar cuernos,
»Miéntras que se piden celos.»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances*, etc.— It. *Romancero general.*)

1694.

(*Anónimo.*)

Todos dicen que soy muerto;
No debe de ser sin causa;
Que quizá pienso que vivo,
Y alguna sombra m'engaña.
Cumplidos son mis deseos;
Solo morir me faltaba:
¡Oh, bien haya el inventor
De aquesta mi muerte amarga!
Que á no saber qu'era ansí,
De mi tierra y de mi casa
Ya me lo hubieran escrito
En cuatro pliegos de cartas.
¡Gracias á Dios que acabó
De mi enemiga la saña!
Pues dicen que con los muertos
Es infame la venganza.
Trabajos como los mios
Solo el morir los acaba;
Qu'en lo dulce de mi muerte
Conozco la vida amarga;
Que segun son los deseos
De quien agora me mata,
Con soga debió de ser,
Que yo no he muerto en la cama;
Que lo que he dicho y escrito
Verdades fuéron sin falta,
Pues á hombre que muerto está
La lengua le quedó sana.
Y pues me ha dejado el cielo
El instrumento del alma,
Hablar puedo sin temor
De la justicia y sus armas.
¡Oh verdades invencibles
Que me dejastes sin habla,
Conózcaos el mundo agora,
Si tantos milagros bastan!
¡Oh qué verdades m'esperan
Qu'en la vida las callaba,
Porque las tuvo el temor
Con treinta llaves cerradas!
Oid, señores crueles,
Nobleza al fin heredada,
Sangre que os viene del rio,
Como al artificio el agua;
Tiranos de los servicios
Y alguaciles de las faltas;
Los que no adquirís nobleza,
Que la del abuelo os basta;
Oid, alma, vientos, pobres,
Aduladores de causas,
Aventureros de mesa
Y penitentes del alma;
Oid, mi hadado escuadron
De bonetes y sotanas,
A quien es todo posible
En lo qu'es potencia humana;
Oid, amantes al uso,
Camisas azafranadas,
Pañales del niño amor
El dia que come pasas;
Mozuelos por quien la pita
Pasó de milagro á España,
Venciendo el color que tiene
Preciosa púrpura y grana:
Vosotros, los que comeis
Con delantera en las barbas,
Y en hormas de pan de azúcar
Haceis sombreros de Francia;
Mártires de vida estrecha,
Tudescos de calzas largas,
Verdugos por una media
De vuestras calzas mal sanas;
Oidme tambien vosotras,
Oidme, señoras damas,
Casadas con dos sentidos,
Equívocas en las faldas;
Las que teneis gula propia
Para cualquiera desgracia,
Que ya no castiga el mundo
Los maridos de las cabras;
Doncellas con escritorio
Para ordinario de cartas;
Oidme, señoras viudas,
Solo en apariencia santas,
Tocas blancas que se tocan
A manera de casadas,
Y al ruido de unas cuentas
Quereis tapar las de casa;
Oid, viejas Celestinas,
Las que cubris como mantas,
Y en hombros, como las aves,
Sacais á volar muchachas;
Las que de naturaleza
Soleis enmendar las faltas,
Adobando cerraduras
Que ya perdieron las guardas[1];
Oidme tambien, poetas,
Romancistas de Granada,
Los que vivis en el mundo
Porqu'entendeis el Petrarca
Canonizador del vulgo
Por idolos de Abenamar.
Comencemos pues la historia...
Pero no digamos nada,

Que aunqu'es verdad que soy muerto,
Quiero dejar buena fama.
Pero si hablamos de véras,
¿Por qué razon ó qué causa
Tanto gusta de mi muerte
Quien con la lengua me mata?
Mala vida le dé Dios,
Mal San Juan y mala pascua,
Malos pleitos Dios le dé
De ejecucion y demandas.
Si eres mujer, plegue al cielo
Que te empreñes y no paras,
Y que te vean mis ojos
Con mas arrugas que pasas;
Que á tu pesar viviré
Y engordaré por semanas
Lo que Dios fuere servido,
A quien ofrezco mis canas.

(*Flor de varios y nuevos romances*, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte.— It. *Romancero general.*)

[1] Alude á los artificios que usan para ocultar los efectos de la primera fragilidad de las doncellas.

1695.

(*Anónimo.*)

Pacíficos amadores,
Los que á las doce y la una
En las esquinas parados
Pareceis aves nocturnas;
Los que pareceis pintados,
Los que os adornais de plumas,
Los que os preciais de galanes
Y mártires de cintura;
Los que por una palabra
Os acostais á la una,
Pareciendo á la mañana
Que os han espantado brujas;
Los que os armais de paciencia
A resistir una pluvia
Que capa y jubon os pasa,
No dejando cosa enjuta;
Los que teneis el ingenio
Como conchas de tortuga,
Para forjar necedades,
Agudos como una aguja:
A vosotros vos encargo
Un árbol que no da fruta,
Hasta que á fuerza de brazos
Le despojais de la oruga.
Una tierna niña es,
Que ayer salió de una cuna,
Y sabe ya mas maldades
Que la traidora Areusa:
Es botica de invenciones
Con que á vosotros os purga,
Archivo de falsedades,
Aduana de la luna.
Amarga su trato doble
Como la verde aceituna,
Y sus palabras talmadas
Son mas dulces que el azúcar.
Vosotros la alcanzaréis
Con una flema importuna,
Que á mí me ha dado dentera,
Como no estaba madura;
Que yo, como me crié
Con el doctor Covarrubias,
De siete leguas columbro
Lo que ella no ve de una.
Este me dió una licion
Que entre las otras relumbra,
Digna de inmortal memoria,
Y diréla si me escuchan.
Que quiera mas que mis ojos
La que fuere blanca y rubia,
Y que no me aparte de ella
Hasta que pida *plus ultra*:
Que nunca ponga los ojos
En cortesanas astutas,
Que con melosas palabras
El dinero nos usurpan;
Y si yo lo quebrantare,
Que de viruelas me cubra,
Y que en verano me maten
Chinches, mosquitos y pulgas.
Y así, señores, yo quiero
Pescar á bragas enjutas,
Y dejar costosos gustos
Y andar á mis aventuras.

(*Romancero general.*)

1696.

(*Anónimo.*)

El árbol que ahorcó á Júdas
Invoco para mi canto,
No musas, selvas ni valles,
Fuentes, montes ni parnasos;
Que para mi intento basta,
Pues estoy desesperado,
Un árbol que fué bastante
A sufrir un ahorcado.
Yo soy aquel que otro tiempo
No dejé laurel ni ramo,
Arroyo, fuente ni ninfa,
A quien no diese mal rato;
Y sabido para qué,
Fué para que un estropajo
De una dama á quien servia
Pasase de mano en mano,
Pensando que por mi pluma
Llegaria ya hasta Tajo,
A meterse en compañía
Con Filis y su Berlardo.
Pero cuanto mas yo andaba
Metiéndola por los arcos,
Tanto mas ella en los montes
Me metia hecho gamo.
Andaba yo sin color
Todo el dia, imaginando
Cómo la haria sonetos,
Romances, comedias y autos.
Desentrañaba á Petrarca,
Desollaba á Garcilaso,
Para aplicar sus conceptos
A mis propósitos vanos,
Y entendíalo despues
Mi señora como un macho,
Que un dia me dijo esto
Al soneto de Leandro:
—Señor, ¿qué fué de aquel mozo,
Que en verdad que me ha pesado
De que se ahogase tan presto,
Sin poder nadie sacarlo?—
¡Miren qué gentil aliño
Para un buen desesperado
Que entendiese así el conceto
Que yo apliqué á mi trabajo!
Pues no paró aquí mi mal,
Que esto fuera poco daño,
Sino que la muy traidora
Hizo lo que iré contando.
Andando yo, como digo,
Todo el dia embelesado,
Suspirando á sus cantones
Y mirando á sus tejados,
Cayó mala, ¡aquí fué Troya!
Sospecho que de los cascos,
Y para remedio de esto
Tomó no sé qué brebajo;
Y viniéndole á traer
Un traidor de un boticario,
Que boticario fué al fin
El que me trajo á este estrago,
Luego se rindió á sus botes
Y le sujetó á su almario.

Nada sino las redomas
Le dan gusto ni descanso:
Todo el dia está en la tienda
Dando y tomando recaudo:
Juntos destilan las aguas,
Y hacen el ungüento blanco:
¡Miren si tengo razon
De echarme al pescuezo un lazo,
Pues veo mi fe en un bote
Y fuera un rétulo blanco!

(*Romancero general.*)

1697.

(*Anónimo.*)

Entre estas solas paredes,
En este desierto triste,
Te hallas, Amor tirano,
Mejor que tu madre en Chipre.
Hecho memorable emprende
Ese tu brazo terrible,
Fatigador de aquel arco
Que al cielo y al mundo oprime.
¿Qué trono sagrado ocupas?
¿Con qué palio te reciben?
¿De qué soberanos reyes
Las armas y cetro riges?
Aquí no hay selvas pobladas
De arboledas apacibles;
Los octubres no se lloran,
Ni se cantan los abriles;
No hay Alcides ni Dianas,
Cuya beldad solemnices,
Ni rayos de ilustres ojos
Que á tu ceguedad me guien.
Desnudo vienes, Amor:
Véte, niño, donde visten
Mentiras y desnudeces
Con ornamentos gentiles.
Véte á inventar sobresaltos,
Cuyos temores te enfrien;
Busca pasados por llamas
Suspiros con que te abrigues.
Yo tengo compuesto el pecho
De sosiego: ¿á qué viniste,
Trayendo para turbarme
Cendal roto y plumas libres?
A los amantes de leche
Será mejor que te apliques,
Que su cordero te llaman,
Y con ellos eres tigre.
En esos frescales años,
En esos fáciles mimbres
Te enreda, y deja este roble
Con aceradas raices.
Esos tahures noveles
Querrán tus falsos envites,
Con dos solas descartadas
Que ya de malilla sirven;
Esos gusanos de seda
Que con tu calor revives,
¡Ay de ellos, que los engañas
Porque sus vidas te hilen!
Avisóme un escarmiento,
Y en mi soledad metime:
No me hallarás, tirano,
Aunque te acompañen linces.
Dieras tú diez flechas de oro
Por verme andar á las quince,
Esquinero trasnochado,
Oyente de tus maitines.
Ya te acuerdas cuál andaba
¿Es posible que tal hice?
Bebiendo los aires vanos
Por una doncella Circe.
Al fuego de tus papeles
Blandamente derretíme;
Que entónces por mis pecados
El alma tenia de pringue.
Ella cantaba mis versos,
Yo colgado de su tiple
Anduve mas de seis años;
Mas dió en falsete, y caime.
Por lo grave se gobierna,
Dejóme á mí por humilde,
Y porque me vió indigesto
De comer tanta miel virgen.
¿Por qué quieres que cometa
Otro semejante crimen
Con otra cruel, mas alta
Que una lanza con chapines?
Yo quiero que se me allane:
Ella quiere que me empine
A mirar los léjos varios
De sus arrogantes fines;
Que la tome y que la deje,
Que no la sirva y la obligue,
Que la deba y que la pague,
Que la qüiera y que la olvide.
Publica, Amor, por el mundo
Estas cosas que se siguen,
Mis secretos revelando,
Daréte para confites.
Yo soy un hombre que tengo
La condicion de matices,
Consolado el sufrimiento,
Los cuidados apacibles.
Mi memoria es rico cambio:
Tan bien da como recibe;
Nobles hay que me la vácian,
Pecheras que me la hinchen;
Habito en cabañas yermas
Como en cuadras con tapices;
Tan bien me huele el tomillo
Como los pomos de almizcle.
A falta de antorchas claras
Me alumbran turbios candiles,
Y con salpicon me paso,
Cuando no tengo perdices.
Véte, Amor, de mi estrechura;
Mas mejor te las derriben,
Que tú me dejes helar
Helando á quien me derrite.
¡Oh mal huésped de aposento!
Reposa entre estos tabiques;
Mis adobes sean tus aras,
Y mi heno tus cojines.
Y pues que conmigo posas,
Haz que aquella que me aflige
No dé respuesta de bronce
A mis quejas de alfeñique.

(*Romancero general.*)

1698.

(*Anónimo.*)

No quiero amores tan libres
Que me puedan sujetar,
Ni de mujer lisonjera
Quiero esperanzas de hoy mas.
No quiero comprar favores
A peso de mi pesar;
Que quien no guarda fe á uno
A nadie la guardará.
Escúchame un rato atenta,
Enemiga desleal,
Que eres ángel en la vista,
Y en las obras Satanas;
Pues con desfogar mi pena
Mi pecho descansará;
Que al fin no lastima tanto,
Si se comunica, el mal.
No te enoje lo que digo,
Que descanso con hablar,
Porque soy perro con rabia,
Que muerde á quien quiere mas.
Que si he mostrado quererte,
Es porque sepas que hay

Quien sabe tanto en fingir
Como tú en disimular,
Y que sufro mil agravios,
Aunque los sé sufrir mal,
Por vengarme de mujeres,
Cuando se quieren burlar;
Que aunque me ha obligado mucho
Ese rostro angelical,
Las maldades de tu pecho
Desobligado me han;
Que si como me mostraste
Quererme, fuera verdad,
Sin duda que te adorara,
Como si fueras deidad.
Pero acogióme tu pecho
Con fingida voluntad,
Y viéndome aficionado
Se me quiso retirar;
Y porque me vió picado,
Como si entrara á jugar,
Pensó que por desquitarme
Me ganara lo demas.
Sepa pues, señora mia,
Que no me suelo picar
Tanto, que aunque soy tahur
Perdiendo, lo sé dejar;
Y vuesa merced bien sabe
Que no he sido tan azar,
Que no me han salido encuentros
Con que podelle topar.
Empero soy tan cortés,
Que en cosas de voluntad
Jamas las quiero por fuerza,
Aunque las pueda forzar.
Si es que me envidó de falso,
Tambien, señora, sabrá
Que siempre juego á primero
En el querer y dejar;
Y si va á quinola doble,
Tambien me sé descartar;
Que con puntos diferentes
Nunca echo el resto jamas.
Y aunque el contrario me envide,
Y tenga el siete y el as,
Porque no me acuda el seis,
No me tengo de ahorcar;
Y asi, porque me conozca,
La quiero desengañar;
Que si sabe en juntar mucho,
Yo sé mucho en barajar.
Y que por largo que juegue
Y sepa mas en doblar,
Tambien sé jugar doblado,
Si me quiero aventurar;
Pues de cosario á cosario
No se me podrá llevar
Sino solo los barriles,
Cuando negociase mal.
Pero fie de mi pecho,
Que tiene tanta bondad,
Que sabrá satisfacerse
De quien ofendido le ha.
Y aunque mi aficion sea mucha,
Es tan grande tu maldad,
Que lo que era ántes perder,
Por ganancia tengo ya.
Ya sé que no te da pena,
Aunque algun tiempo podrá;
Que las burlas del amor
En véras suelen parar.
Del que me ha hecho tu retrato
Bien me pudiera pagar,
Pero á quien bien he querido
Jamas le puedo hacer mal;
Que hasta en esto mis entrañas
Muestran bien su natural,
Y la bondad que descubre
El toque de tu maldad.
Basta haberte conocido,
No quiero venganza mas;
Que cuando esto no bastare,
El tiempo me vengará.
Y pues estoy sin pasion,
Y tú sin pasion estás,
Retirémonos, señora,
Antes que perdamos mas.

(*Romancero general.*)

1699.

(*Anónimo.*)

Si piensa el señor Cupido
Que soy de cera suave,
Engáñale el pensamiento,
Porque soy de diamante:
Yo le digo desde aquí
De mí quiera desviarse,
No parta peras conmigo,
Que tengo de acuchillarle.
En tirarme agudas flechas
Le ruego que no se canse;
Que cuantas flechas me tire
Se han de quebrar en el aire.
¿Y qué piensa hacer de mí,
Si un cuarto no puedo dalle?
¿Por ventura no ha sabido
Cómo yo soy estudiante?
Busque, que muchos habrá
Desde poniente á levante,
Que le dén algun vestido
Con que se cubra las carnes;
Tenga vergüenza de andar
Tan desnudo por las calles,
Y destápese los ojos,
Porque vea lo que hace;
Que si bien me conociese,
No se atreviera á engañarme;
Mas desde agora le digo
No pase mas adelante.
Si engañó á la reina Dido
Y al amante de Anaxarte,
Que sin tener culpa alguna,
Les hizo que se matasen,
Yo no quiero su amistad,
Si tan caro ha de costarme;
Porque mas precio mi vida
Que al puto de su linaje.
Mas precio empeñar mis libros
Para jugar á los naipes,
Que á su amor ni á sus amores,
Que á cuanto él puede darme.
Mi amor es la libertad,
Que me la dieron de balde
Un Alejandro en riqueza,
Y en hermosura una imágen.
Si estoy en conversacion,
Luego procura afrentarme
Delante de mucha gente,
Diciéndome que le pague.
¿Qué brocados me vendió
En la feria de Morales?
¿Y qué ganados en Ronda?
¿Y en Sevilla qué solares?
Váyase, déjeme en paz,
No haga algun disparate;
Que si disparo una vez,
Ha de desear que pare.

(*Romancero general.*)

1700.

(*Anónimo.*)

Señora, ya estoy cansado
De ver cuán poca es la pena
Que tienes de mis pasiones,
Siendo tú la causa de ellas:
Ya me canso de sufrir
Y de tener tanto á cuestas

Una carga tan pesada,
Que es la carga que mas pesa;
Ya voy saliendo á lo claro,
Que hasta aquí he estado en tinieblas;
Ya salgo de la mazmorra,
Del cautiverio y cadenas;
Ya voy rescatando el alma,
Que há tanto que estaba presa;
Ya empiezo á cobrar la vista,
Que há tanto que andaba á ciegas;
Ya me parece otro mundo,
Otro ser y otra vivienda;
No traigo al reves la vida;
Ya empiezo á vivir de véras.
Llamaba pena á la gloria,
Llamaba gloria á la pena,
Y á la muerte dulce vida,
Libertad á la cadena;
Y cuando con muchos versos
Celebraba tu belleza,
Llamaba sol á tu cara,
Y luna á lo que era tierra;
Y cuando á tu humilde choza,
Como si dentro estuviera
Todo el bien de los mortales,
Contemplaba desde afuera;
Y cuando por causa tuya
Mil noches, que no debiera,
Andaba siempre velando
Como si lechuza fuera,
Tres años anduve loco,
Cual ruego á Dios que te veas,
Dando tributo al amor,
Primicias á tu belleza.
Siempre anduve desdeñado
De tu libertad exenta,
Y cuanto mas te servia,
Eras mas ingrata y fiera;
Mas como la privacion
El apetito acrecienta,
Creciendo tu desamor,
Se aumentaba mi firmeza.
De aquí adelante sabrás
Que á disgustos doy la rienda;
Que soy amador taimado,
Traidor á amor y sus tretas.
No me cautivan el alma
Las casadas ni solteras;
No por doncellas me muero,
Ni estimo se mueran ellas.
Ya cómo muy bien de todo;
Cuidados no me despiertan;
Rio, bailo, taño y canto,
A pesar de la tristeza.
Siempre anduve flaco y triste,
Y de tu amor la flaqueza
Me puso en tan grande extremo,
Que perdí de amor la fuerza.
Ya engordo y hago barriga;
Todo el vestido me aprieta.
¡Gracias á Dios que acabé
De vivir vida tan necia,
Como la que un tiempo truje
A mil peligros sujeta!
Esta es buena vida y ancha,
Vida alegre y pasadera,
Tan libre de propios daños,
Cuanto de ajenos ajena.
Juramento tengo hecho
Que si mil años viviera,
No he de morirme por nadie
Aunque mil por mí se mueran;
Que vale mucho una vida,
Y no es razon que se pierda,
Aunque rindais vos mas almas
Que hay en la mar arenas.

(*Romancero general.* — It. *Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1701.

(*Anónimo.*)

¡Ventanazo para mí
Despues de un año de ausencia!
¡Mal año para mis ojos,
Si os vieren á vos ni á ella!
Quebráranseme las manos,
Hermosa niña de á treinta,
Primero que á la ventana
Subieran á ver las vuestras.
¡Por nuestro Señor, que estuve
Por daros con una teja,
A no saber que hay en casa
Un majadero de piedra,
Que necio y favorecido
Yo no dudo que saliera
A vengar el tuerto hecho
A la vuestra delantera!
Mas, respetando los picos
De vuestra honrada chinela,
Acogíme á San Miguel
A rezar en vuestras cuentas;
Y de todo aquel recibo
De fe falsa y obras muertas,
Hallo que os tengo alcanzada,
Y que os alcanza cualquiera.
Y si de esto estáis quejosa,
Y estuvistes satisfecha,
«¿Por qué se cierran ventanas
»A quien se abrieron las puertas?»
Hame dicho cierto amigo
Que me hecistes harta afrenta,
Porque habeis dado en beata
Y decís que sois doncella.
¡Beata con lechuguillas,
Y que á media noche reza
Amorosas devociones!
No quiera Dios que la crea;
Que de su vida y milagros,
Los que la tratan, se quejan,
De haber llevado á hartas partes
Brazos y piernas de cera.
Respondeis que hecistes voto,
Estando ociosa una fiesta,
De castidad incurable,
De que siempre andais enferma.
¡Oh voto lleno de filos,
O por ventura de mellas!
Pues ya no hay sangre que corra,
Cortad deseo y vergüenza;
Que si dan tormento á indicios,
Yo sé muchos que confiesan
Que orillas de Guadiana
Apacentaron sus yeguas.
Y si entre tantos testigos
Se conociese mi letra,
«¿Por qué se cierran ventanas
»A quien se abrieron las puertas?»
No importa, hermosa beata;
Huélguese su reverencia;
Que ya sé que dije prima,
Cuando ella rezó completas;
Que el zapato que desecho
Yo me huelgo que le venga,
Pues ya ni será tan justo,
Aunque piense que le aprieta.
Ya he sabido que es bonete:
Para bien, señora, sea;
Y tan lozano de cola,
Que en vos deshace su rueda.
¡Qué contento quedaría,
Pues no ha sido cosa nueva
De verme cerrar el cielo
Donde vi vuestras estrellas!
Que como yo no soy niña,
Que de mañana soy vieja,
Al que espera vuestra gloria
No quisistes darle pena.

¡Colérico estoy, por Dios;
El ponga tiento en mi lengua!
Que aunque allá distes el golpe,
Dentro del alma me suena;
No quiero ser vuestro Páris,
Ni que vos seais mi Elena,
Aunque tuviera mas fuego
Que Troya tuvo por esta.
Ya, enemiga, me declaro,
Que la sangre se me altera,
Y el son de aquellas ventanas
Me toca al arma en las venas.
Desengaños de palabras
O de papel buenos fueran;
Pero sabed que son malos
Desengaños de madera.
Y pues lo estábades vos
De que yo era mal poeta,
«¿Por qué se cierran ventanas
A quien se abrieron las puertas?»

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1702.

(*Anónimo.*)

Cierta dama cortesana,
De las de arandela y toldo,
De las de buen talle y pico,
Y pícara sobre todo,
Picóla con sus saetas
Amor, de amores de un mozo,
Mas que Narciso galan,
Y mas que galan celoso.
Gozó d'ella algunos dias,
Sin pechar, que no fué poco;
Porque es la primer franqueza
Que en sus archivos conozco.
Cobróla el ninfo aficion,
Y puso su bolsa en cobro;
Porque con sola su gala
Pensó conquistallo todo.
Pidióla celos un dia,
Y á vueltas del alboroto,
Algo enojado el galan,
La dió un puntapié en el rostro.
Ella, que nunca habia visto
Semejantes terremotos
En el cielo de su cara,
Tocó á nublo y conjurólos;
Y fué la conjuracion,
Que en yéndose, de allí á un poco
Le escribió aqueste papel,
De que yo doy testimonio:
«Deje celosas sospechas,
»Que vive Dios que es un tonto
»Quien, no dando todo el gasto,
»No piensa pasar por todo.
»Huélguese, pues que le dejan,
»Y juegue, pues vamos horros,
»Y aunque encuentre mil encuentros,
»No me baraje uno solo;
»Y sepa vuestra merced
»Que calzo, que visto y como
»A costa de mis costillas,
»Por ser tan flacos sus lomos;
»Y entienda que es necedad
»Pretender con sus adornos,
»No siendo marques del Gasto,
»Ser conde de Puñoenrostro:
»Sepa que ya con las damas
»Un metal que llaman oro
»Es el discreto, el galan,
»El gentilhombre, el gracioso.
»Por este metal que digo
»Habla el mudo y anda el cojo,
»Alcanza el que está sin brazos,
»Y es de pluma el que es de plomo;
»Por aqueste, hábitos verdes,
»Y descendientes de godos,
»Dan su lado á quien los tiene
»En campo amarillo rojos:
»Por este amable metal
»En maridable consorcio,
»De bien diferentes sangres
»He visto yo hacer mondongo;
»Por este arbola bandera
»Quien en su vida vió moro,
»Ni sabe qué es centinela,
»Rebellin, trinchera ó foso.
»Da varas sin ser jüez,
»Y cátedras sin ser docto,
»Y si quiere hará verdad
»De Ovidio Metamorfósios.
»Pues si este, por quien se alcanza
»Cualquiera premio dichoso,
»A vuesa merced le falta,
»Y yo en el mundo no sobro,
»¿Por qué se mete en honduras
»Adonde el mar es tan hondo,
»Que suele anegarse en él
»Un hombre, aunque sea de corcho?
»Con las damas de este tiempo
»Es muy sabido negocio
»Que por un Magno Alejandro
»Trocarán catorce Apolos.
»Pasó ya el dorado siglo
»Que Angélica con Medoro
»Se gozaban en la selva,
»Pagando un amor con otro.
»Belerma, muy afligida,
»Hechos fuentes ambos ojos,
»Lloraba cinco ó seis años
»Sobre el corazon mohoso.
»Gastaba la gran Cleopatra
»Sus tesoros con Antonio;
»Dábase Tisbe la muerte,
»Y llevábala el demonio;
»Catalina por Pascual
»Andaba catorce agostos,
»Y al fin d'ellos sus amores
»Paraban en matrimonio.
»Ya está tan mudado el tiempo,
»Que aun negras de Monicongo
»Se van tras el interes,
»Y dan al amor del codo.
»Yo por un poco fuí necia;
»Mas basta la burla un poco;
»Busque, si encuentra otra boba
»Con quien él sea ménos bobo:
»Y con ella su merced
»Sea mudo, ciego ó sordo;
»Que á todo aquesto se obliga
»Quien quiere mucho, y da poco.»
Leyó el galan el papel,
Y dijo entre risa y lloro:
—Quien celos no tiene es simple,
Y quien los pide es un loco.—

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances.* — It. *Romancero general.*)

1703.

(*Anónimo.*)

Oid, señora mujer,
Y mirad que no merezco,
Aunque soy hombre honrado,
Anillo de paz meteros.
Que sea yo vuestra carne,
Y vos la mia, es gran yerro;
Que yo en nieve, y vos en cisco,
Mal convertirnos podrémos.
Muy grande sois para mí;
Para vos soy tan pequeño,
Que un enano de rodillas

Alcanza mas que yo tengo.
Vendiérame por compraros;
Mas nadie dará dineros
Por un esclavo huron
Pringado de tantos dueños.
Yo me acuerdo que tuvistes
Para mi brazos abiertos;
Y de que me los cerrais,
Tambien, por mi mal, me acuerdo.
El fuego aficion os puso,
Aunque le habeis ya muerto:
De pocos dias acá
Templada estáis á los vientos,
Pasmada la voluntad,
La fe dura, el gusto vuelto.
Con temores me espantais,
Mesuraisme con respetos;
Soy fácil y jugueton:
¡Ved qué contrarios extremos!
Estaba enseñado yo
A llevar á mi requiebro
A la aloja en los veranos,
Al turron en los inviernos.
Con mi cuarto de cabrito,
Con mi pollo ó mi conejo,
Entraba asi por su casa
Como por la de mi abuelo:
Su moza lo desollaba,
Y la pelaba de presto;
Que tiene para pelar
Buena condicion y dedos.
Cenaba á mi diestro lado,
Y en estando el frasco fresco,
Saltando el vino en los vasos
Daba á su vaso mil besos.
Quedábamonos allá
Hasta el alba cuando ménos;
Llena la boca de risa,
Me decia: —No le quiero
Si no me saca otras coplas
Como la estrella de Vénus:
Levánteme que soy ninfa,
Llame á mi frente su cielo,
Alabastro á mi garganta,
Hebras de oro á mis cabellos;
Que aunque falso testimonio,
Del componer ya sabemos
Que fué madre la mentira,
Padre el encarecimiento.
De esta ratera humildad
Di tan arrogante vuelo,
Que me puse á vuestros piés,
Alterados mis deseos.
Y como la gota de agua
Hace en la piedra agujero,
Las de mi llanto ablandaron
La casa del rigor vuestro.
Tres meses estuve en gloria,
Y habrá seis que en el infierno:
No hay penante como yo,
Segun ardo y según tiemblo.
Llegáronse ya los dias
En que, rompido el silencio,
A la clara podeis ver
La yema de mis secretos.
Pintan ciego al dios bastardo,
Porque van sin miramiento,
Los picados de sus viras,
Como al agua heridos ciervos;
Que los que siguen sus alas
Torpes, con pesados medios,
No les hace nido, linces
Del amoroso sustento.
Por vos, señora, lo digo;
Que de amor los nudos ciegos
En vos son flojas lazadas
Que os desatan por momentos.
Sois doncella, y sois casada;
Libre estáis en cautiverio;
Manteneis á quien os mete
Las potencias en mil cepos.
Teneis un custodio falso,
Un Argos astuto, artero,
Mas velador que velado,
Novio al quitar como censo;
A pausas sentis mis males,
Barcos son vuestros contentos,
Aguadas las esperanzas,
Vuestro merecer sin premio.
Yo quiero á todo llevar;
A sol y sombra me huelgo
De que coja mi aficion
Flor y fruta en cualquier huerto.
Detenidas, temerosas
No son de mí, pese al cielo;
Furiosas, despepitadas,
Son de mis pasiones centro.
Gravedades no las gasto;
No dan las sedas sosiego;
En un pajizo está el gusto,
Mejor que en dorados techos:
No duerme el Indio Crates
Ni el magnate, y sobre el heno
Reposa el pastor vestido
De pieles de sus corderos.
Por esto, mi grave amada,
Os pienso ver desde léjos;
Que segun me habeis tratado,
Moriré si á vos me acerco.

(*Romancero general.*)

1704.

(*Anónimo.*)

—A vos os digo, señora,
Escuchad, que con vos hablo:
Dejad un rato el espejo,
Que en este podeis miraros:
El os dirá la verdad
Con harto ménos engaño,
Que el que con lisonja muda
Os muestra vuestro retrato.
Dejad un rato la risa;
No penseis que estoy burlando,
Ni juzgueis que han de estar siempre
Las cosas en un estado.
¿Quién dirá que ese cabello
Que al sol oscurece ufano,
Ha de dar en algun tiempo
Venganza á quien ha enlazado?
¿Quién dirá que vuestros ojos,
Tan graves como estimados,
Han de ser con la mudanza
Sujetos á mil agravios?
Dirálo quien conociere
Del tiempo el curso voltario,
Tan cierto como lijero,
Y mas lijero que osado;
Y aunque ayer os conocí,
Confieso que estoy dudando
Si sois vos la que soliades
En la condicion y trato.
Ved qué dirá el pobre ausente
Que viniere confiado
En hallar lo que dejó
Tan seguro como antaño.
Parecerále imposible
Que, pudiendo el amor tanto,
Tenga en vos mayor poder
El interes su vasallo.
Mas ¿de qué me maravillo?
¿Sois vos la primera acaso
Que se ha dejado vencer,
Habiendo vencido á tantos?
¿Qué mucho que la nobleza
Corresponda á sus pasados,
Y que á falta de herederos

Le suceda el mas cercano?
Segun este presupuesto,
Mejor será disculparos;
Que el tiempo es sagaz y astuto,
Y vos mujer: no me espanto.

(Romancero general.)

1705.

(Anónimo [1].)

Galanes los de la corte
Que fuisteis á la jornada,
Las huérfanas de Madrid
Os envian esta carta,
Porque nos dicen que vais
Algunos de mala gana.
Vuélvase el que no la tiene;
Que le damos la palabra
De que en guerra mas sabrosa
Podrá tener la batalla;
Que no es ocasion de limpios
En la que al presente se hallan,
Do no se pueden mirar
La lindeza de la cara;
Que no es muda para ella
Pólvora y guante de malla.
Los enrizados copetes
El morrion los abaja;
Las compuestas lechuguillas
Las golas les desbaratan,
Y para marchar aprisa
No son buenas calzas largas.
Mal sufrirá armas fuertes
Aquel á quien embaraza
El vello para dormir,
Y la siesta se acostaba,
Los brazos arremangados,
Desnudos, en blanda cama.
Muy diferente es la vida
De la que acá se pasaba:
Mal comer, y mal beber
Agua turbia encenagada,
Y aun de esta no os hartaréis,
Porque os la darán por tasa;
Y en lugar de los guisados
Y las tortas hojaldradas,
Os daran habas, arroz,
Atun y vaca salada:
De un bizcocho carcomido
Una porcion moderada;
Que la vida de galeon
No puede ser regalada.
No hay en el galeon mujer,
Ni la dama cortesana,
Con quien se pase la noche,
Bailando la zarabanda.
Mal cortarán en la guerra
Vuestras vírgenes espadas,
Pues nunca vieron el sol,
Ni salieron de las vainas.
¿Quién os mete en ser valientes,
Y cuál demonio os engaña?
Volveros será mejor.
Antes que caer en falta;
Y no entendais que os rogamos
Porque galanes nos faltan,
Sino porque vuestras vidas
Nos tienen muy lastimadas;
Y doléos d'ellas, amigos,
Que para allá no sois nada.
Persuadíos de esta verdad,
No pretendais ignorancia,
A quien guarde Dios, y saque
De una ceguedad tamaña.

(Flor de varios y nuevos romances. — It. Romancero general.)

[1] Así este como el siguiente romance son una sátira cortesana de los que acudieron á la expedicion de la Mamora.

1706.

(Anónimo.)

Huérfanas las de la corte,
Que no os quereis llamar damas;
Los galanes y soldados
Recibimos vuestra carta.
Dentro de nuestros navíos,
Y fuera de vuestras barcas,
Vamos buscando la guerra
Por huir de paz tan mala.
Esta guerra es tan sabrosa,
Cuanto la vuestra es amarga:
Porque esta ejercita el cuerpo
Y la vuestra ofende el alma.
Ahora os podréis curar,
Miéntras dura la batalla,
La tez á uso de corte,
Y el mal á uso de Francia.
Miéntras nosotros gastamos
Pólvora y guante de malla,
Morrion, grevas y gola,
Arcabuz y pruebas largas,
Dejad holgar los copetes,
Arandelas y guirnaldas,
Alzacuellos y tablillas,
En que andais siempre ocupadas.
Los faldellines doblad,
Y guardad las verdugadas;
Que', pues os faltan galanes,
Sobradas serán las galas.
Seréis, como sois, galeras
Cargadas de lanzas, jarcias,
Que se están miéntras navegan
En el puerto despalmadas;
Y si no hay quien os sustente,
Comed, señoras, por tasa,
Pues vinistes fuera d'ella;
Que en fin los gastos se acaban.
Mejor es que carne enferma
La que aquí nos dan salada;
Mas sabroso es el atun
Que no mielga traspasada:
Al bizcocho carcomido
Mostramos buen rostro y cara,
Viviendo en los galeones
Por no morir en fragatas.
Al estragado apetito
Mostrastes la zarabanda,
Porque el manjar desabrido
Se comiese por la salsa;
Pero tendrán mejor corte,
Señoras, nuestras espadas
En defensa de la fe
Y fuera de nuestras vainas.
Muestras damos de valientes
En huir vuestra batalla,
Donde el que mejor pelea
Ningun miembro sano saca.
Muy ciertos, damas, estamos
Que allá galanes no os faltan,
Pues para vuestras lindezas
Cualesquiera cosa os basta;
Y doléos de sus dolores,
Pues d'ellos fuisteis la causa:
Señoras, Dios os convierta;
Y adios, que parte el armada.

(Flor de varios y nuevos romances, 2.ª parte. — It. Romancero general.)

1707.

(Anónimo.)

Dueña, si habedes honor,
Mirad bien por mi facienda;
Que ya debria ser tiempo
Que mi dolor vos empezca:
Non pongais en al las mientes;

Que non es de buenas dueñas
A quien tuerto non les face
Facer injurias derechas.
Membradvos, señora mia,
Que face esta primer fiesta
Seis años, non dende ayuso
Que os fastidian mis recuestas;
Y en todos estos seis años
Non firieron mis orejas
Razones de vuestra boca
Que mis congojas desmientan.
En los dos años primeros
Me distedes por respuesta
Que érades niña en cabello,
Para usar homes pequeña:
Los otros cuatro, señora,
Non remediastes mis penas,
Temiendo veros en cinta:
¡Ay Dios! quién en cinta os viera!
En los dos últimos meses
Partíme á las lueñes tierras;
Volví y hallévos casada,
¡Triste de quien fia en fembras!
Distedesme por excusa
¡Triste de quien lo creyera!
Que el viejo de vuestro padre
Vos fizo casar por fuerza;
Que bien sabe el de lo alto
Cuántas lágrimas vos cuesta,
Porque vuestra voluntade
Non es conmigo mañera.
Si ello es vero ó non, yo fio
Que esta vegada se vea,
Pues ya non podrá estorballo
Ser niña ni estar doncella.
Faced como vais, señora,
Mañana á la Magdalena
A ganar las perdonanzas
Con quien puridad vos tenga.
Venid vos á mis palacios,
Donde tendrémos la siesta,
Y folgarémos en uno
Sin que mis homes lo vean;
Que si así satisfacedes
Mi aficion y vuestra deuda,
Veré que non es falsía
Ni malquerencia la vuestra.
Donde non, cuidá, casada,
Que tarde ó temprano sea,
Que de estos desaguisados
Tengo de tomar enmienda.
Esto escribió Gerineldos,
Camarero de la Reina,
A la dueña Quintañona,
Estando en celada puesta.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1708.

(*Anónimo.*)

—Señor infanzon sesudo,
Que mala pro vos dé Dios,
Si non sabedes mis partes,
Escuchedes, que estas son.
Non tengo tenencias muchas,
Porque á veces el honor
Tan lueñe finca del oro,
Como de la tierra el sol.
La pobreza non es mengua,
Porque el fidalgo de pro
A solo su rey y al cielo
Reverencia por señor.
La mi nobleza heredada
Mi linaje la alcanzó
Con la espada y con la lanza
En los montes de Leon.
Non son mis armas cruzadas
Rojas fajas de Aragon,
Ni el santo de la cogulla
Puso nombre á mi blason;
Que sobre el campo de plata,
Con una y con otra flor,
Le dió tres bandas azules
Pelayo el Conquistador.
Non por las vuestras tenencias,
Magüer que muchas son,
Se anublará dende ayuso
El cristal de mi opinion;
Que el diamante, aunque sin oro,
Enseña su resplandor,
Y la esmeralda y rubí
Por sí tienen su valor.
Si pensais que al vueso cuerpo
Se sujeta mi aficion,
Sabed que vos mengua el seso,
Que non solo la razon:
¿Qué Narciso mira el mundo
En vuestro talle y color?
¿Qué Rodamonte en fazañas?
En ciencia ¿qué Salomon?
Maldito el espejo sea
Que á tuerto vos engañó:
Miráos vos en este mío,
Y abajaréis el humor;
Y apartadvos, entre tanto,
De las fuentes, que á un garzon
Que como vos se enamora,
Aquesto le está mejor:
O si cedo el desengaño,
Pretendeis, por el mi amor
Que os quiteis las vuesas galas,
Semejaréis al pavon.
Con las fembras de mis partes
Non vos fagades señor;
Porque cato cuál es real,
Y cato cuál es doblon.
Miémbresevos cuando el lobo
Por salir de sujecion
Se cubrió de arriba abajo
Con una piel de leon:
Conocióle al primer trance
La raposa, que lo vió,
Y al cabo se quedó lobo:
¡Miredes en qué paró!
Dejad los altos blasones,
Las empresas y el honor,
Que de los moros decides
Que alcanzó el vuestro pendon,
Y atended una vegada,
Si vos basta el ser quien soy,
A respetar á las fembras
Que son corteses con vos.—
Esto dijo Doña Elvira,
La faz blanca y su color,
A Don Pelayo Bermudez,
Subida en su mirador.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1709.

(*Anónimo.*)

—Decidme, recien casada,
¿En qué vos ofendo yo,
Que sin haber justa causa
Ausentades vuestro sol?
Magüer non viene la noche,
Que en guisa de peleador,
Erguida la mi cabeza,
Contemplo vuestro balcon,
Bendigo vuestras andanzas,
Para que vos logre Dios;
Y por vervos dos vegadas,
Hasta que el sol sale estoy.
Mirovos con tierno pecho,
Y miraisme con rigor;

De que se aumentan mis males
Y crece mas el mi amor.
Cuando subides acaso
En el vueso mirador,
Non tenedes membramiento
Cómo está el mi corazon.
Para encender mas mi fuego
Vos servides de eslabon,
Con que de mis fechorías
Está agostada la flor.
Las dueñas de vuestra casa
Me preguntan si es amor,
O si en alguna batalla
Arrastraron mi pendon;
Y si vades á visita,
Porque yo presente estoy,
Para ausentarvos de mi
Tomades de esto ocasion.
Tanto desden y desdicha,
Señora, causalslo vos;
Que ya non puedo llevallos,
Magüer [1] porque muchos son.
Atended solo á decirme,
Para quitar mi aficion,
Si vos ofendo en mirar
Los rayos de vueso sol;
Que vos faré juramento
Por señor San Salvador,
De non causarvos pesar,
A costa de mi dolor.
Mis barraganes preguntan
Quién es de mi mal autor;
Y porque non vos maldigan
La respuesta non les doy.
¡Mal pagades mis andanzas!
Quizá que non son de pro;
Empero suple el deseo
Donde mengua la razon.
Pásase el tiempo lijero,
Cuando contemplo en los dos,
En mí, la verde esperanza,
Y de ella la flor, en vos.
Cerrádesme las ventanas;
Empero bien sabe Dios
Que vos me cerrais ventanas,
Yo vos abro el corazon.—
Aquesto cantaba Celio,
De Marfisa cantador,
Mirando de sus mejillas
El trasparente arrebol.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

[1] Aquí la palabra antigua *magüer*, que significa *aunque* ó *á pesar de*, está mal usada y no hace sentido: es una afectacion de archaismo muy inoportuna.

1710.

(*Anónimo.*)

Dollente estaba Don Bueso
De amores, que non de fiebres;
Doloridas penas pasa
Por mirar ojos crueles.
En el lecho, no reposa;
Levantado, no se mueve;
Con las paredes platica;
Mudo estaba con la gente.
Un anciano de su casa
Que parte en su deudo tiene,
Escudero bien sabido,
Le fablaba de esta suerte:
—Non celeis las vuestras cuitas,
Don Bueso, sangre de reyes;
Que voluntarios achaques
Voluntaria cura quieren:
Si amores de gentil dama
Vos trasportan y adolescen,
A guisa de noble amante,
Recuestalda noblemente:
Mantened honrosas justas,
Y en ellas cumplid valiente
Lo que en pro del nombre suyo
Prometan vuesos carteles.
La vez que podais hablalla,
Decilda amores corteses,
Y con sus dueñas queridas
Repartí vuestros haberes.
Si alcanzar podeis olvido,
Lo mas sano me parece;
Mas si no, solicitalda,
Que vos plaza, ó que vos pese.

Romancillo del fin.

—¡Miren el vejazo,
Respondió Don Bueso:
Mal aconsejado,
Peor consejero!
El piensa que el mundo
No le rige el tiempo
De fin y principio
Por durable medio;
Y de sus relojes
La arena que vemos
No llena vacíos,
Sin que vacíe llenos.
Por la edad, que cría
Los usos modernos,
Han de gobernarse
Los humanos cuerpos.
Era el almidon
Sustancia de enfermos,
Agora es tesura
De aflojados cuellos;
Tenian las manos
De Cupido el viejo
Las palmas de gracia,
De amores los dedos:
De fullero astuto
Las tiene el mancebo,
Criador de agravios,
Criado gallego.
Aquel rey sin casa,
Aquel dios sin cielo,
Pedernal en agua,
Que tocado es fuego,
Disoluto corre
El órden honesto,
Que ántes caminába
Con pasos á tiento.
La verdad ilustre,
Divino respeto,
Los mas la bendicen,
Dicenla los méuos:
Mentimos los grandes,
Y si en esto miento,
Hablen las mercedes
De nuestros pequeños.
La edad es inútil,
El mundo tan viejo,
Que para morirse
No le falta un dedo.
Tan estrechamente
Se ha ceñido el tiempo,
Que si no se afloja
Le reventarémos.
Mas ¡qué de verdades
Se me van saliendo!
Mas de cuatro amigos
Dirán que los quemo.
Volvamos la hoja,
Que estoy muy acedo;
Hablemos de burlas,
Y alegrarnos hemos.
Contra los carteles,
Cartas de floreo,
Nos dieron las plumas
De humanistas frescos;
Estos que presumen

Que mil caramelos
Dan á cualquier alma
Sus amargos versos.
Nuestras aventuras
En anocheciendo,
Tias de portante
Nos las dan á censo.
Los breves enanos,
Los salvajes feos,
A los Amadises
Brindan con sus cuernos.
Esto se platica,
Perdone el acero,
Y de orin se cubra
De la greva al yelmo.
Yo me siento malo:
Dolores confieso
De aquellos que matan
Por mal regimiento.
Por tercianas curo
El mal, que un tercero
Me hace en aquella
De los ojos negros.
Regalo con tocas
Y monjiles luengos
A una dueña suya,
Que la da mil dueños.
Usanse unas damas
Compuestas de enredos,
Tempranas y locas
Como flor de almendro.
Suspiros quemados
No entibian sus pechos;
Que son avestruces
De ardientes deseos.
Por sus demasías
Deshago mi lecho,
Sin dormir un punto
Hastá que me acuesto.
Hablo á mis paredes,
Muros del silencio,
Contra necios vivos,
Apacibles muertos;
Que de dar orejas
A dos majaderos,
Me dijo un amigo,
Estoy en los huesos.
Si vos sois el uno,
Señor escudero,
A vuestra escarcela
Dad esos consejos;
Y sin replicarme,
Porque yo me duermo,
A Dios, el mi anciano,
Que vos dé buen sueño.

(*Romancero general.*)

1711.

(*Anónimo.*)

La ronda de este lugar
Aquesta noche pasada
Prendió un muchacho flamenco,
En casa de unas beatas;
Y aunque ciego de ambos ojos,
Unas cuentas ensartaba,
Para tomarlas en pago
A todas las de la casa.
Pensaron cuando le vieron
Que era un ángel en la cara,
Porque en los hombros tenia
Dos ricas pintadas alas.
Preguntóle el juez quién era;
Respondió en voz levantada:
—Soy un niño forastero,
Que todo el mundo es mi patria.
—¿Quién es tu padre? le dice.
—Mi madre dice la fama
Que mi padre es un herrero,
El señor de las batallas.—
Preguntóle: —¿Qué buscais
En casas tan retiradas?—
Respondió, que corazones
De doncellas descuidadas.
Por sospecha de ladron,
Venida que es la mañana,
Le han hecho dos mil embargos
De cosas harto pesadas.
Un perulero le pide
Catorce barras de plata
Que trujo del Nuevo-Mundo
Por mil mares y borrascas,
Y por causa del mozuelo
Con una cortés-no-sana,
Gastara en solo tres meses
Lo que en tres años ganara.
Una mozuela risueña
Las sus palabras demanda,
Que al requiebro de un lacayo
Las dió por una ventana.
Pajes piden sus salarios,
Y fregonas sus soldadas,
Gastados en pasatiempos
De la vida enamorada.
El embargo de un letrado
Es lo que mas le espantaba;
Que le pide su juicio
Y gastos de Salamanca.
Un escribano famoso,
Dice que tambien le embarga,
Que por amor de él ha hecho
Cuarenta escrituras falsas.
Un médico de gran ciencia,
Dice que tambien le embarga,
De que le ha hecho poeta
Por contentar á su dama.
Olvídase de Galeno,
Y el Parnaso se le inflama,
Que en las recetas de enfermos
Pone versos del Petrarca.
Un sacristan se querella,
Diciendo: —¡Cosa es pesada
Que por este ceguezuelo
Pase yo vida tan mala,
Y que jamas de la mano
El badajo se me caiga,
Llamando á pique repique
A mi bella y dulce dama!
Ella mas dura que mármol,
Y mas fria que una escarcha,
Está sorda á mis lamentos,
Cual un monte de Alemania.
Un sastre pide su sangre,
Porque al cortar de una saya,
Pensando en cosas de amor,
Medio dedo se llevara.
El muchacho se defiende
Diciendo no deber nada,
Pues ociosidad ha sido
De todos sus males causa.
Admitesele el descargo,
La sentencia se dilata,
Unos dicen que le ahorquen,
Otros que á galeras vaya;
Otros dicen: Ni por pienso
Entre en la mar esta plaga,
Que si amor entra en la mar,
Den por abrasada el agua;
Y mas que su madre Vénus
De la espuma fué criada.
Soltaron luego al muchacho,
Su abuela estando en la cama.
Otros dicen, y es lo cierto,
Y lo que á todos mas cuadra,
Que por ser niño y pequeño
Le absuelvan de la demanda.
Echele Dios á las partes,

Donde mas provecho haga,
Y pague si lo merece,
Y si no, que libre salga.

(*Romancero general.*)

1712.

(*Anonimo.*)

Cantemos, señora musa,
Pues no tenemos guitarra,
Al son de vuestro pandero,
Y al ruido de mis sonajas.
Entre lo malo del cuerpo
Salga lo bueno del alma;
Que es justo que sepa el mundo
Lo que por el mundo pasa.
Anden públicas pasiones,
Y déjense las privadas;
Que, aunque en general hablemos,
Todos entramos en danza.
Entendámonos un poco
Sin Cúpido y sin la Parca,
Y perdóneme mi gusto
Si me olvido de mi dama.
No faltará quien se acuerde
Con voluntad temeraria
De poner su pensamiento
Donde solo el mio alcanza.
Dén todos en perseguirme,
Pues suficiente es la causa;
Pretendan unos por sobras,
Y otros pretendan por faltas.
¡Pobre del que estando ausente
Es terrero de pedradas,
Y sin poder defenderse
Todo llueve en sus espaldas!
Ruego al cielo que escapemos
Con salud de esta borrasca,
Que aunque salgamos á nado,
No habrémos perdido nada.
Ya me olvidaba del mundo,
Si mi musa no llamara.
¡Oh qué gentil coronista
De verdades apuradas!
En tiempo del Cid Rui Diaz
Era el mundo de otra traza;
Aunque viejo, venerable,
Y mas llano que la palma:
Pero ya, como caduca,
Ninguna regla se guarda,
Y cuando se quejan de él
Por decrépito se escapa.
Entónces el otro abuelo
Compraba con fuerza de armas
Lo que ya venden los nietos
A flaqueza de ganancias.
Entónces el rey Don Sancho
Vestia un justo botarga,
Unas calzas de contrai,
Y unos zapatos de vaca:
Agora cualquier gabacho
Rompe seda y huella raja,
De un extremo en otro extremo
Botas justas, calzas anchas.
La conformidad entónces
Entre extraños era amada;
Mas ya entre padres é hijos
Hay Africa, Europa y Asia.
Los hermanos no lo son
En llegando á edad formada;
Ya los propincuos parientes
No como solian empatan.
Todos lo malo conocen,
Y lo bueno no lo alcanzan;
Que el legítimo es mestizo,
Y el mestizo padres halla.
Ya las mentiras se usan
Como valonas y calzas,
Y porque pasan tormenta,
Ya las verdades amainan;
Ya el trato llano se veda,
Y se establecen las trampas,
Como vínculo heredado
Y blason que está en sus armas;
Ya en los hombres la malicia
Es como sangre heredada,
Y en todos estados cunde,
En fin, como grande mancha.
Ya los muchachos de quince
Son los viejos de Susana,
Y el que ayer no supo bailar
Hoy canta la zarabanda;
Ya se compra á peso de oro
Lo que nunca valió nada,
Y son doseles de seda
Los que ántes eran de lana.
Ya el que al parecer es palo
Sabe hacer á todos pala,
Y hay Dédalos en el mundo
Que vuelan sin tener alas.
Los reinos de nuestros tiempos
Son Cicladas encantadas,
Pues hacen aquí los hombres
Lo que es imposible se haga.
¡Qué de torres locas vemos
Por esos vientos fundadas!
¡Qué de ciudadanos ricos
Porque domaron las aguas!
En verano y en invierno
¡Qué vemos de calabazas,
Cuyo peso es infinito,
Por ser infinito vanas!
¡Qué correr de vientos ya,
Que no vimos en el mapa,
Que en un único sugeto
Contrarios efectos causan!
¡Qué de damas, que de gordas
Saben quedarse en delgadas!
Qué de virtudes se humillan!
Qué de vicios que se ensalzan!
Qué de necios que se estiman!
Qué de discretos se ultrajan!
Qué de amigos que se pierden!
Qué de enemigos se ganan!
¡Cuántos corren sin poder,
Y cuántos pudiendo paran!
¡Qué de habladores son mudos,
Y qué de mudos que hablan!
Qué de locos que se sueltan,
Y qué de cuerdos se atan!
Qué de medios que se buscan,
Y qué de medios se hallan!
Qué de altos que se huellan!
Qué de bajos no se alzan!
Qué de cueros visten cueras!
Qué de sayos visten sayas!
¡Y qué de capas capotes!
Y qué de capotes capas!
En los géneros entrambos
¡Qué se levantan de faldas,
En secreto las que acortan,
Y en público las que arrastran!
¡Qué de mezclas que se venden,
Unas buenas y otras malas,
Y por ser pocas las buenas
Se venden las malas caras!
¡Qué de moneda que corre
Sin ser oro, cobre ó plata!
¡Qué de calvos hay con pelo!
Qué de pelones con calvas!
Encomendémoslo á Dios:
Señora musa, ya basta,
Que no faltará quien diga
Que estoy loco y vos borracha.

(*Flor de romances*, 5.ª parte. — It. *Romancero general.*)

1713.

(*Anónimo.*)

Mal hubiese el caballero
Que de escuderos se fia;
Pobres son y enamorados,
Cobardes á maravilla.
Van y vienen á palacio;
De palacio á la cocina:
Hoy traen cadena de oro,
Mañana no traen camisa.
Quien con escudero casa,
Decia una abuela mia,
Mejor partido le fuera
Que nunca fuera nacida.
Abra la boca la triste
Detras de la celosía,
Y manténgase del aire,
La que del aire se fia.
Entre los sabios doctores
Y moral filosofía
La mujer del escudero
Camaleon se decia;
Que ya no son escuderos
Los que otro tiempo solian:
Escudo y bien de los reinos
Era su etimología,
Y escusados del de Dios
Es el que tienen hoy dia;
Que opinion es de escuderos,
Allá en el Andalucía,
Que el escudero se hace
Del oficial de Castilla;
Que en faltándole el caudal
La necesidad le obliga
Al mas desvalido nombre
Que el de Mari-rabadilla,
A que salga los dias santos
Con mi madre y con mi tia,
Por una libra de vaca
Y una torta mal cocida:
Sus botas de siete suelas,
Y su gorra sin toquilla,
Y el sayo sin delanteras
De cada parte una chia,
Y un boton de ladrillejos,
Cuatro ó cinco de espiguilla,
Dos ó tres de hilo blanco
Dados hollin por encima;
Escarcela de badana,
Remendada la pretina;
De dos hebillas los tiros,
La espada no relucia;
Cuentas colgadas del cinto
Engastadas en alquimia;
Los guantes llenos de grasa,
Camisa rota y no limpia;
Su sortija de jaqueca,
Que mas que á sí la queria;
Capa de raja arrugada
Con un jeme de capilla
Raida en la quinta especie,
Y sin color conocida,
Que la pasará un madroño
Si una dueña se lo tira.
¡Y si entrais en su casa,
El arreo es maravilla!
Cama angosta de cordeles,
Manta colorada encima,
Largo calzador de cuerno,
Su bonete y esconfilla,
Y con su cola de buey
A do su peine ponia;
Arcas, cofres desollados,
Que de vellos es mancilla;
Un banco cojo de un pié,
Con tres sillas, ¡y qué sillas!
La una era de barbero,
Y la otra de costillas,
Y la otra de descanso
Que respaldar no tenia;
Mesa de pino encolada,
Mantel que no la cubria;
Por salero un pié de copa,
Y por copa una escudilla.
Humos de su chimenea
Un lince no los veria;
No encarecen los manjares,
Ni mueren de apoplegía.
Siéntase el padre á la mesa
Con su hambrienta familia,
Y saca la ejecutoria
Tras brevísima comida.
—Mirad, hijos, vuestras armas,
Oid vuestra hidalguía;
Porque al fin, aunque sois pobres,
Sois de alta genealogía,
Que sois Paredes de Huete,
De Ciudad-Rodrigo Silvas,
Y sois Medranos de Soria,
Y sois Malos de Molina,
Y sois Lumbreras de Atienza,
Y Campuzanos de Hita;
De Mendozas y Pachecos
Teneis una tiramira.
Estos lobos son Ayalas,
Estas cucharas Padillas,
Estas bandas son Cabreras,
Y este cuartel Bobadillas.
Si el conde Fernan Gonzalez
A mi bisabuelo via,
Por pariente lo trataba,
Y á su mesa le ponia.
Mirad la virtud, mis hijos,
Que es la que mas convenía.—
Cuéntase de un escudero
Que con sola una camisa
Cuando llegaba el dia santo
Por el revés la volvia,
Y á cada vuelta que daba
De esta manera decia:
—¡Bendita sea la limpieza
De la Vírgen sin mancilla.—
Un señor de aquestos reinos,
Que bien de aquesto sentia,
Dice que si un hombre á otro
Le desmintiere en porfia,
Que le responda: *Escudero;*
Y su honra con la mia.
Que este es el triste apellido
Lleno de melancolía,
Que no está la pena en él,
Sino en el que la sentia.
Escudero sea el diablo;
Que si supiese esta vida,
Huirá del nombre al abismo
Como del agua bendita.

(*Romancero general.*)

1714.

(*Anónimo.*)

A reñir salen furiosos,
Sin padrinos ni terceros,
De la venerable Illescas
Dos cansados escuderos,
Haciéndose el uno al otro
Muchas bravatas y fieros
Por embustes de una daifa,
Con quien andaban cuarteros;
Y á la salida toparon
Dos amigos taberneros,
En cuyas casas entraron
Para templar sus aceros:
Y con un par de solomos,
Y unos bien tostados cueros
De un gordo lechon, se abrochan

Bien cuatro azumbres enteros.
Puestos á treinta con rey,
Van hechos unos Rugeros,
Dejando á guardar las capas
A los vecinos postreros;
Porque ha de ser la batalla
De la cinta arriba en cueros,
Como lo estaban los dos
Que cargaron delanteros.
Y alzadas ya las espadas
Para hacerse unos harneros,
Vieron estarse topando
Cerca de allí unos carneros,
Que sobre una triste oveja
Se daban golpes tan fieros,
Que no pueden apartarlos
A palos los ganaderos,
Hasta que llenas las frentes
De sangre y mil agujeros,
Cayeron muertos en tierra,
Y en la cuenta los guerreros.
Y como es de escuderazos
Ser de ordinario agoreros:
—¿Qué os parece, dijo el uno,
Que causan de amor los fueros?
—Dejemos ya, dijo el otro,
Nuestros intentos primeros,
Que lo que hacen los brutos
No lo han de hacer caballeros.

(Romancero general.)

1715.

(Anónimo.)

Una cortesana vieja
A una muchacha de Búrgos,
Mal industriada en el arte,
La riñe ciertos descuidos.
—Paréceme, Aldonza mia,
Que es el blanco de tus gustos
A do tiran tus deseos
Comer y vestir al uso.
Sabe, niña, aprovecharte,
Porque, como dice el vulgo,
Buena cara y pocos años
Es un riquísimo juro;
Que un censo que está fundado
En esta corte del mundo
Sobre la edad y belleza,
Ya sabes que no es seguro.
Redimille el mundo puede,
Y ansí que se guarde es justo,
Porque tras carnestolendas
Se siguen los dias de ayuno.
Muchos galanes te siguen:
No digo que tengas uno,
Mas que escojas los que fueren
Mas de provecho que rumbo.
A soldados y estudiantes
Con sus ventajas y cursos
Por Flándes y Salamanca,
Nunca admitas en tu estudio;
Que si quieres letras y armas
Hallarlo has todo junto
Todas las veces que vieres
En tus manos un escudo.
Buen metal de voz y vena
En un hombre valen mucho,
Si la vena es del Perú
Y el metal es oro puro.
Procura pedir á todos,
En su lengua á cada uno;
Con señas al liberal,
Y con palabras al duro.
Y si enfermare por dar,
Déjale en tiempo oportuno;
Que el médico nunca aguarda
A que se muera el difunto.
Es la bolsa en el amante
Lo que en el enfermo el pulso,
Que en habiendo intercadencias
Le pueden cortar los lutos.
Da, si fuere menester,
Donde puedas sacar zumo;
Que el labrador nunca siembra
En tierra que no da fruto.
El poner cebo á los peces
A gran cordura lo juzgo;
Porque dar lombriz por barbo
Es logro el mayor del mundo.
Cuando vieres que se va,
Aunque de ello gustes mucho,
La risa del corazon
Dé lágrimas por tributo;
Que tambien el cielo á veces
Hace dos efectos juntos;
Que llover y hacer sol
Es propio del cielo tuyo.
Si te llegare á besar,
Dale celos con alguno;
Que son los celos, amiga,
Pimienta de estos besugos.
Bien sé que pica y abrasa,
Mayormente cuando es mucho;
Pero poco, y sobre fresco,
Antes acrecienta el gusto.—
En esto llamó á la puerta
Don Bernardo y Don Bermudo;
Aldonza se fué al estrado,
La vieja á acechar se puso.

(Romancero general.— It. Primavera y flor de los mejores romances, etc.)

1716.

(Anónimo.)

Hermosas depositarias
De mil almas noveleras,
Las que seguis de Cupido
Los pífanos y banderas:
Un consejo os quiero dar;
Y atended que no os lo diera,
Si de puro acuchillado
Los sesos no se me vieran.
Y no colijais tampoco
Que alguna pasion me ciega,
Que yo como libre hablo
Del tiempo que no lo era.
No pongais vuestra aficion
En mocitos de esta era,
Que son como basiliscos
Que matan y luego vuelan:
Huid como del demonio
De estos de calzas tudescas,
Que es de Alejandro su vista,
Y de duendea su moneda.
No os fieis de sus palabras,
Ni os engañen con endechas;
Que tienen las bolsas duras
Y las palabras muy tiernas.
Tienen de bronce las manos,
Las faltriqueras de piedra,
Y la moneda de plomo,
Mas falsa que sus promesas.
No os engañen los que agora
Se ciñen como maletas,
Que de apretar las barrigas
No tienen sustancia en ellas.
Finalmente os aconsejo,
Parroquianas de esta feria,
Que de estos almidonados
No se ocupe el alma vuestra;
Porque hay mocito espigado
Que con cuatro plumas negras
Piensa escalar vuestra casa,
Y torcer vuestras madejas.

Al que es hijo de vecino
Tapialde ventana y puerta;
Que piensa que le debeis
De alcabala cama y mesa;
Y si entrare en vuestra casa
No dando provecho en ella,
Abrilde con una mano,
Y con otra echalde afuera.
Y el órden de vuestra vida
De hoy mas mirad que sea
Ver *ante omnia* el *plus ultra*,
Que ya quien lia no medra.
El que quisiere hablaros
Traiga de azul la librea,
O vístase de oro fino,
Color contra la tristeza.
Traiga las armas del rey
En el escudo por muestra:
Philippus, Rex Hispaniarum
Diga el mote de la letra.
Al que estas letras arroja,
Hermanas, para leerlas,
Si de esta suerte viniere
Bien podeis abrir la puerta.
Fideno, aquel que decia
Que érades Circes y peñas,
Agora os da por consejo
Que os convirtais en Medeas,
Porque si blandas os hallan,
Como blandas os refriegan,
Y venis á quedar todas
Como granadas abiertas.

(*Romancero general.*)

1717.

(*Anónimo.*)

Dándose estaba Lucrecia
De las hastas con Tarquino,
Potente rey de romanos,
Mal vencedor de sí mismo.
Decíale la matrona:
—Pasito, señor Tarquino,
Que de mi honor la cerraja
Tiene muy recio el pestillo:
No me sobaje su Alteza,
Conquiste con amor liso,
Y no con fuerza brutesca
Los muros de mi castillo.
Por eso al hijo de Venus
Le pintan desnudo y niño,
Porque los niños no salen
Pedir sino con gemido.
¡Quién fuera el castor agora,
Aquel animal bendito
Que perseguido se corta
La causa de su peligro!
¿Cómo miran las deidades
Desde su teatro altivo
Este tuerto enderezado
A profanar mi albedrío?
¿Para tal fuego no hay agua?
¿No hay rayos para tal brio?
¿Tal pujamiento de sangre
No degüellan sus cuchillos?—
El Rey, mas duro que mármol,
Apénas oyó su grito;
Que la razon alterada
Obedece al apetito.
El suyo ha cumplido el Rey:
La matrona no ha cumplido
Con el himeneo santo,
Porque manchó sus armiños;
Que la voluntad forzada
Es voluntad en juicio,
Y en Lucrecia aun vive y reina
La de mas cortantes filos.
Y dando satisfaccion
De su honor, ¡gentil castigo!
A su violado pecho
Aplicó un puñal buido.
Al fin murió, dando ejemplo
A los venideros siglos,
Pues la ofensa ha de lavarse
Con sangre del que la hizo.

(*Romancero general.*)

1718.

(*Anónimo* [1].)

Mártes de carnestolendas,
Que le llaman los vulgares
Por otro moderno nombre
San Tragantón de gaznates,
De mi posada á la plaza
Pasé en un breve instante,
Y hallé la gente revuelta
Como baraja de naipes.
Venia un perro corriendo
Con un estruendo notable;
Un gato traia por maza,
Mas negro que un azabache.
Daba recios aullidos
Y se agarró de un fraile;
El fraile de una doncella
De setenta navidades.
Viérades rodar por tierra
Perro, gato, niña y fraile;
Y enseñar un sol al sol
La niña entre sus briales.
Era el mastinazo torpe,
Y tiró con tal coraje,
Que arrastrando los llevaba
Por inmundicia y zaguanes.
Sacó el gato entre las uñas
Capa y capilla del fraile,
Y parecian sus caras
Ambas de mal talante.
En esto venia una escuadra
Por la plaza con donaire,
Ofreciéndose á la vista
Ridícula y agradable,
Vestidos de colorado
Treinta y siete arrogantes,
Con asadores al hombro
Llenos de salchicha y carne,
Y de panzas de carnero;
Monteras con sus plumajes,
Y en las piernas llevan ligas
De morcillas y cuajares:
Delante cuatro maceros
Disfrazados de salvajes
Iban haciendo camino
Para que esta gente pase.
Encima unas angarillas
Llevan los mas principales
Al hombro, á Carnestolendas,
Galan dispuesto, arrogante:
Iba vestido de turco,
Con un hermoso turbante
Y seis plumas de pavones
Guarnecidas de diamantes.
Traia cinco instrumentos;
Un rabel con un discante,
Una arpa y un laud
Y un atambor retumbante;
Por tiros una gallina,
Y en lugar de corvo alfanje
Un asador que atraviesa
Los tiros de parte á parte;
Pendiente de la pretina
Una calabaza grande,
Con un letrero que dice:
Brindis quoquis madrigalis.
Iban danzando y bailando
Todos con lindo donaire,

Haciendo lazos curiosos
Y con la cara visajes.
Duró una hora esta fiesta
Y pareciéndome tarde,
Me retiré á mi posada,
Y allí desterré mi hambre.
Esta es fiesta de Madrid
Ridícula y agradable:
Perdonen vuestras mercedes
Que aquí da fin el romance.

(*Romances varios de diversos autores.*)

[1] Descríbense en este romance los usos y costumbres del siglo XVII en unas fiestas de Carnestolendas en Madrid.

1719.

(*Anónimo.*)

En la antecámara solo
Del rey Don Alfonso el Bueno,
De una losa en otra losa
Paseando está Don Bueso.
Sobre el bonete de orejas
Colchado de lana y lienzo
Lleva gorra de Milan,
Recostada al lado izquierdo;
Su barba de media luna
Bien peinada, y sobre el pecho
Antojos de larga vista,
Y guantes de nutra al cuello;
Bohemio verde, londrino,
Guarnido de raso negro;
De tafetan cuello y vueltas,
Ancha manga y corto cuello;
Mal picado y sin brahones,
De gamo un gentil coleto;
Corta falda y largo talle
Con botones de oro á trechos;
Un jubon de carmesí
Con cuatro golpes abierto;
Martingala de gamuza
Con agujetas de perro;
Pendientes de la pretina
El rosario y pañizuelo;
La caja de los antojos,
Y su escarcela de cuero;
Espada de sola cruz
Y de dos palmos y medio;
Una anchi-corta cuchilla
Probada en moros de Olmedo;
Vaina, tiros y zapatos
De muy fino terciopelo,
Que hizo para el bautismo
Del rey Don Juan el Primero.
Con este cuidado y galas
Doña Nuña le trae muerto,
Camarera de la Reina,
Hija del conde de Lémos.
Parecióle que era hora
De rondarla en el terrero:
Pidió apriesa su caballo,
Que era bayo, cabos negros.
Al subir Don Bueso encima,
Como era pesado y viejo,
Rompióse la martingala
Y descubrióse el braguero.
Apénas llegó á las rejas
Cuando en el balcon de en medio
Vido estar á Doña Nuña
Labrando un pendon bermejo,
Y enternecido le dijo:
—Mas quisiera, por San Pedro,
Dormir con vos una noche
Que ser señor de Toledo;
Y ojalá quisiese Dios
Que tuviesen heredero
Los mis estados de Oñate
De un linaje como el vuestro.—
Alzó Doña Nuña el rostro,
Y respondióle riendo:
—¡Para tales mancebías
Poca carne babeis, Don Bueso!
No quiero casar con vos,
Porque en la cama sospecho
Que por hacerme favores
Siempre me hiciérades tuertos.
—No penseis, señora mia,
Que soy tan mal caballero,
Que aun tengo parientes cerca
Que vuelvan por mi derecho.
Si os parece bien Don Olfos,
Porque es galan y mancebo,
Voto hago á la cruzada
De hacerle esta noche un reto.
—Si vos matais á Don Olfos,
Que vos entre en mal provecho,
Por San Domingo de Silos
Yo entraré en un monasterio.—
Caló Don Bueso la gorra,
Y al bayo los piés poniendo,
Con la gran fuerza que puso
Los dos midieron el suelo.
—No me pesa, dijo á voces,
De haberme rompido el cuerpo,
Mas pésame por las calzas,
Que por detras se han abierto.—
Riéndose están las damas
De ver corrido á Don Bueso,
Y que donde nunca pudo
Daba el sol de medio á medio.

(*Romancero general.*)

1720.

(*Anónimo.*)

Un grande tahur de amor
Y una jugadora tierna,
Por entretenerse un rato
Tratan, Dios enhorabuena,
Jugar los dos mano á mano,
Desafiados por tema,
Y que ella dentro en su casa,
Dé el órden y la manera.
El juego es largo y tendido,
Al fin de toda una siesta;
El es grande envidador,
Y gran queredora ella.
A la primera es el juego,
Porque esta es la vez primera,
Y él procura desquitarse
Lo que ha perdido y le cuesta.
De ántes jugaban papeles,
Palabras firmes y ciertas;
Mas ya moneda que corre
Y pasa en toda la tierra;
El se abrasa de picado,
Y solo picarla espera;
Porque si una vez la pica,
Es imposible que pierda.
Ha de ser á resto abierto;
Pero cerrada la puerta,
Porque si pasara alguien,
No denuncie á quien lo sepa.
Van á hacer lo que quisieren,
Mas no mas de lo que puedan;
Igual es la puesta y saca,
Por evitar diferencias.
Por mesa toman la cama,
Por no querer mejor mesa;
A barajar comenzaron,
Y ella á dar la mano empieza.
El alzó por buena parte,
Do está la pandilla hecha;
Ella alcanzó á ver el juego,
Y al primer envite se echa,
Porque él es fullero y ansia;
Mas ella alcanza esta treta,

Y á dos veces que baraja,
Lo armado se desconcierta:
Encendióse el juego aprisa;
No hay envite sin revuelta,
Y lo que tiene delante,
A cada mano se mezcla.
Dan medios en las paradas,
Porque va á querer por fuerza,
Y una vez metido el resto,
Lo sacan y se conciertan.
A la dama le entró el basto,
Estando puesta á primera,
Mas él hizo flux con todo,
Haciendo mesa gallega;
Quiso luego levantarse,
Mas que no se alce le ruega,
Y que la mantenga mano,
Pues tan picada la deja;
O que haga resto de nuevo,
Humilde le pide y ruega,
Que ella hará otro tanto,
Que allí está su faldriquera.
Tanto pudo el ruego blando,
Y aun el juego dió tal vuelta,
Que él fué la bolsa vacía,
Y ella no quedó contenta.

(Romancero general.)

1721.

(Anónimo.)

A malas lanzadas mueras,
Amor, que tan mal me tratas;
Por los ojos te alanceen,
Pues que por los ojos matas.
Los amigos que te adoran,
O por mejor, los que engañas,
Como traidor alevoso,
Cada cual tome venganza.
Levántente un testimonio
Tan cruel que no te valgan
Para defensa tus flechas,
Ni para huir tus alas.
Pues has querido traerme
Adonde por mi desgracia
Soy blanco de desventuras
A quien tus tiros disparas.
Estábame yo en mi aldea,
Con mi manteo y sotana,
Mas hinchado y reverendo
Que si fuera un patriarca,
Siempre asistiendo en el coro
Las tardes y las mañanas,
Cantando los elementos
Por una pobre pitanza:
Rondaba toda la noche
Y cuando reia el alba,
Las campanas de la iglesia
A dar gritos me llamaban.
Iba á veces con tal prisa
Que lo que es el cuello y mangas,
Mas de diez veces por cuenta
Fui sin ello hasta la plaza.
Entrábame en mi tribuna,
Soltaba el chorro á tinaja
Medio cerrados los ojos,
Dando dos mil cabezadas;
Y á fe que pasan de diez
Y aun de mas de doce pasan,
Cuando por decir *amen*
Respondia *Deo gracias*.
Molia allí mi tahona,
Y cuando mas abreviaba
Oficiaba siete misas,
Y responsos como pajas.
Yo caminaba de suerte
Que ruego á Dios que las almas
Por quienes iban los *requiem*,
No pidan d'ello venganza.
Despues de comer dormia,
Si puede dormir quien ama;
Y tan contento iba al coro
Como si me alancearan.
Tenia en cinco ó seis puestos
Repartida la semana,
Adonde cobraba el pecho
De todas mis tributarias.
Los domingos en la noche
Acudia á una cosaria
Que de dos en dos los quesos
Me echaba por la ventana.
Los lúnes estaba cierto
De nueve á diez en la plaza,
Adonde una confitera
Azúcar cande me daba.
Los mártes, sin faltar uno,
Por cantar la zarabanda,
Una mulata con lonjas
Mi aposento entapizaba.
Los miércoles y los juéves
Gastaba en cosas del alma,
Y en estudiar conceptos,
Y en celebrar mis tonadas.
Allí, por grandes favores,
Mi señora Doña Juana,
Como si rey me hiciera,
Unos cabellos me daba.
Hacia cordones d'ellos,
Y ya con esto pensaba
Que si el amor se perdiera
Entre los dos se hallara.
Iban galanas á verme
Los domingos y las pascuas,
Y echábalas mil requiebros,
Con que quedaban muy anchas.
Tratábales el amor
Cual ahora á mí me trata;
Que si hice burla de ellas,
Bien me ha salido á la cara.
Pero pues las obras buenas
Pago yo siempre con malas,
No es razon que me queje:
Tráteme amor cual me trata.

(Romancero general.)

1722.

(Anónimo.)

Cortesanas de balcon
Apretadas de cintura,
Las que teneis á la puerta
Por centinela una bruja,
Que es ramo de la taberna
Donde se vende la zupia:
Escuchadme atento un rato,
Que cuento mis aventuras.
Yo nací en la calle larga
Que tiene el mundo por sucia,
En las redes de Getafe
Entre pardas caperuzas.
Enseñáronme á labrar
Unas niñas cejijuntas;
Pero yo con las mas bellas
Despuntaba mis agujas.
Echáronme por travieso,
Despues de darme una mula
En que anduve nueve meses
Durmiendo en pié como grulla.
En ella fuí á la corte
Adonde amansé su furia,
Donde encontré un abadejo
Que se me vendió por trucha.
Con aquesta me enredé,
Y fué la causa, sin duda,
Que como nací entre redes,
Siempre las redes me buscan;

Mas poco duré en su tienda,
Porque la ramera astuta
Por momentos discantaba
Da nobis hodie pecunias;
Y yo, como soy moreno
Y canto bien en ayunas,
Este responso cantaba
Al rededor de su tumba:
«A la mosca, que es verano;
»Alon, que pinta la uva;
»Que aquí se rompen las capas,
»Y se chamusca la pluma.»
De allí me fuí por el mundo
Guiado de mi ventura,
Donde encontré con un ángel
Cuya belleza era mucha.
Esta me quiso y la quise
Mas que el pez al agua suya,
Y mas que á la dura concha
La encarcelada tortuga.
Mas que á mi vida la amé,
Y mas que al alma sin duda;
Pero fortuna voltaria,
Que siempre sus ruedas cursa,
Se me quiso alzar con ella,
Y para doblar su furia,
Contra su gusto y el mio,
Me la quitó de las uñas.
Y pues aquesta perdí,
No quiero mas garatusa,
Ni andar de noche aguardando
A que se ponga la luna.
No puedo ver ademanes
De una genízara ó turca,
Que si la llego á hablar
Se hace hija del Fúcar.
Estoy ahito de toldos
Y de cabelleras rubias,
Que puldican santidad
Y brindan para lujuria.
Si dos veces visitare
Planta que no me dé fruta,
Plegue á Dios que en el carnal
Coma huevos sin la bula;
Y si quisiere á doncella
Que tuviese toldo y punta,
Cuando quisiere beber
Se me aclare el agua turbia;
Y si en casada pusiere
Aficion que al alma suba,
Con una piedra de marmol
Despues de muerto me cubran.
Y si quisiere a fregona
De las que el cántaro cursan,
A las galeras me lleven
Por general de la chusma;
Y si á soltera de freno
Hiciere adarme de espuma,
Cuando mas seguro esté
Caiga un rayo en cas del cura.

(*Romancero general.*)



1723.

(*Anónimo.*)

Quiero dejar de llorar
Si me dejan mis pesares,
Y no quiero daros pena
Si me dan lugar verdades:
Quiero olvidar pesadumbres;
Y por cantar novedades
Cantaré vidas ajenas;
«Que todo lo nuevo aplace.»
Tendrá la mujer casada
Sedas, perlas y collares
Y jardin con varias flores,
Y marido de buen talle;
Y por variar el gusto
Hoy se huelga con un pajo,
Y mañana con un bruto;
«Que todo lo nuevo aplace.»
Tendrá la monja un devoto
Que la sirva y la regale,
Y que en escribir billetes
Gaste la mañana y tarde;
Y trocarle ha á dos dias
Por quien la pele y estafe,
Y tendrále por mejor;
«Que todo lo nuevo aplace.»
Tendrá el señor racionero,
A costa de sus reales,
Damas de mas hermosura
Que cuantas pintó Timántes;
Y por mudar de manjar
A su ama vieja Hernandez
Dice amores y ternezas;
«Que todo lo nuevo aplace.»
Tendrá la dama de corte
Por su respeto algun grande,
Y harta de señorías
Buscará paternidades:
Hoy gustará de Narcisos,
Mañana buscará Mártes,
Mudando cada hora el suyo;
«Que todo lo nuevo aplace.»
Tendrá el soldado rendidas
Mujeres de mas donaire
Que la romana Lucrecia
Y la fuerte Bradamante;
Y cansado de altiveces,
Con cualque negra de zape
Se entiznará cuerpo y alma;
«Que todo lo nuevo aplace.»
Estaráse la viuda,
Llena de luto y pesares,
Llorando al marido muerto
Por la falta que le hace;
Y dentro de un mes ó dos,
Para poder alegrarse,
Galan elige, ó marido;
«Que todo lo nuevo aplace.»
Y estaráse la doncella
Recogida con sus padres
Donde el aire no la toque
Si falta en sus cascos aire;
Y enfadada de su casa,
Con cualque alférez de Flándes
Se sale á ver nuevas tierras;
«Que todo lo nuevo aplace.»

(*Romancero general.*)

1724.

REFIÉRENSE LOS CONSEJOS DE UNA VIEJA EXPERIMENTADA Á UNA DAMA NOVICIA.

(*Anónimo.*)

Paseando fuí una noche
Adonde asiste mi alma:
No fué escura, porque vi
Mas de lo que yo pensaba.
Llegué, y entrando sentí
Cierta voz cual la de Urganda:
Escuché por entenderla,
Y oí aquestas palabras:
—¿Qué puedes perder, mis ojos?
¿Tú no quedas toda en casa?
¿Qué merma, porque á una luz
Enciendan quinientas hachas?
El dueño de cualquier mina
Lo que beneficia, gana,
Y solo ignorante pierde
Aquel oro que no saca.
Lloraráslo cuando vieja
Fria y sola halles tu cama;
Huélgate, mas para holgarte
Importa vivir con traza.

Mejor es que los recamos,
Limpieza curiosa y llana;
Pero cuando te compongas,
Muestra estar mas descuidada.
Usa de aquellos tocados
Qu'están mejor á tu cara;
La color de tu vestido
De la de tu rostro saca.
Alcohol, color y blanco,
Aplicalo con mil gracias;
Pero aféitate en secreto,
Qu'el ver los botes desgana.
Ten cuidado con los dientes,
Qu'el descuido los estraga;
Callo el teñir los cabellos,
Y añadirlos cuando faltan.
Disimula el pié si es grande;
Si eres chica, gorda ó flaca,
Cíñete bien, y estarás
Limpia, mas no sahumada;
Haga el rostro sus acciones,
Si las manos no son blancas;
Y si el aliento se siente,
La canela lo disfraza.
Reiráste con melindre
Si tus dientes tienen tacha,
La voz suene un no sé qué
Apacible y delicada.
El llorar, el pedir celos,
Si tiene donaire, mata;
Y el andar con aire y brio
Es de muchos gustos salsa.
La música te encomiendo,
Que si es buena, es grande gracia,
Y el danzar; que las mujeres
Han de saber mil mudanzas.
Juega, pero con recato,
Qu'el juego descubre faltas;
Muéstrate muy vergonzosa,
Pero de serlo te guarda.
Sal para ser conocida
A la huerta, prado y farsa,
Y huye de hombres que profesan
Copete, aladar y cara.
Despacha con otras tales
Cuando negocian palabras,
Mas no engañes al pechero,
Que será espantar la caza.
Si en los billetes te fingen,
Del mismo estilo la saca,
Y responde, no muy luego,
Alegres razones, claras.
Ni te rindas, ni te entones;
Espere y tema quien ama,
Y sin dar prenda tan presto
Ve aumentando su esperanza.
No estés triste y melancólica,
Ni callando seas pesada,
Mas mira tierno y gracioso;
Que á Cupido así se trata.
Repartirás los oficios
Entre los que mas te aman:
El rico pague por todos
Al favor de hacerle salva.
Al que fuere de tu gusto,
Que tu gusto satisfaga;
Trata bien á los poetas,
Que quitan y dan la fama:
Al novato no dés celos,
Asele bien, no se vaya,
Mas finge un primo ó hermano
Con que le toques al arma.
Tenga vez el gusto libre,
Y los sobresaltos pausa;
Mas al que ya está prendado
Dale celos sin probanza.
Niega constante tus yerros
Aunque á los ojos se hagan:
Nunca peses al principio,
Despues quitarás la capa.
Huye el cuerpo á las espías,
Desmiente las atalayas,
No fies cosa de gusto
De la amiga mas del alma;
Vé esperada donde fueres,
Come y bebe mesurada,
Y valdráste de la noche,
Que las colores iguala.
Llegada á encerrarte ya,
No estés tibia, rie y parla;
Finge, cuando no sintieres,
Di que de amor idolatras.—
Saboreóse y calló,
Porque entró muy alterada
Diciendo: — Aquí está Celifeo,—
Una enfadosa criada.
—Dios te dé, perversa vieja,
Malos San Juanes y pascuas;
Mala coroza te cubra,
De pepinos y naranjas.—

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

1725.

CONSEJOS BUENOS PARA GALANTEAR Á DAMAS.

(*Anónimo.*)

Despues que volví á mi casa
La noche que con la vieja,
Sobre imponer á mi dama,
Tuve no sé qué revuelta,
Contándolo á cierto amigo
Que me vino á ver á ella,
Me aconsejó que en descuento
Contraminase sus tretas.
—Escuchadme, penitentes,
Los de la primer tijera;
Oidme en vuestro provecho
Antes que de vos le tenga:
Nunca ande vuestra persona
Mujerilmente compuesta;
Que solo está bien al hombre,
Al descuido, aseo y limpieza.
Bien hecho y puesto el vestido,
Cabello y barba bien hecha;
El zapato venga justo,
Pelo y uñas no parezcan;
Limpios y sanos los dientes,
El aliento no se sienta;
La condicion apacible,
Las palabras halagüeñas,
La conversacion suave,
La cara alegre y risueña;
Y ánimo, que las mujeres
De que las rueguen se huelgan.
Id do hay concurso el buen dia;
Escoged la que os contenta:
Ser solo y secreto importa,
Y desdenes no os dén pena.
Empezá en razon comun,
Y su razon se defienda:
Hacelde señas sutiles,
Requebralda, pretendelda.
Tras esto escribirle heis:
Montes de oro prometelda,
Y una lágrima no os cueste,
Aunque muy fingida sea.
A los de casa dad algo
Envuelto en muchas promesas,
Y mas á la que privare,
Pero no os tomeis con ella;
Celebralda hechos y dichos,
Mostrad que moris por ella:
Sienta muestras exteriores;
Mas si finges, no lo sienta.
Vea en lo que teneis gracia,
Honrad á quien la gobierna;

Sufrid al competidor,
Y tendréis victoria cierta.
El discreto, aunque ella huya,
Entre las palabras tiernas,
Sin lastimarla los labios
Tomará cualquier licencia.
Quéjese el necio de sí,
Si no acaba el que aquí llega.
Nunca espereis á que os ruegnen;
Qu'ellas gustan d'esta fuerza.
No insistais en pedir celos,
Falten riñas y pendencias,
Porque dejarán las paces
A la bolsa boquiabierta;
Mas si se enojare mucho,
Volved otra vez á verla,
Halagalda, haced su gusto,
Echad la aldaba á la puerta;
Presentad curiosamente,
No digo plata ni perlas;
Decid: Maté ese conejo,
Esa fruta es de mi huerta.
Tal vez la alabe un soneto,
De vuestro cuidado muestra,
Y ruégueos, porque se obligue,
Lo que habeis de hacer por fuerza.
Echad el resto en servirla;
Si está afligida ó enferma,
Llorad, hacelda caricias,
Oigaos votos y promesas.
Fingilda un alegre sueño,
Dalda lo que la contenta;
Mas la píldora ó la purga
El que vos compita déla.
Ya que echó el amor raíces,
Seguiréis otra carrera:
Ausentaos á la picada,
Pero no dure el ausencia;
Sin celos averiguados
Seguid los gustos de afuera;
Mas aunque os coja en el hurto,
El negar solo aprovecha.
No os humilleis aunque riña,
Cuando os llama id sin pereza;
No os fieis aun del hermano;
Si pide, mudad la letra.
Cada uno la ponga al ojo
Aquello en que la contentan:
Entreténgala el discreto,
El gentil hombre haga piernas;
Creedlo, aunque estando en casa,
Os digan qu'es ida fuera.
Idos cuando ella quisiere,
Y nunca la pidais cuenta;
No la obligueis que confiese,
Porqu'el respeto n'os pierda;
Ni os alabeis que gozastes
Esta ó esotra ó aquella;
No déis con su falta en rostro
A la mas indigna y fea.
Llamad brinquillo á la chica;
A la qu'es muy gorda, fresca;
Nunca le conteis los años,
Ni aunque tenga muchos, pierda,
Pues sabrá sentir el gusto
Y darle de mil maneras.
Llegado á encerraros, ya
No tengais las manos quedas:
Andad juntos el camino:
Que aquí la pluma se queda.
Lo demas os diré aparte:
Y esto baste, porque sepan
Las hijas de Celestina
Cómo Celiso se venga.—

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

1726.

(*Anónimo.*)

Señora del alma mia,
Del corto y blanco cabello,
La que con sus navidades
Ha visto setenta inviernos;
Archivo de las memorias
Que en otros pasados tiempos
Del famoso Cárlos Quinto
Dieron renombre á los hechos:
No se espante que me queje;
Basta que á solas me quejo;
Que á ser mi mal con testigos,
Sin duda que fuera ménos.
¿Dígame, señora mia,
Así el arrugado cuello
Al portillo de su boca
Dé mil siglos aliento,
Si fué en sus primeros años
Aficionada á los templos,
Como publica el rosario
Con todos quince misterios?
No me espanto que ahora rece;
Que el caballo cuando es viejo,
Habiendo jugado cañas,
Suele servir de jumento:
No es mucho que el pez no pique
Si falta al sedal el cebo,
Ni que la carne esté entera
Cuando no está gato dentro.
Agradezca el cielo santo
Lo que á la edad agradezco;
Que no hubiera mucha falta,
A no haber sobra de invierno;
Pero dicen malas lenguas
Que cuando rubio cabello
Adornaba sus mejillas
De mil malos instrumentos,
Andaban en celo muchos,
Y cuando llegaba enero,
Por el propio mes salia
Vuesa merced al requiebro.
Esos surcos de la cara,
Tan hondos ántes de tiempo,
De la derribada Troya
Significan los sucesos.
Deje á las moscas holgar,
Guarde para sí consejos;
Porque le está mal el dallos
Quien no se aprovecha d'ellos.
¿Qué importa que la ventana
Los postigos tenga abiertos,
Si en otro tiempo dichoso
Su muro abrió aposentos?
Si es envidia, dígalo;
Que gustaré de saberlo,
Para darle un mozo rubio,
Mas que aleman ó flamenco;
Y si no, rece en sus cuentas
Por los antiguos paseos,
Y rezaré yo en las mias
Para aumentar los modernos.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

1727.

(*Anónimo.*)

Una niña aragonesa,
Fuente de cualquiera gracia,
Que hasta en el nombre la tiene,
Pues este nombre se llama:
Cosquillosilla y burlona,
Que al tocar de su guitarra
Puede bailar el rey mismo
La chacona y zarabanda:
Ni muy linda ni muy fea,
Ni muy negra ni muy blanca;

Sino un medio en los extremos,
Por ser del medio extremada:
Ni muy alta ni muy chica,
Ni muy necia ni muy sabia;
Que si malicias se comen,
No muere de hambre su casa:
Quiso bien á un estudiante
De los coplistas de España,
Hombre que se desayuna
Con versos por la mañana,
Y que conoce un poquillo
De la mano y de sus rayas;
Pasando el monte de Vénus
Se metió por su montaña.
Gozó d'ella la cuaresma,
Y por la semana santa
No acudió á su devocion
Hasta que pasó la pascua.
Y cuando quiso acudir,
Permitieron sus desgracias
Que con dos galanes nuevos
Halló que estaba encerrada.
Abrió las puertas y entróse,
Y echándolos de la casa,
Tambien echó todo el juicio,
Diciendo aquestas palabras:

Copias de este romance.

—Pues que por vuestra ocasion,
Doña Gracia, es mi mal tanto,
Podré decir con razon,
Que ni la gracia ni el don
Son del Espíritu Santo.
Traigo, con esta desgracia,
La cara amarilla y lacia;
Mudáos el nombre, pues,
Que dama con interes
No se puede llamar Gracia.
No quiero que entre los dos
Mas el amor se entremeta;
Yo podré vivir sin vos,
Que harta merced me hizo Dios
Cuando me hizo poeta.
Podré decir sin falacia,
Pues que por vuestra desgracia
Me voy huyendo de aquí:
La gracia me perdió á mí;
Que yo no perdí la gracia.
No llegueis, Gracia, á abrazarme,
Si no es que de aquesta suerte
Con gracias quereis matarme,
Pues solo con apretarme
Me podeis vos dar la muerte.
Quedáos, que aunque veis que os hablo,
Dejar vuestra casa entablo,
Pues si muero aquí con vos,
No muero en gracia de Dios,
Sino en la gracia del diablo.—

Sigue el romance.

Cesó con esto; y la niña,
Volviendo la faz airada,
Le dijo aquestas razones,
¡Bien por Dios para muchacha!
—Váyase vuestra merced
Mucho muy enhoramala
A tratar de esa manera
A las negras de su casa:
Yo soy blanca y valgo mas;
Y sepa que por su causa
Me han nacido en la cabeza
Las que en la bolsa me faltan.
No me ha visto en ocho dias,
Y es que imagina, y se engaña,
Que como nació poeta,
Me muero por sus octavas.—
Subió luego una vecina,
Y en partiendo las barajas,
Juntólas por la mitad
Dentro de una misma cama;
Adonde, despues de poco,
Encendido de sus llamas,
El estudiante la dijo
Aquestas propias palabras:

Cancion del fin del romance.

—Gracia mia, juro á Dios
Que sois tan bella criatura,
«Que á perderse la hermosura,
»Se tiene de hallar en vos.»
Fuera bienaventurada
En perderse en vos mi vida,
Porque viniera perdida
Para salir mas ganada.
Seréis hermosuras dos
En una sola figura;
«Que á perderse, etc.»
En vuestros verdes ojuelos
Nos mostrais vuestro valor,
Que son causas del amor,
Y las pestañas son cielos:
Nacieron por bien de nos;
D'ellos nace mi locura;
«Que á perderse, etc.»

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

1728.

(Anónimo.)

«Perdóneme por su vida,
Señora Doña Fulana,
Si con esta carta mia
Le doy respuesta á su carta,
Que, aunque corta, es compendiosa,
Y en solas cuatro palabras
Yo quedaré satisfecho,
Y vuestra merced pagada.
Díceme que venga luego
Para ordenar la crianza
Del nuevo recien nacido
Mayorazgo de mi casa.
¡Por Dios que el despacho es bueno!
Mas la conclusion no agrada;
Porque la menor no vale
Cuando la mayor es falsa.
Sepa un poco mas de escuelas,
Pues ha tratado sotanas;
Que no es este error comun,
Para que derecho haga.
El error es solo suyo,
Aunque de muchos la causa;
Que viniera á ser bien rica,
A haber de pagar prorata.
Cuando jugámos en uno,
Hizo no sé cuantas chazas;
Pero saqué la traviesa,
Porque hizo adrede mil faltas.
Jamas á dos estuvimos,
Que siempre á muchos estaba;
Despues jugó mil partidas
Cuando por mí no iba nada.
Envidéla con mi cuerpo,
Y ella quiso con el alma;
Entróla el oro, y quedéme
Con el envite y sin blanca;
Y para mayor alivio,
Si dió en jugar las cargadas,
¿Por qué haciendo yo tan pocas,
Me quiere echar la ganancia?
De quien la cargó se queje,
Y le acomode la carga;
Que no pago yo la polla,
Haciendo tan pocas bazas.
Basta que sudé mil veces
En el camino de Francia,
Dándome primero mate
Con un caballo á las tablas,
Y que tuvo mi puntero,

Cuando mis partes juntaba,
Aunque le torné á sacar
Por ver que juntaba tantas.
Acuérdese que en mi tiempo
Sus pretendientes andaban
Como arcaduces de noria,
Que unos suben y otros bajan;
Pues entre tantos, mi reina,
Que traen agua y suben agua,
Muy mal se puede saber
Cuál de ellos ha henchido el arca.
Así que, este mayorazgo
Muy sin razon me lo achaca,
Pues fué cual cepo de iglesia
Que recoge inciertas mandas.
Desista de sus pasiones,
Y déjeme con mis ansias;
Que nunca cierra el pestillo,
Si no viene á la cerraja.
Vaya á los participantes,
Que yo no le debo nada,
Despues que, siendo estudiante,
Me volvió conde de Cabra.
Encaje el título en otro,
Que en ella encajó sus jarcias;
Que para sacar la suya,
Yo soy muy mal saca-manchas.
Y con esto, adios y leva,
Que si ella estuvo en mar alta,
Yo quiero, con su licencia,
Decirla á mi bolsa: Amaina.»

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

1729.

(*Anónimo.*)

Señora Doña Fulana,
Para alivio de mis penas
Y remate de mi amor
Dos cosas quiero que entienda:
La primera, que ser bobo
No me viene por herencia;
Y la segunda, que tengo
En el alma tres potencias.
Es mi vista la del lince,
Que ve un mosquito á dos leguas:
¡Mire si tantos mosquitos
Divisará desde cerca!
No soy duque ni marques,
Y así no quiero marquesas;
Pero por Dios que á lo sonzo,
Que crujo damasco y seda.
Los ojales de mi loba,
Los bebederos y medias,
En el capullo se vieron
Antes que á sello vinieran.
Dos años en Salamanca
Me amancebé con Minerva,
Que por eso no soy necio,
Si no es que el alma me mienta.
Un orinal de las musas
Se derramó en mi cabeza,
Cogido por alambique
Una tarde en las calendas.
Segun esto, quiero agora
Que le sirvan de respuesta
A su Cupido vendado
Estos renglones sin venda.
No me acompaña mas oro
Que lo que su márgen muestra;
Si aquesta es bastante paga,
No hay sino venir por ella.
Pero estoy maravillado,
Que siendo como es discreta,
Para mi inútil sotana,
Le ponga á Cupido lengua;
Y mas que ya probé el potro,
Comí chufas en Valencia,
Y en el Corral de los Olmos
Aprendí chanzas y levas,
Dándome el grado á caballo
Con muchas borlas francesas.
Há un año que soy doctor,
Y como carne en cuaresma;
Que por comer tanta viva
Me la mandan comer muerta.
Esto cuanto á las costumbres:
Cuanto al estado y riqueza,
Es mi bolsa un Potosí,
Que tiene en versos su renta:
Es tanta mi devocion,
Que el papel de mi nobleza,
Por imitar á su dueño,
Duerme siempre en una iglesia.
No compré jamas gallina,
Y con todo, es tal mi estrella,
Que sin habellas comprado,
Jamas faltan á mi mesa.
Pero no fáltame nada
En amores y en pendencias:
Riño como un Ciceron
Y requiebro como un César.
Cuando voy algun camino
No me falta una encomienda,
O de que dé alguna carta,
O de que cobre respuesta.
Tambien pienso que me acuerdo
Cuando tuve una cadena,
Que, por ser grande el delito,
Me daba al cuerpo dos vueltas.
Son, para cuando me mude,
Mis vestidos muy sin cuenta,
Porque vivan tan seguros
Que nadie los apetezca.
Tras todo aquesto que digo,
Soy estudiante, mi reina,
Y manteles que á otro sirven
No se ponen á mi mesa.
Acerca de su trabajo,
Solo le doy por respuesta,
Que se pague de su mano
Con el oro que este lleva;
Porque si á dama de gusto
Le pagare con moneda,
Los cuatrocientos que tengo
Me los dén con una penca.
No carezca de su gusto,
A la antigua amistad vuelva,
Daré á su tercera gracias,
Y á vuesa mercé encomiendas.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

1730.

(*Anónimo.*)

Ha llegado á mi noticia,
Dama de los damos mil,
Que se tejió en una tela
La venda del dios Machin.
Quizá sacó la invencion
Del estar vendado así,
Para tapar las dos niñas,
Que aun no son maravedí...
No fuese mala la venda
Porque me parezca á mí
Que parecieras Cupido,
Y fuera invencion sutil.
Y si preguntare acaso
Algun bobo serafin,
¿Cómo Cupido, que es niño,
Tan grande parece aquí?
Dirémos que una nube
Os regó con tal ardid,
Que de una pequeña planta

Sacó tan grande alhelí.
Con regaros tanto, creo
Que habrá de ser vuestro fin
En la cama que á los pobres
Da de balde Anton Martin.
Malas lenguas me dijeron
Que sin la cara gentil
Un escultor os sacó
Para no sé qué festin.
Con el escoplo esculpió
Vuestro cuerpo, y sin mentir,
Dicen que se volvió Apéles,
Siendo vos Laudamia vil.
Despues acá, tanta gente
Os ha querido esculpir,
Que dañan las herramientas
En el cóncavo sutil.
No podrán decir por vos
Que no llueve en vuestro abril,
Pues meteis la nube en casa
Y vos con nube salis.
Llevadle á Santa Lucía
Dos ojos de carmesí:
Quizá podrá con sus ruegos
Aquesta mitad pedir;
Porque acaso un corrimiento
Al otro os pueda venir,
Que havais de pedir la vista
Al astrólogo Merlin;
Aunque yo os enseñaré
La oracion de San Crispin,
La del santo de la peste,
Y sin estas, otras mil,
Podréis iros á una iglesia,
Y siendo ciega, suplir
Las oraciones que agora
A ningun santo decís.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general, etc.*)

1731.

(Anónimo.)

Escuchadme, cortesanas,
Las del gusto y interes;
Que se arremanga mi musa
A escribiros un papel.
Despues de haber mas de un año
Que lidié con un frances,
Gran soldado de á caballo,
Aunque yo le traje á pié,
En los postreros encuentros
Mi lanza rompió con él,
Por ser tan recios los golpes
Y estar tan flaco el arnes.
A ventana señalada,
Despues de aquesto jugué,
Hasta que, haciendo falquetas,
El taco español quebré.
Desde entónces hasta agora
Jamas á jugar torné,
Ni acerté á tener emboque
Como los que solia hacer.
No he podido alzar cabeza,
A causa, dicen que es,
Porque en otro tiempo alegre
Tan á menudo la alcé.
He perdido mil partidos,
Y para no los perder,
Determiné entrar en prensa
Para acabar de una vez.
La figura que ahora tengo
Es muy justo que escucheis,
Pues por una causa aciaga
Me he vuelto atun desde ayer.
Primeramente me ponen
Cosido como en fardel,
Y en hacer matachines,
Sano de manos y piés.
Amortájame una vieja
Cada mañana á las seis,
Que solo como tortuga
El hocico se me ve.
Danme el agua de la planta
En que habló Dios con Moises;
Mas que por este milagro,
Por haberla menester;
Y luego obra de tal suerte,
Que me vuelve sin querer
De clara de huevo fresco,
De la cabeza á los piés.
Guardo los ritos moriscos,
Y del zancarron la ley,
Comiendo pasa y almendra,
Como si estuviera en Fez.
Sin haber visto á Sevilla
Ni llegado á Santander,
De bizcochos me apercibo
Para navegar un mes.
Va bogando mi navío,
Sino que boga al reves;
Que otros están sobre el agua,
Y el agua está dentro dél.
El zángano que llevaba
A vuestras colmenas miel,
Mas agua destila agora
Que desde el anzuelo el pez.
Y si el zumo de las nubes
Tanto el mundo ha menester,
Puede llevar á Castilla
La que destila mi nuez.
En la nariz hay misterio,
Pues mirándola, veréis
Trasformada en alquitara
La que trampa solia ser.
Esta es, reinas, mi tarea;
Que si d'ella salgo bien,
Dejará de andar mi rostro
Como salchichon inglés.
Si de esta escapo con pluma,
No mas damas de interes,
Que dan mate con caballos
Al que juega en su ajedrez.
Alon, que pinta la uva,
Mudando de parecer;
Mejor es andar siete años
Como Jacob tras Raquel.
Yo finco para serviros,
Vuelto escabeche el laurel,
Con ménos luz que en el limbo,
Entre pared y pared.
Ceso, porque siento luz
Por lo roto del dosel,
Y entra la señora Hernandez
A ejercitar su vejez.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

1732.

(Anónimo.)

Si yo gobernara el mundo,
No le dé Dios tal desdicha,
¡Qué presto le vieran todos
Vuelto lo de abajo arriba!
Solo anduvieran hermosas,
Y ninguna pediria,
Ni con ellas anduvieran
Cuñada, suegra ni tia;
Mandara soltar las feas
Los miércoles de ceniza,
Y aun pienso que fuera justo
El hacerla de ellas mismas.
A barbado ceceoso
Le hiciera poner basquiñas;
Que si un lanudo cecea,
¿Qué hará Doña Catalina?

A los que pretenden gordas,
Con flacas castigaria;
Que no es bien se pretenda
Espíritu ni botija.
A todo hombre pequeñito
Pusiera tasa en la vida,
Por dar descanso á su alma
De haber estado en cuclillas.
A los que son langarutos
Pusiera en lugar de vigas
Todos los dias del Corpus
Con los toldos de la villa.
Desterrara á los doctores
Que cuando recetan libran,
Pues le dan al purgatorio
Las almas á purga vista.
Libres con los miserables
A los ladrones haria,
Para dar dias de trabajo
A quien guardó tantos dias.
Impusiera los millones
En gentes que años se quitan,
A maravedí por año,
Que no fuera poca sisa.
Mandara enterrar en coches
Mujeres aborrecidas;
Que hay mujeres que por ir
En coche, se moririan.
Castigara el mentiroso
Si en verdades lo cogia;
Que en los que mentir profesan
Las verdades son mentiras.
Con los pésames á viudos
Diera yo patas arriba;
Que pésames vienen mal
En ocasiones de dicha.
Aquí dió fin mi gobierno,
A ménos que otro me pidan.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1733.

LA ISLA DE LA CHACONA.

(*Anónimo* [1].)

Ahora que la guitarra
Me sirve de voz sonora
Y de lengua con que pueda
Cantaros aquesta historia,
Antes que os dé cuenta larga,
Sumada en palabras pocas,
De la tierra que pisais,
De la gente y de sus cosas,
Sabed que los de esta isla
No podemos decir cosa
Sin la guitarra, cantando
A este son y de esta forma:
Esta tierra, amigos mios,
Es la isla de Chacona,
Por otro nombre Cucaña,
Que de ambos modos se nombra.
Los aires de este pais
Son vientecillos que soplan,
Por regalar el olfato,
La fragancia de las rosas;
Cristales frescos las aguas
Con muchas fuentes de aloja,
Y á cada paso entre nieve
De vino mil cantimploras.
De la otra parte del rio
Hay árboles que sus hojas
Dan panecillos de leche,
Y por frutas llevan roscas.
Los huesos de aquestas frutas
Son mantequillas y lonjas,
Que dentro en los panes nacen
Con que se pringuen y coman.
Hay un árbol que es tan grande,
Que debajo de su sombra
Caben cuarenta mil mesas,
Y en cada veinte personas.
La fruta de este son pavos,
Perdices, liebres, palomas,
Carneros y francolines,
Gallinas, capones, pollas:
Todos se nacen asados
Y guisados de tal forma,
Que parece que da el árbol
Tambien cazuelas y ollas;
Y en sentándose en la mesa,
Solo con que un hombre ponga
La vista en lo que desea,
Se cae á pedir de boca.
Cada Chacon de nosotros
Tiene á su mando seis mozas,
Una aguileña de rostro,
Y otra de rostro redonda;
Otra blanca, cabos negros,
Y de ojos azules otra,
Otra morena con gracia,
Y con donaire una gorda;
Y cada semana quitan
Estas seis y nos dan otras;
Y esta sí que era *vita bona*:
Vámonos todos á Chacona.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

[1] Véase el romance vulgar núm. 1347, cuyo asunto es muy análogo al de este.

1734.

(*Anónimo*.)

Pues ya desprecias el Tajo,
Mayoral de sus riberas,
Y partiéndote á la Corte,
Desamparas nuestra aldea;
Pues no quiere mi ventura
Que te acompañe á mi tierra,
Y quedo en esta sin tí
Para que la llame ajena;
Ya que te partes, Ricardo,
Haz de manera que crea,
Si acaso vieres á Filis,
Que acaso será por fuerza,
Como el bien de mi remedio
La mirarás desde afuera,
Y no le veas la imágen,
Que es retablo de Ginebra,
Y en poder de luteranos
No tiene forma de iglesia;
Y dile, mayoral mio,
Que quedo en estas cadenas,
Como á Gaiferos decia
Su cautiva Melisendra;
Y que se acuerde, si acaso
De que me quiso se acuerda,
Que para tan poco agravio
Muchas venganzas son estas.
Al sello de su rigor
Mas blando he sido que cera,
Pues no hay forma de trabajos
Que no se me imprima en ella.
¿Si son sus armas blandura,
Por qué sella con ajenas,
Pues las de Vénus son flores
De quien ella las hereda?
Dile que ya no le dimos
Mas ocasion de tenerlas,
Al vulgo, que nos escucha,
Mis agravios y mis quejas;
Y que yo le doy palabra
De que mis obras no sean
Las que descubran las suyas
A vueltas de mis ofensas;
Y que ya no habrá razones
De tórtolas ni de estrellas;
Que yo callaré verdades

Aunque me muerda la lengua,
Y diré virtudes suyas
Tantas como tiene ajenas,
Poniendo su castidad
Tan alta, que no se vea;
Y que mataré á quien diga
Que es parienta de los Cerdas,
Pues tenerlas en el cuerpo
No es de floja ni de necia.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1735.

(*Anónimo.*)

Amor, absoluto rey
De las almas y las vidas,
Me subió desde merced
A excelencia y señoría.
Vi el alba vertiendo perlas
En los ojos de una niña,
Haciéndome duque de Alba
Su hermosura y gallardía.
Con los arcos de sus ojos
Una flechilla me tira,
Y fui, con ser duque de Arcos,
Tambien marques de Flechilla.
Mil noches frias, rondando
Sus puertas y sus esquinas
Entre la escarcha y el hielo,
Fui tambien duque de Frias.
Conde de Niebla y Lodosa
Fui tambien por mi desdicha
Las noches que sobre mí
Nevaba el cielo y llovia.
Si echaba agua la criada
Vertiendo la vacinilla,
Era duque de Veraguas,
Y sobre mí las vertia.
Metiéndome por su causa
En mil barajas y riñas,
Era conde de Barajas,
Y todas se las reñia.
Estando toda la noche
Velando sus celosias,
Era marques de Velada,
Velando miéntras dormia.
Convidándome á cenar
Con ella y otras amigas,
Fui marques de Cara-cena,
Pues todo fué á costa mia.
Aquesta noche alcancé
La palma que pretendia,
Y fui yo conde de Palma,
Con su amorosa conquista.
Desde entónces comencé
Con majestad excesiva
A ser el marques del Gasto,
Del Gusto y de la Comida.
Todas las ferias del año
Duque de Feria me hacia,
Aunque procuraba yo
Ser conde de Fuensalida.
Conde de Fuentes mil veces
Me hizo en la platería,
Diciéndome la comprase
Jarros, fuentes y salvillas.
Si acaso se le antojaban
Aceitunas de Sevilla,
Era conde de Olivares,
Y luego se las traia.
Cuando para sus conservas,
Cuajado en muy altas pilas,
Llevaba el azúcar blanco,
Era duque de Gandía.
Cuando la daba mas oro
Que ella pesaba y valia,
Era conde de Oropesa,
Sin ser marques de Tendilla.
El dia que le llevaba
Todo lo que me pedia,
Libre de desden y celos,
Era conde de Buendía.
Si celos me desvelaban,
Conde de Chinchon me hacia,
Porque son rabiosos celos
Chinches que en el alma pican.
Llevando llena la bolsa,
Al volver de la visita
No fui marques de Villena,
Que siempre la vi vacía.
En los servicios de casa,
En el gasto y la comida
Fui siempre el adelantado
De Canaria y de Castilla;
Y con dar todas las horas
Como reloj de capilla,
Era conde de Añover,
Pues de año á año la via.
Desde el dia que la hablé
No pude, sin dar primicias,
Ser conde de Villafranca
Ni duque de Francavilla.
Dandole algunas puñadas
En su rostro y sus mejillas,
Fui conde de Puñoenrostro
Cuando celos la pedia;
Y viendo la socarrona
Que el título pretendia
De marques de Peñafiel,
Conde de Cabra me hacia.
Quise poner tierra en medio
Viendo su trato y mentiras,
Fui conde de Salvatierra,
Y así salvarme queria.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1736.

(*Anónimo.*)

Saliendo á coger el fresco
Despues de la siesta un dia,
Refrescándose en el Tajo
Vi estar una blanca niña:
Detúveme á contemplar
Su talle y su gallardía,
Por ser tan cortés el agua,
Que aun no besó sus rodillas.
Aguardé que se vistiese,
Porque, despues de vestida,
Con ménos dificultad
Pudiese yo persuadirla;
Y cuando llegó la hora
Que por aquel Tajo arriba
Se iba hácia su posada,
La di cuenta de mi vida;
Enlacéme en sus cabellos,
Regaléla muchos dias
Sin recibir de su boca
Un —Aumente Dios su vida.—
Enfadado de su trato,
Porque siempre me pedia
Y nunca me quiso dar,
Me determiné á decirla:
—Si he de ser marques del Gasto,
He de ser, señora mia,
El conde de Puñoenrostro,
Y su merced de Tendilla.
Si marques de Cara-cena
Me hiciere por mi desdicha,
Lo seré de Villafranca,
Siendo conde de Buendía.
Obligada estaba á ser
Duquesa de Francavila,
Pues que yo he sido por ella
De Veraguas y de Frias;
Pero si duque de Feria

He de ser todos los dias
Sin ser conde de Oropesa,
No envie el de Alba de Lista.
Conde de Niebla y Lodosa
Muchas noches parecia,
Segun los lodos y nieves
Que por rondarla sufria.
Sin ser conde de Olivares,
A menudo me pedia
Que la llevase á su casa
Aceitunas de Sevilla.
Porque no faltase todo,
Hecho un duque de Gandía,
La llevaba azúcar blanco
Con otras mil ñiñerías.
Marquesa fué de Villena,
Pues que su bolsa vacía,
Sin ser conde de Añover,
La vió llena á costa mia.
Por conde de Salvatierra
Me han confirmado este dia,
Porque no he sabido ser
El conde de Fuensalida.—
Como vió la socarrona
Que entendia sus letrillas,
Me pagó con enviarme
Por mas dinero á las Indias.
Al fin, cuando yo pensaba
Que por amiga tenia
Marquesa de Peñafiel,
Conde de Cabra me hacia.
Sentido mucho de aquesto,
Tal reves la di á la niña,
Que entendí que las quijadas
En el suelo las tenia.
Dije: —La muy socarrona
Vuelva al Tajo, por su vida,
Donde yo la vi desnuda;
Y con esto se despida.—

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1737.

(*Anónimo.*)

Con sus trapos Inesilla,
En gran daño del jabon,
Teñido dejaba el rio,
Manchado dejaba el sol;
Cuando por la puente asoma
Un sirviente de un doctor,
Lacayito sin vergüenza,
Galleguito con perdon:
Hombre, para de su tierra,
Moderado bebedor,
Pues de tres cueros de vino
No deja gota en los dos.
Luego que le vió Inesilla,
Con la mano lo llamó;
Y él, haciendo mil traspieses,
La saluda con amor.
Juntando codo con codo,
Hacen su salutacion,
Y tomándose las manos,
Se abrazan luego los dos.
Anilla, por otra parte,
Con desgarro socarron,
Encajándose el sombrero,
A su lacayo llamó.
El lacayo se levanta,
Y repicando á traicion
Por atras las castañuelas,
Bailan juntos dos á dos.
Por las márgenes del rio
En torcido caracol,
Van todos haciendo vueltas
Venciendo al aire veloz;
Y fatigados del baile
Y oprimidos del calor,
Llegan á beber del agua
Que murmurando llegó;
Y despues de haber bailado
Y limpiadose el sudor
Dan fin al baile, y principio
Al almuerzo y mi cuestion.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc. —It. *Romances varios de diferentes autores.*— It. *Contiene este pliego seis romances curiosos. Los dos primeros*, etc. Pliego suelto.)

1738.

(*Anónimo.*)

Así viva yo, morena,
Como eres un pino de oro,
Si te tuvieras en mucho
Como te tienes en poco;
Si cuando al espejo miras
Ese tu rostrillo al olio,
Dijeras: «Todo hombre muera;»
Como dices: «Vivan todos:»
Si cuando pones en venta
Tu heredad y patrimonio,
La vendieras por adarmes,
Como la vendes por oro.
No por viejos los desechas,
Aunque los procuras mozos;
Que unos son buenos de invierno,
Y de verano los otros.
Todos te rondan la puerta,
Unos sanos y otros rotos;
Ya cargados, ya vacíos,
Como arcaduces en torno.
Muchos son los escogidos,
Tus llamados no son pocos:
Con ser tantos, y tú sola,
Ninguno queda quejoso.
Los plumajes, por galanos;
Los bonetes, por donosos;
Lo demas por lo demas;
Las capillas por devotos.
¡Qué bien que lo dijo el cura
Predicando sobre el olmo,
Que quien muchos puercos cria
No mata ninguno gordo!

(*Primavera y flor de los mejores romances*, etc.)

1739.

(*Anónimo.*)

Mirando estaba el retrato
Del rey Felipe Tercero,
Donde armado le pintaron,
Un pobre soldado viejo.
Mirábale con un ojo,
Aunque quisiera con ciento;
Que una pelota le hizo
Falto en Frisia del izquierdo.
De un mosquetazo tenia
La pierna derecha ménos;
Que llevó sus miembros pares,
Y trajo nones sus miembros.
A puro cañon de lata,
En que á España trujo envueltos
Papeles de sus servicios,
Un órgano venia hecho;
Y despues de enternecido,
Lloró solo con el verlo.
Ante él puesto de rodillas,
A voces le dijo aquesto:
—En San Quintin vuestro padre,
Sobre Roma vuestro abuelo,
En la naval vuestro tio,
En mil peligros me vieron:
Otras veces os he visto
Pintado; mas yo confieso
Que lo que os está mejor
Es un vestido de acero;

Vuestra guarnicion mas rica
Es de soldados expertos :
¡ Oh qué bien os estarian
Las mangas de arcabucero!
Galan os hacen las armas,
Ved que de esa suerte pienso
Que el gran sepulcro de Cristo
Os aguarda por Gofredo.
Si os viesen de aqueste modo
En medio de un campo abierto,
Los españoles, sin duda
Les viniera el mundo estrecho.
Dad qué decir á la fama
En aqueste ministerio,
Quitaréisle de la boca
Los Césares y Pompeyos.
A que me despacheis vine,
Y no haréis mucho en hacerlo;
Porque para la otra vida
Medio despachado vengo.
Pidiendo andamos limosna,
Santo Rey, por vuestros reinos,
Los que por defensa suya
Estamos en carne y huesos.
Pintado, señor, os hablo,
Porque os hablo sin porteros;
Que por vos no temí lanzas,
Y en vuestra guarda las temo.—
Llegó en esto un alguacil,
Y echóle mano, diciendo
Que por vagamundo y pobre
Le mandaban echar preso.
Yo lo vi, yo lo diré;
Delito el ser pobre hicieron :
Catad, Rey, por vuestra causa,
Si la del pobre es la ménos.

(Primavera y flor de los mejores romances, etc.)

1740.

(Anónimo.)

Mentides, mundo, mentides,
Y cuantos os siguen mienten,
Que en vos la verdad desnuda
Vive vida penitente.
El otro Adónis moderno
Juzga con sus cascos verdes
Que es de los ojos de todas
Dulcísimo mata-siete.
Hácele el amor platillo
De unas fáciles mujeres,
Honestas de pocas horas,
Porque á muy pocas se vencen;
Y díceme á mí que arrastra
Las reinas; que le pretenden
Milan, Granada y Toledo:
«¡Mal haya yo si no miente!»
La otra doncelluela libre,
Solo porque la paseen,
Jamas le duele una mano
Para escribir un billete;
Cuando la ocasion la llama,
Ella acude y no la pierde;
A dos manos en los labios
De su amante el agua bebe.
Hala visto mas de alguno
Retirada muchas veces
Con el hijo de su alma
En solitario retrete.
¿Y pretende persuadirme,
Lo que ella en fin no se entiende,
Que es purísima doncella?
«¡Mal haya yo si no miente!»
Nació el señor Don Pelayo,
Cual Dios sabe y muchas gentes,
Y anduvo de piedra en piedra
Para que le recogiesen:
Jamas conoció el regalo;
Crióse en pobres paredes,
Sin haber pan en el mundo
Que duro le pareciese;
¿Y porque una vez fortuna
Se inclinó á mirarle alegre
Y le hizo lugar bastante
Para que del todo huyese,
Pone ya en sus reposteros
Guzmanes y Pimenteles,
Castros, Leivas y Mendozas?
«¡Mal haya yo si no miente!»
Anda el otro socarron
Solícito en sus deleites,
Buscándole á su apetito
Mil salsas con que despierte;
Contra sí mismo predica
Con artificio insolente,
Pues aquello que él infama
Es lo propio que comete;
Para abono de sus culpas
Contra la ignorante plebe,
Traje vil, zapato pobre
Calza siempre y viste siempre.
Dales á entender á muchos,
Que como buenos lo creen,
Que es ejemplar de virtudes :
«¡Mal haya yo si no miente!»
Cíñese su honesta espada,
Tan honesta que no quiere
Desnudarse vergonzosa
A los ojos de las gentes,
El capitan Don Fulano,
Y piensa que se le debe,
Porque dan fe sus bigotes
Del título de valiente.
Alzó contra el Rey bandera,
Y con retórica aleve
Les persuadió á los soldados
Desde un motin hasta veinte;
¿Y despues dice que en Flándes
Fué de los ciegos herejes
Su espada el mayor verdugo?
«¡Mal haya yo si no miente!»
Blasona de muy latino
El que nació el otro juéves,
Y no hay en toda la lengua
Solecismo en que no peque.
Nombre poético procura,
Galantear las musas quiere,
Sin haber jamas mojado
Sus labios en Hipocrene.
Ladrándoles va de léjos
A los ingenios valientes,
Y es lo que él escribe, hurtado
De los propios á quien muerde;
¿Y dice despues que cuanto
Roba de ajenos papeles
Son hazañas de su ingenio?
«¡Mal haya yo si no miente!»

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1741.—1742.

(Anónimo.)

Alguaciles y alfileres
Prenden todo cuanto agarran :
Levántanse fácilmente
Los testimonios y faldas;
Los necios y las cortinas
Se corren de buena gana;
Ser doblones y traidores
Es tener dobles las caras :
Los melones y doncellas
Están á veces con calas,
Y el limbo y ojos con niñas,
Y el hombre y oso con barbas.
El pan y los piés sustentan
Hijos, y el tiempo se pasa;

Corren monedas y rios,
Músicos y potras cantan;
Suénanse nuevas y mocos;
Comen las bocas y sarna;
Pican lancetas y pulgas;
Pestes y médicos matan.
Pónense plantas y huevos;
Píldora y verdad amargan;
Y tienen seises cumplidos
Catedrales y barajas.
Vino y señores se tuercen
De la noche á la mañana,
Y con mujeres y vino
Los mas cuerdos apostatan.
El abad y el lobo comen
Lo mejor de la manada;
Y la mujer y la loba
Del peor lobo se págan.
Latin y frailes y peces
Se pierden fuera de casa,
Y la mujer y gallina
Mas presto, cuanto mas andan.
Tienen los danzantes vueltas,
Los toros y las espadas;
Y ofenden, Juana, las tuyas
Aun mas que los de Jarama.
Por la cuerda de mi honra
Quince sé que te rechazan;
Mas en razon de pelota
No es mucho dé quince y falta.

(*Romances varios de diferentes autores.*)

1743.

A JUANA ENAMORADA DE UN CAPON.

(*Anónimo.*)

—Dicen que tienes, Juanilla,
Por galan de tus aseos
A un hombre tal que, aunque quiera,
Contigo no puede serlo:
Un galan tan limpio y liso
Que no tiene en todo el cuerpo,
Si se mira de alto abajo,
De ser hombre un estropiezo;
Y aunque en su cara lampiña
No se halla ningun cabello,
Por lo ménos el bigote
Nadie dirá que no es bello.
No es hombre de menudencias,
Aunque se precia de entero,
Ni es hombre como los otros,
Y esto es en él lo de ménos.
¿Con este quieres, Juanilla,
Tener dulces pasatiempos?
El tiempo, sí, pasarás;
Mas lo dulce, ni por pienso.
De Capadocia desciende
La casta de sus abuelos,
Y su casta te hará casta,
Aunque tú no quieras serlo.
No gozarás tus verdores
En sus fingidos requiebros;
Antes morirás de seca
Por falta de tener riego.
Si tal vez, como mujer,
De carne tienes incendios,
No apagarán tus ardores
Los favores de tu dueño;
Y aunque sea gran cantante,
Y en la música muy diestro,
Por la llave de natura
No te cantará un soneto.
Si te arrimas á un pilar
Sin estribos ni cimientos,
Cuando te presumas firme
Darás contigo en el suelo.
Con partes, á las mujeres
Los hombres las pretendemos;
Pero tu galan, sin ellas,
Se quiere llevar el premio.
Sin borlas y tan galan,
¡Por Dios, niña, no lo creo!
Que borlas son una gala
Que adorna y es de provecho.
No presumas gran firmeza
En ese galan mancebo,
Porque todos le conocen
Por hombre de poco peso.
Si es porfiado en quererte,
No temas que pierda el seso,
Porque no derrama nada,
Aunque esté tieso y retieso.
Contarás el tiempo en blanco
Que gastares con tu Orfeo,
Porque sus pesas no pueden
Decir de la hora el tiempo.—
Así lloraba de Juana
Su mal entendido empleo
Un devoto zapatudo
Crecido de pulgarejo;
Que es decirte en castellano,
Niña de los ojos bellos,
Que le sobran muchas onzas
De lo que falta á tu dueño.
Si no te visita mucho,
No lo tengas por desprecio;
Que andarse en ir y venir
No puede, aunque ande recio.

(ALFAY, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1744.

(*Anónimo.*)

En el ardor de una siesta,
Que tambien las siestas arden,
Era Menga mariposa
A orillas de Manzanáres.
Tan sin piedad abrasaban
Los viles caniculares,
Que sobre el campo el arena
Era un brasero de herraje.
Encendióse mucho Menga,
Y pensando refrescarse,
Dió con sus carnes al viento
Y con su vestido al márgen.
Por los cristales se mete;
Pero mas llegara á holgarse,
Si se metieran por ella
A pedazos sus cristales.
Lavóse y aun relavóse
Todas las humanidades,
Sin reservar en su cuerpo
Ni piante ni mamante.
Palmadas se daba en todas,
Pero mas en cierta parte
Donde fué desde la cuna
Inclinada á palmearse.
Cuando mas arriba un viejo
Se lavaba los pulgares
Con que habia muerto á muchos
Sarracinos y Aliatares,
Estaba desnudo y seco
Mas que los cañaverales:
Pensó el rio que era aborto
De sus mismas sequedades.
Divisó á Menga, y por verla
Con ménos dificultades
Se alzó todo lo que pudo;
Pero nada pudo alzarse.
Mirábala temeroso:
Habia de ser un fraile;
Que no se volviera virgen,
Si se imaginara mártir.
Encogiéronse de hombros
Los señores genitales,
Como quien dice: ¡Qué dicha,

Si fuera treinta años ántes!
Volvió los zafiros Menga,
Y reparó en los balajes
De aquella puente de plata
De mayos y navidades.
Quedóse como quien mira
Detras de una flor un áspid:
Esto digo yo por ella,
Quedase como quedase;
Mas claro está que no pudo
Dejar Menga de asustarse,
Si no perdió la vergüenza
Cuando perdió los corales.
Salirse quiso, y no supo;
¡Mucho fué que lo ignorase;
Que salirse las mujeres
Es una cosa muy fácil!
Sobre aquel pastel en bote
Entrambos brazos reparte,
La izquierda le cupo al suelo
Y á la derecha el hojaldre.
¡Qué poco debió al demonio,
Pues le puso en este trance
Para tentacion un hombre,
Y para hombre un cadáver;
Pues cuanto Menguilla al viejo
Como mujer le tentase,
A aquel venerable Beda
Le veda lo venerable!
Si bien murmuran algunos
Que no le pesara al ángel,
Que tras el Nuño Salido
Salieran los Siete Infantes.
Corrida quedó en efeto;
Pero fué de que mirase
Tan buen encaje de punta
Tan mala punta de encaje.
Al fin, cansados entrambos
De verse y de contemplarse,
Menga se fué á su basquiña
Y el vejete á sus pañales.

(*Códice de 1616.*)

1745.

(*Anónimo.*)

Declárame por su vida,
Señor galan Moscatel,
A quién enamora en casa,
Que no sabemos á quién.
Si yo soy la desdichada,
No ponga en mi su querer,
Que no pongo mas amor
Que un renegado de Argel.
Sepa, si no lo ha sabido,
Que no hay en casa mujer
Que se pique de galan,
Y mas de quien no lo es.
Gaste el tiempo en otra parte
Donde le hagan mas merced;
Que yo como no soy reina
No sé cómo se ha de hacer.
No me ronde mas la puerta,
Por su vida, que una vez
Podrá caerse un ladrillo,
Que es muy vieja la pared.
No me sirva, por su vida,
Que es locura: ¿no lo ve?
Que si es Jacob en firmeza,
Yo no puedo ser Raquel.
Aunque me sirva mas años
Que vivió Matusalen,
No ha de hallar mas fe en mi pecho
Que tiene un moro de Fez.
Si amor con amor se paga,
En mi no lo puede haber;
Que me mudo por momentos
Como dama de ajedrez.
No sea necio, por su vida,
Bendígale el cielo, amen:
¡Qué terrible le hizo Dios
Para mano de almirez!
Quédese á Dios, que me mudo,
Y no responda al papel;
Que es muy necio para alcalde,
Y no ha de hallar mujer.

(*Maravillas del Parnaso*, etc.)

1746.

(*Anónimo.*)

Hoy, pues estamos á solas,
Milagro es estarlo hoy,
Sin doncella escuchadora,
Sin paje murmurador,
Quintañona, dueña mia,
De sobre tocas y Don,
De medio arriba escarola,
Y de medio abajo col:
Ya pues que estamos solos
Y de mi alma cuenta os doy,
Id conmigo poco á poco,
Que breve será el sermon.
Yo soy un godo corito
Desde el cogote al talon;
Osorio, por lo pulido,
Cerda, por lo gruñidor:
Montera fué de Espinosa
Mi madre, y fué morrion
Mi padre, en aquellos tiempos
Del caballo y el azor.
Vineme á tierras extrañas,
Porque mi hermano mayor
Fué de mis raices rio,
Y de mis muebles tizon.
Como yo me llamo Suero,
Nueve dias me tomó
Desde el vasar á la rima,
Desde la lia á la troj.
Hizo conmigo ejercicio,
Y el parentesco purgó
Tanto, que con ser su hermano
Parezco su servidor.
Escudero, que es lo mismo,
Me hizo, hágale Dios
Del parral de Peralvillo
Racimo con once y dos.
Convirtióme en pica seca,
Y obligóme á ser reloj
De badajo, en esta sala,
Y en ese patio, de sol.
Digo pues, por no cansaros,
Señora dueña de honor,
Que son para mi esos ojos
Ojos de agua y de jabon.
Ese ruan tremolante
Es de mi alma pendon,
Y yo soy el negro alférez
De la viudez del amor.
¿Cuándo quereis, Quintañona,
Que hagamos entre los dos
Un cuerpo con dos cabezas,
Aguilas de emperador?
¿Dos partes y un bulto, digo,
O para hablar mejor,
Del yugo del dios bodero
Dos bestias y un chirrion?
Dadme palabra, juradlo
Por la cruz ó guarnicion
De esta hoja del perrillo,
Que en mi liebre se volvió;
Por la ruda sanadora
Del mal de madre que os dió,
Por el sótano regüeldo
Y por la azotea coz.

(*Maravillas del Parnaso*, etc.)

1747.

(Anónimo.)

Suero sois el escudero;
Mas buscad otra invencion
Con que tengais mas sustancia,
Que no os diré yo que no.
Dueña soy; pero si dueño
Tuviere mi pozo Airon,
Que sea escudero á secas,
De peste le tenga yo.
Escuderos sin sustancia
Son candelas sin farol:
Cualquier viento las apaga,
Mueren de cualquier baldon.
Aquilones racionales
Los llamó Don Galaor,
Y bestias por fuerza atadas
Al yugo de la racion.
En la nuez de mi garganta
Pruebe la muerte su hoz,
Si diere mi Vellocino
A un escudero Jason.
En esto al torno llamaron:
La Quintañona se entró,
Y el Suero acedo se puso,
Que es vinagre un disfavor.

(*Maravillas del Parnaso*, etc.)

SECCION DE ROMANCES VARIOS PICARESCOS.

1748.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Así el glorioso San Roque
Las dé licencia á las secas
Para que tenga algun hombre
Necesidad de tus letras,
Y así hagan sus oficios
Este agosto las vadeas;
Llueva el cielo tabardillos,
Dolor de costado y lepra;
Y así para que te llamen
Los que de tí no se acuerdan,
No haya otro médico vivo
De todos cuantos pelean:
Que te olvides por un rato
De las cosas que te cercan,
Miéntras de mi triste vida
Te doy una larga cuenta.
Un ahito de fregonas,
Digo, de damas de cerda,
Me tiene, amigo dotor,
Entrambos piés en la huesa.
Quise atreverme á una dama:
¡Ojalá no me atreviera!
Que al criado con ponzoña
Le mata la salud mesma.
De pecadoras de viejo
Quiso subir mi soberbia
A oficialas de obra prima
Del arte de las ofensas.
Tuve ventura con una,
Dormí con ella una siesta;
Pienso que me probó el manto
Como á otros la extraña tierra.
Alzaba yo sayas mudas:
Cuando las alcé de seda,
No pensé volver en mí
Viendo faldas tan parleras;
Y como yo estaba hecho
A ver las piernas en piernas,
Pensé que era carne azul
Lo que eran azules medias.
Seis puntos solos calzaba;
Yo hecho á patas inmensas
Por los piés la preguntaba,
Como si no los trajera.
Hízoseme novedad
Ver carnes lisas y tersas,
Hecho á unos cuerpos de dura,
U de zapa, ú de vaqueta.
De azogue son sus pedazos,
Siempre en ellos se menea:
Bien se la entiende del sexto,
Bien la lujuria maneja.
Fuera de comer, mi boca
Solo el besarla desea,
Pues me la suele tener
Muda por sobra de lenguas.
Continuo peca con galas,
Cosa que á todos alegra,
Pues va cargado de brincos
El pecado en que ella peca.
¡Mal haya yo que gasté
Mi vida en jugar á ciegas
A lo de maricastaña
Por el libro de mi aldea!
Besaba á lo mazorral
Un beso con castañetas,
Abrazaba en empujon
Martirizando caderas:
Eranme pueblos en Francia
Lo que se llama gatesca,
Siendo lugares que pasa
A Italia el que el blanco yerra.
Con estas cosas, doctor,
Y estas Indias descubiertas,
Me siento d'ella picado
Idólatra de sus rejas.
No te pido que me cures,
Pues te doy por malas nuevas,
Que no me puedes matar
Porque ya me ha muerto ella.
Solo pido que así Dios
Te deje poblar iglesias,
Y San Anton á tu mula
Del fuego suyo defienda;
Y así duren cien mil años
Tus guantazos en conserva,
Que mires qué nombre puso
A aqueste mal Avicena;
Que yo pienso que mi muerte
Fué errarme la cura negra
Curándome por martelo
Lo que eran arrechevas.
Míralo, dotor amigo:
Así á poder de recetas
Ganes, matando á los moros
Por zancarron, honra en Meca.

(*Códice del siglo* XVII.)

1749.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Antoñuela la pelada,
El vivo colchon del sexto,
Cosmógrafa que consigo
Media á estados el suelo;
La que tan interesada
Eligió por juramento,
Por no dar nada de gracia,
Esto de... ¿á mí que las vendo?
La que en un zas de mantilla,
Y en un calar de sombrero,
Al talego mas hinchado

Le volvia en esqueleto:
Dejo los lagues, y digo,
Por no echar por esos cerros,
Que era virtud su ganancia,
Pues consistia en el medio.
Nunca les pidió prestado
A sus tios ni á sus deudos;
Que por no torcer su brazo
A torcer daba su cuerpo.
Sin ser Antonia cobarde,
Ha dado en decir el pueblo
Que tuvo mil sobresaltos
Sin ser de susto ni miedo;
Por ser tan caritativa
Dicen que se va al infierno,
Y que se va por lo suyo,
Como otros por lo ajeno.
Es por sus pasos contados,
Aunque son pasos sin cuento:
Mas echada que un alano,
Mas hojeada que un pleito,
Mas arrimada que un barco,
Mas raida que lo viejo,
Mas tendida que una alfombra,
Mas subida que los cerros.
Mas flaca que olla de pobre,
Mas desgarrada que el mesmo
Mas, por todos estos mases,
Que en la Pelada es lo ménos.
Por ser ella tan liviana
(No me admiro del exceso),
Desde su casa en la cárcel
Con un soplo la metieron.
Entró saludando à todos;
Mas sus saludes no entiendo,
Que solo ella en un verano
Pobló el tribunal de enfermos.
Asentáronla en el libro;
Y no hicieron poco en esto,
Porque esta es la vez primera
Que Antoñuela tuvo asiento.
Al tomarla el escribano
Confesion de lo que ha hecho,
Ella niega á piés juntillas
Lo que pecó á piés abiertos.
Envíanla á la galera,
Dándola un jabon por remo,
Porque lave de los pobres
Lo que ensució en otro tiempo.
Salieron á recibirla
La Mellada y la Cabreros,
Marcas viejas, que ellas mesmas
Al diablo se dan por tercios.
De no usarse la Pelada
Se opiló luego al momento;
Que es para ella comer barro
Cualquier ejercicio honesto.
Envíanla á Anton Martin,
Donde yace, y donde creo
Que purga la humana escoria
En una fragua de lienzo.

(*Códice del siglo* XVII.)

1750.

EL ERMITAÑO Y LA SANTERA.

(*De Don Francisco de Quevedo* [1].)

Madre, asperísima sois:
Por de dentro y por de fuera
Toda rallos y cilicios,
Toda disciplina y jerga;
Nunca levantais la cara,
Como si la cara fuera
Algun falso testimonio,
Qu'en levantarle se peca.
Dadme orejas, madre mia,
Pues no hay pecado de orejas,
Miéntras mi vida y costumbres
A voces derramo en ellas.
Soy ermitaño montés,
Y por huir de una suegra,
Mas que con mi mujer propia
Quise vivir con las peñas.
Supe de todo en el siglo,
Y memorias hechiceras
Me hacen gestos desde el alma,
Que de los que vi me acuerdan.
Mis deseos se han mezclado
En el cilicio á las cerdas,
Y mi pensamiento mismo
Se ha vuelto mi penitencia.
No dejo la soledad
Por codicia ni soberbia:
¡Sabe Dios que no codicio
Ni dignidades ni rentas!
Motin de la humanidad,
Que aunque flaca se espereza,
Y naturales cosquillas
Me punzan y no me dejan;
Y como mi condicion
Ha sido siempre sujeta
A *femina* mas que á *maribus*,
Conjugar tambien quisiera.
Carnicero es mi apetito:
Todas mis culpas se encierran
En el pecado de carne,
Aunque algunos huesos tenga.
Para pecar con la carne,
Nunca llegó á mi conciencia
Ni ayuno, ni obligacion,
Ni vigilia, ni cuaresma;
No sé qué es pecar de viérnes:
Ninguna ofensa de pesca
Me tiene el demonio escrita
En el libro de mis cuentas.
Empeñada tengo el alma
Sobre la mujer ajena,
Si hay alguna en estos tiempos
Que para alguno lo sea.
No habrá mujer que se alabe
Que ha podido ser tan fiera
Que haya vencido mis brios
Y acobardado mis fuerzas.
En tiempo de carestía
No las tengo reverencia
A las venerables canas
De las mas pasadas viejas;
No reparo yo si es limpia
La hermana que me recrea,
Que no es hábito el pecado
Para mirar en limpiezas.
No he menester perejiles
De rosas, ligas ó medias;
Que yo doy por recibido
Todo lo que no son piernas;
Pero lo que mas me enfada
Es lo de bocas pequeñas,
Que como á mí no me pida,
Aun la de un alnafe es buena.
A los ojos matadores
Temo, madre reverenda,
Por no gastar en difuntos
Todo el resto de mi hacienda.
Solo cabellos de oro
Quisiera ver en mi reina,
Pues con solo trasquilarla
Remediara mi pobreza.
No hay viuda que yo no busque
Por mas qu'en tocas se envuelva;
Que gustos tintos me agradan
Entre aquellas faldas negras.
Andome tras las casadas,
Para ver cómo se engendra
En ausencia del marido
El cristal de las linternas.
Doncellas, no sé qué son,
Porque me contó una vieja

Que ya son solo en los cuentos
Fruta de «érase que se era».
Ansi, madre, que si Dios
No hubiera criado hembras,
En soledad y oracion
Buscara la vida eterna.
La Santera, que leyó
Lo interior de mi conciencia,
Me respondió d'esta guisa:
Oiganlo pues las santeras:
—¡Mal hubiese el ermitaño
Que olvidó entre todas esas
Los deseos estantíos
De una ermitaña manchega!
¿Qué os han hecho las beatas?
Mujeres somos como ellas:
Cuerpos cubren estos sacos,
Carne y huesos estas cerdas;
Los hombres nos engendraron,
No hay ya quien nos ahorrezca,
Que la mujer en ermita,
Aunque esté en ermita, es hembra.
La culpa tiene el desierto
De lo qu'estos miembros huelgan:
¡Bien sabe alguno que pudre,
Que saben lo que se pescan!
No crea, hermano, el sayal
De las santas comadreras,
Pues debajo hay al, en donde
Los reconcomios se ceban.
Entremos en mi aposento,
Dijo, y abriendo la puerta
Uno sobre otro estuvimos
Por ser angosta la celda.
Ella como mas humilde,
¡Ved qué virtud tan inmensa!
Se quiso poner debajo
D'este indigno que lo cuenta.
Tras damos golpes de pecho
Descargamos las conciencias,
Y nos quedámos dormidos
Hasta qu'el sol dió la vuelta.

(QUEVEDO, *Obras.*)

[1] Este romance, impreso ya en las obras de Quevedo, se ha reformado y añadido, teniendo á la vista un códice del siglo XVII, donde su primer verso dice: *¡Oh, qué áspera sois, mi madre!*

1751.

MARICA EN EL HOSPITAL.—I.

(*De Don Francisco de Quevedo*[1].)

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital;
Que el tomar era costumbre,
Y el remedio es el sudar.
Sus desventuras confiesa,
Y los hermanos la dan,
A culpas de Escarramanes,
Penitencias de *ay, ay, ay*.
Lo español de la muchacha
Traduce en frances el mal[2],
Cata á Francia, Montesinos,
Si te pretendes pelar.
Por todas sus coyunturas
Anda encantado Roldan;
Los doce pares y nones
No la dejan reposar.
Por no estar á la malicia
Labrada su voluntad,
Fué su huésped de aposento
Anton Martin el galan.
Sus ojos son dos monsiures
En limpieza y claridad,
Que están llorando gabachos
Hilo á hilo sin cesar.
Por la garganta y el pecho
Se ve, cuando quiere hablar,
Muchos siglos de capacha
En pocos años de edad.
Las perlas almorzadoras[3],
Y el embeleco oriental
Que alarazaban las bolsas,
Con respeto muerden pan;
Su cabello es un cabello[4],
Que no le ha quedado mas,
Y en postillas y no en postas
Se partió de su lugar.
Dos labios de coral niegan,
Secos, su púrpura ya;
Ni de coral tienen gota,
Mucha, sí, gota coral.
Las gangas que ántes cazaba
Las vuelve agora al garlar,
Y su nariz y su boca
Trocaron oficios ya.
En cada canilla suya[5]
Un matemático está,
Y anda el pronóstico nuevo
Por sus huesos sin parar.
Desde que salió de Virgo
Vénus entró en su lugar,
En el Cáncer sus narices
Y en Géminis lo demas.
Entre humores maganceses
De maldita calidad,
Y dos viejas Galalonas
Fué puesta en cautividad.
La grana se volvió en granos,
En flor de lis el rosal,
Su clavel zarzaparrilla,
Unciones el soliman.
Tienen baldados sus huesos
Muchachos de poca edad,
Hombres malvados de vida,
Mucho don, y poco dan.
Estas son pues de esta niña
Las partes y calidad,
Archivo de todo achaque
Y albergue de todo mal.
Las que privais en el mundo
Con el pecado mortal,
Si no perdeis coyuntura
Las vuestras se perderán.

(QUEVEDO, *Obras de.* — II. *Romances varios de diversos autores.*)

[1] En este romance, con sus acostumbrados equívocos y alusiones de doble sentido, se propone el autor describir los efectos que produce el mal que adquieren las prostitutas. Para eso supone á Marica llevada á Anton Martin, que es el hospital adonde en Madrid los frailes de San Juan de Dios curaban el mal venéreo.

[2] Desde aquí alude y remite á los franceses el origen del mal que padece Marica.

[3] Indica que se le mueven los dientes, que en su lenguaje llaman los poetas perlas.

[4] Porque en la cura del mal venéreo se caian los dientes y los cabellos, supone que solo le quedó uno, y que por eso se podrá decir que solo le quedó cabello y no cabellos.

[5] Alude á que los dolores que quedan se sienten mas en las mudanzas atmosféricas por los que sufren este mal y los vestigios que deja.

1752.

MARICA EN EL HOSPITAL. —II.

(*De Don Francisco de Quevedo.*)

A Marica la Chupona
Las goteras de su cama
La metieron la salud
A la venta de la zarza.
Es moza, mas de caballos
Ingleses de mala casta,
Por los relinchos, dolientes,
Y por las cernejas, plagas.
Ningun ginete de tantos
Como ha tenido, la llama

Manda potros, y da pocos,
Aunque no cumple palabra.
Parece pues que anduvieron
Su tono oliendo y su habla
Las gangas á caza d'ella,
Como ella á caza de gangas.
Su casco es terciopelado,
Pues tercera vez la rapa
Tonsura de Anton Martin,
Monsiurísima navaja.
Un Don Crispin Garabía,
Bribon de sopa de panza,
Tan amante que por ella
Se las pela, y son las barbas.
Sin otros melindres tiene
La nariz escarolada,
Por falta de las ternillas
Hechas balcon las ventanas.
Sobre quién la pegó á quién,
A fuer de podridos, andan,
El con humor de gabachos,
Y ella Lázaro con llagas.
Condenados tiene á dos
A circuncision cristiana,
Con lamparones de abajo
De Caramanchel de Francia.
Dicen qu'el signo de Cáncer
El apatusco la masca,
Y á melon se le condena
Por no decir á tajadas.
Pues siempre se echó en mullido
Y en echarse ha sido larga,
No ha perdido la salud
Por corta ni mal echada.
Los reverendos jarabes
Que de canónigos campan
Por magistrales, la tienen
Muy prebendada de bascas.
Mas gomas que las valonas
En sola su frente gasta,
Y dice que son chichones,
Cayendo siempre de espaldas.
Ayer se descalabró
Las muelas en unas pasas,
Y en un bizcocho sus dientes
Como en pantano se atascan.
La vida de la pobreta
Ha sido juego de damas,
Ocupada en tomar piezas
Andando de casa en casa.
Resfrióse de enfaldarse
Muy á menudo las sayas;
De cubrirse y descubrirse,
Siendo cosas tan contrarias.
A la opilacion se acoge
Porque no la dén matraca;
Y es verdad, que se opiló
De comer tierra con bragas.
Jura que ha de poner tienda
De achaques, si se levanta:
¡Ojo avizor, que ballarán
Al primer tapon zurrapas!

(Quevedo, *Obras*, fol. 425.)

1753.

FIN DE LA CORTESANA.

(*Anónimo.*)

La Chaves que hizo en Segovia,
Sin artificio ni ingenio
Un mes que se batió el cobre,
Mil reales, juntando medios;
Y la que en Toledo supo
Sin la costa de Juanelo
Llevar agua á su molino
Con los mismos instrumentos;
La Ginovesa en Madrid,
Que lleva ciento por ciento,
Pues de prestar cuatro cuartos
Eran otros cuatro el premio;
Huéspeda en Anton Martin,
Achaques dará en un lecho,
Sacados de la pasion
Que tienen tantos enfermos.
Es su mal un resfriado
Causado de dos extremos:
De haberse cubierto mucho,
Sobre haberse descubierto.
De unos verdes que se dió
Andando á la flor del berro,
La condenaron á zarza,
Y en el espina la han puesto;
Pero fian de su vida
Tan fallida ya, que entiendo,
Que la presa que hizo en carne
La paga en dolor de huesos.
Tendida, mas no de gusto,
Teme arrugarse creciendo;
Que doblará el sacristan
Si no hay cara de provecho.

(*Romances varios de diversos autores*, pág. 258.)

1754.

INESILLA DE SEGOVIA.

(*Anónimo.*)

Inesilla de Segovia,
Y de todo el mundo, aquella
Hembra mala para macho,
Porque de vicio se echa,
Descubierta por el aire,
Y por el humo revuelta
De un manto, que con el tiempo
Se hizo pedazos por ella:
Al Prado salió celosa
A ver cúyo, cúyo era
Perote, que deposita
En otra alma sus potencias.
Corrida y desesperada
Teme que Juanilla, aquella
Primavera de Madrid,
Otoño de su uva sea.
Era Perote dispuesto
Para alcanzar cualquier hembra:
Su trato en lo pegajoso
Era liga, y la edad media;
En su cabeza las mozas
A las damas siempre juegan;
Que son las hebras del pelo
Una blanca y otra negra.
En lo crespo y lo velloso
Es todo una cabellera;
Mas ¡qué mucho, si de noche
De una cuadrilla es cabeza!
Descubrióle, y profanando
Los aires sin reverencia,
Estas palabras deshizo,
Porque las traia hechas:
—Hanme dicho, seor Perote,
Que comedias representa:
Conmigo hace las jornadas
Pero con otras las cenas,
Y que gasta generoso
En almuerzos y meriendas,
En otra parte guisados
Y aquí solo las crudezas.
¿Olvídase ya que soy
Prenda suya? ¿No se acuerda
De que tiene puesto todo
Su caudal en esta prenda?
—No hable mas, respondió Pedro,
Que estas voces mal me suenan;
Que siendo dulces, son canto,
Y en lo quejoso son piedra.
Mintiótelo alguna amiga
Vizcaina ó irlandesa;

Que quien tales cosas dice
No puede ser buena lengua.
No es nueva en tí esa porfía;
Sin duda quieres que crea
Que el Evangelio me dices,
Pues me predicas por tema.—
En esto llegó Juanilla,
Tiró al hombre, y desatenta
Dijo: — Yo he de desatalle
D'esta loca ó d'esta cuerda.
Salga de ahí la atrevida;
Vaya á barrer la muy puerca
Los cuartos de en cas su ama,
No los de esa faldriquera.—
Inesa dijo furiosa,
Juanilla, la voz increspa,
Y dice: — Rota señora,
Mal tapada y bien cubierta,
¿No soy yo para querida,
Y tan buena como ella?
¿Dios no me ha dado una cara?
—Y aun dos, la respondió Inesa.
—Ella sola es la fingida,
Replicó la otra, pues muestra
Estar por arte cerrada,
Siendo por natura abierta.
¿No sabe que es una fácil?
¿No entiende que es una fiera,
Y que amor á ese pobrete
Con ella le dió culebra?—
Fuése, quedando Inesilla
Por maestra de la escuela:
A Pedro le dió una mano,
Y al Prado le dió una vuelta.

(Alfay, *Poesías de grandes ingenios*, etc.)

1755.

REFIERE SUS AVENTURAS UNA DAIFA.

(Anónimo.)

Escuchadme atentas, chulas,
Las del germanillo trato,
Las de toldo y las de rumbo
De donaire y garabato;
Las que siempre rozais seda,
Si lo vuestro no anda malo:
Escuchad á una mujer
Sus tramoyas y trabajos;
Yo nací dentro en Sevilla
De padres nobles y honrados:
Era la luz de sus ojos,
Y alivio de sus trabajos:
Era chiquita y bonita,
De donaire y garabato;
Fuí creciendo con el tiempo,
Llegué á tener quince años,
Y se enamoró de mí
Un hijo de un veinticuatro,
Que en término de seis meses
Me dió mas de mil ducados.
Se remediaron mis padres
Sin preguntar el milagro.
Era mi calle de noche
Galería de mil trasgos,
Y á veces coro de monjas
Cuando cantan á lo bravo.
Me dió libertad el mozo,
Y en mi casa iban entrando:
A los ricos admití,
Y á los pobres hablé claro;
Y viendo que no acudia
El hijo del Veinticuatro,
Yo recibí en mis entrañas
Un bello napolitano,
Que con el trato y el tiempo
Vine yo á quererle tanto
Que olvidé mi casa y patria,
Bienes, hacienda y regalo.
Fuíme á Nápoles con él,
Adonde estuve seis años,
Y en este tiempo adquirí
Mas de doce mil ducados;
Mas por un cierto mozuelo,
Que por mi ocasion mataron,
Que se alabó en un corrillo,
Que cierto perro me ha dado,
Usurpáronme mis bienes,
Y á la cárcel me llevaron,
Desterrándome del reino
Por término de tres años.
Fuíme á Génova la bella,
Pero como allí no hay trato,
Porque habia muchas chulas,
Y no se ganaba un cuarto,
Me partí á Barcelona,
Adonde me estuve un año,
Usurpando lo perdido,
Y aumentando lo ganado.
Partíme para Madrid,
Y allá en la calle del Prado,
Porque me dicen que aquellos
Eran los mejores barrios,
Recibí una mujer vieja
Y un escudero barbado.
Ella trae monjil y toca,
Gordo rosario en la mano;
Yo la llamaba mi madre,
Sin que me hubiese criado.
Dióme á conocer las chulas,
Los traineles y chulamos,
Corchetes y agarradores,
Y toda gente del trato;
Dióme á conocer las damas,
De estas que lo están ganando:
Unas me daban consejos,
Y otras me dan parroquianos;
Mas como siempre estas viejas
Hablan un poquillo alto,
La despedí de mi casa
Y de hacer embrollas trato;
Que es andar de casa en casa
Mis virtudes publicando.
En una echaba las habas,
Y en otras conjuros hago,
Y con pucheros de tierra
Pasé yo mas de diez años,
Y al cabo de aqueste tiempo
Dí en la cama un barquinazo:
Acabóseme mi hacienda,
Y al hospital me llevaron.
Abra toda chula el ojo,
Mire que el mundo es voltario,
Y si se viere bien puesta
Retírese y haga alto.
Pasará mejor la vida
Que la que lo está contando,
Una hija de Sevilla,
En el hospital penando
Que dicen de Anton Martin,
Por ser el mas afamado.

(*Romances varios de diversos autores.*)

SECCION DE JÁCARAS Ó ROMAMCES DE JAQUES, ESCRITOS EN LENGUAJE DE GERMANIA Ó RUFIANESCO[1].

1756.

AL DIOS MARTE.

(*De Juan Hidalgo*[2].)

A tí, belicoso Marte,
Este mi libro consagro,
Qu'es en germánico estilo
De los del germano trato.
No celebro aquí los hechos
De los varones pasados,
Que hicieron su memoria
Eterna, y sus nombres claros;
Mas los que en tan mala vida
Entre asombros y desgarros
Viven asombrando el mundo,
Que al fin les da el justo pago,
Cuyo fin sirve de ejemplo
Del fin que sacan al cabo.
Y escribo en su propria lengua
Y en sus términos germanos,
En estos cinco romances
Sus desventurados casos,
Sus vicios y sus maldades,
Cual en el primero canto
La descripcion de la vida
Airada; y así la llamo.
En el segundo se cuenta
De cómo Pedro de Castro
Se apartó de Catalina,
Y toda su historia narro.
En el romance tercero
El hecho famoso canto
Del valiente Cantarote
En venganza de su agravio.
El cuarto, que se intitula
Vida y muerte de Maládros,
En que se describe al vivo
Cárcel, presos, vicios, tratos.
En el quinto se concluye
Toda la historia del cuarto,
Cumpliéndose el testamento
De Maládros, con un largo
Discurso de aquesta vida
Suelta, tan dañosa á tantos.
Tú, dios Marte, á quien dedica
Mi musa aqueste trabajo,
Pues eres de la braveza
El dios que invocan los bravos,
Defiende aquestos romances,
Que van puestos á tu cargo,
En que se ve el fin horrible
De los que siguen tus pasos,
Para que tengan ejemplo,
Viendo los vicios y daños
Que resultan de la vida
Que ellos llaman trato airado.
Y advierte á los que leyeren,
Que ha sido escribir triscando,
Para prueba del ingenio
En este lenguaje extraño;
Y que por curiosidad
El mas honesto y mas sabio,
Sin tenerlo en menosprecio,
Se puede ocupar un rato
En leer de aquesta gente
Sus términos y vocablos,
Para advertencia á los buenos
Y para ejemplo á los malos;
Que sin ofender su honor
El Censorino romano
Entró en los juegos de Flora,
Lugar tan obsceno y malo,
Sin perder reputacion
Ni ofender el nombre sacro.

(HIDALGO, *Romances de germania*, etc.)

[1] Destinados estos romances á formar cuadros de las costumbres, vidas y aventuras de los ladrones, los rufianes, las prostitutas y la gente mas desgraciada de la sociedad, han adoptado los poetas hasta la lengua ó jerga convencional que aquellos malvados usan entre sí para no ser comprendidos por los que no pertenecen á su clase. Esta lengua, que se llama de germanía ó rufiana, no debe confundirse con la verdadera de los jitanos. Aunque contiene algunas palabras del *caló* que estos hablan, pertenecen las mas á la lengua vulgar castellana; pero interpretadas con significacion distinta de su sentido recto, y mas comunmente en sentido metafórico. Para acostumbrar á nuestros lectores, en especial si son extranjeros, á descifrar el sentido, ya natural ó ya figurado, de las frases ó de las palabras rufianescas, hemos puesto notas aclaratorias en algunos romances; mas se han omitido en el mayor número de ellos, porque habiéndose incluido dichas voces en las últimas ediciones del Diccionario de la Real Academia Española, en él deberán buscarse.

[2] Este romance y el siguiente son de Juan Hidalgo, que recopiló los de germanía con un vocabulario de la lengua ó jerga que usan los jaques y ladrones. Los tres restantes que se mencionan no se insertan, porque el libro en que se hallan es muy comun, y se han omitido para dar cabida á otros mas raros y escasos.

1757.

TESTAMENTO DE MALÁDROS.

(*De Juan Hidalgo*[1].)

En el nombre del gran Coime
Que el alto crió y la tierra,
Y de su Madre bendita,
Del claro estrellado Reina,
Ordeno mi testamento
Yo, Maladros, en la trena,
Puesto en el último paso
Para vasir por sentencia,
Con mi libre entendimiento
Y voluntad sana y buena
Por lo que toca á mi alma,
Viendo cercana la cierta.
Y temiendo el duro trago
Del cual no hay quien libre sea,
Digo: Que otorgo y conozco
Por esta forma y manera
Todo lo que aquí dijere,
Presentes mis albaceas.
Primeramente mi alma,
Libre en maldades y suelta,
Encomiendo á cúya es,
Que como quien es le duela;
Y pues él la redimió
Con tanto trabajo y pena,
El por su misericordia
La libre de la cadena.
Item, mando que el navío,
Que surgirá en basilea,
Dándolo á la Caridad
Para plantallo en la Iglesia,
Quiero y es mi voluntad
Que niuca la fria tierra
En el corral de los Olmos,
Do se junta la braveza.
Item, mando que mi farda
Se venda en una almoneda,
Y dén á la cofradia,
Que aquí está dentro en la trena,
Un cuero de tiple godo
Con que consuele su pena,

Porque ha rezado por mi
Salmos, y puesto candelas,
Con tal que no pie soplo,
Ni gota se le dé á seña.
Item, que el siguiente claro
Que la Caridad me tenga,
Se haga mi enterramiento
Por el órden que convenga,
Yendo mizo mi chulamo
Y mi mandil Palomera
Con caperuzas de luto
Y capuces de bayeta,
Acompañando el navío
Deshecho de la tormenta;
Y en llegando á la salud,
Que será estacion postrera,
Me sean dichas seis misas
Puesto el árbol en presencia.
Item, porque no haya ruido,
Alboroto ni pendencia
Entre los acompañantes
De germanía y birlesca,
Ordeno que los birlescos
Vayan á la mano izquierda,
Y los jayanes de popa
En su lugar á la diestra:
Excepto el birlo ó germano,
Trayendo luto ó candela,
El tal vaya do quisiere,
Que nadie se lo defienda,
Y los mandiles y calas
Mezclados adonde quiera.
Item, mando á la Beltrana,
Porque sin mi amparo queda,
Que con Lorenzo del Barco
Se acomode y favorezca;
Que á él se la he entregado
Por mi acuerdo y gusto d'ella.
Y á él se la doy á cargo,
Y lo hago mi albacea,
Para que todas mis mandas
Cumpla cual cumple que sea.
Y asimismo á Palomares,
A Buharro y Gil Buitrera,
Hago albaceas y pongo
Para que le pidan cuenta,
Y que haciendo lo contrario,
Le remuevan la tutela;
Y si la marca volare
A otro puesto del que queda,
Doy facultad á los dichos
Que contra ella procedan.
Mas que si por mucha estiva
Se viere en aprieto puesta,
Acuda á los sobredichos
A que sobre ello provean,
Sin poder hacer de sí
De camodo sin licencia.
Item, mando á la Beltrana
Que á mi mandil Palomera,
Por obras y buen servicio
Que nos hizo á mí y á ella,
Que no lo deje por otro,
Y consigo lo entretenga,
Hasta que sea de edad
Que marca en el cerco tenga;
Y le dé mi adorno rojo
Con que campanee do quiera;
Y mando que mi Baldeo,
Que está preso en la tasquera,
Le rescaten de diez cobas
Y se lo dén, porque vean
Los mandiles que en mi nombre
Se lo ciñe y tu defensa.
Item, á Mizo el chulillo,
Porque está en edad mas tierna,
Le pongan con Mase Juan
Que le enseñe la destreza,
Y aquellas nuevas heridas
Que los confesores vedan,
Imitando, como es justo,
A los antiguos en ellas:
A Mase Pedro en la punta,
Y á Guirola en la presteza;
Y saliendo diestro en armas,
No ha menester mas herencia.
Mi trabada y molleron,
Mi rodancho de Orihuela,
Depósito en Palomares,
Que en confianza lo tenga,
Para cuando hubiere rumbos
Dallo á amigos por defensa.
Esto digo, mando y quiero,
Y es mi voluntad postrera,
Y lo firmo de mi nombre,
Presentes mis albaceas.
Fecho en la enfermería
De Sevilla, en esta trena,
A veinte y siete de mayo
De quinientos y setenta.
Por testigos de lo dicho
Moscon el de Columbrera,
Fatigoso y Juan Zufrido,
El Guancho y Pedro Polea,
Magullon y Lope Recio,
Y Romí de Villanueva:
Presente á lo sobredicho
Yo el escribano Mairena.
Cesó Maladro, y sentado,
Un gran alboroto empieza
Entre coimas y germanos
Refuñando á grande priesa;
Palomares dió á Buharro
De Guiñon y á Gil Buitrera,
Que llegasen los sillones
Con la suya á cabecera.
Hiciéronlo, y todos tres
A garlar de oido se llegan;
El alcancía se aparta
Porque mejor garlar puedan.
Y quedando los tres solos,
Aunque todos en la pieza,
Juntas las gentes y mudos,
Porque nadie los entienda,
De cuando en cuando bufaban,
Señalando con las cerras.
Los rufos están suspensos
Y todas las izas quedas;
Los lagartos se demudan,
Y no garlan las caletas.
Los poleos y comportes,
Polidores y revesas,
No podian de abispados
Estar fijos en las piernas,
Y así aguardan temerosos
Cuál será el fin de la leva.
Despues de estar los jayanes
Garlando d'esta manera,
Habiendo acordado entre ellos
Lo que hacerse convenga,
Palomares alza el árbol
Y la gamba en la muleta;
Y así á Lorenzo del Barco
El garlo suyo endereza:
—Quiero saber, godo rufo,
Profesor de la braveza,
Y estos jayanes presentes,
Que lo mismo que yo esperan
A oir de vos un descuerno,
¿Si cumplistes las promesas
Cual hicistes á Maládros,
Que os dejó por su albacea,
Y á nosotros nos jurastes
Al Coime de las clareas,
De cumplir el testamento
Que os han garlado en presencia,
Pues con vos nos descuidámos
Yo, Buharro y Gil Buitrera?—

Lorenzo del Barco, oyendo
La charla, entruchó la leva,
Que es muy negro en las floraínas,
Y así garla por respuesta:
—Godizos y fuertes jaques,
Do está toda la braveza,
En quien la jacarandina
Tiene su amparo y defensa:
Al garlo que habeis garlado
Doy el mio, si aprovecha,
Y digo que el testamento
Que poneis solo á mi cuenta,
No se ha podido cumplir
Lo que el testador ordena,
Porque no dejó resullo,
Y faltando, todo cesa;
Y la marca no manija,
Porque siempre ha estado enferma.—
Púsose en pié la Beltrana,
Y fuñando, garla fiera:
—Yo he palmado muchas cobas
Para cumplir las promesas
De todo ese testamento,
Y de otros cuatro que hubiera.
Y jayanes hay presentes
Y marcas dentro en la percha,
Que han mil veces columbrado
Darlas de la mia á su cerra:
Esto dirá Juan Tenaza,
Picamulo y Orihuela,
Sin muchos mas que hay en corro,
Que saben ser verdad esta.—
Picamulo se levanta
Y dice que él mismo viera
Darle de minamayor
Ocho tornos de cadena.
Juan Tenaza, que cien granos
Le envió con Palomera,
Y que en la huerta de Quero
Los recibió en su presencia.
Y que otra vez le envió
Con el Mizo otros cincuenta,
Y que da fe de ver esto,
Si su fe en esto se aceta.
Lorenzo del Barco bufa,
Y contra lo dicho alega
Que eran quinas respetadas
Recibidas por su cuenta.
La marca grida que nones,
Sino que dadas le fueran
Para que fuesen cumplidas
Las mandas, aunque él lo niega.
Garlan unos, fuñan otros
En corro sin diferencia:
Unos condenan la marca
A estivas de calco y greña;
Otros dicen que es picol,
Y que merecia mas pena.
Gridan unos, vive el Coime,
Que merece una revesa
Que le derrueque las nares,
Porque ejemplo á colmas sea.
Otros bufan, garleando:
—¡Si con nosotros lo hubiera,
Le taláramos el mundo
De la una á la otra sierra!—
Otros abonan la marca,
Que en aquello es muy godeña;
Que obligacion es que cumpla
A Vasidos las promesas,
Y principalmente aquellos
Que quedan por albaceas.
Con gran fuño andaba el rumbo
De parte á parte en la percha,
Condenando y absolviendo
A la marquisa Aguileña,
Cuando Palomares guiña
Que boten el rumor fuera.
Despues que garló á Buharro
Y acordó con Gil Buitrera
Lo que se debia hacer
En caso de tanta cuenta,
Entrevado el guiñarol,
En alto bramo así empieza:
—¿Dónde se sufre, rufezno,
Belitre de la madera,
Que un agravio tan notorio
Y casquetada tan fea
Hayas hecho al que vasió,
Y se fió en tu promesa?
Y así por castigo tuyo
Y ejemplo á los que lo vean,
Sin mas fuño ni mas garlo,
Da el baldeo á Palomera,
Y á casa de Mata vayan
Y consúmanlo en limetas.—
Fué á garlar Lorenzo Barco,
Y el chulamo se le acerca,
Y ántes que el bramo despida,
Se lo arrancó de las cerras,
Y calcoteando calca
Por el pio á la tasquera.
Palomares en su charla
Prosigue d'esta manera:
—Item, mandamos que luego
Entregueis vuestras preseas,
Palmando todos los granos
Que la marca os dió y confiesa,
Para que sea el testamento
Cumplido en esta clarea.—
Fué á responder, y Maullon
En abono suyo tercia,
Diciendo que aquellas quinas
Las ha gastado en dolencias,
Y que la marca tambien
Consumió gran parte d'ellas.
Y en las prisiones pasadas,
En Córdoba y Antequera,
Se habian gastado todas,
Y muchas mas que tuviera.—
La marca dice:—Certus
Es eso que destebrecha,
Y garla muy bien Maullon,
Porque la verdad es esa.—
Acetólo Palomares
Y los demas albaceas,
Y torna á decir:—Mandamos
Que de hoy mas se le remueva
El oficio; y la marquisa,
Que por suyo le respeta,
Quede fuera de su amparo
Que no le pueda dar cuenta,
Sino aquel que por nosotros
Por jaque se le provea,
Y que entrar no pueda en cambio,
Ni coima en el cerco tenga,
Ni jaque le dé cabida,
Ni birlo le favorezca,
Y luego se ponga en calca,
Y alon baga d'esta percha.—
Lorenzo del Barco bufa,
Y demandando licencia,
Por entre jaques y birlos
Bota á cumplir la sentencia.
Las marcas, cuando lo vieron,
Fisgando dicen entre ellas:
—¡Qué redondo va el jayan
Que arrojaba de braveza!
No le quitarán la hoja
Aunque veinte guros vengan.—
Luego se levantan todas
Y se acercan á las mesas,
Y cada cual se acomoda
Con su rufo, y se le llega,
Y dicen que porque cumpla
Palomares su promesa
De cumplir el testamento
Antes que la sorna sea,

Que todas quieren mandalle
Para que cumplillo pueda.
Y así una da un torzuelo,
Otra una campana entrega,
Otra da una gargantilla
Con que la gorja rodea.
Otra manda doce cobas,
Otra veinte y otra treinta;
Y los rufos d'este modo,
Cuál da moa, cuál da prenda;
Que venido á numerar
Era número sin cuenta,
Con que se podia cumplir
Lo testado sin afrenta.
Contentos d'esto los jaques
Y la caterva birlesca,
Están echando de vicio
Con las marcas halagüeñas,
Torneándoles los bracios,
Sentándolas en sus piernas.
Uno juega de besugo,
Otra la garra le tienta,
Otro le dice requiebros
Y al suyo su mundo llega.
Todos están ocupados;
Palomares rie, entreva
Y charla de godo, y triaca,
Y de este modo gorjea:
«No hay jaque sin su contento,
»Ni marca sin su cubierta;
»Magazo tiene en sus brazos
»Su respeto Madalena,
»Antubion á Catalina,
»Payana á Ines de Ribera,
»Tenaza á Juana Delgada,
»Matatus la Redondela,
»Entrucho á la Mogollona,
»Mantelada á Salvatierra,
»Maullon tiene á Coronel,
»Cambaloso á la Ginesa,
»Buharro á la Vizcaína,
»Picamulo á Rafaela.
»Y d'esta suerte están todos
»Cada cual con su maleta,
»Sino el pobre Palomares
»En brazos de su muleta.»
Rieron todos el garlo
Y triscaron su querella,
Y fisgando una del viejo,
Una limeta le allega,
Diciéndole:—Palomares,
Yo os dó esta marca godeña,
Que os será de mas provecho
Que la marca de mas cuenta.—
Alzaron el grido todos
De oir la Iza discreta;
Y Palomares, riendo,
De la limeta se entrega,
Y garlándola requiebros
Le dió un beso de traspuesta
Que la dejó con desmayo,
Que no pudo alzar cabeza.
A este punto se levanta
Otra marca, y salió fuera,
Y agarrando de la madre,
Que pasaba de setenta,
Se la trujo y sentó junto
Con quien regalarse pueda,
Diciendo:—Habiendo de ser,
Dáñese una sola percha.—
Tornan á reir de nuevo
Y los gridos mas arrecian,
Y Palomares triscando
Con mil garlos la requiebra,
Haciendo conversacion,
Solenizando la fiesta.
Estando así godeando,
Entró un chulo por la puerta
Refuñando y sin aliento,
El techado en la una cerra,
Gridando:—Alon, fuertes jaques,
Alon, que el guro os rodea,
Y viene tan artillado,
Que sin temor os acerca.
Poné talon en martillo,
Calcotead d'esta percha,
Que trae consigo mil jaques
Sin muchos soplos y señas,
Protestando de vasiros,
O enjaularos en la trena;
Porque sopló Basurtillo
Vuestra pendencia y merienda,
Y vienen de mala todos
Con el bramo á toda priesa,
Y hay mas de dos que lo saben
Que entre vosotros godean.—
Alborótanse los rufos,
Y los baldeos aferran;
Y poniéndose á la órden
Para hacelle resistencia,
Agarran de Palomares,
Cuál de piés, cuál de cabeza,
Se salen del cerco todos
Jugando de la traspuesta.

(HIDALGO, *Romances de germanía*.)

1758.

PORTILLO EL DE ALCALÁ.

(*De Miguel Lopez* [1].)

Tocando con la cadena
Del enrejado postigo,
En la jaula está la gura
Para encerrar á Portillo.
Llegó Gregorio de Portes,
Prioste d'este cabildo,
Y en voz de toda la coima
Habló el jaque en este estilo:
—Bien sabeis que aquesta casa
Es de todo bravo sitio,
De todo sastre aposento
Y de todo Anton abrigo;
Y ha menester esta gente
Mascar un poco de pio [2].
Y así podeis tratar luego
De rascaros el bolsillo.—
Y echando mano á la cerra [3]
Sacó d'él un papelillo
De tabaco, y hizo el brindis
Con cuatro dedos de hocico.
Portillo, qu'estaba atento,
Mas áspero que un erizo,
Mas enroscado que anguila
Y mas valiente qu'él mismo,
Le ha dicho:—Señor Gregorio,
Si vusted habla conmigo,
Es otra cosa; mas yo
Nunca de dar tuve vicio,
Que bien se sabe en la manfla,
Qu'en hablando de Portillo,
No hay trinquete que no tiemble.
Bueno está: baste lo dicho,
Que será mejor callar;
Que por Dios, si me amohino,
De mis piés á su cabeza
Le traspase aquestos grillos;
Y no lo digo, por Dios,
Harto de pan y de vino.—
Gregorio, agobiando el árbol [4],
Temblando sin ser de frio,
Y con el calco en la tierra [5]
Haciendo sonsonetillo;
Mascujando las razones,
Dice:—Doyme por sentido,
Qu'es palabra de ocasion
Esa que vusted me ha dicho:
Eso íbale á decir;

Pero callo, que no riño,
Como hombre, con la lengua.—
Y agarrando de un ladrillo
Le fué á tirar, mas la Mendez,
Marca de muy buen aliño,
Echándose de por medio,
Costumbre que en ella es vicio,
Ha dicho:—Basta, señores,
Que tiene razon Portillo,
Y no será bien contado
En la manfla y el siglo
Decir que le han estafado
Siendo rufian tan godiño;
Y porqu'es de todos jaque,
Vayan luego por el vino,
Que quiero yo aquestos cuartos
Gastar en vuestro servicio;
Y entre tanto que nos cuente
Por qué causa le han traido
A esta casa de cadena,
Purgatorio de los vivos.—
Portillo, mas reportado,
Viendo de la marca el brio,
Algo tierno de mirarla,
Dijo del amor herido:
—Desde el punto que os miré
Me habeis dejado, por Cristo,
El enojo dando arcadas,
Y la cólera en un hilo;
Y voto al hijo del huevo,
Si por vos no hubiera sido,
Que le hubiera á ese menguado
Rebanado el frontispicio;
Mas yo, por si lo ignorais,
Siempre fuí tan enemigo
De dar qué decir á nadie,
Que por eso aprendí oficio;
Y tal como de mis manos.
Como otros muchos han sido
Alivio de ajenos males,
Yo soy de bienes alivio[6].
Estando pues la otra noche
En casa de un cierto amigo
Mudando un poco de hato,
Dieron á la gura aviso;
Mas yo que tenia á Rosales,
Un mandil de quien me sirvo,
Por puntero en una esquina,
No temia estos peligros.
Mas el que se habia brindado[7]
Con un hueso de tocino,
Dijo no los vió de blanco
Por ser mas negro que un tizo.
Desolliné las linternas[8],
Y con la vista visito
Gran cuadrilla de corchetes
A quien guiaba el Pardillo.
Tiró un corchete un mandoble;
Pero tal reves le embisto,
Qu'en la calle del Tabaco[9]
Le hizo Portillo un portillo,
Y de una estocada á otro
Muy fácilmente le envio,
Si no trujera coleto,
A cenar con Jesucristo.
Entre siete me cercaron,
Y de los siete los cinco
A lo largo me tiraban
Huyendo de su peligro.
Un alguacil rehajuelo,
Que un rato peleó conmigo,
Me hizo hacer lo que sabia,
Por vida de mis dos hijos:
Cogiéronme por detras,
Adonde me vi rendido;
Porque si á traicion no fuera,
Nunca yo os hubiera visto.
Lleno de algunos moquetes
A este cuartel me han traido,
Donde haciéndome la cama
Están algunos ministros;
Mas venga lo que viniere,
Que para todo habrá brio,
Como no se llegue á mas
Que ir á escribir con el pino[10].

(*Aquí se contienen dos jácaras nuevas de dos jaques campanudos*, etc. Pliego suelto.)

1 En esta jácara, el baratero de la cárcel, Gregorio, exige la patente de convite al recien preso Portillo, como cosa de costumbre: este valenton, como jaque de brio y antiguo maton, se niega á ello. Ambos se desafian, pero mediando y pagando la Mendez, se pacifican y hacen amistades. Esta accion tan sencilla da motivo á profundas reflexiones sobre los desórdenes que hoy dia mas que nunca pasan en las cárceles, donde estan mezclados inocentes y culpados, y en donde los primeros son víctimas de la rapiña, de la inmoralidad, y hasta de la brutal lascivia de los segundos. Estremece, eriza los cabellos el considerar lo que pasa en todas las prisiones de Europa. En ellas se ve el gobierno del infierno: allí al hombre mas perverso y depravado se le confia el mando y la direccion de los mas debiles y ménos corrompidos, que son sus víctimas miéntras conservan algun sentimiento de humanidad, que perdido al fin, primero por el miedo, y luego por el habito, pasan á ser satélites del verdugo, para atormentar, violentar y pervertir los indefensos. Sépalo el mundo, las tribus salvajes, la posteridad. Sépanlo, sí, hasta por la nota de un romance. Puede asegurarse que desde que hay prisiones, en vez de hallarse la sociedad defendida y moralizada, no se ve en ellas sino el Infierno; la escuela de todos los crímenes, el semillero de las atrocidades, el asilo de la impunidad mas escandalosa. Allí se ve la impotencia y aun la complicidad de los gobiernos y de sus agentes; allí se ve la codicia fomentar y servir de capa á los delitos, porque son una mina que enriquece á los que paga el pueblo para de ellos verse libre. Desde el momento que, inocente ó culpable, entra un preso en la cárcel, puede contar con que cae en las garras de los demonios, ya se llamen carceleros, ó ya presos como él. El despotismo mas atroz le persigue, miéntras no se convierta en un malvado, miéntras no renuncie á todo movimiento de pudor, á todo síntoma de compasion, miéntras no se haga demonio. Víctima de cuantos le rodean, es robado, maltratado, escarnecido, desde el punto que entra en el primer escabel de semejante infierno. Oye poner en subasta sus propias ropas, que le serán robadas durante su sueño ó violentamente arrancadas de su cuerpo por manos invisibles: si es jóven, esté seguro de que saciará la lascivia de sus atroces compañeros, y se verá inoculado de asquerosas é inmundas enfermedades; si es inocente, se verá forzado á cometer delitos infandos. Este es el cuadro mas horrible y acusador de las sociedades humanas y de sus gobiernos mas cultos, que se contentan con decir que es un mal irremediable. ¡Mentira atroz! ¡Infame hipocresía! Pues qué, el oro que se prodiga inútilmente, ¿no bastaria para impedir en las prisiones los desórdenes que allí se toleran? ¿No seria suficiente para convertirlas en baluartes que asegurasen la sociedad contra la locura de los criminales, en vez de hacerlas el asilo de los delitos que allí impunemente se cometen? De las cuatro paredes de un calabozo, y del patio comun de los presos, sale á perseguir la sociedad el que entró por una culpa leve, y se convirtió allí, allí, y no en otra parte, en asesino, en parricida, en sodomita, en ladron descarado, que despues se burla de la justicia, de quien aprendió los medios de eludir las pruebas jurídicas de sus atentados, y mas directa ó indirectamente adquirió la ciencia del crimen y de su impunidad, no solo de sus compañeros de desgracia, sino de los agentes de justicia, y aun mas que de todos, de sus propios defensores, que por salvarlos los enseñan á mentir y á ocultar la verdad.

2 *Mascar un poco de pio.* Beber vino.

3 *Cerra.* Bolsa del dinero.

4 Gregorio, torciendo la cabeza á lo maton.

5 Dando pataditas.

6 Es decir, que aliviaba á sus dueños del peso de su dinero ó alhajas, que les robaba.

7 Que royendo un torrezno bebió tanto, que se puso borracho.

8 Que abrió bien los ojos.

9 Quiere decir, que le partió las narices, á las que llama calle del Tabaco, porque por ellas se sorbe.

10 *Escribir con el pino* equivale aquí á remar en galeras, porque los remos son generalmente de pino.

1759.

LOS TRES JAQUES.

(Del licenciado Juan de Gamarra[1].*)*

Ya se parten de la corte
Los tres jaques de la ampa,
Cuyos nombres no se escriben
Por ser de noble prosapia :
Llevan vestidos al uso,
De guardamano las dagas,
Las espadas del perrillo,
Las guarniciones doradas;
Los coletos de ante finos,
Sus bandas tornasoladas;
Medias pajizas de seda,
Ligas con puntas de plata.
Desde la Puerta del Sol
A la de Guadalajara
Van parlando una pendencia
Que hubo la noche pasada;
Qu'en Lavapies á las nueve
Sucedió cierta desgracia :
Resistiéronse á la gura[2],
Hubo heridas muy bravas,
Por cuya causa se parten
Por miedo de las gurapas[3].
Lloran las jumias y chulos,
Que sienten su ausencia larga :
Ellos como van de paso
Miran llorosos la plaza.
Haciendo algun sentimiento
Van á la Puerta Cerrada,
Do les aguardan las ninfas,
Que quedan amarteladas.
Con mesura y cortesía
Se saludaron, y hablan
Razones, palabras tiernas,
Que hasta a las piedras ablandan.
Llegó al instante Jacinta,
La Roja y la Valenciana :
Dicen que á Roque han colgado,
Angela y la Sevillana.
Ellos que oyeron la nueva,
Despídense, y luego marchan
A la ciudad de Sevilla,
Que es madre de gente varia.
Llegaron juéves de agosto,
Y en la puente de Triana
Encontraron con Silvera,
Hombre tambien de la carda[4].
Saludáronse en efeto,
Se brindan, y luego parlan.
Y en una casa de gula[5]
Entran, muquen, juegan, garlan.
Salen á boca de sorna[6]
De San Francisco á la plaza :
La Escalanta y Micaela
Les buscan cena y posada.
Luego aquel mártes siguiente
Recibieron una carta
De las que en Madrid quedaron :
Marcela, Luisa y Doña Ana.
Lo que la carta decia
En las primeras palabras :
«No podrán vivir los cuerpos
»Estando ausentes las almas;
»Mas como ya sin ventura
»Sigue fortuna voltaria,
»Nos quitan de nuestro puesto,
»De calle en calle nos pasan.
»¡Dios sabe lo que será,
»Que con tan poca ganancia
»Nos mudarémos en tropas
»Desamparando la guanta[7]!
»Pero como estamos solas,
»Nos tendrémos de las alas
»Aguardando á sus mercedes
»Que nos escriban sus cartas.
»¡Mas ay! que los hombres tienen
»A cada sol mil mudanzas,
»Y no se acuerdan de amores
»En volviendo las espaldas!
»Allá tendréis vuestro gusto,
»La Bermeja y Remilgada;
»Y como dice el refran,
»Tarde olvida quien bien ama.
»Fecha en Madrid, á los quince,
»Junto á las fuentes que llaman
»De Leganitos, do hinchen
»Los aguadores el agua.»

(*Contiene este pliego seis romances muy curiosos*, etc. Pliego suelto. — It. *Romances varios de diversos autores.*)

[1] Así como hubo tiempo en que los caballeros y poetas se disfrazaron para cantar sus amores y hazañas etc., con las costumbres y hábitos moriscos y pastoriles, este romance prueba que llevaron su manía hasta el punto de tomar por modelo de imitacion á los jaques y rufianes.

[2] *Gura*, es la ronda.

[3] *Gurapas*, las galeras.

[4] *Carda*, los que robaban ropa.

[5] En un figon ó taberna.

[6] A boca de noche.

[7] *Guanta*, el burdel ó mancebía.

1760.

CARTA DE LA PERALA Á LAMPUGA SU RUFIAN.

(De Don Francisco de Quevedo[1].*)*

Todo se sabe, Lampuga,
Que ha dado en chismoso el diablo,
Y entre jayanes y marcas[2]
Nunca ha habido secretario.
Dios me entiende y yo me entiendo;
Ya sé que te dan el pago
Las señoras de alquiler,
Las mancebitas de á cuatro[3].
Dejásteme en Talavera
A la sombra de un jitano[4],
Hombre galo de los potros[5]
Y aturdido de los asnos[6].
No son los doctores matasanos,
Sino los procesos y el escribano.
A lo ménos que se puede
Pasan aquí los pecados[7]:
Tierra barata de culpas,
Mucho amor y pocos cuartos[8].
A una mujer forastera,
Los hijos del vedriado[9]
No la dan, Lampuga, un gozque,
Si pueden darle un alano[10].
En la feria de Torrijos
Me empeñé con un mulato[11],
Corchete, fondos en zurda[12],
Barba y bigotes de ganchos.
En cas del padre nos fuimos[13],
Por no escandalizar tanto,
Y porque quien honra al padre
Diz que vive muchos años.
A soplos como á candil[14]
Murió el malaventurado,
Porque se halló cierta joya
Antes de perderla el amo[15].
Diéronle luego en Madrid
Pujamientos de escribanos,
Y murió de mala gana
De una esquinencia de esparto[16].
Como tórtola viuda
Quedé; pero no sin ramo[17],
Pues en el de una taberna
Estuve arrullando tragos[18].
Al mar se llegó Galloso[19],
Por organista de palos :
Dicen que llevó hácia allá
El juboncillo de cardo[20],
Con las manos en la masa

Está Domingo Tiznado,
Haciendo tumbas á moscas
En los pasteles de á cuatro.
El Gangoso el pregonero[21],
Tiple de los azotados,
Abreviando el quien tal hace,
Al que no le paga el canto[22].
Para las ánimas pide
Zaramagullon el Largo:
¡Muy animado le veo
De meriendas y de sayo[23]!
Luquillas es aguador[24]
Con repostero de andrajos[25],
Con enaguas tiene el cuero[26],
Muy adamado de tragos[27].
Con nombre de Valdepeñas
Vende por azumbres charcos;
Ranas en vez de mosquitos[28]
Suelen nadar en los vasos.
Mojarilla acomodó
Su barbaza de ermitaño,
Aunque á solas con amigos
Usa de malos resabios.
Por aquí pasó el Manquillo,
Por aquí paso el Fardado,
Solos y á pié cada uno,
Con doscientos de á caballo[29].
Por arremangar un cofre[30]
Fuéron los desventurados
La mitad disciplinantes[31],
Ginetes de medio abajo.
Iba delante el bramon[32]
Y detras el varapalo[33],
Y con su capa y su gorra
Hecho novio el sepancuántos[34].
Ahogado en zaragüelles[35]
Murió Lumbreras el Bravo,
Con su poquito de credo[36],
Sin sermon y sin desmayo[37].
Pareció muy bien á todos
Que su amiga la Velasco
Llenó la horca de ciegos[38],
Que juntaron los muchachos.
Todos aguardan, Lampuga,
Que te suceda otro tanto;
Que se ruge por acá
No sé qué de tu espinazo.
Avisa de lo que fuere,
Para que en todo mi barrio
Conozcan lo que me debes,
Que aun no he doblado el manto.

(QUEVEDO, *Obras de.* — II. *Romances varios de diversos autores.*)

[1] En este romance da cuenta la Perala á Lampuga, su antiguo rufian, de lo que la pasó desde que se separaron, y le refiere los sucesos de algunos pícaros de su pandilla.

[2] *Jayanes y marcas*, son los rufianes y las rameras.

[3] Lampuga estaba en el hospital por su trato con las mujeres de mala vida.

[4] *A la sombra,* es decir, *al amparo.*

[5] Quedó *gafo* por haber sufrido el tormento.

[6] *Aturdido*, por haber sido azotado.

[7] *Pasan* equivale aquí á revender.

[8] Es decir, que se ganaba poco dinero en el trato.

[9] Llama hijos del vidriado á los talavereños, aludiendo á la fábrica de loza que desde hace siglos hay en Talavera, y la cual era famosa. Hubo un tiempo en que surtia en casi toda España al estado medio.

[10] No un gozque, sino un perro alano, daban los hijos de Talavera, segun dice la Perala. Dar perro, en la lengua picaresca, es dar un chasco ó un petardo, é irse sin pagar á las mancebas. Una de las principales obligaciones del rufian era evitar ó vengar á su protegida de tales percances.

[11] Se enredó, se comprometió con un mulato.

[12] *Corchete*, por ladron. *Fondos en zurda*, por haberle cortado el verdugo la mano derecha como ladron.

[13] En casa del alcahuete y encubridor de robos, á quien los pícaros llaman el padre.

[14] Murió á causa de las delaciones que contra él se dieron, que aquí se llaman *soplos.*

[15] Porque robó la joya.

[16] Pereció ahorcado con una soga de esparto. Compara esta muerte con la enfermedad de garganta que llaman *esquinencia.*

[17] Un ramo de árbol es la insignia de las tabernas, y la Perala dice que no se quedó sin ramo, porque se hizo tabernera.

[18] Incitando á beber á los borrachos.

[19] Fué á galeras, y compara los remos á cañones de órgano diciendo que fué por *organista de palos.*

[20] *Llevó juboncillo de cardo:* es decir, que ántes le azotó el verdugo con la penca. Hay aquí equívocos: dice que llevaba juboncillo porque llevaba cubiertas de azotes las espaldas, que se visten con el jubon; dice de cardo, porque las hojas de esta hortaliza se llaman pencas, y penca tambien el instrumento de baqueta ó suela con que el verdugo azota.

[21] En cada estacion donde se daban los azotes, el pregonero gritaba la sentencia y causa de ellos, concluyendo con esta fórmula: *Quien tal hace que tal pague.*

[22] Si no le pagaban algo al verdugo, menudeaba y apretaba los azotes.

[23] Da á entender que en vestirse y comilonas gastaba la limosna que recogia para las ánimas.

[24] Le llama aguador, aunque, como despues se ve, era tabernero, no porque su oficio fuese traer agua, sino porque aguaba el vino.

[25] Con un mandil ó devantal roto.

[26] Busca el equívoco de la voz enaguas, ropa de mujer, y dice vestido el cuero de enaguas, porque le tenia en agua.

[27] Las damas bebian el vino aguado, y por eso dice que eran adamados los tragos de vino contenidos en el cuero.

[28] Alude á que el vino, que llama los mosquitos, era tan aguado que podria servir de habitacion á las ranas.

[29] Aunque ellos iban á pié, habian ya llevado doscientos azotes á caballo sobre un asno.

[30] Forzándole y levantándole la tapa para robar.

[31] Porque de medio cuerpo arriba y en las espaldas llevaban los azotes, y de medio cuerpo abajo, es decir, con las piernas iban cabalgando en los asnos.

[32] El pregonero.

[33] El alguacil que llevaba la vara, insignia de su oficio.

[34] El verdugo, que daba y contaba los azotes. Darle á uno un sepan-cuantos, en el lenguaje vulgar, equivale á darle un golpe ó un bofeton.

[35] *Ahogado en zaragüelles* equivale á murió ahorcado, pues montado el verdugo en el cuello de la víctima sobre los hombros, puede decirse que muere ahogado entre sus calzones ó zaragüelles.

[36] A los supliciados en España se les hace decir parte del Credo, y al llegar al *su único Hijo*, se les da la muerte.

[37] Es decir, sin chistar ni arengar al pueblo, y sin desmayarse.

[38] Era costumbre llevar ciegos al rededor del suplicio, que rezasen ó cantasen oraciones para la buena muerte y salvacion eterna del ajusticiado.

1761.

RESPUESTA DE LAMPUGA Á LA PERALA.

(*De Don Francisco de Quevedo.*)

Allá va en letra Lampuga,
Recógele, la Peral:
Guarde el Señor tus espaldas[1]
Y mi garganta San Blas[2].
Hija, todos somos hombres,
Nadie se puede espantar
Ni de que el verdugo azote
Ni que ampare el rufian.
Y pues á quien dan no escoge,
No tuve qué desechar,
Aunque dos veces de enojo
Me estuve por apear[3].
Dígolo porque lo digo,
Y no lo digo por mas,
Pues son acontecimientos
Entre penca y espaldar[4].
El ruin agravia á los buenos,
El Rey no puede agraviar[5].
Estos señores se enojan[6],

Y alégrase la ciudad.
Con azotes y sin ellos
Se sabe mi calidad:
Cien mientes te envio en blanco
Para quien hablare mal.
Todo hijo de tintero[7]
No tiene que murmurar,
Pues en Sanlúcar fui huésped[8]
En cas de su Majestad.
Luego el rigor de justicia
Me hizo el ruido detras[9]:
Asentábanme un capelo[10],
Y alzábase un cardenal.
Calentábase el azote[11]
En las costillas de Blas,
Y pasaba de las mias
A la jiba de Mochal.
Como azotado novicio[12],
Monorros hizo ademan;
Mas hános dado palabra
Que otra vez se enmendará.
A Cogullo le sacaron
Por un hurto venial
Entre gente tan honrada
A la vergüenza, no mas.
Este es un bellaco pueblo,
Y azotan en él muy mal,
Azotones desabridos,
A menudo y sin contar.
La gente mal inclinada,
De tan poca caridad,
Que á un forastero azotado
Ninguno le viene á honrar.
Con un pícaro no hicieran,
Amiga, tanta maldad:
Solo y sin muchachos iba,
Y azota que azotarás[13].
Hánse servido de darme
Ministerio de humedad[14],
Donde empujando maderos
Soy escribano naval[15].
Mas raso voy que dia hueno[16]
Con barba sacerdotal;
Soy ovejita del agua[17],
Y me llaman con silbar.
Letrado de las sardinas
No atiendo sino á bogar[18],
Graduado por la cárcel,
¡Maldita universidad!
De un jinoves pajarito,
Ya nos desnuda el chiflar,
Y el ceñidor de una cuba
Desnudos nos ciñe ya.
Andamos á chinchárrazos
Al dormir y al pelear;
Siempre comemos bizcochos
De las monjas de la mar.
Es canónigo de pala
Perico el de San Horcaz,
Y lampiño de navaja
El desdichado Beltran.
Entre los calvos con pelo
Que se usan por acá,
Londoño el de Talavera
Hace una vida ejemplar.
De limosna se ha venido[19]
Tras mí la tuerta de Orgaz:
Sus pecados son mi hacienda,
Ella mi vino y mi pan.
Es ejemplo de pobretas,
Y no la conocerás:
Peca con mucha cordura
Todo el dia sin chistar.
Aguedilla la Bermeja
Se cansó de garandar[20],
Y está haciendo buena vida
En la venta del Abad.
A Padurre, mozo tinto
Y tenebroso galan,
Por traidor de zaragüelles[21]
Le mandaron chicharrar.
Por honrador del estaño[22],
Escribe de Madrid Juan,
Que Gazpe fué luminaria
Del camino de Alcalá.
Queman por hacer moneda
A quien no sabe heredar;
Y al que la hereda y deshace
No le han quemado jamas.
Ayer tuve una mohina
Por un pedazo de pan,
Y con un jarro de vino
Di respuesta á un orinal.
No te gustes en mandiles,
Estima tu calidad,
Apártate de Carreño,
Que tiene espalda mollar.
Más me cuestas de pregones
Y suela de Fregenal,
Que valen seis azotados,
Si los llegan á tasar.
Guárdame de tí un pedazo
Para en acabando acá,
Que seis años de galeras
Remando se pasarán.
A todas esas señoras
Bullidoras del holgar,
Las darás mis encomiendas,
Que soy amigo de dar.
Hoy, este mes, y este año,
Aquí, pues no puedo allá,
En cas del señor guardoso
De manos de habilidad,
Yo seiscientos[23], pues que firmo
Ya del número cabal
Descontándome la tara
De los que sin cuenta dan.

(QUEVEDO, *Obras de.— II. Romances varios de diversos autores.*)

[1] Se entiende, que las guarde de los azotes del verdugo.

[2] San Blas es santo abogado de los males de garganta, y como el que dicta la carta teme ser ahorcado, pide que San Blas proteja su cuello de la soga.

[3] ¡Tal debió ser el escozor de las espaldas azotadas!

[4] Entre la penca que lo da y la espalda que lo recibe, supone que está el azote.

[5] Supone jocosamente que las sentencias y cumplimiento de ellas por la justicia no agravian por provenir del Rey; pero omite que la deshonra procede de los crímenes á que se aplican.

[6] Los Jueces supone que se enojan, y que esto alegra al público, porque produce una sentencia, y luego el espectáculo de un azotado ó un castigado, que llama la atencion y divierte al pueblo bajo.

[7] Así llama á los escribanos.

[8] Huésped, se entiende como forzado de alguna galera.

[9] Es decir, que fué públicamente azotado.

[10] Aquí llama á cada azote un capelo, para jugar del vocablo con la palabra cardenal, que significa un dignatario de la Iglesia, y tambien el berdugon que levanta un golpe ó un azote.

[11] Da á entender que el verdugo azotaba primero á Blas, luego al héroe del romance, y despues al jorobado Mochal.

[12] Por serlo la primera vez, parece que dió muestras de dolor, cosa que los presidarios y rufianes tienen por cobardía.

[13] Se queja de que cuando le azotaron hubo poco concurso de gente, la cual queja da contra la ciudad, donde sin duda eran tan frecuentes estos espectáculos, que ya nadie acudia á verlos.

[14] Porque fué condenado á galeras.

[15] Se dice escribano naval, porque llama escribir con maderos el remar.

[16] Porque á los galeotes les rapaban la barba y la cabeza.

[17] Ovejita de agua, se dice aludiendo á que las manejan los pastores con silbos, y así tambien los cómitres á los forzados.

[18] Como los letrados abogan por los clientes, y los forzados bogan con el remo, juégase aquí del vocablo por el equívoco de abogar y de á-bogar.

[19] Es decir, que la tuerta de Orgaz le habia seguido enamo-

rada, y que ella le mantenia, prostituyéndose de su cuerpo y ganándole el pan pecando.

[20] De andar vagante.

[21] Este indecente equívoco equivale á decir que era sodomita.

[22] Es decir, por falso monedero.

[23] Esos son los azotes que supone ha recibido de mano del verdugo, y tomándolos como honra, los acepta por firma y nombre.

1762.

VILLAGRAN CUENTA SUS SUCESOS Á CARDONCHA.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Mancebitos de la carda,
Los que vivis de la hoja
Como gusanos de seda
Tejiendo la cárcel propia,
Cuya azumbre es la colada,
Cuya camisa tizona,
Rodriguitos de Vivir,
Por conejos, no por obras;
Jayanes de arriedro vayas,
Cuya sed á todas horas
Se calza de vino añejo,
Sin ir de camino, botas;
Paladines de la herla,
Aventureros de trongas,
Que sin ser márgen de libro
Andais cargados de cotas;
Maullones de faldriqueras
Cuyos ratones son bolsas,
Si el zape aqui del verdugo
No os va cantando la solfa;
Matadores como triunfos,
Gente de la vida hosca,
Mas pendencieros que suegras,
Mas habladores que monjas;
Murciélagos de la garra,
Avechuchos de la sombra,
Pasteles en recoger
Por todo el reino la mosca:
Escuchad las aventuras
De Villagran y Cardoncha;
El en Sevilla, yo preso
En la venta de la horca.
En casa de los pecados
Contra mi gusto me alojan,
Los corchetes que me prenden,
Los cañutos que me soplan.
Con las cuerdas de Vizcaya,
Mi cítara suena ronca:
Son ruiseñores del diablo
Los grillos que me aprisionan.
Tiéneme aqui la Morena
Antoñuela Jerigonza,
Mas linda que mil ducados
Y mas bella que cien flotas.
Atollada tengo el alma
De su trenzado en las roscas;
Y ella me tiene sumido
Su talle en el alma propia.
Cuando yo quiero reñir
Con sesenta mil personas,
A sus ojos echo mano,
Que son de Juan de la Orta.
Para matar, con mirarla,
Muertes y heridas me sobran,
Y de rayos, como nube,
Me da municion su cofia.
De perlas y de rubíes
Tengo un tesoro en su boca,
Y con la plata del cuello
Daré al Potosí limosna.
Yo vivo de que la miro,
Pues no hay manjar que no coma,
En la leche de sus manos
Y en lo tierno de sus lonjas.
No consiento que la atisbe
El sol de la cara roja:
¡Caliente á los que se espulgan!
¡Vávase á enjugar la ropa!
Condenado estoy á muerte
Desde que miré su forma,
Donde yo, un fénix moreno,
Quiero morir mariposa.
Acumúlanme heridas,
Y algunas caras con ondas,
Dos resistencias del sepan,
Y del árbol seco otras.
Dos á dos y tres á tres
Hechos juego de la morra,
Por Jerigonza reñimos
En la puerta de Segovia.
Tienen la tirria conmigo
Los confesores de historias,
Mas solo, Iglesia me llamo,
Pueden hacer que responda:
Vino á visitarme ayer
Maruja de las Victorias,
Por quien Cardoncha en España
Todos los jaques asombra.
Un mayo vino en zapatos,
Y primavera llorosa,
Ramillete de portante
Y manojito de novias.
Es diluvio de sus penas,
Porque ausente no le goza,
Y por él enternecida
De noche á cántaros llora;
Hecha de lágrimas fuente
Su fuego y sus luces moja;
Y es lástima que su dueño
Deje perder tanto aljófar.
Sospecha que algunas izas
De las que en Sevilla hogan,
Se le usurpan y sonsacan
Como aleves y traidoras:
Yo no lo puedo creer;
Pero si alguna pelota
Que agora tuerce soplillo
Convertida de pelona,
Ha cometido tal yerro
Contra una fe tan heróica,
Los dos la desaliamos
Retándola por la toca,
Ella á greña y á chapin,
Yo á bocados y á manopla;
Porque su amigo es mi amigo,
Ella su amigo y su gloria;
Y si es mujer de encarama
Con resabios de señora,
La reto la media dueña,
Y al escudero Cachondas.
Avizorad las linternas,
Que en pendencias amorosas
Los chismosos y soplones
Merecen ejecutoria.
Deci á Cardoncha que venga
En zapatos por la posta,
Que la iza le merece
Aun el volar por lisonja.
Ayer salió la Verenda
Obispada de coroza,
Por tejedora de gentes
Y por enflautar personas.
A Miguelillo le dieron
Una dádiva de ronchas,
Cantándole el villancico
De quien tal hace... con sorna.
Maqueo por un araño
Los diez sin sueldo retoca,
Bogas dicen que apalea,
Y pensaba pescar bogas.
A la Monda la raparon
Una mirla por tomona,
Y pues monda faldriqueras,
No es nísperos lo que monda.

A Grullo dieron tormento,
Y en el de verdad de soga,
Dijo nones; que es defensa
En los potros y en las bodas.
Del Cardo de Fregenal
Mucha penca se pregona,
Y le gastan las espaldas
Mas que ensaladas y ollas.
De azotes y de galeras
Muy fértil el año asoma,
Y al dinero le amenaza
Gran cantidad de langostas.
Yo por salir de la sala
Me zamparé en una alcoba:
Acuérdense allá de mí,
Si alguna oracion les sobra.

(Quevedo, *Obras*, etc. — It. *Romances varios de diversos autores*.)

1763.

PEROTUDO.

(*Anónimo* [1].)

En la ciudad de Toledo,
Donde flor de bailes son,
Nacido nos ha un bailico,
Nacido nos ha un bailon,
Jugador de media espada,
De sobaco aliviador;
Hijo es de un mesonero
Muy perverso en condicion.
Por naturaleza caza
El que es hijo del azor;
Y aunque pequeño de cuerpo,
Es de grande corazon.
Allá hace su guarida
A la puerta del Cambron.
De los oficios del baile
Hacer quiero relacion:
Cicarazate en Laredo,
Y en Búrgos entallador,
Meseguero es en la Rambla,
Y en Játiva segador.
Alcorques que el baile calza
De Játiva, por mejor,
Apercibe su peltrava,
Sin que le falte hebillon.
Tres ternizas de tarafes,
Y una de minamayor:
Es muy godizo ginete,
Y de Palma es pillador.
Diez huebras lleva de bueyes,
Cada cual es con su flor,
Con la Raspa y Cortadillo,
Tira, Panda y Balleston.
El Aladernosca lleva,
Y tambien de Cigarron:
Tambien llevaba las ocho,
Y las doce por mejor.
Otras gracias porta el baile,
Otras gracias y otra flor:
Excelente cicatero
Y famoso prendador,
Cortador sobre la percha,
De prendas carduzador.
De cerrallas y alcandoras
Grande barahustador,
Cuatrero maravilloso,
Alcatifero mayor;
Para hacer un garito
No le vide otro mejor.
Mota por ancha plomada
Cien brazas en largo son.
Porque no quede olvidada
Cosa que se quede al sol,
Dira, boleta ó campana
No cria polilla, non,
Lo que sus ojos columbran:
Sus manos águilas son;
No se le encubria nada
De aquí adonde nace el sol.
Certus de la tarafada,
De despalmantes la flor,
Mareante de follosas
Y de perchas ondeador:
Ondeador era muy cierto,
Y muy cierto guiñaron,
Lindo contraste de dupas,
Y brechalas muy mejor;
Y tambien sirve de tercio,
Si le viene á conclusion.
Dóblase con el comporte,
Por si hubiere bramador,
Grande gorra en las estafas
De Tasquera y Muquicion.
Donde ve que hay goderia
Hácese entremetedor;
Canta de la cherinola,
Y tambien del cherinó;
Cuenta cuentos virginales
Por meter de mogollon,
Y si le piden escote,
Revuelve luego quistion.
Por gozar de las pelosas
De los que bisoños son,
Trae tres marcas godeñas
Que le ganen el cairon.
La una era la Gamez,
La otra la Salmeron,
Y la otra era la Mendez,
Mendez de Sotomayor.
Ganáme, marcas, ganáme
Para comprar un troton,
Para andar de feria en feria
De Búrgos á Villalon.
De lo que las marcas ganan
Comprara el rufo un troton:
Fuérase de feria en feria
Que le ganen el cairon.
La Gamez dejó en Toledo,
En Búrgos la Salmeron;
La Mendez lleva consigo,
Que es marca de arte mayor.
Las armas que el jaque lleva
Diré en breve relacion:
Baldeo largo y tendido,
Rodancho y remolleron,
Y en el su siniestro lado
Juan machiz desmallador.
Las zerras lleva sin guantes,
Y defensivo el coton,
Con que hinca Juan Tarafe,
Mete y saca de mayor.
Once mil lleva consigo
Virgenes, si mas no son:
La corva lleva en el hombro
Con sus trece y pasador;
Veinte y cinco de un astil,
De Alburquerque el regaton,
Las tirantes de polaima,
Y el calcorro de boton,
El arisarzo pardillo
Por disimular la flor.
Ella va en un cuatropeo,
Y él á fuerza de talon;
Por la calca do caminan
Le va dando esta licion:
—No seas marca de revuelta,
Ni me revuelvas cuestion;
Que aunque ves que vengo armado,
No soy migaja riñon.
Con los hijos de vecino
Poquita conversacion,
Que entran por la bocamanga,
Salen por el cabezon.
Esos jaques de Longáres
No entren en tu gariton,

Y aquestas tarjas de á once
No me las deseches, non.
Paparito y picañito
Acoge en tu gariton;
Al que le sintieres quinas
Lenguarada y hocicon;
Y aquel que no las portare
Puntillazo y torniscon.
Vida y ténteme á las ramas;
Que prendas dineros son:
En á Villalon llegando
Ejercítese el tajon.
Miéntras no hubiere sanguina,
Siempre trote el postillon.—
Y diciendo estas razones,
Llegaron á Villalon,
Y á la entrada de la puerta
Vieron salir un breton:
Detras viene la gurullada,
Y delante el bramador.
Fuertes pencazos recibe
Que le hacen sinsabor:
Ibanle á cortar las mirlas,
Porque muere de calor.
La Iza guiñara al jaque,
Y el jaque entrevó el guiñon;
Cese el garlo y la floraina,
Que bien entrevo la flor.
—Idos vos, Señora Mendez,
Y aguardadme en el meson;
Que yo voy á la carrera
A tomar el gariton.—
Si mucho anduvo la Mendez,
El jaque presto llegó:
—*Deo gratias*, señor comporte,
Bien sea venido el bailon.
Para el rozo de presente
¿Qué teneis en el tallon?
No ha quedado nada al baile,
No ha quedado nada, non:
Mas lo que puedo serviros
Como amigo y compañon,
De cordica y badelcio,
Mantel limpio, aparador,
Pieza con su chimenea,
Largas brasas y asador.
Tambien os daré sillenes,
Si traeis secreta flor,
Sea de entrambos la caira,
Y vos justo partidor.
Si lo demas quereis, baile,
Fiaré sobre un tazon;
Que si veo á qué me atenga,
Soy peña de duraton.—
Desque aquesto oyera el baile,
Demudado ha la color:
Toma garabato y redes,
Y sin garlar mas, salió.
Dado habia cuatro cercas
Por medio de Villalon,
Ha prendado seis gomarras
Y un godeño novarron.
Cinco pesos de artifara
Se levantó de un tablon;
Sangrado habia á un difunto
Del lado del corazon.
Media Turquía le saca
Bailada por el pezon.
Volviase á la tasquera
Con toda esta provision,
Bajo mano de una arqueta
De un pobre cambiador.
Dentro llevaba cien granos,
Que todos cruzados son:
Metídose ha en la tasquera,
Porque no haya bramador.
Convida el jaque al comporte,
Y luego, cierto, cayó.
El comporte era gran gorra
En lo de rozavillon.
La colma y los chulamos
Lo eran sin comparacion:
Muquian de golloria,
Piahan de mogollon.
Allí hablara la iza
Una godeña razon:
—Colma que muque de godo,
Debe escotar sin dolor.—
El comporte era negro,
Entrevárale la flor:
—Cese el garlo dese chiste,
Que al cabo estoy de la flor;
Y si hablais demasiado,
Yo os haré dar un coton,
Y al que tira vuestro cairo
Lo haré poner al sol;
Que esas palabras, la iza,
Viejas son en mi tallon.—
Diciendo aquestas razones,
Entrado habia Caldron.
—Aquí, aquí, mis velleguines,
Aquí; que este es bailon.—
El Baile, que aquesto oyera,
Salto diera á un rincon;
Metió cerra en el baldeo,
Diciendo aquesta razon:
—¡Oh mi cerra la derecha!
¿Quién os puso en condicion?
Que hoy no escapo de vaido
O bogar un tercerol.—
Estas palabras diciendo,
Junto al guro se llegó,
Caló la cerra en la cica,
Cincuenta granos sacó:
—Por estos diez mandamientos
Que el que buscan no soy yo.—
El guro mandó largallo;
Mas bramara el cambiador:
—Prendedlo los bellerifes;
Que este es cierto el bailon.—
Veldomizo de una cerra,
Y que no asienta un talon,
Preso nos habia el baile,
Preso nos han el bailon.
Llevádolo han á la trena,
Donde los Jueces son;
Siete ansias le habian dado,
Todas de grande pasion.
Diz á todo el baile nones,
Si no hubiera informacion.
La sentencia del bailico,
La sentencia del bailon,
Es que muera en basilea,
Donde quede puesto al sol.
Otro dia de mañana
Lo sacan del banaston
Con una cruz en las cerras,
Y á su lado el confesor.
Pónenlo en finibusterre,
Cual la sentencia mandó.
Por allí pasó la Mendez,
Dicho le habia esta razon:
—¡Tostadico estáis, amigo,
Tostadico y puesto al sol!
Quien ahí os puso, amores,
Ganó cien dias de perdon:
Que á mí sacó de ser marca,
Y á vos de rufo y ladron.
Antes que de aquí me vaya
Os diré una oracion:
Cuervos os saquen los ojos,
Y águilas el corazon.—

(HIDALGO, *Romances de germania*, etc.)

[1] El colector Juan Hidalgo advierte al principio del romance que es el primero que se compuso en la lengua de germania, y que se le llama *baile* porque trata de ladron que ahorcaron. En las dos ó tres últimas ediciones del Diccionario de la Acade-

mia de la lengua española se han admitido y se explican los términos y voces de la jerga de germanía, y esto nos ha excusado dar en nuestro *Romancero* un glosario de ellas.

1764.

(*Anónimo* [1].)

En Toledo en el altana
Un lobo mayor ha entrado,
Que salia de la trena
Por diez años desterrado,
Palmeadas las espaldas
Con un coton colorado.
Como de la trena sale,
Salia desvalijado,
Mal artillado el navío,
Sin farda y muy mal toldado;
Y allá en viniendo la sorna,
En el monte se ha calado,
Donde vido á su maleta,
Que en la silla está cantando,
Y por la puerta trasera
Luego juega de tablado.
La iza, cuando lo vido,
Muy gran contento ha tomado;
Estivóle la cigarra
Con covas y muchos granos
Con que toldase el navío
Que estaba desbaratado:
Echóse las once mil,
Baldeo y casco acerado,
Y un rodancho, de mayor
Zinguizangue, atravesado;
Manga y guante con aforro,
Porque dél es muy usado,
Y toma las de Sevilla
El y su maleta al lado:
Habla nueva germanía
Porque no sea descornado;
Que la otra era muy vieja
Y la entrevan los villanos.
A la cama llama blanda,
Donde sornan en poblado;
A la fresada vellosa,
Que mucho vello ha criado;
Dice á la sábana, alba,
Porque es alba en sumo grado;
A la camisa, carona;
Al jubon llama apretado;
Dice al sayo, tapador,
Porque le lleva tapado;
Cáscaras llama á las medias;
Al zaragüel, arrojado;
Llama á los zapatos, duros,
Que las piedras van pisando;
A la capa llama nube;
Dice al sombrero, tejado:
Respeto llama á la espada,
Que por ella es respetado,
Al puñal, atacador,
Que es nombre muy acertado;
Al broquel le llama muro,
Porque le hace reparo;
Al rufian llama estafa,
Porque es á estafar usado;
A la marquisa, tributo,
Porque acude con el cairo:
Porque tratan todos dentro,
Al burdel le llama cambio;
Al padre llama alcancía,
Do se encierra lo ganado;
Al mandil llama trainel,
Porque lleva y trae recados;
Dice al mozo, guardadamas,
Que en el golpe está sentado;
Llama á la toca, vergüenza,
Y al escofion, enrejado;
A la basquiña, redonda,
Que siempre va campeando;
Al manto llama lijero,
Que el aire lo va volando;
A los botines, dichosos,
Que ven lo que va tapado;
A los chapines, adornos,
Que lo llevan adornado;
Al ladron llama atalaya,
Que columbra desvelado;
Al hurto llama socorro,
Con que él va remediado;
Al alguacil llama posta;
Dice al malsin, papagayo;
Llama al corchete, revuelta,
Porque nunca está parado;
A la venta, confusion;
Llama al camino, cruzado;
Dice á la ciudad, la ancha,
Porque es de todos reparo;
Al meson llama sospecha,
Porque del guro es mirado;
Llama al bodegon, registro,
Do el dinero es registrado;
A la taberna, alegría,
Que alegra al mas enojado;
A los reales, contento,
Que el que los tiene es preciado;
A los anillos, amigos,
Que sobre ellos dan prestado;
Trápala llama á la cárcel,
Y al alcaide, apasionado;
Al calabozo, tristeza,
Donde el hombre está encerrado;
A la cadena, madrastra;
Juan diaz llama al candado,
A los grillos llama anillos;
Al juez le llama bravo,
Al procurador, remedio,
Al letrado llama amparo;
Al procurador en contra
Llama con razon padrastro;
Dice á los azotes, fajas,
Y al verdugo llama el falso;
Dice al tormento, peligro,
Que en cantando es condenado;
Llama á las galeras, penas,
Do vive el hombre penando;
Finibusterre á la horca,
Que allí todo es acabado.
Con la nueva jerigonza
Jamas los han entrevado:
Muquen y pian de godo
Por ventas y por poblado,
Hasta llegar á Sevilla,
Donde tanto han deseado.
El lobo se va á la altana,
La iza se entra en el cambio,
Y estiva la farda al colme,
Y pídele veinte granos
Para que el birlo despenda,
Por ser recien arribado,
Hasta que sepa la tierra
Porque no sea descornado.

(Hidalgo, *Romances de germanía*.)

[1] Parece hecho este romance *ex-profeso* para declarar el significado y las alegorías en que se funda gran número de voces del lenguaje germanesco.

1765.

(*Anónimo*.)

«Quien fuere jaque afamado
»Ha de ser determinado.»
De Toledo sale el jaque
Ricamente enjaezado,
En columbre de la Perez,
Porque se le ha trasmontado.
Un birloche cordobes

Que muque de lo murciado,
Por temor de algun descuerno,
Lleva el navío artillado;
Un buen molleron de acero
En el gabion plantado:
Dos limas y coton doble
De cofradía estofado.
Lleva sarzo de papel,
Y vencejo atachonado;
Alares anchos de vuelo,
Largo zinguizangue al lado.
Grullas de los segovianos,
Y calcorros del barbado;
Un rodancho campanudo,
Fino baldeo acerado;
Un bonito sayagües,
Cigarron granateado:
Garlando de la germana,
Tomó las del martillado.
Calcotéalas el jaque;
No quiere ser desflorado:
Muque artife, pia turco,
Y gomarra del un lado.
Sornavilla en piltra goda,
Y en rufia bien parado:
Andando de leva en monte,
En Córdoba se ha calado;
Y en apuntando la sorna,
Dió consigo en lo guisado.
Vido entrar á su marquisa
En la villa de su estado:
Garlando está de la oseta
En favor de un nuevo amado:
—Por un cordobes me muero,
Y lo tengo aprisionado;
Godas campanas engiva,
Limas de pecho labrado,
Sarmenteras de Vizcaya,
Y redejon plateado;
Tengo para ir á la altana
El cernícalo guardado,
Con pumente guarnecido
Y rico alcorque dorado,
Estivales cordobeses
A cada lado bordados,
Y el nombre de mi querido
Y un corazon traspasado.
No es mi hombre de longares
Aquí, sino el mas pintado;
Que aun no he engibado la cova,
Cuando ya se la he estivado.
Yo le toldaré el navío
De rico jaez morado.—
Desque aquesto oyera el jaque,
Acerróla del tocado,
Y dióle con juan machiz
Un gran chirlo colorado.
Desque la iza sintió
Turronada en su tablado,
Cantó su triunfo de espadas;
Y apénas lo habia garlado,
Cuando en el campo de pinos
El guzpataro han tapado.
En la montaña está el jaque
De mil fieras rodeado:
Birlos, jaques y mandiles
Lo tienen acorralado.
Unos juegan de turron,
Otros de cerda y terciado;
Mas el forano se esfuerza,
Como se siente artillado:
Echa tajo rompedor
Y reves desatinado.
Fuerte estocada de puño,
Del rodancho bien parado;
A ningun hombre acomete
Que no le deja lisiado.
Al disanto en el cortijo
El guro mayor ha entrado,
Rodeado de mastines
Que el soplo le habian llevado.
Vió que estaba solo el jaque
En su baldeo afirmado:
Desque se sintió en corral,
Dióse luego aprisionado.
Con grande rumbo y tropel
A la trena lo han llevado:
Echáranle unos charniegos,
Y cereceda y cándado.
Apiolado está el jaque,
Mas con ánimo doblado,
Porque aquella misma sorna
Un guzpataro ha formado,
Por do tuvo libertad
Antes de ser envesado,
Y tomó las de Toledo
Siempre fuera de poblado;
Y así castigó á su iza,
Y el jaque quedó vengado.

(Hidalgo, *Romances de germanía.*)

1766.

PERIQUILLO EL DE MADRID.

(*Anónimo.*)

Periquillo el de Madrid,
Aquel que cuando acaricia
Le hace á su daifa mil fiestas
Con otras tantas vigilias;
Aquel que todo lo riñe
Y todo lo desafía,
Y á su dama la sustenta
En el campo, y no en la villa:
Porque empezando á comer,
Le hizo dos gestos Marica,
A rodar echó en la mesa
Todas estas baratijas:
Una mediá servilleta
Muy sin vuelo y muy fruncida;
¡Mas qué mucho que lo fuese,
Si cuchillos no tenia!
En un trapajo la sal,
Qu'era tan fuerte y maciza,
Que con andar arrastrada,
Jamas la vieron molida;
Una cuchara aguileña,
Dos platos y una escudilla,
Y un vaso tan arrojado,
Que con todo se salia.
Alcanzóla cuatro golpes,
Y la hizo, aunque de prisa,
Los ojos dos cardenales,
Y papas las dos mejillas.
Levantó Marica el bramo,
Y viéndose socorrida,
Esto habló como un jilguero,
Con alas de las vecinas:
—Ucé se lleva las caras,
Y yo, señor de mi vida,
No quiero galan al cierzo,
Galan quiero al mediodía.
¿Cómo ha de haber nada bueno
En una mesa maldita,
Adonde siempre entra Acuario,
Y jamas ha entrado Libra? —
Perico se iba amohinando:
Mas, como es tan entendida,
En tono de consolarla,
Así la dijo Casilda:
—El hombre hace demasiado:
De vicio te quejas, niña,
Que no es escasa la mesa
Donde rueda la comida.
¿Qué mas ha de regalarte?
Eso es pedir gollerías.
¿Quieres que un hombre valiente
Ponga á su mesa gallinas?

Antes, para ser tan pobre,
Lo que te acude me admira,
Pues siempre de lo que gastas
Veo en tu mesa reliquias.
Con ninguna dama ha hecho
Lo que hace contigo, amiga;
Y de lo que comes puedes
Quedar muy desvanecida.
No haya mas; hágánse paces;
El llanto se vuelva risa;
Que es muy fácil de enjugar
Una cara tan torcida.

(*Aquí se contienen dos famosas jácaras curiosas*, etc. Pliego suelto.)

1767.

EL MULATO DE ANDÚJAR.

(*Anónimo*[1].)

Con el Mulato de Andújar
Sollozando está Juanilla,
Porque le han puesto cadena
Para colgarle en su dia.
La decoccion de la uva
Hasta la muerte la brinda,
Pues parecerá, colgado,
Un racimo de uvas tintas.
Si la sacuden el polvo
A la triste cuitadilla,
Segun dicen malas lenguas,
La mala ha sido la mia.
Por mi mala lengua solo
Hoy le condenan, amiga,
Y dejan á los figones
Con tantas malas y frias.
No llores, Juana, por tio;
Que te vuelves vieja, mira;
Qu'es propio de malas lenguas
Hacer mojar á sus niñas.
¿Qué ha de hacer si le condenan
Por unas llaves hechizas?
Que ha sido agua de cerrajas
Todo cuanto le acriminan.
¡Dicen qu'es culpa quitarle
A un hombre una piedra rica!
¿Qué saben estos señores
Si seria mal de orina?
Lo demas que le acumulan
Todo ha sido niñería,
Porque una muerte mal hecha
En un rosario se mira.
Si era corchete, eso propio
Hace la causa mas tibia;
Que destripar un corchete
Suele hacerlo una ropilla.
De su muerte, amiga Juana,
Tuvo culpa su bebida,
Pues por lo qu'el vino hace,
Mejor es ahorcar á Esquivias.
Si estaba el Mulato entónces
Calamocano de vista,
A un hombre qu'está asomado,
¿Quién le culpa una caida?
Al agarrarle el córchete,
El sintió en la zancadilla
Que á un hombre hinchado de panza
No es bien meterle en pretina;
Mas ya pienso que le sacan:
Déjale salir, amiga;
Que no se ha de ahorcar un hombre
Porque le lleven aprisa.
Deja el llanto, pues agora
Esta jácara nos brinda,
Y bailemos acá abajo
Miéntras él danza allá arriba.
—Dices bien: canten y toquen;
Que ya la Gualda y Marica
Salen diciendo al tablado:
Allá va la jacarilla.

Baile.

«Con lo blanco de la ropa
»Compitiendo solo tinto,
»Miraron Juana y la Chaves
»Al Mulato en el borrico:
»Ponte á caballo derecho,
»Juana al mulato le dijo,
»Porque á quien te viere atado
»No parezcas encogido.
»Y por postrera el Mulato,
»Despidiéndose, le dijo:
»Desde niño temí siempre
»El morir de garrotillo.»

(*Aquí se contienen dos jácaras, una del Mulato*, etc. Pliego suelto.)

[1] Esta jácara que, como se ve, concluye con la letra de un baile, se cantó por entreacto ó fin de fiesta de una comedia.

SECCION DE CUENTOS.

CUENTOS JOCOSOS Y SATÍRICOS.

1768.

EL HUERTO DE LA VIUDA.

(*Anónimo.*)

Tenia una viuda triste,
Dentro de su casa, un huerto,
Que le heredó de su madre,
Cercado y con pozo en medio.
En los cuadros de él habia
Una yerba de discretos,
Que para memorias tristes
Valia cualquier dinero.
De cerezas garrafales
Un muy hermoso cerezo,
Golosina de las mozas
Que cogen en mayo el trébol.
Un cardillo de beatas
Para revelar secretos,
Cuyo azucarado troncho
Agua se hace de tierno.
Las cabezas de los ajos
Parecen de monasterio;
Cebollas y rabanicos
Y los nabos del adviento;
Calabazas de las Indias
Que no tienen agujero;
Cohombros de regadío,
Retorcidos y derechos.
Lo que mas gusto le daba
De la hortaliza del huerto,
Era, segun imagino,
Un colorado pimiento,
Planta que su malogrado
Tuvo en el mayor aprecio.
¡Ay pimiento quemador,
Le decia por requiebro,
Colorado estáis agora,
Y nacísteis verdinegro!
Natura os vistió de grana,
Color grave, alegre y bueno:
A los ojos os venis,
Y entrais por ellos al cuerpo.
Si la olla pongo tarde,

Vos coceis la carne luego;
Y si no puedo comer,
Me abris la gana de presto.
Si descolorida estoy,
Me prestais el color vuestro;
Alegráisme el corazon,
Que sin vos nunca me alegro.
Si fuera poeta yo,
¡Mas que os hiciera de versos!
Si caballera me armare,
Seréis penacho del yelmo.
Lo que pudiere haré,
Que es daros á tiempo riego,
Porque no se me marchite
La cosa que tanto quiero.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances*, etc.— It. *Romancero general.*)

1769.

DEJAR QUEMAR SU CASA POR LIBRAR LA DEL VECINO.

(*Anónimo.*)

Un mercader jinoves,
Ingrato á su madre y tierra,
Pues la dejó por casarse
Por solo su gusto en esta,
Con una hermosa mujer
Que en un tiempo fué doncella,
Con quien le dieron mas dote
De crédito que de hacienda,
Pues lo que le prometieron,
Y hubo de cobrar por fuerza,
Fué una casa y una viña
Que de sus abuelos era.
La casa se llueve toda
Del tejado á la bodega,
Porque de vieja no puede
Tenerse teja con teja,
Puesto que parece bien
Mirándola por defuera.
Al fin pudiera habitarse
A no haber un duende en ella,
Que las mas veces venia
Estando el jinoves fuera,
En figura de estudiante,
Que es la que mas amedrenta.
La casa era cual la pinto,
Y la viña no muy buena,
Pues que estaba vendimiada
Y ningun provecho espera
Sino tener buenas noches
El invierno con las cepas,
Con cuya ceniza quiere
Hacerle su mujer guerra.
Iba por tomar el sol
Algunas veces á verlas,
Y todas topó el cuitado
Con una ave fea y negra,
Con cuyo canto le daba
De su casa malas nuevas.
Vivia de esto tan triste,
Y dábanle tanta pena
Los celos de su mujer,
Que no osaba ir á la feria;
Y holgara para guardalla,
O castigarla siquiera,
Que tuviera la cuitada,
Como muchas otras, suegra;
Y al fin se determinó
De partir de esta manera:
Que á un vecino amigo suyo
Se la encomienda, y le ruega
Que mire por su mujer
Y por su casa y hacienda.
El vecino se encargó
De tener cuenta con ella,
Aunque le fuera mejor
Tener con la suya cuenta;
Porque su mujer é hijas
Se dejan llevar sin rienda
De peores que de estudiantes,
Porque no gustan de letras.
La mujer del jinoves,
Enojada y muy soberbia,
A su estudiante avisó
De que cierto ayo le queda,
Que sin mirar por su casa
Se entremete en el ajena,
Sin echar de ver primero
Cómo la suya se quema.
El estudiante sentido,
Una música le ordena,
Comenzando muy temprano
A tañer una corneta,
Cantando por despedida
Con su guitarra esta letra:

Cancion.

«Justamente se condena
»El que descuidado pasa,
»Abrasándose su casa,
»A echar agua en el ajena.»
Yo no sé qué tal pretende,
Si apénas la chimenea
Del triste vecino humea
Cuando grita que se enciende;
Y descuidado y sin pena
De lo que le importa, pasa,
»Abrasándose su casa,
»A echar agua en el ajena.»
Es muy grande desatino
Del que en su casa es tan ciego
Que no viendo en ella el fuego,
Vea humo en la del vecino.
Justamente se condena,
Pues que descuidado pasa,
»Abrasándose su casa,
»Echar agua en el ajena.»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte. — It. *Flor de varios y nuevos romances.*— It. *Romancero general.*)

1770.

LA VILLANA Y EL SOLDADO HUÉSPED.

(*Anónimo.*)

En una aldea de corte,
Que hace de la corte aldea,
Alojóse un capitan,
Mas de paz que no de guerra;
Y si de alguna podia,
La guerra de amores era;
Que era el extremo de gala
Que tuvo la soldadesca.
No hizo oficio de huésped,
Ni salió como debiera,
Pues de la casa del suyo
Se llevó la mejor prenda
(No semejante al troyano,
Que robó por fuerza á Elena;
Que ella se fué de su gusto,
Si sabello dar no es fuerza):
Una villana graciosa,
Del huésped hija doncella,
Enamorada de verle
Las borlas de la gineta,
Y las plumas de un sombrero
Pajizas, blancas y negras,
Con una cifra de plata,
Medalla de la roseta;
Como es propio de mujeres
Dejarse llevar sin rienda,
Enamoradas de plumas,
Que es aire de su veleta.
Concertaron una noche

Que por una falsa puerta
Saliese al cuerpo de guardia
A dar el suyo sin ella,
Vestida en hábito de hombre,
Bizarro calzon y media,
Que por lo que de él sabía
No lo tuvo á cosa nueva.
Caminó toda la noche
Y gran parte de la siesta;
Que como sale briosa,
No la cansan muchas leguas.
Contenta de verse libre,
Siempre tomando boleta,
Miéntras duerme el Capitan
Cantaba de esta manera.

Villancico.

«Seguir al amor me place,
»Aunque rabie mi madre.»
Amor dulce y regalado,
Galan como enamorado,
Valiente como soldado,
Vuestras guerras son mis paces,
«Aunque rabie mi madre.»
Dejaré por él mi tierra,
Pues el amor me destierra;
Que mas quiero aquesta guerra,
Que paz con tantos azares,
«Aunque rabie mi madre.»
De verme mas se despida;
Que no quiero estar metida
Donde allí acabe mi vida
Labrando sus ajuares,
«Aunque rabie mi madre.»
Sus pensamientos son vanos;
Que quiero mucho mis manos;
Y si allá me honran villanos,
Acá me estiman Guzmanes.
«Aunque rabie mi madre.»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— Il. *Flor de varios y nuevos romances*, etc.— Il. *Romancero general.*)

1771.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

(*Anónimo.*)

La villana de las borlas
Con la medalla de plata,
Que se fué con el soldado
Enamorada de lanzas,
Ha vuelto ya de la guerra
Con las armas destrozadas,
Y de las muchas heridas
Viene rota y maltratada.
El sombrero trae frances,
Vuelta á la copa la falda,
Con una pluma de gallo
A la valona terciada;
Por roseta un mondadientes,
Y por toquilla una banda;
Una saltambarca rota
De puro saltar en barca,
Y de la brea y resina
No poco sucia la saya;
Que quien anda por galera
Ha de limpiar muchas tablas.
Una camisa de angeo
Y un alzacuello de palma,
Una gorguera de puntas
Almidonada con grasa;
Gran copia de tembladeras,
Que las mas de ellas se rasgan,
Despojos de la victoria,
Cautivos de las hilachas;
Un zapato alpargatado
Sin cairel, labor ni gala,
Porque era fino alpargate
Teñido en sangre de vaca.
Solia traer botines;
Mas ya de puro cansada
Juró de no los traer
Hasta la vuelta de Francia.
Pudiera ponerse ligas,
Pero faltaban las calzas,
Y por ahorrar de sobras,
Empeñólas por las faltas.
Las faldas de la camisa
Bien se pueden llamar faldas,
Que son de una sarga vieja
Toda pintada de urracas,
Y puesta á la delantera
Una cabeza de fama,
Que acaso puso el pintor
De Don Amadís de Gaula,
Mas poderosa defensa
Que todo el cuerpo de guardia,
Pues unas baldas curiosas
Están muy cerca de malas.
Al fin la villana vino:
Su buena madre la abraza,
Puesto que nadie la entienda
Que viene al uso de Italia.
Fratelos llama á los mozos,
Sorelas á las criadas,
A la ternera, vitela,
Y á los pucheros, piñatas.
Contó de las hosterías,
Alojamientos y casas,
Del hurtar de las gallinas
Y esconder la ropa blanca:
Dijo nombres de galera,
Y qué eran mástil y gavias,
Y del cañon de crujía
Contó millones de gracias.
Con esto el padre y el pueblo
La llaman la italiana:
El sacristan la visita
Por saber cosas de Italia;
Mas ella, que verse espera
Segunda vez en la armada,
Esperando gente nueva,
Ejercitaba las armas.

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— Il. *Flor de varios y nuevos romances*, etc.— Il. *Romancero general.*)

1772.

EL AMANTE APALEADO.

(*Anónimo.*)

Un lencero portugues
Recien venido á Castilla,
Mas valiente que Roldan
Y mas galan que Macías,
En un lugar de la Mancha,
Que no le saldrá en su vida,
Se enamoró muy despacio
De una bella casadilla,
Que vendiéndole ruan
Para faldas de camisa,
Una tarde le contó
Sus amorosas fatigas.
Escuchábaselas ella,
Ni muy falsa, ni muy fina;
Que es gran alcahuete un fardo
De holanda é hilo de pita.
Derretido el portugues
Al sol de su hermosa vista,
A cada vara que mide
Un palmo le daba encima.
Alabábale su tierra,
Su nacion, su fidalguía,
Su música, sus regalos,
Su espada en África limpia,
Prometiéndole en efecto
Las especias de las Indias,

Los olores de Lisboa
Y los barros de la China.
Hicieron los dos concierto
Que en aquella noche misma,
Si el marido fuese al campo,
Campo franco le daria.
Quedóse en casa una pieza
De Ruan y Holanda rica
En rehenes de la junta
De Portugal y Castilla.
Era la villana astuta,
Y él manchego de la vida,
Y en saliendo el portugues,
Hablaron de su desdicha;
Y visto bien el proceso,
Condenáronle en revista
En perdimiento de bienes
Para gastos de justicia,
Y á dos docenas de palos
Con la tranca de una encina,
Guardándole la cabeza
A honor de su fantasía.
A dos horas de la noche
Se escondió la bella Cintia,
Cuando el portugues y el cielo
De bayeta se cubrian.
Tomó su espada y guitarra,
Y entre una y otra requinta,
A suspiros fué templando
Desde el bordon á la prima.
Puesto en la calle, mirando
A la ventana de arriba,
A su dama reconoce,
Que le cecea y le silba;
Y entonando la garganta,
Suspiros y voz caminan
Al aire y á quien tambien
Le escucha muerta de risa.

Romance del portugues.

—Afora, afora, Rodrigo,
El soberbo castejano,
Acordârsete debeira
De aqueil tempo ja pasado,
Cuando te armé cabaleiro,
No el altar de Santiago:
Miña mai te deu las armas,
Miño pai te deu el cabalo:
Castejano malo,
El soberbo castejano.—

Sigue el romance.

Apénas esto acabó,
Cuando á su mismo requiebro
Por la calle abajo acuden
Otros galanes del pueblo.
El uno era el sacristan,
Que en otros pasados tiempos
De todo su pié de altar
Le daba contino el medio.
Renunciada la sotana
Y echado al mundo el gregüesco,
Viene por la calle abajo
Echando votos y retos.
Sus mismas pisadas siguen
El boticario y barbero,
Que entrambos cantan romances
De Belardo y de Riselo.
Juntada pues la capilla,
Quiso el bonete primero
En una ronca bandurria
Cantar los presentes versos.

Cantar 1.°

«Si siempre crecen asi
»Tu desden y mi pasion,
»Bien pueden cantar por mi
»Kirleleison.»
Si de esta manera crece,
Señora, tu disfavor,
Y al mismo punto mi honor
Se levanta y desvanece;
Y si por amar asi
No merezco galardon,
«Bien pueden cantar por mi
»Kirleleison.»

Sigue el romance.

El barbero y boticario,
Que al sacristan conocieron,
En dos guitarras templadas
Esparcen la voz al viento.

Cantar 2.°

«Zagaleja del ojo rasgado,
»Vénte á mí, que no soy toro bravo.
»Vénte á mí, zagaleja, vénte,
»Que adoro las damas y no mato la gente.
»Zagaleja del ojo negro,
»Vénte á mí, que te adoro y quiero.
»Dejaré que me tomes el cuerno,
»Y me lleves, si quieres, al prado:
»Vénte á mí que no soy toro bravo.»

Sigue el romance.

Determinada la dama
Al concierto del marido,
Entre los cuatro llamados
Fué el portugues admitido.
Bajó á la puerta y llamóle
Por un pequeño resquicio,
Y entónces él, victorioso,
Cantando á los otros, dijo:

Cantarcillo.

«Pois que Madalena
»Remedió meu mal,
»Viva Portugal
»E morra Castela.»
Seja amor testigo
De tamanho ben,
Nao chegue ninguen
A zombar conmigo.
Que á espada é rodela
Aforneira sal;
«Viva Portugal,
»E morra Castela.»

Sigue el romance.

Entróse dentro con esto,
Y los tres que le mirabau,
A tres juntaron así
Quejas, voces y guitarras.

Villancico.

«Si para sufrir agravios
»Al amor le pintan ciego,
»¡Fuego!»
Si para ver y callar
Le ponen aquella venda,
El mismo fuego le encienda
Con que nos suele quemar;
Que sufrir ardor y amar,
Y viendo, fingirse ciego,
«¡Fuego!»

Sigue el romance.

Desampararon la calle
Cuando ya el lencero estaba
Desnudo de sus vestidos,
Aunque armado de esperanza;
Pero apénas puso el pié
En el lazo de la cama,
Cuando salió el cazador
Detras de la puerta falsa,
Y á dos manos esgrimiendo
La verde y nudosa tranca,
Al que vive de medir
Midió muy bien las espaldas.
El portugues daba voces:
—¡Aquí de rey que me matan!—
Pero el Rey, que no lo oia,

Tampoco le remediaba.
Echóse por la escalera,
Y quiso por la ventana,
Y hallando apénas la puerta,
Se fué en camisa á su casa.

(*Romancero general.*)

1773.

CUENTO DEL HIDALGO HAMBRIENTO.

(*Anónimo.*)

Un hidalgo de una aldea,
Buen hidalgo y mal querido,
Tan exento por lo pobre
Como por lo bien nacido,
Despues de haber levantado
Con la lengua de un palillo
A sus dientes testimonio
De sucios, estando limpios,
Fuése á la casa del cura,
Y hallólo, sin ser obispo,
Confirmando sin el olio
A un sobrino putativo.
Por reverencia del huésped
Dejó el inocente niño
A medio desenojarse
La cólera de su tio.
Estaba la mesa puesta,
Y el cura al hidalgo dijo:
—Aunque no de estar ayuno
Trae vuesa merced testigos,
Honre mi mesa esta vez,
Que en hidalgos los palillos
Suelen ser testigos falsos,
Que juran lo que no han visto.—
De falso envidaba el cura,
Pero el hidalgo le quiso;
Que para estas ocasiones
Están con cincuenta y cinco.
Entró el hidalgo en los ántes
Con tal aliento y tal brio,
Que á ser ántes de coleto
Pienso que fuera lo mismo.
Sirviéronles una polla,
Que el cura pedazos hizo,
Y ansí la enterró el hidalgo
Hurtando al cura el oficio.
En los nabos y las berzas
Labró tanto el apetito,
Que para comer la carne
Parece que se dió filos.
Hirviendo se sorbió el caldo;
Que tiene en su pasadizo,
Desde la boca á las tripas,
Algunos hidalgos frios.
Traen aceitunas y queso,
Y viendo en cuánto peligro
Estaba ya la comida,
Pues la uncion ha recibido,
Pide de beber, y danle
En un valenciano vidrio,
Con ménos fondo que un necio
Y mas estrecho que un rico.
Tomó en sus hidalgas manos
Aquel cáliz amarillo,
Y á su cuerpo le traslada
Sin que dejase un registro.
A su casa se retira,
Dejando al cura advertido,
Que de moscas y de hidalgos
Le libre su mesa Cristo.

(*Maravillas del Parnaso.*)

APÉNDICE PRIMERO.

ROMANCES VARIOS, HECHOS EN VERSOS ANACREÓNTICOS, Ó SEA DE SIETE SILABAS[1].

ROMANCES AMATORIOS EN VERSOS DE SIETE SILABAS.

1774.

(*De Lope de Vega.*)

Así Fabio cantaba
Del Tajo en las orillas,
Oyéndole las aguas,
Llorándole las ninfas.
La perezosa tarde
Con sombras fugitivas
Bajaba de los montes
En brazos de sí misma;
Las aves vagorosas
Callaban recogidas,
En tanto que la noche
Se revelaba al dia;
Las ruedas sonorosas
En silencio rompian,
Haciendo á rayos de agua
Esferas cristalinas;
Juntando las ovejas,
Tuerce la honda y silba,
Porque el redil nudoso
Temprano las reciba.
Tendido yace Fabio
En su choza pajiza;
No habla, que está solo;
No duerme, que suspira;
No sosiega, que piensa;
No engaña, que imagina;
No muere, que está muerto
Entre memorias vivas.
Ya lloraba el aurora,
Y abriendo clavellinas,
Como miraban perlas,
Pensaban que era risa;
Cuando á las solas penas
Que el eco repetian,
Cantó, pasando el arco
A la sonora lira.

Romancillo.

«Amar tu hermosura,
»Gracia y discrecion,
»No quiero, Amarilis,
»Que se llame amor.
»Méritos del alma,
»Justicia y razon,
»Quiere amor que sea
»El amarte yo.
»No quiero, mis ojos,
»Querer por favor;
»Rendirme á los tuyos
»Es obligacion.
»No tengo esperanza,
»Toda me dejó;
»Que en amar sin ella
»Peregrino soy.
»Del amor me dicen
»Que es dinnicion.
»Desear lo hermoso

»Póneme temor;
»Que si tú lo eres
»Es contradicion;
»Que amor y deseo
»Uno son los dos.
»Si de la belleza
»Los efetos son,
»Parece imposible;
»Pero al alma no.
»Negar tu hermosura
»Es notable error,
»Y no desealla
»Parece mayor;
»Pero dice el alma
»Que ella se obligó
»A vencer deseos
»Y á amar tu valor.
»Para no perderte,
»Si en tu gracia estoy,
»Traigo tan rendida
»La imaginacion.
»Afréntase el alma
»Que amase mi amor
»Cosa tan perfeta
»Sin gran perfeccion:
»Por eso, Amarilis,
»A mis penas hoy,
»Para mas fineza,
»Hice esta cancion.»

Cantar.

«Que no quiero favores
»Para mis penas,
»Pues me basta la causa
»Para tenerlas.»
De mi amor la esencia,
Amar solo es;
Que aun es interes
La correspondencia;
Con tal diferencia
Mi propia pasion
Llama galardon
Del penar, las penas,
«Pues me basta la causa
»Para tenerlas.»

(Vega Carpio, *La Dorotea*.—It. *Maravillas del Parnaso*.)

[1] Los romances anacreónticos de Estéban de Villegas se omiten aquí, por ser puramente artísticos é imitaciones ó traducciones de los clásicos griegos y latinos.

1775.

(*De Juan de Salinas*.)

¿Qué olas de congoja
Son estas que amenazan
Desde el profundo abismo
A las estrellas altas?
¿Qué noche tenebrosa
De confusion amarga
Encubre de mi norte
La luz serena y clara?
¿Qué vientos de recelos
Afligen y contrastan
En el golfo de ausencia
La nave de mi alma?
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas la paciencia y la esperanza.»
Tirano rey injusto,
Pues eres el que mandas
La tierra, y te obedecen
Los vientos y las aguas;
Pues sabes los bajíos
De mi fortuna varia,
Y vos, de mi firmeza
Las rocas levantadas;
Pues ya la antena gime
Y el mar furioso brama,
Y si el bajel embiste,
Ninguna fuerza basta;
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas, etc.»
Que si por dicha fuera
El dueño de la barca,
Echara yo en la mar
Quien causa esta borrasca
Echara mis memorias,
Que un punto no descansar
D'estar representando
Tragedias desdichadas;
Echara mis deseos,
Que con lijeras alas
Pretenden imposibles,
Muriendo en la demanda.
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas, etc.»
Por lastre mas pesado
Llevo desconfianzas,
Que crecen y revientan
La nave con su carga:
No atina ya el piloto
En cuantos grados anda,
Perdido ya del curso
La brújula y la carta.
Si manda echar la sonda
Con infinitas brazas,
Jamas hallar podrán
El fondo á mis desgracias.
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas, etc.»
¿Qué mucho que le falten
A mi esperanza flaca
Las fuerzas, si se anega
El agua á la garganta?
¿Qué mucho que se escape
La fe, y á nado salga,
Si el mar y vientos juntos
No bastan á anegarla?
¿Qué importa que la vida
Se salve en una tabla,
Si es esta mi enemiga,
La misma que me mata?
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas, etc.»
Amor, si d'esta escapo,
Y la furiosa saña
Del mar embravecido
Conviertes en bonanza;
Si el dulce puerto pisan
Mis venturosas plantas,
Y las arenas beso
De mi tan deseadas:
Prometo en nombre tuyo
De despojar la Arabia,
Y de olorosos fuegos
Enriquecer tus aras.
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas la paciencia y la esperanza.»

(*Códice de poesías de Juan de Salinas y otros*, siglo XVII.—It. *Romancero general*.)

1776.

(*Anónimo*.)

¡Qué triste abril, pastores,
Que olvidan ó suspenden
Lo florido, los campos,
Lo risueño, las fuentes!
Los árboles desnudos,
Que se visten parece,
Mas que galas de mayo,
Injurias de noviembre.
La verde lozanía
Selvas y montes pierden,
Donde la primavera
A sí misma se ofende.

La presuncion hermosa
De las flores alegres,
¡Qué desmayada vive!
Qué ofendida amanece!
No despiertan las aves
Al aurora, que duerme
Purpúrea entre jazmines,
Nevada entre claveles.
Todo es melancolía,
Todo triste parece;
Que ausencias de Belisa
Lo han traido á la muerte.
(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1777.

(*Anónimo.*)

¡Ay de mí! que pudiendo,
Bellísima Safira,
Gozar entre tus brazos
Las horas y los dias;
Pudiendo en tus cabellos
Gozar las ricas minas
Que el avariento busca
En las remotas Indias;
Pudiendo en tus dos ojos
Arder el alma mia
En luz de dos estrellas
Que á blando amor incitan;
Pudiendo anticipadas
Gozar en tus mejillas
Hermosas primaveras
Y de flores mas ricas;
Pudiendo yo en tu boca
Ver del alba la risa,
Y en tus dientes las perlas
Que sus ojos destilan:
No sé yo qué decreto
De deidad enemiga
Me arrastra á tierra ajena,
Y á dejarte me incita.
¿Qué he hecho yo á los hados,
Que quiere mi desdicha
Hacer de un alma pobre
Que parta de su vida?
Sospecho muchas veces
Que del cielo es envidia,
Que aun él puede quejarse
De que le das envidia.
¿Qué podrán ver mis ojos
Que tus dos ojos vian?
Mas cegarán llorando
Tu ausencia y mi partida.
No los verán enjutos
Ni la noche ni el dia;
Ni se alabará el sueño
Que descansó en sus niñas;
Y para consolarme
Cuando amor me permita
Algun ocio hurtado
Para mis fantasías,
Me engañaré creyendo
Que, á lástima movida,
Te acuerdas de mi nombre:
¡Ojalá lo repitas!
Haré que me respondas,
Cuando nunca me escribas,
Y diré que se pierden
Las cartas que me envias.
Fingiréme á mí mismo
Que alguna vez suspiras,
¡Ay quién lo mereciera!
A mi fe agradecida.
Desconfianza y miedo
Me harán compañía,
De los que tú mirares
Y de los que te miran.
Siempre estaré colgado
De las horas vecinas
Al carro de mi vuelta,
A ver esas orillas.
Muda estará mi musa,
Descansará mi lira,
Mi voz daré á mis quejas
Por última armonía.
Te mostrará mi rostro
La tristeza amarilla;
Que cualquier caminante
En mirándome diga:
—«Este es amante ausente,
»Que á la muerte camina
»Del amor ¡buen viaje!
»Por sendas tan perdidas.»
(*Maravillas del Parnaso, etc.*)

1778.

(*Anónimo.*)

La discrecion del soto,
La gala del aldea,
La fénix del donaire,
Amarílis la bella;
Aquella morenilla
Que trujo á nuestra sierra
El fuego de Etiopia
Entre rosas morenas;
La de los ojos negros,
Que en cristalina esfera,
Siendo sierpes del prado,
Son del amor centellas.
¿Mas quién vido, zagales,
En un cielo de perlas,
Morenos los cristales
Y negras las estrellas?
Sabedlo, zagalillas.
¿Mas quién hay que no sepa,
En mirando mis ojos,
Que me muero por ella?
¿Pero qué mucho es esto,
Si nadie hay que la vea,
Que á sus ojos no viva
Y á sus manos no muera?
Porque en sus bellas manos
Puso el amor sus flechas,
Desde que sus ojuelos
Nos matan y saltean.
Este es el dueño mio,
De cuya deidad bella,
Bebiendo resplandores,
Soy águila en finezas.
Mas calle el venturoso
Que á tanta dicha llega;
Que las divinidades
Callando se celebran.
(*Maravillas del Parnaso.*)

1779.

(*Anónimo.*)

¡Ay, que me matas, pastora!
¡Ay, que mi fin se llegó!
Si no te ofendo en amarte,
¿Para qué tanto rigor?
¡Ay qué dolor! Ay qué dolor!
Pues lo permite Cupido,
Mas es tirano que dios.
«¡Ay qué dolor! Ay qué dolor!»
Desdeñosas crueldades
Contra el mas fiel corazon;
Porque tú las acreditas,
Las consiento, Nise, yo.
No porque en razon se funden,
Tengo por ley su razon,
Sino porque en mí es su gusto
Suave legislador.
«¡Ay qué dolor! etc.»
Mas que te sirvió mi vida,

Mi muerte te sirve hoy,
Si esta te crece los gustos,
Y aquella te los quitó.
Quien sirve muriendo, muera,
Pues muerto sirve mejor;
Que en la dicha del acierto
Hallará su galardon.
«¡Ay qué dolor! etc.»
Felicemente difunto,
Todo el valle me envidió;
Que morir por ti, zagala,
Es la ventura mayor.
A eterno mi nombre aspira,
Pues que por ti le erigió
Un bulto en cada memoria
Y en cada tronco un padron.
«¡Ay qué dolor! Ay qué dolor!»
(*Maravillas del Parnaso.*)

1780.

Á UN JILGUERO.

(*Anónimo*)

Hermoso jilguerillo,
Que del florido abril
La verde estancia dejas
Por otra mas feliz,
Dichoso tú mil veces,
Y felice otras mil,
Que á ser cuidado vienes
De un bello serafin.
Tú prisionero vives,
Yo libre, sin vivir:
¡Oh qué extremos son estos
De mi corazon gentil!
Si en ese laberinto
Amor te tiene, di
Que sabes qué es amar
Para saber sentir.
Tú gozas los favores
Que yo te envidio, sí;
Pero yo los estragos
De su crueldad sin fin;
Mas dile al dueño mio
Lo que te digo á ti:
Que el fuego en que me abraso,
No lo puedo encubrir.
(*Romances varios de diferentes autores.*)

APÉNDICE II.

ROMANCILLOS VARIOS, HECHOS EN VERSOS CORTOS DE ENDECHAS[1].

ROMANCILLOS ALEGÓRICOS.

1781.

LA BARQUILLA.—I.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

¡Pobre barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola!
¿Adónde vas, perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas,
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa,
Ni se estima la perla
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas,
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan;
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa,
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
Qué ricas banderolas
Azote son del viento
Y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva
Del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
Que es bien echar la sonda,
Cuando, perdido el rumbo,
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heróica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes ó rojas,
Que en selvas de corales
Salado césped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El céfiro bullia
Y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan;
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas,
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo, ¿qué importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la aurora,
Mas peces te llevaba
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa,
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:
¡Ay de la pobre barca
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡Oh dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas,
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás, me lleve,
Mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue;
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.

¡Mas ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta:
Viviendo, todo falta;
Muriendo, todo sobra.

(VEGA CARPIO, *La Dorotea*.— II. *Maravillas del Parnaso*.)

¹ En este género de composiciones se incluyen aquellas cuya base principal es la combinacion asonantada del romance, aunque por tener estribillo tengan semejanza con las letras ó villancicos.

² A la muerte de su esposa se cree hizo el poeta esta composicion y las tres siguientes. Las dos primeras son en su género un modelo de perfeccion, de sensibilidad y de melancólica dulzura. En las dos ultimas, sugeridas mas bien por la celebridad de las anteriores, que por la espontánea y original inspiracion, el ingenio de LOPE decae y se arrastra imitándose y exagerándose á sí mismo. Sin embargo, las composiciones son buenas, y solo parecen serlo menos comparándolas con las que las precedieron.

1782.

LA BARQUILLA.— II.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Para que no te vayas,
Pobre barquilla, á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
Pero tan grave peso
¿Cómo podrás sufrirle?
¡Si fuera de esperanzas,
No fuera tan difícil!
Del viento fuéron todas,
Para que no te fies
De grandes oceanos
Que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peinando las arenas
Con círculos sutiles:
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos
Porque no los avisen;
Pero en llegando al golfo,
No hay monte que se empine
Al cielo, mas gigante,
Adonde tantos gimen.
Traidoras son las aguas;
Ninguno se confie
De condicion tan fácil,
Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
A las gavias permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas
Por Scilas y Caribdis,
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco,
Del agua te retires.
No inventes nuevas tablas
Ni al viento desafies;
Que ruinas del tiempo
Ninguna enmienda admiten.
Miéntras te cuelgo al templo,
Victorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
«Ninguna fuerza humana
»Al tiempo se resiste.»
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas
Airado el viento silbe;
No admires los que salen,
Ni barco nuevo envidies,
Porque le adornen jarcias
Y velas le entapicen;
A climas diferentes
La errada proa inclinen
Las poderosas naves
De Césares Felipes:
Antárticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
Zafiros y amatistes;
Las armas de las popas
Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren;
Y tú, de solo el cielo
Cubierta, no porfies
A volver á las ondas,
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
Siendo al furor de Aquíles,
Enéas el silencio,
Y la virtud Anquises.
Cuando tú, dueño mio,
En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir á recibirme,
Aun no mostraba el alba
Sus cándidos perfiles,
Riendo en azucenas,
Llorando en alelíes.
Cuando á buscar regalos
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del reino de Anfitrite,
No temias tormentas
Ni encantadoras Circes;
Que ya para sirenas
Era mi amor Ulises;
Y aun me vieron á veces
Sus cristalinas sirtes,
Búzaro de las perlas
Y de los peces lince.
¿Qué pesca no le truje
Cuando la noche viste
De sombras estos montes
Que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,
Sino en tejidas mimbres;
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime,
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pié mide
Los edificios altos
Y las chozas humildes,
Se la robó á la tierra,
Y con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos;
Ya de los cielos Iris,
Aquellas esmeraldas
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten.
Aquellos que tuvieron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre,
Ya de su voz no tienen,
Que dulcemente imiten
Los arroyos pasajes,
Los ruiseñores tiples.
No sé cuál fué de entrambos,
Bellísima Amarilis,
Ni quién murió primero,
Ni quién agora vive.
Presumo que trocámos
Las almas al partirte;
Que pienso que es la tuya
Esta que en mí reside.
Tendido en esta arena,
Con lágrimas repite
Mi voz tan dulce nombre
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan,
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan,
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia,
Que de verme y oirme
No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas
Las focas y delfines,
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,
Que llore y que suspire
Aquel barquero pobre
Que alegre conocisteis.
Aquel que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama
Que á los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle, me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces
Ayer pedazos hice.
Supiéronlo barqueros,
Enojados me riñen:
Cuál toma los fragmentos
Y á unirlos se apercibe;
Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de qué sirven?
Cuál le compone versos;
Cuál, porque no le pisen,
Le cuelga de las ramas,
Trasformacion de Tisbe.
Mas yo, que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
A cuanto me dijeron
Llorando satisfice.
Primero que me alegre
Será posible unirse
Este mar al de Italia
Y el Tajo con el Tibre.
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará á la ciencia
La envidia que la sigue;
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile,
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique;
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfie,
Tan dulces pensamientos
Serán despues fenices.
En bronce sus memorias

Con eternos buriles
Amor, que no con plomo,
Blando papel imprime.
¡Oh luz que me dejaste!
¿Cuándo será posible
Que vuelva á verte el alma,
Y que esta vida animes?
Mis soledades siente;
¡Mas ay! que donde vives,
De mis deseos locos
En dulce paz te ries.

(Vega Carpio, *La Dorotea*.)

1783.

LA BARQUILLA. — III.

(De Lope de Vega Carpio.)

—¡Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas;
Las otras que bramando
Ya tiemblan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vivo
En esta seca arena,
O cómo espero el dia
Si está mi aurora muerta?
¿O pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que, pues ya viven juntas,
Entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella;
Que aunque de noche salen,
Padece noche eterna.
Alma Vénus divina,
Que dia y noche muestras
La senda de la aurora
Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le da la presidencia,
Pues sabes que te iguala
Su luz y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa á la popa
Tus jarcias y tus velas:
No ya cendal te vista,
Ni te coronen fiestas
Marítimos hinojos.
Mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas
Que de aquestas riberas
Con sus dorados lirios
Tejidas orlas eran,
Y los laureles verdes,
Secos tarayes sean;
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanzas tengan,
Y rómpaste de suerte
Que parezcas deshecha
Cabaña despreciada
Que los pastores dejan;
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda al viento,
De tafetan cometas;
No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan;
No las desnudas ninfas,
Cuando la vela tiendas,
A la embreada quilla
Arrimen las cabezas:
Deshechos huracanes
Te saquen y te vuelvan,
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, ¡oh barqueros!
Que en aquestas aldeas
Dejais vuestras esposas
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades,
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan,
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimadas quejas.
El que á la mar saliere,
Para que presto vuelva,
Embárquese en mis ojos,
Y la tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,
Ni venga ni me vea;
Que volverá de verme
Con inmortal tristeza.
Cortad ciprés funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelices
De míseras elégias.
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exequias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos,
Donde esculpidas tenga
La desdeñosa Dafne
Y la amorosa Leda:
Aquella verde lauro,
Y con las plumas, esta,
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Elena;
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros mios,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
Las Driadas y Oreas,
Aquellas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
Para que doble el llanto
Tan mísera tragedia.
Ya es muerta, decid todos,
Ya cubre poca tierra
La divina Amarílis,
Honor y gloria nuestra:
Aquella, cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Músicos celestiales,
Orfeos del alma eran;
Cuyas hermosas niñas
Tenian como reinas
Doseles de su frente
Con armas de sus cejas;
Aquella cuya boca
Daba leccion risueña,
Al mar, de hacer corales,
Al alba, de hacer perlas;
Aquella que nos dijo
Palabras extranjeras
De la virtud humilde,
De la verdad honesta;
Aquella cuyas manos,
De vivo azahar compuestas,
Eran nieve en blancura,
Cristal en trasparencia;
Cuyos piés parecian
Dos ramos de azucenas,
Si para ser mas lindas
Nacieran tan pequeñas;
La que en la voz divina
Desafió sirenas,
Para quien nunca Ulises
Pudiera hallar cautela;
La que añadió al Parnaso
La musa mas perfecta,
La virtud, el ingenio,
La gracia y la belleza:
Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La envidia oir su fama
Ni ver su gentileza.
Venid á consolarme
Si puede ser que sea;
Mas no vengais, barqueros,
Que no quiero perderla;
Que si mi vida dura
Es solo porque sienta
Mas muerte con la vida,
Mas vida que sin ella.
Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solia
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
¡Mas poco me aprovecha;
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena!
Mi propia voz me engaña,
Y como voy tras ella,
Cuanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,
Salen del alma sombras
A fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia extrema
Lo que imagino, abrazo,
Por ver si afecto engendra;
Pero en desdicha tanta
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engañaba
Desengañados quedan.
¡Qué alegre respondia,
Dividiendo risueña
Aquel clavel honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cogia de sus hojas
La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce amada prenda;
Que en el silencio eterno
A nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
En soledad me dejan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca.
Y donde tantas miro
(¡Qué locura tan nueva!)
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
No hay árbol donde tuvo
Alguna vez la siesta,
Que no le abrace y pida
La sombra que me niega;
Y entre estas soledades
Con ansias tan estrechas
No miro su retrato,
Y muérome por verla;
Que no pueden los ojos
Sufrir que muerta sea
La que tan lindo talle

Pintada representa.
Lo que deseo huyo,
Porque de ver me pesa
Que dure mas el arte
Que la naturaleza.
Sin esto, porque creo,
Como me mira atenta,
Que pues que no me habla,
No debe de ser ella.
Pintóla Francelise,
De las paredes cuelga
De mi cabaña pobre;
¡Mas qué mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan.
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa veau,
Aunque mirase flores
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta:
La muerte, porque huye,
La vida, porque espera.
Cuando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amaron vivas,
Olvidan y se alegran,
Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hacer en mi los tiempos
A su memoria ofensa;
Porque si alguna cosa,
Aun suya, me consuela,
Ya pienso que la agravio,
Y dejo de tenerla.
Asi lloraba Fabio
Del mar en las riberas,
La vida de Amarilis,
La muerte de su ausencia,
Cuando atajaron juntas
Con desmayada fuerza
El corazon las ansias,
Las lágrimas la lengua.
Amor, que le escuchaba,
Dijo: —La edad es esta
De Píramo y Leandro,
De Porcia, Julia y Fedra;
Que no son de estos siglos
Amores tan de véras,
Que ni el morir los cura
Ni el tiempo los remedia.—

(VEGA CARPIO, *La Dorotea*.)

1784.

LA BARQUILLA.—IV.

(*De Lope de Vega Carpio.*)

Gigante cristalino,
Al cielo se oponia
El mar con blancas torres
De espumas fugitivas,
Cuando de un tronco inútil,
Cuyas ramas solian
Hacer dosel á un prado
Que fué de un rayo envidia,
Tenia Fabio atada
Su mísera barquilla,
Los remos en la arena,
La red al sol tendida.
Ya no repara en nada;
Que quien de sí se olvida,
Grandes memorias tiene,
Que á tanto mal le obligan.
Baja fortuna corre,
Poco la vida estima,
Quien todo lo desprecia
Y á todo se retira;
Que despreciarlo todo
Es humildad altiva,
Accion desesperada,
Que no filosofía.
«Mas tanto pueden tristezas
»De pasadas alegrías,
»Que obligan y porfian
»A no estimar la muerte ni la vida.»
Las atrevidas ondas
Que á conquistar subian
Por escalas de vidrio
Las almenas divinas,
Abrieron una nave
Desde el tope á la quilla,
Sembrando por las aguas
Velas, jarcias y vidas;
Y dijo: —Si estuvieras
Atada á las orillas
Como mi barca pobre,
Vivieras largos dias.
Dichoso yo, que puedo
Gozar pobreza rica,
Sin que del puerto amado
Me aparte la codicia.
La soledad me mata
De un bien que yo tenia;
No los palacios altos
Ni el oro de las Indias.
Cuando anegarse veo
Las naves y desdichas,
Consuelo halla en las aguas
La pena de las mias.
«Mas tanto pueden, etc.»
Memorias solamente
Mi muerte solicitan;
Que las memorias hacen
Mayores las desdichas.
Para regalo tuyo,
Amarilis divina,
Cuando el aurora rayos,
Redes al mar tendia,
Sacaba yo corales,
Que como se corrian
De verse con tus labios,
Mas finos parecian.
A tus hermosas manos
Llevar tambien solia
Los peces y las perlas
En una concha misma.
De mi humilde cabaña
Las paredes suspiran,
Adonde yo gozaba
Su dulce compañía;
Y en tantos desconsuelos
Quiere el amor que sirvan
En esperanzas muertas
Estas memorias vivas.
«Mas tanto pueden, etc.»
Tan vivo está en mi alma
De tu partida el dia,
Que vive ya mi muerte,
No vive ya mi vida.
Nunca del pensamiento
Un átomo se quitan
Las luces eclipsadas
De tu postrera vista.
Asi las azucenas
Por la calor estiva,
Entre las hojas verdes
Las cándidas marchitan:
Así la pura rosa
Que vió la dulce risa
Del alba, con la noche
La púrpura retira.
Trocado muerte habemos,
Siendo en mis ansias vivas,
Tú la vida que muere,
Mi alma la que espira.
Intento consolarme
Con ver que, fugitiva,
Parece que me llamas
Y que á partir me animas.
«Mas tanto pueden desdichas,
»Que obligan, si porfian,
»A no estimar la muerte ni la vida.»

(VEGA CARPIO, *La Dorotea*.—It. *Maravillas del Parnaso*.)

ROMANCILLOS ERÓTICOS Ó AMATORIOS.

1785.

(*De Cristóbal Suarez de Figueroa.*)

Bella zagaleja
Del color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento;
Gallarda trigueña
De belleza extremo,
Ardor de las almas,
Y de amor trofeo;
Suave sirena,
Que con tus acentos
Detienes el curso
De los pasajeros:
Desde que te vi,
Tal estoy, que siento
Preso el albedrío,
Y abrasado el pecho.
Hasta donde estás
Vuelan mis deseos
Llenos de aficion,
Y de miedo llenos,
Viendo que te ama
Mas digno sugeto,
Dueño de tus ojos,
De tu gusto cielo.
Mas ya que se fué
Dando al agua remos,
Sienta de mudanza
El antiguo fuero.
Al presente olvidan;
Y quien fuere cuerdo,
En estando ausente
Téngase por muerto.
Y pues vive el tuyo
En extraño reino,
Por ventura esclavo
De rubios cabellos,
Antes que los tuyos
Se cubran de hielo,
Con piedad acoge
Suspiros y ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Yedras amorosas
De tu airoso cuerpo,
Que á tu fresca boca
Robaré el aliento,
Y en ti trasformado
Moriré, viviendo.
Himeneo haga
Nuestro amor eterno;
Nazcan de nosotros
Hermosos renuevos;
Tu beldad celebren
Mis sonoros versos,
Por quien no te ofendan
Olvido ni tiempo.

(SUAREZ DE FIGUEROA, *La constante Amarilis*.)

1786.

(*Del bachiller Francisco de la Torre.*)

El pastor mas triste
Que ha tenido el cielo,
Dos fuentes sus ojos
Y un fuego su pecho,
Llorando caidas
De altos pensamientos,
Solo se querella
Riberas del Duero.
El silencio amigo,
Compañero eterno
De la noche sola,
Oye su tormento.
Sus endechas llevan
Rigurosos vientos,
Como su firmeza
Mal tenidos celos.
Solo y pensativo
Le halla el claro Febo:
Sale su Diana
Y hállale gimiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso
Le ha puesto en estado
De ningun consuelo;
Tórtola cuitada,
Que el montero fiero
Le quitó la gloria
De su compañero,
Elevada y mustia,
Del piadoso acento
Que oye suspirando
Entregar al viento,
Porque no se pierdan
Suspiros tan tiernos,
Ella los recoge,
Que se duele d'ellos,
Y por ser mas dulces
Que su arrullo tierno,
De su soledad
Se queja con ellos.
¿Qué ha de hacer el triste?
Pierda el sufrimiento,
Que tras lo perdido
No caerá contento.

(La Torre, *Obras.*)

1787.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Tú, noche, que alivias
Los cansados miembros,
Cuyas negras horas
Convidan con sueño;
Dulce encubridora
De los que despiertos
De amorosos lazos
Sacan lances bellos;
Tú, en cuyo regazo
El grande y pequeño
Suspende la vida
Y afloja el deseo:
Aplica á mis quejas
El oido atento,
Pues d'ellas el dia,
Y de mí, va huyendo,
Miéntras mi enemiga
En el casto lecho
Duerme sin cuidado
De mis pensamientos.
En pasados siglos,
Noche, si me acuerdo,
Tus trompetas roncas
Mis ojos rindieron,
A mi lengua mudos
Y á tus ojos ciegos,
Sin darme cuidado
Presentes tormentos.
Aquel tiempo fuése,
Que en fin era bueno,
¡Y ojalá el presente
Hiciera lo mesmo!
Agora, cuitado,
Usurpo tus fueros,
Y entre tus tinieblas
Oigo, miro y peno,
Hecho centinela
De mis devaneos,
A mi bien dormido,
Y á mi mal dispierto.
Canto con los gallos
Cantares funestos,
Responsos á mi alma,
Láudes á mi cielo,
Quejas al amor,
Honras á mi cuerpo,
Endechas al daño,
Plegarias al tiempo.
Canto el cabo de año
Con noturno entero
De mis esperanzas
Que ya se murieron.
Contemplo los cursos
Pensando conceptos
Para engrandecer
A quien me ha deshecho.
Consumo las horas
Haciendo sonetos,
Y en ellos alarde
De mis desaciertos.
Pero ¿qué me importa
Contar mis sucesos
A quien no es posible
Que les dé remedio?
Ora estés velando,
Ora estés durmiendo,
Ingrata señora,
Escucha mis versos,
Podrás los cantar
Las noches de invierno,
Los mártes aciagos,
Que son propios de ellos.
Cuando yo vivia
Mas libre y exento,
De mi gusto esclavo,
Solo á mí sujeto,
Burlaba de amor
Y de sus pecheros,
Porque en mi opinion
Todos eran necios;
Y no andaba errado,
Que quien sigue á un ciego,
O no tiene vista,
O es poco discreto.
No curaba de ojos
Garzos ni risueños,
De tiernas palabras
Ni blandos rodeos;
No me suspendian
Cejas ni cabellos,
Nariz afilada,
Ni nevado pecho;
No el fuego me helaba,
Ni quemaba el hielo,
Ni me alborotaban
Temerarios celos;
No me despertaban
Amorosos miedos,
Ni dueñas, ni doñas
Me traian suspenso;
No gastaba arengas
En dulces requiebros,
Ni lágrimas vivas,
Ni suspiros recios;
Nunca con mujeres
Hablaba con seso,
Porque me preciaba
De ser lisonjero;
Nunca me vió nadie
En anocheciendo
Andar hecho trasgo,
Cargado de hierro.
Estas prevenciones
Poco me valieron,
Que en fin vine á dar
Al despeñadero.
Vite una mañana,
Y quedé suspenso
De unas cejas negras
Y unos ojos negros:
Perdíme de vista,
Y dejando el puerto,
En el mar de amor
Me entré á vela y remo,
Comencé á ser otro,
Descubríte el pecho,
Mas tú le cubriste
De amoroso fuego;
Hallóte mi amor
Falsa por extremo,
Las palabras cera,
Las obras acero;
Ferviente en las causas,
Tibia en los efectos,
Fácil en promesas,
Mudable en los hechos,
Blanda en los halagos,
Dura en los remedios,
Viva en mis tragedias,
Muerta en mis trofeos:
En presencia, gloria,
En ausencia, infierno,
En público, oveja,
Y tigre en secreto.
Pues no eres eterna
Ni el tiempo es eterno,
Ni tú serás moza,
Cuando yo sea viejo;
Si pasa tu flor
Quedarte has en seco,
Rica de desdenes,
Pobre de contento.
Llorarás entónces
Lo que no echas ménos,
Y querrás comer,
Y no habrá pan tierno...
Pero tente, pluma,
Que aunque no me duermo,
Hablas con un roble
De esperanzas seco.

(Góngora, *Obras.*—It. *Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. —It. *Romancero general.*)

1788.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Frescos airecillos
Que á la primavera
Destejeis guirnaldas
Y esparceis violetas;
Ya que os han tenido
Del Tajo en la vega
Amorosos hurtos
Y agradables penas,
Cuando del estío
En la ardiente fuerza
Alamos os daban
Frondosas defensas;
Alamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda
Y de plata medias,

De donde á las ninfas
Y á las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas
Mil veces llamasteis
Y vinieron ellas
A ocupar del rio
Las verdes cenefas;
Y vosotros luego
Calándoos apriesa
Con lascivos soplos
Y alas lisonjeras,
Sueño les trujisteis
Y descuido á vueltas,
Que en pago os valieron
Mil vistas secretas,
Sin tener del velo
Envidia ni queja,
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza:
Agora pues, aires,
Antes que las sierras
Coronen sus cumbres
De confusas nieblas,
Y que el aquilon
Con dura inclemencia
Desnude las plantas
Y vista la tierra
De las secas hojas
Que ya fuéron tregua
Entre el sol ardiente
Y la verde yerba;
Y ántes que las nieves
Y el hielo conviertan
En cristal las rocas
Y en vidrio las selvas,
Batid vuestras alas
Y dad ya la vuelta
Al templado seno
Que alegre os espera.
Veréis de camino
Una ninfa bella
Que pisa orgullosa
Del Bétis la arena:
Montaraz, gallarda,
Temida en la sierra,
Más por su mirar
Que por sus saetas;
Agora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte
Siguiendo las fieras,
Agora en el llano
Con planta lijera
Fatigando al corzo,
Que herido vuela;
Agora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;
Cuando ya causada
De la caza vuelva
A dejar al rio
El sudor en perlas,
Y al pié se recueste
De la dura peña,
De quien ella toma
Leccion de dureza:
Llegáos á orealla;
Pero no tan cerca,
Que llevais suspiros
Y ha corrido ella.
Si está calurosa,
Soplad desde afuera,
Y cuando la ingrata
Mejor os entienda,
Decilde, airecillos:
«Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor de la aldea:
Enfermo Dalizo
Junto al Tajo queda
Con la muerte al lado,
Y en manos de ausencia.
Suplícate humilde,
Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,
En premio glorioso
De su amor merezca,
Ya que no suspiros,
A lo ménos letra
Con la punta escrita
De tu aguda flecha
En el campo duro
De una dura peña;
Porque no es razon
Que razon se lea
De mano tan dura
En cosa mas tierna,
Adonde le digas:
«Muere allá, y no vuelvas
»A adorar mi sombra
»Y á arrastrar cadenas.»

(GÓNGORA, *Obras.* — It. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1789.

(De Don Luis de Góngora.)

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La prolija ausencia
De su ingrato amor.
Dejóla tan niña,
Que apénas creyó
Que tenia los años
Que há que la dejó.
Llorando la ausencia
Del galan traidor,
La halla la luna
Y la deja el sol,
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor:
«¡Llorad, corazon,
»Que teneis razon!»
Dícele su madre:
—Hija, por mi amor,
Que se acabe el llanto
Ó me acabe yo —
Ella le responde:
—No podrá ser, no:
Las causas son muchas,
Los ojos son dos.
Satisfagan, madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion
Tantas como d'ellos
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero dios.
Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son:
Porqu'el que se fué
Con lo que llevó
Se dejó el silencio,
Se llevó la voz.—
«¡Llorad, corazon,
»Pues teneis razon!»

(GÓNGORA, *Obras.*)

1790.

(De Don Luis de Góngora.)

La mas bella niña
De nuestro lugar
Hoy es viuda y sola,
Y ayer por casar.
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice
Qu'escucha su mal.
«Dejadme llorar,
»Orillas del mar.»
Pues me diste, madre,
En tan tierna edad
Tan corto placer,
Tan largo pesar,
Y me cativaste
De quien hoy se va,
Y lleva las llaves
De mi voluntad:
«Dejadme llorar,
»Orillas del mar.»
En llorar conviertan
Mis ojos de hoy mas
El sabroso oficio
Del dulce mirar,
Pues que no se pueden
De hoy mas ocupar,
Yéndose á la guerra
Quien era mi paz:
«Dejadme llorar,
»Orillas del mar.»
No me pongais freno,
Ni querais culpar,
Que lo uno es injusto
L'otro por demas.
Si me quereis bien,
No me hagais mal:
¡Harto peor fuera
Morir y callar!
«Dejadme llorar,
»Orillas del mar.»
¡Dulce madre mia!
¿Quién no llorará,
Aunque tenga el pecho
Como pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad?
«Dejadme llorar,
»Orillas del mar.»
Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacian
Los mios velar:
Váyanse y no vean
Tanta soledad,
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad.
«Dejadme llorar,
»Orillas del mar.»

(GÓNGORA, *Obras.*—It. *Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances.* — It. *Romancero general.*)

1791.

(De Góngora.)

Juéves era, juéves,
Despertóme al alba
La inquietud confusa
De una triste causa.
Como enfermo hice,
Nunca tal pensara,
Agasajo al dia,
Desprecio á la cama:

Troquéla en vestido,
Y vi lo que llaman
Risa del aurora
Por labios de grana.
Aunque amanecia
La luz embozada,
Con hocico el cielo,
El sol con lagañas,
De arriba decian
Unas voces pardas :
—Agua va, señores,
Que las nubes vacian,—
Cuando Aulea en corto
Por mi calle baja,
Huyendo el aviso,
Flechando la aljaba,
Cubriendo el semblante
La linda rapaza,
Lo lascivo enseña
Lo divino tapa.
Al tiempo que aplica
Su embozo a la cara,
Por celajes mira,
Por tronera mata.
Cuando airosa pisa,
Parece que calza
Chapin de granizo
Que cayendo salta
Picante y menudo :
Su paso imitaba
Mucho á la pimienta,
Algo á la mostaza.
Vístese á lo cielo,
Tápase á lo falsa,
Lo celoso ofrece,
Lo amoroso guarda;
Con bizarro talle
Ostenta gallarda,
Alma en las acciones,
Azogue en el alma.
Yo la vi, señores,
Yo vi que mostraba
Nieve en sus muñecas
Y nieve sus llamas
No pensé que fuera
Tan bella y honrada,
Tan briosa y noble,
Tan hermosa y casta.
Con solo mi ceceo
Intenté llamarla,
Pues vi que mi afecto
Bosquejó mis ansias;
Pero sus desdenes
Mi engaño declaran,
Y al desden entregan
Tanta confianza.
Llaméla corrido,
No por enojarla,
Lo que dice el vulgo
Nombre de las pascuas.
De vergüenza dicen
Que vistió la cara;
Aumentó rigores,
Prometió venganzas:
Hallé, aunque jamas
Verlo imaginaba,
Hermoso el enojo,
Discreta la rabia.

(ALFAY, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1792.

(*De Juan de Salinas* [1].)

La moza gallega
Qu'está en la posada
Subiendo maletas
Y dando cebada,
Llorosa se sienta [2]
Encima de un arca
Por ver á su huésped [3]
Que tiene en el alma,
Mocito espigado
Con trenza de plata,
Que canta bonito
Y tañe guitarra.
Con lágrimas vivas
Que al suelo derrama,
Con tristes suspiros
Y quejas amargas,
Del rabioso pecho
Descubre las ansias.
«¡Mal haya quien fia
»De gente que pasa!»
Pensé qu'estuviera
Dos meses de estancia
Y que al cabo d'ellos
Con él me llevara;
Pensé qu'el amor
Y fe que cantaba,
Supiera rezado
Tenella y guardalla;
Pensé qu'eran firmes
Sus falsas palabras :
«¡Mal haya quien fia
»De gente que pasa!»
Dierale mi cuerpo,
Mi cuerpo de grana,
Para que sobre él
La mano probara,
Y jugara á medias,
Perdiera ó ganara.
Hámelo rasgado
Y henchido de manchas,
Y de los corchetes
El macho me falta [4].
«¡Mal haya quien fia
»De gente que pasa!»
¡Hámelo parado,
Qu'es vergüenza amarga [5]!
¡Ay Dios! si lo sabe,
¿Qué dirá mi hermana?
Diráme que soy
Una perdularia,
Pues di de mis prendas
La mas estimada;
¡Y él va tan alegre
Y mas que la pascua!
«Mal haya quien fia
»En gente que pasa!»
¿Qué pude hacer mas
Que darle polainas
Poniendo en sus puntas
Encaje de Holanda;
Cocelle su carne,
Hacelle su salsa,
Encender su vela
De noche, si llama,
Y por dalle gusto,
Soplalla y matalla?
«¡Mal haya quien fia
»En gente que pasa!»
Llévame contigo.
Serviré en la farsa [6]
De hacer mi figura
En la zarabanda,
Solo por no verme
Fuera de tu alma.—
En esto ya el huésped
Las cuentas remata;
El pié en el estribo
Furioso cabalga,
Y ella que le vido
Volver las espaldas,
Con mayores llantos
Que la vez pasada,
Dice, sin poder
Refrenar sus ansias :
«¡Mal haya quien fia
»De gente que pasa!»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances*, 2.ª parte.— It. *Romancero general.* — It. *Códice de poesías de Salinas y otros.*)

[1] Es una lindísima composicion escrita con gracia, donde la sencillez de la expresion mas inocente esconde la malignidad del poeta, que aparece en el doble sentido que puede darse à las ideas equivocas que presenta.

[2] En el códice dice : *Penosa se sienta.*

[3] En id. dice : *Por ver ir su huésped.*

[4] En id. dice : *Un macho me falta.*

[5] En id. dice : *Qu'es vergüenza mala.*

[6] En el *Romancero general* dice :

Servirte he de gracia
Solo por no verme, etc.

1793.

(*De Baltasar de Alcázar.*)

El pastor mas triste
Qu'en el valle y sierra
Pace su ganado
La fragante yerba,
Con lágrimas dice
A la causa d'ellas
Sus ansias mortales
Que mucho le aquejan :
«Morena bella,
»Tóquete de mi fuego
»Una centella.»
Del alado dios
Un rayo te encienda,
Pues al de tus ojos
No hallo defensas.
Aunque para verte
En ceniza vuelva
Lo que mas deseo
Y ménos deseas.
«Morena bella, etc.»
Me llamas, Belisa,
Mas falso que Enéas,
Y sin conocerme
Por tal me condenas :
Si á otro cielo adoro,
Fálteme la tierra;
Y el de tu hermosura
Me falte en ausencia.
«Morena bella, etc.»
La luz de tu rostro
Que mis ojos ciega,
Destierre del mio
Las tristes tinieblas;
Hasta que te ablandes
Crezcan mis endechas,
Crezcan mis suspiros,
Mis lágrimas crezcan.
«Morena bella, etc.»
Y que cuando caigan
De las altas sierras
Las escuras sombras
De la noche negra,
Hácia su majada
El pastor da vuelta,
Y en el monte y valle
El eco resuena :
«Morena bella,
»Tóquete de mi fuego
»Una centella.»

(*Códice de poesías de Alcázar, siglo* XVII.)

1794.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Estaba Amarilis,
Pastora discreta,
Guardando el ganado
De su hermana Aleja,
Sentada a la sombra
De una parda peña,
Haciendo guirnaldas
Para su cabeza.
Cortaba las flores
Que topaba cerca;
Veíanse á sus manos
Las que estaban lejas;
Las que se ceñia
Siempre estaban frescas,
Mas las que dejaba,
De envidiosas, secas.
El aire jugaba
Con sus rubias trenzas,
Por mostrar al cielo
Soles en la tierra.
Cantábale el rio
Con voz tan serena
Como enamorado
Que su dama alegra.
El sol, que la mira
Tan hermosa, piensa
Que, ó tiene dos caras,
O qu'el sol es ella.
Su ganado ufano
Anda por las cuestas,
Con tanta hermosura,
Sin temor de fieras,
Gordo; mas ¡qué mucho
Lo estén las ovejas,
Que de la sal gozan
Solo con el verla!
A mirar se puso
Unas ramas tiernas
Que arrojaba el aire
Dentro de Pisuerga:
Mira cómo el tronco
El agravio venga,
Azotando el viento
Con la verde cresta.
Dióla un sueño blando;
Ambos soles cierra,
Dando noche á todos
En que tristes duerman.
Quedó reclinada
Sobre verdes yerbas
A la dulce sombra
De un haya grosera,
Cuando por un lado
Vi venir lijeras
A su bello rostro,
Nueve ó diez abejas,
Que buscando flores,
Engañadas piensan
Que son sus mejillas
Rosas y azucenas,
Sus labios claveles,
Jazmin y violetas
El aliento dulce,
Y ella primavera.
Alegres llegaron,
Y en su cara mesma
Hicieron asiento
Cuatro ó cinco d'ellas:
Las alas pusieron
Para hurtar belleza,
Y hacer de sus flores
Dulce miel y cera.
Yo las daba voces;
Yo las dije: — ¡Necias!
Que quereis de un mármol
Sacar blanda cera:
Venis engañadas,
Que son flores estas
Que aun no le dan fruto
A quien no las muestra.
Si quereis hartos
De mis experiencias,
No hagais miel de flores
Que veneno engendran:
Dulces son sin duda;
Mas amor que vuela,
Cual zángano goza
Todas sus colmenas.
Ella en este punto,
Del sueño despierta:
Abrió entrambos ojos
Con beldad inmensa,
Y á las avecillas
Con dos soles ciega,
Por no tener vista
De águilas soberbias.
Murmurando huyen,
Y cobardes piensan
Que luz que ha cegado
Sus ojuelos, quema.
La miel que buscaban
En sus bellas prendas,
De solo miralla
La llevaron hecha.

(QUEVEDO, *Obras.*— II. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.* —II. *Maravillas del Parnaso.*)

1795.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Tus niñas, Marica,
Con su luz me asombran,
Pues mirando, apénas
Dan á mirar glorias,
Ojos paladines,
Que por toda Europa
Desventuras vencen,
Y aventuras logran.
Es gala y no culpa
En ti ser traidora,
Que tendrás dos caras,
Y ambas son hermosas:
Rica y avarienta
Tienes esa boca,
Pues de ricas perlas
Nunca das limosna.
Esas tus mejillas,
De lo que les sobran
Prestan al verano
Lo que el mayo adorna:
Tu cabello bate
Moneda y coronas;
Indias, tus dos sienes,
Minas son tus cofias:
Elevado fuego
De tus manos brota,
Amenazan hielos
Cuando rayos forman:
Todos te codician,
Y te envidian todas;
Solo yo te pierdo
Por mi dicha corta.

(Primavera y flor de romances, 2.ª parte.)

1796.

(Del príncipe de Esquilache.)

Truécanse los tiempos,
Múdanse las horas,
Unas en placeres,
En pesares otras.
En la primavera,
De la mas hermosa,
Noche son los años,
La niñez aurora;
El árbol florido
Que el cierzo despoja,
Si enero le agravia,
Mayo le corona;
La callada fuente
Que murmura á solas,
En verano rie,
Y en invierno llora;
Si en prisiones duermen
Las aves sonoras,
Libertad de dia
Por los aires gozan;
Si los vientos braman
Y la mar se enoja,
Cuando el alba nace
Descansan las olas;
Si de nieve mira
Cubierta su choza
El pastor qu'en ella
Guarda ovejas pocas,
Cuando vuelve mayo
Que sus pajas dora;
Los copos de nieve,
De plata son copas.
La viuda montaña
Sus nevadas tocas
Por galas las trueca
De lirios y rosas;
Y el sol, á quien prenden
Sus pasos las sombras,
Mas galan despierta
Por campos de aljófar;
Para todos sale
Desterrando á todas
Que las sombras huyen
De su luz medrosas:
Silvia, tus cabellos
Y mejillas rojas,
Si el tiempo las pinta,
El mismo las borra.

(ESQUILACHE, *Obras.*)

1797.

(Del príncipe de Esquilache.)

De las playas, madre,
Donde rompe el mar
Parten las galeras,
Con mi bien se van:
Cuanto mas las llamo
Ellas huyen mas;
Si las lleva el viento,
¿Quién las detendrá?
El de mis suspiros
Hácelas volar.
Cuando mas pretendo
Que vuelvan atras;
Si forzados quedan,
Forzados irán,
Unos á partirse
Y otros á quedar:
«Llamo con suspiros
»El bien que pierdo,
»Y las galerillas
»Baten los remos.»
De casas que huyen
¿Quién podrá fiar
Un amor de asiento
Que tan firme está?
Si lijeras vuelan,
¿Dónde pararán?
Que quien tanto corre
Suele tropezar.
Los azules campos
Vuelven de cristal:
Todo cuanto tocan

Mudándose va.
No está el mar seguro
Ni el viento jamas:
Mis suspiros solos
En un sér están:
«Llamo con suspiros
»El bien que pierdo;
»Y las galerillas
»Baten los remos.»

(Esquilache, *Obras*.)

1798.

(*De Don Antonio Hurtado de Mendoza.*)

Pastores, que me abraso,
Encanto hay en las selvas,
Peligros en las flores,
Venenos en las yerbas:
Cristales disimulan
Engaños de sirenas;
Efectos de mudanza
Lo firme de las peñas.
Cuanto se toca es fuego,
Cuanto se escucha, quejas,
Cuanto se ve, milagros,
Cuanto se siente, penas.
Yo vi del sol los rayos
Servir á dos estrellas,
Al alba en dulce risa,
Al sol en breve esfera.
Hermosa cazadora
Tiranizó la tierra,
Favoreciendo al campo
Con piés de primavera.
De un arco defendida,
En una aljaba lleva
Mil flechas para un alma
Y un alma en cada flecha.
Temedla al fin, zagalea,
Que trata su belleza
Las fieras como hombres,
Los hombres como fieras.
Escarmentad de verme
Siguiendo su violencia,
Con voces, porque escuche;
Con pasos, porque vuelva.

(Alfay, *Poesías varias de grandes ingenios*, etc.)

1799.

(*De Don Antonio de Mendoza.*)

A los años bellos
Que Amarilis goza,
En quien son los dias
Todos una aurora:
La discreta Nise,
De la selva umbrosa
Junta la hermosura
Y belleza toda.
Salen á la fiesta
Cuatro labradoras,
De las flores vida,
De los campos gloria:
Afuera, que sale
Jacinta briosa,
De los hombres guerra,
De los aires pompa;
Aparta, que llega
Belisarda airosa,
Que á su gracia mucha
Toda envidia es poca;
Desvía, que viene
Félida, quejosa
Que presuma el alba
Competencias locas;
Hagan plaza, que entra
Antandra, que en sombra
Deja todo el sol
Su hermosura sola.
Van cuatro mancebos
En gallarda tropa,
Mas que á competencias
A rendir victorias.
Imitan sus lazos
Las aguas sonoras,
Que en confuso enredo
Los prados coronan.
Los céfiros dulces
Nuevo tono informan
A las tiernas aves
Y á las verdes hojas.
Estos rayos españoles,
Nuevas de amor, alegrias
En la edad no parecen dias,
Y en la hermosura son soles.
Entre el bello resplandor
De los campos de luces mayores
De Amarilis nacen las flores
Y es Belisa de todas la flor.
A mudanzas nuevas
Todos ocho tornan,
Que mudanza siempre
Una llama á otra.

Cantares.

«Nunca en las deidades
Años se cuentan;
»Mas los tuyos, zagala,
»Son deidad nueva.
»Bellos imposibles
»Tus años hacen,
»Y creer tu hermosura
»Son los mas grandes.
»A milagros los dias
»Miden tu rostro;
»Que ser puede mas bello
»Lo mas hermoso.
»Mas belleza que tienes
»No puede haberla,
»Y en tus años miramos
»Que hay mas belleza.»

(Hurtado de Mendoza, *Obras*.)

1800.—1801.

(*De Don Antonio de Mendoza.*)

El alba es Marica,
El alba que sale,
Allá va, señores,
No se aparte nadie,
A lavarse al soto
Donde está en las tardes,
El rio en los huesos
Y Madrid en carnes.
Oigan de la niña
La pintura y talle:
Brindis, mancebitos;
Al arma, galanes.
Es una muchacha
Linda y agradable,
Aguila del gusto,
Fénix del donaire:
Cabellos castaños,
En vez de alazanes,
Sin delitos rubios,
Tan validos ántes;
Ojos de pimienta,
Chicos y picantes,
Algo portugueses,
Bayetosos, graves.
Sus manos y cejas
Daban criminales
Cédulas de nieve,
Chirlos de azabache;
Bien poblada boca,
Donde son iguales
De carmin las puertas,
De jazmin las llaves;
Un pié revoltoso
Preso en breve cárcel,
Ni comun en gusto,
Ni aliñoso en balde,
Cuando si descoge
Sus habilidades,
Alma es del bureo,
Princesa del baile.
Ya Don Fulanito
De Caniculares,
Nacido en la India
Y barbado en Flándes,
Daba en el ocaso
Con sus rocinantes
Relinchos de nubes
Coces de celajes
Y cuna de arena,
Meciendo los aires,
Alfajado en polvos
Niño Manzanares,
Cuando Mariquilla
Quiere, por templarse,
Que se encienda el rio,
Que la luz se bañe;
Y al tiempo que el alba,
De las flores madre,
Nubes desemboza
Cuando alegre sale,
Fué corriendo velos
A su hermosa imágen,
Templo de deseos,
Idolo de amantes.
Era un sol en nieve,
Una aurora en carnes,
Desnublado un cielo,
Sabanado un ángel.
Parad, colorados,
Dulces consonantes;
Verde, alegre musa,
Lo sangriento baste.

(Alfay, *Poesías varias de grandes ingenios*.)

1802.

(*Anónimo.*)

Madre, un caballero
Que á las fiestas sale,
Que mata los toros
Sin qu'ellos le maten,
Mas de cuatro veces
Pasó por mi calle
Mirando mis ojos
Porque le mirase.
«¡Rabia le dé, madre,
»Rabia que le mate!»
Músicas me daba
Para enamorarme,
Papeles y cosas
Que las lleva el aire:
Siguióme á la iglesia,
Siguióme en el baile
De dia y de noche,
Sin querer dejarme.
«¡Rabia le dé, madre,
»Rabia que le mate!»
Y de mis colores
Dió en vestir sus pajes
Al uso moderno,
Qu'es corto de talle.
Si como mis bienes
¡Ay! fueran sus males,
Nunca aquestas cosas,
Madre, fueran tales,
Ni jamas lo fueran

Para enamorarme.
«¡Rabia le dé, madre,
»Rabia que le mate!»
Viéndome tan dura
Procuró ablandarme
Por otro camino
Mas dulce y suave:
Dióme unos anillos
Con unos corales,
Zarcillos de plata,
Botillas y guantes;
Dióme unos corpiños
Con unos cristales:
¡Negros fuéron ellos,
Pues negros me salen!
«¡Rabia le dé, madre,
»Rabia que le mate!»
Perdí el desamor
Con las libertades,
Quisele bien luego,
Bien le quise, madre.
Empecé á quererle,
Empezó á olvidarme;
Muérome por él,
No quiere él mirarme.
«¡Rabia le dé, madre,
»Rabia que le mate!»
Pensé enternecerle.
¡Mejor mala landre!
¡Halléle mas duro
Que unos pedernales!
Anda enamorado
De otra de buen talle,
Que al primer billete
Le quiso de balde.
«¡Rabia le dé, madre,
»Rabia que le mate!»
¡Nunca yo le fuera,
Madre, miserable,
Pues no hay interes
Que al fin no se pague!
¡Mal haya el presente
Que tan caro sale!
¡Y mal haya él,
Que tanto mal sabe!
«¡Rabia le dé, madre,
»Rabia que le mate!»
Y al correr los toros
Mañana en la tarde,
No haga las suertes
Que mi alma sabe:
Fáltele la lanza
Y el rejon le falte
Con que antaño hizo
Tan vistosos lances;
Y cuando en las cañas
Mas gallardo ande,
Cañazo le dén
Que le descalabre.
«¡Rabia le dé, madre,
»Rabia que le mate!»
Y al correr la plaza
Con otros galanes,
Caida dé él solo
Que no se levante;
Salga de las fiestas
Tal, que otros le saquen,
Y cuando estas cosas,
Madre, no le alcancen,
«¡Rabia le dé, madre,
»Rabia que le mate!»

(*Romancero general.*)

1803.

(*Anónimo.*)

¡La niña morena,
Que yendo á la fuente
Perdió sus zarcillos,
Gran pena merece!
Diérame mi amado,
Antes que se fuese,
Zarcillos dorados,
Hoy hace tres meses:
Dos candados eran
Para que no oyese
Palabras de amores
Que otros me dijesen.
Perdílos lavando:
¿Qué dirá mi ausente,
«Sino que son unas
»Todas las mujeres?»
Dirá que no quise
Candados que cierren,
Sino falsas llaves,
Mudanza y desdenes;
Dirá que me hablan
Cuantos van y vienen,
«Y que somos unas
»Todas las mujeres.»
Dirá que me huelgo
De que no parece
El domingo en misa,
Ni en mercado el juéves;
Que mi amor sencillo
Tiene mil dobleces,
«Y que somos unas
»Todas las mujeres.»
Diráme: —¡Traidora,
Que con alfileres
Prendes de tu cofia
Lo que mi alma prende!—
Cuando esto me diga
Diréle que miente,
«Y que no son unas
»Todas las mujeres.»
Diré que me agrada
Su pellico el verde
Muy mas qu'el brocado
Que visten marqueses;
Que su amor primero
Primero fué siempre;
«Que no somos unas
»Todas las mujeres.»
Diréle qu'el tiempo,
Qu'el mundo revuelve,
La verdad que digo
Verá si quisiere.
¡Amor de mis ojos,
Burlada me dejes
«Si yo me mudare
»Como otras mujeres!»

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances.*— It. *Romancero general.*)

1804.

(*Anónimo.*)

—¡Que me maten, la dije,
Si no es hermosa!
«Respondióme:—Morena,
»Pero graciosa.»—
Riberas del rio,
Do las aguas doran
Al prado, dejando
Márgen arenosa,
Me topé una niña;
Mas ¿qué digo? diosa;
Que sin duda lo era
Por ser tan graciosa.
La cara cubierta
Llevaba á deshora;
Mas daba su brio
Muestras de su gloria.
Deseoso de ver
Patente su aurora,
Me allegué y la dije:
—¿Sin duda es hermosa?—
«Respondióme:—Morena,
»Pero graciosa.»
—Aunque esté encubierta
Esa luz que adora
Mi alma rendida,
Que hoy os da victoria,
No presumo, reina,
Ni es razon, mi diosa,
Que piense que encierra
Cosa alguna impropia;
Qu'el ir encubierta,
En vos, no denota
Sino que lo bueno
Muy caro se goza:
Por do tengo, reina,
Por muy cierta cosa
Que aunque disfrazada
Debeis ser hermosa.
«Respondióme: —Morena,
»Pero graciosa.»—

(*Romancero general.*— It. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1805.

(*Anónimo.*)

Ebro caudaloso,
Fértil ribera,
Deleitosos prados,
Fresca arboleda:
Decidle á mi niña,
Qu'en vosotros huelga,
«Si entre sus contentos
»De mí se acuerda.»
Aljófar precioso,
Que la verde yerba
Bordas y matizas
Con el alba bella;
Fresca y verde juncia,
Peces, plantas, piedras:
Decidle á mi niña,
Cuando se recrea,
«Si entre sus contentos
»De mí se acuerda.»
Alamos frondosos,
Blancas arenuelas,
Por donde mi niña
Alegre pasea:
Decidle si acaso
Topareis con ella,
«Si entre sus contentos
»De mí se acuerda.»
Parlerillas aves,
Que á la aurora bella
Haceis dulce salva
Con arpadas lenguas,
Decidle á mi niña,
Flor d'esta ribera,
«Si entre sus contentos
»De mí se acuerda.»

(*Romancero general.*— It. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1806.

(*Anónimo.*)

Romped, pensamientos,
El aire sutil,
«Y á mi bella ingrata
»Mi mal le decid.»
De todas sus señas
Os quiero advertir,
Qu'es en forma humana

Bello serafin;
Y para si acaso
Se olvida de mí,
«A mi bella ingrata
»Mi mal le decid.»
Decidla que quedo
Cerca de morir,
Y de mí muy léjos
Despues que la vi;
Y aunque se resista
Y no quiera oir,
«A mi bella ingrata
»Mi mal le decid.»
Hallaréisla en medio
De su verde abril,
Esparciendo rosas,
Clavel y jazmin;
Y aunque os espantase
El hallarla ansí,
«A mi bella ingrata
»Mi mal le decid.»

(*Romancero general.*)

1807.

(*Anónimo.*)

Como estoy alegre,
Tristezas temo,
«Porque vienen mil penas
»Tras un contento.»
El sol de mis ojos
Se muestra sereno,
Mis pasos alumbra
Con sus rayos bellos;
Mas no hay sol sin sombra,
Ni bienes sin miedo,
«Porque vienen mil penas
»Tras un contento.»
De la que me mata,
El helado pecho
Se muestra piadoso
Para mi remedio;
Mas como es mujer,
Su firmeza temo,
«Porque vienen mil penas
»Tras un contento.»
El amor procura
Quitar mis recelos,
Y luego el amor
Da voces diciendo
Que no hay fe segura
Ni hay amor sin celos,
«Porque vienen mil penas
»Tras un contento.»

(*Romancero general.*)

1808.

(*Anónimo.*)

Galeritas de España,
Parad los remos
«Para que descanse
»Mi amado preso.»
Galeritas nuevas
Qu'en el mar soberbio
Levantais las olas
De mi pensamiento;
Pues el viento sopla,
Navegad sin remos,
«Para que descanse
»Mi amado preso.»
En el agua fria
Encendeis mi fuego;
Que un fuego amoroso
Arde entre los hielos:
Quebrantad las olas
Y volad con viento,
«Para que descanse
»Mi amado preso.»
Plegue á Dios que déis
En peñascos recios,
Defendiendo el paso
De un lugar estrecho,
Y qu'esteis paradas
Sin temor d'encuentros,
«Para que descanse
»Mi amado preso.»
Plegue á Dios que os manden
Pasar el invierno
Ocupando el paso
De un lugar estrecho,
Y que quebrantadas
Os volvais al puerto,
«Para que descanse
»Mi amado preso.»

(*Romancero general.*)

1809.

(*Anónimo.*)

Madre, la mi madre,
El amor esquivo
Me ofende y agrada,
Me deja y le sigo.
Viera yo unos ojos
El otro domingo,
Del cielo milagro,
Del suelo peligro:
Lo que cuentan, madre,
De los basiliscos,
Por mi alma pasa
La vez que los miro.
«Rogáselo, madre,
»Rogáselo al niño,
»Que no tire mas,
»Que matan sus tiros.»
Vime en tierra extraña,
¡Ay bienes perdidos!
Templado mi pecho,
Cabal mi juicio;
Ahora una nube
Abrásame vivo.
Locura es mi intento;
Consejo no admito:
Mi rebelde cuello
Humilde le inclino
Al yugo y al arco
Del rapaz maldito.
«Rogáselo, madre,
»Rogáselo al niño,
»Que no tire mas,
»Que matan sus tiros.»

(*Romancero general.*)

1810.

(*Anónimo.*)

Una niña hermosa,
Qu'entre varias gentes
Escogí por reina
De todos mis bienes,
Prometió de darme
Mil favores siempre:
Entregóme algunos
Para entretenerme;
Dile en cambio el alma,
Qu'el alma me debe:
Pido que me pague,
Y ella se adormece.
«La niña se duerme;
»¿Si lo hace adrede?»
Tiene tantas guardas,
Que encanto parece,
Y me la gobierna
Una fiera sierpe;
Una madre ingrata
Que á injustos desdenes
La tiene enseñada,
Como no lo siente:
Velo en mi cuidado
Por ver si me quiere:
Dame un *sí* dormido.
¡Ay Dios, si me miente!
«La niña se duerme;
»¿Si lo hace adrede?»
No sabe de almas,
Pues ella no vence
Las dificultades,
Los inconvenientes.
Con mostrar deseos
Pasiones la vencen,
Y la voluntad
Obras le parecen,
Y mil circunstancias
Con que me alimente;
Y pues no las oye,
No quiere ó no entiende:
«La niña que duerme;
»¿Si lo hace adrede?»
Póngome á culparla;
Mas tanto me duele,
Qu'en mí la disculpo
Porque no se queje.
Dormido el remedio,
Despierta mi muerte;
Paso en confusion
El tiempo presente.
Si finjo esperanzas
Que algo me sustenten,
En mi pecho nacen
Y en mi pecho mueren.
«La niña se duerme;
»¿Si lo hace adrede?»

(*Romancero general.*)

1811.

(*Anónimo.*)

Fertiliza tu vega,
Dichoso Tórmes,
«Porque viene mi niña
»Cogiendo flores.»
De la fértil vega
Y el estéril bosque
Los vecinos campos
Maticen y broten
Lirios y claveles
De varios colores,
«Porque viene mi niña
»Cogiendo flores.»
Vierta perlas ella
Desde sus balcones,
Que prados amenos
Maticen y borden,
Y el sol envidioso
Pare el rubio coche;
«Porque viene mi niña
»Cogiendo flores.»
El céfiro blando
Sus yerbas retoce,
Y en las frescas ramas
Claros ruiseñores
Saluden el dia
Con sus dulces voces;
«Porque viene mi niña
»Cogiendo flores.»

(*Romancero general.*)

1812.

(Anónimo.)

Un pastor, soldado,
Las armas tomó,
Dejando sus cabras
Junto á Badajoz,
Y á la su morena,
Que triste quedó,
Asi la hablaba
Su imaginacion:
«No me olvides, niña;
»No me olvides, no.»
Amanece el dia,
Resplandece el sol:
Vivo yo en tinieblas
De escura region;
Que cuando en el alma
Mueve el resplandor
De la luz del gusto,
Su noche llegó.
«No me olvides, niña;
»No me olvides, no.»
Andará en la villa
Una mala voz
D'esta mi mudanza
Por quien la causó:
Maldicientes mios
Juraván que soy
Fácil y mudable,
Con poca razon:
«No me olvides, niña;
»No me olvides, no.»
De un castillo fuerte,
Que bien lo sé yo,
Ha de combatirte:
¡Maldígate Dios!
Defiendete, amiga,
Dile que pasó
Tu dicha volando
Como la ocasion.
«No me olvides, niña;
»No me olvides, no.»
Con esto tocaron
A la embarcacion:
Sus armas apresta,
Y á la mar miró:
De velas y flechas
Cubierta la vió;
Y en la atarazana
Repitió el pastor:
«No me olvides, niña;
»No me olvides, no.»

(*Romancero general.*)

1813.

(Anónimo.)

Mal hayan mis canes,
Morena de perlas,
Si no diera un dedo
Por veros las vuestras;
Que no soy de aquellos
Que de ver se elevan
Una blanca mano
De cuajada fresca:
El carbon me abrasa,
La nieve me hiela,
Lo blanco deslumbra,
Lo moreno alegra.
De cabellos de oro
Dicen los poetas
Que vencen al sol
Y que al oro afrentan;
Que ni el sol los tiene,
Ni se ha visto tienda
Donde los cabellos
Corran por moneda;
Que si fueran de oro,
La vez que los peinan,
No dieran las sobras
Para hacer muñecas.
¡Oh trigueño rostro!
¡Oh manos trigueñas!
¡Oh gallardo brio!
¡Oh hermosa morena!
¿Quién no espera fruto
De tan buena tierra?
¡Bien haya el dichoso
Que la riega y siembra!
Que como es cada año
Aquesta cosecha,
Quiere su calor
Un mayo que llueva.
¡Humo de mi fuego!
¡Tinta de mi letra!
¡Luto de mi alma!
¡Noche de mi pena!
Si aquello que falta
Eso se desea,
Tenedme por blanco
Y sed vos mi negra.
Tal sea mi ventura,
Aunque me anochezca
En medio del dia
Tan buena tiniebla;
Que como en el sol
La noche me cerca,
Qu'estoy en las Indias
Se me representa.
Decid, bellos ojos,
A cuantos me vean:
—Aquel es el blanco
De mi ceja negra.—
Hagamos las almas,
A los cuerpos sean
Tablas de ajedrez
De tan rica mezcla:
Pase á vuestra casa
Una blanca pieza,
Y un peon que corra
Infinitas leguas;
Y á mi casa blanca
Pasará la vuestra;
Qu'era dama libre
Y es agora presa.
Si es verdad que dicen
Qu'el deseo fuerza,
Suerte he dado en blanco,
Pues que sóis ajena.

(*Romancero general.*)

1814.

(Anónimo.)

Niña de quince años,
Que cautiva y prende,
«¿Qué hará, Dios mio,
»Cuando tenga veinte?»
Miréla, cuitado,
Desde un balconete;
Dejóme cautivo,
Y ella libre fuése:
Libertades quita,
Y alientos mueve,
Y á todos enlaza
Si el cabello tiende.
Y á una vuelta de ojos
Que al descuido vuelve,
Mil pechos abrasa,
Mil almas enciende.
Si ella va por agua,
Yo voy á la fuente;
Y si está lavando,
Estoy donde tuerce;
Si enjuga sus paños,
Mas los humedecen
Las lágrimas tristes
Que mis ojos vierten;
Y si en tierna infancia
Tanta gracia tiene,
«¿Qué hará, Dios mio,
»Cuando tenga veinte?»
Tambien voy al horno
El dia que cuece,
No á pedille bollos
Con anis y aceite;
Si á ver su belleza,
Que al cielo suspende,
Y el rostro afeitado
Sin ningun afeite;
La madeja de oro,
Qu'en bruñida frente
De su luz le priva
Al sol que amanece.
Tales son las cosas,
Que otras no merecen
Servir á Cupido;
Vos dais, con que flechee
Ojos medio zarcos,
De vista tan fuerte,
Que sin duda alguna
Los del lince vencen;
Nariz afilada,
De color de nieve;
Compuestas mejillas
De sangre y de leche;
Pequeñuela boca,
Menudicos dientes,
Y los dulces labios,
Que al coral exceden;
Delante del cuello,
Casi trasparente,
El blanco marfil
Su blancura pierde.
Pecho alabastrino,
Que para que acierte,
Es adonde mi alma
Escogió su albergue.
Vi ayer de mañana,
Allá en las Mercedes,
Mil cosas sobre ella
De hombres y mujeres.
Dije suspirando,
Porque ella me oyese:
«¿Qué hará, Dios mio,
»Cuando tenga veinte?»

(*Romancero general.*)

1815.

(Anónimo.)

«¡Bien haya la paz!
»¡Mal haya la guerra!»
Que aquella da gustos
Y esotra los quema.
Gozaba yo triste
Una dulce prenda,
Que pudiera serlo
De la reina Elena.
Su vida y su alma
Mis dos ojos eran;
Mi alma y mi vida
Sola su presencia:
Estos mis cabellos,
Qu'el viento los lleva,
Ya se vieron hechos
Por sus manos trenzas.
Acuérdome bien,
Muy bien se me acuerda.
«¡Bien haya la paz!
»¡Mal haya la guerra!»
De verle venir
Cuando yo iba fuera,

Cubierto de flores
Y de frutas nuevas:
Adornaba luego
Mi rubia madeja
Guirnalda olorosa
Por sus manos puesta;
Alegre y ufana
Quedaba yo hecha
Con fruta y con flores
Otra primavera.
Esta era mi vida,
De pesar ajena.
«¡Bien haya la paz!
»¡Mal haya la guerra!»
Vinieron los moros,
Y para defensa
Quitaron la gente
En toda la tierra;
Y porque mi cuyo
Tenia gran fuerza,
Todo el regimiento
Le dió la bandera.
Fué con los soldados
A estar en frontera:
Y soylo yo agora
De cuatro mil penas.
«¡Bien haya la paz!
»¡Mal haya la guerra!»
En tal ocasion,
Si fuera condesa,
Diera cien soldados
Porque me le dieran;
Pues cuando las otras
Sus contentos sueñan,
Yo sueño ¡cuitada!
Armas y peleas.
Ellas van alegres
A bailar la fiesta,
Quédome yo triste
A llorar ausencias.
«¡Bien haya la paz!
¡Mal haya la guerra!
A la procesion
Fué ayer Madalena
Con su saya verde
Y collar de perlas.
Pondrémele yo
De lágrimas tiernas:
«¡Bien haya la paz!
»¡Mal haya la guerra!»
Ya no puedo ver
Saya domingnera,
Ni puños labrados,
Ni gorguera buena:
La cofia me ofende,
Los zarcillos pesan,
Los corales matan,
Cansa la patena:
Quien tiene contento
Mire no le pierda,
Que no estima el bien
Quien el mal no prueba.
Por su Pedro Juana
Cantaba estas quejas:
«¡Bien haya la paz!
»¡Mal haya la guerra!»
Llorando memorias
De tristezas llenas.

(Romancero general.)

1816.

(Anónimo.)

Del tiempo infinito
La Imágen anciana
Contempla Riselo,
Y aquesto le canta:
—Oye mis desdichas,
Inventor de usanzas,
Que lo crias todo
Y todo lo acabas:
De tus alas libres
Pinceles se sacan
Para el desengaño,
Que es pintor de faltas;
Tu guadaña afilas
Entre las pizarras
De nuestros descuidos
Y de tus mudanzas;
Y luego con ellas
Tan sin duelo talas
Arboles humildes
Como altivas palmas.
Fugitivas sombras
De priesa señalan
Las noches que olvidas,
Los dias que gastas;
A la muerte entregas
Las desdichas largas,
Cuando el curso tuyo
No pudo estorbarlas;
Por los males nuestros
Vagoroso pasas,
Por el bien apénas
El aire te alcanza;
Del Indo remoto
Margaritas caras
Ceñirán tus sienes,
Lucirán tus alas;
Los metales ricos
Te dieran medallas,
Los pobres comunes
Eternas estatuas;
En tú aras vieras
Las jamas halladas
Preñeces ocultas
Y partos de Arabia;
El colmado cuerno
De sus abundancias,
Favor de la tierra,
Tesoro del agua,
Venerablemente
Amaltea sacra
Por mí te vertiera
En tus nobles canas,
Con tal que tu industria
Le diese á mi alma
Soltura en mi pecho,
Prision en quien ama.
Para el pensamiento
No te pido nada,
Que yo le castigo
Si no me regala.
¿No será posible,
Tiempo, que me valgas?
¡Duros son mis hierros
Mas que tu guadaña!
Si la vida sobra,
Si la muerte falta,
Si penas consuelan,
Si consuelos cansan,
Que me otorgues quiero
Tus horas menguadas,
Y que de mi vida
Volando te vayas.

(Romancero general.)

1817.

(Anónimo.)

Idolo del gusto
Donde siempre viven
De mis esperanzas
Las memorias tristes
Entre la esperanza
Y rigor terrible
De sus sinrazones,
Monstruos insufribles.
¡Oh cuán mal me pagas
Propósitos firmes,
Prontas voluntades,
Designios humildes!
Muda de opinion,
Y el rigor corrige,
Que deberá alma,
Quien alma recibe.
Dite un corazon
Despejado y libre,
Y una voluntad
Franca, estable y firme:
Quien esto te da,
¿Qué hay mas que pedirle,
Sino tu recibo,
Con que me eternices?
Ingrata Lisbella,
Pues ya lo admitiste,
No dejes al viento
Prendas tan sublimes.
No hay do quiera un alma
Que cual esta aspire
A inmensas firmezas,
Aunque mil te estimen.
No con tus desdenes,
Lisbella, me obligues
A dejar mis hatos,
Mi choza y mastines;
Que si á mi humildad
Tu rigor embiste,
Bien cabrá disculpa
Do agravios oprimen:
Iré peregrino,
Pues tú lo quisiste;
Pero no sin tí,
Que será imposible.
De soto en ribera
Determino de irme,
Hasta donde pierde
Nombre y sér el Tibre:
Allí pararé,
Si ántes no lo impiden
Las venganzas tuyas,
Que siempre me siguen.
Estarás contenta,
Y será posible
Que el fin de Galcerio
Te mueva y lastime;
Pero si le tienen,
Llamaré mis fines
Venturosos y altos,
Por serlo su orígen.
Doleráte al fin,
Pues de mí tuviste
Memoria algun dia,
Si es bien se imaginen
Fines de sirena,
Principios de Circe.
¿Por qué á mis fatig[as]
La oreja escondiste?
Sin duda yo entiendo
Que te es apacible
Mi duro lamento
Y quejas horribles.
Triunfa, cruel ingrata,
Pues no lo resisten
Las firmezas mias,
Que aun muriendo viven.

(Romancero general.)

1818.

(Anónimo.)

Caudaloso rio,
Trasparentes aguas,
Dulces cuanto hermosas,

Como hermosas claras:
Tú que á la ribera
De las sierras altas
Por valles umbrosos
Murmurando bajas,
Cuyos montes visten
Flores y retamas,
Rústicas encinas,
Pinos y pizarras;
Tú, que á trechos riegas
De frondosas aguas
Las corvas raices
Y escabrosas zarzas;
Arboles amenos,
Que en la vega llana
Cercais los jardines
De mi patria amada;
Pues te fertilizas
Con riquezas varias
De fértil cosecha
Abundante y larga
De humanos sustentos
Que en la tierra y plantas,
Con su gracia el cielo
Infunde de gracia;
Y á tus prados verdes
El abril esmalta
De varios matices
Con mil flores varias,
En quien Amaltea
Ambrosía y nácar
Del copioso cuerno
Vierte en abundancia:
Tú, que siempre vives
Con alegre cara,
Sin temer de ausencia
Ni de amor las ansias;
Pues eres retrato
Del tiempo y mudanzas,
A quien en correr
Imitan tus aguas,
Por cuyos efectos
La suerte contraria
De mi Glauca bella
Agora me aparta;
Pues ya mi partida
Está tan cercana,
Y vas donde vive,
Dirásle á mi Glauca
Que el no despedirme
No entienda que es falta
De amor, sino duelo
Que el partir me causa:
Pues quien al partir
Partida le llama,
De amor los secretos
No sabe ni alcanza;
Porque es un dolor
Que nace del alma,
Tormento insufrible,
Repentina rabia,
Verdugo cruel
De la vida humana,
Proceloso fuego,
Muerte acelerada.
No puedo excusallo,
Que es fuerza que parta;
Que una obligacion
Forzosa me llama:
Amor me detiene,
Temor me acobarda,
Honor y vergüenza
Me dicen que vaya;
Rehusa el deseo,
Mas no es de importancia;
Que honrados respetos
Tienen fuerza extraña;
Y ansi cual enfermo
Que trabajos pasa
Cerrados los ojos
La bebida aguarda,
Por no reventar
Me voy sin hablalla;
Que no viendo el mal,
Menor dolor causa;
Porque si mis ojos
Llegan á miralla,
Moriré primero
Que de ella me parta;
Y pues las que digo
Son verdades claras,
Ante su presencia
Por disculpa valgan.
Si no las admite,
Y acaso me llama
Ingrato Vireno
O tigre de Hircania,
Enéas engañoso,
Fractor de palabra,
O que soy tirano,
Dile que se engaña,
Que mi fe á la suya
Le ha sido tan grata,
Cual la hiedra al olmo
Y la tierra al agua,
Humilde á sus ruegos,
Cera á sus palabras,
Y á su amor mas firme
Que estas rocas altas;
Pero adonde hay fuerza
No hay razon que valga,
Ni justo derecho
Do justicia falta.
Dile que si vivo,
Que no habrá mudanzas
Del tiempo que puedan
Quitarme el gozalla;
Que ni ellas podrán,
Ni esta ausencia larga,
Borrar de mi pecho
Su divina estampa.
¡Adios, gloria mia,
Adios, dulce patria,
Memoria en quien vive
Siempre mi esperanza!
Tendréla de verte,
Si el cielo me guarda;
Que todas las cosas
Con vida se alcanzan;
Y si acaso fuere
Mi desgracia tanta,
Que por esta ausencia
Me niegas tu gracia,
Al cielo piadoso
Ofrezco mis ansias
Para que la mire
Con piadosa cara,
A fin que no seas
Mujer injuriada,
Que darás mil vidas
Por una venganza;
Porque esto podria
Causar mi desgracia
Cierta, porque vivo
Fuera de tus gracias;
Que á los desdichados
La fortuna paga
Con corta ventura
Y vida sobrada.
Pues, aguas piadosas,
Doléos de mis ansias,
Y tú, mi corriente,
En llegando pára:
Ruégote le digas
Que no me sea ingrata,
Pues para no serlo
Lo que he dicho basta.
Y si no bastare,
Mayor honra gana
Quien hace mercedes
Do méritos faltan;
Que en un noble pecho
La humildad alcanza
Lo que negar suele
Soberbia villana,
Pues no se consigue
Honor, ni se ganan
Con pechos rendidos
Gloriosas hazañas.
Villano es el pecho
Que tiene arrogancia
Con un cuerpo humilde
Que vive sin alma;
Pues tal será el mio
Si acaso le falta
La gracia que un tiempo
Su gracia le daba.
Así se despide
Del claro Jarama
Un pastor que al Bétis
Le mandan que parta.

(*Romancero general.*)

1819.

(*Anónimo.*)

Sol resplandeciente,
Que con luz dorada
Doras y matizas
Mi querida patria:
Tú que de jazmines
Y de perlas sacas
El rubio cabello
Y la frente ornada,
Y el lecho oriental
De la esposa amada
Dejas viudo y solo
Lleno de esmeraldas;
Pues ahora sales,
Y dejas sus faldas,
Del precioso aljófar
Que llora, bordadas,
Y el concierto dulce
De los que bien aman
Alegre lo miras
Y triste lo apartas;
Las torres soberbias,
Que ya fuéron guardas
De amorosos hurtos,
Victorioso asaltas,
Y el lecho que tiene
Dos cuerpos y una alma
Que tiempo los junta,
Y amor los enlaza;
Tú rompes sus treguas
Y escalas la casa;
Cuando las dos bocas
Se beben las aguas,
Alegras al mundo,
Y las aves cantan
De tu luz divina
Gloriosa alabanza;
Los montes de hielo,
Que al cielo se ensalzan
En cristales puros,
Te rinden sus parias,
Y con rayos de oro
De las sierras altas
Desnudas de nieve
Porque vean tu cara
Al pié de una de ellas
Vive una serrana
Mas helada que ellas,
Y mas que ellas alta.
En su blanco pecho
Hay como en montaña

Mármoles cubiertos
De la nieve blanca;
Cuidados produce,
Libertades mata,
Atropella glorias,
Y huella esperanzas;
De verde vestida,
De belleza armada,
Persigue las fieras
Y prende las almas.
Asi goces, sol,
Del oro y la plata
Que en las venas crias
De la rica Arabia,
Y el copioso censo
Que la mar te paga
De varias riquezas
En sus conchas varias:
Que si vieres hoy
A mi amada ingrata,
Tus rayos ardientes
Su hielo deshagan.
Pero no podrá
Tu fuego ablandarla,
Porque con su fuerza
Es la tuya flaca,
Pues no han sido parte
Para deshelarla
De mi ardiente pecho
Las ardientes llamas,
Que es cual pedernal
De do fuego sacan,
Que se queda piedra
Cual ántes estaba;
Mas dile, si puedes
Mirarla á la cara,
Que muero contento,
Pues ella es la causa.

(*Romancero general.*)

1820.

(*Anónimo.*)

Venturoso el dia,
El año y la era,
En que, Silvia, el cielo
Te prestó á la tierra.
Tú sola pudiste
Romper las cadenas
Por el gran tirano
A mi cuello puestas.
Sanó mis heridas
Tu mano maestra,
Tu luz poderosa
Venció mis tinieblas.
¡Oh bien de mis males!
Oh paz de mis guerras!
¡Puerta de mis glorias!
¡Puerto de mis penas!
Si, como solian,
Mi frente no cercan
Las nieblas de horror
Confusas y ciegas,
Y por mis mejillas
Ya no se despeñan
Las lágrimas vivas
En mi sangre envueltas;
Si al salir del alma
Ya no se atropellan
Mis tristes suspiros
Y mis blandas quejas;
Si la soledad
Tras sí no me lleva;
Si para lamentos
Es muda mi lengua;
Si canto, si rio,
Si ejercito á prueba
Agora el ingenio,
Agora las fuerzas;
Si mi libre mano
De nuevo se precia
De regir á veces
La pluma ó la rienda;
Si ya me son dulces
Las armas, las letras,
Los juegos, las plazas,
Las galas, las fiestas,
Tú has sido la causa:
¡Oh Silvia! á tu cuenta
Están estos dones,
Y á la mia estas deudas.
Lo que el desengaño
Que á tantos remedia;
Lo que no pudieron
El tiempo y la ausencia,
Consejos de sabios,
Virtudes de yerbas,
Acentos de magas,
Devotas ofrendas,
Tú sola pudiste,
Y es bien que lo puedas.
¡Oh casta y no altiva!
Oh hermosa y no fea!
No mas cárcel dura,
No mas fruta ajena,
No mas pretensiones
Que tan caro cuestan;
No mas devaneos,
No mas competencias,
No mas esperanzas
Que así desesperan:
A ti, Silvia hermosa,
A ti, Silvia bella,
Consagro de vida
Esto que me queda.
Gastaré las noches
Ociosas y quietas
En solo el descanso
Para que son hechas;
Sabré á lo que saben
Esperanzas ciertas,
Honestos abrazos,
Ternuras honestas;
Gastaré los dias
A la sombra amena
Del Parnaso ó Pindo,
Discantando miéntras.
De las nueve diosas
Tú, no menor que ellas,
Los divinos coros
Riges y gobiernas,
O el árbol de Apolo
Con mil flores mezclas,
Tejiendo guirnaldas
Para mi cabeza.
Al son de mi lira
Diré nuevas letras,
Nuevos desengaños,
Artes de amor nuevas;
Diré tus victorias,
Diré tus empresas,
A tus piés rendida
De Páfos la reina;
Y si el canto mio
Tiene alguna fuerza,
A pesar del tiempo
Que todo lo asuela,
De siglos en siglos,
De lenguas en lenguas,
Volará tu fama
Con alas eternas,
En cuanto las aves
Los aires pasean,
Los peces las aguas,
Los montes las fieras;
En cuanto los cielos
Dén vuelta á sus ruedas;
En cuanto repartan
Su luz las estrellas,
Tu honor, tus loores,
Que agora comienzan,
Serán de altas rimas
Copiosa materia.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte. — Id. *Romancero general.*)

1821.

(*Anónimo.*)

Vida de mi vida,
Gloria de mi alma,
Viva en la memoria
Muerta en la esperanza;
Retrato divino
Del cielo morada,
Desprecio y afrenta
De la edad pasada;
Angel de mi vida,
Que de glorias tantas
Tu nombre enriqueces,
Y ensalzas tu fama;
Imágen gloriosa,
En quien se adelantan
Sobre todo el mundo
Discrecion y gracia:
Trátame cual tuyo,
O mi vida acaba;
Corta mis deseos,
O mengua tu gracia:
Hechura soy tuya,
Y tú sola bastas
A que sea un pecho
Cual de cera blanda.
Haz en mi fortuna,
Con mostrar tu cara,
Serenar las olas
De mi suerte amarga.
Del sol de tus ojos
Mi vida se causa;
Si me faltan ellos,
Moriré sin falta.
No apartes, señora,
Esas luces santas,
O junto con ellas
Mi vivir aparta.
Viva yo, si vivo
En fe que me amas;
Muera, si muriere
Porque me maltratas.
¿Qué agravios te hice
Que de mí te enfadas?
¿Qué descuidos tuve
Que á mudarte bastan?
¿No era yo tu prenda
En un tiempo amada?
¿Quién mudó tu gusto
Que de mí te agravias?
De mirar no precias
A quien despreciara
Por mirar tus ojos
La vida y el alma.
Si por ser tan tuyo
Tienes confianza
Que aunque me maltrates
Serviré en tu casa;
Bien segura puedes
Mostrar tu desgracia,
Sin temor que huya
De rigor tu saña.
Esclavo soy tuyo,
Tengo á la garganta
Tu argolla y cadena,
Que prenden en la alma:
Ni romperla puedo,
Ni el tiempo la gasta:

Si matarme quieres,
Un esclavo matas.

(*Romancero general.— It. Primavera y flor de romances.*)

1822.

(*Anónimo.*)

Junto á esta laguna,
Cuyo seno grande
Aguas diferentes
Recibe y reparte:
Aquí do las fuentes
Mezclan sus cristales,
Despues que del monte
Despeñadas caen;
Aquí mi querido,
Testigo este sauce,
A mi cautiverio
Dió sus libertades;
Mas como Juanilla
Perdido le trae,
Huye de mis ojos
Por extrañas partes.
Si respetos justos
No fueren bastantes
Para divertirme,
Habré de buscarle:
Cortaré los montes,
Cercaré los valles:
Quien desea, ruegue,
Quien busca, no páre.
Con esto la niña
De la vega vase,
Y á sus pensamientos
Cantó quejas tales:

Letrilla del romancillo.

Por el montecillo sola,
«¿Cómo iré?
»¡Ay Dios! ¿si me perderé?»
Soledad me guia,
Llévanme desdenes
Tras perdidos bienes
Que gozar solia:
Con tal compañía
«¿Cómo iré?
»¡Ay Dios! ¿si me perderé?»
Deslúmbranme antojos,
Y apénas diviso
La tierra que piso,
Que es mar de mis ojos:
Buscando despojos,
«De mi fe:
»¡Ay Dios! ¿si me perderé?»
Hallaré contento
Al que busco triste,
Veré que resiste
A mi amor su intento:
Ciego es pensamiento,
«Y sigolé:
»¡Ay Dios! ¿si me perderé?»
Serán los jarales
Mi amparo seguro,
Cualquier roble duro
Sentirá mis males:
Sola riesgos tales
«Pasaré:
»¡Ay Dios! ¿si me moriré?»

(*Romancero general.*)

1823.

(*Anónimo.*)

Tú, niña, no ves,
Que si ver pudieras,
Vieras de mis gustos
La mayor tragedia.
Con razones lloras
La terrible ausencia,
Que el ciego vendado
Hace que yo vea.
Eclipsóse el dia,
Cubrióse la tierra
Entre el sol del alba
Y mi luna llena.
Comenzó la noche,
Vimos las estrellas,
Luces encendidas
Para mis obsequias;
Mas tu dulce faz,
Que piedad dispensa,
En la fuerza suya,
Vence mi paciencia.
Si es el alba agora
Fria, helada y fresca,
Alba vendrá alegre
Con la primavera.
Vestiráse el campo
De esperanzas nuevas;
Los jardines secos
De olorosas yerbas;
Haranse guirnaldas,
Gozarémos d'ellas,
Yo que tanto espero,
Y la que me espera.
Con esto, fortuna,
Despliega tus velas
Al viento que corre,
Pasarás lijera.
Muda presurosa
Tu voltaria rueda,
Que de potro sirve
A los que atormentas;
Sacaráme á salvo
De entre tigres fieras
El bajel de Amiclas
Como al otro César;
Cansaráse Juno
De acosar a Enéas;
Pagaráme Vénus
La dorada prenda;
Y si al traste diere,
Antes que me pierda
Echaré á las aguas
Parte de obras muertas,
Porque se sustente
La memoria d'ellas,
Pues que ya las vivas
Nada me sustentan.

(*Romancero general.*)

1824.

(*Anónimo.*)

¡Ay niña morena!
¡Qué d'ellos te dicen
Que á Pedro el de Juana
Le dejes y olvides!
Maldicientes tuyos
Dicen que le escribes,
Y que te apasionas
De que á otras mire.
Miguela tu hermana
Se agravia y te riñe,
Que muere de amores
Y amar no permite.
El tiempo es muy vario,
Hecho de imposibles:
Al rendido alaba
Que no le resiste;
Contra enamorados,
El que antojos viste
Para ver montañas,
Verá como lince:
El que apénas habla,
De parlero sirve;
Traidores le venden,
De milagro vive;
La vieja se azota,
La moza le escribe;
Cuando amigos tercian
Amigas resisten;
Cumple á su esperanza
La fe que le diste
Con altos deseos
Y con pecho humilde.
Niña, si lo sabes,
Si lo sabes, dime,
¿De sospechas locas
Quién hay que se libre?
De fortuna varia
Varios son los fines:
Mañana engrandece
A quien hoy persigue.
Si niña pequeña
Te mostrares firme,
¡Ay qué de alabanzas
Te darán si vives!
Yo quise a lo grave;
Call'aba, y perdime,
Que al gusto del alma
Gran traicion le hice.
Dejóme mi amado
Por locas movibles;
Que hay cobardes pechos
Que lo fácil siguen.
A mí me desdeña
Porque á otras sirve;
Con ellas se goza,
No hay pensar que olvide.
Es aquel mi ingrato...
¿Quieres que le pinte?
De talle brioso,
Feo y apacible.
Muchos habras visto
Mucho mas gentiles,
Mas tan agradable
A ninguno viste.
Si habla de lo bueno
En ceño ó melindre,
Dicen que es discreto,
Y la verdad dicen;
Disimula y ama;
Si favor recibe,
No se alaba de ello,
¿Qué mas bien le pides?
Yo supe que á Pedro
Tu alma le diste;
Haya lo que hubiere
Nunca se la quites,
Y los cielos hagan
Que tus años quince
Se cumplan á ciento,
Como ya te dije.

(*Romancero general.*)

1825.

(*Anónimo.*)

Blanca y bella niña
De los ojos bellos,
Huye los peligros
Del hijo de Venus;
Los oidos tapa
A sus mensajeros,
Como el áspid libio
Al sabio hechicero.
No digas, soy libre,
Resistille puedo;
Que muchas cautivas
Lo mesmo dijeron.
Eres delicada,

El, fuerte en extremo:
No están dél seguros
Los muros del cielo.
Mira cómo siguen
Su triunfo soberbio
Salomones sabios,
Davides guerreros;
Y al que solo mata
Los mil filisteos,
Un rapaz desnudo
Le corta el cabello.
Ante el carro suyo,
En mil formas puestos,
Va el supremo Jove
Aherrojado y preso;
Dánle las coronas,
Vasallaje y sueldo,
Y sus leyes siguen
Los que las hicieron.
Ciérrale la vista,
Que ella es el comienzo
Por donde á las almas
Camina su fuego;
Que amor, como Ulises
A los Polifemos,
La luz de los ojos
Les ciega primero.
Son los gustos suyos,
Cuando los contemplo,
Engañosas aguas,
Dorado veneno;
Miranse sus daños,
Los ojos abiertos,
Sus dichas y glorias
Pasan entre sueños;
Víbora en el vientre
Son sus pensamientos,
Matan á la madre
Que los tuvo dentro;
Traen sus bienes alas,
Pártense lijeros,
Y sus males plomo,
Para estar de asiento.
Mil placeres suyos,
Dijo un sabio de ellos,
A montar no llegan
Un solo tormento:
¡Pues qué, si á tu alma
Martirizan celos!
Líbrete amor, niña,
De tan duro infierno.
Coge el labrador
Del arado suelo
El fruto del grano
Que escondió en su seno;
Si recibe trigo,
Trigo da á su tiempo,
Y si flor, da flores
El campo risueño.
¡Mal haya semilla
Que da el fruto avieso,
Y mal haya fruto
De ella tan ajeno!
Acá sembrarás
Amor verdadero,
Cogerás olvido
De un ingrato pecho.
A la niña hermosa
Del rubio cabello
Una escarmentada
Le da este consejo;
Ella de ser libre
Le hizo juramento,
Y amor que la escucha
Se queda riendo.

(*Romancero general.*)

1826.

(*Anónimo.*)

Niña de mis ojos,
Que por gloria tienes
Crecer mis cuidados
En tus años trece;
Traviesa mirabas
Al soldado alférez.
¡Mira que te engaña
Con sus plumas verdes!
Parécesle bien,
El bien te parece;
Alegre le miras,
Y él te mira alegre.
¡Mal hayan colores
Que quitarte pueden
Las de la vergüenza
Que con ellas pierdes!
El es fuerte en armas,
Mírasle mil veces,
Y cuando le mires
Y absorta te quedes,
Como eres tierna,
Mira no tropieces,
Y no te levantes
Hasta nueve meses.
Guarda que la caja
Y el pífaro suenen,
Pues ha de dejarte
Cuando no te pienses;
Y al fin no es posible,
Cuando no le dejes,
Que quien mata hombres
Regale mujeres.
Al menor enojo
Que sin culpa dieres,
Desnuda la daga,
Te dará mil muertes.
¿A dó quieres ir
Caminando siempre,
Tú desconocida
Conociendo gente?
Dormirás en tierra,
Comerás á veces,
No estarás mañana
Donde agora duermes;
Daráte una lanza
Sobre que te acuestes,
Y cuando se canse
Te hará que la lleves.

(*Romancero general.*)

1827.

(*Anónimo.*)

Una zagaleja
A quien quiso el cielo
Dar gracia y donaire
En rostro y cabello;
A quien los jazmines
Y claveles dieron
Mas color prestado
Que les quedó á ellos;
A quien el amor
Le dió palma y cetro,
Por ser mas hermosa
Que la diosa Vénus;
Vistióse de pascua
Dia de año nuevo,
Porque cumple años
Y empieza tormentos.
De azul claro viste
Con ribetes negros,
Por dar claro indicio
De sus tristes celos;
Con cintas pajizas
Prende sus cabellos;
Patena y corales
Adornan su cuello.
Era la pastora
Gallarda de cuerpo,
Si en extremo hermosa,
Discreta en extremo.
Fué al baile bizarra,
Y al son del salterio
Bailó con Bartolo,
El gallo del pueblo.
Desque hubo bailado,
Que fué gloria verlo,
Diéronle entre todas
El mejor asiento.
Todas la bendicen,
Y la de Anton Crespo
Ruégale que cante,
Y cantó al pandero.

Cantarcillo.

A la villa voy,
De la villa vengo;
«Que si no son amores,
»No sé qué me tengo.»
Si voy á poblado,
Vuelvo mas perdida,
El alma afligida
Y el cuerpo cansado:
Con este cuidado
El alma entretengo;
«Que si no son, etc.»
Todo mi contento
Fabrico en el aire,
Por hacer donaire
De un lijero viento:
Vuela el pensamiento
Donde voy y vengo;
«Que si no son amores
»No sé qué me tengo.»

(*Romancero general.*)

1828.

(*Anónimo.*)

Noble pastorcilla
De los ojos negros,
A quien amor hizo
De mis glorias dueño;
Como, mal pecado,
Hablarte no puedo,
De amor estoy sano,
Y de ausencia enfermo.
¡A fe que es gran mal!
Yo mucho lo temo,
Por ciertos refranes
Que dice un discreto.
Dice que la ausencia
Engendra recelos,
Y cuando ellos crecen
Mengua el sufrimiento;
Y par diez, pastora,
Por mi cuenta veo
Que en estas razones
Lo que dice es cierto:
Que á amor cuando niño
Le dieron el pecho
Palabras sabrosas,
Y así es tan parlero;
Y en llegando á grande
Cuando fué creciendo,
Dicen que las obras
Su sustento fueron.
Como entre nosotros
Falta todo esto,
Que no nos hablamos
Y apénas nos vemos,
En mi tanta ausencia
Engendra recelos,

Si acaso de hambre
Tu amor ya se ha muerto.
Hoy hace tres meses,
Si mal no me acuerdo,
Que ayuna mi amor;
Con todo, esta recio,
Pues aunque no alcanza
Tus dulces requiebros
Desque nos apartan
Envidiosos pechos,
Porque no enflaquezca,
Tus cartas le leo,
Y así le sustentan
Tus prometimientos.
Tú haz otro tanto:
Descoge mis pliegos,
Lee sus renglones,
Pues son verdaderos:
Podrá ser, pastora,
Que te sirva el vellos
De hallarte obligada
A un leal acuerdo;
Que si me prometes
Un amor eterno,
Verás que en mis cartas
Lo mismo prometo;
Y pardiez podria
Mudar el pellejo,
Pero no mudarme
D'este amor primero.
No te mudes tú,
Que aunque envidia y celos
Ahora nos aparten,
Mudable es el tiempo;
Y será posible,
Pues vuela, aunque viejo,
Que á sernos piadoso
Vuelva cual primero.
Mira bien, señora,
La fe que mantengo,
Y que el mal de ausencia
Siento como debo;
Pues ni en corros bailo,
Ni asisto á los juegos,
Y visto pellico
Enlutado y negro:
Pues son mis canciones
Suspiros de fuego,
Llanto mis palabras;
Endechas mis versos:
De este modo ausente
La vida sustento
Con tormentos vivos
Y placeres muertos.
Esta carta estaba
En el hondo hueco
De una antigua encina,
Que está en un repecho,
Junto adonde tiene
Belisa su apero;
Y que allí su mano
La escondió sospecho;
Y así aunque la carta
No firma su dueño,
Sin duda la escribe
Damon el cabrero.

(*Romancero general.*)

1829.

(*Anónimo.*)

¡Mal hayan mis ojos,
Madre, que los puse
En otros que abrasan
Negando su lumbre!
Fuérame yo, madre,
Al mercado un lúnes:
¡Miento, mártes era;
Mil azares tuve!
Compróme mi Pedro
Un dorado estuche;
Echéle mal grado
Cordones azules.
Sin mirar en ello,
Del mercado truje
Con hierros dorados
Celos que me apuren.
Topóme el hidalgo,
Aquel que le rugen
Mucho los gregüescos
Y tañe laúdes.
Díjome: — Serrana,
Los rayos ilustres
De tus bellos ojos
Mil bienes descubren;
Permite, si mandas,
Que mi fe se apure
Con las esperanzas
Que en la tuya puse.—
Habló tan ñublado,
Que aguardando estuve
Cuando me mojaran
Sus cargadas nubes.
Respondíle á tiento:
—En otras procure
Emplear sus galas,
Y en mí no se ocupe.—
Asióme la mano;
Soltar no me pude,
Que me adormecieron
Sus palabras dulces.
Pedro, que nos via,
Maldades presume;
Que burlas en véras
Diz que no las sufre.
Llaméle yo triste,
Respondió: — No busques
Voluntad villana
Que la noble injurie:
De mis esperanzas
Ya llegó el octubre;
No quieras pastores,
Si atropellas duques.—
De mi vista, madre,
Con esto escabulle
El que en mis entrañas
Tan de asiento tuve.
¡Ay de mí, que muero!
¡Ay que me destruyen
Sospechas de agravios
Que nunca hacer supe!
¡Plega á Dios, cuidado,
Pues tan mal me luces,
Que porque te acabes
Viva me sepultes!
Y al hidalgo malo,
Pues por él me arguyen,
Que cautivo muera
En Argel ó en Túnez.
Madre, la mi madre,
No es justo que duren
Mis ansias, que tienen
Mortales vislumbres.
Busquen los mis ojos
Quien su llanto enjugue,
Sin que lloren tanto
Que mi vida enturbien.
¡Ay malvados hombres,
De ingratas costumbres,
El mejor de todos
Muera de arcabuces.

(*Romancero general.*)

1830.

(*Anónimo.*)

Riñó con Juanilla
Su hermana Miguela;
Palabras le dice
Que mucho le duelan:
—Ayer en mantillas
Andabas pequeña,
Hoy andas galana
Mas que otras doncellas.
Tu gozo es suspiros,
Tu cantar endechas;
Al alba madrugas,
Al gallo te acuestas;
Cuando estás labrando
No sé en qué te piensas,
Que al dechado miras,
Y los puntos yerras.
Dícenme que haces
Amorosas señas:
¡Si madre lo sabe,
Habrá cosas buenas!
Clavará ventanas,
Cerrará las puertas;
Para que bailemos
No dará licencia.
Mandará que tia
Nos lleve á la iglesia,
Porque no nos hablen
Las amigas nuestras.
Cuando fuera salga,
Dirále á la dueña
Que con nuestros ojos
Tenga mucha cuenta:
Que mire quien pasa;
Si miró á la reja,
Y á cuál de nosotras
Volvió la cabeza.
Por tus libertades
Seré yo sujeta;
Pagarémos justos
Lo que malos pecan.
—¡Ay, Miguela hermana,
Qué mal que sospechas!
Mis males presumes,
Mas no los aciertas.
A Pedro el de Juana
Que se fué á la sierra
Aficion le tuve,
Y escuché sus quejas;
Mas visto que es vario,
Mediante la ausencia,
De su fe fingida
Ya no se me acuerda:
Fingida la llamo,
Porque quien se ausenta,
Sin fuerza y con gusto,
No es bien que le quieran.
—Ruégale tú á Dios
Que Pedro no vuelva,
Respondió burlando
Su hermana Miguela:
Que el amor comprado
Con tan ricas prendas
No saldrá del alma
Sin salir con ella.
Creciendo tus años
Crecerán tus penas;
Y si no lo sabes,
Escucha esta letra:

Villancico.

«Si eres niña y has amor,
»¿Qué harás cuando mayor?»
Si al niño dios te ofreciste
Desde niña, con la edad
Le darás mas voluntad
De la que le prometiste.
Si pequeña te atreviste

En tenerle por señor,
«¿Qué harás cuando mayor?»
Como estás hecha á querer
Desde que sabes andar,
En faltando á quien amar
Te vernás á aborrecer.
Segun eso podrás ver,
«Si eres niña y has amor,
»Qué harás cuando mayor.»

(Romancero general.)

1831.

(Anónimo.)

Eran dos pastoras
Libres de aficion:
Una blanca y rubia
Mas bella que el sol;
La otra morena,
De alegre color,
Con dos ojos claros,
Que dos soles son;
Y viéndose libres
Del tirano amor,
Hacen burla dél
Entrambas á dos.
Dicen que no temen
Su furia y rigor,
Pues en mil encuentros
Nunca las venció;
Y viendo que en muchos
Les acometió,
Júzganlo por flaco
Y sin municion.
Cuenta la morena
Que en una ocasion
La tiró mil flechas,
Y nunca la hirió;
Y que viendo el niño
Que no aprovechó,
Sus lazos y redes
De secreto armó:
Ella con sus ojos
Todo lo abrasó,
Y el niño corrido
La empresa dejó.
Dice la que es blanca,
Que lo deslumbró,
Y que estando ciego
No tiene valor;
Y burlando dél
Como así lo vio,
Quitándole el arco
Se lo desarmó.
La morena un dia
Esto me contó,
Y yo agradecido
Consejos le doy;
Y aunque para dallos
Me falta valor,
Fiado en su gracia
Soltaré mi voz:
—Pastoras hermosas,
Pues el cielo os dió
Tantas gracias juntas,
Tened discrecion:
No os fieis, pastoras,
En lo que os pasó,
Que contra el rapaz
No hay reparo, no.
Su sosiego incierto
Suele dar pasion,
Su quietud mil penas,
Su gusto dolor;
Estad sobre aviso,
Pues que yo os lo doy,
Que sobre el descuido
La caida es peor.
Tu blancura, hermana,
Busca con razon,
Y cuando no pienses
Verás su traicion;
De tus hebras de oro
Tejerá un cordon,
Y con él al mundo
Lo pondrá en prision.
Tus ojos, morena,
De claro arrebol,
Guárdate no sean
Tu mismo dolor;
Que podrá en su centro
Meterse el traidor,
Y de allí encender
Fuego al corazon.
Si gozais sosiego,
No hagais dél baldon,
Porque si se enoja
Muda condicion.
Esto os aconsejo
Como servidor;
Dejad lo pasado,
Pues que ya voló:
Si mas deseais
Pedídselo á Dios,
Y acordáos de mí
Que os tengo aficion.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1832.

(Anónimo.)

Elisa dichosa,
Haga larga el cielo
La corta madeja
De tus años tiernos;
Goza siglos largos
Ese rostro bello,
De la vista flecha
Y de amor tercero;
Crezcan, niña hermosa,
De uno en otro extremo
Las trenzas doradas
Del virgen cabello.
Si á la Iglesia fueres,
Compónganle versos
A quien rinda parias,
Y se humille el viento.
Cuando al baile fueres,
Al son del pandero
Tu donaire encienda
Libres pensamientos;
Tenga tu ganado
Próspero suceso:
La lana en verano,
La leche en invierno;
Aquel que bien quieres
Goce de tu lecho
Con blandos abrazos
Y amorosos besos;
Al son de los ramos
Esos ojos bellos
Reposen la siesta
Vencidos del sueño;
Cuando salga el alba,
De Apolo correo,
Encuentre tus soles,
Y tórnese dentro.
Tras todo, señora,
Vivas en el suelo
Mil siglos dichosos
A pesar del tiempo.
El cielo, la tierra,
Siglos, años tiernos,
Tercero, madeja,
Flechas, rostro bello,
Niñez, hermosura,
Amores extremos,
Las trenzas doradas,
La Iglesia y el viento,
Baile, son, ganado,
Llama, pensamientos,
La lana, la leche,
Verano é invierno,
Abrazos, amores,
Ramos, ojos, lecho,
Alba, siesta, soles,
Sueño, siglo y tiempo,
Todo me falte junto en este suelo,
Si tú, dichosa Elisa, no eres cielo.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1833.

(Anónimo.)

De Ibero sagrado
Las márgenes bellas
Daban con el alba
A la tierra perlas;
Bordaban los campos
Mil flores diversas
De rosas, jazmines,
Clavel y azucenas;
Tejian guirnaldas
Las ninfas mas bellas,
Para coronarse
D'ellas las cabezas;
Cantaban las aves
Con arpadas lenguas,
Dando claro indicio
De ser primavera:
Cuando á pasearse
Sale una morena,
Dejando envidiosas
La luna y estrellas.
Las corrientes mira
Y en ellas contempla
Que de Zaragoza
Las murallas cercan.
Era pues la niña
De tal gentileza,
Que en parangon suyo
Callara Lucrecia.
Ojos robadores,
En arco las cejas,
Morena y graciosa,
Graciosa y morena.
Sentóse cansada
Par de la ribera,
Hurtando á la aurora
Su gracia y belleza;
Rompió con suspiros
Las nubes mas densas,
Hasta que, llorosa,
Cantó aquesta letra:

Cantar.

Tengo en tierra ajena
Mi bien cautivo:
«Plegue á Dios que la ausencia
»No cause olvido.»
Vivo acompañada
De mi soledad,
Pues la voluntad
La tengo prendada;
Y aunque tengo en nada
Tanto padecer,
Por llegarle á ver,
En la prision vivo:
«Plegue á Dios que la, etc.»
Permite mi suerte
Que ausente le llore,
Y no hay quien ignore
Ser trago muy fuerte;

Mas vengo la muerte
Si me ha de olvidar;
Que aunque en el amar
Siempre firme he sido :
«Plegue á Dios que la ausencia
»No cause olvido.»

(*Romancero general.* — B. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1834.

(*Anónimo.*)

Niña de mis ojos,
A quien Dios bendiga,
Por quien deseosa
Mi alma suspira;
Pues que no te veo
Mas há de mil dias,
Y pues no te puedo
Hacer mil visitas,
Hagamos concierto,
Lisena querida,
De que nos hablemos
Siquiera por cifra.
Cuando donde sabes
Sea tu salida,
Y allí te pusieres
Disimuladica,
Antes que las otras
Sea tu venida,
Y toma lugar
Donde seas vista :
Ponte hácia la parte
De la delindina,
Y tosiendo un poco
Muy mesuradica,
Yo respondéré,
Deseada mia,
Escupiendo recio,
Con compuesta risa.
Tú mis ademanes
Y meneos mira;
Yo tambien los tuyos
Miraré, mi vida;
Hablaré callando
Todas mis fatigas,
Diréte por señas
Todas mis desdichas.
Dame tú a entender
Qué es lo que te obliga
A tener tristezas
O melancolía;
Y si en algo gusto
De ambos imaginas
Que te dé contento
Y cause alegría,
Toca con tus manos
Muy blancas y lindas
Tus mejillas tiernas,
Graciosas y limpias;
Y cuando quisieres
Decirme, alma mia,
Que entre tanto gusto
El curso reprima,
Con tu mano blanda
Tendrás bien asida
Junto á los zarcillos
Tu oreja chiquita;
Si lo que hago ó digo
Te contenta, niña,
Ese tu contento
Llegue á mi noticia;
Que si tú tus tocas
Compones y limpias,
Yo tendré entendido
Ser aquesto asina.
Cuando con razon
Tu furor maldiga
A quien ha estorbado
Nuestra dulce vista,
Juntarás las manos
Muy apretaditas,
Rogando que al dueño
Caiga su malicia.
Cuando hubieres de irte,
Tenderás la vista
Hasta donde tope
Con quien glorificas;
Irme he yo acercando
Hacia do caminas,
Toparé contigo,
No te olvides, niña,
Dame algun pellizco
Y mi capa tira,
Y con tu chapin
Mi zapato pisa;
Que yo haré otro tanto
Mezclado en la prisa.
¡Mas ay, que me muero
Pensando en tu ida!
Y si fuera d'esto
Alguna cosilla
Decirme quisieres
Que no esté aquí escrita,
Conforme á la cosa
La señal aplica,
Porque de tu gloria
Gozando prosiga.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1835.

(*Anónimo.*)

Niña, cuya vista
Sin cruel batalla
Los cuerpos deshaces
Y afliges las almas;
Pues con amor vences
Y con amor tratas
Sin sentir su fuego
Y su flecha airada,
No te fies dél,
Aunque te acompaña;
Que la miel se pega
Al qu'entre ella anda.
Mira qu'es amor
Como la madrastra,
Que trata la muerte
Al que mas regala :
«Tente, no caigas,
»Niña de mil gracias.»
Advierte que tira
Con flecha dorada,
Y lo qu'él empieza
El oro no acaba :
Prometiendo glorias
Da desconfianzas;
Que como es muchacho,
Hace a todos trampa.
Es diestro en danzar,
Y de suerte danza,
Que al son de suspiros
Inventa mudanzas.
«Tente, no caigas,
»Niña de mil gracias»
No creas lisonjas;
Guarda, que t'engaña;
Que quizá te venden
Los que mas te alaban.
Si quieres mandar
Y ser estimada,
No admitas canciones
Ni dés esperanzas;
Que quien amartela
Y fia en palabras,
Pensando burlar,
Se queda burlado.
Música no escuches;
Qu'el que amando canta,
Es como sirena
Que al sosiego mata.
«Tente, no caigas,
»Niña de mil gracias»
El hijo de Vénus
Me hirió por tu causa :
Fia de mi pena,
Que te desengaña.
Mas vale saber
De la guerra en casa,
Qu'estar en peligro
Por ver lo que pasa.
Sinrazon parece
Amar con instancia,
Y pedir que huyas
De amorosas ansias;
Mas, como te adoro,
Quiero verte ingrata
Antes que no muerta
De celosa rabia.
«Tente, no caigas,
»Niña de mil gracias.»

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1836.

(*Anónimo.*)

Galanes de España,
Que á dificultades
Nacistes sujetos,
Andando en los aires;
Amor hace ferias,
Y al tiempo le place
Qu'en ellas se vendan
Sus quita-pesares.
Barato de joyas,
Cintas y collares
Hace quien las tuvo
Tan costosas ántes.
Comprad, amadores,
Aquestos diamantes,
Finos en deseos,
Altos en quilates.
«A la feria, galanes,
»Qûe no hay tal Flándes.»
Favores á reyes
Solian negarse;
Un arrastra-picas
Los halla de balde.
Ya para venderse
Quieren humanarse,
Pues ya que no vuela,
Vuelven gavilanes.
Las garzas altivas
Dejan alcanzarse
Para dar garzotas
A vuestros plumajes.
Todas adivinan
Que ha de trastornarse
El mundo, y procuran
Hombres que las salven.
«A la feria, galanes,
»Que no hay tal Flándes.»
Juntarse procuran
A quien las ampare;
Como hiedras quieren
Al tronco enredarse :
Temen la fortuna,
Que altera las mares,
Que turba del cielo
Los claros celajes :
Temen andar solas

Por extrañas partes,
Donde hablan las señas,
Y razones callen,
Donde la cabeza
De Mendoza alcance
A tornar en hombres
Bárbaros salvajes.
Acudan de presto
Nobles mercadantes,
Venturosos, ricos,
Lleguen y no tarden.
«A la feria, galanes;
»Que no hay tal Flándes.»
¡Oh, si á rio vuelto
A mi me tocase
Alguna riqueza
En feria tan grande!
¡Si por dicha en suerte
Me cupiese un ángel,
A quien yo en mi alma
Le hiciese altares!
¡Si en tantos peligros
Pudiese salvarme,
Llevando conmigo
Tan divina imágen!
Pero no es posible
Qu'en mi vida alcance,
Entre desventuras,
Aventuras tales:
¿Flandescos paises
Sin gusto, qué valen,
Si es que mueren glorias
Donde penas nacen?
Antes que la feria
De punto se pase,
Compremos las puntas
De nuestros encajes.
Estas son las ferias,
Este es el remate
Que lloran mis bienes,
Y cantan mis males.
«A la feria, galanes;
»Que no hay tal Flandes.»

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

1837.

(*Anónimo.*)

Bellísima Elisa,
No me ayude Dios
Si no sois vos sola
La que quiero yo.
Llevásteisme el alma,
Y mi vida sois,
Como el centro mismo
Donde siempre voy.
Luego que venistes,
Por inclinacion,
Sin poder librarme,
Puse en vos mi amor.
Si me ha divertido
Alguna ocasion,
No llegó á mudanza,
Ni á olvido llegó;
Y aqueste suceso
Tanto siento hoy,
Que aborrezco á Antandra,
Que la causa dió.
Temí yo los celos
De su condicion;
Que á mujer celosa,
¿Quién no la temió?
Con quien tanto os quiere,
¿Por qué tal rigor?
Piedad, bella Elisa,
Pues rendido estoy.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, 1.ª parte.)

1838.

(*Anónimo.*)

Plaza, afuera, afuera,
Hagan plaza, aparten;
Que sale la niña
Cuya vista place,
Milagro del cielo,
Idolo del valle,
Sol de la hermosura
Y de él ultraje;
A quien por los riscos
Vencen los quilates,
Aunque aquellos de oro,
Estos de azabache.
Rosas fructifica
De su nieve el Alpe,
Peregrino influjo
De sus ojos graves.
Lleva traje alegre,
Y alma como el traje:
De nácar y blanco
Faldellin y talle;
Guarnicion vistosa,
De que el mayo saque
Primavera y flores
Para Manzanáres;
De negro y pajizo
Cobertura fácil,
Porque á las tinieblas
El miedo acompañe;
El tocado airoso,
Sin primor que falte,
Con algunas hebras
Que le usurpa el aire;
Cautivos los miedos,
Enigma notable,
De quien los zarcillos
Son dorada clave.
¿Qué diréis, serranos,
De que á veros sale
Un alma vestida
Y humanado un ángel,
Si no me caducan
Los tiempos mudables?
Pues que ya amanece
El sol por la tarde,
Y aunque los tapetes
Del florido márgen
Hacen ojos de hojas,
Lo que vieren, callen;
Mirar se permite,
Llegar no se trate;
Que el sol deja verse,
Pero no tocarse.
¡Mas ay, que la lengua
Del agua suave
Certifica al cierzo
Sus ocultas partes,
Tales, que en el alma
Mil cosquillas hacen,
Cuya gloria apénas
Puede ser mas grande!
Medias encarnadas,
¡Ay Dios! esto baste,
Que solo en decillo
Me tiemblan las carnes;
Liga azul, que prende,
De que no hay rescate;
Que es muy fuerte liga
Para voluntades;
Punta de oro fino,
Y á tan bello encaje
Yo pusiera al punto
Puntas de diamantes;
Zapatillos negros
Al gusto vulgares,
Tahures, ¿quien duda?
Del bullicio y baile.
Lisida, pastores,
Es la bella imágen,
Sirena al oido
Dulce y agradable.
Yo soy quien padece,
Lisida quien hace:
Si por ella muero,
No me culpe nadie.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, 1.ª parte.)

1839.

(*Anónimo.*)

¡Soplan vientecillos!
Temblarán los sauces,
Correrán las fuentes,
Cantarán las aves;
Romperán los rios
Sus tiernos cristales
Entre aquellas fuentes,
Al son de los aires;
Irán las abejas
A sus colmenares,
A afeitar las flores
Que en cogollos nacen;
Volverán vestidas
De varios esmaltes;
Piés de cornerinas,
Picos de granates,
Rompan estas flores
Perlas y diamantes,
Que hacen al aurora,
Y el sol las deshace.
Escóndase el sol;
Que es desdicha grande
Que no salga al mundo,
Y que dos le falten.
El acero toma;
Que ha querido armarse
Contra mi de acero,
Señal de matarme.

Villancico.

«Que si crece el sol que sale,
»Volveráse la niña,
»Dirá que es tarde.»

(*Primavera y flor de los mejores romances*, 1.ª parte.)

1840.

(*Anónimo.*)

—Niña de los cielos,
Hermosa zagala,
De beldad aurora,
Hija de las gracias,
En cuyas mejillas
A reirse el alba
Aprendió gozosa
Entre nieve y nácar;
Tirano apacible,
Que todas las almas
Libremente prendes,
Dulcemente matas;
Imposible hermoso,
Donde siempre halla
Lugar el deseo,
Puerta la esperanza:
De tu amante escucha
Las mortales ansias;
Que solo ser tuyo
Pretendió por paga.
Atrevida logres
Presuncion tan alta,
Que llegar al cielo
Bajezas no alcanzan.
Si deidades niegas,

Inmensas distancias
En espacios breves
El amor te iguala.
Ama, hermosa niña,
Bella Lisis, ama,
Si al paso que hermosa,
No naciste ingrata.
El cristal risueño
Mil veces mal haya,
De donde aprendiste
Tales confianzas
Yo te vi en el Tajo
Soles dando al alba,
Amor á Narciso,
Celos á Diana:
Yo vi que las flores,
Fruto de tus plantas,
Con atenta envidia
Olores hurtaban.
El mirar tus ojos
Fué de amarte causa;
De ellos solo pende
Tomar tú venganza.—
Esto Lauro dijo,
Cuando la zagala,
Ya ménos esquiva,
Firmezas le encarga.

(*Primavera y flor de los mejores romances*, 1.ª parte.)

1841.

(*Anónimo.*)

«Mi zagala sus paños
»Enjuga y tuerce
»Con el sol de su vista
»En el prado verde.
»Y á coger le ayudaba
»Los blancos paños,
»El amor, que pasea
»Los verdes prados.»
Las doradas trenzas
Bordaban sus sienes,
Y á su blanco pecho
Regalada nieve.
Los brazos alzados,
De coral y leche,
Parece que hicieron
Junta de sus bienes.
Las plantas, al agua
Con que la enriquece,
Temerosas llegan
Al pié de un torrente.
«Y sus blancos paños
»Enjuga y tuerce
»Con el sol de su vista
»En el prado verde.
»Y ayudaba á cogerle
»Los blancos paños,
»El amor, que pasea
»Los verdes prados.»
Pasé por allí;
Díjele burlando
Si queria que entrase
Con ella en el baño.
Dijo un *sí* gracioso;
No quise aceptarlo,
Triste, y receloso
De algun engaño.
Al fin esperéla;
Y dió en breve rato
Fin á sus tardanzas;
Mas no á mi cuidado.
»Y sus blancos paños
»Enjuga y tuerce
»Con el sol de su vista
»En el prado verde.
»Y á coger le ayudaba
»Los blancos paños,
»El amor, que pasea
»Los verdes prados.»

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1842.

(*Anónimo.*)

Aqueste domingo,
No muy de mañana,
Fué Jacinta al prado,
La recien casada.
Diéronle aquel dia,
Para ir mas galana,
Galas de artificio
Y en natural gracia;
Ella, que salia,
Yo, que la miraba:
¡Con qué lindos ojos
Salió de su casa!
Y en llegando al campo,
Dijo una jitana,
Hermosa la vista,
Graciosa la habla:
—«¡Linda cara buena,
»Bien seais llegada!»
¡Cara buena linda,
Bien seais hallada!
Déme una limosna
Tu cara de pascua;
Que aquestos ojitos
Son de enamorada.
Tres Juanes y un Pedro
Penan por tu causa:
Casarás dos veces;
Serás bien casada.—
Ella con cuidado
Sus joyas guardaba:
Teme que la alivie
De tan noble carga;
Y así recelosa,
Dice que se vaya;
Mas la jitanilla
Volvió á importunalla.
«Linda cara buena, etc.»
—¡Ah cara de rosa!
Ah señora hidalga!
Vuelve acá esos ojos;
No estés enojada —
Dióle al fin limosna,
Y sobre las rayas
Una cruz le hizo
En la mano blanca.
—Pariras dos hijos,
Le dice la sabia,
Y diráte el uno
La misa cantada;
Vendrá á ser el otro,
Si se da á las armas,
Capitan ó alférez:
Querránle las damas.
Vivirás contenta,
Aunque te amenazan
Dos enfermedades;
Mas ya son pasadas.
Larga vida tienes;
Dios te la dé larga:
Mucha hacienda heredas;
Vendráte por agua.—
Fuése, y dijo luego,
Sin hurtarle nada,
Que tan lindos ojos
Nadie los agravia.
Volvióse con esto,
Alegre y ufana,
Donde Albanio y Tirsi
A la puerta cantan:
«Linda cara buena, etc.»

(*Primavera y flor de los mejores romances.*)

1843.

(*Anónimo*)

Divina serrana,
Honor de las selvas,
De los montes gloria,
Y del cielo afrenta;
Aurora del valle,
Pues en sus riberas
Das flores al prado,
Al rio das perlas;
Tú, cuyos ojuelos
Son de amor saetas
Que matan crueles,
Aunque no los flechas;
Tú, en fin, que á los cielos
Hermosura enseñas,
Y mas soles vistes
Que las once estrellas:
Alivia mis males
Dulcemente tierna;
Que es poca la culpa,
Y mucha la pena,
Sino que el amarte
Tal rigor merezca;
Que es en desdichados
El amor ofensa.
Blanda como hermosa,
Bellísima fiera,
En dulces favores
Tus desdenes trueca;
Que no porque humana
Pagues mi firmeza,
Perderás de diosa
El nombre en la vega;
Mas si con mi muerte
Tu vida sustentas,
Querrás que yo acabe
Antes que tú mueras.
Pregunta á esos valles,
Pregunta á esas peñas,
Al monte, á las aves,
Al rio y las fieras,
Si es cierto que Anfriso,
Fiel como tú bella,
Pastora te sirve,
Deidad te venera;
Que ellos con sus flores,
Con sus ecos ellas,
Con hojas, con picos,
Con agua y con lenguas,
Mi afecto publican,
Tu rigor condenan,
Estos lastimados,
Condolidas estas.
A los firmes robles,
Y á las altas sierras,
Opuestos al aire
Y á la mar opuestas,
No su airado soplo,
No su undosa fuerza
Hirió proceloso
Ni azotó severa,
Como tus desdenes
Mi fe verdadera,
Roble á tus rigores,
Roca á tu aspereza.
Satisfecho siempre
Solo con que creas
Que eres quien me mata,
Quien mi vida alienta,
Y quien, á pesar
De ti y de su estrella.

Porfía en amarte,
Como tú en que muera:

(*Maravillas del Parnaso.*)

1844.

(*Anónimo.*)

Discreta y hermosa
Zagaleja mia,
Huérfana, si perla,
Si flor, maravilla:
No dora los montes
De esta sierra fria
El sol tan bizarro
Ni el alba tan linda,
Como tu hermosura
Cuando los visita,
Dándoles auroras,
Prestándoles risas.
Los prados y flores
Con amor y envidia
Tu beldad respetan,
Tu persona estiman.
La música dulce
De las avecillas
Alabanzas tuyas
Al aire publica;
Las nativas fuentes
Murmuran corridas
De que tu blancura
Sus cristales rindan;
Las rosas se quejan
De que tus mejillas
Afrenten airosas
Sus púrpuras finas.
Las perlas han dicho
Que es tu boca mina
De mas finas perlas
Que las que el mar cria.
Los claveles hurtan
La encarnada tinta
De tus labios rojos,
Con que se refinan;
El sol se avergüenza
Cada vez que mira
En tu cofia tantos
Soles en cuadrilla;
Nieve de tu frente
La luna codicia,
Y de tu garganta
La plata bruñida;
Tus manos, que afrentan
Las mosquetas limpias,
Si no de cristales,
Son de mantequillas.
A los ruiseñores
Da tu voz divina
Dulces contrapuntos,
Tonos y letrillas;
Suspension del aire
Es tu melodía,
Si no magisterio
De las avecillas.
Entre aquestas peñas
De hielo vestidas,
Solamente se oyen
Tristes abubillas;
Balidos de cabras,
Estruendo de encinas,
Bramidos de toros,
Retintin de esquilas;
Cuervos mensajeros
De melancolías;
Aullidos de lobos,
Que el cabello erizan.
Cuando los escucho,
Y ausente me pinta
Tu voz, la memoria
A llanto me obliga.
Acuérdome entónces
De cuando mis dichas
De tu voz gozaban,
Canarios de almíbar;
Y como la ausencia
Agora me priva
De tan dulces glorias
Y prendas tan ricas,
El alma me afligen
Tristezas arpías,
Deseos abrojos,
Memorias espinas.
Decir tus desdenes,
Será de esa orilla
Sumar las arenas,
Contar las espigas.
¡Ay Dios, quién volara
De aquestas campiñas,
A ser de tu choza
Venturoso espía!
Solo yo te estimo
Como prenda digna
De aplausos mayores
En palmas y olivas.
¡No me olvides, perla,
Que será injusticia!
Así siempre hermosa,
Mil edades vivas;
Que si tus favores
Mis versos animan,
Serán de tu fama
Trompetas altivas.

(*Maravillas del Parnaso.*)

ROMANCILLOS PICARESCOS, JOCOSOS, SATIRICOS Y BURLESCOS.

1845.

(*De Rodrigo de Reinosa* [1].)

A la chinigala
La gala chinela
Damas cortesanas
Arman una galera:
Isabel de Torres
Pongo la primera,
Porqu'es mas anciana,
Porqu'es la mas vieja;
De putas ceviles
No me hago cuenta.
Pongo por segunda
Isabel de Herrera,
Y esa la Mendoza
Era la tercera.
Ceso de contallas;
Que no basta cuenta,
Ana de Quintós,
La gorda tornera;
Anica Rodriguez,
Isabel de Leiva,
Y Juanica Gomez,
Y María de Heredia,
Y Marina Juarez,
Y María Montesa,
Elvira Ramirez,
La Rivadeneyra,
La beata Bustilla,
Y Gracia la prieta,
Y la valenciana
Isabel de Vega,
Violante de Vélez,
Y la Trapaceja,
Y la Toledana,
Con la Corbobesa;
No entra la Luisa
En aquesta cuenta;
Ménos Mari-Vazquez,
Que baja su renta,
Y no sabe cómo;
Francisca de Vega,
Leonor Ortiz,
Marina la negra,
Y la Vizcaina,
Qu'es dama de Feria,
Y esotra Carrasca,
Qu'era costurera.
Todas estas damas
Arman una galera.
Dejaron á España,
Y van tierra ajena.
Cargaron de vino
Para la Gomera.
Via, via, putas;
Via, á la galera:
Entrad todas juntas,
No quedeis defuera,
Qu'el tiempo es muy bueno,
Y el viento de tierra.
Ya s'embarcan todas;
Ya ponen bandera;
Ya alcanzan los remos
Y tienden las velas.
Parten de Sanlúcar
El de Barrameda:
Sobre el aposento
Movieron pelea
Entre la Mendoza
Y Isabel de Herrera.
Disputan linajes,
Disputan manera.
Habló la Mendoza,
Habló la primera:
—N'os tomeis conmigo;
Que sois abacera.—
Respondió enojada
Isabel la Herrera:
—No'os tomeis conmigo;
Que no soy quien quiera,
Que hoy há veinte años
Que soy cantonera.—
Puso entr'ellas paz
Isabel de Vega:
Díceles: —Hermanas,
Cese esta pelea.—
Y ellas en aquesto,
Vínoles tormenta:
Llaman á San Telmo
Y á la Magdalena;
Hincan las rodillas,
Hincanlas en tierra,
Y promesa hacen
De tornarse buenas.
D'ellas mandan lino,
D'ellas mandan cera,
D'ellas ser casadas,
Y ninguna buena.

(*Comienza un razonamiento por coplas*, etc. Pliego suelto.)

[1] Parece que el autor se propuso hacer una reseña de las putas de una ciudad, que será Sevilla, donde presumo se imprimió este folleto.

1846.

ROMANCILLO EN LENGUA DE GERMANÍA, EN QUE UN RUFIAN DA CONSEJOS Á UNAS NIÑAS ANDARIEGAS [1].

(*Anónimo.*)

De las Nueve-Villas
Salieron dos niñas;
De Villalumbroso
Salieron dos mozas,

Con ellas un mozo.
—Andar, andar, las niñas,
Verédes las viñas:
Andar, corazon,
Veréis á Monzon;
Una legua tirada,
La venta derribada,
Tenderé mis redes,
Veréis á Parédes;
Luego á la bajada
Está Torquemada;
Por unas cuestas
Donde no habia breñas,
Verédes á Dueñas.
Cuatro leguas son
Dende á Cabezon.
Por unos pradales
Veréis á Cigáles;
Dos leguas de ahí
Es Valladolid.
Alzaréis la cara,
Veréis Santa Clara;
Luego á la otra mano
Veréis á San Pablo;
Por una calleja
La plazuela Vieja;
Y mas adelante,
La del Almirante;
Por unas calles llanas,
La de Cantaranas.
Tambien os diria
Luego la Platería;
Y mas arribilla
Es la Costanilla.
Luego allí está enfrente
Una linda fuente;
Luego allí á un pasillo
Veréis el corrillo;
Veréis la conseja
De la ropa vieja.
Luego á la bajada
Es la rinconada,
Donde tomaréis
Muy buena posada;
Luego á la mañana
Levantaros heis;
A la plaza iréis.
Allí las primeras
Son las pescaderas,
Las ensaladeras,
Y las tocineras,
Y las panaderas,
Y las pasteleras,
Juro á mi conciencia.
Luego está la Audiencia,
Donde los señores
Grandes y menores,
Y los cambiadores;
Luego allí está un hoyo,
Y por frente el rollo;
Luego allí á un tantico
Está San Francisco;
Luego á la otra mano,
La cal de Santiago;
Mas acullá, en cabo,
La puerta del Campo;
Y luego diria
La gran putería,
Donde tomaréis
Muy sendas casillas
Con que os remedieis
De saya y faldillas.
Andar, andar, niñas,
Andar, andare;
Y si estáis despacio
En este palacio,
Harémos la via
A otra putería,
Do por mi desec
Ya verlo queria.
Pasaréis primero
Un humilladero,
La fuente de Argales
Y los arenales.
Luego, allí frontero
La puente de Duero;
Y tras un tecillo
Es un montecillo;
Y veréis, mis niñas,
Las cuestas y viñas.
Pasaréis Adaja,
Qu'el camino ataja,
Y dos correndillas
Era Valdestillas,
Y no hay otra cosa
Hasta la Ventosa,
Que es tierra muy llana
Hasta Rodillana.
Quien allí camina
Va á dar á Medina;
En San Sebastian
Cesará su afan.
Es la puerta allí
De Valladolid,
Y llevaros he
Por Santo Tomé,
Y aun por Adajuela,
Con su pontezuela;
De allí á la cuadra,
Dond'el perro ladra,
Es derecha via
La Zapatería.
Está San Miguel
Junto á Zapatardiel:
Seros ha notorio
El gran consistorio
De los regidores,
Justicia y señores:
Todos en cuadrilla
Gobiernan la villa.
Luego encontinente
Pasaréis la puente,
Y á un paso de grua
Tomaréis la rua;
Pero en esta calle
No es razon que calle
Que hay mil ejercicios
De dos mil oficios.
Veréis los traperos,
Sastres, calceteros,
Y los tondidores,
Y los corredores,
Arcas de escribanos,
No se da de manos,
Y veréis los cambios,
Cambios y recambios,
Y el Rollo y Alberca,
La noria con cerca.
Es grande alegría
Ver la joyería
Y la mercería
Y la librería,
Con la lencería,
La tienda gentil,
Qu'es del alguacil,
Y el reloj armado
De Sant Antolin.
Y luego, á man drecha,
Una calle estrecha,
Y por allí van
Luego á Sant Julian:
Desde allí, á la escuela
De corral de bueyes,
Donde danzarémos
Como sendos reyes.
Pasada la escuela,
Veréis la plazuela
De Cal de Salinas,
Con sus pelegrinas.
Allí hallaréis
Mas de cien vecinas;
Allí, á mi ver,
Tomaréis dos casas
A vuestro placer.
Mas guardáos de amores,
Que hay dos mil traidores;
No os tomen la pella,
Y el hato con ella,
Y jueguen de baque
Con el cuchiclaque.
Pícanse de garlo [2],
Mas yo los entrujo
Por vida de Carlo.
Mas, si me creeis,
Quizá ganaréis,
Con burlas y engaños,
Mas que con mil años
Que allí trabajeis.
La cara amorosa
Y ojo en la follosa [3],
Y al desgranadero
La mano al esquero;
Que si son gullotes [4]
No sentirán nada,
Aunque con setenas
Paguen la posada.
Si son mercaderes,
Dalles mil placeres;
Qu'estos tienen pelo
Para buen repelo.
Otros pelagallos [5]
Que tienen ya callos,
No burleis con ellos;
Mejor es dejallos.
—¡Oh rufo taimado,
Qué bien has hablado:
Respondió la niña
Del desorejado.
No en balde te veo,
Señal del rabeo [6],
Del asa [7] menguado,
Mizor [8] de la cerra
Del chanco estafado [9].
No me hayais por hija
Del que nos cobija,
Si en solo este invierno
Yo no te descuerno
Con buenas razones
Dos mil bobarrones,
Gayones [10] de villa,
Que sirven de cesta,
Sobaco, capilla,
Y á los piés y al soto,
Que yo afufaré
Andar entre rufos,
Andar, andaré.—
Y aquel mes de agosto
Su lucido rostro
Con otro confina.
Estando en Medina
Con dos compañeras
Blandas de molleras,
Y entre sus vecinas
En Cal de Salinas,
Las vi proveerse,
Hurtadas del rufo,
Solo por no verse
En tanta miseria,
Viendo qu'en la feria
Tan poco ganaron,
Porque no medraron
Para un par de piñas.
Ambas á dos niñas
En sendas faldetas,
Sin otro ventalle,
Bajan por la calle
Hechas un ovillo;

Van por el portillo
Qu'estaba en la cerca.
Para su viaje
Salen al desgaje,
Tristes y mal trechas,
Yéndose derechas:
En esta manera
Dejan la carrera
A la mano izquierda,
Y vuelven en cuerda,
Y entran de rondon,
Con trabajo harto,
A ganar cairon
A tarja y á cuarto.

(*Este es el consejo que dió un rufian*, etc. Pliego suelto.)

1 Este romancillo, compuesto sin órden ni cuidado, en rimas pareadas casi siempre, parece de una obra de aquellas que los ciegos y juglares componian sin mas medios que los de zurcir ideas ajenas que tomaban de otras composiciones que sabian de memoria. Es sin embargo curioso, porque puede considerarse como un itinerario desde Nueve-Villas á Valladolid; y una topografía de esta ciudad tal cual estaba en el tiempo que se hizo el romance.

2 *Picanse de garlo*. Picanse de hablar, de gastar palabras.

3 Ojo á la bolsa.

4 *Que si son guillotes*. Que si son torpes.

5 *Otros pelagallos*. Otros que son diestros.

6 *Señal de rabeo*. Señal de hombre que pertenece á las mancebias.

7 *Del asa menguado*. Desorejado de una oreja.

8 *Mizor de la cerra*. Zurdo de la mano.

9 *Del chanco estofado*. Chanco, es chapin. Estafa es la propina que da la puta al rufian, y aquí equivale el sentido del verso á decir que está pagado el rufian por la manceba.

10 *Gayones de villa*. Rufianes de villa.

1847.

(*De Don Luis de Góngora*.)

Noble desengaño,
Gracias doy al cielo
Que rompiste el lazo
Que me tenia preso.
Por tan gran milagro
Colgaré en tu templo
Las duras cadenas
De mis graves hierros;
Las fuertes coyundas
Y el yugo de acero,
Que con tu favor
Sacudí del cuello.
Las húmidas velas
Y los rotos remos
Que escapé del mar
Y colgué en tu templo,
Ya de tus paredes
Serán ornamento,
Gloria de tu nombre,
Y de amor descuento.
Así, pues que triunfas
Del rapaz arquero,
Tiren de tu carro
Y sean tus trofeos
Locas esperanzas,
Vanos pensamientos,
Pasos esparcidos,
Livianos deseos,
Rabiosos cuidados,
Ponzoñosos celos,
Infernales glorias,
Gloriosos infiernos.
Compónganle himnos,
Y digan los versos
Que libras cautivos
Y das vista á ciegos;
Y ante tu deidad
Se enciendan mil fuegos
Del sudor precioso
Del árbol sabeo.
Pero ¿quién me mete
En cosas de seso
Y en hablar de véras
En aqueste tiempo,
Donde el que mas trata
De burlas y juegos,
Es el que se viste
Mas á lo moderno?
Ingrata señora,
Desde tu aposento,
Mas dulce y sabrosa
Que nabo en adviento,
Aplícame un poco
El oido atento;
Que quiero hacer auto
De mis devaneos.
¡Qué de noches frias
Que me tuvo el hielo
Tal, que por esquina
Me juzgó tu perro;
Y alzando la pierna
Con gentil denuedo,
Me argentó de plata
Los zapatos nuevos!
¡Qué de noches de estas,
Señora, me acuerdo
Que, andando á buscar
Chinas por el suelo,
Para hacer la seña
Por el agujero,
Al tomar la china
Me ensucié los dedos!
¡Qué de dias anduve
Cargado de hierro,
Con harto trabajo,
Porque andaba enfermo!
Como estaba flaco,
Parecia cencerro,
Hierro por defuera,
Hueso por de dentro.
¡Qué de meses y años
Que viví muriendo
En la peña pobre
Sin ser Beltenébros!
Do me acaeció
Dos meses enteros
No comer sino uñas,
Haciendo sonetos.
¡Qué de necedades
Escribí en mil pliegos,
Que las ries tú agora,
Y yo las confieso,
Aunque las tuvimos
Ambos en un tiempo,
Yo por discreciones,
Y tú por requiebros!
¡Qué de medias noches
Canté en mi instrumento:
«Socorred, señora,
»Con agua mi fuego;»
Donde, aunque tú no
Socorriste luego,
Socorrió el vecino
Con un gran caldero!
Adios, mi señora;
Que ya me es tu gesto
Chimenea en verano,
Y nieve en invierno:
Ya el bazo me tienes
De guijarros lleno;
Que bastan y sobran
Seis años de necio.

(GÓNGORA, *Obras*.— It. *Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.— It. *Flor de varios y nuevos romances*.—It. *Romancero general*.)

1848.

(*De Don Luis de Góngora*.)

Trepan los jitanos,
Y bailan ellas:
«Otro nudo á la bolsa,
»Miéntras que trepan.»
Jitanos de corte,
Que sobre su rueda
Les mostró fortuna
A dar muchas vueltas;
Si en un costal otros
Han dado cien trepas,
En un zurron estos
Darán cuatrocientas.
Desvanecen hombres;
¿Mas quién hay que pueda,
Viendo andar de manos,
No dar de cabeza?
Y si nos dan brincos
De rubíes y perlas,
Otros como locos,
Tiran estas piedras.
«Otro nudo á la bolsa,
»Miéntras que trepan.»
Canta en vuestra esquina
Una cancion nueva
El paje con plumas,
Pájaro sin ellas,
Blando ruiseñor,
Qu'en noche serena
Dulce os adormece
Y dulce os recuerda;
Si su amo en tanto
Por hierros de reja
Que os suspende el quiebro,
La hija os requiebra,
D'este ruiseñor
Os guardad, que os echa
Como alano, el paje
Que os asga la oreja.
«Otro nudo á la bolsa,
»Miéntras que trepan.»
A vos canta el paje,
Buen viejo, que á ella
Letrillas de cambio
Le cantan terceras:
Que no hay pié de copla
De ningun poeta,
Como los de un banco,
Y mas si no quiebra.
N'os fieis del quicio,
Requerid la puerta;
Que, dada la uncion,
Sin habla os espera.
Bajad, si por dicha
No quereis que miéntras
Forma el paje puntos,
Meta el señor letra.
«Otro nudo á la bolsa,
»Miéntras que trepan.»
En Valladolid
No hay jitana bella
Que no haga mudanzas
Estándose queda.
El pié sobre el corcho,
¡Mirad qué firmeza!
Mueve con buen aire,
Mi honra y la vuestra.
Al son del pandero,
Que á su gusto suena,

Deshace cruzados,
Qu'es buena moneda,
Y al conde mas rico
Que baila con ella,
Conde de jitanos
Desnudo le deja.
«Otro nudo á la bolsa,
»Miéntras que trepan.»
Mirau de la mano
La palma que lleva
Dátiles de oro:
La que no, no es buena.
De las vidas hacen
Cabes de á paleta,
Que pasan las rayas
Hasta la muñeca.
Estrellas os hallan;
Que mujeres d'estas
En medio del dia
Hacen ver estrellas.
Búscanos el aspa;
Mas, segun dan vueltas,
Antes hallarán
Las devanaderas.
«Otro nudo á la bolsa,
»Miéntras que trepan.»
Sobre cuatro palmos
De una vara estrecha
Hace el mercader
Cien mil lijerezas:
Vuela por el mundo
La pluma en la oreja,
Dando extraños saltos
De una en otra feria,
Sin temer caida,
Porque sobre seda
Caidas de gato
Nunca dieron pena.
Fardos á Logroño
Se cargan apriesa;
Que para trepar
S'escombra la tienda.
«Otro nudo á la bolsa,
»Miéntras que trepan.»

(GÓNGORA, *Obras*.— Pt. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*.)

1849.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Erase una vieja
De gloriosa fama,
Amiga de niñas,
De niñas que labran.
Para su contento
Alquiló una casa
Donde sus vecinas
Hagan sus coladas.
Con la sed de amor
Corren á la balsa
Cien mil sabandijas
De natura varia,
A que con sus manos,
Pues tiene tal gracia
Como el unicornio,
Bendiga las aguas.
Tambien acudia
La viuda honrada,
Del muerto marido
Sintiendo la falta,
Con tan grande extremo,
Que allí se juntaban
A llorar por él
Lágrimas cansadas.

(GÓNGORA, *Obras*.)

1850.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Hermana Marica,
Mañana, que es fiesta,
No irás tú á la amiga
Ni yo iré á la escuela:
Pondráute el corpiño
Y la saya buena;
Cabezon labrado,
Toca y albanega,
Y á mi me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Calza de estameña;
Y si hace bueno,
Traeré la montera
Que me dió la pascua
Mi señora abuela,
Y el estadal rojo
Con lo que le cuelga,
Que trajo el vecino
Cuando fué á la feria.
Irémos á misa;
Verémos la iglesia:
Daráuos un cuarto
Mi tia la ollera;
Compraremos dél,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda,
Y en la tardecica,
En nuestra plazuela
Jugaré yo al toro,
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Madalena,
Y las dos primillas
Marica y la Tuerta;
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás, tanto dello,
Bailar en la puerta,
Y al son del adufe
Cantará Andregüela:
«No me aprovecharon,
»Mi madre, las yerbas.»
Y yo de papel
Haré una librea
Teñida con moras
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almenas:
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo
Que acullá en la huerta
Anaranjeamos
Las carnestolendas;
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas;
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamacil,
Dos hilos por riendas,
Y entraré en la calle
Haciendo corvetas,
Yo y otros del barrio,
Que son mas de treinta:
Jugarémos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola, la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca;
Porque algunas veces
Hacemos yo y ellas
Mil bellaquerías
Detras de la puerta.

(GÓNGORA, *Obras de*.)

1851.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Hanme dicho, hermanas,
Que teneis cosquillas
De ver al que hizo
A hermana Marica.
Porque no os movais,
El mesmo os envia
De su misma mano
Su persona misma:
Digo su aguileña
Filomocosía,
Ya que no pintada,
Al ménos escrita,
Y su condicion,
Que es tan peregrina
Como cuantas vienen
De Francia á Galicia.
Cuanto á lo primero,
Es su señoría
Un bendito zote
De muy buena vida,
Que come á las diez
Y cena de dia,
Que duerme en mullido
Y bebe con guindas.
En los años mozo,
Viejo en las desdichas,
Abierto de sienes,
Cerrado de encías;
No es grande de cuerpo,
Pero bien podria
De cualquier higuera
Alcanzaros higas;
La cabeza al uso,
Muy bien repartida,
El cogote atras,
La corona encima,
La frente espaciosa,
Escombrada y limpia,
Aunque con rincones,
Cual plaza de villa;
Las cejas en arco,
Como ballestillas
De sangrar á aquellos
Que con el pié firman;
Los ojos son grandes,
Y mayor la vista,
Pues conoce un gallo
Entre cien gallinas;
La nariz es corva,
Tal, que bien podria
Servir de alquitara
En una botica;
La boca no es buena,
Pero á mediodia
Le da ella mas gusto
Que la de su ninfa;
La barba, ni corta
Ni mucho crecida,
Porque así se ahorra
Cuellos de camisa:
Fué un tiempo castaña,
Pero ya es morcilla:
Volveránla peñas
En rucia ó tordilla;
Los hombros y espaldas
Son tales, que habria,
A ser él San Blas,
Para mil reliquias.
Lo demas, señoras,

Que el manteo cobija,
Parte son visiones,
Parte maravillas.
Sé decir al ménos
Que en sus niñerías
Ni pide á vecinos
Ni falta á vecinas.
De su condicion
Deciros podria,
Como quien la tiene
Tan bien conocida,
Que él es mozo alegre,
Aunque su alegría
Paga mil pensiones
A la melarquía.
Es de tal humor,
Que en salud se cria
Muy sano, aunque no
De los de Castilla;
Es mancebo rico
Desde las mantillas,
Pues tiene, ademas
De una sacristía,
Barcos en la sierra,
Y en el rio viñas;
Molinos de aceite,
Que hacen harina,
Y un jardin de flores,
Y una muy gran silva
De varia leccion,
Adonde se crian
Arboles que llevan,
Despues de vendimias,
A poder de estiércol,
Pasas de lejía.
Es enamorado
Tan en demasía,
Que es un mazacote...
Que diga, un Macías,
Aunque no se muere
Por aquestas niñas
Que quieren con presa
Y piden con pinta:
Dales un botin,
Dos octavas rimas,
Tres sortijas negras,
Cuatro clavellinas;
Y á las damiselas
Mas graves y ricas,
Costosos regalos,
Joyas peregrinas;
Porque para ellas
Trae cuanto de Indias
Guardan en sus senos
Lisboa y Sevilla.
Tráeles de las huertas
Regalos de Lima,
Y de los arroyos
Joyas de la China.
Tampoco es amigo
De andar por esquiuas,
Vestido de acero
Como de palmilla;
Porque para él
Al Ave-María
Y al cuarto del alba,
Anda la estantigua;
Y porque á su abuela
Oyó que tenian
Los de su linaje
No mas de una vida.
Así desde entónces
La conserva y mira
Mejor que oro en paño
O pera en almíbar.
No es de los curiosos,
A quien califican
Papeles de nuevas
De estado ó milicia,
Porque son, y es cierto,
Que el Bernia lo afirma,
Hermanas de leche
Nuevas y mentiras.
No le quita el sueño
Que de la Turquía
Mil leños esconda
El mar de Sicilia;
El que el inglés baje
Hácia nuestras islas,
Solo por dar gusto
A la que le envia.
Es su reverencia
Un gran canonista;
Porque en Salamanca
Oyó teología,
Sin perder mañana
Su licion de prima,
Y al anochecer,
Licion de sobrina.
Y así es desde entónces
Persona entendida,
Si á su oido tañen
Una chirimía.
De las demas lenguas
Es gran humanista;
Señor de la griega,
Como de la Escita,
Tiene por mas suya
La lengua latina,
Que los alemanes
La persa ó egipcia;
Habla la toscana
Con tal policía,
Que quien lo oye, dice
Que nació en Coimbra;
Y en la portuguesa
Es tal, que dirian
Que mamó en Logroño
Leche de borricas.
De la cosmografía
Pasó pocas millas,
Porque oyó al Infante
Las Siete Partidas;
Y así entiende el mapa
Y de sus medidas,
Lo que el mapa entiende
Del mal de la orina.
Sabe que en los Alpes
Es la nieve fria,
Y caliente el fuego
En las Filipinas;
Que nació Zamora
De Duero en la orilla,
Y que es natural
Búrgos de Castilla;
Que desde la Mancha
Llegan á Medina
Mas tarde los hombres
Que las golondrinas.
Es hombre que gasta
En astrología
Toda su pobreza
Con su picardía:
Tiene su astrolabio
Con sus baratijas,
Su compas y globo,
Que pesan diez libras;
Conoce muy bien
Las siete cabrillas,
La bocina, el carro
Y las tres Marías;
Sabe alzar figura,
Si halla por dicha
O rey ó caballo,
O sota caida;
Es fiero poeta,
Si le hay en la Libia,
Y cuando le toma
Su mal de poesía,
Hace verso suelto
Con Alejandría,
Y con algarrobas
Hace redondillas;
Compone romances
Que cantan y estiman
Los que cardan paños
Y ovejas esquilan;
Y hace canciones
Para su enemiga,
Que de todo el mundo
Son bien recibidas,
Pues en sus rebatos
Todo el mundo limpia
Con ellas de ingleses
A Fuenterrabía.
Finalmente él es,
Señorazas mias,
El que dos mil veces
Os pide y suplica
Que con los gorriones
De las plumas ricas
Os hagais gorronas
Y os mostreis arpías;
Que no sepulteis
El gusto en capillas,
Y que á los bonetes
Querais las bonitas.

(Góngora, *Obras de.* — It. *Romancero general.*)

1852.

(*De Juan de Salinas*)

La del escribano,
La recien casada
Con el francesillo
De la cuchillada;
La que tiene al rio
Vista y puerta falsa,
Para ser tan moza,
No es del todo sana.
Como paño malo
Descubrió la hilaza,
Y en materia de esto
Lindos cuentos pasan.
Al marido ayuda
A llevar la carga,
Y los aranceles
Tiene ya en estampa.
El corta las plumas,
Y ella las arranca
A los pajarillos
Que en su red enlaza.
El cuelga la fiesta
Su tintero y cajas,
Y ella da madera
De la que se labra.
Hace él tinta fina
Que gastar en casa,
Y ella en su escritorio
De la ajena gasta.
El da fe de todo,
Y ella da esperanzas
A los pisaverdes
Que le dan la caza.
Toma él confesiones,
Y ella las dilata,
Aunque dé mil vueltas
La semana santa.
El hace preguntas
A los que declaran,
Y ella da respuestas,
Y ninguna mala.
El da testimonios,
Y ella los levanta
A la vecindad,

Por cubrir sus faltas.
El se va á juicio
A seguir sus causas,
Y ella, fuera de él,
Da al marido hartas.
Hace él testamentos
Y testigos llama,
Y ella, aunque sin ellos,
Cumple bien sus mandas.
El renuncia leyes
Que en el caso hablan,
Y ella se somete
A las que le agradan.
El hace contratos
Con firmezas bravas,
Y ella tiene tratos
Llenos de mudanzas.
Toma él juramentos,
Y ella los quebranta,
Si juró algun dia
De no ser bellaca.
El protesta costas
Y niega demandas,
Y ella las concede
A los que las pagan.
El, ántes que firme,
Los errores salva,
Y ella con los suyos
Condena mil almas.
Con la del violero
Que vive de cara
Comunica mucho,
Y son como hermanas.
Esta es de la vida,
Y tambien muchacha,
Y con su marido
Encuerda guitarras.
El busca las primas
Frescas de Alemania,
Y ella las terceras
De la tierra y rancias.
El mira las cuerdas
Que solas dos hagan,
Y ella por no serlo
Hace las que bastan,
Y otras mil cosillas
Que el hombre se calla,
Por tener presente
La amistad pasada.
Otro la celebre
Como á la escribana,
Hasta hacer entre ellas
La traviesa pata.

(*Códice de poesías de Salinas*, siglo XVII.
—It. *Romancero general.*)

1853.

(*Anónimo.*)

Hermano Perico,
Que estás á la puerta
Con camisa limpia
Y montera nueva,
Sayo alagartado,
Jubon de las fiestas,
Zapatos de dura,
De lazos y orejas;
Calzas atacadas
De gamuza, y medias
De color de vayo
Con sus rodilleras:
Mi hermano Bartolo
Se va á Ingalaterra
A matar al Draque
Y á prender la reina,
Y á los luteranos
De la Bandomesa:
Tiene de traerme
A mí de la guerra
Un luteranico
Con una cadena;
Y una luterana
A señora agüela.
Vámonos yo y tú
Para la azotea:
Desde allí verémos
A las lejas tierras,
Los montes y valles,
Los campos y sierras;
Mas, si allá nos vamos,
Diré una conseja
De la blanca niña
Que tomó la griega.
Yo tengo una poca
De miel y manteca;
Turron de Alicante
Y una piña nueva,
Harémos de todo
Cochaboda y buena.
—Dorotea, vamos
A pasar la siesta,
Y allá jugarémos
Donde no nos vean:
Harás tú la niña,
Y yo la maestra;
Veré tu dechado,
Labor y tarea;
Haré lo que suele
Hacer la maestra
Con la mala niña
Que su labor yerra.
Tengo yo un cochito
Con sus cuatro ruedas,
En que tú rodando
Lleves tus muñecas;
Un peso de limas,
Hecho de dos medias,
Y un corre-verás
Que compré en la feria.
Cuando yo sea grande,
Señá Dorotea,
Tendré un caballito,
Daré mil carreras;
Tú saldrás á verme
Por entre las rejas,
Y nos casarémos,
Y habrá boda y fiesta.—

(*Flor de romances*, 1.ª y 2.ª parte.—
It. *Flor de varios y nuevos romances.*
—It. *Romancero general.*)

1854.

(*Anónimo.*)

—Deja ya el mandil
Y arrima la escoba,
Dijo á Costancilla
Una setentona:
La saya de frisa
Mugrienta y jugosa
La gasten gallegas
Carichatas, romas.
¿Tu rostro por dicha,
Porquezuela tonta,
Sabes lo que vale,
Rapaza mocosa?
Por mi santiguada,
Si mi acuerdo tomas,
Mas sedas arrastres
Que quince señoras.
Vente tú conmigo;
Que si aquestas tocas
Dan en cobijarte,
Tendrás buena sombra;
Yo haré con ellas
De gente mas copla,
Que doce banderas
Con sus cajas roncas.
Irnos hemos juntas
A una y otra boda;
Tañerás sonajas,
Bailarás chacona;
Vendrá el tañedor,
Y por poca cosa
Te hará mudanzas
Que te tornen loca.
Oirémos comedias,
Que es gustosa cosa,
Do habrá colaciones,
Y andará la loza.
Saldrémos de mayo
Las mañanas todas,
Del campo al rocío,
Que alegra y engorda;
Irá la cestilla
Con tocino y bota;
Que si bien lo miras,
Esto es lo que importa.
Durante el comer
Estarémos solas,
Que en esto, testigos
Es pesada cosa:
Cuentan los bocados,
Si bebeis os notan,
Y al fin su presencia
El almuerzo apoca.
Despues nos vendrémos,
Costanza, á la olla,
Que las guiso yo
Cual verás, cachorra.
Dormirás tras esto
La siesta dos horas,
Y yo velaré;
Que así se negocia.
Irémos de noche
Hechas viltrotonas;
Darnos han confites,
Manjar blanco, aloja;
Traerémos regalos,
Dineros en bolsa,
Y alguien de camino,
Porque no estés sola.
¡Gran cosa es oficio,
Que de gente ociosa
No se espera al fin
Sino hambre odiosa!
Por no estar mirando
Si está la señora,
Con sus melarquías,
Si vela ó reposa,
Siempre procuré
Con mi industria corta
Ganar un real
Con recato y honra.
No soy á la fe
Como otras guitonas,
Que de casa en casa
Se van á la sopa.
Un palmo de cara
Que le miren todas,
Sin que nadie diga
Lo que dicen de otras.

(*Romancero general.*)

1855.

(*Anónimo.*)

Mañana domingo,
A fe que yo vaya,
Señor Juan, á ver
La igreja galana;
Que ya dijo padre
Que fuese mañana
A bailar la fiesta

Con los que allá bailan.
Tú el atabalillo
Lleva y las sonajas;
Yo mi guitarrilla
Llevaré templada.
Díjome mi madre
Que á la Igreja vaya
Galan y polido,
Lavada la cara;
Porque come el coco
Niños y muchachas
Que van á la Igreja
Sucios y con manchas.
Verémos á Dios;
Que dijo el que canta
Mañana en la misa,
Que del cielo baja.

(*Romancero general.*)

1856.

(*Anónimo.*)

Hija Marigüela,
Estos mozalbillos,
Si de ellos te pagas,
Yo te pronostico
Hambre y desventura,
Desnudez y frio,
Y otras mil miserias
Que agora no digo.
De lo que estos sirven
Es, de que en cabildo
Se sepa mañana
Lo que anoche se hizo.
No echarán un cuarto,
Aunque dén cien brincos
Para ir á la plaza:
¡Mira bien qué aliño!
De hombres de palacio
Que huyas te aviso;
Que á tinelo huelen
Desde el grande al chico.
Todo se les va
En andar pulidos;
Porque en las raciones
Echan mil subsidios.
Guarte de estudiantes,
Que son todo pico,
Y hasta hoy ninguno
Hemos visto alnto.
Tambien de poetas,
Cual del malo mismo;
Que son todos pobres
Y desvanecidos,
Y con un soneto
Piensan que han cumplido,
Si ya no te piden,
De hambre transidos.
Diránte del Bembo
Seis conceptos ricos,
Y de Garcilaso
Mil versos divinos.
Tienen al Petrarca
En la mente escrito:
¡Mira tú qué olla
Hará este tocino!
Pues de los soldados
Harto te he ya dicho,
Y si no, en mi cara
Lo verás escrito,
Donde manifiestan
Estos rasguñillos
Su término y pagas
Cuáles son y han sido.
Todo lo he probado,
Sea Dios bendito;
No hay suerte ni estado
Que no haya corrido;
Hablo de experiencia
Mas que no de vicio:
No aguardes que el tiempo
Haga cual conmigo.
Siempre me agradó
Quien del esportillo
Sabe las costumbres,
Que estos son los lindos;
Que la saya y ropa,
El manto y corpiños
Renueven sin tiempo
Casi en sus principios,
Y que el alquiler
Tengan por escrito,
Para que el casero
No sea prolijo:
Hombres personudos,
Gordos y rollizos,
De anchas pantorrillas
Y tozuelos lisos,
De cuarenta arriba,
Con muchos anillos,
No muy bachilleres,
Tiesos y engreidos.
Da tú al diablo hombre,
Que verás mil ninfos
Con unas cinturas
Que parecen micos;
Que con limas dulces
Y seis confititos
Y un búcaro de agua
Pasan un estío;
Y si los convidan,
Veinte cigoñinos
No engullen mas que ellos,
Ni con mas ahinco.
Ten de mercaderes
Siempre cuenta en libro,
Do no esté tu nombre,
Por quitar de ruidos.
Cuando á costa ajena,
Mete á dos carrillos,
Que no sabes cuándo
Volverás á henchirlos.
Ten quedas las manos
Y rienda en el pico;
Que mala respuesta
Aguarda el mal dicho.
Con gente de Jauja
Conversa poquito;
Que no da provecho
Y meten ruido.
Nunca de *haré*
Pagues tus oidos;
Que es una moneda
Que gastan perdidos.
De estos hay mil francos;
Pero yo te aviso
Que es mejor un *toma*
Que dos prometidos.
El real en la tierra
Es el buen amigo,
Y si no, en faltando
Mira cuál va el rio.
Harto me parece,
Hija, que te he dicho,
Con lo que tú sabes,
Que has de mí aprendido.
Si quedares necia,
No culpes tu signo;
Que el maestro tiempo
No admite arrepisos.
Nunca vi discreto
Del tiempo ofendido;
Porque al fin le estima
Como don divino.
Mata ya por ti;
Que setenta y cinco
Traigo so las tocas
Y algunos que siso;
Y ya que riquezas
Darte no he podido,
Consejos te dejo,
Dones muy mas ricos.
Empinó tras esto
Un jarro de pico
Y una calabaza
De hasta tres cuartillos;
Abrazó á la niña
Tras estos suspiros,
Y acabó diciendo
Que lo dicho dicho.

(*Romancero general.*)

1857.

(*Anónimo.*)

Hermana Juliana,
Entremos en cuentas:
Dime, ¿quién te dió
Esa saya nueva?
Que si ayer andabas
Las carnes de fuera,
En tan poco espacio
No se adquieren prendas.
Tú no juegas dados,
Parar, ni carrera,
Para que digamos
Que ganaste hacienda.
Tienes gargantillas,
Cintas y agujetas,
Guantes de polvillo,
Valon y arandela.
Di, ¿quién de fregona
Te hizo callejera?
Quién te puso en toldo?
Quién te dió chinelas?
Las de toldo y rumbo
En aquestas ferias
No ganarán mucho,
Si hay tantas rameras:
Abarata el pan
Si hay mucho en la tierra,
Y en lo mas barato
La gente se ceba.
Digo que estás linda;
Mas recelo aun huelas
Al sucio estropajo
Con que siempre friegas.
¡Tú toca, Juanilla!
¡Tú sortijas puestas!
¿Tú te pones blanco?
¿Con color te afeitas?
Pues á fe que tienes,
Si anda bien la cuenta,
Encima de ti
Una cuarentena.
No sé qué te han visto,
Que no eres Lucrecia,
Mas eres Medusa,
O astuta Medea.
¡Maldito sea el gusto
Que á ti se sujeta!
Mas al fin en gustos
Hay mil diferencias.
Baja un poco el toldo:
Gravedad afuera,
Que para conmigo
Seras la que eras.
A quien no conoce
Tus infames prendas,
Te haz Penelope,
O casta Minerva.
Déjate de cuentos,
Afable te muestra,
Que el mudar de estado
No es razon te vuelva.

Nunca estás en casa,
Mil calles paseas,
Poniéndote, Juana,
Casi en almoneda;
Mas pues no respondes
A tantas arengas,
Doyte por culpada,
Que quien calla acepta.

(*Romancero general.*)

1858.

(*Anónimo.*)

Ya, señora mia,
Voy dando en la cuenta
De tus embelecos
Y de mis quimeras:
Tus hechizos ya
Me dan poca pena,
Por que sus efectos
Perdieron la fuerza;
Ya las cataratas,
Que los ojos ciegan
Del entendimiento,
Batió la experiencia:
Ya veo claro el sol,
Claras las estrellas,
Y de blanco á negro
Lo que se atraviesa;
Ya me dejan ver
Distintas y exentas
Todas las especies
Y sus diferencias.
Bastan ya las burlas,
Hablemos de véras,
Que el tiempo, aunque calla,
Secretos revela.
Alas tiene el tiempo,
Aunque trae muletas:
Viene poco á poco,
Y pásase apriesa.
Es caduco y vario,
Y con apariencias
Falsas nos engaña,
Pásase y nos deja.
Las faltas descubre
Que tuvo encubiertas
Con mucho artificio
La naturaleza;
Dice las verdades,
Aunque amargas sean,
Que como á sus hijas
Cosa no les niega;
Y aunque disimula
Con fingidas muestras,
Jamas hace cosa
Que tenga secreta.
Y así, pues te avisan
Como centinelas
Esas hebras de oro,
Que en plata se truecan,
Y la tez hermosa
De la frente deja
Ya el lucido ornato
Y arrugas enseña;
Y que ya mañana,
Por lo que se muestra,
Se irán esparciendo
Del coral las perlas;
Y que tus mejillas
Lucidas y tersas
El color despiden,
Se aflojan y encrespan;
Y aunque mas encubras
Con tizne las cejas,
Ya de muy traidas
Se te caen y pelan;
Los ojos hundidos,
La garganta seca,
Larga y arrugada,
Como de cigüeña;
Dientes descarnados,
La boca sin muelas,
Los cabellos blancos,
Siendo la piel negra;
Y que ya los años
Claro manifiestan
Que viven contigo
Mas de los cuarenta:
Deja ya las galas,
Mira que no asientan
Sobre tantos años
Bien tus arandelas.
Todas estas cosas
Arguyen sospecha,
Y el ver que los hombres
Te adoren y quieran;
Y como has gozado
Tan bien tus madejas,
Todo el mundo dice
Que eres hechicera.
Entiéndete ya,
Deja el mundo, y deja
Lo que es suyo al tiempo
Y no seas incrédula;
Que si tus hechizos,
Como á mí, amartelan
A los demas hombres,
Te tendrán por Dea:
Pensarán que eres
Niña que comienza
A venir al mundo
En la edad primera;
Venderáste á todos
Quizá por ternera,
Y de puro dura
No hay quien te acometa;
Juzgaránte hermosa,
Hallaránte fea
Los que como yo
Sin pasion te vean.
No juegues de dama,
Juega ya otra pieza,
Que te darán mate
Si no estás cubierta;
Y si te descubres
Te verán la treta,
Y al lance primero
Perderás tu hacienda.
Ya sabes que suelen,
A las que se precian
De engañar el mundo,
Dalles mala estrena.
Tú procura, amiga,
Que ello no se sepa,
Si no quieres nabos
Para una cuaresma.
Guárdate no hagan
(Lo que Dios no quiera)
Contigo los niños
Sus carnestolendas;
Pero no harán,
Que eres embustera,
Y con tus embustes
A las gentes ciegas.
Dirás por ventura
Que quien te aconseja,
De picado ahora,
De ti vitupera;
Y que, cual la zorra
Que las uvas deja
Por estar muy altas
Sin poder comellas,
Mirándolas dice,
Como quien desdeña:
—Nada se me da,
Que no están perfectas.—
Mas conmigo excede,
Señora, esa regla,
Pues pude, si quise,
Comer aunque acedas.
Sé que me tuviste
Tan ciego, que apénas
Viera una montaña
Si tú no quisieras.
Todas las mujeres
Ante tu presencia
Eran á mis ojos
Cual la noche feas;
Pero ya se han vuelto
En su propia esencia
Las sombras de Circe,
Y lo que son muestran:
Ya, cual te he pintado,
Te ven y contemplan
Sin pasion mis ojos,
Porque estoy sin ella;
Y si acaso agora
Que la tengo piensas,
Mírate á un espejo,
Pues eres discreta,
Que allí verás claro,
Si ya no estás ciega,
Que yo no lo estoy,
Ni tú eres mozuela.
Si es fea en extremo,
En extremo es necia
La mujer que faltas
Tiene y las confiesa.
Sé que sabes mucho;
No es mucho que sepas,
Que á todas las cosas
Vence la experiencia;
Y pues tanto sabes,
Aunque faltas tengas,
Disimula y calla,
Que esto es de discretas;
Que yo ya he cumplido
Con lo que en conciencia
Estaba obligado
En esta materia.
Sírvate de aviso,
Y si no escarmientas,
Y algo te sucede,
No va por mi cuenta.

(*Romancero general.*)

1859.

(*Anónimo.*)

Mis melancolías
Han llegado á tanto,
Que me tienen tonto
Habrá mas de un año.
Reviento de triste,
De alegre me extraño,
De solo me pierdo,
De ofendido callo:
Muestro en mi color
Verdinegro y pardo
Esperanzas muertas
Y vivos trabajos;
Duéleme la vida,
Y aunque mas me guardo,
Todo me da en ella
Como en dedo malo.
Dicen los doctores
Que me cure el bazo,
Patio de mi pecho
Frio y empedrado;
Y no consideran
Estos Esculapios
Que del gusto muerto
Nacen mil desmayos.
Diéranmo contento,

Y yo diera un brazo
Si brasil no fuera
Mi nogal tiznado.
Mienten de las yerbas
Las zumos amargos,
Flores y raíces
De los Indios campos;
La preciosa uña,
Los bezares caros,
Las esencias quintas,
El devoto ensalmo;
Que el placer segundo
Saludable baño
Es de nuestras vidas,
Jordan soberano.
Es fuego en que el fénix
Del bien que gozámos,
Si caduco muere,
Renace gallardo.
¡Dichoso el humilde
Que tiene en las manos
Negro pan seguro,
Sabroso y barato!
Que este, sin vajilla,
Sin manjares varios,
Sin aloques rubios,
Sin añejos blancos,
En su pecho libre
Contempla el espacio
Donde la alegría
Obra sus milagros,
Olvida cautelas,
Sabe desengaños,
Destreza de cuerdos
Y ciencia de sabios;
No vive de priesa,
No pena despacio,
No pretende indigno,
No ruega culpado.
Los que pretendemos,
Siempre deseamos,
Y donde hay deseos,
Nunca hubo descanso.
¡Mas qué llora-duelos
Estoy, aunque canto!
Mudemos de tema,
Riamos un rato.
En cuanto predico,
El rapaz bastardo
De la fácil Vénus
Me barrena el casco.
Sirvo á una Belerma,
De cuyos salarios
Yo soy el quejoso,
Otros los pagados.
Quiéreme á lo flojo,
Háblame á lo falso,
Respondo á lo simple,
Siento á lo talmado.
¡Qué de veces tiemblo,
Qué de veces ardo,
Viendo mas visiones
Que en el yermo un santo!
¡En cuántos rincones
Me arrojan doblado,
Breve y compendioso
Si llaman abajo!
Mírанme terribles
Sus afortunados,
Si acaso es fortuna
Ser dichoso acaso.
¡Oh Mari-Castaña,
Cuyo tiempo sano
Tantos le reian,
Y le lloran tantos!
¿Dónde están tus Mengas?
¿Qué es de tus Pelayos,
Que fuéron en firmes
La peña de Martos?
Sus crenchas partidas,
Sus tocas á papos,
Sin altos copetes,
Sin respetos bajos;
Despues que tú faltas,
Caben en un saco
La puntosa honra
Y el provecho avaro
No hay verdad á vida,
Nadie habla claro,
Desengaños pueden,
Y matan engaños.
Vizcaya es el mundo,
Señor doctor Fabio:
Hierros y mas hierros
Son todos sus tratos.
Esta es de mis duelos
La razon que alcanzo,
Y las sinrazones
Que me tienen flaco.

(*Romancero general.*)

1860.

(*Anónimo.*)

A los boquirubios,
Damas de la villa,
Que yo en lo moreno
Parezco de tinta.
Cálome el sombrero,
Tengo falsa risa,
Palabras melosas
Y pecho de acíbar.
Dicen que me abraso,
Y son mis caricias
De gustos quemados
Heladas cenizas:
Entre graves yerros
A que amor me obliga,
Me dió el desengaño
Una sorda lima.
Cuando mas me prenden
Ojos ó mejillas,
Anochezco en llanto,
Y amanezco en risa.
Si llora mi dama,
En sus lagrimillas
Lavo mis deseos
Y mi fe se entibia;
Porque las mujeres
Llorando destilan
Flores de Medea,
Y de Circe espinas.
El aire inflamado
Que por mí suspira,
Quemando esperanzas,
Enciende malicias.
Mis ojos la llamo,
Llámame su vida,
Veo bien sin ella,
Y sin mí está viva.
No come ni cena
Por memorias mias,
Cuando almuerza carne,
O merienda anguilas.
Yo por sus desdenes
Me acuesto en camisa,
Y duermo de lado,
Y almuerzo salchichas.
Oid, amadores
Que tragais saliva
Por cualquier desprecio
De vuestras amigas,
Ya el amor no es ciego,
Que agujas enhila
Con anteojo de oro,
Gloria de su vista.
Sus hechizos fuertes
Son en nuestros dias
Hechizos pasteles
Y tortas hechizas.
En verano abanos,
Aire de la China,
Tafetan y raso,
Seda fresca y lisa;
Para invierno felpa,
Belludo y borrilla,
La ropa de hardas
O de cevellinas.
¡Milagro de precio,
Noble maravilla,
Que pellejas muertas
Calienten las vivas!
Bendito sea el tiempo
Que me echó de encima
Pesadumbres tantas,
Tantas carestías.
Sufridor me hice
De todas cosquillas,
Amador taimado,
Gallo con pepita.
Sé yo que á mi dama
Otro la convida,
Hago que no veo,
Cómo lo que envia;
No acuchillo á nadie,
Guarde Dios mi crisma:
Quien castiga colas,
Corcovos le tiran.
Galanes picados,
Buena es mi cartilla;
Respóndanme todos:
«Buena sea su vida.»
El que trata en celos
Su mercaduría,
De interes se come,
Que es de amor polilla.
A mí me han curado
Ciertas demasías;
Ya quiero á lo nuevo,
Doy por oro alquimia.
En aquella calle
Y en la otra esquina
Repartió sus postas
Mi caballeriza:
Si una está tomada,
Otra encuentro limpia;
Cuando Ines no puede,
Búscame Francisca.
Desde mi sotana
Sé que es cosa rica
Limpiar con mudanzas
Lágrimas fingidas.

(*Romancero general.*)

1861.

(*Anónimo.*)

Damas cortesanas,
Las que presumis
De rozar soplillo,
Chacona y chapin:
Si pasion no os ciega,
Por merced me oid,
Cantaré al son dulce
De mi menestril.
Ya habréis, mis señoras,
Oido decir
Que el mayor ladron
Predica al morir.
No es esto patraña,
Dígolo por mí,
Pues me desengaño
Con engaños mil.
Ya, señoras mias,
Se pasó el abril,

En que andaba tierno
Como otro Amadis;
Ya pasó aquel tiempo
Que solia dormir
Guardando una esquina
Hecho un alguacil:
Jugaba á primera,
Mas despues que vi
Que erais todas sotas
Descartéos de mí.
Pediaisme siempre,
Yo necio de mí
Partia la capa
Como San Martin.
¡Cuántas buenas noches
Dejaba el dormir
Por rondar la calle
De mi Aldonza Gil!
Llamaba á su puerta,
No me queria abrir,
Teniéndola abierta
Para otros cien mil.
Al fin ya cansado
De tanto sufrir,
Aunque fué muy tarde,
Mi mal conocí.
Sulcaba en borrasca,
Y el San Telmo vi
Saliendo á buen puerto
Con mi bergantin.
Ya no cojo flores
Como en otro abril,
Ni celos me quitan
El dulce dormir.
Ya no voy mirando
Lazos de chapin,
Porque algunas veces
Desde ellos caí;
Ya una fregoncilla,
Como un perejil,
Es de mis cuidados
Alivio sutil:
De noche á su puerta
Tango un matachin,
Y apénas le oye
Cuando sale á abrir;
Llévame á su cuarto,
Donde de un pernil
Corta rebanadas
A lo pastoril.
Aquesta es mi historia,
Como ahora lo oís,
Escrita por ruegos
De una fregatriz.

(*Romancero general.* — II. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

1862.

(*Anónimo.*)

Señora glotona
De las seguidillas,
La que siempre come
Y nunca se ahita;
Puerto donde surgen
De los chaconistas
Las cascadas naves
De sus pobres Indias;
Examinadora
De mudanzas primas
Que dicen vinieron
Del Cuzco y la China:
¡No sé cómo tiene
Piernas ni costillas,
Segun lo que baila
De noche y de dia!
¡Mire que á un resfrio
Quedará perdida,
Aguardando unciones
Y zarzaparrilla!
Sacará de aquí,
A ser adivina
Del instable tiempo,
Dignidad no chica;
Y tambien te aviso
Qu'en estando ansina
Habrá menester
Vela y escudilla,
Y que los bailones
Que la dieron prisa,
Darán en quitarle
La habla y la vista.
Mire su salud
Qu'es joya de estima,
Ya qu'el alma arroja
Para longanizas;
Que si el sol se pone
Y la sombra aguija
Y del bello rostro,
La tez se retira,
Dará en mandadera
O en barrer ermitas;
Que por lo que fué
Nadie se fatiga.
Plegue á Dios que aun siendo
Haya quien la diga:
—Róete ese hueso,
Qu'es hora mendiga.—
Yo sé mas de cuatro
Que pasan crujía
Y van á la sopa,
Que fuéron bonitas.
No fie del tiempo,
Qu'es vario y camina,
Y por montes de oro
No da un solo dia.
Es un viejo avaro,
Una sucia arpía,
Que de nuestras mesas
Roba las comidas:
Trastorna los siglos,
Lo fijo desquicia,
Y afea con surcos
Las tersas mejillas;
Vuelve en plata el oro
Que la cumbre cria;
Enturbia las perlas,
Y el coral marchita;
Engranda la boca
Y acorta la vista,
Y es d'el corazon
Ardiente polilla.
En cabeza ajena
Puede, por su vida,
Tomar escarmiento,
Que hay hartas rompidas.
No lo estime en poco,
Ni lo pase en risa,
Que su bien desea
Quien d'esto la avisa.

(*Romancero general.*)

1863.

(*Anónimo.*)

Guarte, Pabro hermano,
Dice Anton Callejo,
Mas que de los lobos,
Del amor artero:
Niño le aquillotran;
Pero te prometo
Qu'es mas viejo y cauto
Qu'el caduco tiempo.
Vendados los ojos...
Mas mejor ¡mal huego!
Que bien acertó
Con el palo tuerto
De su balleston,
En el soto viejo,
Al triste Llorente
Y á Mingo el cabrero,
Cuando los pellicos,
Sin romperles pelo,
Enteros quedaron,
Y él se entró allá dentro.
Amaga á la vista,
Y hiere en el pecho;
Como esgrimidor
Cauteloso y diestro,
Da en el corazon
Y acude al cerebro;
Con que á veces saca
Los sabios de acuerdo.
Es antojadizo,
Bullicioso, inquieto;
Quiere y aborrece
Todo en un momento;
Nunca saca prenda
Menor qu'el sosiego,
Qu'el rigor odioso
Diz que hue su abuelo.
A todos sujeta,
No hay ninguno exento,
Desde el mayoral
Hasta el zagalejo.
Dice el sacristan,
Qu'es leido en esto,
Qu'es este avechucho
De brasas y hielos;
Que duerme velando,
Los ojos abiertos,
Y que corazones
Atraganta á cientos;
Qu'es ladron de casa,
Foragido en yermo,
En la mar piloto,
Iris en el cielo;
Qu'en somo los reyes
Quillotra su cetro,
Y que tiembran todos
De un desnudo ciego;
Que de sus agravios
No hay decir: *apelo*,
Sin bajar el morro
Como putos negros;
Que levanta homildes,
Y homilla soberbios;
Que iguala los valles
Con los altos cerros;
Que callando habra
Mas que diez sin seso;
Que todo lo nota
Por entrar del vendo;
Y que de sus risas,
Pabro, nos guardemos,
Qu'está del gochillo
Aun no cuatro dedos.
De mí sé decirte
Qu'en oillo tiembro,
Que sus aquillotros
De lodo me han puesto.
Porqu'eres garzon,
Pabro, te aconsejo,
Que te guardes d'él
Cual del diabro mesmo.

(*Romancero general.*)

1864.

(*Anónimo.*)

Pues que ya, á Dios gracias,
Me veo, señora,
Libre de cautivo
Por su propia boca,

Y que decir puedo
Ya horro, Mahoma,
¡Ay libertad rica,
Con nada te compran!
¡Qué caro me cuestas!
Mas pues ya te goza
Mi alma contenta,
Viva desde agora.
Cantar quiero un rato
Pues lloré mil horas,
No historias funestas,
Ni guerras de Troya,
Ni el trono de Vénus,
Ni dorada concha
En que piensa verse
Esta mi señora,
Que con su hermosura
Vive tan oronda
Que piensa qu'el mundo
No tiene otra hermosa.
Aunque me ha traido
Como una pelota,
Si acaso hablare
La razon me sobra.
Escúcheme un rato,
Que aunque sea doña,
Yo tambien soy doño,
Y me he visto en honra.
Hágame saber,
Mi reina, una cosa:
Si lo que me quiso
Si fué de limosna,
Por verme que andaba
Picado de mosca,
Cual novillo en siesta
Buscando su sombra,
Que fué harto vana,
Como mala cosa,
Que desaparece
Cuando se le antoja.
Si es antojadiza,
Séalo en buen hora,
Que tambien á mí
Se me antoja otra;
Que no tengo chinches
Ni me canta potra;
Mas soy mozo recio,
Como ajo de Ronda:
Escupo á las vigas,
Y nada me estorba;
Soy acomodado
Para lo de agora;
Sé un poco de cuenta,
Y sepa, mi diosa,
Que ya m'es infierno
Lo que m'era gloria:
Ya tengo por bueno
Estarme en mi choza
Miéntras suda el cielo,
Que ruin se moja.
No quiero mas burlas,
Ni andar á deshora,
Ni que á cada paso
Me encuentre la ronda,
Que he andado molido
Como en atahona:
Vivir quiero á espacio,
Y no por la posta,
Que una abuela mia,
Que haya santa gloria,
Que murió pasante,
Como setentona,
Me dijo que habia
Una higa en Roma
Para quien la muerte
Por sus manos toma.
Entre otro danzante,
Mi señora hermosa,
Qu'en sede vacante
Haga cabriolas
Al son de sus celos
Y de su chacota,
Y de ir á la iglesia
De puro devota;
Mas á la verdad
Se halló en unas honras,
Y de puro honrada
Revienta de moza:
Y ansí lo confieso;
Pero no se esconda
Cuando fuera vaya,
Que da mala nota;
Que tengo tal viento
Que á tiro de honda
Saco, cuando quiero,
De rastro la cosa.
Soy tan malicioso,
Que si se me entona
El perjeño mio,
Y mi mal me toma,
No dormiré en cama,
Ni á la marquesota
Me haré la barba,
Aunque esté mohosa,
Hasta saber cierto
Esta qu'es y cosa,
Y por qué razon
De mí se remonta.
Pero quede en paz,
Que no quiero cosa
Con tanto alambique
Y tan á mi costa;
Que yo desde aquí
Me parto á las hondas
Del mar Océano
Tan solo á hacer coplas
Para las sirenas,
Que una d'estas mozas
Con el dios Neptuno
Dicen se desposa;
Y pues novedades
Agradan agora,
A ver cosas nuevas
Parto por la posta.

(*Romancero general.*)

1865.

(*Anónimo.*)

¡Ay amor, amor
Blando como angeo!
Maldigo tu nombre:
¡Mil veces, arreo!
Ya de tus blasones
No quiero el busqueo,
Ni ver que tu frente
Ciña mi trofeo.
Sepa todo el mundo
Cuál me vi y me veo,
Que con ser yo mismo
Apénas la creo;
Tus infiernos tuve
Por mi jubileo,
Y mi cielo inmóbil
Fué tu devaneo.
Templo de mi gloria
Era mi deseo
Donde se adoraba
Un monstruo muy feo;
Eran dulces aguas
Las de tu Leteo,
Tus cardos y abrojos
Verbena y poleo.
Llevabas mi alma
De botivoleo,
Y al son de tu gaita
Danzaba el guineo.
Sin ser cazador
Me traias á ojeo,
De quien fué Euridice
Cuando fui Orfeo.
En un tiempo fuiste
Otro mar Egeo,
Y yo de anegado
Fuí otro Teseo;
Con las alas de aire
Imité á Perseo
Volando mil veces
Sin el caduceo.
Erate amoroso,
Sangriento himeneo,
Y como la palma
Llano el Pirineo.
Ya desde esta torre,
Libre y suelto oteo
Tu engañoso ornato,
Y tu torpe aseo:
En tu amarga historia
Hallo, si la leo,
Que son tus favores
Los perros de Anteo.
De medir tus signos,
Amor, ya me apeo,
Que no quiero verme
En *Cáncer* ni *Leo*.
Por mi libertad
Desde hoy mas peleo,
Y verte reinando
Es lo que deseo.

(*Romancero general.*)

1866.

(*Anónimo.*)

A vosotras digo,
Las de mantellina,
Vuestro bueno canta
Mi mala bocina.
Descansen un poco
Las de seda fina;
Que al paño me acojo,
Que hace mala orilla.
Goce quien quisiere
Las argenterías,
Arandela y rizos,
Telas de la China;
Dén al pensamiento
Las alas que guian
A gozar del cielo,
Que arrogancias cria;
Tomen á su cargo,
Por favor que obliga,
Mostrarles el dedo
Por la celosía;
De palabras muertas
Hagan ellas vivas,
Que yo de sus hechos
Haré mis maquilas;
Sus torres fabriquen
Sobre arena fria,
Y el billete esperen
Que traerá mentiras;
Péguense de noche
A la dura esquina,
Como cedulon
De casa que alquilan;
Cárguense de acero,
Cuenten las cabrillas,
Velen al sereno
Sus damas dormidas;
De la Iglesia grande
Junten la capilla:
Cántenle canciones,
Endechas y liras:
Resistan al hielo
Los nuevos Macías,
Pierdan el color,

Sufran melarchías:
Dénles largamente
Lo que viene de Indias,
Y carguen de joyas
A las joyas lindas;
Que á mejor librar
Tenderán la vista
Sobre el necio amante
Cuando van á misa.
Mas tornando en mí,
¿Quién diablos me obliga
A decir de nadie,
Pues nadie me incita?
A mis viñas vuelvo,
Que es adonde cria
El pájaro grande
De mi fantasía.
Vivan mis fregonas,
Mis fregonas vivan,
Con sus papos de oro
Y sus cofias limpias.
Con ellas me entierren,
Que son sin malicia,
Y que nunca dicen
Palabras fingidas.
Con una palmada
Las tengo rendidas,
O con un requiebro
De entrañazas mias.
No les hago versos
Con filaterías;
Cuando mucho mucho,
Las canto folias.
Míranme en el baile
Todas á porfía;
Con todas me huelgo,
Todas me acarician.
Quien las llama broncas
Y que son esquivas,
No lo mira bien,
Harto mal lo mira,
Pues por su camino
Quieren ser traidas;
Y puestas en él,
¡A fe que caminan!
Cada año me entrego
A su cirugía
Para que me saquen
La manteca limpia:
Guárdosela toda
Para medicinas;
Que casi la tienen
Todas por reliquias.
No me piden nada;
Mas por hidalguía,
Cuando vienen ferias
Las compro cosillas.
Doyles alfileres
Y un par de sortijas,
Y algun espejuelo
De poca cuantía.
Ellas me agradecen
Estas niñerías,
Y me están sirviendo
De noche y de dia.
Siga quien quisiere
La volatería;
Que ya mis cañones
No son cual solian:
Entre estas se halla
Toda mi alegría,
Y el llorar con ellas
Es mejor que risa.
Nunca yo me aparte
De tal compañía:
Tan cerca me tengan
Como su camisa.

(*Romancero general.*)

1867.

(*Anónimo.*)

Pedro, el que vivia
En mas cautiverio
Que los monicongos
De virote al cuello,
Por la villa se anda
Horro, libre y suelto;
Que á quien ata amor
Le desata el tiempo.
Era Pedro antaño
Diligente y bueno:
Hacia por cuatro,
Comia por medio;
Mas ya perezoso
De alma y de cuerpo
Por sus libertades
Trocó su respeto.
Echóle su ama
De sus aposentos,
Porque á hurtadillas
Vendia sus huevos,
Y porque una noche
Echó sus gregüescos
Sobre las paredes
De la del herrero.
—Váyase, le dijo;
Que sus embelecos
Eran mis ardores,
Y ya son mis hielos.
¿Dígame, si manda,
Qué moros ha muerto
Sobre la conquista
De mi cautiverio?
¿Quién le presta toldo?
¿Quién le vende ceño?
¿Qué rey fué su padre?
¿Qué César su abuelo?
Tome allá sus cosas;
Que quien muda intento
No es razon que deje
Reliquias de cuerdo.
Busquen sus encajes
Otro almidon nuevo;
Quien le estraga el gusto,
Que entiese su cuello.
Allá darás, rayo,
Que no en mi centeno.—
Respondióla el mozo,
Rebelde y matrero:
—Alma de mis gustos,
Cuando yacen muertos
En la sepultura
De sus devaneos;
Abril, cuyas flores
Cogió mi descuerno
Para desengaño,
Herbolario y diestro:
No quiero servirla,
Que me voy á extremo
A vivir despacio
Y á ser mozo viejo.
Ya tomé el jarabe
De la flor del berro,
Contra la firmeza,
Qu'es de amor veneno.
Reniego yo d'ella,
Y tornéme siervo
De mis libertades
Soberano dueño.
Para sepultalla
En olvido eterno,
Entre cuero y carne
Su retrato llevo;
Si quisiere verse
Pintada en mi lienzo,
Abra bien los ojos,
Que ya le despliego.
Ella, aunqu'es hermosa,
Tiene malos léjos:
Mas quiero un presente,
Que pasados ciento;
Es su tierno llanto
Fuente de Juanelo,
Que á naturaleza
Desmiente el ingenio;
Sus abrazos caros,
Cuanto mas estrechos,
Prenden por costumbre,
No por sentimientos;
Son sus amadores
De ajedrez trebejos,
Que á un rey le da mate
Un peon pequeño;
Y ella, que es la dama,
Anda en este juego
Perdida en los blancos,
Ganada en los negros.
Su codicia es campo
De arena cubierto,
Que aunque llueva mucho
Está siempre seco.
Quien por junto paga,
Por junto sabemos
Qu'encumbra su valle
Y allana su cerro;
Quien va sobre tasa,
Como carnicero,
Si pierna le piden,
Les pesa brazuelo.
De pintar me canso;
Perdónenme aquellos
Que aguardando estaban
Su retrato entero.
Adios, que me mudo;
Señora, callemos;
Que si mucho dije,
Mucho mas me ha hecho.

(*Flor de romances*, 4.ª y 5.ª parte.—II. *Romancero general.*)

1868.

(*Anónimo.*)

Mudanzas del tiempo
Y glorias caducas
En mis claros dias
Me han dejado á escuras;
Nublosos cuidados,
Que gustos enturbian,
Tendieron el velo
De tristezas muchas.
Quedó escuro todo,
Y yo hecho lechuza,
De la luz me guardo
Que no me descubra.
A lo hipocriton,
Desde esta mi funda
Saco la cabeza
Como la tortuga;
Miro si me ven,
Oigo si me escuchan,
A tiento me muevo,
Por andar en duda.
Ya no me conozco
Despues qu'entré en muda;
Que nuevos estados
A cualquiera mudan.
La pesada piedra
Del cuidado empuña
Mi alma entre sueños,
En pié como grulla.
Ya no, cual solia,
Suena mi bandurria,
Que la ensordecieron
Del gran Tajo azúdas.

De los ojos mios
Vierto las alcuzas,
Por memorias tristes
Qu'el alma m'estrujan.
Muerto ando debajo
Del paño de tumba
Que limpia las calles
Que aquí me embadurnan.
El cuello metido,
Por cortar las uñas,
Sombrero de borlas,
Muy alto, á lo cura;
Rapado por fuerza,
Sujeto á la tunda,
Como si yo fuera
De los de la chusma;
Mis lienzos tendidos,
Cual los de la viuda;
Sobre mi sotana
Puesta su blancura;
Hecho sacristan,
Cantando aleluyas,
Los bultos rociando
De las sepulturas:
Reducido al fin
A esta tal fortuna,
Despues de haber dado
Mas vueltas que grua,
Vivo deseando
Como infernal furia,
Abstinente en todo
Y al ojo la fruta.
Amo y reverencio
La que mas me injuria;
Maldigo las véras,
Bendigo las burlas;
Mírome al espejo,
No me veo arrugas,
Y hácelas el tiempo
En mis aventuras.
Libertad amada,
Tu consuelo acuda
Al que al son de grillos
Entona su musa.
¡Perdite, oh cuitado,
Por mi desventura!
Siendo tú la joya
Que mas todos buscan.
Sobre el oro puro
Y en perlas te encumbras.
¡Mal haya quien quiere
Gloria sin la tuya!
Coma quien quisiere
La gustosa trucha,
Pues que no se pesca
A bragas enjutas;
Guste ser mirado
Aquel hi-de-puta,
Del que á su pesar
Le nota y murmura;
Que todo es al fin
Canto de la cuna,
Que pára en el llanto
De la sepultura.
Si algun codicioso
Sacare de puja
La vida que compro,
Yo le doy la suya.
Mas ¿de qué me quejo
Si es mia la culpa,
Pues cavé la fosa
Donde me sepultan?

(*Romancero general.*)

1869.

(*Anónimo.*)

Niña, la que vives
Agora en el barrio
Donde ciegan todos
Los que miran alto,
Y adonde yo un tiempo,
De quejas cargado,
Por dar un suspiro,
Reventé mi sayo.
«¡Mal año para mi esperanza
»Si me burlas tanto!»
Si tus pensamientos
Te dieren espacio,
Pasa por mis coplas
Tus ojos rasgados,
Sabrás de mi pecho
Cosas mas de cuatro,
Que d'él salen duras
Y le dejan blando.
«¡Mal año para mi esperanza
»Si me burlas tanto!»
Sabrás que te quiero
Más há de cuatro años,
Mejor que la tierra
Al agua de mayo;
Y por ver que estabas
Con tu desposado
Asida y revuelta,
Callé como un canto.
«¡Mal haya para mi esperanza,
»Si me burlas tanto.»
Despues, como supe
Que á ver los naranjos
Del Andalucía
Se te fué el verano,
Humilde te dije
Cómo andaba echando
Llamas por la boca
Por darte un abrazo.
«¡Mal año para mi esperanza,
»Si me burlas tanto!»
Firme respondiste,
A lo escuro y claro,
Preñadas razones
De confuso parto.
Juraste ¡perjura!
Que me daria un papo
De jugar contigo
De ochavos el palmo.
«¡Mal año para mi esperanza,
»Si me burlas tanto!»
Venido al efeto
Dejásteme en blanco:
¡Tal tengas los ojos
Y yo los gazapos!
Vineme á la sierra,
Donde me regalo
Como al sol la nieve,
O al fuego el asado.
«¡Mal año para mi esperanza,
»Si me burlas tanto!»
Aquí se me quitan
Como con la mano
De ti las memorias,
De amor los engaños.
Allá nos verémos,
A mi cuenta el marzo,
Y si no te enmiendas
Cantarémos ambos:
«¡Mal haya para mi esperanza,
»Si me burlas tanto!»

(*Romancero general.*)

1870.

(*Anónimo.*)

Fieras valentías,
Hechas sin razon,
Son hazañas locas
Que aborrece amor.
Golpes arrojados
Con un ¡voto á Dios!
No prenden las almas,
Ni les da pasion:
Lo que mas obliga
En un amador
Son dádivas largas,
Que palabras no.
«Dadivoso le quiero yo,
»Que valiente no.»
Vâyanse Alejandros
De nombre y valor,
Y ande allá en sus lides
El Cid Campeador;
Maten á los moros,
Sigan su pendon,
Y el templo derriben
Fuerzas de Sanson;
Y entre estos valientes,
Viva mi señor,
Que tras Dios os guarde
Me arroja un doblon.
«Dadivoso le quiero yo,
»Que valiente no.»
Las almas mordidas
En la fe de amor,
Recuerda un Filipo,
Si le da una voz;
No hay mirar en feos,
Ni en mala color;
Que al buen gusto, el franco
Es un Absalon.
Más quiero un villano
Que hidalgos de Don;
Pues ejecutorias
Nunca cómo yo.
»Dadivoso le quiero yo,
»Que valiente no.»

(*Romancero general.*)

1871.

(*Anónimo.*)

Ya que por mi suerte
El cielo ordenó,
Siendo flor de niñas,
Casarme en mi flor,
Porque mis madejas
Gozase mejor
Y urdiese con ellas
Mil telas de amor,
Me ha dado un marido
Muy á mi sabor,
Pintado á mi gusto
Cual le pinto yo.
«Lo que me quise me quise me tengo,
»Lo que me quise me tengo yo.»
Hombre bien sufrido,
Nada gruñidor,
Bien contentadizo,
Mejor condicion;
No es escrupuloso,
Ni le da pasion
Saber que mi casa
Visita el prior.
Come sin traello;
Piensa que á los dos
Nos lo trae un cuervo,
Como á San Anton.
«Lo que me quise me quise me tengo,
»Lo que me quise me tengo yo.»
Tengo tres galanes;
Y con ellos doy
Sustento á mi casa
Y á mi recreacion.
Para mis pendencias
Tengo un Escipion,
Bravo pendenciero
Y acuchillador.

Un Naval Carmelo
Para provision,
Y para mi gusto
Tengo un Absalon.
« Lo que me quise me quise me tengo,
» Lo que me quise me tengo yo.»
(*Romancero general.*)

1872.

(*Anónimo.*)

Yo ví una mozuela
De buen parecer,
Liberal de manos
Y corta de piés:
Preguntóme un dia,
Porque la miré:
—¿Qu'es su pensamiento
De vuestra merced?
Dijela:—Mi alma,
Yo la quiero bien.—
Respondióme luego:
—Yo á él tambien —
«¡Fuego de Dios en el bien querer!
»Fuego de Dios en el querer bien!»
Yo, que soy mas tierno
Que becho de alcacer,
Di luego en amalla
A lo portugues:
Sustentaba el alma
En amor fiel,
Pobre de dinero
Y rico de fe.
No nos concertámos
En todo aquel mes;
Que un amante pobre
Camina sin piés.
Díjome un testigo
De mi padecer:
—Perderéis el seso,
Amante novel;
Conquistais empresa
De hermosa mujer
A puro suspiros,
Moneda sin ley,
Sin ver que por ellos
No habrá mercader
Que un palmo fiado
De cintas os dé.
Por buenos doblones,
Si queremos bien,
Las señoras damas
Nos harán merced.—
«¡Fuego de Dios en el bien querer!
»¡Fuego de Dios en el querer bien!»
Tiempo de Leandro,
¡Qué buen tiempo fué!
¡Dios perdone á Ero!
Matóse por él.
Ya pasó Amadis
Lleno de oropel,
Y Reinaldos, diestro
D'espada y broquel,
Por selvas y montes,
Sin jamas caer,
Andaban las damas
En un palafren:
Habla doncellas
De cuarenta y seis;
Y agora de trece
Piden de comer.
Hay agora tias,
¡Dios las haga bien!
Que luego las muestran
A hilar y tejer,
Y salen tan diestras
En tiempo de un mes,
Que sacan el alma
Al mas bachiller.
«¡Fuego de Dios en el bien querer!
»¡Fuego de Dios en el querer bien!»
Si teneis acaso
Las armas del Rey,
Entraréis rompiendo,
Y querrán os bien.
No hay vara de alcalde
Ni de otro juez,
Que tanto respeten
Como á PLUS DE ARGEL.
Anden segovianos,
Que yo vi anteayer
Matar una garza
Con dos veces diez.
«¡Fuego de Dios en el bien querer!
»¡Fuego de Dios en el querer bien!»
(*Romancero general.*)

1873.

(*Anónimo.*)

De San Jerónimo
La huerta válganos;
Arriba pícaros
Celos y cántaros.
Enjuga, Bárbara,
Tus tiernos párpados;
Y al pié sentémonos
De aquestos álamos:
Por esas fértiles
Olivas vámonos
Entrando, y síganos
Miser Don Lázaro.
De alfombra sírvanos
La capa de Alvaro,
Y aquí arrojémonos
Y entretengámonos.
Soy muy frenético,
Soy un asmático,
Pero en cansándome
Soy un camándolo.
Al agua un clérigo
Arroja rápido
Un dia fúnebre
Antes del sábado.
Responde el mísero
Del hondo acuático:
—¿Quién esta música
Fuera ayudándonos...
Quiérote, pídesme
Celos; descártalos,
No crezcan; guárdate
Brujuleándolos.
Al daño aplícalos,
Remedio válganos,
Que el yerro excúsanos;
Pero al fin sánanos.
Con voz estrépida
Van animándolo:
Arriba, pícaros,
Celos y cántaros.
(*Romances varios de diferentes autores.*)

APÉNDICE III.

ROMANCES DE VARIAS CLASES, HECHOS EN VERSOS PAREADOS, ANACREÓNTICOS Ó DE OCHO SÍLABAS.

ROMANCES DOCTRINALES EN VERSOS PAREADOS.

1874.—1875.

LA PYA-HA NUEVAMENTE COMPUESTA [1].

(*Anónimo.*)

Hanme dicho de una dama,
Por cierto de tal apuesto,
Que por encubrir su gesto
Descubrió su buena fama.
Es una que siempre llama
A los hombres lisonjeros,
La que nunca por dineros
Hizo cosa deshonesta;
La que si siente recuesta
Huye siempre d'escuchar;
La que no quiere echar
Los ojos nada baldíos;
La que da dos mil desvíos
Aunque la quieran hablar;
La que nunca en el mirar
Se mostró de fantasía;
La que siempre se desvía
Si ve gente muy polida;
La que huye ser servida,
Por no tener que pagar;
La que huelga de ganar
Lo que come con sus manos;
La que dice dichos llanos
Por no dar en qu'entender;
La que se hace valer
Por su virtud solamente;
La que tiene mucha gente
Trastornada por su vista;
La que por no dar conquista
No se pone á la ventana;
La que siempre fué tan llana,
Qu'el mundo menospreció;
La que siempre mereció
Ser servida por ser buena;
La que recibe gran pena
Si siente que la rodean;
La que quiere que la vean
Casi siempre por nivel;
La que con lindo pincel
Parece que fué pintada;
La que se ve consolada
Con estar dentro en su casa;
La que nunca jamas pasa
En grado de honestidad;
La que muestra gravedad
Cuando ve qu'es menester;
La que la sabe perder
Con personas de su igual;
La qu'en dar es liberal
Aunque de nadie recibe;
La que de tal arte vive
Que á ninguno perjudica;

La que no se justifica
Ni se hace muy mejor;
La que tiene gran primor
En el usar de los trajes;
La que no busca linajes
Para subir su persona;
La que tiene la corona
De mujeres muy prudentes;
La que quita inconvenientes
Por usar mucha nobleza;
La qu'es flor de gentileza,
Y en virtudes acabada;
La que siempre fué nombrada
Con nombre de perficion;
La que no toma pasion,
Aunque la hable cualquiera;
La que tiene tal manera
Que apénas sabe contar;
La que huye de hablar
En cosas de pasatiempo;
La que nunca pierde tiempo
Por ir á ganar perdones;
La que no va á los sermones
Del todo disimulada;
La que no va arrebozada
Ni con sombrero de lado;
La que va sin verdugado
Porque no la mire gente;
La que diz que no consiente
Que vaya nadie tras ella;
La que no lleva doncella
Consigo por compañía;
La que siempre se desvía
De do siente pesadumbre;
La que tiene tal costumbre
De no llegarse á ninguno;
La que huye de importuno
Y no cura de razones;
La que no tiene desdones
Por nunca dar sinsabor;
La qu'en tiempo de calor
Nunca levanta la toca;
La que no quiere ser loca
Aunque lo pudiera ser;
La que huelga de tener
Su honra muy estimada;
La qu'en todo es remirada
Y en la fama mucho mas;
La que nunca mira atras
Por quitar toda ocasion;
La que nunca colacion
Recibió, ni portazguero;
La que ni por caballero
Ni por nadie se dió nada;
La que nunca fué a jornada
Por ver justas ni torneos;
La que no trae devaneos,
Y se quita d'embarazos;
La que huye de los lazos
Por no verse maltratada;
La qu'está muy sosegada
Sin hacer muchos meneos;
La que todos sus deseos
Fuéron honestos y buenos;
La que nunca sale ménos
De dos hombres de manera;
La que siempre fué casera
Para recoger hacienda;
La que siempre toma enmienda,
Y de cualquiera castigo;
La que nunca busca abrigo
Y siempre vive contenta.

(*Coplas de disparates nuevamente compuestas*, Pliego suelto.)

¹ La pya-ba era un tono de música popular que acompañaba á la letra de las composiciones poéticas que á este fin se escribian, sirviendo al mismo tiempo para una danza particular del mismo nombre.

ROMANCES ERÓTICOS Ó AMATORIOS EN VERSOS PAREADOS.

1876.

(*De Garci Sanchez de Badajoz.*)

Caminando por mis males,
Alongado d'esperanza,
Sin ninguna confianza
De quien pudiese valerme,
Determiné de perderme
Y irme por unas montañas,
Donde vi bestias extrañas,
Fieras de quien hube miedo.
Esforcéme con denuedo
De mi desesperacion:
Fuime á ellas de rendon
Por ver si me matarian,
Mas unas á otras decian:
—No le dé nadie la muerte,
Qu'el mal que trae es mas fuerte
Que ninguno que le venga;
Dejadle, muera á la luenga,
Que de amor viene herido
Pues asi tan aborrido
Hácia nosotras se viene;
Y aun porqu'el mal que tiene
A nosotras no se pegue,
Huyamos ántes que llegue
Su fuego tan peligroso.—
Yo les dije con reposo,
Cuando tal terror les vi:
—¿Para qué huis así
De un hombre de triste suerte?—
Y queriendo allí la muerte,
Y tambien la sepultura,
Comencé con gran tristura
Este cantar que diré.

Villancico.

«Hagádesme, hagádesme.
»Monumento d'amores he.»
»Poné en campo d'esperanza
»Un manojo de querellas,
»Una banda azul por ellas,
»Porque fuéron de crianza;
»Qu'en mi mayor bienandanza
»Siendo vencido gané.
«Hagádesme, hagádesme.»
»Poné mas por mi memoria
»Las armas qu'en esta guerra
»Yo gané, porqu'en la tierra
»Quede por campal vitoria.
»Allá sentiré su gloria
»Adonde quiera qu'esté:
«Hagádesme, hagádesme.»

Sigue el romance.

Asi como fué acabada
Mi triste lamentacion,
Dijeles esta razon:
—Atended, no hayais temor;
Mas pues que sabeis de amor,
Decid, ¿con qué os remediais
Cuando en el lugar que amais
Vuestro amor no es recibido?—
Dijeron: —Por respondido
Te debrias tú tener,
Pues consejo quieres ver
De quien no tiene razon.—
Viendo qu'en su relacion
No podia haber enmienda,
Abajé por una senda
A unos valles suaves,
Donde vi cantar las aves
De amores apasionadas,
Sus cabezas inclinadas
Y sus rostros tristecicos.
Desque vi los pajaricos
En los lazos del amor,
Membréme de mi dolor
Y quise desesperar;
Mas escuché su cantar,
Por ver si podria entendellas.
Vílas sembrar mil querellas,
Que de amor habien cogido.
Desque vi así cundido
El poder de amor en todo,
Yo tomé desde allí un modo
De tener consolacion.
Díjeles esta razon,
Rogándoles que cantasen,
Porqu'ellas no sospechasen,
Que queria mas de oillas:

Villancico.

«Cantad todas, avecillas;
»Las que haceis triste son,
»Discantará mi pasion.»
«No porque queda cansada
»De sufrir tanto tormento,
»Que si mi pena es doblada,
»Hácela bien empleada
»El mucho merecimiento.
»Porque doble el pensamiento,
»Cantad, y con triste son
»Discantará mi pasion.
»Quien tiene grande pesar
»Como yo pena mortal
»Con son de triste cantar,
»Quiebra en lágrimas su mal,
»Quiere ser la letra tal
»Que dé tambien ocasion
»Que se quiebre el corazon.»

Sigue el romance.

Cuando oyeron mi ruego
Por mis penas amansar,
Comenzaron de cantar
Este cantar con sosiego.

Villancico.

«Mortales son los dolores
»Que se siguen del amor,
»Mas ausencia es el mayor.»
«Aunque tal dolor os duele,
»Yo soy d'él muy mas doliente,
»Porque si me hallo ausente
»No hé alas con que vuele;
»Y con esto me consuele
»Vuestro muy grave dolor,
»Pues yo tengo lo peor.»

Sigue el romance.

Y desque hubieron cantado,
Y yo hube respondido,
Fué mi dolor conocido
Y mi pena por mas fuerte;
Y así mi vida en la muerte
Pensé si me despidiese,
Y que de allí me volviese
O si pasase adelante.
Y no estando bien constante
En el mi determinar,
Pensando de no acertar
Este cantar comencé:

Villancico.

«Adonde iré, adonde iré,
»Que mal vecino amor es.»

(*Cancionero general.—Cancionero de romances.*)

1877.

(*De Garci Sanchez de Badajoz.*)

Despedido de consuelo
Con pena de amor tan fuerte,
Queriendo darme la muerte
De verme desesperado,

Por consolar mi cuidado
Me salí por una senda.
Dolor me tomó la rienda
Por no llevarme en sosiego :
Desamor, que vino luego,
Se puso junto conmigo.
Con estos males que digo
Comencé de caminar :
Iba tan vivo el pesar
Metido en mi corazon,
Que no dejaba razon
Con que pudiese valerme.
¡Tanto temí de perderme
Con el mucho desatino!
Víme fuera de camino,
Lo que yo mas deseaba.
Con la pasion que llevaba
Me metí por unos valles,
Por do vi cantar las aves
Con señales de alegría :
Viendo tan muerta la mia,
Dobláronse mis dolores ;
Con mucha pena de amores
Este cantar comencé :

Villancico.

«Hagádesme, hagádesme,
»Monumento de amores hé.»

Sigue el romance.

A las voces que tenian,
Triste con lo que sonaba,
El corazon discantaba
Con sospiros su pasion.
Al son de tan triste son
Descansaba el pensamiento,
Mas amor y su tormento
Se pusieron en el alma.
Con una pasion sin calma
Me iba dando la muerte;
Que fuera rica mi suerte
Si lo hicieran así.
Desque yo, triste, sentí
Que me alargaba la vida,
Con voz del alma partida
Me fuí con este cantar :

Villancico.

«No se puede remediar
»Con la vida mi dolor,
»Que la muerte no es peor.»

Cancion.

«Justa cosa fué quereros;
»No hay mayor bien que miraros;
»Imposible es olvidaros
»Quien una vez pudo veros.
»Porque Dios os ha querido
»Hacer de tal excelencia,
»Que para con vos, ausencia
»No puede causar olvido.
»Pues si sabeis conoceros,
»Bien podeis aseguraros
»Qu'es imposible olvidaros
»Quien una vez pudo veros.»

(*Cancionero general.—Cancionero de romances.*)

1878.

(*De Marquina.*)

Pues de amor fuiste dotada,
Lumbre de mi corazon,
Acordáos de la pasion
Que me da vuestra beldad;
Acordáos que crueldad
Usastes siempre conmigo;
Acordáos que só enemigo
De mí mesmo por serviros;
Acordáos de los sospiros
Que os envío de dolor,
Y acordáos que sois primor
De todas cuantas nascieron;
Acordáos que me prendieron
Vuestras gracias cuando os vi;
Acordáos que me vencí
De solamente miraros;
Acordáos que son muy claros
Mis dolores y gemidos;
Acordáos que conoscidos
Mis servicios por vos son;
Acordáos del aficion
En que poneis mis entrañas;
Acordáos de las extrañas
Pasiones que yo padezco;
Acordáos que ya merezco
Galardon por lo servido;
Acordáos que mi sentido
Me fallece en contemplaros;
Acordáos que por amaros
La muerte tengo por vida;
Acordáos, desconocida,
Del olvido que teneis;
Acordáos, pues conoceis
Que por vos vivo muriendo,
Acordáos, ya concediendo
A mi triste peticion;
Acordáos que ya es razon
Que haya fin mi grave pena;
Acordáos que sois ajena
De mí, que siempre os serví;
Acordáos, pues es así,
Que nunca supe enojaros;
Acordáos de recordaros
De aquel que nunca os olvida;
Acordáos, pues sois cumplida,
De cualquiera perficion;
Acordáos, en conclusion,
A mi qu'estoy lamentando :
Así ceso, aquí esperando
De vos la consolacion.

(*Cancionero de romances.*)

1879.

PERQUE DE AMORES RECUESTANDO Á UNA GENTIL MUJER.

(*De Juan del Encina.*)

—Decid, vida de mi vida,
¿Por qué tardais mi deseo?
—Señor mio, porque creo
Que me poneis en olvido.
—Pues ¿por qué teneis creido
Lo que yo nunca pensé,
Si bien ó mal me quereis?
Pues ¿por qué razon poneis
En mi firme fe mudanza?
—Porque perdais esperanza
Del galardon que pedís.
—Pues ¿por qué me lo decís
Agora que me habeis muerto?
—Porque temo, é sé de cierto,
Que por vos he de perderme.
—Pues ¿por qué quereis hacerme
De tan poca fe é amor?
—Porque siento yo, señor,
Los engaños de los hombres.
—Pues ¿por qué callais los nombres
De los que han tratado engaños?
—Por no dar mayores daños
A vuestras quejas é males.
—Pues ¿por qué de los leales
No habeis memoria quién son?
—Porque veo que Jason
Trató tan mal á Medea.
—Pues ¿por qué de Galatea
No acordais con Polifemo?
—Porque vuestra fe yo temo
Ser la de Amon con Tamar.
—Pues ¿por qué quereis callar
A David con Bersabé?
—Porque sepais é sabé
Quién fué Minos, quién fué Cila.
—Pues ¿por qué con Orestila
No contais á Marco Plaucio?
—Por contar de mas espacio
Lo de Safos con Faon.
—Pues ¿por qué no haceis mincion
Tisbe é Píramo quien fuéron?
—Porque muy mal se avinieron
Tereo con Filomena.
—Pues ¿por qué razon no suena
Ipomenes y Atalanta?
—Porque Salmacis me espanta
Con Croco, segun su historia.
—Pues ¿por qué no habeis memoria
Cuánto amó Leandro á Ero?
—Por Ciniras ser tan fiero
Contra Mirra é tan cruel.
—Pues ¿por qué de Otoniel
No hay memoria ni de Aja?
—Porque siento cuán gran baja
Dió de Circes el dios Glauco.
—Pues ¿por qué Cornelia é Graco
No quitan vuestra esquiveza?
—Porque sé cuán gran vileza
Hizo Enéas contra Dido.
—Pues ¿por qué no habeis sabido
Cuanto amor tuvo á Lavinia?
—Porque fué gran ignominia
Que murió Biblis por Cauno.
—Pues ¿por qué dejais en vano
A Clitenestra y Egisto?
—Porque ya, señor, he visto
Lo de Clice con el Sol.
—Pues ¿por qué queda Micol
Olvidada en este cuento?
—Porque siento el sentimiento
De la vulcana cadena.
—Pues ¿por qué de Policena
E de Archiles se os olvida?
—Porque Fedra fué perdida
Siendo Polito sin fe.
—Pues ¿por qué no veis que fué
Siervo Jacob por Raquel?
—Porque siéndole muy fiel
Enone, la dejó Páris.
—Pues ¿por qué vos con Tindaris
No decís la fe que tuvo?
—Porque nunca bien se hubo
Ercoles con Deyanira.
—Pues ¿por qué bien no se mira
Quien fué Dalida é Sanson?
—Porque sé que Demofon
A Filis dejó burlada.
—Pues ¿por qué queda olvidada
La gran fe que tuvo Orfeo?
—Porque muchos casos veo,
Mas no quiero mas contar.
—Pues ¿por qué por no otorgar
Habeis dado fin tan presto?
—Porque creo que con esto
Me puedo bien defender.
—Pues ¿por qué quereis perder
A quien teneis tan ganado?
—Porque no tengais cuidado
Vos de mí, ni yo de vos.
—Pues ¿por qué, decid por Dios,
No os doleis de mi morir?
—Porque vuestro buen servir
Es por tenerme cativa.
—Pues ¿por qué sois tan esquiva
Sin mirar cuánto soy vuestro?
—Porque si favor os muestre,
Podrá ser que me condene.
—Pues ¿por qué porque mas pene
Me lo encareceis ya mas?

—Porque nunca vi jamas
Cosas d'estas muy secreta.
—Pues ¿por qué, pues sois discreta,
Me decis que no hay secreto?
—Porque vos, que sois discreto,
Procureis lo mas seguro.
—Pues ¿por qué, pues lo procuro,
Me decis tales razones?
—Porque tales galardones
No se alcanzan de lijero.
—Pues ¿por qué, pues tanto os quiero,
Tanto quereis dilatar?
—Por apartar é quitar
Todos los inconvenientes.
—Pues ¿por qué no parais mientes
Que del todo me matais?
—Porque, si no me dejais,
Por mi vida que dé voces.
—Pues ¿por qué son tan feroces
Vuestras respuestas, señora?
—Porque quereis luego agora
Haber entera vitoria.
—Pues ¿por qué para mi gloria
Os mostrais tan enemiga?
—Porque no quiero me diga
Ninguno lo que no es.
—Pues ¿por qué tan descortés
Quereis ser con quien os ama?
—Por no perder yo mi fama,
E aun por vuestro bien lo hago.
—Pues ¿por qué me dais tal pago?
¡Oh mujer sin piedad!
—Porque haciendo tal maldad
Yo mesma me mataria.
—Pues ¿por qué, señora mia,
Teneis tan mal pensamiento?
—Porque segun lo que siento
Temo que me dejaréis.
—Pues ¿por qué vos os temeis,
Que mi fe teneis segura?
—Porque dudo mi ventura
Si me será mala ó buena.
—Pues ¿por qué ya no se ordena
Que mi vida viva ó muera?
—Porque librarme quisiera
De querer vuestro querer;
Mas ya vuestra quiero ser.

(*Cancionero de Encina.*)

1880.

PERQUE DE AMORES.

(*De Alonso Nuñez de Reinoso.*)

—¿Por qué ventura me tiene
Con un dolor tan llagado?
—Porque la causa do viene
Satisface á mi cuidado.
—¿Por qué mi gran sentimiento
No siente pena mortal?
—Porque tan dulce tormento
No se puede llamar mal.
—¿Por qué nunca á mi presencia
Aporta ningun placer?
—Porque quien vive en ausencia
Jamas puede alegre ser.
—¿Por qué no me quejo yo
Al amor de mi penar?
—Porque aquel que me perdió
Ya no me puede ganar.
—¿Por qué con grande clamor
No pido fin á mi suerte?
—Porque no puede la muerte
Remediar mas qu'el dolor.
—¿Por qué no espero, pues veo
Que merezco ser pagado?
—Porque nunca al desdichado
Se le cumple su deseo.
—¿Por qué yo no veo aquí
A mi mal ningun amigo?
—Porque yo soy enemigo
Continuamente de mí.
—¿Por qué no voy á buscar
La causa de mi tormento?
—Porque no pienso acertar
A decir el mal que siento.
—¿Por qué no busco yo aquí
Algun remedio á mi pena?
—Porque pago en tierra ajena
Lo que en otras tierras vi.
—¿Por qué no huyo aflicion,
Pues que contino me mata?
—Porque quien así me trata
Satisface á mi pasion.
—¿Por qué mi seso se va
A buscar mi pensamiento?
—Porque á tan grave tormento
Ser cuerdo me bastará.
—¿Por qué tan grave tormento
No me da hora de gloria?
—Porque pesa á la memoria
Con tan gran atrevimiento.
—¿Por qué quiero yo quejarme
Que parece ser gran mengua?
—Porque no mas que la lengua
La ventura quiso darme.
—Pues ¿por qué muriendo vivo
Sin querer gozo tener?
—Porque ya no padecer
Me será dolor esquivo.
—Pues ¿por qué quiero quereros,
Por querer mi perdicion?
—Porque si dejo de veros
Renuncio mi galardon.
—¿Por qué renuncio alegría,
Y la trueco por pasion?
—Porque os sirva noche y dia
A mi costa el corazon.
—¿Por qué querer me destierra
A no tener gusto en nada?
—Porque tienen pregonada
Contra mí los males guerra.
—¿Por qué pierdo mi sentido,
Sintiendo tal padecer?
—Porque fué muy atrevido
Mi querer, en no os querer.
—¿Por qué, pues que justo peno,
No hago sino llorar?
—Porque no puede dejar
La memoria al tiempo bueno.
—¿Para qué lloro mis daños,
Pues no remedio lo hecho?
—Por ver que gasté mis años
Como cosa sin provecho.
—Pues ¡oh mezquino! ¿por qué
No los procuro cobrar?
—Porque el tiempo que se fué,
Atras no puede tornar.
—Pues ¿por qué á tan gran pena
No procuro de dar gloria?
—Porque solo la memoria
De lo hecho me condena.
—¿Por qué la grande pasion,
De mi mal, decir no oso?
—Porque permite razon
Que dicha no dé reposo.
—¿Por qué pienso que si siento
Otro jamas no sintió?
—Porque pueden morir ciento
Del mal de que muero yo.
—¿Por qué no voy á buscar
Algun descanso mas bueno?
—Porque dejando el penar,
Penaré porque no peno.
—¿Por qué mi gran pensamiento
No busca á quien se quejar?
—Porque tal atrevimiento
No se puede sentenciar.
—¿Por qué de aquello que espero
Me viene grave tormento?
—Porque espero y desespero
Todo junto en un momento.
—¿Por qué mi vida está llena
De confusion desigual?
—Por querer mal á mi pena
Y querer bien á mi mal.
—¿Por qué remedia el dolor
Mi triste vida acabar?
—Porque á quien mata el amor
No se debe de quejar.
—¿Por qué pienso que hermosura
Como la suya no sea?
—Porque la hizo ventura
Porque su poder se vea.
—¿Por qué con todo saber
A esta sola no alabo?
—Porque pienso no poder
Dar comienzo do no hay cabo.
—Pues ¿por qué me quejo d'ella
Pues que vella merecí?
—Porque me pagó con vella
La libertad que perdí.
—¿Por qué, pues tal pena siento,
La vida quiero tener?
—Porque ha de fenecer
Con la muerte mi tormento.
—Pues ¿por qué no siento gloria
En pensar en ella aquí?
—Porque estoy fuera de mí
Y léjos de su memoria.
—¿Por qué la vida me engaña,
Pues mi bien tan tarde viene?
—Por rogar á quien me daña,
Burlar de quien me sostiene.
—Pues ¿por qué quiero rogar
A la que, triste, me ofende?
—Por mayores gracias dar
A quien mi dolor enciende.
—Pues ¿por qué á tal dolencia,
Triste, no busco algun medio?
—Porque los males de ausencia
No tienen ningun remedio.
—¿Por qué no pienso alcanzar
Bien de quien tanto mal dió?
—Porque no puede dejar
De penar el que penó.

(NUÑEZ DE REINOSO. *Historia de los amores de Clareo, etc.*)

1881.

(*Anónimo.*)

Cuando el ciego dios de amor,
Niño de fuerza secreta,
Me hirió con la saeta
Que vos, señora, le distes,
El temor qu'en mí pusistes
Me cegó la providencia,
De lo que hoy en vuestra ausencia
Señora, padeceré.
Ya combaten á mi fe
Los pronósticos temores;
Ya se pasan los dulzores,
Y se gusta el amargura;
Ya vuelve mi desventura,
Qu'estuvo un poco ascondida;
Ya me falta la guarida,
Para mí se turba el cielo,
Solo me queda el consuelo
En vuestro merecimiento,
Y en el gran conocimiento
De vuestra grande nobleza,
Que suplistes con grandeza
Mi muy baja dignidad:
Enclináos con bondad
Por hacerme glorioso.

¡Oh gozo, tan sin reposo!
¡Oh alegria variable,
Cuál tu fin es lamentable!

(*Coplas de una dama y un pastor*, Pliego suelto.)

1882.

(*Anónimo.*)

Lastimado del amor,
Con voluntad de quejarme
Deliberé de apartarme
Para me quejar mejor,
Do contase mi dolor
Sin que ninguno me oyese.
Vi qu'era bien que me fuese
Solo por un despoblado,
Por estar mas apartado
Para llorar mi ventura;
Y entré por una espesura
De una muy fresca floresta:
Parte sola bien dispuesta
Para mi contemplacion.
Oí de léjos un son
De una voz de una doncella,
Que cantaba sola ella
Un cantar que así decia:

Villancico.

«Alegría,
»Pues tan poco sosegais,
»Ruégoos que no vengais.»

Sigue el romance.

Comencé seguir su via
Por aquella soledad,
Con alguna piedad
De vella con su tristeza.
Entré por una aspereza
De unos árboles muy altos,
Mas muy tristes y sombrosos:
Vi unos valles espantosos
De muy áspera hondura,
Y en medio de su espesura
Oí decir un cantar.
Comencéle d'escuchar;
Mas la voz no era mas de una.

Villancico.

«Al amor y á la fortuna
»No hay defensa ninguna.»

Sigue el romance.

Si hobiera persona alguna,
Detuviérame con ella;
Mas por quejar mi querella,
Llorando me fuí de allí,
Tan ajeno ya de mí
Como estaba d'esperanza,
Y andando sin confianza
Que mi mal se me acabase.
Sin que mucho me apartase
Vide cantar á un pastor
Quejoso de un nuevo amor,
Que su disfavor l'enoja:

Villancico.

«Aun agora se me antoja,
»Gil, cómo te has de vengar,
»Que me torno á enomorar.»

Sigue el romance.

Comencé de caminar
Por una montaña arriba,
Y en esta montaña esquiva
Yo quisiera fenescer,
Si el amor quisiera ser
Contento con yo morir;
Pero no bastó elegir
La muerte, pues no queria,
Porque yo no merescia
Morir tan dichosa muerte,
Y acaso topé por suerte
Un caballero penado,
Que de muy enamorado
Quejaba su desventura,
Diciendo con gran tristura
Este cantar de gran pena:

Villancico.

«El mal que el amor ordena
»Es d'esta suerte,
»Que fenesce con la muerte.»

Sigue el romance.

Con un llanto triste y fuerte
Me aparté d'este cantar,
Pues no podia acabar
Por lo qu'estaba ordenado;
Y cuando hobe andado
Por muy hermosas florestas,
Vi decendir unas cuestas
En carro de oro al Amor,
Con el cual muy gran remor
De muchas gentes venian.
Vi que hombres le seguian
Y mujeres muy discretas,
Y en una aljaba saetas;
Traia el arco en la mano,
Y venia muy ufano,
Aunque ciego de sus ojos,
Persiguiendo con enojos
Bien á todos sus secuaces,
Los cuales sus fuertes haces
A él tenian alzadas,
Y decian fatigadas
Sus almas este clamor:

Cancion.

«¡Oh Señor,
»Remediadnos presto agora,
»O dadnos muerte sin mora
»Con dolor.»

Sigue el romance.

Viendo yo al cruel Amor
De tantos acompañado,
Fuíme á él muy denodado
Por ver si le mataria,
Y dije con agonía:
—¿Por qué, señor, me maltratas?
¿Di por qué ya no me matas,
O me libras ya tú d'esto?—
El me respondió muy presto
Con una voz amorosa,
Y me concedió una cosa,
Diciendo con gran favor:

Villancico.

«La tristeza de tu amor,
»Si porfía,
»Te dará grande alegría.»

(*Coplas nuevamente hechas de Perdone vuestra merced.* Pliego suelto.)

1883.

PERQUE DE AMORES.

(*Anónimo.*)

Dichosa fué mi ventura
Y venturoso mi hado:
Fué dichoso mi cuidado
Cuando vi la hermosura
De la que no tiene par,
Y pensando en mi pensar
Pensé que poco cesara,
Que miéntras mas la mirara
Mi corazon, de contento,
Con la gloria del tormento,
Librara penas y enojos;
Y ansí cebados mis ojos
En el señuelo de amor,
Fuí y dije sin temor:
Esta sola, solo es una
La que tiene la fortuna
Debajo de sus piés puesta;
La que es mas linda y honesta
Que en el mundo se crió;
La que tanto meresció
Que no merescemos vella;
La que con su vista es ella
En la vida, alegre vida;
La que da por despedida
A quien la sirve, la muerte;
La que le cupo por suerte
De ventura, ser señora;
La que nuestra tierra adora
Con su gracioso donaire;
La que mata con el aire
De amores, por donde pasa;
La que el corazon traspasa,
Y le mira y no le toca;
La que es razon sea loca
Cuando se mira al espejo;
La que tiene previllejo
De herir, matar y prender;
La que puede contender
Con la dama mas discreta;
La que es en todo perfeta
Mas que ninguna hermosa;
La que las flores y rosa
Ante ella pierden color;
La que jamas da favor
A quien la sirve y la mira;
La que con tal vira tira,
Que lastima donde hiere,
Y le vence y desbarata;
La que siempre se recata
De descobrir sus cabellos;
La que los tiene tan bellos
Como los rayos de Febo;
La que por caso muy nuevo
Se nos puso á la ventana;
La que quedó tan ufana
Como yo quedo vencido;
La que de verme aborrido
Puso los ojos en mí;
La que mirándola vi
Mi dolor en su figura;
La que tiene tal pintura,
Que ninguna se le iguala;
La que en gentileza y gala
A toda dama desdeña;
La que es fuerte como peña
En lo que virtud obliga;
La que no sé qué me diga
Algo de lo que parece;
La que tanto resplandesce
Que es peligrosa su vista;
La que sólo por la lista
Encierra su atrevimiento:
La que yo, triste, no siento
Con qué podella servir,
Sino con el pensamiento.

(*Coplas de un galan que llamaba á la puerta*, etc. Pliego suelto.)

1884.

(*Anónimo* [1].)

Olorosa clavellina,
Nueva flor, rosa temprana,
Jazmines por la mañana,
Cogidos con gran frescura;
Gesto de cuya figura
Se vencen las mas hermosas;
Gracia mas que las graciosas,
De las discretas primor,
Comienzo de mi dolor,
Fin de todo mi remedio;
Alma mia, ningun medio
Tiene mi pena sin vos:
Imágen que hizo Dios
Por mostrar sus maravillas;

Gracias que no sé decillas,
Que tiene vuestra merced;
De los libertados red,
De los mas libres prision,
Llave de mi corazon,
Que con vos cierra mi fe;
Carcel donde viviré
Miéntras yo vida tuviere;
Y la muerte, si os sirviere,
Tomaréla yo de grado;
Gloria de verme penado
Despues que os vieron mis ojos;
Remedio de mis enojos,
No para mas de serviros
Bien empleados suspiros
Por ser de vuestro deseo;
Hermosura que no veo
Igual en cuantas miré.

(*Glosa de Olorosa clavellina, con otra*, etc. Pliego suelto.—Id. *Cancionero de romances*.)

¹ Este romance se ha entresacado de la glosa de Bernabé de Tejada, que dice: *Entrando por una huerta*; pero se halla en el Cancionero de Romances.

1885.

PERQUE DIALOGADO, DESPIDIENDOSE DE UNOS AMIGOS.

(*De Quiros.*)

—Señores, ¿qué me mandais?
—¡Cómo! ¿Qué quereis hacer?
—Que me quiero ir a perder
Donde nunca me veais.
—Decidnos adónde vais,
O por qué es esta partida.—

Comienza el Perque.

—¿Por qué? Porque ya mi vida
Se arrepiente de lo hecho;
Porque si me ha satisfecho,
Nunca se vió satisfecha;
Porque ya no va derecha
La razon, ni va camino;
Porque sin llevar pollino,
Otras cosas la embarazan;
Porque muchos hay que cazan
Sin saber guardar el viento;
Porque no hay uno entre ciento
Que de sí no se confíe;
Porque no se desvaríe
Conmigo la confianza;
Porque la falsa esperanza
Tiempo es ya que se repruebe;
Porque ninguno se atreve
A querer, si ella no acusa;
Porqu'está ya muy confusa
La ley de buen amador;
Porque ya quiere el amor,
Como el gusto, cosas varias;
Porque le son muy contrarias
Las cosas en un sugeto;
Porqu'el amor y el recreo
Son muy grandes enemigos;
Porque tenemos testigos
Que cuerpo y alma pelean;
Porque quiere que le vean
El amor de muy galan;
Porque sabe que no dan
Sino á quien tiende la mano;
Porqu'el secreto villano
Los huesos rasca roidos;
Porque veo que son tenidos
Estos atales en poco;
Porque tienen ya por loco
Al hombre que amando muere;
Porque quien galardon quiere
Ha de ser muy porfiado;
Porque yo desesperado
Obedezco como moro;
Porque todo el mal es oro
Para mí, de donde viene;
Porque, aunque la vida pene,
La muerte me satisface;
Porque quien el mal me hace
Es mayor el bien que puede;
Porque entre todos me quede,
No digo mas indignado;
Porque fué predestinado
Todo para mi albedrío;
Porque ya el juicio mio
No tiene ningun aliento;
Porque todo lo consiento,
Sin osar d'ello quejarme;
Porque no puedo mirarme
De dolor que de mí tengo;
Porque si en ver me detengo,
La vista ciega tristura;
Porque la gran hermosura
Muestra su poder que pene;
Porque quien oficio tiene
Hace muestra de su obra;
Porque tengo gran zozobra
De males, pena y fatiga;
Porque se hizo enemiga
De quien es mi señora;
Porque mi dolor mejora
Con el mucho empeorarse;
Porque le manda guardarse
De gustar cosa imperfeta;
Porque con aquesta dieta
La virtud se desfallesce;
Porque veis que se meresce
Gozar lo que se publica;
Porque quien algo se aplica,
Sin ser suyo, goza d'ello;
Porque no goza en tenello,
Mas en decillo se harta;
Porque alguno muestra carta
De alguna que se la envia;
Porque por aquesta via
Son muchos los maldicientes;
Porque los inconvenientes
Son los mismos malhechores;
Porque d'este mal de amores
Los ménos son hostigados;
Porque son muchos llamados
Y pocos los escogidos;
Porque todos los fingidos
Son los que libran mejor;
Porque tienen el amor
En mano, como el pardal;
Porque si les hace mal,
Le sueltan á dos picadas;
Porque viven engañadas
Con discretas otras muchas;
Porque ponen las escuchas
Sobre músicas y vueltas;
Porque se tienen por sueltas
En tal red las libertades;
Porqu'estas enfermedades
Con ellas mismas se curan;
Porque los que tal procuran
Mucho les dura la vida;
Porque el temor de caida
Los guarda d'encaramarse;
Porque no puede quemarse
Corazon verde y mojado;
Porque quien bien ha llorado,
Como yesca está encendido;
Y por esto me despido
De vos y de quien me aparto:
Si en algo os he deservido,
Señores, perdon os pido,
Que de mañana me parto.—

(*Cancionero general.*)

1886.

LAS MALDICIONES DE SALAYA.

(*De Diego García.*)

Mucho quisiera apartarme
De no decir maldiciones,
Que nunca tales razones
Jamas acostumbré yo;
Mas quien mi capa hurtó
Mi lengua sacó de quicio,
Porque trae por oficio
Desengañar cualquier hombre.
Si quereis saber su nombre,
De pato y cochino es,
Y los que mal lo querés
Ayúdanlo á maldecir,
Que maldito ha de morir
Como Júdas el malvado:
Maldito y descomulgado
Como murió el mal ladron.
Cáyate la maldicion
De aquellas cinco ciudades,
Y por tus iniquidades,
Ansí cayas de tu estado
Como aquel desventurado
Angel llamado Luzbel:
Cain, como mató á Abel,
Ansí por envidia mueras,
Tráguente las bestias fieras
Como al profeta Jonas;
Nunca te falte jamas
Lepra como á Naaman,
En pobreza y en afan
Llagas como á Job llagó.
Plegue á Dios te vea yo
Ciego como Sanson fué;
Otra lanzada te dé
Longinos por el costado;
En piedra seas tornado,
Como la mujer de Lot;
De la torre de Membrot
Te despeñes aborrido;
Ansí andes tan corrido
Como anduvo el rey David;
Ansí mueras en la lid
Como el gigante Golías;
Tan pocos logres los dias
Como el mancebo Absalon,
Y mueras por tal razon
Como aquel rey de persianos,
A quien Judiht por sus manos
De noche fuera á matar;
Así te trague la mar
Como á los de Faraon;
Con tu hermana, como Amon
Con Thamar, seas cruel;
Mueras como murió aquel
Marido de Bersabé.

Entran las historias castellanas.

Mueras como muerto fué
El rey Don Sancho el mayor,
Al que matara el traidor
Vellido, con una lanza;
De ti tome yo venganza
Como el buen Cid de su gente;
Con teja supitamente
Como Enrique seas herido;
De los osos seas comido
Como Fabila el nombrado;
Así mueras emplazado
Como fué el cuarto Fernando;
Como Fruela, nefando,
Que mató á su hermano mismo;
Ardas en un hondo abismo,
Como Don Olpas sagrado;
Y mueras desquijarado
Como el moro fué del Cid;
Tan desdichado en la lid

Entres como el rey Rodrigo.
Tantas veces te maldigo
Como al conde Don Julian;
Una espina vuelta en pan
Te abogue como á la Cava;
Como Witiza, qu'estaba
Ciego por cruel, tú seas;
La tierra que tú poseas
Te trague como el de marras.

Historias antiguas.

A tu mujer dés las arras
Que dió á Tarpeya el Sabino;
Como aquel hijo que vino
De Torcato vencedor,
Así con tal desamor
Te mate tambien tu padre;
Así ahoguen á tu madre
Como á la suya Neron;
Con la espada de Caton
Te mates como él murió;
La víbora que mató
A Cleopatra, te mate;
Mueran con tal desbarate,
Tanto malogrados sean,
Y que arrastrados se vean
Como Hipólito, tus hijos;
Por engaños y escondrijos
Te maten como al rey Reso;
Un año tengas en peso,
Como Telojo, dolores;
Véngante tales amores
Que á Aquiles por Policena;
Con tal mujer como Elena
Te cases, dicha Tindaris,
Y Salaya sea otro Páris
Para poderla robar;
Y al tiempo de navegar,
Cuando volvella deseas,
Los cuatro vientos d'Enéas
En los Sirtes te detengan;
De ti tales nuevas vengan
Como del hijo de Nestor;
Y arrastrado como Hetor
Estés por todo Ilion;
Tus sobrinos, como Emilio,
Te hagan contino guerra;
Tráguete otra vez la tierra
Como al qu'en la sima entró,
El nombrado Aurició;
Arrastrado te vea yo
Como el rey de los albanos;
Como los Gracos hermanos
Así seas apedreado;
En un fuego seas quemado
Como fué Sardanapalo;
Seas puesto en otro palo
Como Hannon el africano;
Como Dionisio el tirano,
Ansí mueras á pedazos;
Como Alcibiades en brazos
De su amiga, así tú mueras;
Ni de burlas ni de véras
Como á Casandra te crean;
Ansí mis ojos te vean
Como murió Catilina;
El hongo que dió Agripina
A su marido, tú tragues;
Como Pompeyo, así pagues
A tu suegro los enojos;
De gusanos y de piojos
Como Sila seas comido;
En las cárceles podrido
Como Régulo te veas,
Despeñado que tú seas
Como el alcaide romano
Manlio Capitoliano;
Así mates á tu hermano
Cual mató al suyo Quirino;
Como Posthumo Albuino,
Así mueras con brebaje;
Dios te dé tan buen viaje
Como á Claudio con Milon;
En deshonra y en baldon
Como el rey Tarquino vengas;
Los criados que tú tengas
Te maten como al gran Julio,
Y los males en conclusio
De los troyanos tú sigas.
Los trabajos y fatigas
Que pasó Ulises, padezcas;
Y de la muerte perezcas
Con que Agamenon fué muerto.
Huyendo por un desierto
Como Acliménides andes;
Tus hijos, cuando sean grandes,
Lo que hizo Thelegon sigan;
Ansí todos te maldigan
Como á Pyrrus Aquileides;
Como fué el buen Isicleides,
Así mueras atrevido;
Otra vez seas hundido
Como el vate Amphiáaro;
Como fué el suyo á Danao,
Tan fiel sea á ti tu yerno;
Los perros, muchacho y tierno,
Te coman como á Acteon;
La rueda Ixion
Desde hoy mas la retrates;
A tu madre así la mates,
Como Oréstes á la suya;
Así un rayo te destruya
Como á Oretos el troyano;
El potaje que á su hermano
Dió Atreo, te dé á ti el tuyo;
Como á Layo hizo el suyo,
Tu hijo te mate á ti;
Así tú escapes de mí,
Como Antheo de Alcides;
Como fuéron los Finides,
Así estés del todo ciego;
Como aquel que hurtó el fuego
Estés hartando las aves;
Sufras penas muy mas graves
Que Filotetes las tuvo;
Como la hija que hubo
Ciniras, la tuya sea;
Esta misma á Minus vea,
A quien tu cabeza lleve;
Como Sísifo, que mueve
Una piedra, así tú muevas;
De tus hijos vengan nuevas
Como á Jason le vinieron;
Tan mal como se avinieron
Los Edípodas tebanos,
Tus hijos y tus hermanos
Se avengan hasta la muerte;
Dios te dé tan mala suerte
Como á Acris y Alceon;
Dios te dé tan mal meson
Como el que tuvo Procustes;
Los mismos venenos gustes
Que bebió el gran Alejandro;
Ahogado como Leandro
Seas por ver á tu amiga;
Dios te dé tanta fatiga
Como tuvo el rey Fineo,
O como sufrió Peneo
Por su amiga á su quicial;
Plegue á Dios que te halle tal
La tuya cuando amanezca;
Un hijo te se recrezca
Semejante al Pasifeo;
Tu mujer tome deseo
De empreñarse con un buey;
Lo que cortó á Celo el rey
Saturno, tu hijo te corte;
Hurtar tengas por deporte,
Como Caco memorable;
Tan triste y tan miserable
Vivas como el rey Saturno;
Así mueras como Turno
En poder de peregrinos;
Otra vez dome los pinos
Cinis para te ahorcar;
Chiron te quiera colgar
Para darte de comer,
Y cuando quieras beber
Te dén las aguas leteas;
Cuando manzanas deseas
Las de Tántalo tú comas;
Como Anio, vueltas palomas,
Veas tus hijas tambien;
Como aquellas que corrien
Con Hipodamia, así mueras;
Quiera Dios que alguna quieras
Que te deje por bellaco,
Segun que hizo á Esaco
Epiris la desdichada;
En osa sea tornada
Tu mujer, como Calisto;
Lo que Vénus hubo visto
En la red, aquello veas;
Tanto borracho tú seas
Como Euritus el centauro;
La tu mujer como á Glauro
Te alcahueteen tus hermanas,
Hechiceras y profanas
Como las hijas de Fora;
Como el huésped de Malora
Te vistas otra camisa;
Como Nilon el de Pisa
Te arrojes vivo en la mar;
Tal muerte te hagan pasar
Como Perilo pasó;
Como burlado quedó
Pelias de Medea, quedes;
Las piedras de Palamedes
Se conviertan en ti solo;
Los centauros como á Apolo
Te roben tu casa toda;
En la noche de tu boda
Como á Eupoliadas te hallen;
Tus hijas jamas no callen,
Como las hijas de Pierro;
Deciendas á ser vaquero,
Como Apolo, por pobreza;
Contigo use crueza
Athalanta la impía;
Si corrieres á porfía,
Con la lanza seas vencido;
Del Cancerbero comido
Como el que nació de un huevo.
Názcate un hijo de nuevo
Semejante al de Minerva;
Toques tú la misma yerba
Con que Glauco fué ballena,
Condenado á aquella pena
Con que Limone murió;
El jabalí que mató
A Idmonte, te mate á ti;
Arrastrado seas, así
Como el mancebo Hipólito;
Por sacrilegio, maldito
Como el hecho por Gileó;
Rayo de fuego tifeo
Te traspase tus entrañas,
Como las de Polimnestor,
Como Bato el mal pastor;
Tan cruel como Teseo
Seas tú con tus cuñadas;
Tus carnes sean echadas
A las yeguas de Diomedes;
La burla de Ganimedes
Te hagan tus mas queridos;
Veas tus pechos heridos
Como son los de Cadino;

Tanto mal te haga el vino
Como al Polifemo ciclope;
Como mató al suyo Pélope,
Así mates á tu suegro;
Y de blanco seas negro,
Por bellaco, como cuervo;
Tu mujer te haga ciervo,
Para que Hércules te prenda;
A los dioses por ofrenda
Te sacrifique Busires;
Tantas partes como á Osires
Tengas de tus carnes hechas;
Tu mujer mates con frechas;
Seas convertido en canto;
Dios te dé tanto quebranto
Como tuvo el rey Edipo;
Y que como Menalipo
Comas cabezas de hombres;
Robador tengas por nombre,
Como Falaris lo tuvo;
La muerte que Laocon hubo,
Padezcas de dos serpientes;
Tantas mentiras tú cuentes
Como á Priamo, Sinon;
Los caballos de Faeton
Te despeñen otra vez;
Tus hijos en la niñez
Con Tisbe tomen la muerte;
Como al buen viejo Laerte
Te soliciten tu nuera;
Una leona tan fiera
Como á Parfágis, te mate;
La muerte que pasó el vate
Orfeo, padezcas luego;
Despues caigas en el fuego
Como Empédocles Tifeo:
Adonde está el perro feo
Cerbero con su garganta,
Donde verás gente tanta
Que d'espanto luego mueras,
Donde las furias muy fieras
Te saldrán á recebir;
Tesifones ha de herir
Tus carnes con sierpes gruesos;
Alecto todos tus huesos
Te hará dos mil pedazos;
Megera piernas y brazos
Te cortará por los codos;
Los jueces luego todos
Te vengan á condenar,
Luego te ha de castigar
Eaco con mimbres fuertes;
Radamanto dos mil muertes,
Sin que mueras, te dará;
Minos luego juzgará
Con su lengua muy horrible
Una sentencia terrible
Qu'en oirla habrás espanto,
Estés vivo con quebranto
Un poco en estas hogueras,
Y las furias muy lijeras
Te castiguen cada punto;
Desque fueres ya defunto
Llévente al rio Leteo,
Porque en el Campo Eliseo
No puedas tener ya parte;
Aquel juez por esta arte
A los otros ha hablado.
Pues que ya estás sentenciado
Razon es de t'enterrar;
Los lobos te han de llevar
Primero por altos cerros;
Como Céfalo mató,
Como aquel que se ahorcó
Donde ellos con los perros,
Sobre ti derramen sañas;
Los cuervos las tus entrañas
Llevarán con los milanos;
Lo que quedare, gusanos
Lo comerán muy crecidos;
Los huesos luego roidos
T'echaré en la sepultura,
Y un responso de tristura
El vulgo te cantará;
La corneja allí estará
Para decir la oracion;
La lechuza con razon
Dará dos mil alaridos;
Perros dando mil aullidos
Vernán allí con presura,
Y sobre tu sepultura
Yo quiero este escrito haya:
«Aquí yace en esta vaya
»El mayor ladron d'España,
»El cual con muy sotil maña
»Hurtó su capa á Salaya.»

(*Coplas hechas por Diego García*, etc. Pliego suelto.)

1887.

ROMANCE DE DISPARATES.

(*De Diego de la Llana*)

Yo queriendo caminar
De Búrgos para Medina,
Quiso la gracia divina
Que amanesci en Gibraltar,
Y parándome á pensar
Unas botas que tenia,
Encontré con Berbería,
Que me impidió de almorzar;
Y díjome sin tardar
Reñiria con Aragon,
Do vide una procesion
Que ordenaban los mosquitos;
Y un atabal dando gritos
Que le han robado su casa;
Y un cesto lleno de brasa
Calentando el rio Jordan;
Y un cuervo vendiendo pan,
Hecho regaton de corte;
Y *á la mia gran pena forte*
Jugando muy bien de esgrima;
Y un jarro tras una lima,
Por la plaza de Bilbao;
Y un mazo con una nao
En vivos cueros segando;
Y una grulla pregonando
Un manojo de bellotas;
Un monte con cuatro cotas
Armado, por mas ventaja;
Y un cuero con su mortaja,
Curando de lamparones;
Un grillo con dos sisones
Jugando á la dobladilla;
Un ruejo en una parrilla,
Que se iba disciplinando;
Un mono que confesando
Estaba cuatro obispados;
Dos embudos desterrados
Por voluntad de un candil,
Y una sarten y un badil
Que rezaba sexta y nona;
Y un ganso con una mona
Qu'estaban en trentanario;
Y en un alto campanario
Un erizo rebuznando;
Y un rastrillo atalayando
En un zapato frances;
Y un necio que todo un mes
No dijo sino sentencias,
Y danzaba con tenencias
Una silla de la brida;
Y una esportilla parida,
Preñada de un gran señor;
Y un banco de herrador
Que se iba á absolver á Roma;
Y un plato con mucha soma,
En postas para el infierno;
Y el verano y el invierno
Traen pleito con el Papa;
Y una fragua con su capa
Hacia turrones de pez;
Y el juego del ajedrez
Hecho conde de Jitanos;
Y un obispo y dos milanos,
Bailando el rey Don Alonso;
Un broquel decía un responso
Por un molino de viento;
Un seron contaba un cuento
Que le oyó á su bisabuelo;
Un reloj que en solo un vuelo
Dió consigo en par del sol;
Y un raton y un caracol
Trabajaban por sus piezas;
Dos colmenas sin cabezas,
Dispuestas ¡cosas sin par!
Que sembraban en la mar
Castañas de las muy buenas;
Un cuchillo en graves penas,
Herido del mal de amor;
La muerte en un tajador,
Porque coma el que quisiere;
Un monte, qu'el que lo viere
Será bienaventurado;
Un besugo en un tejado,
Mirando el curso celeste;
Y de ranas una hueste,
Que volaban por los vientos;
Un asno por argumentos
Pretendia ser bachiller;
La venta de Malaber
Ruando sobre una nube;
Y un piojo que luego sube
Con un puño de rastrojo;
Y una cuba con enojo
Sus propias carnes rompiendo;
Una guitarra haciendo
Ungüento para su padre;
Un caldero que á su madre
Le dijo de puta vieja;
Un meson con una teja,
Que iban á saber del mundo;
Un cazo que del profundo
Traia guindas garrafales;
Un jimio qu'en hospitales
Usaba de cirujano;
Un castillo en un alano,
Que parte para el Perú,
Y'el cielo le dijo, tú
Vernás bienaventurado;
Y el *credo* muy enojado
Porque venia la cuaresma;
Y los baños de Ledesma,
Que pasaban para Flándes;
Y dos pulgas mucho grandes
Tiraban de una carreta;
Y una rota barjuleta
Con vino de San Martin;
Y el juego del anequin,
Gran oficial de botines;
Un pendon con cien mastines
Para feria de Medina;
Y vi la *salve Regina*
Ayunar todos los mártes;
Y un lobo por lindas artes
Llevar una sierra á cuestas;
Y vi que tenian las fiestas
Las liebres en Sant Torcaz;
Y la villa de Alcaraz,
Predicando en Alemaña;
Y á Toledo que con saña
Le quebró la hiel á coces;
Y un papel haciendo hoces
De cortezas de melon;
Y un personaje sin son,

Vicario de Peralvillo;
Y una colcha y un cuartillo,
Midiendo el mundo por piés;
La fiesta de Sant Andres
Se salió del martilojo;
Y á un buey le tomaba antojo
De comer de una empanada,
Y hallóla tan salada,
Que luego se tornó moro;
Y á la sazon vino un toro
Con unas faldas muy largas;
Y se mesaba las barbas
De placer Hierusalem;
Y asomóse no sé quién,
Todo llorando y riyendo;
Y una peticion pidiendo
Que no se sembrase trigo;
Y cubrióse un papahigo
Una viña, por el sol;
Y un mortero en un crisol
Poniendo leguas en prensa;
Y trae por su defensa
Un mochuelo ferrares;
Y una caja de baldres
Sacó unas encorozadas;
Y entónces las almohadas
Pusieron treguas y paz;
Y llamóle de rapaz
El culo á la cogujada:
Y vi con mucha cuajada,
Sevilla dando un banquete;
Y vi qu'en un repiquete
Se juntaron las hormigas;
Y vi un carro de fatigas
Estudiar en Salamanca;
Y vi que por una blanca
Daba el Rey toda su tierra;
Y vi como armaron guerra
Los patos contra los lobos;
Y vi pasar grandes robos
Junto á la esfera del fuego;
Y vi con mucho sosiego
El viento en una montaña;
Vi pescar con una caña
Muchas muelas de barberos;
Y vi que dos candileros
Afinaban mucha plata;
Y vi cómo los maltrata
Juanilla la Pelotera;
Y vi un pabellon de cera
Con putas á Guadarrama;
Y vi que cobró gran fama
Marigil en el burdel;
Y vi que le fué fiel
El gato á la longaniza;
Y vi cómo desmotiza
Un sapo un poco de acero;
Y vi venir un otero
Cargado de medicinas,
Y arrendaron las salinas
Los perros por solo un mes;
Y ordenóse el mal frances
De grados y de corona;
Y oyéndolo Barcelona
Dió un valentísimo grito;
Y vi tambien un cabrito
Que arrendaba el alcabala;
Y un jergon con mucha gala,
Que se quiere desposar,
A Guinea para su boda;
Y vi cómo quedó toda
La tierra hecha manteca;
Y vi que se quedó seca
Una perra, de llorar;
Y vi una albarda cantar
Una cancion vizcaina;
Y vi toda la cecina
Caminar para Oriente;
Y vi el invierno caliente,
Y trillar en medió d'él;
Y vi que se tornó miel
Toda la Sierra-Morena.
Vi tambien en hora buena
Podar por el mes de agosto;
Y vi que se tornó mosto
El peregil todo un año;
Y vi que recibió daño
Toda la Serena en esto;
Y vi que metió su resto
Una oveja, todo junto;
Y vi que quedó defunto
Un monesterio en lo oir.
Bueno será concluir:
Por quitarme de debates
Doy fin á mis disparates.

(*Disparates muy graciosos. Ahora nuevamente*, etc. Pliego suelto.)

APÉNDICE IV.

OBSERVACIONES SOBRE EL FRAGMENTO DE UNA CRÓNICA DE ESPAÑA,

ESCRITA EN VERSO Y EN PROSA RIMADA[1], QUE TRATA EN RESÚMEN DE VARIOS HÉROES POPULARES ESPAÑOLES DESDE LA MUERTE DE DON PELAYO, Y CON MAS EXTENSION DE LOS PRIMEROS AÑOS DE RODRIGO Ó RUY DIAZ DE VIVAR, LLAMADO DESPUES EL CID CAMPEADOR, DURANTE EL REINADO DE FERNANDO PRIMERO EL MAGNO, PRIMER REY DE CASTILLA[2].

Este precioso documento, cuya escritura y redaccion actual puede atribuirse, segun se dice, á fines del siglo XIV ó principios del XV, ha llamado la atencion de los sabios que en Europa cultivan la historia de los siglos medios. Habíase perdido y era desconocida esta Crónica, que contradice el espíritu y carácter con que los otros documentos castellanos ó latinos nos retratan al Cid; y no nos quedaban de ella mas vestigios que los que existen en algunos romances de fines del siglo XV, ó primeros años del XVI[3], casi de allí copiados.

Nuestro erudito y distinguido literato el señor Don Eugenio de Ochoa fué el primero que encontró el manuscrito, y le describió haciendo muy oportunas reflexiones acerca de su carácter é importancia: luego lo publicó íntegro Monsieur Michel, y le reprodujo con algunas notas el Señor Wolf. Tambien el Señor Hubert, en su reimpresion de la *Crónica del Cid*, lo ha citado con lijeras observaciones; pero sobre todos el Señor Dozy[4] ha formado sobre dicho documento un opúsculo lleno de ciencia y exquisita crítica. Ultimamente ha llegado á mi noticia que uno de los buenos profesores de la universidad literaria de Madrid se dedica á formar un trabajo especial sobre este documento, lo cual, la falta de espacio, y acaso de oportunidad relativa al asunto de mi obra, me induce á que me limite á reimprimirlo en ella tal cual lo hizo el Señor Wolf, y sin mas diferencia que la que resultará de algunas notas y observaciones que me han sugerido la lectura del documento y lo que otros sobre él han escrito.

La importancia de la *Crónica rimada*, aunque su manuscrito sea del siglo XV, es tanta que, supuesta, como algunos pretenden, una redaccion primitiva de donde procede la actual, de averiguar la fecha de ella resultaria, si la figura del Cid que representa es en escritura anterior, posterior ó contem-

[1] Esta crónica se halla en el *Códice núm.* 9988 de la Biblioteca Real de Paris, descrito por el señor Don Eugenio de Ochoa en el *Catálogo de manuscritos españoles* existentes en dicha Biblioteca, que publicó en Paris, 1844. Fué publicada en el mismo lugar en 1846 por Monsieur Michel, y reproducida en Viena, 1847, por el Señor Wolf, en un opúsculo suyo que versa sobre la poesía *Romance de los españoles*.

[2] Es decir, que la crónica trata del tiempo mas fabuloso y antihistórico del Cid, y en que las ideas políticas que luchaban en España pudieron mas fácilmente ir formando del héroe verdadero un mytho ó figura que las representase en sus respectivas fases y diferencias.

[3] Estos romances son notoriamente tomados de la *Crónica rimada*, y aun hay en ellos trozos casi copiados: véase el que dice: *Cabalga Diego Lainez.*

[4] En su obra intitulada *Recherches sur l'histoire politique et litéraire de Espagne pendant le moyen âge.*— Leyde, 1849.

poránea de la que procede de las tradiciones y documentos que han prevalecido en España con la idea política que la constituye [1]. Por eso Monsieur Dozy ha procurado indagar esta fecha, y deducirla con profundo y meditado exámen del documento, de su lenguaje y de sus formas métricas [2]. Pero aunque sus conjeturas sean verosímiles y plausibles, aunque hagan mas dudosas las contrarias, no son tan concluyentes que decidan con seguridad la cuestion.

Aunque la *Crónica rimada*, respecto á los hechos que cuenta, coincide algunas veces con la general de España y con la del Cid, se aparta siempre del carácter típico que estas y la tradicion han aceptado en el héroe, cuya historia, falsa ó verdadera, nos han trasmitido. Otro tanto resulta si se compara el Cid de aquella con el de los romances viejos que nos son conocidos, pues en estos, si se exceptúa el de *Cabalga Diego Lainez*, y algun fragmento aislado de otros, el Cid, cuyo espíritu retratan, no es en general el de la *Crónica rimada*.

El lenguaje de esta, tal cual la conocemos, no desdice en general del del siglo xv, si bien hay en ella algunas palabras, y aun fragmentos, cuya redaccion parece anterior, lo cual puede proceder acaso de que en efecto existió en mas antigua forma (por ejemplo, en romances tradicionales); y que algo de ella se conservó en la nueva, como ha sucedido con muchos cantares viejos, que no son ciertamente los primitivos que por los cronistas y poetas se citan, y con el título de romances, en la *Crónica rimada*, se mencionan, cual puede verse en el verso 636, que dice: «*Que disen Benavente, segun dise el romance*[3].»

Despues de lo dicho paso ahora á hablar sucintamente de los diversos aspectos con que se presenta al Cid, ya en la *Crónica rimada*, ó ya en la tradicion histórica ó mythica que ha prevalecido en los demas documentos españoles que nos restan [4].

El Cid de la *Crónica rimada* [5], sea mythico ó histórico, parece la representacion de situaciones é intereses sociales distintos, á veces contrarios, y pocas conformes á los que resultan en los documentos y tradiciones que han prevalecido. En tiempos en que no se escribe, la tradicion falsea los hechos, la poesía los convierte en fábulas, y los cronistas ó historiadores, á falta de documentos, se apoyan en las creencias populares, que son mas bien la historia moral del espíritu humano asimilándolo todo á la fe que le domina en las diversas épocas que corre, que no la historia material y gráfica de los hechos pasados.

Desde luego, y á primera vista, el Cid de la *Crónica rimada* representa los intereses y costumbres de los grandes y próceres que combatian á la unidad del poder y á la corona que la defendia. El Cid de nuestra tradicion popular, el que ha llegado á nosotros segun ella, el de las crónicas en prosa, el del poema que publicó Sanchez, aunque revestido de fábulas, es en su carácter muy parecido al mas histórico, verdadero, ó ménos inverosímil, que resulta de la *Crónica latina* publicada por Risco, y al *Cantar latino del siglo* XIII, que ha impreso Monsieur du-Meril [6]. Pues bien, este Cid, opuesto al otro, es la idealizacion del pueblo rudo, supersticioso y monacal; pero que fiero é independiente, por sus deseos se unia, ligaba y apoyaba en los reyes para librarse de las tiranías individuales que aspiraban á desmembrar el pais, á emanciparse de la unidad monárquica, y á constituirse en pequeñas y parciales fracciones ó soberanías de territorio. Pero como el elemento disolvente y el unitario nacieron á la par y existieron juntos largos años batallando entre sí sin distincion de épocas, no es dable decidir á punto fijo

[1] La existencia de los romances, anterior á todos los documentos poéticos escritos, y aun á las crónicas viejas en castellano que nos quedan, es indudable; pues en estas se contienen mal disfrazados en prosa, y en versos largos en los cantares, fragmentos numerosos que son verdaderos romances. Los de las crónicas en prosa desde luego se pueden tener por anteriores á ellas, y por tomados de la tradicion oral; y respecto á los cantares de gesta, resulta que en muchos y largos trozos, con solo partir los versos largos por la cesura, hay multitud de romances, ya sean tradicionales ó ya compuestos *ex-profeso* por los poetas y autores de aquellos. Verdad es que estos romances pocas veces aparecen con la regularidad de medida y rima que luego tomaron, puesto que se mezclan los versos incompletos ó demasiado largos con los perfectos, y que á veces se falta á los consonantes, ó se cambian, ó se mezclan con los asonantes, ó se *fuerza* la pronunciacion natural para reducirla á otra artificial que subsane la falta de medida; pero esto procede no de la no existencia del romance, sino de la imperfeccion del arte y del artista, ante quien estos defectos no aparecian tales, pues el canto acaso los suplia prolongando, acortando ó alterando los sonidos para obligarlos á entrar en su medida.

[2] Con efecto, el trabajo de Monsieur Dozy me ha hecho vacilar acerca de mis conjeturas en cuanto se apartan de las suyas. ¿Acaso el Cid de la *Crónica rimada* representará mejor la época en que vivió y floreció el verdadero, aun cuando este aparece allí disfrazado por tradiciones fabulosas y poéticas? ¿El Cid del Poema podrá ser el resultado de la idea monárquica que venció la semi-feudal, y prevaleció en los instintos populares? ¿Pero cuándo fué esto? ¿En cuánto número de años se verificó que la idea del Cid segun la *Crónica rimada* no dejase vestigios de ella fuera de los romances relativamente modernos que de la misma se tomaron?

[3] Si fuese cierto que la palabra *romance*, en el sentido de una composicion poética así llamada, no sustituyó á la de cantares, ni se usó en documento alguno hasta mediados del siglo xv, el hecho de hallarse ya en la *Crónica rimada* no arguye mucho en favor de su antigüedad, á no ser que se suponga intercalada como reforma por el que hizo la copia ó la refundicion del documento primitivo, si existió alguna vez. Pero la verdad es que la palabra romance en el sentido de composicion poética existe consignada ya en tiempo de San Fernando, y que debe ser muy anterior, pues Nicolas de los Romances no se llamara así, si romances no existieran entónces.

[4] Monsieur Dozy me acusa, no sin algun fundamento, por haber suprimido, en mi primera edicion de *Romances*, el que ahora incluyo en la nueva, y que dice *Cabalga Diego Lainez*, sacrificándole á una opinion particular mia, y á un error, entónces excusable porque era desconocida la *Crónica rimada* de donde probablemente se tomó el asunto. A la disculpa con que tan noble y generosamente me salva Monsieur Dozy, yo añadiré otra no ménos poderosa y valedera: esta consiste en declarar que en aquel tiempo no se habia publicado el precioso libro de aquel ilustre sabio, ni sus exquisitos y profundos trabajos sobre nuestros siglos medios; ni me eran conocidos los inestimables documentos árabes que ha ilustrado, y que han venido á declarar tantos hechos históricos, á destruir tantos errores y á suministrar tantos medios de discusion y de crítica. Pero sin embargo de que no conocia tan admirables trabajos, ya en la segunda edicion de mi obra, tomo primero, y en la nota del citado romance expuse mis ideas cual si hubiera previsto las acusaciones. Ademas de que si se considera la época de aquella publicacion, fácilmente se adivinará que la causa mas poderosa que tuve para suprimir entónces el dicho romance, fué la de que el gobierno no lo habria permitido imprimir, ni expresar la causa efectiva de su omision.

[5] Ténganse presentes las notas que he puesto al texto de la *Crónica rimada*.

[6] De este cantar latino solo hay el fragmento publicado por Monsieur du Meril en su obra intitulada *Poesies populaires latines du moyen âge, Paris*, 1847. Se halla el manuscrito en un códice del siglo XIII que existe en la Biblioteca Real de París al numero 5132, y es procedente de la coleccion de *Baluze*, bibliotecario que fué de Colbert. Le adquirió, segun se presume, en Cataluña, y durante el viaje que hizo á España como secretario de *Pedro Morca*. La letra, segun du Meril, es del siglo XIII. El códice donde se halla contiene ademas veinte y seis artículos completos, ó en fragmentos, incluidos en 112 fojas, escritas por diversas manos, pero con letra contemporánea. Los artículos y documentos contenidos en el dicho códice son todos latinos de la edad media, y compuestos unos en prosa, y otros en verso. Estos son himnos, cantares y aun poemitas históricos cortos, y aquellos son cartas, escrituras, bulas, etc. cuya mayor parte versan sobre asuntos, intereses, leyendas y tradiciones concernientes á la abadía de Santa María de Ripol; lo cual hace probable que el códice haya pertenecido á su archivo.

cuál tipo de los dos, que en sentido diverso y aun contradictorio caracterizan al Cid, es mas antiguo y próximo á la verdad histórica, puesto que la *Crónica rimada*, que es el documento que acredita el uno, y el *Poema del Cid*, que ha conservado el otro, no solo carecen de fecha que acredite la primitiva redaccion, sino tambien de aquella que acreditaria la de las copias que alcanzamos y poseemos. En lo que no cabe duda es en la existencia de ambos tipos y en sus diferencias esenciales; que sin embargo no se oponen á que coexistiesen, como coexistieron las ideas que representan, predominando cada una en aquellas localidades y épocas alternadas é inconstantes, en que los intereses que contendian tenian mas fuerza y vigor. Ahora bien, como la lucha de estos intereses existió con varia fortuna desde el principio de la monarquía astúrica hasta el fin del reinado de los Reyes Católicos; y como en reminiscencia, y por medio de los cronistas y poetas dura aun en nuestra edad, tampoco basta lo expuesto para fijar la anterioridad, ni la simultaneidad, ni la posterioridad del tipo ó de sus copias, ya porque estas carecen de fechas, ó ya porque el contenido de sus textos no presenta datos suficientes que puedan siquiera suministrar aquellas plausibles conjeturas que equivalen á la certidumbre.

Si comparamos la *Crónica rimada* con el *Poema del Cid*, considerándolos como documentos de la historia del arte por su versificacion, su lenguaje y su redaccion; y si suponemos que lo ménos imperfecto y mas culto es posterior á lo mas rudo é inartificioso, desde luego se dirá que el *Poema* es mas moderno que la *Crónica*, porque es muy superior á esta bajo todos los insinuados aspectos. Pero si se atiende al uso de palabras viejas y mas próximas al orígen de la lengua, nos inclinarémos á considerar el *Poema* como mas antiguo, porque exige un copioso glosario para comprenderse, cuando la *Crónica* apénas ninguno necesita. ¿Y esto bastará á decidir la cuestion de prioridad? De ningun modo, porque pudo consistir esta diferencia en que la *Crónica* fué obra de un juglar del pueblo, ignorante y salvaje; y el del *Poema* un hombre mas diestro y acostumbrado á versificar, aun en aquellos tiempos en que la lengua incipiente era todavía bárbara, inculta é incompleta.

A tantas dificultades como van dichas, se añaden otras que imposibilitan mas solventar la cuestion decididamente. Estas consisten en que, á lo que parece, la *Crónica rimada* ha llegado á nosotros en una copia ó redaccion tan detestable, tan incorrecta y confusa, que á veces es ininteligible: mas que copia, se asemeja á un zurcido de retazos, donde el copiante ó reformador ha suprimido, sin atender al sentido cortado por los vacíos que dejaba, trozos enteros de los originales ó de los cantares que tenia á la vista ó en su memoria, los cuales copiaba trastornándolos y sacándolos del sitio que debian ocupar, como si los hubiese barajado. Ademas, no contento con suprimir lo que ya no es posible restablecer, añadió de capricho, ó incluyó como texto, lo que en el primer caso pudo inventar, y en el segundo equivocar, intercalando como parte de la obra las notas ó glosas marginales que el manuscrito que le sirvió de original acaso contenia [1].

Aunque me inclino á creer, por lo que he estudiado, y acaso porque es mas conforme á mi juicio, que el *Poema del Cid* es muy anterior á la *Crónica rimada*, puesto que su lenguaje lo parece, todavía á pesar de mis deseos no me atrevo á decidirme. Porque ¿quién puede asegurar que si esta en su copia es posterior á aquel, no será anterior ó contemporánea en su redaccion primitiva, por mas que despues se haya modernizado ó refundido? Pero al mismo tiempo, ¿cómo puede suponerse que esta modernizacion ó reforma se hiciese con mucha posterioridad al *Poema*, y en época mas culta, de un modo tan bárbaro, que en vez de mejorar siquiera el estilo y la versificacion, se la ha reducido á peor estado que el que pudo tener en los tiempos mas rudos nuestra versificacion? En la copia, cual está, se ven versos que, intercalándoles palabras, se han convertido en prosa; y prosa que, rimándola, se ha intentado asemejar á versos: en ella se observan romances, verdaderos romances, cuya medida se ha desfigurado para convertirlos incompletamente en otra cosa; en ella se notan los vestigios de una obra tan regular como lo eran y podian serlo en remotos tiempos las composiciones de los juglares del pueblo, pero ahogados entre los yerros é impericia de un mal escribiente ó de un ignorantísimo reformador; y en ella en fin se encuentran los elementos de nuestros primitivos romances, pero interrumpidos y desfigurados con inoportunas intercalaciones. El sábio é ilustrado Monsieur Dozy se ha puesto en el verdadero camino de dar salida á tamaño laberinto, descomponiendo y analizando la *Crónica rimada*, hasta reducirla á sus elementos: mucho ha adelantado; muy plausibles son sus conjeturas, apoyadas en una extensa erudicion acerca de los documentos españoles, extranjeros y árabes, hasta él mal conocidos; pero á pesar de todo no creo nos haya conducido al punto en que las conjeturas equivalen á una certidumbre segura y sin réplica. Acaso en mi obstinado escepticismo me parezco á los enfermos de escrúpulos religiosos: acaso mis dudas serán hijas de mi torpe inteligencia; pero como el error y la falta de talento no son delito, no pretendo ocultar estas flaquezas, cuya manifestacion puede quizás provocar aclaraciones favorables á la verdad, y capaces de ponerla al alcance de todos.

Pero, dejando aparte tantas dudas, y pasando á las consideraciones que surgen de la comparacion de los tipos del Cid, que resultan, por un lado de la *Crónica rimada*, y por otro del *Poema*, de las Crónicas latinas y castellanas, y de la casi totalidad de los cantares y romances, me parece indudable la existencia de un mismo héroe, representado por dos mythos que crearon intereses diversos y contrarios. El Cid del primer documento es cuasi feudal y antirealista; el Cid de los otros es el monárquico, devoto y democrático: es el que representa ante el monarca los intereses del pueblo; el que defiende los derechos de este contra la aristocracia; es el que eleva su voz contra los aduladores cortesanos que circuyen y corrompen á los reyes, impidiendo que la verdad llegue á sus oidos; es el que severo y respetuo-

[1] Acaso el texto primitivo de la *Crónica rimada* no seria mas que la reunion de romances populares que el autor de ella redactó mal y de mala manera, alterando sus formas y su colocacion, y mezclándolos con prosa. En tal caso puede conjeturarse que estos romances, aunque anduviesen mezclados con los de la tradicion opuesta y fuesen contemporáneos de la que esta nos ha conservado, desaparecieron del todo, con la que nos trasmiten la *Crónica rimada* y algunos pocos que, cuando no se habia perdido, de ella fueron tomados. Sin su nuevo hallazgo nadie habria adivinado de dónde provino el romance de *Cabalga Diego Laínez*, que aparecia aislado é inventado *ad libitum* por un poeta que quiso exagerar el carácter firme del Cid que nos era conocido, y convertirle en un Roldan ó un Reinaldos.

so, apoyado en la justicia, y mártir de ella, la hace triunfar á costa del mismo martirio; y en fin, es el Cid que ha prevalecido como figura del espíritu nacional, sobre el de la *Crónica rimada*, contra quien luchó durante algunos siglos. El Cid así considerado no tendrá mas verdad histórica que la que tienen todos los mythos análogos, y así lo piensa Monsieur Dozy con mucha razon; pero tambien es cierto que cualquiera otro modo de representarlo, incluso el verdadero é histórico, no dará por resultado la figura del Cid popular, del ídolo que, despues de haberlo creado á su imágen y medida, adoró el pueblo[1].

Mucho, muchísimo ántes que las crónicas y poemas existieron cantares y romances de tradicion oral, que alterando la realidad efectiva convirtieron los tipos primitivos en mythos ó representaciones de una verdad moral, de una idea generalizada[2]. Los tipos reales del rey Rodrigo, de Bernardo del Carpio, de Fernan Gonzalez, de los Infantes de Lara, del Cid en fin, desaparecieron ántes de que se consignasen en escritos históricos, y solo poseemos las figuras ó representaciones de ellos que nos legó la tradicion por medio de los cantares ó narraciones encomendados á la memoria, que pasaron de boca en boca con todas las consecuencias inherentes á este modo de trasmision. Acaso para encontrar los tipos originales y verdaderos, ó ménos apartados de la verdad, será preciso, como Monsieur Dozy con tan buen éxito lo ha hecho, buscarlos en los historiadores árabes, que como enemigos pudieron deprimirlos un tanto, pero no deificarlos. Así es como este sabio escritor ha reconstruido el mejor resúmen de los hechos del Cid, buscando las proporciones del héroe en los escritos españoles y en los árabes, llevando á su justo medio las exageraciones del bien y del mal, desechando lo increible y fabuloso, y aceptando todo aquello en que convienen amigos y enemigos, despues de haberlo sometido al criterio de la sana razon, y dilucidado su conformidad ó discordancia con lo que era propio de la época, de sus costumbres y del estado de civilizacion. Pero el Cid que ha desenterrado y descubierto Monsieur Dozy será acaso el histórico, no el popular que nos legaron los poetas y cronistas españoles, aunque algo haya conservado de este último, ya que no en el carácter moral, sí en los hechos materiales que se le atribuyen, especialmente en la *Crónica latina Leonesa*, en el *Cantar latino del siglo* XIII, y en aquella parte de la *Crónica general*, que trata de la conquista de Valencia, que Monsieur Dozy presume no ser otra cosa que la traduccion de una historia árabe, la cual vino muy á propósito á los fines de Alfonso X el Sabidor, para rebajar un poco la celebridad del Cid, que á veces, aunque respetuoso ante los reyes, parecia harto severo defensor de los derechos populares y de la justicia[3].

Tan seguro de mis buenas intenciones como desconfiado de mis propios recursos, he querido presentar estas humildes, sucintas é incompletas observaciones, ó mas bien dudas, para llamar la atencion de los sabios españoles sobre una clase de trabajo que inició nuestro ilustre compatriota Conde, y que ya con intensidad y acierto cultivan los extranjeros. El cielo ha querido siempre que démos los primeros pasos en el camino de la ciencia, y nuestro descuido, que todos nos adelanten en él, y que nos posterguen y oscurezcan. Sugiéreme esta última y triste reflexion el ver que un hombre tan sabio y superior como Monsieur Dozy haya maltratado á Conde, á mi parecer con poca justicia, olvidando que sin sus trabajos no habria acaso emprendido los que tanta y tan justa celebridad le adquieren. Ignorante del árabe, no puedo decidir sobre la certeza de los yerros que Monsieur Dozy atribuye á nuestro ilustre compatriota: acaso en esto tendrá razon; pero nunca se la daré respecto al modo acerbo, duro, é injusto á mi ver, con que deprime su carácter moral y su buena fe. Conde, acaso por ignorancia, por preocupaciones, ó por faltas ajenas de su voluntad, pudo errar y equivocarse, pero no mentir á sabiendas; pudo traducir mal y glosar con torpeza, mas no creo que quisiese engañar á nadie: en fin, Conde, á pesar de sus errores, abrió el camino que con tanto acierto y buen éxito han seguido Monsieur Dozy y otros sabios orientalistas. ¿Por qué, pues, un hombre tan aventajado en la ciencia, tan filósofo en la crítica, no ha manifestado mas indulgencia respecto á otro, que, aun cuando fuese ménos sabio, ha sido tan útil y laborioso? Yo por mí puedo asegurar que no por haber errado en mis opiniones quisiera que se dudase de mi honradez; y tanto ménos, cuando sé que el que está prevenido de una idea, ó preocupado por un sistema, suele involuntariamente falsear los hechos, porque su preocupacion y su prevencion se los hace ver de otra manera que son en la realidad. Aun en el caso presente, ¿quién sabe si el amor á mi pais y á mis compatriotas me ciega

[1] El uso de escribir la historia críticamente y con presencia de documentos auténticos es muy moderno. Nuestros antiguos cronistas, aun los mas sabios, apoyaban en general los hechos que escribian, trasladando las tradiciones populares y orales que intentaban conservar y libertar del olvido. Tal vez citaban los cantares del vulgo para confirmar sus asertos; y el que mas adelantado estaba en la crítica, se contentaba con desechar una parte de lo inverosímil, conservando y acreditando lo que acaso era mas increible y falso. La *Crónica general*, la del *Cid*, la *Leonesa*, el *Poema del Cid*, el latino de la *Conquista de Antequera*, el cantar latino publicado por du Meril: todos mas ó ménos se refieren á cantares que les precedieron, citando los unos, é intercalando los otros en su texto, varios romances mal reducidos á prosa.

[2] Nuestros cronistas antiguos pocas veces escribian con presencia de documentos gráficos, que quizá desdeñaban, no estaban á su alcance, ó no querian leer ni citar aun en el caso de que existiesen en aquellos tiempos remotos en que poco se escribia, y en que aun muchos contratos se efectuaban á viva voz ante testigos. A falta de otros documentos la historia se apoya en las tradiciones, que cuanto mas lejanas de los hechos, mas se apartan de la verdad histórica, y mas se revisten de formas imaginarias. Así fué desapareciendo la figura verdadera de nuestros héroes, y particularmente la del Cid, hasta quedar reducida al mytho de los cantares y romances que á las crónicas sirvieron muchas veces de texto, muchas de comprobantes, y algunas de motivos á los autores para ostentar ciertas tendencias críticas sobre las creencias vulgares.

[3] Los libros caballerescos del *Ciclo Breton* y del *Carlovingio* son crónicas novelescas en prosa, formadas sobre cantos populares mas antiguos que ellas, y que les prestaron asuntos históricos, aunque ya alterados en la tradicion oral, y reducidos casi completamente á mythos por los poetas y cantores. Nuestros abuelos de la edad media crearon en sus cantos igual clase de elementos á aquellos que sirvieron á los egipcios para obtener sus grandes mythos, y á los griegos su *Iliada* y su *Odisea*. Artus, Tristan de Leonis, Carlo-Magno y Roldan, Bernardo del Carpio y otros, son para nuestra edad media lo que fueron para la antigua Osiris, Aquiles y Ulises. Nacieron históricamente, crecieron en los cantos populares, y se completaron en los poemas y en las crónicas novelescas, bajo cuyas formas ya casi fantásticas los poseemos. Tal es la marcha del espíritu humano, en donde lo subjetivo, que es la verdad moral, absorbe lo objetivo, que es la verdad material; de tal manera, que apénas dura esta íntegra y sin mancilla mas tiempo del que un hecho necesita para cambiarse de presente en pasado. A la historia le sucede frecuentemente lo que á un retrato, que con repetidas copias cada vez se aparta mas del original, aunque aquellas se hagan por una misma y diestra mano. Los documentos gráficos dilatarán, ahora que son comunes, esta trasformacion, conservando la copia primera; pero al cabo no la evitan ni la evitarán completamente, puesto que, debiendo ser juzgados en diversas épocas y circunstancias, tambien diversa y diferentemente serán concebidos é interpretados.

hasta el punto de ocultarme las razones valederas que han podido obligar á Monsieur Dozy á juzgar á Conde con tan acerba severidad? Muchas veces sucede que el amor á la justicia, convertido en pasion, nos separa de ella; y esto pudo acaecer involuntariamente á Monsieur Dozy cuando trató de Conde: otras acaece que el amor excesivo de la patria se convierte en amor propio, y que sin advertirlo nos conduce á formar ideas falsas; y esto puede sucederme á mí cuando juzgo demasiado severa la crítica literaria, é injusta la moral, que se ha hecho de un sabio español, que desde su tumba humilde y oscura no puede defenderse á sí propio. Sin embargo, esta opinion mia no impide que venere, respete y admire con toda mi alma al ilustre crítico Monsieur Dozy, cuyos trabajos son el honor de la ciencia que cultiva, y la prueba mas completa del poder y los progresos del entendimiento humano.

1888.

CRÓNICA RIMADA DE LAS COSAS DE ESPAÑA DESDE LA MUERTE DEL REY DON PELAYO HASTA DON FERNANDO EL MAGNO, Y MAS PARTICULARMENTE DE LAS AVENTURAS DEL CID.

(Publicada la primera vez por el señor Don Francisco Michel.)

(Véanse: «Catálogo razonado de los Ms. esp. exist. en la bibl. real de Paris,» por *don Eugenio de Ochoa*; Paris 1844. 4.° Ms. N.° 9988, pág. 105—110; —«Chrónica del famoso Cavallero Cid Ruy Diez Campeador.» Nueva ed. por *D. V. A. Huber.* Marburgo, 1844. 8.° Apéndice; E. p. CXLV — CXLVIII; — «Museo ó biblioteca selecta del Exmo. Señor Don Pedro Nuñez de Guzman, etc. col. 189ro.Misc. Mss. Tom. 34.)

E remaneció la tierra sin señor quando moryó el rey Pelayo. Este rey Pelayo avia una fija de ganancia, e fué casada con el conde don Suero de Caso. E fiso en ella el conde don Suero un fijo que dixieron don Alfonso [1]. E a este don Alfonso fisieron rey de Leon. E los Castellanos bevian en premia e avian guerra con Navarra e con Aragon e con los moros de Sant Estevan de Gormas e de Leon e de Sepulbeda. E era Olmedo de moros, e donde adelante la tierra frontera que avia Castilla, Bilforado e Granon. E de la otra parte era Navarra frontera de Leon e de Carrion e de Saldaña. E porque los Castellanos yvan a cortes al rey de Leon con fijas e mujieres, por esta rason fisieron en Castilla dos alcaldes [2]; e cuando fuesse el uno a la corte, que el otro manparasse la tierra. ¿Quales fueron estos alcaldes? El uno fue Nuño Rassura, e el otro Layn Calvo. ¿E porqué dixieron Nuño Rassura este nombre (*a*)? Porque cogió de Castilla señas e mlnas de pan. E fiso voto a Santiago que les ayudasse contra los moros. E el conde fue aqueste Nuño Rassura, de Sant Pedro de Arlança. E este Nuño Rassura ovo un fijo quel dixieron Gonçalo Nuñez. E porque era malo e traviesso, quissolo el padre matar. E fuésse para el rey moro Guihen, señor de Madrid. E falló alla a doña Aldara Sanches, fija del rey don Sancho Ramires de Navarra, que andava mala mugier con los moros [3]. E pediola por mugier, que aca non gela darien. E cassó con ella e traxóla a Castilla. E fiso en ella tres fijos, e los mayores non valieron nada. E el menor fue el conde Fernand Gonçales [4] que mantuvo a Castilla muy grand tiempo. E ovo de aver contienda con el rey don Sancho Ordoñes de Navarra [5]. E este rey don Sancho Ordoñes fiso vistas con el conde Fernand Gonçales en un lugar que dicen Vañares. E yendo el conde seguro prissol el rey en engaño e llevólo presso a Tudela de Navarra. E yasiendo el conde presso sacólo doña Costança [6], hermana del rey don Sancho Ordoñes. E yasiendo el conde en los fierros tomólo la infanta a sus cuestas e dió con él en un monte. E encontraron a un arcipreste de ay de Tudela de Navarra. E dixo que si la infanta non le fisiesse amor de su cuerpo, que los descobreryа. E la infanta fue abraçarlo. E teniendole la infanta abraçado llegó el conde con sus fierros e matólo con el su cochillo mismo del arcipreste. E tendiendo la infanta los ojos vió venir grandes poderes. E dixo al conde: «Muertos somos ¡mal pecado! ca haevos aquí los poderes del rey don Sancho mi hermano.» E el conde tendió los ojos, e fue los poderes divissando, e conoció los poderes, e fue muy ledo e muy pagado, e dixo a la infanta: «Esta es Castilla que me suele bessar la mano.» E la infanta paró las cuestas. E cavalgó muy privado en la mula del arcipreste, el conde. E de pie yva la infanta. E salió del monte privado; e quando lo vieron los Castellanos, todos se maravillaron. Mas nol bessaron la mano, nin señor non llamaron; ca avian fecho omenage a una piedra que traxieron en'l carro, que trayan por señor fasta que fallaron al conde. E tornaron la piedra a semblança (*b*) del (*c*) monte de Oca, al logar donde la sacaron.

E todos al conde por señor le bessaron la mano,
Este conde Fernand Gonçales, despues que en Castilla fue alçado,
Mató al rey don Sancho Ordoñes de Navarra [7], e él fuera en degollarlo con su mano.
E non querya obedecer el conde a moro nin cristiano.
E enbiol desir al rey de Leon, fijo de don Suero de Casso,
don Alfonso avia por nombre [8]. El rey enbió al conde enplasarlo,
quel venlesse a vistas, e fue el conde muy pagado,
Cavalgó el conde commo ombre tan losano.
E a los treynta dias contados fue el conde al plaso.
El plaso fue en Saldaña, e commençóle él a preguntarlo:
«E yo maravillado me fago, conde, como sodes ossado
de non me venir a mis cortes, nin me bessar la mano;
ca siempre fue Castilla de Leon tributario;
ca Leon es reyno, e Castilla es condado.»
Essas oras dixo el conde: «Mucho andades en vano.
Vos estades sobre buena mula gruessa, e yo sobre buen cavallo.
Porque vos yo sofrí, me fago mucho maravillado,
en aver señor Castilla e pedirle vos tributaryo.»
Essas oras dixo el rey: «En las cortes será jusgado,
si obedecerme devedes; sinon, fincadvos en salvo.»
Essas oras dixo el conde: «Lleguemos y privado.»
En Leon son las cortes. Llegó el conde losano.
Un cavallo lleva preciado e un asor en la mano.
E comprógelo el rey por aver monedado.
En treynta e cinco mill maravedis fue el cavallo e el asor apreciado.
Al gallarin gelo vendió el conde, que gelo pagasse a dia de plazo.
Largos plasos passaron que no fue el conde pagado;
nyn quiria yr a las cortes, a menos de entregarlo.
Con fijos (*d*) e con mugieres Castellanos van a las cortes de Leon.
E conde Fernan Gonsales dixo al rey atanto:
«Rey, non verné a vuestras cortes, a menos de ser pagado
del aver que me devedes, de mi azor e de mi cavallo.»
Quando contaron el aver, el rey non podia pagarlo.
Tanto creció el gallaryn que lo non pagaria el reynado.
Venieron a abenencia el rey e el conde losano,
que quitasse (*e*) a Castilla: el conde fue mucho pagado.

(*a*) ¿Diria *hombre*? (*N. de Duran.*)

(*b*) Esta piedra, segun la tradicion, era una estatua informe que representaba al Conde. (*N. de Duran.*)

(*c*) ¿Deberá leerse *desde el* en vez de *del*? (*Id.*)

(*d*) El manuscrito repite por equivocacion: *Con fijos e con fijos.*

(*e*) ¿*Que quitase á Castilla el feudo,* diria? (*N. de Duran.*)

Plogol al conde quando oyó este mandado.
Assy sacó a Castilla el buen conde don Fernando,
aviendo guerra con moros e con christianos a toda parte de todo su condado.
Avia el conde un fijo que Garci Fernandes fue llamado [9].
Sy el padre fue buen guerrero, el fijo fue atamaño.
Con fija de Almelique de Narbona el conde Garci Fernandes fue cassado,
con ella él fiso un fijo que dixieron el conde don Sancho.
Quando a los siete años los infantes de Salas mataron,
morió el conde Garci Fernandes, cortés infançon Castellano.
El buen conde don Sancho [10] (*a*), e dexóles buenos previllejos e buenos fueros con su mano
E fue reçebir fija del rey de Leon, nuera del conde don Suero de Casso.
En ella fiso un fijo quel dixieron por nombre Sancho [11].
Atanto salió de casador quel (*b*) monte quel non cojia el poblado.
Pussol por nonbre el padre Sancho Avorta (*c*), por amor [12] de destroyr.
Desque vió el padre que era de edad, a Burgos fue llegado;
a los treynta dias conplidos ayuntanse y los Castellanos.
Desque los vió el conde, en pie fue levantado:
»Oytme, Castellanos, a buen tiempo so llegado
por vos faser mas merced que nunca vos fiso ombre nado [13].
El conde Fernand Gonçales, mi avuelo, sacóvos de tributario;
el conde Garci Fernandes mi padre, e yo
divos (*d*) fueros e privillejos confirmados con mi mano.
De condado que es Castilla fagovosla reynado.
Fagamos mio fijo Sancho Avarca rey, si vedes que es guissado.
Nieto es del rey de Leon, non ha quel diga ome nado
que non sea rey de Castilla; ninguno non será ossado;
synon aquel quien lo dixiesse, bien sabria vedarlo.«
Mucho plogo a Castellanos cuando oyeron este mandado.
A Sancho Avarca bessan las manos, e ¡rreal, rreal! llamando.
por Castilla dan los pregones por tan buen rey que alçaron.
Este fue el primero rey que Castellanos ovieron.
Con grand onrra e grand pres grandes alegrias fesieron.
El buen rey Sancho Avarca comensó de reynar,
e mandó faser señas tendidas en cada logar.
Con fija del rey de Francia se ovo a desposar [14].
E diógela de grado, non le fesieron al.
E la infanta disen doña Ysabel.
E (*e*) esta fue reyna de prestar.
El rey don Sancho Avarca fue por ella, ca tiempo avia de cassar con ella.
A los puertos de Aspa gela traxieron al rey de Francia,
e él ally fue a tomarla.
Grandes alegrias han en España,
quando el rey con la reyna vieron tornar,
e mayor los Castellanos, quando la mano le fueron bessar.
E el conde don Pedro de Palencia a Burgos le fue combidar.

(*a*) Aqui habrá una omision del copiante, pues deberia expresarse que Don Sancho sucedió á Garci-Fernandez. (*N. de Duran.*)

(*b*) Quizá diria: *en l!*

(*c*) Así lleva el manuscrito en vez de *Abarca*, como despues le llama.

(*d*) Quizá debió decirse *diromos*. (*N. de Duran.*)

(*e*) Hay aqui en el manuscrito una mayúscula.

»Rey don Sancho Avarca, por amor de caridad,
fijo del conde don Sancho, mi señor natural,
vayamos a Palencia mio conbite tomar;
ca siempre vos serviré mientra mi vida durar.«
Dijo estonce el rey bueno: »Faserlo he de grado,
en tal que en la mi vida nunca seades menguado.«
Esto fue nueve dias ante de Sant Johan,
quando el rey don Sancho llegó a Palencia yantar.
Bravo era el val de Palencia; ca non avia y poblado,
synon do llaman Santa Maria el antigua do morava el conde losano.
Salieronse a folgar desque ovieron yantado,
e passaron las aguas amos de mano a mano.
Affondóse la mula con el rey en un soterraño;
acorrense las gentes e sacaron al rey en salvo.
Por los braços quebró la mula, non la cavalgó mas ombre nado [15].
El rey tendió los ojos e vió por el soterraño
descender una escalera de un canto labrado.
Demandó por un cavallero que desian Bernardo.
Dis: »Entra, Bernardo, por essa escalera e cata este soterraño.«
Dixo Bernardo: »Señor, plaseme de granado (*sic*)«.
Bernardo quando descendió vió un poso cavado,
e a par de aquel poso vió estar un altar,
e de susso un escripto, e començólo de catar.
Falló que Sant Antolin martir yasia en aquel logar,
E vió una piedra con letras, e començóla de catar.
e vió que tresientos años avia que era somido aquel logar.
E vino de para el rey e dixol en porydad:
»Señor, como me semeja, cuerpo santo yase en este logar.«
Quando lo oyó el rey al conde fue tornado (*f*),
e dixo: »¡Ay, conde don Pedro! dadme este logar en camio,
e siempre vos lo gradeceré en quanto fuere durado.
E darvos he por él a Campo fasta en la mar.«
Ally dixo el conde don Pedro al rey: »Plaseme de grado.«
Danse las verdades e otorgaronse el cambio.
Estonce traya el conde a cinco vandas las armas;
e las dos eran yndias, e las tres de oro colado:
ally tomó otras el conde, el campo de oro claro,
una aguila yndia, en medio gritando:
Campo yvan llamando.
Por esso llaman Aguilar de Campo desque él ersió condado.
El rey en plasentérya fincó alegre e pagado.
Llegaronle mandados de su avuelo el rey de Leon, que era finado [16].
Fincaronle tres fijas, e non fijo varon.
Ca el rey con la una fue cassado,
e el conde don Ossorio Galeciano con la otra,
el que don Ordoño de Campos mucho onrrado (*g*);
e la otra con el conde Nuño Alvares de Amaya que ovo a Amaya por condado.
E fincaron en el rey don Sancho Avarca todos los rreynos en su mano.
E dixo a su cavallero Bernardo que catasse el soterraño [17];
e oyredes lo que aconteció estonce en aquel año.
Estando el arçobispo en el pueblo Toledano,
en dia de rramos en Visaga la missa cantando,
a la ora de la passyon entraron moros el poblado,
e ganaron a Toledo, a menos del poblado,
e guareció el arçopisco a poder de cavallo
a Porto e Palencia adonde está Bernardo
(ssiendo Bernardo su sobrino, fijo de su hermano).
Quando vió el arçobispo, dexó el soterraño,
e fuésse para deffessa brava meterse hermitaño
en una hermita que avia y otro poblado,
Miro, e quando vió este lugar, cavalgó muy privado;

(*f*) El manuscrito lleva por equivocacion:
Quando el rey al conde fue tornado
Quando lo oyó el rey etc.

(*g*) Parece que hay aqui una omision, pues falta la asonancia en el verso antecedente, y en este queda incompleto el sentido. (*N. de Wolf.*)

fuése para Leon al buen rey don Sancho,
de los ojos llorando, e bessóle la mano:
»Señor rey don Sancho Avarca, por el padre apo- [derado,
perdí a Toledo; moros me lo han ganado.
Señor, dadme á Palencia e a aquel soterraño,
e faré vida de que Dios sea pagado;
de arçobispo que era viviré conmo hermitaño.«
En essas horas dixo el rey.»Plaseme muy de grado.«
Apriessa dixo: »Mio señor, ytme a entregarlo.«
E entrante a Palencia tomólo por la mano:
»Commo lo yo compré del conde don Pedro Fran- [co, dulo degrado;
e fagan un privillegio con mio signo otorgado,
de la huerta del campo do es Oter rredondo lla- [mado,
con las cuestas del atalaya e de los cascajares del [bravo,
e de la otra parte las cuestas commo van á Valrro- [ciado.
Muy bien lo recibe; Miro el perlado,
e tomó el previlejo del rey; e calvagó muy privado,
e metióse a los caminos, para Roma fue llegado.
E quando vió al Papa, el pie le ovo bessado:
»Merced,« dixo, »señor, que sodes en lugar de [Sant Pedro e Sant Pablo.
Siendo yo arçobispo del pueblo Toledano,
conquerieronme los moros onde fue muy coytado.
Vineme para el rey don Sancho Avarca, fijo del [conde don Sancho,
commo a ombre de buena ventura que en buen [punto fue nado.
En el val de Palencia abrióse un soterraño,
e affondóse la mula, e él fincó en sano;
a Sant Antolin martir fallaron y soterrado.
Apriessa lo conpró luego el rey de un conde losano.
Quando yo perdí á Toledo a mi lo ovo dado el rey (*a*).
A hevos aqui su previllejo como lo trayo otorgado.«
El Papa quando (*b*) vió el previllejo con signo aca- [bado,
dixo: »Fiso como rey de buena ventura en faser [tan buen logar franqueado.
Fagamos y una dignidat de que Dios sea pagado.
Pues lo dieron a la yglesia, de mi sea otorgado
A ti Miro, episcopo Palentino mucho onrrado.«
Quando estos previllejos el obispo del Papa ovo to- [mado,
a jornadas contadas a España fue tornado.
Sopolo el rey don Sancho Avarca, e recebiólo muy [de grado.
Entrante Oter rredondo, tommólo el rey por la [mano,
ffasta Sant Antolin non quisso dexallo;
e dixo: »Yo vos la franqueo, ansi commo vos lo yo [ove dado.
Fijo que yo aya, que fuere en demandarlo,
la mi maldesion aya, e non le ayude ombre nado,
e el que lo ayudare, sea traydor provado,
e de parte de la yglesia maldito sea e desscomul- [gado.
E do el poder a la yglesia con mi sello colgado.«
Porquel rey era rey de Leon (*c*), desmanparó á Cas- [tellanos [18].
E vedes por qual rrason: porque era Leon cabesa [de los rreynados;
alçósele Castilla, e duró bien dies e siete años,
alçaronsele los otros linajes donde venian los fi- [josdalgo.
¿Donde son estos linajes? Del otro alcalde Layn [Calvo.
¿Donde fue este Layn Calvo? Natural de monte [de Oca.

(*a*) Probablemente diria: *el rey dado.*

(*b*) El manuscrito repite por equivocacion: *quando quand*

(*c*) Despues de este verso debe haberse suprimido un fragmento considerable, pues el poeta salta sin preparacion á hablar de los condes de Castilla y de la familia de Lain Calvo, pues ya de la Nuño Rasura y su descendencia habló en la introduccion en prosa de su obra. (*N. de Duran.*)

E vino a Sant Pedro de Cardeña a poblar este Layn [Calvo,
con quatro fijos que llegaron a buen stado [19],
con seysientos cavalleros a Castilla manpararon;
aviendo guerra con Navarra, Ruy Laynes el ma- [yor pobló a Faro.
Galduy Laynes desde ovo a Mendoça e termino [poblado,
aviendo guerra con moros, donde rrecebieron [grand daño,
siendo Sant Estevan de Gormas de moros, e Leon [del otro cabo,
Atiensa e Ciguença con que bivien Castellanos en [trabajo;
Sepulveda e Olmedo de un moro pagano.
A pessar de aquestos todos, un fijo de Layn Calvo
(aquel disen Peñaflor, con qual es Peñafiel lla- [mado),
Aviendo guerra con el rey de Leon e con Leone- [sses el menor de Layn Calvo,
quel dixieron Diego Laynes, este ovo a Saldaña [por frontera.
Grand tiempo passado ovo a morir el rey Sancho [Avarca [20],
estando la tierra en este trabajo.
Tres fijos dexó el rey el dia que fue finado.
Con Alfonso [21] el mayor Leonesses se alsaron;
e don Garcia el mediano a Navarra fue alçado;
por señor le tomaron a don Fernando el menor,
la mano le bessaron Castellanos commo fijos de [Layn Calvo.
Dió guerra a sus hermanos; vencidos fueron Leo- [nesses,
e rrecebieron grand daño a los fitos de Mansilla,
do estavan los mojones fincados.
Mató don Fernando a don Alonso [22] su hermano.
Luego se le dieron Leones e Galisia fasta Santiago.
Tornó dar guerra a Navarra commo de cabo,
e mató en Atapuerca a don Garcia [23] su hermano.
Diósele luego Navarra e Arragon del otro cabo.
Desde ally se llamó señor de España fasta en San- [tiago.
Preguntó por Navarra sy avia quien heredarlo.
Ffabló la ynfanta doña Sancha, fija del rey don [Sancho, e el governador de Navarra,
e fabló el ynfante don Ramiro, mas non era de ve- [lada;
mas por quanto era fijo deste rey don Sancho,
e que non se enagenasse el reyno, diógelo don Fer- [nando.
Assy assosegó su tierra, a Çamora fue llegado,
mandando por sus reynos que veniessen a sus cor- [tes.
A los treynta dias contados ally vinien Leonesses,
e con Gallisianos e con Asturrjanos.
E venieron Aragonesses a vueltas con Navarros.
Los postrimeros fueron Castellanos e Estramada- [ños.
De los fijos de Layn Calvo todos cuatro hermanos;
don Ruy Laynes fue cassado con fija de don G.° [Miñayas.
El fiso en ella a don Diego Ordones
donde vienen estos que de Viscaya son llamados.
Galdin Laynes fue cassado con fija del conde don [Rr.°,
con (*sic*) el conde de Alva e de Bitoria,
e fiso en ella un fijo quel desian don Lope.
¿Donde vienen estos Laynes? De don Luys Dias de [Mendoça.
El ynfante Laynes era cassado con fija del conde [don Alvaro de Fensa,
e fiso en ella un fijo que dixieron Alvar Fañes,
donde vienen estos linajes de Castro.
Diego Laynes se ovo cassado con doña Theressa [Nuñes,
fija del conde Ramon Alvares de Amaya, e nieta [del rey de Leon [24],
e fiso en ella un fijo quel dixieron el buen guer- [reador Ruy Dias.

Ally sse levantó el rey á los quatro fijos de Layn Calvo;
tomólos por las manos, consigo los pusso en el estado.
»Oytme, cavalleros, muy buenos fijos (*sic*) fijosdalgo,
del mas onrrado alcalde que en Castilla fue nado.
Distesme á Castilla e bessastesme la mano.
Con vusco conquerí los reynos de España fasta Santiago.
Vos sodes ancianos, é yo del mundo non sé tanto:
Mi cuerpo e mi poder métolo en vuestras manos,
que vos me consejedes ssyn arte e sin engaño.
Rey soy de Castilla e de Leon, assy fago.
Sabedes que Leon es cabesa de todos los rreynados,
e por esso vos ruego e a vos pregunto tanto.
Qual seña me mandades faser, a tal faré de grado;
ca en quanto yo valga, non vos saldré de mandado.«
Dixieron los Castellanos: »En buen punto fuestes nado.
Mandat faser un castillo de oro e un leon yndio quitado.«
Mucho plogo al rey quando los reynos se pagaron.
Bien ordenó el rey su tierra commo rey mucho acabado:
otorgó todos los fueros que el rey su padre avia dado;
otorgó los previllejos de su avuelo, el conde don Sancho.
Alli llegó de Palencia el mandado que era muerto el obispo Miro;
e dió el obispado a Bernardo,
e enbióll quel confirmase a Roma; e vino muy buen perlado.
E otorgó sus libertades que el rrey don Sancho Avarca avia dado,
desde la huerta del Topo fasta do es la Quintanilla,
con todo fasta Castiel Redondo, do es Magas llamado,
detras de las cuestas (*a*) de los cascajares, do es Santo Thomé llamado,
fasta las otras cuestas que llaman Val Royado,
do llaman Val de Pero, ca non era poblado.
Mandó en los previllejos poner signo el buen rey don Fernando.
Asosegada estava la tierra, que non avie guerra de ningun cabo.
El conde don Gomes de Gormas a Diego Laynes fiso daño
fferióle los pastores, e robóle el ganado [25].
A Bivar llegó Diego Laynes, al apellido fué llegado.
Él enbiólos a recebir a sus hermanos, e cavalga muy privado.
Ffueron correr a Gormas, quando el sol era rayado.
Quemaronle el arraval, e comensaronle el andamio,
e traen los vasallos e quanto tiene en las manos;
e traen los ganados quantos andan por el campo;
e traenle por dessonrra las lavanderas que al agua estan lavando.
Tras ellos salió el conde con cient cavalleros fijosdalgo,
rebtando a grandes boses a fijo de Layn Calvo:
»Dexat mis lavanderas, fijo del alcalde cibdadano [26],
ca a mi non me atenderedes a tantos por tantos, por quanto él está escalentado.«
Redio Ruy Laynes, señor que era de Faro:
»Cyento por ciento vos seremos de buena miente e al pulgar.«
Otorganse los omenajes que fuessen y al dia de plaso.
Tornanle de las lavanderas e de los vassallos;
mas non le dieron el ganado, ca selo querian tener por lo que el conde avia levado.
E los nueve dias contados cavalgan muy privado.

(*a*) El manuscrito repite por equivocacion: *de las cuestas*.

Rodrigo, fijo de don Diego, e nieto de Layn Calvo,
E (*b*) nieto del conde Nuño Alvares de Amaya, e visnieto del rey de Leon,
dose años avia por cuenta, e aun los trese non son;
nunca se viera en lit, ya quebravale el corason.
Cuéntasse en los cien lidiadores, que quisso el padre o que non.
En los primeros golpes suyos e del conde Don Gomes son.
Paradas estan las hases [27], e comiensa a lidiar.
Rodrigo mató al conde, ca non lo pudo tardar.
Venidos son los ciento e piensan de lidiar.
Enpos ellos salió Rodrigo, que los non da vagar.
Prisso a dos fijos del conde a todo su mal pessar,
a Hernan Gomes, e Alfonso Gomes e trajolos a Bivar.
Tres fijas habia el conde, cada una por cassar;
e la una era Elvira Gomes, e la mediana Aldonsa Gomes, e la otra Ximena Gomes la menor.
Quando sopieron, que eran pressos los hermanos e que era muerto el padre,
paños bisten bruñitados [28] e velos a toda parte
(estonce la avian por duelo; agora por goso la traen.)
Salen de Gormas, e vanse para Bivar.
Violas venir Don Diego, e a recebirlas sale (*c*).
»¿Donde son aquestas freyras que algo me vienen demandar.«
»Desirvos hemos, señor, que non avemos porque vos lo negar [29].
Ffijas somos del conde don Gormas, e vos le mandastes matar.
Prississtesnos los hermanos, e tenedeslos aca.
E nos mugieres somos, que non ay quién nos ampare.«
Essas oras dixo don Diego: »No devédes a mí culpar;
pedit'os a Rodrigo, sy vos los quisiere dar.
Prometolo yo a Christus, a mi non me puede pessar.«
Aquesto oyó Rodrigo, comenso de fablar:
»Mal fesistes, señor, de vos negar la verdat;
que yo seré vuestro fijo, e seré de mi madre.
Parat mientes al mundo, señor, por caridat.
Non han culpa las fijas por lo que fiso el padre.
Datles a sus hermanos, que muy menester los han.
Contra estas dueñas mesura devedes catar.«
Ally dixo don Diego: »Fijo, mandatgelos dar.«
Sueltan los hermanos: a las dueñas los dan.
Quando ellos se vieron fuera en salvo, comensaron de fablar:
»Quinse dias possieron de plaso a Rodrigo e a su padre,
que los vengamos quemar de noche en las cassas de Bivar.«
Ffabló Ximena Gomes la menor: »Mesura,« dixo, »hermanos, por amor de caridat.
Yrme he para Çamora, al rey don Fernando querellar,
e mas fincaredes en salvo, e el derecho vos dará.«
Allí cavalgó Ximena Gomes, tres doncellas con ella van,
e otros escuderos que la avian de guardar.
Llegaba a Samora, do la corte del rey está,
llorando de los ojos e pediendo piedat.
»Rey, dueño so lasrada, e aveme piedat.
Orphanilla finqué pequeña de la condessa mi madre.
Ffijo de Diego Laynes fissome mucho mal;
prissome mis hermanos, é matóme a mi padre.
A vos que sodes rey vengome a querellar.
Señor, por merced, derecho me mandat dar.«
Mucho pessó al rey, e comensó de fablar:

(*b*) Hay en el manuscrito aquí una mayúscula.

(*c*) Los tres últimos renglones hacen en el manuscrito un solo párrafo; pero su demasiada largura, y la asonancia asaz perceptible hacen probable una omision del copista, y justificarán quizá la subdivision ejecutada por nosotros. (*N. de Wolf.*)

»En grand coyta son mis reynos; Castilla alçar-
[séme ha;
e si se me alçan Castellanos, ffaserme hau mucho
[mal.«
Quando lo oyó Ximena Gomes, las manos le fué
[bessar.
»Merced,« dixo, »señor; non lo tengades a mal [30].
Mostrarvos he assosegar a Castilla e a los reynos
[otro tal.
Datme a Rodrigo por marido, aquel que mató a
[mi padre.«
Quando aquesto oyó el conde don Ossorio, amo
[del rey don Fernando,
tommó el rey por las manos, e aparte yva sacallo.
»Señor, ¿qué vos semeja, que don vos ha deman-
[dado [31]?
Mucho la devedes agradecer al padre apoderado.
Señor, enbiat por Rodrigo e por su padre privado.«
Apriessa fasen las cartas, que non lo quieren tardar.
Daulas al mensajero; al camino es entrado.
Quando llegó a Bivar, don Diego estaba folgando,
Dixo: »Omillome a vos, señor, ca vos trayo buen
[mandado.
Enbia por vos e por vuestro fijo el buen rey don
[Fernando.
Vedes aquí sus cartas firmadas que vos trayo:
que, sy Dios quisiere, será ayna Rodrigo enci-
[mado.«
Don Diego cató las cartas e ovo la (*sic*) color mu-
[dado.
Sospechó que por la muerte del conde queria el
[rey matarlo.
»Oytme,« dixo, »mi fijo, mientes catedes aca.
Temome de aquestas cartas, que anden con fal-
[sedat;
e desto los rreys (*sic*) muy malas costumbres han.
Al rey que vos servides, servillo muy sin arte.
Assy vos aguardat dél como de enemigo mortal.
Ffijo, passatvos para Faro do vuestro tyo Ruy Lai-
[nes está;
e yo iré a la corte do el buen rey está.
E sy a (*sic*) por aventura el rey me matare,
vos e vuestros tios poderme hedes vengar (*a*).«
Ally dixo Rodrigo: »E esso non seria la verdat.
Por lo que vos passaredes, por esso quiero yo pa-
[ssar.
Magüer sodes mi padre, quierovos yo aconsejar.
Trecientos cavalleros todos convusco los levat;
a la entrada de Çamora, señor, a mi los dat.«
Essa ora dixo don Diego: »Pues pensemos de an-
[dar.«
Metense a los caminos; para Çamora van.
A la entrada de Çamora, al lado duero cay,
armanse los tresientos, e Rodrigo otro tale.
Desque los vió Rodrigo armados, començó de fa-
[blar:
»Oytme,« dixo, »amigos, parientes e vassallos de
[mi padre;
aguardat vuestro señor sin engaño e sin arte.
Sy vieredes que el alguasil lo quisiere prender,
[mucho apriessa lo matat.
Tan negro dia aya el rey commo los otros que ay
[estan.
Non vos pueden desir traydores por vos al rey ma-
[tar;
que non somos sus vasallos [32], nin Dios non lo man-
[de;
que mas traydor serya el rey, si a mi padre matasse,
Por (*b*) yo matar mi enemigo en buena lid en
[campo,
yrado contra la corte [33] e do está el buen rey don
[Fernando.«
Todos disen a el que el que (*sic*) mató al conde
[losano [34].

(*a*) Aunque este renglon y el que le antecede hacen en el manuscrito uno solo, claro está, por la asonancia, que se han de dividir en dos. (*N. de Wolf.*)

(*b*) Hay aquí una mayúscula en el manuscrito.

Quando Rodrigo bolvió los ojos, todos yvan der-
[ramando.
Avien muy grant pavor dél e muy grande espanto.
Allegó don Diego Laynes al rey bessarle la mano [35].
Quando esto vió Rodrigo, non le quisso bessar la
[mano.
Rodrigo fincó los ynojos por le bessar la mano.
El espada traya luenga; el rey fué mal espantado.
A grandes voses dixo: »Tiratme alla esse pecado.«
Dixo estonce don Rodrigo: »Querria mas un clavo,
que vos seades mi señor, nin yo vuestro vassallo.
Porque vos la bessó mi padre, soy yo mal aman-
[sellado.«
Essas oras dixo el rey al conde don Ossorio, su
[amo:
»Datme vos aca essa doncella, despossaremos este
[losano.«
Aun non lo creyó don Diego, tanto estaba espan-
[tado.
Salió la doncella, e traela el conde por la mano.
Ella tendió los ojos, e a Rodrigo comensó de ca-
[tarlo.
Dixo: »Señor, muchas mercedes, ca este es el
[conde que yo demando.«
Ally despossavan a doña Ximena Gomes con Ro-
[drigo el Castellano
Rodrigo respondió muy sannudo contra el rey Cas-
[tellano [36]:
»Señor, vos me despossastes mas a mi pessar que
[de grado;
mas prometolo a Christus que vos non bessé la
[mano,
nin me vea con ella en yermo nin en poblado,
ffasta que vensa cinco lides en buena lid en cam-
[po [37].«
Quando esto oyó el rey, fisose maravillado.
Dixo: »Non es este ombre, mas figura ha de pe-
[ccado.«
Dixo el conde don Ossorio: »Mostrarvos lo he pri-
[vado.
Quando los moros corrieren a Castilla, non le ac-
[corra ombre nado.
Veremos si lo dise de veras, o si lo dise beffan-
[do [38].«
Alli espedieron padre e fijo, al camino fueron en-
[trados.
Ffuésse para Bivar a Sant Pedro de Cardeña por
[morar y el verano.
Corryó el moro a Burgos de Ayllon muy losano,
e el arrayas Bulcor de Sepulveda muy honrrado,
e su hermano Tosios el arrayas de Olmedo, muy
[rico e mucho abondado;
entre todos eran. V. mil moros a cavallo.
E fueron correr a Castilla e llegaron a Bilforado,
e quemaron a Redesilla e a Grañon de cabo a cabo.
A Rodrigo llegó el apellido, quando en siesta es-
[tava adormido;
deffendió que ninguno non despertasse a su padre,
[sol non fuesse ussado.
Metense a las armas, e cavalgan muy privado.
Tresientos cavalleros del padre van lo aguardando,
e otras gentes de Castilla que se le yvan llegando.
E los moros venien robando la tierra e fasiendo
[mucho daño;
trayan grant poder, con robo de ganado,
e christianos captivos, ¡mal peccado!
A la Nava del Grillo, do es Lerma llamado,
ally los alcançó Rodrigo.
Seguiólos (*c*) en Alcancer, lidió con los algare-
[ros, que non con los que levavan el ganado;
e a los unos mató, e a los otros fue arramando.
Por el campo de Gomiel a Yoda llegaron,
do yvan los poderes con el robo tamaño.
Ally lidió Rodrigo con ellos buena lid en el campo;
un dia e una noche, fasta otro dia mediado
estuvo en pesso la batalla e el torneo mesclado.
Rodrigo venció la batalla, ¡Dios sea loado!

(*c*) Hay aquí una mayúscula en el manuscrito.

Fasta Peña Falcon, do es Peña-Fiel llamado,
las aguas de Duero yvan las enturbiando.
Ally bolvieron un torneo, contra Fuenfe-Dueña lle-
[gando.
Mató Rodrigo a los dos arrayases, e prisso al moro
[Burgos [39] loçano.
Él traxo los paganos contra Tudela de Duero;
e el ganado, captivos e captivas, traxolos el Castella-
[no.
En Çamora llegaron los mandados, do era el bueu
[rey don Fernando.
El rey, quando lo sopo, fue ledo e pagado.
¡Ay Dios, qué grande alegría fasia el rey Castellano!
Cavalgó el buen rey, con él muchos condes e ca-
[valleros e otros ombres fijosdalgo;
ffuésse para Tudela de Duero, do pacia el ganado.
Rodrigo, quandol vió venir, recebiólo muy priva-
[do.
»Cata,« dixo, »buen rey, que te trayo, magüera
[non so tu vasallo [40]:
de cinco lides que te prometí el dia que tú me oviste
[desposado,
vencido he la una [41], yo cataré por las quatro.«
Essas oras dixo el buen rey: »Por todo seas perdo-
[nado,
en tal que me des el quinto de quanto aquí has ga-
[nado [42].«
Estonce dixo Rodrigo: »Solamente non sea pen-
[sado,
que yo lo daré a los mesquinos que assas lo han
[lasrado;
lo suyo daré a los diesmos, que non quiero su pe-
[ccado;
de lo mio daré soldadas [a] aquellos que me aguar-
[daron.«
Essas oras dixo el buen rey: »Dame a esse moro
[losano.«
Estonce dixo Rodrigo: »Solamente non sea pen-
[sado,
que non por quanto yo valgo, que fidalgo a fidalgo,
[quandol prende, non deve dessonrrarlo.
Demas non vos daré el quinto, synon de aver mo-
[nedado;
que darlo he a mis vassallos, que assas me lo han
[laserado.«
Despedieronse del rey, e bessaronle la mano.
Tresientos cavalleros fueron por cuenta los que
[ally fueron juntados.
Quando esto vió Rodrigo, a los moros se tornó pri-
[vado:
»Oytmelo, rey moro Burgos de Ayllon, muy losano;
yo non prenderla rey, nin a mi non seria dado;
mas roguévos que veniesedes conmigo: vos fesis-
[teslo de grado.
Ytvos para vuestro reynado, salvo e seguro (*a*);
que en toda la mi vida non ayades miedo de rey
[moro nin de christiano.
Quanto avien los arrayases que yo maté, vos here-
[datlo,
sy vos quesieren abrir las villas; synon enblatme
[mandado:
yo faré que vos abran a miedo, que non de grado.«
Quando esto vió el moro Burgos de Ayllon, muy
[losano,
fincó los ynojos delante Rodrigo,
e bessóle la mano de boca fablando:
»A (*b*) ty digo el mi señor, yo so el tu vassallo,
e dote de mi aver el quinto e tus parias en cada
[año.«
Alegre se va el moro, alegre se tornó el Castellano.
Parias le enbió el rey moro de Ayllon muy losano;
que para en quatro años fuesse rico e abondado.
Sopolo el conde don M. Gos (*c*). de Navarra, ca-
[valgó muy privado,
e fuésse para el rey: »Señor, pessete del tu daño;
Calahora e Tudela [43] forçada te la ha el buen rey
[don Fernando.
Señor dame tus cartas, e yré desafiarlo.
Yo seré tu justador, conbaterlo he privado.«
Essas horas dixo el rey: »Sseate otorgado.«
Las cartas dan al conde, al camino es entrado.
Allegava a Çamora, al buen rey don Fernando.
Entró por la corte, al buen rey bessó la mano,
e dixo: »Oytme, rey de gran poder, un poco sea
[escuchado.
Mensagero con cartas non deve tomar mal, nin re-
[cebir daño.
Enbia vos desafiar el rey de Aragon, a vos e todo
[vuestro reynado.
Vedes aquí sus cartas, yo vos trayo el mandado.
Synon, datme un justador de todo vuestro reynado:
yo lidiaré por el rey de Aragon, que so su vassallo.«
Quando este oyó el rey, en pie fue levantado,
e dixo: »Pessar devia a Dios e a todo su reynado,
de tal cossa començar rey que devia ser su vasa-
[llo.«
¿Quién gelo consejó, e commo fue dello osado?
¿Quál seria de mis reynos amigo, o pariente, o
[vassallo
que por mi quissiese lidiar este rieto?«
Rodrigo a los tres dias a Çamora ha llegado;
vió estar al rey muy triste, ante él fue parado.
Sonrissando se yva, e de la boca fablando:
»Rey, ¿quien vos fisso pessar, o commo fue dello
[ossado?
De presso o de muerto non vos saldrá de la mano.
Essas horas dixo el rey: »Seas bien aventurado.
A Dios mucho agradesco por ver que eres aquí
[llegado.
A ti digo la mi coyta donde soy coytado:
enbióme desafiar el rey de Aragon, e nunca gelo
[ove buscado,
enbióme desir quel diesse a Calahorra, amidos o
[de grado,
o quel diesse un justador de todo el mi reynado.
Querelléme en mi corte a todos los fijosdalgo;
non me respondió ombre nado.
Respondele tú Rodrigo, mi pariente e mi vassallo.
Fijo eres de Diego Laynes, e nieto de Layn Calvo.«
Essas horas dixo Rodrigo: »Señor, placeme de
[grado.
A tal plaso nos dedes, que pueda ser tornado,
que quiero yr en romerya al padron de Santiago,
e a Santa Maria de Rocamador, sy Dios quissiere
[guissarlo.«
Essas horas dixo el rey: »En treynta dias avras
[afarto.«
El conde con grand bien pie fue levantado,
e dixo: »Rey, en treynta dias mucho es grand pla-
[so;
que mas me queria ver con Rodrigo que quien me
[diesse un condado.«
Estonce dixo Rodrigo: »Conde, ¿porque vos que-
[xades tanto?
Que a quien diablos han de tomar, chica es posiesta
[de mayo.«
Essas horas dixo el rey: »Ve tu via bien aventu-
[rado.«
A los caminos entró Rodrigo, pessóle a mal grado;
de qual disen Benabente, segunt dise en el ro-
[mance [44];
e passó por Astorga, e llegó a Monteyraglo [45];
complió su romerya por Sant Salvador de Oviedo.
Fue tornado a la condesa doña Theresa Nuñes, e
[apriessa ovo preguntado:
»Señora, ¿quantos dias ha passados (*sic*) que yo
[fue en romerya a Santiago?«
E dixo la condessa: »Oy passan veynte e seis dias,
[cras seran los veynte e siete dias llegados.«
Quando esto oyo Rodrigo, fue mal amansellado,
e dixo: »Cavalgat, mis cavalleros, e non quera-
[des tardarlo.
Vayamos nos servir al buen rey don Fernando:
que tres dias ha, non mas, para complirse el plaso.«

(*a*) Probablemente diria: *seguro e salvo*. (*N. de Wolf.*)
(*b*) Hay aquí una mayúscula en el manuscrito.
(*c*) Martin Gonzalez. (*N. de Wolf.*)

A los caminos entró Rodrigo con trecientos fijosdalgo,
al vado de Cascajar, a do Duero fue apartado.
Fuerte dia fasia de frio a lo posiesta (*a*).
En llegando a la orilla del vado, estava un peccador de malato [46],
a todos pidiendo piedat que le passasen el vado.
Los cavalleros todos escopian, e yvanse dél arredrando.
Rodrigo ovo dél duelo, e tomólo por la mano.
So una capa verde aguadera passólo por el vado,
en un mullo (*sic*) andador que su padre le avia dado.
E fuese para Grejalva do es Cerrato llamado,
so unas piedras cavadas que era el poblado.
So la capa verde aguadera alvergó el Castellano e el (*b*) malato.
E en siendo dormieodo, a la oreja le fabló el gapho:
»¿Dormides, Rodrigo de Bivar? tiempo has de ser acordado.
Mensagero so de Christus, que non soy malato.
Sant Lasaro so, a ti me ovo Dios enbiado,
que te dé un resollo en las espaldas, que en calentura seas tornado (*c*);
que quando esta calentura ovieres, que te sea menbrado
quantas cossas comensares, arrematarlas con tu mano.«
Diól un rresollo en las espaldas que a los pechos le ha passado.
Rodrigo despertó, e fue mal espantado;
cató en derredor de ssy, e non pudo fallar el gapho;
menbróle daquel sueño, e cavalgó muy privado;
ffuésse para Cahorra (*sic*), de dia e de noche andando.
Y era el rey don Ramiro de Aragon, y era el rey don Fernando,
Y era el rey don Ordonio de Navarra.
Venido era el dia del plaço, e non asomava el Castellano [47].
En priessa se vió él, e a Diego Laynes ovo buscado;
»Diego Laynes, vos lidiat este rrieto, por salvar a vuestro fijo que a vos era dado.«
Dixo Diego Laynes : »Señor, plaseme de grado.«
Armanle mucho apriessa el cuerpo e el cavallo.
Quando quisso cavalgar, assomó el Castellano.
A recibirle sale el rey con muchos fijosdalgo.
Adelante dijo a Rodrigo : »Porqué tardades tanto?«
Estonce dixo y Rodrigo : Señor, non sea culpado;
ca aun fasta el sol puesto es todo el dia mi plaso.
Lidiaré en esse cavallo de mi padre, que el mio viene muy cansado.«
Dixo Diego Laynes : »Fijo plaseme de grado.«
El rey con grant plaser parósse armarlo.
Dixo Rodrigo : »Señor, non sea culpado.«
Cavalgar queria Rodrigo, non queria tardarlo.
Non le venia la calentura que le avia dicho el malato.
Dixo al rey : »Señor, dadme una sopa en vino.«
Quando quisso tomar la sopa, la calentura ovo llegado.
En logar de tomar la sopa tomó la rrienda del cavallo;
enderesó el pendon, e el escudo ovo enbrasado,
e fuésse para ally do estava el Navarro.
El Navarro llamó Aragon, e Castilla el Castellano.
Yvanse dar seños golpes, los cavallos encostaron.
Dixo el conde Navarro : »¿Qué cavallo traes, Castellano?«
Dixo Rodrigo de Bivar : »¿Quieres trocarlo?
Cámbialo comigo, sy el tuyo es mas flaco.«
Ally dixo el conde : »Non, me serya dado.«
Partieronles el sol, e los fieles commo de cabo;
yvanse dar seños golpes, e erról el conde Navarro.
Non lo erró Rodrigo de Bivar, un golpe le fue dar que le abatió del cavallo.
Enante que el conde se levantase decendió a degollarlo.
Desta guissa ganó a Calahorra Rodrigo el Castellano
por el buen rey don Fernando el dia de Santa Crus de mayo.
(*d*) Que Atiença avia por reynado [48],
el rey moro Jesyas de Guadalajara que a Africa ovo poblado,
aquel moro Jessias mucho honrrado Madriano.
E sopolo el rey Burgos de Ayllon, muy losano:
e vinose para Castilla de dia e de noche andando.
A Bivar enbió el mandado;
e quando lo sopo Rodrigo, cavalgó muy privado [49].
Entre dia e noche a Çamora es llegado;
al rey se omilló, e nol bessó la mano.
Dixo : »Rey, mucho me plase, porque non so tu vassallo [50].
Rey, fasta que non te armasses, non devias tener reynado;
ca non esperas palmada de moros nin de christianos;
mas ve velar al padron de Santiago, quando oyeres la missa.
Armate (*e*) con tu mano e tú te ciñe la espada con tu mano,
e tú deciñe (*sic*) commo de cabo, e tú te sey el padrino, e tú te sey el afijado,
e llamate cavallero del padron de Santiago,
e serias tú mi señor, e mandarias el tu reynado.«
Essas horas dixo el rey : »En tanto fue accordado.
Non ha cossa, Rodrigo, que non faga, por te non salir de mandado.«
Metieronse a los caminos, passól Rodrigo a mal grado (*f*),
que disen Benavente, segun dise en el romance [51].
Passólo a Astorga, e metiólo a Monteyraglo.
De ally se tornó Rodrigo, que le apresurava el mandado:
que se aguissavan paganos para correr el reynado.
De noche llegó Rodrigo a Bivar, dava su apellido,
que non lo entendiessen los que vendian el reynado.
A Sant Estevan fue Diego Laynes llegado,
e don Ruy Laynes de Alfaro, e don Layn Laynes que ovo a Treviño conprado;
e Fernand Laynes de Sant Estevan, muy losano.
El alvor queria quebrar, e aun el dia non era claro,
quando assomavan los cinco reys (*sic*) moros por el llano;
por la deffesa de Sant Estevan, a Duero non son llegados.
Ally aderesó Rodrigo sus gentes, acaudellando vuelve la batalla.
Llegar querran al quarto; muchas gentes se perdieron de moros e de christianos.
¡Malos peccados! y morieron quatro fijos de Layn Calvo [52],
muchos buenos cavalleros enderedor, Rodrigo los ovo encontrados (*sic*).
Desque vió el padre e los tios muertos, ovo la color mudado.
Quisiera arramar los christianos, Rodrigo ovo el escudo embraçado;
por tornar los christianos, del padre non ovo cuydado.
Ally fue meselada la batalla, e el torneo abivado.
Paradas fueron las ases, e el torneo mesclado.
Ally llamó Rodrigo a Santiago, fijo del Sebedeo.
Non fue tan bueno de armas Judas el Macabeo,
nin Archil Nicanor, nin el rey Tholomeo.
Cansados fueron de lidiar, e fartos de tornear.
Tres dias estido en pesso la fasienda de Rodrigo de Bivar.

(*a*) Probablemente habria de suplirse : *de Mayo?* (*N. de Wolf.*)

(*b*) ¿Debe decir *al*? (*N. de Duran.*)

(*c*) Léese arriba, de mano contemporánea : *entrado*.

(*d*) Aqui parece faltar algo. (*Nota de Wolf.*)

(*e*) Hay una mayúscula aqui en el manuscrito.

(*f*) *Passol Rodrigo á malgrado* : quizá deberá leerse : *Passol á Rodrigo é á mal grado*.

A pocas que lo non tomaron entrega armado es-
[tando;
esto le aconsejó por el buen rey don Fernando
quando los condes vendieron el reynado.
La batalla venció Rodrigo: por ende sea Dios loado.
Mató al rey Garay, moro de Atiença, e al rey de
[Ciguença, su hermano.
e mató al de Guadalajara, e prisso al Madriano,
e al Talaverano, e a otros moros afartos.
Ca muy bien le ayudó el rey moro Burgos de Ayllon,
[loçano,
que era su vassallo.
E traxieron los dos reyś moros para el pueblo Ça-
[morano;
tornósse Rodrigo para Castilla, tan sañudo e tan
[yrado [53],
toda la tierra tembrava con el Castellano.
Fue destroyr a Redresilla, e quemar a Bilforado;
conbatieron a Granion, e prisso al conde don Garci
[Fernandes con su mano;
por Villafranca de Montesdoca le levaba apressio-
[nado,
e vióle el conde don Ximeno Sanches de Burveva,
[su hermano.
E cuando lo vió Rodrigo, luego le salió al alcance.
Encerrólo en VII barrios que es Birviesca llamado.
En Santa Maria la antigua se encerró el conde lo-
[sano.
Conbatiólo Rodrigo amidos, que non de grado.
Ovo de ronper la yglesia, e entró en ella privado.
Sacólo por las barvas al conde detras el altar con
[su mano.
E dixol: »Sal aca, alevoso, e ve vender a chris-
[tianismo (*a*)
e (*sic*) a moros, e matar á tu señor honrrado.«
Dos condes lieva pressos Rodrigo; a Carrion fue
[llegado.
Quando lo sopieron los condes de Carrion e de Cas-
[tilla, todos se alegraron,
e fesieronle jurar en las manos, e omenaje le otor-
[gar,
que a treynta dias contados fuessen antel rey don
[Fernando.
Con los pressos fue Rodrigo al pueblo Çamorano;
e metiólos en pressyon con los moros, e cavalgó
[privado;
e sale a rrecebir a los caminos al buen rey don
[Fernando;
e encontrólo entre Çamora e Benavente, do es Mo-
[reruela poblado;
Desde ally fasta Çamora fue gelo contando.
El rey, cuando lo oyó, enbió por todos sus rey-
[nados,
Protogalesses e Galisianos, Leonesses e Asturianos,
e Estremadura con Castellanos;
e ally los mandó el rey tan ayna judgar
¿los condes que tal cossa fasian, qué muerte me-
[recian?
Judgaron Portogalesses a bueltas con Galisianos.
dieron por juysio, que fuesen despeñados.
Judgaron Leonesses con Asturianos;
dieron por juysio, que fuessen arrastrados.
Judgaron Castellanos a buelta con Estremadanos,
e dieron por juysio, que fuessen quemados.
Ffijos fueron del conde don Pedro del Campo, mu-
[cho onrrado.
Quando sopieron que Rodrigo de los reynos era
[echado [54],
entraron á Palencia por fuerça, que primero era
[condado,
e a muy grand desonrra echaron fuera al perlado.
E fuésse querellar al pueblo Çamorano:
»Señor, mienbresete, ca non te deve ser olvidado,
con el rey, vuestro padre, ove a Palencia fran-
[queado.«
E dixo el rey: »Muchas cossas que yo non puedo
[fasser ¡mal peccado!«
Dixo Arnaldo el perlado: »Yr quiero a Roma que-
[rellarlo.«
Essas horas dixo el rey: »Commo vieredes mas
[guissado,
ca los reynos tengo que se me alçaran e los fijos-
[dalgo;
Dyos traxiesse a Rodrigo que sabria caloñarlo;
ca yo en la romeria he abondo ¡mal peccado!
en la unidat forçada, fasta que yo pueda emen-
[darlo.«
En esta querella llegó otro mandado [55],
cartas del rey de Francia e del emperador Ale-
[mano,
cartas del patriarcha e del Papa Romano.
que diessen tributo España e Francia desde Aspa
[fasta en Santiago;
el rey que en España visquiese, siempre se lla-
[masse tributario,
diese fuero e tributo cada año.
Cinco son los reynados de España; asy vinie afir-
[mado
que diessen quinse doncellas virgines en cada
[año [56],
e fuessen fijasdalgo,
e dies cavallos, los mejores del reynado,
treynta marcos de plata que despensassen los fi-
[josdalgo,
e asores mudados, e tres falcones, los mejores de
[los reynados.
Este tributo que diesse cada año en quanto fues-
[sen bivos christianos.
Quando esto oyó el buen rey don Fernando,
batiendo va amas las palmas, las ases quebran-
[tando:
»¡Peccador sin ventura, a qué tiempo so llegado [57]!
Quantos en España visquieron, nunca se llamaron
[tributarios.
A mí veenme niño e sin sesso, e vanme soberviando;
mas me valdria la muerte que la vida que yo fago.
Agora enbiaré por mis vassallos, que me semeja
[guissado,
e consejarme he con ellos sy seré tributario.«
Ally enbió por Rodrigo e por todos los fijosdalgo;
enbiara atreguar los condes que non temiessen de
[daño [58].
Llegó con ellos Rodrigo al pueblo Çamorano,
e tomólos por las manos, e levólos antel rey don
[Fernando:
»Señor, perdona aquestos condes syn arte e sin
[engaño.«
»Yo los perdono sin arte e sin engaño, por non te
[salir, Rodrigo, de mandado;
que los cinco reys d'España [59] quiero que anden
[por tu mano,
ca Francia e Alemaña fasenme tributario,
e el Papa de Roma que devia vedarlo.
Vedes aqui su previllegio con su sello colgado.«
Estonce dixo Rodrigo: »Por ende sêa Dios loado;
ca vos enbian pedir don, vos devedes otorgarlo.
Aun non vos enbia pedir tributo, mas enbia vos
[dar algo.
Mostrarvos he yo aqueste aver ganarlo.
Apellydat vuestros reynos desde los puertos de
[Aspa fasta en Santiago;
sobre lo suyo lo ayamos, lo nuestro esté queda-
[do.
Sy non llego fasta Paris, non devia ser nado.«
Por esta rrason dixieron [60]: el buen don Fernando
[par fue de emperador,
mandó á Castilla vieja, e mandó a Leon;
e mandó a las Esturias fasta en Sant Salvador;
mandó á Galicia, onde los cavalleros son;
mandó a Portogal, essa tierra jensor;
e mandó á Cohinbra de moros, pobló a Montema-
[yor,
pobló a Sorya, frontera de Aragon;
e corrió a Sevilla tres veces en una sason.
A dargela ovieron moros, que quisieron o que non.
E ganó a Sant Isydro, e aduxolo a Leon.

(*a*) *A cristiano* debiera decir.

Ovo a Navarra en comienda, e vinole obedecer el rey de Aragon.
A pessar de Francesses los puertos de Aspa passó;
a pessar de reys e de emperadores, a pessar de Romanos dentro en Paris entró [61],
con gentes honrradas que de España sacó [62],
el conde don Ossoryo, el amo quel crió,
e el conde don M. Gos., un portogales de pro,
e el conde don Nuño Nuñes que a Simancas mandó,
e el conde don Alvar Rodrigues (*a*)) que a las Asturias mandó
(este pobló a Mondoñedo e... (*b*)) de enquebrando);
y el conde don Galin Laynes, el bueno de Carrion,
y el conde don Essar, señor de Monçou,
y el conde don rr°, de Cabra señor,
e el conde con Bellar, escogiera el mejor,
e el conde don Ximon Sanches, de Burveva señor;
el conde don Garcia de Cabra, de todos el mejor,
e el conde Garci Fernandes el bueno, Crespo de Grañon;
Almerique de Narbona quel disen don Quiron;
Con ellos va Rodrigo, de todos el mejor.
Los cinco reys de España todos juntados son.
Passavan allende Duero, passavan allende Arlanson
e... (*c*) siete semanas por cuenta estido el rey don Fernando.
atendiendo batalla en una lid en campo.
Apellidóse Francia con gentes en derredor;
apellidóse Lonbardia, asy commo el agua corre;
apellidóse Pavia e otras gentes;
apellidóse Alemaña con el emperador,
Pulla e Calabra, e Sesilla la mayor,
e toda tierra de Roma con quantas gentes son,
e Armenia e Persia la mayor,
e Frandes, e Rrochella, e toda tierra de Ultramar,
e el Palasin de Blaya, Saboya la mayor.
¡Quáles atavetradores (*sic*) del buen rey don Fernando?
El conde don Firuela e el conde don Ximon Sanches
vieron venir grandes poderes del conde Saboyano,
con mill e nuevecientos cavalleros a cavallo.
Venieronse contra el rey de Castilla, llamando:
»¡A las armas, cavalleros, el buen rey don Fernando!
a Ruedano passemos ante que prendamos daño,
que atanto son Francesses commo yervas del campo.«
Essas horas dixo el rey don Fernando: »Non es lo que yo demando.
Grandes tiempos ha passado que yo saly de mis reynados;
quantos della saqué todos son despensados.
Al dia que yo cobdiciava, ya se me va allegando
de verme en lid en campo con quien me llama tributario.
Varones, ¿qué me fiso rey señor de España? la mesura de vosotros, fijosdalgo.
Llamastesme señor, e me bessastes la mano. Yo un ombre so señero commo uno de vosotros.
Quanto es del mi cuerpo, non puede mas que otro ombre;
mas do yo metiere las manos ¡por Dios, vos sacaldas!
Que gran pression espera España mientra el mundo fuere;
que vos non llamen tributarios en ninguna sason;
ca vos orarian mal sieglo quantos por nacer son.«
A ninguna destas querellas ninguno non le respondió [63].
El rey con la malenconia por el corason queria quebrar;
demandó por Rodrigo el que nació en Bivar.
Recudióle Rodrigo, la mano le bessó: »¿Qué vos plase, señor el buen rey don Fernando?

(*a*) En el manuscrito está abreviado: rrs.
(*b*) Hay aquí un blanco.
(*c*) Un blanco.

Sy conde o rico ombre vos salió de mandado,
muerto o preso metervoslo he en vuestra mano.«
Essas horas dixo el rey: »Seas bien aventurado.
Mas seyalferse de mi seña; siempre te lo avré en grado;
e si me Dios torna a España, siempre te faré algo.»
Ally dixo Rodrigo: »Señor, non me serya dado,
do está tanto ombre rico e tantos condes e tanto poderoso fijo de algo:
a quien pertenece seña de señor tan honrado;
e yo so escudero, e non cavallero armado;
mas besso vuestras manos, e pidovos un don;
que los primeros golpes yo con mis manos los tome,
e abrirvos he los caminos por do entredes vos.»
Essas horas dixo el rey: »Otorgotelo yo.«
Essas horas Rodrigo a tan apriessa fue armado
con trecientos cavalleros quel bessaban la mano.
Contra el conde de Saboya salyó tan yrado Rodrigo (*d*),
nunca viera seña nin pendon devissado;
ronpiendo va un manto que era de sirgo, la peña le tiró privado;
apriessa ertó de punta a la meter la espada que traya al cuelo, tiróla tan privado,
quinse ramos fase la seña, verguença avia de la dar a los cavalleros.
E bolvió los ojos en alto; vió estar un su sobrino,
fijo de su hermano quel disen Pero Mudo,
a él fué llegado: »Ven acá, mi sobrino, fijo eres de mi hermano,
el que fiso mi hermano en una labradora, quando andaba casando.
Varon, toma esta seña, fas lo que yo te mando.«
Dixo Pero Hermudo: »Que me plase de grado.
Conosco que so vuestro sobrino, fijo de vuestro hermano;
mas de que sallestes de España, non vos ovo membrado,
a cena nin a yantar non me oviestes convidado;
de fambre e de frio so muy coytado.
Non he por cobertura del caballo.
Por las crietas de los pies correme sangre clara.«
Ally dixo Rodrigo: »Calle, traidor, privado.
Todo ombre de buen logar que quiere sobir a buen estado,
conviene que de lo suyo sea abidado,
que atienda mal, e bien sepa el mundo pasarlo.«
Pero Mudo tan apriessa fue armado;
Recebió la seña, a Rodrigo bessó la mano,
e dixo: »Señor, a fruenta de Dios te fago.
Vey la seña sin engaño,
que en tal logar vos la pondré antes del sol cerrado,
do nunca entró seña de moro nin de christiano.«
Ally dixo Rodrigo: »Esso es lo que yo te mando,
Agora te conosco que eres fijo de mi hermano.«
Con trescientos cavalleros yva la seña guardando.
Viólo el conde de Saboya; en tanto fue espantado,
e dixo a los cavalleros: »Cavalgat muy privado.
Sabedme de aquel español, sy viene de la tierra echado [64],
Si fuere conde o rico ombre, vengame bessar la mano,
sy fuere ombre de buen logar, tome mio mayoradgo.«
Tan apriessa los Latinos a Rodrigo son llegados,
e fisose maravillado, quando gelo contaron:
»Tornadvos,« dixo, »Latinos, al conde con mi mandado,
e desilde que non so rico nin poderoso fidalgo;
mas so un escudero, non cavallero armado,
ffijo de un mercadero, nieto de un cibdadano.
Mi padre moró en Rua, e siempre vendió su paño.
Ffincaronme dos pieças el dia que fue finado,
e commo él vendió lo suyo, venderé yo lo mio de grado;
ca quien gelo comprava muchol costava caro.
Pero desilde al conde que de mi cuerpo a tanto,

(*d*) Probablemente dirá: *Rodrigo tan yrado?*

que de muerto o presso non me saldria de la mano.«
El conde quando esto oyó, fue mucho sañudo e y-
[rado:
»Español, fide enemiga ya vos viene menasando.
Todos los otros mueran, aquel sea pressyonado,
e levadmelo a Saboya, muy las manos atadas.
Colgarlo he de los cabellos del castillo privado.
Mandaré a mis rapases tan sin duelo que en el me-
[dio dia diga, que es noche cerrada.«
Caudillan las ases e lidian tan de grado.
¡Saboya! llamó el conde, e ¡Castilla! el Castellano.
Veredes lidiar a porfia (*sic*) e tan firme se dar,
atantos pendones obrados alzar e abaxar,
atantas lanças quebradas por el primore quebrar,
atantos cavallos caer e non se levantar,
atanto cavallo sin dueño por el campo andar.
En medio de la mayor priessa Rodrigo fue entrar;
encontróse con el conde, un golpe le fue dar,
derribólole (*sic*) del cavallo, non le quiso matar:
»Presso sodes, don conde, el onrado Saboyano.
Desta guisa vende paño aqueste cibdadano.
Assy los vendió mi padre fasta que fue finado.
Quien gélos conprava, asy les costava caro.«
Essas [horas] dixo el conde: »Mesura, Español
[onrrado,
que ombre que assy lidia, non devia ser villano.
O eres hermano o primo del buen rey don Fernando.
¿Commo disen el tu nombre, si a Dios ayas paga-
[do?«
Ally dixo Rodrigo: »Non te será negado.
Rodrigo me llaman aquestos quantos aquí trayo,
fijo so de Diego Laynes, e nieto de Layn Calvo.«
Essas horas dixo: »¡Ay mesquino, desaventurado!
Cuydé que lidiava con ombre, e lidiè con un pecca-
[do,
que dentro poco ha que fueste nonbrado,
que non te atiende rey moro nin christiano
en el campo; ca de muerto o de presso non te
[saldria de la mano.
Oylo contar al rey de Francia e al Papa de Roma.
que nunca prendes ombre nado, que nunca te pren-
[diesse.
Dame de qué guissa podria yo salir de la pressyon
[que non fuesse desonrrado.
Cassarte ya con una mi fija que yo mas amo,
e non he otra fija nin otro fijo que herede el con-
[dado.«
Ally dixo Rodrigo: »Pues enbia por ella muy priva-
[do.
Sy yo della me pagaré que cabe se fará el mercado.«
Ya van por la ynfanta a poder de cavallo;
traenla guarnida en una silla muy blanca, de oro
[el freno, non mejor obrado.
Vestida va la ynfanta de un baldoque preciado,
cabellos por las espaldas commo de un oro colado;
ojos prietos commo la mora, el cuerpo bien tajado.
Non ha rrey nin emperador que della non fuese pa-
[gado.
Quando la vió Rodrigo, tomó la por la mano,
e dixo: »Conde, yt á buena ventura muy privado;
que non cassaria con ella por quanto yo valgo
ca non me pertenece fija de conde nin de condado
El rey don Fernando es por cassar, a él me la quiero
[dar
Sy faga mayor algo, conde, por quanto de los ojos
[vedes, non vos coja mas en el canpo.«
Davala Rodrigo a los suyos, lievenla passo
El acogiósse para el rey al galope de cavallo.
Dixo: »Albricias, señor, que vos trayo buen man-
[dado.
En mill e novecientos cavalleros fise muy grand
[daño;
prisse al conde de Saboya por la barba syn su gra-
[do.
Dióme por sy su fija, e yo para vos la quiero,
e besso las manos a vos que me fagades algo.»
Essas oras dixo el rey: »Solo non sea pensado;
ca por conqueryr reynos vine aca, ca non por fi-
[jasdalgo.
Ca nos las quesieramos, en España fallaremos
[afartas.«
Essas oras dixo Rodrigo: »Señor, fasedlo privado.
Enbarraganad a Francia[65], sy a Dyos ayades pa-
[gado.
Suya será la desonrra, yrlos hemos denostando.
Assy bolveremos con ellos la lid en el campo.«
Essas horas fue el rey ledo e pagado,
e dixo: »Rodrigo, pues en mill e novecientos fe-
[sistes grand daño,
de los tuyos ¿quanto te fincaron, sy a Dyos ayas
[pagado?«
Ally dixo Rodrigo: »Non vos será negado.
Llevé tresientos cavalleros, e traxe quarenta e
[quatro.«
Quando esto oyó el rey, tomólo por la mano.
Al rreal de Castellanos amos a dos entraron.
El rey enbió a dos a dos los cavalleros, demando
[(*sic*) (*a*) fasta que apartó
DCCCC[os]. que a Rodrigo bessassen la mano.
Dixieron los DCCCC[os].: »Por Dios sea loado,
con tan onrrado señor que nos bessemos la mano.«
De Rodrigo que avia nonbre, Ruy Dias le llamaron,
Cavalgan estos DCCCC[os]., a la ynfanta tomaron.
Entra la tienda del buen rey don Fernando.
Con ella fue el rey muy ledo e pagado.
Ally dixo Rodrigo al buen rey don Fernando:
»Cavalguen vuestros reynos, e non sean en tar-
[darlo.
Yo yré en la delantera con estos DCCCC[os]. que
[yo trayo.
Señor, lleguemos a Paris, que asy lo avré otor-
[gado;
ca ay es el rey de Francia e el emperador Alemano;
y es el patriarcha e el Papa Romano;
que nos están esperando a que les diessemos el
[tributo;
e nos queremos gelo dar privado,
que fasta que me vea con ellos non serya folgado.«
Entran en las armas, comiençan de cavalgar.
La delantera lieva Rodrigo de Bivar.
Cavalga en la mañana al alvorada el buen rey don
[Fernando,
los poderes juntavan; ya eran fuera de Paris assen-
[tados
en tantas tiendas, en tantos ricos estrados.
Ally llegó Rodrigo con CCC[os]. cavalleros;
ally se reptan Francesses a bueltas con Alemanes;
rietanse los Francesses con tantos de los Roma-
[nos.
Ally fabló el conde de Saboya, muy grandes bo-
[ses dando:
»Quedo,« dixo, »los reynos non vos vades coytan-
[do.
Aquel Español que ally vedes, es diablo en todo;
el diablo le dió tantos poderes, que assy viene
[acompañado.
Con mill que trae, mal me ha desbaratado;
en mill e novecientos fisome grand daño;
pressome por la barba amidos e non de grado.
Alla me tiene una fija, donde soy muy cuytado.«
Ally finca la tienda de Rruy Dias el Castellano.
En el tendal don Rruy Dias cavalga apriessa enl
[su cavallo
Bavjeca, el escudo ante pechos, el pendon en la
[mano.
»Oyt,« dixo, »los novecientos veredes lo que fago.
Sy non diesse con la mano en las puertas de Pa-
[ris, non serya folgado.
Sy podiesse mesclar batalla, el torneo parado,
que cras quando él llegasse, que nos fallase lidian-
[do.«
Ally movió Ruy Dias entre las tiendas de los Fran-
[cesses,
expoloneó el cavallo, e feryan los pies en la tier-
[ra, yva temblando.
En las puertas de Paris fue ferir con la mano,

(*a*) Probablemente diria: *de modo?*

a pessar de Francesses fue passar commo de cabo.
Paróse antel Papa, muy quedo estido:
»¿Qué es esso, Francesses e Papa Romano?
Syempre oy desir que doce pares avia en Francia lidiadores: ¡llamadlos!
sy quisieren lidiar comigo cavalguen muy privado.«
Ffabló el rey de Francia: »Non es guisado.
Non ay de los doce pares que lidiasse synon con el rey don Fernando.
Apartat desque viniera el rey de España don Fernando,
e lidiaré con él de grado.«
Ally dixo Ruy Dias, el buen Castellano:
»Rey, vos e los doce pares de mi sereis buscado.«
Ya se va Ruy Dias a los sus vasallos;
dan cevada de dia, los sus vasallos son armados.
Todos la tierra fasta el sol rrayado
assomaron los poderes del buen rey don Fernando.
A recebirlos sale Ruy Dias, e tomó al rey por la mano:
»Adelante,« dixo, »señor, el buen rey don Fernando,
el mas onrrado señor que en España fue nado,
ya querrian aver en gracia los que vos llaman tributario.
Agora sanaré del dolor que andava coytado.
Tan seguro andat por aqui commo sy aviessedes entrado.
Yo lidiaré con estos, estad quedado.«
Ally dixo el rey: »Ruy Dias el Castellano,
Commo tú ordenares mis reynos, en tanto seré folgado.«
Ally fincó Ruy Dias la tienda del buen rey don Fernando,
con las suyas cuerdas mezcladas aderredor de los Castellanos,
a buelta con Estremadanos, la costanera Aragonesses Navarros,
con Leonesses, con Asturyanos;
por mantener la çaga Portogalesses con Galisianos.
Quando esto vió el Papa Romano,
dixo: »Oytme, rey de Francia, e emperador Alemano,
semeja que el rey de España es aqui llegado.
Non viene con mengua de corason, mas commo rey esforçado.
Agora podredes aver derecho, sy podieremos tomarlo.
Quanto aver sacó de España, todo lo ha despenssado.
Agora ganaré dél tregua por quatro años, es chico el plaso.
Despues darle hemos guerra, e tomarle hemos el reynado[66].«
Dixieron los rreys: »Señor, enbiat por él privado.«
Apriessa enbia por el rey el Papa Romano.
Quando esto oyó el rey don Fernando,
armóse él e los fijosdalgo.
En senos cavallos cavalgan entre el rey e el Castellano,
amos lanças en las manos, mano por mano fablando;
aconsejandole Ruy Dias a guissa de buen fidalgo:
»Señor, en aquesta fabla sed vos bien acordado.
Ellos fablan muy manso, é vos fablat muy bravo;
ellos son muy leydos, e andarvos han engañando.
Señor, pedildes batalla para cras en el alvor quebrando.«
El Papa quando lo vió venir, enante fue acordado.
»Oytme,« dixo, »el buen emperador Alemano.
Aqueste rey de España semejame mucho onrrado.
Ponét ay una silla apar de vos, e cobrilda con este paño.
Quando vieredes que descavalga, levantadvos muy privado,
e prendetlo por las manos, é cabe de vos possaldo;
que sea en par de vos, que me semeja guissado.«
Ally se ersian los Poderes de Roma al buen rey don Fernado.
Non sabia qual era el rey, nin qual era el Castellano,
synon quando descavalgó el rrey, al Papa bessó la mano.
E levantósse el emperador, e recebiólos muy de buen grado;
e tomanse por las manos, al estrado van possar.
A los pies del rey se va possar Ruy Dias el Castellano.
Ally fabló el Papa, comensó a preguntarlo:
»Digasme, Ruy Dias de España, sy a Dios ayas pagado.
Sy quieres ser emperador de España, darte he la corona de grado.«
Ally fabló Ruy Dias, ante que el rey don Fernando:
»Dévos Dios malas gracias ay, Papa Romano,
que por lo por ganar venimos, que non por lo ganado;
ca los cinco reynos de España syn vos le bessan la mano.
Viene por conquerir el emperyo de Alemania, que de derecho ha de heredarlo.
Assentósse en la silla, por ende sea Dios loado.
Veré que le dan aventaja de la qual será ossado,
conde Alemano quel dé la corona e el blago.«
En tanto se levantó el buen rey don Fernando:
»A treguas venimos, que non por faser daño.
Vos adelinat, mi señor Ruy Dias el Castellano.«
Estonce Ruy Dias apriesa se fue levantado:
»Oytme,« dixo, »rey de Francia e emperador Alemano,
oytme, patriarcha e Papa Romano,
Enbiastesme pedir tributario:
traervos lo ha el buen rey don Fernando.
Cras vos entregará en buena lid en el campo
Los marcos quel pedistes.
Vos, rey de Francia, de mi seredes buscado,
veré sy vos acorreran los doce pares o algun Frances locano.«
Emplaçados fincan para otro dia en el campo.
Alegre se va el buen rey don Fernando
a la su tienda; lieva a Ruy Dias, que non quiere dexarlo.
Ally dixo el rey a Ruy Dias: »Ffijo eres de Diego Laynes e nieto de Layn Calvo.
Cabdiella bien los reynos desque cantará el gallo.«
Essas horas dixo Ruy Dias: »Que me plase de grado,
Cabdillaré las ases ante del alvor quebrado.«
Commo estén las ases paradas enante del sol rrayado
apriessa dan cevada, e piensan de cavalgar.
Las ases son acabdilladas, quando el alvor quiere quebrar.
Mandava Ruy Dias a los Castellanos al buen rey don Fernando guardar.
Va Ruy Dias con los DCCCC., la delantera fue tomar.
Armadas son las ases, e el pregon apregonado;
la una e las dos a la tercera llegando.
La yfanta de Saboya, fija del conde Saboyano,
yassia de parto en la tienda del buen rey don Fernando.
Ally parió un fijo varon, el Papa fué tomarlo.
Ante que el rey lo sopiesse fue el yfante christiano.
Padrino fue el rey de Francia e el emperador Alemano;
padrino fué un patriarcha e un cardenal onrrado.
En las manos del Papa el yfante fue christiano.
Ally llegó el buen rey don Fernando.
Quando lo vió el Papa, passó el yfante a un estrado;

Començo de predicar, muy grandes boses dando:
»Cata,« dis, »rey de España, commo eres bien [aventurado:
con tan grand onrra Dios qué fijo te ha dado.
Miraglo fue de Christus el señor apoderado,
que non quisso que se perdiesse christianismo [desde Roma fasta Santiago.
Por amor deste ynfante que Dios te ovo dado,
danos tregua syquiera por un año.«
Ally dixo Ruy Dias: »Sol non sea pensado,
salvo sy es entrega; en pero mas queremos apla- [sarlo,
e tal plaso nos dedes que podamos entregarlo.
O morrá este emperador ol daremos reynado [apartado.«
Dixo el rey don Fernando: »Dovos quatro años [de plaso.«
Dixo el rey de Francia e el emperador Alemano:
»Por amor deste ynfante que es nuestro afijado,
otros quatro años vos pedimos de plaso.«
Dixo el rey don Fernando: »Seavos otorgado;
e por amor del patriarcha dovos otros quatro [años,
e por amor del cardenal. . . . .

(*Aquí acaba el manuscrito, y quedan cuatro fojas en blanco* [67].)

NOTAS DEL COLECTOR.

[1] Segun nuestra historia verdadera ó tenida por tal, á Don Pelayo sucedió su hijo Fabila, y á este su yerno Don Alfonso, y no su nieto, que, como supone esta crónica, tuvo por madre á una hija ilegítima de aquel, casada con Suero de Caso, sugeto que nos es desconocido, y cuyo nombre menciona el juglar en varias ocasiones.

[2] La supuesta causa de la eleccion de jueces en Castilla es diferente de la que dice la historia, porque en esta se expresa fué porque Ordoño II de Leon hizo asesinar á los condes de aquella época, y los castellanos rebelándose nombraron jueces populares que los gobernasen, y que con este título los rigieron hasta que Fernan Gonzalez volvió á llamarse conde.

[3] Hé aquí al conde Fernan Gonzalez hecho hijo de un calavera y de una prostituta. Fué creencia vulgar que los hijos ilegítimos ó de padres discolos eran siempre los que la naturaleza aventajaba. Ni el Cid se libró de que algunos le considerasen como de nacimiento ilegítimo, aunque en las crónicas se le defienda de semejante imputacion, que sin embargo se consigna en el romance número 726, que dice: *Ese buen Diego Lainez.*

[4] Creíase que los hijos últimamente habidos eran mejores que los otros.

[5] Este Sancho Ordoñez, por lo que hace á la historia, debe ser García el Tembloso, de Navarra, que sobre seguro y á traicion prendió á Fernan Gonzalez, para vengar la muerte que dió á Sancho Abarca, padre de dicho García.

[6] La historia llama Doña Sancha á la que aquí se dice Doña Constanza. Era hija de García el Tembloso y se casó con Fernan Gonzalez.

[7] El rey de Navarra que, segun la historia, prendió á Fernan Gonzalez, fué García el Tembloso; pero el juglar, autor de la crónica rimada, se complace en llamar á reyes distintos, Sanchos Ordoñez ó Abarcas, lo cual es causa de mucha confusion.

[8] Aquí inventa el juglar un Don Alonso de Leon, á quien atribuye los hechos que la historia refiere á Sancho el Gordo, de cuyo vasallaje libró Fernan Gonzalez á Castilla, por precio del caballo y el azor, tan populares como fabulosos.

[9] El conde Garci Fernandez se casó en pimeras nupcias con una dama francesa, cuyo nombre, segun los romances, era el de Argentina, y Almenique el de su padre, segun la crónica rimada. Adúltera esta, y ya con un hijo, segun la dicha crónica, ó sin ninguno, segun la tradicion vulgar llamada historia, se fugó á Francia con un conde frances, viudo, pero que tenia una hija nombrada Sancha, á la cual tanto maltrataron que los odió y aborreció hasta el punto de entregar á su padre y á su manceba en manos de Garci Fernandez. Este por gratitud se casó con Sancha, de la que tuvo á su hijo y sucesor Don Sancho García.

[10] El conde de Castilla Don Sancho García fué célebre por los fueros y privilegios que concedió á sus pueblos.

[11] El verdadero é histórico hijo de Sancho García fué Don García, quien tratado de casar con Doña Sancha, hija del rey de Leon, fué asesinado por los Velas. El juglar, en vez de seguir la historia, inventa un Sancho Avorta ó Abarca, á quien supone hijo de Sancho García y su heredero en el condado de Castilla. A este sér ideal aplica los hechos que la tradicion histórica mas ó ménos verdadera atribuye á varios personajes.

[12] Estos hechos que aquí refiere el juglar al Sancho Abarca, de su invencion, los atribuye la historia á Sancho el Mayor, de Navarra, yerno, y no hijo de Sancho García, cuyos estados de Castilla heredó en representacion de su esposa, y por muerte de Don García, hermano de esta.

[13] Si tal arenga hizo el conde Don Sancho García, aquí el Abarca del juglar debe representar á Don García, hijo de aquel, y no á Don Sancho el Mayor, de Navarra, que ántes y despues representa. Don Sancho García, que falleció ántes que su hijo, y que ignoraba que moriria sin sucesion, no podia recomendar á los castellanos á su yerno: luego el Abarca, que en otras partes es la figura de Sancho el Mayor, no puede serlo aquí sino de la de Don García.

[14] Hasta ahora ha podido creerse que el Sancho Abarca del juglar es unas veces Don García, otras Don Sancho el Mayor, y otras una representacion de ambos; pero en este pasaje falsea del todo la historia, puesto que, casando su personaje ideal con una hija del rey de Francia, desbarata todos los derechos hereditarios por los cuales llegaron á reunirse en Fernando el Magno las dos coronas de Castilla y de Leon, supuesto que la primera la obtuvo en representacion de su madre, hija de Sancho García, y la segunda en la de su esposa, hermana de Bermudo III. Si el juglar, en vez de casar á su Abarca con una extranjera, le casara con la infanta de Leon, pudiera creerse que ademas de los dos personajes citados representaba á Fernando el Magno; pero no habiéndolo hecho así, tampoco era posible que Abarca fuese mas que conde ó rey de Castilla, y eso por derecho propio y como heredero legítimo de su supuesto padre Don Sancho García.

[15] El hallazgo de la cueva y altar de San Antolin lo refiere la crónica general mas sucinta, pero mas milagrosamente que la rimada. En aquella al rey Don Sancho el Mayor, á quien aquí representa el Abarca del juglar, se le seca el brazo con que lanzó un venablo á un puerco que se acogiera al altar, y en esta es la mula la que al hundirse en la cueva se rompe las patas delanteras. La crónica general nada dice de lo que despues cuenta la rimada sobre el arzobispo de Toledo, Miro, ni de su viaje á Roma, ni de la ereccion de Palencia en obispado; pero acaso de todo esto haya noticia en alguna historia local.

[16] Ignoramos quién sea este rey de Leon, que el juglar da por abuelo de su Sancho Abarca; ignoramos cómo dejó tres hijas y cómo las casó; ignoramos cómo estando casado pudo reunir en su cabeza todos los reinos de España, pues aun suponiendo que represente á Sancho el Mayor, este solo poseia á Navarra, á Aragon y á Castilla, mas no á Leon.

[17] Vuelve el juglar á la cueva de San Antolin y á la ereccion del obispado de Palencia.

[18] Tórnase á la historia de los jueces y condes de Castilla, de quienes procede Fernando I el Magno. Mas adelante vuelve á hablar de dichos jueces cuando trata de Layn Calvo, abuelo del Cid.

[19] La crónica del Cid llama á los hijos de Lain Calvo: Fernan Lainez, Lain Lainez, Ruy Lainez y Bermudo Lainez, que fué padre del Cid. La general los dice: Ferran Lainez, Bermudo Lainez, Lain Lainez y Diego Lainez, padre del Cid. La rimada los nombra: Ruy Laines, Galduy Laines; omite el nombre del tercero, y llama al cuarto Diego Laines, de quien dice procede el Cid. Solo en esta crónica, que sepamos, como despues se verá, se dice cómo murieron todos los hijos de Lain Calvo.

[20] Torna el Abarca del juglar á representar el papel del histórico Sancho el Mayor de Navarra, como se deduce de la reparticion que hace de sus reinos entre sus hijos.

[21] Sancho el Mayor tuvo cuatro hijos y repartió entre ellos sus estados, dando el de Aragon á Ramiro, el de Castilla á Fernando, el de Sobrarbe y Ribagorza á Gonzalo, y el de Navarra á García. El juglar de la crónica rimada, empeñado en que su Sancho Abarca, ideal hijo de Sancho García, conde de Castilla, fuese señor de toda España, quizá porque siendo él castellano queria establecer la superioridad de su patria, atribuye á su mythico héroe tres hijos, y reparte entre ellos sus reinos, dando el de Leon, que jamas tuvo, á un Alfonso que aquí representa á Bermudo III, no hijo, sino yerno de aquel; á García el de Navarra, y á Fernando el de Castilla.

[22] A quien mató y venció Don Fernando, segun la historia, no fué á un hermano que nunca tuvo, llamado Alfonso, sino á su cuñado Bermudo III de Leon, con cuya hermana y heredera estaba casado.

[23] Este Don García de Navarra sí era en efecto hermano de Fernando de Castilla, el cual le venció en Atapuerca y le despojó de una parte de sus estados, dejando el resto al hijo menor, que le sucedió en el trono de Navarra.

[24] Hé aquí al Cid considerado como descendiente y biznieto de un rey. Esto, confirmado con empeño por el juglar autor de la crónica rimada, indica que pertenecia á la clase de los que corrian los castillos de los señores que, aspirando al feu-

dalismo hereditario, competian con los reyes y pretendian humillarlos. Esto justifica las conjeturas que existen de que el Cid, segun los partidos que luchaban en España, y que le adoptaban por suyo, así era caracterizado y aceptado por ellos como símbolo de sus ideas, principios é intereses. Por eso hay tantos retratos diferentes de él, que se reunen y mezclan para formar dos figuras que no se confunden en los principios políticos, aunque sí en los religiosos y caballerescos. Hay un Cid monárquico, popular, religioso y caballeresco; hay otro aristocrático, feudal, caballeresco y devoto, pero nunca se confunden en el principio político que representan. El Cid feudal y devoto se halla solamente consignado en la crónica rimada y algun romance tomado de ella; el monárquico-popular, santo y caballeresco, está formado en el poema publicado por Sanchez en las crónicas latinas y castellanas, y probablemente en los cantares que en ellas se citan, ó que convertidos en prosa insertan en su texto, y en los romances viejos que nos quedan, ó en los antiguos fabricados posteriormente en el siglo XVI, cuando predominaban el espíritu caballeresco y las costumbres cortesanas. Este Cid, que se opone al de los señores, es el que triunfó de las ideas feudales, es la verdadera figura popular que la tradicion y la escritura nos han legado, condenando al olvido la de su antagonista; es la que caracteriza en todas las épocas la idiosincrasia nacional, la necesidad de conquistar la unidad del territorio y de las leyes, la de acabar con la anarquía que impedia ó dilataba la reconquista del pais contra los árabes. Este es el Cid que, como el pueblo, se ligaba con los monarcas para libertarse de la opresion de los señores; pero que al mismo tiempo receloso de otra tiranía que pudiera empecer á la libertad, á la par que acataba y fortalecía á los reyes, les hablaba el severo lenguaje de la verdad, obligándoles á respetar la ley de la opinion.

25 Sobre la causa de la muerte que dió el Cid al conde Don Gomez, nada dicen las crónicas en prosa, que solo indican que hubo entre ellos una pendencia que fué motivo del desafío. La crónica rimada es mas explícita, como se ve en su texto. Posteriormente nuestros romanceristas y dramáticos han formado de este lance una novela muy popular, inventando un lance palaciego y de pundonor, que produce un duelo; unos amores entre el Cid y Jimena; una prueba que Diego Lainez hace del valor y sufrimiento de sus hijos para escoger ellos el mas digno y á propósito para encomendarle su venganza. De esta prueba resulta ser el Cid el mas valiente, aunque menor en edad, y como tal es el elegido. Todo esto es una ficcion moderna que no parece anterior al siglo XVI, puesto que no resulta de los documentos mas antiguos, donde, al contrario, se expresa que Rodrigo Diaz de Vivar el Cid, era hijo único y legítimo, y sin mas hermano que uno natural, padre del Bermudo ó Pero Mudo que despues llevó su bandera contra los franceses.

26 El conde Don Gomez llama alcalde cibdadano á Diego Lainez, arguyéndole de plebeyo. La verdad parece ser que los jueces de Castilla elegidos popularmente eran hidalgos ciudadanos, ó notables de la clase media. Sin embargo, los ascendientes del Cid poseian grandes riquezas y territorios.

27 Léase *hases*.

28 El luto negro se usaba en España á fines del siglo XII; y este es uno de los datos en que se funda Monsieur Dozy para conjeturar que la composicion primitiva de la crónica rimada pertenece á esa época ó á principios del siguiente siglo, porque, segun dicho señor observa con mucho fundamento, los escritores de los siglos medios consignaban las costumbres del tiempo en que escribian y vivian, mas bien que las de aquel que en sus obras historiaban.

29 Es muy interesante el cuadro patriarcal de las tres hijas del conde Don Gomez, pidiendo la libertad de sus hermanos; muy delicada la conducta de Diego Lainez que las remite á su hijo á quien así honra como vencedor; y muy generoso el porte del Cid, que les otorga su ruego, exponiendo á su padre las causas que justifican su noble proceder, como si quisiera atenuar el beneficio que dispensa, considerándolo como un deber de justicia.

30 Aquí, como observa Monsieur Dozy, hace el juglar á Jimena mas noble y generosa que los romances del siglo XVI, puesto que no por amores, sino por evitar males y discordias á su patria, pide al Cid por esposo. Impropiamente en el romance viejo, número 733, que dice: *Dia era de los Reyes*, se presta á Jimena el lenguaje que Doña Lambra usa en el 666, cuando dice: *Yo me estaba en Barbadillo*. Sin embargo, el estilo y carácter de aquel tiene mas conformidad con la crónica rimada.

31 Comienza el juglar á separar mas y mas á los reyes y al Cid del carácter que le atribuyen los otros documentos y la tradicion adoptada generalmente en los romances, sin mas excepcion que los 731 y 735, que están calcados sobre el tipo y la letra de la crónica rimada, y sin relacion con los demas que hemos visto, donde la mas cruda severidad del Cid con su monarca jamas toca en insolencia.

32 Toma el Cid aquí el carácter de señor feudal, y pretende disculpar sus hechos y los de los suyos, con que, no habiendo reconocido al Rey, y no siendo sus vasallos, pueden, sin incurrir en felonía, hacerle la guerra. El romance 812, que dice: *En Santa Gadea de Búrgos*, es el único de los de la tradicion comun, que tomando algo de la crónica rimada indica vestigios del Cid aristocrático; pero templado por una situacion excepcional. Allí se trata, no de hacer que un rey reconocido jure que no fué parte en la alevosa muerte de un rey legítimo de quien fué el Cid vasallo, sino del cumplimiento de una condicion exigida para ocupar un trono. En este caso, y ántes de cumplirla, Alfonso el VI no era rey, sino un aspirante á la corona; pero tan luego como cumplió la jura, el Cid sumiso y leal se somete al monarca y le obedece. La firmeza del Cid, en la situacion que se hallaba, era un deber, pues ejecutaba una ley; era una obligacion de conciencia, porque no queria rendir homenaje á quien solo podia ser rey despues de purgar las sospechas de ser asesino del antiguo monarca; y era en fin una medida de prudencia, puesto que ratificado el juramento, legitimaba y volvia todo su prestigio al que iba á ocupar el trono.

33 Quizá debe intercalarse aquí la palabra *es*.

34 Por un error llaman algunos romances conde Lozano al conde Don Gomez, convirtiendo en nombre propio lo que era una calificacion.

35 De aquí parece que se ha tomado el asunto y casi la letra del romance número 731 y parte del 735.

36 Contra lo expreso en las crónicas y los romances de tradicion comun, se hace en la rimada que el Cid se case á disgusto con Jimena.

37 En la crónica general el Cid vence á los cinco reyes moros ántes de desposarse, en la del Cid se cuenta que llevó su esposa á su pais satisfecho y contento; pero que juró no gozarla hasta hacerse digno de ello, venciendo cinco lides contra los moros. En la rimada jura lo mismo; pero despechado é iracundo, y para vengarse de la violencia con que se le forzó á casarse.

38 Esta prueba de abandonar de intento al Cid á sus propias fuerzas, para experimentar si era capaz de cumplir lo prometido, no la mencionan los demas documentos.

39 Aunque tiene todos los síntomas de tradicional, solo en la crónica rimada está consignado un rey moro Búrgos, á quien despues de vencido restituyó la libertad, y devolvió con aumentos sus estados, haciendo de él su mas fiel aliado, y quien por vasallaje reconocido y gratitud le ayudó en muy arriesgadas empresas. ¿Será este moro Búrgos un ente verdadero, ó una figura ó representacion de los cinco reyes agarenos, que, segun cuentan las crónicas, venció, y dieron el nombre de Cid á su vencedor reconociéndose por sus tributarios?

40 Vuelve el Cid á insistir aquí en que no se considera vasallo del rey Don Fernando.

41 Segun parece, el Cid considera la batalla contra el moro Búrgos cual si fuese la primera de las cinco lides que ofreció vencer.

42 En la tradicion vulgar y preponderante no es el Rey el que exige del Cid que le rinda tributos por sus conquistas, sino este quien noble, leal y generoso se las ofrece. Al contrario, en la crónica rimada rehusa la demanda de aquel. Sin embargo, en la crónica del Cid, se indica que en cierta ocasion muy posterior, el héroe castellano defiende con sus armas los territorios conquistados de que Alfonso VI, á título de soberano, quiso despojarle.

43 Aunque con circunstancias diversas, en lo esencial del hecho aquí referido, están conformes todas las tradiciones. Fernando I de Castilla estaba destinado á guerrear ó á matar á todos sus hermanos, y en estas circunstancias disputa á Don Ramiro de Aragon la villa de Calahorra, cuya posesion ocasiona el duelo entre el Cid y Martin Gonzalez. Tambien aparece aquí la figura del Cid, santo y devoto, que se amalgama en todas las tradiciones, aun cuando se contradicen en puntos relativos á las ideas políticas. El romance y leyenda de San Lázaro en forma de gafo, malato ó leproso, y la romería á Santiago, aunque consignada en diversos tiempos y circunstancias, se encuentra en todos los documentos.

44 Refiérese el juglar á un romance sin duda, pues le cita, anterior á su crónica rimada; lo cual y el hallarse otros hechos, ó desfigurados en todos los mas remotos documentos históricos ó poéticos, que escritos en castellano poseemos, prueba que la composicion romance debió preceder á todas, si no completamente en sus actuales formas, si á lo ménos en otras muy parecidas, ó sin mas diferencia que la de la mayor ó menor perfeccion con que se usara la medida y la rima. Mucha parte de la crónica rimada puede considerarse como una coleccion de romances descompuestos y mal zurcidos.

45 Monsieur Dozy supone con fundamento que debe decir: *Monteirago*.

46 Aquí empieza á contarse el milagro del Gafo, y de tal manera, por cierto, que parece uno de los trozos de la Crónica rimada que se compuso desfigurando el metro y construccion de un romance viejo, que se procuró reducir á otra clase de versos si es que no lo estaba por su misma imperfeccion;

pero que esto se ejecutó tan incompletamente que casi basta cortar cada pié por su cesura, para que resulte íntegro el romance disfrazado. Lo mismo sucede en fragmentos enteros de la Crónica general, en la del Cid, y en el Poema viejo que de él trata.

47 La tardanza del Cid en acudir al duelo se halla tambien consignada en las crónicas en prosa; pero en ellas es Albar Nuñes su primo, y no Diego Laínez su padre, quien se presenta para sustituirle.

48 Algun fragmento falta ántes de este verso que enlace con lo anterior la expedicion del Cid contra los moros que corrian las tierras de los cristianos, de la cual parece que habla el juglar.

49 El Cid, que viene repitiendo que no es vasallo del Rey, le exige ahora que para serlo se arme á sí propio de caballero en el Padron de Santiago. En las crónicas hay algo que remotamente tiene alguna analogía con esto. El Cid aconseja al Rey que ántes de cercar á Coimbra haga un peregrinaje á Santiago de Galicia, y le pide que tomada la ciudad le arme en ella caballero. Ambas cosas se suponen ejecutadas.

50 Si ha de continuar refiriéndose la expedicion contra los moros, debe, despues de este verso 622, ponerse el 635 y los que le siguen hasta el 671 inclusive, y despues de este continuar con el 623 hasta el 634 inclusive, despues del que se pondrá el 672 y siguientes que parece se refieren al lance de la expulsion de los condes de Castilla traidores al Rey, y delatados por los reyes vasallos del Cid. Si esta redaccion fuese conforme á las conjeturas que hago, puede asegurarse que el manuscrito de la crónica rimada se halla, así en este caso como en otros, compuesto de retazos aislados que se han redactado trastornándolos y sacándolos de su verdadero lugar. Si se lee el texto como propongo, resultará que el rey Burgos avisó al Cid de las hostilidades de los moros; que este juntó gente de los suyos y los venció; que luego se avistó con el rey Don Fernando, le aconsejó se armase caballero; y que miéntras esto se hacia, venció á los condes rebeldes, que segun las crónicas, expelió de Castilla, y segun el juglar, prendió ó cautivó para someterlos á juicio.

51 Refiérese aquí el juglar á un romance, y si esto no es una intercalacion ó reforma hecha á su primitiva redaccion, es una prueba de la existencia de romances anteriores á la obra de aquel.

52 En todas las crónicas consta que el Cid llevó á la correría contra los moros á su familia y amigos; pero solo la rimada dice que muriesen en ella Diego Laínez, padre del Cid, y sus tios, hermanos de aquel.

53 Refiérese á la guerra y expulsion de los condes rebeldes de Castilla. A este verso 672 debe preceder el 623 y siguientes hasta el 635 inclusive, para que pueda entenderse el texto, y despues de este seguir con el 672 dicho.

54 Nada dicen las crónicas ni los romances de que el Cid fuese desterrado, como se supone en la rimada, durante el reinado de Fernando el Magno, ni ménos de que aprovechándose de esta ausencia fuese expulsado de Zamora un arzobispo.

55 Empiézase á tratar del tributo que el Emperador, apoyado por el Papa, quiso imponer al rey de Castilla.

56 Las crónicas no mencionan la clase de tributo que exigia el Emperador, del rey de Castilla, pero el autor de la rimada inventa uno nada verosímil, aunque algo semejante al de las cien doncellas que se dice impusieron los moros á Mauregato.

57 Parécese mucho, contra toda verdad, este rey Fernando, al falso Carlo-Magno que fabricaron los poetas afectos al feudalismo que humilló á los sucesores de este gran emperador.

58 En la crónica rimada, y no en las otras obras que conocemos, se habla del perdon que, apremiado por las circunstancias y consejos del Cid, concedió el Rey á los condes traidores, ya condenados á muerte por las Córtes.

59 En tiempo de Fernando I, que reunió á Leon y á Castilla, no habia cinco reyes que pudiesen ponerse á las órdenes del Cid. En vista de tal anacronismo, Monsieur Dozy infiere que la primitiva redaccion de la crónica rimada no puede ser anterior a aquella época, en que, despues de muerto dicho monarca, volvió España á dividirse entre cinco reyes. Esto se verificó en 1230, por lo cual deduce que la obra del juglar no debe ser mas antigua que el siglo XIII, y eso, ya bastante avanzado.

60 Este resúmen de las hazañas y glorias que hicieron llamar á Fernando Magno par de emperador, presume ingeniosamente Monsieur Dozy que puede considerarse como un canto de guerra, hecho para enaltecer y animar las huestes españolas cuando combatian.

61 Hace el juglar que Fernando y el Cid, vencedores de la Europa que pretendia someter la España á pagar tributo al Emperador, lleguen hasta Paris: las crónicas le llevan por otro camino, y ántes de poner las cosas en tal extremo, dicen que el Papa, temeroso y por medio de legados, revocó su decreto declarando á la España libre de todo vasallaje, y par de emperador al rey Fernando.

62 Hácese aquí una curiosísima reseña de los señores que componian la hueste del Cid cuando invadió la Francia.

63 Vuelve el juglar á poner al rey Fernando en la triste situacion que con frecuencia los novelistas franceses ponian á sus reyes desde Carlo-Magno. El Cid, como otro Roldan, toma la voz y defensa de su monarca, abandonado por los otros señores. La conquista fabulosa de Francia por el Cid y Fernando es una imitacion ó el original de los sucesos de Alfonso el Casto y Bernardo del Carpio, cuando se dice que libró á la España del yugo frances á que la sometiera la debilidad de aquel. En resumidas cuentas, lo que existe en realidad es, que Bernardo y el Cid son para el caso figuras morales del orgullo de los castellanos, que, rivales de los franceses, repugnaban toda dependencia de ellos.

64 A mí me parece que aquí el Cid no se declara mercader porque á esa clase perteneciera su familia; lo hace, sí, por befa y menosprecio de la arrogancia del duque de Saboya, y como para darle á entender que el mas ínfimo de los españoles bastaría á vencerle. En los libros caballerescos es muy comun esta especie de burla jactanciosa, y se ve que muchos paladines, para ofender mas á sus enemigos, se fingen ó noveles caballeros, ú hombres de poco valer.

65 Muy poco favorablemente presenta este lance al Cid, á quien la tradicion vulgar nos retrata tan noble y tan caballero: llenar de ignominia al vencido mancillando la pureza de una hija doncella y hermosa, solo le puede ocurrir á un villano.

66 En estas reservas mentales no parece el Papa, ni muy honrado ni muy cristiano, pero eran fruta del tiempo.

67 Los documentos no árabes de mayor ó menor autenticidad, anteriores al siglo XV, que hablan por extenso ó accidentalmente del Cid, son los que siguen: I, *Charta arrharum*, que inserta Risco en su libro, *Castilla y el mas famoso Castellano*, y tiene la fecha del año 1074.— II, Varias cartas, documentos, donaciones, fueros y escrituras que cita Monsieur Dozy, tomadas de Sandoval y otros historiadores nuestros, firmadas por el Cid, en los años de 1064, 1068, 1069, 1070, 1072, 1075, 1076 y 1082 — III, *Chronicon malleacense*, citado por Labbe, en el tomo II de su *Nova bibliotheca, manuscriptorum librorum*, página 216, el cual parece procede del mediodía de Francia, y se acabó en 1134. El paraje en que habla del Cid, dice: *In Hispania, apud Valentiam, Rodericus Comes, defunctus est; de quo maximus luctus christianis fuit, et gaudium inimicis paganis.*—IV, Poema latino sobre la conquista de Almería, verificada en 1147, é inserto al fin de la crónica de Alfonso VII el emperador de España, escrita en el siglo XII. — V, Cantar latino en elogio del Cid, de que se halla un fragmento en un códice, al parecer del siglo XIII, que describe Monsieur du Meril en su libro intitulado, *Poésies populaires latines du moyen-âge*, insertando allí dicho fragmento, á la página 308. — VI, Crónica latina denominada *Burgense*, que alcanza hasta el año de 1212.— VII, Los anales toledanos primeros, escritos en la primera mitad del siglo XIII, y que alcanzan hasta el año de 1234.—VIII, *Liber Regum*, que se supone escrito en español, en la primera mitad del siglo XIII, y comprende hasta el año de 1234.— IX, La crónica de Lúcas de Tuy, que alcanza hasta el año de 1236.— X, La de Rodrigo de Toledo, que concluye en 1243. — XI, Los anales compostelanos, escritos en latin, que alcanzan al año de 1248. — XII, *Hic incipit gesta Roderici Campi docti*, manuscrito que se conoce por el título de *Gesta Roderici* ó *Crónica Leonesa*, que Risco halló en el monasterio de San Isidro de Leon, é insertó en su libro de *Castilla y el mas famoso Castellano*.— XIII, *Poema* ó mas propiamente dicho, *Cancion de gesta*, que publicó Sanchez en su coleccion de poesías anteriores al siglo XV. — XIV, Crónica general de España, que mandó escribir Don Alfonso el Sabio, de la segunda mitad del siglo XIII.— XV, Crónica del Cid.

De todos estos documentos, excepto del V, ha pasado Monsieur Dozy, en su obra: *Recherches sur l'histoire politique et littéraire d'Espagne pendant le moyen-âge*, impresa en Leyde, 1849, una sabia y excelente revista crítica é histórica, ilustrada con numerosos datos que existen en manuscritos árabes, hasta ahora desconocidos ó mal interpretados. Esta preciosa obra de Monsieur Dozy llegó tarde á mis manos, pero al fin, cuando llegó me ha sido de una inmensa utilidad, ó para confirmar mis opiniones conjeturales, ó para destruir mis preocupaciones.

SUPLEMENTO.

ROMANCES CABALLERESCOS.

1889.

DE CÓMO LA INFANTA, CASADA Á HURTO DEL REY CON EL CONDE, PARIÓ, Y ESTE FUÉ SORPRENDIDO AL SACAR DE PALACIO LA CRIATURA; Y DE CÓMO EL REY APLACADO LOS PERDONÓ.

(*Anónimo* [1].)

Parida estaba la Infanta,
La Infanta parida estaba;
Para cumplir con el Rey
Decia qu'estaba mala.
Envió á llamar al Conde
Que viniese á la su sala:
El Conde siendo llamado
No tardó la su llegada.
—¿Qué me queredes, mi vida?
Qué me queredes, mi alma?
—Que tomeis esta criatura,
E la déis á criar a un ama.—
Ya la tomaba el buen Conde
En los cantos de su capa,
Mas de la sala saliendo
Con el buen Rey encontrara.
—¿Qué llevais, el buen Conde,
En cantos de vuestra capa?
—Unas almendras, señor,
Que son para una preñada.
—Dédesme d'ellas, el Conde,
Para mi hija la Infanta.
—Perdónedes vos, el Rey,
Porque las traigo contadas.—
Ellos en aquesto estando,
La criatura lloraba.
—Traidor me sois vos, el Conde,
Traidor me sois en mi casa.
—Yo no soy traidor, el Rey,
Ni en mi linaje se halla:
Hermanos y primos tengo
Los mejores de Granada.—
Revolvió el manto al brazo
Y arrancó de la su espada;
El Conde, por la criatura,
Retiróse por la sala.
El Rey decia: — Prendeldo; —
Mas nadie prenderlo osaba.
La Infanta, que luego oyera
Rencilla tan grande é brava,
A una de las damas suyas
Lo qu'era preguntaba.
—Es qu'el Rey, señora, al Conde
De traidor lo disfamaba
Porque en la su falda un niño
Del palacio lo sacaba,
Creyendo que á vos, señora,
El Conde vos deshonrara.—
Sale la Infanta de prisa
Adonde su padre estaba,
Y la espada de la mano
De presto se la quitara,
Diciendo: — Oidme, señor,
Una cosa que os contara.—
El Rey, que la queria bien,
Que dijese le mandaba.
—Mia es la criatura
Qu'el Conde, señor, llevaba,
Y el Conde es mi marido,
Yo por tal lo publicaba.—
El Rey, que aquello oyera,
Triste y espantado estaba:
Por un cabo queria vengarse,
E por otro non osaba;
Al fin al mejor consejo
Como cuerdo se allegaba:
Con voz alta é amorosa
Dijo que les perdonaba.
Mándales tomar las manos
A un cardenal que allí estaba,
E hacer bodas sumptuosas
De que todo el mundo holgaba,
Y así el pesar pasado
En gran gozo se tornaba.

(*Síguense ocho romances viejos. El primero de la presa de Túnez*, etc. Pliego suelto.)

[1] Es un bueno y verdadero romance, de los viejos juglarescos.

1890.

AMADIS Y ORIANA HACEN LA PRUEBA DE LA ESPADA Y EL TOCADO ENCANTADOS, QUE SOLO PODIAN ACABARSE POR LOS MAS BELLOS Y FIELES AMANTES. AMADIS MATA AL JAYAN LINDORAQUE, Y VENCE AL ENCANTADOR ARCHALAUS.

(*Anónimo* [1].)

En un hermoso verjel,
De flores todo cercado,
Estaba Amadis de Gaula
El leal enamorado,
Con la muy hermosa Oriana
Entre las flores sentado,
Qu'entónces era venido
Por Oriana y su mandado,
Que por su sañosa carta
Lo tenia desterrado
En la ermita, muy penoso,
Captivo y desesperado.
Hablando están en amores,
No tienen otro cuidado.
—Vamos, vamos, mi señor:
Por vos no me sea negado,
A probar el aventura
Del espada y del tocado.
—Pláceme, dijo, señor:
Cúmplase vuestro mandado.—
Sálense de Miraflores,
Ese castillo nombrado:
Ante el buen rey Lisuarte
Ambos juntos han llegado.
Ya se comienza la prueba
Del espada y del tocado:
El Rey ni sus caballeros
Ninguno lo habia ganado;
Sino fué Amadis y Oriana
Que á la postre habian quedado.
Amadis tomó la espada,
De la vaina la ha sacado;
El tocado de las flores
Oriana le ha tomado:
Sobre sus lindos cabellos
Florecido se ha mostrado.
Salen ambos de la corte,
En el camino han topado
El gran jayan Lindoraque:
Mal les habia salteado.
Caballero en un caballo,
De todas armas armado,
A grandes voces diciendo
Le diesen luego el tocado,
Qu'en Madasima su amiga

Seria mejor empleado.
Oriana, desque lo vido,
La color se le ha mudado:
Amadis, no con temor
La su lanza habia tomado.
Ya llegaba Lindoraque,
Soberbio, desatinado:
De fuertes hojas de acero
El gran jayan es armado.
Arremeten con las lanzas,
Los escudos han falsado.
Amadis á Lindoraque
En tierra lo ha derribado
De un solo golpe de lanza
Qu'en el corazon le ha dado.
Muerto queda Lindoraque,
Muerto y tendido en el prado:
Hélo, hélo por dó viene
Archalaus el encantado,
A grandes voces diciendo:
—Espera, traidor malvado,
Que mataste á Lindoraque,
El gran jayan tan preciado.—
Ponen en ristre las lanzas,
Entrambos las han quebrado;
Echan mano á las espadas
Con esfuerzo denodado.
Amadis á Archalaus
Una mano le ha cortado:
Desque se vido herido,
En sangre todo bañado,
Al caballo vuelve riendas;
Sin socorro, desmayado
Por los montes, sin camino
Huyendo va el renegado,
Renegando de sus dioses
Porque así le habian dejado.
Amadis lo va siguiendo,
Hasele mucho alejado:
Vuélvese á su linda amiga
Donde la dejó en el prado,
Qu'esperando le quedaba
Llorando con gran cuidado.
Al castil de Miraflores
Entrambos habian llegado
Cercados de amor y fe,
De Venus y de su estado,
Donde gozan los placeres
Qu'el amor les ha otorgado,
La muy graciosa y bella
Y su lindo enamorado.

(*Glosa de la Reina troyana*, etc. Pliego suelto.)

[1] Debe colocarse con los romances de Amadis, que empiezan en la página 185 del tomo primero.

1891.

ROMANCE DE DON TRISTAN.

(*Anónimo* [1].)

Herido está Don Tristan
De una muy mala lanzada:
Diérasela el Rey su tio
Con una lanza herbolada.
Diósela desde una torre;
Que de cerca non osaba:
El hierro tiene en el cuerpo,
De fuera le tiembla el hasta.
Tan malo está Don Tristan,
Que á Dios quiere dar el alma.
Valo á ver la reina Iseo,
La su linda enamorada,
Cubierta de paño negro,
Que de luto se llamaba.
Viéndole tan mal parado,
Dice así la triste dama:
—Quien vos hirió, Don Tristan,
Heridas tenga de rabias,
Y que no halle maestro
Que sopiese de sanallas.—
Tanto están de boca en boca
Como una misa rezada:
Llora el uno, llora el otro,
Toda la cama se baña;
El agua que d'ellos sale
Un azucena regaba:
Toda mujer que la bebe [2]
Luego se siente preñada.
Así hice yo, mezquina,
Por la mi ventura mala.

(*Códice de mediado el siglo* XVI.)

[1] Debe colocarse con los romances de Don Tristan, que empiezan en el tomo primero, página 8.

[2] En Astúrias se canta un romance tradicional, que empieza así:

Hay una yerba en el campo
Que se llama la borraja:
Toda mujer que la pisa
Luego se siente preñada.

El asunto de este romance versa sobre una infanta que experimentó los efectos de pisar la flor, y por ello fué perseguida de los suyos y ultrajada. La alegoría de las lágrimas de dos amantes desdichados como Tristan é Iseo, que riegan una azucena, y que, bebidas, producen la regeneracion del amor, es lindísima: lo es tanto ó mas que la de las ninfas de la antigüedad convertidas en fuentes. Aplicada á la historia novelesca de Tristan de Leonis, recuerda el filtro encantado que bebió y fué causa de sus amores, sus venturas y sus desdichas.

1892.

DE CÓMO ROLDAN SE TORNÓ LOCO POR AMORES DE ANGÉLICA LA BELLA [1].

(*Anónimo.*)

Hélo, hélo por dó viene
El valiente Mandricardo,
Armado de todas armas,
En un hermoso caballo:
No lleva espada consigo,
Ni ménos alfanje dorado:
Juramento tiene hecho
De no llevalle á su lado
Sin que cobre á Durindana
En batalla peleando.
Andando de un cabo á otro
Por todas partes buscando,
Llegado es á una fuente
Qu'estaba en medio d'un prado,
Donde vió dos caballeros
Y una dama razonando.
Estos eran Don Roldan
Y Zerbin el esforzado,
Y la dama era Isabela,
Que por suerte se han topado.
Al rumor qu'el moro lleva
Hácia atras vuelven mirando:
Cubriéronse con los yelmos
Las sus cabezas entrambos.
El moro como los vido,
En hito los ha mirado:
En Roldan mas qu'en Zerbino
Los ojos tiene firmados.
Conosciólo luego el moro,
Qu'él era el que iba buscando;
Con alta y soberbia voz
D'esta suerte le ha hablado:
—Doce dias há, con hoy,
Que te sigo por el rastro;
No puedo tomar paciencia
De las nuevas que me han dado,
Que por Francia y todo el mundo
Te hacen tan afamado;
Lo cual ha sido gran parte
Porque yo te ando buscando,
Y aunque no me dieran señas
De tus armas y caballo,
D'entre dos mil caballeros

Te hubiera yo sacado;
Porque tu aspecto sin dubda
Te hace mas señalado.—
Aunque todo esto dice
El valiente Mandricardo,
No piensa qu'es Don Roldan
Aquel con quien está hablando.
Respondió entónces el Conde
Con semblante reposado:
—Cierto, no puede decirse
Que no seas esforzado,
Porqu'ese alto deseo
En gran pecho se ha criado.
Y si no por mas de verme
Tantas tierras has andado,
Mírame bien á placer
Hasta que quedes saciado.
Y porque tu corazon
Quede contento y pagado,
Yo quiero quitarme el yelmo,
Por quitarte de cuidado;
Y despues que bien me hayas
De alto á bajo contemplado,
Prueba el segundo deseo
Aquí, luego, en este prado.—
Respondió entónces el moro
Con semblante muy airado:
—Sus, que satisfecho estoy;
No perdamos tiempo en vano.—
Don Roldan, que muy atento
Al moro estaba mirando,
Vió que no llevaba espada
Ni maza al arzon colgando.
Dícele: —¿Con qué peleas
Cuando la lanza has quebrado?—
Mandricardo respondió:
—D'eso no tengas cuidado,
Que aun así como me ves
A muchos he maltratado.
Juramento tengo hecho,
Y no entiendo de quebrallo,
De jamas ceñir espada
Si a Durindana no gano,
Porqu'este yelmo y arnes
Fué de Héctor el troyano,
Y la buena espada falta,
No sé cómo la robaron;
Mas sí que la tiene uno
Que Don Roldan es llamado,
Y d'esta soberbia nasce
Ser él tan fiero y gallardo.
Mas yo le haré, si le topo,
Restituir lo robado.
Tambien vengaré la muerte
De mi buen padre Agricano,
Al cual él mató á traicion,
Y no como hombre esforzado.—
No puede sufrir el Conde
Esto que dice el pagano:
A grandes voces responde,
Con el gesto demudado
Dice: — Mientes falsamente,
Y hablas como marrano,
Porque yo soy Don Roldan,
Ese que tú andas buscando,
Y le maté buenamente
Cuerpo á cuerpo peleando;
Y esta espada es Durindana,
Que dices fué del Troyano,
Y aunque cierto ella sea mia,
Y la he muy bien ganado,
Quiero que por gentileza
La combatamos entrambos,
Y llévesela en buen hora
Quien fuere mas esforzado.—
Desciñóse á Durindana,
De un pino la habia colgado:
Apártanse uno de otro
Por tomar lugar del campo:
Hiérense juntamente,
Y las lanzas han quebrado;
Revuélvense con gran furia;
Con lo que les ha quedado
Danse tan grandes porradas
Qu'era espanto de miralio:
Los trozos eran muy recios,
Presto son desmenuzados;
Despues á grandes puñadas
Procuran hacerse daño;
Pero el que da mayor golpe
Se siente mas lastimado,
Y viendo que d'esta suerte
Así trabajan en vano,
El moro, qu'era valiente,
A Don Roldan ha abrazado:
Confiándose en sus fuerzas
Luego pensó de ahogarlo.
Cada uno se esforzaba
Por derribar su contrario.
Alarga el brazo Roldan
Al caballo del pagano:
Échale mano al copete;
Para sí recio ha tirado,
Y quitóle presto el freno,
Y en el campo le ha arrojado.
Andando d'esta manera
Don Roldan con el pagano,
Al caballo Briador
Las cinchas se le han quebrado.
El conde cayó en el suelo
Sin pensar cómo ni cuándo:
Con los piés en los estribos
Y él de contino á caballo,
Con tan gran rumor y estruendo
Como un saco muy pesado.
Viendo el caballo del moro
Cómo sin freno ha quedado,
Con su amo siempre encima
Va corriendo por el campo.
Cinco ó seis millas anduvo,
Que jamas pudo tornallo.
Don Roldan se levantó,
Y su silla ha remendado.
Torna presto á cabalgar,
Y siguióle por el rastro;
Mas iba con tanta furia
El caballo del pagano,
Que Roldan perdió el tino
Y jamas pudo alcanzallo.
A la ribera de un rio,
En un muy florido campo
De arboleda muy vicioso,
Determinó de esperallo.
¡Oh Roldan, cuán mejor fuera
De dentro no haber entrado;
Qu'este dia para tí
Fué muy triste y desdichado!
Entrado por la floresta
A todas partes mirando,
Vió que habia muchos letreros
Por los árboles grabados.
Angélica y Medor decian
Con cien mil ñudos atados.
Roldan, que vió este escripto,
Pensativo y alterado
Revuelve mil pensamientos
En su corazon fatigado.
Dice: — ¿Es Angélica esta
Que su nombre aquí ha dejado,
O si debe de ser otra
Que su letra ha remedado?—
Decia despues entre sí:
—¿Qu'es esto qu'estoy pensando?
¿Yo no conozco su letra?
¡Ella misma es, sin dudallo!—
Cuanto mas quiere apartar
Su sospechoso cuidado,
Tanto mas se halla metido

Como pájaro en el lazo,
Que si procura soltarse
Se halla mas enredado.
Andando así el paladino
Confuso y muy alterado,
Llegó á la cumbre del monte
Donde una fuente ha hallado,
Donde Angélica la bella
Con Medoro, su amado,
Miéntras pasan las calores
Se solian estar holgando.
Allí halló sus nombres puestos
Angélica y Medoro atados.
El triste, á pié descendia,
A un arbol ató el caballo;
A la entrada vió que escripto
Medor habia de su mano
La muy su grande ventura
Y su tan dichoso hado:
Lo que la letra decia
Razon es de declarallo:
« Ledas plantas, fresca agua y yerba bella,
»Cueva umbría de gran frescura ornada
»Do Angélica gentil, hija doncella
»De Galafron, de mil en vano amada,
»Desnuda entre mis brazos gocé d'ella
»Por la comodidad que aquí m'es dada;
»Yo, muy pobre Medor, recompensaros
»No puedo mas que cada hora alabaros.
»Y suplicar á todo fiel amante,
»A dama, caballero, cada una
»Persona natural ó viandante,
»Que aquí su voluntad traya ó fortuna,
»Que á sombras, fuentes, cuevas, ledo cante
»Y diga: séaos benigno el sol y luna,
»Y el coro de las ninfas os provea
»Que pastor ni ganados en vos vea.»
Roldan, que vió la epigrama,
Muy bien la hobo notado;
Aunque era en algarabía,
Leyóla muy concertado;
Porque muy bien la entendia,
Y por ella se ha librado
De muchos graves peligros
Siendo en tierra de paganos.
Mas no cumple alabarse
Qu'esto le haya aprovechado,
Porqu'este daño presente
Todo se lo ha descontado.
Léelo tres ó cuatro veces
El paladin desdichado,
Procurando entre su mente
Qu'el letrero fuese falso;
Pero cuanto mas lo lee,
Lo halla mucho mas claro:
El corazon se le aprieta,
Y todo se ha demudado;
Y así, perdido el sentido,
Cayó en tierra desmayado.
¡No puede sentir aquesto
El que d'ello no ha gustado!
Despues que ya tornó en sí
Comenzó á decir llorando:
—¡Quizá que no es verdadero
El escripto que he hallado;
Mas alguno lo habrá hecho
Por su nombre ir disfamando
De mi gran reina y señora,
Y á mí ponerme en cuidado!
¡Mas aquel que lo ha hecho
Su letra ha bien imitado!—
Con esta vana esperanza
Un poco se ha sosegado.
Viendo que se hace tarde,
Subió encima del caballo,
Y á una aldea llegó
A cabo de poco rato.
Apéase de Briador,
Y á un mozo se lo ha dado
Para que curase d'él
Y le diese buen recaudo.
Esta es la casa, por suerte,
Do Medor vino llagado
Cuando Angélica la bella
Lo trujo herido del campo.
Roldan se acostó en la cama,
No quiso cenar bocado:
Cuanto mas busca reposo
Mas dolor iba hallando.
Toda la casa está llena
Del escripto emponzoñado
De Angélica y de Medoro
Con cien mil ñudos ligados.
Calla, y no osa preguntar
A nadie bueno ni malo,
Por no saber peores nuevas
De las que habia hallado.
Pero poco le aprovecha
Querer usar d'este engaño,
Porque allí vino un pastor
Que del todo lo ha turbado,
Que contó punto por punto
Todo cuanto habia pasado:
Cómo Angélica la bella
A Medor habia hallado
Muy mal herido en el monte,
Y ella con su propia mano
Le curó las heridas,
Y la sangre ha restañado
Tanto, que en muy pocos dias
Le curó y le tuvo sano,
Y que muy mayor herida
A sí misma se ha causado,
Porqu'el falso de Cupido
El corazon le ha llagado.
Cuando el pastor esto cuenta
Roldan está mas turbado,
Vasqueando por la cama,
Revolviendo y revolcando,
Y mas cuando se acordó,
Por malo de sus pecados,
Que aquella era la cama
De los dos enamorados,
De la cual saltó muy presto
Como hombre desesperado.
Vístese y ármase luego,
Y muy presto fué á caballo:
Sin esperar que amanezca
Luego se ha salido al campo.
Lo que quedó de la noche
Anduvo desatinado;
Mas cuando ya el sol salia,
A la fuente ha arribado
Donde Angélica la bella
Se solia estar holgando.
El Conde que allí se vido,
Con furor acelerado
Echa mano á Durindana;
De la vaina la ha sacado:
Rompe letreros y piedras,
La pila y caños de mármol,
Y con cuanta fuerza tuvo
La buena espada ha arrojado.
Sálese de allí furioso
Y cae tendido en el campo,
Adonde estuvo tres dias
Sin moverse pié ni mano.
Al cuarto se levantó
Y las armas se ha quitado:
Con cuantas fuerzas tenia
Escudo é yelmo ha arrojado;
El arnes y la loriga
Por el campo lo ha sembrado:
Despues d'esto, los vestidos
Todos ha despedazado.
Tan fuera quedó de sí
Y tal rabia lo ha apretado,
Que ni piensa en Durindana,

Ni mas de ella se ha acordado.
Asi quedó el paladino
De todo desacordado :
Arremete para un pino
Y de raiz lo ha arrancado ;
Asi arrancaba nogueras
Como treboles del prado.
Vase por aquellos montes
Destruyendo y descepando
Cuanto delante topaba
Por los pueblos comarcanos,
Do topó con un pastor
Y arremete denodado,
Y arráncale la cabeza,
Como quien coge un durazno.
Tomó el cuerpo por la pierna,
Revuélvelo muy airado,
Y sirviéndole de maza
Otros dos tendió en el prado;
Los otros vuelven huyendo
Por presto ponerse en salvo :
El loco no los siguió,
Mas volvió para el ganado.
Los labradores que andaban
Por aquellos despoblados
Dejan hoces, rejas, picos,
Y vanse a poner en salvo.
Unos suben en las casas,
Otros en los campanarios,
Porque olivos ni nogueras
No están muy asegurados;
Que á coces ni á puntapiés,
Bocados, puños y palos,
Abre, rompe, despedaza
Bueyes, yeguas y caballos.
Los rústicos labradores
De los lugares cercanos
Con cuernos y tamborinos
Tocan muy apresurados
Y á repique las campanas :
Salen muy alborotados,
Con hondas, con asadores,
Con hachas, arcos y palos,
Deslizando por la sierra
Por al loco dar asalto.
Como ondas de la mar,
Así van determinados;
Mas el loco, obra de veinte,
Despachó en muy poco rato,
Porque aunque le dén con hierro,
Era trabajar en vano;
No pueden sacalle sangre
Por cuanto estaba encantado :
Tórnanse luego á la sierra
Poco á poco retirando.
Roldan, viéndose así solo,
A un lugar fué apresurado :
El villanaje las casas
Con miedo ha desamparado,
Las cuales halló vacías,
Y los pajares y establos.
Halló viandas guisadas
Segun pastoril estado :
Constriñido de la hambre
Comió de lo que ha hallado,
No haciendo diferencia
Si es cocido, crudo ó asado.
Ansí andaba por la tierra,
Por montes y despoblados,
Dando caza á los hombres,
Tomando corzos y gamos,
Y las ciervas muy lijeras,
Jabalís, osos á manos,
Comiendo carnes y pieles
Cuando hambre le ha acosado,
Hecho semejante á bestia,
Irracionable tornado.
Del sol, del aire y del agua,
El rostro todo quemado,
Estaba el pobre Roldan,
De amores loco tornado.

(*Romance de la brava batalla que pasó*, etc. Pliego suelto.)

[1] Debe colocarse despues del de la locura de Roldan, que empieza en la página 271 del tomo primero.

1893.

DURANDARTE MUERTO, SÁCALE MONTESINOS EL CORAZON Y SE LO LLEVA Á BELERMA, SU DESPOSADA [1].

(*Anónimo.*)

Muerto yace Durandarte
Debajo una verde haya,
Con él está Montesinos,
Qu'en la su muerte se hallara :
La fuesa le está haciendo
Con una pequeña daga.
Desenlázale el arnes,
El pecho le desarmaba;
Por el siniestro costado
El corazon le sacaba;
Volviéndolo en un cendal
De mirarlo no cesaba.
Con palabras dolorosas
La vista solemnizaba.
—¡Corazon, el mas valiente
Qu'en Francia ceñia espada.
Agora sereis llevado
Adonde Belerma estaba!
Para dar clara señal
De la verdadera llaga
Será hecho el sacrificio
Qu'ella tanto deseaba
Del amador mas leal,
A la mas cruel y brava.
Use clemencia en la muerte,
Pues en vida os la robaba;
¡Si vuestra muerte le duele
Dichosa sera la paga
A quien está aguardando
El contento de su dama,
Que hasta ver la licencia
El cuerpo muerto acompaña!—
Allegando Montesinos
Adonde Belerma estaba,
Le dice con el semblante
Qu'el dolor le convidaba :
—Si la potencia de amor
Te ha rendido en su batalla,
Muéstralo en saber qu'es muerto
El que mas que á sí te amaba.—
Belerma con estas nuevas
No ménos que muerta estaba :
Mas despues que ya tornó,
Entre sí se razonaba :
—¡Mi buen señor Durandarte,
Dios perdone la tu alma,
Que segun queda la mia,
Presto te tendrá compaña!

(*Aquí comienzan dos romances con sus glosas*, etc. Pliego suelto.)

[1] Debe colocarse entre los de Montesinos, Durandarte y Belerma, que empiezan en la página 254 del tomo primero.

ROMANCES DE LA HISTORIA DE ESPAÑA Y PORTUGAL.

1894.

QUERÉLLASE EL SEÑOR DE LINARES DE QUE Á SÍ ET Á LOS SUS FIJOS LES NON ATIENDE, EL FASE TUERTO [1].

(*Anónimo* [2].)

Non me déis mezquino sueldo,
Que home comunal non só;
Non me fallé en Cobadonga,
Mas mi padre se falló
Cuando por el so Pelayo
Peleó el mio señor:
Por ende le fizo en Cángas
El suo merino mayor,
Y entre las morismas lides
El llevaba el suo pendon.
En años ochenta fizo,
En ellos sabedes vos
Cunta sangre este mio cuerpo
Por el vuestro amor vertió.
A siete valientes moros
En el cerco de Leon
La entrada por el Portillo
Señero defendí yo:
Corrí las mesnadas moras
Con los mios fijos dos,
Y algunos mios escuderos
Fasta las cuestas del sol;
Porque á las morismas lides
El águila me guió:
Despertándome, sus alas
Me la dieron por honor,
El águila me llamaron
Qu'en fito miraba el sol:
Lo que yo miraba en fito
Los reyes pasados, son,
Que nunca cegó á mis gueyos [3]
El so lindo resplandor;
Mas agora mias fazañas
Creo que ciegan á vos,
Pues que no teneis en mientes
El dalles su galardon.
Negasteis á los mios fijos
El vuestro real pendon,
E ficisteis vuestro alférez
A otro qu'es ménos que nos;
Mandasteis que los casase
Muy á lueño de su honor,
Que michores infanzones
Non fincan dentro en Leon.
Mas antiguos qu'el de Mier,
Tan nobles como Quiros,
Tan ricos como Quiñones,
Buenos como Estradas son.
Nobleza de fidalguía
La montaña nos llamó,
Maguer que nunca la rueda
Con deseo y con favor:
Yo vos fago pleitesía
Maguer non lo dudais vos,
Que hubo era en que yo pude
Facerme rey de Leon;
Mas la mia bondad honrosa
Nunca lo tal amañó,
Y aunque lo tal amañara
Cuido non fuera traidor.
Fecisteis treguas con moros,
Non vos fago mengua, non,
Que miéntras fincais sin lides
Los buenos non son de pro.
Asaz teneis consejeros,
Tan mancebos como vos;
Finquen con vos en solaz
Que yo á mi torre me vo
De Linares.— Esto dijo
Aquel anciano señor
Al nieto de Don Pelayo,
Primero rey de Leon.

(*Grabado de una lápida en la ermita de San Pelayo del concejo de Baro.*)

[1] Debe colocarse entre los de la época de Bermudo II de Leon, que empiezan en la página 479 del tomo primero.

[2] El señor Don José Amador de los Rios, cuyo nombre es bien conocido en la república de las letras, ha tenido la bondad de franquearme este romance, cuya copia obtuvo de Don José María de Linares, poseedor hoy dia del mayorazgo de esta casa. Dícese que esta composicion existe grabada con caractéres, al parecer de á mediados ó fines del siglo XV, en varias lápidas puestas en la fachada principal de la ermita de San Pelayo, del barrio de este nombre, en el concejo de Baro del valle de Liébana. No sé hasta qué punto será exacta la copia, pero si está bien y conforme al original, á la legua se descubre que el poeta que versificó esta leyenda heráldica procuró afectar un lenguaje que hiciese aparecer su obra mucho mas antigua de lo que es en realidad. A mi entender no supo hacerlo bien, porque hay en ella palabras que entre sí forman un continuo anacronismo, y se ven mezcladas algunas propias de los primeros tiempos de la monarquía leonesa, con otras que solo se hallan en épocas muy posteriores. Igual cosa sucede con el estilo, las formas y accidentes de la composicion; pero sobre todo esto debo suspender mi juicio miéntras no vea el original, pues acaso la copia no sea tan exacta como se requiere para opinar con exactitud sobre materias tan delicadas.

El hecho verdadero ó fabuloso que narra el romance, se refiere al reinado de Ordoño II de Astúrias y I de Leon, el que despues de conquistada la ciudad de dicho nombre, la hizo corte y capital del reino. Por lo demas, á la legua se descubre el interes que tienen todos los genealogistas de hacer á los que protegen, siempre que hacerlo pueden, si no superiores, á lo ménos iguales á los reyes.

[3] En algunos concejos de Astúrias se llaman *güeyos* á los ojos.

1895.

RETO ENTRE DOS CABALLEROS CASTELLANOS Y OTROS ZAMORANOS [1].

(*Anónimo* [2].)

Riberas del Duero arriba
Cabalgan dos zamoranos
En caballos alazanes
Ricamente enjaezados.
Fuertes armas traen secretas
Y encima sus ricos mantos
Con sendas lanzas y adargas
Como hombres enemistados.
—A grandes voces oimos
Estándonos desarmando,
Si habria dos para dos
Caballeros zamoranos,
Que quisiesen tomar lid
Con otros dos castellanos;
Y los que las voces daban
Padre y hijo son entrambos:
Padre y hijo son los hombres,
Padre y hijo los caballos.
Dicen qu'es Don Diego Ordoñez
Y su hijo Don Fernando,
Aquel que retó á Zamora
Por la muerte de Don Sancho,
Cuando el traidor de Bellido
Le mató con un venablo;
Y al pasar de la puente
El padre al hijo ha hablado:
—No sé si oiste, hijo,
A las damas que han hablado.
—Muy bien las oí, señor,

Lo qu'estaban razonando,
Que las ancianas decian :
¡ Oh qué viejo tan honrado!
Y las doncellas decian
¡ Oh qué mozo tan lozano!—
Palabras de gran soberbia
Entre sí van razonando,
Que si caso se ofreciese,
Habiendo ruido en el campo,
Que se matarian con tres
Y lo mismo harian con cuatro,
Y si les saliesen cinco,
Que no les huirian el campo;
Con tal que no fuesen primos
Ni ménos fuesen hermanos,
Ni de las tiendas del Cid
Ni de sus paniaguados,
De la casa de los Arias
Salgan seis mas esforzados.
No faltó quien los ha oido
De los que andan por el campo.
Oidolos ha Gonzalo Arias,
Hijo de Arias Gonzalo.
Siete caballeros vienen,
Todos siete bien armados,
Cubiertos de sus escudos;
Las lanzas van blandeando,
Y traen por apellido
A Sant Jorge y Sanctiago.
—Mueran, mueran los traidores,
Mueran ó dejen el campo.—
Al encuentro les salieron
Don Ordoño y Don Fernando :
A los primeros encuentros
Don Ordoño mató cuatro,
Don Fernando mató dos
Y el otro les huyó el campo.
Por aquel que se les iba
Las barbas se van mesando;
Preguntara el padre al hijo :
—Decí, hijo, ¿estáis llagado?
—Eso os pregunto, señor,
Que no estoy yo sino sano.
—Siempre lo tuvistes, hijo,
Ser muy flojo en el caballo :
Cuando habeis de cabalgar
Cabalgais trasero y largo.
Yo viejo, de años setenta,
A mis piés estaban cuatro,
Y vos, de los veinte y cinco,
Matais dos, váseos un gato.

(*Aquí comienzan dos romances. El primero que dice : Riberas del Duero arriba*, Pliego suelto.)

[1] Debe colocarse con los del Reto de Zamora, despues del que tiene el número 779, página 504 del tomo primero.

[2] Comparado este romance con el número 775, y 776, se observa una casi identidad en la letra de varios fragmentos, comunes á los tres, á la par que una completa diferencia y cambio del asunto. En aquellos se ve que los zamoranos desafian á los castellanos, y los vencen : al contrario en este, que al principio parece conformarse con dicha version, de pronto y sin saber por qué, se tergiversa la accion y aparecen retadores los castellanos Ordoñez y su hijo que se baten y vencen al zamorano Arias y á los suyos. Cuál sea la causa de semejante incongruencia, lo ignoramos; pero puede atribuirse á la rudeza de una primera improvisacion, ó á que quizá el autor ó juglar que hizo el último, tergiversó las ideas de los otros para acomodarlas á sus ideas inconexas y mal ordenadas.

1896.

ORDOÑEZ RETA Á ZAMORA [1].

(*Anónimo.*)

Sálese Diego Ordoñez,
Del real se ha salido
Armado de piezas dobles
En un caballo morcillo :
La lanza lleva terciada,
Levantado en los estribos.
Va á rieptar los de Zamora
Por la traicion de Bellido :
Vido estar á Arias Gonzalo
Asomado en el castillo;
Con un denuedo feroz
Estas palabras le ha dicho :
—Yo riepto á los de Zamora
Por traidores conoscidos,
Porque fuéron en la muerte
Del rey Don Sancho mi primo,
Y acogieron en la villa
Al qu'esta traicion hizo.
Por eso fuéron traidores,
En consejo, fecho y dicho :
Por eso riepto á los viejos,
Por eso riepto á los niños,
Y á los que están por nascer,
Hasta los recien nascidos;
Riepto al pan, riepto las carnes;
Riepto las aguas y el vino,
Desde las hojas del monte
Hasta las piedras del rio.—
Respondióle Arias Gonzalo,
¡ Oh qué bien que ha respondido!
—Si yo soy cual tú lo dices,
No debiera ser nascido;
Mas hablas como esforzado,
É no como entendido,
Porque sabes qu'en Castilla
Hay un fuero establecido,
Que el que riepta concejo
Haya de lidiar con cinco,
Y si alguno le venciere,
El concejo queda quito.—
Don Diego, que lo oyera,
Algo fuera arrepentido;
Mas sin mostrar cobardía,
Dijo : — Afírmome á lo dicho,
Y con esas condiciones
Yo acepto el desafío,
Que los mataré en el campo,
Ó dirán lo que yo he dicho.—

(*Síguense ocho romances viejos. El primero De la presa de Túnez*, etc. Pliego suelto.)

[1] Debe colocarse con los del Reto de Zamora por la muerte de Don Sancho II, y despues del romance número 787, página 509 del tomo primero.

1897.

LAMÉNTASE LA MUERTE DE HERNAN D'ARIAS, HIJO ARIAS GONZALO [1].

(*Anónimo.*)

Por aquel postigo viejo
Que nunca fuera cerrado,
Vi venir seña bermeja
Con trecientos de caballo :
Un pendon traen sangriento,
De negro muy bien bordado,
Y en medio de todos ellos
Traen un cuerpo finado :
Hernan d'Arias ha por nombre,
Hijo de Arias Gonzalo,
Que no murió entre las damas
Ni ménos estando holgando,
Si en defensa de Zamora
Como caballero honrado :
Matólo Don Diego Ordoñez
Cuando á Zamora ha rieptado,
Y á la entrada de Zamora
Un gran llanto es comenzado.
Llóranle todas las damas,
Y todos los hijosdalgo :
Unos dicen : ¡ Ay, mi primo!
Otros dicen : ¡ Ay, mi hermano!
Arias Gonzalo decia :

—¡Quién no te hubiera criado,
Para verte agora muerto,
Arias Hernando, en mis brazos!—
Mandan tocar las campanas,
Ya lo llevan á enterrallo,
Allá en la iglesia Mayor
Que llaman de Santiago,
En una tumba muy rica
Como requiere su estado.

(*Síguense ocho romances viejos, el primero De la presa de Túnez*, etc. Pliego suelto.)

[1] Póngase despues del romance del Reto de Zamora, número 804, página 518 del tomo primero.

1898.

DE CÓMO EL CID ACUDIÓ Á LAS CORTES, Y DIÓ AL REY CUENTA DE SU PERSONA [1].

(*Anónimo.*)

Por Guadalquivir arriba
Cabalgan caminadores,
Que, segun dicen las gentes,
Ellos eran buenos hombres:
Ricas aljubas vestidas,
Y encima sus albornoces;
Capas traen aguaderas,
A guisa de labradores.
Daban cebada de dia
Y caminaban de noche,
No por miedo de los moros,
Mas por las grandes calores.
Por sus jornadas contadas
Llegados son á las Cortes:
Sálelos á recibir
El Rey con sus altos hombres.
—Viejo que venís, el Cid,
Viejo venís y florido.
—No de holgar con las mujeres;
Mas de andar en tu servicio:
De pelear con el rey Búcar,
Rey qu'es de gran señorío;
De ganalle las sus tierras,
Sus villas y sus castillos;
Tambien le gané yo al Rey
El su escaño tornido.—

(*Síguense ocho romances viejos, el primero De la presa de Túnez*, etc. Pliego suelto.)

[1] Debe ponerse despues del romance del Cid, número 871, página 551 del tomo primero.

1899.

ROMANCE DE CÓMO DON ENRIQUE, HERMANO DE DON ALFONSO X, ESTANDO ACOGIDO EN TUNEZ, FUÉ DESTERRADO DE ALLÍ POR EL REY MORO, RECELOSO DE SU PODER [1].

(*Anónimo.*)

Ese infante Don Enrique,
Con el temor que tenía
A su hermano el rey Alfonso,
Pasárase en Berbería.
Sabido lo ha el rey de Túnez,
Mucha honra le hacia,
Porque supo qu'era hijo
Del Rey que mucho valia.
Dióle mucho de lo suyo,
Con amor que le tenia.
Cuatro años está el Infante
Haciéndole compañía,
Y en las peleas y contiendas
Qu'el rey de Túnez tenia
Con los moros sus vecinos
El Infante le servia.
Mostrando su gran valor
Y prez de caballería.
Gran fama tiene el Infante
Con toda la morería.
Conosciendo ya los moros
Lo qu'el Infante valia
Y las muchas voluntades
Que ganaba cada dia,
Tomaron grave sospecha
Por el poder que tenia,
Y hablaron con el Rey
Diciéndole que no via
El poder de aquel cristiano
Hasta dónde se extendia,
Cobrando los corazones
De toda la morería,
Y con amor y temor
La tierra le obedescia,
Y tambien tantos cristianos
Como consigo tenia;
Que mirase cuánto daño
Y peligro se ofrescia;
Que le enviase del reino
O se fuese á su Castilla,
Qu'ellos no eran poderosos,
Si el Infante no quería,
De hacelle ninguna fuerza
Por el poder que tenia.
Y aunque al Rey mucho pesó
De aquello que se decia,
Por lo mucho que lo amaba;
Mas ál hacer no podia:
Cataba alguna manera
Cómo de sí lo echaria.
Mas receláhase d'él,
Por el poder que tenia,
No se pasase á los moros
Enemigos qu'él habia.
En fin, acuerdan los moros
Matalle por otra via,
Con que le llamase el Rey
Para hablalle algun dia,
Y s'entrasen á un corral
Solos y sin compañía,
Y soltasen dos leones
Qu'en un apartado habia:
El Rey se pondria en salvo,
El Infante moriria.
El Rey, tomando el consejo,
Por el buen Infante envia:
Entráronse en el corral
Sin ninguna compañía.
Ya que le tiene el rey moro
En la parte que queria,
Dice al Infante que aguarde,
Qu'en aquel punto vendria.
Ansí como el Rey salió,
Por otra puerta que habia
Entraron los dos leones,
Muy fieros á maravilla.
Cuando los viera el Infante,
Derecho á ellos se iba,
Su espada desenvainada,
Qu'esta siempre la traia.
Temiéronle los leones
Viendo su gran osadía:
El Infante, qu'esto viera,
Por la puerta se salia,
Y miéntras qu'esto pasaba,
Prenden su caballería.
El Infante se ve solo,
El Rey ver no le queria,
Y manda que no le maten,
Mas que se vaya su via.
El Infante envia á pedir
Que suelten su compañía.
El Rey manda que le suelten
Los que trajo á Berbería;
Mas que los otros cristianos,
Que se estén como solian.
El Infante se embarcó

Y á Roma hace su via,
Donde halla los romanos
Contra Cáliz en conquista.
Allí hizo grandes hechos,
Dignos de gran nombradía.

(*Aquí se contienen cinco romances, el primero de cómo fué vencido el rey Don Rodrigo*, etc. Pliego suelto.)

[1] Debe ponerse en la época de Alfonso el Sabio, despues del romance número 948, página 24 del tomo segundo.

1900.

LAMENTOS DE LA REINA BLANCA DE BORBON POR LA DESGRACIA DE VERSE DESAMADA DEL REY DON PEDRO SU ESPOSO.

(*Anónimo.*)

En triste prision y ausencia,
Que solo el ausencia basta
A dar muerte á quien bien quiere,
Que es verdugo de quien ama:
En esta ausencia y prision,
Llorando su suerte varia,
Está por el rey Don Pedro
La francesa Doña Blanca,
Y dice con triste llanto:
—Mas quisiera ser villana;
Que es mas cayado con gusto,
Que corona con desgracia.
Yo quise en mi flor de lis
Ver el águila estampada,
Y el águila y el leon
Con sus uñas me maltratan.
Doña Blanca de Borbon
Mi padre me puso en Francia,
No entendiendo que mi suerte
Tan en blanco me dejara.
Bien pensó mi padre el Duque
Que su Blanca acá en España
Que valiera una corona,
Y ante el Rey no valgo blanca.
Como no me selló el Rey
Con el sello de su gracia,
Soy moneda forastera
Que en este reino no pasa.
Soy Blanca, ó blanco do el Rey
Contino tira sus jaras,
Y como no son de amor,
De ordinario me traspasan.
Que las jaras amorosas
Son tiernas donde se enclavan,
Y las que tira Don Pedro
Son duras como su alma.
Pedro te dicen, que el nombre
Tiene á piedra semejanza,
Y eres mas duro que piedra,
Pues con sangre no te ablandas.
A la piedra que es mas dura
Una gotera la cava,
Y las fuentes de mis ojos
Jamas tu dureza gastan.
Si te viera en mi prision
No fueran mis penas tantas,
Porque escuchando mis quejas
Alguna clemencia usaras.
Di, ¿por qué dejas vivir
A una vida que te enfada?
Que lo que un rey aborrece
A todo el mundo no agrada.
Ménos pena es el morir
Que vivir con tantas ansias;
Que la pena de la muerte
Ya no es pena, pues se acaba.
Mi patria dejé por ti
Y vine en ajena patria;
Que quien busca el bien ajeno,
Ajeno del bien se halla.
Ofrecí mis tiernos años
A tus duras esperanças,
Y una voluntad sencilla
A tu voluntad doblada.
Pensé gozar mi belleza
En tu levantado alcáçar,
Y en prision escura y triste
Quieres que sea mal lograda;
Mas porque te quiero bien,
Aunque veo que me agravias,
Por no perder de quien soy,
No pido al cielo venganza.

(*Relacion del sentimiento de los moriscos*, etc. Pliego suelto.)

1901.

Á LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DE PORTUGAL[1].

(*De Fray Ambrosio de Montesino*[2].)

Hablando estaba la Reina,
En cosas bien de notar,
Con la infanta de Castilla,
Princesa de Portugal:
A grandes voces oyeron
Un caballero llorar,
La ropa hecha pedazos,
Sin dejar de se mesar,
Diciendo: —Nuevas os traigo
Para mil vidas matar:
No son de reinos extraños,
De aquí son d'este lugar:
Desgreñad vuestros cabellos,
Collares ricos dejad,
Derribat vuestras coronas
Y de jerga os enlutad;
Por pedrería y brocado
Vestid disforme sayal;
Despedios de vida alegre;
Con la muerte os remediad.—
Entrambas á dos dijeron
Con dolor muy cordial,
Con semblante de mortales,
Bien con voz para espirar:
—Acabadnos, caballero,
De hablar y de matar,
Decid: ¿qué nuevas son estas
De tan triste lamentar?
¿Los grandes reyes d'España
Son varios, ó váles mal?
Que tienen cerco en Granada
Con triunfo imperial.
¿A qué causa dais los gritos
Que al cielo quieren llegar?
Hablad ya, que nos morimos
Sin podernos remediar.—
—Sabed, dijo el caballero,
Muy ronco de voces dar,
Que fortuna os es contraria
Con maldita crueldad,
Y el peligro de su rueda
Por vos hobo de pasar.
Yo lloro porque se muere
Vuestro Príncipe real,
Aquel solo que paristes,
Reina de dolor sin par,
Y el que mereció con vos,
Real Princesa, casar:
De los príncipes del mundo
Al mayor el mas igual,
Esforzado, lindo, cuerdo,
Y el que mas os pudo amar,
Que cayó de un mal caballo
Corriendo en un arenal,
Do yace casi defuncto
Sin remedio de sanar.
Si lo querés ver morir,
Andad, señoras, andad,

Que ya ni ve, ni oye,
Ni ménos puede hablar.
Sospira por vos, Princesa,
Por señas de lastimar,
Con la candela en la mano
No os ha podido olvidar.
Con él está el Rey su padre
Que quiere desesperar:
Dios os consuele, señoras,
Si es posible conhortar;
Qu'el remedio d'estos males
Es á la muerte llamar.

(Montesino, *Cancionero de diversas obras*, etc.)

[1] Debe ponerse aislado entre los romances de la historia de Portugal, despues del del número 1244, página 221, tomo segundo

[2] En el año de 1491, ocho meses despues de casado el príncipe Don Alfonso, hijo de Juan II de Portugal, con Doña Isabel, primogénita de los Reyes Católicos, sucedió el desastre que refiere el romance.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO DEL ROMANCERO GENERAL.

INDICE ALFABETICO DE AUTORES,

DE QUIENES SE INSERTAN ROMANCES EN ESTA OBRA, CON INDICACION DE LOS LIBROS Y DOCUMENTOS DONDE SE HALLAN.

ACUÑA (Don Pedro). Trovador del siglo xv, tiene obras en el *Cancionero general* de 1511.— It. en el de *Romances* de 1550, y en Pliego suelto gót. *Aquí se contienen cuatro romances y este primero es de Don Claros*, etc. — *Vide* en mi Romancero el num. 1418.

ALCAUDETE ó Alcabdete (Alonso de). Poeta popular de canciones y romances en el siglo xvi. Escribió en el Pliego suelto, 4.°, gót. *Glosa sobre el romance que dice Tres Cortes*, etc.— *Vide* en mi Romancero el num. 1577.

ALCAZAR (Baltasar de). Poeta gracioso y festivo cual ninguno, y escritor de varias poesías que deben tener cabida en el Cancionero. En *Códice de sus poesías y las de otros.*— *Vide* en mi Romancero, el núm. 1795.

ALIBIO (Martin). Romancerista coplero, que tiene obras en el Pliego suelto got. *Romance nuevamente hecho por la venida del rey de Francia.*— *Vide* en mi Romancero el núm. 1141.

ANÓNIMOS. Trovadores poetas, romanceristas artísticos, populares, vulgares que han escrito en varios libros y obras. —*Vide* en mi Romancero los núms. 1 á 55; 57 á 80; 86 á 112; 114; 117 á 160; 162 á 216; 218 á 228; 235; 237 á 250; 252 á 258; 260 á 262; 264 á 267; 269; 270; 273 á 284; 286; 289 á 296; 298 á 316; 319 á 325; 327 á 331; 333 á 337; 351 á 362; 364 á 377; 379 á 385; 387; 389; 390; 392; 394 á 398; 400; 402 á 406; 408; 410; 412 á 415; 417; 421; 423; 424; 433; 434; 436; 438; 448; 450; 452 á 454; 465; 464; 466; 467; 469; 471; 472; 475; 476; 478 á 491; 498; 499; 501; 513; 518; 519; 526; 528; 533; 534; 536; 539; 544; 545; 549, 551; 567; 569 á 574; 578 á 580; 582 á 590, 592; 594; 596 á 600; 602 á 607; 610; 612 á 631; 633; 634; 636 á 639; 641 á 643; 646, 648 á 650; 652 á 656; 658 á 661; 665 á 670; 672 á 681; 683 á 686; 688; 689; 691; 692; 694 á 696; 698 á 708; 711 á 714; 716; 717; 720; 721; 724 á 730; 732; 733; 735 á 779; 783; 785; 787 á 793; 795; 796; 801; 803; 804; 807; 808; 810 á 813; 815 á 827; 830 á 842; 844 á 847; 849 á 856; 858; 859; 861 á 875; 877; 879 á 894; 896 á 898; 900 á 906; 908; 911; 919; 921; 922; 928; 933; 935; 938; 939; 941; 945; 948; 949; 951 á 954; 956; 957; 960; 962 á 979; 981; 982; 984 á 1003; 1005 á 1026; 1029; 1031; 1037; 1043; 1046 á 1051; 1054 á 1065; 1067 á 1069; 1072 á 1075; 1077; 1080; 1081; 1083; 1085 á 1089; 1093; 1095; 1100 á 1112; 1115; 1121 á 1125; 1129; 1131; 1140; 1142; 1144; 1145; 1147 á 1150, 1152; 1153; 1155; 1184 á 1198; 1200; 1202; á 1205; 1208 á 1210; 1212; 1214; 1217; 1219 á 1222; 1224; 1226 á 1229; 1232 á 1234; 1238 á 1251; 1261; 1262; 1265 á 1268; 1271 á 1273; 1281 á 1327; 1330 á 1336; 1339; 1342 á 1358; 1364 á 1368; 1371; 1372; 1389 á 1414; 1444 á 1457; 1459 á 1485; 1512 á 1570; 1574; 1590 á 1630; 1669 á 1672; 1674; 1675; 1677 á 1747; 1753 á 1755; 1763 á 1775; 1776 á 1780; 1802 á 1844; 1846; 1853 á 1875; 1881 á 1884; 1888 á 1900; 1902.

ARTEAGA (Don Félix de). Pseudo anónimo del Padre Hortensio Paraviciniio, celebre predicador y poeta culto del siglo xvii. En su libro publicado con título de *Obras posthumas de Don Felix*, etc., en 8.°, Lisboa, 1545. It. Alcalá, 1650. Tiene en mi Romancero el núm. 929.

AVILA (El Comendador de). Trovador del siglo xv, con obras suyas en el *Cancionero general* de 1511 al de 1573. — *Vide* en mi Romancero el núm. 1116.

BAUTISTA (Juan). Romancerista del siglo xvi, con obras en Pliego suelto, 4.°, gót. *Historia de Judith*, etc. — *Vide* en mi Romancero los núms. 442 á 447.

BORJA (Don Francisco de). — *Vide* Esquilache.

BREGONDO. Trovador del siglo xv al xvi. Tiene un romance en el *Cancionero de romances* de 1550, 12.° — *Vide* en mi Romancero el núm. 1419.

CARDONA (Alonso de). Trovador del siglo xv, con obras en el *Cancionero general*, desde el de 1511. — *Vide* en mi Romancero el núm. 1379.

CASTELVI (Don Luis de). Trovador del siglo xv, con obras en el *Cancionero general*, de 1527 etc. It. *Cancionero de romances.*—*Vide* en mi Romancero el núm. 1381.

CASTILLEJO (Cristóbal de). Trovador y poeta del siglo xvi. Tiene composiciones en folletos impresos desde 1546, y en sus *Obras* en 1573. —*Vide* en mi Romancero el núm. 1339.

COSIO (Diego de). Romancerista vulgar del siglo xvii. Tiene obras en pliegos sueltos, intitulados, el uno *Curioso romance en que se da cuenta de los valerosos hechos de Bernardo del Carpio*, y el otro *Seis romances famosos de la historia de Bernardo*, etc.—*Vide* en mi Romancero los núms. 647; 657.

CUEVA (Juan de la). Romancerista y poeta artístico de las últimas décadas del siglo xvi. Escribió su raro, pero poco importante *Coro febeo de romances historiales*, etc., 1587; en 8°.—*Vide* en mi Romancero los nums. 435; 457; 459; 461; 462; 493 á 497; 500; 502; 504 á 512; 514 á 517; 521; 522; 524; 527; 529 á 532; 535; 537; 538; 540; 541 · 545; 550; 552; 553; 555; 557; 559; 561; 563; 566; 568; 709; 715; 719; 722; 800; 916; 930; 937; 940; 1159; 1218; 1255; 1631.

CUMILLAS (Diego de). Trovador del siglo xv. Tiene obras en el *Cancionero general*, y en mi Romancero el núm. 1380.

DIEZ DE FONCALDA (Alberto). Poeta del siglo xvii. Escribió su libro de *Poestas varias*, fecho en 1653, en 4.°, y tiene otras en el de *Poesias varias de grandes ingenios*, etc., *recogidas por* Alfay, y en mi Romancero el núm. 1064.

DIONISIO (Juan). Romancerista vulgar del siglo xviii. Escribió en Pliego suelto, intitulado *Don Jaime de Aragon*, 1.ª, 2.ª, y 3.ª parte, y tiene en mi Romancero los núms. 1276 á 1278.

DURANGO. Trovador del siglo xv. Hay obras suyas en el *Cancionero general* de 1511. It. *Cancionero de romances* de 1550, y tiene en mi Romancero el núm. 1417.

ENCINA (Juan del). Trovador de las últimas décadas del siglo xv. Escribió su *Cancionero*, impreso la primera vez en 1496, en fol., gót., y tiene obras en pliegos góticos del siglo xvi. Este es el *Pleito de los Judios*, etc. Pliego suelto. It. en el intitulado *Romance de Rosa fresca.* It. en el *Cancionero de romances* de 1550, el num. 297. It. en el *Cancionero general* de 1511, etc. Tiene en mi Romancero los núms. 297; 1084; 1383; 1381; 1420; 1879; advirtiendo que el romance núm. 297 está en todas partes (ménos en el *Cancionero* de Encina de 1516), á nombre de Don Juan Manuel, siendo de creer que este es el verdadero autor.

ESQUILACHE (Don Francisco de Borja, príncipe de). Poeta artístico del siglo xvii. En su libro *Obras en verso*, fecho 1639, en 4.° : tiene en mi Romancero los núms. 1441 1796; 1797.

FRANCISCO (José). Romancerista vulgar del siglo xviii. En pliegos sueltos, intitulado *Don Juan Merino*, 1.ª y 2.ª parte, y en mi Romancero los núms. 1357, 1358.

FUEGO (Juan Miguel del). Romancerista vulgar del siglo xviii. En Pliego suelto, intitulado *La peregrina doctora*, 1.ª y 2.ª parte, y en mi Romancero los núms. 1269; 1270.

FUENTES (Juan Miguel de). Romancerista vulgar del siglo xviii. En Pliego suelto, intitulado *Don Isidro, y Doña Violante y el negro Domingo*, 1.ª y 2.ª parte, y en mi Romancero los números 1279; 1280.

FUENTES (Pedro de). Romancerista vulgar del siglo xviii. En Pliego suelto intitulado *Doña Josefa Ramirez*, 1.ª y 2.ª parte, y en mi Romancero los núms. 1328 y 1329.

GAMARRA (Juan de). Romancerista del siglo xvii. En Pliego suelto, intitulado *Contiene este pliego seis romances muy curiosos*, etc. It. en el libro *Romances varios de diversos autores*, 1655, y en mi Romancero el núm. 1759.

GARCÍA (Diego). Romancerista y coplero vulgar del siglo xvi. En Pliego suelto, intitulado *Coplas hechas por Diego*, etc., en 4.°, gót. : tiene en mi Romancero el num. 1886.

GÓNGORA (Don Luis de). Poeta artístico de fines del siglo xvi y principios del xvii. En sus obras, de que hay multiplicadas ediciones. It. en el *Romancero general*, edicion de 1604 y siguientes. It. en algunas de las partes de *Flor de romances*, que precedieron al *Romancero general.* It. en varios códices de obras suyas. It en el libro de *Primavera y Flor de romances.* It. en el de *Romances varios de diversos autores.* It. *Poesias varias de grandes ingenios*, etc., *recogidas por* Alfay, 1654 : tiene en mi Romancero los números, 85; 217; 231; 232; 234; 236; 251; 259; 271; 272; 334; 411; 437; 1433; 1434; 1508; 1571 á 1573; 1575; 1576; 1581 á 1583; 1634 á 1645; 1676; 1787 á 1791; 1847 á 1851. Se advierte que en la mayor parte de las antologías los romances de Góngora aparecen anónimos, y que algunos que en sus obras se dan por suyos, segun un códice de las *Poesías de Juan de Salinas*, fecho en Sevilla, 1650, y dispuesto para su impresion, se atribuyen y ponen como de este autor muchas composiciones tenidas por de Góngora. Este poeta y Lope de Vega fuéron los que engalanaron el romance, llenándolo de amenidad y brio, hicieron los mejores romances moriscos y pastoriles, y le introdujeron en el drama.

HEREDIA (Hierónimo de). Poeta artístico y novelista del siglo xvi. En su libro en prosa y verso, intitulado *Guirnalda de Vénus casta*, 1603, y en mi Romancero los núms. 1360; 1361; 1428.

HERRERO (Simon). Romancerista y coplero del siglo XVII. En Pliego suelto, intitulado *Aquí se contienen cuatro romances muy curiosos*, etc., y en mi Romancero los núms. 1199; 1201; 1206; 1207.

HIDALGO (Juan). Romancerista y colector de jácaras del siglo XVII. En su libro *Romances de Germania*, 1624, en 12.º, y en mi Romancero los nums. 1756; 1757.

HORTIZ. — *Vide* Ortiz (Andres).

HURTADO (Luis). Trovador y poeta de la primera mitad del siglo XVI. En el *Cancionero de romances*, 1550, y en mi Romancero el núm. 474.

HURTADO DE MENDOZA (Don Antonio). Poeta artístico del siglo XVII. En su libro *Obras líricas y cómicas*, etc., 2.ª edicion, 1728, en 4.º It. en *Poesías varias de grandes ingenios*, etc., *recogidas por* Alfay, 1654, y en mi Romancero los nums. 1437 á 1440; 1585; 1586 á 1589; 1798 á 1801.

LASO DE LA VEGA (Gabriel Lobo). Poeta y romancerista de la ultima mitad del siglo XVI y primera del XVII. En sus libros *Primera parte del romancero y tragedias*, etc., impresa en 1587. It. en su libro *Elogios en loor de los tres famosos*, etc., impreso en 1601. It. en su libro *Manojuelo de romances*, 1.ª y 2.ª parte, impresa en 1601 ó 1602 It. en el *Romancero general* de 1604. tiene composiciones anónimas, y en mi Romancero los núms 229; 250; 477; 505; 525; 546; 548; 551; 556; 558; 560; 562; 564; 565; 576; 581; 593, 595; 608; 611; 640; 645; 651; 662; 710; 781; 828; 913; 943; 1027; 1028; 1050; 1052; 1066; 1070; 1071, 1076, 7078; 1079; 1113; 1114; 1116 á 1119; 1124 á 1127; 1146; 1151; 1223; 1225; 1250; 1251; 1256, 1257.

LOPEZ (Juan Antonio). Romancerista vulgar del siglo XVIII En Pliego suelto, intitulado *Don Rodolfo de Pedrajas*, 1.ª y 2.ª parte, y en mi Romancero núms. 1540; 1541.

LOPEZ (Juan José). Romancerista vulgar del siglo XVIII, que puso en ocho romances de ciego la historia vulgar de Carlomagno, con las valentías de Oliveros, Fierabras y la infanta Floripes, con la batalla de Roncesvalles. En folleto en 4.º, titulado *Carlomagno*: tiene en mi Romancero los núms. 1255 á 1260.

LOPEZ (Miguel). Romancerista y jacarista del siglo XVII En Pliego suelto, intitulado *Aquí se contienen dos jácaras nuevas de dos jaques campanudos* etc., y en mi Romancero el núm. 1758.

LLANA (Diego de la). Romancerista popular del siglo XVI. En Pliego suelto, gótico, intitulado *Disparates muy graciosos, ahora nuevamente*, etc, y en mi Romancero el num. 1887.

MALVENDA (Jacinto de). Poeta satírico y jocoso del siglo XVII. En su libro *El tropezon de la risa*, impreso en 12.º sin año ni lugar, y en mi Romancero los núms. 1666 á 1668.

MARQUINA. Trovador poeta del siglo XVI. En el *Cancionero de romances*, impreso en 1550, y en mi Romancero el núm. 1878.

MONTEMAYOR (Jorge). Poeta y novelista del siglo XVI. En su libro *La Diana*, edicion de Valencia, sin año (acaso 1560), en 4.º, y en mi Romancero los núms. 1427; 1428.

MONTESINO (Fray Ambrosio), obispo de Cerdaña. Poeta de fines del siglo XV y principios del XVI. En su *Cancionero*, impreso en gót., 1508; 1527; 1547; y en mi Romancero el num. 1901.

MORALES (Alonso). Romancerista vulgar del siglo XVIII. En Pliego suelto, intitulado *Las princesas encantadas*, y en mi Romancero los núms. 1263; 1264.

MORLANES (Diego de). Poeta artístico del siglo XVII. En libro *Poesías varias de grandes ingenios*, etc. *recogidas por* Alfay, impreso 1654, y en mi Romancero el núm. 1432.

NAVARRETE Y MONTAÑES (Don Francisco). Poeta del siglo XVII. En Pliego suelto, impreso en 1662, intitulado *Romance en que se pinta la batalla*, etc., y en mi Romancero el núm. 1211.

NUÑEZ (Nicolas). Trovador del siglo XV. En el *Cancionero general*, y en mi Romancero los núms. 1373; 1377; 1378.

NUÑEZ DE REYNOSO (Alonso). Poeta y novelista del siglo XVI. En su libro *Historia de Clareo*, etc. 1552, y en mi Romancero los núms 1362; 1880.

ORTIZ ú Hortiz (Andres). Romancerista popular del siglo XVI. En Pliego suelto, *Romance nuevamente hecho por Andres Hortiz*, en 4.º, gót., y en mi Romancero el núm. 287.

PADILLA (Pedro de). Poeta artístico del siglo XVI. En su libro *Tesoro de varias Poesías*, etc. Impreso, 1580, y en mi Romancero los núms. 82 á 84; 116; 253; 426 á 428; 430 á 432; 1132 á 1134.

PANSAC (Antonio). Romancerista popular del siglo XVI En Pliego suelto, gót., intitulado *Romance del conde Claros nuevamente trovado*, etc., y en mi Romancero el núm. 563.

PEREZ DE HITA (Jines). Poeta romancerista, colector y novelista del siglo XVI. En su libro *Guerras civiles de Granada*, etc. 2.ª parte, impreso 1610, y en mi Romancero los núms. 1156 á 1183.

PEREZ DE MONTALVAN (Juan). Poeta artístico del siglo XVI. En el libro *Poesías varias de grandes ingenios*, etc., *recogidas por* Alfay, 1654, y en mi Romancero el núm. 1436.

PEREZ EL SALMANTINO (Alonso). Poeta y novelista del siglo XVI. Continuador de la *Diana* de Montemayor. En su libro intitulado, *Segunda parte de la Diana*, 1564, y en mi Romancero el num. 1429.

POLO DE MEDINA (Salvador Jacinto). Poeta del siglo XVII. En su libro *Obras en prosa y verso*, impreso en 1664, y en mi Romancero el num. 1652.

PORRAS (Garcia de). Poeta del siglo XVII. En el libro *Poesías varias de grandes ingenios*, etc. *recogidas por* Alfay, impreso en 1654, y en mi Romancero el núm. 1511.

PROAZA (Alonso de). Trovador en el siglo XV y XVI. En el *Cancionero general*, y en mi Romancero el núm. 1369.

QUEVEDO Y VILLEGAS (Don Francisco de). Poeta y polígrafo de fines del siglo XVI y gran parte del XVII. En sus *Obras*, impresas sueltas, y en coleccion despues, de 1600. It. en el *Romancero general* de 1604. It. en el libro *Maravillas del Parnaso*, de 1640. It. en el id. *Romances varios de diversos autores*, de 1655. It. en el id. *Primavera y Flor de romances*, 2.ª parte de 1659. It. en el id. *Poesías varias de grandes ingenios*, etc., *recogidas por* Alfay, 1654. It. en el id. *Segunda parte del Romancero general*, por Madrigal, 1605. It. en varios códices: tiene en mi Romancero los núms. 1004; 1646 á 1660; 1748 á 1752; 1794; 1795.

QUIROS. Trovador del siglo XV. En el *Cancionero general* de 1511. It. en el *Cancionero de romances de* 1550. Tiene en mi Romancero los núms. 1376; 1414; 1885.

RAMIREZ (Hierónimo). Poeta de fines del siglo XVI. En el libro de Laso de la Vega, intitulado *Elogios en loor*, etc., impreso en 1601, y en mi Romancero el núm. 1143.

REBOLLEDO (Don Bernardino, conde de). Poeta del siglo XVII. En su libro intitulado *Ocios*, impreso en 1660, y en mi Romancero el núm. 1442.

REYNOSA (Rodrigo de). Romancerista del siglo XVI. En Pliego suelto, gótico, intitulado *Comienza un razonamiento por coplas*, etc., y en mi Romancero los núms. 285, 1252, 1845.

RIBERA (Juan de). Romancerista y colector del siglo XVI. En Pliego suelto, impreso en 1605, intitulado *Nueve romances*, etc., de los cuales parece editor, pues las composiciones que conocemos pertenecen á los romances viejos tradicionales: tiene en mi Romancero el núm. 317.

RODRIGUEZ (Lúcas). Romancerista artístico del siglo XVI. En su libro *Romancero historiado*, impreso en 1581 y en 1585. En mi Romancero los núms. 81; 115; 326; 332; 333; 338 á 350, 386; 388; 391; 395; 399; 404; 407; 409; 416; 418 á 420; 422; 425; 429; 435; 575; 652; 644; 751; 780; 784; 786; 794; 797 á 799; 802; 805; 814; 958; 985; 1090; 1092; 1096 á 1099; 1120; 1128; 1130; 1135 á 1138.

RUFO (Juan). Poeta y romancerista del siglo XVI al XVII. En su libro de *Apotegmas*, impreso en 1596. It. en el *Romancero general* de 1601, y en mi Romancero los núms. 1032 á 1037.

SALAZAR Y TORRES (Don Agustin de). Poeta del siglo XVII. En su libro intitulado *Cithara de Apolo*, impreso 1681, y en mi Romancero el núm. 1443.

SALINAS (Juan de). Poeta del siglo XVI y XVII. En su códice fecho en 1650. It. en el *Romancero general* de 1604, y en mi Romancero los núms. 56; 265; 1509; 1775; 1792; 1852.

SANCHEZ (El divino Miguel). Poeta del siglo XVII. En el *Romancero general* de 1604, y en el mio el núm. 378.

SANCHEZ DE BADAJOZ (Garci). Trovador del siglo XV. En el *Cancionero general de* 1511, etc: tiene en mi Romancero los núms. 1876, 1877.

SANTIAGO (Bartolomé). Romancerista popular del siglo XVI. En Pliego suelto, gót., intitulado *Glosa del romance Oh Belerma*, y en mi Romancero los núms. 1587; 1425.

SANT PEDRO (Diego de). Trovador del siglo XV. En el *Cancionero general* de 1511. It. en el *Cancionero de romances* de 1550, y en mi Romancero los núm. 1382; 1415.

SELAYA (Alfonso de) Romancerista y coplero del siglo XVI. En Pliego suelto, gót., intitulado *Glosa del romance de la reina troyana*, y en mi Romancero el núm. 1388.

SEPULVEDA (Lorenzo de). Romancerista popular por artificio. En su libro *Romances nuevamente sacados*, etc., impreso en 1566 y 1580, y en mi Romancero los nums 440; 441; 449, 451; 456, 458, 460; 465, 468; 473; 492, 520; 523; 542; 547; 577; 609, 635, 671, 682, 687, 690, 693; 697; 718, 723; 754; 782; 806, 809; 829, 843; 848, 990; 876; 878; 895, 899; 907; 912; 914, 915, 917; 918, 922; 925 á

CATALOGO DE LOS DOCUMENTOS,

ORIGENES Y FUENTES DE DONDE SE HAN TOMADO LOS ROMANCES DE ESTA COLECCION, EN EL QUE SE DA ADEMAS NOTICIA DE ALGUNOS OTROS LIBROS CURIOSOS Y ANÁLOGOS Á ELLA.

ADVERTENCIAS.

1.ª La obra del señor Wolf «sobre la poesía Romance de los Españoles», que deseo se imprima, traducida del aleman por DON SANTIAGO PALACIOS, y con algunas notas mias, me ha suministrado inmensas luces para la formacion de este catálogo. Pareceria imposible, á no verlo, que un extranjero, no solo posea nuestra lengua con perfeccion, sino tambien que haya penetrado tan íntimamente el espíritu, el carácter y las formas materiales de nuestra antigua literatura, juzgándola con un criterio sabio y filosófico nada comun. Sus yerros y equivocaciones, si algunos tiene, proceden del exceso de ciencia, que sutiliza demasiado, y de las prevenciones favorables que le inspira nuestra nacionalidad.

2.ª En este catálogo se han omitido los numerosos cancioneros y romanceros que exclusivamente contienen poesías místicas y devotas.

3.ª Las letras [a] [b] [c] etc. distinguen las diversas obras de un autor ó colector; y las [a 2] [a 3] [b 2] [b 3] etc. las modificaciones de una misma obra.

ALFAY (Joseph). [a] *Delicias de Apolo : Recreaciones del Parnaso, por las tres musas Urania, Euterpe y Caliope*, etc.—Zaragoza, *Juan de Ibar*, 1670, en 4.º

El nombre del colector resulta en la firma de la dedicatoria, y no en la portada.

[b] *Poesías varias de grandes ingenios españoles, recogidas por...* etc. — Zaragoza, *Juan Ibar*, 1654, en 4.º

Ambas antologías contienen poesías artísticas de autores del siglo XVII, y se formaron á imitacion de la de *Flores de ilustres poetas*, etc., de Pedro Espinosa, publicada en Valladolid, año de 1605, en 4.º

En la 2.ª hay en mi Romancero los núms. 1452; 1456; 1511; 1589; 1621 á 1625; 1658; 1663 á 1665; 1745; 1751; 1791; 1798; (1800 y 1801.)

Amor enamorado.—*Vide* HEREDIA.

Antigüedades de España.—*Vide* BERGANZA.

Apotegmas (Las seiscientas).—*Vide* RUFO.

ARGOTE DE MOLINA (Gonzalo). *Nobleza de Andalucía*.— Sevilla, *Fernando Diaz*, 1588, gran fol.

En este libro de historia y genealogía se insertan algunos romances viejos ó antiguos, y en nuestra obra se han puesto de ella los núms. 1059; 1017, 1057.

ARIAS PEREZ (El licenciado Pedro) 1.ª parte, y

SEGURA (El alférez Francisco de). 2ª. parte. [a] *Primavera y flor de los mejores romances que han salido ahora nuevamente en esta corte, recogidos de varios poetas*, etc.

Ediciones de la 1.ª parte sola.

Madrid, *Alonso Martin*, 1621, en 8.º
Id. *Viuda de id.* 1622, en 8.º
Id. *Juan de la Cuesta*, 1623, en 8.º
Id. *id.* 1626, en 12.º (Ignoro si tiene la 2.ª parte.)
Sevilla, *id.* 1626, en 12.º id.
Id. *id.* 1626, en 12.º id.
Lisboa, *id.* 1626, en 12.º id.
Barcelona, *Lorenzo Deu*, 1626, en 12.º id.

Ediciones con la 1.ª y 2.ª parte.

Madrid, *Pablo de Val*, 1659, en 12.º

La portada de la 2.ª parte dice así :

[b] *Primavera y flor de los mejores Romances, Canciones y Letrillas curiosas que han salido agora nuevamente hechas á diferentes propósitos.* — Segunda parte. Recopilado de diversos autores por el alférez FRANCISCO DE SEGURA, criado de Su Majestad.

De esta 2.ª parte debe haber, no sé si sola ó unida con la 1.ª, una edicion, fecha en Zaragoza, en 1629: una y otra antología están compuestas principalmente de romances artísticos; pero tambien contienen otras varias poesías de todas clases y géneros. Sus romances pertenecen á la poesía artística, popularizada por Lope, Góngora y sus sucesores. De ellas hemos tomado para nuestra obra los romances números 448; 452; 590; 1567; 1571; 1475 á 1479; 1494; 1506; 1517; 1555 á 1566; 1582; 1605; á 1616; 1645; 1649; 1700; 1715; 1732 á (1741 y 1742); 1776; 1795; 1821; 1837 á 1842.

AYALA (Lorenzo de). *Jardin de amadores, por...*— Valencia, 1588, en 16.º

Contiene poesías eróticas de la época artística, y algunos romances de igual clase.

Es acaso el libro que con el mismo título publicó PUESTE: véase su artículo.

Bandos de Granada.—*Vide* PEREZ DE HITA.

BERGANZA (Francisco). *Antigüedades de España, propugnadas en las noticias de sus reyes y condes de Castilla la Vieja, en la historia del Cid Campeador*, etc., *por...* — Madrid, 1719 y 1721, 2 vol. en fol.

Este libro histórico contiene el romance antiguo señalado en mi Romancero con el numero 908.

Biblioteca selecta de literatura española.—*Vide* MENDÍBIL.

BÖHL DE FABER (Don Juan Nicolas). [a] *Floresta de rimas antiguas castellanas, ordenada por...*, de la real academia Española. — Hamburgo, librería de *Perthes y Beser*, 1821, en 8.º marquilla, á una y dos columnas.

IDEM. segunda parte.—[b] Id., *id.*, 1821, en 8.º marquilla.

IDEM, tercera parte.—[c] Id., *id.*, 1825, en 8.º marquilla.

Tres volúmenes forman esta rica, copiosa y bien escogida antología, formada por uno de los mejores críticos de España, español en su alma, aunque aleman de nacimiento. Con un criterio sabio, y sin ostentacion alguna, al formar su coleccion se desvió del exclusivismo puramente artístico y estético, que entre nuestros críticos de fines del siglo XVIII y principios del XIX presidia. Sin renunciar á los instintos y

á las leyes naturales del verdadero buen gusto, y penetrado de que para dar á conocer la literatura de una nacion, es preciso presentarla y juzgarla como fué en todas las edades y bajo todas sus fases y aspectos, admitió en su antologia todas las clases, géneros, especies y formas de la poesía castellana, empezando por la mas próxima á la primitiva y popular, y acabando por la mas elegante y artística. Colector y poseedor de una riquísima y exquisita librería de poesías y poetas antiguos y españoles, nos ha dado en sus tres volúmenes mil composiciones, de las cuales ciento treinta y ocho solamente se habian incluido en nuestras antologías modernas, dejando las demas sumidas en injusto olvido: é injusto se dice, porque, despues de publicadas por el señor Bohl, así se ha juzgado, aun considerando muchas de ellas bajo el punto de vista artístico con que se formaron las nuevas colecciones.

Cancioneiro geral portugues.— *Vide* Resende.

Cancionero (sin portada ni título). — *Vide* Timoneda en la letra [e].

CANCIONERO de romances sacados de las crónicas antiguas de España, con otros hechos por Sepúlveda, y algunos sacados de los cuarenta cantos que compuso Alonso de Fuentes.— Medina del Campo. *Francisco del Canto*, 1570, en 16.º

En mi Romancero tiene los núms. 706; 1069; 1083.

Este libro, que describe el señor Wolf, existe en la biblioteca Imperial de Viena, y es una coleccion de romances históricos, hecha por el estilo de la de Sepúlveda, cuya casi totalidad se halla en otras colecciones. Puede que acaso sea el original de una edicion que cita Nicolas Antonio. Véase Sepúlveda, letras [b 2] y [c].

CANCIONERO de Romances, en que están recopilados la mayor parte de romances castellanos que hasta agora se han compuesto.—En Envers, *Martin Nucio*; sin A.; en 12.º: la 1.ª edicion anterior á 1550. —(Biblioteca del Arsenal, en Paris.)

A uno de los mas aventajados eruditos, filólogos y bibliógrafos de España, y por tal reconocido fuera de ella, creo haberle oido decir que vió y disfrutó el ejemplar de una edicion de este precioso *Cancionero* de Zaragoza, sin fecha, que supone anterior á la de Ambéres. En tal caso es de creer que la coleccion primitiva no se hiciese por Nucio, aunque este en la suya se la atribuye á sí propio.

Envers, *Martin Nucio*, 1550, en 12.º
Anvers, *Philipo Nucio*, 1554, en 12.º
Id. *Martin Nucio*, 1554, en 12.º Existe en la biblioteca Imperial de Viena.
Id. id. 1555, en 12.º
Id. id. 1568, en 12.º
Id. id. 1573, en 12.º
Lisboa, *Manuel de Lyra*, 1581, en 12.º Tiene 182 romances.
Barcelona, 1587, en 12.º
Id. 1626, en 12.º

Este libro es el manantial mas copioso donde *ex-profeso* y por primera vez se reunieron gran número de los romances que tradicionalmente la mayor parte, y la mínima en algunos pliegos sueltos impresos á principios del siglo xvi, se conservaron en los cantos de los ciegos y los juglares.

A diferencia de los otros Cancioneros que conservan las obras artísticas de los trovadores cultos del siglo xv, el de *Romances* contiene la poesía popular y la juglaresca, si no en su primitiva pureza, sí, al ménos, la mas próxima á los tiempos remotos donde nació. Despreciada esta por los poetas cultos y cortesanos, ni fué escrita ni impresa en colecciones hasta poco ántes de mediar el siglo xvi, en el *Cancionero* y en la *Silva de Romances*.

Aunque mal determinado é inconstantemente seguido, hay en el *Cancionero de Romances* vislumbres de haberse procurado establecer un órden de materias, y puede considerarse dividido en tres secciones. La primera contiene los asuntos caballerescos del ciclo Carlovingio, cuyos romances son de la clase de los viejos y primitivos, ó que se apartan ménos de su original redaccion. La segunda contiene algunos que versan sobre el asunto de la primera; muchos que pertenecen á la historia de España, de Portugal y de otros paises; varios concernientes al ciclo caballeresco breton. Todos estos romances pertenecen á la misma clase de la seccion anterior, excepto el que remeda al de Don Beltran, que es artístico y obra de algun trovador culto del siglo xv. La tercera se compone de una mezcla de los de las anteriores, con mas algunos moriscos fronterizos, y muchos amatorios y doctrinales, y aun satíricos; los unos viejos, y los otros antiguos, es decir, estos con tendencias artísticas, pero que conservan el espíritu y originalidad de aquellos, aunque compuestos ó escritos con cuidado, esmero é intenciones de perfeccion, como los de los trovadores; pero exentos en gran manera de la sutil y lánguida metafísica que estos introdujeron en los suyos.

Este libro debió llamarse *Romancero*, y no *Cancionero*; mas el colector quiso ennoblecerle con un título que entónces designaba las obras particulares ó las colecciones generales de los trovadores cortesanos, entre los cuales, aun siendo bufones de corte, ó gente de baja estirpe admitida por su ingenio entre los nobles y caballeros, no habia uno siquiera que no desdeñase la poesía popular ni los romances, que llamaban obras bárbaras é incultas del vulgo.

El *Cancionero* y la *Silva de Romances* han conservado los restos de nuestros cantos antiguos y vulgares, y la memoria y semejanza, al ménos, de los primitivos que, disfrazados en prosa ó en versos de otras medidas, sirvieron de texto á las crónicas, y de fragmentos á los cantares de *Gesta*, tales como el *Poema del Cid*.

El *Cancionero de Romances* de la edicion de Ambéres, fecha 1555, puede considerarse totalmente reproducido en mi Romancero con los números que siguen: 1 á 4, 8, 278; 283; 284; 286; 288 á 291; 295 á 298; 300; 301 á 306; 328; 335; 337; 351 á 357; 359; 362; 364 á 366; 369 á 371; 373 á 375; 377; 383 á 385; 387; 394; 395; 400; 402; 450; 453; 454; 469; 470; 471; 474; 475; 478; 482; 487; 519; 571; 582; 583; 594; 599; 600; 606; 613 á 616; 619; 626; 630; 631; 634; 637; 654; 665; 691; 700; 703; 704; 751; 753; 762; 763; 773; 774; 778; 785; 788; 791; 796; 804; 807; 811; 856; 858; 861; 872; 911; 921; 922; 960; 965; 966; 972; 984; 1037; 1037'; 1040; 1043; 1049; 1056; 1061; 1063; 1068; 1075; 1087; 1150; 1155; 1227; 1232; 1233; 1239; 1242; 1243; 1249; 1369; 1373 á 1386; 1391 á 1397; 1414 á 1419; 1421; 1445; 1446; 1448 á 1452; 1454; 1456 á 1458; 1878.

Cancionero general.—*Vide* Castillo en todas sus letras.

Cancionero llamado Danza de galanes.—*Vide* Vera.

Cancionero ó trovas de...—*Vide* Velazquez de Avila.

Cancionero llamado Enredo de amor. — *Vide* Timoneda en su letra [f].

Cancionero llamado Guisadillo de amor.—*Vide* Timoneda en su letra [g].

Cancionero llamado Villete de amor.—*Vide* Timoneda en su letra [j].

Cancionero ó trovas, etc —*Vide* Velazquez de Avila.

CASTAÑA (Hierónimo Francisco de). *Primera parte de romances nuevos nunca salidos, compuestos por..., natural de Zaragoza*.—Zaragoza, 1604. (Edicion citada por Huber y por Wolf.)

Segun parece, las poesías que contiene son solo romances, y entre ellos está en lenguaje antiguo el del número 815 de mi Romancero.

CASTILLEJO (Cristóbal de). *Obras de...*
Madrid, *Pierres Cosin*, 1573.
Anvers, 1592.
Madrid, *Andres Sanchez*, 1600.

Varias obras sueltas de Castillejo, tales como el *Sermon de Amores* y algunos de sus diálogos, se habian impreso sueltos desde 1540; pero por licenciosos los prohibió la Inquisicion. En 1573 se reunieron por primera vez todas sus obras expurgadas. La coleccion es de poesías artísticas, y predominan en ella las de la escuela de los trovadores.

Véase en nuestro Romancero el número 1359.

CASTILLO (Fernando del) [a]. *Cancionero general de muchos y diversos autores*.— Con priviegio. Al fin dice: La presente obra, intitulada *Cancionero general*, copilado por *Fernando del Castillo*. E impreso en la etc. Ciudad de Valencia de Aragon, por *Xpfal Kofman*, etc. Acabóse a xv dias del mes de enero, etc. de MDXI.

Existe en la biblioteca de Palacio un hermoso ejemplar. Otro incompleto en la Nacional de Madrid.

Es un volúmen en fol. gót., impreso á dos y á tres columnas, con nueve fojas sin numerar para la portada, prólogo y tablas, y 234 numeradas para el texto y colofon. Sign. de 8 fojas desde A á FF, y ademas la GG, que tiene diez.

El epígrafe sobre el texto, que con algunas variantes arbitrarias presenta Brunet como portada del libro da mejor idea del objeto de la obra: está impreso en rúbrica, y dice así: «Cancionero general de muchos y diversos obras de »todos los mas principales trovadores d'España, en lengua

»castellana, así antiguos como modernos: en devocion, en »moralidad, en amores, en burlas, romances, villancicos, »canciones, letras de invenciones, glosas, preguntas, res»puestas; copilado y maravillosamente ordenado por.. .etc.»

Expresase en este epígrafe no solo el órden y materias de que trata el *Cancionero*, sino tambien la clase de combinaciones y formas métricas en que se escribieron.

En el prólogo, que á la vez es una dedicatoria al conde de Oliva, dice el compilador del libro, que ántes de darle á luz, en 1511, empleó 20 años en confeccionarle y redactarle, es decir, que empezaria su trabajo en 1491. Así es que las obras que contiene pueden considerarse casi todas hechas desde principios del siglo XV, y algunas en la primera década del XVI, por trovadores cortesanos que florecieron en dichos tiempos.

Esta edicion de 1511 es la primera que se hizo del *Cancionero* de Castillo, y consta de 1115 composiciones, entre las anónimas y las de 156 poetas, cuyos nombres constan.

Otras ediciones, con algunas variantes en las portadas, que se omiten por evitar prolijidad.

Cancionero etc. [a²]... Otra vez impreso, enmendado y corregido por el mismo autor, con adicion de muchas y muy escogidas obras... Al fin: La presente obra intitulada... copilado por... é impreso segunda vez en.. Valencia de Aragon por Jorge Castilla, á xx dias del mes de junio de 1514.

Folio gótico, á dos y tres columnas, ocho fojas sin numerar, 211 foliadas de texto. Las adiciones están marcadas en la tabla; pero, como no hemos visto el libro, no sabemos si se harían supresiones. (Biblioteca Real de Paris.)

Idem. [a³] ***Nuevamente añadido, otra vez impreso con adiciones...*** «Al fin... Fue impresso tercera vez »en la ciudad de Toledo, por ***Joan de Villaquiran*** .. »Acabósse á postrero dia del mes de agosto de 1517.»

3.ª edicion.

Folio gótico, á dos y tres columnas; ocho fojas preliminares sin numerar, y 205 foliadas de texto. Por no haberla visto ignoramos si tiene supresiones, y si las adiciones que están marcadas en la tabla son las mismas que las de la edicion de 1514, ó se aumentaron. (Biblioteca Real de Paris.)

Idem. [a⁴] (Como en la anterior.)—Toledo, ***Juan de Villaquiran***, 1520.—Fol. gót. dos y tres columnas. (En la que fué Biblioteca Real de Paris.)

Sospecho que en esta edicion exista ya la obra afrentosa del *Pleito del manto*, y que haya en el libro sonetos y metros de los de la escuela italiana, que propagaron Boscan y Garcilaso. La fecha de esta edicion es la misma de un *Cancionero* exclusivamente de burlas, que se dice existe en la biblioteca del Museo británico, el cual tiene muchas composiciones burlescas, que están en las ediciones de 1511 y siguientes, con algunas otras mas, muy desvergonzadas, groseras é inmorales, que el que le reimprimió en Lóndres, en 8.º, supone escritas por frailes.

Idem. [a⁵] ***Agora nuevamente añadido. Otra vez inpreso con adicion de muchas y muy escogidas obras, las quales quien mas presto querra ver vaya á la tabla.*** Al fin: «La presente obra... fué impresso (*sic*) »en la... de Toledo, por maestre ***Ramon de Petras***... »Acabóse á doce dias del mes de mayo de 1527 años.» Fol., gót. á dos y tres columnas, ocho fojas preliminares sin numerar, y 206 foliadas de texto. Por errata en el libro, despues del folio 205, pone á los que le siguen las cifras de 195, 196, con el cual acaba. (Biblioteca imperial de Viena.—It. En la Real Academia Española hay un ejemplar incompleto, que tiene de mano la portada de una edicion de 1510, y varias fojas.)

Contiene esta edicion 1102 obras, entre ellas el *Pleito del manto*, y 175 mas, que no se hallan en la de 1511, pero en desquite carece de 187 que allí se hallan.

Hay en él composiciones de Boscan, con sonetos y octavas en lemosino y en italiano.

Idem. [a⁶] ***En el qual se han añadido agora en esta última impresion.. ha sido con diligencia corregido y enmendado***, 1535.—Al fin: «Fué impresso »en Seuilla, en la imprenta de ***Juan Cromverger***, año »de 1535.»—Fol., gót. á dos y tres columnas, cinco fojas preliminares sin numerar, y 207 foliadas de texto. (En la Biblioteca Nacional de Madrid.)

A esta edicion se le ha suprimido el prólogo dedicatoria que existe en las anteriores, sustituyéndole una advertencia en que se expresa «que el libro contiene obras desde Juan de Mena hasta su fecha, y que en esta edicion se han quitado algunas muy deshonestas, y añadido muchas de devocion y moralidad, con lo cual queda el libro mas copioso y completo que se haya visto.» Con efecto, despues de las obras de burlas, en el folio 189, siguen hasta el fin varias coplas devotas.

Contiene el libro 1188 obras: de ellas 172 de las añadidas en el de 1527, y 88 nuevas mas. Tiene suprimidas 187 de las del de 1511.

Cancionero. Copia hecha á plana renglon del Cancionero de 1535.—Al fin: «Fué impreso, ejusd. loc. et tipog. á 20 de noviembre de 1540.»—Fol., gót. etc. (Biblioteca Real que fué de Paris. — It. Biblioteca del palacio de la Reina nuestra señora.)

Id. [b], ***que contiene muchas obras de diversos autores antiguos, con algunas cosas nuevas de los modernos, de nuevo corregido é impreso.*** (El nombre del colector está suprimido.)—Anvers, ***Martin Nucio***, 1557, en 8.º marquilla semigótico, ocho fojas preliminares, y 402 de texto. (Biblioteca de Duran.)

Contiene esta edicion 1157 obras; de ellas 172 de las añadidas á las de 1527 y posteriores, y 57 aumentadas en la presente, en la cual están suprimidas 187 de las que existen en la dicha de 1511. Las obras añadidas pertenecen en gran parte á la metrificacion italiana.

IDEM. [b²] *Id.* (Es una reproduccion de la anterior, sin mas diferencia que la de haber quitado la seccion de obras de burlas.)—Anvers, ***Philippo Nucio***, 1573, 8.º marquilla, semigótico.

Consta de ocho fojas preliminares sin numerar, y de 386 de texto.

Contiene 1082 obras: de ellas 164 de las añadidas en las anteriores, con ménos 254 que se han suprimido de las que la precedieron.

Las ediciones del *Cancionero general* contienen una seccion de romances, casi todos artísticos, cuyo mayor número se halla en nuestro *Romancero general*, con los números 3; 297; 305; 504 en la nota del 362; 385; 470; 963; 1369; 1373; 1375 á 1382; 1384; 1394; 1395; 1414 á 1418; 1444 á 1451; 1453; (1874 y 1875); 1876; 1877; 1885.

OBSERVACIONES.

El *Cancionero* publicado en 1511, el anterior de Fernandez de Constantina, que pudo servirle de modelo, y á veces de texto, y en fin, otras muchas colecciones por el estilo, que existen en códices del siglo XV, son, por decirlo así, unas antologías generales, que han servido exclusivamente a conservar la poesía culta y cortesana de su época, sin que en ellos se hallen apénas vestigios de la popular verdaderamente nacional y sin mezcla de otra alguna extraña; puesto que aun los juglares y bufones que en aquellos suministraron composiciones, eran palaciegos, y leidos ó peritos en la poesía de los trovadores lemosinos, provenzales é italianos. El *Cancionero de Baena*, que ahora se publica, y que contiene muchas obras anteriores á los referidos, es, por decirlo así, el primer documento conocido de la serie de esta clase de obras, y los demas, hasta la última edicion del *Cancionero general*, fecha en 1573, son la continuacion de ella.

Despues del *Cancionero* de Fernandez de Constantina, cuya fecha se ignora, porque el ejemplar conocido está falto del fin, el de Castillo, impreso en 1511, es la primera antología general que se imprimió; pues el de Llavia, el de *Vita Christi*, el de Juan del Encina, y otros que le precedieron, son sobre asuntos especiales aquellos, y este una monografía ó coleccion de poesías de un solo autor. El *Cancionero general* de 1511 reprodujo en parte el de Fernandez de Constantina, y fué reproducido á su vez en sus diversas ediciones hasta la de 1573; mas siempre con supresiones de lo antiguo y adiciones de lo mas notable y nuevo que desde aquella época á esta se iba componiendo. Así es que para obtener una antología de la poesía artística, que empiece en los primeros años del siglo XV y acabe despues de mediar el XVI, bastará agregar á la edicion de 1511 las obras que Castillo suprimió del de Fernandez de Constantina, las que al suyo se fuéron añadiendo y las que se aumentaron en otra reproduccion de parte de su obra, que con título de *Segunda parte del Cancionero general*, se publicó en 12.º, Zaragoza, MDLII. (Debe decir MDLII.)

[c] ***Segunda parte del Cancionero general agora nuevamente copilado de lo mas famoso y discreto de muchos y afamados trovadores. En el qual se contienen muchas obras y canciones, villancicos, motes, chistes, preguntas, respuestas, galas in-***

venciones, etc.—Zaragoza, *Estéban G. de Nájara*, MCLII (por yerro debe decir MDLII, 1552), en 12.° prolongado.

Segun el señor Wolf, que ha examinado el ejemplar que existe en la biblioteca imperial de Viena, este libro es una seleccion de parte de las poesías de los trovadores del siglo XV, que contiene el *Cancionero general* de Castillo, algunas otras obras glosas, y varios romances que versan sobre asuntos entónces de actualidad, que son muy posteriores al dicho siglo.

Ademas de los romances que este libro contiene, tomados del *Cancionero general*, hay de él en mi Romancero el num. 455, que se halla tambien en el *Cancionero de romances*.

Cancioneros (*Antologías propiamente intituladas*).—*Vide* CASTILLO, en sus letras desde [a] *á* [a6]. — It. *Cancionero general*, en CASTILLO, letras [b] [b2].— It. FERNANDEZ DE CONSTANTINA.— It. RESENDE.— It. *Segunda parte del Cancionero general*, en CASTILLO, letra [c].— It. TIMONEDA, en su letra [g].— It. VERA.

Cancioneros (*Antologías que son de romances en todo ó su mayor parte, pero que tienen título de*).—*Vide* CANCIONERO DE ROMANCES.— It. CANCIONERO DE ROMANCES SACADOS, etc.

Cancioneros (*Monografías ó colecciones de poesías de un solo autor, publicadas con título de*).—*Vide* ENCINA.— It. LOPEZ MALDONADO.— It. MONTEMAYOR, letras [b] [c].— It. MONTESINO.— It. TIMONEDA, en sus letras [e][f][j].—It. URREA.—It. VELAZQUEZ DE AVILA.

Cid.—*Vide* ESCOBAR.— It. KELLER.— It. METGE.

Coleccion de las obras sueltas, etc.—*Vide* VEGA CARPIO, en su letra [c].

Coleccion de romances castellanos.—*Vide* DURAN, letra [a].

Compilaçam de todas las obras, etc.—*Vide* VICENTE.

Constante (La) Amariles.— *Vide* SUAREZ DE FIGUEROA

Coro febeo, etc.— *Vide* CUEVA.

CUEVA (Juan de la).— *Coro febeo de romances historiales*, etc.—Sevilla, *Juan Leon*, 1587. Id. *id.* 1588

Libro muy raro, pero poco apreciable, coleccion casi totalmente compuesta de romances históricos por un poeta artístico.

Vide en nuestro Romancero los núms. 455; 457; 459; 461; 462; 495 á 497; 500; 502; 504 á 512; 514 á 517; 521; 522; 524; 527; 529 á 532; 535; 537; 538; 540; 541; 543; 550; 552; 555; 555; 557; 559; 561; 565; 566; 568; 709; 715; 719; 722; 800; 916; 950; 957; 940; 1159; 1218; 1255; 1651.

DEPPING (Ch. B) [a]. — *Samlung der besten alten Spanichen. Historischen Ritter-und Maurischen Romancen.* — Altemburg and Leipzig, *F. A. Brockhans*, 1817, en 8.° marquilla.

IDEM. [a2] *Coleccion de los mas célebres romances antiguos españoles históricos y caballerescos, publicada por... y ahora considerablemente enmendada por un español refugiado.* — Lóndres, *M. Calero*, 1825, dos vol., en 8.° marquilla.

Es una reproduccion de solo 224 romances históricos de los 300 de varias clases que se hallan en la anterior señalada en [a]. El editor, que se cree fuese Don Vicente Salvá, los corrigió á veces modernizándolos, y los puso algunas notas filológicas y críticas.

IDEM. [a3] *Romancero castellano, ó coleccion de antiguos romances populares de los españoles, publicada, con una introduccion y notas, por.* . Nueva edicion, con las notas de Don Antonio Alcalá Galiano.—Leipsique, *F. A. Brockhaus*, 1844, dos volúmenes en 8.°

Consta esta antología de 581 composiciones, todas de la clase popular ó de la artística popularizada. De ellas las 286 son romances históricos, las 92 de caballerescos, las 116 de moriscos y las 80 de romances varios subgetivos y líricos, y de algunas poesías de otra metrificacion.

Estas excelentes antologías de nuestra poesía popular antigua de los tiempos remotos, y de la popularizada completa ó incompletamente artística, que empezó á propagarse desde mediados del siglo XVI, y se continuó en todo el XVII, pudo ser sugerida ó inspirada á Depping por la *Silva de romances viejos* que publicó Grimm en 1815.

Grimm y Depping, en las primeras décadas del siglo actual, consideraban nuestra vieja y popular literatura bajo un aspecto de nueva y filosófica crítica, que en verdad ya habíamos algunos encontrado; pero que apénas nos atrevíamos á propagar. Mientras esto pasaba en el extranjero, en España se despreciaban por los poetas cultos, como bárbaros y salvajes los romances viejos; y si algunas composiciones de iguales formas rítmicas se publicaban en las antologías, eran solamente los artísticos, y considerándolos solo bajo el aspecto de crítica materialmente literaria.

De esta coleccion del señor Depping, pero tomados ya de antemano de los originales, he puesto en mi Romancero 548 composiciones, entre ellas los núms. 585, 605, 918, que ignoro de dónde las ha tomado.

[b] *Rosa de romances, ó romances sacados de las Rosas de Timoneda, que pueden servir de suplemento á todos los Romanceros, así antiguos como modernos, y especialmente al publicado por el señor G. B. Depping, escogidos, ordenados y anotados por* DON FERNANDO JOSÉ WOLF. — Leipsique, *F. A Brockhaus*, 1846, en 8.° marquilla.

Contiene esta preciosa antología 52 romances, casi todos ellos exclusivos á las *Rosas* de Timoneda. Están divididos en 38 históricos, 10 caballerescos de amor, y en 14 moriscos de las cosas de Granada. El sabio crítico colector de ellos los ha puesto notas eruditas, históricas y críticas. El libro está precedido de una notable advertencia; que puede servir de norma para la ejecucion de los trabajos de esta clase. Describe en ella y caracteriza las *Rosas* de Timoneda, comparándola con otras antologías anteriores ó posteriores, é indicando muchos romances que tiene comunes con aquellas, y los que le son exclusivos. Para darlos á conocer ha reimpreso los mejores y mas notables de estos, y yo de su libro los he tomado para mi Romancero.

Cythara de Apolo. — *Vide* SALAZAR Y TORRES.

Danza de galanes. — *Vide* VERA, Cancionero, etc.

Dechado de colores. — *Vide* TIMONEDA, en su letra [e].

Delicias de Apolo. — *Vide* ALFAY, en su letra [a].

Destruicion de Troya. — *Vide* ROMERO DE LA CEPEDA.

Diana (Los siete libros de la). — *Vide* MONTEMAYOR.

Diana de Jorge Montemayor (Segunda parte de la).— *Vide* PEREZ EL SALMANTINO.

Diana enamorada (La). — *Vide* POLO.

DIEZ (Antonio). — *Vide* ROMANCES VARIOS DE DIVERSOS AUTORES, edicion de 1663.

Don Juan de Austria (Romances de). — *Vide* ECHEGUIAR.

Dorotea (La). — *Vide* VEGA CARPIO, letra [b].

DURAN (Don Agustin).— *Coleccion de romances castellanos anteriores al siglo* XVIII. — Madrid, *Amarita y Aguado*, desde 1828 á 1832, 5 vol., en 8.° marq.

Bajo esta portada comun se contienen:

[a] *Romancero de romances moriscos*, etc.— Madrid, *Amarita*, 1828, en 8.°

[b] *Id. de romances doctrinales*, etc. — Id. *id.* 1829, en 8.°

[c] *Cancionero y romancero de coplas*, etc. — Id. *Aguado*, 1829, en 8.°

[d] *Romancero de romances caballerescos é históricos*, etc.— Madrid, *Aguado*, 1832, 2 vol., en 8.°

[e] *Romancero general, ó coleccion de romances castellanos anteriores al siglo* XVIII *recogidos, ordenados, clasificados y anotados por...* — Madrid, imprenta de *La Publicidad*, 1849 á 1850, 2 vol. en grande 8.° Contiene 1901 romances de texto y algunos en los preliminares y notas.

Es una completa refundicion de los anteriores artículos señalados [a], [b], [d], y la parte de romances que tiene [c], pues el resto de esta corresponde á un Cancionero. Ademas

del discurso preliminar de aquella edicion, se ha aumentado en esta una multitud de romances con notas críticas é históricas, un nuevo prólogo y su apéndice, y varios índices muy importantes, señalando en cada composicion los orígenes y fuentes de donde emana. Tambien se ha incluido la *Crónica de España rimada*, que trata mas extensamente del Cid, con algunas observaciones y notas sobre este precioso documento, desconocido hasta que de él dió noticia el Sr. Ochoa en 1844, y lo imprimió Mr. Michel en 1846.

Para facilitar el criterio histórico de los romances de esta coleccion, en el índice general alfabético se designa á cada uno los orígenes y fuentes donde existe, y la clase de las ocho en que el Colector los ha colocado por via de ensayo. Estas clases son:

1.ª Romances viejos directamente populares ó que se presumen ménos alterados en su actual redaccion. (Objetivos y narrativos.)

2.ª Id. id. de procedencia tradicional, donde existe algun reflejo de orientalismo (Objetivos, y un tanto lírico-épicos.)

3.ª Id. id. juglarescos de época tradicional. (Objetivos.)

4.ª Id. antiguos popularizados y de imitacion artificial. (Objetivos con iniciacion de subjetivos.)

5.ª Id. id. id. Época id. Son su base las tres primeras clases; pero ya reformadas un tanto artísticamente. (Subjetivos con vestigios de objetivos.)

6.ª Id. nuevos y vulgares que aun conservan vestigios de los antiguos, y son, para su época mas civilizada, lo que los viejos para la suya: es decir, para el vulgo. (Objetivos y subjetivos á la vez.)

7.ª Id. antiguos y artísticos de los trovadores del siglo xv y primeros años del xvi. (Subjetivos y líricos.)

8.ª Id. artísticos y nuevos, precursores ó contemporáneos á la escuela de Lope de Vega, y los de esta misma. (Su elemento especial es subjetivo y lírico, por mas que del objetivo se pretendan revestir.)

Un corto número de romances líricos de la anterior edicion se han suprimido en esta; pero se han aumentado infinitos.

ECHEGUIAR (Fray Raymundo).—*El héroe christiano y la victoria mas dura. Trofeos de Don Juan de Austria*, romances.—Milan, *Simon Tini*, 1578, en 8.° (Segun Wolf.)

No hemos visto esta coleccion de romances, pero probablemente estarán algunos incluidos en las ediciones de la *Silva*, posteriores á la fecha de 1578.

Elogios en loor de los tres famosos, etc. —*Vide* Laso de la Vega, letra [b].

Enredo de amor. (Cancionero, etc.)—*Vide* Timoneda, en su letra [f].

Enriquez. — *Vide* Flor de romances, letras [h], [h²].

ENZINA (Juan del). — *Cancionero de todas las obras de...* — Salamanca, 20 de junio de 1476. Fol. gót., á 2 y 3 col.

Id. Sevilla, *Juan de Pegnicer y Magno Herbit*, xvi de enero de 1501. Fol. gót., á 2 y 3 col.

Id. Búrgos, *Andres de Búrgos*, á xm de febrero de 1505. Fol. gót., á 2 y 3 col.

Id. con otras cosas añadidas. — Salamanca, *Han Gysser*, vii de agosto de 1509. Fol. gót., á 2 y 3 col.

Id. con otras cosas nuevamente añadidas.—Zaragoza, *Jorge Coci*, 1516. Fol. gót., á 2 y 3 col.

De estas ediciones solo hemos visto la de 1505, y la de 1516, que es de todas la mas completa, aunque le falta la Égloga de Fileno y Zambardo, que existe en alguna de las anteriores, y que poseemos suelta é impresa en 4.°, sin año ni lugar, en letra gótica.

Hay en mi Romancero los núms. 297; 1084; 1383; 1384; 1420, 1879.

Eróticas (Las).—*Vide* Villegas (Esteban Manuel de).

ESCOBAR (Juan de). [a] *Romancero é historia del muy valeroso caballero el Cid, Ruy Diaz de Vivar*, en lenguaje antiguo, recopilado por... etc.
Alcalá, *Juan Gracian*, 1612, en 12.°
Lisboa, 1615, en 12.°
Zaragoza, *Juan Larrumbe*, 1618, en 12.°
Segovia, *Diego Flamenco*, 1621, en 12.°
Madrid, *Juan Delgado*, 1625, en 12.°
Segovia, 1629, en 12.°
Madrid, *María Quiñones*, 1650, en 12.°
Madrid, *María Quiñones*, 1661, en 12.°
Id., *Francisco Saez*, 1685, en 12.°
Pamplona, 1702, en 12.°
Cadiz, 1702, en 12.°
Pamplona, 1702, en 24.°
Madrid, 1726, en 12.°
Id., 1746, en 12.°
Barcelona, 1757, en 8.°, dividida en dos partes.

[b] Madrid, *Cano*, 1818, en 12.° (Coleccion arreglada por Gonzalez Roquero.)

Todas estas ediciones, ménos la última, que es la peor coleccion, pues carece de 24 romances de las anteriores, contienen 102 que el colector tomó del *Cancionero de romances*, de los de Sepúlveda, de las *Rosas* de Timoneda, del *Romancero general*, y de su segunda parte, etc. etc. Hay entre ellos unos pocos viejos y tradicionales, aunque reformados, pero todos los demas, aun los que afectan el lenguaje antiguo, son de la época artística de las últimas décadas del siglo xvi.

En el año de 1626, con título de *Tesoro escondido*, etc., publicó Metge una coleccion de romances hechos por varios autores sobre el Cid y los Infantes de Lara.

De la de Escobar hay en mi Romancero los 102 romances que contiene, y van señalados con los núms. 725; 727; 728; 730 á 732, 734; 736 á 739; 743; 749, 751; 753; 755 á 761; 764; 765; 768 á 770; 774; 775; 779; 783; 784; 788; 789; 792; 796; 801; 808; 810; 812, 817 á 820; 823; 824; 826; 827; 829; á 834; 837; 838; 840; 842; 844; 845; 848 á 851; 853 á 856; 859; 862; 864; 867 á 877; 879; 880; 881; 883 á 889, 891 á 894; 896; 900, 901; 903 á 906; 909.

ESPINOSA (Pedro de).— *Primera parte de las flores de ilustres poetas de España, dividida en dos libros. Ordenada por... natural de la ciudad de Antequera. Van escritas diez y seis odas de Horacio, traducidas por diferentes y graves autores admirablemente.*

Es la primera y mejor antología de poesías de la época clásica que se ha publicado, á nuestro entender. Contiene poesías de todos los géneros de metros, ménos el de arte mayor, y pertenece especialmente al giro que dieron á nuestra literatura Garcilaso, Herrera, Fray Luis de Leon, etc. introduciendo en ella el estudio de los clásicos latinos é italianos. Tambien, en cuanto los imitan, se ha dado cabida en esta coleccion á Lope de Vega, Góngora, Alcázar, etc.

ESQUILACHE (Don Francisco de Borja, príncipe de). —*Las obras en verso de...* Ambéres, *imprenta Plantiniana*, 1673, en 4.° mayor.

Este poeta es artístico, de la escuela de Vega Carpio y de Quevedo.

De él hay en mi Romancero los núms. 1441; 1796; 1797.

FAXARDO Y ACEBEDO.— *Varios romances escritos á la Liga por...* Valencia, 1687, en 12.°

Solo por una nota del señor Salvá conozco este libro, é ignoro por lo tanto si será Faxardo el autor ó el colector de la obra. Es probable que sea lo segundo.

FERNANDEZ (Don Ramon). — *Poesías escogidas de nuestros cancioneros y romanceros antiguos.*—Madrid, *Imprenta Real*, 1796, 2 vol., en 8.° marq.

Estos dos volúmenes forman los tomos xvi y xvii de la *Coleccion de poetas españoles*, que el supuesto Fernandez publicó en 20 volúmenes, desde 1787 á 1804, con el fin de mejorar el gusto público, ya harto corrompido en los principios del siglo xviii. Claro es pues que en esta coleccion se desprecia cuanto no es eminentemente clásico ó artístico; así es que lo son todos los romances que contiene.

Los romances empiezan en la pág. 94 del tomo i (el xvi de la coleccion), y continuan y acaban con el ii (xvii de la misma).

Tomados de las mismas fuentes y documentos, contiene mi Romancero una gran parte, si no la totalidad, de los que aquí se hallan.

FERNANDEZ DE CONSTANTINA (Juan). — *Cancionero llamado Guirnalda esmaltada, de galanes y elocuentes dezires, de diversos autores*, en 4.° gót., á 2 col.

En esta portada no se expresa el nombre del colector. En su dorso se halla una especie de prólogo suyo, donde da á entender que recogió de la fama muchas composiciones poéticas que rehusaba publicar, lo primero porque se complacia en relatarlas, y lo segundo por evitar que fuesen sobajadas (*sic*) por los rústicos, cuyas lenguas corrompen la armonía. Decidióse empero á publicarlas, etc.

Al vuelto de la foja, sin numerar, hay este epígrafe:

Cancionero de muchos y diversos autores, copilado y recogido por Juan Fernandez de Constantina, vecino de Belmez.

Un ejemplar de esta antologia, que debe ser la primera de su clase que se publicó impresa, segun se infiere del prólogo, existe en la biblioteca del Museo británico. Consta de 87 fojas, le faltan los folios 81 y 82, y todos los que siguen al 86, donde deberia contenerse, entre otras cosas, la tabla y el colofon que indicase el año y lugar de la edicion.— Brunet cita esta obra, y acaso este mismo ejemplar como procedente de Heber, y si así fuere, lo hace inexactamente en cuanto á la portada, y en cuanto á la descripcion del ejemplar, pues le dice falto de las fojas 51 y 52, y todo lo que sigue á la 56.— Wolf, con referencia á *Heber*, cita esta misma obra como existente en la biblioteca real de Munich, dándole por intitulacion el epígrafe que despues del prólogo tiene el ejemplar del Museo británico, lo cual induce á creer que es la misma edicion en un ejemplar que carece de portada, ó que no se ha examinado bien si la tiene. Acaso este artículo en la biblioteca de Munich tenga lo que le falta al del Museo británico, y pudiera sacarnos de duda acerca de la fecha de la edicion.

Aunque no tengo de este libro sino el prólogo y las primeras fojas, en una copia de ellas que me ha proporcionado mi ilustre amigo el excelentísimo señor Don Pedro José Pidal, he visto lo bastante para persuadirme que el de Constantina precedió al *Cancionero general* de Castillo, impreso la primera vez en 1511. Ménos copioso que este, tiene sin embargo la misma distribucion, aunque trae algunas obras no insertas en el de Castillo, y carece de muchas que este añadió, quedando así comunes á ambos otras infinitas, que á veces atribuyen á distintos autores. La copia que tengo del *Cancionero* de Constantina alcanza solo al folio XXIX inclusive numerado, y en ella, como en el *General* de Castillo, empieza el texto con obras de devocion, y sigue con las profanas de los trovadores mismos, y casi en el mismo órden en uno que en otro. Entre las obras de devocion hay un solo romance comun á ambos, y desde el folio v del de Constantina al XXIX á que alcanza mi copia, todas las composiciones que contiene las insertó Castillo en el suyo. Si en lo demas convienen ambos como en esto, es probable que el del primero tenga una seccion de romances artísticos como el segundo. Las siete primeras composiciones del de Constantina no las insertó Castillo, y son:

1.ª *Anónimo.* Villancico devoto á la Encarnacion, que está al vuelto de la foja que sigue al prólogo.
2.ª Glosa del romance «Por el mes era de mayo», de Alonso Perez, fol. I.
3.ª Coplas á una señora que queria ver alguna obra suya, de id., fol. II.
4.ª Id. á cuatro rameras cortesanas, de id., fol. III, vuelto.
5.ª Id. á una dama que le escribió, de id., fol. IV, vuelto.
6.ª Id. á una id. que le avisó estar enferma, de id., fol. IV, vuelto.
7.ª Id. á una id. que le preguntó lo que haria para rezar tanto como era obligada, de id., fol. IV, vuelto.

Desde el folio v hasta el XXIX, y casi en el mismo órden y á la letra lo inserta Castillo en el *Cancionero general*.

Como no he visto toda la obra, no puedo decir los números que de ella he puesto en mi Romancero; pero sí asegurar que se hallan allí todas las composiciones que contenga y le sean comunes á la seccion de romances del *Cancionero general*.

Flor (antologías ó colecciones publicadas con título de). — *Vide* Arias Perez, Primavera y flor, etc., letras [a], [b]. — It. Flor de Romances en sus letras [a], [b], [b²], [c], [d], [e], [f], [h], [h²].—It. Linares, Cancionero y flor, etc.— It. Pinto de Morales, Maravillas, etc.

Flor de enamorados.— *Vide* Linares, Cancionero, etc.

Flor de los mejores romances. — *Vide* Pinto de Morales, Maravillas, etc.

FLOR DE ROMANCES.

Bajo este epígrafe comprendemos todas las coleccioncitas de romances y coplas que formaron, con algunas supresiones ó adiciones, las nueve partes del *Romancero general* que se publicó en 1602, y que despues llegó á trece en el recopilado por Pedro Flores, é impreso en 1604 y en 1614.

[a] ***Flor de varios romances***, etc., ***recopilados por*** Andres de Villalta, ***natural de Valencia.***

Este libro formó la 1.ª parte del *Romancero general*; pero como no le hemos visto no sabemos la fecha de su impresion, que no pudo ser posterior á 1589, supuesto que en este año se publicó otro Romancerillo, ó segunda parte de aquel.

[b] ***Flor de varios romances nuevos y canciones, agora nuevamente recopilados por el bachiller*** Pedro de Moncayo, ***natural de Berja.*** — Huesca *Juan Perez de Valdivieso*, 1589, en 12.º (134 fojas para todo.)

Por el número de folios que contiene el libro, se infiere que la parte segunda del que recopiló Moncayo, y que se incluyó despues como segunda tambien del *Romancero general*, estará precedida de la coleccioncita de Villalta.—Letra [a] de este artículo.

[b²] ***Flor*** (1.ª y 2.ª parte de) ***de romances***, etc., ***recopilada por el bachiller*** Pedro de Moncayo, en 12.º

El ejemplar que hemos visto carece de portada; mas presumimos que sea una reproduccion aumentada, del anterior artículo.— Letra [b].

Contiene la primera parte algunos romances que no se incluyeron en el *Romancero general de* 1604 etc.

[c] ***Flor de varios y nuevos romances***, 1.ª y 2.ª parte, ***ahora nuevamente recopilados y puestos en órden por*** Andres de Villalta, ***natural de Valencia. Añadióse ahora nuevamente la*** 3.ª parte ***por*** Felipe Mey, etc.—Valencia, ***Miguel de Prados***, 1591, en 12.º (225 fojas para todo). La licencia es de 1588, lo cual supone ediciones anteriores.

En este librillo, con corta diferencia, se reproducen los de las letras [a], [b] y [b²] de este artículo, y se le añade una tercera parte recopilada por Mey: 29 composiciones se incluyen en la tercera parte del *Romancero general*; una en la séptima, y tres en la octava. Las restantes, que son 34, no se pusieron en él.

De los libros señalados en los artículos [a], [b], [b²] y [c], hay en mi Romancero los núms. 12; 22; 26; 27; 33; 36; 37; 40; 42; 44; 45; 47; 49; 58; 60; 75; 76; 79; 85 al 88; 91; 101; 105; 121; 127; 131; 133; 137 á 139; 146; 147; 148; 150; 153; 156; 160; 164; 165; 166; 168; 171; 176 á 179; 194; 197; 198; 202; 208 á 212; 222; 225; 227; 235; 237; 251; 260; 261; 268; 269; 378; 379; 398; 405; 414; 423; 424; 433; 676; 688; 727; 827; 967; 1065; 1247; 1405 á 1410; 1461; 1484 á 1486; 1488; 1489; 1490; 1499; 1509; 1510; 1512; 1513; 1520; 1521; 1522; 1523; 1525; 1530; 1538; 1542 á 1545; 1571; 1575; 1590; (1652 y 1653;) (1673 y 1674;) 1676; 1693; 1694; 1705; 1706; 1713; 1768 á 1771; 1790; 1792; 1803; 1847; 1855.

Todos estos romances son de las últimas décadas del siglo XVI.

[d] ***Flor de varios romances nuevos***, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte, ***agora nuevamente recopilados, puestos por su órden, y añadidos muchos romances que se han cantado despues de la primera impresion, y recogidos por el bachiller*** Pedro de Moncayo, ***natural de Berja.*** — Alcalá de Henáres, 1595, en 12.º (Biblioteca imperial de Viena, segun Wolf.)

[d²] ***Id.*** — Madrid, ***viuda de Madrigal***, 1597, en 12.º (En la biblioteca del Museo británico.)

Serán reimpresiones del de la letra [c].

[e] ***Flor de varios romances***, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte, recogidos por Sebastian Velez de Guevara.

Nicolas Antonio cita esta edicion, que no sabemos si será una copia de las anteriores, aumentada y corregida por el citado editor; porque es bien sabido que muchas veces el último adicionador, editor ó corrector de un libro le ponia su nombre, aunque fuese reunido, en todo ó parte, por anteriores sugetos.

[f] ***Flor*** (4.ª y 5.ª parte) ***de romances, recopilados por*** Sebastian Velez de Guevara, ***racionero de la colegial de Santander.***—Búrgos, ***Alonso y Estévan Rodriguez***, 1592, en 12.º

Su contenido formó despues, con cortas diferencias, la cuarta y quinta parte del *Romancero general*.

En el mio tiene los nums. 14; 30; 48, 51; 67 á 69; 73; 93; 94; 104; 110; 111; 128; 136; 141 á 145; 152; 162; 163; 169; 172; 182; 185; 185; 191; 192; 206; 214 á 246; 271; 273; 397; 489; 649; 699; 785; 792; 1379; 1411; 1434; 1464; 1465; 1491; 1495; 1505; 1515; 1516; 1524; 1526; 1527; 1533; 1534; 1535; 1537; 1547; 1591 á 1593; 1595; (1687 y 1688;) 1692; 1697; 1707; 1787; 1867.

[g] ***Ramillete de flores***, 4.ª, 5.ª ***y*** 6.ª ***parte de Flor de romances nuevos, hasta agora nunca impresos, llamado Flores: de muchos graves y diversos autores Recopilados, no con poco trabajo, por*** Pedro Flores, ***librero, y á su costa impreso. Y demas va al cabo la tercera parte de la Araucana en nueve romances, excepto la entrada de***

este reino de Portugal, que por ser tan notorio á todos, no se pone.— Lisboa, *Antonio Alvarez*, 1593, en 12.º

Este libro, que cita Monsieur Dozy como existente en la biblioteca de Leyde, parece recopilado por el mismo colector del *Romancero general*. No hemos visto esta publicacion; pero si de ella se han formado la cuarta, quinta y sexta parte del dicho *Romancero*, deben hallarse muchos de los que sean comunes á este y á aquella en el mio. Los nueve romances de la *Araucana*, que cita en el frontis, no los hemos visto, sino que sean parte de ellos los cinco ó seis que hay en la primera y la sexta del *Romancero general*, que tratan de los amores novelescos de Láutaro y de Guacolda.

[h] *Flor* (7.ª parte de) *de romances nuevos*, recopilados de muchos autores por Francisco Enriquez. — Madrid, *viuda de Alonso Gomez*, 1595, en 12.º

[h²] *Id., por id.; emendado y corregido de muchos yerros que en la primera impresion tenia.*— Toledo, *Tomas de Guzman*, 1595, en 12.º

Esta séptima parte de *Flor de romances*, cuyas dos ediciones preceden, forman, con supresiones y adiciones, la sétima del *Romancero general*, y algunos romances de ellas están insertos, tomados de este, en el mio.

[j] *Flores del Parnaso*, 8.ª parte, recopilada por Luis de Medina.— Toledo, *Pedro Rodriguez*, 1596, en 12.º

Formó despues la octava parte del *Romancero general*, y por eso algunos de sus romances se hallan en el mio.

[l] *Flor de varios romances diferentes de todos los impresos*, 9.ª parte. — Madrid, *Juan Flamenco*, 1597. (Monsieur Dozy le cita como existente en la biblioteca de Leyde.)

Forma la novena parte del *Romancero general*, por cuya causa en el mio hay varios que le corresponden.

[m] *Romancero general en que se contienen todos los romances que andan impresos en las nueve partes de romanceros*, etc.— Madrid, 1600, en 4.º (La tasa es de fecha de 16 de diciembre de 1599.)

Allá en mis niñeces vi un ejemplar en la librería del conde del Aguila, en Sevilla.

Como se ve por la portada, este libro es la reunion de todos los romancerillos arriba mencionados en este artículo, con títulos de *Flor* ó de *Ramillete*; pero con algunas alteraciones.

[m²] *Romancero general en que se contienen todos los romances que andan impresos en las nueve partes de romanceros. Ahora nuevamente impreso, añadido y enmendado.*— Medina del Campo, *Juan Godinez de Millis*, 1602, en 4.º

[m³] *Romancero general en que se contienen*, etc., *ahora nuevamente añadido y enmendado* (quizá por Pedro Flores).—Madrid, *Juan de la Cuesta*, 1604, en 4.º

Las nueve primeras partes de este libro, que consta de trece, son una reproduccion, con cortas variaciones, del libro anterior, letra [m].

[m⁴] *Id. id.*, añadido y enmendado por Pedro Flores. — Madrid, *Juan de la Cuesta*, 1614, en 4.º

Es una copia de la edicion indicada en la letra [m³].

Todos los romanceros comprendidos en este artículo, desde la letra [a] á la [m], contienen con el desórden propio al modo y circunstancias de su redaccion, ademas de romances todos artísticos, un corto número de poesías cuyas combinaciones métricas y sus versos pertenecen á la escuela italiana. El romance viejo y el antiguo, que lo modificaba, cual se ve en los pliegos sueltos, en el *Cancionero de romances*, en la *Silva* y sus hijuelas, fueron generalizando esta clase de composicion, y produjeron sus imitaciones y refundiciones facticias en los de Sepúlveda, en los de Timoneda, en los de Alonso de Fuentes y otros aficionados que pretendian reproducir en una fase mas culta y crítica la poesía amada de la clase vulgar.

El romance viejo tradicional y popular y el antiguo, que se consignaron en los dichos libros y pliegos sueltos, empezaron á imprimirse ántes de mediar el dicho siglo. Casi al mismo tiempo surgieron las imitaciones de esta clase de romances que en odio á los subjetivos y artísticos nacientes, publicaron Sepúlveda, Alonso de Fuentes, Timoneda y otros, que sin embargo de que conservan la esencia objetiva y narrativa de los originales, los despojan del sello de espontaneidad que los caracteriza, y de la fe anticrítica que los distingue. Así se iba trasformando gradualmente nuestro romance mas próximo al primitivo, en el artificioso; así con lentitud se iba cambiando de objetivo en subjetivo; de narrativo y épico en lírico; y así se iba introduciendo en la sociedad culta, que, aceptando sus formas sencillas, lo adoptó para adornarlo con todas las galas del arte y de la florida y rica imaginacion. En las dos últimas décadas del siglo xvi ya nuestro romance era puramente artístico y apropiado á tratar toda clase de asuntos; pero en favor de haber conservado sus formas primitivas gráficas, fué con ellas devuelto al pueblo, y contribuyó no poco á hacerle mas culto. Esta última trasformacion, aunque iniciada de antemano, empieza decididamente á marcarse en las colecciones de Lucas Rodriguez, en las de Laso de la Vega, en los romances de Pedro de Padilla y de otros; pero se completa del todo en los de Lope de Vega, Góngora y sus discípulos, desde cuyo tiempo hasta nuestros dias sigue paso á paso todos los que adelanta ó retrocede la civilizacion. La historia pues del romance es, puede decirse, la no interrumpida de la sociedad española.

Las referidas colecciones que se comprenden en este artículo, representan el romance tal cual fué en las dos citadas últimas décadas del siglo xvi, y por consiguiente al que de popular se hizo artístico y tal como se lo devolvieron al pueblo los grandes poetas que de él lo recibieron.

Del *Romancero general* he incluido en el mio los números siguientes, advirtiendo que muchos de ellos están tambien en los libros marcados en este artículo con las letras [a], [b], [c], [f] : 11 á 19; 21 á 25; 28 á 33; 35 á 40; 42; 44; 45; 47 á 52; 55; 57; 58; 60 á 79; 85 á 88; 90 á 101; 105 á 112, 118 á 164; 166 á 170; 172 á 202; 204 á 221; 225 á 226; 235; 237 á 256, 260 á 280, 331; 376; 378 á 381; 396; 397; 403 á 406, 408, 410; 412; 415; 421; 424; 434; 436; 458; 472; 476; 477; 480; 481; 483; 485; 486; 488 á 491; 499, 501, 526, 534; 536, 539, 545; 546; 548; 549; 551; 554; 556; 558; 560; 562; 564; 565; 570; 572; 587; 588; 592; 596; 598; 617; 624; 625; 633; 642; 645; 646; 648; 649; 653; 655; 656; 659; 664; 679; 684; 686; 688; 692; 699; 708; 720; 724; 725; 727; 729; 735; 736; 739; 740; 741; 745 á 747; 753; 757; 758; 760; 761; 783; 792; 795; 801, 810; 813; 815; 821; 822; 826 á 828; 830; 846; 847, 851; 857; 865; 866, 870; 875; 877; 889; 894; 897; 898; 902, 938; 941; 945, 962; 967; 968; 971; 978; 979; 982; 985; 987; 1000; 1005; 1012; 1029; 1031 á 1036; 1078; 1095; 1100; 1101; 1104, 1111; 1112; 1123; 1214; 1220; 1225; 1226; 1230; 1231; 1234; 1245; 1246; 1247; 1364; 1365; 1366; 1370; 1371; 1405 á 1413; 1462 á 1468; 1487 á 1504; 1509, 1510, 1514 á 1549; 1571; 1573 á 1575, 1580, 1591 á 1602; 1632 á 1636; 1639 á 1641; 1643 á 1645; 1672 á 1680, 1682 á 1707; 1710 á 1717; 1719 á 1725; 1768 á 1772; 1787, 1790; 1802 á 1830; 1837; 1847, 1851 á 1872.

Consta la edicion del *Romancero general*, impresa en 1604 y 1614, de 1119 composiciones, de las que se han puesto en el mio 596 romances de todas clases.

Flor de romances nuevos.— *Vide* Flor de romances, letras [d], [h], [h²].

Flor de varios romances. — *Vide* Flor de romances, letra [e].

Flor de varios romances diferentes, etc.—*Vide* Flor de romances, letra [l].

Flor de varios y nuevos romances. — *Vide* Flor de romances, letra [c].

Flores (Pedro de).—*Vide* Flor de romances, letras [g], [m³], [m⁴].

Flores de ilustres poetas.—*Vide* Espinosa (Pedro de).

Flores del Parnaso, 8.ª parte.—*Vide* Flor de romances, letra [j].

Flores de muchos, graves y diversos autores.— *Vide* Flor de romances, letra [g].

Floresta de rimas antiguas, etc.—*Vide* Bohl.

Floresta de varia poesía.—*Vide* Ramirez Pagan.

Floresta de varios romances.—*Vide* Lopez de Tortajada.

Fuentes.—*Vide* Cancionero de romances sacados, etc.

FUENTES (Alonso de) —*Cuarenta cantos de diversas y peregrinas historias, declarados y moralizados por el magnífico caballero..., dirigidos*, etc.—1550. Al fin: *Fué impreso*, etc... Sevilla..., *Dominico de*

Robertis, á cuatro dias del mes de abril, año de 1550, en 4.º, gót.

De esta edicion he visto un ejemplar muy incompleto, que tuvo la bondad de franquearme mi amigo Don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.

FUENTES (Alonso de).—*Cuarenta cantos*, etc... *agora nuevamente corregido y enmendado y con licencia impreso.*

Granada, *Antonio de Nebrija*, 1563, en 8.º, gót. (edicion citada por Brunet).

Zaragoza, *Juan Emilianos*, 1564, en 4.º, gót. (Brunet).

Granada, 1567, en 8.º (Wolf).

Búrgos, 1579, en 12.º

Wolf, no sé con qué fundamento, se inclina á creer que esta edicion es un extracto de la obra. Posible será que contenga solo los romances, y que se hayan suprimido las aclaraciones en prosa.

Libro de los cuarenta cantos, que compuso un caballero llamado Alonso de Fuentes, *natural de la ciudad de Sevilla, divididos en cuatro partes. La primera es de historia de la Sagrada Escritura. La segunda de hechos de los romanos. La tercera, de casos de las diversas naciones. La cuarta de historias de cristianos, con las cosas que acaecieron en la conquista de Málaga y Granada; dirigido*, etc.; *agora nuevamente*, etc. — Alcalá, *Juan Gracian*, 1587, en 8.º (Librería de Duran).

Contiene este libro cuatro partes, que el colector y autor llama cantos, distribuidas conforme indica la portada de esta ultima edicion. Cada canto consta de diez romances glosados, explicados en prosa por Don Alonso de Fuentes, quien asegura que para declararlos se los cometió cierto señor que falleció ántes de que aquel hubiese concluido su encargo. Segun indica el mismo Fuentes, para mayor autoridad se escribieron los romances imitando las formas incultas y el lenguaje de los viejos, lo cual los coloca en la clase de los que por el mismo tiempo publicaba Sepúlveda, si bien, segun mi opinion, son algo mas cultos.

De este libro he tomado los 11 romances que contiene y versan sobre la historia de España, y acaso hubiera hecho mejor en tomar algunos mas de las otras historias, y suprimir parte de los de Juan de la Cueva. No lo hice así, porque ya habia con los de Sepulveda bastante número de aquella clase facticia de romances que imitan á los viejos.

Hay en mi Romancero los núms. 696; 698; 949; 1022; 1024; 1025; 1072; 1077; 1085; 1110; 1211.

GONGORA (D. Luis de).—*Obras de*, etc.

Desde la tercera década del siglo xvii se han venido reproduciendo en multitud de ediciones de todos tamaños las obras de este autor, y de ellas referiré las que poseo, para evitar prolijidad.

Las comentadas por Garcia Salcedo y Coronel, en tres volúmenes impresos en Madrid desde 1636 á 1648, en 4.º

Otra edicion de dichas obras sin comentarios.—Zaragoza, *Pedro Verges*, 1643, 12.º

Otra id., 1.ª y 2.ª parte.—Lisboa, *Pedro Craesbeck*, 1646, 16.º

Otra id.—Sevilla, *Nicolas Rodriguez*, 1648, 4.º

Otra id.—Lisboa, *Juan de Costa*, 1667, 16.º

Los romances de Góngora pertenecen todos á la época eminentemente artística, en que esta clase de composiciones reunió bajo sus formas cuanto bello y bueno se habia producido en la poesía popularizada por el ingenio y el talento.

De Góngora, tomados de sus obras, de la *Flor de Romances*, impresas en la última década del siglo xvi, y de otros libros, hay en mi Romancero los números que se indican en su artículo del índice de autores. — Véanse allí.

Gonzalez Reguero.—*Vide* Escobar, letra [b].

GRIM (Jacobo).—*Silva de romances viejos, publicada por...*—Viena de Austria, *Jacobo Mayer y compañía*, 1815, 8.º apaisado.

Está dividida esta excelente y bien desempeñada coleccion antológica, en dos secciones: la primera, de romances de Carlo-Magno y los Doce Pares; la segunda, de romances diversos. Consta la primera de 29, y la segunda de 40, con su respectiva numeracion: entre todas son 69. Excepto el 14 y 15 de la seccion primera, que están tomados de la *Floresta de varios romances*, y el 8 y 33 de la segunda, de los que aquel es de un pliego suelto intitulado, *Coplas contra las rameras*, etc., y el otro del *Romancero general*, todos los demas se hallan en la edicion de 1555, del *Cancionero de Romances*.

El señor Grim ha considerado nuestro romance como un monorrimo de diez y seis sílabas, y así lo ha escrito en su coleccion.

Todos los romances de ella se hallan insertos en mi Romancero.

Guerras civiles de Granada. — *Vide* Perez de Hita, letra [b].

Guirnalda de Vénus Casta.—*Vide* Heredia.

Guirnalda esmaltada de galanes y elocuentes, etc.—*Vide* Fernandez de Constantina.

Guisadillo de amor (Cancionero, etc.).—*Vide* Timoneda, letra [b].

HARTZENBUSCH (Don Juan Eugenio).— *Romancero pintoresco, ó Coleccion de nuestros mejores romances antiguos, dirigida por...*—Madrid, *Alhambra y compañía*, 1848, gran folio, magnífica edicion ilustrada, gran papel, orlas, estampas, viñetas, etc.

Contiene 62 romances históricos, 29 moriscos, 14 caballerescos, 4 amatorios, 6 pastoriles y 5 cortos: entre todos 120.

Este libro precioso hace honor á la excelente crítica del colector, á los aventajados grabadores de las estampas, orlas y viñetas, y al tipógrafo que lo imprimió. Es obra que aventaja á cuantas ediciones ilustradas se han publicado en España, y compite con las buenas hechas en el extranjero.

HEREDIA (Hierónimo de).—*Guirnalda de Vénus Casta y Amor enamorado, prosas y versos*, etc. — Barcelona, *Jaime Cendrat*, 1603. Al fin: impreso en Barcelona, en la estampa de *Jaime Cendrat*, 1603, un volúmen en 8.º

Consta el libro de las dos obras que se mencionan en el frontis.

De la primera empieza el texto en el folio 1, y acaba en el 66.

De la segunda empieza en el 71, y está precedido de la portada puesta en el 67, y los preliminares, que llegan al 70. La portada de esta segunda obra dice así:

El Amor enamorado de..., caballero natural de la ciudad de Tortosa, etc.—Barcelona, *Jaime Cendrat*, 1603.

Hay de este libro en mi Romancero, los núms. 1360; 1361; 1426, todos de la época artística de fines del siglo xvi.

Héroe (el) cristiano.—*Vide* Echeguiar.

HIDALGO (Juan).—*Romances de Germania de varios autores, con su vocabulario al cabo por órden de a, b, c, para declaracion de los términos de la lengua, compuesto por...*

Barcelona,	*Sebastian Cormellas*,	1609,	en 12.º
Zaragoza,	*Juan Larrumbe*,	1624,	en 12.º
Id.	*id.*	1644,	en 12.º
Id.	*id.*	1654,	en 12.º

Coleccion de romances artísticos imitando el lenguaje que los facinerosos de profesion han inventado para entenderse unos á otros sin ser comprendidos por la gente honrada. — Hidalgo ha puesto en el libro cinco romances suyos.

En mi Romancero se incluyen algunos de esta coleccion con los núms. 1756; 1757; 1763 á 1765.

Historia de los amores de Clareo, etc. — *Vide* Nuñez de Reinoso.

Historia de los bandos de los Zegríes, etc.—*Vide* Perez de Hita, letra [a].

HUGO (Abel) —*Romancero é historia del rey de España Don Rodrigo, postrero rey de los godos, en lenguaje antiguo, recopilado por...*— Paris, *Boucher*, etc., 1821, en 12.º marquilla.

El colector de esta antología de un asunto especial era frances, y la recogió no bien completa de las colecciones nuestras. De el hemos tomado para nuestro Romancero los siguientes números, que no sabemos de dónde los tomaria, aunque los hemos visto manuscritos en un códice del siglo xvii y en Depping.

Hay en mi Romancero los núms. 585; 586; 605.

HURTADO DE MENDOZA (Don Antonio).—*Obras líricas y cómicas, divinas y humanas de...*—Segunda impresion (La primera debió hacerse en las últimas décadas del siglo XVII).—Madrid, *Juan de Zúñiga*, sin año. (1728).

Sus romances son líricos y artísticos casi todos : hay en mi Romancero, comunes á los de este libro, los números 1437 á 1440; (1584 y 1585;) 1486; (1587 y 1588;) 1798; 1799; (1800 y 1801).

Jardin de amadores.—*Vide* AYALA.

Jardin (primera parte del) de amadores.—*Vide* PUENTE.

KELLER (A.) *Romancero del Cid, publicado por...*—Stúttgart, *A. Liesching y Comp.*, 1840, en 12.° mayor.

Es la mas copiosa coleccion antológica especial de los romances del Cid que se han publicado, y consta de 154 composiciones, que se hallan ya en mi Romancero con algunos mas que Keller omitió.

LASO DE LA VEGA (Gabriel Lobo). [a] *Primera parte del romancero y tragedias, de... criado del Rey nuestro señor : natural de Madrid.*—Alcalá de Henares, *Juan Gracian*, que en gloria sea, 1587, en 8.°

Hay en este libro 76 romances de la época artística media; de ellos los 60 son históricos, y los 16 pastoriles. En las partes 12 y 13 del *Romancero general* de 1604 y de 1614 se insertan anónimos algunos de ellos, y en el mio son de este libro los núms. 229; 230; 477; 505; 525; 546; 548; 554; 556; 558; 560; 562; 564; 565; 576; 581; 593; 595; 608; 611; 640; 645; 651; 662; 710; 781; 828; 913; 943; 1027; 1028; 1050; 1052; 1066; 1070; 1071; 1076; 1078; 1079; 1113; 1114; 1116 á 1119; 1124 á 1127; 1151; 1223; 1236; 1237.

[b] *Elogios en loor de los tres famosos varones Don Jaime, rey de Aragon; Don Fernando Cortes, marques del Valle, y Don Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz, compuesto por... contino del Rey nuestro Señor.*—Zaragoza, *Alonso Rodriguez*, 1601, en 8.°, retratos.

Los *Elogios* están escritos en prosa y confirmados con romances. Algunos de los contenidos en este libro los reproduce el autor en un romancerillo que al mismo tiempo se imprimia, y consta de dos partes, con título de *Manojuelo*, segun despues se expresa en el artículo siguiente. De los *Elogios* hay en mi Romancero estos núms. 1143 á 1146; 1225; 1230; 1231.

[c] *El Manojuelo*, 1.ª y 2.ª parte.—Madrid, se presume de 1601.

Esta coleccion de romances artísticos la cita el autor como que consta de dos partes en su libro de los *Elogios* que le precede, y como que se imprimia al mismo tiempo. En dichos *Elogios* incluye algunos romances que dice reproducidos en el *Manojuelo*, y estos son los que en el mio tienen los núms. 1144; 1145; 1146; 1230; 1231.

LEDESMA (Alonso de).—*Romancero y monstruo imaginado*, compuesto por... etc.—Madrid, *Viuda de Alonso Martin*, 1615, 8.° con 200 folios, el último en blanco.

Barcelona, *Sebastian Cormellas*, 1616, en 8.°, con 192 folios en todos.

Lérida, *Luis Manescas*, 1616, en 8.°, con 200 folios, el último blanco.

Todas estas ediciones al fin del texto tienen esta nota :

«Esta crónica del *Monstruo imaginado* halló el »autor en lengua siria, y la traduxo en nuestro vul»gar castellano para honesta recreacion. Vale.» — Fin.

Las poesías contenidas en este libro todas son de Ledesma, y escritas en verso de arte real ó menor. Las primeras doctrinales, las otras profanas son en general romances. Algunos cuentan este libro como el tercer volúmen de los *Conceptos espirituales;* pero es de advertir que en tal caso lo será de las poesías del autor, y no de su obra, especialmente mística, de los *Conceptos*.

Libro de los cuarenta cantos.—*Vide* FUENTES.

Liga (Varios romances á la).—*Vide* FAJARDO y ACEBEDO.

LINARES (Juan de).—*Cancionero llamado Flor de enamorados, sacado de diversos autores, agora nuevamente por muy lindo órden y estilo, copilado por...*—Barcelona, 1573, en 12.°—Al fin : «Estampat en »Barcelona en casa de Pedro Maio, etc.»

Id. *Sebastian Cornellas*, 1608, 8.° prolongado.
Id. 1645, en 12.°
Id. 1647, en 12.°
Id. *Matevard*, 1681, en 12.° (Libreria de Duran.)

Aunque contiene esta antología composiciones del siglo XVI, se asemeja mucho en su carácter á los *Cancioneros generales*. Hay en él muchas canciones en lengua lemosina, por el estilo de las de los trovadores del siglo XV, y algunos romances históricos que imitan á los viejos, y varios eróticos de la escuela artística incipiente. Algunos de estos romances se hallaban ya impresos en el *Cancionero* y en la *Silva de Romances;* otros son exclusivos á esta coleccion, que se confeccionaba casi á la par que la de las *Rosas* de Timoneda, con la que se da mucho la mano, aunque es ménos copiosa, por el modo de considerar y aun de refundir esta clase de composiciones. Todos los de la *Flor de enamorados* se han puesto en mi Romancero con los números siguientes : 7; 299; 323; 324; 325; 463; 464; 466; 467; 479; 484; 498; 518; 528; 544; 567; 569; 573; 574; 589; 726; 1233; 1240; 1248; 1400 á 1402; 1460; 1902.

LOPEZ DE TORTAJADA (Damian).—*Floresta de varios romances sacados de las historias antiguas de los hechos famosos de los doce pares de Francia, agora nuevamente corregidos por...*

Valencia, sin A., en 16.°
Madrid, 1611, 1613, 1646, 1664, en 12.°
Valencia, *Antonio Bordazar*, sin A., en 12.°
Id. *id.* sin A., en 12.°

Esta coleccion se ha formado entresacándola del *Cancionero* y de la *Silva de romances*; pero alterando un tanto y modernizando su texto. La penúltima edicion tiene 36 romances viejos, de los que 22 están tomados del *Cancionero* y de la *Silva* : los 14 pertenecen á fines del siglo XVI y al XVII. La última edicion aquí citada tiene ocho romances, viejos todos, ménos que la anterior; pero tiene de mas uno de Cárlos V, y unas redondillas.

Todo el contenido de la *Floresta* se halla, ó tomado del *Cancionero*, ó de la *Silva*, ó de otros libros, en mi Romancero con los núms. 291; 355 á 357; 361; 362; 368; 370; 375; 377; 382; 383; 386; 388; 389; 392; 395; 602; 606; 1140; 1149; 1152; 1153; 1155; 1184, 1186, 1190; 1192 á 1195.

LOPEZ MALDONADO (acaso Juan).—*Cancionero de...*—Madrid, *Guillelmo Droy*, 1586, en 4.°, con 202 folios, uno de ellos blanco al fin.

El autor de este raro y precioso libro se propuso formarle de poesías suyas, escritas en todos los géneros y metros que se usaban en su tiempo, sin excluir las canciones y villancicos, cuyas formas precedieron á la metrificacion italiana.

En los preliminares hay varias composiciones hechas en loor del autor, y entre ellas dos de Cervántes.

MADRIGAL (Miguel de).—*Segunda parte del romancero general, y flor de diversas poesías, recopilado por...*—Valladolid, *Luis Sanchez*, 1605, en 4.°

El texto está así encabezado : *Segunda parte del Romancero etc., en la cual se contiene mucha variedad de romances y otras rimas, que nunca hasta ahora han sido impresas.* La licencia para imprimir el libro tiene la fecha de 20 de octubre de 1604, y se le concedió á Madrigal, estudiante, como que habia compuesto y recopilado el libro, lo cual da á entender que en él incluyó obras propias. Este *Romancero* es propiamente lo que expresa la portada, una continuacion del *general* y de *las Flores de romances* : pertenece á la misma clase artística, de la misma época algo mas avanzada, y y está formada con igual desórden.

Algunos, pero sin fundamento, han tenido la coleccion de Madrigal por la 2.ª parte de la de *Flores de ilustres poetas*, que Espinosa publicó en el mismo año, lugar é imprenta; pero en su espíritu, letra y gusto, aquella difiere de esta tanto como se asemeja á la del *Romancero general*, de cuyos romances ha tomado algunos.

Hay de ella en el mio los núms. 281; 300; 513; 549; 588; 596; 604; 636; 650; 661; 663; 681; 685; 805; 813; 819; 820; 825; 839; 841; 863; 874; 968; 969; 1122; 1187; 1469 á 1474; 1502; 1536; 1550 á 1554; 1639; 1642; 1655; 1681 á 1683; 1708; 1709; 1724 á 1731; 1788; 1794; 1804; 1805; 1831; 1832 á 1836; 1861.

MALVENDA. (Jacinto de).—*Tropezon de la risa,*

compuesto por... natural de la ciudad de Valencia, etc.—Valencia, *Silvestre Esparza*, sin A. (fines del siglo XVII), en 12.°

Coleccion rara, pero poco apreciable, en que su autor escribió un corto número de poesías artísticas, en estilo jocoso y satírico.
Hay en mi Romancero los núms. 1666 á 1668.

Manojuelo (El).—*Vide* Laso de la Vega, letra [c].

Maravillas del Parnaso y Flor, etc. — *Vide* Pinto de Morales.

MEDINA (Luis de). — *Vide* Flor de Romances, letra [j].

MENDAÑO (Jan de). *Silva de varios romances, recopilados por...*— Granada, *Hugo de Mena*, 1588, dos partes, en un volúmen, en 12.°

Como no hemos visto esta coleccion, no podemos decir si es la misma que la *Silva de Romances anónima*, ó una reforma de ella, ó una obra del todo diversa.

MENDIBIL (P.) y SILVELA (M.). — *Biblioteca selecta de literatura española, ó modelos de elocuencia y poesía, tomados de los escritores mas célebres desde el siglo* XIV *hasta nuestros dias, y que pueden servir de lecciones prácticas*, etc. *por...* — Burdeos, *Lawalle jóven y sobrino*, 1819, cuatro volúmenes, en 8.° mayor.

Es una excelente coleccion de escuela, cuyos dos últimos volúmenes contienen poesías de todas clases, entre ellas algunos de los mejores romances de la clase artística.

MERCADER (Gaspar).—*El prado de Valencia, compuesto por...*—Valencia, *Pedro Patricio Mey*, 1600, en 8.°, con 168 págs. en todo.—(Librería de Duran.)

Es un raro y precioso libro, donde en una novela pastoril semihistórica se describen fiestas, se intercalan buenas y artísticas poesías del autor y de los mas célebres poetas valencianos, que como Aguilar, Guillen de Castro, Boyl y otros, florecieron desde las últimas décadas del siglo XVI y las primeras del XVII. Las composiciones todas son líricas y subjetivas; pero no se desechan de ellas los metros antiguos de arte menor, ni los romances.
Puede considerarse este libro como un inestimable *Cancionero* que conserva las obras de excelentes poetas que existian cuando se imprimió, y que se distinguieron, no solo como líricos, sino tambien como dramáticos contemporáneos de Lope de Vega.

METGE (Francisco).—*Tesoro escondido de todos los mas famosos romances, así antiguos como modernos del Cid, recopilados nuevamente por... con romances de los siete infantes de Lara.* —Barcelona, *Sebastian Cormellas*, 1626, en 12.°

No hemos visto esta antología, publicada años despues del *Romancero del Cid*, que imprimió Escobar á principios del siglo XVII: probablemente se serviria de ella Metge, y de las mismas fuentes que aquel, añadiéndole algo. Si así es, muchos de sus romances del Cid y de los de Lara se hallarán en mi Romancero; pero solo puedo asegurar que lo está el del núm. 688.
Vide Escobar, *Romancero del Cid*, cuya coleccion es del mismo carácter que esta.

MEY.—*Vide* Flor de romances, letra [c].

MONCAYO (Pedro de).—*Vide* Flor de romances, letras [b 2], [c], [d].

Monstruo imaginado.—*Vide* Ledesma.

MONTEMAYOR (Jorge).— [a] *Los siete libros de la Diana de...* etc.

Valencia, sin fecha (anterior á 1561, en que murió el autor, segun Brunet), en 4.°
Barcelona, 1561, en 8.°
Anvers, *Steelsio*, 1561, en 16.°, con adicion de la *historia de Alcida y Silvano*, del mismo autor.
Lisboa, 1565, en 16.°
Zaragoza, *Viuda de Bartolomé de Nájara*, 1570, con algunas poesías del autor, y la nota falsa en la portada de ser 1.ª edicion.
Anvers, *Bellero*, 1575, en 12.°
Id. *Id.* 1580, en 12.°

De esta novela pastoril, escrita en prosa y verso de la época artística del siglo XVI, hay en mi Romancero los números 1427; 1428.

[b] Este autor publicó sus poesías con título de *Obras de...* en Anvers, *Steelsio*, 1554; y despues con el de *Cancionero*, Zaragoza, 1561, en 8.°
Alcalá, 1563, en 8.°
Salamanca, 1573, en 8.°

[c] Tambien publicó otras poesías místicas, que fueron prohibidas por la Inquisicion, á las cuales intituló *Segundo cancionero espiritual de...* etc. — Anvers, *Juan Latio*, 1558, en 8.°

Vide Perez el Salmantino. — *Id.* Polo (Gaspar Gil).

MONTESINO (Fray Ambrosio). *Cancionero de diversas obras de nuevo trovadas, todas compuestas y hechas por el muy reverendo padre... obispo de Cerdeña, de la órden de Menores: añadido.* — Al fin: *Aquí se acaba el Cancionero de todas las coplas del reverendo*, etc. *Fué impreso en la muy... de Toledo, en casa de Miguel Eguia. Acabóse á siete dias del mes de enero... 1527, en 4.° gót., dos columnas, de 88 folios.*

Nicolás Antonio cita una edicion en 8.°, gót., fecha en Toledo, 1508.
El autor de este *Cancionero* devoto es continuador de la escuela de los trovadores del siglo XV. Tiene un solo romance histórico entre algunos místicos que imprimió á renglon tirado, como si fuesen versos de 16 sílabas. — En mi Romancero hay el núm. 1901.

Nobleza de Andalucía.—*Vide* Argote de Molina.

NUÑEZ DE REYNOSO (Alonso). *Historia de los amores de Clareo y Florisea, con los trabajos de Isea, con otras obras en verso, parte de él al estilo español y parte al italiano: agora nuevamente sacado á luz.* —Venecia, *Gabriel Giolito*, etc., 1552, en 8.° El nombre del autor consta en la dedicatoria, y no en la portada.

Esta rarísima é importante obra consta de dos libros con portadas y paginacion diversas: el primero contiene la novela de *Clareo*, en prosa, y acaba con esta suscricion: «Imprimióse la *historia de Felisea* en la, etc. ciudad de Venecia, por... y acabóse el primero dia de marzo de 1552.»

La portada del segundo libro dice así: «Libro segundo de las obras en copias castellanas, y versos al estilo italiano.»

En Venecia, *apresso Gabriel Giolito de Ferraris et fratelli*, 1552, y al fin: «Imprimiéronse estas obras en verso que van juntamente con la *Historia de Felisea*, en la misma estampa de Gabrieli Iulito y sus hermanos, y acabáronse en el mismo dia.»

Las poesías de este libro son artísticas: parte de ellas con las formas antiguas de los trovadores del siglo XV, y parte segun la métrica y el espíritu italiano que propagaron Boscan y Garcilaso.
En mi Romancero hay los núms. 1562; 1880, que corresponden á la poesía artística popularizada.

Obras de Poesía (Libros con título de). — *Vide* Castillejo.— It. Esquilache.— It. Hurtado de Mendoza.— It. Polo de Medina. — It. Quevedo y Villegas. — It. Romero de la Cepeda, letras [a], [b]. — It. Torre (Francisco de la). — It. Silvestre. — It. Vega Carpio, letra [c].—It. Vicente (Gil).

OCHOA (Don Eugenio). [a] *Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles históricos, caballerescos, moriscos y otros*, recogidos y ordenados por... —Paris, 1838, en grande 8.°

[b] *Tesoro*, etc., por... *y adicionado con el poema del Cid, y otros varios romances*, por J. R. (Don Joaquin Rubió.) — Barcelona, 1840, en 4.°

Ambas ediciones son casi una reproduccion de los *Romanceros* publicados por Duran, desde 1828 á 1832, con algunas supresiones y aumentos.

Ocios.—*Vide* Rebolledo.

Octava parte (Flores del Parnaso).—*Vide* Flor de romances, letra [j].

PADILLA (Pedro de). [a] *Tesoro de varias poesías*, compuesto por.... etc. — Madrid, *Francisco Sanchez*, 1580, en 4.° *It*. id. *Querins Gerardo*, 1587, en 8.°

Es una coleccion de poesías artísticas, del autor, de todas clases, entre ellas varios romances de igual artificio. De ellos hay en mi Romancero los núms. 82 á 84; 116; 253; 426 á 428; 450 á 452; 1132 á 1134. Todos ellos pertenecen á la poesía artística popularizada que conserva las formas nacionales.

IDEM. [b] *Romancero en el qual se contienen algunos sucesos que en la jornada de Flándes los españoles hicieron, con otras historias y poesías diferentes.* —Madrid, *Francisco Sanchez*, 1583.

No sabemos si es este libro una antología, ó si una coleccion de obras y versos del mismo Padilla.

Parnaso español, monte con dos cumbres, etc.—*Vide* QUEVEDO Y VILLEGAS.

Parnaso español. *Coleccion de poesías escogidas de los mas célebres poetas castellanos.* — Madrid, *Ibarra*, de 1768 á 1778, 9 vol. en 8.°, láminas y retratos.

Es la primera antología poética exclusivamente artística que se publicó en el siglo pasado, y fué dirigida por el señor Sedano, quien la puso notas de crítica estética, y dió sucintas noticias de los poetas cuyas obras contiene. Carece de todo órden en la colocacion de sus diversas composiciones. Tiene algunos romances; pero ninguno de la clase popular antigua.

Pastor (El) de Iberia. — *Vide* VEGA (Bernardo de la).

PEREZ DE HITA (Gines). [a] *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes, caballeros moros de Granada, de las civiles guerras que huvo en ella, y batallas particulares que huvo en la Vega entre moros y cristianos, hasta que el rey Fernando quinto la ganó: agora nuevamente sacado de un libro arábigo cuyo autor de vista fué un moro llamado Aben Hamin, natural de Granada, tratando desde su fundacion. Traducido al castellano por... vecino de la ciudad de Murcia.*
Alcalá, 1588, en 8.°
Zaragoza, *Miguel Jimeno Sanchez*, 1595, en 8.°

Ademas de estas ediciones hay las siguientes, con mas ó ménos variantes en la portada:

Alcalá de Henáres, 1598, en 8.°
Lisboa, 1598, en 8.°
Id. 1603, en 12.°
Id. *corregida y enmendada en esta 2.ª edicion.*
Barcelona, *Rafael Nogues*, 1604, en 8.° (Es falso que sea la 2.ª edicion.)
Alcalá, 1604, en 8.°
Valencia, *Patricio Mey*, 1604, en 8.°
Málaga, 1606, en 8.°
Barcelona, *Melevard*, 1610.
Sevilla, *Martin Clavijo*, 1613, en 8.°
Valencia, 1613, en 8.°
Lisboa, 1616, en 8.°
Barcelona, 1619, en 8.°
Alcalá, *Gracian*, 1612, en 8.° (con la 2.ª parte de la obra).
Cuenca, *Domingo de la Iglesia*, 1619, en 8.°
Madrid, 1631, 1645, 1647, 1652, en 8.° todas.
Id. *Pablo de Val*, 1655, en 8.°
Valencia, 1659, en 8.°
Paris, 1660, en 8.°
Madrid, 1662, en 8.°
Sevilla, 1670, en 8.°
Madrid, 1674, en 8.°
Id. 1680, en 8.°
Pamplona, 1706, en 8.°
Anveres, 1714, en 8.°
Barcelona, 1714, en 8.°
Id. *Lúcas Vezares*, 1757.
Madrid, *Amarita*, 1833, en 2 vol. en 8.°, que contienen las dos obras ó partes que componen la de Perez de Hita.

Gines Perez de Hita, fingiendo traducir una obra árabe, formó una novela histórica interpretando los romances viejos, tradicionales, y los nuevos que se habian hecho, ya históricos, ya novelescos, sobre la guerra de Granada. De su contenido formaba su novela en prosa, la cual comprobaba reproduciéndolos tales como circulaban entre el pueblo los populares, y entre las clases mas altas los artísticos. Esto presupuesto, dejase ya entender las clases á que pertenecen los 58 romances intercalados en esta obra, que sirvió de introduccion ó preliminares á la segunda parte de ella que luego incluirémos, la cual toda es histórica y trata de la guerra que hizo Felipe II contra los rebeldes moriscos de la Alpujarra, en que Perez de Hita tomó gran parte como soldado, aprendiendo en ella á compadecer y á estimar, á la par que vencer una raza caballeresca y noble de españoles descendiente de los moros y los árabes, que no por ser vencidos dejaron de haber habitado con nosotros é influido en nuestra sociedad. De estos 58 romances, los 22 son semihistóricos y tradicionales, y los 16 puramente novelescos facticios, y de aquellos en que predominando la lírica, recuerdan las costumbres de los árabes que imitámos despues de haberlos vencido. Casi contemporáneos, y contemporáneos algunos al *Romancero general* y á los romancerillos que le precedieron, varios en ellos se insertan, y consignan el tiempo en que fué moda aceptar los caballeros españoles los hábitos, costumbres y fiestas moriscas para expresar y cantar sus hazañas, sus desafíos y sus amores.

De esta obra existen en mi Romancero, en sus secciones correspondientes de moriscos novelescos ó históricos, estos núms.: 41; 43; 46; 53; 56; 59; 80; 89; 203; 1038; 1041; 1042; 1046; 1050; 1051; 1058 á 1060; 1062; 1064; 1065; 1080; 1081; 1085; 1086; 1088; 1105 á 1107; 1121.

PEREZ DE HITA (Gines). [b] *Segunda parte de las guerras civiles de Granada y de los crueles bandos entre los convertidos moros y los vecinos cristianos, con el levantamiento de todo el reino y última rebelion sucedida en el año de mil quinientos sesenta y ocho. Y asimismo se pone su total ruina y destierro de los moros por toda Castilla: con el fin de las granadinas guerras por el rey nuestro señor Don Felipe II de este nombre, por...*— Barcelona, *Esteban Liberos*, 1619, en 8.°

El hallarse ya escrita esta obra y puesta en limpio, segun al fin de ella lo asegura el mismo autor, en 22 de noviembre de 1597, y el ser la aprobacion de la citada edicion fecha en 1610, hace probable que en este año y los siguientes se hiciesen otras. El aprobante expresa que se sometió esta obra á su censura, y que estaba dividida en tres partes, la primera y la tercera manuscritas, é impresa la segunda, Alcalá, *Juan Gracian*, 1604. Esto supone que en dicho año existia la 2.ª parte impresa ya.

Fuera de la edicion de 1619, y las precedentes si existieron, hay estas otras, todas con igual portada:

Cuenca, *Domingo de la Iglesia*, 1619 y 1626, en 8.°
Barcelona, 1631, en 8.°
Madrid, *Juan García Infanzon*, 1695, en 8.°
Madrid, *Amarita*, 1833, en 8.°

Esta obra es completamente histórica, así como los romances que reproducen á la letra lo contenido en la prosa. Son todos de actualidad, nada tienen de poéticos, y poquísimo de subjetivo. En ellos se cuentan, como en partes oficiales, hechos contemporáneos en que el autor tuvo parte y vió ó le fuéron referidos por otros que los presenciaron. Tienen el carácter de los que hemos considerado pertenecer á la clase sexta.

Hay en mi Romancero todos los que en el libro de Perez de Hita, y tienen los núms. 1156 á 1183 inclusives.

PEREZ EL SALMANTINO (Alonso).— *Segunda parte de la Diana de George Montemayor, por* ALONSO PEREZ. (Está á continuacion de la 1.ª parte.)—Madrid, *viuda de Alonso Martin*, 1622, en 8.°

De esta novela pastoril y cortesana, que contiene poesías artísticas de todas clases, hay algunas ediciones anteriores y posteriores que se imprimieron juntas ó separadas de la obra de Montemayor.

Hay en mi Romancero el núm. 1429.

PINTO DE MORALES, capitan entretenido (Jorge).— *Maravillas del Parnaso y flor de los mejores romances graves, burlescos y satíricos que hasta hoy se han cantado en la corte. Recopilados de graves autores por...* — Barcelona, *Jayme Mathevat*, 1640, en 8.°

Esta coleccion pertenece á la poesía artística popularizada. Contiene 69 composiciones: de ellas son romances históricos, satíricos, etc., las 49, y el resto son letrillas, endechas, jácaras, bailes, etc.

En mi Romancero hay los romances 603; 1368; 1480; 1481; 1367; 1578; 1617 á 1620; 1660; 1745 á 1747; 1773; 1774; 1777 á 1779; 1781; 1784; 1794; 1843; 1844.

POLO (Gaspar Gil). — *Diana enamorada, cinco libros que prosiguen los siete de la de Jorge Montemayor, compuestos por...*
Valencia, *Juan Mey*, 1564, en 8.º
Zaragoza, *Juan Millan*, 1577, en 8.º
Lérida, 1577, en 8.º
Pamplona, 1578, en 8.º
Paris, *Roberto Estevan*, 1611, en 12.º
Bruselas, 1613, en 12.º
Lóndres, 1739, en 8.º
Madrid, *Sancha*, 1778 y 1802, en 8.º marq., con notas al *Canto del Turia*, por Cerda.

Novela pastoril en prosa y verso que, como su modelo, tiene poesías artísticas, y á vueltas de las nacionales las hay tambien de la escuela italiana.

Poesías que publicó Don Francisco de Quevedo, etc. —*Vide* Torre (El bachiller Don Francisco de la), letra [a].

Poesías selectas castellanas, etc. — *Vide* Quintana.

Poesías varias de grandes ingenios, etc.—*Vide* Alfay, letra [b].

POLO DE MEDINA (Salvador Jacinto). — *Obras en prosa y verso de... natural de la ciudad de Murcia, recogidas por un amigo suyo.*
Zaragoza, *Diego Dormer*, 1664.
Id. por *id.*, 1670, en 4.º
Madrid, 1715, 1726, en 4.º

Las obras del autor sueltas se empezaron á imprimir en 1628. Tiene romances, toda clase de poesía artística y prosa. Hay suyos en mi Romancero los núms. 1661 y 1662.

Prado de Valencia. — *Vide* Mercader.

Primavera y flor de los mejores romances, etc., 1.ª parte. — *Vide* Arias Perez, letra [a].

It. id. de Segura, 2.ª parte, *Vide id.* en la letra [b].

Primera parte de flores de ilustres poetas. — *Vide* Espinosa (Pedro de).

Primera parte del jardin de amadores.—*Vide* Puente.

Primera parte del romancero y tragedias, etc.—*Vide* Laso de la Vega.

Primera parte de romances nuevos, etc. —*Vide* Castaña.

Primera y segunda parte de Flor de romances.—*Vide* Flor de romances, letra [b²].

Propaladia. — *Vide* Torres Naharro.

PUENTE (Juan de la). — *Primera parte del jardin de amadores, en el cual se contienen los mejores y mas modernos romances que hasta ahora se han sacado, recopilados por...* Zaragoza, *Juan de Larumbe*, 1611, en 12.º, con 96 fojas en todo.

It. id. Hospital real de Nuestra Señora de Gracia. Al fin: Impreso en Zaragoza, 1644, en 12.º, con 96 folios en todo. (Añadidos en esta última impresion muchos romances nuevos nunca impresos.)

Es una antología por el estilo de las *Flores de romances* que precedieron al *Romancero general*. Tiene muchos históricos de la clase erudita artística, que versan sobre hechos contemporáneos ó cercanos á su época.

Vide Ayala, Jardin de amadores.

Quarenta cantos. — *Vide* Fuentes (Alonso de).

Quarta, quinta y sexta parte de Flor de romances.—*Vide* Flor de romances, letra [g].

Quarta y quinta parte de flor de romances. — *Vide* Flor de romances, letras [e], [f].

QUEVEDO Y VILLEGAS (Don Francisco de). — *El Parnaso español: monte en dos cumbres dividido, con las nueve musas castellanas, donde se contienen poesías de..., caballero de la órden de Santiago y señor de la villa de la Torre de Juan Abad, que con adorno y censura, ilustradas y corregidas salen ahora de la librería de Don José Antonio Gonzalez de Salas*, etc.— Madrid, *Diego Diaz de la Carrera*, 1648, en 4.º

Esta edicion fué, á mi parecer, la primera en que se reunia gran parte de las poesías de Quevedo. Ofrece mucho interes, pues se hizo con presencia de los originales, y ademas porque es mas genuina y completa en lo que contiene. La suspendió la Inquisicion, proponiéndose expurgarla y obligar á Quevedo á cantar la palinodia y á asegurar que muchas cosas contenidas en el libro no eran suyas. Así consta en el *Indice Expurgatorio* de 1640.

Hay otras varias ediciones, de las cuales y de esta se han tomado para mi Romancero los de los núms. 1646 á 1655; 1657 á 1660; 1750 á 1752; 1760 á 1762; 1794; 1795.

QUINTANA (Don Manuel José). — *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias, recogidas y ordenadas por... Nueva edicion, aumentada y corregida.* — Madrid, *Búrgos*, 1830, 4 vol., en 8.º marq. Es la 2.ª edicion de esta obra, algo añadida, y aumentada con una 2.ª parte que contiene la *Musa épica*, impresa aparte en otros dos volúmenes. — Madrid, *Búrgos*, 1833.

Al ver al frente de esta excelente antología de poesías artísticas y clásicas el nombre ilustre del poeta vehemente y sublime, del crítico severo y clásico por excelencia, y del buen escritor que honra nuestra patria, nadie dudará del exquisito gusto con que está formada. En el tomo II de esta coleccion, desde la página 117 á la 279, hay una coleccioncita de romances de todos los generos, y algunas letrillas, todas de la clase artística, la mayor parte escogidos con exquisito gusto entre los mejores del antiguo *Romancero general*. Con decir esto es claro que, tomados de la misma fuente, los he admitido casi todos en mi Romancero.

Ramillete de flores, etc. — *Vide* Flor de romances, letra (g).

RAMIREZ PAGAN (Diego).—*Floresta de varia poesía. Contiene esta floresta que componia... muchas y diversas obras morales, espirituales y temporales*, etc. Al findice: *Acabóse*, etc.—Valencia, *Joan Navarro*, á 19 de diciembre de 1542, en 8.º gót., con 208 fojas sin numerar, fig. (Biblioteca del señor Pidal.)

Contiene poesías de todas clases, y pertenecen á la escuela artística de su tiempo, aun las de versos cortos.

REBOLLEDO (Don Bernardino, conde de). — *Ocios del... señor de Irian. Tomo primero de sus obras poéticas, que da á luz el licenciado Isidro Florez de Laviada, natural de la ciudad de Leon, divididos en cinco partes.* Ambéres, *Oficina Plantiniana*, 1660, en 4.º marq.

De este libro hay en mi Romancero el romance artístico núm. 1442.

Recopilacion de romances viejos, sacados, etc.—*Vide* Sepúlveda, letra [d].

RESENDE (García de). — *Cancionero general*: Cum privilegio.

Al fin, en el verso del último folio, dice:

Acabousse de empremyr o cancyoneiro gerall con preuilegio do muyto alto e muito poderosso rey Dom Manuell nosso senhor que nen huna pessoa o possa empremir..... Foy ordenado e emendado por Garcia de Resende, fidalgo de casa del Rey nosso senhor e escribam da fazenda do Principe. Començouse em Almeyrym e acabouse na muyto nobre gidade de Lisboa, per Hernan de Campos, aleman, bombardeyro del Rey nosso senhor e imprimidor. A os xxviij dias de setembro de mil quynhentos e xvj annos. Fol., gót., á 2 y 3 colum. con 244 folios. (Biblioteca del señor Pidal.)

Es una antología de poesías portuguesas, y algunas castellanas, hecha por el estilo del *Cancionero general* de Castillo.

RODRIGUEZ (Lúcas). — *Romancero historiado con*

mucha variedad de glosas, sonetos, y al fin una floresta pastoril, hecho y recopilado por...
Alcalá, *Hernan Ramirez*, 1579 ó 1581, en 8.°
Alcalá de Henáres, *Querino Gerardo*, 1582, en 12.°

RODRIGUEZ (Lucas). — *Romancero* (como arriba, y ademas: *y cartas pastoriles. hecho... y... por... escriptor de la universidad de Alcalá de Henáres.*)—
Alcalá de Henáres, *Hernan Ramirez*, 1583, en 8.°
(Librería de Duran.)

Todas estas ediciones tienen figuras grabadas en madera como las coplas de los ciegos.

Los dos tercios del libro le ocupan romances de todas clases, de los cuales he tomado todos los históricos y caballerescos. Pertenecen á la penúltima década del siglo XVI, y aunque ya artísticos, conservan todavía mas del espíritu de los antiguos, que los de los poetas de la década posterior. Rodriguez quiso establecer cierto órden en su obra; pero pronto lo interrumpe, y mezcla las composiciones y los asuntos á granel.

De este libro son los romances señalados en mi Romancero con los núms. 81; 113; 326; 332; 333; 338 á 350; 386; 388; 391; 399; 401; 407; 409; 416; 418; 419; 420; 422; 425; 429; 435; 575; 597; 632; 644; 751; 780; 784; 786; 787; 794; 797 á 799; 802; 805; 814; 958; 983; 1089; 1090; 1092; 1096 á 1099; 1120; 1128; 1130; 1135 á 1138.

Romancero castellano.—*Vide* Depping.

Romancero de la jornada de los españoles en Flándes.—*Vide* Padilla, letra [b].

Romancero del Cid.—*Vide* Escobar.—It. Keller.—It. Metge.

Romancero general.—*Vide* Flor de romances, letras desde [m] á [m ⁴].—It. Duran, letra [e].

Romancero historiado, con mucha etc. — *Vide* Rodriguez.

Romancero historiado de los reyes de Portugal. — *Vide* Segura.

Romanceros (Antologías generales de romances, publicadas con título de).— *Vide* Depping, letra desde [a] á [a ³], [b].—It. Duran, letras desde [a] á [e]. — It. Flor de romances, letras desde [m] á [m ⁴]. — It. Hartzenbusch. — It. Madrigal, 2.ª parte del *Romancero*, etc.

Romanceros (Antologías, monografías y colecciones en que, por preponderar ó ser exclusivos los romances, deben considerarse como), aunque en su publicacion se les haya dado otro título. — *Vide* Arias Perez, letra [a].—It. Ayala.—It. Cancionero de romances.—It. Cancionero de romances, sacados etc.—It. Castaña.—It. Cueva.—It. Echeguiar.—It. Faxardo y Acebedo. — It. Flor de romances, letras desde [a] á [l].—It. Fuentes.—It. Grim — It. Hidalgo.—It Laso de la Vega, letras [a], [b], [c]. —It. Lopez de Tortajada.—It. Mendano.—It. Metge. —It. Ochoa. — It. Perez de Hita, letras [a], [b].— It. Pinto de Morales. — It. Puente. — It. Romances varios de diferentes autores.—It. Romances varios de diversos autores. — It. Romero de la Cepeda, letra [b].— It. Segura, en el artículo *Arias Perez*, letra [b].—It. Sepúlveda.— It. Silva de varios romances.—It. Timoneda, letras [a], [a ²], [b], [c], [d].

Romanceros (Colecciones de romances que tratan de un solo asunto ó personaje, ya sean sus composiciones de un autor solo ó de varios, que se intitulan ó pueden intitularse).— *Vide* Echeguiar. — It. Escobar.—It. Faxardo y Acebedo.—It. Hugo.—It. Keller.—It. Padilla.—It. Segura.

Romanceros (Colecciones de romances respectivamente de un solo autor, que tratan de diversos asuntos, y que se han publicado con título de).— *Vide* Laso de la Vega, letra [a].—It. Ledesma.—It. Rodriguez.

Romancero y monstruo imaginado. — *Vide* Ledesma.

Romancero y tragedias etc. — *Vide* Laso de la Vega.

Romances (Antologías publicadas con título de).— *Vide* Romances varios de diversos autores. — It. Romances varios de diferentes autores. — It. Sepúlveda, letras desde [a] á [d]. (En esta con título de *Recopilacion*, etc.)

Romances (Varios) á la Liga. — *Vide* Faxardo y Acebedo.

Romances de todas clases y asuntos completamente subjetivos, ó que participan de objetivos, pero con formas artísticas, y que corresponden á la época de las tres últimas décadas del siglo XVI y á todo el XVII. (Antologías y tambien obras poéticas de un solo autor, pero de ediciones antiguas que he tenido presentes, que contienen.) — *Vide* Alfay, letras [a], [b].—It. Arias Perez, letra [a].—It. Castaña. — It. Cueva. — It. Echeguiar. — It. Escobar.— It. Espinosa.—It. Esquilache.—It. Faxardo y Acebedo.—It. Flor de romances, letras desde [a] á [l]. —It. Góngora. — It. Heredia. — It. Hidalgo. — It. Hurtado de Mendoza (Don Antonio.) — It. Laso de la Vega, letras [a] á [c]. — It. Ledesma. — It. Linares. (Tiene algunos romances viejos y otros que los remedan.) — It. Lopez de Tortajada. (Romances viejos la mayor parte.) — It. Madrigal. — It. Malvenda. — It. Mercader. — It. Metge. (Los tiene viejos)—It. Montemayor.—It. Nuñez de Reinoso.—It. id. Padilla, letras [a], [b].—It. Perez de Hita, letras [a] [b]. — It. Perez el Salmantino. — It. Pinto de Morales.—It. Polo.—It. Polo de Medina.—It. Puente.—It. Quevedo y Villegas.—It. Rebolledo.—It. Romances varios de diferentes autores. — It. Id. id. de diversos autores. — It. Romancero general en *Flor de romances*, letras [m] á (m ⁴).— It. Romero de la Cepeda, letras [a], [b].— It. Rufo.— It. Salazar y Torres.— It. Segura.— It. Id. en *Arias Perez*, letra [b].— It. Silva de varios romances. (Tiene muchos viejos ó sus reformas.)— It. Suarez de Figueroa. — It. Timoneda, letras [a] á [d]. (Tiene tambien muchos viejos y sus reformas ó refundiciones.) — It. Torre (El bachiller Francisco de la). — It. Varias hermosas flores, etc. — It. Vega.— It. Vega Carpio, letras [a], [b], [c].—It. Vera (Diego de).—It. Villalobos. (Casi todos son devotos ó místicos.) — It. Villegas (Estéban Manuel de).

Romances de Don Juan de Austria.—*Vide* Echeguiar.

Romances de Germanía.—*Vide* Hidalgo (Juan).

Romances de la escuela artística del siglo XV, continuada en parte del XVI (Antologías y obras particulares de poesías, que contienen).—*Vide* Cancionero general —En Castillo, letras [b], [b ²], [c].—It. Castillo, letras de [a] á [a ⁶]. — It. Enzina. — It. Fernandez de Constantina.—It. Linares.—It. Mendano. —It. Montesino.—It. Ramirez Pagan.—It Resende. —It. Silva de varios romances.—It. Silvestre.—It. Timoneda, letras de [a] á [d].—It. Torres Naharro. —It. Urrea (Don Pedro Manuel de).—It. Velazquez de Avila.—It. Vicente (Gil). — It. Villegas (Antonio de).

Romances nuevamente sacados, etc.—*Vide* Sepúlveda, letras [a] á [a]).

Romances nuevos (1.ª parte de).—*Vide* Castaña.

Romances objetivos que imitan artificialmente el espíritu, forma y letra de los viejos (Antologías antiguas que contienen). — *Vide* Cancionero de romances sacados, etc.—It. Escobar.—It. Fuentes.— It. Linares.—It. Lopez de Tortajada.—It. Mendano. —It. Metge.—It. Sepúlveda, letras de [a] á [d].— It. Silva de varios romances.—It. Timoneda, letras de [a] á [d].

Romances objetivos viejos (Antologías y libros antiguos que contienen). — *Vide* Argote de Molina.— It. Cancionero de romances.—It. Cancionero de romances, sacados etc. — It. Cancionero general, en Castillo, letras de [b] a [c] —It. Castillo, letras de [a] á [a ⁶]. — It. Escobar. — It. Linares.—It. Lopez

de Tortajada.— It. Mendano.— It. Metge.— It. Perez de Hita, letra [a].— It. Sepúlveda, desde la letra [a] á [d], y particularmente en esta letra. — It. Silva de varios romances. — It. Timoneda, letras desde [a] á [d].

Romances sacados de las historias antiguas. — *Vide* Sepúlveda, letras de [b] á [b [3]].

Romances sacados de los cuarenta cantos, etc.— *Vide* Sepúlveda, letra [c].

Romances tomados de nuestras colecciones antiguas (Antologías generales ó especiales modernas, publicadas desde 1770 hasta el dia, que contienen).— *Vide* Bohl.—It. Depping, letra [a] [a [2]].—It. Duran, letras desde [a] á [e].—It. Fernandez (Don Ramon). — It. Gonzalez Reguero, en Escobar, letra [b].— It. Grim.— It. Hartzenbusch. — It. Hugo.— It. Keller.— It. Mendivil.— It. Ochoa.—It. Parnaso español, Coleccion etc.—It. Quintana.— It. Wolf en Depping, letra [b].

Romances tradicionales que no estaban impresos.

Lo son en mi Romancero los núms. 54; 308 á 316: uno en nota del 318, otro en nota del 321; 327; 372.
Ademas en los preliminares del tomo I hay uno, pág. LXIII, otro en la LXV, y tres en la LXVI.

Romances varios de differentes authores, nuevamente impresos por un curioso.—En Amsterdan, anno 1688. —En caza de *Ishaq Coen Faro* se vende en 12.° mayor.

Es una coleccion muy bien escogida, pero muy incorrecta, de romances y romancillos artísticos, en número de ochenta, con un entremes intitulado el *Espejo*, al cual sigue una tabla alfabética, y despues unos romances y sonetos, todo puesto en catorce hojas sin numerar. Despues desde la pág. 1 á la 96 se contiene el texto de la obra.
De este libro hay en mi Romancero los núms. 1368; 1372; 1403; 1404; 1482; 1483; 1562; 1568 á 1570; 1624 á 1630; 1780; 1873.

Romances varios de diversos autores.
Madrid, *Pablo Val*, 1655, en 12.°
Sevilla, *Nicolas Rodriguez*, 1655.
Madrid, 1664, en 12.° (Añadidos y enmendados.)
Zaragoza, *viuda de Miguel deLuna*, 1665, en 12.°, recogidos por Antonio Diez.

Las primeras indicadas ediciones contienen 118 poesías, y la penúltima solo 110, todas de la época artística popularizada de fines del siglo XVI y del XVII. De Quevedo hay 48 romances, y así estos como casi todos los demas, son moriscos, caballerescos, los históricos en corto número, y el resto satíricos, jocosos, vulgares, etc. Los históricos tratan de hechos acaecidos en tiempo de los Reyes Católicos y los de la casa de Austria.
De aquí contiene mi Romancero los núms. 117; 228; 282; 1115; 1647; 1654; 1717; 1718; 1741 y 1742; 1751; 1753; 1755; 1759 á 1762.

ROMERO DE LA CEPEDA (Joaquin). [a] *Obras de.... vecino de Badajoz.*—Sevilla, *Andrea Pescioni*, 1582, en 4.° (Biblioteca de Duran.)

Este libro rarísimo é importante contiene poesías numerosas escritas en metros y formas de la antigua escuela castellana, á vueltas de otras de la italiana. Hay en él varias glosas de romances antiguos, cuyos textos pueden entresacarse, y se hallan en mi Romancero, con variantes, en los núms. 115; 1129. Contiene ademas dos comedias en verso, la una imitacion de la Celestina, y con el título de *Comedia salvaje*.

[b] *La antigua, memorable y sangrienta destruicion de Troya. Recopilada de diversos autores, por..... vezino de Badajoz. Dirigida* etc. *A imitacion de Dares, troyano, y Dictis cretense griego, etc. Ansimismo son autores Eusebio, Strabon, Diodoro Siculo. Repartida en 10 narraciones y 20 cantos.*—Toledo, *Pero Lopez de Haro*, 1583, en 8.° (Biblioteca de Duran.) Al fin: *Acabóse este libro á 17 de marzo año de* 1584, en 8.°

Consta este raro é interesante libro, 1.° de 10 narraciones en prosa, en que el autor, conciliando las opiniones de los historiadores que cita en la portada, refiere la guerra y destruccion de Troya. 2.° De 20 romances de la clase artística media y precursora de la completa, precedidos cada uno de una declaracion en prosa. 3.° Un resúmen histórico de lo que acaeció despues de la ruina de Troya á los personajes que intervinieron en ella. El autor de todo el libro, inclusos los romances, es el citado Romero de la Cepeda, y su obra se considera como un Romancero.

Rosa de amores.—*Vide* Timoneda, letra [a].

Rosa de romances. — *Vide* Depping, letra [b].

Rosa española. —*Vide* Timoneda, letra [b].

Rosa gentil.—*Vide* Timoneda, letra [c].

Rosa real. —*Vide* Timoneda, letra [d].

RUFO GUTIERREZ (Juan). *Las seiscientas apothegmas de...... Jurado de Córdova.* — Toledo, *Pedro Rodriguez*, 1596, en 8.°

Obra escrita en prosa y verso, que tiene al fin los romances de los comendadores de Córdoba, que luego se insertaron anónimos en el *Romancero general* de 1604 y 1614, y en el mio con los núms. 1032 á 1036.

SALAZAR Y TORRES (Don Agustin de). *Cythara de Apolo, varias poesías divinas y humanas que escrivió..... y saca á luz* Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, su mayor amigo.—Madrid, *Antonio Gonzalez*, 1694, dos vol. en 4.°

Contiene la obra comedias, poesías y romances líricos de la época artística del siglo XVII.
De ella hay en mi Romancero el núm. 1443.

Sarao de amor.—*Vide* Timoneda, letra [a [2]].

Sedano.—*Vide* Parnaso español. Coleccion, etc.

Segunda parte de la Diana de Jorge Montemayor. — *Vide* Perez el Salmantino.

Segunda parte de las guerras civiles de Granada. — *Vide* Perez de Hita, letra [b].

Segunda parte del Cancionero general.— *Vide* Castillo, letra [c].

Segunda parte del Romancero general. — *Vide* Madrigal.

Segundo Cancionero espiritual. — *Vide* Montemayor, letra [c].

Segura.—En Arias Perez, letra [b].

SEGURA (El alférez Francisco de). *Romancero historiado: trata de los hazañosos hechos de los cristianísimos reyes de Portugal.*—Lisboa, 1610, en 8.° —It. 1614, en 12.°

La segunda edicion parece que está añadida, y su portada tiene variantes.
El autor ó colector del libro será acaso el mismo que recopiló la 2.ª parte de la *Primavera y flor de los mejores romances*, etc., que acompaña á la 1.ª de Arias Perez.

Seiscientas apothegmas, etc.—*Vide* Rufo.
Séptima parte de flor de romances.—*Vide* Flor de romances, letra [h] (h [2]).

Sepúlveda. — *Vide* Cancionero de romances sacados, etc.

SEPULVEDA (Lorenzo de). [a] *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España, compuestos por... Añadióse el romance de la Conquista de Africa, en Berbería en el año de* 1550, *y otros diversos, como de la tabla aparece.* —Anvers, *Juan Steelsio*, 1551, en 12.° (Biblioteca imperial de Viena, segun Wolf.)

De la portada se infiere que hay otra ú otras ediciones anteriores. Contiene 149 composiciones que imitan artificialmente el lenguaje y formas de los romances viejos. El mismo número existe en la edicion de 1580.

IDEM. [a [2]] (Como arriba, y luego añade..... *vecino de Sevilla. Van añadidos muchos nunca vistos compuestos por un caballero Cesario, cuyo nombre se guarda para mayores cosas.*) Anvers, *Philippo Nucio*, 1566, en 12.° (Librería de Duran.)

Contiene 161 composiciones de las que 51 faltan en las ediciones de 1551 y de 1580; pero en cambio de ellas no hay en esta 8 que allí se han incluido. En esta edicion se

señalan con este signo * los romances del caballero Cesario, para distinguirlos de los de Sepúlveda.

SEPÚLVEDA (Lorenzo de). [a [3]] (Como en la de 1551, de la cual parece copia literal.)—Anvers, *Pedro Bellero*, 1580, en 12.° Librería de Duran.

Tiene esta edicion las mismas 149 composiciones que la de 1551 : le faltan 21 de la de 1566, y contiene 8 que en esta no se hallan incluidas.

Las tres referidas ediciones llevan el mismo prólogo, en el cual dice Sepúlveda que se propuso resucitar los romances históricos viejos, purgándolos de sus inverosimilitudes y siguiendo exactamente el texto de las crónicas. En este libro hay algunas composiciones tomadas del *Cancionero de Romances*.

En la de 1551 hay una advertencia de Nucio, en que dice, que despues de haber publicado el *Cancionero de romances* vino á sus manos un libro impreso en Sevilla, que arregló, perfeccionó y aumentó con varios de historia sagrada, etc. Si este libro es el de Sepúlveda, puede asegurarse que es el original que Nucio tuvo á la vista para publicarlo reformado en 1551.

Todos los romances contenidos en la edicion de 1566 y en la de 1580 arriba mencionadas, ménos un corto número que están cortados de mi ejemplar de aquella, los he puesto en mi Romancero con los núms. 292; 440; 441; 449; 451; 456; 458; 460; 465; 468; 475; 492; 520; 525; 535; 542; 547; 577; 580; 582; 584; 601; 607; 609; 610; 612; 618; 620; 627; 635; 641; 658; 667; 669; 671; 673; 675 á 678; 682; 687; 690; 693; 695; 697; 701; 702; 705; 707; 711 á 714; 716 á 718; 721; 723; 737; 738; 742; 744; 748; 749; 754; 755; 764; 765; 767; 768; 770; 771; 782; 806; 809; 817; 823; 829; 832; 835; 837; 843; 848; 849; 856; 860; 876; 878; 882; 883; 885; 886; 888; 890; 892; 895; 896; 899; 904; 903; 905; 907; 910; 912; 914; 915; 917; 918; 920; 925 á 929; 931 á 934; 936; 939; 942; 944 á 947; 950 á 953; 955; 959; 961; 964; 976; 977; 980; 1001; 1025; 1045; 1055; 1054; 1213; 1215; 1216; 1219; 1221; 1229; 1395; 1398; 1459.

Además de estas ediciones cita Nicolas Antonio los siguientes libros en el artículo de Sepúlveda.

[b] *Romances sacados de historias antiguas.* — Anvers, 1551, en 8.°

¿Será la misma citada en la letra [a] de este artículo, aunque difiere en el tamaño, y Nicolás Antonio atribuye á Sepulveda poniéndola en 8.° en vez de en 12.° ?

[b [2]] *Romances sacados de la historia de España del rey Don Alonso.* —Medina del Campo, *Alfonso del Canto*, 1562, en 8.°

¿Será reproduccion de este libro el *Cancionero de romances sacados de las crónicas*, etc., que en el mismo lugar y por el mismo impresor se publicó el año de 1570 en 16.°? Véase este título. Véase tambien la letra [c] en este artículo.

[b [3]] *Romances sacados.*—Anvers, *Pedro Velpio*, 1580, en 12.°

¿Será esta la misma edicion señalada en [a [3]], y que se equivocó el apellido del impresor poniendo Velpio en vez de Bellero?

[c] *Romances sacados de la historia de los 40 cantos de Alonso de Fuentes.* — Búrgos, *Philippo Junta*, 1579.

Acaso sea este artículo una diversa edicion del aquí señalado [b [2]], y del *Cancionero de romances sacados de las crónicas*, etc. : véase este título.

[d] *Recopilacion de romances viejos sacados de las crónicas españolas, romanas y troyanas, agora* (sic) *nuevamente, por*..... Alcalá, *Fr. de Cormellas y Pedro Robles*, 1563, *en* 12.°

Contiene 112 composiciones, de las que, segun Brunet, pocas se hallan en las aquí señaladas con las letras [a] á [a [3]], advirtiendo que el ejemplar que se anuncia en el repertorio bibliográfico de Lóndres, con fecha de 1553, puede ser esta misma edicion, cuya fecha al anunciarla se habrá equivocado.

Si el caballo vos han muerto.—*Vide* Vega Carpio, letra [a].

Siete (los) libros de la Diana.—*Vide* Montemayor, letra [a].

SILVA de varios romances [a] en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que hasta agora se han compuesto : hay al fin algunas canciones, coplas graciosas y sentidas.—Zaragoza, *Estevan G. de Nájera*, 1550, 2 vol. en 24.°, got., fig. en madera, etc. Tiene el primer volúmen 221 folios de texto, y el 2.°, 203. (Biblioteca imperial de Viena, segun Wolf.)

Esta es á lo que se cree la 1.ª edicion de la *Silva*, cuyo carácter esencial es el mismo que el del *Cancionero de romances* que se cree la precedió algun tiempo. Pero en el contenido de la portada se nota ya su tendencia á degenerar mas ó ménos en un cancionero ó antología general, pues admite canciones, coplas, etc.

Posteriormente á esta se han hecho muchas ediciones con variantes en las portadas, é indicando siempre adiciones, como en efecto las tenian, de poesías y romances mas nuevos y de actualidad, que sustituian acaso á los viejos que la *Silva* casi contemporánea del *Cancionero de romances* habia incluido, y que eran simultáneamente comunes á una y otra coleccion, aunque no por eso dejaban de tener algunos exclusivamente peculiares á cada cual de ellas.

Otras ediciones :

[a [2]] Barcelona, *Jaume Cortey*, 1557, en 12.° (Tiene adiciones, y el texto consta de 192 folios.)

SILVA de varios romances *recopilados y con diligencia escogidos de los mejores romances de los tres libros de la Silva, y agora nuevamente añadidos cinco romances de la armada de la Liga, y quatro de la sentencia de Don Alvaro de Luna..... y otros muchos.*— Barcelona, *Juan Corten*, 1578, en 12.°

Se deduce del contexto de esta portada : 1.° Que la *Silva* en sus primeras ediciones constaba de tres libros ; y 2.°, que esta edicion de 1578 no era reproduccion, sino seleccion de lo contenido en las anteriores, con aumentos de otras obras modernas y contemporáneas á la edicion.

Barcelona, *Juan Sendrat*, 1582, en 12.° (*Tiene* de texto 172 folios.)

Es reproduccion de la anterior, con aumento del romance del *Cerco de Malta*, el de *La mañana de San Juan*, el de *Mira Nero de Tarpeya*, y otros muchos, segun expresa la portada.

Barcelona, 1602, en 12.°
Zaragoza, 1604.
Barcelona, *Sebastian Cormellas*, 1611, en 8.°
Id. *Gabriel Graells*, 1612, en 12.°
Id. *Sebastian Cormellas*, 1617. (*Tiene añadidos los romances de la muerte del Rey, y el del desembarcamiento de la infanta Doña Isabel de la Paz, compuesto por* Juan Tiarte.)
Zaragoza, *Juan de Larumbe*, 1617, en 12.° (Con licencia dada en 1604.)
Huesca, 1623.
Barcelona, *Sebastian y Jaume Matevad*, 1636, en 12.° (Con 168 folios de texto.)
Id. 1645, en 12.° (Copia de la anterior.)
Zaragoza, herederos de *Pedro Lanaja*, 1673, en 12.° (Con 241 folios de texto, y ménos copiosa que la anterior.)
Jaen, 1636.
Barcelona, *José Casarachs*, 1696, 12.° (con 168 folios). Parece ser reproduccion y copia casi literal de las de Barcelona, 1617, de 1636, de 1645, y de la de Jaen, 1636.

Es muy notable que en la *Silva* solo haya un romance del Cid y otro morisco. El 1.° es el que dice *Hélo, helo por dó viene—El moro*, etc.; y el 2.°, el de *La mañana de Sant Joan*.

Para mi Romancero tuve presente la edicion de 1695, que es á mi parecer la mas completa en los romances añadidos, y así casi todos estos y los viejos que contiene, tomándolos de ella ó de otras partes mas genuinas donde se hallan á la letra ó con variantes, los he incluido con los núms. 355 á 357; 362; 367; 369; 370; 371; 377; 382; 383; 571; 589; 599; 600; 606; 666; 680; 858; 974; 986 á 991; 993; 994; 995; 998; 1001; 1002; 1005 á 1009; 1011; (1011 doble;) 1014; 1015; 1017; 1045; 1147 á 1149; 1153; 1155; 1184 á 1186; 1188; 1190; 1191 á 1196; 1227; 1228.

Vide Cancionero de romances en sus observaciones.

Silva de varios romances.— *Vide* Mendano.

Silvela.—*Vide* Mendivil.

SILVESTRE (Gregorio). *Las obras del famoso poeta..... recopiladas y corregidas por diligencia de*

sus herederos, y de Pedro de Cáceres y Espinosa. Granada, en el Carmen de Lebrija, *Fernando Aguilar*, 1582, en 8.°, con 400 fojas en todo. (Librería de Duran.) Id. *Sebastian Mena*, 1569, en 8.°, con 411 fojas en todo.
Lisboa, *Manuel de Lyra*, 1592, en 12.°

En las tres ediciones aquí citadas, y á la foja 8 de las dos primeras, hay un discurso de Cáceres y Espinosa sobre la vida de Silvestre, que dice: «Necesario para entendimiento de sus obras.»

Las *Poesías* de Silvestre en su mayor número pertenecen á la escuela antigua de nuestros trovadores, y él y Castillejo combatieron á brazo partido las innovaciones de Boscan, sin embargo que á duras penas las rindió tributo en un corto número de composiciones; por esto su libro debe suministrar muchas al *Cancionero*.

SUAREZ DE FIGUEROA (Christobal). *La Constante Amarilis, prosas y versos de... divididos en quatro discursos.*
Valencia, *Pedro Patricio Mey*, 1609, en 8.° Id. con la traduccion francesa de Lancelot.
Lyon, *Cl. Morillon*, 1614, en 8.°
Madrid, *Sancha*, 1781, en 8.° marq.

Es una novela pastoril en prosa y verso. Pertenece en sus poesías á la escuela clásica de su siglo, y contiene romances artísticos, de los que en mi Romancero hay los números 1450; 1451; 1785.

Tesoro de Romanceros.—*Vide* Ochoa.

Tesoro escondido, etc.—*Vide* Metge.

Thesoro de divina poesía.—*Vide* Villalobos.

Thesoro de varias poesías.—*Vide* Padilla (Pedro de).

TIMONEDA (Johan de). [a] *Rosa de amores: primera parte de romances de... que tratan de diversos y muchos casos de amores*, etc.— Valencia, *Joan Navarro*, 1577, en 12.°, gót., con 70 fojas. (Biblioteca Imperial de Viena, segun Wolf.)

He puesto en mi Romancero, tomados de la *Rosa de Romances*, de Wolf, y de otras colecciones á que son comunes, parte de los de esta de Timoneda, en los nums. 6; 7; 10; 111; 115; 255; 290; 319; 325; 329; 330; 390; 1399; 1401; 1402.

[a²] *Sarao de amor* (título puesto al fin del libro, que no tiene portada). — Valencia, *Joan Navarro*, 1561, en 8.°, gót. (Biblioteca Mayausiana.)

Es acaso la primera edicion de la *Rosa de amores*.

[b] *Rosa española: segunda parte de Joan*, etc., *que trata de historias de España.*—Impresa con licencia. Sin lugar (Valencia, sin duda), 1573, en 8.°, gót., con 95 fojas. (Biblioteca imperial de Viena, segun Wolf)

Los romances aquí contenidos, excepto tal cual que le son exclusivos, existen tambien en el *Cancionero de romances*, y de este, los que son comunes á las dos colecciones, y de la *Rosa de romances* de Wolf, he tomado los que inserto en mi Romancero con los núms.: 555; 583; 591; 602; 614; 621 á 625; 628; 629; 658; 659; 668; 670; 672; 674; 685; 689; 694; 706; 714; 726; 731; 734; 752; 756; 765; 766; 772; 774; 776; 777; 785; 790; 795; 804; 812; 816; 852; 858; 861; 919; 957; 966; 970; 973; 975; 1038; 1043; 1045; 1048; 1056; 1065; 1067; 1068; 1072; 1073; 1095; 1102; 1108; 1190; 1212; 1217; 1222; 1229; 1244.

[c] *Rosa gentil: tercera parte de romances de... que tratan historias romanas y troyanas.*— Valencia, *Joan Navarro*, 1573, en 12.°, gót., de 72 fojas. (Biblioteca imperial de Viena, segun Wolf.)

De los romances que hay en este artículo tiene mi Romancero los nums. 5; 417; 578; 919; 1131; 1219; 1221; 1228; 1251; 1546; tomados de la *Rosa de romances*, de Wolf, ó de otras colecciones.

[d] *Rosa real: cuarta parte de romances de... que tratan de cosas señaladas de reyes y otras personas que han tenido cargos importantes, así como príncipes, visorreyes y arzobispos*, etc.—Valencia, *Joan Navarro*, 1573, en 12.°, gót., de 84 fojas. (Biblioteca imperial de Viena.)

Hay de este libro en mi Romancero los núms. 1119; 1152; 1184 á 1186; 1191; 1192.

[e] *Cancionero*, que describe Wolf... (sin portada pero cuyo texto está así encabezado): *Dechado de colores.*—Valencia, *Joan Navarro*, sin año, mas se presume de 1573, en 12.°, gót., de 12 fojas.

Contiene algunos villancicos, glosas, motes y un solo romance de amores, todas composiciones artísticas popularizadas. No se sabe si son de diversos autores, ó solo de Timoneda: lo último es mas probable.

[f] *Cancionero llado* (sic) *Enredo de amor agora nuevamente compuesto por... en el cual se contienen canciones, villancicos y otras obras no vistas: año de* 1573. — Valencia, *Juan Navarro*, sin año, en 12.°, gót., con 12 fojas. (Biblioteca imperial de Viena.)

Parece obra de Timoneda; pero ignoro si tiene romances, y es un Cancionero lírico.

[g] *Cancionero llado* (sic) *Guisadillo de amor, compuesto y guisado por... de diversos autores, para los enfermos y desgustados amadores, en el cual se continen* (sic) *canciones y extranísimas glosas*, etc.—Valencia, *Joan Navarro*, sin año (1573 acaso), en 12.°, gót., con 12 fojas. (Biblioteca imperial de Viena)

Parece ser una antología lírica; pero no sé si tiene romances.

[h] *El Truhanesco, copilado por... en el cual se contienen apacibles y graciosas canciones para cantar. Con todas las obras del honrado* Diego Moreno, *que hasta aquí se han compuesto: año de* 1573.—Al fin: Valencia, *Joan Navarro*, sin año, en 12.°, gót., con 12 fojas.

Es una antología lírico-satírica que no sé si comprende romances. El Diego Moreno que aquí interviene es la personificacion de un marido paciente, cuyas supuestas obras empiezan al folio 4, y son ocho canciones jocosas de arte menor.

[j] *Cancionero llamado Billete de amor, por...* —Valencia, en 8.°, gót. (segun nota de Don Vicente Salvá).

Las obras arriba dichas, exceptuando la [a²] y la [j], existen en la Biblioteca imperial de Viena, en un solo y grueso volúmen, cuya descripcion, que aquí extracto, da el señor Wolf en su *Rosa de romances*, donde incluye, como suplemento al *Romancero* castellano de Depping, todos los romances y alguno mas de los que solo se hallan en los cuatro primeros libros, señalados aquí con las letras [a], [b], [c], [d].

Estos cuatro artículos forman un Romancero el mas copioso de romances viejos, antiguos y de la actualidad de entónces, que se conoce. Timoneda los tomó del *Cancionero de romances* unos, otros de la *Silva*, otros de pliegos sueltos, y otros de la tradicion; pero se propuso reformar algunos á su manera, añadir los que le pareció, é incluir algunos suyos. Es la coleccion mas ordenada de aquel tiempo, pues aunque el Colector algunas veces se extravía, siempre se ve que en su primera parte pone los amatorios, y entre ellos, por ser tambien de amores, varios caballerescos y moriscos; en la segunda, los de la historia antigua de España; en la tercera los históricos y fabulosos de la gentilidad; y en la cuarta, que toda es de aquella actualidad, los que versan sobre Cárlos V, Felipe II y los sucesos de su tiempo: es decir, de los de aquella clase de romances que se iban añadiendo á la *Silva* desde su primera edicion en adelante.

Cuantos romances conozco de las *Rosas*, excepto 13, que son de circunstancias del tiempo, todos los he incluido en mi Romancero; pero hay otros, particularmente en la *Rosa de amores*, mitológicos y amatorios, que no conozco, y que por lo tanto ignoro si, tomados de otras colecciones, los habré puesto en la mia.

Los cancionerillos inclusos en el volúmen de las *Rosas*, y que señalo por las letras [e], [f], [g], [h], pueden considerarse como pliegos sueltos de poesías subjetivas popularizadas, correspondientes á la clase de las que deben incluirse en los *Cancioneros*.

TORRE (Bachiller Francisco de la). [a] *Obras del... Dalas á la impresion* Don Francisco de Quevedo y Villegas, etc.—Madrid, *imprenta del Reino*, 1631, en 16.°

Posteriormente se reimprimieron estas excelentes poesías con este título:

[a²] *Poesías que publicó Don Francisco de Quevedo y Villegas, etc., con el nombre del bachiller Francisco de la Torre. Añádese á esta segunda edicion un discurso en que se descubre ser el verdadero autor el mismo Don Francisco de Quevedo: por* Don Luis José Velazquez, etc.—Madrid, *Eugenio Bieco*, 1753, en 4.º

Son poesías de las clásicas y de las artísticas.
Hay en mi Romancero el núm. 1786.

TORRES NAHARRO (Bartolomé de). [a] *Propaladia de... dirigida al... señor Don Fernando Dávalos de Aquino, marques de Pescara.* Al fin: *Estampado en Nápoles por Ioan Pasqueto de Sallo. Acabóse juéves 14 de marzo de* 1517.—Fol., gót., con 99 fojas sin numerar, á dos columnas.

Es la edicion original, y contiene poesías con las formas métricas de los trovadores antiguos; entre ellas hay romances, algunos sonetos, y seis comedias, que son *La Serafina, la Trofea, la Soldadesca, la Tinelaria, la Imenea, la Jacinta.*

Otras ediciones:

Sevilla, 1520, en 4.º, gót.
Id., *Jacobo Cromberger*, aleman, y *Juan Comberger*, á 3 de octubre de 1526, en fol., gót.
Id., *Crombeerger*, 1533, en 4.º, gót.
Toledo, á 4 de enero de 1535, en 4.º, gót.
Sevilla, 1545, en 4.º, gót.

Todas contienen dos comedias mas que la primera (*la Calamita* y *la Aquilana*). Esta en la de 1526, y en la de 1545 se halla la última, con portada y signaturas independientes de la obra.

Anvers, *Martin Nucio*, sin autor, 1550, en 8.º

Ninguna de estas fué expurgada por la Inquisicion; pero sí las siguientes:

Anvers, *Pierres Cosin*, 1573.
Madrid, 1573, en 8.º (con *el Lazarillo de Tórmes*).

Hay además otra edicion, en fol., gót., á dos columnas, copia á plana renglon de la de 1517, pero con la comedia *Aquilana* además de las seis que hay en aquella. Desgraciadamente el ejemplar que posee el señor Gayangos y que en un tiempo fué del señor Bohl de Faber, está falto del fin y de la portada. El señor Bohl pensó que fuese la edicion de 1520; pero esta, segun recuerdo, era en 4.º como las demas de Sevilla. La semejanza del ejemplar con la descripcion que hace Moratin de la de Roma de 1517, me hace presumir que la del señor Gayangos pueda ser esta, por mas que de su existencia se haya dudado.

La edicion de 1526 la posee hoy dia en Barcelona Don José Carreras. Su portada, contenido y órden son los mismos que en la edicion de 1545, siendo probable que tambien lo sean en las de 1520 y 1533, tambien impresas en Sevilla.

Muchos de los romances y coplas de la *Propaladia* se imprimieron en pliegos sueltos, en 4.º, gót., y yo de ella he insertado en mi Romancero los núms. 1037; 1385, 1386; 1421.

Tropezon de la risa.—*Vide* Malvenda.

Trofeos de Don Juan de Austria.—*Vide* Echeguiar.

URREA (Don Pedro Manuel de).—*Cancionero de las obras de...*—Al fin: *Fué la presente obra emprentada en la ciudad de Logroño*, etc., *Arnao Guillen de Brocar.* — E se acabó á 7 del mes de julio, año de 1513.—En fol., gót., á dos y tres columnas: 49 fojas para todo.

Contiene poesías de varias clases con metrificacion de la época de los trovadores del siglo XV, y algunos bellísimos romances antiguos, pero artísticos. En este libro se halla parte del primer acto de la *Celestina*, puesto en coplas de arte real ó menor.

ARIAS HERMOSAS flores del Parnaso, que en cuatro floridos... cuadros plantaron, etc., Don Antonio Hurtado de Mendoza, Don Antonio de Solís, Don Francisco de la Torre y Sebil, Don Rodrigo Artes y Muñoz, Martin Juan Barceló, Juan Bautista Aguilar, y otros ilustres poetas de España, etc.—Valencia, *Francisco Mestre*, 1680, en 4º.

Es una buena antología de poesías de todas clases, de aquel tiempo, muy parecida á la de *Flores de ilustres poetas*, que recopiló Pedro de Espinosa á principios del siglo XVII.

El colector era valenciano, y dividió su obra en cuatro cuadros: el primero de poesías devotas; el segundo de morales; el tercero de amatorias; y el cuarto de jocosas y satíricas.

Varios romances de la Liga.—*Vide* Faxardo y Acebedo.

VEGA (Bernardo de la).—*El pastor de Iberia.* — Sevilla, 1591, en 8.º

Es una novela pastoril artística en prosa y verso, de la cual hay en mi Romancero el núm. 1507.

VEGA CARPIO (Frey Lope Félix de). [a] *Comedia intitulada: Si el caballo vos han muerto.*— Imprimióse suelta, y no en su coleccion. (Algunos la atribuyen á Luis Velez de Guevara.)

De ella hay en mi Romancero el núm. 981.

[b] *La Dorotea, accion en prosa, de...*
Madrid, *imprenta del Reino*, 1632, en 8.º
Id., *imprenta Real*, 1654, en 8.º
Id., 1736, dos volúmenes, en 8.º

De esta comedia, hecha por estilo de la *Celestina*, en prosa mezclada con versos, hay en mi Romancero los números 1091; 1363; 1435; 1579; 1774; 1781 á 1784.

[c] *Coleccion de las obras sueltas, así en prosa como en verso, de... del hábito de San Juan.* — Madrid, *Sancha*, desde 1776 á 1779, 21 volúmenes, en 4.º

En mi Romancero hay de aquí los núms. 247; 857; 1370; 1487 á 1493; 1495; 1496; 1499 á 1506; 1578; 1580; (1632 y 1633); 1781; 1782.

Bajo la fe de Cerda y Rico, que hizo esta coleccion, he puesto yo á nombre de Lope de Vega muchos romances anónimos del *Romancero general*, que á la verdad por su estilo no desmienten ser de Lope de Vega.

VELAZQUEZ DE AVILA. (*Cancionero ó trobas de.*) —En 4.º, letra gót., á dos columnas, con 20 fojas sin numerar, signatura A á Ciiij.

Así he llamado yo á un folleto que parece impreso en la segunda década del siglo XVI, el cual carece de portada y por lo tanto de título y de autor. El nombre que yo doy á este es incierto, pues muy remotamente puede deducirse de unas coplas que pone sobre las armas y blason de su familia.

He puesto de él en mi Romancero los núms. 571; 1155; (1422 y 1423); 1424; 1458; todos de la clase de antiguos popularizados, cuyo modelo fuéron los viejos.

Velez de Guevara (Sebastian).—*Vide* Flor de Romances, letras [e], [f].

VERA (Diego de). — *Cancionero llamado Danza de galanes, recopilado por* Diego de Vera.
Barcelona, *Jerónimo Margarit*, 1625, en 12.º prolongado: 160 folios para todo.
Lérida, 1612, en 12.º

Es una coleccion de poesías eróticas, que no he visto.

VICENTE (Gil).— *Copilaçam de todas las obras de... a qual se reparte em cinco libros. O primeiro e de todas as obras de devoçam. O segundo, as comedias. O terceiro as tragicomedias. O quarto as farças. No quinto as obras meudas.*
Lisboa, *Joao Alvarez*, 1562, en fol., gót., fig.
Id. *André Lobato*, 1585, en 4.º (Ya expurgado por la Inquisicion.)
Hamburgo, 1834, 3 vol., en 8.º marq. En esta se ha restablecido lo que la Inquisicion suprimió.

De estas obras hay en mi Romancero el núm. 288, que es un romance de la quinta clase artística que puso el autor en su *Farsa de Don Duardos.*

VILLALOBOS (Esteban de). [a] *Thesoro de divina poesía, recopilado por...*
Toledo, *Pedro Rodriguez*, 1587, en 8.º
Sevilla, 1604, en 8.º

[a²] *Thesoro de divina poesía, recopilado por... y sátiras morales de* Alvaro Gomez.—Lisboa, *Jorge Rodriguez*, 1598, en 8.º

Villalta (Andres de). — *Vide* Flor de romances, letras (a) á (d).

VILLEGAS (Antonio de). — *Inventario.* Medina del Campo... 1565, en 4.°, (Biblioteca Nacional de Madrid.)

Id. *Francisco del Canto*, 1577, en 8.°, con 152 folios en todo. (Librería de Duran)

En la portada de esta segunda edicion dice : «Va agora de nuevo añadido un breve retrato del excelentísimo duque de Alba, y una cuestion y disputa entre Ayax Telamon y Ulises sobre las armas de Achiles.»

Precioso y raro librito, que contiene en prosa la novela de Abindarraez, y muchísimas composiciones en verso, con las formas métricas de los trovadores, que no excluyen que tenga algunas de las italianas, pero ningun romance.

VILLEGAS (Estéban Manuel de). (a) *Las eróticas ó amatorias de...* Parte primera. (Así en la portada, que es una lámina en talla dulce.) En la foja siguiente dice: En Naxera, *Juan de Mongaston*, año de 1617; y al fin del texto... En 4.°— Naxera, *Juan de Mongaston*, año de 1618, en 4.°

Las amatorias de... con la traduccion de Oracio, Anacreonte y otros poetas.—Naxera, *Juan de Mongaston*, 1620, en 4.°

(b) *Las eróticas de... Segunda parte.* Naxera, *Juan de Mongaston*, 1617, en 4.°

Id. *id.* 1618, en 4.°

Las amatorias de... Segunda parte. Id. *id.* 1620.

Aunque separadas por portadas y paginacion distintas, estas dos partes forman en general un solo volúmen.

Sancha reimprimió estas poesías en 2 vol., en 8.° marq., Madrid, 1774, y en 1797 suprimiendo solo dos sátiras.

Villete de amor.— *Vide* TIMONEDA, letra [j].

Wolf. — *Vide* DEPPING, letra [b].

CATALOGO DE PLIEGOS SUELTOS.

ADVERTENCIA.

Se omite aquí este índice, porque constando al fin de cada romance aquel pliego de que se ha tomado, en acudiendo al catálogo de ellos, que está en la página LXVII del tomo I de este Romancero, puede averiguarse cuántos de cada uno se han tomado, saberse el número que les corresponde en la coleccion, y calificarse su valor documental.

CATALOGO DE CODICES.

Libro de genealogía de la casa de Guzman, en el cual se hallan algunos romances históricos.—Códice de la Bibl. de Salazar. En fol., letra al parecer del siglo XVII.

En mi Romancero tiene los núms. 954; 956.

Libro que trata del repartimiento de Sevilla y de otros asuntos históricos, en el cual hay accidentalmente un romance.—Cód. de ántes de mediar el siglo XVI, á lo que parece. En fol. (Biblioteca de la Real Academia de la Historia.)

En mi Romancero el núm. 955.

Obras del doctor JUAN DE SALINAS, *administrador del hospital de San Cosme y San Damian de Sevilla, juntas por Don José Maldonado de Saavedra.*—En Sevilla, año de 1650, en 4.° (Casi todo lo que contiene es inédito y bueno.)

Precioso códice escrito con esmero y dispuesto ya para la imprenta. Bajo su fe he puesto á nombre de Salinas algunas poesías que están anónimas en el *Romancero general* de 1604, y asimismo otras que se imprimieron al de Góngora.

Empieza el manuscrito con una noticia sobre Salinas.

Hay de este códice en mi obra los núms. 1509; 1775; 1792, que anónimos se insertaron en dicho *Romancero general* de 1604.

Obras poéticas inéditas del doctor JUAN DE SALINAS, *de* BALTASAR DE ALCÁZAR *y del doctor* GARAY.

Muy buen códice, escrito en letra de fines del siglo XVII, que contiene dichas poesías, de las cuales la mayor parte de las de Alcázar se han impreso en diversas colecciones modernas, y algunas de las de Salinas en el *Romancero general* de 1604.

Este códice y el anterior son de Don Aureliano Guerra y Orbe.

Poesías de Góngora.—Cód. escrito por mitad en letras de diversa mano, pero que parecen de fines del siglo XVI ó principios del XVII.

Tiene en mi Romancero los núms. 1453; 1637.

Poesías de Quevedo.—Cód. de copias que se han hecho con presencia de los papeles que poseia Don Francisco Benito Gayoso, oficial de la Secretaría de Estado.

Hay de este códice en mi Romancero los núms. 1656; 1748 á 1750.

Poesías. — Cód. que parece de letras de la primera mitad del siglo XVII. En 4.° (Biblioteca Nacional de Madrid. M. 190.)

En mi Romancero tiene los núms. 102; 660; 1208.

Poesías varias. — Cód. de fines del siglo XVI, compuesto de varios papeles sueltos y escritos con diversas letras, en 4.°

Tiene en mi Romancero el núm. 750.

Poesías varias.—Cód. que tiene la fecha de 1643.

En mi Romancero los núms. 1670; 1744.

Poesías varias. — Cód. escrito de diversas manos y de letras, al parecer de la segunda mitad del siglo XVI, en 4.°

Tiene en mi Romancero los núms. 7; 9, 319; 377; 413; 1073; 1102; 1131.

Poesías varias. — Cód. fechado en 1640, en 4.° (Biblioteca Nacional de Madrid.)

En mi Romancero tiene el núm. 1142.

Romances nuevos. — Cód. con fecha de 1592, en 4.°, cuya primera mitad es una coleccion de romances manuscritos, que precedió á las primeras impresiones publicadas con el título de *Flores*, y que despues fuéron partes del *Romancero general*. La otra parte del códice es una reunion de poemas de un Don Alonso de la Cueva, y de sus hijas y familia.

Hay en este Romancero varios romances que se imprimieron *anónimos* en dichas *Flores* y en el *General*, pero que en el códice se declaran sus autores, y se han puesto en el mio con los núms. 56; 234; 410; 1519; 1855.

Varias poesías. — Cód. al parecer de letra de la segunda mitad del siglo XVI.

Hay de él en mi Romancero el núm. 265.

Varias poesías.— Cód. de diversas letras, al parecer del siglo XVII, y que se ha formado reuniendo á la ventura varios papeles sueltos.

Tiene en mi Romancero los núms. 183; 585.

INDICACION POR NUMEROS

DE LOS ROMANCES ORDENADOS SEGUN LAS OCHO CLASES CARACTERÍSTICAS EN QUE SE HAN INTENTADO ESTABLECER.

CLASE PRIMERA.

A ella pertenecen los núms. 301; 358; 384; 583; 594; 599; 600; 606; 619; 626; 635; 637; 659; 654; 665; 666; 691; 703; 704; 733; 734; 750; 762; 763; 773; 774; 776; 778; 788; 791; 796; 807; 808; 811; 816; 858; 861; 872; 908; 911; 922; 949; 960; 1021; 1054 á 1057; 1075; 1232; 1888; 1895 á 1898; 1902.

CLASE II.

A ella pertenecen los núms. 1 á 3; 7 á 10; 1037 doble á 1039; 1041; 1043; 1045; 1047; 1061 á 1063; 1068; 1069; 1082; 1085 á 1087; 1102; 1103; 1889.

CLASE III.

A ella pertenecen los núms. 4; 283 á 287; 289 á 291; 294 á 296; 298; 300; 302; 305 á 307; 317; 318; 320 á 322; 328 á 330; 335 á 337; 351 á 357; 359; 362 en nota; 364 á 367; 369 á 371; 373 á 375; 377; 382; 383; 385; 387; 394; 395; 400; 402; 1891.

CLASE IV.

A ella pertenecen los núms. 292; 441; 451 523; 542; 577; 580; 582; 584; 601; 607; 609; 610; 612; 613 á 616; 618; 620; 621; 627 á 630; 638; 641; 658; 667; 669; 671; 673; 675 á 678; 682; 690; 693; 695; 697; 700 á 702; 705 á 707; 711 á 714; 716 á 718; 721; 723; 737; 738; 742 á 744; 748; 749; 754; 755; 764; 765; 767; 768; 770; 771; 782; 806; 809; 817; 825; 829; 832; 833; 837; 843; 848; 849; 856; 860; 862; 876; 878; 882; 883; 885; 886; 888; 890; 892; 893; 895; 899; 901; 903; 905; 907; 910; 912; 914; 915; 917; 918; 920; 925 á 928; 931 á 934; 936; 939; 942; 944 á 948; 950; 955; 959; 961; 964; 976; 980; 1001; 1023; 1053; 1074; 1150; 1213; 1215; 1216; 1219; 1221; 1222.

CLASE V.

A ella pertenecen los núms. 5; 6; 258; 293; 299; 319; 323 á 325; 368; 389; 390; 417; 440; 442 á 450; 453; 454; 456; 458; 460; 463 á 471; 473 á 475; 478; 479; 482; 484; 487; 498; 518 á 520; 528; 533; 544; 547; 567; 569; 571; 573; 574; 578; 579; 589; 591; 602; 622; 623; 631; 634; 668; 670; 672; 674; 680; 683; 689; 694; 696; 698; 726; 752; 756; 766; 772; 775; 777; 779; 785; 789; 790; 795; 801; 812; 836; 852; 859; 919; 921; 935; 951; 952 á 954; 956; 957; 965; 966; 970; 972 á 975; 977; 981; 984; 1022; 1024 á 1026; 1040; 1042; 1044; 1048 á 1051; 1058; 1059; 1060; 1064; 1065; 1067; 1072; 1073; 1077; 1080; 1081; 1083; 1088; 1095; 1105; 1107 á 1110; 1121; 1131; 1155; 1159; 1212; 1217; 1224; 1227 á 1229; 1233; 1239 á 1244; 1248 á 1252; 1424; 1425; 1459; 1890; 1893; 1899.

CLASE VI.

A ella pertenecen los núms. 1140 á 1142; 1147 á 1149; 1152 á 1154; 1156 á 1210; 1253 á 1358; 1758; 1759; 1766; 1767; 1845; 1846.

CLASE VII.

A ella pertenecen los núms. 297; 303; 304; 363 en nota; 439; 963; 1037; 1084; 1369; 1373 á 1398; 1400 á 1402; 1414 á 1423; 1444 á 1458; 1577; 1669; 1670; 1874 á 1887; 1901.

CLASE VIII.

A ella pertenecen los núms. 11 á 257; 259 á 282; 326; 331 á 334; 338 á 350; 360; 361; 376; 378 á 381; 386; 388; 391 á 393; 396 á 399; 401; 403 á 416; 418 á 438; 452; 455; 457; 459; 461; 462; 472; 476; 477; 480; 481; 483; 485; 486; 488 á 491; 493 á 497; 499 á 517; 521; 522; 524 á 527; 529 á 532; 534 á 541; 543; 545; 546; 548 á 566; 568; 570; 572; 575; 576; 581; 585 á 588; 590; 592; 593; 595 á 598; 603 á 605; 608; 611; 617; 624; 625; 632; 635; 636; 640; 642 á 653; 655 á 657; 659 á 664; 679; 681; 684 á 686; 688; 692; 699; 708 á 710; 715; 719; 720; 722; 724; 725; 727 á 732; 735; 736; 739 á 741; 745 á 747; 751; 753; 757 á 761; 769; 780; 781; 783; 784; 786; 787; 792 á 794; 797 á 803; 805; 810; 813 á 815; 818 á 822; 824 á 828; 830; 831; 834; 835; 838 á 842; 844 á 847; 850; 851; 853 á 855; 857; 863 á 871; 873 á 875; 877; 879 á 881; 884; 887; 889; 891; 894; 896 á 898; 900; 902; 904; 906; 909; 913; 916; 929; 930; 937; 938; 940; 941; 943; 958; 962; 967 á 969; 971; 978; 979; 982; 983; 985 á 1000; 1002 á 1020; 1027 á 1036; 1046; 1052; 1066; 1070; 1071; 1076; 1078; 1079; 1089 á 1094; 1096 á 1101; 1104; 1106; 1111 á 1120; 1122 á 1130; 1132 á 1139; 1143 á 1146; 1151; 1211; 1214; 1218; 1220; 1223; 1225; 1226; 1230; 1231; 1234 á 1238; 1245 á 1247; 1359 á 1368; 1370 á 1372; 1399; 1403 á 1413; 1426 á 1443; 1460 á 1576; 1578 á 1668; 1671 á 1757; 1760 á 1765; 1768 á 1844; 1847 á 1873; 1892; 1900.

ADICIONES, CORRECCIONES Y ENMIENDAS.

1.° Aunque en las notas de los romances números 217 y 220 se dice que así estos como los 218 y 219 aluden á un duque de Alba, no es así, sino que fuéron hechos á las aventuras y hazañas del famosísimo Jorge Castrioto Scander-beg, príncipe de Albania, de quien se dice fué el último héroe de Macedonia. Llevado en rehenes y educado en la corte de Amurátes II, fué algunos años favorito de este sultan, á quien prestó grandes servicios en la guerra; mas despues, instigado por sus antiguos vasallos, se puso al frente de ellos, y venció á los turcos en muchas batallas, hasta que murió de una aguda enfermedad, el 17 de enero de 1467.

2.° El romance núm. 767 se halla repetido en el 910.

3.° A pesar de lo dicho en la nota del romance de los Comendadores, núm. 1032, pág. 71, tomo II de esta obra, hemos reconocido que el suceso que relata no se refiere al muy semejante del capitan Urbina, sino á un hecho tradicional muy célebre, acaecido á fines del reinado de Enrique IV ó principio del de los Reyes Católicos. Así lo creemos, pues Salazar de Mendoza, en su libro *Origen de las dignidades seglares de Castilla y Leon*, etc., edicion de 1557, pagina 104, dice que Martin Hernandez de Córdoba, tercero alcaide de los Donceles, en tiempo de Enrique III y Juan II, fué padre de los comendadores del Moral y de las casas de Córdoba, que mató el veinticuatro Fernan Alonso de Córdoba.—En el pliego suelto intitulado *Lamentaciones de Amor*, etc., en Linares, *Cancionero llamado Flor de Enamorados*, y en un códice del siglo XVI hay, pero con variantes que hemos tomado en consideracion y completado, una lamentable cancion ó cantar popular que se reservaba para el *Cancionero;* pero que nos parece debe insertarse aquí. Es la siguiente :

1902.

CANTAR DE LOS COMENDADORES.

«¡Los Comendadores,
»Por mi mal os vi!
»Yo vi á vosotros,
»Vosotros á mí.»
Al comienzo malo
De mis amores,
Convidó Fernando
Los Comendadores
A buenas gallinas,
Capones mejores.
Púsome á la mesa
Con los señores:
Jorge nunca tira
Los ojos de mí.
«¡Los Comendadores,
»Por mi mal os vi.»
Turbó con la vista
Mi conocimiento:
De ver en mi cara
Tal movimiento,
Tomó de hablarme
Atrevimiento.
Desque oí cuitada
Su pedimiento,
De amores vencida,
Le dije que sí.
«Los Comendadores, etc.»
Los Comendadores
De Calatrava
Partieron de Sevilla
A hora menguada,
Para la cibdad
De Córdoba la llana,
Con ricos trotones
Y espuelas doradas.
Lindos pajes llevan
Delante de sí.
«Los Comendadores, etc.»
Por la puerta del Rincon
Hicieron su entrada,
Y por Sancta Marina
La su pasada.
Vieron sus amores
A una ventana:
A Doña Beatriz
Con su criada.
Tan amarga vista
Fuera para sí.
«Los Comendadores, etc.»
Luego que pasaron
D'esta manera,
Ante que llegasen
A la Corredera,
Le vino de presto
La mensajera:
Dice que Fernando
Estaba en la Sierra;
Qu'en los quince dias
No verná de allí.
«Los Comendadores, etc.»
Desqu'ellos oyeron
Aquella nueva,
La respuesta dieron
D'esta manera:
—Idos, madre mia,
En hora buena;
Que la noche es larga
Y placentera:
Cenarémos temprano,
Irémos dormir.
«Los Comendadores, etc.»
Cenan los señores
Y se dan prisa,
Llegan donde amores
Los atendian.
Acuéstase Jorge
Con la su dama,
Tambien el su hermano
Con la criada.
Y los cuatro gozan
De gustos sin fin.
«Los Comendadores, etc.»
Entre mil regalos
Jorge se durmió,
Pero sueño malo
Dicen que soñó;
Consigo puñaba,
Y se despertó
Temiendo la muerte,
Que cierta halló.
Cubrióse su rostro
De frio sudor,
Guarecerse quiso
De Doña Beatriz.
«Los Comendadores, etc.»
Aun la media noche
No era llegada,
Ya subia Hernando
Por una escala,
Y entra muy feroz
Por la ventana,
Un arnes vestido
Y espada sacada.
—Caballeros malos,
¿Qué haceis aquí?
«Los Comendadores, etc.»
Y luego en entrando
Solo á una cuadra,
Vido con sus ojos
Su afrenta clara.
Pasó el pecho á Jorge
De una estocada,
Y á Beatriz la mano
Dejóla cortada,
Y luego furioso
Se salió de allí.
«Los Comendadores, etc.»
Habló el hermano:
—Aquí me teneis;
Mi señor Hernando,
Vos no me mateis:
A mi hermano Jorge
Ya muerto le habeis.
La suya os perdono
Si dejais á mí.
«Los Comendadores, etc.»
Dijo la cuitada
Con gran recelo:
—Vos, amores mios,
Tenedme duelo,
Pues ya veis mi mano
Por ese suelo.—
La triste tendida
Sobre su velo,
Bien junta con Jorge
Degollóla allí.
«Los Comendadores, etc.»
Despues de haber muerto
Cuantos allí son,
Anda por la casa
Muy bravo leon.
Vido un esclavo
Detras un rincon:
—Tú, perro, supiste
Tambien la traicion,
Por lo cual, malvado,
Morirás aquí.
«Los Comendadores, etc.»
Juéves era, juéves,
Dia de mercado,
Y en Sancta Marina
Hacian rebato,
Que Fernando dicen,
El qu'es Veinticuatro,
Habia muerto á Jorge
Y á su hermano,
Y á la sin ventura
Doña Beatriz.
«Los Comendadores,
»Por mi mal os vi.»

4.° En la pág. 104, nota 2 del romance número 1090, y al fin de ella, dice : *Véase la nota del número* 1095; y debe decir : *del numero* 1094.

INDICE ALFABETICO GENERAL

DE LOS DOS VOLÚMENES DE ESTA OBRA, FORMADO POR LOS PRIMEROS VERSOS DE CADA COMPOSICION, Y DE LAS QUE EN ALGUNAS SE INCLUYEN, CON INDICACION DE LA CLASE Á QUE PERTENECEN, Y DE LAS FUENTES Ó DOCUMENTOS ANTIGUOS DONDE EXISTEN.

ABREVIATURAS.

Amor. equivale á Amatorio ó erótico.
Bur. á Burlesco.
C. á Cancionero.
Cab. á Caballeresco.
C. F. de E. á Cancionero llamado Flor de Enamorados, recopilado por Linares.
C. G. á Cancionero General.
Canc. á Cancion.
Caut. á Cautar ó cantarcillo.
Cod. á Códice.
Cop. á Copla ó coplas.
Doct. á Doctrinal.
Estr. á Estribillo.
F. de R. á Flor de Romances.
F. de V. R. á Floresta de varios Romances, recopilados por Lopez de Tortajada.
F. de V. y N. R. á Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte.
Hist. equivale á Histórico.
Joc. á Jocoso.
Mor. á Morisco.
P. S. á Pliego ú hoja suelta.
P. y F. de R. á Primavera y flor de los mejores Romances, recopilada la 1.ª parte por Arias Perez, y la 2.ª por Segura.
R. á Romance ó romances.
Rom. del Cid á Romancero del Cid, recopilado por Escobar.
R. G. á Romancero General.
R. H. á Romancero Historiado, de Rodriguez.
Rom. á Romancero.
Sat. á Satírico.
S. de V. RR. á Silva de varios Romances.
Vill. á Villancico.
Villan. á Villanesco.
Vulg. á Vulgar.

FIN DEL INDICE GENERAL.

